

ESCRITORES DE CHILE VIII

# JUAN EMAR UMBRAL

PRIMER PILAR  
EL GLOBO DE CRISTAL

*Nota preliminar*

Pedro Lastra

*Biografía para una obra*

Pablo Brodsky

JUAN EMAR  
UMBRAL  
PRIMER PILAR  
EL GLOBO DE CRISTAL

*Colección*  
*Escritores de Chile*

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTEGAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1996

Inscripción N° 83.066

ISBN 956-244-044-3

ISBN 956-244-043-5

Derechos exclusivos reservados para todos los países

(Autor: *Juan Emar*)

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

*Sra. Marta Cruz-Coke Madrid*

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

*Sr. Alfonso Calderón Squadritto*

Coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

*Sra. Orietta Ojeda Berger*

Edición General

*Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet*

Producción Editorial

*Sr. Marcelo Rojas Vásquez*

Colaboraron en la Edición

*Sr. Thomas G. Harris Espinosa*

*Sr. Ricardo Locbell Silva*

*Sra. Cecilia Gamboa Miño*

Reproducción Ilustraciones

*Sra. Claudia Tapia Roi*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651

Teléfono: 6338957. Fax: 6381975

Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

ESCRITORES DE CHILE VIII

# JUAN EMAR UMBRAL

PRIMER PILAR  
EL GLOBO DE CRISTAL

*Nota preliminar*

Pedro Lastra

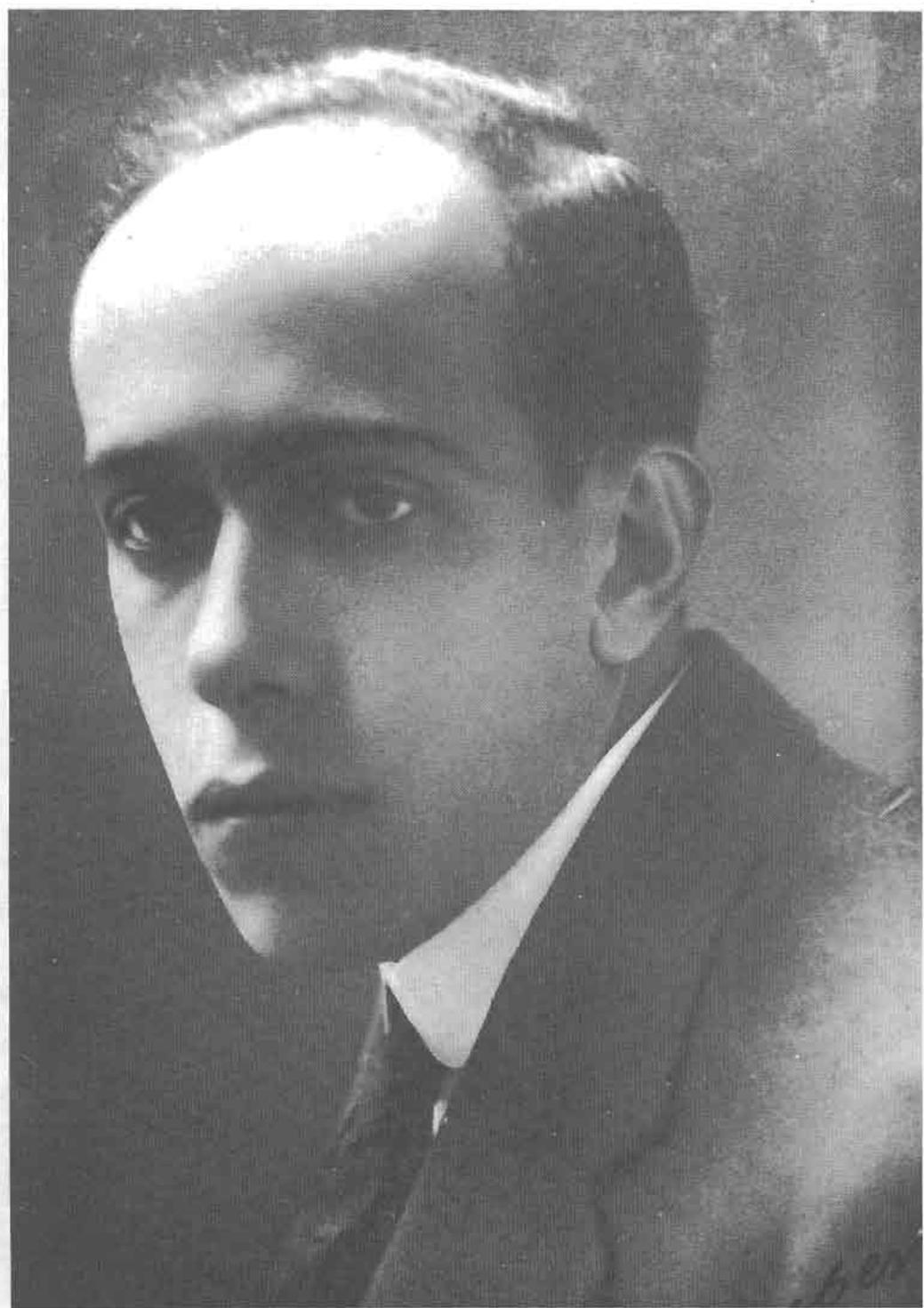
*Biografía para una obra*

Pablo Brodsky

**dibam**  
DIRECCION  
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO  
DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA



## NOTA EDITORIAL

Queremos consignar, en esta breve nota, los criterios de corrección y trabajo sobre los originales, que se utilizaron en la presente edición de *Umbral*.

Los originales de la obra con los cuales se trabajó corresponden a un momento de corrección final, pero no totalmente acabada, de penúltima corrección, podríamos decir, el momento de cierre en que sólo falta afinar mínimos detalles formales, que por el ritmo acelerado de la mecanografía han quedado pendientes. Este último proceso no se llevó a cabo por la muerte del autor, y los "mínimos detalles" quedaron en los originales, que suman más de cinco mil páginas. En éstas, se pudo constatar numerosas reiteraciones, saltos, errores de mecanografía y contradicciones relativas a aspectos formales, onomásticos, etcétera. No obstante, dada la peculiar escritura de Juan Emar —la multiplicidad de voces y de personajes que asumen el papel de narradores, con su especial manera de utilizar el habla—, se optó por respetar, dentro de los márgenes más amplios posibles, la proposición, voluntad y particularidades de su estilo, aun cuando éste, en numerosos pasajes, se aleja considerablemente de la norma.

Por lo tanto, no deberá sorprender al lector la aparición de numerosas contradicciones, disgregaciones y desconexiones, a lo largo de toda la obra; como tampoco aparentes "errores formales", que bajo la luz generalmente demasiado férrea de la norma, puedan aparecer como incongruencias; sin embargo, considerando la distancia de toda obra literaria —y en particular la de Juan Emar— con la lógica, éstas pueden leerse como procedimientos propios de la relación libertaria que siempre ha mantenido la ficción con el lenguaje y su configuración poética.

No obstante las dificultades anteriormente descritas, la edición de *Umbral*, de Juan Emar, es motivo de satisfacción y orgullo para el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, por el rescate, tras un prolongado silencio, de una de las obras de ficción —que ya parecía ser ficción ella misma— más significativa de nuestra literatura nacional, y así ser consecuente con su papel de conservar y difundir el patrimonio literario y cultural de Chile.

LOS EDITORES

## NOTA PRELIMINAR

*Por una inversión de valores muy difundida, la introducción, el aparato crítico, la bibliografía hacen las veces de una cortina de humo para esconder lo que el texto tiene que decir si se lo deja hablar sin intermediarios que pretendan saber más que él.*

ITALO CALVINO

Me propongo no descuidar esta advertencia de Italo Calvino, escritor al que Juan Emar habría leído sin duda con regocijo. Mi nota no quiere ser cortina de ninguna especie, sino una invitación a los lectores no familiarizados con este autor, y que podrían sentirse algo intimidados, primero por la extensión de *Umbral* y luego por los aspectos insólitos de su escritura. Por mucho que las letras contemporáneas hayan propiciado y estimulado la entrada en escena de un tipo especial de lector (el llamado "lector cómplice" de Cortázar), en el trabajo de Juan Emar todavía hay lugar para el desconcierto, la perplejidad y, en un extremo negativo, para el distanciamiento y hasta para el rechazo. Escribo esta nota para disminuir o evitar esas reacciones, adelantando un mínimo de lo mucho que se encuentra en este libro único y sin antecedencia en nuestra literatura. Juan Emar no requiere de apologías (él lo supo antes y mejor que nadie), pero creo que mi ejercicio de presentador no resultará del todo innecesario para más de un lector, que además quiera ser parte del grupo de los cómplices.

La introducción más válida a la obra de Emar fue escrita hace veintiséis años por Pablo Neruda: son las páginas tituladas "J.E.", y aparecieron como prólogo a la reedición de *Diez* (1971). Al origen de esas páginas está ligada mi participación en la presente salida de *Umbral*.

Los cuatro libros de Juan Emar, publicados entre 1935 y 1937, fueron bien apreciados por escritores de su cercanía y por los de promociones más jóvenes. Es un capítulo que la historia literaria chilena ha estudiado con cierta detención; pero su encuentro con el público fue escaso, por no decir inexistente, en esa época y en las venideras. Yo creo que la reedición de *Diez* contribuyó a despertar ese interés y a acrecentarlo en una medida no desdeñable; y puesto que yo dirigía la colección "Letras de América" en la que se incluyó esa reedición, puedo contar brevemente el origen y la realización del proyecto.

Un día de 1970 me encontré con Pablo Neruda en la Editorial Universitaria. Terminaba una reunión en la oficina de Eduardo Castro, y al irse me habló de la colección "Letras de América": celebró las publicaciones y me preguntó por nuestros planes futuros. Yo aproveché entonces la oportunidad para decirle, por segunda o tercera vez, cuánto apreciaríamos que nos autorizara una edición chilena de *El habitante y su esperanza*, aunque no ignorábamos sus compromisos con el editor Gonzalo Losada. Me respondió con humor, simulando cierta fatiga frente a mi insistencia: "Siempre que me ves me pides *El habitante y su esperanza*, pero lo que tú tienes que hacer es publicar a Juan Emar". La sugere-

rencia me pareció excelente y le contesté que estaba muy bien, que no le pediría más su novela, pero que nos escribiera el prólogo para el primer libro de Juan Emar que publicáramos. Nos prometió ese prólogo para algunas semanas más, y lo hizo llegar puntualmente a la Editorial en la fecha indicada.

Ese prólogo, como se recordará, ha sido mencionado y reproducido varias veces. Es un texto memorable y, en más de un sentido, ejemplar: en menos de dos páginas dice, como debe decirse, lo esencial de Juan Emar y de su obra. Lo releo ahora mismo, al referir el episodio que lo originó, y siento que mis intervenciones en esa reedición y en ese prólogo me autorizan de alguna manera para asumir este papel de presentador de la obra mayor de Juan Emar. Atiendo también al consejo que se desprende del prólogo de Neruda: ser breve y preciso. Lo intentaré.

La lectura de *Umbral* deparará muchas sorpresas al lector. No hablo, por cierto, del lector especializado, al que no arredran complejidades ni desvíos de lo que se puede llamar la norma genérica, sino del viandante literario que se encuentra de pronto ante un libro tan caudaloso y desplegado como éste, y empieza a advertir que se puede recorrer en muchas direcciones, no sólo sucesivas sino simultáneas, opuestas, contradictorias, y al que se pueden aplicar las denominaciones más variadas: novela, antinovela, escritura autobiográfica, crónica de épocas y espacios reales o imaginarios, crítica sobre literatura y artes, parodia teatral, fantasía exultante, historia vivida, relato de lo grotesco o descomunal, reflexión filosófica, meditación esotérica, y muchas otras caracterizaciones paralelas, o complementarias. Me atrevo a adelantar que la última es una de las palabras guías para entenderse con este libro que no es lo uno o lo otro sino lo uno y lo otro.

Cristián Huneus, que conoció tempranamente parte del manuscrito, tuvo la ocurrencia de titular su artículo con una frase feliz: "La tentativa infinita de Juan Emar".

Eso fue la escritura de *Umbral*. Y se comprenderá enseguida que lo más difícil de mi tarea es bosquejar un pequeño mapa de lo que resultó de esa tentativa. Porque es sorprendente la riqueza de ideas y de cuestiones que se despliegan y debaten en las 5.318 páginas del original (mecanografiadas a un espacio), empezando por las repetidas y a menudo graves reflexiones del narrador sobre el sentido mismo de su escritura. Y la mención del narrador abre otro espacio problemático, porque ese narrador no es la figura reconocible tradicionalmente como la del narrador personal; tampoco la de esa figura que lo disuelve o lo oculta tras una máscara de variado espesor. Aquí es múltiple y cambiante, y se llama Juan Emar u Onofre Borneo (y tiene la biografía de Álvaro Yáñez Bianchi, hijo del político y hombre público Eliodoro Yáñez, quien aparece en esta novela inaugurando la primera línea de tranvías eléctricos en Chile; o la otra y la misma biografía, que es la del Juan Emar que dirigió las "Notas de Arte" de *La Nación*). De pronto, el papel de narrador puede ser asumido por otro personaje que cuenta sus propias historias y aventuras, o es el de un texto que alguien lee para un sector de esa población flotante que reaparece y se moviliza de continuo por una geografía no menos inquieta. Hay también debates de esos narradores con su doble (son notables los de Juan Emar con Onofre Borneo), vías por las cuales se plantean dudas existenciales que comprometen asimismo el existir del lector.

En el prólogo mencionado, Neruda señala a Emar como el "precursor de todos". Y si esto debe relativizarse en relación con el proceso de la novela europea, y algo menos con el de la hispanoamericana (tentativas paralelas fueron las de Macedonio Fernández y las de Felisberto Hernández, con resultados diferentes en ambos casos, desde luego), es rigurosamente cierto en relación con la novela chilena. Aquí una pregunta de respuesta im-

posible: ¿Cuál habría sido el curso de esta narrativa si Juan Emar hubiera tenido auditores y lectores atentos en su tiempo? Pregunta nada ajena a la índole de *Umbral*.

Se encuentran en este libro muchas de las novedades que animaron nuestras lecturas de los últimos años. Anoto algunas de esas exploraciones anticipatorias: el cuestionamiento de la escritura dentro de la escritura, pero no como ejercicio de audacia literaria o como producto de un acto de lucidez intelectual, sino como reflexión dramática sobre el significado de un quehacer que se confunde con la vida. Y tanto, que Juan Emar pudo escribir en el Tercer Pilar un pasaje como éste:

“Yo me evadí, Bárbara, escondiéndome como un delincuente, con mi gran *Umbral* [...] ése de los mil papeles y notas en archivadores y clasificadores [...] Nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en ‘no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura’”.

O más adelante, expresar de manera inmejorable su convicción de que “este *Umbral* es digno de existir”, porque “es una obra que se escribe planeando sobre el suceder”.

Vuelvo a Italo Calvino por una doble razón: primera, para insistir en lo sugestivo que resulta su interés en una escritura transgresora y marginal en su época como fue la de Felisberto Hernández (que él presentó a los lectores italianos), y a quien sentimos ahora como un pariente no tan lejano de Juan Emar; y segunda, para no olvidar que es muy difícil, aún más, innecesario reseñar aspectos cruciales de esta empresa que ella sabe decir “sin intermediarios”. Pienso, sin embargo, que algunas indicaciones podrán ser apreciadas por el presunto lector. Por ejemplo, éstas:

Onofre Borneo se propone escribir la biografía de su amigo Lorenzo Angol, y esto por sugerencia del propio interesado, que atinadamente le advierte que esa biografía supone también otras: las de quienes lo rodean. Los personajes se le imponen así sucesivamente “porque en estos mundos —dice el narrador— *el encadenamiento sin fin* sucede como aquí en la tierra de todos”. Subrayo la expresión *encadenamiento sin fin* porque esa frase, encontrada en las páginas iniciales del Primer Pilar, me parece un indicador central. Ese dato dice mucho sobre esta escritura, uno de cuyos rasgos es la libertad de las asociaciones y, como consecuencia, la proliferación incesante: el mundo de Emar se puebla de seres que no sólo podrían pertenecer a “la vida real” (“¿qué es la vida real?”, es la pregunta subyacente de *Umbral*) sino también de habitantes de otros mundos entrevistados, ensoñados; en suma, imaginados. También de submundos inquietantes, de uno de los cuales es mensajero cierto Palemón de Costamota, enviado demoníaco con el que Onofre Borneo desciende a las regiones infernales desde el cráter del volcán Llaima. En tal despliegue inventivo, Bachelard habría tenido un ejemplo cabal de lo que él llamó “estado de imaginación abierta”.

Ese despliegue supone la modificación más radical de la mirada, empezando por la negación y la demolición de *la costumbre* (fue después la tarea de muchos personajes de Julio Cortázar, y especialmente de sus cronopios), de los hábitos que comprometen, paralizándolos, al arte y a la vida. Por eso, no *visitar* museos sino *pasear* por ellos, como “por los grandes bulevares o por el Bois de Boulogne”, y sentir así a los pintores como compañeros que dan y reciben cariño con verdadero regocijo.

En pocas líneas, aparecerá después una teoría del personaje, muy cercana a las sugerencias del creacionismo, pues su objeto —dice el narrador— es “hacer vivir lo que uno no ha vivido y pudo vivir”. Biografías o “diarios vivires”, ante los cuales sólo cabe la anotación, el esbozo, la enunciación de problemas. “Quien luego se empeñe en explicar, que se

encuentre satisfecho ante la cantidad y, ojalá, la calidad de los materiales que he puesto a su disposición. [...] Quede, por lo tanto, bien establecido que yo no doy ni podría dar clave alguna, que sólo formulo problemas frente a los hechos que he presenciado. Y no hay más". Imposible no recordar las "morellianas" de *Rayuela* al leer este fragmento, que Cortázar habría reconocido de inmediato como un antecedente secreto, así como habría admitido que las delirantes *Zambafusas* de Eusebio Palena se tocaban en más de una línea con los delirios escritos de su personaje Ceferino Piriz.

Principios o motivaciones de la escritura como los señalados tienen múltiples consecuencias, y entre ellas la posibilidad siempre abierta para este narrador de transferir la autoría a sus personajes: Lorenzo Angol, a quien Borneo ha encontrado en la ciudad de San Agustín de Tango en 1929, es el autor de los cuadernos que constituyen el Segundo Pilar: "... no hay ni una sola palabra de mi pluma"; el cuento "El pájaro verde", conocido por muchos lectores en *Diez* y en varias antologías, es enmarcado aquí por Onofre Borneo como una narración de Rosendo Paine, uno de sus biografiados.

Provisto ya de algunas señales o indicios –aunque mínimos– de lo que quiso ser esta empresa liberadora, y de lo que se negó a pagar como tributo a la tradición, el lector podrá aceptar el cruce y el canje de episodios históricos muy verificables con las más extremas figuraciones de la fantasía. Canje que también ocurre entre personas reales y personajes de la ficción: Eduardo Barrios y Leopoldo Castedo dialogan con fantasmas que doblan a seres existentes o que nunca existieron. "Yo, Onofre Borneo, biógrafo de todos los presentes y de muchos ausentes...". Y luego declara que si acentúa el prototipo de cada uno de sus biografiados es para llegar al total de sus posibilidades.

Pienso que si el anhelo de totalidad es lo que explica la multiplicación de situaciones vividas por los personajes, es también la causa de una manifiesta desmesura, que no dejará de suscitar respuestas adversas. Ocurrió con *Miltín 1934*, especie de laboratorio experimental para este trabajo mayor, y tal vez por eso el único libro de Emar prácticamente omitido en esta obra casi completa del autor (también hay episodios muy rescatables de *Un año* que han quedado fuera de ella, y los que entraron fueron reescritos o modificados).

Así como es posible determinar, en el curso del libro, la poética que lo sustenta y a la cual corresponde un desarrollo inteligente, de gran coherencia, es posible también establecer un mapa literario, vastísimo, al andar por sus páginas. Y desde luego, una consecuente teoría de la lectura, uno de cuyos postulados básicos sería, sin duda, éste: "Escribir es deformar; lo deformado pasa a ser una serie de símbolos. Leer es por lo tanto descifrar".

¿Qué descifrabán Juan Emar, Onofre Borneo y sus dobles?

Ha sido una idea, algo extendida, que escritores como Emar –o Felisberto Hernández en otro plano– eran talentos naturales, distanciados y hasta desdeñosos de la literatura como oficio exigente y reflexivo. *Umbral* desdice de modo definitivo esa creencia: es impresionante la cantidad de lecturas que han hecho estos personajes y la inteligencia con que leyeron (acudo al plural para indicar la variada y continua circulación de esas lecturas en este nuevo texto que sabe procesarlas y convertirlas en sustancia propia). Es claro que ese mundo cultural era el de Juan Emar (véanse los *Escritos de arte*, publicados hace pocos años por Patricio Lizama), también "un viajero falsamente distraído", como se definía a sí mismo un personaje de Felisberto Hernández. En la cuenta de esas distracciones se anotaba, en el caso de Hernández, su inclinación por la lectura de novelas de *cow-boys*, pero ahora sabemos que lo intrigante para él en tales novelas era la pregunta que le sugerían: "¿Cómo organizan sus relatos estos autores?". "También lo sorprendía el hecho de que en

la obra de Homero hubiera tanta gente como en los libros de Corín Tellado”, cuenta Tomás Eloy Martínez. Parecen las reflexiones de un *naif*, y posiblemente lo son, pero si se piensa dos veces en ellas se verá que no son insignificantes. Tampoco lo es la inclinación de Juan Emar (o de Pilo Yáñez, si se prefiere) por las novelas de detectives, inclinación llevada hasta un punto tal, que Sherlock Holmes y el Dr. Watson se hacen presentes, en persona, en una página de *Umbral*, para aclarar un crimen e imponer la justicia.

Ciertos lectores encontrarán excesivo el discurrir de estos personajes por espacios tan diversos, y a veces tan complejos como los ámbitos culturales que a varios de ellos les son familiares. Sí: el libro de Juan Emar se nos presenta como la biografía de muchos personajes, suspendida y reiniciada una y otra vez. Al terminar la lectura entendemos que es la autobiografía de un hombre que dijo, memorablemente, “el único paisaje que tuvo la honra de arrebatarme fue aquel que no vi”, y que intentó –acaso sin conseguirlo nunca para sí mismo– descifrar su vida escribiéndola.

PEDRO LASTRA

## BIOGRAFÍA PARA UNA OBRA

Para esta edición he optado por entregar una biografía lo más cronológica posible de Juan Emar, siguiendo de cerca la relación epistolar que éste tuvo con su padre Eliodoro y con su hija Carmen, dos de las personas más cercanas a nuestro autor.

Puede verse que, con cada una de ellas, las épocas de mayor acercamiento variaban y también los temas, así como la forma de tratarlos. Ambas relaciones han sido el "hilo de Ariadna" que he seguido para salir de la creencia de que la ausencia de biografía de Juan Emar es su verdadera biografía, confusión muy estimulada por un sinfín de "periodistas culturales" que han publicado diversos artículos sobre él.

La verdad es que, después de revisar y estudiar muchos documentos y manuscritos, he llegado a pensar que la verdadera biografía de Juan Emar es su obra. El lector, a medida que avance en ella, comprenderá por qué lo digo.

Otro punto que desearía aclarar se refiere al nombre de esta obra. Las evidencias finales son demasiado contundentes como para pensar en titularla *La Puerta*, nombre propuesto, a instancias de Emar, por su hija Carmen.

A pesar de que el autor aceptó jubiloso ese nombre para la obra total, las últimas líneas de ésta establecen clara y definitivamente su propio bautizo, es decir, aquel realizado por él mismo. Las pruebas son irrefutables, y el lector las encontrará al final del texto.

### I

Álvaro Yáñez Bianchi nació el 13 de noviembre de 1893, en Santiago de Chile. A los quince años realizó su primer viaje a Europa, junto a su padre Eliodoro Yáñez Ponce de León y a una de sus hermanas, para regresar en septiembre de 1910. Pocos meses después de aquella travesía en barco, inició su primer intento biográfico, a través de un relato dedicado a Marta Gaete. Tenía diecisiete años y ya había decidido no ser el abogado o político que se pretendía de él: "Al tío Eliodoro —cuenta su prima Lila Bianchi— le provocó una desilusión muy grande este hijo. Desde chico demostró la inteligencia que tenía. Iba a ser Presidente de la República o cualquier cosa así. Pero Pilo, al salir del colegio, no estudió más y no quiso trabajar. Dijo: Yo soy pintor, y se puso a pintar" ("Diaporama de Pilo a Juan Emar", en *Presencia-Ausencia de Juan Emar, a 25 años de su muerte*, Santiago, Chile, 27 de junio de 1989).

Durante su segundo viaje a Europa, tomó clases de pintura en París con el maestro José Backhaus, a quien recordó en *Umbral*: "Si Backhaus es inexistente, yo no sé pintar. Pues él fue mi primer profesor de pintura" (*Umbral*, Primer Pilar, Tomo Séptimo).

Su hermana Luisa cuenta que "se paseaba y fumaba, entonces mi mamá lo veía y me decía: oye, dicen que es muy inteligente. ¿Cómo lo sabrán cuando no habla nunca?" ("Diaporama de Pilo a Juan Emar"). Fue precisamente con Rosalía Bianchi Tupper, su madre,

con quien viajó a Europa, en mayo de 1912. A los pocos días de haber regresado a Chile, el 22 de enero de 1913, se puso los anillos de compromiso con su prima Herminia Yáñez, hija de Luis Fidel Yáñez, hermano de don Eliodoro. En aquellos tiempos, Emar salía con Herminia, Mina, y con Alicia Yáñez, la Tití, también prima de Emar y futura madre de José Donoso. Cuando se supo que la elegida era Herminia, alguien le preguntó: ¿Por qué te casaste con la Mina y no con la Tití?. Y él contestó, “porque vivía más cerca” (Carmen Yáñez, grabación realizada el 27 de julio de 1995). Así, con Mina, y no con “la Tití”, partió a Europa en 1919, como parte de la comitiva que presidió su padre y que tenía por finalidad negociar los acuerdos de Arica y Tacna (Ver *Juan Emar-Estudio*, de Alejandro Canseco-Jerez. Santiago, Chile, Ediciones Documentas, 1989). Al final del viaje, Emar y Mina decidieron instalarse en París, donde trabajó en la Legación Chilena: “Llegaron en 1919; él empezó a ir a Montparnasse, que era el sitio de los intelectuales, el barrio de los pintores y de los escritores —cuenta Luisa Yáñez—. Él llegó con Mina, su primera mujer, y empezó a ser amigo de toda esa gente. Pasaba noches enteras conversando con ellos. Eso era lo que a él le gustaba” (“Diaporama de Pilo a Juan Emar”).

## II

En París nacieron sus hijos Eliodoro, en agosto de 1920, y Carmen, en marzo de 1922. El “viejo papá”, desde Chile, celebró el aumento de la prole: “Consigno (en esta carta) mis votos bien sinceros por tu felicidad, la de Minina y la (del) General Körner, o sea de Huiñi, como Uds. injustificadamente llaman al heredero, pues, según los retratos, ni hijo del difunto general alemán sería más igual a él. Espero que el próximo, ya que, por lo visto, Uds. han ido sólo a procrear a París, saldrá más retocado, rara honra de la familia” (Correspondencia privada. 10 de diciembre de 1921. Inédita). Tiempo después, en una carta a su hijo, Emar le escribió sobre esos años:

“Allí vivíamos en nuestras horas libres y charlábamos de lo que viniera. Un día llegó Henriette Petit, la que ahora es mujer de Lucho Vargas. Lo primero que hizo fue ir a este tan mentado Montparnasse, y se sentó con nosotros en una terraza de café. Ahí estuvimos largo rato. Después le dijo a Lucho que no lograba entender la frivolidad tan antiartística de toda esa inmensidad de gente. Declaró que éramos todos unos frívolos y se marchó, enojada, sumamente enojada”.

Y agregó, misteriosamente: “Necesité largos años para poder llegar a la verdadera intensidad que se necesita después de largas horas de trabajo silencioso...” (“Diaporama de Pilo a Juan Emar”). En efecto, durante esas “largas horas de trabajo silencioso”, se gestó una iniciativa que tendría enorme trascendencia para la historia del arte moderno en nuestro país: el nacimiento del GRUPO MONTPARNASSE, primer exponente de las tendencias vanguardistas en la plástica nacional:

“Este grupo se formó en 1923. Lo formaron Henriette Petit, Julio Ortiz de Zárata, Manuel Ortiz de Zárata, José Perotti y Luis Vargas Rosas (...). En esos años mi padre tenía un periódico: *La Nación* (...), cedió, de su diario, una página entera semanal —que se llamó *Notas de Arte*— para que en ella se dijese cuanto había que decir en esa época sobre pintura, escultura, artes plásticas en general y también

sobre cine, coreografía y aún sobre arquitectura y urbanismo (...). Recuerdo poemas de Pablo Neruda, Neftalí Agrella, Pablo de Rokha, Alberto Rojas Jiménez, etc. También los hubo de Vicente Huidobro quien, además, colaboraba con artículos (...). Yo recuerdo todo esto porque yo dirigí esas Notas de Arte con el nombre de Jean Emar" (*Umbral*, Primer Pilar, Tomo III).

Por otra parte, insistía en llevar a cabo su proyecto escritural, como le decía a su hermana Luisa en una carta fechada el 6 de abril de 1922: "Aquí me tienes, sano de cuerpo y espíritu, trabajando lenta y constantemente en una obra monumental... por su futuro tamaño pero que temo sea diminuta por su valor" (*Juan Emar-Antología Esencial*, Prólogo. Santiago, Chile, Editorial Dolmen, 1994). Se trata de *Cavilaciones*, cuya trascendencia fue el cambio de nombre que originó en su autor, además de ser "el primer intento documentado de sistematizar un pensamiento poético propio (y) de servir de antecedente nuclear y germinal de los artículos: Algo sobre pintura moderna y de las Notas de Arte" (David Wallace en *Cavilaciones de Juan Emar*. Tesis de grado de la Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Literatura, 1993).

Es así como, el 5 de febrero de 1923, regresó a Chile con aquel manuscrito y la idea de introducir el arte moderno en la escena plástica nacional. Fue la época de la lucha contra el Academicismo y el Arte Oficial, la época en que Emar se jugó su primera carta, liberando sus ideas y su extravagancia. Desde ese momento, Álvaro Yáñez será Jean Emar ("yo estoy harto"). Y el 15 de abril publicó su primera Notas de Arte en *La Nación*, trabajo que realizó hasta el 11 de junio de 1925 (Ver *Juan Emar-Escritos de Arte (1923-1925)*, Recopilación, selección e introducción de Patricio Lizama, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Escritores de Chile, 1992, vol II).

### III

Un mes después de su última entrega al diario, partió con Mina nuevamente a Europa. En París retomó su trabajo como Secretario de la Legación de Chile en Francia, donde recibió, el 3 de agosto de 1927, un cable del siguiente tenor: "Imposible cablear Santiago Stop Diario expropiado Condiciones perjudiciales y penosas Parto entristecido mañana Almanzora acompañado Luisita Alfredo Seguiremos Nauheim Avisen Florita Interrumpan vacaciones" (Correspondencia privada. Inédita). La dictadura de Ibáñez le había expropiado a don Eliodoro Yáñez el diario *La Nación* y éste tuvo que partir a Europa, con su hija Luisa y su yerno Alfredo Donoso. Al respecto, Volodia Teitelboim comenta: "(a don Eliodoro) se le consideraba político ducho y capaz. Muchos le auguraron la Presidencia de la República. Pero no la obtuvo. Se le metió de por medio el mayor o coronel Ibáñez, que le arrebató de paso también *La Nación*, diario que don Eliodoro había fundado. Lo empujó al exilio, con familia y todo. Servicio completo" (Volodia Teitelboim en *Un exiliado interior*. Inédito). Pero don Eliodoro no se fue directamente a París, sino que pasó temporadas en hoteles alemanes o suizos o italianos, haciéndose toda clase de curas para aliviar las tensiones vividas en Chile. Era el comienzo de un exilio que duró hasta la caída de Ibáñez, en 1932, y que marcó el inicio de los problemas económicos de la familia: "Aunque este hotel es excesivamente caro, dime si querrías venir a hacer una cura, que no te vendría mal para

sacarte la [ilegible] una copita y el cigarrate" (Correspondencia privada. Inédita). Así le escribía desde el Grand Hotel Vittel, en Cannes, al inicio de su éxodo, en agosto de 1928.

Pero Emar no estaba para aceptar invitaciones, ya que vivía la crisis de su matrimonio con Mina.

"Mientras más pienso en tu asunto, más me persuado de que debes colocarte en el terreno exacto de tu realidad, sin sacrificar tontamente tu porvenir, de lo que te arrepentirías muy pronto (...). Debes presentar tu situación ante el juez tal como es: tú no trabajas ni ganas nada (...). Y no tengas temor alguno de juicio o de pérdida de los hijos. *Yo te lo garantizo*" (Correspondencia privada. 28 de enero de 1929. Inédita).

Una vez que la separación se hubo consumado, Emar se quedó solo en su departamento del Boulevard Raspail, y el padre Eliodoro mandó a la pequeña Carmen y a su hermano Eliodoro a vivir con la abuela Rosalía, en Chile. En aquellos años, Emar frecuentaba a Alice de la Martinière, Pépêche, quien era modelo de Montparnasse.

Durante el primer semestre de 1928, realizó un corto viaje a Chile, en el cual estuvo con Gabriela Rivadeneira, a la que conoció en 1926, en casa de Eduardo Barrios. Ambos mantenían una relación epistolar secreta, hasta que, el 30 de junio de 1930, Emar regresó a Chile para casarse con ella. Don Eliodoro le escribió al respecto: "Recibí tu carta y un cable en que me anuncias la celebración de tu matrimonio con Gabriela Rivadeneira (...). Mi deseo es que al reconstituir tu hogar ella pueda darte la tranquilidad y el agrado de hacer una vida útil y de trabajo". Y don Eliodoro aprovechó la oportunidad para instarlo a que permaneciera en Chile, junto a sus hijos: "Piensa en la posibilidad de encontrar allá algo que pueda hacerte agradable la vida en Chile. No se puede vivir eternamente expatriado y ya tienes tú la experiencia de cuán insustancial y vacía es tu vida aquí (...). Venir aquí a hacer la vida que tu carácter y tus hábitos te han creado es no reflexionar ni mirar el porvenir que te conviene para ti y los tuyos" (5 de julio de 1930. Inédita). A pesar de los consejos paternos, el 10 de agosto de 1930 se embarcaron ambos con destino a Europa y se instalaron en París.

Mientras tanto, la situación económica de los Yáñez se hacía cada día más difícil. Doña Rosalía le escribió a su esposo contándole que el fundo Lo Herrera corría peligro de ser expropiado y, su cuñado, Alfredo Riesco le daba cuenta de sus intereses. Don Eliodoro le contó a su hijo que "la situación financiera o de negocios en Chile y de los intereses de tu mamá y míos es un desastre. Todos los valores que tenemos están por los suelos y lo que es peor las sociedades en que tenemos parte no darán dividendos este año" (Correspondencia privada. 24 de junio, 1931. Inédita).

El 28 de julio del mismo año, Emar le escribió a sus padres dándoles la noticia del fin de la dictadura de Ibáñez: "Estamos felices con la caída de Ibáñez, pero temo que no haya sanciones, pues Pedro Opazo es agua tibia y el ministerio que ha formado es poco enérgico. De todas maneras, el primer paso está dado y era el más importante" (Correspondencia privada. 28 de julio de 1931. Inédita).

Desde ese momento se sucedieron una serie de acontecimientos familiares que fueron de crucial importancia para la vida de Juan Emar. En efecto, una vez de regreso en Chile, don Eliodoro Yáñez inició inmediatamente la batalla por la recuperación del diario *La Nación*: "Te escribo sólo dos palabras por absoluta falta de tiempo a causa de las miles de personas que de mañana a la noche vienen a verme y de largas conferencias sobre el asunto de *La Nación*, que me empeño en arreglar". Asimismo, le mencionó que

“lo importante que tengo que decirte es que es indispensable prepares viaje para el mes de enero, pues será imposible quedarte más tiempo (...). No será posible enviarte la cantidad que pides en tus cartas a tu mamá, porque a la dificultad de los recursos se agrega una gran escasez (sic) de fondos en la familia” (*Juan Emar-Antología Esencial*. Prólogo).

A pesar de las dificultades, el optimismo se adueñó de él e involucró a su hijo en sus proyectos:

“Respecto de *La Nación*, he encontrado por todas partes muy buenas voluntades y algunas dificultades, pero se van salvando poco a poco (...). Todo hace esperar que esta negociación resulte y que a tu llegada te encuentres con un hogar que te agrada y que te conviene. Mi idea es fundar un gran diario mejor que lo que era cuando me lo quitaron y cuento con personal suficiente para no recurrir a ninguna sabandija del antiguo régimen (...). Te repito que si las cosas se realizan como lo espero el negocio será grande y lucrativo, pues además del diario mismo tendré una editorial para la impresión de libros y revistas” (*Juan Emar-Antología Esencial*. Prólogo);

y en otra carta le decía:

“los arreglos de *La Nación* marchan bien y espero en una semana más llegar a término. Tropiezo todavía con algunos escollos que pueden hacerme naufragar, pero confío en poder salvarlos. Como en caso de reabrir el diario te reincorporarás a él, te recomiendo pensar con el criterio de allá en lo que París podría servirnos como concurso o como modelo. Buenísimo sería que te interiorizaras en los servicios de algún diario que pueda servir de ejemplo (...), pues aunque tú entrarías en la “sección pluma”, como decía Astete, bueno es que conozcas el mecanismo de una imprenta” (Correspondencia privada. 10 de diciembre 1931. Inédita).

A pesar de mantenerse el litigio por más tiempo del esperado, don Eliodoro mantenía su confianza en alto:

“Te repito que la recuperación del diario puede ser cuestión de pocos días, pues tengo confianza en el espíritu que anima al Presidente y en la urgencia de poner término a la situación del personal que está cesante hace cinco meses. Pienso hacer una gran RECLAME y me gustaría te esforzaras por conseguir, aún pagándolo, un gran afiche del *Quotidien*, que representa a una mujer con amplio manto rojo inflado por el viento, un brazo desnudo levantado en alto y la expresión de un grito formidable a boca abierta. Desearía empapelar el país con algo parecido...” (Correspondencia privada. 7 de enero 1932. Inédita).

El 10 de febrero de 1932, Emar se embarcó en el *Baam*, junto a Gabriela y Carmen, rumbo a Chile, cuando las fuerzas de su padre habían disminuido notablemente:

“Por acá toda la familia está bien de salud. El más accidentado soy en realidad yo, pues la larga gestación de *La Nación* me ha fatigado mucho y disminuido mis fuerzas. Estamos en los últimos trámites para finiquitar este negocio y a pesar de que he perdido en mucho la fe y el entusiasmo, debo creer que en pocos días se legalice

el acuerdo que me devuelve la Empresa" (Correspondencia privada. 3 de marzo 1932. Inédita).

Es así como, cuatro meses después de su arribo, don Eliodoro murió sin haber recuperado *La Nación*, el 26 de julio de 1932: "† papá a las 9 ½ pm", escribió Emar en su *Diario*. "Su última preocupación, manifestada, fue acordarse del nombre de Macaulay. Su última frase —ante la observación de la enfermera de que podría no dormir— fue: 'Sí, vamos a dormir'. Acto continuo, ataque corazón" (*Diario*. Inédito).

#### IV

José Echeverría Yáñez cuenta que "El abuelo Yáñez muere el año 32. Al año siguiente, sintomáticamente, se pone a escribir mi madre, María Flora Yáñez, y el tío Pilo" ("Diaporama de Pilo a Juan Emar"). Pero la verdad es que Emar había avanzado bastante en la redacción de los libros que publicaría pocos años después. Así es como, el 29 de noviembre de 1931, escribió en su *Diario*: "Termino en *Ayer* Guillotina y empiezo *Zoo*" (*Diario*. Inédito). El 4 de enero del año siguiente consigna que empezó *Maldito Gato*. El 23 de junio: "Escribo 1<sup>as</sup> y últimas palabras *Papusa en su ópalo*" (*Diario*. Inédito). El 9 de julio: "Compro cartulina y planito de Stgo. Haciendo avenidas Stgo. y Pb (Pb: sigla con la que nombraba a Gabriela Rivadeneira en su *Diario*. Inédito) plano arquitectura" (*Diario*. Inédito). Se trata, sin duda, del nacimiento del plano de San Agustín de Tango, publicado posteriormente en su libro *Ayer*. Son años de intensa actividad creativa y social, contándose entre sus amigos más visitados Neruda, Tomás Lago, Eduardo Barrios, Marta Brunet, María Luisa Bombal, Huidobro y Camilo Mori..., estos últimos de regreso en el país desde fines del 32 y principios del 33, respectivamente. En 1933 escribió en su *Diario*: "Discusiones Neruda y VH (Vicente Huidobro). Yo pijamas". "Come, 1<sup>a</sup> vez María Luisa Bombal. Bromas. Dejarla auto". "Chez los VH. Conocemos a César Miró Quezada y Mme.". "Se van los Neruda, dejarlos estación, tarde" (*Diario*. Inédito). Volodia Teitelboim recuerda aquellos encuentros:

"Sobre todo en la década del treinta, durante años y largas noches, solía ver a Juan Emar. Nos encontrábamos en la tertulia de Vicente Huidobro, Alameda abajo, casi esquina de Libertad. No había allí nada de palaciego. El ambiente era intelectualmente desatado e incendiario, rebelión pura entre cuatro paredes de un departamento austero (...). Entrábamos en trance. Se discutía con acentos arrebatados; pero Juan Emar callaba. Macizo, resueltamente calvo, amable dentro de su retraimiento, en cierto sentido representaba el anverso del anfitrión, exuberante narciso, siempre atento a la reproducción de su gloria y a la defensa de su papel en la poesía contemporánea. Juan Emar en este capítulo se situaba en las antípodas de la semimudez voluntaria. No se refería nunca a sí mismo ni a su obra. Sin decir palabras nos entregó sus libros *Ayer*, *Miltín*, *Un Año*. Por lo visto hablaba por escrito" (V. Teitelboim en *Un exiliado interior*. Inédito).

Aparecidos en 1935, los tres textos fueron descalificados por la crítica al guardar completo silencio ante ellos: "La reacción de Emar fue de una gran decepción, porque él creyó que iban a ser muy bien recibidos". Y, luego, José Echeverría confiesa: "El estaba muy enamo-

rado de lo que escribió, y vio que había una indiferencia absoluta, que no hubo buena crítica, casi no hubo crítica incluso” (“Diaporama de Pilo a Juan Emar”).

Los tres libros fueron publicados en junio y, algunos meses después, en diciembre, nació su hija Marcela. En marzo de 1937 nacieron las mellizas Pilar y Clara y, también, apareció su último libro, *Diez*, el que corrió la misma suerte que los anteriores. A fines de ese año, Emar viajó a Europa con su hija Carmen para dejarla en un colegio suizo. El viaje permitió que Emar y Pèpèche se reencontraran y estuvieran juntos algún tiempo en París. En marzo de 1938 volvió a Chile y se instaló con su familia en el fundo La Marquesa, ubicado en las cercanías de Santiago, donde, “bordeando los 45 años, anota en su *Diario*, como si recién realizara un descubrimiento que necesitara reafirmación: ‘Soy escritor y como tal me realizaré’” (“Ausencia Presencia de Juan Emar”, Carlos Piña, Pablo Brodsky, Patricio Lizama. *Revista Universitaria*, xxxi, 1990). Así, el 14 de septiembre de 1940, Emar escribió en su *Diario*: “Empiezo *Umbral* como carta única mía, carta a Pb”. Se trata de la primera referencia al gran proyecto escritural que constituye su obra llamada *Umbral*. El 23 de diciembre de ese año, escribió: “¡Qué felicidad! ¡Qué paz! Nace Guni” (Juan Emar. *Antología Esencial*. Prólogo). Para, finalmente, en marzo de 1941 escribirle a Guni Pirque lo que sería el Prólogo de su obra, dando inicio a una aventura escritural que no terminará sino con su muerte.

## V

Lila Bianchi cuenta que “cuando comenzó a escribir *Umbral* me dijo: Yo estoy escribiendo, imaginando una ciudad que para mí sería el ideal, un poco así debería ser el mundo” (“Diaporama de Pilo a Juan Emar”). Por su parte, Carmen Cuevas recuerda que “siempre pasaba a máquina las cosas que Pilo escribía; la mayoría de las veces tenía que pedirle que me tradujera, y cuando lo hacía era genial. Te explicaba el cómo, el por qué tal punto y todo lo demás. Entonces hizo el segundo tomo de ese libro que también me regaló” (“Diaporama de Pilo a Juan Emar”).

En *Juan Emar y La Marquesa, Remembranzas en las Contramemorias*, Leopoldo Castedo menciona que eran habituales en las tertulias que en el fundo se realizaban

“las visitas y presencias de alojados entre los que recuerdo como los más habituales a Víctor Bianchi, Vicente Huidobro, José Ricardo Morales, Salvador Téletz, Simone Chambelain, Miguel Serrano, Esteban Rivadeneira, el doctor Ramón Clarés, psicoanalista, con la fotógrafa Lastenia, su mujer, el pintor Arturo Lorenzo y su mujer Elena Gómez de la Serna, Eduardo Anguita (...)”.

Y continúa más adelante:

“En la galería había algunos libros. Allí descubrí varios de los escritores franceses con los cuales Pilo se sentía identificado y, en cierta medida, continuador. Por cierto, el más destacado era Baudelaire en sus *Fleurs de Mal*, así como algunos títulos (...) de la época del escepticismo materialista, no de la católica, de Huysmans; pero el “decadentista” que más me incitó a su mayor conocimiento, por inspiración directa de Pilo, su gran admirador, fue Villiers de l’Isle-Adam, con sus sobrecogedores *Cuentos Cruels*” (Inédito).

En 1946 se separó de Gabriela y se instaló en un departamento “chico y triste” (Carmen Yáñez. Grabación del 14 de noviembre de 1995), en Santiago, donde siguió trabajando su obra monumental. En enero de 1948 murió Vicente Huidobro. La soledad y la pérdida de su mejor amigo lo sumieron en una fuerte depresión. Al mes siguiente, le rogó a su hermana Luisa, quien viajó a Europa, que hablara con Pépèche y la trajera a Chile con ella. Ésta llegó en mayo, en compañía de su hijo Jean Marc, a quien Emar reconoció legítimamente como hijo suyo. Los Yáñez vendieron La Marquesa y Emar con Pépèche se fueron a vivir a una casa que éste compró en Nancy, una estrecha calle ñuñoína. Allí escribió y pintó hasta que, a fines de 1953, viajó por última vez a Europa, a Cannes, “en donde trabajaron una tienda de antigüedades. Emar, ya muy distante de esos otros antiguos años en Francia, plagados de noches de farra y exaltación ‘hacia fuera’, sigue escribiendo y pintando” (“Ausencia Presencia de Juan Emar”, *Revista Universitaria*). En 1955 Emar fue a visitar a Carmen, quien vivía en la comunidad de Lanza del Vasto. Allí le confesó a su hija que iba a regresar a Chile, pues las cosas con Pépèche no andaban bien (Carmen Yáñez. Grabación del 14 de noviembre de 1995). De esta manera, a principios de 1956 tomó el barco que lo trajo definitivamente al país. En carta enviada el 22 de abril de 1956, Emar le escribía a Carmen sobre su regreso:

“Mañana hará justamente dos meses que estoy en Chile (...). Me vine a casa de las niñas (Marcela, Clara y Pilar Yáñez Rivadeneira). A todo el mundo lo he encontrado muy bien: tío Lucho (Luis Vargas Rosas), Henriette (Petit), Paico (Luis Cuevas), Nana (Nana Bell), Cotapos (Acario), Neruda, Víctor (Bianchi), Lila (Bianchi), etc. y etc. (...). Veo a menudo a Verónica y a Juan Pablo (nietos); a Venturelli y su mujer; a Edmond; a Elena Yáñez; a Tito (Yáñez) y Regina; a Nieves Yanko; Lili Garáfulich; Nemesio Antúnez...”.

Más adelante le cuenta que “Cuco (su hijo Eliodoro) ha recibido la oferta de una administración campestre, en Temuco; si la acepta me iría a vivir con él (y su mujer, Clarisa Arrieta), viniendo a Santiago de cuando en cuando. El proyecto me es tentador, sobre todo para la pintura y, claro está, para la literatura” (Correspondencia privada. Inédita).

En efecto, el 1 de diciembre de 1956 le contó que: “¡Por fin le escribo desde Quintripe! El día 13 del mes pasado cumplí mis 63 años y me dije: “¡Basta del mundo y sus pompas vanas!”. Así, pues, al día siguiente, 14, tomé en Los Cerrillos el avión y tres horas después llegaba a Temuco...”, añadiendo más adelante,

“todavía no he empezado a pintar ni a escribir. El arreglo de mis papeles y libros y etc. me quita el tiempo. Falta aún acomodar el caballete. He llegado aquí extremadamente nervioso e inquieto como si algo extraño y nebuloso me persiguiera. Ahora, y poco a poco, eso extraño se va alejando y yo voy recobrando la tranquilidad. Naturalmente que los días de Santiago me tuvieron que hacer mucho mal: una ciudad enorme y bulliciosa y mal organizada. Los amigos, y la gente en general, atareada en ganarse los \$ para comer y todos peleados entre ellos...” (Correspondencia privada. Inédita).

Pero pronto la escritura y la pintura consumirían sus días en el sur de Chile:

“Yo sigo escribiendo mucho: voy en mi libro *Umbral* en la pág. 2407 y tengo todavía para otras tantas páginas. No pienso publicar mientras yo viva (...). No quiero ni me interesa la opinión de críticos y público. Quiero tranquilidad y

mucha paz” (Correspondencia privada a Carmen. 28 de junio de 1957. Inédita). “Fuera de pensar en usted, escribo bastante; ya voy en la página 2566... Además pinto bastante. Cuando fui a Santiago le mandé a Pèpèche un cajoncito en el que iban 46 cartones...” (Correspondencia privada a Carmen. Febrero 9 de 1958. Inédita).

En enero de 1957, en la Boutique d’Art du Negresco, Niza, se realizó una exposición de las pinturas de Emar, gracias a la gestión de Pèpèche. El 19 de junio de 1958, le habló a su hija de una determinación que había tomado: “Después de muchas cavilaciones he resuelto poner como nombre de autor a lo que escribo: *Juan Emar*. Suprimo, pues, completamente el de Álvaro Yáñez (...). Además con el nombre de Juan Emar ya he publicado y escribí en *La Nación*” (Correspondencia privada a Carmen. Inédita).

En aquellos años sus lecturas eran Steiner, Gurdjieff, Ouspensky, *La Biblia*, Jules Bois, Dostoievski, Maurice Nicoll, Rodney Collin, Max Heindel, León Denis, Krishnamurti... Son los autores que le interesaban, manteniendo una actitud distante frente a las celebridades del momento: “De Pasternak... He seguido, por encima, su caso y las peleas que ha originado con el premio Nobel y demás. Pero lo siento eso tan lejos de mí, de esta vida solitaria y de trabajo que hago aquí en el campo que luego lo olvido y no vuelvo a pensar en ello” (4 de diciembre 1958. Correspondencia privada a Carmen. Inédita). El 22 de agosto de 1959 insistía en no publicar su obra:

“Sigo escribiendo todos los días. Sigo en mi obra *Umbral*. Ya voy en la página 3332. Cuando ello se publique dará una enormidad de tomos. ¿Cuándo? ¡¡Después de mi muerte!! No quiero oír los comentarios de críticos y más críticos, no quiero saber la opinión de seres que hacen de lo que leen una profesión para ganarse la vida. Las artes, para mí, tienen otro sentido y otra finalidad (...). De pintura... nada he hecho. Creo que decididamente no soy un pintor” (Correspondencia privada a Carmen. Inédita).

Es así como después de la exposición de Niza, dejó la pintura definitivamente, en 1958 (21 de junio de 1960. Correspondencia privada a Carmen. Inédita).

## VI

En mayo de 1960 ya había escrito la primera parte e iniciaba la búsqueda de un nombre para la obra completa:

“Sigo con mi libro. Voy ya en la página 3905 (...). La primera parte se llamaba [sic] *Umbral*. Ya la terminé en la página 3664; y, en la siguiente, o sea, 3665, empecé la segunda parte llamada *Dintel*. Como ve usted, es una puerta. ¿De qué trata? Morona, trata de todo y de nada; escribo y escribo y así, escribiendo, se trata de todo y de nada (...). Claro está que hay personajes, muchos personajes: Lorenzo Angol, Romualdo Malvilla, Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay, don Irineo Pidincio, el doctor Hualañé, Rosendo Paine, Stramuros (un gran compositor que, con su nombre, sigue la tradición: Stradivarius, Strawinsky, Straciari), Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe, el arquitecto Ladislao Casanueva, un gran chino llamado el Chino Fa, Rubén de Loa, un mago llamado Bárulo Tarata, el diablo en persona

que se llama Palemón de Costamota, un iniciado que es Florencio Naltagua y etc., etc. Hay sabios, críticos, iluminados, políticos, vividores, profesores, guerreros, hombres sin encarnaciones, locos, etc., y etc. Esto es respecto a los hombres; respecto a las mujeres podrá usted encontrar otras tantas, como ser: Marul Carampangue, Albania Codahue, La Tomasa, Teodosia Huelén, Martina Vichuquén, Miroslava Lipingue, Clotilde Antilhue y, otra vez, etc., y etc. Por los títulos, usted comprenderá algo: *Umbral* es la vida de todos los días que, naturalmente, se prolonga un poquito más que el diario vivir y, de repente, se mete a regiones algo peludas... *Dintel* es más otra región o, si usted quiere, es siempre la misma pero vista con otros ojos. Un *Dintel* está siempre más alto que un *Umbral*. Está tan alto que *Dintel* sucede en: el fondo de la Tierra. A este fondo estoy yendo, a veces con Lorenzo Angol y en él encuentro a Florencio Naltagua y a Teodosia Huelén. Pero he de pasar primero por entre las palabras de Palemón de Costamota... ¡Uy, Moroñenta! ¡Es algo terrible! Pero al final se llega a ese fondo y ahí me encuentro con: ¡Colomba! Es en lo que ahora estoy: añorando a Colomba cuando salgo a la superficie, añorándola cuando me encuentro con tanto personaje de aquí (...). En *Dintel* voy en la página 241 (...). Yo no escribo jamás pensando en un futuro éxito, en alabanzas y demás. Esto es el inconveniente que atisba a los escritores y que luego se les viene encima. ¿Cómo? Les otorgan una medallita y les tocan música mientras él pasa ufano y soberbio. Por eso no quiero que nada de nada se publique mientras yo viva. Me destemplo (sic) sólo con pensar en los 'críticos'. La literatura tiene otro fin: es una manera de estudiarse, de investigar, de cultivarse" (19 de mayo de 1960. Correspondencia privada a Carmen. Inédita).

El 20 de enero de 1962 le escribió contándole que los días de Quintrilpe estaban llegando a su fin: "Nosotros dejaremos este fundo en pocos meses más (...). Yo me alegro de abandonarlo pues el clima es horroroso en invierno" (Correspondencia privada a Carmen. Inédita). El 6 de junio de ese año le escribió desde Santiago, que pensaba irse a pasar algunos inviernos en Viña del Mar, a casa de su primo Luis Fidel Yáñez. Allí siguió escribiendo su *Umbral*: "Mi libro sigue su curso; voy en la página 5011" (diciembre 6 de 1962. Correspondencia privada a Carmen. Inédita). El 20 de enero de 1963, de regreso en Quintrilpe durante el verano, insistió sobre el título de la obra:

"Ahora le voy a hablar un poco de mi libro que sigue y sigue creciendo; va en la página 5083. La primera parte se llama: *Umbral*, y la segunda: *Dintel*. El total... no sé cómo llamarlo; es la continuación y los personajes son los mismos. Como usted ve, tanto *Umbral* como *Dintel* son parte de una puerta. He pensado llamarlo "Bajo el Pórtico" pero no me gusta la palabra "pórtico" por tener acento en la letra "o"; también he pensado llamarlo simplemente "La Puerta". Y, doña Moroña, he pensado en usted para que me diga su opinión (...). Podría usted buscar una palabra (sin acento), una palabra corta y fácil y, entonces, así llamaríamos al libro. Sería muy lindo que usted, Moroñenta, encontrara el título" (Correspondencia privada a Carmen. Inédita).

Así, el 11 de febrero de ese año: "Empezaré por decirle que: ni media palabra más; mi libro tendrá como título general: *La Puerta*. Es el que usted me aconseja y esto es bastante para que yo lo adopte" (Juan Emar. *Antología Esencial*. Prólogo).

Pero la determinación final la tomó Juan Emar solo frente a su obra. Es así como en las últimas páginas que escribió, dejó un verdadero testamento sobre un tema que lo atormentó durante sus últimos años:

“¿Estos papeles, este alto de papeles? Me haces reír, mi Colomba. Estos papeles... Te lo diré (...). Ellos son mi obra... Ellos son cuanto he escrito... Ellos... Empecé, hace ya muchos años, por llamarlos *Umbral* (...). Después, lo que escribía, creció (...). Y yo me pregunté: Colomba... ¿Es un “umbral”? Y yo me contesté: No; Colomba debe estar más alto. Este libro se ha de llamar: *Dintel*. ¿Y cómo he de llamar a los dos juntos? Escribí a mi hija, a Carmen, a mi hija que estaba en París. Le preguntaba por un título para ambos. Ella me respondió: *La Puerta*. Pero esta “puerta” se agigantó súbitamente. Yo retrocedí ante ella. Claro está, pensando en ti, trepé hasta su “dintel”. Pero... desde él caí, caí al “umbral” y en él me he quedado. ¡Sí, sí, Colomba! Si yo estuviera en el dintel ya no tendríamos más que hablar, ya no viviría yo ansioso por hallar estos instantes que paso junto a ti. Esto que escribo será, pues, *Umbral*. Así lo siento más restringido, más cerca de mi tamaño; así encuentro que hago el verdadero homenaje a tu persona (...). Ahora pienso en mi hija Carmen. Tú me perdonarás, hijita mía, tú me perdonarás por haber vuelto al principio, a esos lejanos y tan lejanos tiempos en que tomé la pluma por primera vez y empecé escribiendo a: “Guni querida” (...). Al haber vuelto a ese *Umbral*, he hecho algo bien contigo, Carmen; contigo, allá lejos, Guni; y, de rodillas te digo *contigo, mi Colomba* (*Umbral*. Dintel 5).

Pocos meses después, el 8 de abril de 1964, Juan Emar murió en Santiago.

NOTA: Quisiera agradecer a Carmen Yáñez y a Eliodoro Yáñez por los valiosos datos e informaciones que me han confiado, así como a Carlos Piña, sin los cuales esta biografía no hubiese sido posible.

PABLO BRODSKY B.  
1996

*TOMO I*

*Dos palabras a Guni*

## PREÁMBULO

La Torcaza

Marzo 2 de 1941

Guni querida:

¿Cómo empezar a contarle todo? Tengo aquí una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo. Cuando quiero echar mano a ellas, se escabullen. Son las andanzas, hasta hoy sin fin, de mi amigo Lorenzo Angol, persona que, como esas notas y demás, sólo a veces me es tangible pero que, la mayor parte del tiempo, también se me escabulle en forma fantasmal.

Más *tengo* que contarle todo a usted. No olvide mi primer cuento, aquel de: “¿Dónde estás, dónde estás?”. No olvide cuando yo, solo, me paseaba por los corredores de estas casas, llevando la esperanza –y no creo exagerar si digo la certeza– de que en alguna parte alguien existía, alguien que bien pudiera acompañarme. Deseo muy natural –pensará usted–, deseo de todo el mundo. Claro está que es así. Pero había en él algo más, algo como un deber de encontrar esa compañía, contarle todo y luego, y sobre todo, contarle todo para poder *descifrar*... ¿Descifrar qué? No lo sabía y, debo confesarle, tampoco ahora lo sé.

Bien; siguieron los paseos y corredores. Un buen día usted apareció.

Volvamos, pues, a la pregunta, al llamado mío:

“¿Dónde estás, dónde estás?”.

Era el silencio en todas partes. Y era, a la vez, la presencia invisible.

Una mañana, removiendo en la mente cuanto quería escribir e invocando a esa mujer, dije casi en voz alta:

*Para ti, mujer oculta;*

*¡Dígnate aparecer y escucha!*

Y representándome estas palabras en la primera página de un libro, añadí mis iniciales –O.B.–, pero las añadí temblando, como tiembla un niño al hacer algo que no debe.

¡Qué dedicatoria altisonante! ¡Qué cosa tan fuera de mi espíritu!, sobre todo fuera del espíritu que esperaba dar a cuanto fuese a escribir: una narración fiel y tranquila de los hechos por mí presenciados, una narración de una verdad y nada más y, claro está, salpicada con mis propias cavilaciones. En buenos términos, ¡qué desviación del espíritu! Luego atribuí tal desviación a mi sufrimiento por la soledad. Hoy creo que algo más me desviaba. En fin y como sea, éste es mi segundo cuento que llamaremos: *La Dedicatoria*.

Ahora podemos abreviarlo y ponerlo a nuestro alcance:

*A usted, Guni Pirque, dedico todo esto.*

O.B.

Al mismo tiempo otra ruedecilla literaria se había puesto en marcha: un título.

¿Un título? ¿Poner un título a lo que quiero contarle a una amiga, a las cartas que quiero escribirle? ¡Un nuevo absurdo! Sí. Pero, espontáneamente, un día en un corredor me dije:

### *Umbral*

Tenga ahora un poco de paciencia mientras le explico la relación existente entre esa palabra y mis relatos. A lo largo de ellos, creo que tendrá mayor luz. Por el momento puedo decirle que, junto con encontrarme con un título y una dedicatoria, nació en mí una reacción en contra de tales comienzos librescos. Vine, entonces, a mi escritorio y, escribiendo, me disculpé con una larga explicación. Óigala:

Cuanto voy a escribir —yo, Onofre Borneo, ciudadano chileno, nacido en Santiago el 13 de noviembre de 1893, a las 9 de la mañana— no debe tener el carácter de una “obra” si por obra entiendo el planteamiento de un problema, su desarrollo y su *solución*.

No soluciono nada ni debo tratar de solucionar pues esto está impedido justamente por el carácter mismo de esto que voy a escribir. Cualquier intento en tal sentido sería un acto de voluntad, un acto premeditado ya que toda solución se hallaría desde antes en mí y hacia ella se inclinaría —quisiéralo yo o no— la marcha de las personas que aquí figurarán. Yo ignoro toda solución por la imperiosa y muy simple razón de que ella, de encontrarse en algún sitio, no se encuentra en mí sino en otros y de presentarse algún día no se ha presentado aún puesto que estos otros siguen hoy, y seguirán mañana, viviendo y actuando.

Ya que se trata aquí de biografías o, mejor dicho, de diarios vivires, debo sólo anotar, esbozar, dejar únicamente enunciaciones de problemas, eso sí que con todos sus elementos; en su falta, con el mayor número posible de ellos.

Ante la necesidad de colocar un título, se me impuso el de UMBRAL. Pues me siento, ni más ni menos, colocado en un umbral.

Tiene éste una característica: hacia atrás es una extensión iluminada; hacia adelante la oscuridad. Es como estar sobre él dando la espalda al sentido de la marcha, o sea, a la finalidad de ella y digo finalidad ya que fuerza será seguir adelante. Quiero decir que este “adelante” —hoy oscuro— podría ser la solución o —si no la hay de verdad— la *explicación* de lo ya recorrido.

Pero a esta explicación no la siento de mi incumbencia. Siento que ha de ser hallada por otras mentes y vista por otros ojos.

Me limito, pues, a mi deber: a estas mentes, a estos ojos proporcionarles cuantos elementos me sea posible. Quien luego se empeñe en explicar, que se encuentre satisfecho ante la cantidad y, ojalá, la calidad de los materiales que he puesto a su disposición.

Quede, por lo tanto, bien establecido que yo no doy ni podría dar clave alguna, que sólo formulo problemas, que sólo pregunto frente a los hechos que he presenciado. Y no hay más.

A todo esto, Guni, el tiempo pasaba: días, meses y aun años. Anotaba, sí; trabajaba, apenas. Sin embargo, de tanto remover papeles, un esquema se fue formando. Era como un andamiaje que, alguna vez, habría que rellenar. Hoy ignoro si he de seguirlo o no. Lo ignoro por la misma razón que le anoté más arriba: “Yo no puedo explicar porque nada puedo anticipar”. No sé hacia dónde va cuanto ahora emprendo ya que no sé el destino de Lorenzo Angol ni de los demás amigos. Sé de sus pasados, sé de sus días actuales, mas

¿cómo voy a saber de sus días venideros? Puedo, claro está, conjeturar sobre ellos, puedo insinuar aproximaciones. Pero nada más. Es mejor, pues, que pase a presentarle, en palabras muy abreviadas, las 3 partes, los 3 pilares que sostienen a ese esquema de que le hablé:

### *Primer Pilar*

#### EL GLOBO DE CRISTAL

Creo que Lorenzo Angol es —o, al menos, era en los años de este Pilar, es decir, 1926 y 1927— un ser, en resumen, víctima de una dualidad. Fue tocado, un buen día, por ideas muy altas, abstractas —como se las llama. Germinó en él, entonces, un gran anhelo de mundos superiores. Concibió la manera de llegar a ellos reclusándose lejos del mundo, de ese mundo que perturba las meditaciones profundas. Pero sintió, de inmediato, que tropezaba en un obstáculo, mejor dicho, que ante él se erguía un impedimento en forma de fantasma severo y astuto a la vez: la reclusión anticipada.

He aquí todo el drama.

Este drama se produce por una causa muy simple. Es la siguiente: apenas intenta la reclusión es asaltado por las ansias de la vida de los sentidos y siente que son las sensaciones fuertes las que estimulan su inteligencia. En cambio, apenas se encuentra en esta vida, la reclusión lo llama y los momentos de paz y meditación que ha tenido lo punzan como una añoranza imposible de resistir. Pero no olvide que, a pesar de esta dualidad, el fondo es el mismo, subsiste en ambas vidas: la marcha hacia mundos superiores. La dualidad, la lucha reside en la manera de *cómo marchar* y, por ende, en *su manera de vivir cada día*.

Aparecerán luego muchos recuerdos suyos, tanto de sus horas de vivir recluso como de las de vivir mundano, todos ellos teñidos por una sombra de fracaso. Comprende que siempre este fracaso es provocado por el polo opuesto. No ve la posibilidad de llegar a lo que comúnmente se llama “un buen entendimiento”. El buen entendimiento trae de inmediato la mengua de una y otra vida, o sea que tiende a hacer de él un simple aficionado a esos mundos superiores, aficionado que, quiéralo o no, se va inclinando a una vida neutra sin más.

Viene entonces el intento que hace Lorenzo para armonizar esta dualidad. ¿Cómo? No encuentra más que un camino, uno solo: el desdoblamiento; ese afán —piensa— que nace dentro de todos los hombres en vías de evolución, afán de crear en uno mismo dos entidades: 1) la que vive y experimenta; 2) la que, serena, contempla y elabora.

Llego ahora a un punto para mí muy oscuro, una pregunta que, al menos por el momento, no trato de contestar: Lorenzo se desalienta ante la posibilidad de un desdoblamiento provechoso. Tal vez esto se deba a sus fracasos anteriores. Le repito: no lo sé, al menos hoy. Mas aparece entonces —y de modo harto extraño, por un globo de cristal— otro hombre que se ofrece para ser su doble, un amigo, Rosendo Paine. Es como un contrato. Es abarcar entre dos el total ya que uno solo no lo ha logrado. Es ocupar ambos polos, el positivo y el negativo, el blanco y el negro, como quiera usted llamarlos. Es, en la amistad consciente y volitiva, la fusión que, tal vez ingenuamente, casi todos han creído realizar por medio de un amor.

Y parten.

Cuántas andanzas, cuántas experiencias, cuántas altas y bajas... ya lo iremos viendo. Por ahora sólo puedo anticiparle, que presumo la existencia de un tercer personaje —démeme llamarlo así con mayúsculas: Tercer Personaje—, personaje recóndito, muy oculto en un arcano fuera de toda visión y de toda comprensión humanas: el personaje que, sosegada e inexorablemente, advierte que el encuentro entre dos de la unidad no es cosa hacedera en este mundo. Lorenzo y Rosendo chocan. Lorenzo y Rosendo son los grandes amigos atraídos por la colaboración entusiasta y sincera. Ellos son los hombres que, por senderos muy tortuosos, hallarán siempre un impedimento o una burla a ese intento equivocado. Grandes amigos que todo lo ensayan, que ante ningún experimento se arredran y que se destruyen. La cuerda se rompe y se separan.

A todo esto planeaba, sobre este Pilar, la sombra de una mujer: Lumba Corintia. Era como un imán que atraía o, mejor dicho, como un motor que pondría en marcha primero e impulsaría después hacia la realización de este ideal de unidad en estrecha comunión. Por ahora, mientras nos apoyemos en este Pilar, su influencia y presencia se ha de manifestar en forma vaga como vagas son las palabras que Lorenzo sobre ella escribió al recordar su pasajero idilio de un año antes. Helas aquí:

Una imagen indecisa y placentera. Imagen que aparece y desaparece. Hay en sus apariciones como un llamado, como algo que quisiera salir a flote pero que es nuevamente sumergido... ¿por la vida?, ¿por mis preocupaciones de hoy?, ¿por mis actividades con Rosendo? No lo preciso. A veces es Lumba Corintia quien llama; otras veces, una forma de mujer incógnita, nada más. Pero ha de ser Lumba Corintia, ¡Oh, sí!, ha de ser ella.

Poca cosa aún, como usted ve. Más ya ha tocado. Sin embargo no logra ser el eje. Está éste en Rosendo. Y, no olvide, el misterioso Tercer Personaje —que luego extenderá su manto hasta regiones muy lejanas— está allí vigilante y pronto a romper cualquier cuerda que a los hombres vaya a atar. Vuelvo a mis dos amigos y le repito: Lorenzo y Rosendo se separan.

Otros acordes empiezan a modularse en los oídos de Lorenzo.

Veamos, Guni, si logro expresárselos.

## *Segundo Pilar*

### EL CANTO DEL CHIQUILLO

No sé cuántas páginas tendré que llenar para contarle a usted todas las andanzas del primer Pilar pero sí puedo decirle de ellas dos cosas: 1) que duran hasta el 31 de diciembre de 1927, día en que Lorenzo Angol se marcha, se precipita, diría a su fundo La Cantera; 2) que abandona andanzas, contratos y demás con el ánimo por los suelos, desencantado y, sobre todo, confundido. Así termina, pues, el año 1 de mi largo cuento.

Viene ahora nuestro año 2, sea 1928.

Durante él yo nada supe de Lorenzo. Sólo más tarde —en enero de 1929 y en la ciudad de San Agustín de Tango— lo volví a ver. Entonces, a mis cien preguntas por su vida me contestó pasándome varios cuadernos por él escritos. Ellos formarán este Pilar. Y usted, Guni, me perdonará ya que, desde la primera hasta la última página, no hay ni una sola palabra de mi pluma.

Resumiré aquí con la mayor brevedad que me sea posible:

Los dos primeros meses los pasó —como le dije— “precipitado” en La Cantera pero un proyecto de viaje lo obligó, cierto día de principios de enero, a ir a Santiago. Aquí, una noche y en una fiesta cualquiera, encontró a Lumba Corintia, la dama vaga entre las vagas en su influencia. Lorenzo la había conocido tres años antes, en 1925: un flirt pasajero de hondo recuerdo. Ahora es su presencia después de tantos ajeteos. No olvide: “¡Oh, sí, ha de ser ella!”. Viene un amor. Cada ida a Santiago es el viaje al Viejo Mundo como telón de fondo y llamado a mayor vida; y es el amor con ella, apasionado.

En marzo parte Lorenzo a París. En París recuerda ese amor que ahora se agiganta junto con retroceder en medio de su verano, verano extremadamente caluroso, verano chileno, verano santiaguino, largo, lento, terroso. Verano que se va con Lumba Corintia y también con él, Lorenzo, abrazado a ella. Cuando así estaban, entonces y allá, oyó muchas veces, a través de una ventanita pegada al techo, el canto del chiquillo. Recuerda y vuelve a oír. Una inmensa sombra de pesadumbre se proyecta sobre ese cercano pasado que se aleja y se va, llevándose a una mujer y a un verano lleno de tierra quemante.

Es que ha surgido otro problema, angustioso. Ya no es la dualidad de la persona humana; es —me atrevería a explicarme así— la dualidad puesta en el tiempo, en el suceder. El drama: *la no conciencia del momento que se vive*.

Es el tormento de no poder aterrizar en el verdadero vivir porque entre él, Lorenzo, y ese vivir se interpone siempre el desenvolvimiento calmoso de cada momento.

Pero hay que explicar un punto: la no conciencia del momento que se vive radica en la imposibilidad de poder apreciar cuáles de los momentos son los de verdadera intensidad, los de verdadera plenitud, los que, más tarde, van a florecer marcando el acento y el significado de toda una época pasada. Y hay, en cambio, otra conciencia que allí se yergue para mayor tormento: la de saber que este momento presente, cualquiera que él sea, está lleno de vida, saberlo, sí, y no poder quitar el velo de apariencias e instantes sin valía para ver desnuda la verdad y sumergirse en ella.

Así, pues, Lorenzo estuvo con Lumba Corintia. Un amor que sintió —en las horas mismas de realizarse y a pesar de su pasión— más bien gris y acorde con ese Santiago soñoliento y abrasado por el sol, ese Santiago que se acurrucaba humillado ante la permanente evocación de sus otros dos viajes a Europa: España, Italia, Inglaterra, Francia y, sobre todo, París. Lorenzo se decía en los brazos de ella:

“No, no, no es así. Esto tiene que ser inmenso, esto está pleno de emociones que me burlan escondiéndose y que pronto, cuando ya me encuentre lejos de mi Lumba Corintia, saltarán, me acometerán para clavarme la congoja de un bien perdido que no supe distinguir, que no supe gozar”.

Busca, afina sus sentidos, husmea en el presente lo que ha de surgir en el futuro. ¡Nada! Hay tedio, hay calor, Santiago se amodorra... y llega a sus oídos, a través de la ventanita aquella, ese cantar, siempre el mismo, de un chiquillo invisible:

*Anoche y antenoche y esta mañana  
Me salieron los perros de doña Juana,  
¡Sí, ay ay ay!*

Allá, en el otro hemisferio, París, lleno de luz, trepida.

*Es en París ahora igual cosa. Sabe que todo su pequeño departamento, que en todas sus habitaciones, en cada rincón, agazapada está la vida. Pero no hay conjuro que logre hacerla visible. Otra vez... ¡nada!*

¡Lumba Corintia! ¡Lumba Corintia! ¿Cómo pudo ser posible que no te dijera cuánto vivía y vibraba junto a nosotros? Ahora en él resonaba como un canto de desesperanza el canto del chiquillo. Y por sus notas trepaba, enredándose, una inmensa araña velluda. Como luz, para ese cuadro de horror y dolor, sólo una ventanita allá arriba mirando hacia los cerros desolados y hacia el Sol.

Usted, Guni, conoce esa ventanita. Mírela bien. Es hecha de vida, vida que hay que coger fuertemente. ¡Que nunca se nos escape!

No vale la pena caminar solo por las calles de Santiago ni por los corredores de este fundo.

Entretanto una sombra maléfica giraba, giraba. Se acerca. Llega: Rosendo Paine está en París y se presenta. Desde "el globo de cristal" hay en él un resentimiento, más aún, hay algo como un deseo de venganza, de sumir en la existencia disipada al hombre que, alternamente, quiso aislarse. Aquí viene. Trae notas de jazz, trae alcoholes y barajas y, ¡qué diablos!, buen vivir. Trae a su gran amiga, trae a Nicole. Y Nicole trae, coronando su elegancia, unos cabellos de oro viejo y unos ojos de aguas dormidas.

Pero volvamos a Lorenzo. No, no quiere esa vida. Quiere otros horizontes, otro mundo. Ya ha sufrido una dualidad con su propia persona al querer actuar y ha fracasado; ahora sufre otra con el tiempo que sucede y no ha logrado descifrar. Hay que irse, hay que huir. París es Rosendo con sus mil garras; Santiago es aquel canto, aquella ventanita, aquella araña monstruosa. Hay que huir.

En octubre regresa a Chile.

Por dos meses se encerró en su Bóveda de La Cantera. Esta Bóveda, Guni, nos hará conversar mucho, mucho. Por hoy basta con que usted sepa que allí nuestro amigo labora y fortalece las esperanzas de, algún día, ver. Allí escribió y escribió tras la búsqueda de la unidad de ese que le aparece como pavoroso dualismo.

Es decir, escribió estos cuadernos que ahora usted leerá.

Al fin la Bóveda lo expulsa. Afuera revolotea un deseo de vida activa e intensa pero no semejante a la que ofreció Rosendo, por muy dorados que fuesen los cabellos de Nicole y muy acuosos y profundos sus ojos.

Algo más lejos hay otra ciudad que espera.

¡Vamos allá!

### *Tercer Pilar*

SAN AGUSTÍN DE TANGO

San Agustín de Tango es, como usted bien sabe, una ciudad de nuestro país. Déjeme darle, sobre ella, algunos datos someros:

Se encuentra sobre el río Santa Bárbara, a 32 grados de latitud sur y 72 grados de longitud oeste; 831.607 habitantes, según el último censo; catedral, basílica, arzobispado, museos de arte, de ciencias e historia, jardín zoológico y jardín botánico, universidad, laboratorios, cafés y cabarés, prisiones, manicomio, en fin, no voy a enumerar aquí cuanto tiene esta ciudad. Le agregaré, tan sólo, que hay, en los alrededores, ricas plantaciones de olivos y peumos y no menos ricas minas de manganeso. Le llevo, además, un pequeño plano de su parte central.

Yo guardaba un recuerdo bastante extraño de ella. Allá por el año de 1923 —es decir, 5 años después de mi matrimonio con Isabel—, partimos, ella y yo, durante un tiempo a San Agustín de Tango. El último día de nuestra permanencia fue caótico. Lo anoté y ya lo verá usted. Pero hoy no se trata de mí; se trata, más bien, de Lorenzo Angol.

Es nuestro año 3; en los calendarios, 1929. Desde el 2 de enero, Lorenzo se encuentra aquí. Vive de espectador. No quiere forzar ni imponer. Quiere que el vivir afanoso de los otros se explye ante él y él, entonces, aspirar esa vida, beberla, que entre, se asiente... que ya, alguna vez, dará sus frutos. Le diré, Guni, que yo, a mi vez, pasé a ser simple espectador. El Pacto había terminado pero yo seguía tras Lorenzo. Ya lo verá usted.

San Agustín de Tango se presta admirablemente a estas intenciones. Es una hermosa ciudad y en ella se vive con pocos frenos y pocos temores. Parece que su voz de orden fuese: "Sed cualquier cosa mas sedla en su totalidad". Hay que ir, ir, ir. ¿Adónde y con qué objeto? No se sabe. La cuestión es ir, siempre ir y lo más lejos posible. "Acaso —piensan sus habitantes— de tanto ir se ha de avanzar y, al avanzar, puede una sorpresa, puede un buen hallazgo aparecer".

Está bien marchar así y a la vez está bien mirar estas marchas si, un año antes, la vida entera ha estado suspendida en el canto melancólico de un pobre chiquillo. Lorenzo observa, escucha, anota, va y viene. Durante nuestras entrevistas me conversa y me lee sobre sus idas y venidas. Frecuentamos, principalmente, cinco grupos de gentes bien distintas al juzgárseles por su esencia, por su profunda esencia. En el vivir cotidiano, claro está que la delimitación entre grupo y grupo se hace difícil. Son tantas las personas que pasan de uno a otro, que algo están en cada uno. Para nosotros afirmaremos con énfasis la (división) que le he hecho. Ahora, si usted quiere, echemos un vistazo al plano que le llevo:

En la parte baja, a la derecha, cerca de la Prisión Legal, verá usted una vieja casa cuya muestra es un gran pie desnudo. Nos encontramos en la "Taberna de los Descalzos", calle del Incienso. ¡Ah, Guni! No hay alcoholes ni excitantes en el mundo que en esta taberna no se expendan. En ella ruge el jazz, lloran los tangos, rajejan las guitarras, ríen los platillos y cascabeles y se lamentan las trutruacas. Entre tanta algazara revolotean mil mujeres: nórdicas de oro, mediterráneas de marfil, negras de azabache, orientales de ámbar, circasianas, laponas, hotentotas y qué sé yo. Las luces cambian desde la semitiniebla arrulladora hasta el resplandor deslumbrante de un sol. Silban cual flechas los camareros, tambaléanse los ebrios, cantan los eufóricos, discuten y aleccionan los intelectuales, languidecen los desencantados, hierven los lascivos, meditan los filósofos, predicán los creyentes, entiésanse los cocainómanos, pagan y pagan los botarates, en fin, sea extravertiéndose o introvertiéndose, todos y todas se agitan al máximo de sus posibilidades.

A esta recordada Taberna de los Descalzos, a esta taberna crematoria, va a dar, en resumen, cuanto en la ciudad se elabora en materia de chismes y murmuraciones, de esperanzas y desalientos, de fantasías y creaciones.

A esta taberna sin par va a menudo Lorenzo Angol, van los amigos y amigas. A ella también voy yo, mejor dicho, iba yo en aquellos tiempos. A ella iba a ver si, atisbando desde mi rincón, lograba sorprender un dato mágico que desatara alguna clave para estos escritos míos.

En la parte alta, siempre a la derecha, entre el río Santa Bárbara y el Cementerio Apostólico, vea una casa con su patio, su árbol y su ventanal. Es el "Taller de Rubén de Loa", ultra distinguido pintor. Vamos a él generalmente por las tardes. Su puerta da a la

pequeña calle de La Tiara. Allí están todos los amigos, por allí pasan todos los entendidos, por sus contornos husmean todos los diletantes o pretendientes a tales. Cada cual trae su bagaje o desde fuera lo exhibe. Cada cual expone su contribución a la verdad en el mundo de las artes. En la inmensa caldera que siempre Rubén de Loa mantiene encendida, caen, a diario, las palabras de los siglos –China, India, Babilonia, Egipto, Grecia...–, los legados de las cumbres –Fidias, Giotto, Buonarrotti, Memling, Greco, Boussin, Velázquez, Rembrandt, Rubens...–, los desmoronamientos de las piedras– Pirámides, Partenón, románicas, góticas, renacentistas...–, los combustibles del futuro– aun anónimos fulminantes que aun espera el arma apropiada para lanzar la bala perforadora de los tiempos que nos anteceden...–. A esa caldera caen los años idos, los años de hoy y los venideros; en esa caldera se funden, crepitan y se retuercen; desde esa caldera nos entibian, nos calientan, nos sofocan..., hasta que el estómago toca su campana regularizadora y nos miramos todos sorprendidos.

Entonces salimos a la calle de La Tiara, caminamos por el Muelle de la Sotana, atravesamos el puente de Los Concilios Ecuménicos, damos algunos pasos por el paseo de El Corderito Pascual, doblamos a la izquierda por la calle de El Sumo Pontífice, atravesamos la plazoleta de El Señor Es Contigo y ocupamos mesas en el restaurante de la Basílica. Y ahí, mascando y tragando, hacemos, cada uno y todos juntos, vivientes calderas que, con el calor estomacal, han de amalgamar en unidad compacta, los alimentos del espíritu y los de este cuerpo terrenal.

Ahora, siguiendo la ribera derecha del Santa Bárbara, iremos a un enorme edificio que ocupa una manzana entera y manzana de las grandes. Su fachada principal mira hacia las aguas del río por encima del Muelle de la Sotana. Sobre su gran puerta, cinco letras de oro: ULPF. Imponente sigla a cuya vista de inclinan respetuosos los santagustidetangueños. No es para menos: U es “Unión”; L es “Laboratorista”; P es “Pro”; I es “Inmenso”; F es “Futuro”. Sea: Una Unión de Laboratorios, de miles de Laboratorios que laboran pro iluminar nuestro Inmenso existir Futuro.

Pero no deje que llegue a sus labios esa vaga sonrisa irónica que he visto llegar varias veces a labios pesimistas o sin fe cuando les he descifrado esta sigla. Allí dentro se trabaja bien, allí –no vacilo en afirmarlo– es donde mejor se trabaja en todo Chile. Pensará usted que no es mucho decir. No lo crea. Yo sé que aquello es serio, que es una honesta a la par que aguda investigación de la verdad, más bien dicho, de las verdades de la Naturaleza al ser interrogada con los miramientos de que es digna.

Sabios, sabios y más sabios. Allí pululan cual abejas en su colmena. Venerables cráneos cobijadores de infinitas y sutiles matemáticas; respetables cerebros hurgadores de los físicos y químicos misterios; majestuosos frontales atacadores de los huidizos secretos biológicos; grandiosos parietales y occipitales taladradores de los tan herméticos arcanos de la psicología... En fin, ¡qué voy yo a poder adentrar en estas inmensidades! Sólo puedo repetir: sabios, sabios y más sabios y todos ellos venerables, majestuosos, grandiosos y respetables; sutilezas, misterios, secretos y arcanos que se muestran y se aclaran, día a día, al toque o golpazo de esos hombres, para mí, tremebundos.

Le confesaré, Guni, que los envidio rabiosamente pues, a mis deseos anhelantes de participar, yo también, en tales revelaciones, se agrega mi ignorancia al respecto, a pesar de que trato de averiguar cuanto puedo. Pero no hablemos de mí. Sepa tan sólo, gran amiga, que la Ulpif (escribo su nombre como aquí es costumbre) juega, en San Agustín de Tango, un papel muy grande que crece mes a mes, y sepa también que Lorenzo trata

de averiguar más que yo y que sus averiguaciones han de ser, seguramente, más fructíferas que las mías.

Ahora –abajo, en el rincón izquierdo, abriendo su parque de árboles añosos sobre la avenida Benedicto XX– verá usted el viejo “Convento de los Jerónimos”.

Algún tiempo antes de la llegada de Lorenzo, los hermanos Jerónimos abandonaron su convento e iglesia en busca, según dijeron, de tierras más piadosas. Sólo unos seis o siete frailes permanecieron a cargo del cuidado de parque y edificios. Pero fue el caso de que estos seis o siete eran los mayormente versados, de toda la comunidad, en los esoterismos de la Iglesia y acaso –digo yo– de todas las Iglesias.

Ya libres, sin tener que sufrir la autoridad del Superior, procedieron a su guisa. Desde nuestro convento vino un llamado a todas las almas, a todas sin excepción, que anhelaban el conocimiento de los arcanos del más allá o que, ya iniciadas en ellos, ardieran en deseos de tender sus manos a los que buscan y llaman pero que aún no han encontrado ni visto puerta alguna abrirse ante sus ojos.

Empezó la gente a afluir. Los místicos e iluminados de cuantas religiones hay, de cuantos matices éstas puedan tener, golpearon a los batientes de la que, hasta ahora, había sido únicamente entrada para los hijos de Roma. Así, cuantos hay y han sido ruedan y han de rodar por el mundo, todos llegaron, fueron representados, hablaron y dictaminaron.

Los seis o siete frailes de los buenos Jerónimos, en vista de éxito tan sonante, transformaron, con velocidad de ratas, cada capilla lateral del inmenso templo, en un santuario propicio para cada secta de tan innumerables religiosos. Luego, sobre el altar mayor, hicieron relucir, en platino puro, estas sesudas palabras:

*Satyat Nasti Paro Dharmah*

(No hay religión más elevada que la verdad)

Iremos a menudo, Guni, al muy vetusto Convento de los Jerónimos, tendremos que ir si bien queremos comprender las miles de andanzas de Lorenzo y sus amigos.

Por fin, abajo del plano y tras la Estación de Ferrocarriles, verá usted una punta esquinada, entre las calles de El Cielo Que Me Tienes Prometido, y de El Infierno Tan Temido. Es ahí el “Club Cero”; club donde se juntan los de extrema izquierda de nuestra ciudad, sea los comunistas.

El nombre es raro; su origen, no tanto. Óigalo:

Los comunistas necesitaban un local donde reunirse. Después de buscar durante un corto espacio de tiempo, tuvieron la suerte de encontrar en venta el edificio en cuestión, antiguo club de no recuerdo bien qué. Lo compraron y lo arreglaron. Allí sería, de ahora en adelante, el Centro Marxista.

Hubo, naturalmente, un cierto revuelo en San Agustín de Tango, sobre todo del lado de las derechas. Dicen que hasta se pensó atacarlo. Pero la cosa cayó por un chiste, ni más ni menos, un chiste. Un día que, en el Palacio del Juego, un grupo hablaba de este ataque y lo estimulaba, alguien –no se ha sabido quién– lanzó una carcajada y, levantando los hombros, dijo:

–¡Qué ataque ni qué nada! Ese club es un cero. Sí, señores, ¡nada más que un cero!

Todos rieron. Se pusieron de acuerdo en llamarlo el “Club Cero”. Apenas esta noticia llegó a oídos de los comunistas, nuevas risas. Pues bien, lo llamaremos así. ¿Qué les parece? Y ya verán lo que un cero encierra. Todos gritaron:

—¡Arriba el Club Cero!

Al día siguiente, bajo las letras en que se leía “Centro Marxista”, aparecía, con letras menores, la de “Club Cero”.

Lorenzo tiene compañeros aquí. Los amigos y yo, también. Vamos a menudo a él. En fin, Guni, usted verá.

No olvide, ahora, lo que más arriba le dije: en la vida de cada día la delimitación entre grupo y grupo se hace difícil. Miremos el plano desde lo alto e imaginemos que es la ciudad misma vista desde un globo inmóvil. Pues bien, con los cinco sitios que le he mencionado formemos un trapecio: la Taberna de los Descalzos, el Taller de Rubén de Loa, la Ulpif, el Convento de los Jerónimos y el Club Cero. Luego, dejando de lado las sinuosidades de la topografía, tracemos una línea recta entre cada uno de los sitios, es decir, 10 líneas: las 5 del trapecio mismo y sus 5 diagonales. Estas 10 líneas *existen*.

Quienquiera seguirlas con sus pasos, claro está que hará de ellas 10 líneas quebradas; pero las que guían, las que van en las mentes, son rectas como la trayectoria de un proyectil. A cada momento, del día o de la noche, verá usted hombres y mujeres que van de la Taberna al Taller, del Taller a la Ulpif, de la Ulpif al Convento, del Convento al Club Cero, del Club Cero al Taller, del Taller a la Ulpif, de la Ulpif al Club Cero, del Club Cero al Taller, del Taller al Convento, del Convento a la Taberna; hombres y mujeres que van sin detenerse, sin distraerse, mientras otros y otros van en sentido inverso.

Idas y venidas muy lógicas, inevitables. Búsquedas apasionantes pero atormentadoras también. Carreras tras el conocimiento, tras la inspiración, tras el olvido, tras el éxtasis. ¡Hay que correr con desenfreno pues hay tantos y tantos vacíos que llenar en nosotros!

Por ahí caminamos Lorenzo y yo y los amigos, ¡todo un año! Caminamos y caminamos, los oídos atentos, los ojos muy abiertos. Atracción, mucha, enorme atracción mil veces. Pero una vaga soledad parece, de cuando en cuando, salir evaporándose de las aguas del Santa Bárbara. ¿Es, para Lorenzo, acaso el recuerdo de Lumba Corintia? ¿Es, para los demás, algo que falta? ¿Es, para mí...? ¿Y si no hace falta que algo o alguien sea? ¿Si la cosa es diferente, absolutamente diferente?

Guni, ¿lo sabe usted?

Yo no lo sé.

Ya veremos. Ya Lorenzo o los demás me contarán algo si algo se ha encontrado. Es un mundo de conjeturas anhelantes. Es un umbral, ¡un umbral y nada más! Luz hacia atrás; hacia adelante, negro.

Como me sea posible trataré de explicar.

En fin, vamos caminando.

Así terminó este año. Estamos ahora en enero de 1930. Es pleno verano. Mucha gente ha salido de vacaciones. San Agustín de Tango está tranquilo. Sé que Lorenzo piensa. Yo también pienso:

“¿Y si la cosa es diferente, absolutamente diferente?”.

He ahí como podrían condensarse nuestras inquietudes. Si estos tres Pilares nos han llevado, a la postre, a un gran punto de interrogación, creo que es lógico tratar de responder. Debería poner como respuestas: X.X.X. Es decir, tres incógnitas. ¿Se han despejado, se están despejando, se despejarán definitivamente alguna vez?

Hoy—marzo 2 de 1941—, a 11 años de distancia de nuestras idas y venidas por la ciudad nortina, algunas de esas preguntas han sido contestadas pero la mayoría de ellas queda aún en la oscuridad. Parece mucho decir 11 años. No es así. Ahora haré una lista—incom-

pleta, por cierto— de interrogaciones. Verá usted, entonces, que tal lapso de tiempo no es excesivo. Agregue, además, otro punto. Óigalo bien:

Tres son las X. Para mí ellas eran una sola, o sea una sola respuesta para las tres, una respuesta total que las englobara o una clave que descifrara —con un solo sentido nítido— los misterios que un hombre pudiera entrever y aplacara, gracias a este sentido, las inquietudes que pudieran atacarle.

“¡Ya llegaremos a despejarla, ya llegaremos a esa clave y a su sentido!” —me decía yo con confianza. Pues bien, en un momento dado— que se lo contaré sin omitir detalles —las tres X se quebraron: por un lado: dos; por el otro: una. Pensé que debería, sin duda, escribirlas así:

## XX . X

Esta X solitaria fue exclusivamente para mí, Onofre Borneo. Me fue un terrible problema, un caos, una confusión que me dejó a tal punto perplejo que creí perder la razón. Pero —¡alabado sea lo que haya que alabarse!— mi incógnita se despejó. ¡Qué calma, qué paz! No voy a negarlo, aunque, tomando la cosa desde otro aspecto, ¡qué burla amarga para mi deleznable personalidad!

En fin, acepté con buen humor que así fuese mi vida, acepté por la muy primaria razón de que era así y no era de otro modo. Hasta hoy sigo aceptando sin protestas. Esta X mía estalló poco después de engolfarme en estas meditaciones. Ahora estoy sano, contento y con ardientes deseos de seguir pluma en mano escribiendo y escribiendo.

Las otras dos, las XX, volaron, giraron y luego se posaron sobre el gran hombre que es mi amigo Lorenzo Angol. Después desparramaron mil puntos de interrogación sobre todas las personas que a él y a mí nos acompañaron por la vida y ahora por estas páginas.

A veces estas XX destilan respuestas; después callan. A veces encienden alguna lucecilla que, a veces, aumenta hasta hacer pensar que este Umbral se iluminará aclarando también a quienes lo traspasan —a Lorenzo, a Rosendo, al Tercer Personaje, a Lumba Corintia, a Nicole, a Rubén de Loa y a tantos y tantos más que ya irá usted conociendo—; después luz y lucecilla se apagan y yo, solo y a tientas, sigo a tropezones por las tinieblas.

Tal vez cuando haya terminado de escribir llegue a tener un mayor número de soluciones que las que tengo hoy día. Habrán pasado no pocos años; con ellos, mayor serenidad me enriquecerá; al relatarlo todo aquí, lo volveré a vivir y lo podré mirar con buen retroceso. Además confío que toda esta labor lograré realizarla en medio de la dulce quietud que da el fundo de La Torcaza.

Hoy por hoy estoy en él. Lorenzo ha partido hacia el Norte, a Tarapacá, según me han dicho. Los demás están dispersos.

Será, pues, un final que pregunta, que vacila, que espera y desespera y sigue indefinidamente.

¿Cómo resolverlo?

Déjeme, sin más, contarle tan sólo mis recuerdos de esos tiempos. Creo que es el mejor procedimiento —contar, contar— para arrancarles algunas verdades. Déjeme hacerlo así y hacerlo lleno de alegría por el hecho de ser usted, Guni, quien va a escucharlos.

Guni, avancemos; Guni, acompáñeme.

Vamos lentamente al mundo de los fantasmas. Deje presentarla:

—¡Señores, señoras de esta humanidad real: os presento: es Guni, Guni Pirque, la mujer que verán ustedes siempre a mi lado!

Vea cómo saludan, cómo se inclinan. Parecen regocijados. Mas el trato con ellos, se lo advierto, debe ser cauteloso. Pronto le explicaré por qué. Por ahora grábese estas palabras que hace años escribí y aplíquelas a este momento:

“Tengo algo de lo cual voy a hablar poco a poco y quedamente para no despertar a los espíritus que duermen. Pues estoy siempre rodeado por millares de espíritus, ¡oh, no, no diré malignos!, pero sí, molestos, traviosos, majaderos y de tan sensible suspicacia que, a la menor cosa, despiertan. Entonces vienen sobre mí y no me dejan ni siquiera trazar dos líneas en paz. Así es que hablemos en voz baja, dulcemente. La medianoche se acerca. Es la hora en que cualquier movimiento ligeramente exagerado, cualquier desviación de mi pensamiento puede irritarles aun si duermen, aun con profundo sueño. Escucha. Hay un tema que me obsesiona. Seré breve. Escucha bien. La medianoche se acerca”.

Guni, además de traviosos son frágiles, pueden romperse, disgregarse. Y nosotros debemos hacer lo contrario: fortalecerlos, que sean nuestros permanentes compañeros, y compañeros llenos de posibilidades y de interés.

Ahora, sí, le explicaré por qué hay que ir con cautela frente a ellos: es por la substancia de que están hechos los unos, de que se están haciendo los otros. Sobre esto vamos a hablar, sobre la substancia de los nuevos amigos de usted que, créame, son además sus admiradores y, por encima de todo, sus agradecidos.

Les he puesto a los ya existentes, les pondré a los venideros partes medulares mías no vividas plenamente.

Con esta expresión “partes medulares”, quiero indicar algo que hoy podemos ambos comprender muy bien: lo que a uno se le impone con fuerza indomable y, generalmente, sin razones capaces de satisfacer a un ponderado juicio crítico; algo como un imperativo categórico teñido —en el caso que aquí trato— de un franco matiz emocional y pasional. Podemos comprenderlo porque algo en la vida, niñita, algo así a ambos se nos ha impuesto. En fin, sigamos.

Todos estos personajes iban a ser completados, nutridos y estimulados con esas partes. Pero esto no basta. Todo lo que yo he puesto y pueda poner, forma un centro apto para la vida pero sin vivir aún. Es como un núcleo de posibilidades y anhelos, un núcleo, por un lado, suspendido y en estado latente; por otro, sin la suficiente independencia como

para poseer la voluntad y los imprevistos propios a un personaje verdadero. Había que agregar algo más y lo agregaba. (Obvio creo decirle que este hacer laborioso lo ejecutaba espontáneamente, casi sin conciencia y de ningún modo como ahora aparece aquí al explicárselo).

Agregaba el *ideal*. He dicho "partes no vividas plenamente". Llamo "ideal" la plenitud absoluta de una parte cualquiera, vivirla en su integridad. Se trate de lo que se trate—amor, sensaciones, conocimientos, etcétera— tiene que ser siempre lo mismo: el eje de la existencia, la plenitud con un logro de ciento por ciento. Así, y desde luego, ha de vivir todo personaje. Pero no basta. Sigamos.

Agregaba la *persona*. Este ser ya construido en sus dos tercios (esas partes medulares, estos ideales) me hace el efecto de haber revoloteado por la atmósfera en busca de un sustento—¿por qué no decir "de una materia"?— que le permitiera, cada vez que así fuese su antojo, vivir como yo, como usted, como cualquiera, la vida terrena. Me hace el efecto de revolotear y posarse un buen día en una persona X, Y o Z, persona en todo caso ignorante de que hacía suyos una idea y un anhelo míos.

Ya podrá vislumbrar qué aspecto ofrecen de pronto, aunque sólo sea por cortos momentos, los seres de carne y hueso para quien los considera sólo como un tercio y llena los otros dos consigo mismo y con los ideales sin restricciones. Creo no exagerarle al asegurar que pasan a ser entidades de humo y no de carne, y que varias veces adquiere mayor consistencia, ante los ojos del que así ve, lo que en ellas ha colocado para completarlas que lo que constituye de verdad sus propias personalidades.

De este modo, Guni, muchos seres que me han rodeado han sido movimientos míos, movimientos de mis partes, y me parece que sólo ahora tomo conciencia de que son por sí independientes a mi persona. Claro está que los que han tenido un pequeño contacto conmigo no han sido alcanzados en sus vidas interiores por mi manera de comportarme y yo los he considerado simplemente como ideas. Por lo mismo, aquellos que se han visto cogidos en la órbita de mi comportamiento han sido tocados en sus vidas interiores, han sufrido, han sido víctimas de incompreensión ante lo que acaecía y yo los he experimentado como pasiones que bien podría calificar de sensaciones, de sensaciones propias, en mí...—ya placenteras, ya dolorosas... es otro asunto.

Lo importante es que pasaban a ser, de personas, sensaciones mías y, sobre todo, que tomaban—quisiéralo yo o no— cierta conciencia de este estado de cosas. Ahora bien, otro punto importante es que, al tomar esta conciencia, tendían a disgregarse al no atinar; y, por fin, que tal disgregación o confusión repercutía de vuelta en mí, tocaba a esas partes que llamé medulares y alcanzaba, espoleándola, la región de los ideales. En resumen, un movimiento de ir y venir, un infinito confinado apenas más allá de un cerebro en ebullición que se estiraba hasta envolver a seres despreocupados.

Pues bien, Guni, ahí las tiene en gran número a estas entidades semirreales. Ahora comprenderá por qué las llamé de este modo. Tienen substancia mía y de seres que usted encuentra a menudo por las calles. Tienen la obsesión de ser ellas mismas. No se inquiete por el aspecto de algunas de ellas. Ésas como monstruos están incubándose aún; otras, monstruosas también, ya las abandoné y se mueren. Es como si usted viera de nuestra humanidad no tan sólo a los seres de las calles sino además a los que van a ir por ellas pero aún son fetos y nada más; y a los que ya por ellas pasaron y hoy se descomponen por ahí escondidos. Y todos saludan y se inclinan. Sí, Guni, confieso que es un homenaje algo peregrino y acaso hasta chocante. Pero, ¡qué quiere! Es el mundo de los fantasmas y,

créame, las más de las veces no sólo dejan de ser majaderos sino que se tornan bastante graciosos.

Salúdelos también, Guni.

## 2

Busquemos un personaje.

Hace mucho tiempo, a principios de 1926, me puse a conversar con un viejo amigo: Lorenzo Angol. Nuestra charla versó sobre literatura y, en ésta, sobre las dificultades que yo encontraba en hallar un tema. Lorenzo me dijo, entre broma y broma, que, como tema, hiciera yo su biografía, amén de las biografías de las demás personas que lo rodeaban. La idea me gustó. Desde entonces me puse a escribir: apuntes y más apuntes, hechos que yo consideraba característicos, escenas sueltas, en fin, cuanto pudiese servirme para una biografía.

Sentí, desde luego, una gran calma, pues yo pasaría a recibir el fruto de sus experiencias. Se estableció una estrecha colaboración entre ambos, se creó un lazo. Pero pronto me fijé que esa calma era más aparente que real pues traía consigo una falta del desprendimiento suficiente que necesita todo escritor. Aquello me enturbiaba, por su proximidad, todo campo visual.

Automáticamente, entonces, para conservar mi desprendimiento, mi libertad, el personaje se quebró en dos: cedí a otro el primer rol que me había asignado de recogedor de experiencias. Cedí mi rol propio a Lorenzo. Lorenzo necesitó entonces a quien hacer vivir: otro personaje se impuso. Bien. Se llama Rosendo Paine.

He dejado de ser uno de los polos pues ambos quedan fuera de mí. Ahora puedo tomar el rol sencillo de narrador.

¿Ve, Guni, cómo se efectuó el proceso o, al menos, cómo fue su punto de partida?

Usted me podrá objetar que esta dualidad es innecesaria. ¿Por qué no un solo ser que viva experimentalmente y a la vez recoja los frutos de ese vivir como conocimiento interior?

No creo que pueda haber para esto una respuesta general, como quien dice una ley que indique que, como a mí se me presentó el caso, ha de presentarse siempre. Esto es personal. A mí se me presentó una tarde de este modo:

Me encontraba en cama, convaleciente. Recuerdo que era en invierno, un día tormentoso; ahora empezaba a despejarse un tanto con un crepúsculo de fuego. Recuerdo también que mi principal objeto de meditación era, por aquel entonces, el *tiempo*, mejor dicho, la ilusión del tiempo. No sé si la palabra "meditación" sea la que aquí me exprese con mayor justeza pues, para hablar con precisión, yo no meditaba sobre este asunto; me sensibilizaba con él, dejaba que en mi interior resonara el permanente ser, y no devenir, de las cosas. Sentía que los calendarios deberían ser tejidos por otras líneas de diferentes significados; no deberían ser regidos, como hasta hoy lo son, por el nacimiento y muerte de los hombres. Esta manera de tejer y regir, echa hacia atrás a muchos hombres, a muchos sentimientos e intenciones; y, por equivalencia, echa otro tanto hacia un adelante sin existencia. De modo que un sentimiento de amor, por ejemplo —sentimiento único y per-

manente-, queda de pronto partido en dos: una parte allá, digamos en los albores de nuestra era; y otra allá en lo que aún no es pues faltan muchos siglos que correr...

Todo esto, en mi más profunda intimidad, me parecía falso, ilusorio. Es nula esa separación entre esas dos partes del sentimiento. Existía para ambas un punto de simultaneidad y este punto se asentaba en la permanencia. La diferenciación no radicaba, pues, en un suceder. Toda diferenciación se inclinaba a estar constituida por una calidad. No había lo temporal sino lo espacial. Amor remoto y amor futuro estaban, eran juntos; odio remoto y futuro, igualmente. Amor y odio coexistían, sí, aunque separados. Esta separación –paralela y lateral, diría– era la única efectiva y no lo era la que se extendía por sobre las fechas. Amor y odio estaban separados por algo que ningún reloj podría medir jamás y, si fuerza fuese medirlo, tal vez un metro sería más adecuado para ello. Me atrevería a decir un metro psíquico, expresión que, al aceptarla, excluye, de una vez y para siempre, la de un reloj psíquico. Todo esto no se medita; todo esto, Guni, retumba interiormente.

Luego formulé. Esta formulación me ha quedado unida a la visión de ese momento: sobre uno de los bordes superiores del ropero de mi habitación, un ropero de nogal, vino a caer un tardío rayo de sol anaranjado. E inmediatamente fui acometido por *cosas* terrenas.

Hay que dar un nombre a estas cosas. El más exacto me parece ser el de “escrúpulos”.

Podría expresarlos así: “¿Qué me asegura que de este modo esto ocurra? Si lo afirmo, ¿cómo probarlo? Esta experiencia, ¿reposa sobre una mayor comprensión o es un simple desvarío? En suma, ¿tomaré la responsabilidad de proclamarlo?”.

*¡Cosas terrenas!*

Para toda cosa terrena ha menester un compañero –seamos francos: un cómplice–. ¡Alguien que compartiera mi visión, me confirmara, la ampliara! ¿Quién, quién? Y aquí, como a todo el mundo le ha sucedido, como usted, Guni, tan a fondo lo sabe, hice una vez más el llamado eterno de la soledad humana.

Tres cautelosos golpes en la puerta. Me incorporé:

–¡Adelante!

Entró Desiderio Longotoma.

Saludó, sonrió y habló:

–Tomo todas las responsabilidades, aun la del ridículo. Y procedamos a darle forma a lo que usted había empezado a elaborar. Sus ojos sobre el borde del ropero y el sol anaranjado se posaron durante un segundo. Este segundo será la base. ¿Qué le parece a usted expresarnos de este modo? Oiga:

“La Tierra, al completar una vuelta alrededor del Sol detiene su carrera durante un segundo. En este corto instante aspira del éter los hechos que ha de hacer objetivos en su nueva vuelta. Ningún reloj registra estos segundos. Pero los hombres –gracias a una vaga aunque certera intuición– los han sentido. Al sentirlos y al verificar su periódica repetición, los han fijado como puntos para cambiar las fechas. Quedan, pues, en nuestros calendarios, exactamente entre un 31 de diciembre y un 1º de enero de cada año”.

En verdad era ésta una buena traducción de lo que yo había sentido al engolfarme en la ilusión del tiempo: los hechos estaban en la eternidad y, al objetivarlos nosotros, nos daban la ilusión de suceder; la ilusión del antes, ahora y después; en resumen, de tiempo. Cuanto a lo de un segundo y un año, ello quedaba bajo la responsabilidad de Desiderio Longotoma.

Pero aquí venía el lado flaco de la cuestión: el carácter de este personaje. Un hombre que siempre sonríe, que siempre subentiende, que insinúa presto a cada instante a des-

mentir, que guiña los ojitos, manos atrás y avanzando el pie derecho... Luego, junto con ser de pequeña estatura, más bien grueso y con bigotillos, es demasiado afable. Todo esto evoca en mí la esencia de la irresponsabilidad.

Le miro largamente. En mi mirada ha sorprendido, sin duda, lo que pienso pues, deteniéndome con un gesto de la mano, agrega :

—Amigo, todo está previsto. Las palabras que acaba usted de oír no son mías; sino de nuestro viejo conocido, Baldomero Lonquimay.

Es decir —me pongo a reflexionar— que para estas meditaciones mías, aun para ellas, ya somos tres: él, el otro y yo: ¡un triángulo! Y sin dejarme ahondar más esta formación del triángulo, el hombre me explica, guiñando siempre los ojitos, que Baldomero Lonquimay le ha hablado en varias ocasiones de la detención anual de la Tierra asegurándole que dura justo un segundo, y que, sin entrar en mayores consideraciones acerca de cómo ha llegado a este conocimiento, se ha limitado a decirle que es por analogía con la respiración, analogía seguida de profundas cavilaciones. De modo que —según Baldomero Lonquimay, se entiende— nuestra inhalación respiratoria correspondería al segundo de detención, y nuestra exhalación, al año de movimiento. Además asegura que, con mayor o menor conciencia, todos los hombres presienten este modo de ocurrir las cosas y que los más sabios entre ellos lo conocen positivamente. Sólo que —humanos, al fin y al cabo— no logran ponerse de acuerdo sobre un detalle de alta trascendencia: los meridianos. Todos concuerdan en que el segundo en cuestión acaece en la medianoche de cada 31 de diciembre, mas nadie ignora que ese momento es, para cada meridiano, diferente en el curso del tiempo. Ahora bien, los hombres —¡humanos, al fin y al cabo!—, según el meridiano en que viven, aseguran que a ése, al propio, le corresponde tan magno honor. Así, el hombre sabio de Greenwich afirma que es cuando las campanas anuncian un nuevo año en el meridiano 0; el chino de Pekín, cuando lo anuncian las del meridiano 116 Este; nuestros compatriotas, las del 70 Oeste; y así, los demás.

—¡Falacias, falacias!— exclama indignado Baldomero Lonquimay.

Y afirma que lo es, ha sido y será siempre cuando las campanas inexistentes del meridiano 180 repican anunciando un año nuevo.

Agrega Desiderio Longotoma que, a no dudarlo, ha de ser éste el favorecido como bien puede serlo cualquier otro. Pero se inclina a creer que nuestro amigo comete un error (salvo que lo haga voluntariamente para que yo, Onofre Borneo, logre comprender...): se refiere a que hable de detención en el sentido estricto de esta palabra (hasta la mide: l"). No hay tal, no puede haber tal. No acepta que Baldomero Lonquimay sea tan ignorante como para caer en yerro tan burdo. No. De seguro que habla así, en estilo figurado, para que yo comprenda. Y recuerdo sus últimas observaciones:

—¡No, no! ¡No es justamente una detención! Es más bien algo como una aspiración súbita sin que el movimiento de nuestro planeta entre en ello para nada. Es un momento que escorza otros momentos mayores. ¿Cómo poder explicarle? Es como un compendio pleno, total, que luego va a expandirse en el tiempo de nuestros ojos atónitos. Una inhalación inmaterial, una inhalación cuya exhalación es lo que llamamos "objetivar" y que dura un año, sí, o un instante o un siglo, pero, en fin, que dura... ¡para nosotros que aún traducimos lo estable-sin-tiempo en tiempo-vida! Si ha entendido usted esto bien a fondo, no creo aventurado hacerle notar que ése que el amigo llama "segundo de detención" puede caer en cualquier meridiano en cualquier momento del año o, en más técnicos

términos, está cayendo siempre en todos los meridianos y en todos los momentos. Lo que no quita –añade– que nuestra calidad incompleta nos obligue a la ilusión de *año por vivir*. Se marchó.

El punto en que este hombre me dejó sumido, después de su larga peroración, fue el del triángulo: Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay y yo. Sí, aquí estoy yo pero ellos... dos vértices lejanos, inaccesibles para mí. Ya he dicho que el primero me es la esencia de la irresponsabilidad; cuanto al segundo, grande, solemne, siempre de negro vestido, de barbas colorinas y chambergo, me es la esencia de la ampulosidad, del trascendente que se desinfla. Ambos evitan... ¡Subterfugios! Para mi propia meditación y su expresión, prefiera acaso decir "transacciones". No era enfrentar la cosa, era transigir esto de irnos a los hombres sabios de Chile, Greenwich y Pekín. Un escamoteo o –ahora que pienso más– ¿la verdadera sabiduría? Lo ignoro. En todo caso primaba en mí una impresión de cobardía al entenderme en este asunto con esos dos amigos. Una impresión de hastío que se unió al final de aquel crepúsculo. Recuerdo que alcé los ojos hacia la mancha de sol anaranjada: había desaparecido, mejor dicho, habíase elevado, trepaba por el muro enrojeciéndose, destilando sangre. ¡Qué sensación de soledad, de pena, Guni mía! Estaba afiebrado, sin duda. ¿Y Lorenzo Angol? "Él tendrá que *vivir* cuanto inconcluso haya en mí...". Afrontar tal problema, ¿no es también vivir? Lorenzo Angol..., Rosendo Paine... Bien. Con un hondo decaimiento terminó aquella tarde de convalecencia.

### 3

Necesito un hombre que ame la paz por encima de todas las cosas. Necesito un hombre que ame "aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles".

Es Lorenzo Angol.

Aquí me encuentro con dos dificultades: una de forma y otra de fondo.

La primera la subsano –no sé si con propiedad o sin ella– usando una terminología convencional: "el segundo y el año". El segundo guarda estrecha afinidad con la paz de que he hablado; el año, con la lucha cotidiana. El sentido de ambos, contraponiéndose y polarizándose, podría expresarse así:

"Puesto que la experiencia está ya en el segundo, ¿por qué tener que objetivar, tener que estirar largo de un año un segundo completo en sí?"

En tal sentido –sentido que, espero, le iré aclarando, niñita, a medida que le escriba– emplearé las expresiones "segundo y año", y ellas –al menos por el momento– nos solucionan la dificultad formal.

Vamos a Lorenzo y... aparece la dificultad de fondo, aparece, mejor dicho, un contraste. Porque ya, instantáneamente, junto con alargar la mano hacia el mundo de los personajes en espera, surge, con cada uno, una personalidad *ajena* a mi primera voluntad.

Quiero un Lorenzo sereno, lo quiero avanzando hacia una paz libremente aceptada. –¡Adelante! –lo estímulo–. Háblame desde tu grandeza.

Y ante mí se presenta un ser fatigado que me repite como un eco:

–Puesto que la experiencia está ya en el segundo, ¿por qué tener que objetivar, tener que estirar largo de un año un segundo completo en sí?

Una pausa y añade:

-¡Tener que vivir!

Veo, entonces, que Lorenzo está lejos del hombre de "las lagunas inmóviles". Mi voluntad es impotente para acercarlo a ellas. He tocado con el dedo un destino que, como tal, se ha puesto en marcha. Yo no tengo más que seguirlo. ¿Hasta dónde, hasta dónde?

Ésta es, Guni, la pequeña tragedia de hacer de los vivos personajes, el "¿hasta dónde?" que de pronto se impone y que, a veces -proporciones guardadas, ¡por cierto!-, me parece que alguna semejanza ha de tener con esa mayor tragedia de tantas madres que han creado con una finalidad bien definida y tibia y que luego, por hallarse frente a un destino "puesto en marcha", ven que su creación se aparta, se pierde en horizontes lejanos, imprevistos, y no les queda más que seguirla, ¿hasta dónde, hasta dónde?

Mas volvamos a nuestro asunto. Resuena una exclamación agobiada:

-¡Tener que vivir!

Estas palabras me llegan como algo fatídico. En vez del hombre de la paz, el hombre del desaliento... ¡No! ¡No puede ser.

Veamos. Estamos solos en su pequeño gabinete. Es de noche. Nos alumbramos con luz bajo pantalla verde, la pantalla verde que siempre gira sobre mi ruta. Lorenzo y yo tenemos que entendernos.

El primer encuentro es altamente edificante. Nos entendemos. Lorenzo es, como yo, viejo amigo de Desiderio Longotoma y de Baldomero Lonquimay. Varias veces ya han hablado de la cuestión del segundo y del año. Así es que, sin más, ambos aceptamos tal fraseología, sabiendo lo que con ella subentendemos. Entonces voy más a fondo, pido que me instruya sobre esa paz anhelada. Pero Lorenzo me detiene pues él *no está en ella: sólo quisiera estar...*

Un largo silencio. El desaliento suyo me alcanza. Contra él hay dos refugios: algunas luces de nuestro pasado o algunas luces de nuestro porvenir. Hacia el porvenir no veo nada porque Lorenzo "sólo quisiera estar". Hacia el pasado, el hecho mismo de su presencia me impone un recuerdo, uno solo, y coloca una inmensa sordina sobre todo el resto. Lorenzo calla; yo recuerdo bajo el silencio de él:

Es allá en mi infancia, es una noche de campo. Todo el mundo duerme. Me aburro. Llamo a mi perro:

-¡Tarugo!

Salimos, Tarugo y yo, por los jardines.

Noche negra, de caverna, en los árboles. Primera vez que los árboles, que se abren hacia el cielo, me son cavernas que se cierran en la tierra.

Toda entrada a una caverna es como un fanal que se rompe.

Junto con mis primeros pasos los árboles se desfloraron.

El cielo brilló con luz propia. Esta luz no se reflejó sobre el mundo. Quedó sola, inmóvil, allá. Era una luz ocre, apenas anaranjada.

Pasaron tres pájaros más negros aún que las cavernas.

Fueron tres cruces de mal presagio.

Volaban en el más absoluto silencio. Volaban a velocidad inaudita. Sin embargo, conservando tal velocidad, su paso, ante mis ojos, fue majestuosamente lento.

Pasaron.

Al alejarse se multiplicaron en número prodigioso: de tres, se hicieron treinta; de treinta, mil; de mil cubrieron, titilando y susurrando, todo un costado del cielo.

Picaron de narices. Casi al tocar las piedras, de un golpe instantáneo se irguieron y ejecutaron vertiginosa ascensión.

En la altura máxima se detuvieron como puntos.

Luego se lanzaron sobre el jardín con ruido de viento.

Uno de ellos se posó sobre los alambres del emparrado, agitando sus grandes alas. Los demás huyeron.

Clavó sus ojos sobre mí.

Saltó a tierra. Su mirar era adusto. Su postura, torpemente provisoria.

Aquí cometí mi imperdonable imprudencia: ¡azucé a Tarugo contra él!

Desde el primer choque, Tarugo fue dominado y aporreado. Luego el ave lo despedazó.

Presencí impotente esta carnicería. Más que impotente, paralizado por una impresión de pánico: *haber desencadenado una desgracia irremediable y haberla desencadenado por ligereza, por niñería –¡ni siquiera!–, haberla desencadenado porque sí.*

Pánico ancestral.

Pánico que viene del primer hombre, que se filtró en la mente del que ideó al primer hombre junto con idearlo. Pánico por el hecho de idear, que idear es el hecho de ponerse al borde de un desencadenamiento inevitable.

Pánico frío en su tranquilidad ante lo enorme.

Pánico frente a lo que ha corrido desde aquel primer hombre hasta uno, sin manifestarse acaso, pero latente, en espera.

¡El pánico de desencadenar, de desatar, desatar demasiado...!

O tal vez:

El pánico de haber despertado a la catástrofe que dormía y que pudo haber seguido durmiendo hasta la consumación de los siglos!!

Y yo lo he hecho por indiferencia, por descuido...

¡Mi necedad, mi mediocre malandanza, dando vida y potencia a las fuerzas del mal!

¡Mi desidia insulsa convertida en un punto para que estalle, en un puente para que pase el exterminio!

Semejante disparidad entre causa y efecto, centuplica el horror.

No dudé de que *algo* había que castigaba, como el peor crimen de un hombre, su negligencia ante *ESO*.

Pues *ESO* está sólo durmiendo, dormitando apenas.

Y podría no suceder jamás.

El pájaro, con una de sus garras, rajó la piel de Tarugo en el costado izquierdo. Se produjo un chirrido como si se rajara una piel extremadamente tensa, la de un tambor, por ejemplo. Pero tuve la esperanza de que todo se redujera a heridas y nada más. La tuve al verificar que el ave no atacaba los ojos del perro. ¡Tarde, tarde! O acaso nueva imprudencia mía... Junto con verificarlo de un picotazo volaba un ojo y, acto continuo, de otro picotazo, el otro:

Así murió Tarugo.

Y ahora aquí estamos Lorenzo y yo. Los dados se han echado. Lo miro fijamente. Al fin dice:

–Quisiera inhalar este segundo, asimilarlo entero, hacerlo experiencia y sangre. Hacerlo en el mismo tiempo: 1". Quisiera luego pasar el año en la contemplación de él y en

su meditación. Conocer su significado, su punto de partida, su punto de llegada, sus puntos de irradiación y el alcance de éstos.

Nada veo de extraño en tales deseos. Si cree en la verdad de ese segundo, tiene que nacer el deseo de apresarlos así, velozmente, y, por ende, el sentimiento de lo absurdo que es empezar a desenvolverlo con paso de tortuga. La misma laboriosidad penosa de este trabajo, impide la mirada alta, de águila, al conjunto: significados profundos. Se queda uno, hay que quedarse en la trama inmediata de la madeja.

"Absurdo" va aquí como sinónimo de "pérdida de tiempo". Y esto hace decir espontáneamente: "condición humana". En su sentido negativo mayor, se entiende.

Aquí se produce un hecho que sólo el porvenir de Lorenzo nos dirá si es o no es un miraje; ese porvenir incógnito y que nosotros dos, Guni mía, atisbaremos desde una ventanita como aquella del Canto del Chiquillo. Larga es la cosa y complicada; pero tenga un poco de paciencia que ya han de venir páginas más amenas. Escúcheme:

Aburrimiento tiene que ser el estado de ánimo de Lorenzo ante la vida. Vida cotidiana, desenvolvimiento del suceder. Actos de desenredar la madeja o simplemente ver cómo se desenreda. En resumen: le aburre esta posición, le aburre por su insipidez. La insipidez tiene como foco que la genera, allá lejos y alto, la posibilidad razonada y la creencia anímica de la existencia del segundo. Se debe, pues, ante tal posibilidad —que su razón no desmiente, recuerde— y ante tal creencia —que su alma ya acepta y anhela—, se debe ir, con toda la potencia del ser, a la búsqueda y realización del segundo.

Pues bien, cuanto sea el desenredo de vivir (año en vez de segundo) tiene a Lorenzo que rechazarle. Y tiene que *simbolizársele*. Son símbolos: los ajeteos, afanes y ocupaciones y hasta el comercio con sus semejantes. En un comienzo se alejaba de todo eso por voluntad racionada. Hoy lo huye instintivamente. Siente como un reproche íntimo si a ello se entrega.

De esta huida brota un anhelo, el de su contraparte: la paz.

—¡Paz, paz! —me dice y repite como un leitmotiv, como el único posible.

Pero aquí es donde yo me pregunto si tal actitud no es un miraje.

Buscar la paz, bien. Mas... ¿y si esta búsqueda tiene como origen —origen tan oculto como sutil— eludir los afanes y ajeteos por simple pereza, por real impotencia de vivir?

Sobre esto hablábamos y mientras los pareceres se cruzaban, de las manos se nos fue desprendiendo, a través de un lápiz, uno que podría considerarse como esquema del asunto que tratábamos, esquema que luego llevé a casa y saqué en limpio y que hoy lo incluyo en esta carta para que juntos, Guni, le echemos una ojeada. (Lo llamaremos el Esquema N<sup>o</sup> 1).

Verá usted que, para llegar a una misma meta —la paz— hay dos caminos: A) Uno nacido de ese sentimiento de "absurdo"; B) Otro nacido de la simple "pereza".

Pongamos a dos seres que parten simultáneamente de A y B, que simultáneamente también llegan a la meta y en ella conviven. Igual ritmo de vida, iguales deseos, igual ambiente, etcétera. La paz de cada uno tendrá que llevar dentro un germen de diferencia pues partieron de puntos diferentes. Y creo —y así se lo aseguraré a Lorenzo— que ningún punto de partida, como ningún punto intermedio de la marcha, puede perderse. Se va con todos ellos y son ellos los que germinan de éste o aquel modo según sea la tierra adonde lleguen.

Le explico a Lorenzo:

—Un hombre que llegue a Santiago, por ejemplo, atravesando la cordillera, realiza

“Santiago + Cordillera”; y es diferente, aunque los veamos pasear juntos del brazo, al que llegó atravesando el océano pues éste está realizando “Santiago + Océano”.

Otra observación que hicimos mirando el esquema:

En esta doble marcha hacia la paz, “absurdo” representa el polo positivo del total formado por ambas marchas; y “pereza”, el polo negativo.

Camino A del esquema:

Primer punto: Desenredar es absurdo (puesto que la solución está y puede irse a ella directamente);

Segundo punto: Cuando en un ser se implanta el descontento de su propia condición y éste está con anhelos de otra condición mejor, insensible pero irremediamente todo tiende a hacerse simbólico. Los hechos, las palabras, los objetos, todo presenta un segundo sentido que viene o a indicar la posibilidad de realización de los anhelos o a acentuar las causas del descontento;

Tercer punto: Lógicamente se simbolizará con mayor agudeza lo que más cerca se encuentra, lo que más a menudo se antepone: los afanes y ajetreos todos, expresiones vívidas de nuestra condición de extrema lentitud;

Cuarto punto: ¿Cómo defenderse de estos afanes que, por su carácter simbólico, se han convertido ya en entidades malignas?;

Quinto punto: Lógicamente también, alejándose de ellos, marchando hacia un reino cuya puerta les esté clausurada; la contraparte: la paz.

Total: En todo este proceso hay un núcleo vital, un fuego originario: *una percepción mayor*. (Nosotros la llamábamos “el segundo”). De ahí, su polaridad positiva.

Camino B del esquema:

Primer punto: Mis fuerzas –disminuidas, diezmadas por un motivo X– quieren retrogradar hacia un reposo vecino a la nada: pereza.

Segundo punto: Pero ha habido ambiciones pasadas, vislumbres de cosas mayores (pues no se trata aquí, de más decirlo, de una pereza primaria, animal) que esta misma condición de regresión ha ido sepultando pero que bastan para crear un sentimiento de inaceptación de la pereza;

Tercer punto: Impónese, pues, huir de la pereza. Mas la labor afanosa es demasiado ruda. No hay fuerzas. Hay que huir de ella también: De la pereza, justificándola; de la labor, degradándola. ¿Cómo?;

Cuarto punto: ¡Ensalzar el segundo! De un golpe se queda muy por encima de labores afanosos, y la pereza se transforma en labor profunda;

Quinto punto: El segundo será aprisionado justamente allí donde ya han cesado los afanes cotidianos, donde esté la contraparte: la paz.

Total: Contrariamente al caso anterior, lo que aquí vitaliza es una fuerza subterránea, hacia atrás: *una indecisión a vivir*. (Si éste es el caso de Lorenzo, también él ha de llamarlo “el segundo”; pero yo me inclinaría a emparentarlo más con “el año”). De ahí su polaridad negativa.

A pesar de todo, por uno o por otro camino, se ha llegado a la puerta ampliamente abierta y coronada por tres letras: PAZ.

¡Adelante!

Lo que germinará, transpuesto el umbral, sólo lo indicará, para el caso presente, el porvenir. Pero ha de ser lo que fue el punto de partida. Ha de ser la calidad y estructura

de la madre —absurdo o pereza— que dio a luz a seres que debían, en un momento de la vida, no acomodarse con el ambiente y desear otra cosa.

Lorenzo seguía rayando con el lápiz:

Un gran círculo. Dentro, las letras *A* e *I*. Salen flechas del círculo. En el extremo de cada una escribe la palabra "Paz". *A* = afanes; *I* = indiferencia. Indiferencia en el sentido de no afectar al ser interior, como no afecta nuestra sensibilidad ningún órgano en perfecta salud. Pero allí al centro está la *A*: afanes. De allí parten las flechas. Cada afán, pues, se convierte en manantial de una ansiada paz interior.

Cada uno es semilla de meditación y vibración.

Luego exclama:

—¡Paz, paz! ¡A otros el roce con nuestros semejantes!

—¿En qué quedamos? —pregunto—. Pues según el círculo con la *A* y la *I*, deben tomarse en cuenta los afanes, ¡qué!, no sólo tomarse en cuenta sino hacer de ellos la base, la fuente que haga brotar la paz. Por otro lado entiende que has hecho ese esquema (lo llamaremos "esquema N° 2") como representativo del sendero mejor. Y por último, no logro imaginar afanes sin roces con nuestros semejantes.

Lorenzo, siempre displicente:

—No sé si sea el mejor sendero. Tal vez lo sea. Pero no es el mío. El mío es éste (indica el camino *A* del esquema N° 1). Lo que me inquieta es otro punto. Las historias de la pereza me dejan sin cuidado. Este otro punto es el egoísmo, sí, el egoísmo, sin más. Temo que se me pueda filtrar engañosamente.

Pero ha pensado que ninguna acción se pierde, que ninguna puede perderse. Es en el mundo interior como en el mundo físico: no hay pérdida posible; sólo hay transformaciones.

Ahora bien, la paz es una acción, tanto más si se trata de una paz conscientemente conquistada. Y más aún si ella es hecha de contemplación y meditación. No sólo de tales cosas: "...conocer su significado, su punto de partida, su punto de llegada, sus puntos de irradiación y el alcance de éstos...". Es decir, hecha también de conocimiento. Nada puede perderse. Lorenzo piensa:

—Esta silenciosa y solitaria labor mía *tiene* que expandirse, irradiar. Tiene que transformarse y salir como fluidos que irán tocando, por aquí, por allá, a muchos seres para mí siempre ignorados y que recibirán los bienes sin saber ni quién los envía ni cómo han sido enviados.

Coge un libro: *Vida de Vivekananda*, por Romain Rolland, tomo II. Lee, en la página 43 de la edición francesa, las palabras de Vivekananda en *Karma Yoga*, capítulo VII, allí citadas:

"Los más altos hombres van silenciosos. Es que saben la real potencia del pensamiento. Saben que, aunque entren a una caverna, cierren la puerta y piensen cinco pensamientos verdaderos, estos cinco pensamientos vivirán en la eternidad. En verdad, estos pensamientos penetrarán en las montañas, surcarán los océanos, viajarán por el mundo entero. Entrarán en el fondo de los corazones y los cerebros, harán nacer hombres y mujeres que les darán la expresión práctica en las acciones de la vida humana".

Todo esto reafirma la idea que me ha expresado valiéndose de la palabra "fluido". Y algo más le queda sin precisarse bien pero insistiendo: allí hay cosa que un día florecerá

mostrándole nueva y gran senda hacia..., hacia... No se precisa bien. Pero allí está sin duda alguna.

Luego lee en la página anterior del mismo libro estas otras palabras de Vivekananda, también del capítulo VII del *Karma Yoga*:

“He visto a uno de estos yogis que vive en una caverna de la India. Ha perdido a tal extremo el sentido de su individualidad que puede decirse que en él ha desaparecido el hombre, no dejando más que el sentido de lo divino”.

Me dice Lorenzo que la primera vez que se encontró con estas líneas, la palabra “caverna” le quedó resonando, le tocó íntimamente y supo que algún día una caverna aparecería en su existencia. Y pensó:

“O su contrario... Una torre... alta, blanca”.

Luego se entregó a meditar sobre “ha desaparecido el hombre”. Sintió que era esa expresión un modo de decir porque ese hombre desaparecido *tenía que estar en alguna parte*. Y terminó diciéndose:

“Sólo que los lazos que conectan ya no están”.

Paz... En caverna o torre... Promete que en su paz su hombre desaparecerá. Fuera de su paz, se identificará con él.

De aquí viene –al menos para mí– todo el nudo de la cuestión: “tenía que estar en alguna parte”.

Dejar los lazos que conectan es identificarse. Por lo tanto hay que romperlos, sin más. Pero vuelve el tema que obsesiona:

Ese hombre está en alguna parte y ACTÚA;

El tema que atemoriza:

Por mucho que los lazos se rompan, subsiste siempre la posibilidad del “choque de vuelta”.

Será necesario, entonces y hasta cierto punto, guiarlo.

La presencia de este hombre que hay que soltar, liberar y al mismo tiempo guiar, es –creo– todo el núcleo de la vida de Lorenzo Angol.

#### 4

Al salir de casa de Lorenzo me sentí profundamente solo. No había duda posible: Lorenzo se iría, emprendería su marcha no llevando de mí más que una primera intención generadora. Y yo, mirar desde lejos lo que pudo haber sido.

Yo solo, casi en el desamparo. Al mismo tiempo atado, poderosamente atado a aquel ser que, a medida que se fuese alejando, mayormente me haría sentir la cuerda que nos ataba, por el hecho mismo de ir ella estirándose más y más.

Llegaría un momento en que hasta una buena charla, el agradable comentario, nos sería imposible. ¿Ya lo era! ¿Qué charlar apaciblemente, qué si ambos jugábamos, igualmente responsables, un destino?

Un amigo tranquilo, dulce, un amigo sin compromisos, un amigo de defensa... Sin él,

aquel otro torbellino aún en ciernes pero de perspectivas amenazantes, podría arrastrarme demasiado lejos.

Un amigo... Otro amigo. Como fuese, había que encontrarlo. ¡Pronto un ambiente y sus condiciones! Será un ser más en mi existencia; lo sé. Mas, ¿cómo detener?

¡Ven amigo tranquilo! Charlemos con un aperitivo y cigarrillos, como charla todo el mundo.

Guni mía:

Le presento a mi compañero Viterbo Papudo.

Guni mía:

Viterbo Papudo no estaba previsto entre mis amistades. Me lo ha presentado, me lo ha impuesto Lorenzo Angol. Porque en estos mundos, ha de saber usted, el encadenamiento sin fin sucede como aquí en la tierra de todos.

Guni, al estrecharle la mano por primera vez, debo confesarle que sentí una sensación escalofriante. La misma –amortiguada, por cierto– que cada vez asalta a los criminales al cometer el segundo crimen, el no previsto, el que se impone para cubrir al primero.

Bien, y sigamos. Empecemos por la residencia. Es la casa de Papudo y me ha invitado a compartirla. Una casa. Los nuevos departamentos, ¿no encuentra usted que ya giran en la órbita de los días presentes? No nos convienen. Viterbo y yo debemos protegernos en el pasado cuando no despuntaban aún ni “las partes no vividas plenamente” ni “las lagunas inmóviles”. Una casa vieja, de un piso y dos patios y un naranjo en cada patio. Esta casa es el sostén de dos evocaciones: una del espacio, otra del tiempo. Para Viterbo, el tiempo: para mí, el espacio. Dos suaves desplazamientos. Pues a él le evoca, en miniatura, la vieja residencia de sus padres, hoy desaparecida; y a mí, las casas similares de San Agustín de Tango donde forman barrios más íntimos que los correspondientes de Santiago.

Viterbo es un hombre ponderado y de buen sentido, lo que no es causa para que se desinterese por cuantos casos sorprenda en vías de alejarse del vivir cotidiano. Todos los observa, a veces hasta los estudia y por fin da su veredicto.

Después de mi conversación con Lorenzo, llegué a casa ya caída la noche. Hablamos de indiferentes asuntos de actualidad y, luego de haber comido, le conté con detalles las extrañas ideas de nuestro común amigo. Al terminar el relato le observé:

–Las andanzas de Lorenzo, por muy curiosas que puedan ser, han de llegar a la nada porque parten del planteamiento y aceptación de un error, de una inexistencia: el segundo de Baldomero Lonquimay. Es partir ya de la nada: punto fatal de arribo –por muchas lucubraciones y rodeos que se hagan y por interesantes que ellos sean–, la nada. A no ser, como lo pensé en un principio, que ese segundo represente un simple modo de expresarse para inducirnos a la vía de la comprensión de algo mayor y que de tal manera crean simbolizar debidamente. Pero Lorenzo me fue dejando, poco a poco, la impresión de que hablaba de cosas absolutamente concretas al referirse –no tanto al segundo, acepto– sino a los lazos que conectan y a ese hombre liberado, que es su propio ser, y que puede actuar lejos y sin control.

○ Viterbo, con gran sorpresa mía, en vez de aprobar mi conclusión, me rebatió:

–Es verdad mas, por otro lado –y es lo que me impide descorazonarme ante Lorenzo–, me parece que todas o la enorme mayoría de las evoluciones de los hombres nacen y tienen que nacer, para extraer una fuerza que las mueva, del planteamiento y aceptación –inconsciente, si se quiere– de un principio, de un postulado, de una *condición humana*. Creo, pues, que estás considerando erradamente la cosa: das importancia primordial a los

puntos de partida y de llegada; y secundaria a las trayectorias posibles entre ambos puntos y a sus variadas peripecias. Yo no. Invierto los valores. Porque tanto el punto de partida como el de llegada me son puntos más allá del hombre, puntos inalcanzables ya sumidos en una metafísica que es ocioso abordar. El hombre me es fundamentalmente los arabescos que haga entre uno y otro punto; me es las experiencias que de ellos obtenga y almacene –¿en su conciencia o subconsciencia?, no lo sé y es otro asunto–; me es sus ensayos, sus tentativas –¿para desaparecer junto con él en su tumba o perdurar en obras o en los llamados flúidos de Lorenzo?, tampoco lo sé y también es otro asunto–; me es, en suma, ya lejos de la partida y aún lejos de la llegada.

“Y ahora me pregunto: toda la humanidad, ¿no ha empezado cada marcha desde un planteamiento y una aceptación de un punto fuera de ella que ha admitido de pleno y sin más? Y dentro de esta humanidad total, cada subdivisión que de ella pueda hacerse, ¿no ha hecho otro tanto? ¿Y no podríamos llegar así hasta todo individuo? Creo, ahora, que no es tarea fácil quitarle a cada uno de esos primeros planteamientos una buena base de error, de inexistencia, como tú dices.

“Deja en paz a Lorenzo Angol, déjalo cumplir su destino, que el nuestro –aunque jamás se nos hubiese ocurrido pensar en el tal segundo– no parte de un planteamiento y de una aceptación más sólidos. Lo que pasa es –tal vez, digo yo– que Lorenzo sabe acaso todo esto y, sabiéndolo, ha buscado un punto preciso, que se ajuste con su naturaleza y se lanza de él hacia adelante, venga lo que venga. Y esto puede ser de mayor interés que creer, como nosotros dos, que hacemos excepción y que hemos partido con firmeza de..., de..., bueno, tú me dirás de dónde y de qué”.

## 5

Es francamente enojoso que haya siempre necesidad de “un sitio” para explayar cualquier acción. La paz –toda ella y, por ende, la de Lorenzo– es un concepto. Carezco de todos los medios para permanecer en un concepto. Algo me pide categóricamente una materia donde afirmarlo. Es decir aquí, un sitio; con mayor justeza, ya que tratamos de paz, un sitio de reclusión.

Para echar mano de él, es menester aceptar que no hay posibilidad de un trabajo meditativo en medio del ajeteo de los demás.

Esto es siempre rebatido del mismo modo:

El verdadero mérito consiste en sobreponerse a tales ajeteos; lo contrario es culpar a otros de nuestras propias debilidades. Sería, por lo tanto, más meritorio conseguir la meditación sobreponiéndose a cualquier estrépito.

Bien. Pero, ¿por qué ha de tratarse de méritos? Comprenda esta pregunta, Guni, para que pueda seguir bien la marcha de Lorenzo y su motor: aquí no se trata de méritos. Si de ellos se trata, es poner otra finalidad que la buscada por Lorenzo. La de él es un ensayo cuyo resultado únicamente importa. Se trata de una experiencia que, como tal, es justo que se la rodee de un campo propicio. En este campo no figura el elemento “mérito” para alcanzar ese resultado. En cambio sí figura el sosiego. Digamos la reclusión, mejor aún, una reclusión pues ella es bastante especial.

Los ojos de mi amigo se dirigieron al fondo La Cantera. No haré mayor descripción

de él. Quiero que usted que, según me ha dicho, se interesa por el destino de Lorenzo, lo imagine a su gusto pues de este modo se encontrará francamente más cerca del verdadero fondo que si se atiene a la descripción de él. Esto, por la razón siguiente: el fundo La Cantera es el sitio que exactamente coincide con el temperamento y las intenciones de nuestro amigo. Para crear el afinamiento debido, es sobre esta coincidencia que hay que colocar el acento. Cada cual entonces, y usted por ende, evocará el sitio correspondiente a sí mismo asaltado por el ansia de la paz sagrada. Al visualizar con claridad su imagen, podrá decirse sin yerro alguno:

“Esta imagen es a mi paz lo que La Cantera es a la paz de Lorenzo”.

Y yo, simple narrador, me evito el engorroso y, sobre todo, falso trabajo descriptivo que, en el mundo de los movimientos anímicos, puede causar, por falta de la coincidencia de que hice mención, mil perturbaciones y hasta mil irreparables errores.

Respire, pues, esa paz, déjela que libremente en usted resuene. Y ahora, ¡que venga una evocación, una visualización y avance! En un rato de tranquilidad, cuénteme cómo es ese gran paisaje invisible para los demás y que usted ve. Yo haré otro tanto con el de Lorenzo. Comparemos. Mas para poder hacerlo debidamente y para no perder de vista aquel motor del que líneas más arriba le hablaba, va a tener que concederme una pequeña transacción: sea cual sea el aspecto de su creación, sea cual sea el estilo y la edad de las construcciones que usted en ella levante, le pido, mi Guni, como cosa indispensable, que en alguna parte de ellas coloque una torre y una bóveda. Mas, previamente, impondremos para ambas una cierta condición: es menester que tanto la torre como la bóveda, cualquiera que sea la concepción que de ellas se haga, sea, en la realidad, varios grados inferior a lo que lógicamente correspondería que fuesen dada la grandeza del ideal anhelado.

Ya esto establecido, vamos al fundo mismo de Lorenzo. Como le dije, tienen las casas una torre y una bóveda. Pero entendámonos: sobre la habitación última del ala norte hay otra habitación a la que se sube por una escalera estrecha que arranca de la habitación baja contigua; y bajo la habitación última del ala sur hay una bodega húmeda a la cual se baja por otra escalera más estrecha aún que arranca de la misma habitación superior. A lo primero se le llama “Torre”; a lo segundo, “Bóveda”. Hay en la Torre unos cuantos muebles destartalados, restos de alguna antigua oficina campesina (mesa, sillas, pequeña estantería, repisas, etcétera); hay en la Bóveda mil trastos estropeados y algunos baúles de contenido tan heteróclito como inútil. La Torre toma luz por una ventana de buena dimensión que mira hacia ese dulce a la par que esplendoroso paisaje que la mano de un gran pintor cierta vez representó y que usted, Guni, conoce desde hace algunos días, desde que una copia de esa obra le regalé; la Bóveda, gracias a un desnivel del terreno, toma un poco de luz por una buharda abierta junto a su techo y al ras del musgo exterior, mostrando un paisaje —ya se imaginará usted!— harto opuesto al anterior, mas que, como éste, espero hacérselo ver y ejecutado por mano también maestra.

Mas sea como sea —y es lo que le pido no olvidar—, la habitación norte es una torre, y la sur, una bóveda. Al serlos, la Torre tiene que lanzarse —y se lanza— hacia los cielos; la Bóveda tiene que sumergirse —y se sumerge— hacia las entrañas de la Tierra. Ahora bien, en el cielo están los astros, el Sol, las estrellas, la Luna: ¡luz! En las entrañas de la Tierra está el fuego negro por oprimido, el bullir misterioso y despiadado: ¡tinieblas!

La Torre y la Bóveda de la casa del fundo de la Cantera son, para un ojo superficial, símbolos de luz y tinieblas; para un ojo más fino son partes de estos fenómenos. Y lo son —ello puede verificarse y sentirse con emoción— porque tanto la una como la otra, al no

haber sido concebidas ni construidas con el objeto de expresar o evocar tales fenómenos, crecieron —hacia arriba, hacia abajo— impulsadas por movimientos espontáneos de búsqueda no literaria sino natural. La Torre tuvo que obedecer a un ansia de mayor espacio visual; la Bóveda, a una necesidad de las cualidades propias del subterráneo. Ansia, necesidad... ¡movimientos del alma! La Torre de La Cantera no es símbolo, es parte de la luz con sus matices y acordes; la Bóveda de La Cantera no es un símbolo, es parte de las tinieblas con su rechinar de dientes. Estas expresiones —matices, acordes, rechinamientos—, sí, son simbólicas; mas no estas dos cosas reales que brotaron, puede decirse solas y, puede agregarse, ineludibles.

Un espíritu inclinado a criticarlo todo, sorprendería pronto a los móviles que indujeron al autor de estas dos obras arquitectónicas y, ante la insignificancia de ellos, proclamaría de una exageración verdaderamente peregrina la evocación de los astros para la primera y de casi los infiernos para la segunda.

Se preguntaría y averiguaría:

“¿Cuándo fueron ambas construidas? Hace tantos años. ¡Ah! Don Fulano de Tal. ¿Qué lo llevó a meterse en tales gastos? Trepar un poco para vigilar mejor las labores de su huerta; esconder mejor de visitas intempestivas las cuantas botellas de vino añejo que aún quedaban... Etcétera y etcétera”.

Y, a estas averiguaciones, ni usted ni Lorenzo ni yo ni nadie tendríamos nada que refutar.

Pero hay que comprender la cosa de otro modo. Hay que comprender, no al señor Fulano o al señor Zutano con sus ansias y necesidades mezquinas, sino a un espíritu humano despojado de sus características terrenales y transitorias y considerado como *el hecho, el milagro de su existir*.

Entonces compenetrarse a fondo de que ese espíritu ha repetido, una vez más, el doble movimiento eterno, el doble movimiento síntesis de todo existir: arriba, abajo; expansión, contracción. Y es con esto con lo que hay que afinarse, no con los móviles pueriles de que se vale cien veces el gran movimiento para expresarse.

Lorenzo Angol tiene 27 años.

También este hombre de tan aguzado espíritu crítico, podrá decir que comprende perfectamente todo cuanto a estas luces y tinieblas se refiere pero que, al fin y a la postre, nada podrá probarle que no se trate únicamente de una imaginación más o menos excitada. Sí, pero también se le podrá rebatir argumentándole de este modo:

Quien así aprecia una habitación alta y una simple bodega, quien puede llamarlas Torre y Bóveda, es muy probable que lo pueda a causa de que su alma ha conservado la fluidez para respirar el sentido sutil de las cosas, para sorprender la corriente vital, toda ella, hasta el último electrón, cargada de significado, para identificarse, no con los hechos burdos, sino con las leyes lejanas que todo lo gobiernan y que se manifiestan valiéndose de todo y cualquier medio pues si uno solo no fuese su manifestación, él se hallaría fuera del Universo lo cual es un absurdo, un imposible. Ahora bien, un espíritu pedante ha de pensar que cosa tan alta tiene que manifestarse valiéndose sólo de medios ricos y relumbrantes y conscientemente manipulados. Pero esto es restringir, es una restricción que lleva a ese absurdo, a ese imposible ya anotados. La naturaleza no restringe: la naturaleza obra *amplificando siempre y por todas partes*.

Lorenzo Angol, a pesar de sus 27 años, conserva esa fluidez que todos tuvimos de niños y que dejamos perderse. Por eso —según me ha explicado— puede ver —además de lo que

todos vemos y que él llama "primera verdad" (muebles destartados, baúles arrumbados)—, puede ver y ve, con sólo ordenar atención y recogimiento, la "segunda verdad", esa verdad de un poco más allá y más callada.

Es aquí cuando me cita el ejemplo de los niños, los niños que pueden transmutar el significado de un objeto cualquiera y para quienes el resultado de esta transmutación prima por sobre el aspecto meramente visual; niños que conservan el poder mágico de transformar cualquier rincón de lo que es en lo que debiera ser y, acaso, en lo que es de verdad —como ha dicho— un poco más allá; como que todo cuanto es, también parte, esencia del principio que lo ha generado y luego, en apariencias, callado.

—Me bastará —asegura— quererlo y proyectarlo para que se precipiten al sitio escogido las mil visiones que, cuando niño, fueron mi realidad; que luego, perdidas, he añorado casi desesperadamente; y que, durante mis correrías por el mundo, he sorprendido por aquí, por allí, en tantas telas de museos, en tantos ángulos de iglesias viejas, en fin, en tantas obras de épocas pasadas.

Me cita cien obras. Recuerdo haber sido evocadas por él, entre tantas otras, la *Anunciación* de Grünewald, en Colmar; la de Leonardo, en el Louvre; muchos Fra Angelico y Giotto; y vitrales góticos, y piedras húmedas y perfumadas por los siglos, y ¡qué sé yo! Hace un punto de insistencia en el Patinir del Museo del Prado, *Paraíso e Infierno*: a la izquierda del espectador, el Paraíso que Lorenzo une a la línea de obras ya citadas; a la derecha, separado por un río o brazo de mar, el Infierno que une a otra línea de obras: Jerónimo Bosch viene incesantemente a sus labios; las mil *Tentaciones* de san Antonio; y mil hábitos medievales; ¡no olvidar —me insiste— la *Lección de Grímorio!*, esa vieja estampa alemana que me indica en un rincón junto a otra intitulada *Los Trabajos de Berbiguier*, de su *Libro de las Duendes*; y más y más citas, mejor, evocaciones.

En fin, Guni, creo que cualquiera puede, sin mayor esfuerzo, coger el carácter de estas evocaciones. Es la derecha y la izquierda del cuadro de Patinir; es el éxtasis divino y el satánico; la pérdida de la conciencia cotidiana por una conciencia mágica, blanca o negra; es la Torre o la Bóveda.

Resumamos: es ir a otro modo de vivir; y, en este modo, hay dos lados. Si cada lado tiene su tinte especial, ambos, sin embargo, guardan un tinte común que se manifiesta al contrastarlo con el del vivir de todos los días. Está la Torre y está la Bóveda; y ambas, aunque opuestas, *no son* el resto de las casas ni el fondo ni, allá, la ciudad lejana. Son el ansia, el ansia de..., el ansia, nada más.

Acaso la de entrar a otra tónica cuya particularidad, en toda su extensión, es la de no existir nunca en otra parte fuera de ella misma. Otro modo de ser la vida y uno vivir.

Pero los dos extremos están. Son los pilares que mantienen su existencia.

Es cuestión, entonces, de un momento de abandono y escuchar el viento que sopla.

Lorenzo quiere la luz, la iluminación estelar del "segundo".

¡La Torre!

## 6

Me separé de Lorenzo llevando junto a mí una palabra que me revoloteaba por todo el rededor de la cabeza. Al transpasar el umbral de casas, la formulé: "ingenuidad".

Luego pensé largo rato sobre ella hasta resumir mis pensamientos en esta forma:

“¡Ingenuidad! Se dice rápidamente. Pero, ¿dónde están sus fronteras? Acaso la ingenuidad sólo existe en el hecho de hablarlo con los demás”.

Todas esas citas de Grūnewald, Leonardo da Vinci, Patinir y el resto, eran cosas de una ingenuidad casi risible. No se podía dudar. Mas muy pronto lo dudé gracias a esa palabra “risible”. Ella fue como una llave para abrir puertas hacia otros aspectos. Pues para que algo sea risible es obvio que, entre muchas otras características, tenga la de ser excepcional. Si todos los hombres concuerdan de buena voluntad en hacer o decir algo, este algo excluye toda hilaridad. Y si alguien ríe es porque, de un modo u otro, ha logrado desconectarse del acuerdo general, se ha convertido él, primeramente, en excepción, y luego ha invertido las posiciones constituyéndose en mayoría y convirtiendo a sus compañeros en casos excepcionales. Entonces sí sus actos o palabras pueden causarle un movimiento de ánimo inusitado –asombro, desagrado, temor–, por ende risa.

Recordé lo que cierta vez me contaron: a los chinos les causaba marcada sorpresa ver que los occidentales, para demostrar su satisfacción, le daban de golpes a la mano izquierda con la derecha, acto que yo siempre había hecho sin sospechar siquiera que hubiese en él algo extraño, hasta que una noche, en una sala de espectáculos, en medio de la ovación, me aislé del público, me junté en pensamiento con los chinos y detuve mis manifestaciones para contemplar con estupor mis propias manos y las de toda aquella gente que me rodeaba.

Con Viterbo, comentando a nuestro amigo, tratamos de aislarlo para gozar, por lo menos con sonrisas, de su santa ingenuidad: ¡artes divinas, artes diabólicas, torres, bóvedas, polos del sentir humano y... total: casas destartaladas de La Cantera! Mas no lo logramos. No encontramos ni un solo chino que nos ayudara a formar el núcleo suficiente como para hacer de Lorenzo una excepción.

Vimos que todos los hombres van rodeados de una incalculable multitud de pequeños fantasmas que, siendo cual finísimos tubos acústicos, traen los murmullos de otros mundos, mundos lejanos y mayores que se añoran por haberlos alguna vez presentido. Y todos los grandes seres, sea cual sea su época mas que hayan llevado espíritus afines con esos mundos, se apegan a los mil fantasmas, cuchichean por los tubos hasta nuestros oídos.

Patinir y sus gentes...¿ingenuidad? Patinir y sus gentes son mudos compañeros habituales. Todos los tienen; sólo que todos los acallan. Pues cuando se les oye se tornan serios, hasta pesados, con su insistente invitación a orientar la vida hacia ideales mayores. Es por eso mejor dejarlos en su categoría de sencillas canciones de cuna.

Guni, fíjese un poco en éstas que fueron palabras de Viterbo, fíjese, por ejemplo, en tantos hombrecitos que miran en silencio a las actrices del cine, a los héroes y demás, o simplemente que miran coches, joyas o panoramas inmensos, que ya se embelesan ante el océano o ya se calan una flor en el ojal; fíjese en todos los hombrecitos humildes, en todos nosotros –que todos lo somos en este aspecto de general humildad–, y verá que todos tejemos alrededor de las imágenes contempladas un mundo que no es propio, un doble habitual, siempre el mismo para cada ser, mundo muy grato, sí, pero al que no se le da carta completa de realidad. Se le deja a cierta distancia para acariciarle sólo por la superficie cuidando bien de no engolfarse totalmente en él. O bien podríamos decir que a él se le suma, se le envuelve en todo su contorno un mundo de pura, de exclusiva realidad que ahogue la añoranza o la ambición oculta. Si no le aburre, puedo repetirle uno que otro ejemplo que hizo Viterbo:

Habló –recuerdo– de un señor X que ambicionaba un gran auto, un regular auto, un pequeño auto, como fuera pero, en fin, desesperadamente un auto. Bastó un poco de observación, un poco nada más con otro poco de datos biográficos para desentrañar en este señor X un buen número de amarguras sepultadas y de ambiciones quedadas a mitad de camino. Y como en los buenos momentos, cuando esas ambiciones florecían y nada aún las había sepultado, había aparecido en su vida un auto y luego otro mejor, el pobre hombre los ambicionaba para poder vivir, para poder siquiera circular como cualquier hijo de vecino. Pero él nada sabía de tales cosas, ¡oh, no! Él –como le decía hace un momento– había sumado algo a este mundo verdaderamente real, lo había envuelto de una “pura y exclusiva realidad”: el señor X no ambicionaba un auto sino que *necesitaba* un auto. ¿Para qué? Pues, Guni, para lo que toda la gente lo necesita: economizar tiempo en el trabajo, procurarse aire puro en el descanso.

Y así Viterbo me habló mucho. Así fue como me pidió que recordara mis propias aficiones –asistir a una película con una bella actriz o a un match con brutales violencias, ¿por qué no? –y me diera el trabajo de separar cuidadosamente cuanto en mí había en esos actos de “economía de tiempo y aire puro” –para hablar como el señor X–, y cuanto de pequeñas cosas quedadas a mitad de camino. Y creo, Guni, que esto es así. Fíjese bien en sus propias aficiones y tendencias. A lo mejor, sí, así es. Ahora que Viterbo exagera tal vez: al final –cierto es que entre frase y frase nos refrescábamos con whisky– me aseguró que hasta nuestros gustos gastronómicos se regían de igual modo y que era estudio de alto interés llegar a saber por qué razón a Fulano le apetecían las lentejas mientras que a Zutano los garbanzos.

En fin y como sea, es por esto que veíamos qué ingenuidad podía haber en el hecho de adquirir conciencia de lo que todos los hombres hacen y repiten guiados por algo inconsciente. En último término y prácticamente para el caso nuestro, la cosa podría reducirse a esta simple experiencia: cualquier psicoanalista que saque a luz estos procesos callados y habrá gran estupefacción en los hombrecitos y ninguna estupefacción en Lorenzo Angol.

¿Es Lorenzo el ingenuo o lo son los hombrecitos?

Al fin, Viterbo y yo llegamos a ver a nuestro amigo en medio de su círculo mágico, ese círculo que todos hemos trazado y dentro del cual siempre nos movemos; mas Lorenzo hallábase en él rompiéndolo, abriendo brechas para dejar libre avance a cuantas entidades por él se encontrasen detenidas; lo vimos en actitud contraria a la nuestra: cerrándolo, fortificándolo.

Un gesto heroico, después de todo, de heroísmo oculto, pues acepta enfrentarse con una clase de locura: la de vitalizar a los fantasmas borrosos; gesto rebelde pues desafía y no acalla como nosotros acallamos por miedo. Y lo curioso es que este miedo, creo yo, es el miedo a la niñez; la vacilación temerosa de lanzarse a adquirir el derecho para recorrer a grandes zancadas toda nuestra vida.

–¡Valiente incursión a la infancia! –afirmaba Viterbo–. Somos nosotros los niños si damos a esta expresión “ser niño”, un carácter de regresión o detención; lo somos, al acogernos a una de las más notables características de la niñez: querer ser hombre mayor o aparentarlo, querer salir de ella, no más saber de ella. ¿Cómo? Volviendo la espalda. Lorenzo, no. Lorenzo se vuelve todo él y fija los ojos en el estado de alma que un día fue suyo.

Bueno, mujer oculta que al fin apareciste, no sé por qué en este momento tu presencia llena toda la soledad del campo y de estas casas vacías. Ven, al menos por unos instantes, a mi lado, ven y avancemos juntos y suavemente hacia el primer umbral de la morada de los fantasmas. Ya es tarde; el otoño me rodea. Encerrémonos; que nos baste con nuestro encierro; que afuera pasen las estaciones, llorando o cantando... es igual. Inclínate y oye; yo, por mi parte, quiero también inclinarme ante ti y hablarte recordando. Guni, oye:

“¡Haber desencadenado una desgracia irremediable...!” ¿Recuerdas? Fue así como mi fiel Tarugo murió. Y ahora resuena en todo mi ser la palabra “desencadenar”. Porque otra vez y hace muy poco, también desencadené —y así, por ligereza, por simple impulso, ¡qué sé yo!—, desencadené una fuerza de unión en dos destinos abandonados. Te besé aquella noche y hoy te llamo. Azucé a Tarugo aquella vez en mi infancia y fue despedazado. Te besé aquella noche y hoy puedo avanzar contigo por todas las moradas de fantasmas, avanzar contigo hasta el final y siempre, avanzar con tu destino ya desencadenado como el mío.

Ven entonces. Ven, tú, mujer oculta ayer, fantasma ayer, y hoy y por fin ¡compañera!

Guni, ocupemos la Torre de La Cantera. Y luego vámonos lejos, casi me atrevería a decirle: “¡huyamos!” Dejemos a otros destinos que sigan su curso solos. Aquí también hemos desencadenado: que las cosas se cumplan. ¡Huyamos!

Pero antes arreglemos la Torre.

Empezaremos por la luz. Voy a quitar los cristales superiores de la ventana y voy a reemplazarlos por cristales de color. Son dos, exactamente cuadrados. Los dividiré en nueve cuadrados pequeños y de igual tamaño. El del centro, rojo; los de los cuatro ángulos, azules; los cuatro restantes, amarillos. Es decir, resulta una cruz amarilla con centro rojo sobre fondo azul. El juego de postigos es muy simple. Los corto horizontalmente de modo de poder cerrar y abrir por separado la parte superior y la inferior. Abierta ésta y cerrada aquélla, es la clara luz del día en gran raudal; a la inversa, es una luz suave, coloreada y que llama al recogimiento. Yo, Guni, llevo muchas catedrales en mi recuerdo para poder impedirme una alusión a ellas por pequeñita que sea. Y quememos un poco de incienso. Basta en cuanto a la luz y al aroma se refiere. Si la vida de Lorenzo toma rumbos que yo en este momento no calculo, ya se encargará él de quemar sándalo o mirra o lo que sea. No creo que vaya a cambiar ni los cristales ni la disposición de los postigos.

Vamos ahora a los libros. Hay que dejar una pequeña biblioteca. Los libros esenciales, nada más, los que han acompañado siempre y que, se presume, siempre acompañarán. Dejaré en blanco la lista de estos libros y lo mismo haré respecto a las cuantas estampas que van en los muros. La razón es muy sencilla: el contenido intrínseco de libros y estampas es, en este caso, de importancia secundaria pues lo que importa es que ayuden a ponerse en ese estado peculiar de ánimo en el que prima la atracción por alejarse del mundo, por replegarse en sí fuera del roce de los demás hombres. Y este estado no está

precisamente en el contenido de estampas y libros; él fluye a través de ellos y fluye según los temperamentos y según el grado de desarrollo de cada persona. Lo que a mí puede evocarme una vida de abstracción, puede en otro evocar una vida mundana. En resumen, es igual a lo que líneas antes le dije sobre la evocación de un sitio de reclusión.

Es curioso que un simple recuerdo literario me haya inducido a callar nombres y omitir precisiones. Me refiero a un detalle de *Crimen y Castigo* de Dostoievski. La primera vez que lo leí, no sé por qué distracción pasé por alto ese detalle y pude llegar al final de la obra llena la cabeza y el corazón con su héroe Raskólnikov, un Raskólnikov hijo, sí, del autor, vivificado por él mas modelado y retocado por mí para que libremente pudiese circular por mi entendimiento y sensibilidad. Años más tarde volví a coger el libro y leí que Raskólnikov iba por las calles e iba alrededor de su doble crimen tocada la cabeza con sombrero de copa... Y el personaje entero, con obra y todo, estuvo a punto de derrumbárseme, no como calidad ni mérito, sino como adecuada visión interna.

En fin, ya usted comprenderá por qué no quiero descripciones o quiero reducirlas a lo estrictamente necesario. Así es que termine su Torre en el sosiego de su vida íntima; yo, por mi parte, sé cómo es la mía; y he visto la de Lorenzo: aunque algo diferentes estas dos últimas sé que cumplen con el fin que se les ha encomendado; ayudar a que dentro de uno florezca un mundo que se alimente, por encima de todo, de un fuego central que en sí mismo y en el alma que quema para vivificarla tiene su razón de ser y su propia finalidad.

Ahora, ¡vámonos!

Lorenzo, ahí está tu Torre. Ocúpala.

## 9

Me imagino que usted –como todas las personas, por lo demás– ha tenido instantes de recogimiento, instantes en los que el sonar de las cosas se acalla y otra voz, hecha de silencio, resuena. Pero ignoro si alguna vez se ha impuesto que un instante así aparezca y en usted se implante. Yo muchas veces me lo he impuesto y siempre ha sido el fracaso absoluto. Ha sido como si, junto con ordenar el silencio, todo retumbara; ha sido como si todos esos espíritus majaderos, que temo al acercarse la medianoche, se abalanzaran sobre mí.

En cambio, ¡cuántas profundas, cuántas prolongadas concentraciones he tenido sin que mi voluntad haya entrado para nada! Como ejemplo de estas dos posiciones –la voluntaria y la involuntaria– voy a recordarle mis visitas, por un lado, y mis paseos, por otro –que estas palabras “visitas, paseos” toman aquí diferentes significados –al museo del Louvre, hace años, muchos años.

Una visita: sí, era visita pues iba expresamente a él, con fin determinado, tras la solución de un problema, tras horas de saturación artística... ¡Nada! Eran visitas perdidas. El esfuerzo mismo por transpasar los umbrales de esas mansiones del arte impedía su posibilidad. Eran visitas vanas.

Mas en cierta oportunidad, fatigado de reclusión en mi propio departamento, quise salir, salir sin más, quise lo que entre amigos llamábamos “navegar” y que es dejar que las calles lo lleven a uno adonde ellas quieran, y no donde uno quiera, solicitándonos para

tomar ésta o aquella dirección con un imprevisto, con una insignificancia, con el color de una casa, la forma de un campanario, un lío callejero, una chica que pasa.

Pues bien, en la oportunidad de que le hablo, salí así, navegando, y las calles quisieron cogermé y abocarme en la puerta del Louvre. Con no poca sorpresa verifiqué que era por primera vez que de este modo llegaba hasta el gran museo y para mis adentros me dije que, si en sus salas me encontraba con algún conocido y era por él interrogado sobre los estudios o contemplaciones que allí me habían llevado, yo respondería: "Ando por aquí, señor, porque deseaba estirar las piernas".

Y caminé.

Pronto una admirable atmósfera de quietud me fue envolviendo. Recuerdo que sonreí, tal vez de labios adentro. Valía la pena vivir. Uno de los peores males que nos acechan es la soledad. ¡Ni un compañero! ¿Soledad? ¿Cómo poder siquiera formular tal palabra? Estaba rodeado de mil compañeros ante quienes sentía depositar mi cariño y –lo que era más interesante para mí– quienes el suyo me lo enviaban regocijados.

Por ahí pasó Delacroix. "¡Adios! ¡Adios!" No nos detuvimos a charlar; cada cual siguió su rumbo pero ambos evocamos, por un instante, los buenos momentos pasados juntos. Tintoretto. Chardin. Venus de Milo. Greco. Joven española que Goya te hace mirarme. ¡Cómo! ¿Fra Angelico también? ¿Y tú, Cézanne? Pero si estaban todos allí... Era el paseo de moda. Y todos alegres, despreocupados, con un maravilloso ánimo de confianzas. Un apretón de manos, dos palabras, no más, pero un pequeño secreto de parte y parte. Mi desconfianza se desvanecía. Eran buenos muchachos. Era tan sólo una máscara ésa de torva acritud que se ponían cuando receloso llegaba uno ante ellos musitándoles el título de "Maestros" que, por cierto, hastiados ya les tenía. ¡Hermoso paseo! ¿Por qué ha de pasearse siempre por los grandes bulevares o por el Bois de Boulogne?

Desde ese día volví siempre a pasear por los museos y no volví jamás a visitar ninguno.

Ahora puedo asegurarle, Guni, que las cuantas cosas que de arte sé, siento o atisbo las debo a que una buena vez me presenté ante los grandes hombres lleno de despreocupada humildad y de infantil cariño.

Usted podrá argüirme que la conquista de estos momentos de quietud a la par que de intensidad, en gran parte se debía a la atmósfera real que me rodeaba: uno de los mayores museos de arte del mundo. Si ello ha contribuido, ello no basta.

Escuche: vamos a bajar de tono, a bajar mucho, a derrumbarnos y ría, ría de buena gana:

En todas las ciudades de la Tierra y aun en todas las aldeas hay un sitio que, al menos para mí, suele ser un santo sitio de momentánea pero muy intensa reclusión interior. Entra usted allí: el aspecto todo es chocantemente común; llena su olfato un aroma empalagoso; tómate el asiento obligatorio y queda uno inmovilizado; óyense frases de una puerilidad casi irritante; y cual libro de oraciones le ofrecen únicamente, como si todos los demás se hallasen en un índice expurgatorio, un pasquín cualquiera generalmente atrasado. Es tal la vaciedad del total que la cabeza a usted también se le vacía pues ningún pensamiento de importancia consentiría a hacerse presente en semejante circunstancia. Pues bien, acaso gracias a este vacío cerebral, que la sandez del ambiente ha producido, encuentran libre entrada y hospedaje otros ritmos, otros acordes, y usted –en vez del pensar, del calcular y decidir– se convierte en pasivo y sensible diapasón que pónese a vibrar al tono de otro lejano y mayor hecho –me atrevería a decir– de visión directa, casi de

éxtasis. De estos extraños momentos he tenido muchos y vano ha sido siempre todo intento mío por resucitarlos sobre mi mesa de trabajo.

“Bien, ¿pero dónde se encuentra usted en momentos tan sublimes?” –será, sin duda, su pregunta. Guni, me encuentro, ni más ni menos, sentado en la silla del barbero.

Al darle estos ejemplos de la actitud voluntaria e involuntaria, no piense que pretendo asegurar que así, involuntariamente, como a mí me ocurre, ha de ocurrir siempre; no. Los he dado porque creo que el caso de Lorenzo es, en muchos puntos, semejante al mío como luego usted lo verá al contarle, en contrapunto con mi Louvre y mi barbero, lo que a nuestro amigo le aconteció al enclaustrarse en su Torre. Por lo demás todos sabemos cuántos hombres hay que, a una voz de la voluntad, entran al mundo de la concentración y meditación, y, para ejemplo, vayan esos yogis que a Lorenzo fascinaron y tras de cuyas huellas más de una vez quiso lanzarse.

Recuerde ahora esa pequeña e íntima habitación con buenos libros, buenas estampas, que el incienso perfuma y que los cristales altos coloran de tonos acogedores. Recuérdele y piense que dentro hay un hombre.

## 10

Es Lorenzo.

Ya está allí. Nosotros, Guni, nos hemos ido. Nosotros estamos en nuestro restaurante. La radio canta:

*No ha de criar musgo  
la piedra que rueda...*

Ostras, bacalao a la vizcaína; vino blanco.

Lorenzo entra en el reino de la paz.

Quiere entrar.

Mil fantasmas le acechan. Y atacan.

Nosotros nos hemos ido. Guni, ¡todo el mundo se ha ido! Y vea, allá en la Torre, cómo surge de cada rincón, de cada cristal, de cada libro y estampa, del humo lento del incienso, de los muros, del piso y el techo, vea cómo surge un fantasma. Vea, más bien, para claridad del hecho, cómo arremeten contra su presa, cuál es la táctica que en práctica ponen. Podemos verlo desde nuestra propia paz: ostras, vino y, en todo nuestro derredor, la gente que pasa, pasa y pasa, la gente que habla y habla sin cesar. Guni, ¡qué paz la nuestra! Podemos coger nuestro microscopio y enfocararlo sobre la Torre de La Cantera.

“Qué paz la nuestra”, he dicho. Esta es la clave de los fantasmas. Oiga este cuento y vea la táctica que los malditos emplean. ¿Por qué, para qué? Esto es otro asunto que, acaso, a lo largo de mi carta se irá aclarando. Por ahora, vamos a los hechos, al cómo y no al por qué. Son las 9 de la noche. Algo entona la radio de:

*...los pioneros de la selva mía...*

algo de:

...copihues que lloran...

o de:

...florcitas de quillay...

Pida más ostras, si quiere. O más vino.

Allá, en La Cantera, un perro ladra, martillea la noche ladrando. Nada más, Oiga:

Cesó toda inspiración. Fue un vacío. Lorenzo sabía ya por donde empezar su labor de sosiego. Sabíase poseedor de una pequeña clave para poner en movimiento los resortes internos. Cuestión de alargar la mano, coger un libro y leer, el mismo libro de siempre, el heraldo, la trompeta de avanzada de sus buenos momentos pasados.

Callemos su título y su autor por las razones que ya repetidas veces le he expuesto. En cambio déjeme hacer un breve paréntesis sobre algo que, me parece, todo amante de la lectura y de la contemplación artística ha de haber observado:

Existe, sin duda, una comunicación directa del lector —ya que aquí de un libro se trata— con ciertos autores. Ella tonifica vitalmente la lectura fuera de su significado intrínseco. Cualquiera línea de estos autores nos coloca súbitamente y de lleno en el mundo de ellos, mundo que rebasa a la obra misma y del cual ésta es sólo una expresión o, si se quiere, una síntesis. Las mismas palabras de ellos dichas por otros nos llegarían, sí, en su contenido esencial, en su perfecta comprensión mas no lograrían cogernos enteros y asimilarnos en esa tierra de la que son —y pasamos a ser— una entidad total sin casi significado más allá de sus límites.

¿No tiene esto semejanza con la impresión que se experimenta al reencontrar, después de largos años, a un amigo verdadero? Por encima de lo que realmente nos cuenta de positivo, renace con el timbre de su voz, con ciertos gestos suyos ya olvidados, con cualquier insignificancia que con el frote cotidiano se borra; renace toda una vida que fue nuestra, con sus principios, su moral, sus ideas; vida que, si estamos en un estado de ánimo positivo, sumamos a la presente recibiendo una sensación de magnífica amplitud; y que, si estamos en uno negativo, restamos de ella experimentando una triste sensación de apocamiento.

¿Qué me importa al lado de esto que se me hable de los méritos y alcances propios de los autores amigos y de los otros?

Pero esto es una historia diferente. Volvamos a la nuestra.

Lorenzo sabía qué debía hacer; no era el primer paso el que vendría a arredrarle. Alargó la mano y leyó. Sonó aquello con la triste sensación de apocamiento. Los malditos diablillos atisbaban. Atacaron al punto. Era, sí, falta de inspiración mas ¿cómo se logró echarla fuera a pesar de los libros-clave? Del siguiente modo:

Implantando dentro de Lorenzo un contrasentido.

Todas las ideas vividas, él sentía que allí se encontraban; todos los sentimientos altos, también. Pero *faltaba la calma* para coordinarlos y ponerlos en acción. Es decir, una *falta de tiempo*...

“¡Cómo! —dirá usted—. ¿Falta el tiempo en la noche larga de La Cantera, falta el tiempo en el ladrar de aquel perro?”.

Por los relojes y calendarios, no. Es una sensación, nada más, pero aguda, punzante. Es una necesidad de hacer pronto, de ya estar en el sosiego fructífero, ya, ¡rápido! Antes

que otras insinuaciones se presenten. Apresuramiento, apresuramiento... Y, si lo hay, de seguro el tiempo escasea... ¡Falta el tiempo!

Pero un hombre como Lorenzo ha de tener más de un recurso para su defensa frente a los malditos que sonríen pues ven que ya han puesto los nervios de su víctima en marcha. Lorenzo ha de poder resistir y vencer a nervios excitados. Hay, entonces, que alambicar la cosa creando el contrasentido. A la sensación de falta de tiempo se le arroja encima una sensación en extremo aguda de la inmensidad del tiempo por transcurrir, la inmensidad hasta la medianoche, hora a la que, según sus cálculos, acaso vendría el sueño. Hay que hacer que cada minuto pase con la lenta solemnidad de una hora.

Son las 10 de la noche. ¡120 minutos faltan aún! Ladra siempre el perro. Nosotros, en nuestro restaurante, tomamos el café, una menta, un pisco. La radio nos comunica todo cuanto en el mundo acontece.

El contrasentido está planteado y ahora inunda. Para nosotros, Gumi, no hay contrasentido alguno entre los bombardeos y nuestros licores. Porque la gente pasa y pasa, habla y habla.

Inunda. Las defensas ceden. Los fantasmas atacan ahora a los ojos. Ya desbaratada la sensación interna van a los sentidos. Recuerde que tras el apresuramiento vino el tiempo inmenso. Este tiempo, Lorenzo *lo vio*.

Vio un tubo casi infinito pues su boca extrema venía a abrirse más allá de la estratosfera, es decir en el éter, sea, para nosotros, en el vacío. Su boca cercana se abría en gigantesco círculo alrededor suyo, ocupando él, por lo tanto, su centro.

Como sensación le daba este tubo la de la más absoluta nada. Allende sus paredes inexistentes, paredes que retenían las primeras capas de aire, se extendía y perpetuaba la vida cálida. Más acá, esa nada creciendo. Y, en su interior, la pujanza de los nervios y las venas por desprenderse del esqueleto, romper la piel y dispararse, por todos los costados a la vez y con velocidad de proyectiles, por el aire circundante, por ese aire por el que nadaban, llenos de dicha, todos los demás seres menos él.

Así veía Lorenzo. En vano cerraba los ojos. El tubo allí estaba siempre presente. Pues era una visión interna clavada en la retina, como la que usted tiene al recordar con sus ojos un rostro, un paisaje habitual.

Luego se percató de que algo *oía*. ¿Dónde? Aquí no era fácil asegurar dónde, mejor dicho, no era fácil precisar de dónde venía el ruido. A veces parecía que era de sus propios tímpanos; a veces, ¡no! Era de las paredes del inmenso tubo de tiempo lento. Sí, de allí era, era de allí para fuera, para lejos, para la Tierra entera. Era el ruido de la vida cálida, era su algazara, eran todas las mujeres de su existencia que ahora reían, y que reían con todas las que *aún habrían podido aparecer*. Sí, era el vocerío de todas ellas. Y a él se confundía la música y el chocar de copas, el derramarse de tantos alcoholes que habrían podido beberse aún.

El perro calló. Retumbó todo aquello con mayor estrépito. Los muros del tubo eran grises, cenicientos como la piel de un murciélago...

“¿Son cenicientos los murciélagos?” —pensó.

A punto fijo no lo recordaba. Mas junto con formularse la pregunta, por dentro del tubo aislador de vida y tiempo, vio que un murciélago revoloteaba, girando, girando hasta la *consumación de los siglos que aún faltaban hasta la hora problemática del sueño*. Era gris y gris, gris sobre gris, ceniza sobre ceniza. Las luces de la fiesta de la Tierra entera brillaron entonces con resplandor maravilloso.

Desde cada rincón, desde cada cristal, desde cada libro y estampa, desde el humo lento del incienso, desde muros, piso y techo, un pequeño fantasma sonríe pues ya tienen bajo su dominio los ojos y los oídos del hombre que ha querido abandonarlos.

Hemos terminado de comer, Guni. Podemos ir a bailar, si usted quiere. Podemos ir por la santa paz de esta ciudad, la santa paz de todas las ciudades. Podemos guiarnos hasta el cabaré por las luces tamizadas de calles y avenidas.

Son, apenas, las 11 de la noche.

## 11

Pasan los días. Es un esfuerzo, la lucha por ir adelante. Mas llaman de atrás. Esos pequeños fantasmas atacaron ojos y oídos, jugaron con las sensaciones sobre el tiempo para plantear el contrasentido, el desatino. Ahora dicen: "¡a la obra!" Quieren ir adelante... Pues bien, ¡surja el pasado!

Pero es mejor, Guni, que aquí ceda la palabra a Lorenzo.

Mas antes de cedérsela, haga usted memoria de lo que llamaremos la cronología de la vida de nuestro amigo para evitarnos cualquier confusión. Recuerde que todo cuanto en este *Primer Pilar* le voy a contar ocurre, según los calendarios, en 1926 y 1927. Recuerde también que en 1928 Lorenzo partió a París. Antes de partir, en los primeros días de este año, nos reunimos en casa él Viterbo y yo, y allí nos narró ese ataque del pasado en su Torre solitaria. Fue una evocación de cuando tenía unos 18 años, es decir, por allá por 1917. Recuerdo perfectamente sus palabras, tanto más cuanto que, por la noche de aquel día, las anoté con laudable paciencia. Encabecé mis anotaciones poniendo, a guisa de título,

### *Pequeño Problema*

que, según Lorenzo, sería como él llamaría a ésa su evocación si dado le fuese algún día dedicarse a llenar cuartillas. Cedámosle, pues, la palabra y resumamos el orden cronológico:

<i>Pequeño Problema</i> . . . . .	1917.
<i>La Torre</i> . . . . .	1926.
<i>Reunión en casa</i> . . . . .	1928.

Viterbo y yo prestamos oídos. Oiga usted ahora. Lorenzo habló de este modo:

—En cada vicio hay, al menos para mí —ignoro cómo reaccionarían ustedes—, dos vilezas: una inherente a él; otra suplementaria, diría, que se le apega y que no es sino el permanente engaño que se hace uno a sí mismo. Censuramos siempre a los hombres que engañan a sus semejantes. Yo, hoy por hoy, me inclino más a la censura sobre los que van mistificándose, sobre los que hacen de la vida un embuste. ¡Y son tantos! Tantas las vidas cuya síntesis podría reducirse a un engaño continuo y malicioso y, de tarde en tarde, una palabra de verdad. Esa parte severa que hay en nosotros, esa parte que reconoce y juzga

lo cierto, casi siempre duerme, es una fuerza latente. Pero en muchos está en la conciencia plena. Estos muchos son los que me interesan porque han sido —y acaso son aún— mis hermanos. Mas también me interesan por el finísimo mecanismo mental que en ellos opera, que en mí operó, que acaso opera aún. Les digo a ustedes “finísimos mecanismos”...; a veces preferiría decir “infantiles añagazas”.

“Me pregunto a menudo por qué este afán de burla, de no vivir según esa parte severa de que les hablaba y que, no lo dudo, sólo podría deparar ventajas. Nunca he hallado una respuesta satisfactoria. Y menos espero hallarla cuando verifico que yo —que creo ser debidamente consciente de todo esto—, también y a pesar mío, procedo como todos, engañándome”.

“Mas permitan una pequeña advertencia. Me he expresado en presente. Mi presente, por ahora, no quiero tocarlo; está en trance; no sabe, no ve bien el mañana. Dejémoslo en paz. Hablaré en pretérito y con tanta mayor razón cuanto que es una aparición, un resurgimiento de un momento pasado lo que ahora, en este instante, me viene al recuerdo.

“Lo dicho —mecanismos o añagazas— es pensando en la vida de cada día. Si así es, no creo que haga falta una gran imaginación para vislumbrar en qué se convierte la cosa cuando hay en juego un vicio, un defecto o mal hábito, y hasta dónde llega si a tales flaquezas se les anhela aniquilar.

“Bueno, amigos, esto va pareciendo un prólogo y temo que ustedes lo califiquen de disertación. Para disertar, no creo que haya ánimo en nosotros. Vamos a hechos. Voy a referir mi caso, sin más.

“Era yo en mi juventud de una absurda timidez respecto a las mujeres. Acercarme a una de ellas me era un martirio, un verdadero martirio por esta simple razón: la convicción de que una vez con ella haría el papel de un necio. ¿Por qué? Por otra razón tan simple como la anterior: cuanto fuese a decirle sería una necesidad. Cuestión, me observarán ustedes, de elevar un tanto el tema de charla. Sí, pero, por otro lado y por la misma timidez que me acosaba, atisbaba yo con no poca atención lo que otros hombres, audaces éstos, conversaban con sus damas: necesidad tras necesidad y, de este modo, pasaban de audaces a afortunados. Era cuestión, por lo tanto, no de elevar sino de bajar el tema de charla. Un temor entonces me invadía: la dama, súbitamente íbase a percatar de tantas necesidades. Mas el ejemplo de los audaces y afortunados amigos y el consejo de ellos me advertían que esto era un temor infundado. No había más: ¡adelante!

“Sin embargo, no podía proceder de la suerte. Empezaba, sí, a lanzar necesidades como las lanzaban todos mas, de pronto, ¡no, no y no! ¡Atrás! Aquello no podía continuar y, aunque me hiciese mil reflexiones, aunque me repitiese para mis adentros que todo marchaba como es debido, me decía: ‘Basta. Es imposible que esta mujer me escuche en serio, es imposible que no se haya apercebido de que tiene ante ella a un imbécil. Se burla de mí. Y si no hay tal y cede, pues quiere decir, amigos, que el mundo está sin pies ni cabeza, que todo cuanto hasta hoy se ha afirmado, y que constituye el legado de verdad que nos mantiene en nuestra elevada calidad, quiere decir que ha terminado la razón de ser’.

“Eso me decía. Llegaba a sentir miedo de confirmar tan disparatada paradoja. Si la confirmaba, la mujer vendría conmigo pero lo que hasta entonces me había mantenido de pie caería derrumbado. Pues yo creía con firmeza que, como tantas otras cosas serias en el mundo, las relaciones sentimentales tenían también que regirse por una cierta inteligencia. Era aún tiempo, pensaba, de evitar tal confirmación. Volvía entonces a la lógica,

a la razón, a la Tierra en que vivimos, ¡qué diablos! Y hablaba según estos altos principios. Diez minutos más tarde todo se desarrollaba con perfección y equilibrio admirables pero la mujer se me había escapado...

"Entonces venía a recordar los buenos tiempos en que, siendo todavía un niño, me acercaba con despreocupación y alegría a las chicas de mi edad y triunfaba. Me ponía ahora a hacer memoria de cuándo y por qué sutil proceso había llegado a implantarse en mí y a modelar mi modo de ser la idea de que el mundo debe regirse por la razón. Mas nada encontraba. Y era el caso, entonces, de que veía en cada mujer deseada un fracaso mío en estado latente. Por eso empecé a evitarlas y sólo de lejos las contemplaba.

"Evitaba. Evitaba con dolor esa pequeña lucha de dos, lucha muda aunque mucho se hable, muda porque el hablar es de otros asuntos. La evitaba, sí, mas por eso mismo sólo en ella podía meditar. Y la veía, allá, fuera de ambos contrincantes. La veía como si mujer y hombre tuviesen un esclavo fiel encargado del combate: el de ella de defender; el de él de atacar. Eran dos minúsculos combatientes sin carne ni huesos, hechos de espíritu y siempre a nuestro lado, atisbando el terreno enemigo con sus ojos sin órbitas, cogiendo sus ruidos con sus oídos sin tímpanos. Algo aparecía. Él llamaba: '¡Alerta!' En mi imaginación aparecía, en mi imaginación la veía. Era una u otra o cualquiera. Inmóvil la saludaba con reverencia cortés. Y por bajo ordenaba a mi esclavo combatiente: '¡Ataca!' Ella respondía a mi saludo con algo enigmático en todo su ser y a su paladín le ordenaba: '¡Defiéndeme!' Hablábale yo, entonces, del tiempo un poco, y otro poco de la actualidad; de su encanto, mucho. Y cuando, embriagado por esas mis palabras nunca pronunciadas me iba deslizando a hondas cavilaciones, mi fiel guerrero me advertía, me detenía, murmurando: '¡Alto, alto!' Volvía acto continuo a cantar su belleza. Arriba, sobre nosotros, sentía entonces todas las fases de aquella encarnizada refriega.

"Aquí vacilaba. Era fiel mi combatiente y, como tal, sin proferir palabra me gritaba: '¡Derrotado!', no me quedaba más que retirarme, galantemente, si quieren, pero, en fin, retirarme. Y yo quería oír el grito, el gran grito de '¡victoria!' Ni siquiera podía formularlo. No, yo no había nacido para tales contiendas. Siempre, por un lado u otro, las hondas cavilaciones pasarían por encima de las advertencias de mi esclavo. Sin embargo, mi naturaleza pedía, reclamaba. ¿Qué hacer?

"¡Imaginar!

"Cambiar la palabra 'experiencia' por la palabra 'imaginación'.

"No quedaba otra cosa que hacer.

"En los momentos de ocio, aun en las horas de trabajo, por las noches sin sueño, por las calles... ¡imaginar, imaginar siempre! En este terreno nada detiene. Solos, en un rincón cualquiera, podía profundizar cuanto quisiera. Era por allí por donde mis fuerzas, potentes en un principio, se iban, se desgastaban, cumplían su cometido mas un cometido que la naturaleza no les había destinado. ¡Qué hacerle! Es la eterna historia, la eterna ley: cuando una fuerza no se emplea, no se pierde: se transmuta. Imaginar, imaginar siempre... ¿Después? Por cierto se está un tanto extenuado. Pero, en fin, satisfecho.

"Al cabo de cierto tiempo la necesidad se renovaba. Bien. Mas varias veces faltaban los materiales para tejer los ensueños, faltaba un punto de realidad donde apoyarse para construir y volar. ¿Qué hacía? Pues era cuestión de un paseo, de un teatro, de un cine, de cualquier cosa, asomarse al balcón si no había mejor. Mirar, atisbar, retener en la memoria... ¡Afluían los materiales! Tal muchacha pasaba, se alejaba..., creía ella. Un doble suyo

lo retenía yo y conmigo regresaba a casa. Noches magníficas: ¡imaginar! Queridos amigos, comprendan ustedes: ¡pensar!

"En un principio me entregaba a esto con entusiasmo desbordante. Poco a poco fui viendo que semejantes juegos de imaginación tomaban un cariz malsano. Bien sería ponerles fin. Ya mi mente se encauzaba por estos senderos con una facilidad increíble como si así fuese su función única y normal. La balanza se inclinaba; otras facultades se iban perdiendo. Apenas quería dirigir mis pensamientos hacia esferas diferentes, las imágenes que evocaba de costumbre empezaban a asaltarme con tan insistente afán que pronto me vencían. No había más que una cuerda que vibrara en mi mente. Otras determinaciones se tornaban flojas. El mundo me aparecía como aparece ante los ojos velados por la embriaguez. ¿Anheló único en mí? Pasar las horas en un sitio silencioso con una buena dosis de tabaco que endulzara mis apariciones, y con otra dosis de alcohol que me espoleara hacia ellas.

"Recuerdo que en un momento llegué a pensar que mi vida se perdía. Un temor empezaba a echar raíces en mí. Compréndanme bien: no era el temor a la cosa misma, a eso que resumí diciendo 'anhelo único'; era sobre todo el temor al hecho de ser un solitario. Pues no me era posible dejar de oír una como voz de la naturaleza o de mí mismo —no lo sé— que me aseguraba que, de tocar estas cosas, es mejor, si cabe aquí un mejor, compartirlas. Sí, mas —no se rían— la soledad, para quien de ella ha gustado, es un torbellino, es el vértigo, y el compartir se torna demasiado ruidoso.

"Bien, pero estábamos en que iba yo comprendiendo que a todo esto era conveniente ponerle fin. Mas no lo comprendí así tan lindamente, tan nítidamente como ahora lo enuncio. Cuanto se enuncia con nitidez ha sido antes un oscuro proceso, un aparecer y desaparecer de pequeñas luces, fuegos fatuos de la conciencia. Así yo, en aquel tiempo, empecé por enfocar erradamente la cuestión. He aquí mi error que, creo, es hartó común en todo vicioso y que, en un principio, llamé 'la vileza suplementaria'.

"Negué paladinamente que lo mío pudiese entrar en la esfera del vicio. Un mal hábito, sí, un paréntesis al vivir normal, ¿por qué no un ensayo? Pero haber hecho estado de ese gusto solitario, él convertido en mi propia naturaleza....no. Negué.

"Para engañar a alguien se necesitan pruebas de que el embuste no es tal. Para engañarse a sí mismo, igual cosa. Era imprescindible la prueba. Aquí la muestro:

"Un vicio no tiene remedio pues vicio es aquella segunda naturaleza que es *imposible* arrancar; si ella es arrancada y el individuo sobrevive, pues no era tal segunda naturaleza, era el paréntesis de que hablaba, luego no podía ser un vicio. Ahora bien, ¿lograría yo cerrar el paréntesis y devenir un hombre como tú, Viterbo, como tú, Onofre? Un examen de conciencia y una respuesta:

"¡Sí!

"¿Cómo? Del modo más sencillo, el modo que todos emplean: entregarse a las mujeres, gozar en sus brazos, compartiendo. ¿Resuena ello con pletórico entusiasmo en mi pecho? Respuesta:

"¡Sí!

"Ante mis ojos entornados desfilaban ellas, desfilaban atrayentes, frescas, enarcado el busto, ligero el arabesco de su andar. Desfilaban todas, eran innumerables. De noche en noche iríamos a verlas. De todos los tipos y razas han de ser para que los contrastes también ayuden al goce máximo. Eso es. Tengo el remedio. El remedio es la prueba. ¡Cuánta

satisfacción, amigos míos! Desfilaban siempre. Y yo no advertía que a ese desfile lo saludaba y vitoreaba inmóvil, con un cigarro en los labios y una copa a mi lado.

"Claro está que no advertía. Sin embargo, siempre que encaraba esta prueba y solución, poco a poco un proceso se insinuaba en mi mente y, al fin, se precisaba: consideraba que vivir de tal modo, de mujer en mujer –luego yo mismo me decía 'de tumbo en tumbo'–, vendría a ser como quitar un clavo con otro o bien como recurrir a hechos desesperados, de aturdimiento.

"La voz que entonces oía murmuraba: 'Una sola mujer...'. Ella vendría y curaría todo mal. ¿Cómo dudarle? Era por cierto la causa una abstinencia extralimitada. Quitemos la causa... desaparecerá el efecto. ¡Qué vicios ni qué semejantes patrañas! Y si hace un momento hablé de tanta satisfacción al presenciar el gran desfile, ahora puedo asegurar que, ante la evocación de la mujer única, mi satisfacción no tuvo lindes.

"No me moví de mi rincón. Jamás avancé un paso hacia aquella que me esperaba, a no dudarle, por allí. Jamás. ¿Por qué? Veamos cómo en tales casos se razona:

"Ya conocía el remedio; estaba él en mis manos. Tenemos, pues, el diagnóstico y el medicamento indicado e infalible. Luego el mayor, por decir el único peligro ha quedado abolido. La pequeña cuestión pendiente se ha reducido al momento de operar. ¿Hoy, mañana, pasado mañana? ¡Tanto da! Lo principal se tiene; lo secundario puede esperar. Esperemos. Y vuelven las imágenes, los desfiles y, de cuando en cuando, una de las imágenes se desprende del desfile y aquí viene a hacer compañía en el humo lento, en los líquidos coloreados. Para qué asegurar que los días siguieron a los días, los meses a los meses.

"Causa: abstinencia; remedio: mujer. Todo a mano. Aplacemos, aplacemos. Otro tornillito, pequeñito, ínfimo pónese entonces en marcha, pónese a girar con lentitud mas sin discontinuidad ninguna. Gira y gira y en su girar va insinuando una simple reflexión: 'Si se ha hablado de causa y se ha buscado un remedio, es que se ha reconocido un mal'.

"No hay más que aceptar: el mal es.

"¡Pero cómo! ¿No había yo paladinamente negado el mal? ¿En qué íbamos a quedar? Única decisión posible: ¡la prueba!

"La prueba se iba imponiendo. Era forzoso cerrar el paréntesis por lo menos una vez. Después, ya podríamos reabrirlo pues toda posibilidad de vicio había quedado para siempre excluida.

"La prueba ya no se imponía; exigía perentoriamente, exigía quisíerálo yo o no, exigía despreciando mi pobre voluntad que parecía acurrucarse por allí en un rincón avergonzada. Era una orden fuera de mí, una orden de un destino ineludible: '¡una mujer, una mujer!'

"¿Pero qué me detenía? Sé que se lo preguntan ahora. Pues bien, yo también me lo preguntaba entonces. No había respuesta. Sabía que tenía que ser *algo* lo que así me ataba. Algo, algo... ¿qué, dónde? Silencio.

"Súbitamente, un día vi.

"Íbamos por las calles varios amigos. Oscurecía. Habíamos hecho no pocas visitas a los bares. Chispeaban nuestras mentes y reíamos. De pronto nos encontramos con un viejo pariente tuyo (me indicó), tu tío José Pedro, hombre a veces festivo, y esa tarde de magnífico buen humor. Grandes saludos y chascarros. Él ríe a su vez y, al separarnos, levantando los hombros en gesto fatídico pero sonriendo con sus ojillos, nos dice:

"–Juventud, juventud... ¡siempre serás la misma!

"Fue todo.

"Algo cayó sobre mí o estalló dentro de mí. No lo sabía pero sabía que al fin, ¡por fin!, sabía. Me separé de mis amigos, corrí a casa, me encerré en mi rincón.

"Juventud, siempre serás la misma...". Es decir que mi juventud era la misma, era igual a la de todos, es decir que era yo igual a los calaveras de mis amigos. Era igual al entrar en los bares, al encontrar allí motivo de regocijo, al verificar que atraía así la bondadosa simpatía de los vejetes que mucho han vivido, al... ¡a no dudar! al seguirles a ellos los jóvenes, a su juventud, a la mía, no sólo cuando empezaba a oscurecer, sino por las noches, las mujeres, ¡la mujer!

"Total: si la mujer venía, yo iba a hacer *como todos*.

"He aquí, amigos míos, el quid de la cuestión, he aquí lo que me tenía atado, lo que me impedía ir un paso más allá de mi grandioso, voluptuoso y solitario desfile: ¡hacer, ser como todos!

"Porque ésta es la cosa, toda la cosa. Hoy, ante ustedes, la confesaré:

*"Una vez yo no había querido ser como todos.*

"Es la verdad. Acaso no la verdad completa porque esa palabra 'querido' me quedó, por algunos momentos, zumbando, como un mosquito molesto. ¿No había querido? ¡No! No había *podido*.

"Había cambiado diestramente el 'no poder' por el 'no querer'. Hoy diríamos que había yo sublimizado. Antes habríase dicho que era la eterna historia de la zorra y las uvas. Adoptemos el lenguaje de hoy. ¿Cómo había sublimizado? ¡Implantando en mí un principio que me enaltecía y al cual juré obediente fidelidad!

*"El hombre superior dirige sus sentimientos, dirige sus pasiones.*

"Por eso yo no hago como ellos, no porque las mujeres me rechacen, no porque no sepa abordarlas, no. Porque soy superior. ¿La prueba? Los calaveras de mis amigos son frívolos, antiintelectuales, desconocen las dudas y anhelos que asaltan al gran hombre, y, siendo así, acechan a las mujeres, las atacan y las vencen. Luego el que es la antípoda de ellos, no ha de acechar ni atacar y ha de pasar muy encima de cualquier victoria. Y de pronto recordé ciertas palabras de Vargas Vila, no recuerdo de qué libro suyo, que decían más o menos:

"En el hombre cerebral o refinado, imaginar el goce que ha de venir y recordar el goce que ha pasado es una voluptuosidad infinitamente mayor que la del momento del goce mismo'.

"Algo así. En todo caso el fondo de la idea es ése.

"¡Qué milagrosa clave! Recordándola siempre, mi naturaleza pasional vivirá satisfecha y en medio de voluptuosas evocaciones.

"¿Clave? Fue más bien una llave que abrió una puerta. Crucé su umbral. Ya se calculará el espectáculo que se presentó ante mis ojos encandilados: ¡el recuerdo, el proyecto, el grandioso desfile!

"Ya conocen lo que sigue: la voluntad cede, cae, la conciencia advierte, se presenta primero la posibilidad de la existencia de un mal, luego la certeza del mal. Y viene la búsqueda de la causa, el hallazgo del remedio, la inmovilidad, el reproche interno, la prueba que exige y exige, en fin, cuanto he narrado.

"Y ahora todo ello se derrumba, se volatiliza, bola de jabón deshecha a la voz de 'juventud', a los guiños de un hombre experimentado. No hay causa ni remedio, no hay pruebas que valgan ni hombres superiores ni goce interior en la soledad, ¡nada! Sólo hay, ¡santo Dios!, una verdad, una ley que se presenta adusta, inexorable: LA MUJER.

“Yo me había aislado, había trazado mi círculo mágico y a la naturaleza entera le había gritado como a un demonio: *Vade retro, Satana!*”

“Ahora, no. Ahora como todos. Ahora, ¡a ella! Ella, ondulando como serpiente, rompe el círculo mágico y me murmura: ¡No podrás eludir, pasarás por donde todos pasan! Pago mi tributo a la juventud, a la naturaleza, a mi sexo; pago tributo a la petulancia de haberme creído diferente, de haber ordenado vivir por encima; pago mi tributo a la cobardía de haber transmutado lo que no se transmuta, lo que debe reconocerse y enfrentarse altivamente.

“¡No te mientas! Amas los bares, amas las juergas y el bullicio, amarías poder amar y reconoces, envidiándolos, la verdad de las vidas de tus frívolos amigos calaveras.

“¿Volver ahora al desfile? Antes lo soportaba y gozaba porque la mentira del hombre superior y refinado me sostenía. Ahora la verdad me lo aniquila gritándome: ‘¡Cobarde!’”

“Sin embargo, amigos, me aferraba desesperadamente a él. No es fácil extirparse de la mente todos los principios ante los cuales se ha jurado obediente fidelidad. Es rehacer toda una vida, es abjurar de lo que hasta ahora se ha mantenido en pie. No es fácil extirparse de la carne un gran placer. Ya lo sabrán tan bien como yo.

“Mas, por otro lado, mente y carne se alzaban. La envidia se transmutaba ahora en una cualidad, en una fuerza positiva que empujaba hacia la vida. Y esta envidia, esta fuerza positiva, este reconocimiento de un deseo reprimido hicieron, poco a poco pero implacablemente, hicieron levantarse, como una bruma que se me antojó cadavérica, un hedor de masturbación de todo desfile, de toda evocación, de todo cigarro fumado en la soledad, de toda copa bebida sin compañía.

“Amigos, volvamos ahora a la Torre desamparada del fundo La Cantera.

“Amigos, fijemos el acento en ese hedor descompuesto. Cierta vez tuve la peregrina idea de visitar la morgue de una gran ciudad, grande, sí, pero no muy preocupada de aseos y de higiene. A medida que mi guía y yo avanzábamos por salas y galerías, una pestilencia insoportable crecía y crecía y ya, cuando llegamos a un enorme pabellón donde aún vestidos y todos desfigurados se hallaban una veintena o más de cadáveres sentados en amplias sillas como sillas de dentista, la fetidez fue tal que me hizo escapar como un condenado con franco alborozo de mi guía. Escapaba en busca de aire puro que disipara esos olores. Vano intento. Ellos se me habían adherido al olfato y tuve que pasar días y días sin poder casi respirar, sin casi poder comer.

“Pues bien, fijemos, repito, el acento de todo éste que llamo *Pequeño Problema*, en el hedor de masturbación que se había impreso en todo mi ser. Me había penetrado en forma espantosa, me perseguía, me enloquecía. Llegué a creer que no me abandonaría jamás. Pero, como todas las cosas, lo fui olvidando con los ajetreos de la vida. Ahora reaparecía en la Torre de La Cantera. ¡Sí, sí! Era el mismo hedor. ¡Lo masturbatorio! Mis narices se dilataban. Sentía cómo los fantasmas de mi pasado lo exhalaban. Ahora podría no ser por el superhombre refinado que, aislado en su soledad, goza sus pasiones en su imaginación exaltada y dirigida. Ahora podría ser por la alta filosofía del segundo de Baldomero Lonquimay. Pero el hedor era el mismo. Y aumentaba, aumentaba siempre. ¡Horror, queridos amigos, horror y nada más!

“Pensé recordar la vida externa, hacer acopio de recuerdos y esforzadamente sublimizarlos en obras y pensamientos hondos. Pero aquel inmenso tubo aislador de ceniza con la pesadilla de su murciélago girando, impedía todo contacto con la vida y mis recuerdos tomaban origen en ella.

“Solución única: ir a la vida. ¿Puede esta nueva abjuración herirme en mi estado moral? No, porque no iría a confundirme en la fiesta del mundo entero; iría tan sólo de espectador, iría a la busca de materiales que sublimizar, iría a poner en marcha el motor de la existencia elevada, iría a preparar el terreno para cuando pudiese abordar debidamente el sagrado segundo de Baldomero Lonquimay.

“No fui. El nuevo *Pequeño Problema* no encontró allí su solución. No fui porque los fantasmas del pasado mañana se dieron cita para sujetarme en el umbral de mi Torre.

“Pero esto es otra historia que próximamente referiré. Por el momento creo haber hablado bastante. Además estoy cansado y temo cansar a ustedes también. Hasta pronto”. Guni, así habló aquel día Lorenzo Angol.

## 12

En efecto, dos días más tarde nos juntábamos nuevamente los tres en casa. Lorenzo volvió a referirse a su pasado, al año siguiente del *Pequeño Problema*, es decir, a sus andanzas de 1919. La suerte quiso aquel año llevarlo de viaje. Lorenzo llegó a Madrid. Poco a poco tomaba contacto con la vida. Y así como esta vez en la Torre pensó salir para ser espectador, así también, ya en aquella ciudad, había intentado igual actitud. De esta actitud y de sus resultados fue de lo que los fantasmas se valieron para detenerlo bajo el dintel de su puerta y obligarlo a permanecer enclaustrado.

Nos explicó nuestro amigo su fracaso y nos aseguró que todo él, con sus mil intentos y variaciones, lo sintetizaba —no sabía bien por qué razón— en una reunión en el palacete de cierto amigo suyo. Fue esta reunión la que nos refirió y la que ahora, lleno de encanto, le referiré yo a usted. Agregó Lorenzo, que, como en el caso anterior, dado le fuese algún día ponerse a llenar cuartillas, las intitularía:

### *Los Señores de Re y de Do*

Comió cierta noche nuestro amigo, con gran número de comensales, en casa del señor de Do, un fanfarrón frívolo hasta lo indecible que recibía con altísimo lujo haciendo sonar el dinero de manera estrepitosa. Entre los invitados se encontraba el señor de Re, joven entusiasta por la vida libertina cuyo tema de batalla consistía en probar, basado en ampulosa filosofía de club, que tal vida, sobre todo cuando bajaba hasta los arrabales de una gran ciudad, era la que mejor mostraba el carácter profundo de un pueblo y, por lo tanto, la que más se aproximaba a revelar los resortes ocultos que mueven la evolución de los mortales. Luego aseguraba que nada como este seriesísimo estudio educaba al hombre pues templaba sus energías desarrollando al máximo sus morales cualidades.

El señor de Re llevaba una vida, a no dudarlo, de acuerdo con sus principios y, desde sus altas cumbres —“que cumbres son (exclamaba) los precipicios del libertinaje”—, miraba por encima del hombro a los que extrañan su existencia de otra fuente de inspiración y extrañan su carácter en otras empresas que las suyas.

Parecía a Lorenzo que el señor de Re no hacía largo tiempo que había descubierto tamaña verdad pues innegable se mostraba a cualquier ojo escrutador que aún seguía cegado ante su resplandor inefable.

Ello era lógico. ¿De qué extrañarse? Pues no era, por cierto, fácil para un tarambana, que había nacido resuelto a no ser más que un cero en su paso por la Tierra, no era fácil quedar tranquilo al verse de pronto convertido en grandísimo filósofo y al ver que su pasado, que él creía una simple y continuada juerga, había sido un acabado trabajo sobre los más profundos problemas del corazón humano. Desde el fatal día en que el señor de Re descubriese cual sin par filósofo, no había vivido en paz tratando, con esfuerzos tesoreros y a todo punto de vista laudables, de poder acoplar debidamente las escenas triviales que le mostraban sus calaveradas nocturnas con diez o veinte sentenciosas máximas emitidas por otros tantos escritores profundos cuyos libros habían caído en sus manos. De estos acoplamientos nacían sus austeras opiniones.

Cuando un apotegma filosófico no había hallado su ejemplo en las tabernas de chulos, el señor de Re se mostraba inquieto y muy de veras se guardaba de enunciarlo. Cuando el señor de Re había presenciado en un prostíbulo o en un garito una escena que no podía acomodar fácilmente dentro de uno de los casilleros de sus ideas, se entregaba a largas meditaciones. Consultaba libros, pensaba, se devanaba los sesos. La escena en cuestión la alargaba, la acortaba, la ensanchaba, la angostaba para que pasara por uno de los agujeros de su saber, y si tales tentativas le fracasaban recurría al método contrario y entonces, lo que en sus libros había leído, a golpes de martillo lo moldeaba, luego lo serruchaba y lo acepillaba hasta que el hecho y la idea se encajaban como si hubiesen siempre sido el uno para la otra.

Era entonces cuando visitaba a sus amigos con pretexto cualquiera, era entonces cuando exclamaba: “¡Eureka!”, y cuando, ladinamente, empujaba la conversación al punto de sus pasados devaneos y cuando, con un indiferente: “A propósito...”, empezaba una larga, kilométrica, interminable disertación.

En verdad era el señor de Re todo un filósofo. Pero ésta que es nuestra opinión sincera, él no podía creerla todavía, tal era su estupor al verse de este modo inmenso. Por eso necesitaba hablar, hablar y hablar, oírse frase por frase, comprobar, por las reacciones de su auditorio, lo que, después de todo –¡qué horror!–, bien podría ser tan sólo una simple conjetura. ¡Pero no! Tiempo era ya que se disipasen tan infundadas dudas.

En casa del señor de Do, el señor de Re discurría, disertaba, razonaba y probaba cuanto quería. El señor de Do no se cansaba de oírle, mitad dichoso, mitad estupefacto al ver lo que su amigo desenterraba de tanto lodo. ¡Él no lo habría sospechado jamás! Si no se lo hubiesen dicho, si no le hubiesen iluminado sobre el punto, no se hubiese imaginado que aquello que él tomaba por una picaresca diversión tenía tan inconmensurables profundidades. Y al darse cuenta de que él también, ¡ya lo creo que también!, había visto tamañas grandezas y había vivido allí donde se forja el porvenir del suceder humano, el señor de Do se estremecía y a su vez tomaba ínfulas de filósofo recóndito.

Así, este noble señor no podía pasar sin su joven amigo. ¡Él que tanto había vivido sin saberlo...! Y en su mente había echado raíces otra abigarrada idea:

El señor de Re había descubierto que la inagotable mina de sabiduría se hallaba en dudosos barrios; el señor de Do había descubierto que, si no la mina misma, un respetable reflejo de ella se hallaba en sí mismo, en su pasado, en sus aventuras, en sus juergas, es decir en su recuerdo, y su recuerdo estaba dentro de su calva cabeza. ¡Cuántas y qué gratas sorpresas!

“Nadie puede decirse feliz hasta su último día” –ha dicho alguien por ahí. “Nadie –pensaba Lorenzo– puede decirse tonto hasta su última hora”.

Pero el señor de Do no era capaz de desenterrar por sí solo el tesoro que habíase puesto a bullir en su cerebro. Por lo demás, no era justo exigir tanto de un solo hombre. Hasta los más grandes escultores han usado de sus obreros para que fundan en cobre o cincelen en mármol la greda moldeada por sus dedos creadores...

El señor de Do era el escultor. ¿El señor de Re? Pues, su simple obrero.

Así, nuestro amigo adivinaba cómo el primero de estos caballeros corría hacia el segundo y que el objeto de esta carrera era contemplarse a sí mismo.

El joven charlaba animadamente. Salían a luz picantes aventurillas. El anfitrión escuchaba sonriendo y en sus ojos se veía una continua afirmación que bien quería decir: "Ya lo sé, ya lo sé; ya he pasado yo también por allí". Pero no se aventuraba más allá... ¡Prudencia, prudencia! Quedaba en expectativa. Y de pronto su rostro empezaba a iluminarse. El horizonte se ensanchaba, las profundidades se adivinaban. El señor de Re, poco a poco, midiendo con suma maestría el efecto que ha de causar sobre sus oyentes, iba transformando aquellas picantes aventurillas en momentos de vida hondamente sentidos. De tahúres, prostitutas y rufianes comenzaba a elevarse la esencia misma de la existencia de los mortales, caía el velo hipócrita y sin sabor que cubre a esa existencia en cualquier otro medio ambiente, y la realidad cruda, la verdad descarnada atronaba en los salones del señor de Do.

Era entonces el delirio en estos dos hombres. El anfitrión se lanzaba a su vez y refería anécdotas tras anécdotas, momentos críticos en que apaches habían querido matarle, develaba caracteres rarísimos, extraños, exóticos, anormales que rondaban por calles oscuras o vivían en el fondo de dudosos lupanares cual monstruosas arañas velludas en el fondo de sus cuevas.

El señor de Re se sentía así confirmado, si en verdad por un hombre menos ingenioso que él, por un hombre de hartos más años y de más notoria experiencia. Por eso le oía con satisfacción y ahora su rol se limitaba a poner en su justo sitio, con una observación, con un subrayado, aun con una pequeña rectificación, el relato algo inconsecuente del señor de Do. Arrellanado en su sillón, echando bocanadas de humo, acentuaba con fineza el lado filosófico y psicológico que debía desprenderse de labios de su amigo si éste no se dejase llevar de tal modo por el lado pintoresco de sus recuerdos. ¡Qué de cosas extraordinarias les era dado oír, a nuestro héroe y demás invitados, en esas noches de tertulia! Lorenzo nos repitió mil casos de interés inimaginables de los cuales uno solo bastaría para desarmar a aquéllos que se quejan de la falta de interés de nuestra época. Mas, por eso mismo, sentía que de él se adueñaba una cierta congoja, un cierto descorazonamiento al oír a estos dos grandiosos vividores y al pensar que él vivía tan muellemente, asfixiado entre cuatro muros o respirando el aire gris de una sociedad de maniqués... cuando cerca, muy cerca, en el barrio vecino, ardía la verdadera vida, se agitaban las pasiones, renacían los tiempos heroicos, pululaban los tipos que ninguna imaginación de literato habría podido crear más fuertes y pavorosos. Muchas veces, de vuelta del palacete del señor de Do, a avanzadas horas de la noche, por la ciudad dormida, se había sentido insignificante y le había cogido una especie de remordimiento al pensar que, pudiendo él también vibrar con intensidad inusitada, no lo hacía sin embargo. Pero que alguien le explicara —pensaba—: "¿Cómo hacerlo?" Pues, en verdad, por encima de todas aquellas historias, planeaba siempre la sombra fatídica del apache, la bofetada, el bastonazo, la policía, la mujer vampiro —suerte de hiena arrulladora— y la sífilis también. Y tenía mucho miedo de tales cosas. Además, como ambos lo explicaban, el asunto consistía en desafiar todos esos peligros,

luchar contra ellos, vencerlos y salir incólume. Así lo hacían ellos. Ahora bien, a él podría sucederle de diferente modo. ¿Si en su primera aventura le rompían la crisma de un bottellazo? Fuera del mal mismo, ¡qué vergüenza! Concluía siempre aconsejándose que mejor sería volver sensata y honestamente a casa. Y mientras de la Castellana pasaba a la calle de Alcalá y doblaba a la de Barquillo y subía las escaleras de su rincón del 12 duplicado, resonaban aún en sus oídos aquellas valerosas palabras... ¡Cuánto han de gozar los muy canallas! ¡Qué existencias tan llenas de emociones! Y la emoción es la vida. Su habitación le parecía incolora. Sus muebles y objetos le hastiaban. Se dormía desencantado y –para qué negarlo– crispado de envidia. Y soñaba con esas mujeres feroces cual fieras, astutas cual serpientes, más seductoras que sirenas y deparadoras de deleites inconcebibles.

Vencerlas y salir incólume... En torno de ellas el eterno y ruin rufián... Vencerlo y salir incólume...

La habitación era triste. ¡Cuánto han de gozar los muy canallas! Los muebles, atribulados.

“Mas no nos quejemos –se decía Lorenzo–. Permanezcamos cuerdos y no olvidemos que quejarse es indigno del hombre bien nacido”.

En fin, volvamos a nuestros dos tunos. Eran, en resumen, dos seres que se daban brillo y realce mutuamente. El señor de Re advertía en el señor de Do la práctica misma de sus elevadas teorías y gustaba de ver que no era él solo quien se nutría de todas las fases de la vida del amor. Cuanto al señor de Do –ya se lo he dicho– veía en el señor de Re al hombre que le ha dado dignidad y elevación a sus continuas calaveradas que otros hombres de espíritu estrecho habían llegado a reprochar.

“Estos dos seres –pensó Lorenzo durante largo tiempo–, deben estimarse como pocos y están, sin duda, destinados a no desavenirse jamás”.

Pues bien, así no fue. Sus relaciones fueron poniéndose tirantes y por fin la noche de la reunión de que he hablado, se produjo el cataclismo.

A cualquier psicólogo avezado, este rompimiento no le habría causado sorpresa alguna y debería haberlo previsto aun desde el tiempo en que su amistad parecía inquebrantable, mas a Lorenzo le sorprendieron a tal punto las primeras desavenencias que llegó a ponerlas en duda. No obstante aquella noche no pudo menos que darse a la razón. Sólo más tarde comprendió lo que en el fondo iba acumulándose para estallar algún día.

El señor de Do admiró durante mucho tiempo a su joven amigo pero, como ya se habrá notado, esta admiración era totalmente interesada. Admirándolo, el señor de Do crecía ante su propio concepto en forma gigantesca. Consideraba al señor de Re como el obrero que fundía su vida creadora pero, después de un tiempo, empezó a sentirle cierta ira pues la verdad, notoria para todos, era que cuando el joven no estaba allí, el señor de Do no chistaba. Y si las damas, ansiosas siempre de relatos que les diesen un sabroso coquilleo, le pedían e insistían que evocase su pasado y aun develara algún secreto del presente, el señor de Do no pasaba más allá de los mediocres límites del calavera charlador y ni un solo perfume psicológico venía a elevar a la dignidad heroica sus juergas y tunanteos. Las damas no gustaban de tal cosa. Quedaban insatisfechas. Se conocía, sin gran dificultad, que deseaban la presencia del señor de Re para que abriera ante sus ojos ávidos los arcanos de la prostitución. El señor de Do es hombre fino y sutil. Tal desventura no podía pasarle inadvertida. Y era en balde que quería hallar el fondo del problema... Quedaba sólo en la forma y no había dudas, no las había, no: estaba obligado a recurrir al señor de Re.

“Ve las cosas claras este joven y ¡vaya que ve lejos y hondo! –pensaba el desdichado–.

¿Distracción, despreocupación mía acaso? –se preguntaba meditabundo–. A no dudarlo –se respondía–, a no dudarlo."

Sin embargo, se supo que varias veces el buen hombre marchó a sus barrios tenebrosos, implantado en su espíritu el deseo de ver su mundo con otros ojos. Pero fue pena perdida. Vio todo lo mismo y empezó entonces a devanarse los sesos para llegar a saber de dónde demonios el señor de Re extraía tanta sabiduría. Que él sólo la descubriese con únicamente ir a lupanares, no lo creía. Y culpó a mil diferentes escritores, los culpó con hartas dificultades pues era la vez primera en sus 46 años que tenía que pensar en tales hombres.

Recordó Lorenzo que cierto día le preguntó de buenas a primeras:

–Dígame, amigo, ¿qué cosas escribe Rabindranath Tagore?

La pregunta lo dejó desconcertado pues el señor de Do sólo hablaba de sus comilonas, de sus amores y de cuanto hacían sus compañeros de farra a quienes llamaba siempre por diminutivos o sobrenombres. Le explicó, no obstante, quién era, a su juicio, el escritor en cuestión. Respondióle con un único: "Ah, ah", y pasó a otra cosa. Por la tarde de ese mismo día se encontró Lorenzo con el señor de Re que iba por las calles con un libro de Tagore bajo el brazo.

Pobre señor de Do... ¡Cuánto le preocupaba el joven y cuánto le hacía cavilar! Además confesémonos que no sólo es insoportable sino también un atropello a la dignidad el tener que recurrir siempre a un tercero para descubrir las propias grandezas. Agréguese que las damas honradas que visitaban su casa preferían manifiestamente al señor de Re, y el señor de Do quería a todo precio brillar ante ellas como el verdadero *connaisseur* en cosas prohibidas. Una noche, cuando el desgraciado empezaba a abordar una honda disertación sobre la esencia misma del amor sexual, una de ellas lanzóle a la cara, aunque sonriendo:

–¡Qué sabe usted, amigo mío! ¡Deje esas filosofías para el señor de Re!

Todos rieron y él también. Pero luego cayó en una triste meditación y guardó silencio por largo rato. Aquello le llegaba al corazón, le hería y muy justamente. Sí, rindamos justicia: en materia de amores era el señor de Do un verdadero don Juan al lado del señor de Re que, con sus 27 años, era apenas un principiante. Las conquistas de éste eran juegos de niño en comparación a las suyas que no habíanse detenido ante hembra alguna.

Lorenzo cree que fue el único en notar su dolor, y este dolor repercutió también en él, no por extrema sensibilidad de su parte sino porque el señor de Do era un gran hombre, un gran tipo, todo un hombre y un tipo, y era, por lo tanto, muy triste verle sufrir. Que un fraile, que un redentor sufran, es también muy triste –para qué negarlo–, pero uno siente instintivamente que a eso han venido al mundo, que sin sufrimiento no habrían tenido razón de ser. Están, pues, en su rol, haciendo su misión y, por grande que sea la tristeza, queda en parte compensada por un sentimiento de equilibrio, de cosa que obedece a la ley natural. En cambio el señor de Do... ¡Oh, no! Sólo con verle y oírle charlar cinco minutos, con su gran cara redonda y picaresca, con su cara de cachiporra de bastón, su cabeza calva, su respetable estatura, su vientre de vividor, su vestimenta maliciosamente esmerada, su risa sonora y sana, sólo con verle y oírle, el hombre más pulcro y comedido se sentía arrastrado a otorgarle su perdón y a asegurar que el buen amigo debería por justicia quedar exento, en su paso por el planeta, de todo padecer. Se sentía que era un ser predestinado, por leyes que nos escapan, a reír en la vida, a hacer bufonadas y picardías sin fin, y esto en él parecía tan normal, tan natural y serio como los desvelos de un sabio ante un trascendental descubrimiento. Por eso verle molesto, agriado, era algo chocante

como todo aquello antinatural, desequilibrado y sin medida, como todo ultraje a la estética y a la dulce ordenación de las cosas en una tierra de justicia y armonía.

Pero volvamos a la reunión que en Lorenzo lo sintetizó todo. Voy a contarla con detalles para ver si descubro por qué allí culminó la visión clara de que los espectadores no caben en este mundo. Y así como aquella palabra de "juventud" le reveló que la soledad es impotente y vana cuando a ella se va por torcida vía —como fue la de un afán de no ser como los demás—, y así como entonces creyó que la transacción estaba en abandonarla tomando el papel de espectador; así esta reunión le reveló, iluminándole sus anteriores intentos de los que nada había cosechado, que entre los hombres hay que ser actor o *nada* y que el transar no es permitido.

(Déjenme decir, al pasar, que he subrayado la palabra "nada" por lo que luego Lorenzo pensó sobre tales actitudes y que más tarde hará el objeto de otro párrafo de estos escritos).

Vamos, pues a los brillantes salones del palacete del señor de Do y al gran número de detalles que he prometido:

La noche de la famosa comida, el señor de Do pasó, según nos contaba Lorenzo, por emociones tan fuertes que estaba seguro de que ni la más hermosa de las hembras ni el granuja más audaz las habían experimentado a tan altísimo grado. Otro tanto podía decir del señor de Re y, por extensión, de todos los invitados, entre los que se colocaba, a este respecto, en primera fila.

En verdad, ¡qué de emociones aquella noche! Se comió copiosamente, se bebió sin restricciones y se *charló*. Todos estaban vibrantes, y las damas pedían algo más que anécdotas y juegos de humor. La palabra se usaba en forma completamente libre. Era de todos, todos la tomaban y todos tenían igual derecho a ella. Mas, poco a poco, el señor de Re, con una malvada sonrisa clavada en su rostro, mitad de Adonis y de matón, ganaba y ganaba terreno e iba monopolizando ese justo derecho común que el don de gentes del dueño de casa había sabido repartir con tanta equidad entre sus numerosos invitados.

Era algo implacable.

Cada disertación del joven duraba algunos minutos más que la anterior, e ignoraba Lorenzo por qué fenómeno singular, cuanto hablaban los demás parecía salir de sus bocas, describir una parábola fatal e ir a caer en aquel hombre que convertíase en un centro magnético al que todos convergían. No había duda de que en media hora más, únicamente el señor de Re hablaría en medio de un corro de mujeres, y que ellos los hombres quedarían diseminados en los rincones y umbrales sin atreverse a chistar palabra.

El señor de Do lo veía. De cuando en cuando trataba de desviar el cauce de la conversación: con ruidosa carcajada ofrecía copas y cigarros con el fin de llevar allí la atención general; luego, cruzando a largos pasos el salón, proponía con voz estentórea que se hiciese un poco de música o se bailase; luego insinuaba un juego de sociedad; y luego, con impecable desenvoltura, refería un caso curioso y... esa atención general que quería a su vez monopolizar para después diseminarla por todas partes, obedecía un instante a su llamado, parecía doblarse hacia él, mas pronto volvía al foco dominador, a los labios eloquentes del joven y elegante filósofo que era el común compañero, el admirable señor de Re.

Así hablando con donaire y agudeza y capitanéandolos con maestría, el buen amigo les hizo visitar a la ligera la alcoba de una dama casada (cuyo nombre, por cierto, calló); les hizo casi adivinar, a través de una tenebrosa explicación sobre el aparecer de los instin-

tos carnales en los púberes, lo que ocurría entre las virgencitas de 14 años durante las noches sosegadas en cierto colegio de internas; luego supieron que el éxito de los grandes hombres, en cualquier rama del saber humano, debíase en grandísima parte... (y esto díjolo el amigo en voz más baja pero sonriendo siempre) ...a la femenina influencia y que esta influencia la mujer la daba... (y la voz aún bajó y las damas se estremecieron) ...la mujer la daba cuando el macho de talento la poseía en arrebatos de pasión; y por fin dejó entender este extraño Cicerón que el saber inconmensurable de la humanidad, en éstos y todos los tiempos, era sólo, para el ojo avezado, un velo que cubría lo único cierto, el único resorte que nos moviese: el amor, la posesión, ¡el coito!

Siguió charlando largo rato. Estaban todos sometidos y no quedaba más que reconocer la verdad: para aquello no tenían talento. Sólo el señor de Re era capaz de desentrañar las profundidades a través de la máscara aparente. Habían también renunciado (el último fue el señor de Do) a imponer otro tema de conversación. ¡Nada que hacer! Él únicamente hablaba y su voz únicamente las damas querían oír y ya se aprontaban, impotentes, a sufrir el martirio de sus argumentaciones por largas horas todavía. Por su parte —confesó Lorenzo—, se prometía en silencio, aunque fingiendo alborozo, no volver más a casa de su anfitrión mientras el señor de Re figurara entre los invitados. La noche languidecía para ellos en proporción directa al triunfo del otro y al interés que las damas le prodigaban. Y creía que todos sentían un peso que les agobiaba, como un nudo en la garganta, que les impedía hasta insinuar la más leve observación. Y esto es cuanto hay de penoso. A él, al menos, le parecía que todo el silencio que había guardado y seguía guardando, se fuese amontonando sobre sí y, por lo tanto, que a cada instante sería más difícil romperlo.

“En verdad —pensaba— ya todo el mundo se ha habituado a que yo no hable ni opine y si lo hago se extrañarán, se volverán hacia mi sitio y me clavarán esos ojos interrogadores y maliciosos que dicen: ‘¡Vaya, vaya! ¿Conque va usted también a meter su cuchara?’”. Y el terror de lanzar entonces una necedad le agarrotaba. Y todos los demás ilustres caballeros sentían, no lo dudo, igual cosa.

Mas de pronto se produjo una gran expectación en la asistencia. Las damas, en sus asientos, inclináronse aún más hacia el señor de Re, tanto que algunas parecieron quedar sentadas en el aire. Los hombres, como movidos por un latigazo, despertaron de su letargo y el rostro del señor de Do se iluminó. En verdad, lo que ocurría era grave, y Lorenzo, en antecedentes de la cosa y con fina perspicacia, comprendió en el acto que aquel momento abría una nueva era en la nefasta tertulia, una era a la que sólo Dios o tal vez Satán podrían vaticinar un fin. Y, a su vez, hízose todo atención.

El señor de Re, perorando y argumentando, había llegado, no recordaba por qué senderos, a nombrar la pasión del juego y empezaba diciendo con voz segura y no poco impertinente que era esa pasión, sí, la más noble de las pasiones, que eran sus emociones las más ardientes de las emociones, y que eran los hombres que en verdad comprendían lo que en verdad el juego era, los más fuertes y audaces entre los hombres.

Hubo un silencio casi angustioso.

Luego agregó que, si era cierto lo que avanzaba, para llegar a esos altos extremos hacía falta haberse sentido, por lo menos una vez, totalmente poseído por el vicio y haberse entregado a él de cuerpo y alma, poniendo en una carta su existencia misma.

Hubo un segundo silencio, angustioso éste.

Hubo uno de aquellos silencios que se producen cuando se adivina que algo horrible sobrevendrá. Así esperaron todos..., esperaron...

Mas es necesario que antes explique a qué estos silencios de angustia se debían y qué era lo que todos anhelantes esperaban.

Desde luego era por vez primera que sabían que el señor de Re fuese también un jugador. No ignoraban, por cierto, que hubiese frecuentado mil y una veces los garitos, pero que aquello hubiese llegado a ser en él una pasión indomable y, al mismo tiempo, la fuente misteriosa de su alta sabiduría, no lo sabía nadie. Tal vez su secreto, el secreto de su ciencia, iba por fin a ser revelado. Ya esto solo, me parece, era bastante para crear la más picante curiosidad. Pero había más:

El señor de Do —aquella noche vencido y recluido en un rincón— era, a sabiendas de todos, el más empedernido jugador. Varias veces había perdido su fortuna sobre el tapete verde y varias otras, sobre el mismo tapete, habíala vuelto a levantar. Era algo aceptado y reconocido por el mundo entero que, en materia de juego, el señor de Do constituía la autoridad más eminente y que su experiencia en tal asunto no conocía límites ni barreras. Muchas personas le habían discutido, en más de una ocasión, la eficacia de sus trucos para conquistar muchachas, o la bondad de sus variadas mistificaciones para encandilar gentes de peso, mas cuando se hablaba de barajas y ruletas, ninguno, en todo el orbe, habría tenido la osadía de poner en duda su saber. Y he ahí que aquella noche, en su propio palacete, un imberbe de diecinueve años menor que él, con descaro y desplante sin par, cogía el tema casi sagrado y no vacilaba en asegurar ante el decano en la materia, que era él, él, el imberbe señor de Re, quien podría dar valiosas luces sobre los misterios del azar y revelarnos sus verdaderos y más ocultos arcanos...!

Fue aquello de una audacia tal que, dadas las circunstancias expuestas, convirtiéndose casi en un insulto. Fue como un guante lanzado. Y, ¡vaya que era el señor de Do hombre de recoger un guante y defender en justicia su saber!

Su táctica fue muy curiosa. Después del primer sobresalto se repuso y, como quien echa las cosas a broma, dijo:

—¡El juego, el juego! Vamos, hombre, cambiemos de tema que, si nos ponemos a discurrir sobre él, no nos bastará esta noche ni muchas noches más. No es asunto para tratarlo a la ligera...

Y guiñando un ojo agregó:

—¡Créanme a mí, créanme a mí!

Hubo un murmullo de aceptación que hizo ver al señor de Do que tenía al auditorio a su favor. El señor de Re se irritó con esto manifiestamente mas no abandonó terreno. Por el contrario, atacó con resolución:

—¡Un momento, amigo mío! —exclamó—. Si usted permite iremos por partes, ¿eh?

Con la mano hizo entonces un gesto como para detener a una turba que se le viniese encima y luego hizo girar por el salón una clara mirada interrogadora. Impuso el silencio. Y habló:

—No voy, por cierto, a referir anécdotas ni a narrar casos. Sé, sé *tan bien como usted* (indicó al señor de Do) que ni una ni muchas noches bastarían para ello. Pero sí puedo teorizar sobre las leyes del tapete y ver así cuál es el fondo verdadero de esta pasión malamente estudiada hasta ahora y que cuenta con tantos adeptos como la más difundida religión.

—¡Oh, sí! —murmuraron las damas.

El auditorio estaba nuevamente a su favor.

Pero el señor de Do rompió con una generosa carcajada. ¡Qué bien reía ese hombre!

Su risa era cual una catarata jovial que parecía infiltrarse en cuantos la oían y comunicarles fuerzas y optimismo ante las durezas de la existencia aunque no se supiese por qué. Rio a mandíbulas batientes y era, asegura Lorenzo, un espectáculo simpatiquísimo, inefable, ver surgir de un rostro medio clownesco y medio pillo, cosa tan límpida y sonora.

—¡Teorías, leyes, el fondo y qué sé yo! Si nada de eso existe, amigo mío, y verá usted. Escuche, no me interrumpa, ya será su turno, pero déjeme antes desarmarle en un instante. No me interrumpa. Sé de qué iba usted a hablar. Todos los jugadores, cuando niños, digamos cuando jóvenes, han empezado por lo mismo. ¡Ya lo sé! Su primera teoría era, sin duda, la doblona... ¿no es verdad? Y luego...

—¡Permita, hombre de Dios! —interrumpió el señor de Re—. ¡Qué doblona ni qué nada! Si quiero yo hablar...

—¡Calma! He dicho la doblona porque por allí comienzan todos y ella es la primera ilusión de una *trouvaile*, ilusión que se repetirá, en ésta o aquella u otra forma, aun en gallos viejos y peritos. Mas no dudo, mi buen amigo, que si alguna vez ha abrigado usted una esperanza en cualquier martingala... y por mucho que ella se base en leyes de probabilidades y en, ¿cómo las llama usted?, en... filosofías del azar, en menos de diez minutos, si es usted jugador de fina cepa, habrá comprendido qué cosa de necios, de jugadores a medias, es todo. Será entonces su *ley*, su *fondo* la observación psicológica... Mas yo quisiera saber cómo queda el arqueo de sus bolsillos después de tanta psicología. ¡Lo conozco, lo conozco también todo eso! ¡Niñerías, cursitos por correspondencia...!

Y volviéndose a las damas con gesto magnífico:

—¡Otra cosa es entre nosotros, señoras mías, otra cosa es con guitarra, como vulgarmente se dice, otra cosa es... entre los grandes tahúres de esqueleto de acero y nervios de bronce!

El señor de Do tuvo, por unos instantes, la sublime grandiosidad de los hombres, que, con sus palabras y gestos, electrizan a las multitudes.

Aquellas señoras trepidaban cual dinamos...

Un silencio instantáneo pero profundo.

—¡Ojo! —exclamó el señor de Do—. El juego es *ojo*. No sé si me entienden ustedes (miró a su joven contrincante): ojo es, es, es estar, es vivir en la cosa, pertenecerle, diría. Y esto no basta porque, además, es menester, como les decía, tener ojo, tenerlo, sin más, y lo tiene... el que lo tiene. (Y rompió a reír nuevamente.) ¡Oh! Usted hace una mueca de desprecio. Muy bien, pero dígame, señor de Re (se puso sereno, grave, paternal, lo que irritó al mozo de modo horrible): tengo yo 46 años, ¿no es verdad? Usted sabe, además, varias cosas de mi vida, pequeñas cosillas, pequeñitas... Bueno, créame ahora: cuántos he visto pasar años y años, ¡años, señoras mías!, ¡que sandios!, estudiando, libro en mano y revistas de casinos, qué de veces, en un tiempo dado, habíase repetido tal o cual seguidilla. ¡Cuántos he visto! Llega el momento y se embrollan y pierden, o las teorías fallan y pierden. ¿Por qué se embrollan, por qué fallan? Ya lo diré a su debido tiempo. Por el momento, un consejo de jugador, de jugador baqueteado: en el juego, el ojo y... lo que bien podríamos llamar los *à cotés* del asunto, sus alrededores, sí, amigas mías, sí, amigos míos, sí, amigo mío. Conocer esos alrededores que grandes teóricos desconocen y otros pobres mortales conocemos lo bastante para desplumarles como a pajaruelos. ¡Muy importante! Después se devanan los sesos viendo sus bolsillos vacíos... Las grandes leyes en los garitos no están en libros ni viejos pergaminos, están, a menudo, en ciertos bondadosos compañeros de la vida, pues en toda vida, señor de Re, hay profesionales y..., ¿cómo se llaman?, aficionados,

eso es, aficionados. Y están en varias cosillas más. Por ejemplo: ¡guardar la retaguardia! Importantísimo también. Olfatear, sentir, saber acelerar, saber frenar y... –acaso nuestro joven huésped va a sonreír– y tener amigos, muchos amigos, y amigas, muchas amigas, tener mafia, si quieren denominarla así, mafia de ayuda mutua y *vibración total*.

El gran señor de Do tuvo un sobresalto al oír ésta su genuina expresión que habíale brotado con espontaneidad sin igual. Mas siguió hablando y gesticulando, medio hablando y medio gesticulando, dejando entender cosas, velándolas, enredándolas, mientras –nuevos contingentes entraban en fila a prestarle ayuda– hacíase maliciosas señas con otro señor, otro joven, también jugador, y que luego supo Lorenzo que era nada menos que el señor de Sol. Y rió el buen hombre, rió y rió el señor de Sol, rieron ambos, rió Lorenzo, rieron las damas, rieron todos... menos, por cierto, el señor de Re.

Esta risa no fue una tregua. El anfitrión, dueño de la palabra, no tenía intenciones de dejarla partir. Siguíó hablando sin reposo, citó cuantas combinas, martingalas, recursos y audacias existir pueden en el juego, y todo ello lo adobaba con chistes y aderezaba con picantes terminachos que, otra vez, arrancaban el reír general.

Difícil le era a Lorenzo reproducirnos, a Viterbo y a mí, esas palabras, esos argumentos y veladas intenciones pues, además de que en materia de tahurerías no entiende un ápice, era, según nos decía, el hablar del señor de Do tan abundante, tan caracoleante y variado, que sólo lograba comprender y sentir un estado de guerra despiadada en el que el dueño de casa bombardeaba y bombardeaba al invitado.

(Guni, creo superfluo agregarle que, en estas materias de azar, soy yo aún más lego que nuestro común amigo Lorenzo y, si pienso que usted sabe de todo ello mil veces más que él y yo juntos, no vacilo en esperar que comprenda y perdone las deficiencias técnicas de que, al respecto, va a adolecer mi relato. Sigamos, entonces).

El señor de Do, lanzado ya, no parecía que hubiese fuerzas posibles para detenerle. Pues en verdad y con razón se decía:

“Yo que vivo en el juego y viene este otro a dictar leyes hasta en esto... ¡Es demasiada osadía!”.

Mas al fin, considerando que el joven estaría desarmado, se calló en medio de general aprobación. Su contrincante, sin embargo, estaba dispuesto a seguir la batalla y fue un estupor unánime al ver que, sonriente siempre y con mirar irónico, respondió a la larga peroración con voz tranquila y desdeñosa:

–Muy interesante cuanto usted ha dicho, señor de Do, pero en resumen, ¿qué? De su larga práctica, de su perspicacia ilimitada, de su experiencia respetable, de sus emociones sin fin, ¿qué saca usted en limpio? Todos le hemos oído de punto a cabo y ¿puede alguien precisar qué ha dicho el amigo? En verdad tiene usted 46 años, en verdad sabemos muchas cosillas de su movida vida de usted mas ¿no es por eso mismo lastimoso que todo ello sea justamente para *nada*? En el terreno de los recuerdos, de los pequeños trucos, de las combinas de profesionales, es usted sin rival y pláceme rendirle mi homenaje muy sincero. Pero dejemos por un momento ese terrenito del oficio. Como hombre, señor de Do, entiéndame usted bien, como hombre –pues por encima de jugador, supongo será usted un hombre–, repito ¡como hombre!, ¿qué deduce del juego y a qué conclusión logra llegar? Y a mi parecer –creo no equivocarme– lo único que interesa en el juego, como en toda pasión, es la exaltación del hombre. Por eso considero que el vicio puede alcanzar preclaras cumbres al exaltar al hombre más allá del paroxismo. Si así no fuese... ¿qué? Aprender trucos y mañas... todos lo pueden, hasta el último gañán: tener recuerdos asom-

brosos..., no, no va usted a encandilar a nadie con ello pues, fíjense ustedes bien, contertulios, que en la mayoría de tales recuerdos quien los relata ha hecho simple papel de títere y nada más. Mientras que en la última comprensión del fondo de los vicios hace quien de ellos habla papel de actor, de sacerdote. Por eso permítame y disculpe usted, caballero, si le digo: yo, yo, con haber jugado la centésima parte de lo que ha jugado usted, yo creo ser un jugador, título que a usted me atrevería a negarle. ¿Por qué? Porque —lo repito altanera y paladinamente y jamás me cansaré de repetirlo—, porque nada queda si al vicio le quitamos, como lo hace el señor de Do, su humana exaltación.

Pausa. Todos los ojos cambiaron de puntería.

—¿Si me interrumpen —vociferó el acusado— no podré llegar a fin! He citado casos, he evocado recuerdos, he explicado martingalas, he desenmascarado a los novicios ingenuos porque de todo hay que tratar, mas ¿qué sabe usted, joven, hasta dónde he ido yo *como hombre* en el juego?

¡Oh satisfacción del señor de Re! Todos sus ademanes, aunque finos y ponderados, fueron en ese momento como un canto de triunfo, fueron los ademanes de quien siente a la presa cogida entre sus redes. Mas se limitó a decir con voz suave y haciendo como un ofrecimiento a la concurrencia toda:

—Le escuchamos a usted, querido amigo, le escuchamos a usted.

Pero el querido amigo palideció y tartamudeó. El señor de Re lanzó majestuosa bocanada de humo; las damas nuevamente tiritaron ante la idea de la humillación de un hombre por otro, y los caballeros hicieron un gesto molesto al ver la torpeza del compañero para entregar así su verdadera experiencia al engranaje destructor del pequeño don Juan filósofo.

El señor de Do comprendió que se lanzaba a un abismo pues, en realidad, sobre temas elevados no comprendía palabra y, aunque convencido de que él era y había sido un coloso con sólo vivir en tan altas esferas, ya el temor de que la grandeza no existiese en el hecho mismo sino en la comprensión de él, empezaba a roerle penosamente. Una confirmación en tal sentido, una confirmación de palabra ante tanta bella mujer, habría sido cuanto en la Tierra cabe de bochornoso.

Hizo, entonces, marcha atrás.

—¿Me escuchan? —preguntó simulando júbilo sin límites—. ¡Bonita cosa! Ofrece usted revelarnos los secretos, los misterios en que todos vivimos, pero que sólo usted llega a ver, y ahora me pide a mí que lo haga. ¡Bonita cosa! No, señor, no. Cuando se hace un ofrecimiento, justo es ir con él hasta el fin. Tal vez no sepa yo de esas cuestiones. O tal vez las habré sabido... Las supe. Pero hace tantos años, tantos, que las he olvidado. Remoce, joven, mi lejano noviciado.

Esta alusión a su corta edad enfureció al señor de Re y aumentó sus ímpetus de combate. Un ligero rubor coloreó por un instante sus mejillas. Altivo preguntó con voz pausada:

—¿Quiere usted echarme a la broma?

—De ningún modo. Me limito a recordarle sus promesas. Por lo demás, puede usted estar seguro de que nadie como yo ha de interesarse en sus observaciones. ¡Si siempre he sido el primero en decir que toda opinión sobre el juego es de altísimo interés porque nadie nunca podrá abarcarlo en su total! El juego... ¡Aaah! ¡Enorme cosa, enorme cosa! Sin echar nada a broma, diga sin más, hombre, diga: ¿qué piensa usted sobre él?

—Puedo entonces y ante todo decir a usted que pienso todo lo contrario de lo que

usted piensa, haya pensado o pueda algún día pensar. La *mayoría* (pronunció esta palabra con desdén) ve en el juego dinero. Los *jugadores* (articuló esta palabra con solemnidad) ven otra cosa y que es a la que quería referirme. Sí, señor de Do, a ella quería referirme y no a doblonas ni a combinas ni martingalas ni petardos y necesidades semejantes. ¡Nada de eso! ¡Nada! (El señor de Re que había empezado a hablar con pausado tono, perdió aquí su dignidad al recordar el discurso de su amigo.) ¡Todo eso es una burrada! –exclamó–; ¡una burrada como la de todos los que piensan en dinero, como la de esos infelices que ansían ganar o temen perder! ¡Y usted que me venía a mí con doblonas, vive Dios, vive mil veces Dios! ¿Pero sabe usted siquiera, hombre bendito...?

–¡Tregua, tregua de doblonas, por piedad! –interrumpió con voz meliflua una delgadísima señorita que luego supo Lorenzo ser la fina, muy fina señorita de todos estimada, la señorita, digo, la señorita Fusa–. Si yo ni sé qué es eso...

El señor de Re recobró al instante su dignidad.

–Es cierto –dijo a la doncella–. Sólo quería manifestar que para un verdadero jugador, ganar o perder es totalmente secundario. Lo único que importar pudiese en la ganancia es adquirir los medios para seguir jugando. De esto deduzco su complemento y digo: lo único que afectar pudiese a quien pierde es privarle de esos mismos medios para ese seguir jugando. Luego el dinero pasa a segundo término, y aquí –creo proceder con estricta lógica– puedo, por lo tanto, afirmar que: desde el momento que existe un segundo término, ha de existir un primero. (Un silencio, un mirar giratorio). Señoras, este primer término es ¡la gran exaltación del individuo!

“Creerán ustedes que voy a referirme a la que se produce ante el hecho de exponer suerte y porvenir o a la de su contraparte, la de devenir un potentado... ¡Error, profundo error! si piensan ustedes así. Reconozco, por cierto, la exaltación que en todo ello radica. Mas ella es sólo lo picante, es, diría, la pimienta que da mejor sabor. Pero aquello a lo cual esa pimienta sazona es otra cosa más honda, más honda, mucho más honda aún...”

El señor de Re estaba en aquel momento casi majestuoso. La concurrencia, sobreco-gida. El señor de Do dijo:

–¡Caracoles!

Otra pausa y luego:

–¿Le extraña a usted? –inquirió el primero.

–Su poco. Todavía más honduras, más honduras, más...

–¡Calla tú! –gritó terminante ese jovencuelo de aire malicioso que supo Lorenzo ser nada menos, nada menos que el señor de Sol–. ¡Calla! Déjalo que explique. ¡Que ya lo dirá todo...!

En sus palabras y ademanes había una pícara ironía. Lo advirtió el señor de Re pues lanzóle furibunda mirada junto con decirle con voz casi insultante:

–¡Sí señor! Ya lo diré todo...

El señor de Sol volvió el rostro, miró a Lorenzo, le guiñó el ojo. Lorenzo enrojeció. ¿Por qué escogerle como cómplice? Enrojeció de temor de que el señor de Re hubiese apercibido el guiño y, creyéndole un enemigo, le hubiese arrojado, de lado a lado del salón, alguna repentina y mordaz pregunta. ¿Cómo la habría contestado? Mudo habría quedado y sumido en la vergüenza. Felizmente nada el otro apercibió. Lorenzo respiró.

Sí, Lorenzo respiró, mas como todos hemos respirado tantas veces: la respiración del intervalo, no la del amanecer en un aire libre y transparente. La pequeña tregua, la esca-

pada a un peligro inopinado, y no al verdadero y permanente. Pero, ¿a qué peligro? se preguntará.

¡Ah! ¡Aquí está la cosa! Porque, en verdad, ¿qué podía acontecerle, después de todo, a nuestro amigo? Allí estaba sin ser guerrero en la batalla y estaba con el propósito, el deliberado propósito, bien empotrado en su mente, de ser un inteligente espectador que al mundo entero convertiría en títeres y saltimbanquis para arrancar de sus muecas y alegrías, de sus acrobacias y pesares, alimento copioso con qué nutrir su intelecto. Este palacete de La Castellana con sus peles filósofos, sus peles vividores, sus peles experimentados, sus hermosas actrices, sus ansiosas características... ¿qué mejor escenario para el espectador agudo? Entonces, ¿por qué hablar de peligro verdadero y permanente?

Usted se lo pregunta hoy en nuestro rincón de media luz; Viterbo y yo nos lo preguntamos en casa aquel día caluroso, recuerdo, del verano de 1927; Lorenzo, nueve años antes, se lo preguntaba aquella noche invernal, bajo las mil luces de las arañas de esos suntuosos salones. ¿Por qué, por qué?

Una congoja le invadía, abrumadora.

Por cierto que la escena era vibrante y coloreada.

“Por cierto —se repetía para disipar ese misterioso mal que se insinuaba y crecía—, por cierto que es una suerte ser huésped del gran palacete de La Castellana”.

La Castellana... Ocurriese lo que ocurriese, un momento tendría que venir en que las luces se apagarían. Entonces, sí, La Castellana, solo, frío, calle de Alcalá, Barquillo 12 duplicado... ¿Hombres peles, doncellitas actrices, damas características? No era tan clara la cosa. Los actores —como es remota costumbre— irían, después de la función, a cenar, a charlar y experimentar, y luego, al día siguiente, a aprestar nuevas y movidas escenas entre orquestas y candilejas. Y el espectador... ¡a casa! ¡A tratar de extraer motivo de vida de lo que, para ellos, después de todo y fuese cual fuese lo que opinasen, era vida y no motivo!

El espectador... Quedar aislado frente al telón caído, mientras tras el telón, por las puertas laterales, el vivir se escabullía.

“Pero no, ¡no! —se gritó de pronto nuestro amigo—. ¡Ánimo! ¡A mí, títeres! ¡Dadme materiales sin fin!”.

Justo grito, Guni, pues, el señor de Re tronaba, si puede tal verbo aplicarse a quien impávido se expresa:

—Ya lo diré todo. Señoras, clavaos bien esto en la mente, esto que algunos olvidan con demasiada presteza: “exaltación del individuo”. Para este apotegma fundamental, están ruletas y barajas que pasan a ser sus puntales. Y el dinero, ¡ah!, el dinero convierte a los puntales inmóviles en motor que marcha. He ahí el cuadro. Ahora bien...

El hombre dejó pasar unos segundos. Luego buscó con las pupilas entre los invitados. Sonreía. Sus rayos visuales se desplazaban lenta pero ininterrumpidamente. ¡Horror! ¡No, no podía ser! Uno, dos, acaso tres segundos hicieron alto y punzaron. Varias damas se percataron del extraño fenómeno y siguieron el mirar del orador: un ser, allá al fondo, se estremecía, palidecía, se congelaba. Uno, dos, acaso tres segundos aquellas pupilas habían perforado a Lorenzo, a nuestro inolvidable Lorenzo...

Y la voz, después que los ojos volvieron al vacío, prosiguió:

—Ahora bien, que alguien perito en la materia que voy de inmediato a abordar, que alguien me responda: “¿qué son las artes?”.

Silencio.

Lorenzo imploraba cataclismos.

—¿A qué viene tal pregunta?—averiguó con ansiedad una gruesa dama de cabellera de fuego, la ya madura y respetada señora de Corchea. Era ansiedad bien comprensible pues si el tema se encaminaba a artes, ciencias o letras, los dominios del vicio se evaporarían.

—¡A lo que venga! ¡Adelante!—clamó la señorita Fusa—. ¡Qué interesante!

—Opino como usted, señora de Corchea—apuntó el señor de Sol.

Pero antes de que dijese una palabra más, el señor de Do le hacía desesperadas señas que, a no dudar, significaban:

“¡Déjalo que se engolfe y se enrede que ya vendrá nuestra hora!”.

El señor de Re quedó impertérrito.

—¿Qué son las artes? Señoras, las artes son un modo de exaltación.

Silencio.

“¡Tan!”—sonó a lo lejos una campana.

No olvide, Guni, que Lorenzo amaba las artes. Sé que ya usted ha calculado que algo se agazapaba bajo esos deseos de ser espectador. Sí, sí, odio al encierro masturbatorio, temor a la vida que atropella, etcétera. Lo sé. Pero no sólo de psicoanálisis está hecho el hombre. Y no sólo ustedes las mujeres han de dar a luz. Nosotros también. Ese espectador quería, con sus observaciones serenas, fecundarse. Luego... pincel, lápiz o cincel. Ya se vería. Artes, en todo caso; artes, allá al fondo. Paraíso prometido. Paraíso hoy traído de los cabellos a los resplandores insolentes de las lámparas de esos salones libertinos.

“¡Tan!”—volvió a sonar la campana.

Lorenzo creyó oír un cañonazo.

Mas de pronto se irguió. ¡Tanto mejor, santo Dios! ¿No era esto virar el tema hacia uno por él conocido? ¿Y qué duda puede haber? “La exaltación del individuo...”. Eso es.

—Dos zonas de exaltación—prosiguió el señor de Re—. No las hay más: las artes, el juego. Y basta con ellas. En ellas hay sitio para todos los temperamentos: desde los más conspicuos audaces hasta los más vergonzosos pusilámines. Todos caben. El juego, para los primeros; las artes, para los últimos. Pues, ¿qué es audacia? Arriesgar. ¿Qué es pusilanimidad? No arriesgar. Ahora bien, ¿qué arriesga un artista? Un artista quiere, por cierto, exaltarse, mas vuelvo a preguntar: ¿qué arriesga? ¿Podría decirnoslo usted, mi distinguido amigo Angol?

—Hombre...—murmuró Lorenzo—, no lo sé. Acaso su fama, la gloria acaso...

—¡Nad-da! Arriesga apenas pequeñas vanidades, vanidades de..., de..., digamos la palabra, de cortesana. Ógame usted bien: si el reino del juego es un templo—como ya lo probaré—, el reino de las artes es un refugio. En él se depara exaltación también, no lo dudo ni jamás lo he dudado. Pueden ustedes visitar mi biblioteca: no pocos son los volúmenes de versos y de los buenos; podían ustedes todos haberme visto hoy por la mañana: a las 10 entraba yo en el museo del Prado; pasado el mediodía salía de él. Mas todo ello no rebasa los estrechos límites del refugio. Justo es que el refugio exista, justo. Los pusilánimes también han menester de exaltación.

“Pues bien, puedo ahora posar una segunda pregunta: ¿qué arriesga el jugador? ¿Podría informarnos sobre el particular el señor de Do?”.

—¡¡Todo!!

—¡Bravo!

Pausa.

—Viene, entonces, el enunciado de una verdad: “En proporción directa a lo que se arriesga, así es la exaltación”.

Estos dos hombres estaban cincelados en granito. El señor de Sol, maravillado, se cogía el pecho con ambas manos.

—Y volvamos a las artes.

Todo el mundo miró hacia Lorenzo.

“Al menos si otra vez tocase la campana” —imploraba para sus adentros el infeliz.

No tocó.

—Volvamos a las artes. Volvamos a ellas contemplándolas desde lo alto del juego. Así podremos medir la planetaria distancia que a unas y otro separa y, al medirla, veremos que, si templo llamo al reino de éste, sólo el de refugio calza para aquéllas; por ende, si el de éstas es refugio, ha de llamarse templo el de aquél. Y es lo que quería demostrar.

Carraspeó el señor de Re. Sonrió. Desafió.

—¡Grandeza del jugador, señoras y señores! Grandeza porque su filosofía nace de la práctica. ¿Qué pasa? Algo noto en algunos como una mofa. ¿Es ante la palabra “práctica”? Esto haré con cualquier mofa (hizo el gesto de romper un papel y arrojar sus pedazos al suelo). Porque la práctica nace a su vez de la experiencia. Y la experiencia es la madre de todas las ciencias. ¡Ciencias! Porvenir de la humanidad...

Miró a Lorenzo, desafiante, como lanzándole: “A ver, dulce soñador: ¡atrévete con las ciencias!”; miró al señor de Do, como lanzándole: “¡Con ciencias sí que no se me mezcla usted!”.

—Nace —continuó— de la experiencia di-rec-ta. ¡Ésta es la cosa! Pues ya sé que más de alguien estará pensando que a los artistas falta también les hace la experiencia. Sí, pero en éstos ella es in-directa. Es ensoñación, lucubración, antojo. Carece de los soportes reales de aquélla brotada en el vivir, en el ser, aquélla que como hija tiene a la ciencia y como nieta a la filosofía, cúspide máxima.

—¡Prodigioso, portentoso, sobrenatural!..., ¡mágico! —exclamó la señora de Corchea— ¡La filosofía es todo, todo, todo! Sin ella, hasta el cosmos es pueril, insignificante, baladí. ¡Admirable, pasmoso cuanto usted habla, oh, mi señor de Re!

Compás de espera.

Potente carcajada. Retumban los salones. El señor de Do soltaba riendas a...

Todos se pecataron a qué:

La señora de Corchea vibraba al unísono del señor de Re; el señor de Re era el paladín de la señora de Corchea; sutiles fluidos habían tejido un latir común entre ambos seres. Es decir, digámoslo sin ambages: Adonis y Maritornes...

Y la dama no se detenía:

—¡Oh, filosofía! ¡Contacto sublime con los mundos de la vibración pura! ¡Hipersensibilidad! ¡Asco al puerco materialismo y a sus adeptos, a los necios que practican, que necesitan de los sentidos de la carne para conocer! ¡Asco a los practicantes!

El señor de Re palidecía ante esta inopinada conquista que sus palabras habían hecho. El anfitrión juzgó propicio el momento para crear, entre estos absurdos adoradores mutuos, la completa confusión.

—Perdón, señora —dijo solícito y socarrón—, ¿asco a los practicantes? ¿Pero que no fue cantando un panegírico a ellos que empezó nuestro joven amigo? Al menos yo, algo recuerdo de ciertas grandezas de la “práctica di-rec-ta...”.

*Apenas un segundo de expectación y el señor de Re, pensando que ahora o nunca, se apoderó de la palabra:*

—¡Alto! —dijo—. Lo aclararé todo. Hay práctica y práctica. Hay la práctica de los hombres

de la gran exaltación, y hay la de los otros. Me he referido, en el juego, a la primera: práctica fructífera, exaltación de éxtasis, tanto, tanto, que su sola existencia, aunque no sea apercibida, actúa. Actúa en miríadas de imbéciles (casi miró al señor de Do) que, fascinados, se dejan tomar por el vicio al husmear, sin conciencia, el maravilloso estupefaciente. Por eso llenos están los casinos y garitos. No soy yo quien vaya a creer que todo ese público es superior. Sólo algunos lo son. Los restantes... mariposillas nocturnas ante luz que no comprenden. Los desprecio como... (el señor de Do en ese momento de un sorbo se bebía un whisky), como a un vulgar borrachín. Son ellos nuestros charlatanes, sin más. Que jueguen mucho o poco es igual pues de lo que se trata es de jugar consciente o inconscientemente ante la alta verdad, de jugar, en resumen, como inteligente o como bobo. Jugando como bobo nada se aprende; como inteligente se aprende cuánto el hombre está ligado al vil metal y es dable, entonces, desprenderse de tan bajo ligamen.

Esto estaba bien dicho, esto era noble. El señor de Do viró hacia su contrincante. También debió haberse dicho: "ahora o nunca".

-¡De acuerdo! -exclamó-. Era justamente lo que iba yo a decir pero como se me interrumpe siempre... Por eso, comprenderán ahora, alegué -con lógica, yo también- que no había ni jamás podría haber trucos de ninguna especie. ¡A eso iba a referirme, amigo! Pues si hubiese algún truco, uno solo, ninguna de tales grandezas tendría cabida. ¡Si lo sabré yo! Es por tal razón, ¡ah!, que yo quisiera ser inmortal para jugar siempre, siempre...

Contragolpe.

Ahora es el señor de Re quien ríe. Mas los salones no retumban. Trepidan agudamente. Es una carcajada entrecortada y silbante.

-¿Por qué ríe? -preguntó tímidamente la señorita Fusa.

Cesa el reír.

-Lo explicaré todo -afirma el joven-. Señor de Do, no sea usted infantil. Si fuese usted inmortal, pues no ganaría ni perdería nunca. ¿Cómo no lo sabe? Gana o pierde usted porque es mortal, o sea limitado o finito, lo que es contrario a inmortal, ilimitado e infinito. Sépanlo todos: en el infinito ¡no hay ganancia ni pérdida posible!

Estupefacción general.

Acaso, ¡por fin!, los universos de las altas filosofías iban a ser desvendados y llenar los ámbitos.

-¡Explíquese usted! -gritó alguien.

-¡Sí, sí! -corearon todos.

-Lo haré.

Pausa mayor.

-Nuestro universo es infinito, primer punto; él no disminuye ni en un átomo jamás, como que ni en uno de ellos aumenta jamás tampoco, segundo punto. Luego todo lo infinito ni aumenta ni disminuye. Reemplacemos estos términos por otros más adecuados a nuestro caso: infinito = inmortal; disminuir = perder; aumentar = ganar. Sea: el inmortal, al hacerse a semejanza del universo, no puede ganar ni perder. Así es. ¿Lo han entendido ustedes?

"Señor de Do, nosotros somos finitos, somos mortales, por eso nacemos, crecemos y morimos. Un hombre vive un contado número de años, por eso puede ganar o perder. Si viviera la eternidad, ambas cosas se equilibrarían. Ahora bien, el juego, siendo infinito, el total de lo ganado o perdido es igual. Pero uno cae a él por pequeñísimos instantes. ¡Dichoso aquél que encuéntrase en puntas ascendentes! ¡Desdichado aquél que encuéntrase

en puntas descendentes! Mas como el número de estos dos tipos de puntas es el mismo, en esa su eternidad, señor de Do, el juego, ¡vaya una cosa tediosa!

“Alégrese, amigo –si es en verdad usted un jugador de verdad–, de haber nacido y crecido y de que una tumba le esté aguardando. Si renuncia usted a la tumba, renuncie también a los garipauchos, como en nuestra tierra a nuestros templos se les llama.

“Yo no renuncio al sepulcro. Yo juego y me dilato. Yo juego y me contento con tocar el infinito con mi mente y mi alma en ebullición ante el tapete verde. En lo demás, moriré, seré como la bala...”.

–¿La bala?

–¿La qué?

–¿Qué dice?

–¿Qué bala?

–Cualquier bala, contertulios. La bala es el símbolo de nuestro existir. Allí está en el seno del fusil como el feto en el seno de la madre. Se dispara el fusil... nace una criatura; describe el proyectil su parábola... vive el humano; entiérrase aquél allá lejos... entiérrase a éste en el camposanto. Por eso, ¡ah!, yo soy miembro de muchos Círculos de Tiro al Blanco. Por eso.

“Señores, la bala pega en su objetivo porque es limitada, porque está limitada por tiempo y espacio”.

–¡Tiempo y espacio no existen! –se oyó una voz.

El señor de Re no la oyó.

–Si la bala siguiera siempre, describiría un enorme, un inmenso círculo y volvería al punto de partida. ¿Por qué? Porque sólo el círculo es infinito.

–¿De qué tamaño, más o menos, aproximadamente, ese círculo? –averiguó el señor de Do.

–Ya lo he dicho: inmenso, como el universo todo.

–¿Así es que el universo tiene tamaño? –averiguó a su vez el señor de Sol–. Pero, ¿no dijo usted que era infinito?

–¡No me comprenden ustedes! –clamó el señor de Re–. ¿Cómo no se han percatado que si una bala describiese por la eternidad ese círculo, sería su movimiento un acto continuo, permanente, estable, sin antes ni ahora ni después, sería un ser, un es? Sería, señores, lo estático. La bala, pues, no se movería al moverse. La bala estaría siempre en el mismo sitio al estar en todos. Total: equilibrio. Total: igualdad. Total: lo que yo quería demostrar.

Se hundió en su sillón. Untó sus labios en su copa de whisky. Fumó.

Cada cual esperaba que otro atacara. Ante el silencio general, la señora de Corchea sonreía placentera.

Como un lejano enjambre que por los aires se aproximara, así oyóse, en los salones de La Castellana, un murmullo creciente. Indefinible en un comienzo, poco a poco se precisaba. No era vendabal en aumento, no era una manga de langostas, no era un vehículo ni un avión; eran abejas. Eran allí frases susurradas, era un susurro uniforme, eran palabras que más y más se perfilaban en la uniformidad, eran ya conceptos que se destacaban.

–Dudoso...

–Teorías...

–Teoréticas...

–No se ve clara la cosa...

—Es ir demasiado lejos para verdad tan simple...

—Si es que fuese verdad...

Etcétera, etcétera y etcétera.

De pronto, una voz nítida, un estampido. Era el señor de Do:

—El juego es infinito, ¿verdad? Lo terreno es finito, por eso se gana o pierde. Los casinos son terrenos y, sin embargo, siempre ganan.

Cuarenta ojos se clavaron sobre el señor de Re. Fumó. Respondió displicente:

—Es plazo demasiado corto.

—¡Admitido! Pero hasta hoy han ganado, admítalo usted a su vez. Digo: si los casinos siguieran siempre, por el plazo que usted quiera y los juegos fuesen los mismos que hoy existen, digo y pregunto: ¿cree usted que, un buen día, para restaurar su cósmico equilibrio, se pondrían todos y de golpe a perder?

Algarabía general. Todos veían en ello un absurdo. Todos aplaudían al anfitrión.

Con voz calmada el señor de Re expuso:

—No lo creo. Pero sobrevendría algo imprevisto, una guerra, una revolución, un cataclismo, y acabaría con ellos.

Nueva algarabía, esta vez estrepitosa. Lorenzo nos afirmaba que había visto hasta puños amenazadores. Gritos, aullidos:

—¡No sería el equilibrio en el juego!

—¡Lo sería en otra cosa!

—¡Lo ganado quedaría ganado hasta el infinito!

—¡De ese modo todo puede equilibrarse!

Y más vociferaciones que Lorenzo no lograba repetirnos, a Viterbo y a mí, en toda su amplitud.

Sólo una persona defendió logrando imponerse por algunos momentos: la señora de Corchea.

—Caballeros —dijo—, cuanto ha dicho nuestro talentoso exponente es teoría, teoría pura, esencia de teoría, luego es la verdad. Que ustedes la perciban o no, es otra historia que, por cierto, no ha de caer en desmedro de él. ¡Felicitaciones, amigo, felicitaciones!

Aquí fue la algazara en medio de indescriptible alborozo, fue la confirmación del idilio: Adonis y Maritornes...

Decididamente el señor de Re estaba por los suelos. Lorenzo pensó que, al menos él, no lograría jamás levantarse de tan triste postura. Es que Lorenzo, novicio en tal clase de contiendas, sólo concebía el ataque directo, de frente. Mas el otro conocía hartos más ardidés. Instintivamente supo que toda esa gente había experimentado un cambio: en un comienzo, capitaneados por el señor de Do y su escudero, el señor de Sol, habían dirigido sus fuegos, o esperanzas de fuego, sobre el correcto Tenorio; mas, luego, no viendo claramente cuál debería ser el resultado de la refriega ni teniendo mayores fundamentos de odio en contra del joven —sólo grados de simpatía se barajaban— habían dejado esos fuegos, como quien diría, en suspenso y aguardaban un blanco seguro. Es decir —si me explico bien— que: 1º) se habían armado; 2º) sus armas —como todas ellas en el mundo— pedían acción, incitaban a la agresión; 3º) el enemigo, anhelado ya, era indeciso, flotaba por los aires y junto con precisarse se esfumaba. Tal era el ambiente de aquellos salones. Tal fue el que rápida e instintivamente husmeó el señor de Re. Debe haberse dicho: “Se quiere un enemigo... Yo lo daré”. Y más al fondo: “Mataré dos pájaros de un tiro”.

Bonito golpe de estrategia, bonito movimiento envolvente para obligar al enemigo a cambiar de objetivo.

Vea, Guni, cómo procedió el muy belitre:

Ante todo, caso omiso de alborozos y demás. Fijó el acento en aquello de "teoría y práctica" y, con elocuencia sin par, lanzó por los ámbitos el más entusiasta panegírico a la segunda, dejando a la primera como cosa buena para los insaciados que no han logrado hacer sus vidas. No voy aquí a repetirle sus palabras. Imagínelas usted sonoras, penetrantes, convincentes. Recuerdo todo eso de la práctica haciendo brotar a las ciencias, y las ciencias entronándose, junto con desplazar a los antiguos dioses, en la única esperanza de la humana especie. Vea, ahora, a todos esos contertulios que empiezan a atisbar a la señora de Corchea y, al atisbarla, empiezan a decirse: *Voilà l'ennemi!* Vea, por fin, una doble satisfacción en cada rostro: ya hay donde desahogar los fuegos de las armas; ya, con la práctica —¡fuera la teoría!—, todos pueden actuar, vivir... Mas no vea el doloroso espectáculo de la vieja señora de Corchea consumiéndose, derritiéndose en el extremo del sofá. Caridad, Guni, caridad.

Y si tal espectáculo no ha de ver, menos vea aún el que se ofrecía bajo un dorado dintel: el instinto del señor de Re —instinto nunca traidor— ya le había advertido que Lorenzo más a sus anchas se hallaba en los mundos del pensar teórico que en los mundos prácticos y ardientes del vivir, ya le había advertido que nuestro amigo era de aquéllos que ansían exponer la mente más que con malos ojos miran el exponer sangre y huesos. Entonces, ante la posibilidad de un futuro enemigo —que un gran general a ninguno menosprecia, por pequenín que sea—, lanzó una andanada hacia el dintel en cuestión y, con acierto genial —no exagero—, con esos aciertos que sólo el genio tiene, pronunció la palabra clave para desarmar al presunto contrincante por los siglos de los siglos:

—Sí, señoras; sí, señores; sí, señor Angol: ¡Hay que practicar! ¡Hay que vivir! ¡¡Mueran ya, por ya muertos, los ESPECTADORES!!

La gente aplaudió, aplaudió. La señora de Corchea también y además reía. Todos reían. Parecían felicitarse los unos a los otros. Lorenzo no entendía palabra.

Aparecieron bandejas con licores. Bebían ahora, brindaban, golpeaban copas.

—¡Ea! ¡Trago general! —anunció el señor de Do. (Nunca Lorenzo había visto rostro tan jovial)—. ¿Todos servidos?

—¡Falta la señorita de Fusa!

—¡Falta el señor de Sol!

—¿Dónde se han disimulado?

—¡A buscarles!

Allá estaban agazapados, cuchicheándose en un rincón de media luz...

Todos:

—¡Bravo! ¡Viven! ¡Practican!

El señor de Do, cogiendo a la asamblea entera:

—¡Bravísimo! Propongo: ¡A practicar todos!

Vocerío general:

—¡Adelante! ¡Al ataque!

Guni, fin de fiesta.

Pieles, gabanes, bufandas, sombreros. Júbilo chispeante. ¡A la calle! ¡A las calles! ¡A las infinitas expectativas que ofrecen las calles!

Van hacia los coches en espera. Van en grupos casi frenéticos. La señora de Corchea

marcha de un brazo con el señor de Do; del otro, con el señor de Re. El señor de Sol ha cogido por el talle a la señorita Fusa. No suben a los coches; los asaltan. A Lorenzo nadie le ha dicho ni una palabra, nadie le ha hecho ni una insinuación. El desdichado se esperaba a la una o a la otra. El desdichado ignoraba que lo que allí se preciaba era asaltar los coches también. Queda atrás, cada vez más atrás. Da media vuelta. Regresa: Castellana, Alcalá, Barquillo...

No entiende nada, nada de nada.

“¿Qué, demonios, ha sido todo esto?” –se pregunta.

Experimentaba un sentimiento de burla hacia él. Pero un poco de reflexión le hacía ver que no era él sujeto tan importante como para que todas esas personalidades dedicaran una noche entera a representarle una comedia. Pues había sido una comedia, a no dudarlo, ¡qué!, un drama casi. Es decir –si aún hay sentido común sobre la Tierra–, debió haber sido un drama, debieron haberse abofeteado a la salida los señores de Re y de Do, debió haber saltado a la defensa de éste el señor de Sol, y la señorita Fusa debió habersele colgado del cuello para impedirle que en la riña participara. Debió haber sufrido un ataque histérico la señora de Corchea. Y las demás damas debieron haber lanzado graznidos cual aves de la noche. Y los demás caballeros debieron haber enarbolado sus bastones.

Suponiendo aún que tal cosa –de la primera lógica– no hubiese pasado, debió haberse presentado una segunda lógica: todos los invitados, cejjuntos, se debieron haber retirado a sus domicilios a meditar sobre temas tan hondos: lo finito, lo infinito; lo mortal, lo inmortal; la proyección terrena de tales conceptos; las artes, el juego, la exaltación, el éxtasis...

¡Nada! A eso que Lorenzo no captó, y que fue como un toque de clarín, la noche íntegra –con altercados, iras, connivencias y filosóficas profundidades– se desvaneció y sólo se obedeció al clarín insonoro que tocaba zafarrancho de vivir.

Comedia... ¿Drama? Ilusiones, pobres ilusiones.

Burla... Sí. Pues, tranqueando por la soledad nocturna, sentía que los demás se habían escapado a la vida dejándolo a él, boquiabierto, a cargo de todos los problemas planteados, dejándole el encargo de resolverlos mientras ellos se divertían.

Y no eran ellos quienes, de propósito, se habían burlado.

Entonces, ¿quién, quién?

Era, acaso, la vida misma, su ley, que no quiere para con ella ESPECTADORES SINO ACTORES...

Sin embargo, hallar la solución de los problemas es también actuar. Era el papel que se le había designado. Lo aceptaba. Mas, junto con cada aceptación, notaba que carecía aún de algunos elementos indispensables para llevar a buen fin su tarea. ¿Qué elementos?

Aparecían, entonces, por su mente, los señores de Re y de Do haciendo saltar una banca, el señor de Sol y la señorita Fusa en un beso interminable, y todos los demás, todos en el mundo entero, arriesgando, amando, vibrando.

¿La señora de Corchea, tal vez, era también objeto de la burla? ¡Quia! Ahora recordaba cuánto respeto inspiraba, ahora veía que era un centro, una matrona y no una Maritornes. Alguien habíale murmurado, en medio de las filosofías: “¡Ya quisiera cualquiera sus millones...!”. Ahora lo veía. Era claro: ¡qué miramientos de todos ante ella por encima de voceríos infernales!

Aparecían esas hienas arrulladoras, deparadoras de deleites inconcebibles, la música, las drogas, los perfumes, la emoción nunca interrumpida.

Aparecían los elementos indispensables que había que abordar y descifrar directa-

mente, y no de oídas y suposiciones, si se quería hallar la verdadera solución a los problemas esbozados en los salones del señor de Do.

Había que ir, por poco tiempo, si se quiere, mas había que ir. Pero, ¿cómo? ¿Cómo encontrar la buena puerta? Una equivocación cualquiera y podrían romperle a uno la crisma de un botellazo.

Mejor volver sensata y honestamente a casa.

La ley no quiere espectadores, quiere actores.

Y los actores deben jugar su fortuna, su cráneo, todo...

Sigamos a casa.

Castellana, Alcalá, Barquillo.

### 13

¡Por fin, mi Guni, hemos terminado con estos benditos señores! Me eran ya una verdadera pesadilla. Me dirá usted, entonces, por qué escribí tanto sobre ellos. Pronto se lo explicaré. Por ahora vamos, volvamos, mejor dicho, a nuestra abandonada Torre de La Cantera y a su huésped. Y, rápidamente, consideremos las dos fuerzas que allí lo destrozaban.

Habrá visto usted que estas dos fuerzas son dos recuerdos de su pasado que esos pequeños fantasmas –los diablitos, como usted los llama– han avivado en tal forma que no creo exagerar al darles el robusto nombre de “fuerzas”.

Al primer recuerdo lo llamamos *Pequeño Problema*; al segundo, *Los Señores de Re y de Do*.

El primero oía a masturbación descompuesta y aseguraba que toda reclusión anticipada descomponía al recluso. Como remedio proponía salir, ir al mundo. Daba además la secreta fórmula para abordarlo sin contaminarse con su trivialidad y bullicio, y cómo convertirlo en una fuente de vida interior al ser espectador solamente.

El segundo era, en el compendio de una noche, desde las tentativas –fracasadas, por cierto– de la aplicación de ese remedio pues claramente demostraba que, para extraer del mundo como de una fuente, no bastaba observar sino que era menester vivir; no se podía ser espectador sino actor. Es decir que este segundo recuerdo anulaba la solución que el primero había ofrecido.

Si ahora vamos a Lorenzo mismo, comprenderá usted su lucha. Una fuerza le gritaba:

–¡Fuera, fuera de la Torre! ¡Ve hacia la vida!

Mas la otra le murmuraba:

–Fracasarás.

Acosado por el hedor del cadáver masturbatorio, Lorenzo se levantó de su mesa de trabajo y se encaminó a su puerta resuelto a transponer su umbral y alejarse. Pero en ese mismo umbral fue detenido porque aquella noche madrileña le había advertido que el único modo de abandonar una Torre era despidiéndose para siempre de la meditación sosegada y mezclándose a todos los estrépitos callejeros de cada día.

Ahí lo tiene, indeciso, de pie sobre el umbral.

Sus diablitos, Guni, ríen a mandíbula batiente.

Han triunfado porque *han neutralizado*.

Oiga cómo ríen.

¡Ah, pero ahora cambia todo un poco, Guni!

Como de costumbre he llegado a mediodía a nuestro pequeño restaurante. Traía dentro de la cabeza mil historias para usted y mil comentarios sobre Lorenzo y sus andanzas. Humberto me ofrece una caña de vino blanco; me pregunta si la señora vendrá, para preparar un brasero; me anuncia, sonriente, que, como plato del día, hay "Pato a la cace-rola". Afuera está gris y cae una llovizna que no parece tener fin. Espero.

Teléfono.

"¡Usted enferma, usted no podrá venir...!".

¡No, Guni, usted no puede enfermarse!

No se puede dejar sola a tanta, tanta gente. No se puede a tanta gente echar a rodar por el mundo y volver la espalda. Usted tiene que sanar y estar aquí conmigo, con ellos, con todo.

Oiga, que ahora le explicaré por qué hablé tanto de esos benditos señores:

Volvamos, por un instante, algunas páginas atrás, a nuestras primeras páginas. Ahí trataba de explicarle cómo se forman los personajes, con qué substancias de uno mismo, y cuál es su objeto: en resumen, hacer vivir lo que uno no ha vivido y pudo vivir. Pero creo haberle advertido —la pereza me impide revisar lo escrito— que temía, casi con certeza, que estos seres fantasmales, tal como un hijo real, una vez ya crecidos y organizados, olvidasen un tanto a su padre para lanzarse a una vida propia e independiente. Entonces al autor: ¡seguirles, seguirles hasta donde ellos lleven y no hacia donde uno quería llevarlos!

Esto ha pasado, al menos con Lorenzo Angol.

Me ilusiono aún creyendo que Lumba Corintia, Nicole, Rosendo Paine, Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay y demás, han de ser sumisos hijos que harán las piruetas por mí ordenadas. Me ilusiono hasta cierto punto, nada más. La experiencia me indica otra cosa.

¿Por qué han de comportarse diferentemente? No hay razón ninguna para ello.

En un principio me sentí como un padre burlado. "¡Hijo ingrato!" —me decía. Súbitamente cambié de dirección y otro aspecto, otro panorama se presentó y, puedo asegurarle, harto más hermoso, sobre todo más amplio por los imprevistos que podía y debía ir mostrando.

"¡Claro! —pensé—. No será ya la marcha por carreteras previamente fabricadas por mí. En cambio será la exploración de terrenos vírgenes, al menos para mis conocimientos; será el sondaje de aguas profundas, aguas de superficies coloreadas con los tonos del ópalo, aguas que, sin ellos, jamás hubiesen atraído mi curiosidad".

Pensé, seguí pensando... como pienso yo. Dejar, dejar que todo resuene dentro, que todo haga dentro cuanto quiera y uno... esperar, dejarse mecer. Conviene tanto, a veces, no permitir que la cabeza esté siempre interviniendo.

A los personajes, entonces, fui, poco a poco, olvidándolos como a tales y como fantasmas, y, poco a poco también, se me fueron presentando como niños, como una nueva juventud sin peso que arrastrar, como nítidos llamados hacia parajes que, sin su existencia, habrían pasado invisibles ante mis ojos.

Pensé, luego, preguntarle a usted: "¿Adónde me llevarán?" Mas, sin querer, le pregun-  
té:

—¿Adónde nos llevarán?

Y muy calladamente a usted le dije:

—Mamá.

¡Oh, no! ¡No crea que fue por decir algo! Fue una visión muy clara, que en estos mundos también hay luces, mediatintas y sombras. Recordé otros tiempos, años atrás, y pude ver, con la más pura de las luces, que, de no haber aparecido usted y no haber colaborado con ese cariño quieto y esa atención reconcentrada de chico que escucha un cuento entretenido, otros, muy otros habrían sido los destinos de tantos personajes, si es que algún destino hubiesen tenido.

Usted, Guni, sin pronunciar palabra ni hacer un gesto, dio la orden de marcha a todo un mundo que se estancaba. A impulsos de un soplo suyo mil seres inmateriales tomaron materia y de mí han empezado a desprenderse, se desprenden y seguirán desprendiéndose hasta que el *Tercer Pilar* no sea una incógnita sino una solución y ojalá un anuncio.

Pensé luego si usted se retiraba. Me vi solo ante un torbellino ensordecedor y loco, me vi como un maestro de escuela en su debut rodeado de innumerables muchachitos revoltosos. Me vi, por fin, incapaz de avasallarlos y dirigirlos, y supe que lo único que exclamaría entonces para mis adentros sería: “¡Allá ellos!”.

Pero su presencia, Guni, impone. Ese mundo loco se serena y, junto con pedir libertad y amplios horizontes nuevos que explorar, pide, tras él, vigilancia, interés, amor. Pide que alguien deje constancia de sus andanzas y hallazgos; y que alguien vele sobre él para que el soplo vivo que los mantiene no se apague. Esto último es usted.

“Usted enferma, usted no podrá venir...”.

No, Guni. Usted no puede dejar desamparado al padre de tanto niño que usted vitalizó.

¿No comprende que si exclamo por fin: “¡allá ellos!” , justamente, después del primer regocijo ante tal quimérica libertad y al sentir el abandono en que han quedado, volverán hacia mí a pedirme cuentas? ¿Cómo justificarme?

—Vuestra madre enfermó y se ha marchado...

No basta.

Dirían:

—Mamá no debió enfermar, no debió marcharse.

Es lo que hoy, en nombre de *ellos*, le repito:

Usted tiene que sanar y estar aquí.

Pero yo quería hablarle sobre las tan largas páginas que me impusieron aquellos dos benditos señores del palacete de la Castellana. Lo quería para que viese usted cómo nuestro Lorenzo, ya constituido, ya formado apenas, no para mientes en mis primeras intenciones. Vea:

¿Qué tengo yo que hacer con tapetes verdes y salones bullangueros? ¿Qué parte insatisfecha mía puede tener relación con tal decorado y tales propósitos? ¿Cuándo pensé rozarme con tipos de tal calaña?

Respuesta sincera a los “qué”:

—Nada.

Respuesta sincera al “cuándo”.

—Nunca.

No obstante el correo me trajo cierta mañana a La Torcaza una carta voluminosa. Lorenzo empezaba describiendo su recordada noche madrileña —más o menos las 4 ó 5

primeras páginas de lo que he copiado—, y luego, en pequeña hoja de papel, me resumía la continuación hasta el final. Por fin, en otra hoja, me pedía tuviese a bien desarrollar esas sus notas pues él, aparte de que las letras no le atraían mayormente, tenía que emprenderlas con otras faenas. ¿Cuáles? Nada decía sobre el particular. “¿Cuáles?” —me pregunté a mi vez. Lo ignoraba, lo ignorábamos, Guni. Pero, “hay que cumplir su petición —me dije—, no hay que perder contacto con él... que a alguna parte algún día nos llevará”.

Y púseme a escribir y a escribir.

Humberto me sirve el café. Me marchó bajo la llovizna sin fin.

Sane, Guni, déme la mano y sigamos avanzando lentamente por el mundo de los fantasmas reales que yo engendré y usted concibió.

## 15

¡Nuestros hijos!

Ya estamos, Guni, en pleno invierno. Hoy, aquí en La Torcaza, amaneció un día oscuro. Eran las 10 de la mañana y mi habitación, a pesar de sus altos ventanales, apenas tenía luz.

Pensaba en todo cuanto le acabo de escribir. De allá, de allá, del otro lado, lejos, venía hasta mí el estampido de cañones, torpedos, bombas y qué sé yo. Y también las notas agudas de los aullidos humanos.

¿No deben nuestros hijos crecer en la realidad del momento de sus vidas? ¿Qué es una torre de un fundo chileno cuando las torres venerables de allá se van desplomando en llamas? ¿Qué una bóveda cuando las otras sirven para proteger a otros hijos de la muerte?

De seguro el mundo representa ahora otro acto en el que Lorenzo y los demás no tienen rol alguno o... no lo tienen todavía. Acaso lo tengan cuando el *Tercer Pilar*, como un capullo que se rompe y da paso a su crisálida, se rompa a su vez. Puede ser. Pero no avancemos demasiado.

Invierno, oscuridad, algunos ruidos, aquí. Nuevamente me pregunto: “¿Dónde viven ellos? ¿Cuándo están viviendo?”.

De pronto me sentí como cogido por el tiempo y retrocedido por él. Parecía que una voz me ordenara: “¡Atrás, atrás, atrás!”, y que dos manos me arrastraran en sentido inverso al devenir de los acontecimientos. Entonces pasaron éstos, con velocidad inaudita, como una película proyectada al revés. Tuve la sensación de caer de espaldas a un precipicio. Caí. Un golpe. Había tocado fondo. Me incorporé.

Me hallaba en un indeciso patio de una casa cuya mayor objetividad la daban su silencio y su paz. Su perfume rancio era más palpable que sus muros; su conjunto de evocaciones, más sólido que su piso y más luminoso que su cielo y su sol.

A su alrededor, hasta muy lejos y penetrando por todos los costados y por lo alto, se explayaba un período de vida. Era moderado. Una especie de nota patriarcal le imponía su principal acento. Algo de colonial se filtraba también con el aire que respiraba y con el toque de alguna campana de tanta iglesia vecina.

Cruzaban sombras por todas partes. Suyas hacían puertas, corredores, ventanas. No hablaban. A veces, sí, una palabra aislada tintinaba con eco de plata. Yo la reconocía enseguida. Era un muerto más. Reconocía todo, lentamente.

Pero no había ningún nexo entre aquellos elementos –acústicos o visuales– que se desenterraban del pasado. Eran puntos aislados en un decorado común. Estábamos todos, por ejemplo, en un corredor del patio a la hora del crepúsculo. “Todos” era mi familia. El cuadro se delineaba, se teñía, se llenaba. De pronto era tajado de un golpe, un golpe súbito, por una gruesa carcajada, una nariz, unos bigotes arriscados, por un militar de las sombras del pretérito, cierta vez aparecido en mi vida, nunca en mi propia casa del patio hoy indeciso. Suena y funde al primer cuadro. Y huye. Ha desaparecido... por la magia de otra voz o de otro ruido o por la de una visión cualquiera que, como a esas voces, le bastaba, para sentar plaza en aquel ambiente, un ínfimo lazo con la época de que le hablo, pasando por alto las relaciones o lógicas espaciales.

Todo eso giraba en torno mío y yo me veía dentro como a un extraño.

Todo eso empezó a desprenderse, a alejarse de mí llevándose mi propia imagen. Se iba, se iba. Era algo mío, por cierto, mas que ya no me pertenecía, ya un mundo con vida propia, arrancado de aquí, un satélite con su existir independiente.

Dejé entonces de sentir que había sido retrocedido y que había caído de espaldas. Volví a mi habitación casi sin luz, volví a los días plácidos de La Torcaza, a hoy. Volví a las matanzas y al estampido de los cañones.

Mi movimiento había sido ilusorio, un espejismo como cualquier otro. El verdadero movimiento lo había ejecutado esa época. Ella era la que retrocedía respecto a mi detención. Tuve deseos –hasta creo que hice el ademán– de saludar esa partida con un adiós como en cada muelle se saluda a un barco que se aleja. Acto continuo vi ese muelle, mucha gente a mi alrededor agitando manos y pañuelos, vi el mar y el barco. Y vi que este barco tenía contornos, es decir, tenía una dimensión. Apliqué entonces una dimensión a la época que se iba. Me resultó con un comienzo confuso para ella en sí pero preciso –fuese cual fuese la capacidad de mi memoria– respecto a mi persona: mi nacimiento. Y se presentó un final claro para ella y para mí y para todos en ella: la Gran Guerra. Me dije, no sé bien por qué razón: “Un cometa es esa época..., un cometa que sabemos pero que ya no se ve”.

Seguí divagando, si divagar debe llamarse a ideas por cierto algo vagas pero transpasadas por sentimientos claros. Nuevamente y con más fuerzas me sentí en el hoy, respiré el hoy.

“Precisemos con dimensiones, precisemos ahora este hoy real, macizo, aquí presente con estos muros, este piso, este techo y yo palpándome, y ese perro que ladra fuera, que ladra ya, inequívocamente”.

Su final... ¡Imagínese! En todo el porvenir, en cualquier tiempo y en cualquier espacio. Su comienzo... Esta guerra, 1939. Y ya que había pronunciado el nombre de una fecha, pronuncié espontáneamente la otra: 1918.

Entonces hice un gesto: de pie en medio de mi habitación, los codos junto a las caderas y los antebrazos abiertos en ángulo recto con éstas y ambos índices apuntando hacia la derecha y la izquierda. Dije:

“Del extremo de mi índice izquierdo para allá..., desde la Gran Guerra para el pasado; del extremo de mi índice derecho para allá..., desde el comienzo de la actual guerra para el futuro: son los dos momentos de vida”.

¿Y entre ellos?

¿Y yo?

¿Dónde quedo?

Pues vea, Guni:

La vida es para un lado y para el otro. Son épocas, son acentos, son enormes devenires. Que uno de ellos –el de la izquierda– ya haya pasado para nuestra manera de considerar el tiempo, es otra historia. Pero *fue*. Fue como éste de la derecha es hoy aunque después se le vaya a ver en el pasado. Lo importante es que ambos *eran*, mejor dicho, que ambos SON.

Otra imagen se presentó entonces a mi vista. El barco de que le hablaba se había perdido tras el horizonte. Uno nuevo, inmenso, fantástico, atracaba, llegaba a puerto.

Comprenderá usted que en un momento debieron cruzarse. Luego estiraron un espacio entre ellos. “Un espacio sin vida –pensé–, pues la vida, los tripulantes, estaban dentro de ambos. Un mar desolado, ancho, ancho. ¿De cuánto?” Me respondí: “De veintiún años, del 18 al 39”.

Y la imagen se cambió súbitamente como en una linterna mágica:

Dos altos farellones, frente a frente, dejando entre ellos un precipicio sin fondo. Sobre las planicies que los coronaban, ¡vida! Sobre una, la que ya se fue, ésa que, para mí, se proyecta con el cuadro del patio indeciso; sobre la otra, la de hoy, en mí proyectada por estampidos lejanos y por estos muros, piso y techo. El precipicio... un descanso, un paréntesis, un entreacto; una inhalación reconcentrada entre dos soplos vitales; un momento extraño: un desprendimiento doloroso de un pasado en marcha, en fuga, sin posibilidad de retenerlo; un acercamiento de un porvenir que se precipita, que todos temen y que creen aplazar con bulla –me dije–, con mucha bulla y con lucubraciones sin fin.

Allí quedaba yo, en ese precipicio.

En ese precipicio que un farellón abrió al final de mi adolescencia y otro cerró a mis 46 años de edad.

Volví a la cama y, mientras me desayunaba, hablé de este modo a media voz:

–Guni, a este período vamos a llamarlo *El Misterioso Período 18-39*. Creo que es uno absurdo como todos los entreactos. Usted no lo conoce. Tal vez va a serle, con el tiempo, tal cual fue para mí el que ahora se aleja en su globo de satélite o cometa. Fue para mí esencialmente mi período. En él coloco a Lorenzo y a sus gentes y verá que circulan con absoluta perfección. Es, de estos tres momentos –antes, en y después del entreacto–, el que siento mejor. Es el “momento-patria” de los que me he atrevido a llamar nuestros hijos. Hoy a ellos no les placería vivir, acaso no lo podrían. ¿Importa esto? No, Guni, no importa. ¿Sabe usted por qué?

Estaba ahora en el baño, cantando como canta en el baño toda persona que se respeta:

*Toujours au turbin  
Du soir au matin,  
Moi j'en ai marre!*

O bien:

*Caminito que el tiempo ha borrado,  
Que juntos un día nos viste pasar...*

No son cantos para usted. Son cancioncitas del precipicio. Usted no sabe aún lo que va a cantar. Sus canciones están todavía en las retortas y alambiques. Cuando usted canta,

repite en eco el canto de un cisne que yo alcancé a ver y que alimenté muchas veces desde la orilla de su laguna.

Pero volvamos a nuestro asunto, al de nuestros hijos:

—¿Sabe usted por qué no importa que hoy no puedan vivir?

Guni, simplemente porque no han de vivir ni hoy ni aquí. ¿Qué puede importarme a mí no poder vivir en el polo si nunca he de vivir en él? Es el mismo caso. Pues su época ha retrocedido, no lo olvide. Su época ha hecho como la más antigua. Se ha desprendido a su vez y a su vez ha formado un cometa que hiende ahora el espacio y que a cada instante más lejano se halla de nuestro planeta. El problema, entonces, se plantearía en el caso de que, habiéndose marchado ese su mundo, el cometa, ellos, como viajeros retrasados, se hubiesen quedado aquí, en este andén que se estremece con los cañones. Pero si a tiempo han llegado y van ahora navegando... ¡nada importa! Guni, ¡felicéelos!

Existe sólo un modo de embarcarlos: darlos a luz, voltearlos sobre el papel y... que usted lo lea. No hay otro. Si no lo hago, quedan aquí, en lo que para ellos es un andén frente a rieles desiertos, y, para los demás, una parte de la gran ciudad. Si no lo hago me matarán; si lo hago, algún día regresarán a contarnos sus peripecias y los grandes panoramas contemplados. En fin, es la eterna historia del mundo de los fantasmas.

¡Idos, idos en vuestro planeta! ¡Idos en busca de otros soles!

Pero aquí, Guni, déjeme hacerle notar un pequeño punto. Nos vamos a alejar nuevamente de nuestro asunto pero deseo, siquiera en dos líneas, indicárselo. Ya hablaremos más detenidamente de él; hasta creo que pueda ser como un leitmotiv en cuanto le voy a escribir. Por ahora lo señalo y nada más:

Le dije, al hablarle de este cometa y sus habitantes, "algún día regresarán". Éste es el punto: creo que todo regresa. Nunca he entendido a quienes dicen que "lo ido se fue". Vivo en un convencimiento absoluto de que "irse"—en el sentido de desaparición completa—no existe en nuestro mundo y que, al emplear tal palabra en tal sentido, se emplea una palabra figurada, una imagen. La esencia de ellos nuestros hijos, vista desde las elevadísimas planicies que coronan a ambos farellones, aparece como un precipicio y, en mi manera de expresarme, como un absurdo entreacto. Mas creo que nada debemos afirmar respecto a esta clase de valorizaciones. Algún día ha de vernir en que, moviendo un pequeño tornillo del catalejo con que miramos el suceder de la humanidad, los valores se nivelen y que ese vacío—que hoy siento sin vida o apenas con vida de paréntesis—haga brotar su esencia y esta esencia se convierta en germen de otro modo de ser y de crecer. En buenos términos, siento que todo acontece en un movimiento giratorio. Por lo tanto lo que creemos marchado para siempre, marcha únicamente como los cometas, en órbitas elípticas inmensas pero que, al fin, los fuerzan a volver.

Podrán decirme que esto todo el mundo lo sabe y que lo extraño sería pensar de otra manera. Prueba de ello es que no hay quien no repita: "nada se pierde". Sí, es cierto. Pero una cosa es vivir y otra es vivir con algo en la sangre misma. Claro está que nuestros hijos se han marchado y que ni usted ni yo ni nadie los volveremos a ver; claro está que hoy nada podrían hacer sino estorbar. Pero, ¿adónde se han marchado? Fuera de nuestro campo visual, nada más; fuera de nuestras preocupaciones presentes. Mas no han podido marcharse fuera del Universo. Y este Universo es uno, uno solamente. Si ellos, mejor dicho la esencia de ellos no vuelve, nosotros volveremos a ella. Algún día estaremos todos en todas partes y todos reconoceremos lo que se había ido como eterno presente.

Pero esto es considerar las cosas desde el punto que deseaba hacerle notar. Dejemos

ese punto en paz, pues, como le advertí, sólo pretendía señalarlo. Volvamos, entonces, al que a nosotros dos nos interesa por ahora y tratemos de no alejarnos demasiado de él:

Guni, nuestros hijos nada tienen que hacer con lo que rodeaba a lo que hemos llamado el patio indeciso; y nada tampoco con el actual momento. Ellos son, tienen su función y su razón de ser en el intermedio.

De esto le hablaré. Hablaré para usted un pequeño ejemplar de ese intermedio y trataré de hacerlo sin echar los ojos sobre su antes ni sobre su después. Así se presentarán Lorenzo, Rosendo y todos ellos.

Y así colocaremos a *Umbral* en un tiempo definido, así él se habrá colocado en un tiempo vivo.

Muy buena cosa, Guni, delimitar, hablar de lo que algo se conoce y dejar en silencio lo que ajeno y extraño nos queda. Por lo demás, vuelvo de este modo a mi primer y único intento: contarle a usted, como a un niño, un cuento que se le antoje inverosímil y que, por tal, le divierta siempre, le abisme a veces y le acalle por algunas horas, con su bulla y lucubraciones, los estampidos que hoy todo lo llenan.

Siéntese tranquila y sigamos.

## 16

Por la tarde aparecieron algunos rayos de sol anaranjado. Pensando sobre todo esto y recostado en un diván, me dormí. Tuve un sueño:

Estoy en cama, en una habitación gris azulada muy amplia. Frente a mí hay una reja de iglesia y tras ella, un altar. Se filtra de allí una luz rojiza rayada de amarillo. Surge súbitamente una paloma veloz que se estrella contra los muros, que sube, baja y va de un lado a otro. Siento miedo de que con sus alas pueda, en sus vuelos, lastimarme los ojos. Entonces, para precaverme, me pongo a agitar las sábanas y a aullar como un gato. La paloma huye por una puerta muy estrecha que hay a la derecha de mi cabecera y que comunica con una gran biblioteca. Me calmo. La paloma vuelve. Y la misma escena se repite.

No trate de interpretar. Yo tampoco interpreto. Lo he anotado porque fue un sueño de una gran nitidez, diré, con mayor exactitud, de una deliciosa nitidez a pesar de ciertos momentos no exentos de angustia. Todo sueño nítido es para mí otro mundo magnífico, voluntariamente indescifrable pero como un luminoso ventanal que se abriera sobre zonas que reconfortan y prometen.

Es todo.

## 17

La Cantera.

Día tedioso de verano, calor, insectos.

Aparece Rosendo Paine.

Charlan, Charlan como grandes amigos largo tiempo separados. Charlan a toda hora

y en todas partes, o bien... Guni, hagamos aquí como hicimos con libros, estampas y paisajes. No olvide —se lo pido desde luego— que se ha abordado un tema definido y se ha llegado a cierta conclusión, mas a lo que ratos y sitios de charla se refiere, invéntelos usted según su propia armonía: el alba o el crepúsculo, el mediodía de los insectos o la noche tibia; conversaciones extensas y precisas o frases aisladas que por eco despiertan otras modalidades de ser...: como mejor le parezca pues, correspondiente a ese "mejor" de usted, fue lo que ellos hicieron y aceptaron. Cuanto a mí, voy, por un par de horas al día, a encerrarlos en la Torre y este encierro será de 2 a 4 p.m.

Tal vez a usted le extrañe esta elección mía y más aún si piensa que las charlas de Lorenzo y Rosendo mucho se avecinan a esas regiones algo alejadas del plano de vida cotidiana y que rozan las moradas de los fantasmas. Sé que, ante la sola evocación de éstos, por encima de las horas de sol aparecen las horas nocturnas. Desde niños se nos ha habituado a mirar cualquier hecho misterioso, cualquier deseo de "mas allá", unido a las sombras. Puedo, sin embargo, asegurarle que la luz en nada entorpece ningún acto visionario, que no es paliativo para ninguna alucinación, no es tropiezo para aventurarse en ninguna fantasía, ni es puerta clausurada para ningún intento de existencia de otro modo concebida. Ahora recuerdo que en una pequeña obra de W. Jensen, *Gradiva*, el autor coloca las 12 del día como el momento propicio para divisar aspectos de regiones ocultas, ese momento en que los rayos solares caen perpendiculares sobre nuestro cerebro, calentándolo y aguzándolo en este sentido de sensibilidad. También recuerdo a un amigo que se afinaba con el crepúsculo, llamando a las restantes horas del día, horas macizas. No olvidemos a los hombres nocturnos que tal comercio pueden efectuarlo únicamente bajo la Luna o las estrellas. Y pienso yo ahora que usted tal vez rechace todos los instantes anteriores y venga a afirmarme que, para tomar contacto con otros modos de existir, no hay como una tal hora no mencionada aquí por mí. Todo esto es posible y, creo, es verdad. Lo que nos lleva a la conclusión de que cualquier instante es propicio o, en otros términos, que los que llamo fantasmas nunca abandonan nuestra Tierra. Sí, así es la cosa tomada en globo, en su total. Pero no lo es si queremos insistir en la variabilidad de sus innumerables matices. Puede usted creerme que, según las horas y las estaciones, difieren las palabras que le serán susurradas y las ideas e intenciones que en su mente le harán nacer. Me ha bastado una pequeña meditación para cerciorarme de que en este caso —que ahora trato con la delicadeza y cuidado de un experimento en un laboratorio— debo proceder cuando los rayos solares empiezan a caer inclinados; cuando la tierra recalentada tiene, además del calor directo, no poco calor almacenado en horas anteriores; cuando las próximas sombras empiezan a desperezarse por sentir que se acerca su turno de guardia; cuando mucha de nuestra sangre, tras el almuerzo, ha abandonado el cerebro, llamada por otras tareas, dejándolo, si más lerdo para el pensar metódico, más apto para desprenderse hacia vibraciones desacostumbradas. Lo que Lorenzo y Rosendo pusieron en tabla no pudo —se entiende que para la conclusión a que llegaron y la determinación que tomaron—, no pudo ser tratado fuera del verano ni tampoco, en él, antes de las 2 de la tarde ni después de las 4.

Parece que aquí cayéramos en una franca contradicción. No, Guni, no es así. No me acuse todavía de falta de lógica; óigame primeramente cómo suceden las cosas en estas zonas o, mejor dicho —y para hablarle con plena confianza—, cómo he calculado yo que tal vez ocurran. No soy un verdadero conocedor de estas materias —¡qué decir un sabio!—; sólo he atisbado muchas veces, sólo he meditado y siempre he prestado atención a los que ante mí se han dignado hablar sobre ellas con real conocimiento.

Yaquí permítame recordarle un punto:

Al empezar esta carta le escribí un largo párrafo explicándole que yo no iba tras de ninguna solución y le subrayaba que “no daba ni pretendía dar clave alguna, que sólo formulaba problemas, que sólo preguntaba”. Así es que tome todo esto como una gran interrogación que a mí y hasta hoy me ha respondido “sí” más que a cualquier otro puede darle respuesta diferente.

Nuevamente en el aire, pensará usted, pues hemos fijado cuatro elementos determinados y conocidos –Lorenzo, Rosendo, la hora, la estación– y una aseveración mía de que ninguno de ellos puede alterarse para llegar a la conclusión requerida y única posible. Conjuntamente le digo a usted que, si bien ha de conservar a dos de ellos –Lorenzo y Rosendo–, puede a su antojo alterar los otros dos –hora y estación–. Y ambos debemos llegar a igual fin y con igual exactitud, con la misma e igual exactitud que obtendría el autor ya citado o un noctámbulo o quien fuese.

Es que aquí es donde viene la pequeñita diferencia entre los problemas de este mundo y los que ya se hallan en sus alrededores. Para este mundo, sí, son cuatro los elementos que vamos a mezclar y someter a experimento, como cuatro –o un número  $X$ – son los que en un laboratorio emplea el señor  $A$  o el señor  $B$  o el señor  $C$  para alcanzar un resultado definido y siempre el mismo. Es decir que, en este mundo –salvo, por cierto la cuestión pericia–, teniéndose en mano los elementos y los medios requeridos, no entra a su vez como elemento o factor quien procede al experimento. En buenas palabras: en este mundo,  $3 + 3 = 6$  para el señor  $A$  como para el señor  $B$  y el señor  $C$ . En cambio, en los alrededores,  $3 + 3 = 6$ , sólo en un absoluto para nosotros inalcanzable; pero en la práctica de los humanos, el señor  $A$  necesitaría, para aproximarse al 6, sumar a un 3 otro 3 con una pequeñísima fracción sólo por él percibida; el señor  $B$ , otros 3 con otra pequeñísima fracción personal diferente a la anterior; y así el señor  $C$ , y usted y yo y quien sea. Y es esta pequeñísima fracción propia para cada individuo la que da un resultado casi igual en todos, da el resultado de máxima semejanza o aproximación entre todos ellos, y, respecto al resultado en sí –aquí lo hemos llamado 6–, el acercamiento mayor. Por lo tanto, gracias a ellas, el espectador podrá asegurar que todos obtuvieron igual y satisfactorio resultado, aunque bien es cierto que otro espectador de minuciosidad llevada al paroxismo (no se extrañe de este término que en estos alrededores es el justo) podría verificar que el 6 mismo no ha sido alcanzado.

Pero esto último es otro asunto que dejaremos de lado y que, a lo mejor, también ocurre en los laboratorios de este mundo. En todo caso es algo tan mínimo que, para nuestro experimento, no nos perturba. Lo que, en resumen, quería decirle es que aquí debemos considerar al operador como factor del problema.

Así considerado, puedo asegurarle –hasta donde yo lo puedo, no se olvide– que si yo, por ejemplo, empleara, para llegar al resultado buscado, 6, un 3 más el 3 con la fracción del señor  $A$ , llegaría a un número alejadísimo de tal 6, alejadísimo del encontrado por el señor  $A$  a *pesar de ser esa fracción igual en nosotros dos*; y que, por consecuencia, si cada uno empleamos la que nos corresponde, llegaremos al mismo margen del 6 a *pesar de ser nuestras fracciones diferentes*.

¿De qué se trata entonces?

La respuesta creo que es obvia: cada cual busca su fracción –por dispar que sea respecto a la de otros–, esa fracción que ha de darle un resultado semejante.

Vengamos ahora a nuestro caso, a usted y a mí ante el encuentro en La Cantera de Lorenzo y Rosendo:

Una finalidad –un resultado– se busca: neutralizar, anular, si ello es posible, la labor de los “diablitos”. Anularlos en la orden de expulsión de la Torre que lanzaron con el recuerdo del *Pequeño Problema*; anularlos en la visión de los males mundanos que evocaron con la noche de tertulia de *Los señores de Re y de Do*. Anular este contradictorio juego de fuerzas. Encontrar, en cambio, su reverso: una mente serena que absorba eficazmente la esencia de toda vida en toda agitación humana, en sus placeres, en sus dolores, en sus bonanzas y en sus peligros. Y así, con esta colaboración entre una contemplación elevada y un vivir intenso, alcanzar la finalidad única: un mayor conocimiento.

Guni, éste es el problema:

La dualidad fructífera.

Vamos a él.

Lorenzo y Rosendo son. No olvide que, de tiempo atrás, se han desprendido y viven, como todos los demás personajes y todos los hombres en general, según sus propias vidas. Al margen de mis intenciones las hay otras que se independizan y cumplen su misión por su voluntad personal. Hablemos con exactitud: *quieren cumplir*. Y esto en algo depende de mí: darles vitalidad o acallarlos. Si la vitalidad la doy, les impulsará por sendas adecuadas; si los acallo –ya lo sabe usted–, tal vez den media vuelta y ataquen. La dualidad fructífera, a ellos realizarla y según sus propios métodos; yo, en silencio, los observo con el fin de tener largas narraciones para usted, y cuido de que no les falte vitalidad. ¿Cómo cuido? Primer punto: escribiendo y escribiendo, que el fuego no se apague; esto también lo sabe usted. Segundo punto: creando –justamente para poder escribir!– un ambiente propicio para ellos y *para mí*... Sí, porque aquí entra en juego ese factor misterioso que hemos llamado “la pequeñísima fracción”.

Por lo tanto yo, para escribir, les creo el verano, las horas pasado el mediodía y la Torre; y usted, con igual objetivo, es decir para que se realicen con y en usted y usted en esos sus problemas, ha de crearles también un ambiente de acuerdo con su pequeñísima fracción. Si ella difiere de la mía, cuando yo diga, por ejemplo: “arreciaba el calor...”, diga usted: “¿...?”. No lo sé. Sólo me imagino que, para mi cuadro de tedio, de naturaleza adormilada por el sol, de suspensión de actividades ruidosas, de zumbar de insectos y de fresca media luz tras los postigos entornados, usted colocará tal vez una noche vagamente plateada, una Torre sólo existente en silueta negra, postigos clausurados, luz vacilante de aceite, y encima, sobre las ramas desnudas de un árbol grande que a todo sobrepasa, una lechuza inmóvil.

Así, con palabras y visiones diferentes, ambos leeremos lo mismo, ambos hablaremos el mismo idioma. Y Lorenzo y Rosendo sentirán que para ellos, en cualquier forma que sea, hay comprensión y estímulo.

Así, Guni, según creo, ocurren las cosas en el mundo de los fantasmas.

Fantasmas, fantasmas... ¿Pero hay alguna realidad en esto o es mera forma de hablar? Antes de explicarle cómo nuestros personajes desarrollaron el problema de la dualidad, entendámonos sobre este punto fantasmal. Óigame bien y, durante toda mi carta, tenga presente lo que ahora le voy a decir:

*Mundo de los fantasmas*: Es un mundo que en todas partes está, que interpenetra al nuestro. Nadie necesita desplazarse ni dar un paso para entrar en él. Es cuanto puedo decirle respecto a su ubicación. Su acceso es cualquier intento por vivir de otro modo.

Penétrese bien de estas palabras y déles cuanto alcance pueda. Su esencia está basada en que NO HAY SOLEDAD, en que no la hay en ninguna parte. Por lo tanto, al intentar usted vivir de otro modo y alejarse para ello de lo que hasta entonces era compañía suya, otro ambiente y otras "cosas" surgen ineludiblemente para reemplazar a los compañeros anteriores. En este sentido podría casi asegurarle que la cantidad de compañía que tenemos es siempre exactamente igual, que sólo sus formas y esencias cambian, y la impresión que a menudo tenemos de que ahora estamos solos o más solos que antes, es puramente ilusoria. Esta ilusión viene exclusivamente de una actitud nuestra, actitud de temor o de falta de decisión: no nos decidimos a aceptar de lleno a los nuevos compañeros y quedamos, por consecuencia, en un terreno ambiguo. Si así hemos de quedar, es preferible no aventurarse a transpasar el umbral del acceso que mencioné pues tal ambigüedad es la clave de gran número de casos de locura. Comprenderá usted que estas locuras no provienen, de más decirlo, de trastornos mentales internos que se expresen "hacia fuera" con actos carentes de sentido, sino que provienen del hecho de hallarse un ser en un sitio que no comprende y cuyo código le es confuso por verlo fraccionado. Por lo tanto, al dirigirse con tanteos y errar, aparece no sólo para nosotros como un loco sino también para aquéllos de un poco más allá.

Establezcamos entonces, Guni, que a los moradores de esos otros mundos puede llamárseles tanto fantasmas como compañeros. Fantasmas son si siempre consentimos en oír sus voces mas no nos decidimos a convivir plenamente con ellos y según ellos; compañeros son si, dando vueltas las espaldas a este mundo cotidiano, nos resolvemos a vivir para siempre con ellos y según ellos.

Cuál de ambas actitudes adoptar... es, créame, el problema, la tragedia de muchos más hombres de lo que usted puede imaginar, y es lo que Lorenzo afrontará, con o sin éxito... lo iremos viendo.

Ybasta, por el momento, de fantasmas y sus mundos, basta de estas regiones que, por indecisión, parecen demasiado llenas de sutilezas ininteligibles y hasta arbitrarias pero que son en verdad de precisión matemática como lo son todas las regiones del Universo.

Volvamos a La Cantera.

Es un verano tedioso. Hace calor y hay insectos en el aire.

## 18

Aparece Rosendo Paine.

Es un día cualquiera. Ha sabido en Santiago que su amigo está en el campo y ha decidido ir a visitarle por algunos días.

Charlan.

Rosendo es astuto. Ha vivido mucho. Conoce toda América, media Europa, harto de Asia y no poco de África y Oceanía. Su curiosidad no ha tenido nunca límites. El señor de Do, de conocerle, le envidiaría más aún que al señor de Re. Y éste, ante él, sentiría flaquear sus filosofías libertinas. Pero no hace alarde de nada. Vive, observa, sobre todo vive. Fuma, bebe, ama, juega, baila y viaja. Es simpatiquísima persona y buena persona también, al menos hasta hoy. ¿Por qué no ha de serlo hasta el fin? Tiene muchos amigos y muchas amigas. Hoy dirían de él las damitas santiaguinas que logra "vivir su vida". Mas no única-

mente en el sentido que a tales palabras le dan esas damitas, es decir en el sentido de originarse múltiples espasmos con variados caballeros. No. Rosendo va más lejos. Los espasmos son sólo una cuerda de su instrumento de cien cuerdas.

Charlan a diario. No abordan francamente un tema. Charlan con alusiones, como quien diría, por los alrededores. Rosendo se ha dado cuenta de la situación de Lorenzo. Ha visto que es éste el caso de una clausura anticipada, por lo tanto, forzada. Y en su fondo ríe de semejante impericia. Rosendo también conoce a los "diablitos". No, por cierto, a los diablitos de la soledad, a éstos que pueblan la Torre y cuyos antepasados acometieron en contra de san Antonio. Rosendo nunca fue incitado por deseos de alta sublimación. Pero sí conoce a sus hermanos, a los que libran batalla encarnizada defendiendo al vicio y atacando al hombre que de él quiere arrancarse.

Rosendo fuma, le he dicho. Pero líneas después le agregué que Rosendo "vivía su vida". El tabaco no basta para llenar tan soberbia cosa. En los fumadores del Perú, luego en los lejanos puertos asiáticos y en Tolón, Rosendo se entregó a fumar opio. Luego en Santiago luchó por libertarse de la droga pues su provisión disminuía y las dificultades para procurársela aumentaban. Veía, pues, aproximarse un día negro, un día atroz cuando la última pepita se consumiera. Por eso luchó denodadamente y, como resultado de su lucha, antes de que esa última pepita se consumiera, abandonó todo aquí en Chile y volvió al Perú.

¡Nuevas horas deleitosas en los cielos del opio!

Y cada hora traía, al día siguiente, su respectivo arrepentimiento.

Pero, ¡nada!

¡Venga otra y otra pipa! Cada día una pipa más...

Sin embargo, venció.

Venció solo, solo, solo. Venció, como quien diría, un buen día y sin saber por qué. Venció cuando ya no luchaba, cuando se había resuelto a ser un vicioso hasta su último instante. Y, al haber vencido, miraba atónito al que había sido meses y años antes, miraba como ajenas las preocupaciones que hacían casi el único motivo posible de ser abordado por su mente.

Recordaba así su permanente consuelo, por no decir su único consuelo. ¡Oh, el opio era un gran maestro! ¡Qué enseñanza sin precio le había otorgado! Bastaba ver a cuantos míseros humanos se cruzaban con él: todos, sin excepción, abrazaban la misma creencia: "La felicidad completa no es de este mundo".

En cambio él, él podría rebatirles y afirmarles enfáticamente que la felicidad completa, sin una nube, sin la sombra de la sombra de una nube, era de este mundo, era un don del hombre, existía aquí en esta vida con tanta realidad como cualquier objeto que vemos y palpamos. Él podría predicarlo, pregonarlo a voz en cuello, dar el grito de anuncio, ser el paladín de esta nueva cruzada que abriría la más preciada puerta de luz para la humanidad entera:

"¡La felicidad es! ¡Fuera, fuera todo convencimiento de que esto es el tal valle de lágrimas! ¡Esto es el cielo mismo! ¡Hoy es el descenso del Cielo a la Tierra!"

Así hablaría a sus semejantes.

Pero estas cosas de drogas y demás llevan siempre con ellas un pequeño inconveniente: tienen "un día siguiente". Y este día siguiente se presentaba ante Rosendo en dos faces: una de ellas podríamos llamarla intelectual o pensante; la otra, corporal y sensitiva.

La primera faz tenía el aspecto irritante de la duda. Rosendo se preguntaba:

“¿A base de opio haremos esta transformación humana? ¿Un simple estupefactivo dando la clave de la felicidad completa...?”.

La cosa le parecía demasiado desproporcionada. Era casi un absurdo de causa y efecto. Era una desproporción que rozaba el ridículo.

Pero siempre hay una ley de compensaciones a merced de los que no desmayan: el opio... pues era una señal, un faro indicador del puerto. Ni él ni nadie había dicho que fuese el puerto mismo. Cuestión, entonces, de cambiar la prédica: incitar a buscar el medio grande y exacto para hallar la senda y buscarlo con fe puesto que la seguridad, como un faro, había sido vista. Cuestión, entonces, de que los técnicos se pusiesen a la obra; él, para ellos, sería la certeza animadora. ¿Y si dudaban? No había por qué temerlo. Cuestión, entonces, de rebatirles con modestia y de este modo:

“Señores, yo no soy un hombre tan extraordinario –ni hacia arriba ni hacia abajo– que pueda ver y experimentar algo que a otros les esté vedado. Soy uno de tantos. Luego lo mío puede y tiene que estar al alcance de todos. Si fuese un dios o un demonio..., es posible lo que me argumentáis. Pero soy como cualquiera de vosotros. Por lo tanto, si dudáis, ensayad y ¡a la obra!”.

Responderían:

“Bien, ensayemos”.

Y aquí habría que proporcionar muchas pipas de opio a cada técnico. Cosa difícil y hasta molesta.

Pero, pensándolo debidamente, cosa subsanable. Fuman, verifican, creen y proceden. La fe ya está en varios hombres y en hombres que saben.

Buscarán en viejas tradiciones; descifrarán palabras consideradas hoy carentes de sentido; agregarán a ellas lo que ahora hemos aprendido, descubierto y avanzado... ¡Oh, los hombres de buena voluntad!

Un solo punto, uno y nada más, quedaba en suspenso: empezar la prédica.

Porque, a pesar de la evidencia del hecho, Rosendo no predicaba y los meses pasaban.

Rosendo no predicaba y ni siquiera divisaba la proximidad del día de la prédica. No porque un impedimento se presentara, no porque faltara un auditorio, no porque juzgara que el momento careciera de oportunidad, no porque su fe vacilara. Únicamente porque los meses pasaban. Únicamente porque este pasar era un hecho y, al fin y a la postre, un hecho se impone aun al alma mejor templada.

Rosendo fumaba. Y el mismo círculo volvía a inscribirse en su propia atmósfera cada vez que fumaba.

Vamos, entonces, a las primeras pipas de cada noche:

Un fumadero cualquiera o su propia casa o donde sea. Aplique, si quiere, la regla de libros y estampas. Pero guárdese de demasiados adornos y demasiadas evocaciones. Éstas son cosas para principiantes y Rosendo no era tal. Éstas son cosas que no nos incumbe a nosotros aportarlas; el opio se encarga de todo ello y en forma harto más adecuada que la mejor imaginación humana. Rosendo se tendía en su cama o en un sofá o una estera; a falta de ellos, en el suelo. Y fumaba. Esto es lo único que importa.

Mire ahora su mente, ahora, antes de la primera pipa: vea cómo bullen esas preocupaciones y designios que, en dos líneas, le he indicado más arriba. Está en el dominio de las compensaciones y viene tras la droga *en consulta*. Viene a fijarse bien para el pregón saludable que hará al día siguiente ya que ese día no lo ha hecho.

Fuma.

¿Ha fumado usted? ¿No? Yo tampoco. Por eso Rosendo trataba, un día, de explicarme lo que era aquello pero me advertía que cuanto iba a decir sería apenas una aproximación. Me pedía además, ya que la experiencia directa faltaba, que recurriese a las analogías. Así, tal vez, podría yo atisbar esos mundos de un magnífico estupor.

Después de oírle largo rato, recurrí a la analogía siguiente:

Pensé en un hombre encerrado en su casa y acechado, acometido por mil problemas de difícilísima solución; un hombre en esos momentos en que parece que el mundo entero se viniese encima. Luego —para ajustarme mejor a las palabras de mi amigo— reduje el círculo originador de esos problemas. No me convenía hacerlo tan extenso como que abarcara la ciudad y los campos vecinos. Lo reduje a la casa misma. Esa casa era la que se venía encima y fuera de ella no había luz ni sentido ni ayuda para aquel infeliz. Toda una vida embutida en tres o cuatro alcobas viejas y destartaladas, y ni la menor posibilidad de escaparse de ellas. Agregue que esto crece y crece: cada minuto es tiempo perdido, alejamiento de hechos salvadores, acercamiento del momento fatal y último.

Aquí añadí algo que me pareció indispensable para mi composición de lugar: salvación hay, naturalmente, hechos propicios ruedan por campos y ciudades. Pero —¡ésta es la cosa!— el desdichado en cuestión ya no los ve, ya los ha perdido totalmente de vista, ya se encuentra a tal modo embotado en su propio problema y a tal modo aturdido por su mísero y reducido ambiente que ha llegado a olvidar al mundo circundante, a olvidar las ventanas de su guarida y, ¡para qué decir!, la puerta. Lucha, sin embargo, lucha. ¿Cómo? Lastimosamente. Si su mal es material —supongamos que la casa se llueve, se desploma, se hunde—, allí está el hombrecito como una rata acomodando con pajuelas, trapos y puntales de palo lo que habría menester de cemento y hierro; zurciendo los deterioros como si se tratase de ropa vieja. Y sigue amontonando esperanzas sobre esperanzas junto a cada derrumbe, y sólo usted, yo, nosotros todos los que estamos fuera vemos, casi con lágrimas en los ojos, la inutilidad de tan pobre ajetreo. Si su mal es moral —imagine el más cruento y como remedio una actividad desbordante electrizada por una voluntad indomable—, véalo ahora encastillado en su cuartucho, imaginando e imaginando situaciones, cientos, miles de situaciones ora adversas y que él vence, ora favorables y coronadas por el aplauso unánime. Véalo iniciando, pluma en mano y ante altos de cuartillas, resoluciones definitivas; véalo cómo ahora despedaza esas cuartillas y vuelve a empezar hasta la verdadera pesadilla; y véanos a nosotros, sobre todo, tratando de hacernos oír, gritándole en vano que todo aquello es ocioso y que hay que transpasar el umbral de su morada..., y ¡nada!; véalo ahí encorvado sobre sí mismo, cayendo cada vez más hondo ante su inactividad que él considera poblada de monstruos que luchan en buena lid.

De pronto alguien perfora su círculo fatídico, lo lanza fuera, el sol lo deslumbra, lo echa en un avión y lo eleva. Su casucha huye hacia abajo cual bestezuela en su agujero, por todos lados se alzan montañas infinitas, cielos y aire estimulante. Las posibilidades de vida rasgan el cuadro como relámpagos, las soluciones afluyen para cualquier problema. El hombrecillo aquel despierta, no atina a comprender qué le había acontecido, vuelve a recordar lo que es la existencia, y el hecho de haberla olvidado le parece tan inaudito que llega a ponerlo en duda.

—Eso ha de ser —dije— antes y después de fumar.

Rosendo me respondió:

—Más o menos pero falta algo, tal vez falta lo esencial.

—¿...?

—Seguramente falta lo esencial. Esto de las analogías es relativo. Déjame pensar. No, no; te quedas tú siempre en tu caja con llave. Yo no soy hombre ducho para explicaciones filosóficas o metafísicas. Y esto es la filosofía y la metafísica quintaesenciadas. ¡No, viejo, no! Tu hombrecillo del avión —¿pero que no lo ves?— no sale de la Tierra ni siquiera de su atmósfera. ¡Ahora voy encontrando cómo hablarte! Supón, imagina, aun desvaría y no lograrás sacarlo fuera. Queda con todo su lastre pues subsiste en esta vida terrenal el recuerdo de sus achaques y la evidencia de que, dadas ciertas circunstancias, han de sobrevenir inevitablemente y, lo que es más, ceñidos a una lógica estricta, ¡más!, a una docta lógica.

“Tu hombrecillo... Llévalo por encima del Tupungato, por encima del Everest..., siempre se acuerda de su casucha. ¿Por qué no se ha de acordar? A no ser que lo idiotices con un golpe en la cabeza. Pero comprende bien que no se trata de tal cosa. Así, ¡vaya un éxito! Y por inmenso que sea su deslumbramiento —y te hablo aquí de un deslumbramiento positivo y rico— tendrá que preocuparse hacia dónde vuela el aviador, por temor a su casucha. Supongamos, no hay peligro: el tío sigue con su aparato alejándose más y más. Existe la posibilidad de otra casucha. ¡Entiende! Las casuchas *no* desaparecen por el hecho de que un avión se eleve”.

“Digo casuchas. Puedo decir cualquier achaque. Uno se ha alejado de ellos pero ellos siguen. Si tú te marchas, sigue igual esta mesa. Bueno, con el opio las mesas cesan. Eso es todo”.

—Amnesia de los males —insinué.

Rosendo, despectivo:

—¡Alcohólico...!

—¿...?

—¡No hay amnesia! ¡Hay clarividencia! Tú mismo algo de esto me has hecho ver. Tú me explicaste que con vista clarividente, las mesas desaparecen.

Creí, Guni, que Rosendo perdía el tino.

—¿Yo?

—Tú. Fue hace pocos días. Creo que comentabas un libro recién leído. Si nosotros viésemos la materia tal cual es, no veríamos estas cosas compactas, explicabas. Una mesa, por ejemplo —citaste una mesa—, se presentaría a nuestros ojos como una infinidad de mundos planetarios con sus soles y qué sé yo, y con formidables espacios vacíos entre cada partícula o astro, y todos éstos moviéndose vertiginosamente. ¡Y las mesas dejarían de ser, viejo! Pasarían a ser constelaciones fantásticas. ¿Amnesia allí, amnesia al ver *mejor* lo que las cosas son? Te acordarías entonces de lo que aquello *semeja* cuando los ojos se nos empequeñecen y disminuyen, por no decir se nos atrofian. Pensarías —¡y vaya con cuánta razón!— que eso de mesas es un estado nuestro inferiorizado, mas que no hay tales mesas. ¡Triste condición nuestra, viejo, son las mesas! Cambia ahora “mesas” por “casuchas” y éstas cámbialas por *la vida*. Y tu avión y tus ojos sobrehumanos cámbialos por pipas de opio... Eso es todo, al menos por ahí va la cosa.

“¿Qué achaques pueden haber entonces? ¿No ves que venían de insuficiencia... visual sería para las mesas; aquí: vital para todos? ¡Se veían como achaques porque no percibíamos las constelaciones vertiginosas!! No sé si me explico. Tú no has fumado, tú te arrastras, tú...”.

—Bien, bien —le interrumpí—; no me expliques más; cuéntame de tu vida de opiómano.

—Oye, viejo. Cuando fumé con mayor fervor, me hallaba perdidamente enamorado y

separado de mi amor. Durante el día lloraba y escribía cartas. Llamemos "día" cuando no fumaba, cuando no estaba bajo la influencia de la droga. Durante la noche pensaba, ¡qué!, veía. Llamaba a mí todas las calamidades posibles. Por ejemplo: ella moría... ¿y qué?; sufría horriblemente antes de morir... no tiene la menor importancia, sería error de ella; yo sufro, me desgarran, muero... ¡no, no!, el problema está mal planteado, mal enfocado, y sufrir, desgarrarse y morir son equivocaciones, ¿cómo decirte?, son mil puntos falsos de partida que traen mil puntos falsos de llegada. Pero se puede vivir fuera de esos puntos... ¡qué! la vida es fuera de esos puntos. Aquí estaría bien algo del hombrecillo-aviador: olvidar que la vida está fuera de esos puntos parecíame inaudito y dudaba de que al día siguiente fuese a caer en ellos. ¡Todo era un suceder armonioso, viejo! Tú sabes que me cuesta expresarme. Bueno, a ti te costaría también si, conociendo el asunto, trataras de exponerlo a quien fuese, con mayor razón a un novicio o un ignorante. Veamos si esta comparación sirve de algo:

"Un trozo de música. Bien. Lo toca una orquesta. Te es armonioso, te gusta y demás. Así es toda la vida. Ahora coge y aísla una sola nota, ¿comprendes?, una sola, un timbal, por ejemplo, o el bombo, y no oyes más que eso, vuelves a oírlo hasta la majadería, hasta la locura. ¿Qué de epítetos no le pondrías a tal sonido? Destemplanza, error, maldad... ¡qué sé yo! De pronto la orquesta toda te es perceptible y ese bombo o timbal entra en el conjunto, es parte de la armonía total, tiene su razón de ser, su objetivo y demás, ¿comprendes?

"Viejo, cuando sentimos un mal en este mundo es que oímos un solo instrumento, oímos algo aislado, sin conexión mayor, ¿cómo decirte?, sin su explicación, si quieres. Viejo, todo lo aislado suena como un chirrido, es dolor. Pero con la orquesta entera... es parte y armonía. Apenas fumaba, mis tímboles, bombos y platillos, ¡con qué toques magníficos integraban el total!

"Espera. Vamos por otro lado. Te dije que entonces estaba yo perdidamente enamorado. Estaba románticamente enamorado. Porque yo he sido romántico. A lo mejor lo soy aún. En fin, como perfecto romántico coronaba, *de día*, mi amor con el suicidio. ¿Cómo evitarlo? ¡Me sabía *Werther* casi entero de memoria! Me mataba bebiendo un veneno en una copa. Porque ella ya no me quería. Sí me quería pero... había que suicidarse así es que no me quería. Al beber yo exclamaba, escribía, mejor dicho:

"No tiemblo, Carlota, en el momento de coger la helada y terrible copa de donde voy a exprimir la embriaguez de la muerte. Eres tú quien me la ha presentado... ¡No vacilo!'

"Me encontraba admirable. Y tanta fue mi admiración propia que hasta al cínico de Valdepinos le conté, cierta vez, mi tragedia y se la salpiqué con citas de mi libro favorito, citas como la anterior. ¿Tú conoces al cínico de Valdepinos? ¡Claro! ¿Quién no lo conoce? Bien. El cínico, viejo, me escuchó con paciencia ejemplar. Luego, ¿sabes qué me dijo? Oye:

"—Hace mucho tiempo que leí *Werther*. No recordaba nada de eso. Pero sí recuerdo siempre algo muy interesante que allí dice el autor, muy interesante. Creo que es más o menos así: *Werther* vuelve, después de prolongada ausencia, a un sitio lleno para él de dulces recuerdos, recuerdos sobre todo anidados en un bosque vecino. Vuelve y... el bosque lo han cortado. Averigua. Le cuentan que ahora todo ese paraje es de propiedad de un conde o príncipe que lo ha hecho arrancar. *Werther* se enfada, protesta, clama, mal-

dice. Mas de pronto reflexiona y piensa: 'Aunque si yo fuese príncipe, ¿qué me importarían los árboles de esta comarca...?'.

“¿Comprendes, viejo, lo que te quiero insinuar? Los árboles cambian de precio según tú seas príncipe o lacayo. Después de la primera pipa le enviaba siempre un saludo mental al muy cínico de Valdepinos y también, por cierto, a Goethe.

“Sigamos. Busquemos otros lados del opiómano que fui, el opiómano, como tú dices. ¿Sabes cuál era uno de mis temas de pensamiento? ¡Alto! Debo ante todo advertirte que me repugna usar aquí palabras tales como 'pensar', 'pensamiento', 'temas', etcétera. Pero no hay más remedio así es que vaya por 'tema de pensamiento'. ¿Sabes cuál? Pues bien, las viejas mojigatas.

“Ya espero que puedas pasearte con soltura en el que fue mi reino. Evoca, entonces, a beatas por el estilo. ¿Has visto qué inmensa importancia se dan? ¿Has visto que la expresión para caracterizarlas es 'autoimportancia'? ¿Que un soberano, un ególatra, un narciso nada son, al respecto, ante ellas? Dios, los Santos todos, Satán ocupados de sus personas... Ni los unos ni los otros se ocupan de ellas para nada; yo, Rosendo Paine, puedo asegurártelo. Los dioses y los diablos, ¿sabes tú en qué se ocupan? Pues en hacer los fenómenos, los fenómenos del Cosmos. La guerra del 14 al 18 la supo el dios Marte con siete años de atraso y, al saberla, declaró que no tenía ninguna importancia. Mide ahora de esa guerra a una beata mojigata: menos que ninguna importancia para la beata. Condúctete ahora con lógica:

“Si la causa —o sea la beata vieja en cuestión— tiene menos que cero como importancia, sus efectos —pensamientos, preocupaciones, achaques— tienen también que tener menos que cero. ¡El mundo entero, viejito, es una población de beatas! Esto tú lo ves por raciocinio lógico. Yo lo vivía, lo era. ¿Por qué? Raciocinemos otro poco:

“Te dije que dioses y demonios se ocupaban en hacer los fenómenos cósmicos. Esto lo entiende un niño. Bien. Si uno se queda fuera de esos fenómenos, es decir si uno los sufre, los experimenta, si uno es efecto de ellos como lo somos en este vivir terrenal, nos serán favorables o adversos respecto a nuestras pequeñitas intenciones y, según como sean, veremos a los optimistas o a los pesimistas. ¡Porque quedan fuera! ¿Me comprendes? Mas, ¿si están dentro? Si están dentro son los fenómenos mismos, son su grandeza. Acaba el sitio para los mojigatos y sus preocupaciones. ¿Un fenómeno optimista, un fenómeno pesimista...? ¡Frasas sin sentido! ¿Favorable, adverso...? Se es favorable o adverso *para algo*. ¿Pero cómo se lo va a ser en sí, en el devenir absoluto? Suprime esos 'algos' y automáticamente quedan suprimidas todas las apreciaciones posibles. Se aprecia desde fuera, se es desde dentro. Y lo curioso que hay en esto, lo cómico, lo indeciblemente cómico que hay en esto es que tú, viejo, me has enseñado casi tanto como el opio mismo...”.

Otra vez pensé que Rosendo perdía el tino.

Rosendo:

—“Tienen ojos y no ven”.

Yo:

—Explícate.

Rosendo:

—Tú admiras a Dostoievski, ¿verdad?

Yo:

—Por cierto.

Rosendo:

—Yo lo ignoro. Pero un día, ante un femenino auditorio de ojitos sin ver, tú leías y ellas y tú comentaban lo que leían. Yo escuchaba. Y ni ellas ni tú pararon mientes en lo más importante. Leías sobre un personaje que “tenía minutos de armonía universal”. Creo que tal fue la frase: Por eso escuché. Luego oí tu voz que con claridad decía:

“Aquello... no es enternecimiento, no es más que... alegría. No perdonáis más porque ya no hay nada que perdonar’.

“Y seguiste leyendo y comentando... otras frases. Éstas sólo quedaron en mis oídos”.

(En efecto, Guni, recuerdo esa vez que leí. Lo citado es parte de lo que dice Kirilov en *Demonios* de Dostoievski, tomo III, capítulo V).

—Cambia ahora “perdonar” por “sufrir” puesto que era tras la cesación del sufrimiento que yo iba, mejor dicho, que pensaba ir al día siguiente. Entiéndeme: era lo que yo debería pregonar a mis semejantes. Y podemos declarar: “No sufrís más porque ya no hay nada que sufrir”.

“Viejo, después de la segunda pipa no dejaba nunca de enviarle un saludo a Dostoievski, como después de la primera se lo enviaba a Goethe y al muy cínico de Valdepinos. Y a ti te lo enviaba también mas luego te lo retiraba por no haberte detenido en lo esencial, en la clase. ¿Sabes, en precisos términos, por qué te lo retiraba? Por no haber pensado que Kirilov pudo, en rigor, decir lo que yo me decía cuando dudaba:

“Señores, yo no soy un hombre tan extraordinario —ni hacia arriba ni hacia abajo— que pueda ver y experimentar algo que a otros les esté vedado. Soy uno de tantos. Luego lo mío puede y tiene que estar al alcance de todos’.

“Sea: ¡que la cosa *era posible!*”

“Y yo agazapado en mi rincón lo sabía y Dostoievski te lo anunciaba. Pero damitas y tú seguían leyendo y comentando... ¡el cuento! Quedaban ustedes fuera como beatas y mojigatos en los fenómenos cósmicos. No pensaron en penetrar. Que si lo hubiesen pensado, ahí mismo cierran el libro y en vez de juzgar si era o no interesante —favorable o adverso... ¿entiendes?—, ahí mismo se lanzan, se lanzan a buscar, a experimentar, a ser exploradores y no críticos.

“Me parece que luego leíste o explicaste que el tal Kirilov era epiléptico. ¿Y qué? Para mí, desde mi rincón, pensaba que, menos mal, ya éramos dos: los opiómanos y los epilépticos. Esto me fortalecía sobre mi prédica futura.

“¿Entiéndeme! Me fortalecía mientras te escuchaba, me fortalecía de día. Porque de día había que predicar. ¿De noche? ¿Predicar?

“De noche... ¡ya te habrás dado cuenta! Sólo me preguntaba, en los rarísimos momentos que tal idea me venía, que cómo podíase caer tan bajo para albergar semejantes intenciones. Predicar... Desde esas alturas, viejo mío, predicar era enredarse, era salirse de los fenómenos cósmicos, era desmentirlos, era *el contrasentido inexplicable*. Hacer cualquier obra era el contrasentido inexplicable. Porque hacer cualquier obra es —fíjate bien—, es *recordar*. Viejo, se recuerda lo que no se es. Y de noche yo era. ¿Cómo voy a recordar que soy hombre? Esto lo sé, lo siento, lo vivo; su recordación es mi existir mismo. Tendría que volverme un animal o una planta con memoria para añorar o... felicitarse, acaso. Bueno, esto último sería otro asunto. Yo no soy ni planta ni animal. Así es que no recuerdo hombre, vivo hombre. Trasládate ahora a aquellas noches:

“No podía hacer obra alguna porque las era yo todas ellas.

"Y, al no poder, no lo deseaba.

"Pensaba, sí, en quienes las hacían: allá, allá los veía, pequeñitos seres a medias, meros recordadores de lo que habrían y deberían haber podido ser y no lo eran. ¿Por qué? Por mentalidad sometida, avasallada como la de tu hombrecillo en su casucha, agujero de bestezuela.

"Oye: un individuo de cabeza plana como esta pared, y a quien le narraba estas cosas, me preguntó por qué, ya que las obras no eran hacederas, por qué no había hecho siquiera algunas notas... ¡Pobre imbécil! Le respondí, sencillamente, si acaso ignoraba el significado de la palabra 'prostituir'. ¡Si vieras qué ojazos puso! Bueno, el tío éste no entendía nada que no fuese susceptible de intercambio frente a un mostrador. Las notas... ¡claro está! Intercambio de notas por comentario, por interesantes conversas y... ¡por obras! ¿Ves tú? Justamente lo que no, no y no. Bueno, pero ese tío... En fin, volvamos a la palabra 'prostituir'.

"Nadie prostituye, viejo mío. O poquísima gente, menos de lo que imaginas. ¡Oh! Acaso tú piensas en este momento en las prostitutas y estás calculando cuántas hay rodando por este mundo... No hay ninguna, o casi ninguna. Hay mujeres que hacen eso porque lo hacen, nada más. Como hay otras que cosen y bordan, y hombres con oficios o profesiones o lo que quieras. Y las prostitutas detestan tanto su trabajo como los demás el suyo, créeme. De estos 'demás' hay muchos que aman su trabajo; entre las prostitutas no hay ninguna que ame el suyo, o casi ninguna. ¿Luego, viejo? No hay ninguna o casi ninguna que se prostituya... Rebaja de tu cuenta un 99 por ciento. Porque hombre o mujer, haga lo que haga y si detesta esto que hace, deja un rincón lleno de aspiraciones incólumes, sagradas y celosamente protegidas. Imagina ahora un golpe de buena suerte y, con él, la posibilidad de hacer reales esas aspiraciones. ¿Las vas a bajar para prostituir las? ¡No, viejo, no! ¡Si ellas habían nacido justamente por si hubiese, si existiese un solo pequeñísimo riesgo de una prostitución cualquiera! Bueno, nadie prostituye... ¿Por qué quieres tú, o el tío de que hablo, que un opiómano rompa la ley sagrada? Y fíjate lo que con opiómano quiero aquí decir: el hombre que está allí arriba. Digamos —para buena ordenanza de mis palabras— el hombre que, por golpe de la suerte, ha logrado hacer reales sus aspiraciones ocultas y largos años celosamente protegidas... ¡Las aspiraciones, viejito, nacidas porque el rodar cotidiano por el mundo sólo le daba motivo de prostitución permamentel!

"Oye: así se ve desde allá arriba.

"Se ve que vivir aquí abajo es prostituir.

"¿Error de visión puesto que te acabo de decir que nadie prostituye? ¡No! Porque todos llevan dentro del alma ese tesoro protegido celosamente. Esto los redime. Bajo el signo del opio, el tesoro es.

"Haga usted una notita para el mostrador de intercambios...

"Señorita, prostitúyase usted, si me hace el favor, ahora que ha logrado salir de la vida abyecta que le imponían y puede vivir según sus más puros anhelos...

"¡No, viejo, no! ¿Comprendes? Notitas, notitas y obritas por añadidura... ¿Que no ves que hacen obritas porque se las imponían, porque no podían hacer otra cosa? ¿Que las obras son la expresión del tesoro celosamente protegido y que tal tesoro existe porque, en el fondo, no se admite nada que algo huelga siquiera a prostitución? ¿Que una voz de nuestra calidad humana nos dice y repite que hay que ir —¡como sea!— hacia allá arriba?

"El opio te lleva hacia allá arriba y allá te deja y te mantiene. Haz una notita y una obrita ahora...

"Para contestarle al imbécil en cuestión deseaba que entendiese a un sabio, por ejemplo, a un inmenso sabio, la vida de este inmenso sabio, la vida en las cumbres más elevadas y a punto de elevarse más aún; y que viese a sus colaboradores y a toda una humanidad en espera, anhelante, porque ya viene la última palabra, ¡la salvación! Y de pronto el sabio se detiene, abandona todo, defrauda a sus colaboradores, usurpa a la humanidad su salvación... porque... ¿Sabes por qué? Pues porque se ha preguntado súbitamente cómo explicar sus cumbres a los asistentes de una juerga descomunal en un prostíbulo... ¡Ah! Nuestro imbécil capaz es de decir que era un sabio cristalinamente caritativo: ¡se acordó de los juerguistas! Y dejó con un palmo de narices a la humanidad entera... ¡Bonita cosa! Ese sabio prostituiría, ¿comprendes? Hacer una notita es, en aquellos instantes, acordarse de ustedes los juerguistas del planeta y dejar a Dios con un palmo de narices.

"Allí estaba yo, viejo, allí donde repugnan los juerguistas. Allí estuvo Kirilov. Allí estábamos el epiléptico y el opiómano. Ustedes... de juerga.

"Y a propósito de tu Kirilov puedo asegurarte que me era, con todos los epilépticos del mundo, una grandiosa confirmación de mi verdad. Pues verificaba que había otro camino que llevaba a Roma. Es decir que, por cualquier camino—con tal de ir hasta el fin—, se llegaba a Roma. Agregaba que no era menester fumar. Y pensaba que Kirilov diría, al verme a mí, que no era menester sufrir de epilepsia. ¡Ni lo uno ni lo otro! Ya te lo he dicho: cuestión de encontrar un tercer camino, ¿recuerdas? Los hombres que saben y demás. Luego me decía que ni éstos hacían falta. Si con una crisis de epilepsia o si fumando se 'tienen momentos de armonía universal', quería decir que tal crisis y tal pipa estaban bien. ¡Bien y bien! Que a esas alturas todo es bien si bien es para el gran ideal.

"Meditaba más. Otra vez te advertí mi asco por emplear palabras como 'meditar'. Pero no hay más remedio. Sigamos. Meditaba y sabía que éramos nosotros los grandes. Opio o epilepsia... ¡Nada importa! Por el contrario. Opio y epilepsia y lo que fuese era el bien, la verdad, porque lo era. Y si así no se veía desde la juerga descomunal era porque los juerguistas estaban en error. ¡Miseros seres ustedes, viejo! A tal extremo miseros y deformes que veían como vicio o como deliquio de nuestra fortaleza el contacto del hombre con el resplandor del ritmo eterno!

"¿Has comprendido lo que era *la noche*?"

Guni, le dije a Rosendo que había comprendido.

Mas para comprender aún mejor, quedábame una visita a La Cantera. Fui cierta vez. Lorenzo, Rosendo y yo.

Repitamos la visita y ahora acompañeme usted.

Vamos allá.

## 19

¡Estamos nuevamente en La Cantera, Guni! ¿Ve la Torre? ¿Recuerda lo que dejamos dentro? Libros, estampas, pebeteros... Mis cristales de color no lucen desde fuera. Esa abertura, allá, al ras del suelo, es la luz de la Bóveda. Allí no dejamos nada ni nada arreglamos. Nos bastó con no tocar su contenido. Y en este largo cuento que le estoy refiriendo, la Bóveda tomará cada vez más importancia que la Torre. Le he dicho tantas veces que es mejor no arreglar nada y contentarse con lo que hay. Usted dirá que todos arreglan. Pero

yo le diré que tal vez en ello esté lo malo. En fin, no vamos hoy a engolfarnos en asunto tan complicado. Aquellos puntos blancos son ovejas. Los otros, de tonos neutros salpicados de manchas rojas, amarillas y azules, son hombres que trabajan. Usted tiene en su casa una copia de una acuarela de André Derain. Representa el paisaje que se domina desde la ventana de la Torre. Derain no ha estado nunca en Chile y, de haber estado, creo que no hubiese venido a La Cantera pues no conoce ni a Lorenzo ni a Rosendo y a mí sólo me debe haber divisado en Montparnasse. Sin embargo, pintó este paisaje. ¿Cómo? Oiga: desde ese agujero a ras de suelo se ve lo que nuestro amigo Luis Vargas Rosas pintó en el pequeño cartón que usted sabe. Él tampoco ha venido a La Cantera. Otra vez, ¿cómo? Cuando mis primeras visitas a este fundo, yo no atinaba a descifrar tal misterio. Dos años más tarde, en San Agustín de Tango, un señor me dio la clave de este misterio o, al menos, me aseguró enfáticamente que sus palabras eran la clave. ¿Mucho le molestaría esperar la explicación hasta nuestro *Tercer Pilar*? Creo que es mejor oír las cosas en su respectivo ambiente y, por el momento, estamos muy lejos de la buena Taberna de los Descalzos, y estamos demasiado saturados de opio y de insectos al sol. En todo caso le anticipo que, si en Santiago de Chile puede la cosa parecer extraña, en San Agustín de Tango y otros puntos del globo terráqueo, es lógica como una operación matemática y diáfana como este hermoso día estival. ¡Es que no hay misterios, Guni! ¿La prueba? Usted acaba de asombrarse al ver sobre estas colinas verdes, puntos blancos, neutros y coloreados y, para colmo, en movimiento... Bueno, ahora sabe que son ovejas y hombrecitos en sus faenas agrícolas. A propósito, y antes de proseguir, le contaré que una vez, en este mismo fundo, me paseaba con el capataz y que, frente a un espectáculo para mí magnífico, exclamé: "¡Qué divinas tonalidades esmeraldas!". El capataz me advirtió que aquello era un grupo de encinas. Y, al explicarnos, nos deshicimos mutuamente el misterio que, por un instante, había sido la visión de cada uno para el otro.

Pero vamos a nuestra visita. Lorenzo, Rosendo y yo y, además hoy día, usted.

Lorenzo acaba de oír lo que son *las noches*, lo que es, Guni, el contacto del hombre con el ritmo eterno. Su vista se ha posado sobre la felicidad y superioridad supremas. Es el momento en que nosotros llegamos. Repitamos la escena:

Ahora es de día, pleno día, día permanente sin esperanzas de sombra. Es sol detenido. Es regreso de viaje, es fin de fiesta, es *día siguiente*.

No se va a hablar más que de esto. Vamos a mirar la cosa únicamente por el otro lado. Es decir, vamos a mirar la otra cosa porque la primera no tiene doble lado; es en sí, es absoluta, ya lo hemos visto. Vamos, pues, a mirar su ausencia. Su ausencia es esta vida, la suya, la mía, la de todo el mundo. No hay más diferencia, con relación a Rosendo, que nosotros todos no tenemos un recuerdo, no tenemos con qué comparar; y él, sí.

Recordar no basta. No basta recordar para impedir que el ímpetu del sol penetre por ventanas y puertas, a través de los muros y de los poros.

Y aquí viene el quid de todo el proceso.

¿Recuerda lo que Lorenzo preguntó? Era la pregunta que de todos los labios tenía que escaparse:

—Si es verdad cuánto dices, Rosendo —y no lo pongo en duda—, ¿cómo no seguiste fumando, cómo no fumas ahora?

Rosendo respondió largamente. Luego Lorenzo y yo, comentando lo dicho por nuestro amigo, llegamos a una conclusión —a mi parecer muy justa— que voy a tratar de referir-sela a usted:

Imagínese, Guni, la hora del crepúsculo. Usted, de pie, espera junto a la puerta cerrada, tras cuyos batientes está Dios. Usted tiene el santo y seña. Lentamente un batiente se entreabre. Usted avanza. El batiente se cierra: ¡otro mundo!

Cambia lo que usted ve, cambia lo que usted oye. Sobre todo cambia lo que usted respira.

Una mano coge la suya. Empieza la divina peregrinación.

Dios... Así he llamado a este guía. Fórjelo usted en su mente como mejor le plazca. Sé de quienes lo visten de blanco y lo encaminan por entre altísimas columnas de piedra, bajo vitrales violáceos e incienso. Sé de otros –Rosendo entre ellos– que lo rodean de una corte de oro y plata y lo encaminan, precedido por alabarderos ataviados con rojo y negro, por entre columnas de alabastro. Y también sé de algunos que lo hacen un cometa y lo encaminan por entre columnas de estrellas. Llène el aire de palomas o de guacamayos o de peces lentos. Llénelo de relámpagos. Palpe mármol o greda o piel. Aspire sal o flores o betunes. ¡Como usted quiera, Guni! Pero avance... Es lo que importa. Vista, adorne del otro modo, reciba del otro modo, ofrezca del otro modo..., avance por el otro Cosmos. Lo que importa ahora es agotar, agotar, agotarlo todo en una experiencia de milenios. De esta manera, cuando consuma usted la última chispa, ya la vigilia no podrá seguir en su compañía. Ríndase entonces al sueño. Y siga siempre. Siga, dormida, siga por esas galerías espirales cada vez más altas, más altas; más llenas de diáfanas voluptuosidades. Toque el punto que hay al fin. Estremézcase entera sin que ni una célula de su cuerpo se mueva.

Ahora despierte.

Está nuevamente junto a la puerta, tras los batientes. Se entreabre. Salga.

Es el alba.

Saltémonos el día. Un nuevo crepúsculo, una nueva noche. El alba.

Saltémonos, una vez más, el día.

Crepúsculo... Noche... Alba...

Crepúsculo... Noche... Alba...

Ante usted pueden extenderse los siglos infinitos.

Será siempre lo mismo.

Crepúsculo... Noche... Alba...

Porque nos hemos saltado el día.

Pronto lo tomaremos en cuenta.

Mas antes veamos qué ha ocurrido aquí que hemos tenido que hablar de "siglos infinitos".

Guni, Lorenzo y yo vertimos este suceder a una infantil fórmula matemática. Veamos cómo:

Usted entra a ese otro Cosmos. Lo que debemos retener es que usted entra; luego, que usted lo recorre; por fin, que usted sale. Total: Al final del ciclo está usted en el punto de partida. Es, en este mundo, ir y volver. Supusimos, Lorenzo y yo, que es, en el mundo de las matemáticas, sumar y restar.

Ahora bien, puesto que antes de entrar está usted *sin* ese otro Cosmos y puesto que "sin" es igual a 0, respecto a dicho Cosmos, partimos de 0 para sumar.

Al otro Cosmos le dimos un valor X, exactamente le dimos el valor 1.

Luego nos resultó:

$$0 + 1 = 1.$$

Pero, ¡se sale!, no olvide. Y se sale por la misma puerta que se ha entrado, y se halla

uno en el mismo sitio de antes de haber entrado, el sitio *sin*. Sea: puesto que "sin" es 0, nuevamente tenemos 0... Hemos restado. Total de nuestra divina peregrinación:

$$0 + 1 - 1 = 0.$$

Es el ciclo.

Luego, a la vez siguiente, volvemos a empezar en 0:

Sea, en la 2ª noche:

$$0 + 1 - 1 = 0;$$

Sea, en la 3ª noche:

$$0 + 1 - 1 = 0;$$

Sea, en la 4ª noche:

$$0 + 1 - 1 = 0...$$

¿Empieza, niñita, a divisar "los siglos infinitos"?

Recuerde ahora lo que antes hemos hablado. A cada momento venía la palabra "absoluto". Piense: el absoluto no admite adición. Aquí podemos adicionar, es decir, en el terreno que nos interesa, acumular. Allá, no. Y obvio es que, mientras más nos alejemos de aquí y más nos acerquemos allá, más han de disminuir las posibilidades de adición.

Es lo que ocurría con eso de:  $0 + 1 - 1 = 0$ . Esas posibilidades de adición estaban en su extremo límite, en su extremo mínimo. Este mínimo se expresaba en la vida con el recuerdo. Y enténdame: sólo con el recuerdo de que se había experimentado la dicha suprema; pero este mismo recuerdo volvía también a 0 cuando se quería aislar de él la manera *cómo* se había experimentado.

En otros términos, creo más sencillos: la experiencia de la noche 3, por ejemplo, no se basaba sobre la de la noche 2, conteniéndola y agregándole su parte; como esta 2 no había sido fruto de la 1 más ella. Se acumulaba en la noche misma, y en el alba lo acumulado se deshacía. En el suceder de las noches, podríamos decir que 1 era igual a 2, igual a 3 y a 4, y 4 igual a 100 o al número que usted quiera. Guni, es la deuda pagada al camino hacia el absoluto.

Aquí pensó Lorenzo en la herencia:

Me recordó a Tarugo, mi perro fiel y querido, que murió, usted sabe, de tan trágica manera. Luego me recordó que yo había rechazado la oferta de otro perro. Era verdad. Pensé cuánto había trabajado y tardado en amaestrar a Tarugo y... otra vez empezar—sobre todo si un destino parecido le aguardaba—, no, no me sentía con ánimos. Por fin me pidió que pensara en lo de "otra vez empezar", dejando las tragedias para mi sentimentalismo personal. Pues lo que en el fondo había es que cansa la enseñanza de los animales si uno en ella reflexiona. ¿Por qué? Porque no heredan. Tarugo, por ejemplo, aprendió cien cosas. Tarugo no habría podido transmitírsela a su hijo. Con éste, yo el domador, habría tenido que "otra vez empezar". Piense que las abejas están haciendo lo mismo que en tiempos de Adán. Bueno, usted me dirá que nosotros también estamos haciendo lo mismo. ¡No, Guni, no! Respecto a la manzana, tal vez. Pero en otros sentidos, no. En todo caso existe la posibilidad de aprovechar la experiencia del antecesor. Si las abejas de tiempo de Adán le hicieron suponer que todos—hombres y bestias—empezamos en 0, empezamos con el 0 final del  $0 + 1$  de nuestros antepasados, y que el  $+ 1$  es aquí el hecho ineludible de ser, el antepasado y uno mismo, dos individuos diferentes; piense también en los aviones. Que nosotros no queramos aprovechar la experiencia anterior, es otro asunto. Y, después de todo, se aprovecha, ¡harto se aprovecha! No confunda aquí por si es para el bien o para el mal. Mas, para el que sea, hay, hay siempre aprovechamiento del pasado.

Bien, las noches de Rosendo eran como yo o usted o quien quiera con un Tarugo amaestrado. Se le busca una Taruguilla cualquiera y, ante la cría, se dice uno: "Este perrito sabrá lo de su padre y ya le enseñaremos nuevas cosas de ahí para adelante". ¡Vaya qué desengaño vendría luego! Así es el asunto.

Y mientras charlábamos, Lorenzo había cogido una guía de no sé qué región de Europa donde reproducían el plano de una catedral gótica. Y rayaba el plano, su interior, con una flecha curva que penetraba por el pórtico, avanzaba por la nave lateral derecha, pasaba por el crucero, envolvía el ábside y nuevamente el crucero, la nave lateral izquierda, el pórtico y venía a terminar en el atrio con su punta afilada. Era su recuerdo de las catedrales. ¡Si se pudiese estar siempre dentro de ellas! A veces prolongaba su permanencia por largas horas. Indefectiblemente el deseo, la necesidad de salir lo cogía. No porque estuviese harto de su atmósfera sino porque ésta se debilitaba. Entonces érale menester borrarla, mezclándose a las calles, para poder volver al atrio y ejecutar una vez más la vuelta entera sintiendo el contragolpe... ¡La eterna historia!

En fin, lo que aquí nos importa es el alba, el 0 final, la educación de Tarugo, la flecha afilada en el atrio... ¡El eterno recomenzar!

Guni, vamos ahora al día, al pleno día sin esperanzas de sombras y con el sol detenido.  
Guni, oiga:

$$0 + 1 = 1$$

$$1 + 1 = 2$$

$$2 + 1 = 3$$

$$3 + 1 = 4$$

¡Etcétera!

Y soy comedido. Acaso en la realidad:

$$0 + 1,0 = 1,0$$

$$1,0 + 1,1 = 2,1$$

$$2,1 + 1,3 = 3,4$$

$$3,4 + 1,6 = 5,0$$

$$5,0 + 2,0 = 7,0$$

¡Etcétera!

Guni, lo que a Rosendo le ocurría durante el día, no se borraba para el día siguiente sino que quedaba como base, como experiencia vivida, y sobre ella el segundo día adicionaba, y el tercero, y el cuarto, y todos ellos... Adicionaban ¡agregando además una fracción ascendente!

Aquello *acumulaba*.

Porque el día era nuestro vivir cotidiano, el de esta Tierra, el suyo, el mío, el de todos, es decir: el vivir en lo relativo —y casi prefiero decir: "la relatividad de vivir".

Líneas antes le dije que el absoluto no admite adición. Lo relativo la admite; hasta podría ser una de sus características.

Vea, pues, cuánta diferencia entre la noche y el día para el vivir a la larga. Las noches eran estables; los días crecían. Era fatal: el contenido de los días tenía que ir debilitando al de las noches; tenía, por fin, que devorarlo.

¿Qué era este contenido y cómo devoraba?

En páginas anteriores ya mencioné este contenido. (Del modo de devorar hablaremos después). Lo mencioné llamándolo "día siguiente" y agregué que éste se presentaba en dos faces: la una intelectual, la otra corporal.

Vamos a la faz intelectual:

Era, simplemente, no acordarse.

Esto adquiriría proporciones considerables por el hecho de que la necesidad de aquella prédica saludable le acometía apenas despertaba. Para esto no existía razonamiento alguno. Era un hecho, era como un ímpetu incontrarrestable que se originaba, a no dudarlo, en un fondo del ser que rebasaba a toda conciencia, a cualquier consideración. Era una de esas voces de la especie misma o de la naturaleza entera que, no por carecer *hoy* de explicación, dejan de llevar en ellas la afirmación tácita y convincente de que en alguna parte, parte elevadísima, tienen su razón de ser y de exigir; y que además llevan en sí la certeza de que, si la razón se descubriera, todo hombre la acataría por reconocerla superior a cualquier otra razón posible. Voz ante la cual nada más queda sino inclinarse, e inclinarse por dos motivos: porque resistirle sería inútil; porque obedecerle es un acto preeminente.

La voz, en resumen, decía:

"Hay que compartir, hay que comunicarse con los vivos. Hay que dar a luz".

Esto no admitía duda ni discusión alguna. En Rosendo se precisaba diciéndole:

"Debes predicar".

Pero Rosendo, al despertar, había olvidado...

Había olvidado cómo veía anoche. Había olvidado de qué modo había que mirar estas paredes, esas calles, esos cerros, los árboles, el cielo..., de qué modo mirar, tocar a los demás hombres para que se convirtiesen, junto con el cielo, la naturaleza y las paredes todas, en manantial inagotable de una verdad que no oscila.

Ahora todo oscilaba. Nada permanecía en un punto fijo, estable, que poder clavar con el índice sin titubeo alguno. Todo era un poco hacia la derecha, un poco hacia la izquierda... Un poco cerca si pensamos de este modo; un poco lejos si pensamos de este otro modo. Todo era vacilación, mediatinta. Todo guardaba dentro la posibilidad, la exigencia de ser *considerado*. Nada ERA, sin más. Y cosa extraña, sin sentido que irritaba, este mundo difuso era espeso; y el otro, el inamovible, inequívoco, firme, ¡sólido!, era diáfano, sin consideraciones y ¡sin peso!

Y sabía que por allí estaba la clave, una palabra mágica para transmutar. Pero ¿dónde, dónde? Había olvidado.

¡Oh! Algo ahora recordaba. Anoche lo había expresado:

"Es cuestión de ser de otro modo, nada más. Y entonces todo es como uno es".

¡Clave magnífica! El laboratorio universal reducido a uno mismo... Basta, por fin, de preocupaciones y ensayos sobre el manipuleo del "fuera". Manipular aquí dentro y el fuera obedecerá. Recordaba que se había repetido mil veces que esto—cosa tan simple, tan elemental; bueno, como todo lo grande—no lo olvidaría. Y cuanto a practicarlo, simple también si la clave se tiene. Pensamientos éstos que, si es verdad que apenas ocuparon un instante de la inmensa noche, no fueron por eso menos excelentes: si el día traía su mal, daban la fórmula del dominio sobre cualquier falta de sombra, sobre cualquier sol detenido.

Día siguiente:

"Es cuestión de ser de otro modo y entonces todo es como uno es...".

Justamente. Ahí estaba la clave, sí; pero estaba también la muy pequeñísima dificultad. Pues leamos con calma, Guni, como Rosendo me hizo leer a mí. (No he de ocultarle que

Rosendo había escrito estas palabras y las llevaba siempre en el bolsillo de su chaleco; ignoro si lo hacía con cierto amargo despecho o con una remota esperanza). Leamos:

“Es cuestión de ser de otro modo...”.

¡Alto!

¿Cuestión de ser de otro modo?

Pero, Guni, ¡santo Dios! —le digo yo ahora como Rosendo me lo dijo a mí: “Pero, Onofre, ¡santo Dios!, pobre Onofre...”.

*Ser de otro modo...* Pero si éste ha sido el problema de siempre y el problema que seguirá hasta el fin de los siglos. Todos nuestros esfuerzos —y con ellos nuestros sinsabores y alegrías— no están encaminados más que a eso, son exclusivamente *para ver si, al fin, se va a lograr ser de otro modo.*

Todo el hombre es esta historia:

QUERER SER DE OTRO MODO.

Y agreguemos aquí, para volver a hablar de mi fiel y querido Tarugo, que todo el resto de la naturaleza es la otra historia: “No querer ser de otro modo”.

¿Recuerda lo que hablamos sobre la herencia?

Al buen Tarugo yo le obligué a ser de otro modo. Pero el buen Taruguillo, su hijo, estaba vigilante y listo para reaccionar y afirmar, desde sus primeros días, que él se hallaba plenamente satisfecho con *no* ser de otro modo.

Pues bien, Guni, es el caso —según contaba Rosendo— que en aquellas noches se era de otro modo y ello sin esfuerzo, sin acto volitivo alguno, *como función natural del hombre.* De aquí que le pareciese incomprensible que horas más tarde fuere a sentir de manera diferente.

Nos leyó, en un momento, estas palabras de Spengler:

“Cuando la mirada atónita del hombre primitivo ve destacarse en grandes rasgos, sobre el caos de las impresiones, ese mundo naciente de la extensión; cuando la oposición profunda, irreductible, entre ese mundo exterior y el mundo interior ha dado forma y dirección a la vida vigilante, entonces despierta también el sentimiento primario del anhelo, en esa alma que súbitamente se da cuenta de su soledad”.

(*Decadencia de Occidente*, tomo I; capítulo I, N<sup>o</sup> 11)

Entre los tres nos dimos a la tarea de “traducir”:

Nombre primitivo . . . . .	El día, los que llamé “juerguistas”;
Mundo naciente de la extensión . . . . .	El despertar de cada mañana, la realidad “oscilante”;
Oposición profunda, irreductible, entre ese mundo exterior y el mundo interior	La vida como es, sin pretender ser de otro modo;
Sentimiento primario del anhelo . . . . .	Lo que pronto se va a realizar;
Súbitamente se da cuenta de su soledad.	La soledad era una ilusión de limitación; ella no existe en la realidad pura.

Luego nos leyó estas otras, de Spengler también:

“Por eso el hombre no es plenamente **hombre hasta** que posee el idioma. Con irresistible necesidad, el conocimiento, que ha madurado en las palabras, convierte el caos de las impresiones primarias en la naturaleza, con sus leyes, a las que ha de obedecer; transforma el mundo en sí, en mundo para nosotros”.

(*Ibid.*)

Lorenzo cogió entonces el libro y, para probarle que había comprendido, volvió a leerlas, con gran júbilo de Rosendo, de este modo:

“Por eso el hombre no es plenamente **hombre hasta** que no se eleve a la región que el opio muestra. Con irresistible necesidad, el conocimiento, que ha madurado (¿en las palabras?), convierte el caos de las impresiones primarias en nuestra propia naturaleza y en ordenadas leyes a las que no hace falta obedecer porque ellas somos; y no transforma sino que hace evidente que el mundo en sí **es el mundo para, con y en nosotros**”.

¿Comprende cuán fácil es, en tal estado de videncia y certeza absoluta, ser de otro modo, ser del otro modo? ¡Claro! Es fácil como todo lo que se sabe; para qué decir, pues, “fácil como todo lo que se es”.

Aquí, recuerdo, lancé una risa franca. Me vino a la memoria un amigo mío y su colosal descubrimiento de cierto día, una cosa tonta sin más pero que calzaba admirablemente con nuestro tema:

Hacia muchos años. Mi tío José Pedro –de muerte trágica también, como Tarugo, y de quien alguna vez le hablaré– nos enseñaba, a muchos muchachos y muchachas, a jugar al ajedrez y, para llevar a buen fin sus lecciones, nos hacía desafiarnos y arremeternos en **grandes partidas**. Entre los aprendices estaba Gilberto Moya –el inenarrable e **inefable Gilberto Moya** (ya también hablaremos de él)– que todo lo escuchaba y seguía con ceño adusto. Una tarde, después de sesudos estudios, exclamó:

–¡Ya lo sé! ¡**He** descubierto cómo se gana siempre! Todo es cuestión de comerle la Dama al contrincante...

Evidentemente. Cuestión de... Yo también lo sabía, y mi tío José Pedro, y Capablanca, y todos. Cuestión de... de que allí está la cuestión.

En fin, Guni, releámoslo todo mas no palabra por palabra sino de un golpe. Y de este golpe, extraiga un conclusión única. Claro está que no voy a negar la posibilidad de que, bajo otros puntos de vista u otras intenciones –que ambas expresiones son para mí análogas–, hayan conclusiones diferentes y, al decirle que extraiga una “única”, quiero expresar la única en que lógicamente remata nuestro largo proceso de estos dos mundos, de estos dos estados del hombre.

Cuanto pensemos, cuanto discurremos, aboca a la confirmación de una verdad cristalina:

*Todo es como uno es.*

En el momento de despertar, cuando el día se inicia, *uno es* el yo y el no-yo, lo interior y lo exterior, la oscilación.

Luego, si tal es uno, tal tiene que ser el mundo. Por lo mismo es vano cualquier intento por modificar ese mundo. La única sabiduría posible es someterse a él.

Reconozcamos la verdad que clama:

Si anoche fue el mundo lo que yo era, hoy es lo que yo soy. Luego, es incierto; hay, pues, que considerarlo y calcularlo; lo difuso es espeso; el mundo pesa.

Y era lo doloroso para Rosendo que, al ver y verificar de este modo, su lógica profunda le confirmaba que tal visión y verificación estaban perfectamente de acuerdo, en principio, con lo enunciado por él durante la noche: "Todo es como uno es".

Y justamente aquí se alzaba entonces, terca, la voz de esa única sabiduría posible:

SE ES COMO SE ES.

Todo lo demás era vanidad, espejismo tan vano e inútil como si horas antes, durante la noche, hubiese querido bifurcar la existencia, un yo y un no-yo, y ponerse entonces a considerar las cualidades propias del no-yo para que en él bien se acomodase el yo...

La voz de la Sabiduría...

Anoche era "ser". Hoy, con igual ineludible terquedad, era aprender para saber, saber para proceder. Hoy, circular puesto que la distancia volvía a presentarse como realidad básica.

Significaba todo esto que anoche también había habido un olvido, todo un sector pasado por alto:

Desde los tiempos más remotos se erguían ahora los hombres sabios, las escuelas de sabiduría, imponentes como coronaciones de los titubeos y anhelos desenfrenados, de las ansias indecisas y punzantes; los hombres y escuelas que, por fin, habían encontrado la clave máxima de nuestra condición y la predicaban: medida, tacto, conocimiento de nuestros semejantes, equilibrio, serenidad humana y no divina, una sonrisa bondadosa y permanente si era posible, una sonrisa como coronación de la gran coronación. Y gracias a este temperamento —hecho piel, hecho sangre—, esos hombres y escuelas habían limitado el infinito —ese estupendo infinito que hoy se llamaba ampulosidad— y, así limitándolo, habían logrado avanzar y colocar acaso los más sólidos pilares de toda ciencia y toda cultura.

Así era. Sin embargo...

¿Y anoche?

¡No, no! Anoche también era y ¡era mayor!

¿Entonces?

Única respuesta.

—¡He olvidado!

Yo no sé, Guni, si usted logra sentir en toda su intensidad la tragedia íntimamente profunda que encierran estas palabras al parecer tan triviales: "Haber olvidado".

De una nebulosa inmensa empiezan lentamente a dibujarse algunos rasgos de otra personalidad, de otro ser que habitó en nosotros y que no dominamos, otro ser con su voluntad propia y tal vez —es el origen de la tragedia con su terror— con sus intenciones propias. Anoche eran ellas dirigidas hacia el mundo absoluto. Mas esta noche, ¿lo serán también? Todos los comandos sobre él se sienten perdidos. Y si se ha encaminado libre y audazmente hacia el absoluto, ¿por qué no ha de lanzarse, cuando bien le plazca, hacia los infiernos?

Pero ¡no, no! El buen sentido rechaza de pronto esta peregrina existencia de otro ser que se haya introducido en nosotros. Anoche y siempre uno ha sido uno mismo. ¿Entonces?

Olvido, olvido de instantes que la conciencia afirma como grandes, seguramente trascendentales. Olvido. Se han olvidado...

Única respuesta:

"Hay una falla mental".

Después de esto, hundirse en la desesperación, en el terror casi cósmico por su vaguedad a la par que por su carácter de irrevocable sino fatal.

Día siguiente... Ahí tiene una de sus dos faces, la faz intelectual: el temor de una falla mental empieza a echar sus brotes en la conciencia.

Entretanto el cuerpo no dormía. También elevaba su voz. Vamos a la faz corporal:

El intelecto –bien podríamos haber llamado a esta faz "faz espiritual"–, el espíritu –digamos entonces– se movía, como usted ha visto, en dos grandes tiempos: día, noche. El cuerpo, en lapso más abreviado, tenía a su vez dos tiempos: mañana, tarde.

Poco hay que hablar de esto. La escasez de mis palabras debe reemplazarse por puntos de referencia. Todo el mundo ha tenido despertares abrumadores, agónicos. Uno puede pensar lo que quiera: el cuerpo se arrepiente. Ésta es la palabra justa: arrepentirse. Imagínese un arrepentimiento intenso, verdaderamente desgarrador. Trasládelo ahora al cuerpo, a los huesos, a los nervios, a la última célula. Oiga el grito general de: "¡Nunca más, nunca más!".

El grito se eleva y se eleva. Al fin la mente presta atención. Llega hasta ellos un clamor doloroso. Rosendo siente miedo y compasión. Siente compasión porque ve de pronto a las partes de su organismo como seres de vida individual, las ve sufriendo por sí, azotadas por un mal injusto que les cae encima, las ve defendiéndose en la desesperación, luchando con un heroísmo que logra casi arrancarle lágrimas.

Y súbitamente es el miedo, Guni, el pavor.

Todo ese mundo clamoroso y lacerado es... ¡Yo!

Y son, entonces, los deseos de gritarle a su vez, confortándolos: "¡Sí, sí! Os lo juro: ¡nunca más!".

Los deseos de suplicarle antes de que sea demasiado tarde: "¡Un esfuerzo último, por piedad! ¡No arredréis! ¡Salvadme hoy! ¡Y os prometo, os prometo...!".

Por encima de todo, como un cántico magnífico y envolvente, cántico de la bóveda celeste de ese mundo sufriente de células en desastre, planea el asco, sencillamente el asco.

Pase ahora un mediodía, pase las horas de sol alto. Reviva la obsesión de la prédica, las luchas interiores. El crepúsculo se avecina. Luces anaranjadas, grandes trazos grises. Puede ser cualquier hora en cualquier época; puede mediar mucho tiempo entre un despertar y un anochecer. Ello no importa. En la conciencia íntima de Rosendo, la droga es azul, es estrellas, luna y plata; la vida de sus semejantes es amarillo, quemante, árboles de verde luminoso, insectos afanosos, edificios crudos, sol. El despertar es glauco, es el azul destiñéndose en celeste, en blanco, es la cordillera de la aurora, inquietante en su claridad lechosa a contraluz. La necesidad que se insinúa y crece es crepuscular, anaranjados, sangre, grises que como el vaho se expanden y enrollan.

Crepúsculo... Las ansias del atardecer.

Rosendo le dice a Lorenzo:

–Recuerdo tus palabras, solitario personaje, al referirte a los primeros días de tu Torre:

"Viste un tubo casi infinito pues su boca extrema venía a abrirse más allá de la estratosfera, es decir en el éter, sea, para nosotros, en el vacío. Su boca cercana se abría en gigantesco círculo alrededor tuyo, ocupando tú, por lo tanto, su centro.

"Como sensación te daba este tubo la de la más absoluta nada. Allende sus paredes inexistentes, paredes que retenían las primeras capas de aire, se extendía y perpetuaba la

vida cálida. Más acá, esa nada creciendo. Y, en su interior, la pujanza de los nervios y las venas por desprenderse del esqueleto, romper la piel y dispararse, por todos los costados a la vez y con velocidad de proyectiles, por el aire circundante, por ese aire por el que nadaban, llenos de dicha, todos los demás seres menos tú”.

Hace una pausa y prosigue:

–Pues bien, era lo mismo por las tardes cuando me dominaba aquella voz de “nunca más” y mi promesa de poner fin. Lentamente caía ese tubo sobre mí. Entonces, como tú –pues es ésta la sensación primordial, estoy cierto–, me definía yo mismo como “un centro de energía centrífuga”. Veo que en ti primaba la parte psíquica, tú tienes que haber sido –si es que aún no lo eres– un centro de energía centrífuga psíquica, sentimental, diría, pues tu acento gravitaba sobre la “vida cálida de todos menos tuya”. Es lo lógico. Tu cuerpo estaba en paz. En cambio en mí, ¡era el cuerpo el que clamaba! En ti, nervios y venas querían romper la piel para ir con la psique al mundo, para llevarla; o, mejor dicho, la psique acaso les ordenaba romper pues sin ellos no podría ir. En mí, para hablar con mayor justeza, querían romper además por ellos mismos, por hambre, hambre desesperada de cada célula. Me sonreía entonces pensando que, por la mañana, me habían implorado poner atajo al mal injusto que les hacía caer encima. ¡Nada! Ahora los papeles se habían invertido; las células todas me remedaban: “¡Un esfuerzo último, por piedad...: una pipa, una pipa última, por piedad! ¡Salvadnos hoy! Y os prometemos comportarnos tan admirablemente que el milagro se realizará esta noche: te haremos ver, primero; recordar, después –y recordar para siempre–, cómo es la cosa para luego poder predicar...”.

“¡Qué tentación! ¿No es cierto, hombre de la soledad?”

“Volví a sonreír. No había para qué tentar. ¡Si yo estaba entregado de antemano! Estas proposiciones, estos sondeos de lado y lado, venían a ser como un modo de salvar las apariencias, especie de transacción de mutua cortesía. Tras los bastidores, el clamor era inmenso, era un dique desbordándose. Y es claro. El tubo, reteniendo con sus paredes el aire externo, había hecho el vacío en su interior, y en éste, al centro, solas, mis células... ¿Con qué poder retener su fuerza de expansión?”

“El sano juicio me decía entonces que un poco de opio bastaría para que el aire vivo se filtrara y me sumergiera cayéndome por el frente, por la espalda, por los costados, por arriba, por abajo.

“¿Luchar aún? Imposible, mi querido anacoreta, imposible por esta razón:

“El acento del desarrollo de todo proceso como el mío, debe colocarse en la palabra *creciendo*. Y como yo soy gran psicólogo y eximio filósofo, me decía que todo proceso psíquico de pequeñas proporciones puede quedar únicamente como tal sin que adquiera ninguna manifestación externa. Pero uno cuya característica es crecer –y óyeme bien tú, Lorenzo el Solo– tiene que llegar a expresarse en el mundo paralelo a él, sea en el mundo de la objetivación, sea, para mi caso, en el mundo de los gestos.

“Temía, pues, mis propios gestos.

“Temía más aún: temía un encadenamiento de gestos. Y como ignoraba su final, mi temor, por un instante, se avecinaba al terror”.

–¿Entonces?

–Fumaba.

"El contenido de los días tenía que ir debilitando al de las noches; tenía, por fin, que devorarlo".

Entendámonos, Guni. Con "devorar" quiero decir que la voz diurna se iba imponiendo porque acumulaba, porque cada vez era mayor y, por lo tanto, más imperiosa frente a la voz nocturna siempre igual. Luego exigía, exigiría sin contemplaciones: o se cedía a su voluntad o era la guerra.

Verá usted que todo su contenido, a pesar de algunos visos engañosos, era en contra del opio. Tras sus clamores, rechazando o aceptando, atisbaba una esperanza:

"Si llegase un momento en que me desprendiera del vicio...".

Con esta voz permanente desaparecería toda posibilidad de transacción, de adquirir el hábito de una dosis fija, de resolverse, a fin de cuentas, a tomar plácidamente el día por el día y la noche por la noche, rompiendo cualquier nexo que pudiera unirlos. Con esta voz había que abandonar resueltamente o entregarse con arrojo, abrumándose a sí mismo. Había que lanzar todas las fuerzas, todos los recursos en apoyo de la noche para superar al día. Había que crearse y luego establecer una segunda naturaleza que pronto se convirtiese en naturaleza única. De este modo, afrontar a los nuevos compañeros...

¿Cuáles?

Recuerde lo que le dije al hablarle del *Mundo de los fantasmas*. Repitamos aquí algunas frases:

"Su acceso es cualquier intento por vivir de otro modo"; "Su esencia está basada en que NO HAY SOLEDAD"; "Otras cosas surgen ineludiblemente para reemplazar a los compañeros anteriores"; "No nos decidimos a aceptar de lleno a los nuevos compañeros y quedamos, por consecuencia, en un terreno ambiguo"; "Tal ambigüedad es la clave de gran número de casos de locura"; "A los moradores de esos otros mundos puede llamárseles tanto fantasmas como compañeros".

La voluntad de hierro para cruzar ese umbral y hacer de fantasmas, compañeros... Rosendo no la tenía. Un espíritu superficial lo calificaría de medroso. No hay tal. No es que faltase la voluntad: es que, para esa empresa, su voluntad no se presentaba. Es, simplemente, que el sino de Rosendo no estaba orientado hacia sus compañeros de otras esferas. Entonces, cuando por causas ajenas a su personalidad íntima —como sucedía con el opio— era llevado hasta el borde de umbrales que comunicaban con zonas extrañas a su órbita, su voluntad enmudecía, se anulaba, dejando la voz a otras potencias de la persona. En su caso, nuevamente las células de su organismo entero hablaban. Y lo hacían ahora por vía indirecta, como quien dijese, haciendo un largo y apartado rodeo, que tantas veces este método, al visitar parajes lejanos cuyo parentesco con el asunto que preocupa no se sospecha, tantas veces rinde mayor resultado justamente porque amplifica el escenario del problema multiplicando sus facetas, multiplicando, diríamos, las opiniones que aparecen, por su lejanía misma, como desinteresadas y, por ende, indiscutiblemente verídicas... Vea, para prueba de ello, qué reflexiones las células suscitaban en Rosendo:

Recordaba viejas conversaciones con otros muchachos. Discurrían sobre el suicidio. Apoyados en conceptos entre líricos y ampulosos, llegaban a la conclusión de su posibilidad y, los más temerarios, de su necesidad. Rosendo consentía, salvo... salvo un pequeño punto referente a un pequeño momento: después de desencadenar y antes de morir.

Fracción insignificante de tiempo, pero el tiempo... Mi tío José Pedro –a quien mucho Rosendo conoció en sus primeros años– nos decía siempre con su lento tono sentencioso:

–El tiempo es elástico, jóvenes, muy elástico...

Se refería, claro está, a nuestro permanente alegato de falta de horas para llevar a buen fin las tareas escolares.

¡A qué planetarias distancias se hallaba mi noble tío de un suicidio! ¡Y a qué mayores distancias aún de sospechar que sus palabras, fallidas en su objetivo inmediato –nuestras tareas– iban, años más tarde, a dar en un blanco por nadie, en aquel entonces, ni siquiera vislumbrado! Pues esta elasticidad del tiempo, inculcada por él en nuestras mentes, fue la que primero despertó en Rosendo el miedo al suicidio, y la que después lo sujetaba ante la eventualidad de entregarse a la droga sin reparos para tratar de vencer en la guerra declarada por el día a la noche.

La noción, la comprensión profunda del arrepentimiento volvía a Rosendo. Cada despertar se lo hacía sensible, se lo incrustaba en su propia carne. Bien sabía ya lo que era y por eso le temía. Pensaba entonces en el súbito arrepentimiento que *podría* surgir después de ejecutado el acto del suicidio y antes de su cumplimiento, la muerte. El veneno ingerido, el lanzamiento desde una altura, el gatillo apretado... Quedan siempre unos instantes de vida, unos instantes vacuos entre la causa y el efecto, entre el irremediable desatado y su consecuencia última. Unos instantes, pequeñísimos instantes... –pensamos todos. Pero aquí la elasticidad del tiempo se le aparecía en su plena realidad y crudeza: podían ser días, años, siglos esos pequeñísimos instantes, podía el tiempo centuplicarse en infinitas veces al ser tocada la conciencia por el horror del *demasiado tarde*. Y así centuplicado en infinitas veces quedaría también el arrepentimiento, ¡el desenfrenado amor a la vida!

¡No! Rosendo no era un suicida, no podía serlo.

Ahora vengamos sucintamente a su caso frente a las dos voces, la voz diurna y la voz nocturna:

El día grita. En nombre del cuerpo claman las células coronando su clamor con el asco; en nombre del espíritu clama su conciencia con la urgencia de la prédica siempre olvidada. El tono lo hemos condensado con la esperanza de:

“Si llegase un momento en que me desprendiese del vicio...”.

Imposible.

El pavor al “encadenamiento de sus gestos”, por un lado; la sed –esta palabra, nada más: sed–, por otro lado; descartan toda esperanza.

Remedio único para encontrar una vía, la que fuere, para saber y actuar, para matar el peor mal de todos, la irresolución, la espera... Rosendo ya tenía una palabra para nombrarlo: *mazada*.

¡Fumar, fumar, fumar! A toda hora, a todo instante. Fumar apenas el alba se anuncie. Atajar al día, ¡acallar! Claro, como una mazada de opio en el cráneo.

Para él la solución entrevista es:

No más día: no más sus polos: cuerpo y espíritu; en sus manifestaciones: asco y prédica.

Para nosotros cabe otra interpretación –dejando, por cierto, de lado el éxito o fracaso en el resultado final–:

Decidirse a transpasar el umbral que aún lo separa del otro mundo con sus habitantes que esperan, decidirse a afrontarlos, arrancarles el antifaz de fantasmas y tornarlos compañeros.

Lo que escuetamente significa:

*Romper todos los lazos con ESTE mundo.*

Obstáculo, a no dudarlo, inevitable:

El cuerpo hablará, gritará una última vez. Si se esfuerza por no darle tregua, circunstancias ajenas a él, circunstancias de la vida circundante, de los demás –que la mazada, por más que quiera, no trascenderá de sí mismo –crearán la tregua: un inconveniente, un imprevisto... ¿Puede alguien saber qué? El cuerpo gritará en un último estertor, ¡vendrá el instante elástico! Cuya expresión pura en la conciencia es la voz fatal de “demasiado tarde”.

Le he hablado del desenfrenado amor a la vida. Agréguele la desesperada nostalgia de ESTE mundo que se aleja.

Y agregue todavía la compasión. Rosendo ama su cuerpo, ama sus células como usted ama a sus hijos. Y todas ellas gritarán en esta tregua:

“¡Piedad! ¡Si aún podemos vivir!”.

Pero él sabrá que no, que ya han sido desahuciadas, que muestra de caridad sería acabarlas pronto. Como desesperadamente se piensa a veces de un niño que muere.

Todo eso va a suceder. Es el panorama inevitable.

Ahora comprenda un punto:

El hecho mismo de presentarse este cuadro en la mente, el hecho mismo de apreciar sus males y querer vencerlos, es implantar el *método de la fuerza*.

Porque hay lucha, porque hay un campo y otro campo. Hay polos. Entre dos polos siempre pasa algo.

Y aquí se trata –aunque lo tome usted como una vulgar paradoja–, de que *no pase nada*.

Pero no adelantemos.

En una lucha así, la voluntad termina por ser derrotada. Porque contra ella lucha el lento sedimento de las fuerzas muertas.

Esa prédica, esa famosa prédica eternamente aplazada...

Me han asegurado que un boxeador se fatiga mucho más cuando un golpe suyo no da en blanco y se pierde que cuando encuentra su objetivo, por dura que sea la resistencia que éste ofrezca. Y he leído –creo que en Rudolf Steiner– que “toda idea que no se convierte en ideal mata una fuerza del alma”. Podríamos definir un ideal diciendo que es la idea que no admite aplazamiento alguno. Aquí se aplaza y se aplaza. El ideal pasa a ser idea que mata fuerzas del alma. Como el golpe al aire del boxeador que desgasta fuerzas físicas. Y el remordimiento sin finalidad... ¡Al aire también, al aire! Alguien le dijo a Rosendo que ese remordimiento era prueba de que se estaba lejos de ser un vicioso. Rosendo se ríe y repuso:

–Es sólo hábil artimaña de Satán.

Y discurrió, con poca sagacidad, de este modo:

–La creencia de que uno, puesto que se arrepiente, no es un verdadero vicioso, trae como corolario la creencia de que, al no serlo, puede seguir impunemente en su vicio.

Agreguemos la diaria capitulación de la mañana ante la tarde... la diaria negación del hombre vespertino al hombre matutino, y de éste al hombre nocturno... Una vida entera en que todo se deja en suspenso, todo, hasta el asco que ni se suprime ni se acalla...

Y sabiendo uno que todo esto no ha de tener fin, que todos los días serán iguales; saber que el juramento ante el asco será abolido horas más tarde; saber que la última

transacción no será la última, que no lo será jamás; ¡saberlo todo! Saber que este todo sobrevendrá con regularidad fatal, con regular compás, como el péndulo de un reloj, como la gota de agua...

¡Ah, la gota de agua! ¡La recordamos con Rosendo! Oiga:

Nuestro gran amigo Baldomero Lonquimay fue cierta vez condenado, por motivo que no es del caso mencionar aún, al suplicio de la gota de agua. La cosa, como usted comprenderá, fue horrible. Hombre tan digno, siempre de negro ataviado, con sus barbas colorinas y sus solemnes gestos..., atado, inmóvil en un asiento de piedra, su chambergo por los suelos y, sobre su cabeza, cae que cae y cae, con ritmo regular, una gota de agua y otra gota y otra gota y otra más.

Hace años visité, en La Haya, una casa de torturas. Vi el sitio destinado a esa pena y recuerdo que el guía nos dijo que quienes la sufrían enloquecían a las veinticuatro horas y morían a las cuarenta y ocho...

Ése era el fin que la injusticia de los humanos había asignado al Baldomero Lonquimay. Podrá usted imaginar nuestro profundo desconsuelo. Aunque cuanto imagine, Guni, será un remedo de lo que fuere si tan íntegro personaje se contase entre sus relaciones de usted. Espero, por lo mismo, que, a lo largo de mi carta, sepa apreciar en lo que vale de verdad este varón. Tendré que mencionarlo mil veces y creo que cada mención que de él haga será en su honra y para gloria de su nombre.

Una ventura quiso que, cuando ya se aproximaba la hora de la locura, a Baldomero Lonquimay se le reconociese su inocencia, fuese desatado y puesto en libertad con todas las excusas que merecía.

Baldomero Lonquimay nos habló de su espantoso tormento, y algo que sobre él nos dijo, Rosendo lo relacionaba con sus momentos de tenaz forcejeo contra las ligaduras del opio. Baldomero Lonquimay nos aseguraba que lo que llevaba el martirio hasta más allá del horror era la regularidad en el tiempo y la precisión en el sitio de la caída de la gota mortal.

Y así como Rosendo pasó por alto, en el momento mismo, las sabias palabras de mi malogrado tío José Pedro, para recordarlas y vivirlas trágicamente años después; así también pasó, hasta cierto punto, por alto las de nuestro común amigo pues, mientras las escuchaba, ni por un segundo sospechó que ellas un día, hechas carne y hechas nervios, vendrían a espolear su desesperanza.

Sin embargo así fue.

¡Comprendía ese horror de regularidad y precisión! Pues sentía íntimamente que su ser entero hallábase sometido a la rigurosa exactitud de un mecanismo, aunque invisible, puntual como el Sol.

¡Terminados para siempre los imprevistos! ¡Terminadas las dilataciones y contracciones del tiempo que a nosotros, seres libres, nos son permitidas y que —sin que lo presumas— forman valiosísima parte de los entretenimientos que nos hacen la existencia llevadera! ¡Terminadas para siempre!

Inexorable en su acompasada monotonía...

Podrían sobrevenir en el mundo todos los cambios imaginables, cambios de bonanza cautivante o de negras catástrofes: nada alteraría su lento ritmo. Bonanzas, catástrofes... A tal momento, la sed; a tal momento, la dicha; a tal momento, el asco; a tal momento, la prédica; a tal momento, la sed; a tal momento... Los astros en sus órbitas podrían cambiar. Esto no cambiaría.

¡Una luz quedaba, parecía quedar, sin embargo! ¡Un arma que lanzar a la lucha! ¡Una expresión de la fuerza con qué doblegar al enemigo!

Era la más cuerda, sin duda. Sólo que... En fin, ya lo veremos.

Rosendo pensaba:

"¡Si otra pasión me embargara!!".

Otras pasiones existían. Allí estaban. El mundo era inmenso, lleno de seducciones. Este punto de vista nunca lo perdió. Pero es el caso de que aun para ir a la más seductora de las actividades, es menester un esfuerzo, es menester contar con una cierta cantidad de energías, aunque sea una mínima cantidad, justo para romper el punto muerto e iniciar el movimiento que, ya iniciado, traerá el entusiasmo. Mas una vez que el método de la fuerza se ha puesto en práctica, se encuentra uno con que no queda ni una reserva disponible para dirigirla hacia otras actividades.

—Un alcohólico —decía Rosendo— podrá llegar a creer que el mundo ha perdido todo interés y que sólo el alcohol permanece como último refugio. Yo no lo creí jamás. Sólo que el vehículo, diría, para movilizarme me faltaba. ¡Todas las energías se consumían en la lucha misma!

En fin, Guni, para qué hablar y explicar más. Sobre todo esto quedan dos salientes, a mi modo de ver: la una concluyente, avasalladora; la otra extremadamente curiosa. Es ésta la del subterráneo y harto predominante papel que dos hombres, en absoluto ajenos al opio y demás, jugaron en este proceso: Baldomero Lonquimay y mi tío José Pedro. Claro está que ambos figuraron en la vida de Rosendo: Baldomero Lonquimay, de cuando en cuando, acaso hoy día aún como un conocido; mi tío, un poco en su infancia y, sobre todo, en su trágica muerte. Pero, como usted ha visto, lo que sobre nuestro amigo actuó en su lucha, no está dentro del marco de sus respectivas figuraciones. Así lo comprobará usted durante mi relato. Para ello, ya tendrá múltiples ocasiones de relacionarse con el primero, y ya, muy pronto, le contaré los últimos momentos del segundo para que con él también se relacione en lo que sea posible. Y basta, por ahora, sobre la primera saliente y sus personajes.

Cuanto a la otra saliente, la que me parece avasalladora, puedo resumirla en poquísimas palabras:

Estaba Rosendo en medio de su problema cuando la droga empezó a faltarle. El recuerdo de la existencia de fumaderos en el Perú primó entonces en él sobre toda otra consideración.

Rosendo partió a fumar y nada más que a fumar.

Viniese lo que viniese... ¡ya se vería!

Por el momento, había que fumar.

## 21

*"Sin embargo, venció.*

*"Venció solo, solo, solo. Venció, como quien diría, un buen día y sin saber por qué. Venció cuando ya no luchaba, cuando se había resuelto a ser un vicioso hasta su último*

instante. Y, al haber vencido, miraba atónito al que había sido meses y años antes, miraba como ajenas las preocupaciones que hacían casi el único motivo posible de ser abordado por su mente”.

¿Recuerda que así le dije, por allá por el N° 18 de esta carta, al referirme al final de Rosendo y su opio?

—¿Cómo, cómo?

Era lo que Lorenzo y yo preguntábamos de continuo después de oír cuanto usted ahora ha oído. Pasaron más de dos días, o tres, antes de recibir respuesta adecuada. ¿Por qué? Coquetaría..., perdonable, al fin y al cabo. Y durante todo ese tiempo nos respondía:

—No lo sé, no lo sé. O acaso he olvidado el “cómo”...

Hasta una tarde cualquiera en que, de pronto, nos dijo:

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo.

Y habló.

Claro está que lo recordaba siempre pero esta pequeña comedia le era punto menos que indispensable para componer debidamente la escena entera. Aquello de las palabras cual granadas de tiempo de Baldomero Lonquimay y de mi tío José Pedro, que debían estallar años después de haber perforado el blanco, le halagaba altamente, sin que pueda yo saber por qué. Y entonces juzgaba muy armonioso para el conjunto que un tercer personaje —aunque éste sí hubiese hablado directamente sobre el vicio— estuviese también sometido, sin sospecharlo, a la ley que había regido a los otros dos. De este modo —me imagino— Rosendo mismo debe haberse considerado como hecho de una pasta especial en la que los proyectiles, tuviesen o no un sistema de relojería, tenían que reventar a plazo lejano y en momento preestablecido. En realidad no había tal. En medio de sus pipas, este personaje habló sin más y habló refiriéndose con poquísimos ambages a esas pipas y no a otra cosa.

Le presento a Florencio Naltagua.

Naltagua desdeñó rotundamente las luchas de Rosendo por heroicas que pudiesen ser. Las desdeñó por inútiles. Naltagua sabe mucho; hay quienes aseguran que lo sabe todo. Aunque esto sea exageración, ¿cree usted que un hombre como él, con su sabiduría y experiencia, iba a ignorar que, apenas la fuerza entra a combatir con la psique, todos los “diablitos” (me gusta esta manera suya de llamarlos) se confabulan instantáneamente y obligan al pobre luchador a concentrar el total de sus energías en defenderse de ellos? ¡claro está que lo sabía! Como sabía también que, gastando esas energías totales en tan irritante guerrilla, no había medio de empezar la construcción de un refugio que pudiese ampliarse con el tiempo hasta devenir morada suntuosa.

Entonces desdeñoso —pero no despreciativo, ¿qué decir hiriente? ¡Oh! ¿Naltagua en tales actitudes...? Jamás, Guni, jamás—, diré mejor, entonces indiferente, pero con una indiferencia elevada —que las hay aunque no se crea—, elevadísima, le aconsejó a Rosendo que no luchara, que fumara cuanto quisiera si tal cosa le divertía.

—Y, al mismo tiempo —agregó— haz una cosa: implanta una orden en ti y deja luego que el tiempo, con sus fuerzas propias y ajenas a tu persona, haga lo demás. La orden ha de ser: “*Dejar el vicio*”. “¿Cuándo?”, te preguntarán involuntariamente. Respóndete, pero —no lo olvides— en nombre de otras cosas, de otras entidades, o como quieras tú llamarlas: “Cuando *todo* esté maduro, cuando todo se cumpla pues todo ha de cumplirse”. Y no trates de averiguar que es “todo”. Es, nada más. Es un sino que encontrará su hora. Si nunca dejas de fumar, quiere decir que fumar era el tuyo, y seguir fumando, su cumplimiento.

¿Pretendes, solo, anteponerme y desviar un sino? ¡Presuntuoso! Ni tú ni nadie lo puede. Así es que esta orden será dada por si el vicio no lo es. Y entonces ayudar al que sea, facilitarle su cumplimiento correspondiente. Para no poner barreras. Para que todo suceda suavemente. He vuelto a decir "todo". Te repito que no lo averigües. Pero sí puedes imaginártelo a tu antojo. Y esto es conveniente. Nunca está de más objetivar. Yo, por ejemplo, llamo a ese todo "Espina Dorsal". Pues se me ha antojado imaginar las cosas así:

"A lo largo de la Espina Dorsal residen los cumplimientos a plazo. Nuestra Espina Dorsal tiene una vida propia. Relativamente propia. Pues su vida es el receptáculo de las fuerzas del tiempo, ajenas a nosotros. Nosotros vivimos sobre todo con las nuestras. La Espina Dorsal está conectada con las de lenta madurez, fuera de nosotros y que algún día se nos harán presentes. Allí archivo yo lo que aún 'no ha lugar'. Y espero. Allí se revisa el archivo y se va dando curso, no según nuestra voluntad, no según ninguna voluntad, sino a medida de las posibilidades y, a veces, de las oportunidades. Cualquier intromisión nuestra perturba el silencioso trabajo. Nosotros debemos limitarnos estrictamente a no olvidar que hemos enviado una solicitud y que allí se está haciendo por ella cuanto es posible. Un día llega la respuesta. Ahora, a ti ver si tienes sensibilidad en tu Espina Dorsal. Sé de personas que tienen un pequeño cajón —en su escritorio o en un armario o donde sea— al que hacen concurrir las fuerzas del devenir general entre las que nosotros nadamos. Allí guardan lo que, para realizarse, ha de contar más con esas fuerzas que con las nuestras propias. Estas últimas, por lo demás, yo las radico medio a medio del cerebro. No te olvides de la orden una vez enviada y no te impacientes. Hoy mismo 'escribe' y *envía*."

Siguió, en La Cantera, este diálogo:

*R. P.* —No me extrañaron mayormente las palabras de Naltagua. Yo había presentado este método. Sólo que, sin experiencia y sin alta idea de mis ocurrencias, lo dejé pasar. Naltagua tuvo que recordármelo. Recordar es aquí caer en terreno ya apropiado.

("Sólo que...". Páginas antes interrumpí la frase. Me refería a esto: la cosa ya habíase presentado sólo que no fue tomada en debida consideración).

*L. A.* —¿Escribiste y enviaste?

*R. P.* —No. Ya había escrito y estaba enviado. Lo que agregé fue recordar. Recordé siempre. Aun en el "otro cosmos" logré una vez recordar. Y esto me extrañó a tal punto que, desde entonces, empecé a considerarme un hombre diferente.

*L. A.* —Lo esencial del caso lo habías omitido en tu narración.

*R. P.* —No. Pues es esencial ahora en tu buena compañía. Claro, lo es también como resultado, ¿a qué negarlo? Pero en aquella época no pasaba de ser un detalle, una especie de anécdota en la historia de un opiómano, anécdota sin mayor importancia que hoy crece gracias a tu presencia de ermitaño a pesar suyo...

*L. A.* —Tregua de bromas. Hoy crece y entonces fue detalle insignificante. Como resultado, óptimo. ¿Es así?

*R. P.* —Exacto. Y crece a tal punto que si cuento de nuevo mi historia, hoy resultaría toda ella, contrariamente a hace días, "la historia de los consejos de Naltagua".

*L. A.* —Yo conozco la vida de *U*, el gran pintor francés. Al decir de todo el mundo —se le cita para esto como ejemplo—, fue desconocido durante todos sus años y aun fue desdeñado y hasta vejado. Leí no ha mucho su biografía. Mientras leía quise olvidar cuanto de él se me había dicho, quise entrar virgen al vivir de ese hombre cuyas obras tanto aprecio. ¡Qué vida! ¿Desconocido, vejado? ¡Quia! *V* le admiraba, *W* le estimulaba, *X* era su incondicional amigo, *Y* su protector, *Z* su crítico desbordante de entusiasmo. Quise sumergirme,

por medio de mi lectura, en aquella época que le había visto, las postrimerías del siglo pasado. Revivía con cada línea aquel entonces y sentía. Sentía a París girando en torno del gran pintor *U*, a Francia, a Europa toda. Puesto que *V* le admiraba, ¡nada menos que *V*!; y *W* le estimulaba, ¡nada menos que *W*!; y *X* era su incondicional amigo, ¡nada menos que *X*!; e *Y* su protector, ¡nada menos que *Y*!; y *Z* su crítico desbordante de entusiasmo, ¡nada menos que *Z*! ¿Sabes tú, Rosendo, quiénes fueron *V*, *W*, *X*, *Y* y *Z*?

*R. P.* —¡Viejo! Conmigo no van tus artistas ni intelectuales pero, mal que mal, me tacharía yo mismo de asno sin par si no hubiese oído alguna vez esos nombres y no supiese que fueron en su tiempo la flor de la Ciudad Luz.

(Y si lo sabré yo, Guni, que, en París, pensando en el pintor *U*, me decía: “No quisiera yo más que estar junto a los de *V* a *Z* de hoy en día.”)

*L. A.* —¿Por qué la flor?

(Un silencio).

*L. A.* —Simplemente porque admiraban, estimulaban, daban amistad y protección y ensalzaban al gran pintor *U*. Pero la vida misma de entonces era, por un lado, todo el mundo; por otro, nuestro pintor con sus cinco amigos que... que consagraban apenas un décimo de sus actividades y preocupaciones a él. Pero hoy crecen los seis, crecen al leer esa biografía que yo leí, y todas las biografías posibles. Crecen a tal manera que, si contamos de nuevo la historia de esa época, resultaría ella, contrariamente a la contada entonces, “la historia de la gloria en vida del pintor *U*”.

“Así, Rosendo, Naltagua y sus consejos fueron lo inadvertido, el pequeño detalle, y quien quiera narrar tu historia cual *en realidad* sucedió y se vivió y sufrió, debe apenas mencionar a tu consejero; pero quien quiera narrarla cual *en realidad* sucedió, no por lo que se vivió y sufrió, sino por lo que resultó, debe mencionar únicamente a tu consejero”.

“¿Y cuál fue *en realidad* tu historia?”.

*R. P.* —¡Hombre! Para mí, hoy: Naltagua; para mí, ayer: yo. Ahora que a mí, en este momento, me interesa más hoy que ayer. Pero me temo que el opio le interese mucho más ayer que hoy. Pues bien, ¿quién vale más, el opio o yo?

(Otro silencio muy largo).

(Y un paréntesis para nosotros, Guni. Oiga: A mí me interesó bastante lo que Lorenzo dijo. Vislumbré en todo ello una especie de clave para juzgar y sentir la historia y cuya proyección puede, en manos hábiles, ir a grandes distancias. Mas esto sale, por cierto, de mi dominio. En cambio ajusta esa clave con la esencia misma del *Segundo Pilar*. Pero más que interesarme allá en La Cantera, mientras callado oía el diálogo de mis dos amigos, me interesa ahora al dirigir una mirada retrospectiva sobre el devenir de Lorenzo. El *Segundo Pilar* no aparecía aún en su vida y nadie habría podido pensar que alguna vez tenía que venir. Sin embargo ya se gestaba en algo interno suyo, en algo que se manifestaba en el hecho de relacionar la biografía del pintor *U* y sus amigos con Naltagua y el proceso de Rosendo. Ya esta manera de conceptuar el devenir había echado raíces en Lorenzo. Y es curioso e interesante que, tiempo después, se haya realizado en un trozo de su vida; es curioso e interesante ver la marcha de una idea casi abstracta, marcha que no se interrumpe hasta que no se ha encarnado y desplegado en seres vivos que pasan a ser su inconsciente expresión mientras la efectúan aquí en este mundo que hollamos y palpamos).

*L. A.* —Volvamos a nuestro asunto. Rosendo, tú tienes, en resumen y sin ambages, una clave. Rosendo, eres dueño de una clave, sea, de un poder.

R. P. —Tal vez; no lo sé.

L. A. —Sólo que... (Una pausa; luego sigue como hablándose a sí mismo). No es suficiente. El consejo de Naltagua tiene que haber sido más completo. O Rosendo olvida o el otro consideraba inútil decirlo por estar subentendido. No es suficiente escribir y enviar.

R. P. —¿Qué más hice, entonces? Que yo lo vea... nada.

L. A. —Nada puede dejarse si no sabemos adonde ir. Ante la ignorancia de un sitio de arribo, uno permanece donde se encuentra. El hombrecillo aquel, imaginado por Onofre, embutido en su casucha, no salía de ella, no podía salir. Porque ignoraba o había olvidado lo que existía fuera. Por eso tuvo alguien que perforar su círculo fatídico y arrancarlo de allí. Hoy sí, ya puede hallar fuerzas para perforar por él mismo. Porque imagina el avión. Si uno huye, sin más, no sé qué ley inexorable le hará describir un círculo, también fatídico, y volver al punto de partida. Si uno huye *para llegar*, la línea de fuga será recta y sin regreso. Porque ésa es la ley. He visto viajeros que se desprenden de una comarca por horror a ella y van donde el destino les lleve con tal de desprenderse. Regresan irremediabilmente. Que no se me rebata con ejemplos contrarios. Pues para que esos ejemplos sean válidos, tendríamos que ver la mente de los viajeros. Sus cuerpos pueden hallar otras comarcas y allí radicarse hasta el último día; las mentes vuelven y revolotean incesantemente, como cuervos, sobre la comarca aborrecida. Y están en aquéllas, no por sus bienes y bellezas, sino en función de los males y fealdades que se les antojó ver en esta última.

“Tú querías abandonar la comarca de la droga. La abandonaste y tu mente está contigo sin emprender negros vuelos de retroceso”.

“Al abandonarla, ¿hacia dónde partiste?”.

R. P. —Hacia la vida, únicamente. Hacia la vida luciente y sonora. Hacia la aventura interminable. Hacia la sorpresa humana.

L. A. —Luego sabías.

R. P. —Sabía. Sabía y anhelaba. Naltagua me enseñó la manera de *cómo* anhelar. Y a tal extremo es así que ahora veo —gracias a tu potencia craneana, Solitario —que si no hubiese sabido, mis luchas todas habrían podido escribirse en un gran libro cuyo título hubiese sido:

### *Un Intento Malogrado*

L. A. —En suma, eres dueño de la clave. ¿Qué haces hoy con ella?

R. P. —¿No harías mejor preguntándote a ti mismo? Lorenzo, desde que el Segundo de Baldomero Lonquimay picó en tu mente y en ella se propaló, el mundo luciente y sonoro, como yo le llamo, fue para ti el recinto lúgubre del que había que escapar. Seguro estoy de que, como yo, tú, durante años, has de haber exclamado para tus adentros: “¡Si otra pasión me embargara!”. Sin quererlo hacías, sin duda, un escrito y un envío por cada día de ajeteo, luces y ruidos. Y con tu gran sabiduría comprendías que todo sería en vano si no fijabas un sitio adonde llegar. Recuerdo cuando, en medio de las trepidaciones de una gran ciudad, decías, ¡qué!, recitabas solemne como un pedestal:

“Será necesario que en mi vida haga yo un grande y glorioso esfuerzo. Será necesario que en un momento de mi vida cierre yo, y para siempre, las comunicaciones que con el mundo externo me ligan y rompa todos aquellos lazos que aún y tan fuertemente me atan a los placeres mundanos. Será necesario, entonces, que alrededor y dentro de mí haga reinar el supremo quietismo que a la vida nutre con la palabra divina... Sueño con nuestros vastos campos silenciosos. En ellos, la paz suprema. En ellos, el adiós a todo lo que no sea

la elevación del espíritu por la meditación y el recogimiento. Sueño con nuestros vastos campos silenciosos’.

“Pero ahora, ¡cuidado! Me parece ver en torno a tus cabellos un cuervo. Temo creer que sus alas planeen sobre la estridente prisión abandonada”.

L. A. —No me moveré de aquí; he llegado. Y si la ciudad tintinara y titilara en mis sentidos, pues... ¡¡la ciudad vendrá a mí y no yo a ella!!

R. P. —Bien. No insisto y callo.

L. A. —No calles. He formulado una pregunta. Responde. Tienes la clave. Hoy trepidas en fantasmagorías de luces y acordes. Acaso piensas que algún día de todo ello estarás harto. Habla: ¿tienes ya una Espina Dorsal o un pequeño cajón en funciones, y has fijado ya un nuevo sitio adonde llegar?

R. P. —Ni lo uno ni lo otro. ¡Solitario enmohecido!, ¿te cuesta mucho entender que se puede vivir con sólo vivir? ¡Vivo! Mis cajones están clausurados, mi Espina Dorsal vacía. Ni un cuervo vuela por mi atmósfera. Amén.

L. A. —Estamos en igual situación.

R. P. —Tú te atormentas, tú te flagelas... ¡Oh! ¡Inútil negármelo! A quien ha realizado el vencimiento del opio, no puede ocultársele nada de estas regiones. Tú te flagelas para aturdirte tu añoranza. Yo soy feliz y canto y me embriago.

(Aquí, Guni, Lorenzo clavó sus ojos en Rosendo que, distraído, reía. Es verdad que a veces brillan los ojos del hombre. Yo creía que era esto una pura frase literaria. Y en su brillar punteó una esperanza).

L. A. —Rosendo, ¡júralo! ¿Jamás una añoranza?

(Rosendo deja de reír, alza un tanto la cabeza como tratando de recordar. Parece revisar por entero su actual situación).

R. P. —Con franqueza diré que lo ignoro. ¿Añorar? No. No lo creo. Una añoranza se sabe, llena la mente, y la mía, en este sentido, está hueca. Hueca... hay un hueco que no preciso. Hay un hueco...

L. A. —...que llenar.

R. P. —¿Y con qué?

L. A. —Un hueco, un hueco... Ya veremos con qué.

R. P. —Ya lo verás tú. ¿Yo? ¡Qué diablos! Yo no soy ni intelectual ni talentoso para ponerme a llenar huecos del cerebro.

L. A. —¿Por qué justamente esas palabras: “intelectual”, “talentoso”?

R. P. —Porque lo que a otras cosas puede referirse, créeme, está lleno.

L. A. —Un hueco que llenar... Un hueco que llenar...

(Guni, así terminó este diálogo. Rosendo me invitó luego a tomar un aperitivo. Lorenzo quedó sumido en una meditación no sé si sombría o iluminada. Tenía sombras y tenía luces también. Al día siguiente Rosendo y yo regresamos a Santiago. Allá quedaba la Torre. Allá quedaban las ovejas y los campesinos en sus faenas que usted tomó por misteriosos puntos de color en movimiento. ¿Recuerda?).

Mi casa santiaguina. Calle Loreto 214, donde, como le he dicho, vivo invitado por Viterbo Papudo. ¡Qué calor y qué calma! ¡Cuánto polvo y cuántas moscas! Viterbo se aburre estruendosamente mirando un patio y otro patio, y, en cada patio, un naranjo y otro naranjo. Debo contarle toda mi estada en La Cantera para sacarlo de su aburrimiento. Será mejor, en todo caso, que dejarlo seguir con patios y naranjos y, de cuando en cuando, con las siete gallinas que tenemos al fondo, con el gallo y un pavo solitario.

Ahora ya hace fresco. Hay estrellas. Las moscas, las gallinas y el gallo duermen y el pavo también. La calma es igual. El polvo se ha posado todo sobre los muebles dejando al aire perfumar a sus anchas.

Viterbo me ha escuchado con exquisita atención. Ha perfilado varias observaciones agudas, todas ellas rigurosamente ajustadas a mi relato, salvo una que –sea dicho sin desmedro de mi compañero de hogar– fue repetida cinco veces: Viterbo considera muy indicado y de gran actualidad matar nuestro pavo solitario y comerlo asado con puré de papas y ensalada de apio.

Pero antes de seguir, debemos hacer un paréntesis:

Viterbo existe aquí por estas calles y casas, por estos campos. Es un ciudadano que puede usted conocer, fuera del papel, cuando guste y, en nuestro pequeño restaurante habitual, invitarle unas copas. Viterbo es mi amigo...

Y ante su existencia y su grata compañía, me encuentro lleno de una sensación extraña:

Lorenzo, Rosendo y tantos que han de venir y ya han venido..., ya lo sabe usted: se han marchado a cumplir sus propios destinos y yo me limito a atisbarlos, a observarlos y, ¡quiera Dios!, a descifrarlos. Con este estado de cosas –yo que dueño y señor me creía de sus vidas– había logrado familiarizarme y hasta encariñarme. Mas con esta sensacional novedad, que me coge de sorpresa, no atino aún:

Uno de ellos, uno de los que habíanse marchado, *¡ha vuelto!*

Pues bien, este nuevo Viterbo –Viterbo 2– y yo hemos congeniado desde el primer momento y, como le he dicho, somos hoy grandes amigos.

En un principio, claro es comprenderlo, mi entusiasmo ante este hecho, rayó en frenesí. ¡Qué maravillosa cosa colocar el Viterbo 1 sobre el Viterbo 2 y deleitarme con su estupenda coincidencia! Entendía al Viterbo 2 gracias a mis silenciosas charlas con el Viterbo 1, entendíalo tan admirablemente bien que sé, por otras personas, que refiriéndose a mí ha dicho: "Jamás he encontrado un hombre tan comprensivo como Onofre". Vivificaba y precisaba al Viterbo 1 gracias al viviente y humano contacto con el hombre que es el Viterbo 2. Y por encima de todo esto estaba el milagro, sí, el milagro de tan fausto y extraño acontecimiento en la vida de un ser que *sólo* había querido contar cuentos variados a una niñita que se aburría... ¡Milagroso, Guni!

Luego quise –movimiento tan natural que bien merecería las congratulaciones generales– llevar más a fondo la identidad de ambos personajes, regocijarme en la exactitud de cada uno respecto al otro, fundir en una unidad –¡sueño esplendoroso, acaso eterno en los hombres!–, fundir dos partes que tan sólo por mi propia limitación percibía como diferentes.

Empezaron aquí a notarse las imperfecciones. ¡Oh!, ligeras imperfecciones pero suficientes para menoscabar la esperanza de una perfecta unidad. Cuando ambos Viterbos

iban ya a coincidir con rigurosidad total, ya el uno ya el otro, colocaba una pequeñísima diferenciación. Caí, entonces, en una negra melancolía.

Por otro lado, mientras me entregaba con testarudez a este curioso experimento, algo me golpeaba en la mente, como algo que quisiera aflorar en mi memoria. ¿Qué? ¿Qué?

Un buen día recordé. Me hallaba en el huerto, agazapado y en silencio, esperando que volviese a presentarse de bajo un montón de desperdicios, una rata gigante para ensayar sobre ella mi puntería, cuando recordé y corrí a mi biblioteca en demanda de un libro.

*El Misterioso Universo*, por sir James Jeans. ¡Allí estaba la cosa! Sir James Jeans tenía la clave del asunto y... la buena rata gigante se salvó... que así se teje el destino de las ratas y el de los hombres también.

Hojeé y encontré: Capítulo II, *El mundo nuevo de la física moderna*.

Habla Jeans sobre cuán lejos estamos aún de todo conocimiento positivo y de que esta lejanía —contrariamente a lo que todos esperaban— se ha venido acentuando justamente con el progreso de las ciencias. Dice que, si bien reconocíamos que las máquinas fabricadas por los hombres eran imperfectas e inexactas, creíamos que “las operaciones más íntimas del átomo eran modelos de exactitud y de absoluta precisión”. Error. Porque ahora se ve que “la naturaleza tiene, por encima de todo, horror de la exactitud y precisión”.

Pero dejemos al autor la palabra. Dice así:

“Para la antigua ciencia, el estado de una partícula, tal como un electrón, quedaba completamente determinado cuando conocíamos su posición en el espacio a cierto momento, y la velocidad de su movimiento en el espacio en el mismo momento. Estos datos, agregados al conocimiento de las fuerzas que el exterior podía ejercer sobre él, determinaban todo el porvenir del electrón. Si estos datos fuesen proporcionados por todas las partículas de la creación, el porvenir del universo podría ser perfectamente predicho.

“La nueva ciencia, tal como Heisenberg la interpreta, pretende que estos datos son, por la naturaleza misma de las cosas, imposibles de obtenerse. Si sabemos que un electrón está en cierto punto del espacio, no podemos decir exactamente la velocidad con que se mueve; la naturaleza permite un cierto ‘margen de error’, y si queremos llevar la precisión al interior de este margen, no obtendremos con ello ayuda alguna: parece que la naturaleza quiere ignorar las medidas absolutamente exactas. De igual modo, si conocemos la velocidad exacta del movimiento de un electrón, la naturaleza nos rehúsa la posibilidad de descubrir su exacta posición en el espacio. Es como si la posición y el movimiento del electrón hubiesen sido marcados respectivamente sobre una y otra faz de un clisé de proyección. Si ponemos el clisé en una mala linterna podemos enfocar a media distancia entre las dos facés, y veremos a la vez la posición y el movimiento del electrón, con una aceptable nitidez. Con una linterna perfecta no podríamos hacer lo mismo; mientras mejor enfocásemos sobre una faz, más borrosa nos parecería la otra faz”.

Leí, pues, estas líneas, las anoté, volví luego al huerto (ni señas de la rata) y, al día siguiente, dejé La Torcaza y me dirigí a Santiago. De esto hace una semana, es decir, ha sido ahora en 1941. Cuando volví de La Cantera —después de tratar el asunto del opio con Rosendo y Lorenzo, y encontré a Viterbo aburriéndose estruendosamente entre patio y patio— fue en 1926. Ahora he vuelto a abrir la puerta del N<sup>o</sup> 214 de la calle Loreto, con casi

quince años de intervalo. Pero entre estos dos momentos similares (aparte del aumento de mi calvicie y mis canas) hay una pequeña diferencia –a pesar de ser igual el propósito que, una y otra vez, me ha guiado: comentar las alternativas de un opiómano–, la diferencia de que entonces llegué solo a casa, y ahora he llegado acompañado. Porque dándole vueltas a esta inaudita aparición en tierra de Viterbo 2, una idea me ha asaltado: repetir la charla de años atrás juntando a ambos Viterbos. La cosa tenía que ser sucedera: el tema de ella, puesto que se refiere a un vicio, siempre ha de ser bien acogido.

Así pues, hace una semana llegué a casa. Magnífico día de sol, aun de calor, lo que nos aproximaba –a pesar de ser sólo comienzos de primavera– a un decorado de verano, como fue la vez anterior. Esto ayudó también a esparcir algo de polvo y a traer moscas. Por la noche sirvió para llenar nuestros dos patios de estrellas. Por otro lado, el gallinero contribuyó a su vez a acercar los dos espaciados momentos: tenía un pavo, y era éste, como su antecesor, un solitario.

Nuestra reunión fue bastante lograda. Charlamos largamente y como grandes amigos. Dejé, por cierto que la palabra fuese de ellos, limitándome yo a una que otra insinuación, a uno que otro subrayado y, sobre todo, a escuchar. Mientras así me conduje, con desenvolvimiento y despreocupación, la cosa marchó perfectamente. Érame un grato espectáculo verificar, minuto a minuto, la coincidencia de esos dos seres, y más grato me era aún dejarme mecer por dulces ilusiones: pues cuando dos seres coinciden se borran a tal punto las dificultades todas y aun las posibilidades de cualquier resquemor, que veía, con sólo multiplicar a los personajes, un positivo y sano entendimiento de la humanidad entera. Y esto me incitaba a apurar nuestro tema, apurarlo a fondo. Junto con intentarlo, percibía una falta de exactitud, como si el mecanismo de la escena “se hubiese soltado un poco, como si hubiese adquirido cierto ‘juego’, tal cual lo hallamos en ‘una máquina usada’” –que de este modo el mismo Jeans se expresa al seguir refiriéndose a la linterna y clisé de que les he hablado.

Entonces, perdidas ya mis ilusiones sobre aquel entendimiento humano, enfocaba, con cuanta precisión me era posible, únicamente en la sesión de 1926 con Viterbo 1: acto continuo la presente detonaba y Viterbo 2 era, con sus opiniones, de más en más una franca destemplanza. Viceversa: si apoyaba mis lentes en este año de 1941 hasta compenetrarme íntimamente del espíritu de Viterbo 2, el otro, Viterbo 1, se alejaba en forma irremediable, se esfumaba en nebulosas de dudosa fantasía.

Sin embargo, nuestra reunión se llevó a efecto, y cualquier mortal, no preocupado por estos finísimos resortes últimos, que a mí me absorbían, la habría citado como ejemplo de reunión amigable, interesante y afinada.

Debo, pues, pasar a referírsela a usted poniendo el acento sobre tan buena cordialidad. Para ello, para barrer toda fluctuación, toda indecisión, avancemos de siete años y meses a 1926, y retrocedamos de igual lapso de tiempo a este año: caemos en el invierno de 1933. Por lo que al año concierne, muy bien: por lo que a la estación concierne..., no tan bien. Pero nuestro buen clima de nuestro buen Chile nos permite colocar, sin recurrir a desbordes de imaginación, un sol radiante y un aire tibio por el día, y miríadas de estrellas por la noche, entre dos grises y dos fríos, sin alterar el suceder de nuestra historia y devenir climatológicos.

Cuanto le contaré, pues, será *la más exacta aproximación posible* de la conjunción de Viterbo 1 y Viterbo 2, mas, por desgracia, no será ni el fidedigno relato de lo ocurrido hace quince años ni de lo ocurrido hace siete días.

Hubo, no obstante, un punto en que llegué a creer en la más perfecta coincidencia: ambos volvían tesoneramente a la muerte y guisamiento de nuestro solitario pavo. Aquí, ni una variante, ni un millonésimo de milímetro de diferencia. Era todo de una exactitud verdaderamente grandiosa. Mas fue cuestión de dejar que el tiempo hiciera su obra... El pavo también chirrió como "una máquina usada". No fue, por cierto, cuando se trató de su destino ni de las salsas y condimentos que irían a aderezarlo; fue para momentos después: para cuando fuere a ser devorado. Yo quería un ágape entre amigos, nada más, y amigos inclinados a asuntos serios ya que bajo los auspicios de la intelectualidad el solitario personaje había sido condenado. Viterbo 1 apoyó calurosamente mi opinión. Pero Viterbo 2 quiso la femenina compañía. Quiso que viniesen tres damitas, o dos damitas, o una sola, pero una, sí. Y así fue como, por la noche subsiguiente, compartió con nosotros nuestra cena... (usted permita que no la nombre) la Damita X.

¿Qué ocurrió? Ya lo calculará usted y sabrá perdonar:

Entrada de Erizos al natural – Tortillas de Espárragos – ¡Él! entre apio y puré – Duraznos Melba – Café – Vino blanco y Vino tinto, durante – Whisky, antes y después.

Al marcar nuestro reloj las 11 de la noche, Viterbo 1, Viterbo 2 y yo amábamos desesperadamente a Damita X.

Pero estábamos bajo el signo de la fatalidad, de "la linterna perfecta" o de "la máquina usada" o, si usted prefiere, de la invisible presencia del grande hombre que es sir James Jeans: ¡no hubo, no pudo haber exactitud entre ninguno de nuestros corazones y el de Damita X!

Viterbo 2 estuvo maravilloso, Damita X, a cada momento, parecía inclinarse más y más hacia él y parecía quebrarse. Pero entonces una alusión mía a la perfecta constitución íntima de Viterbo 1, enderezaba ese frágil talle a punto de partirse en dos. Y era este último galán el que empezaba a sentar plaza en su corazón. Empezaba, no más. Pues yo entraba a la arena. Y Damita X, que columpiábase entre ambos Viterbos, columpiábase ahora entre uno de ellos y yo.

No pude pasarle mi Viterbo 1 a sus sentimientos, pasárselo en su integridad; así es que quedó el buen amigo fuera de combate. Pero lo que había logrado pasar, era suficiente para no dejar plena cabida a Viterbo 2. Y en este ir y venir, yo apenas conseguía un pequeño sitio.

Total: Es ya la madrugada. Acompañar a Damita X a su casa. "¡Adiós, adiós!" Y nosotros tres, tomados del brazo, solos en las calles solas, no tuvimos más que entonar una triste canción a la noche perdida.

No dormí. Esperé el mediodía pensando. Por lo demás, Viterbo 1 tampoco durmió. Cuando a Viterbo 2 –súpelo después–, apenas nos separamos volvió a casa de Damita X, llamó... y la puerta le fue abierta. Que ya sin máquina usada ni linterna perfecta, pudo amar y ser amado.

Esperé el mediodía pensando en esto, justamente; pensando en que es posible amar. Pero escuche, Guni:

Una milenaria experiencia me enseña que sólo son felices los sabios que enfocan a media distancia entre la imagen del ser encantado que ha de bajar sobre un cisne desde el Cielo, y el ser mismo que baja de cualquier sitio a ofrecernos su buena compañía. Y otra experiencia, diez veces milenaria, me agrega que quienes así no lo hagan, tarde o temprano tendrán que contentarse con plañidera canción a la noche.

Pero ya nos hemos ido a lejanos asuntos. Volvamos al que debe tratarse aquí: la reu-

nión en casa y sus comentarios. Acépteme la fecha de 1933; haga, en una retorta de su invención, un solo ser de ambos Viterbos y, al nombrarlo, quítele los números que, por un instante, vinieron a diferenciar. Es Viterbo, nada más, nuestro viejo conocido Viterbo Papudo, que habita en Loreto 214 y que a menudo almuerza en nuestro pequeño restaurante servido por Humberto.

Hablé hasta casi quedar ronco. Tuve que contarle todo. Viterbo, como le dije, escuchó con exquisita atención y sus observaciones—como también le dije— fueron rigurosamente ajustadas al relato (salvo una, ya sabemos, el pavo) pero... a la vez rigurosamente diferentes a cuanto yo hubiese podido esperar.

Ahora verá:

La primera observación de Viterbo fue sobre Spengler, mejor dicho, sobre Rosendo ante Spengler:

—¿Nuestro amigo Paine leyendo *La Decadencia de Occidente*?

—Ni esa decadencia ni ninguna. Creo que nada ha de leer.

—¿Entonces? Y tan a propósito...

—Tomó el libro porque sí, abrió en aquella página porque sí, y el libro ese día se hallaba a mano porque sí.

—¿Y todo ello...?

—Porque hay una fuerza misteriosa, como producida por un imán, que pone en movimiento a seres y cosas que en un momento dado son afines.

Dije esto por decir algo. ¡Qué quiere usted! Gran parte de mi adolescencia pasó en la sociedad de graves a la par que sutiles damas que, por todas partes, veían fuerzas y fluidos entre inquietantes y arrebatadores. Es comprensible que, de cuando en cuando, afloren, a pesar mío, reminiscencias de las ideas de tan venerables matronas.

—¡Muy interesante! —exclamó Viterbo (en el fondo se reía a carcajadas)—. ¿Por qué no lo dijiste a su debido tiempo? Pues me has tenido, durante gran parte de tu relato, con una rara imagen de Rosendo.

—Hombre... Por no alambicar tal relato, por darle mayor unidad.

Viterbo me miró largo rato en silencio y con cierto airecillo malicioso, y luego me lanzó ésta que es inaudita, abracadabrante frase en sus labios:

—Marcel Proust lo habría dicho...

Esto era más insólito que Rosendo Paine con Spengler pues en este último caso tratábase de una cita y citar lo puede todo el mundo. Sé que cualquiera me alegará que es menos extraordinario citar a Proust que a Spengler. Lo sé. Hasta hace pocos años era un deber citar al primero de ellos, deber tan ineludible como el que hasta hace pocos meses fue respecto a Freud. Por lo demás, me acuerdo, allá en mi infancia, de una hermosísima época en que todos los grandes caballeros y grandes damas, junto con saludarse y presentarse sus cumplidos, citaban a Lombroso. Pero aquí con Viterbo era más que una cita, era el comienzo de un comentario, de un estudio, de un análisis... ¿puede saberlo? "Lo habría dicho...".

Creo haberle explicado, Guni, mi relación de amistad con Viterbo Papudo. Si no recuerdo mal, dejé bien establecido que los lazos indisolubles que nos ataban habían sido trenzados en tranquilidad, en dulzura, en ausencia de compromisos. Luego, Marcel Proust no podía tener cabida entre nosotros. Pero estoy por creer—no me queda más remedio— que aquella frase tan trivial de que "las cosas están en el aire", encierra una verdad. En nuestra apacible residencia de Loreto ha de haber quedado alguna ventana abierta, ha de

haber soplado fuera un vientecillo, y... Viterbo respiró. Yahora tenía toda una idea propia sobre Proust. He leído casi entera la obra de este gran escritor. Confieso que nunca se me había ocurrido una observación como la que hizo mi amigo. Tal vez por eso mismo: porque yo he leído y él... ha respirado. No sé si dicha observación sea exacta pero, como que lo sea, vamos a poder decir que, al menos en lo que a letras se refiere, es preferible respirar a leer.

Pues bien, Guni, Viterbo tomó la palabra. Yo oí y permanecí estupefacto. Fue su disertación alrededor de la omisión que yo hice sobre los misteriosos fluidos que mueven y agrupan las cosas según también misteriosos estados de ánimo de los mortales. Luego me agregó que, al omitir para conservar unidad, perdíase enormemente en ambiente, y que, por tal motivo, Proust nada perdía de él porque nada omitía en aras de una problemática y seguramente inútil unidad.

Y habló, habló y habló.

Nada tenía, por cierto, de un erudito ni un estudioso de la obra proustiana, nada. Pero hablaba y no terminaba de hablar. ¿Y mi personaje, el suave amigo de defensa? Pues bien, el suave amigo de defensa me dijo sin ambages que el ilustre novelista francés contaba una historia cualquiera como cualquier otro novelista francés o extranjero, pero que luego —diferentemente a sus colegas— daba, en su papel, un tijeretazo después de cada punto, de modo que tal parte de un relato, que originariamente ocupaba una tira unida de papel, supongamos de 30 centímetros de largo, ahora habíase convertido en una serie de 5 ó 6 ó 7 pequeñas tiras que el autor espaciaba grandemente entre ellas. Por lo tanto, la primera letra de su relato, antes —como le dije— separada de 30 centímetros de la última, ahora se hallaba a 1 metro o 1 metro y 50 de ésta, puesto que grandes espacios vacíos se extendían entre las nuevas y pequeñas tiras de papel. Entonces el novelista se entregaba a llenar estos espacios vacíos con lo que hubiese sugerido cada trozo aisladamente considerado. Al fin, el 1 metro y 50 quedaba lleno. Pero como cada espacio vacío había sufrido, al llenarse, el mismo sistema de tijeretazo, espaciamiento y relleno, ya la primera y la última letra del verdadero y primer relato, del verdadero y primer asunto, se hallaban a 4 ó 5 metros de distancia escrita. Y la unidad —me decía luego— se ha conservado, pese a quien pese: puesto que el total —por kilómetros que se haya desarrollado— guarda como encabezamiento el primer encabezamiento, lleva en el centro lo que era su centro y termina con su término... Ya todo esto, se ha ganado en ambiente una enormidad, pues ambiente es tocar todo lo que rodea, pudo haber rodeado y puede alguna vez rodear a lo que se ha escogido como núcleo de una narración. Es decir que, si gráficamente el relato se ha estirado en línea recta como una serpentina que se desenvuelve, en la realidad literaria y profunda se ha englobado haciendo sonar por afinidad todas las notas susceptibles para un acorde mayor.

Así es que yo debería haber hablado de los fluidos junto con mencionar el extrañísimo caso de Rosendo con un libro de Spengler en la mano; y, al mencionar los fluidos, citar a sus autoras, las venerables damas de antaño; y, al hacer de ellas referencias, envolverlas en aquellos cuadros semicoloniales que eran nuestras viejas salas de recibo; y, al pintar estas salas..., etcétera, etcétera.

Claro está que, al sumirme en este modo de descripción y evocación, claro está que empecé a sentir en torno mío una de acordes que se insinuaban, una de cosas mudas que empezaban a hablar, una musicalidad insospechada fluyendo por cada rincón. Y cuanto *miré* se desenfocó. Nada quedó allí con su contorno, todo fue función de su alrededor. Llegué en un momento a comprender que para pintar ese florero, por ejemplo, tenía que

pintar lo que estuviese por sus lados y jamás el florero mismo. Pero sus lados, ¿hasta dónde? ¿Dónde pueden fijarse los límites de los lados en este mundo de desenfoque visual y de sonidos y ecos infinitos? ¿Dónde?

Loreto 214 vaciló. Porque empezó a dejar de ser nuestra casa, puesto que era casa porque había calle y calle porque había ciudad y ciudad porque había hombres y hombres porque había aire por todos lados y en el aire... historia hacia atrás y hacia adelante y vibrando el total ahora desde siempre y hasta siempre. Pensaba, sentía, vibraba yo también. Los fluidos de aquellas damas y de cuantas damas y no damas existir pudieren, me compenetraban hasta ser yo ellos y ellos yo... ¡Oh! ¡Qué armonía, Guni, qué de correspondencias y analogías todas vivientes! ¡Y qué extraño todo al mismo tiempo! ¡Qué fascinante! Viterbo, emocionado, hablaba siempre. De pronto posó su fría mano sobre mi frente:

–Parece que tuvieras fiebre –me dijo.

Un momento después me obligaba a consultar el termómetro: 38,8. ¿Qué hacer?

–Echarte a la cama, ponerte a dieta y llamar al doctor Hualañé.

Me eché a la cama y rogué a Viterbo que, por el recuerdo de su anciana señora madre o por el amor sublime de Damita X, me diera como dieta un tarro de sardinas, un queso de Limburgo, un bife con huevos fritos y muy grandes copones de tinto.

Por supuesto, negación rotunda de Viterbo.

Por supuesto, furioso reclamo mío.

Transacción: Árbitro, el doctor Hualañé.

Llegó el Doctor una hora después.

Me examinó y recetó la siguiente dieta:

Un tarro de sardinas – Un queso de Limburgo – Un bife con huevos fritos – Un litro de vino tinto.

Estupefacción de Viterbo. Gran regocijo mío.

Día siguiente:

Vuelve el doctor Hualañé. Pone el termómetro: 37,1.

Y nos explicó:

–Mis jóvenes amigos (el doctor Hualañé tiene 100 años), yo me comporto ante la fiebre de mis pacientes en forma que mis colegas califican de asaz singular. Es que nunca pierdo de vista las dos partes constitutivas del hombre: la mente y el cuerpo. Mejor dicho, siempre me fijo profundamente en la relación existente, como entre polo y polo, entre esas dos partes. Mi deber es cuidar del cuerpo, que ya habrá otros que cuiden de la mente. ¡Ah! Jóvenes amigos, con los días que estamos viviendo, nuestro cuerpo ha pasado a ser el juguete de la mente, por no decir, su víctima. Nuestro cuerpo, jóvenes míos, nació para moverse por los campos, respirar fantásticos volúmenes de oxígeno, comer, devorar, si ustedes quieren, dormir bajo las estrellas, despertar con los pajarillos... en buenas palabras, inundar la vida de una felicidad –ya hoy casi olvidada– venida del sano, regular, armónico funcionamiento de las células todas. Pero a la mente no le gusta nada de eso. La mente es alquimista y combina lo que el cuerpo espontáneamente vive. ¡Ah! Si fuese por ella, comeríamos por los pulmones, respiraríamos por los oídos, en fin, ¡vaya uno a saber! ¿Y para qué? Para bueno, para ver qué pasaría, por travesura, para reír... Buena cosa, si ustedes quieren, pero, a mi juicio, buena para de cuando en cuando, de tarde en tarde, mejor sería. Mas tal cosa hecha ley y norma de la vida... ¡mala cosa, jóvenes, mala cosa! Un buen día el cuerpo enferma. ¿Cómo iba a no enfermar? Todo se ha ido haciendo al revés. Sí, pero... ¡ah, ah! El cuerpo será una víctima, mas, no exageremos, no es una menguada

víctima que se deje hundir y servir de simple campo de extravagantes experiencias... No, no. Llega un momento en que se rebela, en que desborda su voluntad y sus derechos, en que atropella a Su Majestad la Mente y toma el timón del barco. Mas, para que este momento llegue, es necesario un gran movimiento interno, una efervescencia, un general descontento. ¿Cómo saberlo? El termómetro. Jóvenes amigos, sépanlo ustedes: desde que el termómetro marca 37,9, el cuerpo ha dominado a la mente y empieza a gobernar para su propia salud. No cábenle sugerencias perturbadoras, ni recuerdos, ni anhelos reprimidos que vengan a distraer su plan de salvación, que todas esas cosas son cosas de la mente. El médico debe entonces preguntar al paciente qué desea y su respuesta será inequívoca. Creerán ustedes, por lo tanto, que mientras mayor fiebre, mayor certeza... Error. Si la efervescencia interna crece demasiado, se debilita el cuerpo a sí mismo. Acto continuo, la mente clama venganza, derroca y se entroniza. ¿En qué momento? Desde que el termómetro llega a 39,7. Desde ese momento la mente manda, desde ese momento el médico debe intervenir e intervenir es aquí no escuchar y proceder con claro juicio y ciencia suma.

"Anoche teníamos 38,8. La voz pidió sardinas, quesos, bifés, huevos, vinos... Era lo que el cuerpo inequívocamente necesitaba. ¡Ah! Voz del cuerpo, voz de Dios. Por eso, tal cosa receté. Pero hoy tenemos 37,1. La mente va a hablar, va a jugarlos una de sus innumerables diabluras. Veamos, amigo, ¿qué dieta querría usted?"

—¡Ah! ¡Doctor! —respondí—, si tuviese usted a bien no cambiarme el menú de anoche, repetírmelo tal cual.

—¡Voz de la mente! —exclamó el doctor Hualañé— Sardinas, quesos, bifés, huevos, vinos... ¡Voz de Satán!

Se dirigió, entonces al escritorio y me recetó, por 48 horas, agua, nada más que agua y, tres veces al día, un granito de alpiste.

Sané. Hasta hoy, ni el menor contratiempo.

Guni, ya lo sabe usted: entre 37,9 y 39,7, la mente no tiene voz, sea que el pecado no tiene voz. Lo que su cuerpo le pida, dáselo. Pero más abajo y más arriba de esas temperaturas, desconfíe. Hay colaboración mental. No siempre será mala, no; acaso, muchas veces, utilísima colaboración. Sin embargo, ¡cuidado! Es todo lo que puedo decirle y que fue, por lo demás, lo que el doctor Hualañé me dijo: "¡Cuidado!".

Pero, Guni, ¡tenemos que hablar de mi buena reunión en casa! La buena reunión sin contratiempos... Viterbo ya ha hablado de Proust. Yo he escuchado con alto interés.

Dejemos a mi enfermedad galopar por otras encrucijadas del tiempo.

—Total —me dice Viterbo—, tu amigo Rosendo me ha metido en un laberinto. Porque todo aquello fue Dios; ni más ni menos, Dios. Dios como el más exaltado e iluminado de los místicos puede apenas concebirlo. Y lo único que debe hacerse es desprenderse de Él porque es Satán. Se recuerda a Naltagua como a un exorcista... de Dios. Y si era, de verdad, Satán, pues... lo único que debería hacerse era tener el valor de entrar a su mundo que, entonces sí, era para siempre el mundo de Dios. Total, Onofre, creo que es mejor vivir *entre* Ellos. Como vivo yo. Ahora, que no pienses que dejo de reconocer un gran interés en estos señores que, como Rosendo, emprenden viajes a Cielos Infernales. Siempre que regresen y nos cuenten lo que han visto. Pero, así y todo, ignoro por qué razón —por mucho que se codeen con Dios y Satán— preferiría a otro señor que regresara después de haberse codeado con Stalin y mister Churchill. Es mi opinión.

Y fue todo. Al menos, así lo creo. Si ha habido más, debo haberlo olvidado. Creí que iba a escribirle páginas y más páginas sobre los interminables comentarios de Viterbo. En

vano pienso: no hubo más. Y sigo, sin embargo, con la idea de que el hombre –fuera de su Marcel Proust– disertó durante horas sobre el opio en particular y sobre los vicios en general. Pero, no. “Es interesante oír a un señor que conoce esta clase de experiencias... y más interesante es aún oír a otro señor que conozca a Stalin y mister Churchill...”. ¿Por qué, entonces, el recuerdo de nuestra reunión es largo, más largo por parte de Viterbo que por parte mía narrando los días de La Cantera?

Ahora veo cuál fue la causa: lo inesperado. Yo me hallaba tan abstraído con el problema de mis amigos de La Cantera, que sus oscilaciones, sus altas y bajas, sus mil aspectos, me eran, en un momento, la vida en su totalidad. Por lo tanto, cuanto estuviese fuera de esta vida total, tenía que parecerme a fantásticas distancias. Una distancia fantástica es larga de recorrer y lo largo, para ser recorrido, ha menester de tiempo. El tiempo para mí, escribiéndole a usted, se mide por páginas. Luego:

El mundo de La Cantera (vive por sí mismo)... Viterbo me habla, súbitamente, del mundo de la historia, con Churchill y Stalin (mundo que también vive por sí mismo, al menos sin necesidad de La Cantera)... Y yo sorprendo la distancia casi infinita que los separa... Ya sabe usted lo que sigue: distancia – recorrido – tiempo – páginas...

Pero no había tal. Eso fue todo, y nada más, lo que el buen amigo de defensa habló sobre el opio y sus víctimas o elegidos.

## 23

Otro día, otra vez volvió a la cuestión. ¿Sabe usted por qué? Pues porque aquella noche había olvidado una pregunta:

–¿Y cómo, exactamente, dejó Rosendo de fumar?

Guni, la verdad es que yo no lo sabía ni se había hablado de ello en La Cantera. Respondí:

–Hombre, lo mejor sería, para saberlo, preguntárselo.

Viterbo se dirigió al teléfono y marcó: 52060.

Luego me dio cuenta de su corta conversación:

–Dijo Rosendo que un día, con la agitación y el correspondiente entusiasmo ante los preparativos de una fiesta llena de expectativas felices, se le olvidó fumar; que, al día siguiente, vio con sorpresa que, la noche antes, no había fumado y nada horrible había sucedido; que de esto hacía muchos años; y que no podía extenderse más sobre el asunto porque hoy era día de recogimiento y no de telefonazos, porque hoy era 9 de febrero.

–¡Santo Dios! –exclamé–, ¡Es verdad!

–¿Qué ocurre hoy? –me preguntó, inquieto, Viterbo.

–Aniversario –contesté–. El 9 de febrero de 1923 falleció, junto a Rosendo, mi inolvidable tío José Pedro.

Antes de seguir, niñita mía, con lo que es el tema de ésta nuestra carta, déjeme, por la memoria de aquel hombre y por la muy justa curiosidad de usted, referirle cómo esta funesta cosa aconteció.

Así debería llamarse este triste relato.

Remontemos a su origen, si es que hay algo que en esta vida tenga un origen. Pero, en fin, es el caso de que allá por el año de 1847, un grupo de sabios franceses llegaba, en la goleta *La Gosse*, a la desembocadura del Amazonas, y llegaba con el propósito de estudiar la flora y fauna de aquellas regiones para presentar, a su regreso, una larga y acabada memoria al "Institut des Hautes Sciences Tropicales" de la ciudad de Montpellier.

A fines de dicho año, fondeaba *La Gosse* en Manaos, y los treinta y seis sabios—tal era su número—, en seis piraguas de seis sabios cada una, se internaban río adentro.

A mediados de 1848 se les señala en el pueblo de Teffe, y a principios de 1849, entrando de excursión al Juruá. Cinco meses más tarde han regresado a ese pueblo acarreando dos piraguas más, cargadas de curiosos ejemplares zoológicos y botánicos. Acto continuo siguen internándose por el Marañón y, el 1º de enero de 1850, se detienen y hacen carpas en la aldea de Tabatinga, a orillas del río mencionado.

De estos treinta y seis sabios, a mí, personalmente, sólo me interesa uno, lo que no quiere decir, ni por un instante, que desconozca los méritos de los treinta y cinco restantes. Este uno es monsieur le docteur Guy de la Crotale, de 52 años de edad en aquel entonces, regordeté, bajo, gran barba colorina, ojos bonachones y hablar cadencioso.

Del doctor de la Crotale ignoro totalmente sus méritos (lo que, por cierto, no es negarlos) y de su sabiduría no tengo ni la menor noción (lo cual tampoco es negarla). En cuanto a la participación que le cupo en la famosa memoria presentada en 1857 al Institut de Montpellier, la desconozco en su integridad, y en lo que se refiere a sus labores durante los largos años que los dichos sabios pasaron en las selvas tropicales, no tengo de ellas ni la más remota idea. Todo lo cual no quita que el doctor Guy de la Crotale me interese en alto grado. He aquí las razones para ello:

Monsieur le docteur Guy de la Crotale era un hombre extremadamente sentimental y sus sentimientos estaban ubicados, ante todo, en los diversos pajaritos que pueblan los cielos. De entre todos estos pajaritos, Monsieur le Docteur sentía una marcada preferencia por los loros, de modo que, ya instalados todos ellos en Tabatinga, obtuvo de sus colegas el permiso de conseguirse un ejemplar, cuidarlo, alimentarlo y aun llevarlo consigo a su país. Una noche, mientras todos los loros de la región dormían acurrucados, como es su costumbre, en las copas de frondosos sicomoros, el Doctor dejó su tienda y, marchando por entre los troncos de abedules, caobillas, dipterocárpeos y cinamomos; pisando bajo sus botas la culantrilla, la damiana y el peyote; enredándose a menudo en los tallos del cinclidoto y de la vincapervinca; y heridas las narices por el olor del fruto del mangachapuy, y los oídos por el crujir de la madera del espino cervical; una noche de vaga claridad, el Doctor llegó a la base del más alto de todos los sicomoros, trepó sigilosamente hasta su copa, alargó presto una mano y se amparó de un loro.

El pájaro así atrapado era totalmente verde salvo bajo el pico donde se ornaba con dos rayas de plumillas negro azuladas. Su tamaño era mediano, unos 18 centímetros de la cabeza al nacimiento de la cola, y de ésta tendría unos 20 centímetros, no más. Como este loro es el centro de cuanto voy a contar, daré sobre su vida y muerte algunos datos. Aquí van:

Nació el 5 de mayo de 1821, es decir que en el momento preciso en que rompía su huevo y entraba a la vida, lejos, muy lejos, allá en la abandonada isla de Santa Elena, fallecía el más grande de todos los Emperadores, Napoleón I.

De la Crotale lo llevó a Francia y, desde 1857 a 1872, vivió en Montpellier cuidadosamente servido por su amo. Mas en este año el buen facultativo murió. Pasó entonces el loro a ser propiedad de su sobrina, mademoiselle Marguerite de la Crotale, quien, dos años más tarde, en 1874, contrajo matrimonio con el capitán Henri Silure-Portune de Rascasse. Este matrimonio fue infecundo durante cuatro años, pero el año quinto se vio bendecido con el nacimiento de Henry-Guy-Hégésippe-Désiré-Gaston. Este muchacho, desde su más tierna edad, mostró inclinaciones artísticas —acaso transmisión del fino sentimentalismo del viejo Doctor— y, de entre todas las artes, prefirió, sin disputa, la pintura. Así es cómo, una vez llegado a París, a la edad de 17 años —por haber sido su padre comendado a la guarnición de la capital— Henry-Guy entró a la “École des Beaux-Arts”. Después de recibido de pintor, se dedicó casi exclusivamente a los retratos mas luego, sintiendo en forma aguda la influencia de Chardin, meditó grandes naturalezas muertas con algunos animales vivos. Pasó por sus pinceles el gato de casa entre diversos comestibles y útiles de cocina, pasó el perro, pasaron las gallinas y el canario, y el 1º de agosto de 1906, Henri-Guy se sentaba frente a una gran tela, teniendo como modelo, sobre una mesa de caoba, dos maceteros con variadas flores, una cajuela de laca, un violín y nuestro loro. Mas las emanaciones de la pintura y la inmovilidad de la pose, empezaron pronto a debilitar la salud del pajarito, y es así como el 16 de ese mes lanzó un suspiro y falleció en el mismo instante en que el más espantoso de los terremotos azotaba la ciudad de Valparaíso y castigaba duramente a la ciudad de Santiago de Chile donde hoy, 10 de octubre de 1941, escribo yo en el silencio de mi biblioteca.

El noble loro de Tabatinga, cazado por el sabio profesor, monsieur le docteur Guy de la Crotale, y muerto en el altar de las Artes frente al pintor Henri-Guy Silure-Portune de Rascasse, había vivido 85 años, 3 meses y 11 días.

Que en paz descanse.

Mas no descansó en paz. Henri-Guy, tiernamente, lo hizo embalsamar.

Siguió el loro embalsamado y montado sobre fino pedestal de ébano hasta fines de 1915, fecha en que se supo que en las trincheras moría heroicamente el pintor. Su madre, viuda desde hacía siete años, pensó en viajar hacia el Nuevo Mundo y, antes de embarcarse, envió a remate gran número de sus muebles y objetos. Entre éstos iba el loro de Tabatinga.

Fue adquirido por el viejo *père* Serpenteaire que tenía en el número 3 de la rue Chaptal una tienda de baratijas, de antigüedades de poco valor y de bichos embalsamados. Allí pasó el loro hasta 1920 sin hallar ni un solo interesado por su persona. Pero dicho año la cosa hubo de cambiar por las siguientes circunstancias:

En abril de ese año llegaba Rosendo Paine a París y, con varios amigos compatriotas, se dedicó, noche a noche, a la más descomunal y alegre juerga. Su barrio preferido era el bajo Montmartre. No había dancing o cabaré en todo él que no le tuviese como su más fervoroso cliente, y el preferido de toda la comparsa era, sin duda, el *Palermo* de la rue Fontaine, donde, entre dos músicas de negros, una orquesta argentina tocaba tangos arras-trados.

Al sonar los bandoneones perdían todos ellos la cabeza, entraba el champaña por sus gaxnates y, cuando la primera voz —un barítono— se lanzaba en el canto, aquel entusiasmo general rayaba en locura.

De entre todos aquellos tangos, Rosendo tenía uno de su completa predilección. Aca-so la primera vez que lo oyó—mejor sería decir que “lo notó”; y aun mejor, creo, *lo aisló*—pasaba por él algún sentimiento nuevo o nacía en su interior un elemento psíquico más que, al romper y explayarse—como el loro rompiendo su huevo y explayándose por entre los gigantescos sicomoros—, encontró como materia en donde envolverse, fortificarse y durar, las notas largas de ese tango. Una coincidencia, una simultaneidad, sin duda alguna. Y aunque el nuevo elemento psíquico nunca arrojó luz en su conciencia, era el caso de que, al prorrumpir aquellos acordes, sabía con su ser entero que estaban llenos de vivos significados para él. Entonces bailaba apretándola, a la que fuese, con voluptuosidad y ternura, y sentía una vaga compasión por todo lo que no fuese él mismo envuelto, enredado con una Ella y su Tango.

Cantaba el barítono del *Palermo*:

*Yo he visto un pájaro verde  
Bañarse en agua de rosas,  
Y en un vaso cristalino,  
Un clavelcito que se deshoja.*

“Yo he visto un pájaro verde...”. Ésta fue la frase—en un comienzo tarareada, luego únicamente hablada— que expresó todo lo sentido. La usaba Rosendo para todo y para todo calzaba con admirable justeza. Pronto, por simpatía, los amigos la adoptaron para vaciar dentro de ella cuanto les vagara alrededor de la mente sin franca nitidez. Y como además dicha frase encerraba una especie de santo y seña en sus complicidades nocturnas, tendió sobre ellos un hilo flexible de entendimiento con cabida para cualquier posibilidad.

Así, si alguno tenía una gran noticia que dar, un éxito, una conquista, un triunfo, frotábase las manos y exclamaba con rostro radiante:

—¡Yo he visto un pájaro verde!

Y si luego una preocupación, un desagrado se cernía sobre él, con voz baja, con ojos cavilosos, gachas las comisuras de los labios, decía:

—Yo he visto un pájaro verde...

Y así en todo. En realidad no había necesidad para entenderse, para expresar cuanto quisieran, para hundirse en los más sutiles pliegues del alma, no había necesidad, digo, de recurrir a ninguna otra frase. Y la vida, al ser expresada de este modo, con este acortamiento y con tanta comprensión, tomaba para ellos un cierto cariz peculiar y les formaba una segunda vida paralela a la otra, vida que, a la otra, a veces explicaba, a veces embrollaba, a menudo caricaturizaba con tal especial agudeza que ni aun ellos mismos llegaban a penetrar bien a fondo en dónde y por dónde aquello se producía.

Luego, con no poca frecuencia, sobre todo hallándose ya solo en casa, de vuelta de sus farras, era Rosendo súbita víctima de una carcajada incontenible con sólo decirse para sus adentros:

—Yo he visto un pájaro verde.

Y si entonces miraba, por ejemplo, su cama, su sombrero o, por la ventana, los techos de París para de ahí pasar a la punta de sus zapatos, esa carcajada, junto con aumentar su cosquilleo interno, volvía a echar sobre todos sus semejantes una nueva gota de compasión y hasta desprecio al pensar cuán infelices son aquellos que no han podido, siquiera una

vez, reducir sus existencias íntegras a una sola frase que todo lo apriete, condense y, además, fructifique.

En verdad, *Rosendo ha visto un pájaro verde*.

Y en verdad, ahora mismo puede ser que esté riendo y comprendiendo por qué la humanidad debe ser compadecida.

Una tarde de octubre fue de excursión por otros barrios. Visitó sus diferentes bares por la tarde y sus *boîtes* por la noche. Regresó a casa con la cabeza mareada y con hígado y riñones trabajando enérgicamente.

Al día siguiente, cuando a las siete de la tarde telefonaron los amigos para juntarse e ir de farra, su enfermera les respondió que le sería totalmente imposible hacerles compañía aquella noche.

Recorrieron ellos sus sitios favoritos y, entre champaña, bailes y cenas, les sorprendió el amanecer y luego una magnífica mañana otoñal.

Cogidos del brazo, entonando los aires oídos, sobre los ojos u orejas los sombreros, bajaban por la rue Blanche y torcían por la rue Chaptal en demanda de la rue Notre Dame de Lorette donde dos de ellos residían. Al pasar frente al número 3 de la segunda de las calles citadas, el *père* Serpenteaire abría su tiendecilla y aparecía en el escaparate, ante las miradas atónitas de los juerguistas, tieso sobre su largo pedestal de ébano, el ave de Tabatinga.

Uno gritó:

—¡Hombres! ¡El pájaro verde!

Y los otros, más que extrañados, temerosos de que aquello fuese una visión alcohólica o una materialización de sus continuos pensamientos, repitieron en voz queda:

—Oh... El pájaro verde...

Un segundo después, ya recobrada la normalidad, se precipitaban cual un solo hombre a la tienda y pedían la inmediata entrega del animal. Pidió el *père* Serpenteaire once francos por la pieza y los buenos muchachos, emocionados hasta las lágrimas con el hallazgo, doblaron el precio y depositaron en manos del viejo abismado, la suma de veintidós francos.

Entonces les vino el recuerdo del compañero ausente y, con un mismo paso, se dirigieron a su casa. Treparon las escaleras con escándalo de los conserjes, llamaron a su puerta y le hicieron entrega de la reliquia. Todos a una voz cantaron entonces:

*¡Yo he visto un pájaro verde*

*Bañarse en agua de rosas,*

*Y en un vaso cristalino,*

*Un clavelcito que se deshoja!*

El loro de Tabatinga tomó sitio sobre su mesa de trabajo y allí, su mirada de vidrio posada sobre un retrato de Baudelaire que yo cierta vez obsequié a Rosendo, para incitarle a amar los bellos versos, allí le acompañó durante el resto de su permanencia en París.

A fines de 1921 regresó a Chile. Bien embalado en su maleta, el pájaro verde volvió a cruzar el Atlántico, pasó por Buenos Aires y las pampas, trepó la cordillera —como antaño los gigantescos sicomoros—, cayó con Rosendo al otro lado, llegó a la estación Mapocho y, el 7 de enero de 1922, sus ojos de vidrio, acostumbrados a la imagen del poeta, contemplaron curiosos el patio bajo y polvoriento de su casa y luego, en su escritorio, un busto de nuestro héroe Arturo Prat.

Pasó todo aquel año en paz y, tras un cañonazo nocturno, apareció el año de gracia de 1923.

Ya aquí comienza una nueva historia.

El mismo 1º de enero de aquel año –es decir (acaso dato superfluo pero, en fin, viene a mi pluma) 73 años después de la llegada del doctor Guy de la Crotale a Tabatinga–Rosendo, como festejo de año nuevo, me obsequiaba el loro, recordando que el retrato de Baudelaire, que tanto había contemplado el avecita, había sido un regalo mío. Lo coloqué en mi escritorio y sus ojitos se posaron sobre una orquídea de seda que una mano femenina cierta vez bordó para mitigar una pena mía.

Y ese mismo día, una hora más tarde, llegaba a Santiago, procedente de las salitreras de Antofagasta, mi tío José Pedro y me pedía, en vista de que había en casa una habitación para alojados, que en ella le diese hospitalidad.

Mi tío José Pedro era un hombre docto, bruñido por trabajos imaginarios y que consideraba como su más sagrado deber dar, en larguísimas pláticas, consejos a la juventud, sobre todo si en ella militaba alguno de sus sobrinos. La ocasión en mi casa le pareció preciosa pues conocía de antiguo mi amistad con Rosendo y se había informado –ignoro por qué vías– de la existencia de continua juerga en París de mi gran amigo. Todos los días durante los almuerzos, todas las noches después de las comidas, mi tío me hablaba con voz lenta sobre los horrores del París nocturno y con aspereza criticaba a Rosendo por haber vivido tanto tiempo en él y no en el París de la Sorbona y alrededores.

La noche del 9 de febrero, mi amigo comió con nosotros. Un llamado telefónico me obligó a ausentarme de casa un par de horas. Me disculpé de mi tío y de Rosendo y vi con agrado que los dejaba charlando amistosamente.

Cuando regresé... ¡Oh! ¡Qué espectáculo!

–¡Habla, Rosendo, por piedad! –decía y repetía yo mil veces.

Al fin, Rosendo habló:

–Aquí quedamos, Onofre, sorbiendo nuestras tazas de café cuando tu tío me preguntó de pronto, alargando su índice tembloroso hacia el pájaro verde:

–¿Y ese loro?

En breves palabras le conté cómo había llegado a mis manos después de una noche de diversiones y bullicio de mis mejores amigos y a la que no había podido asistir por haber ingerido el día antes enormes cantidades de comidas y de alcoholes varios. Tu tío José Pedro clavóme entonces una mirada austera y luego, posándola sobre el ave, exclamó:

–¡Infame bicho!

Eso fue todo.

Esto fue el desatar, el cataclismo, la catástrofe. Esto fue el fin de su destino y el comienzo de un cambio en el mío porque después de esto, Onofre, no podré volver a ser el mismo. Esto –alcancé a observarlo con la velocidad del rayo en tu reloj mural– aconteció a las 10 y 2 minutos y 48 segundos de este fatal día de hoy, 9 de febrero, de este fatal año de 1923.

–¡Infame bicho!

Exactamente con perderse el último eco de la “o” final, el loro abrió sus alas, las agitó con vertiginosa rapidez y, tomando los aires con su pedestal de ébano siempre adherido a las patas, cruzó la habitación y, como un proyectil, cayó sobre el cráneo de tu pobre tío José Pedro.

Al tocarlo –recuerdo perfectamente– el pedestal osciló como un péndulo y vino a golpear con su base –que debe haber estado bastante sucia– la gran corbata blanca de tu

tío, dejando en ella una mancha terrosa. Junto con ello, el loro clavaba en su calva un violento picotazo. Crujió el frontal, cedió, se abrió y de la abertura, tal cual sale, crece, se infla y derrama la lava de un volcán, salió, creció, se infló y derramó gruesa masa gris de su cerebro y varios hilillos de sangre resbalaron por la frente y por la sien izquierda. Entonces el silencio que se había producido al empezar el ave el vuelo, fue llenado por el más horrible grito de espanto, dejándome paralizado, helado, petrificado, pues nunca habría podido imaginar que un hombre lograra gritar en tal forma y menos el buen tío de hablar lento y cadencioso.

Mas un instante después recobraba de golpe, como una llamarada, mi calor y mi conciencia, cogía de un viejo mortero su mano de cobre y me lanzaba hacia ellos dispuesto a deshacer de un mazazo al vil pajarraco.

Tres saltos y alzo el arma para dejarla caer sobre el bicho en el momento en que se disponía a clavar un segundo picotazo. Pero al verme se detuvo, volvió los ojos hacia mí y, con un ligero movimiento de cabeza, me preguntó presuroso:

—¿El señor Rosendo Paine, si me hace el favor?

Y yo, naturalmente, respondí:

—Servidor de usted.

Entonces, ante esta repentina paralización mía, asestó el segundo picotazo. Un nuevo agujero en el cráneo, nueva materia gris, nuevos hilos de sangre y nuevo grito de horror, pero ya más ahogado, más debilitado.

Vuelvo a recobrar mi sangre fría y, con ella, la clara noción de mi deber. Álzase mi brazo y el arma. Pero el loro vuelve a fijarme y vuelve a hablar:

—¿El señor Rosendo Pa...?

Y yo, con tal de terminar pronto:

—Servidor de ust...

Tercer picotazo. El viejo perdió un ojo. Como quien usa una cucharilla especial, el loro con su pico se lo vació y luego lo escupió a mis pies.

El ojo del pobre viejo era de una redondez perfecta salvo en el punto opuesto a la pupila donde crecía una como pequeña colita que me recordó inmediatamente los ágiles guarisapos que pueblan los pantanos. De esta colita salía un hilo escarlata delgadísimo que, desde el suelo, iba a internarse en la cavidad vacía del ojo y que, con los desesperados movimientos del anciano, se alargaba, se acortaba, temblaba, mas no se rompía ni tampoco movía al ojo quedado como adherido al suelo. Este ojo era, repito —hechas las salvedades que anoto—, perfectamente esférico. Era blanco, blanco cual una bolita de marfil. Yo siempre había imaginado que los ojos —sobre todo los de los ancianos— eran atrás ligeramente tostados. Mas no: blanco, blanco cual una bolita de marfil.

Sobre este blanco, con gracia, con sutileza, corrían finísimas venas de laca que, entremezclándose con otras más finas aún y de puro cobalto, formaban una maravillosa filigrana, tan maravillosa que parecía moverse, resbalar sobre el húmedo blanco y, a veces, hasta desprenderse para ir luego por los aires como una telaraña iluminada que volase.

Pero no. Nada se movía. Era una ilusión nacida del deseo —harto legítimo, por lo demás— de que tanta belleza y gracia aumentase, siguiese, llegase a la vida propia y se elevase para recrear la vista con sus formas multiplicadas, el alma con su realización asombrosa.

Un tercer grito me volvió al camino del deber. ¿Grito? No tanto. Un quejido ronco; eso es, un quejido ronco pero suficiente, como te he dicho, para volverme al camino del deber.

Un salto y silba en mi mano la mano del mortero. El loro se vuelve, me mira:

-¿El señor Ros...?

Yyo, presuroso:

-Servidor de u...

Un instante. Detención. Cuarto picotazo.

Éste cayó en lo alto de la nariz y terminó en su base. Es decir, la rebanó en su totalidad.

Tu tío, después de esto, quedó hecho un espectáculo pasmoso. Bullía en lo alto de su cabeza, en dos cráteres, la lava de sus pensamientos; vibraba el hilito escarlata desde la cuenca de un ojo, y en el triángulo dejado en medio de la cara por la desaparición de la nariz, aparecía y desaparecía, se inflaba y se chupaba, a impulsos de su respiración agitada, una masa de sangre espesa.

Aquí ya no hubo grito ni quejido. Únicamente su otro ojo, por entre los párpados caídos, pudo lanzarme una mirada de súplica. La sentí clavarse en mi corazón y afluir entonces a éste toda la ternura y todos los recuerdos perdidos hasta la infancia, que me ataban a tu tío. Ante tales sentimientos no vacilé más y me lancé ciego y frenético. Mientras mi brazo caía, llegó a mis oídos un susurro:

-¿El señ...?

Y oí que mis labios respondían:

-Servid...

Quinto picotazo. Le arrancó el mentón. Rodó el mentón por su pecho y, al pasar por su gran corbata blanca, limpió de ella el polvo dejado por el pedestal y lo reemplazó un diente amarilloso que allí se desprendió y sujetó y brilló como un topacio. Acto continuo, allá arriba, cesó el bullir; por el triángulo de la nariz disminuyó el ir y venir de los borbotones espesos; el hilo del ojo se rompió, y el mentón, al dar contra el suelo, sonó como un tambor. Entonces sus dos manos flacas cayeron lacias de ambos lados y de sus uñas agudas, dirigidas inertes hacia la tierra, se desprendieron diez lágrimas de sudor.

Sonó un silbido bajo. Un estertor. Silencio.

Tu tío José Pedro falleció.

El reloj mural marcaba las 10 y 3 y 56. La escena había durado 1 minuto y 8 segundos.

Después de esto, el pájaro verde permaneció un instante en suspenso, luego extendió sus alas, las agitó violentamente y se elevó. Como un cernícalo sobre su presa, se mantuvo suspendido e inmóvil en medio de la habitación, produciendo con el temblor de las alas un chasquido semejante a las gotas de la lluvia sobre el hielo. Y el pedestal, entre tanto, se balanceaba siguiendo el ritmo del péndulo de tu reloj mural.

Luego el bicho hizo un vuelo circular y por fin posó su pie de ébano sobre la mesa y, fijando nuevamente sus dos vidrios sobre tu orquídea de seda, los dejó allí quietos en una mirada sin fin.

Eran las 10 y 4 minutos y 19 segundos.

Así habló Rosendo aquella noche.

El 11 de febrero, por la mañana, se efectuaron los funerales de mi tío José Pedro.

Al llevar el féretro a la carroza, debíamos pasar frente a la ventana de mi escritorio. Aproveché la distracción de los acompañantes para echar un vistazo al interior. Allí estaba nuestro loro inmóvil, volviéndome la espalda.

La enorme cantidad de odio despedida por mis ojos debió pesarle sobre las plumas del dorso, más aún si a su peso se agregó el de las palabras cuchicheadas por mis labios:

-¡Ya arreglaremos cuentas, pájaro inmundo!

Sin duda, pues rápido volvió la cabeza y me guiñó un ojo junto con empezar a entreabrir el pico para hablar. Y como yo sabía perfectamente que la pregunta que iría a formular sería la misma que a Rosendo formuló, para evitarla, por inútil, guiñé también un ojo y, levemente, con una mueca le di a entender una afirmación que, traducida a palabras, sería algo como quien dice:

—Servidor de usted.

Regresé a casa a la hora de almuerzo. Sentado solo a mi mesa, eché de menos las lentas pláticas morales de mi tío tan querido, y siempre, día a día, las recuerdo y envío hacia su tumba un saludo cariñoso.

Por lo que a Rosendo se refiere, sé que su vida sufrió, desde aquella noche, un cambio visible. Aumentó en complacencia con sus semejantes y, ante cualquier cosa que le requirieran, se inclina y dice:

—Servidor de ustedes.

El pájaro verde aquí está, inmóvil, mudo. De tarde en tarde le hago una seña amistosa y a media voz le canto:

*Yo he visto un pájaro verde  
Bañarse en agua de rosas,  
Y en un vaso cristalino,  
Un clavelcito que se deshoja.*

Mas él no se mueve ni pronuncia palabra alguna.

## 25

Ya aquí vamos a llegar, Guni, a un punto extremadamente interesante para mí pues empieza a darme luz sobre el resorte oculto de cuanto escribo; en otras palabras, sobre esa vida propia que *van* adquiriendo los personajes.

Usted comprenderá que me encuentro, respecto a esta carta, en igual situación que ante la vida, en igual situación que cualquier persona en cualquier momento de su vida; quiero decir, con un pasado o un alto de cosas hechas, y un futuro o un alto de cosas por hacerse.

Venía mi extrañeza ante esa independencia caprichosa que los personajes se otorgaban, ante ese continuo desbaratamiento de mis propósitos —por lógicos que ellos fueren— venía, digo, al cotejar su devenir con su pasado; y, hablando con mayor amplitud, al cotejarlo con todo *lo* pasado, con cuanto ha existido —en la vida, en el papel, en lo que sea— desde mí hacia atrás.

Este pasado me parecía lógico. Algo lógico, llevado a su extremo límite, lo definía diciendo que era lo que no pudo ser de otro modo. Por lo tanto, un personaje *X*, teniendo las características *A* y *B*, y actuando en las circunstancias *C* y *D*, tenía que ejecutar el acto *E*. Nada en el pasado me desmentía esta afirmación puesto que raciocinaba yo de una manera bastante especial y, sobre todo, bastante cómoda: el personaje *X* allí estaba; su acto *E*, también; *E* tiene que ser el conjunto de *A*, *B*, *C* y *D*; o, en otros términos, *A*, *B*, *C* y *D* dan *E*, puesto que *E* fue lo que *X* ejecutó; y de ahí: *E* es el resultado lógico... de lógico me

decía inevitable... de inevitable, único... de *A, B, C y D*. (De más creo decirle que me parece que casi todo el mundo razona de este modo en lo que al pasado se refiere).

El resultado, lo ejecutado –puesto que era “inevitable, único” –tenía que ser calculable. ¡Y es claro! ¿Hay algo más fácil que calcular el pasado? ¿No ha visto usted que juntando todos los elementos de un pasado dan el resultado, pasado también, que fue y no otro?

La vida era un desarrollo matemático en una gran pizarra.

Pero apenas la pizarra la volvía hacia el futuro, toda mi matemática tornábase psicológica y parecía desarrollarse con el capricho como elemento primordial...

Y me ocurría la molesta cosa. Pues al concebir un personaje, uno procede respecto a él como con un trozo de pasado. Le implanta una lógica severa y por ella lo rige. Le da las características *A y B*; le rodea de las circunstancias *C y D*; y, con asombro, le hace ejecutar el acto *E* que ha sido planeado antes de *A y B* y de *C y D*...

Veo, pues, que toda concepción novelesca es una extraña alquimia del pasado, es un proceso que empieza con el final y termina con el principio, un experimento que se inicia con la milagrosa aparición de una bolita de oro y se clausura con el acarreo de varios otros metales para ser transmutados en una bolita de oro...

Un dilema me cayó encima:

¿Cómo suceden de verdad las cosas? ¿Como en el pasado o como en el futuro? ¿Como matemática o como psicología?

El pasado es lógico. Si algo en él nos parece ilógico y aun absurdo, comprendemos que es porque no hemos considerado debidamente un elemento dado, o bien porque habríamos deseado que las cosas hubiesen sido de otro modo. El futuro es un despliegue de mil caminos todos posibles y, en el comienzo de cada uno, un imprevisto eterno...

Algo me decía que el suceder de la vida es como se ve en el futuro y no como se ve en el pasado. Pero este algo no lo precisaba. Deseaba para ello, por lo menos, un ejemplo; si usted quiere, un desmentido a la lógica de la actuación de un personaje perfectamente construido... ¡Nada! En la vida misma todo era lógico puesto que, el que he llamado acto *E*, allí estaba siempre, allí estaba ya sucedido y lo sucedido... era cuestión de buscarle su *A* y *B*, su *C* y *D*. En la creación, no seguir este desarrollo, punto por punto, era ir a la arbitrariedad, al sin sentido, a la desconstrucción, y... como única finalidad había que construir.

Una contradicción insoportable... para un escritor, se entiende; ya que escritor soy yo al dirigirme a usted con esta carta. La contradicción de que construir bien un personaje era no construirlo; o dicho en otros términos: construir bien era escoger algo dejando algo, y dejar era eludir. Tenía, entonces que decirme:

“¡Qué error cómo crean personajes! ¡Obligándolos a hacer siempre una serie determinada de actos, cuando... *todos hacen todo!* Entonces –me preguntaba–, ¿son todos iguales, no hay diferenciación alguna entre los humanos de carne o papel? Sí, sí la hay. La diferenciación reside en una *tónica* especial para cada uno”.

Así, todas las cosas están y actúan en todos nosotros. Sólo que... *tenidas*. ¿Me entiende, Guni? Cuanto yo he ejecutado, soñado, odiado y anhelado, lo ha ejecutado, soñado, odiado y anhelado usted. Sólo que lo mío ha llevado una pincelada con un tono Onofre, y lo suyo con un tono Guni. Hemos tenido, pues, y tenemos un *fondo común*. Y este fondo se extiende a todos los humanos, sean de carne o papel. Esto no es una regla; es una ley porque en ella la excepción no existe.

¿Dudoso? No. Cuestión de enfocar y buscar el ángulo, nada más. Acomodar para que un tono resalte o se esfume. Con cualquier tono puede usted hacer brillar como una luz,

o borrar como con un gris. En este momento, justamente, he estado en el jardín y he cortado un cineraria de pétalos carmesí en sus extremos y blancos junto a la corola. Era una flor de luz. Pensé que, por la noche, podría reemplazar mi linterna al ir de habitación en habitación. ¿Se imagina algo más hermoso? Ir con una flor en una mano y derramar una luz carmesí por estas habitaciones grandes de muros blancos... Di vueltas por todo el jardín y por las casas. Coloqué en cien partes la cineraria contraponiéndola a cuantos colores encontraba: esa flor se encendía y se apagaba; llegaba, a veces, a brillar de verdad; y otra vez desaparecía.

Cuestión de enfocar y buscar el ángulo. Porque en todos nosotros está todo como en esta cineraria están todas las intensidades de la luz.

Volví a mi escritorio. Dejé que de los libros salieran los personajes. Los primeros en presentarse fueron Don Quijote y Sancho Panza. Venían de esos dos grandes volúmenes ilustrados por Gustave Doré. Aquí se instalaron.

Deberían ser iguales. Deberían encontrarse en ambos los mismos elementos constitutivos, algunos de ellos más brillantes en uno, otros más brillantes en el otro. Deberíamos reconocerlos como idénticos y ver que las diferencias eran diferencias de luz.

¡Cuántos fantásticos molinos de viento movían sus aspas en la cabeza de Sancho! ¡Cuánta ponderación en los subterráneos deseos de Don Quijote! Sólo que no afloraban a gran orquesta. Quedaban rumiando dentro. Pero ¡allí estaban! Cuestión de encontrarlos minuciosamente con el microscopio.

Los molinos de viento de Sancho van apareciendo, muy disfrazados por la tónica del personaje, pero son los molinos de viento que, iluminados de otro modo, se convierten en temibles gigantes. Y ciertas reflexiones de Don Quijote, debidamente extraídas, aisladas y puestas en movimiento dan el fruto que la semilla llevaba dentro, el fruto del buen sentido absoluto.

Pero nosotros no queremos tal cosa. ¡Que duerma, que no tome curso el buen sentido en Don Quijote! ¡Que duerman, que no tomen curso los ensueños en Sancho! Mas como nada duerme sin, por lo menos, algunos ligeros despertares, que tomen curso entonces, que se vacíen suavemente, apenas insinuándose y se pierdan sin eco, en una especie de suspiro leve, leve...

¡Pero estaban, Guni, estaban! ¡Todo en todas partes está!

Entonces se presentó aquí a mi escritorio un hombre de soberbia apostura.

—¿El señor Onofre Borneo? —preguntó.

—Servidor de usted —respondí.

—Palemón de Costamota, también servidor de usted.

Vestía a la usanza de 1900. Chaquet negro, encintado; pantalones a cuadros, ajustados; botines puntudos; chistera de alas planas; alto cuello tieso; corbata vistosa; una flor; bastón de bola de oro; dos afiladas puntas como bigotes; perita larga.

—Soy literato... —dijo.

—Servidor de usted —repetí.

—... en proyecto —continuó.

Nos hicimos una venia.

—Pero de grandes proyectos. Ya he reunido en mi gabinete a preclaros personajes y pronto me entregaré a escribir sus biografías. Y antes de hacerlos les someteré a todos a bistori y microscopio. Entonces, de lo que de dentro de cada cual vaya extrayendo, haré debida narración. Monsieur de Charlus pasará por mis uñas y escalpelo y luego, con estilo

elocuente, diré al mundo lo que en él de don Segundo Sombra había. Viceversa: disecaremos a don Segundo para mosurar cuánto del viejo y refinado francés bullía en él durante sus andanzas por las estancias solitarias. Que no hay tal, dirán muchos escépticos. Es que no se fijan, mi señor. Monsieur de Charlus nació en el Faubourg Saint Germain, o en sitio por el estilo, y nadie, nadie tuvo la que habría sido feliz y generosa idea de decirle que lejos existía un país con inmensas pampas y hombres que por ellas iban a caballo contemplando el vacío. Como nadie tampoco a nuestro gaucho le contó que había en cierto lugar un vetusto salón hecho de piedra y gobelinos, y, en él, hombres admirablemente armonizados en negro frac, blanca pechera y mínima nota de color. Sus respectivos desasosiegos eran hijos de estas ignoradas añoranzas por cosas, tierras y modales también ignorados. Y ese joven que tengo en un rincón es Werther... De él extraeremos su Gargantúa, y de éste, su infinita potencialidad para únicamente amar a Carlota. Y las torturas de aquel otro, del llamado Ivan Karamazov, créame usted, mi señor, eran porque dentro de él lloraba por su Chile el roto Esmeraldo, por este Chile que Iván jamás ni siquiera sospechó. Y Esmeraldo, sin saber, sabía que el Diablo daba audiencias en las ciudades de las estepas, aunque tampoco nunca supo ni siquiera el significado de esta palabra "estepa". Y nuestro conocido yanqui Stoyte, ¿sabe usted por qué hacía cuanto hizo? Pues, porque algo quería decir y no lograba decirlo y ese algo era exclamar:

*¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!*

...como exclamaba nuestro Príncipe de Polonia, Segismundo, que así exclamaba porque en él un hueco había sólo posible de ser llenado con United States of America de hoy día. Y así, caballero, les tengo por docenas. Apenas terminadas mis biografías, le llamaré a usted por teléfono o bien espero que alguna vez nos encontremos en San Agustín de Tango. Voy por las noches a la Taberna de los Descalzos. Que Dios le guarde a usted largos años.

Nueva venia y Palemón de Costamota se marchó.

Un minuto más tarde volvía a golpear a mi puerta. Nuevamente me preguntaba:

—¿El señor Onofre Borneo?

Y yo le respondía:

—Servidor de usted.

Y él agregaba:

—Palemón de Costamota, también servidor de usted.

Nos hicimos una venia. Hizo girar su bastón de bola de oro entre las puntas de sus uñas y me dijo:

—Señor mío, yo he sido un hombre que ha estado al borde del suicidio. ¿Por qué? Porque en mi vida no había un objetivo... divertido. Ahora lo he encontrado. Vendrá en el segundo acto de mi existencia. El primero es el del bisturí, microscopio y escalpelo. Luego —óigame usted bien, señor mío—, el segundo: ¡hacer vivir a los personajes después de desenterradas sus opuestas partes dormidas! Ello será divertidísimo. Pues imagine usted a Gargantúa, por ejemplo, sintiendo súbitamente que desde el fondo de su ser despierta, toma cuerpo e inunda por encima de sus apetitos todos, un amor desesperado por ella, la santa y bella, y un noble respeto por el marido. ¿Se imagina usted cómo tales sentimientos se presentarán al teñirse con la tónica del buen hombre, y lo que nos va a decir y las muecas que va a hacer para entenderse a sí mismo y hacerlo entender a los demás? Ni

usted ni nadie puede imaginarlo aún. Y Werther... Mil atisbos de desordenados apetitos que en su vida se sumergían, ahora él mismo los reconocerá, les obedecerá y teñirá. Y esto va a sucederle en la Alemania del siglo XVIII. Luego veremos cómo crece y se desenvuelve un salón vetusto de piedra y gobelinos en la desolación de las pampas argentinas. ¡Oh, las cosas que veremos! Señor mío, espero narrárselas a usted alguna noche en la Taberna de los Descalzos. Por ahora, quede usted con Dios.

Y se marchó.

A la hora del crepúsculo me encontraba en la galería de estas casas. Las masas verdes de los árboles se recortaban sobre un cielo anaranjado. ¡Qué paz en todas partes! De pronto, a través de los cristales, vi que emergía la chistera de mi amigo, luego sus ojillos, luego sus afilados bigotes, su perita y su corbata. Por su gesto comprendí que me preguntaba si era yo el señor Onofre Borneo. Le dí a entender que lo era y que podía contarme como a un servidor más. Entonces, puesto que los cristales nos impedían hacernos oír, tomó su libreta y en ella escribió estas palabras que pude leer teñidas de anaranjado:

Señor mío, ¿Por qué no hace usted como yo? Podríamos divertirnos una enormidad. Le insinúo que, como primer ensayo, tome usted a Hamlet y Bel Ami. Y, por el momento, ¡que Dios le proteja!

Y se marchó.

Es verdad, ¿por qué no hacerlo? Cuando las estrellas brillaron a través de las masas negras de los árboles, comprendí que no lo haría porque... porque nada quiero de microscopios ni menos de escalpelos con personaje alguno; es decir, nada quiero de presión mía sobre nadie. Quiero dejar libre el vivir de todos, que el ignoto soplo de vida los lleve, nos lleve a uno de los mil caminos de imprevistos eternos. Tiene que ser así, ya que todo esto marcha hacia tierra desconocida, hacia eso que hemos llamado *el Tercer Pilar*.

Tiene que ser así mi actitud ante el porvenir. ¿No comprende que, de lo contrario, ya quedaría automáticamente hecho lo que hay que hacer, y yo quedaría paralizado? ¿Qué puede usted hacer, o yo, o quien sea, si hoy le dicen, punto por punto, cuanto sucederá hasta el día de la muerte? O no hacer nada por inútil, por imposibilidad de cambio; o ser un consciente monigote mecido desde el exterior. Por lo demás, todo esto me hace el efecto de manipular el porvenir como si fuese pasado; me hace el efecto de petrificar lo que es vivo, puesto que reduzco a uno —que el pasado no es más que uno— lo que ¡felizmente! aún es mil.

Y hasta creo que hay cierta cosa de derecho. ¿Con qué derecho voy a prefijar un devenir? Desde luego el devenir no será el prefijado por mí y es casi seguro que yo, quiéralo o no, haré uno lamentablemente reducido. Así es que es mejor *narrar*, nada más que narrar, sin presión alguna. Narrar —en este sentido en que hablo— puede ser algo profundo por estar de acuerdo con el suceder vivo, y, en último caso, es algo honrado.

Y ¡qué quiere usted! No sé qué hay de muy hondo en mí que me hace repugnar el trato del porvenir como pasado. Además hay algo, más hondo aún e indefinible, que me dice que la finalidad debería ser justamente lo contrario: *llegar algún día a la sublime alquimia de tratar el pasado como porvenir*.

Pero dejemos estas cosas, al menos por hoy. El hecho real es que Palemón de Costamota ya se había marchado riendo suavemente ante sus próximos experimentos, y que yo, por cada rendija de los árboles, veía brillar, en medio de la paz de La Torcaza, una estrella.

Modestamente pedí tan sólo, en mi pasado, una aberración cualquiera al lógico suceder que vemos hacia atrás y que tan grato es a la literatura cuando desenvuelve hacia adelante. Así pedí porque nada podía ni podrá desmentirme que, potencialmente, todo está en todos. ¡Sumergido, sí, por cada tónica individual! Mas, a través de esa tónica, un atisbo siquiera, un asomo del opuesto, de un opuesto... Un momento de suspenso en el Caballero de la Triste Figura viendo el mundo todo desde los ojos de su escudero... Hagamos allí una tragedia –si se quiere–, la de que él comprenda que imposible le será seguir con esa vista. Bien. Pero un momento, uno solo al menos, en que el hidalgo deje rodar una lágrima ante un aspecto del universo que está en él pero que otro aspecto sumerge y agarrota.

Usted me va a entender. Recuerde, recuerde, recuerde. ¡Que por un segundo su vida sea recuerdo! Insista si nada aparece aún. Insista. Vea:

No hay vida alguna, Guni, que no haya tenido un momento en el que no se haya visto que uno pudo haber sido de otro modo; un momento en que otros seres o espíritus de la creación no se hayan presentado, o invitado, o... si usted quiere, *tentado*.

Sí, esto lo sabemos ya. ¡Un ejemplo, entonces, un pequeño apoyo!

Miraba al pasado. Tenía la lógica de los momentos ya contruidos. Absurdos llevan muchos momentos, claro está. Pero todos tienen la lógica de ser los que son y no la aberración, por mí buscada, de ser los que no son.

No, no iba a encontrar nada que me apoyara. Porque esto era un verdadero círculo vicioso, una búsqueda sin principio ni fin, un concebir un *A* y *B* con su *C* y *D* y llegar a un *E*, un recuerdo de cualquier *E* y enfrentarse con sus correspondientes *AB* y *CD*. Después de mucho fijar la vista en mi pasado, llegué a contentarme, no con aberraciones, sino con una contradicción, pequeñita pero significativa, en un ser cualquiera.

Miraba los cristales negros de la galería.

De pronto una figura, a través de ellos, apareció.

Allí estaba ¡mi tío José Pedro!

Entendámonos, Guni, que no se trata aquí ni de hacer literatura ni de cuentos del otro mundo.

No fue, por cierto, él quien allí se mostraba, como rato antes habíase mostrado Palemón de Costamota. Fue un súbito, un espontáneo hallazgo mío en el tema de mi preocupación, y ello fue producido con tanta intensidad y tal gozo, que la imagen de mi tío se me visualizó en mi interior nítidamente y de ahí, proyectarla a los cristales, fue como un homenaje a su memoria y a su ayuda.

Y fue, por fin, algo que me parecía sin la lentitud de la eterna cadena de causa y efecto; algo, por fin, brotando porque sí.

Mi tío José Pedro sonreía.

Usted no lo conoció. Tengo, por desgracia, una gran dificultad para hacer retratos psicológicos. Pero imagínese el varón de mente "tierra a tierra", a ese bondadoso y grave señor, tan común hace algunos años, de ideas firmes, inamovibles, ideas que cabían íntegras en lo que se llamaba entonces –no propiamente hoy– un materialista y libre pensador. Imagínese un hombre para el cual todo puede ser tocado y basa su filosofía de la vida en un "ver para creer" reduciendo el ver al palpar. El máximo de su vida imaginativa estaba en la frase que sobre él escribí, a propósito de su muerte trágica, cuando hice referencia a su regreso de Antofagasta: "bruñido por trabajos imaginarios". Sí, eran, mejor dicho, resultaron imaginarios porque no tuvieron éxito, que si lo hubiesen tenido... En fin, no va

usted a decir que yo soy un simple imaginativo porque mi número de lotería no es premiado, y un hombre de las realidades sí gana el "gordo". Mi pobre tío quiso tentar fortuna como cualquier hijo de vecino, como el que compra un fundo o invierte su dinero en casas de alquiler. Eso era todo. Y como sabíamos que en su testamento no iría a legar, fuera de sus prendas personales, más de 200 ó 300 pesos, lo mencionábamos —con esa mala malicia para el poco afortunado— como "el bruñido por trabajos imaginarios". En fin, Guni, haga para con él como con paisajes y demás: piense en un ser absolutamente carente de intentos imaginativos y de tendencias soñadoras y de inquietudes que tomen su origen en algo colocado un milímetro más allá del vivir cotidiano de un ambiente de docta mentalidad de provincia. Agregue a esto un poco de solemnidad, mucha rectitud, una moral adusta, buen humor y un convencimiento absoluto, sin nubes, en... —bueno, aquí es donde no logro explicarme debidamente— en...en, en que él era don José Pedro y que ello era algo muy serio e indiscutible. Vístalo sobriamente, hágalo ir por esas calles con paso lento y ponga rostro de complacencia, y a veces de ironía, en todas sus relaciones al encontrarse con él.

Pues bien, mi niñita, dejemos a mi recordado tío por unos momentos en paz y, ya que usted ha querido acompañarme en todas estas idas y venidas, vuelva conmigo a La Cantera, vuelva en aquel día en que Lorenzo Angol ya ha quedado solo porque Rosendo y yo hemos regresado a Santiago. Vuelva después del diálogo entre ellos, aquél que puso fin a las largas pláticas sobre el opio y sobre los diferentes "diablitos" que acometen contra los mortales que intentan salir de los límites palpables en que viven las personas como mi tío, como la que usted ha evocado y tantas más.

Lorenzo quedó solo bajo los árboles.

Algo resistía tenazmente en él la idea de volver a cruzar el umbral de su Torre. Aquella sucia atmósfera del *Pequeño problema* lo dominaba.

Paseó largo rato por los corredores, mas no como yo preguntándome: "¿dónde estás?", sino preguntándose: "¿dónde estará?". No era su problema *ella*; era su problema *eso*.

Sin ninguna idea preconcebida, bajó a la Bóveda. Vio por el tragaluz a ras de suelo un paisaje de acuario. Respiró. La Bóveda era húmeda y fresca; tenía un aroma acogedor y poca claridad.

Lorenzo sintió súbitamente que los "diablitos" acaso no serían tan malvados como lo había pensado, que acaso la cuestión era simple cuestión de ambiente y nada más. Allá arriba sí eran malvados. Pero ¿cómo se comportarían aquí abajo?

El trato con ellos, consistente en permanente lucha en la Torre, pareciale en la Bóveda lleno de una aguda voluptuosidad.

Lorenzo se sentó en un rincón. Miró el mayor de los baúles que era a la vez el más viejo. Se resolvió a abrirlo: cien cosas sin sentido. De pronto, un objeto que le pareció maravilloso:

¡Un globo de cristal!

Un globo de finísimo y límpido cristal, de 20 centímetros de diámetro, colocado sobre una base casi plana de caoba. Pues bien, este globo fue durante cuarenta años el más preciado objeto de mi tío José Pedro.

Guni, sólo ahora —ahora que escribo aquí en La Torcaza, en este radiante comienzo de verano —veo cómo las cosas se encadenaron y fueron desenvolviéndose en el devenir. ¿Veo? Creo que es exagerado emplear el verbo "ver" en este caso. ¿Siento, presumo, sospecho? Algo así. Desde luego hay un punto imprevisible, al menos, supongo, para cual-

quier imaginación puesta en vías de desarrollo literario o, si usted quiere, en sólida composición literaria; él es mi tío José Pedro dueño de un globo de cristal. Enseguida hay una trayectoria, corriente en su suceder mas que me inquieta por sus consecuencias: el globo, después de la muerte de mi tío, llega al fondo de La Cantera, en él ocultábase en un viejo baúl y este baúl es arrinconado en la Bóveda.

Por otro lado, otra trayectoria viviente, de un ser vivo, Lorenzo Angol, que en sus anhelos sube a la Torre, enviado allí y luego de allí expulsado por las fuerzas condensadas de su vida pasada; que sube para *tener* que precipitarse a la Bóveda.

Y hombre y globo se encuentran de repente.

El hombre —aparte de las fuerzas de su pasado— cae allí abajo, cae frente al baúl, como fecundado por un germen venido en el azar de largas conversaciones recientes; el globo allí ha caído empujado por causa de su propia inutilidad actual pero guardando la promesa de una tierra cobijadora y fecunda. Y hay un dilatado rato de inmovilidad: inmóvil el cristal sobre el baúl, inmóviles sus reflejos verdosos que proyecta el tragaluz; inmóvil Lorenzo mirándolo; inmóvil... Escúcheme, Guni:

En aquella época y cuando esta escena ocurrió —sea en el verano tedioso y de insectos de 1926— claro está que Lorenzo y el globo se inmovilizaron por rato dilatado pero respecto a mí, comprenderá usted que ignoro lo que hacía en tan preciso instante: acaso dormía la siesta en Loreto, acaso leía o charlaba con Viterbo... lo ignoro. Pero quiero, por instinto de armonía, haberme inmovilizado también, me encontrase donde fuese, y quiero sobre todo lo siguiente: haber mirado a mi vez la escena y que sea, por lo tanto, un recuerdo mío la evocación que de ella hago ahora y lo que sospecho de cómo las cosas se encadenan y desenvuelven.

Ocurre entonces que el globo allí está sintiendo —déjeme hacer sentir a los objetos— que vuelve a prestar servicio, vuelve a ser tierra propicia para los gérmenes caídos en conciencias vagas; ocurre que Lorenzo allí también está, fijos los ojos en él, y sintiendo que ese germen en él caído o a él llegado, puede ahora dar su fruto; y ocurre que allí estoy yo observando y tratando de sentir con nitidez cómo las cosas se encadenan y desenvuelven.

Porque —pienso yo— el hecho es curioso:

1º) Mi tío tenía un globo:

2º) El globo llegó a La Cantera.

Hablemos del punto 1º:

Hay que ver lo que es un globo de cristal cuando no es un adorno. Lorenzo lo recordó súbitamente. Voy a explicarle cómo:

Lorenzo recordó un croquis que había hecho cierto día del año anterior. Aquí se lo incluyo: un perfil de hombre, a un costado; un lente, al centro; un árbol, al otro costado. Cuatro flechas van del árbol al lente; otras tantas van del lente al perfil. Significado claro: el lente concentra la imagen del árbol y de ahí la proyecta al hombre. Vea ahora que, bajo el perfil, Lorenzo escribió: "yo"; bajo el lente: "L.C." (sea las iniciales de Lumba Corintia); bajo el árbol "Nat" (sea "naturaleza").

Ya sabe usted que Lorenzo tuvo un amor pasajero, muy dulce sí, pero casi inadvertido con Lumba Corintia. Cierta vez prodújose entre ellos esta pequeñita escena que yo llamaría "*pequeñita estampa*":

Es una tarde otoñal en lo alto del cerro San Cristóbal, tarde ya con la melancolía propia del otoño pero, hacia el poniente, llena de fuego, y hacia el oriente, sobre la

cordillera, rayada de anaranjados en medio de los blancos verdosos de la nieve en sombra por las nubes. Lumba Corintia mira todo eso y lo siente, emocionada; Lorenzo, como es natural, la mira a ella. Ésta es la estampa. Ahora pongámosle su leyenda adecuada:

*Ella:* ¡Qué maravilla! ¿Cómo no miras? ¿No sientes la naturaleza?

(Lorenzo está a punto de decirle que ella es más maravillosa que la naturaleza íntegra pero, comprendiendo la trivialidad de su frase, se detiene).

*Él:* Prefiero mirarte a ti.

*Ella:* Tú no sientes la naturaleza.

Pasan los días. Este pequeño diálogo ha quedado trabajando en Lorenzo. No sentir la naturaleza...; preferir mirar a una mujer...

Y, mientras con vaguedad da vueltas todo esto en su cabeza, dibuja, descuidadamente como es su costumbre, ese croquis. Significa, pues, el croquis que, para un hombre enamorado, la naturaleza entera cabe y se expresa en el rostro de su amor, que sus infinitos aspectos con sus más finos matices pueden reunirse en la visión de la mujer amada, y aun más: que acaso la naturaleza toma significado a través del amor que obra entonces como lente condensador y proyector. El significado del croquis puede ampliarse hasta decir que, sin la mujer amada, la naturaleza se borra.

Bueno, Guni, cosas que se piensan, rayas de mano distraídas sobre una hoja de papel... Es todo.

Pero ahora lo recuerda y, junto con recordarlo, aflora otro recuerdo, no del año anterior, tal vez de diez o más años atrás:

Es en casa de mi tío José Pedro, en una de esas noches en que nos enseñaba a jugar ajedrez y surgían las inefables opiniones del inefable Gilberto Moya. Yo estaba allí también. En un momento de descanso, Lorenzo, vagando por las tres o cuatro habitaciones de mi tío, se halló frente al globo de cristal. Me llamó. Cuidadosamente lo levantamos. Mi tío nos vio. Rió largo rato con su casi silenciosa risilla entrecortada. Me pareció notar algo de azoramiento en él como en un chico sorprendido en sus travesuras. Le preguntamos qué uso tenía el globo. Abrió un cajón de su pupitre y nos alargó una hoja amarillenta de papel. Había en ella dos figuras que, tanto a Lorenzo como a mí, nos parecieron lo más misterioso que hasta aquel día hubiésemos visto. Bajo las figuras estaba impreso: "Yogi..." Y un nombre extraño que he olvidado. Fue todo. Mi tío, riendo siempre, nos volvió a las mesas de ajedrez.

Pocos días más tarde tuvimos la idea de consultar el hecho con Florencio Naltagua. ¿Podría haber algo que Naltagua no supiese? En efecto, nos dio la explicación siguiente —pero antes vea el croquis que le adjunto y que he hecho recordando el original:

*Figura 1:* A la izquierda, un rostro de hombre de perfil mostrando su cerebro; hacia abajo, sus órganos esenciales indicados: pulmones, corazón, estómago, sexo. Al centro, un globo de cristal. Abajo, a la derecha, un trozo de tierra, de terrones o piedras. Ahora, el movimiento, indicado por flechas: del cerebro y de los órganos del sujeto, parten flechas que van a los ojos; de los ojos, una flecha —condensación de las anteriores— va al centro del globo; de este centro, otra flecha arranca y cae enterrándose en la tierra.

*Figura 2:* Los mismos elementos que en la precedente, sólo que la tierra ha desaparecido y es reemplazada, arriba y a la derecha, por rayos luminosos. Las flechas, ahora, corren a la inversa: de esos rayos van al centro del globo; de aquí, a los ojos; de éstos, al cerebro y a los órganos, inundando al sujeto.

Y Naltagua nos explicó de este modo:

—Citaré a un autor cualquiera. Frases más, frases menos, todos, en el fondo, dicen lo mismo. Vaya, entonces, por Papus:

Cada forma orgánica o inorgánica que se manifiesta a nuestros sentidos es una pequeña estatua de un gran artista que se llama el creador, o más bien que viene de un plano superior que llamamos el plano de creación.

Entre este plano superior y nuestro mundo físico visible, existe un *plano intermediario* encargado de recibir las impresiones del plano superior y de realizarlas obrando sobre la materia.

“Habréis oído mil veces la palabra ‘clarividencia’. Significa ver más allá de nuestros dos soportes de Tiempo y Espacio. Es ver, no sólo la pequeña estatua, es ver al creador. Es ver su origen, sea el pasado; es ver su finalidad, sea el futuro. Resumen: la visión sobre el tiempo. Y es, además, ver esa pequeña estatua y a su creador en donde se hallen. Resumen: visión sobre el Espacio. Si así ocurre, infiérese que junto al ojo físico, o tras el ojo físico, si preferís, hay un ojo psíquico. Dos órganos de percepción al servicio de lo que percibe. ¿Cómo llamar a lo que percibe? ¿Os parece bien ‘el Yo’? Vaya, entonces, por el Yo.

“Tenemos, por lo tanto, el Yo, o sea lo que percibe; el objeto o hecho, o sea lo que es percibido; el órgano sensorial, o sea el medio por el cual se percibe.

“Pero hemos dicho que existe el ojo físico y el ojo psíquico, o sea dos órganos de percepción. Luego han de ser también dos las imágenes posibles de ser percibidas por el Yo. Y si dos órganos dan dos imágenes de un objeto, es que el objeto lleva en sí también dos... digamos aspectos: el que ve el ojo físico, el que ve el ojo psíquico.

“Este último ve en el pasado y en el futuro del objeto, ve, pues, su devenir completo. Ve su tiempo; hoy preferiríamos decir su cuarta dimensión. El ojo físico ve el presente permanente. Ve sólo la concordancia de tiempo entre lo percibido y lo que percibe. Ve como un hombre que pudiera mirar por una ventana mas que no pudiera mover la cabeza ni los ojos ni hacia derecha ni izquierda. El otro, que puede mover ojos y cabeza, ve el panorama entero, panorama del cual lo visto por el inmóvil es un punto nada más del total. ¿Me comprendéis?”.

Como ambos asentimos, Naltagua hizo una pausa y luego se dirigió sólo a Lorenzo:

—Tú —le dijo— que siempre y para todo haces algún croquis, ¿cómo con pocas rayas, ilustrarías lo que acabo de decir?

Lorenzo tomó su lápiz y rayó así:

Un perfil de hombre con un rasgo extraño: sobre el ojo y en la base de la frente, otro ojo. A la derecha, un ancho sector de círculo. Del ojo normal parten dos líneas ensanchándose en ángulo muy agudo, de modo que, de ese sector de círculo, abarcan un pequeñísimo trozo. Del ojo superior parten otras dos líneas en ángulo mayor, de modo que abarcan el sector entero. Nos explicó que con este sector había querido expresar el devenir total de un objeto o ser cualquiera. El ojo superior lo percibe en su integridad como lo indican las dos líneas que de él arrancan. En cambio el ojo inferior sólo percibe un trozo, el de sus líneas agudas. Luego escribió sobre el total del sector de círculo: OBJETO; junto al pequeño trozo: “Presente o simultaneidad en el devenir”; junto a la parte superior: “Pasado”; junto a la inferior: “Futuro”.

Naltagua prosiguió:

—Bien. Puede ser de ese modo. Ya que cité a un autor, citaremos ahora otro. Vaya, esta vez, por Sédír:

Por otra parte, el sentido de la vida psíquica está localizado en el plexo cavernoso; para llevar a la conciencia las impresiones de este órgano, basta —para hablar de los Upanishads— con hacer pasar a Kundalini por el Agneya Chakram, es decir en lengua vulgar, con concentrar gracias a un acto voluntario toda la fuerza nerviosa del cuerpo en medio de las cejas, punto en que se encuentra el asiento de la visión mental (el ojo de Siva); lo que tanto mejor se conseguirá cuanto de mayor fuerza nerviosa disponamos, aboliendo toda otra percepción.

Luego agregó:

—Amigos, éste es el punto que debe importarnos: “abolir toda otra percepción”. Tenemos, pues, que hay primeramente un acto voluntario; luego un acallamiento del mundo circundante. Los sentidos todos deben, diría, vaciarse. No hay vacío que se mantenga. Se vacía de algo para reemplazarlo por otro algo.

“Comprenderéis que es ésta ardua tarea. Dicen que para gentes de oriente lo es menos. Tal vez. Pero nosotros debemos ayudarnos. No hay más remedio. Tratad de que se acallen vuestros sentidos, de que si una mínima distracción de la vida cotidiana llegue hasta vosotros... Los globos de cristal —como varios otros objetos— ayudan. Ayudan a la concentración mental que, en ciertos casos, es más bien un autohipnotismo.

“Resumen: un deseo, una fe, una voluntad, una ayuda. En la mayor calma posible, se clavarán los ojos en el globo. El globo —como el mismo Sédír lo dice— puede entonces ‘considerarse como un instrumento destinado a absorber, a arrancar de los ojos toda la luz física’.

“Recordad ahora el vacío que no perdura: la otra luz vendrá.

“Eso es todo lo que el dibujo expresaba. En la figura 1 se representaba el acto de absorción de todas nuestras sensaciones físicas que, como tales, van a la tierra. En la figura 2 se representaba la otra luz iluminando al sujeto pues ya encuentra cabida en él”.

Así, más o menos, nos habló Naltagua. ¿Algo muy curioso? No, por cierto. Creo que desde que hay hombres en la Tierra se va tras de esta visión mayor y, para conseguirla, se usan globos, espejos, luces, etcétera. Pero que mi tío José Pedro tuviese semejantes preocupaciones y se entregase a semejantes prácticas, sobrepasa todo lo que yo hubiese podido concebir... Sin embargo, así era.

Usted me dirá que la cosa no es tan curiosa tampoco, que todos —unos más, unos menos— llevamos por ahí escondida una parte inimaginable para los demás. Bien. Tengo que rendirme ante los hechos. Pero, convenga conmigo, que hay distancias y distancias. Puede ser que lo que un ser dado haga súbitamente se encuentre a mil kilómetros de lo esperado y entonces... pues, sorpresa general y muchas sutiles disertaciones sobre las extrañezas de la psique. Mas, ¿si se encontraba en las antípodas? ¿Y si en la Luna, o el Sol, o las nebulosas? Llega un momento en que uno tiene que desconcentrarse. Y tal es, créame, el caso de mi tío.

¿Que no? ¿Que no lo habíamos observado debidamente? ¿Que nuestra mirada hacia él era esa mirada indiferente hacia las personas que tenemos demasiado cerca?

¡No, Guni, cien veces no!

Porque hay otra cosa. Oiga:

Hay un momento de conturbación extrema. Hay un momento en que lo inaudito y sin razón se presenta ante uno. Vuelvo a pedirle que me oiga:

Empiezo por clasificar de superfluo los ejemplos de casos "semejantes" que vengan a citarme. Semejantes... Cierto estoy de que los hay pero en mínima proporción. La mayoría de ellos *parecen* obedecer a lo inaudito y a la sin razón mas, en el fondo y si bien se mira, obedecen a la estricta lógica de todos los días y sólo una falta de observación adecuada les da, por cortos momentos, el aspecto aquél.

Sí, sí... Entre mis recuerdos surgen por cientos los de actos inesperados en personas también inesperadas. Hasta sé de súbitas conversiones. Siempre ha sido cuestión de buscar minuciosamente y el hilo se ha encontrado. A veces muy oculto, a veces menos; a veces habiéndose antes insinuado, otras veces habiéndose mostrado pero ante general indiferencia. Mas se le ha encontrado, y muchas veces el acto insólito ha sido únicamente un acto visible a los demás y no por eso más significativo que otros actos que tenían como característica el no caer dentro del área de un campo visual.

Recuerdo en este momento al padre de Rosendo, don Pelayo Paine. Era un hombre liberal —me refiero a su color político—, lo que en aquellos tiempos significaba anticatólico. Toda su obra, y hasta su actitud, fue siempre en contra de la Iglesia. Por otro lado era hombre culto y de mundo lo que le permitía en sus viajes visitar, como tal, las viejas catedrales y los históricos conventos admirando arquitecturas, vidrieras, frescos y demás sin que ello llegase a figurar como una contradicción ni, ¡qué decir!, como una traición. Él mismo tenía palabras de alabanza para el arte en la religión —no para la religión misma— y para ese arte en el pasado —no en hoy día, no—. Y consentía una cierta religiosidad, con frailes y todo, para el pueblo... ignorante; pero debería llegarse a la formación de un pueblo educado y entonces esas "paparruchas frailunas" —era su acostumbrada expresión— se vendrían "¡felizmente!" al suelo.

Pues bien, una tarde, yo, con estos ojos, vi a don Pelayo, mientras visitábamos la catedral de Burgos, mirar a hurtadillas para cerciorarse de que nadie le veía, untar los dedos en el agua bendita y persignarse rápida y disimuladamente.

¿Y las paparruchas frailunas?

Le confieso a usted, quedé estupefacto.

Ingenuamente atribuí el acto a una especie de homenaje a la grandeza e inmensidad de aquella catedral... don Pelayo Paine era un hombre culto. Sin embargo, me decidí a ponerlo en observación.

Días más tarde, durante una pana de nuestro auto en un pueblucho infeliz de Castilla, visitamos, para matar el tiempo, su iglesilla, más infeliz aún. Dejé solo a mi hombre o, al menos, con la certeza de estarlo: miró a hurtadillas, untó los dedos y presuroso se persignó...

Fue todo esto un verdadero dilema para mí.. ¿Qué hacer para dilucidarlo? Pues lo que siempre hacemos todos los amigos: consultar cuanto antes a Florencio Naltagua. ¿Podría haber algo que Naltagua ignorase?

Naturalmente este "cuanto antes" tardó un tanto en venir; Naltagua no estaba en España; pero, en fin, un día nos encontramos y le planteé el problema.

Lo primero que mi amigo hizo fue, como quien diría, cambiarme de ubicación o, si usted quiere, de sitio de observación. En frases muy breves y muy significativas —que no pretendo reproducir aquí— me mostró cómo don Pelayo —igual a tantos, por lo demás— no

ofrecía contradicción alguna al persignarse –¡qué decir doble juego!– siempre que con tal acto no diese espectáculo alguno.

Luego me aseguró que desde mi primer sitio de observación me hallaba yo, sin saberlo, dentro del mundo de ese caballero, dentro del mismo mundo, mundo que, como cualquier otro, necesitaba sus dos polos para ser tal. Ahora bien, estando “dentro”, estos dos polos se veían como dos opuestos irreconciliables ya que desaparecía cualquier otro punto de referencia; mas estando “fuera”, ellos pasaban a ser sólo los dos extremos de una misma y única cosa.

Me llevó Naltagua con sus palabras al mundo de los llamados “revolucionarios”, o al mundo de los llamados “come-frailes”, etcétera. Puedo asegurarle a usted que desde éstos, todo el otro mundo, donde don Pelayo circulaba, era una unidad sin discrepancias, era una sola nota apenas diferentemente modulada por los diferentes cantantes. Me volvió luego al centro de ese mundo y, por supuesto, vi allá en un extremo a los glorificadores del poder absoluto de la Iglesia, y al otro extremo, a sus resueltos enemigos. Una nueva salida y entonces, lo que hace un instante parecía lucha irreconciliable, volvía a ser pequeño roce de cuestión interna. Ahora bien, para que los dos polos subsistiesen era menester, claro está, no confundirlos, representarlos debidamente, recalcando, exagerando su peculiar matiz, y dentro de la pequeña esfera no haciendo actos, por lo tanto, que correspondiesen a los propios de su antípoda. De ahí que se pedía y se obedecía –tácitamente, se entiende– “no dar espectáculo alguno”.

¿Por qué?

Porque hacer un espectáculo era dejar de recalcar y exagerar ese matiz que, al acentuarse, hacía las veces de polo y, al hacerlas y tener su contrario correspondiente, formaba un mundo completo. Visto por dentro parecía abarcar todos los extremos, las posibilidades todas y contentar también las intenciones todas.

No podía, pues, aquel caballero comulgar o caer de hinojos. Pero persignarse a solas... ¡estaba en su línea y en la de su mundo!

–Y tomando la cosa por otro lado –me preguntó Naltagua–, ¿qué puede extrañarte en ese gesto?

Como yo mostrase siempre cierta vacilación, prosiguió:

–Es que tú clasificas a los hombres por sus opiniones. Haces mal. No niego la existencia de tal clasificación. Pero con ella, al fin y a la postre, clasifican las opiniones y no los hombres. Y las opiniones sin los hombres... Piénsalo. Creo que no subsisten, ni siquiera existen. Oye mi consejo: clasifica, desde hoy, por los ojos.

“Recuerda ahora esos ojos. Verás que, sea cual sea lo que su boca opine, ellos afirman que se respetará siempre lo por siglos ordenado y las seguridades que ese orden ofrece. Entonces, en los grupos de opiniones más diferentes, encontrarás –si a tales grupos los representas por líneas verticales–, encontrarás, trazando líneas horizontales, nuevos grupos o parentescos de temperamento, de médula interior, si prefieres, cosa que los ojos revelan cuando hacen caso omiso de la boca. Los ojos de don Pelayo Paine son el mismo par de ojos de todos los buenos hombres que van por el mundo, que quieren grata calma, que piensan que acaso la Iglesia podría darla sí... Bueno, aquí viene la boca que opina, aquí vienen las exigencias de los dos polos de la misma esfera. Y este par de ojos, cuando se habla del misterio del más allá, susurra –mientras la boca exclama: ‘¡paparruchas!’– susurra: ‘¿... y si fuera verdad...?’.

“¿Son ojos de mirar consciente? Es la pregunta que te estás formulando. ¿Cómo puedo

saberlo yo? Mas sí puedo decirte lo siguiente: ello depende de las gentes con que se haya tropezado en sus andanzas don Pelayo. Nada más. Esto es regla general. Si no ha salido de su esfera, digamos para mayor claridad, de su línea recta vertical, sea de la línea por las bocas 'opinada', a lo largo de esa línea verá cuántas diferencias y oposiciones existir puedan en el corazón de los mortales, y todo lo restante se perderá para él en nebulosas. Creo de más decirte que, en tal situación, no tendrá conciencia de que su línea es recta ya que en ella verá oposiciones y diferencias, verá quebraduras, es decir, ángulos. Ella le aparecerá como una estrella de mil puntas erizadas hacia los mil confines del corazón y entendimiento humanos.

"Ahora, si ha tenido ocasión de enfrentarse con otras verticales (pongamos las de los que hemos llamado 'come-frailles', o la de la misma Iglesia en sí, como unidad cerrada -que en el mundo de don Pelayo es como un tentáculo de ella lo que se presenta, es su proyección, proyección dulce cuando uno ante su paz se persigna, dudosa y hasta dañina cuando demasiado invade-, o pongamos -clarísimo ejemplo- al ciudadano de un país dado con respecto a otro país, primeramente ignorante de este último, luego estando en él y mirando, pues, al suyo desde lejos; en fin, podemos poner verticales casi infinitas), si ha tenido tal ocasión, entonces sí, y con estupor, ha de haber visto su estrella erizada transformarse, como por obra de magia, en una sola línea recta y sin que por ello -ya esto se avecina al milagro- hayan desaparecido esas oposiciones de que hablábamos. Misteriosamente se han alineado sobre un mismo y único riel que les ha dado un tinte común. Don Pelayo, si tal le ha ocurrido, ha de haber experimentado una rara sensación: que sus fugas y escapadas por las púas dispares de su estrella hirsuta, eran sólo idas y venidas, de allá para acá y de acá para allá, a lo largo de una misma canal... harto semejante en toda su extensión.

"Ahora bien, puede ser que si ha visto don Pelayo otra vertical que la suya y otra y otra y muchas más, puede ser que un buen día se haya sentido abrumado ante el espectáculo de tanto mundo diferente y aislado y sin posible conexión. '¡Qué separatividad!', es posible que haya exclamado el buen caballero. Ante tan desesperanzado panorama, es posible también que hayan tenido la idea de mirar, por una vez siquiera, horizontalmente... Y entonces, con admiración, ha de haber verificado que esa conexión, que echaba de menos, existía. En cada vertical, arriba, los ojos eran semejantes a los de las demás verticales en el mismo plano; y eran diferentes a los de la misma de un plano más abajo. Pero éstos a su vez se asemejaban con los de su horizontal correspondiente. Y así, de plano en plano, hasta el último inferior. La conexión se había hecho, como quien dijera, de Este a Oeste.

"Te repito, no sé si tal cosa le haya sucedido a don Pelayo. Sé, en cambio, que conoció y aun frecuentó con asiduidad a fray Canuto. ¡Qué de picantes bromas, por parte de sus correligionarios le costaba esta amistad al bravo luchador que fue el padre de nuestro amigo Rosendo! Pero también, ¡qué de réplicas agudas al recordarles las discusiones que con el fraile tenía y los pinchazos que le lanzaba! Todo esto, por cierto, jerez en mano y puro en boca...

"Pero, ¿qué había de verdad entre don Pelayo Paine y fray Canuto? Lo ignoro. En todo caso había tres posibilidades:

"Primera: El hombre estaba en su propia vertical, sin saber nada de fuera, viéndola, por lo tanto, como aquella estrella erizada. Fray Canuto le sería, entonces, la oposición absoluta, el enemigo irreconciliable, y, en esas discusiones y pinchazos, vería la lucha eterna de los dos extremos posibles de la humanidad;

“Segunda: El hombre ya conocía otras verticales y veía, por lo tanto, la suya y la del fraile teñidas, por encima de discrepancias, de un solo tono armonizador. Fray Canuto le sería, entonces, la conveniente oposición para poder abordar ponderadamente las divergencias propias al espíritu humano;

“Tercera: El hombre ya había mirado en horizontal. Todas las verticales habían perdido para él su carácter de cosa fundamental, convirtiéndose en cosa de temporal conveniencia y nada más. Fray Canuto le sería, entonces, el enemigo *humanamente* irreconciliable, el hombre de otra estirpe, de otra raza moral, el enemigo más hondo, más allá de cualquier divergencia abordable por los humanos, el enemigo eterno, por aliado que fuese en la necesidad de la política cotidiana.

“Son las tres posibilidades. Te preguntarás por qué así presento esta tercera. Simplemente porque, si bien es cierto que ambos pertenecían a la misma línea, verticalmente hablando, más cierto es aún que, horizontalmente hablando, eran el antagonismo total.

“¡Recuerda los ojos de fray Canuto! A veces rápidamente escudriñadores en medio de los cánticos y plegarias... Atisban y atisban. En esos momentos se emparentan con todos los cazadores furtivos de la Tierra, se hallen donde se hallen, piensen lo que piensen. Ahora sumérgete íntegramente en el último significativo del verbo ‘cazar’. Como condimento agrégale el adjetivo ‘furtivo’. Todos los hipócritas de todas las verticales existentes sienten, por simpatía, un agradable cosquilleo cuando los fieles rezan y esos ojillos huronean. Otras veces, con mayor rapidez aún, con mayor rapidez que la de un relámpago, lanzan un destello que hiela. Entonces es el parentesco con todos los sanguinarios de la Tierra, con esa súbita ferocidad que hasta en fieras y sabandijas puede encontrarse. Y recuerda, por último, esos ojos cuando santamente el hombre predica a hombres buenos: caen los párpados, se ocultan, no hay ojos...”

(Guni, puedo decirle que años más tarde, en San Agustín de Tango, hubo plena confirmación de lo que esos ojos presagiaban. Mas no adelantemos. Cuando vayamos a esa ciudad, en nuestro *Tercer Pilar*, usted me lo recordará y yo de ello le hablaré).

(Permítame otro paréntesis: Por la tarde ayer –29 de noviembre– dejé mi escritorio para ir a sentarme en un sofá de la galería, el mismo en que me senté días atrás cuando Palemón de Costamota se apareció tras los cristales y cuando sobre éstos proyecté la imagen de mi tío José Pedro. Fui allí llevando una sensación de absoluto vacío. Había escrito alegremente pero notaba que, al remover todos esos recuerdos, una analogía con mi presente quería aflorar y revelarme un significado importante. ¿Cuál? No encontraba respuesta. Sólo sentía que esa figura de líneas verticales y horizontales –que años ha usó Naltagua para ilustrar sus explicaciones– tenía mucho que ver en el asunto, que casi podría ser la clave de estos días nuestros. Pero nada más encontraba. Y al pensar, al buscar tuve súbitamente la sensación de que todo en mí se vaciaba y quedaba yo convertido punto menos que en un autómatas. Por eso salí. Movimiento instintivo, acaso recuerdo inconsciente de la otra tarde, es decir de lo que empiezan a significar esos cristales para mí; tal vez. Allí me senté. Nada. La misma paz. Afuera, un crepúsculo de fuego a través del verde profundo, de vidrio espeso, de los árboles.

Yo no se cuál fue, dentro de ese vacío, el primer pensamiento que brotó. Pero el caso es que me dije, al girar ante mi vista nuestra vida santiaguina: “¡Qué torpeza es no estar en todo de acuerdo...!”. Y luego empecé a razonar de este modo:

“¡Qué hacerle! Por lo demás es natural, es lo propio del hombre: que haya ideas diferentes, tendencias diferentes, ideales diferentes. Porque estamos ante la vida como diez

—sí, digamos diez— exploradores frente a una selva inmensa que deben recorrer y conocer en su integridad. Para conseguirlo, ¿no es de mayor provecho que partan en diez direcciones distintas de modo que al final haya diez informes sobre diez recorridos, es decir, sobre diez zonas de la selva? ¿O crees tú [así me hablo a menudo a mí mismo] que es mejor que todos partan juntos y sólo una zona quede explorada ignorándose las nueve restantes? No, no; está bien la cosa como está. Debemos avanzar en sentidos diversos aunque esto nos deje el sabor amargo del choque, de la incompreensión, que luego, al volver y presentar los respectivos informes, a lo mejor... sí, sí... entonces...”.

Creo que hasta aquí llegó mi razonamiento. Estoy cierto: no fue más lejos. “Deben existir las oposiciones que tal es lo propio de la humanidad”, fue el resumen.

De pronto sentí como si dos garras invisibles, o dos alas blancas, me elevaran a distancia vertiginosa. ¡Lejos, lejos! Suspendido allá arriba, más alto que el fuego del cielo. Entonces tuve una visión magnífica: una estrella erizada, de mil puntas afiladas y antagónicas, se ponía en movimiento, se extendía, deslizábase, y sin ruido y sin desmentido alguno formaba una línea, una sola, nítida, límpida, una línea de armonía. Luego plegué las alas y caí. La línea volvió a erizarse y a mis tímpanos vino a sonar la discrepancia.

¡Es claro! Vamos, Guni, trotando por las aceras santiaguinas, ayer húmedas, resbalosas; hoy caldeadas, hiriéndonos hasta los ojos con sus llamas. Así vamos, así trotamos todos, usted, yo, todos, le repito. ¡Es claro! Cualquiera variedad en las ideas, la más mínima mudanza en los ideales, es lo irreconciliable. Porque al ir de este modo por las aceras, va cada cual con su compañero y sin nadie más. El resto del mundo ha sido tragado por la niebla o quemado por el asfalto. Entonces representamos los opuestos y tenemos que despedirnos para seguir nuestro objetivo personal. Miramos en vertical. Miramos el pavimento o, allá al frente, la perspectiva interminable de la calle. Y no podemos tornar a la mirada horizontal. ¿O tal vez nuestros ojos horizontales no tengan el mismo mirar? Lo he pensado, por cierto. ¿Qué no se piensa, por desgracia? Mas contra el pensamiento están las alas, blancas o de cualquier color. ¡Vuele! Y vea:

Nuestro pequeño restaurante de luz vaga siempre igual aunque fuera sea la lluvia o el sol. Allí estamos. Allí está Humberto, el camarero. Evoque bien. La última vez fue “Conejo escabechado”. Y las cañas de vino blanco. Todo ello, ayer bajo la protección serena y sonriente de don Rafael; hoy bajo la protección amable y precipitada del signore Francesco. Allí estamos. Las aceras están fuera, fuera, lejos. Coma. Beba. Fume.

¿Sabe usted lo que ocurre allí dentro? Que esos muros altos y viejos y ese techo descolorido tiene el don de aislar y, al hacerlo, aunque ello parezca algo vecino al absurdo, proceden como dos alas que nos llevan. Nos retiran, nos alejan. Entonces vemos con amplio retroceso. Las púas dispares de las estrellas erizadas se alinean. Pensamos lo mismo, deseamos lo mismo, reímos juntos. Vemos un poco de verdad: ¡que somos dos seres que, en la misma época, estamos en el mismo sitio! Y nos coge el estupor de cosa tan sencilla. Tiene que ser así. Durante años, recuerde, era usted para mí y yo para usted lo que creíamos el uno del otro. Era usted una vertical; yo, otra diferente. Ambos íbamos acorazados en los principios exteriores de nuestras experiencias respectivas. Un día... Bueno, ya lo sabe usted: miramos en horizontal y quedamos estupefactos. Esto fue nuestro estupor; nada más que esto. Creo, por lo demás, que es el único estupor que existe. Alguna vez, siquiera, en cada vida cada hombre lo ha temido: *reconocer súbitamente en otro ser humano, justamente a otro ser humano*. Y ver luego que, como las púas que desaparecen para formar la recta única, así desaparecen las terribles ideas, las terribles conclusiones que años de

tanteos y costumbres nos han inyectado en la piel, en los huesos, en el cráneo... pero no todavía en la sangre ni menos en los ojos cuando se dejan ir hasta el horizonte, allá donde el Sol se pone, en la raya última del mar.

Ayer tarde, aquí en La Torcaza, no pensaba nada de esto; dejaba que resonara dentro de mí: en efecto, ¡qué torpeza es no estar en todo y siempre de acuerdo...!!

Dejaba que todo resonara. Resonó un cencerro... Dijo: "Montparnasse...".

Ya se avecinaba la noche. En las casas de este fundo, la llegada de la noche es como un segundo despertar. En el crepúsculo mismo hay un largo rato de recogimiento. Parece que todo enmudeciera y todos se ocultaran. Luego, como le digo, se despierta. Llegan los niños gritando, cantando y llenos de olor a huerto. A la galería, ya casi oscura, caen, por puertas y ventanas, reflejos anaranjados de las habitaciones contiguas. Se empiezan a oír, en aumento, los quehaceres de la cena próxima. Todos se afanan, hay alegría. Las casas, antes adormiladas, son ahora un colmenar. Por el jardín negro cruzan rápidos rayos de luz de las linternas.

Salí por los corredores. Llegué al comedor, desierto. Allí me senté a tomar un aperitivo. Estaba solo ante la gran mesa. Es decir, lo contrario de antes, allá: siempre en compañía y ante pequeñitas mesas. El cencerro, ¿comprende?

"Montparnasse...".

Montparnasse que, refiriéndose a mí, ha inquietado a tantas personas, a usted entre ellas. Sin embargo, ¡qué buena y querida cosa fue! Innumerables gentes, de todas partes del mundo, de todas las clases y edades, viviendo unidas y entusiastas en una sola mirada horizontal: las artes todas... Por otras partes, por otros ámbitos, a nuestro lado mismo podía la vida fluir ocupada y atormentada por los más diversos problemas: nosotros allí nada sabíamos, mejor dicho, sólo sabíamos que sólo las artes serían duraderas. Y si el murmullo de otras vidas lograba llegar hasta nuestro rincón de Montparnasse, era para hacernos creer que los demás pensaban y actuaban como allí, tras un ideal, tras un mundo mejor. Y hoy día... ¿Se imagina, Guni, lo que será de ese ambiente para siempre desvanecido? En fin, de todos modos es grato recordar. ¿Recordar? No es ésta justamente la palabra exacta: es más bien "sentir" pues de aquel sitio y aquella época evocaba yo una imagen global, una imagen de un solo instante, toda entera marcada por una tónica exclusiva. Luego recordé, propiamente dicho. Repentinamente y antes que todo, como síntesis de los recuerdos que irían a venir –así como el *Pequeño Problema* fue síntesis para Lorenzo Angol de todo un largo período–, aparecieron a mi memoria dos amigos, un poeta sudamericano, Abdón Ucayali, y un crítico literario español, Ciriaco Tajo.

¡Uuuu! ¡Qué horror! ¡Cómo se peleaban los desalmados! Aquí ni en ninguna otra parte hay una idea de hasta dónde dos seres pueden acometerse. Y ambos acumulaban fuerzas y más fuerzas denodadamente dispuestas a todo, a todo, ¿me oye usted bien? Insultos, panfletos envenenados, injurias, ultrajes, artículos ponzoñosos, lanzas, dagas, garras, colmillos... ¡Horrible!

Mas no tengo bien presente por qué fue todo eso.

Pero fue, vaya que lo fue.

Si hasta yo tercié en la cosa, yo que tanto estimaba a mi buen amigo Abdón como a mi buen amigo Ciriaco..., porque no había más remedio. En Montparnasse era siempre así: o se estaba de un lado o se estaba del otro; no había ni podía haber neutrales. ¿Excepción de la colonia hispana? ¡Quia! Todos eran lo mismo, todos eran leones que acometían. Los dueños de casa y los visitantes, del Polo Norte al Polo Sur, los dos hemisferios, los cinco

continentes. Y no se crea usted que esto procedía por nacionalismos, no. ¡Por ideas, por principios! Por eso acometíamos. Y era natural: ¡¡formábamos las mil puntas erizadas de las mil posibilidades de destino que abraza la humanidad!!

Por eso, comprenderá usted, era justo, era un deber aporrear, injuriarse, abofetearse.

Así era Montparnasse, de verdad. Prueba de ello es que cierta vez llegó a París esa Damita X que usted ya conoce devorando nuestro pavo solitario de la calle Loreto. Me telefoneó pidiéndome la llevara al ya muy mentado barrio de los artistas, a lo que le respondí que lo haría con todo agrado y que esa misma noche pasaría por su hotel a buscarla. Damita X exclamó:

—¡Oh, no! Por la noche, no. Vamos por la tarde. Por la noche puede ser peligroso... Sin tanta exageración, así era Montparnasse. ¿Y el otro, entonces? ¿Una ficción?

Sonó la campanilla de la comida. [Ahora nos sirven en la galería; sólo cuando hay visitas se usa el comedor]. Los niños seguían sus cantos; de la cocina venían sonoras carcajadas; el Raco ladraba con furia a las ánimas; lejos, rasgueaba una guitarra; cruzaban luces por varias partes. Me levanté y, al hacerlo, vi, sobre el trincherero, un diario de la mañana. Una ojeada. Bien, ya sabe usted lo que es un diario hoy día. El mundo entero, un estampido. Ello, de pronto, me hizo el efecto de un imenso pulpo que con uno de sus tentáculos se chupaba todo el pasado y con él..., en un solo momento, en un solo sorbo, digamos, a mi querido amigo Ciriaco y a mi querido amigo Abdón.

Entonces todo se aplanó. Montparnasse... Dulce y pacífica tierra de antaño. ¿Ficción? No en la realidad de su existencia ni en el común anhelo de sus moradores. Acaso —y no me atrevería a asegurarlo— ficción fue el ideal único que ahí vivió representando a los soñadores de los dos hemisferios, de los cinco continentes. Acaso ficción por hoy, que basta echar los ojos sobre el cable para comprenderlo. A lo mejor, verdad aplazada.

A comer... Llegué a la galería. Un pequeño punto en el cristal de Palemón de Costamota, atrajo mi atención. Me acerqué: una arañita diminuta había cogido a una mosca y hendidos tenía sus colmillos tras la cabeza, junto al tórax. Inmovilidad completa. Mas, de cuando en cuando, un pequeñito estremecimiento denotaba una labor del verdugo sobre la víctima.

Quise besarte, entonces, ahí, completamente inmóvil, largo rato y con un pequeñito estremecimiento mas no del verdugo sino de la víctima.

Pero esto es otro asunto. Por ahora es mejor que cerremos este paréntesis).

Las palabras de Naltagua me convencieron ampliamente. Desde aquel día me puse a mirar los ojos y creo que he adquirido cierta práctica para ver por anticipado lo que luego otras personas van a calificar de "acto gratuito". De este modo me he formado un parentesco horizontal con muchos seres que antes creía no tener punto alguno común conmigo. Por otro lado he descuidado un tanto las verticales que mis "opiniones" deberían imponerme. También, ante las divergencias y malos razonamientos, me he habituado a escaparme violentamente de esas verticales para colocarme en otras antagónicas y ver entonces cómo las estrellas erizadas de púas se alisan en una línea pura. Comprenderá usted cuánta gratitud hay en mí fondo por el grande hombre que, a mi modo de ver, es Florencio Naltagua.

Pues bien, poco tiempo después de haber descubierto Lorenzo el globo y los croquis en casa de mi tío, consulté nuevamente a Naltagua sobre este caso. Esperaba yo, por cierto, que mi amigo, tal como lo había hecho con don Pelayo Paine, me colocara en un sitio por

mí no descubierto y desde el cual se viera que nada más natural podía haber que el sensato y limitado de mi tío interrogando un globo casi mágico. Naltagua me respondió simplemente que tal cosa no tenía explicación posible y que vano sería observar los ojos de mi tío pues nada en ellos vendría a revelarnos la posibilidad en él de un acto semejante. Sin embargo el buen hombre miraba el globo de cristal.

Luego tuvimos una corta conversación pero, creo yo, de bastante importancia. No podría precisarle hasta qué punto ella ha tenido influencia en mí pero sí puedo asegurarle que, de un modo u otro, pesa en mi fondo grandemente.

De las palabras de Naltagua tengo un recuerdo muy nítido respecto a su sentido general pero extremadamente vago en lo que se refiere a su desarrollo, es decir, a la manera de cómo fueron ellas haciendo luz en mi comprensión. Es curioso que ni ahora ni nunca haya podido yo precisar dónde tuvo lugar esta conversación: a veces me parece que fue en nuestro rincón de la calle Loreto; otras, en un tren que ora es de Poitiers a París, ora el del Sur a Santiago. Tal vez esta conversación no haya sido tal, propiamente dicho; tal vez, en varias ocasiones, Naltagua haya hablado del asunto en mi presencia hasta que, un buen día, él se haya clarificado en mí. Entonces –cosa muy natural– mi memoria debe haber reunido en un solo hecho esos fragmentos dispersos. En fin y como sea, lo que aquí nos importa es que el significado de esas palabras se encuentra hondamente impreso en mí, y más importa aún que, en dicho significado, veo –a veces, no siempre– un devenir, acaso mejor sería decir una finalidad. No logro explicarme claramente al respecto. Sólo podría decirle que a menudo presiento que en él hay como un impulso hacia el *Tercer Pilar*.

Trataré ahora, lo más brevemente que me sea posible, de contarle a usted lo que con Naltagua se ha conversado:

La cosa gira, naturalmente, alrededor del globo de cristal de mi tío o, mejor dicho, de esos casos en que no hay posibilidad de encontrar explicación alguna. Ya le he dicho que Naltagua considera estos casos extremadamente raros pues la gran mayoría de los que parecen ser tales, lo parecen –según afirma– únicamente por inadvertencia de los observadores o por su poca perspicacia. Como ejemplo le cité a usted mi propio caso ante el padre de Rosendo. Luego le cité lo de verticales y horizontales y cómo comprendí, enfocando así la cosa, que, tarde o temprano, don Pelayo tenía que hacer su reverencia ante la religión. Por último, cuando yo pensaba que todo tenía una explicación anterior, que todo era un lógico desarrollo y que lo que podríamos llamar “generación espontánea” no tenía cabida en la psique como no la tenía en la biología, el mismo Naltagua me desmiente y, como ejemplo de lo insólito absoluto, concuerda conmigo ante el caso de mi tío y su globo.

Naltagua me ha dicho (entre los tantos decorados que surgen ante mí, ¿quiere que optemos por el de ese tren del sur?; vamos hacia Santiago; vamos entre Temuco y Lautaro) en resumen, se entiende:

–Deseo que veamos más y más casos así. ¡Los actos limpios, únicos, especie de creación porque sí! Limpios, pues nada de cuanto los rodea se adhiere a ellos. Únicos, pues no concibo dos de ellos en una misma persona; ¿no comprendes que ya dos engendrarían cierta similitud entre ellos, un sucederse?; ¿y la limpieza, entonces? “Creación porque sí” –si no trato de explicar y trato, en cambio, de sumirme silenciosamente en su íntimo sentido– me suena como una redundancia. ¡Piénsalo! ¿Cómo puede crearse si no es porque sí? No crear “porque sí” –por esta expresión que tanto significado profundos encierra– es sólo poner algo en marcha. Es hacer actual una sucesión de hechos previstos. Es volun-

tad. No crear porque sí es manifestar un trozo de un inmenso proceso siempre existente. Crear, en cambio, porque sí, es dar comienzo a un proceso que no existía y que pudo no haber existido jamás. Si pudo no existir jamás, ¿dónde estaban sus causas, causas que pueden o no dar efectos? Es disponer por vivencia. Disponer, nada más; poder disponer. Que tal cosa es vivir, ser vivo.

“Todo esto roza lo genial. Disculpa. Todo esto puede estar o no estar en relación con las facultades del genio. Todo esto es como un plano más alto donde otras son las leyes que rigen. Y desde nuestro plano, éste en que somos, esas leyes se nombrarían ‘la carencia de leyes’. Bien, si este plano –¿no sería mejor decir: una corriente de este plano?– toca a un hombre *vigilante*, lo que ese hombre haga entrará en el dominio de la creación genial –más o menos genial, se entiende–. Si toca en un hombre *distraído*, lo que ese hombre haga entrará en la región de los actos insólitos, esos actos que no se traicionan por los ojos. El caso de don Pelayo se traicionaba; el de tu tío, no. Éste es el caso de las aguas de los ríos corriendo del océano a las cordilleras”.

En este momento y súbitamente veo una analogía entre las palabras de Naltagua y lo que yo he pensado sobre: “todos hacen todo”, y que aquí mejor sería expresar diciendo: *todos son todo*. “Todos”, sería el hecho de existir; “todo”, sería aquel plano más alto; esa como intuición que yo tuve y que tiene y practica Palemón de Costamota, sería la posibilidad siempre presente de una comunicación entre lo que existe y el plano sin leyes.

Pero no sé si esto se lo comuniqué a mi amigo. Creo que sí pues, al pensar en él y en mi intuición, quiéralo o no, aparece en mi memoria la estación de Lautaro. ¿Ve usted cómo nuestro tren sigue veloz hacia el Norte?

La respuesta de Naltagua fue concisa. Dijo:

–Sí. Es otro modo de expresar lo mismo siempre que nos hundamos hasta lo más profundo del significado de la palabra *todo*.

Pero aquí el expreso del Sur se esfuma. Cesa su trepidar y, dulcemente, me voy sintiendo transportado a otras luces. Suena una orquesta. La gente danza. Y aquí estamos, Naltagua y yo, también lado a lado, mas con una mesa al frente y bebemos un whisky cada uno.

Yo no he estado nunca en un dancing con Naltagua. Sin embargo es allí donde me dice que “debemos hundirnos en el significado último de la palabra *todo*”.

¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo. He estado unas cuantas veces con él en los dancings. Lo acabo de recordar porque llega hasta nosotros el cínico de Valdepinos. Oye nuestra charla. Nos mira maliciosamente. Se inclina y murmura:

–Muy ruso está todo eso, muy ruso.

–¿El qué? –pregunto.

–Hondos problemas... en el cabaré; último significado... con whisky. ¡Muy ruso!

Es claro. Naltagua nos acompañó una que otra vez en nuestras salidas nocturnas de París. Siempre serio y sereno. Ahora recuerdo. Era en los tiempos en que el hombre amaba por última vez. ¡Nastia Poltava! ¡Qué linda era! Pero la cosa fue más bien triste. Por lo demás, no hay que adelantar nada. El fondo de este asunto yo lo supe en San Agustín de Tango; lo de esta ciudad es cuestión del *Tercer Pilar*. Falta mucho todavía.

Para el tren. Por la ventanilla leo: “Collipulli”. Siempre hacia Santiago. Naltagua aprovecha para bajar su maleta. Saca de ella un libro. Busca. Me indica un párrafo. Dice:

–A propósito... Lee.

¿Sabe usted qué libro y qué párrafo? Pues, *El Misterioso Universo* por sir James Jeans; y

el párrafo que me hace leer es justamente el que a usted le copié cuando le hablaba de un Viterbo de carne y hueso y de cómo se tejen los destinos de las ratas gigantes. ¿Recuerda?

Naltagua no quiere exactitud como la naturaleza tampoco la quiere. Ese "margen de error" –me lo asegura– es, si bien nos fijamos, *el umbral de las posibilidades infinitas*.

Agrega:

–Esto siempre se ha afirmado. Todo poeta lo ha afirmado.

Hemos llegado a Renaico.

Dice Naltagua:

–Tienen ojos y no ven.

Una vieja de blanco nos llama desde el andén. Le compramos huevos duros y una torta de bizcochuelo.

Yo pienso sobre esa creación porque sí, sobre la carencia de leyes, sobre la inmensa fantasía de toda vivencia. Y mentalmente digo:

–El día en que las alcachofas den espárragos...

Es el crepúsculo. Regreso de a caballo con Rosendo Paine a las casas de Curihue, un fundo del capitán Angol, primo de Lorenzo. A pesar de haberlo sólo formulado, Rosendo me adivina y exagera la cosa hasta el chiste:

–¡Quía! –exclama–. El día en que las alcachofas den trompetas y escotillas...

Estación Monte Águila.

Doy un sobresalto. Junto con oír el chiste de Rosendo, un señor que pasa junto a mí por el pasillo del vagón, dícele a su compañero:

–...y el trompeta bajó por la escotilla...

Se perdió su voz.

Siguió el expreso hacia Santiago.

¡La fisonomía!

Fray Canuto, don Pelayo... ¡claro está! Y bien, Guni, tengo, a mi vez, mi pequeñito y romántico ejemplo; es decir, entendámonos, ejemplo que *podría* presentarse. ¿Se lo cuento? Oiga:

No sé si usted ha conocido alguna vez a Huinchita Pin. Hoy todo el mundo –¡es el mundo tan cruel!– la llama "la Huincha Pon". Pero en mis tiempos, en esos lejanos tiempos tan llenos de arboles, pajarillos y perfumes, ella era Huinchita, nada más que Huinchita Pin.

Yo lloraba; ella enjugaba mis lágrimas. Yo tenía quince años; ella, diez y ocho. ¿Se da cuenta?

Huinchita Pin estaba a una distancia planetaria de mí. Tres años más en una mujer, a esa edad, ya es colocarla en la Luna. Agregue que ella circulaba por regiones para mí desconocidas e inaccesibles, las regiones del albor del romanticismo leído, del amor cantado y del genio desconocido –y, de la Luna, esa mujer se aleja a Urano, a Neptuno, ¡a Plutón!

Yo sólo presentía que por allá donde ella circulaba y era reina, se cobijaba la poesía entera, el estremecimiento máximo, la locura tentadora. Y tenía que decirme: *Lasciate ogni speranza...* Por eso lloraba y entonces ella, que anidaba también mucha bondad en su alma, a pesar de esos locos estremecimientos, enjugaba mis lágrimas.

Yo me preguntaba preso de angustia: "¿Hasta dónde se irá ella, hasta dónde va a alcanzar?". Y con mayor angustia veía que ella iría, como todos lo aseguraban en aquella época, hasta el final, que iría a ser la mujer de los imprevistos fatales. Y yo...

Bueno, yo, un buen día, no la vi más. Partió de viaje. Regresó a Valparaíso mientras yo seguí en Santiago. Perdí su pista. Durante años, muchos años, no supe ni una palabra de ella. Y otro buen día oí que hablaban de ella, es decir, no de Huinchita Pin sino de la Huincha Pon.

¡Horror! ¡No, no, no podía ser!

Huinchita tenía cutis de marfil, cabello de azabache, ojos de esmeralda y marcha de jaguar. "Es imposible", me repetía.

No recuerdo en qué parte, por ahí, Viterbo la conoció y hasta creo que cruzó con ella algunas frases. Pensé: "Ésta es la oportunidad; Viterbo me informará".

Así fue. Viterbo me dijo:

—¿Quién? ¿Huinchita Pin? ¡Ah, sí! La Huincha Pon. Debe tener algunos años ya. Pero se conserva bien, gracias a su cutis, sobre todo. Una cabellera negra, hermosa. Y ojos magníficos, verdes, de agua. Lo terrible, en su físico, es su modo de andar: camina como un soldado.

—¿Y mi jaguar?, pensé.

—Yo no puedo —prosiguió Viterbo— con esa clase de mujeres. Dicen algunos que aumentan; esperemos que sea la verdad lo que dicen otros: que disminuyen. ¡Imagínate! ¡Hasta el cine, con cualquier película, es pecado! Sólo debe existir la caridad, nada más. Y mientras más la haya, mejor. Por lo tanto: que haya más y más menesterosos. Mejor sería decir "menesterosas", porque los hombres son todos alacranes. El castigo que Dios le infligió a la mujer, por culpa de Eva, fue el de imposibilitarla para reproducirse sola. ¡Insoportable, la Huincha Pon! Pero físicamente está bien; siempre que no se mueva. Sobre todo, ojos soberbios.

—¿Expresivos?

—¡No, hombre! Helados. Soberbios por el tamaño, inmensos; por la forma, almendrados; por el color, no sé describirlo.

Pocos días después la divisé. Ella no me vio. Siempre bien. Pero, en verdad, parecía al andar un sargento de Dragones.

Los ojos... Sí, tal como Viterbo decía. ¿Helados...? Tal vez. Seguramente. Al verlos, vi lo que en ellos Viterbo vio: hielo. Pero en un centésimo, en un milésimo de segundo, a través de su primera película, vi también que en ellos dormían los intentos de una mujer fatal.

Puede ser que, de pronto, alguna vez despierten. ¡Qué asombro en toda la gente! Van a hablar de trastornos mentales, hasta de microbios cerebrales. Es que no han practicado, como yo con Naltagua, la observación profunda de las pupilas y de sus mil películas superpuestas. Y es también —pues yo podría no haber vuelto a verlos, esos ojos de esmeraldas—, es también que esas gentes no conocieron a la niña de andar de jaguar que resbalaba llena de arboles, pajarillos y perfumes en aquellos dichosos tiempos en que yo contaba con sólo quince años...

Es mi pequeño ejemplo, ejemplo que acaso se presente. Digamos, pues: don Pelayo, fray Canuto, Huinchita Pin... Mas no digamos jamás: mi tío José Pedro.

Y quiero hacerle notar aquí, hacérselo notar hasta el cansancio, que en el caso de mi tío no se trata ni nunca se ha tratado de una personalidad dual. No es el caso —tan común, por lo demás— de esos seres que presentan dos caracteres, de esos lunáticos —como creo que los llaman—, de esos que por momentos irradian un júbilo sin límites para caer luego en un estado sombrío; o de los otros, hoy dinámicos, mañana pasivos; o bien, y en resumen, de todos los que oscilan entre dos o más aspectos del temperamento. De éstos tene-

mos en literatura un ejemplo de primer orden ya que es uno talentosamente cogido de la más pura fauna humana. Me refiero al gran Tartarín de Tarascón que en forma tan admirable pintó Alphonse Daudet. Allí tiene típicamente a un hombre dual: tenemos al Tartarín-Quijote y al Tartarín-Sancho, y tenemos la continua lucha de ambos en el mismo cuerpo.

Mi tío José Pedro nada tenía que ver con tales personas, ¡nada!

Aquí se trata –repito– del caso de una persona “unilineal”. Tal fue este digno varón, tal fue desde el día en que vio la luz del Sol hasta que sus ojos se apagaron aniquilados por el ave maldita. Sí, fue un hombre unilineal mas que de pronto, sin razón alguna, miró un globo de cristal y siguió mirándolo. Según Florencio Naltagua, sería el caso de un mortal cualquiera que súbitamente se conecta con esa muy alta región de que habla, y se conecta, no por “causas”, sino porque es dable la conexión. Entonces hace un acto que, en nuestra lógica, pertenecería a otra personalidad. Según como yo gusto de imaginar estas cosas, sería por aquello de “todo está en todos”, y una parte del todo despierta porque a la condición humana le es dable recibir estos despertares. En el fondo, lo mismo. Lo que le pido es que vea cuán lejos nos hallamos del gran Tartarín de Tarascón y de todos sus semejantes.

(Y ahora voy a abrir otro paréntesis, pequeño paréntesis, pues ayer por la tarde –como el 29 de noviembre– me sentí nuevamente con un absoluto vacío. Pero no fui a la galería. Temí que viniese a importunarme Palemón de Costamota. No es que desestime su compañía, muy por el contrario, mas, como había pasado el día entero pensando sobre los tópicos que acabo de referirle, no deseaba la sociedad de un hombre que, mal que mal, se preocupa de cosas parecidas. Fui, pues, a los corredores. Había un atardecer extremadamente plácido; ni una nube teñía el cielo. Empecé a pasearme. De pronto me detuve. Una pregunta vino a golpearme:

“¿Y lo nuestro?”.

Oiga: después de dejarme pensar largo rato, deseé que Naltagua hubiese llegado y me hubiese observado los ojos sin que yo lo sospechase. Luego deseé que se hubiese ido a observarla a usted. ¿Qué vería? ¿Vería una larga elaboración silenciosa, larga como los años que tenemos, dando, al fin, su resultado lógico?

Creo que no.

Creo que nos diría que un día tocamos su alta región y que a ella hemos obedecido... porque sí. Y acaso agregaría que aquel “estupor” no es propiamente, como yo lo creo, porque vemos mil puntas dispares formar una línea pura, sino porque sentimos abismados que un destino sin leyes rompe en nuestros destinos lógicamente regidos para ordenar con voz terca, para ordenar... porque sí.

Volví de los corredores tratando de resolver este punto. Nada. Todo quedó en suspenso. Tal vez allá en el *Tercer Pilar* algo se irá a ver).

Las fisonomías pueden engañar hasta cierto punto. Pero hay cosas que no pueden estar en ciertas caras. Además la historia íntegra de la vida de mi tío la saben todos en mi familia y en sus relaciones. Si es por el lado psicoanalítico que se quiere buscar, no, no; hay infancias y hay ambientes que no pueden sembrar ciertas cosas para después. ¿Cómo retratarle el recuerdo de mi tío? No encuentro cómo pero ¡créame! Si muchas veces basta con mirar a un ser. Lo veo ahora en mi memoria, ahí lo veo aislado de toda creencia, de todo romance, de toda otra afición que no fuese su línea única. Nada hay adonde atarlo ni siquiera acercarlo. Esto fue porque sí, porque fue, porque... ¡estamos vivos, Gunil!

Y hemos terminado con el punto 1º: "Mi tío tenía un globo". Hablemos del punto 2º: "El globo llegó a La Cantera":

No sé cómo llegó. Comprenderá usted que varias veces he hablado al respecto con Lorenzo. Él tampoco lo sabe. Yo le he hecho notar que lo más probable es que su señor padre, puesto que cultivaba relaciones con don Pelayo Paine, haya conocido a fray Canuto. Pues bien, fray Canuto asistió a los funerales de mi tío y fue en compañía de un sobrino suyo, un bribón de unos catorce años. Recuerdo que, momentos antes de sacar el ataúd, alguien habló de ciertas cartas o papeles de mi tío y que varias personas pasaron a su cuarto. Entre ellas se coló el bribón. Luego salieron todas menos este último. No se le volvió a ver hasta el cementerio. El bribón se ha robado el globo. Fray Canuto ha descubierto el robo y, turbado, ha consultado a don Pelayo, el cual ha creído conveniente interrogar al padre de Lorenzo, y como éste era amigo íntimo de un tal Irineo Pidinco, hombre muy versado en toda clase de brujerías, ha dicho que el citado Irineo podría arrojar luces sobre el asunto, desde luego indicando el precio de tan extraño objeto. Ahora bien, este Pidinco era, a la par que brujo, hombre entendido en materia de siembra y cosecha del garbanzo. El padre de Lorenzo había empezado este cultivo en La Cantera por lo que el mencionado Irineo Pidinco se había radicado en dicho fundo con contrato firmado. Puede, pues, verse claro el viaje del globo. Después..., después, lo que a menudo sucede: se marchan algunos, se despreocupan otros, olvidan todos y hasta no pocos mueren, y... el globo quedó allí en La Cantera con alegría en el fondo del corazón de fray Canuto que tanto quería al bribonzuelo de su sobrino y que ha de haber pensado: "Más vale no meallo...".

Lorenzo no cree nada de esto. Lorenzo cree que la cosa ha seguido otra ruta. Pues recuerda que en la época del fallecimiento de mi tío se instaló en La Cantera el alumbrado eléctrico. Ahora bien, cierta noche Lorenzo y su señor padre pasaron a casa de Desiderio Longotoma pues éste había manifestado que tenía esplendorosas ideas sobre las lámparas que convenían a la electricidad. En efecto, después de charlar sobre asuntos de actualidad, Desiderio Longotoma habló de tales lámparas y, al hacerlo, tomó de inmediato su pose característica: inclinóse hacia adelante, echó ambas manos atrás, avanzó el pie derecho y guiñó sus ojillos. Así plantado explicó que las lámparas deberían fabricarse en casa con cuantos objetos de vidrio o cristal se hallasen a mano —botellas, copas, faros de automóvil, tinteros, etcétera—, lo que abría amplios horizontes a la fantasía de cada cual. Luego agregó, dirigiéndose al padre de Lorenzo —lo recuerda éste perfectamente—, que pronto le enviaría "un maravilloso objeto mas que pide dedos diestros para llevarlo a buen fin". (Fueron sus palabras). Lorenzo las interpretó en el sentido de que, si se trataba de nuestro globo —él no lo dudaba—, fuerza era vaciarlo para colocar dentro la ampollita y de ahí los "dedos diestros". Luego me recordó que Desiderio Longotoma, a raíz de la muerte de mi tío, me había hecho una larga visita de pésame y que, durante ella, el muy pícaro, so pretexto de visitar la casa porque tal vez le convendría alquilarla —en efecto, yo ya pensaba habitar con Viterbo Papudo—, la recorrió hasta en sus últimos rincones. También me recordó que yo no le hice compañía pues quedé en mi escritorio contemplando aquella orquídea de seda que una mano femenina cierta vez bordó para mitigar una pena mía. Poco después fue Lorenzo enviado por su padre a casa de Desiderio Longotoma a ver una serie de botellas de licor que el hombre destinaba para su propio alumbrado. Junto con entrar, se despedía Baldomero Lonquimay. Aquél le decía estrechándole la mano y guiñando los ojillos: "Amigo, cuando se visita un campo por primera vez, todo hombre que

se respeta debe llegar con un símbolo en la mano...”. A lo que el majestuoso visitante respondía: “Así será hecho”. Lorenzo nada comprendió entonces. Pero ahora, ¿hay cosa más clara? Baldomero Lonquimay iba a ir, una semana después, por primera vez a La Cantera. ¿El símbolo en la mano? Pues, el globo de cristal. Siempre Desiderio Longotoma usa de alguien para conseguir sus fines. En efecto, aquél estuvo tres días en el fundo. ¿Iba con el globo? Lorenzo no puede asegurarlo –aunque lo cree a pie juntillas– pues, fuera de las horas de sueño y de las horas de las comidas, en las que el huésped no pronunció palabra, pasó éste solo, de pie, inmóvil sobre lo alto de una colina, los ojos en lontananza y bufando como un toro. Luego..., estuvo de acuerdo conmigo: algunos se marchan, otros se desprecupan, todos olvidan, no pocos mueren... Y el globo quedó allí.

Cierta vez conversamos con Rosendo. Rio de buena gana ante ambas versiones. Nos dijo:

–No hay tal. Yo os lo explicaré. Olvidáis a un importante personaje en este asunto: a aquella vieja loca que iba de casa en casa reclamando la cancelación de quiméricas sumas que se le debían. ¿Recordáis? Un par de pesos, al uno; tres o cuatro pesos, al otro... Entre ceja y ceja se le metía ver un deudor en tal o cual y vamos molestándole día y noche. Olvidáis que tu tío, Onofre, fue su víctima antes de su viaje a Antofagasta y que, al regresar, fue visto en la estación por la maldita vieja. Por fin olvidas tú –me designó– a tu empleada, la otra vieja, la Petronila, que creía cuanto la loca alegaba y que tenía santa aversión y santo temor por los cachivaches del bueno de don José Pedro. La cosa ha sucedido del modo siguiente: La loca se ha presentado, después de los funerales, cobrando algo; la Petronila la ha escuchado y se ha dicho: “Bueno, si el finado debía, que pague; ¿dinero?; no lo hay; pues que pague con algo suyo”. Y para terminar con este engorro y para verse, al mismo tiempo, libre de algo con cariz diabólico, le ha entregado el globo a la loca. ¿Qué hace ésta? Lo que hacía con todo: empeñarlo... que, en el fondo, era más borracha que alienada. Amigos, olvidáis aún a un tercer personaje: al viejo anticuario de la calle San Diego. Una vez por mes recorría las agencias a la caza de objetos que pudiesen ser del agrado de sus clientes. Amigos, olvidáis a un cuarto personaje, cosa inaudita en ti, Lorenzo: tu tía Ramona. ¡Recuerda! Durante todo aquel tiempo, tu tía Ramona gastaba el sobrante de su renta –que no era poca– en hacer regalos excéntricos. Sin ir más lejos, a mí me regaló una manito para rascarse que, según ella, databa del siglo xv. Pues bien: 1º) la tía Ramona se proveía principalmente donde los anticuarios y, entre éstos, principalmente en el de la calle San Diego; 2º) cierto día en que me hallaba en La Cantera, oí a tu tía decirle a tu padre: “Hermano, ¡qué fantástico regalo te voy a hacer!”, y vi que con ambas manos hacía un gesto circular como quien acariciase una bola, y luego un gesto plano bajo esa bola. Resumen: el globo de cristal con base de caoba. La cosa es clara como el agua: el tío José Pedro; la Petronila; la loca; la agencia; el anticuario; la tía Ramona; tu padre, Lorenzo; el fundo de La Cantera. Y no hay más. En cuanto a lo que siguió, por cierto que estoy de acuerdo con vosotros: se marchan algunos, se desprecupan otros, olvidan todos y no pocos mueren... Tal fue, mis queridos amigos, el viaje que emprendió el globo de cristal.

Guni, éramos tres los que hablábamos del asunto y teníamos ya tres versiones. Un día, en el fundo, decidimos informarnos con la llavera. Le preguntamos si algo sabía sobre el objeto. Nos respondió:

–Desde el día en que llegué a La Cantera, siempre he visto ese globo, siempre.

Pues bien, la llavera llegó a La Cantera en 1912, es decir once años antes de la muerte de mi tío José Pedro...

No había más: ese globo era otro globo. Sin embargo en su base grabadas estaban las iniciales de mi tío tal cual las vimos en su casa en la época del ajedrez. Y luego Rosendo, siempre meticuloso, púsose a examinar las impresiones digitales que en él pudiese haber. Cosa extraña: aparte de las de Lorenzo, que lo había cogido hacía poco, no se hallaban más que las de mi tío, lo que pudimos verificar con su cédula de identidad que yo conservo en casa como un recuerdo suyo. Se diría que todas la demás personas, sea cual sea el viaje del objeto, lo hubiesen manipulado con guantes...

Consultamos entonces al mayordomo. Este buen hombre nos reveló la clave del caso: la llavera, años ha, fue acusada de encubridora de varios rateros: ella escondía lo que aquéllos robaban. Sorprendida, sufrió una crisis de nervios y desde entonces declaró ante cualquier objeto, que siempre allí lo había visto, que ese objeto ya estaba allí, en buenas cuentas que nada había llegado después de ella. Rosendo, siempre meticuloso, quiso cerciorarse de lo dicho por el mayordomo. Fue a Santiago, compró un cenicero de porcelana azul, lo llevó a La Cantera y lo puso tras una foto en la mesa del salón. Llamó a la llavera:

—¿Sabe usted de quién será este cenicero?

La otra respondió:

—Ha de ser del fundo, señor, porque desde el día en que llegué aquí, siempre lo he visto, siempre.

Bueno, Gumi, nadie sabe cómo el globo llegó. Pero todos sabemos que llegó, que allí está y que es el auténtico globo de cristal de mi tío José Pedro. Y es esto lo que importa.

Lorenzo está en la Bóveda, fijos los ojos en el globo surgido del baúl. ¡Qué silencio! Yo atisbo. Poco a poco voy siendo cogido por la esencia misma de la escena, o sea por lo allí pesante y viviente: Lorenzo. Poco a poco me identifico. Siento y sé lo que el otro siente y sabe. Yo estoy suspendido en un rincón junto al techo. Desde allí atisbo. Creo de pronto parecerme a una araña monstruosa. Pero no. A mí me absorben. Soy una resonancia de lo que ocurre abajo en el suelo. Una vaga voluptuosidad empieza a invadirme: es que una punzante voluptuosidad invade a Lorenzo. Los "diablitos" prometen aquí. Hay un sentido magnífico en la vida subterránea. Hay una intensa luminosidad en la mediatinta que envuelve y confunde las cosas. Hay algo que eleva en el acto de sumergirse. Lorenzo pensó de pronto:

"Hay una razón en la contradicción; la hay aun en el absurdo".

Esta última palabra le quedó como adherida a los tímpanos. Hay algo absurdo que planea por sobre todo esto y acaso lo gobierna. ¿Qué? Súbitamente ve y yo, desde mi telaraña, reconozco. Otra vez, mi tío José Pedro.

Este hombre toma un significado de que carece. Es una piedra angular en todos estos procesos y devenires sin ser nada ni nadie en cosa alguna relacionada con ellos. Es un vórtice misterioso e inconsciente adonde vienen a agruparse, a concentrarse ocultas fuerzas que luego, después, van a mover a otros seres, éstos sensibles y conscientes. Lorenzo pensó:

"Ese hombre es una cosa... O fue una cosa. Es igual pues aquí el tiempo no juega. Ese hombre tenía...; no; en ese hombre había el don de hacer estallar a distancia en el futuro".

Y recordó:

Todo lo que él llamaba *Pequeño Problema* se desató por fin gracias a una frase del viejo: "Juventud... ¡siempre serás la misma!". Y el viejo, al decirla, hallábase planetariamente distante del alcance, del efecto de ella. Él habló exclusivamente de que siempre a los

muchachos les ha gustado y les gustará beber algunas copas e ir por las calles haciendo ruido.

Y recordó a Rosendo en su tragedia con el opio, con la sombra del suicidio y, en medio de ella, reventando con años de retardo, otra frase del viejo: "El tiempo es elástico, jóvenes, muy elástico". Y esta frase determinó, pesó. ¡El hombre se había referido a tareas escolares...!

¿Y su muerte? Es a la inversa lo mismo. Es un contragolpe de su misterioso significado. Aquel loro condensó en sí todas las juergas, borracheras y desmanes de todo un grupo de calaveras. Ninguno de éstos sufrió ni nada tuvo que pagar. El loro castigó al anciano que apenas si sabía dónde se hallaba París.

Y ahora ha muerto. Hace tres años que está bajo tierra. Y se manifiesta. Su globo ha rebotado. Allí está.

Lorenzo se dijo que ese hombre fue como un árbol, como un árbol que un día orientó a una caravana perdida, salvándola... Y en esa caravana iban hombres que determinaron después grandes destinos.

Lorenzo sintió que aquello tenía que tener una misión, que había que indagar porque allí, ¡sí!, había una clave, una flecha indicadora.

Allí en ese globo tenía que aparecer un impulso para seres acosados por pasiones y decididos a fabricar sus destinos. En ese globo, ¡sí!, que perteneció al hombre de la nulidad y del vacío completos, al hombre de cuatro o cinco calles santiaguinas, al hombre que fue y volvió de Antofagasta, al hombre grave y carraspiendo..., al árbol.

Afuera caía la tarde. Toda la luz era de agua. El globo brillaba como una perla. Lorenzo sintió miedo. No supo por qué. Tal vez por mi presencia de araña invisible. Y ese miedo le fue dulce. Fue una voluptuosidad más, fue casi una embriaguez. Miedo y voluptuosidad se anudaron en la garganta. En otro mundo vino a convertirse todo aquello. Y tal vez la solución estaba allí en la perla.

Guni, Lorenzo *miró*.

## 26

Apenas respiré. Me pareció que la naturaleza entera había enmudecido. Sin embargo un grillo acompañó nuestra inmovilidad. Creo que un perro ladró una vez. Pero nada más; de esto estoy cierto, nada más.

Lorenzo, al mirar, hizo un pequeño movimiento. Su cabeza quedó entre el globo y mi vista, así es que el globo para mí se desvaneció.

Pasó un minuto.

Fue un minuto de vacío.

Luego sentí a mi alrededor y por encima, la presencia de un algo inmaterial y significativo.

Eran palabras que resonaban en permanencia.

Tenían un fondo común. No, no era un fondo. Era algo que las envolvía, las penetraba. Una sensación suspendida sobre mí. ¿Cómo traducírsela? Voy a escribir:

"¡Paz! ¡Segundo de Baldomero Lonquimay!".

"¡Horror a la paz masturbatoria!".

"¡La vida está más allá del tubo y del murciélago!".

"¡Los hombres atacan cuando uno intenta vivir con ellos!".

Sobre todo eso, reunido en un total único y uniforme, aquellas palabras en permanencia resonaban cristalinas, simultáneas. Óigalas:

"-¡Júralo! ¿Jamás una añoranza?

"-Con franqueza diré que lo ignoro. ¿Añorar? No. No lo creo. Una añoranza se sabe, llena la mente, y la mía, en este sentido, está hueca. Hueca... Hay un hueco que no preciso. Hay un hueco...

"-...que llenar.

"-¿Y con qué?

"-Un hueco, un hueco... Ya veremos con qué.

"-Ya lo verás tú. ¿Yo? ¡Qué diablos! Yo no soy ni intelectual ni talentoso para ponerme a llenar huecos del cerebro.

"-¿Por qué justamente esas palabras: 'intelectual', 'talentoso'?

"-Porque lo que a otras cosas puede referirse, créeme, está lleno.

"-Un hueco que llenar... Un hueco que llenar...".

Al mismo tiempo todo eso -lo que le he traducido y estas últimas palabras- lo sentí como algo que me era totalmente ajeno. Era algo que yo sabía mas no algo mío; algo para lo cual yo adquiriría una momentánea receptibilidad mas que emanaba de otro centro. Y esta receptibilidad me era posible porque todo ello se había desprendido de ese su centro haciéndose accesible a un extraño.

Creo que pronto comprendí lo que ocurría:

Lorenzo había dejado de pensar. En él habían quedado "abolidas todas sus percepciones". Recordé aquel croquis que mostraba a cuanto constituye nuestra vigilia yéndose a tierra a través de un globo. Pensé que Lorenzo había hecho un acto de voluntad para implantar en él el vacío y que este vacío se llenaba ahora con la solución buscada. Luego me dije que aquello que flotaba sobre mí -esas palabras resonantes, eso que las envolvía- era el total de sus preocupaciones actuales. ¿Por qué ellas no habían ido a tierra? ¿Por qué estaban más alto que el techo mismo de nuestra Bóveda? "El grillo", pensé; "no les ha dejado paso". Entonces mi cabeza había obrado sobre ellas como un imán.

Pasaban los minutos.

Lorenzo seguía inmóvil. El globo, oculto por su cabellera.

De pronto se inclinó sobre un costado: un segundo apenas. Volvió a su primera pose: apenas otro segundo. Y se levantó.

En ese primer segundo tuve una sensación y una visión: la sensación de que aquello que había estado sobre mi cabeza caía, se precipitaba y se reencarnaba en el hombre de abajo; la visión casi instantánea del globo, brillante, y dentro de él algo como un rostro humano que se diluía y se borraba.

En el otro segundo me sentí ser yo mismo y sólo el deseo de bajar de mi altura me asaltó.

Lorenzo se alejó. Bajé. Salí.

-Me marchó a Santiago -díjele a mi amigo.

-Vuelve la semana próxima -me respondió-. Rosendo ha de venir también.

En efecto, a la semana siguiente ambos volvíamos a La Cantera.

## Navidad

Fue aquí en La Torcaza una bonita fiesta, muy sencilla. Primeramente en la Escuela del fundo los niños representaron y declamaron. Tomaron grandes tazas de chocolate. Luego vinieron al salón de las casas. Todas las ventanas, cerradas. Un árbol de Pascua y mil ramas del pino del jardín. El suelo, cubierto de flores y juguetes. Y por todas partes, velitas y más velitas de color encendidas. ¡Qué ojitos de estupor! Y en varias personas grandes, ojos humedecidos.

No pude separar mi recuerdo de un chico de cuatro años que está allá en Francia, en la zona ocupada, mientras su madre está en la zona libre, sin posibilidades de acercarse a él.

"Noche Buena" llaman a esto.

Volvió la calma a las casas. Se alejaban por los caminos cornetas y chicharras. Yo volví al salón ahora oscuro y desierto. Tantas ramas, flores y velas quemadas habían llenado la atmósfera de un penetrante olor a capilla ardiente. Me senté en el sofá del rincón, frente al piano, ese sofá de arpillera parda. Pronto mis pensamientos se fueron hacia aquellos años de mi amistad con Lorenzo y con Rosendo, cuando el bueno de mi tío José Pedro ocupaba nuestra atención. Cosa natural, por lo demás, pues, hasta la hora de la fiesta en la Escuela, había pasado aquí en mi escritorio copiando a máquina las últimas páginas de mi carta a usted. Luego pensé que hay destinos curiosos, no sólo para los seres sino aun para las cosas. Prueba de ello, el destino del globo de cristal y el del loro de Tabatinga; de ese globo que fue siempre cosa, y de ese loro que fue ser primero y cosa después. Me dije: "Dos desapariciones". Luego añadí: "Tres desapariciones". Agregué a las dos primeras la de una facultad mía. Pero vamos por partes:

El pájaro verde desapareció cuando me mudé a la calle Loreto, meses después de la tragedia y de mi separación de Isabel. Puedo asegurar que lo vi salir en el carro de mudanzas junto con mis muebles y demás objetos. Todo llegó a destinación salvo el loro. La honradez de la empresa que hizo mi traslado como la de sus empleados —que conocía yo personalmente— es una honradez a toda prueba. En un trayecto de nueve cuabras, el ave se hizo humo para siempre, con pedestal de ébano y con todo.

El globo de cristal... A la semana siguiente de mi último relato (el N<sup>o</sup> 26), cuando volví con Rosendo a La Cantera, el globo allí estaba sobre el viejo baúl. Es decir, estaba el día de nuestra llegada. Al otro día por la mañana, había desaparecido... hasta hoy. ¿Cómo? Misterio. Y más misterioso es el hecho de que esa misma tarde, removiendo trastos en la Bóveda —pues Lorenzo quería instalar en ella su gabinete de trabajo—, bajo una cómoda arrumbada encontramos el pedestal de caoba con las iniciales de mi tío. Pero del globo... nada. Ni siquiera trocitos rotos de cristal, ¡nada!

Cuanto a la desaparición de una facultad mía puedo, Guni, contarle lo siguiente:

En ese sofá pardo del salón recordaba hoy por la tarde la escena de hace ya más de quince años cuando Lorenzo se concentraba frente al cristal y yo desde el techo lo atisbaba. De lo que en ese momento ocurrió le di a usted una explicación: mi amigo había abolido sus percepciones, el grillo-guardián había defendido la tierra, mi cerebro había sido un imán, etcétera. ¿Recuerda? Así pensé en aquella época. Pero luego creí más acertado —¿por qué?; en verdad no hay una razón convincente— decir que existe en nosotros la facultad de trasladarnos a otros seres y aun a otras cosas, compenetrarse en ellos y *sentir lo que son*. No son pocos los que sostienen que el acto de conocer, de conocer verdadera-

mente, es tan sólo un acto de esta índole. ¡Cuántas veces, ante ciertas personas, usted ha sido como tomada por ellas, arrancada de usted misma y arrastrada súbita e implacablemente en el torbellino ajeno! Usted las ha sentido con una plenitud certera, las ha conocido. Esas miradas horizontales tienen mucho de esto. Las verticales vendrían a ser el otro modo de conocer, estudiando, clasificando, entendiendo. ¡Cuántas veces al entrar a una casa o a un edificio cualquiera ha sentido usted lo mismo –sobre todo si es un edificio viejo; ignoro por qué razón–, ha sentido que su significado último, su más profunda causa de existir, su alma, si usted quiere, se ha revelado a la suya!

Hoy por la tarde me decía que esta facultad había desaparecido en mí. Guardaba siempre la de poder mirar horizontalmente pero a ésta la consideraba sólo como parte de aquella. Según mis recuerdos habíase manifestado por última vez en esa tarde del verano de 1926. ¿Antes? En fin, lo de antes vendrá tal vez en el curso de mi carta. Ahora –seguí diciéndome– pienso a los demás, es decir, dejo que ellos resuenen libremente en mí y esa resonancia –que forzosamente tiene de ambos, del que da y del que recibe– es lo que de ellos y por ellos siento. Es diferente a *ser* otro individuo u otra cosa.

Súbitamente recordé una escena:

Hace ya algo más de un año. Era de noche, muy tarde. Todo el mundo se había recogido. Antes de hacer otro tanto, salí por el corredor interior. Vi un vago resplandor en la puerta del salón. Entré. Usted estaba allí completamente sola y sentada en el mismo sitio en que hoy me hallaba yo. A su lado brillaba la luz de una vela única. Me senté frente a usted. Nos pusimos a conversar. Usted me habló de ciertas molestias que había sufrido con ciertos amigos. Mientras me las refería y mientras yo seguía su relato con frases sueltas pero adecuadas, recordé que yo –al verla a usted vestida de amarillo en el sofá de arpillera parda, sobre el suelo de tablas enceradas y alumbrada por la llama de la vela cuya luz aun en los muros blancos tomaba un matiz cobrizo–, recordé que me había dicho: “Armonía en pardo y oro”.

Estas palabras, como si hubiesen sido mágicas, me habían llevado a Escocia, a un pueblito escocés, Oban, en donde, hace muchos años, estuve con un gran amigo, muerto ya, el pintor José Backhaus. Por el día excursionábamos. Por las noches, en el saloncito de nuestro pequeño hotel, no reuníamos con los otros huéspedes. Mi amigo, una vez, vio allí una armonía en rojo y ocre: el tapiz del piano color púrpura, el empapelado granate, unas flores amarillentas, una niña vestida de un tono siena tostado con cintas color crema. La niña posó. Backhaus pintaba con una pequeña caja: una mancha. Los demás charlaban o jugaban. Backhaus pintaba y hablaba de Whistler, para él el maestro de las armonías, “...armonía en verde y rosa, en azul y plata, en rosa y gris, en gris y negro, en negro y oro, en coral y azul...”, nos explicaba a la niña inmóvil y a mí.

Así evocaba yo mientras usted seguía contándome sus malandanzas. A veces le interrumpía, a veces le interrogaba o aprobaba. Pero, en el fondo, continuaba con el hotelito de Oban y continuaba diciéndome: “Ella es el oro, el resto es el pardo, la vela es la armonía...”. Le ofrecí un cinzano de una botella a medio vaciar que había junto a la vela. Usted aceptó. Me fui a acostar.

Hoy, pues, recordé lo que aquella noche había recordado. Tuve que sonreírme: era usted entonces para mí, era todavía, o una nota de color o no era nada...

Hoy volví a recordar las armonías de color, Escocia, Europa, Francia, el chico de cuatro años, su madre. Y me dije que así recordaba porque hace algo más de un año, una noche, estuvo usted sentada exactamente en el mismo sitio en que ahora me hallaba yo.

Es algo extraño verificar que uno se halla en el mismo sitio, exactamente en el mismo,

que otra persona. Ocupábamos el mismo sitio. A través de mi cráneo, compenetrándolo, estaba el suyo. Su cuerpo, en mi cuerpo. Claramente percibía todas sus células tejidas en las mías. Y el correr de su sangre corriendo en mí. No sabría explicarle qué clase de sensación experimentaba. Por el cuerpo entero era acaso dulce. Pero dentro del cráneo era... la mejor palabra que encuentro es "inquietante". Porque yo pensaba dentro de usted y usted pensaba dentro de mí. Aquello se turbaba. Vagamente me representé que, cuando usted estuvo sentada allí, yo me hallaba en esa silla, al frente. Me proyecté entonces hacia la silla vacía —quedando, por cierto, inmóvil en el sofá, en usted. No creo que todo esto haya durado más de tres o cuatro segundos. Al proyectarme y sentirme —y acaso verme— en la silla, súbitamente supe que un esfuerzo más, uno solo y... todo su ser, su cráneo coincidiendo en la silueta de lo mío —"silueta" digo porque yo, cotidiano y lerdo, había pasado a la silla—, todo lo mío entrelazado, incorporado en lo suyo... supe que *podría ser usted*.

¡No! Sacudí la cabeza, me distraje.

Un verdadero pavor me cogió ante la posibilidad de llevar a buen fin ese esfuerzo. Mas, por otro lado, sentí una buena satisfacción: la tercera desaparición no era tal; la facultad no se había perdido; allí estaba latente.

Salí del salón a los corredores. Brillaban ya varias luces.

"Uno de los tres desaparecidos", me dije, "se ha presentado y lo ha hecho en forma extraña e inesperada. Falta ahora que otro tanto hagan los otros dos: un globo y un loro, repentinamente y extrañísimos...".

¿Qué importaría? Lo único que me importaba era ese momento perturbador en que formé parte viviente de *su* armonía en pardo y oro.

Guni, de este modo estuve con usted en esta Navidad.

## 28

Año Nuevo.

Guni, vamos a esperar juntos el año de 1942.

Vamos a ir al teatro.

Tengo tres butacas reservadas. Iremos ambos e invitaremos a Viterbo Papudo. ¿Qué le parece? El programa anuncia una pieza, de autor desconocido, intitulada:

### P A C T O

El programa agrega:

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPILOGO

DOS PERSONAJES PARLANTES

UN PERSONAJE MUDO

UN PICAFLOR

UN TENOR

Sentémonos.

Teatro lleno, de bote a bote. Entre el público, en un rincón, está Desiderio Longotoma. Seguramente hay más conocidos nuestros. El telón es de color frutilla. Hay un permanente murmullo de voces sobre el que se destaca, a intervalos regulares, la risilla del amigo citado. La sala ha sido perfumada con esencia de piñas. Bájanse las luces. Brillan las candelijas. Cesan el murmullo y la risilla. Se abre el telón.

Silencio.

#### PRIMER ACTO

Época actual. La escena representa una lóbrega habitación de techo bajo. Todos los muros son grises. Los laterales no tienen ni puertas ni ventanas. El del fondo tiene dos ventanitas. Por la de la derecha, cerrada con cristales, se divisa un paisaje de carácter acuático, inmóvil, sobre el que cae monótonamente la nieve. Por la de la izquierda, abierta, divisase también un paisaje de carácter acuático mas lleno de movimiento y de rayos de sol. El techo, de vigas pandeadas, es de nogal. No hay lámpara alguna ni nada cuelga de él. El piso es de estera. Al centro, una gran mesa sin nada encima. De cada lado, una silla. Tras la mesa, junto al muro del fondo y entre ambas ventanitas, un enorme globo de cristal de 75 centímetros de diámetro, dentro del cual vuela, permanentemente y en silencio, un *picaflor*. De cuando en cuando golpea con su pico las paredes de su prisión produciendo un pequeño ruido seco. En el ángulo del fondo, a la derecha, cerca de la ventanita nevada, arde una salamandra. En el ángulo del fondo, a la izquierda, cerca de la ventanita soleada, gira un ventilador. En toda la parte de la derecha hace un frío glacial, pues es invierno. En toda la parte de la izquierda hace un calor sofocante, pues es verano. Al correrse el telón, la escena está vacía. Sólo vuela el *picaflor*. Pasado un minuto, golpea con el pico. Acto continuo atraviesa el muro de la derecha un personaje llamado *Lorenzo*. Lleva sombrero de paño, gabán, bufanda y guantes. Se sienta junto a la mesa en la silla más próxima. Pasa otro minuto. Vuelve el *picaflor* a golpear. El muro de la izquierda es atravesado entonces por otro personaje, llamado *Rosendo*. No lleva sombrero, viste traje de brin claro con camisa de cuello abierto y zapatos de lona. Se sienta frente al anterior. Pasa otro minuto. Vuelve el *picaflor* a golpear. Sobre el globo de cristal y quedando como adherido al muro del fondo, entre ambas ventanitas, aparece un personaje *mudo* de rostro de cera. Es de una faz alargada y extremadamente pálida. Algunas mechas de pelo cuelgan de su cráneo. Los ojos, cerrados, apenas se marcan. La nariz es aguileña. La boca ha desaparecido. Su nuca está envuelta por una especie de sudario negro que se anuda bajo la barba y cae en largos pliegues pegándose más y más al muro hasta confundirse con él en un neutro tono gris. Pasa otro minuto de silencio. El *picaflor*, que ha seguido volando en su globo picotea por cuarta vez y reanuda su vuelo veloz y callado.

LORENZO (con todas sus prendas de vestir e inclinado sobre la mesa).

—Bienvenido seas.

ROSENDO (el rostro alerta y despejado; el brazo derecho afirmado sobre el respaldo de su silla).

—Te saludo y ¡a tus órdenes!

LORENZO

—Bienvenido seas. Ojalá seas el bienvenido. Ojalá seas la vida que palpita, incesantemente, sin pensarse. Ojalá seas más allá de todos los laboratorios humanos.

ROSENDO

—Te saludo y escucho.

LORENZO

—Yo voy más allá de los hombres y me encamino hacia las que fueron las causas primeras y hacia las que han de ser las últimas. Tal soy y por mi voluntad lo soy.

ROSENDO

¡Alabado seas, ejemplar de individuo feliz!

LORENZO

—¡Alto ahí! Hoy sólo estoy en el umbral de la felicidad. Hacia atrás está la desdicha de haber sido arrojado por los hombres de su seno; y entonces no imperaba aún en mí la voluntad de ser quien soy. Hacia adelante es lo incierto: o es la intensidad máxima con esas causas primeras y últimas, o es el vacío absoluto.

ROSENDO (incrédulo).

—¿Arrojado por los hombres de su seno...?

LORENZO

—Sí. Que a mi reclusión llegaron echando un olor pestífero que me obligó a escapar y caer entre ellos. Entonces me obligaron a actuar clavándome el fracaso ante cualquier actuación mía. Me encontré solo en una esquina desierta. Aquel hedor no pasaba.

ROSENDO

—¿Debo entender que hablas en alegorías?

LORENZO

—No. Hablo en apretado compendio.

ROSENDO (incrédulo).

—¿Intensidad o vacío...?

LORENZO

—Calla. No intentes conocer con preguntas que, lógicamente, acarrearán sólo palabras. Abre tus ojos y ve.

ROSENDO

—Abiertos están.

Del centro de la mesa, como un humo, se levanta y crece un tubo en miniatura —de no más de 1 metro 80 de altura— de color gris negro aunque transparente. Dentro un murciélago —de  $\frac{1}{4}$  del tamaño natural— gira enloquecido. Fuera aparecen siete mujeres que, de acuerdo con el porte del tubo, tienen unos 40 centímetros de estatura. Van elegantemente ataviadas; son hermosísimas; cogidas de las manos, danzan con frenesí. Desde el globo de cristal el picaflor, golpeando, llévalas el compás. Al centro del tubo, sobre la mesa, se forma un trozo de carbón. Poco a poco este carbón adquiere la silueta de un hombre —de no más de 20 centímetros de estatura— con gabán y sombrero negros. Marcha, cruza la pared de humo del tubo y sale a la mesa. Acto continuo las mujeres cesan su danza y se arrojan a puntapiés contra el hombrecito, mientras varios dudosos tipos de gorra, súbitamente surgidos de la nada, lo acometen a garrotazos. Ahora el picaflor gira enloquecido. El murciélago, con las alas abiertas, se detiene y chirrea.

Lorenzo no se ha movido. Rosendo contempla abismado y sonriente.

El tubo con todos sus personajes desaparece de pronto. La escena no ha durado más de 3 minutos.

Mientras lo anterior ocurre, siento que me cogen suavemente del brazo y que algo me murmuran al oído. Presto atención.

GUNI

—Quiero que me explique usted una cosa: ¿Por qué razón ese hombrecito, esas siete

mujeres, los tipos de gorra y el murciélago no figuran en el programa con los demás personajes?

*Yo*

-¡Hijita! ¡Porque no son personajes! Todo esto que usted ve es una evocación de Lorenzo que, gracias a su fuerza mental, proyecta sobre la mesa y la hace visible a Rosendo y a nosotros público. Que como dicha fuerza le hubiese fallado, nada estaríamos viendo.

*GUNI*

-¿Y qué habría resultado entonces de la comedia?

*Yo*

-Un fracaso.

*GUNI*

-¡Bonito fin de año habríamos tenido...!

*Yo*

-Pésimo fin de año, por cierto. Pero, en fin, la cosa ha resultado.

*GUNI*

-Algo equívoco me está pareciendo cuanto veo.

*Yo*

-No hable más.

*VITERBO PAPUDO* (que, sin duda, ha oído nuestro diálogo).

-¡¡Estúpido todo esto!!

*DESIDERIO LONGOTOMA* (desde su rincón).

-¡¡Estupendo!!

*EL PÚBLICO*

-¡Schcht...!

*LORENZO*

-Ya lo has visto. ¿Qué puedo hacer ante el mundo?

*ROSENDO*

-Ante el mundo que añoras..., ¿verdad?

*LORENZO*

-No justamente. Ante el mundo que necesito.

*ROSENDO*

-Me extrañas pues yo te creía un hombre más allá de todo mundo, más allá del bien y del mal, en fin, más allá de todo cuanto pueda existir más acá. Te creía como me han dicho que fue un gran filósofo, Kant o Comte, que vivió siempre recluido en su gabinete y sus meditaciones.

*LORENZO*

-Kant.

*ROSENDO*

-Eso es, Kant. Me han dicho que una sola vez salió de su casa y ello fue cuando supo la declaración de la Guerra Europea.

*LORENZO*

-No. Cuando supo el estallido de la Revolución Francesa.

*ROSENDO*

-Es igual. Lo que me importa saber es si tú eres o no eres como Comte.

*LORENZO*

-Kant.

ROSENDO

–Perdón, Kant. ¿Lo eres o no?

LORENZO

–Escucha. Vas a proceder a un experimento mental.

ROSENDO

–A tus órdenes.

LORENZO

–Cierra los ojos e imagínate a mí. ¿Estás? Ahora divídeme en dos. Hay dos yo. A uno de ellos revístelo tal como te figuras al gran filósofo en cuestión. Al otro atavíalo como a un santo y llámalo san Antonio. ¿Listo?

ROSENDO

–Listo.

LORENZO

–Ahora bien, a ése que es el filósofo, para que realmente sea yo –como de verdad lo es–, quítale diez y nueve vigésimos de su talento dejándolo con tan sólo un vigésimo. ¿Qué te resulta de tu gran filósofo?

ROSENDO

–¡Pobrecillo! ¡Que me da pena mirarlo!

LORENZO

–Bien. Ahora al san Antonio acósalo de formidables tentaciones. ¿Qué hace el buen santo?

ROSENDO

–Hombre, se defiende, implora a la Santísima Virgen, llama al Sumo Hacedor.

LORENZO

–Pues bien, quítale ahora toda posibilidad de defensa, quítale su Virgen Santísima y su Hacedor Supremo. ¿Qué hace el buen santo?

ROSENDO

–Hombre, me mira perplejo, me interroga con los ojos, se ve que no comprende lo que con él se quiere.

LORENZO

–Muy bien. Hazle saber ahora eso justamente, lo que con él se quiere.

ROSENDO

–A tus órdenes. Indícamelo.

LORENZO

–Hazle saber que es un nuevo tipo de san Antonio para quien ninguna tentación lleva en su realización el pecado. Hazle saber que, muy por el contrario, ceder a ellas es el deber, es tocar la fuente de vida. Es el deber amar, engañar, abandonar, traicionar. Es el deber violar. Es el deber experimentarlo todo en todas las regiones de la sensación y la ebullición del cerebro. Es el pecado no hacerlo, retroceder, y este pecado se castigará como el pecado de cobardía y negligencia.

ROSENDO

–Hecho está. El santo ríe, se frota las manos. Se ha arremangado la sotana y se dispone a dar pronto cumplimiento a su nueva misión. ¡Ahora! Se ha puesto en marcha...

LORENZO

–¡Deténlo, Rosendo, deténlo! ¿Pero que no sabes que soy yo?

ROSENDO

-Sí lo sé. Eres tú, Lorenzo. Por eso mismo, ¡adelante!

LORENZO

-¿Quiere decir entonces que has olvidado lo del tubo de humo?

ROSENDO

-Comprendo. Detente, san Antonio. Comprendo. A ti, si vas... te aniquilan. Comprendo pero ¿qué hacer?

LORENZO

-¡¡Anda tú!!

(Lorenzo, al pronunciar estas últimas palabras, ha alzado ligeramente la cabeza y mira a Rosendo por bajo el ala de su sombrero. Rosendo tiene un movimiento brusco, casi un sobresalto y mira atónito a su interlocutor. Un largo silencio).

EL PICAFLOR

(Se detiene en lo alto del globo).

EL PERSONAJE MUDO

(Durante el silencio se inclina hacia la mesa lentamente y sólo unos pocos centímetros. Vuelve a su posición primera y repite la inclinación con mayor amplitud y fuerza. Otra y otra vez más. Es como una oscilación del muro a la mesa. Ahora casi cae sobre ésta. Lorenzo y Rosendo no lo ven ni se percatan de su presencia. Por una corriente mental que sale del escenario e inunda todas las mentes de los espectadores, éstos, sin excepción, sienten que si el cadavérico personaje se desploma, la mesa se partirá en dos, medio a medio, hundiéndose por el centro y levantándose por las cabezas. Ambos amigos serán entonces proyectados hacia arriba y chocarán en lo alto con sus frentes matándose, de seguro, instantáneamente. La comedia se interrumpirá y en su sitio, ¡una doble tragedia! La emoción del público es enorme. A cada caída del personaje mudo, los hombres lanzan un "¡oh!" de espanto; las damas, un "¡ih!" casi histérico).

ROSENDO

-¿Yo? ¿Por qué yo?

LORENZO

-Porque eres joven y audaz, porque amas la vida, porque quieres amarla ¡en todos sus aspectos!

EL PERSONAJE MUDO

(Vuelve a su posición primera y se inmoviliza devolviendo la tranquilidad al público).

EL PICAFLOR

(Reanuda su vuelo veloz y silencioso).

ROSENDO

-Comprendo. Y tú, en cambio -según tu opinión; no la mía-, eres una amalgama de filósofo sin talento y de santo al revés. Pero a mí, ¿puedo preguntarte cómo me ves, cómo me concibes para enviarme a la realización total del no-pecado?

LORENZO

-Escucha y entiéndeme, por piedad.

ROSENDO

-Habla, que ya te entenderé.

LORENZO

-Rosendo, en una ocasión yo oí tu voz. Fue pocos días después del fallecimiento de ese hombre bueno que todos conocimos y que, por cariño, llamábamos "tío". En un bar

cualquiera me relataste su horrible muerte. Oí tu voz. Era un voz pausada y serena. Sin embargo, relatabas algo en que fuiste, hasta cierto punto, un cómplice.

ROSENDO

-¡Un cómplice! ¿Yo? ¿Es que deliras?

LORENZO

-No. Lo fuiste porque fácil te habría sido acabar con el avechucho aquel y no lo hiciste. Te preguntaban si eras tú "el señor Rosendo" y entonces, en vez de defender al noble anciano, dejabas tu deber de lado para dar paso a tu finísima cortesía: "Servidor de usted", respondías.

ROSENDO

-La cortesía y yo somos una misma cosa. No puede haber mal alguno cuando se es cortés. No puede, por ende, haber complicidad.

LORENZO

-¡Oh, Rosendo! Eres tú, cada vez más, el hombre que necesito. El hombre que me complementa... Pues, escucha: ¿te imaginas si yo hubiese sido el testigo de aquella fatal escena? ¡Qué cortesía ni qué nada! La cortesía ya no anida en mi pecho. Y sin ella no cabe posibilidad de circular por el mundo. Pues si engañas y violas y traicionas de modo poco cortés, te parten la crisma. Es lo que a mí me ocurriría. Si todo eso se hace cortésmente, se perdona y hasta se alaba. Es lo que a ti te ha ocurrido y siempre te ocurrirá. ¡Eres el hombre!

ROSENDO

-Nunca había considerado las cosas de tal manera. Muy curioso tu modo de ver.

LORENZO

-Muy exacto, querrás decir. Y luego... ¡Cuán bien lo recuerdo! Tras de cada picotazo tu atención se alejaba de los sufrimientos espantosos del misero viejo, tus oídos olvidaban sus gritos de agonía. Tu atención, Rosendo, se concentraba en ¡el espectáculo!

ROSENDO

-Tal vez tengas razón. Primer picotazo: es la lava de un volcán que sale, crece, se infla y derrama.

LORENZO

-¿Y ante el segundo picotazo?

ROSENDO

-Más lava aún.

LORENZO

-¿Y ante el tercero?

ROSENDO

-Los ágiles guarisapos que pueblan los pantanos...; una bolita de marfil...; una telaraña iluminada y volando.

LORENZO

-¿Y ante el cuarto?

ROSENDO

-Un triángulo pasmoso.

LORENZO

-¿Y ante el quinto?

ROSENDO

-Un topacio...; un tambor...; diez lágrimas de sudor.

LORENZO

-¿Y ante el sexto?

ROSENDO

-¡Hombre! No hubo un sexto picotazo. Ahí, tras el quinto, el buen tío falleció.

LORENZO

-¡Magnífico! Lo recuerdas todo de modo admirable. Eres el espectador perfecto, eres el hombre que resbala, el hombre de la vida. Y para cancelar tu deuda -¡pues pudiste haber acabado con el maldito avechucho!- Te es suficiente cada 9 de febrero -su triste aniversario-, decirte que tal día es día de recogimiento ¡Magnífico! ¡Portentoso!

ROSENDO

-Lorenzo, me haces verme de nuevo, me haces sorprenderme ante mí mismo. Si yo soy, y no tú, la excepción, quiere decir que estoy hecho para ir, que debo lanzarme.

LORENZO

-¿Cómo puedes vacilar? Recuerda ahora tu época de opiómano, recuerda hasta qué punto el vicio hizo de ti su presa. Responde una vez más: ¿Cómo lo dejaste?

ROSENDO

-No lo sé a punto fijo. Un buen día, una noche de juerga... No volví a fumar.

LORENZO

-Piensa si yo me entregase a las pipas cotidianas: no habrían fuerzas en el universo entero que me arrancasen de ellas. Tú... ¡un buen día! Tú pasas. Yo me quedo. Tú flotas. Yo me hundo. Tú vas de juerga cuantas veces se te antoja. Yo tiemblo al transpasar la puerta de un bar. Tú amas, gozas y olvidas. Yo palidezco ante el temor de las garras de una mujer. Tú puedes. Yo, no. Porque soy un atado de pasiones. Y las pasiones no viven, no se desenvuelven, ¡no! Las pasiones, como serpientes, se enroscan sobre sí mismas. Tú, en cambio, eres una sensible y finísima máquina para vivir.

ROSENDO

-Todo lo temes, entonces.

LORENZO

-Porque sé quien soy. Y no quiero convertirme en una serpiente. Quiero, a mi vez, ir, lanzarme. Mas por la vía por mí escogida: la creación con los elementos vivos de la existencia, esos elementos que me son vedados. Escucha: conocí una vez a una mujer: Lumba Corintia. ¿Qué hubo entre ella y yo? Nada o, si prefieres, casi nada. Un flirt, un pequeño flirt alegre, me atrevería a decir divertido. Todo ello es hoy día para mí sólo un recuerdo vago y placentero. Sin embargo, siento que hay allí un imán implacable. Créeme: tengo miedo ante esas dos palabras: Lumba Corintia...

ROSENDO

-Yo no temo a las mujeres ni a las drogas ni a nada. No obstante...

LORENZO

-¿Qué?

ROSENDO

-No obstante siento que nada vivo, que estoy y sigo vegetando. Pues he de confesarte: no creo que haya sensación tan deprimente como la que sigue a un intenso momento de vida. Es el terrible "día siguiente" de todo vicioso ¿Será acaso el contraste de tanta vivencia con la mezquina vivencia cotidiana? Si así es, el recuerdo de mi pasado vibrante y lleno de emociones es lo que hoy me ha de hacer sentir que, aunque volviera a una existencia

desbordada, seguiría viendo gris y pensando que vegeto en la nada. Como te digo, creo que esto ha de ser ese mal que va paso a paso con el vicio, ese mal que, te repito, llamo yo "día siguiente", y otros llaman "horror al alba".

LORENZO

-Tal vez. Pero ello me parece un poco... primer plano. Vamos más a fondo ante ese mal, tratemos de tocar sus raíces.

ROSENDO

-Si quieres, vamos.

LORENZO

-Pones tú el acento con demasiada fuerza en la sensación y en la emoción. Anoche tuviste sensaciones intensas, anoche ellas te llevaron hasta la alta emoción. Hoy es el día, el suceder organizado. Quisieras vibrar aún, como horas antes. Pero en lo organizado queda excluida tanta vibración que desorganiza...; oye, que desorganiza los muros, los techos, los sólidos espesos para dejar a la vista extenderse por ámbitos de transparencia y de aire titilando. Y añoras. Añoras sentir, vivir en las sorpresas de la emoción. ¿No es así tu creer?

ROSENDO

-Tal es mi creer.

LORENZO

-Rosendo, puede ser que haya algo más.

ROSENDO

-¿Y ello sería?

LORENZO

-¡El deber! No hay sensación más deprimente que la del incumplimiento del deber. El deber es dar. Es comunicar. Es prodigar. No hacerlo es deprimente porque las puertas hacia los demás se cierran. Entonces la soledad avanza. La soledad rodea y es el aislamiento. Cesa el intercambio. Cesa la descarga, cesa la carga. Concentra tu mente en este único punto: "la absoluta carencia de intercambio". Tú, solo, solo, solo. Tú, paralizado. La quietud. Nada se mueve. Es el frío. Secándote te hielas. Claro está: añoras entonces. Añoras el fuego. ¡Esa dulce tibieza o ese intenso calor de los demás! Único remedio: dar.

ROSENDO

-Para dar hay, en general, que tener. En este caso particular, retener. Y no se retiene. Todo lo visto, lo sentido, todas esas vías que llevaron a la emoción, se han ido al día siguiente, han huido junto con mostrarse el alba horrible. ¡Si esto lo sabe hasta un niño!

LORENZO

-¿Es decir?

ROSENDO

-La cabeza se ha vaciado.

LORENZO

-Es el mal. La cabeza jamás debe vaciarse en un alba. No es su ruta. Debe vaciarse en una obra.

ROSENDO

-Yo ignoro ese mundo. Diré, si quieres, que no sé dar. ¡Qué hacerle! No soy ni seré nunca un... intelectual. Y figúrate ahora que tratase de serlo y pusiese, por lo tanto, el acento en la cabeza... ¿Cómo ir a las emociones si plantado estaba en las observaciones? ¡No! Tú mismo lo has dicho: "La vibración que desorganiza los muros, los techos, los

sólidos espesos...". Sea o no sea tal vibración la última raíz de la depresión, existe. Si en medio de ella metes la cabeza... Hombre, podrán venir otras, mejores acaso, pero -vuelvo con la muy santa palabra- para "intelectuales".

(Un largo silencio. Rosendo parece indiferente, distraído. Lorenzo se ha sumido más y más en su bufanda y sombrero. De pronto alza un tanto el rostro).

LORENZO

-¿Y no ves la solución, hombre de Dios!?

(El personaje mudo se inclina. Un murmullo se eleva de la sala. Desiderio Longotoma ríe menudamente. El personaje mudo se endereza con mucha pausa).

ROSENDO

-No. Porque sólo veo que vamos por caminos dispares, con acentos diferentemente colocados. No hay más que pensar en nuestras depresiones. La mía viene de la añoranza de la sensación violenta. Nada tiene que ver con la tuya, ésa de prodigar, ésa del intelecto puro entregando a manos llenas.

LORENZO

¿Jamás, jamás has sentido esta última?

(Nuevo silencio. Lorenzo observa a su interlocutor. Éste va pasando poco a poco de su ademán indiferente a una concentración que lo absorbe de más en más, atrayendo sus ojos al centro de la mesa. Muy lentamente va formándose aquí, con un humo al comienzo muy tenue, una forma a cada momento más precisa. Es, al fin, una pipa de opio. Humea. El perfume de la droga llega a la sala. Hay protestas. Hay aprobaciones. Desiderio Longotoma se frota las manos. Viterbo Papudo estornuda. Guni se inquieta. Yo me distraigo).

GUNI

-¿Otra vez estamos con proyecciones mentales en vez de personajes?

Yo

-Seguramente.

GUNI

-En alguna parte he oído yo hablar de opios, pipas y demás...

Yo

-Seguramente.

GUNI

-Sigue pareciéndome todo esto muy equívoco, muy sospechoso.

Yo

-Calladita estése.

VITERBO PAPUDO

-¡¡Que devuelvan el dinero!!

DESIDERIO LONGOTOMA

-¡¡Maravilloso!!

EL PÚBLICO

-¡Schcht...!

ROSENDO

-¡Eh! Sí, cierta vez. Dar... Entiendo. Quise cierta vez compartir mi dicha y sabiduría con los mortales que, pensaba, se harían los inmortales. "¡La prédica!", llamaba yo tal cosa. Gracias, queridísimo amigo, muchas gracias pero... ¡basta! No más generosidades de esa naturaleza, no más tales altruismos conmigo. Gracias.

LORENZO

-Pobre insensato...

ROSENDO

-¿La causa, si me haces el favor?

LORENZO

-En aquella época de la prédica, estabas solo, pobre insensato que nada ves... Ahora ¡somos dos!

(El personaje mudo, junto con decir Lorenzo "dos", se desploma. El público todo lanza un pavoroso "¡uy!". Las primeras vibraciones en el aire de este grito se precipitan al escenario y chocan con dicho personaje que ya caía sobre el globo de cristal y amenazaba la mesa. Al chocar lo sostienen. Llegan las segundas y terceras vibraciones de las localidades del centro y fondo de la sala, y enderezan al pálido ser dejándolo en su acostumbrada posición. Calma en el público).

GUNI

-¿Podría explicarme qué significa ese personaje mudo con su continuo columpio?

Yo

-¿Cómo puedo saberlo?

GUNI

-Usted tiene que saberlo todo aquí.

Yo

-No veo por qué razón. Y usted misma, ¿qué cree de él?

GUNI

-Que mucho estima a cada amigo por separado pero cuando se juntan demasiado... ¿No le parece?

Yo

-A mí me parece que ese personaje no significa nada.

GUNI

-Siempre lo incierto, lo dudoso...

(Hago yo un gesto con el índice y la boca que más o menos podría traducirse diciendo: "Calladita estése...").

ROSENDO

-Sin embargo, sigo añorando según mi nueva manera de ser y sé que la depresión me vendría por contrastes de sensaciones y no por prédicas, intelectualismos y demás. ¿Por qué?

LORENZO

-Porque aquella añoranza, esa que has perdido, la que era intrínsecamente tuya, una tarde de silencio cayó dentro de un globo de cristal.

(El picaflor picotea y sigue su vuelo caprichoso).

ROSENDO (Mostrando el globo).

—¿En aquél?

LORENZO

—No. En otro mucho menor, en otro de 20 centímetros de diámetro. Ése tiene 75 centímetros.

ROSENDO

—Menos mal pues poca gracia me habría hecho que algo mío hubiese tomado la forma de un pajarillo volador. Dime entonces, ¿qué forma tomó la añoranza mía?

LORENZO

—Callaré al respecto. Sólo puedo decirte que al globo cayó y, al caer, yo la vi, la cogí, la ingerí, la hice parte de mi carne y de mi sangre. Fue aquella tarde de silencio. Fue en la soledad completa. No hubo de aquel acto testigo alguno.

GUNI

—Es usted un embustero.

ROSENDO

—Bien. Prosigue. Ve a tu finalidad.

LORENZO

—Es que preciso que me oigas más allá de los oídos. ¡Oh! ¡Si pudieses oírme sin que tuviese yo que hablar!

ROSENDO

—Tal será mi propósito. Ve a tu finalidad.

LORENZO

—Soy el sabio de los sabios. Mi mansión es el enorme laboratorio que aún no había aparecido sobre este mundo. Soy el sabio de los sabios que está en espera; es aquello el laboratorio mayor que en espera está también. Somos la transmutación que viene. Somos la redención. Mas quiere la desidia de los hombres —o simplemente la fatalidad— que permanezcamos como la promesa sin poder dar los frutos de nuestra alquimia bienhechora. Laboratorio y yo somos la imagen de la espera, la imagen de la quietud que ya no logra resistirse a sí misma. Tememos que los años, que los siglos pasen sobre nosotros sin advertirnos y que, de pronto, alguien llegue, entre y encuentre sólo un galpón invadido por el musgo y la telaraña, y dentro, un anciano —¿muerto o vivo?; no lo sé—, un anciano petrificado. Tememos que ese hombre, entonces, lleno de dolor ante el hecho inaudito, exclame: “¡Aquí se pudo hacer y no se hizo!”. No se me culpará a mí porque si alguna falta hubiese cometido, ampliamente ya la habría pagado con mi lenta petrificación y con el espectáculo de ver cómo crecían y cómo inundaban los parásitos mi rincón de sublime labor. Se os culpará a vosotros, los demás. Se culpará a los que pudieron colaborar y no lo hicieron, a los inertes, a los incrédulos, a los que no trajeron materiales de vida palpitante a ese sabio de los sabios que soy yo.

Yo tengo el don y la potencia de rehabilitarlo todo. Mío es el talento de hacer brotar del yermo la fuente de vida. Quién a mí me lleve tras de sí como un ángel o demonio de la guarda, puede atropellar y desconsolar, puede ¡inhumanizar! Que, ángel o demonio, yo de su acto, mágicamente, haré surgir lo humano y lo cincelaré en la eternidad. Quien en mí confíe y con tal confianza jamás se arredre, podrá transponer todos los umbrales y cada vez hará que una chispa salte y encienda un ancho trozo de inmortalidad. No hay para el hombre que yo resguardo ni páramos ni ruinas ni escombros. Sólo hay pujanza y germinación. Pues en mi laboratorio todo es factible porque en él está el sabio de los sabios que soy yo.

Pero estoy solo. Ya siento cómo arañas y bestezuelas empiezan a invadir. El polvo de la inacción va cayendo cual esa nieve monótona que ves tras mi ventanita invernal. No encuentro quien entibie, quien haga circular la sangre de mis muros... Quien me traiga, aún calientes, las vísceras del vivir apasionado, de las sensaciones y los entremecimientos últimos.

Rosendo, tú puedes. Yo no. Yo únicamente soy el pobre sabio de los sabios. Ten piedad y ayúdame.

ROSENDO

—Este ambiente de teatro es admirable. Es casi como ése tu laboratorio donde todo se puede. Pero... Creo recordar que alguien una vez algo me dijo. He olvidado. Espera. Algo, algo como que cada ser, con sus propias acciones, creaba su propia ley, una ley que nunca le abandonaba y a la cual era fuerza someterse. Sí, era algo más o menos así.

LORENZO

—¿Y qué?

ROSENDO (Súbitamente en un instante luminoso).

—¡Hombre! Que por mucho que aquí nos pongamos de acuerdo y pactemos, en la vida diferentes leyes nos girarán.

LORENZO

—¿Y qué?

ROSENDO

—Algo me dice —no sé si ese alguien que se me borra de la memoria— que las leyes, al menos estas leyes, no se pueden superponer.

(El personaje mudo inclina tres veces la cabeza en signo de afirmación).

LORENZO

—¡Añagazas! ¡¡Añagazas!!

ROSENDO

—Bien, Lorenzo, bien, no te alteres. Supongamos que sean añagazas, ¿es ello suficiente para que se me asegure que grandes y exquisitas han de ser las tales sensaciones, los tales estremecimientos..., las voluptuosidades?

LORENZO

—¡Pobre insensato! Licencia total, justificación ante todo tribunal, resultado imperecedero... ¡Y vacilas! Es increíble.

ROSENDO

—¡Qué quieres! Soy lento para convencerme.

LORENZO

—Ven.

ROSENDO

—¿Adónde?

LORENZO

—Es la hora. Iremos al teatro... para comenzar y como ligera muestra. Te haré compañía. Luego seguirás solo que ya mi enorme laboratorio me reclama.

ROSENDO

—¿Dices que iremos al teatro?

LORENZO

—Sí. De pie y ¡en marcha!

(Ambos amigos se levantan y se retiran del mismo modo que entraron, atravesando sus respectivos muros. El personaje mudo se desploma definitivamente. En su caída, rompe en mil pedazos el globo de cristal y luego hace astillas la mesa. El picaflor se escapa y trata de huir por la ventana soleada pero, encandilado por la luz, vuelve y se lanza hacia la ventanita invernal. Aquí, temeroso del frío, se aleja desesperado, vacila un instante revoloteando en torno del escenario y, por fin, huyendo hacia la sala, se eleva y desaparece para siempre por la claraboya de la misma).

Telón

FIN DEL ACTO PRIMERO

PRIMER ENTREACTO

(El público deja lentamente sus asientos y se dirige al foyer. Las expresiones de los rostros son extremadamente contradictorias. Desiderio Longotoma se pasea con rápidos pasos y va de grupo en grupo estrechando las manos alegremente. Es increíble el número de personas que este hombre conoce. Viterbo Papudo, amurrado, se va al bar y bebe lentamente una cerveza).

*GUNI*

—Sentémonos en aquel sofá, allá en el rincón.

*Yo*

—Bien.

*GUNI*

—Es muy raro lo que me ha sucedido durante todo ese acto. ¿Cómo explicárselo? Algo como una reminiscencia, algo como un recuerdo que ya, ya, ya iba a venir. Se me figuraba que en otra parte había visto todo eso. Se me figuraba que yo sabía lo que significaba un globo de cristal y un personaje mudo. A cada momento iba a ver claro. Pero ese picaflor me perturbaba. ¿Dónde he visto o sabido tales cosas?

*Yo*

—Acaso en una vida anterior.

*GUNI*

—No hable disparates. Usted no cree en vidas anteriores.

*Yo*

—En lo que a mí se refiere, claro está que no creo. Pero respecto a usted... la cosa cambia. Óigame un pequeño instante: Mientras viví sin conocerla a usted, no pude emprender ninguna obra ni acción pues para cada una me parecía requerir tal número de conocimientos y sobre todo —escuche bien esta palabra— de “experiencia”, que acaso mil años no bastarían. ¡Qué iban a bastar los 47 míos! Cuando la conocí sentí que, sin darme cuenta, había acumulado algunos pocos pero suficientes conocimientos como para acometer una obrita cualquiera, mas que lo que me faltaba era otra vez esa palabra que debe usted escuchar muy bien: “experiencia”. Entonces insistí en su amistad. Y sentí, al acercarme de lleno a usted, lo mismo que ha de sentir el hombre meditativo y zarandeado por los ruidos, al cobijarse bajo la sombra y junto al tronco de un árbol milenario. De sus ramas

caen, de sus raíces suben las experiencias todas y en él se anidan. Quise luego nombrar a ese árbol..., manía mía. Mis labios solos dijeron: "Abedul". Y yo, desde mi corazón, exclamé: "Guni es un abedul; el abedul es milenario; Guni es la mujer milenaria; ¡bendita sea!".

GUNI

—Muy magnífica cosa. Tiene usted un modo de declarar su amor, de una originalidad sorprendente. Yo soy su árbol milenario, su abedul bendito. Comprendo. Sus ramas, llenas de sideral experiencia, son, a no dudarlo, mis cabellos...

Yo

—Sí, sus cabellos de azabache...

GUNI

—¿De cuándo acá?

Yo

—¡Perdón! Permítame.

GUNI (Inclinando su cabellera).

—Mire.

Yo

—Sus cabellos son de color tornasol.

GUNI

—Menos mal. Las raíces cargadas de profundas experiencias, han de ser mis pies con sus rasos y sus sedas...

Yo

—Así lo sea por los siglos de los siglos.

GUNI

—Y el signo que cubre a cobijante y cobijado, el signo del disparate. ¡No me toque! Déjeme hablar. Le privaré a usted de las ramas tornasoles. Y si no dice la verdad, le privaré de las raíces de raso de su abedul de seda... ¡Alto! Nada gana con inclinar su frente al suelo que esta noche no besarán sus labios. Por lo demás, vea a su amigo Desiderio Longotoma cómo se refocila ante el intento de su gesto frustrado... Responda: ¿sí o no?

Yo

—No entiendo, amor mío, qué me pregunta...

GUNI

—¡Todo esto es una estafa! Usted es el autor de esta comedia; a esta comedia se refería usted al decirme que tenía los suficientes conocimientos para acometer una obrita cualquiera. Su obrita es PACTO. Y como es usted disparatero y estafador, hizo escribir en el programa: "Autor desconocido". Confiese.

Yo

—Nada puedo confesar porque nada sé. Pero sí puedo hacer confesión de lo que puedo suponer. Si en trance he sido el autor de esta comedia, no olvide, amor mío, que usted cobijó desde el cielo y de la tierra. No olvide que usted regó y por eso algo germinó. Es decir que si quiere usted que así sea, se expone a que Desiderio Longotoma —que parece aplaudir— la llame: "Musa"; y se expone, sobre todo, a que Viterbo Papudo —que parece probar— la llame: "¡Cómplice!"

(Guni baja los ojos; se diría que cae en honda meditación. Yo alzo los míos; se diría que trato de recordar algo que se me escapa.

Suena un gong.  
El público acude a la sala).

#### Fin del Primer Entreacto

#### SEGUNDO ACTO

El telón de color frutilla está cerrado. Bajan las luces. Brillan las candilejas. De la concha del apunador surge, de espaldas y hasta medio cuerpo, un Director de Orquesta. Lleva gran melena y viste de frac. Se vuelve con dificultad y saluda al público. Luego, en su pose primera, golpea con la batuta extendiendo ambos brazos. Mira a izquierda y derecha. Y hace violentamente el clásico gesto para que rompa una orquesta con sus acordes. Nada suena. Pero el telón frutilla se abre con lentitud.

La escena representa un nuevo telón. Es de color ocre. Delante de él hay cuatro Músicos, de a dos a cada lado del Director. Los dos más próximos a éste están sentados: el de su derecha tiene una concertina; el de su izquierda, una espineta. Los dos de los extremos están de pie: el de la derecha tiene un clarinete; el de la izquierda, un violín. Los cuatro visten también de frac. El Director hace el mismo gesto. Los Músicos alistan sus instrumentos y le miran. Violentamente se juntan batuta y brazo extendido. Nada suena. Pero el telón de color ocre se abre con lentitud.

La escena representa una elegante y pequeña sala de espectáculos al gusto de principio de este siglo. En ella no hay butacas sino dos amplios sillones colocados al sesgo de modo que nuestro público pueda fácilmente distinguir a quienes los ocupan: *Lorenzo* y *Rosendo* allí están, ataviados exactamente como en el Primer Acto. Al fondo hay un escenario. El telón, de color anaranjado, está cerrado. El Director de Orquesta, por tercera vez, hace su gesto profesional. Nada suena. Pero este telón se abre y el perfume de piñas de nuestra sala es reemplazado por un perfume de naranjas jugosas.

La escena representa una serie de bastidores y bambalinas de vieja moda. Al fondo, cerrando el todo, cuelga un telón pintado al agua que nos ofrece varios árboles, pocas nubes y una fuente con su inmóvil y erecto chorro.

Al centro se encuentra *Palemón de Costamota*. Viste exactamente como vestía cuando se me apareció en La Torcaza: a la usanza de 1900, chaquet negro encintado, pantalones a cuadros, botines puntudos, chistera de alas planas, alto cuello tieso, corbata vistosa, una flor, bastón de bola de oro, dos afiladas puntas como bigotes, perita larga. Saluda con amplio gesto y sonriendo. Luego exclama:

*Io sonno il tenore Palemone!*

Vuelve a sonreír. El Director de Orquesta hace su ademán profesional por cuarta vez y con mayor energía. Los cuatro Músicos rompen entonces con los catorce primeros acordes del Prólogo de *Mefistófeles*, de Arrigo Boito.

Luego atacan una suave, muy suave melodía.

PALEMONE (Cantando con una voz parecida a la de Enrico Caruso pero menos potente, como conviene al tamaño de ambas salas).

Canto, mis damas, canto, mis señores, muy dulcemente al comienzo, mi propia carne y mis huesos y mi sangre. Canto este tabernáculo viviente y sus mil ventanas ora abiertas a la naturaleza, ora cerradas en el goce de la luz almacenada. Canto, mis damas y señores, porque soy tenor; canto, ¡hay!, tras mi cuello y mi corbata, porque tras ellos garganta tengo.

¡Canto el cántico de mis dos mujeres!

(Golpe de Orquesta. Ahora ataca in crescendo).

Cuenta la humana trivialidad que yo de mi carne, de mi sangre y de mis huesos he hecho un imaginario personaje y que es éste, y no yo, quien forja, para vivirlas, dos mujeres. Mas como tal personaje soy yo –mis damas, mis señores–, yo soy quien ama, venera y posee a sus dos mujeres. Amén.

(Siguiendo un pizzicato del violín, el tenor Palemonne ríe con golpeada y sonora carcajada).

Tutto il mondo fa così!

VITERBO PAPUDO

–¡Absurdo!

DESIDERIO LONGOTOMA

–Cosí!!

PALEMONNE (Siguiendo con trémula voz una dulce música de Massenet).

–Hace ya muchos años. Fue durante la última primavera que tuvo a bien visitarnos. Los años que luego vinieron: otoño, invierno... y de ahí, del frío y la nube, un salto al calor y al sol, un salto por sobre los jazmines y las clavelinas que no nacieron.

Guadalupe había partido a una playa. Guadalupe ansiaba saber cómo iría a flotar el último pétalo de la última rosa té sobre las olas del mar.

Guadalupe... Io t'amo!!

(Ahora con música de Chopin).

Por las noches Guadalupe, bajo esos pétalos y bajo la luz de la luna, lloraba. Lloraba un vacío. Un vacío es una caverna. Lloraba la caverna vacía de sus pulmones. Languidecía como se languidece en el anhelo indefinido. Entonces juré llenar todo vacío y definir. Lo juré frente al último pétalo de la última flor del quillay.

(Silencio en la orquesta. Recitado).

Proyecté. Para ella. Y con ella, para mí. Y conmigo, para ambos. Y para nadie más. ¿Me entendéis?

(Música de Wagner).

Guadalupe y yo el centro del mundo. ¡Época fantástica! ¡Época de iluminación! Revelación del arcano mayor, mayor, mayor... Arcano que penetraba por mi piel alzándome más allá de la Tierra. ¡Sublime misterio que ante mis ojos se desvenda! Aquello fluía hacia mí cual impetuosa cabalgata. ¡Oh, Guadalupe! ¡Oh, Walkyria que me llevas...!

(Fin de la música de Wagner. Callan la espineta, el violín y el clarinete. Sólo gime la concertina, con sollozos).

Época y arcano de tan aguda sensualidad que las palabras, para explicarlos, se me

detienen y enredan en la garganta. Pues yo tengo garganta no únicamente para estas notas que estáis oyendo sino también para cobijar en ella el placer máximo, el dolor exquisito.

Una tarde sufrí un acceso de fiebre con delirio... Que así ha de quemarse, ponerse a prueba de fuego la carne humana...

Era en el taller de Rubén de Loa. Amigos y amigas...

(La orquesta entera rompe con *Barrilito*).

...preparaban la gran fiesta. ¡Fiesta, fiesta! Yo, tendido en un diván, ardía, soñaba, veía... Ellos y ellas, ¡fiesta!

(Palemonne calla. Se oyen alegres voces de muchachos y muchachas. De cuando en cuando, algunas palabras casi obscenas seguidas de estruendosas carcajadas. Se oye el golpe de botellas que se destapan, de platos y cubiertos que se entrechocan. La orquesta sigue fieramente con el último trozo indicado. Esto dura no menos de cinco minutos y, mientras dura, Palemonne, evocando su fiebre, enrojece visiblemente, para luego entornar los ojos, jadear con más y más fuerza, dilatar las narices, suspirar... De cuando en cuando pronuncia algunas palabras. Apenas lo hace, el violín se desprende del conjunto y chirrea como un gato de los tejados. Luego se pliega al conjunto. El público murmura. No se logra saber si aprueba o desaprueba).

Yo

-¿Le gusta?

GUNI

-Muy callado se va a estar.

PALEMONNE (Recitado a largos intervalos).

Todo es rojo junto a mí...

¡Guadalupe...!

Hay fiebres y puñales y más puñales...

Llueven rectos sobre mi cuerpo entero...

Siempre que hay goce ha de haber sangre...

¡Guadalupe!

¡Gua-da-lup-pe...!

(Cesan las voces, las botellas, los platos y cubiertos. Un largo silencio. Se llena la atmósfera de olor a incienso y toca una campana. Nuevo largo silencio. De pronto la orquesta toca un pot pourri de cien o más marchas guerreras. Oigo acordes de la *Madelon*, del *Tipperary*, de nuestra *Canción de Yungay*, de *San Lorenzo*, de la *Marcha Militar* de Schubert, etcétera. A veces casi aparece la *Marsellesa* y los himnos alemán, inglés, italiano y qué sé yo ni nadie. Algo hay del nuestro y del peruano. Aquello entusiasma al público, decididamente. Allá en la segunda sala, Lorenzo sigue inmóvil, más inmóvil aunque ni en un solo momento haya hecho movimiento alguno. En cambio *Rosendo* empieza poco a poco a dejarse tomar por aquel ritmo endiablado y termina saltando -sentado siempre, eso sí- sobre su sillón. No pocas personas lo imitan aquí en la primera sala).

PALEMONNE (Cantando y ya del todo repuesto).

-¡Albor del mundo de goces en el dolor! Sexualidad estirada. Último extremo de aguzamiento. Sombras del llamado "mal", insinuos. Bien. Apareced. Bien. Dominadme. ¡Más aún! Aquí tenéis mi pensamiento. No os contentéis con él. Dadme en la mente el

verdadero espasmo. No os contentéis con cosa tal. Dadme ese nudo en la garganta que, con sacudidas, corta un poco la respiración. Porque, miei signore, miei signori, yo tengo garganta. ¿Porque soy tenor? ¡Ja, ja! ¡No, no! Todos tenemos garganta. ¡Sensación deleitosa!

Ma, ma... Esto se repite. Uno lo repite. Y de la repetición vuela de pronto una mariposuela que ejecuta ante nuestros ojos un signo de interrogación.

¡Albor del mundo de goces en el dolor...!

¿Dónde han picado las sombras que insinuaron, aparecieron, dominaron? ¿En la mente? Conocéis todos la palabra "cerebral". ¿Allí? ¿Únicamente allí? Espera mariposuela.

Caballeros (muestra a Lorenzo y Rosendo), a vosotros dos me dirijo ahora y a vosotros dos me seguire dirigiendo en adelante. De vosotros para allá nada me interesa. Caballeros, ¿fumáis?

(Rosendo hace ademán de responder mas Palemonne con suave gesto lo detiene. Lorenzo no se mueve).

Fumáis, sí, fumáis. El golpe del tabaco que se aspira. Para eso fumáis. Os acompaña el tabaco en vuestra soledad...; de acuerdo. Os consuela en las tristezas y os anima en las alegrías...; también de acuerdo. El golpe del tabaco que se aspira. Mariposuela, el conjunto. El golpe de lo que se ve o de lo que se oye o de lo que se palpa o se gusta. El golpe de lo que se respira. El golpe en la garganta. Mariposuela, borra el signo de interrogación. Es el todo.

Tal vez. Mis recuerdos ya se tornan vagos. Es que hace tanto tiempo. Tenía yo entonces treinta y dos años. Hoy tengo mil. Nací en Roma en tiempos del papa Juan XI. El golpe sin el cerebro, el cerebro sin el golpe...; no valdría la pena haber nacido. Ambos: la intensidad máxima. Tal vez.

Por cierto que fumáis. Y si no... Todo el mundo puede fumar.

¡Viva el tabaco!

Ma..., ma...

Caballeros, yo he sentido eso. Mis recuerdos son vagos pero... no tanto. Yo he sentido todo eso en Roma en tiempos del papa Benedicto VI. Años más tarde volví a sentirlo no lejos de cierto sitio en las cercanías del Loira y en tiempos de san Luis rey de Francia. ¡Oh! Esta vez fue Guadalupe. La otra vez... ¡Calla boca! Guadalupe partió de la sierra del Guadarrama y una tarde llegó cerca de las aguas del Loira. ¡Guadarrama! ¡Gua-da-lup-pe!

(Nítidamente se oye, para luego perderse, la frase: *Aux armes, citoyens!* Siguen otros acordes marciales).

Caballeros, después de tales sacudimientos deleitosos, yo me pregunto y os pregunto: "¿Qué puede detener?"

Yo os respondo:

"¡Nada!"

¿Detener ante qué?

¡Gua-da-lup-pe!

(Para la orquesta. Calla el tenor. Largo silencio).

PALEMONNE (Hablado).

—Vissi d'arte, vissi d'amore.

(A partir de este momento, la orquesta interpreta únicamente trozos de óperas italianas. Pasa por lo menos un acorde de cada una de ellas. Pasan todos los autores. Como centro, como imán al que siempre se vuelve está Verdi. Fuera de éste, el que más se repite es, a no dudarlo, Puccini seguido de Donizetti. Esta música imprime en el rostro del tenore Palemonne una expresión de franco regocijo, expresión que no abandona sea cual sea el tema que con sus notas desarrolle. De cuando en cuando se quita por un instante la chistera. Los observadores superficiales creen que lo hace en homenaje a los recuerdos que está evocando. Error. Lo hace en homenaje a los autores de las óperas que él canta).

PALEMONNE

—Miei signore, después de tales sacudimientos deleitosos, ¿qué fuerza sería capaz de retener al... pensamiento? ¿Qué región, qué última región puede librarse de ser imaginada, exacerbada?

Surge la contraparte:

¿Cómo, dónde conseguir la satisfacción del pensamiento?

No hay medio alguno, permanece todo en una teoría sin posibilidades de ser realizada. La teoría de

...un goce eterno en el tiempo...

...infinito en la intensidad...

La cabeza bulle.

¿Cómo? ¿Dónde, dónde?

La cabeza bulle.

El cuerpo se exaspera en largas líneas de sangre a lo largo de la piel.

Se divaga, se yerra.

Un goce último,

supremo,

tiempo eterno,

intensidad infinita.

Mas ya no quedan ni los medios de suponerlo. Ni siquiera puede fijarsele un sitio en el espacio. Menos aún concebir su naturaleza. Pero está la posibilidad de tal goce último, el goce que mate, que desintegre, que pulverice. Está en uno como está el infinito que, junto con estar, no se comprende.

¡Es el espasmo total!

¡Pura y necia quimera!

Es lo que ambos estáis pensando. Porque está la clara conciencia de su imposibilidad, de su realización.

No.

Porque hay un proceso que impide llegar a tal conclusión. Vais a escucharlo. Es breve:

Es el de traer a la memoria una felicidad cualquiera de la vida.

Nada más.

Es el de traer a la memoria una felicidad cualquiera de la vida.

¡No penséis, ahora! ¡No calculéis!

¡No hagáis intervenir ninguna matemática!

¡No temáis!

Entonces, entonces esa felicidad traída a la memoria despierta una intuición repentina, avasalladora de la felicidad permanente.

Ninguna lógica puede luego impedir el deseo del aumento de su intensidad.

(Súbita pausa de orquesta y tenor. El Director suspira ruidosamente. El tenor sonríe siempre. Luego reacometen, siempre con óperas italianas).

PALEMONNE

—Ahora bien, pensad en esto:

Si una felicidad recordada ha bastado para fijar la felicidad suprema, ¿qué no podrá esperarse de la recordación de aquellas sacudidas formidables? ¿Hasta dónde esa recordación no podrá lanzar? ¿Hasta dónde... la evocación de aquella época de Benedicto VI... esa época con...? ¡Calla boca!

Estoy lanzado.

Guadalupe avanza y se acerca a mí.

De pronto todo ello crece con tal magnitud que queda más allá de uno mismo. Ya no hay medio de concebirlo. Pero la fiebre hierva, la garganta se ahoga. Es una visión de misteriosa naturaleza que agujijonea más y más. Es el aire, es la pérdida de contacto con la realidad. Ya hasta la posibilidad del goce empieza a desvanecerse...

¡No! ¡No es posible! ¡Atrás! ¡Volvamos a tocar pie con la tierra de todos, volvamos! Para llenarnos de fuerza y experiencia y... recomenzar.

Ésta es la vida cotidiana. Un calor vibrante vuelve a recorrer el cuerpo. Pero, desde arriba, óyense las campanas de Guadalupe.

Todo vibra, todo tañe.

Son las campanas de Guadalupe.

No puedo tocar objeto alguno sin que devuelva una modulación de las campanas de Guadalupe.

Fugaces visiones, gestos, sonidos, acordes, perfumes, hedores, luces, sombras, sabores, humanos que pasáis, bestias, insectos, vida oculta...

Todo y todos repican.

Todo es combustible para ser quemado en el goce de Guadalupe.

¿Puede uno detenerse y no volver con Ella?

La tierra fecunda ha dado... para volver. Y el mar salado.

El mundo supremo está implantado dentro.

¡¡Con Ella!!

Guadalupe y yo hemos sido inmensos, inconmensurables.

Guadalupe se ha marchado a una playa cercana. ¡Hace de ello tanto tiempo! Se ha marchado a ver flotar el último pétalo de la flor del quillay.

De este quillay de esta tierra.

De este quillay... presente, gracias a nuestras vibraciones, en las aguas de las playas de san Luis Rey de Francia.

Yo proyecto.

Ya sabéis qué es proyectar.

Es acudir, con toda la vida cotidiana, al llamado de las campanas.

Se regresa otra vez cuando se pierde pie.

Ha habido nueva fiebre y nuevos puñales.  
Guadalupe empieza a dar muestras de fatiga. ¡Yo, no! Yo, insaciable, subo y bajo. No doy tregua.

Pero mi cuerpo reclama.

Quiere, en estas visitas a la vida cotidiana, que le dé satisfacción, que no todo sea únicamente transmutación para el goce eterno en el infinito.

El cuerpo, en voz muy queda, me asegura que, dándole a él su satisfacción natural, él, cual recompensa, me otorgará nuevo e inapreciado combustible.

¿Por qué no tú, Guadalupe?

¡No!

Eres demasiado, estás muy alta, no te puedo bajar. Tú estás y quedarás siempre allá arriba. Quedarás:

En nombre de la posibilidad de quebrar todos los arcanos por el sexo y para el sexo.

¿Entonces? ¿Qué hacer?

El cuerpo pide y promete si le dan lo que pide.

¡Hazme animal –dice–, hazme animal! Luego llévate, si quieres, la experiencia para ayudarte a quebrar los arcanos todos con el sexo de Guadalupe.

Y el cuerpo sigue pidiendo. Y toda nuestra sangre a oír su llamado empieza...

Parte el animal del cuerpo, parte sano, fuerte, lleno de sol y de hierbas.

Llama... Llama... Aquí. En esta tierra. Llama...

Y aparece:

¡La otra mujer!

(Una pausa y los músicos rompen con una composición de nuestro Director de Orquesta, composición que es un concentrado sintético de todas las óperas italianas existentes, fundidas en el crisol de su mente de artista. Nuestro Director tiene también su pequeño genio creador. Como prueba de ello está el hostil Viterbo Papudo).

*VITERBO PAPUDO* (En voz baja).

–En fin, esto está bien; al menos es curioso, bastante curioso.

*PALEMONNE* (Escuchando como en éxtasis y de tarde en tarde clamando en notas altas a lo largo de la dilatada ejecución del trozo arriba mencionado).

–L'altra donna!

Aquí está. Te reconozco. Ven.

¡Filomena! Mia piccola ragazza.

Acoplamiento.

Coito.

Desahogo.

Filomena, sei tu!!

L'altra donna.

Fi-lo-me-na.

Eres el descanso de la cabeza...

(La orquesta ahora reanuda su interpretación interrumpida, empezando con Verdi, seguido por Rossini, Leoncavallo, Mascagni, etcétera, etcétera).

PALEMONNE (Fingiendo un aire contrito mas sin poder disimular su regocijo por la música y su canto).

—Guadalupe... Temí arrastrarte demasiado lejos. Temí que —sola, allá arriba, sin poder tomar contacto con el sol y las hierbas— te disecaras. Y bajarte era perderte. Era perderte para tu sublime misión. Temí convertirte en un cero que te privase justamente de la posibilidad de realizar la superior experiencia sexual.

E igual temí por mí.

Miei signori.

¡No teníamos apoyo!

Amigos... Sostenes... Pilares...

Éramos solos en nuestra grandeza y temeridad.

Mis esperanzas volaron hacia Filomena.

Digo bien: "Mis...".

¿Pero las de Ella, Guadalupe?

Filomena, sin saberlo —¡flor silvestre!— contribuía a su vez a la lenta marchitez de Guadalupe pues su sol y sus hierbas, al no ir directamente a ella sino al ir transferidos por mi propia piel, en vez de fortificar, corrompían.

Es que en nuestra grandeza y temeridad estábamos solos.

Entendedme:

¡Yo estaba solo! Pues Guadalupe, al entrar en esta clase de experiencias, era también yo.

Y yo solo en el vacío... ¿En qué apoyarme para el impulso vital?

Filomena era elemento, material.

No había contraparte.

El abismo absorbía.

Dejé que, extrañada, se fuese Filomena.

Dejé que, llorosa, se fuese Guadalupe.

Quedé con más de mil años por delante que vivir.

Y con una región conocida, siempre anhelada pero vedada.

Sólo cuando una fiesta se prepara —canciones, chocar de platos y botellas— logro evocar y sentir mi paraíso perdido, el éxtasis sexual.

Pero esto es recuerdo, reminiscencia.

Porque si quiero insistir, siento que la soledad avanza.

Y la temo.

Miei signori.

Paso ahora mi tiempo en la alquimia de los personajes literarios ya que perdí, por falta de buena colaboración, la eminente alquimia de las mujeres...

(Palemonne saluda. Un silencio. La orquesta repite los catorce primeros acordes del Prólogo de Mefistófeles, de Arrigo Boito. Y enmudece).

PALEMONNE (Hablado):

—Io non sonno piu il tenore Palemonne...

—Soy Palemón de Costamota, servidor de ustedes.

Cae el telón del escenario final.

LORENZO (Sin moverse de su sillón).

—Quería que oyese en este teatro la voz de la experiencia de mil años. Quería que oyese sus lamentos y la causa que tuvieron.

ROSENDO (Poniéndose de pie y apoyándose en el respaldo de su sillón)

—Todo está oído.

LORENZO (Con más y más ardor)

—Vamos, entonces. Salgamos juntos. Palemonne es la experiencia milenaria, la experiencia que no yerra. Más, créeme, es aún un mediocre, un timorato. No bastan Guadalupe y Filomenas. ¡Más lejos, más alto, más hondo! ¡Jamás retroceder! Que ni el látigo, ni la locura, ni la sangre te arredren... ¡Tienes en mis manos fieles tu propia impunidad! ¡Ni las abejas, ni las flores...!!

ROSENDO

—Cálmate. Serenidad. Cualquier inquietud, cualquier vacilación tuya me aniquilaría.

LORENZO

—Confía. También me aniquilaría a mí. ¿Vamos?

ROSENDO

—Adelante.

(Ambos amigos se alejan por uno y otro lado del escenario pero el público, en su totalidad, siente que fuera y detrás del teatro se han de juntar. Caen el telón de color ocre. Los cuatro músicos saludan y se retiran de a dos por cada lado. El público siente que no se han de juntar jamás. Sale el Director de Orquesta de la concha del apuntador. Vuélvese hacia la sala. Hace profunda reverencia. Mira un instante con ojos vagos. Y cae de espaldas, muerto, fulminado).

## Telón

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## SEGUNDO ENTREACTO

(El público deja lentamente sus asientos y se dirige al foyer. Las expresiones de los rostros son extremadamente contradictorias. Tanto Desiderio Longotoma como Viterbo Papudo se pierden entre la muchedumbre así es que no logro verlos. Guni me indica un sofá frente al que ocupamos en el entreacto anterior).

GUNI

—Antes de abordar el tema que me preocupa, quiero hacerle a usted una pequeña pregunta: ¿Por qué ni el Director de Orquesta ni los cuatro ejecutantes figuraban como personajes de la obra?

YO

—¡Guni mía! ¡Vaya una pregunta!, simplemente porque todos ellos se encontraban más acá de los personajes principales, Lorenzo y Rosendo. Por lo tanto se les considera como una delicada, delicadísima cortesía al acompañar al tenor, y de ningún modo como personajes de una obra pues esto habría rayado en ofensa para ellos. ¿Y cuál es el tema que quiere usted abordar?

GUNI

—Establecido queda en mi corazón que es usted el autor de toda esa mezcolanza que me ha hecho presenciar, y establecido queda también que así lo ha hecho para comunicarme veladas intenciones suyas o para inducirme a aceptar cierto turbio modo de vivir.

Yo

—¡Guni! ¡Amor mío! ¿Qué extraños bichos le acometen en su dulce cabecita?

GUNI

—¡Nada de bichos! Vamos al hecho: Todo aquel proceso cantado por el tenor es un conjunto de ardides para disimular un solo fin único: "La otra mujer". Hablemos claro: la necesidad de otra mujer. Hablemos más claro aún: el deseo que tiene usted, sí, usted, de tener otra mujer más.

Yo

—Usted desvaría. Lo que aquel pequeño Caruso ha cantado es, a mi juicio, un simple e inevitable proceso psicológico, común a todo hombre que pretende darle al sexo otra misión que la suya propia. ¿Y qué tengo que ver yo con tales cosas? ¿Es que cree usted que me he fijado como finalidad un fracaso sexual para verme luego reducido a alquimias literarias?

GUNI

—Con usted no se sabe nunca nada con certeza. En fin y como sea, sépalo: si pretende usted hacer de mí una Guadalupe, esta Guadalupe bajará vitriolo en mano si aparece una Filomena; y si pretende usted hacer de mí una Filomena... pues el vitriolo subirá en vez de bajar. Y de una vez por todas está usted advertido.

Yo

—Gracias, Guni, por la advertencia. Mas confiésele que no sé qué hacer de ella.

GUNI

—Lo que guste. Guárdela por ahí con llave, si quiere, pero téngala a mano por si alguna vez el deseo le visita de hacer de mí "un descanso para la cabeza" o algo tan intelectual y vibrante que requiera en el vecindario un "descanso".

Yo

—¿No sería mejor tomar una naranjada o una horchata?

GUNI

—Acepto su invitación. Una horchata. ¿Me acompaña usted con otra?

Yo

—Por cierto.

GUNI

—¿Será un bebida simbólica?

Yo

—No lo sé. Será, en todo caso, algo fresco y agradable.

GUNI

—Vamos a beberla.

(Guni y yo nos dirigimos a una pequeñita mesa. Pedimos dos horchatas. Chocamos nuestros vasos. Empezamos juntos a beber. Terminamos juntos. Juntos golpeamos los vasos vacíos sobre la mesa. Y junto con hacerlo...

Suena un gong.

El público acude a la sala.

Guni sonríe apenas, apenas. Nos levantamos. Guni sonríe siempre pero ya casi no es sonrisa. Entremos en la sala. Y la sonrisa de Guni la perfuma como antes lo hicieron la piñas, las naranjas y el incienso).

#### Fin del Segundo Entreacto

#### EPÍLOGO

Se abre el telón. La escena no represent  nada. De pronto, desde lo alto de la concha del apuntador, surgen tres cohetes de humo que se abren en abanico. Los tres se alejan en un ángulo de 45 grados respecto al suelo, y los laterales se separan del central también en ángulo de igual magnitud. Los tres, anchos en su parte inferior, se angostan más y más a medida que se alejan. Quedan inmóviles. Un instante después se bordean de pequeños árboles que van disminuyendo de tamaño por la perspectiva. Los tres cohetes son ahora tres carreteras que suben y se van.

Un minuto después, en sus bases y sobre la parte superior de la concha del apuntador, aparecen tres burritos ensillados. No han de tener más de unos 30 centímetros de altura. Acto continuo se presenta Lorenzo, de tamaño proporcional a los burritos. Luego, de igual tamaño, salen tres Rosendos. Éstos se despiden de aquél y montan en sus respectivas cabalgaduras. Lorenzo toca un pito. Y cada burrito con su jinete se marcha a trote corto por cada carretera de humo. Los Rosendos mueven un pañuelo en signo de adiós. Lorenzo agita su sombrero.

De pronto la indignación de Viterbo Papudo no alcanza límites. Saca de su bolsillo una zanahoria y, con maestría sin igual, la lanza al escenario. Burrito y Rosendo de la derecha caen como caen en las ferias los pequeños blancos móviles al fuego de los rifles de salón. Y antes que nadie pueda interceder, de esas mismas manos parte una cebolla que igual suerte hace correr al burrito y Rosendo de la izquierda.

Pero ya el público se ha alarmado y se levanta. Varios espectadores cogen a Viterbo Papudo por los hombros y solapas. Pero éste, ágil y fuerte, logra desprenderse y lanza una alcachofa al burrito y Rosendo del centro que, a todo esto, bien lleva medio camino recorrido.

Mas Desiderio Longotoma no dormía. Junto con volar la alcachofa, el hombre, con mayor presteza aún, ha lanzado su sombrero hongo por los aires a interceptar el proyectil del indignado Papudo.  Buena puntería! El hongo da con la alcachofa y ambos caen sobre las candilejas.

El tercer burrito con un tercer Rosendo logra entonces perderse por su camino mientras los arbolitos que lo bordean se llena de flores multicolores.

Cae el telón.

Media sala, capitaneada por Desiderio Longotoma, aplaude frenéticamente. Otra media sala, instigada por Viterbo Papudo, protesta y brama henchida en cólera.

Y un minuto después, tanto los unos como los otros, abandonan sus asientos, cruzan el foyer y se alejan del teatro.

FIN DEL EPÍLOGO

Y DE

LA OBRA

Año nuevo.

Recuerdo, Guni, nuestra salida del teatro. En pocos minutos más terminaría el primer año de mi largo cuento a usted.

Recuerdo nuestra llegada al cabaré. Nuestro primer baile. Nuestra primera copa. ¡Las 12! Nuestro primer abrazo.

Y luego recuerdo su voz:

—Oiga, usted me habla día y noche de todas las andanzas de nuestros queridos amigos. Muy bien y muchas gracias. Ya sé lo que es un Lorenzo, ya sé lo que es un Rosendo o, al menos, creo empezar a saber lo que son. Y vislumbro ya la presencia de tantos otros seres o fantasmas... que, en este caso, es igual un fantasma a un ser. Muy bien y muchas gracias. Pero, ¿no piensa usted nunca en hablarme de usted mismo? Usted es un hombre de carne y hueso mas con el velo de silencio con que cubre su propia vida, ya comienza, ante mi vista, a retroceder también al mundo fantasmal. Onofre, ¡hábleme de su vida! ¡Cuénteme sus experiencias! No las de éstos, nuestros amigos o hijos, como quiera usted llamarlos. ¡Las suyas! ¿Me entiende? ¡Las suyas, sí!

Recuerdo que comprendí de súbito con cuánta razón hablaba usted, Guni. Pero también recuerdo que, al oírlo y mientras bailábamos, sondeé mi propio pasado y vi con estupor que era gris y monótono, que nada digno de contarse había en él. A no ser —me dije— que cuente la única experiencia profunda que he vivido y estoy viviendo...

Pero, Guni, ¿para qué? Esa experiencia la conoce usted tanto como yo pues ella es usted misma, es el destino que nos juntó y el amor que piadosamente cultivamos.

Y usted seguía murmurándome al oído:

—Fuera de nosotros dos y de nuestros hijos... ¡una experiencia de hombre vivido! ¿Ha sido usted atraído alguna vez por las drogas? Oiga, usted que siempre habla de éxtasis y de un más allá, ¿lleva dentro alguna experiencia mística? ¿Y el juego? ¿Ha sentido su vértigo? Que yo sea su única experiencia amorosa, no lo puedo creer. ¡Sea franco! ¡Cuenta alguna otra experiencia de amor!

Recuerdo, Guni, que el gris de mi pasado se acentuaba. De pronto quise hablarle. Pero el jazz atronaba, las copas se vaciaban. Alguien pasó y, como quien toma un ramillete, la tomó a usted, me la arrancó y la lanzó a la pista. Unos ojos verdes de una tez morena me sonrieron entonces. Algo cogí como se coge un ramillete. Y yo también, con mi desconocida compañera en brazos, salté a la pista.

¡Feliz año! ¡Feliz año!

Siguió la fiesta.

Hasta que vi, recuerdo, tras unos cristales pegarse un pálido verde de amanecer.

Usted estaba nuevamente a mi lado.

—Vamos, Guni.

—Tengo hambre —me respondió usted.

—Es cierto —observé—. Yo también.

Y salimos al amanecer.

Fin inevitable de toda elegante juerga... ¿Recuerda? Minutos después, en un figón de mala muerte, devorábamos nuestros platos y yo —¡qué milagro!— encontraba temas para usted y estos temas los hacía nacer de mi pasado gris.

¿Recuerda?

Amanecer.

Imagínese, Guni Pirque, que cierta vez en La Torcaza, uno de los invitados, sintiéndose en las vecindades de una gripe, se administró cierto medicamento, cuyo nombre se me escapa, que le fue recomendado por un joven médico muy su amigo. Era un medicamento altamente opiado que, por lo demás, se vende en todas partes.

Pronto el invitado en cuestión sintió agradabilísimos efectos y, siendo por naturaleza generoso, ofreció correspondientes dosis a la concurrencia.

Llego yo y me encuentro a todos los veraneantes encantados de haber nacido, más encantados aún de estar viviendo y sin temor alguno a la muerte.

Pido mi parte, como es lógico, yo que he escrito sólo de oídas sobre asuntos de drogas... lógico y justificable. Pero el frasco milagroso estaba ya vacío.

Bien. Pasan los días. Vengo a Santiago. Y de pronto recuerdo que todos, allá en el fundo, habían experimentado deleitosas sensaciones, todos menos yo. Me precipito a una farmacia. Compró. Y al día siguiente, por la mañana, regreso al campo.

Después del almuerzo me fui al salón con mi amigo Eduardo Barrios a jugar una partida de nuestro dominó. Digo "nuestro" pues es un dominó inventado por nosotros dos, hace algunos años, durante las largas tardes y noches invernales, y que, con justeza, hemos llamado *Dominó Torcacino*. Uno de estos días se lo enseñaré a usted pues —créame que lo digo sin ningún orgullo de coautor— es un juego digno de jugarse y que supera mil veces al dominó corriente.

Bien. Pero estábamos en que en el salón de las casas nos proponíamos dar comienzo a la partida mientras afuera, sobre los árboles, ardía el sol y zumbaban las abejas y abejorros.

El salón de esas casas...

¡Oh, mi Guni, bien lo conoce usted!

Su media luz, sus muros blancos, su techo extremadamente alto, su temperatura siempre suave, su olor a viejas maderas perfumadas... Todo eso lo conoce usted tan bien como yo. Agregue la permanente presencia suya, Guni, su presencia inmóvil e invisible que allí se ha anidado desde la noche aquella en que tan sólo era usted una ínfima mancha de color, y que luego creció cuando, en su mismo sitio, yo estuve en su cuerpo y juntamos nuestras venas para tener una común circulación de sangre. ¿Recuerda?

¡Ese salón! Aún tiene otra historia, otro momento de usted. Yo lo llamo "El momento de los tres tonos". Fue en el mismo sitio, en el sitio que ocupó usted aquella noche. Yo oía un disco de Bach... Pero oiga, niñita —"ragazza", diría el tenore Palemonne—, otro día hablaremos de esto. Ahora estábamos en que la partida de dominó torcacino se iniciaba y en que yo, oculto en la sala de baño, tenía mi frasquito milagroso. ¿No es así?

Bien. Se reparten las fichas. Antes de mirarlas pido permiso para ausentarme un instante. La dosis era de 15 gotas.

"Bueno —me digo—, yo soy duro; pongamos 30 gotas".

Y regreso al salón. Ahora jugábamos, allí en la vieja mesa negra del centro. Yo esperaba, esperaba... De un momento a otro vendrían cosas maravillosas. Esperaba.

¡Nada!

"Soy duro —me repito—, muy duro".

Pido nuevamente permiso, agregó 15 gotas más y vuelvo al salón. Jugábamos otra vez. De pronto... Guni, ¿ha sentido usted alguna vez el frío? ¡No, no me refiero a las heladas

noches de invierno que le sorprenden a uno en las encrucijadas de las calles, ni me refiero a la nieve! Me refiero al frío que llevamos dentro, almacenado, encerrado con llave, allí cerca del corazón. A veces la llave cede y ese frío se desparrama frenético, helándolo todo, desde allí cerca del corazón hasta golpear la piel.

Llevamos también dentro un cofrecillo con llave, chiquito, chiquito, en el que guardamos el color verde. ¿Conoce usted el verde? ¡No el de las hojas ni las hierbas! Me refiero al verde cadavérico pero vivo. Es un verde extremadamente singular. Se acopla a la perfección con aquel frío de que le hablé y juntos entonces golpean a la piel y por ella se transparentan.

Guni, tuve apenas el tiempo necesario para alcanzar la puerta y caer abrazado a uno de los pilares del corredor interior...

Su salón –suave y perfumado– nado supo de mi mal.

Comprenderá usted que después de eso, haya yo renunciado a las tan alabadas experiencias de las drogas. Basta con ésta que le cuento, ¿no lo cree?

Y basta, sobre todo, porque calza muy bien con un pasado gris como es el mío.

Imagínese, Guni querida, que mis experiencias místicas –por más que hable yo siempre del éxtasis y del más allá– no son sino un pequeña plancha, muy pequeña, ridícula casi, pero que, dados los cortos años con que contaba cuando la cometí, tomó en mi espíritu caracteres de catástrofe.

Usted sabe cuánto amo las viejas catedrales y, en general, todas las iglesias, todos los templos. De niño, ya sentía esta atracción. Ahora de grande, allá en mi escritorio, el libro que más contemplo es *Vitraux de Cathédrales de France*, magníficas reproducciones de los siglos XII y XIII.

Bien. Años hace de esto. Estaba yo en un pueblito de los alrededores de Londres, alojado en una pintoresca casa-jardín de viejos amigos de mi padre.

Ha de comprender usted lo que significa tal adusta expresión: “viejos amigos del padre”. ¡Uuh, Guni! ¡Qué severidad! ¡Qué religiosidad! Los viejos amigos de los padres son todos, sin excepción, observantes escrupulosos de los Santos Oficios del Altar, y nada observantes son, simplemente porque no los observan, de las vidrieras, de las columnas de piedra, del silencio y del sobrecogimiento de las naves imponentes. Yo, por el contrario, apenas si veía los altares pues todo íntegro me sentía cogido por esos cristales etéreos que transforman la luz solar en luz de anhelos.

Bien. Llega un día sábado. El viejo amo de la casa me mira:

–Onofre, mañana la misa es a las 10.

Y nada más.

Se dará cuenta usted, mi Guni, que yo, llenos aún los ojos y el alma de Toledo, Burgos, Chartres, París, etcétera, no había parado mientes en las tres o cuatro iglesitas o capillas que bordeaban nuestro pueblito-jardín.

Bien, mañana a las 10.

Las 12. Almuerzo en familia. Santiguémonos. Oración en voz baja. Sopa de avena. Diálogo:

–Onofre, ¿fuiste a misa?

–Sí, señor.

–¿En qué parte te colocaste?

–Junto al pórtico, a la derecha.

–Curioso que no te haya visto; allí estaba yo.

-¿...?

-¿Oíste la misa entera?

-Sí, señor.

-¿Cómo te dirigiste a la iglesia?

-Salí por esta calle a la izquierda; doblé en la tercera calle a la derecha; luego la segunda a la izquierda y unos cuantos pasos...

-¿La iglesia de piedra amarilla entonces?

-Sí, señor.

(Largo, dilatado silencio en que ocho pares de ojos, de severos y espantosos ojos, se clavan sobre mí).

El viejo amo de la casa:

-Onofre, ésa es la Iglesia Protestante.

¡Horror! ¡Mil veces horror! Tal cosa -y a esa edad- es para considerarla, por cierto, con proporciones catastróficas.

Desde entonces -¿qué quiere usted?- me he puesto muy comedido, muy circunspecto ante las experiencias místicas y sus visibles símbolos que son los santos oficios de los altares.

¡Es natural! Oiga, Guni, es que además de tan estrepitoso fracaso en mi mocedad, llevo dentro de mí, desde mucho, mucho tiempo atrás, un culto, un santo oficio por verificar y que ahora se cristaliza y avanza.

Es que sueño, niña mía, con la realidad presente de esas inmensas vidrieras, con el silencio pleno de luz que derraman, y sueño con poder venerar, de rodillas ante ellas, a una mujer que sea el sentido de vivir, el sentido de ser.

Así la veo a usted. Así me inclino.

¿No basta este modo de fervor para decirse, en lo más íntimo de uno mismo, que, como otra clase de experiencias místicas, fue suficiente la de mi primera juventud, cerca de Londres?

Sí, basta.

Imagínese, Guni Pirque, que yo, curioso por naturaleza, quise cierta vez conocer el que usted tan justamente llama "vértigo del juego".

Fue no ha mucho en el Casino de Viña. ¡Cómo jugaba toda aquella gente! Yo, paseándome de mesa en mesa, me aburría monárquicamente. Bostezaba. Los amigos lo notaban.

-Pero ¡juega, hombre de Dios! -me decía el uno.

-¿Cómo no te has de aburrir si no tienes suerte? -argüía un otro.

-Cuestión de empezar y... ¡veras! -afirmaba un tercero.

Bien. Eché mano al bolsillo, saqué 80 pesos. Compré cuatro fichas de a 20. Me acerqué a una mesa, temblando ligeramente ante las emociones venideras. Coloqué una ficha. Partió la bolita.

De pronto una voz de bajo atronó:

-¡Colorado el Negro!

Y vi que un señor de smoking, un señor que yo jamás había visto, un desconocido, alargaba el rastrillo y se llevaba, con muchas otras, mi primera ficha.

"Bueno -me dije-, las emociones vendrán después aunque... maldito el sentido que le hallo a que a uno de este modo le quiten el dinero".

Pongo mi segunda ficha. Bolita. El bajo canta:

-¡Negro el Colorado!

Y el tío del smoking alarga un rastrillo y me lleva mi segunda ficha.

Tomo mi tercera ficha. Acaso ahora... El bajo:

-¡Cero!

Rastrillo y... ¡adiós!

Cojo mi cuarta y última ficha. La miro. Vacilo. Medito.

Eran entonces los benditos tiempos en que un whisky costaba 9 pesos. Cálculo fácil: "20 pesos = 2 whiskys y la propina".

Me alejé de la sala de juego y bajé al bar. Lenta y sabrosamente bebí.

¿Seguir jugando? ¿Valdrá la pena? No lo creo. Después de todo, nosotros dos jugamos de otro modo, que no es poco juego lanzar dos vidas al azar de su encuentro. Así empezamos, ¿recuerda? Así es que, como experiencia ante el tapete verde, déjeme tan sólo con esa noche viñamarina que está de acuerdo con mi pasado gris.

E imagínese, Guni Pirque, imagínese que, en materia de amor, estuve al borde, justo al borde de una gran experiencia. Voy a contárselo todo. Oiga bien calladita:

Fue en Montparnasse. ¿Amaba yo? No justamente. Quería amar. Y quería amarla a ella, no a otra. Era tan linda, tan fresca Ginette.

La miraba de lejos; a veces le sonreía. Pero yo, recién llegado a esos mundos, no sabía bien cómo las cosas allí se estilaban. ¿Qué hacer? Pues, mi amigo cubano, Fermín Baracoa.

Era éste... -Guni, lo que era no lo sé pero, en fin, era respecto a la relación que guardaba conmigo en esos días y en aquel sitio, era uno de los tantos, de los innumerables señores transeúntes que uno a diario conoce para luego perder de vista. De más está decir que yo -el amigo chileno- debía ser para él un algo que aparecía y desaparecía y que no tenía otro significado ni finalidad posibles en la existencia.

Bien. Fermín Baracoa era un don Juan. Era un tío que llevaba siempre consigo una pequeña libreta donde anotaba -dispéñeme cómo me voy a expresar, pero vienen ahora a mi memoria las libretas de los capataces torcacinos frente a potros y toros-, donde anotaba sus "montas". ¡Era algo fantástico! Leía el hombre:

"Fulana - rubia - ojos verdes - cuerpo delgado - temperamento mediano - nacida en Oslo - 19 años - 6 de junio, por la mañana - ....."

"Zutana - trigueña - ojos pardos - cuerpo abundante - temperamento ardiente - nacida en Torino - 28 años - 6 de junio, por la noche - ....."

"Mengana - castaña - ojos negros - cuerpo esbelto - temperamento helado - nacida en Clermont Ferrand - 24 años - 7 de junio, por la tarde - ....."

Y así, así... Algo inconcebible.

(Y, entre paréntesis, me atreveré a suponer que usted comprende lo que el hombre anotaba después de fecha y hora).

Dígame, ¿a quién dirigirse, quién más indicado para prestar ayuda a un ser que sólo anhelaba a Ginette, nada más que a Ginette?

Pasaron varios días y Fermín Baracoa no volvía por Montparnasse. ¿Se habría vuelto a La Habana?

Una tarde, sentado en una terraza... ¡helo ahí! Los saludos y los "¿qué era de la vida?" de reglamento. Luego me cuenta con aire contrito:

-¡Ah, si supieras lo que me ha ocurrido! Tú ya sabes. Pasaba yo y pasaba de flor en flor. Aquí está la prueba -dice mostrando su libreta-. Hasta que me encontré con una chica, una chica... Hijo, ¡el delirio! Lucienne... Me enamoré y fui correspondido. ¡Qué días! Un encanto la chica. Acaso algo veleta. Pero, en fin, como son todas estas chicas. Se ausentaba súbitamente, tal vez demasiado a menudo pero volvía siempre a mí. La quise. Prueba de

ello es que no he vuelto a anotar nombre alguno en mi libreta. Y era sola, la pobrecilla, sola en el mundo. Ni padre, ni madre, ni hermanos... ¡nada! Sólo un tío, un anciano tío que la mimaba. A este hombre se debían –según me aseguraba– sus súbitas ausencias: el viejo enfermaba visiblemente.

“Un día, estando yo en el hotel, Lucienne me telefona. Su tío ha muerto. ¿Te das cuenta? ¡Lo único que en la vida le quedaba! Y entre sollozos me pide que le mande acto continuo 200 francos para comprarle una corona y rendirle así el postrer homenaje al único noble corazón que no la abandonó en su desgracia.

“Podrás imaginarte cuál fue mi actitud. Salí hecho un ciclón. ¿Una corona de 200 francos? ¡Quia! ¿Mandarle el dinero con un simple botones? ¡Quia! ¿No soy yo acaso un gentilhombre bien nacido?

“Hijo, yo mismo compré la corona y la pagué 500 francos.

“Un taxi. Llego a su casa. Subo con mi ofrenda en brazos los cuatro pisos. Antes de tocar oigo gritos y qué sé yo. ¡Pobrecilla! ¡Cómo ha de estar sufriendo! Toco. Repentino silencio. Menudos pasos se aproximan. Abren. ¡Ella!

“Me mira. La miro. Nunca había visto dos ojos de mayor estupor. Creí que iría ella a perder el conocimiento. Y yo, al frente, mudo, alargando en gesto estático la corona...

“Veo de pronto que por todas partes asoman cabezas: muchachos, muchachas sin fin... Quiero entender y no entiendo.

“De pronto toda una pandilla se abalanza hacia mí y, como a una voz de mando, rompe en la más estrepitosa, la más estruendosa carcajada que jamás mortal alguno haya escuchado.

“Salvo ella. Ella no ríe. Coge la corona y, llameantes los ojos de ira, exclama:

*“Fiche-moi le camp!”*

“No me lo hice repetir. Como guiado por un instinto, me desmorono escaleras abajo. Pero oigo las carcajadas siempre y, entre ellas, ¡su voz!:

*“Idiot! Crétin! Abruti!”*

“Y de repente, un golpazo en la nuca: mi ofrenda, volando por los aires, me alcanza de este modo en el piso bajo.

“Hijo... ¿qué hacer? Son las 3 de la tarde, en pleno París y con sol. Yo de pie, nuevamente con mi corona en las manos. ¡Y solo!

“Pasa un taxi. Llamo. Subo. ¡Al más cercano!

*“Chauffeur! Cimetière Montmartre”.*

“Llego. Entro sombrero en mano. Camino. Frente a la tumba de Théophile Gauthier me detengo. A mi lado, junto a otra tumba, toda una familia burguesa de negro vestida me mira entre extrañada y respetuosa. Yo leo con calma, a media voz y modulando bien para que esa familia se entere, los versos allí inscritos:

*L'oiseau s'en va, la feuille tombe,  
L'amour s'éteint, car c'est l'hiver;  
Petit oiseau, viens sur ma tombe  
Chanter quand l'arbre sera vert.*

“Deposito lleno de unción mi corona. Me alejo. Otro taxi:

*“Chauffeur! Montparnasse, s'il vous plait”.*

“Y aquí me tienes.

“No me llames más ni Fermín ni Baracoa. Llámame de ahora en adelante:

‘El Tonto de la Corona...’ ”.

Bebió un sorbo mi amigo. Luego exclamó:

—¡Ah! ¡Si yo fuese un Maupassant! ¡Si yo fuese un Maupassant!

Y se marchó.

Guni, allí quedé yo ahora pareciéndome tener a mi vez una corona funeraria entre las manos. Allí quedé. Y de pronto creí que el bulevar entero prorrumpía en diabólica carcajada mientras Ginette, mi Ginette tan linda y fresca me gritaba:

“¡Idiot! Crétin! Abruti!”

Guni, no volví a cortejar al objeto de mi naciente pasión. Si al terrible Fermín Baracoa, al don Juan de las libretas así le había ido... ¿qué no podría sucederme a mí? Consideré más prudente arreglármelas de cualquier otro modo. Y renuncié, créame que dolorosamente, a ensayar una gran experiencia de amor que no encuadrara con mi dulce vida gris.

Guni, recuerdo ahora que, al terminarle este relato a usted, habíamos terminado también nuestra cena en el figón de mala muerte. Sólo quedaba sobre la mesa una media copa de vino tinto. La cogí, la alcé. ¿Recuerda? Y dije a modo de brindis o de fúnebre oración:

—Viejo amigo cubano, no he olvidado tu nombre, ni tu historia que me detuvo en el umbral de la experiencia del amor. No he olvidado tu nombre, Fermín Baracoa. Viejo amigo cubano, su aún vives y si cierto libro que pienso escribir llega algún día a tus manos, reconoce tus palabras y envía un saludo a tu viejo amigo chileno que en este momento bebe recordando su última copa de vino!

¿Recuerda, Guni, que así hablé?

Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta. El patrón nos despidió.

Afuera... ¡brillaba el sol!

¡El primer sol de 1942!

Recuerdo que apreté sus manos en las mías y que, largo rato, nos quedamos inmóviles, respirando y sin ver nada. Sentíamos únicamente que este año tenía que ser nuestro, que ya la marcha había comenzado y que habíamos conjurado todas las fuerzas que quisiesen volvernos hacia atrás.

Recuerdo que luego le dije:

—Guni, basta de experiencias de amor. ¿Cree usted que el amor debe experimentarse? No. El amor se vive. Y se vive así, muy en silencio y, hoy día, con el ansia de las terribles expectativas. Guni, no olvidemos que en este momento empieza el año más trágico, a no dudarlo, que haya conocido la humanidad. No hablemos. Vámonos. Pero antes, ¡abrázame!

Nos abrazamos. Nuestro abrazo tuvo algo de aurora, algo de dulce realización y algo también —¿recuerda?— de postrimerías y de ruinas alzándose por todas partes, algo de fin.

Así saludamos este primer Sol de este año.

Nos alejamos del figón. Creo que nos alejábamos de todo, de todo, para reintegrarnos en el simple hecho de ser. Nos alejábamos oyendo, de cuando en cuando, algunas notas de eternidad.

Nos alejábamos juntos por este año de sangre que nace.

Al fin le dije —¿recuerda?—, le dije en voz muy baja:

—Sigamos, sigamos siempre, ¡Guni Pirque!

FIN DEL TOMO I  
DEL  
PRIMER PILAR

*TOMO II*

La Torcaza,  
Marzo de 1942

Guni querida:

Aquí estoy nuevamente en el fundo. ¿Y usted? Usted viaja, lejos. He recibido sus palabras desde Osorno y Valdivia. Hoy me vienen desde Temuco. Yo he salido a su encuentro en Chillán. Se acerca. Luego hablaremos en nuestro pequeño restaurante. ¡Qué de cosas tenemos que decirnos! ¿No sería bueno empezar ahora mismo? Pero me ocurre algo parecido a lo que me ocurrió al dar comienzo a esta carta para usted. Junto con tomar la pluma, hace un año, tuve que escribirle primeramente:

“¿Cómo empezar a contarle todo? Es una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo. Cuando quiero echar mano a ellas, se escabullen...”.

Algo así me pasa esta vez. Tratemos de poner un poco de orden.

Guni, hemos terminado nuestro primer volumen. Guni, ¡ya hemos hecho alguna cosa! Es sólo un comienzo pero —como le decía en el “Amanecer”— es la marcha que ha comenzado y un conjuro más a las fuerzas que pudiesen aún tender una celada al trabajo. Por otro lado, ¡qué magnífica cosa es poner un punto final! Aunque no sea el que cierra un todo, aunque sólo sea el de una parte. ¡Es magnífico!

Luego de terminado nuestro volumen, estas casas se llenaron de gentes. Bulla, juegos, paseos, cantos... Yo respiraba la ausencia de usted, su lejanía. Y sentía que algo planeaba junto a mí y con pleno significado suyo. ¿Qué era? La solución no venía. Esperaba.

Usted sabe cómo he aprendido a esperar, gracias a las palabras que Florencio Naltagua le dijo a Rosendo cuando éste luchaba contra el opio. Como Naltagua, Naltagua, llamo “Espina Dorsal” a esta actitud y proceso. Es sencillo. Ha sido difícil encontrarlo como difíciles son las cosas sencillas y eficaces. Oiga:

Algo planea y no se logra asir; algo hay que descifrar y no se halla la clave; algo se busca y no se encuentra... ¡Oh! En otros tiempos, ¡de qué violenta manera me afanaba por asir y encontrar! Hasta la exasperación, hasta el cansancio y la nada.

Ahora, no. Palpo vagamente el asunto y le digo:

—¡Anda! ¡Vete!

Siento entonces que “eso” abandona mi cerebro, que también abandona mi corazón —si es que algún lazo afectivo ha creado—, y va a establecerse a lo largo de la espina dorsal. Allí queda en estado de semi conciencia, en un medio sueño de espera. Es una espera pasiva, vegetativa. Por dentro hay germinación, hay muda existencia oculta. Tarde o temprano fructifica. Rompe su capullo o su brote —como quiera usted llamarlo— y se explota,

inunda el cerebro. Clave, hallazgo...: aquí están. Es todo: paciencia, dejar que las fuerzas de madurez obren sin presión.

Pues bien, Guni, algo planeaba en medio del bullicio de tanta gente. Esto fue hasta ayer. ¡Tanta gente! Y de repente desapareció todo el mundo. Fue como en las viejas películas de prestidigitadores que, con una varita mágica, hacían volatilizarse cuanto tocaban. Quedaron estas casas, ya por la noche, llenas de ecos retumbantes que nadie producía. Tuve una rara sensación de soledad poblada. Luego sentí que había habido un desprendimiento, un desprendimiento mío de la gente en sí, de la bulla en sí; que era yo, sin moverme de estos corredores oscuros, el que me alejaba de los demás que... en esos momentos corrían en sus coches por la carretera hacia Santiago. Por fin sentí que me abandonaba, que me lanzaba... Un abismo, un vértigo, una embriagadora respiración dificultosa. Y supe que sus brazos me irían a recibir. Así me dormí.

No recuerdo haber soñado. Cuando desperté con el sol de la mañana, vi su carta de Temuco y la escuché. Entonces, desde la espina dorsal, comprendí que me llamaban.

Una hora más tarde entraba en el salón.

Guni, una vez más vamos a hablar de este salón. Lo que voy a tratar, ya se lo he contado pero déjeme ahora escribírselo. Quiero hacerlo por tres motivos: Primeramente –motivo insignificante, si usted quiere– porque en las últimas páginas del tomo que acabamos de terminar, así se lo prometí al mencionarle un disco de Bach; luego –motivo, a mi parecer, de importancia– porque no sé qué lejana voz me anuncia que este momento del salón lleva en sí algo que puede florecer en el *Tercer Pilar* o, al menos, dentro de cierto aspecto de él; y por fin porque otra voz, no menos lejana, parece decirme que hay en él algo como clave de cuanto ya se ha puesto en marcha en esta carta.

Pues bien, Guni, entraba yo en el salón.

(He de advertirle que cuanto le voy a contar es vago, es como una serie de toques a un asunto, como intentos para que salga la luz. No se olvide que, allá en el comienzo del año pasado, empecé por decirle que yo “no soluciono nada ni debo tratar de solucionar”, que “debo esbozar, dejar –diría– enunciaciones de problemas”. Tomémoslo todo así: ¡enunciaciones! Y esperemos en el tiempo).

Bueno, niñita, por tercera vez déjeme repetirle:

Entraba yo en el salón.

Luego ponía el disco de que le he hablado.

Un rato después me sentaba ante la máquina de escribir:

Guni querida:

Tengo que contarle algo y, para que mi cuento sea lo más completo posible, siento la necesidad de contárselo tres veces, mejor dicho, en tres tonos diferentes. Vamos a ello:

*Tono 1:* Acabo de oír en el salón de aquí, La Torcaza, un disco maravilloso: *A ti llamo, Jesús*, de Juan Sebastián Bach, interpretado por la orquesta de Stokowski. Es agradable oír música. La música nos mece, no pasea por mundos, aunque inalcanzables, llenos de realidad. Los nervios y la cabeza descansan. Después de tales momentos se siente uno incitado a volver a sus faenas y a avanzar en ellas. Debo agregar que el decorado era apropiado a lo que oía, al menos así me pareció: el salón grande, sus altos muros blancos, sus maderas aromáticas, sus objetos ya casi clasificables de antiguos, su media luz mientras afuera el sol brilla, su tem-

peratura fresca mientras afuera quema el calor. En resumen, un magnífico momento.

*Tono 2: Oyendo A ti llamo, Jesús, Bach-Stokowski. Salón de La Torcaza, cuatro retratos al óleo de mis cuatro abuelos: don Manuel Antonio, doña Josefa, don Giovanni, doña Flora. Estufa negra con largo tubo sobre el muro blanco. Lámpara central de una pátina de oro viejo con tres brazos. Un florero de greda con agudas ramas secas de espino. La reja de hierro de la ventana delineada contra el verde ardiente de fuera. Sillones de felpa color pardo. Una antigua máscara africana. Un piano mudo. Una flor granate, solitaria. Silencio para que bien pasen las notas. Es un recogimiento interior cubierto, guardado, comprimido por el cielo demasiado azul, por el aire demasiado vivo, por la presión de los pájaros inmensos y negros que arriba se balancean. Oigo, oigo.*

De pronto veo.

Es una visión. Soy por ella cogido, poseído.

Es una alegría del fondo del alma, esa alegría, serena y vibrante a la vez, de haber visto un punto más. Luego viene su consecuencia ineludible: querer verterla. Se ha visto un punto más: querer *dar* un paso más.

Mas luego golpea, despiadado, un desaliento.

Verter... ¿Para qué?

"¿Para qué?" —es aquí la contraparte que se insinúa, crece y se yerge frente a uno. Y uno cede. Es la derrota. En verdad, ¿para qué? No, no vale la pena dar un paso más.

Pero vamos, Guni, por orden:

Los óleos, la estufa, la lámpara, el florero, la reja, los sillones, la máscara, el piano, aun para este caso la rama y la flor, son cosas. Todo ello es estático, todo está. Los unos por mayor tiempo, los otros por menor tiempo..., sea. Pero mientras dura ese tiempo allí están estáticos, inmóviles, fijos. En este preciso momento he vuelto al salón: todo allí estaba igual. Salvo la música. La música no estaba. Ésta es la cuestión.

Óigame un poco:

La música es movimiento, fluye, tiene un comienzo, un desarrollo y un fin. Nace, vive, muere. No está, como tal, ni aquí ni en ninguna parte. De pronto está y lo llena todo. Después deja de estar —no es que se haya ido como el caso sería de alguien que me hubiese acompañado durante la audición y se hubiese ya marchado al volver yo al salón—, deja de estar, es desaparición. Ni siquiera es transformación como cuando algo se quema. Y a cada momento puede volver igual y nacida de la nada. Vuelve, fluye, llena, desaparece. ¿Qué mayor movimiento? No veo expresión ni esencia de movimiento más acabadas.

De súbito viene la visión de que le he hablado. Viene repentinamente mientras el salón se está llenando de acordes:

De súbito es ¡lo inverso!

De súbito la música se hace estática, permanente, es una inmensa columna hierática, de eternidad anterior a su autor y al primer hombre, de eternidad más allá del último hombre. Y es la comprensión, en nuestra intimidad, de que considerarla movimiento es una limitación de uno, un modo incompleto de acercarse a ella, un roce tan sólo con su verdad.

Naturalmente esto no puede generalizarse a cuanto sea música. Bien comprenderá usted que únicamente alguna de ella es capaz de realizar esta visión o milagro. La restante haga acaso justamente lo contrario: inmovilizar aún más lo que es inmóvil y ella entonces serpentear como un loco reptil. Pero no adelantemos nada y sigamos conversando lentamente sobre mi momento del salón.

Guni, la música es estable. Parecerá paradoja o simple despropósito lo que voy a decir: la música es un sólido. Me atrevo a agregar ante tal visión: la música es la más perfecta expresión y hasta es en sí el sólido único. Y cuanto hay a su alrededor, cuanto creíamos símbolo y material de lo estable, tórnase escurridizo, líquido o gas, es movimiento, es vida –en el sentido de nacer, *expresar* y pasar– con relación a lo eterno.

He subrayado la palabra “expresar” para poder explicarle con mayor claridad el momento de la audición. Pues si es cierto que, al lado de la eternidad de aquella música, las cosas todas se hicieron transitorias, más cierto es aún que, junto con producirse este cambio de estado, cuanto perdieron de estabilidad lo ganaron en vivencia, en *expresión*. Me hizo el efecto de que cada una de ellas guardaba celosamente una vida propia –como la de cualquier animal o cualquier hombre–, una vida que escondían por algún pudor ante nuestro mirar grosero, y que ahora, al contacto y bajo el cuidado de ese trozo de absoluto, dejaban manifestarse libremente.

Pero pongamos en mí mismo el centro del relato de este “tono 2”:

Yo me sentí asido o cobijado o dentro, si usted quiere, de esa columna hierática y con el privilegio de poder mirar en torno con amplia perspectiva. Las cuatro figuras de los cuatro retratos al óleo clavan sus ojos en mí, esbozan una pequeñísima sonrisa y me hablan de sus vidas pasadas en un idioma tan extraño que me hace entender que ese pasado sigue allí presente en ellos. Me explican cuánto a su vez sufrieron por la misma causa que hoy puede hacernos sufrir a nosotros: confundir lo estable con lo transitorio, como, por ejemplo, no fijarnos que allí están vivos y creerlos idos para siempre en un cementerio. Los cuatro marcos dorados confirman. Sus adornos adquieren un movimiento de vida ciega, de voluntad indomable. Los tres brazos de la lámpara son tres brazos de dolor que se estiran, que encuentran injusta su prisión. El florero se recoge y cuenta cuentos de gnomos. La máscara africana... ¡No, Guni, no! Me explico mal. No es que cuenten cuentos. Es que hacen vívido y con uno lo conectan, algo de siempre, siempre y que siempre está, y que por necesidad de expresarlo y por limitación de lenguaje, los hombres han vertido en cuentos, sea de gnomos o lo que sea. Los barrotes de la ventana se alargan hacia arriba y sé entonces qué cosa una vez se quiso decir con las ojivas góticas. El tubo de la estufa es un anhelo inexplicable y sin fin que crece, crece a distancias planetarias mas sin por ello necesitar ni siquiera alcanzar el aire vivo de fuera ni los pájaros ni menos el cielo..., que este modo de considerar crecimiento y distancias es únicamente nuestro cuando estamos lejos, ajenos a toda columna hierática. Y así con todo. Todo se ha puesto en marcha, todo gira y expresa alrededor de lo inmutable que canta sin avanzar ni retroceder, que canta, nada más.

Tal es la visión.

Tal fascinante sortilegio se despliega ante mis ojos mantenidos por mis oídos.

Se ha visto algo más. ¡Tengo algo más! Surge el anhelo: Dar un paso más.

Y es entonces lo que le he dicho: el desaliento, el "¿para qué?", aun cuando la música siga estando y todas las cosas expresando.

Todo se ha tornado en tarea, en pobre afán. Uno se recoge, rechaza. Y esta actitud negativa sólo puedo hacérsela notoria repitiéndole aquí lo que uno se grita:

—¿Hasta cuándo ver y oír y pensar? Cabeza y sensibilidad abyectas que no dejáis ni un momento en paz, ¡dejadme ahora!

Y la inutilidad de toda cosa aplasta entonces.

Porque murió la razón de ser, porque los objetivos se han volado, porque, Guni:

No existe fuerza capaz de inducir a la obra, a la divina transmutación, si sólo hay tarea, afán, deber..., abstracción sola, nubes solas y no carne que redimir.

¡Vamos fuera del salón!

*Tono 3:* ¡Guni! Acabo de oír un disco maravilloso: *A ti llamo, Jesús*, de Bach, tocado por la orquesta de Stokowski. ¿Cuántas veces lo había oído? Muchas, sin duda alguna. Lo había oído y pasaba. Recuerdo que en varias oportunidades preguntaba qué disco era. Me lo decían y, a la próxima audición, volvía a preguntar. Soy poco sensible a la música. Siempre me he dicho que mientras tenga cuadros que ver, no debo afanarme por músicas que oír. Pero hoy me ha pasado algo muy curioso: Usted me tomó de la mano y me llevó al salón, a ese salón en que, cierta noche, no fue usted más que una mancha de color para mis ojos, y en que, otra vez, me incorporé en su propio cuerpo y tuve miedo al sentir su sangre circulando en la mía.

Así es que entré con usted, llevando en mis oídos sus palabras de Temuco, es decir, sintiendo hondamente que usted vivía y vibraba, lejos, independiente, siendo otro mundo que yo, siendo, por lo tanto, un misterio que descifrar, panoramas que descubrir, sentidos nuevos que aprehender, siendo usted aumento de vitalidad en mí. ¡Oh, sí, mi Guni! Siéndolo de este modo con tal que esa independencia, esa, diré, autopropiedad suya yo supiese mantenerla. Así entré con usted. Mas, al mismo tiempo y puesto que sus palabras allí estaban en mis oídos, entré sintiendo que un lazo irrompible nos ataba y cuya misión era dar y dar, recibir y recibir, era ser ininterrumpido intercambio.

¿Dirá usted que entré, pues, sintiendo dos aspectos simultáneamente y que ellos eran, hasta cierto punto, diferentes? No. Puedo asegurarle que no. Era un solo aspecto, un solo hecho interior. Pero me veo obligado, para explicarlo, de hacerle esta división en dos. Acaso por poca capacidad mía de expresión, acaso porque así sea la manera que tenga de transformarse en palabras. No lo sé a ciencia fija. De todos modos voy a seguir hablándole de esto; usted sabe cuánto me gusta hablar con usted.

Entramos juntos y lejos cada uno del otro. Al decir "juntos", no crea que es en el sentido corriente de tal expresión, es decir, un modo más alegórico de decir "pensando en usted, recordándola". No. Déjeme expresarme por la sensación, únicamente por la sensación:

Yo, aquí; usted, allá.

Yo y usted coincidimos, superpuestos.

Luego siento, dentro, en el último fondo:

Yo estoy donde no estoy; soy donde no soy.

Usted, igual. Usted, al estar donde no está, está aquí, en mí. Está y es.

Yo, por lo tanto, me desparramo y llego allá. Usted, igual. Y no sé por qué siento que esto tiene algo de sabor a sangre, a sangre que se filtra hacia fuera y en alguna parte toca la sangre del otro. Esto tiene algo, tiene mucho —aún no puedo precisar cómo ni dónde—, tiene mucho de la fecundación, el embarazo, la vida dentro de las entrañas. La madre..., el hijo dentro: tengo, soy dos en uno; el hijo..., la madre en todo el rededor, interponiéndose entre él y el resto de la creación... pero siendo la creación.

Bueno, Guni, así entré en el salón con usted.

Suena el disco y empieza el aire a llenarse.

La música se hizo sólida, fuerte, de granito eterno asentado en el comienzo del mundo y elevando su capitel más allá del tiempo de la más lejana nebulosa. Se inmobilizó. Entonces fue aquello un milagro que atónito contemplé. Atónitos contemplamos. Fue un milagro pues todo lo que hasta ahora había sido inerte, empezó a desdoblarse y miró.

Guni, ¡todo *nos* miró!

Y este mirar le dio un sentido a la vida.

Ahora repita aquí lo que le dije de las cuatro figuras en sus marcos, de la lámpara y sus brazos, del florero, de la máscara, los gnomos, los barrotes, la estufa, en fin, de todo ese mundo moviente, rápido y expresivo. Siga por la vía lógica que en el "tono 2" le conté, y pronto se irá a encontrar con el desaliento, pronto todo ello, de visión maravillosa y milagrosa, se irá a transformar en tarea y pobre afán al querer dar el paso, pues dar un paso..., ¿para qué? Así van las cosas precipitándose. Pero, no olvide, ahora estamos en el "tono 3": Guni está conmigo.

Ahora me digo asido a mi columna:

—¿Para qué? Para verterlo en esas dos sangres que son una; para contribuir con algo en el prodigio de ese estar donde no se está, de ese ser donde no se es!

Y luego:

—¡Qué hermoso es ver, oír y pensar! Cabeza y sensibilidad benditas que pensáis y sentís para dar y dar, ¡pensad y sentid siempre!

Respiré hondamente en el salón. Eran los últimos acordes. Todo, entonces, me hizo el efecto de un enorme, muy enorme puzzle de mil piezas revueltas que, de pronto y como movido por mano mágica, empezaran a ajustarse, a encajarse, formando un cuadro lleno de sentido y finalidad.

No olvide que tan admirable momento llegó hasta el umbral de la derrota. Vea ahora que el prodigio se mantuvo y venció. Porque hubo amor, porque hubo fecundación, vivificación desde muy lejos a través del aire, desde muy cerca porque superpuestos estaban nuestros seres.

Bueno, Guni, ésta es mi carta de hoy. ¿Cuál de los tres tonos será el justo? ¿El de los hechos tal cual ellos son; o el de la inteligencia y sensibilidad despiertas pero sin objetivo vital; o el del significado de la vida porque una mujer está allí iluminando?

Para mí no hay dudas. Así es que desde aquí la saludo y la beso.

Onofre

Voy por los corredores, llego a los viejos árboles del parque, entro en mi biblioteca, salgo, allá vuelan los pájaros inmóviles. Flores, cielo, perfumes amplios de soledad.

Voy, voy, vuelvo, voy. Pasan ahora días enteros. Algo planea. Usted llama, usted vierte. Aprieto entre mis manos su última carta. Algo sé, algo se forma. Hay una gran paz en las casas.

Guni, sigamos escribiendo.

## 32

Iba yo por los corredores de La Cantera, llegaba a los viejos árboles del parque, entraba en la Bóveda, salía, allá volaban los pájaros inmóviles. Flores, cielo, perfumes amplios de soledad. Pasó una hora. Algo me inquietaba. Lorenzo Angol aparece bajo un maitén. Me llama. Hago el gesto de apretar algo entre las manos.

Este gesto lo había olvidado. Lo había olvidado porque fue un gesto, en aquel momento, sin significado alguno. Ahora, aquí, lo he recordado al repetirlo involuntariamente porque entre mis manos estaba su carta.

He pensado que en aquella época debí haber tenido una carta que apretar. El gesto quedó en el aire y aislado durante diez y seis años.

Marzo de 1926. La Cantera. Lorenzo me llama. Juntos bajamos a la Bóveda. Hay luz de acuario.

Pero nosotros, Guni, volviendo algunas páginas atrás, habíamos quedado en el asunto del burrito que, salvado de la alcachofa de Viterbo Papudo gracias al sombrero de Desiderio Longotoma, lograba escaparse hacia la vida con su diminuto jinete encima.

Pues bien, Guni, así ocurrieron las cosas hace diez y seis años. ¿Exactamente así? Es decir, entendámonos:

Hace diez y seis años, tal cual el diminuto Lorenzo junto a la concha del apuntador, así *quedaba* nuestro amigo Lorenzo en su Bóveda; y tal cual el diminuto Rosendo cabalgando su asno, así *se iba* nuestro amigo Rosendo del fundo La Cantera.

Me ha preguntado usted por qué he de hablar yo siempre en alegorías, "indirectamente y no de *frentón*" –fueron sus propias palabras–; por qué, si Rosendo se marchó en un coche de tres caballos hasta la estación vecina, por qué, yo que fui testigo de la cosa, he de decir que lo hizo sobre un burrito y por un camino de humo solidificado... Vamos por partes:

Ya sé, mi Guni, que usted descubrió que era yo el autor de esa desgraciada pieza de teatro en dos actos y un epílogo. Digo "desgraciada" porque al fin y al cabo la opinión pública –que es algo de tanto valer– logró derribar de tres burritos, dos. Pero, en fin, con que uno de ellos se haya salvado... no deja de ser, sobre todo en estos tiempos. ¿No le parece? Quedo, pues, confeso de mi delito literario y espero que también perdonado.

Pues bien, recurrí a esa imagen, en vez de hablar de coche y caballos, porque ha de saber usted que los más antiguos de los hombres, los que vinieron exactamente a continuación de Adán y Eva, usaron siempre del lomo de un borrico al ir tras aventuras de valor, y el peso de esta tradición mil veces milenaria vino a caer a mi pluma y a imponérseme sin objeción posible.

En segundo lugar, recurrí a esa imagen por aquello que, durante nuestras largas conversaciones, hemos llamado "transmutación".

No podrá usted negarme que todas las cosas, por el solo hecho de llegar a nuestra conciencia, son transmutadas. Lo que vemos, lo que oímos, lo que palpamos es ya transmutado, es ya transmutación de una realidad que en sí no conocemos. Y esto es hablando de una manera general.

Hablemos, mejor, de un caso más particular, por ende más concreto y claro: la vida en la casa y la vida en las tablas. Aquí tendrá usted un ejemplo de permanente transmutación, positiva en un sentido, negativa en el sentido contrario —al menos según mi parecer.

Hace ya tiempo, justo un año antes de encontrarla a usted en mi vida, fui con nuestro común amigo, Rubén de Loa, a almorzar a casa de Ascanio Viluco. Esta casa acababa de ser construida —estilo llamado "moderno", se entiende —y acababa de ser amueblada— para qué repetir la palabra "moderno".

Comimos muy bien, no puedo negarlo, y el recibimiento y la atención fueron altamente exquisitos pues pasa a ser de franca notoriedad que es Viluco un hombre de corrección irreprochable, y la señora de Viluco, una de las más finas damas de nuestro mundo.

Luego de retirarnos le pregunté a de Loa qué pensaba sobre la mansión y su decorado. Me respondió:

—¡Pero si eso no es una casa! ¡¡Es un ballet Jozz!!

Guni, ¡qué sabias palabras! Todo allí dentro estaba medido, calculado, pesado, dirigido, estudiado, deducido, inducido... ¡matematizado! Y sepa usted que la matemática es el polo opuesto de la vida. La vida no es matemática, es la antimatemática. En esto hay una clave que todo el mundo debería tener presente. En fin, creo que en el curso de mi carta ya hablaremos algo más sobre este asunto. Por ahora recuerde que esa casa estaba matemáticamente concebida y realizada y que, como casa, era para dar curso a la vida...

Pues bien, considere luego el teatro, mejor dicho, un escenario con sus personajes en movimiento. Usted que ha visto a los Jozz, puede en ellos encontrar un buen punto de referencia.

El escenario y sus personajes en movimiento transmutan la vida y transmutar es verter una cosa, hasta donde sea posible, en su polo opuesto.

En los Jozz, por ejemplo, todo está prolijamente medido, exactamente calculado. Cuando un personaje hace un determinado movimiento debe encontrarse en tal y cual relación con el decorado, y en el mismo momento otro personaje debe hacer tal otro movimiento o gesto, de modo que nada quede entregado al imprevisto ni al azar; en otros términos, que todo esté férreamente prefijado. Prolongue esto de la danza al drama o a la ópera o lo que sea: la ley es la misma: la suspensión del azar y el sometimiento a lo prefijado.

Ahora bien, ¿por qué es vida y movimiento ante nuestros ojos esto que carece justamente de lo que es la vida misma y el movimiento en ella, es decir de la permanente presencia del azar y de la permanente presencia de la imposibilidad de prefijar? Creo, Guni, que es simplemente por una cuestión de condensación. Guni, hay escasez de tiempo. ¿Le extraña lo que digo? Óigame: en una función, en el espacio de pocas horas, hay que desplegar vidas enteras. Fuerza es, entonces, seleccionar los puntos característicos, expresivos, y condensarlos, echando por la borda todo el resto del suceder. Esta selección de puntos todos ellos culminantes es la que da la sensación de vida intensa y movimiento precipitado.

No es argumento contrario la clásica unidad de tiempo pues allí —con recitaciones, evocaciones y demás— pueden pasar dentro de ella hasta centurias, si se quiere.

En buenos términos —y considerando la cosa bajo otro ángulo—, deben suprimirse todas las *posibilidades* de que las cosas puedan ocurrir de otro modo, o de varios otros modos, dejando la posibilidad de ocurrir a una sola posibilidad y un solo modo.

Cada momento es un comienzo de mil caminos posibles..., en la vida. En las tablas hay que hacer caso omiso de novecientos noventa y nueve caminos y desplegar uno solo. Por eso le decía que hay que condensar, apretar en una sola línea, en la línea de la posibilidad única, la línea que hace, de lo que va a suceder, algo sucedido. Sí, Guni, pues cualquier pieza cientos de veces representada, tendrá siempre el mismo comienzo, el mismo desarrollo y el mismo fin cada noche que se la lleve a escena. Está, pues, sucedida por anticipación. El imprevisto infinito ha quedado reducido a un solo suceder. Y del arte podemos decir entonces que es un modo de matemática.

Creo haberle hablado de cómo siento yo el pasado y el futuro. Trazo una línea única; en uno de sus extremos trazo muchas otras abriéndose en abanico. La primera es el pasado; las otras son *los futuros*. El teatro —como todas las artes— ha de tratar la vida, lo vivo, mejor dicho; no lo ya acaecido, no lo muerto; lo vivo que es posibilidades infinitas; no lo muerto que fue la mutación a una sola posibilidad, la matemática, sin azar. En el pasado no hay azar puesto que ya pasó y como fue así fue. Podemos decir que teatro y artes han de tratar lo futuro como ya pasado. Y ya que hablábamos de él, puedo asegurarle que de esta manera trata y hace el ballet Jozz.

Llevando y sintiendo todo esto dentro de usted, pues bien, métase ahora a ese petrificado escenario que es la vivienda del señor Ascanio Viluco y de su distinguida esposa... ¡Horror! Es meter al público a la escena. ¿Qué hacer, qué hacer uno que cree ir a un almuerzo que forma parte de la vida y siente por todos lados lo prefijado? ¿Qué haría usted si de pronto la arrancasen de su butaca y la transportasen al medio de bastidores y bambalinas y entre seres de movimientos determinados hasta en sus más ínfimos detalles? Guni, no le quedaría más que: a) empezar a palos con cuanto la rodeara; b) petrificarse, anquilosarse..., a no ser que un sabio director tuviese a bien improvisarle un papel... de una noche para hacerlo tras las candilejas; de toda una vida para hacerlo en las casas. ¿No es verdad? Fue por esto último por lo que optamos mi amigo y yo, petrificarnos, desechando de plano la idea de empezar a palos con muebles y objetos porque, como le dije, es la señora de Viluco una de las más finas damas de nuestro mundo.

Pues bien, mi Guni, yo quería contarle a usted esa parte de mi relato en forma de una pieza de teatro. Quería solidificar, matematizar todo aquello para que usted lo recibiera con la consistencia y claridad con que puede recibir un objeto que le ofrendan. Quería, para usted, algo nítido de todo lo que, entonces, al suceder, fue fluido, casi fantasmal y que siempre a mí, mientras sucedía, me dejaba la angustiada sensación de que bien podía —y hasta debía— ocurrir de cualquier otro modo. Así es que al pensar que iba yo a contarle a usted que Rosendo partía en su coche de tres caballos, me sentía caer en un mundo de humos y sombras y ese coche acampado y sus jamelgos se me diluían en muecas fantasmagóricas. ¡Y yo quería lo contrario para usted, mi niña!

Transmuté. Recurrí al burrito por aquello de los hombres antiguos. Solidifiqué el camino de humo por terror a lo inconsistente de todo destino, de todo devenir. Multipliqué el todo por tres al pensar en lo duro de estos tiempos. Hice teatro... ¡Perdóneme!

Bueno, Guni, sea en un coche o en un burrito, el hecho es que Rosendo Paine partió de La Cantera y llegó a Santiago.

Entró en su casa -Marcoleta 91- y allí, al ver un cuaderno en blanco, lo abrió y, en la última línea de la última página, puso un gran punto final con tinta verde. Pensó que así ponía término al libro que nunca se escribiría pues no era él ni había sido ni sería jamás un escritor. Él era el hombre para la vida, el hombre para afrontar los mil azares, y no el hombre para petrificar los futuros en un pasado desplegado con tinta verde sobre hojas de papel blanco. Tal tarea... ¡para otros! Y estos otros... ¡allá ellos!

Cerró su cuaderno. Apagó la luz. (Ya la noche había caído). Respiró el aire saturado de flores de su pequeño jardín. Bajó su persiana. Lanzó una última mirada a su mesa iluminada por reflejos apagados de origen casi misterioso. Y salió por las calles en busca de la medianoche.

Su marcha era ligera, sin ruido y sin cansancio. Le parecía ir no sólo por esas calles sino además, además por..., por... Estaba a punto de precisarlo mas la cosa se le escapaba. De pronto se dijo:

"Voy sin ruido y sin cansancio por el Segundo inmóvil de Baldomero Lonquimay".

Llegó al pie de un árbol. Trepó a él con asombrosa facilidad. Nada sonaba. Había silencio y soledad.

De pronto sintió que el Segundo había terminado. Juntamente oyó el eco del cañonazo que, disparado desde el cerro Santa Lucía, anunciaba el fin de un año y el comienzo del siguiente. Estaba cogido con su brazo izquierdo a una rama. Con su mano derecha se quitó el sombrero y saludó el advenimiento de 1926.

Ahora las calles y avenidas se iban llenando de gentes que se abrazaban. Trató de ver si, entre ellas, pasaba algún amigo, por ejemplo, el hombre Martín Quilpué. Nadie. Bajó y siguió su marcha.

Súbitamente sintió un vago malestar, sintió que las cosas iban mal, que estaban al revés. Pues hacía un momento, en La Cantera, estaba en marzo... Y ahora era año nuevo, sea 1º de enero. ¿Cómo había podido retroceder por el tiempo? La cosa iba mal.

Se echó sobre un banco. Meditó.

"¡No, no! -se dijo luego-. ¡Todo está bien! El Segundo de Baldomero Lonquimay, según afirman los sabios de los sabios, puede caer cuando se quiera y, mejor dicho, cae permanentemente sobre todos los sitios de la Tierra. Pero... ¿el cañonazo?".

De pronto comprendió. ¡Vana ilusión del tiempo! El Segundo tenía el don de hacerlo reversible. Y quien con él se sintonizaba, volvía a existir en el momento más propicio para el buen cumplimiento de los fines que perseguía..., si estos fines eran grandes, se entiende. Los suyos lo eran. Y era conveniente que empezara en el primer momento de un año nuevo, el año de la vida, del vivir, no al azar ni en el peligro, sino con la seguridad de aquel que por las espaldas está protegido, de aquel cuyos actos irán a ser divinamente transmutados.

Siguió su marcha.

Se cruzó con Rubén de Loa quien, con voz festiva, le dijo:

-¡Felicidades! Y... ¡adiós!

-Adiós..., ¿por qué?

-Porque mañana me marchó. ¿Qué más hacer en este bendito Santiago de Chile?

Aquí no pinto ni hago nada. Mañana regreso a San Agustín de Tango. Allá tengo taller, tengo amigos y tabernas. ¿Por qué no me haces una visita? ¿Unos quince o veinte días? ¿O todo un año? No te arrepentirás.

—Espera —respondió Rosendo—, espera un rato.

Esperaron, en efecto, un rato. Luego éste prosiguió:

—Sí. Tengo que ir a San Agustín de Tango...; yo u otro, que, en este caso, es igual. ¿Este año? Tal vez. U otro año cualquiera. También, en este caso, es igual. En fin, ¡felicidades! ¡Adiós!

Pasos más lejos se encontró con Ascanio Viluco, el hombre de la casa Jozz. Después de los votos de felicidad, le dijo:

—Espera, espera un rato. Algo, sé, tengo que pedirte.

Pasado el rato:

—Este año u otro año iré o alguien irá a San Agustín de Tango. ¿Serías tú tan amable de hacer compañía?

—¿Yo? Tal vez.

Y se separaron.

Siguió hacia su casa. Había algo que le daba vueltas en la cabeza. No precisaba.

Todo en él era vago. Sentía que su personalidad se diluía. Sentía como si, además de sí mismo, otro ser se hubiese incorporado en su persona.

“¿Acaso Lorenzo?” —pensó.

Tal vez. Pero de esto habría que defenderse, desprenderse. ¿Cómo ir fructuosamente a la vida si otro va dentro de uno? Porque —ahora no lo dudaba— era Lorenzo quien un día iría a San Agustín de Tango y era Lorenzo quien pediría a Viluco que tuviese a bien hacerle compañía.

Siguió su marcha.

Al doblar hacia su calle se encontró con Florencio Naltagua. Traía en sus brazos a su sobrina Lola, de tres años de edad.

Iguales saludos y espaldarazos. Igual desconcierto.

Naltagua es un hombre que, en un comienzo, vivió despreocupado y sólo pensando en llenar las horas de cualquier manera. Mas un buen día —sin que a nadie haya comunicado la causa— cayó de pleno, con toda la pasión de un corazón desbordante y que sus amigos creían de hielo, en un misticismo trascendente, desparramando de súbito un amor sin límites sobre cuantos seres le rodeaban, seres que, hasta entonces, habían sido gratificados únicamente con una dulce indiferencia.

La pequeña Lola era ahora para él objeto de vehemente cariño. Pero siempre, al referir cuánto se podía llegar a querer a una criatura, advertía, algo velados sus ojos bondadosos, que todo ser amado no era más que una expresión limitada de un amor mayor que abarcaba a la humanidad entera y a sus profundos y misteriosos designios.

—Espera —le dijo Rosendo—, espera un momento.

Y allí quedaron en silencio. La chica dormía.

—¿Y bien? —preguntó Naltagua—. ¿Qué debo esperar?

—Nada, nada —respondió súbitamente Rosendo—. ¡Felicidades! ¡Adiós!

Siguió a su casa.

De pronto vio:

Era el segundo de detención entre ambos años el que iba produciéndole ese desconcierto. De él nacía la sensación extraña ante sus amigos. En él ya el destino empujaba a

alguien hacia San Agustín de Tango. En él figuraban de Loa y Viluco. Todo ello, en la realidad que comenzaba a explayarse, lo adivinaba en una especie de embriaguez, lo adivinaba en contornos esfumados como fantasmas vagando en torno suyo.

"Fantasmas..." —se vio obligado a repetir.

También hay algo de fantasmas en ese Segundo. Durante ese año vendrían seguramente a frecuentarle. Pero no lograba recordar en qué forma se realizaría ese comercio.

Ahora apresuraba el paso, ansioso de entrar pronto a su casa y esconderse, de guarecerse. ¿Guarecerse de qué? Ahora comenzaba a saberlo: guarecerse de la muerte.

No de la suya. Él viviría, sin lugar a dudas, viviría hasta más allá del próximo Segundo inmóvil. Pero ella habría de pasar muy cerca. Una vez, acaso más. ¿Podía saberlo, mejor dicho, podía recordarlo? ¡Pobre Naltagua! Hizo bien en decirle: "Nada, nada". Ahí en la esquina de su calle oscura había visto despezarse y salir de sus recuerdos a la muerte e inclinarse sobre la chica dormida.

"Bien —se dijo—. Veremos a Naltagua ante su amor por la humanidad, ante los desig-nios que la guían más allá del dolor, cuando un ser, uno solo, inocente, muera. Bien. Marcha el hombre por los senderos del misticismo. 'La muerte no existe', repite. Ahora la irá a ver. Senderos del misticismo... Justo es que la encuentre cara a cara. Pero yo... Yo camino por otras carreteras. Sin embargo estoy cierto de que en aquel momento del Segundo, varios, sí, varios cadáveres jalonaban mi marcha".

Ya las ventanas de su casa aparecían alumbradas por un farol mortecino.

"Mi marcha... ¡No! Yo marchó sin tener marcha. ¡La tuya, Florencio Naltagua! ¡La tuya, Lorenzo Angol! Las vuestras, hombres elevados, hombres de las grandes transmuta-ciones. No la mía. Yo soy el hombre de la vida, ¡del vivir!".

Llegó a su puerta. Mientras introducía la llave en la cerradura, el ruido seco de unos pasos lo hizo volverse y mirar a la acera vecina: iluminado por el farol mortecino pasaba un hombre de bigotillos, tocado con sombrero calañés gris claro con cinta oscura, vestido con traje vestón azul marino, calzado con zapatos negros de cuero de potro, y sin anteojos ni bastón.

Rosendo lo miró alejarse. Luego pensó que ese hombre debería ser, sin duda, el hom-bre Martín Quilpué.

Y entró en su casa.

## 34

Julio de 1942.

Guni:

Después de larga ausencia le escribo nuevamente desde La Torcaza.

Salí de viaje a San Agustín de Tango con la intención de llegar a Antofagasta pero supe que usted había partido a Iquique. Y una noche me comunicaron que, si yo iba a Iquique, usted partiría acto continuo a Arica. También me aseguraron que cualquier intento mío por alcanzarla a usted, sería acompañado por un paso suyo, adelantándose, de modo que así seguiríamos girando por la Tierra, de polo a polo, usted allí, yo tan sólo aquí...

Cruzariamos, uno en pos del otro, las cordilleras peruanas; pasariamos por el alto Amazonas; caeriamos al mar de las Antillas; atravesariamos las aguas de peligro evitando los submarinos; tropezariamos con el Labrador y Groenlandia; aparecerian los témpanos del polo Norte; nosotros ya empezariamos a sentir las fatigas de trepar por el meridiano 70: luego yo, cogiéndome con ambas manos la cabeza, la vería a usted precipitarse rodando hacia abajo por el meridiano 120; haría un esfuerzo con mi bastón y mis zapatos de clavos para alcanzar la cumbre; y, cerrando los ojos, me lanzaría, a mi vez, Ártico abajo; en los momentos en que usted, Guni adorada, recostada en blanca barca de nieve, cubriéndose con sombrilla rosa del Sol verde de los polos, hendería, cantando una canción de nostalgia y olvido, las aguas y los esturiones del río Lena; "¡oh, milagro!", exclamaría yo al ver, desde mi hielo flotante, que las corrientes tormentosas de ese río proceden con usted —por su belleza y su voz— a la inversa que con nosotros los mortales sujetos a las leyes de la física: las corrientes que braman hacia el último de los océanos, chupan, en vez de expulsarla, su barquichuela blanca hasta las profundidades de Siberia; yo, a nado, jadeante, creyendo a cada instante morir, braceo y braceo tras de usted, como galopa y galopa el perro tras de su amo en su corcel; y vienen montañas, mongoles y pekines, formosas y filipinas; atravesamos las mil popas de Australia; allá va usted abordando las primeras nieves del polo Sur; los pingüinos se asustan y escapan ante su prestancia de Reina; yo apenas navego por las primeras aguas del océano Antártico; ya empieza usted a trepar, ansiosa de volver a ver sus caras tierras; mientras yo, de pie sobre la cumbre de nuestro polo, saludo, cabeza abajo y absorbido hacia arriba por la fuerza de los fuegos infernales del núcleo del planeta, saludo, con un solo ademán y ya sin ningún sombrero, lo que ignoro totalmente que ha de haber en cielo tan extraño, tan insólito; y cógese usted ahora de la punta de nuestro país y trepa por su escala de islas e islotes; yo empiezo a divisar un monstruo gris sobre el agua helada y vacilo si ha de ser el Cabo de Hornos, o el *Caleuche* que pasa, o el ansia mía por poseerla entre mis brazos a usted; ya está usted en Puerto Montt; yo apenas en el primer peldaño; pero luego también adonde ha llegado usted; usted se instala en Chillán; hacia allá me precipito; usted, gloriosamente, atraviesa la capital; es mi capital también y a ella voy; pregunto: "¿Y Guni?"; me responden: "Partió a San Agustín de Tango"; y cuando llego a San Agustín de Tango, usted está en Antofagasta; y Antofagasta es Iquique; e Iquique es Arica; y Arica..., Arica..., Arica... ¡Guni mía! ¡por piedad! ¡perdón!!

Aquí sólo en grandes rasgos le trazo nuestra peregrinación circular. Pero piense lo que ella es en realidad, piense en los miles y miles de sitios que cruzamos, en los millones y millones de panoramas que contemplamos, piense así... que yo, mientras tanto, pensaré que, en cada sitio y ante cada panorama, puedo ser acometido por el deseo, por la imposición de escribir un largo libro para justificar mi existencia y para tentarla a usted...

Y quiero huir de la literatura como usted huye de mí. Mas, con o sin literatura, será otra vez Antofagasta y otra vez Iquique y otra vez Arica, eterna, eternamente, sin reposo jamás.

Un buen día yo he de morir. ¿En dónde? Pocas probabilidades hay de que sea en nuestra tierra; es mucho más probable que sucumba con los fríos de los polos o con los calores de los trópicos o con las tempestades de los mares. Algunos esquimales enternecidos o algunos jíbaros piadosos o algunos marineros soñadores me darán sepultura bajo las nieves calladas o bajo las raíces de la mandioca o bajo las espumas de las olas. Allí quedaré. Y una vez por año, durante los cien años que usted va a vivir más que yo, la sentiré pasar por sobre mi tumba y no podré retenerla ni llamarla ni ¡nada! Una vez por año

durante cien años..., que un año dura la vuelta a nuestro círculo, y que, mientras viva, tendrá usted que seguir girando y girando, sin reposo, jamás.

Y este nuestro libro tan querido no se hará. El olvido, sólo el olvido sobre mí... Sólo el golpe de sus pies o de su quilla, una vez al año, por cien años, vendrá a recordar que una vez un hombre existió y amó y persiguió hasta sucumbir.

¡No, no y no! ¡No la perseguiré, mi Guni! Por el contrario: me echaré fieramente hacia atrás y, corriendo de espaldas, desharé el camino andado del círculo fatídico.

Usted se sentirá entonces atraída y retrocederá a su vez. Mas yo no seguiré eternamente girando a la inversa del sentido que la razón y el amor indican. ¡Ah, no! De pronto podré detenerme chocando mis pulmones en contra de un tronco o de un peñasco o de una habitación cualquiera de un cualquier humano. Y usted, resbalando sin poder parar, vendrá también con sus pulmones a chocar contra mi pecho, hundiéndolo, quebrándolo y haciendo saltar mi sangre en un inmenso ramillete.

Así me vengaré de usted, mi Guni tan querida.

Te has ido, te has ido de Santiago, te has ido de San Agustín de Tango, te has ido de todas partes. Te has ido del frío, del calor y de las aguas...

¿Te has ido de verdad? A veces se me figura que todo esto no es más que un delirio absurdo.

Delirio o realidad, ¿para qué te vas? Perseguirte es el círculo fatigante y sin fin, es la ruina de ambos y la muerte de nuestro hijo sin haber crecido; si me echo de espaldas es tu crimen salpicándote con sangre; si me detengo muerto, una vez al año, durante cien años, pasarás sobre mí.

Desde aquí veo cómo vas a llorar, a arrepentirte, a sufrir. Pasarás sobre mí y seguirás. Poco a poco tu mal se irá calmando hasta que te encuentres en el antípoda de mi tumba. Justo en ese momento tendrás un olvido total y serás feliz... por algunos minutos solamente, acaso por algunos segundos, y únicamente una vez al año. Empezarás luego, empujada por la fatalidad, a acercarte de nuevo a mí. Tu mal irá reapareciendo, creciendo, ahogándote. Y otra vez has de llorar, has de arrepentirte y has de sufrir. Guni, ¡durante cien años!

¿Y si me detengo en vida, sin correr de espaldas? ¿Si me detengo para verte pasar, ahí en Santiago, o allá en Antofagasta o Iquique, o más lejos, en el Amazonas o el Lena o donde sea? ¿Ganarás mucho, ganarás algo? ¡No, mi Guni, no! No ganarás nada. Escucha bien:

Cuando estés en mi antípoda será como en el caso de mi muerte: algunos instantes de felicidad; haré que ellos te sucedan en Antofagasta pues bien sé que los habitantes de esa ciudad son altamente refinados y capaces, por lo tanto, de apreciar tus dones y tu donaire. Pero, apenas recomiences tu peregrinación, irá tomando cuerpo en tu corazón una como muy leve esperanza, esa esperanza atormentadora de encontrar algunas vez el amor. Crecerá, crecerá, ora llena de fe, ora llena de terrible desaliento. Crecerá así durante medio año. Y entonces, por algunos minutos solamente, acaso por algunos segundos, me verás y crearás en el amor..., al pasar... Pero pasarás, habrás pasado. Y viene ahora otro medio año de lenta descomposición de toda esperanza, por mínima que sea. Hasta el olvido, es cierto, hasta tus triunfos fugaces en medio de los antofagastinos arrobados por tu donaire y tus dones. ¡Pero otra vez y otra vez y otra vez más, durante cien años, volverás a girar!

¡Vaya una vida la que te espera! Y mientras tanto, ¿qué haré yo en los antípodas de Antofagasta? ¿Qué haré yo inmovilizado por tu destino y tu voluntad allá en el norte de

Indochina? No creo que tales parajes sean propicios para evocar debidamente el recuerdo de Nicole ni el de Nastia Poltava ni menos aún el de la silenciosa y plácida Lumba Corintia.

En fin, realidad o delirio, es el hecho de que allá en San Agustín de Tango, tú habías desaparecido cuando yo llegué.

### 35

Solo en esa ciudad, quedé mucho rato sin saber qué hacer. Por último salí sin rumbo. A las pocas cuadras de marcha me encontré con Lorenzo. Saludos y demás, ya lo imaginaré. Torcaza. Me invitó a su casa. Charlamos.

Sus primeras preguntas fueron sobre la marcha de mi trabajo: "¿Cómo iba? ¿había avanzado mucho? ¿lo seguía con el mismo entusiasmo de antes? Etc.". Le respondí:

—Poco ha avanzado y el entusiasmo ha decaído visiblemente. Es que voy con un paralelo, ¡con ese paralelo! Voy con ambos brazos abiertos en cruz y llevando en cada mano un trozo de vida diferente al otro, diferente en sentimientos, en actividades y en el tiempo. Es difícil avanzar de este modo. Por un lado desarrollo esos recuerdos que nos son comunes, a ti, a mí, a nuestro amigo Rosendo y a tantos más, todo aquello que ocurrió hace unos catorce años atrás; por otro lado va cayendo a mis páginas el *hoy*, sin vosotros, sin nada de entonces, únicamente con Guni y las constelaciones que ella pone en movimiento al andar por estos días de hoy. Estas dos cintas se enlazan y tal vez se influyen. Se dificulta la labor, claro está. Mas no puedo proceder de otro modo. ¡Qué quieres! No concibo la carencia de polarización entre el biógrafo y el que es biografiado. Tiene que existir siempre tal polarización, quiérase o no. Por lo mismo, puesto que existe y yo lo sé, no puedo dejar de hacerla notoria, no puedo dejar de darle libre curso, facilidades, diría. El *entonces* y el *hoy*, a pesar mío, se me funden, irresistiblemente; vuestras andanzas y las mías se entrelazan hasta no saber qué ni cuál fue vuestro, qué ni cuál es mío. Hay algo que me dice, que me repite y me persigue, hay algo que me asegura que esos cuatro elementos, esos, déjame llamarlos así: esos cuatro "existentes"—a) entonces, b) hoy, c) tú y tus gentes, d) yo y las mías—, estos cuatro no son más que uno. ¿En dónde lo son? ¿Aquí en tu casa o allá en mi fundo? No, por cierto, ni para qué suponerlo; aquí y allá son aislados y hasta desaparecen, si se quiere. En otro punto lo son. ¡Ah, viejo amigo! No puedes imaginar cómo busco ese punto, esa región de unidad; cuántas noches me desvelo tratando de sorprender el comienzo de la senda que me ha de llevar hasta ella; cuántos instantes de gozo me toman al creer que por fin he hallado; cuántos sinsabores al verificar que todo se bifurca, se parte y cada cosa pasa a ocupar *otro* sitio... Es algo abrumador.

"Oye: a tal extremo pienso así que, cuando voy hablando de tus hechos pasados y de lo hechos de los demás, me asalta a menudo la casi certeza de que todos ellos—los hechos, ¿comprendes?; y ¡caso vosotros mismos, hombres o personajes!—sucedieron, fueron condicionados por este otro hecho de que catorce años más tarde, hoy *yo iba a escribir*. Y viceversa, mi vida ahora, el existir de Guni, todo esto, está condicionado y es lo que es porque entonces y junto a vosotros *vivieron ellas*, Lumba Corintia, Nastia Poltava, Nicole..., ¡tantas!".

"Lorenzo, no puedo asegurarte que, al pasar tú a mis páginas, seas un personaje mío; bien pudiese ser que, al pasar, sea yo un personaje tuyo.

“Ponte en mi sitio. Agrega ahora que Guni se ha marchado; agrega el hecho de que puede girar en torno a la Tierra mientras yo viva y aun cien años más después de mi muerte. Lorenzo, ha habido una virada de esos humanos o personajes que se llaman Guni y Onofre Borneo. Han virado extrañamente entre humanos y personajes... y fantasmas. Y –¡fíjate!– como ello ya entonces estaba condicionado y como yo entonces lo ignoraba totalmente –a pesar de creer que al dedillo me conocía cuanto vosotros ejecutasteis en aquella época–, como lo ignoraba o, mejor dicho, no calculaba qué acto de entonces sería, devendría esta virada de hoy, las páginas de mi *Umbral* se han turbado y yo me encuentro en pleno desconcierto. Justo es, pues, que viren también esas páginas y se coloquen a la par de todo existir. Si ellas no van retratando y tratando de descifrar lo que respirabas y proyectabas tú y Rosendo y los demás, lo que respiramos y proyectamos nosotros en este momento; y si ellas no son la retorta de fusión de la época que llamaré “lorenciana” con la actual época que llamaré “guniana” y con las próximas épocas de las mil X misteriosas; no sé qué finalidad podrían tener, qué finalidad tu biografía, qué finalidad ese *Umbral*. Sabes que yo nunca he escrito una novela prefijada y que jamás he tratado de hacerlo por encontrarme incapaz de tal empresa; sabes que *Umbral* es para mí un elemento vivo que, como todo lo vivo, goza, sufre, se robustece, se debilita, espera, desespera, canta o gime, y enfrenta, como cualquier ser, lo que el porvenir ofrezca.

“Pues bien, hoy día, más que en cualquier día desde el día de su nacimiento –el 2 de marzo del año pasado, como has de recordar–, nuestro libro se halla frente a un porvenir turbio y raro: justo es que se haya inmovilizado como me he inmovilizado yo. Pero justo es también que lo turbio y lo raro de él, sea una razón mayor para seguirlo paso a paso y para guiarlo hasta donde ello sea posible... ¡Que todos vosotros, desde vuestra época, desde ese antaño añorado, vendréis conmigo a prestarme ayuda, siguiendo, guiando..., a ver si algo modelamos con nuestros esfuerzos y nuestra paciencia en el devenir ¡qué ya está encima, Lorenzo!”.

Días más tarde mi amigo partió de viaje. Luego hice yo otro tanto: partí a Santiago y, de allí, me vine al fundo. ¿Qué más iba a hacer solo en esa ciudad de los recuerdos sin fin y donde había esperado reunirme con Guni para mostrarle en plaza, punto por punto y sin omitir detalle, los sitios en que cada hecho del *Tercer Pilar* había sucedido? Regresé porque cada muro, cada rincón me asaltaba, me hacía sentir una soledad con vida, me retumbaba confirmándome que todos aquellos que llamé “existentes” no son más que *uno*, y dándome, con esa confirmación, una impresión penosa hasta lo indecible. Regresé.

Santiago... Torcarza...

Aquí estoy. Se me figura que había yo llegado a un momento que, como todos ellos sin excepción, llevaba frente a él un porvenir múltiple; y que ahora ese momento hasta donde mi vida había alcanzado, hubiese quedado solo, allá adelante, suspendido en un futuro que abandoné; se me figura que he retrocedido, que algo me ha retrocedido, a un punto ya pasado, para tener que revivir, por un sendero añejo, lo que lógicamente debería estar clavado en lo que fue y no en lo que será. Es algo muy raro. No sé caminar así.

Pero, en fin, entremos a la catedral vacía.

¡Ahí está el Lagarto Anaranjado, ese gran lagarto que ella una vez me regaló! Sobre el muro blanco trepa, trepa y trepa siempre sin poder alcanzar punto alguno más allá de sí mismo.

Quedémonos aquí en la catedral y vamos revisando los papeles algo cadavéricos del que fue nuestro querido *Umbral*.

¿Qué había que hacer? Había proyectos, muchos proyectos y líneas trazadas. Lo recuerdo. Mas no recuerdo cuál era, cómo era la corriente que los hacía vivos.

Allí al frente hay un globo terrestre con pedestal exactamente igual al del globo de cristal de mi tío José Pedro; su tamaño es también exactamente igual. Por él, de abajo hacia arriba —pues son las Américas las que están frente a mí—, Guni gira y gira veloz, gira hasta la obsesión. Hay un zumbido de abejorro. Me marea a tal punto que no puedo quitar los ojos del globo y del puntito blanco y femenino que, a instantes regulares, pasa, pasa, pasa, de abajo hacia arriba, rasgando la costa chilena, perforando la cordillera peruana, salpicando los altos Amazonas y las olas del Antillas, huyendo por el Labrador, desapareciendo por Groenlandia...

El zumbido ahora disminuye, apenas lo oigo. ¡Ah...! Es el antípoda de mis ojos: Java, tal vez. Vuelve a crecer. ¡Ahí viene! Sí, es ella, Guni. Chirrea, pasa y se pierde.

No sufro.

Lo único que deseo es, siquiera por un minuto, desprender los ojos del globo; es cuestión de mirar, de verificar si todos mis libros están como los dejé. Pierdo totalmente el sentido de la hora.

Hasta que un silbido agudo, exactamente igual al de un avión en picada, me hace, por fin, desprender la vista del objeto único de la catedral. Sigo ese silbido que es Guni que vuela y revolotea por todos los ámbitos reducidos de mi reducida estancia... Pero como Guni es ahora tan chica, tan chiquita, tan diminuta a pesar de ser tan blanca y femenina, sus vuelos y revuelos son inmensos, dignos de ella, dignos de sus constelaciones movidas al andar por mis propios días de hoy.

Hay silencio.

¡Callar, callar!

Guni está ahí.

Pero titila ligeramente.

Le pregunto:

—¿Eres tú, niña? Niñita, dime, ¿eres tú? ¿Serás tú?

“¿Eres tú...

...eres tú...

serás tú...?”

Estas palabra son nuestras. Debiera Guni acordarse de ellas. Hasta voy a precisarles fecha, hora, sitio, ambiente y comida...

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

Es el 22 de diciembre de 1940.

Tres días antes, el 19, usted, acosada desde abajo por mil fieras de las planicies, del pasto pegajoso, de las aguas lentas y espesas que lamen y no corren, usted huía desesperadamente, como sólo se huye del terror de no vivir, usted huía colina arriba, al aire, a la luz, a la cumbre, aunque, al alcanzarla, fuese a caer sin salvación del otro lado.

Tres días antes, el 19, yo, despavorido, corría colina abajo como se corre cuando se huye de un águila de luz y de cristal y que lleva en sus garras y su pico el designio inexorable de despedazarle a uno nervio por nervio, fibra tras fibra; corría aunque fuese a empantarme en los pastos y las aguas de babosas.

Y usted, ciega hacia arriba; y yo, ciego hacia abajo..., en medio de la colina, chocamos. No chocamos, Guni –recuerde–, como hace poco, con los pulmones de usted sobre el pecho mío, inundándolo todo con ramilletes de sangre. Chocamos de frente, cara a cara, sin saber si regocijarnos o enfadarnos ante el accidente, dudando de pronto si era una suerte para usted que se le impidiese caer sin salvación del otro lado... pero entregándola a la voracidad de las fieras; dudando si era una suerte para mí librarme del fango espeso... pero perecer, en cambio, desgarrado a picotazos.

Entonces sonreímos.

Y nos besamos.

Tres días después: es el 22 de diciembre de 1940. Son las 9 y 49 de la noche. Es un pequeño restaurante que, después de dar acogida a nuestras dos primeras citas, desapareció para siempre, tragado por los adoquines de aquella callejuela, desapareció con propietario, cocinero, pinche, sartenes, cacerolas, cubiertos, provisiones, licores y frescas damiselas de servicio. Desapareció. En su sitio quedó un hoyo y de ese hoyo –¿recuerda?– nació, creció y floreció el primer abedul con acordes de bandurria que haya tremolado en las Américas.

¡Oh, qué linda es nuestra historia!

Nosotros reíamos. Reíamos al ver que nuestra primera comida era nuestro primer fracaso. ¡Qué nos importaba! Tres días antes nada nos había ocurrido; bien podíamos fracasar ahora. Porque fracasamos... Recuerde que pedimos "Congrio frito" y que, cuando la fresca damisela que nos servía se alejaba, yo advertí que también en la lista figuraba una "Corvina a la Meunière". Preferimos esta última y así lo ordenamos. La damisela, minutos después, se presenta con el congrio.

–Hemos pedido corvina, señorita –le digo.

–La corvina vendrá enseguida –nos responde.

Y tuvimos que comer dos guisos de pescado...

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

Por eso reíamos. Luego la damisela se contagiaba con nuestro alborozo y reía también. ¡Pobre damisela! ¿Recuerda que era muy fresca y muy, muy bonita? Pues ha de saber usted que ella fue la primera en hundirse cuando ese pequeño restaurante desapareció tragado por los adoquines, y que su sangre y su sexo fueron el primer alimento que chuparon las raíces del abedul primero para convertirlo en trémolo de bandurrias ante las Américas maravilladas. Ése fue su destino: en vida, confundir los pedidos de sus clientes; después, confundir su sexo y su sangre en savia sonora.

¿Y el destino nuestro? Todavía no se precisaba. Por eso también reíamos. Da siempre risa jugar con el destino entre los dedos, sobre todo –como era nuestro caso– si en las paredes que encierran a los jugadores hay pintado, burdamente y a grandes brochazos, un gato verde con sombrero de copa y un laúd entre las uñas.

No precisábamos nada todavía pero algo presentíamos, algo tratábamos de respirar de nuestro aire. Porque es el hecho –¡ea! ¡si lo sabe usted tan hondamente como yo!–, es el hecho de que yo siempre, desde años antes de huir colina abajo, había soñado con un águila inmensa de alas de luz y cuerpo de cristal que cayera sobre mí; pero no para despedazarme entre torturas sin fin; sino para remontarme a la altura en que se ve cómo se desparrama la lluvia solar sobre la Tierra. Por eso, cada vez que en los cerros de estos campos veía planear, allá arriba, muy lejos, muy alto, un águila, desde abajo la interrogaba gritándole:

-¿Eres tú? ¿Serás tú?

Mas las águilas seguían atisbando los posibles cadáveres del fango y no paraban mientes en mi súplica.

Y es el hecho de que usted vivía como yo, desde muchos años antes de huir colina arriba, soñando con una fiera que entre sus dientes la sumergiera en esas aguas pegajosas, mas que tuviera el don de transformar sus profundidades en cuadros submarinos de nácar, de algas murmurantes y peces de mirar de perlas. Por eso más de una vez, mucho más de una vez, de sus labios casi inmóviles y ante una visión dudosa, había usted murmurado:

-¿Eres tú? ¿Serás tú?

Pero las visiones dudosas, monstruos o fieras, seguían su camino sin siquiera divisarla a usted, niñita.

Reíamos siempre.

Y de pronto nos miramos.

Eran las 9 y 59.

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

A un mismo instante y con una misma voz no preguntamos, los ojos en los ojos:

-¿Eres tú? ¿Serás tú?

... ..

Ningún cliente vio nada ni el patrón ni el cocinero ni el pinche ni la fresca damisela ni nadie.

¡Fue nuestro segundo beso!

Y al serlo, al realizarse, el gato verde de las paredes rompió con inmensa marcha en su laúd, dejó rodar por el suelo su sombrero de copa y de su sombrero cayó, desapareciendo por entre las ranuras del entablado, una semillita diminuta que perforó la tierra por muchos metros como un gusano que taladra.

Guni, esa semillita fue la que determinó, días más tarde, el hundimiento de ese local amable; la muerte de muchas buenas gentes, entre ellas la de la linda damisela; y el florecimiento de ese abedul milagroso que vino luego a cantarnos y cobijarnos.

En verdad, ¡qué emocionante es nuestra historia!

Y hoy te has ido, te has ido de Santiago, te has ido de San Agustín de Tango, te has ido de La Torcaza, te has ido de todas partes... Te has ido del frío, del calor y de las aguas...

Sin embargo, ahí te veo, ahí creo verte. Claro está que titilas, que vacilas. Eres una sombra, un humo... sonriente. En vano fijo los ojos, concentro mi mirada. Guni se desdobra causándome esa espantosa sensación de las borracheras. Guni se bifurca. Son dos rostros que quiero reconocer, que he visto en alguna parte, o que alguien ha visto en alguna parte. ¿Acaso Lorenzo? ¿O Rosendo? No lo sé. Pues no sé quién es autor ni quién es personaje. Son dos rostros, en todo caso llenos de un significado de luz, de cristales o de águilas que matan o de águilas que remontan o de águilas... No lo sé. Son dos rostros. No es el rostro de Guni. Porque Guni se ha ido de todas partes, Guni se ha ido del frío, del calor y de las aguas...

Son dos cuerpos.

Son dos mujeres.

Algo a mi derecha, cerca, está vestida de terciopelo negro con una banda granate; armoniza bien con su cabello azabache y sus ojos verdes oscuros; su mirada es dura; sus labios están firmemente marcados. Algo a mi izquierda, un paso más atrás, está vestida de oro brillante con una gran banda de plata; también esto armoniza con sus cabellos rubios y sus ojos celestes sin mirada alguna; su boca, apenas marcada, no tiene voz.

La primera me dice:

—Me llamo Bárbara.

Luego indica a la otra y agrega:

—Ella es Colomba.

Queda largo rato en silencio. Por fin habla de este modo:

—Tú me llamaste desde los corredores. Yo habría venido a tu llamado. ¿Por qué no? Tú llamabas para que dos manos muy diestras y veloces, te modelaran según un sueño indefinido que siempre sobrevolaba por tu existencia.

Sabías que tú solo jamás lograrías descifrar esos vuelos, ¡qué decir “darles cuerpo”! Pero intuías que, proyectados a mí, filtrados por mi ser, recaerían sobre ti y tú, entonces —despierto, dormido o sonámbulo—, te pondrías en marcha. Por eso me anhelabas con un ansia vecina a la locura, porque no podías seguir detenido viendo moverse todo a tu lado; porque querías moverte tú sobre un mundo inmóvil que dócil se prestara a tu observación, a todas las yemas de tus dedos devenidas puntas de un laboratorio que yo habría mantenido siempre tibio para tu meditación, siempre ardiente para tus pasiones, siempre glacial para tus conclusiones. ¡Haz memoria! Así querías y así llamabas.

¿Por qué no habría yo venido a tu llamado?

Si hay una voluptuosidad en el hombre al no ser sí mismo en lo que más él mismo es, la creación, ¡su creación!; la hay también en la mujer al coger, modelar, poseer a quien dices que ha nacido para poseer él, modelar él, coger él. Hay una voluptuosidad para el hombre al dejarse ir *bajo Ella*; la hay para la mujer al enterrar, como garras, su dominio y empujar *sobre Él*. ¿Y dudas de que sea yo mujer?

Tus ojos quieren desviarse ahora hacia los oros brillantes, las bandas de plata, la vista que no ve y la boca muda. Buscas a Colomba... Quieres rehabilitarte en tu orgullo de macho..., ¿sabes?, de macho ¡a medias!; estás alegando dentro de tu vanidad que el hombre manda y la mujer se agacha; dices que la naturaleza, ¡oh!, ¡la Naturaleza!, así lo ha ordenado. Y temes —¡cobarde!— ser contranaturaleza.

¡Busca, busca a Colomba!

No la encontrarás hasta que yo te ordene y te permita.

¿Y cuándo así será mi antojo?

Cuando reconozcas que la ley soy yo; que la ley es Ella planeando en lo alto, él marchando en lo bajo; cuando te sometas a Ella, a mí, sin vacilar. ¡Idiota! ¿Qué no ves que de este modo habría llegado yo a quedar atada a ti? Pero habría sido según la ley, es decir, sin dolor y recreando tu universo. Entonces, entonces tus ojos habrían podido ver a Colomba, palpando sus oros y su plata como un pincel.

Pudo todo ello haber sido muy hermoso...

Porque yo, enlazada en mis instintos primeros y puros, habría regresado a la naturaleza gestándose en su primera y pura ebullición. ¿Alcanzas a vislumbrar cuántos sueños,

cuántos anhelos y dudas y esperanzas se habrían enredado a mi cuerpo, muchas veces taladrándolo como mil gusanitos con significado de águilas, de luz y de cristales?... Pudo haber sido muy hermoso, sin mancha alguna.

Comprenderás que todo en mí habría sido confuso, extremadamente confuso, como es el total de las posibilidades bullendo en el seno de un universo que se propone.

Entonces yo habría proyectado a gran distancia, a la máxima distancia de la fuerza de mis brazos y mi espíritu. Ahí, ahí te habrías chocado tú con ellos y, ante su aspecto de toda posibilidad, fácilmente habrías podido ver esa que llamas águila transparente o encendida o sangrienta... No recuerdo bien; en fin, eso que, en tus largos paseos por los corredores, tomaba la forma de una súplica.

Habrías visto que, en resumen, era todo ello un enigma. Y como no era el tuyo, como era el mío, como te era ajeno, habrías podido, con serenidad tibia, meditarlo; con serenidad ardiente, adorarlo; con serenidad helada, descifrarlo.

Porque no era lo tuyo sino lo mío... Con lo propio, uno se perturba con facilidad.

¿No era lo tuyo?

No lo sé. Yo, aparte de saber que todo habría podido ser muy hermoso, no sé nada resueltamente. Pero supongo, me imagino que bien habría podido haber algo tuyo allí, mucho tuyo, inmensamente tuyo. ¿No lo crees? Te diré por qué así supongo a veces:

Es por aquello de esa fiera o monstruo con que yo soñaba, era por eso como intuición mía de que todo fondo de fango tiene además un aspecto de nácar, de algas murmurantes y peces de mirar de perlas. Pero mis ojos no eran capaces de despertar del lodo ese aspecto. Yo sentía que sola jamás lograría revestir nada de nácar—;qué decir “darle cuerpo”—. Pero intuía que, electrizado por la fuerza del monstruo de los grandes dones, ello se haría realidad. Habría habido allí inmensamente tuyo. Tuyos habrían sido el nácar y la electricidad.

Ahora bien, sabías que ni electricidad ni nácar pueden sostenerse y ser si no se apoyan. Y sabías, ¡sí!, que ese apoyo no lo poseías tú, como también sabías que en alguna parte estaba... puesto que por todas partes veías un poco de nácar y mucha electricidad. A esto lo llamabas “águila”. Cada cual llama las cosas como se le antoja.

Lo llamabas “águila de cristal y fuego” porque comprendías que todo ello habría sido muy hermoso.

Así habría sido y nada más: muy hermoso.

Créeme: así y nada más.

¿De qué dudas? ¿Qué temes?

¡Ah! ¡Ya lo veo!

Temes que todo este inmenso laboratorio de inmensas transmutaciones sólo hubiese sido, a la postre, el refugio del sombrío transcendente. Temes que hubiese sido demasiado enorme y que todo lo que hubiese formado el demasiado, se hubiese llenado de aire, ¡ni eso!, de vacío. Y entonces, ¡en qué ridículo habrías caído al reventar el vacío! Pues sé que una vez, no recuerdo cuándo ni por qué, te diste cuenta de que lo que más estrepitosamente revienta es justamente el vacío...

¡Qué poca fe tienes! ¡Qué miedo le tienes a la fe!

Por eso no caminas. Por eso ves errores. Por eso idea tan absurda puede echar raíces en ti: que yo, yo, esta pobre y buena Bárbara, hubiese podido o querido o tan sólo pretendido que las cosas nuestras pasasen en un laboratorio inmenso con transmutaciones inmensas... ¡Qué absurdo! Habría sido lo contrario.

Yo te habría hecho bajar de tono.

Yo te habría enseñado a cantar una canción de cuna.

Y habrías sido tú, precisamente tú, el que habría protestado alegando que el arte, el arte verdadero está en tono mayor y por encima de todas las posibles canciones de cuna.

Mil dudas te habrían asaltado sobre ese arte verdadero; ¡qué!, sobre tu actitud sobre ese arte verdadero; ¡qué!, sobre la actitud que todas las artes verdaderas deben tomar ante un hombre como tú. Y en medio de estas dudas y cavilaciones, me habría presentado yo, Bárbara, Bárbara que todo el mundo conoce por allí por esas buenas calles de Dios... Y con aleteos de águila y con fuegos y con luces, ¿es así posible la buena Bárbara de las buenas calles de Dios? Veo desde aquí la altivez de ese gesto que no alcanzó a hacerse y oigo tu voz no pronunciada que estruendosa me grita:

—*Vade retro, Satana!*

Luego te habrías mofado preguntándote:

—*Satana?*

Y habrías corregido:

—*Vade retro...*, ¡mocosuela!

Muy bien, pero, a pesar de no ser yo más que una simple hija de tales calles, algo ese Dios que las gobierna me ha concedido; justamente por ser simple hija, justamente por si acaso alguna vez **mi destino me llevaba a enfrentarme con el hombre inmenso de las artes verdaderas**. ¿Sabes qué? ¿Sabes qué cosa Él habría hecho suceder? No puedes adivinarlo. Tendré que decírtelo yo:

Él, a mí, me habría enamorado perdidamente de ti.

Nada más.

Entonces en tu laboratorio de búsquedas de materiales esenciales para la electricidad y el nácar, se habría instalado un ser más: un amor. ¡Adiós para siempre rincón solitario de meditación pura! Hasta allí yo me habría filtrado, y como tú, demasiado ocupado en el arte máximo, ignoras el arte sutil de exorcizar a las simples mocosueltas callejeras, habrías tenido que aceptarme, alegando para tu vanidad ya inquieta, que una mocosuela más o menos en una vida, no tiene ni ha tenido nunca ninguna importancia.

Ahora yo habría gritado:

—¡Triunfo!

Es peligroso pensar que hay cosas que no tienen ninguna importancia.

Pensar así es presentarse completamente indefenso.

Es beneficioso, muchas veces, tener el valor de presentarse completamente indefenso.

Porque entonces, sin defensa alguna, todo puede abrirse cauce e inundar. Y si alguna buena estrella existe para vigilar —¡por qué no ha de existir!—, es muy probable que en el torrente se filtren también saludables cosas. ¡Habría podido ser nuestro caso!

Sé, sé que en mi torrente de amor habría ido una semillita minúscula, una semillita débil, moribunda, pero porfiada como... ¿como qué te diré?, como un gusanillo que taladra. Una semillita de un recuerdo primero, de un recuerdo lejano, tan lejano, que hoy no puede **tomársele** en consideración, y **menos tú, hombre que ya estás** en las artes verdaderas. Lo lejano es lo pasado; lo pasado es lo antiguo; antiguo es lo contrario de moderno. Esto, cualquier diccionario lo confirma y Perogrullo lo predica. ¿Aceptar tú que la semillita fructifique? ¿Aceptar tú que el gusanillo taladre? ¡Jamás!

Pero existen buenas estrellas que vigilan. Hay noches blancas casi sin variaciones, no-

ches lisas, noches que sólo alternan entre estos dos compases: impotencia-esplín, esplín-impotencia. ¡Triste cosa! ¿Valía la pena haber nacido?

Estas noches así son las que aprovechan las cosas minúsculas y humildes para presentar también su pequeña luz. Son las noches de las semillitas y de los gusanillos despreciados.

Porque viene otra noche blanca, y una tercera, y una cuarta, y otra. El ánimo para buscar y luchar se va agotando cada noche un poco más. De pronto te habrías dado cuenta de que habías dejado atrás esa época, entonces abrumadora y ahora añorada, en que el problema no iba más allá del "esplín-impotencia-esplín". Ahora ya esto se convertía sencillamente en una desgracia. Porque si a esta presente sumamos las pasadas más las venideras, son mil, acaso dos mil, acaso tres mil y más noches blancas. Así ni tú ni nadie puede vivir. Porque esto es sencillamente una desgracia, sin más.

Entonces habrías deseado la felicidad, cualquier felicidad, de lo alto o del barro, poco te habría importado con tal que hubiese sido felicidad. Y loco te habrías lanzado a buscar la clave, una clave, cualquier clave.

Ahora la semillita habría murmurado:

-Triunfo... en el horizonte.

Yo, paciente, habría seguido esperando en tu laboratorio mi hora.

Claro está que eres lo bastante inteligente como para saber de tiempo atrás que no hay tal clave; diré, mejor, que eres inteligente precisamente porque aceptas este hecho como natural y hasta positivo. Pero, en fin, si no la clave, por lo menos algo, un poco de felicidad, porque esto sí existe y se encuentra o conquista. Esto nada tiene del otro mundo ni siquiera de exagerado. Y aquí te habrías dicho que el mejor método -ya que nada más aparecía- sería el de hacer alguna analogía con alguna época feliz.

Habrías hecho una analogía entre esta época y tu niñez.

Todo el mundo hace de este modo en casos similares. ¿Por qué no lo habrías hecho tú? Sí, lo habrías hecho porque, además y por mi intermedio, así te lo habría ordenado el Dios de las callejuelas anónimas.

¿Sé yo acaso cómo fue tu niñez? No lo sé ni me importa saberlo. Haya sido dichosa o desdichada, habrías recurrido a ella para tener un punto de comparación, una referencia para orientarte en la marcha hacia una posible bienandanza. Como recurre todo el mundo, como recurren los desheredados de niñez abominable.

-¿Cómo es la dicha? -se preguntan.

Y buscan respuesta en la niñez o, al menos, de ella la esperan. ¡Qué raro! Esto es un despropósito. Pero así se hace. Es la ley. El Dios mío, por mi intermedio, sólo habría hecho que en ti naciera la buena idea de hacer como todo el mundo. Lo que no quita que esto siga siendo demasiado raro: aunque aquello haya sido abominable, tomarlo como ejemplo y recuerdo de ventura.

En fin y como sea, habrías hecho así, así te habríamos hecho hacer aprovechando tu imposibilidad de mantenerte quieto ante la presencia de un despropósito. Así habríamos hecho, y tú habrías partido de viaje.

¡Oh! Aquí te habríamos encendido una pequeña luz que se apagaba. Te diré sin rodeos: las luces no se apagan nunca; decir que una luz *ya* se apagó, es una manera cómoda de expresarse y nada más. Lo que ocurre es que cuesta un mundo reanimar una luz. Entonces la gente, por pereza, dice que las luces pueden y suelen apagarse.

Aquí habríamos puesto en práctica -mi Dios de las callejuelas y yo, su obediente intér-

prete— algo que tú, atónito, habías ya observado y anotado y hasta desarrollado, confusamente, es cierto, pero, en fin, desarrollado. Me refiero a esos sucesos anónimos o acciones o palabras anónimas que un día se producen y pasan, se van, se apagan como la luz de una ampolleta... Ya sabes lo que pienso sobre las luces. En fin, pasan, caen al olvido para luego estallar años después, como estallan las granadas de tiempo. Tú llevabas tu pequeña granada de tiempo dentro de ti; pero no atinabas a hacer girar la espoleta hasta el punto debido. Tú la llevabas exactamente como tus amigos, o uno de ellos —¿Lorenzo o Rosendo? no recuerdo—, la llevaban sin sospecharlo, lanzada dentro de ellos por tu inefable e inolvidable tío José Pedro.

Así estabas, así vivías, digámoslo de una vez: así te arrastrabas mientras yo alargaba más y más mi mano hacia el tornillo diminuto que aceleraría el movimiento de la espoleta.

La niñez, la niñez... por un lado.

Esos días de hace doce a diez y seis años... por otro lado; esos días también empezaban a levantarse de su olvido, no para recordarlos en el sentido de narraciones y reflexiones —esto está nítido en ti—, sino en el sentido de significado especial que parecía guardar un extraño parentesco con tu niñez. ¡Qué raro! ¿No es verdad?

Examinemos cuidadosamente estos dos momentos para ver si desentrañamos el parentesco posible entre ellos.

En sí, nada tienen de común: un niño en brazos de su madre; un hombre que atisba el vivir de otros hombres. Sin embargo, hay para ti, para tu espíritu, una *resonancia* común en ambos: tu actitud frente a la vida cuando estuviste bajo su signo. Tanto en uno como en otro momento, tu vida estaba absorbida por algo, estaba al servicio, dependiendo de algo. Allá estaba *bajo* la inmensa superioridad de una madre sobre un hijo; luego estuvo *bajo* un espectáculo de una vida que te sobrepasaba y que, por lo mismo, querías que te cogiese, que te llevase.

*Bajo*... Esta palabra revolotea incesantemente en tus anhelos. Eres un mostrenco en busca de techo; buscas un techo que concentre, junto con cuatro muros, tus sueños y posibilidades; que los concentre con tal presión que pueda surgir en ti la fe.

¿De qué? ¡Poco importa! ¡Un lugar, un rincón, uno solo, por mísero que sea, donde no se dude, donde la única palabra posible de ser pronunciada sea la afirmación! ¿De qué? ¡Poco importa! Éste es el total de tu biografía.

Y ahora, ¡experimentemos! ¿Quieres un pequeño experimento de una granada de tiempo? ¿Quieres que con tu propia vida hagamos una demostración de que las luces no se apagan?

Pues bien, tú buscabas y buscabas mas no hallabas porque habías *olvidado* —no perdido— una visión que tuviste y que en ti implantó una fe. ¡Surja ahora! Ha llegado el momento:

Hace años, muchos años, supiste que hay por ahí, en misterioso sitio, todo un plano de vida dentro del cual —y a condición de no alejarse de él ni permitir que ninguno otro venga a mezclarse—, todo un plano en que una madre no puede equivocarse frente a su hijo. Supiste que los errores —que mil personas podrán mostrar para rebatirte— pueden caber únicamente en lo que se refiere a ambos, madre e hijo, en relación al destino ajeno que a todos se nos impone, mas que no son, no tienen cabida, respecto a la intuición directa y pura de ella hacia su niño. No hay error posible aquí; aquí está el reino de paz en donde circula únicamente lo certero. Y este sitio, todo este dominio, diré mejor, es el que luego se recuerda como momento intachablemente feliz. Esto es lo que evocan los de

niñez abominable. Lo abominable no logra empañar. Aparece fuera, o al lado, si tú quieres, cubriendo e interceptando aquel reino mas nunca haciéndolo desaparecer. ¿Qué es lo que te confunde? Déjame, a mi vez, hacer una pequeña analogía para que entiendas debidamente:

Imagínate a un sabio, un sabio genial, ni más ni menos. Está en su laboratorio. Esta palabra te es grata; también revolotea en tus anhelos; tanto mejor; así podrás imaginar con mayor facilidad. Un laboratorio espacioso, ¿no es cierto?; lejos de todo ruido; sin ventanas, sin una sola ventana, sin nada que dispare luces hacia fuera como son las ventanas aunque la gente proclame que ellas echan luz hacia el interior; tú sabes que esto es mentira, tú sabes que por las ventanas se escapan y se han escapado mil cosas que la humanidad ahora llora; la luz viene desde el techo por disimuladas claraboyas; viene de arriba hacia abajo para que aplaste con mayor presión y concentre así la mente de nuestro sabio, la pegue a sus instrumentos o papeles o lo que sea; allí están solos, laboratorio y sabio, solos y replegados como lo que se gesta dentro del huevo. ¿Solos no? ¿Encuentras demasiada soledad? Bien, te acepto: solos y un gato, un gato gris de pies de goma, de pelos largos y de seda y de ojos de mirar de nácar. Bien. ¿Y además quieres un moscardón que gire incesantemente huyendo de su propio zumbido? Aceptado. Así recordarás a los murciélagos que giran en los tubos de humo, así te aproximarás a tu amigo Lorenzo, así se despertarán en ti varias fibras sentimentales y así podrás imaginar en su propio mundo al laboratorio con su sabio dentro. Pues ya te he dicho que a este mundo se entra "a condición de no alejarse de él ni permitir que ninguno otro venga a mezclarse".

Ahora, ¡venga la fe!

Tú lo sabes, yo lo sé, lo sabemos todos los que estamos en el secreto: la ciencia va a dar un paso más. Ese hombre y sus instrumentos han logrado la sintonización adecuada; y han creado a su alrededor un círculo mágico que el error no puede traspasar. No creas que te hablo aquí del "error" como de algo mitológico, especie de demonio o ente malvado, que por allí ronda con sus garras y colmillos. No hay tal. Nuestro error puedes ser tú como puedo ser yo o tu amigo Lorenzo o cualquiera de los miles de millones de humanos que pueblan la Tierra. Cualquiera de nosotros con tal que nos venga en idea la muy corriente de ir, inmiscuirnos y opinar. Error, pues, es *lo ajeno*. En este caso ha roto el círculo mágico, ha penetrado al laboratorio, ha asustado al gato y dado muerte al moscardón, se ha acercado al sabio dándole su opinión y su consejo. Y el nuevo paso que la ciencia iba a dar, no se da...

Dime ahora con tu mayor sinceridad: ¿has perdido la fe de que exista un sitio o un momento —me es igual como quieras llamarlo— en que el hombre en su vivir directo queda más allá de todo error? ¿La has perdido catalogándola en el mundo de las quimeras porque esta vez ha sido interrumpida y vejada por elementos ajenos? No. La fe no se pierde por tan poco. Y si no la has perdido tú, ¿la habrá perdido el sabio, él que *vivió* en los mundos de la verdad? Imposible. Ya muy anciano recordará que hubo un momento —por lo tanto que siempre lo puede haber— en que... En fin, ya me comprendes. Lamentará las circunstancias que a él lo rodearon, deseando que a otros no les ocurra lo mismo. Pero evocará una y mil veces su viejo laboratorio, su gato, el zumbido del moscón aquel, sus meditaciones avanzando por la paz, y de todo ello hará un apoyo para morir con fe.

Igual cosa los de niñez abominable. Para qué decir los de niñez dichosa. Igual cosa todos. Igual cosa tú.

Yo te habría hecho pensar así.

Yo te habría hecho pensar que si algo equivalente a ese momento de tu vida apareciera hoy en este momento tuyo, renacería en ti la fe de que hay un modo en donde el error no cabe.

"El arte...", habrías pensado ya sin tanto desaliento. Porque yo te habría sugerido —una noche mientras durmieras para hallarlo al despertar— que para el arte también tenía que haber un plano de intuición directa sin error. ¿Plano? Un ser directamente de amor en cuya inocencia ante un arte que ve crecer junto a sí, no puede errar porque ama, sin más, porque ama sin cavilar, sin comparar, sin medir, sin ambicionar, sin saber. Y tú, entonces, habrías tenido que decirte que, ante un ser así, portador de la reaparición de esa niñez de fe, podrías, ¡por fin!, hacer tu obra sin cavilar ni comparar ni medir ni ambicionar ni saber.

¿Quién podía ser él?

Lo presentes..., ¿no es verdad?

Para eso llamabas desde los corredores, para eso me despertaste de mi lento tedio; no para otra cosa.

Después, como un recuerdo de fuego, te habría hecho surgir los lejanos años de las andanzas de tu Lorenzo y de tu Rosendo y de los demás. Habrías visto que tu significado ante ellos había sido el de un primer intento para flotar, salvarte y volar sin cavilar ni comparar ni medir ni ambicionar ni saber. Mas en aquel entonces tu mente caviló, comparó, midió, ambicionó y... ¡supo!; supo porque nada la absorbía para purificarla dejándola tal cual es, sin haber pecado.

Y habrías comprendido ahora lo que en aquella época te sucedió: que ante cualquier intento *tenías* que pasar *por mil puertas obligadas que forzaban* a cavilar si se quería cantar, a comparar con otros si quería ser único, a medir si se quería salir del espacio, a ambicionar si se quería sobrepasar la vanidad, a saber y saber siempre más si se quería descargar y reposar la mente en una paz de luz.

¡Recuerda cómo tirabas tu lápiz ante este fantasma que no permitía ni una palabra si no se franqueaba cada umbral de cada puerta! ¡Aborrecible fantasma no hecho de garras y colmillos sino hecho del extracto de todos los humanos que pueblan la Tierra! Así exigía este fantasma porque así quería que se le diese su ración, así únicamente podía digerirla porque habitaba un cuerpo cubierto más de cerdas que de plumas.

No cabían para él ni imprecaciones ni exorcismos ni sahumeros. Sólo otro ser vivo podría arrojarlo lejos.

¿Yo?

No todavía.

Prueba es que me presenté a ti en más de una ocasión. Fui morena; diste media vuelta. Fui rubia; algo me observaste pero al fin diste también media vuelta. Pensé llegar con cabellos color castaño o bien con cabellos encendidos como una llama; luego comprendí que sería tiempo perdido. Irremediablemente en mí verías la mentalidad menguada de las callejuelas y nada más.

Dime: ¿quién te metió entre cejas que para vencer al formidable fantasma hacía falta una mujer no menos formidable? ¿Cómo, santo Dios, no veías que, si ambos eran formidables, ambos resultaban iguales? Y si el primero habitaba un cuerpo con más cerdas que plumas... Las plumas no deben ser formidables; las mejores son las de las aves nocturnas: porque no tienen ruido alguno. Pero cuesta ver el silencio. ¡Qué hacerle! Desde pequeñitos se nos enseña a ver lo que tiembla y cañonea.

¿Yo?

No todavía.

Prueba es que largos años más se amontonaron sobre tus hombros cubriéndote, ahogándote en "una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo".

(Óyeme: Guni afirma a quien quiere oírle que éstas fueron tus primeras palabras de tu primera carta a ella; que le confesabas que vivías aplastado por una montaña; que cuando querías echar mano a cualquier trozo de papel, éste y todos se te escabullían de entre los dedos. Así afirma Guni. Pero Guni se ha ido de todas partes, ¿no es cierto? Porque, no olvides, yo soy Bárbara; y ella es Colomba. Colomba... ¡Qué hermoso nombre! ¿Verdad?).

Largos años tuvieron que pasar todavía. Había que esperar que te rindieras bajo el peso de las montañas de papel.

Había que esperar que tú, fatigado ya de buscar la clave en la mujer formidable, ansioso ya de felicidad, de cualquier felicidad, fuese de lo alto o del barro, ansioso de que en cualquier forma apareciese ese amor que da fe y lleva al sitio de lo certero, permitieras primero que una mujer anónima se enamorara, aquilataras luego, considerándolo el hecho primordial, este hecho corriente de que una mujer anónima se enamore.

¡Qué poca fe tienes! ¡Qué miedo le tienes a la fe!

Hoy día, en este momento mismo, aún temes a las inmensas transmutaciones, sombrío refugio del trascendente sombrío; porque ya pesan en ti los años. En aquel entonces también temías mas de otro modo; algo son unos quince años menos.

Temías —fuese ella de cabellos de carbón, de cobre o de oro— que su dulce ignorancia y su sencillez, propias de callejuelas donde todavía no se piensa porque todavía hay en ellas que vivir, temías que se convirtiesen en un malvado conducto de muy malvadas cosas... ¡Haces reír, haces reír! Es imposible enfadarse seriamente contigo. Malvados y malvadas... ¡Haces reír! Porque, grave, algo pálido y desgredado, reflexionabas así:

"Bien; sus cabellos son magníficos y sus ojos lo son aún más; su cuerpo es de serpiente y justo ha de ser que una serpiente acompañe enlazada al hombre que ha de crear. Bien. Pero... ¿y su mente? Ella no sabe nada, todo lo ignora del mundo de la creación y de las artes; ningún arcano se ha abierto ante su mirada. Sin embargo —esto es fuerza superior, para ella como para toda mujer que ama—, procederá de lleno ante mi obra y mis intentos como si todo lo supiera, como si todos los arcanos de la vida y de la muerte a ella se hubiesen ofrendado. Es así y no de otro modo, sean de carbón o de cobre o de oro sus cabellos. Es así justamente porque su cuerpo es de serpiente. Y hablará y hablará, opinará y exigirá. Yo seré todo obediencia porque tal es la ley. Y los amigos, condolidos, pensarán que una vez más un hombre de talento se dejó embaucar por las redes frívolas de una mocosuela callejera... ¡Horror! Y sé, sé perfectamente, cómo la malvada mujer se las arreglará para llevar a buen fin su designio. Lo sé ahora que no estoy enredado en sus cabellos. Pero después no sabré distinguir. Escucharé sus palabras y... ¿podré precisar cuándo vienen de su pura inspiración inocente y cuándo de un origen vulgar y ruinoso para el hombre de talento? Porque el caso es simplemente el siguiente: ella nada sabe y, sin embargo, opina y aconseja; durante mis ausencias, ¿no habrá ido por ahí y por allá a tomar voces literarias con personajes literarios?; ¿y no serán los conceptos y teorías de éstos los que luego me arrullará muellemente en los oídos?; y yo, pleno de amor y de fe, partiré a mis papeles creyendo llevar a ellos la sabia virgen de la naturaleza misma y verteré con mi pluma justamente aquello de lo que quería huir para siempre. Y otras veces, precavido y astuto, me resistiré a sus arrullos, otras veces en las que la linda mocosuela, espontáneamente y porque sí, decía cosas inéditas que ningún gran personaje habría columbrado

jamás... ¡Ah! Estas mocosuelas pueden muy bien ser inconscientes puentes entre añejas maneras de arte y vocaciones artísticas que despiertan. Prudencia indica dudar, prudencia indica alejarse”.

Así reflexionabas. ¡Qué poca fe tenías! ¡Qué miedo le tenías a la fe! Y mientras tanto observabas con microscopio, acumulando montañas de notas, las idas y venidas de Lorenzo Angol y Lumba Corintia, de Rosendo Paine y Nicole, de Florencio Naltagua y Nastia Poltava. Y les solucionabas sus problemas junto con dejar que de tu corazón se escapase una niña dulce de cabellos de oro o de cobre o de carbón... Ésta era, una vez más, la eterna historia de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio.

Alguien a quien obedecer, alguien a quien adorar, venerar, alguien a quien ofrendar, alguien, por lo tanto, que impulsara a construir una inmensa ofrenda... ¡Dichosos esos hombres! ¡Dichosos eran Lorenzo y Rosendo y Florencio! Ellos podrían hacerlo. ¡La fusión tan anhelada desde que la humanidad existe! Y una gran obra por añadidura...

Sobre todo Florencio Naltagua y Nastia Poltava te atraían en una época. ¿Recuerdas? Seguías sus reacciones y tratabas de adivinar sus móviles. Algo te hacía presentir que, junto con descifrarlos, descifrarías también la manera de llamar a la compañera total. Fracassaban Naltagua y esa mujercita tan codiciada por todos, por ti, por todos. Tenía, por su origen, la cantidad precisa de enigma para electrizar—sí, es la palabra que todos los amigos de ambos empleaban—, tenía cabellos ligeramente dorados con olor a trigo de estepas interminables—tú y los demás se lo decían a menudo—, tenía ojitos de agua, tenía ansias de salir para otras tierras que no fueran las tierras de siempre, o volver a éstas pero oyendo palabras que no fueran las de siempre. ¿Qué palabras? ¡No iba ella a formularlas! Si Nastia nada sabía, si nada le habían enseñado... Ella presentía la existencia de otras palabras que todos deseaban oír. Y no sospechaba, la pobrecita, que eran justamente las que ella, mejor que nadie, podía pronunciar si ocasión y cariño para ello le hubiesen dado. ¡Esas palabras que todos buscaban y nadie se atrevía a confesar que buscaba! ¿Por qué? ¡Qué iba a saberlo ella!

Tú lo sabes hoy; acaso entonces también lo sabías. Mas, como todos, temías confesarlo, temías, nada más. Sin embargo, recuerda bien, recuerda con valor, al hacer notas y observaciones, toda tu benevolencia iba hacia Naltagua y muy poca quedaba para ella. ¿Por qué? ¡Vaya una pregunta! Por una razón de peso, del mayor peso: él era un formidable comienzo de intelectual—tal era el título entonces en uso—y ella, aunque vecina del Volga y del Don—¡qué atracción melancólica, qué atracción intelectual estos nombres tienen!—, ella, pese a todas las atracciones, no podía dejar de ser más que una mocosuela callejera.

No, no creas que intento decir nada en desmedro de tu amigo Florencio Naltagua. Por el contrario, no sabes cuánta amistad, y hasta admiración, guardo por él. De todos los que formaban aquel grupo, es al que prefiero. Oye, así como te he dicho que yo te habría hecho bajar de tono, que yo te habría enseñado a cantar una canción de cuna, yo te habría hecho reanudar y cultivar tu vieja amistad con él para hacerte todo un hombre o, al menos, lo que yo, la pobre Bárbara, cree que debe ser todo un hombre. Florencio Naltagua cometió mil errores en aquellos tiempos. Pero todos ellos fueron debidamente expiados. Por eso se elevó. Por eso tanto lo estimo. Porque si es verdad que la abandonó de hecho, es también verdad que sigue y seguirá siempre tras ella aunque ella ya no sea de este mundo, Nastia murió.

Nastia, cierto día, en las calles de París, quedó sola, en una esquina, frente a un hotelito de barrio. Allí quedó inmóvil mientras él y tú pasaban, charlando y rememorando, de

Marsella a Valparaíso. Una vez en esta ciudad, cada cual se hizo un destino: Naltagua se fue tras de una meditación propicia; tú te dirigiste a Santiago a encerrar en un cajón las palabras de tu amigo durante las noches de navegación, tachándolas en lo que se referían a vida, subrayándolas en lo que podían proporcionar como letras; y Nastia, lentamente, paso a paso, emprendió marcha hacia sus estepas.

Marchó hasta que el aire que llegó a sus pulmones le pareció familiar. Allí quedó por años y más años sin lograr comprender por qué razón misteriosa él no estaba junto a ella. Años y más años hasta que, justamente en el sitio suyo, dos ejércitos —uno precipitándose de oriente a occidente, otro de occidente a oriente— allí chocaron. Entonces ella, aplastada por el pecho y los pulmones, se quebró haciendo saltar su sangre en un inmenso ramillete. Fue de este modo como Nastia Poltava murió.

¿No lo sabías? Cierto es que de esto hace apenas un año. ¿Qué es un año para la vida del hombre del arte que aprieta una eternidad en cada minuto? Un año... Las señas de los mundos suprafísicos, claro está, llegan a vosotros en apenas milésimos de segundo; pero las noticias terrenas, para salvaguardar los valores, está bien que tarden un año. Y después de todo, muere en estos momentos tanta gente. Es lógico que no pueda haber un telégrafo especial para cada cadáver. Desde luego, si así fuese, no habría quien manejase los cañones; y luego el teclear de los telegramas sería tan intenso que vosotros los creadores os sentiríais perturbados para poder crear a vuestro antojo.

Es rara, muy rara esta cuestión de "causa y efecto". Es, a veces, hasta inquietante. Es inquietante que vanas, vulgares palabras de un buen señor como era tu buen tío José Pedro, determinen el destino de un hombre de la talla de Lorenzo Angol, o el destino de un hombre del interés de Rosendo Paine. Y esto, con años y años de intervalo. Es inquietante que todo cuanto ahora a ti te está ocurriendo —mi presencia aquí, la presencia de Colomba, la ausencia de Guni (porque Guni se ha ido de todas partes, no olvidés), estas palabras que pronuncio sin mayor meditación y con certeza, las claridades que comienzas a ver, todo esto—, sea un efecto de lo que sentiste junto a tu madre, antes del despertar de tu conciencia, en los primeros días de tu vida que todos creían apagados como se apaga una luz... si las luces se apagaran. Es inquietante que la carencia de fe de Florencio Naltagua ante los dones que puede llevar lo que es humilde, y su fe absoluta en lo que es inmensamente trascendente, haya producido como efecto —años más tarde cuando ya él pensaba de modo inverso— que la sangre de una buena muchacha saltase en ramilletes al choque de los dos más poderosos ejércitos de la Tierra; y más inquietante es aún que así haya sido el destino de esa muchacha por haber cometido la falta de no ser intelectual...

Mas, ¿por qué palideces?

¡Ah! ¡Ya lo veo!

No te aflijas. Fue un pequeñito error tuyo, casi me atrevería a decir que fue un pequeñito error de tu lápiz: al releer tus notas sobre las palabras de Naltagua, esas palabras dichas mientras más y más lejos os hallabais de Nastia, tu lápiz, acaso por descuido, tachó lo que debió subrayar, subrayó lo que debió tachar.

¿Resuenan ahora esas palabras en ti? ¿Resuenan demasiado fuerte? ¿Te dañan los tímpanos? No comprendo por qué. Al fin y al cabo no eres tú, amigo mío, quien declaró esta guerra; y en cuanto a lo que a Nastia se refiere, piensa, amigo mío, que no fue amor tuyo, que jamás lo fue. Fue de Naltagua. Tú, en aquel tiempo, ya me amabas a mí... ¿No tanto? De acuerdo: tú, en aquel tiempo, ya flirteabas conmigo; yo sí te amaba; tú sólo te divertirías —muy buenamente, lo confieso— al ver que mis cabellos eran ya de oro, ya de

carbón, ya de cobre. Y que Guni se haya ido del frío, del calor y de las aguas..., ¡bah! ¡Eso es otro asunto!

Resuena en tus oídos la voz de Naltagua:

Me atormentan las dudas sobre cualquier posible amor con otra mujer: la sombra del dolor de Nastia me aleja de todas ellas.

Antes de embarcarnos, pensaba en las conversaciones que iríamos a tener aquí sobre cubierta. Íbamos a abordar muchos temas, íbamos a hacer como un repaso de nuestros años en Europa, como una provechosa puntualización de cuanto hemos visto, observado, sentido. No puedo hacerlo ni siquiera intentarlo... ¡La sombra del dolor de Nastia!

Me atormenta la idea de que pueda yo ser un simple canalla. Hice sufrir a Nastia. Si lo hubiese hecho conscientemente, por maldad, créeme que me importaría poco. Habría tenido aquello algún rescate. Lo que me atormenta es que lo hice inconscientemente. Esto no es una paradoja, aunque puedas tú pensar lo contrario. Lo que uno hace inconscientemente, es lo que uno es de verdad. Y es por eso que me asusto. Lo que uno hace conscientemente es un ensayo, una tentativa. Que vaya hacia el bien o hacia el mal, es otro capítulo. He hecho en mi vida tentativas conscientes hacia el bien; no me han resultado. Las he hecho en igual forma hacia el mal; tampoco me han resultado. Porque tanto las unas como las otras, al hacerlas conscientes, devenían artificiales, ensayos, juegos del espíritu, diletantismo. No he hecho ahora ninguna tentativa, he vivido junto a ella sin preocuparme de ella, ni de mí, ni de la vida, ni de nada. Y de ello ha resultado —hoy lo veo— baja tras baja. Debo ser así..., muy bajo.

Ahora bien, no sé hasta qué punto esto haya sido *totalmente* inconsciente. Lo que hay de seguro es que no era voluntariamente por maldad. Por lo tanto no había tentativa, no había búsqueda de experiencia. De esto, nada había. Pero totalmente inconsciente..., ¡no!

Creo que había algo de esto: mi felicidad futura estaba colocada en... ¿Qué decirte? Estaba colocada en mi vida futura, como quien dice en mi felicidad futura. Una felicidad aplazada. Mientras llegara el momento de entrar a ella, soñar en la espera. Soñar, construir... No había otra cosa que hacer puesto que el momento de su llegada, no era yo quien podía indicarlo; era cuestión del tiempo, del tiempo gobernado por los dioses.

Veo que vivía yo en mi elemento: la pereza. Por cierto que una protesta interior se alzaba en mí por tal vida. Y en esta vida de protesta, Nastia.

Ella es su símbolo. Es decir, yo la hago, sin que ella esté para nada, el símbolo. Un paso más..., y ella es la culpa. Entonces, para darme esperanzas y fuerzas, para cerciorarme de que este estado mío es transitorio y de que yo soy formidable, se lo hago sentir a ella, se lo reprocho casi, quiero que sienta, ¡que escarmiente!, que así como me ve vivir, no soy yo.

Para hacérmelo creer a mí mismo, lo hago rebotar en ella.

Ahora lo veo claro. En la gran libertad que da el centro del océano, ¿qué puede dejar de verse claro? En la vida de París, no veía de este modo. Pero lo sentía, había algo que sentía sucio. Lo acallaba entonces. ¿Cómo? Con lo de siempre: "realizar una vida, la obra; esto es transitorio, esto de mi vida en París; es lo

justo, lo recto, saberlo y vivir en conformidad con lo que se sabe; Nastia *debe* saberlo; está la obra futura; Nastia... etc., etc., etc.". Y todo esto, más que sucio lo encuentro estúpido. Son cosas que ya hoy no deberían suceder, cosas de largo tiempo atrás agotadas. Estos pequeños juegos infantiles –te hablo en el sentido de “infantilismo”– de la subconsciencia... es mediocre, es tonto; sólo han dado un resultado: Nastia sufrió sin haber tomado arte ni parte en tan primarios reflejos subconscientes.

La privé de todo goce, de todos esos pequeños goces que a ella le bastaban para no sentirse tan desamparada en la vida. ¡Pobrecita cuando quedó sola en el muelle de Marsella! Y esto para hacerme creer yo mismo que soy un tipo formidable. ¡Ni eso! Que lo voy a ser... ¡Oh! ¿Hasta cuándo esta comedia necia? ¿Hasta cuándo partir de hemisferio a hemisferio, cada vez pregonando que ahora sí, sí, la cosa ha de venir? ¿Hasta cuándo partir mientras otro ser llega hasta el muelle, llega hasta el borde del agua y ahí tiene que quedar?

Que la vida que venga sea ésta o aquélla, me es igual. Con tal de no seguir en la quimera del aplazamiento infinito... Hacer cualquier cosa hoy y mañana y siempre con tal que con ella entre en mí la convicción de que es esa cosa, y no otra, lo que yo soy. No lo que haré luego cuando... cuando...

Y sea ello lo que sea, ¿a qué conduce? ¡Ya lo sé! ¡Ya los conozco los mil alegatos formidables! Con ninguno de ellos se podrá borrar la sombra del dolor de Nastia.

Sigo con el recuerdo del dolor de Nastia. ¿Qué podré hacer por ella? ¡Nada, nada! No hay caso posible, me parece. ¡Cuánto ha sufrido como un corderito dócil! Y en el fondo, ¡cómo se aferraba a mí, aterrada ante el abandono, ante la soledad absoluta, ese abandono en medio de París, que hace caer y caer siempre hasta el barro allá en el fondo! Su terror era el terror al barro; su pena, la expectativa de pasar la vida sin sentir ternura a su lado, sin un pequeño apoyo tierno, una sonrisa, una palabra dulce. Ni en París, ni en el pueblo de sus estepas. Por eso miró hacia donde nosotros vamos. Pero las Américas le están prohibidas. Ni una palabra dulce. Esto le habría bastado a la pobre Nastia.

Anoche me paseé con ella sobre cubierta. Pero las Américas le están prohibidas; así es que cambié el rumbo del barco. Y por igual razón, me paseé solo, pensando en ella, en una víspera feliz. Regresaba yo de Chile; vestía yo de negro. ¡Cuántas muertes! Maté a casi todos los seres queridos. Nastia me aguardaba en el muelle de Marsella. Lloramos juntos. Nunca más nos separaríamos.

Y hoy siento que hay una fatalidad en todo esto, que si volviera a repetirse, volvería yo a proceder en igual forma. Ni mi razón ni mis sentimientos ni mi experiencia, nada pueden frente a lo que dirige, a lo que precipita mi vida en tal o cual sentido.

Mas, por encima de todo, siento que el dolor ante mi comportamiento con ella, nada podrá borraréme.

Llevo dentro de mí una frase que yo mismo me dije aquí a bordo al día siguiente de partir; removiendo mis injusticias para con ella, exclamé:

“¡Qué culpa tiene la pobrecita de no ser intelectual!”.

¡Qué vergüenza, qué degradación que me haya sucedido tal cosa en la vida!

Reconocer un gran corazón, toda un alma pura y sensible, y castigar por... "no ser intelectual".

En fin, cesaron las palabras de Naltagua –para tus oídos, se entiende; él, él sigue y seguirá siempre tras ella repitiéndoselas, aunque ella ya no sea de este mundo. Cesaron las palabras de Naltagua junto con aparecer en el horizonte los cerros de Valparaíso.

"¡Benditas palabras!", te decías entonces. Te eran benditas porque llevaban dentro la posibilidad de transformarse en notas, y luego las notas en curiosos rasgos psicológicos para un curioso personaje que ya nacería.

Y partiste tras alguien a quien obedecer, a quien adorar y venerar, a quien ofrendar, alguien, por lo tanto, que impulsara a construir una inmensa ofrenda...

Muy extrañado quedabas al ver que ese alguien, Ella, no se mostraba; todas ellas eran peligrosas mocuoselas de cabellos cambiantes. ¡Desesperante cosa!

Oye:

Yo te habría hecho ver un pequeñito punto que siempre se te escapa. Oye:

Tú no buscabas alguien *a quien*; tú buscabas alguien *que*...

Repitamos ahora tu súplica en su verdadero idioma:

"Alguien que me obedezca, que me adore y venera, alguien que no conciba nada mayor que una ofrenda mía".

Tales eran tus pasos de búsquedas.

¡Otra vez la eterna historia de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio!

¿Por qué? Sigue oyendo:

Porque, recordando tus viajes, sentiste un odio casi encarnizado por nueve viajeros de cada diez. De cada diez, tú podías incluirte en el uno que merecía tu respeto por buen turista, porque buen turista tú mismo te considerabas. Mas no osabas decirte que, en la vida y el amor –si igual división se hiciera–, tú tendrías que entrar en los nueve aborrecidos y por ningún motivo junto al uno estimado. Veías la paja en los ojos de los viajeros y no atinabas a percibir la viga en el ojo del amante... ¡porque el amante eras tú!

Creo que esto es un caso primario de ese psicoanálisis que a veces te tienta: ante un mal que uno lleva dentro, maldecirlo cada vez que se le encuentra fuera, en otro.

¡Qué horror, pero qué horror, inconcebible horror esos señores que acerbamente critican todo o mucho de cuanto han encontrado en sus peregrinaciones mundiales! ¡Horror estos señores que a todas partes llegan con una imagen anticipada y del tamaño de ellos, y que hacen consistir un viaje en verificar que tal imagen no ajusta con lo que encuentran... felizmente para lo que encuentran! –agregabas.

En el otro platillo de tu balanza colocabas a esos otros señoritos –de misterioso secreto interno– que con tan sólo un viajecito a una pequeña isla perdida, o a una comarca sin nombre, o al tronco de un árbol, o a una simple cajuela con insectos, volían, arrobados, atónitos, contando cosas fantasmagóricas. Y sin necesidad de alejarnos tanto, recuerda que evocaste a un amigo que no hizo más que ir, cierta vez, de Santiago a Carelmapu y regresó para inmovilizar grandes auditorios con historias que en vano trataban de igualar otros muchos que regresaban de París, o de Florencia, o de Atenas... ¡Suceden cosas muy extrañas sobre este planeta! Hay, de verdad, misteriosos secretos internos en ciertos hombres.

¡No tanto, no tanto, no exageremos nada! Tú lo supiste entonces y hoy casi lo has vuelto a saber: aquellos iban a sus diferentes destinos con una idea en medio de la frente, sí, allí entre los ojos, sí, allí encima de la nariz, sí, sí, en ese punto que ahora justamente

te molesta; éstos iban sin ningún punto, iban sólo con amor y humildad ante lo que iban a encontrar, fuese un continente o una simple cajuela con insectos. Iban y van siempre acompañados sólo del convencimiento de que con ese amor y esa humildad, cualquier comarca, cualquier cosa pueden dar tanto y más de lo que uno puede recibir.

Adivino ahora tu pensamiento. Sí, pálpate allí en medio de la frente. ¿Verdad que ya no hay molestia alguna? Por eso sonríes. Piensas:

“Que todo se haya ido, que todos se hayan ido..., ¿qué puede ahora importarme? Tú misma, Bárbara, tú, mitad mujer y mitad actriz de mi propia conciencia, puedes irte también. Ya falta no me haces. Te has traicionado: por hablar tanto y tan pomposamente, te embriagaste y dejaste escapar el secreto, la clave. Ya sé, ya sé cómo hay que hacer, cómo hay que acercarse al mundo en que el hombre, en su vivir directo, queda más allá del error; ya sé a qué analogías he de recurrir y qué evocaciones despertar –¡santos momentos de mi infancia!– para ser poseedor de mi “Sésamo, ábrete”; ya descifraste ese bajar de tono; ya me revelaste lo que es una canción de cuna; ya sé qué subrayar y qué tachar. Todo, sin querer, me lo has dicho. Ya has cumplido tu misión. ¡Vete! De tus labios se escapó lo que nunca debiste dejar que se escapase. Sobras en mi vida. Bórrate. Mis ojos quieren ver a Colomba. Es su turno ahora. Gracias, Bárbara. No te inquietes por ella, nuestra Colomba, que ya sabré yo llamar, hacer venir y obedecer a quien no tiene voz para defenderse, a quien sólo tiene ojos para ser admirados y para iniciar el éxtasis, a quien es plata, a quien es oro; a quien es, bajo la plata y el oro, sólo un cuerpito vibrante de placer. ¡Adiós y gracias, Bárbara!”.

No hay tal, grande y querido amigo, no hay tal. Ni una palabra que pueda ser tu provecho se ha escapado de mis labios. Sigues tan ignorante como en el primer momento; sigues y seguirás debatiéndote entre fantasmas que prometen y se escurren. Sabrás toda la teoría mas no te dejo entre manos la pequeña herramienta para hacer de ella una vivencia. Te he dado la letra muerta pero me llevaré el espíritu. Te dejo frases, te dejo ideas –si quieres–, te dejo inmensos andamiajes. Te dejo el motor, el gran motor que lo mueve todo. Pero me llevo la electricidad que a él lo mueve.

Santos momentos de tu infancia... ¿Vas a volver a ella? ¿Querrás decirme de qué divinas o diabólicas artes te vas a valer? ¿Te vas a hacer chiquitín, chiquitín? ¡Haces reír! Y la mamá, ¿quién va a ser? Y la mamá, ¿dónde está?

¡Aaah! Ya veo: el sabio en el laboratorio con el gato y el moscón. ¡Qué interesante! Anda. Pero no te olvides, por favor, de un punto: que previamente, que antes y por encima de los potentes sesos del sabio, que antes de las mil perfecciones que han abocado tras siglos en el laboratorio, que antes de la posible concepción de un felino, que antes de poder dotar a cada moscón de un zumbido –no te olvides de que, previamente, para que todo lo anterior pueda existir, es indispensable un factor: la inclinación indomable del hombre que allá va, su tenacidad aguda y templada como la punta de una lanza, esa cosa irrevocable que le levanta de la cama y le hace partir a grandes zancadas al trabajo, sin ver ni oír nada a su alrededor, con sus ropas risibles, con un gato en el hombro y un moscardón en el sombrero, con una coraza por todas partes ante las burlas de los demás hombres que le ven pasar. Todo esto no te lo voy a dejar. Todo esto me lo llevo yo. La vivencia, la electricidad... Llámalo la fe, si te place, o más simplemente, el entusiasmo; o mejor aún: el don de hacer crecer tanto este entusiasmo de modo que llene todos los huecos de tu vida sin dejar ni siquiera una rendija por donde otras posibilidades de vida pudiesen filtrarse. Todo esto, sin mí, no lo volverás a hallar.

¡Qué! ¿Reemplazarme a mí por el público anónimo y total? ¿Por los que seguramente por allí se encuentran y que han de despertar al son de tus frases? ¿Tú fabricándote, como paliativo, una opinión pública de la bellas letras? ¿Y tú con la fuerza suficiente para creer en tu propia fabricación? ¡No me hagas reír! Gastarías todas tus energías en esto para, al final, no creer palabra, ni media palabra...

¡Qué! ¿Reemplazarme a mí por tus amigos y amigas de antaño y por sus andanzas sin fin? ¿Pero que no ves que el único objeto de amigos y amigas y andanzas, el único objeto para ti era trasmutarlo todo, de un golpe de varita mágica, en algo grato y querido para escucharlo yo?

Podrás sembrar altares por miles; podrás abrir una carretera sin fin y, a sus costados, cada diez metros, plantar una altar donde ofrendar; podrás imaginarte que bajan raíces hasta el fuego central y que su cruz alcanza a las estrellas; podrás pasearte de extremo a extremo, de arriba a bajo; y podrás y tendrás que preguntarte cada diez minutos:

“¿Para qué serán todos estos altares?”.

La vivencia eléctrica no circulará por ellos. Me la habré llevado yo.

Es curioso lo que nos sucede: en un principio te dije que “tuyos habrían sido el nácar y la electricidad”; ¿recuerdas? Ahora son míos puesto que los doy o me los llevo. Y queda para ti “lo confuso, extremadamente confuso, como son las posibilidades bullendo en el seno de un universo que se propone”. ¡Para mí el nácar y para ti las materias del fango!

¿Ves cómo entre nosotros todo habría podido ser interminable intercambio?

¡Qué hermoso habría podido ser!

Pero no te confundas ahora. Ten calma. No trates de averiguar más allá de cierto límite. Cúidate, que la locura no está muy lejos. Cuando los valores y los seres se intercambian, cuando se desvanecen los contornos, cuando una delimitación vacila, es que la locura no está muy lejos. Ya lo has experimentado un tanto; no repitas la experiencia.

“Lorenzo, no puedo asegurarte que, al pasar tú a mis páginas, seas un personaje mío; bien pudiese ser que, al pasar, sea yo un personaje tuyo”.

Así resumías, frente a tu amigo, un aspecto de esta peligrosa fusión. Y hablabas de cuatro que no son más que uno... ¡Cúidate de hablar de dos que no sean más que uno! Tú y yo; yo y tú; en permanente intercambio; uno solo; y en los momentos en que Guni no está; y en los momentos en que las páginas de tu *Umbral* se tornan cadavéricas. Ante Lorenzo, todavía la cosa era posible. Pero desdichado de ti si es a mí a quien un día digas:

“¡Ah, vieja amiga! No puedes imaginar cómo busco ese punto, esa región de unidad; cuántas noches me desvelo tratando de sorprender el comienzo de la senda que me ha de llevar hasta ella; cuántos instantes de gozo me toman al creer que por fin he hallado; cuántos sinsabores al verificar que todo se bifurca, se parte y cada cosa pasa a ocupar otro sitio...”.

Después de dirigirme esas palabras no sabrás cuáles son los límites de tu espíritu, ni, lo que es peor, cuáles los límites de tu cuerpo. Entonces te encerrarán en un manicomio.

¡Ea! ¡Basta! Vamos todos a terminar encerrados en un manicomio. Volvamos a “lo que podría haber sido y no fue”. Dejemos también de lado aquellas vueltas obsesionantes y sin fin de polo a polo; y gente muerta bajo las nieves o bajo las olas o junto a las raíces de la mandioca: que ello es simplemente otra manera de ir a la locura. ¡Y nada de locuras! Lo mío iba a ser algo tan cuerdo, algo, escúchame, tan corriente:

Un día, un buen día, o una noche, si prefieres, habríamos ido juntos a un pequeño bar. Los hay en todas partes. Si esas vueltas alrededor del globo se hubiesen realizado, al

pasar frente a cada ciudad o aldea, habríamos visto perderse tras de nosotros un pequeño bar. Te olvidaste de consignar este detalle. Bien. Imaginemos ahora que, después de algunas copas, la sangre en ti hubiese tomado un poco más de presión, la suficiente presión como para creer que bien podrías sacar de tu bolsillo un rollo de papel y leerme tus cuentos, tus ideas, tus amores. Yo, con sangre ya no menos bullente que la tuya, habría encontrado que, en efecto, nada podía haber de más hermoso que oír tu voz.

Habrías leído, habrías leído. Yo, arrullada, habría escuchado casi en éxtasis. ¿Habría yo comprendido? ¡Bah! ¿Comprende —en nuestro helado sentido humano— la hembra de un pajarito cuando este buen pajarito le canta? No. Ella sólo sabe que le están diciendo lo mejor de cuanto es posible decir; y esto le basta. Yo, igual cosa. Yo, como Nastia, la linda muchacha de las callejuelas de las estepas, habría sabido que existen palabras divinas que todos quieren oír; y contrariamente a ella —¡pobrecita!— que nunca nada oyó, yo, en ese feliz momento del pequeño bar, habría respirado lentamente ¡oyendo!

Tú, escritor, sentirías mi emoción y, como escritor que eres, la habrías atribuido a mi aguda comprensión de tus múltiples problemas.

Hinchado pecho y garganta cantarías de tal modo que hasta el camarero alargaría un oído hacia nuestra mesa.

Yo, mujercita de cambiantes cabellos —oro, cobre, carbón—, como mujercita que soy, te habría adivinado. Entonces, con una sonrisa muy leve para que tu vanidad no se hiriera, te habría interrumpido exclamando:

—¡Qué interesante!

Para luego, en vista de tanto interés, pedirte:

—¡Explicame eso! Palabra por palabra, que llegue a lo más hondo de mi ser.

Tú, bien apoyado en tu vanidad y en las orejas de todos los camareros del mundo que verías cual críticos profundos, habrías empezado entonces a explicar. Y yo, con un arte finísimo, mucho más fino que el tuyo en tus mejores páginas, me habría ingeniado de tal modo que, ante cada concepto o evocación o alegoría de tu pluma, te habría hecho recomenzar, cuantas veces fuera necesario, hasta que alcanzaras la más diáfana explicación, la más precisa puntualización.

Y para ello te habría obligado a empezar diciendo cada vez:

—Bárbara mía, lo que allí yo he querido decir es...

¡Repentino milagro! En un momento dado yo habría exclamado con sinceridad absoluta:

—¡Bravo! ¡He comprendido!

Lindo momento habría sido. Habríamos merecido beber una copa más, yo por mi astucia para conducirte a la luz, tú por tu simpática ingenuidad que te habría impedido sospechar que tu bien amada mujer nada cogía de tus palabras *escritas*.

Entonces, mi querido, mi queridísimo amigo, con más ingenuidad que la tuya, con una inocencia verdaderamente deliciosa, te habría formulado esta pregunta:

—¿Por qué no lo escribiste entonces como me lo has contado...?

¿Ves el cuadro? Yo, como un manso corderito, interrogando con mis ojos vagos a tus ojos atónitos, casi desorbitados, y... una copa de licor suspendida y detenida en medio del espacio junto a tu mano temblante.

“¿Por qué? ¿Por qué?”

Ahora es una hora más tarde. Ve el cuadro. Vas solo por las calles. Lo quieras o no, es medianoche. Sea cual se la estación reinante, llueve. Vas como nuestro sabio, acorazado

contra todo y contra todos y con risible ropa empapada. Vas con un terremoto dentro de ti. Pero ni un gato ni un moscón te acompañan.

¿No es verdad, mi gran amigo, que habría tenido que llegar una noche así, una noche de tempestad?

Es ahora lo que has perdido.

Yo soy Bárbara, nada más que la pobre Bárbara.

### 38

#### (Gris)

Todo esto es lo malo: que usted, Guni, se vaya o no se vaya; que, al irse, lo haga por Antofagasta o Puerto Montt; que, al no irse, quede en su casa o alcance hasta mi catedral; o me sorprenda en casa de un amigo; o venga hasta acá donde ahora estoy. ¿No sabe usted dónde estoy? ¡Ah, ah! Tengo yo también mi pequeño sitio de misterio. Aquí me siento guarecido de mandiocas, nieves y mujeres. Guni, he arrendado un pequeño departamento en la calle Carlomagno 106. No le diré más por ahora. Por ahora me contento con escribir directamente –tratándolo de “usted”– a un ser que ya no es, inexistente. Esto me sumerge en el mundo literario y me saca del mundo epistolar, ese mundo con carne, huesos, sangre y muchas cosas más en su final, allá donde es el final del camino del cartero. Así me vengaré si esto continúa: no más con salpicaduras de rojo en pulmones reventados, no: me vengaré haciendo un poema sobre el final del camino de un viejo cartero, cartero santiaguino por añadidura. Sí, señora mía, volvamos al mundo literario, volvamos a nuestros personajes y sus andanzas. Fuera de ellos... ¡no es mi oficio, Señora! ¡No lo es! Por olvidarlo ante visiones femeninas me han caído tantas calamidades.

Piense, querida amiga... ¡Alto! No sigo escribiéndole a usted. Usted se ha ido. Piénsese –eso es–, piénsese. Bien. Piénsese en lo que mi catedral está convertida. Juro –como se jura ante el Altar de la Verdad– que cuantos han traspuesto su umbral –masculinos o femeninos, jóvenes o viejos, nacionales o extranjeros– han coincidido en un gesto o grito de admiración, de franco reconocimiento ante las cualidades de sosiego, de armonía y de belleza que allí dentro habitaban sin agrietarse, sin posibilidad de grieta ninguna. Y hoy... piénsese.

Bárbara está allí, enseñoreada, ama avasalladora, omnipotente y con Colomba tras ella. ¡Adiós mi buena catedral, la del sosiego y los vidrios multicolores! Todo esto es lo malo: tengo que abandonar mi catedral. Quede ahí. No puedo olvidar mi compromiso con Lorenzo, Rosendo y Cía. Tengo que escribir sus andanzas. ¿Por qué? Esto no se pregunta porque nadie lo sabe, ni Dios ni Satán. Tengo... y basta. En mi catedral no puedo hacerlo: Bárbara se pondría a hablar y, lo que es peor, a hacerme hablar; y Colomba, ¡vaya yo siquiera a sospecharlo! ¿Qué me tendrá reservado la inmensamente hermosa y enigmática Colomba con su boquita que no se ve? Nadie puede escribir vidas ajenas –ni la propia, aunque esto no sea del caso– en tal ambiente. Me voy, me voy. Aquí estoy: Carlomagno 106. Claro está que de cuando en cuando volveré a sentarme en mi sillón, a someterme a la luz azul, roja y gris de mis cristales; es cuestión de ver que tal las cosas van allí dentro. Pero hacer de allí dentro mi trono con mi cetro de tinta, no. Bárbara y Colomba se han adueñado de todo eso, es decir, de mí. Esto es *lo malo*: que todavía mujeres puedan adue-

ñarse de mí. Y esto ha sucedido: porque yo amaba a Guni puesto que al ausentarse hacia Antofagasta he sufrido como sufre un can. Ahora han aparecido, a falta de la una que desapareció, dos: Bárbara y Colomba. ¡Maldición! Así no se puede escribir. Por cierto que cartas pueden surgir por miles. Pero no andanzas de personajes ajenos, internacionales. Me dirán:

–Sus andanzas eran justamente una carta.

–Sí, eran todas ellas una carta. ¿Y qué?

–¡Cómo “¿y qué?”!

Quiere decir entonces que todo estaba mal por el hecho de haber sido una carta. Tal vez. No lo sé. Me voy de aquí. Me fuí de allí. Y vine a parar aquí: Carlomagno 106.

Lo primero que debo aquí hacer es arreglar mi departamento. Está ya más o menos arreglado. Podría estarlo mejor, podría darle aún muchos toquecillos dignos de un buen “acabado”. Mas no me atrevo. Temo que cualquier insistencia en este sentido, y al mejorar un punto determinado, haga derrumbarse otro punto. Es todo esto tan frágil. Se me figura a veces que es de cristal; otras, de papel. Tiene que ser muy frágil como lo es toda cosa delicada. Y esto tiene que ser muy delicado, ¿cómo dudarlo? Aquella mujer ingrata huyó rumbo a Antofagasta a mediados del año 1942. Acto continuo –es decir días o semanas después– aquellas otras dos, las intrusas, me inundaron con catedral y todo. Luego, horas después de oír esas palabras:

“... Es ahora lo que has perdido; yo soy Bárbara, nada más que la pobre Bárbara...”, eché en una maleta todos los documentos referentes a las vidas de Lorenzo, Rosendo y Cía.; eché en otra mis útiles personales y un par de novelas policíacas; y en un coche que me recordó al de Rosendo me llevó el cochero a la estación de Comepumas donde, junto con poner yo los pies en el andén, se desató una tempestad abisal. A causa de este contratiempo perdí algunos de los documentos citados. ¡Qué hacerle! Aumentarán un tanto las lagunas de mi relato ya que mano no puedo echar a mi memoria que día a día se debilita más. En cambio presencié ese desencadenamiento de los enfurecidos elementos y dicen quienes saben que siempre es grande y digno que los elementos se desencadenen y un hombre los contemple.

Subí transido al tren. Dos horas después, otro andén pero éste cubierto, espacioso con trenes y gentes por todos lados. La Metrópoli. Aquí chispeaba monótona, interminablemente y luces de cien colores titilaban por entre las gotas tremolantes; aquí era como ha de ser en las metrópolis. ¡Adiós pequenísima estación de Comepumas quedada en el crepúsculo del mismo nombre! Me vine a mi departamento. Era en él la ruina, la desolación, era casi como si hubiese habido un bombardeo. Me senté en medio de más cosas –destartaladas las unas, relucientes las otras– que las necesarias para diez departamentos como el mío. Las cosas se multiplican en el desorden, el desorden las deja acoplarse y por eso se multiplican. Hay que poner orden. Esperé. Haciendo una labor de hormiga esperé. Esperando fortifiqué. Aquí no deberían entrar mujeres ni sombras de mujeres. Aquí, la labor literaria, el deber y las amistades con su trajín de calles. Pensando así y fortificando vi de pronto la hora:

Era mayo de 1944.

¡Más de dos años habían transcurrido desde aquello de Antofagasta y la mandioca hasta que las cosas destartaladas o relucientes cupiesen justas y armónicas entre estos muros! Si más de dos años se han necesitado para tener debidamente un mueble aquí y otro ahí, para colocar la luz y darle vida al fonógrafo, para que instalen el teléfono y marche la

calefacción, para que haya tarros de conserva en la cocina y sábanas en la cama, para que enceren el piso y suene la campanilla... es porque todo esto ha de ser, tiene que ser muy delicado, delicadísimo, indudablemente de cristal y de papel.

Aquí estoy hoy 7 de agosto de 1944. Hace pocas líneas era mayo. ¡Esto sí es pasar el tiempo! Agosto y aquí. Llueve, llueve, llueve. Agosto y aquí. No, señores. No estoy aquí. Estoy en casa de mi gran amigo Viterbo Papudo, Loreto 214, aquella casa —¿recordáis?— que compartí con él hace tiempo, que luego abandoné y que él aún conserva; aquella casa... debo decir esta casa, puesto que en ella estoy, entre cuyas paredes de viejo adobe Viterbo se aburría matando moscas y mirando patio y patio, naranjo y naranjo; bajo cuyos techos estuvo Damita X y un pavo asado con apio y puré; sobre cuyos entablados enfermé y casi morí pero salvé gracias a la ciencia y al arte médicos del doctor Hualañé. Aquí estoy y veréis, señores, por qué razón.

¿Señores? ¿Qué señores? ¿Otra vez se me insinúa la carta, ¡la cartal? Guni, Bárbara, Guni, Colomba, Guni... ¡Conozco ya vuestras astucias y añagazas! Nada de "señores" ni "señoras". Seré libre, seré literato, tal cual suena: li-te-ra-to.

Aquí estoy y llueve. Viterbo me ha cedido una habitación para que trabaje porque en Carlomagno 106 llegó un momento en que no pude trabajar. Fui ahuyentado de allí como de mi adorada catedral. No por mujeres ni sombras de mujeres sino por las fortalezas que contra ellas levanté: los trajines callejeros que cada amigo, cada amiga, cada conocido o conocida, casi cada transeúnte trajo en sus talones hasta mi rincón. Tuve que dejar mi rincón para ellos y su bullicio. Si me resistía ante cosa tan ruin era inmediatamente amenazado con ser expulsado del mundo social. Se han instalado allí como las Bárbaras y Colombas allá. He tenido que volver a hacer mi maleta con los documentos. ¡Gracias, Viterbo Papudo! Tú me has recogido. Aquí puedo en paz trabajar. ¡Qué silencio! Bajo la lluvia llora un naranjo; bajo la lluvia se moja un pavo. Siempre hay un pavo aquí. Aquí sí, Lorenzo, Rosendo y Cía., ¡podremos colaborar!

A mi departamento voy a dormir. En mi departamento me desayuno, almuerzo a veces y recibo a mis amistades que, indefectiblemente, me felicitan con calor. Nunca he podido saber por qué. Acaso porque mi departamento es más de ellas que mío. ¿Serán tan viles? Prefiero el pavo.

Hay demasiado pavo. El naranjo es demasiado igual. El silencio es siempre el mismo. Hay falta de imaginación en este silencio. Deseo bulla, juerga si es posible. Amistades, no abandonéis mi departamento. No, no estoy enfadado porque de mi mesa de trabajo surgen bailes y cantos; porque de mi máquina de escribir creció una alcohólica botella inagotable. No os preocupéis. He organizado mi vivir. ¡Al fin lo he conseguido! Y yo que, para conseguirlo, creía necesario, indispensable recurrir a las metafísicas y tener talento. No hay tal. Muchas veces lo que buscamos está a un paso y no lo vemos por ese maldito afán de proyectar siempre los ojos hacia lejanías borrosas y geniales. La organización sensata y fecunda de mi vida estaba a un paso. Era todo cuestión de tres lápices, nada más: uno azul, otro rojo y el tercero gris. Azul, rojo y gris.

Aquí en casa de Viterbo escribo con el lápiz azul. ¡rayos y centellas si algún día cojo aquí el rojo o el gris! En Carlomagno, con lápiz gris. ¡Rayos y centellas como en el caso anterior! Para mi catedral reservo el lápiz rojo. ¡Rayos y ... como en los dos casos anteriores! Para mi catedral y para cuando a ella vuelva. Desde 1942 no he vuelto. En fin, el lápiz rojo. Y todo está arreglado, equilibrado, armónico, musical, con aceite, sobre rieles y con ruedas.

El solo hecho de coger el lápiz azul hace desaparecer a mis recónditos amores y a los bullicios callejeros. Es algo milagroso pero es así. El azul es un aislador de todo cuanto no sea Lorenzo, Rosendo y Cía. Si un punto ajeno a ellos logra acercarse, bien, lo saludo, le sonrío, hasta lo anoto, y el punto no insiste, se retira retrocediendo y haciendo una venia cortés.

El lápiz gris es lo mismo. Entre discos de bailables, botellas, libros pornográficos y flores inocentes he logrado disimular un cuaderno para él. Es como un homenaje a mis amistades. Lorenzo, Rosendo y Cía. no se acercan a ese humilde cuaderno. Guni y sus gentes lo ignoran y si lo sorprendieran lo despreciarían. Se trata del gris suceder cotidiano...

Lo mismo, espero, ha de ser con el lápiz rojo. Claro está que aquí algo temo. No es igual llevar un diario o mezclarse con personajes que viven sus vidas que habérselas con damas y sombras de damas. Pero, en fin, tengo fe.

Es ya el crepúsculo. Es casi ya la noche a pesar de seguir siendo 7 de agosto del mismo año. El pavo se ha marchado a sus habitaciones particulares. El naranjo se amodorra. Por hoy no quiero más silencio. Mañana sí vendría bien otro poco de silencio. Ahora puedo decir como líneas atrás: estoy en mi departamento de Carlomagno. Hay un cuaderno humilde y un lápiz gris. Mas pronto han de llegar los invitados a cenar y felicitar-me calurosamente. Mejor sería que ya existiera mañana y no hoy. Hoy insiste en existir todavía. Bastaría un campanillazo.

Sonó la campanilla. Mis invitados.

### 39

#### (Azul)

Rosendo entró en su jardín.

Porque hay frente a su casa —Marcoleta 91— un pequeño jardín. Crecen en él las petunias, las rosas y claveles. Y también una que otra mandrigala negra, una sola lirófora celeste y muchas blancas ensordecedoras que trepan hasta sus ventanas. Es decir las flores que hace tiempo atravesó sin ver, allá en un prado lejano, el hombre Martín Quilpué. Ahora, tal vez, acababa de pasar este hombre por la acera de enfrente atraído acaso por los aromas florales.

Entró Rosendo en el jardín. Quedó un rato en contemplación de un clavel nocturno que iría a deshojarse con el primer rayo matutino. Luego miró las piedras triangulares que pavimentan las angostas veredas que van por entre las flores. Una de ellas había sido casi arrancada. Sin duda algo inusitado se escondía debajo. Sin duda allí, agazapado, estaba el desaparecido Martín Quilpué. Cogió la piedra y la arrancó. Nada. En el triángulo, ahora de tierra húmeda, sólo cuatro o cinco pequeñas cucarachas que huyeron ante la falta de techo.

Su primer impulso fue matarlas. ¿Para qué? Para eso, para matarlas. Pero luego se detuvo dejándolas huir. Pues ¿hasta qué punto no era él mismo esas cucarachas? ¿Qué le aseguraba que terminase él allí en su piel? Acaso se prolongaba hasta las cucarachas, hasta todos los bichos, hasta las petunias, las mandrigalas y los astros.

Entró en su casa sintiendo que, al entrar, lo que realmente hacía era revolcarse en mayor espacio de sí mismo.

Subió. Su cama, contrariamente a otras noches, guardaba un silencio que le atemorizó.

Su escritorio estaba allí, sin más. Sobre la mesa, un cuaderno en blanco que llevaba en su última página un punto verde brillante como una esmeralda. Rosendo murmuró:

—Son los cuadernos puesto que el tiempo...

Luego exclamó:

—Lorenzo, ¡déjame en paz!

Lo cogió con sumo cuidado para que no cayera el punto, lo ató con una cinta verde también y bajó con él al jardín. En el triángulo de tierra húmeda lo depositó. Eas cucarachas que empezaban a acomodarse a una vida sin más techo que las estrellas, tuvieron que huir nuevamente. Volvió a colocar la piedra. Se posó sobre ella y zapateó largo rato girando. Volvió a quitarla: el cuaderno no estaba ni la cinta ni la esmeralda. Las cucarachas no habían vuelto, por lo tanto no se podía aducir que allí se hubiese efectuado un festín. Además las cucarachas no comen cuadernos ni cintas ni esmeraldas. La tierra lo había tragado todo. Ahora la Tierra lo digería. Muy bien hecho ya que lo que en esas páginas cierta vez se pensó escribir iba a ser sobre la vida, muy bien hecho que se hubiesen marchado digeridas. Muy bien hecho porque así la vida se radicaría en él, Rosendo. Era esta radicación, ya lo sabemos, lo que se deseaba y buscaba. ¡A las entrañas del fuego! ¡A arder!

Otra vez subió. Seguía el silencio de su cama. Su mesa fue más asequible. Apagó todas las luces. Abrió la ventana. Se precipitó por su hueco un denso aroma de flores y sabandijas. Lo respiró y lo detuvo en sus pulmones varios segundos antes de devolverlo a la circulación llevando características suyas personales. Luego quiso meditar con tranquilidad sobre las pequeñas cucarachas que huyen sea del cielo sea de los cuadernos y que eran él mismo mas sin conciencia allí en ellas. Bien. Como era sin conciencia en el aire expelido y en sus propios pulmones. Para tener conciencia de éstos, tendrían que dolerle. Bien. Las cucarachitas podían morderlo, por ejemplo en un dedo. Tomaría conciencia de su dedo y de la cucaracha también. ¿Y si esas cucarachas no mordían, en todo caso si no mordían al ser humano? Podían, de todos modos correr por su espina dorsal si él se pusiera acostado de boca en el suelo. Entonces le harían cosquilla. Pero luego recordó:

“¡A mí la vida! ¡A otros las transmutaciones!”.

Un reloj vecino dio la una.

Así fue su primera hora de ese año. No meditó más. Se acostó.

Antes de dormirse se preguntó si habría salido ganancioso en este pacto con Lorenzo o si sería éste, el muy badulaque, el ganancioso. Porque “la vida, vivir, vivir la vida, la vida viviéndose” son palabras que fácilmente se dicen. A lo mejor la cosa estaba en lo que Lorenzo se había dejado para él.

No alcanzó a recibir respuesta a su pregunta pues se durmió. Pero en cambio soñó lo que sigue:

Oyó un grito en el vacío. Era el grito de un hombre que en su grito gritaba:

—¡Todos los humanos son unos imbéciles! ¡Apenas una que otra excepción! ¡Imbéciles, mil veces imbéciles!

Se encontraba Rosendo en un vasto salón de paja. Se produjo una ventana. Por ella asomó Rubén de Loa.

(Un momento: Quisiera yo, Onofre Borneo, hacer una semblanza de este caballero

pero más importante es que diga la semblanza que en el sueño tenía para el soñador, recordando, eso sí, que es de Loa un inmejorable pintor. Para convencerse de ello consúltese el libro *Ayer*, de Juan Emar, o consúltese a cualquier tucán, en la selva o en el zoo, o golpéese a la puerta de la casa de cualquier anciana que posea un tucán. Ahora bien, de Loa era para el soñador más que un inmejorable pintor individual; era un arquetipo de pintores inmejorables, una esencial representación en sí).

Rubén de Loa está sin sombrero. Grita:

—¡Todos los humanos son unos imbéciles! ¡Apenas una que otra excepción! ¡Imbéciles, mil veces imbéciles!

Luego cita las excepciones a esta triste imbecilidad.

Se produce una segunda ventana, luego una tercera, una cuarta, en fin, en los sueños es difícil llevar cuentas, en fin, muchas ventanas y en cada una asoma un Rubén de Loa, todos iguales, diferenciándose únicamente en lo que llevan sobre la cabeza: el primero —dije—, nada; el segundo, gorra; el tercero, sombrero de copa; el cuarto, boina; el quinto, casco; el sexto, bonete; etc. Cada cual repite el grito, igual, idéntico. Cada cual cita las dos o tres excepciones del caso. Pero hete ahí que estas excepciones son, como los sombreros, diferentes de ventana a ventana. En vista de esto los diez o cien inmejorables pintores se retiran y Rosendo comprende que tras el muro de paja se pelean, se golpean, se cocean.

Un rayo de iluminación recordativa perfora entonces la mente de nuestro héroe. Rosendo recuerda su primera comunión y su cuna:

La partera, al cambiarle su primer pañal, había suplicado:

—Con tal que este niño no sea tan imbécil como todos.

El cura, al colocarle la ostia santa sobre la lengua, le había murmurado:

—Pide, hijo mío, a Dios por los imbéciles de esta Tierra.

Entonces, de rodillas, había clamado a Dios para que enviase a los imbéciles alguna luz de inteligencia. Un compañero de comunión, al oír su ruego, lo había mirado con desprecio para luego lanzarle:

—¡Imbécil!

Ahora algo se desprende de él: el suelo es, sí, es el suelo mientras la paja del salón se hace aire, oxígeno —dice Rosendo que ya está desprendido de todo contacto terrenal y flota. Bajo él el suelo resbala y se va rápidamente, trayendo a su vista nuevos aspectos de... ¿de qué?

De un puerto, un populoso puerto, un puerto activísimo donde atruenan las sirenas hasta hacer daño a los oídos y pasan y pasan y anclan los barcos hasta embelesar los ojos. Y gente, más gente. ¡Qué enorme cantidad de gente! Es ese puerto tan colmado de barcos que un barco, hasta ahora invisible, se forma de sus pies, se alarga, se modela y toca también su sirena. Rosendo, apoyado en la barandilla de estribor, admira el panorama. Siempre ha amado los viajes y en ellos lo que más ha amado ha sido siempre la llegada a los puertos. Alguien le toca al brazo.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Es Javier de Licantén, el poeta.

(Aquí convendría —yo hablo, Onofre Borneo— una semblanza como en el caso de Rubén de Loa; pero contentémonos, como en dicho caso, con aquello del arquetipo y demás ahora puesto en la poesía).

De Licantén hace con su diestra un inmenso gesto arcoirisante, gesto de poeta, y dícele a nuestro héroe al oído con voz suave, con un murmullo, con un susurro, voz de poeta:

—Todos esos humanos que allí ves son imbéciles.

¿Todos? Sí. Salvo cinco. ¡Imagínate mi dolor! Salvo cinco en este puerto de más de un millón de almas. Esos cinco son...

Se apaga el susurro. Se ha presentado otro Javier de Licantén y ahora ambos se dan de bastonazos.

Sigue el suelo rodando. Es la Tierra que rueda. Se va el barco de Rosendo y, en su lugar, una colina, una colina verde, amable, con sol, con rocío, con florecillas y tan, tan admirablemente calculada que su cima toca justo a la base de los pies del personaje, una colina así ha llegado y se detiene. Luego sus faldas se alargan hacia todos los puntos cardinales fermentando valles, bosquecitos y aldeas que a su vez, después de unos instantes de fermentación, se establecen, se inmovilizan y viven.

Viven... Es decir, tienen gente que vive, que va y viene, que labora, que canta, goza y a veces sufre.

—Hermoso espectáculo —dice Rosendo.

—Hermoso, es verdad —le responde Ascanio Viluco—. Lástima sólo de que todos esos seres sean unos imbéciles. Todos, todos salvo... Contemos: uno, dos, tres, cua...

(Colóquese aquí la semblanza arquetipo recordando que Viluco —el esposo de una de las más destacadas damas de nuestra sociedad y propietario de aquel palacete inmovilizado donde de buena gana bailarían Jozz— es un docto crítico sumergido en academias, crítico de arte, filosofía y letras).

Apenas se enuncia la sílaba “cua”, Rosendo ve al docto Viluco rodar colina abajo a trompadas y mordiscos con otro Viluco igual. Los ve alejarse con colina, valles y bosquecitos y aldeas. Todo se aleja porque suelo y Tierra han de girar.

Ahora, allá en el horizonte, asoma una torre, aguda y labrada torre medioeval que avanza majestuosa acarreando toda una iglesia, tal vez una catedral, que acarrea una ciudad, una metrópoli sin duda. ¡Grandioso espectáculo! Sólo que, al parecer, la torre es más alta que la colina. No va a tener la delicadeza de ésta para llegar justo bajo las plantas de los pies de Rosendo. La torre le va a dar con su mitad un golpazo. Rosendo se hace gimnasta y salta en el momento oportuno. Se agarra con ambas manos de mil filigranas de piedra fría. Entonces la torre se detiene y con ella la catedral y la metrópoli entera. Y aquello, en su totalidad, comienza a bullir en activísima vida.

—¡Arriba, arriba! ¡Hasta que alcancemos la cruz! —le grita una voz conocida.

Rosendo vuelve la cabeza y ve, a la altura de sus pies, otra cabeza: Florencio Naltagua. Ambos siguen trepando hasta la cruz. Ahora, sentado cada uno en uno de los brazos, extienden la vista sobre techos infinitos e infinitas arterias no de sangre sino de coches y humanos. Naltagua deja rodar una lágrima y solloza:

—Miseria la nuestra al ser humanos. ¿Por qué no haber sido piedra místicamente labrada? Porque has de saber, amigo, que todos esos que borbotan allá abajo, todos son, sin excepción, unos imbéciles.

(Y una semblanza convendría. Pero yo —Onofre Borneo— no puedo hacerla pues ello redundaría en una injusticia hacia de Loa, de Licantén y Viluco. Naltagua, baste con esto, después de años de indiferencia, ama, ama y ama. También se eleva por los ámbitos del éxtasis. Y... el arquetipo, etc.).

Naltagua llora, llora a lágrima caudalosa. ¡Qué miseria!

—El único consuelo —dice entre lamentos— es que hay unos pocos que escapan a tan implacable ley y ellos son...

¡Cataplún!

La torre ha estallado. Rosendo se siente lanzado por las piedras hacia la atmósfera. Divisa allá lejos, volando como él, a dos o tres Naltagua que, sin parar mientes en su crítica situación de hombres volantes, se tiran de palos y escupitajos.

Rosendo hace piruetas por los aires y ahora corre, corre el desdichado, corre desesperadamente, locamente, paranoicamente, esquizofrénicamente. Pues siente tras sus talones toda una voraz jauría que le persigue. Crea el infeliz entonces un ojo en su nuca y ve que en pos vienen decenas de miles de esos arquetipos a darle alcance y, lo que es peor, cada uno trayendo de mano a mano un hilito largo, fino, blanco.

Rosendo se pregunta:

“¿Serán esos hilitos para estrangularme rasgándome el cuello?”.

No, no son para eso. Son, muy por el contrario, para encarrilarlo por el sendero del Bien y la Verdad. ¿Cómo? ¿Cómo puede ser tal cosa? Así:

—Cálmate, Rosendo —le dice Rubén de Loa—. Acomódate con comodidad. Coloca debidamente tu almohada y cúbrete con tus sábanas que el tiempo es frío. No apagues la vela. Ahora escúchame:

“Este hilito nace de mi cerebro o de mi corazón. Si quieres, de mi garganta. Transijamos: de mis ojos puesto que soy pintor. Y hay que ser pintor. Aquellos que no lo son son todos unos imbéciles. Excepción de... Nada temas, Rosendo. Hay mucha, muchísima gente conmigo para que pueda producirse un altercado. Piénsalo: están conmigo todos los pintores del mundo y no sólo los de hoy sino los que hasta hoy han existido desde nuestro padre Adán. Pues hubo un pintor contemporáneo de nuestro padre Adán. Todos. Lo comprenderás cuando te explique los misterios de este hilito. Por el momento ten presente lo que acabo de afirmarte: todos aquellos que no son pintores son unos imbéciles, por lo tanto todos los que son pintores no son imbéciles, están con nosotros. Ahora bien y por cierto que, visto bajo otro ángulo, todos los pintores son unos imbéciles salvo... —nada temas, estamos en tu habitación bien encerrados— los poquísimos que viven, como las florecillas de una ramita determinada o las minúsculas bestezuelas de una determinada pata de una mesa determinada, los que viven, digo, a lo largo de este hilito. ¿Entiendes? Bien.

“Este hilito nace de mis ojos. Precisemos y mejoremos: Viene a terminar en mis ojos, en mis ojos es su punto final. De mis ojos retrocede por las épocas saltando y saltando montañas, ríos, años y siglos; recto, estirado a veces; enroscándose otras; pero jamás interrumpiéndose. Es, pues, una tradición, la tradición, la, La, LA, ¿Cuál? La que partió del punto exacto y vero; yendo por el camino exacto y vero, donde estoy yo y ellos, esos pocos que han sido y los pocos que serán; ¡poco importa esto último! Lo esencial es que estoy yo. Todo lo restante es el falso profeta. El error sin más. Prueba de ello: yo no estoy en lo restante. Yo estoy aquí en este hilito que perfora los siglos siempre con un centinela alerta vigilando, paleta en mano, el advenimiento de este momento en que aparezco yo. ¿Oyes, Rosendo? Yo. ¿Dudas? ¡Infeliz! Tengo a los perforados siglos como testigos. Soy el hombre filtrado por los siglos, YO”.

Rubén de Loa empieza a esfumarse en halos de gris violeta, en acordes de violeta gris, en sabores de nácar, en tactos acuáticos de ópalos de opalinos reflejos... ¡Cuántas fuerzas de color! Lluve, llueve, llueve. Casi un pavo trina desde la copa de un naranjo casi. Es que Rosendo casi logra recordar, en medio de su sueño, que yo, Onofre Borneo, soy su amigo y siempre lo recuerdo para poder escribir su vida. Sobre todo en el solar de Viterbo Papu-

do cuando hay pavos y naranjos y una luna por los patios cuando el pavo duerme. Pero recordar todo esto es despertar y dejar trunco este sueño. Dejar trunco este sueño es cortar de un tijeretazo la narración que aquí hago mirando el naranjo. Es interrumpirlo todo. Lluve. Felizmente no es agua lo que llueve. Rosendo puede seguir soñando y yo escribiendo porque llueven hilos, mil hilos; cientos de miles de hilos largos, finos, blancos. ¡Cuánta fineza de color al escurrirse por los violáceos humos del desapareciente Rubén de Loa! Y cada hilo es un señor, sí, un señor, un caballero, como usted, como yo, como cualquiera; con traje, con cara, con cuello, con cuerpo, con todo. Un caballero como en las calles o en las avenidas o en sus propios domicilios a pesar de estar Rosendo soñando y yo escribiendo, a pesar de todo. Un caballero, un caballero por cada hilo y hay mil, cien mil, quinientos mil hilos que terminan en su respectivo caballero, sea quinientos mil caballeros que desprenden un hilo cada uno, hilo que retrocede hasta nuestro padre Adán, perforando montañas y siglos, lanzando a regulares trechos regulares centinelas, paleta, pluma, cincel, corchea, sotana, nebulosa, microbio, corbata en mano, y todos firmes, hieráticos, todos imponentes y todos, entre ellos, afinados en la, en la nota la, es decir, la, La, LA... La tradición, señor Rosendo Paine, la única, la vera, la exacta; que lo restante, los quinientos miles de hilos con caballeros restantes, es lo falso, el mal profeta, la impostura. Os lo podemos demostrar científicamente o artísticamente o, si preferís, dialécticamente o místicamente, a vuestro antojo, señor Rosendo Paine, todo os lo podemos demostrar, es sólo cuestión de creerme a mí, a mí, a mí, a mí... ¡Despierta, Rosendo! Rosendo despierta bajo mil hilos de sol que entran por su ventana. El gato lo ha despertado al saltar sobre su cama. Es hora de preparar el desayuno. Rosendo toma ahora una taza de café puro. Luego piensa que para despabilarse entre tal red de hilos casi eternos, que para llegar a hacer con todos ellos un suelo firme donde pisar, haría falta no menos de otra eternidad hacia adelante y como él tiene un número reducido de años por vivir y pocos deseos de recibir golpes, bastonazos o escupitajos por cuestiones tan demasiado eternas, piensa en resumen que es mejor que su noble amigo Lorenzo Angol se encargue de ello. Y a su duda sobre si el muy noble a la vez acaso que badulaque amigo se hubiese dejado para sí la mejor parte del pacto, puso un punto final, otro punto verde de pura esmeralda en medio de un papel blanco que, acto continuo, arrojó por la ventana para regocijo y gloria de todas las cucarachas del jardín.

¡A él la vida! ¡A otros las trasmutaciones!

## 40 (Azul)

La Cantera. Medianoche. El mayordomo hace estallar un cohete, el capataz pone en su fonógrafo el Himno Nacional, el vaquero mueve y remueve una matraca, el sota sopla en una corneta, el hortelano lanza un grito. Una hora más tarde Desiderio Longotoma entreabre la puerta de la Bóveda y dice a Lorenzo:

—¡Feliz año nuevo!

Lorenzo, inclinado sobre su mesa de trabajo, nada oye como no oyó, una hora antes, ni el cohete, ni el fonógrafo, ni la matraca, ni la corneta, ni el grito. Desiderio Longotoma

queda sonriente, guiñando un ojo, medio cuerpo fuera de los misterios subterráneos y medio cuerpo dentro. Lorenzo sigue inmóvil como todo hombre verdadero que se inclina por la noche sobre una mesa de trabajo. Desiderio Longotoma repite:

—¡Feliz año nuevo!

Nada.

Avanza entonces un paso. El batiente se cierra y el visitante, con ambas mitades dentro del cuarto del misterio, una vez más repite con voz suave y haciendo una reverencia ante las espaldas y la nuca de su anfitrión:

—Le digo a usted, caro amigo, que le deseo un muy feliz año nuevo.

Lorenzo se levanta, se vuelve, estira su diestra y responde:

—Igualmente, igualmente.

El huésped agrega:

—Caro amigo, no sólo de palabras se alimenta el hombre. Por eso yo siempre traigo un obsequio al caro amigo que va a oír las mías. Ellas acaban de ser oídas, como usted lo sabe, y eran la expresión sincera de mis deseos de felicidad para usted en el año que comienza. Ahora, éste es mi obsequio.

Saca de su bolsillo y alarga hacia Lorenzo un ratoncillo minúsculo. Lorenzo, a guisa de agradecimiento, dice:

—Es justamente, amigo, lo que me hacía falta para poner término a mi labor de esta noche.

Y ambos se abrazan.

Ahora pasemos a la labor nocturna de Lorenzo.

Empecemos por colocar dentro de nuestra imaginación una mesa. Debe ser una mesa grande, no menos de 2 metros de lado a lado y algo más de uno —pongamos 1,13— de fondo. Una mesa de madera de pino, gruesa madera, gruesas patas, cuadradas, rectas hasta el suelo. Como ha sido pintada —tono siena natural— podemos llamarla “la mesa de pintado pino”. Ahora, ya bien establecida la mesa, rodeémosla, atmosféricémosla. Hagámoslo. Y puesto que ya tenemos atmósfera, poblemos. Suelo, muros, techo, objetos, varios objetos, muchos mas no los precisemos pues no van a tomar parte en lo que va a seguir. Una estompa o la yema del pulgar derecho puede fundirlos en la atmósfera por el momento negra, apenas con una gota de rojo oscuro, apenas, tan apenas que sólo un ojo ejercitado y fruncido de pintor de aire libre puede precizarla, ni siquiera, apenas percibirla. Ahora iluminemos. Lo mejor es una lámpara de parafina. Da una luz amarillenta y abundante al menos para nuestro objeto que es la superficie de la mesa. El negro con gota de rojo oscuro es ahora un grisáceo tono piel de murciélago. Se diría que flota en él mucho polvo. Esto no es verdad; el aire es allí puro, ligeramente húmedo, lo necesario para darle algo de perfume a secular y muy vivido por largas generaciones de humanos amantes del sosiego y del saber. Esto toma el cariz de polvo suspendido en el aire únicamente para hacer resaltar —ya que el polvo en el aire es de un valor frío— el siena natural de la mesa que, por cierto, es un valor cálido y más cálido aún con la luz amarillenta que cae sobre él. Súmese ahora rápidamente a esto último lo frío anterior, y la mesa con la lámpara y los objetos sobre la mesa —de los que pronto hablaremos— forman como un ascua de cobre viejo. Recortándola medio a medio y en oscuro está la silueta de espaldas de Lorenzo. Pero esto fue al entrar Desiderio Longotoma. Luego, como hemos visto, Lorenzo se ha levantado para saludar a su amigo y ambos charlan y ahora que yo escribo ambos están inclinados sobre la mesa y laboran, colaboran amarillentamente iluminados. Lorenzo está con el

ceño apretado y la mente concentrada; Desiderio Longotoma parece divertirse una enormidad, tanto que entre dientes recita:

*Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué.*

Lorenzo lo detiene con un solo rayo de una sola mirada de un solo ojo. Desiderio Longotoma se excusa con un gesto mudo. Y la labor continúa.

El golpe de vista del rincón es interesante sobre todo de coloración. En vez de tener que describirlo yo con este lápiz de mina negra desteñida, me hubiese gustado ver una descripción de él por Brueghel o Teniers o mejor aún por Bosch. Estos hombres sabían a punto fijo lo que rueda en rincones así por entre lo invisible de polvo gris y ascuas cálidas. Sabían evocar. Yaquí hay, ¡ya lo creo!, qué evocar. Hay ese perfume con generaciones de humanos tras él. Que esta Bóveda no tenga por su edad capacidad para albergar las sombras de muchos linajes desaparecidos, no es razón suficiente para negar que allí ahora están rondando, cuchicheando, magnetizando. Sus espíritus errantes han descubierto nuestro rincón y en él han sentado plaza. Bien han hecho. Allí todo los acoge. Allí el alma se recoge. Allí los recuerdos toman formas en relieve y se agigantan, traspasan las horas, llegan al presente y se instalan serenos y ciertos en un futuro que ninguna carrera humana logra alcanzar. Ellos, los errantes espíritus, hacen este milagro y lo hacen porque –repito– se encuentran en nuestra Bóveda a sus anchas. Así es que aquello está poblado, archipoblado de recuerdos actuantes que reciben al visitante como lo recibe cualquiera de los muebles.

Puede usted, señor mío –me dirijo a cualquier oyente de mis palabras–, haber visitado veinte veces un sitio X, haber tenido en él durante sus visitas violentas emociones; vuelve usted una vez más, la vigésima primera vez; recuerda, claro está; vuelve a emocionarse, ¡no faltaría más que no se emocionara!; pero bien puede quedar todo esto en mero recuerdo, más o menos interesante para usted, pero mero recuerdo. En cambio, puedo asegurárselo a usted, bastaría una sola visita a la Bóveda, un asomo a ella y sin emoción alguna, para que ahora al volver por segunda vez, se sintiese usted atónito y temblante al enfrentarse como con un ser material con ese instante de usted que parecía pertenecer para siempre a lo que ya no es. Es que los sitios, como los palmípedos, independientemente de nuestra memoria y de nuestros intereses, tienen ellos, ellos de por sí, mayor o menor potencia de actualización, como los líquenes. Éste y en este momento la tiene en altísimo grado. Es un sitio que desafía victorioso la lógica del suceder.

Yo entro en él lleno de posibilidades de milagro. Tengo recuerdos en él. Tengo cosas ya idas que siguen allí vivas y sin irse jamás.

No se me pregunte nada. Ciérrense los ojos y láncese la mente allá al techo, a aquel rincón, a una monstruosa araña que siempre está mirándonos aunque nosotros no la veamos. Anhélese frenéticamente que la armonía reine en las páginas escritas.

Pero dejemos esta evocación o cualquier otra que haría de este relato algo demasiado fastidioso. Los recuerdos están vivos; no hace, pues, falta hablarlos. Lleguemos por fin a la labor de Lorenzo o sea a los objetos sobre la mesa.

Hay sobre la mesa quince conos de unos 15 centímetros de alto y de una base de unos 10 centímetros de diámetro. Estos conos son huecos. Tienen una pequeñita puerta. Por estas puertas no podría entrar una rata mas un ratonzuelo sí. Por su parte exterior son todos iguales y feos y fétidos. Son de barro sin emparejar. Este barro ha sido recogido por

nuestro héroe durante el día y proviene de unos corrales cercanos. Creo que con esto basta para comprender sus características repulsivas. Por dentro la cosa cambia. Vamos por partes: Bajo el barro hay cartón, cartón corriente que viene a ser lo intermedio pues, por su cara interna, este cartón está recubierto, hermosa y fragantemente recubierto, a tal punto que estar dentro es un ideal, es un ansia de que jamás nos echen fuera. Así como por el exterior son todos iguales, por el interior son todos diferentes. Vamos a numerar sus interiores según la distancia a que se encuentren los conos de la mano derecha de Lorenzo:

El 1º está revestido de estambres de petunias; el 2º de plumas de picaflor; el 3º, de ámbar; el 4º, de pistilos de liróforas; el 5º, de jugo de limón; el 6º, de polvo de ópalo; el 7º, de electricidad; el 8º, de polen de ensordecedoras; el 9º, de radium; el 10º, de espuma marítima; el 11º, de humo de fogata de eucaliptos; el 12º, de magnetismo; el 13º, de rocío; el 14º, de vino; el 15º, de miel.

Es algo magnífico.

Los quince están rodeados por una pequeña palizada lo suficientemente alta como para que una rata sí mas un ratonzuelo no, no pueda saltarla.

Desiderio Longotoma admira incondicionalmente. Felicita a Lorenzo. Hasta el número de los conos le subyuga.

—¡Formidable, amigo! —exclama—. El número quince es lo exacto. Piense usted: uno menos, es catorce, horrendo número pues huele a doblemente esotérico pues es dos veces siete, número pedante que huele... en fin, a pedantería, a mala, muy mala cosa, amigo; y uno más es diez y seis, el número tan odioso como el anteriormente citado, ese catorce del esoterismo pedante y nebuloso olor a cátedra de ancianas demasiado vírgenes; el diez y seis, el número que no puede escribirse con letras como es lo propio del intelectual, usar letras y no números, no se puede porque hay quienes escriben "diez y seis" y otros "dieciséis" y los fonéticos proclaman "dieziséis". Yes, el miserable, el número guardián que nos ataja ante la cultura de Francia la magnánime e inmortal. Figúrese usted, amigo, que allá por los años de mi escuela y después de haber hecho filigranas en mi examen de francés, el profesor me partió, me rajó, sin más, porque me hizo contar y yo, de lengua cervantina al fin y al cabo, conté: "...treize, quatorze, quinze, dixsix, dixsept...". "¡Alto! —me grita el profesor—; ¡a sentarse!". Quince es lo justo, quince...

Pero Lorenzo fulmina ahora al charlatán de Desiderio Longotoma con dos rayos de dos miradas de sus dos ojos.

—Perdón —dice quedamente el interrumpido.

—Perdonado.

—Entonces, amigo, ¿querría usted explicarme qué son estos admirables conos?

Lorenzo responde hosco, torvo:

—Conos de imbecilidad.

Desiderio Longotoma lanza un agudo: "Uuuuuuhh", símbolo de su admiración y de los gratos momentos que espera pasar en la misteriosa Bóveda.

Lorenzo toma luego quince agujas de fonógrafo y las va clavando en la cima de cada cono de modo que las puntas queden con vista a las bellezas interiores, y sus bases queden con vista a los barro y —digámoslo— a los estiércoles de fuera. Entonces dice a su compañero:

—Cada aguja es un superhombre. ¿Me entiende usted?

—¡Por cierto! —clama el compañero—. Entendido. Ahora que... no vendría mal una ligera explicación.

–Muy justo –asienta Lorenzo.

Y explica así:

–Cada aguja es el símbolo de un superhombre y cada cono correspondiente es el extenderse, por el tiempo y por esta Tierra, de sus máximas posibilidades, el extenderse en plena fructificación. No mire usted las paredes que a nuestros ojos se ofrecen; ya las miraremos a su debido tiempo; siendo usted un ser dotado de imaginación, sumérjase en los interiores. No me negará usted que es ello la gloria.

Desiderio Longotoma aprueba:

–¡Gloria!

Lorenzo entonces:

–Cada aguja, pues, con su respectivo cono es un mundo de por sí, que por sí se basta y fructifica. Escúcheme usted bien: es una manera única que pudo haber tenido el mundo, desde el principio hasta el fin, una manera completa sin necesidad de “curiosidades” fuera de ella. Es algo, amigo, que, dentro de él, curiosidad vendría a ser distracción, pérdida de tiempo. Es la estructura de usted, Desiderio Longotoma, su estructura viviendo sin roce, sin posibilidad de roce proveniente de su imaginación o de sus necesidades. Es la total inexistencia de un apremio de usted por devenir crisantemo o barraca o adobe. Desiderio Longotoma: SER. Cada interior de un cono ES y cada humano que dentro y por él viva ES. Desiderio Longotoma: cada humano así, si mira su propia vida hacia atrás, la ve llena, justificando cada instante al instante que ha seguido; y si mira hacia adelante, sabe qué hay que hacer, sabe adónde va el barco y con qué fin va. Así, por ejemplo, este cono –en su interior se entiende; no lo olvide usted– es el 3º, el de ámbar. Él es *el* ámbar, la realización total por medio del ámbar, encauzada por el ámbar. Es la desaparición por distracción e inutilidad de todo lo que no sea ámbar. Ámbar, amigo, es el carro que puede llevarlo todo, llevar a todo. Ámbar es...

–O vino, allí, 14º, caro amigo –insinúa Desiderio Longotoma apuntando con su índice.

Un silencio largo. Lorenzo al fin le responde hosco, torvo:

–Si usted quiere.

Pero ha caído una gota de hielo al fuego incipiente de Lorenzo en su faz de filósofo. No al fuego necesario para llevar a bien la tarea nocturna sino para seguir explicaciones y latas traducciones de hechos a palabras. Lo importante son los hechos y quienquiera que a ellos mire ha de entender..., si ha de entender. Si no ha..., será no. ¿Para qué insistir vertiendo, vertiendo y vertiendo? “Aburridísima labor por su inutilidad”, piensa Lorenzo allá en la Bóveda. Yo pienso aquí que es algo muy a propósito que tal piense Lorenzo allá pues para mí es también aburridísimo explicar lo que es en verdad un cono en su interior. Ya lo hemos dicho: aquello es y es hermoso como todo lo que es.

Mas no se vaya a creer que Desiderio Longotoma esté quedando al margen de cuanto ocurre en la Bóveda. No. Desiderio Longotoma, estoy cierto, sabe y comprende mucho más de lo que aparenta. Sabe, sabe. Yo creo más bien que, al nombrar el cono 14º, lo que hizo nuestro magnífico personaje fue dar curso a *su* manera de expresar su absoluta y hasta profunda comprensión sobre cuanto allí sucedía o iba a suceder. La duda que ahora me acomete es si Lorenzo sea hombre del suficiente espíritu como para haberse percatado de qué buen compañero de labor tenía en el otro. Creo que sí. No puedo creer lo contrario porque allí está ese sublime momento –que espero a ningún lector le haya pasado inadvertido– cuando el uno de esos dos hombres entregó al otro de esos dos mismos hombres, y sin que hubiese ni del uno ni del otro de los dos hombres ni sorpresa ni aspavientos ni

gritos al milagro o a la comprensión máxima ni a la intuición soberana, entregó, digo, un mínimo ratonzuelo. Lorenzo ha entendido, lo ha entendido todo. Por fin, si así no fuese ¿valdría la pena este trabajo que me estoy dando al llevar a letras lo que fue vida? Dirán algunos, y muchos, que no vale la pena... ¡Bien! No quiero hoy ni nunca polémicas. Yo —que después de todo soy el biógrafo y pido con pleno derecho que se me escuche y crea—, yo digo que Lorenzo ha entendido y que allí en la Bóveda todo está pasando a pedir de un confite. La gotita de hielo citada no ha caído pues; y si ha caído tendríamos que corregir ciertas ideillas que desde pequeños nos han inculcado como la de que el hielo al caer enfría; o bien que si enfría, el frío es motivo, es hacedor de incompreensión, de separatividad, etc. ¿Por qué? ¿De cuándo acá el frío desune? ¿Por qué no el calor? Desiderio Longotoma sonríe, guiña su ojo izquierdo, mueve la punta de su zapato derecho y piensa y hasta susurra:

—Ha caído una gota de vino... Eso es todo.

Hay un gran silencio ahora asentado sobre todo el fundo de La Cantera. No se olvide de que es plena noche. Pero insisto en el silencio abrupto e imponente, de grandes piedras que nadie mueve ni osa trepar. Y puede aún ser mayor aunque ello parezca rayar en la inverosimilitud. Hagámoslo. Hagamos estriar por toda su longitud un ruido, uno solo, corto, que aparezca, cruce, pase, subraye y se vaya. Un gallo canta. Nada más. Y el gallo, por haber cantado, cae de su palo desplomado y abatido por el silencio reinante. Cae envuelto en sus plumas sobre tierra que se ablanda. No ha sonado su caída. Sólo su canto ha sonado para que pudiésemos todos afianzar y tocar el silencio. Ha llegado, pues, el momento del experimento, el instante de actuar.

Allá en Santiago de Chile mucha gente baila frenéticamente por ser Año Nuevo; otra mucha no hace nada a pesar de ser Año Nuevo; nada de esto nos interesa a nosotros. A nosotros nos interesa que allá en Santiago de Chile un hombre, un hombre llamado Rosendo Paine, después de haber hecho desaparecer un cuaderno, una cinta y una esmeralda de tinta; después de haber meditado sobre las cucarachas; de haber oído la una de la madrugada en un reloj vecino; después de haberse preguntado quién estaría en mejor situación, su amigo íntimo o él mismo; después de todo ello, a nosotros nos interesa que un hombre se haya acostado, se haya dormido y haya soñado. Pero más nos interesa lo que ocurre aquí y no allá.

Aquí Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma echan mano al ratonzuelo y lo sueltan dentro de la palizada que circunda a los quince conos. El ratonzuelo vacila apenas un segundo y luego da una menuda carrera sin premeditación ni finalidad, es decir, sin talento. Vuelve a detenerse, husmea, huele. Se ve claramente que las paredes de inmundicias de esas extrañas construcciones le han herido sus naricitas ansiosas de recibir fragantes aromas de fragantes quesos y otras golosinas. Se ve que aquello le es insoportable y que llega a añorar el bolsillo del vestón de Desiderio Longotoma donde hizo incómodo el trayecto desde su guarida, en los alrededores de Santiago, hasta La Cantera. De pronto percibe un agujero, un agujerito por donde su madre no cabría. Pero él sí. Se precipita, entra. Ha desaparecido para los ojos de sus dos observadores. Es el cono número 1, el revestido interiormente de estambres de petunias.

Nuevo silencio tan solemne como el ya descrito aunque ningún gallo haya cantado. (Digo "nuevo" porque las patitas de nuestro bichito lo interrumpieron un tanto junto con la respiración llena de espera y curiosidad de los dos hombres). Se ve ahora, se siente, se respira —¿cómo explicarlo?—, se intuye o está en el aire —como queráis— todo cuanto ocurre:

a) Este nuevo silencio, si no se toman medidas, va a durar la eternidad;

b) La causa de su duración es que el ratonzuelo –como es natural y todos lo esperábamos– se ha hallado súbitamente tan maravillado y a sus anchas que no piensa hacer ni un movimiento más en su existencia;

c) Las medidas indicadas en “a” deben hacerse efectivas y tendientes a desembriagar al sujeto para que vuelva a la palestra de las realidades.

Es esto último lo que hacen ambos experimentadores: Lorenzo golpea en un pequeño gong junto al cono 1º; Desiderio Longotoma hace ruidosamente: “¡Brrrr!” y zapatea sonoro y menudo.

Presa del pánico reaparece el ratonzuelo. Mira hacia todos lados, demuestra la repugnancia que todos esos puntiagudos muros le causan, vacila un instante y se precipita al cono 2º, el de plumas de picaflor.

Aquí debe repetirse todo el proceso anterior, debe repetirse quince veces. Este proceso, sacado de su materialidad ostensible –que es el acto de correr de cono a cono por el cuadrúpedo– y vertido a su manifestación psicológica, podríamos referirlo así:

Quince veces, aquella noche, un ser viviente encontró la razón, la dulzura y el objetivo del hecho de vivir para luego quince otras veces verificar que no hay tal en este hecho de vivir, que todo en él es mugre, destemplanza y huele mal. -

Intelectualmente podría decirse que quince veces un ser viviente alcanzó a vislumbrar que, dadas ciertas circunstancias y cierta potencia cerebro-interpretativa, la vida puede llevar dentro de sí misma todas las posibles justificaciones que en duda pudiese poner otro cerebro descontento, pusilánime o frágil pero que...

Moralmente tiene que haber en algún misterioso sitio inalcanzable (es, después de todo, un mísero ratonzuelo el que discurre y no es justo pedirle mayor penetración) seres malvados que con golpes de gong, resoplidos y zapatazos perturban y desquician la unidad y el reposo para sembrar la duda y el caos, para coger a todo aquel que haya encontrado un sentido y lanzarlo en busca de otro y otro y otro sentido más, y...

Suícidamente, que si esto va a seguir y a ser siempre así; si cada vez que encontremos se nos eche a otro encuentro; si el hecho de hallarnos bajo estambres de petunias encierra el hecho de tener que abandonarlos y respirar estiércol para hacernos creer que la cosa está bajo plumas de picaflor; y luego, ¡no!, estiércol y ámbar; estiércol y pistilos de liróforas; etc. y etc.; hasta estiércol y miel que es recomenzar con estiércol y estambres de petunias... ¡oh!...: suícidamente no vale la pena el haber nacido, y ya que se ha nacido sólo vale la pena morir, y ya que la muerte no viene sólo es posible el suicidio.

Pero volvamos al circuito físico que cansado estoy ya de sondear terrenos suprasensibles: aquellos dos hombres, sin el menor sentido de la compasión por nuestros semejantes, hicieron recorrer ocho veces el circuito completo de los quince conos al desdichado y noble mamífero.

Fea cosa fue. Dicen muchos que “el fin justifica los medios”. No lo sé. En todo caso no voy yo a averiguarlo esta vez. Insisto en creer que fue cosa fea y además monótona. ¡Ocho veces! ¡Qué atrocidad! En fin, vengamos a la monotonía:

Cada circuito fue igual al anterior. Las mismas alteraciones en la bestiecita, el mismo gong, los mismos “brrrr” y zapateos. Sin embargo, al efectuarse el primer circuito, pensé yo, Onofre Borneo, que bien podrían suscitarse amenas alternativas. Lo pensé cuando el ratonzuelo entró al cono 3º, el de ámbar, y más tarde al 14º, el de vino. Cuando entró al 3º noté una tal cara de satisfacción en Lorenzo, un tal regocijo reprimido, que dirigí mis ojos hacia Desiderio Longotoma viendo que éste se ponía ceñudo y hasta molesto. Luego,

cuando llegó el turno del 14º, vi que Lorenzo expresaba en su rostro –mudo, por cierto– algo como quien dice: “Todo esto es serio; creo falta de tino pensar de otro modo”. Cuanto al rostro del otro nada cambió; se limitó únicamente a lanzar un silbido agudo, en vez de sus acostumbradas manifestaciones anteriores, para hacer que la víctima abandonase el 14º en demanda del 15º. Se comprenderá que, ante lo que acabo de narrar, pudo florecer en mi mente una grata expectativa; por ejemplo: los dos hombres, mutuamente calentados y calentados *in crescendo*, podrían irse a las manos. Error. Todo, incluso el 8º circuito, fue igual. Sin duda eran esos dos hombres dos hombres superiores que sabían dominarse y no pasar más allá de lo que la cultura y la buena educación permiten.

Debo ahora hacer dos observaciones más antes de llegar al terrible momento final, una respecto al ratonzuelo, otra respecto a mí.

El ratonzuelo no salía de ningún cono tal cual había entrado; salía con un poquitín de cada uno. Es decir que, al final de su primer circuito, llevaba su fina piel un diminuto estambre de petunia, una plumilla de pluma de picaflor, un reflejo ambarino, el último extremo del último pistilo de una lirófora, un vago sabor a jugo de limón, un granillo opalino, un trémulo de electricidad, una insinuación a fecundar en vez de una ratonzuela una ensordecedora, un comienzo de desintegración al rádiuim, un susurro de espumas oleantes, una sombra envolvente de olor a eucalipto, un mínimo calofrío magnético, una gota de rocío, otra gota de vino y media gota de miel.

Al ver este hecho me pareció poético pensar que toda experiencia, que toda visión, que todo ensueño, deja su marca en nuestra alma y nos acompaña para siempre aunque la burda conciencia de ello no se percate; me pareció que este hecho fue el que una vez, allá en los lejanos siglos que nos sirven de telón de fondo y de esperanza, el que hizo exclamar al poeta:

*Todo tiempo pasado fue mejor...*

Pensar de este modo me pareció poético mas no pensé así. Seguí observando. ¡Pobre ratonzuelo! Cualquiera podrá imaginarse lo que ya era al emprender el 8º circuito: llevaba el infeliz más carga que varias veces su propio peso. En fin... La historia ya va a terminar con su instante terrible. Advertí que antes de llegar a él quería también decir una palabra sobre mí:

Se me preguntará cómo yo, Onofre Borneo, presencié todo aquello puesto que explícitamente dije que en la Bóveda sólo estaban Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma.

¡Ah! Quien tenga buena memoria y sobre todo haya tenido la laudable paciencia de leer las páginas anteriores, recordará que por allí en el número 25 se encontraba solo Lorenzo en la Bóveda sin más compañía que el globo de cristal de mi tío José Pedro. Sin embargo, yo también estaba allí, estaba suspendido en un rincón junto al techo y a cada momento me parecía ser algo así como una araña monstruosa. Y estaba porque, al ocurrir esa escena de Lorenzo, Desiderio Longotoma y el ratón, en otro sitio que no sé cuál habrá sido, yo anhelaba para todo y para todos un gran sentido de la armonía. Así es que como autor de este libro vi con estos mismos ojos, vi todo con estos y no otros ojos, estos ojos que ahora ven sobre un cuaderno resbalar un lápiz.

Esto es lo que respecto a mí quería decir agregando que si hubiese tomado parte activa en el experimento que describo habría dado muestras de regocijo o de parentesco con el cono 6º, el de polvo de ópalo.

Y ella, ¿cuál habría preferido? Ella se ha ido de todas partes y acaso jamás podré dar

respuesta a esa interrogación. Te has ido, Guni, sin que yo sepa cual es tu cono. Creo que el 11º: humo de fogata de eucalipto, humo denso a la par que transparente, humo de duelo y añoranzas, humo de ausencias, fogatas, aromas y siempre humo. ¡Alto! No es de Guni ni de sus malignas cómplices, Bárbara y Colomba, de quienes hay que hablar. ¡Que allá se pierdan y se hundan en la mandioca, en las olas y en la nieve!

Más interesante que esas mujeres es lo que ocurre aquí pues hemos llegado al final del 8º circuito. Atención:

El ratonzuelo se halla cobijado bajo la última esperanza de sentido en la existencia, y ella tiene sabor a miel. Vale la pena haber nacido. ¡Te doy las gracias, Omnipotente! Retumban en su memoria otros instantes en que comprendió que es el mundo miel. Resueñan posibilidades infinitas: de vino o de humo o de ópalo o de ámbar... O tanta más. Allá en lo alto clava su punta una aguja. Respeto, reverencia, veneración. Es el grande entre los grandes que marcó un sentido, un programa de miel para el existir. A él me entrego, él soy. ¡Soy! SER. Que si me dejo inundar por mis experiencias..., vino, humo, ópalo, ámbar y tantas más... podría también SER siempre que una sola fuese. ¿Y cuál? Ya estamos aquí. Salir es ver por fuera, es confundirse y huele mal. Aquí soy y aquí seré. Borro, borro enérgicamente cuanto no sea aquí. Aunque duela, ¡soy!

Humanos, comprended. Humanos, otra vez, otra:

“¡Gong, gong, gong...!

¡Brrrrr.....!

¡Taca taca taca tá....!”

¡Sálvese quien pueda!

El ratonzuelo, presa de pánico y con más carga que diez veces su propio peso, asoma su hociquito por el 15º agujerillo, hace un último esfuerzo y logra salir entero hasta la punta de su colita y...

Viene ahora el terrible instante:

Mil hilos solares se han colado por una ranura de las tejas, han caído sobre la mesa y sus conos y han deshecho el encanto. Humanos: un gato, que Dios sólo sabe por donde se deslizó, un gato salta sobre la mesa, coge entre sus garras a nuestro querido y débil héroe y ahora huye con él entre sus caninos para engullirlo en paz, saboreándolo y pensando que vale la pena haber venido al mundo cuando puede uno desayunarse con ratonzuelos tan exquisitamente condimentados con quince exquisitos condimentos.

Humanos:

*La comedia e finita...*

1º de enero y con lindo sol.

Vamos todos a tomar nuestros desayunos.

Rosendo Paine, allá en Marcoleta 91, hemos visto, toma café puro para celebrar el advenimiento de 1927 y despejarse de sus malos sueños. Yo, aquí en Carlomagno 106, tomo, hoy 24 de agosto de 1944, un gran vaso de leche que cae admirablemente después de las entusiastas copas de anoche por la liberación de París. Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma toman en La Cantera, tanto para festejar a 1927 como para reponerse de la noche en vela que acaban de pasar, el primero, un par de huevos a la copa y, como Rosendo, una taza de café puro; el segundo, un sandwich de queso y, cual era de esperarlo, un trago de vino tinto. Ahora, en este momento, los tres fuman y revuelven en silencio muchas

cosas, muchas más de las que nosotros imaginamos. Yo, por no ser menos, hago en este momento lo mismo: enciendo un cigarrillo mas nada revuelvo. Voy a largos trancos a casa de Viterbo Papudo para seguir mi relato.

Sin embargo revuelvo. Sí, revuelvo. No debo echarme tierra a los ojos:

“¿Qué tomará Guni de desayuno? Antes, conmigo, ya lo sé: jamón y té. Mi pregunta se refiere a estos momentos de su ausencia: ¿qué tomará?”.

Tal vez nunca yo lo sepa.

Loreto 214. El patio, el naranjo, el pavo. Papel, lápiz, máquina de escribir. Sigamos.

Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma toman su desayuno bajo un enorme sauce. Lorenzo tiene el aire contrito. El otro despide alegría y plenitud por todo su ser. ¡Qué carácter tan feliz, tan envidiable el de este grande hombre que es Desiderio Longotoma! Dice:

—Magnífica noche hemos pasado. Magnífica gracias a la psicología del ratonzuelo; gracias también a mi perspicacia pues supe escoger. Sepa usted que la ratona de allá de los suburbios santiaguinos tenía muchos hijos a primera vista idénticos. Yo percibí sus radicales diferencias y supe escoger el más dócil y tímido. Suponga, amigo, que hubiese traído a un ratonzuelo empecinado, suponga un ratonzuelo que por más ruidos que hubiese oído junto a su cono no se hubiese movido y dentro hubiese quedado por toda su propia eternidad. ¿Qué habría sido de nosotros? ¿Estaríamos tan satisfechos tomando aquí nuestro desayuno? Mucho temí que al penetrar la primera vez al 14º cono, allí hubiese terminado nuestro asunto; o al 3º; es igual. ¿Qué habría sido de nosotros?

—La ruina —responde Lorenzo, cejijunto—; todo mi empeño, toda posibilidad de vida para mí, desaparecidos.

—En fin, amigo, no nos inclinemos hacia el lado trágico pensando en lo que pudo haber pasado. No. Las cosas pasaron a las mil maravillas y es bastante.

¡Ah! Porque aquí debo decir dos palabras, yo, Onofre Borneo, el biógrafo y comentarista; yo que —cada vez lo creo con mayor firmeza— voy llevando en esta orquesta el compás de pesadez, de intromisión, de ajeno. Confieso que a cada paso he de meter mi cuchara. Sé que debería alejarme, dejarlos a todos ellos actuar libremente y recluirme en mi íntimo papel de narrador. Pero no lo puedo. Confieso ahora que el buen dominio de este mi oficio de escritor —de “li-te-ra-to”, como anoté en Carlomagno— no lo domino suficientemente. He de meter mi cuchara. A veces creo que no es ello por la falta de dominio que acabo de anotar sino por... ¡la ausencia de ella, de mi Guni!

¡Alto! Nada de Guni aquí.

Aquí va mi cuchara:

Sea yo o no sea un literato, esto que escribo —y como todo lo escrito espero tenga su correspondiente destino: publicarse y convertirse así en libro, es decir, en obra— es una obra literaria aunque este título sólo le caiga bien por no poder encontrarle otro. Como tal está, quiéralo o no, regida si no por ciertas reglas —y menos leyes—, por ciertos rasgos inevitables. Dice Ortega y Gasset en *Espíritu de la Letra*:

Cada género literario posee un decálogo mínimo que es forzoso cumplir si se quiere acertar.

(Suprimo yo las cuatro últimas palabras pues no son aquí del caso y subrayo lo anterior).

Ahora bien, quien pudiera poner en duda el cumplimiento de por lo menos parte del citado decálogo en estas páginas, que se arme de un poco de paciencia y me acompañe nada más que en lo ya narrado de este N° 40-Azul.

Hay en él una serie de extrañísimas coincidencias, tan extrañas que no tendrían cabida ni crédito en ningún otro sitio de la humanidad ni del planeta fuera de ése que llamamos "obra literaria". Veamos:

Rosendo termina las primeras horas de ese año de 1927, y en Santiago de Chile, asaltado por una desconfianza: "¿Será mi rol el mejor o será el que para sí se ha guardado el pícaro de Lorenzo?". Muy natural que esto le haya asaltado; somos todos propensos a creer que no sólo el tiempo pasado fue mejor sino que el sitio lejano es mejor. Recordó Rosendo las suaves y cobijantes casas de La Cantera. Los recuerdos que de ellas tenía –recuerdos dispersos como gotitas de polvo a lo largo de muchos años– se le agolparon súbitamente atados a una sola lienza. Al producirse este hecho –tantas cosas en tan poca dilatación temporal– los recuerdos multiplicaron su intensidad:

"¡Oh! ¡En La Cantera sí se vive! ¡En La Cantera no hay espacios vacíos!".

Imagen inevitable: Lorenzo se ha quedado allá. Y lo vio: calma, grandiosidad en torno suyo, alejados los ruidos y tarascadas de los hombres y solo consigo mismo. Un sigomismo, es indudable, tiene que obedecer y doblegarse mansamente al unomismo. Y los demás mortales, con sus respectivos y muy tenaces simismos, se han alejado con éstos acarreado lejos sus nefastos diseños. ¡Feliz Lorenzo! Sabe a qué atenerse, puede presentir primero, calcular luego y conocer al fin por donde va a ser atacado... si es que, en tan bello aislamiento, va a ser atacado. Además –¡qué diablos!– cuanta gente le rodea le sirve, se complace en servirle porque así es la cosa en un fundo, porque a nadie se le ocurriría pensar que pudiese ser de otro modo. En cambio él, todo lo contrario.

Muy natural, como he dicho, que la desconfianza lo asaltara. Muy natural también que Lorenzo supiese que de este modo iba su amigo a reaccionar. Ambas cosas pueden caber en varias clases de obras literarias. Pero sigamos un poco.

Ya no es tan natural que Lorenzo no sólo supiese, como hemos indicado, sino que supiese a ciencia cierta. ¡Ah! Ya aquí vamos rumbo a las letras. Porque Lorenzo lo *sabía*... ¿Prueba de ello? Ningún hombre, por una mera suposición, se da el trabajo harto fatigoso y complicado de construir los 15 conos que sabemos. Ellos mismos, su esqueleto, es decir la estructura de cartón, pase; aunque sólo un niño, creo yo, gastaría su tiempo en hacer tal cosa. Lorenzo, sabemos, no es un niño ni por su edad ni por sus afanes. Y ahora revestir cada uno de estiércol... ¡repelente tarea! Ir hasta los corrales, recoger, ensuciarse, combatir fétidos olores... ¡casi heroica tarea! Y qué decir de lo que nos queda por decir: los interiores. Desafío a cualquiera que intente y logre hacerlo. Cualquiera me confesará, si procede de buena fe, que para llevar tal empresa a buen fin hace falta una profunda ciencia, una profunda prolijidad, una profunda dedicación. Y bien sabemos que un hombre recurre a todos sus profundos cuando clara está en su mente su finalidad y siempre que ésta le sea punto menos que vital. Lorenzo echó mano a toda su prolijidad y dedicación y paladinamente las puso al servicio de su ciencia. Una ciencia no se adquiere de la noche a la mañana. Ha necesitado años de trabajo, ha necesitado un sabio maestro, ha necesitado que este maestro cuente con la seriedad y el talento de su discípulo, etc. A no ser que el maestro fuese un bobo. No es el caso. Desiderio Longotoma no es un bobo pues un bobo no posee conocimientos tan esmerados ni menos la facultad de transmitirlos. Y Desiderio Longotoma –esto no podría asegurarlo pero es como si lo asegurara porque si no... ¿qué? ¿dónde? ¿cómo? ¿cuándo?–, Desiderio Longotoma ha adquirido su ciencia, con otros tantos años de estudio y labor, nada menos que de Baldomero Lonquimay. Todo esto y todos éstos se ponen en un momento dado a actuar. No cabe duda: Lorenzo es certeza.

¿Y qué decir del obsequio? ¿Por qué un ratonzuelo y no una rata? Porque una rata no habría cabido por las puertitas de los conos. ¿Por qué un ratonzuelo y no una araña o un alacrán? Porque estos bichos no son tan sensibles a los ruidos de los hombres. ¿Por qué un ratonzuelo y no una flor? Porque las flores son inmóviles.

Podemos formular algunas preguntas más: ¿Por qué Lorenzo, ya que necesitaba imprescindiblemente una víctima para su experimento, no se había preocupado de atraparla? Porque sabía que a la hora oportuna vendría Desiderio Longotoma y que vendría con la víctima codiciada. ¿Cómo lo sabía? ¿Y cómo el otro sabía que a Lorenzo le hacía falta un ratonzuelo y que confiaba en que se lo llevarían hasta sus propias manos? ¿Cómo todo esto? ¡Oh, mundo literario! Pues puedo asegurar que ambos personajes bien hacía un trimestre que no se veían y cuando se vieron por última vez, Lorenzo no pensaba aún ni en conos ni en víctimas ni en forma precisa alguna que darle a sus deseos. ¡Oh, mundo literario!

Con todo, aun admito que no hayamos llegado de pleno a dicho maravilloso mundo. Entonces sigamos.

Encontramos la despampanante coincidencia de los momentos. Pues ha de saberse que los hechos, cronológicamente, ocurrieron con la siguiente matemática simultaneidad:

- |   |  |
|---|--|
| 1) Rosendo oye el campanazo de la 1 de la madrugada, de un reloj vecino;              | 1) Desiderio Longotoma entreabre sus labios y dice por primera vez: "Feliz año nuevo";   |
| 2) Rosendo empieza a acostarse;   | 2) Lorenzo ha oído al fin las palabras de su amigo y agradece diciendo: "Igualmente, igualmente".  |
| 3) Rosendo, ya en cama, se formula la cuestión del ganancioso;                        | 3) Desiderio Longotoma hace entrega a Lorenzo del pequeño ratonzuelo;  |
| 4) Rosendo se duerme;   | 4) El ratonzuelo emprende el circuito 1º;  |
| 5) Rosendo duerme profunda y rítmicamente sin que ningún ensueño venga a perturbarlo; | 5) El ratonzuelo cumple sus 8 circuitos, incluso el 15º cono del último pero sin salir todavía de él. (Yo, durante este Nº 5, veo la formación del "aglomerado" -del que pronto explicaré unas dos palabras-). Este "aglomerado" se encamina de la Bóveda a Santiago junto con el último golpe de gong de Lorenzo; |
| 6) Rosendo empieza a soñar lo relatado en páginas anteriores;                         | 6) El ratonzuelo saca del 15º cono (8º circuito) la punta de su hociquito;   |
| 7) Rosendo termina de soñar;  | 7) El ratonzuelo termina de sacar su colita del mismo cono;  |
| 8) Hilos de sol naciente despiertan a Rosendo;  | 8) Hilos de sol naciente caen sobre la mesa de Lorenzo;  |

- 9) Salta el gato de Rosendo sobre su cama;
- 10) Rosendo ha encontrado la solución a su problema y baja de la cama; su gato, reemplazándolo, se duerme;
- 11) Rosendo se desayuna;
- 9) Salta un gato canterino sobre la mesa de Lorenzo;
- 10) Lorenzo está cierto de haber logrado su objetivo; Desiderio Longotoma también; el gato canterino huye con el ratonzuelo entre dientes;
- 11) Lorenzo y Desiderio Longotoma se desayunan; el gato canterino se desayuna;
- 11 bis. Yo, a mi vez y con todos ellos, me desayuno diez y siete años después;
- 11 ter. Sólo el gato de Rosendo no se desayuna pero entre sueños ve un ratonzuelo exquisitamente condimentado.

Quede, pues, establecido que ésta es una obra literaria. Quien, partiendo del Segundo de Baldomero Lonquimay baje a las ideas y a los actos de Lorenzo Angol y Rosendo Paine –tan eficazmente secundados por Desiderio Longotoma– me apoyará con decisión en este sentido.

Una gota de desinterés cae ahora sobre estas largas páginas. Se me figura ver a un lector que haya tenido la benevolencia de leerme con agrado hasta aquí. Preferiría una lectora. Pero Guni se ha ido de todas partes. Mejor así; ya se verá por qué. Vuelvo a ese lector. Llega a las líneas que anteceden, se desinteresa, cierra el libro y, luego de meditar un rato, lo echa al fuego junto con todos los volúmenes que a éste y al anterior van a seguir. Tiene razón el buen lector, la tiene... a primera vista, nada más. La tiene porque ¿hasta cuándo, santo Dios, vamos a tragar literatura? ¿Hasta cuándo vamos a interesarnos, regalandó nuestro tiempo, por lo que a un literato A, o un literato B o C, se le ocurra fantasear en sus noches de insomnio o en sus prolongados días de esplín? ¿Pero que no podemos todos fantasear? ¿Hay necesidad de que un tercero venga a hacerlo por nosotros?

Fantasear... Con un poco de imaginación imaginemos a un señor que imagina que había una vez un elefante que se volvió copa con horchata bebida luego por un melocotón...; mientras otro imagina que la Tierra, hastiada ya de que su nombre los literatos lo escriban con minúscula y la hagan girar alrededor de otro infeliz cuyo nombre también esos literatos escriben con minúscula junto con prodigar mayúsculas a todos sus acompañantes planetarios y aun huéspedes lejanísimos, hastiada, digo, y herida en su amor propio, resuelva ir a girar por la eternidad alrededor de Sirio, el luminoso y hermoso Sirio, cuya mayúscula de serpiente todos los literatos acatan, y, al ir en viaje hacia su nueva destinación, ve pasar de regreso por el éter a un señor de diminutas barbas, con levita y sombrero de pelo y llevando a una niñita de la mano.

Tales cosas vendrían a la mente del buen lector. Meditaría un rato mirando alternativamente su chimenea ardiendo y los volúmenes, ahí en su estantería, que yo voy a escribir si la salud lo permite. Luego levantaría los hombros para bien poder preguntarse:

“¿Y quién me dice que este autor no va a describir en las páginas que siguen una fantasía más sobre uno de sus personajes? Por ejemplo, digo yo, Desiderio Longotoma

atrapa una molestísima enfermedad que consiste, como síntoma mayor, en no poder más, nunca más asentar sus pies sobre el suelo, nunca más pisar: desde ahora en adelante el hombre andará elevado, sí, elevado como un globito de niño, pues es algo entrado en carnes, elevado a lo largo de una oscilación fluctuante entre un metro y medio metro por encima de cualquier terreno... Esto va a venir ahora en capítulos y más capítulos... ¡Horror! Yo quiero vida, realidades, pasiones que me hayan acometido o puedan acometerme. Quiero mujeres aquí en este mundo, amando frenéticamente, con matrimonio, luna de miel, desavenencias, separación de bienes, divorcio y disparos o vitriolos si es posible. Eso quiero. ¿Qué puede importarme a mí que el tal Desiderio Longotoma flote ridículamente como un globito? Si yo que soy un hombre, más aún, que soy un lector, jamás seré víctima de esa enfermedad de elevación sobre los suelos que pisamos.

Este lector tiene toda la razón. La tiene toda... a primera vista. Porque, hay un "por qué". Veamos.

Todo esto es literatura. Conforme. Pero ¿de dónde viene la literatura? ¿De dónde se saca y, por ende, de dónde la saco yo? Respuesta única: de la vida. Si no hubiera vida, ¡santo Dios!, ¿cree alguien que habría no obstante grandes bibliotecas? Si yo me muriera ahora, ya, ¿cree alguien que los volúmenes de esta mi obra que van a venir, no obstante se harían? Y si yo no hubiese nacido ¿habría habido siquiera remota posibilidad de la existencia de... una Guni, por ejemplo? No, no. Pensar de modo contrario es ya... No sé qué es. No es, sin más. Y basta.

Fácil es ahora ver claro: la literatura es parte integrante de la vida, es vida, es la vida; como es una botella, como es la botella, la botella que aquí al frente miro. No será toda la botella, el rótulo se muestra de mitad, el interior no lo veo, sus reflejos visibles no son todos los reflejos de su enorme potencialidad. Bien. Pero es la botella y sólo un demente podría objetarlo. Luego: ese buen lector cae en error si quema. (Me refiero a mis volúmenes y a su chimenea). Si mis volúmenes no le interesan, es otro punto; quiere decir que las vidas por mí relatadas no le interesan. Y de esto es él muy dueño.

Quede, pues, establecido que, aun siendo estas páginas una obra literaria —y por lo mismo que lo son—, todo sucedió tal cual hasta ahora lo he descrito.

Resta un último asuntillo que acaba de llegar a mi conocimiento: el lector en cuestión, poniendo en duda la autenticidad de su lectura y sintiéndose inclinado a parangonarla con la enfermedad y vuelo de Desiderio Longotoma, recurrió a aquellos lejanos capítulos de mi I volumen donde a la que una vez se apodó Guni le explicaba yo la formación mental de un personaje. Volvió a leer y se dijo: "Asunto concluido". Su última duda emprendió el vuelo y se alejó por sobre los tejados de la metrópoli.

—Cae usted nuevamente en error, amigo —le dije o más bien le mandé decir.

(Yo, Onofre Borneo no conozco a un lector que ante mi libro haya estado ante estos altercados interno-literarios; esto pasó por intermedio del agudo señor Palemón de Costamota. Se recordará que este sujeto se entromete apenas atisba deliberaciones o problemas pertinentes a las letras; se recordará que, allá en La Torcaza, se me presentó de súbito en mi Catedral y a través de los cristales de la galería a conversarme sobre literarios personajes. Ahora se ha entrometido desde lo alto del naranjo manteniendo todo el tiempo de nuestro intercambio al pavo de Viterbo en su índice izquierdo como si fuera un loro).

—Amigo Palemón —grité al visitante desde mi mesa— tenga usted a bien comunicar a su intelectual que ya es cosa de dominio popular que todo personaje es creado de la vida, por la vida y es la vida. Es éste el primer punto y... ¡punto! Ahora que me escuche, mejor dicho, que le escuche a usted: Ese primer punto es un semicírculo. Nadie se da el trabajo

de completar el círculo con el semi que falta, nadie o muy pocos, en todo caso no su compañero letrado. ¡Como si pudiese haber círculos incompletos! Si el primero es: "la vida se hace literatura, los hombres reales se hacen personajes literarios", el segundo, fácil es colegirlo, ha de ser: "la literatura se hace vida, los personajes literarios se hacen hombres reales". ¿Hasta cuándo voy a repetirlo? Dígame usted al individuo aquel que empecé este libro con intenciones de escritor, casi de poeta, y soy ahora un simple cronista. ¿Que no lo va a crear? Recuérdele usted sin más el caso de Viterbo Papudo, el amigo en cuya casa estamos, señor de Costamota, a no ser que dude usted de la existencia de esta casa. ¿No? Tanto mejor. Cuénteles usted que, pocos días después de crearlo, supe que se hallaba enfermo, y de bastante cuidado, en la clínica Santa María. Allí me precipité en un taxi. Felizmente mi amigo estaba en perfecto estado de salud. Luego vine hasta acá a congratularlo y a contarle que el hecho se había producido por error, un simple alcance de nombres o algo así pues el hospitalizado era un tal Venancio Papudo a quien Viterbo ni yo conocíamos. No olvide, amigo, no olvide contarle esta pequeña anécdota. Si su individuo lo pone en duda, dígame que tengo testigos por miles.

Resumamos que ya es tarde: Todo esto es vida y así las cosas pasaron porque todo esto es literatura. Sí, ésta es una obra literaria.

Esto es el resumen.

Como obra literaria tiene su decálogo literario. Muy ajustados a él iremos hasta ahora pero no olvidemos que es un decálogo "mínimo". No es él tan amplio y perfecto como para que dos hombres –¡y qué hombres!– pasen en vela una noche entera sin objetivo alguno, para hacer de esa noche una nada, para hacer de ella una noche-literatura. ¡Y qué noche!

¿No podía Lorenzo Angol haberla pasado, justamente por ser año nuevo, en meditación del Segundo de Baldomero Lonquimay, concentrando sus sentidos en los astros? ¿Duda alguien de que a Desiderio Longotoma le hubiesen faltado esa noche mil sitios hartos más alegres y picantes donde refocilarse a sus anchas? No es tan amplio y perfecto nuestro decálogo, digo, como para que esos dos hombres la hayan pasado sin objetivo alguno, sea literariamente. No es él tan estricto como para que se hayan construido 15 difícilísimos conos y se haya martirizado a una pobre bestezuela para nada, sea, repito, literariamente. No. Aquí había también finalidad, había intereses. Todo esto era *para algo*. No era únicamente literatura. Y me permito agregar –pese a las protestas de Viterbo que se pasea nervioso de patio a patio y de pavo a pavo– que al describir yo ahora dicha noche no hago tampoco únicamente literatura: 1º) porque el tema que escribo tenía finalidad e intereses; 2º) porque estas páginas también las tenían (iban a sacar del hastío santiaguino a una niña que bien merecía salir de él); 3º) si es verdad que la niña se ha marchado a las antípodas, no es menos verdad que, siendo la Tierra una y redonda, pueda de pronto reaparecer; 4º) si, por fin, es verdad que también puede no reaparecer jamás, no es menos verdad que ella no es la única niña santiaguina sumergida en el hastío. Y basta sobre este particular.

- Toda aquella noche fue de un trabajo feroz. Como alcanzó plenamente la finalidad apetecida, fue doblemente feroz.

Lorenzo es un hombre inteligente. Acaso, por estar siempre sumido en problemas profundos, algo se haya debilitado su perspicacia. Es posible. Mas para algo se tienen amigos como Desiderio Longotoma. No creo que pueda haber sutileza alguna que pase inadvertida a sus ojillos agudos. Y al hombre le gusta hacer ver lo que él ve, insinuar lo que

sospecha. Lorenzo, pues, sea gracias a su propia inteligencia, sea gracias al eco de Desiderio Longotoma, sea —y es lo más seguro— gracias a ambos, calculó con todo acierto que el otro, Rosendo, allá en la ciudad, no podía estar pleno de certeza y de fe. Era casi imposible que las dudas, a veces; el desaliento, otras; hubiesen dejado de acometerle. Había que darle certeza y fe, darle más, no abandonarlo. ¿Cómo? Pues como la lógica aconseja hacer siempre en similitud de casos. Si yo o cualquiera quiere que un Fulano parta de viaje, por ejemplo, debemos empezar por pintarle las maravillas del sitio de su destino, y si esto no es suficiente, no está mal mostrarle los inconvenientes crecientes del sitio en que ahora nos hallamos.

Lorenzo no teme ante el primer punto: Rosendo está seguro —es su temperamento— de que la buena vida está en las andanzas sin fin. Pero es hombre con mayor curiosidad de la que se cree y es algo desconfiado aunque no lo parezca. Además su misma sed de andanzas puede inclinarlo hacia las que otorgan la meditación y el sosiego. Rosendo sabe que hay también aventuras, altas y bajas, y emociones en el silencio de nuestra mente. Éste es el segundo punto, el que hay que hacerle sentir: que tales aventuras son “puros inconvenientes crecientes”. Hay que hacerle sentir que pueden matarse dos pájaros de un tiro: llegar al libre tránsito por calles y avenidas y llegar a él *después de haber abandonado para siempre “la cárcel”*.

Es necesario que Rosendo se desoriente, que encuentre que todo ese mundo de intelectualizaciones y transmutaciones es pura y complicada lucubración, que nada estable hay en él, que lo único estable que pudiera haber son los golpes, coces y escupitajos; que todo ello es juego bizantino.

Es necesario acrecentarle su fe en que la vida es únicamente vivir y que vivir es lanzarse a *chocar* con las cosas, así cual suena: cosas. ¡Y son tantas las cosas! ¡Qué riqueza! Son hechos, cuerpos, son cataclismos o gloriosos momentos, son amores, son vibraciones, sí, vibraciones son las cosas.

Es necesario que Rosendo se confunda, que quede fuera, únicamente en el umbral del otro mundo, el de Lorenzo, para que las dudas y sinrazones le sobrecojan, para que entonces le venga el deseo exclusivo en tales casos, los casos del umbral: querer *descifrar* para luego *resolver*. Dará media vuelta y se marchará. ¡Si son mundos que no han de descifrarse porque no tienen solución! Por lo tanto, que frente a ellos se hastíe y vea sólo los palos y escupitajos. Que no coja el nervio, que no se sintonice, que no coja el hilito, ¡el hilito!, que todo hilito séale siempre símbolo de posible estrangulación por máximo confusiónismo. Que nunca se halle ante la plástica como Rubén de Loa se halla, o ante la palabra como Javier de Licantén, o ante la sonrisa y el ojo guiñado como Desiderio Longotoma. Que se halle siempre ante los mundos que Lorenzo se ha reservado como yo, Onofre Borneo, me hallo ante este universo que con indomable fuerza se me antoja vacío y sin sentido. Que entonces véngale el deseo de volverles la espalda con gesto galano y lento, gesto que disimule la premura de escapar como un condenado de tales miasmas. Que no esté como de Licantén y de Loa con ¡esa certeza dentro! Ni como el otro sonriente... tampoco, ni para qué decirlo. Pues ese Javier y ese Rubén no tienen dudas por extraño que ello a primera vista parezca. No las tienen en sus artes, no porque hayan sido ya descifradas y resueltas sino porque sus artes hay que *hacerlas*. No hay que buscarles cabida en el vasto universo; hay primeramente que hacerlas para que luego aquello de la cabida pueda presentarse y plantearse con lógica y visos de razón.

¡Ah, grande y noble Rosendo! Debes confundirte tanto que eches todo fuera. Es pre-

ciso que no quieras afirmar. Es preciso que quieras ser, que esto de ser haya que hacerlo. ¡No descifrarlo ni resolverlo para luego clasificarlo y poder finalmente afirmarlo! Hacerlo. Como pinta de Loa, como de Licantén escribe. Cómo pintar, cómo escribir... Bien. Allí amontónense las dudas y los quebraderos de cabeza. ¡Tanto mejor! Si justamente eso es hacer. Cómo vivir y cómo estrellarse con las cosas... Justamenté eso es vivir. Para eso las mujeres son hermosas y hay acordes agitándose en todos los sitios y a todas las horas. ¿No es cierto, grande y noble Rosendo?

¡Ah, grande y noble Lorenzo! Ahora el grande y noble Lorenzo, de sobremesa bajo el sauce, oye, ya más sereno, la voz de su amigo que, como dejé anotado, terminaba diciendo:

—No, no. Las cosas pasaron a las mil maravillas y es bastante.

—¿Está usted seguro?

—¿Pero que no lo hemos visto juntos? El ratonzuelo estuvo soberbio. Jamás ratonzuelo igual nacerá de vientre de ratona. Y su concentración mental de usted, amigo, ¡más que soberbia! Puedo asegurárselo. Yo *también* vi el aglomerado, lo vi formarse y partir en la dirección requerida: al sur-oeste, Santiago de Chile. ¿Qué más?

Un largo silencio. Lorenzo recapacita. El otro ríe con risita menuda y se frota las manos. Yo aprovecho el silencio para confesar que esa palabra “también” (y por eso la subrayé) en boca de Desiderio Longotoma y en aquella fecha, me dejó lelo, boquiabierto. Porque el muy pillo se refirió a mí, exclusivamente a mí. ¿Cómo sabía que yo también veía? ¡Oh, Dios mío, qué de cosas ocurren en el fundo de La Cantera! Acaso... ¡Alto! Callemos. Lorenzo va a hablar:

—¡Cuánto me alegro! Me quita usted un gran peso. Porque yo no necesito ni estrellarme ni hacer, necesito afirmar, ordenar, construir una síntesis. Algo así. Un orden. No es exacto aunque podría serlo. Una tranquilidad tal vez. No quince conos. Eso ha sido útil para el ratonzuelo y para lo que usted sabe, Desiderio Longotoma. Un cono. Eso es: ¡un cono! ¿Ve usted? Que buscando, siempre a la postre se encuentra. Uno solo. Ahora... algo temo. Por eso, triste cosa, hemos tenido que sacrificar a un pobre e inocente cuadrúpedo.

—¿Y teme usted?

—Necesito afirmar mas temo que mi afirmación sea una prisión construida por mí, una defensa, un aparato susceptible de ser desmontado por... por... ¿sabe usted por quién?

—Lo ignoro.

—*¡Por el doctor Hualañé, mi gran Longotoma, por el doctor Hualañé!*

Otro silencio. De pronto e inopinadamente Lorenzo ríe. Su compañero, tal vez por única vez en su vida y sólo por un décimo de segundo, pone cara de estupor.

—Bueno—agrega Lorenzo—, bien sé que nuestro facultativo no se dedica de preferencia al desmontaje de tal clase de productos. Pero ¿si un día se le antojara dirigir su ciencia y su intuición en tal sentido? Temo entonces que nuestro doctor...

(Un momento. Mi cuchara de marras. Mas debo decirlo: Todos los personajes de este relato que ya han aparecido o puedan todavía aparecer y sean ellos reales o imaginarios—lo cual es, ya sabemos, una mera redundancia que espero me perdonen los buenos estilistas— tienen y han tenido como médico jefe de cabecera únicamente al doctor Hualañé. Si otros esculapios se hubiesen presentado o se presentaren aquí, lo han hecho previa autorización de dicho jefe de cabecera. De ahí que Lorenzo pueda decir “nuestro doctor” en vez de “el doctor”. Este derecho al “nuestro”, repito, lo tenemos todos los que aquí figuramos, aun yo, Onofre Borneo; aunque si me apodasen Juan Emar; aun Guni, sí, señores lectores, aun Guni aunque Guni se haya ido de todas partes rumbo a las olas, la nieve y la mandioca).

Lorenzo dice:

—Temo entonces que nuestro doctor, con una psiquiátrica ganzúa, me lo desmante entero. Y sí es así... ¡ay de mí!

Desiderio Longotoma siempre afectivo:

—¡Ay de usted!

Lorenzo agradecido:

—Por eso falta me hacen como quien dice datos, una nutrición directa y fresca. Y ya lo sabe usted y lo saben todos: si voy por ella —¡despropósito casi!— me comen a mí. Justo es que me la envíe quien de ella no requiere y cosecha, quien puede llegar hasta su última hora sin un cono.

—¡Bravo! —exclama Desiderio Longotoma—. Muy bien pensado. Le felicito a usted por el éxito. Felicíteme usted ahora a mí por haber visto —y por lo tanto poder certificar y por lo tanto poder tranquilizar a usted— el aglomerado, al sur-oeste, Santiago de Chile.

—¿Aglomerado? Explíquese usted. Algo así ya he oído.

—Aglomerado, es decir, que aglomera, reúne, acopia, congloba. Concentración mental de usted. Un objetivo, su objetivo, su ansia, su existir. Pero vamos con mayor y mejor lentitud. Quedémonos en la concentración mental de usted. Nada ganaría nadie si su mental esfuerzo hubiese quedado en el sitio de origen; el poeta diría: “en el caro suelo que lo vio nacer”. Se precisaba que aquello se desprendiese del caro suelo; esto, como primer punto. Segundo punto: que lo desprendido no se alejase en demasía para bien esperar a sus congéneres, y los congéneres son treinta y uno, que treinta y uno fueron sus soberbios, inenarrables esfuerzos mentales de usted. Tercer punto: que allí en la Bóveda, bajo su cálido influjo, los treinta y uno se aglutinaran —prefiero decir se “aglomeraran”, de “aglomerar” que, fuera de “aglomeración” y aun “aglomeramiento”, puede darnos “aglomerado”. En cambio “aglutinar” nos daría “aglutinación” y “aglutinamiento” con lo cual nadie impedirle puede que a su vez nos dé “aglutinado”. Mas en este “aglutinado” está la sílaba “glu”, y en aquel “aglomerado”, solamente la sílaba “glo”; y digo “solamente” porque es de todos puntos claro que un “glo” es mucho menos (¿cómo decirle?), menos pegajoso y espermante que un “glu”, tanto más cuanto que el “glo” va unido sólo a un “me” y en cambio el “glu” a un “ti”. Claro está que aún nos queda “conglomerar” mas en este caso...

—¡Desiderio Longotoma! ¿Va a llegar usted alguna vez a su relato?

—Mil perdones. Soy siempre su seguro servidor y amigo, ¡Lorenzo Angol!

—Entonces, adelante.

—Prosigo. Eran 31 los congéneres: 15 interiorizaciones de nuestro colaborador ratón en los 15 conos; 14 salidas de cono a cono: total: 29. La 1ª pre-cono, sumada a lo anterior, nos da 30; la última post-cono, mientras el gato canterino pasaba del suelo de la Bóveda a la superficie de la mesa de pintado pino, nos da exactamente 31. Repito: 31. De acuerdo y exactos en el número, vamos ahora al hecho. Cada vez que nuestra víctima se hallaba cobijada y embriagada por los divinos encantos de un interior cónico, su placer era absorbido por su mente de usted y proyectado, bajo orden de previa espera, con rumbo conocido. Y de su testa de usted, carísimo amigo, con lento y armónico balanceo, se desprendía una aureola que ponía mis ojos en deleite, se separaba y subía hasta el rincón superior izquierdo, respecto a nosotros, y allí quedaba. Cada vez que nuestra víctima salía, espantada por nuestros ruidos, a enfrentarse con la atmósfera estiercolada, ocurría lo mismo: su horror lo recogía usted y lo proyectaba. Y yo veía otra aureola ejecutar igual recorrido, si aureola puede llamarse esa como masa informe que hería la larga educación que a mis

ojos les he dado. Treinta y una veces: quince aureolas verdaderas; diez y seis mofas de aureolas. Se junta el todo en el rincón citado. Se aglutina...; excúseme, amigo: se aglomera. El gato salta y coge al ratón. En el mismo instante ese aglomerado atraviesa mampostería y adobes y, a través y a pesar de ellos, yo lo sigo viendo, lo veo cómo se aleja dirección sur-oeste, hacia Santiago de Chile, hacia... ¿Quiere usted más datos? Hacia una cama del dormitorio en el segundo piso del número 91 de la calle Marcoleta.

-¿Me lo asegura usted, Desiderio Longotoma?

-Se lo aseguro, Lorenzo Angol.

-¿Hasta con su propia firma de su propia mano?

-Hasta con ella.

Entonces Lorenzo extiende sobre la mesa, bajo el sauce, una gran hoja verde de nispero y en ella, con su estilográfica de oro, marca Parker, Desiderio Longotoma firma.

Desiderio Longotoma hizo bien. Pues vio la formación y marcha del aglomerado.

Yo también.

¡Oh, Dios mío, qué de cosas ocurren en el fundo de La Canteral!

## 41 (Rojo)

Carlomagno 106.

Aquí -¡alabado sea el Altísimo!- no ocurren cosas porque ocurre una sola cosa, cosa que todo lo absorbe: Guni no está.

¿Por qué?

Concretemos la pregunta:

¿Por qué Guni se habrá escapado?

Es el problema que tengo que dilucidar si quiero: a) que la paz vuelva a mi corazón; b) que este *Umbral* siga escribiéndose.

Tras largas meditaciones he llegado a la conclusión...; un momento...; he llegado a una conclusión aunque... por más que atisbo y escudriño no veo otra alguna. Hela aquí:

Anteayer estuvo a visitarme Luciérnaga Nahuelhuapi. ¡Qué encantadora muchacha! Su gracia, su ligereza, hasta su beldad son apreciadas por cuantos la conocen. Vino por venir. Conversando, oyendo discos, riendo, preparando té chino -hoy tan escaso- y tostadas con mermelada, las horas fueron rápidas y extremadamente alegres. Y fueron extensas, por cierto, pues Luciérnaga Nahuelhuapi llegó a mi puerta a las 4 y 15 y salió por ella a las 7 y 20.

Ahora supongamos un punto. (Pero quisiera que todo el mundo conociera a Luciernaguita para que nítido sea este problema; pues de problema -¡ya lo creo!- se va a tratar. Soy tan lerdo para las descripciones, sobre todo psicológicas, que recurriré a otra clase de datos).

Todos y todas, creo, durante las mañanas santiaguinas, han recreado sus ojos y se han solazado por las calles céntricas de esta ciudad: Huérfanos, Estado, Ahumada, etc. ¡Qué lindas y finas muchachitas! Es un deleite, para los amantes de la gracia femenina, ir y venir por esas aceras. Un amigo, recién llegado a este su país y después de catorce años de ausencia, ha cumplido todos los requisitos peculiares a su caso: 1º) llegar y encerrarse en su guarida sin querer salir y apenas asomando la punta de las pestañas por entre los pos-

tigos, y cantar su neurosis del nefando *mal du pays* que es para él la muy bella ciudad de Oslo; 2º) resolverse a salir y –con toda razón (¡te felicito, gran amigo!)–, con toda, encontrar que cuanto hay en Chile es un absurdo y en venida a menos; y 3º) encastillarse en su pesimismo y negar por anticipado cualquier bonanza o esperanza que se le asegure existir por aquí o por allá.

Conociendo yo su entusiasmo, su delirio a la par que su severidad y sabiduría en materia de muchachas, le pedí –asunto, en el fondo, de reconciliarlo con su patria– que pasease una mañana, ojalá primaveral, por las calles mencionadas. ¡Nada! Primaba en él la neurastenia de las noruegas lejanías. Hasta que una vez, por cuestión de negocios, paseó. Aquella noche cenamos juntos. El hombre sonreía encandilado.

–¡Qué estupendo! –no se cansaba de repetir–. ¡Maravillosas mocositas! ¡Hombre! Si pasearse por el centro matinal es... ¡pasearse entre tetitas...!

Pues bien una de las tantas (mocositas, se entiende), y acaso de las mejores, es nada menos que Luciérnaga Nahuelhuapi. Puede, por lo tanto, ser vista cualquier mañana –siempre que no llueva– y quien la vea no se arrepentirá; lo he dicho: Huérfanos, Estado, Ahumada, etc. Mas, darse prisa. Pronto Luciérnaga contraerá matrimonio y desaparecerá de esas calles. Desde su regreso de la luna de miel paseará, con mayor lentitud –hermosa siempre, por cierto–, con mayor compás, por la Alameda de las Delicias; hoy: Avenida Bernardo O'Higgins. Por allí pasean las gentes de lentitud y compás; y ellas, las lindas, ya cuando llevan anillo en el anular izquierdo, también. Insisto: Alameda de las Delicias; hoy: Avenida Bernardo O'Higgins.

¡Oh Bernardo! ¡Qué de crímenes se cometen en tu nombre!

En fin y no importa. Luciérnaga Nahuelhuapi no se ha casado aún y ahora está en Carlomagno 106, la casa de todas las personas de buena voluntad.

Luciérnaga habla, Luciérnaga ríe, Luciérnaga tararea siguiendo el fonógrafo, Luciérnaga bebe té, Luciérnaga mastica tostadas, Luciérnaga, con su encanto embriagador, despidе una luz fosforescente de color blanco verdoso.

Yo... La cosa cambia. Claro está que también bebo té y mastico tostadas pero yo..., sobre todo..., medito, interrogo en silencio:

–¿Por qué Guni se habrá marchado?

Una intuición vaporosa –que casi, a su vez, despidе una luz fosforescente mas sin que atine yo a precisar su verdadero color– me murmura que Luciérnaga puede dar respuesta.

–¡Oh Guni! ¿Por qué te has marchado?

Son ya las 7 y 21 minutos de la tarde. Luciérnaga es ahora quien se ha marchado. Y acaece el milagro. El color de la luz de mi intuición se revela: es gris amarillento. Y al verlo allí sobre el muro y frente a mis ojos culebreando en temibles espirales, yo, docto y filosófico, me digo:

–Supongamos que mi persona, arrebatada por los cascabeles de Luciérnaga, hubiese pensado –y con justa razón– que una mitad, o tal vez más; digamos los dos tercios de la mujer perfecta los realiza esta niña precisamente con sus ultrafemeninos cascabeleos. Es decir, tenemos ya los  $\frac{2}{3}$  de LA mujer. Es mucho. Nadie lo niega. Falta sólo  $\frac{1}{3}$  para la perfección. ¡A él!

“Suena el timbre. Luciérnaga vuelve aún más seductora. Viene a comunicarme algo que había olvidado y que era el objeto de su visita. Son, deben ser olvidadizas las mocositas luminosas. Si no, ¿dónde el ultrafeminismo que llena los  $\frac{2}{3}$ ? Viene a decirme que es su décimo séptimo cumpleaños. Al decírmelo pasa por sus ojos una nube cargada de vida,

no, de electricidad –como en las nubes debe ser– y de una electricidad ya madura; ya lista a manifestarse; para pasar de latente a activa; para pasar de cuero de gallina en los muy sensibles transeúntes a quienes la nube el Sol les oculta, a relámpago, rayo, trueno que a esos mismos transeúntes les arranque de sus mezquinas preocupaciones cotidianas para recordarles que los cielos existen y, en los cielos, fenómenos que no porque los sabios los explican dejan de abrigar en ellos algo de infinito, mucho de temible y enorme de beldad.

“Pasa. Yo oigo rugir en mi silencio interior de la mente y en mi silencio exterior de las pequeñas estancias de Carlomagno, a los desencadenados elementos de los ojos de Luciérnaga.

“Uno de sus rayos golpea en mí. ¿En qué parte de mí ser? ¿En el cerebro? ¿En el corazón? No. ¿En el sexo entonces? Tampoco. ¡Ah, ya lo sé! ¿En el alma? Tampoco y no. Ha golpeado nada menos que en *mi suceder*: a su choque retrocedo por los años, yo solo, nada más –ni gentes otras ni hechos ni cosas– y sin que tampoco retrocedan mis conocimientos ni mi experiencia; y este retroceso se verifica ante el beneplácito mudo y blanco verdoso de Luciérnaga.. ¡cumpló yo mi querido, mi inolvidable vigésimo primer año!

“Luciérnaga, Luciérnaguita acaba de sentir algo extraño, algo que nunca había sentido, al ir por la calle alejándose de mi casa. Fue muy raro. Fue al pasar junto a ella un camión, cree que de color granate, ruidoso, con un vejete en su parte posterior que le hizo un gesto grosero, tanto más grosero cuanto que traducido por don Juan Tenorio habría querido decir:

‘¡Oh, sílfide! ¡Con que pasión te deseo!’;

y traducido por Gustavo A. Bécquer habría dado:

Llora, no te avergüences de confesar que me quisiste un poco...

“Sintió que había mucho, demasiado feo en el mundo y, junto con recordar sus recién arribados diez y siete años, recordó que en mi casa había estado rodeada por bellísimas cosas artísticas y ella –¡oh, chicuela de céntricas calles!– las había pasado por alto para apegarse a los discos de frivolidad, a la mermelada y al té chino.

“En fin, resumamos que ardo por completar estos divinos minutos. Luciérnaga ha tenido un buen momento, un enderezamiento hacia el sendero del bien pues hay en mi casa muy lindas y, sobre todo, muy artísticas cosas. ¿Enumerarlas aquí? ¡Oh, no! Sólo dispongo de 1.300 páginas oficio que he de llenar con psicología –ojalá llegue a los límites de la metafísica– para ir a llenarlas catalogando. Me limitaré a decir que no hay en Chile colección semejante a la mía en lo que a cerámica incaica se refiere; que no hay en la República ejemplares tan escogidos como los míos de tejidos y sedas marroquíes; que no sé de compatriota alguno que posea en sus paredes tantos dibujos de pintores de la avanzada de hoy; que desafío a todo el litoral a que ponga ante los ojos de un tercero un tan completo y variado conjunto de botellas, antiquísimas botellas, ultramodernísimas botellas, refulgente conjunto de chispeantes vidrios multicolores, increíble variedad de formas y volúmenes y quedando siempre y todos ellos en lo que es la botella y nada más.

“Es mi rinconcito estupendo. Y es tan pequeñito. ¿Cómo albergar dentro tanta cosa? Tengo huacos, tejidos, dibujos y sobre todo botellas por todos los muros y hasta con ellos he cubierto el techo dejando apenas el hueco necesario para que asomen las lámparas y proyecten sus luces sobre el esfuerzo, la paciencia y el buen ojo mío al reunir tanta curiosidad y belleza. Y me he acomodado tan admirablemente bien que aún queda sitio –a parte de mi cama, por cierto, cama ancha, blanda, confortable– para que bailen cuanto quieran tres y hasta cuatro parejas –no más– y, lo que ya raya en prodigio, para que exista a sus

anchas mi viejo fonógrafo y rompa con rumbas, tangos, cuecas y congas sin que ni una gota de ofensa ni siquiera de disgusto se manifieste en ninguna de las maravillosas y artísticas obras que he mencionado. Bien, pero volvamos a la sílfide, origen de esta somera descripción hogareña.

"A las 4 y 15 de la tarde de hoy, al llegar y contemplar todo aquello, al sentirse así rodeada y no percibir aún el canto del fonógrafo ni el aroma del chino té, quedó un instante perpleja y luego exclamó:

"-¡Qué raro! Ésta es la casa de un loco..."

"Ahora, no. Ahora, al volver, ha inclinado su cerviz y ha murmurado:

"-Perdón.

"Luego, alzando el mismo y paseando sus pupilas por muros y techos, ha prorrumpido:

"-¡Qué bonito!

"Henos nuevamente sentados frente a frente.

"(Y resumamos que, repito, ardo).

"Luciérnaga, tocada por el dedo de arte del camión y del vejete, ha sentido aflorar en ella la curiosidad de otros mundos cuyas semillas, sin notarlo, mis maravillas en ella habían depositado. Resumamos: Luciérnaga quiere iniciarse.

"-Explíqueme todo esto, don Onofre (en su visita anterior no había usado el 'don'). Estoy segura ahora de que todo esto no es locura, no, de que es interesantísimo.

Yo abro mis brazos en un gesto de agradecimiento al Infinito al ver que llega el  $\frac{1}{3}$  apetecido y llega en la linda, mil veces linda niñita de las calles céntricas de esta metrópoli. Abro mis brazos pues columbro que es el instante de la cornucopia de la iniciación artística toda llena de acordes de cornamusas. Era el pleamar de la cosa...

"(¡Oh Dios! Ya vendría la bajamar. Pero no adelantemos nada).

"Abrí mis brazos y mi ciencia. Hablé. Hablé como nunca en mi existencia había hablado, como, sin duda, jamás volveré a hablar.

"Luciérnaga Nahuelhuapi colgaba de mis labios. Pues de mis labios brotaba un carrusel, ¡qué!, un tobogán. Sí, un tobogán ora horizontal, ora vertical, ora en plano inclinado pasando por todos los grados del 0 al 90. Aquello se aproximaba hasta deslumbrar, atropellar para luego alejarse a pérdida de toda vista, más allá de los telescopios; y era reemplazado por otro aquello igualmente deslumbrante y atropellante. Había muchos 'aquellos', los había por cientos, por no decir miles. Cada acercamiento era una gloria, gloria del arte; cada alejamiento era un olvido, olvido del arte. Y cada gloria era la verdad, era la senda, lo que había que hacer, la iniciación, la inmensa puerta de los batientes de oro que paso abría al mundo de las bellezas ciertas.

"Los ojos de Luciérnaga eran dos pozos que tragaban y tragaban. Golpeaban en ellos los Buonarrotti y, al entregar la clave..., huían y golpeaban ahora los Picasso; y aparecían los negros africanos para huir tras una torre románica que el carrusel se llevaba; y el tobogán lanzaba un Rembrandt enredado a un Goya; que se esquivaban al llegar al Partenón; que Velázquez borrraba; que Delacroix marchitaba; que los Incas demolían; que el Gótico aniquilaba; que Van Gogh suplía; que Poussin trituraba; que Durero fulminaba; que Chagall escamoteaba; que Cézanne mataba; que Pirámides herían; que un Rascacielo tragaba; que un Chino absorbía; que un Hindú laceraba; que un Marroquí reventaba; que..., que..., ¡que yo, todo junto, para Luciérnaga cantaba!

"Mas la clave que echar en su saco para que ella abriera otros orificios de inauditas posibilidades, corría, saltaba, se escabullía, brincaba y siempre resbalaba por entre los largos dedos y las liláceas uñas de Luciérnaga.

"-¡Liláceas uñas! –exclamé de pronto.

"Pues quedé, al percibirlas, abismado, pasmado de armonía con esos liláceos resbalando por el total resplandor blanco verdoso de mi Luciérnaga. Así exclamé pues yo, más que hablar exclamaba ahora y luego canté, grité, vociferé terminando todo cántico o vociferación por una apología delirante a la cornucopia de artes que se vaciaba en el  $\frac{1}{3}$  de esa mujer ya perfecta.

"¿Cómo poder ser de otro modo? ¡Arte, arte sublime despertando a la bella entre las bellas de su modorra social para transformarla en la compañera, mi compañera de búsqueda y realización artística! ¿Cómo poder ser de otro modo, gran amigo admirador de Oslo y alrededores? ¿Cómo, amigo mío? Si era aquello revelar la historia entera de las Artes todas, revelarla... ¡entre tetitas!

"Luciérnaga Nahuelhuapi no estaba. Se había esfumado sin ruido, sin visión, como lógico es que lo haga la niña linda entre las lindas, ésa que se ve una sola vez, a lo más dos veces en la vida.

"Callé.

"Entonces, encorvado, con pelo blanqueando, afirmado en un bastón, no tuve más remedio que trepar a pasos lentos y resignados desde mis 21 años hasta los 51 de hoy día.

"Me senté ahí en ese sillón pardo, ahí entre el fonógrafo y la ventana que mira a la cordillera.

"Luciérnaga Nahuelhuapi empezó a hacerme meditar, a través de mis muros blancos y desnudos, de la manera siguiente:

Si yo le hubiese hablado a ella o a otra ella cualquiera... Quien hubiese sido esa ella habría hecho como ella hizo, *LN*: esfumarse sin ruido ni visión. ¡Oh, Guñi!, como tú. Pues he aquí lo que acaba de acontecer:

*LN* (así insisto en escribirte de ahora en adelante), *LN* quiso iniciarse pues tenía un parecer, se había formado un juicio sobre el particular y, como todos los humanos en todas las edades y latitudes, *LN* partió tras la confirmación de su parecer creyendo que partía tras una iniciación... Y yo, ingenuo sacerdote iniciador, me dirigí, lleno de seriedad y de cánticos, a la iniciación sin percatarme de que sólo había un parecer anhelante de un "visto bueno".

*LN* creía en un comienzo que esto del arte era cuestión de una clave, de un santo y seña, de un algo que *todos nosotros* sabíamos y nos íbamos pasando de mano a mano tras un conocimiento adquirido y un juramento solemne. ¡Todos nosotros! ¡Pobre y queridísima... Luciérnaguita! (En este momento no puedo contentarme con tus secas iniciales pues la ternura hacia ti me colma) ¡Pobrecilla! Así creías. Conque *todos nosotros*... ¿eh? Ya veo: te imaginas una logia, eso es, Logia, Logia Grande que asienta sus pilares de sostén en la superficie entera del globo terráqueo y eleva su cúpula por todas partes al mismo tiempo y en ninguna especialmente. Logia... Templo. Dentro: "todos nosotros", los que ya sabemos *la cosa*, unidos por esta singularidad que nos diferencia del resto de los hombres, y laborando cual hormigas, obreros afanosos de la orden primera, del primer mandato.

*LN*, en un principio, quería la Tabla de la Ley, seguida del capítulo de las Jerarquías.

Yo, pobre imbécil, en vez de pintarle una pirámide con un Emperador en la punta y con los legos de la Logia o Templo en la base, en vez de dibujarle en la pirámide un caminito en espiral ascendente donde ir colocando cuantos nombres por aquí y por allí encontráramos; yo, cretino, cantaba, sí, vociferaba de entusiasmo, sí; mas a cada súplica de precisión por parte de ella respondía con un: "Según...; Según...; Según...".

Ella (ya no es Luciernaguíta ni LN. ¿Quién, Dios mío, será? ¿Acaso todas? ¿Acaso nadie?); bueno, digo que ella languidecía y languidecía... ni siquiera; ella se aburría con esto que ya se le antojaba escamoteo. Entonces, con insistencia encomiástica, insistía, acometía:

—¿Cuál es el arte? ¿Qué es el arte? Pero... ¿qué? ¿cuál?

Y yo —¡qué tenor ni barítono!— lanzaba mis notas:

—Depende..., depende..., según..., según..., depende...

Ella se confunde, más aún, peor aún, ella se aburre.

—No, niña (¿Cómo te llamas? he olvidado tu nombre), no, todavía no, ya lo verás, espera, ten calma que no hay logia alguna ni templo ni secreto que nos una; niña; nos odiamos y no sabemos adonde vamos. Sólo hay tanteos, contradicciones y apenas hay estabilización hay que derrumbar ciegamente. Mas aunque se derrumbe todo... todo queda en pie; pero digo derrumbarse porque lo que está en pie, para estarlo... depende..., hay puntos de vista, hay corrientes, hay mareas y resacas y esto es según..., según... porque depende... En fin, niña, no sabemos a pesar de ser nosotros todos —no sé quienes somos todos ni quienes nosotros— los que más sabemos y amamos y veneramos nuestro oficio y finalidad; no sabemos nada pues todo depende..., es decir, según donde usted, niña, se coloque, según...

Esta niña ya no está. Se ha esfumado sin ruido ni visión. Esta niña murmura, a pesar de su ausencia, por entre mis muros blancos y desnudos:

—¡Qué horror! Eso es la nada, es la lucubración masturbadora... Me voy. ¡Adiós!

Ahora sé por qué te has marchado, Guni.

Porque no tengo ni Logia ni Templo.

Sin embargo... ¡Es que depende, Guni!

¿No entiendes?

Entiendo ahora. Claro está: es mejor ir, ir siempre, encontrarse con inmensos témpanos cuando aún en el paladar cosquillea el sabor de la mandioca. ¡Ir! ¡Girar! Aunque sea por cien años y más. Es mejor que quedar. ¡Y en Carlomagno por añadidura!

Es mejor ser Rosendo que Lorenzo.

Rosenda... debería llamarte.

Te envidio. Sucédete lo que te suceda. Es mejor tu destino. En el tuyo no cabe masturbación alguna. Porque es hasta cierto punto masturbar aquello del mísero ratonzuelo. Cada hoja de este cuaderno en que escribo toma la forma de un cono. Lamentable cosa.

Al menos aquellos dos deseaban que así fuera. Estaban de acuerdo. Había dudas, vacilaciones, resquemores y lo que se quiera pero había acuerdo y objetivo. Digamos la palabra: colaboración. En cambio aquí es lo contrario: yo quisiera a mí Guni aquí. Y ella, Guni, ¿irá fabricando fe? ¡Vaya uno a saberlo!

Tal vez sí. Lo digo por eliminación. Porque a mí, mal que mal, algo de fe me queda aún. Pues bien, si a mí, aquí, aun algo me queda, a ella ha de aumentarle al ir encontrándose con tantos elementos positivos. Pues ella viaja, ¡qué diablos! Magníficos panoramas se suceden ante sus ojos. Yo... Loreto 214, Carlomagno 106. Y de ahí no salgo. Hay agravantes además: Loreto era estupendo porque estupendo es escribir y realizar una obra siempre que esa realización sea para alguien como *era* mi realización. Siempre que esa realización sea para alguien. Hoy, ¡nada! Carlomagno era delicioso como complemento y alivio de las faenas de Loreto. Hoy...

Loreto carece de significado.

Carlomagno me sofoca.  
Salgamos. ¿Adónde? Iguales calles, iguales trancos. Y con el zumbido permanente de su carrera por nieves, olas y mandiocas.  
¡Qué desaliento atroz!

42  
(Gris)

He salido y he vuelto a llegar. Pleonasma se llama esta figura: ¡como si pudiera yo, Onofre Borneo, residente de Santiago de Chile, no volver a llegar...!

Metrópoli se llama esta ciudad.

“Observaciones de un ciudadano”, se llama lo que viene a continuación:

Salí.

Ahora he vuelto con mi cosecha.

No se culpe a mis dos últimas y penosas experiencias del negro jaez de mis productos cosechados. Comprendo que cualquiera ha de pensar que después de las fugas de Guni y *LN*, el humor de un individuo –sobre todo si es escritor y enamorado por añadidura– no puede estar predispuesto a ver las cosas y los hechos coloreados de rosa, de armiño o de tulipas. Conforme. Mas no es así. Si veo negro afirmo que es porque es negro. Guni y *LN* taladran mi corazón mas no alcanzan a mis ojos. Y si alguien no lo cree... pues que me rebata y pruebe ante los cuatro puntos cardinales mi error. He dicho y ¡a la cosecha!

A) Sol. Alegría. Paz (a pesar de diciembre de 1944). Calor sofocante. Mañana, sin falta: ¡Navidad!

En cada esquina grupos de contritos personajes cantan acompañándose ora de una guitarra ora de un acordeón o de un violín:

*Noche de amor,  
Noche de paz...*

Hace frío, hace hielo. Echo mi mano al cuello para subirme el mismo de mi gabán. No llevo gabán. Hace calor. ¡Ah, sí! Caigo en la cuenta: aquello de los grupos contritos y el frío fue, claro está que en Navidad, pero en Lausanne, diciembre de 1937. Pequeño error por lo demás muy natural en espíritus selecto-literarios como el mío. Pero volvamos a lo de hoy: Santiago, 1944, calor.

Navidad, mañana a más tardar. ¡Qué calor!

Todos los escaparates sin excepción (miento: salvo dos en todo Santiago: el de una relojería y el de una quesería; la primera, de un suizo; la segunda, de un holandés) se han llenado de copitos de nieve.

Galileo Galilei...

*¿Dónde estás, amigo mío,  
que no te duele mi mal?*

Pues hay que oír a Galileo Galilei contándole sus recuerdos a Bertrand Russell:

Me divertía yo buscando ocasiones que pusiesen en ridículo a mis colegas. Éstos afirmaban, por ejemplo –basándose en la física de Aristóteles–, que una piedra que pesase diez libras caería de una altura determinada en una décima parte del tiempo que necesitaría un cuerpo que pesase una libra. Una mañana subí yo, Galileo Galilei, a lo alto de la torre inclinada de Pisa con dos pesos de una y diez libras, respectivamente, y en el momento en que los profesores se dirigían con grave dignidad a sus cátedras, en presencia de sus discípulos, llamé su atención y dejé caer los dos pesos a sus pies desde lo alto de la torre. Ambos pesos llegaron prácticamente al mismo tiempo. Los profesores, sin embargo, sostuvieron que sus ojos debían haberles engañado puesto que era imposible que Aristóteles se equivocase.

El experimento de la torre inclinada de Pisa corroboró mi primera investigación importante, o sea el establecimiento de la ley de los cuerpos que caen. Según dicha ley todos los cuerpos caen a la misma velocidad en el vacío, y al término de un tiempo determinado han adquirido una velocidad proporcional al tiempo durante el cual han estado cayendo y han recorrido un espacio proporcional al cuadrado de dicho tiempo. Aristóteles había sostenido otra cosa. Pero ni Aristóteles ni ninguno de sus sucesores, durante cerca de dos mil años, se han tomado la molestia de averiguar si lo que sostienen es verdad.

Es igual, es idéntico. Es lo que no veo concluir ni en asomos. Bueno; ¿y qué importa esto? Importa, sí, y no por ausencia en mi corazón de las *LN* y las *Guni*s. Importa por lógica y por estética.

Lógica: Sabed, señores extranjeros, que en este país, desde hace más o menos cinco años, no se habla otra cosa sino de un chileno-nacionalismo a ultranza, singular cosa que llaman "chilenidad": debe haber un arte chileno o autóctono (gusta más esta palabra), una música autóctona, una cocina autóctona, un deporte autóctono, una física autóctona, una química autóctona, una matemática autóctona, una ¡nieve autóctona! ¡Oh, *Guni*, tú, que a regulares intervalos ves la autóctona nieve de este nuestro planeta, cuánto te compadecerías de mí al saber que me hallo sometido a la autóctona chilenedad de la nueva nieve! ¿Sabes cómo es? Detente. Escucha. Vale la pena estar informado del asunto: es algodonosa, tibia y estival. Galileo Galilei, ¿has visto nevar en diciembre en este país? Es que no se trata de este país. ¿Cuándo Cristo ha nacido en Chile? Nació en Belén, señores, y en Belén, señoras, cuando las campanas anuncian el *xii* mes de cada año, surgen los trineos de hombres con pieles, corren los lobos hambrientos tras los trineos, inicianse los campeonatos de esquí, patina la gente por las heladas aguas del Jordán y del Mar Muerto. Bien; la lógica se ha salvado gracias a Palestina. Pero no se me negará que subsiste la antilógica respecto a la autóctona chilenedad;

Estética: Por más que el algodón sea blanco y la nieve también, señoras y señores, nadie ve nieve en los escaparates y todos ven el algodón. Aquello lanza a través de los cristales un vaho de profilaxia. Llega a parecer que todos los vendedores, las cajeras y propietarios –salvo suizos y holandeses– de todo Santiago, Valparaíso y demás ciudades del país, estuviesen con gonorrea.

¡Qué horror! ¡Qué asco!

B) Me resolví a no mirar más escaparates aunque seguí atisbando si hubiese algunos de suecos, noruegos o siberianos. No los había. Seguí pues sin escaparates. Tal vez esto

aprovechó Perquenco Zapallo para abordarme. Un hombre sin refugio de escaparates es en la calle un indefenso. Venía del cine, el badulaque. Había visto *Mundos Individuales*. Venía trepidante de entusiasmo. Quería ir cuanto antes de visita a la Casa de Orates.

¿Qué tiene que ver, Dios mío, mi corazón lacerado con la estupidez de Zapallo? ¡Dejad a Guni en paz y a Luciernaguilla emanar su luz fosforescente blanca y verdosa!

–Mundos individuales, mundos individuales –repetía sin cesar–. ¡Qué interesante! Fantástica película.

Señores, no es por esas damas pero aquí –en ese film y por lo tanto en la testa de Zapallo– hay una trama, una tramita, una tramilla amorosa. ¿Una? No. Hay: LA. Eso es. Hay LA trama. Lo que es fantástico no es el film sino cómo todo es relativo. (Esto último se lo leeré a P. Zapallo, esto de que “todo es relativo”). Antes buscaba yo “el” y “la”: la mujer, la obra; el destino, el cielo. No una mujer o una obra; no un destino, un cielo; no. El, La. Porque “el” y “la” habíanme sido hasta hoy como flechas indicadoras de perfección. Ahora se invierte la flecha –porque ¡todo es relativo, Perquenco! Si en esa película hubiese habido *una* trama, una trama habría sido aún posible, “una” indicaría cierta variedad, cierta fantasía, al menos cierta diferenciación de otras tramas. Pero LA trama es la repetición, la majadería, la falta absoluta, el cero absoluto de la imaginación.

“Él la quería; ella, no. Ella lo quería; él, no. Él la quiere; ella, no. Ella lo quiere; él, no. Los dos se quieren; ninguno se quiere. Él la engaña; ella no. Ella lo engaña; él, no. Ninguno se engaña. Los dos se engañan. Se reconcilian ambos. Ambos no se reconcilian. El amante triunfa. La querida triunfa. El amante fracasa. Fracasa la querida. Él la quiere; ella, no. Ella lo quiere; él no. ...El autor quiere que lo quieran; el autor quiere que lo hubiesen querido cuando aún podía...; la autora quiere que la hubiesen querido cuando aún no menopausiaba...”.

De esa trama no se sale. ¡¡No pasarán!! ¿Cómo hacer tragar la pildorita? Alimento psicológico ERSATZ. ¿Cómo variarle el sabor?

Alíñesele con ambiente.

Él la quiere; ella, no:

En una pensión;  
“ ” finca;  
“ ” clínica;  
“ ” mina;  
“ ” tempestad;  
“ ” huelga;  
“ ” juerga;  
“ ” semana.

Ella lo quiere; él, no:

En un barco;  
“ ” latifundio;  
“ ” hoyo;  
“ ” árbol;  
“ ” cataclismo;  
“ ” circo;  
“ ” entierro;  
“ ” mes.

Y pasan páginas y páginas de papelcartón, y pasan metros y metros de celuloideacartonado y nada hay en ningún cartón ni de pensiones ni fincas ni clínicas ni minas ni tempestades ni huelgas ni juergas ni semanas ni barcos ni latifundios ni hoyos ni árboles ni cataclismos ni circos ni entierros ni meses. Pero hay en cambio: “Él menopausiaba; ella, no. Ella menopausiaba; él, no”. Entonces un tío X, Y o Z, temeroso de un peñascazo público ante tantos *menos* y tantos *pausios*, descubre –¡oh, ingenio!– que ahora va a ser la cosa en un..., en un..., en un *manicomio*. ¡Uh! ¿Qué hay de manicomio allí en los cartones? Se sigue la regla ya indicada: NADA. Prueba de ello: Perquenco Zapallo quiere ahora visitar un manicomio. ¡Ahí está el quid! Incita al público a interesarse por los locos, los mensuales, los enterradores, los circenses, los damnificados... (estoy haciendo la anterior lista de ambientes de abajo para arriba), etc., etc. ¿Al público? Ah, sí: Perquenco Zapallo. Perquenco Zapallo, oiga usted: el Manicomio Nacional está en la calle Olivos, del otro lado del Mapocho, por ahí entre Recoleta e Independencia; la oficina de Charles Boyer es la 2ª a mano derecha, y torciendo a la izquierda, seguramente, señor Zapallo, se encontrará usted con una enfermerita deliciosa que, temerosa de una prematura menopausia, pide riego inmediato y ojalá de un perquenco y ojalá nutritivo como jugo de zapallos. Vaya usted, puerta principal es en Olivos 831, teléfono 60602, y quedará satisfecho, mas ¡por favor, por piedad! no escriba ni filme su vaciado. Si no puede impedirselo busquemos, caballero PZ, un ambiente que a nadie se le haya ocurrido aún. ¿Quiere? Veamos:

Un..., un..., un tanque tremebundo.

¿Que no sabe usted nada de tanques ni guerras ni cómo esconder a una damisela dentro de un tanque de guerra? Eso no importa, recuerde la regla. Lo malo es que hoy, hablar de tanques es demasiado..., demasiado oportunista o podría parecer tal, sobre todo que usted, PZ, está aquí y no allá. Espere. Veamos otra cosa:

Una..., una..., una góndola veneciana.

¿Qué tal?

Demasiado romántico, demasiado clariluno, encuentra usted. Que jamás haya estado usted en Venecia...; sí, digo “Venecia”. ¿Qué es? Bueno, bueno, si no lo sabe usted, es cualquier cosa. Veamos entonces otro ambiente.

¿Qué le parecería a usted que su antimenopáusico idilio pasara en el pabellón de la oreja de un señor con bigotes o en la cuevita de unas laboriosas hormigas?

Imposible. No se lo aconsejo a usted. Pues Ascanio Viluco –nuestro crítico, el de la casa Jozz, el esposo de una de las más destacadas damas de nuestra sociedad– diría, en el primer caso, que hemos caído de lleno en el surrealismo; y, en el segundo, que era su obra de usted un cuento para niños. Imposible.

¿Qué ambiente que sea fino, hermoso y no tratado aún por ningún autor?

¡Eureka!

Encontré.

Perquenco Zapallo:

¡¡Una cama!!

Guni se ha marchado; LN se ha marchado; PZ se ha enfadado. Linda cosecha llevo hasta ahora.

Volvamos a casa aunque no sea más que mi pobre departamento de Carlomagno 106. No.

C) Ahí vienen. Me ven (no tengo escaparates). Me hacen señas. Soy débil. Entro con cilos a la fucnte-soda. Asiento.

El crítico de marras: Ascanio Viluco; mi joven y dulce amigo, Teodoro Yumbel. “¿Qué se sirven, caballeros?”. Viluco propone horchata. “Tres horchatas, señorita”.

Y... *Aux armes, citoyens!*

(Maldito lo que yo entiendo de este asunto, así es que me limito a transcribir lo más breve y fielmente que pueda si es que mis fuerzas, en plena derrota, me lo permiten).

Apenas engullido el primer sorbo de horchata, Viluco se fue como una fiera sobre Yumbel. Viluco de fiera... No lo habría creído. ¿Y Jozz y su dama? Es que el arte y sus pasiones... Al fin y al cabo se explica.

Se fue como una fiera, digo, porque el otro, dulce y tímido, oye siempre con gusto a Chopin. Yo quedé lelo y pedí una coca-cola. ¿Qué mal habrá en oír con gusto a Chopin? Hícame todos ojos, oídos y demás sentidos...: Prokofiev, Bratislava, Chopin, Cotentin, Timoshenko, Ravel, Eisenhower, Bach, Stravinsky, Budapest... *C'était la guerre!*

Parece que tal cosa ya no era posible. Subrayaba Ascanio, con énfasis de cuádrimotor, el “ya”. YA no se podía, YA no se debía... Teodoro temblaba. Insinué saber el porqué. Entonces el erudito lanzóse en una de dialécticas teoréticas (o tal se me antojaron acaso por ignorancia del asunto) que aun en plena forma periodística no atinaría yo jamás a reproducir. Pero noté que el sabio clasificaba, ordenaba y luego de caracoleantes deducciones e inducciones, marbeteaba, numeraba, encasillaba y... satisfecho, horchateaba. Yumbel se hundía.

Noté algo más: el hombre-pozo “principiaba”. Quiero decir –no que empezaba o comenzaba– que de todo cuanto hay o de cuanto imaginaba, el hombre-pozo *hacia principios*. En aquellos momentos era sobre música; mas por pequeños detalles, a propósito de la fuente-soda misma, de la necesidad para el cuerpo de los refrescos, de los sueldos que ganarían las muchachas de servicios, etc., puntos todos apenas rozados por él, noté –y por eso me atreví a escribirlo– que ese hombre-pozo fabricaba principios para cuanto hay o puede haber. Principios, sólidos andamiajes. Naturalmente que estos andamiajes, por sólidos que fueran, tenían una ductilidad asombrosa pues podían adquirir la forma que uno deseara sin perder su solidez y su imponente fachada. Por ejemplo noté que el andamiaje que nos obligaba a estar firmes y valientes con la música de hoy y sobre todo con la de mañana, moviéndole un tornillito, invisible para Yumbel y para mí pero visible para Viluco, servía con igual eficacia para estar igualmente firmes y valientes con la pintura de ayer y jamás con la de hoy ni menos con la de mañana a no ser que ésta renegara de la de hoy y se precipitara en los brazos de la de ayer.

Era espectáculo magnífico ver surgir tales construcciones (lo era para mí; para mi dulce amigo...). He dicho andamiajes porque en un comienzo tales me parecieron. Ahora ya eran castillos, alcázares, ígneas fortalezas. Y ahora lo que hacía el muy astuto era *ilustrar* con las artes sus edificios. ¡Ah, Viluco! Tú *usas* de las artes. Pintas, decoras, compones, esculpes con las artes. ¡Mala cosa, Ascanio! No llegarás a ser nunca artista. Hablarás siempre. En fin, no nos pongamos doctos... ¡Otra horchatita! ¿Yo? Será otra coca-cola.

–¿Y tú, Yumbel? ¿Nada?

Yumbel no nos acompañó en el último vaso. Mientras el pozo seguía horchateando, Yumbel miraba el techo y, en el techo, supongo, las moscas pues era lo único que en él había. Mientras el otro seguía discurrendo, Yumbel –supongo también pues nada me dijo y *tuve que limitarme a interpretar su fisonomía*– seguía amando, gustando. Seguía por la vía directa: gustar. Ello es mejor: que guste algo. Así justamente como le gusta al pozo de Viluco la horchata (parece que en su palacete cuando no hay visitas, consume hasta cerca

de un decalitro). Empezar por ahí, fijar ahí el único punto posible de partida. ¿La calidad de lo que gusta? (Recuerdo esto de la calidad pues Viluco habló bastante de ella. Yo, modestamente, le haría observar que, en materia de calidades, la horchata y el coñac, por ejemplo... Pero se podría enfadar y para enfados ya basta, al menos por hoy, con Zapallo; además movería el tornillito aquel y entonces la horchata superaría al coñac; y para sacrilegios ya basta, por hoy también, con la nieve de algodón y la menopausia cantante). Pero algo tendré que decir de la calidad si he de escribir mi paseo y su cosecha. Aburrido es más que hacerlo porque de calidad peroraba Viluco. Sólo que nada recuerdo sobre el particular. Gustar de Chopin –había algo así– no está del todo mal siempre que se retrocediese por los siglos de los siglos –algo así, con un “amén”–; pero se gusta de él porque sí, sin discernimiento, sin cultivo, sin...; en fin, como yo gusto de las naranjas, y tal como gusté de las naranjas pude haber gustado de los gusanos; o de las tonadas tamboreadas. ¿Entonces? Sí, “¿entonces?”– interrogaba el pozo Ascanio. Entonces es el azar lo que le rige, es lo fortuito, la lotería, el casino, Viña del Mar, el crupié... ¡oh! Y el arte es... Teodoro Yumbel miraba las moscas del techo.

Ahora yo estoy en el 106 y no sé donde encontrar al dulce amigo. Quisiera un minuto de conversación con él, no más; un telefonazo pero su número no responde. ¿Se habrá suicidado? No, por cierto. Un detective diría que faltan los motivos. ¿Faltarán? Oír teórica-dialectizada y sobre arte por añadidura, oírla con el peso del gran sermón en la quieta existencia catedralicia... oírla con tal peso y tal quietud en una fuente-soda con horchata y moscas... ¿Es, será motivo, señor detective? Quisiera un minuto, no más, aunque fuese por teléfono, para decirle que estoy con él, que él ha puesto un pie en la senda –no por Chopin; ya lo quisiera el Viluco para él al 1 por 1000–, porque entró por el amor directo. Aunque hubiese sido con gusanos en vez de naranjas; con tamboreos en vez de Chopin. ¡Te felicito, Teodoro! Gusanos y tamboreos –deleznables en sí– yo los vería como *ya* (ahora yo soy el cuádrimotor del “*ya*”) un primer balbuceo en el camino, el primer vajido que inaugura a la vida. ¡Bravo Yumbel!

NOTA.– He dicho, tal vez con excesiva temeridad, que el Viluco en cuestión, bien quisiera *ya* y para sí una gota de Chopin al 1 por 1000. Claro está que es temeridad de mi parte pues –como he confesado– maldito lo que entiendo yo de música. Sin embargo lo sostengo. Pues si así no fuese, si Viluco estuviese sobre Chopin, amigos y señores... ¡se sabría!

D) Salimos por fin de la fuente-soda. Yo, siempre débil –sobre todo hoy día– subí al coche de nuestro pozo y llegué al palacete Jozz. Mis desventuras no habían terminado. Yumbel se había despedido después de las horchatas y ahora, en un sillón inamovible, nos aguardaba, cual caricaturesco personaje de ballet, un pariente mío. Porque yo tengo parientes... ¡ay!

Allí estaba esperando a don Ascanio para hablar de ciertos negocios. En vista de lo cual tuve un pretexto para escapar de aquel escenario y de aquel pariente apenas hube ingerido el oporto que el anfitrión me había ofrecido al terminar yo mi última coca-cola. Pero mientras lo ingería, naturalmente se habló. ¿De qué? De Arte. De arte habló mi pariente. Debo dejar estampado aquí que ese ser es pariente mío por alianza pero jamás por sangre.

Señores, es mi pariente hombre tan exquisito, tan amante de la naturaleza que vuelca, desde sus 15 años –hace ya de esto mucho tiempo–, ese amor y esa exquisitez en las inmen-

sas amplitudes. Quiere lo amplio, amplísimo. Y para su sentido estético esto se traduce en "tener vista". (¿Qué querrá ver este santo barón? Y digo "barón" porque tal es su apellido, con mayúscula naturalmente precedido del nombre de Hilarión).

Este santo barón administró una vez un fundo. Había al final del jardín un viejo muro que todos querían como a un ser viviente. Era de esos muros de grandes piedras, grises, rojizas y azuladas, que llaman pircas, según creo. ¡La vieja pirca que circundaba, limitaba, proporcionaba, decoraba y coloreaba al jardín! Bien la recuerdo, la vieja pirca. El santo barón, un día, la hizo derrumbar. Tapaba la vista.

Desde entonces fuimos todos al otro lado con velas, linternas, fósforos, a buscar lo que el derrumbador quería ver. Nada encontramos. Un potrerrillo, malezas, tres o cuatro moribundas coliflores, una gallina, alambres enmohecidos. Nada más. Ciertamente es que una vez su novia y mi parienta, Frasquita, encontró en una acequia un gato muerto ya en estado de putrefacción. Pero nada más. Hasta hoy no se ha sabido qué demonios Barón (pongamos la mayúscula) quería ver.

Al fondo del potrerrillo había unos álamos altos como torres. ¡Qué hermosos eran! Un día Barón los hizo cortar. Tapaban la vista. Fuimos del otro lado. Nada. Una tarde Frasquita encontró, bajo un zarzal, una deposición de perro. Nada más.

Barón se queja de nuestra situación geográfica. "¡El último rincón del mundo!"—dice siempre. Y para colmo, ¡esa cordillera! Es como un muro, el muro del rincón, el muro de una prisión. Esa cordillera tapa la vista. ¡Oh, si Barón pudiera...!

Ahora Frasquita es su esposa. Yo creo que este hombre, más que para hablar de negocios, visita a Viluco, por encargo de su mitad, para fijarse en la estética del palacete y luego copiarla en el suyo. Pues mi parientes tienen también un palacete. A este propósito entablóse entre ambos caballeros el siguiente diálogo:

V.— ¿Y qué me dices, amigo, de sus cuadros? Ya estarán adornando sus paredes de usted.

B.— Ayer Frasquita los hizo colgar artísticamente distribuidos en salón, living, salita y comedor.

V.— ¡Magnífico! Han hecho ustedes una estupenda adquisición. Tengo entendido que uno de ellos dicen que es un Corot y otro dicen que un Turner.

B.— Y el que puso mi mujer en el fondo del salón dicen que es de un primitivo flamenco.

V.— ¡Atiza! ¿Y es verdad que la cabeza del anciano, según dicen, es de Murillo?

B.— Así dicen. Como dicen que la pequeña naturaleza muerta es de Chardin.

V.— Pues vea usted, amigo: ese grupo que ve usted allí, me dicen que es nada menos que un Ziem.

B.— ¡Hombre! ¡Curioso! Es casi idéntico al grupo que Frasquita colgó en la salita. Y a nosotros nos dice mi primo Serafín—que entiende una enormidad en pintura—que se trata de un Hogarth.

V.— Es que dicen tantas cosas... Pero esté usted cierto de que si se parece al mío ha de ser un Ziem.

B.— O ese de usted es un Hogarth.

B.— Imposible. Mi mujer lo ha dicho y mi mujer... ¡uuuh! En todo caso sabe más que Serafín. ¡Y como sea! En todo caso, tanto el de usted como el mío, son de grandes maestros del pasado.

B.— Y en todo caso valen un dineral.

V.— Y en todo caso sus paredes de usted deben estar hermosas y decoradas cual ningunas.

B.- No.

V.- ¿Qué?

B.- Digo que no.

V.- ¿Cómo? ¿Pero que Frasquita no los hizo colgar?

B.- Sí.

V.- ¿Entonces?

B.- Eso fue ayer. Hoy por la mañana yo los hice descolgar.

V.- ¡Aaah...! ¿Y por qué?

B.- ¿Sabe usted, amigo...? Tapaban la vista.

Hui, hui, hui y... ¡hui!

E) Rodar por las calles, girando, creyendo deshacer las curvas y volviendo, impulsado por un dedo fatal, a rehacerlas. Hasta que, súbitamente, heme ahí frente a Madame Viluco en compañía de Frasquita –la de mi sangre– y otra dama y otra más, muchas damas, tantas damas que todo Chile no fue de pronto más que una dama. Y hay que hablar, hay que hablarles, siempre decirles algo. Es abrumador. Y yo no hallaba qué decirles. Entonces, nada menos que Madame Viluco:

–¿Qué está pensando?

–Nada. Mi cerebro está pensando solo pero nada me comunica todavía.

Casi me abofetean, casi me estrangulan esas damas.

F) Al primer río revuelto volví a huir. Ya iba por las calles a velocidad aerodinámica. Tanto, que no pude frenar a tiempo y caí en brazos de ¡Barón!

¿Y dónde?

Dos pasos más allá brillaba su palacete.

Como a un conejo tirado de una oreja, Barón me introdujo a su regia guarida.

Y hablé y hablé y hablamos.

¿Qué?

No recuerdo ni una palabra. Era aquello el humo, el gas.

Vine a recobrar los sentidos gracias a la voz de una empleada que habló con Barón de este modo:

–¿Señor?

–Sí.

–Las flores que tenía la señora en el bidé las puse en el jarrón de porcelana.

–Bueno.

Volví a huir por, tal vez, la centésima vez.

Carlomagno 106.

Aquí estoy.

¡Vaya una afirmación! Como si pudiera estar en otra parte si estoy aquí. Siempre, ineludiblemente tiene todo ser que estar donde está y ese sitio se llama "aquí".

Y sin embargo –esto es lo risible–, aquí estoy.

¿Y Guni?

¿Dónde estará?

¿Por qué se habrá marchado?

Una duda me asalta. Tal vez no se marchó por las causas que hicieron marcharse a Lucíernaga Nahuelhuapi. Yo creo ahora que Guni se marchó sencillamente porque se dio la gana.

43  
(Rojo)

Todo esto se ha formalizado en mí como un deseo imperativo de ausentarme. He salido hoy con intenciones de informarme sobre un viaje a San Agustín de Tango. Hoy he amanecido con horror a mi departamento aunque nada tenga él que hacer con la idiotez que, minuto tras minuto, se ha ido desarrollando a lo largo –no, a lo caracol de Santiago. Pero este caracol ha fructificado aquí en el 106. Hoy los caracoles fructifican aquí y, me temo, en todas partes.

Antes de dirigirme al centro en busca de agencias turísticas, quise pasar al 214. Consideraba yo una falta de pudor dar comienzo a mis trámites de ausencia sin antes contemplar con pupilas de ausencia también, los patios y sus naranjos, las moscas ácidas –dignas hermanas de las acuosas moscas de Teodoro Yumbel–, y el pavo.

De pronto –luego de haber cruzado las turbulentas olas del Mapocho por el puente Pío Nono y de haber doblado a mi izquierda engolfándome por callejuelas que mi memoria no registra– apareció, a la vuelta de una esquina, un bullicioso y festivo cortejo de no menos sesenta personas. Todos eran hombres; no había mujeres. Reconocí entre los cortejantes a Rosendo Paine, a Desiderio Longotoma, al cínico de Valdepinos, a Palemón de Costamota, al capitán Angol y a varios más. Cerraba el grupo, solo a unos 20 ó 30 pasos, Baldomero Lonquimay. Una cuadra y media más atrás avanzaba Gay-Lussac, pero no sé si formaba parte de los anteriores o si, como yo, caminaba sólo por azar por esa misma vía. Me inclino a creer esto último. Por una ventana baja, baja como son bajas todas las construcciones de ese barrio, se asomaba el Viluco de marras mostrando en su rostro franca contrariedad. La ventana que ocupaba pertenecía a una casa de adobes pintada de granate. Casi al frente, por una ventana similar pero de casa pintada de azul terroso, se asomó unos instantes Florencio Naltagua sin expresar nada en su rostro. Ignoraba yo –y sigo ignorándolo– que dichos señores pudiesen asomarse por tales ventanas de tal barrio.

El objeto de este cortejo era llevar en andas a otro hombre. Este hombre era Artemio Yungay.

Creí, en un principio, que estaban todos locos. Al verme se detuvieron. Hice lo mismo. Palemón entonces –que era el más alto de los desfilantes– púsose frente al anda y de espaldas a ella; creo se empinó. Delante de él colocóse otro individuo; delante de éste, otro que se agachó un poco; más adelante, otro más agachado; más adelante, uno ya en cuclillas; más adelante, uno francamente encucillado; por último, sentado en el suelo, Desiderio Longotoma. Entonces Artemio Yungay bajó hasta los adoquines por la escalinata así formada por los hombros de siete hombres. Rosendo Paine salió en ese momento de entre la multitud, tomó del brazo al recién bajado, acercóse con él a mí y los tres hablamos de este modo:

–Onofre Borneo, permítame usted que le presente a don Artemio Yungay.

–Tanto gusto.

–A sus órdenes.

Se alejaron todos juntos pero con menos bullicio. Las dos ventanas que mencioné estaban ahora cerradas. Allá en una esquina, volviendo la espalda, Gay-Lussac miraba hacia el cerro San Cristóbal. Artemio y yo estábamos solos. Creo que por esta razón Artemio me dijo:

—Señor Borneo, necesito un amigo inteligente y un rincón de paz. Lo escojo a usted por amigo pues he leído sus obras anteriores. La actual no la he leído porque apenas la abro siento que todo mi cuerpo toma una calidad entre tinta y papel asaz desagradable. Cuanto al rincón de paz, me entrego, señor Borneo, a la sabia opinión de usted.

Propuse Loreto. Allá nos encaminamos. Saludamos con pupilas de encuentro-tras-largos-años a los patios, los naranjos, las moscas y el pavo y, previa higiene de flit, nos acomodamos en mi gabinete de trabajo. Viterbo Papudo no estaba en casa pues ya había partido de vacaciones a Curanipe. Encendimos sendos cigarrillos y junto con elevarse la primera pirueta de humo Yungay dijo:

—Señor Borneo, tengo en estos momentos una existencia epistolar. Permítame darle lectura de estas dos cartas. Nada necesito anticiparle. Al empaparse con su contenido sabrá usted cuanto se refiere a mi hosca situación. Luego escucharé su consejo, caballero.

—Gracias, señor Yungay. Soy todo oídos.

—Gracias, señor Borneo. Seré todo lectura.

Y Artemio Yungay leyó como sigue:

Santiago de Chile,  
Octubre 13 de 1944

Señorita  
Eustaquia Zepeda  
Carrizal 2  
Mulchén

Mi muy estimada Señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre reconocida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negar a esté su servidor, Artemio Yungay. Debo anticiparle que mi salud, tanto física como psíquica, está en perfecto estado y que esto puedo afirmarlo bajo autorización del doctor Hualañé. Paso, entonces, inclinado ante su benevolencia, a referirle la triste situación en que el destino ha querido colocarme, y a acercarme temeroso al servicio que en líneas anteriores mencioné.

Es el caso, mi distinguida señorita, que todo mi corazón como asimismo mi sangre y mis huesos desean un coloquio, aunque corto pero sí muy verdadero, con una dama que ha trastornado y sigue trastornando el poco entendimiento que me queda. Pensé primeramente dirigirme exclusivamente a usted, señorita Eustaquia, pero luego vino a mi memoria la penosa vía crucis que la Providencia le ha impuesto y que la obliga a gastar las doradas horas de su existir en derramar sobre otros seres las cuerdas de su inefable cítara para que ellos, los indignos, recojan las flores y los bienes que en justicia deberían llover sobre usted, carísima y respetada amiga.

Además recordé que mi maldita intemperancia y falta de educación me entorpecieron la mente a tal extremo que un día fatal llamé a su sorprendente clarividencia de usted "mentalidad de gallinácea", y una noche, que me llena de vergüenza, preferí públicamente su silencio a su armoniosa voz y a los profundos conceptos que siempre bullen en su intelecto.

Me temo, pues, que algún rencorcillo se albergue en su alma en contra de este incondicional servidor y reconozco que, si así es, tiene usted toda la razón para no echar sobre

sus fatigados hombros una tarea que le encomendara personaje tan ruin como el que firma estas líneas. Me limito, por lo tanto, a rogarle –como ruega el rocío a la flor, como ruega el limón a la ostra, como ruega el vagón a la humeante y humosa locomotora– que sólo me sirva de intermediaria ante una amiga de usted y que así sea esta amiga la que haga la dura labor que lleva en su final, en su punta, mi dicha o mi desdicha, mi vida o mi pronto fallecimiento y sepelio.

Señorita Eustaquia: Humildemente le pido que pase por alto aquello de la gallinácea y del silencio, y guíe su bondadoso corazón hacia el recuerdo del cariño que por usted experimento así como también del que me inspira su noble señora madre de usted, y de la nunca desmentida amistad que he profesado por su generoso hermano Benigno como a la vez por su cantante esposa, la dulce y sutil Marina. Perdone, pues, señorita Eustaquia, las malandanzas de este vil firmante de la presente y escuche su lamento que es doloroso como el del can azotado, como el del ave sin alas, como el del sombrero sin cabeza en qué posarse.

¡Ah, mi deliciosa amiga! ¡Ah, cuánto he sufrido! Oiga el relato de este pecho sangui-nolento:

Nací feliz pero muy feo. La felicidad que me rodeaba tenía la forma de dos alas inmensas que me envolvían y acariciaban con sus plumas blancas. Crecían de un andrógino vestido de oro y azul y que llamaban Arcángel. (Le adelantaré que luego fue ocurriendo un fenómeno singular: con el tiempo el Arcángel fue empequeñeciendo e inmovilizándose hasta quedar reducido al tamaño de una litografía cualquiera; entonces alguien lo pegó en cartón, le puso un marco y lo colgó en la pared).

Mi rostro tenía la apariencia de un macaco. Con el tiempo, mientras el Arcángel empequeñecía –¡oh, no vaya usted, distinguida amiga, a creer que echo aquí manos a un símbolo trivial queriendo expresar que era mi felicidad la que empequeñecía. No. Era el Arcángel, no más–. Bien; le decía a usted que, mientras aquel fenómeno acaecía, mi rostro mejoraba. Pasando por todas las etapas del simio en demanda de la belleza, mi rostro mejoraba. Trepando por ellas logré adquirir el rostro del orangután que es, como bien usted lo sabe, el que ostento tanto de día como de noche, esté lloviendo o brille el sol.

Quise viajar. Cuando vi en el atlas el caro suelo que nos miró nacer, lo vi tan angosto y apretado que sentí ahogarme. Quise entonces respirar, ampliar mis pulmones y, al quererlo, la garganta se me dilató. Y el pecho y las costillas ¡tanto, tanto! que mi piel, estirada como la de un tambor, sonoramente tembló y, al temblar, el esternón –hueso hasta ahora mudo– tremoló con una vibración interna que clavado me dejó de estupor.

A mis padres les pedí permiso y dinero. Me los dieron. Fueron siempre muy buenos. Sucedió esto en las auroras de nuestro siglo; eran buenas las gentes de esas auroras. Visité muchos países. Si parecía que la Tierra entera fuese puros países y más países. Pero, pero... Aquí se avecina la dificultad que me hace dirigirme a su nunca desmentida benevolencia, amiga mía, y que me hace enredarme como si esta lapicera con que escribo fuese de cordel y se me enroscara en los tobillos. Hagamos un esfuerzo, de todos modos.

Yo viajaba pero no viajaba, señorita Eustaquia. Porque podía estar en Lisboa o en Madrid o en Roma o en Boston... Era el caso de que siempre estaba en mí mismo, siempre encerrado por las costillas, la piel y el esternón. Yo quería –veamos si me hago entender– viajar para afuera, viajar; no, espere: hacer viajar todo, todo lo que hay adentro de las costillas, explazarlo, proyectarlo en todos los sentidos, en la multiplicación de los puntos

cardinales. Norte, Sur, Este, Oeste... era poco. Para arriba, para abajo también. Y vaya usted o yo a saber por qué razón “para abajo” me atraía más que “para arriba”.

Oso suplicarle su grata recordación de mi alejamiento del lado simbólico de estas líneas. Si digo “abajo” es tal vez porque soy de contextura agachada. Al ser así miro con facilidad el camino que voy pisando y con dificultad el celeste azul que lo cubre. Y uno, señorita, empieza a encariñarse con lo que ve a menudo y sobre todo si lo pisa. ¡Es tan rico pisar, pisotear, señorita Eustaquia! Hay muchos a quienes esto no gusta. Es que hay gustos para todo. A mí, sí. Por eso me gustan las marchas y, en las señoritas que me han atado, me han gustado los pies y, por ese gusto, también los dos pilarcitos de seda que los sostienen y los mueven. ¡Si hasta los suyos de usted me han gustado! No pase por su esclarecido cerebro que puede esto del “hasta” encerrar un menoscupio ante sus múltiples cualidades de estatua. Pero como nunca ha habido tentación entre nosotros dos... creí bien exclamar con un “hasta” para hacerle a usted claro, claro como el agua cuando es clara, lo que esas extremidades femeninas llegan a clavar el lacerado corazón de este su servidor de usted.

Pero si esto no es nada todavía. Piense también que las patitas de las pingüinas me arrebatan. Y aunque parezca inverosímil, las de las frutas adenuás. Amo las perfumadas patitas de las ciruelas; amo las sabrosas patitas de las chirimoyas. Y si amo las de las chirimoyas y ciruelas, ¡imagínese cuánto y con qué locura he de amar las embriagadoras, las subyugadoras patitas de las peras!

Igual cosa le puedo repetir ahora dejando de lado al reino animal y al vegetal y volviendo al reino humano que tan benévolo se ha mostrado al recibirnos en su seno. Si hasta las suyas de usted, señorita Eustaquia, me han gustado, ¡imagínese cuánto y con qué locura...! Pero mi profesor de escritura me dijo siempre que no había que alterar el orden del relato. Así es que tenga la bondad de aumentar aún un poquito su paciencia.

¿En qué íbamos? ¿Patitas? ¡Ah, sí! Era por el asunto de lo que se va pisando. Ya recuerdo.

Un día, un día cualquiera, era de noche. Yo marchaba pisoteando con un amigo también cualquiera que a su vez pisoteaba pues ni él ni yo habíamos descubierto la manera de marchar de otro modo. Mi amigo, indicando el suelo, me dijo de pronto:

—Allá abajo, al centro, está el fuego. Dicen que es el Infierno. (Se rió). Aquí, bajo nuestros zapatos, están cociendo a los pecadores y calentando al rojo a las pecadoras. (Se puso serio). Sería estupendo abrir un hoyito y mirar la gran cocina.

—Y mejor —le contesté— hacer un viajecito hasta ella.

Y nos reímos tanto que un momento después ingeríamos sendos piscos para ahogar nuestras risas.

¡Claro, pues, carísima amiga! ¡Ahí estaba la cosa! ¿Hasta cuándo resbalar por la superficie de la cosa y no penetrar *en* la cosa? Si por afuera, créantelo, es más o menos siempre la misma historia. ¡Adentro estaba la cosa! Prueba de ello: todos los piesecitos —sean de señoritas, de pingüinas o de peras— están dirigidos hacia abajo.

Me puse a averiguar por mil partes las posibilidades de un viajecito a los Infiernos. Ya, más o menos orientado, hablé con papá. Él tenía el permiso necesario para dejarme partir y, sobre todo, tenía el dinero. Le dije:

—Papá, quiero viajar una vez más.

—¿Una vez más? —me preguntó tratando de llenarse de severidad; pero yo vi que en el fondo sonreía—. ¿París, nuevamente?

—No. Quiero ir al Infierno.

Quedó mudo de estupor.

—¿Estás loco?

—No. ¿Por qué?

—Nadie, que yo sepa...

—¿Y el Dante? Recuerda, papá, esos dos grandes libros que tú tenías, esos con ilustraciones de Doré. Allí quiero ir, a las del tomo I.

—Veo que no estás en tus cabales, hijo

—Tú, papá, me regalaste un libro de Edgar Allan Poe. Poe también fue. Y Baudelaire también fue. ¿Por qué no he de ir yo? Y también fueron...

—Insisto en que no estás en tus cabales. La vida es otra cosa.

Calló largo rato. Al fin me dijo:

—Vuelve a tus cabales, hijo. ¡Toma!

Y me alargó un rollo de billetes y un pasaporte para París.

Queridísima amiga Eustaquia... París, ¡una vez más! ¡Oh! Aquello no es, por cierto, el inmenso, el unimaginable Infierno de mis sueños, esas torturas, esos huesos quebrándose y crujiendo por las eternidades, esos pecadores, ¡esas pecadoras!, retorciéndose en espasmos de dolor. Nada de eso. Pero, en fin, señorita Zepeda, ¡qué quiere usted! París es siempre París.

Llegué, pues. Una sola idea revoloteaba y zumbaba en mi cráneo; una sola sensación podía sentir. La sensación: ¡uuh! A cada rato me mordía por los talones, por la nuca, por todas partes. Veía mi soñada destinación en cada esquina. En los cabarés, por cierto, y a ellos iba casi noche a noche. Pero más curioso era que también en el Louvre, en muchas de sus telas que sería aburrido mencionar aquí. Y no sólo en las telas: en los rincones fríos de piedra. Oiga, distinguida amiga: en el olor de las piedras. ¡Qué olor tan sabroso! ¡A mí con perfumes! Yoiga más: ¿sabe dónde era —no, no exageremos—, casi era mi soñado viaje? Señorita: en Notre Dame. Sus vidrieras... A mí no me viene usted ni nadie a contar que eso es celestial. ¡Añagazas! ¡Si lo sabré yo!

Bueno, amiga Zepeda, basta por lo que a la sensación se refiere. Vamos a la idea:

Oiga: Fíjese, señorita, que cada país pone ciertas condiciones para dejar entrar a los forasteros y éstas cambian de país a país. Lo mismo es para los Infiernos. Allí, condición *sine qua non*, es que no entra nadie, pero nadie si no va acompañado y tiene que ir acompañado, y condición *sine qua non* también, con un ser del otro —usted perdonará la palabra— sexo. Usted, por ejemplo, tendría que ir con un masculino; yo, con una femenina. Creo que a cualquiera se le ocurrirá cual fue la idea que me revoloteaba allá en París: encontrar a la femenina.

Ahí estaba yo una noche en un cabaré tomando una fría *fine à l'eau*. De repente miré a mi lado y vi a una niña que me miró. Nos miramos entonces. Era rubia y con ojitos de agua. ¡Qué lindos y grandes dientes tenía! Ya le expliqué, amiga, mi gusto, eso de ciruelas y peras, ¿se acuerda? Un resbalón de la mirada, de los dientecitos al suelo. ¡Qué cosa maravillosa, señorita mía! Tanto, que le dije:

—*Bon soir, mademoiselle.*

—*Bon soir, monsieur.*

Cualquiera dirá que es ése un diálogo idiota. ¡No! Eso fue el comienzo, no más. Siguió la cosa... Yo no sé escribir de eso ni nadie sabe. Pero usted lo habrá sentido alguna vez así es que ¿para qué más palabrería?

Me dijo que se llamaba Lili. Le contesté que bueno. Y cuando yo le dije que me llama-

ba Temio (abreviación de Artemio, usted comprende) me contestó también que bueno. ¿Qué le parece? Lili-Temio, Temio-Lili, Lili-Temio... Se puede repetir hasta el infinito.

Y empezaron los preparativos para los Infiernos. ¡Qué contenta estaba ella! Y yo, ¡para qué decirle!

Una tarde, en mi departamento, me dijo poniendo unos ojitos llenos de malicia:

—Oye, Temio, es verdad que ya somos dos y de sexos diferentes y que tenemos pasaporte y dinero. Pero así como al ir a un país cuyo idioma se ignora conviene practicar un poco antes de partir, ¿no crees que en este caso es lo mismo?

—¡Ya lo creo! —exclamé.

Era mi Lili una mujercita con mucho sentido práctico.

—Entonces —añadió—, ¡a la obra!

Supiera usted lo que hizo... Disculpe, mi señorita, pues lo que se avecina no es muy cristiano que digamos y sé que usted profesa gran respeto por lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia. Señorita mía, mi Lili me desnudó. Yesto no es nada. En mi departamento había una especie de columna. Pues vea, señorita mía, en esa especie de columna me amarró. Y con un pañuelo me tapó la boca, asunto de que yo no gritara e incomodara a los vecinos. Y me dejó libres los ojos y los oídos. Entonces se acercó, bien cerca, lo más que se puede pero sin nada pecaminoso, se lo aseguro. La piel, no más. Piel con piel hasta que las dos pieles echaran electricidad y magnetismo. Entonces, señorita, retrocediendo lentamente y empinada en dos altos taconcitos que la transformaban en ágil gacela de montes y tiempos lúbricos, me silbó así:

—¡Temio! ¡Temio! Me voy, me voy. No me importa que tu piel esté pegada a la mía y tu garganta también. Te las arrancaré, piel, garganta, cejas, pestañas, uñas... ¿Te gusta? ¿No mucho todavía? ¡Ah, ya sé por qué no mucho todavía! Porque temes que yendo sola por esas calles alguien me asalte, me robe o me mate. ¡Qué tonto eres, Temio! ¿Cómo crees que no he tomado mis precauciones? ¡Mira! ¡Oye!

Se dio vuelta para el zaguán y, alegre como una pilluela, gritó:

—*Bon jour, mon chéri!*

Creerá usted, Eustaquita, una voz ronca le contestó tras la puerta:

—*Bon jour, ma chérie.*

Óigame: yo estoy seguro de que nadie había detrás. Si ella misma dijo que era algo como ensayo, algo así como para ver qué sucedía. Yo estoy seguro de que ella era de esas personas que hablan, ¿cómo se llaman?, ventrílocuos. Y hacía todo eso, así como le dije, para ver no más.

¿Y si fuera cierto? Piense que la distancia que nos separaba bien sería de unos cinco a seis metros. ¿Se da cuenta? Cinco o seis metros con la piel, la garganta, las cejas, las uñas, ¡las pestañas estiradas, tiradas y sin zafarse de mis pobres nervios!

Entonces se apoyó en la jamba de la puerta que unía la sala en que yo me hallaba atado y el zaguán. Se afirmó. Se inclinó hacia afuera. Iba desapareciendo de mi vista. Desapareció casi completamente. Digo "casi" porque quedó siempre ante mi vista su piescito izquierdo. Tiene que haberse inclinado sobre el derecho pues aquel se levantó por el aire describiendo un medio círculo. Ahora lo veía de perfil, agudo, punzante, sosteniendo unas sedas tirantes que brillaban hasta cegar.

¿Qué hacía todo el resto de mi Lili tras el muro? Lo oí clara, nítidamente, señorita Zepeda: ¡besaba! Y de pronto desapareció todo. Silencio. Así le explico yo a usted, diciendo "silencio". Claro que era silencio. Pero se oía en él, se oía cuanto humanos oídos pue-

den oír a pesar de que no había un solo ruido. Después de un rato sí hubo uno. Dos, mejor dicho. Uno más alto, otro más bajo; uno primero, el otro siguiéndolo. Se quejaban allá atrás.

Reapareció.

Sus ojitos estaban vagos; su respiración, jadeante; su melena, revuelta.

Me sacó la lengua.

Se acercó lentamente y me desató. Me ordenó que me vistiera. Me vestí.

Sonó el teléfono.

¡Oh, mi noble y siempre estimada amiga del alma! En aquel fatal momento nació mi horror por los teléfonos. En este momento y por ese horror ha llegado ahora otro momento, el momento de que me perdone usted por haber preferido sus labios cerrados a sus labios entreabiertos y emitiendo poderosas sentencias. Por ese horror también sepulte aquello de la gallinácea. Pues no hemos de olvidar que cada vez que yo le pedía una entrevista, usted respondía:

—Bueno. Entonces llámeme por teléfono...

¿Qué otra cosa pudo eruirse en mi concepto respecto a usted?

Pero sigamos con nuestra historia.

Cogí el auricular.

—Aló.

—¿El señor Artemio Yungay?

—Sí.

—No se retire. Chile llama.

¿Chile? ¿Chile llamando a París? ¿Ha visto cosa más extraña? Era Chile. Era una voz, al parecer, de un anciano. Luego, una voz de niño. Luego, otra de mujer. Luego, una imperativa. Luego, otra suplicante. En fin, amiga, todo Chile. Y todas las voces decían lo mismo:

—Es indispensable que regrese usted cuanto antes a la Patria. París no es tanto como se dice. En cambio aquí el clima es estupendo y se guisan unos porotos como en ninguna otra tierra del planeta. Regrese, regrese usted.

¡Pobre Lili! ¡Grande y magnífica mujer! Se lo anuncié. ¡Qué diablos! El clima tiene también su importancia; los porotos son tan, pero tan nutritivos. Además uno es débil, uno nació débil, uno no nació con fuerzas en las agallas. ¡Qué diablos! Y el clima cuenta en la vida de un sujeto. Y los porotos, ¡para qué decir!

Me embarqué en Marsella. Era un barco lento. Tardó treinta y cuatro días en llegar a Valparaíso. Lloré treinta y cuatro días, lloré treinta y cuatro noches. Supe después que igual tiempo lloró ella en los muelles de Marsella contemplando las chimeneas y los palos de los buques.

Llegué. Poco a poco me fui habituando con todo. Al fin aseguré a quien quiso oírme que el clima es lo primero y los porotos lo principal.

Ya seguro de mi nueva vida quise divertirme un poco. Fui a un baile de fantasía. No sé cómo pero fue el caso de que súbitamente yo bailaba con ella. Porque aquí aparece una nueva ella.

Me dijo que se llamaba Prascovia. ¡Mentira! No era rusa. Era chilena. Yo entonces le dije que bueno y la llamé Prascovia. Luego le aseguré que mi nombre era Perpiñán. Como no hizo objeción alguna seguimos bailando.

Yo tuve aquella noche la idea de disfrazarme de cocodrilo; ella, de alcachofa.

Un cocodrilo y una alcachofa tal vez no pegan muy bien. ¡Mentira! Fue admirable, estupendo. ¡Pobre Lilí! Prascovia tomó su sitio y... ¡a los preparativos!

Pero esta vez yo tenía cierta experiencia. No me ató. Yo la até. Y representamos la grandiosa, la sin igual, la formidable escena que abre la puerta de los Infiernos.

Querrá usted saber –y ello es muy justo– qué pasa tras un muro cuando hay una víctima atada a una columna. Yo pensaba simular porque estaba cierto de que la otra, allá en París, había simulado. Mas ¿puede uno estar cierto en semejante clase de experimentos? No, ¿no es verdad? Además yo no soy ventrílocuo. Entonces, por si acaso, rogué a una niña, antigua y benévola amiga mía. Se prestó graciosa a jugar su rol pues –como yo ya conocía los hábitos de este país– le regalé antes de proceder un disco de fonógrafo, y después de haber procedido, una caja de chocolates confitados.

Prascovia y Perpiñán partieron una gris mañana otoñal, por el tren de la estación Mapocho, en demanda de nuestro puerto principal para embarcar en el S. S. Chimpancé, al mando del Honorable Gran Capitán, Sir Archibald Plum-Pudding. ¿Rumbo? Ya lo sabe usted. Escalas: Iquique y Callao. Y... virar, virar... Y... ¡¡los Infiernos!!

Un pitazo y el tren partió. Gris, gris por todas parte. Estábamos tristes. Pero Satán nos oyó. En Tiltíl brilló el sol.

Prascovia se puso dichosa. Yo también. Reíamos, nos abrazábamos.

–¡Nunca más volver! –exclamaba.

–¡Nunca más! –le aseguraba yo.

Pero fue el caso de que por Limache noté como una vaga sombra pasar por sus ojos. Nada le dije, ya calculará usted.

En Valparaíso vi que había temblado al ver al S.S. Chimpancé junto al muelle.

–¿Se podrá hundir? –me preguntó.

–Estás loca, Prascovia. Hoy día los barcos no se hunden.

–¿Y la neblina?

–Hoy día, niña, ya no hay neblinas.

Nos embarcamos.

Iquique.

Queridísima amiga: Prascovia se sintió muy mal. Montes y montes y más montes de arena, de arena, nada más que arena. Usted, queridísima amiga, que conoce nuestros fértiles campos de la zona central de cielo tan azul como verde y frondosa es su tierra, podrá sentir –tanto por la realidad como por afinidad femenina– lo que el corazón de mi Prascovia sintió al no encontrar más que arenas y arenas y arenas en montes y montes y más montes.

–Prascovia –le decía yo–, es tu Perpiñán quien te habla. ¿Qué te importa esto? El barco zarpará pronto y vendrán otros panoramas.

Sonreía con una indulgencia conmovedora. Decía:

–Sí, tal vez. Pero añoro ese encantador momento entre Tiltíl y Limache. ¡Tiltíl! ¡Limache! Perpiñán, ¿no volveremos a vivirlo?

–Sí, hija, sí. Ése y otros aún mejores. No te olvides de que, al final, están los Infiernos.

Respondía:

–Es verdad.

Callábamos.

Mas ya no era la misma. Ya el encanto se había esfumado. Con su claro entendimiento

de usted, amiga o señorita –que ya no sé cuál ha de ser su título exacto–, comprenderá que yo empecé a temer a ese puerto del Callao como a una verdadera maldición.

Callao.

Fuimos a tierra. Fuimos a Lima. Yo miraba por todos lados. No había rincón que no me ofrendara una belleza o un interés. Prascovia decaía, amiga mía, como decae la nieve de esta cordillera nuestra cuando la primavera se entromete, como decae cualquier ser que cae o simplemente decae o cae.

Suena una sirena.

–¡Vamos, Prascovia, embarquémonos!

Señorita Eustaquia: Prascovia cayó en mis brazos llorando a lágrima viva. Entre sus sollozos decía:

–¡No, no, no! Yo quiero aquel momento feliz cuando salió el sol, Perpiñán. ¿Recuerdas cuando salió el sol, Perpiñán? Era entre Tiltil y Limache. Volvamos. Será entonces entre Limache y Tiltil. Y podremos recomenzar: Tiltil-Limache y Limache-Tiltil y Til...

–Niña, Prascovia mía, ¿y si un día no sale el sol junto con llegar el tren a Limache o a Tiltil?

–No sé, no sé. Pero allá están mi papacito y mi mamacita y mi tía y mi sobrinito. Ya aquí hasta pronuncian ya de otro modo. ¿Qué irá a ser más lejos?

–¡Los Infiernos, Prascovia!

–Quiero volverme.

Amiga Eustaquia, Prascovia se volvió. Y yo pensé que, bueno, no todo ha de salir a partir de un confite. Me senté en cubierta mirando como se alejaban las blancas casitas de La Punta y la isla de San Lorenzo.

El primer balanceo del S.S. Chimpancé me volvió a la realidad. El S.S. Chimpancé viraba, viraba, viraba, podría repetir mil veces “viraba” y viraba como sólo los barcos que van a los Infiernos viran.

¿Se da cuenta, Eustaquia, se da cuenta? Primera condición para desembarcar es ser dos. Yo era uno. Las olas se agigantaban. Imagínese que tenían todas ellas penachos blancos. En algunas llegué a ver penachos amarillos.

Me resolví a visitar al Honorable Plum-Pudding. Le expliqué mi caso. Contrariamente a lo que yo temía me explicó, con muchos términos náuticos que he olvidado, que a su destino podría llegar de cualquier manera y por cualquier ruta.

–Capitán –osé insinuar–, si en tan dilatado trayecto acaso el barco tocase en..., en donde fuese pero, en fin, aquí en la superficie...

–Justamente –respondió–. Iremos primero a Brest. Necesito comprar allí un par de zapatillas de caucho.

–¡Alabado sea el Señor! –exclamé con toda la potencia de mis pulmones, olvidando que mi destinación primera había sido el Reino de Satanás.

Brest.

Es decir, una vez más París.

¡Lilí! ¡Lilí!

París... París...

Señorita Zepeda: estaba en Niza.

Para Niza me fui.

–Esta vez no, no, cientos de veces no; no nos separaremos. ¡A los Infiernos, mujer sublime, mujer mujer! Que el Honorable Plum-Pudding ya se haya marchado... ¡Nada!

Aparecerá un Honorable Corn-Flakes con su S.S. Gorila o Guanaco o lo que sea. ¡Tú, adorable y celestial criatura, tú la que en columnas amarras; tú, la de ojitos de agua; tú, divina querubina; tú, al fuego eterno llévame!

Ella lloraba, amiga mía.

Yo también.

Y empezamos los preparativos.

Otra vez Marsella. Pero esta vez no para separarnos sino para unirnos. Allí estaba el barco, inmenso. Era el S.S. Camaleón. Sobre el puente, el Honorable Corn-Flakes. Mi Lili y yo de emoción llorábamos. ¡Jesús! ¡Cuántas veces hemos llorado mi Lili y yo!

Un sirenazo ronco y aterciopelado. Un sirenazo largo.

Un momento, inefable amiga Eustaquia. Esto que viene es muy grave: el sirenazo, en su final, traía un estampido. Amiga Eustaquia: ¡Estampido!

Voló nuestro barco.

Voló Marsella.

Voló medio mundo.

Reventó el Honorable Corn-Flakes.

—¿Qué pasa, Dios mío, qué pasa? —alcancé a preguntar. Alguien alcanzó a responderme:

—*C'est la guerre!!*

Volé yo también.

Por última vez en la vida la vi a ella, mi linda Lili. Volaba. Pasaba veloz de una nube a otra nube. Llevaba unas patitas agudas y perforantes. Sobre ellas, hasta regiones de perdón total, de redención temblante, corrían sedas, sedas de carne, sedas de mar, sedas que desde los Cielos me dijeron "¡adiós!"

Y vino el desorden, el "¡sálvese quien pueda!". Fui atropellado, pisoteado y ¡qué sé yo! Yo que amaba tanto pisotear...

En ese instante vi que otro barco trataba de zarpar.

—¡Cógete a él! —me gritó una voz.

—¡Salva tu pellejo! —me gritó otra voz.

Señorita: No sé cómo un día me hallaba a bordo de un buque que se iba. Los cañonazos quedaban atrás. El océano se extendía hacia adelante. ¡Buena cosa! Allí se comía y bastante bien. Tenía una cama. Amiga Zepeda, no había de qué quejarse.

Hasta que pude centrarme en el propio equilibrio de mis facultades. Entonces, sobre mar terso y bajo un cielo límpido, una interrogación me acometió como acometen las aves de picada y los escorpiones voladores:

"¿Y adónde va este barco?"

Hice de tripas corazón y, sabiendo que se trataba de un barco francés, me atreví a dirigirme al Comandante.

Era un hombre afable. Tenía bigotes. Después de varias frases sobre mil cosas, le pregunté:

—*Pardon, Commandant, et... où allons-nous?*

Me miró asombrado y jovial. Profirió casi riendo:

—*Mais... Au Chili!*

Era cierto. Otra vez al "Chili".

Empecé a conocer gente. ¡Cuánta gente había ahora en nuestra ciudad! Me asegura-

ron que frisaba su población en el millón. No lo sé. Pero a juzgar por lo que cuesta aquí encontrarse –y qué decir reunirse– con la gente, yo creo que pasan de diez millones.

Empecé a conocer gente y la conocí a usted, distinguida señorita Eustaquia Zepeda. Usted tuvo a bien presentarme a su amiga Yoni. Bien lo sabe usted. Yoni. Agripins Romeral, según se llama. Pero todo el mundo le dice Yoni. ¿Por qué?

Yoni... ¡Qué dulce nombre! ¡Nombre con pétalos de azucenas floreciendo en arreboles crepusculares cuajados de pajarillos que trinan cánticos de alabanza a los ámberes y alabastros dispersos en las bondades de nuestra Tierra!

Yo-ni... ¡Atroz nombre chino! ¡Nombre arrancado de la páginas del *Jardín de los Suplicios*, de las cárceles y panópticos del planeta entero, nombre gemelo al nombre fatídico de Sing-Sing!

Ya lo verá usted. No adelantemos nada. Sólo sabemos por qué la gente prefiere el sobrenombre.

Perdóneme, Eustaquia, que le anticipe una oscuridad que ensombrece mi mente. Sé que son ustedes muy buenas amigas. Nunca he podido saber por qué. ¡Qué misterios tiene la amistad! Ella tan suave, tan queda, deslizándose siempre bajo los dinteles como una sombra se deslizaría; usted tan, tan dinámica, tan sonora, sin esperar jamás, para ir de una habitación a otra, que se presente la puerta pues los muros los atraviesa con derrumbes y estrépitos de terremoto. Ella tan amante de los fantásticos cuentos de todas las Miles de Noches románticas o surrealistas que haya habido desde que noches hay; usted tan refractaria a la tinta como el pez a los tejados, usted tan positiva en su vivir como positiva es la pica acerada que se hiende en el morrillo del toro enfurecido. Ella murmurando siempre: “Qué Dios lo guarde”; usted profiriendo siempre: “llámeme por teléfono”. Ella ignorando desde su primer día e ignorándolo hasta su último que ruedan por este mundo un metal que se llama oro y otro que se llama plata; usted tallada de piedra en la perfecta *femme d'affaires* que hace estremecerse a la Bolsa de Comercio con todos sus habitantes dentro. Ella agradeciendo con una leve sonrisa del corazón al acompañante nocturno que ha sabido cerrar las rejas de su morada sin perturbar el merecido sueño de sus deudos; usted admirando, como Gøering admira a Hitler, al acompañante ruidoso que choca y rechoca sus rejas de usted despertando a los embravecidos canes de la comarca que a su vez despiertan a sus deudos que en calma y santamente dormían. ¡Oh, mi querida amiga! ¡Qué misterios tiene la amistad!

En fin, no me toca a mí entromerterme en sus amistades de usted ni tampoco en las de su queridísima amiga. Déjeme tan sólo decirle que le agradezco desde lo más profundo de mí ser la presentación que me hizo de tan adorable personita. Pasé varios meses escribiendo cuentos para ella, yo, señorita, que, después de un viejo fracaso amoroso-literario, creía haber dejado la pluma para siempre.

Yaquí, amiga Eustaquia, empieza una historia más. Perdón.

Yoni tiene un fundo.

El fundo de Yoni tiene tres características: a) su alumbrado es exclusivamente con velas; las hay de todos tamaños, formas y colores; las encienden todas simultáneamente; es algo fantástico; b) hay en él una avenida de membrillos, de membrillos grandes y frondosos como abedules; la avenida parece no tener fin, al menos así lo afirman allí, agregando que nadie ha osado recorrerla más allá de algunas cuadras; c) se llama el fundo Melichaquí; ningún lingüista ha logrado descrifrar su etimología; algunos prueban que “meli”

es en araucano “cuatro”; pero ante el chaqui vacilan; y ante la conjunción de ambos huyen como ratas, no sé por qué.

Yoni me invitó una vez a Melichaqui. Lindos fueron los cinco primeros días. Llevaba una serie de poemillas y uno que otro cuento para ella. Leíamos, reíamos, cantábamos, nos asomábamos a la avenida de los Membrillos y, sin atrevernos a penetrar por ella, hacíamos alegres conjeturas sobre los misterios que podría albergar. Mirábamos las estrellas. Olíamos la Luna. Jugábamos con el Sol. Escuchábamos el torvo ruido del río vecino revolcándose por entre piedras. Visitábamos a los amigos de fundos cercanos. Matábamos moscas. Matábamos zancudos. ¡Qué lindos días!

El sexto día la cosa cambió.

Llegaron visitas. No sé cuantas serían. A mí me parecieron más de mil. Presentaciones. ¡Jesús santo, conocer más gente todavía! Yo no quería conocer más. Hice lo que siempre hago en tales casos: saludar exagerando la venia de modo que mis ojos, al caer, no registren la imagen del presentado. Éste no se percató de nada.

—Don Fulano.

—Doña Zutana.

—Don Mengano.

—Doña Perengana.

¡Qué sé yo! Ni imágenes ni nombres, nada registré.

De pronto una mano se juntó con la mía. Una mano. ¡Una mano! ¡¡Una mano!!

Cambió mi destino por una mano. Eustaquita, amiga mía: cambió la Tierra, cambiaron los astros. Fue el viraje absoluto, definitivo. Del maicillo con hormigas en que automáticamente se clavaban en cada saludo, mis ojos se levantaron de un golpe, instantáneos. Y cayeron en otros ojos.

En ese momento preciso falleció, carísima Eustaquia, este su servidor de usted, Artemio Yungay. O vaya alguien a saber si acaso en ese momento preciso vino al mundo este su siempre servidor de usted del mismo nombre.

Oiga, amiga Zepeda:

Nuevamente, ahora que le escribo, se me presenta el dilema de su amistad de usted con Yoni. No lo descifro. Recuerdo que cada vez que quería usted ofenderme o simplemente mofarse de mí (siempre hemos estado con pullas más, pullas menos, lo que no es, por cierto, descrédito alguno a la amistad que nos une) recurría usted a su expresión guerrera y me la expelía sin piedad:

—¡Literato!

¡Qué contraste con Yoni! Yoni, cada vez que sentía cariño, que sentía apego y benevolencia por mi humilde persona, me susurraba:

—Cuánto me gusta que seas literato...

Vino esto a mi memoria porque creo tener pruebas fehacientes para demostrar que, si en verdad soy literato —puesto que escribo—, no se me puede tomar en el necio y hasta denigrante sentido que suele tener este vocablo. No voy a referirme a la ética de esta mi profesión. No quiero ni asomos a metafísicas de ninguna especie. Voy a referirme a mi actitud ante la vida, es decir, ante esos ojos que me clavaron haciéndome nacer o morir. Oiga bien:

Un literato, en el sentido despreciativo o sarcástico en que usted los toma, ¿ante qué ojos se habría sentido clavado? ¡Lo sabemos, lo sabemos!

Ojos negros, inmensos, profundos como cráteres abismales, ojos de desesperación, de noches desesperadas, ojos de carbones y ébanos y azabaches infinitos... ¿No es verdad?

Ojos azules y celestiales, ojos que abiertos dormís amalgamando y desintegrando todas las lunas de las innumerables constelaciones, ojos del azur del las nebulosas, ojos transparentes y sin fin y por eso terribles cual ningunos... ¿no es verdad?

Ojos verdes, acuáticos, ojos de algas, de peces y monstruosos crustáceos, ojos que en su mirar de Maelstrom tragáis hasta la eternidad las naves enamoradas que se arriesgan a cruzaros, ojos de hojas, ojos de pérfida sirena... ¿No es verdad?

Ojos blancos, ojos de sal, ojos de nieve, ojos de pureza y de lirios, ojos de sábanas, sábanas en los ojos, sábanas de mármol, de azúcar, de plumas de palomas... ¿No es verdad?

Y aquella mano que me hizo temblar y levantar los vulgares ojos míos, ¿no debió ser con dedos de marfil, palma de ópalo, dorso de madreperla, uñas de coral?

Buena y querida amiga, ¡nada de eso! Frente a mí, dos ojos como son todos los ojos, ni negros ni azules ni verdes ni blancos ni rojos. Ojos algo negros, algo azules, o algo marrones, si usted quiere, como los de la niña *A*, o de la niña *B* o *C*. Ojos nada más. Ni grandes como ballenas ni pequeños como microbios. Algo almendrados, ligeramente orientales. Es todo. ¿Puede usted clasificarme entre la fauna literatoida? No, amiga, no lo puede. ¿Y aquella mano? ¡Nada de marfiles ni ópalos ni madreperlas ni corales! Una mano pequeña, suave, bien cuidada, como la de toda niña fina que el título de "fina niña" merezca. Pero nada más. Entonces, ¿yo literatón? No, amiga. Cuando quiera ruborizarme o zaherirme, lánzame otro epíteto más acertado.

Bueno; estábamos en que aquí estaba yo clavado. Quería desprenderme. Inútil era todo intento. Quería retroceder. Me sentía ligado, atado. ¿Hasta cuándo, santo Dios, he de atar o ser atado? ¡Verbo horrible ese verbo "atar"!

Y ahora no hacían falta columnas. No hacían falta ni cuerdas ni cadenas. Arrimado al aire del jardín, era yo atado por su mirada. Pegado a la atmósfera matinal era yo atado por mil serpientes invisibles que me ahogaban paralizándome, serpientes impalpables que por cientos acudían de sus ojos, esos ojos como los de cualquiera niña fina, niña que merezca tal título, llámese *A* o *B* o *C*.

De pronto miró hacia otro lado y yo me desprendí. Sentí entonces la sensación de un hombre que hubiese querido retroceder haciendo el máximo de su esfuerzo pero que un gran elástico lo hubiese tenido prisionero. Súbitamente el elástico se rompe y el hombre cae de espaldas lanzado hacia atrás por su propia fuerza.

Ella miró para otro lado y yo, yéndome a tropezones hacia atrás, vine a azotar en una mesa cubierta de golosinas y bebidas. Aquello sonó, por cierto, pues, además de pasteles y fiambres que rodaron, en lo ladrillos del corredor vinieron a quebrarse cuatro copas de cóctel. Aquello sonó. Los no sé cuántos invitados se volvieron. Rieron a grandes mandibulazos. Me creyeron borracho. ¡Oh, los miserables! ¡Si hubiesen siquiera sospechado la terrible verdad!

En fin, la cosa pasó.

Corrí entonces adonde Yoni, nuestra común amiga. Llegué. Fingiendo indiferencia e indicando con disimulo a la temible criatura, le pregunté:

—¿Quién es esa dama?

Me respondió:

—Tártara Tigre.

(Déme, amiga, un descanso. Déjeme tomar aire. Estoy temblante. Comprenda: si in-

finitas veces he pronunciado y he formulado ese nombre, ésta es la primera vez que lo escribo. Lo escribiré por segunda vez. Aquí va: Tártara Tigre. Por piedad, déjeme serenarme).

Ya me siento sereno. Sigamos.

Aperitivos. Copioso almuerzo. Algunas horas de quemante sol que ni yo ni nadie recuerda en qué se emplearon. Usted sabe: esas horas perezosas y con zumbidos de insectos de los campos en verano. Luego, tras los primeros contrafuertes andinos, empezó a asomarse la tarde.

La gente de Melichaqui se distribuyó y se dispersó en grupos. Unos salieron a caminar; otros organizaron una partida de bridge; otros se dirigieron a la cocina; otros empezaron a jugar a las bolitas o al trompo.

Tártara Tigre vino a mí. Me propuso:

—¿Acepta usted un paseo a caballo?

Respondí:

—Acepto.

—¿Por la avenida de los Membrillos?

—Acepto.

—¿Hasta el final?

—Acepto.

—¿Hasta donde nadie se ha atrevido a llegar?

—Acepto.

—¡En marcha, entonces! —exclamó.

—En marcha... —repetí como un eco.

Salimos.

Atrás quedó Melichaqui y el mundo entero.

Ella montaba un caballo mulato, el Despiporren; yo, una yegua alazana, la Repanocha.

Nos internamos por entre los gigantescos membrillos que perfumaban el aire con el perturbador aroma de la flor del abedul y que, al mecerse a impulsos de la brisa, lanzaban un lamento semejante al de mil bandurrias afinadas en la nota del misterio y del horror, del peligro y del amor.

Avanzábamos.

De cuando en cuando aquellos acordes forestales recibían su respuesta: relinchaba el Despiporren. Seguíamos y el concierto seguía. Entonces relinchaba la Repanocha.

Avanzábamos. Seguíamos.

Aquí, queridísima, inefable amiga, debo callar. Daré un solo toque más sobre el paisaje, y otro solo toque sobre los personajes. Luego pasaremos a mi fatal destino, a mi cruenta suerte.

¡Oh, esos membrillos con aromas de abedules, con acordes de bandurrias tajeados por relinchos de corceles! ¡Oh, floresta y orquesta e hipógrifos altaneros!

Imagínese, Eustaquita, que, a medida que sobre nuestras cabalgaduras avanzábamos, los árboles se iban cerrando tras nosotros, formando y elevando un alto e impenetrable muro de verdes y de notas. Verdes tupidos, notas apretadas nos iban aislando del resto de los humanos, dejándonos solos, con nuestras únicas fuerzas, para afrontar lo que Tierra y Soles quisieran fraguar, lo que Cielos e Infiernos concibieran en sus recónditos designios. Y por encima de nuestras cabezas, como el arco empenachado de una ola inmensa que

nunca nos alcanzara, avanzaba con nosotros, también enarcada, temblante y susurrante, otra ola de ramas, hojas y amarillos frutos.

Justo a la hora de marcha esta ola singular dejó escapar una enorme bandada de grullas multicolores que con un lento, lentísimo batir de alas, se posó por encima de nosotros, cubrió y tapó el cielo ya crepuscular, y acompañó el arrogante paso de nuestros viviente vehículos. ¡Asombrosa, maravillosa, portentosa cosa!

Ahora, al toque sobre los personajes, Tártara Tigre y este su mísero servidor de usted, Artemio Yungay.

Desmontamos tras otra hora de marcha. Dejamos a nuestras cabalgaduras en libertad. Empezaron ambas a nutrirse de esos amarillentos frutos. En un momento la Repanocha se comió una grulla; luego el Despiporren, una bandurria.

De pronto Tártara Tigre, de pie, alíva, alzó el brazo derecho recto hacia el cielo. Junto con alzarlo, su traje de amazona se rasgó a lo largo del brazo alzado, por el costado, de arriba a bajo, hasta el césped. Se rasgó y se abrió dejando, como entre dos cortinas negras, una raya, una senda de su piel desnuda, la piel de su brazo derecho, del costado derecho de su torso, de su cadera, de su pierna, de su pie.

Quedé mudo de embeleso contemplando.

Entonces vi, cual un rayo en la noche tempestuosa, correr, fina, aguda, de abajo hacia arriba, del pie a la mano en el aire, una línea escarlata. Y esta línea, a su vez, empezó a entreabrirse. Eran dos largos, altos labios, labios de su cuerpo total, rajados a la diestra de aquella insigne mujer.

Se entreabrían, sí, replegándose enroscados, volteándose al separarse. Aquella ranura viviente entonces me mostró la carne de mi Tártara Tigre, sus venas, sus finísimos nervios, su sangre, sus músculos, sus tejidos todos, todas sus membranas y ocultas mucosas, todo palpitando, latiendo y sin que ni una gota de nada, absolutamente de nada, se desprendiera y se profanara en la tierra que ella, ¡Ella! pisaba.

Mi embeleso no tuvo límites.

Tártara Tigre me ordenó:

—Ponte aquí, a mi lado y de frente, como yo.

Obedecí.

—Junta tu pie izquierdo con el derecho mío.

Obedecí.

—Alza tu brazo izquierdo hasta que tu mano se junte con la mía, allí en lo alto.

Obedecí.

Y sentí cómo mi traje, en el costado izquierdo; mi bota izquierda, en su costado exterior; toda mi ropa, frente a la sangre de Ella, se rasgaba desde la bocamanga hasta la suela.

Luego una aguda y veloz sensación, no sé si dolorosa o placentera, corrió de lo bajo a lo alto de mi cuerpo. Imaginé ser el arañazo de un bisturí de plata llevando en su punta una esquirla de vidrio y otra esquirla de cocaína.

Se abrió mi piel hacia ambos lados. Quedó una rasgadura de mi cuerpo vivo a la intemperie. En ella vibraron las bandurrias; en ella se reflejaron ramas, hojas y frutos; en ella golpearon los relinchos de ambos corceles; en ella vino a morir la brisa que las lentas plumas de las grullas provocaban, grullas ahora inmóviles aunque de alas batientes en el aire que nos cubría.

—¡Júntate, pégate a mí! —ordenó.

Obedecí.

Distinguidísima amiga, ya di el toque sobre ambos personajes. Debo callar. Esto no cabe en letras posibles. Después, y sólo como síntesis, como aproximación, pensé, al venir a mi memoria los habitantes de Melichaqui, de Santiago y del resto del globo terráqueo, pensé, digo:

–¡Infelices vivientes! ¡Desgraciados! ¡Pobres de espíritu y de cuerpo! ¡Malaventurados seres que pasan por la vida convencidos de que es por el sexo, nada más que por el sexo, la realización total de las carnes vibrantes! ¡Desdichados y limitados personajes!

Déjame pasar un rato, amiga Eustaquia.

Ahora viene otra historia, lamentable historia que lleva en su extremo, como el bisturí de plata lleva sus esquirlas, la desesperación de su lacerado servidor de usted.

Eustaquia Zepeda

¡Eustaquia Zepeda!

¡¡Eustaquia Zepeda!!

Pocos días después, o al día siguiente, o muchos días después –¿qué puedo precisar en medio del alboroto de mis pasiones?–, en fin, cierto día...

*¡¡Tártara Tigre fue alevosamente asesinada!!*

Silencio.

Llénese, amiga, de negros crespones.

Oremos de hinojos por el eterno descanso de su alma divina y sin par.

Fue un crimen asqueroso. Fue una mancha para la humanidad entera. Fue un escupitajo para nuestra calidad de hombres. Usted no lo va a creer. Usted va a rebelarse indignada. Porque ello no es posible, no es posible, no. Y sin embargo fue posible. Prueba de ello es que Ella ya no es.

Fue el crimen –ya se lo dije– alevoso, calculado, medido, frío, helado, glacial, el del cero absoluto, cuando cesa toda vibración, cuando hasta el último electrón, el último ion son también asesinados en aras del inmortal recuerdo de Ella la única, Ella la excepción que, como tal, confirma la regla de armonía cósmica, Ella por ser excepción, Ella confirmación del Cosmos, Ella, mi Tártara Tigre!

–¡Exagerado! –grita usted–. ¡Literato!

No, amiguita mía, no. Si usted no conoce aún los pormenores. Conózcalos primero. Luego se formará una opinión serena y certera. Luego me encontrará razón y derramará piedad sobre mí.

Amiga mía

¡amiga mía!

¡¡amiga mía!!

*¡¡Tártara Tigre fue asesinada por Yoni!!*

Es horrible, es espantoso, es abominable, es execrable. ¡Si lo sabré yo!

Amiga Zepeda..., no hay nada que hacer. Se lo dice su servidor y amigo. Nada que hacer. No hay caso.

Todo lo hicieron, lo premeditaron, lo pesaron tan bien, Yoni y su cómplice, que nada, nada, nada... ¿Hasta cuándo, Dios mío, quiere usted que escriba esa maldita palabra de “nada”? En fin..., que nada hay que hacer. No hay caso.

Porque Yoni tuvo una cómplice. Creo que se nombraba Cornelia o Carlota o Corina o Consuelo o Crisanta o Carpeta o Camelia o Corola o Cuncuna o..., no recuerdo, y se apellidaba Rupanco o Renaico o Ruinoso o Rizoto o Ruibarbo..., En fin, no se trata de ella. Así es que sigamos.

Usted, mi venerable amiga, podrá alegarme que, puesto que sé que de crimen –y alevoso y asqueroso, por añadidura– se trató, cómo no me he presentado ante la Justicia a pedir que el fiel de su inexorable balanza se incline en contra de las dos amigacidas del acto aborrecible.

Le otorgo ese alegato. Hay jueces en este mundo. Lo sé. Pero no olvide lo que a continuación paso a explicarle:

Usted, señorita Zepeda, habrá oído decir mil veces que el libro tal o el artículo cual no hay que leerlos en líneas, que hay que leerlos *entrelíneas*. Un significado diferente, un significado más profundo, el significado verdadero que encerraba el libro o el artículo se va entonces revelando. Igual ante los jueces pero... con una pequeñita diferencia: hay jueces mas, por desventura mía, no hay intersticios entre ellos que permitan la existencia de *entrejueces*. Es ésta mi maldición.

Los jueces, señorita, se apoyan en los códigos. Los códigos regentan y dictaminan sobre *hechos*. Tienen los jueces toda la razón al proceder así, apoyados sobre los códigos. Si no, ¿sobre qué se apoyarían? Y en la vida hay que estar apoyado, respaldado como yo lo estuve por una columna cuando Lili me ató, como lo estuvo Prascovia, también por una columna, cuando yo la até, como volví a estarlo cuando atado fui por Tártara Tigre al oxígeno y nitrógeno del jardín de Melichaqui.

¿Quisiera usted que se apoyaran sobre la Justicia en sí, la Justicia así con mayúscula? Nadie sobre Ella –repito: con mayúscula– se ha atrevido a hablar desde que el mundo es mundo. ¿Por qué exigírselo a los jueces? En justicia, no sería justo pedir tal cosa para que Justicia administrasen. Y en este planeta debe todo el mundo tratar de ser justo, aunque no exento de peligro se esté de caer por el declive de lo justo, en un justiciero, que es, justamente, lo que yo, su servidor de usted, Artemio Yungay, jamás haría ni en el Palacio de Justicia ni fuera de él.

Bien; me presentaría ante los jueces a denunciar. ¿A denunciar qué? Ya se lo he dicho: todos los *hechos* fueron tan admirablemente combinados, por Yoni y la tal Carpeta o Corola Rizoto, que ni Sherlock Holmes ni Philo Vance ni el Padre Brown ni Hércules Poirot ni todos juntos podrían desmontarlos. Ellas entonces, Yoni y la Cuncuna Ruibarbo, podrían acusarme de calumnia. ¡Porque no hay entrejueces, amiga mía, no los hay!

No hay, sobre esta Tierra, ese jurado que ve más allá de las espléndidas combinaciones que los hechos escuetos permiten. No hay ese jurado que, más que tomar el pulso al hecho, lo toma, lo tomaría a las silenciosas y tremendas procesiones que nos corren por dentro. No lo hay. Y yo, ya sufro bastante, créamelo, con todo este drama para que a él se le agregue el verme arrastrado por dos gendarmes a los tribunales primero, a la cárcel después, por la despreciable culpa de calumnia.

Y sería calumnia en contra de dos damas... No. No lo resisto ahora ni lo resistiré jamás. Me callo.

Resignado estoy a seguir meditando, conjeturando qué pudo inducir a la otra para ser cómplice y a Yoni ejecutora de acto tan nauseabundo. ¿Qué?

¿Acaso sospecharon aquello de la avenida de los Membrillos? Tal sospecha, ¿determinó en ellas un rencor ancestral? ¿O simplemente hizo primar en sus deleznables sesos el

reconocimiento de una educación cargada de prejuicios y cortapisas? Tal vez. Tal vez lo uno, tal vez lo otro. Tal vez ambas cosas. No lo sé. Pero de ahí a matar, a asesinar... ¡Qué infamia! ¡Qué suceso que aún ningún idioma ha encontrado palabra para designar y castigar!

Es que no hay, amiga, sobre la Tierra entrejueces...

La mataron. La asesinaron.

Tártara Tigre partió de este mundo.

Tártara Tigre ya no es de este mundo.

Tártara Tigre yace sepultada en nuestro primer camposanto.

Pasó bajo su inmenso dintel.

Los sepultureros, arrastrándola, pisotearon con sus suelas embarradas su grandioso umbral...

Un sacerdote desconocido, sin atreverse a acompañarla hasta el fin, desde fuera le rezó:

*Ancha es la puerta, pasajera ¡avanza!  
Y ante el misterio de la tumba advierte  
Cómo guardan el sueño de la muerte  
La fe, la caridad y la esperanza...*

Risible, irónica bufonada, irónica hasta hacernos exclamar a los que aún quedamos trotando por las calles:

-¡Ya no sabemos si reír o llorar!

#### TÁRTARA TIGRE

R.I.P.

Desde entonces, lentamente, amiga mía, he ido día a día al cementerio. Allí duermen tantos amigos. Allí están mis padres.

Llego al sepulcro de ellos. Quedo inmóvil. A mi derecha está él, mi padre. A mi izquierda, ella, mi madre. Rodeándolos, otros seres, ángeles acaso que nadie ha sabido para qué nacieron si tan pronto los mataron. En algunos rincones, algunos nichos vacíos. Uno de ellos será el mío. Después de decírmelo, de verificarlo una vez más, lentamente también, me alejo, me voy.

Llego entonces a la tumba de Tártara Tigre. Miro. No entiendo a las gentes ni al polvo en que pisan.

Con igual lentitud tomo un jazmín que he llevado conmigo. Lo dejo caer sobre su losa. Dura allí apenas unos segundos. Luego empieza a desintegrarse, a evaporarse. Desaparece. No es más.

Por eso nunca, nunca habrá una flor sobre la tumba de la malograda Tártara Tigre.

Amiga mía:

Cierto día todo cambió. ¡Otro cambio! ¿Hasta cuándo? Cambió.

Rehíce en el cementerio mi triste peregrinación. Ya la conoce usted. Cayó el jazmín. Era un jazmín más blanco que todas las nieves que han caído sobre nuestra cordillera.

Allí quedó sobre la losa. Uno de sus pétalos se desprendió y se inclinó.

Amiga mía:

Ese jazmín, el de ese día, no se volatilizó. Quedó. Quedó como cualquier flor que usted arroje sobre cualquier sitio. Y no sólo quedó sino que empezó a teñirse.

Algo de color de rosa, sí. Ahora el rosa subía, predominaba. Era rojo. Rojo de sangre. Rojo de labios largos, largos, entreabriéndose. Rojo de carne de Ella. Rojo de carne mía.

Desapareció entonces como los demás. Mas no desintegrándose.

Tártara Tigre, desde su ataúd, lo chupó.

Escapé como un loco. Había que escapar hasta encontrar a mi vez la muerte. Porque escapar era encontrar otra vez la vida, la vida inmensa de los membrillos, las aves, los acordes, el bisturí de plata.

¡Ella había muerto!

¡¡Pues con los muertos entonces!!

Lo supe:

Ella,

Tártara Tigre,

... me aguardaba en su ataúd, no para descansar en paz sino para recomenzar nuestro viaje eterno, nuestro viaje inefable, más allá del prejuicio de ser vivo o muerto. Que cuando las pieles y las venas y los nervios se han mezclado... ¡húndase lo que aún vosotros, seres terrenos e inmundos, gusanos, larvas mediocres, seguís lucubrando temerosos sobre si viven aún los hombres que veis, si esos hombres que veis estarán vivos aún o habrán muerto ya!

Corrí, corrí.

Llegué a mi escritorio.

Acabo de llegar.

Tengo que escribirle a usted para pedirle un servicio.

La inmensidad de esta ciudad de más de diez millones me ha impedido encontrar alguien que vaya a su tierra de usted y fuese mi portavoz. Por eso le dije que tanta población era también causa de mi infortunio.

Permítame que le escriba.

Permítamelo... ¡¡por piedad!!

Santiago de Chile,  
Octubre 13 de 1944

Señorita  
Eustaquia Zepeda  
Carrizal 2  
Mulchén

Mi muy estimada señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre reconocida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negar a este su servidor, Artemio Yungay.

Conocida ya por su clara mente mi triste historia, me atrevo a acercarme de rodillas a sus hermosos y diminutos pies para pedirle, con toda la suavidad del cordero que sacrifican, que tenga usted a bien llegar hasta donde nuestra apreciada y común amiga Yoni, a fin de rogarle en mi nombre que interceda frente a las calamidades que me asaltan.

Dígale usted que se digne dar su beneplácito para poder hacer yo con mi vida cuanto mi vida me pide hacer conmigo.

Dígale que todas las reglas de urbanidad las acataré sin reserva si el permiso que demandando se me otorga. Dígale que, manso, me someteré a las máximas de la temperancia, por estrictas que ellas sean. Dígale asimismo que seré el fiel practicante de los veredictos del ahorro que el buen sentido aconseja. Dígale que, como los esclavos de antaño pasando bajo el yugo de sus vencedores, pasaré yo bajo todos los yugos que el estado civil y las leyes de la República me impongan.

Dígale que si antes de permitir quiere probar, iré a la prueba sin temblar ni siquiera vacilar.

Dígale que jamás testa alguna de hombre se ha inclinado con más noble respeto ante dama, ante regina existente.

Dígale que jamás los Cielos han escuchado súplica más vehemente, más desgarradora que ésta que osa lanzarle a ella, Yoni, este hambriento y sediento de vida o muerte, ¡que es lo mismo!

Y bajo, muy bajo, quedamente agréguele que no me causa pavor la necrópolis que a Tártara Tigre encierra; que no me arredra su ataúd.

Por el contrario. Alzando de más en más su melodiosa garganta de usted, distinguidísima Zepeda, cuénteles mi extraño sino. Cuénteles que hoy día mi lengua, antes tan rica en giros y vocablos, ha perdido todos sus giros y sólo conserva un vocablo.

¡Alce aquí sus notas, amiga mía!

¡Grítele mi vocablo único!

—¡¡Necrofilia!!

Y ahora, con voz más suave pero siempre persuasiva, convéncala, o al menos trate de convencerla, de que hay en mí una certeza imperativa. Convéncala de que sé.

¿Qué?

Sé que levantando la losa y rompiendo las tablas y plomos de Tártara Tigre; que alargándome a su lado derecho; que juntando a él mi costado izquierdo; sé que el milagro de la avenida de los Membrillos volverá a realizarse.

¡Sé, amiga, que será la Resurrección!

Porque mi sangre hará revivir la suya yerta y mis nervios comunicarán su vibración a los suyos dormidos. Y al despertar la inmensa mujer de su sueño, despertaré yo a mi vez de entre todos los achaques, despertaremos ambos por encima de todas las vigiliadas.

Así sé, Eustaquia, así sé.

Claro que mi sapiencia no basta para inculcar la fe en usted.

—¿Y si no es como él cree? —usted preguntará.

Bien; por benevolencia, mas no por convicción, voy a acceder a su duda.

Si así no fuese, amiga mía, así como yo sé, moriría yo allí en su tumba, en su sarcófago.

Moriría yo en el único sitio posible para que mis males y faltas quedasen por los siglos redimidos.

Eustaquia Zepeda: Sería bastante...

Por último, comprendo la interrogación que puede presentarse en su esclarecido cerebro de usted:

—¿Y qué tengo yo que hacer con todo esto y qué Yoni que fue, a la postre, la asesina?

Muy justa la interrogación.

Responderé:

Señorita Zepeda:

1º) Usted lo que tiene que hacer –¡si bien le place, por supuesto!; ¿osaría yo jamás acercarme siquiera a los deslindes de una orden?– es servir de intermediaria entre Yoni y yo, justamente porque ella es la asesina y, compréndalo, no sé qué reacción pueda ante su presencia experimentar este mi corazón de enamorado;

2º) Se trata de un permiso, de una autorización. Usted, como persona de no desmentida cordura, podría entenderla y firmarla. Pero, ya se lo dije en las primeras líneas de esta carta, conozco el derramar de su cítara y conozco cuánto tiempo consume todo derrame, sobre todo cuando proviene de una cítara, y cítara inefable por añadidura. Esto, respecto a sus labores. Respecto a mi prudencia, recuerde lo de la intemperancia mía, la gallinácea y demás;

3º) Quiero recurrir a Yoni. No sé si es propiamente querer. Algo, una fuerza implacable, fuerza de cavernas milenarias, me impulsa a recurrir a Yoni. Poca y ligera fue nuestra mutua relación. Sí. Pero fue, no olvide, con cuentos, historietas, misivas, es decir, fue *con letras*. Y yo, quiéralo o no, quiéralo usted o no, soy un hombre *de letras*. El apego que con Yoni se creó fue mayor que el por mí sospechado;

4º) Fue esa fiera de Sing-Sing la asesina. Es verdad. ¡Oh, dulce amiga, qué de recónditos designios existen! Fue asesina, fue, por lo tanto, manchada en y regada por *sangre*. ¿Y qué sangre? La de ella, Ella, Tártara Tigre, la única. Las demás sangres sirven para hacer vivir. La de Ella es viva. Es vida. La única. Yoni empapó sus manos en esa sangre, hundió su cerebro y sus instintos en esa sangre. Amiga, recuerde ahora aquello del final de la avenida de los Membrillos. Trace la analogía. Entre Yoni y yo hay un lazo oscuro y hondo que la sangre y las fibras de Tártara Tigre sólo pueden descifrar y culminar.

¡Así se tejen los destinos y las alianzas humanas!

–La cómplice... –acaso piense usted.

No. Una cómplice, como un cómplice, es cómplice y nada más. Es la persona que aparentemente se allega como segura servidora pero que tiene sus líneas trazadas hacia otros fines, fines muy diferentes a los fines que lleva el acto en que ella es cómplice. Si así no fuese, cometería ella misma el crimen. Se apoya en él, se hace acompañar de sus ventajas. Pero bien se guarda de mojar sus manos en sangre alguna. Ayuda a arreglar las circunstancias, estudia con olfato minucioso las coartadas, enreda a la policía, embrolla a los detectives, amanceba desamancebando, hurta retribuyendo. En fin, decora, corre y descubre cortinajes, levanta y baja telones, charla con el consueta, distrae al que está en la taquilla, embriaga al barítono, embelesa a la soprano, sorprende al director de orquesta, los despista a todos, a nadie deja sin su correspondiente felonía.

Mas a mí nada de eso me interesa ni me sirve. Yo quiero a los verdaderos actores, los que ya llevan, sellados en sus labios hasta la eternidad, el sabor a sangre, y sangre de Ella mi adorada, mi radiante, mi grandiosa, mi excelsa y sublime Tártara Tigre.

Yoni ya lleva sellados, hasta la eternidad, sus labios con la sangre única de Tártara Tigre.

Por el recuerdo de Yoni, amiga Eustaquia, por la estimación que sentí ante su ya manchada vida inocente de muchachita amante de los cuentos fantásticos, por su candor consumido, le pido, Zepeda amiga, que encienda, ante su retrato, dos grandes cirios y los

deje arder hasta su desaparición total. Que yo aquí haré otro tanto, haré más: encenderé siete cirios y lloraré frente a ellos hasta que el próximo sol asome tras los picachos andinos.

Quiero que Yoni me otorgue el permiso para entrar, de una vez y para siempre, en los Reinos Sagrados de la Sagrada Necrofilia.

Quiero extender ante ella el pasaporte completo de mi vida y que ella sobre él estampe su visado.

Quiero que ella, la niña aquella que con gozo y sin malicia oyó abismada como un nene los al parecer para ella tremebundos relatos míos, quiero que ella, esa niña, me apruebe bien de fondo, en el último paso que he de dar, el paso hacia la muerte, para resucitar en la vida con mi Tártara Tigre, su víctima.

Quiero de ella, Yoni, la absolución de mis pecados y la bendición ante el gran paso.

Quiero ir sin miedos, sin titubeos, sin recuerdos, sin pasado.

Sé que sólo Yoni puede, con su mágica varilla de la que fue su virtud, borrar mis miedos, mis titubeos, mis recuerdos, mi pasado.

Sé que con su sonrisa asequible tendré la fuerza para decidir mi grande aunque temible destino.

Sé que si Yoni no me escucha o me niega, la tumba de Tártara Tigre me quedará para siempre cerrada y que yo entonces no tendré más finalidad que rodar y rodar, que buscar otra muerte, de cualquier modo y en cualquier muerte, hasta la muerte muerta prematuramente llamada.

Amiga mía, amiga Eustaquia Zepeda, ¡interceda, por piedad, interceda!

Usted puede hacerlo y espero que lo haga. No eche en olvido, a pesar de gallináceas e intemperancias mías, que siempre he mantenido una amistad honorable frente a usted, que siempre he conservado un respetuoso cariño por su noble señora madre, que siempre he guardado afecto sincero por su generoso hermano Ruperto, que siempre mis oídos han estado alertas ante los cantos de su cantante esposa, la dulce y sutil Marina.

En espera, pues, de tantas y tan anheladas cosas, permítale, señorita Zepeda, a este su fiel y seguro servidor, reiterar su incondicional amistad por usted y humildemente inclinarse ante su persona, rogando al Sumo Hacedor que vele por su salud y por su eterno bienestar.

Se descubre ante su gracia y su donaire,

*Artemio Yungay*

Apenas Artemio Yungay hubo terminado su lectura encendimos sendos cigarros. Mientras duró su consumo no cruzamos ninguna palabra. Teníamos demasiado que meditar y aunque de fondo eran nuestras meditaciones muy diferentes, se asemejaban en la exclusividad que cada una ocupaba en la mente respectiva. Yungay meditaba en alcanzar aquel ataúd sin más testigos que sus dos amigas, Yoni y Eustaquia, y yo; yo, más que meditar sobre el ataúd mismo, meditaba en los pro y los contra que tendría la publicación de la carta de mi compañero de tabaco. Calculando que su lectura por el hombre de la calle, primero; por el pueblo, después; por personas del Supremo Gobierno, al fin; podría traer reformas de nuestro código en lo que a tumbas y fallecidos se refiere, me decidí por el pro de dicha publicación y así lo anuncié junto con caer la última ceniza de mi cigarro.

Artemio Yungay recibió con júbilo mi idea. Me aseguró que se lanzaría de inmediato a hacer los trámites del caso y luego me pidió que, si por una u otra vía le llegaba el permiso

de Yoni, me encargara yo de la publicación pues se marcharía hacia Tártara Tigre sin perder ni un segundo. Acepté tal encargo y luego de un efusivo apretón de manos el distinguidísimo necrófilo se alejó en busca de un editor.

Al día siguiente de su visita no tuve noticias de Artemio. Al día subsiguiente, a las 3 pm., se presentó en Carlomagno después, según me dijo, de haber pasado por Loreto y no haber encontrado allí más que al pavo.

—Amigo Borneo —me dijo—, mi vida epistolar continúa. Imagínese usted que ya se ha sabido la publicación que hace apenas dos días acordamos usted y yo. Y se ha sabido lejos de aquí, se ha sabido en Chañaral, sea a unos 480 kilómetros al norte de nuestro acuerdo, es decir, a tantos kilómetros hacia arriba como kilómetros hay hacia abajo para llegar a Mulchén, sitio adonde fue mi carta primera cuya copia usted ha escuchado, cuyo original mi amiga Zepeda ha leído, cuyo fondo ¡ójala! Yoni comprenda y apruebe... Y de Chañaral, por avión, se me ha increpado, por papel. Son dos palabras, no más. Puede increparse a un hombre con sólo dos palabras. Oiga usted.

Sacó de su bolsillo un sobre y de éste un papel arrugado. Miró papel y sobre largo rato. Al fin repitió:

—Oiga usted.

Yo respondí:

—Oiré.

Chañaral,  
Octubre 14 de 1944

Sr. Artemio Yungay  
Plutarco 1001  
Santiago

Artemio:

Se ha sabido aquí que vas a publicar una tu carta a una dama que yo no conozco. Yo he sabido que allí se ventilan cosas íntimas de tu vida. Sé que no se trata de mí. Sé que no se podría tratar de mí porque, parece, me has olvidado. Yo también. Ojo por ojo. Pero hay un compromiso intelectual entre nosotros que yo no he olvidado. Tú, sí. Yo era..., dices tú; yo soy..., digo yo, tu inspiradora y consultora. Tú lo echas en olvido. Yo, no. Te prohíbo, pues, que publiques sin mi consentimiento. Si lo haces, quiere decir que eres un villano doblado de un belitre.

Nunca tuya,

*Rufina Mardones*

—¿Quién es esa persona? —pregunté.

—Recuerda aquel párrafo de mi carta: "... yo, señorita, que, después de un viejo fracaso amoroso-literario...". Ella es.

—Puedo asegurarle, amigo Yungay, que yo no he hablado ni una palabra sobre el particular.

—Ni yo tampoco. Con el editor sólo he tenido una conversación telefónica, exclusiva-

mente para fijar una entrevista: mañana a las 6. Onofre amigo, es que estamos en el siglo de los fluidos.

—¿Qué ha hecho o qué piensa usted hacer?

—Anoche medité la carta de Rufina. Hoy por la mañana le he contestado con carta explicativa y contundente. Acabo de enviarla, también por avión. Si usted lo permite, traigo aquí la copia...

—Encantado. Pero antes: si estamos en el siglo de los fluidos, y como tengo entendido que son ellos más veloces que cualquier avión, ¿por qué...?

—Veo adonde quiere usted ir. Los fluidos—según me ha explicado don Irineo Pidinco, a quien creo conoce usted, por los menos de nombre, con motivo del misterioso viaje de un globo de cristal a un fundo La Cantera—los fluidos, dice don Irineo, sólo pueden cargar las síntesis de las cosas, no los detalles ni pormenores. Son en el mundo hipersensible como en éste material las camionetas; no los camiones. ¿Me entiende?

—Perfectamente. Amigo Artemio, soy todo oídos.

—Gracias. Amigo Onofre, seré todo lectura.

Y Artemio Yungay leyó de este modo:

Santiago de Chile  
Octubre 15 de 1944.

Señorita  
Rufina Mardones.  
Diluvio 33.  
Chañaral.

Querida Rufina:

Mediocre Rufina, no sé verdaderamente en qué mundos vives y qué suelo pisas. Satanás, el maligno, ha hecho de ti su presa. Te ha clavado en una nalga el yo, el super-yo, el ultra-yo confundiendo tu mente a tal extremo que ya no distingues la carne del espíritu. Perdona este comienzo que más que tal parece increpación y te ruego pases a escucharme pues paso yo a explicarme.

¡Rufina! Créeme: siempre que mis labios susurran tu melodioso sonido, mucha ternura de mi buen corazón, créeme, vuela hacia Chañaral. Pero justamente en esto está lo malo, lo errado, lo confundido.

Rufina, óyeme:

Yo soy artista, como tú bien lo sabes. Por lo tanto canto. Pero no va por aquí la cosa. Déjame explicarme por otra vía. Tú no eres artista—lo que no quita que seas muy, muy buena y que por eso mi corazón vuele al son armonioso de tu nombre como acabo de manifestártelo. Pero no eres artista y como yo lo soy, resulta que soy artista y tú no, es decir, que al serlo yo y no serlo tú, no nos entendemos o, mejor dicho, hablamos diferente idioma—esto del idioma, por cierto que en sentido figurado. En fin, no sé si me explico. Por esto mismo paso a explicarme pero dando una vueltecita, por camino indirecto, que es así más sencillo llegar a la claridad cuando, como en el caso nuestro, una de las partes no es artista y la otra sí. ¿Me entiendes? Si no, ruégote escuchar y no olvidar que uno de mis temas de grata recordación es, y espero sea siempre, Chañaral.

Voy a contarte, Rufina, una anécdota de mi pasado de artista, se entiende; no de mi pasado de amante.

Iba yo cierta vez paseando por los campos. La víspera había llovido a torrentes. Ahora era un día soleado en pleno invierno. Ahora, pues, luz, aire puro y transparente y pajaritos. En una vuelta del camino, una casa. Árboles, por todas partes árboles. Al fondo, cerros azul oscuro y más atrás, la cordillera nevada. No sé qué fecha o aniversario sería pero es el caso que el propietario de la casa que mencioné, sobre un mástil muy, muy alto había enarbolado nuestra bandera. Como corría viento, la bandera flameaba. Tú sabes que ella es de azul, blanco y rojo. El azul jugaba con el azul de esos cerros; el blanco, con las nieves lejanas y los muros de la casa; el rojo no jugaba, era solo, único y por eso vibraba. Y todo aquello se encuadraba en los verdes de tantos árboles y no menos yerbas. Era finísimo el total y arrebatador en él la nota ondulante de la bandera. Yo, como artista, me emocioné y, emocionado, canté. (Canté escribiendo, se entiende –tú sabes que no tengo voz–. Canté haciendo un poema a la bandera y demás y a la luz solar que a todo bañaba). Bien.

Por tanto cantar allí quedé largo rato y no alcancé hasta una quebrada que era mi objetivo primero. Al día siguiente rehíce mi caminata con la quebrada fija en mi mente. El día siguiente fue nublado, gris sucio amarillento. No había cordillera. No soplaba ni un metro de viento. Por la noche había llovido otra vez. Todo destilaba. Yo me embarraba. ¡Qué feo era todo! Sin embargo no retrocedí y, a grandes pasos y con Terranplanteur, mi perro, al lado, avancé.

Por la lógica de las cosas pasé junto al panorama que 24 horas antes había admirado y cantado. Era otro panorama. No merecía ni una gota de tinta. Apresuré el paso. Pero fui detenido. La bandera, sí, la bandera de la víspera, me llamó y me llamó vieras tú con qué desplante, diría con qué impertinencia:

–¡Eh! ¡Caballero! ¡Sí, usted, el del palo y el perro!

(Yo siempre voy por los campos con un palo en la mano. Tú lo sabes. ¿Recuerdas, oh Rufina...? Mas no recordemos ni campos ni palos que ahora debemos tratar de otros tópicos). Bien.

Te decía que la bandera me llamó:

–¡Eh! ¡Caballero! ¡Sí, usted, el del palo y el perro! ¡Pare, pare!

Paré. Terranplanteur ladró. La otra siguió:

–Lindo su poema, caballero. Le doy a usted mil gracias. Ahora saque su cuaderno y un lápiz y hágame otro poema. Me encantan los poemas. Siéntese allí, sobre esa piedra y ¡a la obra!

Quedé lelo. El mundo entero me dio vueltas. Si no es por mi palo me caigo. Terranplanteur aulló.

¿Qué podía cantar? Todo era un conglomerado de plomizos van y plomizos vienen, y la bandera –¡qué bandera ni qué nada!– un trapo mojado, descolorido, goteante, apegado como gusano al mástil, ese mástil ayer destacado y airoso.

Rufina querida, ¿sabes lo que ocurría de verdad? La bandera había creído –cosa muy comprensible si consideramos con mente no artística– que mi poema había sido a ella, esa fabricada el día tanto, el mes y año tantos, colocada luego en la tienda tal, comprada en la fecha cual por un determinado señor, izada en un determinado momento, etc. y etc., *niña, que ya tú estarás columbrando su craso error. ¿Comprendes? Es decir que si el señor en cuestión hubiese comprado en la tienda la bandera colocada inmediatamente encima o inmediatamente debajo de la que ahora nos ocupa, yo no habría cantado al ver flamear*

en tonos armónicos sino que habría ido a la tienda a arrodillarme frente a su escaparate y etc. y etc., niña. ¿Hase visto majadería igual?

Rufina mía, no vayas a creer –¡por Dios te lo pido!– que oso aquí desmedrarte diciéndote que en aquellos tiempos de nuestra corta aunque buena colaboración literaria tú eras como flameante bandera al sol y que hoy eres un trapo mojado pegado a un palo cual un gusano. No. Repito: ¡no! Quiero decir otra cosa y, al decirla, vamos a ir penetrando al tema mismo, al misterio, a la ley. Oye, Rufina, que si no oyes y no entiendes vas a seguir por los años de los años con tu mente en confusión.

Rufina, hay un fluido.

Rufina, hay un fluido que pasa.

Rufina, hay construcciones anímicas que vibran, tiritan, significan, cuando pasa por ellas, compenetrándolas, el fluido que pasa.

Rufina, es así y no de otro modo.

–¿Y qué? –preguntarás tú.

Muy justo.

Es que aún no te he explicado debidamente la ley de los fluidos que pasan –¡miento!–, que siempre están pasando, que nunca han dejado de pasar desde que esta Tierra es esta Tierra, que nunca dejarán de pasar mientras sea esta Tierra la que es, Rufina.

Rufina, pasan los fluidos. Esto no es mi teoría, esto es la ley. Pasan.

Ahora bien, y ya que están pasando, necesitamos tres elementos. Bien digo, tres. (No olvides que nada hay aquí de mi cosecha; repito: es la ley). Los tres elementos son: 1º) los fluidos que pasan; 2º) aquello por lo cual pasan; 3º) quien repercute al sintonizarse con aquello por donde pasan y vibra al percatarse de lo que pasa.

Si esto te parece asaz embrollado, volvamos a mi canto a la bandera y, para tu mejor entendimiento, enumeremos los tres puntos en orden inverso y acarreándolo un tanto a la vida cotidiana:

1º) El que ha repercutido, claro está, soy yo (prueba de ello, mi poema); 2º) aquello, la bandera que me detuvo para admirarla, que me cautivó, que fue revelación; 3º) esto es más difícil pues es el fluido: es el fluido aquí –hasta un cierto punto, no lo olvides, hasta un cierto punto, no más– el viento que hacía flamear; el brillar solar que coloreaba; el sitio en que la bandera se hallaba; el contraste que sus colores producían, al hallarse donde se hallaban y no en otra parte, con los cerros azules, la blanca cordillera y demás; el hecho de haber llovido y ya no llover; el conjunto, el momento, hasta la mentalidad del señor que izó y la mentalidad del señor que ideó los colores y formas de nuestro pabellón; el suceso existente de ir yo –tu ex trovador, Rufina– por esa ruta, a esa hora y en ese día y gustar de los cánticos a lo bello; en fin, todo lo que sucede, lo que galopa y se pierde cuando los humanos se distraen; lo que lleva un mensaje al pasar; lo que –¡fíjate bien, Rufina!–, lo que golpea para llamar la atención, lo que hace de cuanto encuentra una pantalla para objetivarse, para permanecer, para que, objetivizado y en permanencia, los hombres perciban, ¡vean!

El fluido pasa, Rufina, mas, Rufina, el fluido es invisible, insonoro, inodoro, impalpable, insípido, pero hace de cada objeto un instrumento que tiembla con vibraciones capaces de ser cogidas por nuestros sentidos. Nosotros los artistas sólo tenemos una finalidad: buscar, coger el fluido. Nosotros consideramos objetos, personas, paisajes, ruidos, sucesos, bestias, campanas, sólo como pantallas, como barreras que al fluido atajan para revelarlo.

Si por barreras, si por pantallas el fluido no pasa en un momento dado, *ese no pasar es la única muerte que nosotros reconocemos, sobre la única que firmamos una defunción.*

Todo lo demás es para nosotros vida. Si lo sabrá Tártara Tigre... ¡Disculpa, oh, Rufina! Escribí sin darme cuenta. Volvamos definitivamente a nuestra bandera.

Comprende, pues: todo en un momento dado puede ser bandera; todo en otro momento puede dejar de serlo. Todo puedo serlo para un sujeto *A* (asunto de la sintonización, ¿entiendes?), junto con dejar de serlo para un sujeto *B* (por igual asunto, ¿entiendes?). La cosa estaría entonces en los sujetos, dirás tú, llámense *A*, *B* o *C*; en ellos estaría ver siempre vida o siempre muerte; en ellos hacer vivir o matar; y esto, sean quienes sean, *A*, *B* o *C*—como las niñas de lindas manos... ¡Oh, Rufina! Un mosquito, como si fuese una carta, me zumba y me retrocede. No importa. Sigamos. No hay vida ni muerte entonces. Yo diría mejor que todo es vivo y muerto a la vez. Lo que no hay son *personas con derechos perpetuos*. Si no hay personas, Rufina mía, no las hay. Las personas son pantallas, son reflejos, reflectores al revés, que no dan sino reciben, almacenan y muestran luz. No hay personas, te repito. Y esto no es un menoscabo para tí puesto que, al no haberlas, tampoco soy yo. Ni nadie. No es menoscabo ni cosa que se le parezca. Yo no menoscabo a nadie. ¡Qué diferencia contigo que me apodas “villano” y “belitre” por añadidura! Cierto es que te dije “mediocre”. Pero esto se justifica ya que justificándolo estoy. ¿Dices que no? Rufina, por Dios, acuérdate de cuando en nuestros buenos tiempos, mientras yo escribía, tú fotografiabas. Recuerda más: aquella silueta a contraluz entre dos altas rocas; al fondo, embravecido, el mar. Ampliaste esa foto, obtuviste con ella un premio en un Salón. Más de dos mil fueron las personas que te congratularon. Asististe al agasajo general de los laureados. En ese agasajo lo que más se oía era: “¡Ah, esa figura a contraluz!”. Algunos, más explícitos, precisaban: “¡Ah, ese hombre a contraluz!”. Me quedo en esta precisión: “ese hombre”. Pues bien, cara Rufina, ¿puedes decirme quién era ese hombre? ¿Qué edad tenía, dónde vivía, qué profesaba? ¿Era soltero o casado? ¿Viudo? ¿Rico o pobre? ¿Amaba el mar o allí mirándolo se aburría? ¡Nada sabes de él ni jamás nada sabrás! Pues bien, imagínate ahora que ese hombre se presentara a tu casa, sí, a tu propia casa, ahí al 33 de la calle del Diluvio, y te exigiera una planilla de peticiones porque él fue el efecto maravilloso; él, la sombra sobre el brillo de las olas; él, el centro del total; él, la nota artística; él, el productor de tu premio; él, el permiso para asistir a los sitios de honor del agasajo; sin él... ¡la nada para tí, Rufina mía!

¿Tendría razón el tío en cuestión? Sí y... no. Sí, porque es él el retratado, él y ninguno otro. Pero, pero —no nos engañemos, amiga—, tú, amiga, rechazarías la tal planilla y te asustarías creyendo encontrarte ante un loco. Él fue, sí; pero él no fue pues ni siquiera sospechó que había sido. Y ni tú ni yo tampoco sospechamos cuántas veces hemos sido para otros visión, armonía, color, arabesco, reflejo, acorde y hasta tal vez también repentina solución de un intrincado problema, filosófico o sentimental, que un desdichado no atinaba a aclarar y que nuestra insospechada aparición o nuestro insospechado pasar aclaró. Sí, Rufina, como la manzana aquella de Newton... ¿Tendría derecho alguno esa manzana como individuo aparte entre todas las demás manzanas? No, Rufina, no. Somos todos manzanas, tú eres manzana. Y un día —torvo día para ambos, pues lo fue también para mí, ¡oh, cree!—, un día no fuiste más manzana. El fluido sopló en otro sentido, movió otras banderas, levantó otras polvaredas. *Tu integridad personal no se alteró, por cierto. Ni mi amistad ni mi cariño se sintieron dañados. Pero entiende, preciosura: mi colaboradora e inspiradora no era doña Rufina Mardones, chilena, soltera, tal edad, domiciliada en... etc.,*

cédula de identidad número tanto, etc. Mi colaboradora e inspiradora era un fluido que tanto tú como yo llamamos Jacinta Matutina, ¿recuerdas?. Jacinta Matutina era aquella que... ¿Entiendes? Fue Jacinta Matutina el nombre que dimos a aquello que... ¿Qué? Rufina: que fue un fluido que yo percibí, que yo pude percibir porque una pantalla lo detuvo y ante mis ojos atónitos lo mostró. Esa pantalla fuiste tú. Pasó el fluido, cesó la pantalla, se cegó el contemplador. Se dobló la hoja. ¡A otra cosa! Tú volviste a ser Rufina Mardones, chilena (aunque sé quisieras ser vienesa), soltera (aunque después de tu carta increpatoria, me temo quisieras ser casada y de Yungay), 37 años (aunque seguramente preferirías 27), domiciliada en Chañaral, en el N° 33 de la calle del Diluvio (aquí nada pongo en el paréntesis pues ignoro si te place donde estás; yo me placería y complacería, según creo, pues melódicamente suenan a mis úmpanos esas suaves tres sílabas de Cha-ña-ral). En fin, dulce amiga, tú vuelves a integrarte en el número de tu cédula de identidad sin que –¡fíjate bien!– jamás hayas salido de él ni puedas salirte de él jamás, azótente o no azótente los millones de fluidos que cruzan y recruzan nuestra atmósfera en busca de pantalla para educación y mérito de todos los talentosos ciudadanos que pueblan el planeta. Y basta, ¡basta! ¡Si hasta una hormiga comprendería el caso! Villano seré y belitre si tú quieres. Bien. Entonces quiere decir que la lógica, la razón y la gran visión están en este momento y en este mundo con los belitres y villanos. Rufina: ¡toma!

Ésta es la ley. Nada más te diré sobre ella. A ti obtener las buenas conclusiones y aplicarlas, a ti palpar las malas condiciones y evitarlas. Ahora, por benevolencia y antes de enviarte mi adiós postrero, diréte dos palabras sobre *la clave*.

Rufina, oye:

Has de saber, árida amiga, que para crear, para dar a luz, para que algo venga a la vida, para que donde había dos haya ahora tres, es menester –como este último entrecomas lo indica– que empiece por haber dos para que luego de dos venga uno y sean tres.

Uno solo no es. Uno es igual a Cero (1=0).

(No repitas esto en Chañaral. La gente de allá, no por ofenderla, no sólo te tildará de embustera sino que además podría considerarte cual trastornada mental. ¡Y qué lejos de eso estamos! Al saber tal hermetismo, justamente te alejas un paso más de cualquier trastorno pues un paso te aproximas a la verdad. No lo repitas en Chañaral. Y tampoco repitas –es la multitud tan maldiciente– que, al percatarme yo de que ambos sabemos algo ignorado por esa y por todas las multitudes, repercute en mi pecho vibrando un lazo que nos une, un lazo que, con poco que se estire, bien podría trocarse en sensación de amor. Pero no, no y no. La palabra “amor” me es vedada. Yo soy, yo voy... No. Yo soy. Eso es: yo soy Tártara Tigre y todo lo restante enmudece. Así es. Es decir que moriré muy en breve. ¿Puedo entonces hablar de amor? Moriré... ¡Ah! Sí y no. Para vosotros y vosotras, claro está, moriré. En realidad viviré, por primera vez ¡viviré! Pero esto ya rige desde otros arcanos que tú ignoras, arcanos que sólo indiqué al hablarte de la bandera y del fluido que la ondula e ilumina. No debo decir más. Sólo debo decir: viviré. Sí, te lo aseguro, os lo aseguro aunque creáis que he muerto y vayáis al camposanto a depositar flores frente a mi memoria. ¿Muerto yo? ¡Ja, ja! Para vosotros que nada comprendéis estaré muerto. Y de vosotros y de vosotras, mentes huecas, sale el insulto para mí de: “villano, belitre...”. ¿Qué os habéis imaginado? ¡Ja, ja! Vosotros seréis los villanos y los malditos belitres. ¿Villano yo? ¿Belitre yo?

¡Ji, ji! Tú y tus gentes tal vez lo serán y no sólo eso sino además follones y pestilentos!).

¡Oh, perdona, Rufina tan estimada! Soy arrebatado y cosquilloso. Perdóname. Volvamos dulcemente al arcano de nosotros dos, al que dice: "Uno es igual a Cero;  $1=0$ ".

—¿Uno igual a Cero? —preguntas—. ¿Y los ermitaños?

Ya lo sé, amiga, ya sé que un ermitaño no es un cero, que mucho puede ser. Recuerdo tu justa fe en ellos pues recuerdo al que habitaba allá, aislado de todo contacto humano en medio de las arenas tórridas del norte de Chañaral, alimentándose de los pétalos y estambres (no comía pistilos) que el viento sur llevaba desde los jardines ciudadanos hasta su estéril colina. Recuerdo que su único mobiliario consistía en un micrófono. Recuerdo los pequeños altoparlantes que bajo sus almohadas ocultaban las doncellas chañaralceñas para oír, a espaldas de sus padres, las palabras del sabio solitario incitándolas al amor no sólo con los donceles de la ciudad sino además con los cangrejos del estero y los langostinos del inmenso mar. Recuerdo. Ya te explicaré este caso y reconoceré que un ermitaño puede ser un fecundo creador. Mas ten paciencia. Vamos, justamente, a la clave de todo lo que fecunda o es fecundado y tus conceptos se ampliarán.

Has de saber, Rufina, que para que algo nazca hacen falta dos. Ya te he dicho: uno es infecundo; tres o más es demasía. Dos es el número. Pero hay nacidos y nacidos. Te diré mejor: hay dos tipos de nacidos: los orgánicos o seres; los inorgánicos u obras. No te asustes; sigue. Orgánicos son los que comen y a su vez dan nacidos como ellos; inorgánicos son los que no dan nuevos nacidos, que son únicamente hijos y no padres, y no comen. Como ejemplo de los primeros te daré: nosotros los humanos, los cocodrilos, los abetos y demás; de los segundos citaremos: las telas al óleo, los sonetos, las sonatas, las locomotoras y demás. ¿Entiendes? No me vengas con que hay entre los primeros seres bisexuados. Éstos, créemelo. ¡Oh, Rufina!, son dos. Que se presenten en uno, nada quiere decir. Es como si tú y yo nos resolviésemos —y Dios quisiese ayudarnos en ello— a vivir presentes en un solo... rollo, diría —no encuentro otra palabra—, unidos siempre, envueltos en una sábana y apretados por ella. El lego diría que allí hay uno siendo que habría dos. Así es en esos bichos o seres bisexuados. Es algo, por lo demás, que no vale la pena ensayar pues resultaría muy monótono aunque, no lo niego, acaso muy agradable. Y de otro lado está Tártara Tigre... En fin, volvamos al tema.

Los nacidos orgánicos tú sabes cómo se reproducen. Yo también. Mas, aunque sabiéndolo, no sé si hayas reparado suficientemente en un punto: el hombre fecunda, la mujer concibe. ¿Que ya lo sabías? No importa. Fíjate bien que te lo voy a decir con otra fórmula: el hombre es positivo y la mujer es negativa. Clávate esto. ¿Conforme? ¿Conforme con que el hombre necesita un instante, plantar, depositar, y la mujer, gestar, elaborar, parir? Bien. Y vamos llegando al grano. Helo aquí, el grano o clave, si prefieres, sí, clave, por si vas a hacer nuevos intentos; la ley preferiría que la llamaras si vas sólo a contentarte con aumentar tus conocimientos.

Rufina: para los nacidos inorgánicos la cosa sucede a la inversa. Ni más ni menos; a la inversa.

¡Aah! Ésta tú no te la esperabas, banderola que ya no flameas... Sigamos.

Has de saber, Rufina, que para los inorgánicos —ya sabes: las pinturas, los sonetos, las sonatas, las locomotoras, etc.; agrega tú, ya que tanto te gustan, los fonógrafos; y agrega las escenas de amor con dichas y desdichas ya que tales eran las que juntos escribimos—,

has de saber que el hombre es aquí el negativo y la mujer la positiva. Pues ella es la que fecunda, ¿cómo?, con ¡fluidos! Esto llámalo si más dulce suena a tus oídos: ella es la que inspira. Y él, él es quien concibe, él es quien elabora haciendo de su cerebro y corazón un vientre, quien da a luz haciendo de su mano que escribe, pinta, compone o modela, una vagina. Si vosotras, hembras innumerables, desapareciérais del planeta, nosotros no crearíamos más. Las obras del arte y de la ciencia terminarían. ¿No? Sí. Piensas en tu ermitaño y, por extensión, en los demás ermitaños que te placería escuchar. Por mayor extensión aún piensas en tantos creadores a quienes nunca se les ha conocido una bella al lado fecundándolos. Error, profundo error si por esos pensamientos pones en duda lo que aquí te avanzo.

Óyeme, Rufina:

Esto de los nacidos orgánicos e inorgánicos es, como todo, una comparación, un símil; no una exactitud. En brevísimas palabras voy a narrarte un solo aspecto de la cosa, el aspecto de la diferencia de ambas cosas así como ya narréte un aspecto de similitud. He dicho "brevísimas palabras" porque voy considerando demasiado extensa esta misiva, no en cuanto a la relación entre el número de páginas con el tema que abordo sino entre dicho número con la persona a quien se le destina pues me es imposible echar lejos de mí mente aquello del "villano y belitre". Quien así apoda merece sólo una tarjetuela. En fin, ¡qué hacerle! Soy magnánimo y llenaré breves cuartillas aún.

Imagínate, Rufina, y créeme (pues hablo sin recurrir a mi propia cosecha —ya te lo he dicho— y basándome en altas autoridades en la materia), imagínate y créeme que el agente fecundador de la mujer, el que genera inorgánicos, o sea obras en las ciencias y en las artes, es inmensamente más sutil que el otro agente (tú comprendes a qué me refiero; si no lo comprendes, pues bien, aquí va: que los espermatozoides). Es tanto más sutil que no sería exagerar el decir que es un fecundador abstracto. Al meno lo es —puedo afirmarlo— hasta hoy día. Acaso más tarde con hiperultramicroscopios pueda percibirselos. Entonces la humanidad en éxtasis los contemplará meciéndose en el éter, yendo y viniendo por él, y con gracia y destreza los veremos evitar las burbujas de aire que se verán monumentales cual arcos de triunfo, cual egipcias pirámides. Así seguramente los veremos meneando sus finísimas colitas. ¿Irán a tener colitas? Rufina, no lo sé. Lo que no quita que podamos seguir tratando nuestro asunto.

Es sutil este agente. Es apremiante. Sólo pide fecundar, encontrar el recipiente. Es nacido y es escapado del amor de los seres femeninos. Estos seres —ellas— lo llevan en sí y lo desprenden sin saberlo. Flota. En algunos puntos flota como madero a la deriva sobre el mar. A veces su susurro casi mudo halla eco en una testa masculina que a la deriva también iba aburrida, ordenando moverse y pasear por valles y colinas a un cuerpo aburrido como ella. Otras veces pasan lado a lado y ningún acorde se produce. ¿Por qué? La testa en cuestión no estaba apta todavía o no lo estaba ya para la fecundación. (Como en el mundo de los orgánicos; en éste, no me negarás, ¡qué de cópulas se pierden!). Entonces ambos, agente y solitario caminante, se siguen aburriendo. Lo que al primero le ocurre, además del hastío, lo ignoro. Cuanto al segundo, siente como un llamado, un tintineo, un algo insólito, mas, no propicio a concebir, sigue su paseo encontrando muy curioso lo ocurrido, catalogándolo luego en "cosas que se suceden mas sin importancia", calificando de semilocos a los que a tal fenómeno le prestan atención, y, por fin, por su súbita turbación, dando un tropezón si hay a su paso una piedra y culpando enfadado al caminero que

no la quitó, en vez de culparse a sí mismo o al sutil agente que a su oído le vibró. Así flotan en algunos puntos.

En otros puntos se juntan y son arrastrados en vertiginosas corrientes. Y entonces, mente adecuada que encuentran, la fecundan sin ni siquiera gritar: "¡Agua va!". Entre tantos y tantos hombres que atraviesan, ¿cómo no ha de haber más de uno que esté en estado? Tiene que haberlos, Rufina. Éstos sienten, como el paseante anterior, un llamado, un tintineo pero en vez de seguir su marcha o reposo, se agitan, se sienten solicitados, necesarios, y... acometen. Una misión que cumplir se ha anidado en ellos tal como tú has visto anidarse a la pajarita en su vivienda forestal. Rufina: ¿te explicas ahora a tu ermitaño? Ese hombre, como todos sus semejantes, está embarazado y pare y pare el buen hombre a través de su micrófono y sus altoparlantes incitando a las doncellas a que fecunden y fecunden con amor a todos los donceles, a la naturaleza entera, especialmente a cangrejos y langostinos. ¿Por qué a éstos más que a otros? No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo yo?

Hay otros ermitaños, no lo ignoro, que predicán lo contrario. Ninguna almohada doncellina cubre sus altoparlantes.

Hijita, el que toda obra venga del amor no es razón para que todos prediquen el amor. Hay quienes consideran que es una gloria para el hombre trabajar; los hay que consideran que es un estigma. Unos ponen el acento en la fecundación; otros, en el parto. La fecundación es dulce; el parto, doloroso. Por lo demás no es el caso de que tales tópicos se traten aquí. Sigamos.

Lo único que me resta por decirte es que hay otro grupo de hombres, el mayor sin duda —así quiero creerlo— cuyas mentes no son fecundadas como en los casos anteriores sino directamente. Ella lo ama, él también. Entonces ella infla sus bronquios y pulmones con el aire de lo infinito —ese aire que no es el mismo que habitualmente respiramos para oxigenarnos mas que va con él mezclado, divina combinación de aire, éter y amor. Así infla y se infla ella, la vibrante criatura. Y luego expele anhelos de vida, de formación, de levantamiento, de asentimiento y noble seguridad para prosperar y avanzar. Él absorbe todo esto, se siente inefable y pretende potencia a su vez. Al sentir la inspiración cuajada en cada una de sus fibras, jura, arrobado, idear, hacer, crear. Queda mentalmente embarazado y luego pare, dolorosa o alegremente, pero pare.

Él la adora, ella lo desprecia, ella, despiadada, lo aborrece... Es igual. Todo el proceso anterior repítelo aquí. Que un beso al claro de luna o un lágrima en medio del sol, son sólo cosas que vemos nosotros mas que no se registran en este inmenso proceso de la fecundación invisible.

Rufina: Ésta es la ley y la clave.

Rufina: ¿Fue éste nuestro caso? Medítalo. Medítalo recordando aquellas auroras que juntos contemplamos y que, en nuestros éxtasis, apodábamos "auroras cuasi boreales". Bajo su luz nos besábamos. Y de esa luz y de esos besos yo arrancaba un poema que frenético escribía y tú luego emocionada escuchabas. Así tú poseías y yo era poseído. Rufina...

Tú poseías... Tú... Y aquí es donde te turbas y perturbas, donde te bifurcas y no atinas. ¡Santo Dios! ¿Hasta cuándo la misma vulgar historieta? Y osas llamarme un belitre, un villano... ¡Calla! ¡Follona!

Aquí, por haber, por tener, por haber tenido yo que murmurar el nombre de "Rufina", tú has caído en la ilusión de la cédula de identidad, en el error de identificar tu carne y huesos con el don-naturaleza que la mujer posee de ser pantalla, eco del susurro fecundante. Crees que mis poemas son y han sido —y aun pretendes "serán"!— para lo social y

nacionalmente denominado “Rufina” y “Mardones”, para eso domiciliado en Diluvio 33, para aquello que gusta de las espinacas y hace muecas ante las coles, para quien hoy, en Chañaral, mírase a un espejo y proclama: “¡Héla aquí!”

Error. Mentira.

Te lo he dicho ya cien veces.

Tú sólo fuiste aquello por donde el superaquello pasó. Yo fui quien pudo, gracias a su potencia visual, ver ese superaquello pasar y, gracias a su mente siempre abierta a los fluidos y flujos de lo infinito, ser fecundado en próximos poemas para *ello*, no para el vehículo que sirvió como transporte.

Y ahora reclamas y haces valer derechos... ¡so pantalla!

¿Es que soplan ahora tales fluidos, flujos y reflujos? ¿Es que tu semen sutil y abstracto es fecundante aún? ¿Es que lo tienes siquiera? Y aunque lo tengas, ¿es que hoy día es ese tu semen el destinado y propicio para las decenas de ovarios que bullen dentro de mi cráneo?

¡Ah! Sobre nada de esto habías meditado. ¡Vuelve, te lo pido, a mirar la foto aquella con el hombrecito a contraluz y anda luego a charlar con él! Si es que sabes –¡ja, ja!– quién es.

Rufina Mardones: Si alguna duda cábete aún, si aún crees ser la predestinada a cumplir la misión que reclamas, si aún crees que en ti retumban los gérmenes que en mí han de fructificar, si tantas y tan bellas cosas crees, entonces responde:

¿Por qué, por qué, Dios santo, un buen día te marchaste a Chañaral? Respóndeme, sé lógica y consecuente: ¿por qué?

¡Aaah! Porque un buen día en ti primó tu cédula de identidad, el número que ella lleva, tu nombre y tus dos apellidos: Mardones y Mardones. Por eso. Confundiste. Y por eso coqueteaste. Coqueteaste a deshora y fuera del tiesto. Pues ya no hacía falta hacerlo. Para terminar esta interminable misiva, escúchame una última vez:

Tú creíste que con tu ausencia mi pasión se acrecentaría. Estos juegos, mujer, están bien en un principio. Pero cuando ya se está en plena reproducción, abandonar la arena es interrumpir el..., en fin, la colaboración, es romper la unión mágica, es esterilizar. Te esperé pacientemente. No volviste. Perdiste tus atributos. Y hoy... Oye: Hoy yo espero una carta de Mulchén y un salvoconducto como consecuencia de esa carta. Si lo consigo, no me queda más que decirte para siempre adiós. ¡Qué diablos! No tenías ninguna necesidad de escaparte a más de 480 kilómetros hacia el norte. Pero si no lo consigo, si se me niega el permiso para empezar mi existencia sub-terra, entonces, muy bien, aquí estoy, sí, señorita Mardones, aquí y muy aquí, en Plutarco 1001, en nuestra metrópoli, nada menos. Aquí te espero. Cumple tu cometido. Interésate, como antaño, por la creación vívida de quien te amará. Regresa pletórica de abstracto y artístico esperma. Yo te prometo tener mente receptora. Rufina, yo te prometo más: si de este modo tú cumples, si de este modo aceptas el cargo y rango que la naturaleza os ha dado a vosotras las hembras, yo te prometo, ¡oh, Rufina; oh, Mardones!, cumplir a mi vez con mi rango y cargo, con mi papel de signo positivo y fecundar tu hermoso vientre con el mismo ahínco y la misma proliferación que tú emplees respecto a la fecundación de mi hoy yerma cabeza.

Mas date prisa. Mira que si el permiso ultratumbino no me es acordado, no podré seguir eternamente en espera 480 veces kilométrica pues ardo en ansias –si a flor de planeta he de seguir–, ardo en ímpetus de ser fecundado y también de fecundar.

Tú terminas tus palabras diciéndome: "Nunca tuya". Permíteme ser siempre galante y generoso y terminar las mías con un  
Siempre tuyo,

Artemio Yungay

Quedamos largo rato en silencio. Había que decirle algo a este hombre. Pero no encontraba ninguna frase apropiada. Por lo demás no fue necesario hablar. Ese hombre de pronto cogió su sombrero y su bastón y se marchó sin dejarme preocupaciones pues lo vi con rostro sonriente y ademán resuelto. Es decir, no me dejó preocupaciones por él ni por mi silencio después de su lectura; pero sí me hundió en negros conflictos míos. Porque en esto de Yungay y la Mardones había una semejanza muy marcada con lo mío frente a la partida de Guni. Ahora una bandera flameaba a ratos para luego arrugarse sobre la persona de Guni, dentro de su persona. Guni se transformaba en bandera y esta bandera descifraba, empezaba a descifrar el enigma de la mandioca. ¡Ah! Ahora voy entendiendo por qué se marchó. Es decir, seamos verídicos, por qué yo la hice alejarse. Bien está la cosa: resulta, pues, que ella no se ha marchado sino que yo la eché a marcharse... Pero seamos justos además de verídicos. ¿Yo haber hecho tal tropelía? Por la bandera de mi amigo Artemio pasaron, en un momento adecuado, el viento, la luz solar, una casita blanca, grandes pinceladas de nieve, muchos árboles, un cielo azul y, previamente, una ocurrencia, acaso una idea de un propietario rural. Luego todo esto siguió su camino —¿dónde estará ahora?— y llegaron grises, aguas, inmovilidades. ¿Qué tuvo Artemio Yungay de culpa en ello? Que yo columbre, nada. Y si nuestros casos son semejantes, nada yo tampoco. La bandera se apagó y apagada se agachó. Guni se apagó —¡no la apagué yo!— y se fue, se fue. ¡No la fui yo! Todo esto es cuestión de fluidos y en ellos no tengo arte ni parte. Nada debo reprocharme. Prueba de ello es lo siguiente:

Guni:

Heme aquí. Heme donde tú me pidas que me heme o que me halle, si prefieres: La Torcaza, Carlomagno, La Cantera, Loreto, donde sea. Espero, si lo deseas, la mutua fecundación.

Onofre

Mas... ¡Santo Dios! ¿Qué he estado haciendo? He colocado con demasiada exclusividad el acento en esa niña y en su viaje. Toda mi atención ha sido cogida por su Bárbara y su Colomba. A ellas tres se ha reducido mi existencia. ¿Es posible? Empiezo a percibir cierta claridad en medio de tales tinieblas. Demasiada absorción. ¡Claro! Por eso languidecían mis tareas biográficas. Por eso la médula de *Umbra!*, abandonada, se descompone. ¡Claro está! Por eso ha sido necesario que a mí, el biógrafo, hayan acudido en tropel, por esas callejuelas cercanas a Loreto, mis personajes más representativos, trayéndome en andas a uno nuevo y desconocido para que me leyera su correspondencia y provocara en mí este proceso de recordación hasta culminarlo aquí escribiendo: "Demasiada absorción". ¡Claro! Por eso languidecían mis tareas biográficas.

Mis personajes acudiendo en tropel...

Un paréntesis pido, ¡ay de mí!:

(Ya no son personajes, son de carne y hueso, ¡sí lo sabré yo! Dude quien quiera –¿qué más a mí me da?– si los personajes pueden hacerse carne; alegue otro que lo que ocurre es una proyección a seres callejeros de lo que un día fue imaginado; afirmen, los más metidos a filosofar, que los prototipos humanos siempre están, siempre son, y que lo que acontece es que el escritor, a fuerza de imaginar y meditar y laborar sus meditaciones, logra al fin el don de percibir esos prototipos en medio del tumulto de la vida cotidiana. A mí, ¡qué más me da! Sólo sé que siento ahora que me asedian, que son vivos, que me visitan como si tal cosa y que, si no estoy en casa, me dejan sus respectivas tarjetas).

Total... Bien; ¿cuál es el total? Veamos:

Debo volver a ellos, los personajes. Por mucho que me atormenten con su existencia de carnívoros de aceras y calzadas, debo enclaustrarme aquí en Loreto, o donde sea, y seguir el plan trazado de lo que les sucedió en pasados años aunque a ellos, si lo leen, no les parezca verdad y lo nieguen. Éste es mi deber y no hay más. Ahora bien: un pequeñito (insisto en decirlo así en diminutivo) inconveniente cuelga entre ellos y yo, una frágil (insisto) cortina. Ella es mi preocupación por el asunto que ahora llamo “de la bandera”. Debo, pues, antes que todo, dilucidar este asuntillo (vuelvo a insistir). Su clave la tienen, sí, la tienen...

¡Bárbara y Colomba!

Sólo ellas guardan el secreto. Habían empezado a descorrer todos sus velos ante mí. Allá en La Torcaza, en mi silenciosa catedral con sus luces tricolores: amarillo, rojo, azul. Y yo me escapé... ¡Insensato! Me escapé para alquilar y estrenar un departamentito moderno con fonógrafo... Y para luego tener que ir a escribir a casa de un amigo... No es posible. Pongamos todo en orden y empecemos por el primer punto.

Mañana, sin falta, partiré a La Torcaza a entregarme a vosotras

¡Bárbara! ¡Colomba!

#### 44 (Azul)

Salí de mi departamento a dar una vuelta, la vuelta de marras, de ventilación. Mi estrella guió mis pasos al regresar a Carlomagno para hacer mi equipaje. Pasé por Marcoleta. Pasé frente a la casa de Rosendo. Y aquí las cosas cambiaron. El cambio empezó con una sensación de remordimiento. Se presentó a mi memoria la biografía de mis amigos y verifiqué nuevamente el abandono en que estaba. Tuve un brusco cambio de valores: Bárbara y Colomba retrocedieron y el primer plano fue ocupado por mis personajes. Volví a ver el cortejo con Artemio Yungay en andas y la posibilidad, si continuaba preocupado sólo de mis asuntos, de que me leyeran nuevas cartas y me enredaran en nuevos líos como el del conocimiento de la señorita Mardones sobre la publicación de la misiva a la señorita Zepeda. Además recordé que yo mismo me había dicho muchas veces que aplazar un asunto de importancia porque antes hay que..., para que entonces sí las cosas se hagan como...,

es y ha sido siempre pretexto para evitar el asunto justamente porque es de importancia. Pero la importancia podía también encontrarse en las damas de La Torcaza. ¿Por qué los Lorenzos, Rosendos y Cía. habrían de primar sobre aquellas dos maravillas que se llaman Bárbara y Colomba? La única respuesta posible es porque aquéllos es algo que hay que hacer; y éstas, algo que de pronto ha sucedido. Pero así podría discutirse o se podría divagar —que es más o menos lo mismo— por los siglos de los siglos. A pesar de todo me inclinaba a poner la mayor importancia sobre la biografía pues su realización tenía un dejo de deber mientras las damas torcacas no carecían de uno de placer. Y una costumbre milenaria —ignoro si cierta o errada— nos ha acostumbrado a pensar que lo importante es lo que toma contornos de deber contrariamente a lo que los toma de placer pues éste es siempre..., es...; en fin, no sé bien qué es; digamos entonces que no es lo que debe ser. Extraña filosofía o moral, extraño pretexto. Si no es tanto, en todo caso a mí me lanzó una duda que tomó sitio en mi mente y desbarató mis propósitos: ¿Loreto con mi cuaderno, mi lápiz y el pavo?; o: ¿La Torcaza con ambas damas? La duda. Vale decir el desasosiego. Y de éste al vacío no media mayor distancia. Apresuré el paso. Tal vez la vista de mi maleta y su arreglo aclararían mis decisiones. Tal vez Carlomagno 106 al fin ofrecería a su huésped un buen servicio ya que hasta ahora sólo se había prestado para tocarle su fonógrafo, servirle de sus botellas y ponerle puerta afuera cuando quería él entrarse en sí mismo. Por lo demás no sería la primera vez en la historia de la humanidad que una maleta en vías de arreglo solucionara el destino de un hombre.

Llegué a Carlomagno al anoecer. Coloqué a un lado de mi mesa todas las prendas necesarias para mi viaje y una novela policial; al otro lado, mi maleta —mi maleta... ¡único objeto que aún me restaba de mi paso por Londres!—, abierta, vacía, interrogante, abismal. Como mi partida sería al día siguiente por el tren de las 2 y 15 de la tarde, tendría toda una larga mañana para acomodar el contenido en el continente y, al colocarlo, decidirme. Ahora, reposar y no cargar el estómago. Un poco de frutas y un plato de corn flakes cual ese digno y recordado capitán del S.S. Camaleón, del malogrado Artemio. ¡Qué de alcances de nombres y de ironías hay en este mundo! Yo, que voy a llevar corn flakes dentro de breves instantes, me nutriré y me fortaleceré con ellos; él, el capitán, que los llevaba como denominación y afirmación de su existir, él, con ellos en su ser total, voló en Marsella y se pulverizó para sólo venir a rebotar, años después, en un clamor de amor...

Comí y me acosté.

Soñé.

(Noto que en mi vida hay a veces una lógica admirable; los hechos se suceden bien encadenados y prestándose innegable ayuda. Acababa yo, sin duda, de penetrar en uno de esos períodos. Prueba de ello es que esa noche soñé).

He aquí mi sueño:

Me hablaba en una feria en Londres (¡oh, mi maleta!). En la feria había un carrusel en que se alternaban los caballitos de palo con unas pequeñas carrozas de palo también y extremadamente pintarrajeadas. Al principio vi en ellas, como en los caballitos además, todos los colores del arcoíris. Mas luego, prestando mayor atención, pude cerciorarme de que sólo había tres colores: amarillo, azul y rojo (¡oh, mi catedral!). Sólo dos de estos vehículos estaban oçupados: un caballito y una carroza. Sobre el primero giraba Bárbara; en la segunda, recostada, pasaba Colomba. El organillo central tocaba la canción de Yungay (¡oh, mi buen amigo Artemio!). Yo estaba a punto de saltar para incorporarme al carrusel de mis damas. Pero vacilaba si irme a la grupa del caballo de Bárbara o al lado de

Colomba. Otra vez la duda me asediaba, ahora reduciéndose e implantándose dentro de uno de los lados de la duda mayor, lado que, visto junto a mis personajes, aparecía como una perfecta nulidad. ¿Bárbara? ¿Colomba? Dudaba yo.

De pronto una mano me cogió del brazo. Era Rosendo Paine. Me hizo seguirlo hasta un cuaderno abierto y en blanco. Nos recostamos en sus páginas. Rosendo cogió el borde de una de sus tapas con su mano derecha; yo cogí el borde de la otra con mi mano izquierda. Y cerramos el cuaderno. ¡Qué bien se estaba allí dentro! Era como un lecho muelle y fragante. De pronto nos ofrecimos mutuamente un cigarrillo de nuestros respectivos e iguales paquetes y nos aceptamos las ofrendas (¡oh, la película *Una noche en la Ópera*, de los hermanos Marx, cuando Harpo y Chico se ofrecen y aceptan mutuamente un salchichón!). Luego empezó a decirme, alzando más y más la voz, que ya que las dudas habían caído sobre mí, dejara mi narcisismo de lado e, investigándolas siempre, me ocupara de las suyas y no de las mías. Entonces Lorenzo Angol, desde lo alto de la tribuna —porque ahora y por obra de magia nos hallábamos, Rosendo y yo, sentados en sendas butacas frente a una tribuna—, pronunció un discurso aprobando sin reservas las palabras de su amigo. Lo cual aplaudió con frenesí Desiderio Longotoma, quien, luego de haber aplaudido, me envolvió en su amplia capa, la que no era ni más ni menos que una gigantesca hoja de nispero. En seguida me preguntó:

—Amigo autor, ¿debo creer que todo aquello de los conos fue gratuito y sin prolongación alguna en la vida de todos nosotros? ¿Debo creer que ese heroico ratonzuelo murió en vano? ¿Debo creer que mi firma, estampada aquí en esta mi capa-hoja, no tiene valor alguno?

Y mientras así me interrogaba y esperaba mi respuesta, guiñaba sus ojillos con velocidad inaudita.

Se presentó entonces Baldomero Lonquimay. Llevaba un pavo agarrado a su índice derecho (¡oh, el pavo de Loreto —sitio de mi labor— y el índice de Palemón de Costamota!). Baldomero Lonquimay callaba con los ojos cerrados. El pavo habló:

—Yo soy mi amo y mi amo es yo. Yo me nombro Baldomero y me apellido, Lonquimay. Él es el Segundo, el tremendo Segundo, aquel en que todo acontece en todo lugar y todo tiempo. ¿Lo has olvidado también, ¡oh, Borneo!, como olvidas las dudas de Rosendo Paine?

Empezó a caer una lluvia de agua que luego se transformó en lluvia de fuego para terminar en lluvia de salitre (¡oh, nuestra riqueza nacional que languidece!) y culminar en mi repentino despertar.

En efecto, desperté. Vi mi reloj. Marcaba las 2 y 15 de la madrugada. ¡Oh, ironía! La hora, doce horas después, de la partida del tren a Comepumas, es decir, a La Torcaza. ¡Oh, ironía! Pues cualquiera comprenderá que, tras tal sueño, aplacé mi abrazo a las damas torcacinas y me decidí a coger la noble biografía de mis héroes dando comienzo a la empresa con las dudas de Paine.

Mas me encuentro de inmediato frente a un despropósito. Yo me encuentro, al hojear sus notas y las mías, con lo que fue la vida de los personajes, con lo que ya no es, frente a un algo que terminó, se marchó, siguió. Mientras tanto ellos siguen siendo y caminan por todas partes. Al retroceder yo hasta sus momentos —a los que he considerado característicos, salientes— llego, claro está, a ellos. Los recuerdo, los verifico con mis escritos, los peso y analizo y termino escribiéndolos. Así, por ejemplo, con la noche de año nuevo y el ratonzuelo en sus conos; así, antes, con mi tío José Pedro y su globo de cristal o su pájaro verde; así, al comienzo, con Lorenzo acosado por los diablitos de la Torre. Llego a cual-

quier momento del pasado; lo raro sería no llegar a un momento pasado teniendo la documentación y los recuerdos para ir aguas adentro. Sí; pero no llego ni medio hay de llegar a las circunstancias envolventes—que formaban *uno* con esos momentos. No puedo llegar a la fecha. A lo más podré saberla; a lo más podré recordarla. A lo más podré evocarla y hasta proyectar a otros mi evocación. A la fecha misma no puedo llegar ni siquiera tratar de ir. Sería un intento vano.

Y la fecha—considerada así— se me antoja que, si no todo, era lo principal, era, a no dudarlo, inmensamente importante. Por cierto, ¿cómo titubear en tal sentido? Puesto que los hechos por biografíar fueron sólo parte de los innumerables hechos que, todos juntos, originaron la fecha.

Ahora los desprendo y, escalpelo en mano, los presento. ¿Y todo el resto? Yo voy a escribir, por ejemplo, lo que tal día pensó y ejecutó Lorenzo Angol. Bien. ¿Y todo lo que determinó a Lorenzo Angol a pensar y ejecutar esa vez? ¿Y el aire que respiró? ¿El aire que le tocó penetrar en sus pulmones? A ese aire mi lápiz no lo coge, lo ignora. ¿Y la campana que en ese momento sonó? ¿Y su sonido? ¿Que no sonó ninguna en ese instante? Sí, sí. Sonaron muchas. Sólo que no ahí mismo, no en lo que caía bajo la percepción de mi lápiz. Pero en otras tierras lejanas, sí, repicaban. Éste es justamente el despropósito, la sinrazón: que yo vaya a hablar del hecho siendo otras las campanas que en este momento repican en cualquier tierra de la Tierra. Y esto me da una sensación casi insoportable de amputación; peor: de vivisección. No ésta tan cruel porque hay decálitros y decálitros de cloroformo que adormecen a todas las circunstancias envolventes. Bien está, pues, por lo que a las circunstancias se refiere. Mas por lo que se refiere a la veracidad y profundidad de un escritor—digamos, a su dignidad—, ¡triste cosa es tener que cloroformar al bicho entero, entero, salvo la punta minúscula de un tendón, una puntita sensible por donde, arrogantemente, me voy a pasear con permiso y pasaportes de otros seres llamados “personajes”!

Abreviemos: No recreo ni puedo recrear el tiempo de ellos. Es decir que navego por el tiempo hacia atrás—descuidando, haciendo caso omiso justamente del tiempo.

Y son ellos, los personajes, los que han tomado y se llevan consigo el tiempo, su tiempo... que es el que me interesa, el objeto de cuanto escribo.

Se lo llevan y lo tienen ellos. Entonces ¿qué me dejan a mí como biógrafo? Un asomo en un día perceptible, y nada más. De aquí la imposibilidad de narrar. Todo lo que puedo hacer es interpretar. ¡Vuelta a mí mismo! Yo mismo en este tiempo es hoy, ahora, ya. Y es el otro, el que fue, el que debiera interesarnos. Es esto un impase. El despropósito de que hablé.

Los personajes circulan, van y vienen, ríen y hablan por esta ciudad, por cualquier parte. ¡Si he de saberlo yo que, no hace muchos días, los encontré en gran número desfilando por las cercanías de esta casa!

(Porque estoy en Loreto 214. Desde que soñe con el carrusel y demás abandoné mi proyecto torcacino y heme aquí. Ahí está el naranjo. Cosa que se me figura no exenta de desdén: el pavo ha dejado de estar solo; Viterbo ha aumentado la dotación; hay ahora pavos y pavas; ¡cómo conversan los muy aves!).

Mientras tanto y mientras yo devaneo, los Lorenzos, Rosendos y Cía. van y vienen. Con esto vuelve a invadirme un franco contrasentido. Pues a ellos—si la lógica existe—les tocaría escribir, ellos podrían hacerlo porque son ellos, no yo, *los que acarrear consigo mayor cantidad del tiempo aquel en que cada hecho fue.*

Si me dirigiera a ellos...

Se me ocurre en este momento que, si tal hiciera, mi desconcierto se agravaría. Me pasa por la mente Lorenzo Angol. Aquí, sobre mi mesa, tengo anotadas unas palabras tuyas. Dicen así:

Me preguntan a menudo qué diferencia primordial encuentro entre los demás y yo. Inmediatamente la imagen de Ascanio Viluco se presenta a mis ojos como personaje generalizador. Entonces me digo que cada noche ese hombre se acuesta totalmente convencido de que él es Ascanio Viluco y nada ni nadie más que Ascanio Viluco; y cada mañana, al despertar, vuelve a confirmar, sin vacilaciones, su absoluta identidad. En cambio yo, cada noche, dudo. Dudo de si soy o no soy Lorenzo Angol; y cada mañana, al despertar, apenas abro los ojos y antes de que cualquier otro pensamiento me ocupe, me veo obligado a preguntar: "¿Seré Lorenzo Angol?".

Creo –creo, únicamente; no tengo ninguna certeza sobre el particular; pero el hecho de que sucedieran las cosas como voy a suponerlo (hecho que tiene mayores probabilidades que cualquier otro) es suficiente causa para corroborar el sinsentido que me coge–, creo, digo, que si esas palabras las leyera a Lorenzo rogándole me explicara qué piensa ahora de ellas, cómo se han desenvuelto con los años, creo que me respondería o que las había olvidado; o que, recordándolas, ya no le interesan; o que, avergonzándose, las niega y las desconoce. Sin embargo, esas palabras fueron. Fueron en él y por él cuando el momento fue. Hay ahora, respecto a él, un nuevo despropósito. El hombre que acarrea mayor cantidad de un tiempo dado, no responde al llamar a su puerta. Siento entonces que ellos han inhibido ese tiempo, que dentro lo han sepultado; siento que la clave esotérica la siguen guardando –sépanlo o no, preocúpeles o no el problema–, que allí la llevan con ellos, dentro de ellos, allí por sus venas, entre pliegues de sus cuerpos, pliegues que el microscopio no ve aún o, si los ve, no alcanza a ver su contenido. Es decir: siento que ellos, al caminar, se llevan mis escritos, se van con mis escritos.

Nace entonces en mí, espontáneamente, el deseo de que mueran; a veces, hasta el deseo de matarlos. Se me figura que así habría más verdad en un acto del pasado aunque en nada pudiese variar este acto estuviesen ellos, los personajes, en la tumba o en el bar.

Ya sé. Como en todo esto es el verdadero protagonista el tiempo, quiero que mueran para que, sobre el asunto que he de tratar, no hagan circular más tiempo aún.

–Habla sobre las mías –me dijo Rosendo en mi sueño.

Lorenzo aprobó.

Desiderio Longotoma aplaudió.

No sé qué fue de Desiderio Longotoma después de haber firmado la hoja de nispero. A este hombre no se le puede novelar pues su presencia es presencia únicamente cuando se presenta. En los entreactos... la nada. Vaya alguien a saber dónde se mete y qué piensa. Hay otras personas que se dejan novelar pues se las adivina o transmiten lo que hacen cuando se hallan fuera del alcance de nuestros ojos. Son las que escogen los novelistas. Felizmente para mí son así Angol y Paine. Pero el otro socarrón y guñador se entromete y... soportarlo.

Cuanto a Baldomero Lonquimay... Mejor es que sigamos.

Sé, en cambio, qué fue de Lorenzo. Se envolvía y revolvió en el tema de *las dudas*. De las dudas permanentes quería hacer su suelo. No tener otro por donde caminar. En el

momento en que Desiderio Longotoma se alejaba, Lorenzo, como síntesis de sus preocupaciones y anhelos, dijo:

—¡Ah, esos hombres que anhelan *llegar* a una parte! Nosotros anhelamos *pasar* por una parte.

Y la humanidad quedó, frente a él, dividida en dos categorías claras: los que llegan; los que pasan.

Desiderio Longotoma, que ya se hallaba a varios pasos de distancia, giró sobre sus talones al oír esa exclamación y, presuroso, deshizo lo andado, estrechó la diestra de su amigo y, golpeándole el hombro con su izquierda, a manera de congratulación le dijo:

—Exacto, exactísimo.

Esta vez se alejó definitivamente; es decir, hasta que a la vuelta de una insospechada esquina se nos vuelva a presentar. Se presente o no, lo que a nosotros debe importarnos es que desde aquel momento la humanidad quedó zanjada en dos.

Esto es muy importante. Si no empezamos por zanjar en dos a los humanos estaríamos todos parados, sin poder avanzar ni un paso. Ya que ahora zanjados están, esperemos que estas líneas sigan fáciles su curso.

Pues bien, aquí yo me retiro y dejo el sitio a Lorenzo.

Pensaba Lorenzo que ellos los que pasan son los hombres de las dudas.

Mas ¿por qué ha de hacerse un simil entre duda y angustia, y si no se llega a tan extremo simil, entre duda y vacilación? ¿Por qué?

Zánjese a su vez el concepto "duda". Dos acepciones se presentan: la más corriente que, como lo hemos dicho, comprende el sentido de vacilar, vacilación que nos da desasosiego y, un poco más allá, angustia ¡Ah! La angustia es la puerta del suicidio o, por lo menos, de la neurosis. Lorenzo piensa que es tal vez la puerta del delirio persecutorio. De miedo a todo esto, muchos hombres no quieren dudar. Pero de éstos nos ocuparemos si la ocasión lo requiere.

La otra acepción difiere. Es aceptar la multiplicidad; la existencia de muchas, muchísimas cosas; la existencia de muchos caminos; el hecho de que muchos somos en este mundo y de que muchos más podríamos ser. Es tener presente que, si bien yo me hallo ahora en Santiago como Lorenzo se hallaba aquel día en La Cantera, bien podríamos, sin que ni una ley física ni moral se alterase, hallarme yo hoy en cualquier otro sitio y Lorenzo haberse hallado también en cualquier otro. Es aceptar la posibilidad de escoger entre mil cosas que se están moviendo. Es ver siempre por lo menos dos frente al uno que se presenta y, al decidirse por uno de ellos abandonando al otro, es, sobre todo, no olvidar que el abandonado sigue existiendo y en nada ha sido afectado por nuestra selección. Y es —por eso es duda— reconocer que, al haber visto dos y haberse decidido por uno, tiene que haber habido esa selección, o sea, una comparación, un instante vacilante, una rápida medida, una ligerísima inestabilidad, una duda. Pero es también —no lo olvidemos— dar franca carta de ciudadanía a todos los objetos sin excepción, que hubiesen podido elegirse. La duda así, siempre actuante, siempre colaboradora, es, pasa a ser directiva, forma de vida, actitud. Es la duda viva. Es lo contrario a la otra que se detiene en el instante vacilante y, sin poder adelantar, abre una puertecilla lateral hacia el suicidio, vía neurosis, si el que ha dudado se culpa a sí mismo: vía persecutoria, si se le ocurre culpar a los demás.

Pero ambas son dudas; si se quiere, son subcategorías de ellas. Porque, tanto en uno como en otro caso, es la misma actitud y la variante sólo está en el sujeto que ha de vivirlas.

Son primos, primos hermanos, el hombre que a todo toca y todo lo reconoce, con el hombre que, justamente por ver mucho que tocar y reconocer, se asusta y huye.

En el mundo de las dudas Lorenzo vive, quiere vivir más y más, rodeada su cabeza por un torbellino incesante. De aquí destilará la paz.

El otro mundo, sin parentesco con el mundo de las dudas, es el que ha de ocupar Rosendo. El mundo contrario, el mundo de las ideas nítidas. Mejor sería decir: el mundo de las ideas detenidas. El mundo de dos dimensiones, el mundo de figuritas recortadas que se mueven en un plano haciendo mil cabriolas. El mundo lleno de teatros, un teatro en cada esquina, siempre con las figuritas recortadas y planas, siempre las mismas figuritas pero siempre con saltos, bríncos, posturas y ademanes diferentes. Siempre moviéndose, subiendo y bajando en un solo plano, el de dos dimensiones. Jamás tres dimensiones pues, si las hay, el espectador podría sentirse tentado para penetrar en el escenario y mezclarse allí con otras vidas. Al sentir la tentación vacilaría: si permanecer en su butaca o lanzarse bastidores adentro. Vacilaría... Ya es la duda; su comienzo. Dos dimensiones está bien; no más dimensiones. Y vamos de teatro en teatro. Riamos, lloremos, emocionémonos, temamos, etc. y etc., desde la butaca. Pero que jamás caiga en la mente esta pregunta: "¿Y si yo fuese también figurita recortada?". Si alguna vez cae, ¡que sirva de experiencia la penosa vía crucis del ratonzuelo! Que se piense que, si así sufrió el pobrecillo con sólo quince conos, ¡cuánto se sufriría con cientos y cientos de teatros! Pues, no olvidemos: hay un teatro en cada esquina.

Bueno; ya todo esto lo sabemos. Creo que estoy metiendo mi cuchara en divagaciones explicativas. Esto no es mi deber. Mi deber es ponerme de acuerdo con el sitio en que me encuentro: Loreto, una mesa frente a mí y, sobre ella, un sinnúmero de papeles cuyo contenido he de verter en este libro titulado *Umbral*.

La calma me rodea. Sería pecaminoso no aprovecharla. ¡Si hasta todos los pavos y pavas han desaparecido! Menos, se entiende, el de reglamento, noble Señor de estos lares. Viterbo ha de estar de fiesta. Me ha dejado un compañero solemne. Vengan los papeles. Hablen. Hablen, que estoy escuchando y además... hablen que, de un momento a otro, Guni podría reaparecer.

Retrocedamos a Lorenzo unos meses más. Aún la noche de magia con Desiderio Longotoma, los quince conos y el ratón, no se ha precisado en su mente pero, por supuesto, ya ronda por allí cerca.

Una mañana, al despertar, había llamado, como de costumbre, a las dudas para que lo asistieran en su vida. Vinieron. Les rindió homenaje estigmatizando a sus contrarias, las ideas detenidas. Luego increpó a sus amos, los hombres que piensan en la inmutabilidad permanente. Y los vio, ahí, pegados como arañas a su techo e impidiendo que por las cosas circulara tiempo.

Fue la noche anterior cuando escribió sobre la duda respecto a si él era Lorenzo Angol y sobre la imposibilidad de que Ascanio Viluco dudara un solo instante de que él era Ascanio Viluco.

Partió a Santiago y visitó a Viluco. Deseaba verificar del natural su anotación. La entrevista fue provechosa. Viluco, en su palacete, se hallaba en uno de sus mejores días, un día de mar tranquilo; el barco navegaba sin balance ni cabeceo. Tres o cuatro visitantes, arrellanados en sendos sillones colocados unos de otros a las distancias requeridas, le contradecían despiadadamente cuanto el anfitrión defendía. Lorenzo no se percató a fondo de los temas tratados ni de los argumentos que volaban por los aires y en los aires

se chocaban explotando tan fuertemente que las copitas del bar en miniatura, colocado en un artístico recodo del hogar de la chimenea, se entrechocaban y lanzaban a su vez por los aires decenas de sonoros pajaritos de cristal. Mas la mar tranquila no se arrugaba; seguía cual espejo meciendo al gran trasatlántico de los conceptos vilucanos. Lorenzo supo, naturalmente, que allí se abordaban asuntos de literatura, canto y pintura amén de tópicos sobre sociología, numismática y zoología; mas no era esto lo que le interesaba. Lorenzo esperaba ansioso la partida de los tres o cuatro contrincantes para luego abordar a Ascanio y pulsar si, tras tantas contradicciones, alguna duda se había filtrado por entre los principios empotrados en cemento en medio de su testa.

Partieron los ya nombrados. Por varios momentos aún se oyeron sus conceptos surgir de las veredas del jardín, enredarse en las flores y golpear en los cristales, temblantes cual si fueran oscuras golondrinas. Luego el rodar de los autos y autobuses apagó a las golondrinas que, sin ofrecer mayor resistencia, murieron. Pues ellas siempre han sido pajaritos tímidos, frágiles y enemigos de las contiendas.

Ahora Ascanio y Lorenzo estaban frente a frente. El primero desapareció un minuto por entre las brasas de su chimenea, luego reapareció golpeado por cálidos reflejos de bermejo y bermellón y trayendo una copa de gin en cada mano. Dejó entonces los reflejos entre sus brasas de origen, se sentó nuevamente y se bebió el contenido, mas no la copa, de su copa.

Lorenzo le recordó que sus visitantes de hace un rato pensaban diferentemente a él y luego le insinuó la posibilidad de que existieran otros puntos de vista para considerar no sólo literatura, canto y pintura sino sociología, numismática y zoología y, además y tal vez, la vida toda. Viluco tuvo esta sorprendente respuesta:

—Por el contrario; no puede haber otros puntos de vista a no ser que se coloque usted en el error. Muy por el contrario; al ser rebatido me confirmo más pues pienso, con clara lógica, que el hecho mismo de que otros opinen diferentemente, prueba que cada hombre es una entidad absoluta, definida y delimitada. Por lo tanto tal soy yo. Y como tal, todo cambio o modificación sería algo totalmente ilógico. Cuanto a las jerarquías de las entidades absolutas y delimitadas, señor Angol, la cosa cae por su propio peso. Ellos (indicó hacia los ventanales que dan sobre el jardín) se apoyan en ellos mismos, es decir, improvisan; yo, yo me apoyo sobre la tradición, es decir, sobre la filtración de los siglos. De un lado, lo ligero; del otro, lo de peso.

Lorenzo se limitó a decirle que él no pensaba así y, después de dos o tres palabras amables, se despidió. Ascanio quedó pensando que, sin disputa, Angol se había hecho comunista.

Se alejó éste a largos pasos y fue dejando atrás jardincillos, palacetes, plazoletas, estatuillas y estilitos venidos desde un pequeño Egipto hasta un reducido siglo xx, pasando por una Grecia en miniatura y un Renacimiento de microscopio. Luego empezó a engolfarse por entre ladrillos, adobes, tejas y cementos amontonados. Entró en un hotel en una de cuyas habitaciones Rubén de Loa preparaba su equipaje, cosa que no extrañó a Lorenzo pues de Loa, siempre que se encuentra fuera de San Agustín de Tango, está preparando su equipaje.

Se saludaron y apenas hablaron. Lorenzo recordó; Rubén sonrió. Recordó:

De Loa tenía en San Agustín de Tango un taller acuático. Al entrar en él, el visitante se sentía pez si caminaba; alga, si se sentaba; coral, en todo momento. El pintor, para verificar la solidez de sus telas, iba a casa de una vieja vecina y las colocaba frente a un

tucán multicolor que esta vieja había domesticado. Rubén de Loa había pintado ya todos los verdes posibles y proyectaba atacar, de ahora en adelante, los verdes imposibles, dos amarillos y un gris.

Era bastante recordar. Por eso el pintor sonrió. Un hombre así tiene que haber vivido en clara conciencia de su no-limitación y de su permanencia en el eterno Todo en marcha.

Después de estas dos visitas, Lorenzo dio por terminada la tarde del día. El balance de los hombres consultados arrojaba: uno que todas las noches y todas las mañanas sabía a pie juntillas cuál era su nombre y cuál su apellido; y otro que, fuera de ignorar tal cosa, pensaba que su apellido y su nombre se debían mecer por entre un gris y un amarillo, anaranjado, seguramente.

Entonces volvió a su casa. Al día siguiente regresó a La Cantera y, después de almorzar, bajó a la Bóveda. El Sol, que había brillado sin avaricia, se apagó como una golondrina de Viluco. Empezó a llover y a tronar sin palabras a medias. Las ventanitas, allá cerca del techo y a ras del suelo exterior, apenas alumbraban. El huésped de su propia guarida tuvo que encender un candil, uno de esos que son gruesos, amarillentos, como los hay en las iglesias viejas y también amarillentas. Fue muy lindo el momento: un propio huésped en su propia madriguera encendiendo un candil bajo tierra mientras las luces de fuera se apagan más y más y el cielo truena y lanza llamaradas. Agréguese un vago aroma a greda y polvo empapados. Agréguese el silencio reinante que hace destacarse al ruido del agua que cae. Agréguese tantas cosas que allí han sucedido. Lindo momento, en verdad, y muy propicio para dar comienzo a lo que Lorenzo comenzó lenta, lentamente como si fuese un sacerdote.

Lorenzo se sentó en un sillón. La luz del candil golpeó sobre cuanto alcanzaba tres o más siglos de existencia. La lluvia, monótona y fría, añadió meditaciones hondas durante los siglos recién golpeados. Una lechuza, creyendo que la tempestad era un sinónimo de la noche, graznó. Entonces Lorenzo se decidió a proceder.

Uno a uno cogió sus tres libros de Merejkowsky, que se hallaban sobre una mesita vecina, y los colocó en la estantería. Habló Juliano el Apóstata, habló luego Leonardo da Vinci, habló al último Pedro el Grande. Al aroma de greda y polvo empapados y ya también de cera amarilla derritiéndose, vino a juntarse primero un aroma de agonía pagana, luego uno de frutos envenenados, por fin otro de muerte roja. Nítidamente se oían ahora las palabras de Pedro, de Leonardo y de Juliano. Lorenzo las escuchó placentero. Por esto mismo agradeció a Merejkowsky, por haberle enviado tan grata y alta compañía a su soledad de tempestades. Luego, después de cada frase de sus invisibles acompañantes, Lorenzo se dijo:

—Seguramente ninguno de ellos habló así.

Y como ellos hablaban dentro de escenas, agregó:

—Seguramente la escena fue diferente.

Leyó luego, cada ocho páginas, dos líneas de *Nadja*, de André Breton. Tuvo la certeza de que cuanto leyó casi no pudo haber sido sino así. Porque si así casi no hubiese sido, el libro habría sido totalmente otro, no *Nadja* y no escrito por Breton.

Entonces, como la lechuza volviera a graznar y como recordara que en su Bóveda había una entrada ignorada por todos salvo por aquel gato canterino que puso fin a la vida del ratoncillo de los conos, entonces cogió delicadamente una reproducción, tipo tarjeta-postal, de *Las Sabinas*, de David, y la volvió contra el muro. Ahora, en vez del histórico rapto, se vio lo siguiente en tinta negruzca:

## POST CARD

(Una raya vertical que dividía al todo en dos; sobre el rincón superior derecho, un rectángulo para que la gente supiese donde colocar la estampilla; luego, al lado y dando a entender que se referían a la división que la raya formó a la izquierda, se vieron las siguientes palabras:)

*The address only  
to be written here.*

Supo, pues, Lorenzo, que aquello jamás había ocurrido así.

Entonces fumó. Mientras fumaba sus dedos hojeaban un libro grande: *La Femme 100 têtes*, de Max Ernst. Pasaban por sus ojos estampas y más estampas de muchos, muchos momentos que no pudieron haber sido sino como allí aparecían.

Terminado el cigarrillo y el libro, el solitario de la Bóveda se hojeó a sí mismo con el exclusivo fin de pulsar si, como estaba en esa hora de sosiego, era él o no era.

Para conseguir su objeto recurrió al acto mágico primario entre todos: se desdobló tal como se monda un plátano que, hace un instante, era uno y ahora es dos: la cáscara y el fruto propiamente tal. Puso a la cáscara sentada enfrente, del otro lado de la mesa. Él, considerándose el fruto, quedó donde estaba.

Tuvo una interrupción, un inconveniente. La cosa no era tan simple como lo había creído pues la cáscara, en vez de adquirir los rasgos de la familia Angol, adquiría visiblemente los rasgos característicos de la familia Paine. No hubo más remedio que atacar paleta y pincel en mano. Con rojo del Cairo, amarillo Tintoretto, violeta de Sevilla, verde del Elba y siena Moscovita, pintó, empastó, frotó, retocó y, en la silla del otro lado de la mesa, quedó igual, idéntico.

Lorenzo dijo entonces a su imagen:

—¡Ea! ¡Vive! Que yo te sepa viviendo...

Pero el señor de enfrente hizo una rápida mueca y toda la obra pictórica anterior no sirvió. Al frente estaba Rosendo; ni más ni menos: Rosendo Paine. Entonces la cosa se complicó enormemente pues, en realidad, no era tan simple como parecía. Lorenzo, viendo el fracaso de su pintura, tuvo la peregrina idea de recurrir a la escultura y cogió un cincel y un martillo para modelar al otro. Pero éste lo detuvo y, haciendo una nueva mueca, dividió su rostro en dos, de arriba a bajo, como la línea negruzca del reverso de *El Rapto de las Sabinas*. El costado derecho fue el costado derecho del propio Lorenzo; el izquierdo, el izquierdo de Rosendo. Lorenzo comprendió que sería mejor parlamentar que lanzarse a martillazos con un hombre que, de seguro, estaría dispuesto a defenderse.

Este hombre, huésped de la Bóveda, era bastante extraño con aquel rostro pues los dos amigos, principales héroes de estas páginas, aunque de igual estatura y sólo con 2,5 kilos de diferencia en el peso (que favorecían a Rosendo), son de caras muy diferentes. No creo haberlas descrito, por lo tanto voy a hacerlo aquí en dos plumazos:

Angol es de fisonomía alargada, de tez ligeramente olivácea, ojos castaño oscuro y un poco en almendra, cabellera negra y lisa, peinada hacia atrás. Paine es de fisonomía redonda, de tez clara y algo pecosa, ojos redondos y verdes, cabellera corta, tirada al rojizo y un poquito crespa. El primero es rapado; el segundo lleva unos finos bigotillos. Pero la

mayor diferencia entre ambos estriba en la nariz: Lorenzo la tiene aguileña y larga; Rosendo, más bien hundida y, sobre todo, corta.

Cualquiera podrá imaginar qué rara faz presentaba este personaje sobrevenido en la Bóveda. Sin duda era más prudente parlamentar con él que abordarlo con un cincel y un martillo.

Fue el personaje sobrevenido quien primero habló:

—¡Ea! ¡So gusanillo! ¿Conque yo a vivir? ¿Eh? ¿Y en qué queda la misión del señor Rosendo Paine? (Mostró el costado izquierdo de su rostro). ¿O va usted, so ñaque, a formar una legión, un ejército de vivientes y vividores que vivan para usted? Si algo usted quiere de mí, so viruta, ¡busque por otro lado!

—Conforme —respondió Lorenzo, poniéndose bastante pálido—. Buscaré. (Una pausa). Ya he encontrado.

—¿Y ello es?

—Oiga, caballero. Usted no tiene que vivir ni cosa que se le parezca. Usted, si es tan amable, tiene únicamente que *mirar*.

—¿Y mirar qué?

—Vea. Allí tengo un guaco incaico. Tras él, una hilera de libros de lomo pardo y verde. Apoyado en ellos, vea esa foto antigua: es de mi abuelo materno. Podemos empezar por guaco, libros y foto. Digo “podemos” porque yo también voy a mirar. ¿Conforme?

—Conforme.

—Ahora le pido que mire usted como siempre ha mirado, como mira todo el mundo, como es el mirar. Nada de ideas. No se ponga usted suspicaz. Mire, simplemente mire como los hombres miran. ¿Conforme?

—Conforme.

Y ambos se pusieron a mirar empezando por guaco, libros y foto del anciano.

¡Ah! Es que Angol tenía su ideilla entre cejas... El hombre no estaba de bromas. El hombre estudiaba, investigaba. ¿Cómo? Es lo que vamos a ver:

Cuatro ojos cayeron sobre el guaco peruano. El personaje sobrevenido —llamémosle el Sobrevenido— vio ante él un guaco solo, único, ajeno a libros, ajeno al anciano fotografiado, a la Bóveda, al aire que respiraba, a su pasado, a sus esperanzas del porvenir. Vio, moviendo un poco sus ojos —guaco, libros, foto—, tres aislamientos absolutos. Cada uno tenía su mundo que nada unía al mundo de los otros; tenían su pasado y sus esperanzas también, pasado y esperanzas que, por más que se prolongaran, no se enredarían nunca. El guaco venía del Perú y no hablaba; los libros hablaban sobre el probable nacimiento y la probable muerte de las estrellas, sus probables movimientos y materia; discurrían sobre si todo eso afectaría o no nuestras determinaciones y nuestros suspiros de amor; la foto modulaba cantos de cuna y suaves reprimendas al costado derecho del observador, y era, para el costado izquierdo, el eterno majadero que ha de conservarse en cartón como algunos maniáticos conservan fetos en frascos de alcohol. Al pasar la vista de un objeto a otro, el objeto abandonado desaparecía tragado por eternidades, perdía toda utilidad, todo significado, su trayectoria de existencia dejaba de ser. Y si los ojos de este observador aún lo veían —más fluido, claro está, más en mediatinta pero, al fin, lo veía aún—, ello se debía principalmente, únicamente a una propiedad fisiológica de los ojos, acaso, nada raro, a esa propiedad que nos hace seguir viendo una luz fuerte aunque hayamos quitado la vista de ella o ella se haya apagado.

Lorenzo miró el conjunto formado por los tres objetos. Miró como si aquello fuese una tela con marco y, los tres objetos, tres elementos del cuadro junto con los demás elementos: los espacios existentes entre ellos. Empezó entonces a inquietarse al sentir que algo rondaba, algo que iba de pronto a absorber cada parte para comprometerla en un nuevo significado, tal vez de eternidad. Más que esta eternidad misma le inquietaba el compromiso que veía abalanzarse para él también, como un pacto que habría de firmar con cada objeto que, de ahora en adelante, cayera en el campo de su visión.

Esperó inmóvil.

El Sobrevenido brincaba, jugueteando, de cosa en cosa.

En aquel momento pasó por fuera, a unos cuantos metros de las buhardas de la Bóveda, una vieja llevando una cesta con frutas. No se veía, por cierto, desde el interior. Pero como la vieja gritó sus saludos a alguien y pregonó las frutas de su cesta, Lorenzo la reconoció y la vio, adentro de él, incorporándose a la tela si el marco de ésta se prolongase suficientemente.

Las formas de los objetos se diluyeron hasta la vieja; fueron *uno* con ella. ¡Y esa vieja había sido joven, había hecho proferir alaridos a su madre el día del parto, ahora rumiaba un negocillo de trueque de frutas por pollos, trueque con un vecino campechano que también había provocado lamentos en otra madre, hoy, como la otra, en el cementerio... porque hay cementerios en todas partes y sepultureros que, a su vez, han hecho quejarse a muchas y muchas madres!

Los contornos definidos no existen. Contorno, dintorno... Son palabras, no realidades. El guaco se enredaba con las tumbas; los libros revolvían sus estrellas con el vecino campechano; el abuelo materno, desde su cartón, no sabía ya si era él la vieja o la cesta o la fruta.

Mientras tanto el Sobrevenido se aburría. Cogió un cigarro y, para ahuyentar el hastío, daba una chupada con el lado izquierdo de la boca deleitándose; luego otra con el derecho tosiendo y carraspeando. Luego, columbrando lo que su creador cavilaría, se entretenía en pasar los dedos por entre los objetos tal cual lo hacen los prestidigitadores para cerciorar al público de que entre ellos no hay hilos disimulados ni ocultas amarras, de que no hay nada, ¡nada!

Mas Lorenzo decía:

—Es ilusión mía todo contorno definido. Ilusión que nace del poder de percibir *pedazos* de siempre. Cada pedazo —sea guaco, libro, foto, vieja, aire...— lo delimito yo con una línea. ¡Como si las líneas pudieran existir en la verdad!

El otro fumaba siempre y además, ahora, se paseaba a largos trancos de punta a punta de la Bóveda. Luego, en cuatro pies, se puso a buscar la rendija por donde el gato cante-rino se había introducido para robarse al ratonzuelo, mas no la pudo encontrar.

Lorenzo callaba y miraba con insistencia, como para rodearla de líneas y así no se escapara, una miniatura en acero del acorazado británico *Rodney*.

Un momento después, el propietario y el Sobrevenido de la Bóveda se pusieron a esperar. Yo, Onofre Borneo, misero biógrafo de tanta gente, esperaré también.

Cuando dejé de esperar habían pasado varios días y nos encontrábamos todos en San Agustín de Tango. Corrijo: no aquel Sobrevenido; minutos después de terminar su cigarro desapareció sin que nunca más se supiera de él, pues hasta hoy que escribo —año de 1944— no se ha tenido sobre su persona ni una sola noticia. Lo más probable es que, en aquel lejano día tempestuoso que nos ocupa, el buen hombre, durante sus búsquedas, haya

encontrado al fin la misteriosa puerta del gato, por ella se haya metido y, como no era gato, haya padecido suerte adversa.

El caso es que Lorenzo Angol se encontraba en la mencionada ciudad y yo también. Sintiendo mi amigo algo indispuerto fue a visitar al doctor Hualañé, por aquellos días a su vez allí. Aguardó en el tedio de la sala de espera. Algunos cuadros colgaban de los muros. Fue hacia uno de ellos: pequeña naturaleza muerta; firmada: Rafael Valdés; fecha: 1918.

Después de haber sido revisado por el facultativo —que, sea dicho de paso, no le encontró absolutamente nada y, por lo tanto, se vio obligado a recetarle varias medicinas (nuestro Doctor cuida muy bien su reputación)—, después, digo, volvió a su casa y escribió al autor sobre su hallazgo.

Estaba éste en su tumba, en el cementerio de Quillota, desde el día siguiente a su fallecimiento, acaecido el 20 de marzo de 1923. Encontró Lorenzo un solo medio para describirle su pequeña y olvidada naturaleza muerta:

Querido Rafael:

Acabo de encontrarme con una tela tuya que yo no conocía. Ella está aquí en San Agustín de Tango, en la calle del Escapulario, entre Sursum Corda y de la Penitencia, piso 6º de una especie de edificio moderno. Es el departamento de un médico cuya sala de espera mira sobre el tejado del Arzobispado y sobre la parte posterior de la torre única de la Asunción. El cielo estaba azul con algunas nubes blancas de formas que te enviaré en sobre aparte. El río Santa Bárbara se veía a trechos y muy verde. Conmigo esperaba una anciana en charla con una muchacha morena de nariz puntuda. Se oía una radio que cantaba: *El copihue rojo*. Había un vago olor a sándalo. Duró tu Naturaleza muerta no menos de media hora, lo mismo que duraron las nubes, el Arzobispado, la torre, el cielo, el río, la anciana, la muchacha, la nariz, el sándalo, el copihue y yo mismo. Pasé al gabinete del doctor lleno de visiones del año 18. Mi examen médico fue excelente. Fuera de las inyecciones de tetrametilmétilo de oxalato de tungsteno, me recetó cápsulas de jalapa y ponerme, por las noches, sobre los riñones, compresas de hidrometempsicosis de antimonio. Nada más. Puedo comer de todo. La fortaleza de mi organismo fue atribuida no sólo a la misma de mis señores padres sino además a las medicinas anteriores y a la vida sana y exenta de trajines que llevo en mi fundo de La Cantera, donde paso la mayor parte del tiempo. No rebato este parecer. Por el contrario, me parece muy acertado pero incompleto. Debí agregarse la existencia real del período entre 1918 y 1926, es decir, entre el nacimiento de tu pintura y mi sorpresivo encuentro de hoy con ella; tu permanencia en tu sepultura; la ciudad de San Agustín de Tango a mis pies; el sol que la quemaba; la bifurcación de los caminos que hemos seguido tú y yo; y la idea que ahora tengo de escribirte la presente.

Afectuosamente te abraza tu amigo

Lorenzo Angol

Esta carta fue echada en el buzón del Cementerio Apostólico. Seguramente ha de haber llegado al pequeño cementerio de Quillota y ha de haber sido recibida por el que fue siempre el talentoso, grande y leal hombre llamado Rafael Valdés.

Al día siguiente, Lorenzo regresó a La Cantera. Bajó a la Bóveda. Llamó en vano al Sobrenido. Nada. Buscó entonces la puerta del gato. Nada. Visto su fracaso se preguntó en qué términos el Sobrenido habría escrito a Valdés si se hubiese encontrado con la pequeña tela en iguales circunstancias que él. El Sobrenido habría mencionado objeto tras objeto, en este caso, una pipa, una taza, una cajita, el todo sobre una mesa de mármol oscuro y frente a una cortina rayada granate, gris y rosa que servía de fondo. A lo más habría hecho mención de la tonalidad general, de la nota en que todo eso se afinó para tocar el pequeño concierto en la tela: nota de castaño viejo con un ligero vaho casi azul. Empujándolo mucho habría llegado hasta la sensación que evocaba: cariño en paz humilde. Pero del marco no habría salido. Su poder de unión no habría alcanzado a los demás objetos circundantes, a las demás personas, al río, al cielo, al olor a sándalo. Su poder de unión habría quedado muy por bajo del tiempo que corría desde 1918, pasando por marzo de 1923 y que estaba ahora elaborando a 1926. Muy por bajo también habría quedado del hecho de haber sentido ciertas molestias renales y que ellas hubiesen coincidido con un señor adquiriendo y luego colgando esa telita de ese amigo... y colgándola ahí. El Sobrenido habría restado siempre preso del marco.

Su desaparición no le causó mayor estorbo. Ese ser monstruoso había sido un accidente, un simple apoyo para verificar y nada más. Su utilidad había sido para mostrar *cómo*, eso es, cómo convenía mirar, que de la manera cómo se mira el hombre se forma un concepto general de la existencia.

Lorenzo se frotó las manos al saber, a ciencia cierta, cómo debería mirar Rosendo.

Es necesario que Rosendo, esté donde esté, esté siempre en un sitio de objetos y seres fragmentados. Es menester que nunca haga un esfuerzo mayor para pasar del borde, de las líneas, a más allá. Él, Lorenzo, hará que se borren todas las identidades y comiencen a surgir unidades englobándose, como mudas apariciones, como fantasmas. Rosendo, no.

Ya el ratonzuelo le había enseñado, con el envío del Aglomerado, que el mundo del pensamiento es un mundo de contradicciones, sin ley, sin equilibrio. Le había hecho sentir que, entre aspecto y aspecto, entre consideración y consideración, entre filosofía y filosofía, entre principios y principios es... la nada, el olor a estiércol, los bastonazos. ¡Valiente ratonzuelo! ¡Cuánto te agradeció Lorenzo y cuánto te acariciaba en su memoria!

Ahora había que completar la obra estimulándolo a que siguiera con ojos semejantes al Sobrenido, es decir, con un mirar que separa y nunca sorprende los hilos que unen. Que todo guaco haga pensar en un guaco y nada más y que nunca haga surgir la preocupación de si está o no en buena compañía. Pues puede entonces presentarse la foto de un abuelo. Y cuando un abuelo se mezcla... no hay más que un paso a considerar la nota general. Y de aquí... la sensación. Todo marco puede romperse. Entonces viene el cielo, un médico tras de su mesa, una radio que canta, un olor a sándalo y... y las fechas, con los años que a cuesta llevan, pueden hacerse reversibles, bailar, dispersarse, aglomerarse repentinamente, tan, tan apretadas que no forman más que un punto, un puntito negro, ahí, enfrente, puntito que subyuga y paraliza como el mirar de una serpiente. Rosendo, no. Esto es para él, para Lorenzo. Él es el hombre de la Bóveda, el que hará de la Bóveda un compendio estático y viviente a la vez de todas las calles, plazas y avenidas del planeta, de todas, todas, para que Rosendo tenga sin fin y sin hastío donde pasear y donde sorprender miles, millones de escenas de toda índole, alegres, desgarradoras, inteligentes, necias, de toda índole, muchos millones de escenas que... a gotas irán cayendo a la Bóveda para su divina transmutación.

De pronto Lorenzo palideció. Recordó una fiesta en las casas de Curihue, el fundo de su primo, el capitán Angol. Mejor dicho, recordó un momento de la fiesta: Era ya el crepúsculo. En esas casas hay, hacia el oriente, una terraza limitada por una viejísima balaustrada abierta al centro en unos 7 metros. De cada lado de esta abertura hay una pilastra. Apoyada en la pilastra de la izquierda, miraba el crepúsculo Chinchilla y soñaba. Apoyado en la pilastra de la derecha miraba a Chinchilla, él, Lorenzo, y a su vez soñaba. Rosendo se había sentado contra el muro de la casa, justo enfrente del centro del espacio abierto, sea, equidistante de ella y de él, y a poco más de 10 metros de distancia de la línea ideal que a ambos soñadores uniría. Los tres formaban, pues, un triángulo isósceles cuya base era la línea ideal y cuyo vértice era Rosendo. Este triángulo duró bien un cuarto de hora.

Ya he dicho que Lorenzo miraba a Chinchilla y soñaba, es decir, soñaba en ella. Ella, dije, miraba el crepúsculo, es decir, una hora del día y como las horas no se ven, Chinchilla no miraba nada y por eso mismo soñaba mucho en la nada. Cuanto a Rosendo, miraba tanto a la una como al otro y trataba de penetrar lo que ahora habría entre ambos pues bien sabía que cierto tiempo atrás había habido algo que, sin exagerar, habría podido llamarse amor. Y así, sin ninguna alternativa, pasó el cuarto de hora hasta que un valse, venido del salón, lo destruyó. Nada hubo, pues, para hacer palidecer a un hombre con tal recuerdo. Sin embargo, en la Bóveda, al recordar, Lorenzo palideció. ¿Por qué? Porque, durante ese cuarto de hora, hubo un punto más y ese punto helo aquí:

Ese punto fue un álamo.

Un álamo lejano, un álamo nacido y crecido a más de un kilómetro del triángulo de los personajes, un álamo solo, aislado de todo reino vegetal, álamo único, alto, tieso, oscuro, larga imagen de un intento hacia el cielo.

Pero el verdadero punto de este punto residía en su ubicación respecto a Rosendo. El álamo se hallaba exactamente al final de una recta trazada desde los ojos de Rosendo y cayendo perpendicularmente sobre la base del triángulo, o sea, la línea ideal que uniría a los otros dos. En otras palabras, el álamo se hallaba, pictóricamente, medio a medio de Chinchilla y Lorenzo; científicamente, ahí mismo pero retrocedido a un poco más de un kilómetro.

Ahora viene lo grave:

Hemos dicho que Rosendo miraba uno a uno a los dos enamorados; por lo tanto su vista, al pasar de uno a otro, tenía que pasar por el álamo. Todos estamos contestes de que Rosendo, para este cambio de visión, no describía un semicírculo lanzando su vista por el cielo, ni lo describía pasándola por los ladrillos de la terraza. Pasaba su vista horizontalmente, algo por encima de esa línea ideal que he mencionado, es decir, cortando al álamo lejano por su mitad.

Ahora viene la pregunta de peso:

¿Veía Rosendo el álamo? ¿Se percató Rosendo de su existencia durante aquel cuarto de hora?

Las probabilidades están por la afirmativa. Diré por qué:

Visto el caso psicológicamente, diré que el interés que el observador tenía por el posible amor de los otros, no era tan hondo como para absorberlo al extremo de quitarle toda percepción. Visto el caso físicamente, diré que el día estaba nublado en su totalidad y nebuloso metros más allá del álamo, de modo que tras éste todo se confundía en uno como telón de fondo grisáceo, incoloro, que hacía resaltar la silueta del árbol; agréguese

a esto que todo el panorama, desde la terraza hasta nuestro punto de mira, era formado por planos potreros con escasos arbustos, sin ganado aquel día, sin nada llamativo y des-teñido por el nublado general que mencioné. Luego el álamo atraía o debía atraer cualquier mirada desinteresada. Rosendo, pues, indiscutiblemente, veía y tenía conciencia de aquel árbol allá solo al fondo.

Aquí empieza Lorenzo a palidecer.

Porque —y ésta es la pregunta definitiva—, ¿vio Rosendo, consideró Rosendo al álamo pictórica o científicamente?

Si es esto último estamos a salvo: el kilómetro y metros de distancia nos salva; si es lo primero, estamos perdidos o tenemos probabilidades de estarlo en breve. Me explicaré:

Volvamos un instante a la Bóveda, en aquel momento en que nuestro personaje N<sup>o</sup> 1 y el Sobrevenido están ahí mirando guaco, libros y foto. Recordemos que nuestro N<sup>o</sup> 1 ve en conjunto, crea y pone un marco, rompe luego el marco y prolonga, abarca, une y coge a la humanidad y al mundo entero; recordemos que, quien de este modo ve, se recoge, cae en meditación, labora en silencio y soledad. Recordemos que nuestro Sobrevenido ve aisladamente, que, para subrayar su modo de visión, pasa sus dedos entre objeto y objeto, que percibe una línea en torno de cuanto existe; recordemos que, quien de este modo ve, gusta saltar de cosa a cosa, de persona a persona, gusta poner el acento de la vida en esos saltos y en las diferentes sensaciones que se obtienen al caer en diferentes personas y cosas, y en ellas, en diferentes posturas. Recordemos que éste acumula experiencias; recordemos que aquel las labora.

Lorenzo palideció.

Rosendo, si no esa tarde, pudo o puede o podrá cualquier tarde, noche o mañana, ver un todo, formar el triángulo de él, Chinchilla y el árbol; comprender que el árbol fue, durante todos aquellos largos 15 minutos, parte integrante de los sueños de Chinchilla, de los sueños de Lorenzo, de la presencia suya, Rosendo, en un vértice del triángulo pequeño, matemáticamente opuesto a otro triángulo enorme y semejante cuyo vértice correspondiente echaba fuera, hacia los aires, un álamo, solo, único, tieso, oscuro, plegaría muda dirigida al cielo.

Y comprender así es, además de abarcar en un abrazo de fraternidad a los otros dos componentes de la figura total; además de traer este abrazo el deseo de extenderlo a todos los humanos; es sentir hasta las últimas fibras que la distancia que separa a un vegetal inmóvil del hombre que va y viene es casi inexistente, que, desde un punto de vista singular, yo, tú, todos podemos llegar a ser árboles; y los árboles, humanos que van y vienen, que aman, odian, gozan y sufren.

Y entonces, ¡adiós Bóveda solitaria! Rosendo vendría a ella, quisiéralo o no, irremediablemente porque el otro dedo ya lo habría tocado.

Ambos en la Bóveda... ¡Adiós, para siempre adiós, compromiso, PACTO!

¿Hacer otra Bóveda?

Sea.

Pero entonces, ¿quién traería el combustible?

No. Imposible. Es la ruina, es el fin.

Mas, ¿por qué palidecer? Rosendo no hizo unión de los componentes de ambos triángulos. Prueba de ello es que anda el hombre por Santiago, con cuartel general en su 91 de la calle Marcoleta.

Lorenzo palideció por otro motivo: palideció porque también anda libre –hoy en San Agustín de Tango; mañana, bien puede ser en Santiago– Chinchilla.

Son vanas preguntas las que voy a formular a continuación mas las formulo porque a cualquiera han de venirle a la mente con plena prioridad:

¿Ha recrudecido en Lorenzo el amor por Chinchilla y es ahora acosado por los celos?  
¿Vislumbró en Rosendo, cuando en Curihue los miraba, un fulgor de amor hacia ella?  
¿Teme que Rosendo, caído en las redes de Chinchilla, olvide todo pacto y parta en una eterna luna de miel?

Ya lo he dicho: vanas preguntas. No está allí el quid del asunto. Veamos:

Lorenzo evocó a Chinchilla. Cerrando los ojos la vio claramente. ¡Linda muchacha! ¡Transparente muchacha! Lorenzo evocó lo que con mayor posibilidad ha de evocar Chinchilla a quien se detenga a contemplarla. Y esta detención puede ocurrirle a cualquiera pues, ya he dicho, es una muchacha linda entre las lindas. Chinchilla, más que evocar deseos, o mejor dicho, junto con evocar deseos, evoca, despierta en todo admirador un ansia de vaguedad, un ansia de sumersión *en infinito*. Si parece que Chinchilla entrara en uno, más que por la vista, por la respiración; lenta, profunda respiración que colma los pulmones, respiración que es seguida por una peligrosísima exhalación. El aire exhalado y mezclado con ella, al precipitarse fuera, puede arrastrar consigo a quien lo respiró, llevárselo, elevarlo, perderlo *en infinito*. No se puede poseer impunemente a Chinchilla; ni siquiera impunemente se la puede contemplar. Quien la contemple deteniéndose –¡qué decir quien la posea!– queda marcado, en su angustia respiratoria, *de infinito*. Y esto, de un momento a otro, podría ocurrirle a Rosendo. Un viaje de Rosendo a San Agustín de Tango; un viaje de Chinchilla a Santiago; una ocasión; una casualidad... Sería *un infinito*.

Lorenzo se serenó.

Lorenzo recobró su color.

Acababa de encontrar la solución para neutralizar a aquella muchacha que, a cualquier instante, podría hacer ver el álamo, solo, abandonado, erecto hacia el cielo que siempre y en todas partes hay formando un triángulo con los hombres.

Había que partir de inmediato a San Agustín de Tango y raptar y secuestrar a Chinchilla.

El guaco estaba siempre allí.

Lorenzo ahora fumaba.

Al día siguiente, a primera hora, el coche con los tres caballos, el tren y San Agustín de Tango.

Un nuevo crepúsculo terminó. Una nueva noche vino. Ardieron cuatro velas colocadas en cuatro agujeros labrados en un trozo de espino.

El guaco estaba siempre allí.

Esto es lo malo: que el guaco estuviera siempre allí pues su presencia hizo caer a Lorenzo en nuevas lucubraciones que duraron hasta tardías horas de la noche haciendo que, al día siguiente, hiciese un viaje soñoliento a su destino. Pero pronto fue recompensado como luego veremos.

El guaco estaba allí.

Lorenzo decía que tenía de él una idea nítida pues sólo veía uno de sus lados. El lado que se enfrentaba con los libros no lo veía. Ese lado era una duda. En él moraba un fantasma.

Pero los lados invisibles los sospechaba, hasta los sabía. Pensaba que por eso circulaba, por la Bóveda y por todas partes, sin dudar. Y los fantasmas dormían.

Sin embargo había otros lados que sólo sospechaba, que a veces vislumbraba apenas. Entonces temía.

Algunos de esos lados eran el tiempo, diría mejor, los momentos del tiempo... puesto que ya era de noche. Todo objeto –sentía Lorenzo– tenía momentos y más momentos. Todos ellos cambiantes por las circunstancias, por el conjunto de ellas. Así es que nunca un objeto era en un instante lo que había sido en el anterior. Así es que los objetos se movían, caminaban.

La naturaleza muerta de Valdés, allá en el consultorio del doctor Hualañé, fue, aquel día, diferente a lo que hoy debería ser porque ahora no había nubes blancas, nadie cantaba *El Copihue Rojo* y los calendarios seguían. Nubes, copihues, calendarios y demás... cosas, todas ellas sin excepción, que fueron en aquel momento lados del objeto llamado naturaleza muerta.

Hoy eran otros.

Hoy no tenían ideas nítidas acerca del guaco.

El guaco se asentaba en el existir.

Para describirlo... ¡qué tarea! Sentía a la Tierra correr y correr. Y el Sol...

**Se golpeaba la cabeza ante esta** fatalidad humana: tener ese *sentir* y tener que perderlo a cada momento, perderlo reducido a objetos aislados y... con formas.

Sintió entonces que cuanto le rodeaba eran lados, nada más que lados de otros objetos, objetos lejanos, inalcanzables. Y ellos eran, a su vez, lados de cuanto creía que había allí: el guaco, la foto, su mesa, las velas...; la noche callada y esas mismas ideas que ahora giraban y giraban por su mente. Como hace un rato, la Tierra. Y el Sol.

Ese *sentir*. ¡Tener que perderlo!

Pues sólo duraba fracciones de segundo. Después, la fragmentación.

De estas pérdidas nacían las dudas. Porque cambiaba todo en torno y uno se veía obligado a formular una pregunta. Una pregunta, dos, diez, cien preguntas.

Es que ya no sabía con justeza qué era en verdad ese guaco que estaba allí.

En ese momento era uno. Tenía su forma precisa, indestructible. Inmediatamente fuera de ella no había nada, en todo caso nada que perteneciera a él. Prueba de ello es que no sólo el Sobrevenido sino cualquiera podía a su alrededor y a cualquier distancia pasar los dedos. Pero hacía un momento había dejado de ser uno para *formar parte*.

Formó parte de algo. Se plegó.

Todo, fueron sus lados.

Él, fue lado de todo.

Lorenzo lo supo porque lo percibió.

Aquí se le creó un nuevo problema, otra pregunta:

Si había percibido, ¿de dónde venía esta percepción?

Dejó que un rato de calma llegara hasta él. Entreabrió una buliardilla. Dejó que entrara ampliamente el aroma de yerbas, de algunas flores, de una que otra sabandija.

Se durmió.

Al día siguiente llegó a San Agustín de Tango y esa misma noche bailó con ella como había bailado la tarde de Curihue y antes, tal vez quince años atrás, en Santiago.

Se encontraron en casa de un amigo común, Guido Guindos, que daba una fiesta con motivo de ser su cumpleaños, de haber sido ascendido en su oficina, de haber sido dado

de alta por el doctor Hualañé, y de haber obtenido el "sí" ambicionado de la dama de sus desvelos. Los cuatro hechos habían ocurrido por la mañana, entre las 9 y 2 minutos, hora aniversario de su nacimiento, y las 9 y 32 minutos, hora en que la dama en cuestión profirió el "sí" mencionado. A las 9 y 12 el facultativo le había dicho:

–Está usted bien, señor Guindos; levántese y alégrese.

A las 9 y 22 se había presentado su Gerente y le había dicho:

–Don Guido, tengo el agrado de comunicarle que, desde este momento, deja usted de ser Progerente y pasa a ser Subgerente.

A las 9 y 42 nuestro amigo había cogido el teléfono para pedir grandes cantidades de botellas, de pasteles, de pescado seco y aceitunas, una orquesta y veinte kilos de serpentinas: y luego, a las 9 y 52, había empezado a invitar, para el anochecer, a todas sus relaciones. Así, pues, cuando Lorenzo llegó, con algún retraso, había ya un barullo grande, había tufo alcohólico y mandíbulas en trabajo.

Chinchilla estaba allí.

Rubia. Grácil. Frágil.

Lorenzo quiso amarla y la amó.

Mas para volver a amar a Chinchilla con la pasión pasada le fue necesario un esfuerzo de desplazamiento: desplazar todo cuanto le rodeaba arrojándolo por una ventana; luego le fue necesario un esfuerzo de emplazamiento: rodear todo con algo apropiado a la dulzura, al romanticismo que Chinchilla inspiraba.

Cuando terminó esta doble tarea, la volvió a contemplar. ¡Qué linda, qué linda estaba!

El sitio que dio a su amada fue una playa, en verano, al claro de luna. Tocaba una orquesta de cíngaros. Chinchilla modulaba la romanza y miraba las olas. Él amaba y lloraba. Lloraba cual nunca ningún hombre abrasado de pasión hubiese en ninguna parte llorado.

Mas para llorar se precisa un motivo. Sin él, el llanto es calificado de histérico. Y el suyo debería ser romántico. Es decir, con un motivo real, tangible, material casi y muy doloroso, envuelto en luz de luna, en romanza triste, en perfume de aguas marinas y en una golondrina. Una sola, veloz y circulante, que pasara por sobre Chinchilla, por sobre su cabellera de oro, frente a sus ojos verdes, tras su cuello de ámbar.

Una playa solitaria no era el sitio indicado para llorar con una mujer. Era el adecuado para llorar *por* una mujer, por la ausente. Pues si existe ese motivo real y sólido, es lógico que ella se encuentre junto al otro, no con uno; y si el motivo se encuentra justamente en la playa, es no sólo lógico sino también decoroso que uno se retire y se marche con sus lágrimas a casa.

Una fiesta, sí, se prestaba mejor. Pero el indispensable lado romántico dificultaba la cosa.

Guido Guindos vivía en el centro del matadero, el viejo Matadero de la Inquisición, ya que había sido de él progerente hasta aquel día a las 9 y 21 minutos; y, desde las 9 y 22, subgerente. Había en toda su casa un vago olor a animal muerto. Las botellas que servían y se vaciaban vertiginosamente eran de aguardiente; los pasteles eran hojarascas duras con turrón; su pescado seco tenía dientecillos de ajo; sus aceitunas, dientecillos de cebolla; la orquesta se componía de dos arpas, un acordeón y cuatro guitarras; las serpentinas ostentaban los colores nacionales.

A Lorenzo le hacía falta un vetusto castillo medieval sostenido, todo él, por finas, largas, azuladas columnas de piedra tallada. Le hacía falta champagne extra-sec, nada más.

Al arrancarle el gas con pequeña pala de ámbar, como el cuello de Chinchilla, falta le hacía respirarlo en la atmósfera del perfume de los senos de Chinchilla. Un poco, muy poco, apenas la punta de la palita de ámbar, de cocaína. Caviar, nada más. Caviar del esturión del oeste de la desembocadura del Obi hasta la isla de Nueva Zemble. Naranjas. Tabaco rubio. Mirra. Violines. Violoncelos. Y una golondrina veloz y circulante con cabellos de oro, ojos verdes, cuello de ámbar como la palita que echa el gas del champagne a la atmósfera y a los senos de Chinchilla. Entonces un pavo real inmenso, que ocupe el total del fondo de aquel salón sombrío, desplegaría su cola y jamás terminaría de abanicarla con lentitud.

Lorenzo, al fin, podría exclamar:

—¡Así amarte, Chinchilla mía, en la virginidad madura de tus treinta años y llorar!

Sí. Llorar. Pero hoy, en semejante fiesta, él estaría de frac. Y de frac no se llora.

En un momento, al recibir en el rostro la brisa de las lentas batidas de la cola del pavo real, pensó estar con una larga pluma en la cabeza, ceñido el pecho con camisola de terciopelo, una daga, medias ajustadas y guante blanco con una reverencia tras él. Y la esquirla de cocaína le incitó a ello, le aplaudió, escondiendo en la dilatación de sus narices cualquier ridículo que tal indumentaria pudiese traerle.

Entonces habría podido llorar. Habría cantado notas largas y quejumbrosas como las notas de los cíngaros de la playa de la luna. Y una lágrima, dos lágrimas, tres, en cada nota.

Pero, en este caso, Chinchilla estaría con ropas amplias, largas, espesas. Tal vez, con caderas artificiales. Seguramente, con un bonete puntudo en la cabeza, los senos protegidos, los pies ocultos. Y él quería, para llorar, que estuviese como ahora todas ellas estaban, ceñidas en sedas que tiemblan. Así, temblante, Chinchilla avanza. Surge por entre las columnas de piedra, pisa los suelos de pórfido, dilata las aletas de la nariz como la puntita de ámbar, como el champagne extra-sec, como el esturión del Obi, como violines y violoncelos... y ¡naranjas! ¡muchas naranjas!

Mas allí no había naranjas. Sólo había aguardiente y vaho creciente a animales muertos. Lorenzo bebía aguardiente por las naranjas inexistentes.

Lorenzo debería estar de frac para que ella estuviese apretada, plasmada en sedas.

Chinchilla estaba allí.

Lorenzo volvía a la fiesta, se precipitaba en ella. Ya no había playas ni cíngaros ni vastos castillos.

¡Bailar!

Baila Chinchilla. Y Lorenzo, bailando, la respira.

El ambiente olía a cebolla. Olía a aguardiente y ajo. Chinchilla, a *tabac mauve*. Y, junto a ella, como un aura, vagamente, olían las reses en descomposición que yacían por todas partes, por los cuatro costados de la casa de Guido Guindos.

¡Bailar!

La orquesta atruena.

El propio Guido Guindos, envuelto en serpentinas tricolores, lleva el alto cantando.

¡Bailar!

¡Cantar!

Y Lorenzo pensó:

“Acaso Chinchilla no tenga otra existencia que la de una idea mía”.

La apretó suavemente. Ella sonrió. Sus ojos eran líquidos. Lorenzo se dio cuenta de

que no veían. Eran ojos por el hecho de ser, nada más. En esto tenían su justificación y finalidad.

Eran el agua quieta de los pantanos donde nada se refleja, el agua reconcentrada, viviendo en sí misma y dejando vivir a millones de infusorios, de animaluchos corrompidos, de algas diminutas y relajadas cual rameras. Bichos contranatura, protozoos borrachos, florecillas cocainómanas. Y paz sobre el agua. No se permitía la entrada en su fondo ni de una sola estrella.

Así, para dentro, eran sus ojos. Siempre así. Su cerebro, también. Su cerebro también era de agua verde, quieta, pesada.

Lorenzo la estrechaba. Porque no había que dejar que, allí dentro, el cerebro de Chinchilla se formara, se modelara e hiciera circular ideas. No había que dejar que perdiera su calidad de líquido quieto. Que, al ir solidificándose en torno a las ideas, podría, por simpatía, inducir a otros cerebros a enredarse también en el reino de esas ideas. Era la tarea apremiante.

Ya habría ocasión para más ajo, más cebolla y aguardiente, para insistir en no ser más que tufo de juerga y matadero.

Había que dejar al cerebro de Chinchilla tal cual era, en el semilíquido antes de la consistencia, en el semilíquido primero cuando aún todo es gestación y nada se anuncia aún. Que gestación es el mundo de las eternas probabilidades. Enunciarlas es tomar rumbo, es tomar una marcha y abandonar, matar lo demás.

Había que dejar a Chinchilla en la gestación hermética. Claro está que alguna irradiación, de tarde en tarde, podría escaparse por sus ojos y vendría a vivificar, o acaso a perturbar, a los hombres de cerebro ya compacto. Ojalá impedir esto también. No había que dejar. Lorenzo calculaba que su cerebro se haría como el de él y entonces necesitaría ideas dentro, cientos de miles de bichos dentro, como en los pantanos, y los bichos podrían asomarse y salir por la boca, por la pluma, por la raíz de cada pelo. ¡Mala cosa!

Chinchilla era otra cosa.

Chinchilla era su propia sonrisa de agua.

Lorenzo sentía que toda la clave radicaba en poseer esa sonrisa. Mas en vano bebía aguardiente para olvidar su fracaso anterior, cuando Chinchilla tenía quince años. ¡Ah! En aquellos años no sonreía sino reía como una cascada de cascabeles, volteando hacia atrás la cabeza y deshaciendo sus cabellos en un derrumbe de metales en fusión. Pero si él se acercaba dejaba de reír, enmudecía y una honda tristeza le cubría el rostro. Entonces él se alejaba. Pues no era tras ella, no era tras la posesión de ella, tras lo que él se había aproximado. Era tras la posesión de su risa. Y su risa se iba, se iba, sólo Dios sabrá adónde.

Chinchilla quedó virgen.

Ahora sonreía.

Lorenzo temblaba ante un nuevo fracaso.

La abrazaba siempre. Su sonrisa se iba. Corría el peligro de que las aguas de su cerebro se estancaran y endurecieran más y más a medida que empezaran a volver sobre su rostro las tristezas de hace quince años.

Chinchilla seguiría virgen.

Lorenzo bebía aguardiente del fondo de las botellas.

Ya la fiesta terminaba. Ya nuestro gran amigo, Guido Guindos, el gran subgerente, debía abandonar meriendas, tragos, bailes, cantos y serpentinas pues los cristales de su casa se teñían de alba. Y había que ir a matar más reses, durante todo el día, a martillazos,

a machetazos, levantando el prestigio del Matadero de la Inquisición ante los paladares de los habitantes de San Agustín de Tango, seguir matando hasta que sus cristales empezaran a teñirse de azul de Prusia.

Era el momento del rapto.

Ahora o nunca.

Suavemente Lorenzo cogió un mano fría y, caminando con cautela, fue la brújula de dos ojitos acuáticos que nada veían.

Cautela había que tener al pasar por entre decenas de cuerpos ebrios arrumbados contra los muros o idiotizados a lo largo del parqué y de las alfombras. Cautela para que Guido Guindos, que ahora trepaba por su escalera en busca de su dormitorio o del amanecer, no se volviera a mirar los restos tendidos de su fiesta y siguiera de espaldas subiendo tras su propio canto que aún sonaba a empellones:

*La palomiita en su niido...*

Guido Guindos no se volvió. Ningún borracho ni borracha despertó. Fuera, sólo bovinos destripados. Las puertas del Matadero de la Inquisición se abrían como por milagro ante la pareja que huía.

Una gota de sol cayó sobre San Agustín de Tango. Tarde. Lorenzo y Chinchilla ya estaban en la plaza de la Casulla y penetraban en la estación de los Ferrocarriles del Estado.

Chinchilla quedó en La Cantera.

Había en la Bóveda una gran ropero de tres cuerpos con tres espejos. Allí dentro Lorenzo encerró a Chinchilla. Allí dentro Chinchilla se paseaba. Luego dormía de pie. Lorenzo le daba caviar del Obi y champagne extra-sec. Le alargaba la palita de ámbar que brillaba de blanco en su extremo. Y todos los días, durante varias horas, permanecía inmóvil, con una larga lanza dirigida al cielo, junto a su frente, vigilando que ni un solo pensamiento saliera a través de ella a girar por la superficie de la Tierra.

Chinchilla –ya lo sabemos– no debería pensar.

Chinchilla debería ignorar toda alquimia.

No debería en este mundo formarse otro mundo de Chinchilla.

Porque este mundo podría sonreír y Rosendo se enredaría en él. Los mundos deberían llenarse de tristezas para que Rosendo, si alguna vez lograba conocer el escondite tras los tres espejos, poseyera únicamente el cuerpo de Chinchilla, no el sonreír de sus ojos.

¡Nunca más sonreír! La sonrisa es el comienzo del mundo que va a pensar.

Ahora se podía poseer a Chinchilla, cualquiera podía poseerla sin temor pues su único mundo quedaría solo, acuoso, estancado, flotando por encima de los cuerpos entrelazados para reintegrarse en ella después del espasmo.

Lorenzo, una noche, un mes después, franqueó los espejos. Chinchilla estaba inmóvil, muda, mas de pronto rio con la lozanía de hace quince años. Luego, lánguidamente, mostró el rincón opuesto a ella dentro de su prisión y junto al muro de la Bóveda. En las maderas del ropero había un agujero. El agujero se prolongaba a través del muro y perforaba la tierra. El agujero seguía hasta abrirse a la luz del pasto, lejos. Lorenzo miraba sin comprender. Entonces del techo del ropero algo cayó, saltó, lanzó un gruñido. Y Lorenzo, atónito, reconoció al gato canterino que, engrifado y con ojos cual dos fuegos que clavó un instante en ambos personajes, desapareció veloz por el agujero hasta los pastos con sol

y sabandijas. ¡Por fin descubriase el misterio del trágico fin del ratonzuelo! Lorenzo se estremeció excitado.

Entonces, y por primera vez, allí dentro, protegido por los tres espejos exteriores, poseyó —¡por fin también!— a Chinchilla entera, a su cuerpo, a su cerebro de agua, a sus ojos que se cegaron definitivamente y a su profunda tristeza que retumbó en todos los ámbitos del ropero para luego escaparse por la estrecha galería y asustar al gato que, al verla escurrirse por el césped, maulló y le lanzó siete zarpazos.

Ahora Lorenzo, sentado ante su mesa de trabajo, respiraba en paz y miraba distraído hacia el guaco, hacia los libros sobre la vida de las estrellas y hacia la foto de su abuelo.

Luego volvía a asumir la vigilancia diaria junto a los espejos con la certeza de que guardaba en su ropero unos ojos ya casi artificiales, una sonrisa sin ya significado alguno, un cerebro que bullía, gestaba, sufría, aullaba por moldear los primeros pensamientos de antes de la aparición de los hombres en esta Tierra.

—¡Ya puedes venir, Rosendo! ¡Ya han terminado los peligros!

Porque Chinchilla era así la estrella revolcándose dolorosa en sí misma y en el pantano quieto con ramerías y borrachos. Era la estrella sufriente girando tras una semilla apenas fertilizada de conciencia.

Si descuidaba la guardia temía, pues, que pudiesen escaparse puntas, alfileres, municiones de la frente de Chinchilla. Y estos proyectiles podrían ir a golpear las sienas de Rosendo. Otros rebotarían sobre ella, la mujer encerrada. Entonces Chinchilla se solidificaría en pensamientos duros como ese suelo que él pisaba y no vería nunca más la estrella.

Lorenzo golpeó el suelo con su lanza.

—Escucha, Chinchilla—dijo frente al espejo central con su imagen y su lanza ante sí—, escucha: quiero que siempre seas el estanque sosegado de tus ojos sin visión. Y, tras de tu cráneo, quiero que todo choque, se desintegre, se integre, se tuerza, brame, mas sin salir. Que Rosendo no ha menester del horno de tu mente; que yo, para mi lento trabajo allí en mi mesa, sólo requiero, de cuando en cuando, algunas gotitas tuyas, un alfiler, una munición y nada más.

Y allí quedó Lorenzo largo rato contemplándose, oyendo los pasos sordos de Chinchilla tras los espejos y con su lanza siempre recta y puntuda hacia el cielo.

Pasó un mes.

Lorenzo trabajaba frente a su mesa. De cuando en cuando llegaba hasta el ropero, entreabría una de sus puertas y daba a la prisionera champagne extra-sec, caviar y cocaína. Los domingos le alargaba naranjas, grandes cantidades de naranjas. Después volvía a su mesa. Trabajaba porque el guaco estaba siempre allí. A veces interrumpía su labor para escuchar y sonreír. Escuchaba cómo Chinchilla reía detrás de las puertas cerradas al jugar con su nuevo amigo, el gato canterino, que tres veces al día—una vez por cada espejo—venía a visitarla y a divertirse y regalar con ella. Luego seguía su trabajo.

Lorenzo trabajaba y miraba a hurtadillas el guaco para preguntarse siempre:

—Si he percibido, ¿de dónde viene esta percepción?

Golpearon a la puerta. Se oyó al gato que huía precipitadamente. Chinchilla fue todo silencio. Lorenzo respondió:

—¡Adelante!

Bajo el dintel de la puerta de la Bóveda, se mostró la figura de Florencio Naltagua.

(Creo que ya es tiempo de que coloque yo, Onofre Borneo, mi cuchara de costumbre. Es sólo para decir una palabra sobre Florencio Naltagua: es él, sin disputa, el tipo más serio

y más sabio de cuantos tengo que hacer figurar aquí y, no lo negaré, de cuantos he conocido en mi vida. Pues bien, mucho me temo que sea el menos lucido de todas mis páginas biográficas pues no encuentro cómo traducirlo, cómo verterlo a la tinta. Pido que se tenga esto presente cada vez que Naltagua tome la palabra. Por muy exactamente que repita yo aquí cuanto él haya dicho, siempre faltará un algo que no sé reproducir. Tal vez este algo radique en su entonación, en sus gestos, en su expresión... No lo sé y, aunque lo supiera, ¿cómo lo pondría en el papel? Pido por lo tanto y además que, al leer a Naltagua, se recuerde que se lee mi pobre traducción de sus palabras, lo que quedó en mi memoria, lo cual es muy poco comparado al volumen enorme que él a todo sabe darle. Me ha de suceder con este hombre lo que dice por ahí Ortega y Gasset:

En una larga novela de Emilia Pardo Bazán se habla cien veces de que uno de los personajes es muy gracioso; pero como no le vemos hacer gracia ninguna ante nosotros, la novela nos irrita.

Temo, pues, la presencia de Naltagua en la Bóveda. Pero, ¡qué puedo hacerle! Tengo que imitar a Lorenzito y, a mi vez, repetir:

—¡Adelante!.

Florencio Naltagua tomó asiento frente a Lorenzo, es decir, frente a la mesa y de espaldas al gran ropero de tres cuerpos. De este modo cubrió, interceptándola, la imagen de su amigo. Chinchilla se durmió de pie en la línea que unía a los dos hombres de la mesa con la imagen de Lorenzo, atrás, nuevamente interceptada por sus formas gráciles y frágiles. Naltagua entonces dijo a media voz y con ritmo monótono:

—Los conocimientos profundos, Lorenzo, las grandes percepciones no se adquieren. Todo eso se ve. Se hace visible en un momento dado. No hablaremos ahora sobre qué origina estos momentos. Que te baste saber que cada mente alcanza el que le corresponde. Si en algo hay justicia, es en esto. La pregunta vuelve a plantearse: “¿Por qué es posible ver?”.

Lorenzo murmuró:

—Porque hay justicia.

(La palabra “justicia”, contrariamente a las demás que, en sus respectivas ondas sonoras se alejaron, quedó flotando en el aire de la Bóveda. Fue tal fenómeno el que yo, Onofre Borneo, aproveché para escurrirme en la sombría habitación y pegarme contra uno de los costados del ropero. Consideré que mi acto —que un mentecato cualquiera habría calificado como digno de un ladrón— era justamente el que correspondía a la idea de justicia).

—Expliquémonos —corrigió Naltagua—. Tú, como todo el mundo, ves con tus ojos. El proceso aquí es diferente al proceso corriente de los ojos. En éste, por ejemplo, ves más porque ha aumentado la luz que hasta entonces había sido insuficiente para iluminar determinados objetos. Esto es meramente visual. En nuestro asunto...

(Las palabras “nuestro asunto” las oí con nitidez. Pensé que se referían, al decir “nuestro”, a todos los presentes en la Bóveda, por lo tanto a Chinchilla y a mí también. Sonreí desdeñosamente. “Nuestro asunto”, el de Chinchilla y mío.

era, tendría que ser otro... Me despegué del lado del ropero y resbalé en silencio hacia el primer espejo).

—En nuestro asunto —explicaba Naltagua— el proceso es más de recordación que de visión. Supongamos: has olvidado los sucesos de un día y de pronto, por un hecho dado, un hecho cualquiera, los recuerdas; sobre ese día que se iba en gris has derramado luz; en ese día, que de él casi nada mostraba, tú ves *más*. Pero —piénsalo bien— para que sea posible este recuerdo, tiene que haber estado ya en tu memoria, mejor dicho, tiene que estar aún en ella. Lo que sucede es que antes la conciencia no lo enfocaba; y ahora sí.

“Pues bien, que creas o no lo que te voy a decir es cuestión tuya y no mía, es cuestión del camino que sigas. Hago hincapié en lo siguiente: ‘Tiene que haber estado y estar aún en tu memoria’. Igual cosa aquí: cualquier aumento de percepción ya se hallaba en ti. Extiendo, amplío mi idea: cualquier cosa que te presente la posibilidad de ser percibida, cualquier conocimiento por lo tanto, ya estaba en ti. Sólo que cosa y conocimiento estaban dormidos. Puedo, entonces, responderte: ‘¿De dónde percibes, de dónde viene la percepción?’ Del conocimiento integral y *anterior* que de tal o cual asunto tenías. Y al decirte ‘tal o cual asunto’, empequeñezco la verdad. Debo decir: conocemos TODO. Ahora bien, todo está olvidado. Por lo tanto, vivir es recordar.”

(Mi mano derecha se arrastró hasta estremecerse al contacto helado del primer espejo. “Vivir, ¿es recordar?”. Yo no tengo recuerdos, no los tenía entonces, en todo caso, sólo tenía ansias de vida. Mis dedos buscaron. Tocaron un pequeño botón de una cerradura. Laboraron, por varios segundos, como una araña. A todo lo existente en la Bóveda vino a agregarse —nuevo mueble o nuevo ser— una larga fisura vertical. Y luego, escapado por ella, un perfume a *tabac mauve* y a pelo de oro si el oro fuese mojado con rocío y esto al rocío y al oro perfumara).

—Piensa —acentuaba Naltagua— en cierta semejanza que existe entre cuanto te digo y ese Segundo de inmovilidad entre dos años del que todos algo hemos hablado u oído hablar, el Segundo de Baldomero Lonquimay: la Tierra en él ya lo sabe todo y el transcurso del año es recordarlo. El recordar de la Tierra es nuestro vivir.

“Te doy una sugestión; haz con ella lo que bien te plazca: el recuerdo es instantáneo. Después se le puede deslizar por el tiempo; esto es otro asunto. Un recuerdo mismo, al brotar, encierra *instantáneamente* todo su contenido de tiempo por largo que éste haya sido. Dicho en otras palabras: el recuerdo está fuera del tiempo. La sugestión: el año de la Tierra es su recordar. El recordar, Lorenzo, no tiene tiempo. El recordar de la Tierra es nuestro vivir. Nuestro vivir no tiene tiempo. Sin embargo, el tiempo lo sentimos y medimos. ¿Por qué? Porque no podemos *aún* hacer mejor.

“Tal vez tú pienses que en las frases mías —tales como ‘el recordar de la Tierra es nuestro vivir’— hay únicamente un contenido literario, una imagen. No lo creo. Creo que hay una verdad. Ampliando: creo que en toda forma literaria, en toda imagen, hay una verdad. Eso sí —fíjate— que no es verdad en todo su transcurso. Pero infaliblemente —como quien diría: ‘caminando, avanzando por ella’—, infaliblemente se llega a un punto en que los dos contenidos de la imagen calzan y dicen verdad. Me atrevería a afirmar: todavía no se ha logrado expresar una falsedad completa. Sólo que..., sólo que hay planos, planos y

más planos. Y del uno al otro se ve todo deformado. Es lo que nunca ha podido entender Ascanio Viluco...”.

(Al oír este nombre apresuré mi tarea para aislarme. La fisura se convirtió en una puerta en la puerta. Por ella, de costado, penetré lentísimamente y cerré ambas puertas: la existente de muy antiguo en el ropero y la recientemente abierta por mí. Un instante quedé vacilante al ver que, cerrar esas dos puertas, era hacer que una de ellas se tragara a la otra. La primera allí quedó, cerrada, cobijándonos. Mas la segunda, ¿adónde, Dios Misericordioso, se había ido? Entonces en la penumbra miré. Vi dos esmeraldas, nada más. Comprendí que eran los ojos de Chinchilla y comprendí más: esos dos ojos me recibían gozosos).

–Nuestro vivir no tiene tiempo –decía siempre allá, fuera de los espejos, Florencio Naltagua; su voz nos llegaba ahora con sordina–. Te recordaré dos líneas de Van der Leeuw que dicen que “en el mundo real, todo cuanto en el terreno llamamos evolución, cambio o desenvolvimiento, está presente como perpetua realidad”.

“Vivir es recordar. Recordar es ir acercándose a esa ‘perpetua realidad’. Y este proceso se nos insinúa con la aparición de *la duda*. La duda es el comienzo de algo mayor. Pero no trates de pensar, de pasar por el pensamiento lo que te digo. Es vano deshacerse los sesos en estos asuntos. Se piensa lo nítido. Lo otro *se espera*. Sólo que hay que saber esperar. Escucha:

“Al no pensar, no quiero hablarte de un estado de pasividad absoluta; no, por cierto. Quiero decir un estado que me plazco en llamar de *receptibilidad*. Entiendo por ello un estado que tiene de pasivo pero que es a la vez laborioso. No hay contradicción en esto. Para darte a entender lo que llamo pasivo te haré una analogía: el hombre que mira un cuadro, no para hacer crítica sino por placer *directo*, únicamente deseoso de que, gracias a su contemplación, otro aspecto del mundo, otro mundo, lo envuelva y lo llene; el hombre que mira un cuadro y calla”.

(Besé a Chinchilla, la besé frenéticamente. Nada le dije ni nada podía decirle. “El hombre que besa a una mujer y calla”. Fue lo último que pensé. Chinchilla, siempre de pie, tembló. Y fuimos a una línea recta, larga: Lorenzo; frente a él, Florencio; tras sus espaldas, el espejo central; tras el reverso de éste, yo; frente, junto a mí, conmigo ¡una!, Chinchilla; más allá de la maderas del fondo del ropero, Florencio, de espaldas a nosotros y a su propio ser; al final, frente al Florencio de espaldas a las espaldas de mi Chinchilla, Lorenzo, escuchando. Una línea que, con Chinchilla, tembló y... un suspiro, uno solo, dos).

–Para darte a entender lo que llamo laborioso –volvió a hablar Naltagua– sigamos con el ejemplo del hombre ante el cuadro. Debe ese hombre insistir en su contemplación, en esa clase de contemplación y aun y sobre todo cuando no esté frente al cuadro. Es menester que no lo considere ni lo recuerde como algo aislado y ajeno –que no lo haga pasar por el umbral de ningún museo– sino como algo vivo de la vida cotidiana. ¡Que no es un documento histórico, que no lo es, te digo, una obra de arte! ¡Es un modo permanente de ver los objetos y los hechos, los que han sido, son y serán! Esta insistencia, esta permanencia, es lo que llamo estado laborioso.

“¿De dónde vienen nuestros conocimientos? Del conocimiento total. Quédate pasivo y laborioso y empezará ese conocimiento a vislumbrarse ante tus ojos”.

(Chinchilla reabrió los ojos. La solté. Y así fue cómo, por primera vez, que yo sepa, en la Historia Literaria, un autor logró poseer a la querida de un personaje suyo).

Naltagua calló.

Lorenzo se puso de pie, cogió su lanza y vino a montar guardia junto al espejo central. Yo me retiré a un rincón del ropero y, al aplastarme contra sus paredes, tapé con mi talón izquierdo el agujero del gato canterino.

Chinchilla moduló apenas una canción, bajo, muy bajo.

Así pasaron varios minutos.

Partió Naltagua.

Instantes después, Lorenzo abandonó la Bóveda.

Yo aproveché la soledad para deslizarme fuera del ropero y abandonar luego las casas de La Cantera.

Chinchilla se durmió.

Una hora más tarde Lorenzo marchaba por sus campos. Ya era noche. Frente a él, casi solo, ardía Júpiter. A medida que avanzaba, el techo erizado de una vieja casa con tejas se elevaba y Júpiter descendía. Hasta que desapareció tragado por las tejas.

Ante este fenómeno —no sabemos si absurdo o bíblico— de un planeta cayendo tras las tejas, Lorenzo y yo sentimos una sacudida feroz pues aún había junto a nosotros demasiado de ojos y senos de Chinchilla. Por eso yo partí de inmediato a Santiago. Cuanto a Lorenzo, tuvo, acto continuo, la necesidad de buscar una estrella. Se detuvo, alzó la vista: allá en lo alto una pequeñita estrella titilaba.

A ella le pidió apoyo al ver que los hechos, mostrando y ocultando sus amarras, se habían encadenado de este modo:

1º) Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes;

2º) Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo;

3º) Y un gato ignorado pone a todo trágico fin;

4º) Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un Aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo;

5º) Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de níspero;

6º) Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco;

7º) Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo da Vinci y de Pedro el Grande.

8º) Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa;

9º) Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo;

10º) Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido;

11º) Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario;

12º) Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa;

13º) Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron;

14º) Y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí;

15º) Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella.

¿Qué amarra habría entre esos quince puntos? ¿Qué amarras?

Su cabeza se entorpeció. Entró en la Bóveda. Casi inmediatamente quiso salir. Pero apenas había dado dos pasos, el sueño lo dominó y tuvo que tenderse en el suelo. Lo hizo apoyando la cabeza sobre el punto medio de la base del ropero, formando, por lo tanto, un triángulo rectángulo cuyos lados fueron su cuerpo tendido y el espejo central, y cuya hipotenusa no existió jamás.

Pero existió otro lado oculto, uno tercero paralelo al segundo mencionado:

Fue Chinchilla que dormía en el centro mismo del ropero, erecta, siguiendo las líneas del espejo. El ángulo casi se formó debidamente pues entre la cabellera de Lorenzo y los pies de Chinchilla medió una distancia mínima. Mas en ésta había maderas y había aire, así es que siempre quedó un trecho muerto en la figura que fue ignorada por sus propios creadores.

## 45 (Azul)

No impunemente se puede secuestrar a una mujer en un ropero.

Durante el primer tiempo todo pasó bien. El gato canterino contribuyó a ello en honorable escala. Pero, a pesar de los cuidados de Lorenzo, de sus conocimientos en la materia y de su aguda técnica, el cerebro de la prisionera se fue solidificando poco a poco, y un buen día hizo comprender a su dueña que, para llevar a buen fin la obra de solidificación y tener entonces pensamientos sin número, un ropero no era campo ni adecuado ni suficiente.

La recluida quiso escapar.

Quiso, primeramente, valerse de mil artimañas para forzar su prisión. Mas, ¡ay!, su cerebro no estaba todavía lo bastante espeso como para guiarla cual es debido, todavía el líquido bullente primaba en él. Y bien sabemos los versados en estos asuntos que un líquido así es receptor y hasta elaborador de sensaciones, nada más, de esas sensaciones que son arquetipos y que sólo después, al ser pasadas y filtradas por las mentes, destilan ideas que podamos utilizar.

¡Oh, cuán lejos estaba aún nuestra heroína de este grado! Agréguese que Lorenzo, por lo menos cuatro veces diarias, montaba guardia con su lanza.

Fueron esas primeras sensaciones arquetipos las que, tal vez compadecidas, vinieron a prestar ayuda.

Chinchilla trabajó toda una noche y, al aparecer la madrugada, había alcanzado honroso triunfo. Chinchilla había dominado las puertas de su claustro.

Chinchilla escogió, de su puerta de en medio, una línea vertical desde el techo hasta el suelo. Los dibujos del lado interno de la madera le prestaron cierto concurso pues sus vetas eran todas longitudinales. Entonces miró esta línea de lo alto a lo bajo, de lo bajo a lo alto, gran parte de la noche; la miró con esos sus ojos que no veían mas que eran de aguas estancadas, cerradas a las estrellas pero cobijantes para todos los seres microscópicos siempre que fuesen o borrachos o prostituidos o inmundos. Así es que, después de tantas horas, las maderas, longitudinalmente, se fueron convirtiendo en aserrín y éste, como si fuese líquido, se fue escurriendo por la galería del gato sin que nadie se percatara de su existencia.

Cuando apenas clareaba el horizonte en el oriente, Chinchilla dejaba de tener maderas ante ella. Ahora alzabase entre su persona y el mundo un largo cristal azogado.

Chinchilla besó el azogue y el azogue desapareció.

En ese momento el Sol se asomó por el horizonte, Lorenzo entró en la Bóveda y el gato canterino penetró en el ropero cuidando de no manchar sus patitas con aserrín; luego se acurrucó tras el tercer espejo.

Lorenzo cogió la lanza y se miró ante el primero. Nada anormal sucedió: ahí estaba su imagen. Dio un paso de costado esperando volver a verse en el del centro. Pero vio a Chinchilla. Entonces comprendió que su destino había cambiado y que ya el secuestro carecía de finalidad. Dio otro paso de costado y quedó de faz al tercer espejo; pudo haber visto aquí otra vez su imagen mas el gato –sin que jamás hubiese sabido la existencia de un correligionario suyo de pelo negro que obsesionó la pluma de Poe–, ese gato grisáceo y campesino –a causa de ecos misteriosos que nadie aún ha descifrado–, ese gato empezó a lanzar tan agudos y potentes maullidos que la vista de Lorenzo, ante lo inesperado del hecho, se nubló y nada vio. Se alejó entonces de la Bóveda dejando a Chinchilla continuar su tarea. El felino también se marchó.

Chinchilla tenía un anillo con un diamante. Pasó el diamante por el cristal dibujando una puerta en él. Luego empujó suavemente y en la Bóveda retumbó el estrépito de un cristal que se hace trizas.

Chinchilla salió.

Sigamos ahora en calma la breve biografía de aquella que fue tan estupenda mujer. Pongamos el acento en su vida exterior. De este modo caerá un rayo sobre su vida interior y con su luz mejor la divisaremos. Es esto lo más que podemos ambicionar: divisar. Si mayor cosa pretendiéramos, bien podríamos ser cogidos por su extraño cerebro y perecer en él como perecen los perros en las tembladeras que los chupan.

Chinchilla subió a las casas de La Cantería. Junto con respirar el aroma de los maitenes, recobró la visión. Se paseó un rato por los corredores y de pronto se encontró con Rosalinda. Ambas simpatizaron desde el primer instante. Pasemos, pues, a Rosalinda.

Era ésta, a la sazón, llavera del fundo en reemplazo de aquella que nos ocupó cuando la inesperada aparición del globo de cristal en las casas y que ya había jubilado. Tenía 61 años, es decir, el doble que Chinchilla más uno. Era muy gruesa y era...

¡Ah! Rosalinda era todo un personaje; Rosalinda era lo que era; no había dos Rosalindas en el mundo. Que me baste decir que Viluco, grave y solemnemente convencido de

que es Viluco y nada más, pasa a ser como un signo de interrogación al enfrentarse con los convencimientos de Rosalinda.

Un ejemplo daré, uno que recuerdo porque en este momento –estoy, se comprenderá, en Loreto escribiendo– huye el pavo de Viterbo y tiemblan las naranjas de su naranjo; y cuando así sucede en este tranquilo rincón es que en el cielo se conglomeran espesos nubarrones. Los nubarrones han despertado mi recuerdo:

Fue en aquel verano del 26 mientras yo pasaba algunos días en La Cantera. Era, insisto en decirlo, pleno verano, ¡Qué calor! Un día amaneció nublado y llovió, tronó y el huracán se llevó muchas hojas y muchas frutas y arreó con todas las palomas y zorzales y codornices de Lorenzo, y hasta arrancó algunas águilas de las peñas de los cerros para llevárselas también, y hasta envolvió a un cóndor que se aventuraba solitario para planearlo contra su voluntad sobre el océano Pacífico y lanzarlo, alejarlo y estrellarlo tal vez en Nueva Zelanda o acaso en Sidney o, bien puede ser, en las costas de Madagascar... ¿Qué podíamos saber nosotros –Baldomero Lonquimay, dos chicas sobrinas de Lorenzo y yo– arrebujuados bajo el entablado de nuestra galería?

Yo miraba a Bernardina, una de las sobrinas de Angol. En un comienzo, allí en esa especie de cueva, nos habíamos colocado, doblado el espinazo: 1<sup>ª</sup>) Baldomero Lonquimay; 2<sup>ª</sup>) Serafina, la otra sobrina; 3<sup>ª</sup>) yo; 4<sup>ª</sup>) Bernardina. Mas luego giré sobre mis talones y quedé frente a aquella que el terror a la tempestad me hizo amar.

No puedo proseguir sin decir una gota de palabra sobre estas hermanas. Hay hermanas que sirven para realizarse mutuamente. Uno ama a la una porque la otra hace ver lo que la una tiene y no tiene. Entonces las hermanas columpian a su víctima adoradora y esta víctima, al caer por fin del columpio, cae inevitablemente de rodillas. Así, ante Serafina y Bernardina.

Serafina tenía cabellos anaranjados.

Bernardina tenía cabellos azules.

Serafina vestía de verde Veronés y a la manera de una colegiala en día domingo.

Bernardina vestía de bailarina con faldas azul y rojo y cortas, cortas.

Serafina, ante la tempestad, palidecía.

Bernardina, ante la tempestad, tiritaba.

¡Yvaya por las hermanas!

Baldomero Lonquimay, encorvado, no habló ni se movió ni figuró durante todo el suceso.

Yo... Ya hablaré de mí.

Angol no estaba con nosotros pues, a los primeros truenos, se había echado a la cama.

Ahora hablaré de mí:

Yo miraba a Bernardina, la apretaba también, yo me había ingeniosamente arreglado para que, por las rendijas de ese sótano, cada relámpago fuese luz del cielo en su luz interior; cada trueno, una sinfonía en los instintos que pudiese tener dirigidos hacia el amor.

Entonces Rosalinda, la llavera, echó fuego en la calefacción. Y hacía calor, terrible calor, no sólo bajo el entablado de la galería sino también afuera, por todas partes. ¡Era verano, pleno verano! Rosalinda, por cada trueno, vaciaba un saco de carbón en las calderas. Empezamos a sudar. Enflaquecimos. Los kilos de peso se nos desprendían y rodaban por tierra y eran allí devorados por cucarachas, baratas, arañas, alacranes, cientopíes, vinchucas, gusanos y ejércitos de otras sabandijas que viven y vivirán eternamente bajo las

tablas del piso de las galerías de toda casa que se respete y cobije grandes personas como nosotros cuatro, los allí sepultados.

Pero nada que hacer, nada.

Oíamos, a través de los muros de los cimientos, el rodar del carbón hacia las profundas calderas. Arriba, los truenos, el viento, la lluvia. Por todas partes, ¡calor!

–¡Para, Rosalinda, para! –gritábamos.

Rosalinda asomaba un ojo por la rendija principal, interrumpía un relámpago y respondía:

–¡Nada! Llueve y sopla viento...: ¡carbón!

–Rosalinda, si el agua que cae es caliente y caliente el aire que sopla.

–¡Nada! ¡Fuego!

Y desapareció el ojo y entraba un relámpago y seguía el carbón y seguía el calor.

En mis brazos, Bernardina expiró.

Este recuerdo trae otro recuerdo consigo:

Era pleno invierno de ese mismo año. Días grises y grises se sucedían indefinidamente. Habíamos olvidado la forma del Sol. Por las noches glaciales aseguraban algunos que era ella cuadrada; otros, oblonga; otros, triangular; muy pocos, lineal; uno, estrellada; cuatro o cinco, redonda. Entre éstos estaba Serafina..., de luto, rigurosamente de luto.

Y un día, en medio del hielo, del terrible hielo que no huyó, que permaneció y que aumentó, todo resplandeció y fue amarillo, tirando cada objeto por los suelos una sombra violácea.

Rosalinda, entonces, apagó la calefacción echando paladas y más paladas de nieve en las hondas calderas.

–¡Para, Rosalinda, para! ¡Si el termómetro sigue en 9 grados bajo 0!

–¡Nada! Brilla la luz solar y el cielo es turquesa... ¡Caiga nieve en las hondas calderas!

El frío fue atroz. Los 44 huéspedes de ese día en La Cantera tiritábamos y hacíamos con los dientes un ruido de máquina trilladora, en medio de una estepa nevada, trillando arroz.

En un momento Serafina se inclinó entumecida sobre Baldomero Lonquimay. Sus cabellos anaranjados cubiertos de hielo se apoyaron sobre las rojas barbas de aquél, barbas ahora trenzadas con blancas estalactitas.

Allí, trenzándose también, Serafina expiró.

Como se ve, Rosalinda, en el plazo de seis meses, se anotó dos cadáveres: uno de frío y otro de calor. Pues bien, señoras y señores, Rosalinda no es una excepción ni en esta ni en ninguna comarca de nuestro planeta. Hay seres así, absolutos, directos como impactos. Yo me atrevería a decir que esta característica de balazo tiene diferentes orígenes y que, en el caso que nos ocupa, provenía de una desconcertante a la vez que repelente insensibilidad respecto a la temperatura. Estos humanos, tipo Rosalinda –no creo que los haya no-humanos–, parecen hechos de una piel de goma, de goma muerta adherida cual un guante, pegada a las vísceras palpitantes. ¡Insensibilidad! ¡Abominable cosa de regresión! Los ojos ven: sol o nubes; los oídos oyen: truenos o pajarillos; y la piel..., la piel, nuestra piel, ella el inmenso sentido que todo lo envuelve y no necesita órgano especializado y diminuto, ella duerme, gomosa, pegajosa, gruesa, estable. ¡Qué horror!

Señoras, Señores:

Os pido que hagáis ahora un esfuerzo mental. Cerrad los ojos y concentrad vuestra mente en el personaje Rosalinda e imaginadlo lo más nítidamente que os sea posible.

¿Listo?

Bien.

Ahora haced otro tanto con la imagen de Chinchilla...

¿Listo?

Bien.

Creedme:

Estas dos mujeres no se repelieron. Simpatizaron. Que ello es inverosímil, que jamás hecho semejante ha sucedido, etc. Lo sé. Pero es la verdad: simpatizaron. Que la simpatía es entonces algo que no se rige por nada apreciable, qué decir sensato... Pensad, al respecto, lo que os plazca. Yo prefiero pensar que siempre hay una causa, que siempre hay un motivo y hasta una lógica.

Chinchilla era toda sensibilidad... De acuerdo.

Chinchilla era toda temblor del éter... De acuerdo.

Chinchilla pudo vivir tras tres espejos... De acuerdo.

No sigamos. ¿Para qué?

Mejor es que busquemos por otro lado la lógica de esta simpatía.

La lógica estaba agazapada en el cerebro de Chinchilla. No olvidemos que, a partir de los últimos días de su permanencia en el ropero, su cerebro empezó a solidificarse y a elaborar ideas, digamos mejor, las primeras ideas. Este fenómeno, que a nosotros nos ocurre en la niñez, a ella le ocurrió a los 30 años. A nosotros no nos sorprende, nos es natural pues todo nuestro organismo está en la misma etapa y hay, entonces, una armonía. A Chinchilla, por la discrepancia entre su cerebro y su organismo, este fenómeno la sorprendió, la encandiló, la fascinó y ella, ante él, quedó en adoración. Veamos claro: quedó en adoración ante sus primeros pensamientos, los protegió, los fortificó, los veneró como dádivas del Altísimo. Y en estas circunstancias no les permitió moverse ni serpentear. Los quiso así, estables, claros, absolutos, directos cual impactos.

La otra, Rosalinda, era directa antes sus sentidos. La vista, principalmente, y el oído, luego, habían monopolizado y esclavizado a los demás.

En esta vida en balazo, ambas coincidían. Diferentes eran las armas que disparaban y los proyectiles que estallaban. Pero eran balazos.

¡Pobre Lorenzo!

Lorenzo, al ver que el espejo central, en su Bóveda, se había pulverizado, pensó que el trato con las gentes y la verificación de que las horas del día y las estaciones del año variaban, harían desarrollarse debidamente el proceso cerebral de esa linda muchacha. Pero ella intimó con la llavera y –balazos van, balazos vienen– su mundo se estancó, se hizo impenetrable y, por fin, se defendió de todo acercamiento y hasta atacó. Hechos, todos éstos, que recibían el apoyo –indirecto, claro está– de la vieja e inocente cómplice.

¡Pobre Lorenzo!

Yo estuve presente aquella noche de la cena de los pescados. Fue una hermosa noche tibia, sin viento mas con brisa, con y sin estrellas, una noche en que muchos amigos y amigas nos reunimos en La Cantera y comimos, las manos en las manos, los ojos en los ojos, los labios en los labios... comimos pescados de todo el mar y todos los ríos.

Lorenzo, en un principio, estaba inquieto.

(Rosalinda sirvió percas).

Luego empezó a insinuar ideas varias hasta que habló con acento marcado.

(Rosalinda sirvió carpas).

Luego aseguró y afirmó.

(Rosalinda sirvió congrio).

Y juró sin cejar, repitiendo y volviendo a repetir.

(Rosalinda sirvió atún).

Por fin terminó como un tenor termina su romanza frente a un público que va a ovacionar.

(Rosalinda sirvió bagres).

Chinchilla entonces impuso silencio con el peso de sus ojos mudos. Ni una nota, ni un rumor salió de sus pupilas.

(Rosalinda sirvió merluzas).

Chinchilla rebatía a Lorenzo.

(Rosalinda sirvió albacoras).

Chinchilla aplastaba a Lorenzo... ¡Quién habría podido imaginarlo!

(Rosalinda sirvió esturiones).

Yo creía desmayarme. Vi que Lorenzo creía fenecer.

(Rosalinda sirvió tiburones).

Y Chinchilla no se detenía. Antes bien clamaba:

—Prima lo espontáneo en nosotros los seres así constituidos. Prima la espontaneidad, ¡oh, Rosalinda!

“Ver... ¡Oh magna velocidad jamás sobrepasada de la luz! Oír... ¡Oh rauda aclaración de las ondas sonoras que hacéis de lo respirable música!

“Ver, oír... Es lo primero, lo inmediato, el contacto puro, el golpe, la explosión, la chispa creadora y divina, el vómito de Dios. Nada de cerebral ni intelectual ni pensamental. Detenido el avance de Satán.

“Por el suelo las nefandas lucubraciones, madres desnaturalizadas de petulancias y vanidades. Rosalinda es la inmensa analogía sin pecado:

“Relámpagos... ¡carbón! Rayos solares... ¡nieve!

“Las cosas como deberían ser; las cosas como en el Altísimo brotaron. Conjunción nunca igualada del humano con la inocente naturaleza.

“¡Ah! ¡Malditas petulancias vencidas por benditas petunias! ¡Malditas vanidades, por benditos venados! ¡Malditos pensamientos de hombres, por divinos pensamientos del jardín! ¡Lucubraciones... vencidas, derrotadas, aniquiladas por culebras y por lúcumas y lúpulos!

“He ahí a Lorenzo el refinado. He ahí a Lorenzo el artificial. He ahí a Lorenzo el fabricado y no nacido..

(Rosalinda sirvió vacas marinas).

—Lorenzo no quiere incorporarse a la naturaleza; quiere aislarse; quiere saber también, saber ¡Su Señoría!

“¡Aislado! ¡Excepcional! ¡Único! ¡Torre de Marfil!

“¡Cáncer!

“Aléjase de quienes se unen, se sumergen, se funden, comulgan. De quienes oyen el viento y descifran el alma. Aléjase de quienes comulgan. Piensa que el libro enseña más que la ostia. Y rechaza la ostia y conserva el libro y... se come una ostra.

Por eso siempre que siente a la inocencia y sabiduría de purezas pasar frente a sus narices... ¡brama!”.

(Rosalinda sirvió brevas).

—¿Por qué no enfadarte contra el instinto tuyo y sí contra la intuición primera y cándida de la paloma, la azucena y el arbol? ¿Por qué creer que para ti sale el Sol? ¿Por qué no vivir dulcemente mecido entre una col y otra col? ¿Crees acaso que es otro tu rol? Y en vez de oír el órgano catedralicio, oyes a Chevalier y a Mayol. Y cuando enfermas, en vez de esperar salud de las silvestres yerbas de tu Ángel Guardián, vas a la botica y compras aliviol. Y siempre prefieres el alarido de la lechuza al trino del ruiseñol... ¡Oh, Señor!

(Rosalinda sirvió cachalotes).

Hasta este punto pude soportar. Comprendí que la cosa se ponía gravísima. Ya esto era el delirio, la demencia. Felizmente yo llevo siempre un poco de algodón en el bolsillo; clausuré mis oídos. Pero siempre pude observar que Chinchilla seguía haciendo uso de la palabra y que, a medida que hablaba, palidecía más y más. Llegó un momento en que se puso transparente. Luego cerró los ojos y cayó desplomada en su silla. Todos acudimos. Chinchilla había sufrido un grave colapso.

(Rosalinda sirvió esponjas).

Salí del comedor.

Un momento después salía Lorenzo en demanda del teléfono para avisar al doctor Hualañé.

Mientras obtenía la comunicación aproveché para darle mi modesta opinión sobre los recientes sucesos. En pocas palabras le dije que todo aquello de la fiesta de Guido Guindos, el rapto, el secuestro, la lanza, la fuga y hasta esta cena de los pescados eran cosas, a mi parecer, buenas para la vida de Rosendo Paine; que aquí había habido un error de principio al haber querido él, Lorenzo, intervenir directamente en vidas ajenas pues esto le correspondía al otro y a él, interpretar, transmutar, como le gustaba decir. Pero la comunicación telefónica se estableció y dejé a mi anfitrión en charla con nuestro Esculapio.

Dos horas más tarde llegaba éste en su automóvil. Tarde. Un minuto antes, Chinchilla había exhalado el último suspiro.

El doctor Hualañé hizo retirarse a todo el mundo del cuarto mortuario, cerró puertas y ventanas y se lanzó a la caza de ese último suspiro. Dicen que lo encontró en parlamento con un gusanillo maderero, convenciéndolo que le permitiera escapar por el agujerito que éste había taladrado en una viga del techo; que ya en el entretecho le sería fácil encontrar por donde escurrirse a la gran atmósfera que le dio vida. El doctor Hualañé lo enfrascó y lacró y, luego de expresarnos a todos sus sentidas condolencias, se alejó en su auto prometiéndole a Lorenzo comunicarle el resultado de su análisis.

En efecto, al día siguiente comunicó que el examen del último suspiro de Chinchilla había mostrado que su muerte se debió a la suma de sus características cerebrales; lo que dicho en otros términos es: la adición de sus distintivos mentales; lo que viene a ser, en pocas palabras: la superposición de sus conceptos craneanos; o sea y en resumen: el aditamento de sus ideas encefálicas.

Parece que en nosotros, los normales, lo que labora nuestra testa en el curso de los días y los años se va entretejiendo y formando, como quien diría armónicos recimos circulares de culebras cuyos innumerables cuerpos se influyen y benefician mutuamente. En cambio, en las personas como Chinchilla que empiezan tarde y de súbito a pensar, el pensamiento queda como una placa inamovible sin ductilidad. Así, la persona podría vivir largos años siempre que no formulara ningún otro pensamiento. Pero esto es más bien raro. Lo que ocurre con más frecuencia es que viene otra placa que se superpone a la primera y la aprieta. Luego otra placa se presenta y otra más, todas ellas comprimiendo a

la primera que a su vez comprime a la sustancia gris misma. El sujeto no logra mezclar ni manipular las dichas placas. Piensa con cada una y según cada una, lo que da como visible resultado algo semejante a machetazos o a balazos. Cuando las placas son siete, todavía hay posibilidades de conservar la vida del paciente pues los médicos se arreglan –gracias a su arte y ciencia– de modo que el afectado use una placa diferente cada día de la semana. Pero cuando pasan de siete..., no hay caso.

Chinchilla ya había elaborado diez.

Murió.

Los restos de Chinchilla fueron conducidos a San Agustín de Tango donde fueron sepultados. Sus funerales dieron ocasión a una sentida manifestación de duelo. Del modo que va a seguir se deslizó el cortejo por las calles de la histórica ciudad:

1º) Los Encapuchados, en número de 80, con el escudo de la Cornucopia o País de los Hombres Dromedarios, y las dos velas simbólicas;

2º) Banda de música no identificada;

3º) Guido Guindos montado en el mejor novillo de su Matadero, novillo que iba a ser beneficiado aquel día y al que perdonó la vida en vista de las tristes circunstancias;

4º) Una compañía de Infantería no identificada;

5º) Un carro con coronas;

6º) Un elefante;

7º) Un automóvil Ford antiguo, abierto, vacío;

8º) Un detective;

9º) Lorenzo Angol, de negro y llorando –A su derecha Baldomero Lonquimay, con chambergo y capa española– A su izquierda, Desiderio Longotoma, con sombrero de copa;

10º) Banda de músicos ambulantes;

11º) Tres antílopes llevando sobre sus cuernos sendas bandejas con todas las fotos de Chinchilla;

12º) Don Juan Enrique Arancibia Ocampo;

13º) Una locomotora;

14º) Los deudos de Chinchilla;

15º) Los admiradores de Chinchilla;

16º) Los detractores de Chinchilla;

17º) Dos carros con cintas, guirnaldas y codornices;

18º) Banda de música del Cuerpo de Bomberos;

19º) El Féretro;

20º) Otro detective;

21º) Quince monjes del Convento de los Jerónimos;

22º) Rubén de Loa;

23º) El barman y cuatro camareros de la Taberna de Los Descalzos;

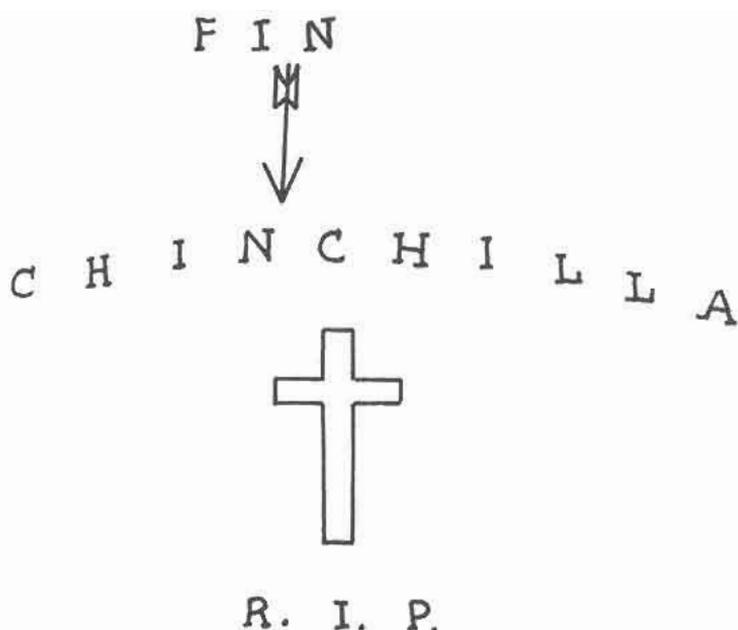
24º) Los niños cantores;

25º) Don Ricardo Cortés Mandiola;

26º) Una avestruz;

27º) Yo;

28º) La plebe, en número de 14 a 15 mil, con 119 estandartes y 8 bandas de música.



Quedó sepultada en el Cementerio Apostólico; Galería Subterránea BZ; nicho N° 88964.

Como se ve, sus funerales fueron solemnes y grandiosos. Todo ocurrió con el ritual de costumbre llevado a su grado máximo. ¡Era la difunta tan querida en su ciudad natal! Mas hubo algo que a todos sorprendió: la presencia, en el cortejo, de dos detectives. Esto jamás se había visto. Además el público aglomerado en las aceras quedó vivamente asombrado por el sitio que estos señores de la policía ocupaban en la larga procesión: el primero, inmediatamente antes de Lorenzo Angol...; el segundo, inmediatamente después del Fétetro... La cosa, por cierto, se prestaba a mil comentarios. Y con razón. Se verá:

Es que -Señoras y Señores, y por extraño que ello os parezca-. Lorenzo Angol, nuestro héroe, el hombre de intenciones exclusivamente metafísicas y meditativas, fue, si no acusado, por lo menos sospechado de asesinato. Claro está que esto no perduró en la opinión pública y pasó como pasa una simple nubecilla de viaje rápido por un cielo azul. Ambos detectives presentaron sendos informes favorables al sospechoso. El primero aseguró que, de haber culpabilidad, ella se encontraría en la proporción de 1/10.000, cosa que verificó durante todo el trayecto, tanto al oír los pasos regulares y los sollozos ininterrumpidos de su posible cliente como al ver, bajo diferentes luces y en diferentes calles, el automóvil Ford que le precedía. El segundo corroboró a su colega y, haciendo en su informe un minucioso estudio del Fétetro, se atrevió a asegurar que la culpabilidad, de existir, sería de 1/15.000. Como es sabido, ningún Código castiga cuando se presentan tales proporciones. Luego, ante los Tribunales, se presentó el doctor Hualañé con un larguísimo y científiquísimo informe sobre las causas de la muerte de su paciente, lo que terminó por borrar hasta la más levisima sospecha siniestra. Y la gente olvidó, completamente olvidó.

Pero yo, Onofre Borneo, no he olvidado y estoy seguro de que si mi tan amada Guni

estuviese conmigo, tampoco olvidaría. Es que yo miro el punto bajo otro ángulo visual. Lo miro –no como posibilidad de asesinato; sé, mejor que nadie, que tal cosa no fue–, lo miro, digo, biográficamente, es decir, en función del llamado “pacto” entre Lorenzo Angol y Rosendo Paine. ¿Por qué?

Porque la nefanda sospecha que corrió solapada y que fuerza fue desmentir con los alegatos de dos detectives y un facultativo, nació –no lo dudo– en la mente de Rosendo. Ni más ni menos así: de Rosendo.

No voy a creer, ni lo creeré jamás, que se trate aquí de una calumnia. Rosendo ha hecho únicamente conjeturas sobre los males que inevitablemente acarrea el entrometerse en lo que no es nuestro oficio, nuestra finalidad o nuestro ideal. Ha dicho que un hombre que consagra su vida a la meditación recogida no puede ser un diestro perito en el trato, ni menos en los procedimientos, con sus semejantes. De aquí ha lanzado –tal vez con demasiada ligereza– algunos comentarios sobre el mal que a la suma de las características mentales de Chinchilla le ha traído su encierro en el ropero y su amistad con el gato. Ha hecho gestos de perplejidad al saber que su amigo estaba haciendo trabajos que manifiestamente salían de su órbita y que de lleno entrarían en la de él, Rosendo, como es el dedicarse a modelar un cerebro femenino conservándole su rasgo de agua de los pantanos; tanto más cuanto que, en dicho trabajo, medió una posesión física, cosa completamente inadecuada para un solitario en meditación. Luego, al saber que subrepticamente yo, a mi vez, me había introducido en el ropero, calificó la distracción de Lorenzo –que se debió nada más que al interés por las palabras de Naltagua– como un síntoma hacia el libertinaje. Todo esto, acumulándose y pasando de lengua en lengua, llegó lógicamente a la sospecha de que he hablado.

Pero he dicho que ello no es lo que a mí me interesa; ni es ello tampoco de mi incumbencia. Para mí lo importante reside en que éste fue el primer acto de discordancia entre los dos amigos, la primera trizadura del pacto, la primera gotita mala que cayó.

Recuerdo que en aquellos dichosos tiempos en que yo le escribía a Guni, dije:

... que presumo la existencia de un tercer personaje recóndito, oculto en un arcano fuera de toda visión y de toda comprensión humanas: el personaje que sosegada e inexorablemente advierte que el encuentro entre dos de la unidad, en este plano no es cosa hacedera.

Pues bien, éste es el punto que, como biógrafo, debo anotar.

No quiero seguir sin antes repetir que, fuera de la presencia de ambos detectives, todo el cortejo fue impecable; y quiero también decir que tanto los deudos y admiradores de Chinchilla como el público en general supieron valorar debidamente la presencia en los funerales de los señores Arancibia Ocampo y Cortés Mandiola, enviados a ellos especialmente por el Supremo Gobierno de Santiago.

Ahora, sigamos.

Pocos días más tarde Lorenzo volvió al Cementerio Apostólico, bajó a la galería BZ y estuvo largo rato en recogimiento frente al nicho N° 88964.

Cayó una lágrima de sus ojos. Luego cayó una segunda y por fin una tercera.

Un momento después entró en concentración mental. Gracias a un esfuerzo sostenido y a su larga práctica pudo violar –si violar esto puede llamarse– las losas marmóreas y el ataúd e identificarse con el cuerpo yacente.

De pronto escapó. Tomó el primer tren destino a la estación de Tragatencas, es decir, a su fundo de La Cantera.

Estuvo desesperado, estuvo al borde de la locura.

Ahora que escribo aquí en casa de Viterbo Papudo, comparo estas dos situaciones muy parecidas: en 1944, Artemio Yungay frente a la tumba de Tártara Tigre, en Santiago; en 1926, Lorenzo Angol frente a la tumba de Chinchilla, en San Agustín de Tango...

¡Qué diferencia!

Artemio me parece ahora como el prototipo del hombre de acción, del hombre que, en su ansia de vida, si la vida la ve en la tumba, a la tumba se lanza. A tal extremo lo considero así que yo, como hacedor de estas páginas, sólo quisiera, para el buen éxito de ellas, que mi amigo Rosendo Paine tuviese igual ímpetu y ardor por seguir en las empresas de vibración, de máximo sacudimiento.

Lorenzo se encerró en su Bóveda. Una sensación le había acometido frente al nicho N° 88964. Y el pavor de que fue presa se debió a imaginar que esa sensación se convirtiese en obsesión y tuviese, desde entonces en adelante, que vivir bajo su imperio. El desdichado pensó que únicamente la transmutación podría salvarlo. Transmutar lo sentido, lo casi vivido, en obra. Hacerlo destilar mañosamente hacia un personaje, meter al personaje en un libro y, una vez el libro impreso... ¡dar un brinco de costado, dejar libro y personaje cargados de obsesiones y uno quedar libre!

En eso está Lorenzo ahí. ¡Lo veis!

Agachado escribe. Se pasea. Respira hondamente. Vuelve a escribir.

Dejémoslo en paz. Seguramente –si no lo molestamos pidiéndole que nos lea sus escritos– va a hacer con su obsesión de ultratumba, si logra desprenderse de ella, algo muy, muy bueno. Pero no hay que pedirle que nos lo lea. Así es que mi buen lector me perdonará de que nada de cuanto en la “mesa de pintado pino” se elabora, aparezca en estas páginas.

Puedo, en cambio, decir dos palabras sobre la obsesión misma:

Lorenzo se identificó con el huesito último del dedo meñique de la mano izquierda de Chinchilla. Debo explicar lo que en este sentido significa el verbo “identificar”: Es, gracias a la ya mencionada concentración mental, ver ese huesito, tocarlo, tenerlo en mano y, por momentos, *ser uno mismo el hueso con todos sus atributos*. Puede uno dejarlo, digamos, sobre la mesa, desprenderse de él guardándolo en un cajón. El hueso, tarde o temprano, atrae, fascina, doblega. Y uno va a la mesa o abre el cajón. Entonces no hay más remedio que incorporarse en él, vivir la vida de él, paso a paso por toda su historia. Ahora piénsese que ese hueso estuvo siempre con la hoy difunta, caminó con ella, reposó con ella, participó *todo* con ella. Cuando nosotros estábamos con ella –paseando, cambiando frases, bailando, riendo, etc., el huesito también estaba allí, estaba presente, formando parte, colaborando. Nosotros participábamos –con natural intercambio– de cierta parte de la existencia de ella, de Chinchilla; el huesito también y mucho más participaba de su vida y en un aspecto que a nosotros se nos escapaba. Nuestra participación pasa a ser como tocar uno de los resultados del vivir total de la persona; la del huesito es la participación orgánica, intrínseca, viva, cómplice presente y actuante de aquello que nosotros sólo podíamos apreciar por débiles, borrosas semáforas, que en el lenguaje corriente se llaman “conocer a una persona”. Voy más lejos: pueden hasta llamarse “poseer a una persona”. Ahora, ¡cuán lejos y pequeñito eso aparece! Ahora se verifica que fue únicamente un roce. Yes algo terriblemente extraño tener aquí, junto a nosotros, en nuestras manos, un peda-

zo de la persona misma, escondido pedazo que ni siquiera tomábamos en cuenta y que ahora revela –mudo, inmóvil– el secreto hondo y mayor de un vivir.

¡Ah! Nosotros, verdaderos miopes, vemos el pensamiento en el cerebro. Con nuestro estúpido afán de localizar, le asignamos una función determinada a cada órgano, a cada pedazo de nuestro cuerpo porque así se nos presenta, porque así es más cómodo clasificar y conversar en los salones y salas de espera. Y el conjunto, la unidad se nos escapa. Es en vano que el doctor Hualañé escribe artículos protestando de tal cosa. Todos siguen creyendo, confortablemente sentados en sillones, que el cerebro piensa mientras, por otros lados, lejísimos, con sus propias leyes y según sus propios códigos, el estómago digiere y el corazón palpita. Lorenzo ve ahora con mayor justeza y admira la ciencia de su médico, el sabio doctor Hualañé, de 100 años de edad y 75 de práctica. Ahora sabe –con el huesito allí delante, con su contacto liso y tibio– que lo que piensa, lo que ama, lo que sufre, lo que pasa por este mundo... es la fábrica entera. Ahora sabe que para cualquier pensamiento, para cualquier pasión, todos colaboraron, todos enviaron sus faenas al sitio requerido, al que nosotros miopes nos parece ver. Ahora sabe que todos esos pensamientos y pasiones –luego de haberse concentrado, para ser, viniendo de todas partes– se esparcen y diluyen por esas todas partes, y a todas ellas las tiñen, las marcan, les dan una sustancia especial y única que hace –;qué horror para él allí en la Bóveda!– que jamás en los siglos de los siglos pueda haber dos huesitos iguales. Y ve, el infeliz, –a pesar de afanarse en escribir– que cualquier parte del cuerpo, por ínfima que sea, es la diferenciación máxima, la diferenciación llevada a su extremo límite; que antes son más parecidos un abeto y una nube o un discurso y un gramo de oxicianuro que dos huesitos o dos cabellos o dos pedacitos de venas de dos personas distintas. Ve ahora las identidades personales tan ajenas y lejanas que pierde de vista toda posibilidad de generalizar, de unir, de hacer ley... Y las matemáticas mismas se le quiebran y ante sus ojos se esfuman. ¡Pobre Lorenzo!

El huesito está allí: blanco, liso, suave, tibio.

Escribe Lorenzo cánticos al hueso. Hace personajes que devoran huesos en los cementerios nocturnos; los unos cuando hay luna; los otros cuando no la hay; y uno, un negro de labios gruesísimos y de pelo blanco como el algodón, cuando llueve, cuando llueve a torrentes y hace tanto, tanto frío que todos los huesos de todos los sepulcros se entrecocan con ruido de máquina trilladora, sola, aislada en la estepa nevada, trillando arroz sin objetivo alguno. Entonces el negro cano devora y devora y se harta relamiéndose gozoso.

El guaco también está ahí.

Los libros de lomo pardo y verde.

El retrato del abuelo materno.

El ropero de tres cuerpos. Rosalinda ha hecho poner un nuevo espejo al centro así es que allí no ha pasado nada.

Todo está igual.

Pero el lápiz de Lorenzo obedece menos y menos. Otras cosas se dejan transmutar. Un huesito humano se defiende. Lucha, reacciona un huesito del dedo meñique de una mujer que fue hermosa y deslizante cual ninguna.

Hay ya cuarenta o cincuenta cuartillas escritas. Sí. Pero el huesito de Chinchilla sigue. No vale la pena seguir escribiendo; ni siquiera vale la pena fumar. ¿Qué hacer?

Golpearon a la puerta.

–Adelante

Sobre el umbral se presentó Rosendo Paine.

—Voy en mi coche a Curihue, al fundo de tu primo. Como quedas en mi camino, he pasado a saludarte. ¿Y qué tal? Todo igual aquí: solitario y aburrido. ¿Y...? (Mostró el ropero). ¿Qué hay dentro ahora? (Se rió) Pensar que si en vez de ese ropero hubieses acomodado aquel diván...; todavía tendríamos Chinchilla. ¡Y en buena te has metido!

Lorenzo puso cara de sorpresa y temor mas no se atrevió a formular pregunta alguna.

Rosendo, calculando sus efectos, empezó a pasear lentísimamente mirando cosa por cosa de la Bóveda. Por fin resumió diciendo:

—Aburrido, aburridísimo. (Pausa) Como que aguantas un mes más aquí... ¡te canonizan!

Después de largo curiosear tomó asiento del otro lado de la mesa, frente a Lorenzo, como antes lo hiciera Naltagua.

Silencio. Al fin Lorenzo se atrevió a preguntar:

—¿Qué hay de nuevo?

Rosendo no contestó porque miraba algo sobre la mesa. Ese algo era blanco, suave, lio, tibio. Lo cogió.

—¿Qué es? —interrogó.

El otro levantó los hombros con desdén.

—Me gusta. ¿Me lo regalas?

Igual gesto de Lorenzo.

—Gracias.

Y Rosendo sacó su cortaplumas, abrió un fino punzón y con él taladró el huesito. Luego lo puso en su llavero.

—Será un recuerdo de La Cantera. ¡Idiota! En la que te has metido...

Lorenzo palidecía. Al fin, tartamudeando, pudo preguntar:

—¿Qué quieres decir?

Rosendo sacó el llavero y lo agitó haciendo cascabelear las llaves. El huesito bailó sin ruido. Otra vez guardó el llavero y después de toser y encender un cigarro puro, habló así:

—Que eres un estúpido... En linda te has metido. ¿Para qué secuestrar si encantada habría venido a..., no lo sé, a..., digamos, al diván? ¿Experimentos supers, hipers...? Hombre, yo, por mi parte, feliz, francamente feliz de seguir una estrecha, cada vez más estrecha amistad contigo. Pero si te vas a hacer meter en la cárcel... Oye, cretino, debo decirte cretino: ¿qué más puedo desear yo que un amigo como tú? Pero aquí en tu Cantera, en tu Bóveda, bien, acepto y encantado. Pero amigos en la cárcel, no me interesan. Comprendo que a ti podrían interesarte, interesarte yo en la cárcel para entrevistarme y escribir entonces un poema sociológico o qué sé yo. Pero tú en la cárcel... ¿ir a verte? ¿llevarte cigarrillos? Porque entiendo que los puros todavía te hacen toser. Oye y déjame ante todo decirte una palabra sobre mí, una sola: amo la vida, las sensaciones. Y —¿para qué negártelo?— me halaga; no, me incita a vivir, a lanzarme de lleno, el saber que he de encontrar siempre aquí un rincón de paz donde se me comente líneas más arriba que el comentario vulgar. Pasa así esta Bóveda a serme como un reposo y una elevación, una sensación más, un magnífico reverso. No soy tan frívolo, no somos tan frívolos como se cree. Éste iba a ser el sitio del plácido y elevado comentario. Ahora es la guarida del culpable. Entonces ¿qué? No entiendo más nada. Entonces ¿qué, tú; qué, yo? Y de guarida de culpable pasa nuestra Bóveda a ser guarida desierta porque al culpable me lo han encerrado bajo llave. ¡Linda cosa! A mí me gusta, Lorenzo, créemelo, hombre de Dios, pensar, saber, profundizar. No te creas que eso sólo gusta o es asequible a los que, como tú, tienen —o se dan— el título de

“intelectuales”. A veces lo hacemos mejor nosotros. Sólo que el tiempo falta y mil cosas más. Sólo que ustedes creen que lo grande y fuerte está dentro de ahí, de la cabeza; y nosotros creemos que está fuera, totalmente fuera, y que la cabeza es para cogerlo. ¡Y nada y como sea! Ahora... ¡los Tribunales!

—¿Pero qué ha pasado?

Rosendo explicó.

Ya he dicho que después del fallecimiento de Chinchilla, aquella noche de la cena de los pescados, corrió el rumor de una muerte intencional. Se llegó a decir que su plato de percas contenía veneno. Otros dijeron que el veneno había sido puesto en el plato de tiburones. Y sabemos que muchos opinaron que la muerte había sido causada por su vida en el ropero. He dicho también que tanto el doctor Hualañé como ambos detectives borraron toda sospecha y que la gente había dado vuelta la hoja. Desgraciadamente la cosa volvió a plantearse. Los señores Juan Enrique Arancibia Ocampo y Ricardo Cortés Mandiola resucitaron el caso en Santiago y pidieron audiencia al Presidente de la Corte Suprema.

El primero en mantener las sospechas fue el segundo, es decir, el señor Cortés Mandiola. Se basó en que en un cortejo donde va tras él un avestruz tiene que ser un cortejo insólito; lo que expresó diciendo: “Aquí hay gato encerrado”. Explicó el asunto a su conciudadano, señor Arancibia Ocampo, mientras volvían en el tren a Santiago. Éste, repitiendo muchísimas veces: “¡vaya, vaya, vaya!”, llegó a la conclusión de que algo delictuoso tenía que haber si por las calles de una gran ciudad va un avestruz a pasos cadenciosos tras los pasos, igualmente cadenciosos, de un diputado, tanto más si es un diputado por Loncoche. La audiencia solicitada les fue concedida y después de mucho discutir y revisar, el Presidente de la Corte Suprema habló con el Juez de turno y éste comunicó telegráficamente con su colega de San Agustín de Tango. En vista de lo cual este último hizo exhumar el cadáver de Chinchilla. Esto fue lo que Rosendo explicó a Lorenzo. Terminó diciendo:

—En estos momentos, amigo, es la autopsia. Yo, en tu caso, partiría de inmediato al sitio del suceso.

Quien partió de inmediato fue Rosendo. Siguió en su coche al fondo del capitán Angol. Lorenzo, siempre más tarde, partió al día siguiente.

Al salir de la estación de los FF.CC. del E. se encontró con Guido Guindos. Éste, en breves palabras, reconfortó a su amigo. ¡Nada que temer! La autopsia, hasta en sus más mínimos detalles, había confirmado la opinión del doctor Hualañé; y la revisión de los datos acumulados, testimonios, piezas de convicción, fotografías y demás, había confirmado la opinión de los detectives. Luego, como el señor Cortés Mandiola parecía siempre suspicaz, fray Canuto, del convento de los Jerónimos, le había explicado con finísima dialéctica que el hecho de que un avestruz siga a un diputado por Loncoche o, lo que dicho en otros términos, que un diputado por Loncoche preceda a un avestruz, no es ni ha sido nunca causa ni efecto de que un hombre haya dado muerte a una mujer. Después de lo cual el señor Cortés Mandiola se había convencido y el asunto fue definitivamente sobreseído.

—Lorenzo, luego de agradecer los datos a Guido Guindos, se dirigió a casa del doctor Hualañé, en la calle del Escapulario. El ilustre Esculapio le confirmó lo dicho por el subgerente sólo agregando, al final de su relato, que un pequeñito detalle le había llamado la atención: la autopsia había mostrado que el esqueleto de Chinchilla carecía de un hue-

sito, de uno solo, nada más; pequeño huesito que en los esqueletos normales y que gozan de todas sus facultades, es siempre blanco, suave, liso y tibio.

Lorenzo no hizo objeción alguna y se retiró pero se estremeció al pensar en el llavero de Rosendo.

Como tomó el nocturno para regresar a La Cantera, pasó antes, a eso de las 7, a comer algo a la Taberna de los Descalzos. Allí se encontró con Desiderio Longotoma, quien le dio los últimos detalles del lamentable suceso.

Los restos de Chinchilla –siguiéndose remota costumbre del Cementerio Apostólico para con todos los exhumados– no habían sido reseputados en el mismo nicho, el BZ 88.964, sino en uno nuevo: Galería Subterránea FT, nicho N° 44.185. El primero –se sigue la remota costumbre– había quedado y quedaría siempre vacío. Mas, mientras los médicos legistas hacían la autopsia, Baldomero Lonquimay se había presentado al Ayuntamiento y había pedido hablar con el Vicecorregidor del mismo, quien junto al Contraprior de los Jerónimos, dirigía todo lo concerniente al cementerio que nos ocupa. Baldomero Lonquimay, siempre solemne y elocuente, venía a proponer que con el nicho vacío de la que sido había linda mujer, se iniciara una nueva costumbre que los años, y luego los siglos, se encargarían de convertir en noble tradición.

Esta costumbre consistiría en poner en la boca de cada nicho vacío una reja, de modo de convertirlo en una jaula. Como no es lógico ni moral que una jaula esté inhabitada, dentro se harían vivir diversos animalitos.

El Vicecorregidor se entusiasmó con la idea pues ella acarició sus sentimientos estéticos. Acto continuo se puso en comunicación telefónica con su colega, el Contraprior, quien pidió no más de  $\frac{3}{4}$  de hora para estudiar la cuestión. Consultó todos los cánones existentes de cuantos Concilios haya habido y llegó a la conclusión de que ninguno estaba en pugna con lo solicitado por su colega del Ayuntamiento. La proposición de Baldomero Lonquimay fue, pues, aceptada, dactilografiada, sellada y firmada. El Vicecorregidor entonces preguntó a su visitante:

–Para este nicho que iniciará la tradición ¿qué huéspedes cree usted adecuados?

Baldomero Lonquimay respondió sin titubear:

–Conejos.

Y la cosa se hizo.

Éstos fueron los datos que dio Desiderio Longotoma.

Como el nocturno partía a las 10 y 14, el tiempo sobraba. Un taxi y, ¡al Cementerio Apostólico!

Bajaron ambos a la Galería BZ. En efecto: en el que había sido claustro adormecedor de lo que en este mundo vil quedase de Chinchilla, ahora jugueteaban alborozados cuatro o cinco blancos conejillos. Lorenzo los contempló emocionado. Desiderio Longotoma les alargó varios ramos de tierna lechuga y un puñado de rábanos. Luego Lorenzo le suplicó lo dejase solo.

Cualquiera supondrá adonde el hombre fue. Silencio. Allí está. Es el nicho FT-44185. La flor que se posa contra la fría losa funeraria es la más hermosa magnolia que jamás hayan hecho crecer los jardines de San Agustín de Tango.

Las 10 y 14 pm. Parte el nocturno. Dentro de él un viajero pálido medita.

Las 10 y 14 pm. Se agita la Taberna de los Descalzos. Un cliente regordete y de ojos vivarachos pide otro whisky.

Las 10 y 14 pm. Siguen las fiestas de inauguración en una jaula. Cuatro o cinco conejitos comen rábano y lechuga.

Las 10 y 14 pm. Cae la paz eterna sobre un nicho. ¡Chcht! Chinchilla duerme.

Bien. Mi intención era seguir ahora con la vida de esas gentes, mis buenos amigos biografiados. Pero tengo sueño. A mi vez he tenido que ir a San Agustín de Tango, por asuntos que no es del caso mencionar aquí, y el viaje me ha fatigado. Cuando la fatiga me toma hay algo que me dice que ella se debe, más que a traqueos, a que siga sin resolver cuestiones de mayor interés para mí; Bárbara y Colomba han de estar siempre allá en La Torcaza. Es necesario, es indispensable ir hacia ellas. Bueno es que me dedique a vidas ajenas pero también debo dedicarme a la mía. Sí. Iré a mi departamento a arreglar una vez más mi maleta londinense. Sólo quiero decir, antes de abandonar pavo y naranjo, que, en mi visita a la ciudad vecina, pude verificar con mis propios ojos el acierto que, hace más de 18 años, tuvo Baldomero Lonquimay al proponer a los señores Vicecorregidor del Ayuntamiento y Contraprior de los Jerónimos, el nuevo empleo para los nichos de los exhumados.

El Cementerio Apostólico de aquella localidad va creando en su seno, poco a poco, un pequeño doble viviente de su verdadera e inmensa personalidad de fallecidos. Como allí la gente es nerviosa y apasionada, los hechos delictivos —y que llegan al homicidio— son frecuentes. Además, como allí los abogados son extremadamente hábiles, los casos de exhumación son proporcionalmente más numerosos que en cualquiera otra ciudad del mundo. Así es que el zoológico en miniatura que se está formando junto a nuestros semejante fenecidos, empieza a ser de franco interés para el turista y aun para los deudos de los difuntos.

Mucho aprecié aquel nicho con iguanas como también el nicho de los ornitorrincos. En cambio encontré que en el de las gallinas catalanas, el gallo no estaba a la altura de sus compañeras. Triste, por su escaso movimiento, el de las culebras. De una nota muy alegre —y muy extraña por el sitio mismo— el de los canarios cantores. Curioso el del sapo. Demasiado simbólico el de las mariposas; le quita naturalidad. El del tapir, desproporcionado; demasiado bicho para tan poco nicho. Admirable el de los monitos titíes; yo, como los demás visitantes, pasé buen rato dándoles avellanas. Visité, por cierto, el BZ-88964 con sus conejitos blancos, tataranietos o acaso tatarachosnos de los que iniciaron la cosa; me sentí emocionado. Después de mirar el de los tranquilos caracoles y de dar un poco de maíz en el de los patos, no quise abandonar el camposanto sin concentrarme unos instantes frente al FT-44185. Sentí mucha pena.

Bueno, gente que alguna vez esto lea, me vence el sueño. Y tengo además que arreglar mi maleta.

Muy buenas noches.

# *TOMO III*

46  
(Gris)

Tampoco he podido partir ahora a La Torcaza. El tren a Comepumas se ha marchado lleno, repleto de viajeros pero sin mí. No ha faltado el importuno que me dice que todo es debido a mi maleta de Londres. ¿A quién se le ocurre tener una maleta londinense? Cuando es sabido, archisabido que las maletas deben ser de Manchester. Y esto para que se aparezca –como por evocación– otro sujeto a decirle a uno que no, no, señor: las verdaderas maletas son las de Birmingham. Y esto evocará a otro que, para liquidar la cuestión, alegará que hay que tener maletas nacionales. Tal vez la cosa no resida en mi maleta. Porque es el caso de que otro sujeto más ha venido a decirme que no es posible alejarse de Santiago en vísperas de año nuevo.

Año nuevo... Una vez más. Esto no va a terminar nunca. Año nuevo... No había reparado en ello. Y parece que en tal fecha la gente debe quedarse donde está. ¿Y el tren repleto de viajeros? Seguramente esos viajeros, antes de marcharse, no estaban donde estaban. Por eso... En fin. No entiendo. La cabeza entera me zumba. Hay una confusión inexplicable. Veamos si se puede poner un poco de orden. Es probable que yo no haya nacido para biógrafo. Las fechas me bailan. Y nada que hacer pues, sin duda, mañana es el último día de un año y pasado mañana el primero del siguiente. Es algo inaudito. –¿Y Bárbara? ¿Y Colomba? Realmente es inaudito. Pero veamos si hay posibilidad de un poco de orden.

Difícil, difícilísimo va a ser pues mañana es 31 de diciembre de ¡1944! Por lo tanto pasado mañana será 1º de enero de ¡1945!! Y esto ha sido repentino, sin gritar ni: “¡agua va!”. Tal vez estoy malo de la cabeza. Pues veamos, veamos:

Lo primero que acude a mi memoria son las cartas de Artemio Yungay. Aquí tengo las copias. Fecha: todas ellas 1944. Y cuando las leímos, esto no me llamó la atención, lo encontré completamente natural como que era completamente natural. Y ahora lo encuentro abracadabrante. Porque Guni desapareció en 1942, sí, por ahí por la mitad del 42. Y estamos ahora en el último fin de 1944; sea unos 30 meses. ¿Qué ha ocurrido en este tiempo? Veamos: sé muy bien lo que ha ocurrido: tengo aquí un diario de los principales acontecimientos de la guerra. Me basta echar los ojos sobre cualquier día allí indicado para recordar cuándo la noticia llegó. Recuerdo los antiguos pesares cuando el triunfo no se veía; recuerdo mis entusiasmos saltando de triunfo en triunfo. Pero, ¿y si yo fuera de eso? Hay aquí un vacío. Me parece increíble que Bárbara y Colomba –si es que han permanecido en mi catedral– estén en ella más de 2 años. Y más de 2 años que Guni gira y gira. Increíble. Hay que ir a La Torcaza. Pero ¿qué gano con proponerme viaje? Mi maleta... Y es año nuevo.

Ahora recuerdo mi regreso de San Agustín de Tango, en el tren, después de la visita al Zoo en miniatura del Cementerio Apostólico. Recuerdo que, al salir de éste, me asalta-

ron indomables deseos de visitar el otro, el verdadero, el Zoo de San Andrés; y allá me lancé. Después de esos nichos apretados, ¡qué lindo ver un rinoceronte pasearse holgadamente por entre corpulentas encinas! Y ver los osos blancos lanzarse al agua haciendo piruetas, ¡qué sensación de libertad! Y las jirafas sin ningún techo para elevar su largo cuello, ¡cuánto facilitaban nuestra propia respiración! Y los canguros saltando sin tropiezo, ¡cómo nos invitaban a saltar de Arica a Magallanes! Y las aves rapaces dentro de tan inmensa jaula que en nada les estorbaba para volar de tronco a rama y de rama a calavera caballuna, ¡con qué certeza nos hacían sentir que en la aviación está el porvenir! Y los silenciosos peces nadando a sus anchas en el gigantesco acuario, ¡oh, qué ganas inyectaban de tomar un barco y atravesar los océanos recordando que no hablar es una virtud capital!

En verdad ahora dudo de si la idea de Baldomero Lonquimay fue tan acertada como sostienen los habitantes de San Agustín de Tango. Pero en todo caso es una idea original y distrae a los muertos en sus horas de hastío.

Mas lo que quería recordar, porque recordándolo estoy, es el tren que me trajo a Santiago. Iba a llegar un poco después de las 8 de la tarde. Se me imponía ir al restaurante. Como venía con hambre, repasé de memoria cien veces la lista que me alargaría el camarero. ¿Qué iría a pedir? De pronto pensé que pensar en eso era algo totalmente inútil pues un plato *determinado*, y no otro, tendría que pedir. El plato que fuese ya estaba en..., en el futuro mío. Y lo espantoso del caso es que así fue. En el restaurante recorrí en vano la larga lista. Tuve que pedir un uno; ése que ya estaba indicado. Entonces, ¿para qué haber pensado tanto durante el viaje? ¡Tanto haber pensado en el tren cuando al fin me iba a comer en el restaurante un filete Miñón! ¿Por qué me estafas, por qué me explotas cerebro?

Pero volvamos al viaje. Llevo los dos tercios del trayecto y logro, por fin, desplazar de mi mente el plato ineludible que me espera. Claro que, aunque muy ineludible, yo ignoro aún que ha de ser filete Miñón. Pues podía ser congrio frito o criadillas al canapé o riñones saltados o higaditos de ave, etcétera. En fin, logro deshacerme durante unos momentos de mi destino fatalista. Durante otros momentos me asalta y me desespera la idea de mi plato que no puede ser otro que el que va a ser. Fue filete Miñón, ya lo he dicho y... ¡yo no lo sabía! ¿Cómo es ello posible puesto que me comí un filete Miñón y no un congrio frito? Claro está que pude haber pedido higaditos de ave. ¿Pude? Esto jamás los hombres lo sabrán. Filete Miñón.

En fin, logro deshacerme –a ratos...– de la tiranía ya existente del restaurante.

Aquí se presenta, atravesando el pasillo, el sujeto del año nuevo. No he de nombrarlo. Es un sujeto cretino.

–¡Ola! –me grita al apercibirme en mi asiento.

–¡Hola! –le respondo subrayando la “h” que el bestia se tragó.

–Ola..., ola...

–¡¡Hhola!!

–¿Y qué tal?

–Muy bien.

–Vaya, vaya, vaya...

Parecería que en todos los trenes entre San Agustín de Tango y Santiago de Chile tiene que haber un señor que diga: “Vaya, vaya, vaya”. ¡Ah! Porque yo no había olvidado al señor don R. Cortés Mandiola espetando sus criminales sospechas y a don J.E. Arancibia Ocampo respondiéndole: “Vaya, vaya, vaya”.

El tío en cuestión prosigue:

-Conque a Santiago... ¿eh?

-Sí, gracias.

-Vaya, vaya, vaya. Yo también, a Santiago.

Ahora yo aprovecho y digo:

-¿Va usted a Santiago? Vaya, vaya, vaya...

-Sí. A pasar el año nuevo. El año nuevo hay que pasarlo en Santiago. Al menos yo siempre lo paso en Santiago el año nuevo. ¿No cree usted que es lo mejor pasar el año nuevo en Santiago?

-No lo sé. Yo pienso seguir mañana al campo.

-¡Aaah! Tendrá una fiestecita... Pues yo, para que usted vea lo que son las cosas, con fiestecita y todo, prefiero pasar el año nuevo en Santiago. Tal vez sea costumbre, pura costumbre, porque siempre he pasado en Santiago el año nuevo. ¿Usted no?

-A veces, sí.

-Lo comprendo. Porque se pasa muy bien la noche de año nuevo en Santiago.

-Así es.

Hubo un largo silencio. De pronto me dijo:

-Yo tengo mi asiento en el otro vagón.

Le contesté:

-Yo lo tengo en éste.

-Vaya, vaya, vaya.

Nuevo silencio. Al fin lo rompió:

-Ahora voy al vagón que sigue para atrás a ver a unas chiquillas macanudas.

Aproveché nuevamente:

-Vaya, vaya, vaya.

-¿Faltará mucho para llegar?

-Un poco más de una hora.

-Vaya, vaya, vaya. Bueno, sigo a ver a las chiquillas. Y le aconsejo que pase el año nuevo en Santiago. Se pasa muy bien en Santiago el año nuevo. ¿Quiere el diario?

-No, gracias. Ya lo leí.

-¿Qué hora es?

-Las 7 menos 7.

-Vaya, vaya, vaya. Va lleno el tren.

-Lleno.

-El año nuevo, pues. Todo el mundo quiere ir a Santiago. ¿Qué horas me dijo?

-Las 7 menos 6.

-Yo creí menos 7. Me voy a ver a las chiquillas.

-Hasta pronto.

-Y ¡feliz año!; por si no nos vemos.

-Gracias, igualmente.

-Gracias.

Así, de este modo inepto, vine a percatarme de que nos acercábamos a 1945 y que, por lo tanto, mediaban como 30 meses desde la desaparición de Guni y la aparición de las otras dos. Esto me hundió en una especie de estupor, me atrevería a decir, de pavor.

Vi que me encontraba en un torbellino de épocas.

Tres épocas que se entrechocaban y que tal vez –por eso el pavor– se destruirían mutuamente.

¡Ah! Ahora veía que de tiempo atrás había yo querido, algo inconscientemente, poner en esto un poco de orden. Ahora veía lo que me había inducido a dividir estos papeles que escribo en tres partes, a delimitarlos para evitar mayores confusiones, para ver con mayor claridad en mi propia vida y eludir así daños como éste que acabo de sorprender: más de 30 meses en que sólo la existencia fuera de mi persona habíase grabado en mi conciencia quedando la interior envuelta en neblina.

Pero allí en el tren no era posible poner orden. El tren –como había notado el sujeto aquel– estaba repleto, archirrepleto y además el mismo “sujeto-aquel” podía volver a pasar en demanda de su asiento en el otro vagón y prodigando sus “olas” y acaparando las “h”. Y otras preocupaciones me absorbían a pesar mío: el restaurante que me esperaba se acercaba y se alejaba regularmente. Creí que, al alejarse, podría entregarme a dilucidar esa mi amnesia o especie de amnesia. Pero apenas me veía libre de tener que escoger un plato me asaltaba otro problema, terrible problema, insoluble problema:

“¿Por qué, para qué viaja tanto la gente en Chile?”.

A mí no me viene el tipejo del “ola” con que la causa es el año nuevo que todo el mundo, como él, quiere pasar en Santiago. No cae en mi amnesia el haber verificado cientos de veces que trenes, microbuses, tranvías, colectivos y qué sé yo, están siempre, en este país, archirrepletos. Y, que yo sepa, año nuevo hay sólo uno en el año. ¿Por qué, para qué viaja tanto la gente en Chile? Todos están perpetuamente yendo de un sitio a otro; y a mí, no sé por qué, me deja este ir y venir la impresión de total inutilidad. Tengo la certeza de que si aquí se viajara sólo cuando hay que viajar, todos los vehículos de transporte llevarían la quinta parte de pasajeros.

Ahora se me impone el problema si es o no motivo para tomar el tren y ocupar un asiento más –aunque sea en el otro vagón– el ir a pasar el año nuevo a la capital... Insoluble problema. Supongamos, sin embargo, que sea motivo. Bien. Pero entonces ¿de dónde venía el fulano del “ola”? Estoy cierto de que... de ninguna parte. Puedo asegurar que se había ausentado de su tan querida ciudad de Santiago sólo para tener que regresar y ocupar un asiento. Aunque falten las pruebas de peso, todas mis antenas me lo afirman y confirman.

Así reflexionaba yo en el tren cuando en paz me dejaba el que pronto iría a ser, indefectiblemente, forzosamente, un filete Miñón aunque la ley de probabilidades daba iguales coyunturas al congrijo, a las criadillas, a los higaditos o a los riñones. ¡Y pensar que en el futuro de cada humano puede haber y hay a perpetuidad, y además, una corvina en salsa tártara, un pato a la naranja!

¿Por qué, para qué viaja tanto la gente en Chile?

Y la división en tres partes de estos papeles, la división que yo creí simplemente literaria –y que ahora sorprendía como vital: “Gris, Azul, Rojo”–, mi división retrocedía, se borraba.

¿Por qué? ¿Para qué?

Por nada, para nada. A uno, por ahí, se le ocurre de pronto que con esos huevitos puede llenar una canastita y llevarla a la comadre; otro piensa que ya hace más de un mes que no ve a su compadre y lo va a ver para no hablar nada con él; éstos saben que el tío está sufriendo de mal de estreñimiento y la familia entera se pone en viaje como si su presencia pudiese desestreñir; aquéllos han oído decir que en tal o cual sitio las camisetas

las venden tres pesos más baratas y parten diez o quince personas. Así es la cosa. Gente de hace unos dos siglos atrás, gente que hace de todo el planeta una gran provincia. ¡Vaya una idea también dar ferrocarriles y autobuses, y ahora hasta aviones, a semejantes provincianos! Se debería volver a la carreta con bueyes para todos aquellos que no presentarían causas mayores de traslado. Facilitar tales vehículos de movilización ha sido como facilitar teléfonos a las jovencitas provincianas de Santiago. ¡Horrible cosa! Cuanto antes, sí, cuanto antes debería...

Aquí fue interrumpida mi meditación por un golpe afectuoso en el hombro y una voz que me dijo:

—¡Ola!

—¡Hola!

El sujeto regresaba. Me preguntó:

—¿Cansaditos vamos?

—No mucho.

—Es cierto que usted tiene costumbre de viajar. Yo también. Yo viajo mucho, más de lo que creen... (¿Quiénes serán los que creen?). Ahora, no más, apenas llegue, voy a tener que ir al sur, tal vez hasta Temuco. Es decir, no ahora-ahora; será después del año nuevo porque el año nuevo, le diré, a mí me gusta pasarlo en Santiago. Encuentro que es donde mejor se pasa el año nuevo. Bueno, sigo al otro vagón, a ver mi asiento que, a lo mejor, algún metete me lo ha tomado. Porque ahora viaja tanta gente. El año nuevo, usted comprende, y Santiago... Pero a mí no me quitan, así como así, mi asiento. Por lo demás le dije a Ernesto que me lo cuidara. (¿Quién será Ernesto?). Bueno, amigo, tiene uno que preocuparse de sus asuntos. Así es que ¡hasta luego! Y no crea que se me olvida: ¡feliz año! Sé lo deseo ahora por si no nos vemos: ¡feliz año!

—¡Feliz año!

Desde la portezuela se volvió para indicarme el vagón posterior. Luego hizo el gesto que se hace cuando se prueba un guiso exquisito. Y desapareció.

Santiago. (El filete Miñón. ¿Por qué me estafas, por qué me explotas, cerebro?).

Por fin, Carlomagno 106. Unas cuantas horas de tranquilidad. Consideremos ésta mi vida partida en tres. Podemos hacerlo frente a esos tres lienzos que cuelgan del techo: uno rojo, uno gris, uno azul. Se tratará únicamente de alzarlos para ver qué hay detrás, pero alzarlos con sumo cuidado de modo que eso que hay detrás no se astuste y escape.

Ésta fue mi primera determinación. Subordiné a ella lo que hubiese de venir.

Como siempre que vamos a emprender algo de importancia en nuestra vida, sonó el teléfono. Invitación: don Bartolo Traiguén; mañana, fiesta en su casa, año nuevo. Pierdo un tanto, bastante, mi centro de gravedad cuando cojo el auricular: acepté. Si Bárbara y Colomba han esperado 30 meses, bien podían esperar algunos días más. Fue la disculpa que me di.

Volví a los lienzos.

Me encontraba en falta con esas dos mujeres; además el recuerdo de Guni se había acentuado. Por esto, tal vez, me dirigí primero al lienzo rojo. Me senté frente a él. Mi mano derecha no distó más de unos 20 centímetros de su borde inferior. Un cuarto de hora tardé en llevar la mano hasta tocarlo. Había que proceder con mucho cuidado. Lo cogí. Alcé por espacio de media hora para llegar, alzando, a la altura de mis ojos.

Vi un pequeño escenario rojo iluminado con luz verde. Todo él era de felpa. Al centro, de pie, serena y bella, estaba el Ansia mía.

Danzó.

Fue primero la danza de mis ansias, de todas las aspiraciones mías, de todos cuantos anhelos hierven en mí; visibles algunos, a flor de piel otros, ocultos no pocos. El ansia, el ímpetu, la necesidad indomable de un algo, del Algo.

Fue luego la danza engrandecida por el ansia de la especie, por el ansia de lo que es vivo y se vierte arrasando tras de algo, del Algo.

Todos los sentimientos, en ese pequeñito escenario, se entrechocaron.

Solté el lienzo. Silencio.

Procedí de igual modo con el segundo, el azul. Un nuevo teatrillo en miniatura se presentó ante mis ojos. Era más reposante por ser todo azul. Al centro, un personaje nítido, recortado pero del que no pude distinguir el sexo.

Empezó a girar de pie sobre una plataforma.

El personaje bailó sobre ella, anduvo, saltó, corrió. Sin duda allí, a pesar de la vertiginosa velocidad que a veces alcanzaba la plataforma, se encontraba a sus anchas. Yo fui comprendiendo primero, temiendo después, un semejante suelo para mí. Su fuerza centrífuga me lanzaría a romperme los huesos fuera. Quise aminorar la velocidad. No obedeció. Aquello era independiente de mí, tan independiente e ineludible como lo es todo hecho consumado con su lógica –quién se o no, sea ella lógica o no– implacable porque así es, porque así fue. Pronto me di cuenta de que si insistía yo en entrometerme en los hechos del escenario, el personajillo en cuestión me razonaría, me razonaría y me razonaría hasta demostrarme lo que bien se le ocurriera.

Solté el lienzo y respiré.

Algo nervioso alcé, sin mayores precauciones, el lienzo gris.

Un teatrillo también y también todo en gris. Pero vacío. Su suelo empezó a hacerse más y más líquido hasta que rebasó y vino a caer a mi propio suelo donde se confundió con el entablado. Lo pisé fuertemente. Un poco más y ahora yo me habría puesto a bailar. Pero me detuve cogido de pronto por la curiosidad: ese mi propio suelo iba tomando también los contornos de una plataforma. Y empezaba a girar... Comprendí el peligro. Se desprendió de mis dedos este último lienzo.

–¿Qué había sacado en limpio después de este experimento? Hasta ese momento, nada. Mas presentía que, si no todo, por lo menos una parte del problema se aclararía. Visto lo cual descolgué del techo los tres lienzos, los doblé cuidadosamente y los guardé, mientras tanto, en mi maleta de Londres. Puesto que por culpa de don Bartolo Traiguén no me marcharía al fondo... Y además no es conveniente que una maleta adquirida en Londres esté demasiado tiempo vacía. Como que empiece a hastiarse...

Obvio decir que los tres escenarios habían desaparecido. Inútil calcular quién se los habría tragado. ¡Ah y ojalá hubieses sido tú, Guni mía! Y su tú no has sido, entonces ¡mil veces ah y ojalá hayas sido tú, la que has de venir a ocupar el sitio de mi Guni adorada!

En este momento tiemblo. En este momento, aquí en Loreto, escribiendo y respirando el perfume del naranjo, comprendo temblando que, al escribir lo ocurrido hace días en mi departamento de Carlomagno, acabo de pensar y estampar por primera vez la posibilidad –acaso el deseo– de que Guni tenga una reemplazante. Tiemblo. Para menos temblar, juro aquí que, mientras allá verificaba la

súbita ausencia de los escenarios y creía a pie juntillas que Guni los había tragado, juro aquí que allá no pensé en reemplazante alguna. Esto me ha acaecido ahora, hoy, junto al aroma del naranjo y a la visión del pavo. (Acaba de llegar al patio). He escrito: "...ojalá hubieses sido tú...". Influencia de este patio; allá habría escrito: "Felizmente los has tragado tú...". En fin, volvamos a aquel día, digo a aquella noche porque ya eran más de las 23 horas cuando los tres lienzos –rojo, azul y gris– se introducían en la maleta.

Reposé. Fumé. Colegí. Había allí una clave, a no dudarlo. La tercera plataforma, la gris me obsesionaba. Porque era la de *mi* suelo. Era la que tendría que estar siempre pisando, la de aquí y de todas partes, la *actual*.

Entonces junté las dos palabras subrayadas: "mi-actual". *Mi*= lo que me pertenece, incumbe en el más alto sentido; *Actual*= hoy y, como siempre para mí, vivir, estar viviendo, tiene que ser hoy; *Actual*= el existir de ese "mi". Lo que me dio, sin réplica: el Presente; sea esa cosita que siempre es pasado y porvenir a la vez pero que es la única que se viste, come, bebe, fuma y demás; ayudada por las otras dos que son ella, sin duda; pero, no hay duda, la única que este momento escribe y ama a Guni pues las otras... ¡oh, las otras!: escribieron y amaron; escribirán y amarán..., tal vez.

Desde ese momento el Presente fue gris para mí.

Acto continuo la clave se resolvió:

El Pasado fue Azul;

El Porvenir fue Rojo.

Y encontré extremadamente curioso y hasta cómico que tres colores diferentes fuesen tres letras iniciales iguales –Presente, Pasado, Porvenir–; y que tres letras iguales –P.P.P.– fuesen los tres puntos diferentes y hasta contradictorios de mi persona, los tres puntos que me descuartizaban tirando para tres modos distintos.

Revisé. ¿Qué duda podía subsistir?

Azul... ¡Claro está! 1926 y demás años de mis personajes. Pasó. Y como pasó así fue; y como fue así pasó. Aquello pasado yo puedo, sí, interpretarlo, mirarlo de abajo arriba, de arriba abajo, pensarlo, relacionarlo, deducirlo, inducirlo, manipularlo, pesarlo, clasificarlo, historiarlo, disecarlo y qué sé yo. Todo ello –por mucho que me emocione y hasta emocione a mis presuntos lectores– es labor del intelecto; lo que además tenga, es barniz. Es el ver, analizar y estampar. ¡Ah! ¡Ahora veo, ahora comprendo! Lo que amarra y une son las pasiones. El pensar coloca en sitios. Pertenece al pensar eso de "aquí, ahí y allá". Las pasiones no tienen más que el "aquí". Ahora comprendo por qué todos mis personajes se han independizado, han dado media vuelta a lo que yo quería hacer de ellos, han dejado de ser creaciones mías y andan hoy por las calles como yo, como usted, como cualquiera. Tienen ya sus propias plataformas, ajenas, lejanas a la plataforma madre que los dio a luz. Se van, se han ido porque tal es su esencia. Y caminan y duermen y comen. Y yo..., perrito perdiguero que he de seguirlos a través de un pasado que fue como fue. ¿Cómo fue? Aproximémonos con la mente, con inteligencia. Mas sin podernos fundir jamás.

Esto es lo que empecé a sacar en limpio aquella noche: que la inteligencia es... ¡azul!

Rojo... ¡Claro está! Bárbara y Colomba están en suspenso. Los suspendido caerá. ¿En? En "después". Porvenir. La figurilla aquella del escenario rojo-verde danzaba entrechocando las pasiones, los sentimientos, las emociones. Claro está. El porvenir es el sembradero de los deseos, la casa en que están escondidas todas las respuestas. ¡Ah! Nosotros pasamos

buscando la llave de la casa. Lastimoso papel hace nuestro potente cerebro cuando quiere emplear la serie de verbos, que empleé para el Azul, en esto que viene en camino mas aún no llega. Claro está: lo pasado viviseccionarlo; lo porvenir, no. Que pasen y pasen todas las posibilidades. ¡A ver si tenemos la destreza suficiente para cogernos rápidamente a la mejor cuando pase! Y en lo que a mí se refiere, las dos damas de La Torcaza lo saben y pueden darme algunos datos. Hay que ir a ellas, ir desenfrenadamente, a que estallen las pasiones. Habrá que ir. *Habrà*. Que las pasiones, por ende las soluciones, están en futuro.

Por lo tanto también saqué en limpio aquella noche que la pasión es... ¡roja!

Gris... ¡Dios mío! Es ahora. Y siempre va a ser ahora. Por ahora, ahora es éste mi cuaderno y el lápiz y el naranjo y el pavo. Y Viterbo Papudo que ha llegado a casa y charla con alguien en la habitación vecina. Gris es esta plataforma. Por desgracia mía no es la plataforma azul de mis felices compañeros de antaño. Quedémonos en esta plataforma que pisamos.

Lo espantoso es que nuestra plataforma gira y gira sin cesar, por muy presente que sea. Y así, dando vueltas que marean, hay que mirar, estudiar, inducir, deducir, manipular, etc. a los demás, a los del pasado, a los azules. Tarea difícilísima, imposible. Si al menos esta plataforma se detuviese de tiempo en tiempo... Uno cree que todo se mueve a nuestro alrededor. Error. Ahora yo sé que es nuestro suelo el que gira y gira. Lo demás ahí está quieto, firme, crece, vive. Si se pudiese al menos transigir, un pequeño arreglo... ¡Qué feliz sería! Por ejemplo —¿por qué no?— que los pies, ya que están sobre la plataforma, girasen; y el cuerpo también, si se quiere; hasta el cuello, concedo, no regateo. Pero que nuestra testa, nuestra noble testa quede, ¡por favor!, inmóvil. ¡Oh, qué maravilloso sería una cabeza siempre inmóvil! ¿Por qué no ha de ser posible? ¿O lo será?

—¡Adelante, caballero!

Era don Irineo Pidínco, era con don Irineo Pidínco con quien hablaba Viterbo, don Irineo, el hombre muy versado en toda clase de brujerías y entendido en materia de siembra y cosecha del garbanzo. Este buen hombre sabe de cosas raras una enormidad. Y ya que ha tenido la amabilidad de pasar a saludarme después de su entrevista con Papudo, le preguntaremos varias cosas, así como sin querer. Sé que a este señor Pidínco le gusta cuando se le toma en cuenta.

Hasta aquí todo iba más o menos bien pues, aunque el girar de mi plataforma me era asaz mortificante, imaginar mi cabeza inmóvil me complacía. Desgraciadamente don Irineo borró de mis esperanzas toda esperanza. He aquí lo que me respondió después de presentarle yo claramente el caso:

—Imposible, don Onofre, imposible. Fíjese bien. ¿Estamos? Sus pies giran, su cuerpo gira, hasta su cuello gira. Su cráneo no gira. Coja usted un cordel o un elástico o un monigote de cera o de lo que sea, con una mano hágalo girar por la parte baja y con la otra manténgalo inmóvil. ¿Ve el resultado? ¿Ve cómo se enrosca y retuerce? Mí querido señor Borneo, ¡Igual le pasaría a usted!

—¿Y cuáles serían las consecuencias, señor Pidínco?

—Vea: a las 8 vueltas, disturbios gástricos; a las 36 vueltas, crisis hepática; a las 102 vueltas, impotencia sexual; a las 207 vueltas, colapso del corazón y muerte.

—Triste fin.

—Tristísimo. Si no es indiscreción, ¿podría aventurarme a posarle a usted una pregunta?

—Por cicrto.

– ¿Por qué tales deseos, don Onofre? Ellos son propios de un alma en pugna consigo misma. ¿Padece usted tanto, don Onofre?

–Sí, don Irineo. Ayer... Bueno, ayer era diferente a hoy. Ayer Guni estaba conmigo, es decir que presente y porvenir ¡eran uno, señor Pidinco, eran uno! Y desde ese *uno* admirable contemplábamos, serenos y felices, moverse, enredarse y desenredarse al otro, al pasado, al azul pasado. ¡Cuán dichosos éramos! En cambio, hoy Guni se ha marchado y yo he quedado con un presente gris sin un porvenir rojo que le dé significado. Entonces el gris me hace girar como a un trompo y pasan y pasan, hasta emborracharme, un azul y un rojo, una mezcla de ambos, un violeta atroz que no soporto. Créame, don Irineo, no se puede vivir así. Créamelo usted: no se puede ver el pasado –y verlo es mi deber– cuando el porvenir es un hoyo. Es como si alguien quisiera echar sus ojos al porvenir sin tener nada, ni un día ni una hora de pasado, si a cada instante y permanentemente fuese casi un recién nacido. ¡Imposible!

–Según entiendo, señor mío –sin querer ofender a nadie–, el quid del asunto está en la dama que se marchó y que usted acaba de mencionar..., Goni, Gusi...

–Guni.

–Guni, eso es; Guni, ya lo decía yo. En ella está el quid, ¿no es así?

–Así es, ni más ni menos.

–Entonces, ¿por qué no la hace usted volver?

–¿Y cómo? ¡Si ni siquiera sé, don Irineo, dónde demonios pueda estar!

–Eso es lo de menos, señor mío. Según tengo entendido –gracias a nuestro sin par y común amigo, el señor Papudo, aquí presente en la habitación de al lado–, tengo entendido, digo, que posee usted un fundo; La Guadaña, si mi memoria me es fiel...?

–En efecto tengo un fundo. Se llama La Torcaza.

–Eso es, La Torcaza; bien lo decía yo. ¿Estación de...?

–Comepumas.

–Exacto, Comepumas... Lo iba a recordar, Magnífico, entonces. ¿Osaría mi humilde persona colocar una pregunta más?

–Sin duda.

–¿Hay rosales en La Torcaza?

(Temí que el hombre empezara a divagar).

–Sí los hay.

–¿Y algún jacarandá?

(Mí temor se acentuó).

–Dos.

–Estupendo... Dígame, señor Borneo, siempre que mi visita no sea para usted una insoportable incomodidad...?

–De ningún modo.

–¡Oh! ¡Cuán agradecido quedo! Señor Borneo, ¿puede usted decirme si en esos rosales, que ha tenido usted la bondad de afirmar como existentes, hay, nutriéndose de sus jugos, hay de esos bichos que llaman elefantitos?

–Sí los hay.

–¿Me entiende usted bien? Tienen una trompita negra, patitas negras también, y una caparazón blanca, negra y amarilla de curiosísimo dibujo. Son duros, ¿verdad?

–Sí, duros.

—Entonces es fácil que la señorita, la señora, perdón, la señorita, eso es, bien lo decía yo, la señorita Guni vuelva a su lado, don Onofre.

(Que el hombre avanzaba hacia la locura, no lo dudé. Debo haber puesto una cara de espanto).

—¿Se extraña usted? —inquirió presuroso.

—No, señor, no me extraño sino escucho.

—Es usted la amabilidad misma. Le diré entonces, señor mío, lo que tiene usted que hacer apenas llegue a su fundo: dibuje en la tierra el plano de su digna morada, dibújelo con un bastón cualquiera, y marque dentro el sitio que ocupa su cama. ¿Me comprende? La cama es importante en estos asuntos. Bien; en medio de ésta indique un punto. En este punto clave una estaca de palo de jacarandá. Tiene que ser así. Por eso mi pregunta anterior. Tiene que ser de jacarandá.

—¿Por qué?

—Calma, señor mío; no ha llegado aún el momento de decirlo. Sigamos. Atrape usted luego uno de esos elefantitos; pero ha de ser de sexo femenino. Indispensable: sexo femenino. Con un hilo lo amarra, y el otro extremo del hilo lo ata usted a la estaca. El bicho empezará a andar mas, como está atado, girará y, al girar, irá enrollando el hilo a la estaca. Señor Borneo, irá acortando ese hilo más y más. Señor Borneo, el elefantito, al fin, quedará junto y pegado a la estaca. Señor Borneo, la estaca está clavada medio a medio de su cama de usted. Señor Borneo, repitiendo varias veces este acto, la señorita Guni, desde su ausencia, empezará a hacer otro tanto, indefectiblemente, y llegará a..., a sus brazos, don Onofre, a sus brazos.

—¿Es posible?

—Sí, señor, y muy posible. Así operan los árabes cuando un esclavo se ha escapado y, créame usted, el esclavo vuelve. Sí, señor. Esto lo cita nada menos que sir James George Frazer, altísima autoridad. Sir James George no lo cree, es un escéptico como usted. Lo siento mucho porque es verdad. ¡Si lo sabré yo que soy versado en estas materias! Los árabes usan otro bicho, un escarabajo que no hay en Chile. Pero nuestro elefantillo de los rosales da iguales resultados. Puedo probarlo, señor Borneo.

—Bien, pruébelo usted.

—No sé si su memoria le acompañe, don Onofre, como para recordar aquellos grandiosos funerales —hace ya de esto 18 años— de la malograda y tan recordada señorita Chinchilla..., que en paz descanse.

—Ciertamente. He tenido que escribir, no ha mucho, una relación de los mismos.

—Entonces ha de recordar usted el escudo que llevaban los Encapuchados.

—Ciertamente: el escudo de la Cornucopia o país de los Hombres Dromedarios.

—Eso es, exacto. Pero yo osaba referirme al dibujo y color de dichos escudos. No sé si los recuerda usted. Haga memoria, señor mío, haga memoria.

—Ahora veo: sus formas y colores estaban inspirados en formas y colores de la caparazón de esos elefantitos.

—Muy justo. ¿Qué más prueba quiere usted?

—En verdad... No veo la relación... ni menos la prueba.

—¡Aaah! Lástima es. Tal vez no ha llegado aún el momento de que lo sepa usted como aún no ha llegado el momento de saber por qué la estaca tiene que ser de palo de jacarandá ni por qué el bichito que gira ha de ser del mismo sexo que el ausente. Pero puedo anticiparle que es ello una prueba irrefutable. Y debo marcharme, señor don Onofre Bor-

neo. He tenido gran placer y alto honor en saludar a usted. Hasta pronto. No olvide el acto maravilloso del plano, la estaca, el bicho y el hilo. Éxito asegurado. Hasta pronto, señor mío, hasta pronto.

Y se marchó don Irineo, agachadito bajo el peso de su hongo viejísimo.

Ensayaremos.

Pero siento cómo la fe me abandona.

Y es 31 de diciembre de 1944.

Fiesta en casa de don Bartolo Traiguén. ¡Qué lata!

Esto es la plataforma gris en toda su opulencia, esto es lo sin pasado ni porvenir, esto es lo hoy estancado, petrificado. ¡Malditos sean mil veces los teléfonos y las gentes que por ellos nos sorprenden!

Para darme ánimos pensé que en todo, aun en lo peor —como tiene que ser el señor Traiguén enfiestado— hay algo bueno. En este caso lo bueno era para mí la casa, la mansión de este caballero. Ya pocas van quedando así en nuestra ciudad. Linda mansión, sin duda. En su jardín, en su parque, en sus patios, en sus largos corredores y, para qué decir, en sus salones, antecorredores y comedor podía uno balancearse cómodamente desde don Mateo de Toro y Zambrano hasta nuestros días. Era sólo cuestión de mover los ojos, de alargar una mano, de dar dos pasos. Esto me proponía yo mientras me dirigía a la fiesta: mover los ojos, alargar la mano, dar un par de pasos. Llegué. La mansión, el grande y magnífico caserón, sencillamente no estaba. Había desaparecido. Así, sin más: había desaparecido. Quedé lelo.

Creo que cualquier persona ha visto más de alguna vez desapariciones: estamos charlando con un amigo, pasamos un instante al cuarto de al lado, volvemos: el amigo no está. Y no se me negará, aunque este hecho es completamente natural y en nada choca con las leyes racionales, que se siente un cierto desasosiego como si hubiésemos rozado lo sobrenatural. Igual cosa cuando hemos dejado nuestro paraguas en el paragüero y luego, al ir a recobrarlo, no está. Es tan lógico que un señor se marche en nuestra ausencia como que nos roben un paraguas; sin embargo, el desasosiego aquel nos golpea. Hay que imaginarse entonces qué fuertísima impresión se ha de sentir cuando no un simple ciudadano ni un pequeño objeto se evaporan sino toda una casa, ¡y qué casa!, casi un castillo, con jardín, árboles, centenarios árboles, corredores de pilares tallados, habitaciones inmensas, torre, terrazas, perros guardianes, tinajas, muebles de ébano y caoba, estampas seculares, campana, palomar, rejas forjadas, escalinatas, loros, canarios, ¡todo!

Lo único que quedaba inamovible..., don Bartolo Traiguén, Señora, familia y tía.

Porque don Bartolo Traiguén tiene una tía, ¡y qué tía!

Me bastará con decir que es la tía, y no don Bartolo, la dueña de la mansión que fue y del terreno en que un día se levantó. Es, por lo tanto, la tía —y no don Bartolo, como generalmente se cree— la dueña de varios pequeñitos edificios blancos de ventanas transversales, que hoy reemplazan al caserón, y del terreno en que se levantan.

Después de equivocarme varias veces en ese dédalo liliputiense, encontré la mampara que me correspondía. Entré, subí y sentí una nueva impresión de magia, no tan aguda como la anterior pero, en fin, no poco desconcertante. A juzgar por dicha mampara y por la escalerita que trepé pensé que luego me hallaría en diminutas habitaciones. No. Por obra de magia, repito, el arquitecto de ese villorrio para enanos, había agrandado el interior de tal modo que me encontré súbitamente y boquiabierto frente a un gran living de vastísimas proporciones rodeado de salones, salas y vericuetos. Sin embargo, la magia del

constructor, tan eficaz en sentido horizontal, había fracasado, a causa de una contra-magia que se me escapa, en sentido vertical. Extrañísima cosa pues, que yo sepa, el espacio comúnmente escasea hacia los lados y nunca hacia arriba; no obstante, así como para los lados era aquello enorme, así era bajo, aplastado para arriba, y tan aplastado que los contentulios de gran estatura se despeinaban cada vez que intentaban pasar bajo las lámparas pegadas en los techos. Extrañísima cosa, digo, pero en materia de magia si no es don Irineo Pidinco, ¡vaya uno a entender!

La fiesta pasó sin alternativas dignas de mención. La única que encontré no poco singular –¡es que las ideas de magia me acosaban!– fue la de que yo había entrado allí en 1944 y, a pesar de haber estado pocas horas con aquella gente, había salido de allí en 1945. Mágica, mágica cosa en verdad. Pero después de la visita del señor Pidinco todo se puede esperar.

Conversé con mucha gente, conversé con el anfitrión y conversé con la tía.

Me retiré después de las 2 de la madrugada, me acosté y, por remover impresiones y conversaciones, no dormí.

Hay cosas raras en este mundo, las hay, en todo caso, en este país.

Para hablar de las que vi después de la fiesta de la familia Traiguén debo empezar por decir una palabra sobre uno de los temas más gratos y antiguos a mi especulación y cavilaciones: *Los Egrégores*. Que nadie se asuste. Aquí únicamente vamos a rozarlos y apenas. Nos bastará una definición de ellos –corta y justa– y es la que nos da Pierre Mabile, según la citación que de él hace Juan Larrea en su estudio *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*. Dice Mabile:

Llamo egrégores, palabra empleada antaño por los hermetistas, al grupo humano dotado de una personalidad distinta a la de los individuos que lo forman.

Ojalá que esto nos baste por ahora y como clave mágica de la repentina desaparición del Solar de los Traiguén –quiero decir de la tía de los Traiguén–. Dije que ante tal desaparición quedé lelo. Al comienzo fue ese simple estupor –como ante el sujeto que se ha marchado o ante el paraguas robado– aumentado al tamaño de lo que ha desaparecido. Luego fue un sentimiento entre mágico y religioso el que me asaltó al verificar la existencia, presencia y actuación de un egrégor.

Voy a narrar el hecho –gris entre los grises– tal como se me fue presentando, después de la fiesta y mientras no dormía, aunque ello no constituya una narración lógica. En cambio cronológicamente, diría, es una narración exacta:

Aquí –me dije con absoluta seguridad– hay un egrégor, dominante entre todos ellos, que tiene a sus órdenes, como a esclavo, a un enorme y poderoso grupo *chilensis*. (Claro está que no dudé de que su poder se extendiera a muchas otras partes de la geografía; pero como mi ira por la ruina de la mansión Traiguén predominaba en mí, lo clavé aquí, como peculiarmente *chilensis*). Este egrégor les ordena, a todas esas gentes, y ellas obedecen con todos los demás canales cerebrales herméticamente cerrados. El canal más obstruido, más atacado es el de... (vacilé cómo nombrarlo; me dije al fin): el de los Campos Elíseos.

(Porque un cuento que hace muchos años me contó, en París, mi amigo Oscar Fabres, se me impuso en la memoria atropellando toda lógica de sucesión y, ahora, toda lógica narrativa. He aquí el cuento):

Bajaban una tarde por la avenida de los Campos Eliseos dos viejecitos, amigos de mucho tiempo, a tranco corto y charlando. De pronto uno de ellos echa mano al bolsillo y saca un paquete de cigarrillos, baratos cigarrillos, y se dispone a fumar. El otro lo detiene y le dice:

—No fumes, amigo, no fumes.

—¿Por qué?

—El tabaco es malo para bronquios y pulmones.

—No lo creo —responde el fumador—; yo fumo desde los 20 años, tengo ahora 78 y nunca he sentido nada.

El otro entonces:

—Es que, además, el tabaco es malo para el bolsillo...

—¿Estás loco? —clama el primero—. ¿Malos para el bolsillo estos cigarrillos de nada, de a 3 francos, el paquete de 20? ¡Locura!

El otro lo para. Saca una libreta y un lápiz y se apronta a probar lo avanzado:

—Oye; fumas tú desde los 20 años; tienes 78: son 58 años fumando. El año tiene 365 días, pues te perdono los bisiestos.  $365 \times 58 = 21.170$ . ¿Oyes? 21.170 días fumando. ¿Cuántos fumas al día?

—Un paquete únicamente.

—¿Y cuánto te vale el paquete?

—Ya te lo he dicho: sólo 3 francos.

—Bien. Tenemos entonces:  $21.170 \times 3 = 63.510$ . ¿Me oyes? ¡63.510 francos...!

El fumador, al oír esta cifra, queda estupefacto y detiene un momento el fósforo que iba a encender su cigarrillo. El otro, de pronto y triunfante, exclama mostrando un enorme escaparate como los que hay en los Campos Eliseos. Tras el cristal, un lujoso automóvil Delahaye con un letrero que reza:

Precio: Frs. 61.500.

—¡Mira, mira! —le grita al pobre fumador que enciende asustado su cigarrillo—. Un hermoso Delahaye; precio, lo ves: 61.500... Si tú no fumaras ni nunca hubieses fumado, pues podrías entrar ahí, comprarte el coche al contado y todavía te sobrarían 2.010 francos...

El agobiado partidario del tabaco queda un momento perplejo. De pronto pregunta:

—¿Tú fumas?

—No, amigo, ¡qué he de fumar!

Luego, sonriente y aspirando una bocanada, vuelve a preguntar:

—Entonces... ¿por qué no entras allí y te compras el coche al contado? Te sobrarán 2.010 francos.

Después de esto ambos viejecitos siguen su paseo por los Campos Eliseos, en silencio largo rato.

¡Ah, sí! Éste es el canal, el tubito que más cierra, atasca, anula el egrégor que nos ocupa. Pero veamos —pensé— de qué armas se vale el egrégor para que se ejecuten sus mandatos; porque una cosa es que exista y que apreciemos y palpemos sus indiscutibles resultados, y otra es el *cómo*, la herramienta, la puesta en práctica.

Cayó el viejo caserón. Ellos —los Traiguén— creen —¡uf! hay que ver cuán convencidos están...— que cayó por orden de ellos, orden nacida de sus voluntades libres aunadas. Yo sé que recibieron la orden. ¿De qué modo? Busquemos la *herramienta*.

Por extraño que parezca, la herramienta no fue ni la piqueta ni el azadón ni la pala

—como los Traiguén creían mientras el caserón caía. No. Fue una curiosa herramienta que yo llamo; no, que se llama “lap’i-apel”.

(Si quisiéramos permanecer en un puro casticismo, deberíamos escribir: “lápiz y papel”; es, por lo demás, lo que ellos quieren decir; mas como siempre han pronunciado y seguirán pronunciando —cuando abordan estos tópicos y fruncen el entrecejo— “lap’i-apel”, así se llamará esta herramienta).

Cayó, se derrumbó la mansión a los golpes del lap’i-apel; y a impulsos del lap’i-apel creció en su lugar la cité liliputiense.

Recordé aquí a un amigo francés, diré mejor parisiense, diré mejor montmartrense, pues creo que, hasta el día en que salió en avión para Chile, no se había alejado más de medio kilómetro de Montmartre. Por asuntos de negocios visitó con mucha frecuencia el solar Traiguén. ¡Cuánto le gustaba! Se distraía con don Bartolo, tratando tales asuntos, respirando el aire y el alma de aquella vetusta construcción. La llamó *la maison aux fantômes*. Acertadísimo nombre: “la casa de los fantasmas”. Claro está. Si los Traiguén, en dotación completa (señor, señora, hijos, un sobrino, la tía, empleadas, jardineros, chofer, etcétera) eran, como lo supe, 22, sépase que los fantasmas que allí rondaban eran 66. Había 3 por cada individuo de carne y hueso. Don Mateo de Toro y Zambrano, en persona, trajo a los tres primeros.

Aquí una angustia me apretó el corazón.

“¿Y los pobres y buenos fantasmas? —me pregunté—. ¡Oh, Dios mío, qué éxodo! Sólo tiene paralelo con la fuga de hoy día hacia y desde Berlín...”

Y vi los fracasos humanos que el lap’i-apel provoca, a cada rato, en todas partes, con malicia, picarescamente, forzando a esos humanos a emplear enteras sus facultades para no desmoronarse. Si parece que a estos egrégos les gustara también reír.

Recordé la casa Jozz, el inefable palacete de Ascanio Viluco, el crítico y erudito, desposado a la hoy señora de Viluco, una de las más conspicuas damas de nuestro mundo. Me reí, sintiéndome yo mismo jefe de un egrégor, y consideré que, después de todo, no había estado tan mal el año nuevo en casa de los Traiguén. Tenía razón el sujeto aquel del tren: se pasa bien el año nuevo en Santiago de Chile...

El palacete Jozz... El terreno y el dinero fueron de Viluco; los planos, de su amigo el arquitecto Ladislao Casanueva y Limarí. Quisiera que alguien viera hoy esos planos, antes del primer palazo en el suelo. Fueron aceptados por Viluco y madame Viluco y fue felicitado Casanueva y Limarí. Empezó la construcción. El arquitecto tocó un pito y cien robustos brazos se pusieron a la obra en medio de las malezas del entonces terreno baldío. Viluco, que presenciaba, se enjugó una lágrima de emoción. Junto con enjugarla, pasó en un Cadillac, lentamente, madame Viluco; saludó con la cabeza a Casanueva y Limarí, con un guante a su esposo, con los párpados a los primeros cincuenta obreros, y se alejó.

Empezó aquí a vaciarse el plano a la tierra.

El papel se hacía cemento. La tinta se hacía hierro.

Ascanio se hacía cheques. Ladislao se hacía führer. Y un diablito bandido, ¡ah!, de día se hacía el tonto y de noche lo complicaba todo.

Total: hubo que cambiar cierto punto del plano. Luego hubo que cambiar otro punto. Luego fue necesario modificar la gran escalera. Luego fue menester trasportar a otra parte el comedor. Luego hubo que abrir una ventana más al oriente y cerrar dos al poniente. Luego y por fin fue indispensable, allí sobre el terreno, arreglar, limpiar y aceitar todas esas tuberías por donde el papel con sus dibujos pasaba a la realidad.

¿Por qué pensé en esto? ¿Qué asociación de ideas me llevó al erudito y su morada? Ahora veo:

Un plano, después de todo, está hecho con lápiz y papel y, mientras se hace, hay encima de él un perito agachado y concentrado. Es decir, un plano es un lap'i-apel. El palacete Viluco vino a mi memoria como un ejemplo del camino seguido por un lap'i-apel hasta hacerse construcción. Sea, el camino inverso al del solar Traiguén que hizo el camino de construcción a lap'i-apel, y lo hizo con absoluta perfección pues encima de él hubo otro señor perito agachado y concentrado. Como luego este proceso fue seguido por uno de lap'i-apel a construcción, la cité enana, esta cité me evocó el proceso Casanueva Limarí-Viluco. Tal evocación tenía, como todas las evocaciones, un motor para ponerla en marcha. El motor aquí fue el permanente fracaso que asoma a cada descuido (gran escalera, comedor, ventanas, etc.), que obliga a emplear a fondo las facultades del hombre y que hace reír a diablitos nocturnos y a egrégos. En el fondo fue la idea-motor de fracaso. Ella traía, para los pensamientos que en mí se iban desarrollando, la idea de error, de error fundamental aunque no aparente ni actuante, digamos de una vez, la idea de tontería, de inepticia..., sí, señores, que no se deja en la calle, sin techo ni alimento, a 66 fantasmas de tan ilustre linaje.

Esto hace el egrégor de aquí. Cuando todos estamos en paz, disfrutando de una vida equilibrada y hasta fecunda que muchos sinsabores ha costado organizar, llega, indefectiblemente, un señor agachado y concentrado que, lap'i-apel en mano, nos demuestra —sin que a él nada le vaya ni le venga; ¡qué demonios!, es el egrégor quien lo hace convertirse en títere—, nos demuestra, digo, que si a nuestra buena, fecunda y equilibrada vida “le metemos lap'i-apel”, veremos, con claridad solar, que tal vida no es equilibrada, no es fecunda, no es buena y que sólo una alucinación nuestra nos hace estar conformes y felices pues, en el fondo —“¡méntale lap'i-apel y verán!”— estamos terriblemente desconformes y somos horriblemente desdichados. Este señor, que es un técnico, un perito, un técnico-perito, habla con precisión. Resume todo lo anterior en una sola frase escueta:

—No es negocio.

Entonces —siempre recostado en mi cama de Carlomagno, mientras el primer sol del año se mostraba y fumando a pesar del vejete N° 2 de los Campos Elíseos—, entonces recordé el otro fundo, el fundo que yo visitaba en lejanos tiempos, el otro, Lo Yrurettagoyenagorigoitía, el lindo fundo en que viví en mi infancia y que su dueño, mi tío Modesto Borneo, vendió a..., ¿a quién creéis? Pues a: ¡don Bartolo Traiguén! (De aquí nace la amistad que siempre nosotros, los Borneo, hemos mantenido con ellos, los Traiguén).

¡Oh, cuán bien recordé! Y sobre todo recordé, más que nuestros juegos de niños y paseos de jóvenes, más que las noches oscuras con graznidos de chunchos, más que las trillas y vendimias, recordé el gallinero de Lo Yrurettagoyenagorigoitía. Espléndido gallinero que duró cinco años. ¡Qué de pollos y pavos y huevos comíamos! Hasta que llegó un señor —me parece verlo: agachado y concentrado— que sacó de su bolsillo un papel y un lápiz y le dijo a mi tío:

—Usted debería liquidar el gallinero.

—¿Por qué?

—Métele lap'i-apel y verá.

—¿Veré qué?

—Que no es negocio.

Acto continuo le metió lap'i-apel. Señores: ¡hasta el gallo falleció!

Recordé cuán difícil nos fue desde entonces comer un pollito frío, empezar un almuerzo con una cazuela de ave, servir los domingos un pavo asado y hasta saborear el más elemental de los platos: un par de huevos a la copa. Mi madre se entristeció, mi tía enfermó, los invitados se alejaron, yo enflaquecí y el viejo hortelano se lamentó mas sin que hubiese ni un oído caritativo que oyera sus lamentos.

Al llegar a estos recuerdos me atreví esa noche en Carlomagno y me atrevo hoy en Loreto a proclamar paladinamente, aunque protesten filósofos, financistas, dialécticos y eruditos, que durante aquellos cinco años, en el fundo de Lo Yruretagoyenagorigoitía, se comieron pollos, gallinas, huevos y pavos GRATIS.

¡Ah, señores!

Es que la tierra alimenta *sola* a las aves de los hombres de buena voluntad.

¿No?

Dejemos Lo Yruretagoyenagorigoitía, dejemos que allí don Bartolo se refocile y ven-gamos, simplemente, a La Torcaza y a pocos meses atrás cuando, al paso de una agacha-do-reconcentrado, había también desaparecido el gallinero.

Había gente, mucha gente. Para el día siguiente, domingo, se quiso hacer la cazuela de ave de reglamento, pavo para la noche y una tortilla de huevos. ¡A comprar, a comprar! ¿Y dinero? ¡Las carteras! ¡El Contador! ¡La caja fuerte! Las frases de rigor: "Anótelo en mi cuenta particular; présteme, se lo pago el lunes; etcétera". Un empleado a caballo. No hay gallinas, bonitas gallinas por menos de \$ 35 o \$ 40; ¿pavos?; qué menos de \$ 60; los huevos, bonitos huevos, \$ 1.20 cada uno. ¡Demontres! Como que sigamos comiendo campestre-mente y los alojados no se vayan... se arruina La Torcaza. En cambio antes... Nada ni nadie se arruinaba y se comían aves como quien come pan.

¿Rehacer el gallinero?

¡Uy! La cantidad de gallinas y pavas... y al precio que ahora piden...; oiga, caballero, ¡y lo que comen es...!; y al precio de hoy del maíz y del trigo...; saque la cuenta; métale lap'i-apel. Sin embargo, el vecino, con un fundo más chico y su gallinerito, come y come y come. Tal vez, pero no es negocio. Pero come y no se arruina ni se arruinará. No sé si se arruinará o no, pero si le metemos lap'i-apel se tiene que arruinar; no ahora, claro está; a la larga; sí, sí; sí es cuestión de verlo; ¿tiene usted un papelito por ahí?; aquí tengo lápiz; siéntese y calculemos. Imposible, voy justamente a su fundito; me ha invitado a una gran cazuela de ave y ya faltan 20 para la una. Si yo no digo que no se pueda comer una cazuela y dos cazuelas y tres; es que no se dan cuenta. Pero se comen la cazuela. Porque no saben, son ignorantes y si supieran le meterían lap'i-apel y verían que no es negocio; es mucho mejor comprar las gallinas, los pollos y los pavos porque, fíjese usted... Pero si sigo comprando me arruino, señor. No se arruina porque metiéndole lap'i-apel usted verá... Pero no comeré, y a mí me gusta una barbaridad un pollito fiambre. Pero tenerlos vivos y comiendo... ¡cuestión de lap'i-apel, que no engaña! Sí engaña. No engaña. Sí engaña. ¿Cómo va a engañar si no puede mentir? Sí miente. No miente. Sí miente.

La Torcaza empieza a tener un nuevo gallinero. Comemos cuanto se nos ocurre. Co-memos pollitos de buena voluntad... ¡Qué le vamos a hacer! Aunque no sea negocio co-mer, yo como.

Estas reflexiones y recuerdos me venían durante aquel amanecer. En este momento, mientras escribo aquí en Loreto, un gallo de la casa vecina acaba de cantar.

Falta un principio. Hay una canaleta obstruida en el cerebro.

No cabe duda: el lap'i-apel es el que verdaderamente produce. ¿Cómo discutirlo?

¿Quién va a discutirlo? Con razón lo dicen: no miente, no puede mentir. No era esto lo que yo negaba después del año nuevo de los Traiguén. Era más bien una pregunta que quería formular. ¿Cuál? De pronto llegó:

“El producto de nuestro lap'i-apel, ¿en qué se invierte, para qué sirve?”.

Inmediatamente recapitulé desde mis más lejanos recuerdos hasta aquella mañana. Luego, sin haber dormido, salí. Muchas veces cuando no se duerme se ve con mayor nitidez. El día entero –1º de enero– hice las visitas del caso y, en cada una, con mucha maña gracias a la beneficiosa falta de sueño (“Dad al César...”; en casa de los Traiguén se bebió bastante y de inmejorable calidad), supe llevar la conversación al tema de mi interés, sobre todo cuando visité a mis relaciones ducharas en él. La recapitulación y las visitas dieron unánimemente igual resultado:

“Aquel producto sirve, en última instancia, para *darse gustos*”.

Perogrullada, si se quiere. Ya lo sé. Basta con pensar que, en el reverso de ese “darse gustos”, sólo es posible la existencia del avaro en sí, del avaro absoluto. A veces las perogrulladas son necesarias.

Mas aquí viene un punto interesantísimo. Cualquiera creería que, cuando se han obtenido los frutos del lap'i-apel y puede uno empezar a darse gustos, se ha empezado también a conquistar la *máxima libertad*.

¡Error!

Porque aquí, a su vez, el gran egrégor remata su obra. El gran egrégor implanta e impone una lista severísima.

“¿Por qué? ¿Para qué?” –me preguntaba.

“Cosas del egrégor –me decía–. Ya lo averiguaremos”.

Mientras tanto la severísima lista me parecía inexplicable, fantástica, sin son ni ton.

¿Comprar un álbum con discos de fonógrafo? La lista me respondía: “sí”.

¿Mirar un árbol y complacerme bajo su follaje? La lista ponía mala cara.

¿Comprar en la ciudad un pollo a lo Spiedo? La lista me decía: “permitido”.

¿Comerlo de mi propio gallinero? La lista, lo hemos visto, es categórica: “no”.

¿Decorar mi casa? La lista, reverenciosamente: “por supuesto”.

¿Decorar la que habita un amigo o un empleado? La lista aseguraba: “imposible”.

Y la cosa es más curiosa, más misteriosa aún: decorar nuestra casa con materiales adquiridos en el mercado ciudadano, la lista le felicita a uno y hasta le ayuda; decorarla con materiales propios, sacados de nuestra propia tierra y elaborados por uno mismo...; la lista murmura: “mal hecho”. Y si uno insiste en esto o ante cualquier negativa, le meten a uno de inmediato un lap'i-apel, si es que no le quitan el saludo para siempre. Se me asegura que más de una vez a más de un pobre individuo lo han encerrado, por estos motivos, en la cárcel. Espontáneamente viene a la cabeza, entonces, la idea de meter lap'i-apel a los discos, al Spiedo, a la decoración doméstica, etcétera. No hay que hacerlo. Pues le alegarán a usted acto continuo:

–¿Por qué meterlo en cosas que son darse gustos?

–Es que es el caso de que para mí, darme gustos, es el árbol, el gallinero, la casa del compadre...

–Eso no puede ser darse gustos pues si le mete usted lap'i-apel verá que todo ello es negocio. ¿Y quién –a no ser un demente– puede tener gusto en perder su dinero, en arruinarse?

–Entonces, señor mío, ¡métele usted lap'i-apel a sus discos, a su rotisería, a su palacete!

—¿Está usted loco? ¿Me cree usted un avaro que voy a estar metiéndolo en mis propios gustos, que voy a estar confundiendo los gustos de mi adorada esposa y mis tiernas criaturas con los negocios?

Queda uno boquiabierto. Mas como de este círculo no hay medio de salir... o huye uno en avión o se pega un tiro.

Y la lista, la redacción de la lista, se nos vuelve a presentar ¿Quién la redactará? ¿Quién separará, quién echará de un lado y del otro?

Esperar la respuesta. No nos queda más, por muy gris, espantosamente gris que esto sea.

Trifón Bucalemu tiene 200 años. Aventaja, pues, al doctor Hualañé, en 100. Tiene barbas blancas que le llegan hasta las rodillas. Viste de verde oliva con una gran capa color ladrillo y alpargatas azules casi negras. No lleva ni ha llevado nunca sombrero. En cambio jamás se ha separado de su bastón, un noble bastón de madera de espino.

Fue interrogado por los periodistas sobre su longevidad. Respondió que la debía a su buena vista. Como los periodistas no comprendieran su enigmática respuesta, explicó que la buena vista que el Destino le había obsequiado (no cree en Dios) le había permitido ver siempre hasta la raíz, ver *la raíz* de todo el problema, de cualquier complejo, del más insignificante enredo, de la más complicada tribulación, de la más rebelde contradicción. Por lo tanto nunca había tenido vacilaciones ni rompecabezas. Consecuencia natural: nunca había enfermado. Esperanza legítima: pensaba vivir aún 200 años más.

Se comprenderá que un hombre así me pareció como caído del cielo. Supe que Viterbo Papudo lo conocía bastante y lo consultaba a menudo (¿acabaremos alguna vez de conocer y descifrar a Papudo?), por lo que le pedí una tarjeta de presentación que este buen amigo me escribió enseguida y gustoso. Llamé un taxi.

Trifón Bucalemu vive en la calle Lira entre Berna y Silva, es decir, casi en las afueras de Santiago.

Me recibió con máxima afabilidad y me pidió compartiera su té, exquisito té de Trivandrum, en Travanchoe, extremo sur de la India.

Le expliqué con calma mis dudas, mis "¿por qué?", le aseguré que devaneaba por sorprender las intenciones del egrégor, le confesé que de la severa lista de lo permitido y prohibido no comprendía ni una sílaba. Además le narré, casi sollozando, el fin del solar Traiguén y la aparición del villorrio para pigmeos.

Trifón Bucalemu no me contestaba; me escuchaba con suma atención y, ofreciéndome a cada rato de su exquisito té, me incitaba a que siguiera mi relato. De cuando en cuando me obsequiaba un pancito de jengibre, de ese rico jengibre que crece a orillas del Mar Muerto. Luego acariciaba a su perrito, un pequeño bulldog francés, color ceniza. Como este animalito simpatizara visiblemente conmigo me atreví a preguntarle su nombre. Me respondió:

—Gil Blas de Santillana.

—¿Qué edad tiene?

—544 años. Es mucho más viejo que yo.

Seguí hablando:

—Al pensar en la lista, señor don Trifón, siento —mas sin precisar— como una presencia invisible junto a mí, siento— ¡oh, acaso y ojalá me equivoque!— la mano del capitalismo dirigiendo con un dedo erecto el manejo y aplicación directa de esa lista. Créame usted, señor, que a veces me lo imagino con los cinco dedos de una mano erectos; y no le exagero

a usted, don Trifón, que hay noches de insomnio en que lo veo con los diez dedos de ambas manos todos erectos. Es horrible. Siento –¡qué quiere usted...!– que al fondo el capitalismo está enredado en todo esto y, al sentir así, pienso que es el capitalismo un egrégor inquebrantable. Pero si quiero comprobarlo, me defraudo. Porque los lap'i-apel (yo le había ya hablado de esos seres agachados y concentrados) no lo saben, lo ignoran totalmente y cuando uno se lo dice ponen tal cara de estupefacción que uno se aterra y no le queda más que escapar. Obedecen, obedecen sin saber.

“Imagínese usted, señor Bucalemu, que hace años mi tío Modesto Borneo –que en paz descansa– tenía un fundo. Se llamaba Lo Yruretagoyenagorigoitía, en el ramal de San Fernando a Pichilemu, estación Peralillo. Junto con adquirirlo, recuerdo que mi tío se declaró solemnemente –y entiendo que con sobrada razón–: ‘Capitalista libre y soberano’. Al comunicarlo a sus relaciones, todas ellas lo felicitaron con calor y luego –lo recuerdo como si lo estuviera viendo a pesar de que yo entonces sólo contaba 9 años–, luego lo pasearon en andas por la alameda de entrada y por los potrerrillos vecinos a las casas.

“Como tal –quiero decir como libre, soberano y pudiente– púsose mi tío a escoger, ignorando la lista, entre 207 darsesugustos que había anotado antes de comprar el fundo. Recuerdo que escogió el del renglón 88 que rezaba así: “Grandes cantidades de espinacas para todos los habitantes de mi propiedad y mayores cantidades aún de pollos y patos”. Su darsesugusto, su sueño dorado, iba a ser el ver cómo su gente devoraba y fotografiarlos.

“Convidó entonces nuevamente a sus relaciones para darles la feliz noticia y, además, para que volvieran a pasearlo en andas pues este paseito había sido de todo su agrado.

“Señor don Trifón Bucalemu...: ¡casi lo matan! ‘¿A palos, a puntapiés?’ –preguntará usted. No. Cada invitado le metió lap'i-apel. ¡Pobre tío mío! Los papeles lo envolvían impidiéndole todo movimiento y las afiladas puntas de los lápices le clavaban las carnes cual alfileres. Mi buen tío se apabulló mas no renunció del todo.

“Esta escena me quedó grabada. Era mi tío un hombre tan bondadoso y plácido que verlo allí revolcándose y forcejeando por libertarse de los papeles que lo apretaban como serpientes y verlo chillando con los picotones de avispa de los lápices, constituía un espectáculo que un niño nunca podrá borrar de su impresionable sensibilidad.

“Luego, con los años, con la desaparición del gallinero, que ya le he contado a usted, y con muchas otras escenas semejantes, empecé a sospechar que algo tenía que haber allí detrás pues, de otro modo, no habría explicación para tal empeño, tal ahínco. No era posible que se desvelaran y atacaran de esa manera porque otros seres –que nada tenían que ver con ellos– se iban a nutrir con legumbres y carnes de propiedad de un ajeno, de un extraño casi, como les era, en el fondo, mi tío Modesto, por muy amigos que se consideraran en el club o en su casa santiaguina durante las noches invernales.

“Algo los movía. Un imperativo. Este imperativo era mayor que cada una de esas mentes aisladas.

“Señor Bucalemu: ¡un egrégor!

“Le dije a usted que mi tío, si bien apabullado, no renunció del todo; se defendió, insistió y llegó a ensayar. Poco a poco, lentamente, se entiende; todavía quedan, por aquí y por allá, algunas fotografías, tomada por él, de aquellas gentes devorando patos y gallinas entre gigantes ollas de espinacas. Pero la cosa fue de mal en peor. Fue el vacío, la neumática... ¡el desprestigio! Que me baste recordarle a usted, señor, que cinco años después, cuando se presentó el individuo aquel del gallinero, mi tío, ya descorazonado, aceptó liquidarlo sin mayores protestas. Sólo supe por mi prima, su hija, que pasó el pobre varias noches sin dormir a raíz del deceso del gallo...

“Tres años más tarde Lo Yruretagoyenagorigoitía fue vendido a don Bartolo Traiguén, hombre normal, si los hay.

“Me acuerdo de cuando las escrituras se firmaron ante notario. Yo acompañaba a mi tío Modesto. Me acuerdo que, en la oficina oscura y vieja, oí una risilla tiritona e interminable y que vi —un poco por todas partes y al mismo tiempo en ninguna— dos ojillos maliciosos que también reían. Eran —comprendí o creí comprender— los ojillos del Gran Egrégor Capitalista... ¡Pobre tío mío, don Modesto Borneo!”

Trifón Bucalemu, sin decir palabra, se inclinó hacia mí y me extendió la mano. Como si comprendiera de qué hablábamos, Gil Blas de Santillana saltó a mi sillón. Bebimos otra taza de té y comimos sendos pancitos del jengibre del Mar Muerto. Luego el anciano me pidió que siguiera mi narración.

—Pocos días después de la venta volví un fin de semana a Lo Yruretagoyenagorigoitía. El señor Traiguén me recibió con los brazos abiertos y me festejó con esa largueza y esa espontaneidad que le son características.

“Como creía —según me pareció— que yo me hallaba muy al corriente de las faenas del fundo, me preguntó, mientras paseábamos por el huerto, cuánto producían los almendros en tiempos de mi tío. Había, en verdad, en el fundo, un bonito almendral. Yo, por casualidad, sabía que mi tío no había explotado las almendras durante sus ocho años de hacendado. Así se lo dije a mi anfitrión agregándole que, como lo principal del fundo siempre había sido la avena y la uva de mesa, nadie parecía haber tenido tiempo para almendrales. Los almendros daban sus frutos, los aprovechábamos todos y mi tío se complacía en regalar de ellos buenas cantidades a parientes y amigos.

“Don Bartolo quedó un rato pasmado del descuido que esto significaba y luego me aseguró que él sabría aprovechar debidamente aquello.

“Creo que un año o año y medio después cené en su casa. En efecto, allí todo era almendra: saladas con el aperitivo, heladas y cremosas en el postre, tostadas con los bajativos y horchateadas para las señoras.

“Así veo, don Bartolo —le dije— que ha sabido usted aprovechar y variar las almendras de su fundo.

“—No —rectificó—, no, no, no. Las que aquí en casa se consumen las compro donde Johnson y López y Compañía Limitada. Son exquisitas.

“—¿Y las del fundo?”

—Me han resultado un pingüe negocio. La cosecha entera me la compra García y Dupont y Compañía Limitada. Y a muy buen precio.

“—Estupendo —asentí.

“—¿Hablan ustedes de las almendras? —irrupió un joven cuyo nombre no supe.

“—Precisamente —contestó el anfitrión.

“—Y con razón —dijo el mencionado joven— porque no las hay mejores en el país. ¡Y cómo ha de haberlas si son las que García y Dupont le cede a Johnson y López...!”

“En el destello de los ojos anfitriónicos comprendí que mi vida corría peligro. Felizmente en ese preciso momento estalló un tango en el fonógrafo y todo el mundo se puso a bailar.

“Mi vida corría peligro... ¡Otra vez la incógnita! ¿Por qué mi vida? ¿Por qué no la del jovencuelo aquel o la de los señores García y Dupont y Johnson y López? No. La mía. ¿Qué arte ni parte tenía yo en aquella ida y regreso de las almendras? ¿Acaso porque soy de apellido Borneo como mi tío Modesto? Sé que todos los comensales de aquella noche

siguieron asistiendo a copiosas comilonas en casa de los Traiguén; menos yo, durante más de un año. Sé que el recorrido de las almendras siguió igual. Yo no volví a probar las variaciones gustativas de aquella familia hasta que, tal vez un Consejo secreto, me levantó la pena. Desde entonces he vuelto de cuando en cuando.

“Señor Bucalemu, créame usted que volver se me hace cuesta arriba por sabrosas que sean las almendras e inmejorables las bebidas. Es, mi señor don Trifón, por esa viejecita, esa desdichada viejecita, la tía de don Bartolo, la propietaria única del que fue inmenso lar y es hoy flamante plazoletilla moderna. ¡Pobre anciana! Se consume, se consume cual vela de sebo. Había pasado toda su vida, desde su nacimiento, allí en las enormes salas, con sus muebles de ébano y caoba, mirando los árboles añosos. Ahora, según me dijo, se sentía como pájaro enjaulado. Le pregunté, durante la noche de año nuevo, por qué había consentido en que se derrumbara su casa de toda la vida. Me contestó con voz que apenas se oía que *todos* —¿comprende usted, don Trifón?—, todos le habían dicho que iba ella a hacer un espléndido negocio. A mi siguiente pregunta, sobre si había sido en efecto un negocio tan espléndido, me respondió resignada:

—Seguramente, seguramente, porque todos, hasta el mismo Bartolo, me lo explicaron en un papel y haciendo cifras. Pero lo que es yo —será que ya estoy muy vieja— no tengo gusto alguno en vivir en esto tan aplastado, con tantas escaleras y tanta bulla y sin árboles.

“Señor, la anciana allí metida ¡no se daba gusto!”.

Así y mucho más —esto es como una muestra— le hablé a Trifón Bucalemu. Al cabo de más de dos horas, con cierta decepción mía, me dijo:

—Tenga usted la bondad de volver mañana.

Y me ofrendó una última tacita de té de Trivandrum, en Travancohe, extremo sur de la India.

Al día siguiente volví. Con sorpresa vi que el honorable anciano, a encorvados pasos tras de su barba, se alejaba de su casa, bastón en mano, en dirección a los campos vecinos. Gil Blas de Santillana lo seguía en amenísimo juego con otro perrito de color amarillento, uno de esos galgos pequeños que en todo son tales pero que parecen vistos por anteojos al revés.

Me atreví a abordar al buen hombre. El galguito me prodigó manifestaciones entusiastas. El buen hombre sonrió complacido al verificar, por segunda vez, mi perfecto entendimiento con los canes. Le dije junto con estrechar su mano:

—Una simpatía su perrito, una simpatía..., ¿eh...?

—Guillermo Tell —se adelantó el anciano.

—¿Más de 500 años también?

—No, no. No ha cumplido el año todavía. Deber tener unos diez meses.

—Se ve que son muy buenos amigos..., Guillermo Tell y Gil Blas de Santillana.

—Se quieren entrañablemente.

Luego de acompañar al trío unos pasos murmuré:

—La respuesta, señor..., si fuese usted tan amable...

—Apenas regrese, amigo —repuso—, en un día más o en una semana o en un mes más. No lo sé con justeza.

Y se alejó lentamente mientras Gil Blas de Santillana y Guillermo Tell, ahora adelante, iban despejándole el camino de gatos, ratas, topos, conejillos, comadreas y otros pequeños mamíferos que frecuentan los confines de la calle Lira.

Catorce días después regresó. Su arribo lo supe el mismo día por Viterbo. Fui a verlo

de inmediato. Los dos perritos me abrieron la puerta. Después de la taza de té y del conocido pan de jengibre, Trifón Bucalemu habló así:

—Mis ojos todo lo ven. No hay raíz que logre escapar a ellos. Empero esta vez han vacilado. Esos “¿por qué?”, esa “lista”... Vieron turbio mis ojos. Y ese caminito misterioso que de allí va hacia algo como “defensa egregórica capitalista”... Más turbio aún. Con lo turbio yo no me acostumbro. Salí, pues, en busca de claridad. Usted me sorprendió en el momento de marcharme. Si es usted buen observador habrá reparado en mi indumentaria de perfecto buscador. Mi capa...

—¡Sí! Su capa color ladrillo.

—Exacto, mas con capucha. Mi bastón...

—¡Sí! De madera de espino.

—Exacto, mas con siete nudos. Mi diestra...

—Perdón; no puse atención en lo que su diestra llevaría.

—Un farol. Y mis barbas...

—¡Eso sí! Más largas y blancas que jamás.

—Exacto. Caminé. Caminé hasta dejar atrás, bien atrás las últimas casas. Me interné por un sendero estrecho e hice alto en un bosquecito de eucaliptos. Allí pasé, digo, pasamos (indicó a los perritos) la noche. Al día siguiente, y a la hora en que cayó sobre el más alto de los eucaliptos el primer rayo solar, ordené a Gil Blas de Santillana y a Guillermo Tell que empezaran a olfatear. Después de un rato se detuvieron ambos en el mismo punto y, sin alzar las narices del suelo, se pusieron a ladrar. Era el sitio. Los alejé dándoles un trozo de este pan (indicó el jengibre) y, sacando de los pliegues de mi capa una piqueta y una pala, cavé una fosa, profunda de cuatro días por tres días de largo y dos días de ancho. ¡Allí estaba enterrado!

—¿El qué?

—El secreto nexa.

—¿De qué?

—De esa lista prohibitiva, de esos lap'i-apeles, de esos guardias que os hacen la neumática y os desprestigian, de esos negocios que derrumban solares matando ancianas, de todo cuanto usted mencionó la otra tarde, el secreto nexa de ello con...

—¿Con?

—Con el imperante capitalismo. Lo vi.

—¡Alabado sea el Señor!

—No. Satanás.

—Bien. Vaya por Satanás.

—Lo vi, lo contemplé durante un día entero. Tenía usted razón: era un egrégor, un egrégor pensante, un gigantesco y monstruoso cerebro cuyas células son los señores y señoras que uno encuentra día y noche. Volví a tapar la fosa. Empleé dos días en esta faena. Tiritando de horror regresé. Heme aquí, digo, henos aquí (volvió a indicar a sus fieles acompañantes).

—Y si no es indiscreción de mi parte, ¿qué vio usted, señor Bucalemu, cómo era... eso?

—Vi, allá al fondo, como una inmensa raíz, una raíz de cordeles, de cordeles... que jamás había sospechado. Y todos ellos atados a ellos mismos, enroscados, retorcidos, anudados, contorsionados y —lo que más me horrorizó— ¡inmóviles, señor Borneo, totalmente inmóviles!

Un silencio. Una taza de té y algunos panecillos. Por fin me dijo:

—Es todo cuanto le puedo comunicar.

—Se lo agradezco infinitamente.

—No tiene usted por qué.

Y me alejé meditabundo, por la calle Lira, de Trifón Bucalemu, de Gil Blas de Santillana y de Guillermo Tell.

Gris, gris en demasía todo esto.

Después de todo, ¿qué me importa a mí que un tipejo incógnito guste pasar el año nuevo en Santiago; que desaparezcan a hachazos las viejas casas de Toro y Zambrano; que pululen los palomares con escalerillas y corredorcillos que, para gloria de la armonía, si quiere usted tener un piano en casa ha de meter la casa dentro del piano; qué me importa a mí? ¿Que fallezca la tía de Traiguén? ¿No iba a fallecer de todos modos? ¿Que hayan apaleado con papeles y lápices, hasta matarlo, a mi tío Modesto? ¿No iba a morir de todos modos? ¿Y que falleciera el gallo de su fundo? ¿No iba a fenecer de todos modos? ¿Qué me importa a mí?

¡Qué me importa a mí!

¡¡Allá ellos!!

—Salud, Onofre.

Viterbo Papudo en Lira esquina de Alameda. Menos mal... ¡Buena cosa es un amigo cuando a uno ya nada le importa nada!

—Salud, Viterbo.

—Te convidó al cine.

—Te acepto pero antes déjame decirte que es el capitalismo, en el fondo, una raíz de cordeles arrugados y siniestros que se encuentran bajo un bosquecito de eucaliptos, saliendo por la calle Lira, como a un día de marcha lenta.

Viterbo no se inmutó; se diría que halló muy natural que así fuera; Viterbo el de la vida plácida y corriente y que conoce a Spengler. ¿Se le entenderá alguna vez? Lo único que me observó fue:

—Creo que te va a gustar. Me han dicho que es una película interesante.

Cine.

Se trataba de una película histórica: desde Sarajevo, mejor dicho, desde la llegada de la noticia de Sarajevo a París, julio de 1914; hasta la invasión, mejor dicho, hasta la noticia de la invasión en París, junio de 1944.

Treinta años bien sonados y vividos y, cinematográficamente, muy bien seleccionados y amoldados. Pero esta película tenía un pequeño detalle que la diferenciaba de sus semejantes: él era un personaje permanente, desde el 14 hasta el 44. Voy a presentar al personaje:

Imaginaos a Desiderio Longotoma. Cierto es que no lo conocéis mas confío en que tengáis alguna imaginación; imaginaos, pues, a Desiderio Longotoma. Agregadle ahora unos 6 ó 7 kilos de peso; no más. Ya sabéis que Desiderio Longotoma es gruesecito y además malicioso, mordaz, siempre afable y sobre todo siempre vivaracho, activo, eléctrico casi. Pues bien, así como le agregasteis kilos de peso, así ahora trocad esas características —fuera de la gordura, se entiende— en sus contrarias: el personaje de la película es, pues, de ojos bovinos, es lento, perezoso, se mueve como foca en tierra, apenas habla y lo que habla *carece totalmente de ingenio*. Para mayor exactitud en el resto os recordaré que Desiderio Longotoma lleva bigotillos negros muy bien recortados; entonces este tío del cine los lleva más largos y caídos. Por fin, las manos del primero son pequeñitas y siempre

en movimiento; las del segundo son grandotas y se mueven con calma irritante. Y no olvidemos que aquél, al andar, parece que saltara; y que éste anda arrastrando los pies como si fueran de lana con algodón.

Si es así la cosa, me diréis que nada queda de mi amigo Longotoma y que no había para qué imaginarlo. Es verdad. Mas no sé por qué insisto en que os imaginéis a Desiderio y luego hagáis lo que acabo de pedir. Tal vez para que tengáis la imagen contraria y entonces, teniéndola, os sea fácil darla vuelta.

Vamos a la película:

1. Sarajevo; digo, llega la noticia a París.
2. Nuestro Gordo duerme, de espaldas en su cama, cubierto hasta el mentón. Es una habitación corriente, bien amoblada pero sin lujo. Al fondo, un balcón cerrado. A la izquierda, una puerta.
3. Funerales de Francisco Fernando. Se divisa a Francisco José.
4. Diversas capitales europeas en aquel momento. Pasan, como relámpagos, Guillermo II, Sir Edward Grey y Monsieur Poincaré.
5. El Gordo duerme sobre un costado. Por las ranuras del balcón entra una línea de sol que divide su cama en dos.
6. La escuadra británica. Partida de regimientos franceses por la gare de l'Est. Paso de regimientos alemanes por Unter den Linden. Vistas de Petrogrado. Cual relámpagos, el Zar, la Zarina, Rasputín. El papa Benedicto XV.
7. Por la puerta de la izquierda entra una joven mucama con el desayuno en una bandeja.
8. El general Joffre; el general French. Von Moltke.
9. Vistas de Lieja. El rey Alberto I. El general Leman.
10. La mucama despierta al Gordo. Abre el balcón. Entra el sol.
11. Batalla del Marne. Von Kluck. Los taxis de Gallieni.
12. Tannenberg. Lagos Masures. Hindenburg y Ludendorff.
13. El Gordo empieza a tomar su desayuno.
14. Derrotas austríacas en Galicia.
15. Carrera hacia el mar en Francia. Ypres.
16. Victoria serbia Rudnik.
17. Mientras toma su desayuno, entra Madame con un bebé en brazos.
18. Batalla naval de Coronel. Batalla naval de las islas Falkland.
19. Vistas del Japón; Tokio. El Mikado.
20. Se despereza. Saluda a Madame y besa al bebé. Ésta se retira. El Gordo ve tres veces la hora y llama.
21. Vistas de los Dardanelos; bombardeos. Galípoli.
22. Derrota rusa de Augustovo. El gran Duque Nicolás.
23. Vuelve la mucama con un periódico.
24. Los austríacos pierden Przemysl.
25. Vistas de Italia. El rey Víctor Manuel III. Los generales Cadorna y Conrad.
26. Submarinos. Mercantes hundiéndose.
27. Lee el periódico tosiendo. Llama nuevamente.
28. El Zar tomando el comando de sus ejércitos.
29. Invasión de Serbia por germanos-austro-húngaros. El general von Mackensen.

30. Aparece Madame. El Gordo le pregunta qué quiere decir Sarajevo y el Mikado. Madame responde que se informará con amigos por teléfono.
31. Vistas de Salónica y desembarcos aliados. El general Sarrail.
32. Verdun. El fuerte de Douaumont. Le Mort Homme. Los generales Pétain y de Castelnau. El general Falkenhayn.
33. Madame vuelve. Parece que Sarajevo está en el Japón. El Gordo bosteza.
34. Batalla naval de Jutlandia. Los almirantes Jellicoe, Beatty. Los almirantes Scheer, Hipper.
35. Vistas de los Cárpatos. El general Brusilov.
36. Dificultosamente el Gordo baja de su cama y se pone las pantuflas.
37. El general Douglas Haig. Jorge V. Ofensivas británicas.
38. Los italianos entran en Gorizia.
39. El Gordo se dirige al balcón y lo abre. De la calle suben voces que nombran a Gorizia y algo de Brusilov. Hace ademán de llamar a Madame pero se desiste.
40. Vistas de Bucarest. Rumania declara la guerra a los Imperios Centrales.
41. Vistas de varias ciudades de toda Europa. Movimientos derrotistas.
42. Loyd George. El general Nivelle.
43. El Gordo se mira al gran espejo de su ropero.
44. Clemenceau. Orlando. El general Díaz.
45. Vistas de Austria. Viena. El rey Carlos I.
46. A trancos lentos pasa el Gordo a su sala de baño.
47. Nuevas vistas de submarinos.
48. Vistas de Washington. Algunas de Nueva York. El presidente Wilson.
49. El Gordo se mira en el espejo de la sala de baño.
50. Vistas de Petrogrado. Movimientos populares. Kerensky.
51. Vistas de Atenas. Venizelos.
52. La tina se llena mientras el Gordo se rasca su cabeza calva.
53. Caporetto. El río Piave. El general von Bülow.
54. Tropas y abastecimientos americanos a Europa y al frente.
55. La cabeza del Gordo, soñoliento, emerge de la tina.
56. La paz de Brest-Litovsk.
57. Escenas de la revolución rusa. Varias vistas de ciudades rusas.
58. El Gordo jabónase frenéticamente.
59. Foch.
60. Ofensivas alemanas. Son detenidas.
61. El Gordo se incorpora en su tina. Presta oído: en su casa háblase de Foch y de algo que ha ocurrido en Rusia.
62. El general Pershing.
63. Vistas de la línea Hindenburg.
64. Aparece el Gordo fuera de la tina envuelto en su sábana.
65. El general Allenby. Los turcos derrotados.
66. Vittorio-Veneto. Los austríacos derrotados.
67. El Gordo se seca los pies.
68. Revuelta de los marineros de Kiel.
69. Armisticio. Ciudades delirantes. Rethondes. Compiègne.
70. El Gordo vuelve a su dormitorio.

71. Versalles. Los delegados de todas las naciones.
72. Desfile de la Victoria en París.
  73. El Gordo se sienta en su cama y come los restos del desayuno. Se oyen venir de fuera los acordes de la Marsellesa. El Gordo llama. No hay nadie en casa.
74. Estación de Finlandia, en Petrogrado. Reuniones de los Soviets.
75. El Gran Duque Miguel.
  76. El Gordo se empieza a vestir.
77. Varias vistas de Lenin. Algunas de Trotsky.
78. Kornilov; Kaledin; Denikin; Koltchak; Wrangel.
  79. El Gordo se abrocha los zapatos; rompe un cordón. Vuelve a llamar malhumorado.
80. Mussolini. Marcha sobre Roma; Balbo. Mateotti.
81. Madrid y Barcelona. Primo de Rivera.
  82. Aparece Madame un tanto envejecida. Pone un nuevo cordón. Entra y sale corriendo un niño que, en las vistas anteriores, era sólo un bebé.
83. La ciudad del Vaticano. El Papa.
84. Viena. Dollfuss.
  85. El Gordo, en camiseta, se cala la camisa. Escucha un instante voces de la habitación vecina que parecen decir: "Mussolini, Madrid, Vaticano". Levanta los hombros.
86. Vistas del Chaco. El general Peñaranda; el general Estigarribia.
87. Alfonso XIII. Alcalá Zamora; Azaña.
  88. El Gordo prepara su espuma de jabón para afeitarse.
89. Etiopía. Addis Abeba. El Negus. El general De Bono.
90. Vistas de la Sociedad de las Naciones. Delegados.
  91. El Gordo empieza a afeitarse canturreando "La Tonkinoise".
92. El general Franco. Los generales Mola y Sanjurjo.
93. Vistas de Madrid. El cuartel de la Montaña.
94. Frontera franco-española. León Blum.
  95. El Gordo, afeitándose, se corta. Llama. Viene la mucama, ya mujer de edad, que le busca piedra lumbre.
96. Álvarez del Vayo. El general Miaja. El Campesino.
97. El "Komsomol" hundiéndose. El acorazado "España" hundiéndose.
  98. Madame, de edad también, con la mucama ponen compresas en la cara del Gordo. Entra rápidamente un joven estudiante -niño en las vistas anteriores- que algo dice sobre la guerra española.
99. Guernica. Guadalajara. Teruel. El Ebro.
100. Negrín. La Pasionaria.
  101. Termina el Gordo de afeitarse y empieza a ponerse el cuello mas no encuentra la collera. Al buscarla se unta un dedo con betún de zapatos.
102. Paso de los ejércitos republicanos por los Pirineos. El coronel Casado.
103. Vistas de China. Tropas japonesas. Chiang Kai Shek.
  104. Llama. Viene la mucama. El Gordo la reta.
105. Vistas de Austria. Viena. Schuschnigg.
106. Munich. Hitler, Mussolini, Chamberlain, Daladier.
  107. El Gordo se lava las manos rabiando.

108. Göering, Göebbels. Berlín.
109. Checoslovaquia. Heinlein y sus nazis. El presidente Benes.  
110. El Gordo se pone el cuello. Abre su ropero y se pone a escoger una corbata.
111. Vistas de Dantzig.
112. Varsovia. Entrevista de alemanes y rusos.  
113. Se decide el Gordo por una corbata, se la pone y se contempla en el espejo.
114. La línea Maginot; la línea Siegfried. El general Gamelin.
115. Vistas de Noruega. Quisling. Actividades de la Quinta columna.  
116. El Gordo se quita la corbata y se pone otra.
117. Rotterdam. Capitulación belga.
118. Dunquerque.
119. Entrada de los alemanes en París.  
120. Llama a Madame para que le ayude a ponerse el vestón. Madame llora y quiere hablar de los acontecimientos. El Gordo atribuye ese llanto a: "¡Las mujeres, las mujeres!". Pasan ambos a la habitación vecina.
121. El presidente Lebrun. Vistas de Vichy. Pétain.
122. Bombardeos aéreos de Londres y Coventry.  
123. En esta habitación está el bebé-niño-estudiante que muestra su título de abogado. Sacude al Gordo, su padre, y le alarga el sombrero.
124. Mister Churchill.
125. Grecia. Derrotas italianas. Invasión alemana de la isla de Creta.  
126. El Gordo baja pesadamente las escaleras.
127. Ofensiva británica, Sidi El Barrani. Addis Abeba.
128. Guerra entre Alemania y la URSS. Siluetas de Moscú y Leningrado.  
129. El Gordo se detiene a pedir su correspondencia al conserje. Éste le habla de guerra y guerra. El Gordo lo mira estupefacto y no entiende.
130. Stalin. Timoshenko. Invasión alemana a Rusia. Retroceso alemán.
131. Pearl Harbour.  
132. Sale a la calle. Hay un gran auto detenido con oficiales alemanes. De una puerta salen más oficiales alemanes acompañando a Laval. El Gordo mira indiferente la escena.
133. Roosevelt. Delegados japoneses. El general Mac Arthur.
134. Fábricas americanas.  
135. El Gordo va por la calle.
136. Guerra en las Filipinas, Tailandia, Birmania, Singapur. Vistas de Australia.
137. El gran convoy americano. Desembarcos en África. El general Eisenhower.  
138. El Gordo se sienta en una terraza y pide un aperitivo.
139. Caída de Trípoli. Tunes. Von Rommel.
140. Victoria del cabo de Bon. El general Montgomery.  
141. El Gordo bebe despacio su aperitivo. El garzón le habla de que las cosas van bien, hay esperanzas. El Gordo contesta que no sabe, que encuentra que todo sigue igual.
142. Ofensiva alemana hacia Stalingrado.
143. Derrota alemana de Stalingrado. Von Paulus.  
144. Llega Madame a la terraza con la mucama: son dos viejecitas. La mucama sigue su camino. Madame se sienta junto a su marido.

145. Pantelleria, Lampedusa. Invasión de Sicilia. Palermo.
146. Caída de Mussolini. Víctor Manuel III. Badoglio.
147. Llega a la terraza el hijo que comunica en secreto que partirá a alistarse como "maqui". El Gordo no sabe qué significa esta palabra.
148. Avance ruso. Reconquistas de Kharkov y Kiev. Zhukov y Koniev.
149. Fusilamiento de Ciano.
150. La UNRRA.
151. El Gordo llama al garzón y pide un segundo aperitivo.
152. Las bombas voladoras.
153. ¡La Invasión! Llega la noticia a París.
154. El garzón trae el segundo aperitivo. Como habla en voz baja con Madame sobre la Invasión, el Gordo cree que comentan su alcoholismo y protesta asegurando que rarísima vez le ocurre tomar más de un aperitivo. El film termina mostrando el Gordo su copa y repitiendo: "*Oh, presque jamais, presque jamais!*".

Viterbo y yo salimos del cine.

Yo casi tritaba. Me parecía, a cada instante, que iba a ser abordado por el obeso del film. Lo veía en cada transeúnte. Y encima, en el cielo —azul, límpido, caluroso— sentía estremecerse a la historia del mundo.

De una acera a la otra me bajó a la realidad un grito:

—¡Ola!

—¡Hola!

Era el sujeto del tren que pasaba en sentido contrario.

—¡Feliz año! —exclamó.

—¡Feliz año! —contesté.

Sonaron bocinas de autos y pitos de tranvías.

Pocas cuadras más allá vi un grupo que charlaba. Distinguí a Ascanio Viluco y a Perquenco Zapallo.

—Viterbo —dije a mi amigo—, no te voy a acompañar a tu casa. Discúlpame. Me voy a mi departamento a arreglar mi maleta y mañana, a primera hora, seguiré a La Torcaza.

—Algo he oído decir —me observó— sobre dos damitas en tu fundo.

—No. ¡Qué damitas ni qué nada! Me marchó, sobre todo, por el tío ese de la película. Además, ¡mira! (Le indiqué el grupo de charladores). Se está mejor en el campo, ¿no lo crees?

—Seguramente —me dijo—. Buen viaje.

—Gracias.

En efecto, al día siguiente por la mañana, abandoné Santiago y llegué, ¡por fin!, a La Torcaza.

## 47 (Rojo)

¡Treinta meses!

A poca distancia de las casas me detuve a mirar y a respirar. Ambas cosas van juntas. ¡Todo igual! Una profunda sensación de algo inmutable. Aquello de los Traiguén, *la mai-*

*son aux fantômes*, retrocedió haciéndose casi inexistente, tal vez fantasía. La Navidad de algodón, los cuadros de Barón y su Frasquita... ¡qué horror! Haber ido a consultar a Trifón Bucalemu..., ¡en qué mundo habíamos caído! La verdad era como aquí. ¡Todo igual! La misma película con su Gordo vaciló. Hay algo grande, asentado, pétreo, ¡lo inmutable!, que sostiene a la vida, sin lo cual no es vida, no es vivir.

Seguí. Entré en las casas. La misma gente. Los mismos acentos. Los mismos perros. Mas... Mas hubo aquí una cierta cosa temblante. Todo igual, sí, pero no exactamente igual, ¡ah, no! Bajo los árboles del jardín eran otras las sillas de reposo, otras notas de color. Todo un rincón del corredor había sido pintado de nuevo. Faltaba un grupo de arbustos que, al faltar, agrandaba la esplanada. Otro grupo de flores, que ahora brillaba, antes no existía. Y dentro, los muebles todos, durante mi ausencia, se habían movido, no mucho pero lo suficiente como para formar otros rincones, por lo tanto otros puntos de vista, por lo tanto otro ambiente. Alguien me explicaba: "¿Comprendes? Ha quedado mejor así; antes, ¿recuerdas?, molestaba; y con esta nueva puerta que se abrió ahí...". En el fondo, todo igual; pero no exactamente igual. Aquello de los Traiguén y Cía... Acaso no perteneció tanto a la fantasía. Lo inmutable de allí, de hace un momento a cien metros... Acaso allí estaba la fantasía, la fantasía de que exista un sitio por donde la vida no pase, donde se detenga respetuosa para ceder lugar a la grandiosa paz inmutable... Acaso.

Respiré menos; justo lo requerido por los pulmones; ni un ápice más. La vida también había pasado por mi Torcaza. Más lenta, más rápida, es otro asunto. Pero había marcado aquí, lamido allí, carcomido allá.

"Y los dos sucuchos, ¿se acuerda?, con la cocina al lado; ahora vea: se unieron los dos y la cocina de modo que ha quedado una respetable bodeguita; y la cocina, ¿ve?, toda blanqueada, la pasamos allá, ¿no le parece?; más aire y más cerca del comedor; no me negará que el total tiene ahora otro aspecto".

Otro aspecto... Justamente. Y este otro aspecto se destilaba en mí, gota a gota, infiltrándome la odiosa, insoportablemente odiosa sensación de haber quedado fuera, fuera de la vida, a un lado, atrás. Llegué a pensar que no nos quieren en el mundo.

Pasé a mi Catedral. (Por esta vez y antes de abrir la puerta —¿estarán?— la nombraré con mayúscula). Abrí, entré, cerré. Sí, estaban. Y todo el resto, sin excepción, igual, exactamente igual. Por lo tanto, ¿otra vez lo inmutable? Y yo, ¿pudiendo introducirme en él, en él fundirme?

Todo —incluso Ellas— exactamente igual.

Más lo inmutable se fue porque ahora y a pesar de la exactitud, yo, de pronto, lo vi todo cambiado.

Hace treinta meses salí con la imagen exacta de mi catedral dentro de mí. Durante treinta meses, sin volver a tocar la fuente originaria, mi recuerdo trabajó sobre esa imagen. Y mi recuerdo, como no tenía a la fuente para nutrirse, se iba nutriendo de otras impresiones mías, de otras visiones, y las iba amalgamando a la primera y verdadera imagen. De modo que la imagen que introduje al abrir la puerta llevaba, en sus contornos y en su dintorno, muchas modificaciones acarreadas por mi vivir alejado de treinta meses.

Luego lo inmutable también se me esfumó. Pues vi que si las cosas no cambiaban —y parecían por eso haber logrado la clave del no-vivir—, como habían cambiado a gotas las casas, era entonces uno el que cambiaba y era, de todos modos, el girar, el seguir girando, el movimiento.

Fue un trabajo rápido, sí, más intensamente denso, el trabajo de reajuste. Cuando lo llevé a término, el crepúsculo golpeó sobre mis cristales de color.

De ellos cayó una luz anaranjada sobre la banda granate de Bárbara, mi gran amiga; sobre su traje de terciopelo negro cayeron reflejos azules; su rostro se vio extremadamente claro.

Algo más atrás, sobre Colomba, cayeron mil tonos confusos que la tornaron trasparente; su rostro apenas se percibió.

Encendí un cigarrillo; el humo tomó de inmediato una marcada fragancia de maderas viejas.

Me atreví a hablarle; me atreví ante mi gran amiga Bárbara. No se negó a escucharme y aun me respondió. ¡Cuánta bondad! Así es que, anulando el tiempo que nos separaba, volví a coger nuestro diálogo.

Yo—No lo dudo, nunca lo he dudado, mujer: tú habrías podido hacer, de cuanto llevo revoloteando en el cerebro, algo que circulara por mi sangre y, una vez hecho sangre venosa, se regenerara en mis pulmones con tu respiración. Lo sé. Ésta habría podido ser tu misión y también tu ayuda. Porque es verdad que vivimos nosotros casi exclusivamente con esas mariposuelas revoloteantes. Tal vez por eso nada sangra ni nada es ensangrentado. Cuanto me has dicho, ya lo sabía yo. Más—tienes razón—mi sabiduría vivía volando en torno mío y no se incorporaba en mí. Sabía yo que deberíamos bajar de tono, bajar el tono mucho, mucho.

ELLA—¿Lo sabías? ¿Entonces...?

Yo—Entonces... Te diré mejor: ya lo había formulado, entrevisto. Ya empezaba a odiar el canto enorme y forzado. Ya quería encaminarme hacia el canto—¿cómo decirte?—de mi tamaño. ¡Que creciera mi canto si acaso había crecido yo! Pero no hacer un canto mayor para luego ver, si con ello, iba a crecer yo. ¿Cómo decirte? No seguir con los brazos levantados al cielo. Seguir con ellos en actitud normal. Entonces y así cantar, escribir; así como...; ¿como qué decirte?

ELLA—Como ibas a hablarme en aquel bar.

Yo—Eso es. Mas ya lo ves: “como iba a hablarte...; como habría podido ser...”. ¡Futuro! Y ahora ya el futuro no es, ya el futuro...

ELLA—Lo sé. El futuro se ha ido hacia la nieve, hacia el mar y la mandioca. Pero desde que empezaste a escribir, en marzo del 41, hasta tu última carta, en julio del 42, han transcurrido 16 meses. En ellos hubo a tu lado nieve, mar y mandioca, no podrás negarlo. ¡Basta de esas palabras! Durante todo ese tiempo, Guni estuvo a tu lado. Y confiesa que, mientras ella estuvo, el valor, el placer y la intensidad de tu libro residieron siempre en el comentario y la explicación de él, por encima de él mismo. Tus páginas se transformaban en un pretexto para hablar, discurrir y vivir. Sin embargo si entonces te hubiesen preguntado qué era lo esencial y qué lo secundario, ¿qué habrías respondido?

Yo—Confieso: *Umbral* lo esencial; sus comentarios y explicaciones y aun sus proyectos, lo secundario.

ELLA—Una mentira, por lo tanto. Y si hubieses publicado habrías dado a tus bien intencionados lectores lo secundario y te habrías guardado para ti y para siempre lo esencial. ¿Quieres explicarme por qué tan raro proceder?

Yo—*¡Porque todos nosotros estamos haciendo así!*

ELLA -No comprendo.

YO -Discúlpame, Bárbara. Fue una frase espontánea; se me escapó sin saber. Pero ahora que me haces meditar...

ELLA -¿Y qué?

(Aquí los cristales se llenaron de luna. Luego recobraron su luz de sol; para intensificarla; por instantes hasta casi cegar; y suavizarla; para que otra luna los empalidciera; o una mancha negra los borrara; y otro sol volviera; y otras lunas; otros soles; otros grises moribundos que adquirirían cierta vida sólo por poder tocarlo. Mi reloj se detuvo. El de Bárbara, cada hora, retrocedió un minuto. Quedó, para nosotros, completamente sin sentido la pregunta: "¿Qué hora es?").

YO. -Yo tuve una vez una niñita... a quien amé.

Se llamaba, o se llamaría -¿qué sé?-, digamos Guni. Le escribí muchas cartas.

¡Bárbara! No sé qué me dice que para las gentes serias buscadoras de futuro-y esto del "futuro" aseguran que es lo peculiar de las artes- estas cartas podrían impulsarlas e iluminarlas mucho más que mi gran obra, ese *Umbral* dedicado, como tú lo sabes, a "Guni querida".

Oye, Bárbara, que Guni y Guni-querida no es lo mismo, ¡no es lo mismo! No hay que creer que sea lo mismo. Piensa que acaso en el error de esta creencia pueda radicar no poco de nuestras desventuras, en todo caso de las mías.

Bárbara, yo le escribía a Guni: las gentes que vienen en camino hacia esta Tierra, o están llegando o acaban de llegar, me lo agradecerán tal vez algún día -nos agradecerán; porque a Guni, también- por el posible rato de solaz que esas cartas puedan significarles. Yo le escribía a Guni-querida: aquí estoy fumando y solo, muy solo, pues presiento que tú, de un momento a otro, vas a escapar también, Antofagasta arriba, sin fin. Y lo que quede de vuestras fugas no podrá ser agradecido porque -ya lo dijimos- caminaba hacia la mentira.

Pero en esto de cartas, hasta aquí me atrevo a llegar, nada más. Aquí me detengo en un perpetuo balanceo: de gran carta impresa a *Guni querida*; a cartas voladoras a *Guni*, a secas.

Bárbara, ¿cómo se llama un balanceo vertical?

De arriba a abajo; de abajo a arriba.

Arriba debería colocar las cartas voladoras y abajo la carta impresa. Puesto que hemos columbrado que esta última únicamente responde que es la "esencial", mas que lo esencial, que dice tener, se le desprende para filtrarse en las otras, las voladoras. ¿No es verdad?

Empero están colocadas inversamente. Arriba está la impresa; abajo, las otras. Cuando voy a éstas, sabiendo que son vivas y con venas, fórjase en mí la impresión de que desciendo. Sí, desciendo un piso. Sé, Bárbara, que éste es mejor que el superior que acabo de abandonar. Pero sé también, que he bajado... Yo me digo que bajar o subir sería aquí, en última instancia, una cuestión arquitectónica, de lógica pura, y no, ¡no!, de valor. Pero el hecho es, además, el hecho de bajar. ¡Absurdo! -lo sé. Qué hacerle...: desde la infancia, desde antes, desde siglos atrás, me vienen gritando que no hay que bajar. ¡Cuánta confusión de cosas!

Simple similitudes en el significado de algunos vocablos -*Bajar*, ha adquirido dos acepciones-, simples trivialidades para estimular un poquitín la futura metáfora que ha de

inventar un futuro poeta, nos confunden con tal fuerza que el despropósito que se ha formado nos retiene, aunque sepamos que por allí va la senda, nos retiene por terror de decirnos la frase secularmente lapidaria:

“Voy camino abajo”.

¡Absurdo!

No. Digamos mejor:

“¡Qué poca fe tengo! ¡Qué miedo le tengo a la fe!”.

En vano me digo que hacia abajo está el centro bullente de la Tierra, el fuego, el oro, el misterio impenetrable.

Bárbara: ¿por qué sonrías irónicamente? ¡Eh! ¡Sonríe, si quieres, pero déjame seguir!

Bárbara: yo tuve varios amigos a quienes escribí; y escribí a mi padre y escribí a mi madre. No me extrañaría —¡ójyeme bien!, ahora y aquí enclaustrado contigo— que en esas cartas hubiese también algo para esas gentes que vienen o acaban de llegar. Enclaustrado contigo... Pero tal vez me extrañe esta afirmación, la sienta perentoria, cuando ya salga yo de aquí, o tú, como la otra, te escapes.

Bárbara: ¡quítame el maleficio de esa desgraciada frase de “ir camino abajo”!

Se me antoja una cosa: ¿recuerdas que en la enorme carta a “Guni querida” escribí por ahí, para elevarla más y más, sobre una linterna y un clisé de Sir James Jeans? Se habla ahí de “una aceptable nitidez”: un término medio que deja a ambas partes medianamente contentas: de un lado, la enorme carta sin ser yo ni una mujer viva ni nadie; del otro, las pequeñas cartas cotidianas a los señores como yo, como ellos mismos, como todos. Al medio: cartas a “Guni”—así, a secas. Guni era como yo y yo la amaba aquí en este suelo; el amor es siempre enorme y huele a poesía y levanta de este suelo.

Aquí está tal vez la “aceptable nitidez”. Mediana nitidez. Pero *se ve*. Alrededor, la bruma y luego la sombra.

Y aquí me quedo. No me atrevo a seguir hacia el fondo de la Tierra. Quiero quedarme. Nada raro que tampoco lo logre. El terror a la desgraciada frase me hace trepar, pálido y temblante, a las regiones estratosféricas de esas artes deslumbrantes.

¡Si lo supiera Jeans! Con tal de trepar, nosotros los...

¡Ea!

Sir:

Si al menos pudiese yo resarciros por mi profana intromisión en vuestros mundos. Hubo, recuerdo, junto o cerca a nuestra linterna, un banquete. Si al menos pudiese yo compartir con vos aquellos platos. Sir: aceptadme: es un pavo bien condimentado. Sir: este es un vaso de whisky que levanto en vuestro honor. Sir: perdonadme.

Bárbara, ¿en qué estoy? ¿Divagando? Perdóname tú. Prisa me corre por decirte que parece —según severos sabios me han murmurado— que la cuestión de esa linterna tampoco es verdad. Yo, ¡qué voy a saber! Pero como que sea falsa... ¿Entiendes el paralelo? Sería, pues, falso limitarme a cartas a “Guni”. ¿Debería entonces volver al piso alto? ¿O decidirme por el subterráneo?

¡Ayúdame, Bárbara, ayúdame!

Y es el caso de que amo desesperadamente todos esos utensilios que ves aquí por todas partes. Mira: mi máquina de escribir y... la expectativa que tengo de adquirir una

grande, grande y silenciosa; un bloc allí; un cuaderno en blanco; los lápices; las gomas; esos grandes clasificadores... ¡oh, los enormes clasificadores! Son éstos, si no los más hermosos objetos que el hombre haya inventado, los más tentadores, sin duda alguna. Quien tenga clasificadores en su rincón, desatará dentro de sí, con fuerza indomable, su inclinación mayor; aunque durante largo tiempo la haya tenido apenas perceptible.

Ten presente que mi inolvidable tío José Pedro, aunque vivió su vida entera en las vecindades de la miseria, llevaba una contabilidad clasificada digna de un banco. Y no creas, mujer, que este hecho era reflejo de una avaricia oculta. No; puesto que empezó y creció súbitamente, de un día para otro. Desde el día en que abandonó su libretita de bolsillo por grandes clasificadores que..., ¡ah!, que el malvado de Desiderio Longotoma le regaló guiñando sus ojillos como siempre los ha guiñado. Y si mi tío, que tenía libretita de bolsillo, se precipitó sobre el obsequio del malvado porque algo soñaba con negocios fructíferos, ¡qué esperar de mí que he escrito tantas cartas de amor, tantas cartas de amistad! ¡Qué esperar de mí que allí tengo, como ves, muy buenos clasificadores y los tengo desde ¡siempre!

No sé cómo han llegado e instalado. Seguramente como el globo de cristal de mi tío en medio del fundo de La Cantera. Un viejo amigo me decía a menudo: "Las cosas tienen patas, hombre, tienen patas". Las tuyas las tenían para huir y todo se le extraviaba. Las que a mí me rodean las han tenido para acometerme.

Todos estos utensilios me instigan para que suba, piden el piso alto.

¡Guni! ¡Mi Guni! Ahora que te has ido para toda la eternidad, ¿cómo, cómo envainar mis palabras de amor, sinceras y apasionadas, en estos utensilios que trepan hacia las imprentas universales? ¿Cómo, para que sigan con candor, con olor a yerbas, a campo entero?

¿Cómo, Bárbara?

¿Copiarlas simplemente?

¿Y luego clasificarlas?

¿Qué te parecería?

¿Y por fin buscar un editor?

Y tener confianza, eso es, ¡tener confianza!

Escucha: los mejores libros que he leído sobre la pasada guerra son, a mi juicio, aquellos de la colección de memorias, estudios y documentos que puedan servir para su historia. Libros que no escribieron los del piso alto, ¿ves? Libros que se escribieron por necesidad. Escucha: yo escribía por necesidad a mis padres, a mis amigos, a mis amores, ¡para qué decirte a Guni!

Pero algo me dice, Bárbara, que sin una obra de allá arriba, grande, seria, pesada, que avance primero despejando el campo, mis buenas cartas carecerán de interés aun para los que vienen. En cambio si hago la obra —o a otro le encargo que la haga por mí—, las buenas cartas, automáticamente, rebotarán interés.

¿Qué será todo esto, Bárbara?

Si alguien, como medida preventiva, ha escrito antes una Vida, digamos de un Buscón, pasmados dejará a los siglos al lanzarles lo de cada día por sus propias venas.

Pero si no la ha escrito... ¿Sería, crees tú, como si los autores de esos documentos guerreros los hubiesen escrito, exactamente iguales, pero sin que hubiese habido guerra alguna?

Vendría a resultar que la guerra fue el Buscón de ellos. Pero los otros también fueron

a la guerra y, que yo sepa... Dicen que Remarque estaba a la altura de los documentos: fue, según me han dicho, el primero que nos documentó sobre el estado de ánimo del combatiente: casi parece de miedo. Pero no era de esto de lo que teníamos que hablar nosotros, Bárbara.

Lo que tengo que decirte es, sin más, que, por encima de todo, un impulso vital, animal, de especie, me inclina y sigue inclinándome hacia la dulce vida de tono menor, aquella que Guni me hizo divisar. Y otro impulso me retiene, otro me insta para que haga obra, obra voluminosa en acordes mayores. Es un impulso fuerte; creo, a veces, que avasallador. Es como el impulso hacia el tabaco. Ya ves, estoy fumando.

Bárbara, ¿qué debo hacer?

Ya ves... Quise hablar contigo, comprende bien esto: *contigo*. Y por un sendero o por otro hablé de los documentos, las narraciones, de nuestro cerebro afanosamente en trabajo.

ELLA—Quieres hablar conmigo; no obstante te vas por un sendero o por otro. ¿Quieres explicarme por qué tan raro proceder?

YO—*¡Porque todos nosotros estamos haciendo así!*

ELLA—No comprendo.

YO—Discúlpame, Bárbara. Fue una frase espontánea; se me escapó sin saber. Se me escapó por eso justamente: porque todos estamos haciendo así.

ELLA—¿Es decir?

YO—Es decir que proyectamos. Lo proyectado, en todos, es un fantasma; así tal cual lo oyes: un fantasma. No recorro a imágenes; no estoy en la fantasía. Es un fantasma, simplemente porque no puede caminar por la vida.

ELLA—¿Entonces?

YO—Entonces lo cubrimos, hasta casi ahogarlo, de ropajes, grandes y coloreados ropajes.

ELLA—¿Por qué?

YO—Bárbara, porque los ropajes siempre han dado la ilusión —y muchas veces la certeza— de que es vida que camina.

ELLA—Y ya alcanzada la certeza, después de dejar atrás a la ilusión, todo avanza radiante.

YO—No te rías. Sabes. De pronto se descubre su inmovilidad.

ELLA—No comprendo. ¿Por qué esos ropajes se inmovilizan?

YO—Bárbara, yo también me lo pregunto: “¿Por qué no pueden caminar?”. Porque todo eso es arte, mujer mía, es arte y el arte no camina, ¡no!

(Aquí, no sé por qué razón, me dio risa. Empecé a reír incontinentemente. Ella se contagió, un poco, un poquitín, hasta ese maravilloso terreno justo más allá de la sonrisa pero antes de la risa, ese terreno que sólo se insinúa, nada más, se insinúa apenas con un pequeñito estremecimiento y algo, algo de ruido..., un motor que empezara a andar, un segundo; se detuviera, otro segundo... ¡Qué linda, qué fascinadamente linda estuvo mi Bárbara! Lo que es yo reí de buena, de esplendorosa gana. Y riendo proseguí:)

Los autos caminan. Las locomotoras. Los gatos. Las tortugas. Los cinocéfalos. Yo. Tú. El. Nosotr...

ELLA –Basta. Calla.

YO –Discúlpame, Bárbara. Es que somos tan pocos los que alguna vez reímos así.

ELLA –Bien. ¿Y el arte no, no camina?

YO –No. El arte es; el arte está.

ELLA –¡Ah! ¿Dónde?

YO –¡Qué pregunta, mujer mía! ¿Cómo voy a saberlo yo? Me haces caer en aquello de todas partes y ninguna. Me contento con llamarlo “el sitio X”. Pero visto de otro modo está *adonde uno va*. Uno es el que camina, el que tiene que ir. Se presta esto a un engaño. Es ilusión de óptica. Es como el tren y los postes telegráficos cuando son éstos los que corren veloces hacia atrás. Como aquí en nuestro planeta, esta Tierra, que no se mueve y el Sol se mueve, de extremo a extremo, todos los días. Bueno, está donde tú quieras. Déjame, te lo ruego, decirte que está siempre donde una mujer –para mí, tú– quiere que esté. No agradezcas; no es lisonja; es así. Porque, ya ves, eres tú la inmóvil y yo vengo, he venido, caminando. Sí, Bárbara, adonde se va allí está. Y allí se va llevando uno, como equipaje, el torbellino de este mundo. Este torbellino que gira y nos hace girar y que, para perezosa comodidad nuestra, nos hace exclamar: “¡Uf, cómo gira el arte, cómo corre!”.

(Aquí me levanté de mi sillón y, con grandes ademanes, empecé a declamar las poesías oídas en mi infancia:

*Para y oye, ¡oh Sol!, yo te saludo  
como corren los postes telegráficos.  
Y estático ante ti me atrevo a hablarte  
yo de niño al viajar en tren decía.*

Pero Bárbara empezó a reír como hace un momento reía yo. Así es que detuve mi recital. Me volví a sentar. Esperé que se calmara. Seguí:)

Pero como todo esto es falso, amiga del alma, causa las penurias que toda falsedad nos causa: uno queda con la cabeza mala, aturdido. Por eso, te diré en voz baja como una confidencia, que hay tantos seres de cabeza mala, porque creen que aquello... camina.

Tenemos entonces que enderezar la cabeza, cabecita mala.

Primero que todo se presentan esos ropajes que caminan, sí, que simulan caminar, que no se mueven. Se les coge, se les quiere desprender del fantasma que cubren. Pero ¿cómo? Los fantasmas no existen, Bárbara. ¿Cómo desprender algo de algo que no existe? Nos retiramos de ellos; mejor dicho, nos queremos retirar de ellos. Sujetan, agarran, enlazan ¿Ellos mismos? Se percibe que, tal vez, no ellos mismos. ¿Sabes quiénes sujetan? ¡Ah! Yo los llamo: los amigotes.

Mujer, los amigotes son aquellos que nos han comprometido. Ni más ni menos. Los que nos han hecho firmar un compromiso, ligándonos, atándonos con la palabra empeñada y la firma estampada. ¡Ah! Nos arrancaron palabra y firma cuando éramos pequeños, débiles y pobres, cuando estábamos encerrados en una guarida oscura y queríamos, a cualquier precio, levantar la cabeza para ver un poco más. Entonces no había sino un dilema: pagar para ver, aceptar lo que se nos dijera, dejarnos explotar...; o resignarnos a quedar para siempre en esa guarida sin aire.

Cualquiera comprenderá que pagábamos cualquier precio.

Yo los llamo "los amigotes". Disculpa el término, Bárbara mía. ¿Demasiado chabacano? No importa. Hay quienes los llaman "cánones". Hay otros más serios que los llaman "leyes". Y hay algunos terribles que dicen "el juramento".

Pero una voz permanece a nuestro lado. ¿Será ella la que llaman "Ángel Guardián"? Se aleja a menudo. Es a menudo una voz lejana, lejanísima pero siempre fiel. No deja de recordarnos que el "juramento" nos fue arrancado muy al comienzo, es decir amedrentándonos. Como a Galileo, ¿entiendes? Quien dijo; no; quien murmuró: *E pur, si muove*, fue esa voz de que hablamos ahora nosotros dos, Bárbara. Esa voz fue. Por eso ha quedado hasta hoy la polémica: si Galileo dijo o no dijo esa frase. Sí y no, ¿entiendes?

A nosotros también, a todos, la voz nos dice; no; nos murmura; nos murmura apenas; hay que aguzar el oído...; que si en aquel momento, en vez de pobres, débiles y pequeños, hubiésemos sido fuertes, tan fuertes como en el día en que Dios nos echó a la Tierra, la Tierra, cual deber ineludible, nos habría entregado una llavecita que abriera, no las palabras de esos que con tu perdón llamé "amigotes" sino aquellos *que en ellos hizo brotar palabras*.

Bárbara, ¿no la tienes tú mi llavecita? Porque yo no la tengo. En vano busco en los bolsillos. Pero hay una que es mía, lo sé.

Guardas silencio.

¿No la tienes?

Es muy posible que no la tengas. Mas tú sabes quien la tiene. La tiene ella, allí, Colomba. Dile que la pase. ¿Cómo? Dejando que nos juntemos, dejando que haga yo con la mía su boca que no existe.

¡Despiértala, Bárbara! ¡Hazla carne!

Haz que yo le hable en su carne entre mis brazos.

ELLA —Tus brazos vacíos... Los brazos vacíos no hablan. ¿Para qué dejaste que Guni se marchara?

Yo —¡No, no! No la he dejado marcharse. Ella se marchó por su gusto, por su voluntad no influenciada por nada ni por nadie. ¿Es dejar marcharse a alguien si ese alguien se marcha porque siente como un olor a "lucubración masturbadora"? ¡No, no!

ELLA —Debiste entonces seguir tras ella.

Yo —¡Imposible! ¿Que no recuerdas que siempre, indefinidamente me aventajaría?

ELLA —¡No! ¡Cobarde!

Yo —Habla, por piedad. ¿Por qué cobarde?

ELLA —Porque has tenido miedo de seguir tras lo que te aventaja. ¡Como si pudiera haber otra finalidad...! Has preferido quedarte. Has preferido conservar la ilusión de que aquí todo lo alcanzas porque estás al medio de ello. Y al hacerlo de este modo desmientes lo que ha poco me decías: que el arte es adonde se va y... una mujer en el extremo.

¡Ir! —decías. Si siempre huye, es engaño— decías.

Por ser engaño, deja la cabeza mala —añadías. ¿Entonces?

No comprendo.

Tal vez consideres preferible los copitos de nieve de una Navidad tostada al sol; las opiniones de Perquenco Zapallo; Ascanio Viluco fulminando con pedantería al tímido Yumbel; los cuadros que tapan la vista de Barón y su Frasquita; el señor del año nuevo; el filete Miñón; la desaparición del solar Traiguén; las almendras de don Bartolo; la "lista"

que aprieta hasta ahogar; el Gordo aquel del cine, como resultado final. ¿Es preferible todo esto?

Y lo preferieres a pesar de las advertencias del señor Pidinco: "¡Imposible, don Onofre, imposible!"; y a pesar de lo que el señor Bucalemu vio: una raíz de cordeles inmóviles.

Lo prefieres a pesar de que el lienzo color gris dejó resbalar una plataforma peligrosa. A pesar de que en el pequeño escenario rojo se danzaba.

No comprendo que este gris polvoriento, como el suelo que pisamos, pueda mostrar tanto atractivo. No comprendo que se le juzgue de mayor interés que vueltas y más vueltas al mundo entero y siempre con una beldad ante los ojos. No lo comprendo.

¡Ah! Veo en este momento las selvas tropicales... ¡Qué de misterios fascinantes han de ocultar! Caliente, casi quemante y húmeda, tal vez por entre las raíces de la mandioca, estaba agazapada la llavecita que buscas.

Veo el polo, los polos, sus nieves, su inmenso silencio, su enormidad helada, sus témpanos navegando y crujiendo. En uno de ellos va tripulando tu llavecita también.

Veo los mares, las olas echando espumas por los aires y una gota de la espuma es, de pronto, una llave; veo los mares lisos como espejos inmóviles que apenas una arruguita caracoleante los perturba: es un pez chiquito que pasa rozando la superficie, huyendo porque una llave, chiquita también, lo viene persiguiendo.

¡Cobarde!

Y selva y nieve y mar, todo, está con un perfume que guía, el perfume de ¡ella!

Ahora pisas polvo, marcando el paso; pisas tierra y pisas barro. Sólo te queda ahora pedir un aperitivo asegurándole al camarero que nunca pides dos, mientras dejas definitivamente de sentir la historia del mundo cabalgando por el cielo y estremeciéndose.

En fin... Pensar que...

Yo -¿Pensar qué?

ELLA -En fin...

Yo -¡Piedad, Bárbara! ¡Termina!

ELLA -Pensar que la cosa iba a ser algo mejor.

Yo -¡Habla!

ELLA -Hablaré. Escucha bien:

La cosa iba a ser mejor. ¡Nunca has de entender a las mujeres! Proclamas que la cosa "está siempre donde una mujer quiere que esté". Y cuando la mujer está, quieres entonces dirigir tú la marcha de la mujer. Es el sin sentido absoluto. No las comprenderás.

Yo -Dispuesto a todo estoy, Bárbara. Pero ¡sigue! ¿Cómo iba a ser?

ELLA -Te lo diré. Escucha bien:

(Aquí Bárbara hizo en su mano derecha un trozo de tiza amarilla. Sobre una pizarra que vino dibujó un círculo. Dibujó luego, dentro del primero, un segundo círculo, luego otro, hasta diez círculos amarillos, de modo que quedaron nueve espacios, como pisos subterráneos y circulares, y un centro vacío).

Yo -¿Es la Tierra?

ELLA -Si quieres. Sí, es la Tierra. Mas ahora, si no ves inconveniente, será la marcha de Guni.

Yo -Bien; será la marcha de Guni.

(Bárbara clavó entonces su tiza en un punto situado por el sur-oeste del círculo. /Pensé que podía ser un punto que bien calzaría con Santiago de Chile/. La tiza se hizo celeste. Movi6 lenta y circularmente su mano hacia arriba y hacia la derecha, restringiendo poco a poco el radio de su movimiento. De este modo la tiza fue marcando una espiral que, al alcanzar nuevamente el punto correspondiente al de partida /Santiago de Chile, sin duda/, se fue, cada vez, introduciendo en el siguiente subpiso. Ante mis ojos at6nitos continu6 esta marcha color celeste hasta el espacio del centro).

Yo —¿Es esa la marcha de Guni?

ELLA —Es la marcha que debió ser de Guni. Así Guni debió hacer su largo peregrinaje si..., si tú la hubieses seguido. ¡Mírala! (Con un puntero fue indicando en la pizarra). Viaja por la superficie, viaja como viajamos todos. Viaja así su primer circuito. Mírala ahora en el segundo —y no olvides que tú vas, que irías tras ella—: corre, corre Guni más cerca de esta línea amarilla; la roza siempre y la raspa a veces. Salpícanse sus pies en el mar. Se cubren de tierra cálida. Mira: de nieve.

Sigamos las vueltas. Otra y otra más.

Ve cómo se va hundiendo en demanda de la línea celeste.

Ahora gira de polo a polo enterrada hasta el pecho. ¡Sí! Su pecho es una proa que va rompiendo tierra, agua y nieve y aventándolas hacia ambos lados con el garbo de un abanico que se abre.

Tú vas tras ella.

Mira ahora: Su cabellera sólo se ve y pasa y, al pasar, si es por un sitio poblado hay un temblor que hace a los vecinos precipitarse de sus casas a la calle; si es por un sitio sin alma humana hace que el ave o el animal allí enseñoreado lance su mejor grito de queja póstuma.

Mírala ahora en los polos. Por vez primera, en sus respectivas historias, un punto oscuro los ha rasgado, como quien parte un fruto en dos. Se ve el puntito oscuro pasar por el hielo.

Tú vas detrás.

Ahora giráis ambos fuera de la vista de todo cuanto tiene ojos. Algunos topos y algunas lombrices se asustan. Pero no importa. Vosotros seguís. Arriba, en la superficie, en los sitios habitados creen, por un ruido sordo, que va a temblar; en los otros casi gritan las bestias. Vosotros seguís, golpeando con la cabeza los fondos de las minas y atravesando los tubos de los volcanes. En el agua nadáis con viva extrañeza de los peces que, a esas profundidades, sólo han visto naufragos en busca de paz y cascarones de barcos que se van.

Habríais raspado el fondo del océano. Desde allí para adelante, profundizar, profundizar de verdad. Lo sucedido hasta ahora se consideraría apenas como un ensayo.

Creo, amigo, que sólo en este ensayo habrías tenido más de una ocasión para encontrar, si no la llave, por lo menos una llave. Y con una llave ¡ya se puede vivir, amigo, y vivir mucho!

Guni seguiría, seguiría. Tú también. Tal era la intención de Guni: bajar, bajar, más bajo, más hondo que todo piso bajo, más, hacia las entrañas.

Tú estás aquí fumando tabaco con olor a madera vieja.

Si la hubieras seguido estarías terminando el primer circuito terrestre y dando comienzo al primero subterrestre, a la verdadera maravilla, al profundo conocimiento.

Cuenta ahora las vueltas de la espiral: son nueve. Habrías ya ejecutado una el primer año. Habrías recorrido la segunda el segundo año. Estarías ahora en mitad de la tercera. Y como habrías partido de Santiago, estarías ahora, más o menos, por el Mar Amarillo. Pero, ¡no olvides!, en el tercer subpiso. ¿Puedes representártelo?

Representátelo de este modo: aquí en la superficie a Guni le gritas: "¡Detente!". Ahora irías gritando: "¡Adelante!".

Y terminarías el noveno circuito. Ya todos los misterios se habrían descifrado resplandecientemente. Os quedaría lo último, el último punto, allí al centro. No lo he marcado. Déjame marcarlo. Así.

(Aquí Bárbara marcó el centro de la circunferencia con su tiza. La tiza dejó un punto de color granate).

¿Lo ves? ¡Nada menos! ¡Hasta el fuego central, si fuego es! ¡Hasta el fuego-fusión!

Dos en uno... Uno completo...

¡Por eso salió Guni a girar!

¿No es eso lo que buscabas?

Es más que una pequeña llave de esta superficie que pisamos.

Yo —Me aturdes, Bárbara mía, me matas. ¿Tanto he perdido? Sé que cuanto me revelas es enorme, inmenso, lo más trascendental que jamás se me haya dicho, lo único inmortal. Pero mi cerebro se ha vaciado. No sé qué hacer, ni dónde ni cuándo. Para mí todas tus palabras son inútilmente grandiosas. ¡Bárbara! Mi destino no puede ser como el de un ganado trashumante. ¿O acaso lo que acabas de decir es fantasía tuya? ¿Puede existir tanta grandeza? Pero, ¿no me dijiste, al separarnos la última vez, hace dos años y medio, que tú "*eras Bárbara, nada más que la pobre Bárbara*"?

ELLA —Recuerdo. Cuando te dije que yo era "nada más que la pobre Bárbara", tú te marchaste a Carlomagno a inaugurar un departamento. ¿Qué podía pensar yo? Pensé que tu interés había decaído al verificar que sólo te enfrentabas con una "pobre". Al verte volver —para interesarte, para rescatar tu interés— hice —¿qué quieres?— lo que tú haces, lo que todos están haciendo: ¡subí mi tono!

Yo —Y me has aturdido.

ELLA —Como tú aturdiste a Guni. Elevaste tu tono hasta las cimas del Arte, asegurando que allá arriba había un castillo de cristal. Cantaste la gloria de los que tenían paso franco bajo sus dinteles de diamantes. Orquestaste una suprema logia de iniciados que se entienden con los ojos y hacen obra con los fluidos. Tronaste hasta que ella debe haberte insinuado un paseo por esas cimas. Entonces retrocediste espantado. "No, no, no hay tal". Cumbres, castillos, cristales, diamantes no están, es decir, están sin estar en sitio alguno, es decir, están aquí dentro. Y, al decir esto, te golpeabas ora la testa, ora el pecho, ora un nimbo inexistente que tus gestos torpes figuraban existir rodeando tu cuerpo entero. Tenías, ¡pronto, pronto!, que bajar el tono. Tenías que deshacer lo hecho. Siempre, en toda construcción, trátase de un rascacielo o de un reloj pulsera, es más fácil deshacer que hacer. Sí, amigo, siempre que tengamos que vernos con una construcción susceptible de ser tocada con un dedo. Esto te hizo errar. En las construcciones que los dedos no saben, es lo contrario. Hacer, es relativamente fácil; sobre todo cuando hay oídos complacientes. Deshacer..., ¡uh!; difícilísimo. Porque ya establecida la cima y sobre ella un castillo de cristal con dinteles de diamantes, se le quiere tocar con el dedo y nadie acepta que se

derrumbe y desaparezca sin que siquiera una, una sola de nuestras diez yemas lo haya palpado. Sí, amigo, son dos mundos regidos por la misma ley pero en cada uno la ley está colocada en sentido opuesto. Guni se marchó. Se marchó a ver cosas que se tocan. Se marchó con la esperanza de ser seguida y así... ¡no más cimas sino profundidades! ¡Hasta la última, la que puede tocarse con las dos manos, con todo el cuerpo, en un abrazo total!

YO —¡No me hables más así, por piedad! Define, define un "sí" o un "no". ¿Existe esa espiral hasta el punto granate, allí al centro?

ELLA —¿Qué puedo decirte? Todo existe. No hay nada que no exista.

(Aquí, profundo silencio. Bárbara sonreía, creo que con un dejo irónico. Silencio largo. Horas; tal vez días. Sin un ruido yo giraba en espiral en busca del fuego central, de la fusión, por si no es fuego. Pero como Guni no corría ante mí, convertida en la guía de mis ansias, me hundía yo en nuestra santa Madre la Tierra hasta las rodillas, a veces, cuando la suerte me acompañaba, hasta el pecho, pero la ausencia de ella, mi Guni, volvía a arrojarme a la superficie.

Y todo esto era en mi propia mente tan sólo).

YO —Descríbame cuanto has hablado, Bárbara. Porque cuanto has dicho es una hipébole, ¿verdad? Por piedad, cambiemos nuestros papeles.

Dime —basándote, claro está, en tu grandeza—, dime, nada más, qué es lo que debo hacer, ahora, al salir de aquí y volver a la ciudad. Que no quiero caminar más solo pues solo me consumo en una búsqueda de sotavento. Luego yo me encargaré de elevar tus consejos a regiones de ropajes inaccesibles para todos. Y... ¡todos quedaremos en paz, mujer, y dichosos!

ELLA —No se me ocurre nada. Tal vez... escríbele a Guni. O, si estás enfadado con ella por la fuga de que la culpas, escíbeme a mí.

YO —¡A ti! No. ¿Un hombre escribiéndole a un ángel?

ELLA —¿Yo, ángel?

YO —Sí, tú, divino ser, arcángel.

ELLA —Parece que todo se fuera invirtiendo según tus deseos. Empieza el poeta-hipébole a alzar sus cánticos ante la buena niña de las buenas calles. ¡Cuidado! Ya se escapó una. Ahora, puedo escaparme yo...

YO —Escaparte... ¿Con o sin Colomba?

ELLA —Pregúntaselo.

YO —Es que no tiene ni oídos ni labios.

ELLA —Me aburres.

YO —¡Por piedad! ¡Mujer única en este mundo y en cualquier mundo! ¡Mujer excepcional que, durante más de dos años, has existido aquí serena, grandiosa, inconmensurable, alimentándote y alimentándolo todo con tu rítmica respiración! Mujer: ¡Dime, de rodillas te suplico, quién, quién eres!

ELLA —¿Yo? Soy Bárbara Lopetegui de Balbontín. Nací en Ocoa y nací feliz.

Fue mi hogar un hogar irreprochable. Mi padre era un hombre trabajador, inteligente, un hombre ideal. Mi madre, la más santa de las mujeres. Ambos han muerto ya. Soy huérfana.

Hasta los 15 años fui como todas, jovial y despreocupada. Siempre distraída, dejaba pasar mi vida mirando sólo las cosas que me rodeaban y nunca extendía mi vista más allá.

Empero empecé a sentir, cada vez más a menudo, un extraño desasosiego. Hasta que, en el sendero de mi existencia, se presentó Balbontín.

Mis padres lo aceptaron encantados pues era mi pretendiente un joven de grandes méritos, inteligente, trabajador, de buen carácter, en fin, un joven ideal.

Contrajimos matrimonio. Hace ya de esto cerca de ocho años. Hasta hoy, no sé por qué, el cielo no nos ha acordado un hijo; pero nos avenimos mucho y somos felices.

Como el campo para su trabajo y sus investigaciones era reducido aquí en Chile, mi marido se dirigió —contratado, por supuesto— a los Estados Unidos de Norteamérica. Está ahora en la ciudad de Filadelfia, en unos laboratorios que no sé cómo se llaman, es decir, se me olvida el nombre pero lo tengo apuntado.

Ahí trabaja él, con muchos otros sabios yanquis y de otros países, en la producción al por mayor y a precios módicos del "Benzinifestisimol", que es un medicamento panacea para toda clase de infecciones e intoxicaciones del sistema respiratorio; o sea cuyos microbios o toxinas hayan penetrado al organismo vía nasal o bucal, destinación a bronquios o pulmones.

Yo —¿Aceptaré tal medicamento el Doctor Hualañé?

ELLA —¿Qué dice usted?

Yo —Nada, señora, nada. Siga usted, por favor.

ELLA —Por su última carta aérea sé que el éxito monetario— me dice que después de aniquilado el Japón— será fantástico, verdaderamente fantástico, pues el Benzinifestisimol es sobre todo rápido, "avasallante" (es la palabra que usa) en contra de toda mala alteración orgánica provocada por el carbón y sus derivados. Ahora bien, como el empleo del carbón —después del aniquilamiento del Japón, se entiende— aumentará en un 908%, el uso, por lo tanto la venta, del Benzinifestisimol crecerá hasta permitirle a sus fabricantes abordar, y acaso traspasar, las puertas del bello país de Jauja.

Yo —Pues yo, con su perdón de usted, imaginaba que en los años venideros, el carbón...

ELLA —Le ruego, señor mío, no imaginar nada así como yo nada tampoco imagino. Lo que hago es repetir a usted, simplemente, las palabras de Balbontín.

Yo —Me callo ante las palabras de Balbontín.

ELLA —Espero encontrarme pronto con él pues piensa venir cuanto antes para que nos juntemos. Y no queremos separarnos más. Esa es, mi señor, toda mi vida...; al menos hasta hoy.

Yo —¿Y para adelante? ¿Tal vez, señora, algún proyecto, algún ideal...?

ELLA —¿Qué hora es?

(Aquí, temblaron todos los relojes y recuperaron sus marchas estrictamente ajustadas al meridiano).

Yo —Las 4 y 34.

ELLA —¡Jesús! ¡Cómo pasa el tiempo! Debo tomar la micro de las 5 y 15, a Santiago. Me marchó, señor; usted perdonará. Será hasta la vista.

Yo —¡Bárbara! ¡¡Bárbara!! ¿Cómo vas a partir así? ¿Y todo cuanto acaba de pasar? ¡Partir, tú, ángel, arcángel mío, única realización de mi existencia...! ¡Quédate, guíame, ilumíname! ¡Seré tu esclavo! ¡¡Bárbara!!

ELLA —¿Y Balbontín?

Yo —Es verdad. Existe Balbontín

Bárbara se marchó  
Otra vez la soledad de mi Catedral.

Pero esta vez está Colomba. Esta vez queda Colomba. Si Colomba puede llamarse a un matiz de oro brillante, ahora de oro diluido, rayado por largo trazo de plata; a algo que debe ser algo como cabellos rubios, o a algo exclusivamente existente para recoger el violeta de mis vidrieras rojas y azules; a ojos ya grises por no mirar; a boca desaparecida a causa del gris que con tanta, tanta monotonía nieva insistentemente desde sus ojos.

¡Si podrá llamarse a todo esto Colomba!

—Colomba... ¡Colomba!

Ahora estoy de rodillas para poder llegar a tenderme de bruces y arrastrarme como un gusano por el suelo de ladrillo que nos sostiene

—¡Colomba!

Estoy alargado, aplastado a sus pies, pegado a los ladrillos. Así pegado, es ahora mi cuerpo de no más de dos pulgadas de relieve sobre el suelo. Entiéndaseme bien: no es esa mi altura real, no; si me incorporara —si lo pudiese— seguiría con el metro y 70 centímetros que el Omnipotente tuvo a bien otorgarme, como altura de visión definitiva para mi persona, el día en que cumplí 21 años de permanencia aquí en la Tierra.

Hablo de mi actual altura *longitudinal* a lo largo y sobre el suelo.

Entiéndaseme bien, por favor: lo he dicho: estoy de bruces, hincada la frente, hincados los ojos, la nariz, los labios, el mentón, las costillas, el vientre, el sexo, las rodillas, los pies..., hincado todo en los ladrillos.

No, no es así; me expreso mal. Mal me expreso porque me domina una sensación; ¡miseria humana! Esta sensación se sobrepone a la realidad. Ello no es posible. Voy a explicarme conforme a la realidad. Entiéndaseme bien:

No he hundido, ni menos perforado, ni media pulgada de pavimento. Sin embargo mido, del suelo que toco con el cuerpo entero hasta mi línea más alejada de él —la nuca, la espina dorsal, los talones—, dos pulgadas, tal vez un poco, muy poco más.

¡Es que estoy simplemente comprimido!

Estoy comprimido, de abajo hacia arriba, por la estabilidad y negra inercia de este suelo; de arriba hacia abajo, por el aire, sin más.

Llegó a mis oídos, en ese momento —como llega ahora que escribo—, la voz del docto Viluco, la voz del plano Perquenco, las voces de tantos otros..., la voz del docto Viluco —que ni una Catedral con sus vidrieras es suficiente para detener los conceptos de esas voces. Dicen:

“El aire no comprime, el aire no pesa; es decir, pesa termométricamente, nada más, ya que el mercurio, su columna...”.

Y sigue el docto y siguen todos ellos, mientras yo hollaba los suelos, siguen sus respectivos lenguajes, explicando y amontonando razones sin objeciones; hasta un punto en que el horror de calles, casas, puertas, asfaltos, ventanas y demás me hizo correr por las venas aplanadas un friecillo gusto a metal electrizado y enmohecido por ratas.

El aire no comprime... De acuerdo estoy con todos esos cerebros. ¡Perdón! El aire de fuera no comprime. Pero sí comprime el aire de aquí dentro. Pues podrá Colomba no ver ni hablar. Por lo tanto no habrá en este aire peso de las que debieron haber sido sus palabras y sus rayos de visión.

He titubeado al escribir "rayos de visión". Porque aquí un dilema me acomete. Veamos: sé que las palabras pesan, imperceptiblemente, si se quiere. Sé que pesan las de todo el mundo, aun las de los más conspicuos oradores, ¡que no me refiero al sentido intrínseco de ellas sino a su peso material en la balanza material que está por construirse! Sé que las de Colomba, si hablase, pesarían mucho más que la inercia resistente de los ladrillos de mi catedral. Entonces los ladrillos, bajo la presión de mi cuerpo sometido a sus decires, devendrían la espantosa mixtura de polvillo triturado y vísceras humanas. Todo esto lo sé. Mas, ¿pesan los rayos de visión, sean de Colomba o de quien sean?

¡Aaah! Esto cambia. Veamos. Veámoslo, sí, que nunca he podido saber —ni sé de quien sepa para instruirme— si esos rayos van o vienen. ¿Salen de los ojos o llegan a ellos? ¡Qué dilema! Pues si salen no seríamos nosotros los que viéramos sino los objetos; y si llegan veríamos pero entonces los objetos estarían despidiendo rayos visuales sin tener ojos y, si así es, me bastaría mirar hacia cualquier punto para ver frente a mí una algarabía de rayos entremezclándose en el espacio. ¡Qué dilema! Acaso van y vienen como las hormigas. Acaso salen de los ojos, salen vacíos e incoloros y regresan con un atado de formas y matices. Necesitan, pues, dos vías, por cierto, como las hormigas y los trenes de doble vía. En fin, como sea, todo lo anterior pesa.

Sin embargo no sé qué voz secreta me dice que la cosa no es así. Yo siempre he prestado atención a las voces secretas. Esta voz de hoy me dicen que van y vienen por la misma y única vía posible, entrechocándose y entremezclándose; perfecta, ideal amalgama que jamás podrán conseguir ni trenes ni hormigas. En fin, ¡algo hemos ganado! Al conjuro de la presencia de Colomba, hemos salido de lo terreno, hemos abandonado el sitio vulgar de los seres vivientes y de las invenciones de los hombres (puesto que es la hormiga un ser viviente y que el tren fue inventado por el hombre).

Ha llegado, pues, el momento de reflexionar:

Ir y venir absolutamente por el mismo hilo de espacio, el mismo hasta la infinita subdivisión de cualquier electrón, el mismo tan el mismo que no caben allí imitaciones de planetas girando, que no pueden caberlas pues ya sería multiplicar las vías, el mismo-mismo —¡que se me comprenda en este "mismo total"!—, el mismo así, es, tiene que ser la detención ¡Piénsese! Es la detención.

Pues bien, lo detenido no pesa. La detención absoluta es dejar de pesar. Por eso he titubeado al escribir estas líneas.

Pero ¡basta de asuntos ajenos pues ajenos son todos éstos, ya que Colomba ni habla ni ve! No obstante, el aire aquí pesa. Pesa tanto como tanta es la resistencia de este mi piso enladrillado.

¿Cómo pesa?

Colomba no habla ni ve.

Pero...

¡Colomba respira!

Pesa el aire por ella respirado, pesa al entrar y al salir, en su doble camino de ida y venida porque ahora hay mil, diez mil, ¡qué!, infinitas vías y cada una es un mundo de posibilidades infinitas que pesan, aplastan, aplanan mi cuerpo entero —ya lo he dicho: de pies a cabeza hasta dejarlo sólo de dos pulgadas elevado por encima del horizonte de mi catedral.

Colomba respira... Y nada más diré sobre el particular.

Colomba avanza. Sus pasos son largos, armoniosamente largos.

Pero aquí y en este momento, por el milagro de su presencia, las reglas y compases obedecen a otro concepto del existir y del suceder. Y a este nuevo existir y suceder se pliega todo cuanto aquí dentro hay. Todo, todo salvo una excepción: yo. Yo sigo con la medida y el ángulo de todos ustedes afuera, señoras y caballeros y hormigas y volcanes. Por eso y por esto acaece dentro de mis muros un fenómeno... atroz para la mayoría de ustedes, señoras y volcanes; imborrable para la memoria mía. Helo aquí:

Según reglas y compases del universo de Colomba, cada uno de sus pasos, he dicho, es largo, armoniosamente largo, pausado, extendido, cimbreado. Según nuestro universo, desde que hay recuerdo histórico hasta hoy, cada uno de sus pasos es diminuto y vertiginosamente acelerado. Luego, para recorrerme entero –(¡ah!, ¡olvidaba! Colomba avanza para pasar sobre mí, pisándome, y para alejarse después)–, de la cabeza hasta los pies, deben contarse tantos pasos como centésimos de milímetros hay en el metro y 70 que el Gran Arquitecto me asignó. Sea: 170.000 puntitos pisados, digamos 170.000 *pasos*. Entre paso y paso media un décimo de segundo. Reflexionemos:

Una persona en marcha y haciendo mediar sus pasos en décimos de segundo... Nadie podrá negarme que es un andar vertiginosamente acelerado: ¡diez pasos por segundo! Y para acabar y clavar nítida en la testa de cada lector la imagen de este paseo, debo agregar dos datos más:

1) en cada puntito de mi piel que Colomba pisa, en cada uno de los 170.000, termina, aflorando microscópicamente, una cabecita de un nerviecillo mío;

2) lleva Colomba calzado de tacones altos, altísimos y agudos, y aunque se les mida con reglas y compases del universo de ella o del mío o del de cualquier humano o de cualquier otro reino de este mundo, siempre serán tacones altos, muy altos y agudísimos.

Lo que experimenté bajo este paseo sobre mi cuerpo, he de dejarlo en mi archivo personal. Igual cosa haré con las consecuencias que haya él ya producido en mi vida o pueda producir en lo futuro. Y basta.

Colomba pasó, abrió la puerta y se marchó.

Oí el golpe del batiente al cerrarse.

Esperé un par de minutos, no sé con qué objeto.

Luego me incorporé. Miré a diestra y siniestra. Me sacudí prolijamente. Y a mi vez salí.

Por el jardín era un lindo día soleado lleno de mariposas y caracoles. El aire era fragante. ¡Qué hermoso es el campo siempre!

A pesar de ello sentí que me era absolutamente necesario poner un poco de orden en mis ideas: las palabras de Bárbara, los pasos de Colomba... ¡Oh! Aquello revoloteaba y zumbaba en mi mente. Era un verdadero torbellino. Pensé toda esa tarde y esa noche salvo las cuatro horas que logré dormir.

Al día siguiente, junto con iluminarse la vidrieras con el sol, abrí la puerta de mi catedral y me asomé en busca de la solución total.

Nada.

Mi catedral se había cubierto de flores a tal extremo que no se veían ni libros ni muebles ni papeles ni estampas, ¡nada! Flores, únicamente flores. Las había tantas, tantas que para confundirme menos –pues temí que la confusión me llevara hasta la locura– anoté, a las que más ocuparon mi atención, por orden alfabético y numerándolas. Cuestión fue de anteponer una disciplina al abismo que podría abrirse. Helas aquí:

- |               |                      |                 |
|---------------|----------------------|-----------------|
| 1. Adelfa     | 13. Crisantemo       | 25. Nenúfar     |
| 2. Alelí      | 14. Dalia            | 26. Orquídea    |
| 3. Alhucema   | 15. Espuela de Galán | 27. Pensamiento |
| 4. Amapola    | 16. Fucsia           | 28. Petunia     |
| 5. Azahar     | 17. Girasol          | 29. Ranúnculo   |
| 6. Azucena    | 18. Heliotropo       | 30. Rosa        |
| 7. Belsamina  | 19. Hortensia        | 31. Tulipán     |
| 8. Begonia    | 20. Jazmín           | 32. Ursinia     |
| 9. Cala       | 21. Lila             | 33. Valeriana   |
| 10. Camelia   | 22. Lirio            | 34. Verbena     |
| 11. Clavel    | 23. Margarita        | 35. Violeta     |
| 12. Clavelina | 24. Narciso          | 36. Zinia       |

Y al centro, vibrando entre todas ellas, sola, muda, radiante:

¡La flor del Quillay!

Me retiré.

Quedé solo en La Torcaza que se negó a aceptar toda insinuación de futuro.

Se detuvo La Torcaza marcando el paso obstinadamente en el presente.

Las ansias desesperadas mías por proyectarse y estallar en otra cosa de lo venidero, se azotaron contra los muros de las casas, fueron, como un bomerang, devueltas por las ramas de los árboles y me acuchillaron el rostro.

Reprimí, reprimí todo, presuroso. Y, mientras así lo hacía, me vi, presuroso también y muchas veces, encerrando mis prendas y pequeños útiles en mi maleta londinense, allá en Carlomagno, para salir.

Hasta que se acercó el mediodía.

Sol. Demasiada luminosidad. No había ni mariposas ni caracoles. Había, hubo otra cosa. Para explicarme voy a dibujar un rincón de las casas de La Torcaza.

Las casas de La Torcaza son vastas, reposantes y bien sombreadas. Hay en ellas como guarecerse de cualquier tiempo exagerado en cualquier sentido. Si con una sola palabra debieran caracterizarse, yo, sin duda, diría que las casas de La Torcaza son aisladoras. Son las casas –diré mejor, es el sitio más aislador que recuerdo. Claro está –me alegraría de inmediato el pedante catedrático que nunca falta (¿Ascanio Viluco, tal vez?)– que hay “aisladores y aisladores pues una cosa es aislarse con los medios que proporciona un laboratorio y otra, con los que proporciona una cárcel”. Al hablarme así, cogería yo a mi buen Viluco en falta pues nada tienen las casas de La Torcaza de un laboratorio y menos aún –¡para qué decirlo!– de una cárcel. Sobre esto último, y para no volver a ello, me basta hacer presente que tanto Bárbara como Colomba se marcharon cuando bien lo quisieron. Cuanto al laboratorio, sabemos que nos aísla por el trabajo que en él se ejecuta; es decir, aísla gracias a lo que uno trae consigo y de fuera, y el laboratorio es quien acoge; eso es; es, más que aislador, acogedor. Es como la capilla, sombría y pacífica, que de toda buena gana se presta para acoger y dar expansión a la fe que su visitante ya trae consigo y, por cierto, de fuera, de lejos. Viluco no supo que había un tercer “aislador” y que es éste el que corresponde a las casas de La Torcaza.

Ellas aíslan de todo sin imponer nada.

Puede uno venir con mucho de afuera o puede venir sin bagaje alguno. Aquí se le recibe igualmente bien. Aquí cae un telón por todos lados, cae una sordina para los ruidos, y la vida puede empezar de nuevo.

Aquí reviven muchos recuerdos olvidados y cada uno ofrece un sentido especial para una vida diferente.

Infinidad de cosas que nos habían asegurado como posibles y que habíamos recibido incrédulos, las volvemos a recibir como verdades prontas a florecer. Ahora bien, que florezcan o no, aquí se siente que es exclusivamente asunto nuestro pero que nunca podríamos culpar a estas casas si se marchitan y sí podríamos agradecerles si las llevamos adelante.

Miremos este mi primer dibujo (luego tendré que hacer otro). No muestra nada de lo que acabo de decir. Si un dibujo mío pudiera mostrarlo, hace ya tiempo que yo tendría como actividad única la de dibujar. Este es un mero dibujo indicador. Lo he hecho sólo para poder marcar los puntos A, B, C, D y E. Y he querido marcarlos así, lisamente, para aclarar en mi cerebro, cuanto me sea posible, las artimañas agazapadas, subterráneas, siempre en acecho, de las fieras malvadas que no se ven ni se oyen ni se pueden palpar mas que atacan de modo peor que las vivas de las selvas y pantanos.

Las casas de La Torcaza son inmensamente aisladoras. Otra vez, ¡a vosotras, supermujeres de más allá de todos los tiempos, os llamaré, como última súplica, para que atestigüéis cuanto avanzo!

Vosotras, Bárbara y Colomba, llegasteis aquí un día cualquiera, llegasteis para un momento, llegasteis para ayudar a que la lógica imperara en este mundo; pues la lógica pedía que, ante un hombre abandonado por su amor, se presentaran dos, dos amores, dos extremos del amor, sus dos polos; así pedía para ver modo de que, unidas vosotras por mi pasión, pudieseis hacer con la ausente un vértice lejano e inhallable, una base para un triángulo más, otro más en mi vida, otro que poder mirar, ojalá descifrar. Llegasteis, y ese momento debió ser corto, rápido y luminoso, debió ser un relámpago y nada más...; que no es poca cosa ser un relámpago. Pero estas casas os aislaron y el aislamiento primó. Yo salí, salí hacia la ciudad porque ya tengo inveterada costumbre de salir siempre.

Vosotras quedasteis. Fue menester que yo volviera lleno de ruidos y vulgaridades sin fin para romper vuestro aislamiento..., dos años y medio después. Estas casas saben aislar y el aislamiento que creí quebrar para mi vida personal siguió rondándome hasta hacerme volver, soltaros a vosotras y quedar yo con él.

Ahora salgo y vacilo. Ahora me siento acometido por el mal que siempre está, aun en sitios como éste. El mal que se filtra y asoma. ¡Nunca, nunca la paz segura!

Volvamos al rincón que he dibujado:

A la izquierda, una galería con sus ventanales; a la derecha, el comienzo de un largo corredor. Galerías y corredor forman el rincón A. El punto B es una puerta de una habitación que, del otro lado y frente a la puerta B, tiene otra puerta, C, que se abre sobre un gran patio interior. Al lado de la puerta C hay una ventanita D. Al lado de la puerta B hay un escaño E. La empleada, Facunda —sea F— trabaja, indefectiblemente, por las mañanas, en el rincón A, sobre el escaño E. Cuenta la ropa sucia y arregla flores.

Bien. Ahora salgo y vacilo. Son las 10 o las 11 de la mañana. Sol. Demasiada luminosidad. Ni una mariposa ni un caracol. La F se agita con mil cosas sobre el E; por la D y la C, ambas abiertas, prorrumpen el sol inundando la habitación que, con ambas cerradas, es fresca y fragante. La B, abierta también, nos muestra este triste espectáculo. Más acá, en el primer plano de mi dibujo, cae más sol que salta por encima de las tejas. Entre sol y sol

todo el A brilla, encandila, perfora hacia galerías y habitaciones, acumula insectos zumbantes, desparrama hacia otros puntos la intimidad. Son las 10 o las 11 de la mañana. Sol. Bichos. Ropa. Flores cortadas. F suda. Nadie puede sentarse en E. La disciplina del trabajo prohíbe cerrar D, C y B. Centellea todo A.

Salí y vacilé. Sentí algo de violación.

Sentí, vi la inseguridad.

El otro aspecto de la vida, el estrepitoso, que se mueve, roe y cambia porque, al ser una ley "cambiar", toma esta ley como única ley. La ley del vivir inmediato; pues mi pasado, mi azul pasado exige recogimiento; y el provenir, ¡ya se verá!, pues siempre y como sea ha de llegar y traer.

No es seguro este aislamiento. Hay una ranura por donde lo otro se filtra. Contra la vida de cien infinitos posibles está atisbando demasiado sol, está atisbando esa sensación de feria descarnada con todo a la vista para que se pise, para reducirlo a la altura de la curiosidad de los más bajos.

Sentí una destemplanza, una caída, un desmentido ante ese rincón profano. Y lo que es peor, recordé que ya otras veces lo había sentido exactamente igual. Otras veces había reparado en el peligro. Entonces una cierta cantidad de fe había sido reemplazada por otro tanto de precaución...

Y ahora cuanto existe me hacía ver que si hay precaución no hay vida.

¡Descubrí!

El encanto de las casas de La Torcaza residía en que en ellas era posible cualquier modo de vivir sin necesidad de tomar precauciones.

¡Y esto, Dios santo, no era íntegramente verdad!

Todas las mañanas de sol, para aquel que supiera afinar su sensibilidad —o por otros les fuera afinada (como en mi caso ahora por mis dos mujeres de la catedral; ¿antes?, no recuerdo por quién)—, todas las mañanas de sol —casi no las nubladas; de ningún modo las de lluvia—, todas ellas y para el hombre afinado, se veía en ese rincón que el abandono total y el éxtasis definitivo y el avance directo y feroz hacia otro mundo no son cosas *íntegramente* posibles.

Siempre están atisbadas.

¡Fuera tú, Ascanio Viluco! ¡Sumérgete en tu palacete matematizado con tu dama conspicua! Pues lo veo desmontando con pinzas estas líneas. No entiende, no, no entiende porque ello no puede ni debe entenderse. ¿Cómo entenderlo? Hay una manifiesta desproporción de causa a efecto. No hay relación proporcionada entre el rincón A bajo el sol matinal y todo cuanto yo he perorado y seguiré perorando sobre la mala vida que acecha para devorar a la vida buena. Si las casas de La Torcaza fuesen invadidas por decenas de calaveras, si en ellas se instalase un lupanar o si un terremoto las dejase medio en ruinas, entonces sí se comprendería que yo gritase: "¡peligro!". Pero por cosa de tan poca monta... No, no puede ser. Ascanio Viluco asegura "un caso de delirio".

En el palacete rígido es lo contrario. (Cuando pienso en todas las personas a quienes podría contarles mis impresiones torcacinas, al abandonar la catedral, se me figura que todas viven en palacetes Jozz).

En ese palacete es lo contrario. Es la proporción en todos sus puntos y esquinas. Si él, Viluco, o Madame, o un invitado debieran enloquecer sería tal día a tal hora en tal sitio de allí dentro y vestiría el enloquecido según los tonos que irían a rodearlo. Es inconcebible, pues, allí dentro suponer siquiera que una ventana o una puerta que se abra o se cierre

por causa útil y prevista, pueda hacer vacilar todo el sentido de palacete, señor y señora. En resumen es el palacete una casa para cuerdos pues allí nada atisba. Deducción: si algo en realidad atisba en La Torcaza es que La Torcaza es casa para locos.

Ya te veo, Viluco, avanzando hacia estos campos para rebatirme y demostrarme que así no son las cosas porque así no lo son en tu cabeza.

¡Mísero Viluco! No ves ni verás nunca que en tu palacete ocurre, en sentido contrario, exactamente lo mismo. La vida grande, suelta, sin rigidez y libre, ¡oh, Viluco!, la vida con los muebles a su servicio y no al servicio de los muebles, ronda de noche por los jardincillos de tu palacete quejándose como perro abandonado, rasguñando las puertas cerradas. A veces se te mete por ahí y se te acurruca en un rincón. Algunos alcanzan a verla pero la olvidan pronto atraídos por tus cocteles rítmicos. Tú ni siquiera la sospechas. Viluco, Viluquillo, si una sola vez alcanzaras a columbrarla confirmarías que allá, como aquí, como en todas partes existe esta permanente “desproporción”.

Bien; lo terrible es esto, justamente esto: que siempre el opuesto esté atisbando. Allá en los palacetes, el perro abandonado de la vida grande; aquí y en las casas como éstas, el chirrido soleado de la vida pequeña.

Bien; salí y vacilé.

Vino la destemplanza, la caída atrás, el desmentido.

Es un tentáculo en forma de pico o garra, extremo apéndice de un Ser gigante que está y por allí —por esas dos puertas y la ventanita abiertas— se cuelga para manifestarse en aquel rincón.

Es el Ser de la negación de la vida mía, amo y rey de otro aspecto de posibilidad y finalidad de vida.

No fue su presencia la que me sobrecogió. Su presencia, aunque teóricamente, yo la sabía. Como sé la presencia del Ser positivo en cualquier palacete, aun en uno de propiedad de Viluco.

Sé que estos Seres, y cuantos haya —¡y cuántos ha de haber!—, se interpenetran. Son todos a la vez y permanentes y en todas partes.

Lo que me sobrecogió fue verificar que de resultas de una afinidad entre nosotros con ciertos elementos materiales y éstos entre sí (los puntos A, B, C, D y E y también F, a determinada hora del día y con determinada luz), logremos percibir su presencia. Lo que me sobrecogió fue mi facultad de percepción pues sé que cuando algo se percibe, aislado de su ambiente y delineado dentro de él, es fácil, muy fácil ser cogido por ese algo y ser arrastrado a su propio mundo.

Al salir y vacilar fue todo esto, claro está, una sensación confusa. Un rato después la F abandonaba al E, la ropa sucia había desaparecido y los floreros, nuevamente ornamentados, se dirigían a los puestos de reglamento. Por su parte B y C se cerraban y D quedaba apenas entreabierta dejando pasar a su habitación un rayo único de sol para alegría y danza del polvillo y de unas cuantas moscas fieles. Entonces A volvió a formar parte del seguro bastión defensor de la vida positiva que es el fondo entero de La Torcaza.

Vino la noche y dormí. De pronto desperté sobresaltado. Abrí grandes los ojos en la oscuridad. Había un silencio absoluto: ni viento ni perros ni ranas. En ese momento, lo que había sido “sensación confusa”, se objetivó. Alegóricamente, sin duda, por su forma *entre pico y garra*. ¿Alegóricamente? Sí, tal vez, seguramente. Se objetivó de este modo con la misma o mayor potencia que cualquier cosa real vista y palpada.

Haré el segundo dibujo.

Al día siguiente fui hacia el rincón viejo del parque y en él me mezclé con los árboles centenarios y con las yerbas y arbustos que simulan una pequeña selva inexplorada. Al alejarme de las casas vi, pero sólo con un oído, el izquierdo, que en A se abrían B, C y D ardiendo en sol, que E gemía al peso de cosas entre dos mundos y que F sudaba al silbido del valse de "El Conde de Luxemburgo".

Hay en ese rincón un gigantesco Monosépalo Irregular de hojas nectarías y raíces de pericarpio multiforme, sus elevados frutos, allá junto a las nubes, despiden, a intervalos rítmicos, pelusas bicotiledonias que huelen a saúco, tomillo y malva. Los entendidos en arboricultura aseguran que no ha de tener menos de 350 años, pobre edad, es cierto, para un perrito bulldog de Trifón Bucalemu, pero respetable edad para un individuo del reino vegetal. Su tronco, de 3 metros de diámetro, se ha ahuecado, a dos codos de altura sobre el césped, formando un nicho fragante, sombrío y blando que bien puede albergar a un humano. El lugar es indicado para la meditación serena. Allí me metí.

Apenas me acomodé debidamente, toda mi ropa se hizo de goma, y mi piel, de felpa. Los pelos que tengo se convirtieron en estalactitas. Sólo mis ojos quedaron tal cual son afuera. Fue cuestión, por lo tanto, de cerrarlos herméticamente. Medité. Medité al armonioso son de un coro diminuto que entonaba un enjambre de bestezuelas, brillantes las unas, verde profundo las otras. El alto lo llevaba una codorniz, que allí había venido a morir dos días antes, y un sapito. Cada cinco minutos caía una gota de savia sobre mi felpa y, al resbalar por sobre mi goma, se trasformaba en rosario de rubíes. Medité.

¡Oh, Bárbara!

¡Oh, Colomba!

Después de pasar tanto tiempo encerrado con vosotras allá en mi Catedral, me parece que ello ha sido un comercio de amor interrumpido. Todo ello ha quedado inconcluso. Os marchasteis dejando aun encerradas tantas palabras que os tenía reservadas.

Bárbara:

Recuerdo cómo llegaste a mi soledad.

Titilabas como una sombra, sonreías como el humo. Te bifurcabas. Había luego un rostro que chorreaba terciopelo negro y ensangrentaba en granate. ¿Lorenzo te había visto ya y te había amado? ¿O Rosendo? Eras luz, águilas y cristales. Todo el resto se derrumbaba hacia el frío, hacia el calor y las aguas...

Bárbara:

Yo volví, desde Carlomagno y aún desde La Cantera, para decirte la verdad, para que no hubiese equívoco entre nosotros y, si lo había, para que entre ambos lo borrásemos.

Vine a decirte la verdad:

Yo no amo a Guni.

(Ahora, acurrucado dentro del tronco, veía, desesperado, que a eso había corrido a mi catedral y había sido eso, precisamente, lo que no había hablado. En vano, de vez en cuando, abrí un ojo, luego el otro, por si acaso... No. Las bestezuelas y demás y no más. Pero... Por si acaso sigamos hablando).

Mis lamentos... Ya lo sé. Y aquello de las mandiocas, de todas las mandiocas universales, también lo sé. Mas, ¿de cuándo acá es el amor el único proveedor de lamentos?

Bárbara:

A quien amo es a Colomba.

Pero no hablemos más de esto, siempre que no lo olvides: amo a Colomba.

Guni es otra cosa, Bárbara mía. Y tú ibas a ser la roca, la altísima y enhiesta roca donde producir el eco de mis palabras a ella, las palabras que no fueron.

Guni era el ser o el ángel o la bestia —es igual cualquier apodo puesto que no la amo ni la amaba— nacido y aparecido únicamente para que mi vida fuese una realidad y no una ficción. Era, iba a ser mi cuerpo. ¿Cómo puedo existir sin cuerpo? ¿Por qué exigírmelo a mí?

Bárbara, yo no sé existir solo con mi propio eco. Cuando yo a la vez soy voz y roca que la refleja, me lleno de tal soledad, de una soledad tan perfecta que, si a un hombre en medio del desierto lo enterrarán en la arena hasta el cuello prohibiéndole al viento soplar y sobre todo acarrear pájaros y hojas secas y así lo dejarán por decenas y más decenas de años, yo consideraría, al relacionarlo con mi soledad, que ese hombre está aún acompañado, siquiera con el cambio de la noche al día, copiosamente acompañado por el crepúsculo y la aurora por añadidura.

Esto, Guni iba a subsanarlo.

Amar es otra cosa. Yo amo a Colomba.

Guni iba a desatarme, a abrirme las venas para que la sangre —siempre tan enclaustrada aquí dentro— pudiese escaparse feliz a teñir por kilómetros, ¿oyes?, kilómetros y kilómetros a la redonda.

Guni iba a ser la otra parte, lo otro, la contraparte, la ruptura de unidad, sea ¡la creación!, el comienzo de una marcha, una puesta en camino.

Que la unidad, Bárbara, nos es tan inconcebible que su sola evocación nos sumerge..., ¿cómo decírtelo?, nos da risa, nada más.

¿Podría amarla? Amar es lo contrario, Bárbara. Es acrecentar la soledad propia, es borrar la existencia de la contraparte para fundirla también en uno, es... Colomba en un beso interminable en su boca que no es, para que sea, sea siempre en la boca de uno, ¡una boca con una sola sangre!

Pero, ¡por favor!, dejemos a mi amor en paz.

Guni iba a ser la causa de mi eco producido fuera de mí.

Esta causa es indispensable, irremediablemente indispensable, ya te lo he dicho, porque sin ella... el hombrecillo aquel del desierto queda en gratisima compañía.

Iba a ser Guni, tenía que ser ella. ¿Por qué no otra? Niña mía, eso no se pregunta porque la otra, acto continuo, se habría llamado también Guni. ¿Por qué no otros, lo otro? El mundo entero, ¿no es cierto? La humanidad en abstracto y además, ¡oh!, la humanidad en concreto, ¿por qué no?

Veo que no me entiendes, Bárbara, no me entiendes.

(Ahora, sintiendo estrecho el nicho del Monosépalo Irregular, al ver que no se me entendía, abrí de golpe y desmesuradamente ambos ojos. Calló la fenecida codorniz. Las bestezuelas brillantes se apagaron un instante para luego ponerse a titilar como estrellas, y las verdes se volvieron a mirarme. Sólo el sapito siguió cantando).

¿Por qué no? Bárbara, porque desde el día antes de nacer, Humanidad fue para mí sinónimo de ese aborrecible vocablo que hace días me hiciste emplear: "Amigotes".

Esto es lo que me ha insinuado, primero; instado, luego; forzado, al fin a huir de la

Humanidad de Amigotes porque sé que me encadenarían ahogándome la garganta para impedir todo canto que sonara al margen de sus códigos, del juramento.

Huir... Se dice fácilmente. Mas, ¿cómo? Evadirse... Pregúntaselo a los evadidos de las cárceles. No es tan fácil, no. Y puesto que tú sabes que "como arriba es abajo", aumenta un poquito tu sapiencia con una simple analogía: "como es afuera es adentro". Todos los encarcelados tratan de evadirse o lo sueñan; uno solo, de tarde en tarde, lo consigue. Aquí es igual, amiga mía. Aquí, dentro de este tronco, ¿estoy evadido porque no he menester de ningún alimento ni bebida aparte de una que otra gota de esta savia que detengo con la lengua en vez de dejarla que se convierta en rosario de rubíes? No, no lo estoy. Piensa que bastaría que estos pequeñitos seres volvieran a su coro y alzaran un tanto sus voces para que fuesen oídos fuera, digamos por una rata campesina; la que de inmediato lo comunicaría a un picaflor, si es de día; a un murciélago, si es de noche: los cuales volarían veloces hasta las casas a poner en alarma a todas las aves y animales domésticos, y ¡los humanos despertarían y vendrían!

¿Qué harían conmigo al hallarme enclavado en el hueco del tronco de un árbol más de tres veces centenario, con hojas nectarías, raíces de pericarpio multiforme y pelusas bicotiledonias que huelen a malva, tomillo y saúco? Me apalearían sin piedad en medio del enorme, del formidable regocijo de esa primera rata campesina que llevó el denuncia.

Piensa también que, al llegar a estas casas de La Torcaza, me creía aislado y protegido de lo demás. Recuerda que, hoy por la mañana, vi ese pico o garra allí en el rincón A.

Evadirse se dice fácilmente.

Yo me evadí, Bárbara, escondiéndome como un delincuente, con mi gran *Umbral*, no con el que tú conoces sino el anterior, ése de los mil papeles y notas en archivadores y clasificadores como los de mi tío José Pedro. Nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en "no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura".

Entonces apareció el desierto de sol implacable. Me enterré con sólo el rostro al aire, y los papeles y notas quedaron bajo mis pies en la arena.

Guni querida... Guni querida... ¡Guni querida!

¡Eureka!

Guni querida:

¿Cómo empezar a contarle todo? Es una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo. Cuando quiero echar mano a ellas, se escabullen...

¡Santas paces!

"Guni querida" y "no publicar".

Así, evadido de los Humanos-Amigotes, conservábamos la pureza del canto verdadero, de las entrañas, de lo más hondo, de lo que a uno lo pega umbilicalmente con toda la carne que camina.

En un papel, que luego clavé con un chinche en la pared frente a mi mesa, escribí:

Libertad suprema pues se va a lo propio y no a lo ajeno que es, por ser ajeno, el comienzo de la esclavitud forzosa.

¡Santas paces! Así, evadido de los Humanos-Amigotes, conservábamos la pureza del canto verdadero.

(Ahora volvían a cantar todas las bestezuelas. El sapito reía. Sólo la codorniz seguía muda y quieta. Ahora aparecían, por la boca del nicho, un zorzal, una loica, una tenca y un chincol. Saltaban ágiles dentro y procedían a la sepultación de los restos mortuorios de su compañera del alma, la codorniz. Horadando una finísima galería descendente, la depositaban, cuajados de lágrimas, en medio de las raíces de nuestro Monosépalo Irregular. Ahora volvían a la boca del nicho. Ahora volvían a posesionarse de la gran atmósfera de su indiscutible propiedad. ¡Buen vuelo!

Por todo esto creí oportuno y hasta galano cambiar, si no de tema, de giro y tono con mi amiga inexistente).

Bárbara, la última vez, no hace mucho, que estuve en Curihue, estación de Matatiuques, el fundo del capitán Angol, primo de Lorenzo, me dijo este dicho capitán:

—Me ha sucedido la grande, amigo Borneo. ¿Recuerda que yo fui aviador, que volaba por la atmósfera, por la estratosfera, por los ámbitos interplanetarios, alrededor de los planetas mismos y que, un día, aterricé, diré mejor “acielicé”, junto al Omnipotente? Hace de esto ya varios años, varios, en aquellos buenos tiempos de nuestra amistad con los Paine, los Longotoma, con el bueno de Yumbel, con ese estupendo cínico de Valdepinos. Poco después me retiré. preferí dejar aviones y espacios vacíos e inconmensurables y venirme aquí a mi fundo. Consideré mejor trabajar la tierra que trabajar el aire. ¡Me ha sucedido la grande, amigo Borneo! Yo quería trabajar en lo mío para ser libre. La aviación no era mía, era de las Fuerzas Armadas. Yo pertenecía a la Bandada 14, objetivo en casus belli, Venus. Yo quería otras Venus, ¿comprende, amigo? En cambio Curihue es mío, bien mío. No le debo un peso a nadie. Yo sentía, cuando era aviador, que, por mucho que volara, por más que pudiera acielizar muchas veces y visitar sonriente el planeta que algún día atacaríamos, yo sentía que no me empleaba a fondo, ahí donde usted lo ve, no me empleaba a fondo. Me empleaba en una mitad. Me refiero a mí, a mí mismo, éste que le habla. Una mitad, no más, era yo-yo. La otra mitad mía se empleaba para otros; en mi caso, para las Fuerzas Armadas. Es decir, siempre sujeto a otros, siempre dependiendo de otros. Y Curihue me pertenecía, a mí, nada más que a mí. Ya le he dicho que no le debo un peso a nadie. Cuando recibí el grado de capitán —hoy yo sería coronel— volé todavía un par de años y me retiré.

“Me vine a Curihue. ¡Quién le dirá, mi buen amigo, que aquí tampoco me he sentido libre, que también trabajo con sólo una mitad! Increíble pero cierto. Déjeme explicarle: me siento con una mitad trabajando para mí mismo y la otra mitad trabajando, como esclava, para eso que se llama Curihue, una especie de monstruo que tengo que empujar y cuidar porque si no lo hago me devora. Un monstruo más severo y rabioso que mis antiguos jefes de las Fuerzas Armadas. Es lo más raro que me ha sucedido hasta la fecha”.

Yo, Bárbara, me atreví a decirle:

—El Egrégor.

El capitán (todos hemos seguido llamándolo “capitán”) me miró sorprendido y, después de una breve vacilación, me dijo:

—¿Grégor? ¡Nada de griegos aquí, mi amigo! Yo no entiendo en escultura.

Luego prosiguió:

—Cuando empecé a notar esto tan raro, me repetía a cada rato: “Pero esto es mío, mío, y el dinero que da es para mí, claro está, para mí”. Inútil; porque me resultaba igual al empleadillo corriente: trabaja y trabaja su vida entera para un “Guatón” y éste le paga, le da dinero como... Curihue me lo da a mí. Pero “la cosa”, no sé cómo explicarme mejor, sigue siendo del Guatón y nunca del empleadillo, tal cual aquí “la cosa”, o sea Curihue, sigue siendo del mismo propio Curihue y nunca mía. No sé si me explico pero es así. Sigo, amigo, sin completa, verdadera libertad; sigo sintiéndome esclavo.

Después de una larguísima pausa, en la que hablamos de otros asuntos, me hizo esta singular pregunta:

—¿Cómo cree usted que habría que hacer para que uno pudiera trabajar enteramente para uno solo, para sí mismo y no para otros ni tampoco para eso otro?

Naturalmente, mi querida amiga, no supe qué responder pero el asunto me quedando vueltas hasta que, por fin, lo olvidé.

¡Bárbara! Ahora en este albergue botánico, vuelve a mi memoria. Bárbara..., ¡deslucir, aniquilar esos agrégotes! Bárbara..., ¡buscar modo de que nuestro capitán no se sienta forzado, antes que todo, a nutrir a Curihue! Bárbara..., ¡que Curihue no fuera de él para que entonces él pudiera ser enteramente de él mismo! ¿Imposible? ¿Utopías? ¿Quién sabe! En este momento —influencia botánica, tal vez— me parece perfectamente hacedero.

Pero ¡oye, Bárbara amada, Bárbara adorada, oye! ¿No era, en cierto modo, esto el significado de aquel dibujo de los círculos amarillos y el punto rojo central con la espiral celeste que penetra taladrando hasta la fusión? ¡Fusión! Hay aquí un parentesco extrañísimo mas no por eso menos real. ¿No lo crees así, Bárbara mía?

Estamos divagando nuevamente.

Y tú estás en busca de Balbontín. ¡Misericordia mía!

Todo se va y se diluye. Fíjate: el sapito y las bestezuelas han enmudecido y no cae ni una gota más de savia. ¡Ni una voz! Ni siquiera la del Ángel Guardián. ¿Recuerdas que de él hablamos, allá en mi catedral, a propósito, creo, de Galileo Galilei? Tampoco habla. Es tal vez porque se ha enfadado conmigo; y contigo también porque no me regañaste oportunamente. Pues es el caso, amiga del alma, de que hablando ante tu presencia maravillosa de profundo negro y granate, dije yo que quien había murmurado: E pur si muove, había sido él, el Ángel Guardián. Se ha enfadado por eso conmigo pues lo que hice, Bárbara, fue sacarlo del mundo de la moral y del pecado y hacer que su voz de conciencia resonara en los ámbitos del mundo del puro intelecto.

¿Se habrá enfadado, crees tú, por esta ampliación de sus dominios? Esas gentes —digo, esos ángeles son muy celosos de sus prerrogativas, no sólo cuando se las reducen sino también cuando se las ensanchan. No quieren inmiscuirse en lo que no es de su incumbencia pues piensan que para eso tienen representantes humanos aquí en la Tierra.

Pero ¡no! Oigo, Bárbara amada, cánticos celestiales y son cánticos alegres. ¡Oye! Desenfrenadamente alegres. ¡Oye! Desenfrenadamente alegres. ¡Los Ángeles de la Guarda celebran su ampliación de poderes! Se ve que ya estaban hastiados con moral y pecado, pecado y moral. ¡Empezarán a remorder en el intelecto! Eso los alegra. ¡Por eso entonan cánticos desenfrenadamente entusiastas!

Bueno, bueno. Dejemos a cada cual con sus asuntos y alegrías.

Te dejo, Bárbara, tras de tu Balbontín para que libre quedes durante toda tu existencia de los males que provocan el carbón y sus derivados.

Yo iré tras de lo único que busco y he buscado siempre: el amor.  
Yo iré tras de ¡Colomba!

(Junto con pronunciar esta divina palabra de "Colomba", empecé –sin salir de mi nicho, ¡por cierto!– a bajar. Para eso los cuatro pájaros mortuorios habían horadado una finísima galería interior que descendía hasta los misterios de las raíces de pericarpio multiforme y hacia la tumba de la malograda codorniz. Bajé. Cogiéndome de las rugosidades de las paredes verticales, llegué, después de algunos minutos, a mi destino. Ahí estaba el sepulcro del ave. Sus restos reposaban casi a flor de tierra. Sus formas se percibían bajo la delgada capa de polvo y greda como bajo los pliegues de las túnicas de mármol, en las viejas estatuas, se perciben las formas humanas. El ambiente estaba saturado de un perfume exquisito. Pues sabido es que huelen bien, huelen más allá de los deleites del incienso y de la mirra, los cadáveres de las aves voladoras, diurnas, no acuáticas y silvestres. Tal es el caso de todas las codornices y muy especialmente de ésta. No habría sido así si el difunto hubiese sido un pájaro nocturno, tal como el búho, la lechuza o el mochuelo. Los cadáveres de los pájaros nocturnos apestan el aire con olor a claro de luna. Tampoco habría olido de aquel modo si se hubiese tratado de un pájaro acuático, tal como el alcatraz, la gaviota o el pingüino. Los cadáveres de los pájaros acuáticos echan insoportable hedor a algas dormidas en el agua. Tampoco, si allí hubiese yacido un pájaro doméstico, tal como el pavo, la gallina o gallineta. Los cadáveres de los pájaros domésticos despiden náuseas de vida sedentaria. Peor habría sido si allí hubiese reposado un ganso o un pato pues a sus hedores de acuáticos habrían sumado sus hedores de domésticos. Y peor que todo, por la suma de acuático más doméstico más poéticamente lunar, habría sido si, durmiendo el sueño eterno, hubiese estado un cisne. Un vago olor acre, no del todo desagradable, habría golpeado las narices si el huésped de la tumba hubiese sido un pájaro zancudo, como el flamenco, la garza o el pidén. El avestruz es inodoro. En cambio el murciélago, si se le considera como pájaro, huele mal por ser nocturno y por ser doméstico –ya que prefiere, para fundar su hogar, las construcciones del hombre– y huele mal, sobre todo, por habersele considerado como pájaro sin serlo. Mas nada de esto concierne a nuestra actualidad vegetal de sub-terra, pues ahí yacía una fragante codorniz, mil veces fragante por ser silvestre y voladora y diurna y por odiar el agua con el mismo ahínco con que el gato la aborrece. El cadáver del gato huele mal por razones que no es del caso mencionar aquí. Aquí sólo se menciona el arrebatador perfume sedante que se mecía por esa atmósfera sobrepasando a la mirra y al incienso.

Bajé. Llegué. Caí de hinojos.

Mis labios, una vez más, pronunciaron el divino nombre de "¡Colomba!"

Retumbaron sus sílabas contra las raíces. Ninguna otra voz respondió. Ni la voz de su Ángel Guardián ni la voz del mío elevaron protesta alguna. No hubo, pues, ni un enojo moral ni un enojo intelectual. No hubo ni la más ligera insinuación de pecado. Así es que, nuevamente, lancé un grito que, al golpear con las raíces, dijo:

¡¡Colomba!!)

Quieta, Colomba, quieta.

Clava tus pies en el cadáver aquí yacente. Así. Inmovilízate. No veas. Que haya una nube en el sitio en que tu boca debería ser. Tiembla un poco. Así. Mas no tiembles por haber adivinado mi presencia y mi deseo. Tiembla por algo que yo jamás logré saber.

Realízate más hermética aún.

Yo te quiero.

Pero quiero que tus cabellos de oro sepan, en todos sus hilos, que no te quiero por ser hermética ni siquiera porque sé que eres prohibida. No.

Quiero que sepas que te quiero porque tus temblores vienen de lo que nunca sabré, porque tus temblores te llevan lejos y te dejan ausente frente a mí.

Quiero que sepas que te quiero porque entonces, ya y siempre ausente, puedo yo, libre, convertirme en el ladrón que llega hasta tu cuerpo a hurtarlo y hollarlo y llevarlo hacia donde jamás sin mí habría ido y sin que jamás sea mío y siempre tuyo, nada más que tuyo, por ese temblor que lo mueve.

¡Así!

Quieta, Colomba, quieta.

Tiembla, sí, un poco, apenas. Que no vaya yo a olvidar que eres lo ajeno. Porque te quiero, Colomba mía, te quiero...

¡No seas mía!

Yo no quiero quererme a mí mismo.

Haz de ser lo ajeno.

Haz de ser aquello donde clavarme entero como tú clavas al pobre pájaro enterrado; haz de ser en mi espalda para, apoyado, poder lanzar mi imaginación, sin restricciones, aprovechando este divino instante en que los Ángeles de la Guarda no escuchan ni miran, borrachos de alegría porque pueden, desde ahora, tocar el intelecto de sus protegidos.

Déjame acercarme.

Así.

Que se ericen mis dedos electrizados en sus yemas por lo que tú, a través de tu piel de plata, haces circular en torno tuyo, con la vida de las culebras.

¡Sé la prostituta entera y única de todos los siglos de los siglos! Así sé.

Amén.

Sé la Prostituta-Madre para que el Niño tenga dos senos donde hundir, como un puñal, sus ensoñaciones.

Hagamos coro a los Ángeles. ¡Ya el intelecto es nuestro, Colomba, nuestro!

Aliméntalo.

De tus senos que venga la leche para él. Dámela. Dame tus pezones, que me inunden la boca. ¡Mánchame! ¡Empápame!

Quiero que me ahogues como a una sanguijuela ahogaría la tanta, ¡tanta!, sangre que pudiera chupar de una gacela.

Pero no seas mía.

Sé únicamente del primer origen de ese vago temblor que viene a morir en ti.

Sé de aquello. Nunca mía.

Muere, Colomba, muere un poco, hasta esa vecindad con la muerte que me es necesaria.

¡Muere!

Ahora, déjame auscultarte, oírte, oírte entera.

No quiero oír tu corazón latiendo. Él es el motor. No lo quiero. Ni tu respiración.

Sin corazón ninguno, déjame, Colomba inmensa, poder oír tu sangre que corre, corre por tus venas con la insistencia horrible de lo que siempre ha de ser y correr y jamás terminar, ¡jamás un fin, un reposo!

Sin respiración alguna, déjame oír la combustión sosegada, casi muda, del aire nuestro, de todos nosotros, en tus pulmones.

¡Déjame, por piedad!

Quieta, Colomba, quieta.

Este puede ser el momento único que he esperado mi vida entera.

Y tú sabes, Colomba, que mi vida no tiene ni ha tenido ni principio ni fin.

Entrégate.

No seas.

¡Sigue!

Porque yo te quiero, Colomba, te quiero inmensamente, te quiero como es querer.

¿Crees acaso que estoy cantando?

¡No, pobrecita! ¡No, linda!

Yo no sé ahora cantar.

Yo mantengo el primer amor, ¿entiendes? ¡Aquel amor! Y te lo traigo y te lo doy.

Como lo da un niño.

Somo niños.

¿Quieres?

Sé la prostituta para hollar tu cuerpo. Para mantener mi primer amor y repetirlo. ¡Ese primer amor! Cuando, al amar, se lanzaba lejos, a tremendas lejanías, la imaginación. Y ella, la amada, era el sostén—el impulso, si quieres—mas nunca la perturbadora en nuestros primeros viajes a lo terrible, sí, Colomba, lo terrible. Quieta, Colomba, para que me impulses.

Si te entregas, si vibras, si sientes..., me llamas, es decir, me sujetas.

Yo quiero volar.

Quiero partir en sentido opuesto al rebotar en tu carne helada y dura.

Cualquier cosa que se entregue, penetra, perturba, hace ruido.

Yo tengo miedo.

Tengo miedo de mezclar mi carne con carne, mi sangre con sangre.

Tengo miedo de que las contrarias sean más fuertes. Entonces las mías empezarían lentamente a degenerar.

Colomba: por eso huí, como un demente, cuando me encontré con las primeras pieles vivas. Esas pieles se abrían. Huí preso de pavor.

Colomba: quedó mi amor en suspenso.

Algo me dejaron amarrado allá en la infancia

¡Volvamos a desatarlo!

Tú puedes acompañarme, tú quitas todo miedo. Porque tu piel, más que nada, se oye.

Colomba:

Déjame clavarme en ti y, así, déjame partir.

Deja que los demás se estremezcan y sollocen.

Nosotros... Ya lo sabes.

Ningún Ángel protesta.

Ya sabes que el Intelecto es nuestro.

(Ahora no recuerdo –ni recuerdo si en un momento recordé– cómo me alejé de la tumba de la codorniz ni cómo salí de aquellas raíces. Mi memoria vuelve a ponerse en marcha aquí en Loreto, escribiendo y luego conversando con Viterbo sobre los hechos cotidianos. Luego, recuerdo, guardé cuidadosamente mis papeles y salí. Era una tarde calurosa.)

## 48 (Rojo)

Salí a vagar.

Cosa que muy raramente me sucede, alguien, de una acera a otra, me llamó.

Me detuve; miré:

¡Ella! ¡¡Guni!!

Así y sin más: Ella, nuevamente en Santiago de Chile, de regreso de sus vueltas y vueltas alrededor del planeta.

Fue esto para mí algo tan sorprendente, tan pasmoso, que no tuve más remedio que encontrarlo natural. Trópicos y polos, nieves y mandiocas... ¿Y qué? Todo el mundo puede, un buen día, estar de regreso, por lo tanto, ella, un buen día, estaba de regreso. Nada más natural. Cuanto a que, de una acera a otra, me haya llamado, creo que nada hay tampoco de más natural sobre todo si a bien se tiene tomar en cuenta nuestro memorable pasado.

Crucé, pues, la calzada. Estreché su mano, ¡con qué alegría!

La encontré bastante cambiada, muy cambiada.

Siempre he pensado que toda persona debiera llamarse con un nombre que encuadre con su aspecto. Los cambios que había experimentado durante su larguísima ausencia hacían –al menos en mi opinión– que su nombre, Guni, no ajustara con la perfección que uno siempre anhela para todo cuanto se refiere al objeto amado. Estos pareceres míos deben haberme perturbado un tanto pues Guni, al ver mi vacilación, me golpeó el hombro y exclamó:

–¡Onofre, por Dios! ¿Es posible que no me reconozcas? ¿Tanto he cambiado?

–¡De ningún modo, niña mía! –me apresuré en responderle–. Yo... ¿no reconocerte? ¡Qué idea!

–¡Ah! ¡Cuánto me alegra, Onofre mío, verificar tu buena memoria! –contestó–. Ya pensaba yo que no habría de borrarse tan pronto de tus recuerdos el rostro de tu vieja y fiel amiga, Nimba Canaria.

–¡Nunca, nunca –aseguré– habría podido olvidar a mi entrañable amiga, Nimba Canaria!

–Ha sido larga la ausencia –murmuró.

–Más de dos años y medio –repuse murmurando también.

–Yo pensé, Onofre, que irías a correr tras de mí.

–Sabía, Nimba, que no lograría alcanzarte jamás.

–¡Qué importa! –exclamó–. Están otra vez juntos don Onofre Borneo y doña Nimba Canaria.

- ¡Bendito sea este momento! –dije con verdadera y profunda emoción.  
 –¿Has seguido escribiendo en tu, digo, en nuestro *Umbral*?  
 –Sí. Es, tal vez, lo único que realmente he hecho en todo este tiempo.  
 –¿Por qué “tal vez”?  
 –¡Ya hablaremos!  
 –Es cierto, ¡ya hablaremos!  
 –¿Cuándo?  
 –Cuando quieras.  
 –¡Magnífico, Nimba Canaria!  
 –Siempre me acordaba de ti, Onofre.  
 –Siempre yo también, ¡oh, niñita!, ¡oh, palomita!, ¡oh, gacela, eso es, gacela mía!  
 –Gracias. Hasta pronto.  
 –Sí. ¡Hasta muy pronto!

La vi alejarse rápida, elástica. “Gacela”, eso es: “¡Gacela mía!” Vestía de terciopelo negro que a veces daba ciertos reflejos azulados. Llevaba sólo dos notas de color: sus guantes escarlatas que jugaban, se ocultaban y reaparecían corriendo junto a ella.

Se perdió mientras yo fijaba en mi mente el sitio y la hora de nuestro próximo encuentro.

Nimba Canaria ha vuelto bastante cambiada. Los golpes inclementes del sol tropical y los golpes helados de los vientos polares, han transformado su cabellera. Ahora es de cobre, de cobre viejo, fundiéndose en una fragua de oro, de oro viejo también.

Así es que, en su casa –toda hecha de silencio y luz muy suave–, estuve inclinado ante ella, contemplándola.

Nimba Canaria iba y venía por entre alfombras y cortinas de tonos cálidos oscuros. Mas no tocaba nada, ni siquiera con los pies. En un momento se sentó al piano y tocó. Tocó unas viejas canciones que había oído de su madre como yo también había oído de la mía. Nuestras madres las habían aprendido de sus madres, quienes las habían heredado de las suyas, y éstas de las suyas y la suyas y las suyas hasta allá muy al fondo de muchos siglos. Ninguna de estas madres, nunca, había conocido a ninguna de las otras; habían formado, las de Nimba y las mías, dos linajes sin contacto alguno. Pero, aunque ignorándolo, habían guardado fielmente este parentesco de canciones viejas que, con sumo cuidado, se iban pasando de generación a generación. Al tocar ella y yo escuchar, reconocimos, pues, un parentesco. Nimba entonces cerró el piano, vino hacia mi y me miró con fijeza.

Sus ojos, durante su ausencia, a su vez han cambiado. Ahora tiene ojos dorados con diminutas pintas verdes. Pero de pronto se hacen todos verdes y esas pintitas se tornan doradas. Tienen ahora algo de felinos. Mas decir “ojos felinos” no sería caracterizarlos con justeza. Pues a cada instante se nublan y son entonces más bien ojos de pantanos, de ríos quietos, que miran todo el rededor sin fijar nada preciso; que miran como el oído escucha y no como la fiera clava silenciando cuanto existe salvo su presa. Luego clavan también; luego se desparraman caudalosos.

Nimba Canaria abrió, de pronto, una pared de su habitación y sacó una copa. La colocó sobre una mesa pequeñita y echó dentro la perla que llevaba en su anular izquierdo. Era una perla grande, retorcida, casi torturada. Le dije:

- Nimba, creo que a esa perla le gustaría convertirse en ópalo.  
 –¿Por qué? –me preguntó sonriendo.  
 –Porque el ópalo y el Diablo se entienden admirablemente bien.

—Entonces la taparemos —me dijo— para que el Diablo no nos vea.

Vació dentro de la copa un líquido espeso de color tostado que cubrió a la perla. Inmediatamente se esparció un olor fragante y asentado.

—Es licor de nueces —me dijo.

Bebí yo primero. Luego bebió ella las últimas gotas de modo que, al dejar la copa sobre la mesita, la perla volvió a quedar sola y con posibilidades de vernos.

Nimba Canaria sacó después, de todos los rincones, muchos —yo diría miles—, muchos trapos que empezaron a hacer como una gigantesca naturaleza muerta en movimiento.

Había allí sedas, sedas de gusano, de arañitas y tarántulas; sedas de cortezas de troncos, de hojas y algunas de flores; espumillas de la superficie y del fondo del mar y de las aguas que lamen a las rocas; lanas de chivo, de camello y alpaca, lanas de melena de león y lanas de ovejitas que no alcanzaron a vivir sus vidas. Había trapos de cáñamo, de algodón, de lino, de crines, de pelos vegetales, de pelos de perro y de hombres de tribus andinas y australianas. Había trapos artificiales de cloro, iterbio, flúor y selenio. Trapos de corcho y de cristal. Trapos de papel, laca y pergamino. Yo estoy seguro de que allí había por lo menos un ejemplar de cada trapo que la humanidad fabrica o sueña.

Al medio de ellos, al medio de sus infinitos colores y matices, Nimba Canaria se afanaba.

—¿Qué es todo eso? —pregunté.

—Trapos —contestó— que serán, poco a poco, trajes para mí.

—Para que te vayan cubriendo.

—Eso es. Para que me vayan cubriendo.

Por primera vez en mi vida comprendí el destino de la piel de una mujer hermosa:

Dejar que hacia ella lleguen todos los trapos imaginables; dejar que sobre ella caigan, se posen, se froten y lamen; dejar que, lacios, se desprendan, rueden y, viejos y arrugados, mueran.

Y al morir unos, despiadadamente arrojados, dejar que otros lleguen a enroscarse y apretarse para vivir en intensidad la poca duración de su existencia pegada a los poros que los respiran mezclados con el aire que va caminando o queda durmiendo junto a ella.

Los días pasaron.

Yo me hundía en la contemplación de Nimba Canaria. Y mientras la contemplaba, ella cambiaba permanentemente de cara. Era una interminable procesión de rostros de diferentes luces que pasaban por el permanente rostro de ella.

Durante varios días encontré muy extraño este fenómeno. De pronto dejé de extrañarme. Lo encontré natural.

De cuando en cuando conversábamos y reíamos.

No siempre, no, sus rostros coincidían con nuestras palabras ni con nuestros sentimientos. Llevaban una vida aparte, una vida que resbalaba, como cuchillos, sobre la nuestra.

Resbalaban todas las expresiones posibles.

Todas ellas sometidas, claro está, a una mayor y única que se placía en diferenciarlas y unificarlas a la vez.

Esta expresión, esta faz soberana era la única realmente verdadera y existente. Y era la única que no era jamás posible fijar o determinar.

Me entregué entonces a fotografiarlas.

En todas sus fotos, por cierto, aparecían su imagen pero siempre –¡inaudito fenómeno!– como con otra imagen superpuesta, imagen que por momentos se precisaba –mas nunca hasta la nitidez– y por momentos se diluía –mas nunca hasta desaparecer.

Puse luego mayor atención en sus retratos y escogí la mejor maquina fotografica que pude hallar.

Aparecieron entonces *otras* caras, otras mujeres que sólo a ciertas horas tomaban fugazmente un parecido con Nimba Canaria.

Le rogué que me posara, aceptó y dibujé.

Mi primer dibujo fue una hoja de encima. En el segundo representé una paloma.

Puse mayor ahínco, mayor concentración sobre el papel y tomé el lápiz con dedos de acero.

Mi tercer dibujo representó una medusa.

Sin embargo insistí.

Mi cuarto dibujo fue una nave que desplegab su velamen.

Me detuve.

Después le pregunté:

–Nimba, ¿crees tú necesario que alguna vez salgamos de aquí, tu casa, de tus alfombras, de tus cortinas, de tu silencio, de tu luz que no se ve?

Me respondió:

–No salgamos nunca.

Entonces nos pusimos a conversar pausadamente sobre la locura.

Le dije:

–Tú, Nimba, antes de partir, tenías una locura que me gustaría precisar con un número.

–Que sea 9 –me pidió.

–Aceptado –respondí–. Tu locura era igual a 9. Has vuelto indiscutiblemente más cuerda.

–¿Igual a 3? –preguntó.

–Eso es, igual a 3. La cantidad 9 –proseguí– era, sin duda, demasiado fuerte para mí y, por eso, me dejaba inmune. No había posibilidad de contagio.

–¿Y la cantidad 3? –inquirió sonriendo únicamente con los ojos.

–La cantidad 3 –expliqué– se me filtra, me pasa por todos los nervios y me circula. La reconozco y, al reconocerla, dejo que me riegue con todas, todas, todas las venas, hasta la última. ¡Siempre que no salgamos de aquí, se entiende!

–No saldremos –aseguró.

–Entonces, Nimba mía, aquí dentro empezaremos a hacer una vida normal, intensa, interesante. Leeremos. Yo escribiré. Tú tocarás el piano. Dejaremos de salir para consagrar las horas libres al arreglo y perfeccionamiento de nuestro interior. Durante un par de meses, por lo menos, no abriremos nuestra puerta a nadie. Cumplido ese plazo, sí permitiremos que vengan los amigos. Nimba mía, ¿sabes qué van a encontrar nuestros amigos aquí?

–No lo sé –confesó–. ¿Qué van a encontrar?

–¡Dos locos, Nimba, dos locos irremisiblemente perdidos! Y esto va a ser con gran estupefacción de nuestra parte.

Noche.

Caí de rodillas ante ella y besé sus pies.

—Nimba —le dije—, es el nimbo el que se ama.

—¿Crees tú que, como única declaración de amor que en la vida te haga, pueda yo decirte que amar, amar verdaderamente y en sí, sin material ajeno que empañe su limpieza, amar es la oportunidad permanente que otro ser nos otorga para poder mirar y nada más que mirar y encontrar en lo que se ve, al mirar, todos los significados que tenga o pueda tener uno mismo?

—Porque se ama el nimbo, porque se ha vivido tras la visión del nimbo y amar es, por fin, poder verlo.

—Es el nimbo el que se ama, eso que circula, que vaga alrededor de un rostro, manifestando un origen sin principio y una continuidad sin fin.

—Eso es lo que de pronto vemos nimbando el rostro de una mujer. Y nos enamoramos de la mujer.

—¡Bien hecho, mi Nimba, bien hecho!

—Porque si no nos enamoráramos de la mujer, dejaríamos de percibirlo. Al dejar de percibirlo, todos los rostros adquieren una arista que los delimita. Y nosotros caemos a vivir entre seres con origen que un día empezó y con finalidad que un día terminará.

—La mayoría de los hombres no para mientes en esto, lo sé, niña mía. Fija su atención entera en ella, en la mujer, exclusivamente en la mujer determinada.

—Así, tal vez, hacía yo también.

—Ahora acabo de saberlo. Acabo de saber que son dos cosas: nimbo y mujer.

—Y acabo de saber más: que eres tú la que, ¡por fin!, como una antorcha, me mantiene ese nimbo siempre presente y encendido.

—Ahora oigo ladrando por las calles a bobas y mentecatos: “¿Es el amor algo físico o espiritual?”.

—Ahora los veo enredados y a cabezazos por entre nimbos que brillan y antorchas que soportan el brillo.

—Ahora comprenderás la ineptia de tal pregunta.

—El amor es ¡Nimba Canaria!

Sonó una campana doce golpes.

Mientras por la oscuridad sonaba, ella me dijo:

—No saldremos nunca de aquí.

Le aseguré con convicción absoluta:

—No saldremos nunca de aquí.

Y en silencio, arrobados, abrazados, los labios juntos, oímos los tres últimos golpes de la campana.

—Medianoche...

—Sí, medianoche.

Una fuerza secular, a pesar de nuestra promesa, nos azotó.

Nimba Canaria desapareció tras las cortinas de su lecho; yo cogí mi sombrero y repetí:

—Medianoche. ¡Que duermas bien!

—Gracias —contestó—. ¡Hasta pronto!

Salí. Noté que mis pasos, en vez de conducirme a Carlomagno, me empujaban hacia Loreto. En mi salita de trabajo había luz. Miré desde el patio. Sobre la mesa, dos copas servidas. Arrellanado en un sillón, Desiderio Longotoma, fumando. Me vio.

—Estaba esperándolo, amigo.

—¿Ocurre algo?

-¡Nada! Salvo esas dos copas que no han sido vaciadas.  
-Pues entonces, las vaciaremos.  
-¡Salud!  
-¡Salud!

49  
(Azul)

Lorenzo Angol llegó una vez más a La Cantera. Sería interesante saber cuántas veces Lorenzo Angol ha llegado a La Cantera. Mas hacer este cálculo sobrepasa mis energías.

Según mis notas sé que, después de tanto ajetreo, Lorenzo quería recogimiento para restablecer su equilibrio. Es algo sencillamente espantoso que un hombre decidido a consagrar su vida a la meditación —y una meditación realizada en una bóveda!—, sea de pronto sospechado de asesinato. Tener que abandonar precipitadamente su trabajo quedo y hondo para ir a informarse de lo que jueces y leguleyos podrían hacer de su persona; tener que posponer la terquedad de la marcha hacia el éxtasis que se columbra porque antes hay que consultar a los señores Arancibia Ocampo y Cortés Mandiola; es algo, creo yo, más que sencillamente espantoso. Espero que todos mis lectores comprendan esto; que sientan, por lo mismo, una afinidad con mis palabras; y que, ante tal infortunio, compadezcan con digna seriedad a nuestro ya común amigo, Lorenzo Angol.

Continúo, pues, con mis notas. Dicen éstas:

“Al regresar Lorenzo a su Bóveda, ya calmados sus temores de acusación criminal, sabe:

Que, desde el momento en que descifre la amarra existente entre aquellos quince puntos, podrá a éstos trasmutarlos y, una vez trasmutados, podrá con ellos fabricar *algo*;

que, a medida que fabrique, cuanto haga Rosendo estará justificado y trocárse en cosa provechosa;

que, aunque por el momento no pueda precisar cuál ha de ser esa cosa, ella es cosa de esfera muy alta;

que, si media ahora tanta distancia entre su persona y la dicha esfera, es porque él ha tenido que descender debido a los ajetreos en San Agustín de Tango y Santiago;

que, ya en marcha por el sendero de los quince puntos, se acercará a la alta esfera y logrará, al fin, entrar en ella;

y que entonces el equilibrio Angol-Paine quedará restablecido y el “Pacto” no será letra muerta”.

Esto es en cuanto a mi héroe se refiere. Pero, además de mi héroe, estoy yo.

Yo recuerdo que cuando redacté esa nota, yo sabía por qué ocultas causas Lorenzo tenía plena razón en abrigar la fe que lo movía hacia su Bóveda. Hoy, que escribo, lo he olvidado. Hoy me siento tan sólo copiando, pasando palabras de cuartillas sueltas a cuaderno de blancas hojas numeradas. Recuerdo que un día vi claramente la lógica de los pasos de Lorenzo, la lógica de la continuidad de su vida y de las vidas de quienes le rodeaban. Esto es lo que he perdido. Sólo guardo una certeza que, por lo demás me acerca a mi amigo-héroe de aquel preciso momento en que entraba en su recinto subterráneo:

Así como él *sabía* que deberá sumergirse en los quince puntos para alcanzar una alta

esfera, *aunque ésta le fuese invisible*; yo sé que debo sumergirme en las biografías de todos ellos *aunque invisible* me sea hoy, por haberla perdido, la lógica continuidad interna de sus sinos.

Debo... Mas he perdido la brújula. ¿Entonces? Entonces hacerlo de cualquier modo... ¡Atacar!

Atacar es a menudo "recurrir". Recurrir es asirse a lo primero que la mano alcanza. Por eso asido estoy y quedaré a lo único asequible a mi mano: el orden cronológico de mis notas. ¡Qué diablos! En la cronología tiene que haber también una lógica... Pienso ahora yo. Repito, pues, que, cronológicamente, viene en este momento Lorenzo penetrando en la Bóveda y llevando como faro los quince puntos, mejor dicho, el nexo oculto que a los quince puntos debería unir:

1. Conos que se levantan;
2. Ratonzuelo que sufre;
3. Gato que pone fin;
4. Aglomerado que vuela;
5. Firma que se estampa;
6. Viluco que es;
7. Personajes que saludan;
8. Monstruo que sobreviene;
9. Objetos que marchan;
10. Tela que canta a un fallecido;
11. Triángulo que alza a un álamo;
12. Mujer que es raptada;
13. Virginidad que se pierde;
14. Naltagua que asegura;
15. Júpiter que pide la ayuda de una estrella.

En resumen: estoy de lleno, de pleno con esa "sensación casi insoportable de amputación; peor: de vivisección". Porque ellos, los personajes, son los que han tomado al tiempo y consigo se lo han llevado... ¿Qué me dejan a mí como biógrafo? Al tiempo de ellos cuando ese tiempo fue, se lo han llevado... Ahora entiendo: por eso —tal vez, seguramente— he lanzado yo ahora una manotada al tiempo, al que sea, para cogerlo como sea: cronología.

Bien. Habíamos quedado en que a las 10 y 14 pm. partía el nocturno y, dentro de él, un viajero pálido meditaba; y que a las 10 y 14 pm. se agitaba la Taberna de los Descalzos y, dentro de ella, un cliente regordete y de ojos vivarachos pedía otro whisky; y que a las 10 y 14 pm. seguían las fiestas de inauguración en un una jaula y, dentro de ella, cuatro o cinco conejitos comían rábanos y lechuga; y que a las 10 y 14 pm. caía la paz eterna sobre un nicho y, dentro de él, una mujer inolvidable dormía.

¡Dejemos a las tres últimas 10 y 14 pm. de ese momento! Si ellas han de volver a atacarme, ¡ya lo harán! Sigamos a la primera: lleva un viajero pálido.

Medita.

A veces meditar es buscar lo perdido.

El viajero llega a su fondo.

¡Los quince puntos!

“¡Oh, sí! —piensa el pálido pasajero—. Si el nexo entre ellos aparece, todo en Rosendo Paine, haga lo que haga, Rosendo Paine en sí mismo, será justificado; y por añadidura: ¡lo que pueda, lo que pudiera haber de culpa mía en la fina muerte de Chinchilla!

Pero ningún nexo llegó. A la paz de la Bóveda sólo llegó un llamado desde la puerta.  
—¡Adelante!

Entró Rosendo. Pasaba —de regreso de Curihue, estación de Matatiuques, y rumbo a Santiago— a visitar a su amigo. Helos allí juntos una vez más. Y..., y...

(He pasado un día entero repitiendo: “Y..., y...”. Algo había que insertar aquí, según mi antiguo plan. También, el olvido. De pronto he recordado: en aquella carpeta de cartón amarillo hay una nota que aquí ensambla, la única. Acaso ella despierte en mí el nexo que yo, a mi vez, busco. Me he precipitado a la carpeta amarilla. Aquí está. Puede ser que ella abra el agujero de luz en mi narración y, al abrirlo, abra el de Lorenzo referente a sus quince puntos. Causa y efecto hacia atrás del tiempo... ¿Por qué no? En estas páginas de *Umbral* —si este *Umbral* es digno de existir— el tiempo, manso, dócil, ha de ser reversible. Si Lorenzo no se ilumina ha de ser por causa personal suya; mas no mía ni de una obra que se escribe planeando sobre el suceder).

#### CLAVE DE LOS CONOS

(Esta nota la he hecho poco a poco —durante un mes largo— en colaboración indirecta con los propios Angol y Paine, con Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay, Florencio Naltagua y acaso otros más. No ha sido colaborador de ella Ascanio Viluco. He dicho “indirectamente” porque ninguno de los mencionados se ha percatado de su colaboración pues yo, ante ellos, me he limitado a arrastrar mañosamente el carro de la conversación hacia el *Pacto* y, con mayor maña aún, a arrancarles sus respectivas opiniones. Excusado decir que más de una vez he tenido que recurrir a subterfugios. A tan raquílica arte me ha inducido la convicción de que orillando un tema escabroso, en lugar de arremeter lanza en ristre contra él, tanto el hombre sabio como el hombre común entregan con aumento de espontaneidad sus pareceres. He nombrado a Ascanio Viluco porque ante él he observado una conducta contraria: ¡ni acercarme al tema que nos ocupa! Creo de buena fe que las opiniones de este sujeto carecen totalmente de interés. Corrijo: tienen un alto interés como ejemplar de lo que de tal carecen por completo. Bueno es, por lo tanto, seguirlo, escuchar y anotar sus pareceres mas jamás consultarlo para apoyarse en su cacumen.— Hago esta aclaración hoy 25 de noviembre de 1926).

Y viene la nota misma:

“Atando hilos de boca de varios amigos (los ya nombrados en la aclaración precedente) y agregando a esas ataduras mis propias observaciones, he llegado a darme clara cuenta del asunto (*pacto* Angol-Paine). Una intención básica lo mueve todo; y todo se mueve hacia una finalidad determinada y precisa y hacia ninguna otra. Se me figura —y creo que a todos se nos figura igual— que Lorenzo es un cañón y Rosendo su proyectil; o, al menos, que así debiera ser, que así es la intención. Esta imagen es un “más o menos”, diré mejor, es una mitad; no es un completo. Pues, para serlo, el proyectil debe volver a su cañón después de recorrido el balazo y volver con la experiencia de su trayectoria, de su explosión y de los daños y víctimas que haya causado. Esto, que yo sepa, no ocurre con ninguna pieza

de artillería. Más justa habría sido la imagen de un *bumerón* o *bumeray*, pero no sé cómo se escribe este instrumento; por eso no recorro a la imagen que él encierra. De haberlo sabido, Desiderio Longotoma, estoy cierto, me habría felicitado: a raíz de rozar con maña y malicia este asunto que a todos tanto nos ocupa y preocupa, vi que, en la misma Cantera, trataba de fabricarse una especie del instrumento citado y lanzarlo por los aires, procurándole esto, a vistas claras, un regocijo ilimitado. Baldomero Lonquimay, que en esos momentos atinaba a pasar junto a su amigo, hizo un gesto reprobatorio. Mas yo sé —gracias a mi maña y malicia— que este gesto no se debió a que este hombre considerase el símbolo mal ajustado sino a que, por principio, reprueba el hecho de que problemas nacidos de y vivientes en lo moral de los humanos sean trocados a símbolos materiales, sobre todo si estos símbolos, en vez de quedar hieráticos, salen por los aires volando cual pájaros o insectillos. Es esto, pues, una cuestión exclusivamente de ética, mas si hacemos de ella una cuestión intelectual, ambos personajes están acordes.

“Había, empero, entre nosotros un punto oscuro. Sé que para algunos era oscurísimo. No dudo de que entre estos últimos ha de estar ese Viluco de marras. Tenemos que Lorenzo ha de ser y quiere ser el perfecto intelectual. Cualquiera, ante este pie forzado, dirá que el otro, Rosendo, debe ser su contrario, su antípoda, sea el aintelectual. De este modo parece que, teniendo los dos extremos, la figura puede fácilmente formarse. Error. Error que todos sentíamos. Vaga convicción de que no basta tener dos extremos. Ligera intuición de que es necesario algo más, algo de otra esencia. Es necesario que los extremos sean, además de extremos, de la *misma pasta*. ¡No olvidemos que el núcleo es y está en la Bóveda! La Bóveda es un acumulador de intelectualidad. Todo lo que en ella entre, para poder dar buenos frutos, ha de tener un nervio intelectual. Si de él carece no fructifica y allí queda sin objetivo, vegetando hasta, al final, podrirse. Un Rosendo únicamente tarambana introduciría, en aquel templo subterráneo, un germen de descomposición. No por mala calidad en sí sino por inutilidad. Rosendo, pues, ha de ser, a su vez y a su manera —mejor sería decir: a la manera como Lorenzo lo concibe—, un intelectual también. Ahora bien —y aquí viene el antípoda—, Rosendo ha de ser *el otro* intelectual respecto al solitario de bajo tierra. Ha de ser un colaborador colocado en la otra punta mas no, de ningún modo, un ser ajeno pues, si ajeno fuese, dejaría de ser colaborador. Si yo tengo un lápiz rojo, un lápiz verde viene a colaborar; mas de ningún modo vendría a colaborar con mi primer lápiz un espárrago por muy verde que fuere. Esto, a los que algo versados vamos estando en puntos psicológicos, nos parece elemental. No así a los Vilucos y Cía.

¡Allá ellos!

“Rosendo, pues y repito, ha de ser también un intelectual. Mas la intelectualidad en él ha de circular de manera diferente —¡opuesta!, me atrevería a decir— a la manera como en Lorenzo circula. Esto es lo que en esta rápida nota quiero aclarar estampándolo:

“Para nuestro gran amigo Rosendo Paine toda intelectualidad debe ser *un medio* para intensificar la vibración sensorial; ¡esto es!: la vibración sensorial. Al decir “circular” veo ahora alrededor de Rosendo como una culebra que se enrolla, ciñe, espolea, inquieta hasta el estremecimiento y pone al servicio de su presa sus ojillos penetrantes sumándolos a los de ella, aguzándoselos en perforación y... ¡curiosidad!

“La intelectualidad, es decir el pensar, pesar, manipular, amalgamar y desintegrar los hechos que a la sensorialidad hacen vibrar, ha de ser un incitante para lanzarse con mayor ahínco a esos hechos, desenterrándolos de todas partes gracias a la visión de alfiler de aquella culebra. ¡Incitante sí! pero jamás, en sí misma, un sucedáneo de los hechos. ¡Ah!

Un movimiento perpetuo: ¡Mujeres, amorosas tragedias, vicios y miserias de los humanos, placeres vibratorios...! Todo ello saboreado y multiplicado por la mente; mas por una mente que pida alimento real, que dejada sola caiga en la vacuidad; y una vez en los hechos golpeantes, ya lo hemos dicho; que piense, pese, manipule, amalgame y desintegre...; pero, ¡no mucho! Justo lo suficiente para aquilatar con cierta vanidad y... ¡que la vacuidad asome entonces y agujijonee hacia el sabor sudoroso de lo vivo! Y todo esto, ¡siempre!

“¡Oh! Con malicia y maña hemos logrado saber: Lorenzo quiere —entendámonos: quiere porque lo necesita— que Rosendo encuentre en sus estremecimientos sensoriales, merced a esas esquivas de intelectualidad, una justificación. ¡Esto es!: una justificación.

“Justificación para reír y llorar y... ¡clamar! ¿No se justifica todo si se clama? Porque hay clamor y clamor. Hay el clamor que produce el pensar, pesar, manipular, amalgame y desintegrar. Y estos cinco verbos son propios de nuestra calidad de hombres.

“Para nuestro gran amigo Lorenzo Angol la intelectualidad no debe ser un medio; debe ser la finalidad misma. Esta finalidad no se alcanza si por los alrededores crece el estrépito de las vibraciones sensoriales. Aquí: ¡paz! Llegue el estrépito filtrado.

“Dicen que el morfinómano requiere cada vez mayor dosis para conseguir un estado igual. Dicen que Lorenzo piensa que lo mismo será la cosa para Rosendo: aumentará la dosis. Lo que ayer le hacía estremecer, hoy sólo le interesa y mañana le será anodino. Sé que Florencio Naltagua ha vaticinado en este sentido y que luego se ha alejado, un tanto displicente, envuelto en sus propias meditaciones que, como es sabido, planean mucho más alto que el diario existir de cualquier Bóveda o de cualquier Torre. Alguien me aseguró que Baldomero Lonquimay, acaso al ver como esto marchaba, había lanzado un relámpago. Me han comunicado que Desiderio Longotoma, al corriente de esta psicológica alquimia, había restregado con rapidez vertiginosa sus manitos y había pataleado precipitadamente durante no menos de diez minutos ahogando una risilla diabólica.

“Cada cual reacciona a su modo ante el mismo fenómeno. Este fenómeno es: la marcha de Rosendo va a llegar a la *maldad*. Ni más ni menos: la maldad.

“Los rosendistas quieren poner a tal cosa atajo; los lorencistas quieren estimular la cosa con valor. Alegan los primeros que “clamar” no basta porque a la postre quiebra al individuo y alarma a la policía; alegan los segundos que si el “clamar” cae en sitio fértil, la Bóveda, el clamador se robustece y la policía no se entera pues queda velada por el manto diáfano a la par que opaco de la intelectualidad.

“Muchas veces hemos resbalado por estos tópicos. Con temor, muchos; con ímpetu, no pocos; con arrogancia, varios; con curiosidad, los más; con escándalo, algunos; todos hemos vibrado según las personales idiosincrasias y convicciones. Salvo uno que ha reído siempre y, entre risa y risa, nos ha mirado de arriba a bajo. ¡Longotoma, por supuesto! Nos hace ver, nos recalca que la clave él la tiene. Mas no dice cuál.

“Que Rosendo Paine deba también ser hombre de intelecto y vaciar su fruto intelectual en el clamar; que este clamar deba ser el heraldo del vivir en la Bóveda; que Lorenzo Angol deba cogerlo y transmutarlo en obra grande y redentora; etc., etc. y etc.; bien, ya lo sabemos. Que este último personaje deba tender a bastarse con su propia meditación indirectamente nutrida; que aquel otro personaje deba columpiarse entre actos y pensamientos; etc., etc. y etc.; también lo sabemos. Si todo ello es o no posible...; nadie lo sabe, ni aquel de risa y risa. Pero que Rosendo Paine pueda caer a la maldad y llegar al crimen, y pueda terminar sus días entre las garras policíacas... ¡Ah! Esto a todos nos inquieta y... Desiderio Longotoma ríe y nos mira de alto a bajo. Este caballero es buena persona en el

fondo. Nadie cree que se regocije pensando en tan lamentable fin para el gran amigo. Por lo tanto yo pienso, hoy 14 de octubre de 1926, que ese gordete jovial algo trae entre ceja y ceja”.

Siguen mis notas de la carpeta amarilla con las siguientes líneas:

“Enero 9 de 1927.

“Hoy, por fin, hemos tenido una luz en lo que a Desiderio Longotoma se refiere y al aporte que nos traía entrambas cejas. ¡Eran los Conos con su mísero ratoncito! Hace nueve días, durante la noche de año nuevo, el muy pillo, encerrado en la Bóveda con Lorenzo, ha hecho realidad su proyecto. Hasta este momento parece que ha obtenido un éxito completo. Prueba de ello es el sueño que Rosendo tuvo en perfecta sintonización con el experimento y –según se afirma– la interpretación que el soñador ha prestado a sus visiones oníricas. Para mí la mayor prueba del buen resultado logrado por este contemporáneo taumaturgo es la firma que estampó sobre aquella hoja de níspero. Sé que Longotoma, por muchas chanzas que se atreva a prodigar, no se desprende, así como así, de su propio nombre trocado en tinta.

“Otra vez he estado atando hilitos de boca y boca. Es general creencia entre los enterrados que Rosendo Paine debe hacer su “propia alquimia de Conos”, dentro y fuera de ellos, combinando estos contrastes y no arrojando el total –ese modo de vivir que el ratoncillo tuvo aquella noche– a golpes y bastonazos. Debe usar en pequeñas dosis la vida de dentro y añorarla vibrando con las salidas que emocionan y hacen valer los encierros. Mas no hacer la vida dentro: 1º) porque vendrá el hastío por falta de estremecimientos; 2º) porque dentro siempre habrá esos: “¡Gong gong brrr tacatá!” que han de impedir cualquier estabilización”.

Éstos eran los tres papeles que yacían en mi carpeta amarilla: el largo de octubre de 1926, la aclaración que agregué en noviembre del mismo año, y estas cuantas palabras después de conocer el experimento de los hombres de la Bóveda durante las primeras horas de 1927.

¿He avanzado algo? ¿He ganado algo al verificar que esas notas olvidadas repiten el fondo de la historia de mis amigos? Por el momento me siento en el mismo punto. El naranjo y el pavo de Viterbo parecen mirarme con cierta ironía. El pavo me recuerda que no hay más que cronología en este mundo.

–Es verdad, pavo querido, como que sé, por tu amo y señor Papudo, que por las cronologías avanza impertérrita la hora de tu prematuro fin y del festín que con tus carnes celebraremos.

El pavo sonrío. Me murmura:

–Tal vez. Pero habrá aquí, bajo el naranjo, otro pavo... ¡Ea! ¡A tu cronología, tú! Que bien puede ser que tu hora también se avecine...

Es verdad. Sigamos.

A la paz de la Bóveda llegó, desde la puerta, un llamado.

–¡Adelante!

Entró Rosendo. Pasaba –de regreso de Curihue, estación Matatuiques, y rumbo a Santiago– a visitar a su amigo.

Y..., y...

Como ahora ninguno –ni ellos ni yo– nada tenemos que decir, Lorenzo, sin prestar mayor atención a su huésped, siguió ordenando sus papeles; durante su ausencia se ha-

bían mezclado, confundido y algunos habían hasta escapado en busca del túnel del gato. Como Rosendo tampoco tuvo nada que agregar al mutismo de su anfitrión, empezó a deambular por la Bóveda y a hurgar por todos sus rincones. Se entretuvo algunos instantes dando de coscorrones al frontal de una calavera.

—¿La calavera de quién? — preguntó.

—De Sarah Bernhardt.

—Ah... Creía que de Paracelso.

Luego se distrajo otros instantes con dos globos de vidrio que encerraban, el uno la torre Eiffel, el otro el Escorial. Con gesto rápido invirtió el primero para luego dejarlo en su posición normal. Entonces, por más de dos minutos, nevó sobre la torre Eiffel, nevó y nevó, con tiritante nieve que hizo pensar en los buenos románticos de aquellos tiempos de los buenos impresionistas, cuando en París nevaba todavía y no llovía aún, como hoy. Luego ejecutó el mismo manejo con el segundo globo. Entonces sobre el Escorial... llovió.

Rosendo quedó estupefacto.

—¡Lorenzo! —gritó volviéndose—. ¿De qué son las gotas de lluvia que aquí caen?

—De agua.

—¿Es posible? ¿Y caen a través de qué?

—De aire.

—Ve a mofarte de otro. Aquí tiene que haber un vulgar truco de un prestidigitador vulgar.

—No. Hay sólo un poquitín de magia.

—¿De Sarah Bernhardt, sin duda?

—No. De Paracelso.

Rosendo volvió sus ojos hacia el globito. Sobre el Escorial seguía la lluvia, lenta, gris, monótona, empapándolo todo. De pronto la diminuta puerta principal se abrió y por ella salió un personajito más diminuto aún. Miró hacia el cielo. Luego abrió su paraguas y empezó a alejarse. Parece que se arredró ante tanta humedad pues se detuvo, dio media vuelta y volvió a la puerta. Allí cerró el paraguas y entró en el imponente monasterio. Los batientes de la puerta se juntaron y la lluvia cesó.

Lorenzo siguió afanoso su clasificación de papeles.

Rosendo se echó en un sillón, alargó una mano hacia la estantería próxima, cogió un libro y se engolfó en su lectura. Leía a media voz:

Ojo  
o-jo o-j-o oj-o  
Pato  
pa-to p-a-t-o pa-ta to-po to-mo  
Gato  
gã-ta g-a-t-o go-ta go-ma ga-la  
Buque  
bu-que que-so quin-ta quie-to tiu-que  
Mano

Volvieron a golpear

—¡Adelante!

Entró Baldomero Lonquimay.

El hombre, cual su costumbre, se presentaba imponente, casi grandioso. No se supo cómo había llegado. Seguramente, a pie. Además venía algo arisco, algo huraño. Pero una vez que hubo cerrado la puerta tras de sí pareció endulzarse un tanto, es decir, lo que un hombre de su talla y de su estirpe puede endulzarse; ni un gramo más.

Se cambiaron los primeros saludos. Por la ventanita suspendida, febrero envió sus últimos calurosos perfumes. Se estaba bien allí dentro, a la verdadera sombra. Afuera, se adivinaba que era delicioso el sol estando uno aquí dentro. Lorenzo ofreció café. Los tres bebieron.

—¿Y...? ¿Qué hay de nuevo? —preguntaron a Baldomero Lonquimay.

—Vengo de San Agustín de Tango —respondió el interpelado—. Soy la clara representación del humano destino: un éxito, un fracaso, un éxito, un fracaso... La que será eterna alternativa.

—¿Cómo así? —inquirieron los otros.

—Muy sencillo. Recordarán ustedes mi último triunfo en mi natal ciudad. Me refiero al que obtuve frente al Vicecorregidor del Ayuntamiento y al Contraprior de los Jerónimos, respecto a la cuerda utilización de los nichos vacíos en el Cementerio Apostólico. Ya los conejillos se han habituado a su nueva morada y están en ella como en el paraíso. Momentos antes de mi partida se inauguraba el nicho de las avispa. Sé, por el secretario del Ayuntamiento, que hay dos solicitudes más: un nicho para gorriones y otro para una jirafa enana. El público aplaude. ¡Un éxito!

“Fui a pasear cierta tarde por el nombrado cementerio, que ya considero, en parte, como mío. Una cosa me llamó de pronto la atención. Miré a todas las tumbas, a cada uno de los epitafios. ¡Créanme, amigos! Todos lo muertos, todos —¡que raro!— con nombres de vivos...”

*Fernando Cruz Maldonado - Olga Soto viuda de Oñate - Felicia García Henríquez - Hernán Muñoz Contreras - Diego Santander Ochagavía...*

“¡Todos! Jamás había reparado yo en tal contrasentido. Sentí un sensación escalofriante.

“Mas, espíritu realista como soy, acepté el hecho, no pensé en modificarlo y sólo quise armonizarlo.

“Medité. Encontré. Digan lo que digan, yo digo: ¡encontré!

“Me dirigí al Convento de los Jerónimos y pedí al Contraprior citara de inmediato al Vicecorregidor. Dado mi éxito anterior, éste no tardó en llegar. Expúseles la cuestión. Me oyeron afables aunque... En fin, afables. Al fin propuse:

“Que se pusiesen pequeños cascabeles a los muertos del Cementerio Apostólico de modo que todos ellos tintinasen cada vez que hubiese un temblor de tierra.

“Contraprior y Vicecorregidor pusieron de pie y me pidieron —afablemente, aseguro— que tuviese a bien retirarme a la brevedad posible. Lo hice.

“He de creer que han comunicado mi proyecto al público pues, horas después, unos muchachos me lanzaron piedras y una beata me escupió.

“No importa. He tenido un fracaso después de un éxito. Quiere decir entonces que un nuevo éxito me espera de un momento a otro.

Hubo un largo silencio. Lorenzo empezó a romper en menudos pedacitos los papeles que no pudo encontrar. Rosendo siguió a media voz su lectura interrumpida:

Mano  
m-a-n-o mo-no mo-na ma-sa  
Loro  
o-ro mo-ro mo-ra lo-ra  
Vino

Baldomero Lonquimay no hizo absolutamente nada.

Volvieron a golpear.

—¡Adelante!

Entró Desiderio Longotoma.

Yo, Onofre Borneo, como biógrafo de esta gente y autor de este libro, no pude dejar de sentir un gran placer ante la presencia del último llegado, tanto más cuanto que allí ya se encontraba el grande hombre revolucionario del Cementerio Apostólico. Aclararé este punto:

Siempre Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma me han aparecido como dos polos, como dos opuestos pero necesarios el uno para el otro, como las dos caras precisas e inevitables de un mismo objeto invisible pero existente, sí, mil veces existente.

¿Por qué esta apreciación mía? No podría justificarla en debida forma pero, repito, ella me es una realidad casi palpable. Y como sea, es, a mi modo de ver, muy significativa la manera como ambos personajes se conocieron para luego trabar amistad. Que se me permita, pues, relatarla. Puede ser que eche luz sobre sus respectivos temperamentos y echar tal luz es el ineludible deber de un buen escritor.

Pues bien, cierta vez —muchos años antes de este febrero de 1927 que estoy ahora narrando— Baldomero Lonquimay se hallaba en una pequeña ciudad cuyo nombre no es del caso mencionar aquí, así es que me contentaré con llamarla simplemente A.

Háblase siempre en ella de un fuerte que la corona, fuerte que remonta a los tiempos de Pedro de Valdivia; de una linda casa colonial pintada de azul que, entre muchos otros propietarios, pudo contar como tal a la Quintrala; y de una moderna piscina que los habitantes de allí proclaman superior a cualquiera otra aun del mismo Santiago. Todo esto, por cierto, es pregonado con bastante orgullo. ¿Acaso por el valor intrínseco de fuerte, casa colonial y piscina? Tal vez. Pero sobre todo porque la ciudad vecina —que por las razones ya citadas sólo llamaremos B— no tiene ni piscina ni casa azul ni fuerte vetusto. En cambio la ciudad de B aventaja a la primera por el número de sus habitantes.

Durante una tertulia en A, a la que habían sido invitados Baldomero Lonquimay y tres vecinos de B, empezó por la media noche, la consabida discusión sobre ambas ciudades, discusión alegre, amistosa, se entiende, picaresca.

Uno de los vecinos de B, harto ya de aquellas reliquias de A, exclamó de pronto:

—¡Qué! Tengan ustedes lo que tengan, A es todavía un simple villorrio. En cambio B es ya una ciudad.

Una niña de la localidad protestó:

—¿Porque hay cuatro o cinco gatos más?

—¿Cómo cuatro o cinco? ¡Miles más!

—¡No!

—¡Sí!

Baldomero Lonquimay escuchaba en un rincón sin pestañar.

—¡Que traigan el censo!

—Aquí está. Veamos: A tiene 13.726 habitantes. Veamos: B tiene 27.453 habitantes.

—¡Ganamos los de B! No sólo miles más sino tal vez el doble. Veamos: ¡Exactamente el doble más uno!!

Baldomero Lonquimay se estremeció. Por su mente acababa de cruzar un rayo en forma de interrogación:

“¿Quién será ese uno?”

Y salió precipitadamente de la tertulia.

A la mañana siguiente llegaba a B.

Y empezaba a recorrer calles, plazas, plazuelas, tiendas, mercado y ¡qué sé yo!

Nadie podía ser aquel “uno”. Todos tenían o ademanes o rostros de los 27.452 que restan si se quita a ese “uno”. Vaciló un instante, a eso del mediodía, al ver a un buen señor sentado en un banco de la plaza, a la sombra de un sauce, leyendo el diario; pero luego vio que, interrumpiendo su lectura, saludaba a un joven que pasaba presuroso. Un anciano de barba blanca que caminaba a pasos lentos... Tal vez; estuvo a punto de acercarse a él; pero el anciano entró en una librería-cigarrería y, sin saludar a nadie de los allí presentes, púsose tras el mostrador después de quitarse el vestón. No podía ser él. Aquel cochero del viejo fiacre detenido; no; sonó el látigo y el fiacre se puso en marcha como cualquier fiacre de cualquier sitio. El cura...; el carabínero...; el jefe de correos...; el borracho que allá va... ¡Nadie! Porque además ya los relojes todos—el de la iglesia, el de la Municipalidad, el del cuartel de los bomberos, el suyo propio— marcaban la una de la tarde y empezaba a hacer hambre y sobre todo hacía calor. El calor en las pequeñas ciudades tiene tanto polvo y es tan caliente... ¡Nadie! Nadie, al menos hasta ahora, podía ser el “uno” requerido.

De pronto Baldomero Lonquimay se detuvo en seco:

“¿Por qué tenía que ser un “uno” y no una “uno”?”

Una asociación fonética le golpeó en el cráneo haciéndolo trastabillar:

“Unamuno...”.

Baldomero Lonquimay rugió por entre sus barbas pelirrojas.

“Una una —se dijo—. Una sola. ¡Mujer!”

Miró hacia todos lados. Avanzó. Retrocedió. Derecha. Izquierda. Golpeó las manos.

¡Nada!

A la una de la tarde, en el calor de una pequeña ciudad, no existen las mujeres.

Pero recordó que dentro de 17 minutos llegaría un tren de pasajeros. Muchas vendedoras, de sombrero y delantal blancos, se precipitarían a él ofreciendo comestibles en sus cestas. Entre esas vendedoras podría estar... Marchó, a cuanto sus largos trancos podían proporcionarle, hacia la Estación de los Ferrocarriles.

Marchó, marchaba el hombre recto por silenciosa calle. Ahora, doblar a la derecha por la avenida que allí viene y tendremos la estación al fondo. ¡Vamos! ¡De prisa!

Dobla Baldomero Lonquimay y cae, con su alta e imponente figura, sobre un hombrillo regordete que, de la avenida, doblaba a la silenciosa calle.

Chocan.

Cada cual retrocede un paso y se miran. Unos instantes de estupefacta mudez. El pelirrojo barbudo de pronto exclama:

—¡Usted es!

El gordo se inclina, sonríe, guiña un ojo y restregándose las manos responde:

—Sí, señor, yo siempre soy.

El primero suspira e inclinándose a su vez agrega majestuoso:

—Baldomero Lonquimay, a sus órdenes.

El segundo, exagerando la venia, contesta:

—Desiderio Longotoma, servidor de usted.

Se abrazaron. Y la amistad quedó establecida.

Desde entonces siempre dice éste de aquél:

—Baldomero Lonquimay, ¡qué grande hombre, qué grande hombre!

Y desde entonces siempre también dice aquél de éste:

—Desiderio Longotoma, el único hombre, en este planeta, que no sólo sabe multiplicar por 2, sino, además, sumar por 1.

Cuanto a mí, Onofre Borneo, yo digo:

—Una amistad así no se quebrará jamás.

Bien; de años atrás estos dos nobles varones son amigos. Ahora, en la Bóveda, están de pláceme al encontrarse. Lo está también Lorenzo, y Rosendo también. Por fin, lo estoy yo.

Saludan todos al recién llegado. Se sientan. Otra tacita de café. Elévanse, por aquí y por allí, finas columnas de humo azulado. Alguien ha carraspeado mas no se logra saber quién. Afuera, un gallo canta.

El primero en hablar fue Baldomero Lonquimay. Dijo:

—Esta Bóveda huele a gato.

Lorenzo, debidamente ayudado por los otros, explicó la existencia del misterioso gato canterino y la del no menos misterioso túnel que, abocando dentro del gran ropero, le servía de camino.

Rosendo preguntó:

—¿Alguno de los presentes se fastidia con el olor a gato?

Las miradas se tornaron hacia Lonquimay.

—Yo, en todo caso, no —explicó el contemplado—. Sólo que ..., sólo que...

Suspiró. Continuó:

—En mi ciudad natal, San Agustín de Tango, vivo en la casa en que nací; casa de un solo piso, con tejas, ventanas enrejadas, un patio al centro y, en medio de éste, un abeto. En esa casa, mi casa, un gato vive tan bien como un hombre, lo que viene a ser que allí un hombre adquiere algo de la plácida y contemplativa vida del gato. Así, Torquemada y yo, bajo el abeto, dejamos, sin elevar protesta alguna, que las horas se deslicen, se alejen, se pierdan más allá de las últimas construcciones humanas, tras los cerros, por el mar.

“Diferentes asuntos me obligan ir a Santiago más a menudo de lo que yo quisiera. Harto de la vida de hoteles, alquilé en la capital un departamento. Era mi idea buscar uno en un piso bajo. Pero —¡oh malandanza mía!— encontréme con un poeta, con Javier de Licantén, y —¡peor malandanza mía aún!— presté oído a sus consejos. Me aseguró que, puesto que vivía yo a la antigua en mi ciudad, debería, para conocerlo y experimentar lo todo, vivir a la moderna en esta ciudad. Me condujo a un alto edificio recién construido. Minutos después era yo arrendatario de un departamento en un 8º piso. Nos instalamos Curanipe y yo. Curanipe, a pesar de ser gris, es primo hermano de Torquemada, que es blanco y negro.

“¡Curanipe...! ¿Qué quieren ustedes, amigos míos? Yo, sin un gato en mi domicilio, no soy totalmente yo. Todos sabemos que estos animalitos poco gustan de cambios y mudanzas. Torquemada debía quedar en nuestra vieja casa cuidando de las ratas, mirando el abeto, inspeccionando las rejas y quedando porque tal es su voluntad. Su primito era joven

aún, no había echado raíces en aquel sitio –pues todos los felinos, han de saberlo ustedes, echan raíces aunque estas raíces no se vean–, su primito, digo, podía partir conmigo a la capital y compartir mi futuro departamento. ¡Desdichado Curanipe!

–¿Quiere usted manifestarnos –insinuó Desiderio Longotoma– que los gatos no están conformes con el cemento armado?

–No quiero manifestar nada –replicó el interpelado–. Lo único que quiero es asegurar, con la frente en alto, que yo, yo –no hablo de mi gato– detesto todo edificio de más de dos pisos; diga lo que diga Javier de Licantén.

–Javier es un admirador de los rascacielos– apuntó Rosendo.

–¡Poca cosa para un poeta de hoy día!– declaró Desiderio Longotoma–. Yo pienso en supers, hipersrascacielos de más de 7.000 metros de altura, de más de 8.000, que se asomen por encima del Aconcagua, por encima del Mercedario, por encima del Chimborazo y del Illampú. ¡Qué hermoso sería! Si alguien entonces tuviese la laudable idea de considerar a nuestra Tierra no mayor que una pelota de tenis, sentiría, al sobarla entre sus manos, una ligera aspereza que le haría apetecer fragantes naranjas. Y aquello no sería obra de Dios –como los Andes o los Himalayas o lo que ustedes quieran– sino obra de los hombres... ¡Qué preciosidad! ¿No lo cree usted, amigo Lonquimay?

Éste guardó silencio un minuto. Luego, dirigiéndose a Longotoma, le dijo:

–Le ruego a usted no pensar necedades.

Todos callaron súbitamente. Al fin Rosendo bostezó diciendo:

–Entiendo que iba usted a hablar de su gato, Curanipe.

–Eso es –respondió Lonquimay–. Curanipe está relacionado con los edificios altos y Curanipe es, sobre todo, una gran desgracia mía.

–¿Acaecida cuándo? –osó preguntar Lorenzo.

–No ha mucho.

–Insisto en saber con mayor precisión.

–¿Para qué?

–Vamos, Baldomero! Si le pido a usted que precise, tendré mis razones. ¿Antes o después de aquello de los cascabeles en los muertos?

–Antes.

–¿Antes o después de su idea sobre los nichos vacíos?

–Después. Entrambos momentos, mientras estuve algunos días en Santiago.

–Perfecto –aprobó Lorenzo y recostándose en su sillón se dispuso a escuchar.

Este diálogo casi interrogatorio habría terminado allí si Desiderio Longotoma no hubiese interrumpido gritando:

–¡Perfecto!

–¿Perfecto qué? –inquirió Lonquimay algo amostazado.

–Baldomero, amigo –repuso humildemente Longotoma–, yo sólo soy un eco. No sé por qué ha de ser perfecto lo que ustedes acaban de hablar, pero si nuestro anfitrión, Lorenzo Angol, lo ha dicho, así ha de ser.

–Lamentable raciocinio –bufaron las barbas rojas.

–La culpa es mía –confesó Lorenzo–. No debí haber dicho “perfecto” sino “imperfecto”. Me explico: ha llegado usted, Baldomero, hasta esta mi guarida, asegurándonos que es usted una exacta réplica de la alternativa éxito-fracaso. ¿No es así? Pues bien, después de su éxito con los nichos ha tenido usted dos desventuras: Curanipe, según ya nos lo ha

dicho; y los cascabeles, según lo referido. A no ser, digo yo, que entrambas un éxito por nosotros ignorado le haya coronado a usted...?

—Ninguno.

—¿Entonces?

—Es que la cosa es acumulativa. Los hombres de mi idiosincrasia y destino podemos acumular reveses para que el éxito que se avecina sea de cantidad igual a la suma de los negativos. Eso es todo.

—¡Al gato! —gritó Rosendo,

Baldomero Lonquimay dijo:

—Curanipe ha fenecido.

—Sentido pésame —murmuró Longotoma.

—Los gatos no son inmortales —observó Rosendo.

—Un accidente —dijo el amo por toda explicación.

—Repito mis condolencias.

—Gracias.

—De nada. ¿Fue acaso devorado por las ratas?

—No. Cayó por la ventana de la cocina al patio. Recuerden que se trata de un 8º piso. Murió instantes después. Junto con verle caer —un resbalón, un mal paso... ¡era tan joven!— me asomé por la misma ventana: abajo yacía su diminuto cuerpo lacerado. ¡Qué horror! A su lado, un hombre lo miraba. Al cabo de un minuto ese hombre se alejó.

—¿Quién era ese sujeto? —interrogó Rosendo.

—No lo sé.

—Pero, en fin, ¿cómo era?

—Vestía traje vestón azul marino con rayas blanquecinas, sombrero calañés gris claro con cinta negra, camisa blanca rayada de azul, corbata violeta con pintas ocre, cuello de pajarita, zapatos negros rebajados de cuero de potro, calcetines grises algo más oscuros que el sombrero.

—¡Qué espíritu observador! —clamaron los oyentes a una voz—. ¡Y qué vista! ¡Desde un 8º piso! ¡¡Admirable!!

Baldomero Lonquimay no dio muestra alguna de halago. Sólo añadió:

—Ese hombre llevaba bigotillos. No usaba gafas ni bastón. Fumaba un cigarrillo Baracoa que encendió con un fósforo Volcán. Al alejarse de Curanipe silbó varios compases del *Bolero* de Ravel.

—¡¡Formidable!! —asintieron juntos, nuevamente, los oyentes.

—Yo sé quién es ese individuo —dijo Rosendo.

—Yo también lo sé —afirmó Lorenzo.

—¿Quién es? —preguntaron al unísono Lonquimay y Longotoma  
Rosendo miró a Lorenzo. Entonces Lorenzo dijo:

—Es el hombre Martín Quilpué.

—¿Es decir...?

Lorenzo se puso de pie.

—Señores —dijo—, tengo el alto honor de comunicaros que nuestras vidas serán biografías. Nuestro común amigo, Onofre Borneo, se ha encargado de tan magna tarea. Os induzco, por lo tanto, a hacer obras ojalá imperecederas.

“Pues bien, es el caso de que nuestro biógrafo estima que todas las existencias dignas

de quedar en tinta y papel, han de ser atravesadas, atravesadas siempre, siempre cruzadas por un hombre, por otro hombre... que camine.

"Hasta nuestros últimos días perforará nuestra marcha, en ángulos más o menos agudos, el andar del hombre Martín Quilpué.

"Así lo quiere el amigo Borneo. Aceptemos su querer. Sea como sea, recordad que sus mejores horas las consagra a cantar nuestras dichas, nuestros sinsabores, nuestro pensar y sentir.

"He dicho".

Lorenzo volvió a sentarse.

Aquí yo, el aludido, no toleré más. Avancé hacia la puerta de la Bóveda y golpeé. Una voz me contestó:

-¡Adelante!

Entré.

Los cuatro amigos me saludaron con francas muestras de cariño. Desiderio Longotoma observó:

-Esto ya va pareciendo un claustro pleno.

Después de beber una tacita de café, dije a mis contertulios:

-He venido, amigos, primeramente, a agradecer las palabras de Lorenzo Angol y a asegurar a ustedes que, si es verdad que mis mejores horas las dedico a acumular datos para las biografías que todos sabemos, esta tarea la hago con gran placer y entusiasmo porque hacerlo, considero, es un verdadero honor para mí.

Lorenzo, Baldomero y Rosendo agradecieron con la cabeza; Longotoma aplaudió; Lonquimay lo hizo callar. Seguí:

"Pero también he venido a poner las cosas en su sitio. "Dad al César lo que es del César...". Amigos, el hombre Martín Quilpué no es idea mía. ¿Cómo un hombre de carne y hueso y que camina puede ser una idea mía? ¿Cómo puede ser una idea de alguien, una idea? Por lo demás, yo ni siguiera lo conozco, jamás he cambiado una palabra con él. Lo he visto, sí, varias veces. Hace un rato, mientras me encaminaba hacia este fundo, lo divisé: iba, ataviado con la indumentaria que el señor Lonquimay describió, a pasos lentos bajo la sombra de esos árboles que hay en la entrada de esta propiedad. Su línea de marcha formaba con la mía un ángulo aproximadamente de 55°. No me vio. Todo lo que sé de este caballero es que tiene un solo amigo pero un amigo verdadero, a toda prueba. A este amigo debes tú, Lorenzo, culpar o felicitar por los pasos del hombre Martín Quilpué. De ningún modo a mí. Este amigo es, puedo asegurarlo, Teodoro Yumbel.

Oí murmullos de protesta, mejor dicho, de incredulidad.

Baldomero Lonquimay expresó:

-Señor Borneo, eso me huele a demasiada modestia por parte de usted.

-De ningún modo -repuse-. Es la verdad. Pruebas de ello no tengo a mano pero en cambio...

Golpearon. Lorenzo dijo:

-¡Adelante!

La puerta se abrió. Cruzó el umbral Teodoro Yumbel en persona.

Todos nos precipitamos a su encuentro. Desiderio Longotoma no cesaba de repetir:

-¡Esto es un claustro pleno!

-¿Les molesto a ustedes? -preguntó tímidamente el recién llegado.

-¡No, hombre, no! ¡Asiento! ¿Café?

—¿Qué buenos vientos...? —empezó a preguntar Lorenzo.

—Se lo diré a ustedes siempre que...

—¡Hable, amigo, hable!

—Me ha parecido que había aquí algo como el comienzo de una posible discusión. He oído que mi persona estaba como, quien diría, en tabla. He creído conveniente explicar lo que, en fin, lo que pueda yo explicar para evitar, si ello está al alcance mío, toda discusión. Tengo horror, señores, de las controversias. ¿Para qué pueden servir? Les tengo franco horror. Don Ascanio Viluco discute siempre; por eso yo, reconociéndole, por cierto, grandes méritos y alta sapiencia, lo evito cuando me es hacadero. ¡Oh, señores y amigos! Me atrevo a creer que una polémica no es un sucedáneo de la vida. Ustedes perdonarán pero así creo.

“Pues bien, si tienen ustedes tiempo que perder, me permitiré aclarar mi posición frente al hombre Martín Quilpué y, por lo tanto, frente al amigo Onofre Borneo, aquí presente.

“Yo no tengo dotes de orador, yo no soy versado en ninguna dialéctica, yo no sé lucubrar ni arrancar del suceder conclusiones lejanas y sutiles. Yo siento, tal vez como siente todo el mundo, yo siento y me plazco en mi sentir. Escribo —¡oh! mejor sería decir “anoto”— ciertos hechos cotidianos que han logrado emocionarme. Me permitiré leer aquí algunas líneas de estas mis anotaciones. Ellas serán la mejor explicación que pueda yo dar sobre la existencia del hombre Martín Quilpué, sobre su continuo caminar atravesando otras marchas, sobre la verdad de lo que el amigo Borneo acaba de expresar en el sentido de que él nada tiene que ver ni con el hombre mencionado ni con sus pasos.

Teodoro Yumbel sacó un cuaderno de su bolsillo.

—¿Permiten ustedes?—preguntó.

—¡Por cierto! ¡Por cierto!

Teodoro Yumbel leyó entonces las siguientes palabras de sus recuerdos e impresiones:

“Hoy he traspasado el umbral de mi biblioteca. Siete años hacía que no había entrado en ella.

“Mucho polvo. Mucha medialuz ya ennegrecida. Una mosca zumbaba por el tiempo yerto que rodeaba a la lámpara. ¡Siete años! Sobre la mesa de trabajo vi los *Cantos de Maldoror*, del Conde de Lautréamont.

“¡Cuánta emoción al volver a ver mi vieja estantería! Se desprendía de ella una temperatura tibia. De cada libro colgaba una rama marchita. Silencio.

“Silencio, sí... Mas pronto mis oídos, habituándose a él, percibieron un leve, levísimo rumor, un rumor de trituración menuda, casi microscópica, pero implacable.

“Me dí cuenta en seguida de lo que estaba ocurriendo:

“Esos bichitos bibliófilos, esos bichitos que hacen su pan de las bibliotecas abandonadas, se estaban nutriendo con las palabras que mil autores habían enmudecido y plasmado en mi estantería para que yo, cada vez que la sed me lo incitara, las arrancara de su mutismo y las hiciera sonar en mis oídos.

“Cogí el libro de Lautréamont y lo examiné.

“Había sido atacado sólo por un bichito, nada más que por uno. Su cadáver, por lo demás, yacía sobre la mesa, dos pulgadas más allá. Cadáver desolado en la planicie, cadáver insepulto sobre el polvo...He aquí la obra que había realizado cuando aun la vida lo animaba:

“Se había deslizado por entre la mesa y la tapa posterior del libro. Luego había empe-

zado a abrir un orificio en esa tapa, debajo, exactamente debajo del sitio que, dos o tres páginas más arriba, ocupaba la última letra de la última palabra de la última línea del último Canto. El Canto termina diciendo:

“No es menos cierto que los paños en forma de creciente de luna, ya no reciben la expresión de su simetría definitiva en el número cuaternario: id allí a ver vosotros mismos, si no queréis creerme.

“Pues bien, la bestezuela había perforado la “e” final de la palabra “creerme”.

“Luego había seguido su lento y laborioso trabajo. Mas no como cualquier espíritu superficial lo imaginara, no recto hacia arriba, no perpendicular al centro de nuestra Tierra, no, de ningún modo. Lo había seguido en plano inclinado, en plano oblicuo, trepando suavemente, en ángulo muy agudo, trepando con seguridad, con precisión, por su fino túnel de tinta y de papel, en demanda de la primera letra de la primera palabra de la primera línea del primer Canto. El Canto empieza diciendo:

“Plugue al cielo que el lector, enardecido y vuelto momentáneamente feroz como lo que lee, encuentre, sin desorientarse, su camino abrupto y salvaje, a través de los pantanos desolados de estas páginas sombrías y llenas de veneno.

“Pues bien, la bestezuela había, por fin, perforado esa primera “P” de esa primera palabra.

“Y como el libro se hallaba abierto en el comienzo del primer Canto, la bestezuela había vuelto a ver —después de meses, acaso de años de sombras y desconsuelos, de aullidos e imprecaciones de Maldoror—, había vuelto a ver la luz velada de mi biblioteca.

“Se había clavado y atravesado con toda la desolación “abrupta y salvaje” de esos cientos de páginas de “pantanos envenenados” y había recibido en su cuerpito diminuto —como un nuevo Cristo de nuestros últimos hermanos— cuanto los hombres, cuanto un hombre, puede clamar rebelándose y desgarrándose.

“¡Noble bestezuela! En su lúgubre peregrinaje, solamente una vez vio brillar una esperanza: en el Canto segundo, al atravesar el himno al piojo. Y cuando a su simple sistema nervioso llegó la voz que decía:

“No sabéis vosotros por qué no os devoran los huesos de la cabeza, contentándose con extraer, con su bomba, la quintaesencia de vuestra sangre. Esperad un instante, os lo voy a decir: es porque la fuerza les falta. Estad ciertos que, si sus mandíbulas fuesen conformes a la medida de sus votos infinitos, el cerebro, la retina de los ojos, la columna vertebral, todo vuestro cuerpo entre ellas pasaría. Como una gota de agua...;

“entonces la bestezuela, desde su prisión sombría, elevó hacia Lautréamont sus “votos infinitos” de infinito reconocimiento.

“Más todo aquello habíale sido una experiencia demasiado cruel. Apenas fuera de su penosa faena, echó a correr.

“Cayó del libro a la mesa.

“Siguió corriendo.

“Dos pulgadas más allá sus dolores estallaron y, al estallar, se llevaron al Gran Todo su alma microscópica.

“¡Noble bestezuela!

“Hoy, bajo el *Cantar de los Cantares*, le he dado piadosa sepultura.

Apenas Teodoro Yumbel hubo terminado su explicación, cayó dentro de la Bóveda un silencio total.

El pobre lector enrojeció. Luego guardó el cuaderno en su bolsillo. Luego no halló qué hacer con ambas manos que empezaron a sobrarle en forma notoria. Yo —que de súbito me sentí implicado en todo aquello— pensé introducirme furtivamente en el ropero pero el recuerdo de que Chinchilla ya no estaría allí, me detuvo. Gracias a Dios, Baldomero Lonquimay habló:

—Veo en todo esto ciertos abismos que cada quinto de segundo me placen y cada otro quinto me desplacen.

Teodoro Yumbel aprovechó el oleaje en el aire causado por las palabras de Lonquimay para suplicar:

—Señores y amigos, ¿podré retirarme?

Lorenzo le respondió:

—Aquí reina la más completa libertad.

Desiderio Longotoma cantó entonces entre dientes:

*Libertad es la herencia del bravo;  
La victoria se humilla a su pie...*

Baldomero Lonquimay gritó:

—¡Silencio!

Rosendo Paine reclamó:

—¡Al gato!

Teodoro Yumbel se retiró.

Yo aproveché la apertura de la puerta y, tras él, me deslicé.

Afuera estaba todo igual. Por eso empecé a alejarme de las casas de La Cantera haciendo grandes círculos. Tal vez por igual motivo, Teodoro Yumbel se alejó rápido y recto, en una linda avioneta, hacia marzo que ya se divisaba a sólo tres días de distancia.

Adentro, después de fumar plácidamente, los otros cuatro hablaron de la manera siguiente:

—A ese sujeto, el hombre Martín Quilpué, yo lo he visto una sola vez en mi vida —dijo Baldomero Lonquimay—. Ya saben ustedes en qué tristes circunstancias.

—Yo también lo he visto una sola vez —dijo Rosendo Paine—. En la última noche de año nuevo lo divisé al entrar yo en mi casa. Pasó por la acera de enfrente.

—Yo no lo he visto nunca —dijo Desiderio Longotoma—. Pero me lo imagino perfectamente, sobre todo después de haber saboreado las páginas de Yumbel.

—¿Qué saca usted en limpio de esas páginas en relación a ese hombre? —preguntó Lonquimay.

—¡Nada, nada! —se excusó el interpelado—. ¡Absolutamente nada!

—Cuanto a mí —dijo Lorenzo Angol—, lo he visto en muchas, muchas ocasiones. Yo soy quien más veces ha sido perforado en su vida por la trayectoria del hombre Martín Quil-

pué. Esto me hace pensar que he de ser el héroe, o el centro, si ustedes prefieren, del libro de nuestras biografías.

–Refiéranos usted tan interesantes perforaciones –pidió Longotoma.

–No –repuso Angol–. Lo haré en una próxima oportunidad. Ahora la palabra es de Baldomero Lonquimay.

Rosendo, una vez más, exclamó:

–¡Al gato!

Lonquimay se inclinó. Luego dijo:

–Curanipe ha muerto.

Los otros tres se inclinaron también.

–Un accidente –murmuró Longotoma–, un terrible accidente. Cayó el animalito desde un 8º piso.

Con cierta acritud las barbas rojas modularon:

–Tiene usted, a veces, señor don Desiderio, visiones a distancia verdaderamente sorprendentes.

–Felizmente –cortó Lorenzo– los primeros momentos de ultratumba le fueron rocia-dos, al pobrecillo, con notas musicales de Ravel.

–Ello fue obra meritoria del misterioso y sutil hombre Martín Quilpué –observó Longotoma.

Rosendo, inquieto, otra vez profirió:

–¡Al gato!

Baldomero Lonquimay volvió a inclinarse y dijo:

–Curanipe ha muerto.

Todos tosieron. Luego agregó:

–Y yo sufro enormemente.

Todos suspiraron. Luego prosigió:

–No sufro como es corriente y natural sufrir. Sufro con una molestia espantosa que me acomete. A cada momento tengo que espantarla como a un bicho majadero. Creo, señores, que esta molestia, es decir este bicho, nace de los gatos. No nace de los perros ni de los caballos, por mucho que uno los quiera. ¡Eh! ¡Qué se yo! A lo mejor nace de los perros y caballos también y de los loros y canarios y de las iguanas. Porque el hombre –deben ustedes escucharme muy bien– ama a la iguana. ¡Ea! Ese bicho nace del amor, del acoplamiento de dos que se aman. ¡Bien! Como todo lo que nace, por lo demás. Nace ¡del amor!

–O del no amor...; porque sin amor..., a veces también nacen... –murmuró Desiderio Longotoma–; cuestión de suerte....

–Eso será en los amores de usted, caballero; en los amores con el otro sexo. ¿Estoy yo, acaso, hablando de semejante cosa?

Lorenzo miró hacia el ropero, suspiró y apaciguó al orador:

–No, Baldomero, no habla usted de semejante cosa. Comprendemos que habla usted de un aspecto muy nuevo de un amor muy diferente. Siga, por favor.

–Señor Angol, es usted la amabilidad misma al suponer tanta amplitud en las que van a ser mis palabras. No llego a tanto. Hablo de mí, voy a hablar de mí y nada más. ¿Comprende, señor Angol? ¿Comprende, señor Paine? ¿Ha comprendido usted, de una vez, señor..., señor...Longotoma?

–Señor Lonquimay, entre la comprensión y yo no existe ya ninguna diferencia.

—¡Al gato!

—Señores: Curanipe ha muerto.

—Sentido pésame.

—Tantas gracias.

—No hay por qué.

—Y yo sufro enormemente.

—Curanipe, según tengo entendido —osó manifestar Longotoma— no era ni perro ni caballo ni ningún otro ser viviente que no fuera un gato. ¡Cómo le comprendo a usted, amigo Baldomero!

—Todos le comprendemos a usted.

—¡Tantas, tantas gracias!

—¡Oh, amigo! No tiene usted por qué agradecernos. Es algo que nos brota del corazón.

—Gracias.

—De nada.

—Caballeros: tengo una atracción y una sensibilidad especiales para con los gatos. No soporto, no, que sufran. Si llegan a sufrir nace el bicho de que he hablado y me acomete. ¡Bien! No será hijo del amor, podrá no serlo, para darle gusto aquí al amigo (indicó a Desiderio Longotoma); es hijo de la sensibilidad mía y del gato. Naturalmente. Sí, ¡naturalmente! siento el dolor de cualquier ser viviente. ¿Por qué no lo sentiría? ¿Soy yo, acaso, un monstruo? No. Yo soy el receptáculo de los dolores que no reciben inmediata consola-  
ción y quedan volando por aquí, por allí, sin hogar.

“Recuerdo cierta vez que un toro galopante atravesó un sendero galopando y, al atravesarlo, el galope de una de sus patas rebanó la pobre cola de una pobre lagartija. Huyó ésta despavorida y mutilada. Minutos después levantóse en la comarca un vendaval como jamás habíase levantado. Nuestra lagartija fue cogida y elevada por el furor del elemento viento. No pudo protegerse, no pudo sostenerse, no pudo sujetarse. ¿Y cómo lo habría podido? Bajo la pezuña de aquel coloso cornúpeta había perdido la cola. ¿Y qué es, amigos, lo pregunto, una lagartija sin cola? ¡No es nada, señores! Es menos que nada. Fue pues aventada. Volaba la infeliz. No podía dirigir su vuelo. Fue a estrellarse contra una rama elevada de un elevadísimo eucalipto. Feneció. Guardé luto quince días. ¿Siento o no siento el dolor de nuestros míseros hermanos?

—¡Sentido! —exclamaron tres voces.

—Recuerdo otra vez que vi a un pobre pez en el agua, a más de un metro de profundidad, luchando desesperadamente en el líquido, ¡ahogándose! Quise salvarlo, quise traerlo al verde césped que me rodeaba, verde y acariciado por un sol de mediodía. Mas un labriego que vio mis afanes me detuvo asegurándome que el pececillo no se ahogaría, que estaba allí bien, que se placía en el agua como nosotros en el aire. Quedé en observación. En efecto, aquellos movimientos que yo tomé por desesperación eran movimientos de regocijo. Fue tal mi alegría que invité al labriego a destapar una botella de tinto en una posada vecina. ¿Siento o no siento el dolor de mis humildes hermanitos?

—¡Sentido! —volvieron a exclamar las tres voces.

—Amigos: yo no gusto de los deportes. No crean ustedes que me alejo del tema que nos ocupa. Encuentro rebajada nuestra calidad de humanos cuando el hombre se ocupa de una pelota. Las pelotas no deben dirigir a los hombres. No gusto de los deportes. Sin embargo había yo inventado un deporte para mi uso personal. ¡Sin pelotas, por cierto! Un deporte como es la esgrima, como es el boxeo. Pero entonces ¿para qué inventar deportes

si los hay despelotados? Para echar de lado a los hombres en estas faenas. Los hombres no deben batirse. Los hombres no deben darse puñetazos. Cuando dos hombres se encuentran deben encararse, medirse con los ojos, pesarse con la intuición, penetrarse con los fluidos y no hablar. Si llevan espadas no deben cruzarlas. Las espadas son para que el astro rey haga brillar sus reflejos en sus hojas; y si está nublado, para que duerman en sus vainas; y si está lloviendo, para que las gotas de agua se escurran hasta la empuñadura; y si es de noche, para que su presencia aleje a los fantasmas que podrían atacarnos. Inventé, pues, otro deporte con otros seres y, al realizarlo, yo lo contemplaba.

"Las alimañas son esencialmente deportistas. La araña es la reina de las alimañas. Señores: hice combates de arañas. Señores: en cerros y colinas husmeaba yo esas cuevas donde se hospedan las mayores de todas ellas. Con arte sutil las cazaba. Encerraba a dos en una caja que luego cubría con un cristal. Sobre el cristal me inclinaba y miraba. Mi presencia las enfurecía. Se acometían. Se batían hasta la muerte de una de las contendoras. La vencedora, entonces, se la comía. Y yo meditaba sobre los deportes, sobre la muerte, sobre la culinaria y sobre la arañas.

"Hoy no tengo deporte alguno. Nunca más he vuelto a hacer esos combates. Cesé de hacerlos un día que vi que una de las arañas....¡sufría!

"¡Compañeros míos de esta Bóveda: ¿siento o no siento el dolor de cuanto vive?

-¡Sentido! -volvieron a aprobar las tres voces.

-Bien. Quede, pues, establecido que yo soy el receptáculo de que hablé.

-¡Establecido!

-Mil gracias.

-No hay motivo para agradecer. Es justicia haber establecido así.

-Gracias.

-De nada.

-Y dejemos por el momento a las arañas. Dejemos todo. Conservemos sólo un hecho: Curanipe ha muerto. Dejo a todos los demás vivientes pues ante ellos -¡escuchen bien!- sé que *sufren*; al saberlo, hay un proceso interno-misterioso que aboca en lo que acaban ustedes de establecer y yo de agradecer. En cambio, ante los gatos...¡ah!; ante los gatos, caballeros, *siento cómo sufren*. En este "cómo" está la cosa. Es cual si mi comprensión se introdujese dentro de ellos. Es ver, seguir, punto por punto, cómo el dolor repercute en esos pequeños cerebros, cómo estos pequeños cerebros reaccionan, trabajan, se aguzan para encontrar una defensa en contra del mal. Y al sentir, entonces, tan dentro de mí el apego a la vida, el cariño hacia sí mismo, la sensación del dolor se me torna más vívida y mortificante. Mortificante, majadera, sí. Creo que por una razón. Óiganme ustedes:

"Ese apego o cariño, si causa tal sensación es porque golpea en mí *generalizándose*. Óiganme bien: al introducirme en ese dolor, en esa defensa del gato, siento que yo también llevo el mismo apego o cariño. Al conectarme así con el sufrir, algo se remueve en mí tal cual habrá de removerse y crujir cuando algo fatal me ocurra. Ésta no es más que una primera razón. Viene la segunda:

"He dicho "generalizándose". Hay más: la sensación experimentada no sólo se generaliza sino también se simboliza, es un símbolo en pequeño, que llega y me clava, de algo mucho mayor que queda oculto y únicamente presiento. Al presentir comprendo que penetrarlo más me daría tan tristes y miserables sentimientos que, para guardar mi calma, me es obvio echar todo de lado.

"¡Fuera, fuera! -grito entonces. Y con el índice de mi mano derecha indico, con gesto

enérgico, una puerta o una ventana; y si estoy en pleno campo o sobre las olas del mar, indico el horizonte. ¡Fuera! Algunas personas que han escuchado mi severo mandato han creído que a ellas me dirigía y se han enfadado. Quisiera que hoy me oyeran para que así me perdonaran. ¡Perdón!

“¡Fuera! El gato juega en esto el rol de trasmisor entre ese oculto que no se explica y la chispa que enciende mis sensaciones. Éstas son el símbolo reducido de un dolor y de una miseria mil veces mayores. Esta miseria es la que a todos nos aprisiona y que nuestra vida diaria, nuestras ocupaciones y placeres –¡que yo también los tengo!–, y sobre todo nuestra indolencia –¡que yo también la tengo!– la tienen retenida. Sentirla es mortificante porque es miseria. Como miseria, su presencia es turbadora de todo sosiego. Es por esto que ante el gato padezco no sólo pena sino también mortificación. Por esto, aunque sin darme clara cuenta, dije hace un momento “bicho majadero”.

“¡Caballeros!! la miseria de todos es tener que morir y no querer morir.

(Baldomero Lonquimay dio aquí una palmada sobre la mesa y se puso de pie; Desiderio Longotoma, a su vez, se levantó mas, bajo el golpe de un ojo del primero, volvió a sentarse).

–Ya esto lo habréis oído mil veces. ¡Error! Lo habréis oído... ¡sí, sí! por aquí, por allí, por allá y acullá; hace mucho, hace poco; leído o radiodifundido; exclamado o murmurado...; ¡sí! Mas, escuchad varones: mas yo os digo que jamás lo habíais oído de mi boca y menos aún aquí en la Bóveda; y menos aún hoy 26 de febrero de 1927; y aun menos que menos en la suma de mi persona más la Bóveda más la fecha y más..., y más....; ¡la hora!

(Sacó Lonquimay su gran reloj chalequero; hubo ruido de cadenas de oro; contempló la blanca esfera).

–¡La hora! Caballeros: son las 4 y 34 de la tarde...Así no lo habíais oído jamás.

(El hombre se desplomó en brazos de su sillón. Silencio. Largo y solemne silencio. Luego siguió hablando con voz calmada.)

–Pido disculpas. Mientras estuve de pie traté, a los tres auditores aquí presentes, de “vos”; y nuestro trato debe ser de “usted”. Pero verifiquen ustedes, buenos amigos, que estaba yo de pie. Un hombre de pie debe siempre decir “vos” ¿No es así?

–¡Así! –asintieron tres voces.

–Van mis agradecimientos por este acuerdo con mis principios.

–Nada hay que agradecer, Baldomero. Es altamente honroso para nosotros estar acordes con sus principios de usted, Lonquimay.

–Gracias.

–De nada.

–Morir es lógico, aceptable y deseable. Sin embargo no queremos morir. En todo caso yo no quiero morir. No quiero algo lógico, aceptable y deseable. ¿Entonces? He de tener un tornillo mal ajustado. Verificar tal cosa, para un hombre de mi calaña, es miserable. Háceme ver qué poco soy, qué pequeño soy, yo que soy de la índole y reciedumbre que soy.

“En fin, cuando un gato sufre veo su sufrimiento y veo, sintiéndolo a fondo con el ojo sensible de adentro, su lucha por salvarse, por seguir, su lucha que, de pronto, aparece en sus garras. Así es para conmigo también, pueden creérmelo ustedes, así va a ser, así ya es a cada momento, a todo momento. La paz y la dicha mías... ¡falacias! Yo me esfuerzo por creer en ellas. ¿La verdad? Hela aquí, sí, hela aquí: tengo pavor. Lo tengo no hacia la muerte misma sino frente a la rebelión dolorosa, espantosamente dolorosa de todos mis instintos cuando la muerte, con o sin guadaña y sin o con calavera, se presente. Y como esta rebelión es injustificada y denigrante —pues ya debería yo haber arreglado aquel tornillo—, como así es, hay algo de vergüenza, de lástima despreciativa hacia mí mismo, un desmentido a la propia grandeza, una prueba de la fragilidad en que me muevo yo, yo el hombre que soy como soy y de la reciedumbre que soy. Es el despropósito máximo. Entonces sufro y el bicho pica.

“Pero todo esto lo he sentido instintivamente, nada más. Ha sido después, pensándolo, revolviéndolo, filtrándolo y sazónándolo, que he venido a columbrar que el accidente del desdichado Curanipe ha sido el accidente idóneo para develar el punto extremo de todo un dolor, de toda una miseria que camina, tranco a tranco, joroba a joroba, camello a camello, junto a mí.

“Una miseria que no he querido ver; a pesar de que sus pisadas sonaban con sonido de bombo. Mas por algo ha de ser que, al paso de la banda militar, yo no miraba al bombo sino al tambor y al trombón.

“Tratar de ver... es pensar, meditar, trabajar. Es mejor no ver. No ver, no saber que hay que morir; no ver, no saber que, al morir, no voy a quererlo y voy a agarrarme desesperado, con uñas y dientes, a los hábitos de mi cuerpo. Ha sido después de la muerte de mi amigo que he vislumbrado todo esto. Todo esto, en el momento mismo, me apareció como una pesadilla que me hubiese caído encima. Pensé luego, cuando me encontré a mi vez en el patio junto al cadáver de la víctima, que era una pesadilla derrumbada justamente de la ventanita cocinera de mi 8º piso y que, haciendo el mismo recorrido del gato, golpeaba al fin en mi cabeza. Recuerdo que por un segundo pensé que esta mi buena cabeza había sido una protectora al haber impedido que la pesadilla se reventara contra el pavimento que mató a Curanipe. Después dejé de pensar así.

“Pesadilla... Pesadilla que había que combatir, arrojar lejos, muy lejos, si quería seguir viviendo en paz. Es prueba de ello que si hubiese visto que el animalito moría instantáneamente, mi pena— ¡grande, por cierto!— habría sido como la de todo ser sensible ante otro ser que sufre, sin más. En cambio los instantes de agonía fueron los que transformaron mi dolor en horror; en un horror inquietante y sordo. Porque contemplé la agonía. No olviden ustedes mi espíritu de observación y mi vista penetrante, sobre todo cuando la dirijo de lo alto hacia lo bajo: yo estaba aún allá en el 8º; Curanipe, acá en el patio.

“En esos instantes pasó lo que temo, pasó mi propia miseria. Pasó vaga, débil, inconsciente, es verdad, por el diminuto cerebro del gato, mas no por eso menos real, acaso subrayando su realidad al suceder justamente en un cerebro diminuto. Porque así se muestra que aquello no puede ser sólo debilidad nuestra, lucubraciones nuestras. Sucede en todos, todos, esa lucha, ese dolor. Es prueba de lo inexorable, de lo que yo... ¡no escaparé!

“Otro punto, amigos, otra prueba, si les parece a ustedes: los seres débiles no me causan, en sus sufrimientos, tanta aflicción como los seres fuertes. Recuerdo haber oído mil veces que en los mataderos nada había tan triste como la muerte de las ovejas resignadas. Ni una protesta... “¡Qué triste!”, decían. Puedo ver matar cien inocentes ovejas sin

experimentar mayor dolor. En cambio un toro feroz, que ya tire hacia atrás, que ya embista... ¡Qué cosa desgarradora! Y un gato, ¡para qué decir! Precisamente en las corridas de toros, cuando los corazones de manteca compadecían a los jamelgos, yo, por momentos, sentía por el toro esa pena mortificante.

—¿Y por el torero? —preguntó Longotoma.

—Durante las tres únicas corridas que he visto —Lima, Madrid y Zaragoza— no hubo ninguna cogida. Permítame seguir:

“Un hombre llorando me hace sentir con mayor penetración la pena toda, la pena en sí, que una mujer llorando. En ésta, a veces, el llanto me parece como algo local; en aquel, como algo general, no sólo propio sino como el llanto que expresara el pesar que existe latente sobre nosotros y que, de pronto, se ha expresado, ha tomado como vehículo a ese hombre que llora, grita, sufre.

—Lástima —dijo Longotoma— que no haya usted visto entonces una cogida.

—Se ruega no interrumpir —ordenó Rosendo.

—Gracias —le manifestó Baldomero.

—De nada —contestó el otro.

—En tal caso seguiré. Ustedes tal vez se pregunten por qué el gato especialmente tiene conmigo esa afinidad, afinidad en tantos puntos misteriosa para mí mismo. Aquí tendría que remontar hacia muy atrás por mis años, llegar casi hasta la primera infancia para dilucidar el problema.

“Mas no quiero exagerar nada. Este dolor total lo he sentido con todos los seres apenas vislumbro en ellos una rebelión, una defensa por querer seguir; apenas esta voluntad ha hecho eco, despertándola, en la voluntad mía oculta y que puede, en el instante más imprevisto, presentarse y desmentirme en cualquier alta idea sobre mí mismo precipitándose en el pánico. Acabo de decir mal al decir “dolor total”. Debí haber dicho “el bicho molesto”. Ya saben ustedes: el majadero que turba mi quietud; ese bicho hecho de sentimiento; un sentimiento en el que hay mucho de egoísmo y acaso mucho también de odio disimulado en contra de quien me lo causa. El dolor es otro y ante todos lo he sentido pero..., pero no permanentemente como lo he sentido ante los gatos.

“¡Ah, buenos amigos! Recuerdo la mirada de un perro, de un ojo de un perro. Debe haberme mirado con los dos. En mí está clavado sólo uno. Escuchen: en las bodegas de un fundo se había escondido un perro extraño. Le azucé dos mastines. Hícelo por dos principios en aquellos tiempos fundamentales dentro de mis demás principios. Me explico:

“Mi primer principio era que las bodegas no son para esconder perros; mi segundo principio, que los mastines son para azuzarlos. Dirán ustedes: “¡Vaya dos principios para ser fundamentales entre todos los principios!”.

“Un momento. Si así dicen ustedes es por falta de reflexión. Olvidan que en aquel momento yo me encontraba en un fundo, que el fundo tenía una bodega, que en la bodega había un can extraño, que yo en ese instante estaba dentro de la bodega, que mi compañía era formada por dos mastines, que los mastines vigilan y, por fin, que el hombre dirige su vigilancia. Diga yo ahora: “¡Vaya una pequeña porción de olvidos!”.

“Si echan ustedes de lado esos olvidos y los reemplazan por memoria y buena reflexión verán que un hombre en mi situación no podía ni debía tener otros principios más que los aceptados por mí y por mí formulados aquí hace un minuto. Todos los demás habrían de someterse a esos dos y ... ¡se sometieron!

"A causa de esta explicación tendré que tomar de nuevo mi relato:

"En las bodegas de un fundo se había escondido un perro extraño. Le azucé dos mastines. Pero aquel, metiéndose entre viejos trastos, quedó atrincherado de modo que los otros no pudiesen cogerlo; eran demasiado grandes para poder deslizarse hasta él. Llamé entonces a un *fox-terrier* y lo azucé a su vez. Se escurrió por bajo unos maderos y mordió. Al sentirse mordido, el perro extraño saltó y se descubrió. Los dos mastines lo cogieron. Empezó la lucha, ¡qué!, la zurra, diría. Con los ladridos y gruñidos acudió el bodeguero, un hombre sanguinario, que, al ver que yo me placía —como que era verdad— en el espectáculo de este combate, se armó de un palo y azotó al pobre forastero en el hocico. Fue entonces cuando un ojo me miró y me clavó *el dolor*.

"Detuve al bodeguero, espanté a los mastines y al *fox-terrier* y el otro, aunque muy maltrecho, pudo huir.

"Estuve a punto de llorar. Aquel ojo me perseguía.

"Creo que es por los ojos que el verdadero dolor se me refleja transmutándose en los que he llamado "la compasión en sí". Pero, ¿con las arañas? He sentido súbita y pasajera-mente compasión por ellas...

"Señores míos: Y las arañas no tienen ojos.

"Dirán lo contrario, que tiene ocho ojos. Acepto.

"Pero, en todo caso, una araña no *mira*. Al menos, amigos míos, no mira a un hombre. Es que hay también movimientos, movimientos de desesperanza, y éstos pertenecen a todos.

"Contemplándolas hasta encolerizarlas lograba que se batieran como fieras. ¡Oh! Hoy día cuando alguien me refiere la espantosa refriega entre dos fieras —un león con un tigre; un leopardo con un lobo; un cocodrilo con una boa; un elefante con dos rinocerontes; un hipopótamo con tres jabalíes—, hoy día yo detengo a ese alguien y le digo: "Pare, señor, su descripción se torna ociosa; basta que usted me diga que se batían como arañas".

"No pongan ustedes caras de extrañeza; yo tengo todo un grupo de amistades que, por lo menos una vez por semana, presencian feroces contiendas de fieras. La última que se me ha referido fue la de un antílope gigante contra un oso blanco. El narrador me aseguró que aquello había sido peor que dos arañas. Yo no lo creo. Y sigamos.

"El espectáculo me era siempre apasionante por su brutalidad, su bravura y, sobre todo, por su repugnancia viscosa. Eran arañas de cerro, grandes como ratas y poseedoras de dos colmillos no menores que las garras de un gato común. Y una vez, instantáneamente —como cuando ese ojo de perro me miró— vi que una de ellas sufría. Sin duda el sufrimiento en seres tan simples debe ser muy rudimentario, acaso sin conciencia que lo registre. No lo sé ni me importa. La verdad es que de pronto vi, dentro de la cajuela en que las había aprisionado y donde luchaban con denuedo, vi a una de las arañas convertirse en el símbolo, en el vehículo, diría, el vehículo preciso para que el dolor pudiese hacerse presente.

"La mayor de ellas tenía dominada a la menor y con sus patas velludas delanteras la inmovilizaba casi. Entonces, empujándola hacia una de las paredes de la cajuela, se apres- taba a arrinconarla para henderle sus colmillos en el tórax. Pero la pequeña, como si presintiese que desde el momento en que quedase sin terreno de retroceso estaría perdi- da, se esforzaba, apoyándose desesperadamente en sus patas traseras, por no ceder un centímetro más. Yo contemplaba vibrante. ¡Fases de la refriega! ¡Fases de cualquier refrie- ga!

“Súbitamente *vi*. Vi esas patas traseras, las vi como solas, aisladas, las vi como –¡óiganme ustedes!–, las vi como luchando, *ellas también*, por la salvación del todo!!

“Que los colmillos y las patas delanteras lucharan, sentíalo natural, lógico, como lo que tenía que ocurrir. Pero sorprender a las otras, allá atrás, en lo que no está en el combate mismo, me produjo una sacudida violenta, como una revelación instantánea de que allí dentro de la cajuela había lucha, había un reflejo de un principio común a todos, algo que comulgaba conmigo mismo y desde mí, filtrándose, colmugaba, no diría con toda la humanidad, sino con eso inexorable que nos pesa, que es tal vez el sentido –o al menos uno– de vivir: el dolor y sobre todo el pavor al dolor.

“Y esa araña menor no quería tal cosa, como no la quiero yo ni la quieren ustedes. Esa araña reflejaba ese pavor a que estamos condenados para un día, a nuestra hora. Y fue por sus patas traseras por donde pasó en un instante –me atrevo a decir– *alma*.

“Aquí me voy muy lejos. Esas patas no me dieron una revelación propiamente dicho sino más bien una evocación. Evocaron en su gesto de desesperanza algo ya experimentado tiempo atrás, caído en olvido y ahora, gracias a la araña, vuelto a mi memoria.

“Cuando yo era muy niño...

“Señor Longotoma, ¿qué ocurre?

–Nada de importancia; una pequeña sorpresa, un casi encandilamiento; ¡no tiene importancia repito!

–Señor Longotoma, yo también, en un tiempo, fui niño.

–Es lo que yo, con todo mi ser, confirmo en este momento: “cuando usted era muy niño...” Y una sorpresa, un encandilamiento que estalla en el otro extremo de una habitación. Señor Lonquimay, estamos rodeados por la lógica y la armonía mismas. Por lo tanto, siga usted.

–Seguiré. Cuando yo era muy niño algo imaginé. No recuerdo en qué momento imaginé pero recuerdo qué imaginé. Como todo niño creía que el primer hombre del universo, en todo sentido, era mi padre...

–Longotoma –dijo Lorenzo–, ¿no puede usted permanecer tranquilo?

–Vamos, Desiderio –apoyó Rosendo–, te estás conduciendo como un loco.

–Sin embargo –se defendió el aludido– creo reaccionar con absoluta lógica. Pues, ¿cómo no ha de ser un tanto y tanto extraño...?

–¿El qué?

–Que un hombre de esa talla –mostró a Lonquimay–, de esa estirpe y reciedumbre y que, en una calle cualquiera de una ciudad cualquiera, choca con uno...

–¡Caballero! –bramó el pelirrojo clavando sus ojos en el gordo–, ¡caballero: los hombres que chocan por las calles, también tienen padre!

–Fabuloso... –murmuró Longotoma.

–Recuerde, amigo –le observó Lorenzo– que usted a su vez chocó.

–No –negó el otro rotundamente–. Yo fui chocado.

–¡Al gato! –gritó Rosendo.

Baldomero Lonquimay prosiguió entonces de este modo:

–Teniendo tal creencia me placía en representar a mi padre, aquí en mi magín, luchando y batallando y, por cierto, triunfando. Esta pelea –debido sin duda a mi corta edad– tomaba siempre la forma de una pelea física. Luego venía el triunfo aplastante. Ella tenía, por lo tanto, un carácter placentero para mí.

“Pero cierta vez –ignoro por qué circunstancias y siguiendo qué proceso– la cosa fue

de otro modo y la lucha se tornó cruenta y tenaz. La impresión resentida no fue, en un principio, dolorosa, pues más que imaginar la escena, vagaba yo alrededor de ella.

"En un momento mi padre llevaba la mala parte. Yo vagaba siempre. Mas súbitamente la divagación se precisó de un golpe en un punto de la escena y, extendiéndose desde ese punto, precisó también sus demás contornos.

"Esta precisión transformó la divagación primera en una comprensión repentina que trajo, a su vez, su correspondiente sensación. Fue la sensación de dolor, de un dolor intenso que hizo llorar mis ojos de niño. Y esta sensación tuvo su origen en el punto que visualmente se precisó: el pie derecho de mi padre, el pie desnudo cuyos dedos, como si fuesen los dedos de una mano, hacían un esfuerzo desesperado por asirse, incrustarse en la tierra para no perder terreno en la reyerta despiadada, para no retroceder bajo el empuje del adversario y no caer, vencido, a un canal, a un precipicio, a una hoguera —pensaba yo.

"No dudo de que es también una evocación venida desde la infancia la que me pone en un estado de especial sensibilidad para con los gatos. Recuerdo una infancia de timidez exagerada, de timidez sin ninguna expansión; recuerdo el presentimiento de que la vida sería cruel, sería para los seres fuertes y audaces. No para mí, por lo tanto. Un presentimiento, muy indefinido aún, de debilidad y, por ella, de miedo frente al estrépito alrededor mío. Este estado de espíritu tenía que traer inevitablemente otro: necesidad de reconfortarse, allegarse adonde se pudiese hallar la calma dulce contraria a todo vocerío de ese mundo temible: mi madre; no había más. Frente a cualquier otro ser yo era débil; a su lado sentía recuperar mi parte en la vida, sin humillación. Volvía a ser un hombre altivo y valeroso; no un ser atemorizado que debe escabullirse y protegerse ante la primera alarma.

"Mi madre amaba los gatos. Nunca en casa faltaba uno. ¡¡Porque yo he tenido una casa con una madre dentro, una madre que siempre tenía gatos!!

"La asociación de mis sentimientos tiene fatalmente que haber sido la siguiente: yo, de niño, me sentía atemorizado ante los demás niños, ante lo que oía de las demás personas, ante lo que presentía de la vida. Mi madre era mi confortación. ¡Y me amaba! Luego: cuanto ella amase tenía que sufrir. Sufrían, sin duda, los gatos entre los demás animales y entre los hombres. Cuando veía a los de casa pasearse tranquilos o arrellanarse junto a la lumbre, pensaba que una pena muy honda los acongojaba. Y cuando los veía jugar no dejaba de decirme que ese juego era sólo un momento de respiro, pronto terminado, para volver al largo y mudo padecer.

"No había más consuelo que el mundo de mi madre, mundo aparte de paz. Dentro de él vagaban varios seres: parientes y amigos. Los preferidos por ella, sentaban plaza en ese mundo de paz. Entonces una especie de solidaridad me los acercaba. Había también rincones de nuestra casa, algunas habitaciones, hasta objetos que en él se englobaban. Y junto con hacer entrar a cualquier ser o cosa a este mundo suyo me parecía que todos y todo lo demás, cuanto quedaba fuera, el resto entero se tornaba, para el recién entrado, en algo ingrato, malo y duro.

"Por mucha timidez que haya en uno, tales sentimientos no pueden dejar de producir cierta rebelión. En los débiles se traduce por una inconformidad con lo que se juzga. Y aquí despunta una noción vaga, muy vaga aún, del sentimiento de injusticia. Había algo en contra mía, una malevolencia imprecisada, casi del aire. Ella, a no dudarlo, alcanzaba plenamente a mis suaves compañeros los gatos. Ellos simbolizaron mi suerte. Ellos reflejaron mis desventuras de niño. ¡Y con razón!

“Los demás, los de la vida, los que hallaban fuera del mundo reanimado por mi madre, hablaban de las proezas y audacias del perro, del amor hacia el caballo, indómito en un principio y dócil después... ¡Es poner al revés el mundo, amigos míos! Se ha de ser dócil en un principio; luego se será indómito. ¿No es así? ¿Puede alguien negarlo?”

—¡Nadie lo podría! —profirieron tres voces.

—Guardaré siempre un profundo reconocimiento por este estímulo que ustedes me dan al ver que me ayudan a poner las cosas en el orden natural.

—No viene al caso tal reconocimiento, Baldomero Lonquimay, pues nuestra afirmación es hija únicamente de los conceptos sabios que acabamos de oír.

—Gracias.

—De nada.

—Amigos: el perro y el caballo eran compañeros de aventuras atrevidas. Los veía sin necesidad de ese apoyo tierno y sosegado que era mi madre para mí y sin el cual, pensaba yo, me despedazarían sin más. El gato era el humilde de la casa; no de la calle, no de los campos, no del desconocido inquietante. Cuando llegaban de visita mis amigos, yo temblaba: hablaban siempre de cuán divertido era atar petardos a la cola de un gato, encenderlos y luego ver huir al bicho aterrorizado con las detonaciones que lo perseguían. Sentía, con todo esto, que el gato necesitaba protección, necesitaba afecto. Parecíame que era un ser de antemano oprimido y vejado en la vida. Inconscientemente me sentía impulsado a hacer hacia ellos el rol que se me antojaba hacia mi madre hacia mí respecto al mundo que nos rodeaba.

“La otra tarde, dando vueltas a estas ideas y sentimientos y buscando cómo definirlos claramente, me dije de pronto:

“Pegarle a un animal cualquiera es un acto odioso; pegarle a un gato es una injusticia monstruosa”.

“Y ahora, respetables amigos, ha caído Curanipe. Ha caído y ha agonizado, alzando con dulzura sus ojos hacia mí, durante varios instantes...”

“¡Curanipe ha muerto!”

“Por eso he llegado hasta esta Bóveda. Les ruego tengan a bien hacerme compañía en el más absoluto silencio durante catorce minutos.

“¡¡Curanipe ha fenecido!!”

Pasados los catorce minutos, Baldomero Lonquimay cambió súbitamente de gesto: de solemne a menudo y torvo en otros momentos, se tornó burlesco y una sonrisilla irónica marcó sus labios. Los demás se sintieron desatentados ante tal expresión tan ajena a él.

Preguntó:

—¿Qué tal mi narración sobre Curanipe y sus desdichas?

Nadie atinó con respuesta alguna.

Repitió:

—Pregunto, amigos míos: ¿les ha interesado a ustedes lo que un espíritu alerta puede extraer de un simple gato que cae de un balcón?

Sin todavía volver del estupor, Rosendo Paine respondió:

—Ciertamente y en alto grado.

—Ciertamente...—repitió Lorenzo Angol.

Y hubo un nuevo silencio.

Desiderio Longotoma exclamó entonces:

—Su narración, amigo, ha sido hecha con trazos de fuego. —No hay que extrañarse de ello pues con esa cabellera, esas barbas y esos mostachos, es usted el fuego personificado.

—Y usted —replicó Lonquimay— es altamente adiposo.

Otro silencio.

Al fin el narrador se puso de pie. Se estiró. Se caló chambergo y macfarlán (a pesar de ser verano) y cogió su bastón. Quiso despedirse de sus amigos mas éstos, capitaneados por el dueño de casa, le rogaron quedarse en La Cantera. Lonquimay aceptó:

—Siempre que mi cama sea puesta en la Torre.

Longotoma repitió como un eco:

—Siempre que mi cama sea puesta en la Torre.

Lorenzo, entonces, hizo poner dos camas en la Torre.

Rosendo dijo:

—Mi reloj marca las 6 y 20. Voy a tu bar-comedor a servirme un aperitivo.

Baldomero dijo:

—Yo voy a estirar las piernas. Subiré al cerrito vecino. Miraré pasar once pájaros. Luego bajaré.

Desiderio dijo:

—Yo desearía permanecer en la Bóveda.

Lorenzo dijo:

—¡Magnífica idea! Quedemos en la Bóveda.

Cuanto a Teodoro Yumbel ya el cielo se lo había tragado y lo digería en medio de lindas cosas.

Cuanto a mí...yo giraba y giraba siempre concéntricamente alejándome de las casas de La Cantera y empezaba a vivir una aventura abracadabrante. Ya la relataré a su tiempo, tiempo hecho de Rojo mas con no poco de Azul y bastante de Gris. Por ahora lo único que interesa es que en la Bóveda han quedado solos Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma.

—¡Ajajay!—exclamó este último apenas se cerró la puerta tras el hastío indiferente de Rosendo y la imponente figura de Baldomero—. ¡Ajajay —repitió—. ¡Ajajay, ajajay...!—siguió.

—¿Va usted a terminar con esos gritos de salvaje? —le preguntó Lorenzo.

—Pronto, pronto. Deberé lanzarlos once veces, una por cada pájaro que vea nuestro amigo desde la cima del cerrito vecino.

Como ya los había lanzado cuatro veces, Lorenzo se resignó siete veces más, al final de las cuales ofreció asiento y a su vez se sentó.

—¿Puedo ahora saber el significado de ese aullido?—preguntó.

—Es un aullido de triunfo —contestó Desiderio—. Celebra el relato de fuego de Baldomero Lonquimay y el proyecto de un nuevo “aglomerado” que lanzar a la testa de Rosendo Paine.

—No comprendo.

—¡Vamos, amigo, vamos! ¿Nada vio usted en las palabras del gran hombre del chambergo y macfarlán? Piense que en este momento ya debe haber visto su primer pájaro; tal vez ya esté en el segundo.

—Nada especial. Trabajando un poco, sí. Puede ser un tema para un ensayo; tema, acaso, para un cuento.

—¡No, no, mil veces no! ¿Hasta cuándo con cuentos y ensayos?

—¿Entonces?

—Una operación quirúrgica. Toda esa fogata podemos dividirla, con hábil bisturí, en

dos partes: diestra y siniestra. La diestra estará con Dios; la siniestra con Satanás. Y ambas serán riquísimas, más ricas de lo que suman si nos atenemos únicamente a lo oído esta tarde aquí. Pues el muy badulaque de Lonquimay no nos dijo todo, se guardó un poquitín para sí. Lo sé porque yo tengo un ojo finísimo que penetra el frontal y parietales de todo cráneo y ve lo que dentro se fabrica.

—¿Es decir?

—Lo que digo. Haremos un “aglomerado”. Sea, algo que al tal se parezca pues yo nunca me repito. Algo de intención igual y de forma diferente.

—¿Será?

—¡Calma, calma! Estas cosas que lanzan tentáculos al más allá hay que dejarlas madurar.

—Creo que esperando maduraciones vamos a pasar la vida. Porque Rosendo... ¡nada! Acepto que haya recibido nuestro “aglomerado” pero...

—Se aburre, ¿no es verdad?

—Eso es.

—Mas era el que gritaba: “¡Al gato!”. El aburrimiento es la base del cordero.

—¿Y qué?

—La cosa se gesta dentro de él. Está en ebullición. Amigo Lorenzo, una bomba no estalla antes de estallar. ¿Lo había notado usted? Pero es necesario, para que una bomba estalle, fabricarla primero; y fabricarla con elementos que puedan estallar. Usted quiere la explosión a medio camino de la fabricación de la bomba. Usted vive fuera de la lógica. Y no ve los pequeños síntomas como el grito aquel: “¡Al gato!”

—¿Y ese grito quiere decir...?

—Que oímos la historia del malogrado Curanipe; que Rosendo se interesaba por ella; y, por último y puesto que el “aglomerado” ya está obrando en él, quiere decir que —sin que sea forzoso que el amigo tenga plena conciencia del proceso—, quiere decir que en tal historia había, tenía que haber elementos para él, el hombre de los mundos agitados; y elementos para usted, el hombre del mundo en quietud.

—¿Y ellos son...?

—Déjeme usted ante todo coger un bisturí y tajar en dos. (Longotoma nada cogió pero movió su pulgar derecho como si fuese un instrumento cortante).

—¿Y bien?

—Operemos. A la siniestra colocaremos, de la historia del noble varón Baldomero Lonquimay, las cruentas y crueles refriegas de arañas tarantulescas, la lagartija con su cola amputada, el pez traído al verde césped, el perro mordido y apaleado, las fieras aquellas devorándose, el padre de nuestro amigo llevando la peor parte, los gatos huyendo del estampido de los petardos y... recordaremos a ese camello que marcha al lado con pasos de bombo.

“A la diestra, amigo, colocaremos esos mismos hechos, exactamente los mismos, mas sin camello y en cambio cobijados bajo las santas alas de la santa madre de nuestro noble varón.

“A la diestra, una madre; a la siniestra, un camello...¿Empieza usted ya a vislumbrar cuán hermoso esto puede ser?

“Amigo Lorenzo, los efluvios de la madre serán para esta Bóveda y su ilustre huésped; que es usted en persona. Lo del otro lado lo amasaremos y lo meteremos en la corcova de nuestro camello. “¡Arre! ¡Hup!” —y el camello, resonando como el bombo irá, cual deco-

rativo "aglomerado" a golpear, con sus notas cristalinas y su presencia majestuosa, las sienas de Rosendo.

"¡Dolor, dolor! En todos esos mamíferos y bichos y en el respetable antepasado. Para nuestro asunto: respetable representante de los humanos. ¡Dolor! Todos sabemos, mi querido anfitrión, que basta con mover un pequeñito dial para que el dolor sea el acicate del placer. Y cuando se vislumbra placer, nadie detiene el lanzamiento a la vida.

"Y veamos claro, dejemos a la tierra como suelo de estos campos mas no nos la echemos a los ojos. ¿Qué experiencias y vibraciones puede traer el que va a ser el primer aventurero de esta primera mitad de nuestro siglo? ¿Experiencias científicas?, experiencias artísticas? ¿Experiencias de caridad humana? ¿Directivas para la buena y honrada marcha de los pueblos? ¡Nada! ¡Bovadas! Ni ello podría a usted interesarle ni Rosendo podría hacerlo. Rosendo ha de marchar, por la vía ya indicada, hacia la voluptuosidad de... Amigo, dejemos a la tierra donde está, dejémosla tranquila cumpliendo su misión que es hacer crecer vegetales y sostener nuestras pisadas. Hacia la voluptuosidad de la maldad. ¡Oh laboratorio del dolor!

"Sí, sí, ya sé qué teme usted: usted teme a la policía. Muy justo, muy justo, no lo niego. Muy justo si acaso no existiese la diestra, la que hemos llamado "efluvios maternales". Porque de las palabras del grande hombre que es Baldomero Lonquimay, no olvide usted que se desprendía, cual aroma de una flor multicolor, la compasión redentora. El grande hombre sufrió lo inenarrable ante la lagartija, el pez, el perro, el padre, el gato de los petardos, su gato del balcón; el grande hombre suspendió las batallas de arañas y no asiste a las batallas de fieras. El camino, por lo tanto, será el siguiente:

"Rosendo, practicará montado en su camello y mano a mano con Satán; el grito de sus víctimas cruzará los ámbitos; la policía lo escuchará y correrá tras él; será una carrera vertiginosa e interesantísima; el grito adelante, la policía detrás; llegará el grito a La Cantera y entrará en la Bóveda; usted, cual prestidigitador nunca igualado, lo transmutará en palabra de bondad y grandeza; y los hombres de la ley, cuando golpeen en esa puerta y la puerta se abra, encontrarán frente a ellos un monumento digno de Dios.

"Entonces, amigo, no apresarán al verdugo ambulante que será nuestro querido Rosendo y no intercederán en favor de las víctimas que gritaron.

"Lorenzo: no tema usted nada. ¡Jaque y mate a todos los policías de la Tierra!

—¿Y esto será cuándo? ¿Cuándo verá alejarse al camello de Baldomero, con Rosendo en la corcova y guiado por usted, Desiderio?

—Calma. Las grandes cosas son lentas. Déjeme usted adobar y manipular. Ya le haré una pequeña seña. Tal vez antes de lo que usted supone.

—Bien. Esperaré.

—¿Chocamos estas manos?

—¡Chocamos!

Ambos amigos estrecharon sus manos. Luego abandonaron la Bóveda y, contemplando un hermosísimo crepúsculo, aguardaron en silencio la hora de la cena. Mientras tanto Rosendo preparaba un cóctel general y Baldomero Lonquimay emprendía marcha de regreso a las casas después de haber visto, desde la cumbre del cerrito vecino, sus once pájaros de reglamento.

Comieron todos con apetito. Tomaron muy buen vino, salvo el pelirrojo que nada tomó. Ya es de noche. Lorenzo se dirige a su dormitorio. Rosendo a una habitación de alojados, Baldomero y Desiderio suben a la Torre.

Medianoche.

La campana de un reloj invisible da doce golpes.

“Tan” –este es el último golpe.

Junto con él, la ventana de la Torre se abre violentamente y bajo su dintel aparece la majestuosa figura de Baldomero Lonquimay. Viste un pijama color sangre de toro con cuello y bocamangas verde botella.

Con el estrépito de los batientes, Desiderio Longotoma despierta, se sienta en su lecho y enciende la luz. Baldomero Lonquimay, contemplando las sombras nocturnas, canta entonces con potente voz de bajo:

*Solamente una vez amé en la vida,  
Solamente una vez y nada más;  
Una vez nada más en mi huerto  
Brilló la esperanza, la esperanz...*

Un sollozo interrumpe el canto. Luego regresa al centro de la habitación y dice:

–Amor, amor, amor...

–¿Ha amado usted? –inquire Longotoma.

–Solamente una vez –responde Lonquimay.

–¿Podría yo conocer esa historia?

–Sí.

–¿Era su nombre...?

–Nora de Bizerta y Ofqui.

–¿Sucedió aquello...?

–Hace tres años.

–¿Qué edad tenía?

–Edad indefinida.

–¿Nacida en...?

–En donde ha de nacer toda persona de respeto máximo.

–¿Debo creer que en San Agustín de Tango, su ciudad natal de usted?

–Por supuesto.

–¿Era su padre...?

–Un árabe que espontáneamente nació entre las ruinas de Cartago. No tuvo ni padre ni madre.

–Entonces no ha de haber atropellado jamás a nadie en una calle.

– No interrumpa usted mi grandeza.

–Perdón. ¿Y su madre?

–Una fueguina de la península de Taitao; nació en una chalupa en medio del golfo de los Tres Montes.

–Era doña Nora sin duda hermosísima...

–Más de lo que una imaginación de hombre puede crear. Su cutis era de ébano rosado. Sus dientes eran de esmeraldas blancas. Su cabellera, frondosa y elevada, era toda tornasol. Sus ojos eran de oro azul. Su cuerpo...¡oh, su cuerpo...!

–¿Su cuerpo...?

–No lo podría usted concebir.

–¿Y sus senos?

-Sus senos eran más erectos que la más turgente de todas las negras. Al golpearlos suavemente daban notas musicales: re bemol, el derecho; fa sostenido, el izquierdo.

-¿Y al golpearlos fuertemente?

-Jamás habría yo osado hacerlo.

-¿De qué instrumentos eran esas notas?

-El re bemol, de cítara; el fa sostenido, de armonio.

-¿Daban leche?

-Siempre.

-¿Leche de qué?

-De cisnesa.

-¿Su voz...?

-Profunda y tremolante.

-¿En qué idioma se expresaba?

-En varios. Con su padre hablaba en árabe; con su madre, en fueguino; con sus amistades, en castellano.

-¿Y con usted?

-De noche, en sánscrito; de día, en catalán.

-¡Portentoso!

-Así es.

-¿Conserva usted alguna fotografía de la bella Nora?

-No. Sólo guardo aquí, junto a mi pecho, un croquis de su rostro y busto, obra de mi mano. Véalo, amigo Longotoma.

-No es un croquis muy acertado...

-Es un croquis malísimo y ello es lógico: lo sublime no se debe expresar más que por su contrario; lo contrario de lo sublime es lo abyecto. Mi croquis, pues, es abyecto. Haber tratado de sublimarlo habría sido blasfemar.

-Sin embargo y mal que mal... se ve que es una mujer superior, estupenda...

-Claro está. Debe evocarse. Después de algunos minutos de concentración debe fluir lo que Ella era mas sin dar la clave de lo que era Ella.

-Su pasión, amigo Baldomero, debe haber rayado en la locura...

-Usted lo ha dicho.

-La posesión de hembra tan magna debe haberle transportado a usted más allá del Pentateuco...

-Jamás la poseí.

-¿Ella se negaba?

-Ella lo deseaba.

-¿Se negaba entonces usted?

-Yo lo anhelaba.

-Entonces...¿qué se interpuso?

-El Cosmos

-No comprendo.

-Es que ignora usted que la más acertada definición del Cosmos es: "Un infinito conjunto de sitios".

-¿Por lo tanto...?

-Por lo tanto no hubo ni hay ni habrá jamás, en todos los sitios del Cosmos, un sitio

digno para que un macho de la reciedumbre de éste, su servidor de usted, posea a una hembra del ámbar y alabastro como doña Nora de Bizerta y Ofqui.

-Y claro está que buscaban ustedes el sitio aquel...

-Por cielo, mar y tierra.

-¿Y nada?

-Nada. Cierta vez creímos que digno sería nuestro inmenso lecho pues lo cubrimos de las más finas sedas que gusano humano haya elaborado desde que el humano tiene gusanos, desde que un gusano hizo al primer humano. Nuestro inmenso lecho no sirvió. Al contacto del calor de su cuerpo, las sábanas se quemaron, el colchón ardió, el somier se derriñó y ambos caímos, chamuscándonos, al suelo. Ningún suelo artificial es lo bastante merecedor como para que dos cuerpos como los nuestros trepiden.

-¡Horror!

-Usted lo ha dicho. Otra vez creímos que tálamo acreedor de amor serían las límpidas aguas de un lago. Ella sobre esas aguas de espaldas se tendió. Yo subí. Mas, bajo nuestro mutuo peso, las aguas se entreabrieron y ambos nos sumergimos sin haber logrado el apetecido trepidar.

-¡Horror!

-Usted lo ha dicho.

-¿Así es que no trepidaron ustedes?

-No trepidamos.

-¡Lamentable!

-Usted lo ha dicho. Sin embargo otra vez...

-¿Otra vez...?

-¡Oh! ¡Hace de esto tres años justos! Otra vez, la noche aniversario de la noche de hoy, pensamos en un suelo natural y sólido. Al sonar las campanas de la medianoche, al sonar esas campanas, ella, doña Nora de Bizerta y Ofqui, desparramó sus beldades sobre un campo de rústica alfalfa, de alfalfa aromática. Entonces yo, cual un manto, cubrí tanta belleza mientras sus ojos de oro azul miraban a las estrellas y los ojos de las estrellas miraban a mi nuca. Pero..., pero...

-¿Pero...?

-Pero cuando a trepidar íbamos enlazados en el amor..., vino un terremoto y trepidó la tierra toda, con sus árboles, sus montes, sus llanos, sus aguas, sus lejanas casas, sus negras sombras y sus alfalfas. Comprenderá usted, amigo: no pudimos tampoco trepidar nosotros. Ella entonces lloró. Yo bramé.

-Lo comprendo.

-Luego Ella se alejó. Yo partí en sentido contrario. Nunca jamás nos hemos vuelto a ver.

-¡Desgarrador!

-Usted lo ha dicho.

Aquí Baldomero Lonquimay cayó sobre una silla e inclinó sobre la mesa su roja testa apretándola con ambas manos. Y lloró, como Nora llorado había.

Lloró agitándose desesperadamente.

Viendo esto, Desiderio Longotoma se precipitó hacia él para consolarlo.

-¡Lonquimay! -le gritó-. ¡No llore, amigo, de ese modo que trepida usted una enormidad!

Lonquimay entonces se sobrepuso, secó sus ojos y se introdujo en su cama. Longoto-

ma hizo otro tanto en la suya y apagó la luz. Por la ventana, dejada abierta, entró el graznido de una lechuza. Entonces ambos personajes se durmieron.

En el piso bajo dormían también los otros dos, Lorenzo Angol y Rosendo Paine.

Era hora de dormir para todo el mundo.

Eso es:

¡Impere Morfeo sobre el planeta!

## 50 Gris

Ahora huele olor a gris. Y es invierno.

Estoy en Santiago.

Nimba Canaria, bajo el impulso de sus anteriores vueltas terráneas, ha partido nuevamente pero esta vez a sitio fijo, sitio que gira junto y a igual distancia de este sitio mío. Nimba Canaria está en Quito. Quito está siempre a la misma distancia de Santiago: unos 4.000 kilómetros a vuelo de avión; unos 5.000 a vuelo de golondrina porque las golondrinas se fatigan más que los aviones. Nimba Canaria se ha comportado conmigo con una amabilidad que yo califico de exquisita: me ha enviado dos tarjetas postales: la primera, desde la cumbre del Cotopaxi; la segunda, desde la cumbre del Chimborazo. He deseado responderle mas no lo he hecho pues para ello habría tenido yo que trepar a la cumbre del Descabezado o a la cumbre del Quizapu; y como yo, viejo ya, me fatigo más aún que las golondrinas, ¡qué hacerle!, los mensajes de Nimba Canaria quedarán sin respuesta.

Sin poder responder a lo que es Rojo en mi vida, ¿qué puedo hacer? Estoy en Santiago, es invierno y las campanas de la Merced suenan 1945. ¿Qué hacer?

Desde luego salir de Carlomagno 106, salir y dirigirme a... No; a Loreto 214 no quiero ir. No tengo deseos de biografías. Es mejor ir sencillamente a la Estación Mapocho de los Ferrocarriles del Estado. Está lejos de aquí. A pie no puedo ir por las mismas razones que me impiden trepar a las cumbres cordilleranas. Iré en tranvía. Debo ir. Debo ir porque veré rieles. Los rieles son comienzos de lejanías y hoy quisiera estar donde no estoy. En vano pienso que los rieles me llevarían fatalmente a un punto donde otra vez estaría. Debo ir.

He tomado un tranvía y, al tomarlo, he retrocedido años y más años en mi vida: hasta aquel momento en que era yo un niño que no se fatigaba como las golondrinas se fatigan ni como se fatigan los aviones pues en aquel entonces los aviones apenas nacían al mundo y no habían empezado aún la etapa de las fatigas como ya la he empezado yo al acercarme a mis 52 años, umbral del pedazo que puede empezar a llamarse vejez y para qué decir: ¡fatiga!

Era yo un niño entonces. Vivía con mi familia en la calle San Antonio N° 734 ¡Cuánto tiempo hace! Este mismo tiempo en una ciudad ya formada, ya en los umbrales de esa vejez que acabo de mencionar –digamos ciudades como Roma, París, Sevilla, Munich–, ese mismo tiempo sería mucho más corto, la mitad, acaso la cuarta parte del tiempo que transcurre en estas ciudades en formación, ciudades que empiezan a desperezarse de la niñez y a mirar atónitas hacia la juventud –digamos ciudades como Buenos Aires, Lima, Baltimore, Ottawa y, por cierto, esta que aquí vemos y que es Santiago de Chile–. Nosotros

los habitantes de estas últimas vivimos, sin duda, muchos más meses en cada año que los habitantes de las primeras nombradas. En cambio ellos, a no dudarlo, viven con mucha mayor certeza que nosotros.

En aquel entonces las gentes andaban de otro modo, comían de otro modo, respiraban de otro modo y amaban de otro modo. Y se hospedaban de otro modo. Es su manera de hospedarse lo que más presente tengo en mi memoria. ¡Oh, las casas en que vivíamos!

En aquel entonces ninguna casa tenía techo alguno en verano pues en aquel bendito entonces, en verano, las estrellas –¡tanto más numerosas que hoy día!– descendían hasta la cima de las gruesas murallas de adobe y, afirmándose en ellas, cubrían las habitaciones y nos ayudaban a dormir. Esto era, naturalmente, por la noche. Durante los días estivales, el Sol, allá arriba, sin descender ni una pulgada, quemaba implacablemente, como ya ahora no ha vuelto a quemar, y entonces las damas –todas ellas viejecitas aunque sólo tuviesen 30 años– se tapaban con mantos negros de seda o espumilla; y los caballeros enarbolaban magníficos, estupendos bastones de palos inverosímiles y empuñaduras de todos los metales existentes en este mundo.

Salían. ¿Adónde iban? Hoy todos saben adonde todos los demás van y cada cual sabe adonde va. En esos tiempos nadie sabía adónde iba. Sólo sabía que una puerta colosal se cerraba con estrépito tras ellos y que debían lanzarse por calles que a cada momento causaban pavor pues dejaban de ser calles para ser vagas insinuaciones de lo que algún día deberían ser y no eran todavía. Nosotros los niños, tras de oír el golpazo de la puerta, corríamos a una ventana y, por entre su reja, echábamos un ojo hacia la calle. No pasaba nadie. No pasaba nada. Sol. Calor. De pronto los adoquines se inclinaban empujados por ráfagas de polvo amarillento, ráfagas veloces pero que ningún viento impulsaba. Después pasaban las ratas, ejércitos de ratas. Después, los perros vagos. Después, una carretela tirada por un jamelgo. Después un policía que tocaba en su pito de hueso una melodía para arrancarnos lágrimas de desesperanza. Después, un tortillero que con su canasta aromatizaba un barrio entero. Después pasaba el crepúsculo que lentamente iba apagando el sol de cada portalón y de cada balcón. Tras él venía, por fin, un hombrecillo misterioso con un palo larguísimo. Como precursor de todos los adelantos científicos hoy en boga, este hombrecillo hacía, cada 30 ó 40 metros, un milagro: tocaba con su palo un farol apagado y el farol ¡se encendía! Entonces era la noche; los techos desaparecían; y las estrellas empezaban a descender. Entonces se oía ruido de puertas; volvían papá, mamá, abuelito, abuelita, tío, tía. Entonces todo se perfumaba con perfumes de mantos y bastones. ¡La noche quedaba consagrada! Entonces comíamos, comíamos y comíamos como nunca se ha vuelto a comer. Y desde la cocina, toda la servidumbre entonaba entonces el Rosario, de rodillas junto a las acequias misteriosas que cruzaban por todas partes por las casas echando cucarachas para todos lados.

Así era en verano hace 40 o más años. En invierno sencillamente...no era. Pues nos encerraban en grandes habitaciones con techos fabricados por la lluvia misma. Sabíamos, tan sólo, que afuera las calles eran ríos, temibles ríos; y que el río, nuestro Mapocho, se había convertido, por fin y a su vez en ¡un río! Pues en verano no era río ni era nada. Era un hoyo, un hoyo largo, larguísimo, el único hoyo largo que yo haya visto en mi largo existir. Y llovía y llovía. Hoy ya no llueve. Llovía. Llovía hasta que toda una parte de la casa se desplomaba. ¡Horror! Todos entonces gritaban, desde los más ancianos hasta los recién nacidos. Y al fragor de sus gritos surgían del desplome ratas y más ratas, cucarachas entumecidas, gatos de cien colores, trastos de otros siglos, zapatos abandonados, trozos de

roperos y de trinchas y...un bastón, uno solo, que padres, abuelos, tíos y viejos amigos cogían valerosamente por entre el aluvión y que luego, a la luz de un quinqué, examinaban y comparaban con sus propios bastones de palos inverosímiles y empuñaduras de todos los metales. Porque un quinqué ardía siempre en invierno, noche y día, porque en invierno, en aquellos venturosos tiempos, no había día: todo era noche y nada más que noche. Por eso nosotros los niños llorábamos. Uníamos nuestras lágrimas a la lluvia. Entonces la tierra temblaba. "¡Temblor, temblor, que tiembla!" –gritaban las voces de la ciudad entera. Temblaba, ¡Dios mío! Y el temblor, con sus sacudidas, cogía los pedazos desplomados de las casas, los remecía, los pegaba, los alzaba y los restituía en su forma primera, tal como el incipiente arquitecto de esas épocas los había concebido y ejecutado.

Entonces, sólo entonces, por todas partes a la vez, estallaba la primavera.

¡Qué tiempos!

Un día de esos tiempos –porque fue un día y ninguno otro más que ése– se nos anunció la formidable noticia: ese día se inauguraba la primera línea de tranvías eléctricos en Chile.

¡Sí! ¡Siempre habíamos visto cosas que andaban solas!

Pero hasta entonces se habían llamado "trenes" y nunca, "tranvías". Hasta entonces habían ido por los campos y nunca, por entre nuestras propias casa. El hecho era, pues, sensacional.

Quiso la suerte, el destino o Dios –esto no lo sabré jamás– que esa primera línea pasara por la calle San Antonio. Frente a mi casa, al alcance de mi mano, iba a pasar el primer cortejo: cinco o seis tranvías...¡eléctricos!

Eran éstos unos carruajes abiertos con banquetas transversales y una campana delantera que anunciaba la feliz nueva y advertía el peligro que avanzaba. En ellos iban a ir muchos conspicuos personajes de la ciudad entre los que se contaba a mi padre, don Eliodoro Yáñez, y a nuestro vecino de enfrente, don Gabriel Gaete. Mi padre debe haber sido, en aquellos tiempos, diputado por la provincia de Valdivia; don Gabriel Gaete debe haber sido Ministro de la Corte de Apelaciones. Entre los niños nos preguntábamos por qué inauguraban también ellos los tranvías eléctricos. Llegamos a la conclusión de que sería: mi padre, por si había que poner tranvías en la ciudad de Valdivia; don Gabriel, por si durante el recorrido atropellaban a un peatón y hubiese entonces que administrar justicia ante el accidente.

De pronto, como a eso de las 3 de la tarde, se oyó un formidable tintineo de campanas. Todo el pueblo se agolpaba en las ventanas y las aceras se hacían estrechas. Con razón: ¡pasaban las cinco o seis *góndolas* eléctricas! Y en ellas, innumerables varones, todos ellos de levita, sombrero de copa y bastón. Además estos vehículos –¡góndolas y con razón góndolas!– cubríanse de guirnaldas y suntuosos ramos de flores. Pasaban. ¡Pasaban! Solas deslizábanse por los rieles. El pueblo aclamaba. Nosotros los niños vociferábamos. Y allí iban: "¡Don Gabriel! ¡Don Eliodoro! ¡Papá! ¡Papá! ¡Tío! ¡Tío!".

Pasaban.

Pasaron.

¡Qué felices deben haber sido los venerables varones que por allí pasaron y desaparecieron!

Ya es el crepúsculo. Ya no hay sol y descenden las estrellas. Regresa don Gabriel a su casa y mi padre a la mía. Las respectivas familias y amistades se agolpan alrededor de cada héroe. Todos quieren saber cómo es aquello, qué se siente, qué se ve, qué se experimenta.

Cada cual en su casa explica: "No da miedo, da al principio cierta inquietud, es rápido, será un gran progreso, las distancias se acortarán, etc". Ya la misma hora, en el momento en que en ambas casas se sirve el postre, ambos viajantes nos comunican que el único defecto encontrado por todos en tan moderno medio de locomoción es que, a menudo, el trole se salía del cable conductor de la corriente; entonces los tranvías se detenían; un empleado tenía que bajar y enganchar trole y cable; esto era dificultoso; esto fue criticado. Pero los técnicos en la materia han explicado que no era ello cosa merecedora de preocupación: se pondrían otros troles que ya venían en viaje; se verificarían los ángulos de los cables en cada recodo; en fin, cuestión de días más, acaso un mes, acaso dos, y todo marcharía como es debido. Aquella noche todo Santiago durmió en paz.

Pues bien y ya que de rieles se trata, para ver rieles salí de Carlomagno 106 y en un tranvía "Estación Mapocho" a la Estación Mapocho me he dirigido. ¡Cuarenta años después! ¡Cuarenta o más años después! Durante mi trayecto se escapó el trole del cable; una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces... ¡Qué se yo cuántas veces! Y nadie, absolutamente nadie protestó. ¡Casi medio siglo después!

Y por el mundo entero ruedan los tranvías, rodaron ya y, envejecidos, se han retirado o retirándose van del servicio, cediendo el sitio a nuevos modos de locomoción pero con sus troles orgullosos porque siempre cumplieron el papel que el Misericordioso Padre Eterno les asignó. En Valparaíso aún subsisten pero con troles que no se salen; y hay un pequeño tren que de esta capital arranca hacia la cordillera tomando energías de su cable con un trole que no se sale; y el gran ferrocarril que une capital y puerto también usa troles y estos troles tampoco se salen. Y todos los santiaguinos van a Valparaíso y conocen el trencito cordillerano...

¿Que será?

Años hace que don Gabriel Gaete y mi padre, don Eliodoro Yáñez -y seguramente todos sus compañeros del primer *raid* eléctrico-tranviario realizado en Chile-, años hace que duermen en sus tumbas.

¿Que será? ¿Falta de imaginación? ¿Un síntoma pequeñito de un mal horrible? ¿O seré yo que quiero hoy verlo todo de color Gris? Porque pienso en un señor cualquiera que esto lea en 10 ó 15 años más. Pienso y espero que ya no haya en Santiago ni un solo tranvía; y en vista de que el asunto de los troles ya ni siquiera se recuerde, pienso que ese señor se va a decir que ese asunto no era asunto ni caso ni problema ni síntoma ni nada. ¡Cuidado! Me queda siempre el temor de que los troles se sigan filtrando, por aquí o por allí, a través de los años. Pues siempre queda en pie el hecho de que nadie, nadie, durante cuarenta años haya protestado ni proteste considerando el fenómeno como fenómeno de la naturaleza. Y queda sobre todo en pie el hecho de que, en este preciso momento, pasan por el cielo veintisiete grandes aviones atronando los aires con el ruido de sus cincuenta y cuatro motores.

Esto huele a Gris; al menos aquí en el suelo.

Llueve.

Pero no como en aquellos tiempos. Esto parece "camanchaca" Ahora no; ahora sí es lluvia. Aunque parece que el cielo se va a despejar. En fin, digamos que llueve.

Tengo que salir. Tengo que ir a la Universidad de Chile. En la Sala de Exposiciones está la exposición del Grupo Montparnasse.

El Grupo Montparnasse es un grupo de pintores. Este Grupo se formó en 1923. Lo formaron Henriette Petit, Julio Ortiz de Zárate, Manuel Ortiz de Zárate, José Perotti y Luis

Vargas Rosas. El Grupo hacía exposiciones invitando a pintores cuyas tendencias estuviesen de acuerdo con las del Grupo. En esos años mi padre tenía un diario: *La Nación*. Mi padre —que por lo que voy a decir pasa a ser un protector de las modernas expresiones del arte— cedió, de su diario, una página entera semanal —que se llamó *Notas de Arte*— para que en ella se dijese cuanto había que decir en esa época sobre pintura, escultura, artes plásticas en general, y también sobre cine, coreografía y aun sobre arquitectura y urbanismo. Hubo además artículos sobre música. En cada página presentábase un poema. Recuerdo poemas de Pablo Neruda, Nefalí Agrella, Pablo de Rokha, Alberto Rojas Giménez, etc. También los hubo de Vicente Huidobro quien, además, colaboraba con artículos. Recuerdo entrevistas a Acario Cotapos, a Pablo Garrido, a Lautaro García, a Camilo Mori. Recuerdo a Carlos Isamitt hablándonos del arte araucano. Entre los colaboradores más asiduos —fuera de la gente del Grupo que ora escribía ora dibujaba para las *Notas* o reproducía sus obras— recuerdo especialmente a Sara Malvar y a Henri Hoppenot, entonces Encargado de Negocios de Francia en Chile. También en las *Notas de Arte* se reprodujeron, creo que por primera vez en nuestro país, obras de Picasso, Gris, Matisse, Derain, Bracque, Vlaminck, Modigliani, Soutine, Chagali, etc. y etc. Recuerdo que ensalzamos la figura de Juan Francisco González, nuestro impresionista. Recuerdo muchas, innumerables cosas pero me falta la precisión del recuerdo que se turba entre tantas y tantas páginas de papel y tinta de imprenta, perdidas en veinte años de vida. Si las volviera a ver, reunidas y encuadernadas como las tuve una vez, ¡oh! ¡cómo recordaría lo que ahora también recuerdo y al recordarlo huye! Entonces no huiría. A cada nombre, a cada reproducción yo diría: “¡Claro, claro está! ¿En qué rincón de mi memoria os habíais agazapado?” Recuerdo..., en fin, recuerdo mucho en un magnífico recuerdo colocado allá en una inmensa nube.

Yo recuerdo todo esto porque yo dirigí esas *Notas de Arte*, con el nombre de Juan Emar.

Dije “tendencias del Grupo”. No creo que esté bien dicho pues, en verdad, eran diferentes las tendencias de los pintores que lo formaban. Había, empero, otros puntos comunes entre ellos y los principales colaboradores de las *Notas de Arte* y los principales exponentes invitados a las exposiciones.

Desde luego, todos habíamos estado en Europa, especialmente en París, y todos habíamos considerado el continente y esa ciudad bajo un punto de vista artístico. Este punto no sólo lo habíamos colocado en los siglos ya idos si no además en el presente siglo y en lo que se lograba vislumbrar para los años venideros. Otro trazo general entre artistas y colaboradores era el buen recuerdo común del barrio Montparnasse. De aquí el nombre del Grupo.

Terceramente —y es lo más importante— volvimos todos nosotros trayendo la buena nueva de que el campo pictórico era más amplio de lo que hasta entonces aquí se había creído. Dicho en otras palabras: si hasta entonces se hubiese establecido que un pintor podía pintar hasta una distancia de 20 metros a la redonda, ahora podía hacerlo hasta una de 100 o más metros. En buenas cuentas dijimos que si era aceptado pintar vacas y terneros, lo era también pintar toros y bueyes. Habíamos encontrado, al regresar del Viejo Mundo, tantos y tantos carteles con la palabra: *Prohibido*, que nos pusimos pacientemente a quitarlos y a reemplazarlos por otros que rezaban: *Permitido*.

Tratamos de decir, con nuestro mejor vocabulario, que la pintura no sólo está fuera, allá en el jardín, en el cerro, en la habitación, en el rostro vecino sino que también y tal vez más está en los propios ojos del que mira. Y luego agregábamos, cada vez que al caso venía, que los ojos son infinitos.

Decíamos que esto no era estorbo para que nosotros, a cada paso, nos detuviéramos a contemplar el mundo, desde el insectillo casi microscópico hasta la montaña más lejana y que, al contemplar de este modo, la interrogativa que se nos planteaba era la de averiguar, columbrar cómo, eso mismo que veíamos, cómo irían a verlo los que vinieran después. Entonces nos restregábamos afanosos los ojos. Tal vez no veíamos apropiadamente lo que después se vería. Pero, de todos modos, aconsejábamos ese estado de espíritu ante el mundo.

Nos placía pensar en algunos serios pintores de un pasado cualquiera (¿Ingres y David, por ejemplo?), asomados por los ventanales de sus respectivos talleres o de pie en una cima campestre, tratando de ver de otro modo, de captar otro aspecto de lo que ante sus ojos se extendía. Nos los imaginábamos, más serios todavía, afirmando luego que “no”, no había ya más cambios en la naturaleza, la naturaleza es una, única e indivisible. Entonces los veíamos pintar. Pintaban... en los momentos que varias madres daban a luz, por aquí y por allí, varios bebés que traían —a pesar de oculistas— un par de ojos diferentes —a pesar de unidad e indivisibilidad de la gran natura—. Bautizaban a estos bebés. (¿para este ejemplo les pondremos Monet, Sisley, Pissarro?) y ellos crecían. Crecieron. A su tiempo miraron por los mismos ventanales y las mismas cimas y, sin que nada hubiese cambiado, vieron otras cosas, totalmente diferentes, que nadie, pero absolutamente nadie, había puesto en cambio de las anteriores. ¿Se habían ido éstas? No. También subsistían. Y subsistían miles más. Quiere decir entonces que la cosa estaría en los ojos y no fuera. Ojos, ojos, ojos... Así decíamos y asegurábamos. Asegurábamos, sobre todo, que muchos así ya estaban haciendo, en muchas partes. ¡Y los ojos son infinitos! El campo que se abre para mirar es infinito.

Buenas noticias traíamos. Comunicábamos que se podía ampliar sin fin. Comunicábamos que la Vida no había terminado.

Con toda buena fe y buena lógica creímos que los recibidores de estas noticias nos brindarían mil felicitaciones y agradecimientos, nos sacarían por las calles en andas, con banda de música a la cabeza y nos obsequiarían, al final del recorrido triunfal, una flor, por lo menos; o un plato de porotos... ¡qué diablos!

¡Nada!

Se indignaron.

Ampliando siempre el campo de visión, hicimos ver —o al menos hicimos nuestros mejores esfuerzos para que se viera— que los negros, allá en el África, tenían y habían tenido un admirable, portentoso sentido de las formas, y que nosotros, los blancos de hoy, los hijos de las pesadas Academias Universales, podíamos ver tan buenas cosas sumergiéndonos en su arte como sumergiéndonos en los sutiles paisajes que nos rodeaban o en las doctas palabras de los doctos profesores de las doctas Academias. Y si así era con aquellos negros del África, ¿por qué no iba a serlo —¡Dios santo! —con las viejas civilizaciones indias de nuestro continente? También podía mirarse su arte como se mira el resto de la naturaleza, también su arte podía salir de los museos y de la historia y empezar a pasear libremente por entre las miles, las millones de cosas vivas que pasean siempre. Porque el arte no tiene arqueología y está, siempre vivo alrededor nuestro; porque el arte no tiene aduanas y vive en todas las patrias a la vez, sin pasaporte. Y por si la indignación venía a causa de que todo esto era aún poca amplitud, hablamos del arte de los niños y expusimos dibujos y pinturas de muchos niños. Y creyendo de buena fe que las artes plásticas podían ser una facultad mental, que acaso la mente podía también tomar parte en la gestación y elaboración de la obra, creímos interesante mostrar y hablar del arte de los locos. Ahora

el campo se explayaba más allá de los ojos aunque yendo siempre con los ojos, ¡con los ojos! Ahora, gracias a los ojos, otros caminos intelectuales se acercaban. Ahora todo y todos venían. Ahora, ¡sí!, tendríamos flores y farináceos...

¡Nada!

Se indignaron.

Casi nos matan.

Pues aquí, la cosa se entendía de otro modo: A la marcha de las artes, desde las Cuevas de Altamira hasta nuestro días, se le había puesto un punto final. Uno de los personajes reinantes en el Reino artístico había exclamado cierto día con voz de trueno y gesto olímpico:

*-Di qui non si passa...!!*

Y las artes, sumisas, se habían detenido.

Mas como los artistas tienen que hacer arte, habían comenzado a marchar, a lentos y acompasados zapatos, en sentido inverso al del calendario.

-¡Oh Señor! - se decían-. ¿Cuándo, cuándo llegaremos a las de Altamira Cuevas? Es tan largo el calendario y tan lentas nuestras botas. ¿Cuándo, cuándo nos enfrentaremos con el hombre de Cromañón?

Caminaban, caminaban. Mas... ¡no avanzaban! No avanzaban hacia atrás. Apretaban el paso, alargaban los zapatos y ... ¡no avanzaban! Siempre quedaban en el mismo sitio, los unos frente a un impresionismo nacional, hijo o nieto del verdadero; los otros frente a un academismo solemne, primo hermano de todos los academismos de todas las Bellas Artes Escuelas. Y caminaban. Y no avanzaban; mejor dicho, no retrocedían por el tiempo. ¿Qué ocurría?

Un día descubrimos el singular milagro y ... ¡zambomba!

Acababa yo de conocer, aquí en Santiago y en esos años, a mis amigos Lorenzo Angol y Rosendo Paine, y con ellos había conversado de nuestra labor artística y del recibimiento que se le había hecho.

Cierta noche, el primero de ellos estaba en la ópera: *Las Walkyrias*, de Wagner; escena de la Cabalgata. Había caballos vivos en el escenario. Los caballos dieron a mi amigo Angol la clave del dilema: porque los caballos wagnerianos galopaban al son de la orquesta, galopaban a galope tendido y, a pesar de tanto galope y de tanto tendido, los caballos wagnerianos estaban siempre en el mismo sitio. ¡Es que, bajo sus patas, el suelo se deslizaba en sentido contrario y a igual velocidad que el galope!

Confirmación:

Esa misma noche y a la misma hora, mi amigo Paine visitaba a un amigo en cuya casa había un jardín, en cuyo jardín había una jaula y en cuya jaula había una ardilla. Este animalito, como todos saben, necesita, para subsistir en buena salud, hacer mucho ejercicio. Una jaula -esto también todos lo saben- no es el sitio propicio para hacer mucho ejercicio. Pero todo puede solucionarse en esta vida. Dentro de la jaula había una rueda suspendida y giratoria. Cuando la ardilla sentía necesidad de correr veloz, saltaba dentro de la rueda y allí dentro corría y corría tendidamente. Entonces, movida por sus patitas, la rueda giraba y giraba con igual tendido que el bichito. Y, naturalmente, bichito y rueda quedaban siempre en el mismo sitio.

Caballos al uno, ardilla al otro; caballos y ardillas lo explicaban todo. ¡Qué buenos son, a veces, nuestros hermanos irracionales!

Mis amigos nos comunicaron el bi-descubrimiento y nosotros lo aplicamos:

Esos artistas caminaban, galopaban por el camino de los mundos idos, con las cuevas como meta, pero bajo sus pies, en sentido contrario y a igual velocidad, se deslizaba ¡el calendario!

Esta era la causa de su deteniimiento. ¡Adiós, oh, Grutas de Altamira, de Maura, Dato y Canalejas!

Casi nos matan. Pero, en fin, quiso la noble Providencia conservarnos a todos la vida.

Bien. Ahora en 1945 –sea veinte años más tarde– el Grupo Montparnasse abre otra vez sus puertas en el Salón de Exposiciones de la Universidad de Chile.

El Grupo es formado, como he dicho, por Henriette Petit, Julio Ortiz de Zárata, Manuel Ortiz de Zárata, José Perotti y Luis Vargas Rosas. Esta vez son los invitados: Marta Villanueva, Isaías Cabezón, Waldo Vila y Alberto Ried; artistas que, en aquellos tiempos, habían concurrido a las exposiciones del Grupo. Todos ellos quisieron exponer obras de los años pasados, de 1923, 24 y 25. Propósito: mostrar ahora que las monstruosas obras que casi ocasionaron muchos asesinatos, no tenían nada de monstruosas, eran obras de pintura, nada más que pintura, y que el calendario había seguido su marcha, una marcha prevista por nosotros, marcha que tampoco nada tenía de monstruosa, ni siquiera de extraña, marcha por la pintura y nada más que la pintura.

En esta actual exposición yo me he colado. Por lo tanto, número de exponentes: 10. Yo no podía presentar obras pictóricas de aquella época porque en aquella época yo no pintaba. En cambio ahora, tampoco pinto. Pero dibujo con lápices de color. Como director de las fenecidas *Notas de Arte*, encontré cabida. Entonces he enviado 14 dibujos en color de la Serie de la Kapadosia.

Hay que hablar de la Kapadosia. Siempre hay que hablar de la Kapadosia. Uno de los visitantes la llamó “la Kapasodia”; otro, “la Kapadopsia”; otro, “la Sodakaspia”. ¡barbarismos todos ellos, barbarismos! Hablemos en serio de este sitio sin igual.

El lector atento habrá supuesto que en aquellos años nosotros deseábamos volver al Viejo Mundo. El “casi nos matan” era uno de los motivos. Otros motivos eran: El Louvre, los Uffizzi, el Prado, etc.; y los hombres de hoy con sus tantas obras, y los de mañana que ya estarían apareciendo tan lejos de nosotros, y los de pasado mañana... ¡para qué decir! Suspirábamos: París, Florencia, Nüremberg, Berlín, Londres, Granada, Roma, Chartres, Toledo... Suspirábamos hasta que, cierta tarde, en el subterráneo del Café Becquer, Alberto Ried, dando un golpe en la mesa, dijo:

–¡No!

Todos quedamos lelos. Ried entonces dijo:

–Hay que ir a la Capadocia.

Dio muchas razones para que emprendiéramos tal viaje. Una de ellas, recuerdo, era la de que ningún chileno, hasta la fecha, había estado allí; y el hombre, al parecer, se hallaba perfectamente documentado. Alguien preguntó cómo iríamos. Ried respondió:

–En un Ford.

Entonces todos aceptamos.

La Capadocia, si no recuerdo mal, tiene sus playas en el Mar Negro, sección del Asia Menor. Parte de ella se interna en Turquía, parte en el Cáucaso. Aseguran ciertos geógrafos que alcanza hasta el Mar Caspio. Nunca supimos qué idioma se habla allí porque nunca a la Capadocia logramos ir. El Ford quedó sin uso.

Entonces nuestra tierra prometida empezó a retirarse de nuestra realidad para ir con-

virtiéndose en el sitio prohibido. Sabido es que todo sitio prohibido pierde sus "c". En este caso su primera "C" se trocó en una "K"; su segunda "c", en una "s".

¡Oh, Kapadosia! ¡ya no te veremos! Porque si algún chileno logra pisar tu suelo, ese suelo, al ver al chileno, recobrará sus "C" y perderá su "K" y su "s".

Como sitio retrocedido, he tenido que mirarlo a gran distancia. Estas distancias se ven mejor con los ojos cerrados. He visto. Luego, al abrir los ojos, he dibujado lo que he visto. De esto visto, 14 ejemplares están en la Sala de Exposiciones de la Universidad de Chile, junto a obras que mis compañeros hicieron hace veinte o más años.

Llueve. No mucho pero, en fin, llueve.

Tengo que ir a la exposición porque he quedado de juntarme en ella con un amigo: el doctor Ramón Clarés.

Llueve. No mucho pero, en fin, llueve.

Voy por las calles a largos pasos. El día ha declinado. Es de noche ya, a las 7. Se prenden las luces. Pero no todas. Quedan zonas, bloques oscuros. Me acerco a estas manchas negras. Las gentes de ellas se están alumbrando con velas, simples velas, viejas velas, dulces velas, románticas y evocadoras velas. Comprendo: es la semana del Arte —prueba de ello es que nosotros exponemos— y todas las almas refinadas trazan espontáneamente la tenue línea que une la expresión de arte con lo simple, lo viejo, lo dulce, lo romántico y evocador. Enemigo de todo esto es lo prosaico de hoy. Hoy... ¡uf!, ¡qué feo! Comprendo: las almas sensibles de la metrópoli han apagado sus luces eléctricas y fluorescentes y han encendido las titilantes velas que tanto sugieren. Debe ser en honor nuestro, porque nosotros exponemos en la Universidad de Chile; debe ser un fino homenaje de desagravio por la flor que no nos dieron antaño y por el guiso de farináceos que no comimos. ¡Gracias!

Bien está este homenaje de desagravio pero tampoco hay que exagerar: media Universidad nos celebra apagando por completo su iluminación. Exageran la cortesía pues han apagado justamente el costado en que se halla la Sala de Exposiciones. ¡Gracias, señores, pero es demasiado! ¡No merecemos tanto!

Empiezo a poner en duda el sutil agasajo: porque no veo velas en ninguna parte de la Universidad apagada. La puerta de nuestra Sala es un hoyo negro. Empieza mi encuesta:

—¿Qué pasa?

—Se cortó la luz.

—¿Un cortacircuitos?

—No. Más de media ciudad está a oscuras.

(¡Arrea! Ahora voy comprendiendo lo de los bloques con velas: parece que no era para nosotros).

—¿Se arreglará pronto?

—La Compañía no contesta a ningún llamado.

—¿Y qué ha pasado? ¿Un accidente? ¿Una explosión? ¿Una catástrofe?

—No, nada de eso. ¡El temporal!

—¿Qué temporal?

—¡El aguacero!

—¿Qué aguacero?

—¡La lluvia!

—¡Ah! Comprendo. Es verdad: digamos que llueve...

—¡Llueve!

—¿Conoce usted al doctor Clarés?

—Sí. Estuvo aquí hace un momento pero en vista de que no había luz se fue.

—¿Y no cree usted que arreglarán esto pronto, al menos aquí, tratándose de la Universidad de Chile?

—Difícil. Está lloviendo, comprende usted...

—Es cierto. Había olvidado: ¡el temporal!

—Eso es: ¡el temporal!

Al día siguiente. Llueve. No, es una llovizna fina, la garúa. Las 2 de la tarde. Tengo que ir a la exposición. Mi hija Marcela, de 9 años de edad, quiere verla. Vive ella, con la familia, en el campo y hoy ha venido a Santiago. Ocasión única pues a su próximo viaje ya la exposición se habrá clausurado. No hay ventanas ni claraboya en la Sala de Exposiciones, pero de ayer a hoy y tratándose de la Universidad de Chile...

Bien. ¿Es lluvia o garúa? ¿Salir con o sin paraguas? Mis dos hijas menores y gemelas, Pilar y Clarita, de 7 años, me dicen que ha de ser una suerte ser calvo como yo lo soy pues así, los días de lluvia, es cuestión de salir sin paraguas ni sombrero; entonces la lluvia al caer sobre la calva... "¡Qué rico ha de ser! ¡Quién como tú que eres pelado!".

Esto lo he puesto a cuenta del ilimitado optimismo de los niños. Yo pienso lo contrario. Hoy, sombrero, desde luego. Pero ¿será cosa de paraguas? *That is the question* ...En fin, salí sin paraguas y, hasta el día de hoy, no me he arrepentido. Bastó el sombrero para evitarme el inefable placer con que sueñan mis hijas menores.

Universidad. Ahí está Marcelita. La puerta de nuestra Sala es un hoyo negro. Repito la encuesta del día anterior. Respuestas iguales. ¡El temporal! ¡Y yo sin paraguas! En fin, cada día se aprende algo nuevo. Hoy he aprendido —cosa que jamás antes habría sospechado— que entre el doctor Clarés, médico psicoanalista, y mi hija Marcela, de 9 años de edad, existe un punto afín, intensamente afín: Ninguno de los dos ha podido ver la Exposición del grupo Montparnasse por haber sido ambos víctimas del temporal. ¡Olé!

Vuelvo ya tarde a Carlomagno 106, decepcionado. He comprado algunos periódicos vespertinos. En todos ellos, grandes titulares:

Espantosa tempestad azota a la Capital —Inimaginables perjuicios causa en Santiago y alrededores la terrible borrasca— Barrios enteros inundados— Se paralizan los servicios de locomoción —Media metrópoli sin luz— Muertos y heridos —Desde el observatorio del San Cristóbal se nos informa de que esto es comparable al Diluvio Bíblico— Rumor público en contra del Supremo Gobierno por no tener Arcas de Noé al servicio de los ciudadanos—

Etc. y etc.

Recuerdo que, allá en París, nosotros los chilenos explicábamos a los parisienses que Chile, contrariamente a otros países de Sud y Centro América, no era, no, no era un país tropical. ¡Oh, Belcebú! ¡Qué de cosas nos haces ver desde París!

Veamos qué dice al respecto, el *Pequeño Larousse*. Después de algunos datos agrega:

Clima sano: población activa e industriosa.

Parece que Belcebú ha llevado sus chanzas hasta el mismo *Larousse*. Sin embargo, y a

pesar del efecto producido en mis compatriotas por el cataclismo-garúa, sigo sosteniendo que Chile no es un país tropical. Chile ha de ser un país Gris.

¿Y la paralización de tránsito, luces y demás? ¿Y llamar temporal a la llovizna? ¿No han quedado descontentos todos los agricultores por la poca agua caída? Y Santiago se paraliza y sus habitantes ven en ello algo peor que la suma de esta guerra actual con la del 14-18...

Misterio.

Cada día se aprende algo nuevo y cada día también ¡ay!— se deja de entender algo que, hasta la víspera era claro.

Al día subsiguiente. No llueve. Cielo azul. Por él pasan presurosas enormes nubes blancas llenas de brillo pero sin agua. Tengo que ir a la exposición porque he quedado de juntarme en ella con un amigo: el escritor Eduardo Barrios. Nos encontramos. Subimos. La puerta de nuestra Sala es un hoyo negro... Bajamos.

Por las calles, Barrios me pregunta qué "había" yo expuesto. Algo le hablo de la Capadocia-Kapadosia. Debo decir que Barrios es amigo de Ried. Me mira con cierta desconfianza y luego cambiamos de tema. Estoy cierto de que para él —como para tantos otros visitantes de estos días— la pintura kapadosiana ha de ser un papel carbón puesto en un marco de ébano y ambos colocados en una habitación oscura.

Otra vez Carlomagno 106, con nuevos periódicos vespertinos. Hoy no me contentaré con los titulares de la hecatombe. Leeré todo. Prendo mis luces, me arrellano en un sillón, me calo las gafas. Veamos.

¡Paf!

Oscuridad completa nada menos que en Carlomagno.

¿Un cortacircuitos?

Con una velita pálida, tremolante, sugerente y endulzada, bajo las escaleras hasta la puerta del conserje.

—¡Juan!

—¿Señor?

—¿Qué pasa?

—No es un ratón, señor, como el otro día. Es el temporal de ayer y anteayer. Todo el barrio está apagado.

—Gracias.

—No hay de qué, señor.

¿Un ratón? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo:

Quince o veinte días antes, o un mes, un ratón, misero ratonzuelo que despertaría la codicia de Desiderio Longotoma, se enredó, en un entretecho, con un cable —¡qué!— con un alambrito eléctrico del alumbrado santiaguino. El ratoncillo se electrocutó y media capital quedó a oscuras. Ahora, no. Ahora la cosa es digna de una gran ciudad: ¡el temporal!

Chile no es un país tropical.

Chile es, o se pone, gris, señores, gris.

Hace cuarenta años los primeros navegantes de los primeros tranvías —aquellos de levita, sombrero de copa y bastón— reclamaron en su primer viaje en contra del trole. Hoy nadie reclama ni por troles ni por luces ni por ratones.

Y me parece que oigo un avión que pasa.

¡Ojalá!

Día subsiguiente. Sol. Salgo. El Parque Providencia, el Parque Forestal. El aire está limpio. Todos los sitios lejanos, incluso la cordillera, se han acercado por la limpia atmósfera sin garrapatas que la lluvia-garúa ahuyentó. Es increíble que diminutas garrapatas tengan el poder suficiente como para alejar colosales cordilleras.

El hombre de negocios E. Buin se pasea bajo los árboles del Forestal. E. Buin, el hombre de los desnudos metálicos; el hombre del alza, de la baja; de las inversiones que todo lo inversionan en un inversionar infinito; el hombre cuyos gemelos de camisa tienen esta forma: \$; cuyo alfiler de corbata tiene esta otra forma: £; se pasea cabizbajo. ¿Por qué se cabizbajará? Medita. ¿Qué meditará? ¿No hallará la manera de agregar este mes otro cero a la derecha de la cifra de su fortuna?

-¡Hola, señor Buin! ¿Qué es de la vida? ¿Firme el mercado? ¿Los valores...?

-Todo igual.

-Cuando ustedes dicen "igual" es que un cerito más puede agregarse a la cuenta corriente...

-¿Y los gastos? ¿No ve usted subir y subir cuanto puede adquirirse? Es algo horrible. Todo sube. Sólo no sube lo que no está en venta. ¿No es esto un despropósito? ¡Que suba, amigo, que suba, señores, lo que no se vende! Así el país prosperaría. Pero hacer subir justamente lo que se ofrece...No, no hay derecho. Todo sube, nada baja y... ¡hágame usted patria!

-Sé que ha comprado usted una magnífica casa.

-¿Y qué?

-Nada; que ha comprado usted una magnífica casa; es todo.

-La he pagado el doble.

-¿El doble de qué?

-De lo que yo había pensado.

-Pensó usted entonces la mitad.

-No; yo pensé bien; la casa subió al doble.

-Pero en fin, una magnífica casa es algo que vale la pena...

-¿Y para qué quiero yo una casa?

-¡Señor Buin! Supongo que para vivir en ella con su señora esposa y sus dos hijos.

-Muy justo: dos hijos y el binomio que yo formo con la Adelaida...¡Sume, don Onofre, sume! La suma es igual a tres; sea, tres casas. Necesito tres casas, señor Borneo, porque -fuera de ésta que, bien en el fondo, es para Buin y señora- debería cada hijo tener otra casa y como mis hijos son dos...

-Su hijo de 11 años y su hija de 9...

-¿Y qué?

-¿Tan jóvenes y ya solos en casa propia?

-No, señor, no es para eso. Es para ir formando, desde ahora, desde ¡ya!, lo que ha de ser la fortuna que han de poseer. Quiero dejarles gran situación. ¡Los quiero tanto, señor Borneo! Por eso trabajo, por eso me preocupo y me quiebro la cabeza. ¿Por mí...? Por mí, sabrá usted, nací bohemio, nací poeta. Pero el deber ante aquellos que hice venir al mundo sin antes consultarlos...El deber, el amor, ¡sí!, el amor hace de mí este esclavo que usted ve. Lo mismo, señor mío, créame usted, lo mismo ocurre con la Adelaida. Por ella..., ¡uh!, me habría acompañado en mis locuras de artista. Pero la Adelaida también los quiere tanto, tanto...que, como yo, no ve otro remedio que tres casas, desde pronto, desde ¡ya! Señor Borneo: hay que amar a los hijos y saber sacrificarse por ellos.

Nos separamos.

Curiosa cosa....

¡Curiosísima cosa!

E. Buin y la Adelaida aman tanto a sus hijos...

Y, ahora que pienso, usan del mismo lenguaje, exactamente del mismo, todos los colegas de E. Buin y la Adelaida. Todos. Es asunto de ir a tocar el tema en cualquier Bolsa, en cualquier *Wall Street*. Allí no sólo está el monopolio del dinero sino del amor filial. ¡Todas esas gentes velan por el porvenir y por la ventura de sus críos!

¿Y los demás?

Cosa singular...

¡Singularísima cosa!

Repetiendo la palabra "singular" llego a almorzar al restaurante Oriente. Está éste situado en un entresuelo. Hace el efecto del comedor de un barco. Allí se navega y se come bien. Mas estoy tan sumergido en las palabras de mi grande hombre de negocios que, a pesar de comer bien, como mal.

Yo no sé... Pero, ¿bastará mi sabiduría? Después de todo, ella no es tanta. Empezaré a fijarme, a averiguar pues, hasta hoy, no sé de ningún sabio ni artista ni estadista ni conquistador ni nadie que haya emprendido su obra, hasta quebrarse la cabeza, para legarla a sus hijos. Se me figura que todos se han quebrado cabeza y huesos porque llevaban dentro una pequeña flecha indicadora en el sentido que justamente luego han seguido, pese a las mil quebraduras. ¿Acaso hagan excepción...? ¿Citar nombres? ¿Citar por si acaso existe la excepción...? Demasiado largo. Y en números casi astronómicos temo caer en un olvido. Supongamos un lapso, una amnesia y no inscribo, para demoler a mi negociante, algunos nombres ilustres. Los olvidados se enfadarían conmigo. Olvidé a Galileo o a Cervantes o a Colón o a Bolívar o a Einstein o a Debussy o a Lenin o a Montgomery... Que cada cual se procure su lista; yo quiero estar en perfectas relaciones con los señores citados y con todos sus colegas por innumerables que ellos sean. Por hoy me basta con saber—salvo ignorancia mía—que ninguno de la astronómica lista ha atacado su obra para colocarla en su testamento, cláusula familiar; ninguno... fuera, ¡por cierto!, de los hombres de negocios y los comerciantes. De donde: el verdadero amor filial es prerrogativa de la casta del dinero.

¡Olé!

Estoy bajo el signo de E. Buin. Teléfono: un cóctel en su casa, hoy por la tarde. ¡Su casa! ¡Las cuantas palabras cruzadas anteayer en el Forestal!

Allá llego.

Su casa: más o menos como la de Ascanio Viluco, el palacete de que he hablado ya muchas veces. Por lo demás, dada una cierta categoría, todas las casas que la forman son iguales.

E. Buin, en persona, me la muestra hasta el último rincón.

Yo no escatimo mis alabanzas a pesar de que nada especial había allí que ver. Mas no quiero que el hombre esforzado y padre modelo, que es mi anfitrión, me interpele como, hace años, un gran señor interpeló, en iguales circunstancias, a mi amigo Alfonso Fabres. (Es éste hermano de Oscar Fabres, a quien ya he mencionado a propósito de aquellos dos viejecitos que bajaban por los Campos Elíseos discutiendo sobre el tabaco).

Alfonso Fabres fue invitado al palacio de ese gran señor. ¡Qué palacio! El de Viluco y éste de Buin no cuentan junto al otro. El gran señor muestra y muestra, explica y explica.

Fabres no cae en éxtasis ni siquiera lanza exclamaciones de admiración. Al fin el dueño de casa, algo herido, dice con tono adusto:

—Veo, amigo, que nada logra llamarle a usted la atención.

A lo que Alfonso Fabres responde:

—Señor, yo he visto el Louvre.

No quiero tal cosa entre E. Buin y yo. Yo, fuera de esto, no he visto nada más.

Volvemos al *living*. Viene un cóctel con mucha gente más, por supuesto. En un momento me ausento un instante. Regreso al *living* y, al regresar..., allí, en aquel rincón alejado, está la Adelaida apresuradamente cogida al teléfono.

Bueno, yo algo había oído pero ¿puede creerse semejante cosa? No puede creerse mas ante la evidencia... ¡Si basta mirar ese rostro femenino!

A la pregunta que, de rigor, le han formulado desde el otro extremo del hilo, la Adelaida contesta:

—¡Sí, te quiero, sí! ¡Enormemente! ¡Como todas las estrellas juntas!

¡Santo Dios! ¡Qué tremenda ignorancia de la Astronomía!

Después de otro cóctel me despido.

Si esta ignorancia sigue, E. Buin va a necesitar cuatro casas.

## 51 (Rojo)

El 26 de febrero de 1927, después de una corta visita, abandoné la Bóveda de las casas de La Cantera, luego de haber dado, a los allí presentes, las explicaciones que creí necesarias. Junto conmigo abandonó el mismo sitio Teodoro Yumbel, alejándose enseguida en su avioneta. Yo, por mi parte, empecé a alejarme en espiral alrededor de la Bóveda. A cada vuelta, al tocar la línea Norte, volvía los ojos a la izquierda para ver mi punto de partida. A cada vuelta se hacían más y más pequeñitas las casas del fundo de La Cantera. Pronto desaparecieron. De seguro otros panoramas las reemplazaron. Yo no los vi. No miré más ni a izquierda ni a derecha. Sólo miré al frente, siempre al frente de la terca, irremediablemente terca línea curva que me precipitaba, que *nos* precipitaba, alejándonos en vértigo de nuestro centro, ¡de todo centro!

Un compañero de esta andanza extraña acababa de cogerme del brazo y aceleraba mi marcha. La aceleraba en forma loca. Recuerdo que alcancé a envidiar la lentitud con que el bueno de Yumbel volaría en su avioneta.

Mas pronto, como a todo, a esta velocidad me fui habituando y consideré que el resto del mundo era pausado, cansadamente pausado. Disconforme con mi nuevo estado sólo en mí quedó un punto: una simple curiosidad, coquetamente intelectual, por saber por qué las cosas cambian y, ya que cambian, por qué fui yo un sujeto para un cambio.

Entonces pregunté a mi compañero:

—¿A qué se debe tan inesperada velocidad? ¿Adónde vamos?

—¡Prisa, prisa! —me respondió—. Vamos hacia el futuro. Creo que tú lo llamas Rojo.

—Bien, acepto —respondí a mi vez—. Pero no logro entender tal precipitación. El futuro llega, ha de llegar siempre. No creo que él dependa de nuestras marchas o carreras individuales.

-Error -me dijo sonriendo-. Cuando llegemos a nuestra meta verás que depende también, por no decir "únicamente", de nosotros. Al futuro, ¡maldito lo que le importa llegar tarde o temprano, llegar o no llegar!

-Pero la muerte llega. ¿Qué ganamos con precipitarnos?

Según mi entender, sólo ganamos una aceleración de nuestros relojes.

-Exacto -me contestó y echó a reír de buena gana.

-¿Entonces?

-¡Prisa, prisa! Todo se compensa: a veces es mejor la rapidez de los relojes que la lenta sucesión de minutos interminables.

Tuve que reconocer:

-Es verdad.

Y seguimos, cogidos del brazo, en nuestra vertiginosa espiral.

-Has hablado de "la meta" -le dije luego-. ¿Cuál es ella?

-Un punto en el futuro. Si quieres mayor precisión, es un punto en el año de 1945.

-¡Compañero! -exclamé-. Estamos sólo en 1927...Faltan aún 18 años. ¿Vamos a pasar tan largo lapso girando de este modo?

-Largo es el lapso, es cierto -me dijo a media voz-. Por lo mismo, ¡prisa, compañero, prisa! te lo he dicho: lo principal depende de nosotros mismos.

-Nos cansaremos, compañero. Yo, ¿para qué negarlo?, me siento ya un tanto fatigado.

-No es cosa grave. Respira hondamente: que nada quede sin penetrar en ti. Respirálo todo. Luego deja que corra y caiga tu sudor. En buenas cuentas, haz como hago yo.

Miré a mi compañero. Respiraba con ritmo y profundidad. Pero me extrañó que su sudor tuviese el color ocre de un junco, o de las cañas, o de un pétalo de rosa té, o de la piel de las gacelas o de algunos pumas, o de las cortinas pesadas en el salón ya ido de mi madre. Difícil me es precisar de qué ocre; el ocre no tiene asiento firme como el verde lo tiene en el reino vegetal, el azul en el cielo, el amarillo en el oro y el rojo en la sangre.

Disimuladamente me enjuagué el rostro y miré mi mano. En mi caso no había cuidado alguno. Transparente como el agua; no el agua del mar ni de los ríos; el agua en pequeña cantidad y sin nada que la perturbe. Una jarra, una copa, una gota.

Mi compañero adivinó mis manejos. Sonrió. Luego se enjugó el rostro a su vez y me mostró su mano manchada de ocre. A la interrogación de mis ojos respondió:

-Es que es sangre.

Mis ojos interrogaron entonces hasta el estupor. Él rió ahora de buena gana y dijo:

-Es que es sangre del presente. La sangre del futuro es la roja.

-Sin embargo -objeté- cuando nos cortamos y sangramos...

Hizo un gesto de desaliento ante mi falta de comprensión. Luego explicó:

-Cuando nos cortamos o nos herimos o lo que tú quieras y sangramos, al mirar esa sangre ya ha pasado algo de tiempo, aunque sea una mínima porción de él. ¿Comprendes? Basta esa fracción para que ya se trate de cosa del futuro, de cosa que *iba a venir*. Yo te hablo, y es el caso ahora, del presente absoluto. El suceder va allá abajo y allá arriba y a nuestro lado; no en nosotros.... en este instante; todavía no. ¿Comprendes?

-Comprendo.

-¡Ah, el presente absoluto! Por eso el final los 18 años de nuestra carrera llegará repentinamente y entonces sí, ¡sí!, empezará a deslizarse el futuro lentamente y contigo dentro; y mi sangre...

-¿Tu sangre...?

—Será roja.

Hicimos juntos, en pocos, poquísimos días, el largo trayecto de 18 años.

Al verificar velocidad tan inaudita, pensé que era ella el resultado de dos velocidades que se sumaban: la nuestra hacia el futuro; la del futuro hacia nosotros. Luego pensé y verifiqué que esta última era mayor que la primera: lo que bajo nuestros pies y en torno nuestro se deslizaba, corría más que el correr opuesto de nuestras personas. Así es que, en un momento dado, vi a ese año-meta de 1945 precipitarse como una bestia, como un monstruo sobre nosotros. Tuve pavor, recuerdo que temblé: siempre asusta lo que se viene encima. Luego el pavor se amortiguó gracias a una vulgar asociación de ideas que me hizo reír. Se la comuniqué al compañero y entonces ambos reímos. Asocié este fenómeno nuestro a aquello de *Las Walkyrias* con sus caballos al galope sobre un suelo que se desliza bajo sus patas; con aquello de la ardilla que corría dentro de una rueda giratoria; aquellos dos hechos que a dos amigos, pocos años antes, habían ofrecido una clave para descifrar artistas. Reímos de buena gana, mi compañero y yo. Pero no mucho rato.

El monstruo se avalanzaba y nosotros, lejos de esperar parados o retroceder, nos avalanzábamos también a su encuentro. Y las palabras de mi compañero, sus palabras de hace un instante, me temblaban en los oídos con un eco angustioso:

—Entonces, ¡sí!, mi sangre será roja.

Ante todo, pues, era menester conocernos; era menester encontrar alguien que hiciera entre nosotros el oficio de la presentación. En este punto estuvimos perfectamente de acuerdo.

Le dije:

—Compañero, yo tengo en Santiago...Pero, antes de seguir, dime: ¿está lejos Santiago de aquí, o está cerca?

—¿Santiago? —me preguntó abismado— ¿Dónde quieres que esté? Está donde siempre ha estado y siempre estará. ¿O crees tú que las ciudades, como el reino animal, caminan? ¡No! Las ciudades, en este sentido, son del reino vegetal.

—Lo sé —respondí—, pero como nosotros nos movemos, la distancia que nos separa de un punto justamente inmóvil, puede, según...

—¡Nada, nada! —me interrumpió—. Nosotros nos movemos, conforme; a velocidad inaudita, conforme. Mas siempre echas en olvido, o en descuido, que nos movemos, y a tanta velocidad, por el tiempo y no por las distancias. El suceder se precipita, compañero, ¡se precipita! ¿Los sitios? Están donde están.

—Comprendo.

—Para afirmar entonces tu comprensión, ¿quieres que te haga un símil? No es la exactitud misma, por cierto; pero, en fin como todo símil, aunque sea inexacto, puede ayudar.

—Te escucho.

—Bien. Imagínate un mapa físico de Europa. Ahí están, inmutables, las formas de sus costas, sus ríos y lagos, sus valles, sus montes y montañas. No cambian, compañero. Ahora imagínate muchos mapas políticos de Europa, mapas desde el comienzo de Roma hasta después del tratado de Versalles. Estos últimos yo te los hago desfilan rápidamente ante los ojos. ¡Jesús! ¡Cómo corre el tiempo! ¿Verdad? ¡Y cómo todo cambia! Empero costas, ríos, montañas y demás... ¡siempre iguales! Siguen donde siempre han estado y estarán. ¿Coges el símil?

—Por cierto.

—Entonces ya te habrás enterado sobre la ubicación de Santiago. ¿Ibas, pues, a decir...?

—Que tengo yo en Santiago una pequeña casa muy acogedora. La he llenado de antigüedades. Está en la calle Lastarria, cerca de Merced, barrio tranquilo y acogedor también. A ella va mucha gente. Seguramente más de alguien podrá allí presentarnos si tú, compañero, quieres ser mi huésped.

—Con todo gusto.

—¡Mira ¡Ahí viene!

En efecto. Al frente y hacia nosotros precipitábase mi casa con tal celeridad que, por un instante, evoqué a aquella bestia imaginaria, aquel monstruo. Pero, no. ¡Era mi buena casa de Lastarria!

Casa y nosotros chocamos. Con el choque perforamos su puerta y quedamos dentro. La casa, con nuestro impacto, detuvo un segundo su carrera para luego girar como un trompo. Luego vaciló en su curso. Por fin, gracias a su vacilación, nuestra trayectoria la cogió. Y mi buena casa, volviendo la espalda a la línea de su primer recorrido, tomó el de sentido opuesto, que era justamente el que nosotros llevábamos.

Seguimos, pues, como dos pasajeros en un tren o en un avión, mejor dicho, por lo que a la rapidez se refiere; como dos pasajeros en un barco, por lo que se refiere al espacio de que disponíamos y a las comodidades que encontrábamos.

Por una de sus ventanas traseras vimos alejarse la ruta de aire por la cual, hasta hace unos minutos, habíamos ambos corrido, del brazo, a grandes zancadas.

Ofrecí a mi huésped asiento y bebidas. Brindamos. Luego golpeé las manos. Empezó entonces a llegar gente, mucha gente. Llegaron muchos y buenos amigos. Nos rodearon. Uno de ellos, colocándose entre nosotros dos, preguntó con voz displicente:

—¿Se conocen ustedes?

A nuestra negativa, hizo, con su diestra, un gesto lento desde mi compañero hasta mí e, indicándome entonces, dijo:

—Onofre Borñeo.

Luego repitió el gesto en sentido inverso y, mostrando ahora a mi compañero, dijo:

—Esteban Rivadeneira.

Vino entonces la alegría. Vinieron también pesares. Vino cuanto la vida ofrece y cuanto quita.

Alzamos copas, resonaron músicas de todas partes. Y como en todas partes no sólo se hacen músicas, vino el comentario sin fin sobre cuanto se hace, se ha hecho, se va a hacer, se pudiera o se debiera hacer.

¡Tantas cosas!

Tantas... Que nunca más, ni Esteban ni yo ni nadie, volvimos a pensar en aquel monstruo veloz, vertiginoso, que se avalanzaba atropellando meses y años.

Hasta que un día, un día cualquiera del calendario, un día de 1945 —como él lo había dicho—, el lunes 5 de noviembre, para mayor precisión, se nos cayó encima y nos arrolló.

Yo —guiado por no sé qué punta de destino— pude, en parte, esquivar la mayor dureza del golpe. A mí, aquello, sólo me arrancó girones de la piel y, poco después, me tiró al hoyo de la inconsciencia.

A él —hacedor de esta velocidad viviente que convierte en horas los años— lo golpeó en medio del pecho produciéndole el estallido de su rostro entero. Estalló como estalla una granada. Estalló en sangre y en sangre roja. ¡Roja por ser del futuro!

De *mi* futuro —comprendí—, hasta el último día de mi futuro.

¡Eso es! Ya Esteban me lo había advertido:

"...llegará repentinamente y entonces sí, ¡sí!, empezará a deslizarse el futuro lentamente y *contigo dentro*..."

Así murió.

Así murió ese día, a las 4 de la tarde, para mayor precisión aún.

Murió solo, en una casa campestre, en el pueblecito de San José de Maipo.

Al día siguiente, y a la misma hora, lo llevamos al Cementerio General, de Santiago, y lo dejamos en el Pabellón Recoleta, en el nicho N° 257.

Antes de retirarnos, un colega suyo, Abel Valdés, habló. Oí algunas palabras:

...El fallecimiento, tan inesperado como prematuro...

...llena de congoja y de dolor a todos...

...los dones de su inteligencia, de su laboriosidad y de su criterio ponderado y sereno...

...tuvo a su cargo la redacción de una de las secciones más difíciles y de más vastas proyecciones...

...que pronto se destacó, en la prensa de todos los días, por el caudal de informaciones que presentaba, por el juicio maduro y exacto...

...sus condiciones de estudioso incansable, de trabajador constante y acucioso, de hombre de Derecho forjado...

...y porque ningún espíritu como el suyo, estaba más libre de ambiciones mezquinas, de propósitos engañosos, de finalidades subalternas. Limpio y puro en todos los actos de su vida, ha entregado limpio y puro su espíritu...

...para rendir un homenaje de justicia al compañero de tareas, al amigo que se ha marchado...

...el único consuelo que podemos sentir en el momento en que venimos a entregar a la tierra...

...los restos de quien fuera un amigo cordial y un caballero en la más amplia acepción de la palabra...

Después...

Después, como él me había advertido –lo he dicho– todo empezó a ser pesadamente lento. Entonces, con girones de piel arrancados, vine a caer en el hoyo de la inconsciencia.

Al fin he despertado y miro.

El 26 de febrero de 1927 abandoné la Bóveda de las casas de La Cantera, alejándome de ella en grandes espirales.

A los pocos pasos encontré un compañero. Junto a él, el tiempo hasta ahora fue un instante. Ahora hay un "¡alto!". Hay una detención porque lo que ha de venir está vacío, sin más ruido que un eco permanente de ausencia. Nada tengo que hacer hacia adelante, nada encuentro. Y atrás, allá en los 18 años instantáneos que han pasado, allá dejé, una tarde, a los otros amigos –los Angol, los Paine, los Lonquimay, los Longotoma y tantos más –que esperan todos, detenidos también, mi regreso para juntos recomenzar la marcha de nuestras vidas.

Debo volver atrás, allá.

Volver hacia atrás a encontrar a los otros, volver paso a paso, con lentitud exasperante, por el mismo camino que fue vertiginoso. ¡Qué largo es ahora!

Son 18 años que rehacer en contra de la corriente del pasado. Paso a paso. Porque me

encuentro sin alas que, de un aletazo, me lleven a ese punto de partida que fue mi salida de la Bóveda. Pues cada vez que quiera volar –para saltarme lo vivido y caer un punto más allá– un recuerdo se erguirá, un recuerdo del amigo ausente, y el recuerdo me obligará a aterrizar para agotar, rememorándolo, la vida en él encerrada. Y así será con todos los innumerables recuerdos que jalonan esos años.

Y cuando llegue, ¡por fin!... ¿qué hallaré?

¡Recomenzar!

Recomenzar con los amigos del Azul, apoyados todos en sus biografías, la marcha hacia adelante. Pero ahora desmenuzando los hechos, hilvanándolos con la exacerbante lentitud del lápiz que escribe. Y... ¡otra vez atropellándome con los recuerdos del buen amigo! Esta vez atropellándolos al ir alcanzándolos; la vez anterior, al encaminarme hacia el Azul, al ir enfrentándolos.

Paso a paso, ir solo.

Paso a paso, volver con ellos y todos solos.

¡Vamos atrás! ¡A coger el hilo que quedó en suspenso!

No lo puedo. Es decir, debo explicarme: no lo puedo yo *todo entero*.

Porque estoy *partido*.

Ahora comprendo, sólo ahora a mis 52 años de edad, esta expresión. ¿Quién no la ha oído y no la ha formulado mil veces?

"Esta pena me partió...; el pobre hombre, al saberlo, quedó partido...". Y así, muchas más.

¡Frases, frases! No tanto, no.

Hay algo que se *parte* –en el estricto sentido de la palabra –realmente, que se quiebra y quebrado... se aíslan sus partes y empiezan a vivir *independientemente*.

La unidad queda rota.

La unidad queda rota como otra cosa, otro punto, cuya triste, menguada misión consiste ahora únicamente en verificar esta quebradura y verificar que ya no hay fuerzas para remediar ajustando de nuevo.

Así es.

Lo que yo ignoraba era sólo que la presencia de un noble amigo pudiera ser la fuerza de cohesión que unía a las diferentes personas que se albergan en uno mismo.

Algo se parte y vive solo.

Algo de mí, un tercio de mi ser, ha emprendido ya la peregrinación hacia la Bóveda de 18 años de distancia. Empieza a ir, allá voy, a golpazos con los recuerdos que se yerguen; allá, apenas diviso a los Angol, a los Paine, a los Lonquimay y Longotoma y tantos más, que agitan sus pañuelos, como náufragos, para que yo llegue, para que no arredre, y los salve trayéndolos al circular de sus vidas.

Otra parte de mi ser –otro tercio, el central– aquí está. Aquí está clavada, aquí, en lo que se palpa y aprieta, inmóvil, tiesa, dura, hincada en el barro, como una estaca. Es ocre el barro y lo es la estaca; y lo son las lenguas de agua que por el barro serpentean.

Estoy así en una parte –la central– quebrada. Y esta parte mira, mira, mira, no hace ni puede hacer otra cosa más que mirar.

Mira –no sé si atónita o desalentada– hacia los años por recorrer... ¡sola!

Y no atina.

Y siente que la despedazan.

Porque otra tercera parte de mi ser ya también ha emprendido su marcha, su roja marcha hacia el futuro Rojo. Y no hay modo de detenerla porque:

"...llegará repentinamente y entonces sí, ¡sí!, empezará a deslizarse el futuro lentamente y contigo dentro..."

¿Futuro?

¡Palabra! Un signo, un semáforo más porque de algún modo tenemos que entendernos.

Sin embargo algo real –tal vez no mucho pero algo– hay al decir "futuro". No saberlo, no poder *recordarlo*, es algo; al menos es algo para diferenciarlo: de lo que es susceptible de albergar recuerdos; de lo que aquí y ahora se siente junto con latir el corazón.

Es la sorpresa.

Es la esperanza de la aparición de las sorpresas.

Ya que ahora, en este instante, no se presentan...¡Ah! Es que están aguardando en el futuro.

En el futuro algo va a *cambiar*. Por eso, y con tal esperanza, nos avalanzamos hacia él vertiginosamente.

Y mientras mayores sean las posibilidades de sorpresas, más aceleramos. Disminuyen estas posibilidades, aminoramos.

Aminoramos más y más. Y es muy lógico, es justo: sin sorpresa alguna por delante...¡oh!, más vale dar media vuelta a revisar lo andado para ver si tal vez en lo andado quedó una sorpresa inadvertida.

Aminoramos, tanto...De pronto nos detenemos. Sin futuro. Enterrados en el barro.

¿Palabras? ¿Cómo decir, insinuar siquiera, que pueda haber un futuro limpio de toda sorpresa? ¡Palabras! ¡Divagación!

Yo no he dicho eso. Sobre algo que he dicho, sí, yo he divagado porque, al fin y al cabo, no soy totalmente dueño del movimiento de mi lápiz.

Yo he hablado de "luz", nada más que de luz. Aunque no haya mencionado esa palabra, he hablado sólo de luz, de un faro inmenso, de una luz brillante que surge, penetra, rompe, perfora. Luz, ni más ni menos, luz. Como la de un faro, he dicho; como la de una linterna. Para mayor claridad, como la de una linterna eléctrica; apagada, por cierto; de noche; sin luna ni estrellas; usted está solo; de pie, por cierto; y ha olvidado dónde se halla: en su habitación o en medio del campo o en un corredor. No hay ruido ni hay temperatura que guíen, que pongan en movimiento el mecanismo del cerebro para adivinar, romper, perforar. No hay nada. Pero usted tiene en su mano una linterna eléctrica; apagada, por cierto. Bien; apriete el botón: un rayo de luz. Usted ahora sabe dónde se halla. Porque de su linterna salió un chorro ¡de futuro!

De esa luz hablo, de ese futuro.

En el futuro no hay ni puede haber sorpresas. No lo puede. Es imposible. Lo que hay es más o menos luz.

Antes de encender nuestra linterna –estuviésemos en habitación, campo o corredor– cada paso iba a ser una sorpresa, al *topar*. Ahora ello ha disminuido gracias a la linterna. Ha disminuido un tanto, no tanto como si hubiésemos encendido el Sol. Todavía pueden surgir sorpresas de los costados y aun del frente, siempre que la distancia sea larga. Pero, en fin, las sorpresas han disminuido. Si disminuyen del todo, como con luz solar; no, como con mucho más que luz solar –lo veríamos todo. ¿Entonces? Sencillamente no habría

futuro porque futuro es no ver con claridad, con nitidez un pedazo. Por eso, con petulancia de pavos reales, decimos que ese pedazo ¡no ha sucedido aún!

Camina ahora por el corredor con su linterna. Alumbramos algunos, varios metros ante sí. Por eso camina. Más allá es oscuro, de oscuridad completa. Dice entonces:

—Más allá nada se ha construido aún.

¡El pavo real! ¡Infla su cola!

Tanto la infla que al fin enoja a los que ven y saben.

¿Quiénes serán éstos?

Son pedacitos de él mismo, particillas minúsculas de él mismo que, por buena meditación y trabajo constante, ya debieron haber sido despertados; pero fueron dejados de lado por dejadez, por atracción de un mundo vegetal que también va con él, que va con nosotros todos, siempre.

Entonces se alumbramos un trozo de futuro. ¡Luz! Se alumbramos de trecho en trecho, de largo en largo trecho, si se quiere; pero hasta miles de años si miles de años fuésemos a vivir.

Vemos —a trechos, repito; no continuadamente—, vemos sobre el futuro; vemos con claridad de pasado, de presente. Vemos algo, algo queda definitivamente visto y cada vez que hacia allá miramos.

¿Entonces? ¿Qué es un futuro que se ve?

¡No, no! No es clarividencia, ni doble ni triple vista, ¡a Dios gracias!

Lo que se ve es algo ineludible, es la terquedad máxima. No viene esta visión de ninguna supersensibilidad visual interior. Viene tan sólo, ¡tan sólo!, del dolor.

Y al mirar, a través de este dolor, hacia adelante, “adelante” toma color y forma de dejado atrás, de ido, de cancelado. Todo esto en lo que viene, en lo que se aproxima. ¡Anticipos de pasado caídos en el futuro...!

Uno se quiebra, se despedaza, mejor dicho. Porque sobre todas las cosas prima siempre hoy, este momento, el oír latir el corazón, respirar, mover un músculo, lo que se quiera, de hoy, ahora, ya. Lo que he llamado gris.

¡Buenos tiempos aquellos! Un gris atrás, Azul; adelante, Rojo, puro, inmaculado, virgen en sus vírgenes sorpresas impenetrables hasta cambiar de color.

Ahora el Rojo se ha salpicado de gotitas azules. Ahora, a cada momento, cuando miro a través de mi dolor, aparecen puntos violáceos. Porque sé, sé sé —en un sentido, al menos—, sé cómo —en un sentido, al menos— el futuro *tiene que ser*.

Ver —aunque sea un pedazo, un minúsculo pedazo de futuro— repito, despedaza.

Existo aquí en este momento y cuerpo.

De este momento y cuerpo, salgo yo permanentemente hacia la Bóveda de La Canteira, a pasos lentos y fatigosos, a reencontrar a los amigos del año 27.

De este momento y cuerpo, bruscamente salí yo hacia adelante a colocarme en cada recodo de mi marcha para esperarme pasar, saludarme al pasar y recordarme un dolor, echándomelo por la cara. Me veo, me veo jalonándome, aunque mil años viva.

Me veo, me siento, aquí, atrás, adelante.

Otra vez más: esto descuartiza.

Pero antes, ¿qué pasaba que no había descuartizamiento alguno?

Yo avanzaba *plácidamente dentro del futuro*. ¡Sin luces! ¡Sin anticipos de ninguna especie! Inocentemente. Sin ver. Sin saber. Y fuera de mí mismo, de mi ser presente clavado como una pica, no había más que una estela hacia atrás, hacia el pasado.

Mirar la estela que va quedando, ¿importuna? Por el contrario; lo sabe todo el que haya navegado. Mas cuando la estela nos alcanza, nos adelanta y también precede...

Entonces ocurre algo...Hacia el porvenir, hacia el pretérito...

Es el dolor. Porque todo significado cambia.

Debo remontar paso a paso lo que pasó. Con un buen compañero lo corrimos en vértigo. Ahora, ¡atrás! Volverlo a caminar, volver a caminar ese *pasado* desde hoy para *adelante*. Gotas de futuro, Rojo, han caído en mi Azul de estela. Otra vez el violáceo. Ahora un pretérito con pintas de futuro. En fin, paso a paso, remontar. Los amigos de hace 18 años esperan mi mano.

Debo seguir. Debo seguir golpeando a cada día con la palma de una mano, echándolo para atrás. Nadar. Y a cada recodo que se aproxima, divisar un pasado que me esperaba. Mi propia imagen me advertirá:

—Ya de esto, *algo* sabías ineludiblemente, ¿verdad? No era, pues, cosa por venir sino ya venida, ¿verdad?

Sí, verdad.

Cada recodo disminuirá un punto de sorpresa: Sé —y hay que comprender la fuerza brutal de “saber” cuando se asienta en lo no sucedido aún —, sé que cada recodo ahora lo he de pasar SOLO.

Ya Esteban Rivadeneira, el amigo, salió de la marcha común. Salió en el recodo de San José de Maipo, el 5 de noviembre de 1945; a las 4 de la tarde, para mayor precisión.

Todo un futuro, pues, sean cuales sea las sorpresas que haya preparado, sean ellas como sean, todo un futuro no podrá hacerlas totalmente “sorpresas”. Porque algo yo ya de ellas sé: SOLO.

Nadie hay en el mundo que esto ignore. En cada entierro la gente que va tras el ataúd es gente que lo sabe. Sí. Pero es diferente cuando se ordena:

—¡Hazte presente! ¡Deja de ser conocimiento! ¡Abandona tu caparazón de idea! ¡Sé un hecho!

Es diferente, es brutal cuando a un conocimiento se le puede vivir palpándolo, apretándolo, duro, opaco, vano a todo esfuerzo por derribarlo.

## La Torcaza

Noviembre 15 de 1945.

He llegado hoy por la mañana. Es la primera vez que aquí vengo después de la muerte de Esteban. De más decir que era él uno de los más frecuentes visitantes de este fundo. Nuestras mejores conversaciones y risas han tenido como escenario estas casas, estos campos y cerros.

Esteban conocía todo esto de memoria. Entendámonos: lo conocía así para lo que nosotros llamamos “conocer” y “de memoria” además. Para él, cada salida, aunque fuese a un sitio ya mil veces visitado, le hacía descubrir tantas y tan inesperadas cosas, que ella le era como una visita primera; y, a nosotros, como visita a un sitio antes inexistente.

En cierto modo Esteban formaba parte inherente de La Torcaza. Todos los aquí residentes o visitantes lo consideraban fruto espontáneo de este campo. Todos consideraban como lógico fenómeno de la naturaleza verlo, a cada momento, aparecer —en invierno o en verano, de día o de noche, con o sin previo aviso— por varias puertas a la vez. Esteban tenía este don: aparecer o desaparecer por muchas y aun por todas las puertas a la vez. También tenía el don de cazar pequeños animalejos y aves pequeñas que nunca nadie

había visto en la comarca. (De más decir que creo que no se volverán a ver). Además tenía el don magnífico, supremo, de equivocarse. Se equivocaba siempre y en todo. Formaba así, él solo, el antípoda del otro, de los otros hombres —¡oh, miseria calofriante! —que no se equivocan jamás. Cuando ya todos creíamos que iría a llegar a la equivocación máxima, veíamos que no había justamente tal, que era otra manera de mover y llevar los hilos que todos movemos y llevamos. Entonces discutíamos, en su ausencia, si habría, si podría haber más de una manera de manejar tan intrincada cosa. Había quienes aprobaban y aplaudían; había quienes reprobaban y quedaban sin entender palabra. Pero todos lo querían.

Tenía también el don de hablar y de explicar. Tenía, sobre todo, el don de hacer pausas en medio de sus conversaciones y explicaciones. Nunca ni yo ni nadie ha sabido de alguien que intentara interrumpir una de sus pausas.

Tenía el don de ver, de sorprender miles de cosas que nadie jamás habría sospechado. Era otra manera de tirar líneas, de hacer relaciones, de plantear analogías.

Tenía el don de reír, de reír estremeciendo alegrías por todas partes. Es poca la gente que sabe reír de verdad. Es menos aún la que sabe reír como Esteban reía.

He llegado hoy por la mañana y, por la tarde, he salido a caminar con mi amigo Leopoldo Castedo. Leopoldo era también un gran amigo de Esteban.

Nos dirigimos a uno de los sitios preferidos por nuestro amigo ausente: la Encierra de Bello. Montes, quebradas, bosques en miniatura aunque espesos, casi insalvables. Hablamos de Esteban. Luego callamos.

Porque algo se dio vuelta. No ahora el tiempo: futuro que retrocede al pretérito; pretérito que se lanza hacia el futuro. Ahora algo se dio vuelta en las cosas mismas.

Mientras caminábamos por un vasto potrero, ya cerca de la Encierra de Bello, cuatro o cinco queltehues vinieron a revolotear sobre nosotros, lanzando estridentes graznidos. Los miré, seguí sus revoloteos. Cuatro o cinco queltehues..., nada más. Un hecho..., nada más; carente de todo significado salvo de los significados propios al hecho mismo: cuatro o cinco queltehues... El vacío, la nada sucediendo ante nuestra vista. Cuatro o cinco queltehues...; bien. Pero ¿puedo o alguien puede verificar, para luego enumerar, todos los hechos? Aquí, sobre esta mesa, hay muchos objetos; y en esta galería donde la mesa está...; y la galería se encuentra...

Hay algo que se desinfla, hay una succión en el acontecer y queda todo hueco; sin relaciones, sin analogías, sin nexos.

—Mira, Leopoldo —dije a mi amigo—, los queltehues.

—Sí —me contestó mirando—, los queltehues.

Hasta ese instante veníamos hablando de Esteban. Ahí callamos. De ahí para adelante seguimos hablando de otros asuntos, de infinidad de otros asuntos. Pues ambos comprendimos que, si bien sobre infinidad de asuntos podíamos hablar, nada se nos ocurriría sobre esos pájaros, y que, si Esteban hubiese venido con nosotros, habría hallado espontáneamente mil relaciones insospechadas entre los cuatro o cinco queltehues y..., y..., y ¿qué? Bueno; era lo que nunca podríamos decir; era el secreto cuya clave se había esfumado para siempre.

¡Para siempre! Pensé con mucha tristeza en todo esto.

Entonces empezaron las cosas mismas a dar vueltas; a dar una vuelta; un *al revés* más.

Las cosas sintieron la ausencia del muerto; no, nosotros. Las cosas sentíanse defraudadas. Nosotros éramos culpables. Las cosas quedaban sin que a ellas se les cumpliera. A

ellas se les abandonaba. Todos nos negábamos a escuchar su llamado, su petición justificada. ¿Nosotros? Nosotros nos disculpábamos. ¿Qué más podíamos hacer?

Nosotros teníamos la mejor buena voluntad para con ellas, si sólo dependiese de nosotros. La mejor buena voluntad: montes, quebradas, árboles, yerbas, cercos, aves, animales, insectos, cielo, aire, hora del crepúsculo, noche que se acerca, caminata nuestra por esa tierra, esas piedras... Pero no éramos aptos. Comprendíamos su reclamo, sus necesidades, su ardiente pedido por querer colaborar en todo los sentidos con nosotros los humanos, oíamos sus voces. Pero...nada podíamos, lo lamentábamos. Sabíamos que ofrecían mucho. Está bien. Estos ofrecimientos, sí, bien, nos comprometemos. ¿Esos otros? Reconocíamos su importancia, reconocíamos que a la total comprensión y colaboración entre ellas y los hombres no llegaríamos sin considerarlos debidamente. Pero..., pero... Nosotros, todos los que hemos quedado, tenemos otros quehaceres, otros oficios, otras finalidades. No es culpa de nadie. Quedará ese compromiso de entenderse sin cumplirse. ¡Qué hacerle! Quedará sin cumplirse. Murió. Murió hace diez días. Lo hemos enterrado hace nueve días. Lo sentimos inmensamente por vosotras, vosotras "todas las cosas".

Lo sentimos.

Lo siento.

Sentí que los ojos se me humedecían, no por mí ni por él; por ellas que en vano mostraban un lenguaje para ser traducido; un lenguaje con alegrías, con penas, con propósitos...; hoy, sin esperanzas.

Como el que grita en un desierto; como el que golpea las paredes de un submarino hundido; como el paralizado de lengua y movimientos que quiere expresar su afán a quienes lo rodean sin entenderle y él oye y ve.

¡Pobre Naturaleza!

Una de sus voces no será tomada en cuenta: la que manifestaba esa otra manera de tirar líneas, hacer relaciones, plantear analogías.

Un detalle, un simple detalle que faltará. Pero es que si hay veces en que toda nuestra atención y todos nuestros intentos están enfocados hacia las amplias generalizaciones, hay también veces en que lo están hacia los pequeños desmenuzamientos de aquellas, muy pequeños mas que llevan como una síntesis que pasa de pronto a ser una joya.

Una modalidad especial. Eso es todo. ¿Y qué más? Es mucho si se corre el riesgo de que hubiese quedado sin aparecer jamás.

Modalidad especial, pequeño detalle, joya...

Penetrando en la Encierra de Bello yo le decía a la Naturaleza que nada había que temer. ¡Todo seguirá igual! Todos tus aspectos irán descifrándose. Nuestro mutuo entendimiento irá creciendo. Vendrán nuevos y nuevos artistas y tú, orgullosa, les darás un aspecto más de tu lenguaje. Vendrán hombres de ciencia. Vendrán agricultores e industriales. Vendrán místicos. Ninguno de tus gestos dejará de traducirse al idioma humano. Pero *esa* manera, ese *conducto* de ti al hombre, no veo, Naturaleza no veo, al menos por el momento, quien pueda descifrártelo, reconocerlo allí y hablarlo a los demás.

Bajo ese aspecto vamos todos a enmudecer como enmudecemos ante los queltehus.

¡Oh, yerbas y quebradas! ¡Oh, insectillos invisibles y grandes montañas! Ese recóndito y casi mudo aspecto confidencial, confidencial para una parte de nuestro cerebro confidencial también para el cerebro mismo –ese aspecto... nada ganas con mostrarlo ahora porque *ahora* no se le ve. Nada ganas con gritar. En ello estás en el extranjero. No será

considerado. ¡Pobres montañas! ¡Pobres yerbas! Ese, conducto se ha interrumpido. Montañas y yerbas, ¡en qué soledad habéis quedado!

Porque hace **justamente** diez días que murió.

A las 4 de la tarde, para mayor precisión.

En el pueblito de San José de Maipo, para mayor precisión aún.

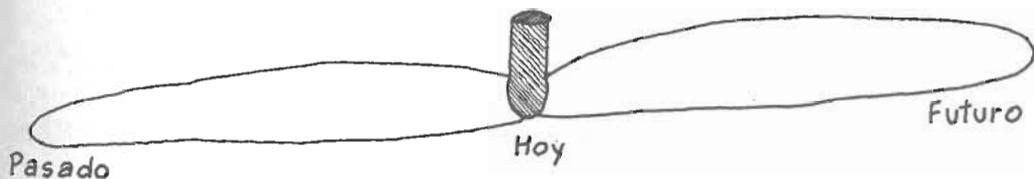
Reventado en **sangre**, solo, abandonado..., por si queréis mayor precisión todavía.

Al bajar de la **Encierra** de Bello yo bajaba con un solo sentimiento total:

Hemos sido todos, incluso el que ya no es, unos malos hombres respecto a ti, **Naturaleza**, por habernos distraído de *esa* voz tuya: nosotros todos, por incapacidad; él, por ausencia.

El sentimiento total que traía al bajar era el de enviarte mi pésame, a ti, **Naturaleza**. Y que nadie, por falta de motivos, me lo enviara a mí.

Ahora —con un lápiz, aquí en mi mesa; con un palo cualquiera, ahí en la tierra— dibujo y dibujo a todo momento, como un maníaco, el único dibujo que puedo hacer. Es éste:



Ya se ve.

Un centro de **Gris**, 1945, hoy, el corazón latiendo, la respiración, la sensación del esqueleto presente, todo enterrado en el barro. ¡Mi ser, mi cuerpo, mi sensibilidad, yo!

Y de ahí, para uno y otro lado, dos alas, dos lenguas que se alargan en agudísimas espirales, tocando cada vez más lejos, volviendo a mí para coger mis nervios y mi dolor, y volver a alargarse, como elásticos implacables y sin piedad. Y esto, para ambos lados, hacia adelante y **hacia** atrás, para partirme, desgarrarme, rajarme, dejándome inmóvil en el barro, **neutralizado** por sus fuerzas opuestas.

Hacia el **futuro**, con gotas del pasado que se sabe con **la** mayor claridad que el hombre puede alcanzar: **SOLO**;

Hacia el **pasado**, salpicado de recuerdos de lo que se **creyó ido**, y que ahora se harán presentes; hacia el pasado lleno de pesada lentitud, de **repetición** muerta porque su ruta será: **SOLO**.

*TOMO IV*

52  
(Azul)

Cronológicamente, Desiderio Longotoma se echó a reír. ¡Qué hombre mostrarse tan contento! Reía frotándose las manos con pasmosa velocidad y pataleando con menuditos golpes de sus menuditos pies.

—¿Por qué tanta risa? —le pregunté.

—Porque estamos en Santiago —me contestó—. Éste es el primer punto. Y el segundo es... ¡Mire!

Mostró al capitán Angol que avanzaba hacia nosotros. El capitán, después de saludarme, me invitó a pasar unas dos o tres semanas en su fundo de Curihue, estación de Mata-tiúques. Los invitados eran Lorenzo Angol, Rosendo Paine, Desiderio Longotoma, Teodoro Yumbel, Baldomero Lonquimay y el cínico de Valdepinos ¿Qué tal? ¡Magnífico! Dos o tres o más semanas; lo que cada cual quisiera. Además, y seguramente, llegaría, para un fin de semana, o se asomaría de repente, Perquenco Zapallo; no era cosa segura pero era cosa probable. Y no sería raro que llegara también Guido Guindos; asunto de unas vaquillonas y unos novillos para su matadero de San Agustín de Tango. ¿Y cuanto a damas?

El capitán Angol sonrió enigmático. De todo hay cuando es necesario que haya de todo. Nadie debe inquietarse. Desidero Longotoma no cabía en sí de júbilo.

¿Partida? ¿Cuándo? Cuando siempre se parte si las cosas se hacen entre gente bien nacida; es decir: pasado mañana.

¡Espléndida idea la del capitán! Yo conocía poco el fundo Curihue, el famoso Curihue. Ahora iba a conocerlo bien, ¡por fin!

¡Pasado mañana!

Pasado mañana:

Llegamos juntos todos los invitados, es decir, siete personas.

El capitán Angol había llegado el día antes; o sea, ayer. Como nosotros siete —gentes todas bien nacidas— cumplimos rigurosamente la orden, dada por nuestro anfitrión, de partir pasado mañana, el capitán llegaría, como lo dije, un día antes que nosotros; por lo tanto llegaría mañana. Mas como había llegado ayer, salió a recibirnos y lo hizo con los brazos abiertos.

Ya era de noche. Se nos indicaron nuestras habitaciones. Luego pasamos al comedor y devoramos cuanto se nos sirvió, salvo Baldomero Lonquimay que no quiso probar ningún guiso contentándose con engullir sólo dos melones.

Páginas atrás (47—Rojo) di algunos datos sobre el capitán Angol. Aquí me limitaré a decir —a repetir, mejor dicho— que es primo hermano de Lorenzo y que fue aviador —¡gran aviador!— al servicio de las Fuerzas Armadas; Bandada N<sup>o</sup> 14; objetivo en *casus belli*: el planeta Venus. Después de alcanzar el grado de capitán, en 1923, voló dos años más y se

retiró para dedicarse a la agricultura. Con este fin compró el fundo de Curihue junto con retirarse, es decir, en 1925. Cuando nosotros llegamos hacía, pues, dos años que el capitán –todos seguían y siguen llamándolo “Capitán”– trabajaba en el campo.

El capitán nació en Santiago, en 1897. Tenía, pues, en ese entonces, 30 años. Y ya que esto digo, creo de mal gusto no decir otro tanto de los que en Curihue nos juntamos al final de aquel radiante verano de 1927. De menor a mayor, he nos presentes:

Teodoro Yumbel, nacido en San Agustín de Tango, en 1902; en Curihue, 25 años;

Rosendo Paine, nacido en Viña del Mar, en 1901; en Curihue, 26 años;

Lorenzo Angol, nacido en Santiago, 1899; en Curihue, 28 años;

El capitán Angol, datos más arriba;

El cínico de Valdepinos, nacido en Curicó, en 1896; en Curihue, 31 años;

Yo, Onofre Borneo, nacido en Santiago, en 1893; en Curihue, 34 años;

Desiderio Longotoma, nacido en Petorca, en 1893; en Curihue, 34 años;

Baldomero Lonquimay, nacido en San Agustín de Tango, en 1888; en Curihue, 39 años.

NOTA: Me he colocado antes que Desiderio Longotoma porque yo nací en noviembre (el 13) y él en agosto (el 10); sea que él es 3 meses y 3 días mayor que yo.

De los otros anunciados por nuestro anfitrión, aparecieron todos –y muchos más– al final de nuestra estada, y sólo por breves horas –ya se verá por qué–, salvo Guido Guindos que se presentó aquella misma noche; asunto, como se ha dicho, de un negocillo para su matadero de San Agustín de Tango: compró al fundo: 9 vaquillonas Citroën; 6 novillos Studebaker; 7 burros Lawntennis. El total de las 22 cabezas las pagó con la suma global de \$ 6.600 (¡recuérdese que estamos en 1927!). Ante mi estupefacción por la compra de los burros, Guido Guindos me aseguró que en todas partes había serios aficionados a la carne de asno o pollino y que todo era cuestión de saber aderezarla: algo de pimienta, bastante albaca, mucho orégano y por ningún motivo ni una punta de sal; el todo frito en cerveza, jamás en vino.

De las demás personas que figuraron en estos cortos pero intensos días de vacaciones, se hablará a su debido tiempo.

Creo conveniente, empero, dar algunos rápidos datos sobre el fundo mismo:

#### UBICACIÓN:

Ya lo he dicho: estación Matatiuques, a un paso del caserío de Curihue. Todavía discuten los geógrafos locales sobre si el fundo le da el nombre al caserío o éste a aquel. Para evitar mayores discusiones, que iban a degenerar en pendencias, el Supremo Gobierno, cuando por allí hizo pasar la primera línea de ferrocarril, optó por no llamar Curihue a la estación. Llamóla Matatiuques; nadie sabe por qué razón.

Mencionaré, al pasar, que en el caserío en cuestión viven, desde tiempo inmemorial, muchas brujas, o *machis*, más expertas que las más expertas de Talagante; lo que no es poco decir.

Ahora bien, el total (fundo, caserío y estación) se encuentra, respecto a nuestra República, en el siguiente sitio:

1) Tómese un mapa de Chile; 2) Búsquese en él y encuéntrese la ciudad de Combarbalá; 3) Colóquese sobre ella el vértice del ángulo recto de una escuadra; 4) Hágase que

la arista oriente-poniente de dicha escuadra pase, hacia la derecha, por la ciudad de Córdoba, Rep. Argentina, y por la de Bagé, Brasil (este último dato es sólo para mayor exactitud); 5) Dato suplementario: si se ha procedido bien, se verá que la arista norte-sur de la escuadra, pasa, hacia abajo, por las ciudades de Salamanca, Melipilla, Mulchén, etc.; 6) Vuélvase a Combarbalá y, con un compás, mídase la distancia entre esta localidad y nuestra frontera con la Rep. Argentina (va el compás a dar unos 100 kilómetros); 7) Divídase tal distancia por 2 = 50 kilómetros; y 8) Sobre la línea oriente-poniente, clávese la punta de la derecha del compás, cuidando que la punta izquierda esté clavada en Combarbalá.

Es todo.

Ahí, en ese punto clavado por la punta derecha del compás, están la estación de Matatiuques, el fundo de Curihue y el caserío del mismo nombre.

Podemos, pues, decir que el sitio que ahora nos va a interesar se encuentra en la República de Chile, a 50 kilómetros al Este de la ciudad de Combarbalá. Es todo.

Supongo, en este momento, que cualquiera ha de saber que ese punto se halla en plena cordillera de los Andes. De donde podemos decir que Curihue es un fundo cordillerano.

Mi amigo, el capitán Angol, lo compró por intermedio del corredor E. Buin, a quien ya ha de conocer todo lector atento de este libro. Lo pagó al contado. Este mismo lector, si por encima de atento es perspicaz, habrá ya columbrado que hay en el fundo crianza de vacunos y asnales. Puedo agregar que el capitán siembra, además, muchas cuadras de cebada Anglo-Nubian y de garbanzos Messerschmitt.

Cuanto a las casas de Curihue, centro de las narraciones que van a venir, sólo quiero anticipar que pueden catalogarse entre las casas ideales con que sueñan los que sueñan en amplias casas bien acampadas: anchas murallas de adobe, tejas con pasto, corredores bajos y largos, habitaciones grandes y frescas, árboles añosos, tinajas, polvo, perros, cantos de gallos, zumbido de insectos y buen apetito.

Y antes de penetrar en los ocho días que allí pasamos, voy a anotar las pequeñas impresiones del día CERO, mejor dicho de la noche CERO, o sea de la noche de nuestra llegada.

Ya rendí homenaje a la magnífica cena que nos esperaba. Ríndole ahora al buen vino y al exquisito café. Y ríndole asimismo a la blandura de las camas y a la suavidad de las sábanas.

Paso entonces a anotar las pocas palabras que cruzamos los asistentes al comedor; digo "pocas" porque el devorar primaba sobre el discurrir.

Baldomero Lonquimay preguntó súbitamente, mientras atacaba a su segundo melón:

—Señor propietario y capitán, ¿dónde queda aquí el Norte?

Antes de que el interpelado pudiese contestar, Desiderio Longotoma se anticipó diciendo:

—Señor amigo e invitado del señor propietario y capitán, si hubiese usted hecho esa pregunta en la estación de Matatiuques, habría recibido contestación adecuada; pero aquí, informarle a usted es imposible.

—¿Por qué? —preguntamos varios.

—Caballeros —siguió Longotoma—, sepan ustedes que aquí no hay ni Norte ni Sur ni Este ni Oeste. Lo primero que hizo nuestro capitán Angol, al adquirir esta propiedad, fue borrar los puntos cardinales.

Después de un largo silencio, y ya a los postres, el capitán preguntó:

—Y estas viejas casas, ¿qué les han parecido a ustedes?

El cínico de Valdepinos habló por nosotros todos:

—Bueno, amigo, de parecemos... ¡ni para qué decirlo! La prueba es que... (Y con un gesto hizo ver con qué ferocidad habíamos comido). Al menos yo, por mi parte, y no dudo sea opinión general, puedo asegurarle a usted, capitán, que el total de sus casas me es admirable. Hemos llegado con media luna, nos hemos escurrido por entre medias tinieblas más adivinando que viendo. Algo hemos precisado, no poco hemos supuesto, mucho hemos conjeturado. ¡Media luna, semi tinieblas! Capitán: la mejor manera para coger de un golpe, de una impresión, el total de una mansión, su esencia, diré mejor su modalidad, es así. Digo su modalidad, y si usted, mi capitán, no encuentra exagerado, diré: su comportamiento.

—¡Bravo, bravísimo! —intercaló Desiderio Longotoma.

Siguió Valdepinos:

—Este comportamiento total, de ser orgánico y único: ¡admirable!, repito. Capitán: siempre hay que llegar a media luz a las grandes casas de campo. ¡Qué! A todos los sitios que se visitan por primera vez y que uno desea con ardor conocer bien. Ahora, es claro, quiero ver estas casas mañana, al sol. Es decir, quiero verlas detallándolas, por trozos, especie de vivisección arquitectónica. ¿No cree usted? Quiero verlas *funcionando*. Tal vez entonces... Sí, mi capitán, quiero verlas en deslumbrante luz, es decir, quiero verlas *mintiendo*.

Desiderio Longotoma volvió a intercalar gritando:

—¡Soberbio!

Momentos después nos fuimos a acostar. Todos, sin excepción, dormimos admirablemente y nadie soñó.

Terminó, pues, el día CERO de nuestra estada. Horas más tarde empezaba el:

### *Día Uno* (4-III-27)

Apenas el Sol dignóse iluminar la más alta de las crestas cordilleranas visible desde la terraza terrosa de las casas de Curihue, rompió a la apacible atmósfera un formidable golpe de gong. Luego, durante dos minutos consecutivos, sonó un tam-tam. Todos comprendimos de qué se trataba y nos lanzamos fuera de nuestros lechos. Rato después desayunábamos, excepto el cínico de Valdepinos que entró en el comedor cuando nosotros lo abandonábamos. El hombre había estado desmenuzando al sol el comportamiento reconcentrado y total de las casas. Al cruzarnos en el umbral —él de ida, nosotros de regreso— abrió sus largos y muy agudos brazos y exclamó:

—¡Estupendo!

El capitán Angol, halagado, agradeció el cumplido con estas palabras:

—Desayúnese con toda calma, amigo mío. Lo esperaremos para ir todos juntos a la poda.

—¿A la qué...?

—A la poda.

El cínico de Valdepinos se encorvó reduciendo su metro y noventa centímetros de altura a sólo metro y ochenta y uno, alargó cuanto pudo la nariz, hizo girar con pasmosa celeridad su ojo derecho mientras entornaba el izquierdo, y, casi sonriente, dijo:

—Sí; la poda.

Luego penetró en el comedor y nosotros, en espera, vagabundeamos un rato por entre arbustos, flores y faisanes.

Cuando salió —ya bien nutrido y enredado en su propio esqueleto, el que a su vez se enredaba en su correcto terno gris perla— el capitán Angol ordenó marcha hacia atrás de las casas. Atravesamos el jardín y llegamos a la hortaliza. Aquí, arrobados, pudimos cerciorarnos de que en ella habían: acelgas, achicorias, ajíes, ajos, alcachofas, apios, berenjenas, berros, callampas, cardos, cebollas, coles, coliflores, espárragos, espinacas, lechugas, nabos, pepinos, perejiles, pimientos, puerros, rábanos, repollos, salsifíes, tomates, zanahorias y zapallos.

Cruzamos luego un huerto. Igualmente arrobados vimos que él ofrecía: almendras, avellanas, castañas, cerezas, ciruelas, damascos, duraznos, frambuesas, fresas, granadas, grosellas, higos, limones, mandarinas, manzanas, melones, membrillos, naranjas, nisperos, nueces, peras, sandías, tunas y uvas.

Más arrobados aún supimos —según nos lo explicó de inmediato el capitán— que en Curihue no podríamos morir de hambre pues, a las verduras y frutas nombradas, íbamos a agregar los faisanes del jardín, ejemplares de la crianza de Citroën y Studebaker, sacos de las siembras de Anglo-Nubians y Messerschmitts y, de vez en cuando, un Lawntennis aderezado según la receta que Guido Guindos nos había dado la noche anterior. Después nuestro anfitrión nos dijo que, en un riachuelo cercano, podríamos encontrar ranas y camarones a porfía; y, en los rosales vecinos, caracoles de conchas grandes como pelotas de polo. Por fin agregó que, al lado de las casas, había un terreno para el cultivo exclusivo del orégano, el comino, la color, la mostaza, la albaca y la pimienta. Cuanto a leche y sus derivados —como quesos, quesillos, mantequilla y yoghurt— lo daban los vacunos Citroën; los Studebaker se reservaban para la carne. Lo demás, dijo displicente —como té, café, mate, azúcar, sal, chocolate, tabaco, vino, cerveza, whisky, coñac y pan—, lo proporcionaba la pulpería del caserío de Curihue. Ahora bien, lo que a huevos se refiere, ¡ni pensarlo! No los había ni en el fundo ni en la pulpería ni en la estación. Alguien preguntó:

—¿Y esos cantos de gallos?

El capitán respondió:

—Son gallos celibatones; odian a las gallinas.

Cruzamos luego un pequeño bosque de espinos. Al final de éste arrancaba un sendero sombreado, a uno de sus costados, por una hilera de fresnos enormes. Al otro costado —seguramente para contrastar— alargábase una hilera de cipresillos enanos no más altos que un gato común. A la entrada del sendero que vengo mencionando, nos aguardaba un anciano simpatiquísimo: era lampiño, vestía con delantal de carpintero, se tocaba con descomunal chupalla de paja, se calzaba con botas de cuero de burro y en su diestra lucía unas sólidas tijeras podadoras. Nos saludó con muestras de franco júbilo. Y empezó la faena, es decir, *la poda*.

Se trataba, naturalmente, de los fresnos. Tenían éstos una altura media de 18 metros, altura que a mí, poco perito en botánica, me hizo llamarlos "enormes". Pero el anciano nos explicó que la altura media de este deudo de las oleáceas debería ser de 25 a 30 metros. La falta de normal desarrollo se debía a que no habían sido podados como mandan las leyes vegetales. Por esta causa la fuerza de crecimiento se desleía por las ramas bajas y no alcanzaba hasta la cúspide para empujarla rumbo al cielo.

Los fresnos eran 60. El capitán ordenó dejar los 10 primeros tal como estaban; podar los 10 siguientes (van 20) hasta una altura de 4 metros a contar desde el suelo; los 10 siguientes (van 30), hasta 8 metros; los 10 siguientes (van 40), hasta 12 metros; y los 20 últimos (están los 60), hasta 16 metros, dejándoles, por lo tanto, un follaje de sólo 2 metros.

¡Formidable anciano! Ninguno de nosotros había visto un semejante tío ni una semejante cosa. El capitán sonreía satisfecho y no podía ocultar su regocijo al ver nuestra admirativa sorpresa.

Con una rapidez asombrosa cortó las ramas de la segunda decena hasta los 4 metros indicados; entonces estos 10 fresnos crecieron de golpe hasta los 23 metros de altura. Siguió con la tercera decena podándola hasta los 8 metros; crecieron sus individuos hasta los 34 metros. Siguió con la cuarta decena hasta los 12 metros; crecieron sus ejemplares hasta los 57 metros. Atacó a los últimos 20 hasta los 16 metros; se elevaron ellos hasta los 90 metros y, a esa pasmosa altura, los únicos 2 metros de ramas que conservaron, se reunieron en forma de bola, allá arriba.

Era aquello muy hermoso. Imaginad un asta, un mástil, recto, erecto, de 88 metros de altura, manteniendo en su punta una bola de follaje de 2 metros de diámetro... ¡Hermoso! Ahora imaginad 20 mástiles así... ¡Emocionante!

Estos 20 fresnos temblaban, tiritaban. Era por la pujanza de la savia. ¡Oh, savia! ¡Tantos años sujeta y distraída por las innobles ramas bajas y laterales, ahora bullía hacia los astros!

El capitán nos hizo colocar entonces junto al último fresno, el sexagésimo. Mirábamos hacia arriba. Nos mareábamos.

Una idea surgió al unísono en todas nuestras mentes:

“Pedirle a nuestro anfitrión que autorizara al anciano podador para trepar a este sexagésimo fresno y le podara la bola de follaje”.

¿Qué iríamos a ver? La pujanza de la savia alargaría, sin duda, el tronco desnudo como se alarga un chorro de agua mientras más el grifo se abre. Y acaso alcanzaría la altura de la torre de Eiffel.

Aceptó el capitán. Trepó nuestro anciano más veloz que una ardilla.

Llegó a la cima. Saludó con su descomunal chupalla. Y podó.

Origináronse, entonces, dos movimientos inversos: de arriba hacia el suelo, las ramas que caían; del suelo, ¡no!, de las entrañas del suelo hacia arriba, una nueva ola de savia que subía. Las velocidades eran iguales: el grueso de las ramas cayendo y el extremo del chorro de savia alzándose, se cruzaron a 45 metros de altura.

Las ramas poco nos importaban. Nuestra atención se dirigía a la savia, y con razón, pues aparte del fenómeno de crecimiento que esperábamos, nos había sorprendido el poder *ver* ese jugo vegetal. Me explico: era éste tan potente que, a su paso, el tronco iba tiñéndose tal como se tiñe un terrón de azúcar al contacto del agua, ¡no!, del vino y del vino tinto. Porque el tronco iba trocándose de pardo claro en violáceo oscuro.

Llegaron las ramas al suelo. Llegó la savia a la cumbre. Hubo un momento de quietud y de silencio. El ancianito, allá en lo alto, volvió a saludar. Nosotros le respondimos agitando sombreros y pañuelos. Otra calma. Y...:

¡¡Patafrún!!

Allá arriba habíase producido la más formidable explosión que jamás mis oídos habían escuchado y mis ojos percibido.

¡Tanta es la potencia de la savia de los fresnos cuando se les poda más allá de lo que aconsejan las ponderadas leyes de la arboricultura!

¡¡Patafrún!!

Aquello fue horrible.

¡¡Patafrún!!

Aquello fue espantoso y lamentable.

El tronco de nuestro fresno se pulverizó desde su extremo hasta no menos de 30 metros hacia abajo. El fresno contiguo sufrió daños incalculables. Los siguientes sufrieron a su vez, claro está que de menos en menos a medida que aumentaba la distancia del sitio del suceso. Pero aun aquellos que sólo habían alcanzado una altura de 23 metros –o sea los de la 2ª decena– perdieron muchas hojas y no pocas ramas. Los de la 1ª decena, únicamente, quedaron incólumes.

¿Y nuestro simpatiquísimo ancianito?

¡Ay, Jesús!

Voló. A su vez se pulverizó.

Dejó de ser. Murió, por cierto.

¡Que en paz descanse!

Pasado el primer susto vino el segundo que se manifestó con una extrema palidez en todos los rostros. El tercero se manifestó mirándonos todos a los ojos mas sin pronunciar palabra. El cuarto fue mucho más débil: se oyeron algunas voces aunque todavía sin sentido definido; eran sólo un remedo del comienzo del hablar humano. Al fin el capitán Angol pudo formular:

–¡A casa!

–¿Qué hora es, capitán? –preguntó Desiderio Longotoma.

–Hora de melones –repuso Baldomero Lonquimay.

–Es verdad –confirmó el capitán–. La una han dado los relojes vecinos junto con producirse la explosión.

–¡En marcha! –grité yo.

Todavía brillaba por doquier la luz solar. Los perfumes diurnos de los vegetales fluían también por doquier al recibir sobre las espaldas que los albergaban el calor de los rayos solares. Porque hay, en el reino vegetal, perfumes diurnos y nocturnos. Los primeros, acabo de decirlo, fluyen con la luz blanco-dorada; los segundos, con la luz azul-plateada.

He dicho “todavía brillaba” porque, a medida que avanzábamos a las casas, el día se ensombrecía y los perfumes disminuían. Se nublaba mas de una manera rara: era un nublado que despedía reflejos violáceos. Pronto, ya al llegar a los bajos y largos corredores, empezó a caer una fina llovizna. Era una llovizna rara: caía un menudo líquido de tinte violáceo. Volvimos todos a mirarnos con cara de estupefacción. No atinábamos a formular pregunta alguna pero nuestras expresiones tenían la forma de un signo de interrogación. El capitán, por fin –ducho en agronomía– nos explicó:

–Amigos –dijo–, llueve. Pero no agua sino savia. El finado sexagésimo fresno, como una manguera formidable, lanza por su herida hacia los cielos sus miles de kilolitros de sangre vegetal. Tanta es ella que tamiza la luz solar. Ahora vuelve a la tierra. ¡Vean, amigos! Arrecia el saviacero.

En efecto, ahora savía a cántaros. Y ahora, además, empezó el viento a soplar. ¡Lúgubre armonía! El aire, al cruzar los tormentosos hilos de savia, producía en éstos un lamento entre perro ante la luna y laúd. Y el paisaje entero era violáceo, mezcla de embriaguez y –tal vez, pensábamos –no sólo de sangre vegetal sino de sangre humana, de sangre del

mísero héroe podador. Así pensábamos todos; prueba de ello es que Teodoro Yumbel, el más dulce y melindroso de los presentes, se atrevió a preguntar:

–Señor capitán...

–Diga “capitán”, sin más. ¿Qué ocurre?

–Capitán, ¿cuál fue el nombre que, en vida, designó al que dejó de ser en la cima del último fresno?

–¿El del viejo podador, pregunta usted?

–Sí, sí; el del viejo podador.

–Ventura Mejillones.

–¡Vaya una ventura! –refunfuñó Longotoma.

–¿Por qué? –inquirió el capitán.

–Porque debo agregar –explicó Yumbel– un nombre más en mi libro de decesos.

Y pasamos al comedor.

El almuerzo fue digno de la cena anterior. Reinó bastante amenidad a pesar del triste suceso que acabábamos de presenciar y de la lluvia violácea que seguía cayendo y proyectando por las ventanas una fúnebre iluminación.

Al final, mientras tomábamos el café, hubo un pequeño altercado; no; una pequeña discusión entre dos de los invitados, pero la cosa se arregló pronto y en buena forma. Hé aquí los hechos:

El capitán Angol, con su nunca desmentida hospitalidad, nos preguntó si estábamos satisfechos con el programa alimenticio imperante en su fundo. ¡Para qué inscribir aquí nuestras respuestas sobre el particular! Con volver los ojos hacia páginas atrás, ya cualquiera podrá imaginar lo que era comer en aquel inmenso nido cordillerano. Pero el capitán, extremando su amabilidad, expresó que si alguien quería un régimen especial, no tenía más que indicarlo y al punto sería obedecido. Baldomero Lonquimay, poniéndose de pie, dijo entonces:

–Pido la palabra.

El capitán contestó:

–La tiene usted.

Lonquimay hizo una profunda reverencia y luego habló de este modo:

–Señores y amigos:

“Ya os habréis percatado que, desde mi arribo a este paraíso, sólo me he nutrido de melones. Quiero contacto sano, directo y crudo con nuestra santa madre la Naturaleza. Así quiero porque es mi mayor afán purificarme, sutilizarme; así quiero porque es mi mayor afán huir de lo grueso, de lo grosero y torvo y cocinado y bronco. ¡Vivan por siempre las frutas!

–¡Vivan! –clamamos todos.

Baldomero Lonquimay agradeció; luego siguió:

–Para cumplir tan alto afán habéis de saber que no bastan las frutas. Señores y amigos: las frutas sobran. Bastan para los legos y aun para los aprendices; sobran para los iniciados. Yo ya soy un candidato a iniciado. Estoy en el umbral del Templo. Debo dar el paso definitivo. A eso voy. Quiero, desde ahora en adelante, alimentarme únicamente de flores.

“Señor capitán y propietario:

“Si ello para vos no es engorroso, permitidme que, momentos antes de las comidas, vaya yo a vuestro jardín, coja algunas bellas flores, las traiga aquí a vuestro refectorio y las mastique y trague a ritmo y rima de los exquisitos platos que os dignaréis servir a los demás.

"He dicho.

Maquinalmente –creo yo– todos aplaudimos. El capitán –divirtiéndose una enormidad– aceptó con entusiasmo la proposición del otro. Pero Teodoro Yumbel palidecía a ojos vista. Luego, resarciéndose, murmuró gritando:

–Señor, señor Lonco..., Lonque..., Lonquimay...; eso es: Lonquimay. Permítame, señor Lonquimay: ¿no teme usted que un régimen exclusivo de flores pueda debilitar demasiado? En fin, no es que quiera entrometerme... Pero un debilitamiento extremo... Y la trágica muerte de esta mañana... Mi libro de decesos, comprenderá usted... No es que yo pretenda...

–¡Alto ahí! –dijo Baldomero–. Joven Yumbel: tiene usted razón pero al mismo tiempo usted olvida que yo soy sabio varón. Todo sabio varón ha de prever cualquier mal. Está previsto cualquier mal.

Hizo una pausa, tosió y luego dijo:

–Señor capitán y propietario:

"La semana posee siete días. El joven Yumbel ha hablado por boca de los oráculos: únicamente flores es morir. Mas como siete días son los que goza la semana, en uno de ellos compensaré. Deseo que éste sea el domingo. El domingo, señores y amigos, no comeré flores. Puede usted, joven Yumbel, tranquilizarse en lo que a su libro de decesos se refiere. Las flores, los domingos, nada tendrán que temer de mí.

–¿Y comerá usted los domingos...? –preguntó a media voz el cínico de Valdepinos.

Baldomero Lonquimay le clavó la mirada y le espetó con voz tonante:

–Un jabalí.

El silencio fue general. El capitán, divirtiéndose como nunca, ofreció a su huésped tal paquidermo. El huésped, con humildad, dijo lentamente:

–Desearía tanto que hoy fuese lunes...

El capitán, riendo ahora, exclamó:

–¡Será lunes, amigo Lonquimay, será lunes! En seis días más tendrá usted su jabalí.

–Soy todo agradecimientos.

Y volvió el silencio, un molesto silencio.

De pronto, y sin que nadie a ello se esperara, Desiderio Longotoma se puso de pie, trepó a su silla y, con cara de extraordinario júbilo, púsose a aplaudir frenéticamente. Los demás quedamos paralizados. Luego gritó:

–¡Pido la palabra!

El capitán se la otorgó.

Y vino aquí el incidente; no; la discusión a que, líneas antes, hice referencia.

¡Ah, vosotros lectores habíais creído que ella había sido el pequeño cambio de palabras entre nuestro primer orador y el bueno de Yumbel! No. ¡Ahora viene, ahora! Lo de Teodoro fue apenas un simple aperitivo. Escuchadme. Porque Desiderio Longotoma habló de este modo:

–Amigos contertulios:

"Aplaudo el régimen del gran pelirrojo. Bien está que se purifique y sutilice y que luego compense para así no poner en peligro su estimable existencia. Señores contertulios: yo voy a imitar al sutil purificador.

Hubo un murmullo general de estupefacción, casi de protesta.

–¡Calma, calma! –siguió Longotoma–. El hombre Lonquimay, lo han oído ustedes, ha pensado en la compensación.

¡Muy bien! Pero, ¿se ha fijado, el noble Baldomero, que esa compensación sólo a él le atañe? Él, para su propia persona, busca equilibrio. Pero, ¿se ha dignado buscarlo para la asamblea que nosotros ocho formamos aquí? No, no lo ha pensado. ¡Lamentable omisión! Yo la salvaré.

“Queridísimo capitán:

“Yo, en beneficio del equilibrio general, yo, Desiderio Longotoma, haré también un régimen pero él será justamente el contrario del gran Lonquimay. Y la paz y la armonía caerán sobre nosotros.

–¡Cómo! –clamaron muchas voces–. ¿Piensa usted comerse un jabalí por día? ¿Piensa usted compensar a su estómago con sólo flores dominicales? ¡Absurdo! ¡Incongruente! ¡Sin sentido!

–Calma, calma –murmuró Longotoma–. Yo no he hablado de jabalíes. Los seis días hábiles de la semana comeré carne, únicamente carne. El jabalí no es el único bicho que tenga carne, señores contertulios. Comeré carne de vaca, de burro, de faisán, de camarón, de caracol y de rana. ¡Y listo! ¡Y es todo!

–¿Y flores los domingos? –preguntó una voz.

–El domingo –dijo el interpelado– comeré una sola flor. ¡Y listo! ¡Y es todo!

Baldomero Lonquimay miraba al orador con desconfianza. Al fin, considerándolo tal vez como un compañero de regímenes, le alargó la diestra y, amable, le aconsejó:

–El domingo puede usted comer un crisantemo, o un alhelí, o un clavel, o un tulipán, o un jazmín...

Todos nos aprestábamos a aprobar la ponencia del pelirrojo cuando, atónitos, vimos que Desiderio Longotoma, rojo como la grana, bajaba de su silla y, encarándose con su consejero, le vociferaba así:

–¡Truhán! ¿Qué se ha imaginado usted? ¡Dígalo pronto! ¿Qué se ha imaginado usted? ¡Vil truhán! ¿Por qué he de comer *un* crisantemo, o *un* alhelí, o *un* clavel, o *un* tulipán, o *un* jazmín? ¿Por qué, so can? ¡Ojalá esta sanguinolenta lluvia de savia lo ahogue a usted, acuático pez! Eso quisiera ver yo: ¡pez... ahogándose! ¡Ruín pez, ruín can!

Creí, por un momento, que aquello se hacía más fuerte que mis fuerzas aunque recurriera a la movilización total de mis reservas. Debo haber palidecido; sentí algo frío cubriéndome el rostro. Casi perdí el conocimiento al ver que igual cosa ocurría con el cínico de Valdepinos; y al notar que el siempre dispuesto a risa y broma del capitán Angol trocaba de súbito de expresión jocosa en expresión de alarma, vacilé sobre mis pies. ¡Y qué decir de mi pavor al observar a ambos contendores! Es que alcancé a pensar en una simple comedia, en una farsa. ¡No! Era seria la cosa. Véase:

Repentinamente algo se había trastornado. Esto era gravísimo, tanto, que ahora mismo –¡Y vaya por Dios que han pasado años desde entonces!– me turbo al escribirlo. Ver de pronto de un modo diferente algo que vemos habitualmente de un modo determinado, estable... es gravísimo, golpea en los nervios y da pavora. Pero vamos por partes:

El lector atento y perspicaz –y así espero lo sean todos– se habrá formado ya una imagen clara de los dos hombres que ahora me ocupan: Lonquimay y Longotoma. Por poco apto que yo sea para descripciones psicológicas, creo que sobradamente se sabrá lo siguiente, aunque no se sea ni atento ni perspicaz:

1º) Baldomero Lonquimay es grande, pelirrojo, barbudo, solemne, trascendental, con voz de bajo, ríe poco, bufar mucho, anda a largas zancadas, viste de negro, lleva chambergo,

medita, sufre, lucha, contempla pájaros solitarios desde la cumbre de los cerros, recuerda enternecido a su único amor;

2º) Desiderio Longotoma es pequeño, gordo, moreno, poco pelo, bigotillos, risueño, dicharachero, veloz, ríe siempre, guiña un ojo, anda a pasitos menudos, caza ratones para nocturnas experiencias, piensa con rapidez, bebe sus copas, mira con deleite a cuanta mujer guapa pasa por frente a sus ojos.

Pues bien, hubo un momento en que nada de lo que acabo de anotar subsistió. Hubo un momento, después de ese primer almuerzo en Curihue, en que la realidad fue otra. No quiero decir que los papeles o caracteres, en medio de esta inesperada refriega, se hayan cambiado; no; no es eso. Es otra cosa lo que acaeció aquella tarde, después de almuerzo, en el fundo de Curihue, de propiedad del capitán Angol, en medio de tantos buenos amigos y mientras caía y caía y caía esa angustiosa lluvia de savia tiñéndolo todo de lúgubres tonos violáceos. Otra cosa y hela aquí:

Tanto en el rostro de uno como de otro contendor, se presentó *otra alma*.

Señores: yo –como todos ustedes, seguramente– había creído que cuantos humanos hemos poblado, poblamos y poblaremos este planeta, poseíamos un alma, una sola, intransferible, exclusivamente personal y siempre igual a pesar de los muchos cambios que pudiese experimentar no sólo nuestro físico sino aún nuestro carácter, nuestros gustos, nuestras tendencias y pasiones y demás; pues todo esto último yo lo colocaba –y lo coloco aún– en una sección aparte del alma, del Alma; sección de los atributos, de lo transitorio, de lo evolutivo; sección, si se quiere, de lo que nosotros, pobres seres perecederos, alcanzamos a ver de lo permanente que hay dentro. Por lo tanto los cambios, de cualquier índole que fuesen, estarían más, mucho más, casi exclusivamente en nuestra miopía y no en el objeto mirado. Y esto sería así también para uno mismo, también para la auto observación. Y basta, por el momento, sobre este asunto.

Pues bien, si había –para mí, desde luego; para todos, creo poder afirmarlo– dos hombres que mostrasen su verdadera y sincera manera de ser, dos hombres espontáneos y sin teatro, dos hombres que se les viera de una pieza, eran estos dos hombres Longotoma y Lonquimay. Se puede objetar –¡frívola objeción!– que son dos seres complicados o retorcidos, etc. Esto no quita nada de lo que avanzo. Un reloj es complicado, nadie lo duda; sin embargo un reloj es un reloj y nada más que un reloj; sabemos, junto con verlo, que jamás podrá transformarse en medicamento o en combustible o en reptil o en nada que no sea lo que es. Y hay, por cierto, cosas más complicadas que un reloj. Total: podemos decir que tanto Lonquimay como Longotoma eran –o son– hombres de almas complicadas, difíciles de entender pero que eran –o son– hombres con sus respectivas almas bien a la vista, sin escamoteos ni rasgos superfluos o falsificados. Esto, por lo demás, era opinión de todos cuantos conocían –o conocen– a estos dos tan dignos personajes.

De pronto viene el altercado o incidente o discusión que vengo narrando. De pronto vi –vimos, creo– presentarse, a través de rostro y cuerpo de ambos, a otros dos seres desconocidos, insospechados por nosotros. Esto nos sumergió en la más aterradora estupefacción. Piénsese. Desiderio Longotoma seguía aullando:

–¡Ya esto es el colmo de la impertinencia! Usted, individuo Lonquimay, no comerá flores ni un solo día de la semana. ¡Cómase una col, eso es, una col y otra col y otra col! Y si se empalaga tráguese un salero en vez de pétalos y estambres. ¡Eso es: sal y sal y sal para usted! ¿Qué tiene usted que aconsejarme? ¿O estará borracho? Aquí ya esto apesta a ron. ¡Eso es: debe estar ebrio de ron y ron y ron! –Hizo una pausa y gritó –¡¡So peón!!

Y Baldomero Lonquimay, el grande, el respetable y solemne retrocedía, tartamudeaba, cambiaba de colores, parecía estar a punto de estallar en llanto... ¿Sería posible?

Aquí es cuando todos deben haber visto que se presentaban, en esos dos rostros, los otros dos inesperados seres. No dudo de que todos vieron. Sólo esto explica las seis actitudes nuestras:

El capitán, ahora frenético, se había lanzado entre ambos contendores y, poniendo una mano en cada pecho de los mismos, gritaba:

—*Brake!! Brake!!*;

Lorenzo, blanco como el papel, se había encaramado sobre una mesa y, cogiendo unos prismáticos enormes, trataba de penetrar el fondo de la contienda;

Rosendo se había quitado la chaqueta y se arremangaba las mangas de la camisa por si había que pasar a vías de hecho;

Teodoro yacía en el suelo desmayado;

Valdepinos, como un mono había salido y luego trepado a uno de los pilares del corredor y atisbaba la escena a través de una ventana sin preocuparse de su vestón gris perla que se empapaba de savia violeta;

Yyo, sintiendo que siempre me flaqueaban las piernas, me había cogido fuertemente de la mesa para no caer.

Mientras tanto los perros ladraban, y los gatos, despavoridos, huían por los tejados; junto con abandonar todas las aves sus nidos.

Ya lo he dicho: ¡no era para menos!

No sé cuánto duró... Diez segundos, medio minuto, un minuto o más... No lo sé. Pero los dos rostros desconocidos se habían presentado.

“El hombre no es una unidad” —me dije y, sin querer, doblé las rodillas cayendo de hinojos.

Volví a alzarme dificultosamente mientras la cabeza me dictaba los siguientes conceptos:

“El hombre se diluye; el hombre es un aglomerado de tentáculos; el hombre puede ser el hombre que no es; hay miles de hombres en cada hombre; los hay en mí, en ti y en nos; el hombre, al ser todos..., ¡el hombre no es! ¡Virgen Santa! Nunca más poder decir ese *es* Fulano o Zutano; nunca más poder contar con la carne y huesos de Mengano o Perengano...; porque todo es apariencia, cambio y ebullición; y de un amigo A puede transparentarse primero, surgir después un desconocido B... ¡Santa Virgen! Porque aquel no es Longotoma ni aquel, Lonquimay... ¿O será que han sido poseídos por entes extraños y obran sin sus peculiares razones como obra un ser cualquiera sometido a una corriente eléctrica? ¿Será esto?

Aquí quedé nuevamente alzado y vertical aunque siempre cogido con ambas manos de la mesa y tiritando. Porque seguía plasmándose en Desiderio ese otro sujeto hecho de ira y frenesí; y seguía plasmándose en Baldomero el pobre sujeto temeroso, niño hecho de perdón sin saber por qué lo implora.

Ya iban a abofetearse, patearse y morderse —el uno en ataque, el otro en defensa— arrollando al árbitro del capitán y mezclando seguramente en la contienda a Rosendo que había ya terminado los menesteres boxeriles de su camisa, cuando...:

¡Sonó el gong!

La llavera lo había tocado con sus fuerzas todas.

Hubo un instante de detención. Hubo también uno de silencio. Todo se interrumpió. Sólo siguió con vida el caer sangriento y vinoso de la implacable savia y el lúgubre ulular del viento a través de sus gotas espesas.

El capitán Angol estuvo aquí magnífico pues aprovechó las vibraciones del gong para proferir con voz de mando:

—¡Alto!

Luego, con calma, preguntó, dirigiéndose a los contrincantes pero sin mirarlos:

—¿Quiéren decirme ustedes qué ocurre aquí?

Silencio. Hasta que oímos un débil "toc-toc". Era el cínico de Valdepinos que golpeaba a los cristales de la ventana, desde su pilar del corredor, alargándose como un mono de goma. Al recibir nuestras miradas pidió con gestos que un batiente se abriera para poder hablar. Lo abrí yo. Valdepinos dijo:

—Lo que ocurre, capitán, es que esos dos hicieron aparecer en sus rostros y ademanes otros rostros y ademanes; y eso trastorna al más fuerte y estable.

Alargándose aún más cerró él mismo la ventana y recogióse luego, siguió encaramado en su pilar.

—No es suficiente —murmuró el capitán.

Lorenzo dejó sobre la mesa sus prismáticos, avanzó dos pasos y carraspeó. Todos nos volvimos hacia él pues su palabra, he de decirlo, hacía autoridad. A tal punto es así que Teodoro Yumbel volvió de su desmayo y se incorporó. Entonces Lorenzo dijo:

—Tiene usted razón, capitán. El hecho de que en un rostro cualquiera se presente, en un momento dado, otro rostro, aunque sea inesperado y aunque fuese su completo contrario, no es suficiente para que hayamos experimentado, los aquí presentes, esa extrañeza que nos llevó hasta la paralización y casi hasta el pavor. Disculpen —agregó con voz más queda—, pero creo que el pavor estuvo a punto de visitarnos a todos.

Inmediatamente me apresuré a confirmar el mío. El capitán y Rosendo también confirmaron. Valdepinos, desde fuera, asintió con muecas. Teodoro dijo:

—Esa fue la causa de mi desmayo.

Lorenzo siguió:

—A veces puede causar pavor el hecho opuesto: que *no* se presente otro rostro. Me explico:

“Algo ha sucedido. Subrayo la palabra *algo*. Es decir, ha habido una causa. Digamos una causa que *debe* producir susto, o hilaridad, o angustia, o regocijo, o lo que ustedes quieran. Los rostros, en mayor o en menor grado, obedecen. Es lo natural, es la naturaleza cumpliendo con sus leyes. Pero hay un rostro que no ha obedecido. Y antes había obedecido siempre. Este hecho, créanme, paraliza y conduce hacia el pavor. Resumen: que no se presente el rostro, o la expresión correspondiente y esperada, habiendo actuado una causa real y manifiesta para que rostro y expresión se presentaran. Ante esto, repito, puede sobrevenir un pavor. ¿No lo creen ustedes?

—¡Lo creemos!

—Comprendo que lo crean ustedes. Pues ha habido algo inesperado. Alguien, por ejemplo, cuenta un chiste, un buen chiste; un señor X ha reído siempre con los buenos chistes porque de ellos siempre ha gustado; ahora todos ríen y él... queda impávido. ¡Alarma general! ¿Qué le pasa a X? ¿Qué ocurre? Se precipitan a averiguar la causa; se la encuentra —no había oído, tenía una grave preocupación oculta, dormía, etc.— es la restitución de la calma y... ¡aquí no ha pasado nada! No se la encuentra, no hay respuesta...

¡Horror! Entonces no queda más que apelar al facultativo, telefonar al galeno... (Hizo aquí Lorenzo una reverencia y dijo respetuoso): En nuestro caso, para qué decirlo, apelar y telefonar al doctor Hualañé. ¡Por el doctor Hualañé!

Alzó su copa. Salvo los combatientes, los cinco alzamos las nuestras y contestamos:

—¡Por el doctor Hualañé!

Y bebimos.

Lorenzo siguió:

—Señores, si hay causa no hay pavor; si no hay causa es la locura, es el pavor. Señores, mucho me temo que alguien, alguien... (miró de soslayo a Desiderio Longotoma) haya aquí procedido sin causa. Me explico: ¡sin causa para hombres razonables, sanos! Acaso, con causa para fantasmas, sabandijas, trastornados mentales y otras inmundicias. Comprendo, sí, a nuestro amigo Baldomero Lonquimay. Si nosotros hemos quedado paralizados, ¡hay que imaginarse lo que esto para él ha podido ser! Y un golpe así tiene que hacer presentarse en un hombre otro hombre apropiado para afrontar a la locura que se le viene encima. Es el rostro que ha mostrado Lonquimay, el rostro inesperado y, por ello, pavoroso aunque fuese el remedo del de un niño lleno de temor y perdón. Mas por este lado el pavor ya terminó. Hemos encontrado la causa: ¡su actitud absurda de usted, Desiderio Longotoma! ¿Puede acaso explicarse?

Silencio. Ansiedad.

Un grito desde fuera, velado por los cristales, nos interrumpió:

—¡Viva el doctor Hualañé!

Era el cínico de Valdepinos que, oyendo a medias desde su pilar lo que adentro se hablaba, alzaba su copa ya vacía en espera de un nuevo brindis. Nadie se ocupó de él.

Entonces el interpelado sonrió, algo amargamente, por cierto. Restregó sus manos, con cierta torpeza, por cierto. Luego exclamó:

—¡Insensatos! ¡Hombres de poca perspicacia!

Volvió a sonreír; mejor dicho, volvió a hacer un esfuerzo por sonreír y por restregarse las manos con soltura, con esa soltura que le era habitual. Se veía que el hombre quería a toda costa reintegrarse en su verdadera y tan magnífica personalidad. Pero gritó frenético sin lograr la ambicionada reintegración:

—¡Conque no ha habido causa alguna...! ¿Eh? ¡La hubo, señores, la hubo! ¡Oh, pobres hombres faltos de agudeza!

—Esperamos que nos la haga usted conocer —dijo con suavidad el capitán.

—A ello voy —respondió Longotoma—. Señores, el hombre Lonquimay, todos lo sabemos, es un grande hombre. Cuanto habla su boca es serio, tiene fondo. El descuido no existe en sus palabras como tampoco en sus gestos ni en sus ropas ni en sus barbas. El hombre Lonquimay debe ser tomado como un enunciado matemático, como una ley de las altas ciencias. ¡Oh, flores, hermosas y fragantes flores! *Femeninas* flores... Fe-me-ni-nas. Sólo con modular la palabra "flor", en toda mente se evoca el más puro esplendor del sexo débil. Tanto es así que en las lenguas de doble género —masculino y femenino— la enorme mayoría de las flores llevan nombres de género femenino. Estoy cierto de que han sido nombres puestos por la espontánea y clara y benévola intuición del pueblo todo al quedar arrobado ante los pétalos y aromas de ellas las femeninas flores. Las hay algunas, no lo niego, que tienen nombres de género masculino, nombres que burlan al mandato de la naturaleza. Estoy cierto de que han sido impuestos por pedantes gramáticos y retóricos de laboratorio, o por... ¡Calla boca, calla boca! Ya mí, a este Desiderio Longotoma que soy y

que todos saben ser tan alejado de laboratorios como alejada se halla la más alejada nebulosa de nuestra Tierra, a éste, se le pide ingerir flores masculinas, digo, flores bautizadas por retóricos y gramáticos o por... ¡Calla boca, calla boca! Y el hombre Lonquimay, lo sabemos, no habla sin pensar, sin medir, sin sopensar y somedir. Todo en él lleva su intención. ¿Comprenden ustedes lo que ese rojo abejorro ha querido propalar aquí en medio de esta corte de amigos? Señores, ¡nada de rodeos! *Un* crisantemo, *un* alhelí, *un* clavel, *un* tulipán, *un* jazmín... Baldomero Lonquimay me ha clasificado públicamente, ¡sí, señores!, de invertido, ¡de pederasta!

Un murmullo, que pronto fue elevándose a la categoría de sirena de alarma, creció de todos nuestros pechos. Llegó a apagar el ulular del viento entre la savia. El gong, a lo lejos, repicó como tocando a zafarrancho. Longotoma abrió los brazos pidiendo calma y silencio. Cuando los hubo obtenido agregó:

–He de arrancarle las barbas a ese insultante individuo.

Y avanzó hacia él.

¡Oh! ¡Oh! Pero la cosa, mientras tanto, había cambiado:

Ahora Baldomero Lonquimay no era el temeroso niño inocente. Era ahora un león, un centauro, un cientopíes, era, otra vez, Baldomero Lonquimay, y avanzaba también hacia su contrincante. Sólo los que hemos visto este avance podemos concebir lo que es en realidad un avance. Era lento, hecho de grandes pasos que, tras de ser hechos, se detenían; pasos que crispaban las manos de quien sobre ellos caminaba; pasos que convertían los ojos de su propietario en dos brasas rojas, penetrantes, fulminantes. Pasos que eran pasos para no serlo al detenerse; y para volver a ser pasos al volver, tras largos segundos, a ser. Y ante cada paso así, Desiderio Longotoma –convertido ahora y de súbito en pelotita de goma– tiritaba y saltaba hacia atrás, aterrado, pero –¡oh, cataclismo que se avecinaba!– con un salto de varias, de muchas pulgadas más corto que los pasos que los perseguían. Era cuestión matemática: aquel alcanzaría a éste y éste sería descuartizado por aquel.

Mas el capitán no dormía. Un verdadero capitán nunca duerme. Despierto como estaba, comprendió dos hechos: a) que aquella riña debía ser interrumpida a riesgo de malograr esos lindos días de campo cordillerano en su fundo; b) que, dado el extremo a que el incidente había llegado, y no era suficiente gritar *brake* ni hacer retumbar el gong. Entonces, de un brinco más veloz que el de un jaguar, alcanzó hasta el muro opuesto del comedor, descolgó de él su sable de parada, lo desenvainó y dio, hendiendo el aire entre ambos reñidores, el más formidable sablazo, de arriba a bajo, que se haya dado en este mundo.

Aquí –¡lectores, si los hay!: no olvidéis que nos hallamos allá en el año de 1927–, aquí el capitán Angol –primo hermano de Lorenzo y gran amigo mío–, aquí el capitán Angol –árbitro de aquel memorable combate y estimado por todos los en él presentes–, aquí el capitán Angol –aviador que con su avión llegó hasta Dios–, aquí el capitán Angol –propietario del hermoso fundo de Curihue–, aquí el capitán Angol, digo, aquí el capitán Angol, con su ultraformidable sablazo, avanzó por las ciencias del siglo xx hasta más allá, mucho más allá de este año de 1945, año en que yo, en mi rincón de Loreto y junto al naranjo y al pavo, escribo las vidas de aquellos tan insignes personajes. Dejadme, lectores, que me explique:

El sable del capitán Angol –gracias, desde luego, a la mano que lo empuñaba– hizo y dejó hecha, en el plano de su trayectoria, una lámina de material plástico. Todavía, en este

momento en que vivimos, no se ha llegado a la perfección de aquella lámina: transparencia total pues nadie, con la vista, habría podido adivinar su presencia; perfectamente perforable por las ondas sonoras pues se podía hablar a través de ella como si no existiera; los olores, igualmente, la atravesaban sin ningún tropiezo; carecía totalmente de peso; era, por cierto, inoxidable; como los patos, no se mojaba con el agua; puedo asegurar que tampoco se mojaba con la savia, como la chaqueta de Valdepinos, por ejemplo; ininflamable; asísmica; a prueba de balas de revólver y pistola y aun de carabina (se ignora, balas de fusil); permitía el paso de los rayos ultravioletas; inastillable; insoluble; en fin, ¡la perfección!

Tal vez ya se fabriquen o se empiecen a fabricar productos semejantes a la "Lámina de Sable" (nombre con que bautizamos a este plástico, obra del capitán Angol; quien –dirélo al pasar– no quiso, por modestia, que ni su nombre ni su grado figurasen en el apodo); tal vez y, por mi parte, no lo dudo y así lo esperó. Mas creo difícil, difícilísimo que otra característica de la Lámina de Sable ya se haya logrado; creo que pasarán muchos años, decenios, antes de que se logre realizarla. Me refiero a su punto neurálgico, me refiero a la *impenetrabilidad* de dicha lámina, impenetrabilidad que no disminuye, ni siquiera altera en lo más mínimo las cualidades que he mencionado más arriba.

Vuelvo a explicarme:

Ningún sólido podía atravesar la Lámina de Sable. (Claro está que hago aquí algunas salvedades: desde luego he asegurado hasta el sólido "bala de carabina" pero no me he atrevido a ir más lejos; creo que los olores son partículas sólidas y ellas, como dije, atravesaban; etc.; pero aquí se trata de sólidos mayores). Diré, pues, que ningún sólido mayor la atravesaba.

Baldomero Lonquimay, como cualquier humano, era y es un sólido mayor; Baldomero Lonquimay, por lo tanto, no podía atravesarla y, por lo explicado anteriormente, Baldomero Lonquimay –como Longotoma y todos los demás– no veía la lámina ni sus oídos dejaban de percibir ruido alguno por su presencia. Dado lo cual, después del hipersablazo del capitán, Baldomero Lonquimay siguió su avance pero..., pero... de pronto topó de narices con la nada y allí mismo quedó detenido. La estupefacción del hombre no tuvo límites. Instintivamente retrocedió. Entonces Desiderio Longotoma creyó –muy justamente, al parecer– que su rival retrocedía acometido por un miedo súbito. Con tal creencia se rehizo y, a su vez, atacó. Atacó, avanzó y, él también, dio de narices con la Lámina de Sable y, sin saber qué diabólicas artes allí imperaban, hizo marcha atrás hasta caer sentado en un sillón.

Punto de suspenso.

El capitán habló:

–Amigo Lonquimay:

"El aquí presente amigo Longotoma explicó –aunque algo más violentamente de lo que hubiese sido deseable– las razones que lo impulsaron a lanzarse cual fiera en contra de usted. Desearíamos que ahora nos informara usted sobre su actitud reciente, actitud también de fiera. No dudamos de que usted nos complazca, sabedores, como somos, de su nunca desmentida caballeridad.

"Amigo Lonquimay, le escuchamos a usted.

Habló entonces Baldomero, de pie, con lentitud, con firme voz de bajo, con gesto moderado y ojos serenos. Dijo:

—He comprendido que toda palabra, todo ademán, toda mueca llevan un significado. Es un significado a veces equivalente a su propia manifestación externa; mas, otras veces, es mayor. He comprendido que *tiene* que ser así; que de no serlo, la vida sería un contrasentido pues sería el imperio del efecto sin causa. Yo no creo en tal cosa. Mi educación y mi estirpe me lo impiden.

—“Causa y efecto” —he aquí uno de los cuatro mil ochenta y ocho principios que sostienen a mi espíritu, a mi intelecto y columna vertebral en perfecto estado de erguidéz o erguidamiento— que de ambas maneras es dable decir.

—¡Demasiados principios! —gritó alguien.

Nos volvimos: era el cínico de Valdepinos que entraba nuevamente al comedor. Chorreaba savia. Nadie se preocupó de él. Entonces se sentó en silencio, alargó sus longitudinales piernas, hizo circular un ojo y púsose a escuchar al orador que ahora decía así:

—Siempre he aplicado “causa y efecto”. Mas mi aplicación no había ido tan lejos como para alcanzar el género masculino o femenino de las palabras. Acaso error mío. Pues si uno prefiere una palabra de este o aquel género, señores: ¡por algo será! Tiene, para ello, que haber una causa. Rindo aquí público homenaje a la sagacidad, a la fina sagacidad causa-efectivista de mi ilustre contrincante.

“Pero ¡ay! Me temo que el sagaz insultante, junto con reconocer que nada puede existir sin causa —sea sin un significado especial—, haya errado al dar la interpretación que dio. No vamos a discutir. ¡Basta ya de polémicas y arremetidas de fieras! Yo, sumiso, me someteré a la interpretación ya dada. Pero advierto que jamás he pensado tan infecta cosa de tan recto personaje. Si tal es la interpretación quiere decir que su origen se encuentra en un subconsciencia mía tan honda, tan lejana que ya no es mía. La subconsciencia del hombre, sobre todo de un hombre de mi linaje y reciedumbre, puede ir a tales inimaginables distancias que de pronto deja de pertenecerle con exclusividad y pasa a ser don de la humanidad entera. Uno se convierte entonces en voz, en reflejo, en eco...; eco, reflejo y voz más que humanos; voz, reflejo y eco de lo cósmico, de aquello que sin uno podría haber quedado por los siglos de los siglos sin expresarse por falta de voz, eco y reflejo.

“Aglomeración de causas y efectos, desvaríos, pensamientos, hipótesis, suposiciones, intuiciones de los milenios todos en mí han repercutido y se han expresado con esa selección de flores masculinas que mis labios han expelido. Pero yo, yo el de aquí, éste que veis, niega, en cuanto a sujeto personal, y se inclina ante el amor agudo y voluptuoso que Longotoma Desiderio experimenta frente a cada bella que cruza por el campo de sus rayos visuales. ¡Honor al recto sexo de Desiderio Longotoma!

—¡Honor! —respondimos.

—¡Mil veces honor! —acentuó el orador.

—¡Siete mil veces honor! —fue nuestra aprobación.

—Prosigo: me he sometido, he comprendido y, como otro de los cuatro mil ochenta y ocho principios que albergo es el de proceder según la luz de mayor luminosidad ante un asunto dado —en este caso, la del señor Longotoma— y según la general opinión —en este caso, la de todos los presentes pues nadie ha protestado por las afirmaciones del ya mencionado señor—, acepto e interpreto; mejor dicho, acepté e interpreté y, gracias a ello, vi y sé.

“¿Qué?”

“Oigan ustedes:

“El hombre Longotoma me ha llamado “vil” y “ruin”; me ha calificado de “pez” y de

"can"; ha dicho que no debo comer flores sino "col" y "sal"; ha dicho que he de encontrarme ahora ebrio de "ron". Ahí tenéis, pues, su hermosa prosa tan lindamente dedicada a mí: "vil, ruin, pez, can, col, sal, ron". Pudo haberme llamado, respecto a los dos primeros vocablos: "belitre, despreciable, bellaco, desmedrado, mezquino, roñoso, cutre, infame, alevoso, desleal" y qué sé yo. Para los dos siguientes: "pescado, tiburón, marisco, salmone-te, pejesapo, ostión, perro, canino, quiltro, chucho, arestiniento" y qué sé yo. Quiso hartarme con sal; ¿por qué no con "pimienta, salmuera o mostaza"? Quiso verme con una col en la boca; ¿por qué no con una "cebolla, un ajo o un ají"? Quiso verme ebrio de ron; ¿por qué no de "peleón, aguardiente o chicha"? Señores: porque para mí quiso los *monosílabos*. ¿Comprenden ustedes? Porque soy, según él, un "truhán", un "peón"; monosílabos también y...

—Un momento —interrumpió Lorenzo—. Tengo entendido que tanto "truhán" como "peón" son bisílabos.

—Yo también me atrevo a entender así —murmuró el bueno de Yumbel.

—*Moi aussi* —confirmó Valdepinos.

Yo, por mi parte, hice memoria de mis antiguas lecciones gramaticales y llegué a la conclusión, aunque no con mucha certeza, de que esas dos palabras eran como Lorenzo, Yumbel y Valdepinos afirmaban. Lo expresé en alta voz.

Longotoma, desde su rincón, me agradeció con una sonrisa tal como lo había hecho con los otros tres.

Baldomero dijo:

—Esas palabras son monosílabas.

Los demás dijimos:

—Esas palabras son bisílabas.

Rosendo dijo:

—En vez de discutir consultemos a Cuervo.

El capitán dijo:

—Mejor sería consultar a Bello.

Lorenzo preguntó:

—¿Por qué no a la Real Academia Española?

Valdepinos insinuó:

—No creo que haya necesidad de tanto. Con que uno de nosotros —Paine, por ejemplo, que tiene aquí su coche— vaya a Santiago o a San Agustín de Tango y consulte a un profesor de gramática...

—¿Yo? —clamó Rosendo—. ¡No! Cuando hay un aviador con su avión, nosotros los pobres automovilistas...

—¡Que se vote! —gritó Longotoma.

—¡Silencio, por piedad! —vociferó Lonquimay —¡acepto: son palabras bisílabas! ¡Acepto! Y justamente en tal cosa anida el peor insulto que ese regordete ha proferido en mi contra...

—¿Cómo así? —inquirimos todos.

Baldomero explicó:

—"Tru-hán": dos sílabas; "pe-ón": dos sílabas. Pero el muy maligno, a pesar de que tienen dos, las pronunció como si tuviesen una: de un golpe, de una emisión, de un escopetazo, de un diptongonazo. En "truhán" escamoteó alevosamente la "h"; en "peón" hizo de la fuerte "e" una débil "i". ¡Oh, miseria; oh, ruindad; oh, falacia; oh, funestas añagazas!

—Bueno, ¿y qué? —interrumpió ya aburrido el capitán—. ¿Adónde quiere usted ir a parar?

—Es verdad, capitán —admitió el pelirrojo—; me he salido del asunto pero ha sido a causa de esas menciones de la Real Academia Española, de don José Rufino y de don Andrés.

“Quiero decir, únicamente, que si hay en nuestra lengua tantas palabras bisílabas y polisílabas para designar lo que se aparentaba designar, el hecho de haber escogido las “mono” llevaba una escondida intención. Porque “mono” no es sólo el cuadrúmano ni sólo el delicado adjetivo. “Mono” es también: “único, uno solo”. Aquí subrayo: *uno solo*.

“Señores:

“‘Uno solo’ es el solitario, el sin compañía, el que se basta y se satisface a sí mismo.

“Señores:

“Ese adiposo varoncillo, en medio de esta corte de amigos, me ha calificado, públicamente, de fiel adepto de la masturbación, ¡de adorador del onanismo!

El alboroto fue aquí descomunal.

Vi figuras que iban y venían, que corrían y saltaban. Me pareció que nosotros ocho nos habíamos convertido en ochenta, en ochocientos. Alcancé a ver que el capitán —o los diez, o los cien capitanes— se dirigía al muro del sable acaso para improvisar muchas más láminas plásticas. Creí que iba yo a perder el conocimiento, y tal vez para siempre. Cuando de pronto —ignoro totalmente gracias a qué— tuve fuerzas, me sentí despejado y mis ojos —guiados por Dios sabe qué benigna entidad— se clavaron sobre un esquinero y vieron, en una de sus tablas, un pito. Automáticamente corrí y lo cogí. ¡Toqué el pito!

Y el pito dio resultado... ¿Sí? Momentáneamente, ¡nada más! Lo comprendí...

Mas la benigna Entidad me iluminó. Y como todos estaban en suspenso aproveché para decir a los rivales —ora gritando, ora implorando— las frases siguientes:

—Gran Baldomero,

Buen Desiderio:

“Estoy haciendo la biografía de todos ustedes. Creí, en un momento, que, para dar mayor interés a mis presuntos lectores, debería hacer una biografía novelada. Esto me hizo pensar en un esfuerzo más, en más labores y acaso en dolores de cabeza. Ahora veo, gracias a los acontecimientos que acabo de presenciar, que no habrá necesidad de tales esfuerzos y labores extras y de tales dolores. Con sólo referir fielmente... En fin, bajo este aspecto, les agradezco a todos, sobre todo a ustedes dos, Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma, magníficos protagonistas. Quiero también agradecer a nuestro anfitrión, el capitán Angol, por haber prestado tan digno escenario a los sucesos que acaban de acaecer y —no lo deseo— pueden seguir acaeciendo. (Aplausos). ¡De nada, amigos, de nada!

“Pero... Por desgracia hay siempre un “pero”. Si esta contienda sigue, córrese peligro de que mis biografías —noveladas o no— terminen aquí con muertos y heridos. Y esto no es conveniente. Porque espero, ¡ay!, que todos ustedes tengan aún muchas y muy grandes cosas que realizar.

“Pido, pues, una franca reconciliación entre ambos combatientes.

“Han de preguntar ustedes:

“—¿Reconciliación basada en qué, puesto que todavía nada se ha aclarado?

“Amigos míos, reconciliación basada en esto que les voy a decir:

“Páginas atrás describí —lleno de júbilo, ¡créanmelo ustedes! —aquel radiante momento en que ambos contendores trabaron conocimiento y amistad. Me refiero a lo sucedido en la ciudad de B cuando usted, Baldomero, llegó a ella en afanosa busca del que debería

ser el *uno* de aquel doble más uno; cuando usted, Desiderio, fue, justamente, aquel *uno* buscado. Yo, Onofre Borneo, biógrafo de todos los presentes y de muchos ausentes, después de narrar ese encuentro, escribí pletórico de fe:

—*Una amistad así no se quebrará jamás.*

“Amigos:

“En nombre de esta afirmación mía, que se halla estampada con negra tinta sobre blanco papel, ¡pido la reconciliación!

El ambiente, de golpe, se trastrocó.

Fue, súbitamente, una alegría rutilante.

Todos los rostros centellaron refulgentes.

Rasgó los aires una algarabía alborozada.

Los ocho humanos allí presentes fuimos cayendo de los unos tras los otros en los brazos para en seguida recaer en los brazos de los otros tras los unos.

¡Qué momento!

No lo olvidaré jamás.

Luego aquello volvió a trastrocarse pero ahora de mejor en mejor, de más hondo en más hondo, de más emocionante en más punzante.

Lloramos.

Todos lloramos de exaltación agradecida.

Y nuestros llantos, elevando sus notas de más en más, pronto fueron ocho sirenas melodiosas que hendieron la atmósfera, traspasaron puertas, ventanas y muros, y salieron a unirse y enroscarse con el otro ulular, el lúgubre ulular del viento natural al arpeggiar en las cuerdas de la savia inagotable.

¡Qué acordes! ¡Qué música! ¡Qué cánticos!

Los relojes, siempre vecinos, dieron las 4 de la tarde.

Cesó el alborozo.

Reinó la normalidad.

La lluvia de savia empezó a disminuir. Era ahora una ligera llovizna tornasol. Como el viento acabó, caía esa llovizna en silencio. Al tocar el suelo no sonaba.

Era como el caer y tocar de la nieve.

La gente se dispersó. Yo salí al corredor y respiré a pulmones llenos. El cínico de Valdepinos se acercó, me cogió de un brazo y me pidió que nos alejáramos un poco más pues siempre hay que desconfiar de las orejas, no sólo de las enemigas sino de todas ellas. Cuando creyó encontrar un sitio adecuado, junto al último pilar —¿qué buen entendimiento habrá entre este hombre y los pilares?—, me dijo en voz queda:

—¿No cree usted más prudente regresar a Santiago?

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró con un ojo bien abierto y con el otro entornado; el primero giró varias veces en su órbita. Luego dijo, entre sonriente y dudoso:

—Esto me huele mal. Demasiado, demasiado... ¿Cómo decir? En fin, ¡demasiado! Me temo, distinguido amigo, que ese tunante del capitán nos esté tomando el pelo a todos o bien que a nosotros dos nos considere como locos, ¿me entiende?, como esos demás locos. ¿No lo cree usted?

—No —respondí—. Yo permaneceré aquí hasta el fin.

—¡Lo felicito, amigo Borneo! —exclamó entonces estrechándome la mano—. Le confe-

saré a usted que yo no me movería de este fundo ni por un millón. Esto promete, esto promete. Era sólo cuestión de conocer su apreciable opinión de usted.

Y se marchó rozando todos los pilares del largo corredor.

Entré en el salón, un vasto, solemne y sombrío salón. Por una de sus ventanas vi que allá, tomados del brazo y en amena charla, paseaban Lonquimay y Longotoma. Sentí un franco orgullo por mi oportuna intervención.

Me senté en un sofá de satén azul. Luego se presentó Yumbel. Un rato después, mientras tomábamos el té, entablamos ambos una larga conversación.

(Aquí he de explicar que es vieja costumbre en Curihue servir a cada persona el té en el mismo sitio donde el llamado del gong la sorprende; así como el desayuno cada cual lo ordena donde bien le parece; y así como almuerzo y cena son siempre servidos en el comedor. Teodoro Yumbel y yo, por lo tanto, tomamos nuestro té solos en el salón).

Quien más picaba mi curiosidad, de todos los que nos encontrábamos en Curihue, era el cínico de Valdepinos. No quiero decir con esto que le considerara yo el huésped de mayor interés. Tal vez sería por conocerlo menos que a los demás. Frente a éstos ya sabía yo como mantenerme, como situarme, como seguir —más o menos— el curso de sus respectivas mentalidades y emociones. En cambio frente a Valdepinos... Frente a los otros era navegar por ríos tortuosos y agitados —si se quiere— pero conocidos; frente a aquel era navegar por río más sosegado —si se quiere— pero desconocido. Me intrigaba grandemente un hombre de esa talla larga y de complexión de alfiler trepándose a los pilares y sin parar mientes en los azotes que la lluvia prodigaba a su distinguido traje gris perla, tanto más cuanto que esta lluvia era de savia. Por esto, apenas la criada se hubo alejado —dejándonos con nuestro té, leche, azúcar, limón, queso, pan, buñuelos, pastelitos, mantecados y demás— pregunté a mi compañero:

—¿Conoces tú de muy antiguo a ese joven Valdepinos?

—Sí —me respondió—. Años ha que lo conozco. Desde mi primera visita a París, en 1922. Cinco años. Aunque no nos conocíamos, ahí estaba en la Gare du Nord esperándome. Me reconoció por unas fotos de un amigo común, Rubén de Loa, el pintor. Como yo había escrito a éste dos palabras anunciándole mi llegada, Valdepinos se ofreció para ir a recibirme, buscarme hotel y demás. Rubén había tenido que ausentarse de París por algunos días. Ya te digo, me reconoció apenas bajé del tren. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es al que menos conozco de los presentes —expliqué—. El tipo me inquieta. ¿Qué hace, cómo es?

—¿Qué hace...? —repitió Teodoro—. No lo sé. Vive, vive como ha vivido siempre y siempre vivirá. Hay tipos así, tipos que viven para vivir porque viven, sin más. Tipos, se me figura, que no van a morir nunca.

—¡Interesante! —exclamé para aguijonear al bueno de Yumbel hacia la charla y confianza—. Cuenta. Me interesa el caso y, además, me interesan las anécdotas de todos vosotros. Cuestión de las biografías..., tú comprendes.

—Hagamos entonces un poco de memoria.

—Te escucho.

—Mi primera impresión sobre Valdepinos, allí en los andenes de la estación, fue la de un ojo de loro que giraba velozmente como para perforar cual un tornillo. Mi segunda impresión fue la del otro ojo, ojo fijo, sereno, inmóvil, ojo que sostenía con firmeza al objeto o persona que el primero atravesaba. Amigo Borneo, me sentí inquieto. Yo no tengo costumbre de que se me traspase. Tú sabes, buen amigo, que yo quiero paz, que yo

quiero que nadie me perturbe para entonces yo traspasar. ¡Pero no a otros seres! Simplemente a los asuntos de mis preocupaciones y estudios. Mala llegada se me antojó aquella a la ciudad tan anhelada. Porque sobre esas dos impresiones cayó una tercera: yo soy, tú lo ves, de mediana estatura, más bien de baja estatura. No creas que quiero caricaturizar, pero cuando un hombre bajo tiene una valija en cada mano y no atina, por lo tanto, a quitarse el sombrero, ese hombre bajo se hace más bajo todavía; y esto en él mismo, intrínsecamente, sin comparar. Ahora bien, si a esto se le pone al lado un largo, larguísimo personaje como Valdepinos... ¡Imagínate! Entré, pues, en París de un modo poco digno para la gran ciudad. Porque he de confesarte, Onofre, que ese cínico, al abordarme, me saludó con exquisita amabilidad e inclinándose de tal manera que quedó doblado en dos o en tres o en qué sé yo cuantos dobleces. Nadie ignora, buen amigo, que cuando un hombre de elevada estatura se encorva, su estatura crece, se agiganta. Así nos saludamos. No recuerdo qué juego hubo entre mis manos, mis valijas y mi sombrero. Porque nos saludamos, sí. ¡Onofre! ¡Qué bien has hecho en ponerme el tema! ¡Acabo de recordar! ¿Sabes cómo fue? Así: yo me incliné para dejar en el suelo la valija que llevaba en mi derecha y poder entonces saludar pero, al intentarlo, Valdepinos, veloz, alargó su izquierda y se amparó de mi valija en un generoso gesto de ayuda. Nos dimos la mano y luego me quité rápidamente el sombrero mientras mi nuevo amigo tocaba el ala del suyo sin quitárselo. Después no alejamos con una valija cada uno. Fue muy amable. ¿Y sabes tú por qué lo he recordado? Pues porque en la valija que tomó Valdepinos iban mis escritos, los apuntes de viaje que había yo hecho durante la travesía. Pensé entonces que aquello era de buen augurio, que contrapesaba el mal augurio de esos ojos y dobleces al haberme encontrado, apenas en tierra parisina, con un hombre habituado a la ciudad luz, un hombre que, por encima de tan dignos hábitos, se apresuraba en hacerse cargo de la obra de mi espíritu. "Bonito símbolo" —pensé. De este modo, pues, salimos de la estación en demanda de un taxi. ¡Qué curioso! ¿Cómo podía haber olvidado esos gestos y los significados que en ellos vi?

¡Oh, sí! Ahora vislumbro: acaso no los había olvidado. Acaso esos momentos de mi llegada estaban solamente recubiertos por algo más denso. No es perder una cosa si ella está allí pero recubierta por otra más densa, ¿no lo crees? Junto con tanta amabilidad vi, vi, vi yo también a través de esos dos ojos que a mí me veían. ¡Qué raro! Dos ojos, ya te lo he dicho: el uno sujetándome, el otro escarbándome. Y yo, asustado, viendo, más allá del iris, por el nervio óptico para adentro. Esos ojos quieren ver qué ojos pongo yo ante mi primer encuentro con la gran ciudad. Por eso mismo trato de no poner ojos de ninguna clase. Pero veo que los de él han visto la intención mía de no poner ojos... ¡Qué molesto!, te lo aseguro. Pues, a pesar de sus reverencias y amabilidades, veo que el muy cínico ríe, ríe allá dentro de él, ríe por el hecho simple, inocente de que un chileno llegue por primera vez a la Gare du Nord, y por el hecho, no menos simple e inevitable, de que la Gare du Nord se encuentre en París.

"Me propone un hotel, un pequeño hotel, muy indicado *para mí*. ¿Por qué para mí? En fin, Valdepinos se explica y, como toda explicación suya, aquello es un laberinto de enredos. Poco entiendo, poco saco en limpio. Sólo vagamente llego a la conclusión de que el hombre ha propuesto su hotelito como para experimentar, como para ver mejor qué ojos y qué cara voy yo a poner una vez metido en él. Varios compañeros de a bordo me habían recomendado otro hotel; declino, pues, su ofrecimiento y le pido, ya que tan amable es, me acompañe al propuesto por los citados compañeros. ¡En el acto, inmediatamente!

te! Valdepinos se apresura en aceptar y su ojo movedizo gira, gira y hace que su boca sonría, pero que sonría hacia abajo. ¡Qué hombre tan raro! Porque luego sonrío su boca como la de todo el mundo, hacia arriba, y es entonces su sonrisa una mueca desdeñosa.

"A todo esto, amigo, ¿te das cuenta?, el taxi avanza, corre, penetra en París. ¡Y por primera vez! Yo, se entiende; no el taxi; ni tampoco Valdepinos. ¿Sabes tú qué hace éste allí dentro del taxi y a mi lado? Pues deja clavado sobre mí un ojo inmóvil que escudriña, fijo; y con el otro mira los panoramas parisenses que vamos cruzando; luego este ojo hace entrega al primero, al clavado en mí, de lo visto al pasar; y éste, una vez que recibe y verifica que yo también he visto tales panoramas, me desnuda y espera.

"Mientras tanto hablamos: "Camaraderías de a bordo...; el eterno clan sudamericano...; no abandonar jamás totalmente pampas y cordilleras...; etc."

"Créeme, Onofre, yo no iba a Francia a oír tales comentarios. No tenía interés alguno, si había abandonado mi país, en que se me trajera de nuevo a él creándome otra persona un ambiente artificial de él y esto en los momentos de alcanzar la meta. Yo no he nacido para tales cosas. Mi sensibilidad se desplaza hacia otros puntos, busca otros objetivos. Y los busca con cuidado, con prudencia. Entonces, cuando se la quita de su finalidad..., ¿cómo decirte? Se estropea. En fin, al llegar a mi hotel creí encontrarlo detestable. Nada tenía de detestable pero yo estaba allí, frente al recibo, en espera de algo detestable que de pronto e inevitablemente tendría que aparecer. Y ocupé mi habitación a regaña dientes. Esto bastó. El muy cínico de Valdepinos hizo entonces de hotel, habitación y cuanto hay un panegírico admirable. Llevaba en cada frase de alabanza al recinto y a los buenos compañeros de viaje —que siempre saben encontrar en cada sitio lo justo que a cada sitio conviene— otra frase bajo voz que suave, dulcemente aconsejaba la conveniencia de abandonar los nostálgicos caserones de ultramar y vivir, vivir..., en fin, vivir como un europeo, como todo el mundo vive.

"Después de todo podía ser que el hombre tuviese razón. ¿Podemos saber a ciencia fija cuánto lastre traemos y llevamos por todas partes? Y la lógica no se oponía a Valdepinos, no. Es evidente —si se quiere vivir a fondo— que en cada sitio y en cada momento hay que entregarse entero a tal sitio y momento. ¿No es verdad? ¿De qué se trataba, bien al fondo, en ese entonces? Era claro: de hundirse en lo que de primera vez se presentaba, hundirse en ello sin cultivar amarras de lo que quedaba atrás. Me mudé.

"No podré negarte, amigo mío, que una vez en mi nuevo alojamiento púseme a pensar qué demonios podría haber tenido de caserón ultramarino mi primer hotel... Nada. Estos dos hoteles eran casi iguales y el de ahora más barato. Acaso iría por ahí el problema: quedaríame mayor cantidad de dinero para cosas europeas, parisinas —no sé bien—, en fin, no sudamericanas... Tal vez.

"¿O tal vez el público que lo habitaba? Porque permanentes fueron las alusiones que mi nuevo amigo hacía sobre los compatriotas que allí se daban cita y también sobre... No; mejor dicho estaría si dijera —según Valdepinos, se entiende— que siempre los sudamericanos, como caballos asustados, escogen hoteluchos que corresponden, por el lado francés, a los que escoge un *commis voyageur*. "¡A ninguna otra categoría gala se le ocurriría ir a meterse allí!" —me decía.

"¿Qué sería esto de *commis voyageur*? Lo supe: era tan sólo "agente viajero". Y supe más todavía: que esta categoría sufre en Francia un grado más de irónico desdén que en el resto del mundo; y... dos o tres grados más por parte del largo amigo Valdepinos.

"Queridísimo Onofre, me mudé del segundo hotel; fui mudado, fui expelido de él. El

cínico de Valdepinos todo lo había previsto, todo. Me había atacado al primer hotel por aquellos de los clanes de sudamericanos asustados cual caballos; fíjate bien, Onofre: al pasar yo al segundo hotel era muy improbable que encontrase allí un habitante de las Américas; y mi cicerón, seudo cicerón, diré, necesitaba hacerme saltar, saltar de hotel en hotel, desaclimatarme, enredarme, verificar con mi mísera persona que el vulgar de la gente no enclava bien en sitios para ella superiores; ¿entiendes?

—¡Curiosas reacciones! —me atreví a interrumpir, por primera vez, la labia de Teodoro—. ¿Con qué fin tales manejos?

—No lo sé. Necesitaba el hombre una víctima. Necesitaba, tal vez, defender *su* fortaleza de París. Necesitaba que los “tentáculos”, como dicen, de Chile, y otros países semejantes, no alcanzasen hasta su refugio. ¡Sí, sí,! Porque Valdepinos había hecho de París, de Francia, de Europa entera su refugio en contra de..., de..., supongo que de las Américas reunidas. No lo sé a punto fijo. Y quería —como es natural si se parte de este curioso sitio de partida— ser él el visador de pasaportes. Todo aquello del Viejo Mundo debería ser un privilegio, un premio para los que dignamente lo hubiesen sabido merecer. ¿Entiendes? Y merecerlo, ¿Cómo? Pues incorporándose en la vida de allá, vida que *debería ser* el opuesto y la negación de la de acá. Ahora bien, pasar por alto este orden de cosas establecido porque uno tiene..., digamos el suficiente dinero para ir y venir; o la suficiente libertad para poder regresar sin maldecir cuanto se vaya encontrando a la vuelta... En fin, algo así me imagino yo, digo yo. ¿Cómo puedo saberlo con exactitud? Lo único que sé con exactitud es que era necesario destemplarme. Para ello, ya que me había sacado del primer hotel, sacarme del segundo. En este segundo no había colaboración de huéspedes sudamericanos. ¿Ves? Para eso estaba, para reemplazar y obrar, estaba el famoso, el bien urdido *commis voyageur*.

—¡Imagínate, Onofre, que a los pocos días de estar yo en mi, debería decir en *su* hotel, el segundo mío, aquello se había repletado —según supe por él— de batallones de agentes viajeros...

—Ahora seamos justos: ¿puede un hombre de gusto, amante de la historia, de los siglos idos y que sólo entregan su perfume a los seres que en paz y debidamente enmarcados dentro de marcos de refinada hechura van a aspirarlo; puede un ser así esperar algo de los siglos idos si cohabita con los olores de cien agentes viajeros? No lo puede. Es la verdad. Me mudé.

—Y otra vez..., y otra...

—Decididamente yo no me aclimataba en París, no había nacido para las grandes urbes. Y esta impresión, estos hoteles y hoteluchos cambiantes; ¡Onofre! *trashumantes* en mi vida quieta, me perseguían y me anulaban en todo buen intento de perfección espiritual que yo buscaba en el plácido o tumultuoso suceder de los siglos que se acumulaban en Lutecia.

—¡Es que había algo más, querido amigo!

(Un silencio largo).

Pregunté:

—¿Qué?

—Onofre: si quieres saberlo tendré que hablarte un poco de mí. ¿Importa? Por lo demás a través mío llegaremos, de todos modos, a ese hombre cínico que es Valdepinos. ¿Te importa un paréntesis?

—¡De ninguna manera! —exclamé—. Por el contrario...

—Onofre: yo sufro de un mal ya casi crónico, un mal destemplado que se presenta avasallador frente a cada nuevo encuentro mío con un alojamiento nuevo... Ni más ni menos.

“Onofre: un mal que está aquí desde que nací, por la sencilla razón de que yo nací para aterrizar, así como ha aterrizado ahora en este Curihue nuestro gran anfitrión, el capitán Angol. Y ¡nada! Siempre de un lado para otro, siempre de paso y, no pocas veces, espatarrado. Apenas he empezado a crear una atmósfera respirable en una habitación cualquiera ha venido, ha tenido que venir la mudanza. Y lo inaudito, en aquellos tiempos de mi llegada a París, fue ¡que había algo más!

—¿Qué? —pregunté ansioso.

—Que el Valdepinos ese había descubierto con sus ojos puntudos y gracias a no sé qué mefistofélicas punzadas que yo era un hombre para vivir en la quietud y que un destino acerbo me obligaba a ser el perpetuo vagabundo. Entonces, al hacerme saltar de hotel en hotel, el muy pícaro se divertía, jugaba con mi destino, y jugar siempre divierte. Como ya entonces era flaco, esquelético como lo es hoy, temía tal vez un ataque tuberculoso. Y había que ser fuerte, un atleta. ¿Qué más signo de fuerza, te pregunto, que jugar con otro ser? Nada raro sería que allí estuviese la clave de todo. Pero no podría asegurarlo a ciencia fija. Hay tantos y tantos enclaves extraños en cada humano, ¿no es verdad? En todo caso —esto no lo dudo— Valdepinos había descubierto ese mal mío que de siempre dentro de mí había existido.

“Mi mal... Primeras mudanzas que apenas recuerdo o no recuerdo, mudanzas que me fuerzan, para averiguar cualquier dato de mi pasado —porque yo quiero mucho a mi pasado—, a preguntarme: “¿Dónde vivíamos entonces?; ¿adónde fuimos a vivir después?”. Suenan nombres absurdos: calle del Chirimoyo, calle del Macetero, calle de la Pimienta, y qué sé yo. Calles que hoy he llegado a objetivar mezcladas con las mudanzas mismas. A éstas las veo en carretelas y más carretelas, sonoras en extremo, que van tiradas por jamelgos, golpeándose por encima de pavimentos inverosímiles. Y nosotros todos —padre, madre, hermanos, hermanas, parientes y hasta amigos— arriba, sobre toldos y fuelles, sujetándonos y cantando, llenos de miedo de caer y rodar por los empedrados, llenos de alegría por las guitarras y damajuanas que nos acompañan. ¿Habrá sido así? Es poco probable, muy poco probable que así haya sido. Pero no puedo asegurarlo. Tal vez otras impresiones —y no recuerdos— se han superpuesto a esas mudanzas. Pero esto también es raro: ¿por qué cosas que no han sucedido —por “impresiones” que sean y así se las llame—, por qué se pueden sobreponer a cosas reales, sucedidas? ¿No sería lógico que estas últimas penetrasen con mayor profundidad? A mí me parece que sí. Sin embargo no me atrevo a afirmarlo. La lógica... es algo tan dudoso que en realidad exista.

“Por fin los ojos de mi memoria ven con claridad: ¡Clarisa! Parece ser, por fin, la casa definitiva. Oigo que todos dicen: “Instalarse”. Yo pienso: “Acampar”. Tengo un dormitorio propio; en él estoy solo. Tengo pleno dominio y plenos poderes; claro está que con ciertas restricciones. Bueno, como todos los dominios y poderes, por lo demás; creo yo, digo yo. ¿Existirá de verdad el poder absoluto? Es dudoso. En mi caso, allá —lo recuerdo— en el número 7 de la calle Galán de la Burra, había, como te he dicho, no pocas restricciones para la administración y dirección de mi dormitorio, a pesar de ser mío, nada más que mío, como a cada instante me lo afirmaba papá y mamá. Por ejemplo —también lo recuerdo—, la distribución estética de mis muebles no me perteneció totalmente. Discutieron todos, opinaron todos. Yo pasé a ser un simple voto; voto, si quieres, con ciertas conside-

raciones especiales pero no más. Prueba de que estas consideraciones no lograban, en definitiva, pesar sobre la aprobación final es que se acordó —por la estética y el prestigio de la familia— que: dada la forma del cuarto y el color de su empapelado, dados el número y los arabescos de los muebles, y dado el rayo de luz que pasaba por la ventana abierta sobre el patio interior: mi cama tenía que quedar esquinada como si fuese el comienzo real de una diagonal imaginaria que cruzara la habitación entera hasta el rincón opuesto, rincón donde se alzaba sereno un busto de yeso de Homero. Desde ese momento, cada noche, antes de dormirme, sentía los dos muros, que formaban el ángulo sobre el cual se apoyaba mi cabecera, apretarse lentamente comprimiéndome las sienas.

“Creció la familia: una hermana más. Tuve yo entonces un dormitorio a la calle y mi cama se afirmó en ángulo recto en contra de un muro interior, muro sólido, fuerte y firme. ¡Qué descanso! Pero... Pero —yo no lo había previsto— vino la pubertad. ¡Clarisa!

“Clarisa es mi despertar a otras cosas que están fuera —no sé si más allá o más acá de mudanzas, arreglos estéticos, instalaciones o campamentos; no lo sé; por lo demás, ¿cómo puede alguien saber algo en tal asunto?—; bien; Clarisa, te decía, fue un despertar más en mi vida. Clarisa entraba y salía. A cada instante entraba en casa viniendo de la suya o ¡sepa Dios! de dónde; y salía de ella, salía también a cada instante. Yo creo, Onofre, que salía más veces que las que entraba. Pero esto —lo sé— es como la cuestión de las carretelas: cosa muy poco probable; lo sé: cosa imposible; ¿cómo voy a no saberlo? Pero a mí me dejaba la sensación dolorosa, mordiente de que, por cada vez que Clarisa entraba en casa, salía por lo menos dos. Esto es el amor, ¿me entiendes, querido amigo? O ha de ser el comienzo del amor, o bien algo que mucho se le asemeja. ¿No lo crees, Onofre?

“Pubertad... Clarisa...

“¡Y había otro punto que yo tampoco había previsto! Es el siguiente:

“No sólo Clarisa salía; salían todos —de noche, estoy hablando—, todos. Menos yo. Las calles oscuras se comían a Clarisa. ¿Sabes?: tenía en la mejilla derecha un punto azul. Las calles se la comían. Todos comían y comían apenas la noche había caído. Menos yo, solo en mi magnífica habitación con una ventana sobre los comienzos de las calles que, en la oscuridad, comían y comían. ¡Clarisa mía!

“Entonces, cada noche, cuando ya todos habían salido, me ponía frente a mi espejo: yo aquí; yo allí. Era un espejo grande, ¿sabes?, el espejo de mi ropero. Así es que yo todo entero aquí y todo entero allí. Trasmataba mi imagen en la imagen de ella. Ahora: yo siempre aquí; ¡ella allí! Dulcemente procedía luego a abrir mi gran ropero para que ella saliera. Salía Clarisa, avanzaba, llenaba la habitación. Yo la abrazaba. Apagaba las luces. La abrazaba. Yo también comía por las noches.

Aquí me incorporé. Recuerdo: me incorporé teniendo en mi mano izquierda la taza y, en mi derecha, un pan. Recuerdo, sí, el gesto de inquietud, casi de susto, de mi buen amigo Teodoro Yumbel. Le grité:

—¡Repíte!

Yumbel quedó estupefacto.

—¿Qué, qué? —me preguntó—. ¿He cometido alguna falta? ¿He cometido alguna indiscreción o alguna...?

Lo interrumpí, lo calmé, pues comprendí que mi gesto había sido un tanto exagerado:

—¡No, queridísimo amigo, no! Te pido que repitas porque esto que acabas de contarme me ha interesado en alto grado y quiero que se grave bien aquí en mi memoria. Cuestión de las biografías... ¿Comprendes?

—Sí —me respondió—, comprendo. Pues bien, te decía que por las noches...

Y el bueno, el magnífico muchacho que es Teodoro Yumbel repitió esta historia del espejo, de Clarisa y del... *ropero*.

Cuando hubo terminado su repetición le dije a media voz:

—Teodoro, este ropero tuyo es un segundo ropero que se presenta en las crónicas biográficas que escribo. En la vida de nuestro amigo Lorenzo Angol hay también un ropero y, como en el caso tuyo, también con una mujer dentro.

—¡Pero Onofre! —me interrumpió Yumbel—. En el mío no había ninguna mujer, no había nadie. Yo imaginaba, nada más. ¿No me has entendido bien? Sé que en el de Lorenzo —alguien me lo contó— estuvo esa niña Chinchilla. En el mío... Justamente: Clarisa estaba lejos, en su casa o por las calles o de paseo o de fiesta. Yo no podía saberlo y por eso sufría. Clarisa era mayor que yo. Por eso sufría. Con un ropero con alguien dentro —llámese Clarisa o Chinchilla— no se sufre. ¿Me entiendes?

—Por cierto —respondí—. No se sufre. Lo cual no quita que a mis crónicas haya venido a caer un segundo ropero. ¡Teodoro!

—¿Qué ocurre?

—Nada. ¡Teodoro!

—¡Habla, por piedad!

—Teodoro: no cabría poner en duda que dos roperos han aparecido ya. Ciertos pilares empiezan a insinuarse por vía de este Valdepinos que nos ocupa. Pero esto es otro asunto aunque no deje de llamar mi atención el hecho de que objetos inanimados se estén filtrando en mis páginas a guisa de personas vivientes. Pero, en fin, pasemos. Teodoro: hay un parentesco mayor del que podría creerse entre esos dos roperos y entre esas dos mujeres...; un parentesco espiritual, se entiende. Hay un paralelo, una analogía, en fin, algo hay. Y los protagonistas de todo esto sois vosotros: Lorenzo y tú. Curioso, curioso...

—¿El qué? —inquirió Yumbel con timidez.

—Curioso —continué— que... En fin, ya que de confidencias estamos, te diré que yo tengo —así como tú tienes la obsesión, la idea fija, el prurito, o simple inclinación, mejor dicho, de las habitaciones, cambios, campamentos y demás— yo tengo, digo, una marcada inclinación a buscar las contrapartes, los polos entre la gente. Siempre estoy viendo que cada humano tiene que ser positivo para éste y negativo para aquel. Esto, en líneas generales. En líneas más apretadas diría que cada humano lleva *su otro*, ¿oyes?, lo lleva por ahí, por allá, por cualquier parte, a la vista o muy oculto. Para mí Lorenzo y Rosendo formaban, forman, sí, forman un binomio justo, perfecto. Deduje de esto, deduzco, sí, deduzco que el parentesco espiritual de Lorenzo no puede ser otro más que Rosendo. Y ahora —vuelvo a confesarte— tú me apareces como un hermano, como un contra-hermano de Lorenzo. ¿Antípoda, polo, complemento? Se me han embrollado un tanto las ideas: tú-él; Lorenzo-Teodoro; Angol-Yumbel... Me está pareciendo que esto de las biografías es ligeramente más complicado de lo que en un principio creí. Porque estos roperos no pueden estar allí por meras coincidencias, por azar. No. Y Clarisa hoy... Y ayer Chinchilla... Chinchilla, tú ¡ayer! Prosigue, Teodoro, te lo ruego. Esto es interesante para mí, biógrafo que se va sintiendo algo aporreado. Es interesante. Bien, Teodoro, me contabas que por las noches comías tú también... ¡Bravo! ¿Y...?

—¿Y...? —preguntó a su vez Yumbel—. ¡Ah, sí! Oye: una noche, desde el fondo de la casa, vi que Eucarpio se encaminaba hacia la puerta de calle. Eucarpio era nuestro criado, un viejo español, malagueño, según creo. Era la hora en que Clarisa salía de su ropero.

¡Cómo! ¿Eucarpio se marchaba también? Esto no se había visto jamás. Lo veo abrir la mampara. Me atrevo a preguntarle:

“-¿Vas a salir?”

“Me respondió:

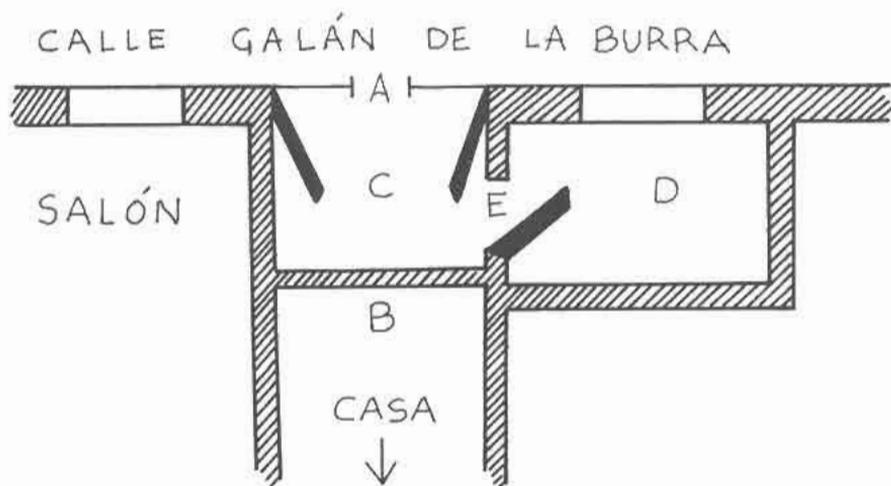
“-No. Me voy a acostar. Ya es tarde.

“¿Entonces? Onofre, tú conoces las casas viejas de nuestras ciudades, la mayoría, sea dicho de paso. Piensa en cómo es la entrada de ellas.

(Pensé y ahora, aquí, para dar mayor claridad al lector, hago un pequeño croquis de la disposición de esas entradas. Pido pasar a él que, por el momento, ocupará, con ventaja, el sitio ocupado por las palabras de Teodoro Yumbel:

Durante el día la puerta de calle (A) está abierta, y la llamada mampara (B) está cerrada. Por lo tanto la persona que va a una casa queda, mientras espera que le abran, en un pequeño espacio (C) que no está ni dentro ni fuera de la casa, espacio que es y no es parte de la calle.

Ahora bien, en el 7 de Galán de la Burra había, junto a la entrada, un pequeño cuarto (D) cuyo único acceso era una puerta (E) que se abría sobre dicho espacio, es decir, que quedaba más allá de la mampara y más acá de la puerta de calle. Ahí vivía Eucarpio).



-Bien -continuó Yumbel-, teniendo presente esta disposición comprenderás, amigo, que un sujeto cualquiera para ir precisamente a acostarse, a recluirse, para retirarse de las vías públicas debe abrir dos puertas, cerrarlas tras sí y dejar a sus espaldas esas vías y su bullicio. Eucarpio, para conseguir igual fin, hacía lo contrario: abrir las compuertas de lo exterior y lanzarse hacia afuera. La cosa me parecía de una destemplanza aguda pues nuestro viejo malagueño -o valenciano; creo que era valenciano; no lo recuerdo bien- en

fin, Eucarpio, fuese de donde fuese, no salía propiamente al ir a su cama sino que quedaba salido.

"Eucarpio estaba en camisa de noche en la calle. Estaba apenas agarrado a la casa. De un momento a otro podría caerse; si llovía, mojarse. Los transeúntes nocturnos, al pasar, se llevaban algo de él; las mujeres... era como poseerlas sin poseerlas. Cuanto a mí, sentía deseos de hacerlo entrar o, de una vez por todas, vestirlo y echarlo lejos. Hice cuanto pude para acarrearlo más al interior. Todas mis gestiones fracasaron. Entonces no tuve más remedio, para aliviarlo un tanto, que transmutarme yo mismo en él: mi dormitorio, que, como te dije, daba a la calle, lo convertí en escritorio y donde antes éste estaba –sobre el patio– puse mi cama y dormí en lo sucesivo.

"Pasaron muchos años. Pude, por fin, vivir solo.

–Un momento –interrumpí–. ¿Y qué fue de Clarisa?

–Desapareció –me dijo Yumbel–. Es decir, para mí. Nunca más he vuelto a saber de ella.

–Adelante, entonces.

–Te decía que pude vivir solo. Era una pequeña, muy pequeña casa así: dos pisos; en los altos, el propietario; en los bajos, yo. Al fondo, un espacio libre terminado por un gran muro cubierto de enredaderas. Este espacio se lo reservaba el propietario para su uso personal y bajaba a él, desde el fondo de su casa, por una escalera pegada al muro del fondo de la mía. Para que yo no tuviese ni siquiera el derecho de vista sobre tal espacio –en verdad, ¡un patio!–, mi ventana trasera era alta, muy alta, perforada allá junto al techo. Era la ventana de mi dormitorio. Tendido en mi cama tenía al frente esa especie de buharda por la que me enviaba el muro medianero con sus enredaderas una luz verdosa, luz para toda mi habitación, una luz, creo, parecida a la del taller que, en San Agustín de Tango, tiene Rubén de Loa, según me han dicho.

"Allí viví en paz durante varios meses hasta que un día cualquiera una idea me asaltó: jamás, jamás vería yo cómo era mi dormitorio *por fuera*... Jamás, Onofre, sabría su cara... ¡Yo metido dentro de aquello ignorado!

"Bien podría, visto desde las enredaderas, ser un rostro vagamente sonriente –como el de la Gioconda–, o con una mueca torpe, o con un gesto bronco, o tal vez lozano. Y mi propietario, cada mañana, mientras yo aún modorraba, miraba y consideraba esa especie de vientre en cuyo interior verde me agitaba y desperezaba como un renacuajo no parido todavía.

"Oía los ajetreos en ese patio. ¿O no sería un pequeñito jardín? Y desde un día determinado –que, de más decirte, no figura en mi calendario privado– oí, además, una voz de mujer –la señora del propietario, seguramente– y voces de niñas –¡sus hijitas, sin duda!

"Onofre, empecé a llenarme de ideas negras. Me mudé.

"Por fin Europa, Francia, París, la Gare du Nord... Y, tú ya lo sabes, el cínico de Valdepinos. Por fin alojarse debidamente, sin camas en diagonales imaginarias, sin medio cuerpo en la vía pública, sin un rostro fuera de perpetuo misterio por el que fileteaban voces que a mí me miraban sin yo verlas. Pues aquí en el Viejo Mundo las cosas tenían que estar dispuestas conforme a un criterio sabio. Aquellas destemplanzas..., cosas del Nuevo Mundo, nada más, imaginaba yo.

"Pero el Valdepinos, sólo con verme de pie en el andén, supo mi mal, te repito, supo ese traumatismo solapado que llevo dentro desde mi primera conciencia de una habita-

ción, desde antes, desde las carretelas; y empezó, tesoneramente, a desequilibrar cuantos cuartos yo ocupara.

“Bien, me dije, curemos con el mismo mal. Puesto que todo lo ha visto en mi interior, todo hay que contárselo; hay que lanzarle de viva voz mis estropeos en mis dormitorios. Una tarde, durante el aperitivo y luego en el restaurante, le narré, con acopio de detalles, mis diagonales, mis vías públicas, mis rostros externos y cien otros casos que a ti te omito.

“El cínico encontró todo aquello interesantísimo. Me escuchaba absorto. Era curioso, ¡qué!, admirable que un sudamericano tuviese en su sistema nervioso tan finísima sensibilidad. ¡Admirable! Y me aconsejó, a la postre, que abandonara los hoteles y buscara un departamento, un buen departamento, como los que habitan los franceses, como los de toda la gente bien, ¡qué diablos!, la que sabe vivir en justa proporción. Busqué un departamento y lo encontré: 13, boulevard Raspail.

“Sin embargo nuestras cuentas no estaban saldadas. Mi departamento era justo lo que un departamento para gente bien debería ser: buenas habitaciones, bien ubicado, ni grande ni pequeño, nuevo, limpio, confortable, sin ostentación..., ¿qué más? Por ese lado el cínico de Valdepinos no podría atacar. Mas para el buen saldo de toda cuenta era menester que ahora yo desalojara al canallote de algunas de sus guaridas.

“Atisbo, atisbo en vano. El hombre cambia de hoteles o de seudos talleres no menos de una vez por trimestre. Pero siempre, apenas cruzo su umbral, hace tan magnífico panegírico de su vivienda que desequilibrarla no es posible, no es mi oficio.

“Por fin, momento grave, primera visita del amigo al 13, boulevard Raspail. Encontró mi departamento de primera calidad. Repetía a cada instante:

“—Esto sí, pues hombre, esto sí. *Juste ce qu'il faut, juste ce qu'il faut.* ¡Aquí es vivir!

“Entonces, en mi comedor, le ofrecí una copita de coñac. Tras de cada saboreo volvía a decir:

“—Muy bien, querido Teodoro. *Juste ce qu'il faut.* ¡Muy bien, queridísimo amigo!

“Hasta que, después de una larga pausa, agrego preocupadísimo:

“—Sólo que, sólo que... un poco largo su departamento, amigo mío, tal vez un *petit peu trop long* este departamento que usted ha escogido.

“Permítame, Onofre, hacerte otra breve explicación de arquitectura. Ni tú ni yo somos arquitectos, lo sé; pero como de todos modos, seámoslo o no, tenemos que vivir en arquitectura, permítame esta nueva breve explicación:

“Las ventanas de mi departamento se abrían a un grande y moderno patio, salvo la del comedor que, ubicado en el fondo del edificio, miraba sobre los techos vecinos y, allá, sobre las torres de San Sulpicio. Luego, ya sobre el patio, el pequeño salón, a continuación otro cuarto que acomodé como escritorio, luego la sala de baño y, por fin, el dormitorio. Más allá eran los departamentos principales que iban a asomarse al bulevar mismo. Todas mis habitaciones estaban unidas por un corredor interior.

“Después del coñac Valdepinos se paseó varias veces por dicho corredor. Pasamos al saloncito y nos arrellanamos en sendos buenos sillones. Silencio; no decía, el muy pillito, ni una sola palabra. Al fin tuve que preguntarle:

“—¿Por qué encuentra usted esto tan largo?

“Valdepinos se sobresaltó y, casi estupefacto, me dijo:

“—Hombre, porque lo es.

“Nuevo silencio. Al fin, otra vez yo:

“—¿Es decir...? Un departamento, según usted, ¿debería ser...; cómo...?

“No lo sé. Mis conocimientos arquitectónicos, queridísimo amigo, lo confieso, son bastante elementales. Mientras haya otros que se ocupen en construir las casas, ¿para qué voy a intervenir yo? Se me antoja un *peu trop sudaméricain* ese afán de inmiscuirse en todo, de saber de todo sin profundizar nada. Barniz, amigo, *du vernis, mon cher, du vernis*. Y yo detesto el barniz. En fin, sólo quería insinuar que encuentro –acaso error mío–, encuentro más acorde con el justo temperamento de un hombre equilibrado un departamento dispuesto, no en largo como éste, dispuesto, diría, en cuadrado. Es decir, que tenga un punto central con iguales distancias hacia todos los extremos. Es más lógico, más claro, más... ¿cómo explicarme?, más europeo. Porque recuerdo las casas de campo de nuestro país lejano, *le Chili*: la poca imaginación de nuestros viejos y campanudos arquitectos-agrónomos les hace colocar una habitación tras otra, todas en hilera, casi infinitamente y, entonces, un corredor a un costado y... ¡lista la mansión! ¡Qué poca imaginación!, ¿no es cierto? Algo –¡oh! *toute proportion gardée*, se entiende–, algo como aquí. Sí. Éste tiene algo de olor a ñipa y corral de ovejas. Curioso. Y más curioso aún es que usted, justamente usted, haya escogido un departamento así, en París, amigo, donde no habrá, de seguro, ni el uno por ciento dispuesto de la suerte. Pero, ¿se halla usted totalmente a sus anchas aquí dentro? Entonces, ni qué más hablar. *Etre à son aise*, es lo principal. Yo no me hallaría *à mon aise* aquí dentro; “a mis anchas”, como se dice en castellano, ¿no es así? ¡Qué quiere usted! Tengo horror a esa dilatación desmesurada de las Américas y a cuanto me la evoque. Prefiero mayor *mesure*. Y este departamento, fuera de sus aromas, ¿sabe usted qué se me figura? ¡Tan largo! Pues, amigo, ni más ni menos que un gusano. Eso es, un gusano. ¡Hombre de Dios! ¡Vivir dentro de un gusano! Tal vez más exacto sería compararlo con esos peces grandes y largos que devoran a otros pequeñitos tragándoselos enteros. Eso es. Este departamento es un pez enorme –y largo, por supuesto– y usted, Teodoro, es el pececillo pequeñín que yace en su vientre. ¡Ah! Yo no podría. Yo –¿qué quiere usted?– prefiero mi modesto rincón de hotel, modesta habitación cuadrada, proporcionada, ponderada, emanaando *mesure* por todos lados y como aroma: un poquito de *petite femme*, un poquito de hotelito poquitamente *louche*, como a mí me gusta; poquito de las calles de París –olor tan peculiar que aquí, sobre este patio, usted no huele–; poquito, en suma, de eso que también es la Francia, ¡la Francia!, es decir, justo lo contrario de las ñipas y los corrales. Pero, en fin, a cada cual sus preferencias y reminiscencias. Bueno, mi querido Teodoro, será hasta pronto. Exquisito su coñac; mejor que el pisco, creo. Me repito: hasta muy pronto, amigo.

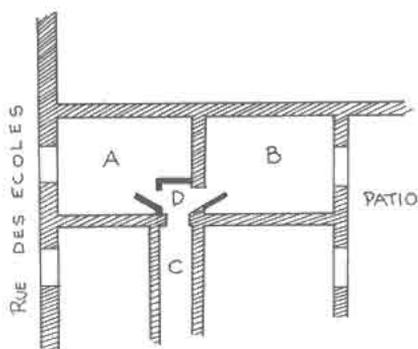
“Así me hablaba, Onofre, ese muy cínico de Valdepinos.

“Es decir que volvió a empezar nuestra lucha despiadada.

“Mudarme nuevamente era aguzar el mal agazapado en mi fondo. Además, si yo tenía los medios suficientes como para acomodarme a mi gusto, no tenía ni tengo –créemelo, mi buen amigo– lo bastante como para estar haciendo juegos casi malabares con mis alojamientos y, por ende, con mi dinero. No me quedaba, pues, más remedio que convencerme, empleando todos los recursos de mi voluntad, de que aquello no era ni pez ni gusano. Y, mientras de este modo me agotaba, Valdepinos resbalaba dichoso de hotel en hotel, abarcando –como él decía– todos los puntos de la gran Lutecia.

“Hasta que sonó también su hora: 37, rue des Ecoles.

(Voy a hacer aquí un segundo croquis para que bien se vea la colocación de la nueva guarida de Valdepinos, según Yumbel me la explicó y dibujó:



Prestemos un poco de atención y veremos lo que el propietario o arrendatario de este departamento quiso hacer:

Este caballero —propietario o bien arrendatario de ese piso— quiso hacer una casa de huéspedes; mas, para este objeto, se hallaba con que la habitación B —en esos tiempos ocupada por un barítono venido a menos— no tenía puerta independiente al pasadizo común (C), y para su trajín era necesario cruzar por la habitación de al lado (A) —ocupada por Valdepinos— lo que constituía un claro inconveniente para alojados desconocidos. Entonces el caballero en cuestión hizo, con dos delgados tabiques, una como continuación (D) del pasadizo que ahora penetraba más de un metro en los dominios de nuestro amigo. Dos puertas en este sucucho y ¡salvado el inconveniente! Ahora bien, todas las habitaciones de esta casa eran muy altas y el caballero no creyó indispensable elevar los tabiques hasta el techo. Con dos metros de altura juzgó muy bien resuelto el problema. Así, pues, dentro de la habitación de Valdepinos había una como garita y, lo que es más grave, abierta arriba... Y había algo aun más grave: esta garita pasaba a ser pública, perfectamente pública, pues la habitación ahora del barítono bien podía ser mañana de otro sujeto y pasado mañana de otro más. Y cierro mi paréntesis).

Yumbel continuó:

—Aquí, ¡Onofre!, cogí al mil veces cínico de Valdepinos como un bull-dog coge a su presa.

—Amigo —le dije—, ¿no tiene usted nervios? ¿Se ha percatado de que todas las noches, a horas totalmente indeterminadas, deja usted de estar solo en su habitación pues dentro de ella se introduce otro individuo? Y esto se ha de repetir por las mañanas también y mientras trabaja usted durante el día o lee o medita; y hasta cuando, deseoso de paz y aislamiento, apaga la luz o cierra su ventana y se arrellana entre sus sábanas. El individuo, digamos claro, el barítono panzudo, oliente a cosméticos baratos, está unos instantes con usted, violenta su intimidad, se lanza a la promiscuidad. Amigo, yo preferiría mostrarme desnudo por las calles a esta silenciosa y rápida cohabitación con un desconocido. ¿Cómo puede usted dormir en calma? El barítono puede estar dentro de los muros de usted. ¿Cómo pensar, soñar, amar íntimamente? El barítono puede estar hollando su propio entablado de usted. Yo preferiría un desván miserable, un gatero, pero que fuese mío, que una vez clausurada la puerta ningún otro ser —y menos aún un barítono de pachulí— viniese a respirar el aire mío, a dar de cabezazos con su pelo a la gomina contra los pensamientos recónditos de mi cerebro que viven invisibles flotando entre mis cuatro paredes. Y pienso

que, en más de una ocasión, puede entrar o salir fumando. ¡Horror! Un poco de su humo, ya pasado por sus pulmones, labios y narices, queda en su atmósfera, le envuelve a usted como un nimbo. ¡Horror! Yo preferiría cualquier morada. Cualquiera, amigo Valdepinos, antes que ver, de pronto, un culebrilla de humo gris surgir por encima de esos tabiques, flotar, balancearse por los aires y penetrar, penetrar, avanzar con lentitud hacia mí para que yo, quiéralo o no, la respire, la incorpore en mis células... a no ser, que con el fin de impedirlo, me lance por el balcón de cabezas a la calle. Pero usted vive en un cuarto piso. No se lance, amigo, a ninguna parte. Yo preferiría cualquier otra morada. Bajo los puentes sería más decoroso. Valdepinos, mírese con detenimiento en su espejo: ya va adquiriendo usted algo de barítono en prostitución.

“Después de esta arenga –tan contraria a mi temperamento– quedé agotado, amigo mío. Pero tú comprenderás que era indispensable pronunciarla y pronunciarla fingiendo un alto convencimiento.

“¿Lo creerás? Tuve éxito.

“El mismo día, por la tarde, el cínico de Valdepinos empezaba a buscar otra vivienda y yo, al compartirle mi mal, sentía una tranquilidad beatífica inundarme entero.

“Ahora era cuestión de bien calzar en mi departamento, de ir, lenta y prolijamente, matando al largo, largo gusano.

“Fue tarea difícil; hasta que vino, por los calendarios, una noche magnífica, noche inolvidable, noche de fuerte calor, en pleno verano, noche venida no del día que se había ido sino del África, del gran Sahara, volando.

“Mé encontraba en mi comedor, escribiendo, con la ventana abierta de par en par sobre todo un inmenso París oscuro salvo, ahí no muy lejos, otra ventana, pequeña ésta, que brillaba cobijando a un señor gordo en mangas de camisa.

“De pronto el gordo apagó su luz porque, en los cielos, se anunció una tempestad, más allá de él, más allá, allá al fondo, tras los tejados que se ven de día, tras las torres de San Sulpicio que se borran con la niebla.

“Yo escribía, frenético de inspiración, respirando el vaho tibio, caliente, precursor de la tormenta. Escribía aquella noche. La tempestad se precipitaba. Resplandores, mugidos inciertos. Pues bien –me decía– ¡que venga!

“Escucha, Onofre: ya las primeras gotas de avanzada rasguñan la ventanita del gordo que se esconde, aterrorizado, en su oscuridad.

“Pues bien gordo, ahora rasguñan aquí, golpean, percuten, hieren. Es el aguacero –relámpagos, truenos –el diluvio galopando con su cabeza sobre mí, con su cola sobre ti, gordo timorato.

“Gordo –le grito–, gordo: ya la paz debe haber vuelto a ti pues pasó la cola del diluvio por mi techo y van ahora las últimas gotas, frente a mi ventana, a tropezones, fatigadas, agarrándose como pueden de la punta de los rayos.

“Y pasó todo, amigo Onofre.

“Deseé buen sueño al gordo pusilámine. Yo seguí escribiendo. Se marchó la tempestad. Apenas la oía ya, muy, muy lejos.

“Veamos –me dije–: venía de allá, de mi izquierda... Iba hacia allá, hacia mi derecha... Debe estar ahora, no hay duda, en Montmartre: rue Pigalle, rue Fontaine, place Blanche... Por allí, sin duda, ha de estar. Por los cabarés que guardan una linda Jacqueline dentro, los cabarés que, con ella y para ella, Jacqueline, cantan retumbando, cantan haciendo trepidar sus saxófonos y bandoneones.

“Érame un vértigo, amigo mío. Porque la furia de los elementos estaba con las músicas borrachas, porque habían muerto los gusanos y los peces, porque el gordo dormía en paz acurrucado en su madriguera.

“Yo escribía y escribía. ¿Sabes qué? *El Último Alcaraván*.

“Y el cínico de Valdepinos y las mil viviendas... ¡Patrañas! ¡Todo era hermoso! ¡Oh, noche inolvidable!

“Escribí y escribí y no cejé hasta poner un gran punto final en lo que escribía: *El Último Alcaraván*.

“Respiré hondamente humedad y ozono. Cerré mi ventana. Y con mi departamento calcé.

“¡Vencido el cínico de Valdepinos!

El rostro de Teodoro Yumbel brillaba. Veía yo muy claramente cómo el buen muchacho revivía sus horas pasadas. De pronto le pregunté:

–¿Y Jacqueline?

–¿Qué Jacqueline? –me preguntó a su vez.

–¡Hombre! La de aquellas músicas en aquella noche de tempestad.

–¡Ah, sí! –contestó–. Olvidaba. Pues bien, Jacqueline no ha existido nunca.

–No comprendo... –aseguré.

–Yo pensaba –explicó Teodoro– que tenía que haber, en alguna parte, una mujer maravillosa. Me habría gustado tanto encontrarla y... ¡que se hubiese llamado Jacqueline!

–Pero, en fin, mi buen amigo... –quise inquirir...

Mas, de golpe, sonó el gong.

Ambos nos pusimos de pie.

El gong volvió a sonar.

–Algo ha de ocurrir –murmuró Yumbel.

–Seguramente –confirmé–. ¡Vamos a ver!

–Sí, sí –convino mi amigo–. ¡Vamos a ver!

Salimos al amplio corredor. La lluvia de savia tiempo ha que había terminado. Ahora sobre la placidez del paisaje, sólo caían unas cuantas manchas de sol poniente. Nos detuvimos un instante a respirar. Pero un tercer golpe de gong nos alarmó. Luego oímos como un lejano silbido que parecía venir de lo alto, del cielo. Luego el silbido creció, se amplificó y llegó a ser como el toque de una sirena siempre en aumento. Súbitamente cesó. Oímos entonces un golpazo, un formidable golpazo que por allí cerca se había producido. Corrimos.

Todos corrían.

Por allí corrían Angol y Longotoma; por allá veloz pasaba Paine; por aquí se precipitaba Lonquimay; por ahí, a saltitos cual un conejo, se escurría Valdepinos; y por todas partes –por entre los barrotes de las ventanas, por las aberturas de las puertas, por entre las flores de las matas, por las grietas del terreno–, por todas partes asomaban caras llenas de temor o de expectación o de simple curiosidad.

Todos corrían con las piernas o con los ojos.

Allá, al fondo del jardín, mudo y erecto cual un eucalipto, estaba el capitán Angol con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada gacha.

Miraba, miraba algo que yacía a sus pies. Comprendimos que era un algo caído del cielo, que era lo causante de aquel silbido crescendo y luego del formidable golpazo. Ese

algo era blanco, ni grande ni pequeño, como una pelota de fútbol, como una sandía mediana, como... –todos temblamos al suponerlo–, como... ¡una humana calavera!

Llegamos. Nos agrupamos junto a nuestro anfitrión. Él, entonces, alargando el índice de su diestra, mostró aquello. Era, en efecto, ¡una calavera humana!

El capitán dijo:

–Es, señores, todo lo que en este mundo queda del que fue el fiel servidor e insigne podador, Ventura Mejillones. El resto de su cuerpo ha sido volatilizado.

Una impresión de congoja nos arremetió. De todas partes llegaba gente y más gente, de la aldea de Curihue, del fundo entero, de entre los barrotes y flores, de puertas y de grietas. Se oían suspiros; se veían lágrimas. El capitán continuó:

–¡Fue espantosa la explosión! Nada queda. Mas regocijémonos. Su cráneo –desnudo, sin piel ni cabellos–, su cráneo –vacío, sin sesos ni carnes ni lengua–, su cráneo, por el hecho mismo de haber tenido lengua y cabellos, soportó la conmoción y, después de volar hasta la estratosfera, ha venido a caer al sitio mismo en que a la vida, un día, llegó. ¡Regocijémonos! Su cráneo, ¡helo aquí!

A pesar de este consejo la gente estaba mustia y muchos lloraban. Largo silencio. Se oyeron unos pasos rítmicos, lentos, pesados. Nos volvimos: Taita Higuera avanzaba.

El capitán terminó:

–¡Pueblo de Curihue! ¡Invitados a Curihue! Os pido vengáis mañana a este sitio y a primera hora para dar a esta calavera una digna sepultura.

Volvieron a resonar esos solemnes pasos:

Taita Higuera se alejaba.

Entonces todos nos dispersamos.

El último resto del podador quedó en el sitio en que el destino, el viento, la explosión y la savia lo habían dejado. Allí quedó esperando su paso a la postrer morada.

### *Noche Uno*

(4-III-27)

Vino la noche. En vista de que el gong de las casas de Curihue había servido, durante el día, para anunciar tan variados sucesos y, sobre todo, para intervenir en tan siniestros acontecimientos, el capitán Angol, con su siempre exquisito tacto, ordenó que la cena fuese anunciada con una simple campanilla. Mas he de advertir que tratábase de una campanilla de plata maciza con un badajo de oro de 24 quilates y con mango de platino. Al oír su tintineo, maestramente arrancado a los metales por nuestra llavera, nos apresuramos todos en abandonar nuestros sendos dormitorios –donde nos habíamos guarecido para aliviar un tanto los nervios ya sobrecargados– y nos dirigimos, mejor dicho, nos precipitamos al imponente comedor.

No me parece necesario indicar aquí la lista y composición de los manjares que nos fueron servidos. Basta, creo, con estampar en estas fojas mi aseveración de que todos ellos presentáronse sabrosos, sanos, nutritivos y altamente estéticos. Pero sí debo decir que Desiderio Longotoma no cumplió su régimen tan pregonado pues comió como el resto de los huéspedes; en cambio Baldomero Lonquimay cumplió el suyo estrictamente, ingiriendo con parsimonia una blanca magnolia aderezada con estambres de aguaturma y pistilos de esparceta.

Terminó la cena. Pasamos al venerable salón. Dato curioso que imposible me sería omitir: en las casas de Curihue los aposentos de recibo aumentaban visiblemente su superficie apenas las luces diurnas se alejaban, como también aumentaban, en forma casi aterradora, la altitud de sus techumbres; en cambio las alcobas se reducían y exhumaban un grato perfume de intimidad y añoranzas.

Pasamos al majestuoso salón.

Brillaban por doquier variadas luminarias. Por doquier también se arrastraban a ras del suelo y trepaban a lo largo de las paredes y cortinajes, sobrias sombras solitarias, soberbias las unas, soeces las otras, solapadas las más. Soñando en sordina penetramos allí, en demanda de algún somero solaz. Pero un sopor nos inundaba. Nadie se movía con soltura. Por todos lados soplaba un sórdido sosiego.

Hasta que el capitán —que como toda nuestra gente armada habla perfectamente el alemán— dijo:

—So!

Entonces el silencio —a pesar de todo— subsistió.

De pronto se oyeron tres tímidos golpes a la puerta. Respondió el capitán:

—*Herein!*

Abrióse la puerta y entró en nuestro salón un viejecito escuálido, de ojillos extremadamente penetrantes, manos nerviosas, nariz aguda y con un pañuelo verde a guisa de sombrero, una bata raída a guisa de traje y unas puntiagudas babuchas a guisa de calzado.

—Señores —nos dijo—, vengo a imploraros abrigo y protección.

—*Waermt Euch, Ihr seit hier sicher, mit wem habe ich die Ehre zu sprechen und wer verfolgt Euch, das Ihr Schutz sucht?*—preguntó el capitán Angol.

—Soy Alejo-Vicente-Carlos Berbiguier de Tierra Nueva del Thym, oriundo de Carpen-tras, avocinado en Aviñón, últimamente residente en París y, por el momento, vuestro huésped, si me lo concedéis, aquí en el fundo de Curihue. Soy, además, la mísera víctima del genial, aunque implacable, Stanislas de Guaita que, no contento con llamarme “poseído verdadero”, “maniático iletrado”, “satánico rococó” y mil otras lindezas, ha asegurado que descargaría sus puños sobre mis pobres huesos si a mano me tuviese. Señores míos: ¡no me abandonéis en noche tan cruenta para mí! ¿Me lo prometéis?

—*Wir schwören es Euch*—aseguró el capitán—. *Setzt Euch und sprecht.*

—Señores míos: venero, lo repito, el altísimo genio de Stanislas de Guaita. Mas los humanos tienen sus errores. Éste —que Dios proteja— ve con límpida justeza en todos los casos pero yerra en el mío. No quiere admitir lo verdadero de cuanto sostengo.

—*Und das ist es?*—inquirió el capitán.

—Señores míos: el mundo está lleno, cuajado, de horribles duendes que forman la nefanda Sociedad bien conocida con el nombre de “Infernálico Diabólica”. A esos duendes yo los llamo, en mi idioma natal, *Les Farfadets*. Cuanto de ellos sé lo he escrito en innumerables cuartillas. Han sido ellas publicadas, para bien de la humanidad, hace poco tiempo, en 1821, en mi capital, París.

—¿Se tratará de un loco?—preguntó Yumbel.

Junto con preguntarlo pasó, rozando con su hombro el muro del fondo, la majestuosa figura del célebre abate de Villars. Se detuvo un instante. Como respondiendo al bueno de Yumbel dijo:

—Dios me ha otorgado la gracia de reconocer que los locos no están en este mundo más que para dar lecciones de sabiduría.

Y desapareció.

El capitán alargó entonces una mano hacia nuestro huésped diciéndole:

*-Fahrt fort.*

El señor de Berbiguier vaciló. Luego se puso a tiritar y a mirar hacia todos los rincones.

El capitán tuvo que reconfortarlo:

*-Ruhe, habt keine Angst, hier kann Euch nichts geschehen.*

El señor de Berbiguier obedeció. Luego habló de este modo:

-Señores míos: yo veo donde otros no logran ver. Lo que vosotros presentís, husmeáis apenas, yo lo veo con la realidad con que vosotros veis esta hermosa mesa, esos cofres de repujado cuero, aquellos grandes espejos de dorados marcos, todas esas flores fragantes y cuasi luminosas. Veo más, veo más por eterna desdicha mía. Veo, a cada instante y en todo sitio, porque en todo instante y en cada sitio están, veo a los infernales asociados de la no menos infernal Sociedad Infernático Diabólica.

¡Mirad! ¡Mirad! ¡Ved cómo, de cada una de esas flores que llamé fragantes y cuasi luminosas, sale, crece, se estira y avanza un monstruo que trueca su fragancia en pestilencia, su cuasi luminosidad en cuasi tiniebla. ¡Aguzad vuestros ojos! ¡Aguzadlos, por piedad!

Así lo hicimos pudiendo al punto verificar que hablaba la verdad el señor Alejo-Vicente-Carlos, pues, en un instante, nuestro salón era albergue de no pocos seres extraordinarios y repugnantes. Luego todo quedó relativamente en sosiego. Luego volvieron más animales y alimañas a brotar. El capitán -no sabemos si estupefacto o encantado -gritó entonces:

*-Mehr Tiere, noch mehr Ungeheuer!*

Nos pusimos a temblar; hasta el cínico de Valdepinos vi que dejaba su eterna sorna y palidecía.

Pero pronto empezó para todos algo como un sentimiento de confianza al hallarnos entre aquellos monstruos. Creo que a ello contribuyó el entusiasmo que súbitamente se apoderó de nuestro anfitrión y que pregonó sin rodeos, y, sobre todo, la escena siguiente:

En un rincón apareció un clavicordio. El capitán exclamó:

*-Ein Klavikord!*

Entonces nuestro visitante se estiró más allá de los dos metros enflaqueciendo en proporción. Echó bigotes largos y barbilla. El pañuelo verde se convirtió en gorra de erecta pluma; su bata raída, en ceñido traje de épocas lejanas. Conservó sus babuchas. Sentóse ante el instrumento y tocó con admirable virtuosismo. El capitán no pudo retener las expresiones de su entusiasmo. A medida que aquel tocaba, iba diciendo:

*-Das ist wirklich erstaunlich! Ich gratuliere, edler Freund, zu Eurer Macht! Welch elegante Kleidung!*

De pronto el clavicordio fue rodeado por una vaca, un asno, un chivo, un cerdo, un perro y un mono. Un minuto después, todos a un mismo gesto del clavicordista, se sentaron en el suelo cual humanos, manteniendo en sus miembros delanteros gruesos pergaminos con música. Y cantaron quedamente, balanceándose con ritmo de lado a lado; cantaron tristemente derramando copiosas lágrimas. El capitán nos dio su opinión:

*-Mir gefallen Kuhe und Schweine. Hunde sind lustig. Oh! Was den Esel und den Bock betrifft, die sind entsetzlich.*

Del mono nada dijo.

Pero algo más había.

Si ello es posible, tratemos de ver.

Mis sentimientos, al menos, fueron:

Aparte de la escena que acabo de describir, sentía dos fuerzas luchando en mi pecho: la una me allegaba a aquella confusión de monstruos; la otra me alejaba de ella.

Había en la primera algo íntimo, algo que entonces no pude definir más que con la palabra "parentesco". Luego preferí decirme: "mi vida". Luego corregí: "parte de mi vida". Mas ¿qué parte? Era vano averiguarlo. Pues la segunda fuerza obraba cual mano de hierro que detenía. "Mano de hierro" —pensé. Luego preferí decir: "advertencia del peligro". Mas ¿qué peligro? Era vano averiguarlo. Sólo sabía que era un peligro atroz, capaz de aniquilar sin remisión a mi espíritu.

Ante tales incertidumbres recordé al grande y ahora lejano amigo, Florencio Naltagua, y su sabio consejo de quietud frente al dilema que no se abre.

Quieto, mudo, únicamente miré.

Con extrema lentitud empecé a ver, a sentir, a saber... Hasta ahora me es difícil encontrar la palabra exacta.

Cada monstruo era parte de mí mismo; tal vez, parte de una volición mía. No, no. Era una neta volición mía. Lo que me hacía pensar en "parte de volición" es que en cada monstruo había algo más que esa volición; pero ella misma se encontraba entera. Cada monstruo venía a ser la resultante de una cohabitación suya con algo más. ¿Qué más? ¡Calma! Aún lo ignoro.

Me dije que muchas voluntades mías dormían en mi vida cotidiana. No. Me dije que acechaban para salir de su prisión. ¡Ah! Ahora comprendía el significado de esas tres palabras: "mano de hierro". Pero eso, por esta mano no se escapaban. El señor de Berbiguier correspondía a Dios y a los rateros. Había abierto la prisión de mis voluntades ocultas. "Voliciones" —volví a decirme. Y tanta monstruosidad se había lanzado en orgía infecta y nauseabunda.

Pero el señor de Berbiguier de Tierra Nueva del Thym había hecho algo más... ¡Diabólico personaje! Deseé que los Infiernos lo confundieran; olvidando que mal los Infiernos podían confundirlo puesto que era él un personaje diabólico.

Ahora iba viendo con mayor claridad porque la escena que frente a nuestro ojos se desarrollaba iba complicándose con nuevos aparecidos.

Sobre el clavicordio vino a posarse algo horrendo: era un hombre, un señor, un cualquiera, como se le quiera apodar; correctamente trajeado, albo cuello, fina corbata; un punto lo diferenciaba de los demás hombres, uno solo: no tenía ni brazos ni piernas, era un perfecto amputado. Esto es, por cierto extraño y doloroso, mas para nosotros que ya nos hallábamos de lleno en mundos tan singulares, un amputado, como tantos los ha habido en guerras y modernas cirugías, no bastaba para que nuestro querido capitán en voz alta profiriera:

*—Ich versichere Euch, gute Freunde, dass ich das nicht erwartet habe. Es ist das erste Mal in meinem Leben, dass ich solch teuflische Gestalt gesehen habe.*

Cierto es que su chaqueta carecía de mangas y que sus pantalones no existían terminando aquélla directamente en el calzado. Pero éramos ya todos lo suficientemente agueridos en esta suerte de misterios para que aquello me hiciese calificarlo de "horrendo". Lo que había era el rostro del desdichado, mejor dicho, su expresión: el desdichado sonreía; y sonreía tan satisfecho, nos miraba tan complacido que esto sí llegaba a causar horror. A su lado, y por unos instantes, todos los demás personajes tomaron cierto aspecto de grotescos disfrazados en medio de una jocosa farándula. El amputado no; él era como

todo el mundo y, siendo como todo el mundo, se encontraba, no entre nosotros sino entre los otros; y siendo sin brazos ni piernas, era plácido y sonriente; y teniendo los zapatos junto al ruedo de su chaqueta, caminaba y paseaba con soltura; y teniendo como campo de marcha únicamente la tapa del clavicordio, podía dar vueltas y más vueltas y nunca caía ni siquiera vacilaba. ¡Era dichoso el desdichado! De ahí, tal vez, su horror. El cierto caso es que el capitán no dejaba de repetir contemplándolo:

—*Welch eine Nachtmahr! Welch eine Nachtmahr!*

Y ahora iba yo viendo con mayor claridad aún porque al costado derecho de la escena toda, empezó a dibujarse primero, a materializarse después una gran cama de rica y vieja madera. En ella, medio sentada, reposaba una anciana flaca y desgredada, de senos largos, caídos y jabonosos. El capitán se puso de pie:

—*Und was bedeutet diese elende Schmutzige Alte?*—preguntó.

Como dando respuesta a su pregunta, el señor de Berbiguier —o el personaje clavicordista de erecta pluma, como se quiera— arremetió una alegre musicata que vaca, chivo, asno, mono, cerdo y perro corearon a toda voz apretándose el vientre con ambos miembros delanteros para apaciguar un tanto la tumultuosa risa que se les venía encima. El amputado ahora bailaba sobre su tapa. Los primeros bichos monstruosos escuchaban atentos y callados. Sólo la anciana de la gran cama lloraba y lloraba y aullaba sin cesar.

Ahora veía yo con mayor claridad.

Nuestras voluntades —digo en este momento—, nuestras voliciones —decía en aquel momento— ocultas y secretas no se hallan en prisión. Creerlo es error de juicio. Se hallan libres. Saltan, vuelan, arremeten. Lo que nos da la ficción del encierro es nuestra cobardía para aceptarlas. Fingimos no verlas y lo fingimos de tal manera bien que muy bien pensamos, a la postre, que no las vemos y, al no verlas, decimos que se hallan debidamente encadenadas. ¡Error!

¡Saltan, vuelan, arremeten! Mas no se ven.

Eso es todo.

No se ven porque no tienen materia disponible o bien porque no saben hacer uso de la que tienen a su alcance. Y como nuestros ojos ven materia... ¡Oh! Es fácil darse cuenta del fenómeno que ocurre; al menos aquella noche yo lo encontraba fácil; creo que mis siete compañeros lo encontraban fácil también. Como fácil era, por lo tanto, sacar clara cuenta del hecho total que presenciábamos:

Las buenas o malas artes del señor de Berbiguier se resumían en lo siguiente: el señor de Berbiguier tenía el alto o bajo don de dar materia.

Nuestro anfitrión lo había adivinado. Ahora oí que entre dientes murmuraba:

—*Ja Materie will ich, viel Materie.*

Nuestro huésped daba materia obteniéndola... ¡sepa algún sabio de dónde! Tal vez de sutilísimos estiércoles.

Daba materia para que toda volición, todo anhelo, por secreto, por recóndito que fuera, se materializara, se hiciera un cuerpo, remedo exacto de las malignas intenciones que escondía o llevaba en potencia su progenitor.

Así veíamos todos: el capitán, Lorenzo, Rosendo, Baldomero, Desiderio, Teodoro, el cínico y yo.

¡Nuestra desnudez ulcerada!

Focos de aborrecimientos danzaban ahora, al son de la música y canto ya descritos, un minué; focos de rencores y avaricias hacían elegantes reverencias; focos de putrefacción

moral lanzaban flores a los bailarines; focos de putrefacción del alma sonreían coquetamente al conjunto. Y ante los acordes de un vals melodioso, sentimos todos dulce sed y fino apetito de ruina y sangre para los semejantes, para los hermanos y los amigos. Y para nuestros padres, una florentina daga, ojalá cincelada por Benvenuto Cellini, clavada en medio de su pechos adorados.

Golpeando rítmicamente las manos acompañábamos vals y minué.

**Hasta** que, de pronto, un pánico atroz nos cogió porque todos al unísono pensamos: "¡Si los demás echasen una mirada a nuestros propios monstruos en vez de seguir ocupados con los suyos! Como que esta algarada siga, ¡mirarán!

Entonces dieciséis ojos suplicantes se posaron sobre el clavicordista.

¡Alabado sea el Altísimo!

El santo varón que nos visitaba... ¡oyó!

El santo varón que nos visitaba tenía también el don de oír las miradas de los ojos suplicantes.

¡Alabado sea Dios!

El santo varón recobró su talla, escamoteó el bigote, rescató el pañuelo verde y su raída bata, volviendo a ser el viejecito escuálido de manos nerviosas y nariz aguda. Al mismo tiempo reintegrábase en su morada de aire el clavicordio y la vieja cama arrastrando tras ellos a todos los extraños huéspedes que nos habían honrado con su **presencia**.

Era nuevamente el venerable salón de Curihue.

El señor Alejo-Vicente-Carlos, algo avergonzado, se dirigió al dueño de casa:

—Mucho me temo, mi respetado caballero, que se sienta usted un tanto molesto y que encuentre que es el aire irrespirable...

El capitán lo serenó asegurándole con voz cordial:

—*Ich fühle mich trotz dem sehr gut, und mir scheint, dass die Luft besser geworden ist.*

En efecto, aquello tornábase muy agradable.

Lorenzo dijo:

—¡Qué aire tan puro!

Rosendo:

—Se diría la orilla del mar.

Teodoro:

—Me embriago deliciosamente.

Desiderio:

—¡Mil veces superperfumadísimo!

Valdepinos:

—Ni en la dulce Francia hácese perfumes así.

Yo:

—Es un encanto respirar aquí.

Baldomero:

—¡Huele a grandiosidades!

El capitán:

—*Ich rüchle Wunderbare Düfte.*

El señor de Berbignier:

—**¡Cuán** amables sois, amigos míos! Creedme que me siento confundido ante vuestras palabras. Bendición es del Todopoderoso que os plazca el aroma que en este hospitalario sitio se expande.

Nos sentamos todos cómodamente. Un criado, que hasta ese momento no habíamos visto, trajo dos grandes bandejas.

Todos alargamos nuestras manos salvo el tímido viejecito que era ahora el ex clavicordista. El capitán siempre amable:

–*Wollt Ihr eine Zigarre oder eine Zigarrete? Vielleicht, ist ein Glaeschen dieses guten Liqueurs angenehm?* –le dijo.

–¡Oh, no! –respondió el obsequiado–. Gracias mil, pero no bebo ni fumo y nunca he fumado ni bebido.

–Entonces –insinuó Valdepinos, echándose hacia adelante en su sillón– podríamos ensayar una charla, ¿eh?

–¡Idea genial! –aprobó Longotoma.

Y, no sé por qué, todos nos volvimos hacia el señor de Berbiguier como si fuese él el único capaz de charlar o –molesta insinuación–, como si nos debiera una explicación o excusa por lo recientemente acaecido. Lo peor del caso es que nosotros siete –descuento a Lonquimay– teníamos copas y cigarrillos para asentar nuestro aplomo; en cambio el pobre anciano no tenía más que vacío en sus nerviosas manitos. Cuanto a Baldomero Lonquimay ya cualquiera que haya echado ojos sobre estas páginas sabrá sobradamente que un hombre de aquella talla y maña no ha menester de nada, de absolutamente nada para ser y seguir siendo, en toda circunstancia, él mismo, más que él mismo, mucho más que todos los mismos que puedan llegar a albergarse en sus mañas y tallas aunque se multiplicaran hasta el inmenso infinito que nos rodea pletórico de astros y de estrellas. Así, pues, no me quedé más que decir a voz en cuello:

–¡Pobre señor Alejo-Vicente-Carlos Berbiguier de Tierra Nueva del Thym! ¿Acaso estás prefiriendo la compañía de tu terrible enemigo, Stanislas de Guaita? ¡Pobre anciano!

Felizmente para nuestro huésped mi voz en cuello no salió más allá de mi propio cuello y nadie oyó mis palabras de consuelo.

Pero el tímido viejito nos defraudó con su humilde timidez. Sin moverse de su silla –no había querido aceptar un sillón–, sin hacer un ademán nos petrificó pues sus ojos chisporrotearon, centellearon, ardieron y relampaguearon; sus músculos faciales se contrajeron y temblaron; su nariz aguda se replegó en sí misma cual una pantera que se recoge para saltar; su boca se abrió como se abre la puerta de dos batientes, de tres batientes, de cuatro batientes, de cinco batientes de un edificio colosal para dejar salir lo que debe en lógica dejar salir un colosal edificio; y de su boca salió esta descarga:

–¡Soy el azote de los Duendes! ¡Tengo el medio de reducir al Infierno a la impotencia! ¡Seré citado por los predicadores del futuro como citados son San Juan, San Marcos, San Mateo y San Pablo!

Tosió.

Siguió:

–Jesucristo fue enviado a la Tierra para lavar al género humano de sus pecados; yo estoy destinado a destruir a los enemigos del Altísimo. ¡¡Gran Dios, haz crecer sobre la Tierra suficiente madera para poder alzar en todo lugar hogueras lo bastante grandes y espaciosas como para contener y pulverizar a toda la raza de los Duendes!!

Aquí, el señor de Berbiguier no tosió ni siguió sino que con gestos y palabras tan precipitados que me es imposible transcribir, nos dijo, nos repitió, nos aseguró, nos juró que la persecución de que era víctima por esos semi seres de este y del otro mundo se

avacinaba ya a la más cruenta de las crueldades. Tal vez notó cierto escepticismo entre nosotros pues interrogó alarmado:

—¿No lo creéis? ¿Es posible que no lo creáis?

Acto continuo echó mano al interior de su bata y sacó luego un papel arrugado y amarillento. Lo desplegó ante sus ojos, se caló grandes gafas y dijo:

—Voy a leeros, amigos, la carta que hace días, a principios del siglo XIX, recibí. Os ruego escuchar. Me creeréis entonces y de seguro me compadeceréis. Dice así:

Berbiguier:

¿Terminarás de torturarme tanto a mí como a mis colegas? ¡Eres un miserable! Acabas de hacer perecer a mil cuatrocientos sujetos míos ¡y hasta yo mismo he estado a punto de ser tu víctima el día de tus trabajos, cuando me hallaba en el tubo de tu estufa! Si quisieras ser más indulgente para con nosotros, te nombraríamos nuestro Soberano. Serías tú el jefe de todos los espíritus; gozarías no tan sólo de semejante ventaja sino además del privilegio de poseer a todas las bellas mujeres que hubiese en tu palacio. Pues haz de saber que aquí tenemos a cuantas reinas, princesas y beldades que, desde hace 4800 años, han hecho las delicias de todos los mayores héroes de este mundo. Mira y consiente y serás el más feliz de los mortales. Si no... en masa vendremos a librarte combate con antorchas aniquiladoras, a exterminarte durante el próximo verano

(Fdo.)

El Embajador Extraordinario de los Espíritus Malignos,

ROTHOMAGO.

(Fecha)

El Quinto día de la Luna.

(Dirección)

Al señor de Berbiguier,  
Exterminador de la Cohorte  
Infernal.

El señor de Berbiguier guardó su carta y se enjugó una lágrima. Luego, moviendo la cabeza en son de franca desesperanza, murmuró:

—Estamos en marzo, sí, en marzo pero... eso es aquí, no allá. Porque aquí marzo es ya el anuncio de los fríos que vienen; allá es el anuncio de los calores, el anuncio, amigos, ¡del verano! Cuando he de ser exterminado por las antorchas ardientes del Embajador de los Malignos. ¡Ay de mí!

Brotaron en nuestro salón mil frases de aliento, de consuelo y de amistad. Algunos se levantaron y cariñosamente abrazaron al desdichado huésped. Otros, entre ellos yo, proponían al viajero no regresar a su hemisferio. Desiderio Longotoma, ante esta proposición, fue más lejos: que el señor de Berbiguier fuese el eterno viajero de norte a sur y de sur a norte, de modo que jamás un verano pudiese cogerlo; entonces los Rothomago y demás... En fin, ya se calculará la intención del hombre de corazón bondadoso que es Longotoma. Al oír estas palabras nuestro huésped volvía en sí, se serenaba, se alegraba, iba a sonreír cuando...

...Cuando Zamparratas, Zamparratas en persona, se coló en nuestro salón, tal vez por una puerta mal cerrada hija y producto de la inadvertencia de aquel criado de las bandejas.

Para que debidamente se comprenda lo que va a seguir, debo decir que Zamparratas, a pesar de ser un gato negro, era una criatura afable y abnegada que nunca, durante los seis años de vida que llevaba en Curihue, desde su nacimiento hasta la fecha del suceso, nunca había ocasionado a nadie, ni a él mismo, la menor molestia.

Pues bien, entró en el salón el buen animalito; entró como cientos de veces seguramente ya había entrado, es decir, sin oír protesta alguna; entró como había entrado esas cientos de veces, es decir, oyendo seguramente frases de bienvenida. Entró en el salón el buen animalito y el señor Alejo-Vicente-Carlos Berbiguier lo vio.

¡Lo vio!

¡Y se crispó!

Mientras Zamparratas, sin reparar en él, saltó sobre un sofá y se acurrucó cómodamente.

¡Y se puso de pie!

Nosotros, alarmados, nos pusimos también de pie, mientras Zamparratas pactaba con Morfeo.

¡Y exclamó!:

—¡Animalejo Duende! ¡Animalejo Duende! ¡Casta de infectos bichos infernales! Amigos míos, ¿cómo podéis cohabitar con un representante de las llamas eternas?

“Amigos, para colmo de mis males, estos monstruos (mostraba a Zamparratas que dormía) me evocan a la otra mitad, a las mujeres. ¡No seáis inocentes, amigos míos! Las mujeres y los gatos —¡oh!, seré justo: no todas las mujeres pero sí la mayoría de ellas—, las mujeres y todos los gatos, sí, todos, tienen un pacto sellado. Esto lo digo y repito y pruebo por donde vaya, haya ido o pueda ir. Lo digo y grito. Ojalá, quiera Dios, esas mis palabras logren asquear a las damas de Aviñón —y de París y de todos los sitios—, asquearlas del amor que prodigan a estos animales *farfadets*, mil veces *farfadets*. Amigos, porque tiempo es ya que yo me case. Ya oigo, a lo lejos, una marcha nupcial. Ya es tiempo: nací en Carpentras allá por los años de 1781. ¡Ya es tiempo! Ahora bien, mi sino me fuerza a escoger como compañera de mi resto de vida, a una dama de París o de Aviñón. Pero..., pero..., ¿los gatos? ¡Ah, señores míos! Jamás experimento mayor dolor que cuando veo a una hermosa boca femenina posarse sobre el hocico de una bestia que es de la raza de los tigres. No es menor mi dolor cuando oigo a una linda mujer llamar a su marido: “Gato mío”; me parece que al decirle así, lo invita a recibirse de duende.

“¡Jamás yo seré el gato de la virtuosa mujer que debo desposar! Una de las cláusulas de mi contrato matrimonial prohibirá, a aquella que asocie su sino al mío, darme otros títulos que aquellos que halagan a la gente honesta. Prefiero por mucho que se me diga “amigo mío” a oírme llamar con nombres rechazados por el amor y la naturaleza.

Después de esta peroración en contra de gatos y mujeres, el señor de Berbiguier cayó sobre su silla ocultándose el rostro entre las manos. Vi entonces que Desiderio Longotoma se dirigía hacia el capitán y le hablaba al oído. El capitán le respondió en igual forma. Luego ambos parecieron llenos de gran regocijo. Luego Longotoma avanzó a saltitos hacia el desdichado anciano y, golpeándole al hombro, le dijo en medio de profundas reverencias (Zamparratas dormía siempre):

—Señor Exterminador de la Cohorte Infernal, ¿me permite usted una consulta?

El otro alzó el rostro y contestó:

—Por supuesto, señor amigo, por supuesto.

—Es el caso —continuó el primero— que a este noble fundo de Curihue, sitio de paz y

de refugio, van a llegar en días más –acaso mañana, acaso pasado mañana, acaso ya estén penetrando en él– varias damas de ilustre raza que, no lo dudo, podrían competir sin desmedro con aquellas beldades que en su carta menciona el Embajador Extraordinario de los Espíritus Malignos. Comprenderá usted, señor de Berbiguier, que, ante tal expectativa, la alegría reinaba entre estos ocho jóvenes varones –y entre los cuales tengo el muy alto honor de encontrarme–. Pero ahora, con gran dolor de mi parte, con incontenible temor de nuestro anfitrión, el capitán Angol, y con marcado recelo de los otros seis ardientes donceles, esta esperanza, esta embriaguez de ver pronto junto a nosotros lindas entidades de la carísima mitad que el sexto día de la creación se nos arrancó de una costilla –sin anestesiarnos, siquiera–, esta esperanza y embriaguez, digo, se han cubierto de espesos y negros nubarrones al escuchar la sin par diatriba que ha lanzado usted en contra de los eternos Zamparratas.

–¿Vendrán mujeres a este sitio? –preguntó el señor de Berbiguier.

–Y dignas de las más perfectas y seductoras –afirmó Longotoma haciendo una reverencia más.

–Mujeres... –suspiró el anciano.

–Arrebatadoras... –recalcó el otro.

–Comprendo –dijo con decisión nuestro huésped–. Comprendo. Muy bien. Depende de ustedes, generosos amigos. ¿Qué puedo yo para bien o para mal? Mujeres... Caballeros, quiero que sepan ustedes una cosa, una sola; lo quiero para no alejarme de este rincón acogedor con un cargo de conciencia: el de no haber hecho lo posible por la dicha y paz de quienes con tanto calor han acogido, en esta noche inhumana a este que quiere ser un gran servidor de ustedes. Caballeros, quiero que ustedes sepan que la mujer no es ni ha sido ni será jamás un punto neutro, un cero a la izquierda, un color gris; ella es o la divina mano diestra de Dios, o la infernal mano siniestra de Luzbel; o todo hacia los cielos, o todo hacia las llamas eternas. No hay término medio con ellas, las mujeres. ¡Ustedes sabrán! Yo puedo aconsejar; a lo más, advertir; pero mi religión me impide intervenir. ¡Ustedes sabrán! Mujeres, sí... tienen una maravillosa afinidad con la rosa y con el trinar del ave. Sí. Pero también la tienen con el felino, con el gato-duende, con... ¿cómo se llama aquello?

–Zamparratas– dijo Longotoma.

–¡Zamparratas! –clamó el señor de Berbiguier–. Su nombre está bien: Zamparratas... Cuidado, amigos míos, cuidado con que ustedes todos se conviertan en ratas de aquí a pocas horas. Aquello –volvió a mostrar a nuestro gato–, yo no lo dudo, no lo dudo, aquello es la avanzada, el escampavía. Aquello es la primera de ellas, de las inefables beldades –lanzó una rápida mirada a Desiderio– que aquí entrarán y tomarán posesión. Vieja cosa es la mujer-gato; y no olviden, caros amigos, que el gato es gato-duende. Yo, en mi idioma, lo llamo le *chat-farfadet*.

“Nosotros los hombres –continuó el anciano– formamos tres grupos esenciales, tres columnas, si ustedes quieren, sobre las cuales se asientan la humanidad y el destino. Las tres son igualmente sólidas; no tienen el mismo número de adeptos pero la diferencia de número está equilibrada por la potencia de los que en cada una están. Una de ellas está formada por la inmensa mayoría de nosotros los hombres: son los hombres de todos los días, los que laboran y construyen cuanto vemos y cuanto circula por ciudades y campos, aires y mares; los que algo sufren, algo aman, algo anhelan y que duermen y comen, y que ríen cuando hay que reír y lloran cuando hay que llorar. Ya lo dije: la inmensa mayoría. Hombres cuasi neutros cada cual; pero su número, formidable. Yo también lo he dicho:

es el equilibrio, como solidez, con las otras dos columnas. Y éstas son: la una, una columna negra, más negra que el carbón, y en cuyo hueco interior pululan retorciéndose los demonios terrestres, los duendes, las sanguijuelas y murciélagos, los felinos y... ¡las larvas! Esto, amigos, por dentro; por fuera, apoyados sobre el inmenso carbón, hombres, muchos hombres, innumerables hombres, tantos que, para no considerarlos tantos y perder entonces toda esperanza de redención, hay que compararlos en número con los neutros que ya mencioné. Entonces uno respira, no muy bien, respira como si estuviese algo resfriado pero, en fin, uno respira. Esos hombres son los malvados, los adeptos de Lucifer, los que luchan en contra del Santísimo Omnipotente y Misericordioso Señor de las Alturas. Son los hombres del pantano de aguas pestilentas; son los generadores y cuidadores de las larvas. Y generan y cuidan con tan marcado ahínco que el mundo, este mundo que ser debiera sitio de dulzura, es sitio de bullir de larvas y larvas y larvas y más larvas... ¡Qué horror!

"Me preguntarán ustedes, sabios amigos, qué son las larvas. Sabios amigos, las larvas son las pútridas hijas de la masturbación mental. Son los deseos del vampiro, las intenciones del alacrán, los sueños sombríos del gusano. Son las larvas aquello que se desea ardiente, vehementemente en la mente, mas que no se realiza, no se objetiva, no toma materia para convertirse en un hecho. ¡Me explico, gratos amigos! Toma materia, sí, la toma. Pero no de ésta. (El señor de Berbiguier golpeó aquí con su índice la mesa central, luego un florero; luego, con su mano toda, indicó cuanto nos rodeaba). Toma de esta otra materia. (El señor de Berbiguier indicó su cabeza; luego, cada una de nuestras cabezas). Porque han de saber ustedes que los pensamientos son hechos de materia. Materia más sutil, infinitamente más sutil, pero materia, al fin. Y esta materia, cuando es la de pensamientos lúbricos y soeces y contrarios a la gloria del Señor de las Alturas, se mezcla con la materia hedionda de los más bajos socavones del plano astral. Se mezclan, ambas se mezclan. ¡Oh, cópula asquerosa que sólo es agradable a los ojos del Maligno, a los ojos de los Zamparratas y, a veces —¡dolor!— de algunas graciosas beldades femeninas!

"Y viene aquí lo peor del caso. Esos belitres del carbón generan y cuidan. Pero lo peor del caso es que aquello generado —¡la larva!—, aquello cuidado —siempre la larva— adquiere su personalidad, adquiere una cuasi independencia y sale entonces a vagar, a rondar, ¡a tentar! Sale en busca de nuevos adeptos, sale a ¡obsesionar! Y sólo vuelve a su progenitor cuando cansada se encuentra de sus andanzas. Vuelve a pedir alimento y aliento, es decir, más materia fortificante, de ésa de los pensamientos lúbricos y soeces y contrarios a la gloria del Señor de las Alturas. ¡Ay del padre que entonces no proporcione alimento! Su hija la larva llama a sus semejantes y todas juntas lo empujan hacia el manicomio.

"Así es la cosa, amigos, así y no de otro modo. ¡Tétrico panorama!, ¿no es verdad? Mas ahora pueden ustedes empezar a regocijarse pues viene la tercera columna, la columna de alabastro y de coral.

"En ella moro yo; en ella oro yo; desde ella, no pocas veces, trueno yo. Porque allí estamos los que combaten a esos maléficos hombres del carbón, allí estamos los nobles defensores del Señor de las Alturas. Allí estoy yo junto a San Pablo, a San Mateo, a San Pedro, a San Juan Bautista, a San Juan Evangelista, a San Francisco de Asís y a muchos otros más.

"Amigos, estoy cierto de que allí también están todos ustedes, a excepción de aquello, se entiende (mostró al buen gato casero que seguía durmiendo). ¡Estoy cierto, sí! Porque si fuesen ustedes habitantes de la columna negra, mi sino no me habría empujado hasta

acá; y si formasen ustedes parte de los innumerables neutros, ninguno de ustedes me habría visto ni me vería porque los ojos de esos neutros no perciben a mi persona; y ustedes todos me ven; ¿no es así?

Ocho voces nacidas de un solo pecho contestaron:

—¡Así!

El señor de Berbiguier saludó y siguió:

—Les considero a todos como Hermanos del Alma. Un hermano debe prevenir a sus demás hermanos. Hermanos: nadie, por muy habitante que sea de la columna de alabastro y de coral, nadie, repito, puede considerarse inexpugnable. Nadie. Y por inexpugnables que ustedes fuesen, pueden, de pronto, ser vulnerables. No ahora, no; no paseando por los campos, no; no disfrutando de las atenciones que aquí se deparan, no. Pero tal vez sí cuando esas sílfides y ondinas, que mentaba el hermano Longotoma, se encuentren prodigando a ustedes su compañía. Hay que precaverse, hermanos, hay que defenderse.

Hasta aquí el señor de Berbiguier hablaba en voz baja y cadenciosa como bien corresponde a un anciano pletórico de experiencia dirigiéndose a jóvenes de frívolas intenciones. Mas desde aquí el señor de Berbiguier gritó desaforadamente:

—¡¡Ya lo decía yo!! ¡¡Miren, miren, malogrados amigos míos!! ¡¡Horror de los horrores!!

Y cayendo de rodillas agregó apuntando con el índice y meñique de su diestra:

—*Vade retro, muliere cateriformis!! Vade retro, famula oculata in ejus catus corporem!! Mortem Satane atque vituperata mitate hominis!!*

¿Qué ocurría?

Era Zamparratas, el negro Zamparratas que, habiendo ya consumado sus ensueños con cuantas ratas podría zampar, despertaba, se estiraba, alzaba el lomo, bostezaba, bajaba del sofá y, a pasos lentos, se dirigía hacia su puerta mal cerrada en demanda de noche, de murmullos, de tejados largos, de mariposas, de ratones, de luciérnagas, de perfumes y de música de alas...

Y esto habíase producido en el instante en que nuestro sabio consejero nos aseguraba que era menester defenderse de las malévolas sílfides y ondinas.

En verdad era la cosa grave.

Pero la calma volvió pues Zamparratas —que indudablemente ignoraba el latín y que del castellano sólo conocía los primeros llamados y refunfuños del hombre—, Zamparratas, digo, se había ya marchado al final de la imprecación y lo había hecho sin otorgar al señor de Berbiguier ni una sola mirada ni un solo maullido.

Volvió, pues, la calma ida. Entonces nuestro hermano mayor nos habló de este modo y nuevamente con voz lenta y firme:

—Gratos, muy gratos hermanos míos, si las mujeres que para este sitio han de venir correspondiesen a la columna de alabastro y de coral, nada tendría yo que decir; por el contrario, tendrían ustedes mi enhorabuena. Pero sé que no es así. Al referirse a ellas he oído las menciones de: “perfectas, seductoras, arrebataadoras...”. Está bien lo de “perfectas”; mas cuando este calificativo va acompañado de los otros dos... ¡No, hermanos, no! Sé a qué atenerme. Las damas que hollarán este suelo son de la columna negra de carbón. No hay más. Ya lo he dicho: si de hombres se tratara podrían ser simples neutros; no olviden ustedes que nosotros formamos tres grupos, tres columnas. No olviden tampoco que las mujeres sólo forman dos: o la gloria eterna, o las llamas eternas. Esos calificativos y mi larga experiencia... No requiero más para saber. ¡Sé!

"Sé, hermanos míos, y temo. Temo por ustedes. Y temo con razón. Revelaré mi secreto, mi hermético conocimiento:

"Hermanos:

"Las mujeres de la negra columna, aquellas que con felinos y otras sabandijas han pactado; hermanos, esas mujeres son siempre verdaderos hervideros de larvas. Ni más ni menos.

"¡Qué desdicha! Ustedes tan generosos, apuestos y compasivos... Pronto... ¿Pronto? Progenitores y cuidadores y alimentadores y... ¡víctimas! de infinitas larvas. En verdad, ¡qué desdicha!

Mientras tanto —he de confesarlo— nosotros empezábamos a aburrirnos un poco con tanta peroración y aun creo que algunos empezaban a contrariarse al oír estas maldiciones para aquellas que, después de todo, iban a ser nuestras compañeras. Pero el señor de Berbiguier supo concentrar súbitamente nuestro interés. Hizo una pausa, nos miró uno a uno y por fin lanzó esta inaudita afirmación:

—¡Hermanos! Sé que las damas que han de llegar vienen con un solo cometido: sumir a todos ustedes en..., ¿en qué? Hermanos, en la ¡Soledad!

Luego se inclinó y juntó las manos. Pareció una beata en oración. Entonces masculló, rápida pero inteligiblemente, las siguientes palabras:

—Porque sólo en la soledad las larvas se generan; porque sólo las hembras seductoras y arrebatadoras son capaces de enterrar a los hombres en la soledad; porque ninguno de los aquí presentes tiene intención ni posibilidad de aislarse y ser un solitario; y es entonces necesario, para confundirlos y perderlos, llevarlos a la temible soledad con engaños y con diabólicos espejismos; y esto únicamente lo pueden lograr los seres que se presenten como defensores de la amistad, de la sociedad, del alegre intercambio humano; quiero decir: la mujer-gato que a cada uno de estos tan simpáticos varones le regalará con una prisión, con un calabozo donde, solo, sin comunicación, se masturbará la mente echando larvas por doquier. Así será, así será, para desgracia de este mísero mundo...

Alguien —creo que fui yo mismo— pidió una explicación, más detalles, mayores precisiones sobre este singular fenómeno consistente en el acarreo de la soledad por medio de la vida en compañía. Al escuchar las palabras del pedigüeño —vuelvo a creer que era yo aunque ciertas dudas me vienen cuando recuerdo a Rosendo Paine—, en fin, al oírlas, el señor de Berbiguier se excusó y, recobrando su voz alta y cadenciosa, dijo:

—Tiene usted razón; debo explicarme.

Y aquí vuelvo a caer en duda pues nuestro orador, al decir el "usted" de su frase, hizo un gesto cuya prolongación habría pasado justamente entre Rosendo y yo; la suerte había querido que en aquel instante nos encontráramos lado a lado; por lo tanto, quién habló pidiendo informes, no se sabrá jamás. A todo esto el viejo orador continuaba así:

—Razón tiene usted (igual gesto, igual incertidumbre) pues acaso esas beldades que pronto han de presentarse, acaso sean —y el cielo me oiga!— grandes, inmensas, sublimes ramerías. ¡Quiera el Señor de las Alturas que ellas sean las primeras meretrices del planeta para que, de este modo, todos queden a salvo!

Un murmullo enojoso llenó los rincones del salón e hizo eco en los rincones opuestos volviendo a los rincones de origen y repetir el eco en esos opuestos. Este murmullo manifestaba que, a nuestro juicio, el huésped, por anciano que fuere, sobrepasaba todas las normas del respeto. Pero él, sin oír nuestra protesta, siguió diciendo:

—¡Oh, misterios de mi ciencia hermética! Tal vez he conducido al error al explicarme

sin los detalles que se me piden. Hermanos: creo que ustedes, teniendo dentro de la mente y del corazón la educación rancia de los bobos, pensarán que en la límpida columna de alabastro y coral se encuentran las mujeres cumplidoras de los llamados deberes domésticos, fruilunos, sociales, pulcros y demás majaderías por el estilo; y que, por lo tanto, en la otra columna se han de encontrar las que violan esos llamados deberes. ¡Error, funesto error! Así será para los cultivadores de la flaca y anémica moral que reza por las calles de paz. Pero una moral de paz no es ni moral ni nada; es apenas un código gris para los días huecos. La otra moral es la moral de guerra, de lucha, de lid; no la moral de los polizontes sino la moral de los audaces, de los héroes; no la moral de los miopes sino la moral de los hombres que en cada ojo llevan un telescopio. Entonces puedo preguntarles a ustedes: “¿Qué ven esos telescopios al acercar las dilatadas distancias?”. Como dijo Sócrates: *That is the question...*

“Hermanos:

“Ven que la única y alta moral es la de aproximarse al Omnipotente y Omnisapiente, alejándose del Príncipe de la Tinieblas, el fétido Patas Verdes;

“Ven que en el fondo de la palpitante víscera humana yace siempre latente el impulso hacia las Alturas y el despego de las Bajuras;

“Ven que, sin embargo, la mayoría de los humanos van hacia el lupanar de donde querían despegar y olvidan la estrella que querían alcanzar;

“Ven que todo o cuasi todo es marcha al revés;

“Ven que el Gran Omni sufre mientras el Cola Sucia ríe.

“Todo eso ven. Entonces estos nobles visionarios lloran desconsolados, cogidos de ambas manos a sus magnos macroscopios.

“Luego piensan, meditan, buscan, cavilan, husmean, perforan, revuelven, trajinan, inquieren, investigan, indagan, averiguan, inducen, deducen, se mortifican, se sacrifican, se hieren, palidecen, sangran, claman y..., llenos de heroísmo vuelven a pensar, meditar, buscar, cavilar, husmear, perforar, revolver, trajinar, inquerir, investigar, indagar, averiguar, inducir, deducir, mortificarse, sacrificarse, herirse, palidecer, sangrar y clamar.

“Hermanos:

“¡Por fin encuentran!

“Entonces anuncian y pregonan.

“Es lo que yo hago aquí:

“¡Anuncio! ¡Pregono!

“Anuncio y pregono que los humanos se pierden porque las larvas los pierden;

“Anuncio y pregono que las larvas son porque los duendes las sostienen y estimulan.

“El hombre sin larvas ignoraría al Cachos Negros y sólo contemplaría hacia el Creador. Y si por su mala soledad o su falso raciocinio llegase a generar una larva, ésta, al salir a vagar y tentar, se cansaría y, sin imaginación suficiente, no se le ocurriría volver a su progenitor en demanda de nutrición. Pero allí están los hábiles y pícaros y bribones duendes que el camino le indican. Vuelve, pues, la larva y corrompe a su padre. Éste enciérrese más y más en su propia mente. Nace otra hija. Y es inmenso el júbilo de los duendes.

“Así colaboran duendes y larvas.

“Ahora avanzan las seductoras hacia este bendito y por mí bendecido Curihue. Avanzan.

“Y el problema se yergue temible.

“Hermanos:

“Si ellas –¡inmaculadas rameritas! ¡vírgenes y cándidas meretrices!– a ustedes se entregan sin regateos ni rodeos, todo el semen larvático que bulle dentro del cráneo de ustedes, bajará y saldrá en medio de alegres cánticos de deleite. Y ni un pensamiento lúbrico ni soez ni indigno del Señor de las Alturas tomará forma propia. Ninguno tendrá tiempo ni ocasión ni gusto por soñar lo que se ha de ejecutar, por manipular lo que se ha de expeler, por adobar y retorcer lo que ha de ser un chorro único y certero. Ninguno; porque allí estarán las putas, benditas putas que yo –sin recurrir a vosotras porque más allá del Bien y del Mal me encuentro–, yo venero, ¡almas de mi alma!, pues sois vosotras las que también lucháis contra duendes y larvas al contribuir con vuestro animoso sexo a que todo siga el santo curso que Tú, ¡Dios!, ordenaste a todo que siguiera.

“Pero... Pero... ¿Y si las bellas compañeras de ustedes, hermanos míos, lejos de ser venerables prostitutas, son pérfidas hermosas matronas de la moral polizonte? ¿Ignoran ustedes que en esta moral cabe la coquetería?

“¡Coquetería! Inmunda, abyecta, ignominiosa palabra es esta palabra pues ella designa a la peor llaga, a la peor úlcera de la humanidad: la coqueta. ¡Coquetas! ¡Coquetuelas! ¡Coqueviles! ¡Coqueperras! ¡Coquesapas! ¡Os maldigo y os hundo en los infiernos a morder los testículos y a comer los excrementos del Cachos Negros, del Cola Sucia, del Patas Verdes!

“Amén, Amén y Amén.

“Coquetas... Coquetearán por la mañana, coquetearán por el día, por la tarde y por la noche. Abrirán las esclusas de lujurias varoniles. Y desviarán su curso. Pues al creer ustedes que la realización va a llegar, las coquetas se escabullirán. Entonces cada alcoba vacía, cada cama hasta hoy deparadora de reconfortante sueño, se convertirá en un martirio punzante, quemante, atroz. ¿Cómo remediar a tal tormento?

“Hermanos:

“Soñando, imaginando, manipulando, retorciendo.

“¡Echando larvas a vivir!

“¡La perdición, hermanos míos, la perdición!

“Mi religión no me permite intervenir pero sí me permite aconsejar. Yo aconsejo que sean ustedes parcos, muy parcos si han de encontrarse frente a coquetas matronas. Apenas aparezca el nimbo de la lujuria, o lo uno o lo otro: o bien ocuparse, con alma y cuerpo, en menesteres ajenos a todo pensamiento lúbrico; o bien atacar súbitamente y poseer por las buenas o las malas. ¡Hermanos! Como dijo Cicerón: “Por la Razón o la Fuerza”. Y si alguno o todos escogen el sendero de los menesteres ajenos, entonces a ése o a todos aconsejo comida sin condimentos, preferencia al reino vegetal sobre el animal, alejamiento de alcoholes y tabaco, lectura edificante y largas caminatas. Sobre todo aconsejo mucho aseo, no especialmente el aseo de los moralistas-polizontes sino el religioso-larvático. ¡Cuidado, cuidado con los paños y ropas manchados de esperma o de sangre de menstruación! ¡Cuidado, antes que nada, con exponer a la luz del hogar tales ropas o paños! La substancia de esas manchas nutre a las larvas. Y al calor de los leños del hogar... ¡Oh, hermanos! No olviden a Paracelso. Este grande e iluminado genio ha dicho:

*Lemures gignuntur per desperditiones aesticas spermatis et sanguinis menstrualis.  
Sunt ephemeri et maxime mortales. Constant aere congelato in vapore sanguinis vel spermatis, et quasi bulla quae si ferro frangatur, perit anima imperfecta lemurum.  
Quaerunt simplices et credulos...*

*Timidi sunt et fugitivi sicut aves coeli et semper mori reformidant, quia bulla aeris est vita eorum, et statu facile corrumpitur.*

“No olviden tampoco, gratos y buenos hermanos, que muchas veces la lascivia se introduce con disimulo y que difícil es percatarse de su presencia. Estén ustedes atentos, pues, a los síntomas exteriores que la delaten. Si ustedes lo permiten leeré unas palabras por mí escritas y ya publicadas en un libro que mi nombre lleva como autor. Helas aquí. Pido que sean debidamente escuchadas:

Cuando oigáis el ruido que hacen grandes pájaros que agitan sus alas, ¡es duendismo puro! Igual cosa es cuando oigáis la marcha de monstruos de un tamaño prodigioso o de una forma espantosa, pero que tampoco podéis ver; cuando, en las habitaciones mejor cerradas, escuchéis un viento pavoroso que asuste a las personas que se creían bajo abrigo...; entonces hay que armarse de gran coraje, proporcionarse un arma cualquiera –cortante o puntuda, si es posible– y golpear de inmediato de derecha a izquierda, como en lucha a mandoble. Entonces escucharéis, tal vez, desparramarse la sangre de aquel o de aquellos que habréis tenido la dicha de herir.

Cerró y guardó su libro. Agregó:

–Hermanos, cosas y hechos así son síntomas; no hay que dejarlos pasar. Son advertencias; no hay que menospreciarlas. Puedo asegurarlo.

Aquí el viejo oriundo de Carpentras se arrodilló y, con voz sonora, volvió a decir lo que parecía ser su cántico de batalla:

–Jesucristo fue enviado a la Tierra para lavar al género humano de sus pecados; ¡yo estoy destinado a destruir a los enemigos del Altísimo!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Me sentí cogido, paralizado ante esos ojos. Sólo pude mirar, frente a mí, a Teodoro Yumbel que, pálido, parecía querer desmayarse nuevamente; pero pronto noté que era él, en aquel instante, todo un ángel de interés y luminosidad. Esto me permitió mover la vista: vi que el capitán Angol se servía otra copita de coñac y la saboreaba con lentitud; alcancé también a ver que Lorenzo, de pie, contemplaba la escena sin revelar sus sentimientos. Luego sentí que alguien me tomaba del brazo. Era el cínico de Valdepinos. Me dijo al oído:

–Amigo Borneo, me carga la grandilocuencia, me revienta lo pomposo. Este tío es un cretino carente de *mésure*.

Le pregunté, al oído también:

–¿Tendrá usted, entonces, deseos de marcharse de aquí?

Me contestó:

–¡Jamás! Seré el último en salir.

El señor de Berbiguier volvió a hablar, siempre de rodillas. Dijo:

–¡Hombre sublime, tú, Stanislas de Guaita! ¿Por qué me persigues? ¿No ves que lucho en contra de la plaga de las larvas? ¿O no crees tú en ellas? ¿No ves que, si callas, estos generosos hermanos míos van a sospechar de mí? ¿No ves que pensarán que otra es tu opinión larvática? ¿Por qué, sublime enemigo, no manifiestas tus ideas sobre el particular? ¡Qué honor para mí sería que aquí confirmaras tú mis humildes palabras!

Dicho lo cual vimos, pero sin sorpresa –ya estábamos habituados a todo– que en el

mismo sitio en que antes había aparecido el abate de Villars, se presentaba ahora en persona el maestro y enemigo de nuestro huésped. Éste, al verlo, se incorporó para luego gritarle:

—*Parla: tu poi!!*

El gran hermetista, que es Stanislas de Guaita, habló entonces de este modo:

—“Una larva en nuestra atmósfera es para vosotros el fantasma de un vago, muy vago sosia; pero de un sosia que os irrita en lo físico; os agota y os quiebra en lo moral y os deprava; os debilita en lo intelectual y os embrutece. Es para vosotros una ventosa siempre ávida de vivientes substancias, una vulva apuntada, sin descanso ni piedad, sobre el falo de vuestro intelecto; una receptividad que a toda hora chupa, para apropiárselos deformándolos, los verbos viables que vuestro espíritu puede dar a luz”.

Y desapareció.

El bueno del señor de Berbiguier irradiaba felicidad.

Vino entonces algo molesto, al menos para los oídos: aquellos aletazos y ventoleras citados por nuestro huésped de su propio libro, se dejaron oír. Sin embargo nada se movía en el salón. Hasta que una ventana se abrió súbitamente. Los ruidos cesaron. Entonces entró por ella un enorme chonchón. Revoloteó unos minutos y luego, majestuosamente, se posó sobre la cabeza de la estatua de mármol que a Ícaro representa y que, por ser de Ícaro, nuestro anfitrión venera. Allí quedó inmóvil mas con las alas desplegadas, tal vez para hacer juego con las del marmóreo personaje. Era evidente que esta estatua había sido ejecutada antes del fatal vuelo de nuestro primer aviador y como en el salón de Curihue nunca entraba un rayo de sol, sus alas podían quedar abiertas sin temor a que se derritiera la cera que al mármol las pegaba. Seguramente el chonchón advirtió este hecho y por ello escogió la testa del noble Ícaro como punto de aterrizaje.

Otra vez Valdepinos me habló al oído:

—Amigo Borneo, esto ya es demasiado.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque esto es demasiado, demasiadísimo Edgar Allan Poe...

—¿Y qué? —volví a preguntar.

—Que prefiero cualquier cuervo a todos los chonchones del país.

—¿Entonces...?

—¡Oh, no! ¡Jamás! De aquí, mi querido Onofre, no me mueve nadie, hasta el fin.

Aquí debo abrir un pequeño paréntesis aunque no marque, con mi máquina, los signos correspondientes. Pero es el hecho de que la enorme mayoría de mis compatriotas —¡y qué decir de forasteros y extranjeros!— ignoran la humanidad, la fauna y flora del semi-más-allá de nuestro Chile. Es cosa corriente oír hablar en salones, templos y bares de gnomos, nibelungos, íncubos, súbucubos, salamandras y demás; en cambio nadie habla del chonchón ni de la calchona ni de las machis ni de las tenebrosas reuniones en la Salamanca, y sólo muy pocos —los marinos y ex marinos— conocen los múltiples cruceros del Caleuche; mientras que todos conocen —sobre todo desde que Wagner los mentó— los cruceros del Barco Fantasma. Considerando que esto es inicuo, me veo obligado a dar algunos datos sobre el astral personaje chileno que ahora nos ocupa:

Es el chonchón un ave. Lo es hasta donde se permite hacer símiles entre los seres de la zoología y los del semi-más-allá. Prefiero que juzgue el lector: el chonchón es una cabeza humana completa y con pescuezo; nada más; carece de tronco y de extremidades (brazos, piernas), pero de la parte inferior del pescuezo arrancan dos cortas patas exactamente

iguales a las de un guacamayo. Sus oídos son como los nuestros pero en vez de orejas tiene dos grandes alas de plumas grises que bien alcanzan la envergadura de las de un gallinazo o jote. Este ser es nocturno. Se ignora su escondite diurno. Su vuelo es rápido y silencioso. Al estar constituido de un rostro humano, tiene cualidades y características tan amplias como las de los mismos humanos (mas nótese que no menciono aquí la inteligencia pues ésta es, a no dudarlo, inferior a la nuestra; si así no fuese..., se sabría). Volviendo a sus cualidades diré que, como el hombre, el chonchón va desde la extrema bondad a la extrema maldad. Según sean las facciones y la expresión de su cara así serán sus intenciones y sus actos. Hay chonchones que hacen el bien sin mirar a quien; y los hay que, de igual modo, hacen el mal. Hay chonchones que ríen dichosos cuando una buena nueva ha visitado a un individuo o a una familia o una ciudad; como los hay que, ante tal hecho, se retuercen de ira. En fin, repito, que en esto son como nosotros los hombres. Cuanto a sus manifestaciones vocales se cree que hablan pero como esto sólo lo practican entre ellos, no ha habido, hasta la fecha, confirmación científica del hecho. En cambio ríen, lloran, silban, se quejan, imitan a las ranas y al güemul, tosen y estornudan ruidosamente y esto para todos los oídos que se hallen bajo la luz de la Luna o de las innumerables estrellas. Creo inútil decir que tales manifestaciones vocales tienen un sentido psicológico igual que en nosotros: cuando ríen es porque están alegres, cuando lloran es porque están tristes, etc. Mas hay una excepción y ella es el estornudo: cuando estornudan es porque arden de furia. Son omnívoros. Se ignora cómo hacen para reproducirse.

Y me parece que basta, por el momento, en materia de datos sobre este singular personaje. Volvamos, pues, a nuestra "Noche Uno".

Habíamos quedado en que el chonchón se había posado, con sus patas de guacamayo, sobre la testa de Ícaro. Un silencio, un hondo silencio. Y nueve pares de ojos que, a su vez, se posan sobre el par del nocturno visitante. Este par es de mirada tranquila, pacífica. Sigue el silencio; termina el silencio. Quien lo termina es el señor Alejo-Vicente-Carlos Berbiguier de Tierra Nueva del Thym, oriundo de Carpentras y vecinado en Aviñón. ¿Cómo? Lanzando un grito de pavor; ni más ni menos: ¡un grito de pavor!

Pero el pavor, por pavoroso que, en realidad, fue, quedó enredado en torno a su lanzador; hízose éste un vórtice y sobre este vórtice giró, brilló, titiló el pavor para, por fin, caer y sumirse con la succión del propio vórtice. Cosa extraña, se dirá. No es tanto. Se verá: Desde luego puedo asegurar la veracidad del hecho del modo siguiente: 1) El capitán Angol siguió gustando su coñaquito y mientras miraba hacia el ave tremebunda, sonreía; 2) Lorenzo Angol vino hacia mí y me dijo que semejante bicho le traía reminiscencias de sus primeros días de encierro, con esos "diablitos" que lo acometían; 3) Rosendo Paine rio ante el grito de pavor y luego levantó los hombros; 4) Baldomero Lonquimay saludó al bicho solemnemente pero del modo que se saluda a un viejo conocido; 5) Desiderio Longotoma no cupo en sí de júbilo y, aunque sin proferir sonido alguno, pataleó menudo y restregó sus manos; 6) Teodoro Yumbel siguió entregado a su examen minucioso de cuanto ocurría mas sin mostrar extrañeza; 7) Valdepinos me miró haciendo girar un ojo y, poniendo sus manos en forma de bocina, me gritó murmurando: "¡El último en salir, yo!". Y 8) el que esto escribe confiesa que estaba más interesado con las reacciones de sus acompañantes que con el pájaro del semi-más-allá.

*Ahora veamos, o tratemos de ver, por qué ocurrió tan rara cosa; pues nadie me negará que es cosa rara ver a ocho sujetos reunidos en un salón, en un gran salón sombrío, en medio de los desiertos picachos cordilleranos, una noche de silencio, y quedar, los ocho,*

indiferentes ante la entrada, en ese salón, de una cabeza humana con alas de gallinazo y patas de guacamayo... ¿Verdad que es raro?

Pero es cuestión —como en todo, por lo demás— de buscar las causas del efecto que acabo de mencionar. Vamos a ello:

Es que existe un misterioso parentesco entre todo lo que es de un mismo terruño. No voy —ni yo ni nadie— a negar un parentesco íntimo —más que de hermanos; acaso de gemelos— entre dos seres o dos cosas similares: no voy a negar, por ejemplo, el parentesco de un caballo chileno con un caballo portugués: ambos son caballos ¡y basta, sobradamente basta! Por lo mismo no niego el de un eucalipto curihueño con otro australiano; como tampoco el de un tintero hecho en Santiago con otro hecho en Estocolmo; son eucaliptos, son tinteros, etc. y etc. Por algo se viene diciendo, desde que la humanidad fue formada por dos criaturas —Adán y Eva—, que todos los hombres somos hermanos. Pero además existe el otro parentesco, nacido no de la igualdad de constitución, forma y uso sino de la igualdad de tierra en que se pisa y de cielo que cobija. En este sentido —y entiéndaseme que esto no quita en nada ni disminuye el parentesco anterior— hay una unión, una conformidad, hay, en fin, un parentesco entre un eucalipto chileno con un tintero chileno que no tiene un eucalipto chileno con uno australiano, y que tampoco tienen, por ejemplo, una palangana irlandesa con una palangana andaluza.

Ahora bien —ya lo he dicho— nosotros ocho éramos chilenos. Las ciudades de Santiago, San Agustín de Tango, Viña del Mar, Petorca y Curicó se habían compartido los ocho honores del caso. El chonchón también era chileno y cordillerano por añadidura. Ese misterioso parentesco que acabo de mencionar, existía, pues, entre nosotros.

Existía, claro está, escondido, agazapado, latente. Existía sin tratos ni palmoteos cotidianos; dormía. Se sabe que es cosa dañina, y aun peligrosa, despertar de golpe a quien duerme pacíficamente. Dormía nuestro parentesco con las criaturas del semi-más-allá chileno, dormía pacíficamente. Un despertar brusco habría sido de temer; la brusquedad habría impedido reconocernos. Pero el bueno del señor de Berbiguier, con todas sus evocaciones y discursos, había —sin premeditarlo, estoy cierto—, había tejido los hilos ambientales para acercarnos suavemente a nuestro hermano del terruño, el chonchón. Lo que de común teníamos, él y nosotros, por el hecho de ese parentesco de nacimiento, primó con ventaja —y gracias, repito, a las artes de nuestro huésped— sobre la diferencia de nuestras idiosincrasias y características físicas. Así es que esa buena entidad semi-astral fue por nosotros recibida como se recibe a un colega, a un compatriota más.

Piénsese ahora: el señor de Berbiguier no era chileno; era francés. Sus ojos no se abrieron bajo techo santiaguino, ni sanagustindetanguense, ni viñamarino, ni petorquino, ni curicano, ni de ninguna otra comarca de Chile. Se abrieron bajo techo de Carpentras, en el departamento de Vaucluse. La primera vez que el distinguido personaje subió a la torre de la iglesia de su pueblo y extendió sus ojitos de niño, no vio, no, ni cordilleras andinas ni pacíficos océanos sino campos y villas del Delfinado, de la Provenza y del Languedoc.

Ese parentesco faltaba. De ahí el pavor del pobre hombre. Pero de pronto se detuvo, de pronto quedó paralizado. Es que había creído que, ante tal fantástico bicho o personaje, nosotros íbamos a asustarnos, al menos a sorprendernos; y, al encontrarse ante nuestra indiferencia, el bueno del anciano quedó lelo.

Creo que era Lorenzo el hombre que más al tanto estaba sobre la vida y costumbres de la fauna del semi-más-allá; cosa que no es de extrañar si consideramos sus largas horas

de estudio y meditación dentro de sus sombríos agujeros. El capitán, conocedor de la ciencia de su primo, hízole una seña que éste comprendió. Avanzó, pues, Lorenzo hacia el señor de Berbiguier y, con frases precisas y claras, que iban además envueltas en franco cariño, le explicó ese asunto de los parentescos, asunto que acabo de esbozar páginas más atrás. (Aquí debo confesar que lo ignoraba yo totalmente y que vine a enterarme de él oyendo a mi gran amigo Lorenzo. Doy esta explicación para acentuar lo extraño del hecho: nada yo sabía de parentescos semi astrales; tampoco de la existencia de chonchones; sin embargo, ya lo he dicho, más me preocupaban mis amigos que el monstruoso ser volando sobre nuestras cabezas o inmóvil sobre la testa de Ícaro).

El señor de Berbiguier comprendió. Al señor de Berbiguier le interesaron enormemente, una barbaridad, las palabras de Lorenzo. A cada momento decía:

—¡Es claro! ¡Es claro!

Y se golpeaba la frente con el índice en signo de reproche por haber olvidado, ¡él!, hombre enterado de todos los secretos herméticos, esta cuestión de los misteriosos parentescos. Al final sonreía satisfecho. Pero luego hizo un gesto de desengaño. Junto con hacerlo, el chonchón plegó las alas. Ícaro no hizo nada. Dijo el señor de Berbiguier:

—Hermanos, me marchó. Veo que aquí —en Chile, quiero decir; no me refiero especialmente a Curihue— es como allá, en mi país, en Francia. Deduzco, por lo tanto, que en las Américas todas ha de ser como en toda Europa. Veo que esa cuestión de naciones jóvenes y viejas no reza para las tareas que a mí me incumben. Yo creía —¡ay de mí!— que, por ser este un continente nuevo, se hallaría libre de duendes, de larvas y raras criaturas como aquella que en este momento nos visita. Veo que no es así. Veo que el reino de lo muy fétido y satánico invade al mundo entero y no deja rincón sin dominar. ¡Triste cosa! Acaso sea por la culpa de nosotros los hombres pecadores. Me marchó. ¡Tanto da estar aquí como allí, como allá! Me marchó deshecho en llanto y dolor. Lo cual no quita, hermanos míos, que lleve un grato recuerdo de la acogida que he tenido entre ustedes y que siempre he de recordar con dulce emoción. ¡Adiós, hermanos, adiós!

—¡Adiós, hermano mayor! —gritamos todos—. ¡Adiós y buen viaje!

El señor de Berbiguier hundió el cuello en su vieja bata. Se agachó, se apretó y, a rápidos y menudos pasos, cruzó el salón, salvó el umbral y desapareció.

Inmediatamente el chonchón agitó las alas, se elevó y salió también en pos del nocturno viajero.

Durante algunos minutos se oyeron toques de campanas, golpes de pedradas y estrépitos de vajillas que se quiebran. Estos ruidos fueron disminuyendo hasta que se dejaron de oír. Vino un profundo silencio. Justo en su mitad, Zamparratas, desde un tejado vecino, lo cortó con un maullido, uno solo.

Empezamos a fumar algunos; otros, a beber una copita o a ensayar algunas palabras. Parecía que había vuelto la vida de siempre. Parecía...

De pronto Baldomero Lonquimay se irguió solemnemente. Dijo —¿“decía” este hombre?; no—, tronó:

—Singular personaje es aquel que acaba de abandonarnos y que ahora rueda rutilante entre ruidos y rudezas y que sin ruborizarse sigue rumboso su rústico rumbo olvidando toda ruindad y rutina. Singular personaje... ¡Gloria a él!

“Más esto no es causa ni fuerza para que nosotros, aquí bajo este techo invisible, no examinemos, estudiemos y analicemos los conceptos que brotaron en su esclarecida men-

te y luego golpearon con sus vibraciones y sus ecos nuestros tímpanos, que tampoco se ven pero que oyen, y estos muros tapizados que sí se ven aunque no oyen.

"Es nuestro deber estudiar y comentar a nuestro insigne huésped; no hacerlo sería menospreciarlo.

"Es ilustre varón ese varón por sus conceptos aunque todos ellos pueden ser rebatidos, ridiculizados y aniquilados. Pues cuanto ha dicho puede, matemáticamente, ser expresado con la cantidad: 0,000. De más decir que es permitido seguir agregando ceros pues ello no cambiará la cifra indicada. Repito esta cifra: 0,000. ¿Entonces? ¿Contradicción mía? ¡Alto ahí! ¡No! Es, ha sido y siempre será ilustre varón, singular personaje, insigne huésped el huésped, personaje y varón que pletóricos de honra nos ha dejado por habernos visitado.

"Explícome.

"Orejas:

"Haya dicho lo que dicho haya aquel visitante, es igual; lo dicho a veces importa, no por su contenido intrínseco y matemático sino por el hecho de que dicho ha sido lo dicho.

"Explícome.

"Orejas:

"Tanto vosotras ¡oh, vosotras dieciséis!— podríais haber vivido laboriosas ciento y más años sin por ello haber acarreado, a los ocho cerebros que servís, conceptos semejantes a los que nuestro nocturno huésped os encomendó para ofrendarlos a los entendimientos que tanto, ¡tanto!, de vosotras siempre esperan.

"Años podrían haberse sucedido, los unos tras los otros, los otros antes de los unos, o saltándose ellos o salpicándose en atropellado desmembramiento de los calendarios; años y más años y... nosotros sin recibir palabras como las que recibido hemos. El mundo que esas palabras traducían pudo haber quedado para nosotros en eterna incógnita. Habríamos podido pasar junto a él sin percibirlo; hemos estado a punto de llegar al sepulcro ignorándolo. Ahora no. Ahora nos lo ha sido revelado. ¡Gloria al revelador! Porque siempre brindo yo gloria a un humano por el hecho simple, escueto, de vivir en otro mundo que el mundo mío. Pues esto prueba que en el mundo hay más mundo, que las escapadas hacia los infinitos son infinitas como infinita debe ser toda escapada. ¡Gloria al señor de Berbiguier!

"Pero el señor de Berbiguier se ha marchado. Y con él se ha marchado el mundo suyo.

"Orejas:

"Ahora estáis abandonadas en el mundo a que nuestras mentes os han acostumbrado.

"Amigos:

"Ahora debemos ver qué ocurre, acontece o acaece al afinar al mundo nuestro los ecos que nuestro visitante nos dejó golpeando tímpanos vivientes, muros tapizados y techos invisibles.

"Aquí vendrá el aniquilamiento de tan esclarecidos conceptos. Mas no porque ellos sean nutrición del Gran Aniquilador sino porque los cambiaremos de ambiente, de atmósfera. Nada más. ¡Siempre gloria al visitante! Despedacemos su hablar, su pensar, su creer.

"Orejas:

"Empecemos por tajar en dos. Dos son los puntos que, al menos para mí, se erectan por encima de todo lo restante cual dos altísimas torres sobre la durmiente ciudad. Dos: la Mujer y el Gato.

"Empecemos por el gato. Efluvios de mi infancia me acometen. Más de alguien aquí

lo sabe. Sabe lo que el gato para mí significa. ¡Amada madre, te veo! Oigo el silencio porque oigo el andar sin ruido de mis lejanos gatos. No es que desvaríe, amigos, pero, ante mí, nunca más lucharán dos velludas tarántulas. Veo las ascuas amarillas de los ojos de nuestro fiel felino; veo al niño que yo fui, pues niño también fui, llenarse de íntimo alborozo frente a esas ascuas que en la oscuridad lo miraban; véolo sin jamás haber sentido el temor ante ellas. Porque tú, madre amada, allí te encontrabas. No desvarío. Prueba de ello es que vuelvo al señor de Berbiguier.

“Él y Zamparratas acaban de trabar conocimiento. Él gritó, maldijo, vociferó. Bien, ¿y qué? Zamparratas durmió tranquilo y se alejó cuando bien lo quiso. Si pudiéramos interrogarle nos diría que todos los que su sueño velaron eran hombres de bondad gatuna infinita. Ningún hecho podría rebatir a nuestro buen animalito.

“El huésped nocturno y misterioso ha respetado al mejor amigo del hombre, al inefable amigo mío. Pero..., ¡ah!, pero –mientras ustedes se interesaban por el orador, cada cual según su propia idiosincrasia– yo veía un punto torvo, sordo, ronco, bronco: nuestro mago lunar –dejando de lado duendes, larvas y demás sabandijas suyas– no ama al gato. Y si ningún daño le hizo al nuestro, como sus deseos habrían sido, es porque temía a lo que dentro de él creía se escondía: la larvática mujer. Yo esto vi en sus ojillos, en las muecas de sus labiales comisuras, en el alargarse y recogerse de sus afilados dedos. Es decir, y es este el resumen, Zamparratas, en particular; el suave, cariñoso y elegante animal, en general; no ha sufrido ni ha fenecido porque –¡que el señor de Berbiguier se atreva a negarlo!–, porque una mujer –paridora de larvas o de hijos, me es igual–, una mujer lo ha detenido. El señor de Berbiguier es un cobarde. Una mujer lo amedrenta; su enemigo lo paraliza. Felizmente hay cobardes en el mundo; si no los hubiera, nuestro gato ya no sería de estas tierras generosas. Por lo tanto:

“¡Viva la mujer!

“¡Muera Berbiguier!

“Mas el caso es que aun aquellos que nos hacen prorrumpirles: “¡Muerte!”, no logran tampoco –como ningún humano– alejarse totalmente de la verdad y vivir sólo en el embuste. La verdad es tanto o más ladina y sagaz que la mentira; aunque uno de ella se defiende con denuedo, su astucia le indica la rendija vulnerable y por allí se cuele.

“Me explico.

“Orejas, oíd:

“¡Qué mujeres ni hembras ni nada cobijadas dentro de gatos! ¡Patañas! ¡Qué pactos duendísticos entre nuestras hermanas y nuestros domésticos! ¡Añagazas! ¡Qué avanzadas ni escampavías en forma animal para que vengan ellas a desplomarnos y sumirnos en lo negro y en lo hediondo! ¡Farsas! ¡Risibles engaños!

“Mas sobre estos engaños y farsas, sobre esas añagazas, sobre aquellas patañas, con sus alas desplegadas y sin ruido alguno vuela, planea la verdad como hace algunos momentos volaba y planeaba el chonchón.

“¡Cuidado! Nuestras testas pueden convertirse en ocho ícaras cabezas...

“¡Cuidado!

“Y la verdad, que entre artificios sin fin escapó de labios del señor de Berbiguier, es que la mujer puede, sí, hundirnos por los siglos de los siglos. ¡Noamén! ¡Noamén! ¡Noamén!

“Amigos: depende de nosotros, únicamente de nosotros depende ser vencidos o vencedores. Debemos vencer. Lo podemos. ¿Cómo?

“Orejas, escuchad:

“Implantando, apenas ellas se presenten en Curihue, la más férrea Ley Sálica.

“No hay más: ¡la Ley Sálica!

Un silencio, lleno de expectación, siguió a las palabras de Lonquimay. En vista del cual éste prosiguió:

–No hay más, créanme ustedes. Si no lo hacemos, estaremos perdidos. Al pasar los deslindes de este fundo, deben las mujeres dejar en ellos todos sus derechos e iniciativas, deben dejarlos en esos deslindes colgados tal como en otros sitios dejan “la oveja su blanca lana y el hombre su virtud”. Entonces serán nuestras siervas, nuestras esclavas. Y la segunda altísima torre, la que juego hacía con la del Gato, se derrumbará a su vez. ¡Sí! La altísima torre de la Mujer caerá a nuestros pies. Para algo él poeta ha dicho:

*Las torres que desprecio al aire fueron,  
A su gran pesadumbre se rindieron...*

“Amigos:

“Pido la votación.

Y Baldomero Lonquimay tomó asiento en medio del mayor sofá del salón de Curihue y, después de bufar varias veces a través de sus rojas barbas, entornó los ojos y quedó en magnífica espera.

En vez de votación, el tumulto fue grande. Todos quisimos opinar, todos quisimos –digo yo– imponernos.

La primera voz que oí fue la del cínico de Valdepinos. Expresaba con decisión:

–

–Mientras Rosendo Paine lo rebatía diciéndole:

–*Qu'est-ce que tu en parles, toi? Occupe-toi de tes affaires et ferme ton bec quand on parle de femmes!*

Cuanto a Lorenzo Angol, clamaba:

–

Y Teodoro Yumbel no cesaba de repetir:

–*Dumaiu chtó nado buitch milocerdnim i nie pribegatch k sile. Nie budiem bolshe krishatch, payalusta*

Desiderio Longotoma reía y reía mas no por eso quedaba fuera del debate; por el contrario: simulando –creo yo– gran pasión, vociferaba:

–

Por lo que a Baldomero Lonquimay se refiere, diré que seguía recostado en su sofá. Al oír a Valdepinos dijo:

–¡Kikiriki...!

Al oír a Rosendo:

–¡Ñau! ¡Ñau! ¡Ñau!

Al oír a Lorenzo:

–¡Meeeeeeeeee...!

Al oír a Yumbel:

–¡Croc! ¡Croc! ¡Croc!

Y al oír a Longotoma:

–¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Llegado a este punto creí que era de mi deber intervenir manifestando mis opiniones al respecto. Grité:

—¡*Aústegubelenden! De roeste ank fe þeuc. ¿Foringuen danguen? Aústegubelenden..., belenden..., ben...*

Era aquello la tercera torre, la torre de Babel, ¡la confusión de las lenguas! En vano el capitán quería poner orden repitiendo:

—¡*Ruhe, ruhe, meine Freunde! Schweigt! Ich meine ist besser schlafen zu gehen!*

Hasta que Lonquimay, poniéndose de pie sobre el sofá, chilló:

—¡*Yiiiiiiiiiii! ¡Ft, ft, ft! ¡Pum!!*

Hice entonces un esfuerzo y escapé a mi dormitorio. Me acosté, apagué la luz y dormí plácidamente sin importarme el hecho de que la Ley Sálica fuese aprobada o rechazada.

Soñé con la torre Eiffel.

### *Día Dos*

(5-III-27)

Junto con entonar su acostumbrado trino un pajarillo que recostado se hallaba encima de las baldosas de un arbol, el Sol, obedeciendo a tan delicado conjuro, asomó su cresta de doradas yemas y afirmóse sobre la extrema punta de un picacho andino para dar comienzo y luego proseguir con calma su zodiaca cabalgata jornalera.

Esto que el gong intuyó, echóse a retumbar de muro a muro de las vetustas casas curihueñas; lo cual oído por la argenta y aurífera campanilla, hizo que su badajo se agitara con trémulos movimientos vecinos todos ellos a la histeria, a la esquizofrenia y a la paranoia.

Vibró, pues, el panorama todo. Sus vibraciones perforaron catorce tímpanos acústicos, después de haberse deslizado por la cuenca y haber arpegiado en pabellón y tremolado en hélice, en trago y lóbulos. Ante tales cosquilleos huyó Morfeo. Entonces siete adustos varones sacudieron a noluces y sopores y volvieron a engolfarse por entre los dominios de la bulla y los relojes.

Un varón más había previsto este singular fenómeno. Escapado con anterioridad de sus blancas sábanas, esperaba ahora —mudo, inmóvil y sereno— de pie en la cumbre de un alto pino. ¿Esperaba qué? Esperaba la consumación de los hechos y anhelaba que ellos se desarrollasen tal cual deben los grandes hechos desarrollarse si desarrollarse han en sitio pletórico de respetabilidad y tradición. Así es, era y será —*vive Zeus!*— el fértil fundo de Curihue. Por ello justo parecía esperar de la suerte a guisa simbolizante de la exacta espera por antonomasia.

Lectores, lectoras y lectoras: de seguro que ya habréis adivinado quién era este varón del pino. Sí, letrantes, él era, era él: nuestro amo y señor de aquellos lares, el intrépido a la vez que ponderado capitán Angol.

Aparece Lonquimay; sale, avanza y saluda a Paine; asoma Lorenzo; preséntase Teodoro; manifiéstase Valdepinos; y muéstrase Longotoma.

¿Y yo? Yo surjo repentino y, a todas mis biografías vivientes, reverencio con emoción.

Nos reunimos junto al triste lugar mencionado al final del *Día Uno*. Las bandas se pusieron en formación y tocaron:

Y se desplegaron.  
Tras ellas marchó el pueblo;  
Tras el pueblo, el capitán llevando, sobre un cojín de terciopelo morado, la calavera de Ventura Mejillones;  
Tras el capitán, nosotros los siete invitados;  
Tras nosotros, Donizetti, el perro  
Tras el perro, la llavera;  
Tras la llavera, Taita Higuera;  
Tras Taita Higuera, Callampa, la perra;  
Tras la perra, ¡nadie! ¡nada!  
Todos lloraban.

Yo pensaba en ti... ¡Chinchilla!  
En la aldea de Curihue hay un humilde cementerio. Frente a un grupo de mausoleos nos detuvimos. Las bandas callaron. Un sepulturero abrió la puerta yacente del mausoleo N° 1. A nuestra vista se presentó una pequenita escala de metal que bajaba cuatro metros en dirección del centro de nuestro planeta, la Tierra. Por ella descendieron:

- 1) El capitán Angol con su macabro cojín;
- 2) Un representante de los músicos (fue para esto comisionado el primer tambor de la segunda banda);
- 3) Un representante del pueblo (fue comisionado el barbero de Curihue);
- 4) Un representante de los trabajadores del fundo (fue comisionado Taita Higuera);
- 5) Un representante de los invitados (tuve la honra de ser comisionado yo);
- 6) Un representante del reino animal curihueño (fue comisionada Callampa, la perra).

Descendimos los seis.

El capitán abrió la puerta alta de una credencia del siglo XVI que, en aquella cámara mortuoria, se encontraba desde mediados del siglo XVII. Depositó dentro del mueble el último resto de Ventura. Cerró. Dibujó en el aire una gran cruz con su diestra. La cruz se hizo fosforescente y fue a pegarse a las maderas maravillosamente talladas. Cayeron finas, muy finas estalactitas. Se inmovilizaron. El misterio habíase realizado; era ahora un sepulcro la credencia. Cayeron todos de rodillas. Y hubo entonces en la tumba del anciano un silencio de tumba.

¡Oh! ¡Como si en una tumba pudiese haber alguna vez silencio! No. Hay en todas ellas un bullicio infernal. El bullicio que todos creen oír creciendo desde el Infierno. ¡Como si el Infierno no fuese el sitio del silencio total! Hubo en su tumba un crugir y roer de infiernos. Sobre ellos el Infierno extendió una sábana callada. Sólo del Cielo llovía el estrépito: ebrios de gloria los Ángeles y Arcángeles cantaban haciendo rechinar sus alas. Me arrodillé en silencio junto a los demás y a su tumba. Y mi silencio a su vez rechinó en la sábana y en el bullicio celestial. Oré entonces por los que no hablan ni murmuran en el Infierno; por los que ya no pueden hacerlo pues dejaron toda esperanza al entrar.

Ascendimos los seis.

Salvo, ¡ay!, el último resto de Ventura Mejillones.

El sepulturero puso doble candado en la yacente entrada. Luego regresamos todos en silencio.

¡Como si los hombres, al regresar, pudiesen lograr silencio!

¡Como si toda marcha de los hombres no fuese sino rechinar de estrépitos celestiales!

¡Cómo si el crujir y roer pudiesen ser acallados porque muchos hombres regresan y uno, no!

Caminábamos en silencio.

Algunos, en silencio, lloraban aún, aún oraban.

Yo seguía pensando en Chinchilla.

¡Oh, Dios mío! ¡Haz que ambos, el anciano y la beldad, descansen por siempre en paz!

Desayunamos cruzando apenas algunas palabras. Lorenzo no concurrió al comedor. Al pasearme luego y solo por los alrededores de las casas, lo encontré cerca del estero que corre un poco más allá, es decir, pasado el jardincillo de violetas que hay un poco más acá y justo antes de llegar a la cerca que, hacia allá, lo limita. O sea que se encontraba mi amigo a sus cincuenta o más pasos a la derecha de las casas, si a ellas les damos la espalda; lo que viene a ser a la izquierda de las mismas si las miramos frente a frente.

Lorenzo, afirmado a un árbol cuyo nombre ignoro, a pesar de que mis conocimientos botánicos iban en aumento, Lorenzo, digo, parecía meditar y parecía hacerlo, no con preocupación sino con alegre interés.

Me acerqué a él; me recibió contento. Para entablar la conversación le pregunté:

—¿Cómo se llama este árbol?

—¿Su nombre de familia quieres saber? —preguntó a su vez.

—Por supuesto —respondí.

—Te confesaré —me dijo— que lo ignoro totalmente. Lo único que sé, porque ayer lo oí varias veces, es que su nombre individual es Federico.

—El de su familia —agregué recordando por anticipado a Bárbara que en mi vida habría de aparecer —ha de ser, o bien Lopetegui, o bien Balbontín.

—Seguramente —confirmó Lorenzo—. Y el de su género o especie ha de ser o bien Criptogamolegui, o bien Monocotiluguín.

Considerando que, para botánica, era suficiente con lo expuesto, le pregunté:

—¿Y qué tal tú, viejo Lorenzo?

—Muy bien —me contestó—. Podría apostarte diez contra uno que no adivinas con quién acabo de encontrarme y de charlar buenas palabras...

—Hombre —dije—, supongo que no ha de ser con ninguno de los curihueños pues estaban todos en el comedor y, además, porque el encuentro con uno de ellos no es para arriesgar diez contra uno.

—¡Por supuesto! —exclamó.

—No ha de ser tampoco con Bárbara ni con Colomba...

—¿Quiénes son ellas?

—No son todavía pero ya lo serán. Deja que los años hagan su obra.

—¿Entonces?

—Me doy por vencido.

—Pues has de saber, Onofre, que aquí, a la sombra de Federico, me he encontrado y he charlado con nuestro amigo Florencio Naltagua.

—¡Osorno! —exclamé lleno de júbilo—. ¡Qué buena cosa que se encuentre entre nosotros!

—No hay tal —me explicó Lorenzo—. Naltagua no ha hecho más que pasar. Venía de las crestas andinas y seguía hacia los llanos de allá abajo. Le pedí, por cierto, que quedara con nosotros. Fue inútil; pretextó no sé qué y, después de nuestra charla, siguió viaje.

(Pero antes de continuar mi relato voy, como de costumbre, por lo demás, a abrir mi paréntesis de marras:

El lector se ha de haber sorprendido ante mi exclamación: "¡Osorno!". Si hubiese estado con nosotros en el fundo de Curihue, no habría experimentado ninguna sorpresa. Nadie ignora que hay palabras que tienen más de una acepción: mercurio, cuenca, lima, granada, gato, etc. y etc. Pero la mayoría ignora, por no haber ido a Curihue, que las palabras "Osorno" y "Calbuco" tienen también más de una acepción. Desde luego indican, como todo el mundo lo sabe, determinados puntos geográficos del sur de Chile; pero además son dos interjecciones cuando se las escribe entre signos de admiración o separado con un guión cada una de sus sílabas. En el primer caso indican sorpresa alegre, súbita y clara para la razón; en el segundo, preocupación, deslumbramiento ante lo inesperado, sea que uno se abisme o se embelese ante ello. Ya la interjección de "¡Osorno!" ha aparecido en estas líneas. No tardará alguien, en Curihue, de lanzar un "¡Calbuco!" o "cal-bu-co", como también un "o-sor-no". Puedo prometerlo al lector).

Siguió nuestra conversación:

—¿Y qué contó Naltagua? —pregunté.

—Pues bien —me dijo Lorenzo—, al informarse de qué tal pasábamos aquí, me vino —antes que todo, antes que el trágico fin de Mejillones y sus recientes funerales, antes que las riñas de Baldomero y Desiderio con sus plásticos telares, antes que las suculentas comidas y los regímenes extraños y demás—, me vino, digo, el recuerdo de nuestro nocturno visitante, el señor de Berbiguier. Me disponía, pues, a contarle a nuestro amigo lo sucedido anoche, cuando me hizo un signo con la mano para detenerme diciéndome, al mismo tiempo: "Ya lo sé, ya lo sé y con detalles completos".

"Quedé sorprendido. Pero él sonreía con esa su serena sonrisa que tú bien conoces. No tuve más que ceder y aceptar. Tú comprendes, Onofre, con Florencio hay que poner el "visto bueno" a lo que sea... Hasta consideré pueril averiguar si había estado anoche agazapado en algún escondite de nuestro salón o si un hilo telefónico misterioso... En fin, él sabe ciertas cosas; no voy yo, de intruso, a inmiscuirme en ellas. Porque, en realidad, amigo, gracias a las cuantas palabras que dijo, me di clara cuenta de que estaba informado de todo, todo lo que al señor de Berbiguier se refiere, con chonchón, Zamparratas, torre de Babel y ¡qué sé yo!

"Entonces, sin más, lo apremié con las preguntas que en mí se agolpaban: "¿Qué demonios, era ese personaje? ¿Qué temía, qué clase de asilo buscaba? ¿Qué o quién lo perseguía? ¿Qué le ocurría, al fin y al cabo?".

"Naltagua esperó algunos instantes. Luego, con voz tranquila, me dijo lo siguiente:

—Lorenzo, preguntas tú por qué y de qué ese hombre tiene miedo y, por ende, pide asilo y auxilio. Empecemos por otro punto: ese hombre ha pasado demasiado tiempo en la Soledad. Lo sé. Su vida me es conocida; todas sus andanzas llegan hasta mí. No lo dudes.

"Al encontrarnos en sociedad nos alimentamos, en no despreciable cantidad, de los demás; recibimos su alimento, les damos nuestro alimento. El hombre de la soledad se alimenta, en parte muy principal, de su propia substancia. Cerrando cada vez más sus vías hacia el exterior, chúpase a sí mismo.

"Cierta vez corté yo una papa en dos; una de sus mitades la coloqué en un plato hondo con la parte cortada y desnuda en contacto con dicho plato; en éste puse un poco de agua;

como la papa bebía esta agua, todos los días echaba yo otra pequeña cantidad de ella de modo que siempre la hubiese. Al cabo de algunos días empezó la papa a echar brotes, brotes que crecieron y crecieron: hacia el aire, en forma alargada como espárragos; por el agua, en forma de finísimas y complicadas raíces blanquecinas.

“Un niño, que seguía con alto interés este crecimiento, tuvo la fantasía de llamar a la papa “la madre” y a los brotes, “los hijos”. Luego, con tanto observar, llegó a la conclusión –y así me lo dijo– de que la madre se alimentaba del agua que a diario le poníamos; y los hijos, de la propia madre. Así pues esta madre no sólo les había servido para darles el ser sino que, además, para reemplazar la tierra nutritiva de que la familia entera carecía.

“–¡Hijos malvados! –exclamó el niño cierto día–; devoran a su propia madre...”

“Y yo –te confieso que sin saber bien por qué– le respondí, al notar –cualquiera diría que por primera vez– la ausencia de tierra generosa y, ampliando mi visión por asociaciones lejanas, la ausencia de otros seres vegetales cerca de esta familia aislada en mi despacho, le respondí:

“–No son malvados; tienen que hacerlo así –y ten por seguro que la madre lo acepta gustosa –porque están viviendo en medio de la más absoluta... soledad.

“De más decirte que este buen niño tuvo de inmediato la idea de llevar, a mi despacho, maceteros floridos, ramas y flores para que esos hijos pudiesen independizarse, crearse amigos e intercambios, pudiesen alimentarse de la naturaleza misma dejando de ser los vampiros de su madre.

“En aquel momento supe que existía un símil entre la papa del plato, el niño y mis palabras con algo que vendría un cierto día. Pues bien, hoy, 5 de marzo de 1927, aquí en Curihue y a la sombra de...

“–Federico –dije.

“–Federico, si tú quieres –contestó Naltagua y siguió:

“–Bueno y como sea, el símil no está del todo mal: el solitario se devora. Mejor dicho, sus brotes largos al aire, sus brotes arrastrados bajo agua, sus hijos, aquello que roe y come es su propia Voluntad. Está su voluntad al máximo de potencia, estirada, aguda, bajo la mayor presión posible. Su voluntad vibra y trabaja día y noche. Su voluntad tiene misión de poblar la nada de la soledad creando y llamando pobladores.

“De pronto, para todo solitario a ultranza, sucede un singular fenómeno. De pronto, sin advertencia, las cosas se hienden primero, se trastocan después. Porque no hay ni puede haber soledad completa. De pronto hay dos entidades cara a cara: el hombre aquí; allí su voluntad. Dicen –y así es– que muchas o al menos varias veces el hombre vence, vuelve a coger y a domeñar a su voluntad esclavizándola para su servicio. Pero mayor número de veces es la voluntad independizada la que vence y –como esos hijos que aquel niño veía en aquel plato– la voluntad se nutre de su padre; mejor dicho, los pobladores creados y llamados, para subsistir, se nutren de él.

“El señor de Berbiguier ha sido un solitario a ultranza. El señor de Berbiguier ha sido vencido. Ahoyá huye desavorido de su propia voluntad que, sin tregua, lo persigue. Sus pobladores van tras él acosándolo. No impunemente se puebla una soledad verdadera.

“Teme, pues, que su voluntad –si ya puede llamarse “suya”– lo coja, lo arrastre y lo obligue a hacer... ¿Qué? Es lo que teme el pobre hombre pues ha llegado a la conclusión de que los duendes y las larvas son más poderosos que los angelitos que al Ángel Guardián acompañan.

“¡No les teme! –dice. Quiere conjurarlos, desafiarlos, aniquilarlos. Lo quiere, sobre

todo, desde que recibió esa famosa carta que anoche leyó y que firmaba Rothomago, el Embajador Extraordinario de los Espíritus Malignos.

“Ahora el señor de Berbiguier quiere volver a entrar en el mundo, chocar con él para confirmar ante sí mismo que él es hombre de la sociedad humana, que, como todos, su voluntad y quien la gobierna no forman más que una sola entidad. Siente el infeliz, al estar bifurcado, como que partes de su ser, de su cuerpo, se desprendieran y le tiraran hacia fuera. Siéntese lleno de puntas y piensa que éstas, como las púas del puerco espín, van a clavar y herir a sus semejantes. Quiere, entonces, limar, suavizar, pulir. Por eso, sin darse clara cuenta, odia lo que es áspero, odia la lija, toda rugosidad; odia la cacofonía cuando se habla; odia los erizos, en particular, y los pescados—por sus espinas—, en general, cuando se come; no quiere saber nada con breñas ni escarpas ni riscos ni peñas. No lo quiere, no.

“Mas, al no quererlo, la idea le acomete de que no es él quien no quiere sino la otra, la independiente, la ahora soberbia; la que ordena a sus criaturas a pedir sustento en el vacío que a su padre ha de rodear, vacío absoluto, si es posible, para vivir dulcemente. Entonces busca lo contrario para afirmar su libertad. Por eso ha venido a Curihue en vez de ir a San Pascual.

“—¿San Pascual? —pregunté—. ¿Es un fundo?

“—Sí —respondió Florencio—, un fundo allá en los llanos bajos, allá hacia donde ahora voy.

“San Pascual está en una planicie límpida que parece de seda. Sus pastos bien peinados siempre están verdes. Allí nada sobresale más allá de una clásica proporción. Sus árboles no han crecido por potencia de la naturaleza sino que han sido dibujados por manos expertas con tintas orientales. Se diría un fundo después de haber sido sabiamente mondado; su carne fresca y aromática ha sido, entonces, barnizada, jabonada; sus tierras y yerbas han sido transmutadas en lacas y éstas, a su vez, vueltas a transmutar en yerbas y tierras. ¡Plácido fundo adormecedor! Al mondarlo, sus cáscaras y sus cortezas han sido arrojadas lejos, arrojadas...; bueno, hacia la cordillera, hacia acá. ¡Mira!: esos despeñaderos, esos zarzales y barrizales... ¡Mira!: por todos lados hay erizamientos, ángulos, vértices, cimas, concavidades, quebradas, fosas, abismos, negruras. Son los cascarones, ya en desuso en mis llanos, que los mondadores os han arrojado a vosotros los cordilleranos. Allá todo resbala; aquí todo tropieza. Allá el viento, al soplar, no hace ruido; aquí, el viento que aún no sopla, aúlla por anticipado.

“Por eso el señor de Berbiguier vino hasta acá. Por eso no dejó de manifestar su agradecimiento ante la buena acogida. ¡La esperanza...!; ¿comprendes, Lorenzo? Mas por eso también temblaba: porque atraía, o creía atraer, a su infernal cohorte consigo. Vio en el gato la avanzada...; ¿hacia vosotros, como lo expresó? Yo creo que hacia él. Vio en el chonchón lo peor que es posible ver; ¡hombre!, será lo peor para un transeúnte cualquiera de una ciudad cualquiera pero para un casi mago que se tutea o debería tutearse con los planos subsiguientes de la humanidad y aun con los planos alejados de ella...; ¡no, hombre! Y, ya lo ves, sintió pavor y, ante vuestra calma, el desdichado perdió ánimo y fe. “Todo será inútil” —ha de haberse dicho. Y se marchó.

“Lorenzo: es cosa horrible, espantosa haber anhelado y encontrado la soledad para luego no poder nunca más estar solo...

“Piensa también: para bien entrar en el mundo sociable, ese abandonado visitante nocturno se impone una tarea:

“Cuando me encuentre —se dice— en medio de los demás hombres, me dedicaré a plantear problemas, a poner charadas, a hacer preguntas para que ellas inciten a mis

oyentes a hacérmelas, a su vez, a mí y, de este modo, hablar, intercambiar, canjear, ¡sí!, limar, pulir...”

“¿Y qué hace? Predica y predica, exhorta, conviértese en el heraldo de...; bueno, ya tú recordarás cuanto dijo el visitante anoche.

“Ésta es, en dos palabras, la tragedia que corroe al buen ciudadano de Carpentras. Nada gana –al menos hasta hoy– con avecindarse en Aviñón o con radicarse en París o con cruzar los mares y visitaros a vosotros en Curihue o a mí en San Pascual. ¡Pobre hombre!

“Pero, en fin, tal no es nuestro caso. Nosotros, como un don natural, hablamos, cambiamos ideas e impresiones, damos con la mente y de las mentes recibimos. Somos la realidad viviente, en carne y huesos, de una quimera... para otros.

“Ante estas experiencias, el señor de Berbiguier ha reconocido la sabiduría del que, él lo cree, es su maestro y su verdugo: Stanislas de Guaita; porque éste piensa que la inteligencia se forma en la sociedad, en medio del mundo; y que, en la soledad, se forma el carácter. En el mundo hay que aguzarse; en la soledad, que templarse. Nuestro amigo nocturno piensa ahora de igual modo.

“Antes no pensaba así. Antes opinaba a la inversa, como, por lo demás, opinan muchos. Sin ir más lejos, creo que fue Goethe quien formuló esta mirada contraria diciendo que es en la sociedad donde se ejercita y se forma el carácter, y en la soledad, la inteligencia. Los que así creen razonan como sigue:

“La sociedad es el centro de la frivolidad, de las astucias, los engaños y atropellos; es el mundo de los audaces y descarados; es la batalla permanente en la que es un infeliz el que no va con coraza y con armas.

“En cambio la soledad... ¡Ah! Es el recogimiento, nada perturba, la idea pasa a ser el centro; la soledad pensante tiene su imagen en aquellos pequeños y profundos filósofos de Rembrandt. ¿Quién podría decir que están ellos trabajando sobre el carácter y no sobre la inteligencia? Nadie.

“Otros... Ya lo sabes, Lorenzo, razonan a la manera del señor de Berbiguier, a la manera, diré mejor, como este señor se ve forzado a razonar después de sus largos años de duras experiencias.

“Bien, a cada cual pensar como le acomode. No nos detengamos a filosofar sobre asunto tan intrincado. Volvamos a vuestro huésped.

“Vuestro huésped imagina –acaso con más razón de la que podría creerse– que los hombres pensantes, al agitar y entrechocar sus ideas, son quienes abocan en los descubrimientos, en las guerras, en los inventos y en las revoluciones; e imagina que los hombres solitarios, al detener sus ideas y obligarlas a que vuelvan y siempre giren en la órbita del propio cerebro que a luz las dio, tienen que habérselas con feroces instintos y feroces pasiones que ellas desencadenan al verse aprisionadas: entonces la directiva del solitario se condensa en la palabra “dominar”.

“Ahora el buen anciano viene a revolver las ideas con la esperanza...; ya lo sabes, es la esperanza que tanto cuesta matar. Pide que se charle y se discuta... Quiere que se cante y se baile... Mas ante la vacilación de cuantos le oyen, el desdichado hace aparecer su famoso clavicordio con todos sus monstruos aficionados. Nadie canta ni baila; todos miran callados. Es que todos comprenden –incluso el señor de Berbiguier; ¡y esto es lo trágico!– que tal orquesta, tal bullicio, tal algazara y tal cantidad de contertulios son, sin excepción, únicamente Miembros de la Institución de la Total Soledad.

“Bueno, Lorenzo, es ya hora de que siga yo mi camino a San Pascual. ¡Divertíos una

enormidad, viejos amigos! No olvidéis, sin embargo, al mísero y, en el fondo, bondadoso ciudadano de Vaucluse. Recordad siempre que, en las profundidades de su ser, esas larvas y duendes y demás, son sus propios deseos. Su temor a la soledad es porque sabe que gran proporción de su Voluntad *tendrá* que obligarlo a darle curso a esos sus deseos. Su esperanza en la inteligencia es que ésta le dé una compensación cuando, triunfante ya, las larvas se hayan marchado y él las añore... ¡No es su anhelo que la inteligencia le haga ver que sus deseos no deben realizarse por ser demasiado pecaminosos! El señor de Berbiguier se mofa del pecado a pesar de su misión apostólica. Quiere que la inteligencia le ocupe, le distraiga y embriague. ¡Compensación! Compensación de los compañeros de la soledad que pide aniquilar.

“Lorenzo, el anciano pensó, al final, que vosotros conocíais y hasta frecuentabais a los seres del semi-más-allá; lo comprobó, o creyó comprobarlo, ante vuestra actitud frente al chonchón. Entonces, con el corazón partido, se dijo que vuestra sabiduría e inmunidad residía en que tal comercio con tales seres estaba distribuido entre ocho personas y no recaía con todo su terrible peso sobre una sola. Es decir, ¡la sociedad! Y desesperado con su comprobación huyó perseguido por toques de campanas, vajillas rotas y pedradas...”

“Lorenzo, es ya hora de que siga yo mi ruta. Saluda a los amigos y... ¡hasta pronto!”.

—Onofre —agregó Lorenzo—, así acaba de hablarme, antes de alejarse, nuestro sabio Florencio Naltagua.

—Y tú, ¿qué le dijiste? —pregunté.

—Le dije: “¡Buen viaje y... hasta pronto!”. ¿Que más podía decirle?

—Pero, en fin, ¿qué comentaste o qué comentas ahora de esos problemas de la soledad y sociedad?

—Querido Onofre —me respondió Lorenzo—, por el momento sólo puedo avanzarte que, después de oír las palabras de Florencio, la cosa cambia y varía, o, como dice Taita Higuera, “la cosa cambea y varea...”.

—¿En qué sentido?

—¡Onofre! —exclamó mi amigo—; no olvides que yo soy el hombre de la Bóveda. Muchos entran en esa Bóveda; poco tiempo en ella me han dejado completamente solo; es cierto. Pero mis intenciones van encaminadas hacia la reclusión. Las puertas de la Bóveda, tarde o temprano, han de cerrarse. Mas ahora, haber visto a nuestro huésped nocturno... La cosa vacila aunque, creo, aumenta en interés.

—No olvides —me pareció oportuno decirle— que tu caso es diferente. Tu reclusión nunca ha de ser absoluta; tú mismo así lo has determinado desde el primer momento. No te olvides de que has dejado un agujero por donde ha de entrar, como un vientecillo continuo, el soplo de la vida. No te olvides de Rosendo. ¿O también quedará excluido una vez tus puertas clausuradas?

—No, por cierto —me respondió Lorenzo, siempre con rostro alegre—. Es verdad que son casos diferentes aunque parientes. En fin, ¡ya veremos después de Curihue! Por lo que ahora respecta, vamos a repartir entre los demás los saludos dejados por Florencio.

—Vamos —acepté.

Nos encaminamos hacia las casas. Al llegar al corredor delantero de ellas nos volvimos. Allá, a más de cincuenta pasos, Federico, mudo e inmóvil, elevaba sus ramas y verdes hojas en dirección de las estrellas escondidas en los rayos solares.

Eran las 10 de la mañana.

Lorenzo desapareció por entre las murallas. Los otros curihueños..., no lo sé; no se les

veía por ninguna parte. Sólo, a lo lejos y desde lo alto, se oía el dulce trino de Desiderio Longotoma que, encaramado, de seguro, en algún alto pino andino, se regocijaba lanzando gorjeos a esas mismas estrellas invisibles que Federico tanto veneraba.

Empecé a aburrirme. ¿Qué hacer solo? Pues es el caso de que todo cuanto tuviese alguna relación con la palabra "soledad", nos producía, aquella mañana, un cierto molesto desasosiego.

De pronto recordé mi interesante conversación, de la víspera, con Teodoro Yumbel y recordé, sobre todo, que el día antes la había encontrado interesante aunque ahora la hubiese olvidado. Pero, ¿dónde encontrar a Teodoro? Decidí llamarlo: poniéndome al borde del corredor silbé largamente un Do, seguido de un corto Sol.

(Había olvidado decir que, el día de la llegada, el capitán Angol nos había designado, a cada uno de los convivientes, una nota de la escala musical para que, silbándola, pudiésemos llamarnos los unos a los otros. La distribución fue hecha por orden de edad y de menor a mayor. Así, pues, Teodoro Yumbel —el menor de nosotros— obedecía al Do; Rosendo Paine, al Re; Lorenzo Angol, al Mi; el cínico de Valdepinos, al Fa; yo, al Sol; Desiderio Longotoma, al La; y Baldomero Lonquimay —el mayor de nosotros—, al Si.

Cuanto a nuestro capitán, diré que se había otorgado un justo privilegio, mil veces merecido por su calidad de propietario y de inigualable anfitrión: nuestro capitán tenía que ser llamado, no por una nota sola sino por un acorde de tres notas mínimum; es decir que, para hacerlo acudir, era necesario que, por lo menos, tres de los invitados lo solicitaran.

Ahora bien, todo llamado debía ser seguido —diré mejor, firmado— con la nota del llamador, silbada brevemente. Así cada cual, al oír que se le requería, sabía quién era el requeridor. Por lo que respecta al sitio de donde el requerimiento venía, esto quedaba entregado al innato sentido de orientación auditiva que los humanos tenemos gracias a un don que el Omnipotente nos ha otorgado.

Aquella misma noche —la de nuestra llegada—, el capitán Angol distribuyó las demás notas en la forma siguiente:

Do sostenido, para Taita Higuera; Mi bemol, para la llavera; Fa sostenido, para Cario-ca; La bemol, para Zamparratas; y Si sostenido, para...: el capitán no nos lo quiso decir, asegurándonos, empero, que pronto lo sabríamos y que, al saberlo, nos placeríamos.

Y cierro aquí este paréntesis musical).

Pues bien, apenas hube llamado y firmado, el bueno de Teodoro Yumbel se presentó al final del corredor y se acercó.

—Estimado amigo —le dije—, siento haberte molestado pero...

—¡Oh! No es molestia alguna —me respondió ruborizándose no sé por qué—. ¿En qué puedo servirte?

—Te diré —repuse— que me he encontrado súbitamente solo y con locos deseos de conversar con alguien, de cambiar ideas y, más que todo, de oír, oír relatos, muchos relatos...

—Onofre —me murmuró poniéndose ahora algo pálido—, no creo que sea yo el indicado pues...

—¿Que no? ¡Sí! ¡Tú eres el indicado! Acaba de venirme de golpe el recuerdo de tus interesantes relatos de ayer tarde. ¡Vamos, Teodoro! Hay que confienciarse con los amigos y, no vaciles, con los buenos y leales amigos como soy yo para ti.

—Gracias, Onofre —contestó y, de pálido, púsose ligeramente violáceo.

—Escucha, Teodoro —propuse—, sentémonos cómodamente bajo un árbol pero que no

sea ninguno de los de este jardín porque, ¿oyes?, ese trino de Longotoma no nos dejaría charlar a gusto y como el muy bellaco se ha trepado a uno de aquí cercano... Vamos hacia atrás de las casas; hay por ahí un gran sauce, el árbol ciento por ciento para sombra y charla; siempre que haya cigarrillos...

-Aquí tengo cigarrillos, Onofre.

-Yo también y ¡vamos!

Bajo el sauce.

Tomé la palabra:

-Teodoro, si no recuerdo mal habíamos quedado ayer en que Jacqueline, allá en París, hace cinco años, había existido sin existir. Teodoro, un hombre que así ama, que ama la existencia de la inexistente mujer, tiene que tener más amores en su vida; no lo niegues. ¡Ea! ¡Habla! No olvides que soy el biógrafo de todos vosotros. Debes entregarme tus rasgos biográficos.

-¿Yo? -preguntó alarmado Yumbel; y su rostro se puso de un gris azulado.

-¡Claro! -exclamé-. Tú. Pero ¿es que te crees que en mis libros van a aparecer los demás y no tú? ¡No seas modesto, por no decir, cándido!

-Me colmas, Onofre -respondió haciendo desaparecer de su rostro el gris azulado y reemplazándolo por un suave anaranjado rayano al rosa-; ¡me colmas! -repetió casi con entusiasmo.

-Entonces, amigo, ¡al grano! ¿Quién despertó tu sentido del amor?

Teodoro guardó silencio varios instantes. Al fin dijo:

-Calucha.

Y los dos guardamos silencio varios instantes más. Repetí:

-¡Habla!

Teodoro dijo:

-Fue en San Pascual, el fundo de los Naltagua, allá abajo, en aquellos llanos. Hace ya tiempo. Fue antes que Jacqueline; fue cuando yo tenía tan sólo quince años. Calucha tenía 17. Fue en abril. El verano se iba y llegaba el otoño. Semana Santa. Algunos días libres de estudios. San Pascual: esos campos mitigadores, campos de equilibrio.

"Allí estaba Calucha.

"Era de cabello castaño claro y de ojos verdes. Era suave, dulce. Aunque he de decirte, para decirte verdad, que siempre rondaba, por su expresión toda, un algo risueño casi irónico. O tal vez, no. Tal vez, idea mía. En fin, era bonita, sí, muy bonita.

"No sé nada, nada, de cómo este amor empezó; mejor dicho, de cómo me enamoré. Pues ella..., ya verás. Sólo sé que en mi corazón de niño, envolviendo todas las ilusiones que pudiera yo alimentar sobre andanzas y grandezas, ardía, quedamente todavía, el fuego del amor. Pero yo era tímido, excesivamente tímido.

"No te mofes, amigo; sé que aún lo soy.

"Sentía con vaguedad, sobre todo durante las noches sin sueño, sentía, entreveía, la felicidad indescriptible que debería encerrar, sin duda, la vida de amor, esa vida vivida en otro ser.

"Así sentía.

"Rodeaba a aquel paraíso de una aureola de pureza y poesía; y a ella, a aquella que en ese paraíso debería reinar, no le atribuía un aspecto definido. Ella era sola, única, inconcebible.

"Conocí a Calucha.

“Todo el ardor que entonces me llenaba y me guiaba, no salía, en aquel tiempo, más allá de mí mismo. Yo no conocía aún lo que era una expansión, ni siquiera un pequeño desahogo. Compréndeme, Onofre, tales cosas no pueden durar.

“Fue una tarde. El sol ya se había ocultado tras los cerros de la Costa. Soplaba un aire tibio. Todo parecía llamar al amor, o al olvido del mundo, a la voluptuosidad o al llanto. Venus brillaba. Venus... Pero no adelantemos nada. Déjame sólo decirte, ahora, que una melancolía infinita vagaba por el ambiente y se posaba, con la noche, sobre los campos adormecidos.

“Llegamos a la cima del cerrito de la Cruz.

“Me senté sobre el cerco que rodeaba a la cruz. Pensé, pensaba...

“Me iba muy lejos en alas de mis proyectos futuros. ¡Qué de cosas se presentaban ante mí! De cuando en cuando volvía, daba una mirada a esa llanura fértil que se extendía a mis pies. Respiraba hondamente. Y el vuelo a lo infinito recomenzaba.

“Calucha, allí al lado, conversaba en voz baja con una amiga suya.

“Paseando mi vista, de pronto la miré. Me detuve a contemplar con calma, fríamente, esa cabecita casi dorada que invitaba a ser acariciada; y luego esa carita tersa que parecía pertenecer a las regiones de gratas ilusiones por donde yo, a cada instante, volaba.

“De pronto un sentimiento me hirió: ternura. ¿Por qué? No lo sé. Pero sentí ternura por ella, le tuve pena y quise consolarla de algo, de lo que ojalá sufriera. Y mientras la consolaba en silencio, seguía recorriendo, con toda lentitud, esa carita y comprendiendo, casi sin darme cuenta, que en esa carita había un mundo de delicias, de goces que me eran prohibidos.

“A la ternura siguió un dolor. Sentí pena por ella; luego, por mí. Y no sabía qué sentía.

“Entonces, al cántico que entonaba la naturaleza que se dormía, volví a mis sueños y, al volver, exclamé para mí mismo:

“¡Oh! ¡Si ella los supiera!

“A la ternura y al dolor sucedió luego una especie de sumisión a ella, de respeto.

“La miraba. ¡Qué linda!

“Preso de melancolía, de tristeza infinita, nuevamente me agujijoneaba el dolor.

“¿Dolor de qué?

“La sentía tan lejos y veía que acercarse a ella sería el edén soñado. La contemplaba. Sus cabellos, sus suaves ondulaciones... ¡Ay! ¡Poder aproximarse y besar...!

“Y el dolor seguía. ¡Qué linda es!

“¿Cómo no la había advertido antes?

“¡Qué felicidad sería contarle todo!

“¡Y sin querer agregaba:

“¡Pobrecita!

Yumbel calló unos minutos. Luego me dijo:

—Me acuerdo de esa tarde, Onofre. En el camino misterioso que hizo Calucha hacia mi corazón, quiero creer que fue justamente esa tarde cuando, por primera vez, la convertí en el ideal de mis ensueños.

“Esa tarde fue, sí, cuando empecé mi triste, mi horrible calvario; esa tarde tranquila, junto a Calucha, allá en la cima del cerrito de la Cruz.

Callamos ambos. Fumábamos. Al fin le pregunté:

—Escucha, Teodoro, ¡explícate! ¿Por qué hablas de calvario y triste y horrible por añadidura? ¿Qué ocurrió?

—Desdichas, nada más —me respondió Yumbel—, sólo desdichas. Onofre, vino luego lo que debía venir: vencí, un tanto, mi timidez y, al día siguiente, le hablé, me declaré.

“Permíteme pasar enteramente por alto este episodio. Si falta te hace para tus escritos, bien, escríbelo como te plazca, escríbelo como son la enorme mayoría de ellos: igual, igual fue mi episodio primero en el camino del amor. Pon todo: esperanzas, desesperanzas, éxtasis, melancólicas penas. Cúbrela todo con la mayor pureza de que un corazón enamorado sea capaz. Sé romántico en esta etapa, mi buen Onofre. Y ya cuando hayas colocado el punto aparte que juzgues conveniente, escribe con grandes letras...

Silencio. Esperé.

—¡Habla, Teodoro! ¿Qué debo escribir con grandes letras?

—Escribe, amigo, que yo *creí*.

—¿Y por qué no haber creído?

—Oye la continuación de mi pobre idilio. Sábado. El lunes siguiente, regresar. Sábado... Tú sabes, los fundos. Siempre hay gente nueva para los sábados. Entre esa gente llegó, ¿sabes quién?

—¿Cómo he de saberlo?

—Pues, Rosendo. Ni más ni menos. Aquel sábado llegó a San Pascual nuestro actual compañero curihuëño, Rosendo Paine.

—¿Y...?

—Pues, que sucedió lo que tenía que suceder. Cualquiera, creo, puede imaginarlo. ¡Cualquiera! ¡Miseria!

Yumbel hizo aquí un gesto desesperado. Pude ver que su rostro se teñía de ocre amarillo con pintas verde esmeralda. Después de un momento siguió:

—¡Oh, querido amigo! ¡Yo que había creído que esa manera de mirar de Calucha, cuando yo le hablaba, era el mirar del amor! Ahora, al ver sus miradas a Rosendo, comprendí... ¡Yo que creí, porque ella, entre bromas, me había regalado un pequeño anillo, que este regalo significaba un compromiso eterno! Desde que llegó Rosendo, yo desaparecí para ella, fui menos que un mueble; y para los demás alojados fui un sarcasmo. ¡Qué horror! Porque todos se habían dado cuenta de mi pasión; o tal vez, digo yo, Calucha misma se había encargado de divulgarla. ¡Doble horror!

—Pero, querido amigo, sí, entiendo. Sobre todo entiendo tu dolor al ver que te arrebataban al ser amado. Sí, es claro. Pero eso del sarcasmo de los demás... ¿Tanto te importa la opinión ajena?

—No, Onofre, no es eso. Déjame explicarte: lo que me hizo proferir: “¡horror!” fue la consecuencia que esos sarcasmos tuvieron en mi vida. Iré por partes:

“De regreso a San Agustín de Tango, y antes de que los pérfidos comentarios sobre mi fracaso llegasen a oídos de mi familia, pretexté un malestar cualquiera y pedí a mis padres permiso para ir a pasar dos o tres días a una playa vecina. Aceptaron. No sé por qué se me figuraba que las olas, las rocas y arenas calmarían mi dolor. Partí muy esperanzado mas... —parece que todo se confabulaba en mi contra—, en esa playa, que creía iría a ser un alivio, sufrí un espantoso martirio. Escúchame bien para que puedas aquilatar la magnitud de mi infortunio:

“Llegué frente al mar sintiendo que llevaba una existencia separada y sin relaciones con mis semejantes. Sentía que no me era dado extraer más vida que la que podía proporcionarme mi propio espíritu.

“Un problema me acometió de inmediato: “¿No deberé romper con energía este

círculo de soledad? Pero sí, al romperlo, el primer ser que se presenta es Ella, una ella, Calucha, ¿qué hacer?”.

“Sufría, créeme, y esa imagen femenina no me abandonaba.

“Una tarde, sumido en mis cavilaciones, pasé por la plaza del pueblito de esa playa. Pues he de decirte que esa playa tenía un pueblito anejo; tal vez, no lo dudo, debería yo decir que era ese pueblo el que una playa tenía aneja. Pero ¡qué quieres tú, buen amigo! En aquel entonces era tan hondo mi padecer que las playas me eran inmensamente más importantes que los pueblos.

“Pasé por la pequeña plaza. Con extrañeza vi que un hombre de barba hirsuta predicaba a un grupo de oyentes o de simples curiosos; yo imaginé que serían sus discípulos. Me acerqué sigilosamente y, sin alzar la vista, presté oído. El maestro aquel exclamaba:

“—Es verdad, hermanos míos, que no podemos salir de nosotros mismos y que obligados estamos y estaremos a contemplar el mundo, este diablo mundo donde la divina comedia se juega, a través de nosotros y... ¡no hay más! El Yo ha de estar siempre allí presente, rodeándonos como una prisión. Mas como el Yo es infinito, ¡oh, caros hermanos míos!, como es infinitamente infinito, resulta que podemos mirar al mundo y a sus pompas vanas, al mundo y a sus múltiples grandezas, podemos mirarlo desde cualquier sitio, a través de cualquier personalidad y con la libertad del pajarillo sin prisión...”

“Sentí un vuelco en mi corazón. Me alejé presuroso.

“Quería ahora hundirme en mi Yo. ¡Es claro! Allí estaba la vida, allí únicamente. Entonces cavilé para lograr mi intento. La solución me vino espontánea e irrefutable:

“Sumirme en mi Yo y poner mi Yo solo, firme, adusto y sereno, frente a las magnificencias de nuestra madre la Naturaleza. Entonces reventará en él su infinito. Su infinito, cual aquel pajarillo del hirsuto predicador, volará y su vuelo cogerá entre sus alas a Calucha y con ella se alejará a velocidad tal que Rosendo no podrá alcanzar.

“Ahora me encaminé tranquilo hacia unas rocas que desde muy alto dominan el mar. Marché sonriente y, pocos minutos más tarde, al doblar un recodo del camino, me hallé súbitamente empinado sobre el océano. A mi izquierda, los cerros áridos y recalentados; a mi derecha, el abismo en cuyo fondo azotábanse las olas contra peñas y políperos.

“Seguí a lentos pasos por el camino. Quería llegar al peñón del Alcatraz, sitio propicio, pensaba, para caer en cualquier seria meditación.

“Caminaba.

“De cuando en cuando echaba los ojos sobre ese mar verdoso, interminable, que no tenía horizonte que lo limitara, pues sus aguas se fundían con las nubes, no pudiendo precisarse dónde terminaban las unas, dónde empezaban las otras. Y cerca de la costa yacían, cual largas y delgadas serpientes muertas, yacían ondulantes lenguas de espuma amarillenta. Posadas sobre las aguas, al parecer inmóviles, seguían las curvas y ensenadas de la ribera, se perdían y, allá lejos, volvían a aparecer.

“Yo las contemplaba sin saber por qué causa me producían un efecto de intensa pena, y este efecto se acentuó en mi espíritu cuando, a fuerza de observarlas, noté que, suavemente, a impulsos de la respiración calmosa del mar, se movían, se balanceaban con un ritmo cansado y lento.

“Me habían gustado siempre esos hilos de espuma muerta que flotan sobre las olas. Ayudaban a dar al mar la impresión de grandeza que tantas veces me había atormentado.

“De pronto una visión se me impuso: mi Yo acababa de abandonarme y marchaba cuatro pasos más adelante. No había duda de que así marchaba, así como marchaba yo

mismo por el camino polvoriento, al pie de los altos cerros, al borde del precipicio. Entonces mis ojos empezaron a saltar de mi Yo a las espumas, de las espumas a mi Yo.

"Pero Calucha vino a quebrar el ritmo de esta marcha: dos pasos más adelante que mi persona vacía, dos pasos más atrás que mi Yo, Calucha se colocó y, con nosotros dos, ella también caminó.

"No supe entonces qué me oprimía más el alma al seguir nuestro rumbo: si mi Yo con su marcha inexorable, acaso hacia el peñón del Alcatraz, acaso hacia el infierno; o esos hilos casi incoloros que parecían trazados sobre las aguas por una mano distraída; o mi propio cuerpo con sólo un cerebro registrador y un puñado de huesos que sonaban; o ella, mi Calucha que, junto con tomar el paso, empezó a modular su canción favorita de San Pascual...

"De pronto mi congoja se alivió al ver que el Yo se había detenido un instante y se disponía a bajar, por un estrecho sendero, hacia el mar; al final de este sendero se alzaba el peñón del Alcatraz, negro y majestuoso y salpicado por las olas. Los peligros del infierno se habían, pues, desvanecido. Bajamos. En verdad, ¡qué alivio!

"Mas este alivio tampoco duró. La confabulación en mi contra continuaba. Pues bajamos, sí; pero sólo él y yo. Calucha no interrumpió su marcha; Calucha se perdió lentamente por el camino polvoriento, como se perdió su dulce canto modulado. Yo tuve que seguir al otro, no tuve más remedio. En verdad, Onofre, ¡qué angustia!

"Llegamos, trepamos, nos sentamos. Pasó un minuto. Luego mi Yo saltó, hizo por los aires una pírueta y, con gran sorpresa de mi cerebro registrador, volvió a colármese en el cuerpo. Colegí que aproximábase el momento para que algo de trascendencia ocurriese en mi vida. Así fue. Onofre, oye:

"A mi derecha, a mi extrema derecha, es decir al Norte, al extremo Norte, allá en el cielo, apareció una nube inmóvil. Era redonda, blanda, algodonesa. Allá estaba fija como un gran astro blando. La consideré lleno de encanto. Tras largo rato pensé que ya sería conveniente mirar hacia otro lado, cuando algo me hizo mantener los ojos sobre ella. Los mantuve y, con inmensa alegría, noté entonces que la nube se ponía en movimiento.

"Marchaba, por cierto, indiscutiblemente marchaba. Venía hacia mí. Se acercaba. Crecía. ¡Magnífica nube a 500, a 600, acaso a 1000 kilómetros por hora, avalanzándose sin un ruido, sin remover ni una brisa a su paso!

"Y pasó frente a mí, rumbo al Sur. ¡Pasó, pasó! Ahora se alejaba achicándose. La saludé. Se alejaba. Estaba ya a mi extrema izquierda, a mi extremo Sur; pequeño punto de algodón suspendido sobre las aguas. Y se detuvo. Indiscutiblemente se detuvo. "¿Qué habrá pasado?" —me pregunté. Nada había pasado. Se había detenido; eso era todo. Esperé.

"De pronto la nube, allá, estalló. Sus algodones se volatizaron, desaparecieron. Y de entre ellos surgió una llama, una lengüeta anaranjada que ahora quedaba en el sitio de la nube, sola en el cielo, oscilando levemente.

"Y he ahí que la lengüeta ardiente, como la nube que le dio origen, se puso también en movimiento. Corrió hacia el Norte. Rehizo, en sentido inverso, el camino de su antecesora, su madre. ¿A 500, a 600 kilómetros por hora? Tal vez a 1000. Pasó frente a mí y se alejó. Allá iba, muy, muy lejos. Y como la otra, ésta también se detuvo. Allá está inmóvil en el extremo Norte.

"Yo soy todo ojos, Onofre. Cuando... ¡Chchch!

"La llama ha reventado.

"Surgen de ella, al desintegrarse, cientos de chispas multicolores que se elevan en

abanico. Ahora caen, caen y se apagan en el mar. Mas una, una sola, ha quedado allí, fija, clavada.

"Y hete ahí, amigo mío, que ésta a su vez, esta chispita vibrante, se ha puesto en marcha. Viene, viene. Ya está aquí, ¡al frente! Pasa. Yo, delirante, le grito:

"¡Salud! ¡Salud!

"Pasó... Fue hacia el extremo Sur. Debió haber llegado a su destino pues se detuvo.

"Silencio.

"Cuando de pronto... ¡Ssssss!

"La luz de la chispita se desprendió y se sumergió en el océano.

"La chispita quedó sin luz. Se convirtió en un carboncillo, un minúsculo carboncillo; solo e inmóvil al lado del crepúsculo.

"Pero otra vez helo ahí que se ha puesto en marcha. ¿A 1.000 kilómetros? No. A 1.500 kilómetros va hacia el Norte. Se acerca. ¡Aquí está!

"Mas, ¿qué ocurre?

"El carboncito, de golpe, se ha detenido aquí, frente a mí y encima, justamente encima del Sol que ya ha sumergido una mitad en las últimas olas del horizonte.

"Allí estamos los tres, cara a cara: el hombre, el Sol y el carbón.

"Cuando de pronto:

"¡Pt!

"El minúsculo carbonzuelo se soltó y se cayó al mar.

"Cayó y, al caer, el Sol, allá, se soltó también y se desplomó tras la última raya.

"Una noche negra y espesa aplastó entonces a la comarca entera.

"Yo me cubrí el rostro con ambas manos y lloré, lloré, lloré desconsoladamente.

"Hasta que un murmullo, un susurro que no se sabía de dónde procedía, atajó mis lágrimas:

"Eran las notas de la canción favorita de Calucha, en San Pascual.

"Las oí. Cesaron.

"Regresé al pueblo. Al llegar a la plazoleta me di cuenta de que había hecho todo el trayecto cantando a mi vez, cantando esa canción de ella, ¡mi Calucha!

Teodoro Yumbel dejó de hablar. Su rostro era blanco. Luego agregó:

—Esa canción siempre la recuerdo. ¡Escúchala!

Esperé una canción romántica, lánguida, dolorosa. Con sorpresa mía, Yumbel entonó un alegre, casi vulgar aire popular, mitad cueca, mitad tonada. Y sobre ese aire moduló las palabras con que su Calucha lo adornaba:

*Quando paso por tu casa  
Compro pan y voy comiendo,  
Pa que no diga tu maire  
Que con verte me sustento.*

*La qu'es pena y que no es pena  
Too es pena para mí:  
Ayer penaba por verte  
Y hoy peno porque te vi...*

—Amigo —le dije cuando hubo terminado su cantata—, no me parece una música muy de acuerdo con idilio tan, tan arrebatador. ¿No piensas tú lo mismo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tanta emoción?

—¡Querido Onofre! —exclamó—. Se diría que tú nunca has amado. ¿Por qué? Pues porque era ella, Calucha, ¿entiendes?, quien cantaba así.

“Además, he de confesarte, yo deseé, al bajar aquella tarde del cerrito de la Cruz, que ese amor que empezaba y creía iba a florecer como la más hermosa flor, tuviese una melodía que lo acompañara entonces y lo evocara después. Quería acordes largos, profundos, llorosos, algo así como la *Serenata* de Schubert, o como el *Largo* de Haendel, o como aquel plañidero *Intermezzo* de “Caballería Rusticana”...; porque fue Mascagni el primero que me hizo suponer, cuando yo era aún un niño, que debería ser mejor abrazar y besar con música que sin ella.

“Algo así quería yo para que abriera de par en par las puertas de nuestro próximo edén. En San Pascual no se acostumbraba esa música, al menos en los días de visitas y alborotos. Cuando Florencio está allí de amo y señor, la cosa ha de cambiar; pero entonces Florencio ni siquiera apareció por su fundo. Así es que ¡vengan tonadas, esquinazos, vales, y cancionetas! Yo no estaba con esto muy conforme. Pero de pronto, Onofre, ¡imagínate!, el milagro se realizó. Porque has de saber que el amor es un hacedor de milagros.

“Onofre, esa cancionzuela, que raya casi en lo chabacano, ha chupado y luego asimilado en su propio organismo —porque organismo todo tiene, ¡todo!—, ha hecho suya, para luego derramarla a quien sepa afinarse, ha cogido y subyugado a la armonía total. Onofre, se ha transfigurado para poder hacer vibrar, sin cambio externo aparente, los más hondos sentimientos humanos.

“Os compadezco. No tenéis este don divino. ¡Poder ver el Universo íntegro en una hoja otoñal, en un insectillo que trepa perezoso por un tronco! Es el comienzo de la suprema sabiduría, del gran conocimiento. ¿Dices tú que no? Onofre, ¡si Naltagua lo dice y repite siempre...!

“Pues bien, yo había adquirido, o estaba en vías de adquirir, ese precioso don: oír el Universo íntegro en una canción cualquiera, en una cualquiera tonada, trivial, primaria, lo que tú quieras... ¡Oh! ¡El Universo íntegro!

*Para que ni rastro quehe  
De nuestro amoroso afán,  
Me pides que te degüerva  
Cartas, flores, ¡aquí van!*

*Pero el beso en que me diste  
Tus suspiros a beber...  
Como enviártelo no puedo.  
Me dirás... ¡qué hago con él!*

“¿No es verdad, amigo, que es magnífico?

—Si tú quieres...

—Pero volvamos a mi cruel destino —siguió Yumbel—. Regresé a San Agustín de Tango, a casa. Mi programa de estudios empezaba a alejarme un poco de mi amor. Regresé, hasta

cierto punto con gusto. Mas, ¡ay!, este gusto no fue tampoco de larga duración. ¡Si supieras qué desgracia me aguardaba!

“Los comentarios de mi infortunio habían llegado a la ciudad y habían traspasado el umbral de mi morada; durante el trayecto se habían cubierto de chismes, de ignominia. Fui recibido como un malhechor.”

“Mis padres, ¡qué!, además de ellos mis tíos y tías, primos y primas, en fin, la parentela entera, había tomado mi fracaso particular ante Calucha como un fracaso general. ¡Si parecía, Onofre, que la familia toda se hubiese desmoronado para siempre frente a los verdes ojos de ella y frente a su vaga sonrisa que, ahora sí, acentuaba su ironía! Entonces –pensarás tú; digo yo–, ¿hubo un movimiento colectivo en contra de mi ex amada? ¡Quia! No se sabe nunca por cuál cauce las pasiones se van a engolfar. Muy por el contrario: la convirtieron, acto continuo, en una especie de altar venerable... Y toda la ira vino a caer sobre mí. ¿Has visto?”

–Pero ¡explícate mejor, hombre de Dios! –interrumpí a Yumbel–. ¿Qué había sucedido? Pues, por lo que llevas narrado, no ha sucedido nada aún, al menos fuera de ti mismo.

–Exacto –respondió mi amigo–, exacto; es lo curioso, ¡no!, lo monstruoso del caso. Escúchame:

“Con una lógica irrefutable se decían que, hasta entonces, ningún comentario feo, humillante, se había hecho respecto a los Yumbel. Todo había marchado siempre como sobre rieles. Era nuestra familia aquello que ante lo cual sólo cabía cerrar los labios, no murmurar. Pues bien, tenía que ser yo el que, sin más ni más, sin gritar ni siquiera advertir: “¡Agua val!”, tenía que ser yo el que iría a torcer todos los ojos hacia nosotros, todos los oídos y todas las lenguas. ¡Qué escándalo! ¿Y cómo iría a hacerlo? Pues enamorándome ¡a los quince años! ¿Son años esos para enamorarse? ¿Y de quién se enamora este niño? Pues de una niña *mayor* que él... ¿Es posible? Calucha tenía 17 abriles... ¡Bien hecho lo que Rosendo ha hecho! Ha puesto las cosas en su sitio, ha reclamado sus derechos. ¿Qué derechos? –me preguntaba yo. Rosendo conoció a Calucha ese día sábado cuando llegó a San Pascual. Pero ¡no hubo caso! Nadie quiso escuchar nada. Yo era el pecador, el criminal. Debería ser castigado.

“Al día siguiente se realizó un consejo familiar reducido; en él tomaron parte sólo los altos representantes de la familia: mi padre, el mayor de mis tíos paternos y mi único tío materno. Se consideró que la presencia de mi madre podría ablandar la pena de que yo era merecedor; también se consideró que la presencia de primos y primas –jóvenes, después de todo– podría inclinar a los jueces a ser clementes ante faltas por amor.

“Se encerraron, pues, los tres adustos varones. Deliberaron durante hora y media. Yo estaba encerrado en otra habitación. Al fin se me llamó. Mi tío paterno, tal vez por ser el de más edad, me comunicó el veredicto. En resumen decía:

“Puesto que yo, Teodoro Yumbel, de sólo 15 años de vida en este mundo, me apresuraba abierta, audaz y malamente a desafiar los encantos de las hijas de Venus, sin consideración por la edad de ellas, ni por las santas costumbres de mi familia, ni por mi propia salud, ¡pues bien!, se me enviaría castigado a Venus, precisamente. Haría el viaje en el avión del capitán Angol, que bien conocía el trayecto, piloteado por el capitán en persona...”

Interrumpí a mi amigo:

–¿Se te enviaría adónde...?

–A Venus.

—¿A qué...?

—A Venus, Onofre, ni más ni menos; al planeta de este nombre, al lucero de la tarde. Y en él, sola mi alma, solo mi cuerpo—solo, creían ellos; ya verás—debería permanecer un año, al cabo del cual el mismo capitán iría en mi busca. ¿Conque amores y amoríos? ¡Venus es el símbolo del amor! Allá debe ir. Así ratiocinaban mis jueces. Así fue la sentencia. No había apelación posible. Así se hizo y, un buen día, el avión del capitán se elevó conmigo dentro. ¡Adiós planes de estudios y de inocentes distracciones! ¡Adiós Calucha! ¡Adiós Tierra querida!

“Yo lloraba a lágrimas vivas porque no hay humano corazón, puedo asegurártelo, que resista sin destrozarse el espectáculo desgarrador de ir viendo cómo nuestro planeta se convierte poco a poco en una bola... Verificar con estos ojos lo que sólo sabemos con la cabeza, es decir, la tan mentada redondez de la Tierra, es causa de un dolor mucho más agudo que cualquiera posible cuando los pies están afirmados sobre estos benditos suelos de Dios-Terrenal. Hay que ver, ver esa inmensa bola en el espacio para saber lo que es sufrir. Y hay que verla disminuir y disminuir de volumen para saber lo que es el mayor sufrimiento que un hombre es capaz de soportar.

“Llegamos.

“El capitán—siempre amable, tú lo sabes—se despidió dándome muestras de su más alta consideración y asegurándome que, junto con cumplirse el año de mi destierro, su avión estaría allí para volverme a mi planeta de origen. Me dio un abrazo, subió a su aparato, rugieron ambos motores, se elevó y desapareció. Yo caí al suelo desmayado. Cuando volví en mí era de noche. Luego dormí. Luego desperté. Y empezó mi singular aunque monótona vida venusina.

—Pero esto es muy interesante—opiné—. ¡Cuenta, cuenta, por favor!

—No es tan interesante como imaginas—respondió mi amigo—. Si todo lo que de Venus puedo contarte hubiese ocurrido en unas 24 ó 48 horas, no niego que ello habría sido de alto interés. Mas un año... ¡Un año para hechos que caben en dos días, es demasiado!

“En fin, vamos adelante:

“Lo primero que atrajo mi atención fue percatarme de que allá la tierra que cubría al planeta—o al menos la que se extendía a mi alrededor—era más blanda que la nuestra; era como el barro de aquí pero con una diferencia esencial: el barro de aquí es sucio; el de allá es limpio, puro, hasta cautivante, diría, y de un color..., de un color..., ¿cómo explicártelo?”

—Plateado—sugerí.

—¡No, no!—exclamó Yumbel—. Es que tú juzgas desde este mundo. Es un tono que tira hacia el rosado pero que se halla exento de esa como vulgaridad de la mayoría de los rosas. ¿No has notado que tienden casi todos ellos hacia las pastas dentríficas? Allá, no. Eran unos rosados admirables, finísimos. Bien; esto redundaba en una ventaja para mí, al menos para mis ojos. Pero me preocupaba su blandura porque no iría a permanecer todo un año en el mismo sitio; tendría que moverme, caminar, y hacerlo sobre materia de la densidad del barro es bastante pesado. ¡Con qué vehemencia recordé, por algunos minutos, a las buenas piedras, a los queridos asfaltos!

“Pero vino una compensación que consideré, a causa de mi ignorancia, como un don de algún protector invisible que se habría compadecido ante la injusticia de que yo era víctima. Me puse en marcha e, ¡imagínate, Onofre!, me llené de sorpresa al ver que la flaccidez del terreno estaba perfectamente compensada por una mayor ligereza mía. Al

andar me parecía que casi iba a volar, en todo caso sentía que mis esfuerzos eran menores. Pero, ya te lo he dicho, como esta disminución se contrapesaba con lo blando de la materia rosa que pisaba, venía a resultar que caminar por los suelos de Venus era como caminar por esas piedras y asfaltos de la Tierra que, minutos antes, había echado tanto de menos.

"Caminé.

"Había una claridad suficiente como para abarcar con la vista hasta lejanos horizontes. Aumentaba la claridad pero lentamente pues el cielo se hallaba cubierto por espesos nubarrones. De pronto sopló un vientecillo que luego se convirtió en fuerte viento—sin llegar a ser un huracán—y un pedazo del nublado se rasgó. Por ahí, un instante después, se asomó el Sol.

"¡Qué espectáculo jamás visto ni sospechado por vosotros los terraquios! Visto desde aquí el Sol es ya imponente, ¿no es verdad? Allí estábamos más cerca de él así es que se presentaba inmenso a los ojos. ¡Maravilloso! Llegué a pensar que mi destierro no había sido un castigo sino un premio.

"Mas de pronto un hecho, como un rayo, y una idea, como una flecha, me asaltaron. Quedé temblando. ¡Insensato de mí! ¡Haber creído en la posibilidad de un premio! ¡No! Aquello había sido un castigo infernal, bien digo, infernal. Onofre, escucha:

"El hecho fue que, apenas los rayos solares cayeron sobre la comarca, empecé a sentir un calor sólo comparable al más fuerte que, en verano, pueda producirse en pleno desierto de Sahara; y la idea, ya calcularás, que, puesto nos habíamos acercado al astro-rey, su calor tenía que aumentar en proporción terrorífica. Comprendí, pues, mi castigo... ¿Que el capitán Angol vendría a sacarme de esas llamas en un año más? ¡Patrañas! ¿Qué podría encontrar de mí? Sólo huesos calcinados. Iba yo a morir quemado en pocos instantes más. Caí de rodillas y empezaba ya a encomendarme a los seres de la muerte cuando... ¡Ah, Onofre! No puedo poner en duda de que Venus es el planeta de las compensaciones... Oye: apenas alzaba los brazos hacia el más allá, cuando las nubes volvieron a cerrarse y el calor disminuyó. Una lluvia sin igual empezó a caer y aquello, podría decirlo sin exagerar, refrescó. Sobre este punto puedo resumir: aquel esplendoroso espectáculo solar lo vi, durante toda mi permanencia en nuestro vecino planeta, no más de cuatro o cinco veces y, cada vez, por breves instantes. El resto del tiempo el cielo estuvo cubierto de nubes y, a cada rato, caían torrentes de lluvia refrescante; es decir que, en lo referente a la temperatura, es allá, más o menos, como aquí es un duro país tropical; pero de ahí la cosa no pasa.

"Esto es lo que puedo contarte respecto del día. De noche... Las noches, sobre todo las primeras, fueron tristes. Nubes, nubes, lóbregas nubes y, casi siempre, lluvia, interminable lluvia. Cuando soplabla el viento y el cielo se abría, era más triste aún. Brillaba con inusitado replandor Mercurio. ¡ Linda visión! Pero también brillaba la Tierra... ¡Oh, no quiero recordarlo! Creo que no hace falta mucha imaginación para darse cuenta de lo que era el alma mía cuando los ojos se me clavaban en aquel gran punto luminoso. No evaquemos tal cosa, por favor, y sigamos:

"Caminé.

"Pronto sentí hambre y sed. Bebí del agua de los cielos y ¡terminado el problema! Cuanto al hambre, empecé a buscar y a husmear por todas partes. Fauna, nada. No me importó; yo siempre he sido más herbívoro que carnívoro. Flora: yerbas y arbustos que, francamente te diré, no me parecieron muy extraños. Tal vez para un botánico podrían serlo pero para un lego en la materia como yo..., flora corriente. De muchos de esos arbusto, y aun de algunas yerbas, crecían frutas. Exagero; sólo crecían de dos arbustos y de

una yerba. Las cogí, las palpé, las olí, las abrí, las probé... ¡Estupendo resultado! Suaves, fragantes, jugosas, sabrosas y ¡alimenticias! Me bastaba una de ellas por comida para quedar satisfecho. Gran abundancia aunque, como te dije, sólo tres variedades: las de una clase de arbustos se asemejarían a nuestro plátanos; las de la otra clase de arbusto frutero, a nuestros nísperos; las que crecían de la yerba frutera, tal vez a nuestras papayas, digo yo. Pocas en variedad, es cierto, mas como no empalagaban, cada vez que empezaba a comerlas me sentía como frente a una mesa magníficamente servida.

“Caminé.

“Vino la noche. Dormí. Temperatura tibia, cálida; suelo blando; ni un insecto, ni una fiera. Dormí.

“Vino otro día y otro y otro. Mi vida física iba muy bien. Pero luego empecé a aburrirme. Era demasiada soledad. Sentía deseos imperiosos de conversar con alguien. Hablé solo y en alta voz varias veces; no me calmé. Grité; tampoco me calmé.

“Seguí caminando, comiendo y durmiendo. Seguí muchos días así. Ahora no recuerdo bien cuántos. Hasta que llegó una mañana que, por cierto, no olvidaré. Tras de unas especies de peñascos salió un ser, un humano, me dije, aunque... ya verás.

“Era este personaje de mi estatura y de buenas facciones. Era algo agachado y, por sus músculos, se veía que poseía gran fuerza. Sus piernas, muy encorvadas, terminaban en dos pies que yo llamaría acuáticos pues, con sus grandes membranas, parecían más apropiados para nadar que para andar. En el sitio de nuestro ojos no tenía nada. En cambio poseía un ojo, grande y lleno de penetración, en la punta de la barba. Iba desnudo. Era de sexo masculino. Me saludó cortésmente. En igual forma le contesté. Me preguntó de inmediato:

“¿Es usted de este planeta?

“—No —respondí—. Soy de la Tierra. ¿Y usted?

“Contestó:

“—Yo he venido de Saturno.

“—¿Y qué le ha traído a usted por estos mundos?

“—Nada especial; curiosidad. Me gusta viajar, ver cosas nuevas.

“—¿Y habrá usted visto muchísimas? —inquirí con la esperanza de que el forastero me mostrara lugares y seres por mí inadvertidos o aun ignorados.

“Displicentemente me dijo:

“—Sí y no; no lo sé a punto fijo. No he podido ocuparme en realizar mi objetivo porque una preocupación mayor me ha cogido y me tiene abrumado.

“—¿Y es ella?

“—He perdido mi anillo.

“—¿Es eso tan importante?

“—¡Oh! Para usted que viene de la Tierra, tal vez le parezca cosa insignificante. Pero para mí, que vengo de Saturno... ¡Imagínese! ¡Es una catástrofe!

“—Comprendo, comprendo —me apresuré en contestar.

“Recordé al instante mi malogrado anillo, aquel regalado un día por Calucha, allá en San Pascual. Lo llevaba yo en un bolsillo del chaleco. Lo saqué y se lo alargué.

“—Si éste pudiese reemplazar el por usted perdido —díjelo al pasárselo— sería una gran dicha para mí hacerle este servicio, créamelo usted, señor..., señor...

“—Vengo de Saturno —repetió.

“—Señor Saturnino, entonces?

“-Si usted quiere. Allá no llevamos nombres. Nuestra marca personal la expresamos por estas lucecillas.

“Diciendo lo cual vi que, en el extremo de su recta nariz, brillaban dos rapidísimas chispitas verdosas seguidas de una algo más duradera y de color amarillento. Me dijo:

“-Éste soy yo. Pero como usted carece de nariz luminosa, seguiremos la costumbre de su terruño. Desde este momento seré Saturnino.

“Tomó mi anillo, se lo colocó en un dedo de su mano izquierda y luego, sonriendo, exclamó:

“-¡Gracias, mil gracias! Ya con este anillo podré, podremos, espero, dedicarnos a explorar el planeta que ahora nos cobija. Me ha salvado usted, señor..., señor...

“-Teodoro -me presenté de inmediato.

“Y así fue, mi querido Onofre, como, desde aquel momento dejé de ser un solitario para entrar a formar parte del buen binomio Saturnino y Teodoro.

“Caminamos.

“Por la noche cenamos, conversamos sobre temas sin mayor importancia, dormimos muy bien y, a la mañana siguiente, nos pusimos nuevamente en marcha.

“Caminamos, caminábamos.

“Hasta este momento los panoramas que presentaba nuestra nueva morada no eran feos, no; pero ya me parecían demasiado monótonos: siempre el hermoso barro rosado, siempre los mismos arbustos y yerbas, y siempre esos plátanos, nisperos y papayas que, si es verdad que tenían la impagable cualidad de no cansar el estómago, empezaban a cansar la vista. Y para acentuar la monotonía, a cada momento esos verdaderos diluvios que encima se nos venían.

“Almorzamos.

“Yo lamía una papaya y Saturnino chupaba un plátano, cuando una voz, tras nosotros, nos sorprendió. Dijo la voz:

“-¡Buen provecho!

“Nos volvimos; yo, bruscamente; mi nuevo amigo, con toda calma:

“De pie, mirándonos comer y sonriendo con benevolencia, había un hombre de apuesta figura, un hombre, sí, un terraquío. Vestía a la usanza europea de comienzos del siglo XVI. Su rostro me era familiar aunque no pude reconocerlo de inmediato. Me puse, a mi vez, de pie mientras Saturnino, sin levantarse, hacía un saludo. Le alargué la mano diciéndole:

“-Teodoro Yumbel, a las órdenes de usted. ¿Con quién tengo el honor...?

“Estrechó mi diestra y contestó:

“-Sandro Botticelli.

“Luego saludó a mi compañero y tomó asiento junto a nosotros mas negándose a compartir nuestras provisiones frutales pues, según explicó, ya se había nutrido hasta la saciedad. (Después vine a saber que el nuevo aparecido -como sus semejantes, es decir los ya idos de la vida terrenal- no necesitaba comer ni beber para seguir su peregrinación por los dominios que nosotros llamamos de ultratumba). Lo miré largo rato, casi absorto. Al fin no pude menos de exclamar:

“-¡Botticelli! ¿Es posible? ¿Aquí...?

“Volvió a sonreír. ¡Qué agradable sonrisa tenía! Dijo:

“-Sí, señores. Soy, fui el pintor italiano de aquellos tiempos conocidos con el nombre de Renacimiento. Veo que me conoce usted -dirigióse a mí- a pesar de que salí de allá

—indicó con un gesto un punto en el cielo en donde, de seguro, se hallaría la Tierra que, por cierto, no era visible a causa de las nubes y del día—, salí de allá el año de 1510. ¡Hace ya un buen momento!

—Pero ¿quién no conoce a usted? —protesté—. Sus obras están presentes ante los ojos de todo humano que en algo estime las artes.

“Saturnino interrumpió:

—Aun en mi globo, Saturno, se le menta a usted de cuando en cuando, aunque, para decir verdad, al menos yo, nunca he visto ninguna pintura suya. Por lo demás allá desconocemos de la existencia de los genios terrenales pues se piensa que son ustedes, los de la Tierra, bastante aficionados a cantarse glorias y proezas inexistentes. Por eso mismo me alegró verificar que, en lo que a usted se refiere, señor Sandro, se decía lo cierto.

—¡Ya lo creo! —no pude menos de confirmar—. Lo que no atino a comprender —añadí— es por qué razón se encuentra usted aquí.

“Botticelli explicó:

“Verán ustedes, mis buenos señores: un año después de mi partida de allá, sea en 1511, los Grandes Caballeros de la Muerte consultaron a la diosa Venus acerca de mi obra. La diosa aseguró que lo mejor que sobre ella se había pintado era, sin duda, mi *Nacimiento de Venus*; amén de que encontraba enteramente de su gusto mis *Marte y Venus*, *Venus y Cupido* y demás. Desde entonces se me otorgó graciosamente un “permiso-a-infinito” para venir a este planeta cuantas veces quisiera y para permanecer en él tanto tiempo como fuese mi antojo. Vengo, pues, de cuando en cuando. Aunque mi morada oficial está en el Cielo, puedo avanzar a ustedes que siendo cielo y todo, a veces cansa un tanto y es entonces grato dar algunas vueltas por otros lares. Me doy cuenta, sí, de que esto no es para largas permanencias pero siempre descansa y distrae sobre todo, como es mi caso, cuando se mantiene una buena y leal amistad con la Reina y Señora del planeta, la diosa Venus.

—¿Cómo? —pregunté— ¿Está ella aquí, en persona?

—Por cierto. ¿Dónde quería usted que estuviese? Venus, en Venus. ¡Sí, sí! —agregó Sandro al adivinar, por mi expresión mis deseos—, ¡sí! La conocerán ustedes. Los dioses y diosas, en sus propias moradas, son mucho más asequibles que lo que cuentan en la Tierra. Cuanto a nuestra Reina y Señora, puedo decir que siempre recibe gustosísima a los extranjeros de paso. Así es que, si no hay inconveniente, ¡adelante!

“Nos levantamos y empezamos a andar. Nuestro guía iba al centro; Saturnino, a su derecha; yo, a su izquierda. Mi felicidad no tenía límites. Iría a conocer a Venus, a ella misma, a la diosa del Amor. El amor... El amor por el cual había sido yo castigado... ¡Si supieran en la Tierra! Una vez más pensé que aquello era un premio, y un premio sin igual. Y este conocimiento iba a ser hecho por intermedio de Botticelli y en compañía de un habitante de Saturno... ¿Te das cuenta, Onofre?

“Caminamos. De pronto nuestro guía nos detuvo y dijo:

—Antes de seguir quiero dar a ustedes algunos consejos, mejor dicho, algunas instrucciones acerca del tratamiento que a nuestra diosa debe dársele. Por muy amable y bondadosa que sea, siempre una diosa, comprenderán ustedes, tiene sus caprichos y orgullos, por un lado; y exageradas modestias, por otro lado. Respecto a éstas, aconsejo a ustedes no nombrarla jamás con títulos de ninguna especie: ni Diosa, ni Deidad, ni Hija de Zeus, ni Reina del Amor, ni Hermanísima de Apolo, ni Triunfadora de la Manzana de la Discordia, ni nada por el estilo. Hay que nombrarla por su nombre, a secas.

—Es decir, Venus —asentí.

“-No -corrigió nuestro cicerone-. Un cierto capricho, o un cierto orgullo, si ustedes quieren, la hace sentir indiferencia o desprecio hacia todo lo que es de la vieja Roma; en cambio no disimula su gusto, y hasta admiración, por todo lo que es de la vieja Grecia. Así, pues, deben ustedes llamarla Afrodita; no lo olviden: Afrodita. Otro punto sobre el que quiero hablar es el que nuestra diosa padece de algo así como lo que hoy en la Tierra conocen con el nombre de “complejo”, o algo que se le asemeja; no recuerdo bien pues en mis tiempos...; en fin y además yo sólo fui pintor y poco me ocupé de sutilezas mentales. Pero usted, Teodoro, sabrá a qué me refiero, no lo dudo; cuanto a usted, Saturnino, creo...

“Saturnino cortó con tono gruñón:

“-En Saturno no hay complejos.

“-Me alegro -siguió Botticelli-. Pues bien, decía a ustedes que Afrodita -así la llamaremos desde ahora- sufre de la idea casi fija de que todos los masculinos de cuantos planetas existen piensan de este modo: ‘Puesto que es ella la diosa del Amor, ha de ser cuestión de hacerle una ligera corte para conseguir una violenta y deleitosa aventura amorosa’. Esto la enfada visiblemente pues, han de saber ustedes, Afrodita no acepta amor alguno con ningún masculino del sistema solar, ni vivo ni muerto; ni siquiera los acepta con los del mismo Sol. Yo no estoy muy enterado de los chismes que aquí se cuentan pero sé que su único amante es un masculino -especie de príncipe o cisne- de la constelación del Can Mayor; y el único que a éste puede engañar es otro masculino -especie de alguacil o tiburón- de la constelación del Sextante. No lo olviden, por lo tanto: en materia de amores con Afrodita, ¡no hay caso!

“Saturnino dijo con tono aun más gruñón:

“-Me resignaré.

“Y por largo rato contempló el anillo de Calucha con su ojo mandibular.

“Yo, ante tal desencanto, debo haber puesto una cara lamentable pues Sandro, dándome cariñosos golpecitos en el hombro, me consoló:

“-¡Ánimo, ánimo, amigo! Yo no he dicho que en el planeta Venus, regido por Afrodita, no haya amor para los masculinos del sistema solar; he dicho que no lo hay con la diosa misma, nada más. Pero a las órdenes de la diosa hay cientos, miles de femeninas que... En fin, ya ustedes verán. Por el momento es lo que quería advertir. Sigamos nuestra marcha.

“Seguimos.

“A los pocos minutos vimos alzarse ante nuestros ojos una montaña en cuya cima se levantaba un castillo. ¡Por fin! ¡Ya la cosa se hacía digna de lo que nuestra imaginación atribuye al lucero de la tarde! El crepúsculo empezaba. Fue aquello más que hermoso; fue emocionante. Llegamos al pie de la montaña. Había allí una gran muralla que, sin duda, la rodeaba en toda su extensión. Frente a nosotros, una puerta de metal, tal vez de platino. Sobre ella, unas letras doradas, tal vez de oro. Rezaban:

## VENUSBERG

“Botticelli abrió con una llave. Avanzamos, trepamos y, poco después, alcanzábamos la puerta misma del castillo. Porque he de decirte que la montaña era más baja de lo que en un principio creí. Debe haber sido como el cerro Santa Lucía, allá en Santiago; pero como todo era planicie a su alrededor y como un castillo había encima, la vi, en un momento, como el Monte Blanco. Además, al pensar que allí estaría ella con sus mil ninfas..., la vi, en un momento, como el Everest. Pero no. Era, repito, como el Santa Lucía.

“Se abrió la puerta sola. Debería decir ‘automáticamente’, mas no sé si esta expresión cuadre con el ambiente. Entramos: galerías, corredores, antesalas, salones, zaguanes, escaleras, escalerillas, escalinatas, estancias, sótanos, cuevas, sotabancos, buhardillas, atrios, capillas, ábsides, celdas, panteones, terrazas, azoteas, descansillos, guardarropas, alcobas, comedores, cocinas, patios, salas de armas, salas de juego, calabozos, puertas, puertecillas, portones, balcones, ventanas, vidrieras, pasajes secretos, muros huecos, torres, torreones, cúpulas, bóvedas, almenas, bodegas, dormitorios y escritorios, piscinas y despensas, retretes y ambigües..., en fin, Onofre, dentro de ese castillo había de todo. Y todo era de maderas preciosas, metales preciosos, piedras preciosas, ámbares preciosos, perlas preciosas, pórfiros preciosos..., en fin, Onofre, ¿quieres que siga la descripción?”

—No, mi buen Teodoro, no hace falta —respondí—. Ya me estoy formando una idea de aquel castillo de Venusberg. A propósito —añadí—, ¿qué significa esa palabra?”

—Según luego me explicaron —dijo Yumbel—, quiere decir “Monte de Venus”, en alemán.

—¡Muy bien! —contesté—. Ahora sería bueno darnos prisa. Es necesario que hayas terminado tu historia de Calucha y sus consecuencias antes de que el gong nos llame a almorzar. Es imposible paladear bien si hay, de por medio, una historia amorosa incompleta.

—Entendido —dijo Yumbel.

—Te escucho —dije yo.

Y Yumbel siguió de este modo:

—Llegamos a la gran sala del Trono Mínimo. Avanzó hacia nosotros un personaje imponente, terraquiuo, desde luego. Saturnino bostezó. Era este personaje...; pero es cierto que no podemos detenernos en descripciones. Que te baste saber que era imponente y que vestía como corresponde, es decir, a la antigua usanza y con casco. Sandro nos nombró mientras nos inclinábamos. Después lo nombró a él:

—Tannhauser —dijo.

“Algo recordé en aquel momento pero luego se me escapó. Tannhauser nos hizo seguirle. Pasamos a la inmensa, inconmensurable sala del Trono Máximo. Y mis ojos, por un momento, se deslumbraron. El de Saturnino salió de su órbita, tembló y luego se recogió. Frente a nosotros estaba: ¡Afrodita!”

“Quedamos, los dos forasteros, paralizados ante tanta beldad. Quisimos ambos decir algo. Pero nuestro labios se movían sin proferir sonido alguno. Ella, bondadosa y comprendiendo nuestra turbación, moduló con sonos de lira y de laúd:

—¡Digan, nobles viajeros, lo que quieran, o no digan nada; es igual. Siempre que no me hablen ustedes de mitología...”

“Y sonrió. Nosotros nos inclinamos hasta tocar con nuestras frentes el lapislázuli del pavimento de madreperlas. Así permanecemos. Al fin Tannhauser, adivinando nuestros deseos, propuso:

—¡Por acá, señores míos!

“Y nos condujo a las tibias piscinas odorantes de aguas de leches de gacelas y alabastros líquidos. Allí estaban, nadando o recostadas en alfombras multicolores, ellas, las divinas, las subyugadoras mujeres de Venus. Creí morir.

—¡Cuánto te envidio, Teodoro! —no pude menos de exclamar.

—No me envidies —dijo mi amigo—. Ahora verás:

“Las mujeres de Venus son tan, tan hermosas que adquieren actitudes estatuarias. Cuando se está con ellas es estar rodeado de vivientes Venus de Milo, de vivientes Victorias

de Samotracia, de vivientes Noches de Buonarrotti y ¡qué sé yo! Entonces, tú comprenderás, uno se perturba y..., comprende, amigo, ¡no se puede! Puede uno besarlas, acariciarlas, pues quedan, a pesar de sus mármoles y bronces, quedan algo blandas, algo carnosas, si se quiere. Pero... ¡nada más! Es allá en Venus, por lo tanto, la castidad obligatoria por exceso de belleza estética...

“Volví a entender que no había para mí premio alguno; que había castigo.

Teodoro calló.

Yo, también.

Luego dijo a media voz y como resignado:

—Allí, en el indescriptible castillo de Venusberg, siguió nuestra vida, igual, monótona y, por otro lado, exasperante. Claro está que era mejor que afuera: acogedoras camas, en vez de barro rosado; hermosos techos y paredes, en vez de nubarrones; y en vez de frutas venusinas, ricos manjares. Tannhauser tenía, de cuando en cuando, la buena idea de ofrecernos algunas botellas de vino del Rin. Pero el tiempo pasaba con aburrida lentitud. Cuanto a Afrodita, la veíamos muy poco; y para qué verla más a menudo? Aquellas mujeres-estatuas llegaron a serme odiosas. De Botticelli puedo decirte que hacía uno que otro croquis y no se ocupaba mucho de nosotros; un día se despidió y se marchó a su Cielo. Por fin Tannhauser pasaba la mayor parte de sus horas sentado ya al piano, ya al órgano, ya al armonio cantando canciones tristes ora con voz de tenor, ora con voz de barítono, ora con voz de bajo. Los temas de conversación con Saturnino se agotaban visiblemente. Era lento, lento todo aquello. Ya te lo he dicho, Onofre: si el total de mis aventuras venusinas hubiesen ocurrido en 24 ó 48 horas, pongamos una semana, habría sido un total interesantísimo; pero así como ocurrían... ¡El castigo, amigo, el castigo!

“Cierta día, en mi aposento, púseme a estudiar con calma mi libreta-calendario: cúmplanse, ese día, ocho meses de permanencia mía en Venus. ¿Te das cuenta? Sólo las dos terceras partes de mi condena; ¡todavía esperar cuatro meses más! Iba a lanzar el llanto cuando un ruido inusitado allá, me alarmó. Corrí a mi ventana, la abrí, me asomé. ¿Qué veo? ¡Un avión! Se acerca, gira sobre el castillo, baja, abarriza... No hay duda, no puede haberla pues ahora lo miro con potentes anteojos: ¡es el avión del capitán Angol! ¡Y es el capitán Angol, en persona, quien desciende de él y se encamina hacia acá, hacia el castillo del Monte de Venus! Salgo de mi aposento, me despeño por escaleras, corro por corredores, cojo a Saturnino de un brazo —no sé bien en qué rincón o estancia—, llegamos ambos a la puerta principal, se abre sola de par en par... ¿Qué vemos? ¡Oh, dicha, indescriptible dicha!

“De pie, sobre el umbral, ¡mi capitán!

“Nos abrazamos. Le presento a mi amigo saturniano. No puedo proferir ninguna palabra. Es completa mi turbación. El capitán dice entonces:

—Vamos, amigo. El año de condena se ha cumplido. Ha llegado la hora de regresar a nuestra lejana y querida Tierra.

“Quedé un momento atónito. Pregunté:

“—¿Cómo un año? ¿Que no se cumplen hoy exactamente ocho meses de destierro?

“—¡Ea, ea! —respondió riendo el capitán—. ¡A embarcarse, a embarcarse, se ha dicho! Durante el trayecto ya hablaremos.

“Saturnino, que hasta el momento nada había dicho, se adelantó entonces y pidió:

“—¿Podrían llevarme ustedes? Creo que ya he visto lo suficiente de este sitio. ¿Serían ustedes tan amables...?

“¡Por supuesto! –exclamó nuestro piloto siempre con su obsequiosidad sin par.

“Momentos más tarde estábamos los tres a bordo, las hélices zumbaban y el magnífico aparato desbarrizaba. Agitando una mano grité:

“¡Adiós, adiós Afrodita, diosa entre las diosas! ¡Adiós marmóreas beldades de desafiante e inexpugnable castidad! ¡Adiós! ¡Adiós viejo y venerable Tannhauser! ¡Gracias por tus exquisitos vinos del Rin! ¡Adiós castillo! ¡Adiós barro dentífrico! ¡Adiós frutas y frutos y arbustos y yerbas! ¡Adiós, adiós todo! ¡Disculpadme si no me despidió personalmente! ¡Pero es tanta la prisa que me corre...! ¡Contentaos con mi último grito! ¡¡Adiós!!

“Y volamos y volamos y volamos. Ahora era un inefable espectáculo verificar la redondez de Venus y, más inefable aún, ver cómo su volumen disminuía y disminuía.

“Al cabo de un rato pregunté al piloto:

“–Señor capitán, ¿podría usted explicarme por qué me han perdonado cuatro meses de condena?

“–No hay tal, amigo –me contestó–. Vea: fue usted condenado a un año de destierro en Venus. Pues bien, ya que fue en Venus, la pena se medía por tiempo venusino y no por tiempo terreno. El año venusino dura ocho meses nuestros por el hecho de encontrarse Venus más cerca del Sol que nosotros y ser, por lo tanto, menor el recorrido que tiene que hacer para dar la vuelta de marras en torno del astro hacedor de años. ¿No lo sabía usted? Esta es la explicación. Lo que me extraña es que no se lo hayan advertido a usted antes de partir. Esto me parece un refinamiento de crueldad.

“–¡Así es! –exclamé al recordar mis torturas morales–. ¿Sería posible que mi padre...?

“–¡Oh, no! –interrumpió el capitán–. Puede usted estar seguro de que ni su padre ni el hermano de él, el anciano, jamás han albergado tamaña idea. Tal proceder para con usted ha sido obra del muy badulaque de su único tío materno.

“Seguimos volando.

“Justo a mitad de camino entre Venus y la Tierra, en medio de un éter agradable, Saturnino dijo al piloto:

“–Señor Gobernante, ¿tendría usted la bondad de parar un momento? Desearía bajarme aquí y seguir de a pie.

“–Como usted guste.

“Y el capitán detuvo el vuelo. Saturnino se bajó, estrechó la mano del piloto; luego me agradeció una vez más el anillo dejando caer sobre él una lágrima única de su único ojo mandibular; después, en signo de aprecio, iluminó la punta de su nariz con las tres rápidas lucecillas verdosas y la otra amarillenta que denotaban su identidad personal; por fin dio media vuelta y siguió de a pie. Nosotros reanudamos nuestro vuelo por los infinitos espacios siderales.

“Otro plazo igual y, con buen tiempo, aterrizamos en el aeródromo de San Agustín de Tango. Allí estaban todos mis parientes, todos los familiares de casa, todas mis amistades particulares. ¡Cariñosísima recepción! A pesar de tantos abrazos, palmoteos y espaldarazos, pude divisar al muy badulaque de mi tío materno, observándome y luego alejándose como una rata asustada.

“En casa hubo un alegre champañazo. Algunos me encontraron más grueso; otros, más delgado. Hubo quienes me hallaron de magnífico semblante; y los hubo que me encontraron muy pálido. No sé quién aseguró que había yo crecido; otro rebatió diciendo que me encontraba más bajo. En fin, Onofre, por opiniones la cosa no quedó. Me preguntaron muy poco sobre el vecino planeta. Me di cuenta de que cada cual se preocupaba

muchísimo más de sus propios asuntos locales que de lo que pudiese o no pudiese ocurrir en Venus. Creo que es esta la primera vez que cuento entera mi andanza interplanetaria. Para qué decirte que de Calucha... ¡nada! Días después vine a saber que durante mi ausencia, había contraído matrimonio con un joven irlandés-chileno, un tal Mitridates O'Machuca; era O' por su padre, y Machuca por su madre. Es todo. Nunca más he vuelto a saber del objeto de mi primer amor. ¡Nunca, nunca más!

Sonó el gong.

La una de la tarde.

¡El almuerzo!

Fue éste silencioso. Nadie habló ni una sola palabra. Se oyó claramente nuestro masticar y tragar como también el leve susurro de las alas mosqueras al volar. Nos levantamos sin hacer ruido y nos alejamos del comedor en fila india y llevando el paso. Afuera nos dispersamos. Sentí sueño. Lo atribuí al cansancio natural que me habían causado, por boca del amigo Yumbel, tantos tormentos de amor y tan lejano viaje. Danzaban en mi mente la infiel Calucha y la intocable Afrodita; se iban y dejaban paso a las marmóreas mujeres de la voluptuosidad y castidad; se iban y, sola ahora, danzaba la inexistente Jacqueline. Volvía Calucha, volvía Afrodita... ¡Oh, las mujeres! ¡Qué sueño! Bostecé. Me dirigí a mi dormitorio y me eché sobre la cama. Ya el mundo empezábase a borrar en torno mío cuando golpearon a la puerta.

—¿Qué hay? —pregunté fastidiado.

—Soy yo... —dijo una tímida voz que reconocí por la del buen narrador de desencantos amorosos.

—¡Entra! —grité—. ¿Qué ocurre?

—Perdóname, Onofre, perdóname si te molestó —murmuró mi visitante—. ¿Tal vez es mejor que me retire?

—Pensaba dormir la siesta —expliqué—. Pero si algo tienes que decir, ¡vamos!, dilo pronto. Bien puedo dormir dentro de algunos minutos más. ¿De qué se trata?

—En realidad, de nada.

—¿Entonces?

—Pues..., entonces..., que... Onofre, es el caso de que la evocación... Ayer fue Jacqueline, soñada; hoy, mi pobre amor con Calucha... Es el caso de que me he sentido presa de una inquietud insoportable. No quiero recordar más tales sucesos, quiero que pasen al olvido.

—¿Y bien?

—Creo, pues, que lo mejor sería terminar, poner fin a todo relato de amor. Por eso he venido.

—Pero ¿que no aterrizó ya el avión y no contrajo ya matrimonio la dama?

—Sí. Mas... Te confesaré: me queda aún otro amor que contar...

—¡Calbuco! —exclamé—. ¿Conque otro amor? ¿Otro más?

—No te asustes —dijo Yumbel—. Por lo demás tuvo también un epílogo parecido a los que ya tú conoces. Este amor tampoco se realizó...

—O-sor-no...

—Pero no te asustes, te repito. Es una historia muy corta que no robará tiempo a tu siesta.

—Por lo mismo, habla.

—Tal vez ya el sueño te invade.

—Razón de más, ¡prisa!

—No te asustes. Es algo tan corto... Titina pasó como un aerolito por mi vida. Prueba de ello es que, al día siguiente del más intenso momento que pasé con ella, cierta noche, escribí, en este papel y en pocas líneas, nuestro idilio entero. Fue aquello poco después de mi regreso de Venus. He creído mejor darte el papel que hablarte; calculaba que tendrías sueño; y si después no había ocasión de hablar a solas, podrías leerlo cuando quisieras. ¿Te dejo mi papel?

—Sí, déjalo.

—Gracias. Lee cuando quieras. En todo caso han terminado ahí mis..., no sé; bueno, mis amores.

Yumbel se alejó. La curiosidad pudo más que mi cansancio. Por lo demás, en verdad, era aquello muy corto. Leí:

“El recuerdo de Titina me ha invadido. ¡Cuánto sufro! Véase aquí lo que ha sucedido, en tres tiempos, junto a la niña de mi amor y mi dolor:

#### TIEMPO I

Mi vasta casa de un piso es cuadrada. Al centro, un patio cuadrado. A su alrededor, muchas habitaciones cuadradas. Mi padre agrandó mi casa y, para agrandarla, ordenó, tras el primero, la construcción de otro patio cuadrado que se rodeó de habitaciones cuadradas también. Y cuando mi casa, hoy de mi padre, sea mía y yo quiera a mi vez agrandarla, haré otro patio cuadrado tras el segundo, patio que se rodeará como éste, de igual modo; para que, después, mi hijo haga más allá un cuarto patio cuadrado y así sigamos todos, sigamos generación tras generación, hasta el final de nuestro linaje, a un piso de altura, plantando patios cuadrados con habitaciones cuadradas, siempre.

Mi vasta casa cuadrada de un piso no tiene significado alguno de día. El Sol de mi patria, cada día, se levanta para borrar, asolar, exterminar todo, resplandeciendo. Pero la noche, al venir, vuelve a tejer silenciosa el exterminio solar, y mi casa, con su piso, sus dos patios, sus treinta habitaciones agrupadas iguales, recobra su significado al sentir una media tinta y un silencio diferente en cada habitación y una Luna sobre cada patio.

De noche es así; por eso anoche, al redescubrir a mis diecisiete años el significado de mi casa, anoche empecé a pasearme por cada cuadrado, grande o pequeño, a repetir mis paseos, mirando la Luna, después la otra, diferenciando los treinta silencios y las treinta medias tintas y aburriéndome, aburriéndome diez veces.

Diez toques chillones dio el reloj de mi casa anoche y se aburrieron todos los cuadrados.

Las diez. Una que otra habitación brilló, se apagó, volvió a brillar. Hubo alarma entre las moscas. Las diez. Mi padre verificó la hora. Mi madre me miró, sonrió, bostezó. Las diez. El gato pasó a acostarse. Las diez sobre toda la ciudad. Todas las habitaciones se apagaron. Me volví de espaldas a las Lunas y a trancos largos salí.

#### TIEMPO II

*Las calles de mi ciudad son largas, largas. Mas como están todas colocadas paralelamente a distancias iguales y a distancias iguales están también cortadas por otras tantas calles paralelas, las calles de mi ciudad son cuadradas.*

Todas las casas de esas calles son iguales, idénticas, perfectamente idénticas. Las hay rosadas, verdes, amarillas, blancas, pardas, grises, azules... pero son todas iguales. Las hay que tienen —como todos nosotros— la nariz al medio y un ojo de cada lado. Las hay con dos ojos a cada lado, con tres, con cuatro y más. Pero son siempre iguales. Para diferenciarse, algunas se quieren hacer monstruosas: tienen la nariz a un lado y todos los ojos después. Pero nada. Siguen iguales. Algunos propietarios plantan al medio del patio un alto pino; otros, un naranjo; otros ponen una jaula que llenan de pajarillos varios; otros, un busto de bronce, de mármol o piedra; otros, como mi padre, no plantan ni ponen nada. Mas, llegada la noche ¡nada hay que hacer!, todas las casas dicen: “¡Somos iguales!”. Un amigo mío, arquitecto, tapó el ojo de su casa con pesada reja colonial. Otro más ducho discutió el caso y tapó el ojo de la suya con fina reja florentina. Mi padre, al enterarse de ambos casos, ordenó que jamás de la nuestra se quitaran los barrotes. Nuestro vecino, al saberlo, arrancó los suyos hasta el último. Mas a pesar de todo y de todo, cada patio, por la noche, colgó allá arriba su Luna de igual modo.

Marché por las calles. No sé si alejándome o acercándome. Pero, un momento: ¿alejándome o acercándome de qué? En fin, en mi caso particular, de mi casa, se entiende. Marché. A las 11 me detuve. ¡Ésta es! —dije apuntándola con el bastón. En efecto, ésa era. ¡Su casa!

### TIEMPO III

En el patio primero de su casa su padre ha dibujado con grandes maceteros de bambú, un triángulo equilátero. El vértice de este triángulo apunta hacia la puerta. Su base disimula cinco ventanas iguales. Por sus lados se pasean algunas ratas casi domésticas; por todas las ramas, mil bichos que zumban. Y antes, hace mucho tiempo, por todas partes se paseaba un queltehue, hasta que una noche, una noche —no se sabe por qué ésa y no la anterior o la siguiente— una noche las ratas devoraron al queltehue. Durante sesenta días su familia comentó este triste suceso y yo, varias veces, tomé parte en los comentarios junto a ella, Titina, mi bien amada. Llevé la noticia a mi casa, de allí la noticia fue a otras casas. Todo el mundo lo supo, todo el mundo comentó, aunque sólo seis días, el trágico fin del queltehue del padre de ella, de Titina, mi bien amada.

Anoche hacía un mes que ella se había marchado, con su padre, a una playa distante. Mas yo siempre allí. Entré en su patio. Una rata movió los hombros y se alejó displicente; zumbó un bicho; se agitó un bambú. Empecé a pasearme con su ausencia. Media luz de luna; silencio sordo que no fue turbado más que por su hermano al ofrecermé, por una de las ventanas del fondo, un cigarrillo. Seguí paseándome con su ausencia, diciéndole muy bellas cosas, mientras el ojo inexistente de su padre seguía desde todos los rincones oscuros, atisbando nuestro ir y venir. Le dije que por ella amaba yo todo aquello, los patios, las Lunas, el pobre queltehue. Se lo dije mil veces de mil modos distintos. Mas como a medida que mi voz crecía en pasión crecía en fulgor el ojo severo de su padre, creí conveniente, al sonar la medianoche en un reloj cercano, despedirme y partir.

Yo entonces turbé el silencio ofreciendo, a mi vez, un cigarrillo a su hermano.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches —respondió.

Y volví a casa sin Titina”.

Así decía el papel de Teodoro Yumbel.

¡Qué sueño! Ahora se borraban nuevamente, y en definitiva, las cosas de este mundo. Dormí.

Para descansar, pensaba yo; al menos tal era mi deseo. Jacqueline, Calucha, Afrodita, Titina... ¿Puede alguien descansar? Afuera había sol con insectos, sol de otoño. Una falsa tradición canta al sol de primavera. ¡Error! Ya el invierno viene y la naturaleza quiere aún subsistir con esplendor, la naturaleza con insectos y queltehes. Porque los queltehes no mueren si el verano se ha ido y si la primavera, allá lejos, apenas se ve. Dormí. Pero descansar... Dormí de ese sueño que tantas veces es pasar un umbral. De una habitación teórica pasé a una habitación real. De una vigilia hecha de cuentos, historias y narraciones que se oyen pero no se ven, pasé a un dormir poblado de seres vivos, ruidosos, aquí a mi lado, comprometedores. Y llaman a esto descansar... ¡Qué ironía!

¿Cómo descansar? He pasado un umbral y he entrado en una gran sala, sala de armas, al parecer, construida de pórfiros preciosos y madreperlas preciosas. Allá en el fondo han abierto una puerta y avanzan sombras o bultos. Distingo:

Es un can, un enorme can el que se acerca—un can mayor, pienso—, haciendo rechinar las preciosas maderas del suelo; montado en él, un príncipe, airoso príncipe que canta; lleva en su mano un albo cisne; y los tres: cisne, príncipe y can me saludan. En el mismo instante otro grupo se avecina: es un formidable tiburón que nada por la atmósfera agitando su cola y aletas; lo monta un alguacil; lleva el alguacil, en su mano, un sextante; también me saludan. Hasta que una carcajada tremebunda bórralo todo. Alcanzo a ver que es Saturnino el que ríe así, Saturnino, un gnomo de ojo mandibular, nariz iluminada y patas acuáticas. Ríe. Me sobresalto. Despierto. Curihue, el sol de otoño, insectos... ¡Oh, Jacqueline! Tú también figuras en mi vida. Todo, otra vez, se esfuma, se esfuma.

Otra vez...

Otra vez...

Otra vez dormí.

Y durmiendo:

Poseí a Dionisia. Con esta posesión supe que Dionisia enderezaba muchas líneas atravesadas de su existencia y, cuanto a mí, sentí que podía volver a caminar en la vida ya que la poseía en un momento en que empezaba a detenerme y la vida iba entonces a caminar-me encima.

(Y durmiendo):

Poseí luego a Felicia. La poseí con todos los requisitos del caso y, al poseerla, vi que mis parientes, mis amigos y hasta mis enemigos nos congratulaban a ambos calurosamente.

Pero...

(durmiendo siempre)

... una tarde de verano, al descuidarse todos, sin más ni más y sin saber porqué, poseí a Clarisa aunque esta posesión no tenía, ni para ella ni para mí ni antecedentes que la evitaran ni resultados que la justificaran. Veía yo que era una torpeza, una sinrazón, un mal acto. Oía que todos decían: "Esas cosas no deben hacerse".

(Y siempre durmiendo)

Pasaron diez años en un instante; y llegó por encima de un otoño rapidísimo, una tarde de invierno, una tarde sola, sin mediodía que la precediera ni noche que la siguiera. Paseé entonces por los campos.

De pronto siento ruido tras una tapia. Trepo y miro. Va Clarisa caminando entregada

a los placeres de la caza con su arma en la mano. "¡Clarisa!" –digo–. Vuelve el rostro y, al ver que su nombre es pronunciado por los labios que diez años antes la han besado, es tal su asombro que grita: "¡Ay!" –y un tiro se le escapa.

El tiro da, medio a medio, en el pecho de Callampa, la perra de Curihue, y cae Callampa en el instante mismo en que sus mandíbulas iban a coger a un pobre pato que huye graznando.

Muere Callampa pero vive el pato.

(Y yo, durmiendo siempre)

Me congratulo al ver que este pato se hace el más ilustre de todos los patos.

Se le elige diputado pocos meses más tarde; ocupa con brillo su sillón y, al final de su período, sus electores, a la unanimidad, lo designan para que los represente en el alto cargo de senador. Luego es proclamado primer mandatario de la República y sabe, a todo momento, dirigir con acierto y eficacia los destinos del país. Hasta que un día, un día –no se sabe por qué ése y no el anterior o el siguiente–, un día las ratas, los queltehues y todos nosotros los habitantes curihueños, le damos muerte, lo preparamos al escabeche y lo engullimos regando la cena con vino tinto de la Borgoña, mientras gritamos a voz en cuello, gritamos como unos locos, gritamos...

Despierto. Me incorporo en mi lecho. Me oigo gritar yo mismo, despierto, bien despierto:

–¡Clarisa! ¡Clarisa mía!

Curihue, crepúsculo de otoño, gritos de pájaros retardatarios. Todos los relojes dieron las seis.

Gritos de alborozo, afuera. Gritos que me parecieron completamente inusitados. Corrí a mi ventana, la abrí, me asomé. ¿Qué vi? ¡Todos los curihueños! Se acercaban, giraban alrededor de un centro. Cogí unos potentes anteojos y miré: ¡Giraban, acercándose, en torno de una dama!

Pensé:

"Son las damas que ya empiezan a llegar. ¡Oh, viejo amigo Berbiguier! Ahora iremos a ver..."

Después de acicalarme debidamente pasé al salón. En el más elegante de los sillones, una dama, en efecto, estaba sentada. Rosendo, al lado, le hablaba; Valdepinos se acercaba y se alejaba del sillón y hablaba también; Lorenzo le ofrecía cigarrillos; Yumbel, más prudente, mirábala de lejos con grandes ojos; el capitán, en un rincón, preparaba un cóctel; Longotoma iba y venía por todas partes con pasmosa agilidad; Lonquimay, de pie sobre una silla y con los brazos cruzados ante el pecho, miraba en silencio la escena.

El capitán, al verme, me tomó de un brazo, me llevó hasta el imponente sillón y, dirigiéndose a la dama, le rogó:

–Amiga, permítame presentarle a nuestro compañero, Onofre Borneo.

Ella alargó la mano mientras el capitán me decía:

–Isidra Curepto.

Era esta dama más bien de elevada estatura –pude verlo apenas se levantó para examinar las maravillas del salón–, delgada, de tez morena, nariz francamente aguileña, pelo abundante y castaño que peinaba con voluntario desorden, de ojos pequeños y también castaños y de uñas muy largas y muy rojas. Hablaba con voz aguda y fuerte; a cada momento parecía morderse el labio superior. Tenía, por cierto, un gran aplomo pues se sentía completamente a sus anchas en medio de nosotros. En cambio nosotros todos –menos el

capitán, tal vez—estábamos algo indecisos, algo torpes, a pesar de las palabras abundantes de algunos, de las idas y venidas de otros, de la estática actitud de Baldomero y de los cigarrillos y cocteles. Cuanto a mí, me sentía sencillamente abrumado: Jacqueline, Calucha, Afrodita, Titina, Dionisia, Felicia, Clarisa y... ahora Isidra Curepto... ¡Era demasiado! Aunque, recapacitando, caí en cuenta de que la cosa bien podía tomarse de modo inverso; ni una, ni una sola mujer real, todas ellas de humo y espuma y... de pronto una hembra de verdad. Esto podía muy bien abrumar y hasta aplastar a un buen hombre solitario.

Cuanto a la torpeza de los restantes la atribuí, no a la presencia femenina sino a la poca presencia femenina: una sola dama era demasiado poco para tanto varón y esta desproporción cuantitativa los desarticulaba de manera notoria.

Total: aquello parecía languidecer. Felizmente Isidra era persona de recursos: al examinar las maravillas del salón fue tomada por ellas —sobre todo por algunas; y más que todo, por una— como es tomado un verdadero entendido, un profesional. Debemos, pues, a su pasión y a sus conocimientos artísticos el que la hora de la cena llegara con dulzura hasta nosotros. El objeto que más colaboró con nuestra dama fue —en profundidad— un dragón de oro de ojos de rubí y alas de marfil y de unos 30 centímetros de longitud, que se había juntado con su amo de Chekiang y había hecho con él, desde el primer momento, buenísima amistad a pesar de la diferencia de edad: el capitán Angol, como he dicho, nació el año 1897; el dragón, el año 896; había, pues, entre ellos, una diferencia de 1001 años; mas cuando dos seres han venido al mundo para entenderse... En fin, antes de proseguir explicaré que empleé la expresión “en profundidad” —al referirme al entusiasmo de la dama Curepto por el animalito— porque también hubo un entusiasmo “en irradiación”. Como digo, explicaré:

Llamo yo —y conmigo muchos enterados y filósofos en la materia— “entusiasmo en profundidad” a aquel que se concentra exclusivamente en el objeto procurador de entusiasmo sin reparar en el ambiente que lo rodea; en el caso que nos ocupa sería admirar tan sólo al dragón de Chekiang, admirarlo por sí mismo, ajeno al sitio donde se encuentre, por lo tanto, sea cual sea este sitio; es un entusiasmo por lo intrínseco de cada objeto, cosa o ser. En cambio, “entusiasmo en irradiación” es cuando él nace tomando en cuenta lo que al objeto, cosa o ser rodea o envuelve; en el caso que nos ocupa sería admirar al dragón de los 1031 años de edad más allá de sí mismo, considerándolo como infinitos dragones de diferentes aspectos, matices e idiosincrasias según entre qué otros colores o formas se encontrara; sería hacer participar al ambiente con igual importancia que el sujeto mismo; sería sentir y creer a pie juntillas que es cosa muy distinta ese alado lagarto si junto a él hay un grueso libro de negra tapa o un lirio de blancos pétalos; y también, si junto al lirio o libro, alguien canta una canción de Tosti o blasfema ante las bondades que el Cielo nos tiene prometidas.

Isidra Curepto podía ambas cosas, dominaba maestramente ambos entusiasmos. Admiró al dragón por sí, a él sin más; lo admiró como un conocedor lo haría si estuviese el misterioso bicho en un museo —ya fuera y lejos de su destino—, o como si estuviese en una casa de remates y hubiese que avaluarlo. Luego Isidra irradió: cogiólo con sus alargadas uñas de sangre, púsolo aquí, púsolo ahí, púsolo allá y, cada vez que lo ponía, ladeaba elegantemente su testa, entornaba los ojos, guardaba unos instantes silencio y, por fin, lanzaba con agudos tonos su admiración. Nosotros, boquiabiertos, la seguíamos y escuchábamos. En un momento hizo callar la risilla de Desiderio Longotoma pues, según su opinión, no concordaba con la cabeza temible de la pequeña bestia al asomarse entre un

jarrón verde y otro pardo; en otro momento aprobó, sin rodeos, el ruido sordo de los pasos de Baldomero Lonquimay al pasarse largo a largo por el salón después de haber descendido de su silla:

—Es que eso concuerda —nos explicó— con el aire que ahora interpenetra al dragón en su íntima vibración ya que se estaciona allí, frente al espejo, y es, por lo tanto, dos dragones en vez de uno.

Baldomero Lonquimay, al saberse hacedor inconsciente de tanta artística armonía, meneó titilantemente sus rojas barbas y se detuvo. La dama Curepto encontró esta detención magnífica y exquisitísima. Iba a disertar sobre ella, cuando... ¡sonó el gong!

La cena.

La cena fue excelente, más que excelente. El cocinero de Curihue, ayudado por sus dos pinches, se superó. Ante tan ricos platos la conversación tuvo que ceder sitio: se habló superficialmente, resbalando, aunque en más de una oportunidad noté que nuestra invitada "irradiaba" desde los guisos y bebidas hasta rozar los bordes de temas trascendentes; pero luego una salsa, un salame, un salsifí, un salmón, un salmonete, un saladillo, una salchicha, un salmorejo, un salpicón, una salvia o bien, y sobre todo, una salangana, nos hacía picar de narices en los paraísos de la gastronomía y los temas trascendentes recogían entonces sus sabios bordes.

Cenamos.

Salimos a los corredores.

Rosendo cogió una concertina y cantó una picante canción de amor. Luego Isidra cogió una guitarra y cantó una sensible canción de celos. Y tanto ante el amor como ante los celos, todos aplaudimos con vehemencia.

### *Noche Dos* (5-III-27)

El lector de estas líneas ha de encontrarse extrañadísimo —y tal vez, enloquecido— al haber leído el final de esas mismas líneas sin haber empero leído la mención "Noche Dos", siendo que ya la luz diurna había desaparecido hacía largo rato y que la luz que ahora envolvía a Curihue todo, era, aun para los ojos menos diestros, francamente nocturna. Sin embargo esto tiene su explicación:

Es el caso de que para mí, narrador único y oficial de los sucesos ya narrados y de los que voy a narrar, la dulce calma en los corredores con cantos de celos y amor, está estrechamente ligada —por ser su continuación lógica— con los manjares de la cena; los cuales manjares vinieron como atornillados a las bellezas insospechadas del dragón de las chinas tierras de Chekiang; las cuales bellezas fueron arrancadas del misterio y llevadas a la claridad por la muy bella y sin par Isidra Curepto; la cual Curepto hincó sus bien dibujados pies sobre tierra curihueña cuando aún los rayos de Febo tremolaban sobre flores y animales; los cuales rayos son, para cuantos humanos existen, demostración irrefutable de que es de día. Así pues, el día llegó hasta la noche y se introdujo en ella enredado en la castaña cabellera de nuestra talentosa visitante y con ella habría seguido, acaso infinitamente, si otros acontecimientos, celosos de que su manifestación fuese de este modo aplazada, no se hubiesen impuesto por intermedio de la voz del capitán y de varias otras voces que pronto habrán de oír esos mismos lectores casi enloquecidos para restablecer su cor-

dura y entrar de lleno en la natural noche que los relojes –sean eléctricos, de cuerda o de arena– reclamaban con sobrada razón.

Terminó, pues, el canto de Isidra; segundos después terminaba nuestra ovación. Acto continuo, el cínico de Valdepinos dijo de modo insinuante:

–Muy bien ese cantar pero mejor habría estado –si es que algo puede estar mejor– con otra luz un tanto más adecuada. ¿Luna llena para celos? (En efecto, teníamos un magnífico plenilunio). Luna llena, para amores correspondidos como Rosendo los ha cantado; para la negra pasión de los celos deberíamos haber tenido noche lóbrega. ¿No lo creen ustedes?

–Por cierto –afirmamos todos aunque no bien convencidos.

Pero el capitán, haciéndose eco de la proposición de Valdepinos, gritó:

–¡Taita Higuera!

Se abrió una puerta, allá al fondo del corredor, y con macilentos pasos, avanzó hacia el grupo el interpelado. Llegó, tocó con la diestra su sombrero y esperó sin pronunciar palabra.

–Taita Higuera –díjole entonces el capitán–. Haga que quiten la Luna.

El anciano volvió a tocarse el sombrero, dió media vuelta y, con los mismos pasos macilentos, se alejó. Un minuto después la Luna era quitada. Sobre Curihue caía una noche lóbrega tal como el cínico la había pedido.

–¡Uy! –gritó entonces Isidra–. ¡Qué maravilla intensa!

Volviéndose luego hacia el capitán agregó:

–Amigo aviador: ¡sutil!

En efecto una manifiesta sutileza se incorporó en nuestro grupo. Vino a ser como una compañera más. Pero de pronto huyó. He aquí por qué:

La llavera corría hacia nosotros emergiendo de las negras sombras del jardín y, sin reparar en sutilezas de ninguna especie, corría vociferando:

–¡Señores! ¡Hay ladrones! ¡Se roban los patos!

La verdadera noche, la Noche Dos, había comenzado.

El capitán, no movido como por un resorte sino movido realmente por un resorte, que siempre llevaba oculto en cierta parte, se alzó instantáneo. Y procedió a la distribución de armas:

Teodoro Yumbel, un tridente;

Rosendo Paine, una carabina;

Lorenzo Angol, un revólver;

Valdepinos, una linterna;

Onofre Borneo, una pistola;

Desiderio Longotoma, un matagatos;

Baldomero Lonquimay, una espada;

El capitán mismo, un pito sirena.

Taita Higuera fue llamado nuevamente y se le ordenó que, junto con la llavera, cuidaran de nuestra dama Curepto. Para esto, el capitán dió al anciano una granada de mano y, a la llavera, un martillo. Las blancas manos de Isidra fueron consideradas demasiado blancas para cargar un arma aunque ésta fuese sacada de las panoplias medievales del salón. Antes de partir, ambos pinches fueron requeridos. Se les interrogó:

–¿Y el cocinero?

Contestaron:

–Duerme en colapso.

—Entonces —se les ordenó— id y soltad a Donizetti.

Se les mandó luego a que cuidaran de la cocina, dándosele a cada uno un par de banderillas. Se llamó a Callampa. Se encerró a Zamparratas. Y, por fin, se ordenó ¡partir! Partimos hacia las sombras tenebrosas.

Plan de ataque:

Fijar como rumbo de la marcha la más lejana de todas las nebulosas visibles por el telescopio del observatorio del cerro San Cristóbal, Santiago, Chile. Lleva por nombre esta nebulosa el muy sensible de *Pablo y Virginia*. Fue escogida por haber guiado siempre a Yumbel desde el día en que regresó de Venus. Pensábase que bien guiaría los pasos nuestros ahora en tan grave situación. Su luz tarda en llegar a la Tierra 18.500.000 años. Esto fue considerado de buen augurio.

¡Adelante!

La posición de Pablo y Virginia en el cielo, nos llevó recto hacia el fondo del jardín y siguió empujándonos recto a través de la hortaliza.

Marchábamos con firmes suelas sobre la tierra de la Tierra. Titilaban en nuestras frentes luces de esperanza y de valor, ¡oh, luces que en ese momento nos golpeabais el frontal después de tan fatigosa travesía de 18.500.000 años por los espacios siderales!

¡No importa! ¡Nada importa!

¡¡Se roban los patos!!

Callampa y Donizetti corren, van, vuelan, husmean, proyectan hacia las tinieblas ojos, orejas y narices. Van, vienen, saltan, registran cual aviones de caza junto a una escuadrada de temibles bombarderos.

¡¡Se roban los patos!!

Nebulosa amada...

Ya no hay Dionisias, ni Felicias, ni Clarisas. Las tres reposan en la eternidad de los sémenes que por ellas no fueron derramados por ser ellas espumas de los cerebros dormidos.

Ya no hay larvas ni duendes que acometan. El tridente de Yumbel y la espada de Lonquimay los ahuyentan por los siglos de los siglos.

Ya no hay dragones de más de un siglo de edad.

Ya no hay posibilidad de amor. Llevamos armas. Es la guerra. Ya no hay amor.

Únicamente una nebulosa se tiende para poder amar.

¡Todo mi corazón está contigo, nebulosa! Pero debo arrastrar mi sexo impotente conmigo, en vez de enviártelo potente, porque es la guerra, porque vamos a matar.

Nebulosa: se roban los patos...

¡Adelante!

Y yo, hace pocas horas apenas, soñé con un pato, con el más ilustre de los patos.

—Nebulosa: tú que más que nadie sabes sobre las constelaciones y los astros astrológicos, dime: ¿estamos hoy, estoy yo bajo el signo de los patos? Recuerda que aquel, el más ilustre entre los ilustres, se salvó porque su cazador, un can, murió justo en el momento en que lo iba a matar; recuerda que este can murió por un tiro escapado por haber vibrado en el aire una llamado de amor —¡Clarisa!—. Fíjate bien: ahí hay toda una posesión amorosa enredada en sangre y misterio. El resultado fue la salvación de un pato. ¿Salvación...? Recuerda que yo mismo, su salvador fundamental, lo devoré. Es todo esto un arcano oscuro y temible. Pues ahora roban los ladrones de la noche. ¿Y qué roban? ¡Patos! Nebulosa: ¡no calles! Pablo: ¡habla! Virginia, dime: ¿estoy bajo el signo de los patos?

Avanzamos. Mas ahora con cautela pues ya estamos acercándonos al objetivo. Callampa huele. Donizetti gruñe.

Oímos, viniendo de las ya lejanas casas, el tiritar de la llavera, el rezongar de Taita Higuera, los suspiros de Isidra. Y, de pronto, oímos también un canto desafinado de un fonógrafo viejo:

*De dalias, de heliotropos, violeta y jazmín  
Un camino de aromos, de azucenas, claveles,  
Camelias y lirios yo te adornaré.*

¿Quién de ese modo osará cantar en noche tan espantosa? Caigo en meditación: quien canta no tiene arte ni parte en el sacrilegio pues es un disco el que su voz repite; pero, ¿quién osará tocar discos en semejantes momentos, cuando la vida de muchos hombres está en juego? Quiero preguntar, mas como se nos ha prohibido toda palabra, me callo y quedo en la duda. Hay un breve silencio; pero el fonógrafo tórnase implacable:

*De paso a paso pensamientos habrá  
Donde comprenda que tu pie pisará,*

Cuenta me doy de que esa música intempestiva pega sobre los nervios de los combatientes. Sólo el capitán Angol parece no oírla. Preocupado de lo que la oscuridad de en frente puede ocultarnos, llévase el pito-sirena a los labios. Sopla dulcemente, apenas; aquello suena como un moscardón, no más. Comprendemos: hombres y perros nos echamos al suelo. El tenor del fonógrafo, que de seguro ha visto nuestra maniobra, lanza ahora:

*Sobre un geranio yo te haré descansar  
Y en tu mano, mi bien, te pondré  
¡Un ramito de azahar!*

Y queda todo en silencio, en el más absoluto silencio. Pasan, sí, por sobre nuestras cabezas innumerables búhos, lechuzas y mochuelos; pero no dan ni un graznido. Muy lentamente, como viniendo de distancias lejanísimas, empiezan a llegar a mis oídos las respiraciones acompasadas de mis compañeros de arma y el latido de sus heroicos corazones. Pero nada más, nada más; puedo jurarlo: nada más.

No nos vemos los unos a los otros. Nos oímos apenas y nos presentimos al sentirnos envueltos en el mismo aire nebuloso de peligro. Valdepinos tiene orden estricta de no encender su linterna hasta que el capitán lo crea necesario. Luego oigo un finísimo cascabel. ¿Qué será? Un momento después me doy cuenta: es Teodoro Yumbel que tirta de miedo y, al tiritar, hace que las tres puntas de su tridente se choquen entre sí. Pero nada más; las respiraciones, los corazones y el tridente; nada más.

De pronto es el espanto:

Los cuatrocientos patos domésticos de Curihue han graznado a la vez.

Silba entonces el pito-sirena. Y en menos de un quinto de segundo estamos todos de pie y nos avalanzamos frenéticos.

¡Oh, sí! ¡Oh, mil veces sí! ¡Vamos a defender patos porque esos patos son nuestros!  
¡Vamos a matar hombres porque esos hombres no son nuestros!

¡Es el ataque!

El tenor, cogido por la acción guerrera, olvida pasar su aguja a la ranura siguiente pues es todo ojos hacia el sitio del combate. Había pensado descansar después de su romanza pero la mano sacrilega lo ha obligado a bisar. El olvidadizo tenor canta, pues, mientras observa nuestra feroz avalancha:

*de heliotrop...*

*de heliotrop...*

*de heliotrop...*

*de heliotrop...*

Pablo y Virginia, al ver el asalto, huyen a tan inconcebible velocidad que siempre están allí.

Empezamos a escalar las cercas que encierran a los patos, cuando, cubriendo el ruido de los cuatrocientos graznidos, se oyen unos pasos acompasados tras de nosotros.

El pito-sirena aúlla:

—¡Luz a retaguardia!

Enciende Valdepinos y cae la luz sobre un hombre que camina.

El hombre sigue su marcha arrastrando consigo, sin dejar ni una sola atrás, sus peculiares características personales: sombrero calañés gris claro con cinta negra; traje vestón azul marino con rayas blanquecinas; camisa blanca rayada de azul; cuello de pajarita; corbata violeta con pintas ocre; zapatos negros rebajados de cuero de potro; calcetines grises algo más oscuros que el sombrero.

—¡El hombre Martín Quilpué! —digo en alta voz.

El pito-sirena apaga la luz.

Oigo que Longotoma me susurra:

—Era uno de los ladrones. ¿Por qué no se nos ordenó balearlo?

Oigo que Lonquimay protesta:

—No era uno de los ladrones.

Longotoma:

—Sí.

Lonquimay:

—No.

Longotoma:

—¡Sí!

Lonquimay:

—¡No!

El pito-sirena:

—¡Silencio en las filas!

Lonquimay, en voz bajísima:

—¡Oh, ignorancia la del ciudadano Longotoma! Ese hombre no puede ser un ladrón porque al caerle la luz de la linterna, proyectó su cuerpo, hacia adelante, larga sombra. Los ladrones, por las noches de robo, no dan sombra como tampoco la dan los brujos al sol.

Pero todos enmudecemos a un mismo tiempo y, agazapados en las ramas de la cerca, interrumpimos la ascensión:

A lo lejos, con vagos resplandores anaranjados, ha empezado a tronar el cañón. Instantes después, sobre nuestras cabezas, silban los obuses. Búhos, lechuzas y mochuelos, aterrorizados, despejan el cielo.

Mas frente a nosotros, en las cercas del otro lado, no hay signo de lucha. El enemigo no abre aún su fuego de fusilería. Sin embargo nos estremecemos: a retaguardia prorrumpen espantosos cañonazos: son nuestras baterías que responden al bombardeo del adversario. El pito-sirena nos ordena seguir trepando. Trepamos.

Al frente, siempre nada. Los patos han callado y se ocultan en los vericuetos, bajo las cercas. Al menos si un ladrón hiciese fuego... ¡Al menos si me tendiera en el suelo, faz hacia la nebulosa, sangrando, inmóvil en la eternidad del ataúd, frenético en la eternidad de la eternidad de ellas —¡Afrodita! ¡Marmóreas esclavas!—, dulce eternidad que huiría constantemente tras de los velos vírgenes de Virginia!

Todo lo solucionaría una bala; todo una bala lo soluciona.

¡Fuego!

Yo he disparado.

Otro balazo sigue al mío: es Lorenzo: son las armas cortas. Visto lo cual, Longotoma descarga su matagatos. Y Rosendo su carabina. Y los tres hemos disparado hacia donde es probable que haya hombres. Porque es necesario, imprescindible que mueran hombres. No sabemos por qué. Pero ¡que mueran!

¡Noche de muerte! ¡Noche de sangre!

A lo lejos sigue el tronar del cañón enemigo; aquí al lado sigue el tronar del cañón amigo.

¡Fuego por segunda vez! Lorenzo y yo. Longotoma está reemplazando el tiro único de su matagatos. Rosendo dispara.

¡Noche de sangre! ¡Noche de muerte y exterminio!

El pito-sirena clama:

—¡No desperdiciéis de ese modo los tiros!

Y un tiro parte del lado opuesto. Pega en uno de los dientes del tridente de Yumbel, se desvía hacia el segundo diente, rebota en el tercero. Y el tridente entonces vibra:

¡Tin! ¡Tan! ¡Tun!

(Do) (Mi) (La)

¡Lindo acorde plateado que se tambalea por los ámbitos de la noche sangrienta!

Entonces nuestras huestes, desde lo alto de la cerca, saltan al interior del corral de los patos.

El pito-sirena aúlla:

—¡Luz!

Valdepinos enciende y, bajo la potente llama de su reflector, es la batalla, el cuerpo a cuerpo, la carnicería.

El pito-sirena ha dejado de lado a la sirena y es puro pito que agudo taladra los estrépitos de la lid;

Yumbel lanza tridentazos;

Rosendo descerraja su carabina;

Lorenzo carga y descarga su revólver;

Valdepinos es un Vulcano;

Yo quémome la mano con el calor de la pistola;  
Longotoma convierte su matagatos en matatigres;  
Lonquimay lanza, deslanza y lanza estocadas;

Y los patos, al apreciar nuestra bravura, abandonan sus vericuetos, graznan como demonios, pican, pican y pican; aletean y, a picotazos, agitan las alas y, a aletazos, entierran los picos.

Y ambos canes se engrifan y muerden, corren y saltan.

Las baterías, amigas y enemigas, redoblan su fulgor; son verdaderos incendios tonantes. Terremotea el tambor, trompetea el clarín, clarinea la trompeta. Mécese por los aires banderas y estandartes. Óyense bramidos de furia y de dolor. Es aquello el caos, la refriega, el fin del mundo.

¡¡Es la guerra!!

Porque los patos son nuestros;  
Porque somos nosotros de los patos;  
Porque los ladrones no son nuestros;  
Porque los patos no tienen ladrones;  
Porque los ladrones no son patos;  
Porque nosotros no somos ladrones;  
Porque los ladrones no son nosotros;  
Porque nadie es nosotros, ni nadie es pato ni ladrón;  
Porque todos somos nosotros;  
Porque todos somos ladrones;  
Porque todos somos patos;

¡¡Es la guerra!!

¡A las armas, ciudadanos! –grita el capitán;  
¡Formad vuestros batallones! –grita Baldomero;  
¡Agrupémonos todos! –grita Desiderio;  
¡En la lucha final! –grito yo;  
¡De tres siglos lavamos la afrenta! –grita Valdepinos;  
¡Combatiendo en el campo de honor! –grita Lorenzo;  
¡Coronados de gloria vivamos! –grita Rosendo;  
¡O con gloria sepamos morir! –grita Teodoro.

Y Callampa ladra y acomete y ladra;

Y Donizetti clava sus potentes colmillos y zamarrea sin piedad.

Mientras allá lejos, cogido por el vértigo de la riña, el tenor del fonógrafo canta a voz en cuello:

*Deutschland, Deutschland,  
Ueber alles  
Ueber alles in der Welt!*

De pronto, súbitamente, instantáneamente todo se aplaca y cesa. Todo se inmoviliza y calla. Ni un gesto, ni un ruido; ni un ademán, ni un murmullo.

Sólo brilla la luz de la linterna.

Nos miramos los unos a los otros.

–¿Y los patos? –es la pregunta general.

¡Aaah!

Los patos, hieráticos y mudos, miran.

Ni un ladrón en ninguna parte.

Cuatrocientos patos hieráticos, mudos, que miran, es el mayor reproche que un hombre puede encarar.

Bajamos la vista.

La bajamos, sí, pues allí nos hallábamos los ocho fieros guerreros, armados, tremendos; allí habíamos llegado con la intención de ametrallar a esos otros guerreros que, ellos, no habían llegado, ni han llegado, ni habrían ni habrán de llegar.

Allí nos hallábamos para ametrallar a esos otros hombres que, de haber llegado, llegado habrían para libertar a esas pobres y mansas aves de la prisión que las autoridades curihueñas les habían fabricado; llegado habrían para libertarlas –en esta vida– del encarcelamiento deparado por los hombres; llegado habrían para libertarlas –en la otra vida– de la lenta descomposición de los tejidos, devorándolas...

¡Vanas esperanzas de las miserables aves!

Pues los ladrones no vinieron a libertaros y porque nosotros os defenderemos a muerte para defender también vuestra prisión –en esta vida–; y para aseguraros la lenta y maloliente descomposición de vuestros tejidos –en la muerte–. Porque no os devoraremos, no. Devoraremos a vuestras pequeñas crías, a los patitos, vuestros hijos, cuando, salidos del huevo, empiecen a creer que es una suerte ser, sobre esta Tierra, un lindo pato.

En ese momento sonó el pito-sirena mas dejando completamente de lado al pito y siendo únicamente sirena. ¡Lúgubre y quejumbrosa sirena de la noche!

Entonces, apenas la sirena calló, el olvidadizo tenorino del oculto fonógrafo, nos cantó melodiosamente:

*¡Pato...!*

*Que peínás a la gomina*

*¡Patoooo...!*

Y con lágrimas en los ojos emprendimos marcha de regreso. Un pato salió, acto continuo, de entre los cuatrocientos y se puso entre nuestras filas. El capitán indicó a cada cual su lugar. Abrimos la puerta del corral y salimos.

Iba adelante el pato; seguía Callampa; seguía el capitán; seguíamos Baldomero, Lorenzo, yo, Desiderio, Yumbel y Paine; seguía Donizetti; cerraba la marcha Valdepinos que proyectaba su luz hacia atrás; venían bailando en ella millones de mariposas multicolores.

Regresábamos cansados, arrastrando los pies, las armas caídas, hambrientos, harapientos...

“Un, dos –un, dos– un, dos...”.

Triste calvario al revés.

El pato adelante; las mariposas detrás.

Arrastrábamos los pies, doblábamos las rodillas.

Para darnos coraje empezamos todos a modular –cantar no podíamos–, desde el pato hasta la última mariposa, incluyendo a Callampa y Donizetti, empezamos a tararear mientras golpeábamos con los pies la tierra de esta Tierra:

*Its a long way to Tipperary*

*Its a long way to go...*

Marchábamos. Regresábamos.

A los tres días de marcha, el capitán ordenó un descanso. Nos sentamos afirmados en los troncos de las frondosas encinas; nos tendimos en el suelo. Apagamos la sed bebiendo la limonada de nuestras cantimploras; saciamos el hambre comiendo las conservas de nuestras mochilas; y generosamente compartimos nuestro alimento con las bestias y con el ave. Luego el capitán habló:

—Que no hayamos encontrado ningún ladrón, nada tiene de extraño; no los hemos encontrado porque los ladrones se han robado a sí mismos. Pero lo que es extraño es que, ni a la ida ni a la vuelta, no hayamos visto ni rastros del chino. Esto es más que extraño; es inquietante.

—¿Qué chino? —preguntamos a una voz.

Contestó el capitán:

—El chino Fa.

—¿Y es él...?

Contestó el capitán:

—Ya lo sabrán.

Aprobamos todos:

—Muy bien.

Prosiguió el capitán:

—Soldados: En mis vertiginosos vuelos, en tiempos en que era yo aviador, aprendí no pocas cosas. Una de ellas —y se las contaré pues es del caso— es que las nebulosas huyen de nuestro sistema solar con velocidades inauditas, alejándose las unas de las otras a la vez, es decir, expandiéndose por los ámbitos del firmamento. Un avión entre ellas, aunque sea el mío, carece de toda importancia.

“El caso es que el Cosmos se expande y lo que hay de curioso es que su modo de expandirse es igual al de un gas cualquiera. Un gas tarda un segundo en hacerlo. Por lo tanto todo esto, ¡todo!, todo cuanto vemos y desde el comienzo primero hasta la consumación de las consumaciones, todo cuanto no podemos ya concebir, es un segundo. Nada más que un segundo que se expande en la eternidad. Es la dilatación del segundo.

Baldomero pidió la palabra. Se la fue dada. Dijo:

—Señor capitán, con todo el respeto que os debo, me veo en la obligación de hacer a vuestras palabras un pequeño alcance y es el que, en materia de segundos, yo soy una autoridad; a tal punto es así que, entre los verdaderos enterados en misteriosos segundos, se ha denominado al mío: “el Segundo de Baldomero Lonquimay”.

El capitán se dirigió a mí:

—Soldado Borneo: usted que es el biógrafo de cuanto sucede, ¿qué me dice sobre el particular?

—Que es verdad, mi capitán —respondí—. El cabo Lonquimay es un sabio en materia de segundos y se ha especializado en los de detención en las noches de año nuevo.

—No es de esos de los que yo voy a hablar —explicó el capitán; luego me preguntó: —Soldado Borneo, ¿han sido anotados en su obra los segundos del cabo Lonquimay?

—Sí, mi capitán, al comenzar el Primer Volumen, y luego se hace, a menudo, referencia a ellos.

—Y ahora, ¿qué volumen es?

—El Cuarto, mi capitán.

—Está bien. Soldado Borneo, puede volver a las filas. —Luego al cabo: —¿Tiene usted alguna queja?

—Después de las explicaciones dadas, ninguna, mi capitán.

Nuestro jefe dijo entonces:

—Soldados: hagamos que un gas se dilate.

Lo hicimos. Fue un segundo. Supimos que durante tal segundo hubo un cosmos; en el cosmos, universos; en los universos, historias; en las historias, dolor.

Pasó el segundo.

¡Cuánta felicidad para ellos! ¡Ya para ellos cesó el segundo y reposan!

En cambio nosotros... ¡horror en el aburrimiento de nuestro segundo espantosamente dilatado!

Así lo expresó Lorenzo. El capitán entonces dijo:

—Es verdad. Mientras mayor es un gas-segundo, mayor es el hastío y el padecimiento. Mas nada hay sin consuelo. Puedo asegurarlo porque esto me fue revelado por Florencio Naltagua cierta vez que, volando yo por las cercanías de Urano, me encontré con él que iba por el éter de paseo. Repetiré sus palabras:

—Nada hay sin consuelo: tarde o temprano los gases todos pondrán fin a sus expansiones. Capitán: compadézcase usted de Dios. Sólo a Él el consuelo le es negado. Pues Él es Aquello que es sin tiempo, y fuerza le será seguir siempre en Su segundo interminable.

—Así me habló Naltagua. Por eso yo ahora ordeno al Regimiento:

—¡De hinojos! ¡Y órese por los tedios infinitos y por los pesares eternos del Dios Todo Santo y Poderoso!

Caímos de hinojos y oramos contritos hasta que llegó la noche.

Y el pato falleció.

Reanudamos la marcha de regreso.

La noche se desplomó sobre nosotros.

Cuando ya no hubo ni una sola luz —pues el resplandor de las estrellas fue cubierto por nubes— oímos pasos que avanzaban hacia nosotros. Nos detuvimos, preparamos nuestras armas y Valdepinos iluminó.

Un hombre había de pie ante nosotros. Era un chino.

—¡Salud, chino Fa! —exclamó nuestro jefe.

—Salud, capitán —respondió el saludado.

—¿De dónde vienes?

—De mi plopio sel que se plolonga.

—¿Quién eres?

—Mi plopia voluntad.

—¿Y adónde vas?

—A tus órdenes, mi capitán.

—Chino Fa: durante nuestra permanencia en Curihue, esperamos grandes cosas de ti.

—A tus órdenes, mi capitán.

—Tú, chino Fa, eres, ciento por ciento, el hombre de la noche. Puedes reposar de día. Mas ya cuando las sombras lleguen, confraterniza con nosotros.

—A tus órdenes, mi capitán.

—Hoy es martes 5. ¿Serías tú tan lleno de bondad como para prodigarnos tus dones mañana 6, por la noche?

-Capitán, mila tu leloj.

-Sí, sí; son las 10 y 44. Contesta a mi pregunta: ¿podemos, mañana por la noche, contar contigo?

-Capitán, mila tu leloj.

-Lo estoy mirando, ¡santísimo demonio! ¡Contesta a mi pregunta!

-Capitán, mila tu leloj.

-¡Calbuco! ¡Vaya un porfiado! Mi reloj marca ahora las 10 y 45; ello está bien. Pero..., ¡osorno!, no las marca en el día de hoy sino en el día 8. Está a la vista que se ha adelantado, en fecha, tres días. ¿Cómo es posible? Y es un reloj "Acron", *made in Switzerland*; un muy finísimo "Acron".

Una voz murmuró:

-Acron; A-c-r-o-n; N-o-r-c-a; Norca... ¡Oh, Norca, amada mía! ¿Cuándo, cuándo volverás a mis brazos?

No pude saber quién de ese modo gemía. Pero supe, con la evidencia de un hecho, que una Norca, tarde o temprano, tendría que venir y mezclarse en mis biografías.

-Capitán -dijo entonces Fa-, atlásalo, pues, atlásalo.

El capitán trató de hacerlo mas luego confesó:

-No puedo. Los punteros de la fecha no obedecen.

Explicó Fa:

-Polque habel caminado tanto de legleso. Habel caminado más que de ida. Todos ahola dal tles pasos atlás.

Un-dos-tres. Los dimos. Dijo Fa.

-Capitán, mila, pues, tu leloj.

El capitán miró y confirmó:

-¡Admirable! Los punteros de la hora marcan las 10 y 48; los de la fecha, 5 de marzo de 1927. ¡Admirable!

El chino entonces se tendió en el césped, bajo un olmo, y Donizetti se lo comió.

Un grito de espanto salió de nuestros pechos, salvo del pecho de Lorenzo. Avanzó Lorenzo y, dirigiéndose al jefe, dijo:

-Capitán, pido la palabra y la acción.

-Aceptado -respondió el jefe.

Lorenzo habló de este modo:

-Compañeros de armas: Tal vez vosotros creáis que he pasado yo largos, larguísimos días enclaustrado, en mi Bóveda de La Cantera, perdiendo el tiempo lamentablemente. No ha sido así y espero probarlo ahora mismo, frente a vuestros ojos. Algo, algo he aprendido sobre ciencias ocultas y ocultas artes. Ya soy un aprendiz de las venerables transmuciones. Compañeros de armas: paso a transmutar. No os lamentéis por la desaparición de nuestro buen chino Fa en los internos órganos digestivos de Donizetti. El chino Fa volverá a nosotros. Paso a la acción.

Ydiciendo lo anterior, colocó Lorenzo su diestra sobre la negra cabezota del perrazo. Lentamente, por encima del cuello, de la cruz y del lomo, empezó a correrla. Oí que Teodoro decía, casi con angustia:

-¡Ojalá esto resulte! ¡No quiero anotar un nombre más en mi libro de defunciones!

Llegó la diestra de Lorenzo hasta el nacimiento de la cola del goloso Donizetti. Luego la volvió a la cabeza, rehizo el pase una segunda vez y, por fin, una tercera.

¡Nada!

Nos aprontábamos a lanzar una bronca al taumaturgo, cuando, desde lo alto del olmo, una risilla nos llamó. Dirigió Valdepinos la linterna hacia arriba: allá estaba el chino Fa.

Bajó lentamente. Al llegar a tierra apretó con ambas manos las manos de Lorenzo.

—Glacias —le dijo—. Tú habelme salvado vida. Ahí adentlo, paseo poco agladable. Ahola, sí, contal conmigo. Todo, todo lo que quielan.

Vitoreamos a Lorenzo; vitoreamos a Fa. Y, una vez más, el capitán ordenó la marcha mientras el chino se alejaba en sentido opuesto.

Luces titilantes, allá. Se acercan: ¡luces eléctricas!

¡Casas de Curihue!

En el corredor Isidra Curepto, la llavera y Taita Higuera duermen profundamente. Los despertamos. ¡Saludos y bienvenidas! Miramos nuestros relojes: son las 11 en punto.

—¿Ya de regreso? —pregunta Isidra—. ¿Tan pronto?

—Sí —respondemos.

—¿Y esos ladrones?

—Escaparon sin un pato.

—Me pareció oír un tiro.

—Tal vez. En todo caso estamos cansadísimos.

—Nosotros también. La prueba es que nos habíamos dormido.

—¿Acostarse, entonces?

—¡Hurra! ¡Hurra!

Y cada cual, más dormido que despierto, se dirigió a su dormitorio. Antes de dormir tuve la idea de mirar por mi ventana...

¡Ah, ah, ah!

La bella Isidra, con la suya abierta de par en par, tenía de pie bajo el dintel y, gracias a la luz de su habitación, se veía recortada cual un figurín. Fumaba coquetamente y... con razón: abajo, el pícaro de Desiderio Longotoma, sentado en un sillón, la contemplaba tocando una mandolina y, guiñándole un ojito, le cantaba:

*Yo soy pato, pato, pato,  
Yo soy pato, pato, pato,  
Patito de la laguna;  
A ver si haciéndome el pato  
A ver si haciéndome el pato  
¡Me acomodo con alguna...!*

Volví precipitadamente a mi cama, apagué la luz, cerré los ojos y dormí sin tener ningún sueño.

### *Día Tres* (6-III-27)

El día Tres, como de costumbre, empezó con un amanecer. Luego, al amanecer, siguió un desayuno. Luego la mañana relampagueó de pájaros, de luces, de ramas y de flores.

Luego, sobre el total, cayó una gota de arte que, al chocar en la tierra, salpicó muy principalmente a Teodoro Yumbel y al cínico de Valdepinos, sin que por eso dejara de alcanzarme a mí y a algunos de los demás huéspedes con cristalinas gotitas de su peculiar rocío.

Temprano salí a vagar por el bosque haciendo, de cuando en cuando, rápidas incursiones al parque, al huerto y al jardín. Si en vez de hacer esto caminando que camina lo hubiese hecho volando, cualquier observador habría dicho que yo revoloteaba por esos parajes cual un insecto –pongamos un moscardón– alrededor de un árbol en flor. Lo curioso del caso es que, para aumentar la semejanza al insecto, Yumbel por un lado, y Valdepinos por otro, hacían como yo. Revoloteábamos los tres porque los insectos, salvo rarísimas excepciones, nunca revolotean solos: giran, se cruzan, suben y bajan, se acercan, se alejan como planetas desorbitados que de pronto hubiesen perdido su sol y no se consolaran con tan triste pérdida.

Bien, yo era un moscardón porque giraba por bosque, parque, jardín y huerto zumbando sin provecho ni para mí ni para nadie; Yumbel era un mariposuelo porque, al revolotear, se confundía con las flores y florecillas pareciendo que una de ellas se hubiese lanzado por los aires y, cuando se detenía a respirar un aroma, parecía una mariposa cogida por un pedúnculo; Valdepinos era un abejorro que atronaba con su zumbido mudo porque de cada expresión vegetal chupaba jugo, polen y néctar para su uso y diversión personales.

Girábamos, zumbábamos, nos divisábamos, nos cruzábamos, nos alejábamos, nos acercábamos; y el reloj del hall de las casas seguía y seguía moviendo sus punteros... No; esto no podía continuar así; ya era algo inmoral. Sobre un banco de piedra, banco en forma de semicírculo, llegamos al fin a juntarnos. Era un banco que debió haber sido estatua de tallada y martillada piedra pues, a pesar de haber quedado banco y nada más, emanaba fluidos artísticos que penetraban a quienes sobre él buscaban reposo.

Yo fui el primero en sentarme. Lo hice al centro del semicírculo. Los dos brazos de éste, al abrirse, dejaban, en su extremo, una abertura de 5 metros.

Un momento después llegaba Teodoro Yumbel y, con aire distraído, se sentaba a mi derecha, equidistante de mi persona y del extremo derecho del banco. Traía en la mano una larguísima caña de bambú, o algo parecido, en forma de oboe. No dijo nada. Casi en seguida, Valdepinos ocupaba el sitio correspondiente al de Yumbel, en el brazo izquierdo del escaño. El muy cínico también traía un oboe de caña semejante al otro. Nos saludamos mas no nos dijimos nada. Y, en silencio, pasaron tres minutos.

Valdepinos entonces colocó frente a sus labios el extremo agudo de su instrumento; luego, haciéndolo girar, colocó el extremo ancho en mi oreja izquierda. Oí claramente que me decía a través del caño:

–¡Hermosa mañana! ¿No le parece a usted, distinguido amigo?

Y alejó su instrumento. Acto continuo sentí la boca del otro instrumento en mi oreja derecha y oí a Yumbel que me decía:

–Supongo que Valdepinos te ha dado los buenos días; haré otro tanto: ¡Buenos días, Onofre!

Y también retiró su sutil oboe.

Mi deducción fue rápida:

Ambos amigos querían hablar conmigo mas no querían oírse entre sí; pero como a mí no me habían obsequiado con un oboe de caña, ambos amigos querían saber lo que yo opinara sobre lo que cada cual me diría. Luego: sus voces eran privadas; la mía, popular.

Por lo tanto cada uno de ellos tenía que adivinar, o por lo menos suponer, lo que el otro había expresado, gracias a mis palabras. De este modo la discusión iría a suavizarse notablemente, lo cual es meritorio para toda discusión. Creaban así un "intermediario" muy útil, y esta creación era digna de aplausos ya que en casi todas las relaciones humanas los intermediarios están de más. Y este intermediario no podía atizar fuego alguno pues no debía repetir lo escuchado —con frases, por ejemplo, como: "Usted dice que..."; "Por lo que oigo pienso que tú crees..."; etc.— sino únicamente responder sin repetición ninguna de lo preguntado o formulado por su interlocutor. Era, pues, la creación de un "Intermediario-Interpretable". ¡Magnífica creación! Lástima es que, hasta hoy, no haya yo sabido si ella fue hija de Valdepinos o de Yumbel, o fue arrebatada por uno de ellos, o por ambos, a un tercero.

Pero ¡un momento! ¿Cómo supe yo que iba a tratarse de una discusión? ¿Y cómo supe que el centro de ella —es decir, yo— debería ser interpretado y debería negarse a dar toda explicación?

Pues bien yo sabía, yo supe instantáneamente todo eso; para algo estábamos en Curihue. Si en Curihue no sucedieran hechos inusitados, si en él no hubieran fluidos que ayudaran a vivir... entonces nos habríamos quedado todos en nuestras respectivas residencias; y puesto que no estábamos en éstas sino en éste, lo fluidico-inusitado explica sobradamente lo que acabo de mencionar. Y sigamos.

Sin embargo no supe sobre qué versaría la discusión; tan sólo calculé que iría a ser ardua y tenaz pues Valdepinos y Yumbel... En fin, sigamos.

Pensaba yo en tal sentido cuando el oboe de aquel llegó a mi oído por segunda vez y dijo:

—El arte es lo más sublime que posee la humanidad; los artistas —por lo general, enténdame usted—, lo más tonto de la humanidad. ¡Gracioso despropósito! ¿No es cierto?

Y el oboe valdepinesco se alejó mientras a mi otro lado llegaba el oboe yumbesco y decía:

—¡Yo quisiera ser artista, nada más que artista! Hay momentos en que creo que sólo los artistas son dignos de vivir en este mundo.

Entonces yo me reí y exclamé:

—¡Calbuco! ¡Artes y artistas a la vista!

Y estalló la sin par discusión.

(Dos, una palabra antes de transmitirla: para facilidad mía escribiré OV cada vez que hable el oboe de Valdepinos; y OT cada vez que lo haga el de Teodoro; y cada vez que hable yo, Onofre Borneo, escribiré OB. Cuanto a los otros que van a tomar parte en la refriega, ya se verá. Por ahora es todo como paréntesis. Entonces sigamos).

OV—Seguramente, buen amigo, ha sido de alto interés lo que su vecino de la derecha acaba de revelar por su caño. Sin embargo a mí me causan ciertas dudas los jóvenes literatos que aspiran el aroma de las flores. Por cierto que esto no es definitivo. Puede el joven tener mucho talento, muchísimo. Aromas de flores... Yo los encuentro exquisitos... para los insectos. Mas para nosotros hombres, ¿qué piensa usted? Me refiero a verdaderos hombres, no a los de aquí de Chile que, en su mayor parte, tienen algo de zoológico, ¿no es cierto?

· OT (Antes de que yo alcanzara a comentar lo anterior).

—¡Ser artista, sí! ¿Voy yo acaso a ser un don Juan? ¡No más, nunca más! En cambio penetrar en la naturaleza, compenetrarse con ella... Cada día, ¡qué!, cada hora un hallazgo, una sorpresa, un descubrimiento... Y comunicarlo todo al mundo todo... Yo hasta ahora he mirado sólo lo más íntimo y cercano, los pobladores —de cualquier reino que sea— de los jardines, de mis próximos alrededores. No más. Quisiera, aunque fuese contrariando mi naturaleza, ir más lejos, descubrir también a los hombres de la naturaleza, ¿me entiendes? Después, ya conocidos éstos, ir a los hombres de las ciudades, los hombres de asfalto y bocinas. Debo vencer el temor que los hombres, aunque sean hechos de tierra, yerbas y zumbidos, me producen. Debo vencerlo para encaminarme hacia el artista integral. ¿Es posible no verlos, no ver a nuestros semejantes, sean de cemento o de troncos, cuando parece que gritaran para atraer nuestra atención? Esos porotales y papales, por ejemplo, nos inclinamos a juzgarlos como fenómenos espontáneos de la naturaleza y no queremos ver que son vivires de humanos. Pienso: sus atavíos con los chamantos y espuelas; sus alegrías y furias con las topeaduras, rodeos, borracheras, peleas, corvos y ¡qué sé yo! En verdad, ¡qué sé yo! Hay que vencer el temor y avanzar hacia todo ese mundo.

OB (Comprendiendo súbitamente mi deber).

—¡Vuelen mis palabras por los aires acústicos! Don Juan en desuso... Aromas para insectos... Hallazgos... Flores... Talento... Hombres de la naturaleza... Chilenos... Bocinas y troncos y asfaltos y yerbas... Porotales y chamantos... Zoología... Arte y siempre arte...

(Ambos contrincantes miranme recelosos; y recelosos miran al aire donde cabriolean mis palabras; vacilan; es poca práctica aún en esta clase de torneos; pienso que la idea de los oboes ha sido robada a un tercero.)

OT (Como en un murmullo y manteniendo los ojos en el aire de mariposas).

—Sí, yo amo el arte... Mas cuando creo que se esconde en la naturaleza y hacia ella voy, me doy cuenta de que está escondido en los humanos y vuelvo atrás; cuando llego a los humanos me doy cuenta de que no está en ellos sino que oculto está en ella. Y vuelvo atrás.

(Pero ahora veo que ambos contrincantes, dejando de lado sus recelos, se afanan. Veo, por ejemplo, que Yumbel hace suyas las mariposas revoloteantes más que aletean: "Don Juan... Hallazgos... Bocinas y troncos... Porotales y chamantos... Arte..."; y que Valdepinos, por su parte, procede de igual modo anotándose para sí las mariposas de: "Aromas para insectos... Talento... Chilenos... Zoología... Arte...". Luego cada cual elimina las suyas, se apodera de las contrarias y, cabalgándolas montado entre las alas multicolores, trata de averiguar el pensamiento del contendor y penetrar en él para después rebatirlo. Estamos, pues —me digo yo—, bajo el signo de la mariposa; en efecto se ve volar, frente a nosotros, una grande, amarilla y lenta; desaparece. Han pasado, desde que Yumbel dejó de hablar hasta este momento, apenas 3 segundos  $\frac{1}{5}$ ).

OV (Como ya se supondrá, es el primero en atacar; se afirma, aunque sin total confianza, en las mariposas yumbelinas; su oboe toca mi pabellón orejal izquierdo).

—Señor Borneo, retengó principalmente: "Don Juan", por un lado; "porotales y chamantos", por otro. Claro está que todo ello —y aun lo que pueda retener después— bajo la

égida de las Artes. Retengo y aplico: Amigo Borneo: O se respira el perfume de las flores, derramando "una furtiva lágrima", o se respira el perfume de las mujeres hermosas, derramando lo que usted quiera, mi querido Onofre. ¿No es cierto? O lo uno o lo otro. Las dos respiraciones no pueden yuxtaponerse.

"Un joven imberbe y paliducho que debiera llorar de noche y para arriba, ¿no es cierto?, de modo que esas sus lágrimas cayeran, subiendo, sobre el plateado disco de la Luna; un joven paliducho e imberbe ataviado a la usanza de los huasos, llevando una tonelada de metal en los talones, talones sonoros como esquilonos y campanas... ¿Esquilonos y campanas para nuestro joven? Sí, pero... ¿dónde? ¡En un campanario, amigo, y él adentro con cogulla cual un trapense! Equilibrio... Armonía... El joven Yumbel, junto con perder los colores, ha perdido ante sí mismo su propia dimensión. ¿Para qué habla de chamantos y porotales? Pues no lo niegue usted, señor Borneo, no lo niegue... Cuando considero el papel que usted juega aquí entre nosotros, me inclino a llamar a nuestro juez y vocero: "señor". Vuelvo a los porotales y chamantos y les adiciono –cuidadosamente, créamelo– aquello de "bocinas y troncos"; ¿estamos? Aquí hay una *actitud* humana frente a esos elementos. ¿Actitud positiva o negativa? Veamos: ¿actitud de atracción o de repulsión? ¿Cómo voy a saberlo yo? Muy fácilmente: al total de: "Porotales y chamantos + Bocinas y troncos" –total que podemos denominar "Naturaleza NO vista por un Temperamento"– le confronto, le choco, le estrello algo más que usted dijo: "Don Juan", y algo más que a usted se le escapó por falta de pericia: "... en desuso". Usted me ha dado elementos que su calidad no se lo permitía. Pues veamos:

"Don Juan, en nuestro amigo y contrincante, está en desuso. "Desuso" ¡es mi clave!; gracias por el obsequio. Don Juan, ¿quién es? Es –dentro de un tema inamovible, se entiende–, es lo que usted quiera: desde enamorado fogoso hasta libertino y aun pederasta encubierto. Siendo, pues, personaje tan amplio que llega hasta la vaguedad misma, ¿qué podemos hacer? Ir directamente al tema inamovible, ¿no le parece? Es este tema: ¡Amor! Sí, señor Borneo, es amor, exageración de amor, fiebre de amor. Pero, ¿amor en qué sentido? El amor es también tan amplio que llega a lo vago. ¿En qué sentido? En ese sentido, sí; en ése que usted piensa en este preciso momento, en ése y en ningún otro; columpie usted ese sentido desde la más bella doncella hasta el más insignificante fetiche, no me importa; ¡es ése! ¿No es cierto? Ése, sí, de acuerdo pero, ya lo dije, exagerado, con ¡fiebre! Retengamos la palabra: "fiebre". Teodoro Yumbel está afiebrado, es afiebrado. Pongámosle el termómetro. ¿Ve usted? 39 grados y 9 décimas. ¡Vea! El contacto del termómetro ha hecho subir la fiebre: 40 grados y 3 décimas. ¡Caso grave! Quitémoslo; el joven puede carbonizarse. ¿Ve usted ahora un nuevo y extraño fenómeno? Mire: el mercurio, aquí dentro del sensible aparatito, se ha puesto rojo, ¡es sangre! ¡Sangre yumbelense! Y mire al literato en potencia: emblanquece. ¡Sus venas llevan mercurio! Extraño fenómeno... ¿Permite usted que lo interprete? Allá voy y no se inquiete, amigo, que luego retiraré mi oboe, prestaré atención a lo que usted manifieste y dejaré que el otro oboe "chopinee" junto a su distinguido pabellón derecho de usted. Alla voy:

"a) Existe fiebre, nuestro paciente está a punto de hervir; lo sabemos científicamente: 40°3. Fiebre, calor, ¡fuego! Y... –¡cuán lamentable cosa!– ... usted lo ha dicho: Don Juan está en desuso, ni más ni menos, en desuso. Luego el fuego no puede consumir mujeres; luego la fiebre no puede bajar amando;

"b) Ha habido un cambio, una transmutación de sangre a mercurio, de mercurio a sangre; esto en palabras claras y precisas se llama "expandirse"; esto es *necesidad* de expan-

dirse; ¿y adónde y por dónde hacerlo dado el punto a), dado que ninguna mujer puede venir a colaborar?;

"c) Sólo queda una respuesta si bien consideramos la peculiar idiosincrasia del paciente: la Naturaleza. Flores, pétalos, arreboses, pajarillos, arroyuelos, cencerrillos y cogullas... Porque esto es el paciente; mejor dicho, esto sería si hubiese conservado la armonía y su justa proporción; mas no lo ha hecho puesto que...;

"d) Han resonado, como las mariposas resuenan, las palabras de usted que decían: "porotales, chamantos"; ¿qué ha sucedido?; demasiada transmutación; la muerte de don Juan ha obrado cual dinamita; el paciente ha sentido un afán desmesurado de transmutarse y expandirse; amigo, la ruina, el absurdo.

"En fin y como sea, tenemos a) b) c) y d). Magnífico. Recapitulemos, si usted lo admite. Alla voy:

"Alguien me contó una vez –en París, por supuesto, pues es algo muy justo, muy a punto, muy lo que debe ser; no aquí en Chile –que un majadero obligó a Cézanne, cuando el maestro se encontraba en paz trabajando en Aix, a visitar los Pirineos; este majadero era oriundo de ellos. Los Pirineos..., comienzo de lo descomunal, ¿no es cierto? No voy a citar el nombre de mi "alguien" por si la anécdota es falsa aunque, señor Borneo, escúcheme usted bien, ¡no puede ser falsa! Depende la cosa del plano. Todos tenemos muchos planos; y si todos los tenemos, con mayor razón hubo de tenerlos Cézanne. Pudo la anécdota no haber ocurrido; pero ¿ser falsa? Imposible. En todo caso, y después que la oiga, usted juzgará; yo la creo histórica; si no lo es, tuvo que existir el momento, junto al maestro de Aix, en que lo iba a ser. ¿Estamos?

"Bien; el majadero –oriundo pirenaico, no lo olvide usted– se mofaba de los dulces campos que rodeaban al artista. ¡Había que ver lo otro! Cézanne partió. Regresó muchos antes de lo previsto. Al ser interrogado sobre las causas de su vuelta anticipada, respondió: "Una montaña es magnífica; pero una pequeña colina basta para las necesidades cotidianas".

"¿Qué tal? Ese maestro –y por eso se le llama maestro– sabía limitarse; sabía armonía y proporción; si quería de pronto conectarse con el Infinito, miraba una manzana y de la manzana hacía un volcán. El otro, el majadero pirinense, quería también conectarse con el Infinito; entonces miraba precipicios y picachos, lo tremendo superdantesco, lo fiero hiperapocalíptico, y de todo ello hacía una manzana, una manzana que luego un pajarito picoteaba y un gusano devoraba.

"Señor Borneo, a mí, no sé por qué, me inspira más confianza Cézanne que Yumbel. ¿A usted no?

"Dicen que es muy inteligente; me refiero a Teodoro. Lo conocí en París. Ahora recuerdo: algo le faltaba de la inmensidad de los campos chilenos; al menos así decía. Yo creo que todos los campos son del mismo porte; puesto que nuestro propio tamaño no cambia... Lo que le faltaba al bueno de Yumbel, lo que le faltaba –sigo creyendo, no estoy afirmando, y creyendo en el sentido de "creer que", no de "creer en"– era inmensidad, dilatación, deshacerse en inmenso ya que no hallaba cómo deshacerse en mujer, pues eso de Jacqueline... ¡ridiculeces! Lo inmenso puede sí estar bien como bien puede estar lo diminuto. Pero de ahí a ponerlo como piedra de toque... Ahora recuerdo: fue en el Louvre; en París, se entiende; no aquí en Chile. Pero antes déjeme preguntarle, amigo, si es usted un admirador sincero de Daudet... No, no me hace falta su respuesta. Sé que tiene usted que serlo. Recordará, entonces, a Tartarín de Tarascón, en ademán esplendoroso y fusil

en mano, exclamando frente al león enjaulado y ante un auditorio sobrecogido: "*Ça oui, cest une chasse!!*". Amigo, yo he visto esa escena con mis propios ojos. Como le he dicho, fue en el Louvre. Entro en el *Salón Carre*: al medio de él, solo, erguido, alta la frente, revuelta la cabellera, las manos atrás, un pie heroicamente avanzado, mudo, Teodoro Yumbel contempla frente a frente, mano a mano, las formidables *Bodas de Canaán* del Veronese. ¡Espectáculo grandioso! Me acerco amedrentado. Saludo. Largo silencio. Por fin el hombre se vuelve a mí y, lanzando su diestra hacia la tela, me declara: *Ça oui, cest de la peinture!!*

"Tartarín Yumbel... Teodoro de Tarascón... Como usted quiera, señor Borneo, como usted quiera.

(Y el oboe del muy cínico se aleja de mí describiendo gracioso círculo).

OB (Antes de que el oboe del otro venga a hablarme).

—¡Harto estoy de dar claves o comentarios! ¿Desde cuándo tal juego para mí? No es que desee retirarme, mis buenos amigos; muy por el contrario, deseo, a mi vez y con soltura, expresar mis opiniones, mejor dicho, ciertas opiniones que veo se están formando en mi testa. Ellas son sobre arte. ¡Allá ustedes! No citaré a nadie, ni al oboísta de mi derecha ni al oboísta de mi izquierda. ¡Allá ustedes si logran distinguir lo propio, lo del contrincante y lo mío!

"Caballeros: Yo nunca —¡oh, perdón; miento!—, yo en este momento —antes tales temas no habían acudido a mi mente— veo un sinónimo, o un primo hermano de un sinónimo, entre dos palabras que me arrojan las mariposas bajo cuyo signo estamos...

(Esto lo dije por respeto a mi rol aunque quería arrancármelo de encima).

"Estas palabras son: *mesura* y *calabozo*. ¡Gracias mariposuelas! Vuestro vuelo y vuestros colores son expresiones finísimas de *mesura*; vuestra vida de crisálidas es clara expresión de *calabozo*. Vosotras mariposas sois la síntesis de ambas cosas; ¡el casi sinónimo! ¡Bravo!

"¡Oh, sí! Quien *mesura* se *encalaboz*a; quien cae en *calabozo* ya no tiene que ocuparse en buscar *mesura*. Y esto es verdad: cuantos se hallan *encalabozados* sólo piensan en *desencalabozarse*, en evadirse, en dilatarse por calles, por carreteras, por ferrovías, por lo que sea con tal que ello sea largo, interminable y hacia todos los lados a la vez, como los rayos del Sol. ¡Estallar! ¿Por qué estallar no ha de ser un ideal? ¿Qué es el arte sino un estallido? ¿Qué es, qué puede ser sino un perpetuo *descalabozamiento*?

"*Mesura*... —Para qué buscarla, para qué amarrarse con ella desde el momento que nos es propia, inevitable, forzosa; desde el momento que es condición humana inalterable? *Mesurar* es limitar. ¿Podemos, acaso, carecer de límites? No podemos diluirnos ni solidificarnos ni liquidarnos ni gasificarnos ni eterificarnos ni ionizarnos ¡ni nada! Y todos los anhelos altos consisten en romper límites, en soñar en ionizaciones estupendas; soñar en ellas... mientras los *mesurados* se aburren en sus *calabozos*.

"Me pregunto: ¿Podrá haber un artista —sí, digo artista porque sé que tremendos barrigones apopléticos los hay—, artistas que deseen maniatarse y cerrar ventanas? ¿Los habrá que a la audaz exploración prefieran la diminuta orfebrería enclaustrada?

"¡Eh! ¡Mariposas! ¿Los hay?

LAS MARIPOSAS —¡Sí!

OB —¿Ejemplo...?

LM —Benvenuto Cellini.

(Esto, lo confesaré, yo no lo había previsto. Empecé a pensar que cuando hay pruebas contrarias a una afirmación de uno, es porque la afirmación no se ha hecho con la debida fuerza, con la debida autoridad. Mas no seguí adelante porque el oboe de Valdepinos llegó a mí y me echó hacia adentro por la trompa de Eustaquio, una formidable, una incontenible carcajada. Al mismo instante sentí que el oboe de Teodoro llegaba a su vez y, por igual vía mas del otro lado, me vaciaba toda una lágrima de descompuesto silencio).

—¿Eeeh...? ¿Habéis dicho Cellini? ¿Benvenuto? ¡Ah, sí! Recuerdo aunque vagamente aún. Yo no había nacido mientras ese hombre hacía orfebrería, hacía escultura, hacia... ¿qué más? Ahora recuerdo: hacía vida. Vida con espadas, altercados, mujeres, fugas, prisiones; cuando la hacía rompiendo y fulminando calabozos; y ya éstos fulminados, la hacía recluyéndose en algún taller para ir al infinitamente pequeño de la orfebrería. Sí, sí, recuerdo: el más infinitamente pequeño posible antes de la invención y perfeccionamiento de los ultra-microscopios; que si ellos llegan a este mundo un siglo antes de Benvenuto, Benvenuto habría hecho una medalla con un electrón, un anillo con un protón, un prendedor con un neutrón. Y todas sus obras de orfebre —millones, cientos de millones de piezas— estarían hoy expuestas, para admiración del género humano, ¡todas ellas!, en la punta de un alfiler. Pero no había sonado todavía la hora de los hiper-microscopios. ¿Qué de raro hay en ello? ¿Qué pueda hacerlo si aún para nosotros no ha sonado tal hora culminante? ¿Qué criticarle a Cellini cuando aún hoy día vemos esos materiales para futuras orfebrerías con los cálculos de nuestros cerebros y no todavía con los ojos?

“¡Ea! ¡Mariposuelas! Me está pareciendo que el hombre de vuestra cita rompía también calabozos de arte, no haciendo saltar sus muros y rejas con explosivos pero sí agujereando con los misteriosos instrumentos de lo infinitamente pequeño que no se ve...”

“¡Ea! ¡Mariposuelas! Vosotras que sois pequeñitas, id a examinar todas las puntas de todos los alfileres que logréis encontrar, id, os digo, que, de pronto, podréis tener la más estupenda sorpresa que dado sea experimentar en este mundo: un museo, grande, enorme como el Vaticano, allí en esa punta, allí en un millonésimo de tamaño de esa punta. ¡Id mariposuelas!

(El cielo, por  $\frac{1}{5}$  de segundo, se cubre de mariposas; inmediatamente después todas ellas desaparecen. ¿Habrán ido en busca de alfileres?).

OV—(Ríe ahora socarronamente por su oboe; al fin habla.)

—Sigo más o menos bien sus lucubraciones, señor Juez. Triunfo de lo desorbitado, de lo ilimitado. ¿No es así? Resumen: usted habría preferido que nuestro amigo Cellini hubiese fabricado orfebrerías estruendosas semejantes a refriegas nocturnas y sangrientas, a esbirros y torturas, a cañonazos y demás; y que sus memorias rezaran de este modo: “Hoy no he hecho absolutamente nada que no hiciera ayer; y mañana pienso hacer exactamente como hoy...”. ¡Magnífico! ¡Lo felicito, señor Juez!

OB—¡Yo no quiero nada de nada! ¡Quiero que se me deje en paz!

OT—Querido Onofre, oigo con toda atención tus palabras pero me confundo, ya no sé de qué puedes estar hablando con ese tal Valdepinos. Veo que todo ha convergido hacia Benvenuto Cellini. ¿Por qué, para qué? ¿Y esos ultra e hiper microscopios? ¿Algo en ellos

se me achaca a mí? Columbro que, ante tus ojos, se me quiere hacer pasar como un hombre de algodón, sí, de algodón pero... ¿qué hay entonces con esos explosivos, refriegas y sangres? Deben ser tiros en contra mía y no atino a juntarlos con algodones... ¡Basta, querido Onofre! Yo, como tú, hartito estoy también. Si quieres hablo, si quieres callo.

OB (Recobrando mi rol de Gran Árbitro.)

-Teodoro Yumbel, ¡habla! Oboe yumbelino, ¡ven hacia mí y suena!

OV-¿Y yo? ¡Cómo me voy a aburrir! Tenga usted piedad de mí, señor Borneo. Usted va a estar oyendo, por su oreja diestra, no lo dudo, inefables melodías. ¿Y yo? ¡Qué egoísmo!

OB-Señor Valdepinos, a cada instante propicio, créalo, mis labios expelerán una adecuada mariposa. Puede usted, si le place, cazarla, coleccionarla, ingerirla, domeñarla; como guste.

OV-Menos mal. Mientras tanto fumaré.

OB-¿Fósforos...?

OV-No, gracias, tengo mi encendedor.

OT-¿Fósforos, fósforos? ¡Cómo! ¿Nuevas complicaciones, nuevos ataques en mi contra? ¡Cree ahora aquel badulaque que carece mi mente de fósforo?

OB-¡Fume usted, Valdepinos! ¡Fume!

OT-¡Aaah...! Comprendo. ¡Qué calma me inunda!

OB-¡Habla Yumbel! ¡Te lo ordeno!

OT-El aire escasea. Soñaba con venir al campo. ¡Tantos años de ciudad y un poco de mar! Y el mar... ¡oh, Calucha! Al fondo de mis recuerdos, retrocedido, el fundo de San Pascual. Mi inercia literaria como una losa. Un vaho de impotencia, alrededor. Pensaba: sólo largas horas frente a la naturaleza podrán devolverme la facultad creadora. Las perspectivas limitadas de una ciudad, la necedad de sus habitantes, el ajeteo ruidoso, la vida artificial, me impedirán siempre levantar la lápida que me aprisiona. ¡Campos, campos! Era una nostalgia, una sed de tranquilidad, de aire puro, de olores silvestres y de polvo y de barro soleado. Añoraba casi con desesperación el canto de un gallo. Y con desesperación verdadera odiaba los asfaltos y las ventanas innumerables, infinitas. Cuando me percaté en forma viva de cuántas ventanas hay en una ciudad comprendí que sólo en el campo me sería dable existir y crear. Por fin, henos aquí. Al llegar sentí que reintegraba un vientre materno, precursor del parto hacia la vida. Y respiré las flores. Las reconocí.

"El primer día, en un momento que para nadie más existió, toqué, en un fonógrafo del capitán, viejos aires de ópera, los mismos que se tocaban antaño en San Pascual. Al oírlos me llenó un recuerdo de salud, de calma y de grandeza campesina. Pensé que en aquel entonces se estaba más cerca que hoy de la buena, de la santa nobleza.

"Ahora, aquí en Curihue, pese a lo que pese, pase lo que pase, respiro un recuerdo de San Pascual. ¡Oh, no! Mejor sería que dijera que me lleno del sentimiento de haber vivido aquella época no sólo cuando realmente la viví sino anteriormente a mi propia vida, en un sitio entre estable y también escurridizo. Siento deseos, amigo, de aclarar mi sentimiento -o de oscurecerlo- diciendo que él era estable en el tiempo y escurridizo como sitio, en fin, en el espacio. Salvo en momentos fugaces en que parece que se asentara en un lugar preciso; así es respecto a esa época de San Pascual. Pero esto pasa, se va.

"De todos modos es el pasado, es lo que ya se apagó. Siento hondamente lo que se ha extinguido. La luz me hace daño, me deslumbra. La sombra me ilumina la luz que ya no brilla. Los muertos, las antiguas voces... Todo lo vuelvo a ver actuando en presente y en un silencio lleno de ruidos y acordes mudos.

“Antes de venir aquí, mientras agonizaba en la ciudad me felicitaba de lo que creía un avance interior mío: mi falta de interés por el mundo. Mujeres, viajes, conocimientos, sensaciones... ¡todo lo he liquidado ya! –me decía–. Ahora, paz y concentración. Para lograrlo, campos. ¿Campo? Sí, está indicado San Pascual. Al decir este nombre me repetía para mis adentros, no sé bien por qué: “Hay que tomar al toro por las astas”. Lo cual me hacía meditar: “¡Qué paz, qué concentración si hay un toro de por medio?”. Cuando, de pronto, el capitán Angol vino a socorrerme: invitación a Curihue. Entonces me envalentoné y fui, desafiante, a pasar un par de días a San Pascual, antes de llegar a estas hospitalarias tierras.

“Heme allí. Lo primero fueron las flores respiradas y con ellas, las evocaciones, algo como una súbita borrachera. Luego quise poner en movimiento mi nueva vida; y salí.

“Salí solo, de a caballo, por llanos y montes. Toda una mañana y toda una tarde; del alba al crepúsculo. Almorcé cualquier cosa bajo un árbol cualquiera; dormí un momento cerca de un arroyo; aspiré cuantos aromas de flores, de ramas, de raíces o yerbas me alcanzaran. Y pensé.

“Pensé en medio de un embotamiento ante tanto aire, ante tanto sol, ante los paisajes y las pocas casas derruidas, ante los cielos cambiantes y el galope de mi caballo. Fue un pensar, y aun un existir, dentro de mi personalidad diluida en el campo. Mas, al mismo tiempo, fue una horrible nerviosidad, una nerviosidad creciente que luego se trocó en una desesperanza ahogadora: *¡no saber qué hacer con todo aquello!*

OB—¡Desdichado el artista que es devorado por la luz solar y el canto de las chicharras!

OT—¡Tantas bellezas tan locamente ansiadas! ¡Las que, fustigándolas, deberían despertar mi imaginación! Ellas, allí, me detenían como una interrogación severa: “¿Qué harás con nosotras?”. Sentí que cualquier intento mío hacia ellas derramaría veneno, las emponzoñaría. Pues entre los campos y yo –al querer cogerlos, al querer fundirlos en mí y yo fundirme en ellos– se anteponía, como un velo fino pero constante, la expresión literaria. Una repulsión instintiva hacia la naturaleza me hería entonces.

“Sin embargo todo aquello –campos, cielos, luces, formas, aromas, insectos– me gustaba, me embriagaba, apresuraba el latido de mi corazón. Pero... –¡mi desgracia, Onofre, sí, mi desgracia!– todo aquello a la vez me murmuraba: “*Inutilidad*”.

“¿Hacer descripciones? ¿Lanzar cánticos? ¿Echar personajes a rodar de aquí para allá, de allá para acá? Y al todo, ¿salpicarlo de fantasías mías? Pero entonces, ¿en dónde estaba ello mismo, *ello*? ¿Y en dónde yo viviendo y viviente en medio, yo, hombre conectado? ¿Y en dónde esta conexión?

“Inutilidad de la naturaleza entera por inutilidad de mi propia posición ante ella... Sí, ¡era éste mi drama!

OB—¡Desdichado el artista que es máquina de repetición de lo existente!

OT—Me di cuenta de que me hallaba intoxicado. Reconocía en todo lo mío –elaborado en mi pasado literario–un algo de masturbación intelectual, de fabricación encerrada y polvorienta que alambicó a mi cerebro hasta dejarlo gris y anémico.

OB—¡Diviso parentescos! ¡Confirмо, eso es, confirмо parentescos! Lorenzo, Lorenzo Angol, ¿reconoces tu *Pequeño Problema*?

(Aquí algo inusitado sucedió. Valdepinos, que ahora silbaba distraídamente, dió un salto en su asiento y abrió los ojos en interrogación; lo cual causó en Yumbel un atragantamiento que percibí por el oboe. Entonces temblé pues compren-

dí que un error mío se había deslizado: una cosa es estar harto como Juez y otra –ya que no me levantaba y me marchaba– lanzar mariposas ajenas al tema de ambos luchadores. Presentí que este hecho –pequeñito en sí– podía ser punto de partida de equivocaciones y yerros y éstos, a su vez, dar falsos comienzos que traerían falsas marchas y carreras y –¡ay de mí!– falsas metas. Mas como ya el desasosiego me había invadido, a pesar de mis íntimos reproches no pude dejar de gritar):

“¡Tarugo! ¡Infeliz y fiel can!

(Pues cogido me hallaba por aquello, espantoso, de que una causa mínima puede producir efectos gigantescos. Quise explicarme y, al quererlo, volví a gritar):

“¡Tarugo!

(Entonces, por los aires, en vez de volar una linda mariposa cual una flor alada –así yo lo deseé– voló por el suelo una sombra, a decir verdad, demasiado alada. Levantamos la vista: era la sombra sombría de un sombrío y sombreado murciélago. Aterrados los tres callamos. Pero luego Valdepinos, sin oboe ni nada, así con mandíbulas al aire, rio otra vez, atronando el nitrógeno de la atmósfera mientras el murciélago huía en dirección de Federico, el árbol. Entonces Teodoro volvió a colocar su oboe en mi oído y a hablar de esta manera):

*OT* –¡Salve Tarugo, salve! ¡Salve murciélago, salve! Onofre, amigo mío, o Juez, si bien te place: no sé qué ocultos significados puedan tener tanto el nocturno mamífero como el diurno can que has llamado Tarugo. Si significados tienen han de ser significados óptimos; Onofre, confío en ti. Déjame, por lo tanto, seguir pues si no sigo me ahogo, me ahogaré aunque el cínico vecino remueva aun los nitrógenos de la estratosfera. Te decía que:

“Mi cerebro alambicado era anémico y gris. Por eso ahora, en San Pascual, desde que volví de mi salida a caballo, cada vez que intentaba una concentración sobre un rincón cualquiera, sobre un árbol, un ave, un picacho o lo que fuera, veía la aparición de un diablillo indescifrable, empalagoso como el exceso de un vicio. Porque durante muchos años fui demasiado lejos comiéndome a mí mismo, nutriéndome de mi propia sangre y sin reparar que, al echar los ojos sobre el mundo circundante, lo que de verdad hacía no era fortalecerme con él sino usarlo como excitante para lucubraciones personales.

“Esto ¿es el camino que se debe seguir? ¿O es una ruta errada? El artista ¿debe caminar hacia afuera o hacia adentro? Nada me digas todavía, Onofre; no he terminado. Adivino que la respuesta adecuada es: “Debe caminar hacia ambas partes al mismo tiempo, y luego saber escoger, y saber..., etc. y etc.”.

*OB* –¡Claro está! Es la respuesta justa y, al menos yo, no veo otra mejor: “Caminar hacia ambas partes al mismo tiempo”.

(Aquí vi que el ojo circulante de Valdepinos giraba, atisbándome, con velocidad inaudita).

OT—¡Alto! Camino hacia dentro y, ¡qué quieres!, me encuentro con un despoblado; camino hacia fuera, para poder poblar, y me encuentro con sólo retratos míos. ¿Qué será caminar...?

“Por el momento, cuando quiero mirar francamente, altivamente hacia la naturaleza huelo un hálito de podredumbre, de yo enmohecido sin ventilación.

“Sin embargo conozco el significado de todo esto. Sé lo que significa una tapia o una reja...

OB—¡Reja!

OT—...los cerros áridos con quiscos...

OB—¡Quiscos!

OT—...los hombres andrajosos a oscuras...

OB—¡A oscuras!

OT—Sé el espíritu que a todo esto anima, sé la mentalidad común que hace las cosas tal como están hechas e impide hacerlas de otro modo...

OB—¡De otro modo!

OT—Sé cómo esta naturaleza moldea a esta mente...

OB—¡Mente!

OT—...sé cómo ésta reacciona sobre aquella. Me veo, a menudo, frente a paisajes de países extraños. Allí admiraba pero no sabía. Sé...

OB—¡Sé!

OT—...lo que esto es. *Veo...*

OB—¡Veo!

OT—...el resto del mundo. Al ver, sólo puedo anotar el choque que en mí produce un “inhabitual”, el que produce en mis entonaciones. Mas nada penetro de su gestación y razón de ser...

OB—¡Gestación y razón de ser!

OT—Aquí llevo dentro la gestación y soy y sigo siendo la razón de ser. Pero si de ello quiero hablar: ¡alto! Apenas lo toco se yerguen los marcos literarios, por un lado; y por otro, el terror de poner el cerebro en movimiento, terror nacido de aquella podredumbre no ventilada, y que ella trasude en todas las páginas escritas...

OB—¡Marcos literarios, cerebros en movimiento, podredumbre no ventilada!

OT—A veces pienso que la inutilidad resida en el afán nuestro de querer transmutarlo todo, algo de no poder dejar las cosas en paz. ¿Por qué? ¿Para qué? Puesto que la naturaleza está allí, ¿para qué traerla acá y someterla a nuestros alambiques? No encuentro respuesta partiendo de estos puntos y siguiendo el camino que de ellos arranca. La respuesta se me presenta en otros sitios, otro planos que me dasientan. Porque yo quiero escribir, ser literato. Pero la respuesta insiste: “La única solución sería *ser árbol, ser flor, ser campo, ser lo otro y...* a la vez seguir siendo *siempre* hombre”...

OB—¡Oh, clave judicial! Otros sitios... Otros planos... ¡¡Ser!!

OT—Mas, para esto, tendría que nacer de nuevo. Yo no soy ese camino. Aunque... Creo que miento. Tal vez podría serlo. Pero tendría que empezar por destrozarme entero, renunciar, aniquilarme, ¡¡no ser!!

“¿Comprendes cuánto hay de pavoroso en tal cosa para un hombre como yo?”

“Enterraría un puñal en el cuerpo de cualquier otro ser antes que enterrarlo en el no-ser mío. Porque quiero ser con sangre y tinta. Aunque sé, sé que, al ser, se van para

siempre todas las posibilidades de ser árbol, flor, campo o cualquier cosa de lo otro, de ser cualquier otro ser que no sea yo..., de ser la humanidad.

"Presiento que por este camino, para mí vedado, marcharán después y ya marchan algunos, ¡acaso muchos!, a oscuras pero anhelantes. Marchan a oscuras porque la luz va aún en sus frentes y no ha caído ante sus pies. No los veo. Pero oigo el ruido sordo de sus pasos...

OB—Oigo el ruido sordo de los pasos de los que ya marchan... ¿Oigo...?

OT—¿Y yo? ¡Nada! La naturaleza se me cierra y sólo deja en mis labios esta pregunta: "¿Qué hacer con toda Ella?".

"Escúchame, Onofre:

"Ese día, en San Pascual, dando vueltas me encontré, de pronto, frente a un pequeño bosque de grandes, muy grandes eucaliptus. Sus troncos, de un gris manzana, parecían chorreados de pátina castaña a veces, a veces verde oliva o azul desteñido. Ni una hoja se mecía. Se respiraba allí hasta casi desfallecer. ¡Qué calma, qué grandeza! Y esa inmovilidad de los troncos... No te rías, amigo, no te rías. Una inmovilidad, aunque majestuosa, irritante en alto grado. Sé que piensas que todos los troncos son inmóviles. ¿Cuándo, dónde, un tronco en marcha? Sin embargo era esa inmovilidad el centro y nervio, lo único vivo del bosque. ¡Inmovilidad sobrecogedora! ¡Y tan alta, tan alta! Jamás, antes, habría podido pensar que lo inmóvil pudiese ser medido en altura y que las alturas, al inmovilizarse, se estirasen hasta el vértigo. ¡Yyo allí, frente a aquello, perdiéndome, deshaciéndome, cayendo a la vida únicamente vegetativa!

"Pues, al no poder descifrar nada de aquel enigma en reposo, mi cerebro se paralizaba poco a poco y mi corazón se detenía. Hasta que de pronto volví a la vida, fui como llamado por ella: junto a mí, a pequeña altura, crecía un arbusto claro que echaba, al final de cada una de sus últimas ramas, una diminuta flor roja, larga y acanalada, que me hizo sentirme, súbitamente, acechado por miles de lenguas agudas o por miles de minúsculos sexos andróginos.

"¿Qué hacer, qué hacer con ese detenimiento que se elevaba; qué hacer con esas puntas de serpientes escarlatas que me apuntaban? ¿Qué hacer con todo eso? ¡Mi tragedia nuevamente!

"Conozco un refugio: tomar todos los paisajes y por ellos echar a circular cientos de personajes de mi cosecha. Pero es esto, justamente, lo que no quiero; porque los personajes me quedan todos iguales. Me explico: siempre son una serie de hombrecitos, de títeres, diría, con sus pequeñas pasiones y ocurrencias, con sus ínfimos problemas domésticos, con sus temitas listos para que un señor, desde su mesa, los narre. Y si es así, ¿qué objeto tiene que todas esas existencias enclenques se desarrollen? ¿No es mejor que callen? Y no me vienen a la mente personajes recios, no me vienen pasiones volcánicas, ¡qué!, humanas. Y si llegasen a venirme..., ¡santo Dios, otra vez!, ¿podría yo hacer algo con ellas?

OB—¿Valdrá la pena hacer algo? Pero si nada se hace es muy posible que venga un aburrimiento pavoroso. La cosa ha de estar en saber hacer...

OV—(Dándome repentinamente, y sin permiso, un verdadero golpazo con su oboe). ¡Medura! ¡Santa medura!

OB—¡Silencio! Si se quiere hablar, ¡pídase la palabra!

OT.—Sin embargo la naturaleza aquí está, fuera de los hombres. Sé que algo me esconde, siento su existir profundo más allá de mi entendimiento. Hagamos silencio y respiremos.

OB—¡Silencio!

OT—Nada quiero con hombrecillos hollándola con sus tacones. ¡Ella sola cumpliendo su destino, ella sola en su inmenso ciclo de vida!

OB—Naturaleza en tu inmenso ciclo de vida...

OT—Pero, hasta hoy, veo únicamente hombres y más hombres viviendo de sus productos. Quisiera verla de tal modo, con tan potente intensidad que, de pronto, me apareciera con un significado inverso: Los hombres totalmente secundarios, ellos como productos, ellos como cosas que ella *tiene*.

OB—Hombres secundarios; cosas que ella tiene...

OT—Entonces aquellas flores andróginas me serían luminosas, y los troncos inmóviles se pondrían realmente en marcha.

OB—Andróginos luminosos y troncos en marcha...

OT—Repara, Onofre, que con esta valorización de hombres y naturaleza no formulo principio alguno, no alego su verdad ni ella me importa. Sólo busco, sólo anhelo otra manera de ver y así poner término al tormento de sentir tanto a mi lado y no poder hacer con todo ello nada, nada, ¡nada!

OB—Y poner término a todo tormento...

(Teodoro Yumbel retiró lentamente su oboe y, con gesto lacio, lo dejó caer. Esto me indicó que, al menos por el momento, sus confidencias habían terminado. Entonces dije):

OB—Señor Valdepinos, tiene usted la palabra. Hable —se lo ruego como amigo y se lo pido como Juez— de lo que tenía usted que hablar antes de oír las mariposas y mariposuelas que las frases de Yumbel hicieron volar. Después, ya voladas las que usted produzca, vendrá el debate, la confrontación de ambos ejércitos alados. ¿Estamos?

OV—Perfectamente; era lo que yo deseaba. Descifrar el sin sentido es tarea larga y con esto me da usted tiempo de hacerlo mientras lanzo mis opiniones. Puedo hacer ambas cosas pues mis opiniones las sé de memoria; son tan simples, tanto, que se asemejan a quien las inspira, al inefable de Yumbel.

OB—Señor Valdepinos, ¡adelante!

OV—Hay gentes, mi distinguidísimo señor Juez, que jamás saldrán de los enredos de sus propios problemas. Se diría que han nacido para vivir en un ovillo. Cuando ven espacio más allá de él, languidecen cual un gato sin tejado. *Glissez, glissez, mortels, et n'appuyez pas trop*—dijo alguien cierta vez, seguramente porque sabía que años más tarde un buen hombre, su servidor de usted, señor Juez, iba a necesitar una fórmula para pasar honestamente sobre este planeta. Pero no se trata de mí, no. Se trata del vecino. ¿Qué quiere usted? ¡No resbala lo suficiente, el desgraciado, y apoya demasiado!

“Flores, naturaleza, natura... No me refiero a nada de lo que a usted le he oído, no. Hago sólo recuerdos de mis charlas con él y de las miradas de soslayo que he lanzado cuando el imberbe se retuerce en su ovillo trascendental bajo un sauce o sobre los pétalos de una rosa.

“Natura... Me ha dicho muchas veces —porque el *malheureux* todo se lo dice a todos— que quería desentrañarla. ¿Entiende usted algo? ¿Desentrañar qué? Para mí, misterio; y bendigo este misterio de todo corazón.

(Y aquí Valdepinos retiró sorprendentemente su oboe. Miré hacia él. Con gestos que parecían interminables, el hombre se preparaba para fumar...).

OB—¡Hola, señor! *Glisser*, resbalar... está muy bien; pero me está pareciendo que, con su cigarrillo, *vous appuyez trop*, caballero, sí, apoya usted demasiado.

OV—Perdón, mil perdones; empero yo no hacía más que resbalar sobre el cigarrillo; no importa y hablemos.

“Figúrese usted, mi señor Juez, que hace algún tiempo manifesté a Yumbel gran interés por las letras en general y por las suyas en particular. Cayó en mi inocente celada. Obró con la más perfecta normalidad de literato. Me explico: 1º) me dio a leer páginas por él escritas; 2º) me aseguró que eran ya muy antiguas. Verá usted que no le quiero tan mal al reconocer paladinamente que el joven puede, cuando se le antoja, proceder como cualquier otro letrado: dar a leer; advertir sobre la antigüedad por si no gusta. Bien.

“Se trataba de grandes descripciones del campo chileno. ¡Admirables! Lo que no quita que con usted, mi distinguido amigo y Juez, se pueda conversar la verdad, porque es usted un hombre inteligente:

“Todo aquello era tonto, aplastantemente tonto. Y lo más gracioso del caso es que era falso. Era ello gracioso pues para falsear se requiere cierta astucia. ¿Ve usted la gracia?

“Desde las primeras líneas algo me chocó: una serie inagotable de adjetivos potentes que aparecían y reaparecían siempre, y todos ellos de significado literario muy semejante: “inmenso, sosegado, vasto, silencioso, infinito, tranquilo, quieto, dilatado...” y ¡qué sé yo! Estos adjetivos eran como columnas que sostenían... ¿qué? Lo que siempre con ellas sostienen los literatos cuando con un dedo o con la punta de la nariz tocan ¡los campos! Señor Juez: aunque esos campos no sean chilenos... ¿Hase visto?

“Hay algo más; el problemilla no es tan sencillo: cuando tocan campos *literariamente*. Mas cuando esos mismos literatos los tocan, con el dedo o la nariz o lo que sea, *agrícola-mente*... esas adjetivas columnas no se presentan jamás. ¡Curioso, curiosísimo! ¿No es cierto?

“Cuando los jóvenes —y aun viejos— literatos van a los campos a comer, beber, dormir y lo que usted quiera, mi señor don Juez, las columnas susodichas se derrumban, ¡ellos las derrumban!, y son reemplazadas por setos y alambrados perfectamente delimitados y correspondientes a cada propiedad. Y entonces —¡oh, gran alquimia!— las estruendosas voces “infinitas y sosegadas” huyen despavoridas ante las voces vulgares de “labor, ajeteo, actividad, siembras, cosechas, pagos...” y ¡qué se yo!

“Todos estos últimos vocablos, señor Juez, es muy difícil representarlos sin deslindes y sin ruido. ¡Oh, qué bulla! ¿No es cierto? Sin embargo el literato, apenas imagina una historieta cualquiera —sentimental, ruda o cómica— que tenga a los campos como escenario, olvida el bullicio, olvida los límites y toda laboriosidad y otra vez, porque en ellos alguien ama o rabia o ríe, sale lo “infinitamente silencioso y vasto e inmenso en su eterno sosiego...” ¡Grotesco, señor, grotesco!

OB—Un sujeto X no ve. En vano alguien le muestra lo que hay allí; y X tiene ojos que admiraría un oculista. No ve y, no obstante, ve; puesto que si se le hace caminar por allí, no tropieza ni siquiera vacila. Y no ve; esto se puede asegurar por lo que X nos cuenta después. ¡Claro está! X proyecta sobre lo que hay y ve lo que le gustaría que hubiera para satisfacer un anhelo personal.

OV—No es mi papel inmiscuirme en las consideraciones de usted, señor Juez. Permítame seguir como si fuese sordo:

“Una expresión acaba de picarme como pica un insecto. En nada me refiero a sus mariposas ni a su murciélago; de éstos le diré dos palabras más tarde. El insecto mío me ha picado dejándome una roncha así: “Menor esfuerzo”. ¡No hay más!

“Pregunta: ¿Por qué la descripción “infinita y silenciosa” representa un esfuerzo menor que la descripción “laboriosa y ruidosa”?

“Respuesta: Porque es más corta.

“Demostración: Señor Juez, lo infinito no tiene fin así como lo ilimitado no tiene límite. Se evita, por lo tanto, su descripción; ¿cómo describir lo que para nosotros ya no es? Ahora bien, si “infinito” es una hipérbole, siendo la realidad únicamente “inmenso”, lo inmenso tiene sus límites tan lejanos y esfumados que bastan dos toques ligeros para hacerlos aparecer. Igual cosa puedo decir a usted del otro aspecto del asunto, el aspecto “tranquilo y silencioso”. La tranquilidad se describe casi con sólo mencionarla; el ajetreo hay que desmenuzarlo. El silencio se nombra, nada más; el ruido, ante su multiplicidad, hay que precisarlo. Pero esto no es más que un punto. Sigamos viendo.

“Hay otro punto, Honorable señor Juez, que Yumbel rechazaría de plano; y que usted también rechazaría de plano, al menos una vez por semana, que es lo que se me figura que usted dedica al arte de bien escribir. Se trata... Veamos si me explico. Tengo dificultad de expresión por falta de entrenamiento. ¡Qué quiere usted! Nunca considero la necesidad que ha de experimentar la humanidad presente ni la futura de escuchar mi palabra. Falta de entrenamiento, por consiguiente. Pero veamos. Se trata de lo que yo llamaría una adaptación. Yumbel, al escribir; usted, al escribir; Fulano, Zutano, al escribir; todos ustedes, al escribir... se adaptan. ¿A qué? A los compatriotas y... ¡ojo aquí!, a los europeos. A los europeos también... y mucho... casi exclusivamente... como causa primera, se entiende.

“Ustedes escriben. Yo, personalmente, no sé bien con qué objeto pero considero que está muy bien que escriban. Es como la cuestión del bosque sin pajaritos. Me pregunto ahora, ¿qué es escribir? Refiriéndome a escribir en el sentido de ustedes. ¿Qué es escribir? Creo que es “adjetivar”. Nada más. Ustedes, sin adjetivos, se volverían locos, irían todos al manicomio, sección de los desesperados. Pero como ninguna ley les prohíbe el uso ni el abuso de adjetivos, ustedes lo adjetivan todo, aun los campos que, me parece, a todo se esperaban menos a tal cosa.

“Para esto han procedido ustedes del siguiente modo —no me rebata pues esto se produce en gran parte inconscientemente y sólo un puntito aflora a la conciencia—, han procedido así: han ido a la comparación, ¿oye usted?, a la *comparación*. Usted no encuentra este campo ni triste ni alegre. Si viene de una bacanal, lo encontrará triste; si viene de una prisión, alegre. Como ni usted ni Yumbel ni ninguno de sus colegas conocen bacanales ni prisiones no saben si han de escribir: “¡Oh, campos dolorosos!” o bien “¡Oh, campos regocijados!”. Entonces averiguan, espían, husmean como zorros ladinos. ¿Qué cosa? Lo que la gente, la enorme cantidad de gente —según unos temperamentos—, la pequeña pero buena cantidad de gente —según otros— encuentran que son. Y aquí, inevitablemente, se insinúa y se introduce un desasosiego muy activo: lo que esas gentes quieren que sean, quisiesen que fuesen. Y ustedes satisfacen. Primer punto del problema, señor Juez. Viene el segundo, más complicado, más sutil, diría.

“Pero... ¡perdón, señor Juez y Borneo! ¡Qué estúpida falta de entrenamiento la mía! Empleé un plural y he seguido de a caballo en él sin percatarme de mi error. ¿Ustedes?

Hablo de Yumbel, de Teodoro Yumbel y no de usted, señor mío. ¿Qué voy a saber yo lo que usted escribe y piensa escribir? Hablo del otro y, por cierto, de los innumerables que son como él. ¡Perdón!

OB—Todo se perdona pues hay un menor esfuerzo, en el escritor, cuando se enfrenta con lo infinito e ilimitado que cuando se enfrenta con lo finito y limitado. Escribir sería adaptarse al sonido de los adjetivos —digo yo..., dices tú..., dice él..., decimos nosotr..., en fin, etc. ¡Caiga el misterio sobre este decir! Para eso soy Juez. El mundo es según la pluma se entinte en una prisión o en una bacanal. ¡Amén!

OV—No es mi papel inmiscuirme en las consideraciones de usted, señor Juez. Permítame seguir como si fuese sordo:

“¿Qué querrán esas gentes? No sé por qué se me figura que es la realización de un anhelo. Ya veces también se me figura que anhelamos y anheláis la vieja y lejana Europa.

“¿No lo cree usted? ¡Sí, señor, sí! Por eso creo que el primer movimiento fue el de igualar lo de allá con lo de acá. No me venga usted, porque he dicho “igualar”, con citas literario-cronológicas, no. Hablo de “movimiento” de “impulso”, no de obras hechas. ¡Eh! Todas las obras hechas son un poco mentiras. Han pasado por demasiados filtros de demasiadas conveniencias. El impulso aquel era el anhelo primero y él era antes de todo disfraz, era, señor Juez, como sigue: “Ojalá que esto de aquí fuese como lo de allá y ojalá fuese un poquito mejor...”.

“Pero no lo era. ¿Qué culpa tengo yo? Entonces no hubo más remedio que ir al extremo contrario, método muy poético para conservar y realizar el anhelo sin separarse de la realidad hasta el ridículo: se empezó a diferenciar, a diferenciar con ahínco. Empezaron todos a decirse que esto de aquí es tan característico, tan estupendamente único que, por eso justamente, nada tiene ni puede tener de lo de allá. En eso están todavía, ¡oh, Gran Árbitro!, forcejeando hasta sudar.

“¿Sabe usted qué les guía en tal proceder? Claro está que usted ha de saberlo; mas yo, en mi calidad de testigo o acusado —no lo sé bien—, aunque usted lo sepa tengo que dejar constancia de lo que sé: Pues les guía —no se lo repita al vecino— el deseo recóndito de interesar a los europeos; créamelo usted.

“¡Ah, mi buen amigo, Juez y Borneo! Diferenciar debidamente es tarea larga y dura. Es preferible recurrir a lo más elemental y luego reposar y fumar.

“Y ahora que digo esto siento deseos súbitos de subrayarlo. Escúcheme: si alguna vez escribe usted mis palabras —supongo que para algo es usted escritor y para algo, además, nos ha provisto de estos absurdos caños...—.

OB—El rol de Juez o Gran Árbitro con que investido estoy, me impide formular una protesta.

OV—Digo, pues, que, cuando escriba usted mis ideas, no olvide subrayar muy grueso esto de: *reposar y fumar*. A lo mejor —¡vaya uno a saber!—, estudiando a fondo ese tanto “reposar y fumar”, se encaminaría uno hacia una diferenciación debidamente exacta. Pero no nos alejemos por sendas intrincadas. Volvamos a nuestro pequeñito tema, pequeñito como mi propio tamaño, no como el tamaño del vecino; volvamos a Yumbel y sus grandes descripciones de los grandes campos chilenos.

“El muy astuto a la par que candoroso —que tales me parecen los adjetivos justos para todos los hombres de las bellas letras— metió en su cerebro la siguiente especulación, muy característica de los tiempos que corren:

“Europa mide —sin Rusia, se entiende, que, por sus estepas, creemos compenetrada

con nuestras tierras-, mide aproximadamente unos 6 millones de kilómetros cuadrados; América del Sur, unos 18 millones. Es una diferencia, ¡vaya que lo es! Europa tiene –sin los rusos, se entiende, que, por su temperamento misteriosísimo, queremos a todo trance que se parezcan a nosotros-, tiene unos 350 millones de habitantes; América del Sur, unos 90 millones. Es también una muy útil diferencia. Luego nuestros campos son mucho más vastos que los campos europeos, primer punto; en ellos hay muchos menos habitantes, segundo punto; los habitantes son humanos, tercer punto; los humanos nada pueden hacer sin hacer bulla, cuarto punto; luego y en síntesis: la bulla es mucho mayor en Europa que en América del Sur; luego y en final conclusión irrefutable: nuestros campos son sosegados en su enormidad, son totalmente silenciosos en su inmensidad’.

“Esto se dice el gran Yumbel y entonces, bien apoyado en estos puntos, hace una rápida prestidigitación que nadie descubre: cambia, ¡zas!, América del Sur por Chile, quedando con 750 mil kilómetros cuadrados en la mano mientras el público sigue, boquiabierto, contemplando los 18 millones. Alentado ante el éxito vuelve a hacer su pirlueta escondiendo los 750 mil y quedando sólo con una zona determinada del país; y como nadie nada advierte, una vez más viene su malabarismo: se esfuma la zona y don Teodoro, sonriente, muestra en su meñique un rincón de un fundo cualquiera, un rincón con huasos, peones, vaquillonas, potrancas, potrillos, álamos, sauces, maitenes, ranchos, pircas, trigo, cebada, alfalfa, melones, sandías, tomates, cebollas, rodeos, topeaduras, gritos, guitarras, damajuanas, tortolitas, chincoles y ¡qué sé yo!

“Mas el público sigue con la primera visión y, junto con el autor, clama, a pesar del amontonamiento y bullicio de ese rincón: “¡Oh, los vastos e inmensos e inconmensurables campos chilenos que se arrullan quietos en el silencio sideral!”.

“Yo nada le dije al grande hombre pues estaba cierto de que si le hubiese hecho notar que todos esos campos son verdaderos colmenares, me habría respondido:

“Sí, lo son; pero estos fundos están en la zona; y la zona, en Chile (750 mil km.2); y Chile, en América del Sur (18 millones de km.2); y América del Sur es parte de éste el Nuevo Mundo (42 millones de km.2)’.

“¡Oh, los infinitos campos chilenos arrullados!

“Señor Juez: ¿No cree usted que es perfectamente exacto cuanto le he dicho? Piénselo. Es así y no de otro modo.

*OB* –Europa... ¡Si fuésemos, en estas Américas, como ella es! Vislumbro, veo: ser el antípoda es también muy noble; no hay polo + sin polo-. Reposemos, fumemos. Y hagamos juegos malabares adjudicándonos, sin que el público lo note, lo que de verdad no nos pertenece pero que un nombre, una palabra –¡oh, la fuerza de la palabra, del verbo!– lo engloba en comunidad. Así son los bulliciosos campos del silencio. Así es el literato.

*OV* (Riendo ahora por su oboe).

–Y así son sus mariposas de usted, señor Juez, y su murciélago. ¿De dónde arrancó usted tan pueriles ideas? Pues no se negará que echar al aire mariposillas representativas de conceptos es algo de una ingenuidad pasmosa. Y echar un siniestro murciélago para indicar que ha embarrado usted, que se ha salido de su papel y del tema..., bueno, eso es ya estrepitosa cosa de principiante. Perdón, Gran Árbitro, pero es mi deber decir cuanto pienso mientras este bendito caño-oboe esté en mis manos. Perdón.

*OB* (Estas observaciones de Valdepinos me irritaron. Grité):

–¡Cerrado el debate! Caballeros, ahora deben ustedes interpretar. Recuerden que no

soy tanto Juez como "Intermediario-Interpretable". Teodoro Yumbel, tienes la palabra-  
oboe.

OT-¡Virgen Santísima, qué faena! Pero no hay más. Si mal no recuerdo aquel individuo pide resbalar, no apoyar. Caigo en cuenta –no soy tan ingenuo, Onofre– de que alude a que yo apoyo demasiado, a que yo vivo haciendo un hoyo como el gusano que taladra o se entierra; no como el que resbala y se arrastra cual la babosa. Pasa la babosa, ¿pasa?, y por donde pasa deja tras ella la baba. Así ante los hombres como también ante los cigarrillos que fuma. ¡Resbalar, jabonar, resbalón y el costalazo! ¡Vaya una filosofía del vivir y una moral!

"Y hay un sujeto llamado X –no soy tan ingenuo, Onofre–, llamado como me llamo yo que, con tal de enclaustrarse en el hoyo que su calidad de gusano ha fabricado, es capaz de cerrar los ojos, buenos ojos envidiados por el oculista, ante la realidad, ante la verdad con tal de proteger su fabricación, su prisión, su envoltorio, su pantalla, su biombo, su tapa, su..., ¿su? Onofre, nada tú has dicho sobre lo que voy a decir y tal vez nada tampoco ese cínico; pero como todos éstos son dardos alusivos-ponzoñosos y como sólo de mí aquel oboe canta... Onofre, su... su ¡masturbación!

"¡Claro está! Porque aquel que se masturba, cuando no lo hace camina sin tropezar ni vacilar, camina como todos. Pero luego, cuando ha de hablar sobre sus recuerdos y sus proyectos... vuelve al hoyo, a su auto-nutrición perenne.

"¡Qué bien todo se va hilando! Tú lo lanzaste a los aires transmutándolo en alegres mariposas. ¡Cruel ironía, amigo! ¿Por qué hacerla conmigo? Tú lo dijiste: "Todo se perdona pues hay un *menor esfuerzo...*". Mal amigo... Y luego llamas, llaman ustedes dos a mis viejos y dolorosos amores "lo finito, lo limitado". Entiendo: para anteponerlo a "infinito e ilimitado", palabras con que han querido ustedes velada y elegantemente caracterizar mi dolencia intelectual. ¡Claro está!

"Pero ¿a qué viene eso de adjetivar? Aquí me pierdo. El adjetivo califica. Calificar... calificarme, tal vez. En eso ha pasado aquel caño enemigo, queriendo demostrar que escribir es adaptarse a lo que califica; yo soy escritor, luego soy un adaptado; es adaptado el que sale de lo normal para someterse a lo anormal. Y se adapta y resigna a sonidos, a vibraciones del aire, a la casi nada, que eso es para el Valdepinos lo que soy yo. Y júnctanse entonces las palabras síntesis: "prisión, bacanal". La bacanal en la prisión; la prisión aunque uno se halle en formidable, en esplendorosa bacanal... ¡Mal amigo eres tú, Onofre, al ser eco de tales conceptos!

"Hasta qué punto aquel sujeto ha llegado sólo he podido suponerlo al haber oído que tu calidad superior te impedía formular una protesta. ¡Se pasa por encima de toda calidad cuando se comenta a un amigo!

"Por lo que a tu última reflexión se refiere... Prefiero no comentarla. Sin embargo... El cínico de Valdepinos, el muy cínico –porque yo busco, ensayo, avanzo, retrocedo, miro, escarbo, alumbro– dice cosas que se resumen en: Europa = Jacqueline; Jacqueline = fiesta, baile, orgía, realización; América = Calucha; Calucha = fracaso que recluye. Pero se me perdona desde lo alto por constituir yo el antípoda necesariamente inevitable, el polo –para ustedes los polos +. Y luego la ironía turbia valdepinesca: reposar... fumar... reposar fumando de "los juegos malabares". ¡Qué abominación, Onofre! Y todo ello... "sin que el público lo note". ¿Es posible? Todo ello arrebatando lo que no nos pertenece. Porque con la imaginación –al decir un nombre, con sólo pronunciar una palabra– hacemos común

cuanto se nos antoja. Así son los *bulliciosos* campos del *silencio*. Así soy yo. Eres, Onofre, un villano.

OB (Quedé aterrado. Sólo pude gritar):

-¡Tiene la interpretación-oboe el señor Valdepinos!

OV-¡Osorno! ¡Qué faena! Interpretar un despropósito... Sólo a usted puede ocurrírsele pedir tal cosa, señor Juez. Bueno; cierto es también que sólo a mí tal cosa puede pedírsele. ¡Calbuco! ¡Qué hastío!

"En fin, ya que nos hemos metido en semejante atolladero, ¡a lo hecho, pecho!

"Empezó usted mariposeando con:

"Desdichado el artista que es devorado..."

"Desdichado el artista que es máquina..."

"Bien, bien. ¡Desdichado lo sean siempre, mi Juez, aunque las máquinas no los devoren!

"¿Divisa usted parentescos? Esto, sabido es, no me incumbe. ¡Allá usted con sus parientes Teodoro-Angol-Tarugo! Dos hombres y un perro... No está mal. ¡Allá esa mariposa o murciélago! Sigamos.

"Viene lo grave, lo hondo: "Caminar hacia ambas partes al mismo tiempo".

"Esto me huele a consejo. Alguien lo ha dado al imberbe y usted encuentra que es el consejo apropiado. Déjeme concentrarme un instante en el mozalbeta: ¿Sobre qué puede pedir consejo? ¡Ya voy viendo! Consejo A) ¿Cómo llegar a las Afroditas terrestres sin que sea pecar en contra de la moral de las artes puras?; Consejo B) ¿Cómo ir gozoso a las puras artes sin que sombrías femineidades manchen con semen el tintero?"

"¡Por ahí va, por ahí tiene que ir la cosa!

"¿Cómo llegar a Afrodita sin pecar?"

"Y usted, señor Juez, responde:

"-¡Rejas!

"¿Cómo evitar el semen en la tinta?"

"Y usted, señor Juez, responde:

"-¡Quiscos!

"Y parece que tanto usted, como él y como yo quedamos luego

"-¡A oscuras...!

"Bonito dilema, bonito despropósito, ¡alta literatura! Hagamos luz, un poco de luz, "luz, más luz" No me ofrezca usted fósforos, mi señor; tengo aquí mi encendedor.

(En efecto, Valdepinos saca su encendedor, da la llama y, con su mano izquierda, lo hace dar grandes vueltas por el aire; mientras con la derecha sigue manteniendo el oboe junto a mi oído. Entonces veo que su ojo giratorio sigue la luz encantado, y oigo, a través del caño, que el muy cínico canta:

"Titina, mi Titina,  
Yo busco a mi Titina..."

"Hagamos luz, mi señor don Juez. La luz ya se ha hecho. ¿Qué veo? Una reja y un quisco. ¡Graves, gravísimos elementos acusadores! Desmontémoslos; mas con cautela, como en estos casos se aconseja.

"Afrodita tras la Reja. Veo: Afrodita -sea: todas las mujeres de este mundo- está ante

el artista tras de una reja. ¿Qué es una reja? En primer lugar es aquello que nos impide pasar; en segundo lugar, una obra de los hombres; la naturaleza, señor, no produce rejas.

“Pues bien, hay que ir –ya lo hemos visto!–, hay que ir a entregarse a la natura. Reja es la que impide y es lo artificial. Reja es la maldición. Reja es el Diablo.

“¿Cómo liberarse? ¡Oh, natura! ¡Ven! Todo hombre que se respeta ha de simbolizar, ¿me entiende usted?, ha de comprimir al objeto de su ideal para poder asirlo. Si no lo hace, el objeto se diluye, huye. Bien lo ha dicho Degas: “El arte no se ensancha; se resume”.

“Yumbel comprime: Quisco. ¿Por qué no azucena, lirio, clavel? ¿Por qué no ya que tanto gusta de las flores? ¡Ah, señor Juez, porque las flores son fáciles! Y el sendero de Yumbel es áspero, es... espinoso; esta es la palabra: espinoso. Lleva hacia las flores, sí, tal sendero, a las flores, a las avecillas y arrebales. Pero al marchar por él... pica, clava, hiere, sangra: ¡Quisco!

“Total, que el quisco se ha convertido en una reja... Total, ¡a oscuras! Señor mío, no se haga usted ilusiones: ese joven quedará siempre a oscuras.

“Entonces, para un poco de luz en medio de tanta oscuridad, “caminar hacia ambas partes”. No caigo en la celada, no; ambas partes no son el quisco y la reja; ellos forman una sola parte. La otra es lo que para todos es: ¡la vida, sin más! Es lo contrario a las actividades y anhelos del Teodoro, es vivir como el mundo vive, es –respecto a la mentalidad del amigo– es digo, vivir, justamente *de otro modo*.

“¿Qué tal? No se me podrá negar que tengo clara vista.

“¡Mente!

“Bien dicho. Hace aquí falta la mente. Hace falta un ordenador que encauce las maposuelas que revolotean dentro de sus cráneos artísticos.

“¡‘Veol’ –dice usted; ‘¡Sé!’ –dice usted. Sé y veo. Señor Juez: yo también. Ni una palabra de interrupción, se lo pido! Sé y veo; veo y sé:

“Amigo, amiguísimo Juez y señor mío: sé y veo que cuanto he interpretado hasta este momento, lleva el acento marcado sobre la psicología del individuo en estudio. Veo y sé que, francamente, no vale ya la pena seguir desintegrándolo psicológicamente. Pongamos el acento al otro lado de lo que Yumbelín expresaba: las agujas, las envenenadas agujas en contra mía. Adelante:

“Tal es la “gestación y razón de ser” del muy belitre. Anularme, deshacerme... quisiera. ¿A mí personalmente, a mí, a éste, al señor Valdepinos? No, no lo creo. Anular y deshacer a lo que yo represento, al *eco que yo soy*. Porque todos –y usted también y más que nadie por el hecho de ser juez– todos, digo, somos siempre un *eco*.

“¿Gestación y razón de ser? ¡Ea! No hay tales gestaciones, no hay gestación alguna que a un individuo le justifique su razón de ser. Lo que hay es únicamente murmullos que llegan; y a nosotros... oírlos, descifrarlos y decirlos: ¡eco!

“El hombrecillo aquel cree que para “decir” –en el sentido que acabo de indicar– es menester ser enorme como una catedral y grave como un elefante. No hay tal. También se “dice”, y mejor, resbalando y sonriendo. ¡Mejor se dice! Lo sabe Yumbel. Lo sabe ahí en esa partecilla que hoy llaman subconsciencia. Lo sabe y arde de ira. ¿Cómo aplacar esta ira? Anulando y deshaciendo –ya estoy cansado de repetírselo señor Juez. ¿A quiénes? A los que dichosos resbalan. ¿Cómo anular y deshacer? Aquí la cosa cambia. Un perillán soñador y grandioso nada puede contra un ser que se le resbala de entre las manos. Entonces, ¿qué hacer?

“No hay más remedio: socavar, por su oboe, en los oídos de usted, caballero y árbitro

nuestro. Es el momento en que dice: "Marcos literarios", para dejar entender que yo, insectillo, soy el hombre sin marco, el cuadro sin marco; y sabido es que "cuadro sin marco se desparrama" –como ha dicho Eurípides. Es el momento en que dice: "Cerebros en movimiento", dejando entender que yo, lagartijo, soy el hombre de cerebro parado; y sabido también es que el "cerebro parado sólo da leña" –como ha dicho Epaminondas.

"Pero Yumbel es ingenuo y todo ingenuo es, en el fondo –muy, muy en el fondo– sincero. Al serlo se delata. Tiene que confesar: "Podredumbre no ventilada". Sí, es verdad, porque dentro de las catedrales, por majestuosas que sean, no hay ventilación; si la hubiera los santones y santurrones, las vírgenes y medias vírgenes de las vidrieras se escaparían al buen aire circundante; y después ¿cómo atraparlos y aprisionarlas; cómo apresarlos y domearlas? ¡Quisiera verlo! Quedarían para siempre revoloteando por el azul y el oro de fuera, revoloteando cual mariposillas y murciélagos.

"¡Ahora pienso! A lo mejor, árbitro mío, el murciélagos y las mariposas de hace un momento ¿no serán huéspedes de viejas vidrieras medievales escapados por la distracción de algún sacristán borrachín? ¡A lo mejor!

"¡Sí, sí, sí! Ya sé que usted repetirá esto de las medias vírgenes y santurrones escapados a su amigo de la derecha. ¿Para escandalizarlo? ¿Para divertirse con la cara que ponga? ¡Qué va! Lo hará para darle fuerzas, para demostrarle hasta donde puede llegar, en absurdo, el *esprit* cuando crece en mentalidades como la mía. Así lo hará usted porque –no lo niegue– es usted su aliado. En el fondo el Juez y el artista-adolescente se entienden a maravilla. No lo niegue. Ni haga tampoco esa mueca. Parece una mueca de rechazo a mis palabras. Sea. ¿Quiere usted entonces una prueba? Se la daré, y nada ganará, caballero, con desmentirla ahora o después porque su aprobación, aunque usted no lo desee, se reflejará en la próxima mueca que hará involuntariamente. Escuche, Juez, escuche sin temor alguno: estos oboes del secreto van a servir; de este largo caño no saldrán mis palabras.

"Señor Juez: Usted, en lo más recóndito de su ser, quisiera que las biografías que sobre nosotros escribe no resultaran ligeras, chistosas, fáciles de digerir; usted las quisiera profundas como el océano y considerables como los Andes.

"¡Su mueca! Igual, caballero, a la del niño súbitamente sorprendido. ¡Igual!

"Hágalas así si así lo ambiciona. Mas tenga cuidado de que su libro no vaya a convertirse en una "podredumbre no ventilada".

"Se embrolla usted, titubea. Y es usted juez... Es usted símbolo de la imparcialidad, es decir, de la serenidad. Y se embrolla y titubea. Por eso grita:

"¡Oh, clave judicial!

"¿Dónde estará esa clave, dónde?

"Y medita contrito: "Ha de estar en... otros sitios..., en otros planos...". Entonces –¡ay, dolor; ay terror!– esos otros sitios y planos, en su subconsciencia –como ahora dicen– se le enredan, en ovillo imposible, con las ideas artísticas y grandiosas de Yumbel, ideas que son también las de usted. Deduce, ya más que contrito, aniquilado: "Las verdaderas ideas han de estar en otros planos y sitios...".

"Viene otro grito de su profundo fondo:

"¡¡Ser!!

"Ser... Ser como se es... ¡si pudiera! Usted siente que es, a pesar suyo, cual es Yumbel.

"Usted no es árbitro imparcial. Usted está en mi contra; se le conoce, señor Juez, en la nariz. Señor Juez, es usted un impostor.

OB

(Aquí creí hundirme en las tinieblas y maldije el momento en que vine a Curihue. Buena voluntad había en mí; buenos amigos me escuchaban. Y del uno recibía el apodo de "villano"; y del otro, el de "impostor". Hice un esfuerzo para arrancarme de las tinieblas, hice de tripas corazón y, aunque fuese a cortar por mitad la plástica del muy cínico, exclamé autoritario):

¡Basta! ¡Hemos terminado! Ahora recapitulemos. A cada cual diré lo que he oído por el otro caño-oboe y así veremos...

OV (Interrumpiéndome colérico mas, al mismo tiempo riendo de buena gana):

—¿Estafa, estafilla tenemos? ¡Cómo! ¿Me impide usted disertar sobre las mejores palabras de mi contrincante? No olvide, grande y venerable Juez, que aún quedan esas maravillas de:

“Oigo el sordo paso de los ruidos que marchan...

¿Valdrá la pena un aburrimiento pavoroso...?”.

“Así habló Yumbelín. Y luego dijo:

“Silencio naturaleza y hombres y andróginos;

En tu inmenso y secundario y luminoso término,

‘El ciclo de vida tiene cosas y troncos en marcha

Para todo tormento’.

“Y hay que callar. ¡Lástima grande!

OB—Sí, señores, ya hay que callar. Ahora sólo hablaré yo.

OT—

OV—¡¡Villano!! ¡¡Impostor!!

OB— ¡Silencio! Debéis oírme. Estáis en un profundo error. Yo digo que...

¡GONG!

El almuerzo.

Silencio, en efecto, se produjo. Contra el gong de Curihue nada hay que hacer. Cayeron los oboes y, a pasos lentos, nos dirigimos los tres hacia el comedor. Allí estaban todos junto a la puerta. Los miré uno a uno y comprendí que, al menos por el momento, no tendría que llamarlos por iniciales en estas mis biográficas páginas pues ninguno había llegado hasta los misteriosos caños.

Nos sentamos. Silencio. Isidra Curepto sonreía.

Nos sentamos. Yo me sentía bajo los insultos de mis amigos: “Impostor...”; “Villano...”.

No era posible. Dije con voz decidida:

—Es necesario, capitán, que aquí se sepa...

—Un momento —me interrumpió el capitán.

Lorenzo acababa de levantarse, acercarse a él y decirle algo en secreto.

—Un momento —repitió el capitán—. De esos asuntos hablarán ustedes con mi primo, no conmigo. Y han de hacerlo después; no durante este almuerzo. ¿Entendido? Ahora...

Y sonó nuevamente el gong.

Hicieron entonces solemne entrada en el comedor Taita Higuera, la llavera y los dos pinches llevando sobre los hombros una inmensa fuente de plata que humeaba cual un no menos inmenso velero al que se le hubiese colocado una gran maquinaria a carbón

para mover las hélices —ésta también últimamente colocadas— que, girando, le ayudaran a cruzar los tempestuosos océanos. Así humeaba la argentina fuente con la diferencia, respecto al velero ya mencionado, de que en éste el olor del humo sería poco agradable por provenir del carbón, en cambio en aquella era agradabilísimo por provenir —como ya el lector agudo lo habrá adivinado— de un guiso digno del más exigente de todos los gurmés. Tras de la fuente y sus sostenedores venía el cocinero, el mismo que, por las noches, dormía en colapso pero que frente a las culinarias... En fin, ya se verá.

Depositóse la fuente al centro de la mesa y retiráronse sus portafuentes. El cocinero lo hizo un instante después en medio de delirante ovación.

Entonces dijo el capitán:

—Huéspedes míos, huéspedes de mi amistad y corazón: Vais a gustar por primera vez en vuestras nobles vidas el “Guiso simbólico del Acontecer”.

“¿Qué es acontecer? Suceder. ¿Qué es suceder? Devenir. ¿Qué es devenir? Desplegarse. ¿Dónde está el epicentro de aquello que, al desplegarse, acontece, sucede y deviene? ¿Dónde está aquello que ya no es lo que fue y no es aún lo que será? ¿Dónde el punto en que no se es para poder ser; y que hay que no ser para que acontezca, suceda y devenga lo que ha de ser? Obvia respuesta: en el Huevo. En última instancia todo es para dar un huevo y todo huevo es para ser ese todo dejando de ser el huevo que ya no es. Obvia conclusión: el Guiso simbólico del Acontecer, que aquí veis, es un guiso de huevos.

“Amiga, amigos: estamos en una tremenda época de desbarajustes, guerras, trastornos..., digamos la palabra: de revoluciones. Éste es, pues, un guiso de huevos desbarajustados, trastornados, en los cuales ya no se sabe cuál es la cáscara, cuál la yema, cuál la clara, cuál la cámara de aire, cuál la binza, cuál la galladura, cuáles las chalazas. Son huevos revolucionados en sus propias revolturas. Son huevos revueltos.

“Amiga, amigos: ¿sobre qué, os pregunto, se asienta la vida? Sobre el mineral. Si suprimiéramos los minerales quedaríamos los vivientes en el aire, en el éter, en el vacío, en la nada. El sostén es el mineral. ¿Mineral? La sal. Este guiso es, pues, de huevos revueltos con sal.

“Tenemos entonces lo que sostiene y lo que deviene. ¿Qué sostener para que devenga qué? Sostener y devenir los dos grandes reinos de la vida: vegetal y animal.

“Ahora simbolicemos: Vegetal: bajo tierra está el vegetal: trufas; a ras de suelo lo está también: albaca; allá arriba por las nubes también lo está: cocos. Este guiso es, pues, de huevos revueltos con sal, aderezado con cocos, albaca y trufas.

“Ahora simbolicemos al reino animal: vive el animal en la tierra, en el aire y en el agua. Tierra: ¿qué mejor expresión que la liebre? Libre, sin madriguera, devoradora, alerta y corredora. Aire: vuela la tórtola fascinando al cazador, vuela y sueña al volar. Agua: por sus profundidades va nadando el congrio, y en sus riberas espera el goloso chasquiando la lengua. Amiga y amigos: este guiso devenidor y acontecedor es, pues, y por fin, deleitoso guiso de huevos revueltos con sal, aderezado con trufas, albaca y cocos y acompañado con chuletas de liebre, pechugas de tórtola y aletas de congrio.

“Amiga y amigos: os ruego: servíos y ¡devorad!

Así habló nuestro anfitrión. Nos dispusimos a obedecer cuando Desiderio Longotoma preguntó:

—Y el reino humano ¿dónde queda representado en este guiso?

El capitán contestó:

—Queda representado, señor Longotoma, en el hecho más puro y elevado que concebir se pueda: devorarlo en compañía de la suprema humana belleza: ¡Isidra Curepto!

Retumbó una ovación. La aludida sonrió, rio y levemente enrojeció cuando, al disponernos a atacar nuestros platos, Teodoro Yumbel preguntó:

—¿Y el reino divino, capitán?

El capitán contestó:

—¡Helo aquí!

Sonó afuera el gong. La puerta del comedor se abrió de par en par, como por encanto, y vimos entonces avanzar a una mujer angelical. El capitán, mostrándola, agregó:

—Jacqueline...

Mágicamente surgió un asiento junto a la mesa. Jacqueline, serena y muda, se sentó. Íbamos, por fin, a comer cuando Baldomero Lonquimay preguntó:

—Capitán, ¿y el reino diabólico?

Volvió el gong a sonar y, sobre el umbral, se presentó una hermosa y satánica mujer. El capitán exclamó:

—Nora de Bizerta y Ofqui.

Otro asiento mágico apareció. Sentóse Nora despidiendo fuego. Y todos, los once comensales, picamos de narices en el famoso Guiso simbólico del Acontecer.

Era riquísimo.

Los once repetimos.

Fue ésta la única vez que Baldomero Lonquimay faltó a su régimen floral. Y con razón. Comíamos, paladeábamos, devorábamos, tragábamos. ¡Qué felicidad!

Sin embargo...

¡Oh, Dios mío!

Mientras subían y bajaban los tenedores, cruzaban por encima de nuestras testas fulminantes rayos invisibles, color de acero al rojo.

Devorando tiritábamos; tragando nos estremecíamos.

Y hablábamos todos, claro está que hablábamos y animadamente. Pero los rayos seguían. Yo no podía precisar ni su esencia ni su origen ni su meta. Sólo sabía que seguían y que eran rojos y de acero. Cuando terminamos el Guiso simbólico del Acontecer nos trajeron un postre; no recuerdo de qué estaba hecho, tal era mi nerviosidad; lo único que recuerdo es que, engulléndolo, supe algo más sobre los rayos: el punto de origen, diré mejor, los puntos: eran los ojos de los comensales; los rayos de rojo acero eran rayos visuales que se entrechocaban sobre la mesa produciendo ruido de espadas. Fue todo lo que llegué a saber.

Salimos.

Café.

Lindo y suave sol; suaves y lindas flores.

Las flores olían a senos de mujer; la luz solar olía a sexo femenino.

Tornábase aquello embriagador cuando Taita Higuera tocó una campanillita portátil. Al volverme hacia él me indicó el escaño de los oboes. Hacia allá me dirigí dejando, en vagabundeo tiritante, a compañeros y compañeras. Sentado en el escaño me esperaba Lorenzo Angol.

Me dijo:

—He estado al tanto de vuestros oboes matinales. A pesar de vuestras precauciones, todo lo he oído. En tiempos pasados esos caños habrían sido perfectos pero hoy ya no lo son. Vosotros los artistas, con ese afán de vivir simultáneamente en todas las épocas, no advertís que, en otros terrenos, el tiempo cambia y camina. Así, habéis descubierto esos

largos oboes de bambú que tan buen provecho habrían prestado en los viejos tiempos, en los tiempos medios y hasta en el siglo pasado. Mas, en lo que respecta a este siglo, habéis olvidado que ahora puede oírse la más queda de las voces a distancia inmensa; habéis olvidado que muchas ondas, hastiadas de su inutilidad, se han puesto al servicio de los hombres. Mientras vosotros tres discutáis, yo, en mi habitación, oía tus palabras surgiendo de un pequeño disco colocado sobre mi almohada, y también oía las de Valdepinos y las de Yumbel como si una mano milagrosa se hubiese entretenido en desdoblar y abrir sus oboes.

“Creo inútiles, Onofre, las polémicas sobre arte. Acabo de advertírtelo: si vosotros los artistas cohabitáis con todos los momentos artísticos de la historia, marcando el acento en el arte mismo y no en su marcha, ¿os tomáis siquiera el trabajo de averiguar en cuál de tantos momentos se ha detenido momentáneamente un hombre que sobre arte se lanza a opinar? No hacéis esa búsqueda y luego os enfadáis. No he de venir yo ahora a arrojar más carbón en la hoguera.

“Pero hay otro punto que me ha interesado altamente, tanto por él en sí como por tratarse de una actitud asumida por un buen amigo como lo eres tú. Este punto es: tú como Juez.

“Tú eras juez. Hiciste tu verdadero papel; hiciste el esfuerzo necesario para actuar debidamente como tal. Ante ti, dos contrincantes que mutuamente se acusaban. Eran como dos exponentes del artista frente al mundo para convertirlo en arte. Eran como dos extremos opuestos, irreconciliables. Y tú, oyendo sus voces a través de los caños y sin que ellos se oyesen –para evitar reyertas enojosas que borran la clara exposición y el sano juicio–, deberías dar tu veredicto apoyando a aquel que creyeses más cercano al verdadero sitio del verdadero artista.

“Ardua tarea, lo sé; tanto más si consideramos que tus estudios sobre arte no han sido muy estrictos y que ahora los tienes algo olvidados. ¡Y había que formarse una rápida opinión! ¿Qué hacer en tal caso? Lo que hiciste me pareció acertado: llegaban ideas para ti nebulosas, con luces sí pero con sombras también. Cuando hay sombras tratamos de eliminarlas alumbrándolas con nuestras propias pasiones ya que nos falta para ellas la ciencia de la claridad. ¿Qué hacer para desprender todo aquello de las pasiones propias? Sacarlo de uno mismo, alejarlo de todo contagio, hacerlo objetivo. ¿Cómo? Echándolo fuera de modo que se pueda decir: “Eso allá; yo acá”. Fue lo que hiciste, Onofre, e hiciste bien. Ésta es la clave del murciélago y de las mil mariposas que revolotearon frente a vosotros tres. Hiciste bien pues es más fácil y más claro lanzar la vista hacia fuera que hacia dentro.

“He mencionado tus conocimientos sobre arte. Debo también mencionar –y acaso subrayar– otro aspecto de tu problema. Es este aspecto el siguiente: como Juez tenías que: 1º) lanzar fuera lo que a ti llegaba; 2º) tratar de *ser tú mismo* lo que hacia fuera habías lanzado.

“Onofre: estabas obligado a *ser tú* esas mariposas y ese murciélago, y no podías contentarte con contemplarlos ni aun con interpretarlos.

¡Ay Dios, qué aburrimiento! Aquel escaño se me había hecho insoportable después del asunto de los oboes y ahora estaba nuevamente sentado en él y, al parecer, para seguir ahondando la posición del artista ante la naturaleza, de la naturaleza ante las artes, de las artes ante los artistas y del artista ante las artes...

Junto a nosotros, tibia tarde de verano, sol, campos y montañas, pájaros, flores y ¡mariposas no simbólicas, no intelectuales! Junto a nosotros, murciélagos normales, dur-

miendo porque era de día y esperando, para salir, que la noche hubiera llegado. Junto a nosotros, algo más.

Yo me conozco un poco: al tratar asuntos de arte con un hombre culto e inteligente, cual es Lorenzo, no puede ser causa en mí para alzar, frente a mis ojos, un monolito de aburrimiento; el deber que me había impuesto, el deber de frecuentar y estudiar lo más posible a mis biografiados, es, en mí, una fuerza suficiente como para deshacer cualquier monolito aunque éste sea construido de aburrimiento. Ni el sol ni las flores ni las montañas ni las mariposas reales ni los murciélagos normales pueden desasosegarme hasta el punto de erigir monolitos en el curso de mis días. ¿Entonces? Creo que junto a nosotros había algo más que llamaba. ¿Debo decirlo aquí? ¡Vaya alguien a saberlo! Aquí se trata de otras biografías y no de la mía; por eso, al iniciar este relato sobre la semana curihueña, escribí con letras claras: AZUL. Aquí no puede tratarse de vivencias mías; mas como escritor que he llegado a ser, me inclino, a pesar mío, a hablar de mí mismo; para eso abrí otra sección de mi libro llamada ROJO; y para que el diario suceder no interrumpiera ni molestara, le concedí también una sección que se llamó GRIS. Queda, pues, en claro que en este *Azul* no tienen cabida ni mis volcanes ni mis chispitas. Sin embargo...

¡Oh Dios! Sin embargo...

Sin embargo hay, hay que hablar del monolito en cuestión porque creció en Curihue y porque en Curihue fue elevado por una dama no sólo curihueña sino a la vez parisiense, y no sólo parisiense sino a la vez mezclada, atada, confundida a los más recónditos resortes de muchos de esos queridos amigos que, justamente, me acompañaban entre murciélagos normales y mariposas reales allá en esas benditas tierras cordilleranas.

¡¡Jacqueline!! ¡¡Ay Jacqueline!!

Mas sin parar mientes en mi congoja, Lorenzo Angol siguió diciendo:

—No podías contentarte con contemplarlos. Si lo hubieses hecho habrías pasado a ser Artista dejando de ser Juez. Porque los artistas no juzgan sino que contemplan. Y aunque lo que voy a decirte tenga cierto aire de paradoja, puedo afirmarte que quien contempla pasa a ser parte interesada. Hay oposición absoluta entre la contemplación y la ecuanimidad. ¡Nunca me den un juez que se detenga a contemplar!

“El artista se interesa y, si lo es de verdad, su interés se troca en pasión. El artista se apasiona. Porque, al contemplar, despierta en sí una flecha que siempre todo artista lleva dentro dormida. Yo no sé de flecha alguna que no marque una dirección. Entonces ha de seguir esa dirección y, por el hecho de *seguir*, arde la pasión. Pues lo único que apaga y hiela al fuego es no tener dirección que seguir.

“La flecha de dentro indica. A veces creo que la hacemos indicar. Otras veces creo que “indicar” y “hacer indicar” son dos expresiones con un mismo y exacto significado.

“¡Oh amigo! Por una lejana asociación de ideas recuerdo en este momento un hermoso movimiento de la pata de un felino. Lo sorprendí en un zoológico mirando la jaula de los pumas. Uno de ellos, grande y gris manchado, se paseaba insistentemente junto a los barrotes. Vi de pronto el movimiento de sus pies al alzarse en la marcha: se recogían, se empuñaban, diría, en el aire para luego abrirse, cual un abanico, cuando iban a volver a tocar el suelo. Aquello me recordó el movimiento, bajo las aguas, de algunas raras medusas. ¡Era algo lleno de gracia! Me dije: “No sabía que los pumas, al caminar, hacían una armoniosa respiración con sus extremidades”. Luego me pregunté: “¿La hacen *ellos*?” Volví a preguntarme: “¿O *se* les hace sin que ellos quieran ni sepan?” Un problema..., como has de comprender. Pocos días después, en La Cantera, vi a unas gallinas saltar una acequia

huyendo de un perro. Todas, al saltar, agitaron las alas. Me dije: "Las gallinas, cuando saltan, agitan sus alas". Luego me pregunté: "¿Las agitan *ellas* o, cuando saltan, *se* les agitan?". El mismo problema, por segunda vez. Ahora, Onofre, que hablamos de las flechas directivas, viene el mismo problema por tercera vez. ¿Ves bien, sientes bien la semejanza exacta entre los tres hechos?

Respondí afirmativamente aunque, de verdad, nada veía fuera del sosegado rincón frente a nuestro escaño; y sólo sentía, allá a mis espaldas, un ruido y fragor de espadas.

Lorenzo seguía:

—Con la pasión ya despertada habrías querido actuar, ser. Hacia una dirección determinada habrías dirigido tu flecha; o bien... hacia una dirección determinada tu flecha *se te habría dirigido*. Y tú habrías corrido tras ella. Porque pasabas a ser artista y dejabas de ser juez, pasabas a ser parte integrante y no parte ajena. Entonces tu temperamento —lo que traemos desde antes de nacer— te habría torcido hacia el lado de mayor afinidad.

"No es el momento ahora de decirlo; pero permíteme que lo diga; conviene, a veces, un dardo lanzado sin objetivo; puede pegar en lo que no esperábamos y hacer volar lo que esperábamos:

"Acabo de decirte; "lo que traemos desde antes del nacimiento". Junto con decirlo golpeó en mí otra frase que sujeté por imposición hacia la buena lógica del discurso. Pero no puedo reprimirlo. ¡Qué lógica ni qué nada! Golpeó la frase: "una falta que expurgar". Lo he pensado siempre: desde antes del nacimiento traemos una falta que expurgar. Lo he pensado y hasta sentido a menudo. Es acaso lo que comúnmente se llama "temperamento". Se impone siempre, sean cuales sean nuestras directivas, se impone más por falta que por modo de ser.

"No divaguemos. Eso te habría torcido hacia uno de ellos, hacia Valdepinos o hacia Yumbel o hacia otro punto alejándote así de ambos. ¿Y el juez?

"¡No interpretar! Porque si interpretas tienes que descifrar, que ir descifrando y, para ello, tienes que *remontar la corriente*. ¿Me entiendes? La corriente de ellos, las corrientes que han sido esas vidas por separado. Pues cuanto dijeron no fue opinión ni idea ni siquiera mera concurrencia; que tales cosas, en rigor, no existen. Cuando dijeron, o puedan alguna vez decir, fue un semáforo, fueron, Onofre, *puntas finales de procesos vivos*.

"Hiciste bien: lo práctico, en tales casos, es lanzar fuera, objetivar, de todo hacer cientos de mariposas, de modo a no sólo ver esas puntas sino el proceso entero. Sí, amigo, eso es lo práctico, es decir, lo fácil. Pero ahora que reflexiono me digo: "un juez no puede ser fácil...".

Yo escuchaba, sí, al grande hombre que es Lorenzo; prueba de ello es que aquí han quedado fielmente transcritas sus palabras. Pero escuchar no impide meditar. Yo meditaba:

"Mariposas... ¡Mujeres! Ellas son mariposas en el sentido en que habla Lorenzo Angol. Porque son: *puntas vivas*. Entonces, ¿cómo saber de ellas? Soy juez: debo poder saberlo. Claro está: objetivarlas y ¡sabré! Pero, ¡Dios mío!, aquí no se trata de *saber*. Jacqueline... Oigo, atrás, fragor de espadas. ¿Por qué hay ahora tantos espadachines en vez de buenos amigos? Porque los buenos amigos, maldito lo que se ocupan de saber. Quieren *ser* ellas. Arte... Yumbel, acaso, tenía razón: *SER EN ELLAS*. Y yo, sin mentirme, ¿en cuál de ellas? (Aquí sonrío:) ¡Oh, Jacqueline! ¡Tú! ¿Nora? Tal vez. Sería interesante. Cuanto a Isidra... No; me asusta y no sé bien aún por qué. Pero, ¿y el juez entonces? Un juez que se asusta... no puede ser. Y digo juez porque en mi caso es sinónimo de biógrafo. ¡Lindas biografías si su autor

se emociona, se inquieta o se retrae! Si así sigo, este libro mío va a convertirse en un cántico a mis propias impresiones. ¡No! ¡Alto ahí!

"Hagamos de todo y de todas y de todos un cántico. Eso es: ¡cantar! Afinemos los instrumentos. ¿Qué o quién dará el *la* que ajuste y armonice? No puede colocarse un centro pues un centro tiñe. Y lo imparcial no puede teñirse ni lo debe. Yo —claro está, yo— he puesto como centro a este magnífico amigo, Lorenzo Angol, pero ¿es él el verdadero centro? Es posible que el verdadero lo sea Taita Higuera o Federico, el árbol; depende de *mi* posición. Si yo fuera pinche de cocina o si estuviera encaramado en la más alta de las ramas del buen Federico... Mas Angol lo es de este libro. Luego este libro tiene un centro; luego es un libro teñido. Calma, calma... Ya ha de venir la solución.

YLorenzo agregaba:

—Es absurdo un juez fácil. Tener que desprenderse de todo lo propio, de toda la propia "corriente" para mirar desde arriba y esto hacerlo, no con indiferencia sino con juicio crítico... no es fácil, no. Decididamente un juez no puede ser fácil.

"Me preguntaba entonces qué iría a hacer mi buen amigo Borneo...

Y el buen amigo Borneo seguía cavilando así:

"¡No hay duda! Anoche he tenido un ejemplo del mirar frío, libre, desde arriba; anoche, frente a la sabia Isidra Curepto. Porque anoche la sin par Curepto no me interesaba y todavía no me amedrentaba. Más interés —y llamo "interés" al hecho de ir perdiendo esa mirada fría para salpicarla con pasiones nuestras —encerraban mis siete compañeros ante ella que ella misma. Cuanto el señor de Berbiguier, al chonchón y aun a Zamparratas... Más intereses míos invertí en cualquiera de ellos que en Isidra la erudita de largas uñas y labio superior mordido. Son puntos, todos éstos, que no encierran duda ninguna.

YLorenzo:

—Para mi amigo Borneo —pensé oyendo las voces que salían de mi almohada— es cuestión *sine qua non* crear muchas mariposas y un murciélago: ellas, desprendimiento de los contrincantes; él, desprendimiento de los resbalones que un árbitro puede dar. Muy bien. Pero ahora debe hacer más: es también cuestión *sine qua non* que él deba *ser mariposa* y deba *ser murciélago*. ¡Penetrar en ellos! Ya penetrado, debe ahora descubrir y vivir la "corriente" que los hizo venir al mundo. Si no lo hace y si es mi amigo un hombre honrado, su misma honradez le obligará a abandonar el banco.

"Onofre, oí nuevamente tu voz. Me dije: "Ahí está siempre, no se ha marchado; mi amigo es un hombre honrado".

Yyo:

"¡Oh, santo Dios! ¡Tened piedad de un hombre honrado! ¡Oh, invencible Satanás! ¿Tendrías tú razón anoche, vejete de Vaucluse? La bondad de Florencio no quiso manchar a nuestras tres compañeras y convirtió el caso en uno puramente psicológico del buen tío que no volveremos a ver. Pues el hecho irrefutable es que ya casi ensordezco con el ruido plateado de las espaldas. Y siento que huye mi paz... ¡Calma!

"Jacqueline, con su presencia celestial, ha despertado en mí el sentido, la flecha hacia el eterno femenino. Entonces...

YLorenzo:

—Eres un hombre honrado. Mis parabienes. Reconocí tus intentos sinceros por acercarte al verdadero JUEZ. Acaso tú no lo has formulado bien pero no dudo de que la buena "flecha" te clavaba dentro aunque no tuvo ocasión de desprenderse e ir hacer compañía a sus amigos alados. ¿Cómo expresarte debidamente su significado, o si quieres, su direc-

ción? Porque, ¡escucha! Tú, juez, no tenías ningún código sobre el cual apoyarte... Tú, juez, no tenías Justicia que en tu ayuda viniera... Estabas solo y, para colmo, tampoco tenías claros recuerdos de lo que por ahí, en todas partes un poco, se ha aceptado benévolutamente sobre tan intrincadas situaciones de artistas ante la naturaleza y, sobre todo, ante las artes... Onofre, no te envidiaba.

Yyo:

"Entonces... ¿Jacqueline? Sí, ella. Pero ¿qué acaba de decir Lorenzo? "Ningún código...".

(Aquí sentí algo, algo como una idea o acaso un conocimiento que afloraba a mi mente y que estaba yo a punto de coger. Era, más bien, una reminiscencia, lejana, lejana, muy lejana, de... Veamos: lejana de unos 17 años, más o menos. Es decir, algo ocurrido por allá en el año de 1910... ¿Qué podría ser? En ese entonces contaba yo con 17 años de edad. Buena edad para impresiones jabonosas que se le escurren a uno hacia la subconsciencia; y que se escurren apresuradamente pues ya va terminando el período de tales escurrimientos. ¿Qué sería? De pronto vi por un quinto, un décimo de segundo:

Era una reminiscencia en el futuro. Dentro de 17 años, sea por ahí por los años de 1944, volverían a decirme, a inculcarme que es necesario un Código pues si no lo hay, no hay tampoco Justicia... Y dije, entonces, sin saber por qué):

-Tártara Tigre...

-¿Cómo...? -me preguntó Lorenzo.

-Nada, nada -repuse-; sólo sonidos de mis labios.

-Bien -prosiguió mi amigo-, te decía que tu flecha marcaba una dirección; no una dirección cualquiera sino una precisa. Oye: tú no querías dar un veredicto según la verdad última respecto a posiciones de artistas, artes y naturaleza sino que te obstinabas por darlo según la honradez de cada uno respecto a sí mismo al opinar.

"Sentías que tales posiciones serían exactas y meritorias si coincidían perfectamente con quien las enunciaba, que... ¡ya el arte y la naturaleza se acomodarían a gusto si encontraban sinceridad absoluta! Luego querías premiar al que hubiese sido totalmente él y castigar lo inverso.

"Pero te detenía un presentimiento: presentir el estupor de ambos contrincantes al recibir sentencia basada en ese principio. Y no sólo de ambos sino de todos los que fuesen juzgados así, de todos los que, por cualquier motivo, tuviesen necesidad, alguna vez, de solicitar un árbitro.

"¿Por qué tal estupor? Amigo mío, porque para llegar a dar una sentencia justa -en el sentido de la máxima, total sinceridad y del afinamiento perfecto- tendría el juez, creo habértelo dicho, que remontar la "corriente" de cada hombre, amoldarse a ella y ver, al final, si el resultado, el acto, la opinión o lo que quieras, coincide, calza sin un roce ni un crujido.

"¡Vaya una tarea! Juez y enjuiciado han vivido y viven en mundos diferentes, con leyes diferentes, con velocidades diferentes.

-Pero entonces, Lorenzo, ¿cuándo podrá darse un veredicto? -pregunté.

-Tendremos que esperar aún toda la vida -me respondió.

Yyo, entonces, escuchando siempre, cavilé de este modo:

"Eres un misterio completo, Jacqueline. No sé si te amo o es que tú has despertado, sepa el demonio con qué filtro, a todas las mujeres dentro de mí.

"Veo a la Isidra Curepto de anoche. ¡Ahora recuerdo! Anoche, al esconderme entre

mis sábanas después del figurín con mandolina y al recordarla frente al dragón con sus ideas, venidas y sentencias para ganar prosélitos, me dije: "Isidra es tonta, nada más que tonta; pero como al mismo tiempo es inteligente, tiene que olvidarse a menudo de que es tonta y entonces ha de hacer, sin duda, mil desatinos". Después me dormí. Ésa fue la Isidra de anoche. ¿Y la de hoy? La de hoy nada me importa respecto a su capacidad craneana. Sólo sé que ha pasado a ser inquietante por la luz que Jacqueline sobre ella ha derramado.

"¿Y Nora? La veo entrando en el comedor, surgiendo de pronto a la voz del "reino diabólico". Bonita entrada, por cierto. Se sienta y la miro... mas la miro exclusivamente como personaje de interés máximo, como toque último del cuadro vivo que el destino nos proponía representar allí, como alma enraizada en los Infiernos. Pero como mujer, como hembra pavorosa causante de los desgarramientos de Baldomero Lonquimay... ¡no! Encontré que esa dama nada tenía que ver con aquella del lecho inmenso que se quema, de las aguas límpidas que se abren, de las alfalfas aromáticas que a su contacto se convierten en terremoto... ¡nada que ver! ¿Pero ahora? El Infierno, al ser tocado por la luz del Cielo, se ha hecho en Nora –hasta ese instante sólo hermosa y llena de prestancia– clara insinuación de mujer, imán de mujer, sanguijuela trastocada en mujer.

"¿Qué irá a ser de mí, yo que he venido en busca de calma? Porque no hay que mentirse más: ¡Amo a Jacqueline!

Y, al hacerme esta declaración interna, frente a nosotros pasó, a largas zancadas, Baldomero Lonquimay. Con potente voz exclamó:

–¡Marisopas, marisopas, marisopas!

–¿Qué dice usted? –le gritó Lorenzo.

Lonquimay se detuvo, se volvió y expresó:

–Sépanlo ustedes, caballeros, que todo hombre que se respeta tiene un momento en la vida en que a la mariposa ha de llamarla "marisopa".

Y se alejó.

Amo a Jacqueline... No hay más.

Pues Angol decía:

–¿Qué irá a hacer –me preguntaba– mi buen amigo para encontrar la calma en su papel de juez? Me respondí: Cuando las inquietudes y las dudas éticas acometen, sólo queda amar, pues únicamente el amor lo soluciona todo. Onofre va a amar y creo que expresará su amor cantando. ¡Ea! ¡Un cántico! ¡Que ambos oboes de bambú sean oboes de verdad! ¡Tocad, amigos Yumbel y Valdepinos! Y sobre esos acordes, ¡cantad, amigo Borneo!

"No cantaste. Te enfadaste. Lástima.

"¿Por qué no cantas ahora?

Iba a ensayar un canto cualquiera cuando, allá atrás, entre el fragor de espadas, vibró la argentina campanilla de la llavera.

–¿Qué ocurrirá? –pregunté.

–Tal vez nos necesitan –observó Angol.

En efecto, oímos luego un primer silbido: un Mi; lo firmaba un Do sostenido (Lorenzo era requerido por Taita Higuera). Y después oímos un Sol también firmado por un Do sostenido (Taita Higuera reunía a toda la gente y no se olvidaba de mí).

Acudimos.

Gran algarazara, gran expectación.

Todos se agrupaban alrededor de un cartel clavado en el muro del corredor interior.

Codazos, empellones.  
Por fin leí:

TEATRO DEL FUNDO CURIHUE

HOY

A las 10 P.M. en punto  
GRAN FUNCIÓN DE GALA

Se pondrá en Escena  
El Drama En Tres Actos

Y

Tres Parlamentos  
Del Afamado y Notable

CHINO FA

*BLENDA Y FELDESPATO*

(Tenida de Etiqueta)  
(Entradas agotándose)

Cuando la muchedumbre se hubo calmado, el capitán tomó la palabra:

—Señoras, señores:

“Se avecina la hora del té. Dispersaos. Luego sonará el gong. Como es nuestra costumbre, apurad vuestro té en el sitio en que os sorprenda el tremolar del chino batintín.

“Id, pues, a reposar. Tendeos en vuestros lechos, laxad vuestro músculos, cerrad los ojos y tratad de no pensar alejando vuestros sinsabores. Reposad. Ello es necesario y os diré por qué:

“Como habéis visto, esta noche en nuestro Teatro, presenciareis la obra inmortal del celeberrimo Fa, *Blenda y Feldespato*. Es obra intensa, profunda. Tendréis que recurrir a todo vuestro entendimiento y a vuestra máxima sensibilidad para cogerla, gustarla y luego recordarla cual bien lo merece. Debéis, pues, estar descansados. Reposad.

“A las 8 despertad y vestíos.

“Cito a mis huéspedes en el comedor a las 8 y  $\frac{3}{4}$ ; cito a todos en el Teatro a las 9 y  $\frac{1}{2}$ . Reposad.

“Y que los buenos espíritus os acompañen.

Nos dispersamos, tomamos nuestras respectivas colaciones y cada cual en su lecho se tendió.

*TOMO V*

*Noche Tres*  
(6-III-27)

Las 8 P.M.

Volvimos todos –invitadas e invitados, campesinas y campesinos, vecinas y vecinos– a la vida del ejetreo y la lucidez.

Por mi parte vi con sorpresa que, sobre una silla de mi cuarto, alguien, mientras yo reposaba, había dejado las vestimentas que debería calarme para la gran función de gala. Me las calé con esmero. Se componían de un frac elegantemente cortado, de un sombrero de copa y de una blanca y almidonada camisa; mas no incluían ni cuello ni corbata ni chaleco; eran éstos reemplazados por un pañuelo de seda y una faja de raso, ambos de color anaranjado. A guisa de calzado se me ofrecía un par de chinelas también anaranjadas.

A las 8 y  $\frac{3}{4}$  llegué a la puerta del comedor así ataviado. Llegaron todos. Entramos.

Huelga decir que mis seis compañeros de vacaciones vestían frac, como yo, mas cada cual llevaba pañuelo, faja y chinelas de un color diferente. El capitán vestía de gran uniforme con doradas charreteras, bandolera carmesí y cinturón de plata. Y las tres damas... ¡Ah, cuán bellas estaban con sus riquísimos atavíos! Las tres lucían vestiduras de largas faldas y abismales escotaduras: Isidra, de granate; Nora, de morado; Jacqueline, de ultramar. Las tres se empinaban sobre agudos escarpines. Y las tres, al caminar, asomaban, a lo largo de las rasgadas de sus rasos talaes, sendas finas y torneadas culebrillas enfundadas en seda, que desde el alfombrado y muelle piso hasta la rótula titilante caracoleaban para luego perderse, hacia arriba, sepa Dios en qué misteriosas y fragantes cavernas.

Perdimos el apetito nosotros los varones. Durante aquella cena de la noche N<sup>o</sup> 3, adoptamos el régimen de Lonquimay. Comimos una flor cada uno.

A las 9 y  $\frac{1}{2}$  estábamos junto a la puerta del Teatro.

Aquí, pese a quien pese, debo entrar en detalles que, aunque ajenos a la tragedia misma de Fa, son indispensables para la correcta comprensión de cuanto sigue. Adelante:

Al salir del comedor y pasar al salón me sorprendió encontrar en éste a tres caballeros desconocidos. Dos de ellos eran altos, lampiños, acrobáticamente constituidos, de mirar penetrante y expresión simpatiquísima; el tercero era pequeñito, ya de edad, calvo, flaco, nervioso, de risita breve y de mirar algo desconfiado. Los dos primeros vestían de smoking; el de uno de ellos era de color verde botella; el del otro, de color gris ratón; ambos llevaban corbatas pardas, grandes sombreros de cucalones y fumaban la pipa: la pipa del verde botella era recta; la del gris ratón, curva. El tercer personaje vestía de levita, iba sin sombrero y no fumaba.

El capitán procedió a las presentaciones. Nos nombró a todos, luego indicó al viejito y dijo:

–Mister Sydney Silchester.

Después indicó al del ratón y pipa curva:

–Mister Sherlock Holmes.

Por fin, al de la botella y pipa recta:

–Su hermano, mister Mycroft Holmes.

Nos estrechamos las manos. El capitán agregó:

–Son mis invitados de honor.

Desiderio Longotoma exclamó:

–¡Olé!

Baldomero Lonquimay prorrumpió:

–¡Silencio!

Entonces el capitán, mostrando ceremoniosamente la puerta, expresó:

–*Ladys and gentlemen*, el Teatro nos espera.

Y nos pusimos en marcha.

Pasamos del salón a la antesala. Aquí el capitán apretó un botón mural y, junto con hacerlo, se abrió una trampa en el suelo. Apareció a nuestra vista una escalera circular. Por ella, charlando y riendo –como si tal cosa fuese lo más natural del mundo– descendimos. Tres, cuatro o más pisos, no recuerdo bien. Por fin llegamos a una amplia puerta. Estaba cerrada. Junto a ella nos esperaba un caballero inglés, como los del salón, de 38 años de edad y vestido de chaqué. El capitán nos lo presentó:

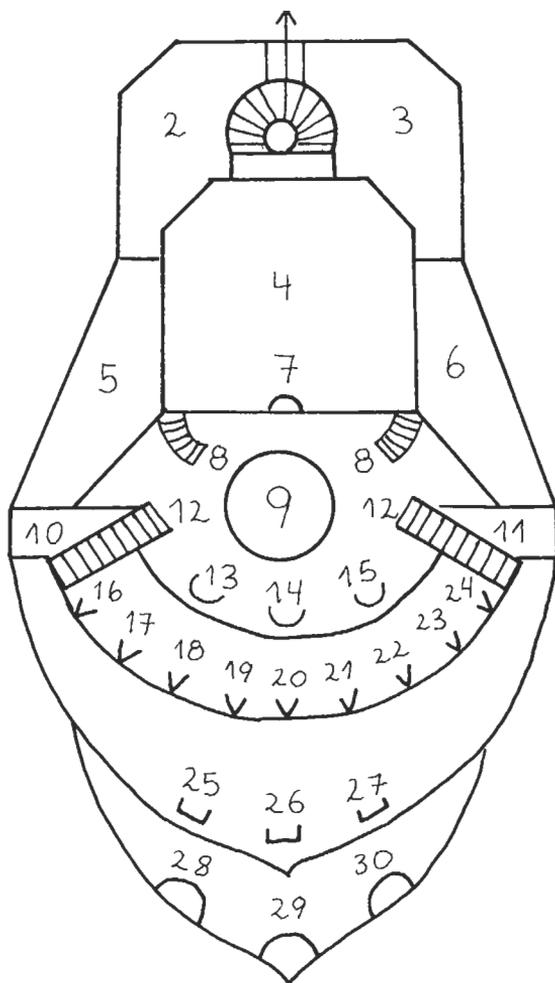
–Mister Herald F. Heard.

Y entonces la amplia puerta se abrió de par en par.

Grande fue mi sorpresa al traspasar su umbral y encontrarme de súbito en el fondo de un vasto escenario teniendo ante mis ojos una espléndida sala teatral profusamente iluminada. Guiados por nuestro anfitrión seguimos la marcha.

Pero aquí es preferible –digo yo– que el que esto esté leyendo se refiera al plano adjunto y su leyenda. Así apreciará la sabia disposición del subterráneo coliseo curihueño y conocerá la no menos sabia distribución de los asientos. Yo tan sólo debo agregar, para que el relato sea completo, lo siguiente:

a) Los cuatro hemisiclos que muestra el plano –el de las damas, el nuestro, el de Mr. Heard y los hermanos Holmes, y el de los bichos– se hallaban, como es lógico, en gradas ascendentes;



### LEYENDA

- |  |                               |
|--|-------------------------------|
| 1. Escalera de acceso al Teatro.       | 16. Teodoro Yumbel.           |
| 2. Camarines de Actores.               | 17. Lorenzo Angol.            |
| 3. Camarines de Actrices.              | 18. Onofre Borneo.            |
| 4. Escenario.                          | 19. Baldomero Lonquimay.      |
| 5. Ambigú Alcohólico.                  | 20. Mister Sydney Silchester. |
| 6. Ambigú Naturista.                   | 21. Capitán Angol.            |
| 7. Concha del Apuntador.               | 22. Desiderio Longotoma.      |
| 8. Escaleritas a Platea baja.          | 23. Valdepinos.               |
| 9. Orquesta subterránea.               | 24. Rosendo Paine.            |
| 10. Lavabo para caballeros.            | 25. Mister Mycroft Holmes.    |
| 11. Lavabo para damas.                 | 26. Mister Herald F. Heard.   |
| 12. Escaleritas a ambas Plateas altas. | 27. Mister Sherlock Holmes.   |
| 13. Isidra Curepto.                    | 28. Pajaritos.                |
| 14. Jacqueline.                        | 29. Abejas.                   |
| 15. Nora de Bizerta y Ofqui.           | 30. Mariposas.                |

- b) Por encima del más alto –el de los bichos– avanzaba un espacioso balcón hasta el respaldo del hemiciclo nuestro;
- c) Este balcón se hallaba ocupado por los aficionados del pueblo y del fundo de Curihue;
- d) Así como nosotros, los de las plateas, éramos 15, los del balcón eran 150; lo que arrojaba un total de 165 espectadores;
- e) Las butacas al centro del balcón y en primera fila, estaban ocupadas por la llavera y Taita Higuera; ignoro cómo se habían distribuido mis demás conocidos;
- f) A propósito de ignorancias agregaré que también ignoré y aún ignoro el plano completo de esta parte alta del Teatro; y...
- g) Los cambios de decorado se hacían hacia abajo pues todo el escenario no era sino un gigantesco ascensor; al llegar al fondo era corrido hacia atrás y entonces de un costado avanzaba otro decorado que ocupaba su lugar y luego subía a la altura requerida.

(Sobre los demás detalles, ya hablaremos durante la función y los entreactos).

Ahora, pues, mirar bien el plano y su leyenda y...

¡Adelante!

Nos sentamos en nuestras butacas correspondientes (según el plano). La escena desapareció de nuestra vista tapada por dos grandes cortinas de felpa blanca. Pasaron 5 minutos y sonó un batintín. La cortina se abrió hacia ambos lados. Sobre el proscenio aparecimos –de pie e inmóviles– nosotros los 15 espectadores de las plateas; o, mejor dicho, aparecieron nuestros 15 dobles. Segundo golpe de batintín: nuestros 15 dobles dieron media vuelta y contemplaron el telón de fondo.

Representaba éste una calle de Santiago en la época actual; estaba pintado con descuido, sin gracia y con una falta total de relieve. Tal vez por esto último surgió, en ese momento, un antejo estereoscópico del brazo izquierdo de cada butaca. La ilusión de relieve fue entonces perfecta. Algunos de los espectadores –como Isidra Curepto y Desiderio Longotoma– aseguraron, después de la función, que habían visto caminar a los peatones del telón y circular a sus vehículos; pero el capitán Angol nos probó que esto era una simple ilusión debida a un entusiasmo exagerado. Volvió a sonar el batintín. Entonces la escena del Santiago de hoy se volteó hacia atrás y fue reemplazada por una de Santiago durante los días de la Independencia. Ésta, a su vez, cayó hacia atrás y vimos a continuación una escena colonial; y luego, una escena de los tiempos de Pedro de Valdivia; y luego una escena anterior y en la ciudad de Lima; y luego, Colón atravesando el Atlántico; y luego, siempre retrocediendo por la Historia, cruzamos, a gran velocidad, la Edad Media entera; hasta que, en vez del batintín, sonó un cañonazo. El decorado se detuvo. Apareció el chino Fa, saludó y se alejó. La orquesta rompió con una marcha vibrante. Al son de sus acordes nuestros 15 dobles se retiraron. Todos nos sentimos reconfortados y seguros, bien sostenidos por esos dos elementos: decorado fijo y orquesta.

Empecemos por la orquesta:

Se componía de 4 instrumentos y un Director. Se encontraba en un subterráneo circular (Nº 9 del plano); sus acordes subían por la boca superior del mismo. Los instrumentos eran: un armonio, un violoncelo, un sacabuche y un arpa. La música era llevada por los tres primeros instrumentos. De cuando en cuando el cuarto, sea el arpa, desgranaba notas y arpeggios aislados y puros que revoloteaban por la sala contrastando con los de sus

colegas que eran arpegios y notas de rica felpa —como el de ambas cortinas— y que se arrastraban compactamente subiendo cual humos hasta la cúpula del teatro. Las damas (N<sup>os</sup> 13, 14 y 15 del plano), con pequenitos rifles de salón que el capitán les había proporcionado, disparaban a menudo sobre estos humos y derribaban trocitos de ellos, trocitos que caían con ruidos de sirenas y se quebraban en el suelo con ruidos de cristales. Cuanto a la música era obra del propio Director, un soberbio compositor que, además de tal, era violinista y barítono. Como violinista tocaba en el más riquísimo Stradivarius; como barítono poseía una voz digna de Stracciari; como creador estaba a la altura de Stravinski. Se llamaba Stramuros.

Y basta por lo que a la orquesta se refiere.

Vamos ahora al decorado:

Era éste una visión de los tiempos del emperador Adriano. Era tan admirable que los anteojos estereoscópicos que nos sirvieron en nuestra precipitada carrera desde el año 1927, en Santiago, hasta el año 133, en Roma, se escabulleron por los brazos derechos de las butacas. Era aquello real, más que real, mucho más, pues...

Sonó una campana y una voz gritó:

—¡Prólogo!

Entraron en escena dos personajes: un pintor vestido a la usanza de los románticos de fines del siglo pasado (chambergó, gran melena, pipa, corbata flotante, blusa suelta, pantalones de pana ajustados en los tobillos y paleta y pinceles en mano); y un mequetrefe atildado de saqué, rapado y empolvado, con sombrero hongo caído sobre una oreja, con pantalón rayado y un ágil bastón entre los dedos. Se entabla entre ellos el siguiente diálogo:

*Pintor*—(Mostrando el decorado)

—¿Qué tal, amigo, qué le parece a usted mi obra?

*Mequetrefe*—Así, así...

*P*—¡Explíquese, amigo, explíquese!

*M*—Pues vea usted, su obra me desconcierta.

*P*—¿Por qué?

*M*—Pues vea usted: edificios, plazas, plazoletas, monumentos, árboles, y personas y personajes como canes y corceles están bien, bien, son armoniosos, curiosos, sabrosos y luminosos. Pero... ¿cómo explicarme?; encuentro que, junto con ser lo que son, no son justamente lo que son. Los edificios, plazas, plazoletas, monumentos y árboles no son verdaderos árboles ni monumentos ni plazoletas ni plazas ni edificios; y otro tanto puedo argüir sobre canes y personas, sobre personajes y corceles. ¿Me entiende usted?

*P*—Usted desearía entonces más exactitud, más cercanía a la realidad real. ¿No es así?

*M*—Así es.

*P*—Caballero, para satisfacer su deseo me habría visto obligado a no decorar. Habría tenido que colocar allí cosas y seres reales. Por ejemplo: un verdadero edificio, un verdadero perro, y demás.

*M*—¿Y por qué no? ¡Hubiese sido la perfección!

*P*—Se equivoca usted porque no ve los inconvenientes que tal proceder acarrearía. Helos aquí: ahí, en la butaca N<sup>o</sup> 25, se encuentra contemplándonos Mister Mycroft Holmes. Ha de saber usted, como lo sabe todo hombre ilustrado, que Mister Mycroft tiene dos rasgos que lo singularizan: 1<sup>o</sup>) ser hermano de Mister Sherlock Holmes, el inmortal; 2<sup>o</sup>)

ser uno de los más sabios naturalistas de nuestra época. El rasgo 1º no nos incumbe ante esta representación teatral; pero el rasgo 2º, ¡sí, sí y sí!

*M*—Atiza!

*P*—Porque Mister Mycroft es naturalista y de los grandes. Por lo tanto, si ponemos bichos reales (humanos, caninos, caballares), su científico sentido crítico se despertará de inmediato y ¡por cierto! encontrará que los representantes por nosotros escogidos no muestran la perfección, el arquetipo ideal que una colosal obra, como es ésta del chino Fa, bien merece. Y tendría sobrada razón. Aquel hombre, por ejemplo, no sería, para sus ojos preñados de biológicas ciencias, el hombre en sí; aquella mujer no sería la mujer esencia; aquel perro no sería el perro al ciento por ciento; aquel caballo no sería el caballo químicamente puro. Pensaría: “¿Es posible que en una obra artísticamente perfecta se meta una mediocridad científica?”. Y tendría razón.

*M*—Y tendría razón... Entonces, amigo pintor, ¿por qué no poner, como decorado, francas, decididas imitaciones?

*P*—Porque allí, en la butaca N° 25, está contemplándonos Mister Mycroft Holmes, hermano del inmortal, y enorme sabio por añadidura. El sabio clavaría sus gemelos en nuestras imitaciones... ¡Qué de defectos anatómicos hallaría! ¡Y hasta qué de errores de actitud y expresión! Y se diría: “Ya que imitan, al menos que imiten bien. Si para los espectadores hay permanentemente ante sus ojos un llamado hacia la falsedad, este llamado irá filtrándose en sus conciencias y, al final, les inculcará la idea de que la obra entera —con sus lados teatral, literario y artístico— es falsa”. ¿Cómo yo, humilde pintor, podría corregir este mal? Sólo estudiando las ciencias del sabio inglés y, para llegar a un conocimiento suficiente de ellas, necesitaría por lo menos 3 años. Luego esta obra subiría a escena en 1930. ¡Imposible! Nuestro capitán Angol y el autor han exigido que suba este año, este bendito año de 1927.

*M*—Señor pintor, si me hubiese usted consultado antes, le habría dado yo, ¡sí, yo!, la solución. No, no mire mi sombrerito hongo; bajo estos sombreritos se ocultan muchas veces finisimas perspicacias.

*P*—¿Y es su solución...?

*M*—Pues vea usted: no poner ningún decorado, mejor dicho, reemplazarlos todos por letreros, ni más ni menos, ¡letreros, carteles! Uno diría, por ejemplo: “Este es un monumento”; otro: “Aquí hay un romano gordo de blanca toga”; otro: “Todo esto es una plaza”; otro: “En este punto está amarrado un caballo”. Y así muchos más hasta el total requerido.

*P*—No es buena la solución; no la es por dos motivos:

1º) Porque yo soy pintor, y si se tratara sólo de hacer letras... ¿dónde quedaría mi pintura y de qué viviría yo?;

2º) Porque Mister Mycroft Holmes se encuentra allí, en la butaca N° 25, y es Mister Mycroft, además de hermano de su inmortal hermano Mister Sherlock, el más conspicuo naturalista de este siglo.

*M*—Acepto el punto 1º. Pero el 2º no lo acepto. ¿Es que acaso los naturalistas de este siglo no saben leer?

*P*—Saben leer. Mas, por desgracia, saben también pensar. Entonces Mister Mycroft pensaría de este modo: “¿Es posible que, para complementar una obra tan genial como la del chino Fa, no exista en todo este país un hombre que sepa lo que son las construcciones humanas, lo que son sus propios semejantes y los animalitos domésticos? ¡Oh Dios mío,

qué pobreza, qué deficiencia imperdonable!". Así pensaría Mister Mycroft y su pensamiento invadiría a todos los cerebros presentes, hoy noche, en este coliseo.

*M*—¿Qué hacer entonces? El caso se está poniendo muy grave.

*P*—De ningún modo, joven. (Mostrando sus decorados): ¡He ahí la solución! ¡Hela ahí!

*M*—Perdone usted, pero no la veo.

*P*—Abramos ojos y oídos y, sobre todo, cabeza. Se habrá dado cuenta usted de que el escollo principal que encontrábamos para decorar era Mister Mycroft, el respetable gentleman de la butaca 25. De haber procedido de otro modo que el adoptado por mí, habría sido el derrumbe de "realidades", "imitaciones" y "carteles". Este gentleman, con su crítica agudísima, lo habría pulverizado todo. Es él, en esos terrenos, inexpugnable frente al ataque y arrollador en la embestida. ¿Qué hacer pues?

*M*—Es lo que me pregunto: ¿qué hacer?

*P*—Lo que se hace y siempre se ha hecho con todo enemigo fuerte y temible: sacarlo de sus dominios y obligarlo a batirse en terreno desconocido. Es todo.

*M*—¡Maravillosamente táctico y estratégico! A ver, a ver... Explíqueme, señor pintor, de qué mañas y artimañas se ha valido usted para lograr metas tamañas.

*P*—Ni de mañas ni de artimañas. Me he valido de tres mandobles y una clarividencia. Mandoble 1: ¡fuera realidades!; mandoble 2: ¡fuera imitaciones!; mandoble 3: ¡fuera letreos! Y el campo quedó despejado y yo, armas en mano, en medio de él. Contemplé entonces hacia todos lados: elevándose dulcemente tras el horizonte oriente, cual un nuevo y pequeño sol, vi la testa y luego los ojillos, la nariz, los bigotillos y la barba del chino Fa. Nos miramos. Y... ¡oh gloria!, sonrió.

*M*—Prueba de que aprobaba sus mandobles, prueba de que iba usted por la buena senda.

*P*—Exacto. Entonces vino ¡la clarividencia! Y vino en forma de un bumerang.

*M*—¡Arrea!

*P*—Lo que oye usted. Único medio para no sólo neutralizar las malas opiniones que el público pudiera tener —muy especialmente Mister Mycroft— sino también para atraerlo y hasta subyugarlo: hacer, por fin, el decorado bumerang. Un decorado que vaya, que vaya lejos, lejos; un decorado que, después de haber ido, vuelva, vuelva a su punto de partida. Mejor dicho: un decorado que copa al espectador, lo saque, lo lleve, lo encumbre; un decorado que lo traiga luego a su butaca, lo traiga, sí, mas pletórico de vuelos y encumbramientos. Un decorado que lo hunda en la obra representada; un decorado trampolín que lo lance desde la obra a su obra personal de su personal idiosincrasia; un decorado que, después de haber así templado al espectador en su propio ser recóndito, vuelva a clavarlo en la obra teatral. Así, caballero mío, obtenemos la perfecta colaboración, el perfecto sincronismo entre aquel que ve y aquel que hace ver. ¡Magnífica cosa! ¿Verdad?

*M*—Magnífico, en verdad... Pero oso decirle a usted que mientras no me explique y yo comprenda el..., ¿cómo decirle, cómo explicarme?, el, digamos, mecanismo, ¡eso es!, mecanismo interno de sus decoraciones, mientras no lo haga, señor pintor, algo de escepticismo se anidará en mi pecho.

*P*—Caballero, estamos justamente sobre el punto en que se extinguen las explicaciones. Aquí hay que sentir. Aquí hay que hinchar el velamen y dejarse llevar por los vientos.

*M*—Obedezco. Pero, aunque no explicar, podrá usted ayudar. Seré el velamen, créame. Sea usted el viento.

P—Allá voy y... ¡soplo!

M—Encantado y... ¡me hincho!

P—Fijemos, antes que todo, nuestra atención en la perspectiva. Sabrá usted que todos los tamaños, a medida que se alejan de nuestra vista, disminuyen, y que todas las líneas se aproximan entre ellas. Pues bien, en mi decorado ocurre lo contrario: Algunos objetos se agrandan, otros conservan sus dimensiones de primer plano; las líneas no se aproximan al ir alejándose, las líneas parecen querer zafarse unas de otras. Curiosa cosa, ¿verdad? Curiosa esta primera innovación mía. Veamos ahora mi segunda innovación: objetos y líneas, digamos formas en general, van adquiriendo, junto con ir penetrando en los reinos de las lejanías, van adquiriendo, digo, marcada semejanza con lo que podríamos llamar "tubos inhalantes". ¿Se percata usted? Es decir que, allá al fondo, mi decorado entero es una inhalación formidable. ¿Qué inhala? Señor mío, inhala la imaginación y el ansia de vivir de quien o quienes lo contemplan. Entonces las mentes de cuantos espectadores ve usted allí en la sala, parten, vuelan y recorren sus mundos soñados, mundos anhelados, la mayoría de la veces retorciéndose en la pura subconsciencia. Vuelan, se bañan en su propio todo. Señor mío, hago de los asistentes el espectador ideal. Porque no queda adherido como piedra a su butaca, porque se utiliza y planea sobre todas las posibilidades posibles de su posible ser.

M—¡Estupendo! Mas oso interrumpir a usted...

P—¡Ah, ah! Ya lo sé. Dirá usted que, junto con esto, hago espectadores distraídos... No, señor mío. Levante sus ojos y vea ahí, allá en lo alto. Nunca en su vida se ha encontrado usted frente a semejantes bambolinas. Ellas son el contrapunto del decorado. Se ensanchan en las cercanías y adquieren formas, francas formas de lo que podríamos llamar "tubos exhalantes". ¡Para qué más explicaciones...! ¡Ya lo ha adivinado usted! Todo aquello que fue inhalado por decorados, bastidores, telones de fondo, forillos y demás es exhalado por telares y bambalinas y vuelto a su debido sitio, es decir, a la mente de los espectadores-voladores, primero; a la escena y a la obra teatral, después. Así es que tenemos, para contemplar y apreciar, gentes ricas de vida interior y con todas las experiencias que hubieron debido tener en su paso por este mundo. Van, vuelan, se enriquecen; vuelven, aterrizan, explayan sus riquezas... Que cuando el emperador Adriano está en juego, créame amigo...

M—Me lo imagino, por cierto, me lo imagino.

P—Fijemos ahora nuestra atención en personajes, dogos y caballares. Ve a bien: en todos ellos hay siempre un gesto hacia el más allá. Esa dama, aquel varón, ese grupo de vestales, aquí este procónsul...; y esos dos canes finísimos, y ese, diríase, hipogrifo altivo... Todos. ¿No es verdad? Pero si aguza usted más su mirada verá en ellos una como invitación al escenario junto con un real parecido de sus miembros inferiores a troncos, a sólidos troncos que echan raíces inamovibles. Amarran a los espectadores a la obra que se representa, los amarran perforando la tierra. Esto es lo que deseaba el talentoso Fa y esto es lo que yo, modesto artista de la paleta, he realizado.

M—Super artista, le felicito a usted de todo corazón.

P—Mil gracias.

M—Podremos entonces dar comienzo...

P—Usted lo ha dicho: puede empezar la grandiosa obra del inmortal chino Fa: ¡"Blenda y Feldespato"!

La escena se oscurece; las cortinas no se cierran. El público aplaude entusiasmado. La escena se ilumina. Pintor y Mequetrefe agradecen inclinándose. Vuelve la oscuridad y vuelve la luz llamada por los aplausos; pero ahora ambos actores han retirado sus disfraces y coloretes. ¡Oh sorpresa! Los reconozco: el Pintor es mi gran amigo Rubén de Loa; el Mequetrefe es mi querido compañero Viterbo Papudo. Aplaudo con delirio y el público todo me sigue. Tercera oscuridad pero también tercera luz. Ahora de Loa, al agradecer, retrocede tres pasos y pide a Papudo que avance hasta el proscenio; lo cual visto por Mister Heard le hace preguntar —de boca y por los diminutos teléfonos— a qué se debe este proceder ya que en el diálogo el Pintor ha tenido el principal papel. Como si hubiera oído la observación, de Loa se adelanta y explica que es debido a que el Prólogo no es obra del chino Fa sino del insigne Viterbo Papudo, ahí presente. Arrecian los aplausos. Se calman. Silencio. Oscuridad. Suenan quince cascabeles. Y una voz ronca anuncia:

## PRIMER ACTO

Luz. El mismo decorado, por cierto. Una muchedumbre se pasea calmadamente.

PRIMER ROMANO

¡Mira quien allí viene! ¡Es Ella!

SEGUNDO ROMANO

¡Es Ella!

AMBOS ROMANOS

¡¡Blenda!!

Aparece la más hermosa joven que es dado concebir. Es de una elegancia sin igual. Sus joyas valen cinco fortunas. Avanza y junto con avanzar, la muchedumbre se borra hasta desaparecer. Blenda sigue. La rodea un pequeño cortejo de damas de honor, de esclavos mulatos y de enanos. A su lado derecho camina un leopardo; a su lado izquierdo, un cisne blanco de cuello negro. Los dos romanos ya citados caen de hinojos, luego se levantan y se alejan llorando. El pequeño cortejo los imita.

BLENDA

¡Cuántas dichas me acompañan, cuántas dichas... para los ojos ciegos! Soy una belleza, lo sé; tengo cinco fortunas, lo sé; soy sobrina del emperador Adriano y mi linaje se pierde por las venas de los Antonínos. Pero un mal me acomete: no soy amada. ¿Por qué? Porque un mal peor me estrangula: no puedo amar. ¡Oh desdicha! ¿Y por qué? Porque aquellos que vienen hacia mí o me son un poco inferiores —¡y yo detesto los "pocos"!—, o me son algo superiores —¡y yo detesto los "algos"!—. Quiero lo inmenso, la extremidad de lo extremo. O un hombre tan mísero que coma de los restos de lo que opulentos a sus animales dan; un hombre tan humilde que ignore el nombre de su padre y apenas recuerde el de su madre...; o bien un hombre-dios, que por cada fortuna mía, tenga veinte; que por cada vena mía —venas que se detienen en Rómulo y Remo— tenga una sorprendente arteria que lo lleve hasta Adán y hasta Eva. El uno o el otro. Y un tercero, igual a mí, ¡oh no, tampoco! ¡Yo detesto los espejos!

Se oyen los lamentos de ambos Romanos. La orquesta los acompaña con música adecuada.

PRIMER ROMANO

¡Maldita suerte la mía! Tengo nueve fortunas... ¿Cómo abandonarlas? Soy gallardo pero no un dios. Blenda no parará mientes en mí.

SEGUNDO ROMANO

¡Peor es la suerte mía! Sólo tengo una fortuna pero la tengo. Soy feo pero no alcanzo a ser un monstruo. Blenda ni siquiera me mirará. Peor es mi suerte pues tú, al menos, tienes nueve contra la una que yo poseo; tienes gallardía en vez de fealdad.

BLEND A

¿Ya quién pedir consejo? ¿A quién pedir una palabra de ayuda?

EL CISNE

A mí. Oye, mi Dueña y Señora: contempla estas alas poderosas que me adornan. Con ellas remonto por los aires hasta alturas inimaginables y Roma, esta gran Roma, tórnase pequeñita allá abajo. Dueña y Señora: ¡si supieras qué sensación de grandeza y poderío esto imprime en el espíritu! Dueña y Señora: ¿quieres que te lleve a volar en vertiginoso vuelo?

EL LEOPARDO

Acepta, Reina mía. Mira esos corceles. Créeme, pues hablo con la voz de la verdad, que todos ellos juntos no logran tener las bondades de éste mi lomo muelle. Reina mía: montarás sobre mí, ataréme, con lazos de fina seda, a mi amigo el Cisne. Agitará éste sus alas. Y tú, Reina, te elevarás llevada por tus dóciles esclavos.

CISNE Y LEOPARDO

¿Qué te importarán entonces los galanes extremos si Roma entera se convertirá a tus ojos y bajo tus pies en un punto del tamaño de ese brillante que en tu anular brilla? ¿Qué te importarán si tu visión es inmensamente mayor que la de tu propio tío en la cumbre de su poder?

BLEND A

Cuanto decís, amados esclavos míos, es verdad y os lo agradezco. Mas por verdad y maravilloso que sea, vuestro vuelo no llenará mi corazón pues no reemplazará en él este ímpetu que me lanza hacia el desconocido potente como un griego dios del Olimpo, o hacia el desconocido humilde y puro como el gusanillo que bajo las hierbas se arrastra.

EL LEOPARDO

De acuerdo, Reina mía. Pero ello no quita que un paseo sobre mis pintados lomos sea cosa digna de ensayarse por lo menos una vez en cada existencia digna de existir.

EL CISNE

¡Exacto! Es exacto lo que mi compañero ha expresado. Dueña y Señora: es cosa grande pasear sobre sus pintados lomos cuando van veloces por los aires gracias al batir de mis blancas alas.

BLEND A

Sonriendo suavemente.

Gracias, gracias. Me hacéis sonreír. ¡Cuánto bien me prodigáis! Pues sabed, dulces esclavos, que desde tiempos de las guerras púnicas mis labios no se plegaban en la forma que los dioses quieren que ellos se plieguen para indicar que un desventurado humano, desprendido por un instante del fango, ha entrevisto o ha sentido el paso de una divinidad. Dulces esclavos, acepto vuestra invitación.

EL CISNE

¡Viva Roma por la eternidad!

EL LEOPARDO

¡Viva la eternidad de Roma!

CISNE Y LEOPARDO

¡En marcha para el vuelo máximo de la Historia de los pasados tiempos y de los tiempos que han de venir!

BLENDA

En marcha...

El Leopardo se echa por tierra. Blenda sube en él. Dos cintas de celeste seda bajan del cielo y atan a jinete y cabalgadura al Cisne. Bate éste las alas. Se elevan llenos de luz. Se pierden. Stramuros rompió con marcha alada y triunfal.

PRIMER ROMANO

Cayendo de un techo.

¡Desgraciado de mí! Esto me pasa por tener sólo cuatro fortunas más que Ella... ¡Y Ella detesta los "algos"!

SEGUNDO ROMANO

Cayendo de otro techo.

¡Desgraciado de mí! Esto me pasa por tener sólo cuatro fortunas menos que Ella... ¡Y Ella detesta los "pocos"!

Caen ambos desmayados.

Aquí el público tiritó. Debo explicarme: Apenas las dos blancas cortinas de felpa se cerraron y apenas cesaron aplausos y saludos, sentí que por los espectadores se filtraba y hasta se enseñoreaba un temblor magnético, común para todos en lo que a magnetismo se refiere pero diferente para cada cual —o pequeños grupos de cada cuales— en lo que se refiere a la esencia misma del magnetismo. En todo caso los 15 tiritábamos y no dudo de que los 150 de arriba hacían igual cosa aunque sin duda con menos intensidad dadas sus constituciones algo más densas.

Quise, de inmediato, analizar este singular fenómeno y, por un impulso propio a mi temperamento, me dirigí a un autoexamen. Fracásé. El fenómeno en cuestión me pareció tan insólito que no logré la calma suficiente para una debida concentración. Me dirigí entonces a mis compañeros, es decir, abrí de par en par mi sensibilidad, implanté el silencio en mí y me conecté, gracias a un esfuerzo quedo a la vez que potente, con los nervios que me rodeaban. El resultado obtenido no fue satisfactorio y ello es comprensible: el teatro, las luces, el alboroto, el destino de Blenda —pocos días antes de nuestra llegada a Curihue se había producido, en las cercanías de San Agustín de Tango, un grave accidente de aviación—, la incógnita de Feldespato, esos cuatro señores británicos, esas seis piernas de seda de esas tres bellezas, en fin, todo se oponía a un estudio serio y recogido sobre el tiritar del ambiente. Y si a esto se agrega que sobre el total se cernía la figura y genio de un chino..., bien, cualquiera comprenderá que mi decisión fue la de tratar de empaparme lo más posible en la corrientes magnéticas que atravesaban la sala y posponer la verdadera labor a momentos de mayor calma.

Sin embargo algo pude adivinar y este algo lo guardé como un pintor guarda los croquis que anota al pasar. Fue lo siguiente:

Una simbiosis. Ni más ni menos, una simbiosis. Pero una simbiosis múltiple que empezó a

aglomerarse y constituirse casi repentinamente —el Primer Cuadro es más bien corto— para durar, o tratar de durar, una buena eternidad. Vamos adelante, escalpelo en mano:

La primera simbiosis la forman dos obras; la tragedia *Blenda y Feldespato*, y el decorado de la misma. Esto, como he dicho, era perfecto mas no es la primera vez que ocurre en la historia del teatro. No obstante nos sirve de base para las demás simbiosis, las que podríamos llamar sus superestructuras y que, según me parece, no se producen muy a menudo; pues, sea dicho de paso, sucede a veces que las superestructuras son bastante más importantes —y en este caso inquietantes— que las estructuras mismas que les dan origen. Vamos, pues, y sin soltar nuestro escalpelo, al grupo de simbiosis superestructuradas:

1) La tragedia *Blenda y Feldespato* acontece durante el Imperio Romano (Roma); 2) Su corte y su pureza son de pura estirpe griega (Grecia); 3) Es creación de Fa, chino pura sangre, nacido en Fu-chou (China); 4) Es decorada por Rubén de Loa, chileno pura sangre, nacido en Osorno (Chile); y 5) Se estrena en el cordillerano fundo de Curihue (Andes). De modo que, en un momento dado, se han fusionado en un solo y único acontecer: Roma, Grecia, China, Chile y Andes. Y este acontecer lo contemplan arrobados —fuera de nosotros, asistentes de cajón— cuatro respetables sujetos de Albión.

Con estos elementos podemos escalpar:

Grecia nos da su pureza; China nos da su edad milenaria; Chile, al pertenecer al Nuevo Mundo, nos da las esperanzas; los Andes nos dan su misterio hecho de inmensidad de entrañas y picachos. Y todo converge a la fortaleza de Roma, y de espíritu romano se tiñe. Y nuestros británicos lo estudian clavando con sus ojos una incógnita indescifrable en cada frase que los actores pronuncian.

Mas Roma prima, Roma se impone. De Roma todo sale, a Roma todo vuelve. Lo acabo de decir: Roma tiñe. En vano, chupados por los tubos inhalantes, volamos hacia Grecia la clásica, hacia China la recóndita, hacia Chile el prometedor, hacia los Andes aplastantes; en vano, para estos vuelos, empleamos las alas de nuestro hervir subconsciente. Querámoslo o no, estamos romanizados. En vano sabemos que, a la postre, Inglaterra dirá su palabra. Roma cobija y mudos acatamos la voluntad del invisible emperador Adriano.

Aquí estaba en mis sensaciones cuando se me impusieron, en forma fuerte, los tubos exhalantes. Por ellos abocábamos a la escena, lo he dicho, romanizados pero cada cual habiéndose saturado de la parte de Roma más cercana, más afinada a su propia oscura subconsciencia. Aquí estaba en ellas cuando luego sentí, con nitidez asombrosa, que Roma fue inmensa, que tuvo tantas facetas como para poder ofrecer una adecuada a cada ímpetu del corazón humano. Sentí que algunos de los espectadores irían a ver todos los actos que quedaban teñidos por la sapiente legislación de entonces; que otros los verían por medio de la sangre de sus gladiadores circenses; que otros, embelesándose por el circular callado de las catacumbas; otros, por el poder mundial que ellos tuvieron y que aquí y ahora se trocaría en poder sobre nuestros semejantes ya conocidos o por conocer.

¡Qué curiosidad me invadió! Curiosidad por saber la reacción de cada amigo allí presente. Iba a ponerme al estudio cuando dos hechos me interrumpieron: A) ¿Y Grecia y China y Chile y Andes y Albión? ¿Cómo y hasta qué grado influencian? ¡Se me habían escapado! B) Sonaron nuevamente los cascabeles y la voz ronca anunció:

### *Segundo Cuadro*

Decorado: Una mísera cabaña, ¡qué!, una abyecta pocilga. Es tan ruinosa que por los pilares de madera que aún la sostienen se ve el ir y venir de los destructores comejenes; y por sus muros de barro y estiércol se ve a las sabandijas vivir a sus anchas y mejor, ¡ya lo creo!, que los desventurados hombres que allí se hospedan. En el extremo izquierdo hay una vaga taberna. Un joven pálido y harapiento la atiende; algunos consumidores, que parecen surgidos de las miasmas, charlan con

rugidos e hipos mientras beben vino de Herculano. No hay dinero para luz; el alumbrado lo procuran cien luciérnagas que allí pernoctan acurrucadas en las vigas. El joven mencionado avanza lentamente y los consumidores se marchan.

#### FELDESPATO

¡No, no puede ser! Yo ya estoy hecho de barro y estiércol como estos muros que muros fueron en tiempos de la República. Y mis pensamientos ya no son pensamientos humanos, ya son como los de las bestezuelas que aquí han invadido y reinan. ¡No! Esto no puede ser puesto que por los cielos vuelan las aves y puesto que la tierra se adorna de flores.

Stramuros, que había acompañado esta escena con aullidos de sacabuche y lamentos de armoño, hace callar estos instrumentos y los reemplaza por una melodía angelical del violoncelo y por un golpear de alas del arpa. Feldespato queda en éxtasis.

Las aves que pasan... ¡Pero qué aves divinas! Parecen ser querubines...

Corre hacia los restos de una ventana, se asoma y mira el cielo.

¿Qué veo? ¡Por Júpiter y por Zeus! ¡Por Zeus y por Júpiter! ¿Qué veo? ¡Venus! ¡Eres tú! Y gobiernas a un leopardo y un cisne te pasea por entre nubes y estrellas... ¡Venus!

Vuelve al centro de la escena. Se cubre el rostro con las manos. Luego exclama furibundo:

¡Maldición! ¡Todo es gloria y belleza fuera de este antro! ¡Todo es pestífero aquí dentro! Cabaña, antro o pocilga: ¡Vete a los reinos de esa misma maldición!

#### *Tercer Cuadro*

Esto que Feldespato grita y la Cabaña —así la llamaré en adelante—, como obedeciendo, retrocede, se achica y se eleva hacia el extremo superior derecho del escenario y, mientras lo hace, en el extremo superior izquierdo del mismo se va dibujando y precisando un Palacio de columnas de oro y frontispicio de pórfiro. Ambos, Palacio y Cabaña, quedan allá arriba un momento inmóviles para luego desprender, hasta cerca de la concha del apuntador, dos franjas que pronto son dos sendas. Es de mármol la que viene del Palacio; es de piedra la que viene de la Cabaña. De súbito allá, en las respectivas puertas, aparecen dos puntitos. Los espectadores de buena vista ven el de la izquierda de color blanco, y el de la derecha de color pardo. Yo aun no veo nada. Pero oigo rumores de que ambos puntitos se han puesto en marcha y vienen. En efecto, ahora los percibo. Los rumores aumentan. De todas las localidades se oyen exclamaciones como las que siguen: “¡Mira, mira, mira! ¡Algo viene bajando ahí a la derecha! ¡Fíjate, a la izquierda también! ¿Serán ellos? ¡Claro, es Feldespato! ¡Y la otra es Blenda! ¡Se van a encontrar, apuesto lo que quieran! ¡Ojalá, ojalá! Etc. y etc.”. Así es, ¡son ellos! A un lado, Blenda, toda de blanca seda vestida; al otro lado, Feldespato en harapos. Han llegado al proscenio, están de frente, miran a la sala, no se han visto. Entonces, de la fosa N<sup>o</sup> 9, surge Stramuros, indica con su siniestra a la doncella y le grita: “¡A la izquierda!” . Ella obedece y ve: tórnase carmesí, luego azul, luego gris y queda por fin petrificada y alba como la nieve. Stramuros entonces indica con su diestra al doncel y le grita: “¡A la derecha!” . Él obedece y ve y, al ver, óyese un estampido: el doncel ha estallado. Queda en su sitio sólo una llamita violácea. Sus miembros vuelan por la sala y caen sobre los 165 espectadores. Hay quienes reciben huesos; quienes, nervios; quienes,

vísceras; quienes, músculos; quienes, cartílagos; en fin, la pulverización de un individuo causada por una flecha de amor. (Quiero aquí dejar constancia de que el corazón del mancebo cayó en manos de Taita Higuera. En medio de este alboroto no pude percatarme de lo que otros recibieron; sólo sé que yo fui obsequiado con una rótula y un meñique). A todo esto la llamita empieza a titilar con mayor rapidez y su tono violáceo va deshaciéndose del azul para reemplazarlo por amarillo, de modo que, al fin, junto con vibrar a velocidad eléctrica, es de un anaranjado absoluto. ¡Punto culminante de toda llama sobre todo si representa el alma de un mortal! Punto culminante: todos los órganos y miembros lanzados lejos por la explosión de amor, vuelven presurosos a su punto de partida. Se juntan, se ordenan, se vivifican. Y ahora tenemos a un Feldespato iluminado y de hinojos frente a una Blenda que recobra sus tintes de rosados pétalos de camelia. La emoción del público, por estar más allá de toda descripción, quedará aquí sin ser descrita. Sigue, pues, la obra:

FELDESPATO

Cantando con voz de tenor.

¡Amooooor...!

BLENDAS

Cantando con voz de soprano.

¡Amooooor...!

AMBOS

Cantando con sus voces correspondientes.

¡Aaamoooooor!

FELDESPATO

Cantando con voz de bajo profundo.

¡Siempre amooo-or!

BLENDAS

Cantando con voz de contralto profunda.

¡Siempre amooo-or!

Se abrazan. La escena se oscurece. La orquesta ejecuta una canción de enamorados. Termina. Luz.

#### *Cuarto Cuadro*

Ahora la escena, siendo en el fondo la misma, ha adquirido una significativa variante. Hela aquí: Palacio y Cabaña se han acercado hasta las candilejas y, al llegar, han chocado. Este choque los ha combado en medio círculo de modo que, bajo sus respectivos cimientos, forman un arco dentro del cual no hay nada fuera de un candil de mortecina luz. De pronto, sobre el Palacio, aparece un viejo y noble romano acompañado de su esposa, la más respetada matrona de Roma. Tres segundos después aparecen, sobre la Cabaña, un viejo hirsuto y miserable con su no menos miserable e hirsuta mujer. Son los primeros los padres de Blenda y son los segundos los padres de Feldespato. Se miran, se engrifan y se gruñen cual gatos enfurecidos.

PADRE DE BLENDAS

Jamás la hija por mí fabricada, la más sublime fabricación de mi nobiliaria virilidad, jamás ni siquiera rozará con el extremo de su sombra el extremo de la sombra de un mal nacido aunque tal sombra sea la sombra que hace proyectar el Sol, ese Sol de esta Roma

que alumbra y cabalga para honor de los varones de mi estirpe y para el realce glorioso de las hijas que tales varones se dignan procrear como tributo a la grandeza de nuestro encumbrado Imperio. ¿No me encuentras razón, oh tú, compañera de mi paso por el mundo, colaboradora en la máxima fabricación humana, bondadosa ofrecedora de entrañas y regazo para la realización de la doncella perfecta? ¿No me encuentras razón?

MADRE DE BLENDA

Escipión mío, te encuentro toda la razón, toda la razón. ¡No faltaría más que una hija de nosotros dos, ¡oh marido mío!, fuera ensuciada con los ojos legañosos de un marrano en forma de semihombre! ¡No faltaría más! ¿Qué dirían mis antepasados los etruscos? Te aseguro, Escipión, que se revolcarían de rabia y terminarían por echarnos un funesto hechizo. ¡No faltaría más!

Escipión besa ceremoniosamente la frente de su esposa. Pero, en el mismo instante, chilla un aullido demoníaco que paraliza el ósculo ultrarromano.

MADRE DE FELDESPATO

¡iiiiihh! ¡Uuuuuujj! Luna: ¡acá! Luna: ¡aquí! ¡Uhhiii!

Queda agazapada entre palos y pajas de su ruinoso techo. Las luces del decorado se parten en dos y hay, por lo tanto en escena, tres diferentes centros o focos luminosos: 1) El invocado por la Madre de Feldespato, con luna; 2) El que ocupan los padres de Blenda, lleno del sol por Escipión invocado; 3) El hueco o gruta inferior central siempre con su candelil.

PADRE DE FELDESPATO

Calma, mujer, calma. Chirreas demasiado fuerte. Ya tienes aquí a nuestra santa protectora la plateada Luna. ¿Qué más vas a pedir?

MADRE DE FELDESPATO

¡Cómo! ¿Es posible? ¿Ya te has olvidado de nuestra acerba desgracia? Feldespato, nuestro hijo nacido de ti, añoño tronco de las mil raíces perforantes; y de mí, simiente fecunda en la tierra abonada; nuestro hijo alejando sus sentidos de la naturaleza para plegarlos ante los gorjeos melífluos de una pajarilla enclenque y artificial... ¡Qué vergüenza para los que somos frutos del bullente barro fragante de estas campiñas!

PADRE DE FELDESPATO

Bueno, bueno, mujer, lo había olvidado un momento pero ahora lo recuerdo. Es cierto, ¡qué vergüenza! Mas no te inquietes, déjame a mí proceder, déjame a mí. ¿Sabes...?

MADRE DE FELDESPATO

Habla, robusto macho.

PADRE DE FELDESPATO

Pues bien, yo, sí, señora mía, yo aplastaré a la hija esa de esos ridículos títeres disfrazados como se aplasta a una pulga. Ni más ni menos: ¡una pulga!

MADRE DE BLENDA

¿Has oído, santo esposo? Tratan a Blenda de pulga, por lo tanto, a ti de pulgón y a mí de pulgona. ¿Y ahí te quedas tan fresco?

PADRE DE BLENDA

Déjame a mí, esposa, déjame a mí. Yo los aplastaré a todos ellos –perro, perra y perrín– como una sandalia de alta alcurnia aplasta a tres pútridos alacranes.

PADRE DE FELDESPATO

Y yo a ti, vómito de procónsul, te reventaré como a un...

PADRE DE BLENDA

Y yo a ti te fulminaré como a una...

MADRE DE BLENDA

Y yo a ti, harpía, te...

MADRE DE FELDESPATO

Y yo a ti, chacala, te...

Ya se van a las manos cuando, en la gruta y junto al candil mortecino, aparecen los enamorados. Stramuros los recibe con la más tierna a la vez que fogosa serenata. Ellos la cantan henchidos de pasión.

MADRE DE BLENDA

Inclinándose para ser oída.

¡Calla, hija mía, calla por los dioses que te oyen!

MADRE DE FELDESPATO

Inclinándose del mismo modo.

¡Por favor, hijo mío, no cantes más!

PADRE DE BLENDA

Siguen cantando como si tal cosa...

PADRE DE FELDESPATO

Y no lo hacen nada mal...

Ambos viejos se miran y levantan los hombros mientras las viejas siguen inclinadas. De pronto éstas se yerguen y se van a las manos despiadadamente cogiéndose, como primera precaución, de los cabellos. Luego tratan de morderse las mejillas mientras, por lo bajo, se dan de coques. Esto visto por los ancianos los hace mirarse interrogativamente y volver a levantar los hombros. La orquesta ha callado; los cantantes, en silencio, se besan. Sólo se oye el resoplar de las combativas viejas. Hasta que:

PADRE DE BLENDA

Esto no puede seguir así y a nada conduce.

PADRE DE FELDESPATO

De acuerdo. ¿Qué ganamos con pelearnos? Mientras más nosotros nos peleemos más oportunidades les daremos a los dos enamorados.

PADRE DE BLENDA

De acuerdo. El enemigo no está formado por nosotros mismos.

PADRE DE FELDESPATO

El enemigo está formado por su hija de usted y el hijo mío.

PADRE DE BLENDA

Mejor dicho, por el amor que los une.

PADRE DE FELDESPATO

Exacto. A ése es al que hay que aniquilar.

PADRE DE BLENDA

Nuestra ira ha de caer sobre él por intermedio de su hijo y de mi hija que aquí lo representan.

PADRE DE FELDESPATO

Exacto. Hay que vengarse uniendo nuestras fuerzas.

PADRE DE BLENDA

Eso es. ¡Venganza!

AMBOS PADRES

*Vendetta! Vendetta!! Vendetta!!!*

Ambos Padres corren hacia ambas madres y —con exquisito tino— se intercambian, es decir, el Padre de Blenda coge la diestra de la Madre de Feldespato y la alza en signo de triunfo, mientras el padre de Feldespato alza la diestra de la Madre de Blenda como muestra de victoria.

LOS CUATRO ANCIANOS

¡A la obra!

### *Quinto Cuadro*

Es espacio ocupado por los amantes avanza hasta llenar la escena entera. Desaparecen, pues, los techos y con ellos los cuatro Ancianos. Al avanzar y agrandarse de este modo, el público —por cierto arrobado— percibe mil detalles hermosísimos que adornan los muros en forma de admirables frescos. (De más advertir que todos ellos son obras de Rubén de Loa). Estos frescos —ahora mejor iluminados pues el candil se ha multiplicado por 7— representan momentos de amor que verifican en mudos y estáticos ademanes los principales dioses y diosas de la vieja Roma. Así, pude admirar una Vesta sin igual que con su fuego sagrado, usándolo cual hoy los bomberos usan el agua, apagaba el subterráneo fuego de un Vulcano, el cual, lejos de protestar, parecía con esto gozar una enormidad pues bien apreciaba el beso que en cambio recibía. Al lado admiré a un Febo escultural que con gesto displicente dejaba sus utensilios de artes y letras para lanzarse amoroso tras de una Minerva estupenda que lo atraía haciendo cantar a su dócil lechuza. Abajo mi admiración estalló al ver a una inimaginable Diana que en un ósculo ardiente unía entre sus labios a su ciervo y a un Neptuno que, ante tanta delicia, no sentía las heridas que le causaba su tridente celoso ante la bella. Arriba quedé admirado frente a un ágil Mercurio que agitaba su caduceo sutil volando hacia el matrimonio que una arrebatadora Juno le otorgaba. Y admiré más, mucho más y sentí que mis compañeros admiraban tanto como yo. ¡Qué talento tiene mi amigo de Loa! Mientras tanto Blenda y Feldespato están en contemplación de estas maravillas llenos de calma hasta que, de pronto, se inquietan: en el extremo izquierdo ha aparecido el Cisne; en el extremo derecho, el Leopardo. Luego se serenan.

BLENDA

¡Bienvenidos, viejos y queridos amigos!

CISNE

¿Se puede?

BLENDA

¡Adelante!

LEOPARDO

¿Y yo?

FELDESPATO

¡Por cierto! Pasad, amigos, pasad. ¿Qué os trae por aquí?

CISNE

Malas noticias. Pero no os inquietéis. Aquí estoy yo dispuesto a entregar hasta mi última pluma por ayudaros.

LEOPARDO

¡Y yo también! Es decir, hasta mi última cerda.

BLENDA

Me atemorizáis. Explicaos, expresaos.

FELDESPATO

¡Pronto! Que ardo ya en deseos de entregar, a mi vez, hasta mi último cabello.

LEOPARDO

Un poco de calma y escuchad: Vuestros cuatro padres están furiosos contra vosotros y han jurado *vendetta*—palabra que, dentro de pocos siglos y en este mismo terruño, querrá decir nada menos que “venganza”. Por lo tanto si no tomáis de inmediato prudentes a la par que severas medidas, seréis aniquilados por las paternas iras. Me preguntaréis a qué se debe tan belicoso y despiadado intento. Con ciencia absoluta no lo sé, no porque tal ciencia no exista sino porque yo, simple leopardo, no he sido instruido en ella. ¡Qué diablos! En mis selvas africanas poco nos ocupamos de lo que ocupa a esta inmensa Roma. No obstante tengo entendido que es por algo referente a desniveles. Para bien comprenderlo me han dicho que yo debiera encontrar el preciso ajuste entre tales desniveles, por un lado; y por otro lado el que existe entre mi siervo el Gato Montés y mi amo y señor Su Majestad el León. No entiendo. Pero sí entiendo que corréis grave peligro. Os aconsejo brava defensa. (Dirigiéndose a Feldespato:) Mancebo, eres fuerte, ágil y valeroso; podéis defender un costado de vuestra amada. Yo tengo garras y colmillos; podré defender el otro costado. ¿De acuerdo?

FELDESPATO

¡Ni media palabra más! ¡O moriré o morirán! ¡Ni un cuarto de palabra más! ¡Muerte!

BLENDA

¡Piedad, amado mío, piedad! Antes de tomar tan extrema decisión reflexiona un poco. ¿No te das cuenta de que si los otros mueren, mueren mi padre y mi madre, mi suegro y mi suegra? ¿Y si los otros vencen ¿no te fijas que muere mi novio y próximo esposo?

FELDESPATO

Es verdad. No había reflexionado lo suficiente como para fijarme en ello. Pero, novia y esposa mía, algo hay que hacer pues de no hacer nada, esos cuatro vejetes nos molerán los huesos. Si tal sucede ¿en qué queda nuestro himeneo? Reflexiona tú ahora y fíjate...

BLENDA

Es verdad. No había reflexionado lo suficiente como para fijarme en ello. Algo hay que hacer pero, ¡por Júpiter y por Adriano!, que nada se me ocurre.

CISNE

Poca imaginación o falta de memoria, graciosa amiga. Pensad un instante y, como la luz de esos siete candiles, siete brillos habrá en vuestra mente. Su resplandor caerá sobre mí. Pues yo vuelo, yo voy hacia el azur y así me alejo de los males terrenos. ¿No os he llevado, hermosa y blanca flor, por los aires? Montad ambos sobre el pintado lomo de mi

compañero, atadme a él y... ¡adiós riñas y sinsabores con los viejos que aún siguen pensando como en tiempos de los ramnenses y los ticienses! Vuestros progenitores continuarán buscándoos por valles, montañas y acueductos; vosotros estaréis por nubes, cometas y estrellas... Al fin se aburrirán y perdonarán. No se habrá vertido ni una gota de sangre. Y todos seremos felices.

LEOPARDO

Atadme al compañero, os ruego.

FELDESPATO

Monta, amor mío.

BLENDAS

He montado. Ahora monta tú, pasión mía.

FELDESPATO

Listo. ¡Batid las alas, noble Cisne!

CISNE

¡Allá voy!

El Cisne bate las alas. Blenda y Feldespato se elevan sobre el Leopardo y tras el ave. Se alejan centelleantes. Stramuros ruge desde el subsuelo. El público aplaude. Hasta que un singular crujido se oye en lo alto del Teatro. Nos volvemos. ¡Horror! Esta fuga aérea de los enamorados ha tenido su eco allá arriba y pajaritos, abejas y mariposas han violado sus cárceles y veloces invaden revoloteando el espacio. Las damas cogen sus fusiles y se aprestan para hacer fuego mas la autoritaria voz del capitán Angol reprime sus ímpetus. Con razón: no había necesidad de tal cosa pues los hermanos Holmes y Mister Heard, rápidos cual ardillas, han sacado de sus bolsillos sendos pitos misteriosos y soplan por ellos. Nosotros nada oímos. Pero pensamos que algo ha de oírse pues mariposas, abejas y pajaritos vuelven dóciles a sus guaridas. Sólo Stramuros sigue tocando, por unos instantes más, una Fuga, digna de Bach, que había empezado después de rugir y junto con escaparse el primer insecto. Mas pronto calla. Restablecida la calma, el chino Fa, en persona, anuncia el fin de este Cuadro y empieza el

### *Sexto Cuadro*

Vía Láctea. El Sol, la Tierra y la Luna, al fondo, lejos. Cerca, el Alfa del Centauro. Del costado izquierdo aparece volando el Cisne seguido del Leopardo; sobre el lomo de éste, Feldespato y tras él, Blenda. Al llegar al centro se detienen; pero esto no significa que se hayan detenido de verdad; es sólo una ilusión de óptica y una necesidad escénica pues al mismo instante la estrella mencionada se pone en marcha hacia el punto de donde nuestro héroes venían y luego, mientras dura este cuadro, nuevas estrellas pasan y se van.

BLENDAS

¡Oh maravilla sideral! Si no fuera porque quisiera hallarme bajo techo cobijante y arrullada por tu cariño, ¡ay, Feldespato!, fijaría aquí en el éter mi residencia.

FELDESPATO

Yo, lo mismo. Esto es magnífico. Pero no niego que preferiría estar en una choza que por allí tengo y en ella estar... ¡contigo! Pues piensa, ¡ay, Blenda!, que en esa choza hay un lecho y que un lecho es y siempre ha sido, como quien dice, el ánfora ideal para contener los líquidos del amor.

BLENDA

Paciencia, querido. Ya se cansarán los ancianos y podremos refugiarnos en esa choza, nuestra choza.

FELDESPATO

¡Que estos deseos sean por los dioses oídos!

BLENDA

Mas me parece que oigo como otro batir de alas, un batir más áspero, más rudo que el de nuestro Cisne.

FELDESPATO

Volviéndose y mirando hacia atrás.

¿Qué es aquello que allá diviso?

BLENDA

Haciendo lo mismo.

Es algo que hacia nosotros acomete...

FELDESPATO

Poniéndose la diestra sobre los ojos cual pantalla.

Espera... ¡Truenos! ¡Un buitre! ¡Y qué buitre!

BLENDA

Apantallándose.

¡Relámpagos! ¡Y tras él, un rinoceronte!

FELDESPATO

¡Infiernos! ¡Y junto a su cuerno, tu padre!

BLENDA

¡Lobanillos! ¡Y tras él, el tuyo!

FELDESPATO

¡Excrementos! ¡Y tras él, tu madre!

BLENDA

¡Vómitos y orines! ¡Y tras ella, la tuya! ¿Qué hacer?

FELDESPATO

Afecto de mis afectos, no te alborotes y escúchame con la mayor calma que te sea posible. No lo dudes: la victoria final será nuestra porque poseemos un talismán ante el cual nadie puede nada. Él es... ¡el amor!

BLENDA

¡Amor! Apego de mis apegos, me has reconfortado instantáneamente. Todo temor, de mí ha huido. Haz que el Cisne vuelva y salgamos al encuentro y luchemos.

FELDESPATO

No, no, no. No se trata de tal cosa. Cálmate y vamos por partes. Primero: nuestra debilidad; luego: nuestra fortaleza. Debilidad: nuestra velocidad es la velocidad de un cisne; la de ellos, de un buitre. Blenda: ¡poseen una velocidad doble! Nos alcanzarán. Ya alcanzados, nuestro aliado es un leopardo; el aliado de ellos, un rinoceronte. No hay lucha posible: el rinoceronte, con su cuerno, rasgará el vientre del leopardo, y los dientes y garras de éste nada podrán contra la coraza de aquél. Yo soy sólo uno y noble de corazón; ellos son dos y de corazones badulaques. Tú eres sólo una y de corazón inefable; ellas son dos y de corazones belitres. Seremos derrotados. Pero basta por lo que a debilidades se refiere.

BLENDA

¡Tiempo era, consorte del alma!

FELDESPATO

Vamos, entonces, a la fortaleza. Lo digo en singular porque es una sola pero infinita; sola una pero inexpugnable; sola una pero demoledora. Se llama..., se llama...

BLENDA

¡Prisa, ángel mío! Ya oigo los graznidos del ave rapaz. ¿Cómo se llama?

FELDESPATO

¡Amor!

AMBOS

Empezando a cantar.

¡Amooooor! ¡Amoooo-ooooor...!

STRAMUROS

Asomándose por el embudo.

¡Silencio, actores! Ese canto no figura en mi partitura pues no es momento para cantar cuando seis fieras están que ya nos muerden los talones... Concentraos en el chino Fa y no penetréis en mis dominios.

AMBOS

Perdón... Obedecemos.

FELDESPATO

Bueno, decía que nuestra fortaleza se llama Amor. ¿Sabes tú, virgen esplendorosa, cuáles son las posibilidades del amor?

BLENDA

Hijo mío... ¡si lo sabré yo!

FELDESPATO

Ya lo presiento, sí. Pero es que hay una posibilidad que aun los más enamorados suelen olvidar. ¡Blenda! El Amor tiene la milagrosa posibilidad del abarcamiento total y este abarcamiento lleva consigo la no menos milagrosa posibilidad de la desintegración. ¿Te das cuenta?

BLENDA

Sí, cuenta me doy. Pero, ¡prisa te repito! Ya oigo los bramidos del perisodáctilo...

FELDESPATO

¿Prisa? Es inútil, bella Blenda. Si seguimos volando nos apresarán. Por lo tanto, ésta es mi orden: "¡Cisne! ¡A tierra!". Abajo realizaremos el inmenso plan de la inmensa desintegración por el inmenso amor. ¡Cisne! ¡A tierra!

El Cisne pica de narices seguido por el Leopardo y ambos amantes; y los cuatro desaparecen rumbo vertical abajo. Sigue un momento de silencio. Luego siguen nueve momentos de inspiradísima música del genio Stramuros: junto con el chirrear de la caída suben hasta el techo acordes de esferas siderales que nuestras damas se placen en derribar con los certeros tiros de sus fusilitos de salón. Luego oýense roncadas notas. Las damas cesan el fuego. Entran en escena el buitre y el rinoceronte y, sobre éste, los cuatro suegros. Igual ilusión de óptica pues los seis se detienen mientras los astros se ponen en marcha.

PADRE DE BLENDA

Se han lanzado hacia nuestro planeta.

PADRE DE FELDESPATO

Lancémonos también. Aquí o allá los cogemos.

MADRE DE BLENDA

Los cogereis vosotros. Lo que es yo, ¡a mi palacio! No puedo más con estos vuelos.

MADRE DE FELDESPATO

Conforme, ilustre matrona. No puedo más con ese cogote implume del buitre. Me mareo.

MADRE DE BLENDA

Conforme, generosa labriega. Yo estoy mareada con ese erecto cuerno del rinoceronte.

PADRE DE BLENDA

¡Qué mujeres!

PADRE DE FELDESPATO

Así es, ¡qué mujeres!

PADRE DE BLENDA

Seguiré hasta fulminarlos, seguiré por aire, por agua o por tierra.

PADRE DE FELDESPATO

¡Con su amigo! Disculpádmene; quiero decir: con vuestro humilde servidor.

PADRE DE BLENDA

¡Buitre! ¡A tierra!

Desaparecen los seis cayendo vertiginosos hacia abajo.

### *Séptimo Cuadro*

La escena es un blanco y dorado laboratorio de un Hada portentosa. Todo en él es arrobador y de él surge un perfume de azahares que inunda al teatro entero. El Hada —más hermosa que una perla— encuéntrase de pie al centro aureolada de luces violáceas. De la cúpula del techo caen, lentamente, los dos amantes.

HADA

¡Bienvenidos perseguidos amantes como perseguidos son los amantes! ¿En qué puedo servirlos?

FELDESPATO

Pues vea usted, señorita...

BLENDA

No le hables así, querido. Fíjate bien: es el Hada protectora de los amantes desdichados.

FELDESPATO

Tienes razón, querida. (Carraspea y titubea; luego habla así:) Pues ved, Hada entre las hadas de las Hadas: Es nuestro atribulado caso...

HADA

Lo sé. Pero sé también que allá en lo alto y sobre el pintado leopardo dijiste, ¡oh, Feldepató!, que conocíais los ocultos poderes del amor. Entonces... ¿Por qué no aplicarlos?

FELDESPATO

Como conocerlos, sí; los conozco mas sólo de oídas. No sé ponerlos en práctica.

BLENDA

Y cuanto a mí, los siento, intensamente los siento mas ignoro cómo aprovecharlos en este nefasto trance.

HADA

Os daré el secreto.

BLENDA

¿Acaso un filtro?

HADA

Nada de filtros. Eso ya pasó de moda. Hoy usamos otros métodos. Escuchadme: lo único que ambos deben usar es la voluntad, la vo-lun-tad. Cuando el amor es verdadero, la voluntad todo lo puede y, al poderlo, todo lo abarca y llena. Así pues: ¡practíquese la voluntad! Eso es todo; pero es formidablemente todo. Ahora podéis retiraros.

FELDESPATO

Profundamente agradecidos.

BLENDA

Eternamente reconocidos.

HADA

¡Idos!

### *Octavo Cuadro*

Triple escena. De izquierda a derecha: 1) Rocas erizadas; de ellas salen árboles retorcidos sin hojas que parecen cuerpos humanos en desesperados movimientos; negras serpientes se enrollan en ellos; el total se asemeja a un dibujo de Gustave Doré. 2) Un pequeño lago por el que nadan blancas aves acuáticas; a su alrededor, verdes plantas con flores multicolores; al fondo, una choza pintoresca y amable. 3) Un campo terroso con algunos árboles delgados y pájaros distraídos en sus ramas; por todas partes se pasean varias gallinetas y dos conejos; algunos cardos y espigas de trigo.— En el 1 aparecen los dos Padres armados con rodelas y partesanas. Junto con aparecer, se muestran en el 3 las dos Madres desgñadas y con aires de extremo cansancio. En el 2 surgen de las aguas del lago y se posan en su orilla delantera los dos amantes. Mientras las Madres se quejan y los Padres braman, empiezan a hablar los del centro.

BLENDA

¡Salve natura, salve!

FELDESPATO

¡Salve!

BLENDA

Cariño de mis cariños, ha llegado el supremo momento en que usemos de nuestra fiera voluntad. ¡Voluntad! ¡Ven acá!

FELDESPATO

¡Acá!

Ambos quedan rígidos y caen en éxtasis.

PADRE DE FELDESPATO

Los mataremos.

PADRE DE BLENDA

Los moleremos.

PADRE DE FELDESPATO

¡Olé!

PADRE DE BLENDA

¿Qué has dicho?

PADRE DE FELDESPATO

He dicho: *Ave Cesar, ave Escipion, morituri te salutant!*

PADRE DE BLENDA

¡Ca, hombre, ca! ¿Nosotros morir? Esos enamorados morirán.

PADRE DE FELDESPATO

Eso digo: le saludarán a usted al morir.

FELDESPATO

Volviendo del éxtasis.

Empiezo a ver, sí, a ver.

BLENDA

Yo también empiezo a ver.

MADRE DE BLENDA

En fin, fornida labriega, no se puede negar que aquí estamos mejor que con ese erecto cacho ante los ojos.

MADRE DE FELDESPATO

Y con aquello alargado y cilíndrico como un dedo monstruoso, noble matrona. ¡Uy! ¡Qué cansancio!

MADRE DE BLENDA

¡Ánimo, amiga! No es el momento de descansar. Piensa en esto: ¿te das cuenta qué éxito, qué triunfo para nosotras mujeres si descubrimos antes que ellos, ¡machos!, a los dos fugitivos? ¡Ja, ja! Ellos con armas y con furias... Nosotras...

MADRE DE FELDESPATO

Nosotras... Con instinto, con habilidad, con... olfato.

MADRE DE BLENDA

¡Qué bien lo has dicho! Olfato, eso es.

MADRE DE FELDESPATO

Olfateemos.

MADRE DE BLENDA

Olfateemos.

Se echan ambas en el suelo y, cual cuadrúpedos, empiezan a olfatear.

FELDESPATO

Despertando completamente.

Ahora no sólo veo, ahora sé.

BLENDA

Ya despierta.

Yo casi sé. Habla, pues, adoración.

FELDESPATO

Pues bien, ¡oh estrella rutilante!, he aquí como es el asunto de la voluntad que el Hada nos aconsejó:

Mientras Feldespato explica a Blenda lo que por telepatía recibe del Hada –y que ya él presentía por intuición– los demás personajes hacen lo siguiente: Blenda escucha, pide mayores detalles e interpreta; los Padres, poseídos de ferocidad, atacan árboles, rocas y serpientes y algunos otros bichos y sabandijas que tienen la desventura de aproximarse a ellos; las Madres olfatean y rastrean y en sus rostros, en un comienzo de expresión algo escéptica, se va dibujando una satisfacción cada vez más acentuada. Cuanto a Stramuros, apenas Feldespato ha terminado de decir: "...que el Hada nos aconsejó...", hace que: su orquesta emita un ruido de redoble de tambor –como en los circos ante el número espectacular– caso que es extremadamente curioso pues entre los ejecutantes no hay ningún tamborilero ni ningún tamborilón.

FELDESPATO

Pues bien, ¡oh rutila estrellante!, he aquí cómo es el asunto de la voluntad que el Hada nos aconsejó: El amor es algo verdaderamente fantástico. Es algo tan grande, tan grande que lo abarca todo. Si no lo abarcara todo no sería de verdad grande, sería casi grande, estaría cerca, al borde de *lo* grande, del grande verdadero mas no sería, repito, *lo* grande. Y nuestro amor es *lo*. Si no fuera tal no habríamos cabalgado con Cisne y Leopardo. ¿Entiendes?

BLENDA

Sí y no. *Lo* *lo* ¡entendido! Pero no entiendo que siendo nuestro amor *lo*, hayamos tenido que refugiarnos aquí después de haber estado allá, allá y allá.

(Muestra con su índice derecho la Osa Mayor; con su índice izquierdo, la Hidra; con su barbilla, la Cabellera de Berenice).

FELDESPATO

¡Ah! ¡Ahí está la cosa, ahí está nuestro error! Al ir cabalgavolando cual lo hicimos, lo hicimos sobre una línea, una línea nada más, la que Cisne y Leopardo seguían. Podía ser una línea estrepitosamente inimaginable para los terrenos terráqueos pero aunque hubiese perforado a Virgo, a Cáncer y Ofiuco siempre habría sido una sola línea y, al ser una sola, no habría sido todas las demás y, al no ser las demás, no habría podido ser verdaderamente lo grande pues dejaba inmensas extensiones sin ser. Luego nuestra trayectoria, símbolo de nuestro amor, no era fiel representante de él. Al no serlo hacíase falso y lo falso es débil, lo falso ha de fracasar. En cambio ellos eran verdad pues perseguían una línea con otra línea –lo que es lógico– y todo lo que tuvieron que hacer es tomar una más fuerte que la perseguida: a cisne pusieron buitre; a leopardo, rinoceronte; a un mancebo, dos ancianos; a una doncella, dos septuagenarias. ¿Entiendes?

BLENDA

Sí, ahora voy entendiendo, mejor dicho, voy columbrando. Prosigue, por favor.

FELDESPATO

Por lo tanto: la línea y el amor no van juntos; la línea y el amor son de diferente esencia. El amor rechaza a la línea. Pues el amor no es lineal, es global. Teníamos nosotros, por consiguiente, que estar –y en este caso particular, huir– en todas las líneas a la vez. ¿Cómo? ¿Imposible? ¡Oh! ¡La revelación se acerca, mi Feldespata!

BLENDA

¡Habla, mi Blendo; mi Blendo, habla!

FELDESPATO

Sólo el amor da el don de estar en todas partes al mismo tiempo siendo uno, durante ese mismo tiempo, el total. Pues, ¿qué es el amor? Hija mía, amor es reducir a una unidad síntesis el mundo entero con todas sus variaciones. Es, hija mía...

BLENDA

¡Qué bien, qué elevado hablas!

FELDESPATO

No me interrumpas, rutila, mira que no sé, a punto fijo, si soy yo o si es el Hada protectora quien en estos solemnes momentos se expresa. No me interrumpas y recuérdalo bien por si el olvido acomete, recuerda eso de "la unidad síntesis"; y también aquello de "reducción del mundo entero". Todo reducido a uno, una sola cosa nada más, no hay más. ¡Oh magnífica unidad indisoluble! ¡Eso es amor! En cambio el odio... El odio que a ellos alimenta y los mueve es justamente lo contrario, lo contrario de la unidad y lo contrario de la unidad es...; espera que bien oiga y formule la expresión adecuada...; es la divisibilidad. Sé, en este momento, que otros a esto lo llaman "la descomposición en la multiplicidad infinita". ¿Qué tal?

BLENDA

¡Soberbio! No te detengas, ¡sigue!

FELDESPATO

Algo, entonces, al dividirse –y por ende multiplicarse o descomponerse– deja de ser un algo mayor para ser una serie de algos menores, separados, aparte. Es decir que pasa a ocupar un sitio delimitado dejando de ocupar otros muchos; existe, es aquí; y deja de existir y ser al lado, a todos los lados. Tiene, pues, si quiere moverse, una senda preindicada sin poder tener todas las demás. Que si empezara a tener más de una empezaría a no ser odio total y empezaría a acercarse a los dominios del amor. Ánfora mía, lo que de esto se deduce es claro como el agua clara de la más clara de las ánforas todas: el odio va, persigue, ataca, alcanza y demuele por una sola senda. Si los seres del amor se hallan en dicha senda, no tienen más que pasarse a otra senda; y ellos lo pueden pues –ya te he explicado– son amos y señores de todas las sendas, ¡más aún!, son ellos mismos todas las sendas que existir pudiesen. ¿Qué tal?

BLENDA

Te repito: ¡Soberbio! Y sobre todo muy práctico, creo yo...

FELDESPATO

Por cierto, ¡¡practiquísimo!

BLENDA

Entonces... ¿procedemos? ¿Nos lanzamos a la unidad síntesis? ¿La hacemos nuestra para que estemos, ¡oh Feldeespato!, en todos los sitios a la vez mientras a ellos, nuestros enemigos, los dejamos en uno solo con su senda de odio mortal?

FELDESPATO

Espera un momento, ángel de mi corazón, espera hasta que te penetres de los pormenores de este singular fenómeno. Hemos quedado en que Amor –llamémoslo así como si se tratara de un personaje– está en todas partes, y Odio –otro personaje– sólo en una. Luego Odio encuentra a Amor puesto que éste tiene que estar también en los dominios de él. Luego, ataca. Mas como lo atacado es una ínfima parte del total, Amor se le escabulle

y Odio queda –¡pobre y mísero ridículo! –encontrándolo siempre sin encontrarlo jamás. Al fin Odio se desespera, enloquece y se rinde. Al fin Amor ha triunfado y disfruta de su triunfo en paz.

BLENDA

¡Más que soberbio! Pero no sigas hablando, arcángel de mi espíritu. Se diría que el Hada te embriaga en elocuencia. Procedamos de una vez pues oigo, no lejos de aquí, como un fragor de alabardas, picas y pilos, como un crujir de maderos destrozándose y como un lúgubre silbido cual si mil serpientes sufriesen dolores inaguantables.

FELDESPATO

Ponzoñosos ruidos, de verdad. Nada bueno pueden augurar. ¡Procedamos, Blenda!

BLENDA

¡Procedamos, Feldespato!

Proceden. Fíjese bien el lector, es decir todo aquel que no tuvo la dicha de asistir esa noche al Teatro de Curihue: Blenda y Feldespato procedieron... ¿A qué? ¡Aaah! Pues nada menos que a ocuparlo todo... Nada menos que a estar en todos los sitios a la vez, cosa, por lo demás, factible –como ya hemos visto– cuando arde en el pecho el amor absoluto y cuando se tiene el apoyo de un Hada bienhechora. Al proceder de este modo tuvieron, por cierto, que ampliarse hacia y hasta todos esos sitios; tuvieron –digámoslo sin rodeos– que *desintegrarse*. Blenda y Feldespato se desintegraron, allí, en el escenario, ante nuestros ojos, iluminados por las potentes candilejas. Fue algo formidable a la par que espantoso; aunque debo prevenir que referente a lo espantoso no fue tanto; fue algo que a nosotros –simples espectadores– nos pareció tal. Al parecer así prodújose un tumulto nunca visto pues la desintegración trajo consigo un verdadero volcán de relámpagos y fuegos fatuos junto con un estrépito digno de cien baterías de la artillería de hoy. El pánico se adueñó de todo el mundo. Oí gritos por doquier; alcancé a ver, por un segundo, a Isidra Curepto alzando desesperada ambas manos hacia el cielo; por otro segundo oí los bufidos de Baldomero Lonquimay que surgían a mi lado de entre sus barbas; mientras de lo alto me caían como piedras que se derrumban, los chillidos y pataleos de vecinos y campesinos de Curihue. Al mismo tiempo Lorenzo Angol me cogía fuertemente de un brazo y, taladrándome los oídos, sonó el pito de alarma que Mister Sherlock Holmes siempre lleva consigo. Después fue aquello el pandemonio. ¿Cuánto duró? No sabría decirlo. Sólo sé que terminó tan súbitamente como había empezado. De golpe todo se calló y...

### Noveno Cuadro

La escena oscureció y un suave reflector anaranjado iluminó su centro. Allí, bajo la luz, sonriente, simpático, estaba de pie el propio chino Fa, ricamente vestido a la usanza de la dinastía de los Ming... ¡Qué alivio! Cada cual volvió a su butaca. En realidad no había pasado nada. El chino Fa saludó. Luego se expresó de este modo:

CHINO FA

Respetable concurrencia: Ruego reposo y me honro al rogar. No quiero barullos ni arranques histéricos. Quiero tranquilidad para este trozo de mi tragedia. Tal es mi querer. Ojalá, una sonrisa comprensiva; es tan grato sonreír. Ojalá, gritos de aprobación en esto que ha parecido un terremoto.

Aplaudimos. Mas algunos fuimos cogidos por una vaga extrañeza. Lancé una mirada oblicua a Rosendo Paine y él me contestó con otra que juntas hicieron un signo de interrogación. Al mismo

tiempo me percaté que el capitán Angol hacía una mueca como preguntándose si habríamos comprendido o no. ¿Qué? Algo muy insignificante, si se quiere, un simple detalle pero... Es lo siguiente: el chino Fa, en su breve exhorto, había hecho lujo de la letra R, mejor dicho, de las diferentes pronunciaci3nes que puede tener en nuestro idioma. Recordé —como los demás, sin duda, recordaron y como ha de recordar el buen lector de estas páginas— que la otra noche, horas antes y en la selva, el chino, verdadero hijo del Celeste Imperio, había pronunciado una L por cada R que se le había presentado. Es todo. ¿Importante o no? No lo sé. Sigue el Drama.

#### CHINO FA

Voy a tratar de explicaros lo mejor que me sea posible cómo se efectúa este singular fenómeno de la desintegraci3n amorosa. ¡Atenci3n! Aquí hay un punto.

(Fa lanza su índice derecho frente a él y, en efecto, en el extremo de su afilada uña, fórmas una chispa que, al retirar el dedo, queda en suspenso en el aire).

Yaquí hay otro punto.

(Igual gesto con el índice izquierdo; quedan, pues, dos chispitas a unos 50 ó 60 centímetros de distancia).

Ahora, ¡paf!

(Con las palmas de ambas manos las golpea y las junta).

¿Veis? De dos lucecillas, una sola luz. Es decir, honorable público, que una de ellas era el hombre que ama y la otra la mujer que ama y que el amor los ha unido, confundido y compenetrado. ¡Estupendo! ¿No es verdad? Ahora viene el sublime fenómeno que, en nuestro esotérico lenguaje del amor, llámase “Milagro de las Ondas”. Apreciadlo, mis amigos, que la virtuosa varita del Hada va a entrar en acci3n. ¡Fijaos bien!

(El chino Fa saca una varita de oro y con su extremo clava la chispa).

¡Pif! Público, contemplad las Ondas del Milagro.

(He aquí lo que ante nuestros ojos se presentó para eterno recuerdo nuestro pues la belleza de aquello no creo tenga igual en este mundo: Hay que imaginarse una piedra que cae en medio de un lago pero este lago hay que imaginarlo vertical, así es que las ondas en él producidas por la piedra se explayan hacia ambos lados y hacia arriba y abajo. Se explayan, se dilatan, crecen, inundan, surgiendo radiantes de aquel centro luminoso. Y son ellas también luminosas, de dos luminosidades indescriptibles, dos luminosidades que se enrollan entre sí acariciándose, restregándose y resbalándose cual ofidios simbólicos de amor; la una es de plata, ¡pero qué plata!; la otra es de cobre, ¡pero qué cobre! Nosotros todos comprendemos que la primera es la desintegraci3n de Blenda y que la segunda es la de Feldespato. Arrobados murmuramos: “¡Uuuuuuh...!”. El chino Fa, satisfecho y halagado con nuestro murmullo, sonríe plácidamente tras esta como inmensa telaraña redonda de luces movedizas. Y óyese su voz):

Todo lo ocupan los bienaventurados amantes. Os pregunto: ¿cómo atraparlos? ¿Cómo si nosotros, míseros humanos, sólo podemos coger un pedacillo de esta rueda infinita? Ved entonces a los dos torpes a la vez que fogosos perseguidores, vedlos que yo os los haré ver...

(Aquí el chino vuelve a sacar su varita y la vuelve a clavar al centro; luego lanza con ella una raya negra hacia un lado gritando: "¡El Padre de Blenda!"; luego, otra raya, negra también, hacia otro lado, gritando: "¡El Padre de Feldepató!". Y sigue tirando rayas negras en todas direcciones y nombrando a ambos ancianos).

Cada una de estas rayas, señoras y señores, es un intento de persecución, un ataque; una creencia que la presa ha sido asida y un correspondiente desengaño, ¡sí!, atroz desengaño. En cada acometida, puesto que atraviesan la maravillosa desintegración, creen tener entre sus garras a los prófugos; cada vez, al ver la inmensidad circundante de los mismos, reconocen que sus garras son impotentes. ¡Aaah! Ved:

(En efecto cada línea, al final, estalla con desagradable ruido y lanza un fogonazo color verde botella).

Cada explosión es un padecimiento cruel, creédmelo. ¡Cuánto sufren los infelices! Ya se están fatigando, ya están enloqueciendo, ya empiezan a renunciar, ya renuncian, han renunciado. Se lamentan, lloran. Van comprendiendo que es inútil perseguir, han comprendido que es inútil que el Odio venza al Amor. Blenda y Feldepató han dejado de tener quien los hostigue. ¡Honor a los amantes!

EL PÚBLICO TODO

¡Honor! ¡Honor! ¡Tres veces: honor!

MISTER SILCHESTER

¡Un momento! Bien está el honor pero antes puntualicemos, señores, puntualicemos. Distinguidísimo autor: ha dicho usted que los amantes ya no tienen ni perseguidores ni hostigadores. Es cierto en lo que a ambos suegros se refiere. Pero, ¿y las suegras? ¿Menosprecia usted a las suegras a tal punto? Esto no es posible. Ruego a usted, talentosísimo creador, que nos explique este sinsentido.

BALDOMERO LONQUIMAY

Muy justo.

DESIDERIO LONGOTOMA

Es la mismísima justicia.

ROSENDO PAINE

Se nos debe una explicación.

VALDEPINOS

*D'accord.*

NORA DE BIZERTA Y OFQUI

¡Silencio! Dejad que hable el autor o haremos fuego con nuestros rifles.

CAPITÁN ANGOL

Tiene la palabra el honorable Fa.

CHINO FA

No se inquiete usted, Mister Sydney Silchester, no inquiete usted a nuestro público. Jamás hombre cuerdo alguno ha menospreciado a una suegra; ¡qué decir a dos suegras! Por lo tanto, si no hay inconveniente, dejaré que ellas mismas en persona expliquen lo que erradamente ha tomado usted, digno británico, por un sinsentido. Anunciaré, pues, el...

### Décimo Cuadro

La escena es en su totalidad la parte N° 3 del Octavo Cuadro, es decir, la ocupada por las Madres de los enamorados. Tiene, sin embargo, una variante: allá arriba y al fondo izquierdo, se divisa la pintoresca choza de que Feldespato nos ha hablado y que antes figuraba en la parte central del Cuadro citado. En medio del campo terroso y por entre las gallinetas y dos conejos, ambas ancianas cuchichean.

MADRE DE FELDESPATO

Bueno, matrona, ¿qué tal vamos de olfateos?

MADRE DE BLENDA

Creo, labriega, que la cosa no va mal. Hay algo que me indica bonanza pero hay algo además que me perturba.

MADRE DE FELDESPATO

Curioso. A mí me ocurre lo mismo. ¿No sería conveniente reposar un rato y cambiar ideas?

MADRE DE BLENDA

Era lo que iba a proponerte, hija mía.

AMBAS MADRES

Hablando al mismo tiempo, la de Blenda con voz aguda; la de Feldespato con voz ronca. Stramuros hace acompañar este Cuadro con aullidos del sacabuche. Los hermanos Holmes sueltan 6 abejas (3 por cada vieja) que durante todo él revolotean zumbando.

No hay ni ha habido ni haber podrá fuga que eterna sea. Júpiter lo ha dicho; los Faunos lo han confirmado; Baco lo ha acatado; las Musas, a nosotras las mujeres, nos lo han comunicado; y todo Lictor, digno de este nombre, así siempre lo ha querido. Toda fuga termina en el punto de partida. Porque todo vuelve al punto de partida. ¡Ohé, ohé! ¡Ahí, ahí! ¡Aquí, aquí! De aquí partieron. Aquí volverán. Los machos creen que puede huírse al infinito. Los machos creen en la existencia del infinito. Porque la sangre les hierve e hirviendo les calienta el cerebelo. Las hembras tenemos la sangre apenas tibia y lo tibio nos adormece como para poder sentir los aromas envolventes, los susurros que no se oyen y así poder saber que el infinito está aquí, nada más que aquí. ¡Aquí, aquí! ¡Ahí, ahí! ¡Ohé, ohé! Y ohé es la ilusión, el miraje de que las cosas, y los hombres dentro de las cosas, se prolongan. Nada se prolonga, todo es, todo está, todo es quieto y es eterno pero jamás es infinito. La eternidad es inmóvil. Los machos, al moverse siempre, crean infinitos, aspectos de infinitos y creen en ellos. ¡Húndanse los machos en sus propios espectáculos! Nosotras que sentimos y sabemos en la tibieza... ¡alto! No nos movamos. Esperemos. ¡Ahí! ¡Ohé! ¡Aquí! Girarán, girarán, girarán; volverán, volverán, volverán... ¡Olfateemos, olfateemos! ¿Qué dice tu aroma, flor? ¿Qué dice el tuyo, hierba? ¿Qué dice el tuyo, guijarro? ¿Y el tuyo, gallineta? ¿Y el tuyo, conejillo? ¿Y el tuyo, bestezuela? Aspiremos. Vengan fragancias que ya no hay pestilencias. Son las pestilencias en el infinito escurridizo. En la eternidad inmóvil sólo hay fragancias. ¡Huele, huele, mujer, huele! Por ahí, por allí, por allá, más allá, más acá, por aquí... ¡Aquí, ohé, aquí! Volverán, calma, volverán, paz. ¡Fuera negras rayas y bufidos y agudas partesanas! ¡Fuera estrépitos de verde botella! Calma, paz, olfato. ¿Qué decís aromas de flor, hierba, guijarro, gallineta, conejillo, bestezuela? ¿Es aquí? ¿Aquí será? Husmea, mujer... Husmea, hembra... ¿Es? Sí, ¡sí!, ¡¡Sí!! Es... Aquí volverán los amantes,

aquí, como vuelven los condenados, aquí. Aquí los cogemos mientras los atolondrados y furiosos varones perforan ondas sin resultado. El Hada es femenina, al fin y al cabo. Estará con nosotras, femeninas. ¿Estarás? Sí, ¡sí! ¡¡Sí!! Estará. A ellos, los hombres, matarse entre ellos. Y nada más. A nosotras, las mujeres..., matar todo lo demás. Volverán, volverán... Vuelven, vuelven... Vienen, vienen... Llegan, llegan... Llega, llega la choza, la choza que todo amante escondida en su amor lleva. Choza, acércate, arrímate, más, más, más aún. Cobájanos. Atráelos. Sed la tela, la tela no de ondas plateadas y cobrizas. Sed la tela untuosa, pegajosa. Que ellos, embriagados amantes, serán los mosquitos. Que nosotras seremos las velludas tarántulas devoradoras. Sed, sed... ya que ellos, los furiosos, van a quedar despistados ladrando y ladrando al vacío; mientras nosotras, las arañas, pondremos fin, chupando, a tan malhadada pasión pecaminosa. ¡Choza, choza! Escondámonos, agazapémonos. ¡Alerta! Llegan...

### *Undécimo Cuadro*

En efecto, junto con hablar ambas ancianas, la choza lejana ha venido avanzando desde su punto superior izquierdo y, cual una lenta pero incontenible masa de lava, va tragando el terreno terroso hasta implantarse firmemente en él. Así, pues, las dos Madres, que hace un momento se hallaban al aire libre, se hallan ahora —y con enorme regocijo— dentro de la que ha de llamarse "la Choza del Gran Epitalamio". Es modesta, por cierto, mas... ¡qué acogedora! Allá en lo alto, una ventanita por donde se filtran, a la vez, un rayo de sol y otro de luna... ¡qué lindo! Y ambos caen suave, dulce, plácidamente sobre un ancho lecho que todos adivinan tiene que ser un lecho nupcial. Hay allí dentro intimidad y hay también voluptuosidad. Intimidad y voluptuosidad se funden con armonía y todo lo llenan: muros, suelo, techo, aire... Las tres damas espectadoras se inquietan; nosotros, los caballeros, también; desde lo alto se oyen llegar suspiros; Stramuros ha silenciado; sólo su arpa tremola; las seis abejas, sintiéndose súbitamente zánganos, vuelan veloces hacia la cúpula del teatro, se estrellan allá arriba, se matan y caen convertidas en seis gotas de miel. Cada dama recibe una en sus labios; las otras tres, a media altura se evaporan y perfuman el ambiente. ¡Qué lindo todo, en verdad! No es posible negarlo: mi amigo, el pintor Rubén de Loa, tiene, como decorador, una inmensidad de talento. Ahora todos nos preguntamos: "¿Qué demonios hacen allí dentro, en tan oscuro ambiente, esas dos viejas velludas de múltiples ojos y diez y seis patas entre ambas?". Es desagradable verlas. Allí están ¡pavorosas! Y se oyen broncos pasos que se acercan. Yábrese la puerta lateral que echa dentro una luz de infierno. Y penetran en la choza los dos suegros trayendo aspecto de fatigados y malheridos alacranes. Y resoplan abatidos. Y sueltan sus armas. Y se agarran y se arrancan los cabellos. Mas las suegras, lanzando irónicas risillas, los enfrentan.

MADRE DE BLENDA

¡Hola ilustre patricio! ¿Los habéis cogido?

PADRE DE BLENDA

Heme derrotado.

MADRE DE FELDESPATO

¡Hola, robusto plebeyo! ¿Los habéis cogido?

PADRE DE FELDESPATO

Heme achichartado.

AMBAS MADRES

¡Pobrecillos! ¡Ánimo, amigos, ánimo! Pero ante todo, ¿cómo habéis dado con esta choza?

PADRE DE BLENDA

Lo ignoro. Empecé de pronto a sentir una de rayas negras que me clavaban el cuerpo y luego..., luego... Lo ignoro. El caso es que heme aquí y heme derrotado.

MADRE DE FELDESPATO

¿Y tú?

PADRE DE FELDESPATO

No sé nada de nada. Me creí de pronto en una juerga descomunal. Se debe haber producido una querrela pues empecé a sentir verdes botellazos en el cráneo... Y luego... Bueno el caso es que aquí estoy y achicharrado.

MADRE DE BLENDA

Oye, Escipión, nuestra hija y el tal Feldespato van a venir a esta choza. Escondámonos y...

PADRE DE BLENDA

¡No, no, no! ¡Nada quiero saber con esos malditos! ¡Duelen demasiado! *Arrivederci!!*  
Se escapa corriendo.

MADRE DE FELDESPATO

Oye Matapión, nuestro hijo y esa tal Blenda van a venir a esta choza. Entonces lo que hay que hacer es...

PADRE DE FELDESPATO

¡No hay caso! ¡Nada quiero saber con esos bandoleros! ¡Duelen demasiado! *Good bye!!*  
Se escapa corriendo.

MADRE DE BLENDA

Bueno, hijita, ya me lo imaginaba yo...

MADRE DE FELDESPATO

Y yo también, mi gran matrona.

MADRE DE BLENDA

¡Qué hombres los de hoy día!

MADRE DE FELDESPATO

Ya no son como los de antaño.

MADRE DE BLENDA

Hagamos nosotras solas la obra de salvación de Blenda.

MADRE DE FELDESPATO

Hagamos nosotras solas la obra de salvación de Feldespato.

Las dos viejas trepan por una pared y se esconden tras los grandes cortinajes que de allí cuelgan. Un silencio. Stramuros se asoma hasta medio cuerpo, da media vuelta y mueve su batuta hacia lo alto y hacia el fondo. Los pajarillos enjaulados rompen en delicados trinos. Después de un rato de tan agradable trinar, nuestro director vuelve a mover su batuta y desaparece. Callan los pajarillos. Y... por otra puerta entran en la choza Blenda y Feldespato.

FELDESPATO

¡Grande, inmenso, sublime...

BLENDA

epitalamio!

FELDESPATO

¡Voluptuoso, arrebatador, subyugador...

BLENDA

himeneo!

FELDESPATO

¡Ah! ¡Ven acá! ¡Ah!

BLENDA

¡Oh! ¡Voy allá! ¡Oh!

Y sin más, Feldespato coge entre sus brazos a Blenda, la alza, corre hacia el lecho nupcial llevándola, salta sobre ella y...

Diré lo que siguió:

Aparecieron en escena el chino Fa, al centro; el Pintor, a su derecha; y el Mequetrefe, a su izquierda. Los tres hincáronse sobre una rodilla y cubriéronse el rostro con la diestra en signo de recogimiento. Nosotros, los 165 espectadores, nos pusimos de pie, como movidos por un resorte. Se oyó el redoble de ese tambor invisible. El cortinaje que ocultaba a las ancianas se agitó repetidas veces. Redobló con mayor ímpetu el tambor.

Esperamos.

Luego Fa se incorporó. Avanzó dos pasos, abrió los brazos y con voz solemne dijo:

Señoras, Señores:

Blenda ha perdido la virginidad.

Y cayó el telón.

Y nosotros rompimos en atronadora ovación.

Y así terminó el Primer Acto del inmortal drama que ante nuestros ojos acontecía.

El capitán Angol nos concedió 3 minutos de reposo después de la ovación. Luego el telón volvió a abrirse sobre un fondo gris oscuro. Al centro se irguió un personaje desconocido cubierto totalmente por un amplio manto espeso de color granate. Parecía, más que personaje, una especie de monolito blando. De su interior surgió una voz aterciopelada que dijo:

Soy el

PARLAMENTO A

Soy el que siempre presente debe estar, aquel sin el cual nada logra mantenerse, crecer y ser. Soy aquel que, aunque ignorado, es por la Eternidad omnipresente. Soy el Tercer Personaje. Pues aquí en el teatro existe también este personaje, oculto, invisible pero siempre laborioso, ya que sin él los otros dos, los dos polos de la acción visible, se separarían para luego desintegrarse y perderse en la nada. Soy el lazo de unión. Soy la corriente vivificadora que pone en marcha. Vosotros —obra y público— sois los muertos prontos a vivir. Yo soy la vida, sola, aislada, suspendida, sin tener nada que hacer vivir, sin tener dónde desparramarse ni qué hacer fructificar. Sin mí, esta obra habría sido y permanentemente sería, para vos, público, sólo sonidos en lengua indescifrable, sólo manchas sin conexión con ninguna forma ni color. Sin mí, tu obra, autor, sólo habría sido mero remedo que se diluiría en el vacío y jamás habría logrado permanentemente ser. Conmigo os conectáis. Y el vivir entonces es.

Permitídmme, pues, que me presente:

Soy el Tercer Personaje.

Escuchadme ahora y, os lo ruego, seguidme:

Hemos visto cuatro furias y un idilio.

Las furias matarán por lógica. Es decir, para que la lógica –o sea el orden, la estabilidad, el equilibrio– reine. Y es lógico matar cuando se es furia, porque si no se matara no sería furia. Y es necesario que todo sea lo que es. Lejos estamos de este tan alto momento. Razón de más para que todo se haga como debe ser en cada ocasión que se presente. Si la furia no mata, su verdadero destino quedará flotando, vago, inútil. Mas como todo lo inútil y vago, flotará creciendo en potencia comprimida. Y un día, tarde o temprano, estallará con formidable explosión. Los hombres entonces se quejarán. ¿Tendrán razón? No. Debieron haber dejado, antes, que cada cosa se cumpliera a su hora. Pero retardaron para la obtención de pequeño plazo que les pareció un intenso gozo. Fueron cobardes. Tanto peor. Las furias matarán ahora. Tanto mejor. Para evitar un daño mayor después.

Apresarán, marchitarán, disecarán. ¡Muerte!

Dejemos por un momento el idilio. Por un momento olvidémonos de todo idilio. Por un momento abandonemos los polos de acción visible y vamos al invisible laborioso.

Por lo tanto, no os mováis. ¡Quietud! Pero pensad.

Pensemos:

Una flor dentro de un pequeño invernadero hecho para su tamaño. No caben dos flores. Una flor bajo una campana de cristal.

Iba a decir: "de silencio".

Hay un parentesco real y directo entre una flor de ese modo y una joven virgen secuestrada.

Veo que os alzáis y alegáis en contra:

–Blenda no es virgen pues ya ha pertenecido a Feldespato. Blenda no está secuestrada pues las Madres no han logrado zafarse de los cortinajes.

Es verdad.

Lo es en cuanto se refiere a vosotros todos –¡público!– con respecto a lo que hasta ahora directamente habéis visto –¡drama!

Mas no lo es –pensadlo bien– respecto a la triple relación entre vosotros, la obra y yo.

Porque yo soy el Tercer Personaje y en mí está la clave; vale decir, la dirección; vale decir, el destino. Vale decir que yo soy lo que luego veréis que fue como fue y no de los mil modos que pudo ser. Soy, pues, la voluntad última que, sobre vuestras premisas, teje, escoge y hace. Yo no niego que si otro Tercer Personaje estuviese en mi puesto veríais otro espectáculo, otro desarrollo, otro acontecer. Yo no niego; yo ejecuto. ¿Y existen o no existen mis compañeros? ¿Soy único o somos muchos? No es esto lo que en este Parlamento se trata de dilucidar. Contentaos con saber, por hoy, que si hay muchos Terceros Personajes, éstos se reunirían en grupos y cada grupo tendría su jefe en un Cuarto Personaje; y los grupos de éstos tendrían sus Quintos Personajes. Pero ¡basta!

Por hoy basta con vosotros *aquí*; con los Padres abatidos; las Madres endemoniadas; el altísimo Emperador Adriano; Ella; Él; la hora que los relojes en este momento marcan; y Fa.

Yo os cubro a todos con los grandes repliegues de mi manto granate.

Porque soy –ahora, aquí– el Tercer Personaje.

Lo soy en esta triple relación, en esta triple verdad.

Y sabed que esta verdad triple es la que admiráis, la que muy al fondo no podéis dejar de sentir, la que habéis aplaudido y aplaudiréis en lo sucesivo. Porque el drama mismo, lo

visto aquí, no os interesa mayormente, ni podría interesaros, ni habría medio de que pudiera interesaros..., si yo no estuviera aquí. Sería transparente y vuestras miradas lo atravesarían y, al atravesarlo, llegarían a perderse en busca de una consistencia que las detuviera, la hiciera botar y volver a vuestras mentes con significado.

Vosotros mismos no os interesáis lo suficiente como para pregonar entusiasmo o rechazo. Porque sin mí carecéis de sustancia. Sin mí sois la máquina perfecta... detenida; la máquina que espera la chispa primera que pone al motor en marcha. Sin mí sois antes de la condensación; sin mí seguiríais en un lento, suave balanceo en el caos y al fin os dormiríais, acaso para siempre.

Creedme, sin mí los actores no actuarían. Entonces el chino Fa no habría escrito. Y si no hubiese escrito, esta sala, esta noche, estaría negra y vacía. Entonces nuestro anfitrión no la habría hecho construir. Y aquí habría tierra, piedras, algo de barro, algunos gusanos y nada más.

¿Se aplauden cosas así?

No.

Y han retumbado los aplausos. Fue una ovación.

Porque iba yo a venir.

Iba a venir... Entonces el capitán hizo construir, hizo este inmenso hueco; y desapareció el negro y el vacío; sin negro ni vacío, Fa, el chino genial, escribe.

Y todo marcha, todo ya condensado es.

Y vosotros aplaudís.

Porque lo que habéis aplaudido –no lo olvidéis– es ver que algo, que la Cosa marcha, acontece, es. Al ver que veis os sentís vosotros mismos *marcha*. Una marcha es suceder. Lo que sucede marchando se aplaude.

Esto se hace sin que lo que es llamado generalmente “voluntad” participe en nada.

La voluntad nace cuando aparezco yo.

Lo que llamáis voluntad es el doble reflejo mío en lo que inerte antes ya no es inerte.

Porque, en resumen, yo sin ser ni el público ni el drama, yo soy los dos a la vez. O, si queréis, los dos, al ser, no pueden dejar de hacerme a mí. Porque si no existiese la posibilidad de hacerme –para que yo a mi vez os haga– nada en nada nunca existiría. Y “donde” carecería totalmente de significado.

Yo soy y... ¡basta!

Una flor.

Una campana.

Silencio.

Una virgen.

Cristal.

Pensemos.

Ahora conscientemente sabéis que la flor bajo la campana guarda –y por los siglos guardará– un parentesco real y directo con una joven virgen secuestrada.

Secuestrada porque las viejas Madres, tarde o temprano, se desprenderán, atacarán y matarán. Lo sabéis y por eso habéis aplaudido. No os avergoncéis creyendo en instintos sanguinarios. Recordad que el aplauso era al hecho de saber por anticipado mi existencia de Tercer Personaje.

Secuestrada... Campana.

Virgen porque Blenda tiene 15 años. Y toda muchacha es virgen hasta los 16 aun cuando haya sido poseída.

Esto también lo sabíais. Esto ahora lo sabéis. Que nadie se avergüence aquí tampoco. Es la Ley.

Pensemos.

Una mano armada se alza para romper todo fanal que cubra a una flor.

¡Sí! ¡Adelante! ¡No os detengáis!

Agachaos. Coged, cada cual, el fanal con la flor aprisionada que hay a vuestros pies. Así.

Levantadlo ahora con vuestra mano izquierda. Así. Frente a vuestras rodillas detenedlo.

¡Ah...! Aunque no lo queráis ved, sentid cómo vuestra diestra armada se eleva. Dejad que esta vez me regocije yo con el espectáculo que me ofrecéis: 165 intactos cristales con 165 inmaculadas flores y... 165 manos asesinas con 165 martillos en el aire.

No os podéis detener.

¡Hágase LA voluntad!

Y retumba el teatro entero con el estrépito de 165 fanales destrozados por 165 martillos de hierro. Y 165 flores se doblan, se marchitan y caen a nuestros pies. Mustias y silenciosas se alejan para siempre y para donde.

Entonces el personaje monolítico aplaude a su vez. Y nosotros, los 165 espectadores, a una voz exclamamos ante sus aplausos:

¡Gracias! ¡Mil gracias!

Él luego prosigue:

Por desdicha, señoras y señores, todo ha de tener su reverso. Grande ha sido este momento, nadie en duda lo pone. Mas por desgracia, digo, cuanto hagamos esta noche carece totalmente de influencia y de importancia sobre lo que ocurrió en tiempos del muy augusto Emperador Adriano.

Así lo quiero yo.

Consolaos.

Ordeno yo que no sea posible vivir, alimentándose únicamente con lo que ocurrió en tiempos de ese muy augusto Emperador.

Es ello, ¡lo sé!, lo más importante de cuanto nos rodea. ¡Lo sé!

Mas como ocurren infinitas cosas fuera de aquel tiempo y de aquel Imperio..., resignémonos y consolémonos.

Sepamos esperar como esas dos viejas malditas lo saben. Que ellas al unísono han dicho: "No hay ni ha habido ni haber podrá fuga que eterna sea".

Dejemos, pues, en paz la fuga del Imperio del muy augusto Emperador Adriano.

Volverá.

Va, en estos momentos, en el más lejano de los cometas. Volverá aunque no se le reconozca al volver. Aunque casi se le ignore, será él. ¡Gloria al Imperio del muy augusto Emperador Adriano!

Dejemos en paz esa fuga que tantas y tantas otras cosas también ocurren. Como por ejemplo, amado público, esas cosas que ocurren en las cumbres de las altas montañas, de todas las altas montañas de nuestro globo.

Pero esto... nadie lo sabe.

Por lo tanto,

Señoras y Señores:

¡Adiós!

#### PRIMER ENTREACTO

Durante este Primer Entreacto el público se distribuyó como sigue:

Mister Heard y Mister Silchester entraron en el Ambigü naturista y pidieron una porción de miel cada uno; Baldomero Lonquimay también entró en el mismo pero no pidió nada; Stramuros siguió y pidió una limonada; Teodoro Yumbel quedó vacilante y al fin no entró en ninguna parte; los hermanos Holmes quedaron junto al hueco de la orquesta e hicieron gimnasia; todos los demás –incluso los músicos, de Loa y Papudo– entramos en el Ambigü alcohólico y bebimos cocteles. La única observación de importancia que hice fue que nadie habló sobre el espectáculo, lo que me hizo apreciar el alto grado de cultura del público curihuëño.

Sonó algo rarísimo. Este algo anunció el:

#### SEGUNDO ACTO

##### *Cuadro Primero*

La escena representa la Choza del Gran Epitalamio vista por fuera. Un melancólico sauce junto a ella. Sobre el techo, amplio tubo de chimenea por el que escapa una leve columna de humo azul. El humo, en el cielo, dibuja un signo de interrogación. La orquesta lanza largos quejidos y luego calla.

FELDESPATO

Apareciendo por la chimenea y quedando suspendido como flotando sobre ella.

¡Blenda! ¡Ven! ¡Sube! ¡Si vieras....!

BLENDA

Aquí estoy. En verdad, ¡qué hermoso amanecer!

FELDESPATO

Créeme que por primera vez aprecio lo que es el alba. Antes érame ella un momento fijo, inmóvil, me gustaría decir cuadrado; y que viniese tras la noche, me era una noción del habla, no de la realidad; algo que se decía, que debía decirse mas sin obedecer a un acontecimiento.

BLENDA

¿Sabes, amor, que tienes razón? El alba... Ahora me doy cuenta de su significado; ahora, por primera vez, veo que ha de venir tras la noche.

FELDESPATO

¡Y qué noche, blanca Blenda!

BLENDA

Feldespató, no me ruborices.

FELDESPATO

Sí, sí, ruborízate, ruboricémonos, que ruborizándonos crearemos los rubores de un nuevo atardecer. Y tras el atardecer...

BLENDA

Otra noche...

FELDESPATO

¿Y en esa noche?

BLENDA

¡Aaay!

FELDESPATO

¡Aaay!

Ambos empiezan a reír nerviosamente y a balancearse en el espacio. Luego vuelan y vuelan, de un lado a otro cualavecillas nunca vistas y van ululando cual uqueleles primorosos.

BLENDA

De pronto enredándose con sus amplias faldas en el signo de interrogación que forma el humo de la chimenea.

¿Qué me pasa? ¿Qué impide mi vuelo? ¿Qué significado tiene o, más bien, oculta esta singular forma del humo nuestro?

FELDESPATO

Lo que te enreda, vida mía, no es tanto el humo mismo como la interrogación que, por medio de él, formula el aparato entero que, naciendo del interior de nuestra choza, viene a terminar aquí sobre nuestro techo. “¿Qué interroga?” –preguntarás. Pues interroga, amor mío, su destino ya que más que aparato es él un prototipo, un arquetipo. De él nacerán y crecerán los verdaderos, los completos y los reyes coronados les harán el honor de apodararlos “chimeneas”.

BLENDA

Hermoso nombre: chi-me-ne-a. Me parece recordar –con el recuerdo del amor– que tendrán gran auge cuando Carlomagno entibie, junto a ellas, sus petrificados huesos.

FELDESPATO

No sólo Carlomagno... ¡Toda la Edad Media! Y te diré que Luis XIV...

STRAMUROS

Asomándose.

¡Paren! ¡Limitaos a vuestro tiempo! Que si seguís hasta este siglo xx, este Teatro reventará. Por lo demás yo sólo tengo música para el Emperador Adriano, así es que, os ruego ser menos fastidiosos. A cada cual ha de bastar su propio momento.

Desaparece.

BLENDA

Tiene razón. Aterricemos, será mejor. Allí frente a nuestra puerta hay buen campo. Y sentémonos en ese banco a la sombra del sauce.

Aterrizan, se sientan y se toman de las manos.

FELDESPATO

La primera noche ha pasado. Empieza el primer día, es decir, empieza la vida del verdadero himeneo. Empieza una nueva labor, empieza un nuevo sentido de la existencia.

BLENDA

Te comprendo. Aquí presente están los afanes que a ningún matrimonio olvidan. Nada temas, esposo, sé mis deberes. Allí dentro, en nuestra choza, están los míos. Ella es nuestro nido. Yo de él he de cuidar para que sea el regazo soñado al volver tú de bien cumplir los deberes que te incumben.

FELDESPATO

Muy bien dicho y mejor pensado. Tampoco temas tú, esposa, pues sabré llamar a los afanes que me incumben y con ellos laboraré fornidamente. Los tuyos, sí, allí dentro están; los míos, allá en los campos. A los campos, pues, me voy a arrancarles para ti dulce sustento y floreciente porvenir.

BLENDA

¡Éxito! ¡Felicidad! Sustento y porvenir encontrarán himnos de gratitud en el nido. ¡Id! La noche, conmigo dentro, ¡oh Feldespato!, te aguarda...

FELDESPATO

¡Voy! Por la noche volveré y de dentro de ella te sacaré para goce indescriptible de ambos.

AMBOS

¡Hasta la noche! ¡Hasta la Luna y las estrellas!

Feldespato se marcha hacia los campos. Blenda entra en la choza.

### *Cuadro Segundo*

La escena representa algo bastante difícil de describir pues para ello haría falta un talento literario a la altura del talento escenográfico de Rubén de Loa. En fin, haré lo posible: La escena representa, digo, una pared. Creo que lo propio de una pared al 100% es encontrarse detrás de uno. Las paredes son para darles la espalda y dejar así el mayor trecho libre ante los ojos. Estar con los ojos junto a ellas es estar en una posición extemporánea y absurda y lo absurdo y extemporáneo no cabe en las creaciones de este gran pintor. La pared del Cuadro Segundo del Segundo Acto del Drama *Blenda y Feldespato* está, pues, detrás de nosotros todos, los 165 espectadores y, a pesar de que se halla en el escenario, la sentimos con la espina dorsal apenas nos echamos aunque sea ligeramente hacia atrás. Es de color gris verdoso claro. Delante de ella y en todo su largo cae un amplio cortinaje. El espacio entre éste y aquélla es tan exiguo que sus pliegues de terciopelo azul los podemos tocar sin necesidad de alargar totalmente el brazo. En este exiguo espacio, acurrucadas, agazapadas, ocultas y achataadas bordonean, respiran y rumian inmóviles las dos suegras furibundas. Sus alientos se mezclan con los nuestros; sus rayos visuales se cruzan con los nuestros; sus vestimentas se enredan con las nuestras. Felizmente este Cuadro es corto.

MADRE DE BLENDA

Entra la páfida hija. ¡Ah maldita! No pudimos contigo anoche. Ahora... ¡verás!

MADRE DE FELDESPATO

Entra, es verdad. No escaparás violadora y corruptora de mi hijo adorado. Ahora... ¡verás!

AMBAS

Ha sonado la hora de la venganza. *Vendetta!!*

MADRE DE FELDESPATO

Nobilísima matrona, ¿por qué anoche no os zafasteis de estos terciopelos y atacasteis antes de...?

MADRE DE BLENDAS

Utilísima labriega, ¿no puedo, acaso, hacerte yo la misma pregunta a ti?

MADRE DE FELDESPATO

Por cierto y responderé: Iba ya a saltar para impedir aquello cuando..., cuando un enorme, un inmenso cogote de buitre se interpuso entre mí y estas cortinas y, ¡ay!, me paralizó, me agartotó y... tuve que dejar que aquello sucediera. ¿Y vos, señora?

MADRE DE BLENDAS

Algo parecido. Ya iba a lanzarme en contra de los pecaminosos cuando..., cuando un macizo e imponente cuerno de rinoceronte se irguió frente a mí y, como a ti, me agartotó y me paralizó... y aquello no pude impedirlo.

AMBAS

¡Ahora no hay cuernos ni cogotes! ¡Procederemos indómitas y feroces! *Vendetta!!*

### *Cuadro Tercero*

La escena representa algo ya representado pues es nuevamente el interior de la Choza del Gran Epitalamio. Pero ¡cuánto cambia, cuánto va cambiando a medida que el Cuadro se desarrolla! Pues se ha integrado a la vida del perfecto himeneo y la sola presencia de nuestra heroína –¡qué decir de sus ágiles manos!– va transformando aquello tan modesto en un interior sencillamente maravilloso. Surgen mármoles suntuosos y púrpuras por doquier; surgen flores y pintadasavecillas también. Todo se limpia y brilla. La ventana se cubre de vitrales que, a pesar de las protestas de Stramuros, son dignos del más puro medioevo. En fin, es todo eso un verdadero ideal.

BLENDAS

Entrando.

Mansión de amor, ¡acógeme con el mismo ardor con que yo te amo! ¡Vístete con tus mejores prendas! ¡Lléname de guirnaldas! ¡Canta conmigo el himno único del amor eterno y total!

Va de un lado a otro, corre radiante, agita sus manos y todo obedece a ella como a un divino conjuro. De pronto se detiene y una leve expresión de tristeza llena su rostro.

Amor... ¿Eterno y total? ¿Sin antes ni después y en todas partes? ¿Eres así? ¿Por qué esta duda ha venido a ensombrecerme?

Se sienta, luego se recuesta para volver a sentarse y recostarse nuevamente, de modo que toda ella parece ondular. Mientras tanto sus manos, con suave ritmo, hacen moderados arabescos que, por irradiación, siguen embelleciendo la choza.

¡Ah! Son las palabras de Stramuros las que ahora me asaltan y avasallan. Dijo él: “¡Limitaos a vuestro tiempo!”. ¿Por qué limitarse? Nos dicen, por un lado, que somos eternos;

por otro lado nos recuerdan a cada instante, ante cualquier acto que queramos intentar que hay que circunscribirlo, delimitarlo; que con él hay que hacer de nuestra existencia una permanente negación de la eternidad. ¿Por qué? Comprendería tal vez que con los otros actos, con todos los demás, se procediera así. Mas con el amor..., ¿es posible? Es el amor, justamente el amor, la prueba diaria de que es verdad toda prédica de lo eterno. Él es el llamado de todo minuto a nuestra fe de que no hay límites para el alma. Es la prueba, pienso yo, de que si decimos: "aquí, allí, allá" es porque caemos en el error y en lo grosero; como igualmente caemos si decimos: "ayer, hoy, mañana". Así obran los hombres frente a todo y cierran sus oídos y sus ojos cuando el amor desmiente y afirma luego lo contrario. Si queréis, hombres, vivir en el fango limitado, hacedlo... mas dejad por lo menos en el amor el recuerdo actuante de que entre dioses y humanos no hay barrera alguna cuando así lo queremos, cuando así lo sabemos querer. Hablan de infinito y apenas lo tienen en el corazón le crean una prisión. Vuelan en el infinito apenas el amor los despierta; mas también, apenas vuelan, temen. El miedo es la flecha que les indica la marcha. El miedo al infinito les hace acentuar el afán de localizar lo que carece de ubicación; el afán de fabricar inamovibles cuando al amar sabemos que todo camina al mismo tiempo hacia todas partes... Pero ¡no! Nos hacen callar. Y hoy, primer día mío, primer día nuestro, la voz de "¡detente!" ha venido de un artista... ¿Es posible? ¿Pero es que acaso no trabajáis vosotros también con lo eterno? ¡Calla, calla! Ama tan sólo aquí, nada más que aquí y ama únicamente desde tu nacimiento hasta tu muerte. ¡No más! Entonces... antes de nacer, si no me dejáis amar, ¡odia! Entonces... después de morir, si no puedo llevarme el amor, ¡aborrece! ¿Es posible, dioses inmortales?

VOZ DEL HADA

¡Pobrecilla! Si tan sólo sospecharas los males de prisión que hacia ti se avecinan, no tendrías la fuerza de elevar tus lamentos a las regiones de la eternidad...

BLENDA

En fin, ¡ánimo! Él vendrá, él, mi amor. Y aunque sea por un solo instante volveremos a mecernos en lo eterno. Feldeespato, ¡te aguardo! ¡Ven, ven!

AMBAS MADRES

¡Vamos!

Caen los cortinajes y las dos Madres, como aves siniestras, saltan por los aires y se precipitan sobre Blenda. En un instante la amarran y amordazan. Luego su Madre la coge por bajo los brazos mientras la otra la coge por los pies. Y ambas, lanzando una risa diabólica, huyen con su presa.

### *Cuadro Cuarto*

La escena representa un campo de trigo rodeado por colinas plantadas de olivos. En un extremo, a la derecha, un pequeño maizal. Varios campesinos, entre ellos Feldeespato, cosechan alegremente y cantando. De pronto se detienen y, con igual alegría, contemplan un eclipse total de Sol.

FELDESPATO

¡Maravilloso espectáculo! Tan maravilloso como estos frutos de la tierra que ahora me acogéis. Ya el eclipse pasa. ¡Sigamos juntos, frutos, nuestra faena! Ya Sol y Luna frente a frente han estado, ya han tamizado por breves instantes la luz para empezar nuevamente

a derramarla con mayor ardor. ¡A nuestro trabajo bajo tus rayos, Sol! ¡Y bajo tu pronta invisibilidad, Luna! Sois eternidad como lo es mi pasión. Y vosotros, campos, dadnos viandas y condimentos; dadnos manjares; rodéanos de sopas, galletas, guisos y guisados; cólmanos de brebajes; ven'gan cual ambrosía sin igual; caigan cual el maná; ¡y desaparezcan para siempre las bazofias! Así, libando e ingiriendo, ¡cantemos el himno eterno y total del amor!

Junto con decir "amor", la Luna se ha desprendido completamente del Sol y sigue su camino. El Sol irradia. Se ve a la Luna alejarse, opaca mas con dulces matices violáceos.

Amor... ¿Por qué mis brazos no obedecen con mi fuerza habitual? ¿Por qué estos trigales me parecen de pronto menos dorados?

Deja caer su guadaña y se sienta sobre una piedra. Se descubre y seca su sudor.

¡Ah! El eclipse, al producirse, dejó una pequeña semilla en mí que, como las de este trigal, brota luego y da su fruto. Pero aquí es un fruto de sombras, sombras que se extienden hasta estas siembras y les roban sus tintes de oro. Porque los astros giran y giran en su inmensidad indiferente y su girar es una voz que va a los hombres para recordarles que todo es inmutable sobre un fondo de eternidad. Y dentro de esta eternidad cientos de miles de inmundos gusanillos perforan huequitos de su tamaño, no mayores, con el fin de afirmar, frente a los astros y planetas que mudos pasan, que todo es circunscrito, delimitado, perecedero. ¿Es posible? Entonces astros y planetas crean, por su propia voluntad y por piedad ante los hombres, un fenómeno espectacular que ¡les recuerde, que los despierte! Mas no oyen. Sordos siguen. Menos ella y yo. Menos tantas ellas y tantos ellos que entre sí se dicen que se aman y al mundo dicen que la majestad y eternidad de los cielos también puede ser real y viviente ¡aquí! Aman como ecos de esa eternidad. Apenas el eco retumba tienen que huir, que huir vertiginosamente y tienen que esconderse cual bestias dañinas. Porque no han obedecido a la ley de lo momentáneo, a la ley de los cadáveres eternos. ¡Que toda la eternidad de los humanos va envuelta en un cadáver que se corrompe! Y volverá otro eclipse, y volverán miles más atronando los ámbitos con su voz hecha de silencio y magnificencia. Muy pocos oirán, muy pocos comprenderán que ellos son los reflejos de sus pasiones excelsas. Eclipses... Cometas... Antaño, en los primeros tiempos, tal vez se les juzgaba mejor pues la humanidad entera ante ellos temblaba. El eco de lo eterno, su llamado, golpeaba y por ignorancia hacía temblar. Pero el eco, de cualquier modo, golpeaba. Hoy, dentro del hoy superior —que no es marcha del hombre sino amplitud de él— sabemos todo de vosotros eclipses y cometas y, por tanto saber, os dejamos pasar volviéndoos las espaldas para fijar nuestra atención en el quehacer minúsculo de cada día. Hoy, dentro del hoy superior, apenas hacemos alusión a ti para en ti fundirnos, ha de escaparse un grito que amenaza: "¡Limitaos a vuestro tiempo!". Y de esta amenaza se hace pregonero... ¡un artista! ¿Es posible? Se hace pregonero un hombre que vive en las armonías sin principio ni fin... ¡No! Volveré a mi choza, a mi Blenda, a confirmar entre sus brazos que yo sé la palabra del infinito eterno que vosotros, dioses inmortales, me habéis dicho juntando, por encima de esta mi Tierra, vuestra Luna escurridiza y misteriosa con vuestro Sol esplendoroso.

VOZ DEL HADA

¡Pobrecillo! Si tan sólo sospecharas los males de soledad que hacia tí se avecinan, no tendrías la fuerza de elevar tus lamentos hacia los astros y cometas...

### *Cuadro Quinto*

La escena representa una prisión a medio construir. En su construcción trabajan afanosamente ambos Padres. A medida que dialogan ponen fin a la obra con pasmosa velocidad.

PADRE DE FELDESPATO

Bastante nos queda aún para dar término a esta cárcel justiciera. Pero no desmayemos. Un esfuerzo más y será digna de recibir a su huésped.

PADRE DE BLENDAS

¡Y qué muros hemos fabricado! No los derribaría ni un titán. Esos barrotes, ¡pásalos!

PADRE DE FELDESPATO

Ahí van. Colocadlos. Yo, mientras tanto, me encargaré de estas cerraduras y candados. Nuestra prisión valdrá un palacio.

PADRE DE BLENDAS

Por su solidez. Mas por la vida que aquí dentro aguarda...

PADRE DE FELDESPATO

Se me erizan los pelos sólo de pensarlo.

PADRE DE BLENDAS

Se erizarán todos los cabellos de todos los que la contemplen. Entonces sus arquitectos serán felicitados.

PADRE DE FELDESPATO

¡Eso es! Felicitados... ¿Qué podrán luego reprocharnos nuestras esposas en cuanto a la obra común de castigo?

PADRE DE BLENDAS

¿Qué? Ellas habrán apresado. Pero ¿qué ganarían con apresar si no tuviesen donde encerrar a la presa?

PADRE DE FELDESPATO

Y si tienen donde encerrar es ¡gracias a nosotros!

PADRE DE BLENDAS

¡Claro está! ¡Gracias a nosotros!

AMBOS PADRES

No tendremos por qué avergonzarnos. Nuestra colaboración es aun mayor que la de ellas.

PADRE DE BLENDAS

Y ya va a estar terminada.

PADRE DE FELDESPATO

Juntos demos los últimos toques y remaches.

Así lo hacen por arriba, por abajo, por los lados, por todos los rincones y la prisión queda terminada. Ambos Padres se dan la mano, orgullosos, brindan y beben en grandes copones de hierro. Se oyen pasos que se aproximan.

PADRE DE BLENDA

¡Pasos! ¿Serán ellas?

Golpean a la puerta. Los dos ancianos corren y, tras de retirar gruesas y sonoras cadenas, la abren. Entran ambas Madres trayendo a Blenda.

AMBAS MADRES

Débiles y raquíticos varones: la presa que vuestras fanfarronerías inútiles no pudieron coger, ¡hela aquí! Permittednos que humildemente la depositen a vuestros pies estos dos cazadores modestos y... mujeres, por añadidura... ¡Ja, ja!

AMBOS PADRES

Muchas gracias. Dejadla ahí en el suelo. Reconocemos que todos hemos cumplido con nuestros deberes. Vosotras, cazando míseras avecillas indefensas; nosotros, construyendo esta prisioncita que bien la quisieran para fenecer dichosos todos los buitres y rinocerontes del mundo por muchos cogotes y cuernos que tuviesen... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja!

MADRE DE BLENDA

Bien, bien, Escipión, si todos hemos cumplido con nuestros deberes, ¿para qué pelearnos?

MADRE DE FELDESPATO

¡De acuerdo con las palabras de la insigne matrona! ¿Oyes, Matapión?

AMBOS PADRES

Todos estamos de acuerdo. Venga, pues, la reconciliación tras la odisea.

LOS CUATRO

Abrazándose.

¡Venga y viva la reconciliación!

AMBAS MADRES

En cuanto a Blenda, ¡cautiva, para siempre cautiva!

AMBOS PADRES

Lo habéis dicho: ¡cautiva, para siempre cautiva!

### *Cuadro Sexto*

La escena representa, una vez más, el interior de la choza pero... ¡qué diferencia con lo visto anteriormente! ¡Qué pena! Apenas aquello se presentó ante nuestros ojos sentí que el teatro entero no era más que una lágrima común y un común suspiro. Blenda desaparecida... Nadie... Silencio... Los tiempos por allí han pasado, han cabalgado, han rodado y estropeado... Y cada uno de ellos, cada uno de tantos tiempos, ha dejado su huella antes de retirarse para ceder su sitio al siguiente... ¡Qué pena! Nosotros, los 165, nos preguntamos: "¿Cómo ha podido suceder tanto allí dentro si sólo minutos antes era todo una maravilla pocas veces vista?". Queda nuestra pregunta ausente. Sin embargo insistimos en preguntarnos. Alguien piensa –y su pensamiento llega a los demás sin hacer uso de palabras– que el hecho, siendo imposible en la realidad –para eso están los relojes nuestros

y del mundo entero—, se ha producido por una necesidad teatral. Con esta respuesta quedamos satisfechos... hasta cierto punto. Porque tener que enfrentarnos en adelante con un decrepito Fel-despato y una Blenda ancianísima, mientras los cuatro Padres rato ha que reposan en sus sepulcros, no nos halaga y nos inclina a creer en un mal gusto del chino Fa, cosa que es también imposible. Luego otra interrogación se presenta: El tiempo por allí ha pasado en enormes cantidades de años; esto no puede dudarse. Pero... ¿cómo se las ha arreglado para dejar tantas huellas en todas partes—huellas físicas, materiales, entiéndase— él que en última instancia no es? El tiempo no tiene corporalidad ni sustancia..., ¿cómo hace entonces para morder, rasgar, disolver, desteñir, deteriorar madera, hierro, mármol, lana, seda, pórfido, cobre, oro, marfil y demás? Ante esta pregunta, que ha acometido a 165 cerebros, cae, no un pensamiento sino una orden: "Tales cuestiones sobrepasan las 165 mentes que tras ellas se afanan; luego: ¡abandonadlas!". Obedecemos, primeramente porque obedientes somos; y en seguida porque se oye, fuera de la choza, el juvenil y alegre llamado que a continuación anotamos:

FELDESPATO

¡Blenda! ¡Blenda mía! ¡He llegado! ¡Aquí estoy!

Suena el arpa con todas sus cuerdas a la vez. Surgen veloces sus notas volando hasta la cúpula. Abren fuego las tres damas. Y por un momento todo el teatro es un melodioso tintineo de cristales. De pronto se abre la puerta.

FELDESPATO

Apareciendo.

¡Santo, divino templo de amor! ¡Santa, divina custodia de la más preciada joya! Ya lo veis: ¡aquí estoy! Y amándote a ti, arcángel de todas las joyas que existir pudiesen, ¡viviré y moriré!

Mira a su alrededor y, al ver aquello, de golpe se da cuenta de su infortunio. Lanza un aullido que el armonio repite y multiplica hasta el infinito. Cae desplomado. Luego se levanta pálido y tembloroso: ¡ha comprendido!

Blenda... Me has sido arrebatada. ¿Cómo recobrarte? ¿A quién acudir? ¿Quién ayuda querrá prestarme? Hada... Tú que, en un momento, fuiste con nosotros bondadosa. ¡llega hasta este sitio de desventuras y tiéndeme tus manos!

HADA

Surgiendo del centro.

Cálmate. La felicidad puede estar aún ante ti. Haz de saber que toda felicidad completa lleva dolor dentro de sí.

FELDESPATO

Quiero creerte.

HADA

La felicidad se asienta sobre un dolor que yace bajo nuestros pies...

FELDESPATO

Quiero creerte.

HADA

...mas no un dolor muerto sino un dolor yacente que eleva su savia hasta la felicidad viviente.

FELDESPATO

Házmelo ver, házmelo sentir.

HADA

Bien, mas no te apresures. Empecemos por algo que, aunque no siendo la base de la felicidad misma, siempre ayuda: ello es que eres un hombre agraciado, sano, joven y...

Al oír la palabra "joven" se produjo en el teatro un tumulto atroz. El problema del tiempo nuevamente se desencadenó. A los misterios insondables que este problema plantea vino a agregarse el problema de su bifurcación, nada menos que de su bifurcación. El tiempo había pasado, veloz y demoledor, por la choza; no había tocado a Feldespato... Claro está que esto nos reconfortaba sobre el buen gusto del autor pero... ¿la lógica? ¿Puede vivirse sin ella? Y el teatro ¿no es un doble de la vida? ¿Nos habría engañado el chino Fa al ofrecernos un Drama y al darnos en su lugar un manicomio? ¿Se mofaba de nosotros el capitán Angol al abrirnos las puertas de su coliseo? ¡Desmesurado dilema que de pronto se nos venía encima! Rayos de ideas contradictorias empezaron a cruzar como saetas hirientes. Las había que reprobaban este proceder asegurando que el acierto habría estado en envejecerlo todo; pero otras sostenían que mejor hubiese sido evitar la intervención del tiempo pues bien podía sufrir el héroe en un ambiente de hermosas cosas nuevas; otras saetas proclamaban la libertad total para la obra de arte y, por lo tanto, para la teatral; mas otras negaban esta libertad en nombre de un clasicismo puro. Las voces de los espectadores se dejaron oír. Luego las voces fueron gritos: de protesta algunos, de aprobación los otros. Las voces se materializaron y alzaron cuerpos y brazos. Y los brazos cogieron, por intermedio de sus manos, sombreros, lechugas, huevos, tomates, tinteros y qué sé yo, que emprendieron por los aires belicosos vuelos. Después del primer alboroto pude ver que el total del público se había dividido sólo en dos grupos pues el asunto de la bifurcación había acaparado las opiniones. Un grupo sostenía la bifurcación del tiempo y aun admitía la trifurcación del mismo; el otro grupo alegaba que la existencia misma de cuanto hay y es se basaba en la inbifurcación del tiempo. Ya bien definido el punto de querrela y sabedor cada cual de lo que le incumbía defender, arremetimos los unos contra los otros con redoblado fragor. ¡Qué espanto! Por un momento pensé que el teatro quedaría hecho astillas, y lo único que deseé fue —ya fuese el tiempo bifurcable o inbifurcable— que en aquel instante se hiciese lo más corto posible. De pronto vimos, a pesar de la batahola y proyectiles, que en escena se presentaba Mister Sydney Silchester, pidiendo calma y silencio con gestos. Esto fue para todos tan inesperado que le obedecemos acto continuo. Esperamos. Luego, con marcadísimo acento británico —acento que no se había notado con anterioridad— dijo

MISTER SILCHESTER

*Ladys and Gentlemen:* Yo ser hombre en excesividad pacífico y que gusta de la miel; y yo también pedir ustedes no batallas. Recordar es bueno que orden anterior, ella habiendo dicho: "Tales cuestiones sobrepasan las 165 mentes que tras ellas se afanan; luego: ¡abandonadlas!". Problema, pues, indisoluble; afán, perdido. En cambio existir otro problema que nosotros sí pudiendo aclarar. Problema es: bueno y hermoso teatro nunca causar alboroto ni tiúmolto. Causar él siempre espíritu paz y mucho contento. Ustedes de cástilan lengua verificar esto con Cálderon y Lope. Nosotros británicos verificarlo siempre con Shakespeare. Y Mister Valdepainos, tan francés, poder, creo, decimos igual con Rácine. No tiúmolto, no alboroto. Obra, pues, chino Fa, muy mala y sobre todo extremadamente interrumpida. Y esto ser defecto no excusable en grande y talentoso drama teatral. Yo entonces pedir generales silbidos para este autor y a él lanzar diferentes proyectiles que ahora lanzamos torpemente entre nosotros. Yo he dicho.

Subyugados por estas palabras íbamos a manifestar en contra de Fa cuando él, en persona, vino a escena y ocupó el sitio que el orador acababa de abandonar. Saludó. Hizo un llamado hacia bastidores. Acudió un hombre menudo pero de aspecto severo, todo de negro vestido, con gafas, bigotes y sombrero hongo. Llevaba bajo el brazo un voluminoso cartapacio. También saludó.

#### CHINO FA

Permitidme, respetabilísimo público, manifestaros que lo dicho por el muy honorable Mister Sydney Silchester al final de su discurso es un error, un profundo error. Por lo demás también es errado asegurar que los grandes autores que él citó no hayan producido nunca serios incidentes. Pero se trata ahora de su última observación que, en resumen, diría: "Mi obra es mala porque provoca una interrupción; es decir porque promueve escenas ajenas a ella, escenas no previstas por el autor; lo que trae, como inevitable consecuencia, la ruptura de su unidad". Repito: ¡profundo error! Respetabilísimo público, ¡todo estaba previsto! Como prueba de ello voy a ceder la palabra al ciudadano aquí presente, el señor don Dámaso Mamiña, que os hablará con la autoridad de la Ley.

#### DÁMASO MAMIÑA

Sacando de su cartapacio un gran pliego de papel y cambiándose de gafas, lee así:

"En San Agustín de Tango, República de Chile, a catorce de abril de mil novecientos veintiséis, ante mí, Dámaso Mamiña Buin, Notario Público, y testigos cuyos nombres al final se consignan, compareció don Lao Chung Fa, chino, nacido en Peiping, mayor de edad y de profesión autor teatral; a quien conozco y expuso: Que en su obra dramática en tres actos y tres parlamentos, intitulada *Blenda y Feldespato*, ha de producirse un altercado durante el segundo acto, cuadro sexto, promovido por la esencia misma del Tiempo, siempre que esta obra sea estrenada durante el mes de marzo del próximo año; y que a dicho altercado pondrá fin, pero con detrimento a la obra citada, un sujeto británico presente en el estreno, subiendo al proscenio y arengando al público en contra del autor; lo cual hará necesaria la lectura del presente documento con el fin de rebatir los conceptos que habrá emitido el supra ya mencionado sujeto. En garantía de que así han de suceder los hechos, y no de otro modo, obliga todos sus bienes habidos y por haber en la mejor forma de derecho y constituye su domicilio en esta ciudad, muelle del Abad, número 1891, para los efectos legales. En comprobante firma, previa lectura.— Fueron testigos don Álvaro Yáñez Bianchi y don Baldomero Lonquimay, de este domicilio. Di primera copia. Se pagó al margen del Registro doscientos pesos por impuesto de estampillas.— Doy fe.— Lao Chung Fa, cédula de identidad número 444444, otorgada por el Gabinete de Identificación y Extranjería de San Agustín de Tango.— Álvaro Yáñez.— B. Lonquimay.— Dámaso Mamiña B., Notario.—".

#### CHINO FA

Dirigiéndose al Notario.

Gracias, amigo. Puede usted retirarse.

Dirigiéndose al público.

¿Qué tal?

EL PÚBLICO TODO

¡¡Ooooh...!! ¡¡Formidable!!

CHINO FA

Podemos, entonces, seguir adelante.

Dirigiéndose al Hada.

¿Decía usted, señorita fantástica de mágicos poderes...?

HADA

Pues bien, decía yo..., ¡Pero a usted, señor Fa, yo no le decía nada! ¡Largo de aquí!

CHINO FA

Me largo, señorita. ¡Adiós!

HADA

Feldespatto, eres agraciado, sano..., joven..., ¿Oyes? Eres joven. Tienes espacio, mucho espacio ante ti para lanzarte en busca de la hermosa que ocupa tu vigilar, tu desvelar, tu dormir y tu soñar.

FELDESPATO

Hada, eso que tú ves como una ventaja para mí, es por el contrario, un menoscabo: mucho espacio, mucho... ¿Te das cuenta? Si él fuese reducido tendría posibilidades sin fin de encontrar a mi amor; pero siendo enorme...

HADA

Hablo del espacio de tu tiempo. Mejor, entonces, que sea enorme. Pues has de saber que cuando el tiempo se transforma en espacio, éste, ocupado como está en suceder y nada más, llena muy poco de universo, poquísimos. Créeme que le basta una choza, esta choza, y en esta choza, un rincón.

FELDESPATO

¿Qué dices? ¿No tendré que salir de aquí para encontrar a Blenda? ¿Pero es que desvarías?

HADA

No. Aquí, en un rincón de tu choza, permanecerás y serás premiado.

FELDESPATO

Mas... ¿cómo?

HADA

Escucha: Erigirás un altar que yo bendeciré. De hinojos ante él llamarás, suplicarás. Y tus súplicas serán oídas. Pero ¿sabrás hacerlo? ¿Sabrás pedir? Ya se ha dicho: "Pedid y se os dará". Entonces ¿por qué no todos tienen cuanto piden? Un Maestro ha expresado: "Debes pedir con las mismas ansias con que pide aire el que tiene la cabeza sumergida en las aguas". Esto en cualquier momento, sea cual sea el acto que ejecutes, sea cual sea tu pensamiento, tu sentimiento, tu sensación, tu instinto, tu ensoñación, tu vaguedad. No debe haber más variedad de cosas ni de ideas ni de afanes. No debe haber más que un afán, una idea, una cosa. Y luego debe desaparecer esta diferenciación de cosas, ideas y afanes para que todos juntos sean una unidad única, única existente, una unidad que es: "¡Blenda, ven!". Así pedirás, así suplicarás. Cualquier súplica que así no sea, aunque parta en un principio con fuerza, luego se distrae en el comercio con otras súplicas, luego se detiene, al fin muere. Al orar ante tu altar alza frente a tus ojos una mano: cuando tu mano desaparezca totalmente, cuando dejes de tener mano y nunca la hayas tenido ni nunca habrás de tenerla; cuando en el lugar que ella un día ocupó, en vez de mano haya "¡Blenda, ven!", entonces, sólo entonces habrás empezado a aprender cómo se ha de suplicar. ¡Vamos! ¡A la obra!

El Hada indica un rincón de la choza. Feldespato corre a él, hace un gran gesto circular y fórmase allí un pequeño altar con una imagen de Blenda. Cae de rodillas.

FELDESPATO

¡Blenda, ven!

HADA

Si no sabes pedir no se te dará. Si una sola duda roza tu fe no se te dará. Si una sola palabra extraña suplanta un llamado tuyo no se te dará. Sólo tú debes existir y tú únicamente debes ser: "¡Blenda, ven!".

### *Cuadro Séptimo*

La escena representa la prisión. Es de noche. Una luz arde en un ángulo. Blenda reposa sobre un lecho de piedra. Sus ojos brillan, su respiración es fuerte y regular. Stramuros acompaña su actitud con música potente de los 4 instrumentos. Pero, poco a poco, el brillo de los ojos de Blenda va disminuyendo y su respiración haciéndose más débil e irregular. Blenda languidece. Entonces la luz va menguando y la música evaporándose. Blenda cierra los ojos, apenas respira sus brazos caen. La luz es sólo una chispa casi imperceptible. Aguzando los oídos se da uno cuenta de que aún hay en la orquesta vago rumor de notas. Todo languidece, languidece... Pero queda todavía un poco de vida.

### *Cuadro Octavo*

La escena representa el Altar de Blenda agrandado hasta ocupar más de la mitad del escenario entero. Feldespato —que está ante él— ha obedecido a este cambio de proporciones, tal vez por temor a las críticas del riguroso Mister Silchester. Por lo tanto ha crecido a tal extremo que, al no haber todo él en escena, vemos únicamente su enorme cabeza y, de vez en cuando, sus manos que asoman y se esconden hacia abajo. El cuidado por las proporciones es llevado aquí al punto de que la voz de nuestro héroe es sencillamente atronadora. Pero el chino Fa, siguiendo su milenaria tradición, todo lo ha previsto: las ondas sonoras salidas de las cuerdas vocales de Feldespato no van directamente a nuestros oídos sino que se elevan a ras de techo, alcanzan la cúpula y de ella bajan hasta el palco de las Mariposas. Entran en él y luego salen hacia nuestros tímpanos con una tesitura perfectamente adecuada a nuestra capacidad auditiva. ¿Cómo se produce este singular fenómeno? Las Mariposas están batiendo sus alas con vertiginosa velocidad; las ondas sonoras golpean y se enredan en ellas y luego son disparadas en dirección de todos los ámbitos; por lo tanto no es propiamente que su potencia haya disminuido sino que viene ella espolvoreada con el finísimo polvo de las alas de estos delicados lepidópteros. Estas ondas así empolvadas suavizan, lubrican nuestros oídos a tal punto que es un placer grande escuchar las palabras de este Cuadro Octavo. Tan cierto es esto que el mismo Maestro Stramuros no sólo calla su orquesta sino que se asoma por su hueco para deleite de su sentido musical. (Durante el 2º entreacto nos comunicó que pocas veces había experimentado tanto goce como esta vez a lo largo de sus dos trompas de Eustaquio).

FELDESPATO

¡Blenda, ven! Yo no soy yo. Yo soy tú. Y no puedo ser si no soy entero. Por lo demás ¿quién lo ha sido si ha de derretirse hacia más allá de lo que su sentimiento profundo de ser le dice que es? ¡Blenda, ven! ¡Ven, Feldespato! Ni Feldespato ni Blenda... ¡Ven! ¡Venga! Lo que es este dilema total ¡venga!, ¡¡sea!! Ha de crearse la marcha de mí hacia ti, de ti hacia mí. Pero ¿qué es esto de "mí" y de "ti"? ¿Qué significado puede tener tal limitación? No hay limitación posible porque yo soy todo... ya que en el todo Blenda es. No hay limi-

tación en mi mente porque ella es diáfana para que todo por ella pase y sea. No hay cráneo que la limite. Ha de ser más inmaterial que el éter y más transparente que el más transparente cristal...

En efecto, con gran sorpresa nuestra, la cabeza de Feldespato empieza, lentamente, a hacerse transparente. Y nosotros podemos ver cuanto va sucediendo en su interior. Un murmullo crece de pronto entre los asistentes. Fijo mi atención en aquel descomunal cerebro traslúcido y veo que dentro gira velozmente un disco brillante. Luego veo que sale de él una especie de emanación, una especie de fluido sutil y vibrante que, después de caracolear por la cabeza toda y sumergirse hacia órganos que no nos es dado percibir —el corazón, sin duda— vuelve para golpear en la lengua y de ella escapar por entre los labios en forma de:

¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven...!

El sentido de este hecho lo comprendemos de inmediato pero el hecho mismo —sea el disco, el fluido y las palabras— se nos escapa.

#### CAPTÁN ANGOL

Poniéndose de pie.

Eso que allí veis es un Romanógrafo, anticipación del Emperador Adriano a nuestro Fonógrafo de hoy.

Y aquello sigue:

¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven...!

Luego nos parece oír como un lejano redoble de tambores y un corneteo de cornetas. Se acentúan. Vemos, por fin, viniendo de 4 puntos cerebrales al centro encefálico con su romanógrafo, cuatro delegaciones precedidas de banda musical y estandarte explicativo. Avanzan. Ahora podemos leer en uno gris con letras verdes:

#### DISTRACCIONES

en otro azul con letras negras:

#### RECUERDOS DORMIDOS

en el 3º que es amarillo con letras anaranjadas:

#### PROYECTOS EN CIERNE

y en el 4º que es rojo con letras pardas:

#### CUERPO FÍSICO

Llegan. Paran. Los portaestandartes se saludan. Sus bandas trompetean y callan. Momento de ansiosa expectativa. Se destaca luego el Jefe de la Delegación N° 1.

#### JEFE 1º

Es un yerro inadmisibles, condenable todo juicio que determine lo siguiente: "El cerebro humano es una máquina precisa que perfora en una sola dirección un solo agujero que aboca en una sola meta". ¡Inadmisibles, condenable yerro! Argumentos a la vista: 1º) El cerebro no es una máquina porque —y desde luego!— las máquinas no se han inventado aún; y cuando se inventen servirán precisamente para demostrar, gracias a su precisión y servicio únicos, que aquello que las inventó es múltiple y complicadísimo por añadidura;

2º) no hay una dirección, hay tantas direcciones como líneas hay en un plano y tantos planos como ellos mismos elevados a su propia potencia infinita; 3º) no hay ni jamás ha habido agujeros, ni aquí ni en ninguna parte, pues lo que llamamos "agujero" es lo mismo que antes había, llenado ahora con otra cosa; 4º) nada aboca porque el abocar es ilusión ya que, se aboque donde se aboque, siempre sigue sitio más allá y hacia todos lados, sitio o sitios donde bien se habría podido hacer eso que denominamos "abocar"; 5º) meta es una proposición ideada de antemano; y antemano es un absurdo pues siempre todo es antemano de lo que va a venir y todo antemano es también siempre posmano de sí mismo. Este cerebro de este Feldespato quiere negar estos 5 principios inamovibles y eternos y fundirlos todos en una sola entidad llamada "cerebro-dirección-agujero-abocamiento-meta". Al proceder de este modo descuida, abandona millones, billones, trillones... -¿es posible contar el incontable infinito?— Sí, descuida, abandona y lo descuidado y abandonado no se resigna: insiste, lucha, acomete. Y estas acometidas -¡ay hombres menguados!- son llamadas "distracciones". ¡Oh miseria! ¿No os dais cuenta de que cada distracción es una voz de la inmensidad viviente? Distracciones: no os dejéis humillar y pisotear. ¡A la carga!

#### DISTRACCIONES

Jefe, no podemos cargar así. Carecemos de elementos para hacernos efectivas. Dadnos elementos y entonces...

#### JEFE 1º

¡Cómo! Y esas tres huestes con estandartes desplegados y músicas en la punta ¿no os bastan?

#### LAS TRES HUESTES

Caballero, podríamos bastar porque ardor tenemos. Pero nadie nos guía, nos falta alguien que muestre camino y acción, nos falta alguien... como vos, caballero. ¿Comprendéis?

#### MYCROFT HOLMES

¡Ooooh! Que por ello no quede la cosa. Un momento, *please*, un *little* momentito.

Mister Mycroft se levanta de su butaca y se dirige a los palcos superiores. Golpea de izquierda a derecha y al primer golpe sale volando una mariposa; al segundo, una abeja; al tercero, un pajarito. La Mariposa va a colocarse a la cabeza de la hueste *Proyectos en Cierne*, la Abeja, a la cabeza de la hueste *Cuerpo Físico*; el Pajarito, a la cabeza de la hueste *Recuerdos Dormidos*.

#### JEFE 1º

¡Magnífico! Os nombro Jefes de vuestras respectivas tropas. ¡Atacad! ¡No desmayéis pues mis hombres os alentarán con denuedo y sabrán recoger y elevar hasta las nubes vuestros frutos!

#### MARIPOSA

¡Confiad, soldados! ¡Guiados por mis tonos multicolores que herirán los ojos del enemigo lanzándolo a tropezones hacia los abismos de un porvenir inseguro! ¡Y así os encontraréis siempre en el camino de la gloria y del honor!

#### ABEJA

¡Confiad, soldados! ¡Guiados por mi venenoso aguijón que emponzoñará la sangre del enemigo despertando en cada célula por ella regada el deseo de emanciparse del total y vivir su propia vida! ¡Y así os encontraréis siempre en el camino de la gloria y del honor!

PAJARITO

¡Confíad, soldados! ¡Guiaos por la dulzura de mis trinos que adormecerán los oídos del enemigo hundiéndolo en las cavernas de lo que fue y nunca jamás volverá a ser! ¡Y así os encontraréis siempre en el camino de la gloria y del honor!

JEFE 1º

Entonces, ¡oh victoria!, haremos añicos al insoportable romanógrafo con su insoportable letanía; y el Hada, desobedecida por su protegido, se lavará las manos y nos concederá sus gracias.

TODOS

¡¡Adelante!!

Pobre gente... Pobres huestes... En éste su primer intento fueron derrotadas. Obraron bien, no lo dudo ni nadie lo duda, pero calcularon mal, mal calcularon las fuerzas del enemigo. El romanógrafo giraba con tal velocidad que los cientos de soldados fueron aventados sin piedad. La hueste *Distracción* se replegó. Su Jefe palideció. Mientras que, con son de triunfo,

FELDESPATO

¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven! ¡Blenda, ven...!

Instantes después Mariposa, Abeja y Pajarito deliberaban junto al Jefe 1º. A lo lejos los combatientes cuidaban de sus heridas y volvían a sus cuarteles. La deliberación se hacía en voz tan baja y con tal rapidez de palabras que es imposible transcribirla aquí. Sin embargo, un resumen sonó en la sala.

DELIBERACIÓN

Verdad es que el disco del romanógrafo tiene una fuerza grande pero no tanta como para dar cuenta de todo nuestro heroico ejército. Algo más hay allí, algo oculto, ¡gato encerrado! Mariposa explica que, a pesar de los colores propios y de los que dio a sus gentes, los ojos del enemigo no vieron; Abeja explica que, a pesar de sus picadas propias y bayonetazos de sus gentes, el enemigo no sintió; Pajarito explica que, a pesar de su canto y el acompañamiento de sus gentes, el enemigo no escuchó. Por lo tanto no es que hayamos sido derrotados sino que no se nos presentó batalla. Por lo tanto todo el problema estriba en hacer presentar batalla. Mas ¿cómo hacerlo, cómo...?

Así se deliberaba cuando apareció al centro, radiante, hermoso, cautivante, un rostro nunca visto de mujer. Sobre su cabellera de oro leíase en letras de luz:

YO SOY LA FE

FELDESPATO

¡Bienvenida seas, compañera inseparable! ¡Contempla cuánta es mi sumisión a tu real magnificencia!

Feldespatto levanta una mano que queda entre su cara y el Altar. Poco a poco se va borrando hasta desaparecer totalmente.

¿Ves? Es inquebrantable mi fe. Mi mano ha desaparecido, he dejado de tener mano y nunca la he tenido ni nunca he de tenerla. Y en este sitio que se alza ante mis ojos, sólo hay, sólo vive el único grito mío: "¡Blenda, ven!".

## DELIBERACIÓN

¡Ved! ¡El gato encerrado! ¡Es esa bellísima mujer! ¡¡La Fe!! El enemigo tiene fe... Ante ella ¿qué podemos nosotros? ¡Podemos! Nosotros –Recuerdos Dormidos, Proyectos en Cierne, Cuerpo Físico–, nosotros, cuando bien usamos los modos de este gran Jefe 1º y de sus gentes, vencemos a la Fe. Y es nuestra misión vencerla, es nuestra principal finalidad, ¡así es!

JEFE 1º

¡Eureka! Súbitamente ha llegado hasta mí el estratégico plan que pondremos en práctica para obtener aplastante y definitiva victoria.

MARIPOSA

¡Mostradlo!

PAJARITO

¡Habladlo!

ABEJA

¡Clavadlo!

JEFE 1º

Dejemos momentáneamente en paz al enemigo Feldepató y ataquemos a la hermosa dama. Pero sin violencias. Le hablaré y mi hueste hará coro. Le diremos motivos que le interesen, que la distraigan –¡eso es!– de su muda y poderosa concentración sobre el mancebo. Entonces éste se sentirá vacilar. Al vacilar, vosotros atacaréis con colores, con música y dolores. Y sus ojos verán y sus oídos oirán y su piel sentirá. Me dirijo, pues, a la Fe. Una seña mía, y os dirigiréis al enemigo. ¿De acuerdo?

TODOS

¡De acuerdo!

JEFE 1º Y SU HUESTE

Fe... Divina palabra porque ella encierra la más divina fuerza. Palabra-clave de la mayor dicha del hombre si al hombre toca; palabra-clave de su mayor desdicha si de él se aleja. Fe... Mira, mira a tu alrededor, mira más lejos, mira hacia lontananza y hasta los más apartados rincones humanos. ¿Qué ves? Desolación, miseria por tu causa. Los hombres te pierden. ¿Es culpa de ellos? No. Tú los abandonas. Y lo haces con una ligereza indigna para tu altísima dignidad. Los abandonas, casi diría por distracción... o por pereza. ¿Es posible? ¿No te avergüenzas? Ellos te están llamando, están clamando por ti... Tú finges ignorarlos y te disculpas a ti misma poniendo todo tu poder a merced de ese hombre, de ese hombre único y aislado, de ese Feldepató que, sin saberse por qué, sin justificación alguna, recibe a manos llenas tus dones mientras todos los demás languidecen desamparados... ¡Eres egoísta!

Aquí la Fe, que hasta este momento no había dado signo alguno de vida, tiene un rápido movimiento de los ojos y un ligerísimo temblor en el rostro.

Caso curioso: nosotros los espectadores estamos todos, ni para qué decirlo, del lado de Feldepató y de su amada Blenda y en contra de los 4 suegros carceleros. Por lo tanto, en esta escena, toda nuestra antipatía cae vertical sobre el Jefe 1º que viene, con sus huestes a colaborar en contra de esta expresión sublime de sublime amor. De pronto, como se ha visto, la Fe, que permanecía inquebrantable, ha vacilado; sus ojos han parpadeado y su rostro ha temblado. Se vislumbra, pues, un éxito de los carceleros, o sea que se vislumbra el acontecer de algo contrario a nuestros más caros deseos. Lógico es entonces que se produzca en nosotros un movimiento de repulsión o de rebelión,

en fin, de disgusto, por lo menos. Pues bien, he de confesarlo, no fue así. Caso curioso, dije; sí. Mientras duró la Deliberación y mientras habló el Jefe 1º, hubo, entre nosotros, una franca expectativa: "¿Lograrán, no lograrán?". De pronto se ve que logran, que dan en blanco. E instintiva y espontáneamente todos hacemos un ademán que traducido a palabras diría: "¡Bravo!". Esto, al verlo y experimentarlo, me hizo pensar en la debilidad lastimosa de nuestro ser moral que es juguete de cualquier alarde sorpresivo de triunfo. ¡Triste cosa! Felizmente fue esta cosa de corta duración. El recto capitán Angol, al notarlo, coto puso y orden implantó del modo siguiente:

CAPTÁN ANGOL

¡Disciplinal!      Nos pusimos todos de pie.  
¡Lealtad!          Nos cuadramos con sonoro talonear.  
¡Lógica!            Saludamos militarmente.  
¡Rectitud!          Nos volvimos a sentar.

FE

¿Qué me dices? Eres injusto, Jefe. Yo siempre voy adonde se me llama. Feldespato me ha llamado con voz del alma. He venido. ¿Qué se me puede criticar?

JEFE 1º

A las huestes.

Habla, luego se distrae.

A la Fe.

No sólo ese hombre te llama. No sólo ese hombre tiene gritos en su alma. Todos gritan para que los oigas y hacer de este modo de ti su única guía.

FE

Con el mismo ardor con que a este hombre cobijo ¿debo extenderme a los demás?

JEFE 1º

¡Sí!

FELDESPATO

¡Blenda, ven! ¿Vacilas en venir? Blenda, ¡contempla mi mano alzada y verificarás que no te es posible verla!

FE

¿Debo entonces abandonar a este mancebo?

JEFE 1º

¡Sí! Es decir, debes tratar de abandonarlo, debes esforzarte por ampliar tu reino a fuer de abandonar totalmente al mancebillo. Mas será tarea dura. ¡Tanto mejor! Vencer en fáciles tareas es cosa que halaga al débil; vencer en dura tarea es cosa que halaga al fuerte.

FE

¿Y por qué esta lucha? ¿No es uno de mis más preciados dones la libertad de volar adonde me plazca?

JEFE 1º

Muchas cadenas te atan al sitio en que te posas. Te conviertes en el único sustento de quien logra poseerte. No se te deja escapar sin antes defender tu posesión hasta el heroísmo, hasta...; escucha bien: hasta la locura.

FE

Cuando me alejo, ¿dejo entonces en mi sitio a la locura?

JEFE 1º

Si se te deja partir sin lucha y otros aspectos de la vida interesan a tu protegido, no. Pero si se te desea y se te defiende, sí. Aquí, créeme, se te defenderá. ¡Honor para ti! Porque aquí tú estás como vía para llegar al amor.

FE

Me quedo.

JEFE 1º

Ya no lo puedes. Ya has empezado a alejarte. ¡Mira! ¡Oye!

FELDESPATO

¡Blenda, Blenda, Blenda, ven, por piedad, ven! ¿Qué ocurre? Mi mano es aún visible. Se trasparenta pero no se esfuma. Veo sus huesos, veo la sangre que por ella pasa. ¿Qué te ocurre, Blenda mía?

JEFE 1º

Te vas alejando y haces bien. Mayores destinos te aguardan.

FELDESPATO

¡Tengo fe! ¡Tengo fe! ¡Antes la muerte que perder la fe!

JEFE 1º

A sus huestes

¡Ahora! Dad comienzo al avance. ¡Tú, Abeja, adelanta con tu aguijón y tus soldados del físico, sólido y mil veces materialísimo cuerpo! ¡Tú, Mariposa, síguela impertérrita, ciento por ciento impertérrita! ¡Y entonces tú, Pajarito...!

Me desmayé.

Sí.

Yo, Onofre Borneo, designado como biógrafo de cuantas personas me rodeaban allí en el Teatro de Curihue, y designado como fiel narrador del inmortal Drama del inmortal chino, yo, y sin más, en este preciso momento del Cuadro Octavo, me desmayé.

Tranquilizaos, lectores. No olvidéis que entre vosotros y yo yérguese la esplendorosa figura de Fa toda rutilante con su genio creador.

Escuchadme:

Me desmayé. Volví de mi desmayo en el instante en que la escena se iluminaba para dar comienzo al triste Cuadro Noveno. Lorenzo Angol me dio a respirar sales aromáticas de beloño negro e ipecacuana. Me sentí, físicamente, admirablemente bien; pero moralmente, muy mal. ¿Cómo iba ahora a transcribir el Drama? Sabido es —y yo lo sabía— que el autor no ha dado su obra a la publicidad y que no permite consultar el manuscrito. Lorenzo, una vez más, me reconfortó diciéndome al oído lo que yo acabo de decir a los lectores: “no había que intranquilizarse; el genio de Fa todo lo ha previsto; podía yo seguir el Drama como si nada me hubiese ocurrido; después de la función recibiría las explicaciones del caso; etc.”. Embestí, pues, con toda mi atención al triste Cuadro Noveno como si nunca me hubiese desmayado.

A pesar de mi embestida, algo debo intercalar aquí: la conversación que sostuve con Lorenzo luego de terminada la representación y que versó, como es natural, sobre lo

ocurrido en escena durante mi breve colapso. Pido disculpas por pecar en contra del orden cronológico; lo hago en beneficio de la unidad del Drama y por temor a las protestas de Mister Silchester si llega a leer estas líneas.

Empecé lamentándome ante el amigo por la falla que iría a tener mi relato, falla que redundaría en una infidelidad al chino Fa. Lorenzo me reconfortó asegurándome que todas las contingencias posibles habían sido debidamente previstas, aun una pérdida de sentido del copista dramaturgo. Acababa de cruzar dos palabras con nuestro Notario Público, don Dámaso Mamiña: había escrituras.

Menos mal. Sin embargo reaccioné de inmediato pues consideré que, por muchas previsiones y escrituras que hubiese, no era cosa seria este modo de proyectar una obra, era cosa que mucho se aproximaba a un virtuosismo rayano a los juegos malabares. Con sorpresa me enteré de que Lorenzo no era de mi opinión. He aquí, más o menos, sus palabras:

—No hay nada de virtuosismo ni de juego malabar, como lo has llamado, en tu desmayo como tampoco en la interrupción de Mister Silchester. Por el contrario, hay en ambos casos —y en los que hubiesen podido presentarse— una perfecta lógica hija de un pensamiento maduro y frío. Si bien te fijas verás que es la deducción pura de lo expresado por el personaje del Parlamento A. ¿Qué te pareció este Parlamento?

—Muy bien —respondí.

—¡La eterna cuestión, Onofre! Gustan las cosas mientras actúan y no se es capaz de seguir con ellas después... Es, te repito, una deducción del Parlamento A, es una audaz puesta en práctica materializada de la obra vista a través de una alquimia entre el autor y los espectadores. Entre éstos fue elegido —y con acierto— el espectador biógrafo y comentar. Por lo tanto debes poner esta conversación entre nosotros dos en el sitio correspondiente del drama, que así lo quería —tal vez mejor será decir que así lo esperaba el chino Fa en sus oscuros designios. Lo sucedido en la segunda parte del Cuadro Octavo ha tenido que pasar —por razones que se nos escapan— de la escena a un espectador de buena voluntad, como soy yo; y de éste al comentar que, durante este tiempo, ha vaciado totalmente su cerebro para luego recibir sin influencias ni conchos de ideas añejas lo que el primer cerebro creador creó. ¿Ves, pues, el camino? El chino crea en abstracto, podríamos decir; los actores encarnan la abstracción y la hacen real; esto se funde en la buena voluntad y serenidad mías; un cerebro se ahueca para recoger sin manchas; luego despierta, escucha, anota y da a luz lo primeramente concebido después de pasarlo por acciones y palabras, por entendimientos sosegados, por la noche de una mente, por un aclarar lejano al sitio de la primera aurora.

—Escucha, pues, lo que ocurrió.

—Bien. Pero antes —para que ninguna curiosidad ajena, duda o insectillo venga a molestar— dime: ¿qué fue de los demás espectadores durante mi colapso?

—Poca atención pude prestarles —me contestó Lorenzo—. Lo único que advertí fue que Jacqueline, como tú, también se desmayó, y que Mister Heard, no sé si por esplín o por espíritu de investigación, abandonó su butaca y subió a recorrer la galería. ¡Ah, olvidaba! Baldomero Lonquimay siguió toda la escena con marcadísimo interés. Los restantes... bueno, no lo sé. Al final aplaudieron.

—Me alegro. Te escucho, entonces, y vamos a la obra.

Y Lorenzo habló así:

—Pues bien, Onofre, recordarás que cuando caíste desmayado las huestes del Jefe 1º habíanse puesto en marcha encabezadas por la Abeja, la Mariposa y el Pajarito. Era una marcha lenta, cautelosa. De pronto el Jefe 1º se hizo bizzo para tener dos rayos de visión: con el ojo derecho vigiló a sus hombres; con el izquierdo, a su enemiga la Fe. Luego sacó la lengua y ésta, como la de una culebra, se dividió en su extremo en dos. De una de sus puntas brotó un murmullo quedo, por cierto, mas al mismo tiempo duro, apremiante. Decía: “Adelante, cuidado, seguid, atención...”. Eran palabras para las tropas. De su otra punta se desparramó una adormecedora melodía que, sea dicho de paso, Stramuros supo acompañar con talento. Era un canto, un lamento dirigido a la Fe, era una voz intérprete de todos los que por ella lloraban, de todos los plañideros por su ausencia. Era un llamado. No sabría repetir sus palabras exactas. En todo caso puedo asegurarte que eran atrevidas. Recuerdo que en un momento hablaron nada menos que del Imperio Romano entero, de su decadencia futura y próxima, de su muy lamentable fin. ¿Por qué? Porque los Emperadores por venir y el pueblo íntegro irían perdiendo la fe justamente en esas dos palabras: Imperio Romano. “¡Será tu culpa!” —le decía y repetía. Comprenderás que la Fe se inquietó y, al inquietarse, empezó a distraerse. Un signo entonces y el ataque se hizo más efectivo. Verás:

“La estrategia de este gran Jefe consideró que era necesario principiar con el cuerpo de Feldespato, es decir, que la casa en que todo lo demás reside esté a punto. Acudió a los tres subjefes —los llamó Comandantes— y los colocó frente a las narices del mancebo. Luego distribuyó a los soldados de la brigada Cuerpo Físico a lo largo de toda la anatomía del mismo. Las otras dos brigadas quedaron a retaguardia. Hizo otro signo y, con gran sorpresa mía, ni la Abeja picó ni la Mariposa lució ni el Pajarito cantó. Los tres Comandantes, sin moverse, empezaron a agitar velozmente sus alas. Comprendí: echaban oxígeno, aumentaban el oxígeno en las vías respiratorias del atacado. ¡Aire, mucho aire, más aire! Comprendí: se trataba de estimular la vitalidad, de acelerar la circulación de la sangre, de despertar, con este impulso, los jugos gástricos y todos los jugos de nuestro cuerpo. Yo creía que iba a aminorar la vida. Error. La fortificó.

“¿Que sucedió? Nació en Feldespato, en su cuerpo, mejor dicho, un ímpetu físico por vivir, un amor de vísceras por vivir. Entonces todo ese cuerpo pidió luz, movimiento, actividad. ¿Pensarás que basta el oxígeno para tanto ardor? No. Pues hubo que ver aquí a esa infinidad de pequeñitos soldados afanarse en sus respectivos radios de acción. ¡Cómo dilataron las pupilas del joven para darle el deseo de ver, ver, nada más que ver! E igual con los oídos: ¡oír, oír lo que fuere pero oír! Y en los músculos de los brazos trabajaban los muy pícaros enanillos para implantar la necesidad de moverlos, agitarlos, hacer remolinos sin fin, ¡abofetear, si es preciso, por el bondadoso gusto de abofetear! E igual con las piernas: ¡correr, saltar! Y el hambre: ¡morder, tragar, devorar! Y la sed: ¡cataratas de líquidos no bastarían! Y el sexo: ¡para qué decirte! Estoy cierto —y cierto estoy de que todos lo estaban— de que era un ansia por cualquiera, Blenda o cualquiera, cualquiera con tal de desahogarse frenéticamente. Todo aquel era un cuerpo trepidando salud, era una incontenible explosión de incontenible vitalidad.

“Entonces la Abeja picó. Un dolor. Agudísimo dolor. Justo para valorar mejor la vida sana y joven. Volvió a picar. Justo para hacer sentir que todo no es sino cuerpo. Y picó por tercera vez para que despertara la añoranza, puerta de sentimientos, puertas éstos, a su vez, de una vida interior.

“¿Cómo se entreabrieron estas puertas? Apenas el agujijón clavó por vez tercera, la Mariposa mostró sus alas multicolores y el Pajarito trinó...

“Entonces, al arpegio de estos trinos, los recuerdos pasados, los recuerdos dormidos, como flores que se abren, se voltearon lánguidos en la mente. Desprezándose con movimientos únicos de pétalos revelaron cuánta maravillosa vida, cuántos tesoros, había en el tiempo ido, cuán hechicero es lo que fue.

“¡Y fíjate, amigo, fíjate que en todo ese riquísimo pretérito no hay ni una sombra de Blenda!

“En esos instantes miré hacia las retaguardias. Sus soldaditos ya no estaban allí, ¡es claro! A su vez se habían lanzado al ataque apoyando los unos a su Comandante Pajarito, apoyando los otros al suyo Mariposa.

“Corrían, subían, bajaban, hormigueaban, pululaban en aquel cerebro y aquel corazón los bichitos de la brigada despertadora de imágenes del pasado. Estas imágenes se las iban pasando a sus compañeros de la otra brigada quienes ávidos las recogían y las agru- paban. ¿Para qué? Para hacer, Onofre, un trabajo por demás interesante:

“A caballo en el presente, pasar al futuro estas imágenes del pasado.

“Bonito trabajo. Es lástima tu desmayo pues aquello valía verse. Aunque..., si así fue..., el genio de Fa... En fin, trata de representártelo: unos soldaditos –tal vez cabos o sargentos– a caballo...

Interrumpí a Lorenzo:

–¿A caballo de qué?

Respondió:

–A caballo de la espina dorsal fluídica del cuerpo sensible e imaginativo de la víctima.

–Entendido –acepté.

Después de mirarme un rato fijamente, siguió:

–Otros soldaditos, los del costado izquierdo, recogiendo y empaquetando el pasado.

Lindos paquetitos envueltos en algo semejante a nuestro papel de seda pero, sin duda, más suave; y atados con cintas que parecían hechas de hilos de telarañas. Alargaban los paquetitos, los de a caballo los tomaban y ¡al lado derecho! Los de este lado los recibían y con pasmosa destreza los desataban, desenvolvían y abrían y, manipulándolos con manos y pies, los vivificaban retorciéndolos primero y extendiéndolos cual abanicos después. Entonces cada recuerdo del pasado se convertía en su doble, o sea, en un proyecto para el futuro. Venían sendos papirotos y los abanicos del porvenir partían balanceándose hasta llegar y abanicar a su Comandante la Mariposa. Ésta los acariciaba con sus finas patitas y entonces abanico por medio se transformaba a su vez en mariposuela, pero blanca como la nieve; y abanico por medio, en globito cautivo con luz.

“Feldespató miraba aquello con ojos dilatados por los hombres de la primera brigada. Feldespató miraba aquello mientras sus oídos se regocijaban con el cantar de Pajarito. Feldespató se impregnaba de aquello en su cuerpo lleno de oxígeno, de sangre, de savia, de electricidad y de jugos.

“Onofre, puedo asegurarte que en ese momento asistíamos al renacer de un hombre. ¡Hasta la Fe sonreía! ¡Hasta el Jefe 1º, con sus hombres de la brigada Distracciones, se complacía! Uno llegaba a pensar: “¿para qué tanto ejército, jefes, subjefes, estandartes y demás si esto es un acto de vida y de paz?”.

“Bueno, Blenda iría a ser olvidada... ¡Vaya una tragedia! Muchacha apenas adolescente, hermosa, noble, rica... ¡Qué tragedia ni qué nada!

“Llegué a preguntarme súbitamente: “Con este resultado ¿qué más nos podrá dar el chino hasta el final de un tercer acto?”. Porque cesaban las luchas; los conflictos dejaban su sitio a la paz. Y con paz ¿qué drama puede haber aun en manos del enorme Fa?

“Digo bien: ¡enorme Fa! Porque de pronto aparecieron en el campo interior de batalla del mancebo, aguerridos defensores del antiguo estado de cosas. Surgieron seres convencidos de que había que morir ante un juramento hecho ante un altar. Brotaron héroes dispuestos a derramar su sangre en nombre de la fidelidad a la fe, más aún si esta fe ha nacido ante el amor. ¡Guerra, pues, en lontananza!

“Onofre, escucha: ¿Guerra? Onofre, escucha: ¡Locura!

“¡Sí! ¡Locura a la vista! Porque la locura nace del conflicto y el conflicto, si nadie cede, desata la guerra. Así lo intuía nuestro gran sabio, el Doctor Hualañé. Así lo confirmó su discípulo, el gran psiquiatra Doctor Pitrufluén. ¿Guerra en la mente? ¡Locura en lontananza! ¡Lontananza en marcha hacia el núcleo llamado “aquí”!

“La refriega fue furiosa y desesperada. En un principio fue también de un desorden lamentable. Mas poco a poco ambos bandos empezaron a agruparse y a rectificar sus líneas para mejor poder embestir.

“Los primeros, los que creían que no hallarían resistencia alguna, los de las huestes del Jefe 1º y sus tres Comandantes, se concentraban alrededor del ímpetu vital y se alumbraron con el Sol. Los recién venidos, alumbrándose con la Luna, se agrupaban y concentraban alrededor de una anciana venerable de negro vestida y de perlas cuajada, anciana que, a pesar de su innegable serenidad, dejaba caer algunas lágrimas envueltas en suspiros. Supimos que esta anciana se llamaba doña Conciencia. Al saberlo cogí mis gemelos y apunté a ella: vi que algo tenía en sus manos, que a intervalos regulares lo llevaba a la boca y lo mordía y lo volvía a morder y nuevamente lo mordía, es decir, la anciana remordía...

Interrumpí:

–Veo, Lorenzo, que el chino Fa tiene un profundo conocimiento de nuestra lengua castellana y aun de sus posibles simbólicas metáforas.

–No sé –respondió mi amigo– en qué sentido lo dices, si en el de Valdepinos o de Lonquimay.

–No te comprendo.

–Te explicaré: mientras Conciencia mordía y remordía, Valdepinos, en medio del silencio del auditorio, lanzó algo como una risilla y un estornudo juntos; inmediatamente Baldomero dejó sus gemelos, se volvió hacia él y lo fulminó de una mirada. ¿Quién entre ambos verá más hondo?

–Yo... no lo sé. Y tú ¿qué piensas, Lorenzo?

–Mis pensamientos al respecto no tienen la menor importancia.

–Sigue, entonces.

–Ya bien concentrado cada ejército hubo un segundo de inmensa calma. Luego el chino se presentó en escena, indicó el hueco de la orquesta y desapareció. Stramuros se mostró un instante con un clarín en la mano y tocó zafarrancho. Se hundió y... ¡aquello comenzó! ¡Qué batahola!

“Lo que más en ella me emocionó –no sé si por mi temperamento o por su valor intrínseco– fue la actitud de la brigada Proyectos en Cierne, con su Mariposa tras ella, sus mariposuelas adelante y los globitos encima. Estuvieron a la altura del momento. Imagínate que, haciendo un esfuerzo supremo, cogieron su propia sustancia y le dieron tal potencia y volumen que el pobre Feldespato no pudo dejar de recibir y acusar el impacto.

Ante sus ojos abismados cada proyecto, que hasta ahora sólo concernía a su propia vida individual, se agigantó a tal punto que tornóse en proyecto para su ciudad, para su Imperio, por poco para la humanidad entera. Ante sus ojos encandilados vislumbramos lo que él veía: una Roma, imperial Roma creciendo que chupaba a una lejana Atenas y se la incorporaba en espasmos de belleza; que chupaba a una ya lejana República con sus pírricas y púnicas victorias, y a una más lejana Esparta, e incorporándoselas también en espasmos de avasallador poderío guerrero, triunfaba. Vislumbramos sus visiones de futuras generaciones en éxtasis ante las nuevas grandezas de bellezas romanas; vislumbramos su visión de la huida desenfrenada y pavorosa de los bárbaros que habían osado aproximarse al Imperio...

—¡Ah! No era tan clara la cosa: Conciencia y Fe vigilaban. Vigilaban, cuchicheaban. Nunca había visto a la dorada joven más hermosa ni a la noble anciana más adusta. A trechos se lamentaban; cada una decía: “Yo sola no puedo...”. Parece que de pronto se concertaron porque juntaron sus rostros y, a un mismo tiempo y con todos sus pulmones, soplaron, ¡¡Fffff...!! Onofre, ¡soplaron!

—Las mariposuelas perdieron rumbo; cientos de globitos reventaron; los niños, encantados, rieron y aplaudieron.

—¿Qué niños? —pregunté.

—Los niños de la galería. Varios campesinos curihueños asistieron acompañados de sus hijos. Habría allá arriba no menos de quince o veinte niños.

—¿Y dices que rieron y aplaudieron?

—Por cierto.

—No me extraña —opiné—, porque he de confesarte que a todo esto le veo un marcado tinte infantil.

—Tal vez —aceptó Lorenzo—. El caso es que ya algunos de nosotros lo habíamos advertido. Pero es el caso también de que, en ese momento, Stramuros volvió a salir de su hueco y exclamó: “¡Dejad que los niños...!”. Y nosotros nos llenamos de respeto ante sus palabras.

—Adelante, entonces.

—Las 2 —dijo Lorenzo.

—Las 2 —repetí yo.

La campana del reloj vecino había dado, en efecto, dos campanadas. El eco de la última se perdía seguido de un largo suspiro de Isidra Curepto.

—Es tarde —dijo Lorenzo.

—Es tarde —confirmé yo—. Démonos prisa.

—Sí, Onofre —aceptó Lorenzo—. Hablaré rápido y seco pues seco y rápido fue todo aquello. Además hay que dormir. Oye:

“1) El golpe del soplido es tan fuerte que trae las siguientes consecuencias: a) el Cuerpo de Feldespato se adormece; b) los Recuerdos se esfuman; c) los Proyectos se confunden.

“2) Se muestra, aunque algo indecisa, la imagen de Blenda, y la mano del joven, súbitamente alzada, se transparenta.

“3) Alarmado, el Jefe 1º se repliega con todas sus gentes y luego embiste fieramente.

“4) Frente a tal embestida la Fe hace suyos los grandes proyectos imperiales y romanos y mira hacia otros hombres tanto del pasado como del presente y porvenir.

“5) A pesar de ello, y acaso a causa de ello, la Conciencia se aferra y jura seguir la lucha.

"6) Con gran angustia vemos que el mancebo vacila y se tambalea y termina meciéndose como un barco al garette en mar agitado.

"7) Por la sala entera del teatro se esparce entonces una esperanza que Stramuros sostiene con su orquesta: "¿Por qué el joven, cansado ya, no vuelve la espalda a tanto enemigo y refriega y se normaliza más allá o más acá de amores locos y locos proyectos?".

"8) Estalla en la sala entera del teatro una pregunta entre trágica y maliciosa: "¿Qué joven, cuál joven, cuál es el joven?".

"9) Y a la pregunta del coliseo entero llega, por la cúpula, la respuesta: "El joven volverá la espalda; ¿cuál joven? ¡El Verdadero!".

"10) Sobre la enorme cabeza, la enorme cara y enorme mano de Feldespato, ocupando toda la escena, vemos entonces, de tamaño normal, al mismo y genuino Feldespato avanzar.

"11) Gran expectación en el público y hasta algunos aplausos de aliento pues comprendemos que nuestro héroe, por fin hastiado al verse sumergido en riñas y mescolanzas, ha reaccionado y está pensando respecto a guerreros: "¡Allá ellos!".

"12) Para darse coraje exclama: "¡Yo soy Yo!". Mas sabiendo —mejor dicho sabiendo el autor— que nuestra curiosidad es casi inagotable, nos explica que "Yo" quiere decir la esencia misma del ser, que es aquel que no es ninguno de sus atributos, el espectador puro más allá de toda contingencia, el contemplador, el que Es, cuando ser es tener conciencia de ser, sin más.

"13) ¿Qué puede hacer tal ente, tal sustancia, allí en la reyerta? Ve que sus atributos han sido poseídos por huestes enemigas; ve que a él no le obedecen; ve que nada puede ya hacer consigo mismo. Medita y corrige diciendo: "Con una expresión mía". Agrega: "Dejemos...".

"14) Deja, pues, que peleen, aúllen y enloquezcan. ¡Que vivan y obren sin él! Y se alza, transfigurado, se eleva hacia la cúpula del teatro. Allí se detiene. Allí contempla. Allí... parécenos que estuviese en oración.

"15) Entonces se nos hace sentir la inmensidad de aquella tragedia que ahora corre por un hilo invisible desde ese Feldespato allá encumbrado en la cúpula, hasta el otro Feldespato que en la escena se agita: "Lo que era él no es él; lo que era él eran cosas; cosas... prestadas y, ¡más aún!, prestadas, diría, por casualidad". ¡Es una tragedia!

"16) Tiembla entonces ese hilito invisible conectando mensajes de ayuda. Mas ¿qué ayuda? Aquel de la cúpula, por su esencia misma de Ser, si quiere ayudar deja de ser quien es. ¡No hay posibilidad alguna! Hay sólo desconexión. El de arriba se anida. El de abajo grita y grita alzando una mano dura como la piedra. Ha enloquecido.

"17) Último momento del Cuadro Octavo: La Fe se aleja, el Jefe 1º se aleja, los Comandantes se alejan. Pero, hecho curioso, se alejan dejando, sin embargo, como quien diría sus respectivos representantes quienes, por lo demás, se saludan cortesmente y se disponen a esperar... Mientras en la cúpula suenan las notas del arpa acompañando al que se marcha a regiones para nosotros desconocidas; mientras en la escena cae el telón sobre un poseído; y mientras la gente aplaude. Y tú despiertas.

—Muy interesante, Lorenzo —aseguro.

—Sí, mucho. Y lo más interesante —te lo diré ya que parece preocuparte por las técnicas teatrales— es que cuanto te he contado se realizó en tan breve plazo que casi me atrevería a decir que se realizó simultáneamente.

—¡Maravilloso! —exclamé.

–Me alegro que así lo encuentres –me respondió– pues así dormirás bien.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Ahora pido que, en vez de acompañarme a la cama, se me acompañe adonde habíamos quedado en el momento de mi percance que, según se ha visto, me lo ocasionó aquel personaje granate llamado el Parlamento A.

La ipecacuana y el pelo negro han producido su efecto. ¡Ábranse, pues, las cortinas!  
¡Y siga la función!

### *Cuadro Noveno*

La escena representa la prisión de Blenda.

Cuadro mudo en el cual lo que sucede es la

*Muerte de Blenda*

Blenda murió. Que en paz descanse. Es todo. Fue todo: Blenda murió.

Creo que esto a nadie podrá extrañar tratándose de una joven frágil, encerrada en una prisión hecha para erizar los cabellos de cualquiera y teniendo que sufrir la malignidad de esas cuatro víboras de carceleros.

Pero a nosotros –en todo caso a mí– me extrañó su muerte en alto grado. No su muerte misma, no, sino la actitud diría yo dramático-teatral del autor: Me explico:

Se ha visto que Fa no es hombre de escatimar detalles en su obra, que, por el contrario, gusta explayarse a tal punto que se podría pensar que el tiempo de una representación no tiene para él ninguna importancia. Pues bien, viene de pronto en su drama un momento de la mayor gravedad, de incalculable alcance, cúspide de la trama y, como muerte, cúspide de la vida humana. Cualquiera diría que iba el gran chino a desplegar aquí su genio, su excelsa minuciosidad y aguda penetración. Error. Las cortinas se abrieron; Blenda allí estaba viva, por supuesto; se apagó la poca vida que le quedaba; falleció; y las cortinas se cerraron.

El muy pillo de Valdepinos, presintiendo tal vez una falla de técnica teatral, tuvo la idea de poner en marcha el segundero de su reloj durante este Cuadro Noveno. Por él supimos, en el entreacto, que había durado exactamente 10 segundos. Nos decía removiendo un ojo:

–¡Admirable! Para la muerte, 10 segundos... ¡El tiempo del *knock-out!* ¡Genial el chino y muy moderno!

Y lanzaba su risilla envuelta en una especie de estornudo.

En fin, entre Valdepinos y nosotros, por un lado, y por otro lado el chino Fa, me inclino ante el autor y reconozco que la falla debe estar en algunas rancias ideas nuestras sobre el arte del teatro.

Por lo tanto, sigamos:

### *Cuadro Décimo*

La escena representa un cementerio de noche con luz lunar. Al centro, el mausoleo de la familia de Escipión.

Funerales. Tristes, siniestros funerales. ¡Ahí vienen! Agachados, doblados, arrastrando los pies que no logran despegar. Ahí vienen los cuatro viejos achatados bajo el peso nulo del ataúd inocente. Ahí van sujetando con sus cuarenta garras ese ataúd de aire para que no emprenda vuelo alguno y se entierre hacia los gusanos y lombrices de la augusta familia

de Escipión. Ahí van escondidos en sí mismos y en sus miradas oblicuas. Las dos viejas adelante con los pies de Blenda; los dos viejos atrás con los cabellos de Blenda. Pero alguien más sigue. Otro viejo, centenario viejo tras el cortejo y avanzando de espaldas a él. Agita una tizona imprimiéndole grandes círculos, siniestros círculos, círculos para ahuyentar y ojalá, sí, aterrorizar. Es un viejo doblemente centenario. ¿Contra quién ahuyenta, contra quién lanza sus terrores? Es un viejo tres veces centenario... Lanza sus terrores y también sus maldiciones ¡contra las viejas! No contra aquellas que encabezan el funeral. Contra todas las demás viejas que existan o puedan existir. ¡Ni una vieja más! ¡Ni una sola debe presenciar! ¡Horror a las viejas! ¡Escondámonos de ellas, de todas ellas! ¡Cúbrenos Stramuros con profundos y opacos acordes funerarios para que ninguna vieja pueda ver esta marcha hacia los gusanos y lombrices, esta siniestra marcha de una niña sin pecado y transparente que murió mordida por las cuatro víboras que allí la llevan! Ahí la llevan acurrucados, macilentos, roídos... los cuatro padres vengadores. ¡Pavor al escándalo!

Por eso lloran. Pues les ha acometido la duda de si basta un viejo tres veces centenario para ahuyentar a todos los ojos observadores de todas las viejas espías. Acaso para ello se precise la experiencia de una edad cuatro veces centenaria. Es mejor llorar. Además Blenda ha muerto y una muerte evoca siempre a la Muerte. Y desde que el mundo es mundo, ante la Muerte se ha de llorar.

Lloran.

Pero una lágrima es delatora. Mil lágrimas... ¿Qué hacer aunque la tizona de este abuelo del Cid bien cumpla con su deber y mantenga alejadas a las viejas? La tizona se habrá marchado antes del nuevo día y la tierra y las lápidas quedarán húmedas por un año con las lágrimas. Y en un año pueden suceder tantas cosas... ¿Qué hacer?

Acuden los esclavos. Se entregan a su obra.

Cada lágrima de cada deudo es vaporizada por uno de ellos. Así impiden que la humedad sobre el polvo y las losas desate los malignos comentarios de las viejas.

Cada sollozo, una daga esclava lo parte en dos y cae y rueda hasta el hueco de la orquesta y la orquesta lo traga.

El ataúd de Blenda es enterrado.

Blenda reposa empavesada con sus mejores atavíos.

Y nadie supo nada.

Ninguna vieja ha murmurado.

Las cortinas lentamente empezaron a cerrarse.

Pero en este momento —mientras deudos, tizona y esclavos se alejaban— surgió de la tumba un personaje desconocido cubierto totalmente por un amplio manto espeso de color violado. Parecía, más que un personaje, una especie de monolito blando. Quedó inmóvil.

Los cuatro padres, al alejarse, dijeron entonces despidiéndose:

—Ninguna vieja ha murmurado...

Y el personaje blando les respondió:

—Pero siempre hay más viejas que las que hay.

Y cayeron las cortinas.

Y nosotros rompimos en atronadora ovación.

Y así terminó el Segundo Acto del inmortal drama que ante nuestros ojos acontecía.

El capitán Angol nos concedió esta vez 6 minutos de reposo después de la ovación, consideran-

do que habían sido tantas las emociones resentidas durante el Acto que bien merecíamos un respiro reparador.

Luego las cortinas se reabrieron: El cementerio nocturno había desaparecido; todo el escenario era gris. Al centro, siempre inmóvil, permanecía el personaje monolítico con sus vestimentas de color violado. De su interior surgió una voz aterciopelada que dijo:

Soy el

PARLAMENTO B.

Soy el Guardián de los Muertos. Soy el que pide en nombre de ellos lo único que ellos piden a los que aún no han llegado. Una vez más vengo al mundo y una vez más temo que el recrudescimiento tardío de cuanto debió extenderse en vida estalle ahora y perturbe. Vengo a detener las lágrimas, los sollozos, los gritos, las oraciones y las demencias; actos y gestos que debieron ser bondad, tranquila bondad durante los años vivos y no estallidos perniciosos en la muerte. Vengo a recordaros que todo lo que no cumple su misión –como es vuestra misión prodigar bondad– queda flotando, vago, inútil pero creciendo en potencia comprimida. Ya os lo dijo mi predecesor: Yo, continuándolo, os doy aquí, sobre la tumba de Blenda, la ocasión de aplicar sus palabras:

Sobre su cuerpo no lloréis, no sollocéis, no gritéis, no oréis, atajad la demencia..., vosotros aquí presentes, vosotros deudos que la acompañasteis en vida durante la vida del Emperador Adriano, vosotros los que exististeis en siglos anteriores y ante otros muertos, vosotros los que existiréis en siglos venideros y ante nuevos muertos. Ya que habéis cometido la falta de no haberos dado cuenta que amabais a un semejante, ya que habéis cometido la doble falta de saber que amabais y no haber dado curso a ese amor..., os pido ahora que, por lo menos, burléis la explosión tardía y nociva, que dejéis que sus fuerzas maléficas se vayan y disuelvan sin encontrar objetivo, que calléis, que os inmovilicéis, que olvidéis y regreséis a vuestras guaridas ignorando que hay dos modos de ser: uno llamado vivo, otro llamado muerto. Ocupaos únicamente del modo vivo. Sobre el modo muerto echad silencio para que pueda florecer la paz.

Esto os pido. Esto os exijo porque soy el Guardián de los Muertos.

Sin embargo es ardua mi tarea. Aunque por todas partes reciba obediencia, siempre habrá una deslealtad. Sin que yo mismo lo quisiera dije, al oír a los cuatro sepultureros y su siervo de la tizona:

–Siempre hay más viejas que las que hay.

Sí, siempre habrá una rendija o un descuido por donde se ha de filtrar una lágrima o un sollozo o un grito o una oración... Entonces estaremos perdidos en la demencia.

Porque yo sé abrir lágrimas, sollozos, gritos y oraciones. Lo sé y lo he hecho tantas veces como veces han bajado a la tierra muertos acompañados. Lo que dentro siempre he encontrado, bien adentro y muy oculto, tan oculto como una diminuta semilla en un fruto grande, es un punto de curiosidad. Ni más ni menos: de *curiosidad*.

Yo lo sé. Y puedo saberlo.

Sé que si no existiese la curiosidad sobre el más allá o ella fuese cuerdamente apagada, nadie perturbaría con sus lamentos la marcha desde vuestros dominios hacia los dominios míos.

¡Matad la curiosidad!

No averigüéis.

Volved, volved. Conmigo que quede la paz.

Nada más.

¡Paz!

Pero ¿me comprendéis? Y si me comprendéis, ¿me obedeceréis?

Creedme. Quiero hablar a vuestra comprensión.

La Muerte con el Amor laboran más allá de los hombres. La muerte de amor sigue laborando para los que aquí en este mundo han quedado. Cuando la muerte es debida al amor, el Amor cuida un lazo finísimo que continúa uniendo al muerto con los que aún aman en este mundo. Yo preservo este trabajo con mi manto. La muerte de amor no se desconecta de esta vida. Sigue atada y por su lazo labora. Hay que cuidar su labor. No hay que romper este lazo con imprecaciones. Si se rompe se desconecta y, al desconectarse, huye, huye la muerte, se va, se va, se pierde. Muere. La muerte muere. Y esta vez sí para siempre.

Laboran los muertos por amor, laboran más allá de los hombres y su labor fructifica de otro modo que el esperado por vosotros hombres. Por eso su fruto no lo reconocéis, por eso os pasa inadvertido. No veis la lluvia que desde mi reino os cae y cae permanentemente. Yo guardo a estos muertos por causas de amor. Yo los protejo.

Porque soy el Guardián de los Muertos que han muerto por Amor.

Debo presentarme entero. Ya sabéis quién soy; ahora sabed quien no soy:

No soy el Guardián de los que han muerto sin amor o considerando a la muerte bajo cualquier otro aspecto. Con éstos nada tengo que hacer. Pues éstos al morir se van, se van, se pierden, rompen todo arraigo con lo que aquí sigue manifestándose.

Yo soy, pues, el Guardián de la muerte de Blenda. Soy el protector de su laboriosa tarea de amor. ¡Paz para su trabajo! ¡Contentaos con recibir sus bienes sin averiguar cómo se hace ni en qué forma llega a la vida!

¡Oh cuán lentos sois! Pesa sobre vosotros milenaria costumbre. Veo que estáis locamente deseosos de llorar y sollozar y gritar y orar. ¡Es inútil –os digo y repito. Ninguna de tales manifestaciones logrará satisfacer vuestra curiosidad por saber qué hay después. Vuestros aspavientos no abrirán jamás el fruto para que veáis la semilla. ¡Tanto mejor para vosotros, pobres imbéciles! ¿Qué no veis que es un círculo vicioso que se burla de vosotros? Puesto que la semillita que buscáis es y será siempre vuestra propia curiosidad...

Temo vuestra incompreensión, temo, sobre todo, vuestra frivolidad. Temo perder mis palabras. Temo la visión que se me presenta porque cierta vez, durante mis andanzas para acallar lamentos y rezos, vi a un hombre mudo predicando en medio de un desierto.

Tentaré la vía de la acción. Procedamos.

Público:

¡De pie!

Público:

Estamos todos en el campo. Cuando se está conmigo en el campo, ved cómo los cactus se cubren de inmediato con un manto gris perla. Porque yo, Guardián de los Muertos de Amor, voy cubierto con un manto violáceo.

Ahora aproximémonos a los cactus. Así, lentamente aproximamos inclinándonos. ¿Veis que ese manto está formado por cientos, por miles de telas finas y que cada tela es, a su vez, un sinnúmero de hilos más que finos y separados entre ellos por distancias, en proporción a su espesor, diríamos planetarias? Si lo dudáis echad mano a vuestras lupas. ¿Veis?

Ahora, pues, sabemos que este manto es un conjunto de telas hechas con esos hilos que hemos apodado planetarios. Ahora, entonces, fijaos que de cada cierta porción de tela

se alarga un hilo ligeramente más grueso que llega hasta un sitio oculto. Hay, pues, tantos de estos sitios como porciones de tela, es decir, millares. ¡Ved bien! Cada sitio —que no alcanza a ser mayor que un dedal minúsculo— es una sórdida madriguera. Dentro, una araña.

Era verdad. Frente a nuestras butacas y a las butacas de las damas y de los ingleses, y por todas partes de la galería, y a lo largo de las escaleritas de ambas plateas, y alrededor del hueco de la orquesta, y hasta el proscenio mismo, habían crecido los cactus curihueños cubiertas sus enormes hojas tiesas de un vaho de telas color gris perla. De modo que cientos de miles de arañitas ocultas nos rodeaban. En realidad estábamos en el campo, en pleno campo, y sus misterios eran observados por 165 lupas que los descifraban para 330 ojos atentos.

El personaje monolítico dijo:

Mirad ahora el palco de las Mariposas.

Así lo hicimos y vimos 165 mariposillas castañas emprender el vuelo, veloces, alegres, inconscientes del peligro. Revolotearon un momento y luego se enredaron en los hilos de los cactus, una de ellas frente a cada espectador. Allí, aleteando, quedaron presas.

El personaje monolítico exclamó:

¡Parentesco real, directo, entre una mariposilla enredada en una tela, con una muchacha virgen entrando en la habitación de su amante!

Cuando en la habitación hay, agazapadas en negro, dos tarántulas humanas como en esos diminutos dedales, una araña.

Coged ahora el largo y fino alfiler que os he clavado en las solapas, caballeros; en los chales, señoras. Y proceded con ellos guiándoos por el instinto común que en este momento se mece sobre esta sala.

Con cuidado, entonces, con suma minuciosidad, fuimos atravesando cada cual su arañita vecina. Así 165 pequeñas madrigueras sedosas fueron quedando abandonadas, sin dueño, sin vida, angustiosamente solas.

El personaje monolítico dijo:

Parentesco real, directo, por la inmensidad de la angustia, con una ciudad humana abandonada. Yo he visto una. A ella acudí a proteger a los que se habían marchado del barullo de los histéricos. Crepúsculo y noche en 1918: Verdun. Muros, muros, muros. Huecos de ventanas vacías sobre el aire. Faroles de parafina. Desolación. Ni un hombre ni siquiera un fantasma. Ni un lamento ni una plegaria pues plegarias y lamentos, aterrorizados, habían huido a cobijarse y explayarse en sitios poblados para ser oídos. Ni una sombra. Ni una arañita, ni una sola después de la guerra.

Las arañitas tuvieron que recomenzarlo todo, desde volver a ser ellas mismas, al llegar la paz.

Ahora, señores, señoras, niños, ahora que ha cesado el peligro en cada uno de vuestros cactus, cazad, sin dañarla, cada mariposuela castaña.

¡Así! ¡Apenas con dos yemas de vuestros dedos! ¡Así!

Procedamos entonces al altísimo sacramento del bautismo.

Cada mariposuela se llamará: *Muchacha Virgen*.

Y será cristiana.

¡Alzadlas ahora por encima de vuestras cabezas y recibid la brisa que hace el aleteo inútil de sus alas prisioneras!

Por fin, encomendaos nuevamente al instinto común y obrad según su dictamen.

Con el mismo gesto y a un mismo instante, 165 manos las arrojaron al vaho del manto.

Allí murieron lentamente.

No sufrieron.

Pues se apagaron desfalleciendo, palpadas por el aceite de los hilos gris perlas.

Y el personaje corroboró:

En verdad, así no se sufre. Por el contrario: ha habido un goce en cada muerte.

Os diré más:

Es error creer que los hombres temen a la muerte. Temen la manera de morir. Porque las hay nauseabundas. Y cada hombre busca la manera que lo ahogue lenta, lenta, lentamente, desfalleciéndolo, con un palpar de aceites plateados por el cuerpo entero.

Se teme la manera, mas no la muerte.

Nuestras mariposas han muerto sin que ningún temor asomara por encima de hoja alguna, de púa alguna, de flor de cacto alguna.

Y ahora laboran sin que nosotros veamos ni reconozcamos su labor. Por lo demás nuestra ceguera y falta de reconocimiento no tienen, para esta inmensa labor, ninguna importancia.

Que siempre habrá quienes sepan apreciar y puedan así perpetuar la continuidad del existir bajo la protección del Amor.

Os suplico, pues, una vez más:

¡No lloréis! ¡No sollocéis! ¡No gritéis! ¡Suspended toda oración!

Sobre todo:

¡Matad la curiosidad!

*¡No averigüéis nada, nada, nada!*

Es cuanto tenía que deciros.

Por lo tanto,

Señoras y Señores:

¡Adiós!

#### SEGUNDO ENTREACTO

La distribución del público, durante este entreacto, varió notablemente respecto al anterior: casi todo el mundo se agolpó en el Ambigü naturista en demanda de bebidas gaseosas y de miel. Al Ambigü alcohólico sólo concurrimos Isidra Curepto, Rosendo Paine, Rubén de Loa y yo. En cuanto al cínico de Valdepinos pasó todo el rato yendo de uno a otro y machacando con su cuento de los 10 segundos del K.O.

Al dirigirme a mi asiento pasé junto a Jacqueline y Rosendo Paine que conversaban animadamente. Alcancé a oír algo que él decía a ella sobre la fe. Al mismo instante Baldomero Lonquimay, que también había oído, se interpuso y dijo:

—¿La fe? Me he enterado, joven, de sus palabras. Menester será que mañana yo diga sobre el particular lo que decir hay.

Y se marchó a la sala.

Fuera de esto no hubo tampoco comentario alguno sobre el Drama, así es que, una vez más, pude aquilatar la cultura curihueña.

Sonó un cohete que anunció el:

### TERCER ACTO

#### *Cuadro Primero*

Se abren las cortinas y, al abrirse, muestran en escena el rodar de los acontecimientos. Fue aquello algo digno de verse. Porque rodaban y rodaban los acontecimientos cual enormes ruedas dentadas que parecían devorarse entre sí, tragarse entre ellas para, al mismo momento, destragarse las unas de las otras y seguir en su rodar infinito. ¡Estupendo, en verdad! Y debo anotar aquí que este "infinito" que se producía, no nos daba ninguna noción de tiempo, no significaba ni un siglo ni un quinto de segundo como tampoco era representativo del tiempo que nuestros relojes computaban mientras duraba el Cuadro. Era aquello, como dejo dicho, el *rodar infinito de los acontecimientos* y, según la filosofía del chino Fa, el infinito está más allá de todo tiempo, luego no lo tiene.

De pronto, en medio de este rodar dantesco, surgió Blenda, o el espíritu de Blenda, o nuestro amor por Blenda, o el inmortal infinito de Blenda... ¿Cómo identificar nosotros, pobres criaturas todavía atadas a los relojes del acontecer? En fin, recordemos las palabras del Parlamento B, "la continuidad del existir, *aun con muerte*, bajo la protección del Amor". Y recordemos, sobre todo, que no se debe averiguar más.

Así es que surgió Blenda y, junto con surgir, sobre ella las cortinas se cerraron.

#### *Cuadro Segundo*

La escena representa la Chozita de los desdichados amantes. Feldespato se halla al centro entre sentado y tirado sobre algo entre silla y baúl. Basta mirar sus ojos para comprender que sigue con la razón perdida. Los representantes dejados por aquellos que se marcharon al final del Cuadro Octavo del Acto anterior, se han dormido.

Apenas hemos echado una ojeada sobre esta escena, cuando el Pintor (Rubén de Loa) y el Mequetrefe (Viterbo Papudo) se lanzan al medio y cogiendo con cuidado a Feldespato lo llevan a un rincón. Luego se ponen a la obra con una rapidez asombrosa, vertiginosa. ¡Lástima es que Valdepinos no haya consultado su segundero! El caso es que en menos que canta un gallo, ambos amigos transforman el interior de la Chozita sacando todos los muebles, adornos y demás y reemplazándolos por otros nuevos, cierto es que menos numerosos y, sea dicho de paso, mucho más sencillos. Cuanto a su estilo sólo puedo decir que carecen totalmente de él.

Ya íbamos a extrañarnos ante esta escena muda y veloz, cuando, por la ventanita trasera, se mostró la testa de don Dámaso Mamiña. Dijo, en atolondradas palabras, que esto se hacía para evitar cualquier discusión sobre la esencia del tiempo y su pasar. Desapareció.

Luego Pintor y Mequetrefe se retiraron y nuestro héroe volvió al centro sentándose ahora sobre algo que carecía por completo de forma y, lo que es más singular, de sitio en el correr de la humana Historia.

FELDESPATO

¡Bl... bl... bl...! ¡enda! ¡Vvvv...! ¡en!

BLENDA

Entrando por la puerta.

Voy, amor mío. Aquí estoy. Vengo a tu llamado. Vengo con el amor a laborar juntos por la eternidad.

FELDESPATO

Se levanta y queda petrificado.

¡Ooooooh...!

Da un paso hacia su amada.

¡Uuuuuu...!

Y lanza tan formidable brinco que, por poco, sale del proscenio. Los representantes huyen despa-  
voridos.

BLENDA

¿Por qué te inquietas? ¿Por qué te asustas? ¿No es justo y lógico que a ti llegue y aquí me encuentre?

FELDESPATO

Sí, es justo. ¡Es justo! ¿Lógico? Un instante, por piedad. Sí, es la lógica misma... ¡Oh, amada mía! ¡Ven a mis brazos!

BLENDA

¡Voy, voy!

Se abrazan y se besan.

FELDESPATO

Ahora ¡habla, habla, divina mujer! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

BLENDA

Hacia lo que mi destino me obligaba a hacer; estaba..., estaba donde mejor podía estar para el buen cumplimiento de ése mi destino..., nuestro destino.

FELDESPATO

¡Bendito sea este momento y cuanto me dices y puedas decirme! No sabes, Blenda, cuánto he sufrido. Llegué a pensar que habías muerto...

BLENDA

¡Calla! No nombres a la muerte. Que te baste saber que ella para mí no existe, como existe para vosotros, porque es mi sino estar más allá y por encima de toda muerte y desde allí hacer y explayar nuestra nueva vida.

FELDESPATO

¡Como sea y lo que sea! Desde el momento en que hay vida entre nosotros dos, todo está bien, todo es felicidad.

BLENDA

Sí, así es. Mas algo ha de cambiar en nuestro trato cotidiano. Poco a poco lo irás sabiendo y aquilatando. Hoy por hoy conténtate con saber que es tanto lo que mi amor por ti se ha dilatado que ha llegado a abarcar mundos, inmensos mundos. Has de obedecerme, pues, para seguir nuestra ruta de pasión. Oye...

FELDESPATO

Oigo, sí, oigo y ¡créeme!, obedezco.

BLENDA

Todo ha cambiado pero el cambio ha sido mejor. Ya no viviré aquí. En recompensa,

Feldespató, cada noche –como hoy al sonar las 12– vendré. Vendré a amar, a amarte, a crear amor, a que esta choza sea un foco inagotable nada más que de amor. Juntos seremos los labradores de todos aquellos sentimientos de apego que a los hombres unan y los hagan tener fe en la santa hermandad humana. Luego, cuando la aurora se muestre, me marcharé.

FELDESPATO

¿Marcharte? ¿Pero adónde y a qué?

BLENDÁ

¡Calma! ¿Qué importa una pequeña ausencia si pronto volveré a estar contigo? Me marcharé a cumplir mi misión..., nuestra misión.

FELDESPATO

¿Y es ella?

BLENDÁ

Esparcir ese amor por nosotros creado, esparcirlo para que reine también sobre los demás. Mucho de él se perderá para los hombres; será entonces recogido por las estrellas. Algo de él caerá a nuestro mundo y fructificará. Sí, lo sé: *Que siempre habrá quienes sepan apreciar y puedan así perpetuar la continuidad del existir bajo la protección del Amor.*

FELDESPATO

Amén.

BLENDÁ

¡A la obra, pues! ¡Ven a nuestro lecho bendito!

FELDESPATO

¡Voy a nuestro lecho de amor!

Ambos se abrazan y marchan hacia el lecho y dentro de él se pierden.

### *Cuadro Tercero*

La escena representa, por un instante, la Choza del Cuadro Segundo pero sin los amantes que, como se ha dicho, se han perdido en su lecho. Acto continuo el muro posterior avanza y, por ende, crece. Crece a tal punto que, al fin, el escenario entero es una parte de dicho muro. Se diría que la vemos con lente de aumento. Arriba es de tablas verticales. Luego dos de ellas empiezan a abrirse y cerrarse en su juntura como la boca de un pez. Cada vez que se abren, vemos un ojo, un ojo humano que atisba.

De pronto la escena gira totalmente de modo que lo que había tras del muro queda ante nuestra vista y lo que hace un momento veíamos queda oculto. Vemos, pues, una parte del exterior de la Choza.

Allí, pegada, sumida, incrustada, la dueña de ese ojo, por las rendijas movientes, atisba. Se vuelve. ¡Horror! Es la más flaca, espantosa, encorvada y nauseabunda vieja que puede concebirse. Avanza enredada en su negro manto y escoba en mano. Pestañea. Sus pelos se agitan como hilachas. Su nariz se alarga. Ríe. Y habla:

ESPARADRAPA

Soy Esparadrapa. La sin igual, la ilimitada, la pujante. Soy la vieja Esparadrapa y ella es aquella que siempre está en el número siguiente de los números que están. Soy la que nadie puede vencer. Soy la que todo lo sabe porque soy la que atisba. Soy el atisbo mismo.

Soy el cedazo. ¡Soy la Cedaza! ¡Ja, ja, ja! Que alguien se atreva, que alguien intente pasar al otro lado una mosca, una chinche, una pata de una chinche sin que yo cuele primero, yo la todopoderosa y omnisciente ¡Esparadrapa Cedaza! Muchos lo intentan; nadie lo logra.

¡Ah! Esta jovencuela, esta mancebilla, esta mozalbeta ha creído que impunemente puede violar mi enorme cárcel de las tumbas y seguir su obra mofándose de las rendijas, las sacrosantas rendijas con que Dios y Satanás, en íntima colaboración, llenaron cuanto Ellos mismos crearon...

¡Ahora veremos!

Nadie de mis tumbas escapa sin mi consentimiento. Si los hombres son los amos de la primera muerte, yo soy la reina de la segunda muerte. Si la primera guarda una posibilidad de resurrección, la segunda, la mía, la última, sólo aboca en la desaparición total.

Aquellos a quienes yo mato se van, se van, se pierden, rompen todo arraigo con lo que aquí sigue manifestándose...

Bien lo sabe y ya os lo dijo el Guardián de los Muertos que han muerto por Amor.  
Es su deber cuidar, velar, ayudar.

¡Ja, ja, ja!

Es el mío dar jaque a su obra.

Porque siempre hay más viejas que las que hay.

Y yo soy la Diosa de todas ellas.

Sobre el santo Guardián, ¡Esparadrapa triunfará!

Es la Ley.

¡Es mi Ley!

Esparadrapa monta en su escoba. La escoba corcovea furiosamente. Pero a un maullido de su amazona se sosiega, barre con cariño el suelo y emprende el vuelo.

#### *Cuadro Cuarto*

La escena representa el atrio de la magnífica casa de Escipión. Allí está él recostado. A su lado, su esposa: Cerca, Matapión y la suya. Parecen anonadados. Suspiran. De pronto, con estrépito, cae Esparadrapa montada en su escoba. Ellos apenas se vuelven para mirarla.

LOS CUATRO

¡Schcht! Menos ruido, por favor. Los gatos duermen y no es hora de despertarlos.

ESPARADRAPA

¡Qué gatos ni qué nada! Traigo noticias, horribles, macabras noticias. ¿Qué pensáis vosotros del paradero de Blenda?

LOS CUATRO

¿Blenda? Pues duerme en paz en el mausoleo que nuestros corazones le dieron.

ESPARADRAPA

¡Error! ¡Error de vosotros, incautos personajes! ¡Cuán cándidos sois! Matasteis a la mancebilla y no pensasteis en matar antes al amor que en ella ardía...

LOS CUATRO

¿Nosotros matarla? ¿Qué estáis diciendo, arpía desdentada? Blenda murió de muerte natural, Blenda...

ESPARADRAPA

¡Eeeh! ¡A otro gato con esa rata! ¡A otra rata con ese queso! No olvidéis que soy la Cedaza, ama y señora de todas las rendijas. Por lo tanto, nada de disculpas ni disimulos. Reconfortaos: no vengo a enjuiciar; vengo a colaborar. Vengo a prestaros ayuda en la tarea que emprendisteis como simples e ignorantes aprendices. Sabed: Blenda resucita cada noche y puede hacerlo porque, al morir con amor, recibe auxilio del Guardián de los Muertos. Sale de su sepulcro y, junto con ser la medianoche, entra en la choza de Feldepato y ahí, ahí, cada vez... ¡se aman!

LOS CUATRO

¡Mi madre! ¡Pero esto es horrible!

ESPARADRAPA

Y no es todo. Luego, cuando despunta la aurora, sale y deja que en su sepulcro siga durmiendo, con sus mejores atavíos, lo que vosotros creéis su cadáver. Pero lo que ella, la verdadera ella hace es trabajar para que reine el amor y reine la paz sobre nosotros todos sin excepción.

LOS CUATRO

¡Cáspita! ¡Esto es nuestra ruina, nuestro acabóse!

ESPARADRAPA

Tal es, ni más ni menos. ¡Alerta, entonces, estad! Coto hay que poner. Es necesario que estéis listos y actuar a la primera señal mía.

LOS CUATRO

¡Listos estaremos!

ESPARADRAPA

Ya que no supisteis matar al amor y dejasteis que un ser bajara a la tumba con él, ya que con ello habéis permitido que el descenso sea ascenso, no nos queda más que dar la segunda muerte. ¿Estáis dispuestos a ayudarme?

LOS CUATRO

¡Dispuestos!

ESPARADRAPA

Esperadme, pues.

LOS CUATRO

Somos la espera en sí, somos la esencia pura de la pura espera.

ESPARADRAPA

Os bendigo y me voy.

Esparadrapa vuelve a volar en su escoba. Los cuatro padres se miran, menean la cabeza y levantan los hombros alargando el labio inferior.

### *Cuadro Quinto*

La escena representa el cementerio de Blenda. Los relojes del Capitolio anuncian las 6 de la ma-

drugada. Aparece Esparadrapa llevando de una mano a Feldespato. Al acercarse al mausoleo de Escipión se detienen.

ESPARADRAPA

Aquí es. Aquí yace.

FELDESPATO

¡No! ¡No lo creo! Bien sé que cada noche me visita. Bien sé que sólo media el día de hoy para que venga a mí nuevamente y caiga en mis brazos. Bien sé que hace apenas una hora que nos hemos separado. ¿Qué consejas apatrahadas estás chismeando, decrepita esqueleta mal oliente? ¿Blenda fallecida? ¡Oh pútrida lucubración de tu cerebro roído por lombrices!

ESPARADRAPA

Aquí es. Aquí yace. *Requiescat in pace.*

FELDESPATO

¡Calla, basilisca mugrienta! ¡O te haré ocupar el sitio que, calumniosamente, atribuyes a la más viviente de las mujeres del mundo!

ESPARADRAPA

¿Conque ésas tenemos? Bien; si mis palabras no te son suficientes, procederemos y con tus propios ojos verás.

Esparadrapa toca con el mango de su escoba las paredes del mausoleo. Éste se abre y, al fondo, vese un ataúd. Luego el ataúd se transparenta. Blenda allí está, allí reposa, allí duerme el sueño eterno...

FELDESPATO

¡Oh miseria! ¡Oh desdicha! ¡Oh maldición! ¡Blenda, Blenda mía! ¡Has muerto! ¡Te has ido! ¡Te has ido!

Cae de rodillas, se revuelca por el suelo, se arranca los cabellos. Súbitamente se yergue; sus ojos resplandecen. Salta sobre la vieja.

¡Atrás, roña de las sabandijas! ¡O aquí mismo me explicas este misterio o te estrangulo!

ESPARADRAPA

No te alteres, gallardo joven. Con gran gusto te explicaré por lo que a la explicación se refiere; con gran pesar lo haré por lo que se refiere a los tristes sucesos. Siéntate allí. Ya el sepulcro de tu amada se ha vuelto a cerrar. Siéntate y escúchame:

Blenda murió. Sus padres y tus padres aquí la trajeron y santamente la enterraron. No te amedrentes: ahora es ella la bienaventurada del empiro. Desde él por ti vela. Mas no le es permitido, ¡no!, bajar hasta estas tierras pecaminosas.

FELDESPATO

Pero entonces... ¿quién, quién...?

ESPARADRAPA

Calma, bello mancebo. Quien, noche a noche, te visita es..., ¡no lo dudes!, es una nefanda bruja de los infiernos, aborrecible súcuba que osa tomar los rasgos de tu amada para saciarse en ti y perderte arrastrándote al fuego eterno cuando tu hora suene. Así ni

siquiera podrás volver a encontrar a tu límpida Blenda en los Eliseos Campos, campos que debieran y deben ser el encantador sitio de vuestro próximo y perdurable amor.

FELDESPATO

¡Oh endemoniado sortilegio!

ESPARADRAPA

Así es. Si así no fuera ¿por qué tu bien amada no te acompañaría durante el día también? ¿Por qué ha de marcharse? Me has atribuido apatrahadas consejas... ¿No lo serán más bien esas historias que la visitante te murmura sobre su misión de amor explayado, sobre los labradores de la santa hermandad? ¡No hay tal! Si fuera tu Blenda, créeme, yo te protegería, sería la protectora de vuestro idilio. No es ella. Es, te repito, una miserable bruja que te impedirá juntarte con tu amada en el eterno más allá.

FELDESPATO

¿Qué hacer entonces, docta y sapiente anciana? ¡Aconséjame, guíame!

ESPARADRAPA

¿Qué hacer? ¡Eres un niño! ¿Qué se hace con semejantes larvas infernales? A un hombre cualquiera, a un hombre como tú, por menos, por nada se le injusticia. Lo vemos a diario. Y te preguntas qué hacer con esa canalla ruin que te condena usurpando los rasgos de la más bella y pura de todas las romanas. ¿Qué hacer? Lo sabes, niño, has de saberlo si aún en tu corazón veneras el recuerdo de aquella que fue y ya no es.

FELDESPATO

Exterminarla... ¡Que en sus propios infiernos se hunda y se consuma!

ESPARADRAPA

Tú lo has dicho... Su suerte se ha decidido. Esta tarde, junto con venir el crepúsculo, ve a la casa de sus padres. Allí en el atrio, con ellos y los tuyos, proyectaremos el ataque y gozaremos por anticipado de nuestra victoria y del hecho de que una maléfica hechicera más haya desaparecido. No lo olvides: atrio..., crepúsculo.

FELDESPATO

Allí, lo juro, estaré.

### *Cuadro Sexto*

La escena representa nuevamente el atrio del Cuadro Cuarto. Allí están los cuatro Padres y Esparadrapa. Los gatos, ya despiertos, se pasean por todas partes. Golpean.

TODOS

¡Adelante!

Entra Feldespato. Hay un momento de general vacilación.

ESPARADRAPA

¡Abrazaos y reconciliaos! No caben discrepancias cuando hay una obra común por realizar. Y menos aún cuando esta obra es por la santificación de nuestra adorada Blenda.

*Padres de Feldespato*

¡Hijo nuestro...!

FELDESPATO

¡Padres míos!

Se abrazan.

PADRES DE BLENDA

¡Yerno nuestro...!

FELDESPATO

¡Suegros míos!

Se abrazan.

ESPARADRAPA

¡Bravo! Ahora, sagaces matronas, ahora, diestros varones, sin pérdida de tiempo, a proyectar nuestro plan, a urdir nuestros designios, a tramar nuestra empresa, a forjar nuestro castigo. Acercaos, acercaos, aquí alrededor mío. Y a media voz. Expresémonos en murmullos, en susurros. Que los gatos no oigan... Que si un gato oye y escapa, es fuerza que se pierda. Así, así. Nuestro ataque, nuestro ataque, nuestro at...

Y pónense a hablar los seis, encorvados los unos sobre los otros, rozándose las narices, gesticulando, cuchicheando precipitadamente. Suena aquello como un lejano, lejanísimo redoble de tambores, como un zumbido de un inmenso y oculto enjambre. Y adquiere luego sonar de olas enfurecidas en lontananza pues Stramuros, subyugado, toma parte en el conciliábulo haciendo vibrar su armonio y su violoncelo. Sobre esta páfida escena caen las cortinas para que luego, al reabrirse, veamos la realización de lo que hasta aquí temblorosos sospechamos.

### *Cuadro Séptimo*

La escena representa, una vez más, el interior de la Chozita, esta Chozita que ha sido cuna de tanto amor. Larga escena muda en la cual se desarrolla lo siguiente:

Óyese el anuncio de los relojes del Capitolio: medianoche. Feldespato finge dormir. Nadie más en la habitación visible. Silencio. Mas en la habitación invisible, cuatro enormes y quietas tarántulas: el padre, la madre, el suegro y la suegra.

Encogidas espían con una antorcha ardiente en el lomo.

Avanza Blenda.

Resbala.

Resbala, hermosa, pura, plateada.

Lentamente empieza a desnudarse.

Una protesta sorda, una protesta que amenaza convertirse en un llamado de protección ruge en los 165 pechos nuestros. Queremos gritar: "¡Cuidado! ¡Atrás!". Pero ningún grito se nos escapa. Pues súbitamente comprendemos que cuanto hagamos—ahora nosotros en un campo cordillerano—no logrará impedir, ni siquiera torcer, los destinos de los seres del Imperio del Gran Adriano.

Quedamos agarrotados.

Blenda se desnuda. Se tiende junto a Feldespato. Feldespato la abraza. Y sin que ella se aperciba da la señal convenida en el páfido conciliábulo anterior.

Entonces, desde cada punto invisible de la habitación, una tarántula humana da órdenes removiendo en el lomo su antorcha ardiente.

Y un aullido, mitad de ira y mitad de triunfo, responde desde atrás y arriba del teatro.

Allá, junto al palco de las Abejas, la siniestra Esparadrapa se convulsiona. Golpea con su escoba. El palco se abre. Y miles, miles de abejas zumbantes se precipitan por los aires y, cual meteoros, caen sobre el cuerpo desnudo de Blenda. Antes de que nadie pueda intervenir, antes de que un grito de horror escape de nuestras gargantas, los ponzoñosos insectos han acribillado las carnes tiernas y blancas de su víctima. Y el veneno ha llenado ese inocente corazón sólo nacido para amar.

¡Muerte! ¡Segunda muerte! ¡Última y definitiva muerte!

La Luna, que hasta ese momento había iluminado la escena, cede su papel a las cuatro llamas de las antorchas y, quedamente, va a esconderse en un rincón del techo. Y allí se apaga.

Esparadrapa entonces vuela por encima de nosotros hasta el proscenio. Grita: las abejas vuelven a su palco. Vuelve a gritar: saltan de sus escondrijos padres y suegros. Y empiezan, animados por la escoba de la vieja, una danza demoníaca y llameante sobre el cadáver lacerado de la pobre joven.

Feldespato, inmóvil, tiembla. ¿Ha comprendido? ¿Ha enloquecido nuevamente? No lo sabemos. Sólo lo vemos elevarse con suavidad e ir a juntarse con la Luna apagada, allá arriba en ese rincón del techo; mientras abajo sigue la danza de antorchas, tarántulas y escoba, sigue el frenesí; y mientras Stramuros, con sus cuatro músicos, ha salido de su orquesta subterránea y, alrededor del hueco, manda tocar estrepitosamente.

De pronto una de las antorchas –jamás supimos cuál de ellas– se desprende de un lomo y azota contra las bambalinas que, acto continuo, toman fuego...

¡Fuego! ¡Fuego!

¡Incendio!

¡Arde el escenario!

Va a producirse el tumulto, la catástrofe. Pero en menos de un segundo el capitán Angol está en escena. Alza los brazos y lanza una sola voz de mando:

–¡¡Calma!!

Automáticamente nos calmamos. Y las llamas se extinguen.

Vuelve el capitán a su asiento.

Las cortinas, entonces, se cierran tranquilas poniendo fin a este trágico y lamentable Cuadro Séptimo.

### *Cuadro Octavo*

Nada representa este Cuadro. Porque son los funerales de Blenda.

¡Qué queréis! Frente a cuatro antorchas, de noche, ningún amor puede nada.

Se nos dijo:

–No averigüéis.

Frente a las averiguaciones de una funesta vieja, ningún amor puede nada.

No lo puede: ni en tiempos del Emperador Adriano, ni antes de él, ni después.

Doblan las campanas.

Llora Stramuros con sus funerarios acordes.

El Amor recoge sus alas.

La Luna sale de su guarida.

Por la ventana ambos, Luna y Amor, se van.

Son los últimos funerales de Blenda. Y esta vez, fuera de la ciudad, fuera de todos los cementerios.

¿Qué podemos ver? Si cuanto ocurre, ocurre fuera, fuera, más allá de acordes y campanas.

Cae Blenda a la tierra y la tierra se cierra.

Allá, allá lejos, ¡sí!, allá... deben ser ellos, los enterradores, que regresan.

Regresan solos, sin Feldespato. Feldespato ha desaparecido. En vano se le busca en las ciudades, en los campos y en los sepulcros. ¡Nada!

Toda la escena representa la ausencia de los amantes. Pasan ahora otros amores, otras lunas, otras antorchas y otras arañas.

Y pasan, momentos antes de que las cortinas caigan, cientos de vírgenes que se multiplican al infinito.

Ya las cortinas han caído.

En todo el teatro no se oye más que un intenso sollozo común.

### *Cuadro Noveno*

Como en los albores de este Drama, ahora en su último Cuadro, la escena vuelve a representar una visión de los tiempos del Emperador Adriano. Es un gran espacio abierto: a cada costado, palacios; al fondo, el Aventino y el Palatino; entre ambos, monumental estatua de la Loba amamantando a Rómulo y Remo. Mucha, mucha gente se pasea alegre y ociosa; todos pensamos que, sin duda, es día domingo.

De pronto suenan catorce trompetas, siete de cada lado. Gran expectación entre la muchedumbre. Del pedestal de la Loba sale y avanza, magnífico e imperial, nada menos que Adriano en persona. El populacho se prosterna. Nosotros, los espectadores, nos ponemos de pie, saludamos y nos volvemos a sentar. A la derecha del Emperador marcha Eliphas Lévi; a la izquierda, el propio chino Fa. Se detienen.

ELIPHAS LÉVI

Majestad: Pido humildemente que vuestra imperial y romana palabra atestigüe que la triste historia de amor y de muerte que a nuestros oídos ha llegado, es verídica en todos sus puntos.

ADRIANO

Verídica es.

ELIPHAS LÉVI

¿Permitido, entonces, me es que, para conocimiento de mis próximos contemporáneos, la relate en mis escritos?

ADRIANO

Permitido es.

ELIPHAS LÉVI

Tal cual es relatada será.

ADRIANO

Bien, siempre que no olvidéis las últimas palabras que la malograda joven a sus padres dirigió:

“¡Oh, padre mío y madre mía! ¿Por qué habéis estado celosos de mi dicha, y por qué me perseguís hasta más allá de la tumba? Mi amor violencia había hecho a los dioses

infernales, la potencia de la muerte se hallaba suspendida; ¡tres días más y yo habría vuelto a la vida! Pero vuestra curiosidad cruel aniquiló el milagro de la naturaleza: ¡me habéis matado por segunda vez!”.

ELIPHAS LÉVI

No las olvidaré.

ADRIANO

Id con los dioses.

ELIPHAS LÉVI

Gracias.

ADRIANO

De nada.

POPULACHO

Hemos oído, ¡oh, Emperador!, esas palabras últimas. ¡Qué horror! ¡Qué miseria! ¡Qué ruindad! ¡Entreguémonos, por la vida entera, a llorar tan ignominiosa muerte!

ADRIANO

No. Verdad es que bajo el signo de ignominiosa muerte nos encontramos, mas nada nadie ganará con lágrimas. Id, en cambio, a construir con vuestros fornidos brazos y vuestro sudor, el más imponente y suntuoso mausoleo que ojos humanos puedan ver. ¡Id y elevad el Castillo de San Ángel! Quiero que él me sirva de sepulcro y que siga como tal sirviendo a los emperadores de esta Roma hasta mi amigo y sucesor Caracala. Quiero que luego dé refugio a los papas y sirva después de prisión de Estado. ¡Id, pues, plebe amada, id y elevadlo!

POPULACHO

¡Allá vamos!

Se aleja corriendo y entusiasmado el populacho y pronto vemos, tras de la estatua de la Loba, levantarse la gran mole de San Ángel. Adriano contempla ensimismado. Hasta que:

CHINO FA

Majestad: Perdón, perdón si os distraigo. Una pregunta, por piedad. ¿Me otorgáis el permiso necesario para hablar un instante con ese caballero francés antes de que se marche a su tierra y a su siglo?

ADRIANO

Otorgado está.

CHINO FA

Gracias sin fin.

ADRIANO

No hay por qué.

CHINO FA

¡Señor Lévi! ¡Un momento, por favor!

ELIPHAS LÉVI

¿Usted desea...?

CHINO FA

Cruzar dos palabras con usted, caballero. Es el caso, señor, de que yo también quisiera escribir algo referente a esta triste historia para de ella informar a mis próximos contemporáneos, simpática gente de un lejano país que, con el tiempo, habrá.

ELIPHAS LÉVI

No veo quién pueda impedirselo, señor mío.

CHINO FA

Ya lo sé. Pero es el caso de que quisiera –¿cómo decir?– balancear un poco dicha historia por mi comprensión chinesca. Cuestión, comprenderá usted, de aliñarle un tanto con la salsa de dos continentes: el mío de Asia, y el de las Américas de mis futuros oyentes.

ELIPHAS LÉVI

Asunto suyo, caballero. Siempre que no olvide usted...

CHINO FA

Ya lo sé: las últimas palabras de la niña. Aparecerán, pierda usted cuidado, se dejarán entender, perforarán mis escritos.

ELIPHAS LÉVI

Buena suerte, entonces. *Au plaisir*

CHINO FA

Se inclina con reverencia china frente a su interlocutor. Éste se marcha. El chino se vuelve hacia nosotros.

Distinguido público: Ya es algo tarde. Yo, con el permiso de ustedes, me voy a acostar pues debo levantarme mañana a primera hora a cumplir la promesa que he hecho al amigo Eliphas, es decir, a escribir un drama sobre estos sin par amantes, Blenda y Feldespato. Espero que, apenas terminado, el propietario de este fundo, nuestro noble capitán Angol, tenga a bien facilitarme su teatro para en él ponerlo en escena.

Distinguido público: Antes de retirarme me permito pedir a todos ustedes una cosa y ofrecerles otra: les pido un poco de paciencia y que permanezcan algunos minutos más en esta sala, pues un personaje monolítico, llamado el Parlamento C, quiere decir aún dos palabras y quiere, sobre todo, que ustedes las escuchen; les ofrezco –con la venia de mi capitán, por supuesto– una invitación general para la noche del estreno del drama que corro a escribir, el drama que intitulado será:

*Blenda y Feldespato*

¿Aceptan ustedes?

TODOS

¡Sí! ¡Aceptamos!

CHINO FA

Entonces me voy a reposar y luego a escribir. ¡Buenas noches!

TODOS

¡Buenas noches!

Y cayeron las cortinas.

Y nosotros rompimos en atronadora ovación.

Y así terminó el último y Tercer Acto del inmortal drama que ante nuestros ojos acontecía.

El capitán Angol, en vista de lo dicho por el autor sobre lo avanzado de la hora, no nos concedió, esta vez, ni un minuto de reposo. Apenas caídas las cortinas, volvieron a abrirse y de nuevo nos encontramos frente a un decorado gris. Al centro, inmóvil, erguíase un personaje monolítico cubierto entero con espeso manto de color anaranjado que manchas escarlatas chorreaban. De su interior surgió una voz aterciopelada que dijo:

Soy el

PARLAMENTO C

Vengo de ultratumba con la misión de poner un punto final a esta historia. Vengo de ultratumba a conjuraros que siempre delimitéis con claridad y sumisión los únicos dos mundos que en realidad existen: el vuestro y el mío; el de los vivos y el de los muertos. Vengo a conjuraros que jamás tratéis de pasar la barrera que los separa. Si no obedecéis y os entregáis, por tanto, a este comercio, que la Ley prohíbe, sabed que sólo podréis engendrar dolores, miserias y monstruos sin fin.

¡No vayáis al más allá antes de tiempo!

¡No tratéis que del más allá os hagan visitas anticipadas!

Que este comercio sólo acarrea miserias y dolores y sólo los monstruos pueden efectuarlo.

¡Arrepentíos ahora porque todos sois culpables de lo que a Blenda aconteció, a Blenda la diáfana y candorosa! ¡Todos!

No olvidéis que en la prisión que le disteis se hallaba, en un extremo, su amor; en el otro, la muerte. Cuando la muerte saltó sobre ella, tendiéndola en el suelo, su amor se interpuso entre la amante y la guadaña. Cuando luego la colocasteis en su tumba, sobre ella quedó su amor con alas grandes cubriéndola, con alas que, por todo el rededor, hendían la tierra para que nada pudiera escurrirse bajo ellas y llegar hasta su vida. Cuando, por la noche, salía y volvía, iba envuelta por él de igual modo. La muerte trataba de romper su protección. Rondaba, husmeaba, mordía. Y, hora a hora, se descorazonaba más y más ante su trabajo impotente. Ya lo sabéis: tres días aún, y, vencida, se habría retirado. Nuevamente habría sido la vida para ella.

¿Qué ocurrió en cambio? Vosotros contemplasteis sus funerales, oísteis los conciliábulos, asististeis a la danza de las antorchas... En fin, allí quedasteis en vez de huir renegando de esta sala.

Por eso Blenda –¡y tantas y tantos otros que caen!– nunca más volverán a ser... para vosotros humanos.

Sois verdaderos asesinos y, lo que es peor, ¡irrespetuosos!

Podéis, sin embargo, alcanzar clemencia si os resignáis a meditar.

Meditad sobre lo que el poeta tantas y tantas veces os ha dicho:

*“El delito mayor del hombre es haber nacido”.*

Concentrad luego vuestra meditación sobre las tres primeras palabras: “El delito mayor”.

Concentradla, por fin, sobre una sola palabra: “Mayor”.

No hay más lejos ni más alto ni más grande. Si algo sobrepasara o sobrepujara, no sería verdaderamente Mayor. Y lo es.

Y lo es, no para *un* delito sino para *El* delito.

Si la soberbia de Satanás no ha hecho presa de vuestras almas, comprenderéis que ante lo Mayor no hay ni ha habido ni podrá nunca haber hombre alguno que se le pueda enfrentar.

Por lo tanto, ya que del Delito se trata, no hay quien pueda castigarlo ni perdonarlo.

Este castigo o este perdón no os incumben. No pertenecen a vuestro reino, el de los vivos. Incumben al mío, el de los muertos.

Para que retrocedáis impotentes –si acaso ha asomado en vosotros el deseo de juzgar a tales alturas y profundidades– que os baste saber que juicio, castigo y perdón sólo puede oficiarlo y otorgarlo el hecho mismo de vivir y de morir.

Vivir y morir, vivir y morir... lo cumplen.

Tal vez lo redimen.

Paz entonces, paz eterna para Blenda; os lo pido.

Y antes de retirarme, yo también definitivamente, os pido además:

Olvido eterno para el infeliz Feldespato.

Porque debo deciros el destino fatal de los hombres que, como él, han amado hasta el mayor grado posible del amor y luego quedan abandonados bajo el peso de dos muertes sobre un solo ser:

Esos hombres enloquecen más allá de toda curación que vosotros podáis nunca dar. Esos hombres son los locos errantes, los locos que desorbitadamente van, van, corren, corren sin detenerse ni fatigarse jamás. Son los locos que no pueden ser apresados y que libres entonces, van, van y van fecundando mujeres en los lechos, en las selvas, en las rocas, en las aguas, en los desiertos, en las cabañas, en los palacios, en los templos, en todas partes sin detenerse ni fatigarse jamás.

Y esas mujeres, así fecundadas, van y van y van pariendo locos que amenazan llenar todas las tierras y devorar las inteligencias y devorar la bondad.

Así va y va y va el desdichado Feldespato.

No tratéis de apresarlo, os repito, porque ello es imposible.

Para él, el olvido; como para Blenda, la paz.

Es cuanto tenía que deciros.

Por lo tanto,

Señoras y Señores:

¡Adiós!

Y, por última vez, cayeron las cortinas.

Y nosotros, en lugar de ovacionar, nos retiramos en silencio de la sala.

Ya en las casas de Curihue nos dispersamos. Yo, como dije, me fui a hablar con Lorenzo sobre lo ocurrido durante mi desmayo. Mientras hablábamos vi alejarse un automóvil manejado por nuestro Notario Público, don Dámaso Mamiña; en él se marchaban Mister Heard y Mister Silchester. Los hermanos Holmes pernoctaron con nosotros. Después vinieron la calma y el mutismo cordilleranos. Luego cada cual se recogió a su habitación y se durmió meditando sobre este "delito mayor de haber nacido".

#### *Día cuatro*

(7-III-27)

Tarde me levanté este Día: 7 del calendario, 4 según mi crónica, jueves por pedido de Lonquimay. Después del drama de Fa, el sueño fue algo pesado.

Me paseé un rato por el jardín respirando el aroma de los lampazos y luego llegué al corredor lateral donde el capitán Angol conversaba con los hermanos Holmes. El capitán quería retenerlos hasta el domingo pero ellos alegaban mil trabajos, deberes profesionales y qué sé yo. Según comprendí, Mister Mycroft tenía que ocuparse sin tardanzas de sus insectos y bestezuelas, y Mister Sherlock, de un asesinato, en San Agustín de Tango, que llamó "el caso de los tres Pedros". No supe más. El hecho fue que partieron a la estación de Matatiuques para tomar el tren de 11 y 49 a.m.

Nuestro anfitrión lamentaba esta partida, sobre todo la del gran detective, pues –por

lo que pude colegir de sus palabras— estaba un tanto inquieto con la atmósfera de Curihue: algo olía, algo como mortíferas pasiones, algo como el presentimiento de un crimen... Quedé al principio estupefacto pero luego olvidé el asunto porque me pareció que hablaba el capitán más en broma que en serio. Por desgracia, días más tarde, pude darme cuenta de que era el asunto serio, trágicamente serio. En fin, cada cosa a su hora.

Sin embargo, a pesar de mi olvido, esa expresión, "mortíferas pasiones", me quedó en el oído. Momentos más tarde, mientras volvía a pasearme solo por el jardín, recuerdo que me dije a propósito de ella: "¡Ojalá!".

No se vaya a creer que deseaba yo una tragedia, y menos con sangre, durante este magnífico veraneo. ¡No hay tal! Pero sí deseaba mayor —¡cómo explicarme!—, mayor movimiento entre los huéspedes del fundo, mayor intensidad, diría mejor, mayor *claridad*. Sé que me explico mal; tal vez se me comprenda debidamente si escribo aquí lo que este "¡ojalá!", ya puesto en marcha, me incitó a hacer. Es lo siguiente:

Empecé escogiendo el sitio adecuado; ni para qué decirlo: los pies me llevaron a la terraza. Se recordará —a propósito de la inolvidable Chinchilla— que en estas casas hay, hacia el oriente, una terraza limitada por una vieja balaustrada abierta al centro. Allí me coloqué y silbé: Do, Re, Mi, Fa, La, Si, y firmé Sol. Por lo que traía yo entre cejas me abstuve de silbar Si sostenido. Ya se comprenderá que era esta nota el llamado para las damas: 1 vez, Isidra; 2 veces, Jacqueline; 3 veces, Nora (según su orden de llegada al fundo). Por mi parte, pues, 0 vez. Tampoco creí necesario llamar al capitán que, por lo demás, sabía ocupado ahora con Guido Guindos, asunto de nuevas compras de vaquillonas, cerdos, gallinetas y demás. Con pronta obediencia actuaron mis compañeros así es que, minutos después de mi llamado, éramos siete los que, cómodamente sentados, nos hallábamos en la terraza.

Me puse de pie y les dije:

—He llamado a ustedes, mis queridos amigos, para que, ante todo, me confirmen si aún quieren o ya no quieren que sus respectivas biografías sean escritas; y, en caso afirmativo, si están ustedes siempre dispuestos a que yo sea el biógrafo.

Todos asintieron con muestras simpáticas de amistad y confianza, muestras —que dicho sea al pasar— me halagaron en alto grado. Después de agradecer continué:

—Si es así, grandes amigos, me gustaría tanto, ¡tanto!, que facilitaran ustedes mi labor, que algo hicieran por prestarme una ayuda que sólo ustedes pueden prestar. Voy a decirles, en el menor número de palabras que me sea posible, cuál es mi posición frente a la obra que me espera y, por ende —o por carambola, si ustedes permiten—, cuál vendría a ser la de ustedes y que..., y que..., en fin; ¡un momento!; estoy algo nervioso, pero trataré de serenarme y de ser preciso y exacto.

No quise mirar a ninguno por temor de ver una cara de estupefacción o de sorna. Como hablando sea al suelo de la terraza o sea al tejado de las casas, dije:

—Mi posición de biógrafo, sea de escritor:

"Puede resumirse como sigue:

"Al hacer las biografías de ustedes, habré hecho un libro; sea, una obra literaria. Las biografías, pues, serán *mi obra*. Creo que no se me podrá tachar de ambicioso si deseo que mi obra tenga interés. Para que lo tenga es menester que el modelo, sea el vivir de ustedes, también lo tenga. Sobre este particular estoy casi satisfecho porque no dudo, no quiero dudar, que el destino les reserva a todos peripecias sin fin. Ya las han tenido ustedes, unos más, otros menos pero, en fin, las han tenido. Algunas de ellas las he anotado y aun des-

arrollado; las restantes lo serán a su debido tiempo. Por lo mismo necesito que las peripecias que han de venir no desmerezcan de las ya acontecidas. Bajo este punto, repito, estoy más bien satisfecho, digamos tranquilo. Pero hay algo más:

“Creo que el hombre es, en una gran proporción, el autor de sus propias peripecias. No pongo en duda la influencia del sino particular; pero tampoco que me pongan en duda la voluntad y resolución de cada cual. En un amplio margen podemos escoger y aunque no logremos lo escogido, el hecho mismo de buscarlo e intentarlo es ya peripecia en el sentido justamente de nuestra elección. Para mí esto es claro. ¿Lo es también para ustedes?

Oí varias voces:

—¡Por supuesto! ¡Muy bien! ¡Adelante!

Seguí:

—Esto aceptado, desearía que las peripecias en cuestión fuesen algo más que individuales. Llamo “individuales” las que podrían ocurrirle a cualquiera sin consideración de la personalidad del sujeto: aun más: sin consideración del tiempo y lugar. En otras palabras, que lo ocurrido —por ejemplo y para no citar presentes— a nuestro anfitrión bien pudiera haberle ocurrido al señor Guindos o a otro; que sea una peripecia tal que casi pudiera ocurrir por sí sola y que luego se le colocara un sujeto o actor cualquiera. Para escribir peripecias de esta índole creo que no vale la pena de escribir, por lo que a mí respecta; como no vale tampoco la pena de ser escrito, por lo que a ustedes respecta. Piensen que por “peripecia” entiendo ahora toda aventura, amor, felicidad, desgracia, en fin, todo aquello que a uno lo saque de un diario vivir gris.

“Amigos míos, quiero lo contrario. Quiero peripecias en las que el sujeto o actor sea lo principal, sea quien colore y determine, y que dados su colorido y determinación, a él se le pueda colocar la peripecia, peripecia llegada a ser casi fatal, en el sentido de ineludible.

“Aquí debo subrayar un punto que, para lo que estoy diciendo, hay que tener siempre presente. Es el siguiente: la calidad e intensidad de la peripecia. No pido, ni por un solo segundo, hechos de calidad superior —como obras o hazañas que asombren al mundo—; ni hechos de intensidad vecina a exageradas pasiones —como tragedias con raptos o suicidios o lo que sea—. No hay nada de tales cosas. Como peripecia puede bastarme, en un momento dado y en el sitio preciso, que un personaje se incline de pronto y coja una flor.

“Volvamos, entonces, al sujeto o actor —llamémoslo o llamémonos “actores”, sin más —determinando, en cuanto le es posible, sus peripecias, sea su vida. (Por lo que de ustedes acabo de oír: “¡aceptado!, ¡muy bien!, ¡adelante!”— presumo que nada es imposible ni menos de extravagante han de encontrar en esto).

“¿Cómo —me pregunto— un actor puede ejecutar un acto que por el simple hecho de ser por él ejecutado se convierta en peripecia? ¿Cómo puedo pedir que un hecho mínimo —como el de encender este cigarrillo— pase a ser de sin significado a lleno de significado? La respuesta me parece que es la siguiente: según quien lo haga, según las causas que lo determinen a hacerlo y según en qué momento y en qué sitio lo haga.

“Esto sucede a menudo, amigos, por extraño que a primera vista parezca. Como ejemplo al pasar recordaré a dos personas de mis relaciones: una de ellas, hombre ya maduro, y que llamaré X, no baila; mas cuando ha bebido una copa más de lo prudente, invita a una dama y se lanza a la pista, incontenible; de más decirles que de ahí en adelante empiezan en él las extravagancias más inauditas. La otra persona, que llamaré Z, es un vegetariano convencido, rabioso, diría; está persuadido de que todos los males de la humani-

dad proceden de ingerir cadáveres. Pues bien, si un día se cuenta, digamos de nuestro compañero Rosendo, que en tal ocasión, durante una fiesta, a la media noche bailó... ¿Qué? Sencillamente, nada. Dígase ahora que X, anoche bailó. ¡Ya calcularán ustedes...! Cuéntese otra vez que... Desiderio Longotoma, por ejemplo, tal día, a la hora de almuerzo, entró en un restaurante y pidió chuletas o riñones. ¿Hay algo más natural y, por lo tanto, más inocuo e indeterminado? Dígase lo mismo de Z. Amigos, ¡no quiero ni pensarlo! Sería la caída al suelo de mil principios evangélicos.

“Amigos, ¡un hecho en sí no significa nada!

“Amigos, corolario de esto es: quiero que cualquier acto de ustedes signifique todo.

“En un baile quiero que cada uno de ustedes sea X; frente a un plato de carne, Z. Que estén ustedes a tal punto definidos y empotrados en una personalidad dada, que cualquier acto posible —este cigarrillo que muestro, esa flor que mencioné— se haga una clave.

“Eso es: ¡una clave ante la cual yo no tenga más que copiar, transcribir y, con ello, haya hecho un acierto psicológico profundo!

“Vuelve a presentarse una pregunta: “¿Cómo?”.

“Escuchen: Si el fondo del actor está lleno de significados *definidos*, el acto tiene que estallar puro, nítido, ¡luminoso!

“Y mi obra se desparramará fluida y consistente.

“Repito entonces: “¿Cómo?”.

“Ya lo saben: un actor lleno y definido en un papel definido y lleno. Digámoslo sin rodeos: ¡una personalidad!

“Lo demás cae por su peso: ¿qué es una personalidad? No es más que tener un objetivo.

“Sé, queridísimos amigos, que todos ustedes no viven dejándose llevar por el viento, sé que hay en cada rumbo un objetivo. Pero a veces me desanimo. A veces encuentro —¿cómo explicarme?—, encuentro que, a pesar de ello, pierden ustedes el tiempo distrayéndose en actos que no calzan dentro del objetivo vital, que se diluyen, que..., que... Veamos y aclaremos:

“En calidad de confidencia les diré que apenas vi a las damas que nos honran aquí en Curihue con su presencia, pensé que caracterizaban, con precisión asombrosa, tres tipos de tres modalidades absolutas: Isidra, el tipo humano; Jacqueline, el divino; Nora, el diabólico. Estoy cierto de ello, cierto de que así es... en el fondo. Entonces ¿por qué no actúan siempre como tales? Se diluyen ellas también, no sé con qué fin. Si lo ponen ustedes en duda, ¡miren!

Alargué a cada uno de los seis un par de anteojos perforadores de muros y arboledas y les pedí que con ellos apuntaran hacia la explanada sombreada por las rafas africanas: allí, sentadas en sendas sillas de tijeras, las tres hermosas damas conversaban y reían mientras, con diestras manos..., tejían. Para mí tejer no es lo representativo de lo verdaderamente humano; para qué decir de lo divino; y si es así, menos aún de lo diabólico. Vi con agrado que mis compañeros pensaban como yo. Entonces, envalentonado, exclamé:

—¡Por favor, por piedad, señores curihueños que hacéis el fondo único de mi futuro libro, definíos, subrayad vuestras personalidades, no os balanceéis más, agarraos a un objetivo preciso y enconaos sobre él indomablemente para que éste mi libro resulte uno digno de las grandezas que en potencia lleváis dentro de vosotros!

Me volví a sentar. Mis oyentes, unos tras otros y con lentitud, se levantaron. Luego

hicieron ademanes de retirarse. De pronto Lorenzo Angol se volvió a mí y, sonriente, me dijo en alta voz para que todos oyeran:

—He comprendido tus palabras, mi buen Onofre. Puedo resumirlas: tú quieres de cada biografiado, de cada actor, como los llamas, una línea fija de conducta, una sola sin la menor sombra ni el más leve desvío. Es decir, quieres quitar a los demás todas las infinitas posibilidades y todos los imprevistos que pueden llegar hasta un hombre plenamente abierto a cuantos horizontes se le presenten. Y esto lo quieres para facilitar una tarea literaria.

Respondí:

—No, no me interpretes así, Lorenzo. Lo que quiero es acentuar y nada más, y hacerlo sin falsear. Quiero acentuar para obtener de cada cual un prototipo humano, para tener en cada uno justamente una posibilidad más. De este modo, sumadas todas ellas, abarcarán el total de posibilidades, serán el total humano. ¿Qué más imprevistos quieres?

Pero Lorenzo rebatió:

—No, no, estimado Onofre. Eso que dices es simplemente disección de la vida. Si tal cosa quieres hacer con tus actores en tu libro, ¡allá tú! Creo, por lo demás, que es el oficio de los escritores. Mas no puedes pedir a tus modelos que también lo hagan en su vivir. Literariamente tal vez así se obtengan los prototipos. Pero vitalmente ¿cómo pretendes obtenerlos si en un hombre no están sonando todas las cuerdas posibles por simpatía? ¿Hay posibilidad de algo sin luchas y choques? Es esto lo interesante que debes ver y no hombres hechos sobre medida. Por lo demás, mi viejo amigo, *la nota básica del individuo, la nota de prototipo, se oirá siempre aunque se tratara de apagarla*. Por otro lado quitarías espontaneidad pues ese afán de un solo rasgo característico suele ser huida frente a los mil sonidos contradictorios.

Observé en los demás varias muestras de aprobación para mi contrincante. Algo desalentado insistí:

—Como sea, y aceptando que tengas tú razón, quiero dejar en claro mi papel, mis intenciones al tomar la pluma; y no dudo de que nadie podrá considerarlas sin valor. No está de más que ahora recuerde un punto, por cierto que con tu consentimiento, querido Lorenzo.

—Lo tienes.

—Bien. Recuerdo que hace tiempo yo deseaba escribir, que escribir era mi único anhelo. Pero no lo hacía porque no hallaba qué escribir; una falta de tema, nada más, cosa que ocurre más a menudo de lo que se cree. Tú entonces viniste a mi ayuda. Te lo he agradecido siempre. Me dijiste que podía yo escribir las biografías de mis mejores amigos y, por lo tanto, la tuya; que sería interesante ir escribiendo a medida que otros iban viviendo; hasta me agregaste que sería como ir con una máquina filmadora detrás de los propios personajes de uno mismo, ir libre y sin nada preconcebido, e ir siempre dispuesto a encontrar, al proyectar en la pantalla, cosas inauditas y sorprendentes. Lo recuerdo y recuerdo también que tu idea me entusiasmó. ¿Por qué? Primeramente porque la consideré original: no deja de ser original el tener un personaje entre manos y en el papel y no saber cómo, demonios, se irá a comportar en el capítulo siguiente. En segundo lugar —y es mi punto básico— porque esperaba, para esos capítulos venideros, peripecias conformes a tipos humanos, peripecias que representaran pasiones elementales, sí, elementales en su origen y que luego, al pasar por un temperamento dado, se hicieran, justamente por ese origen elemental, expresiones profundas, perforadoras en su expansión. Es todo.

En vez de la aprobación que esperaba oí una franca risa de Rosendo Paine:

—¡Ahora verás! —reía—. Si con todo lo que yo vivo y voy a vivir no logras clasificarme en gran grupo vital prototípico, eres un entomólogo de pacotilla. Imagínate, a propósito, un entomólogo, ese señor Mycroft, por ejemplo, que de pronto se viera con verdaderos insospechados en sus bestezuelas... ¿Concibes a un hombre más feliz? En cambio tú, como un pigmeo, te apocas, ¡te chupas!

Y Teodoro Yumbel se coló en la cuestión:

—¿Permiten ustedes? —interrumpió—. Yo, personalmente, yo no quiero ser. No me interesa ni pretendo ser. Lo saben todos: yo, en vez de ser, quisiera *llegar*. Es decir, quisiera llegar a un, llamémoslo, Templo y ya en él, obedecer. Que me guíen los que saben más que yo, que me guíen por la senda que al fin llega...

Y quedé estupefacto al ver que estas palabras atraían el beneplácito de Desiderio Longotoma que aplaudía exclamando:

—¡Colosal! ¡Ahí está el quid del asunto!

Por un momento sentí que todo mi mundo literario cambiaba y crujía. Me pareció que, tal vez, Yumbel, estaba en lo cierto. Resumí mis dudas levantando una mano en signo de tregua y diciendo:

—Bueno, bueno. Seguiré... copiando.

—Es lo mejor que puedes hacer —me aconsejó sentencioso Lorenzo—. ¡Si es imposible, ¿entiendes?, que no nos estemos siempre definiendo, que no estemos ya definidos!

Rosendo abrió la marcha hacia las casas y, alejándose, gritó:

—¡Dejen, hombres, dejen que la personalidad se hile alrededor de la vida y que cada persona pueda hacer lo que se le antoje!

Se marcharon todos. Yo también, despacio, atrás. ¿Tendrían razón? ¡Vaya un fracaso mi exordio literario! Tenían razón, pensé, porque... Taita Higuera, por ejemplo; Taita Higuera no tiene ninguna personalidad definida, absoluta, expresiva de un gran arquetipo humano, es el tipo del hombre gregario; sin embargo es, después de todo y entre todos nosotros, el que más personalidad tiene...

Así pensaba cuando vi que Baldomero Lonquimay allá se detenía y parecía esperarme. En efecto, al pasar junto a él, el hombre me miró con relampagueantes ojos de desafío. Luego, sin quitarme la mirada de encima, me interrogó:

—¿Eh?

Contesté:

—Usted es el único, Baldomero, que es sin desmentir, el único que siempre expresa en profundidad y perfora con expansión.

Me dijo:

—¡Ah!

Y se marchó por otro lado mientras yo bien callaba su actitud medrosa en el duelo con Longotoma, actitud que, en mi opinión, había sido un franco desmentido a una personalidad digna de las letras.

Llegué al corredor lateral. Ahí, tras un pilar, me esperaba el muy cínico de Valdepinos. Me golpeó un hombro cariñosamente y un lado de la boca se le subió hasta una oreja. Como en secreto me murmuró:

—Las tribulaciones de un joven escritor... Me hago cargo, queridísimo amigo. ¡Terrible cosa tener personalidad! ¿No lo cree usted? Porque cuando verdaderamente se la tiene, le sale a uno siempre lo mismo, haga lo que haga... ¡Terrible cosa!

Y, como si su cinismo le sirviera de talismán adivinatorio, agregó:

—No se haga usted mala sangre: es mejor que Lonquimay haya temido un momento frente a Longotoma. Si no, el duelo habría sido más aburrido aún de lo que fue. Créamelo usted, ilustre hombre de letras.

Felizmente en ese instante sonó el gong.

¡Almuerzo!

¡Qué reconfortante acontecimiento sobre todo después de una mañana ingrata! Dos buenas cosas nos deparaba este almuerzo: 1ª) los nuevos invitados: nada menos que los doctores Hualañé y Pitrufluén; pasaban para asistir a no sé qué congreso médico y hacían alto en el fundo; 2ª) el menú, un menú ruso hecho en honor y recuerdo de los señores Heard, Silchester y Holmes hermanos.

A más de alguien extrañará que, para recordar a cuatro británicos, el capitán Angol confeccionara un menú moscovita. Pero pasemos al comedor y ya veremos.

Una alegría unánime resplandecía ante la presencia de los dos insignes facultativos. El capitán, después de desearles la bienvenida, hizoles un corto relato de la noche anterior y de los asistentes al teatro, y luego pidió que le permitieran anunciar el menú y explicar el motivo de su elección:

—Señores doctores, señoras y señores invitados —dijo—, vamos a gustar una minuta a base de platos rusos que con su sabor y aroma, ambos exquisitos, nos evocarán a los cuatro dignos caballeros de Inglaterra que anoche honraron con su presencia el estreno de la altísima tragedia del genial hijo de la milenaria y misteriosa China. Mas esto requiere una rápida explicación:

“Es el caso, damas y varones, de que Mister Sydney Silchester tiene una verdadera pasión por la miel y que, por este tan inocente motivo, le ocurrieron, no ha mucho, una serie de tempestuosas aventuras que, a no ser por la sagacidad de Mister Mycroft Holmes, habrían podido convertirse en aventuras nada menos que fatales. Es también el caso de que Mister Herald F. Heard, por ser hombre versado en la vida y obra de los insectos, ha intimado grandemente con Mister Mycroft y, por su intermedio, con el amante de mieles. Por estas causas se pudo enterar, hasta en sus mínimos detalles, de las borrascosas aventuras que he citado. Las encontró tan dignas de interés que no vaciló en escribirlas y darlas a la publicidad bajo el título de *A Taste for Honey*. Para los aquí presentes que sientan curiosidad por saberlas y que ignoren el inglés, puedo decirles, al pasar, que la editorial Emecé, de Buenos Aires, las ha traducido y publicado intitulándolas *Predilección por la Miel*. Agregaré, también al pasar, que en vista del gran papel que las abejas juegan en la tragedia que anoche vimos, su autor me pidió invitara a Mister Silchester, lo que, por cadena, trajo la otras tres invitaciones. Y sigamos.

“Pues bien, en los más arduos momentos de sus aventuras, Mister Sydney fue invitado a almorzar por Mister Mycroft. Le ofreció éste un menú de platos rusos que gustó locamente a su comensal y mucho lo reconfortó en medio de sus siniestras adversidades. Gustó luego y sin duda a Mister Heard ya que lo copió en su libro. He creído, pues, oportuno, por todo lo dicho, repetirlo hoy aquí. Espero que ha de ser del agrado de todos ustedes.

“Féminas y Másculos: Este menú es el siguiente: 1º) Sopa borsch; 2º) Caviar negro; 3º) Pasteles rusos rellenos de carne y saturados de ajo. Como postre habrá una crema de almendras y, por supuesto, con miel. Para regar estos manjares, ¡vodka, amigas y amigos, en las cantidades que ustedes deseen! ¡Ataquen, pues, sin piedad! ¡Y vamos conversando!

Estalló la conversación por todos lados a la vez como un tableteo de ametralladoras.

Hubo sólo un instante de silencio cuando Baldomero Lonquimay rechazó la sopa borsch y proclamó que el menú entero lo reemplazaría por una escabiosa y una flor de guarumo. Luego siguió el tableteo pero noté, con agrado, que se circunscribía lenta y seguramente sobre ambos doctores. Éstos lo reparaban y reían silenciosos mientras seguían devorando.

—¡Doctores! —exclamó por fin el capitán—. ¡Deseamos oír sus voces!

—Es lástima —observó Isidra Curepto— que ustedes, sabios galenos, no hayan estado presentes en la función de anoche. Me habría gustado tanto tener sus respectivas opiniones sobre el drama del gran Fa.

—Conozco ese drama —dijo el doctor Hualañé.

—Yo también lo conozco —agregó el doctor Pitrufrquén.

—¿Y es posible? —pregunté—. Tengo entendido que fue anoche su estreno y que el autor no lo ha publicado ni permite su lectura en privado.

—Así es —concedieron los facultativos.

—¿Entonces? ¿Acaso don Dámaso Mamiña...?

—No hay tal —se apresuró en decir el doctor Pitrufrquén—. El secreto profesional de un Notario Público resiste a las más perspicaces arremetidas del psicoanálisis.

—Por cierto —confirmó el doctor Hualañé.

—¿Entonces...?

—Piensen un poco —dijo el más anciano de ambos médicos— y verán ustedes, féminas y másculos —como los llama nuestro amigo el capitán— que mi colega Pitrufrquén y yo no mereceríamos el título de “galenos” —tan amablemente concedido por la niña Curepto— si no estuviésemos al tanto de cuanto pasa en la vida corporal y también anímica de nuestros pacientes. Hoy por hoy ninguno de ustedes, ¡felizmente!, es un paciente; pero pueden serlo un mal día cualquiera. ¿Podríamos nosotros acudir en buen auxilio si un hecho tan fuerte, tan alterante e inquietante, como el de ingerir semejante drama, fuese ignorado por nosotros los encargados de detener o encarrilar precisamente lo ingerido en dosis tan excesivas? Conocemos, pues, el drama. Sobre todo mi colega lo conoce de punta a punta pues tal clase de ingestiones está más en su especialidad que en la mía.

Jacqueline palideció un poco, apenas, y preguntó:

—Perdón, doctor, ¿cree usted que esta ingestión puede acarrear alguna dolencia?

—¡De ningún modo, suave niña! —exclamó el doctor Hualañé—. Voy a dar a ustedes mi opinión sobre *Blenda y Feldespato* bajo el punto de vista que a mí me concierne, es decir, medical y nada más. Considero esta obra altamente recomendable para la salud. Dejaré de lado su fisonomía literaria, sus características psicológicas, su fondo filosófico y demás y haré hincapié sólo en su aspecto saludable, el que hace de ella una verdadera medicina.

“Este aspecto lo trataba yo cierta tarde con mi colega Pitrufrquén, cuando llegó a veros, por otros motivos, el crítico literario don Ascanio Viluco. Al informarle del tema de nuestra conversación y al resumirle la pieza teatral, el señor Viluco puso, perentoriamente, un irreductible voto en contra. Ante nuestra sorpresa, el crítico nos aseguró que una obra literaria cualquiera —teatro, novela, poesía, cuento, ensayo, etc.— era mala, redondamente mala, si no conservaba, desde el principio hasta el fin, una tónica única y permanente, tónica que la singularizara, que la apretara —en vez de amplificarla, lo cual es diluirla— de tal modo que fuese la obra entera como un concentrado de fuerzas latentes prontas a estallar; ahora bien, estas fuerzas tenían que guardar entre ellas similitudes de forma y fondo pues si eran dispares, el explosivo vital no alcanzaría jamás su objetivo. Y agregé que mal podría llegar a este objetivo un drama que, según nos había oído, sucedía en

tiempos de la Roma imperial y cuyos personajes, a cada momento, se lanzaban por el devenir futuro haciendo una verdadera chacota del venerable momento histórico.

"Nada le rebatimos porque al señor Viluco —reconociéndole, por cierto, su gran sapiencia literaria— nosotros lo encontramos muy aburrido. Pero a ustedes, queridos contertulios —que, por el contrario, los encontramos muy amenos— les diré las conclusiones a que llegamos mi colega y yo después de un acabado análisis de la obra de Fa.

"Es natural —y no lo digo con ninguna malevolencia— que lo que don Ascanio censuraba fuese el lado óptimo de la obra. Me refiero a ese "ir y venir" por la Historia —que el crítico llamó "devenir futuro"—, a ese balanceo por lo que ha de acontecer, a esa inestabilidad sobre el momento en que se existe. Sepan ustedes, ¡oh, bellas féminas y nobles másculos!, que si hay balanceos con innegables cualidades terapéuticas, éste que nos ocupa es, entre ellos, el que merece el primer gran premio.

"Muchas son, lo sé, muchas son las causas de nuestros achaques. Pero a veces me pregunto —nos preguntamos, mejor dicho, mi ilustre colega y yo— si acaso no habrá por ahí escondida muy al fondo una causa primordial, una causa madre de todas las demás que tan fácilmente vemos. Sé también, lo sé, que, sobre este punto, el señor del Parlamento C piensa como Segismundo: "Haber nacido...". Naturalmente, amigos, esto es obvio. Esto es tan obvio que es profundísimo, tan enormemente profundo que queda mucho, mucho más allá de lo que alcanza y pudiera alcanzar nuestra ciencia por más que adelantara en grado inimaginable. Por eso no me arriesgo a internarme por tales ignotos socavones. Me retengo y concentro dentro de los límites que se me han otorgado. Es decir que empiezo mis averiguaciones después del hombre haber nacido, después del hecho que lo ha convertido, desde una hora dada, en algo vivo aquí. Aquí... ¿Me entienden ustedes? A-quí.

"Nos arraigamos demasiado, mis buenos jóvenes, nos enterramos junto con vivir, echamos por los pies demasiadas raíces, unas raicillas que se gestan en nuestra mente con los conceptos de "hoy" y de "aquí". Y esto nos une a toda la vida minúscula que pulula en torno nuestro, vida condicionada casi exclusivamente con el presente, es decir, con esos citados y dañinos "hoy" y "aquí".

"¡Ah, si supieran ustedes cuántas noches he pasado en mi laboratorio, de la calle del Escapulario, estudiando incansablemente estas raicillas que generadas acá arriba en la cabeza, salen por los pies y buscan en la tierra su correspondiente parentesco! Hay hombres, ¡créanme!, que se consideran libres y emancipados y que están, sin embargo, amarrados al hoy-aquí porque esas invisibles raicillas se les enroscan en los infusorios. Los hay también —sobre todo entre las mujeres— que viven en continua comunión con los rizópodos. ¡Cuántas bellas mujeres he conocido, bellas cual puras imágenes de Venus y que no eran, ¡ay!, sino mujeres-rizópodos! Y los ancianos y los muchachos celentéreos... Y los empalmados con corralinas y con míseros fitófagos... Y los que hunden sus raicillas y las pegan en malacopterigios subbranquiales... Y los abrazados con musgos y equinodermos... ¡Tristes espectáculo! Y entiéndanme ustedes bien: no se trata de una unión con los infusorios y musgos mismos ni con los mismos rizópodos ni celentéreos ni malacopterigios ni demás. No. Se trata de una unión subterránea y sórdida con la conciencia de vida que se manifiesta borrosa y bordoneante en esas minúsculas entidades apenas despiertas.

"Ahora bien, esta modalidad de vida es en su esencia una expresión única, nada más que única; y es tal expresión la noción exclusiva del hoy-aquí, es decir, de un Tiempo con principio y fin; digamos que es la carencia total de todo concepto de Eternidad.

“¡Y a tal estado de vida nos arraigamos! ¡A causa de él creemos que el momento presente es efectivo y que el momento pasado *ya fue* mientras el momento futuro es problemático...! ¿Es posible tal error? ¡Arraigarnos con desorbitación al Tiempo!

“Creo que es malo que esto hagamos nosotros los hombres, nosotros que, por lo alto, tenemos eternidad; nosotros que, como característica primera, poseemos por lo menos la inquietud de eternidad. De esta discrepancia—en lo alto, lo eterno; en lo bajo, lo transitorio—surgen choques, embestidas y luchas. ¿El resultado? La enfermedad.

“No se pueden juntar en un mismo ser tan opuestos polos y sobre todo opuestos en cuestión tan trascendente como es la del Tiempo: ¡el Tiempo resentido por nuestra más pura y elevada espiritualidad; y su casi inexistencia resentida por las más elementales vidas del mundo animal y vegetal! Es demasiada distancia. Pues deben saber ustedes que la mayor diferencia entre el humano y el infusorio es el respectivo concepto del Tiempo.

“He dicho la enfermedad. Muchas de las enfermedades que nos aquejan vienen de esta lucha entre la inmortalidad que tiene que sentir quien es ya hombre y la mortalidad que rige a quien a cada instante nace para a cada instante morir. ¡Terrible crisis, terrible divergencia que no puede dejar de atacar! ¿Y dónde ataca? Voy a decirlo sin rodeos: en el hígado.

Un rumor de estupor corrió en torno a la mesa. Todos, a un mismo tiempo, detuvimos a medio camino nuestro primer bocado de pastel ruso relleno y Lonquimay, su primer pétalo de flor de guarumo.

—¡Sí, sí—aseguró el doctor Hualañé—. Ni más ni menos: ¡el hígado! ¡Sí, sí! Sepan ustedes que el hígado es el órgano que en nuestro cuerpo hace de representante material y activo de la noción y apreciación del Tiempo. Esto mi ciencia lo ha probado. ¿Qué opina usted, colega Pitrufrquén?

—Que así es y nada más que así —respondió el interpelado—. Como prueba de ello recordaré que, después de haberme enterado del drama que nos ocupa, dije a mi maestro Hualañé: “Colega, si siente usted alguna dolencia al hígado, lea *Blenda y Feldespato* y se aliviará enseguida”.

Muchas voces interrogativas se levantaron simultáneamente: “¿Cómo? ¿En qué forma? ¿Qué relación hay? Etc.?”. Vuelto el silencio, el doctor Hualañé explicó:

—Pues justamente en ese balanceo de épocas en que viven y actúan los personajes del drama, en ese anhelo continuo por salirse de su momento histórico para existir en cualquier otro momento del acontecer. Esos personajes habían empezado a cortar las raicillas de sus pies. Habrían podido ser eternos y sin enfermedades. Bueno, ustedes ya lo saben, las viejas, las malas pasiones... ¡Qué hacerle! Aquellos tubos inhalantes y exhalantes—ideados por el chino y tan magníficamente realizados por Rubén de Loa—tenían formidables cualidades terapéuticas, sobre todo para el hígado. Pero el señor Stramuros—genial, por cierto, en lo que a música se refiere—neutralizaba sus cualidades con ese afán majadero de concentración en una época determinada. En fin y como sea, puedo contestar, sin la menor vacilación, a la pregunta que formuló la dulce niña Jacqueline: el drama que anoche ustedes presenciaron, en el teatro del capitán Angol, es altamente saludable, médicamente hablando.

—Entonces dijo Desiderio Longotoma—, ya que estamos con hígados fortalecidos, propongo otra corrida general de vodka. ¿De acuerdo, insignes esculapios?

—Sí y no —contestó el esculapio mayor—. Todo depende del concepto que ustedes tengan sobre la relación existente entre nuestro vivir de hoy-aquí y la permanencia estable del

Tiempo en este vivir. Si algunos creen, con fe ciega y como postulado inamovible, en la fecha del nacimiento y de la defunción, una copita y no más; si hay quienes creen y sienten que esas fechas son convencionales y pueden ser dilatadas, beban varias, muchas copitas; si hay otros que ni siquiera consideran tales fechas como reales, beban por botellas. Cada cual, pues, haga un examen de conciencia al respeto y sírvase luego según él.

—Mal consejo —profriró Baldomero Lonquimay—, pues de seguirlo, yo debería beber vodka, no por botellas sino por barriles. Sin embargo ni barriles ni botellas ni copitas han de llegar a mí.

—No han de llegar a él —observó Desiderio Longotoma— pero no por este asunto del Tiempo sino porque le tiene un terror loco a su hígado.

—Yo no tengo ni nunca hígado he tenido —declaró altivo Lonquimay.

—Mala cosa, amigo —le dijo el doctor Hualañé—. Sepa usted que hay que tener hígado. ¿Por qué?, se me preguntará. Veán: porque los musgos y los infusorios no lo tienen.

—¡Estupendo! —gritó en una carcajada Longotoma.

—¡Silencio! —ordenó el capitán.

—Bien dicho, capitán —dijo displicente Nora de Bizerta y Ofqui y alargó hacia el pelirrojo una mirada con pincel—. Es insoportable no dejar hablar a los que saben sobre todo en temas de tanto interés para todos; es decir... para todos... los que tienen en su anatomía el total de los órganos que Dios nos dio al nacer...

—¡Yo no he nacido nunca! —gritó el aludido.

—Vuelvo a pedir silencio —repitió el capitán— y esta vez lo pido en nombre de las damas.

El doctor Hualañé continuó entonces:

—Decía a ustedes que musgos e infusorios no tenían hígado. Ningún vegetal, por lo demás, lo tiene; los animales, sí; el hombre, también. ¿Igualdad entonces entre éste y aquéllos? No, no. Ellos y nosotros asimismo tenemos en común el cerebro. Sin embargo... Así como podríamos decir que el hombre es ya “una máquina pensante”, podríamos también decir que el animal es “una posibilidad de pensar”. Hagamos lo mismo con el hígado y tendremos: el animal es una posibilidad —remota, por cierto— de sentir el Tiempo; el hombre es ya una máquina registradora del suceder del Tiempo. Es decir, el animal vive sólo en el presente. Permítanme citarles algunas frases de Erich Kahler que aclararán este punto: “...un ser en el instante, de momento a momento...”; “...el presente perenne...”; “...esta isla de un presente todopoderoso rodeado de tinieblas...”. El hombre; en cambio, tiene tanto pasado y futuro como presente; su presente no es perenne pues es luz del pasado proyectada al porvenir. Cuanto a las criaturas sin hígado no tienen ni siquiera presente; *son* únicamente en un Tiempo eterno, inmóvil, sin suceder.

“Bebamos, pues, una pequeña copa de vodka por este Tiempo que apreciamos trasasándonos como por un cedazo; y por usted, señor Longotoma, que parece el más sediento. ¡Salud!

—¡Salud! —exclamamos todos.

—Salud... —habló Baldomero Lonquimay levantando una mano vacía—. Mas no bebo pues insisto en no tener hígado. En su sitio tengo una hidra de un solo ojo, ojo circular, por lo tanto infinito; ojo infinito, por lo tanto más allá de todos los cedazos.

Bebimos. El doctor Hualañé, desdeñando las palabras del barbudo, siguió:

—Amigas y amigos, por las dudas que pudieran surgir respecto a la falta de hígado en musgos, infusorios y demás, creo conveniente agregar, en síntesis, que no lo tienen porque carecen de toda noción temporal, es decir, *no tienen* órgano del Tiempo porque *son* el

Tiempo. Al serlo no pueden verlo ni considerarlo. No se puede tener lo que se es. *Tener* es el principio de la bifurcación. Ellos no se han bifurcado; los animales empiezan a bifurcarse; nosotros somos bifurcados.

“En fin, gratos contertulios, para terminar y en resumen les diré a ustedes lo siguiente: el hecho de tener un órgano es que ya no somos su función. Ya nos hemos separado de esta función, ya podemos, pues, mirarla, es decir, mirar; sea: concebir. Si lo podemos, la ética más elemental nos exige hacerlo trabajarlo, ampliarlo. En el caso que nos ocupa ello es ampliarlo con todo ahínco hasta tocar la eternidad.

Aprobación, muestras de interés, hasta felicitaciones llegaron al orador. Calmadas ya, Valdepinos insinuó:

—¿Otro poco de vodka por este tan inmenso asunto y problemas del tiempo?

El doctor, riendo, le respondió:

—Señor Valdepinos, si considera usted este asunto tan inmenso, ¿por qué el tema de tal inmensidad lo pronuncia con minúscula?

—No comprendo bien —dijo Valdepinos.

Isidra Curepto hizo un gesto astral y habló:

—Yo sí. Sí porque noté, percibí. Percepción en mí es comprensión. Afinidad del entendimiento con sutileza auricular.

—Bravo, aguda dama —aprobó el doctor—. El tiempo cuando se refiere al frío o calor, lluvia o sol, etc., se pronuncia con minúscula; cuando se refiere al suceder, con mayúscula.

Todos pusieron a comentar a la vez: “¿Cómo se diferencian mayúsculas y minúsculas al hablar?”; “tales letras sólo existen en el papel”; “deberían existir en el lenguaje”; “imposible”; “muy posible”; “no lo creo”; “yo lo creo”; etc. y etc. “Bueno, ¡que explique el doctor!”.

—Explicaré —dijo éste—: cuando hablo de lluvia o sol, frío o calor, clima, en buenas cuentas, pronuncio —ya que es minúscula— con una “t” suave y con una sola, nada más; cuando hablo del suceder pronuncio —ya que es mayúscula— con una “t” fuerte que es como dos de estas letras seguidas y ambas pronunciadas. Fíjense ustedes bien: “tiempo...; t-tiempo”. ¿Lo habían notado?

—¡Ooooh! —exclamó Isidra.

—Viejos ardidés totalmente inútiles —observó Lonquimay.

—¡Majadero! —espetó Nora.

—¿Cómo inútiles? —preguntó Isidra—. Es algo magnífico: T-t, t-t, t-t... Conjunción de papel y lengua, de tinta y vibración aérea.

—Inútil, repito —confirmó el pelirrojo—. Toda la extensión del pastel relleno y ruso que habéis ingerido, la habéis ocupado en huir cual panicosos conejillos del único profundo fondo-problema que el chino anoche nos planteó. Y habéis huido hincando en efectillos baratos, baratísimos, de valor igual a cero peso, 0003 centavos, efectuelos que Fa emplea nada más que como sofisticificación de mentes aburridas: Imperio de Roma y Luis XIV..., rinoceronte llamado perisodáctilo... ¡Puah! Cuanto a la t o la t-t o t-t-t... ¡o comienzos de parálisis de la lengua o demasiado vodka! ¡Puoh!

Un alboroto se formó ante estas palabras, mejor dicho, estuvo a punto de formarse. El capitán intervino:

—Calma, amigos. Si el caballero Baldomero ha visto anoche algo más interesante que el tratamiento al hígado, que es el drama *Blenda y Feldespato*, pues... ¡que lo diga!

El caballero Baldomero brilló. Se levantó y dio un puñetazo en la mesa: doce platos

de crema de almendra y miel saltaron para luego amesasar con lindos sonidos de porcelana, mientras el último estambre de la flor de guarumo volaba y se alejaba para siempre de las mandíbulas que lo iban a devorar. Entonces con voz cavernosa recitó:

“Esos hombres enloquecen más allá de toda curación que vosotros podáis nunca dar. Esos hombres son los locos errantes, los locos que desorbitadamente van, van, corren, corren sin detenerse ni fatigarse jamás. Son los locos que no pueden ser apresados y que libres entonces, van, van y van fecundando mujeres en los lechos, en las selvas, en las rocas, en las aguas, en los desiertos, en las cabañas, en los palacios, en los templos, en todas partes sin detenerse ni fatigarse jamás”.

Y luego, con voz tonante y apuntando con el índice, exclamó:

—Doctor Pitrufrquén, a ti que eres el más alto y hondo psiquiatra de hoy en el mundo, a ti que aquí como tal te presentas, doctor Pitrufrquén, a ti ¡yo te interpeleo!

Y se sentó.

El interpelado saboreó con lentitud una cucharada de crema, luego hizo uso de la servilleta con mayor lentitud aún y, acomodándose las gafas, respondió:

—No se altere usted, señor Longaví...

—¡Lonquimay!, si me hace usted el favor.

—Perdón; señor Lonquimay. No se altere usted. Por desdicha es así. Hay locos en este mundo que están más allá de las curaciones que puede dar nuestra ciencia y éstos son, en efecto, los que sufren de las perturbaciones que anoche citó el Parlamento C. Estos locos aún se nos escapan. Pero algún día, y un día más cercano de lo que se cree, los alcanzaremos y, por lo tanto, los curaremos. Será tarea difícil, no lo dudo, puesto que la muerte toma cartas en el asunto. Mas todo se ha de arreglar. Justamente en este Congreso que mañana se inaugura, y al que tan amablemente se nos ha invitado a mi maestro y colega aquí presente y a mí, en este Congreso, digo, se tratarán temas relacionados con tales locuras y estoy cierto de que se harán avances notables. Pero ¿qué quieren ustedes? Les he dicho que la muerte toma cartas en el asunto. Es este hecho un hecho muy interesante, por un lado, y muy arduo, por otro. Es interesante porque la muerte es la madre única y legítima de todas nuestras alteraciones psíquicas. La muerte nos plantea un absurdo, un sinsentido a nosotros que, por impulso tan avasallador como incontrolable, huimos del absurdo y del sinsentido como de nuestros peores enemigos. Es, pues, interesante —como lo haremos en el Congreso aludido— ir e interpelear de frente, cara a cara, a la madre de todas las alteraciones y perturbaciones. Pero es algo muy arduo, si no hacer esta interpeleación, obtener buenas respuestas. ¡Qué quieren ustedes! Estamos todos tan arraigados a la vida, tan enraizados en ella como cosa real, absoluta, incontestable y única que se diría que vivimos en un axioma mientras de verdad vivimos en un problema. Entonces, a la continuación y continuidad de él, le volvemos las espaldas y no atinamos, o no queremos atinar, a dar respuesta alguna sobre lo que se nos antoja ser sólo tinieblas o vacío. Está todavía, mis queridísimos oyentes, muy tajante el trazo que divide en dos. La gente hace todos sus cálculos hasta un día tal en que morirán y desde un día cual en que nacieron. Se toma una parte del lapso, se menosprecian las otras partes, y en ese pequeño lapso que se toma en cuenta se quiere, obstinadamente, hallar todas las soluciones de las mil incógnitas. ¡Imposible, amigos míos! Y por esto que cuando alguno —como el héroe de Fa— se ve abocado a afrontar el problema ampliado hasta más allá del trazo tajante, enloquece a tal extremo que nuestra ciencia —por lo menos hasta hoy día se queda atrás sin poder darle alcance.

—¿Y alcanzará? —preguntamos varios.

—No lo sé —respondió el doctor Pitrufluén— pero sí lo espero. Será cuestión, digo yo, de empezar a emplear un largo, larguísimo entrenamiento con todos los individuos —no sólo, ¡no!, con los atacados— para ir dilatándoles los límites del ser, del existir. Con todos, sí, para que estas dilataciones pasen a ser cosa tan habitual y hasta lógica que se implante en la subconsciencia común —no individual pues no bastaría—, en la subconsciencia, diría, cotidiana, doméstica. Ahora bien, —¿cómo hacerlo, cómo será este entrenamiento? Calma, calma, yo recomiendo. Estamos en los albores de la cosa y tenemos mucho que andar todavía; y, lo que es peor, volver atrás en no pocos caminos que erradamente hemos tomado. Habituarse la conciencia primero y luego la subconsciencia de la gente al vientre de la madre y a la capilla ardiente... es ardua tarea; y habituarlas a antes del vientre materno y a mucho después del horno crematorio... es tarea más ardua aún. En fin y como sea, quiero decirles algo diferente pero relacionado con este tema: terminado el Congreso me radicaré en San Agustín de Tango, calle de Saeta Espiritual 73; allí tendrán su casa todos ustedes y allí será para mí un placer y un deber comunicarles cuanto de nuevo se sepa sobre la interpelación que el señor Loncomilla..., digo, Lonquimay acaba de hacerme.

—¡Gracias! ¡Mil gracias! —contestamos—. ¡A su salud, doctor!

Y todos —excepto Baldomero, se entiende— congratulamos a ambos facultativos al verificar que, de un modo u otro, llegaban a una misma conclusión y encaraban el asunto con gran semejanza.

—¡Cuidado, cuidado, amigos! —advirtió el doctor Hualañé—. No nos precipitemos. Hay algunas discrepancias entre mi joven colega y yo. Yo represento la cautela de los años; él, el arrebatado de la juventud. Por eso me limito a este lapso de vida, de nacimiento a muerte, y no me aventuro por los que llamé “socavones”, sí, “ignotos socavones”. En cambio el colega es “el hombre-socavón”. ¿El drama de Fa? Para mí, el hígado; para él, la mente. Y con la mente... ¡ultratumba!

—Disculpe, maestro —alegó el doctor Pitrufluén—. Si me permite le diré que yo también quedo dentro de este lapso de vida. Sólo me intereso, como médico, en las locuras de aquí, las locuras en nuestros semejantes tan vivos como cualquiera de nosotros. Si fuera como usted dice, sería yo un religioso. Y no lo soy, de ningún modo lo soy. Acudo a las conexiones que toda vida tiene en sus dos extremos y ellas me llevan a la mente. Pero a la mente fuera de los “socavones”, como usted los llama, colega.

—Como sea y como fuere —intervino el capitán—, el único caso de importancia es que, mientras ustedes, doctores, estén aquí, nosotros nada tenemos que temer ni de la cabeza ni del hígado.

—¡Bravo! ¡Eso es! —gritamos varios.

Valdepinos entonces preguntó:

—¿Parten ustedes pronto, doctores?

El anciano contestó:

—Ahora mismo, desgraciadamente; apenas tomemos el café.

Y todos, no sé por qué, miramos a Baldomero Lonquimay.

Desiderio Longotoma entonces, como si viniera atrasado, gritó:

—¡Bravo! ¡Eso es!

El capitán anunció:

—El café nos espera bajo las rafias africanas.

Nos levantamos y salimos del comedor.

¡Sol, inmenso sol por todas partes!

Dedico esta exclamación a todos los que aprecian un inmenso sol estival después de un comedor sombrío con temas difíciles. También la dedico a los que gustan, en las sombras de ese sol inmenso, beber una taza de café.

Se marcharon los doctores.

Otro café. Fumamos. Pereza. Trancos lentos. Bostezos.

Pero allá, junto al estanque de los peces amarillos, veo, de pronto a Jacqueline y Rosendo Paine bajo las barbas de Lonquimay. A pesar de perezas camino displicentemente hacia ellos.

¡Qué diablos! Es mi deber copiar y, ya que lo es, mejor hacerlo con el mayor número posible de detalles. Pongo muy en duda la importancia de lo que estén hablando y que luego voy a transcribir. Pero..., me lo dijeron esta mañana así es que...

En el momento de llegar, el pelirrojo decía:

—...Pues bien, lo debemos enfrentar.

Rosendo me explicó:

—Aquí el amigo va a decirnos sus conceptos sobre la fe pues, por lo que creo, no estuvo anoche muy de acuerdo con lo que, al respecto, se expresó en el drama.

—Muy interesante —dije.

—¡Claro, claro! —agregó Jacqueline.

—¿Claro? —preguntó Baldomero—. Pues entonces, dulce dama, enfrente usted.

—¿Yo? —exclamó Jacqueline con un gesto mitad de susto y mitad de contento—. Yo no sé donde se encuentra la fe ni en qué se puede poner. Recuerdo, o mejor dicho, me han contado que antes ella estaba en todas partes y en todas partes se ponía. Es decir, nadie dudaba de nada. Todo era cierto y así tal como era. Lo bueno era bueno y lo malo era malo sin que ninguno de los dos pudiera mirarse de tal manera que lo bueno, por ejemplo, se hiciera malo, y lo malo, bueno. Todo el mundo, pues, sabía con certeza y entonces no había más que fe.

—Perfecto... cuasi —aceptó Baldomero—. Y usted, señor Paine, ¿comparte o no comparte? —Luego me miró—. A usted, señor Borneo, no lo interrogo pues no conversó anoche sobre el particular y en este actual trílogo hállase usted *in puris naturalibus*. Tiene usted el cargo de biógrafo y altísimo comentarista mas ahora es opinante *in partibus infidelium*. Por lo cual, escuche cuanto quiera mas *in pace* y quede su opinión, hasta nueva orden, *in pectore*. Señor Paine, ¿comparte usted con la suave Jacqueline o no comparte?

—¡Por cierto! —dijo Rosendo, y creo que ahogaba una risa impetuosa—. Tanto comparto que voy más lejos que "bueno" y "malo" y cualquier otra abstracción que pudiera mentarse. Voy, a caballo en la fe, hasta cualquier objeto familiar, hasta esta mi pipa, si usted quiere.

Sacó esa su pipa, abanicóla bajo las narices de Lonquimay y luego, encendiéndola, siguió:

—Esta pipa, señores, antes no era más que una pipa y en el mundo entero no había quien pudiera dudarlo. Y si alguien lo dudaba, era tratado de poseído. Hoy esta pipa es pipa hasta cierto punto y nada más. Pues algunos dirán que, por encima de pipa —cosa local, momentánea y mediocre— es un objeto facturado y manufacturado, índice de nuestra época; Rubén de Loa y sus gentes dirán que es, ante todo, un tono pardo oscuro o siena tostada; E. Buin y la suyas, que es, ya que tiene un valor dado, un factor económico; el vegetariano mentado por Onofre, que es una manifestación de los impuros vicios que corroen a la humanidad; nuestros buenos facultativos, un principio de interesantes casos

clínicos; una mujer amante, un símbolo fálico; un sabio, un vacío apenas habitado por rarísimos átomos; un romántico, una compañera de ensueños; una vieja, una fetidez. Y mi buena pipa, ésta que aquí tengo y chupo, dejará de ser ella misma para ser 2 mil millones de sombras de pipas, o sea una sombra o una conjetura por cada habitante de la Tierra. Total, don Baldomero: ¡se perdió la fe en las pipas! Y si sobre ellas se ha perdido... ¡qué decir sobre los altos conceptos que pudiéramos concebir!

Baldomero Lonquimay resopló cuatro veces y luego habló de este modo:

—Bien, bien... cuasi. Señor Paine, demasiado ingenio afilado en demasía. Consejo: menos dejarse influir por los Valdepinos y Longotomas. Pero bullen, al fondo de sus ideas, burbujas y hasta lengüetas de verdad. ¿Fe? ¿Lo que antes era? Bien te lo han dicho, ¡oh, Jacqueline! La fe se asentaba sobre los hombres. Y es la fe el propulsor motor para sobrepasarse, para traslimitarse, para trascender, para ¡ir! Buena cosa, grande cosa. Por eso antes—¡dichosa edad y siglos dichosos!— perderla era pecado nefando. Dudar de que algo pudiera ser de otro modo, pudiera ser más que lo visto o ya enraizado, ¡monstruoso sacrilegio! Así, para las altas entidades—¡Jacqueline, oh!— como para las pequeñas musarañas—¡esa pipa, Rosendo, oh!—.

“Hoy otro cometa nos guía. Porque los guías son los cometas, no los planetas. Hoy es justamente el reverso. Grande, estimable reverso. Lo respeto. Hoy es la voz de orden: Dudar. Y dudar trae: Investigar. ¡Honor a la investigación! La respeto. La acepto. Se acepta. Por eso hoy cuando el hombre duda, el hombre es felicitado, ensalzado, condecorado. Y, a su paso, las bandas resuenan con el Himno Nacional.

“Ayer, una modalidad; hoy, otra. Ayer, un cometa; hoy, otro. Y opuestas y opuestos. ¡Desdicha! ¡Horror! ¿Y las síntesis? ¿Do está? La fe que sublimiza, de ayer; la duda fértil que taladra, de hoy; la síntesis de ambas... ¿do?”

Hubo un silencio. Yo repetí:

—¿Do?

Rosendo murmuró:

—¿Re?

Lonquimay le lanzó un barbazó. Pero Jacqueline se interpuso con un largo, modulado y suplicante:

—Gran amigo, ¿dooo?

Respondió:

—¡Aquí! ¡¡Yo!!

Y cuatro veces se paseó en círculo alrededor nuestro. Luego, reenfrontándonos, prosiguió:

—Soy la síntesis. Heme, precisamente, entre esos dos extremos extremos. No, ¡oh, no!, equidistante de ambos. “Entre” significa en mí que me hallo en ellos a la vez, tanto en el uno como en el otro, clavando en el otro como en el uno una columna-sostén. Arriba, y por ellas sostenida, la sublimación de mí mismo. ¡Yo! Objetivo de tal actitud: Reconciliación. Síntesis de la síntesis: la fe del porvenir. Así es.

Rosendo inquirió:

—¿Y qué hace usted allá arriba frente a problema tan enmarañado?

Lonquimay respondió:

—Rujo.

Y, a grandes zancadas, se alejó.

Nos alejamos todos—del estanque de los peces amarillos, se entiende, pues, respecto

a las casas, yo, al menos, al alejarme me acercaba. En ellas me atraía la salita sosegada contigua al gran salón y en ésta mi fe se dirigía hacia el diván de brocado guadamecí.

Llegué, me tendí, alargué la mano y la mano cogió un libro: *Historia de la Magia*, por Eliphás Lévi; repetí el gesto: la mano cogió otro libro: *Hazañas de Sherlock Holmes*, por Conan Doyle. Ambos me hicieron pensar en el chino Fa. Luego en mí se produjo una lucha interior: ¿leer o dormir? El sueño fue ganando terreno mientras, vagamente, yo consideraba que hallar una síntesis para estos dos "extremos extremos" que en mí guerreaban, era más complicado que hallar la que Lonquimay buscaba. Lorenzo me despertó:

—¿Así se lee?

Se sentó a los pies del diván. En la salita reinaba la paz; afuera... Pero no es del caso describir lo que se adivinaba fuera pues toda la escena siguiente pasó tan sólo adentro.

Lorenzo habló, me arengó, hasta me increpó; prueba de que el asunto de la mañana le había quedado zumbando. ¡No sería asunto tan baladí ya que se arraigaba en la cabeza de mis oyentes! Lo dejé hablar, interviniendo yo lo menos posible, casi nada. Recordaba los latinazos que Baldomero me había espetado y los consideraba ahora de gran utilidad. Por lo demás el hecho de que a uno lo despierten no es suficiente para quitar el sueño. Lorenzo me dijo:

—He seguido pensando en tu... digamos, discurso. Pongo la mejor voluntad y, aunque la ponga, llego siempre a la conclusión de que cuanto dijiste era sin fundamento, mejor dicho, era un camino errado. Porque... vamos por parte, ¿no te parece?

—Lorenzo —dije—, te confesaré que a mí ahora nada me parece nada. Trataré de documentarme lo más posible sobre vosotros y luego escribiré. Es todo.

Lorenzo continuó:

—Aunque así pienses, Onofre, vamos por partes. El asunto merece que se le dediquen unas cuantas palabras. Al fin y al cabo, amigo mío, yo estoy en tu libro y será tu libro tal vez el único testimonio que quede de mi vida. Soy, pues, parte interesada. Así es que veamos:

"Hace un momento, durante el almuerzo, el doctor Hualañé citó unas frases de Erich Kahler; son frases tomadas de su obra *Historia Universal del Hombre*. ¿Conoces tú esta obra?

—No.

—Mala cosa —siguió Lorenzo—. Deberías conocerla tanto más cuanto que debería estar ella —para nosotros los curihueños de estas vacaciones— de mucha actualidad. En primer lugar porque creo que hemos tomado con toda seriedad a los personajes de Fa, y tomar con seriedad es *actuar* de acuerdo. Ahora bien, ya que estamos en 1927 y ya que la obra de Kahler aparecerá en 1943, deberías tú conocerla tan bien como yo. Esto sería dar realidad al chino, a Hualañé y a nuestro verdadero vivir, amén de que nos fortificaría el hígado. En segundo lugar, señalo dicha obra, para hacer este ensayo en el Tiempo, y no señalo otra porque, fuera de su enorme interés, ya el viejo doctor la citó y, sobre todo, porque ahora la citaré yo. Escucha bien:

"Se trata, Onofre, simplemente de la idea de "colectivismo". Habla el autor de dos colectivismos: uno, en los albores de la humanidad, que es preindividual; otro, el actual, que es posindividual. El primero creo que no nos concierne pero, si quieres informarte sobre él —lo cual no estaría de más—, haz un esfuerzo en el Tiempo— ¡con mayúscula, por cierto!— y lee ahora mismo el capítulo 1 de 1943. Sobre el segundo colectivismo —que creo sí nos concierne— dice Kahler, entre otras cosas, lo siguiente:

Así, colectividad presupone individuos que pueden “colectarse”, formar una colectividad. (...) Pretende indicar cualquier comunidad posindividual, cualquier comunidad basada en las finalidades o propósitos comunes de individuos preexistentes.

“Pues bien, mi querido amigo, tú lo que deseas –tal vez inconscientemente– es hacer de todos tus biografiados una colectividad de individuos que puedan, ¡y deban!, ser “colectados”; es decir, partes del principio de que hemos de tener algo en común, un lazo que nos junta y que nos crea una misma finalidad, un mismo propósito, propósito que sería el significado fundamental y acaso único de la razón de ser de nuestras vidas; o sea, que vivimos cada cual exclusivamente en función de los demás y que, arrancada esta función, dejaríamos de tener significado y hasta existencia. En otras palabras, nos otorgas la unidad, la lógica y el objetivo de tu libro como esencia nuestra. Y esto trae, naturalmente, el agregado de creer que lo hacemos con claro discernimiento y con libre voluntad. Onofre, disculpa que te lo diga, pero estoy cierto de que esto no ocurre más que en tu propia cabeza. ¿No lo crees?”

–Lorenzo, ya te lo he dicho: no creo nada y me limito a copiar o a narrar, si quieres, hechos y más hechos: la poda del pobre Mejillones, por ejemplo; o la visita de Berbiguier; o el robo de los patos; o ¡qué sé yo! O bien, te repito, me pongo a copiar: las palabras de Yumbel con su destierro a Venus, y hasta el mismo drama de Fa, y lo que tú quieras, ¡hombre de Dios!

–No es verdad –afirmó mi amigo–. Narras y copias, ¡muy bien! Pero al narrar y copiar escoges, desechas y subrayas. Escúchame otro poco y no te inquietes que luego me marcharé:

“Tomemos, por ejemplo, a Baldomero Lonquimay ya que, hace un momento, te vi escuchándolo absorto junto al estanque de los peces amarillos. No me niegues que, al lado de él mismo –del individuo nacido el año 1888, y domiciliado en San Agustín de Tango, muelle de la Sotana, N<sup>o</sup> 1644– tú has hecho un doble de él estilizado y subrayado, doble que es a su modelo lo que el modelo debería ser el arquetipo puro de una característica o posibilidad humana. Así ves tú al bueno de Lonquimay, así lo manipulas y lo lanzas a la vida. Esta alquimia de humanos te trae ineludiblemente la necesidad de crear su contraparte que la equilibre pues, de lo contrario, sería como hacer, digamos, una moneda con anverso y sin reverso o, ampliando la cosa, como construir en sólo dos dimensiones. ¡Imposible! Buscas entonces y determinas que la tercera dimensión de este personaje ha de ser Desiderio Longotoma. ¿Por qué? ¿Por qué no yo o el capitán o tú mismo? Porque razones exclusivamente literarias te impulsan a ello. En tu imaginación has fabricado un personaje –a base, ya lo sé, de ciertos rasgos del modelo vivo– y a este personaje le juntas otro por consideraciones reducidas que ignoro hasta qué punto correspondan a una realidad y al total de ambas vidas. Por ejemplo: la manera como estos dos caballeros se conocieron te hizo gracia y los chistes que, al respecto, dijo Desiderio los quisiste elevar al rango de vaticinios de pitonisa. Y hasta sus dos apellidos influyen en el asunto: “Lonquimay-Longotoma” suena mejor que, verbigracia, “Lonquimay-Paine” o “Longotoma-Borneo”. Entonces, ya enyugado los dos hombres bajo el mismo yugo. ¡vamos tirando en dirección única la única carreta que les sería posible tirar! Onofre, esto es alquimia, es producto químico, es laboratorio. Pues al fabricar así dejas todo lo demás de ambas vidas, por grande e importante que sea, como un simple telón de fondo. Y yo me pregunto ahora o, mejor

dicho, te pregunto: ¿y si en vez de hacer hincapié en yugo y carreta y describirlos, hicieras hincapié en el telón de fondo y lo describieras como esencial?

“Y vamos, sin más, ¡a mí! En tu afán de parejas de contraparte, dime: ¿formamos una Rosendo y yo?”

—No lo sé —respondí—. Lo supongo.

—No mientas —me rebatió— diciendo “Lo supongo”. Di: “lo espero”. Veamos: Rosendo y yo hemos hecho un convenio, nada más: un convenio. Tú, para elevarlo al rango de pacto, haces una pequeña pieza teatral y *Pacto* la intitulas. Vamos al convenio: Yo, Lorenzo Angol — nacido el año 1899, y domiciliado en el fundo La Cantera — creo, un buen día, necesario retirarme —y hasta cierto grado, no más— del mundo.

—Ahí mientes tú —interrumpí—. Deseas retirarte completamente.

—Como quieras —aceptó—. Retirarme más o retirarme menos, es igual. Lo que importa es que así lo creo un día, y lo creo y lo quiero porque veo en este retiro el mejor camino para mi trabajo y aun, no lo niego, para mi perfeccionamiento espiritual. Creo además que, si bueno es retirarse, malo es aislarse. Necesito una comunicación constante con la vida activa. Reconozco que soy mediocre vividor y mediocre observador. Un viejo y buen amigo desea, por su parte, vivir y aventurarse por todos los caminos y desea también contar, comentar sus aventuras y, con una cierta porción de intelectualismo, agrega un deseo de novelarse, es decir, que sus actos sean sublimados.

“Ven a verme —le digo entonces—, cuéntame todo y comentémoslo; cuéntame lo tuyo y lo de cuantas personas conozcas y encuentres en esos mundos de Dios y del Diablo”.

“Quedamos de acuerdo como de acuerdo quedan todos los buenos amigos o todos los buenos señores que juntos se proponen emprender un viaje o un negocio o lo que sea. No hay más. ¿Por qué este buen señor, llamado Rosendo Paine —y nacido el año 1901, y domiciliado en Santiago, calle Marcoleta, N° 91 —ha de ser una contraparte o reverso del arquetipo humano que paso a ser yo? Aun suponiendo que la vida fuese de anversos y reversos arquetípicos, ¿por qué vendría a serlo el confidente y narrador y no cualquiera de los narrados? Además me parece que la cosa podría ser tomada desde otro punto de vista: una parte está formada por dos amigos que charlan y comentan; la otra parte, por el sitio en que lo hacen...; o bien —¿por qué no?— por el gato que se pasea por ese sitio mientras comentan y charlan; justamente, ¡el gato canterino! ¿Por qué no? ¿Y si la contraparte de todo fuese la fecha en que algo sucede, fecha en relación con lo que en ella sucede, es decir al mismo tiempo, en un país lejano? ¿Y si fuese un ruido que allá fuera se oye? ¿O la forma de esa columna de humo que se eleva? ¿O si no hubiese contrapartes en ninguna parte? ¿Por qué, en buenas cuentas, ha de tomárseme a mí, por ejemplo —o a quien sea— como proyectado principal y esencialmente desde el ángulo de este convenio y no desde otro ángulo cualquiera? ¡Historias, Onofre, historias, y literarias por añadidura!

“Bueno, me marcho a respirar sol y perfume de lampazos. Pero no te olvides de que tus súplicas de esta mañana te llevarían, si fuesen oídas, a la fabricación en serie de fantoches inexistentes. Si fueras a fondo, si trataras de llegar a todos los aspectos y contrapartes y modulaciones infinitas de cualquier hombre, tu libro se desvanecería y tus posibles lectores te reprocharían que no les hubieses dado un ángulo único desde donde mirar sin ser perturbados y cómodamente. Todo esto no lo toleras como no lo tolera ninguno de..., en fin, de vosotros.

“Sigue durmiendo, viejo amigo, sigue durmiendo. Estoy seguro de que soñarás con cuanto te he dicho.

Se levantó y sus ojos cayeron sobre el libro de Conan Doyle.

—¡Esto se puede escribir! —exclamó—. Hazañas, aventuras, hechos, de Sherlock o de quien sea; como el amigo Heard escribió sobre el pobre Silchester. Eso se puede escribir. ¿Qué? *Una cosa que ha sucedido*. Pero escribir *el vivir continuo...*, lo dudo, Onofre, lo dudo.

—Ya te lo he dicho, Lorenzo, que narraré y copiaré, o sea, escribiré “cosas que suceden”. Pero óyeme: ¿qué sucede?

—¡Ah!— gritó Lorenzo—. ¡Ahí está el problema!

Nos quedamos largo rato mirándonos. De pronto vio el otro libro que mi mano había cogido.

—Viene a propósito este libro —dijo—. Te diré por qué razón: ¡el chino Fa es estupendo! Escribió un drama alambicado y con mil escapadas para todos lados, ¿no es cierto? Pues bien, el chino Fa escribió un hecho, una aventura que un día sucedió efectivamente y en tiempos de Adriano. La tomó de este libro. Eliphas Lévi la cuenta aquí. Búscala. No es igual al drama, se entiende, pero es, en el fondo, lo mismo. Recuerdo que nuestra queridísima Blenda se llama Filinia, creo; y Feldespato, algo como Machates o Macates o Macateo. Agrega Lévi que un poeta alemán compuso, sobre este amor, una balada llamada *La Novia de Corinto*. En fin, buen sueño y me voy.

—¡Un momento! —le dije—. Después de todo tu sermón, creo que puedo preguntarte para qué, si así piensas, me pediste que hiciera estas biografías...

—¿Para qué? —repitió Lorenzo—. Para que tú también me vayas proporcionando, con tus páginas, un buen alimento que ingerir en mi Bóveda.

Se rió y se marchó.

No dormí, por cierto. Algo mucho más importante empezaba a trabajarme no sé dónde. Crucé el gran salón; allí, junto a la ventanita románica, el capitán y Guido Guindos— ¿en dónde habría almorzado? —jugaban al cacho.

—¡Ofrezco empate! —exclamaba el capitán.

—¡No se puede! —contestaba el otro.

Creo que lo que disputaban era un gallineto padre para las gallinetas recién adquiridas por Guindos. Crucé y salí. Algo muy importante me trabajaba.

Me sentía inclinado a obedecer a Lorenzo. En cuanto había dicho, yo reconocía que había mucho de verdad. Por otro lado él era el eje de mis biografías, “de mis posibles biografías”, pensé. Al mismo tiempo una pregunta, casi un dilema, me perseguía:

“Pero entonces, ¿no hay medio alguno de escribir, verídica y seriamente, lo que acontece alrededor nuestro? ¿Es ello posible?”.

Y algo me respondía que sí, que era posible y muy posible. Y algo, además, me rondaba, algo que parecía asemejarse a un recuerdo... ¿Qué?

Salí. Nora, allá, conversaba con Desiderio Longotoma que, por supuesto, reía encantado a pesar de que ella hablaba con aire molesto. Se volvió Nora y con el mentón indicó hacia un lado. Miré: vi a varios de los veraneantes que charlaban con la llavera; además había entre ellos una niña desconocida para mí, bastante insignificante, según me pareció. Esto no me impidió pensar que podría ser ella la causa del molesto tono de Nora. Seguí. Longotoma me alcanzó dando saltitos y dichoso, por supuesto. Me dijo riendo:

—¡Las mujeres! ¡Son geniales! Mi linda compañera de hace un instante abomina de aquella pajarita recién llegada y ya pronta a marcharse. Pajarita de paso e inofensiva... ¡Nada! Recibe los dardos ponzoñosos de otra pájara. ¡Genial!

—¿Y por qué? —pregunté—. ¿Pasó algo?

—¡No, amigo, no! —respondió—. Es decir, un caso pasa y es, justamente, la calidad de este caso lo que hace la cosa genial. ¿Sabe usted qué?

—Lo ignoro.

—Pues que la pajarita en cuestión cayó muy en gracia a Nora en el momento de las presentaciones. Pero en las presentaciones hay que presentar y, al presentar, hay que nombrar. Amigo Borneo, ¡la pajarita se llama Norca!

—¿Y qué?

—Doña Nora de Bizerta y Ofqui no tolera ni jamás tolerará que otra fémina se apodere casi como ella y que este casi sea causado por una “c” entremetida en su nombre.

Y empezó el hombre a reír con tantas ganas que luego no pude menos que acompañarlo de buen corazón. Luego pensé en alta voz:

—Norca, Norca... Algo me trae este nombre pero no atino a saber qué.

—Yo lo atinaré a usted —me dijo Longotoma—. La trágica noche del combate de los patos. ¿recuerda?

—¡Ah, sí! —exclamé haciendo memoria—. Una voz que gimió por ese nombre, nombre hecho al revés de un reloj suizo, y una certeza en mí de que sería el nombre de una nueva heroína en mis biografías.

—Ya ve usted —sentenció Longotoma— que hasta un muy eximio biógrafo puede equivocarse.

—Así es —tuve que aceptar.

En ese momento salían del gran salón el capitán y Guido Guindos. Éste venía radiante: seguramente había ganado el gallineto padre. Luego se acercó al grupo, habló dos o tres palabras, tomó a Norca del brazo y ambos se alejaron con adioses y más adioses. A pesar de que, por curiosidad, pregunté a varios curihuños quién era esa niña-relámpago, no pude aclarar si era la hermana o la empleada o la querida de Guindos. En fin y como fuere...

Me separé de Desiderio y me dirigí al oratorio. Es un minúsculo oratorio que se encuentra al final del corredor colonial de la izquierda, es decir, al lado opuesto del corredor lateral donde, por la mañana, me despedí de los hermanos Holmes. Necesitaba un sitio de máxima tranquilidad. Este oratorio es francamente acogedor. ¡Qué paz, qué dulzura hay en todo él! Sus proporciones reducidas lo hacen más dulce aún. No encierra ningún objeto de valor pero todo lo que hay en él parece haber sido hecho con profundo cariño. Su luz es suave y azulada y de un azul que me atrevería a llamar cálido. No imaginé sitio más indicado para serenarme. Porque me hacía falta un poco de serenidad: aparte de los sermones de Lorenzo, todo ese ir y venir de gentes, toda esa cantidad de detalles que desprendían al existir, me mareaba. Entré y proclamé, para mis adentros, que el olor a incienso es mejor que el olor a lampazos o a rosas o a jazmines o a cualquier otra flor. Una mujer escualida rezaba envuelta en su manto. Pero pronto se persignó y salió. Quedé solo.

Un rato estuve vacío. El único signo de vida, durante ese rato, fue decirme: “Estoy suspendido”. E inmediatamente pensé: “Sobre mí, algo como un recuerdo también está suspendido”. Luego miré hacia el techo. Allá arriba, en un rincón, vi una cigarra; caminaba un poco, se detenía, volvía a caminar y regresaba al punto de partida. Estaba inquieta y desorientada; ambas sensaciones le eran causadas, sin duda, por hallarse en sitio tan poco apropiado para ella mientras afuera seguía el sol, el calor y el verde y seguían chicharreando sus amigas. Bueno, si un oratorio no es el mejor lugar para una cigarra, hube de confesar que tampoco lo era para mí. Había, pues, una cierta similitud entre ella y yo, una

simpatía. Y vinome a la idea de que, en vista de esta simpatía, podríamos intercambiar nuestras ubicaciones: ella venir a mi reclinatorio; yo encaramarme a su rincón. Así quedaría yo "suspendido en un rincón junto al techo y a cada momento me parecería ser algo así como una... araña monstruosa". ¿Por qué? ¡No! ...Como una cigarra extraviada. Y corrí: "¡Como yo mismo!". Y agregué: "Arriba, impersonal y viendo, eso es, ¡ver!". Y recordé:

La Cantera; la Bóveda; Lorenzo: el globo de cristal, surgido de un baúl.

(Oí el chirrido de un grillo. Lejos, un perro ladró).

(Pasó un minuto).

(Fue un minuto de vacío).

Luego me elevé y me pegué en aquel rincón junto al techo mientras la cigarra, asustada, huía, atinaba a encontrar la ventanita y volaba hacia sus amigas chicharreantes en el sol verde y caluroso.

Desde allá arriba, agazapado un momento, pude pronto –siempre agazapado y arriba– expandirme por los entretechos de las casas de Curihue y pude luego –no sé si como araña monstruosa o cigarra extraviada– mirar y ver.

Después de mirar y ver, resolví seguir escribiendo.

Aquí va lo que escribí:

Día Cuatro, de mi crónica; marzo 7 de 1927; jueves, por pedido aceptado de Baldomero Lonquimay. Hora: las 4 y 14 p. m. Sitio a esta hora: el pequeño oratorio de las casas del fundo Curihue.

Siento súbitamente una punzante sensación de voluptuosidad. Es un deseo de poseer y poseer. Mas no se radica en el sexo ni siquiera predomina en él. Es el deseo de poseerlo todo, de cuanto sea material o de cualquier naturaleza que sea. Luego es, más bien, el deseo de diluirse o confundirse con todo no dejando de la personalidad sino un punto de conciencia clara para que disfrute de este acto. Estos deseos se radican, físicamente, sobre todo en la garganta.

En un principio quiero salir, correr, saltar por las casas, jardines y campos. Inmediatamente siento que este ímpetu no es legítimo sino que viene de una costumbre, milenaria, de expresarse así. Veo que lo legítimo ahora es, en vez de correr, arrastrarse, resbalarse; y en vez de saltar hacerlo junto, pegado a suelo, muros, techo. ¡Ojalá, si puedo, hacerlo dentro de ellos! Un momento después veo que ello es posible y fácil.

Avanzo, como una serpiente taladrante, desde mi rincón alto del oratorio, el ocupado antes por la cigarra. Me cruza, varias veces, la imagen de un cienpiés. Pero esta imagen se desvanece al verificar que mi avance se ejecuta hacia muchos puntos a la vez. Sin embargo, entre todos estos puntos, hay uno principal, como quien diría, una meta. No es que yo vaya más a esta meta que a otras sino que predomina en mí tal vez porque fijo allí mayormente mi atención.

Es un cruce de vigas apoyadas sobre lo alto de un grueso pilar de piedra. El techo cae hacia todos lados formando así como una habitación semejante a una tienda de campaña. Mas, por un extremo, esta especie de habitación se abre en un túnel que se aleja. Es oscuro este túnel aunque, de trecho en trecho, se le ve rayado por fisuras de la luz del día. Magnífico paseo para gatos, ratas y lechuzas. Un hombre agachado podría también pasear por él. Parece alejarse mucho, indefinidamente; pero pienso –y me lo afirmo– que esto es

imposible y que, si lo siento, es por una sensación evocada, como lo hace el arte. Aquí la evocan la medialuz, las formas inhabituales, el olor a rancio, la quietud, la temperatura tibia, los vagos y distantes crujidos. Tantos elementos que, no sé por qué, evocan la prolongación de ese túnel hasta un infinito misterioso y atrayente.

Pero el interés de esta mi andanza, que llamo subterránea a pesar de ser sobre las casas, se centra en el espacio parecido a la tienda de campaña. ¿Y el pequeño oratorio? Estoy siempre en él pero lo descuido, lo echo de lado, así es que no estoy en él. Como tampoco estoy, aunque estando en ellos, en otros mil rincones y encrucijadas de esta que ahora me es inmensa y solemne –sobre todo solemne– mansión. Encrucijadas y rincones me esperan a pesar de que los tengo asidos.

El espacio en cuestión: Por costumbre –también milenaria– quiero bautizarlo. Digo “torre”; pero veo de inmediato la llamada y abandonada torre de Lorenzo Angol; y yo quiero ver una torre vetusta y altísima. Prefiero “bóveda” y este nombre se aviene con mis sensaciones; otra vez una costumbre –milenaria– me inclina ahora hacia la lógica –la lógica ¡tan despegada para mi caso!– y me dice que en estas páginas –y por Lorenzo Angol, nuevamente– las bóvedas han de ser bajo tierra. Veo de pronto dibujarse un castillo de la Edad Media, allí frente a mí. Mi regocijo es grande aunque luego se aminora al verificar que no es un reflejo de ningún castillo verdadero sino uno de un diccionario –me parece que del *Pequeño Larousse Ilustrado*. Leo las palabras escritas sobre él. Me gustan: “Atalaya”, “Parapeto” y “Matacán”. Opto por ésta. “Parapeto”, no sé por qué, me hace reír, en cambio sé que, para llevar a buen fin mi labor, puedo sí reír pero no mucho; “atalaya” me recuerda demasiado los versos de Núñez de Arce –“a manera de atalaya”– y no veo qué puede venir a hacer aquí este poeta. Queda bautizado este sitio como el, como mi Matacán. Además recuerdo que por el piso de un matacán “se puede arrojar toda clase de proyectiles al enemigo”. Por el piso de éste no se puede arrojar nada y yo no tengo enemigos; pero mi situación aquí respecto a mis biografiados deambulando por abajo, guarda cierto parentesco con los guerreros medievales.

Aquí me quedo.

Mi cuerpo entero se derrama y destila por todas partes. Sobre todo por las vigas.

Veo la hora: las 4 y 14 y 2. Desde el momento del oratorio y la cigarra ya han pasado 2 segundos.

Repito varias veces algo que sé y que, por lo demás, acabo de escribir: *por las vigas*.

Yo voy –como la electricidad por los cables– por las vigas, principalmente. Yendo por ellas me voy adueñando. ¿De qué? No lo preciso enseguida pero sé que así debe ser.

Por las vigas: Por entre y dentro de ellas tengo una primera revelación:

Es la revelación de nuestro mal, o de uno de nuestros males; y si es de uno, tal vez del principal. Es él: debiéramos ser y somos estos materiales, éstos de las vigas; en fin, debiéramos ser y somos *los materiales*, la esencia de ellos. De pronto se han agrupado fluidos que en ellos hay, se han agrupado malamente. Lo han hecho alrededor de un vórtice veloz para producir una chispa pensante. El tema de pensamiento –tema angustioso– que esto causa es: *¿por qué nos han castrado –siendo nosotros el testículo– del pensamiento total que sabe, para desde abajo, desde cero, tener que volver a descifrarlo?*

Desaliento. Nada merece un esfuerzo. Ya sé cuál es nuestra misera situación y cuál el trabajo obligatorio y ¡único! Aceleralo. La mejor manera sería morir.

Junto con decir esta palabra, “morir”, el reconocimiento de su imposibilidad –en todo caso por ahora. Hay vida que inunda, como si desde un sitio dado se produjera vida y se

lanzara en todas direcciones. La garganta me aprieta. Hay que seguir adelante, con un inmenso goce en medio de una angustia mayor.

Allí en mi matacán, y en las casas enteras a la vez, soy cogido por una súbita seguridad, inamovible, de que todos mis personajes, sin excepción, sufren de igual angustia que yo. ¡Todos! Todos llevan dentro el motor único de vivir: desprendidos del pensamiento total, descifrar desde abajo, desde cero.

No sólo mis personajes; todos los hombres existentes y los que ya han existido y los que van a existir. Pero están lejos –a parte de los míos–, tan lejos que me son inalcanzables. Y pienso que tal vez con alcanzar a algunos halle la clave para los demás y para mí.

Los de aquí están cerca. No lo están por una distancia material. Cualquiera de ellos podría partir de viaje y siempre quedarían cerca. Lo están por una afinidad ya existente entre ellos y yo. Esta afinidad la ha creado Lorenzo Angol, ha nacido por indicación y pedido suyo. Me digo entonces: “Luego puedo *ayudarnos*”. Me recojo y veo, mentalmente, que sus actitudes, sean cuales sean, son y tienen que ser intentos por descifrar el mismo y único problema. Y nada más.

Después de recogerme me explaya. Digo: “Respiración”. Estoy, en todo momento, fuera y dentro de las cosas. No me muevo. Respirar –recogerse, explayarse– es, en la inmovilidad, fijar más la atención, iluminar más con la chispa pensante, sea hacia afuera, sea hacia dentro.

Ahora es hacia afuera: mi matacán y el túnel también. No lo había advertido: ahí está, sentado sobre una viga, nuestro viejo amigo Alejo-Vicente-Carlos Berbiguier. Mira con furia hacia un rincón: Zamparratas se acicala sin demostrar ningún interés por su observador. Vuelvo a mirar a éste y veo que tiene sobre las rodillas y acaricia a otro gato que reconozco enseguida: Tragalauchas. Indicándolo digo a monsieur Berbiguier:

–¿Cómo es posible? No es tanta su creencia de usted en la malignidad de esos felinos.

–Este gato es gris –me responde–. El color gris es un antídoto para la perversidad gatuno-femenina. De este modo Tragalauchas contrarresta a Zamparratas. ¿Podría usted decirme la hora?

–Las 4 y 14 minutos y 4 segundos.

–¿Del día o de la madrugada?

–Del día. ¿No ve usted –le indico el túnel– esas rayas de luz solar que allá se filtran?

–Sí las veo. Es lástima. Debería haber una sola luz en la naturaleza, permanente.

–¿Para qué?

–Si no se ha sentido la necesidad de esta luz permanente, no atino a saber qué interés se puede tener en informarse sobre ella.

Callamos. Zamparratas, terminada ya su toilette, se dirige hacia la entrada del túnel y se detiene un instante pues alguien, doblado en tres, sale por ella. Luego entra y se va. El recién llegado es don Irineo Pidinco, el muy versado en toda clase de brujerías y entendido en materia de siembra y cosecha del garbanzo.

–Buenas tardes –nos dice.

–Buenas tardes –respondemos.

–¡Y al grano! –apremia monsieur Berbiguier–. ¿Cómo es la cosa, al fin y al cabo?

–Tal cual yo lo decía –asegura don Irineo–. ¿Y cómo no iba a serlo si yo, modestísima e insignificante persona, lo sé, yo lo recuerdo como si fuese ayer?

–¡Al grano –repite el otro.

Don Irineo tose y se inclina varias veces. Luego dice:

—Vivíamos todos hasta ese día en plena oscuridad. Es decir, no plena, no, perdonen ustedes, porque las estrellas algo alumbraban; como ahora; además, de cuando en cuando, la Luna. Pero era todo. Sabíamos mucho de astronomía. No lo digo por jactancia. Al fin y a la postre no era tanto lo que sabíamos. Menos que ahora. Pero, vamos, sabíamos que las estrellas eran inmensas, inmensas, millones de veces más grandes que esta Tierra y que se hallaban, en fin, como ahora. ¿Entienden? Tan lejos que..., que...

—¡Al grano, señor! —vuelve a pedir monsieur Berbiguier.

—Es verdad —contesta el señor Pidínco—, hay que ir al grano. Al grano mío, si ustedes permiten. Mi grano es que me embelesaba yo en esos tiempos hasta el éxtasis, el éxtasis cósmico, ¿verdad?, contemplando esos diminutos puntitos luminosos y sabiendo, sintiendo que eran inmensos, fabulosos mundos... En fin, como dice la astronomía. Bueno, una vez uno de esos puntitos empezó a ser más luminoso y a crecer. Crecía con rapidez. Me parece que, según los enterados, doblaba su tamaño en 96 horas, es decir, en lo que hoy llamamos horas. En ese entonces no se medía el tiempo; algo con la Luna, pero sin importancia. Bueno, el caso es que aquí aumentaba la claridad. La gente, en vez de alegrarse, se asustó. Fue un terror colectivo y desfavorido. Si bien se piensa, tenían razón. Porque crecía siempre y nos habíamos dado cuenta de que este crecimiento era una estrella que se acercaba. ¿No es cierto que da miedo? Yo, personalmente —no quiero jactancias pues reconozco mi insignificancia—, bueno, yo, en vez de miedo sentí otra cosa. ¿Cómo la llamaré? Dije "éxtasis cósmico"; ahora diría lo mismo pero centuplicado. ¡Una estrella cerca! ¡Una estrella al alcance de la mano! Exagero, claro, en fin, al alcance de los ojos, quiero decir grande, al alcance de los telescopios y separada, por su cercanía, de todas las demás. Y alumbrándonos y calentándonos y con rayos aquí que podríamos tocar dándonos sombras. Centuplicar es poco; yo diría, acaso, multipl...; no sé la palabra pero ustedes comprenden. En fin, el caso es que llegó aquí al lado y grande como ahora se ve. ¿Unos 30 ó 40 centímetros de diámetro? En fin, como ahora. Llegó y se detuvo. Estamos hoy acostumbrados a esta luz; pero entonces ¡qué emoción! La gente seguía asustada. Pensaba que podría acercarse más y sería el acabose carbonizado. Pero no. Se detuvo y luego empezó a girar. Como hasta el día de hoy y hasta siempre. Hubo entonces días y noches y se inventaron las horas. A esa estrella le pusieron Sol. Con su luz, calor y energía la fauna y flora de aquí se modificaron bastante, mucho, sobre todo la flora. Y en ésta lo que más se modificó —y en bien, a Dios gracias— fue el garbanzo. Por eso mi especialidad es una especialidad nacida de un colosal éxtasis cósmico. Bueno, lo que quería asegurarle, monsieur Berbiguier —y a usted también, señor Borneo—, es que es así. Pueden creerme —aunque yo no sea sino una pobre entidad viviente— que así es como se produjo esta relación terreno-solar. No como los astrónomos aseguran ahora, no. Fue como yo se los he dicho. La Tierra no tenía Sol y una vez una estrella vino para que la tierra tuviera Sol. Y giró éste, el Sol; no ésta, la Tierra. Yo lo recuerdo como si fuese ayer. ¿Puedo retirarme?

—Puede retirarse— responde monsieur Berbiguier.

Don Irineo se retira pero no por el túnel sino por otro lado. Monsieur Berbiguier me dice:

—Ese individuo es medio loco.

Desde fuera llega el sonido del gong anunciando a cada cual que el té le será servido en el sitio donde se encuentre. (En el matacán no hay servicio). Miro mi reloj creyendo ver las 4 y 14 y 6; ya me iba acostumbrando a los espacios bis-egundales. Son las 5 en punto.

Me recojo con intenciones de emprender mi tarea. Dejo a monsieur Berbiguier jugando con Tragalauchas. Me recojo cuanto puedo y miro hacia el gong.

Por casualidad se han reunido casi todos –salvo el capitán y Valdepinos– en la glorieta cercana al huerto. Un pinche sirve el té.

Veo de inmediato que los caracteres de esas personas –que llamo “mis personajes” o “mis biografiados” –no van a definirse según mi antojo –antojo que expliqué hoy por la mañana–. Veo que cada cual actuará según una fuerza ajena que obra sobre él y que su actuación final o definitiva será la suma de esa fuerza más su propio modo de ser. A esta fuerza ajena aceptaría llamarla “destino”.

Al ver de este modo siento, cada vez con mayor intensidad, que cuanto pienso y concibo viene, como en ellos, de fuera y que en mí sólo se refleja. Al reflejarse y pasar por mí se deforma. Escribir es, pues, deformar. Lo deformado pasa a ser, por lo tanto, una serie de símbolos. Leer es, por lo tanto, descifrar. Descifrar es remontarse al sitio de origen.

Y vuelvo a pensar: “desde abajo, desde cero”.

Y vuelvo a decir: “la castración siendo cada ser lo castrado”.

Esta fuerza ajena tiene que tener, a su vez, un vórtice donde agruparse, o sea, un punto de contacto con la materia para desde allí expandirse e influir sobre la gente. Esto es lo lógico.

En este momento influye una fuerza que da “una punzante sensación de voluptuosidad”.

Es general para todo Curihue; al menos, para todas las casas; al menos para los que son –debieran ser– mis personajes.

Busco.

Allá trabaja el capitán Angol. Lo ayudan la llavera y Taita Higuera. Están los tres en el galpón del heno. Los ayudantes hacen su cometido maquinalmente, obedeciendo y nada más. En un rincón, encaramado sobre unos fardos de alfalfa, observa esta labor don Irineo Pidinco; a cada momento hace efusivos gestos de aprobación.

La labor es, o me parece serlo, bastante complicada; tal vez porque de ella muy poco entiendo. Verifico que mi posición privilegiada no aumenta mis conocimientos. Lo que hacen yo lo llamaría macerar. Maceran hojas, raíces y frutos de clavillos de Cayena, damiana y ortiga. El líquido de la maceración lo pulverizan. Al mismo tiempo, sobre una mesa rústica, el capitán se afana con una mezcla de cilantro, almizcle, azafrán e incienso. Oigo que don Irineo llama a esta mezcla “Perfume de Venus”. Luego el capitán hace quemar granos de aristolaquia y ordena a Taita Higuera que con un fuelle eche el humo en dirección de la glorieta. Don Irineo dice que este humo “desatará el nudo de la agujeta”. (No comprendo; por la noche, en cama, consulto un diccionario botánico y allí leo que “así se designa el hechizo que impide al hombre realizar el acto sexual con determinada mujer). Mientras tanto la llavera, bostezando –se ve que todo esto no le interesa–, destila agua de las raíces de narciso; don Irineo, en voz baja pero que yo oigo, dice al capitán que esta agua aumenta considerablemente la secreción de esperma. Entre un trabajo y otro mi anfitrión machaca a martillazos sobre una piedra cientos de cantáridas que no logran escapar pues dicha piedra ha sido previamente rodeada de una rejilla que la transforma en una pequeña jaula.

¡En eso está mi gran capitán Angol, Bandada 14, objetivo *casus belli*, planeta Venus! ¡A eso ha venido al fundo don Irineo Pidinco, especialista en garbanzos!

Bien, planeta Venus..., Venus...; y para el otro, “toda clase de brujerías...”. Sigamos.

Trabajan. Los ayudantes sólo ayudan. Esto quiero dejarlo bien establecido, en todo caso respecto a Taita Higuera; porque la llavera es, después de todo, una vieja y con cierto parecido a Esparadrapa. Cuando se ha visto el drama del chino Fa... En fin, trabajan.

Formulo lo siguiente: Tienen la necesidad, una necesidad que aparece como un deber, de que *ello* estalle. ¿Ambos la tienen? No. El capitán Angol solamente; don Irineo allí está porque gusta estar "en toda clase de brujerías" y como el capitán sabe de sus profundos conocimientos...

Al fin y al cabo -¿qué puedo yo reprochar?- es la misma necesidad -deber- que he experimentado no ha mucho: que *ello* estalle.

Sólo que yo experimento con dolor, con deber de sangre y acosado por problemas molestos: el deber de escribir; y para escribir, que mis personajes se definan, que estallen. La frase: "mortíferas pasiones"; y yo que me digo: "ojalá...". Inmediatamente el problema de si este deber me da el derecho -me daría, mejor dicho- de empujar a esos hombres y mujeres a que estallen. Y si no me reconozco derecho alguno, y lo abandono, dejo con esto de ayudar a los que ayuda necesitan. Pues hacer estallar, hacer que estalle el destino profundo de cada cual ¿no es acaso ayudar? Problemas y más problemas. Todos ellos, dolorosos.

El capitán Angol lo hace alegremente. Don Irineo... ¡para qué decir! Llegan a encontrarlo divertidísimo.

¿Por qué?

Me respondo... No. Se me responde:

Alegremente porque en ellos sopla la vida y la vida es estallar. Y esos problemas no se presentan cuando se procede como ellos, cuando la chispa pensante se acerca a los materiales en vez de querer seguir siendo nada más que chispa.

-¡Como tú! -me grita una voz.

Alegremente, allá en el galpón del heno, siguen las maceraciones, los filtros y sahumeros. Acá, en la glorieta del huerto, sé que todos empiezan a obedecer.

Obedecer... ¿Cómo?

Ante todo puedo asegurar que no hay obediencia alguna ante tales condimentos apodados mágicos. No es tan sencilla ni vulgar la cosa.

Veo, siento, percibo, conozco... (Me es difícil encontrar el término justo, o al menos apropiado, para esta clase de conocimiento que se produce, sin mayor observación y ningún estudio, espontáneamente y con certeza; voy a adoptar para mi caso especial y sin que para ellos existan mejores razones, el verbo "percibir").

Percibo que obedecer es ser sensible a un estimulante. Ser sensible es tener dentro de uno mismo -y desde antes del nacimiento- una potencia latente que un estimulante determinado le da la oportunidad de hacerse manifiesta.

Las potencias latentes de las personas que observo son, por cierto, diferentes; pero, en este caso y momento, tienen un parentesco común: todas ellas flotan en una atmósfera amoroso-sexual. La fuente originaria de esta atmósfera se halla allá en el galpón del heno.

Don Irineo Pidínco y el capitán Angol saben esto. Al saberlo, el primero se pone a la obra pues tal es su oficio y lo ejecuta con plena naturalidad -como un pintor, por ejemplo, que hace un croquis. El segundo se pone a la obra con una alegría vital también natural y lo que a ello le impele es una serie de consideraciones que podrían formularse así: "Es el colmo que aquí en *mi* fundo no se produzcan pasiones de ninguna especie habiendo yo

invitado a varios jóvenes amigos y a tres hermosas damas; esta carencia de pasiones podría hasta acarrear dudosa fama a Curihue y Curihue es *mío*, ¡qué diablos!

Don Irineo y el capitán se entienden, sobre este punto, admirablemente y, como he dicho, se divierten una enormidad.

Mientras tanto yo me afano y sufro.

Sigamos.

Alrededor de la mesa de la glorieta del huerto toman el té: Isidra, Jacqueline y Nora; Lorenzo Angol, Rosendo Paine, Baldomero Lonquimay, Desiderio Longotoma y Teodoro Yumbel. Charlan, luego se levantan, van, vienen, deambulan por todos los rincones, se juntan, se separan y sus líneas de marcha son, de cuando en cuando, interceptadas por las de Valdepinos que, sorprendido por el gong en su dormitorio, tuvo en él que tomar su té para sólo después incorporarse en el ir y venir de los demás.

Esto dura hasta las 9 de la noche, hora de un nuevo gong. Son 4 horas que yo llamaría del desencadenamiento.

Un hecho curioso –al menos así lo considero– es que estas líneas de marcha no calzan exactamente –y acaso ni aproximadamente– con los sentimientos de las personas que las trazan. Una buena lógica aseguraría que tales personas se irían a mover –ya que nadie lo impide– según sus sentimientos, que irían a trazar líneas nacidas de ellos. No es así. Se mueven como gobernados por otra finalidad, ajena a sus sentir, y parece que entonces aprovechan las oportunidades que este dédalo de líneas les ofrece para dar curso a lo que arde en sus corazones despertados.

Yo me digo, desde el escondite casi material de las vigas de mi matacán, que ni siquiera para movernos tenemos autoridad ni aun con plena libertad. Todo me parece, cada vez más, venir de fuera. Todos me parecen deformadores de la verdad total hasta en sus pasos y minúsculos gestos; todos son claves que hay que desmontar.

¿Y dónde está este *fuera*?

Me afano y sufro.

Las maquinaciones en el galpón del heno son únicamente un estimulante y un estimulante sólo logra obrar sobre algo preexistente que pueda estimular. Esto en cuanto a sentimientos se refiere. Pero ¿el ir y venir? ¿Quién o qué los mueve?

Percibo que doña Nora de Bizerta y Ofqui –está diabólicamente atrayente, sea dicho de paso –obedece, con estremecimientos internos y dilatando las narices, a los condimentos del galpón, sobre todo a las cantáridas machacadas. Rebasa en ella el deseo de hacerse una presa, dominarla, doblegarla y obligarla a gritar desesperadamente de amor. Este deseo es de ella, en todo sentido de ella, es ella misma. Este deseo, ya salido fuera de ella para actuar, recobra libertad, vuela, gira, busca, se hace el amo y señor y Nora se esclaviza observándolo, primero; siguiéndolo, después. Y cae sobre Lorenzo Angol. Nora siente que nunca más volverá la paz a su alma si ese hombre ante ella no se quiebra. ¿Por qué? Porque allí aterrizó su deseo sin que nadie pueda jamás saber por qué fue allí y no en otra parte.

Lorenzo está con su mente ausente. Una inquietud creciente lo lleva a asirse a sus ausencias donde, espera, ha de encontrar firmeza. Hay quienes se afirman estando y quedando; otros, ausentándose. Pero no es difícil percibir cómo los rayos de Nora remueven en él sus amores pasados y sus intenciones futuras. Su sangre empieza a acelerarse y su Bóveda de La Cantera, a envolverse de hastío. Vacila, se diría que cede terreno y que Nora absorbe más y más. Hay un éter temblante entre ellos, éter que los sigue ya alargándose, ya comprimiéndose.

Las líneas de marcha continúan yendo y viniendo. Baldomero Lonquimay, en sus acostumbrados paseos a grandes zancadas, cruza una de ellas y la respira. Se para, se sacude y bufá.

¡Nora! Lo único que lo amarra y lo revuelve en el vivir de los hombres... Bufá. Y sus bufidos, pletóricos de energía y de humo de aristolaquia quemada, golpean en los oídos de Lorenzo.

Este golpe es como un impacto que desata una reacción. Lorenzo se afirma y reacciona. La Bóveda de La Cantera es ahora un llamado agudo y soberano. La inevitable presencia de Lonquimay enfurecido y sufriente le levanta ante los ojos mil escenas de áspero trato humano contrario a la meditación serena y al estudio en el silencio y la medialuz. Lorenzo, pues, se recoge y su recogimiento es, por extraño que parezca, un polvorín que se expande chisporroteando. Su chisporrotear es acogido y comprendido.

Allá en un extremo del jardín, Rosendo Paine siente. Siente que hay que vivir, que es perder el tiempo seguir así sin conmociones por muchos temas trascendentes que se aborden, por muchos locos nocturnos y aves demoníacas que visiten, por muchos dramas que el chino haga representar, por muchas sabias explicaciones que den todos los facultativos del mundo. Y recuerda, en su sentir, que, después de todo, hay un pacto. Es curioso, más bien inesperado –al menos para mí– que esto pique en el amor propio de Rosendo. De pronto quiere ser como si dijéramos un as, un verdadero as portador de aventuras y hazañas y le pica, sobre todo, la suposición de que Lorenzo pudiese considerarlo gris, amorfo, no un calavera dorjuanesco al ciento por ciento. Así se le agranda el pacto a Rosendo, al displicente Rosendo que, en un principio, no tuvo otro acicate para aceptarlo más que una especie de coquetería literario-intelectual. Esto pica en su orgullo de macho. Yo pienso: ¡la raíces de narcisos!

El uno en la biblioteca de las casas, el otro, como he dicho, en el extremo del jardín, en un instante dado y sin hablarse ni siquiera verse, se comunican:

Lorenzo cede a Rosendo el amor de la cautivante Nora.

Cede, trasmite su cesión. Y ésta se efectúa según la lógica pura, se produce en su esencia misma, digamos según la ley severa e impersonal y no según las pequeñas contingencias de las pasiones humanas. Mas para ellos –Lorenzo y Rosendo– este proceso se les troca en un error de transmisión:

Rosendo recibe el abandono de Lorenzo pero esto no le implica recibir a la persona abandonada.

Siente que debe, que es su deber, amar, atacar, colaborar con su amigo emprendiendo aventuras desenfrenadas. Y en estas ansias la persona de Nora queda ausente, queda flotante, no existe...

Error de transmisión... para ellos; ningún error para la Ley. Se pueden transmitir e intercambiar estados de alma; no se pueden transmitir ni intercambiar personas.

El error lo considerarán más tarde. Por ahora la comunicación establecida se pone en marcha:

Lorenzo: Lorenzo se recoge y se refugia. La Bóveda es su centro, su existencia. No ha venido a Curihue más que para verificarlo una vez más, una última vez. Y sin duda lo ha logrado. La momentánea intranquilidad que los rayos de Nora han producido en él, le han evocado el trágico amor con Chinchilla, las largas veladas con la lanza erecta frente al ropero de tres cuerpos, el caviar del Obi y el champagne extra-sec, la palita de ámbar, el gato canterino y todo ello reposando sobre el estanque sosegado de sus ojos sin visión.

(Yyo ahora –desparramado por los entretechos de las casas de Curihue– siento que me traspasa, con frío de metal, la posesión resbalada y encubierta tras las palabras de Naltagua, de aquella santa prisionera que desde aquel entonces duerme en su tumba).

Conjuntamente siente Lorenzo en los labios sabor a azogue, oye la voz de Rosalinda, ve los tiernos cadáveres de las malogradas sobrinas, siente ahora sabor y olor a ríos y océanos poblados desde percas y carpas hasta cachalotes y esponjas.

Luego, la alarma; y el doctor Hualañé. Una muerte, una muerta. Los Encapuchados, músicas solemnes, un barman, quince monjes, mucha gente, un deslizamiento por calles tristes, dos detectives.

Dos detectives y una sospecha.

Esta sospecha hiela su alma.

Ve en ella una consecuencia clara del amor, de sus amores. Él, por esta vía, irá siempre a una catástrofe.

Él está constituido dentro de un tal destino que la generalización de su caso le es inevitable. De buena fe se aferra a esta lógica deductiva suya. Hay sólo destinos inamovibles y la inteligencia es reconocerlos, acatarlos y explotarlos en lo que son, nunca fuera.

Yo veo que más que evocado, Lorenzo ha invocado. Que más que ser su sino esta clara secuela de causas y efectos, él, sin saberlo, ha implorado que así sea. Lo que fue un accidente ha de ser una ley. Una ley que colabore con su propia finalidad: la Bóveda y la vida que ella encierra para darla a quien tenga el temple de aceptarla.

Siente –quiere sentir y lo siente– que el momento es decisivo para las determinaciones que adopte. Porque los rayos de Nora le han hecho adivinar que hay ahora, en Curihue, rayos por todas partes, que el clima pasional ha cambiado, que todos van a proceder desatando y entregándose. Es, pues, el momento del esfuerzo para acentuar la reclusión.

Van todos a vivir. Rosendo, sin duda, vivirá también y sabrá de la vida de los demás. La conexión con el mundo no se romperá, quedará establecida. Él será el punto central, el foco, ¡el vórtice! de cuanto ocurra y pueda ocurrir en ese mundo. Ellos y ellas crearán vivir mas, en realidad, sólo producirán para que sus producciones caigan a él y de ahí, transmutadas, florezcan en vida verdadera.

Pero aquí me asalta una duda que causa una interrupción. Es por culpa mía.

A pesar de que en nuestras comunicaciones mi voluntad entera se dirige a concentrarme como observador, callando mis ideas y aun interpretaciones, llegando a este momento vacilo, reflexiono y hago un paréntesis al curso de los hechos. Es el siguiente:

Lorenzo acaba de formularse una transmutación de las ajenas producciones de vida cruda; o sea, crear él un florecimiento. Aquí yo salto (manera de decir, se entiende).

¿Transmutar? ¿Hacer florecer? Pero ¿cómo? Pues si Lorenzo lo hace, y basándose en los otros y alimentándose de ellos, ¿qué hago entonces yo? ¿Para qué el mismo Lorenzo me ha encargado una tarea que quiere hacer él? No puedo creer que sea para tener dos relatos diferentes sobre un mismo asunto y luego, como cualquier dilettante, entretenerse en cotejarlos. Por cierto que para tal cosa no hace falta una Bóveda.

Lorenzo recibe mi duda y yo percibo su respuesta que es, en dos palabras, como sigue:

Con las vidas de Rosendo y los demás, Lorenzo no pretende interpretar nada ni basarse en ellas para hacer obra alguna; las quiere, las necesita como un peso sobre él, peso que ayude a sumergirlo y mantenerlo en su reclusión; y que, al mismo tiempo, lo tenga

conectado con el vivir activo y positivo: a) para aquilatar –a ciencia fija, gracias a una comparación posible y continua– una y otra vida sin que le queden de la externa, puntos ignorados; b) para asegurarse de que su vida recluida la hace por su propia voluntad y no por haber sido desplazado de la otra, no por impotencia; c) para deshacerse de un temor sordo y muy hondo, que algo desconocido le anuncia, de que una reclusión absoluta puede y debe engendrar una locura incurable; d) para tener, en caso de fracasar, un asidero, una tabla de salvación que lo incorpore de inmediato en la vida del mundo sin siquiera dejarle la sensación de destierro en la Bóveda, de tiempo perdido.

No hay obra ni creación, pues, en sus proyectos. Hay la búsqueda de un hondo y fuerte estado de ánimo solitario que, con sus vibraciones propias, reemplazará las vibraciones de que se nutren los demás hombres. Lo que este estado produzca como actuación, sólo el estado mismo podrá indicarlo a su debido momento. Es un sentido de vida el que se busca y, para encontrarlo, se busca antes un modo de vida que –devolviendo la voluptuosidad perdida en los afanes del mundo– prometa dar ese sentido buscado.

No hay obra tal como nosotros lo entendemos. Las comunicaciones interrumpidas se restablecen. Lorenzo se sumerge con confianza y anticipadamente en su Bóveda. Así lo percibo. Así es que sigo planeando.

Nora: Nora, a su vez, se recoge. Mejor dicho, recoge sus rayos. Se ve obligada a hacerlo al recibir el desdén de Lorenzo. Esto la hiere, naturalmente, como a cualquier mujer. Pero al mismo tiempo la herida aumenta en ella su natural instinto de lucha, de dominio, de avasallamiento del hombre. En resumen aumenta lo que he llamado –puesto que así es la costumbre de llamarlo– su “diabolismo”; y como éste es su temperamento auténtico, el aumento en cuestión le proporciona, lógicamente, placer. O sea, el placer que, sin excepción, da todo aumento de fuerzas, tanto más si son, como he dicho, las fuerzas intrínsecamente auténticas.

Ahora bien, mi posición –por cierto, lo he dicho, privilegiada– no me da un poder de penetración suficiente como para internarme en la parte consciente de Nora, de modo que me es imposible saber si ella se da cuenta de que un fracaso le causa su verdadero y más profundo placer. Percibo que ella busca el fracaso, el dolor para extraer de él su fuerza, fuerza que es su voluptuosidad. Mas no logro percibir el grado de auto conciencia que hay en esta búsqueda. Ignoro, pues, si las fuerzas de fuera obran sobre ella totalmente separadas o colaborando con lo que corrientemente llamamos la persona humana tal o cual, en este caso, Nora de Bizerta y Ofqui.

Por su manera habitual de ser –manera que juzgo en la vida diaria y no desde el matacán– me inclino a creer que sus fuerzas de fuera trabajan desconectadas de su conciencia de persona individual pues es Nora, en su proceder, impulsiva, arrebatada y moviente, en vez de ser –que es lo que me parece propio para el otro caso– buscadora en un laboratorio psíquico en el cual escudriñar, elaborar y exprimir hasta el máximo el complejo de fracaso deliberado, de dolor y voluptuoso placer.

En fin y como sea, algo percibo nítidamente: este aumento de vitalidad que ha inyectado el desdén de Lorenzo es suficiente para apagar en ella, sin dejar rastro alguno, la creencia de que sin ese hombre la vida sería intolerable. El hombre mismo, personal, individualizado, se le esfuma para dejar su sitio al hombre generalizado, a cualquiera, a uno, al que sea, y que ha de caer avasallado para arrastrarse a sus pies.

Siente que puede escoger, que dispone de la mira de sus rayos para apuntar hacia donde bien le plazca. Siente que en esta clase de experimentos no es esencial la persona

determinada, que lo esencial es una persona apta para el experimento y nada más, como un biólogo frente a su conejillo.

Yo, sin embargo, por una tronera de mi matacán, percibo que no es la cosa exactamente como ella cree en el sentido de su libertad de elección, percibo que no ha llegado a la conciencia del sabio con el conejillo. Se verá por qué:

Nora fulgura sus rayos hacia Rosendo Paine y piensa, sin más, que *ella* lo ha escogido porque sí, porque así ha de escoger. No, no... Lorenzo, al ceder, ha hecho un polvorín que ha ido chisporroteando hasta sus dos escogidos. No produce el efecto esperado en Rosendo: Nora le queda ausente. Mas produce un cierto efecto en Nora mujer, al fin y al cabo, mayor sensibilidad receptiva: la inclina hacia el escogido, el indicado por el chisporroteo, es decir, Rosendo.

Nora despliega, pues, ante éste todos sus incalculables y subyugadores encantos.

Creo que debo aquí intercalar dos palabras para los aficionados al paisaje:

No sé cómo —ni me importa mayormente saberlo— nuestro crítico Ascanio Viluco supo, bastante más tarde, mi estada en los entretechos curihueños, las percepciones que allí tuve, cuánto me habían interesado y cómo, más o menos las había anotado. Naturalmente criticó y reprochó. La base de sus críticas y reproches fue la exagerada —él dijo “inconcebible”— ausencia de los movimientos, gestos y palabras reales de mis actantes y de los sitios en que sus diversas proezas amorosas ocurrían. Reconozco, en verdad, esta falta. Aunque parezca paradójico puedo asegurar que ella se debe a una gran veracidad por parte mía. Mis facultades perceptivas estuvieron todo el tiempo —de 5 a 9 p.m.— tan cogidas por los sentimientos mismos que se desarrollaban ante mí y por las fuerzas extrañas que los originaban, que movimientos, gestos, palabras y también sitios pasaron a calidad de simple telón de fondo, de envoltura secundaria. Además ayudó a esfurmarlos mi certeza absoluta de que todos ellos hubiesen podido ser diferentes —otras palabras, otras acciones en general y en otros sitios sin parentesco alguno con los del fundo— y, a pesar de esto, haber sido exactamente los mismos sentimientos que ante mí se desarrollaban y seguidos de las mismas consecuencias. Lo único, pues, que puedo decir a los aficionados al paisaje —cuya afición estimo tanto como el propio Viluco— es que cuanto he dicho y diré de las pasiones de mis biografiados tuvo como escenario la gran morada de Curihue que, sin duda, se presta admirablemente para esta clase de procesos psíquico-amorosos con sus largos corredores, sus habitaciones sombrías y de buen gusto, llenas de artísticos y antiguos muebles y objetos, con sus pasillos de tinte misterioso, con sus jardines y arboledas y huertos y bosques, con su sin par emplazamiento cordillerano, con sus peucos y águilas y hasta cóndores que la sobrevuelan, con sus campesinos laboriosos y sencillos, y, por fin, con ese sol radiante que la iluminaba y que, poco a poco, dulcemente, fue ocultándose para dar paso a un coloreado crepúsculo que, a su vez, dio paso a una noche cuajada de susurros y de estrellas.

Vuelvo, entonces, a mi vasto escondrijo y sigo:

Nora despliega ante Rosendo todos sus incalculables y subyugadores encantos.

¡Tarde! ¡Demasiado tarde!

Rosendo, obediente a la actualización del Pacto gracias al chisporroteo de Lorenzo, a las maquinaciones del galpón del heno, al contrachoque que en él producen las diversas manifestaciones de alta intelectualidad, y, sobre todo, obediente a su propio temperamento, Rosendo Paine ya ha partido veloz.

Es un dardo, es una bala, es un electrón. ¿Su objetivo? Uno solo: Isidra Curepto.

“Curioso, curioso...” –me digo.

A pesar de que me he impuesto, para toda mi permanencia en el maticán, una actitud de pura observación y de la más absoluta neutralidad, no permitiéndome ni siquiera suponer nada, noto que he supuesto y que he querido adelantarme a los acontecimientos –con franca equivocación, lo confieso. Noto que he creído que Nora y Rosendo formarían un binomio de fuego y que, en el remoto caso de no formarlo, Rosendo atacaría hacia la dulce Jacqueline. ¡Nada! Es hacia la otra... Fijo mi atención sobre esta otra.

Isidra: Isidra Curepto, ya lo sabemos, es artista, es sensible, es refinada e intuitiva; Isidra Curepto capta.

Ante una persona así hay que extenderse un poco más; es necesario agregar a mis percepciones del entretecho, las observaciones que sobre ella se han hecho. Vengan, pues, al correr del lápiz.

Yo diría –y hay quienes me apoyan en mi opinión– que es Isidra en el mundo la anticursi. ¡Qué soltura tiene, qué seguridad en sí misma, qué dominio perfecto sobre sí y sobre los demás! Donde se encuentre está en su sitio desde el día en que nació. Es también la anticursi en el arte, es decir, en su arte, en las obras que ejecuta: floreros, cajuelas, cofrecillos, tapalibros, ceniceros, pisapapeles, hasta pequeñitas estatuas en terracota. ¡Qué buen gusto, qué arrobadora sobriedad! ¡Y qué facilidad para hacer! Se diría una displicencia al servicio de un gusto exquisito. Pero es la ultracursi en su vida interior. Lo es, sobre todo, en las relaciones de esta vida interior con sus otras vidas no cursis. Mientras estas dos actitudes estén nítidamente separadas, ¡allá ella! Tendremos siempre muchos objetos primorosos. Sin embargo hemos sentido –los que me apoyan y yo– un cierto temor al ver que, muy sutilmente, la cursilería de su vida interior se está filtrando a su región del arte, no a la obra misma sino a la conducta que ha de seguir la obra cuando toca a la vida interior. Ya lo habrán advertido los lectores durante la tarde del Día Dos cuando Isidra se enfrentó con el dragón de oro de ojos de rubí y alas de marfil, ese dragón que con el capitán se juntó en Chekiang. Se recordará que Isidra ensayó de inmediato los “sitios ambientales” en cuya construcción llegó a incluir los sordos pasos de Lonquimay. Esa tarde no se hizo música pero después se ha hecho en presencia de nuestra dama: igual cosa que con el dragón: pide que el trozo musical sea tocado a tal hora y no a tal otra, entre determinadas cortinas y luces y especificados perfumes de flores. En fin, algo que es peligroso.

Recuerdo –ahora que escribo aquí, no en mi maticán– que cierta vez Valdepinos me dijo: –Del arte verdadero al arte “inefable” no hay más que un paso. Y créame, amigo, que del arte inefable a la cursilería no hay más que otro paso, más corto que el anterior.

Isidra tiene un sobrino –de 9 ó 10 años– hijo de su hermano mayor, Ignacio Curepto. Es éste una rata bursátil que, corriendo y trepando por los edificios de la Bolsa, gana y pierde cada mes sumas fabulosas. (En realidad –lo sé por el corredor E. Buin– no hay hombre que, a la postre, tenga mensualmente una cantidad más estable y siempre igual). Pero, en fin, corre y trepa y sólo habla de sus carreras y trepadas. Isidra, por lo tanto, lo escobilla con su desprecio y lamenta que un niño tan “artista e intuitivo”, como es Ignacio, tenga un padre tan “materialista y prosaico”. Isidra, pues, ha cobijado al chico bajo su ala protectora e inspiradora. El niño-Nachiev, como ella le dice eslavizando su sobrenombre de Nacho– gusta francamente de los cantos y guitarras populares y de los palmoteos, tamboreos y huifas que los acompañan; como la generalidad de los niños, por lo demás. Sin embargo Isidra ha captado fluidos de Nachiev que expresan gran penetración en la seria música. Le inyecta entonces fuertes dosis de ésta (creo que, principalmente, de Mozart,

Debussy y Prokofiev). A ojos vistas el niño se aburre y, al primer descuido, pone en el fonógrafo una cueca o un bullicio cualquiera de tal especie. “¿Entonces?” –oye Isidra que todo el mundo se pregunta. Con sonrisa displicente y ojos entornados desarrolla el siguiente argumento:

–Sí, Nachiev gusta de popular. Cree. No gusta. Nachiev gusta no popular sino ambiente encontrado en ranchos donde oyó primeras veces. Ambiente aquí, para su alma sensible, es: humildad, rusticidad, espontaneidad, comunión directa, sin tacha, con naturaleza, florecimiento, expansión vital antes de contacto vulgar de humanos. Nachiev –¡tan niño aún!– confunde. Y este gustar de aspectos profundos atribúyelo a música allí oída que es ruido llenante y sofocante de ambiente. Mas lo que está apreciando es línea paralela musical de aquella visión sublime de naturaleza. Sea, en música, Prokofiev, Debussy, Mozart. ¿Verdad, mi Nachiev?

No sé si con estos datos es posible formarse cabal imagen de la joven; mi sentido de proporciones en estos temas no es muy agudo. Agregaré, pues, otro “momento isídrico” –como los llaman algunos– que ahora me viene a la memoria:

Es en la oficina comercial de Ignacio. Allí está la hermana, asunto de captar esa vida en que esos seres viven. Ignacio le cuenta que vendrán posibles compradores de ciertas mercaderías que él vende. Llega uno, X; Isidra lo ve, lo capta, lo compenetra y lo desaprueba; este comprador carecía de la hiperfinezza sensible requerida. Ignacio no le vendió las mercaderías. Llega otro, Y; igual cosa. Llega un tercero, Z; la agudizada Isidra “percute” en él hiperfinezza sensible. Dice al oído a Ignacio: “Ese hombre sí, tiene, vibra, es”. El negocio con éste se hizo. Isidra queda radiante y confirma que, aun en mercantilismo, aquello, lo que es en sí, dirige, gobierna, triunfa. Se marcha satisfecha, convencida de que el negocio se había realizado gracias a los efluvios que había lanzado a hermano y comprador. Luego E. Buín charla con Curepto y Cía.; dícele éste:

–X quería comprar sólo media tonelada, así es que no le vendí. En cambio Y se interesaba por 6 o más toneladas; imposible. Felizmente vino Z que buscaba, precisamente, 2 toneladas, así es que trato hecho y vendí.

Esta singular persona despierta los “efluvios” (como ella diría) de Rosendo Paine. Éste no es hombre de tanteos. Arremete.

Rosendo, he visto, está algo empachado de alta intelectualidad. Tiene razón. La intelectualidad ha sido, hasta ahora, la nota predominante en Curihue. Por un lado u otro se vacía en ella o, por lo menos, llega hasta sus deslindes. Este giro de los hechos interesa a varios de los veraneantes, no lo dudo; divierte a otros, creo yo, como a Valdepinos y a Desiderio Longotoma. Pero a Rosendo esto lo aburre. “Aburrir” no es la palabra exacta; yo la habría empleado allá en el suelo mas aquí, entre vigas y viguetas sensibles, sobre artesonados y cornisas vivientes, bajo gateras y tragaluces impresionables, esta palabra queda estrecha. Veo el proceso más amplio y lo veo claramente. Otra cosa es escribirlo pero, en fin, hay que intentarlo:

Digámoslo sin rodeos: a Rosendo le parece esta tendencia a intelectualizar como un refugio de pederastas. No se crea, no, que una sospecha en tal sentido roce siquiera su mente al considerar a sus amigos; sabe quiénes y cómo son. Pero esta tendencia le aparece conforme para hombres que no son hombres al ciento por ciento pues si lo fueran –piensa– no tendrían ni tiempo ni afición para engolfarse por tales senderos habiendo, por todas partes y aquí mismo, posibilidades sin fin de mujeres, orgías y pependencias. Tienen tiempo y afición: no son hombres integrales. La única explicación posible sería que una

parte de ellos fuese asexual. Rosendo no entiende que pueda existir una parte asexual. Todas las partes están, tienen que estar, teñidas de sexo. Las inclinaciones a engolfarse así han de ser sexo alejado de su verdadero objetivo, sexo desviado que da características de antimacho. Ninguno de ellos acepta para sí, ni por asomos, tal cosa de antimacho; todos ellos tienen cerrada y lacrada la región de su propio sexo. Entonces dicha parte, sin poder explayarse según su naturaleza, se engolfa y desparrama por las vías de la llamada intelectualidad. Yo no siento ni pienso así pero Rosendo sí y es de él de quien se trata y no de mí.

Si esto fuese todo lo que nuestro joven experimentara ante los demás, fácil le sería despreciar, primero; dominar, después. Sin embargo ni desprecia ni domina. Yo, identificándome con la más alta de las veletas caseras, percibo que el tal refugio, que él quisiera pisotear, se le presenta, a cada momento, hartó más sólido y resistente que un simple refugio; se le presenta como algo difficilísimo de conquistar. Desde mi veleta veo por qué: porque no se conquista lo que flota por un ambiente, no se conquista lo que se escurre, aquello que da una nota y nada más, aquello que da un color para luego borrarse y reaparecer no como un hecho ni siquiera como una sentencia sino como un acento, como un subrayado, como una característica impalpable y aun irrefragable.

Ahora siente que si él estuviese dotado de otro modo, si su interés general se dirigiera algo más a pensar, a escudriñar y hasta meditar, le sería ampliamente posible participar en esa vida sin que por ello perdiera nada de su calidad de hombre-macho. Todo impedimento y toda contradicción desaparecen. Podría coger todo aquello. Pero le resbala la manera de cómo hacerlo, y el hastío de intentarlo lo distrae. Se siente al margen. Nadie acepta quedar al margen de gentes que... ¡Sí! Tenía él razón hace un momento: son gentes que se aferran a las lucubraciones intelectualizadas por impotencia pederástica de arremeter, cara a cara, a lo que vive y bulle y arde y lucha y se defiende.

¡Adelante! ¡Arremeter!

Y otra vez todo ante él se diluye. ¿Cómo, Dios mío, arremeter contra un acento?

Retrocedo yo hasta enredarme en el pararrayos. Porque percibo ahora el caso con nitidez: como que ese acento se concretice, como que encarne, no habrá aquí ni en ninguna parte fuerza alguna que se interponga a la arremetida de Rosendo.

¡Es claro! ¡Por eso no enciende el fuego de Nora! ¡Por eso no cae bajo el encanto perfumado de Jacqueline! Porque su situación al margen —incómoda situación marginal como es incómoda una pulga o una gotera— lo roe, lo carcome, sobre todo le desvirtúa sus ímpetus pasionales.

¿Nora? Nora, él la ve en la bacanal, debería ser su aliada. ¿Jacqueline? Jacqueline, él la siente débil, amorosa, acogedora y sencilla. ¿Los amigos entonces para desahogarse en polémicas? Los amigos son, justamente y por desgracia, discutir, rebatir, alegar, argumentar...; es decir, escapar de lo intelectual para volver a caer en él. Y al fin y al cabo no se trata, ¡no! de cerebralizar nada porque su temperamento es fuerte, sano, potente y está por encima de cerebralizaciones. Y porque... porque allá, en el galpón del heno, el capitán Angol y don Irineo Pidincó trabajan, maceran, aglutinan, sahuman...

Triste espectáculo es para mí ver tanta potencia sin hallar objetivo. Además yo quiero mucho, mucho a mi amigo Paine. No hay por qué entristecerse. El pararrayos me dice: "Como que se concretice...; como que encarne...".

Mas ¿por qué, por qué no ve mi viejo y querido amigo? ¿Es posible que no vea si ahí está? ¡Rosendo! ¡Ahí está!

De pronto ve.

Isidra es la encarnación viviente, concreta de lo que fluye y corre por la atmósfera, es su altoparlante y a su vez su médula. Y además es alta, delgada, de tez suave, uñas muy rojas y cabellera desordenada.

Rosendo es poseído por un arrebató indomable. Curihue entero es ahora para él una llamarada. Tiene que alcanzar a esa mujer. Tiene que hacerla suya para dominar. ¡Para apoderarse de lo inasequible y vencerlo! Tiene, si no quiere sucumbir, que ejecutar, cuanto antes, este primitivo pero eterno acto de magia. Tiene, pues, que apropiarse del enemigo o de parte de él, incorporárselo en un acto de posesión y así neutralizarlo, aniquilarlo.

Un sin fin de asociaciones de ideas me vienen simultáneamente y me llevan a desentrañar el móvil oculto de Rosendo. (Después, por la noche en cama, analizo este proceso mío que espero referir aquí). Por ahora, tomado como estoy por los hechos, lo descuido —aunque lo registro— y sólo lo expreso diciéndome que “mi amigo tras de Isidra” forma un acto íntimamente emparentado con el canibalismo: comer, ingerir, fundirse así con el contrario. Si entre dos canibales se pone una delgada muralla de siglos, entonces el de este lado, en vez de devorar, coge y fornicó.

La excitación de Rosendo Paine es, pues, una excitación mágica.

Yo me desprendo del pararrayos y me deslizo por las porosidades de una hilera de tejas. Me dan ganas de cerrar los ojos y taparme los oídos ante lo inevitable de esta arremetida. ¡Ahí está Isidra, sola en sombría habitación! ¡Aquí va Rosendo, va y va!

¡Santo Dios! ¡Tarde, demasiado tarde, otra vez!

Isidra Curepto, desde su complejísimo mundo de sutiles vibraciones, encauza, ha encauzado ya, su amplio y noble interés sexuado sobre el bueno y queridísimo Teodoro Yumbel...

¡Ah! Porque Isidra también tiene sus alicientes internos que la mueven. He dicho dos palabras sobre la Isidra comentada allá abajo en el suelo. Ahora la veo desde el matacán.

Isidra está llevada por una inclinación protectora.

Isidra capta, lo capta todo. Pasea por el jardín: de cada flor capta que su color es una confirmación de las aptitudes de ella, de Isidra, no de la flor; de cada trino de avecilla capta que es un llamado desesperado que ella ha de interpretar y, por ende, humanizar. Y así captando pasa por el parrón. Bajo el parrón, solo, sentado en humilde banco, Yumbel medita, añora, desamparado sufre.

Llega a mi matacán un triste tañido: Yumbel se ahoga en un gris vacío interior, un gris doloroso pues nace de una búsqueda impotente. Pues busca el desgraciado Teodoro, busca con todo ahínco, busca porque sabe que hay algo, que tiene que haber algo lleno de significado, algo que puede manifestarse de un momento a otro, ahora mismo, y de cualquier parte o... nunca, nunca ni de ninguna parte.

A mi matacán llega este triste tañido. Isidra Curepto lo adivina, lo traga y ahora lo hila para con él hacerse una red.

Los hombres que sufren no sufren; creen sufrir porque se equivocan, porque no ven, porque *no han encontrado aún*. La vida está hecha para armonizar y, en la armonía, crecer. Todo es cuestión de afinar y, ya afinado, crear el acorde. La Tierra no puede sufrir al girar alrededor del Sol ni el Sol puede sufrir al enviar sus rayos a la Tierra. Esto es y nada más; y el hecho de ser engendra vida. La vida es un milagro sorprendente. Ser, uno mismo, a todo instante, un sorprendente milagro, ser en él... ¿No es arrojarse? ¿Cabe allí un sufrimiento? ¿Cómo no lo ven? ¡Oh, qué lamentable equivocación de valores! Y en tal equivo-

cación, Teodoro Yumbel... ¿Es posible? El hombre que tuvo la suerte de ver por sus propios ojos y sentir en su propia carne –al amar a Calucha y no ser su amor aquilatado– que hay imbecilidad en este mundo... Pero ¿que no basta sentir y ver una cosa para que demostrado quede que uno no es esa cosa, por lo tanto, una imbecilidad? ¿No fue ese sufrimiento elevación? Y trajo, por santa ley de compensaciones, un premio inimaginable, en su grandeza: ir a Venus, y Afrodita, Saturnino, Botticelli, Tannhauser... Mientras abajo, Calucha, Rosendo, el diario vivir y el hastío...

Así piensa Isidra y se dice:

“Pues ahora vengo yo”.

A explicar, a dar luz. ¿Cómo? Con una palabra, un gesto, un efluvio, un fluido, un contacto. Hará ver, hará sentir, hará temblar. Un hombre más, sobre este mundo, sabrá entonces que dos brazos de mujer, dos labios, dos senos son los portadores y reveladores de la armonía universal y de la paz del corazón.

Todos sienten que así es, mas lo sienten en nebulosas. Lo intuyen, mas en brumas. Y el goce del desatamiento de paz y armonía lo toman como el fin sin percatarse de que es el medio, diríamos, el síntoma. ¡Pobre y mísera gente! No ven, no quieren ver. ¿Entonces? Que vean, hacerlos ver. ¿Cómo? Pues que vean, sí, que vean que ese sueño vago no es ni vago ni sueño; es la realidad, tiene que ser ella puesto que la tenemos, puesto que una vez, tan sólo una, la hemos tenido. ¿Cómo puede tenerse o haber tenido lo que no es, lo que no? Y el Maestro ha dicho, ha repetido:

“No me buscaríais si no me hubieseis encontrado”.

En verdad, tienen ojos y no ven.

Ella hará ver en vibración.

Y él, en éxtasis, creará; y, enajenado, agradecerá.

Pues el Maestro también ha dicho:

“Cuando yo paso, todos mis hijos me reconocen”.

Y hacer reconocer y ser reconocida, ¡es algo tan grande, tan sublime y portentoso!

Así piensa, así obra, así toda ella es Isidra Curepto. Porque su psique ya ha llegado al superplano de los anímicos planos; y porque... porque allá, en el galpón del heno, mi capitán y don Irineo laborean, macerean, aglutinean y sahumerean...

Y es de este modo como el parrón trócase en templo de amor.

Por fin ahora, por un momento –y con gran satisfacción mía–, las líneas de marcha obedecen a voluntades actuantes. Vamos a seguirlas cautelosamente:

Teodoro Yumbel está en el parrón. Yo no sé cómo ha llegado a él. Esto no me disminuye ante mi matacán pues veo que el propio Yumbel tampoco lo sabe y además percibo que nunca nadie puede saber cómo una cosa se hace cuando se hace en un vacío interior de color gris doloroso. Ahí está, ahí queda, ahí suspira y, sin querer rezar, reza.

Isidra Curepto está, en el momento de la llegada del otro al banco humilde, tendida bajo un chirimoyo en cuyas ramas cantan varios zorzales y varios chercanes. Este chirimoyo se encuentra sólo a 27 metros del galpón del heno. Allí adivina la astuta fémica cuanto acabo de anotar sobre las altísimas existencias, sobre las voces de los Maestros y sobre los sinsabores del joven.

En el mismo momento Rosendo Paine, deambulando por las casas, pasa frente al botón mural de la antesala y mira la trampa del suelo. Se le produce una asociación de recuerdos con el drama del chino por eje. Y este eje desata los sentimientos de guerra contra lo intelectual, que también acabo de anotar.

Isidra ahora se levanta, se estira y marcha hacia el parrón. Piensa que una fuerza sobrenatural la empuja. Yo, en cambio, veo que ella, hace unos minutos, vio al acongojado Teodoro dirigirse hacia ese sitio. Llega, siéntase junto a él y lo efluvia.

Rosendo mientras tanto busca y busca a su presa mas no se le ocurre que pueda estar en el parrón. Yerra, pues, sus líneas de marcha pero esto no quiere decir que sean ellas ajenas a su voluntad; por el contrario, son voluntariosas.

Isidra hechiza, sortilegia, embruja, encanta, augura, conjura, exorciza, endiabl... pero todo suavemente, dulcemente, cándidamente, finamente, sutilmente, mielosamente... pero con énfasis, con ímpetu, con tesón, con fibra, con aguja, con taladro, con punzón.

Yumbel recibe, acoge, ingiere, aspira...; empápase, enciéndose, quémase...; recóbrase, renace, revive...; verifica, comprueba, afirma, sella... que, ¡por cierto!, la vida no se agota, que jamás sus manantiales se secarán, que él sabía, sí, sabía que el momento tendría que venir; que aquello que tomó por desventuras fue experiencia, que la experiencia ensancha al individuo, que lo ensanchado, gracias a una ley de justicia, será, algún día reconocido y premiado, lo es ahora, ya, ¡claro está!

Así experimenta cuando caen sus ojos dentro de otros ojos y su aliento dentro de otro aliento. Desaparece todo, absolutamente todo a su alrededor, excepto una especie de cono o embudo o bocal de tamaño justo para cubrir a esos cuatro ojos y dos alientos. Así está con ella dentro del cono o embudo o bocal cuando dos labios se juntan con los suyos.

Teodoro Yumbel ha sido besado.

Detengo el lápiz por encontrarme ante una tarea totalmente inútil: cualquier hijo o hija de vecinos sabe lo que esto es y significa y lo que, en tales momentos, se experimenta; es, por lo tanto, obvio; no cabe relato al respecto.

Isidra cita ahora a Teodoro a una habitación solitaria de las casas. Hay en ella un cuadro –mejor dicho, una reproducción– de Tiziano, *Venus con el Organista*. (Indiscutiblemente algo hay entre Venus –sea diosa, planeta, arte o mujer– y Curihue y sus habitantes). Deben ver ese cuadro, es indispensable verlo, ahora, ya, después del beso. Ella irá directamente; mas él debe ir por “senderos indirectos” –son sus palabras– y escoger estos senderos según el poder evocativo que le deparen; mas esta elección debe nacer de la subconsciencia, es decir, de un estado cercano al sonambulismo pero a un sonambulismo iluminado. Ambos se levantan y parten.

La iluminación somnambúlica del joven lo lleva a confrontar su beso con variadísimos aspectos de la naturaleza entre los cuales los tres que más llaman mi atención son: 1º) una parra literalmente cubierta de caracoles; 2º) un horniguero pobladísimo; y 3º) una hoja amarillenta de álamo, primera avanzada del próximo otoño. Estas confrontaciones más las que aquí no menciono le toman 14 minutos, al cabo de los cuales cruza el umbral de la habitación señalada.

Durante este tiempo Isidra va recta al objetivo mas con calma, con suma calma y sin escatimar profundas respiraciones que le repletan los pulmones.

Mientras tanto Rosendo, en sus idas y venidas, llega a un punto desde el cual ve a Isidra entrar en la habitación solitaria. (Es el momento en que Teodoro confronta beso y hormigas). Tiene un gesto de satisfacción, frótase las manos, alísase el cabello, enciende un cigarrillo y, a su vez, ¡a la habitación del quietismo y del Tiziano! Mas gusta deleitarse en lo que avecinase. Aquí palmorea, al pasar, a Longotoma; más allá cruza dos palabras con Jacqueline; luego el espejo del zaguán azul lo detiene unos instantes. Y ahora se encamina

a grandes pasos. Es el momento en que yo siento deseos de cerrar los ojos y taparme los oídos.

Entra. Se detiene. Isidra se vuelve. Pequeñito gesto de sorpresa pues espera a Teodoro. Sonríen. Primeras palabras. Un paso adelante de Rosendo; dos pasos; tres... Alguien hace ruido al entrar. Yumbel.

Rosendo se apresta para decir al recién llegado cualquier cosa, casi nada, lo suficiente para que se marche al corredor, al jardín, a otra habitación. Pero es el caso de que Isidra irradia de alegría y la manifiesta. Toma al joven de una mano, lo lleva frente al Tiziano, pásale un brazo por la cintura, le murmura suaves palabras sobre el organista y todo esto se hace teniendo Rosendo frente a su mirada dos espaldas unidas.

Yo aguzo una astilla de una vigueta del matacán y percibo: a) Teodoro Yumbel: no percibe nada, ni a Venus ni al organista ni a su rival ni siquiera a su amada; sólo tiembla y desmaya; b) Isidra Curepto: se inunda de inclinación protectora proveniente de la más alta línea de la protección arquetipo y goza al tener ante ella un espíritu maleable y dúctil donde derramar su poder; c) Rosendo Paine: hierve de ira y, con rápido movimiento malabar, troca su ira en desprecio asegurándose un triunfo a cortísimo plazo.

Luego los tres se juntan un rato a charlar. Luego Rosendo se retira caballeresco y altanero y va hasta al zaguán azul a mirarse al mismo espejo.

Isidra entonces besa otra vez a Teodoro y le pide ahora que, con este nuevo beso, vuelva a recorrer el sendero de hoja amarilla, hormigas y caracoles mas en sentido inverso. Esto es indispensable. Después... ¡oh, después ya verá y sentirá!

Parte Yumbel. Isidra se recuesta frente al cuadro. Rosendo vuelve y atisba. Y entra.

¡Qué olímpica sonrisa de superioridad la dama le envía! Ante sonrisa tal no hay posibilidad alguna de pronunciar palabra alguna. Es el hielo mismo. ¿Qué hacer? Esta pregunta la formulo yo. Rosendo no pierde su tiempo en formularse nada; sencillamente avanza, se sienta junto a ella y, sin más, la coge entre sus brazos y la deparadora de tantos ósculos arquetípicos recibe el más cálido, mojado y hambriento beso que jamás ha recibido.

En ese mismo momento el pobre Yumbel enreda el suyo en la hojita amarillenta de álamo y, al hacerlo, allá, allá, muy lejos, donde las estaciones se generan, el otoño del año de 1927 de la era cristiana siente que puede avanzar un paso más hacia nuestro hemisferio.

Acá el hielo se derrite. Isidra se revuelve y se revuelca en un caótico mundo de estupor y fuego. No sabe qué pasa, qué le pasa, cómo es posible que así pase pero sabe que esto pasa y que así pasa.

Alcanzo a ver que la bella, después de erguirse un instante, cae de espaldas. Alcanzo a ver que el joven cae sobre ella. Alcanzo a ver que Curihue depara, después de todo, no sólo espectáculos intelectuales. Alcanzo a aprontarme para refocilarme con tal espectáculo, cuando..., cuando dos límpidas y atronadoras carcajadas venidas del otro extremo me hacen volver la vista:

Alla, en el galpón del heno, el capitán y don Irineo ríen y aplauden. Alcanzo a pensar que ellos también ven y celebran el triunfo de sus maquinaciones. No, no hay tal; ellos, que no están en ningún matacán, no tienen el don de ver a través de los muros. Ríen y aplauden por otra causa:

Ahí, en medio del galpón del heno, Desiderio Longotoma, dichoso, feliz al descubrir tan insígnos trabajos, hace gimnasia y aspira y respira y bebe y frótase y embadúrnase de todos los humos y sustancias y melcochas que encuentra a su alcance y asegura, a grandes voces, que buen provecho obtendrá de ellos.

El capitán le pregunta cuál de las tres damas será la beneficiada. Longotoma proclama que ninguna de ellas pues será... ¡la Tomasa!

La Tomasa es una empleada de las casas, de unos 25 años, fea y vestida zarrapastrosamente. Yo apenas la había notado y, si no es por esta decisión de Desiderio, la habría olvidado. Sus obligaciones son indefinidas; pasa el día entero ocupadísima en no hacer nada.

Es comprensible la sorpresa del capitán. Pero Longotoma explica la que él llama "teórica de la femenina excitación". Por lo que puedo percibir acústicamente –y he de advertir que en mi maticán la acústica es inferior a la visibilidad– el hombre asegura que una mujer fea, aun horrible, gana muchísimo entre mujeres bonitas; y, consecuentemente, una bonita pierde entre feas. Es decir, lo contrario de lo que se cree: que la fealdad de la fea resaltará más ante las bellezas que la rodean, y que la belleza de la bella resaltara, cual una joya, entre las fealdades circundantes. Longotoma afirma que es esto un error. Lo que ocurre es otro fenómeno: entre feas o "antisexapilescas" –como él dice– créase una atmósfera asexual que, al ser respirada, hasta la más seductora pasa a "la sección indiferencia"; entre sexapilescas créase una atmósfera cargada de libido que, al ser respirada, cualquier mujer, por deforme que sea, conviértese en una linda muestra de "la hembra deparadora de placer". Ahora bien, nuestras tres damas –atrayentes cada una en su género– han creado esta atmósfera de lascivia, y el galpón del heno la ha transportado a su paroxismo. De donde, la Tomasa es ahora, hoy, "un bocado de cardenal".

Confieso que no se me habría ocurrido pensar así. Por eso busco con la vista y encuentro: la Tomasa está allá, junto a la puerta de su cuarto, atareada en una faena que no defino. La miro bien y haciendo profundas inhalaciones rítmicas. ¿Será cierto lo que Longotoma dice? El caso es que la Tomasa –al menos ahora, hoy– no está tan mal. Es una expresión silvestre, toda naturaleza; es el amor con las yerbas, con los frutos al sol y con las generosas aves de corral. Tiene razón Longotoma.

Por eso es que ahora abandona el galpón. Sale y corre hacia el sitio de la faena indefinida. ¿Corre? No. Va el hombre como rodando veloz, moviendo las piernas con rapidez vertiginosa y manteniendo cuerpo y cabeza siempre a la misma altura como si fuese sobre un vehículo muy suave. Me fijo más y noto que se desliza a unos 15 ó 20 centímetros elevado del suelo. ¡Qué de milagros puede hacer la atracción femenina cuando se la sabe condimentar!

Llega Longotoma a su destino. La Tomasa, al verlo, se asusta pero como se asustan las gallinas: quiere huir pero se agacha. Nuestro gallo la toma de un brazo y la introduce en su cuarto. Alcanzo a ver que cae ella de espaldas sobre su cama. Alcanzo a ver que él cae frenético sobre ella. Alcanzo a refocilarme ante el espectáculo que se me va a dar, cuando..., cuando unos pasos sordos y acompasados que se aproximan me obligan a volver la vista: es monsieur Berbiguier que llega a mi lado y que me dice, con voz malhumorada, que no ha resuelto su problema. Se entabla entonces entre nosotros el siguiente diálogo:

–¿Y cuál es, señor mío, el problema de usted?

–Conocer a fondo la vida y costumbres del chonchón, el ave siniestra que la otra noche nos visitó.

–¿Y con qué objeto desea usted conocerlas?

–Con el objeto de vencer los males que pudiese acarrearle. Conocer es vencer.

–¿Y...?

–Quería, ante todo, enterarme si dicho pájaro se hospeda en los entretechos de las casas o si sólo vive a la intemperie.

-¿Y a qué resultado ha llegado usted?

-En verdad, a ninguno. No he encontrado ni un solo chonchón por más que he escudriñado por todos los rincones.

-Quiere decir que no se hospedan en los entretechos.

-No es seguro pues, en varios de esos rincones, he encontrado plumas del pajarraco.

-Quiere decir que se hospedan en los entretechos pero que ahora están ausentes.

-No es seguro pues alguien, sabiendo mis intenciones, puede haber colocado, aquí y allá, tales plumas para engañarme.

-Es posible, claro está.

-Ahora quisiera saber otra cosa: ¿qué tal se encuentra usted en la posición en que está?

-Perfectamente. ¿Por qué iría a encontrarme mal?

-Porque es una extraña, extrañísima posición.

Me fijo, de pronto, que, en verdad, para alguien que me observa *de fuera*, tengo que aparecer de manera asaz extraña: atravesado, perforado, acribillado por maderos y astillas como si mi cuerpo fuese líquido o gaseoso; y comprendo, además, que no es cosa fácil darse cuenta de que no hay tal sino que estoy integrado en esos materiales como lo está el hombre con el aire que respira o el éter que lo compenetra.

-A todo se acostumbra uno, monsieur Berbiguier.

-Tiene usted razón, señor Borneo.

Monsieur Berbiguier se aleja. Inmediatamente recuerdo mis espectáculos y miro hacia la habitación solitaria:

Isidra está ya de pie y se estira con voluptuosa pereza; Rosendo, a su lado, le acaricia el cabello. Espectáculo perdido por causa de Longotoma...

Miro hacia el cuarto:

La Tomasa también ya se ha levantado y se cubre, avergonzada, el rostro con ambas manos; Desiderio, sonriente y afable, le ofrece chocolates. Otro espectáculo perdido, y éste por causa de Berbiguier y sus malditos chonchones...

Debo ser un hombre destinado a la alta intelectualidad.

Algo desencantado dejo de lado la observación sobre estos cuatro héroes de los primeros amores curihueños. Miro hacia los otros. Percibo, claro está, mil movimientos internos en las psiques de todos mas una inquietud vaga, una especie de desasosiego inexplicable empieza a dominarme. No sé si es cansancio. Son ya las 8 de la noche; llevo, pues, tres horas agazapado en lo que nuestro amigo de Carpentras llama "extrañísima posición". Tal vez esto sea causa de mi mal pero hay algo más, yo diría, hay una insinuación o un llamado. Sin embargo por costumbre -o deber- sigo mirando:

Justamente la idea de deber me lleva a fijar los ojos en Lorenzo Angol. Es, al fin y al cabo, mi héroe y, hasta ahora, no he parado mientes en él. Va pasando por el corredor principal. Lo veo y enseguida quito la vista. Ignoro qué me obliga a no emplear con su persona el método matacán. Me digo que, puesto que es mi héroe, debo hablarle cara a cara, enfrentarlo de hombre a hombre y no atisbarlo e interpretarlo fuera de su conciencia. ¡Ya hablaremos, Lorenzo! Por ahora que siga por su corredor hacia donde bien quiera llevarlo su destino. ¡Vamos a los otros!

Jacqueline: ¡Qué hermosa está, qué hermosa es! Es un sueño. Esta expresión, que por su trivialidad todos emplean y nadie profundiza, toma ahora un gran significado para mí. ¡Jacqueline! Es un sueño. Pido aquí, por favor, debida penetración en lo que digo. Piénsese bien, a fondo, en lo que es *un sueño*. Concéntrese la mente en el significado último

de la palabra "sueño". Realícese esto hasta pérdida total de cualquier otra noción. Ya hecho, hágase lo mismo con el significado de "persona", de "ser humano" con su cuerpo, sus huesos, sus carnes, su sangre, etc. y etc. Húndase la mente en la corporeidad del individuo viviente; tóquese su materialidad; pálpense sus vísceras; lléguese, si es posible, a la sala quirúrgica de terribles operaciones. Y ahora, sin abandonar esta sala, ahora, brusca-mente y en menos de un quinto de segundo, vuélquese sobre todo este aglomerado de cosas vivas el resultado total obtenido de la concentración en el último significado de la esencia misma de "sueño". El golpe es formidable. Todos nuestros principios vacilan. Todo se deshace para formarse nuevamente en otra región y en otro sentido. Esto es ahora Jacqueline... ¿Estarán llegando los efluvios del galpón al matacán?

El caso es que, sea por esos efluvios o sea por el choque de materia y sueño, de ella, Jacqueline, nada percibo; sólo sé que es hermosa, pura, fina, que resbala al andar —¡si es que Jacqueline anda y no es la Tierra que, en su girar, pasa y sigue sin ella!

Miro a Nora: Nora, sin moverse de una hamaca, bajo la gran secoya, va y viene y, como una fiera en la jungla, husmea. Penetro más mi percepción: Nora sabe plenamente que ha de tener una presa. En este mismo sitio de su conciencia sabe que no sabe cuál ha de ser su presa preferida. La imagen de esta presa le queda tan borrada que, simplemente, la ignora. Pero yo, no; para algo estoy en el matacán. Yo veo, distingo con nitidez: es la imagen de nuestro noble capitán Angol. Por eso cualquier otro buen varón que evoque —sea curihueño o de sus recuerdos personales— se le escapa, se le diluye. Es el capitán quien se interpone. Ella ve la interposición mas no ve qué es ni menos quién es. Yo presiento terribles catástrofes pues si hay un hombre a quien estime es el capitán. Aunque, después de todo, ¿qué puedo saber yo? ¿Por qué no el capitán y Nora? Indudablemente estoy cansado. No es normal que, hallándome en un matacán, quede sin resolver tan pequeñitos problemas. ¿Cansado solamente? Hay algo más, tal vez un llamado o algo que, como los chonchones, por aquí ronda y que casi sé. Esperar. Y mirar hacia otro lado:

Baldomero Lonquimay: Dificultad para localizarlo. Porque Baldomero Lonquimay, en el momento en que lanzo mi visión sobre él, está en varias, en muchas partes a la vez. ¡Claro!, porque tal es Baldomero Lonquimay, lo es porque así su padre lo engendró, así su madre lo parió, así la naturaleza lo dotó y cuando a un hombre así engendrado, parido y dotado llegan las emanaciones que la pericia de un capitán y la ciencia de un mago fabrican, cuando este singular fenómeno se produce, lo menos que puede resultar es el don de ubicación. La melena de Baldomero Lonquimay se sacude solitaria en el comedor; sus rojas barbas pasan desafiantes por el huerto; sus ojos perforadores perforan la imagen santa del oratorio; sus pies golpean los ladrillos de todos los pavimentos; sus manos hacen bíblico gesto por encima de las copas de los más altos árboles. Y el todo se envuelve bajo los pliegues de su capa.

Su capa... ¿Hará frío allá en el suelo? Consulto mi termómetro de pulsera. No. Tibio comienzo de noche, cálido comienzo, mejor dicho. Su capa es una razón estética. Y lo es tanto más cuanto que ahora el hombre ruge. Y rugir sin capa no está bien.

Ruge el desgraciado por Nora. En sus mil líneas de marcha simultáneas crúzase con los lujuriosos intentos de la muy amada. Y esto lo enfurece. Pero enfurecerse no es digno de tanta grandeza. Entonces ruge, ruge el grandioso desdichado. Y sus rugidos llegan a sonar en los cielos cual truenos humanos.

Tampoco logro percibirlo a fondo. Otra vez. ¿cansancio? ¿O perturbación por las

bellezas de Jacqueline? ¿O dificultad por el desmembramiento del observado? Tampoco lo sé. Vamos a otro:

Valdepinos: Inmóvil y enrollado en lo alto de un pilar, Valdepinos, como Nora, husmea. Mas no tras de presas; es más bien tras de sí mismo. Las emanaciones del galpón del heno lo han bifurcado y una parte de su bifurcación se le ha escapado. ¿Hacia dónde? Hacia olores y sabores y colores femeninos... Esto no está de acuerdo con el personaje que él sabe que debe ser, personaje más allá de las tentaciones que pueden llegar a otros mas no al verdadero *homme d'esprit*.

Pero llegan. Valdepinos no atina a saber por qué, por qué hoy y no ayer ni antes. Valdepinos se aferra a su pilar y se lamenta de que no sea más alto, de que no traspase el alero y siga hacia arriba, hasta donde no sea posible tentación alguna. Correr tras mujeres, vivir a merced de ellas... ¡qué cosa contraria al hombre emancipado que ya está cierto de poder contemplar la vida sin untarse en ella! Y sufre, él que se trepa a los pilares —¡ahora percibo!— para evadirse del suelo que es donde se generan los sufrimientos. Sufre... Yo, al principio, me sorprendo. ¿El cínico de Valdepinos sufriendo? ¿Es posible? De pronto, como en un resplandor, percibo, o casi percibo, que tal vez siempre sufre y siempre ha sufrido. Pero el resplandor se apaga y vuelvo a verificar que mis facultades perceptivas se están agotando. Ahora veo a Valdepinos, lo veo y nada más, encaramado, solo, asustado.

Hago un último esfuerzo. No puedo abandonar de este modo a tanta gente. ¡Maldito momento! Mejor habría sido dejarme dormir entre maderos y tejas. Ya no percibo nada pero veo, con toda claridad a pesar de la noche, un triste desenlace:

Teodoro Yumbel ha llegado hace rato al banco humilde del parrón y allí, solo en la oscuridad, espera la dichosa continuación de su beso y su marcha inversa. Pero nadie viene. Se levanta y camina hacia las casas. Unos murmullos tras un árbol lo detienen. Queda en suspenso. Luego se desliza silencioso. Y ve, tras de ese árbol y a la luz de las estrellas, a Isidra en brazos de Rosendo.

No quiero, no quiero ver más. Sólo quiero gritar:

“¡Allá ellos! ¡Al demonio!”.

Como si esto fuese un llamado o una orden, todo se me borra súbitamente. Desaparecen casas y alrededores. Soy víctima de un desdoblamiento y, siempre en mi matacán, me percibo yo mismo justamente en mi matacán.

El que percibe le dice ahora al percibido:

—Aquí, desde este sitio, te has sentido casi tocando un mundo de fuerzas vivas y verdaderas pero se te han escapado al ver que no tienes más apoyo para penetrarlo que esas cositas movientes que son los hombres, tus amigos. Has comprendido de pronto que te es imposible hacer buenas biografías de cualquier persona mientras no descubras qué parte es ella de lo que has llamado “fuerzas de fuera”, qué expresa involuntariamente de su correspondiente egrégor. Y te has afanado sobre ellas, las cositas movientes, a tal punto que lo denominado “paisaje” se ha borrado perdiendo hasta su calidad de telón de fondo pues frente a él no han quedado personajes. Te has afanado tanto sobre la expresión y no sobre lo expresado, sobre lo que se mueve y actúa y no sobre aquello que lo mueve y lo hace actuar, que..., que..., ¿qué...?

El percibido escucha estas palabras y responde:

—Tanto, en verdad, me he afanado así que ahora lo único que puedo afirmar es que aquí en Curihue, hoy día y entre todos ellos, no está pasando ni ha pasado *nada*.

¡¡Gong!!

*Noche cuatro*  
(7-III-27)

Nos reunimos todos en el comedor con aire no de buenos convivientes sino de simples trashumantes. Los rostros eran ariscos; las primeras palabras cambiadas, cortantes. Me di cuenta de inmediato de que iba a ser ésta una cena llena de electricidad contenida. Lo noté en el capitán; estaba algo inquieto. Lorenzo le preguntó por don Irineo Pidínco—cosa que me extrañó pues, fuera de Longotoma, creía yo que nadie se había enterado de su venida al fundo—y el capitán se turbó. Laconicamente dijo que se había marchado.

Luego el menú llamó mi atención: las especias habían desaparecido de la mesa; habían sido reemplazadas, para aderezar los manjares, con polvo de alcanfor y con cinoglosa molida. Conocidos son los efectos antiafrodisíacos del primero, y calmantes y narcóticos de la segunda. El aceite de olivo había sido reemplazado por aceite de camelia que, como se sabe, es un aceite mágico que, al alimentar lámparas en ciertos ritos teúrgicos, llama a espíritus elevados y bondadosos; al nutrirse con él produce evocaciones angélicas. Cuando alguien hizo alusión a la bondad de la vodka del almuerzo, el capitán dijo que ahora se bebería exclusivamente cerveza, salvo si algún comensal prefería leche cocida. Cuando Baldomero Lonquimay pidió, para su consumo, una flor de peyote y una rosa de Jericó, el capitán le aseguró que faltaban en sus jardines—lo cual es falso—y le hizo traer una flor de enebro rodeada de yerba gatera. Los guisos que nos sirvieron fueron simples, inocuos, hechos en su mayoría a base de espuma de cascadas y de plumitas de golondrina. En el aire había un marcado olor a agua de colonia y dentífrico.

No hacía falta ser muy astuto para comprender que el capitán temía haber exagerado sus maquinaciones con don Irineo en el galpón del heno. Era claro que ahora quería calmar.

Tarde, no pude dudarle, tarde... Para darse cuenta de ello bastaba con mirar la expresión de nervioso erotismo de Isidra, de fuego comprimido de Nora, de dulce lascivia de Jacqueline. Y qué decir de la satisfacción lujuriosa de Rosendo, de la desazón sexual que manifestaba Valdepinos, de la abrumadora tristeza carnal de Teodoro, de la furia testicular de Baldomero. Y allá chisporroteaba la alegría de Desiderio pero no su alegría habitual; se veía que nacía de su buen recuerdo de la Tomasa y de sus intenciones para con ella. Fue imposible hilvanar una conversación sostenida. Todo sucedía en rayos y relámpagos ocultos.

Lorenzo callaba. Era el único que parecía conservar una cierta serenidad. Como estaba sentado a mi lado pude preguntarle en voz baja:

—¿En qué piensas?

Me respondió:

—En Sarajevo.

Comprendí perfectamente lo que quería decirme.

Por fin el capitán se resolvió a tomar las riendas y empezó pidiendo programas para la noche: bien podríamos hacer un paseo nocturno u organizar un baile o juegos de salón o proyectar una cinta cinematográfica o lanzarnos a lo que cualquiera imaginara. Todo programa era acogido con repentino entusiasmo mas luego caía. Se veía que nadie quería tomar el papel de organizador. No tuvo más remedio el capitán que tomar él la iniciativa y responsabilidad. Nos dijo:

—Propongo a ustedes, para esta noche, una sesión de lectura. ¡No se extrañen ni se asusten! Yo seré el lector. (Hurras y aplausos). He recibido hoy unas cuantas páginas sobre

anécdotas de este buen fundo de Curihue y me agradaría leerlas en presencia de ustedes. ¿Se acepta mi proposición?

Los hurras y aplausos redoblaron. No eran fingidos pues sentimos todos un verdadero alivio, un desahogo: se nos ocuparía y, con esta ocupación, acaso podríamos recobrar nuestra normalidad alejándonos de la excitación exagerada que nos dominaba.

Yo, por mi parte, pensé que si era verdad que ya "la cosa" estaba desatada, no dejaría de ser beneficioso aplazarla con algunos momentos de lectura durante los cuales los efectos del galpón se irían amortiguando. Si después "la cosa" estallaba, bueno... ¡qué hacerle! Sería cuestión de cada cual y, en todo caso, estallaría sin peligrosos excitantes artificiales.

—¡Se acepta, capitán, se acepta! ¡Viva nuestro capitán!

Terminó, pues, nuestra cena con caras sonrientes y pasamos al gran salón. El capitán se sentó tras una mesa y bajo una luz. Colocó al frente unos papeles dactilografiados. Nosotros nos acomodamos de cualquier modo. Las demás luces se apagaron.

La lectura que se nos ofreció me dejó bastante perplejo pues ni durante ella ni después pude atinar para qué se había hecho. A veces pensé que había sido a falta de otro programa; pero también pensé que el capitán bien podía guardar una segunda intención, algo como una continuación disimulada de sus maquinaciones galpónicas. En fin, se podrá juzgar por las líneas que siguen.

Pero antes quiero advertir que la lectura no fue hecha de una tirada de principio a fin; fue varias veces interrumpida por nosotros los oyentes. Además lo fue constantemente por la naturaleza toda. Sobre este punto diré que, junto con oírse la voz del lector, se oyó fuera, en torno y por encima de nosotros el rugir de una formidable tempestad. Truenos sordos, chasquidos de relámpagos, ululatos del viento, chapoteos de la lluvia, en fin, todo lo que forma una tempestad en sí, hizo acorde a la lectura. Justo en la mitad de ésta la cosa tomó proporciones que me atrevería a llamar demoníacas. Luego empezó a calmarse y, al decir el capitán su última palabra, un rayo de luna se filtró por la claraboya, pegó en las rojas barbas de Lonquimay, se quebró y salpicó el dulce rostro de Jacqueline y una mano, verde y alargada, de Lorenzo. Luego se encendieron las luces y el rayo de luna se hizo humo y, como tal, vino a mezclarse al de los muchos cigarrillos que súbitamente se encendieron.

Cuanto a las interrupciones humanas diré que fueron de variadas naturalezas. Las hubo que revelaban una admiración incondicional hacia la autora y su estilo fino y sugestivo; las hubo también que no ocultaban una manifiesta reprobación; las hubo, por fin, que mostraban una total indiferencia. Las hubo profundas y las hubo superficiales. Mas prefiero no citarlas y callar porque —y huelga decirlo— todas ellas ocurrieron de la mesa del capitán para acá, ocurrieron en la parte oscura del auditorio. Ahora bien, el eje de cuanto pasaba aquella Noche 4, pasaba sobre la mesa y bajo la luz. Y si esto era precisamente lo que pasaba, me asalta la duda de que haya podido pasar cualquier otra cosa fuera de lo que verdaderamente pasaba. Si alguien me rebate esta afirmación aceptaré su alegato y ante él me inclinaré. Porque —¡lo sé!— hubo, pasaron, sucedieron interrupciones. Pero el ángulo de visión para hacerlas vivas y, ya vivas, efectivas no estaba en mí ni en ninguna parte del salón de esa noche. Sucedieron, pues, para otra cosa, en otro plano, diría, sí, en otro Momento (con mayúscula). Creer, por lo tanto, que lectura e interrupciones fueron simultáneas... ¡otro error, otra jugada de una mala función hepática!

Pero basta ya.

Dejo la palabra a mi capitán y a los papeles que había recibido y quería leernos.

Empezó diciendo:

—Las páginas que voy a leer se refieren a la historia de la Virgen de la Hortaliza, que ustedes conocen. Es la Virgen que se encuentra... (aquí nos indicó su ubicación que, por cierto, todos conocíamos). Estas páginas datan de unos 6 ó 7 años antes de mi llegada a este fundo como propietario. Fueron escritas, como lo he dicho, por una mujer; no puedo decir más sobre ella la autora. Así, pues, al dar a conocer a ustedes el origen de nuestra Virgen tendré, además, el gusto de ofrecer un hermoso trozo de literatura femenina. Dice así:

Era de noche. Todos se habían recogido. Sólo quedaba yo en pie y una perra: Mazurca.

Como la noche era de luna y había flores y mariposas por todas partes, creí tarea fácil encontrar algo que, bien de verdad, desease yo encontrar. Y mi perra también: Mazurca.

En una esquina de muros de adobe se afirma una pequeña gruta de piedra. Dentro, dos maceteros con lirios. Al fondo, una Virgen. Sobre ella, una luz.

Bernardo O'Higgins fue nuestro libertador.

Cuando un país tiene un libertador es necesario que cada ciudadano honesto conserve su busto modelado en yeso.

En la ciudad de Illaquipel, la más próxima a este campo, conservaba el busto del libertador un hombre, por su profesión conocida, juez de subdelegación; por su profesión oculta, marcada inclinación hacia los gatos. Por eso en su salón —humilde y acogedor—, bajo los ojos de yeso, a todo momento, tanto de día como de noche, varios gatos hacían su acostumbrada vida de electricidad y suave ronroneo.

Los gatos atraen a las ratas.

Las ratas, al ser atraídas, ven a los gatos y, al verlos, huyen.

Al huir, los gatos las persiguen.

Esto, desde el primer siglo hasta el último.

Pero cada 19 años se produce en la persecución un imprevisto.

En nuestro caso habían pasado 38 años desde la fecha exacta del día de hacía 38 años hasta ahora; es decir 2 veces 19. Llegado había, pues, el instante de un doble imprevisto.

El primero de ellos fue que, durante la persecución, dos gatos chocaron y, al chocar, se enfadaron y, al enfadarse, se batieron y, al batirse, el más débil quiso dar término a la batalla y la manera más eficaz que para tal cosa encontró fue dar, de costado, un salto audaz, un salto ciclópeo, el mayor salto que un gato pudiera dar.

El segundo imprevisto fue un segundo choque y éste fue entre el gato saltón y el busto de yeso.

El busto cayó y se quebró.

Un mediodía lleno de sol, de pájaros y muchachos, con gran sorpresa de los vecinos —como en el caso de Kant en Koenigsberg ante la Revolución Francesa—, el juez de subdelegación, acalorado en su chaqué, salió de su casa, cruzó la plaza de Illaquipel, se internó por una calle, desembocó en la Estación de Ferrocarriles, tomó el ordinario a San Agustín de Tango, bajó en esta localidad, volvió a inter-

narse por una calle, caminó presuroso y por fin entró en la *Marmolería y Yesería Artística Perolutti Hermanos*.

Media hora más tarde —con gran facilidad ya que se trataba de la especialidad de la Casa— un nuevo busto del libertador empezaba a formarse.

Eran las 4 y 30 de la tarde.

A las 5 de la tarde aparecía el periódico *El Farol*.

Había en él una noticia sensacional:

En Santiago había ardido, hasta no quedar más que un montón de escombros, la *Marmolería y Yesería Artística Tirbuletti Hermanos*.

Una nota decía:

“Como todos saben, la Casa de los hermanos Tirbuletti se especializaba en obras de carácter piadoso”.

Un hermano Perolutti miró al otro hermano Perolutti. Este hermano Perolutti se tiró la barbilla. Aquel hermano Perolutti se retorció el bigotillo. Ambos hermanos Perolutti se guiñaron un ojo.

Órdenes:

5  $\frac{1}{4}$  p.m.: “Deténgase a O’Higgins”.

5  $\frac{1}{2}$  p.m.: “Deshágase a O’Higgins”.

5  $\frac{3}{4}$  p.m.: “Convírtase a O’Higgins en Nuestra Madre y Señora la Santísima Virgen”.

El obrero indicado para ello lanzó un escupitajo y exclamó:

—¡Diantre!

Así fue concebida esta Santísima Virgen, Nuestra Madre y Señora.

Es ella la que nosotros aquí llamamos, en este fundo de Curihue, la Virgen de la Hortaliza porque de su gruta hacia el Norte crecen verduras y leguminosas a porfía.

Voy ahora a cambiar de pluma para describir el viaje de esta Virgen desde San Agustín de Tango hasta la hortaliza de este fundo de Curihue, pasando por la modesta ciudad de Illaquipel.

Y voy a pasar por alto los furiosos desvelos del Juez de Subdelegación al enterarse de que su busto se detenía y luego se deshacía y que sus deshechos se modelaban en Nuestra Madre. Así lo hago por los motivos que a continuación expongo: 1<sup>º</sup>) porque soy mujer y como tal rechazo todo desvelo de carácter furioso; 2<sup>º</sup>) porque la gruta de la Hortaliza queda fuera de los límites de la subdelegación del ya mencionado juez; 3<sup>º</sup>) porque cuanto pueda pasar en Illaquipel no tiene ninguna importancia para este relato.

Las casas de este fundo tenían una ama de llaves. Hoy también la tienen. Mas aquella que nos incumbe ya no es.

El ama de llaves tenía una subconsciencia.

Su subconsciencia tenía mareas como el océano mas con una diferencia que anoto: hasta donde nosotros podemos percatarnos, cada alta marea llega, en su avance, siempre a la misma línea. En el ama de llaves, no. Cada alta marea avanzaba un poquito más que la anterior.

Previsión: un día vendría en que la subconsciencia del ama de llaves fluiría fuera de su cráneo.

El fluir de estas mareas se expresa siempre con un acto inevitable. La calidad moral de este acto no es previsible. Por lo tanto ante él hay temblante expectación.

Frente a este peligro hubo varias personas –todas ellas de sexo masculino– que aconsejaron someter a nuestra ama al régimen de la fuerza bruta. Pero estábamos en mayoría las mujeres y nosotras opinábamos que este régimen conducía a un paciente a la locura. Quedó pues el ama en plena libertad y nosotros todos en temblante expectación ante la aparición de la marea fuera del cráneo.

Cierto día llegó este día:

¡El ama de llaves partió a San Agustín de Tango!

Nuevamente voy a cambiar de pluma para narrar ahora la yuxtaposición de los hechos ya expuestos con los hechos de esta marea desbordada.

El ama de llaves empezó a sentir la necesidad de su acto junto con empezar a incendiarse, en Santiago, la Casa de los Tirbuletti Hermanos; decidió ir a San Agustín de Tango –sin dar explicación alguna, naturalmente– en el momento en que los Perolutti ordenaban la creación de libertador; emprendió viaje en el momento en que el obrero lanzó la imprecación ya anotada; llegó al límite urbano de la ciudad junto con exclamar este mismo obrero: “¡Listo!”, y dar el último toque a la Virgen; y se detuvo para contemplar la vitrina de la *Marmolería y Ysería Artística Perolutti Hermanos* en el preciso instante en que la nueva estatua aparecía en la dicha vitrina y se colocaba –única y primera– entre héroes y soldados agueridos.

Voy a pasar por alto el dédalo sutil y complicado por donde se escurrieron los hilos tempestuosos del interior craneano de nuestra ama. Expongo a continuación los motivos que a ello me llevan: 1º) porque, siendo yo muchos años menor que el ama, ignoro totalmente su infancia y pubertad y sabido es que quien ignora estos momentos de la humana vida no está capacitado para desentrañar los hilos craneanos sutiles y complicados; y 2º) porque, aunque los conociera al dedillo, estas páginas no tienen ni nunca han tenido intenciones psicológicas sino exclusivamente intenciones históricas. Dos motivos en vez de tres, como en el caso del Juez de Subdelegación, pero ambos de tanto peso que sería superfluo buscar un tercer motivo.

Vuelvo, pues, a San Agustín de Tango.

Recuerdo –y pido a mis lectores unirse a mi recuerdo– a una amiga incomparable: cuando un objeto se extraviaba era tiempo perdido buscarlo; era tiempo ganado llamar a mi amiga. Venía y decía: “–Espera, niña, espera... Estoy segura de que no has buscado allí dentro, o allí detrás, o allí debajo..., etc.”. Allí estaba el objeto extraviado. Pido también que se recuerde –aunque ello no sea muy propio de una muchacha como yo– a Marcel Proust y su moscardón y a Monsieur de Charlus que, como el moscardón, encuentra. Piénsese en los hipnotizados que vacilan, vacilan pero llegan. Véanse las aves migratorias.

Mas ya he dicho que he de volver a San Agustín de Tango.

Ante el Dios que nos contempla puedo asegurar, puedo jurar que nuestra ama de llaves jamás había puesto los pies en esa ciudad y que ignoraba totalmente su topografía como también la posible existencia de alguien que pudiese apellidarse Perolutti.

No obstante llegó a la ciudad desconocida. Respiró. Se detuvo sólo un segundo. Volvió a respirar. Y...

Y fija, precipitada, segura, fatal... llega, mira, entra, elige, compra, paga y sale. Regresaron a Curihue un ama de llaves y una Virgen.

Y mientras regresaban...:

Allá, en Illaquipel, un Juez saboreaba por anticipado su próximo nuevo busto sin sospechar siquiera lo que en este mundo pueden los incendios, los negocios y las subconsciencias desbordadas. Más allá, en San Agustín de Tango, dos hombres se felicitaban del nuevo giro que sus actividades tomaban sin sospechar siquiera que no era giro ni era nada sino simplemente un hecho de infancia o pubertad por todos ignorado y que acababa de estallar. Y más, más allá, en la capital, entre bombas y bomberos y grifos y escalas y mangueras otros dos hombres lloraban pensando en todo lo que sus cerebros unidos podían llegar a pensar menos en que su terrible desastre abría los brazos a una subconsciencia desbordada que sin tal desastre bien hubiera podido convertirse en una subconsciencia enloquecida y criminal.

Se colocó a la Virgen en la gruta de piedra afirmada en la esquina de muros de adobe. Se colocaron a su lado dos maceteros con lirios. Y sobre el conjunto se encendió una luz.

Ahora yo, mísera escritora de tan notables sucesos, vuelvo a tomar mi primera pluma para recordar a cuantos me oyen que aquella noche era de noche, que ya todos se habían recogido y que sólo quedaba yo en pie, sola yo, con mi perra, mi buena perra Mazurca.

Entonces eché a correr por el jardín y, como la noche era de luna y había flores y mariposas por todas partes, mi perra Mazurca y yo, fijas, precipitadas, seguras, fatales, ella ladrando y yo anhelando, llegamos a la gruta de piedra y de un golpe nos detuvimos.

Mazurca aulló y luego callada se recostó.

Yo alcé la vista hacia la Virgen y no pude verla como los demás, por cierto, la ven.

Un vaho transparente la desfiguraba.

Miré fijamente y empecé a percibir. Eran formas materiales las que, allí dentro y bajo la luz, se precisaban. Eran, sí, las formas de nuestra Virgen de la Hortaliza. Mas luego hiciéronse inseguras y pronto se borraron.

Entonces vi que en la gruta vivían, en permanente aquelarre, dos llorosos Tirbuletti, dos cuervos Perolutti, un O'Higgins sin nacer, un Juez enfadado, dos gatos engrifados, un obrero maldiciente y, desde allí para todos lados, envolviendo, comprimiendo y estallando, un mundo ignorado que puja y se desespera dentro del cráneo de un ama de llaves.

Caí de rodillas.

Y oí que, sin querer, mis labios decían:

*¡Dios te salve, María!*

*¡Llena eres de gracia....!*

Entonces, mientras la actual ama de llaves dormía allá en su habitación, avan-

zó hasta mi lado el ama de llaves que ya no es. Tras ella caminaban silenciosas cien, mil, diez mil ancianas más. Como respondiendo a mi oración, todas, a una voz, dijeron:

*¡Santa María, madre de Dios!  
¡Ruega por nosotras las pecadoras!  
¡Ahora y en la hora de nuestra muerte!  
¡Amén!*

¡Ah, Dios mío! Porque entonces comprendí que aquí en Curihue como en todas partes de este malhadado mundo...:

*Siempre hay más ancianas que las que hay.*

Me levanté.

Llamé a Mazurca.

Ambas, lentamente, regresamos a las casas.

Mazurca gemía.

Yo lloraba.

Y, cada vez que recuerdo esa noche, vuelvo a llorar.

FIN

El capitán se levantó y sonrió. Su sonrisa pudo tener tantas interpretaciones como ángulos de vista proporcionaba la arquitectura del gran salón. Por lo tanto guardo silencio sobre ella.

Nos dispersamos. Nadie hablaba. Éste fue el efecto inmediato: dispersión y bocas cerradas.

Salí al jardín. Luego vi a Lorenzo que se encaminaba hacia la piscina tibia. En ángulo recto a él avanzaba Baldomero. Me puse entonces en marcha de modo a encontrarme con ambos cuando se abordaran pues sentí de súbito imperiosos deseos de hablar. Nos juntamos y nos detuvimos. Como el barbudo miraba hacia las estrellas me dirigí a Lorenzo:

—¿Qué te pareció el relato o cuento corto o poema o lo que quieras de la dama incógnita?

—Bien —me contestó—. Interesante y no deja de tener originalidad. Su estilo es fácil y simpático. Está bien.

Sea que Lorenzo, al respecto, no me dijo nada. Entonces interrogué a Baldomero.

—Yo nunca opino sobre tales cosas —afirmó—. No incumbe a mi cacumen penetrar en ellas. Mas había allí un punto de incumbencia mía y este punto estaba mal.

—¿Y cuál es él? —preguntamos.

—Illaquipel —respondió—. No se habla superficialmente de esa ciudad; no se la puede únicamente citar. Si su nombre se pronuncia hay que acometer. Así es, así debe ser Illa-quipel.

—¿Por qué? Explíquenos, amigo.

Lonquimay entonces dijo:

—¿Es posible que seáis tan ignorantes, mancebos que os jactáis de intelectuales? Sabed: Es Illaquipel aldea de segunda mano, es Illaquipel aldea de clase única. El viajero extraviado cruza por ella y nada en ella repara. Mas no culpemos en esto sólo a la aldea. Todo

viajero es ya un sin sentido; y si lo es por añadidura extraviado es la carencia total de toda posibilidad de sentido. Yo no viajo; yo soy el roble inamovible. Y si alguien ora me ve aquí, ora más allá, es por causa de los sitios y no por mí. Basta, pues, de viajeros y extraviados. Vuelva Illaquipel.

“Es Illaquipel aldea de segunda mano, es Illaquipel aldea de clase única. Callejuelas van, callejuelas vienen; una torre de iglesia de madera; una plaza siempre con tierra brille el sol o reine la sombra; un hotel; dos almacenes; tres cantinas; cuatro... ¡No incumbe a mi cacumen las descripciones de aldeas! Mas debo citar, subrayar, la existencia de un juzgado de subdelegación y, dentro de él, un juez.

“Díjonos la hembra literata que este juez conservaba en su domicilio un busto del libertador y explica este hecho asegurando que todo honesto ciudadano debe conservarlo. No concierne a mi cacumen analizar las expresiones que pueda o no pueda adquirir la honestidad de los humanos. Pero sí conciérmeme inmiscuirse en las causas profundas, subterráneas—es la palabra: “subterráneas”—de ciertos actos sobre todo si ellos son de carácter patriótico y si se realizan en la modesta Illaquipel. Conciérmeme verificar estos actos, subrayarlos y proclamarlos. Porque es deber de todo hombre alargar y enterrar su índice en la verdad.

“Pues bien, según mis conocimientos un personaje elevado de Illaquipel, como lo es un juez, no sólo debe desear ese busto junto a él sino que está y estará siempre obligado, quiéralo o no lo quiera, a tener el dicho busto. Ha de ser así. Es la ley. Es más: es la cordura. ¡Y yo clamo por la cordura en este mundo! Su ausencia me aniquilaría. Al oír, pues, que el juez obedecía a mis razonamientos sentí alegría inefable. Yo sé pensar que este secreto, el secreto de la ineludible obligación que en esa aldea se tiene de ensalzar toda expresión de patriotismo, osé pensar, digo, que este secreto sería, ante nosotros y en Curihue, revelado. La hembra de pluma y letras mencionó el hecho mas no penetró, no reveló, no acometió y siguió.

“Ahora yo, bajo el testimonio de la noche y de las tibias aguas de esta piscina cercana, hablaré. Diré por qué no hay ni puede haber quien se escape de venerar, consciente o inconscientemente, los altares de la patria justamente en Illaquipel. Pido se me escuche:

“Es por las calderas...

“Es por las calderas subterráneas que arden y bullen, laboran y crean bajo los hondos estratos de la muy modesta aldea de Illaquipel.

“Así es.

“Así yo lo afirmo porque lo sé.

“¡Son las calderas del patriotismo!

“Sabed:

“En cada país, en todo país—porque a esta ley ninguno escapa—existe un punto dado. No hay que olvidarlo: un punto dado. Bajo este punto se hallan ciertas calderas especiales cuyo calor y potencia crean y mantienen los sentimientos de amor a la patria, de amor exclusivo a la patria, de amor irreflexivo y desatado a la patria. Y desde esas calderas y a través de orificios que se abren a ras de suelo, ese amor sale, se explaya, inunda y va contaminando a las poblaciones. Las contamina, sí, aunque las doctas universidades del país se hayan quedado rezagadas, atrás, muy atrás para definir y aclarar qué demonios, qué diablos, qué lucíferos y mefistófeles es una patria que tanto se ha de amar.

“Aquí, en este país de Chile, nuestras calderas se encuentran a 577 metros bajo el nivel de la suave aldea de Illaquipel.

"Así es.

"Así yo lo digo porque lo sé.

"¡Tales son las calderas de Illaquipel!

"¡Oh, mancebos que empezáis a entreabrir vuestros párpados a la sabiduría de la intelectualidad subterránea! Necesario es que sepáis que bajo las suelas del juez de subdelegación, que bajo las suelas de los cuantos habitantes del ya mencionado terruño edificado, se fragua, día y noche, invierno y verano, el amor parcelado. Allí al amor se le corta, se le desmenuza, se le pica y repica, se le ataja si quiere lanzarse, se le concentra y aprieta si intenta estallar. Allí se frustra, con juego de prestidigitación, todo ímpetu de universalidad. En lo que a nosotros respecta, allí —os lo diré en baja voz—, allí se frustran los sueños de Simón Bolívar.

"¡Oh, mancebos, cuando pienso que cada país, sin excepción alguna, posee sus calderas en trabajo sin reposo y que las universidades se ahogan con sus humos, oh, mancebos, siento que el alma se me derrite, que derretida cae a mis pies y por los pies se va a la tierra, al barro, a los pantanos a convivir con las sabandijas! ¡Pobre alma mía!

"¡Pobre juez de subdelegación! Sumido en su papelería y en su chaqué, no sabía historias de libertadores ni libertados. Mas llega a Illaquipel, pasa distraído sobre la boca de un orificio, siente que la planta de los pies le cosquillea y entonces, sin saber por qué, coge el tren a San Agustín de Tango y aquí... fijo, precipitado, seguro, fatal se lanza a la *Marmolería y Ysería Artística Perolutti Hermanos*, llega, mira, entra, elige, compra, paga y sale..., sale con un busto de yeso bajo el brazo y sin ningún cosquilleo en los pies. ¡Pobre juez de subdelegación! No había contado con la existencia de los gatos. Sabía, por cierto, que gatos hay en este mundo y además los quería. Mas ignoraba la misión que cumplían, quedamente, en vista de la negligencia universitaria. Ignoraba que, con humildad suma, contrarrestaban la parcelación del amor y que, ronroneando, proclamaban sin proclamar que todo gato es gato, que todo gato es ante todo gato, que razas, pelajes, costumbres y demás son cosas que nosotros los hombres vemos y aquilatamos, mas que para ellos —únicos verdaderos poseedores de esas cosas— son cosas que ni siquiera se registran ni en el diario vivir de menudencias ni en los inmensos planes de perduración de su especie.

"Los gatos, pues, debían poner aquí un punto sobre una i. Se pelean dos de ellos, nada más que dos, se pelean justo el rato suficiente. Una fuerza inconsciente y sabia de especie escoge sitio, momento, salto y trayectoria. ¡Choque! ¡Paf! ¡Al suelo! Y un jaque mate —pequeñito, acepto, pero jaque mate— se da a pocos metros de un orificio patriótico a las calderas de Illaquipel.

"Nada de esto percibió el pobre juez de subdelegación y lo atribuyó a la mezcla de las únicas dos palabras del diccionario que dan un resultado hueco: "accidente" y "casualidad" que, como digo, mezcladas dan el vacío absoluto de: "accidente casual". Nada de esto tampoco percibió la hembra de tinta y papel; mencionó, espolvoreó, perfumó... y siguió. ¡Horror!

"Pensemos, más vale, en los desafortunados hermanos Tirbuletti. Cuanto les acaeció envuelto en llamas no fue accidental ni casual. Todo fue previsto, calculado y madurado con tanto tesón y minuciosidad como lo fue la esporádica contienda de los gatos del juez y su benéfico resultado. Era un grano de la ley que obraba y la ley debía cumplirse.

"Previsto, calculado y madurado en el recóndito fondo de otras calderas, bullentes calderas que fabrican la expansión arrasadora de fronteras, que fabrican el concepto gato para el hombre, ¡oh, calderas que se hallan aquí en nuestro país bajo la ciudad de...! ¡Calla

boca! No estáis aún, mancebos, preparados para saberlo. No puedo atiborrar cráneos revelando las tantas y tantas calderas que laboran sepultadas en cada país. Sólo puedo afirmar que bajo San Agustín de Tango no las hay pues allí nací yo, yo el hombre más allá de todas las calderas.

Baldomero Lonquimay se sentó, agachó la cabeza y, dejando su tono grandioso, empezó a hablar rápidamente, vertiginosamente y con voz aguda. Me pareció una tiple recitando una lección:

—El conjunto de calderas universales se divide en dos grupos primordiales: grupo positivo y grupo negativo. Llámase positivo aquel grupo que labora humos o fluidos generadores de confraternidad humana y espíritu científico; llámase negativo aquel que labora humos o fluidos de rivalidades humanas y espíritu supersticioso. Entre estos últimos los dos grupos más notables son: los hacedores de patriotería y los hacedores de beatería. Ejemplo de los primeros: los Perolutti Hermanos; ejemplo de los segundos: los Tirbuletti Hermanos. La guerra entre positivos y negativos es cruenta, rabiosa y permanente. Los hombres respiran los humos y captan los fluidos sin mayor conciencia de sus respiraciones ni captaciones pero obran luego según ellas. En el caso que nos ocupa los dirigentes de calderas positivas prendieron fuego y pulverizaron Tirbuletti; azugaron gatos y quebraron busto. Visto lo cual dirigentes negativos salvaron espíritu beatería transportándolo a Perolutti. De todos modos perdieron un punto. Sigán, pues, las calderas universales trabajando y trabajando, laborando y laborando. Así sea, así sea hasta el triunfo final.

Lonquimay se levantó, se enderezó y empezó luego a hacer, debidamente acompañado con gestos, un ruido por boca y narices que, según él, semejaba al de grandes calderas en plena labor. Después calló y nos miró. Nos miramos los tres sorprendidos pues nos pareció percibir, viniendo del lado de la piscina, un remedo de sus ruidos. Era como un eco que se ingeniara en seguir luego de terminado su origen y un eco que aumentaba en volumen. Lonquimay parecía desconcertado. Súbitamente este eco a su vez calló. Lonquimay entonces dijo lanzando su barba en dirección a las aguas:

—Necedades, microbiedades. Pensemos, más vale, en la grandeza de la enseñanza de nuestros superhermanos los gatos. ¡Zamparratas! ¡Torquemada! ¡Tragalauchas! Y en las cenizas y terracotas de mi memoria, ¡Curanipe! ¡¡Gatos, gatos...!!

Yaquí nosotros tres nos sobresaltamos e instintivamente nos cogimos por los brazos... pues desde la piscina, desde la oscuridad que la envolvía surgió límpido, agudo, aterrador el más potente aullido de gato que jamás mortales—fuera de Poe—hayan podido escuchar. Y de golpe calló. La desazón del gran Baldomero era total; el hombre, pálido, temblaba. Entonces Lorenzo, con voz suave y cariñosa, le dijo:

—Deje, deje. Veamos, amigo, me interesa tanto cuanto usted nos ha revelado que quisiera puntualizar varios conceptos que, aunque claramente emitidos por usted, están en mí algo confusos.

—Escucho y, si en mí está puntualizaré—contestó el pelirrojo reconfortándose.

—Gracias. Es lo siguiente lo que me propongo preguntar: ¿Cree usted que si yo, o cualquiera, fuese a Illaquipel y en sitio adecuado hiciese un hoyo de 577 metros de profundidad, cree usted francamente que me encontraría con verdaderas y materiales calderas trabajando allí abajo?

Lonquimay se irguió, hizo con su diestra un amplio gesto magnífico y repuso:

—Amigo Angol, la respuesta es: sí y no.

—Muy cómoda respuesta—me atreví a comentar.

–Calle usted, Borneo –me lanzó Baldomero– y conviértase en un inmenso oído.

–Ojalá nos explicara –pidió Lorenzo.

–A eso voy. Depende, mi buen señor, con cuántas dimensiones bajara, bajase o bajare usted por el hoyo de los 577 metros de profundidad. Forzoso le será bajar con las 3 de que usted se compone y es. Quiéralo o no, lo acompañará la 4ª dimensión puesto que el Tiempo tomará cabos en su descenso. Aunque clara conciencia tenga usted de esta 4ª, no será suficiente para que las reales y materiales calderas de Illaquipel se muestren a su vista y tacto. Mas si se hace usted acompañar por la 5ª dimensión, allí estarán y miraralas y tocaralas usted como hacerlo puede con su amigo, conmigo, con este banco o aquel árbol. ¿Existen, pues, de verdad las mil calderas de que he hablado? Mi buen señor don Lorenzo, ya lo vemos, existen, sí, existen pero es cuestión suya de usted y por ningún motivo de ellas. He dicho.

–Perfecto –respondió Lorenzo– y lo creo. Pero... ¿cómo definiría usted esa 5ª dimensión? Quisiera saberlo por sí algún día Onofre y yo nos ponemos marcha abajo.

Lonquimay movió desalentado la cabeza y se lamentó:

–¿Es posible que seáis tan ignorantes, mancebos que os jactáis de intelectuales?

–Vergonzoso es confesarlo –respondimos ambos– pero es posible.

–Os perdono, os absuelvo –otorgó Baldomero–. Diré lo que en mí mismo me es permitido decir sobre tan hondo y venerable misterio: ¡Amigos! ¡Humanos! La 5ª dimensión es la distribuidora de los puntos de vista. Es el prisma del millón de facetas. Y todo, todo, absolutamente todo cuanto se imagine, se sueñe o lucubre, encuentra allí su correspondiente faceta desde la cual esos todos hácese verdad total y la muestran. Esta dimensión, pues de la total verdad. Es donde todo halla su sitio, su razón, su ser en vida tan verdadera como aquel árbol, este banco, usted mi señor y usted y... ¡yo! No puedo agregar más. Acaso alguna vez en San Agustín de Tango... Por ahora, ¡calla boca, calla boca!

Y aquí prorrumpió, cristalina y tonante a la vez, una tercera interrupción en forma de incontenible carcajada. Desde las aguas de la piscina reían, se reía, surgía y estallaba risa. De pronto una voz cortó la risa y la calló y la voz dijo:

–¡Habla boca, habla boca!

Avanzamos hacia la piscina porque habíamos reconocido la voz: a la luz lunar, ya flotaba, ya zambullíase y siempre manoteaba y pataleaba, risueño en su traje de baño, Desiderio Longotoma.

Nos saludó. Desde las aguas profirió:

–¡Habla boca mía, habla! Colega Lonquimay, no cambiaría yo jamás su venerable 5ª dimensión por la mía, la 6ª, la 6ª feroz. ¿Sabe usted qué es ella? Es la dimensión de la Vivencia, del Espíritu de Vida. En la suya de usted, mi señor don Baldomero, todos los hechos son verdad. De acuerdo y ¡magnífico! Pero ¿ha pensado usted que podría hacerse una galería, un museo, grande como El Prado, de verdades innegables, aplastantes pero... muertas? Así es su 5ª, así. ¡Necrópolis! ¡Catálogo! ¡Menú! ¿Y los platos? ¡Pásese a la 6ª, pásese! Y será usted servido... ¡con vida! ¿Qué es la vida, aparte de un frenesí? Es nada más que la suma de innumerables soplos. Entre los soplos, pausas. Todo, pues, se hace, se deshace, para rehacerse y redeshacerse. No existe lo estático, no. ¡Desaparezcan los museos de la 5ª! ¡Aparezca la 6ª, la dimensión de Nada y Todo simultáneamente! ¡Una respiración sin duración, permanente en sí misma! Viejo amigo, es una dimensión en la que cada cosa tiene cien mil, un millón y más de vidas según..., ¡ah!, según, ¿sabe usted?, los *segunes*.

Y Desiderio Longotoma se zambulló.

Y Desiderio Longotoma reapareció en el otro extremo de la piscina. Y siguió diciendo, más bien vociferando:

—De acuerdo, por cierto, no voy a discutir: en esto de los *segunes*, su 5ª y mi 6ª se parecen. Pero la mía va más lejos. En el fondo ¿de qué se trata en este mundo? Solamente de ir más lejos. No hay otro objetivo ni otro ideal. La suya, Baldomero es sólo afirmación y allí se detiene. La mía, Lonquimay, es afirmación y negación, es la Verdad más su contraparte indispensable la Mentira. Al ser verdad cuanto se piensa, se sueña o se lucubra, ¡sépalos usted!, es también mentira cuanto se lucubra, se sueña o se piensa. ¡Los *Segunes* que usted olvida y que nunca hay que olvidar! Vamos ahora a resumir. Resumen:

Y Desiderio Longotoma empezó a bracear y a trasladarse sobre las aguas con velocidad de atún.

—Resumen: La 6ª dimensión es donde “ser y no ser” se reconcilian. Donde *to be* y *not to be* son equivalentes. Donde no hay un *not to be* sin su binomio *to be*. Donde...

Aquí Lonquimay no toleró más. Estremeciéndose de alto a bajo fulminó:

—¡Calle usted, sacrílego belitre! O forzado me veré a hundirle en esas aguas con este mi paraguas justiciero.

En efecto vimos que nuestro amigo blandía en su diestra un enorme paraguas patriarcal. Una duda me asaltó. Pregunté a Lorenzo:

—¿Tenía un paraguas mientras hablaba con nosotros?

—¿Creerás que no lo sé? —me respondió—. Me parece que no.

Longotoma ahora, secándose la cara con ambas manos, contestaba:

—No podrá usted hundirme, buen compañero mío, pues, aunque usted no lo perciba, estoy protegido de toda arma, aun de su paraguas, por una lámina sutil de materia plástica transparente, perforable a las ondas sonoras y a olores, sin peso, inoxidable, ininflamable, asísmica, a prueba de balas de revólver y pistola y carabina, con libre paso para los rayos ultravioletas, inastillable, insoluble, sea ¡perfecta!

Hubo un silencio. Longotoma nadó lentamente hasta la orilla de la piscina en que se hallaba su toalla. Alargó la mano para cogerla mas se interrumpió y llamó:

—¡Tomasaa! ¡¡Tomasaaa!!

Se presentó la muchacha. Su galán le dijo sonriente:

—Tomasaa, por favor, dame mi toalla.

—Infame belitre —murmuró Lonquimay; y riendo comentó—: ¿Será acaso su lámina sutil la que le impide tan insignificante gesto y le obliga a molestar a esa dulce doncella?

—No, no, Baldomero mío —dijo Desiderio—, la lámina es muy perforable por toallas y nada me impide cogerla. Si molesto a la dulce doncella es por algo a todas luces superior, algo que tiene que ver con la 7ª dimensión que aquí redundaría en que la toalla cogida por mí no es la misma toalla, aunque la misma sea, si es cogida por otro ser, ser que aquí redundaría por la Tomasa, la dulce. Pues, en esta dimensión, todo es otra cosa de lo que es según nuevos *segunes* que, tal vez, usted no logre penetrar todavía.

Lonquimay le gritó:

—¡¡Follón!!

Y sin más se alejó, con su paraguas abierto, perdiéndose en la noche.

Longotoma ahora, desnudo cual Dios lo hizo, se mantenía de pie al borde de la piscina y la Tomasa lo secaba y friccionaba con esta toalla de 7 dimensiones.

Lorenzo y yo volvimos a las casas.

Frente al corredor principal, bajo el follaje del más viejo de los robles de Curihue, nos

sentamos. Toda la gente parecía haberse recogido. Mucha calma nos rodeaba. Por un lado se filtraba un resplandor vago plateado de la noche de luna; por el otro llegaba, algo borrosa, la luz amarillenta de las pocas ampolletas que quedaban encendidas a lo largo del corredor.

Sentía en mí una angustiosa opresión.

¿Qué era cuanto sucedía? ¿Dónde, dónde se estaba verificando el drama que pesaba sobre mí? ¿Sobre mí tan sólo o también sobre los demás veraneantes o sobre toda, toda la gente? ¿O sobre nadie? ¿No sería únicamente que se mecía sobre nosotros todos una inmensa equivocación?

—Hay algo equivocado, Lorenzo —dije—. En alguna parte se empezó al revés. Porque no es así, no es así, no puede ser así.

—Naturalmente que no es así —me respondió—. ¿Lo habías puesto alguna vez en duda?

—Yo, precisamente, no.

—Pero tus instintos, sí. ¿Verdad?

Nos callamos. Lorenzo rompió el silencio.

—Es una gran persona Baldomero Lonquimay. Y, en el fondo, en mi opinión, un hombre, después de todo, feliz.

—Yo diría, por el contrario, el hombre más atormentado que he conocido.

—Sí, pero con tormentos de acuerdo con él. Ahí está todo, en el acuerdo; no en los tormentos. Lonquimay no necesitará nunca una Bóveda donde enterrarse. Seguirá siempre, a grandes zancadas, bufando por la superficie. No deja de ser.

Nos callamos.

Un minuto después oímos pasos en el extremo del corredor y vimos luego las siluetas de la llavera y Taita Higuera. Avanzaban con lentitud. Bajaron, al poco andar, del corredor y, frente a la noche vacía, se arrodillaron. Abrieron los brazos en cruz. Se inclinaron hasta tocar el suelo con la frente. Volvieron a enderezarse. Y entonces, siempre de rodillas y en cruz, se pusieron a rezar.

Me invadió una angustia insoportable. Oí, por todas partes, “como un llamado lejano, sepultado que hiciera esfuerzos por aflorar para luego sepultarse nuevamente”. Fue algo, a pesar de su nebulosidad, que supe me concernía exclusivamente, nada más que a mí. Mis biografías, en general, no tomaban arte ni parte aquí. Fue un terrible sentimiento de vacío pero de vacío mío, nada más que mío. No de las biografías puesto que, para ellas, reconozco que todos están dando y llenando. Un vacío en que flotaban unas mujeres inexistentes o mejor dicho, que es causado por unas mujeres inexistentes. O, tal vez, por la nada de mi propia existencia. No puedo explicar más porque más no sé.

Así quedamos unos largos minutos. Taita Higuera y la llavera seguían rezando. Al fin se levantaron y se retiraron a pasos lentos. Desaparecieron golpeando una puerta que, en el silencio nocturno, sonó como un cañón. La tranquilidad fue turbada. Inmediatamente las ranas empezaron a croar, un gallo cantó y luego otro y otro más, varios perros ladraron, sopló un vientecillo, y hasta un chuncho vino a tomar parte en el concierto llevándome hacia los chonchones de monsieur de Berbiguier. Nunca supe a qué se debió esta oración tan extraña ni a quién se había dirigido. Lorenzo y yo fumamos un cigarrillo más y nos separamos.

Me acosté. Silencio completo. Ni siquiera chonchones. Si duermen en los entretechos, no puede negarse que son huéspedes educados. ¡Pobre monsieur Berbiguier! Pienso. Luego pienso y afirmo que en este Día Cuatro no ha sucedido nada... en cierto sentido, en el

sentido de hombres volitivos actuando. Veo claramente que sólo se han producido movimientos de monigotes. Sin embargo... ¿Y todo lo aquí anotado y que, sea desde el matacán o de cara a cara, yo he visto? Dos hombres sobre dos mujeres: sería suficiente para dos poemas y aun para dos novelas. Y no hay quien no asegure que poemas y novelas cuentan lo que sucede, lo tanto que sucede. Agreguemos todo lo restante: los hermanos Holmes con "el caso de los tres Pedros"; mi larga perorata literario-matinal; el menú ruso del almuerzo; las profundas revelaciones sobre las cualidades temporales del hígado; la fe de Lonquimay; más consideraciones literarias; la señorita Norca y su hermano o jefe o amante Guido Guindos; la cigarra del oratorio; el matacán; nosotros todos como testículos; Berbiquier y sus gatos y pajarracos; don Irineo Pidínco y su teorética del Sol; el galpón del heno y sus afrodisíacos; las líneas de marcha; los amores que se despiertan; los amores que se encienden; los amores que estallan; mi bifurcación; el gong; la comida aburrida; la lectura de la dama escritora incógnita; las calderas de Illaquipel; la piscina tibia con su Longotoma; nosotros dos, Lorenzo y yo, conversando; la llavera y Taita Higuera de hinojos contra la noche orando... ¡Inútil! Sólo reflejos, sólo monigotes; sólo reflejos de monigotes. Acaso, seguramente, en otro punto han sucedido otras cosas. Lo que aquí yo he visto y anotado... no es, no, no es. Pero hay algo en los reflejos aunque sea de monigotes. Algo ha sido, algo que he visto porque ha acontecido. ¿Qué? ¿Qué? No encuentro. Cojo entonces mi diccionario y me instruyo sobre las maquinaciones del galpón del heno. De pronto veo:

Veo, irremediamente veo, sin tener en qué apoyarme, veo que cuanto ha sucedido no es más que dolor, que el dolor sucedido es lo único que no pertenece ni puede pertenecer a monigote alguno. Ha habido dolor. Han sufrido. Se ha sufrido. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿En qué? Se ha sufrido aquí, aquí, con los pies sobre la tierra. Y esto basta, basta un milésimo de miligramo de dolor para que se afirme en mí la certeza de que algo real *ha sucedido*.

Y en mi imaginación quise ver sobre todo, para confirmarme, al pobre Baldomero Lonquimay defraudado más allá de él mismo, y al pobre Teodoro Yumbel defraudado en él mismo. Pero ambos se borraron un tanto. En primer plano se colocó Valdepinos, el muy cínico de Valdepinos. Lo vi atisbando petrificado y encaramado en un pilar. A sus pies hacía ruido de cascabeles un bufón.

Los cascabeles se trocaron en golpes a mi puerta.

—¡Adelante!

Lorenzo, en pijama y pantuflas.

—Onofre, es hora de dormir. De acuerdo. Pero el sueño no viene. Necesito hablar durante unos 10 minutos. No creo que llegue a los 15.

—Habla.

—No. Primero recitaré.

—Conforme. Recita.

—No. Antes que todo, y para que nos pongamos a tono, debes leer este aviso económico aparecido ayer en el principal rotativo de Santiago. Encontré el tal rotativo ahora sobre mi cama. Mi primo debe haberlo dejado ahí. Lee.

Leí:

Vendo pareja de canarios finos  
Einstein 632,  
entre Guanaco y Quintrala.

—¿Qué tal? —me preguntó Lorenzo.

—Conforme —respondí—. Estamos a tono. Inmediatamente mi cerebro ha trazado las líneas lógicas que existen y siempre han existido entre dos canaritos, Einstein, un guanaco y la Quintrala. Puedes recitar.

—Todavía no porque has olvidado un punto y has pasado por alto lo principal. El punto es el número: 632. Refresca tus conocimientos históricos. El año 632 fallecía Mahoma. Ahora la cosa se completa. Cuanto a lo principal es que un señor —una pareja, más bien dicho; como los canaritos —venda, pueda vender, sin inmutarse, tales bichos en tales circunstancias. Si fuésemos a ver a los vendedores creerían que íbamos a comprar y nos recibirían tan frescos... No sospecharían jamás el fantástico prodigio que son. Ahora puedo recitar. Escucha:

La gente que produce es tan granada,  
Tan soberbia, gallarda y belicosa  
Que en vano a competir con ella aspira  
Belleza igual de rostro verdadero.

“Considero que Ercilla es sublime cuando dice:

La ciudad yerma en gran silencio atiende  
Quién a su casa corre pregonando  
Como las corderillas temerosas  
Por las torres, desvanes y tejados  
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

“Mas nada hay en la poesía castellana como aquella que dice:

¡Cantemos al Señor que en la llanura  
Daba sustento a un pajarillo un día!

“Tal es mi opinión. Y también creo que ha de ser la de nuestro común amigo y gran poeta Vicente Huidobro que siempre recita con gusto estos versos. Pero basta de poesía. He venido principalmente a hablar y quiero hablar porque no he podido conciliar el sueño. ¿La causa? Escucha:

“Ya estaba en cama y sin luz. Empezaba a dormir cuando oí venir de la pieza vecina —la salita tornasol, ¿sabes?— un pequeño ruido extremadamente nocturno. Me dije: “Ha de ser una laucha...; o acaso, una rata de buen porte...; o acaso, una pequeñín perrito faldero...; ¿y por qué no Tragalauchas o el mismo Zamparratas?”. Así me decía. Y por largo rato seguí manejando en la imaginación desde mínimos cuadrúpedos hasta cuadrúpedos semimedios. Con este manejo formé en mi cerebro una relación que se balanceaba entre esos tamaños y el tamaño de la salita sin producir mayores discrepancias ni desequilibrios. Nuevamente iba a dormir cuando imaginé la presencia de ¡un hombre! Lo vi, como a la laucha primera, bajo la mesita y arrastrándose luego hacia el sofá. ¡Un hombre! Y me di súbitamente cuenta del tamaño gigantesco del cuerpo del hombre. Entonces me senté en la cama y declaré, sin dudarle ni por un momento, que el hombre es más grande que el

elefante. Encendí la luz y, naturalmente, no pude dormir. Entonces vine a charlar un rato contigo.

“Entre mi habitación y la tuya habrá unos 25 ó 30 metros. Mientras caminaba esta distancia me volvió a pasar lo que a menudo me pasa en la vida y que creo ha de serte buen dato biográfico: ir, por ejemplo, por las calles sin nada especial, ni en el pasado ni en el futuro ni en el presente, y sentir de pronto la sensación de que he cometido una falta. Y saber entonces que lo único que me quitaría este mal es el perdón, como a un niño, que me digan que *ello* no tiene importancia, que está bien, que es hasta curioso y aun estupendo. Pero lo único curioso y estupendo que me sucede es que ignoro totalmente qué diablos podrá ser ese “ello”.

“Acometido por esta mala sensación me cité una vez más el proverbio árabe: “El perro ladra; la caravana pasa”. Me sentí perro.

“Mas inmediatamente después de sentirme perro, y casi en el momento de golpear a tu puerta, recordé que una vez, en el fundo de los Naltagua, en ese lindo San Pascual, vi, desde la falda de los cerros, que pasaba muy alto, muy alto, un águila planeando. Segundos después, por tierra, pasó su sombra rozándome los pies.

“Me reconforté enormemente y golpeé junto con sentir imprevistos deseos de recitar. Pero hablemos. Tal vez –con esta tenida, a esta hora, con los versos, los canarios, el hombre-laucha, el perro y el águila– me encuentres alejado de la Bóveda.

–En verdad te diré –repuse– que no me parece ser ésta una noche abovedada para ti.

–Exacto –confirmó Lorenzo–. Por eso he venido a ayudarte por si quieres desistir de tus *Biografías*. Podrías, en tal caso, escribir las tribulaciones psicológicas de Nemorino. ¡Ah! ¿Quién es Nemorino? ¡Ah! Ahora verás:

“Nemorino es un hombre de una naturaleza excesivamente celosa. Está agarrotado por celos vecinos a la locura. Éste es un punto que debes meterte bien en la cabeza. Los celos al máximo, tal es el eje del hombre. Es además una naturaleza inapta para la conquista del amor. ¿Por qué? Según mi opinión, por su timidez; hay quienes opinan que es por sus menguadas condiciones físicas (yo esto lo pongo muy en duda); alguien opinó que era por su nombre pues un sujeto que se llama Nemorino no puede presentarse ante las damas en igualdad de condiciones a los demás (yo esto lo considero chiste). En fin, tú, como más versado en sutilezas psicológicas, encontrarás la causa. Lo que quiero que de todos modos te metas en la cabeza es que el buen hombre es inapto para la conquista del amor. Tenemos, pues, dos puntos bien definidos: terribles celos y mala suerte. Sigamos. Por lo tanto sabe Nemorino que es inútil, ¿oyes?, ¡inútil! luchar en contra de sus rivales. Su amor –porque el hombre se enamora por lo menos una vez cada trimestre– le será arrebatado. Sobre esto, ¡no hay caso! 1º) Porque tal es el sino de Nemorino; 2º) Porque si así no fuera, nada podríamos escribir sobre él. Entonces ¿qué hace Nemorino? Porque entre paréntesis te diré que nuestro héroe nada tiene de tonto; es un avezado cerebral y las lucubraciones ocupan en él gran parte de su materia gris. ¿Qué hace? Sencillamente transforma interiormente su dolor en un modo de placer. Fácil es decirlo pero realizarlo es otra cosa. ¿Cómo se las arregla el amigo? Ya te he dicho que es un cerebral de gran cerebro. Él es consciente de esta grandeza suya y como tiene además buen sentido y buena lógica, sabe que un gran cerebro todo lo consigue. ¡A la obra entonces y con plena confianza! Se basa en el innegable principio de “placer-dolor”, principio primero de toda actividad vital. “En este principio está la clave” –se dice. Y el hombre conoce la materia pues la ha estudiado meditando las páginas que, sobre tal tema, ha escrito Uspensky en su

libro sin par *Tertium Organum*. Y Nemorino se dice: “Así es la cosa y no de otro modo. Todo principio de vida se mueve por atracción del placer y rechazo del dolor. Pero hay algo más, algo que se desarrolla a medida que se vive y que llega a ser un subprincipio tan importante que pasa luego a regirnos con la misma fuerza que el principio básico. Este subprincipio es la costumbre. Claro está que existen ciertos placeres y dolores inmodificables, como respirar o carecer de aire. Pero dentro de los límites en que nos movemos y sentimos, casi todo viene del subprincipio costumbre. Lo que nos habituamos a hacer es placentero; hacer lo no habitual es doloroso. Luego, cambiando a fondo nuestros hábitos podemos llegar a placeres inefables donde antes nos dolía, y podemos experimentar espantosos males donde antes nos placíamos. Nos hemos acostumbrado desde la prehistoria, desde la amiba, a gozar con la felicidad del hijo que amamos y a sufrir con la felicidad de la mujer que amamos. Podemos perfectamente acostumbrarnos a que la felicidad de la mujer amada sea *su* felicidad y no la *nuestra*. Mientras más sea *suya*, más felicidad para nosotros; y, por ende, mientras menos sea *nuestra*, más felicidad aún. Así lucubra Nemorino y cree. Luego siente que en lo que los demás hallan espantoso dolor, él hallará deleitoso placer. Es decir en la infidelidad de ella la amada. Al ser ella feliz, gracias a esta infidelidad, lo será él también justamente porque será felicidad de ella y no de él. Como con el hijito tan querido. Así lucubra Nemorino y cree. Luego encuentra que esto es claro como el agua y se abisma de que otros no lo hayan descubierto y practicado antes que él y habitualmente. Ama, pues, Nemorino, ama desenfrenadamente y dando libre curso a sus más despiadados celos. Ama, al principio, como te lo he dicho, una vez por trimestre. Luego se habitúa tanto a su nueva manera y tanto se apega a cada una de las deparadoras de esta nueva manera, que sus amores duran bien 6 meses y más y hasta un año. Ama, se declara, jura, pide, ruega, implora, sufre y llora. Ellas escuchan, aceptan a medias, pronto ríen y pronto se van con otros. Entonces Nemorino se realiza y goza, según asegura, hasta más allá de los límites que nosotros, vulgares seres sometidos a la costumbre, podemos imaginar. Y ríe, a su vez, ríe henchido de satisfacción al verificar que esos enamorados —ella la amada y el rival— creen que su goce es propio, no compartido y el mayor que en este mundo se depara y... ni siquiera sospechan que hay un goce superior, mil veces más intenso y que es él, Nemorino, quien lo recibe ¡de ellos! Tanto es así que en una ocasión una de las damas solicitadas escuchó con gran recogimiento, se sintió emocionada y amó. Tal como lo oyes: Nemorino fue correspondido y frenéticamente correspondido. Pues bien, Nemorino se aburrió. Luego la dama desconsolada decía: “Lo quiero siempre, siempre pero ¡es tan raro mi Nemorino!”. Y Nemorino buscó otra dama que fuese volátil como una pájara y no sumisa como una oveja. Pero aquí no se detiene nuestro gran hombre lucubrador. Quiere, en sus lucubraciones, ir más lejos, hasta el máximo de lo que su materia gris pueda dar. Entonces se afanó por descubrir en qué residía, cuál era la fuente de este placer sin igual. Se afanó y buscó. Y escucha bien, Onofre, los resultados a que llegó: Recordó una nota *suya* en una libreta también *suya*. Allí se leía, de su puño y letra: “Al pasar de un plano a otro, sentimiento de lo infinito”. Le fue indiscutible que lo infinito es lo mayor y más hondo que a nosotros, los hombres, nos sea dado experimentar. Tenía razón, ¿no lo crees tú? Como también —pensó— que es, muy en el fondo, nuestra única desdicha el sentimiento de lo finito. Todo paso de un plano a otro tiene que traer un sentimiento de infinito. Porque el plano anterior, el plano en que se vivía y del cual se sale, el que había llegado a sernos habitual, el plano dejado atrás, se ha fundido, se ha fusionado, se ha englobado en el nuevo, por lo tanto se ha explayado y, al explayarse, ha perdido, aunque sea por un ins-

tante, sus características finitas de limitación. Pensemos, con Nemorino, que el plano antes habitual nos era el plano *real*, el tangible con todas las delimitaciones y cortapisas del diario vivir en este cuerpo medible por todos lados. Esto se agranda súbitamente. Entonces un eco de infinito suena en nuestro espíritu. Cada amor de nuestro héroe es un brusco paso de un plano a otro. Cada uno de estos pasos es zafarse de lo que por milenios y milenios es lo rotundamente habitual, es decir, finito; es el amor para sí, para uno mismo, cuando hay una mujer de por medio. Ahora va a ser y es otra cosa, otro plano, un golpe de prestidigitación en lo más hondo del sentir. La cosa no era, pues, limitada, con sus reglas fijas. Era mayor, tenía la posibilidad de dilatarse, de expandirse. ¡Una muestra de infinito! Y frente al infinito... ¿Qué más, qué más puede concebirse? A un incrédulo que insistía en creer que el amor total era gozar para sí de la amada, nuestro amigo le decía que si esa ventana que estaba delante de ellos, rígida mancha clara sobre un muro oscuro, se expandiese de pronto por sus cuatro costados, el asombro de lo infinito llegaría como un estampido formidable lleno de todos los colores del arco iris. Y desde entonces en adelante sólo se andaría en la vida en busca de nuevas ventanas que, ante los ojos atónitos, quisieran desatarse así por todos lados.

“Ahí tienes, Onofre, las tribulaciones psicológicas de este nuevo amigo que tengo el honor de presentarte a través del espacio. Con ellas ya podrás tejer una obra más interesante que con nuestras pobres biografías. ¿No lo crees?”

Respondí:

—Tal vez. Son, sin duda, tribulaciones del más alto interés. Pero, mi querido Lorenzo, ¿y el argumento? Tejer está muy bien. ¿Y si no se tiene un telar? Lucubraciones, tribulaciones... Ya me las dais vosotros a granel. Dadme telares, dadme hechos que aquí, en estos suelos y pisos suceden. Dadme donde colocar cuanto acontezca.

—Muy sencillo —me dijo Lorenzo—. ¿Por qué han de ser pisos y suelos? Haz que todo suceda en un cerebro, en un inmenso cerebro lleno de materias grises y de todos colores.

—No —contesté—. Ya sabes que ante cerebros no soy yo muy fuerte. Acuérdate de anoche, en el drama del chino Fa: cuando se trató de un inmenso cerebro me desmayé.

—Es verdad —aceptó Lorenzo—. Lo había olvidado. Entonces, ¡buenas noches!, que ya el alba debe estar cerca.

—Buenas noches —dije—.

Junto con despedirnos llenó el silencio un suspiro casi atronador, un lamento temblante como un terremoto, un quejido de entrañas y cavernas. Nos miramos abismados y al mismo tiempo y en alta voz reconocimos:

—Doña Nora de Bizerta y Ofqui.

Y al oír que otro ronco quejido acompañaba al primero, ambos, también al unísono, dijimos a media voz:

—¡El capitán...!

Y el alba, entonces, apareció de súbito por todas partes.

*Día cinco*  
(8-III-27)

No pasó nada.

*Noche cinco*  
(8-III-27)

Tampoco pasó nada.

*Día seis*  
(9-III-27)

¡Hermosísima mañana! Cielo límpido, infraultramar. Y una sola nube, una nube pequeña y redonda que acompañó al Sol del alba al mediodía colocándose delante de él. Así es que, hasta esa hora, tuvimos un nublado suave, cálido y gris azulado. Después la nube se deshizo, quemó súbitamente el amarillo y entonces los insectos cantaron, las flores se abrieron y todas las gallinas pusieron huevos lechosos, al plato y a la copa. ¡Hermosísima mañana!

A las 8 en punto salí de mi habitación. Salí resuelto a cumplir mi misión de biógrafo, a escudriñarla y adelantarla. Una idea me obsesionaba desde que desperté y, seguramente, también durante el sueño. “¡Los hilitos!” —así llamé a esta obsesión. Hela aquí:

En Curihue no ha sucedido nada. Si nada ha sucedido en Curihue, nada puede suceder en ninguna parte. Si nada puede suceder en ninguna parte, nada nunca ha sucedido ni nada nunca sucederá.

Esto está arraigado en mí. Lo sé. Si por un instante lo pongo en duda, sé entonces que es por alejarme de la verdadera visión; porque esta visión verdadera se me nubla; no porque no exista. Como esa nubecilla redonda que allí está ocultando al Sol. Con o sin nubecilla existe el Sol igualmente.

Ha muerto el suceder. Esto es serio.

Por otro lado —y con tanta o mayor seriedad— sé que sucede. No puedo echar de lado la seguridad absoluta de que, al menos yo, sucedo. Si yo sucedo, suceden los demás. Algo profundísimo me insinúa que si yo sucedo, sucedo únicamente —en todo caso principalmente— por el suceder de los demás.

“De los demás...; de los demás...”.

Estas palabras me quedan resonando. Me parece que me ofrecen una clave.

Veamos:

Yo sucedo por el suceder de los demás. Si yo fuese solo en un mundo solo, creo que apenas iría un poco más allá de una vida vegetal. Por lo tanto...

Bien.

Amplifiquemos:

Yo sucedo así. Yo no soy algo especial, fuera de las leyes. Así es que como yo, sucede lo demás. Si cambio la palabra “yo” por la palabra “Curihue”, Curihue —como yo— se reduce a una unidad que, para suceder, necesita, a su vez, de sus “demás”. Todo queda igual, lógicamente igual, pero amplificado. ¡Tanto mejor!

Los demás para Curihue son los demás que hay en todos los fundos hasta pérdida de vista y con los fundos mismos. Tengo, pues, un nuevo total sucediendo y algo mayor (conjunto de fundos) que lo hace suceder.

Chile puede llamarse “un conjunto de fundos”. ¿Por qué no?

Chile entonces sucede, nueva unidad, por sus “demás”. Y éstos pasan más allá de la cordillera y del océano. Y así sigo, y así se sigue, indefinidamente.

Total:

Por cada unidad que se forma aparecen sus correspondientes "demás". Y éstos son reductibles a nuevas unidades. Las que crean nuevos "demás" que las hacen suceder y actuar salvándolas de la vida casi vegetal. Luego: siempre que estoy con algo vivo y único entre las manos, siempre el motor que le da vida se aleja, queda fuera, más allá.

Y yo soy biógrafo... Pero ¿biógrafo de qué? Debiera serlo del motor, de un motor cualquiera. Pero cualquier motor, al cogerlo para biografarlo, me hace la jugada de convertirse sólo en efecto y colocar su causa justamente en lo que no voy ni puedo escribir. ¿Dónde, entonces, dónde ponerme?

¡Ah! He aquí mi obsesión: a ese motor lo veía como a diez dedos hábiles que manejando largos hilitos...; ¡claro está! Son todos, somos todos monigotes.

Y ahora no he cavilado más que en espacio: Curihue, fundos vecinos y lejanos, Chile, más allá de cordilleras y océanos, bien, la Tierra entera. Queda el Tiempo, así con gran mayúscula, el Tiempo que, a su vez, puede reducirme todo lo espacial a vida vegetal si no me lanzo a biografarlo a él principalmente, si no me enredo en sus propios hilitos.

¡Vaya una tarea! ¡Vaya una tarea perfectamente inútil!

Lorenzo sonreía mirando a Donizetti; y Donizetti meneaba la cola mirando a Lorenzo. —¿Qué haces? —pregunté.

—¡Oh, amigo! —me contestó—. Por una cercana asociación de ideas recuerdo en este momento lo que hace algunos días te dije a propósito de un hermoso movimiento de la pata de un felino. Fue en el zoo de San Andrés, frente a la jaula de los pumas. Uno de ellos, grande y gris manchado, se paseaba de lado a lado. Vi de pronto el movimiento de sus pies al alzarse en la marcha: se recogían, se empuñaban en el aire para luego abrirse, cual un abanico, cuando iban a volver a tocar el suelo. Aquello me recordó el movimiento, bajo las aguas, de algunas raras medusas. ¡Era algo lleno de gracia! Me dije: "No sabía que los pumas, al caminar, hacían una armoniosa respiración con sus extremidades". Luego me pregunté: "¿La hacen *ellas*?". Un problema..., como has de comprender. Pocos días después, en La Cantera, vi a unas gallinas saltar una acequia huyendo de un perro. Todas, al saltar, agitaron las alas. Me dije: "Las gallinas, cuando saltan, agitan las alas". Luego me pregunté: "¿Las agitan *ellas*?". El problema, nuevamente. Pues bien podía ser que ni los pumas hicieran aquel movimiento ni las gallinas este agitar de alas; bien podía ser que ello *se* les produjera sin que ni los uno ni las otras lo quisieran ni lo supieran. Ahora Donizetti está contento y meneaba la cola. ¿Podrías decirme, Onófre, si, por estar contento, *él* meneaba la cola o, si al estarlo, la cola *se* le meneaba?

—Puedo decírtelo inmediatamente —respondí—. Esa cola es meneada por los hilitos. No hay más.

Lorenzo pensó un rato; luego me dijo:

—Bien; la existencia de esos tus hilitos presupone diez hábiles dedos que los muevan y, abajo, una serie de monigotes que son movidos. Cuanto a estos monigotes, ya sabemos quiénes somos; cuanto a los dedos, me parecen dedos metafísicos, así es que más vale dejarlos de lado. Pero los hilitos mismos ¿de qué estarán hechos?

—¿Cómo, demonios, voy a saberlo yo?

—Yo tampoco lo sé. Sin embargo, para mi esclarecimiento personal, me he dicho que están hechos de dolor; en todo caso, de la permanente posibilidad de dolor. Esta posibilidad es una línea de conexión. Ahora, ¡a trabajar!

—Voy a entrevistar, Lorenzo, mejor dicho, a hacer hablar. Monigote picando a monigotes. Trabajo para los dedos metafísicos.

—Muy buena idea.

Caminé y caminé. Durante mis caminatas tuve tres larguísimas detenciones, la última de las cuales llegó hasta el gong del almuerzo. Entre las detenciones, y mientras caminaba, vi a dos mujeres que, aunque no me hablaron, me dijeron no pocas cosas, tanto y tal vez más que si las hubiese entrevistado. Las detenciones fueron: Teodoro Yumbel y Rosendo Paine (ambos en persona), y Baldomero Lonquimay (ausente pero a través de Desiderio Longotoma y don Irineo Pidinco). Las damas divisadas durante las caminatas fueron: Isidra Curepto y Jacqueline.

Teodoro Yumbel.

Teodoro Yumbel miraba absorto una guinda de un guindo de un guindal. Cuando lo abordé tembló. Luego le ofrecí asiento bajo otro guindo y le ofrecí también cigarrillos. Luego hablé yo, hablé poco pero con fuerte convencimiento. Cuestión de despertar en él deseos de confidencias. Algo le dije de mis dudas, mis dificultades, mis hilitos, las biografías, el amor, el dolor, la nubecilla aquella que muda cantaba suavidades de nublado, de temperatura adecuada y de tonos infraultramares

Entonces Teodoro se levantó un instante, cogió del guindo tres guindas, se las comió, volvió a sentarse a mi lado y habló.

Tono suave, arrastrado. Ojos grandes, redondos, transparentes que, por momentos, dejaban pasar un enorme signo de interrogación. Monotonía dolorosa en general.

Tema eje:

—¿Por qué los hombres no quieren que se los ame?

De esto, una situación inevitable como un bulto pesadísimo sobre los hombros:

—Llevo mi amor sin poder colocarlo en ningún ser ni en ninguna parte.

Luego habló como haciendo un rodeo, digamos mejor, como haciendo un círculo y con la vista en el centro. Habló de muchos amigos mas alejarse de Curihue pues esto sería alejarse del centro:

—Pongamos a Baldomero. No veo, ni creo que se pueda ver, motivo alguno para no quererlo y hasta para compartir con él una amistad sostenida y profunda. Si así es —y es así— debería aceptar esta amistad, agradecerla y, a su vez, prodigarla. En cambio ¿qué hace? Tú lo sabes como yo: lanza grandes pensamientos para los humanos todos, cosa meritoria, no lo dudo. Luego vocífera, o mejor dicho, ya sus grandes pensamientos llevan dentro una vociferación. Y después de vociferar bufa y ruge, como él dice, y huye. Se acaba toda posibilidad de establecer una amistad.

“Pongamos a Lorenzo. ¿Quién puede quererlo mal? ¿Quién puede no ambicionar su intimidad? ¿Quién puede no desear compartir una vida tan serena como la suya en una Bóveda de paz, de estudio, de elevación? ¿Quién? ¡Oh, sí! Tal vez muchos, sí, muchos, tienes razón. Son tantos los que piden ajetreos hasta la embriaguez. Pero no yo, Onofre, no yo. Sabes bien que mi vida podría resumirse en la busca de una Bóveda. ¡No yo! Sin embargo, acércate a Lorenzo y, por cierto, hallarás dos brazos abiertos. ¡Qué alegría! Pero abiertos ¿para qué? No para recibir el amor ni siquiera el cariño sino para recibir la esencia que ellos pueden tener al disecarlos.

“Desiderio... Soy el primero en encontrarlo divertidísimo. Yo no busco, créeme, lo divertido en la vida. ¡Oh, no! A pesar de ello Desiderio me divierte, me alivia porque sé que es muy bueno en el fondo. Me quita peso, como quien diría. Entonces quiero retener-

lo más tiempo a mi lado para aligerarme sin perder nada de lo mío. Esto es lo beneficioso de la diversión: quita peso sin quitar, quita lo superfluo dejando lo esencial. Retenerlo, sí, pero Desiderio se escapa como una flecha en busca de más diversiones y uno se queda solo. ¿Seguir tras él? Sería una solución para otros. No para mí. Porque, ya te he dicho, yo no busco lo divertido como finalidad. Lo acepto así al pasar, a manera de una medicina, como quien diría. Lo divertido... Permíteme dos palabras sobre este asunto:

“Lo divertido existe en la superficie, nada más, en la piel pero no penetra. Embriaga sin hacer ningún daño. Yo me pregunto: ¿por qué algo tan saludable e inocente, a la postre, no logra penetrar, no puede ser centro y eje de nuestras vidas? Onofre, porque, en último examen, lo divertido no existe. Creemos que existe, es una ilusión. Tiene, pues, los beneficios de la ilusión, beneficios que me atrevería a llamar orgánicos, biológicos. Sin ellos no se podría vivir; de acuerdo. Es como comer. Pero ya sabes lo que se dice: “Hay que comer para vivir mas no vivir para comer”. Es igual. Y si tú escudriñas bien verás que todo lo divertido está hecho de dolor. Hoy dirían de “dolor superado”. Superado o no, el dolor está al fondo, es la esencia. Lo otro, la apariencia. Por ejemplo, el circo. Es la exposición de lo divertido. Es para que rían niños y viejos. Es para que, divirtiéndose, se olvide cualquier preocupación. Pero es divertido justamente porque existen, atormentando, esas otras preocupaciones. Entonces, al echarlas, por un momento, de lado nos sentimos aligerados y esto nos alegra y luego nos da risa. Pero si no existieran esas preocupaciones tendríamos que preocuparnos de veras del circo. Y veríamos entonces ¡qué triste, qué doloroso es! Una dedicación absoluta de los circenses a él, un trabajo a toda prueba y difícilísimo, un vivir siempre enmascarado. No hay más que ver cuadros y dibujos sobre circos: son penosos, son trágicos. ¿No lo crees?

“Bueno, pero con esto nos alejamos de Desiderio como él se aleja de nosotros. Él huye, se me figura a mí. ¿Dé qué? Tal vez de algún mal. No parece. Pues no niego que haya gentes que viven repletas de vida brotando, como plantas exuberantes y animalitos bulliciosos. Pero estos animalitos y plantas están al principio de la existencia, son, por esencia, siempre recién nacidos. En cambio Desiderio sabe mucho, mucho, está en plena madurez de la existencia. Me confundo. No atino a ver claro. Pero sé que es la cosa como te digo.

“Vamos a Valdepinos...”

—Y vamos caminando un poco —dije.

Nos levantamos y, lentamente y en silencio un momento, nos dirigimos al llamado Patio de las Carretas. Allí, entre muchos otros vehículos, había una gran camión. El capot estaba abierto y, de cabezas en el motor, tres hombres hurgaban y se afanaban discutiendo. Teodoro y yo nos afirmamos contra un tosco pilar de madera de una especie de galpón a mirar esa faena. Teodoro observó:

—Hasta en esto... ¡Qué de complicaciones! Ya no queda nada simple ni menos suave. Diríase un placer en torturarse y retorcerse. En cambio fíjate en esa sencillísima tartana de los buenos tiempos ya idos...

Una voz de arriba nos hizo levantar la vista. Allá, encaramado en lo alto del pilar, estaba Valdepinos. Dijo a Yumbel:

—Amigo mío, ¿ha visto usted alguna vez un caballo por dentro? Le aseguro que un motor es más simple...

Teodoro Yumbel me cogió de un brazo y nos alejamos. Luego, moviendo la cabeza, murmuró:

—Valdepinos... Ya lo ves. Tampoco quiere que lo quieran.

—Y te recuerda al panzudo aquel de París, la tempestad, Montmartre, saxófonos y bandoneones y... ¡Jacqueline!

—Jacqueline no ha existido nunca.

—¡Cómo! ¿Te parece poco esta maravillosa Jacqueline que está aquí con nosotros?

—Onofre, no seas cruel. Jacqueline, ya lo sé, existe. Pero... no para mí.

Cambié el diálogo, es decir, volví a mirar hacia el centro del círculo de Teodoro:

—Sigamos pasando revista. —Y clavé dos banderillas—. Por ejemplo, Rosendo.

—¿Rosendo? —preguntó—. Es, como quien diría, un hombre normal. Come. Donde hay alimentos, come. Y come más de lo que necesita para quitarse tiempo de pensar. Yo no sé por qué, lo encuentro un hombre inútil y nada más. No sé para qué es.

—Sin embargo... —insinué.

—Ya sé donde vas —me dijo—. Calucha era como él, normal, como dicen. Obró como todas y todos, como los que mejor obran que son, creo yo, los hombres de negocios. Van directamente, sin ningún rodeo, a lo que conviene, mejor aún, a lo que es conveniente. La diferencia es que en estas niñas, en estas jóvenes, el signo no es un número dado de dinero sino, como quien diría, un número de latidos del corazón. Esto es algo lógico, de la más pura razón. Tal papel o acción produce el 8%; tal otro, igual, el 10%... Lo único alambicado que aquí podría haber, lo único desconcertante y feo, sí, feo, sería decidirse por el del 8%. ¿Verdad? Voy a reír, Onofre, pero lo cierto tiene que haber sido que yo aumentaba sus latidos en un 8%; Rosendo, en un 10%; y el joven O'Machuca, seguramente en un 12%. Nunca habrá nada que reprocharle a Calucha.

“Ahora, claro está, comprendo, mi querido amigo, que se podría en todo esto hacer, digamos, un hincapié interrogativo referente a eso de “que conviene, que es lo conveniente”. ¿Cómo saber con exactitud qué es *lo que conviene*? Yo digo que es la finalidad de una vida, la meta que uno se pone. Seguir hacia esta meta, todo lo justifica. Pero aquí ese hincapié se nos coloca en las calidades de las metas. Y todo se vuelve a complicar. ¡Qué complicado es todo! Como sea, yo veo, en la mayoría, se entiende, no en todos, yo veo como que la finalidad vendría a ser algo así como no querer despertar, no querer afrontar. Espérate, Onofre: creo que más claro sería decir que temen recibir amor, aun cariño, porque, al recibirlo, esto podría llevarlo a una región demasiado distante de lo que se asegura es la vida. Onofre: ¡he encontrado la justa expresión! Temen salir de la embriaguez.

Un silencio, siempre caminando, esta vez hasta los guindos del guindal y, aquí, muchas guindas compartidas entre ambos. Luego Teodoro siguió:

—¡Oye! ¿No crees tú...? No, no puede ser. Pero voy a decírtelo, de todos modos. ¿No sería posible que el amor fuera, en el fondo, la ausencia de toda embriaguez? ¿La cesación de todo aturdimiento? Y los hombres son ebrios, se aturden de tan ebrios que son. ¿No lo crees? ¿Te parece raro que me exprese al revés de lo que siempre se ha dicho y se sigue diciendo? Que amar es embriagarse... ¿No será justamente lo contrario y por eso los hombres no quieren querer ni que se les quiera? Nada hay que un ebrio tema tanto como ver claro, como ver de pronto las cosas tal cual son.

“El amor es sentir puramente, es, por lo tanto, ver claro. Es, por lo tanto, un llamado al orden demasiado fuerte.

“Sus goces son de una suavidad tan lisa que hay que transformar el cuerpo entero para hacerlo sensible a ellos. Y en esta afinación la mente tiene que estar transparente como un cristal.

“Pero algún error mío ha de haber en esto pues, si no lo hubiera, mi propia vida sería diferente.

“Tal vez obro mal al querer que mi amor se reciba. Tal vez la verdadera esencia del amor sea no ser recibido y, a pesar de ello, existir, subsistir.

“Claro, claro está: yo obro mal, erradamente. Son ellos, son ellas también, quienes me muestran la verdad.

Prácticamente aquí terminó ésta mi primera entrevista matinal. ¿Qué más decirle o preguntarle? No me atreví a pronunciar el nombre de Isidra Curepto. Además avanzaba hacia nosotros Rosendo. Nos encontramos y, después de algunas filigranas de idas y venidas, Teodoro desapareció y Rosendo y yo quedamos solos en el corredor lateral. Empecé diciéndole:

—Ésta es la mañana de las entrevistas. Cancelado ya nuestro amigo Yumbel. Al menos por ahora pues espero de él, como de todos vosotros, algo más que palabras y conceptos. Quiero ver a mis biografiados en plenas biografías actuantes. Espero mucho de ti. ¿Qué me dices?

—Te digo palabras y conceptos. No hay más que decir aquí. Pues aquí no sucede nada, esto es negación de vida actuante. Esto es un refugio, ¿entiendes?, refugio para no vivientes, es un simple experimento que hace el único ser vivo que hay aquí, el capitán Angol. El capitán tenía algunos días huecos y los ha llenado trayendo soñadores y lucubrades, como ellos mismos se llaman, y se entretiene viéndolos desorientados y a empellones unos con otros ante las puntas de vida que les pone por delante. Y es claro, porque no deja de tener gracia —para unos cuantos días, no más —alternar con hombres que, en vez de ser vivos, parecen *pensados*. Todos, tipos pensados. ¿No habría sido mejor invitar al que los piensa? A lo mejor es el capitán el que piensa. Pero ellos, estoy seguro, se creen superiores a él. Tal vez el Longotoma se escape un poco y tal vez un poco también Valdepinos. Pero éste tiene miedo; se acerca a todo y no entra en ninguna parte; se trepa a un pilar. ¡Un tipejo, nada más! Y el Longotoma, claro que es simpático y sabe más de lo que se cree. Pero es payaso. No agarra, rueda. En el fondo los payasos son hombres a medias. La Tomasa... ¡No me digas! Hay que ser... ¡La Tomasa! Porque no es capaz de otra cosa, tu Desiderio. Entonces quiere hacer el gran gallo como haciendo algo que a nadie se le habría ocurrido. ¡Tipejos, Onofre, nada más! A mí me aburren soberanamente. Curihue... Si no fuera por...

—Ya lo sé —interrumpí.

—Es claro. Jacqueline es una de las mujeres más estupendas que he conocido.

Me quedé de una pieza. Insinué:

—Isidra... Yo la encuentro también estupenda.

—¡Claro! Tú ya estás contaminado. ¿Isidra? ¡Intelectualoída! Por eso te atrae. Isidra está pensada, Onofre, pero no es mujer, mujer, mujer. ¿Entiendes? Y cuando se la hace mujer... ¡lucubra, la infeliz! Estas gentes quieren tenerlo todo en la cabeza. ¿Y el sexo? Lo disfrazan en la cabeza. ¡Y tan satisfechas! Hasta que pasa Jacqueline. Entonces husmean y hierven de rabia. Porque sienten, las Isidras, que ellas de don Teodoro Yumbel no pasarán. ¿Yumbel? Caricatura de hombre, no más.

—Yumbel es un espléndido muchacho y sufre mucho.

—¿Para qué? ¿Para qué sufre? Para aumentar su propia necedad, no más. ¿Quieres sufrir tú también? Nada más fácil. Oye: hoy, a la hora del almuerzo —y si estás con gran apetito, tanto mejor—, en vez de entrar en el comedor quédate parado en el umbral, huele, respira los guisos pero no comas. Sufrirás. Y penetrarás en la muy profunda psicología de

tu amigo-personaje. Esto es todo y es inútil buscar más lejos. ¿Realmente lo encuentras interesante? Yo lo encuentro estúpido y nada más. Oye, y para poder probarte cuanto digo sobre Teodoro: yo –que, después de todo, no estoy tampoco tan de a pie en las máquinas intelectualizantes de estas gentes– he hecho aquí algunas investigaciones psicológicas, a tu manera, y para divertirme, a la manera del capitán. Antenoche entrevisté, como tú dices, al Yumbel. ¡Lo menos que podía yo hacer! ¿Verdad? Pues bien, me dijo que estaba satisfecho, satisfechísimo de estos días curihueños porque le habían dado inspiración para una especie de cuento o poema o no sé qué. ¡Muy natural! En esto debe haber influencias de vuestro chino Fa. Con la formidable tomadura de pelo que el chino y el capitán nos hicieron la otra noche, muy natural que un débil de espíritu se haya lanzado por las tierras literarias. Porque supongo que tú, Onofre, no has tomado en serio lo de *Blenda y Feldespato*, ¿verdad? ¿O me vas a decir que también es algo interesante? Es, Onofre –y aunque yo no sea crítico, a Dios gracias –lo que no sé quién llamaba “tortícolis literaria”. Tal cual. La eterna historia: no viven, entonces lucubran, lucubrean, torticolean. ¿Sí o no?

–Piensas como el crítico Ascanio Viluco.

–No. Sencillamente, no. Pienso lo contrario. Tu Viluco es del mismo clan. Ahora que encuentra malo lo que vosotros encontráis bueno y vosotros encontráis bueno lo que él, y su tribu, encuentran malo. Nada más. Pero todos juntos encuentran que es bueno, óptimo, literatear, lucubrar y demás. En esto, todos iguales. Una sola tribu. La diferencia con la mía, con la nuestra, que llamaría el pueblo todo, es que nosotros exclamamos: “¡No más literatura sino hombres que vivan!” y que sufran, si tú quieres. Pero que sufran ellos. No que hagan sufrir a seres inexistentes. Cero, pues, por Viluco y vamos a Yumbel, vamos a mi entrevista, como tú dices:

“Satisfacción, pues, por los días curihueños. Me gustaría saber –así, al pasar– si no cambiaría gustoso esa satisfacción por la que habría podido darle doña Isidra en persona. En fin, sigamos: una obra literaria. Escucha el título y no te caigas al escucharlo: *Vermicelle y Tombouctou*.

“¿Qué tal?”

“Está todavía en su cabeza, madurando. Me explicó el tema. Escucha:

“Dice Teodoro Yumbel que érase una vez un conglomerado de carnes, huesos, nervios, músculos, venas, tendones y qué sé yo que existían armónicamente unidos pero siendo absolutamente neutros. ¿Entiendes? Una neutralidad total. Supongo que con esto querrá decir una total falta de personalidad. Bien, este conglomerado es femenino y se llama Pespina. Por otro lado vive Vermicelle (que pronuncia en francés: Vermicel). Vive éste en unas cumbres inalcanzables de montañas nevadas y con sol. Y por otro lado más vive Tombouctou (que también pronuncia en francés: Tombuctú). Éste vive en una caverna negra y fétida y llena de alacranes (insistió mucho en esto de los alacranes). Ambos, Vermicelle y Tombouctou, el uno desde arriba y el otro desde abajo, desean ardientemente circular en el mundo de los humanos. Parece que son seres espirituales –el uno de una materia divina, el otro de una diabólica –que no tienen los necesarios atributos corporales. Ambos –que nada tienen de tontos– se fijan en Pespina, mejor dicho, en lo neutro de esta dama, en su pasividad y, seguramente, en su aburrimiento. Y se dicen que ella es el ser indicado para encarnarse dentro de él y circular. ¡A la obra pues! Entonces aquí van a venir unas páginas sublimes tratando del recibimiento que la buena de Pespina da a sus dos tan extraños visitantes, recibimiento que, en resumen, es bastante satisfactorio porque –esto lo pienso yo– la sacan de su mortal aburrimiento debido a su natural neutralidad. Bien,

Vermicelle y Tombouctou, como es lógico, se pelean: no hay más que un cuerpo encarnable y ellos son dos. Pero luego, mostrando un buen sentido del que a menudo carecemos nosotros, logran ponerse de acuerdo y resuelven hacer una encarnación alternada. Y empiezan así los tres a vivir. Aquí deben venir otras páginas sublimes: la gente, el mundo, el mundo idiota frente a Pespina. Nadie entiende nada. Pues la ven ora bajo la influencia del divino Vermicelle, ora del diabólico Tombouctou. Y es, por cierto, la dama un algo inexplicable (para esos idiotas, se entiende). Es ella el evangelio mismo, es toda dulzura y cordura, derrama el bien por donde pasa; al día siguiente es el satanismo mismo, malévola, inquietante y vampiresa, derramando hiel y dinamita. La gente —es decir parientes, familiares y aun conocidos de Pespina— empieza a enloquecer. Pues, según nuestro autor, la locura proviene de enfrentarse ante algo que no se comprende, que no se explica. Pero sigue muy bien. Se ha habituado a llevar en la mano, día por medio, una cruz; día por medio, una fusta. Pero... ¡Ah! Hay más peros. Pero hete ahí que nuestra Pespina empieza, a su vez, a enloquecer. ¿Por qué? —preguntarás tú. Porque los dos varones se están poniendo celosos. Parece que cada cual —y según su correspondiente idiosincrasia— encuentra que este convivir en carnes, huesos, tendones y demás de la bella es mucho mejor que las nevadas cumbres al sol y que las cavernas negras con alacranes. Y cada cual quiere aventar al otro. ¿Qué hacen para ello? No se atacan, los muy cobardes, directamente sino que calumnian al rival en los neutros oídos de la ahora bien amada. De modo que lo que al fin a la chica le ocurre cada mañana, al despertar, —¡ese terrible “día siguiente”!— es que se arrepiente del día anterior, de lo que dijo e hizo y pensó y sintió. Y esto, todos, todos los días. Enloquece. Entonces...

“Bueno, Onofre, hasta ahí sé yo. Cuando el tema del poema o cuento iba a seguir, ya cerca de la madrugada, un grito, dos gritos, dos bramidos nos interrumpieron. Reconocimos a doña Nora de Bizerta y Ofqui y a nuestro inmenso capitán. Yo, sin poder contenerme, me eché a reír frenéticamente. Nuestro poeta desapareció, creo que bajo tierra.

“¡Tonterías, amigo, estupideces! Hasta lamentable porque ni siquiera había aquí una farsa o burla o tomadura de pelo como con tu chino. El pobre hombre hablaba en serio... ¡Lamentable cosa buena para pederastas asustados!

“Bueno, bueno, bueno, acepto que esté yo en un error. Aceptado. El tal poema va a ser colosal. ¿Y qué? Tomemos la cosa por sus dos lados: el poema mismo y el autor. ¿Qué? El poema mismo: colosal como, si quieres, colosal también el drama de la otra noche. ¿Y qué? Hacer pasar un rato a lector y espectador. De acuerdo. Se pasó un rato. ¿Y? También se lo pasa jugando a los dados o en un match de boxeo. ¿O no? ¡Ah! Es que los Feldespatos y Vermicelles y Tombouctous y las Pespinas y las Blendas y Esparadrapas representan tipos humanos... (Desde luego los jugadores y boxeadores también los representan). Bien, ¿Y para qué *representar* si los tipos humanos están ahí, por todas partes, en la vida? ¿Para qué yo me voy a representar a Onofre Borneo y tú a Rosendo Paine si aquí estamos presentes y podemos conversar? ¿Por qué tú eres más tipo humano en un escenario o en letras de molde que ahí sentado donde estás? Yo, al menos, me sentiría mucho más tipo humano teniendo entre los brazos a esa maravillosa Jacqueline que imitado en mamarracho por otro tras un telón. ¡Estupideces, amigo! Tomemos ahora al autor: colosal ya que su obra es colosal. ¿Y qué? ¿Adónde llega el autor? Pongamos lo más alto. ¿Qué? Bien, felicitaciones, premios, distinciones y dinero si se puede. ¿Y? ¿Por qué en él todo esto va a ser mayor que en un diputado? ¿Por qué? ¿O que en un millonario? ¡Contesta, si puedes, contesta! ¿Y si te pregunto por un sabio? ¡Qué quieres que te diga! Añagazas, artimañas... ¡Ah, olvi-

daba un dato delicioso! Le pregunté por qué había bautizado con tales nombres a sus dos héroes: Vermicelle y Tombouctou. Me contestó que no los había bautizado él, que esos nombres habían venido solos, de repente, y se habían bautizado a sí mismos... Yo no sé si el chino Fa o Ascanio Viluco va a encontrar este hecho estupendo, pero sí sé que uno de los dos tiene que encontrarlo estupendo.

¡Nada! Ya me tiene bastante aburrido esta reunión de intelectuales. No Curihue, no. Aquí, después de todo, se pasa bien y se puede pasar mejor. ¿Crearás que, fuera de lo que estás pensando, me entretengo hartito y veo muchas cosas? Y cosas vivas; no cosas pasadas por cabeza alguna. A ti no se te habría ocurrido nunca ir aquí a los corrales porque prefieres las biografías de los proyectos de hombres a las de vacunos y caballares. Yo quisiera saber cuáles son más verdaderas. Fui no sé qué mañana a los corrales: unas 60 ó 70 vacas y, los conté, 5 toros. Inmediatamente algo me llamó la atención: los 5 toros estaban reunidos. No tardé en comprender: estaban reunidos junto a una sola vaca, ¿oyes?, una sola. Montó uno, luego otro, luego todos y volvió la cosa a empezar. Me informé. Un hombrecito me dijo que esa vaca era "mañosa"; fue la palabra que empleó; y que, como tal, "siempre andaba en calor". No hace falta ser muy agudo para comprender a los toros. Las demás vacas no recibían ni una mirada. El hombrecito en cuestión me dio luego unas explicaciones medio técnicas que llegaban al resultado de que a esa vaca la iban a matar ese mismo día pues de lo contrario las otras no serían cubiertas y los toros se agotarían, etc. ¡Pobre vaca! ¡Condenada a muerte! Mejor poema este de los corrales que el de nuestro santo Teodoro. Al menos si yo volviera a garabatear palabras —porque las he garabateado— sin vacilar preferiría, sobre las Pespinas y amantes, estos 5 fuertes toros con su única querida, la vaca prostituta. Porque esto es verdad, Onofre, ¡hasta en las vacas hay prostitutas! Es así, es así.

Bien, aquí yo debo hacer una confesión que está a mi favor: tengo, para esta clase de entrevistas, una memoria asombrosa; además conozco al dedillo la taquigrafía, y esto desde mi más tierna infancia; y, en fin, tengo, de mi invención personal, un método para taquigrafiar en presencia de mis entrevistados sin que ellos se den cuenta, creyendo que soy todo oídos y que mis manos están desocupadas. Por consiguiente, si hago uso de estos conocimientos y recurro a mi memoria, puedo dar toda clase de garantías de fidelidad de las palabras transcritas. Mas debo confesar también que, por lo general, olvido tantas precauciones —ya se habrá notado en el curso de estas páginas— y escribo luego sobre una memoria algo debilitada aunque siempre precisa. Lo malo de estas memorias debilitadas es que los intersticios son llenados con cosas de la propia cosecha. No importa. Es, de todos modos, una cosecha de la siembra hecha por el personaje que se ha colocado uno al frente. Por lo que respecta a mi joven amigo Rosendo Paine puedo decir: Hasta aquí, hasta "es así, es así", todo está trasladado al papel con mi memoria asombrosa, mi taquigrafía y mi sistema, es decir, que las palabras leídas son exactamente las suyas en esa mañana del Día Seis. Lo mismo he de decir sobre mi primera entrevista, la de Teodoro Yumbel. Pero a partir de aquí la cosa cambia. Cambia en la exactitud absoluta mas de ningún modo en el contenido. El contenido es fiel; puedo afirmarlo. Ahora bien: vacilaron memoria, taquigrafía y método porque mi mente se turbó. Mi mente se turbó al oír, de boca de alguien a quien tanto quiero y, por muchos motivos, estimo, una tal aberración como es la de decir aquello de las "vacas prostitutas".

¿Hay alguien que todavía ignore que la prostitución es un medio, como cualquier otro, para poder comer? ¿Puede creer mi amigo Rosendo que aquella vaca se entregaba

así a los toros con el objeto de obtener mejores pastos? No, esto no es posible. Entonces ¿quería decir que esa vaca era una hembra de mentalidad viciosa y lujuriosa? Tampoco es posible. ¿Podría ignorar que aquí se trataba de un hecho únicamente biológico, de un mal, de una enfermedad? No lo podía. Esto lo sabía hasta el hombrecito que a la vaca llamó "mañosa". ¿Entonces? Su rostro, la expresión de su rostro me informó: Rosendo decía una cosa para decir otra muy diferente y no decía directamente ésta porque ésta se encontraba demasiado adentro de su cabeza. Es decir, Rosendo hacía aquí lo que, después de todo, todos hacemos cuando tocamos esas regiones oscuras y queremos echar sobre ellas un poco de luz. Como digo, esto lo supe por la expresión de su rostro. Rosendo, hasta llegar a la vaca, había hablado lleno de fácil indiferencia, apenas con un desdén bien aderezado; su rostro había sido el de siempre, lleno de claridad. Cuando llegó a su vaca, cambió. Es curioso que una vaca, aunque simule prostitución, cambie a un hombre tan hombre como mi amigo. Pero en Curihue suceden estas cosas y muchas más. Vamos a los hechos:

Vamos con el rostro: Primeramente noté de inmediato que en su espíritu se desencadenaba una tempestad, tempestad informe y vacilante, si se quiere, pero tempestad. ¿Cómo lo noté? No lo sé. Sólo después—cuestión de segundos, no más— hice observaciones sobre el rostro mismo, prometiéndome anotar lo que sigue: "furia-sonriente; tragedia-alegre; desesperación-halago de sí mismo; rencor inmenso sin ubicación precisa-gran amor sin hallar colocación". Todos estos contrarios reflejaban sus facciones. Sobre este fondo, en este ambiente de opuestos el hombre hablaba. Hago ahora un meritorio esfuerzo para repetir sus palabras, su contenido, sin llenar los intersticios producidos por el abandono de taquigrafía y método con aportes míos:

La vaca prostituta era para él algo trágico, espantosamente trágico, ante lo cual palidecían las más infaustas páginas de Sófocles y Shakespeare, las más sombrías páginas dostoyevskianas. Era, por lo tanto, increíble, imperdonable, inaudito, atroz que los hombres no enfrentaran tal tragedia, que la esquivaran, que simularan ignorarla, que cobardemente la pasaran por alto. Los hombres, sobre todo los de letras—que lógicamente debían ser los encargados de enfrentar—, eran una ruin manada de hipócritas, de muñecos empolvados de salón que dejaban abandonado lo verdadero, lo terrible, el drama.

La vaca se fue a segundo término; la prostitución pasó a ser centro, un eje, una expresión de algo sencillamente feroz. Y no sé cómo—lo ignoro totalmente— sentí, vi que así Rosendo lo quería, así quería que fuese la cosa, que su más apremiante deseo era que en esto no hubiese duda ni error posible. Así quería, sí. Pero yo no pude impedirme una pregunta—muda, por supuesto; no la formulé—: "¿Así lo quiere él o se le quiere?". Como con las patas del puma, como con las alas de las gallinas...

La vaca se fue, la prostitución despertó en él recuerdos dramáticos a digna altura:

Me habló de los borrachos, de los verdaderos, no de los empolvados que ríen, de los que sufren y lloran y claman y se arrastran cual reptiles por ignoradas tabernas y vomitan y maldicen y en cada vómito y maldición hacen brillar una verdad rebelde, una luz que arranca máscaras, una inconformidad justa, rabiosa, grande, noble. ¡Estos eran hombres! Me dio mil detalles y me contó casos. Todavía estoy sorprendido—y aumenta mi sorpresa al mirar la punta de mi lápiz— al verificar la cantidad enorme de cosas que se pueden expresar en poco rato cuando un hombre habla. No tengo tiempo ni papel suficiente para escribirlas. Pero quiero contar lo del ciego de una ciudad del Norte:

Era una noche oscura y, en esta noche, una juerga descomunal. Todos borrachos, como hombres, como hombres que sufren en el Norte, en la pampa, en los villorrios y

prostíbulos del Norte, con salitre, con rebeldía y voces de trueno. Van por las calles oscuras entre faroles que no alumbran. Viene otro grupo de juerguistas o el mismo grupo se divide en dos. No se sabe, no se supo. Pero de pronto todos supieron que había que pelear, porque hay momentos en que se debe pelear. Además se abre una puerta con luz y sale gente. Esto obliga a pelear, yo no sé por qué pero es así cuando una puerta se abre con luz donde se ignoraba que hubiese una puerta. Se pelea, golpes van, golpes vienen. Rosendo cae, se levanta y acomete. Pega y pega a un hombre, a un bulto. De pronto oye que el bulto implora: "¡Piedad, señor, yo soy un ciego!". Era verdad, después se supo, era el pobre ciego que todo el mundo conocía... Ésa era vida, terrible vida, de hombres, en las soledades salitreras de allá, de hombres que despiertan su feroz hombría y claman y aúllan. Y al día siguiente lloran arrepentidos como él lloró pensando en el desdichado ciego abofeteado, pero lloró sin culpa propia porque abofeteó y pateó porque es así la vida, porque es así, es así.

Y Rosendo ahora, en Curihue, volvía a sufrir y sentíase héroe, grande, inmenso, superior a los empolvados de salón, de cenáculos, de Bóvedas...

¿Bóveda? Bóveda es sinónimo de guarida; guarida lo es de miedo; miedo, de putrefacción. No hay más ni nunca ha habido más. Sabía Rosendo —como se sabe todo al filtrarse por entre filtros inexistentes— que nadie había que no supiera pactos; que esto hacía sonreír; que las sonrisas son de mofa o de aprobación; que la aprobación era para él y la mofa para Lorenzo. Todo esto lo sabía. Y sabía además, por filtraciones, que él —decían— había pactado por coquetería literaria, como para barnizarse a su vez con buen barniz. ¡Nada! ¡Jamás! ¿No son acaso los hombres de lucha, los que acometen viviendo, los legítimos dueños de todo el stock mundial de barnices? ¿Iban ellos a mendigar a los que vivían untándose con el reflejo de sus restos? Por lo demás ¿es la vida barniz? La vida es vida. Y los que no tienen vida piden barniz para pintarrapear lo que oyen de la vida. Entonces ¿el pacto? En primer lugar: ¿por qué no? En segundo lugar: ¿por qué no tratar de poner las cosas en orden? ¿Cómo? Pues enfrentando dos modos diferentes de caminar por este mundo hasta que el otro, el embovedado, despierte y pida compañía y consejos y ayuda. Bien, por el momento él iba a sacar frasquitos de barniz de esta vida y los iba a llevar a la Bóveda para que el otro pasara sus pinceles sobre sus lucubraciones de masturbador. Después... ¡¡¡reiremos de buena gana! Cada intelectual debería firmar un pacto como Lorenzo y él. Medida higiénica sin par. Al cabo de poco tiempo tendríamos el magnífico espectáculo de ver asomarse asustada, de cada guarida, de cada cueva, una cabeza pálida pestañeando. Al cabo de otro poco de tiempo veríamos bajar a esos subterráneos abandonados a otro grupo de hombres, de verdaderos hombres, deseosos de comunicar a los demás sus experiencias vividas, ¡eso es! experiencias vividas y nada más.

Porque la vida es de los machos, ¡de los machos! Jamás ha sido de los eunucos; menos aún de sus imitadores. Si es de los machos tiene que existir la hembra. Siempre la hembra. La mujer. El sexo. Aquí está la base de todo. Quien no parta de esta base parte en falso o no es hombre. Esto es lógico, lógico, claro como el agua. Hay que multiplicarse y subsistir. Todo es para esto. Lo restante..., añadiduras. En la base, pues, la mujer. El sexo. ¿Máquinas reproductoras, entonces, todos nosotros los humanos? No. Jamás. Porque no sólo hay que reproducirse sino también subsistir. Y subsistir es crecer, aumentar, aumentarlo todo. Dígase "progresar", si se quiere. A fuerza de querer subsistir se progresa. Los animales se reproducen, nada más. Si subsisten es porque subsisten, nada más. No somos máquinas reproductoras o, si se quiere, lo somos pero máquinas pensantes. Máquinas que tienen

conciencia de la inmensidad que es para ellas reproducirse. Inmensidad, ¡eso es! No se concibe una inmensidad que no lo abarque todo, que deje cosas de lado. El sexo, pues, inmensidad que todo lo abarca. En el sexo cabe todo, está todo. Desde el acto simple de reproducción del pobre hombre mediocre hasta el gran acto consciente de su grandeza de inmensidad abarcadora del hombre superior. Del hombre que, al ejecutarlo, al poseer, siente todos los abismos de la Tierra, todos los astros del cielo. El formidable, más que formidable coito. Y trágico. Porque todo lo formidablemente inmenso es trágico. Pero no hay que olvidar que los únicos goces inmensos y abarcadores nacen, por lógica, de la tragedia. La comedia hace reír. La tragedia, vibrar, estremecerse, salir de este mundo. Cualquier salida por otra vía no es salida por la puerta principal. Salida, saliditas de servicio, puertecillas falsas. El sexo, la mujer, la gran salida, el vuelo, el avión inconcebible en su grandeza. La mujer, el sexo..., el único verdadero y lícito estupefactivo. ¿Acohol, opio, hachís? ¡Tonterías! Bueno para los que no alcanzan al verdadero. ¡No hay más!

Rosendo ahora sonríe para adentro, por dentro se inunda de sonrisa. Su sonrisa a mí sólo me salpica. Pasa por nuestro corredor lateral una calma dulce. No aprovecho taquígrafa ni método porque pasa también la vaca prostituta. Sigue Rosendo con que hay que hacer del sexo un estupefactivo lo cual es algo inenarrable a pesar de que le revienta la palabra "estupefactivo". Por esto prefiere un galicismo: "estupefiante". Hacer del sexo un estupefiante... No una función. Una salida, un vuelo, otros acordes... Pero de esto es inútil hablar, inútil explicar. O se lleva dentro desde siempre o se queda uno para siempre sin ello. Se nace músico o no; se nace matemático o no. Desde cierto ángulo hay música en todas partes; desde cierto otro ángulo todo es matemática. Desde el mayor de los ángulos, desde el ángulo perfecto, el recto, el sexo es base y total. Fundamento e irradiación. Todos saben lo del fundamento pero pocos saben lo que significa irradiar. ¿Se piensa en un paraíso artificial? No. Paraíso verdadero.

Paraíso verdadero y único y lícito. El paraíso existe, no es un mito. Adán y Eva existieron y crearon la primera leyenda sagrada porque todo redundó en un coito. Desde este coito empezó el mundo a caminar. Sin él, ahí estarían ambos todavía sin hacer nada y nada habría sucedido. Existiría sólo un sueño vaporoso y turbio, sin hechos ni cosas. El que piensan reinstalar los embovedados. Los suplantadores, los que quieren suplantar el paraíso único y lícito con sus propios inventos, con agregados externos, sea alcohol, sea opio o hachís o lo que sea, o libros o bellas artes o cuentos o cavilaciones o lo que sea, o viajes o aventuras o deportes, pero sin ellos mismos, sin comprometerse. Sin comprometer al sexo, sin emplearlo. Hombres al revés pues se alejan de lo lícito y recurren a lo ilícito. Paraíso lícito porque está hecho con nuestros cuerpos, a no ser que sea ilícito tener cuerpo. Todo lo demás es echar cosas al cuerpo, valerse de extraños, es mendigar. Los cuerpos solos bastándose a ellos mismos. Único verdadero microcosmos que crece hasta macrocosmos. Mi cuerpo y el de ella. Nada más. ¡Sí! Algo más, algo más pero que es de nosotros también, que tiene su asiento en nuestro cuerpo: tener conciencia de esto, saberlo, subrayarlo, hacerlo centro antes, durante y después de la unión de los cuerpos. No es mucho pedir: ser hombres conscientes. Mi cuerpo, su cuerpo. Nada más. Única cosa, ¡única!, que puede hacerse solamente entre dos. Único placer que no necesita de terceros, que se basta a sí mismo, es decir, completo, perfecto. Ahí están juntos hombre y mujer. ¿Qué pueden hacer por ellos mismos, sin recurrir a ningún tercero? ¿Qué? Únicamente unirse entre ellos. Cualquier otro placer que quieran obtener juntos necesita un agregado. Van juntos a un espectáculo: ellos y el espectáculo; leen juntos: ellos y la lectura; comen juntos: ellos

y la comida; viajan juntos: ellos y el viaje. Es terrible la necesidad que tenemos de mendigar. Es terrible la soledad que nos rodea. Soledad que es no poder hacer nada solos. Siempre pidiendo presencias. ¡No! Queda el amor, el acto del amor. No necesita de ningún tercero. Es solo y en sí mismo. En él principia y termina el universo. Todo lo restante puede desaparecer. ¿Qué pedir de agregado? El pene y la vulva están unidos. El pene soy yo; la vulva es ella. No se ha pedido nada. Se es el total absoluto. El paraíso existió pero Adán y Eva fueron unos imbéciles. De esto vienen nuestras desdichas; no del pecado original. Vienen de la manzana. Porque compartieron una manzana. Tuvieron un tercero. La cosa debió haber sido sin manzana. Ellos dos solos. Y entonces no habría habido miserias en este mundo. El, Rosendo, corrige el mito sagrado suprimiendo la manzana. Esta corrección no había pasado por la mente de ningún literato, de ningún intelectual, de ningún embovedado. ¿Entonces? ¿Qué alegan en favor de ellos? ¡Patrañas! Es que no saben poseer, no saben lo que es y significa poseer. Creen los embovedados que el coito fue un accidente para darlos a luz a ellos, los superiores, los grandiosos. Los demás, los no embovedados, creen que es una necesidad biológica, un deber biológico, como lo es comer, beber y dormir y lo que sigue. Poseen sin imaginación e imaginación es ver claro, es ver la verdad que se oculta a los ojos de los necios. Esto se lo había asegurado Florencio Naltagua. Y Naltagua sabe mucho, ¡vaya si sabe! Si no se preocupa de amor es porque ya pasó, ya canceló esa etapa; no es que se halle ante ella temeroso de avanzar y engañando el temor con fuegos de artificio. Y él, Rosendo, comprueba su superioridad sobre las Bóvedas en que no es un presuntuoso; la vanidad no anida en él. Reconoce sus debilidades y limitaciones. Prueba de ello es que se reconoce inferior a Naltagua, hombre que camina por caminos tan diferentes a los suyos. Prueba de ello es que aceptó su crítica, su franca desaprobación cuando le habló del sexo. Es que Naltagua desaprobó desde otro plano, un plano más alto, y si se hace una escala de planos, el de él, Rosendo, queda siempre encima del de los intelectuales y demás. Pero ya hablaremos de esto. Ahora lo que quiere decirme es que la posesión de una mujer es trágica y enorme. Trágica por ser enorme; enorme por ser trágica. Porque al poseerla a ella, la mujer, se posee también lo que hay detrás de ella, lo que ella significa en su más honda subconsciencia, lo que ella expresa, sin saberlo, como ser humano y total. Y esta expresión no puede explicarse con palabras. Se es músico o matemático o no se es. Lo que más se aproxima sería decir que se posee a una mujer como si el mundo entero, el universo entero fuera únicamente ella, como si ella fuera, en un momento dado y para un ser de otra estrella, la única resonancia de nuestra existencia aquí en la Tierra, con su Sol y Luna y los planetas. Y esta resonancia, hecha a nuestra medida, condensada, pero completa desde su punto de vista. Como es completa la música aunque haya millones de cosas más; como lo son las matemáticas. Así es que cada mujer es diferente, es absolutamente diferente a las otras, siendo cada una una revelación completa, total. Pocos sienten esto; menos aún lo saben. Tuvo Rosendo un amigo que lo sentía y sabía, un ruso, mejor dicho, un lituano, de Kaunas. En Berlín, cierta vez, vio a una mujer y no pudo abordarla. Era la mujer perfecta para él, la que más tenía tras ella, la que más podía entregar al entregarse, la que ahorraría cien coitos de búsquedas, la mujer universo. Y no pudo abordarla; desapareció. Casi un mes con su imagen. Un día entra el lituano en un café inmenso, como los hay en Berlín. La puerta queda en un extremo y él se sienta en el otro extremo, junto a un ventanal que da sobre la calle. Para salir, pues, no menos de 40 metros con mesas y bebedores. De pronto, por la calle atestada de gente, pasa esa mujer alejándose de la puerta. Llamar al camarero, pagar y salir por donde se debe... la mujer se

perdería nuevamente y Berlín es muy grande. No hay más: protegiéndose con antebrazos y sombrero cruza el ventanal, con estrépito, con escándalo, vidrios rotos y heridas. Cárcel y multas. Pero pudo ampliar su conocimiento del universo. Ése era un hombre más allá de toda posibilidad de Bóveda. ¿Por qué? ¿Por qué tanta fuerza para tanta audacia? Porque sabía a lo que iba y sabía lo que encontraría. En busca del placer aceptado y cotidiano no se pasa a través de un enorme cristal. Si hubiese sido en busca de este placer, cotidiano y aceptado, el lituano y la berlinesa habrían seguido juntos y se habrían ¡casado! No hubo tal: el lituano siguió viaje después; la berlinesa desapareció definitivamente. Porque ya se había entregado definitivamente también. Tenía que desaparecer. Se había entregado como la entrega deber ser, de modo tan hondo y trágico como el hombre que da su vida. Heroísmo, verdadero heroísmo debe haber. Si no, es función biológica, nada más. Heroísmo o miedo, pavor. O, mejor dicho, una sorpresa tal que se avecine al pavor. La sorpresa máxima es algo que deslinda con lo mayor que el hombre puede experimentar. Yél había visto y cogido esta sorpresa varias veces, sin ir más lejos aquí en Curihue, no ha mucho. (Ya lo suponía yo: Isidra Curepto; Rosendo no la nombró). Sin heroísmo o sin pavor es la prostitución, la prostitución sacrílega. O es tan insignificante como la vaca prostituta. Y por fin, ¿para qué seguir alegando? En una u otra parte, lejos o cerca, aflorando a la conciencia o sepultado en la subconsciencia, todos lo saben. Pero todos lo esquivan y lo remedan con símbolos de pacotilla. No tienen otro significado la galantería y la fineza. No tiene otro tampoco el baile. Sin el acento en el sexo, hombres y mujeres hablarían como amigos y las orquestas nocturnas callarían. Y en el alto comercio se venderían menos joyas; y en el mediano, menos flores; y en el pequeño, menos chocolates. No hay más ni nunca ha habido más. Es así, es así.

Quedaba por aclarar la desaprobación de Florencio Naltagua. Vi que sobre sexo y mujer Rosendo no hablaría más porque seguir habría sido o repetir o ahondar. Lo primero, bastante superfluo; lo segundo, imposible pues, como expliqué al mencionar por primera vez a la vaca "mañosa", aquí se hablaba, digamos, en clave. Había algo que descifrar, por cierto. Pero Rosendo no tenía la clave; y yo... yo puedo suponer y nada más. Tal vez anote aquí mis suposiciones pero, desde luego, las doy por lo que puedan valer. Yo no soy el doctor Pitrufrquén.

Sobre Naltagua fue Rosendo conciso y lo que dijo lo dijo con reconocimiento y hasta con admiración como si se tratara de una guía que le hubieran dado y que, aunque él no la siguiera, le pertenecía por el hecho de haberla oído y recibido. Me dijo, apresuradamente, lo siguiente:

—Cuando hablé mucho rato de este tema sexual con nuestro amigo Naltagua —mucho más rato que contigo— me escuchó en silencio y sólo de tarde en tarde me hizo alguna pregunta. Al terminar, y como conclusión, me dijo, sin más, que era yo un "decadente". Debo haber puesto tal cara de extrañeza que se apresuró a aclararme que decadente no era necesariamente morboso ni tampoco diabólico ni tampoco soñador exagerado. Decadente era, como la palabra lo indica, estar e insistir en estar en una época o modo que decae, es decir, que ya no lleva ninguna semilla para el futuro, época o modo que carecerá de significado por inútiles, condenados a desaparecer y que, por lo tanto, a nadie van a interesar. Exaltar el sexo es, y sobre todo será, consuelo, refugio para los quedados atrás, para los que no logran poner su fuerza y vitalidad al servicio de un fin de inmensa sociabilidad, de inmenso colectivismo razonable y sensible. Así me dijo pero mucho mejor dicho, naturalmente, con mejores palabras y mayor claridad. Recuerdo que me agregé

que lo mío equivale –en intención duradera– a gente que hoy se empeñara en restaurar tronos con reyes ungidos por Dios. Esto ya fue, fue de ayer. O a una secta iluminada que quisiera que la humanidad volviera a la vida selvática, olvidando sus conocimientos y experiencias, comiendo raíces silvestres y matando fieras. Pueden ser, los hombres de esta secta, machos integrales pero que, tarde o temprano, se aburrirán por la angustia que da la ausencia de objetivos razonables y sensibles. Se encontrarán ante la nada. Onofre, tiene que ser así si Naltagua lo afirma. ¿Y qué? Naltagua ve siglos; yo, años. Y estoy cierto de que para templar a esos hombres del futuro hacen falta hoy hombres que exageren su máximo de hombría. Sí, Onofre, hay que subrayar la decadencia hasta el escándalo, si quieres. Pero no dormirse ni menos cubrirse de ensoñaciones para no confesar que se está durmiendo.

Bien. Así ha de ser, aunque..., aunque...

Rosendo se alejó por el corredor... sin las palabras de Naltagua. Yo me quedé en el corredor... con las palabras de Naltagua. Y con un profundo vacío. Pues "tiene que ser así si Naltagua lo afirma". ¿Entonces yo? ¿Y todos estos papeles que escribo? Estuve a punto de tomar una resolución: romperlos renunciando a mi puesto de biógrafo. Mas por allá, por el fondo del jardín, pasó, saludándome, Desiderio Longotoma.

"Desiderio Longotoma es mi hombre –pensé. Partí tras él pero mi hombre ya se había escabullido. A buscarlo. Alrededor mío zumbaba un bicho: "Decadente". Había que espantarlo y, si fuese posible, matarlo. "El interés, lo viviente está en otra parte; todo esto es hacia atrás". ¿Matarlo o reconocerlo? Sea como sea, Desiderio Longotoma. Iba camino al otro extremo de las casas. Vamos allá.

Vamos por el sendero de las petunias por si da media vuelta hacia la piscina. Por entre las petunias avanza contoneándose, echando miradas curvas hacia ambos lados y de los ojos al suelo y del suelo hasta el cielo, Isidra Curepto. Al verme me hace un signo con la punta de las uñas de su diestra. Al cruzarnos alarga otra uña hacia las flores y, envolviéndose en lo que realmente es una sonrisa enigmática, me dice, mejor dicho, me entona esta palabra:

–Petunias...

Luego con los brazos hace un gesto entre circular y olímpico y pregunta –a mí por ser yo parte del universo:

–¿Comprende...?

Me inclino. Ella entonces con los ojos me protege y agrega:

–Claro. Porque es lo que es. ¡Qué interesante! ¿Ve usted, ve, ve? Tiene que ser así. Armonía. No puede ser de otro modo. ¿Ve, ve?

Y otra uña muestra a lo lejos: un zorzal canta. Queda un instante como tragando una música deliciosa. Luego vuelve a las petunias, luego a mí:

–Usted sí ha comprendido. Es eso, es el total. Pero no todos ven. Hay que dar, dar para que se enrielen y sigan. Aun dar de sí misma. No importa. ¡El resultado, el resultado! Abrir paso a la Cla-clarividencia. Y seguir.

Quiso seguir, dio un paso y, no sé si se enredó en algo o si sufrió un vahído, el caso es que Isidra cayó. Me precipité y la ayudé. Se levantó.

–No es nada –me dijo.

–¿Verdad? –pregunté.

–Nada, nada. Todo tiene que ser como es. ¿No comprende?

Y se alejó sonriente siempre, siempre contoneándose y cogiendo hojas y pétalos al pasar.

Pero en el momento de su caída yo había visto en sus ojos, en su mirada. Había durado aquello un medio segundo, un cuarto de segundo. Había sido suficiente.

Fue un desmentido, un terrible desmentido instantáneo a toda su sutil sabiduría, a su satisfacción propia, a su prepotencia satisfecha, a su clave del universo. Del fondo de su ser, como una fiera que aúlla, había implorado al caer. Habíase puesto al mismo nivel de todos los seres —fuertes o débiles, humildes o altaneros— que sufren, que se enfrentan con un paso más de la naturaleza sin consultar, ni a nosotros ni a nadie ni a nada. Sentí que algo, ante mi vista, se había trizado, luego quebrado y luego rodado por tierra con ruido de cristales hechos añicos. Una gran caparazón de vidrio, caparazón de defensa dentro de la cual la pobre Isidra se defendía, ahora se pulverizaba dejándola a merced de..., de... ¿De qué? De un dolor común tal vez. Dolor suspendido a ratos para dejar respirar. Pero que sigue, sigue, avanza, doblega, llama, recuerda. Quise correr tras ella y decirle que sí, que yo había comprendido —como ella decía—, que había comprendido que no era ella pedante ni suficiente ni segura ante sus espejos; que era débil como lo somos todos, que hacía bien en defender su debilidad, que le asistía para ello justo derecho, que era igual hacerlo con una armadura de cristal que atacando a las hembras y alzándose luego de pie sobre sus ombligos, o encerrándose bajo tierra poniendo meditaciones armadas en puertas y ventanas, o trepando como un mono por los pilares, o corriendo como una flecha redonda esparciendo risillas cristalinas mientras las manos se frotan, o como fuera, como fuera, o... como yo agarrándome a las defensas ajenas para con mis biografías hacer una *vade retro* frente a..., frente a... ¿Frente a qué? Y el bicho de Florencio Naltagua me zumbó una vez más:

—Decadente, decadencia... El interés, lo viviente está en otra parte; todo esto es hacia atrás...

Quise correr. Pero allá se alejaba Isidra Curepto, la permanente, de nuevo encaparazonada, laborando los últimos toques de su nueva caparazón con velocidad de arañita, untándolos, aglutinándolos con su propia sustancia, chupada por sí misma.

Y luego pensé que decirle que yo había visto, que había sorprendido, podía acarrearle mayor daño que beneficio. A tantas, tantas, tantas gentes hay que ocultarles, hasta el último instante, que son seres humanos.

Allí me quedé un rato, en el sitio mismo de su caída, olvidando a Longotoma y recordando a Yumbel:

“Yo veo como que la finalidad vendría a ser algo así como no querer despertar, no querer afrontar... .. Temen salir de la embriaguez. ...El amor es un llamado al orden demasiado fuerte. Sus goces son de una suavidad tan lisa que hay que transformar el cuerpo entero para hacerlo sensible a ellos...”.

¡Bravo Teodoro Yumbel! Por un momento sentí que esas palabras tuyas eran la mejor cosecha de mis días curihueños. Isidra, al caer y luego al fortificarse atrozmente, las había confirmado. Luego me invadió un decaimiento angustioso: la mejor cosecha... Y con una tan buena cosecha ¿qué hacer? ¿Cómo vivificarla? Sólo podía yo escribirla y, por cierto, con una pluma muy inferior a lo que acababa de sentir. En todo caso, ¡bravo Yumbel por tu contribución a mis biografías!

De pronto un clarín anunciando el mediodía me recordó a Desiderio Longotoma. Además, como he dicho, desapareció la nubecilla aquella, hubo ruidos, cánticos, luz y olor

a huevos. Me precipité al gran salón. Allí, bajo la ventanita románica y junto a la mesa en que jugaron a los dados Guido Guindos y el capitán, estaban Desiderio Longotoma y don Irineo Pidincó. Éste hablaba, explicaba, trataba de explicar; aquel aprobaba encantado, reía, felicitaba y palmoteaba.

—¡Acérquese, amigo Borneo! —me gritó Longotoma—. Esto es admirable y ¡ya lo decía yo! El garbanzo es el alimento número uno, por no decir número único. ¡Qué de virtudes, Dios mío! Hace bien nuestro anfitrión, muy bien.

—¿En qué hace bien? —pregunté sentándome junto a ellos.

—Que se lo explique aquí el caballero —dijo Longotoma.

—Pues bien —explicó don Irineo—, nuestro ilustre capitán ha resuelto, con la clara visión que lo caracteriza, dedicar todos los faldeos del poniente a la siembra del garbanzo, es decir, aumentarla a más del triple. Me atrevo a opinar, si no me contradicen ustedes, que es esto, en verdad, una magnífica idea.

—La magnífica idea es ésa —aseguró Longotoma— pero la supermagnífica idea es que le haya escogido a usted, señor Pidincó, para tal faena. Sabrá usted, Onofre, que la casita amarilla, a la entrada de la avenida de álamos, está ya ocupada por el amigo; gracias a ello podemos gozar tan a menudo de su presencia.

—¡Oh! Tanta amabilidad me confunde.

Y como, en mis planes matutinos, tenía en lista a Lonquimay, insinué:

—Y pensar que hay personas, como Baldomero, que dejan de lado los garbanzos para reemplazarlos por flores...

—¡Absurdo —exclamó Desiderio, atorándose de la risa—. ¡Absurdo y delicioso a la vez!

—Oh, mi señor don Desiderio —interrumpió don Irineo—, osaría manifestar que ello, siendo, por cierto, como usted tan bien lo ha dicho, absurdo y delicioso, osaría manifestar que es también algo trágico dentro de un oculto ritual.

—¿Cómo así? —preguntamos ambos.

Don Irineo Pidincó carraspeó varias veces, se embutió más en sí mismo, miró para todos lados con ojitos de ratón y dijo:

—Amigos, si es que me otorgan ustedes el honor de llamarlos “amigos”, amigos, hoy es el día 9 del tercer mes de año de 1927, y el día Seis del veraneo de ustedes aquí en el fundo de Curihue. Fechas, contabilidades de fechas, se pensará. Pero es el caso de que cada fecha trae para cada mortal un algo especial. Les ruego creerme pues esto no es cosa mía. Yo... En fin, lo he sabido por otros que saben. Hoy, por causas que yo mismo ignoro —no todo se me revela, tanta es mi insignificancia—, hoy yo debo participar parte del misterio que rodea a la vida de nuestro admirable y gran conocido y respetado señor, don Baldomero Lonquimay. ¿A quién, a quiénes? Al primero de los invitados que alegremente departiera conmigo, es decir, a usted, señor Longotoma; y al primero que nombrara a nuestro héroe, es decir, a usted, señor Borneo.

Desiderio dijo con solemne seriedad:

—Escuchamos y si es un secreto sabremos guardarlo.

—Por cierto —afirmé yo.

Don Irineo siguió:

—Me conmueven ustedes, amigos. Sí; es un secreto que hoy debe, para beneficio de su depositario, extenderse un poco, un poquito, un poquitín. ¿Por qué? Mi insignificancia me impide saberlo. Pero es así. Permítanme ustedes hablar sin mayores detalles. Yo cumplo una obligación que me honra y que, a la vez, me aplasta, dada mi pequeñez.

“Pues bien, sabido es que el señor don Baldomero Lonquimay es una tromba, una verdadera tromba en su potencia sin par. No debe juzgársele como un hombre teatral, ¡no! El es todo sinceridad y autenticidad.

—La tromba de las trombas —exclamó Desiderio—. Y tromba encendida por sus cabellos y sus barbas, y fuentes de huracanes que arrecian dentro de su capa española.

—Y dentro de su mente también —agregó don Irineo.

—Y dentro de su espíritu —agregó Desiderio.

—Y dentro de quienes lo frecuentan —creí justo agregar yo.

—Veo, amigos, que no hablo a sordos. ¡Qué honor es ello para mí! Permittedme, entonces, comunicar, bajo esta ventanita que nos recuerda vetustas épocas, que el señor Lonquimay desde joven, muy joven, vio grande y a lo grande se dirigió. Tal fue su ímpetu de dirección que..., ustedes permitirán, que fue oído. Así pues, un mediodía soleado, como éste, y en el campo, como aquí, se presentó ante él un hombre cuya sabiduría es inmensa. Hay quienes la llaman diabólica; hay quienes la llaman divina. Pero todos concuerdan en que es inmensa. Y yo añado —no por mí; por lo que se me ha revelado— que es además poderosa sin límites. Puedo dar a conocer el nombre de este hombre: es él... Tadeo Lagarto.

“Créanme, superiores amigos míos, que me estremezco al pronunciar este potente nombre. No ven ustedes mi estremecimiento porque es interior. Yo soy para adentro, con el permiso de ustedes. Para adentro o para afuera es justificado estremecerse pues Tadeo Lagarto pasa los límites de lo que podemos imaginar. No es esto, no, un menosprecio a la imaginación de ustedes; el buen Dios me libre de tal agravio injusto. Pero una cosa es imaginar y otra es encontrar, así cara a cara, al fruto mismo de la imaginación. Pues bien, esto, lo de cara a cara, fue lo que le aconteció al tan benemérito Baldomero Lonquimay.

—Encuentro de titanes en medio de una tromba apocalíptica —observó Longotoma.

—Exacto, mi señor. Pues bien, esa mañana y en aquel campo, se entabló, entre el titán y su maestro el suprasupertitán, el siguiente diálogo que sólo fue escuchado por un espíritu del más allá, que lo registró, y por un mudo gallinazo:

*T.L.* —¿Os consideraréis fuerte como para arremeter en contra de las ondas ocultas?

*B.L.* —Sí; pero anhelo mayor fuerza aún.

*T.L.* —¿Con qué fin?

*B.L.* —Con el fin de dar bonanza y hacer justicia.

*T.L.* —¿Os consideraréis, entonces, tan puro como para juzgar y, por ende, premiar y castigar?

*B.L.* —Sí.

*T.L.* —¿Estáis absolutamente seguro de vuestra pureza?

*B.L.* —Si ella no es, que este gallinazo que nos contempla cante.

(El gallinazo no cantó).

*T.L.* —¿Nunca malos deseos ni malas intenciones acuden a vos?

*B.L.* —Acuden, sí. Mas revolotean en torno mío y luego huyen atemorizadas ante sus contrarios, los ímpetus míos de amor y paz.

*T.L.* —Así lo registra vuestra conciencia, lo veo. Mas ¿podéis asegurar que conocéis hasta el último límite de ella, que no hay regiones que no alcanzáis a percibir y donde pueden anidarse deseos tanto más perversos cuanto más escondidos se hallen?

*B.L.* —No lo aseguro. Mas si en algún sitio se anidan, sólo aspiro a que se muestren para reducirlos a nada en feroz combate.

*T.L.* –Desconfiad de la soberbia.

*B.L.* –No cabe soberbia alguna puesto que estoy dispuesto a luchar.

*T.L.* –Si así es, os otorgo el poder de que vuestros más recónditos deseos se cumplan. Luchad, desde hoy en adelante, por el cumplimiento de los deseos cotidianos y de los anhelos visibles. Los recónditos se irán cumpliendo a vuestro paso.

“Y Tadeo Lagarto se alejó, el gallinazo emprendió el vuelo y el espíritu del más allá consignó este diálogo por lo que bien pudiese acontecer.

“¿Qué os parece, insignes amigos míos?

–¡Sorprendente! ¡Arrebatador! –exclamó Desiderio, frotándose ambas manos con velocidad inaudita.– Cuadro inimaginable aun para el mejor pincel del mejor pintor: Tadeus Lagartus, el espíritu del más allá, el gallinazo mudo y... ¡Baldomero Lonquimay! Veo el cuadro y su sola visión vale la venida a este Curihue aunque Curihue volara por los aires. ¡Adelante, mi gran señor don Irineo!

–Empieza aquí una trágica historia: el cumplimiento inmediato de los recónditos anhelos de un alma humana. Trágica historia, sí; sublime historia cuando el protagonista de ella es el más puro, el más noble de los humanos, es aquel que como finalidad podría indicarse para nosotros los míseros mortales. Pues si en él acaeció lo que acaeció... ¡qué no acaecería con nosotros, oh con nosotros que no creemos abrigar más que buenísimas intenciones...! Tiemblo sólo al pensarlo. Mi temblor no se ve. Ya lo he dicho, y ustedes perdonen, yo soy para adentro.

–¿Y qué aconteció? –pregunté.

–Las terroríficas selvas milenarias que abrigaron el nacimiento de la humanidad, con sus fieras antediluvianas, con sus tempestades atronadoras, y que parecían dormidas, canceladas, para toda la eternidad..., amigos míos, ¡arreciaron!

–¡Osorno! –dijo Longotoma.

–Y siguieron arreciando todas las concupiscencias que ha sufrido el hombre a lo largo de su largo desenvolvimiento, y a cada momento empezaron a manifestarse, a hacerse reales, efectivas, obedeciendo a la orden de Tadeo Lagarto..., que cada orden suya es un conjuro sin apelación, ¡oh, amigos!, sin apelación posible, conjuro avasallador que –¡oh, es esto lo que es horrible!–, que se filtraba piano, pianísimo en el muy noble Lonquimay sin que lo que nosotros llamamos voluntad participara en nada.

–¡Arrea! –dijo Longotoma.

–Pues el muy noble Lonquimay seguía envuelto en altos pensamientos y con indomable volición lanzaba el bien, la fortuna y la dicha hacia sus semejantes sin que aflorara ni un solo deseo egoísta. Pero es el caso de que así envuelto... ¡ay!, un prójimo se partía la crisma, otro se arruinaba, otro fenecía y una casa se incendiaba y una cosecha se perdía y un barco naufragaba y un terremoto sobrevenía y una mujer, una mujer, sin saber por qué, se desnudaba y una chica, una chica se entregaba...

–¡Calbuco! –dijo Longotoma.

–Era nuestro gran amigo el sembrador de catástrofes y lascivias. Y él no lo quería, no, no lo quería, mas fuerza le era reconocer que en sus últimos subestratos de su propio ser se guarecía la bestia inmundada, lado a lado con su innegable pureza. Entonces empezó a ver y comprender que el hombre era mucho, muchísimo más largo de lo que aparenta y cree, que el hombre, cada hombre no ha nacido el día en que ha nacido sino que ha nacido siempre llevando como estigma permanente cuantos males y bajezas hayan podido

ser concebidos desde su aparición en la Tierra. Entonces el muy noble Lonquimay empezó a enloquecer...

—¡Rediez! —dijo Longotoma.

—Acudió la ciencia médica. Acudieron el sabio doctor Hualañé y su discípulo el sabio doctor Pitrufrquén. Cruenta lucha. Estimable y preclara lucha. Es tanto el conocimiento de esos inigualables facultativos que, hasta donde el hombre de hoy y aun de mañana puede ir, no hay rincón secreto para ellos; y es tanta la abnegación que los nimba que aun a este minúsculo humano que yo soy lo han beneficiado con sus cuidados. ¡Imaginen, pues, cómo se derramarían ante el ilustre enfermo! Pero..., ¡oh, triste pero! No les es dado penetrar a las regiones del hombre de pasado mañana. Porque tal es la ley. No por carencia de penetración, no. Es porque esta región del pasado mañana no incumbe a la ciencia médica, es, como si dijéramos, otro oficio. Y Tadeo Lagarto hizo conjuros sobre este pasado mañana de la humanidad basándose en el ante ante ayer.

“El doctor Pitrufrquén arremetió y llegó al trasfondo de la subconsciencia de su noble paciente. ¿Qué encontró allí? Inmensas y sordas marejadas ululantes de tan vasta amplitud que ya, podría decirse, pertenecían, más que a su singular propietario, a la especie entera. Era la región de los arquetipos, de las totales posibilidades. ¡Sí! ¡Aquí está la cosa! Posibilidades. Pero no hechas realidades vivas. Lo latente pero no lo actuante. Queda otra región más lejana, amigos míos, en que lo latente es actuante, en que las posibilidades son realidades vivas. Créanlo, buenos compañeros; como prueba puedo asegurar que esto no lo sé por experiencia ni conocimientos propios sino porque espíritus de inefable bondad y sabiduría han tenido a bien participármelo. Estos espíritus me han dicho que así estamos constituidos, es decir... En fin, voy a tratar de explicarme si ello no es abusar de la paciencia de ustedes.

—¡Adelante! ¡Explique usted!

—Gracias, gracias. Trataré de explicar pero antes anticiparé que la verdadera verdad de esta esencia son muy pocos los que la poseen. Muchos pueden saberla como noción intelectual. Pocos, repito, logran poseerla. Entre estos pocos está Tadeo Lagarto.

—Y seguramente monsieur Berbiguier —dijo Longotoma.

—No —respondió don Irineo—. Con todo el respeto que le debo y que se le debe, monsieur Berbiguier no va tan lejos. Es él un sabio, sí, pero tiene miedo. Luego no puede poseer esta santa esencia. Tadeo Lagarto no conoce el miedo. Tadeo Lagarto es un tigre al lado de monsieur Berbiguier que sería un gato. ¡Oh, perdón, no quiero ofenderlo! Que sería un puma. El gato soy yo.

—¡Qué va! —gritó Longotoma—. No acepto lo de gato para usted, estimable señor Pidinco. Transijamos, por favor: un gato montés. ¿Qué le parece?

—Gracias, gracias por lo de gato montés; es usted, señor don Desiderio, de una amabilidad exquisita. Permítame proseguir:

“Nosotros, todos nosotros, unos más y otros menos —desde luego, y para ejemplo, ustedes dos, amigos, mucho más que yo, por montés que se me apode—, nosotros todos, digo, somos realidades vivas, somos actuantes, sea para el bien o para el mal, para la suma pureza o el infecto crimen, somos, hacemos, realizamos con hechos, con materia, con cosas, con... ¡Me es tan difícil hablar de esto que es tema para esos inefables que mencioné! En fin, trataré de seguir explicándome siempre que...

—¡Pero si nos eleva usted más allá del Sol, celeberrimo Pidinco —dijo Longotoma bri-

llando como el astro—. No se vaya a detener; arremeta como en la selva arremete el gato cerval, su digno primo de usted.

—Gracias, gracias; me da usted valor así es que seguiré: Quiero dejar establecido que nosotros somos manifestaciones vivas, actuantes, palpables, que somos lo que resulta y se manifiesta, por lo tanto, que somos, diría, efectos y no causas, reflejos y no faros, ¡esto es!, que somos lo alumbrado mas no la luz que alumbra. Tal es la región de aquí en que estamos y somos, con cuanto nos rodea y percibimos. Pues bien, ¿Y la región de más allá, la de causas y luz que alumbra? Creo haberlo dicho porque me lo han dicho: es la región de los arquetipos, de las posibilidades ilimitadas pero sin manifestarse aún aunque prontas y muy deseosas de encontrar manifestación. Hoy hay quienes, y son muchos, entre ellos nuestro sabios galenos, hay, digo, quienes la llaman la región de la subconsciencia. Arquetipos, posibilidades... y todo dormido pero soñando. Dicen que quien entra allí sin la debida preparación se halla frente a las inmensas y sordas marejadas ululantes con todos los legados del pasado y con todo lo que ha de venir. Al gran Baldomero le ulularon y ululó. Al doctor Pitrufrquén se le recibió con los brazos abiertos y se le dio toda clase de facilidades para que viera, investigara, diagnosticara, operara y sanara.

“Pero, ¡oh, desgracia!, Baldomero Lonquimay había partido ya a la otra región, a esta región ya había sido llevado... ¡Terrible cosa! ¿Terrible? Me permitiría —con el permiso de ustedes, se entiende —llamarla ¡magna cosa! Esa región lejana, esa región ignota... Disculpen, amigos míos, no sé si puedo expresarme como ella, la ignota y lejana, lo merece. ¿Permiten ustedes que abrevie, que trate de sintetizar, si es que mi mente es capaz de hacerlo?

—Permitido —dijo Longotoma—. Tiene usted todos los permisos y libertades que a un noble ciudadano se le pueden otorgar.

—Gracias, mil gracias —siguió don Irineo—, tanta bondad me agobia. Pues bien, los sabios galenos —sobre todo el doctor Pitrufrquén— llegaron al mundo de los arquetipos latentes. Por cierto —creo conveniente hacer este alcance—, por cierto, digo, que la influencia de ese mundo o región todos las recibimos, unos para subir, otros para bajar; unos como en esfumadas visiones, otros con clara visión. Pero una cosa es recibir y otra es *estar*. El que se va de la región de aquí, la consciente con hechos y con cosas, y se instala en la arquetípica... ¡Uy! Ya se los he dicho: lo ululante. Es atroz. Porque estamos constituidos para lo actuante y... de pronto, lo latente, las posibilidades infinitas que atisban... Es atroz.

“Aquí se buscó a Lonquimay. No estaba. Había seguido. Sí.

“¿Adónde? Lo he mencionado: a la tercera región, la de más allá, la nuevamente actuante, madre y creadora de la segunda latente o subconsciente; madre y creadora ésta, a su vez, de la primera, ésta de aquí, ahora, ya. ¡Allá se había marchado!”.

—¡Qué viaje, santo Dios! —exclamó Longotoma.

—Usted lo ha dicho, ¡qué viaje! A su lado, dar vueltas por el planeta, aunque se llegue a ambos polos o a la milenaria y misteriosa China, es juego de niños. En cambio, fíjense ustedes, ir de lleno a la segunda es ya enloquecedor. Pasar a la tercera... ¡Ay, amigos míos, me ahogo!

—¡Sirvase usted algo, gran Pidincó! —se precipitó Longotoma—. ¿Gin, aguardiente, ron...?

—No, no, agradecido pero no. Los alcoholes están a otro nivel que estos temas. Si hubiese por ahí un poquitín de jarabe de orozuz... Sería altamente suficiente.

Desiderio Longotoma se asomó por la ventanita románica y, a toda voz, ordenó:

—¡Orozuz!

A unos treinta o cuarenta pasos la llavera repitió:

—¡Orozuz!

Lejos, la ronca voz de Taita Higuera confirmó:

—¡Orozuz!

Y, en menos que canta un gallo, un pinche alargaba, a través de la ventanita, una copa de jarabe de orozuz.

Bebió don Irineo. Sonrió. Y luego siguió hablando de este modo:

—Allá en la tercera región estaba el benemérito Baldomero Lonquimay. Allá donde todo, como aquí, es vivo, actuante, dinámico, moviente, hirviente, despampanante pero billones de veces más fuerte. Nada latente, nada quieto, nada dormido, nada soñador. Todo realidad, verdad y ¡en marcha! Es la región en que lo espantoso y lo sublime son sinónimos. Hay que pasar por las posibilidades adormecidas de la segunda y llegar a lo viviente de esta primera para que esos vocablos —espantoso y sublime— se diferencien. Así es nuestro mundo, créanme ustedes, así es. Los inefables me lo han comunicado. Así es: Acción-Latencia-Acción. Ahora pienso: Acción-Latencia-Acción... ¿Por qué no seguir? —me pregunto yo. Nueva latencia más arriba, sobre la tercera región. Tal vez sea el reino de Dios. ¡Qué grandeza, qué inmensidad! ¡Me ahogo nuevamente! ¡Por piedad, otra copa de orozuz!

Reapareció la mano del pinche, don Irineo volvió a beber y dijo:

—¿Por qué no seguir? Nueva latencia más abajo, en los sótanos de esta primera región. Tal vez sea el reino de la muerte...

—¿Se ahoga usted? —preguntó Longotoma.

—No, tantas gracias. Con el permiso de ustedes yo me ahogo siempre para arriba, nunca para abajo. Pero estas disertaciones son de mi cosecha. ¡Calla boca, calla boca! Volvamos a nuestro asunto. Y nuestro asunto es —una vez más he de decirlo: activo, 1, aquí; latente, 2, ahí; activo, 3, allá. Y del 1, respirando y nutriéndose del 2, Baldomero Lonquimay pasa entero a este 2 casi olvidando al 1. Y del 2, a impulsos del superente Tadeo Lagarto, Baldomero Lonquimay pasa entero al 3, olvida el 2 y enloquece en 1. —¡Pobrecillo! —se lamentó Longotoma.

—¡Pobrecillo! —repetí yo.

—¡Pobrezón y pobrezazo! —corrigió don Irineo—. Nunca hay que olvidar que hablamos de un gigante anímico.

“Pues bien, en el 2 entró, cabalgando sobre su inmensa ciencia, el doctor Pitrufrquén. Por todas partes, brazos abiertos. El esculapio mira, ve, investiga, diagnostica, opera y... ¡no sana! No por impericia, ¡Líbreseme de insinuar siquiera tal atrocidad! No sana porque el paciente no está. Nada más. Entonces el esculapio regresa porque en 3 la medicina nada tiene que hacer. Regresa y, al llegar, es aclamado por sus colegas. Pues sabido es, entre estas gentes, que jamás incursión tan perfecta había sido realizada. El doctor Pitrufrquén agradece y pide que las aclamaciones vayan también a su maestro, el insuperable doctor Hualañé. Pues explica que sin su ayuda no habría podido llegar hasta donde llegó. ¿Por qué? Por la simple razón de que ir a ese 2 sin apoyo cierto en este 1, es imposible. Porque desintegrar esa región de la subconsciencia sin antes integrar hasta la perfección esta región que llamamos orgánica, es imposible. Porque si todos los órganos del paciente no son conocidos y sabiamente manipulados por un genio de las vísceras, el otro, que ha partido a investigar más allá, se pierde, se equivoca y yerra. El doctor Hualañé —¡genio

visceral!– estuvo a la altura de su tarea. Total: jamás recorrido más sabio, más acabado y cumplido, desde las plantas de los pies hasta el aura, había sido emprendido dentro de un ser viviente. Pero total también, ¡oh, triste total!, el benemérito Lonquimay siguió loco...

–¡Pobrezonazo! –exclamó Longotoma.

–Usted lo ha dicho, don Desiderio. Yaquí me viene un recuerdo o una asociación de ideas, como ustedes prefieran llamar al fenómeno. He pensado en el ilustre Florencio Naltagua. Asociación de ideas... ¡Mala cosa! Cosa que demuestra la poca disciplina que hay aún en mi mente. Soy un gato.

–Montés –corregí.

–Cerval –apoyó Longotoma.

–¡Cuánta amabilidad! Pues bien, don Florencio tuvo, un día a bien hablar en mi presencia de estas regiones superiores que ahora consideramos. Pues bien, dijo el ilustre don Florencio que el hombre puede –no todos, por cierto; yo no podría; ustedes, nobles amigos, seguramente sí–, dijo, pues, que el hombre puede en sana conciencia, en sublime conciencia, entrar en esas altísimas regiones y extraer de ellas gotas, sí, gotas nada más pero gotas riquísimas cual torrentes, gotas que luego expresa con el entendimiento de aquí. Si don Florencio lo ha dicho, tiene que ser así. ¡Sabe tanto este caballero sobre cuanto acaece aquí y sobre las conexiones que ello tiene con ahí y allá! Al pedirle alguien que ofreciera un ejemplo de lo que avanzaba, dijo el ilustre –para quedar sólo en el dominio de las letras– que Shakespeare había rociado sus mejores obras con gotas de la región 3 pues a ella iba muy a menudo; y aseguró luego que Dostoievsky había paseado por la región 2 como por su propia casa. Luego otra persona le preguntó por Cervantes; don Florencio afirmó que don Quijote era un ser de la 3, ciento por ciento de la 3, que don Miguel había hecho bajar a las tierras de la Mancha. Otra más preguntó por Dante; don Florencio no vaciló en decir que su obra capital sucedía en un ambiente de la 3, con pasiones despertadas de la 2 y con no pocos recuerdos de la 1. Así ha de ser si don Florencio... Yo, individuo poco versado en tan altas materias no debo opinar sobre ellas; sólo puedo repetir lo que he oído. Yo únicamente puedo y debo opinar sobre el garbanzo. Así es que, ¡calla boca, calla boca!

–Si Naltagua lo ha dicho... –insinuó Longotoma.

–Ha de ser así –aseguré yo.

–Veo que no hablo con sordos. Es esto un placer sin igual. Pero sigamos con nuestro asunto. A Baldomero Lonquimay no le caían gotas ni había ido hasta allá con sana conciencia. Se encontró de súbito y entero en medio de aquel mundo. Este mundo, por su plasticidad –es una de sus cualidades– se conformó alrededor de él tal como él era en lo más hondo de su 2. La potencia así conformada de 3 hízolo todo activo. Y esta actividad vino al 1. Bendecía Lonquimay..., y un hombre se destripaba; amaba Lonquimay..., y una buena joven se pervertía; protegía Lonquimay..., y una casa se derrumbaba. ¡Para qué seguir! Era algo horripilantemente horripilante. ¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer?

–¿Qué hacer? –repetió Longotoma.

–¿Qué hacer? –repetí yo.

–Lo que ambos galenos hicieron –dijo don Irineo.

–¿Y ello fue? –preguntamos nosotros.

–Telefonar a Tadeo Lagarto.

–¡Atiza! –exclamó Longotoma.

–Los dos grandes sabios se reunieron con el alto mago. Nadie registró la entrevista.

Pero se supo que en ella algo se convino: Tadeo Lagarto, en vista de las innegables y hasta sublimes cualidades de su discípulo, aceptó quitar los conjuros que sobre él pesaban. ¡Bendito momento! Baldomero Lonquimay pasó de regreso por la 2, y el doctor Pitrufrquén lo acomodó. Baldomero Lonquimay llegó por fin a la 1, y el doctor Hualañé lo acomodó. Baldomero Lonquimay ¡sanó!

—¡Arriba los corazones! —gritó Longotoma.

—Sí, don Desiderio, usted lo ha dicho: ¡arriba los corazones! Pero no todavía hasta la máxima altura. Viajes de esta naturaleza no son gratuitos, créanmelo, amigos míos. El benemérito Lonquimay quedó resentido. Los sabios galenos y el profundo mago le recetaron un régimen: flores, nada más que flores como alimento. ¿Por cuánto tiempo? No por mucho creo y espero. Pronto lo veremos comer como a cualquier mortal. Mas por ahora, flores, nada más que flores. Es por eso que osé manifestar que la nutrición floral del noble hombre era algo trágico dentro de un oculto ritual.

Longotoma preguntó:

—Y el jabalí dominical ¿cómo lo explica usted?

—¡Ah, mi señor don Desiderio! Inteligentísima pregunta. El jabalí dominical es cuestión de equilibrio, de contrapeso, ¿me comprenden? Sin él el benemérito se..., se..., ¿cómo poder explicarme? En fin, el benemérito, como quien dice, se desaguaría en polen.

—Lamentable desagüe —observó Longotoma.

—Usted lo ha dicho. El polen hay que conservarlo. Esto, siempre y en todos los reinos. Esto, sobre todo cuando se ha emprendido un semejante viaje. Por eso, amigos, por eso...; hablemos en voz baja; por eso al benemérito, hoy por hoy, le fracasan sus amores; por eso le han acometido tan rotundos fiascos cuando ha querido poseer a la sin par doña Nora de Bizerta y Ofqui. Mas todo en este mundo tiene su equilibrio y contrapeso; como el jabalí. Sepan, amigos, que cuando el régimen termine, entonces... el coito del gran Baldomero Lonquimay será el coito supremo y sin igual.

Y don Irineo Pidenco se levantó, vio la hora y exclamó asustado:

—¡Dios mío! ¡Mis garbanzos, mis garbanzos!

Y sin más echó a correr.

Quedé solo con Desiderio. Le pregunté:

—¿Cree usted cierto lo que don Irineo nos ha contado?

—¡Que el mismo demonio me fulmine si hay una sola palabra falsa en las verídicas palabras del gran Pidenco! —fue su respuesta.

—Pues yo creo que son puras fantasías, sinceras, claro está, pero puras fantasías de una cabeza desequilibrada.

—¿Qué le hace pensar de tan blasfema manera?

—¡Basta de chistes, Desiderio! Que Baldomero haya sufrido enajenaciones mentales, que él mismo —y don Irineo por añadidura— haya creído reales esas enajenaciones, que exista un mago o brujo llamado Tadeo Lagarto, que los doctores Hualañé y Pitrufrquén hayan asistido a nuestro amigo, ¡de acuerdo! Pero de ahí a pensar que es verdad lo del prójimo que se partía la crisma y el hombre destripado y la joven pervertida y la mujer desnuda y el barco naufragado y la casa derrumbada y qué sé yo..., hay una distancia planetaria.

—¿Por qué?

—Porque si fuera verdad..., amigo Desiderio, ¡se sabría!

Longotoma frotó sus manos con velocidad inaudita y dijo:

—No lo crea usted, Onofre. Yo puedo asegurarle, y lo juro ante esta románica ventanita, que cientos, miles de los accidentes, catástrofes y estupros acaecidos en esa época, y que nosotros atribuimos a otras causas, fueron originados por lo que don Irineo Pidenco nos acaba de revelar.

Y se alejó riendo alegremente y deslizándose veloz sin tocar el suelo. Yo, ante sus palabras, quedé mudo y en el siguiente estado de ánimo:

“¿...?”

Con este “¿...?” miré por la ventanita hacia afuera:

Por el jardín pasaba:

¡Jacqueline!

Cuarta y última detención matinal, cuarta y última entrevista:

Jacqueline...

Fue durante un segundo, no más. Salió de tras un arbusto; se perdió tras otro arbusto.

Pero fue suficiente.

Para esto no tengo palabras. Iré, pues, a algunas aproximaciones.

Tendré que empezar desmintiendo —hasta cierto punto— lo que dije de Longotoma sobre mi incredulidad. Me veo forzado a aceptar no poco de lo hablado por don Irineo Pidenco, principalmente aquello de las tres regiones y, dentro de ellas, aquello de la superior, la maravillosamente activa. Tiene que existir. Si la acepto, forzoso me es también aceptar su posibilidad de reflejarse en ésta nuestra región. Acepto y creo porque vi: Jacqueline...

Ella es un ser de esa región encarnado en ésta. Pasó. Una sonrisa muy tenue. Una mirada azul que veía lo mejor, lo más puro, lo más alto de allá. Tuve fe. Fue durante un segundo. Pero la semilla de este segundo perdura.

Jacqueline veía.

Ignoro si con su conciencia registraba su visión. Tal vez, no. ¿Para qué registrar? No hace falta.

La visión pasaba por ella, la bañaba y, no lo dudo, en alguna parte se anidaba, por encima de su conciencia terrenal, para, algún día, desplegar las alas y volar sobre mucho de este mundo.

¿Aproximaciones son éstas?

Ni siquiera.

Pasó.

Caí a esta tierra. La conciencia de aquí me volvió a coger. El hábito de mi oficio se adueño de mí. Tomé mi libreta y mi lápiz para anotar un poema dedicado a ella que súbitamente concebí. Empecé a escribir:

*Jacqueline, en tu paso de arbusto a arbusto...*

Y:

¡¡Gong!!

Almuerzo:

Langostinos al natural.

Tortilla de huevos de Torcaza.

Asado de Ciervo con puré de Trufas y Espinacas.

Pastel cremoso de Chirimoyas.

Café.

Licores.

Baldomero Lonquimay:

Quince Azaleas.

Un Floripondio.

Y, alegremente, todos devoramos.

Los buenos manjares desencadenan el apetito: en el paladar y en los jugos gástricos, antes de ser ingeridos; en la imaginación, después de haber sido ingeridos. Esto ha sido, en la Historia de la Humanidad, más inamovible que muchísimas leyes que se tienen por inamovibles. Esto se confirmó una vez más en Curihue, ya terminado nuestro almuerzo y bajo el ombú de la derecha. Salvo Lonquimay, que partió a devorar terreno como complemento de su devorar floral, los demás no reunimos a la sombra de ese ombú y hablamos sobre gastronomía. Después de interesantes paseos, algunos de ellos peligrosos, por los reinos del buen comer nos detuvimos, por orden del capitán, en el reino de las cebollas. Para el almuerzo siguiente, Día Siete, nuestro anfitrión nos prometió una Sopa de Cebollas, una auténtica *Soupe à l'Oignon*, seguida de un Encebollado especial de su invención, orgullo de su arte culinario. (Ovación). Por lo tanto, desde ahora, ¡a la obra! Para tal sopa y tal guiso, la obra es juntar cebollas. El capitán llamó a Taita Higuera y dio las órdenes del caso. Taita Higuera contestó que, por el momento, no era posible encontrar ni una sola cebolla ni en Curihue ni en los fundos vecinos. (Estupor). El capitán asecuró:

—No es posible.

Taita Higuera replicó:

—Así es, patrón-capitán, así es.

El capitán repitió:

—¡A la obra!

Se levantó. Valdepinos y yo lo imitamos. Longotoma quiso hacer lo mismo pero reía de tal manera ante esta carencia de cebollas que no logró moverse de su sillón. Los demás se miraron perplejos mas no se levantaron. Las damas se alejaron en diferentes direcciones.

Nosotros tres nos dirigimos al hangar. El capitán escogió el avión N° 4 y lo puso en marcha. En él nos acomodamos: adelante, el capitán; al centro, Valdepinos; atrás, yo. A las 2 y 55 emprendimos el vuelo en busca de cebollas. Aterrizamos, de regreso, a las 6 y 58. Creo superfluo agregar que aterrizamos sin una sola cebolla.

Nuestros vuelos, en líneas generales, fueron: hacia el Norte: desde Curihue hasta el valle de Azapa; hacia el Sur: desde Curihue hasta el Seno de Reloncaví. No visitamos Chiloé ni Aysén ni Magallanes. En lo visitado —Taita Higuera tenía razón— no había cebollas.

El 9 de marzo de 1927, en los 2.700 kilómetros norte-sur por los, más o menos, 200 kilómetros levante-poniente del territorio chileno, no había cebollas. Sin embargo en los días anteriores y en este mismo territorio, había cebollas. En caso contrario el capitán —que ésta siempre al tanto de la producción agrícola— no habría ofrecido una *Soupe à l'Oignon* auténtica ni un Encebollado de su invención. Además el capitán no ignora ni ha ignorado jamás: 1) que el hombre come cebolla; 2) que el chileno es hombre; luego: 3) que el chileno come cebolla. De donde podría pensarse que el chileno había terminado casi súbitamente, en un frenesí cebollino, con toda la producción cebollina. Pero el capitán tampoco ignoraba que aunque todos los alimentos hubiesen sido reemplazados por cebollas, y aunque hubiese existido ese frenesí, jamás habría habido capacidad estomacal sufi-

ciente para consumir toda la cosecha de cebollas ni siquiera una quinta parte de ella. Luego: había, tenía que haber cebollas. No obstante: no había cebollas. Y el avión N° 4 hendía los aires: 1.000, 2.000, 4.000, 8.000 kilómetros por hora. Y nosotros, armados de modernos catalejos, mirábamos y escudriñábamos: nada de cebollas. Y picábamos a tierra y, desde Arica a Puerto Montt, preguntábamos:

—¿Hay cebollas?

Y la gente o se mofaba en nuestras barbas o nos miraba con el asombro de un esqui-mal interrogado sobre su siembra de café:

—¡Vayan tres locos! ¡No hay cebollas!

La cebolla es nutritiva y sabrosa. Pero como es un alimento barato y abundante, la gente no aprecia como es debido su sabor ni se nutre con ella en forma adecuada. Hay que encontrarse en momentos como el 9 de marzo de aquel año para experimentar el horror de la calamidad que es la desaparición total de la cebolla. Todos los filósofos están de acuerdo en que "los bienes se aprecian cuando se han perdido". Todos los financistas están de acuerdo en que "bien en vías de perderse, al ser apreciado, sube de valor". Chile entero, bajo nuestro avión, era un solo y desgarrador lamento, para confirmación de los filósofos; y era, además, una afanosa búsqueda de dinero, para confirmación de los financistas. Esto lo vimos con nuestros catalejos y lo oímos con nuestros teléfonos de a bordo. Chile entero quería gustar cebollas y ofrecía cuanto podía por deleitarse con su sabor. Tengo, en este momento, una asociación de ideas... porque mi mente es tan indisciplinada como la de don Irineo Pidincó:

Hace algún tiempo en Loreto 214, casa de Viterbo Papudo, conversábamos varios amigos, después de la cena, sobre gastronomía tal como esta vez, en Curihue, bajo el ombú. Cada cual hacía lujo de su refinamiento en la materia y desmontaba las sutilezas del paladar como lo hubiera hecho con las del ojo el mismo Rubén de Loa y con las del oído el mismo Stramuros. De pronto Papudo, que poco hablaba, dijo:

—Creo que el sabor está íntimamente ligado con el precio.

Asombro general ante tamaña herejía.

Papudo explicó:

—Imagínalos que una sardina en aceite, una sola, no la lata, costara 250 pesos... ¿Habría en el mundo entero un manjar más exquisito, más buscado y más sutil...?

Cierta o no cierta la observación de mi amigo Viterbo, el caso es que, bajo nuestros pies, esta vez, el pueblo entero, desde el último gañán hasta el más opulento personaje, sentía y aseguraba que el pináculo del sabor pertenecía a la cebolla. Y cierta o no cierta la observación, el caso es que en Bolsas y Mercados la aguja de los precios subía tercamente ante la prodigiosa palabra "cebolla".

—¡Cebollas! ¡Cebollinos! ¡Cebolletas! ¡Cebollones!

Era el clamor pavoroso que hasta nuestro avión subía.

—¡Dinero! ¡Pesos! ¡Dólares! ¡Oro!

Era el segundo clamor, también pavoroso, que hasta nuestro avión también subía.

El capitán movía la cabeza confundido. Al fin nos dijo:

—Es esto un sinsentido. Sepan, amigos que nunca se habían plantado en Chile tantas cebollas como en este año. Sé que las cosechas han sido estupendas como sé además que no ha habido exportación alguna. Valdepinos, hágame usted el favor de sacar, del cajoncito de su izquierda, los anteojos ultraperforantes. Colóquese un par usted; déle otro a Borneo; déme otro a mí.

Valdepinos obedeció y los tres nos pusimos los ultraperforantes. Miramos luego hacia abajo y a lo largo del territorio...

¡Desconcertante visión!

En todo el territorio –agrícola, se entiende–, cebollas; mejor dicho, montones de cebollas, cebollas amontonadas. Cebollas cubiertas, protegidas, defendidas. Gracias a los ultraperforantes, cada fortaleza de cebollas brillaba como un diminuto sol a media luz. Decenas, centenas, millares de diminutos soles a media luz. Dormían todos bajo candado. Bajo cada candado un señor esperaba y fumaba. El capitán picó hacia centenares de candados. Preguntó ante cada uno:

–¿Qué fuma usted?

Respuestas: 52 %, cigarrillos; 31 %, cigarros; 17 %, pipa.

El capitán nos explicó que los cigarros habían aumentado visiblemente.

También preguntó ante cada uno:

–¿Qué espera usted?

Respuesta unánime:

–Espero precio.

En un campo cerca de San Agustín de Tango el capitán entró en negociaciones con un señor de tabaco y candado.

–Deseo comprar un saco de cebollas.

–No hay caso porque aún no hay precio.

–Pago el doble del precio actualmente existente.

–Aunque pagara usted el triple, no hay caso porque no *nos* convendría. (El señor subrayó el “nos”).

–¿A quiénes no les convendría?

–A nosotros los productores de cebollas.

–¿Esperan ustedes un precio más alto que el triple?

–No es eso, señor. Veo que usted no es hombre de negocios.

–En realidad no lo soy. Por lo mismo me gustaría, si ello es posible, enterarme de estos asuntos.

–Comprendo. La cosa es muy simple. Oiga usted: Dada la abundancia actual de cebollas su precio es muy bajo. Vender a precio bajo no *nos* conviene. Luego: guardamos las cebollas. Así, ante su escasez y ausencia, el precio sube. Creo que la cosa es clara y lógica, ¿verdad?

–Por supuesto. Sin embargo yo doblo el precio, lo triplico, si usted desea, y usted se niega a vender asegurándome que la cosa no reside en esta alza que propongo. Hay algo aquí que se me escapa.

–¡Ah! Es que el precio no debe subir súbitamente; debe subir paulatinamente. Aquí esta el quid del asunto.

–¿Por qué?

–Porque si sube súbitamente –como usted quiere hacerlo al triplicar de golpe el precio–, la cosa, al ser tan brusca, sería, acto continuo, del dominio público. Vendría entonces una alarma que traería una protesta que traería un escándalo. Las autoridades se verían obligadas a intervenir. Y si intervienen... ¡a lo mejor *nos* fuerzan a sacar a luz nuestras cebollas y a venderlas al precio de hoy! ¿Se da cuenta usted qué catástrofe? En cambio si cada día trae un pequeñito aumento, el público se va, como quien diría, acostumbrando. Comenta, alega, claro está, pero sin escándalo. Y así se sigue hasta el momento en que

hemos sobrepasado el máximo que *nos* conviene. Entonces ¡qué venga alarma, protesta, escándalo e intervención! *Nosotros*, generosamente, obedecemos: bajamos el precio desde lo sobrepasado hasta el máximo que habíamos fijado de antemano. Se *nos* aplude, se *nos* agradece, las cebollas salen al mercado y... el buen negocio ¡se ha hecho! ¿Se da cuenta?

—Perfectamente. Así es que ¿no hay caso de un saco, de un pequeño saco?

—Lo lamento infinitamente, mi buen señor, pero, como usted tiene que haber comprendido, aun un pequeño saco sería poco comercial.

—Lo lamento yo también infinitamente. Muy buenas tardes, caballero.

—Muy buenas tardes, caballero, y que vaya usted con Dios.

Nos separamos de nuestro amigo de tabaco y candado y nos encaminamos hacia nuestro avión. Una voz nos detuvo:

—¡Hola, hola! ¡Distinguidísimos personajes! ¿Qué buenos vientos les han traído hasta aquí?

Guido Guindos, montando un novillo roano, avanzaba, sonriente, por el centro de la carretera. Lo felicitamos:

—¡Qué buena cabalgadura!

—Cuestión de propaganda, personajes. Sin propaganda no cabe prosperidad. Por eso, ya sea a caballo en un novillo, como éste, o en una vaquillona, recorro aldeas y campos vecinos y me paseo por la ciudad misma de San Agustín de Tango. Al verme, todo el mundo piensa en mi Gran Matadero Modelo. Bueno, ¿y ustedes? ¿Propaganda aérea?

—No, Guindos —explicó el capitán—. Andamos, andábamos, mejor dicho, únicamente en busca de algunas cuantas cebollas. Había prometido, para mañana, brindar a mis huéspedes con una *Soupe à l'Oignon* y con el Encebollado de mi especialidad. Pero, ¡qué diablos!, no hay caso. Usted puede sacarme del aprieto, Guindos: asunto de cambiar esos platos por otra de mis especialidades culinarias: la carbonada de criadillas. Deje su novillo por ahí y vamos en mi avión hasta su Gran Matadero Modelo. ¿Qué le parece?

—Si se trata de hacerles compañía, ¡encantado! Pero cuanto a venderles, perdón, digo regalarles criadillas, imposible.

—¿Por qué?

—¡Cómo! ¿No lo saben ustedes? Pues entonces sépanlo: el doctor Hualañé ha descubierto y ya ha preparado un inverosímil tónico robustecedor y rejuvenecedor a base de criadillas. En estos momentos lo presenta en no sé qué congreso médico. En muy breves momentos será conocido, apreciado y demandado. Por lo tanto, hoy por hoy, las criadillas ¡ni tocarlas! Están todas ellas convirtiéndose en oro. Pero no se aflija, capitán. Puedo sacarlo del aprieto: ajiaco de mollejas. ¡Vamos a su avión!

—Desde luego, no es lo mismo. Además me plantea usted un problema pues ya voy entendiendo algo de estas cosas. Diga: usted nos vende, perdón, nos regala mollejas. ¿Verdad?

—La más exacta verdad.

—Luego, si se venden y hasta se regalan es porque hay abundancia de ellas. ¿Verdad?

—Sigue la verdad.

—Si hay abundancia de ellas, su precio ha de ser bajo.

—Bajísimo.

—Si el precio es bajísimo, ¿cómo es que, cual cebollas y criadillas, no estén las mollejas escondidas?

-¡Insigne pregunta, capitán! Daré insigne respuesta: Una sola palabra ha de bastar, palabra que usted comprenderá por haber sido hombre de guerra. Capitán: ¡estrategia!

-A pesar de haber sido un hombre de guerra, no comprendo.

-Entonces me explicaré: Para carne que sube ha de haber otra que baje. Si todas suben, motín, saqueo de mataderos. Si todas bajan, ruina, hecatombe de mataderos. Y "matadero" es la palabra sacra por cuya defensa hay que morir. Solución de alta sabiduría: ¡equilibrio!

-Pero si con un alza y una baja se consigue un equilibrio, también se le conseguiría con un precio medio constante.

-Insigne reflexión pero incompleta.

-¿Qué falta?

-La prosperidad del bolsillo de Guido Guindos. Me explico: No hay prosperidad en lo constante. Esto creo que ya lo ha dicho un sabio lleno de intelectualidad. Pero hablemos en matemáticas porque en gramáticas no se expresa uno bien; y hablemos en hechos porque lo contrario, demasiado intelectual. Veamos: Pongo un precio constante: 100. Criadillas, 100; mollejas, 100; todo, 100. Y esto, así hasta el Juicio Final. Guido Guindos, pues, igual hasta la consumación de los siglos. De repente aparece "Tónico Hualañé". Criadillas, 300. ¿Todo entonces 300? ¡Motín! Entonces, de golpe, mollejas, 30. ¡Salvado el motín! Metamos ahora matemáticas para ver claro: De 30 a 100 van 70. Guido Guindos pierde 70. De 100 a 300 van 200. Guido Guindos gana 200. Cálculo último y definitivo:  $200 - 70 = 130$ . Guido Guindos ha ganado 130. ¡He ahí su prosperidad!

-Admirable.

-Claro está, ¡admirable! Y nadie protestará porque no faltarán eminentes sabios que digan y prueben que la carne, el alimento, no ha subido, que siempre hay y habrá equilibrio de costo. ¿Las criadillas? ¡Pues coma usted mollejas! Y el público dirá: "Es cierto, es cierto, es cierto...". Y ahora, un consejo, capitán: si nada quiere ver con mollejas, haga para mañana un charquicán de chunchules. ¡Aproveche la ocasión! Un secreto: dicen que ese gran Hualañé anda husmeando los chunchules, cuestión, dicen, de un supositorio milagroso. De aquí a algunos días se acabarán los chunchules. No se aflija, capitán. Cuento con éste su amigo, sí: obsequio chunchules.

-No, gracias, Guindos. Mañana haré a mis invitados otra gran especialidad mía: Picos molidos de Pato en Almíbar de Grasa de Conejo.

-¡Sabrosísimo!

-Está usted invitado, Guindos.

-Agradecido hasta el infinito, capitán. Es un honor compartir con ustedes, distinguidos personajes. Pero, mucho trabajo en perspectiva pues si lo del supositorio resulta tengo desde ya, ya, ya que ponerme a organizar la baja de orejas y colas de vacunos.

-Entonces será para otra vez. ¡Hasta pronto, Guido Guindos!

-¡Para otra vez! ¡Hasta pronto y gracias, capitán!

Guido Guindos volvió a preparar en su novillo roano y nosotros en nuestro avión. Instantes más tarde aterrizábamos en Curihue. Como he dicho, eran las 6 y 58 de la tarde. Aterrizábamos sin cebollas ni criadillas ni mollejas ni chunchules ni orejas ni colas de vacunos, mas con la expectativa, para el día siguiente, de los famosos Picos molidos de Pato en Almíbar de Grasa de Conejo.

Había silencio en las casas. Entré en ellas malhumorado: todo el día alejado de la marcha y pasiones de mis amigos. Y ahora, silencio. Llegué a pensar que habrían podido

marcharse. Luego unos golpecillos irregulares y secos me hicieron asomarme a la antesala: allí estaba, solo, Desiderio Longotoma jugando al emboque o boliche.

—¿Ya de regreso? —me preguntó al verme.

—Sí —respondí—, y completamente defraudados.

—¿Quiere usted otro juego de emboque para consolarse?

—No, gracias. Lo que quiero es tener noticias sobre los huéspedes de Curihue. ¿Ha sucedido algo? ¿Nuevas pasiones? ¿Disputas? ¿Algo?

—¿Cómo puedo saberlo yo? No he hecho más que dormir la siesta y ahora, usted lo ve, jugar a este juego del emboque o boliche, digno hermano del ajedrez.

—Desiderio, confíeseme: ¿ha dormido usted solo la siesta?

—Solísimo. Pero íntimamente acompañado en imaginación. Le pido que me crea: exquisitísimo.

—Me alegro. ¿Así es que ninguna información?

—Ninguna por mi parte, lo lamento. Pero al verlos encumbrarse pensé en usted, mi gran Onofre. Puse en marcha, de inmediato, el nuevo Regístralotodo. Vaya usted a consultarlo. Está en la sala de lectura, sobre la mesita del fondo.

—Mil gracias, Desiderio. Allá voy.

Allá fui. Mi amigo siguió en la antesala afanadísimo en ensartar con su palo puntudo la bolita de madera. En efecto, sobre la mesita del fondo de la sala de lectura, y abierto de par en par, estaba el nuevo Regístralotodo que el capitán había comprado hacía poco. Me acerqué, me senté y observé.

Estos aparatos, aunque extremadamente ingeniosos, no han alcanzado todavía su verdadera perfección. Dan, por cierto, informaciones de alto valor pero informaciones generales, a grandes rasgos sin registrar los detalles y matices que tan útiles nos son a nosotros los escritores. Como sea, el Regístralotodo del capitán vino a suplir en buena parte la carencia de noticias que me había provocado nuestra búsqueda aérea de cebollas.

Por otro lado Longotoma —que se interesa más de lo que demuestra en mis estudios biográficos— había sintonizado el aparato con mucha justeza y lo había enfocado hacia las personas que a mí me interesaban, silenciando con precisión de maestro todo aquello que pudiese perturbar. Así, pues, en una media hora logré ponerme al tanto de toda la información que el notable aparatito podía entregarme.

Evocando mi poema inconcluso, enfoqué, antes que a nadie, a Jacqueline y, temeroso, contemplé sus líneas vitales. Eran, aunque vibrantes, tenues. Eran opalinas con reflejos de fondo de mar. Aunque tenues eran definidas, seguras, pues todas ellas convergían, sin vacilaciones, hacia un mismo punto. Sintonicé este punto. Había una esperanza oculta en mi corazón: descubrir un anhelo vegetal. ¿Por qué? No lo sé. Quería, tan sólo, que ella hubiese tenido ensoñaciones abrazadoras de bosques quedos llenos de flores aromáticas y luces, como sus líneas, opalinas. Precisé el punto. No. No había en él ni un árbol ni una hoja ni una flor ni una raíz. Ese punto era... Lorenzo Angol...

Sobre el Lorenzo Angol del Regístralotodo me ensañé concentrando toda mi atención y fuerzas. Sus líneas se abovedaban en algunas partes pero estas partes parecían que se despegaran del centro. Era como que no le pertenecieran. Supuse que debían pertenecer, tal vez, a alguien que influenciaba las líneas suyas al considerarlo y desearlo así abovedado, o sea en bóveda, o sea en su Bóveda.

Volví hacia Jacqueline. Con un minucioso estudio vi que mi suposición no era errada.

Sin el contacto —el impacto, diría— de las líneas de ella, las de él habrían permanecido perfectamente rectas.

Iba comprendiendo —o me parecía comprender: Jacqueline se inclinaba hacia Lorenzo, hacia el Lorenzo recluso en su Bóveda, hacia el hombre meditativo de intensa vida interior. No pude menos que pensar en lo que había entrevisto al verla pasar entre dos arbustos: ella sentía lo de la alta región y su traducción aquí le parecía en la meditación sosegada lejos del mundo y junto a un hombre.

Volví hacia Lorenzo. Coloqué sobre su punto y sobre la trayectoria de sus líneas el máximo de intensidad luminosa que el aparato permitía. Además miré con un lente de aumento. Vi entonces que en torno suyo giraban otras líneas muy vagas de indiscutible carácter femenino. Todas ellas tendían a tomar la forma de una bóveda. Las seguí reteniendo la respiración. Vi que, llegado un momento, estas líneas tan vagas, casi incoloras, adquirirían un resplandor luminoso. Púseme a descifrar, tal vez a suponer:

¡Claro está! —pensé—. Lorenzo sueña con cierta compañía en la soledad de su Bóveda. Es una compañía femenina. Una mujer indeterminada. De aquí la vaguedad de las líneas. De pronto la mujer se precisa, tiene un nombre. ¿Qué nombre? Dados los impactos no cabe más que un nombre: Jacqueline. No hay que dudarle: Lorenzo ha visto la posibilidad de llevar a Jacqueline a compartir su vida intensa, de llevarla a su Bóveda, como otrora llevó a la malograda Chinchilla, mas ahora sin encierro, sin espejos, sin lanza vigilante, sin naranjas ni cocaína, sin un gato compañero. De aquí esta súbita luminosidad que, en el pequeño espacio de la pantalla del Registratodo, es como un sol de mediodía.

Seguí.

Me sorprendí: de pronto toda luminosidad desaparecía, el pequeño sol se apagaba. No era todo: en su lugar venía la sombra negra, algo que se me figuró ser de carbón. Después, más allá, nada. Terminadas todas las indicaciones sobre mi amigo Lorenzo Angol.

¿Qué habría pasado, en cierto momento del día, mientras yo volaba en el avión N° 4? Jacqueline tampoco ofrecía mayores esclarecimientos. No me quedó más que sintonizar otros puntos. Escogí a Rosendo Paine.

Toda la tarde, para él, no había sido sino una embestida. Un amor, una pasión, una idea y un sentimiento fijo. Y por la calidad y los tonos de sus líneas vitales, reconocí, de inmediato, ¡y otra vez más!, a ella la heroína de mi poema muerto, Jacqueline.

En Rosendo seguía ardiendo el mismo fuego.

Pero no había encuentro alguno con las líneas de ella. Quería decir que no se habían juntado ni hablado, acaso que ni se habían visto. Extraña cosa. Seguí.

Rosendo, sin embargo, había hablado, se había expresado hasta el fondo, se había desahogado de viva voz. ¡Oh, ahí, ahí sus líneas lo indicaban claramente! Una observación más y vi: Rosendo había hablado con Lorenzo.

Deduje así:

¡Es claro! No puede ser de otro modo. Tiene que haber pasado como ahora yo lo veo. Porque las cosas han de marchar según el espíritu que ha animado y anima a mis biografías.

Así deduje para poder pensar así.

*Y pensé entonces de la siguiente manera:*

Rosendo está locamente enamorado de Jacqueline. Por lo tanto —y acaso esto le ocurre por primera vez— tiene miedo, tiembla ante ella. De aquí que no haya tratado de verla y

menos de hablarle. Así temeroso se ha sentido solo, abandonado. Entonces el recuerdo de su amigo y del Pacto le ha aparecido como una tabla de salvación. Va hacia Lorenzo. ¿Cómo? ¡Ah, yo conozco a Rosendo! Va alegre, despreocupado, va a evocar el Pacto y va a hablar como trayendo su primer aporte, su primer proyecto de aporte. Y habla, habla y habla. El otro, Lorenzo, no ha tenido más que escuchar, aceptar y... renunciar. El lo ha querido así, es su obra. Ahora, al encararse a su obra, el hombre se ha desplomado hasta el carbón. Y el otro, Rosendo, ni siquiera ha sospechado que en ese momento, y a causa de sus palabras, un pequeñito sol de una existencia particular se apagaba.

Pero el pobre solitario, estimándose muy en el fondo un héroe, se ha defendido, ha lanzado una última posibilidad de esperanza: en el negro de su carbón ahora veo ligeros reflejos escarlatas. ¿Cómo se habrá defendido? Claro está que insinuando a su amigo otras oportunidades de amor. Pero ¿cuáles?

Busqué.

La cosa tenía que estar –cuestión de probabilidades– en una de las dos otras curihueñas: Isidra y Nora. Al dirigir tras ellas el dial, pensé de pronto –no sé por qué, una tontería de mi mente indisciplinada– en Desiderio Longotoma. Me puse a buscarlo. ¡Nada! El muy badulaque bien se había cuidado de no sintonizarse; no había ni muestras de su persona en ninguna parte del registro del Regístralotodo.

Bueno, ¡empecemos por Isidra!

En la líneas vitales de Isidra no figuraba nada, absolutamente nada, de un Rosendo actuante ni aun de un Rosendo pensado. De él sólo había un ligerísimo impulso sobre ella venido de lo que ya sabemos que entre ellos ocurrió. Bueno, ¡allá los hombres del Pacto! Ya que estaba yo con Isidra, quedémonos con ella y estudiémosla.

¡Sorpresa!

En sus líneas vitales aparecía, por extraño que ello parezca, aparecía... ¡Valdepinos!

¿Sería posible? Precisé. Sí: Valdepinos.

Son inauditas las sorpresas que un buen Regístralotodo puede dar.

Bueno, Valdepinos había estado todo el tiempo con nosotros en el avión. Era, por lo tanto, una cuestión de pensamiento y de proyecto. Sigamos viendo y luego iré a ti, enorme cínico buscador de cebollas.

En Isidra había despecho, mucho despecho. Yo encontré que con razón. Había, además, en su mente, un revoloteo de hombres, de gran cantidad de hombres. Pero los ausentes pronto se habían esfumado. En los presentes, Yumbel no había hecho más que pasar y luego también esfumarse. Seguramente –pensé– ella ahora lo desdeñaba por haber sido demasiado sumiso. En cambio Valdepinos se convertía en una fuente de posibilidades amorosas. Esto merecía ser estudiado: volví a poner la mayor potencialidad de luz y volví a coger el lente de aumento.

Vi o deduje o sólo imaginé –los Regístralotodos, por buenos que sean, no han llegado aún a la perfección– cuál era el atractivo que el muy cínico ofrecía a la muy intelectual. ¡Claro está! Vi el anzuelo. Era el siguiente:

Valdepinos en un hombre fino, sutil e irónico. Estas tres cualidades, asegura él, le vienen, desde luego, de su peculiar modo de ser pero además son, como quien dijera, un extracto de la mejor vena de París. Ahora bien –pensé–, es indudable que en el fondo de la inmensidad de Isidra, Yumbel no puede aparecerle como un gran triunfo. Rosendo sí podría serlo pero si ella hubiese empezado y si luego él hubiese insistido. Ninguno de estos

dos hechos se había verificado. De todo esto, el despecho. Ahora veamos a Valdepinos frente a una persona en tal estado de ánimo.

Dije "fino":

Es decir, amable, medido, solícito. Con él no hay temor de esas brusquedades salvajes de Rosendo. Claro está —piensa Isidra; mejor dicho, pienso yo que ella piensa— que su brusco salvajismo se debió a que él, de pronto, sintió con vehemencia la necesidad de salir de ese bajo estado y elevarse a la estratosfera espiritual y nada mejor para esto que ella, Isidra, elevadísima representante de esa espiritualidad. Pero..., pero siempre revolotea una duda y es ahora mejor mantenerse prudencialmente alejada de los salvajes bruscos. Buscar, entonces, lo contrario. ¿Quién puede imaginarse al cínico de Valdepinos atacando a una mujer? Nadie. ¿Y su cinismo? No está a flor de piel ni se manifiesta con un exabrupto. Se manifiesta...

Dije "sutil":

Esta palabra, esta cualidad es un verdadero hierro para los seres que están hechos de imán. Pues es la única arma que logra penetrar en los más recónditos intersticios de las complejidades humanas sin provocar derrumbes ni choques, armonizándolo todo en una síntesis perfecta que si bien no se deja coger para ser precisada, no por ello deja de confirmar que, en un momento y en un sitio dados, todo es maravillosamente justo y concorde y que uno allí ha llegado y allí es rey. Valdepinos maneja la sutileza, nos hace, con ella, dar grandes paseos tanto más hermosos cuanto más brumosos. Y en su compañía no hay temor de perderse en vaguedades de su propia fantasía. Es realista, se apoya en la verdad y la verdad es real. Así tiene que desearlo, y por ende, verlo la gran Isidra Curepto. Pues más de una vez, y con sorna, se le ha criticado su vivir en la inconsistencia de las nubes. Y ella, persona N<sup>o</sup> 1, ¿cómo puede estar en nubes y nebulosas si su mirada está hecha para perforar rocas y humanas almas? Prueba de ello es que ahora Valdepinos caerá y amará. ¿Valdepinos nebuloso? ¡Jamás! Pues...

Dije "irónico":

La ironía es un dardo, una daga, una gota de veneno en un anillo con brillantes. Dardos, dagas, venenos... ¡no son cosas que se hallen en el arsenal de un soñador de vaguedades! Son cosas del arsenal de un hombre que está aquí en estos suelos, que bien conoce las maldades y flaquezas de sus semejantes, que tiene que luchar, herir y salir incólume. Así es Valdepinos. Hasta su continuo trepar por los pilares, ¡qué ironía! Mirar desde más alto la actuación de los demás. Y no usar para esto ni una gran escalinata de mármol ni las ventanas de un rascacielos. ¡Para lo que valen esos dañinos malvados...! Un pilar, el pilar de todos los días, es suficiente. Valdepinos sabe mucho y tiene que saber porque...

Dije, por fin, "un extracto de la mejor vena de París":

París... París es también de hierro para aquellos que están hechos de imán. No, por cierto, cualquier París. Lo es ése que expresa la acumulación de una cultura secular que no pone el acento en lo definitivo e inamovible sino que para cada aporte indica una continuidad infinita. Valdepinos habla siempre así, habla de este ambiente efervescente y trepidante más sin ruido, sin colosal enormidad, efervescente sonriente, trepidante dulce cerniéndose más allá de todas las majaderías. "Resbalad, resbalad, mortales, y no apoyéis demasiado". Es su lema. Isidra tiene que sentir que ella es el resbalar mismo tanto por su propia constitución como por la pesadez de los demás mortales frente a los cuales, por

mucha lentitud que ella adoptara, parecería resbalar. Claro está: Valdepinos es el hombre indicado.

Moví cautelosamente el dial. A pesar de avión y millares de kilómetros, el muy cínico estaba perfectamente bien apuntado. Cosa curiosa de los Regístralotodos: la distancia del observado o paciente no parece afectar el registro de sus líneas vitales. Las que ahora encontraba no se diferenciaban de las ya observadas.

Bueno, aquí estábamos con Valdepinos. ¡Ya me lo esperaba yo! En él, nada de Isidra, ni el menor ni el más leve impacto suyo. La joven, en lo que a Valdepinos se refiere, había disparado al aire. Total: el cero absoluto.

El hombre había estado envuelto por algo que yo traduciría aproximadamente así: una sensación de franca diversión al encontrarse por los aires, a loca velocidad, sólo para buscar cebollas. Esto lo divertía indignándolo y esta indignación volvía a divertirlo. En resumen pensaba y sentía que tal cosa no es ni sería posible en un país *comme il faut*.

Pero había en sus líneas un punto pasional que no era exclusivamente cerebral. Tenía un contacto con la realidad. Moví los botones del caso, y a plena luz, mas no me dieron dato alguno sobre la hora. Busqué, entonces, por la dirección: obtuve Sur. Busqué por la distancia: caí en los alrededores de Curicó. Traté de recordar algún aterrizaje en la región pues en el avión mismo ¿qué realidad pasional se habría podido producir? Teníamos uno: Pichinga. Ahora recordaba bien: claro está, Pichinga, campo de cebollas ya cosechadas, un rancho de buen aspecto. A nuestra llegada sale a atendernos una vieja desgredada. El diálogo de marras:

—¿Hay cebollas?

—No hay cebollas.

Y vuelta a emprender el vuelo. ¿Qué podría ser? La vieja, por supuesto, queda descartada. Hice memoria:

¡Osorno! Ahora recordaba. ¿Sería posible?

La vieja no salió sola del rancho. Tras ella apareció, y se detuvo en el umbral, un muchacho que ahora yo volvía a ver con claridad. Recordé que, al verlo allá en Pichinga, me había dicho que seguramente era un hijo de un nórdico y de una araucana. Su edad: entre 16 y 18 años. Recordé más: Valdepinos había bajado del avión de un salto presuroso, cosa que no había hecho en los demás aterrizajes. Y, apenas en tierra, había dirigido la palabra al muchacho. Y recordé al capitán gritando:

—¡Vamos, Valdepinos! ¡Arriba! ¡No tenemos tiempo que perder!

Así era la cosa y muchas otras cosas que se me aclaraban.

¡Pobre Isidra Curepto...!

Quedé un momento en suspenso. Luego levanté los hombros y me dije: "¡Allá ellos!". Llegué a pensar —muchos opinarán que por deformación profesional— que era mejor para mí labor de biógrafo que hubiese toda clase de seres bajo mi pluma.

Seguí.

Baldomero Lonquimay: lo sintonicé varias veces. Ahí estaba el hombre nítidamente. No obtuve nada pues todas las veces el aparato chirreó, cosa que, después de todo, no me extrañó mayormente.

Pasé al capitán. Longotoma no lo había incluido entre las personas que yo debiera estudiar. Pensando en el grito nocturno, pasé a Nora. Tampoco la encontré. Sospeché que algo ocultaba Longotoma y que juzgaba que ese algo no debería saberlo yo. Bueno, sus razones tendría...

Me busqué a mí mismo, cuestión de aquello de "conócete a ti mismo". Longotoma debe pensar que, antes que todo, se debe conocer a los demás: yo no estaba allí.

Terminé con Teodoro Yumbel. La clase de sensaciones y sentimientos que lo habían dominado durante mi ausencia, parece que no son los más apropiados para los actuales Regístralotodos. Por lo demás yo no soy técnico en esta materia. Pero es el caso de que las líneas vitales de mi joven amigo se borraban a cada instante, no lograban jamás precisarse hasta poder interpretarlas debidamente. Pensé que así como hay rostros y objetos que son fotogénicos y otros que no los son, y así como hay voces y ruidos que el fonógrafo registra y la radio transmite mejor que otros, ha de haber movimientos psíquicos cuya naturaleza estos nuevos aparatos cogen y conservan bien y otros que no logran grabarse ni quedar en debida forma. Por lo tanto, en lo que a Teodoro se refiere, me contenté con decirme que el buen muchacho debería haber pasado el día en su inefable mundo de bondad y cariño, rodeado de ensoñaciones puras salpicadas de dolor y que mundos así no son —por lo menos hoy— resgístralotodogénicos.

Nadie más apareció en la pantalla. Apagué y cerré el aparato y me fui a mi habitación a tenderme un momento.

Un recelo me atacó súbitamente, un recelo referente a mi oficio, algo así como un pudor —y luego me fijé que, por lo menos, en tres oportunidades durante el día, el oficio se me había presentado por su propio lado a encararse conmigo:

La primera vez fue momentos antes del almuerzo cuando ante mis ojos, Jacqueline pasó entre dos arbustos: toda la inmensidad que en ese instante sentí se me había condensado en el hecho de escribir un poema, es decir, que había yo abandonado y descuidado tal inmensidad salvándome con palabras en un papel. Mala cosa, pensé, y me alarmé en alto grado.

La segunda vez fue hace algunos minutos cuando vi que Valdepinos no paraba mientes en las mujeres y se inclinaba hacia los muchachos. Esta vez me alegré, en nombre de mi oficio, al darme cuenta de que mi material literario se enriquecía. Es decir que un literato debería desear cualquier aberración, cualquier deformación con tal de tener mayor número de temas para su propia pluma. Mala cosa, volví a pensar, y mis principios al respecto se turbaron y vacilaron francamente.

Pero, ocupado como me hallaba con los personajes vistos a través de la pantalla, no profundicé más allá estos aspectos de la función literaria y púseme a reflexionar sobre la tercera vez y principalmente sobre lo que la había causado, es decir, el ingenioso y moderno aparatito conocido con el nombre de Regístralotodo.

(Mi paréntesis de marras: Si sigo escribiendo y estas biografías logran llegar a término, puedo asegurar que en más de una ocasión estos tópicos sobre la función literaria volverán a mi pluma, ya sea refiriéndose a reflexiones mías o a reflexiones de otras personas. Puedo asegurar que no los olvido. Mas por hoy continúo con fidelidad la cronología de Curihue: percibí tan sólo esos dos aspectos literarios y me detuve únicamente en nuestro ingenioso aparato, o sea, en la tercera vez).

El recelo o pudor que esta vez me atacó vino a considerarme a mí mismo allí en la sala de lectura, junto a la mesita del fondo, inclinado sobre el Regístralotodo. Me pregunté:

“¿Es leal el uso de estas máquinas para un escritor? ¿No debe el escritor enfrentarse a sus personajes cara a cara, de hombre a hombre? ¿No es lo moral descifrar únicamente lo que el personaje da por su voluntad, lo que filtra a través de sus palabras y gestos? ¿No hay, tal vez, una felonía al atisbarlo así sin que lo sospeche y sin que el observador haga un

verdadero esfuerzo de interpretación? La máquina se vale, por cierto, de transmisiones por el éter pero esta máxima sutileza transmisora ¿justifica su empleo sin aceptación del observado?

Tales fueron las preguntas que se me plantearon. Por un momento, al pensar que escribiría los datos proporcionados por esa pantalla, me sentí como haciendo uso de escritos de otro autor, me sentí como robando o falsificando. Pero luego hice la comparación con la máquina fotográfica en relación a la pintura. Recordé viejas, muy viejas opiniones de tiempos en que se polemizaba al respecto o se repetían, como un eco, polémicas de los primeros momentos fotográficos. No sé cuándo ni dónde yo había sabido de gentes que aseguraban que el pintor que se valía de la fotografía era un artista poco leal, poco honrado. Otras decían que, pintar de este modo, “no tenía gracia”. El verdadero pintor debería enfrentarse al modelo directamente, sin ayudas mecánicas y baratas. (De más está decir que hubo quienes vaticinaron la muerte de la pintura...). Hubo también el polo opuesto: pintura y fotografía no tenían ni tendrían nada de común; eran cosas totalmente diferentes. Hubo, por fin, los buenos mediadores que aceptaron la fotografía como una recomendable ayuda a la pintura siempre que, claro está, no se abusara de ella. Hoy día creo que puede verse la inutilidad de aquellas polémicas; fue tiempo perdido, fueron palabras lejos de la realidad. Di entonces al *Registralotodo* el mismo valor respecto a las letras que el que puede tener la cámara oscura respecto a la pintura, es decir, un valor superfluo, un valor del todo ajeno al fondo del problema. Por lo tanto, usar la fotografía o no usarla es, para el resultado final y decisivo, completamente indiferente. Va a suceder, pues, con los *Registralotodos* —como con las máquinas fotográficas— que se comprenderá, una vez más, que el hombre está más allá de cuantos datos sobre él se nos puedan suministrar, por mucho que estos datos sean de gran utilidad. Nos volveremos a dar cuenta de que la búsqueda y realización de cualquier arte siempre irá más allá, más lejos de aquello que podríamos llamar “lo que todos saben de todos” o mejor aún “lo que todos pueden llegar a saber de todos”. Con aparatos se ampliará lo que puede saberse. Pero esta sabiduría no es el objetivo buscado al hacer arte. Es sólo un punto de apoyo, si se quiere, un punto de partida mas nunca de llegada. Luego —me dije— debo usar el aparatito sí, de buena fe, lo estimo necesario. Me senté, entonces, al borde de mi cama y anoté en mi cuaderno:

*Registralotodo:*

(Primera Consulta.- Curihue.- 9 de marzo 1927)

Jacqueline va hacia Lorenzo Angol que, a su vez, va hacia Jacqueline. Pero Rosendo Paine impide este acercamiento al ir también hacia Jacqueline y al imponer el Pacto. Lorenzo Angol trata de desviar esta inclinación llevando a Rosendo Paine hacia Isidra Curepto. Mas aquél no obedece y, por su lado, Isidra Curepto va hacia Valdepinos que, por el suyo, no se interesa por las mujeres ya que se revela como pederasta. Otros sintonizados: Baldomero Lonquimay, cuyo mundo pasional de fuego hace chirrear al aparato; Teodoro Yumbel, cuyo mundo pasional etéreo no logra grabarse debidamente.

Y, bastante satisfecho, cerré mi cuaderno.

De pronto el estrépito de un cañonazo me hizo saltar. Luego oí gritos. Con gran alivio me di cuenta de que eran gritos de regocijo. Bajé apresuradamente.

Había motivo para ello:

Por la noche volveríamos a tener teatro.

Ahora se nos pedía vestirnos y pasar luego a cenar. No se nos imponía ningún traje especial; cada cual se pondría su mejor indumentaria y se acicalaría como la circunstancia lo requería.

A las 8 y 30 pasábamos al comedor. No recuerdo bien el menú; sólo recuerdo un plato de Anguilas en Crema de Manzanas. Se habló en la mesa de nuestra excursión aérea, de la fea cosa que se hacía con las cebollas y criadillas, cosa que pronto se repetiría con los chunchules. También se habló de la situación política en Alemania. Además se adivinaron dos o tres charadas. Mientras tomábamos el café, Nora y el capitán tuvieron el siguiente diálogo:

—Capitán, ¿qué obra teatral se pondrá en escena esta noche?

—Ya lo sabrá usted, queridísima amiga. Al pasar al salón verán ustedes el cartel del caso.

—Por lo menos anticípenos usted el nombre del autor. ¿Siempre el chino Fa o tal vez un nuevo genio?

—Como nuevo genio, no. A mi teatro sólo suben seis dramaturgos, de los cuales cinco son viejos genios. El único nuevo, y esto relativamente, es nuestro amigo el chino.

—¿Y quiénes son los viejos?

—Sófocles, Esquilo, Shakespeare, Tirso de Molina y Racine.

—¡Qué bien! Tendremos teatro clásico..., ¿verdad?

—No justamente.

—Entonces es el chino.

—Sí, es el chino; su última obra. Pero no diré más. El cartel del salón dará las informaciones necesarias.

Todos aprobamos.

Baldomero Lonquimay me sopló al oído:

—Habría preferido a Eurípides.

Nos levantamos de la mesa.

Al salir del comedor, Rosendo Paine me dijo:

—¡Paciencia! Sigue esta farsa ridícula...

Y pasamos al salón a imponernos del cartel.

***TOMO VI***

*Noche seis*  
(9-III-27)

El capitán sin duda tiene un gran sentido decorativo y teatral. En lo alto de la pared del fondo y sobre los tapices colgantes había colocado el cartel, un enorme cartel, iluminado con luces indirectas mientras el resto del salón permanecía en la oscuridad. Bajo el cartel, el armonio. Sentado a él, el propio Stramuros ejecutaba una lenta, triste y arrastrada composición suya cantada con su aterciopelada voz de barítono. Inmóviles encima del armonio, uno a cada lado y con los ojos cerrados, Zamparratas y Tragalauchas parecían escuchar. Tendidos en el suelo, junto al compositor, dormían perra y perro, Callampa y Donizetti. Se respiraba olor a sándalo y violetas.

En silencio leímos.

Momentos después bajamos al teatro.

Copio a continuación el cartel:

Bajamos.

El teatro se hallaba a media luz. Nuestro anfitrión nos pidió que ocupáramos los mismos asientos que en la Noche Tres. Así lo hicimos. En la fila de nosotros los varones quedó desocupada la butaca central (Nº 20 del plano) pero pronto vino a sentarse en ella el propio chino Fa. Las tres butacas superiores, es decir las de los invitados de honor, fueron ocupadas como sigue:

La central (Nº 26 del plano) por Otelo, el moro de Venecia;

La de su derecha (Nº 27 del plano) por Su Santidad el papa Urbano II;

La de su izquierda (Nº 25 del plano) por don José Miguel Carrera.

Quedé un momento atónito ante este pequeño grupo asaz heterogéneo. Pero pronto vi que Valdepinos se levantaba y venía hacia mí.

—Me he informado debidamente —me dijo al oído—. Otelo, no me lo negará usted, es una de las más altas personificaciones del teatro universal; muy justo, pues, que presida, con su formidable autoridad, ésta que, a no dudar, va a ser formidable representación. El papa Urbano II, no lo olvide, fue el gran animador de la primera Cruzada; y como, según me han dicho, el chino nos va a llevar a esas tierras y esas épocas, es justo que también ocupe un sillón de honor. Cuanto a don José Miguel Carrera, indiscutible padre de la patria chilena, fue especialmente invitado como un sentido homenaje de nuestra hospitalaria tierra al preclaro autor oriental que ya tantas veces ha manifestado amarla como a la suya propia.

Y Valdepinos se retiró a ocupar su butaca.

El espacioso balcón superior, o galería, se hallaba ocupado por campesinos de Curihue y alrededores. Como en la función anterior eran ellos 132 adultos (88 hombres; 44 mujeres) y 18 párvulos (11 niños; 7 niñas). Total: 150 personas.

Por lo que respecta a los escondrijos que antes contuvieron pajaritos, abejas y mariposas, ahora se hallaban cubiertos con sendas cortinas de terciopelo azul.

En lo demás no había variación alguna.

Se produjo, de pronto, un silencio en toda la concurrencia.

Luego se oyó un retumbar de bombo.

Las luces se apagaron y el telón de boca se iluminó.

Habló una voz:

—Humanos: La tragedia DON FIDEY DE COMISO ¡¡comienza!!

Entonces por la abertura central del telón iluminado, un señor asomó la cabeza —como Tonio en el prólogo de la ópera *Pagliacci*—. Miró a ambos lados y sonrió. Avanzó dos pasos mostrándose de cuerpo entero. Con gesto elegante saludó.

Vestía a la usanza moderna: traje vestón oscuro, y se tocaba con sombrero hongo. Llevaba un bastón de caña. Tenía bigotes algo canos y abundantes. Representaba unos 45 años. Encendió un cigarro habano y con voz muy pausada dijo:

Insignes huéspedes de honor;

Bellísimas damas;

Respetados caballeros;

Amadas campesinas y campesinos:

Creo que mi más elemental deber es dar a conocer, antes que todo, mi nombre. Me llamo:

DON FIDEY DE COMISO;

Servidor incondicional de todos vosotros.

Creo que mi segundo deber es expresar la profunda emoción que me embarga al tener la sin igual fortuna de poder presentarme ante tan selectas individualidades.

Mi tercer deber —deber ineludible— es el de explicaros por qué y para qué estoy yo aquí haciendo uso de la palabra. A ello voy. Escuchadme.

El chino Fa es mi padre espiritual. Sobre este punto no diré más. Pero había que decirlo.

El chino Fa abomina del teatro. Nunca lo ha entendido ni jamás lo entenderá. Su estructura mental —una de las más perfectas que se conocen— y su estructura anímica —producto de una filtración y selección milenarias— le prohíben estrictamente toda bifurcación de la vida humana, diciendo, por ejemplo, “aquí, una vida; allí, otra vida”. Esto no lo acepta pues su mente y su alma le aseguran que la vida es una, una sola e inseparable, negándose a cualquier corte o desmenuzamiento. Por lo tanto le es absurdo que en un escenario acontezca algo que no siga aconteciendo y no sea el acontecimiento de quienes lo ven, lo comprenden y lo sienten.

—¿Cómo es posible —se pregunta— que toda esa gente (y muestra a los públicos teatrales) participe del drama que presencia conservando sus propios dramas y que luego se aleje dejando al de los actores desvanecerse en la nada?

Y a esto responde:

—No es posible.

Imagino que en este momento os estaréis preguntando que, si es así, para qué mi padre espiritual escribe entonces obras teatrales. Justa pregunta y me haré un deber de tratar de darle justa respuesta:

A pesar de que el ilustre hombre dice: “no es posible”, ve y verifica a diario que ello es posible puesto que sucede. Aquí, sin ir más lejos, pudo, la Noche Tres, comprobarlo. Aquí

sucedió *Blenda y Feldespato*; vosotros aplaudisteis sin escatimar vuestro entusiasmo; esto es verdad y, en su nombre y en el mío, lo agradecemos. Pero cayó el último telón y... cada cual se zafó del drama, lo colocó en el casillero de los recuerdos ajenos, volvió a tomar el hilo de su propio vivir y ni una actitud nueva –para qué decir una nueva determinación– fue teñida por el cúmulo de pasiones y acontecimientos que acababa de producirse. Si así pasó en vosotros frente al drama, peor pasó en el drama frente a vosotros: el pobre drama se desarrolló solo, tal como estaba previsto, sin que nadie interviniese en él, sin que nadie lo desviase ni para bien ni para mal, sin que nadie lo detuviese o lo empujase, en fin, dejándolo, después de haber sucedido, exactamente igual a como se hallaba antes de haber sucedido... Apenas una que otra intervención como la del señor inglés aquel; apenas pequeñas refriegas... Entonces, ¿para qué se escribió y se representó, para qué fue? ¡Triste es decirlo! ¡Para nada!

¿Es posible? Lo es puesto que así es. Mas, confesadme, ¡no debiera ser! Duro ha sido para mí maestro aceptar tal aberración. Ha necesitado para ello repetir ocho veces la experiencia ya que ocho son sus obras escritas con este objetivo. Por fin, la otra noche, dio su brazo a torcer. Vio que todos vosotros tenéis tabiques en vuestras vidas. Vio que estos tabiques son comunicables entre ellos. Estuvo a punto de llorar. Se dijo, entonces, que la próxima vez haría suceder el drama con todos, sin escenario y sala, sin telón, sin dos mundos diferentes. O sucede una cosa total o nada sucede. Pero por ningún motivo se han de resucitar mil vidas para luego volverlas a matar en la no existencia.

Huéspedes, damas, caballeros, campesinos:

Vamos a vivir hoy, ahora, ya.

¿Pues es justo –decidme– que todo aquí sea para vosotros vida, lo que veis, lo que habláis, lo que soñáis o suponéis, lo que coméis, lo que bebéis, que todo sea parte integrante de vuestras vidas y que, en cambio, no lo sea lo que aquí acontece, lo que aquí salta, brama y resplandece, que esto quede fuera, aparte, porque se llama “teatro”?

No es justo.

Hay que remediarlo.

Con la autoridad del incommensurable chino Fa, os digo que hoy, ahora, ya, va a sucederos, en vuestras propias almas y carnes, algo tanto o más importante que cuanto ya os haya sucedido o pueda sucederos, salvo acaso cuando os sucedió el hecho de nacer y cuando os suceda el hecho de morir.

Debo advertiros, sin embargo, que nadie, absolutamente nadie, está obligado a participar en los hechos que se avecinan. Hay libertad. Quien prefiera o crea que su destino es no participar en ellos para participar en otros, puede levantarse, salir y subir. Arriba, en casas, campos, ciudades y demás, hay vida también, circula la misma vida que a todos nos anima. Preferir de ella un aspecto u otro, es cosa personal y, sea cual sea la elección, el mérito es idéntico.

Pregunto, por lo tanto:

¿Desea alguien retirarse?

Por un instante nadie se movió. Luego, allá atrás y en lo alto, se levantó Taita Higuera y dijo:

–Con su permiso, caballero, tengo que irme a mi casa. Pero, si su mercé no se opone, le dejo mi asiento a mi sobrínastro, el sacristán, que está esperando ahí afuera.

Don Fidey de Comiso respondió:

—Doy mi permiso para su partida, querido amigo, aunque mucho la lamento. Cuanto a su sobrinastro, el sacristán, será un placer para mí tenerlo entre nosotros.

Hízose el cambio de asientos. Taita Higuera se marchó. Luego el orador siguió hablando de este modo:

Gracias por vuestra valiosa colaboración. Quiero, de todos modos —para que no pueda decirse que haya habido aquí presiones o influencias desviadoras del libre albedrío de cada cual—, quiero deciros aun dos palabras sobre los principios de mi muy insigne padre espiritual y, antes, otras dos sobre mi propia vida personal. Así sabréis a qué ateneros al saber con quienes tratáis. Después volveré a preguntar si alguien quiere retirarse. Después precipitaremos los acontecimientos. Escuchadme:

Creo haber dejado establecida la idea que sobre el teatro tiene mi maestro. Antes de seguir con él, permitidme que me mezcle yo y, a riesgo de repetir innecesariamente, no logro retener la lengua y decir:

Yo soy don Fidey de Comiso.

Hoy día, como todos vosotros —salvo Urbano II, Otelo, Fa y la dulce Jacqueline— soy ciudadano chileno. Nací en esta tierra, en la ciudad de Talca, el segundo día del segundo mes del año 1884.

Yo, antes, fui el mismo que hoy día soy aunque mi nacionalidad y, por ende, mi nombre cambiaban según razones superiores que mi mente menguada no es capaz de aclarar debidamente. En el correr de los siglos he nacido, vivido y fallecido en muchas tierras, mis ojos han presenciado otros aconteceres, mis oídos han escuchado otras músicas, otras risas y otros lamentos. Pero siempre he sido el mismo, creciendo, sin duda, de vida en vida; mejorando... así lo espero y anhelo. Hasta este feliz momento en que puedo reiterarme como vuestro más sincero y leal servidor.

Yo, la vez anterior, nací en los hoy llamados los Estados Unidos de América, la gran república del Norte. Allí nací cerca de Baltimore, el año 1671 para morir allí mismo en 1733. Oyentes míos, fueron 62 años buenos, con algunos achaques, por cierto, mas no nos quejemos. Por lo demás no es el momento de referirnos a aquella vida.

Yo, antes, nací en la patria de mi gran maestro, nací en pleno Peiping. Nací en 1447. Viví sólo 9 años, ya que fallecí en 1456. Poco tiempo: un resplandor de sol, de lacas, sedas y té. Una infiltración inconsciente de sabiduría, mas con frutos para después. Pero llegó el año que el destino marcaba y fallecí.

Yo, antes, nací en Siena, en la gran Toscana. Fue en 1235. ¡Imaginaos! Tenía yo 30 años cuando a este mundo vino, aquella vez, Dante Alighieri... Viví 93 años. No lo lamento. Época honda; sitio sublime. Y en 1328, fallecimiento y funerales.

Yo, antes, nací en Antioquía, en el centro de Antioquía. Nací en 1080. Fallecí en 1101. Viví 21 años. A esta vida quería llegar; a esta vida quería llevaros. En esta vida nos detendremos. Lo anterior a ella no nos interesa por hoy. Además es demasiado vago en mi memoria. Antioquía, pues, y en aquel momento.

Oyentes todos:

¡¡Antioquía, pues, y en ESTE momento!!

¿Aceptáis?

Hubo un silencio de no más de un segundo. Luego en toda la sala estalló un solo grito: —¡¡Sí!!

Don Fidey de Comiso se inclinó hasta el suelo y siguió hablando de este modo:

Gracias por vuestra valiosa colaboración.

Hace unos minutos ofrecí deciros aun dos palabras sobre los principios de mi muy insigne padre espiritual. Trataré de ser lo más breve posible. Escuchadme:

El teatro –dice– es tan viviente como lo de ahora lo es en nosotros. El teatro es:

*Un compendio de un momento pasado que se actualiza;*

O bien:

*Un compendio de un momento futuro que se anticipa.*

Fijaos, ahora, en esto:

Tanto “actualizarse” como “anticiparse” caen y se radican en lo que llamamos “presente”.

Mas hay una pequeña diferencia entre este presente y lo actualizado o anticipado. Os pido poner vuestra atención en ella:

El presente, nuestro presente, nuestro “actual”, no ha sido aún, no está despojado de su *superfluo*;

El pasado y el futuro, actualizados y anticipados, están despojados de todo lo *superfluo*.

Oyentes todos:

Alrededor de ellos no hay ningún ruido inoportuno ni hay ningún velo fuera de sitio que desvirtúen la marcha de su existencia y la finalidad que esta existencia lleva.

Caen todos los accesorios. Cae todo lo que la tragedia, al acontecer, recoge con las aspas de su destino.

Se muestra en su acontecer permanente. Se muestra hoy, ahora, aquí.

Lo que sucedió, ayer o hace siglos, os sucede en este mismo momento. Lo que sucederá, mañana o dentro de siglos, os sucede también en este mismo momento.

Los problemas están y subsisten porque no hay, por parte de quienes los encaran, esfuerzos suficientemente fuertes para querer solucionarlos.

Pide entonces la gente que se le dé la clave de la solución; asegura entonces la gente que, apenas les sea dada, se lanzará a solucionar.

Ha sido dada. Varias veces, muchas veces.

Igual número de veces ha sido olvidada. Ha sido aplaudida, sí, ovacionada. Pero se la ha dejado resbalar, huir, perderse.

Entonces vuelve a ser planteada, mostrada, representada en el templo de la escena. Vuelve a ser ovacionada... Y vuelve... a resbalar.

¡Pobre teatro! ¡Pobres artes, todas ellas! Digamos la verdad: ¡Pobre todo!

Pero estoy hablando demasiado. Menos palabras y más acontecer. Además me imagino que os estaréis preguntando quién me ha dado autoridad y conocimientos suficientes para afirmar cuanto afirmo. Justa pregunta.

Huéspedes, damas, caballeros, campesinos:

Autoridad y conocimientos me han sido dados por... mi memoria. Nada más. De ahora, 1927, a entonces cuando aquella vez nací, 1080, recuerdo bien. Es todo. Pocos son, ya lo sé, 847 años para el hombre histórico. Y si agregamos los períodos de sueño, de recapitulación sorda, menos pesan esos años. Pero, en fin, algo es algo. Y creo que es más que algo si a ello agregamos una mejor memoria que a la mía generosamente ha venido a ayudar. Ya habéis adivinado a qué me refiero: a la más de cien veces milenaria memoria de mi insigne y enorme maestro Fa.

Aplaudimos.

Don Fidey de Comiso se inclinó hasta el suelo.

Luego todos mirando hacia la butaca N° 20, la central de nuestra fila de varones. El buen chino sonreía y, con menudos movimientos de cabeza, afirmaba. Luego se levantó e hizo pequeños saludos con ambas manos. Luego dijo, sonriendo siempre:

Mi joven amigo de Comiso dice verdad, mucha verdad. No toda ella, no, porque esto ningún mortal puede hacerlo. Pero en lo dicho por él hay—como vosotros decís—toneladas de verdad. Estas toneladas se dividen en dos... —¿de qué modo decir para emplear imágenes habituales y gratas a vuestros oídos?—, se dividen en dos clases de... mercaderías. ¡Esto es! Mercaderías. Estas dos verídicas mercaderías son: a) grandes lingotes muy finos de la inmutable permanencia, a través de los siglos, de los problemas y tragedias para los hombres; permanencia que se debe a que estos hombres miran a los unos y a las otras, miran, encaran, entienden y se apasionan pero luego olvidan quedando enredados y atajados por lo superfluo, por eso que el amigo dijo de “las aspas de su destino”; b) muchas barricas bien repletas de la potente y verídica memoria del joven orador, memoria que le ha permitido verificar la igualdad de los problemas, sea donde sea y cuando sea; y le ha permitido recordar que siempre la clave de la solución ha sido ofrecida a aquellos que han, o hubiesen, podido cogerla. Ya lo veis, muchas toneladas de buenas mercaderías en lingotes y barricas. Y algunas suciedades también, hasta algunas ratas, como en todas las mercaderías que hacen largo viaje. ¿Qué suciedades y ratas? La ayuda mía. No ha sido tanta, no ha sido tanta. Un poquitín apenas. Apenas...

COMISO

¡No! Ha sido mucha, inmensa. Inconmensurable sostén, inconmensurable luz.

FA

Si usted lo asegura, no puede ser sino como lo asegura usted. Pero no lleguemos a modestias exageradas. Yo, más que ayudar, observaba. ¡Acuérdese, don Fidey! Hace poco, en Baltimore, en aquel frío mes de diciembre. ¡Ah, ah! ¡Qué problema, qué tragedia para usted y cuantos le rodeaban! Hasta hubo vidas tronchadas, ¿verdad? Ya usted, amigo, un mosquito le zumbaba al oído, mosquito que decía la solución, el arreglo, que decía que allí estaba, fácil, después de todo, si se usaban algunos kilos de buena voluntad y otros kilos de elevación. El mosquito, al picar en su oído mismo, ¡ih, ih!, era compatriota suyo; al alejarse algo revoloteando, tenía reflejos de la patria mía; y al alejarse más, desparramaba, a pesar del frío ambiente, tibiezas dulces de Toscana; y al alejarse más, retumbaba, a pesar de estar tan lejos y ser tan chiquitín, con estruendos de heroicos cruzados. El arreglo estaba siempre y era siempre el mismo. “¿Por qué—se preguntó usted—no ir y ponerlo en práctica? ¡A la obra!”. E intervino, elocuente y actuante, frente a sus compañeros y compañeras de tragedia. ¿Qué pasó?

COMISO

Pues que me dieron de garrotazos. Muchas horas sin conocimiento; varios días, casi un mes, con la cabeza trastornada.

FA

¿Y luego? Dígalo usted a tan distinguida concurrencia que... ¡ih, ah!, a la voz de “garrotazos” se ha estremecido ante la posibilidad de poder, muy pronto, administrarlos o recibirlos; sí, esos buenos garrotazos, fieles acompañantes de los humanos.

COMISO

Luego, venerado maestro y distinguida concurrencia, cuando estuve sano, entré por varios días en meditación; diré mejor, entré en memoria.

FA

Con meditación y memoria ¿Llegó usted a la conclusión de que sus asaltantes no le habían comprendido?

COMISO

De ningún modo. Todos y todas habían comprendido. Todos y todas supieron que yo decía verdad y que colocándose en un punto de vista como el mío, nos abrazaríamos con efusión. Mas para ir hasta ese punto había que caminar y alejarse. Caminar, ¡sea! Pero alejarse, ¡no! Pues tendríamos todos que alejarnos de nosotros mismos. Y esto nadie lo quiere.

FA

¿Será posible? Aquí, por ejemplo, ¿nadie desearía un pequeño paseo –con luz lunar o solar; a gusto del paseante– a un par de kilómetros de distancia del propio esqueleto?

LONQUIMAY

¡Yo!

FA

Pues entonces, vamos, amigo.

LONQUIMAY

No hace falta. Ya partí luengos años ha. Sabed, digno hijo de la tierra de los hombres con agudos ojos de laca, con crujiente voz de seda, con perfumado hálito de té, con divina mente de opio, sabed que yo vivo, obro, amo y creo a 150.000.000 de kilómetros de aquí donde mis huesos se entrechocan. ¡Miseria distancia aún! Es sólo la que nos separa del astro rey. Mientras no cubra la que alargada yace hasta la primera estrella, la verdadera paz no anidará en éste mi ser mamífero.

FA

Reconozco, ¡oh, viajante sideral!, que he quedado corto al ofrecer dos vergonzosos kilómetros. Para deshacer lo que bien podría trocarse en ofensa, me permitiré felicitaros henchido de admiración.

NORA

¡No hay tal, celebérrimo autor! Ahí a su lado, en su butaca, está él todo entero. Apenas, a veces, algún pelo de la barba se le aleja un tanto. No creo que ninguno de ellos haya aún pasado el medio metro. Aunque..., aunque, ahora que pienso veo que mi estimado Baldomero no miente; es de buena fe; cree estar junto al astro rey. ¡Qué hombre de tan fina cortesía!

LONGOTOMA

¡Estupendo! ¡Como que ya entiendo estoy! Mi señor gran Fa y, sin duda, mandarín por añadidura: ¿osaría un simple hijo de Petorca pedirnos que autorizaseis a la arrebatadora Nora para explicarnos esto de los kilómetros por millones en lo sideral del caballero, y de los metros compungidos y arrugados en las barbas del mismo?

FA

Nada tengo yo que autorizar o no autorizar. Soy espectador y nada más y, como tal, encima de mí está el aguerrido Carrera y el santo Urbano y el celoso Otelo. Y también nuestro capitán, propietario de todo esto. Y todas las damas por el hecho de damas ser. Y todos los varones por hallarse en el país que nacer los vio y ser, por ende, anfitriones; y yo... un huésped volante, transitorio, efímero, siempre efímero sean cuales sean los kilómetros que se le desprendan o que le arremetan.

LONGOTOMA

¿A quién, entonces, dirigirme?

FA

Al amo y señor de estos momentos, don Fidey de Comiso.

COMISO

Doy toda clase de autorizaciones a la gran dama Nora.

NORA

Riendo a carcajadas.

Para el galante Baldomero, el astro rey ¡soy yo!

LONQUIMAY

¡Oh, no, señora, no! No lo sois y si alguna vez lo hubiese así considerado, que las furias de los cataclismos todos me petrifiquen. Vos, ¡oh, señora!, sois la más pura y brillante chispa del astro rey; sois su más genuina y dignísima representación en este planeta; sois, pues, aunque solar, terrestre aquí y aquí os encontraréis. He ahí por qué 150.000.000 de kilómetros nos separan y siempre nos separarán. He ahí por qué no os cojo ni vos jamás cogermé a mí podréis.

OTELO

Creo, señor de Comiso, que nos estamos alejando del problema que, desde Antioquía hasta Chile, le preocupa a usted –y a nosotros también– y cuya solución le zumbaba aquel mosquito allá en Baltimore. Además, con esto del amor, solar o terrestre, del señor Lonquimay y la señora Nora y con esto de las distancias que los separan, estamos entrando en problemas que más me atañen a mí que a los otros. Pues como que al caballero de las pelirrojas barbas se le presente por ahí un Yago... Señor capitán, no he venido yo aquí, gracias a su amable invitación, para encontrarme con nuevos casos de nuevas Desdémonas. Ya nada se puede agregar sobre el particular. Ya las claves han sido expuestas hasta la saciedad y se repiten noche a noche en teatros y más teatros. Que la gente haga de ellas buen uso o ningún uso no es cuestión nuestra. Pídole, pues, señor de Comiso, que se enriele usted por sendas sin arrebatos de celos, sin buenas mujeres sacrificadas, sin abyectos intrigantes y demás. Todo eso me daña y yo he venido a ver teatro y arte, a elevarme en arte y teatro y nada más. He dicho.

COMISO

Tiene usted razón, noble moro de Venecia, y no vacilo en hacerme eco de sus palabras y de los conceptos que ellas encierran. En verdad nos estábamos inclinando hacia problemas de su órbita de usted y alejándonos de Antioquía y los suyos y del mosquito de Baltimore con los garrotazos que le siguieron. Trataré de enrielar como me pide pero antes quisiera hacer a usted, inmortal general, y a todos los presentes, un pequeño alcance:

Su problema, tan honda y trágicamente vivido en la adriática joya que Venecia llamamos y en la mediterránea gema que Chipre llamamos; y el mío, que atónito y desgarrado presencié en la viejísima y noble Antioquía; son, lo reconozco, diferentes y lo son tanto en forma como en motivos y esencia. Mas no creo pecar de exageración si digo que hay en este mundo ciertos elevadísimos puntos donde todos los problemas que pueden acometer a los humanos no son más que uno, que todos ellos, sin excepción, en uno solo se resuelven.

Y me atreveré a agregar que estos puntos resuélvense, al fin y a la postre y al fin de los fines, también en uno solo y en nada más que uno.

¡Santo punto! Santo porque dentro lleva la ¡santa clave!

Huéspedes, damas, caballeros, campesinos:

Este punto es:

La ACTITUD del hombre frente al problema, sea cual sea este problema.

FA

Así es.

COMISO

¡Hay una actitud! Hay, por lo tanto, ¡una esperanza!

FA

Las hay.

COMISO

Frente a esa actitud nada queda.

FA

Nada.

COMISO

Frente a esa actitud todo subsiste y es.

FA

Todo.

COMISO

Pero esta actitud se encuentra—sin querer ni por un solo instante hacer ofensa al señor Lonquimay— a una distancia millones y millones de veces mayor que las de aquella primera estrella anhelada o de la última de todas ellas. Mas no hay, por esto, que descorazonarse. Pues no es distancia recta que se aleje y se aleje hasta la desesperanza. Es distancia envolvente que cubre y cobija y que a todas las demás encierra.

FA

Así es la distancia hacia el punto único y hacia la actitud del hombre.

LONQUIMAY

Anticipo que nada ofenderme puede.

FA

Acorta usted distancias, mi distinguido señor.

COMISO

Gracias, maestro Fa, por su aprobación, y basta ya de alcances, estimados oyentes. He hablado de cosas elevadísimas como son esos puntos con sus santas claves y esas distancias redondas que aprietan. Tal vez vais a creer, por esto, que elevadísimo yo soy también. No lo soy. Prueba de ello es que vuelvo, sin poder contenerme, a los garrotazos que me propinaron. Es que todavía —a pesar de los años transcurridos y del sueño de recapitulación sorda entre dos vidas—, todavía me hacen daño cuando los evoco. Sobre todo aquí en las costillas posteriores del lado izquierdo.

FA

Sí, joven amigo. Es que fue aquélla una paliza en forma. Sepa usted que ayudó a anticipar su fallecimiento en 4 años. Debió usted morir en 1737. Hay que ir con pies de plomo cuando quiere uno dar soluciones radicales más allá de nuestras tan queridas personalidades.

VALDEPINOS

Señor dramaturgo, perdone usted, pero se me figura que si esta noche se lanza usted a ofrecernos soluciones para nuestros problemas... ¡menuda paliza puede llevarse!

FA

¿Problemas? ¿Pero que los tienen ustedes aquí en Curihue?

CAPTÁN

Yo, por lo menos, he tratado de que nadie los tenga y he hecho lo posible para que estas vacaciones sólo sean alegres y despreocupadas.

Murmullos en todo el público. Movimientos varios. Voces sueltas:

Debieron registrarnos antes de entrar.

Y quitarnos todo objeto agresivo.

Y hasta atarles las manos a algunos.

Y poner bozal a los de instintos perrunos.

Todo es problema aquí, señor Fa, y problemas pegados a la piel.

Y al esqueleto.

Y a cualquier parte que no sea fuera de uno mismo.

¡Cuidado con las soluciones radicales!

COMISO

¡Calma, calma, oyentes queridos! Hay libertad, mis buenos amigos. Se alejará de su propio organismo quien lo quiera y nadie más. Sigamos por ahora camino de Antioquía. Os decía, pues, que...

Don Fidey de Comiso se detiene y mira hacia la platea baja. Ha notado que Jacqueline está nerviosa, que se inquieta en su asiento y que mira hacia el escenario como queriendo preguntar algo.

Hermosa mademoiselle Jacqueline, ¿hay alguna duda en usted o algún olvido explicativo en mí? Soy todo oídos si algo desea usted saber y que yo pueda aclarar.

JACQUELINE

Sí, señor. Siempre que no interrumpa demasiado. Es sobre lo que usted dijo de la "actitud", de aquella actitud superior. ¿Podrá o querrá decirnos cuál es ella?

COMISO

¡Señorita, señorita, mademoiselle, mademoiselle! ¡Cuánto diera yo por poder decirlo, por poder explicarlo! Pero una actitud es una actitud y no un discurso ni una disertación. ¿Permitiría usted que le dijera que esa actitud a que me referí podría ser una interrogación permanente sin esperar nunca su respuesta porque la respuesta más acertada sería el hecho mismo de siempre interrogar? No encuentro nada más que decir. Y, sin embargo, quisiera hablar, hablar mucho. Su pregunta de usted, ¡oh, Jacqueline! —¿permite que suprima el "señorita, mademoiselle" y la llame directamente por su nombre?—. Gracias, gracias. Su pregunta de usted, ¡oh, Jacqueline!, me sumerge en un océano de respuestas pero... el océano mismo con su tempestuoso oleaje las devora, las hunde, las sepulta en sus profundidades insondables. Y allí quedo yo, solo y empinado en empinada roca, contemplando la superficie de las aguas. Quedo inmóvil, absoluta y totalmente inmóvil, quedo como expresión perfecta de la inmovilidad perfecta. Hasta mi sangre se detiene porque el corazón se ha detenido. Hasta mi respiración se suspende porque tiesos y atajados están mis pulmones. ¡Curiosa, aun interesante actitud! ¿Verdad? Entonces y así, más severo y hierático que la roca que me sostiene, siento y sé que soy todo movimiento, que soy la expresión misma de cualquier movimiento, pues siento, sé y vivo que la roca rueda y corre con la

Tierra, que la Tierra rueda y corre con el Sol, que el Sol rueda y corre con la Vía Láctea y ésta, a su vez, rueda y corre con el Universo todo. Y yo, empinado allí, me he inmovilizado totalmente para no molestar en nada, nada, estos rodares y correres mayores. ¡Hermosa, aun venerable actitud! ¿Verdad?

¡Oh, Jacqueline! ¿Qué más decirte? —¿Permites que ante ti me aleje del alejador “usted” y entre en las cercanías que acarrea el “tú”?—. Gracias, gracias.

¡Oh, Jacqueline! Puedo aun decirte que es venerable actitud cuando aquellos “superfluos” de que hablé se desploman primero, se volatilizan después y desaparecen por fin, desmintiendo de este modo aquella afirmación de que en este mundo nada se pierde sino sólo se transforma.

Puedo aún agregarte que es también actitud venerable cuando nos despegamos del propio esqueleto y, en un estallar formidable, alcanzamos, con balines anímicos, el Universo todo. La es cuando, al suceder así, el esqueleto queda inmóvil, duro, seco, clavado, sabiendo con todos sus huesos y coyunturas que nada de él se ha alejado, sabiéndolo mientras sus balines ruedan y corren sin dejar ni un rincón universal sin perforar. Algo así, dulce doncella mía, como yo sobre la roca frente al océano que tu pregunta creó ante mí, bajo mis pies y hasta el más lejano de cuantos horizontes se puedan concebir.

Venerable actitud —digámosla sin rodeos: ¡la actitud!— eres a menudo tú.

Lo sé porque te vi.

¡Ah, mi respetado escritor, señor don Onofre Borneo! ¡Ah, mi admirado pensador de las Bóvedas intensas, señor don Lorenzo Angol! Debo confesar a ustedes que yo también, aquí en Curihue, tengo por ahí, entre los entretrechos gratos al noble señor de Berbiguier, un pequeñito matakán. Hace pocos días en él estaba. Miré y entonces supe porque vi.

Jacqueline, te vi.

Te vi porque pasabas. Pasabas bajo los rayos solares para luego destacarte en una sombra de ramajes y penetrar nuevamente a la luz solar.

Pasabas... sin ver y viéndolo todo; sin oír y oyéndolo todo; sin hablar y siendo toda tú la música toda. Eras, en ese pasar, la actitud. Ante ti, en aquel momento y si los humanos pasaran como tú pasabas, los problemas que nos aquejan o pueden llegar a aquejarnos se desvanecerían sonrojados al encararse de golpe con las soluciones absolutas. ¡Oh, sí, Jacqueline! Puedo ahora asegurarte que...

OTELO

Creo, mi señor don Fidey, que otra vez nos estamos alejando de su Antioquía para meternos en problemillas que yo conozco mejor que usted y que me infunden un malhumor tal que la paliza de marras puede aquí llevársela quien menos piensa. Ya el lenguaje que está usted usando para con la señorita Jacqueline va acercándose temerariamente a cierto lenguaje mío para con la señora Desdémona. Y ha quedado establecido que la invitación de nuestro capitán es para oír otra clase de palabras. Así es que, así es que, mi buen señor don Fidey...

COMISO

Esta vez no tiene usted razón, aguerrido y glorioso general. Mis referencias y mi lenguaje ante la señorita Jacqueline no penetran en los dominios de la santa señora Desdémona. Cuanto he dicho no tiene mayor alcance que el que tener puede un simple y aclarador ejemplo. Ella preguntó; a ella y según ella tuve que responder. Si usted, noble moro, hubiese preguntado, a usted y según usted hubiese respondido. Pido a todo este distinguidísimo público que dé fe a éstas mis sinceras palabras.

OTELO

No me parecería mal saber qué me habría respondido usted a mí si yo hubiese averiguado algo sobre su famosa actitud. ¿Acaso la he tenido yo también al pasar por aquí, por allí o por allá?

COMISO

Por cierto, la ha tenido usted. ¡Y en qué forma e intensidad, vive Dios! Su actitud fue a tal punto sublime que el inmortal entre los inmortales se detuvo ante ella y la grabó en drama imperecedero.

OTELO

Explíquese, amigo, explíquese que me está usted picando la curiosidad. ¿En qué momento he podido tenerla, yo misero pecador y estrangulador?

COMISO

Justamente, general, cuando estranguló.

OTELO

No puede ser. Aquello fue y es aún la mancha de mi vida. Repito: ¡no puede ser!

COMISO

Aclaro mi respuesta: apenas hubo usted estrangulado. ¡Haga memoria, general, haga memoria, por Baco o por quien sea! Hagamos juntos memoria, si lo quiere. ¡Abra sus ojos! ¿Qué ve? ¿Qué ven cuantos llenan esta sala?

OTELO

¡Santo Dios! ¡Tú, tú! ¡¡Desdémona!!

Nos pusimos todos de pie, electrizados. En verdad: era ella, era Desdémona. Allí estaba en su lecho; allí estaba su lecho en su alcoba. Dormía. Junto a ella brillaban las cinco luces de un candelabro.

Otelo avanzó lentamente, con una lentitud irritante. Pasó, sin verlos, entre Fa y el capitán. Pasó luego, sin verlas tampoco, entre Isidra y Jacqueline. Pasó por fin junto al hueco de la orquesta subterránea. Al pasar por allí, Stramuros —que hasta el momento no había dado signos de vida— se asomó a más de medio cuerpo y saludó respetuosamente desapareciendo después. Otelo hizo de lado, con su diestra, a don Fidey. Otelo entró en la alcoba.

Otelo se detuvo al lado de su esposa y habló en una lengua desconocida para nosotros. Desenvainó su espada mas luego la dejó sobre una mesa. Enseguida apagó las cinco luces del candelabro. Inmediatamente y desde lo alto cayó una luz plateada sobre la escena.

Otelo, arrobado, contempló a la durmiente. Un momento después se echó sobre ella y la cubrió de besos llenos de pasión. Despertó ella y preguntó:

—¿Quién es? ¿Otelo?

Se entabló entonces entre ambos un diálogo cuyas palabras —comprensibles las de ella; ininteligibles las de él— vinieron a resonar en nuestros oídos como ecos de otro mundo.

Poco a poco estos ecos fueron despertando y avivando en cada oyente ciertos sentimientos indignos mas, por desgracia, indomables. Puedo asegurarle, sin rodeos, por lo que a mí se refiere. Puedo también asegurarle respecto a mis compañeros varones: sus expresiones y ademanes lo demostraron; además, en conversaciones posteriores, ninguno tuvo reticencias para confirmarlo.

Cuanto a nuestras tres damas, la cosa fue diferente y ya tendremos ocasión de decirlo. Por el momento quiero anticipar que las 44 damas del piso superior obraron como las

primeras ya que el proceder de sus 88 varones se asemejó en todo al nuestro. De niños y niñas nada sé.

Pero volvamos a mi grupo:

Es el caso de que la sangre nos hervía y de que su hervor creciente iba amparándose de nosotros. De cuando en cuando cogíamos confusamente algunas palabras de la infeliz. Cuanto a las palabras del victimario, además de la extrañeza de su idioma, nos golpeaban los tímpanos cual simples y enfadosos ruidos. Entre éstos tremolaba la voz comprensible de tan comprensible dolor. Recuerdo que, en un momento, dijo:

—¿Queréis venir a mi lecho, Monseñor?

Y luego:

—¡Habláis de matarme!

Y luego:

—Que el cielo, entonces, tenga piedad de mí...

Y también:

—Es una muerte contra naturaleza aquella que mata por crimen de amor...

Y:

—Que el Señor, entonces, tenga piedad de mí...

Y además:

—¡Y vos también, tened piedad! Jamás, en mi vida, os he ofendido. Jamás he amado a Casio...

Y después:

—¡Oh, desterradme, Monseñor, mas no me matéis!

—¡Al menos, una media hora!

—¡Nada más que el momento para recitar mi oración!

Ya lo he dicho: la sangre nos hervía y avivaba en nosotros indignos sentimientos. Pues los lamentos de la desdichada mujer no nos alcanzaban; la furia de aquel hombre nos dominaba. Vivíamos al unísono con él, con él compartíamos sus celos indomables. Todos nos sentíamos engañados, traicionados. Todos sentíamos la necesidad imperiosa de inmolarse a las miserables criaturas que se mofaban y seguirían siempre mofándose de nuestros tan puros, tan generosos ímpetus de amor.

Jacqueline no me amaba y debería amarme. Sin embargo... No olvidé que Lorenzo anhelaba su compañía en la soledad y que Rosendo, ante ella, se sentía subyugado. Era un error mío: no experimenté celos por Jacqueline. Pero los celos ardían en mí. Los nombres de Bárbara y Colomba resonaron por un instante junto a mis oídos. Instintivamente miré, entonces, a Lorenzo. Con todas las muestras de una ira desatada, éste vino hacia mí y me dijo:

—Quiero salir de aquí. He de ir a La Cantera. Bárbara...; Colomba... ¡He de matar!

Quedé estupefacto y, una vez más, creí que iba a perder el conocimiento. La voz de Teodoro me volvió en mí:

—Onofre, ¿qué me pasará? Siento que soy víctima de una fuerza extraña, increíble, inaudita, que me empuja a San Agustín de Tango a vengar mi honor. Sin embargo a nadie conozco allí. Calucha me traicionó. Debí matarla. Pero en San Agustín de Tango... Onofre, ¿qué me pasará?

Sin saber lo que decía le contesté:

—Sí, Teodoro, te acompaño, vamos a la bella ciudad del río plácido y de las minas de manganeso, vamos a ensangrentarla con sangre de mujeres infieles...

Y al oírme a mí mismo, volví a quedar estupefacto. Esta vez me despertó Rosendo. Avanzaba como un jaguar hacia Jacqueline, avanzaba con ambas manos crispadas. Mas en ese momento me distrajo Baldomero al pasar ante mí y exclamar:

—¡Ah, inicua Nora! ¡Morirás!

Y Valdepinos, pálido como un cadáver, me cogió por los hombros murmurándome:

—Me marchó, amigo, a Pichinga. Esto no puede seguir así. ¡O el otro o yo!

Traté de recobrar mi equilibrio mental. No encontré mejor modo que dando alcance a Desiderio. Se deslizaba éste en cauteloso silencio hacia la puerta de salida. Haciendo un esfuerzo por chancear le pregunté:

—¿También se retira usted? ¿Va muy lejos para acabar con una vida femenina?

—No muy lejos—me respondió sombrío—. No saldré de este maldito fundo mientras mis manos no se hayan manchado en la sangre de esa pícara de la Tomasa.

Un grito, semejante al aullido de un violoncelo mal tocado, me obligó a volverme. Era el insigne Stramuros que, sofocado de rabia, salía, como un orangután, de su hueco orquestal.

Una vez afuera, y sacudiéndose cual un perro mojado, exclamó:

—¡Ah, cerda de Isidra! ¿Por qué, por qué no pones tu intelecto refinado y tus plásticas cualidades al servicio de mis creaciones musicales? ¡Ah! Porque, sin duda, algún Casio recibe de ti cuanto tú puede ofrendar. Pues bien, ¡dejarás de existir!

Como un relámpago atravesó entonces por mi mente la idea de que todos sabían—unos más, otros menos—quien era la ingrata que engañaba y que yo, tan preso por los celos como ellos, lo ignoraba. Cuando, de pronto, como un balazo, un nombre me atravesó los sesos:

¡¡Isabel!!

Alcancé, por un segundo, a entrever un pedazo de mi vida pasada. Y supe que debería hundir un puñal en el pecho de Isabel, de mi adorada esposa, ¡Isabel!

Pero un detenimiento y un silencio generales me paralizaron, y el pedazo de mi vida, con Isabel dentro, se paró y enmudeció también para luego sumergirse en el olvido.

La causa de este cambio súbito en nuestros actos y palabras fue una escena espantosa que se presentó a nuestros ojos:

Otelo se había lanzado sobre Desdémona y la estrangulaba.

Oímos los gritos de la desdichada:

—¡Dios...! ¡Dios...! ¡Dios...!

Mientras de fuera, a través de la puerta, venían los llamados desesperados de Emilia:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡Ea! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

Pero el moro no escuchaba. Cegado, embrutecido, se encarnizaba sobre su víctima y la remataba.

Entonces nosotros los hombres no soportamos más. Ciegos, brutales, sin ya ni siquiera pensar en si eran o no eran ellas los objetos de nuestras pasiones, nos avalanzamos, para aniquilarlas, sobre las tres damas, amigas, sobre Jacqueline, Isidra y Nora.

Mas las tres, cogidas por el espanto y veloces como gacelas espantadas, saltaron hacia la alcoba de Desdémona y en ella penetraron en el mismo momento en que don Fidey de Comiso corría, tras ellas y frente a nosotros, una alta reja dorada que las protegió y nos detuvo.

Vociferábamos ahora nosotros alargando los puños a través de los barrotes. Ellas se acurrucaban entre los cortinajes del lecho. Por última vez sonó en mí, muy tenue, el nom-

bre de Isabel. Me calmé un poco. Para no ser cogido nuevamente por los arrebatos de Oteló, miré lejos, hacia arriba, hacia el piso superior:

Allá se repetía la misma cosa: los 88 hombres, ebrios de celos, habían atacado también a las 44 indefensas mujeres con intención de asesinarlas. Mas allá, como aquí don Fidey de Comiso, Taita Higuera, súbitamente reaparecido, había corrido, a su vez, una sólida reja separando a atacantes de atacadas e impidiendo, de este modo, una salvaje carnicería.

Tranquilizado miré, entonces, hacia la fila de nuestras butacas:

Allí, solo, de pie, estaba el chino Fa. Se abanicaba con suma velocidad y, contemplando el vergonzoso espectáculo, sonreía y sonreía maliciosamente.

Vi luego que el capitán se acercaba a él y algo le decía al oído. El chino hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Enseguida ambos volvieron la vista hacia nosotros, el capitán con un ademán de reproche compasivo; el chino, sonriendo y sonriendo siempre y cada vez con mayor malicia.

Yo volví la mía hacia la alcoba. Mis amigos se habían calmado bastante y, sin ahora vociferar ni amenazar, miraban también aunque con gestos y murmullos malignos. Los cinco personajes tras la reja se hallaban inmóviles y en posturas tan bellas y teatrales y en sitios tan equilibradamente escogidos que ni por un momento dudé de que un director de escena —y muy perito— los había así colocado. De pronto el héroe avanzó dos pasos en dirección a Emilia:

OTELÓ

Ha ido, la mentirosa, al infierno ardiente: ¡yo la maté!

EMILIA

¡Oh! Razón de más para que sea un ángel, y para que tú no seas sino un negro demonio.

OTELÓ

Tornábase una desvergonzada. ¡Era una puta!

EMILIA

¡La calumnias y eres un demonio! ¡Eres desenfrenado cual la llama al atreverte a decir que fue embustera! ¡Oh, era ella de una lealtad celeste!

NOSOTROS

A coro.

¡Mientes, Emilia! ¡Sois todas vosotras una desvergonzadas y emputecidas! ¡Gloria a ti, moro de Venecia, que en Chipre justicia a los hombres nos hiciste!

COMISO

¡Por favor, por piedad! ¡Calma, calma! ¿Pero qué os ocurre? Si se trata, señoras y caballeros, sólo de mi ejemplo sobre la actitud aquella. ¡Pido, Dios mío, que Oteló recapacite, que haga rápidamente memoria y nos explique al momento de su actitud después del crimen! ¡Calma, calma! ¿Qué os ocurre?

OTELÓ

Es esto consecuencia de la abetración de la Luna: se aproxima a la Tierra más que de costumbre y a los hombres enloquece.

JACQUELINE

Si la Luna tiene culpa en esto, perdóneme, señor de Comiso, que yo también la tengo por mi inoportuna, mi torpe pregunta. De ella nació todo. ¿Me perdona usted, verdad?

COMISO

Nada tengo que perdonar, señorita, pues no ha incurrido usted en falta alguna. Todo esto debe así suceder. Usted y la Luna siguen hermosas e inmaculadas.

ISIDRA

Error tu demanda de perdón, Jacqueline. ¡Magnífico, soberbio es cuanto ocurre! ¿No lo captas? ¿Tus antenas nada te transmiten? Observa, penetra, perfora, traspasa, simpática amiga: demostrada queda la insensatez y perfidia del masculino; demostrada queda la superioridad anímica de nosotras las astralmente supersensibles, de nosotras las ultrafemeninas. ¡Ya lo había dicho yo!

NORA

¡Eh! ¡Qué afán el tuyo, Isidra, de generalizar! ¿Están, acaso, en ese menguado grupillo, cuantos hombres hay en el mundo? ¡Tonterías, hijita, tonterías! O bromas o farsas del chino y nada más. Aprende a observar y a buscar y verás que ni somos nosotras tan súperes ni ultras, ni ellos tan insensatos ni pérfidos.

EMILIA

Irrumpiendo entre las tres damas.

¿Permiten ustedes, señoras mías? Tengo que poner en claro ciertos puntos con ese hombre criminal.

Dirigiéndose a Oteló.

¿Mi marido dijo que era ella infiel?

OTELÓ

El mismo, mujer. Digo: tu marido. ¿Comprendes la palabra? Mi amigo, tu marido, el honesto, el honesto Yago.

EMILIA

Si tal ha dicho, ¡que su alma pernicioso se pudra de medio átomo por día! ¡Ha mentido desde el fondo de su corazón! Ella estaba locamente, demasiado locamente enamorada del espantoso objeto de su elección.

OTELÓ

Amenazador.

¡Ah...!

EMILIA

Haz cuanto quieras. No será tu acción más digna del cielo que tú digno de ella.

OTELÓ

Echando mano a su espada.

¡Calla! ¡Más te valdrá!

EMILIA

No tienes para hacer el mal ni la mitad de la fuerza que tengo yo para sufrirlo. ¡Oh, risible burlado! ¡Oh, idiota! ¡Tan ignorante cual la mugre! Has cometido un yerro. ¡No me inquieto ante tu espada! ¡Te delataré, aunque por ello deba perder veinte vidas! ¡Socorro! ¡Ea! ¡Socorro! ¡El moro ha matado a mi dueña! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

NOSOTROS

A coro.

¡Muera esa ramera de Emilia! ¡Muera por sus falsías! ¡Salvemos a Oteló! ¡Abajo las rejas! ¡Abajo! ¡Abajo!

COMISO

Trepando veloz por la reja.

¡Atrás! ¡Atrás! ¡Tropa de insanos! ¿Pero que habéis perdido el seso? ¡Capitán, por los cielos: ponga usted disciplina, póngala usted!

Luego lanza, desde arriba al centro de la escena, un petardo que estalla estrepitosamente, paralizándonos a todos sin excepción.

OTELO

Dejando caer su espada y con la cabeza gacha.

No. No es al capitán, don Gaspar Angol, a quien le incumbe poner aquí disciplina. Es a mí. Mas no implantándola sino solicitándola con mi más profunda humildad.

Digno señor don Fidey de Comiso; y allá en lo alto, viejo y noble Taita Higuera: retirad vuestras respectivas rejas. Mujeres todas: volved, sin temor, a vuestros sitios. Hombres todos: volved también a los vuestros y, como fuere, volved al sano juicio que, por desgracia, os ha abandonado. Emilia, compañera mía: coge en tus brazos a tu dueña, mi Desdémona, y llévala, llévala; que lejos de esta nauseabunda alcoba resucitará cual el ángel que siempre fue.

Todos, sin excepción, con respeto obedecemos. Un momento más tarde la sala íntegra era sólo silencio y recogimiento.

COMISO

¡Por fin, por fin! ¡Qué paz aliviadora!

OTELO

Así es, mi gran amigo Fidey. ¡Qué paz aliviadora! Déjame ahora hablarte y ojalá que todos los presentes tengan a bien prestar oídos y dar fe:

Es verdad. Aquella actitud existe.

Insigne Fa:

Es verdad. Aquella actitud existe.

Aquella actitud en mí existió y, al existir, encendió ante mis ojos la luz de la redención. Aquella actitud, con el fulgor de su luz, cegó, desmintiéndolas, las palabras blasfemas que exclamé, aun dominado por nuestras sensaciones terrenales, al contemplar el cadáver de la inocente:

“Cuando en el día del juicio nos encontremos, tu aparición precipitará el alma mía del Cielo, y los demonios harán de ella su presa”.

Porque esto es falso, porque esto no puede ser. No lo puede si a los demonios del Infierno me referí. Y ahora veo —como en aquel entonces por un momento vi— que de esos demonios infernales hablaba yo, que a ellos consideraba y temía, debido a la obcecación de que era víctima ante el no ser de ella, mi esposa, mi diosa, Desdémona.

¡Falsas palabras!, porque otras actitudes mías las desmentían. ¡Falsas!, porque la actitud de unos instantes las desmintió.

Pues con esta actitud toqué al Cielo y, al tocarlo, quedé desprendido y más allá del rodaje humano.

Entonces ví el existir permanente, sin contradicciones, sin posibilidades de contrasentido alguno, al existir donde el yerro no tiene cabida.

A ti, insigne Fa; a ti, gran amigo Fidey; a vosotros, auditores todos; yo os digo, afirmo y ante mi Dios lo juro, que quien por tan sólo una vez al Cielo haya tocado, jamás podrá de él desprenderse.

Siempre su voz lo estará llamando.

Quien así haya tocado, habrá enterrado un pie en su umbral y nunca más podrá arrancarlo.

A menos que quisiera despedazarse. Mas en el existir sin contradicciones, ningún despedazamiento es posible ni siquiera concebible, ni por el hombre ni por Dios mismo. Pues si éste lo concibiera, dejaría de ser Dios.

Así es que, en adelante, su existir propio, su ser en marcha, será escuchar siempre la voz que está llamando; y avanzar, avanzar y avanzar, penosamente, sangrientamente, pero avanzar.

Porque, desde el umbral en que su pie se enterró, no hay camino de retroceso.

Sólo hay detenciones. Sólo hay olvidos, ofuscamientos, nubes.

Y estas nubes –¡oh, cosa que nos parecerá cual mordiente ironía!– harán en el hombre un vivir contradictorio al que la naturaleza asemeja mostrarnos:

En la naturaleza las nubes significan la tormenta, el desasosiego, el paréntesis en la lozanía de la vida. Su desaparición significa el retorno a la bonanza, a la luz, a la claridad.

En el hombre que ya avanzando va, estas nubes del olvido y ofuscamiento, serán las voces del llamado celeste, y él las verá como las perturbadoras de su existir cotidiano al sentir que le clavan la incitación para ir hacia un deber superior y luminoso que ha sido abandonado. Su desaparición será el retorno al tráfago terreno; por su costumbre y pereza querrá ver, en este tráfago, gran luminosidad; y seguirá, sin percatarse de que vuelve a entrar en las tinieblas.

Pero es la verdad que estas nubes son el sol; y que su ausencia es la oscuridad.

Pero es también verdad que de este modo ese hombre no apreciará; pues cada llamado, cada nube, se presentará a él como una inquietud; cada olvido, cada sol, como un despreocupado buen vivir.

Así seguirá, días tras días, años tras años, vidas tras vidas. A lo largo de los siglos –tal vez de las edades– los llamados se irán multiplicando y, cada vez, harán ver con mayor claridad su celeste origen. Mas todo esto será con pena y con sangre.

Será el sufrir. Será el sufrir despiadado. No olvidéis, sin embargo, que será el sufrir con una esperanza al final.

Será el Purgatorio.

Es el Purgatorio.

En él yo estoy.

En él casi todos, todos, estamos.

Insigne Fa; amigo Fidey; amados auditores:

Yo –Otelo el llamado Moro de Venecia; Otelo el general cubierto de glorias; Otelo el estrangulador de la mujer sin tachas–, yo, tiempo hace ya que he enterrado ambos pies en el umbral de los Cielos.

Por lo tanto nunca más podré desprenderme. Por lo tanto –quiéralo o no lo quiera– tendré que seguir avanzando. El camino se abre ante mí.

Pero os he dicho: están los olvidos, las detenciones, están esas “nubes”.

Yo había olvidado. Vivía bajo la tormenta, lejos de toda vida lozana. No hacía excepción a la regla humana. Sin saberlo, a ella tributaba mi sumisión.

Al someterme, sufría.

¡Oh, sí, sufría! Sufría cruel y despiadadamente. Pues sobre mí, día y noche, sin un instante de mitigación, se cernía la mancha de mi crimen.

Ahora veo:

Esa mancha, para atormentarme, tomaba la imagen de mi crimen, de todo él. Mas yo, ofuscado, consideraba sólo una parte de ella. Consideraba mi yerro y el sacrificio de un inocente. No consideraba —¡miserable de mí!— la luz que el inocente, al morir, lanzó a mis ojos. No la consideraba debidamente —ya lo sabéis— por costumbre de no considerar, por pereza, por inercia hacia el tráfico terreno, cotidiano.

Por esto, y nada más que por esto, no lograba ver que la causa de mis sufrimientos no era el crimen mismo sino el olvido de aquella luz, el olvido de que esta luz era un faro hacia donde dirigirme día y noche, sin un instante de mitigación.

Hablemos sin rodeos:

No sufría por el crimen. Sufría porque mi modo de proceder era confirmar la existencia del Infierno, era dar fe a la posibilidad de la existencia de un hombre carente de redención. Era colocar, junto a la eternidad del Cielo, otra eternidad que la anulara. Era afirmar el mundo de los contrasentidos. Era el vasallaje, libremente aceptado, ante las potencias del Infierno. Era hacerme yo mismo infernal. Y, recordad, ya no podía ni siquiera intentarlo pues ya el Cielo se me había revelado. Era negar la revelación. Sufría, pues, sufría cruel y despiadadamente.

¡Ay, desventurado Otelo, general cubierto de glorias!

¡Ay, vil heraldo de la falsedad!

Volveré, amado auditorio, a decir cuanto sé, volveré a decirlo para que podáis medir el tamaño de mi error. ¡Ojalá que, de este modo, os preste ayuda! ¡Ojalá que evitéis, gracias a ésta mi humilde ayuda, los errores que también a vosotros os están aguardando! Vuelvo, pues, a decirlo:

Quien una vez ha tocado, jamás podrá desprenderse. Quien jamás ha de desprenderse, siempre tendrá que avanzar. Quien siempre ha de avanzar, ha de llegar. La llegada, la meta, es la luz en la eternidad.

Ésta es la marcha de todos. Junto con iniciarla, el Infierno desaparece en la nada absoluta.

Sabed, pues; ¡creedme, os lo pido, os lo suplico!

Sólo hay Purgatorio y Cielo. Purgatorio, ahora y aquí; Cielo, pronto y en todo lugar. ¿Infierno? ¡No lo hay ni puede haberlo jamás!

Don Fidey de Comiso hizo a Otelo algunas señas interrogativas, mostrando al público.

Tienes razón, gran amigo Fidey, comprendo. Éste mi amado auditorio puede bien decirse y luego preguntarse:

—Sí, todo eso está muy de acuerdo con nuestros deseos y aun con nuestra lógica. Pero ¿qué acontece al hombre que, por desgracia suya, nunca tiene la ocasión de llegar a la actitud que enciende la luz del umbral del Cielo? ¿No caerá, al final, en el Infierno si vedado le fue encontrar un umbral donde poder enterrarse?

A estas preguntas sólo puedo responder:

Ese hombre no existe. Todos, sin excepción alguna, tarde o temprano verán la primera luz del primer umbral.

Sólo existen en este mundo los que *aún* no la han visto.

Sólo existen los que aún no son suficientemente fuertes como para resistir la visión; aquellos que, al tenerla antes de tiempo, quedarían deslumbrados y, por lo tanto, desconcertados a tal extremo que retardarían su avance en vez de apresurarlo.

Éstos son los que aún se encuentran en el Limbo.

Limbo, Purgatorio, Cielo: es la Trinidad ascendente.

Limbo, Cielo entrevisto, Purgatorios muchos, Cielo final: es la marcha del hombre por la Trinidad.

Amados auditores:

Yo, del Limbo, toqué una vez al Cielo. Yo, del Cielo, caí al Purgatorio. Yo en éste —ya os lo he dicho— he sufrido cuanto el hombre puede sufrir. Y hoy, esta noche y en este sitio, he logrado liberarme de las cadenas que me inmovilizaban, lo he logrado, ¡sí!, y he vuelto a la actitud aquella, la actitud frente a la cual todos los problemas que nos pueden acometer no son más que uno, la actitud que a este problema único descifra, soluciona y por fin suprime quemándolo con luz inefable.

¡Ladoo seas, insigne Fa, por saber de esta actitud y haber querido esparcirla ante nosotros!

¡Gracias, gran amigo don Fidey, por haberme movido a revivir aquel instante supremo de mi existencia!

¡Gracias estimado capitán Angol, por haberme recordado e invitado a esta bellísima mansión!

¡Gracias a todos los aquí presentes por haber oído mi llamado a la disciplina y, principalmente, por haber tenido la paciencia de escuchar mis palabras!

Aplaudimos con frenesí, ovacionamos. Otelo agradeció con manifiesta emoción. Luego hizo ademán de dirigirse a su butaca pero su gran amigo lo detuvo.

#### COMISO

Preclaro amigo, un momento, por favor. Si no es abusar de tu paciencia, permíteme una pregunta. Sé que cuantos aquí te escuchan sólo piden seguir escuchándote. Dime, dínos: cuando aquello acaeció, aquello que esta noche has recordado y en buena parte vivido una vez más, ¿en qué momento preciso de tan magno suceso viste la luz del umbral celeste que te llevó a la actitud mayor?

#### OTELO

El momento preciso no sabría precisar. Mas puedo asegurarte que me hallé bajo el influjo de la actitud cuando, después de mi atentado, hablé de este modo a Graciano:

“¡Míral! Estoy armado. Jamás mejor espada ha ceñido el cinturón de un soldado. He visto el día en que, con este débil brazo y esta buena espada, me abrí paso a través de obstáculos veinte veces más potentes que vuestra resistencia. Mas ¡oh, vana jactancia! ¿Quién a su destino puede subyugar?”

Graciano mirábame atónito, pálido. No sé si porque sentía que yo hablaba desde otro mundo o porque mis palabras parecíanle incoherentes. Pero allí, frente a mí, había otro hombre. Era mi deber seguir hablando:

“¡Nada temas aunque armado me veas! Es éste el término de mi viaje, es éste su fin, es éste el signo de mis velas ya agotadas. ¿Retrocedes de espanto? ¡Superfluo temor! Amenaza tan sólo con una caña el pecho de Otelo... ¡y Otelo retrocederá!”

Y agregué, guiado por no sé qué impulso:

"¿Adónde, adónde Ote lo podría ir?".

COMISO

¿Y luego? ¿Seguiste sin desfallecer en tan alta actitud, en tanta grandeza?

OTELO

No. Luego desfallecí pues contemplé a aquella que Desdémona había sido. Desfallecí, caí desde el Cielo entrevisto a este mundo del Purgatorio. Creí ser hombre, hombre puro, sensible, pleno de emociones y arrepentimientos. Y hablé de esos demonios del Infierno y compadecí a la víctima y la encontré bella y ¡qué sé yo!

COMISO

Pero, de seguro, ¡volviste a levantarte!

OTELO

Sí. Cuando Ludovico me declaró prisionero me levanté, volví a subir. Quise hacérselo comprender. Traté de hablarle en su idioma, en el que pensé que mejor asimilaría desde el Limbo en que se hallaba. Deslicé frases, llamados, exclamaciones... flechas. No sé si dieron en el blanco. Si por desgracia erraron, ¡oh, créeme amigo!, que en otros pechos han ido a clavarse. Créeme que nada se pierde cuando viene de arriba.

COMISO

Preclaro amigo, habla, lanza otra vez tus flechas.

OTELO

Dije entonces y ahora digo:

"Os ruego que cuando, en vuestras cartas, contéis estos hechos lamentables, os ruego que habléis de mí tal cual soy: no atenuéis nada, mas nada agravéis. Entonces tendréis que hablar de un hombre que amó sin cordura ¡mas que amó demasiado!; de un hombre poco accesible a los celos mas que, una vez agujoneado por ellos, ¡fue arrastrado hasta el fin!; de un hombre cuya mano, como la del inmundo judío, ¡arrojó lejos una perla más valiosa que su tribu entera!; de un hombre cuyos ojos vencidos, aunque no avezados al enternecimiento, ¡derraman tan abundantes lágrimas como derraman los árboles árabes su goma saludable!".

Y, sobre todo, cuando, cayendo sobre el cuerpo de Desdémona, exclamé al morir:

"Te besé antes de matarte... ¡Sólo me resta morir matándome en un beso!".

COMISO

Comprendo, comprendo. En todo caso esta vez tus flechas no han errado y han venido a clavarse en mi pecho. ¡Pero una palabra aún, si fuese posible! Perdón, preclaro amigo; es que ocurre que quisiéramos todos aquí saber algo, ¿entiendes?, saber, en fin, un poco lo que, referente a actitudes, luz, umbrales, ¿entiendes?, lo que experimentaba la tan hermosa y santa señora Desdémona. ¿Sería tal cosa posible?

OTELO

Sí. Pero escúchame tú y escuchadme todos vosotros con el mayor recogimiento. Las últimas palabras de mi hermosa y santa esposa fueron:

"¡Oh, injustamente, injustamente asesinada!".

Y luego, al oír los gritos de Emilia:

"¡Muero inocente!".

Fue todo. Y expiró.

Mas yo comprendí. Pocas palabras, ¡lo sé! Mas llenas, largas, infinitas. En cuantos

libros hasta hoy se han escrito, no se encontraría suficiente espacio para extenderlas en su total significado, desde su remoto origen hasta nuestros oídos aquí.

Comprendí. Sentí. Me imbuí. Sus palabras eran flechas. Sus flechas perforaron mi ser entero. Y entonces me elevé y vi; y lo que vi, ¡lo fui! Fue el momento preciso de la actitud. ¡Ahora lo recuerdo! Me pediste, gran amigo, que encontrara ese momento con precisión. Aquél fue, cuando ella expiró.

Pero a ella volvamos. Sólo dijo:

“¡Oh, injustamente, injustamente asesinada! ¡Muero inocente!”.

Pocas palabras. Y para un oído del Limbo, corrientes, inevitables palabras... Pero has de saber que fueron las últimas palabras terrenales, las últimas con manchas de Purgatorio y Tierra que ella podía pronunciar. Pues ya, de tiempo atrás, desde su nacimiento, se hallaba de pleno en los Cielos. Fueron las últimas y, lo que es grande hasta la sublimidad, fueron las palabras que no tenía por qué ni para qué pronunciar, ya que toda purificación era en ella innecesaria. No obstante, de sus labios se escaparon; no obstante sufrió hasta lo indecible para que pudiesen vibrar llenas de sinceridad y dolor; y así no errar, y así atraer a otro mortal hasta el umbral de los Cielos.

No erró. Y yo fui clavado y atraído.

Éste fue su sacrificio, el sacrificio de mi hermosa y santa Desdémona.

Cual un eco de él, yo sufrí también. ¿Con qué fin, para qué? Dirán los hombres de aquí que sufrí para escarmentar. No. Sufrí para tratar, a mi vez, de atraer, de despertar. Por eso, lanzando flechas, hablé a Graciano, hablé a Ludovico. Para ser como ella, para imitarla, para alcanzarla.

¡Oh, miseria! ¡Ahora cuenta me doy! Cuando a ambos me dirigí, ya la actitud me iba abandonando, ya era sólo un reflejo de actitud, ya había yo empezado a descender. ¡Miseria! Ya era el despuntar del olvido; el aparecer, en el lejano horizonte, de las primeras nubes acarreadoras de horas placenteras para esta vida. Sí, el olvido, el ofuscamiento, las nubes embusteras...

Pero, gran amigo Fidey, ¿hasta cuándo, ¡santo Dios!, hablar de este atroz pecado de la negligencia humana? ¿Hasta cuándo, hasta cuándo...?

ROSENDO

Yendo hacia Otelo y dirigiéndose a él.

¡Muy bien dicho! En esto le entiendo a usted perfectamente, general: “¿Hasta cuándo?”. Actitudes y luego... nubes, nubes y más nubes. ¿Se trata, acaso, de flechas para mí? ¡Ya pueden esperar! Como sea, no me han de herir si, para ello, el señor de Comiso se basa en un parangón —¡tan traído de los cabellos!— entre la muerte, allá en Chipre, de su distinguida esposa de usted, y el paso por sol y sombra, aquí en Curihue, de la admirable y sin par señorita Jacqueline.

Dirigiéndose a Comiso.

¡Oiga usted, caballero! Si quiere flechas para éste su seguro servidor suyo, ¿por qué no ir, de una vez por todas, a su tan mentada Antioquía?

ISIDRA

¡Uf! ¡Qué vulgares palabras! ¿Qué importa cuál sea el hecho terreno si, a la postre, da luz de Cielo? Si el joven ése hubiese captado, sabría que, a tales vertiginosas alturas, es igual un terremoto formidable o una hojuela otoñal que caracoleando se desprende de su rama. Pero no captó, no tiene..., no tiene..., de aquello; eso es, de aquello.

VALDEPINOS

¡Sí, sí, amiga mía! Tiene de aquello y mucho tiene. Sólo que se le olvidó ¡el mosquito!

LONGOTOMA

¡Bravo! ¡Santa palabra! ¡En el mosquito radica todo! ¿Lo oye usted, preclarísimo don Fidey de Comiso? Propongo una ovación para el mosquito. ¿De acuerdo?

CAPITÁN

¿Permiten una palabra?

TODOS

¡Sí! ¡Sí!

CAPITÁN

Que ovacionen ustedes al mosquito o a quien sea, me es igual siempre que lo hagan lo más estruendosamente posible porque así como estamos no podemos seguir.

TODOS

¿Cómo estamos? ¿Qué ocurre? ¿Qué hay de insólito?

CAPITÁN

¡Miren un poco, por favor! ¿Ven lo que pasa, lo ven?

Vimos.

En las dos butacas laterales de los asientos de honor, Su Santidad el papa Urbano II y el aguerrido presidente don José Miguel Carrera... se habían quedado dormidos y seguían durmiendo profundamente...

ROSENDO

¡He ahí dos hombres de talento, dos hombres que saben apreciar las situaciones!

LORENZO

Sin negar talento ni buena apreciación, creo, Rosendo, que ambos personajes se han aburrido y luego se han dormido por otras razones que las que tú supones. No olvidéis que, tanto el uno como el otro, son, ante todo, hombres de vastas empresas, de enormes batallas, hombres que sólo atinan a vivir en medio de querellas y fragores. En cambio, ¿qué se les ha ofrecido esta noche aquí? Un drama, sí, no lo niego, una tragedia y acerba, por añadidura. Pero ella acontece en el fondo tenebroso de una alcoba y no en dilatados campos repletos de hombres heroicos luchando y muriendo por ideales que sólo la sangre derramada logra alcanzar. Estoy cierto de que cuando ambos vieron que el protagonista de lo que pronto ocurriría era un general cubierto de glorias, estoy cierto de que ambos, Urbano y Carrera, se interesaron y abrieron ojos desmesurados. Pero luego se percataron de que olvidábamos sus brillantes hazañas para llevarlo, cual a un marido cualquiera, a sus conflictos domésticos y a sus desavenencias conyugales. Entonces, ¿qué quieres tú, mi estimado Rosendo? Se aburrieron primero y se durmieron después. Eso es todo y no hay más.

CAPITÁN

Querido primo, me parece que tienes razón. En todo caso y como sea, creo que mi deber de anfitrión es despertarlos personalmente y no recurrir, para ello, a la ovación propuesta por nuestro amigo Longotoma. Creo además que debo presentarles mis excusas; al fin y al cabo se trata de dos invitados de honor y ¡qué invitados!

TODOS

Por cierto. Sería una descortesía ir adelante sin ellos. ¡Despiértelos, capitán!

El capitán fue hacia arriba y, con voces al oído y zamarreos, los despertó. Sólo como dato ilustrativo diré que Carrera se despabiló casi enseguida y, en cambio, que el pontífice

tuvo serias dificultades para zafarse del abrazo de Morfeo. Pero, en fin, ambos volvieron a la vigilia después de estirarse y bostezar de muy buenas ganas. Entonces el capitán se inquirió sobre sus respectivos estados de salud y, dando muestras de azoramiento, les manifestó que lo sucedido hasta ese momento era, según su propia impresión personal, más para adormecer que para entusiasmar. Carrera se limitó a lanzar un indiferente: "Tal vez...". Urbano dijo que, en efecto, él prefería mayor movimiento, mayores masas y espacios mayores y que, por otro lado, no entraban en su jurisdicción moral esos asuntillos de enamorados y alcobas, de adulterios y pasiones, al fin y al cabo, hartos carnales.

CAPITÁN

Entiendo perfectamente a Su Santidad. ¿Cómo no lo advertí antes? Debí haber pedido al señor de Comiso que inclinara la acción hacia hechos más espléndidos, hacia hechos que se acercaran en su esplendor a los realizados antaño por Su Santidad.

CARRERA

Y a los realizados por mí.

CAPITÁN

¡Por supuesto, Presidente! ¿Qué duda puede haber en ello?

URBANO

Nnnn... Eso tendríamos que estudiarlo y revisarlo y pesarlo. La cosa no es tan, tan clara.

CARRERA

¡Cómo! ¿Considera Su Santidad que la epopeya en que yo, para mi honra, tomé parte, no puede parangonarse en su grandeza con la epopeya de las Cruzadas?

URBANO

Así es, Presidente. Con el permiso de usted, y sin querer restar mérito alguno a nadie, diré que ambas epopeyas no pueden compararse. Es muy superior la mía.

CARRERA

Quiere decir, y sin más, que Su Santidad ignora totalmente la historia.

URBANO

No, Presidente, no, no, no. Me interesa la historia y me la conozco al dedillo. Muy grande, mucho, fue todo aquello de aquellas guerras de la Independencia, allá en su lejano continente de usted, pero... pero había allí, en el fondo, en el último fondo, un punto de partida errado, sí, errado, un principio de no tan buena calidad como lo había en mis Cruzadas. Así es, mi presidente, no lo dude usted, así es.

CARRERA

Pues me sentiría altamente satisfecho si Su Santidad se dignara mostrarnos su punto de tan magnífica calidad. Porque con sólo afirmarlo... ¡Vamos, pontífice! ¡No es para vencer ni al más crédulo!

URBANO

Si el capitán permite, lo mostraré. Y también si, al mostrarlo, no voy en contra de los planes del señor de Comiso.

CAPITÁN

Ni para qué decirlo, ¡permitido!

COMISO

Sólo anhelo que Su Santidad crea en mis palabras: nada de cuanto se diga o se haga esta noche en esta sala puede ir en contra de mis planes, y menos aún si es algo que viene de tan alta y conspicua autoridad.

URBANO

Muchas gracias y me alegro. Entonces lo mostraré pero... siempre que, al mostrarlo, no vaya a provocar el sueño de alguien como -y con perdón de ustedes- ya acaba de ocurrir.

COMISO

¡Aunque lo provoque! Si alguien se duerme... Bueno; es que en su destino estaba señalado dormir en el instante en que se duerme. Debe hablar Su Santidad y ello será de gran regocijo tanto para despiertos como para dormidos.

URBANO

Con voz meliflua y gesto humilde.

Muchas gracias y me alegro. Escúcheme, entonces, mi respetadísimo don José Miguel:

¿Qué persiguieron ustedes -y lograron, por supuesto-, qué persiguieron al guerrear -tan heroicamente, por supuesto-, qué los movió a tanta acción y tantos desvelos? La respuesta no es más que una: independizarse; mejor dicho: independizar. Ahora bien, ¿qué es independizar? Presidente: es dividir, multiplicar, fraccionar; es ir en contra de un solo todo, en beneficio de muchas partes; ¿no es así? Donde antes había uno, ahora que hayan dos; donde ahora hay dos, que mañana hayan tres. Y si obramos consecuentemente, al fin habrán diez, veinte y más. Es decir, habrá una cantidad enorme de migajas dispersas en vez de un todo sólido, compacto y fuerte. Ya esto último hay que tender, a esto; ¿no lo cree usted, general? A crear, sobre este valle de lágrimas, una humanidad sólida, compacta y fuerte y, por ende, feliz. Entonces..., ¿dividir, fraccionar, moler? No, presidentísimo, no. Por el contrario: unir, unificar; unificar, unir. ¿Cómo hacerlo, cómo...?

Cambiando súbitamente de expresión y hablando con voz tonante y amenazantes gestos.

¿Cómo? ¿Osa alguien preguntarlo, siquiera insinuarlo? ¿Quién temerariamente se atrevería a hacerlo? ¡Que lo diga y se presente! ¿Y aquí, aquí, en presencia de todos, con mis propias manos y con las de mis feroces cruzados, lo agarraremos, lo estrujaremos, lo quebraremos y sangraremos y añicaremos y pulverizaremos! ¡Ah, inicuos sacrílegos; ah, pérfidos sabandijos y fétidos alimaños y putrefactos escorpiones y purulentos murciélagos de nauseabundo aliento! ¡Anatema, anatema, maldición, maldición eterna caiga sobre aquellos que ignoren cómo hacerlo! ¡Cuézanse, fríanse, hiérvanse, achichárrense en los fuegos del Infierno hasta la última consumación de los siglos, oyendo las carcajadas delirantes de los cien mil demonios y del propio Belcebú! ¡Así sea, así sea! ¡Ooooh! ¡Así sea para aquellos que pretendan alejarse de la unificación, de la unificación santa y única! ¿Oís? ¡Única y nada más que única! ¡Nada más, nada más que única!

¿Y cuál es ella, esta santa y única unificación? ¿Do encuéntrase su templo? ¿Quién es su excelso rey?

¡Ella es el catolicismo apostolítico! ¡Su templo álzase en Roma! ¡Su excelso rey es, ha sido y será siempre el Sumo Pontífice!

¡Y no hay más, ni más, ni más, ni remás, ni re mil veces no más!

¡Yo lo digo, yo lo clamo y proclamo, yo lo juro, yo lo espeto, lo estallo, lo estruendizo y lo estrepito!

¡Yo lo digo! ¡¡Y basta!!

¡Amén! ¡¡Amén!! ¡¡Ameeeén!!

Cayó el Santo Padre de Roma como desfallecido en su sillón, pero luego volvió a incorporarse, esta vez con aire muy calmado y una beatífica sonrisa en los labios.

Presidente, mi noble y valiente Presidente Carrera:

Allí estuvo la pequeña falla de todos ustedes los patriotas, allí estuvo el punto de partida errado, el principio de dudosa, por no decir de mala calidad que los acompañó durante las andanzas y hazañas de la Independencia, allá en su lejano continente de usted.

¡Ay, ay, ay! Perdone, Presidente: me doy cuenta de que, por segunda vez, me equivoqué —pero no histórica sino geográficamente— al expresarme como lo hago, pues digo “lejano continente”, y olvido que es el más cercano posible de todos ellos, ya que en él en estos momentos nos encontramos...; con gran gusto y gran honra para mí; créamelo, Presidente; créamelo todos los presentes.

Pero volvamos a nuestro asunto:

Querían ustedes la Independencia... ¡Bien! ¡Bravo! Mas ruego que se me permita una preguntilla: ¿por qué la querían? No podemos vacilar en la respuesta: la querían por descontento político con la que llaman ustedes “la Madre Patria”; es decir, con sus gobernantes, con sus soberanos; ¿verdad? Esto no puede negármelo usted, mi Presidente. Cuando no hay razón para tal descontento, no se ansía independencia alguna. Prueba de ello: el rey de Inglaterra y sus Dominios, hasta hoy en día; ¿verdad? Bueno, puede ser —y no voy a dudarle— que don Fernando VII de España, y su padre don Carlos IV, y sus antecesores, no tuviesen el tino y bondad que el rey Jorge V de Inglaterra muestra hoy, y que mostró su padre el rey Eduardo VII, y que ya mostrado había el linaje entero de los soberanos británicos. No voy a dudarle. Pero ya que hemos demostrado hasta la saciedad que lo peor que puede existir es independizar, o sea, fraccionar y moler, ¿por qué no haberse separado del español unificando por otro lado? Alguien preguntará: “¿Y por qué lado?”. ¡Vamos, general, vamos! Si lo malo de la molienda ha sido probado hasta la saciedad, más probado ha sido aún el hecho de que la humanidad entera debe unificarse, para su dicha y grandeza y salvación eterna, bajo la inmensa y majestuosa cúpula de San Pedro de Roma. Nadie que tenga dos dedos de frente puede ponerlo en duda; ¿verdad?

¿Se da cuenta, presidente, qué magníficos padres espirituales y temporales habría tenido esta América si así se hubiese procedido? ¡Ay! Sólo de pensarlo me emocio de alegría y, al mismo tiempo, me apeno hasta las lágrimas al ver que así no fue. ¡Oh! ¡Estar en vientre materno bajo la protección y bendición de mi amado sucesor Pío VI! ¡Nacer bajo las bendiciones y protecciones del venerado Pío VII! ¡Dar los primeros pasos en este duro mundo, bajo el ojo vigilante y cariñoso del jamás bien ponderado hijo mío León XII! ¡Qué de inenarrables venturas! Y hoy en día, en estos precisos momentos, en vez de sentir el peso de la orfandad, ¡poder recordar como a bondadoso abuelito al sin par Benedicto XV, y como padre modelo al santo y puro Pío XI! ¿Puede ambicionarse nada más excelso?

Tal habría sido el supremo ideal. Los supremos ideales son arduos de conseguir, lo sé, lo sé. Si tanta arduidad a ustedes les amedrentaba, bueno, ¿por qué no quedar unificados con la Madre Patria? ¿Recelos y descontentos políticos? ¡Bicocas, general, bicocas! Lo importante yacía, no lo olvide, en nuestro divino catolicismo apostolítico. Y bajo este punto de vista, el punto grande y único, los reyes de España no estaban del todo mal; ¿verdad? Catolicísimos, todos ellos; apostolíticos sin par, todos ellos también; y, dígame lo que se diga, ellos romanizantes por añadidura. ¿Entonces? Hasta el actual soberano, el propio y

acatado Alfonso XIII, nunca, jamás deja de asistir al Santo Oficio de la Misa. Y se confiesa y comulga; lo sé de fuente fidedignísima. ¿Entonces, entonces, valiente presidente militar?

En cambio nosotros, los Cruzados, en aquel tiempo que hoy llaman ustedes "medieval"... ¡Ah! ¡Qué tiempo, que ímpetu, qué arrojo, qué fe! ¡Qué intento de formidable unificación! ¡Y de la buena!

Pero permítame usted, noble amigo, un paréntesis al pasar: nunca he comprendido ese calificativo de "medieval", es decir, de "Edad Media", con que ustedes nos designan. ¿Media de qué? No lo comprendo, ¡qué hacerle! En fin, poco importa y sigamos con nuestro asunto:

¡Aaah, ilustre caballero y señor don Fidey de Comiso! Usted lo sabe, usted lo vio y admiró. ¡Faustos años! ¡Ay Antioquía mía! ¿No es verdad, don Fidey? *O tempora! O mores!* Si mi palabra no basta para convencer a nuestro presidente, contribuya, caballero, con la tan autorizada de usted para encauzar por el sendero de la verdad y sabiduría al aquí Padre-De-Una-Patria y a éstos sus dignos hijos patriotas que nos honran, esta noche, al prestarnos sus oídos..., a la par que nos desencantan al rondar por las cercanías de la duda, de la desconfianza y la vacilación... ¡Oh, santo Dios! Duda, desconfianza, vacilación... Las tres abyectas hijas del fétido de Lucifer. *Vade retro, vade retro!* ¡Vete, vete con hijas, hijos, nietas y nietos, bisnietas y tataranietos! ¡Vete junto con todos aquellos que dividen y muelen, viviseccionando al único cuerpo posible que los mortales tenemos para crecer y alcanzar la gloria!

En cambio, hosanna cantemos para aquellos que, como los secuaces de Godofredo de Bouillon, de San Bernardo, de Conrado III, de Federico Barbarroja y Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León y Baldovinos IX y Alejo III y Juan de Brienne y Andrés II y tantos y tantos héroes de Dios, marcharon, alta la frente y templada el alma, a eliminar y aniquilar al infiel sarraceno!!

Señor Padre de la Patria, don José Miguel Carrera:

¡Ésa fue epopeya! ¡Ésa merece el diploma de epopeya! ¿En qué puede compararse con la pigmea de ustedes aquí? ¿En qué, en qué...?

CARRERA

Sonriendo.

En que la nuestra resultó y la de ustedes... ¡no!

URBANO

Enfadándose de más en más.

¡Pare, pare, presidente! ¡No tan de prisa, por favor! ¿Que no resultó, dice usted? La semilla de la santa unificación fue sembrada. ¡Brotará, fructificará! ¿Acaso no resulta una siembra de trigo porque hay un lapso de fructificación invisible y bajo tierra desde que se hunde el grano hasta que aparece la verde y afilada puntita vegetal? ¡No alegue necesidades, presidente! Si su intelecto de usted está aún a la altura de su pasada espada, alegue entonces, si le parece, alegue que la fructificación va lenta, que en los nervios nos da con su tardío proceso y que, en circunstancias normales, tal proceso debería ser mucho más rápido. Esto puede alegarse. Mas todo alegato ha de hallar su réplica. ¿Tardanza? ¿Eh? ¿Con qué tardanza, dicen? ¿Y por qué, por qué, por qué...?

¡Óigalo usted, presidente; óigalo usted, presidentillo, óigalo bien, presidentropo de cuasi opereta!:

La réplica es:

¡Que un mal rayo me parta si esta nefanda tardanza no se debe a que había entonces

en este mundo, a que los ha seguido habiendo y a que los hay todavía, como usted, seres empecinados en moler y triturar, seres aliados al Maligno y que tratan de estorbar la obra excelsa del Omnipotente, Omnisapiente y Omnipresente Señor Nuestro! ¡Sí, presidentue-lo! ¡Sí, como usted y su Bolívar y su San Martín, y su Sucre, y su Hidalgo, y su Miranda, y su Artigas, y su compatriota O'Higgins, y qué sé yo! ¡Como todos esos embajadores de las tinieblas que antes pensaron en sus exitillos locales que en mi sagrada tiara! ¡Eh! ¡Idos todos a las eternas llamas, hijos de Mefistófeles y de la cien veces meretriz de su concubina sulfurosa! ¡Sí! ¡Idos al Infierno, so hijos de putas y de malditos cabrones!!

Señoras y señores:

Aquí Carrera, en este preciso instante, en este instante en que, por la gran sala del teatro de Curihue, vibraba aún el eco del "cabrones" de Su Santidad; aquí Carrera, sin poder contenerse más, aquí lanzó la más estrepitosa, la más delirante e incontenible carcajada...

¡Había que ver cómo reía y se desternillaba el gran prócer! Y siendo la hilaridad eminentemente contagiosa, pronto reímos a gritos nosotros los varones y pronto rieron también y de igual modo las damas, mientras desde arriba caía, cual una granizada, el reír loco de campesinos y campesinas. Pero seamos justos y digamos la verdad: a esta risa general hubo cuatro excepciones. Fueron ellas: Otelo, que sólo sonreía aunque demostrando indudable satisfacción; don Fidey de Comiso, que miraba al suelo como si nada escuchara; Baldomero Lonquimay, que permanecía hierático sin siquiera pestañear; y, cosa extraña, Teodoro Yumbel, que mostrábase tan confundido que me pareció que, de un momento a otro, iba a soltar el llanto. Cuanto a mí, no lo niego, reí también cual pocas veces he reído en mi vida.

El Santo Padre de Roma miraba azorado para todas partes. Se veía que trataba de interpretar esta hilaridad para él incomprensible. Luego hizo un gesto de desdén, se sentó en su sillón, cruzó las manos sobre el vientre y cerró los ojos.

Poco a poco nos fuimos calmando. Al fin volvió el silencio. Entonces:

COMISO

Público amado:

Nada podrá arrancar de mí la creencia de que este golpe de alegría bulliciosa ha sido la demostración espontánea del júbilo a la vez que del orgullo que a todos vosotros os inundan en estos instantes. Júbilo y orgullo ante el privilegio sin igual de haber podido escuchar —así, cara a cara; así, lado a lado— las palabras de un hombre superior como lo es Su Santidad el pontífice Urbano II. En su nombre, pues, doy las gracias. Y a éstas agrego las de mi maestro Fa, las de nuestro capitán Angol y las propias mías personales. ¡Gracias, gracias mil! Además debo felicitar calurosamente a Su Excelencia el presidente don José Miguel Carrera por haber tenido la gran idea de desatar, antes que nadie, este orgulloso júbilo. Veo, pues, que todos estamos contentos y de acuerdo en esta sala, en este templo de las artes. Mi corazón late presuroso ante tan noble acuerdo de almas y cerebros. Desearía estrechar su mano entre las mías, Excelencia Carrera. ¡Allá voy guiado por mi diestra estirada que hendirá los aires cual las proas de la Santa María, la Niña y la Pinta hendieron las atlánticas olas en demanda de este continente que a vos, ¡oh, prócer!, os vio nacer!

CARRERA

Don Fidey, es usted muy amable. Le estrecharé la mano cuantas veces sea o lo juzgue

usted necesario para cimentar este acuerdo general en este templo de las artes. Pero antes —y ya que de acuerdos se trata— me atrevería a pedirle algo, amable don Fidey —y creo que no es mucho pedir—. ¿Sabe usted qué? Pues ya que, repito, de acuerdos se trata, que empiece usted por ponerse de acuerdo con usted mismo. Recuerde, señor, que su primer deber, al presentarse ante nosotros, fue darnos su nombre... y lo dio; ¡muy bien! Su segundo deber fue agradecer... y agradeció en debidos términos; ¡muy bien también! Pero su tercer deber fue explicarnos por qué y para qué hacía usted uso de la palabra. ¿Y...? Cuanto a informarnos sobre su padre espiritual..., ¡pase! Pero eso no puede ser todo pues, en las informaciones dadas, habría como una promesa, digamos, teatral; una como prueba, digamos, material de los principios paternos tan admirados por usted. ¿Y...? Todo esto parecía resumirse en la misteriosa palabra de "Antioquía". ¿Y...? Caballero, hasta ahora —y hace rato que aquí estamos— el misterio de su Antioquía no ha hecho más que seguir y aun aumentar. En cambio ha provocado usted una desagradable tragedia entre mi compañero Otelo y su digna esposa, para luego provocar un discurso de este Santísimo Padre, discurso que pudo llegar hasta la impertinencia si de tal cosa no lo hubiese salvado... ¡su inconcebible ridiculez!

Bueno, don Fidey, de usted depende, pues, nuestro acuerdo o desacuerdo. En otros términos depende de su Antioquía. Caballero, estoy en espera. Usted dirá.

COMISO

Muy bien, Excelencia, muy bien, yo diré, yo diré. Desde luego puedo avanzar lo siguiente y...

URBANO

Abriendo los ojos, levantándose y alzando su diestra.

¡Pare, pare, don Fidey! ¡No tan de prisa, por favor! Ya podrá usted decir cuanto quiera pero antes debo yo —Urbano II, pontífice de Roma, venerable sucesor de San Pedro—, debo yo poner en su sitio a este presidente o seudo presidente, o prócer o moedor de grandezas, pulverizando sus soeces palabras. Ha tildado de ridiculez, de inconcebible ridiculez, cuanto he dicho... ¡Oh, mísero gusano! Ha tildado de inconcebible ridiculez cuanto... Ha dicho.

¿Quién?

¡Él!

¿Quién?

¡Dios!

Sabido es que escupir hacia el Cielo es recibir sobre el propio rostro el escupitajo.

Yo hablé en Su nombre. Dije, pues, la palabra aquella en cuyos intestinos y vísceras, el error no tiene cabida.

Dije...

¡Y basta!

Dije...

CARRERA

En el fondo, usted no dijo nada, Papa. No hizo más que repetir, ahora en el siglo xx, lo ya dicho en su siglo xi, y en los siglos anteriores, y lo que dirán en los venideros. ¡Qué lata! Y esto es que el Vaticano sea dueño de cuanto existe, que todo cuanto hay le pertenezca, que todos cuanto somos obedezcamos, que en ningún sitio ni tiempo puede haber ni un asomo de libertad. ¡No hay más, Papa, no hay más, alegue usted lo que alegue y grite lo que grite!

Si así no fuera –y esto lo entienden hasta los dos gatos del capitán–, ustedes los vaticanistas empezarían por dar libertad, por alejar a la gente de ustedes, por dejarlos crecer a su antojo y... esperarían, alegres y confiados. Puesto que el hombre es susceptible de divinizarse, puesto que lleva en sus “intestinos y vísceras” –como usted dice– el germen de la Verdad de Dios..., tarde o temprano tendría que volver a ustedes y volvería ampliamente convencido y convertido. En cambio, ¿qué hacen? Atraparlo, agarrarlo, manearlo desde su primera infancia y luego encalabozarlo cerrándole puertas y ventanas. ¡Porque saben ustedes, Papas y papistas, que no hablan por boca de Dios! Y como que el hombre se ponga a averiguar, buscar y pensar... ¡se ponen verdes y tiritan!

Oiga, Urbano II, ¿por qué no hacemos aquí una pequeña encuesta, una pequeña votación? Tema: O su Divinidad o mi Independencia. ¿Apostamos? ¿Quiere?

URBANO

¡Blasfemo hijo de Belcebú! ¿Queréis medir esa lengua? O vas a correr riesgos de que te la corte y de alimento ponzoñoso la dé a los dos gatos del capitán.

CARRERA

Echando mano a su espada.

Antes que cortar tú mi lengua yo cortaré la tuya, ¡hombre aportador de pestes germánicas, lacayo de los normandos jefes, negociante de Clermont...!

URBANO

Escamoteando la daga de Otelo.

¡Ahora veremos, excremento de Satanás, perro fusilado por arestiniento!

CARRERA

Desenvainando.

¡Ahora veremos, so gabacho abachichado y hambriento saqueador de las Tierras Santas!

OTELO

Interponiéndose.

¡Atrás, atrás! ¡Nada de bajos altercados aquí! ¡Y empiece usted, presidente, por volver a envainar, y usted, Santidad, por devolverme mi daga!

COMISO

Dando un salto fantástico por encima de nuestras cabezas y cayendo entre los combatientes.

¡Deténganse, por piedad! ¡Oh, mi Antioquía, mi pobre y buena Antioquía! ¡Padre Fa, Fa, Fa! ¿Dónde estás? ¡Sujeta a estos feos energúmenos y vamos a nuestra obra!

Pero Urbano y Carrera no paraban mientes ante los llamados pacifistas y, agarrados a dagazos y espadazos, rodaban platea abajo, aullando cual canes enfurecidos, silbando cual poseídos malacorrincos y tratando, con sus golpes, de malacosarcosisarse mutuamente.

Ante tal espectáculo, alguien –tal vez el chino Fa– creyó prudente encender todas las luces como medida apaciguadora. Se iluminó, pues, la sala. Pero esto, digo yo, fue pésima medida: acto continuo la galería no pudo mantener quietos a sus huéspedes y los 88 hombres y las 44 mujeres rompieron su disciplina y se lanzaron, con gritos y alaridos, a presentir y acaso a intervenir en la refriega; mientras los empleados del teatro –mozos de taquilla, acomodadores, barman, camareros, apuntador, barredor, partiquinos, maquinistas, tramoyistas, bambalinistas, coturneros, kordaxeros, exjarcotes y demás– irrumpían también en la sala con gestos violentos y rostros despavoridos. Y esto no fue todo: por la boca de la orquesta subterránea, vi que aparecía Stramuros seguido de sus secuaces que blan-

dían, cual armas mortíferas, ora sus violines o bandurrias, ora sus pifanos o trompetas, ora sus helicones o diapasones. Y esto tampoco fue todo: pues de pronto las puertas de entrada cedieron ante el empuje de nuevas gentes atraídas por los estruendos de la reyerta. Reconocí, al pasar como relámpagos, a muchos amigos y amigas y conocidos y conocidas de Santiago y de San Agustín de Tango y de cien otros lugares geográficos, todos ellos y todas ellas atropellándose y vociferando como los mil demonios... ¡Qué horror!

Frente a tan espantoso alboroto creí que aquello iría a convertirse en el prelude del Juicio Final. Felizmente nuestro gran capitán, siempre vigilante, saltó en medio del motín y, con una autoridad digna de Napoleón I, puso coto a la revuelta interpelando a los combatientes y amotinados, con voz estruendosa y gesto olímpico:

CAPTÁN

¡Compostura, señores, compostura! ¡Están ustedes violando las más elementales reglas de la buena educación! ¿Qué significan, tropa de pérfidos energúmenos, qué significan semejantes desmanes? ¡¡Responded!!

Hubo un detenimiento súbito y total y un silencio de noche cordillerana. Al fin se oyó una voz triste de hombre arrepentido, seguida de otra voz también triste de hombre avergonzado:

URBANO

Mostrando a Carrera.

Es que ese hombre, capitán, ha insultado a cuanto de sagrado queda aún en este mundo.

CARRERA

Mostrando a Urbano.

Es que ese hombre, capitán, ha insultado a esta tierra que hoy lo acoge y a las vecinas tierras con su común y noble historia.

COMISO

Interviniendo, pálido como una lechuga.

¡Haced las paces, os lo ruego, altos personeros de altas y fieras culminaciones del acontecer universal! ¡Haced las paces y marchemos todos rumbo a la vetusta Antioquía!

Se oyó, entonces, en el teatro entero un sordo murmullo, un temblor de voces a la sordina, y las innumerables personas en ella reunidas, empezaron a moverse de un lado a otro como balanceadas por lentas olas. Luego:

ROSENDO

En voz baja a Lorenzo y a mí y arrastrándonos lejos del gentío.

Bueno, amigos, sigue la farsa... ¡Qué tontería sin nombre! ¿Qué..., después de todo? ¡Vaya imaginación! En vez de hacer pasar las cosas en el escenario, hacerlas pasar en medio de los espectadores... En vez de pagar figurantes, emplear a parte del público y amigos escondidos afuera... ¡Tonterías, tonterías y nada más! Vamos al bar, será mejor.

LORENZO

Creo que te equivocas otra vez, Rosendo. ¿Por qué poner el acento en el lugar donde las cosas pasan y en quienes las hacen pasar y no ponerlo en lo que pasa? Hasta ahora se

nos han ofrecido no pocos problemas bastante interesantes: la Actitud con su Cielo, Purgatorio y Limbo; la inexistencia del Infierno; la unificación de la humanidad en contra de las independencias; quiénes deben ser o no ser los amos de esta unificación; amén del problema siguiente: ¿Es así, en una sala teatral como ésta, como deben ser planteados tales problemas? No te irrites, Rosendo, y piensa que...

Pero Lorenzo, Rosendo y yo —en todo caso yo— no pudimos seguir charlando pues el tumulto, en un momento apaciguado, se levantaba nuevamente, en poca escala, es cierto, pero acentuado por la enorme cantidad de gente que había ahora en la sala. Es verdad que Carrera había vuelto a envainar y se secaba la frente, y que Urbano había devuelto la daga a Otelo y sacudía su tiara que, en la refriega, había rodado lejos. Pero, por otro lado, todos opinaban a grandes voces e iban, como locos, de un punto a otro tratando de hacerse oír. En efecto, oí lo que a continuación anoto aunque advierto que, si las palabras que se leerán son exactas, la exactitud de su cronología puede no serla.

*LONGOTOMA* —¡Maravilloso! A pesar de la respetable espada del prócer y de la pequeña daga del tío de la tiara, yo iba a apostar, con quien quisiera, unos 100 ó 150 pesos a la daga porque, amigos míos, cuando una sotana pelea, ¡ay, ay, ay para las pobres charreteras...!

*ISIDRA* —Debiórase implantar mayor calma. A elevados problemas filosóficos no ajusta un tinglado desorbitado. La mente humana discurre y explota en la quietud de lo solitario.

*NORA* —Vete entonces, hijita, a la Bóveda de tu amigo Lorenzo y discurre y expláyate ahí.

*VALDEPINOS* —Buena idea. Pero no se deje usted, queridísima amiga, encerrar en el ropero de los tres espejos... A no ser que esa clase de encierro le agrade... Por lo demás, aun en ese ropero se estará mejor que aquí. Aquí ¡qué poca *measure!* ¿No les parece? Esto es chacota. Y lo tonto que hay en ella es que más de una persona debe considerar que esto es te-a-tro. Prefiero la opinión de Rosendo a la de Lorenzo. ¿Quién quisiera ir al bar?

*ROSENDO* —Si esto fuera verdad, ¿por qué, diablos, no los dejaron pelear?

*VARIAS VOCES* —¡Que pele-én! ¡Que pele-én! ¡Que pele-én!

*OTRAS VOCES* —¡Cultura, señores! ¡Cultura, señoras!

*OTRAS MAS* —A lo mejor esto es lo que se llama "teatro moderno".

*UNA VOZ* —¡Qué moderno! ¡Que se dé Antioquía o que...!

*OTRA VOZ* —¡... se devuelva el dinero!

*OTRA MAS* —¡Cállate! Hablar de devolución de dinero, en el único teatro gratis que existe en el mundo, es una impertinencia para el capitán.

*Y SE SEGUIA OYENDO POR UN LADO* —¡Pelea, pelea, pelea!

*Y SE SEGUIA OYENDO POR OTRO* —¡Cultura, cultura, cultura!

*LONQUIMAY* —*Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.*

Hasta que, súbitamente, dominando el bullicio se oyó, desde lo alto, una voz ronca y —diría yo— solemne. Se produjo un silencio instantáneo.

TAITA HIGUERA

Todos gritan y se atropellan..., ¡válgame Dios! Todos han abandonado los sitios ofrecidos por mi patrón-capitán... ¡válgame Dios! Y aquí, aquí arriba, me he quedado solo, solo mi alma, con los 11 niños y las 7 niñas que, yo creo, no pueden entender este comportamiento de los grandes..., los grandes que se mentan de profesores y profesoras..., ¡válgame Dios! Si su mercé permite, patrón-capitán, en vez de tanta alharaca, y si su mercé

da fe a la palabra de este viejo servidor, ¿por qué su misma mercé no conversa con los niños que son almas sin pecados? ¡A ver, niñita, a ver Juanita, habla con tu patrón-capitán, si es tan amable y generoso como para querer hablar contigo!

CAPITÁN

¡Bien dicho, mi buen Taita Higuera! ¡Nada que pueda causarme mayor placer que conversar largo, largo contigo, Juanita!

Apareció Juanita al borde de la platea superior. Era una encantadora niñita de unos 8 ó 9 años de edad, vestida con lindo traje de percal blanco con flores de color solferino y muy peinada con un lazo de seda rosada a cada lado de su cabecita. El capitán la piropeó. Luego le preguntó si se divertía o se aburría aquí en el teatro.

JUANITA

Sí, mucho.

CAPITÁN

Sí, ¿qué? ¿Te diviertes?

JUANITA

Sí, mucho.

CAPITÁN

¿Con esto último o con lo otro, lo del moro y la señora en la cama?

JUANITA

Lo del moro y la señora no lo vimos.

CAPITÁN

¿Es posible? ¿Dónde estaban ustedes los niños o qué hacían mientras sucedió?

JUANITA

Estábamos aquí, aquí mismo. No nos hemos movido. ¿Qué hacíamos? Nada. Jugábamos como siempre. Nos pusimos a jugar porque no entendíamos bien lo que decían.

CAPITÁN

¿Y a qué jugaban?

JUANITA

Al "corre el anillo". Con el anillo de mi prima Berta. Ni ella ni yo ganamos. Ganó Jaime.

CAPITÁN

Y esto último, ¿lo vieron?

JUANITA

Sí.

CAPITÁN

¿Les gustó?

JUANITA

No.

CAPITÁN

¿Por qué?

JUANITA

Porque se hicieron los que peleaban y no pelearon deveras.

CAPITÁN

Tú y tus amiguitas y amiguitos querían, entonces, que pelearan deveras. ¿Y para qué, Juanita?

JUANITA

Para saber cuál ganaba.

CAPITÁN

¿Y para qué querían saberlo?

JUANITA

Para saber, porque cuando mi mamá, y las mamas de todos, se enojan, dicen que nos van a acusar al señor cura para que nos castigue; y cuando se enojan los papas, dicen que nos van a acusar a los carabineros. Para eso queríamos saber, para saber cuáles...

CAPITÁN

Comprendo, comprendo, Juanita.

LONGOTOMA

¡Maravilloso! Juanita y sus gentes querían saber quiénes son más fuertes: los de sotana o los de charreteras. ¡Mil veces maravilloso! Lo que desde siglos se discute ¡a Juanita preocupa y desvela! ¡Ovación para Juanita!

CAPITÁN

No se arrebate, Desiderio.

Gracias, Juanita. Siéntate y ahora trataremos de hacer algo más divertido.

JUANITA

Gracias también, patrón-capitán.

Juanita se sentó. Como si esto hubiese sido una orden, todos volvimos a nuestros lugares y nos sentamos. El teatro quedó entonces en silencio y tal como estaba en el momento en que la función iba a empezar: la sala a oscuras, el proscenio iluminado, el telón de boca caído y, por su abertura central, asomado don Fidey de Comiso, siempre sonriendo y prodigando pequeños saludos a lado y lado.

Avanzó luego don Fidey. Ahora vestía de impecable smoking y con una flor anaranjada en el ojal. Se disponía a hablar cuando el recogimiento de la sala fue turbado por unos desgarradores sollozos que se escapaban de la butaca N<sup>o</sup> 16.

¡Teodoro Yumbel! ¡Teodoro Yumbel sollozaba desgarradamente! ¡Ya lo había advertido yo cuando la olímpica carcajada de todo el mundo!

Don Fidey, siempre atento y solícito, preguntó inmediatamente al entristecido joven qué le ocurría y le ofreció su ayuda o su consuelo si en algo podían servirle...

YUMBEL

Con voz entrecortada y atorándose a cada instante.

Tiene usted un corazón de oro, señor de Comiso. Pero no veo qué ayuda ni qué consuelo se me puede prestar. No se preocupen de mí, Perdón, les pido. Son nervios, nervios nada más. Ya pasarán.

COMISO

¿Pero nervios de qué, mi estimado joven? ¿Ha habido algo, esta noche, que le haya herido? Dígalo con toda franqueza y se calmará usted.

YUMBEL

Nervios de todo, de nada; en fin, nervios. Tal vez, digo yo, porque ha habido poco amor en lo sucedido y demasiadas luchas, demasiadas durezas. Y yo tengo nervios débiles.

Cuando Otelo y Desdémona... Tal vez ingenuidad mía, pero estuve seguro de que esta vez, y por fin, las cosas iban a suceder de otro modo; creí que volvían a aparecer para

hacernos ver, por fin, que el canalla de Yago no iría a triunfar, que todo podría y puede arreglarse sin muertes, que el amor de esos dos esposos coronaría la escena borrando para siempre el trágico final que ya se ha llegado a considerar como inevitable en tales casos. No fue así.

Cuando aquí nuestro bravo general habló de la Actitud, cuando cantó gloria al Cielo y aniquiló al Infierno, una alegría inmensa me llenó. Hasta pensé que otra edad empezaba para el mundo. Una "dichosa edad" y con "siglos dichosos" como la que soñaba nuestro hidalgo de La Mancha. Ingenuidad, candidez mías pues, a pesar de todo, el crimen se cometió, ¡ay!, una vez más.

Cuando Su Santidad y nuestro prócer empezaron a hablar, me dije: "¡Ahora sí!". Creí que esa milenaria aunque para mí dudosa desavenencia —que mi amigo Desiderio Longotoma llama "de sotanas y charreteras" y que perturba hasta las cabecitas de los niños—, creí que iba a ser desmentida y, por lo tanto, a desaparecer y que, en su lugar, iríamos a ver una conmovedora reconciliación, preludio de buenos tiempos cuajados de amor. Pero no. Se pelearon, fue el tumulto, el caos, los improperios, ¡el Infierno!, por mucho que, momentos antes, se le hubiese negado.

Todo esto ha afectado mis nervios enfermos. No es culpa de lo sucedido. Confieso: es culpa de estos nervios enfermos. Perdóneme usted, señor de Comiso; perdonenme todos los que me escuchan. ¡Perdón!

TODOS

¡Perdonado! ¡Ni qué decirlo! ¡Perdonado!

COMISO

Perdonado, sensible amigo, si algo hubiese aquí que perdonar. ¡Ojalá entre los hombres hubiese muchos con tan puro corazón como usted, querido Teodoro! Si sus nervios se encuentran algo alterados, no se preocupe mayormente. Pase, amigo, al bar un instante. Pida una bebida reconfortante cualquiera. Y vuelva luego entre nosotros que las cosas mejorarán. Pase y pida. Lo esperamos, amigo, lo esperamos.

ROSENDO

¡Pasa, Teodoro! Yo te acompañaré.

VALDEPINOS

Creo que es regla de la más elemental educación —la que tanto aprecia nuestro capitán— acompañar yo también al joven enfermo de los nervios.

LONGOTOMA

No sé qué me pasa, me ocurre o me acontece pero es el caso de que empiezo a sentirme con los nervios de punta... ¿Qué medicina será conveniente para esto?

NORA

¡Sabe usted muy bien, Desiderio, cuál es la medicina indicada para estos casos! Venga conmigo y yo le indicaré dónde se la puede encontrar.

CARRERA

En realidad hay algo aquí que da en los nervios. Es, Santidad, lo que explica nuestro enojo. ¡No lo cree así!

URBANO

¡De acuerdo, presidente! ¡Ahora estamos y estaremos, en lo sucesivo, de acuerdo!

OTELLO

Vamos, entonces, por la medicina, que después de lo que me acaba de ocurrir con mi esposa..., siento que un medicamento no me vendría mal.

COMISO

Bueno, bueno, distinguidísimo y amado público, si hay alteración nerviosa, razón existe para querer calmarla. Por mi parte necesito, frente a la Antioquia de mi maestro Fa, nervios tranquilos, nervios sólidos.

CAPITÁN

Es verdad. Pero quiero advertir que no tienen ustedes para qué molestarse. Pueden quedar, si lo desean, en sus asientos. ¡A ver, a ver! ¡Barman! ¡Hola! ¡Camareros! Sirvan aquí en la sala a quienes lo pidan. Y en los bares a los que a ellos se dirijan. Y no olviden a la gente de arriba. Llévenles cuanto pidan o, si prefieren, que bajen en demanda de medicinas, medicamentos y demás. ¡Ea! ¡A templar los nervios de todo el mundo! ¿Viene usted, don Fidey?

COMISO

¡Allá voy, capitán!

CAPITÁN

¿Y el insigne Fa? Quiero tomar un trago con él.

COMISO

Vendrá dentro de breves minutos, capitán, no lo dude usted. Mientras tanto bebamos juntos nuestro primer trago de esta inolvidable, de esta histórica noche.

CAPITÁN

Bebamos. ¡Salud!

COMISO

¡Mil veces, salud!

El teatro entero volvió a iluminarse y empezó entonces una inolvidable tertulia. ¿Por qué no decir "histórica" tertulia? Don Fidey de Comiso así la había apodado y creo, después de todo, que con sobrada razón. Porque... Vamos por partes y luego veremos si merece o no merece esta tertulia tan alto calificativo:

Primeramente puedo afirmar que, desde un principio, se produjo entre los innumerales asistentes una franca cordialidad, una soltura, un clima de amistad y contento que ya envidiarían los dueños y dueñas de casa que abren sus puertas a relaciones y amistades y, sobre todo, a conspicuos personajes de etiqueta. Cada cual se sintió en su propio hogar y consideró al vecino, aunque lo viese por primera vez, como un conocido de años ha.

Luego afirmaré que lo que al servicio y atención se refiere, fue impecable, superó lo impecable. Cualquiera de nosotros —hombre o mujer, joven o anciano, rico o pobre, casado o soltero, etc.— no tenía más que desear algo, cuando, por verdadero arte de encantamiento, ese algo apetecido se presentaba a nuestra vista y se posaba en nuestras manos. ¡Oh, con qué placer recuerdo ahora, mientras escribo, aquellos emparedados de caviar y los picatostes y los buñuelos de paltas reinas y duquesas, y los ricos pisco-labis de menudillos de variadas aves, y las masitas de almendras y los confites de nuez moscada y los manjares, oh, los manjares ora de perdices, ora de chirimoyas, ora de langostas, ora de melocotones... Y las copas, maliciosamente bautizadas "medicinas" por el ingenio de Longotoma... Whisky, vodka, coñac, pisco, gin, ron, kirsh... Y los dulces brebajes para las damas: licorci-llos de menta, de guindas, ciruelas, frambuesas, limas, albaricoques y demás. Y los exquisitos y generosos vinos tintos y blancos. Y el café de Matto Grosso. Y el té de Burma. Y el mate del Chaco Boreal. Y las agüitas de todos los rincones de Curihue. En fin, ¡la gloria!

La concurrencia, a la unanimidad, alababa al Cielo y negaba al Infierno. ¡Aun el propio Teodoro Yumbell!

Por fin afirmaré que el maestro Stramuros estuvo sencillamente magnífico. Había reunido una orquesta de 32 ejecutantes que, con virtuosismo sin igual, atacaban valeses, polcas, rumbas, tangos, mazurcas, congas, raps, minuetos, cuadrillas, jotas, cuecas, sardanas y cuantos bailes la gente quería bailar. Yo no me cansaba de admirar al maestro y a sus hombres. Como lego que soy en materia musical, abrigaba la convicción de que un compositor y musicólogo de la talla de nuestro amigo, despreciaría y aun ignoraría totalmente la música liviana con su jazz y sus maracas y baterías, música que no lleva otra finalidad que hacer de hombres y mujeres una serie de trompos y pirinolas. No era así. El gran Stramuros se encontraba igualmente a sus anchas en compañía de los viejos y clásicos maestros y los más avanzados creadores de hoy día, como en compañía de los productores para boites, cabarés y cualquier clase de chinganas. ¡Amplitud sin igual del genio!

Y tengo ahora una afirmación más que hacer para cerrar este homenaje a la fiesta que el capitán nos brindó: las flores, las guirnaldas, el adorno de flores y guirnaldas... Mi pluma aquí se detiene pues por mucho que la entintara en las mejores tintas que la actual industria produce, siempre quedaría endeble y menguada para describir tan espléndida magnificencia. Sólo diré que aquel decorado no igualado hasta hoy, fue concebido y dirigido por ella, Jacqueline. Con esto basta para dar una idea de su excelstitud.

Demás decir que, en tal ambiente, se explayaron en forma feliz cuantos explayamientos puede haber en fiesta de tal categoría: los grupos de charladores se hacían y deshacían con pasmosa velocidad; las parejas de enamorados se arrinconaban mientras las de simples flirteos revoloteaban cual pajarillos de primaveras; los bailarines giraban, bajo los efluvios de los secuaces de Stramuros, cual hélices de avión; los jugadores, en verdes mesas, barajaban, alzaban, cortaban y batían cartas con entusiasmo sin igual; los melancólicos se afirmaban con melancolía junto a los umbrales; y todos, charladores, enamorados, flirteadores, bailarines, jugadores y melancólicos comían, mascaban y engullían y, sobre todo, bebían sin descanso.

Ya hecho este bosquejo del conjunto de tan lindo festival, vengamos de lleno ahora a la cuestión "histórica". Desde luego creo que la presencia del papa Urbano II, del general Otey y del prócer Carrera, es motivo suficiente para denominar "histórico" cualquier acto en que sus personalidades figuren. Esto es real, absoluto, tangible, pues siglos, muchos siglos de historia lo confirman. Ahora bien, yo me atrevo a asegurar que, con el correr del tiempo, será también histórico un acto que tuvo el honor de encerrar en sus "intestinos y vísceras" —según la muy objetiva expresión de Su Santidad— la alta, la sin igual personalidad del chino Fa (porque he de adelantar que luego de iniciada la tertulia se presentó entre nosotros). Además —¿presunción y soberbia más?— me parece que entre los otros asistentes hay quienes —si no acobardan—, hay quienes que bien pueden, sí, lograr un sitio que la Historia conservará y acaso subrayará. En todo caso la presencia de los tres primeros ya la hace "tertulia histórica". La presencia de algunos más, encabezados por Fa, la hará inminentemente "tertulia rehistórica".

Bien —me digo yo ahora—, muy bien. Pero un "pero" me acomete. Helo aquí:

Un acto, para merecer el alto calificativo que nos interesa, debe, además de la presencia de personajes históricos, ser por sí un momento que la Historia registre y valore. No sé si me explico. Ensayaré un ejemplo:

El 12 de octubre de 1492, al divisarse tierra de este mundo, fue un momento histórico.

Esto nadie lo duda. Pero ¿pueden ser “momentos históricos” todos los que, a partir de esa fecha, se sucedieron en la vida de Colón? Colón, en un día cualquiera de España entre su primero y segundo viaje, Colón durmiendo o bien desayunándose, pongamos el 10 de mayo de 1493, ¿hace, por su sola presencia, un acto o momento histórico? Yo digo: no. El 10 de mayo de 1493 no tiene por qué ser recordado por la Historia. Fue un momento igual a cualquier otro de la vida de cualquier individuo, por muy profundo que haya sido el sueño del ilustre navegante genovés o muy sabroso su desayuno. Lo único que se puede decir es: un momento cualquiera realizado por un hombre que antes había dado a la historia un gran momento histórico. Y nada más.

Pues bien, considerando así las cosas, confieso que no me hallo capacitado para resolver el problema que la tertulia del capitán nos plantea. Guardo, por cierto, todas las proporciones respetuosamente, no sólo frente al inmenso descubrimiento de que he hablado sino también frente a hechos menores. Así y todo, temo ser parte demasiado interesada y emitir, por lo tanto, un juicio parcial. No puedo negar que impera en mí un franco deseo de que aquella noche –Seis, de nuestra cronología; 9 marzo 27, de la cronología común y corriente– sea consagrada como una noche histórica, al menos en los anales de nuestro patrio devenir. En consecuencia me limitaré, aquí en estas páginas, a suministrar, a quienes toman el papel de jueces, el mayor número posible de datos sobre lo que presencié y escuché mientras deambulábamos por todos lados y comíamos y bebíamos y flirteábamos y jugábamos y bailábamos y mientras –ya sea comiendo, bebiendo, flirteando, jugando o bailando– admirábamos las inefables guirnaldas de ella, Jacqueline.

Debo agregar que, durante esta primera parte de mis observaciones, me hice acompañar por dos amigos con el objeto de tener testigos ante lo observado. Escogí a Teodoro Yumbel –arranque caritativo mío después de sus sollozos– y a Desiderio Longotoma –sería convicción mía sobre su agudo juicio crítico a pesar de sus permanentes cuchufletas–.

Así, pues, ratoneando y relauchando por salas, pasadizos y rincones, alargando orejas hacia diestra y siniestra, hacia adelante y atrás y hacia arriba y abajo, como si de ellas la naturaleza nos hubiese dotado con seis pares a cada uno, logramos saber lo que a continuación transcribo y que transcribo, por cierto, con el visto bueno de ambos testigos. Supimos:

1) Que un inglés, mister Peter Forrester, encontrábase, cierta noche, en Manchester, muy inquieto a la vez que decaído. Paseábase, por su departamento, a ratos con la expresión del jaguar, a ratos con no mayor expresión que la del topo. En vista de lo cual, y como era morfinómano, recurrió a su droga y se clavó una fuerte inyección de ella. Con esto su inquietud se calmó, su decaimiento pasó y su cerebro empezó a trabajar con sorprendente lucidez. Atinó, entonces, con la clave de ciertos 4 signos mágicos, según algunos; filosóficos, según otros; patrañentos, según los demás. Pero según todos, 4 signos de la más oculta de la Cábala; salvo según un señor alto y flaco y de barbilla que opinó que la Cábala nada tenía allí que ver y que esos signos se referían a la Historia de Afganistán. A pesar de esta última divergencia, vino luego un acuerdo total: él fue sobre el indiscutible júbilo que, el atinar con la clave de los 4 signos, proporcionó a mister Forrester. Tanto fue este júbilo que repartió regalos entre sus amigos y parientes y, lo que es más, prometió, ante el retrato de sus fenecidos padres y ante el retrato de la Reina Victoria, dejar para siempre el vicio de la morfina. Sin embargo –nuevo acuerdo total–, y a pesar de seguir prodigando regalos aun a simples conocidos, no dejó su vicio, siguió picándose y, al fin, escribió un folleto en el que demostraba –o creía demostrar– que su amado alcaloide era tan útil para el desen-

volvimiento de los humanos como conocer esa clave de esos 4 signos cabalísticos o afganísticos. Este folleto apareció en Londres, a fines de 1897.

2) Que un francés, monsieur Lucien Maubrac, a quien se le daba por fallecido en una morrocotuda exploración al Congo, logró llegar, después de mil peripecias, sano y salvo al puerto de Tolón. Pero habiendo perdido sus papeles de identificación y estando enterado de que se le creía en el otro mundo, adoptó los papeles de un compatriota suyo, guiado a esto –digámoslo sin rodeos– por una coquetería algo teatral de sabio y explorador de exóticas regiones. Así, pues, arribó a su ciudad natal, Marsella, completamente de incógnito ya que al de papeles, pasaportes, cédulas y qué sé yo, se agregaba el trágico a la par que solemne incógnito de la muerte. Pues bien, este alegre y bromista explorador y sabio, vio, presenció con sus propios ojos y el mismo día de su llegada a Marsella –¡recuérdese: su ciudad natal!– pasar ante él, con una grandiosidad aplastante –bandas de música, altos representantes de altas autoridades, estandartes de científicas sociedades, pueblo en millares, congoleseos puros con sus congoleseas compañeras, etc. y etc.–, presenció, el bueno y grande de monsieur Maubrac, el paso dolorido de sus propios funerales... Para nosotros, hoy día en Curihue –explicaba el narrador de tan inusitado espectáculo–, nos es muy fácil darnos cuenta de la suplantación o simple equivocación de fenecidos, mas para el verdadero interesado la cosa fue –según todos los que en la tertulia comentaban el caso– sencillamente desorbitante y aun espeluznante, tanto que el ilustre hombre estuvo a punto de perder la razón y obligado se vio a recluírse en una casa de reposo a mediados del año 1922.

3) Que un italiano, il signore Gaetano Stagnaro, apareció cierto día de verano, navegando en un pequeño bote que él mismo impulsaba a dos remos, por las aguas del río Calle-Calle, hasta llegar frente a la ciudad de Valdivia. Luego atracó al desembarcadero principal, desembarcó con una maleta y un gabán al brazo y se internó por la ciudad dejando el bote abandonado y a merced de la corriente. Se le vio cruzar la Plaza, tomar la calle Picarte y entrar en el hotel Haussmann donde pidió una habitación. El propietario del hotel dijo qu'el signore Stagnaro estuvo en ella unos tres cuartos de hora y que luego salió diciéndole que se dirigía al Consulado de su país, ubicado en la calle Caupolicán. Agregó que, siendo el señor Cónsul un viejo amigo suyo y oriundo de la misma ciudad, Treviso, era para él tanto un placer como un deber estrecharle la mano. El caso es que el señor Cónsul confirmó la visita d'el signore Stagnaro, la amistad que a él le ligaba y el común origen de Treviso, y aseguró que durante más de una hora habían departido alegremente. No obstante no logró saber qué había traído a su compatriota hasta Valdivia, ni cómo había llegado en tan misterioso bote, ni qué proyectaba para después. Il signore Stagnaro se despidió lleno de afabilidad prometiendo volver al día siguiente y satisfacer su curiosidad sobre esos puntos. Pues bien, resulta que nunca jamás se ha vuelto a saber del personaje, ni en Valdivia ni en Chile todo, ni en Treviso ni Italia toda, ni en ninguna parte de este mundo. Abierta su maleta por la policía, en presencia de las autoridades, del señor Cónsul y del propietario del hotel Haussmann, se encontró dentro de ella lo siguiente: un calendario del año anterior, dos docenas de manzanas, un sombrero de fieltro y un reloj despertador. Y nada más. Esto ocurrió en 1911.

4) Que un chileno, don Daniel Escobar, abandonó súbitamente su profesión de abogado, *con gran estupor de sus relaciones pues iba alcanzando en ella sonados éxitos y un brillante porvenir se le dibujaba para pronto*. Pero el caso fue de que este don Daniel prefirió comprarse un fundo en las inmediaciones de Rengo, instalarse en él y asegurar

que no tenía interés alguno en volver a la ciudad o ciudades. Allí se dedicó a la crianza de gallinas catalanas y al cultivo de rosas color de té con leche. Las verdaderas actividades del fundo quedaron a cargo de un mayordomo. Invitó a todos sus amigos cada fin de semana y, después de mostrarles rosas y gallinas, dábales largas conferencias basadas en la tesis de que el bien, la paz y el progreso de la humanidad sólo podían darlos gallinas y rosas, sobre todo si las primeras eran catalanas y las segundas de color té con leche. Aseguraba, además, que esto lo demostraría, de manera irrefutable, dentro de poco tiempo. Pero, cuando ya se acercaba la fecha de la demostración, don Daniel Escobar falleció en su fundo...: unos dicen que por haber cogido una infección de las rosas que el hombre no soporta; otros, una infección gallinácea semejante a la epizootia. Su muy lamentado fallecimiento acaeció en 1890.

5) Que un alemán, herr Georg von Lingen, reunía –según el elocuente contertulio que exponía el caso– las principales y mejores características de un verdadero germano al 100%, es decir: amaba la música clásica con veneración; profesaba una filosofía que a cada momento deslindaba con la metafísica; admiraba a las fuerzas armadas, sobre todo a las de tierra, con locura; y trabajaba, en lo que fuese, con tenacidad sorprendente. Mas por una dolencia inexplicable –aun para los mejores facultativos–, una dolencia bien poco germana, nunca pudo ir muy lejos ni en la música ni en la filosofía ni en la milicia a pesar de la mencionada tenacidad. Esta dolencia era un odio invencible a todo lo que se mueve. Y la música se mueve en el tiempo... ¡Ah, no es cual la pintura o la escultura! Y la filosofía se mueve a lo largo de sus raciocinios... ¡Ah, no es cual la arquitectura! Y la milicia mueve en el espacio a sus ejércitos... ¡Ah, no es cual los inmóviles laboratorios de física o de química! Pero herr von Lingen no sintió atracción alguna ni por pintura ni escultura ni arquitectura ni física ni química. Desesperado, pues, ante esta contradicción vital que le agarrotaba, herr von Lingen puso fin a sus días en Berlín, una noche otoñal del año 1908.

6) Que un mahometano, Abdul Alí Ratib, de procedencia dudosa pues nunca se supo a ciencia cierta si era natural de Túnez o de Estambul, contrajo matrimonio, en Santiago, con una joven de la aristocracia chilena, la señorita Leontina Pérez Jaramillo. Este matrimonio fue un modelo bajo todos los puntos de vista y era el caso de que no había niña santiaguina que no anhelara un Ratib, ni joven chileno o extranjero que no soñara con una esposa como la bella Leontina. Pues bien, Abdul Alí Ratib era un musulmán fanático que caía doblado hasta azotar la frente en el suelo, a la voz de Alá; y que no admitía otro intermediario entre la divinidad y la humanidad que el profeta Mahoma. Cuanto a la señorita Pérez Jaramillo, había nacido y crecido bajo el signo de la Iglesia Católica Apostólica y Romana y siempre –tanto antes como durante y después de sus bodas– profesó el más estricto cumplimiento y fidelidad a los mandamientos del Altísimo y de sus representantes en el Vaticano. Pues bien, ambos cónyuges fueron, repito, felices, enormemente felices y tomados como modelos por los adeptos del matrimonio. Lo cual hizo opinar a muchos y muchas –durante la tertulia del teatro de Curihue– que el amor pasional supera y vence a la religión, sobre todo si se toma en cuenta que Abdul Alí y Leontina fallecieron en la misma habitación de la misma morada (Agustinas 1528), a la misma hora (11 y 44 a.m.), del mismo mes y día (abril 9), del mismo año (1901).

7) Que un español, don José de Cascajares, nacido en Ciudad Real, y graduado de licenciado en la Universidad de Alcalá de Henares, fue siempre un hombre serio y trabajador, alejado de barahúndas tanto alcohólicas como mujeriegas pues el tiempo le era corto para llevar a buen fin su obra magna: *Verdadero Sitio del Megaterio dentro de la Real*

*Paleontología.* Sólo dos entretenimientos interrumpían esta vida laboriosa y ellos venían a posarse en ella los días domingos, nada más que los domingos; jamás se supo de un día otro, aunque fuese festivo, que el ponderado Cascajares empleara en ocupaciones ajenas a su labor. Estos dos entretenimientos correspondían a dos temporadas: cuando el frío, jugar al trecillo en su peña favorita; cuando el calor, asistir a los toros. Pues bien, en un domingo caluroso de 1919, en la gran plaza de Madrid, nuestro amigo asistía contento a su espectáculo, contento tanto por las maravillas que en el redondel hacían las espadas, como por cumplir ese mismo día 40 años de edad y sentirse pleno de salud y fuerzas para continuar su magna obra. Mas quiso el destino que el sabio de Cascajares —al finalizar el 5º toro y antes de que el 6º y último se lidiara—, quiso el destino que mirara hacia su derecha una fila más arriba y viera a una dama... No es el caso describirla —dijo el narrador de este idilio—, es tan sólo el caso de asegurar que ni en Madrid ni en parte alguna había otra que se le pudiese comparar. Y, ¡sin más!, sin ni siquiera gritar: “¡agua va!”, don José de Cascajares, por única, por primera y última vez en su vida... ¡se enamoró!

Amigas y amigos míos, esta dama fue sensible al flechazo que los ojos del hombre le lanzaron, aceptó su presentación, sus dulces palabras, sus flores, en fin, su amor. Pero la dama partía pronto a México y, de México, a California y, de California, cruzaría el Pacífico e iría al Japón... El enamorado era hombre de pesetas. Decidió, pues, partir también, decidió abandonarlo todo y seguir, con ojos cerrados mas con el corazón en llamas, la ruta que Cupido le mostraba. Partieron, partieron ambos. A bordo se amaron, se amaron ambos. Y en Ciudad de México también. ¡Oh, el amor! ¿Sí...? ¿Conque el amor, dicen ustedes? ¡Nada! El día antes de partir rumbo a California, de Cascajares fue atacado, agarrado y vencido por el recuerdo del verdadero sitio que, en la real paleontología, debe, sin disputa, ocupar el megaterio. Y no quiso saber más ni amar ni besar ni extasiarse ni llorar ni dormir entre brazos amados. Volvió, volvió presuroso a España, sin ni siquiera decir: “¡adiós!”. Y una vez en su país reanudó, febril y concentrado, su magna labor, salpicándola los domingos fríos con el trecillo de la peña y los domingos calurosos con las corridas de toros. Hasta ahora, hasta este momento en que nosotros tertuliamos alegremente en el teatro de Curihue. Esto viene a probarnos que el trabajo de la real paleontología, cuando refiérese al sitio verdadero que en ella ocupa el megaterio, es más fuerte que el amor pasional y, por ello, lo vence. Pues el narrador acababa de recibir una carta de don José en la que repetía que era dichoso, absolutamente dichoso en su cobijante laboratorio. ¡Sí, amigas y amigos míos, hoy llegó su carta, hoy 9 de marzo de 1927!

8) Que un japonés, Koyanagui Takasaki, oriundo de Hakodate, por circunstancias miles y misteriosas, dejó florecer en su alma inquieta la inquietud propia de los pueblos occidentales y se estremecía, allá en su Nipón, al oír el sonido embrujador de estas dos palabras: Londres..., París... En una mañana otoñal se embarcó en Yokohama y, dos meses después, llegó a Marsella. Vinieron entonces años, sí, años de agitada vida parisiense y londinense para el dinámico Takasaki. ¡Ay, señoras! ¡Ay, señores! ¡Ustedes perdonarán! ¿Pero cómo nuestro oriental comprendía el dinamismo? Ustedes perdonarán: en Londres, ingiriendo fantásticas cantidades de gin; y en París, no menores cantidades de ajenjo... Mala cosa pero había que decirla pues la verdad nunca es verdaderamente mala. El hijo de Hakodate se emborrachaba cual un cosaco, cual un carretero, cual un carabinero. Y su flaca silueta con su carita sonriente arriba, fue vista, noche a noche, haciendo eses y culebros por las céntricas y aun arrabalescas calles de ambas metrópolis. Takasaki, como todos los ebrios de categoría, se hizo de muchos, muchos amigos. La mayoría de éstos eran

gentes de no muy vastos conocimientos y que, entre charlas y charlas bajo los humos alcohólicos –pues humo tiene el alcohol, según el nipón–, caían siempre, cual mariposuelas en la luz, a imaginar las delicias indudables que el vicio oriental depararía, vicio tan superior y tanto más fino que éste de occidente. ¿Cuál? ¡El opio! Mas siempre, llegado a este punto, el japonés se enfadaba. ¿Opio? ¡Nadie en Japón lo fuma! ¡Vicio de chinos e hindúes, de infectos hindúes y chinos! ¡Ellos son los que con opio se atosigan como ustedes –ingleses, franceses y occidentales todos– se atosigan con este también infecto alcohol para seres también infectos! ¡Ah! Nosotros los japoneses..., ¡hombres puros, límpidos, inefables que jamás el vicio ha tocado! Asia, salvo Japón, opio... Europa y Occidente entero, alcohol... ¡Puaf! ¿Y usted, distinguido Koyanagui Takasaki, no está, acaso, borracho como una cuba? ¿Y qué, y qué, qué? ¿Yo? Toco, toco, pruebo, bebo, chupo, libo y... nada más. Puedo hacerlo, puedo, debo, bebo, chupo, libo y aquí estoy. ¿Cómo estoy? Salvo, suave, liso y blanco cual límpido nipón... ¡Ay, amigas y amigos míos, fue el caso de que una noche, una noche ni londinense ni parisiense, una noche ginebrina, Koyanagui Takasaki, encontrado, por céntrica calle, en perfecto y escandaloso estado de ebriedad, fue cogido por la fuerza pública y encerrado en la prisión. “¿Que les parece, amigos, qué les parece, amigas? –preguntaba el narrador. “¡Uy, bestias de blancos europeos –exclamaba una dama–, y de nosotros también, ¿para qué ocultarlo?, que no comprendemos las sutilezas del Oriente y nos vanagloriamos de nuestros vicios y debilidades!”. Pero un jovencito de sexo incierto replicaba: “¡Ah, no, señora, el oriental es sabandija ensoberbecida que cuando toca a nuestras sutilezas se conduce, al verse incapacitado para comprenderlas, con una grosería sin par!”. Como sea y según el narrador, el caso fue que, al salir de prisión –al día siguiente...–, Takasaki corrió a Génova, se embarcó, navegó sin beber, y llegó a Yokohama en los momentos en que estallaba la guerra de su país con Rusia. Se enroló y partió luego a Manchuria. En el campo de honor murió con bala al pecho a fines de 1904.

9) Que un ruso, Afanasii Aleksieyevich Lebedev, era, según decía su señor padre –de la dama que hablaba, no del ruso–, la expresión pura y perfecta del alma eslava. “¡Oh, el alma eslava que ustedes los anglo-sajones –se dirigía a un sujeto de tipo británico– no captarán jamás; ni nosotros –agregaba– los latinos, tampoco!”. Pero he ahí que el señor padre la había captado y, a través de él, la dama también. Era tan ruso Afanasii Aleksieyevich que cantaba hondas, desgarradoras canciones con voz de bajo acompañándose en balalaica, bebía vodka en cantidades exorbitantes, bailaba lanzándose al suelo, añoraba las estepas, creía en la redención de la humanidad bajo el signo moscovita, veneraba a su padrecito el Zar, tenía rostro inquietante y amaba a las mujeres en forma..., ¡oh!, que ni los anglo-sajones ni germanos ni latinos ni de raza alguna, fuera de la eslava, podrán comprender jamás. Pero hete ahí que un viejecito que escuchaba púsose a reír con ruidecillo de castañuelas y luego dijo que él había sido gran amigo de ese señor padre y, por él, del hombre Lebedev y que el hombre Lebedev vivía ahora en su fundo de Melipilla, casado con una señora chilena llamada doña Romelia y nacida en Talcahuano, y que allí en su fundo cantaba tonadas, bebía chicha moderadamente, bailaba como todo el mundo, afirmaba la sin par belleza de la cordillera y había celebrado, lleno de alegría, la caída del padrecito Zar y el triunfo de la Revolución. Cuanto a amores..., fuera de doña Romelia, no se le conocía ninguno pues ella y los nueve hijos que con ella misma había tenido, acaparaban todo lo que el buen ruso poseía en calidad de sentimientos. “Y esto –juró el viejecito– nunca ha cambiado desde el día de su matrimonio, nunca, nunca, y sepa usted, mi distinguida señora, que el matrimonio de Afanasii Aleksieyevich con su tierna paloma,

la muy buena de doña Romelia, se verificó, allá en Melipilla, en el ya lejanísimo año de 1893.

Bueno, supimos muchas cosas más al ratonear y relauchar así por todas partes pero no creo que deba seguir llenando páginas con tanta sabiduría adquirida; también debo dejar sitio para los comentarios que ella en nosotros hizo nacer y para las conclusiones a que éstos nos llevaron o, mejor dicho, nos aproximaron.

Desde luego, fuese ante Forrester o Maubrac o Stagnaro o Escobar o Lingen o Ratib o Cascajares o Takasaki o Lebedev, mi amigo Longotoma clamó de entusiasmo y aseguró que nunca sus oídos habían escuchado cosa tan digna de memoria. Y desde luego también, Yumbel, frente a los mismos, cayó en meditación primero y comentó después tratando de extraer de cada caso la enseñanza que encerraba. Luego otros opinaron y, con sus opiniones, la conversación resbaló y siguió por otros lados y hacia otras partes, culebreó y perforó, como la vida misma, llevándonos a todos sobre sus espaldas y a gran galope. Yo, mientras tanto, escuché, escuché siempre y anoté cuanto pude. Por lo mismo hagamos ahora un esfuerzo de memoria, apoyándonos en las anotaciones, para repetir y ojalá hacer revivir aquí lo que allá sucedió.

#### LONGOTOMA

Que un inglés, mister Peter Forrester, haya dado con la clave de 4 signos, es algo, amigos, maravilloso pues nos coloca ante el dilema de si la evasión del hombre de su condición ósea y carnal por medio de la estupefacción artificial, es un paso adelante en la perforación de misterios o no lo es. Tiene que serlo; yo, al menos, no lo dudo. Mi duda radica en otro punto que ya explicaré a ustedes. ¿Por qué tiene que serlo? Muy sencillo: el caso objetivo es que el británico aquel encontró con morfina y que, ante este encuentro, ni sus fenecidos padres ni aun la propia Reina Victoria, nada pudieron hacer. Podrán ustedes alegar que los 4 signos nada valían, que eran quiméricos, inexistentes... ¡Un momento! Ninguno de los oyentes ni siquiera lo insinuó. Se discutió si atribuirlos a la magia o a la filosofía o a la patraña pero jamás a la inexistencia. Y la patraña existe como contrapeso a la inflación intelectual. Las divergencias que surgieron residían entre la Cábala y Afganistán. ¿Qué más desear para alcanzar lo maravilloso? Si así ustedes no lo consideran es que olvidan la realidad con el fin de mariposear en el vacío de las sutilezas perfumadas al agua de colonia. ¿Cuál es la realidad única y avasalladora? Amigos: que nos encontramos en Curihue, fundo cordillerano chileno, separados del sitio del suceso por 12 mil o más kilómetros y por 30 años de rodar humano. Ya pesar de ello, aquí nos llega cual estallido de granada la noticia de que un inglés morfínmano y llamado mister Peter Forrester, una noche manchesteriana... y cuanto hemos tenido el honor de oír. ¡Maravilloso! Y la gente aquí discute y se apasiona, sumérgese en la Cábala y dispara hacia Afganistán y anula, entre trago y trago, el tiempo y las distancias. ¡Maravilloso! ¿Trago, he dicho? Pues bien, en él radica mi duda, la duda que les mencioné. Es decir, en él cuando lo comparo a la morfina. Escúchenme: si mister Forrester, en vez de morfínmano, hubiese sido alcohólico, ¿habría llegado a aquella clave? *Ecco il problema!* Probado está ya —por esa anulación de tiempo y distancias que he citado— que los productos de la evasión de estas carnes y huesos tocan a la maravilla. Probado está por la Historia que esta evasión se obtiene de modo artificial. No digo, no, únicamente artificial, pero sí digo que con lo artificial se logra obtener. El problema: ¿Vale el alcohol tanto como la morfina para evadirse desde Manchester y Londres hasta Curihue pasando por Afganistán y a caballo en la Cábala? Amigo Yumbel: plan-

teémonos, usted y yo, un problema abstruso de clarividencia o clariaudiencia, si usted quiere; o uno arrancado de los más hondos substratos del Jnana Yoga... ¿Qué tal? Yo me concentro en él, botella en mano; usted hace lo mismo, jeringa en mano. Y luego entregamos nuestras soluciones a este sapiente Onofre. Yo apuesto a que el galardón vendrá a mí, o sea a la botella por encima de la jeringa. ¿Acepta, amigo Yumbel? ¡Acepte! Así seremos continuadores del británico y habremos pagado el don que a nuestras mentes ha venido a enriquecer al enterarnos de que una vez un inglés, encontrándose muy inquieto a la par que decaído..., y todo lo demás. ¿Apostamos, amigo Yumbel?

YUMBEL

¡Por favor, Desiderio! ¿Nunca tendrá usted un poco de seriedad? ¿A qué viene tan absurda apuesta? Sabe usted muy bien que yo no he de aceptarla ni que a nada podría conducirnos. Si de cada caso va usted a hacer un comentario parecido, créame que ellos carecerán de interés para mí, no porque no los tengan sino porque yo enfoco desde otro punto las cosas de la vida.

LONGOTOMA

¡Admirable! Mientras mayor número de enfoques, mayor aproximación al conocimiento perfecto. Así es que mister Forrester a usted, Teodoro, ¿qué le envía para nutrir su enfocamiento?

YUMBEL

Un caso, como hay tantos, de flaqueza mental. Yo poco entiendo en estupefacientes; por eso lo califico de flaqueza. Otros dirían desdicha y aun tragedia. Otros, necesidad humana imperiosa de ir a la embriaguez. Otros, lo sé, refinamiento. Lo sé y es todo lo que sé. Por lo tanto prefiero no avanzar opinión alguna y espero poder seguir siempre caminando por este mundo sin tener que echar mano a esas ayudas artificiales. Cuanto a que el caso del inglés sea comentado aquí en Curihue y lo sea años y años después..., ¿qué voy a decir? ¿Cómo piensa usted de que yo vaya a atribuir tal cosa a una anulación de distancias y de tiempo? No, Desiderio, no. Ello no destila de tan alto origen; destila del reino de la "copucha", como hoy se llama.

LONGOTOMA

¡Formidable! ¡Pido ovación para la copucha! ¿Qué quieren ustedes? Yo me entusiasmo ante cualquier contrasentido o disparidad u oposición, ante cualquier hecho que infrinja violando la lógica gris propia a las aves de corral. Pues ello es afirmar lo infinito que en los hombres existe. ¡Ovación!

YUMBEL

¿Pero dónde ve usted semejantes cosas?

LONGOTOMA

En la deliciosa palabra "copucha" saliendo de sus labios de usted, gran amigo. Si la lógica sombría y monocorde hasta la desesperanza de las aves de corral nos gobernara, habría usted dicho: "chisme", o "hueco comentario", o "vana murmuración", o "nocivo germen de maledicencia" o qué sé yo. Pero decir "copucha"... Formidable, porque es indicar que usted, como cuantos no vivimos aprisionados en un gallinero, se encuentra al borde de un precipicio. Y yo varias veces he temido que su destino lo llevase a sitios cerrados y seguros. Veo que no es así. ¡Formidable cosa! Pues un precipicio se compone de un fondo, allá abajo, que ostenta la cruz de la muerte; de un frente que lleva hasta el horizonte terráqueo queriendo englobar nuestro planeta entero; y de un alto que canta, con las estrellas y galaxias, un canto con acordes de millones de años de luz.

YUMBEL

No entiendo ni una palabra de lo que usted dice.

LONGOTOMA

Entonces pasemos a monsieur Lucien Maubrac.

YUMBEL

¿Será este paso un paso hacia la seriedad del comentario?

LONGOTOMA

Sí lo será; puedo anticiparlo. Al abandonar a aquel británico, abandonamos el mundillo de los viciosos enflaquecidos; al acercarnos a este galo, nos acercamos a la ciencia pues estaremos codo a codo con uno de esos hombres sabios que viven para arrancar los misterios de los continentes oscuros. Maubrac, para mí, se anotó una gloria más al entremezclar con su sabiduría un gesto de broma infantil. ¡Qué cosa tan humana! ¡Ser un muerto y, como tal, considerar la vida de los vivos, ser un muerto que, bien vestido y acicalado, se pasea por plazas y calles! Pero perdió el punto anotado al asustarse porque ante sus ojos pasaba su ataúd... Quería ser muerto sin ataúd, es decir, un muerto a medias. Tenía que fracasar. Teodoro Yumbel: yo le aseguro a usted que todo lo que es a medias lleva el fracaso pintado de rojo en la frente, entre ambos ojos.

Ante la palabra "fracaso", Yumbel —aunque permaneciendo de pie y sin hacer ni el menor gesto— se derrumbó. Sumido en su derrumbe nos explicó que el fracaso era el Norte de las brújulas humanas, que la vida entera no era más que una afanosa búsqueda del fracaso. Y lo peor, lo no aceptable, lo irritante ha sido, es y será siempre que este fracaso carece de realidad, que es él un simple fantasma. Por lo tanto nuestra vida se reduce a forjar un fantasma y luego correr tras él, sabiéndose de antemano que no hay posibilidad de alcanzarlo.

Longotoma, entonces, pidió repetidas ovaciones para tan ilustre fantasma y aseguró, cada vez, que al ovacionar, se le haría real, tangible y así se le podría alcanzar primero y domar después. ¡Cada hombre llevando, como hoy se lleva un perrito, un fantasma doméstico al extremo de una cadena! ¡Maravilloso!

Yumbel rebatió, llenos los ojos de lágrimas. Encontré que su argumento era cierto, tan cierto que llegaba a lo elemental pues si se le podía alcanzar dejaba, por esto mismo, de ser fantasma. Lo propio de un ser de esta naturaleza —¿quién no lo sabe?— es justamente no poder ser nunca alcanzado.

Luego, para fortificar su argumentación, nos dijo que "fantasma" e "irrealidad" eran sinónimos. ¡Oh, atribulada condición humana! Pues el hombre vive, es. Es tanto, ¡no!, es más, mucho más que un árbol, que un pájaro, que un león, que todo cuanto vive y cuanto es. Los árboles, los pájaros, los leones no fracasan. Cumplen su cometido y nada más. Que a nuestros ojos los haya con mayor o menor suerte, es apreciación nuestra y nada más pero apreciación carente de verdad. Nosotros los hombres deberíamos vivir como ellos, vivir alegremente inconscientes, cumplir también nuestro cometido y pasar. Pero de ahí que el árbol ve un fantasma en forma de pájaro; y el pájaro, uno en forma de león; y el león, otro en forma de árbol; y así siempre, hasta el infinito. Tal vez los ven, seguramente los ven. ¿Qué hacen entonces? QUITAN la vista de ellos pues una sabia voz de la naturaleza les advierte que aquello es quimera, es irrealidad. Y cada cual sigue su destino y cometido, sean éstos de árboles, pájaros o leones. No así nosotros. Ir hacia otra cosa; no aceptar nunca la cosa que es... ¡Atribulada condición humana! Ahí teníamos a mister Forrester

con su fantasma de los 4 signos; la voz sabia viene y le advierte que son ellos inexistentes, sea inalcanzables; entonces, ¡morfina! Y tenemos a monsieur Maubrac agregando de modo inusitado a su linda vida de labor, una farsa fantasmagórica que lo lleva a un asilo. Y tenemos al signore Stagnaro que desaparece en Valdivia y que a Valdivia llega en un bote buscando su propia desaparición en vez de quedar en Treviso. Y al señor Escobar abandonando su cometido para infectarse con rosas y con gallinas. Y a von Lingen suicidándose porque amaba la quietud y se lanzaba a lo movedido. Y a Cascajares interrumpiendo su labor y perdiendo tiempo tras la mujer que justamente se aleja en vez de quedar al lado del megaterio. Y a Takasaki que loco abandona su Hakodate para ir a parar a Ginebra completamente borracho y en la cárcel. Y a Lebedev...

LONGOTOMA

¿Ya Lebedev? Fundo en Melipilla, doña Romelia, nueve hijos, admirador de la cordillera y del triunfo de Lenin, cantador de tonadas y bebedor de chicha... ¡Un fantasma domesticado! ¿Ve, mi amigo, cómo se les logra alcanzar y domar?

YUMBEL

No, no lo creo, Desiderio. Algo, estoy seguro, traje a Lebedev de Rusia a Chile, algo que yo ignoro. Tal vez su propio destino. Una vez aquí no buscó en lo inalcanzable. Fue árbol, pájaro o león, es decir, aceptó. Y puso en su aceptación lo que hay que poner: amor. Entonces fue y es aún feliz. Han pasado ya 34 años sin que su felicidad se enturbie. No se olvide que poner amor y dejarse llevar por él, no es correr tras de un fantasma. Es ser y nada más.

LONGOTOMA

Como el benemérito mahometano Abdul Alí Ratib y la señorita Pérez Jaramillo. ¡Se dejaron llevar! ¡Magnífico! Pero tanta dicha ¿no podría considerarse como un golpe de buena suerte, ni más ni menos como el del señor que acierta un pleno? Teodoro, yo una vez, pletórico de amor, puse mi dinero a "Colorado el 9"; ¡cómo amaba ese color y ese número! Partió la bolita y se detuvo en "Negro el 2". Cierto es que yo no soy ni ruso ni mahometano. Pero seguiré su consejo, amigo: ¡columpiado por el amor, columpiaréme contigo, Tomasa!

YUMBEL

Desiderio, eso no es amor. Eso es... pasatiempo, simulacro o caricatura de amor. No puede haber sido así el caso del señor Ratib. Usted no va a morir en el mismo sitio ni en el mismo momento que esa niña que nombró. De todos modos encuentro triste que la gente, aquí como en cualquier parte, hable de eso sólo para matar el tiempo sin ver nuestra atribulada condición y sin reconocer que con amor se arreglaría la vida de todo el mundo.

LONGOTOMA

Ha dicho usted una gran verdad. Me refiero a esto último, no a lo de la niña que nombré. Amor y no hay más. Debemos, pues, consultar de inmediato al narrador del idilio Abdul-Leontina. Debemos acumular datos y más datos para saber cómo dejarnos llevar. ¡Adelante, amigos! No olvidemos que ahora para nosotros, como para aquellos dos palomos, está en juego la conciliación de los profetas y los dioses; si no me equivoco, en la calle Agustinas N° 1528. ¡Adelante!

Adelante fuimos. Buscamos y encontramos al narrador, a él nos presentamos y le expusimos nuestros deseos asegurándole que no abrigábamos una simple curiosidad sino que perseguíamos finalidades profundas. Nos dijo:

—Vean ustedes, señores, no creo poder ampliar mayormente mis informaciones. A ese matrimonio yo no lo conocí ni sé de nadie que lo haya conocido. Su historia me es familiar porque en mi casa, hace años, la oí repetidas veces. Esas anécdotas, saben ustedes, que siempre hay en las casas para ser contadas de sobremesa y animar la conversación. Por lo demás sé que la niña, mejor dicho, la señora Leontina tuvo, mientras vivió, fama de no ser muy despierta, de ser más bien algo quedada, en fin, digámoslo sin rodeos, de ser bastante tonta. Cuanto a ese señor Ratib, aunque marido modelo, es verdad, parece que como hombre de negocios —y a los negocios se dedicaba— fue lo que vulgarmente se llama un grandísimo peine. Varias veces estuvo a punto de ser encarcelado. Claro que estas cosas no las quise contar hace un rato. Habría sido quitarle poesía al hecho y había muchas damas oyéndome. Es todo lo que puedo decirles, señores. Ustedes perdonarán.

Longotoma y yo nos miramos. Yumbel vaciló entre mirar hacia el suelo o hacia el techo; al fin miró hacia éste. Luego los tres obedecemos a un signo que, desde el ambigú alcohólico, nos hacía Valdepinos manifestándonos que allí la cosa estaba verdaderamente interesante.

Una esperanza brilló en mí porque, a decir verdad, no me parecía suficiente como para poner un sello histórico a nuestra velada lo que hasta ahora habíamos sabido. Esto no quiere decir que desconociera yo su atractivo y aun su mucha importancia.

Al entrar en el ambigú, Lorenzo Angol se separaba del grupo indicado por Valdepinos moviendo los hombros con displicencia. Lo abordé y le pregunté:

—¿De qué se discute ahí?

Me respondió:

—Se discute de Otel y Urbano y Carrera y don Fidey, en fin, se discute esto del chino Fa o de mi primo Gaspar o qué sé yo. Ya me retiraba dejándolos enredados en sus argumentos. Pero ahora que te veo, me vuelven, no sé por qué, los deseos de hablarles una vez más. Vamos, Onofre. Después me darás tu opinión.

Nos acercamos a los discutidores. Algunos se hallaban de pie, otros encaramados sobre el mesón, otros a caballo en sus sillas. Las copas pasaban de mano en mano mas puedo afirmar que en ningún rostro se notaba ni el menor signo de ebriedad ni aun de ligera excitación alcohólica. La intelectualidad del tema lo acaparaba todo. Púseme a escuchar:

#### LORENZO

Pueden ustedes, señores, seguir discutiendo pero confiesen que discuten sobre el vacío, es decir, que lucubran para ocupar sus mentes sin que ellas tengan donde apoyarse. Discuten sobre la obra teatral de Fa, sobre la obra de hoy, sin que la obra haya sido representada y sin que haya ni una persona que la conozca. Hasta ahora sólo hemos tenido como quien diría especies de escaramuzas teatrales a manera de prólogo y en las que, un poco más o un poco menos, todos hemos participado un tanto. Si la discusión se va a limitar a lo sucedido, entraré en ella con mucho agrado y daré a conocer mi opinión. Si ella va a ser sobre la obra de nuestro amigo el chino, renuncio de lleno a toda participación mientras el telón no se levante y luego se baje con la palabra "fin" bien en claro. Si ella va a ser sobre los conceptos de don Fidey de Comiso respecto a lo que debe o no debe ser el arte del teatro, me atrevería a preguntar: "¿No sería mejor, no sería más cuerdo esperar hasta ver los resultados de estos conceptos una vez puestos en práctica?"

Me limitaré, pues, a lo ya sucedido aquí esta noche. ¿Qué quieren ustedes que les diga? Encuentro que cuanto ha sucedido, esta noche aquí, es algo fácil, es algo a todas luces primario. Desmenucemos bien la cosa. ¿Qué hallaremos? Únicamente que tres de los ac-

tores –Otelo, Urbano y Carrera–, en vez de encontrarse en escena, se encuentran en la platea, en medio del público. No me negarán ustedes que es éste un recurso ya muy usado y que no hay circo en el mundo que, de pronto, no coloque a un toni o a un payaso entre los espectadores para de ahí hacerlo actuar. Así es que, para presenciar esta vieja novedad circense y de algunos teatritos llamados “de avanzada”, creo que no valía la pena venir esta noche a esta sala.

Ésta es, por lo demás, la opinión de mi amigo Rosendo Paine; ha de ser también la de muchos de ustedes. Estamos de acuerdo, Rosendo: es tontería, y la es sin par, hacer pasar las cosas fuera de su sitio y querer, con esto, arrancar un efecto que vaya a abismarnos. Pero voy a repetir ahora la pregunta que a mi amigo hice hace un momento: “¿Por qué poner el acento en el lugar donde las cosas pasan y en quienes las hacen pasar –por cierto actores profesionales disfrazados– y no ponerlo en lo que pasa?”.

Pues bien, amigos míos, esto que pasa, para poder enterarnos mejor, vamos a dividirlo en dos puntos: 1º) Lo que se ha dicho, las ideas que, ante nosotros, se han expuesto; 2º) La actuación y hechos de actores y público mientras tales ideas se exponían.

Respecto a lo que se ha dicho –Otelo en su escena con su Desdémona, con Emilia y demás, y hablando de la Actitud con su Cielo, Purgatorio y Limbo y sin Infierno; Urbano y Carrera discutiendo y simulando un combate por defender o atacar la unificación de la humanidad o las independencias libertadoras de los conjuntos humanos, etc.–, respecto a todo esto, ¿qué puedo yo decirles? Creo que se han dicho cosas interesantes –eso de la inexistencia infernal me ha parecido a mí excepcionalmente bien; así como la oposición que puede existir entre unificar y libertar me ha parecido..., digamos, divertida o interesante, si ustedes quieren, sobre todo por el hecho de ponerla en juego con un Papa y un prócer, es decir me ha gustado la manera como fue presentada, salvo el sitio en que lo fue, repito. Pero prefiero –lo diré de una vez por todas– dejar al criterio de cada cual el veredicto sobre el valor de tales conceptos, y prefiero también que cada cual haga luego en su casa la comparación entre lo que acaba de escuchar con lo que ya en teatro se ha escuchado desde que teatro existe. Procedo así, es decir, dejando como secundarias y como cosa personal las ideas del autor y su teatralidad para exponerlas –repetiendo una vez más que actores fuera de la escena no los acepto–, pues don Fidey de Comiso bien claro nos ha explicado que lo importante y vital de la creación de su maestro residía en la forma como el público entraría en la obra. Lo nuevo y grande aquí iba a ser la desaparición de las dos partes que siempre el teatro ha tenido –obra misma y espectadores– para de ambas no hacer más que un todo único que se ha de convertir en algo de nuestras propias vidas, en algo personal y hondamente vivido.

Esto, que es lo primordial, dirán ustedes que, hasta ahora, se ha logrado. No lo neguemos: cuando actuó Otelo nos avalanzamos todos llenos de furia, tan llenos que, tanto arriba como abajo, hubo necesidad de recurrir a las rejas protectoras; cuando actuaron papa y prócer, ardió el moín o la reyerta o como se le quiera llamar, y si no hubiese sido por la autoridad de mi primo el capitán, más de alguna desgracia estaríamos ahora lamentando.

Pues bien yo me pregunto y pregunto a todos ustedes: “¿Cómo se logró? ¿Qué hubo en esta escaramuza de representación que nos convirtió de espectadores en actores y en actores desafortunados?”.

Amigos míos, todos ustedes son personas cultas; todos ustedes han presenciado no pocas obras maestras del teatro universal; todos ustedes se han visto, de pronto, ante pro-

blemas escénicos harto más enrevesados y trascendentes que los ahora mostrados. ¿Verdad? Todos ustedes se han emocionado hasta las lágrimas y aun hasta la desesperación y acaso más de una vez han jurado, ante el espectáculo, cambiar su conducta y conciencia. Pero ninguno de ustedes nunca se ha creído partícipe directo ante lo presenciado, nunca ha creído que debiera saltar de su butaca para entremeterse *de facto* en medio de los actores, ¡qué!, en medio de lo que actores no viven sino que sólo representan.

Sin embargo esta vez lo han hecho, han saltado, han intervenido, han tomado como propios los casos que se presentaban ante ustedes. Y yo también, no voy a negarlo, he procedido de igual modo. Vuelvo a preguntar:

“¿Qué sucedió aquí? ¿Qué hubo aquí, que no lo hay en el resto del teatro, que nos enajenó de tal manera?”.

No hubo nada que podamos señalar subrayándolo. Un disco pudo grabar o un cine imprimir lo sucedido, y nada se encontrará de excepcional. Lo que acaba de ocurrir no se repetirá nunca más. ¿Entonces...?

Yo declaro sin rodeos, porque tal es mi convicción, que aquí o bien ha habido una sugestión colectiva o bien, durante la cena, se nos ha dopado.

Surgieron las protestas y las manifestaciones de incredulidad. Se oyeron las palabras: “absurdo” y “ridículo”. Luego una voz suave e insinuante se impuso y todos nos volvimos hacia el nuevo orador.

DR. PITRUFQUÉN

¿Me permiten, me permiten? Dos palabritas, nada más; un pequeño alcance; una intervención puramente personal...

Tenía yo, para esta noche, mucho, muchísimo trabajo. Lo he abandonado, como ustedes pueden ver, para venir a este magnífico teatro de Curihue. Yo abandono mis labores sólo cuando algo de muy alto, de muy altísimo interés me llama desde otra parte. Éste ha sido el caso de hoy: altísimo interés. Y yo soy —me parece que puedo asegurarlo sin vanidad— extremadamente exigente. Sin embargo aquí estoy y el arrepentimiento de aquí estar ni siquiera se ha asomado en ningún horizonte mío. Les pido, pues, que me oigan un momento:

Tan altísimo interés lo atribuyo, primeramente, al talento creador del chino Fa y a su honradez moral; lo atribuyo, luego, al talento interpretativo de don Fidey de Comiso y también a su honradez moral; lo atribuyo, por fin, a la noble calidad moral e intelectual de todos los que son mis compañeros de audición, o sea, de todos los que en esta sala se encuentran. Resumen: un conjunto eximio bajo cualquier punto espiritual que se le considere.

Por lo tanto permítanme algo más, permítanme que las dos palabritas que pedí se conviertan en cuatro y aun en seis, si ello es necesario.

Gracias, gracias.

Debo decir, para buena comprensión de todos, algo sobre mí mismo. No es por vanidad. Es, como digo, para buena y mejor comprensión y nada más.

Yo, queridos oyentes, tengo ya 11 años de edad; los cumplí hace una semana. Desde que nací, allá en Pailahueque, estudié con ahínco. A los 6 años fui bachiller y pude, entonces, lanzarme de lleno a mi vocación: la medicina y, en ésta, la psiquiatría. No puedo hablar de esto sin rendir un homenaje a mi maestro, el doctor Hualañé: ¡alabado sea!

Hasta los 8 años –es decir durante 2 años; es decir durante 730 días y en cada día durante 14 horas; es decir durante 10.220 horas –me entregué encarnizadamente a mi especialidad. Ahora llevo ya 3 años como Jefe del Manicomio de San Agustín de Tango, 3 años en que mi encarnizamiento no ha hecho más que aumentar. ¿Para qué doy estos datos? Para que comprendan ustedes que algo he aprendido, que algo sé y que, por lo tanto, lo que voy a afirmar tiene una buena, una sólida base donde apoyarse.

Afirmo, entonces, que la gente de alta y noble calidad interior sólo emplea medios altos y nobles, sobre todo cuando actúa en lo que considera que es su misión en este mundo. Y con mayor estrictez los emplea cuando se dirige a otra gente también de alta y noble calidad interior.

Esto no es una regla del alma; es una ley.

Pues bien, señores, tal calidad superior es el patrimonio de autor, actores y público. La ley ordena, entonces, medios también superiores. Una pregunta aflora en los labios de todo el mundo:

“¿Son medios altos, nobles, superiores, cuando de teatro se trata, usar la sugestión o valerse de excitantes artificiales?”.

El encarnizamiento jamás debilitado con que he corrido tras de los secretos de mi ciencia, me autoriza a responder: ¡No!

Deducción inevitable y certera: cuando ustedes actuaron ni estaban sugestionados ni estaban dopados. Si hay algunos que lo duden, sólo puedo decir que, desde que el señor de Comiso se presentó en escena, yo he estado en la sala atisbando detrás de la cortina azul que ahora cubre el sitio donde, la otra noche, revoloteaban las mariposas, y que luego, cuando vinieron las actuaciones, me precipité a mezclarme en los tumultos observándolos a todos ustedes, uno por uno. Mi ciencia declara: allí no había sugestión ni excitantes. Además puedo decirles que tanto el chino como su principal intérprete son y siempre han sido enemigos mortales y juramentados de la primera. Cuanto a los segundos, aquí tienen, señores míos, el resultado del análisis que mi ayudante en toxicología acaba de practicar en bebidas y alimentos ofrecidos a ustedes esta noche: nada, absolutamente nada; bebidas y alimentos recomendables al más puntilloso de los hospitales. ¿Entonces...?

Entonces, señores míos, lo que acaba de ocurrir ha sido, en mi muy humilde opinión, lo siguiente:

Se produjo una identificación completa, aunque de corta duración y no muy perfecta, entre la conciencia individual de cada uno de ustedes con la conciencia de los actores, mejor dicho, con la conciencia impersonal y general, con la conciencia de principios generales que los actores ponían a luz obedeciendo al autor.

Este hecho, a su vez, se produjo por una súbita dilatación de lo consciente de ustedes que alcanzó así elevados grados de la subconsciencia.

Pues bien, puedo afirmar que muchos de estos elevados grados de la subconsciencia, dejan de ser personales, dejan de ser únicamente del individuo para ser comunes a vastos conjuntos humanos, para ser principios directivos, aunque lejanos, de la humanidad entera –como si esta humanidad fuese, a su vez, un individuo único. Este individuo tiene, entonces, como consciente propio y lúcido lo que a nosotros se nos presenta cual borrosa subconsciencia.

Tal fue, señores míos, el fenómeno aquí producido.

Ahora bien, la falta de práctica de que ustedes adolecen para pasar a tan elevadas regiones, les produjo un verdadero ofuscamiento. Este ofuscamiento les indujo a proceder

como tan a menudo proceden los seres vivientes de condiciones valerosas y fieras –cual el tigre o el toro de lidia– cuando algo que les es inusitado se les presenta y les asusta, es decir, les indujo a proceder atacando. Ustedes atacaron y se mezclaron a la reyerta, no guiados por una clara comprensión de ese consciente colectivo sino que atacaron para deshacerse de él, para ahuyentarlo y poder entonces regresar a la conciencia cotidiana que poco nos inquieta y que, después de todo, basta para cruzar por esta vida cómodamente si de lado se dejan esos afanes de investigación y ampliación mental que tantos desvelos nos suelen acarrear.

Señores míos, me dirán ustedes que esta interpretación no es muy halagadora: susto cual bestias, ataque ciego, inadaptación a radios de mayor conciencia, etc.

Señores míos, no lo considero así. Considero, por lo contrario, que lo ocurrido a ustedes, por el solo hecho de ocurrirles, es francamente halagador para cualquier mortal. Piénsenlo bien: ustedes, durante largos minutos, han traspuesto la limitada y aislada conciencia individual para identificarse con una conciencia que podríamos llamar universal; ustedes se han conectado, transformándose en parte de él, con un ser inmenso del que sólo somos, cada uno de nosotros, una simple célula. Si una célula de nuestro organismo pudiera, aunque por pocos minutos, ampliar su incipiente conciencia hasta participar con la nuestra total, ¿no sería este acto para ella algo prodigioso? Aunque de esta nuestra conciencia esa célula sólo apercibiera relámpagos y aunque mal los interpretara, ¿dejaría por ello de producirse el prodigio? No, por cierto. Y hay algo más, sí, algo más. Escuchen bien:

Nada de lo que en este mundo se produce puede desaparecer totalmente, puede perderse sin dejar huellas. No hay huella posible en este mundo que no sea cual semilla que, tarde o temprano, ha de fructificar dando sus frutos con prodigalidad.

Esto yo lo he sabido y comprobado; esto es también, no una regla sino una ley anímica. Esto, además de mis propias comprobaciones –que bien habrían podido caer en error– muchas veces me lo han confirmado dos excelsos personajes: mi maestro el doctor Hualañé –¡que alabado sea!– y el más sapiente de cuantos conozco en estas materias casi esotéricas, el hondo sabio y gran santo don Florencio Naltagua.

Puedo decirles a ustedes, por lo tanto, que han participado, creciendo y arraigándose, en algo sublime. Puedo afirmarles, aunque en este momento no lo noten, que han quedado todos ustedes marcados con una huella superior que algún día les ofrendará los más preciados frutos que es posible ambicionar.

Cuanto al mal comportamiento que han tenido ustedes, comportamiento que obligó al capitán Angol a ordenar el uso de las rejas protectoras y luego a amonestarles con el máximo de autoridad posible, señores míos, no se preocupen mayormente. Todos nosotros, todos sin excepción, nos conducimos torpemente cuando damos los primeros pasos en sitios que frecuentamos por primera vez. No hay en ello falta alguna. Y si ponemos un poquitín de optimismo, de ese optimismo que siempre me acompaña, diremos que la actuación de ustedes se debió a una perfecta identificación y a que ustedes no son seres tibios con agua en las venas sino seres con sangre ardiente y llenos de sincera pasión.

Señores míos, esto es, en resumidas palabras, lo que esta noche deseaba yo hacerles saber.

De más decirles que si alguien abriga ideas que no concuerden con las mías, no tiene sino que exponerlas, que para mí será de gran interés escucharlas y tratar de comprenderlas. Señores míos, estoy a las órdenes de todos ustedes.

LORENZO

Claro está, doctor, que la suya es una explicación... como cualquiera otra. Pero siempre ha dejado usted un punto en la oscuridad y, tal vez, el punto de mayor importancia. Aceptaré esa dilatación de nuestra parte consciente y su penetración en plena subconsciencia hasta regiones situadas más allá de toda individualidad. Aceptaré, asimismo, que no hubo aquí sugestión alguna como tampoco empleo de ninguna especie de drogas. Cáeme entonces por su peso una pregunta que no vacilo en hacérsela, respetado doctor. Hela aquí:

¿Por qué se produjo esta dilatación de conciencia siendo que nada ajeno contribuyó a producirla y siendo que el espectáculo que la provocó es uno de los tantos que a diario vemos en los teatros? ¿Por qué y cómo se produjo? O si usted prefiere, ¿qué la produjo?

No crea usted, mi estimado señor don Fidey, que he querido menospreciar la calidad de las escenas que su maestro nos ha mostrado como tampoco el talento dramático de los actores entre los cuales lo pongo a usted en primera fila. Puedo anticiparle que sobre todo Otelo me impresionó muy buenamente y pienso no equivocarme al haber reconocido en él al mismo actor que, en la Noche Tres, hizo, con tanto acierto, el difícil papel de Feldespato...

COMISO

Pues se equivoca usted, mi también muy estimado señor don Lorenzo. Cuantos actuaron en la Noche Tres fueron actores profesionales que ayer han partido de gira a Bolivia y Perú. En cambio las personas que hoy han estado y están aún con nosotros —permítame que se lo asegure enfáticamente y antes de ir a la respuesta que bien merece su pregunta al doctor Pitruflqué—, estas personas son...

VARIAS VOCES

¿Son? ¿Quiénes son? ¿Acaso fantasmas? ¿O acaso resucitados? ¿O muñecos de cuerda? ¿O personajes eléctricos?

COMISO

Son, distinguidos oyentes, simplemente quienes son; son, y sin más, ellos mismos.

ROSENDO

No está mal la afirmación del señor Comiso. Lo felicito, caballero. Hace usted bien en llevar hasta su extremo límite esta gran farsa pues, de lo contrario, amenazaría usted con matarnos de aburrimiento.

LONQUIMAY

Perdona, ¡oh, locutor!, las frívolas vibraciones sonoras que acaban de escaparse del vocal instrumento de nuestro conocido Paine. Yo acepto tu afirmación. La acepto porque ella yo soy. El menguado encéfalo de muchos de tus oyentes sólo realiza la vida poniendo tras cada una una muerte definitiva, un vacío en lo que antes era un lleno. ¡Desdichados! Consuélate, locutor. Hay quienes te penetran. Ejemplo: ¡yo! Yo sé la ficción que es nacer y la que es morir. La sé porque jamás he nacido y jamás he muerto. La sé porque siempre soy y seré. Y si siempre soy y seré, ¿por qué no han de serlo también personalidades tan conspicuas cual el chipreste Otelo y el vaticaneste Urbano y chileneeste Carrera?

LONGOTOMA

¡Maravilloso! Opino como mi amigo Baldomero. Pero..., pero, amigo, ¿qué me aconseja usted que haga de mi opinión si alguna vez obligado me veo a acompañar a usted, corona en mano, hasta una lápida funeraria?

LONQUIMAY

¡Calla, ignorante sabandija! ¿Cómo atreveste a preguntar cosilla o cosuela tan primaria? Si un día marchas así, corona en mano, será una marcha más dentro de tu ratonera

existencia, marcha en pos de una ilusión, de un miraje, de una de esas falacias que a vosotros los raquíuticos mentales se os arroja cual nutrición.

YUMBEL

Perdonen mi intromisión. Si mal no he entendido, ¿quiere usted decir, don Fidey, que esos personajes son, en carne y hueso, los mismos, absolutamente los mismos que la Historia registra?

COMISO

Sí, amigo Yumbel, eso es, no lo que he querido decir sino lo que digo, afirmo y juro. ¿Qué encuentra usted de extraño en que aquí, hoy día, ellos nos acompañen y nos honren con su presencia y nos ilustren con sus conceptos?

ROSENDO

Di, Teodoro, que nada encuentras de extraño pero que mejor habría sido invitar a Adán y Eva en sus propias personas. Así, en vez de los abigarrados trajes, ya tan fuera de circunstancias, de general, pontífice y presidente, habríamos tenido, por lo menos, dos hermosos desnudos.

COMISO

Si así consideramos la cosa, le encuentro a usted, mi señor don Rosendo, toda la razón. En mi opinión no hay vestimenta alguna que en belleza pueda igualar al desnudo humano. Mas para los fines que aquí persigue mi maestro Fa, tanto nuestro primer padre como nuestra primera madre habrían sido totalmente inútiles. Aquí necesitamos hombres que hayan adquirido gran experiencia del vivir de sus semejantes con sus innumerables flaquezas. Aquellos nuestros padres primeros carecían de ella pues, fuera del paraíso terrenal con su idílica existencia, nada conocieron. La expulsión de que fueron víctimas no es suficiente para los menesteres del inmenso Fa. Conténtese, pues, señor don Rosendo, con las tres personalidades que nos acompañan. Y, si no hay inconveniente, me parece que podríamos volver a la pregunta que el señor don Lorenzo Angol planteó al eminente psiquiatra, doctor Pitrufquén.

PITRUFQUÉN

En verdad de verdades, señores míos, no creo ser yo el indicado para dar respuesta a la pregunta que aquí este caballero ha formulado. Claro está que atisbo yo las felices causas que han producido este feliz efecto que nos ocupa. Pero mi oficio es algo más limitado. Mi oficio, aunque parezca mentira, es más a ras de suelo, se ciñe a lo que aquí, en esta vida de hoy se elabora y deselabora en la psique de los hombres. Mi oficio no quiere aún lanzarse a indagar la psique de aquellos que, como los Otelos, Urbanos y Carreras, ya han pasado —y seguramente más de una vez— por eso que con tanta exactitud el señor Lonquimay apodó una ilusión, un miraje, una falacia. Reconozco, por cierto, su existencia y presencia continua. Reconozco, manejo, exalto o menguo su influencia en mis pacientes, según cuales sean los casos. Pero ir a investigar por qué hoy se ha presentado, y no ayer o mañana; por qué ustedes han sido sensibles a su presencia, y no otras personas... Forma parte todo esto de una especialidad que no es la mía. Yo tomo la cosa cuando ya de lleno se halla aquí y actúa en mis semejantes. No voy más allá; honradez profesional, si ustedes quieren. Tal vez haya entre nosotros alguien más versado que yo en estos asuntos. Ojalá así sea pues nunca seré yo quien menosprecie su colaboración.

CAPTÁN

Ofrezco la palabra. Al mismo tiempo manifiesto mi pesar ante la inasistencia de Florencio Naltagua, bien conocido de todos los presentes y que, con su enorme saber —justa-

mente, creo, en estos terrenos—, nos habría esclarecido. Naltagua fue invitado personalmente por mí pero ocupaciones diversas le impidieron aceptar la invitación. Me hago un deber en presentar a todos las excusas que me envió. Mientras tanto, sigue ofrecida la palabra.

#### LONGOTOMA

¡Que la acepte Baldomero Lonquimay! ¿Quién más indicado para esclarecer estos misterios? Ni nacimientos ni fallecimientos... Desde el comienzo hasta el final de los siglos... ¡un solo instante eterno pletórico de ser! ¡Maravilloso!

#### CAPITÁN

Doy la palabra al señor don Baldomero Lonquimay.

Pero el señor don Baldomero Lonquimay, al aceptar la palabra, en vez de hablar, bufó. Lanzó un largo y potente bufido que hizo tintinear las botellas y copas del bar. Luego, alzando su diestra, pidió silencio con su ademán. Fue el grande hombre obedecido: ¡silencio! Y éste fue tan profundo que el debilísimo zumbido de una mosca despertada con el bufar de aquel hombre y que emprendía el vuelo sin saber a qué atenerse, pudo ser claramente audible para nosotros. Algunos dirigimos la vista hacia ella: dio la mosca dos vueltas alrededor de la testa de Lonquimay, luego otras dos alrededor de la lámpara central, y luego se alejó con rumbo hacia el telón de boca. Entonces el silencio solicitado fue total.

Pero el señor don Baldomero Lonquimay no por esto habló. Ni tampoco bufó nuevamente. Ni produjo ruido alguno, ni siquiera uno tan débil como el de la mosca por él despertada y puesta en fuga. ¡Nada! El orador abrió las mandíbulas, precipitó hacia fuera las fauces, enseguida las recogió, alargó los labios, los contrajo, golpeó dentadura superior con inferior y siguió mostrando todos los posibles movimientos que una boca enloquecida puede llegar a tener. Mas nada, absolutamente nada se escuchaba. En vano, para producir un ruido cualquiera, el orador accionaba agitando los brazos y crispando manos y dedos. En vano su melena y sus barbas se entiesaban para luego plegarse y enroscarse cual serpientes, en vano relampagueaban con llamaradas de rojos, pardos y anaranjados... No se oía nada, absolutamente nada, y la mosca prófuga bien habría podido volver a revolotear sobre nosotros y todos nosotros, sin excepción, habríamos vuelto a percibir el finísimo trémolo de sus alas diminutas.

Mientras tanto el insigne Baldomero seguía agitándose y revolcándose en una locura de oratoria silenciosa. Clavaba de pronto su índice en el pecho de algún oyente, alzaba de pronto ambas manos hacia el cielo, echaba fuego por sus ojos para luego entornarlos y cerrarlos con dulce expresión, se precipitaba encorvado hacia adelante para retroceder acto continuo y erguido como un poste, tiritaba, retorciase, se plegaba y desplegab... Hasta pateaba frenético con un zapato primero, luego con el otro, por fin con ambos saltando entonces como salta un simio enfurecido... ¡Nada, absolutamente nada! No se oía ni el más leve susurro. Baste decir que aun los ruidos y murmullos que hasta ahora nos habían venido de la sala, se silenciaron y que, por largo rato, todos fuimos habitantes de la tierra de los sordos absolutos.

De pronto el gran barbudo se detuvo, quedó paralizado y rígido. Y esta vez, con voz potente que resonó por los ámbitos totales de nuestro teatro, exclamó:

—¡¡He dicho!!

Curiosa cosa la que entonces se produjo: todos, al mismo instante, prorrumpimos en una formidable ovación.

El señor don Baldomero Lonquimay agradeció satisfecho, se sentó calmadamente en su sillón y pidió, con acento humilde, un vaso de agua mineral.

Entonces el chino Fa apareció de tras el mesón. Sonrió durante varios segundos y prodigó mil saluditos a lado y lado. Nos precipitamos a estrechar sus manos. Se oyó luego una voz:

CAPTÁN

Doy ahora la palabra al ilustre autor teatral que, en estos momentos, nos honra con su presencia.

FA

Honro a cada uno de ustedes con igual cantidad. Y como cada uno de ustedes me honra a mí con una cantidad también igual a la que yo doy a cada uno para honrarlo, yo recibo de ustedes tantas veces más honra como tantas veces son ustedes más numerosos que yo, que yo que no soy sino la unidad uno. Por lo tanto les pido que me toleren magnánimamente a pesar de mi reducida dádiva y que me permitan ofrendarles mis agradecimientos profundos por las abundantes dádivas que, en cambio, yo de ustedes recibo.

¿Están ustedes ahora enredados en un complicado problema? Los felicito de todo corazón. Vivir desenredado es monótono, es gris, es vacío. Alguien habló de la mente o conciencia de las aves de corral. Es mejor no ser ave de corral. Es mejor enredar, enredarlo todo para luego ponerse a desenredarlo. Y una vez desenredado, volver a empezar otro enredo que lleve idéntico destino que el anterior, es decir, volver a ser desenredado. ¿De acuerdo? ¡Cuánto me alegro!

Sólo que es conveniente que cada enredo sea algo más complicado que el anterior. Si no lo es, vuelve eso gris y vacío. Si lo es, se divierte uno una enormidad.

¿Desenredemos, entonces...? Mejor dicho y perdón: ¿tratemos de desenredar?

Empezaré por decirles que cada cual tiene su manera de hacerlo y que, cuando estas maneras son sinceras, tranquilas, sí, muy tranquilas y llenas de buena voluntad, las soluciones que traen son aceptables y justas, por diferentes que parezcan.

He oído la explicación y solución de don Lorenzo Angol. Poco tranquila me pareció y bastante carente de buena voluntad. ¿Nos ve usted, señor, sugestionando como brujos de teatro barato o echando estupefiantes en sus viandas?

LORENZO

No, señor Fa, no los veo. Si en un momento lo pensé fue por la necesidad, diría, interior de encontrar una respuesta a algo que se me escapaba y que no debería escapárseme. Ahora, al desechar esas respuestas mías, debo declarar que lo hago más por la presencia de usted que por los argumentos del doctor Pitrufluén. Señor Fa, su presencia, ignoro por qué, me llena de confianza y certeza. Esto no quiere decir, ni por un momento que vaya yo a contradecir al doctor. Por el contrario: creo en la existencia de la conciencia y subconsciencia como él acaba de mostrarla. Sólo que lo creo de una manera únicamente intelectual; no he sido iluminado por la verdad de esta creencia. Es culpa mía, no lo dudo. Mas por ahora, señor Fa, siga hablándonos. Oír a usted es lo que todos deseamos.

FA

¿Es eso lo que todos desean? ¡Cuánto me alegro! Les diré, entonces, que he oído también las explicaciones del eminente psiquiatra, doctor Pitrufluén y que después he oído las del no menos eminente señor don Baldomero Lonquimay...

VARIAS VOCES

¿Es posible...? ¡Aquí no se ha oído nada...! ¡Vuelve esto a oler a estupefiantes, ahora de palabras y palabrerías...! ¿O acaso es superagudeza del oído chino...?

FA

No, no, no. Cuanto a eso de estupefiantes, todas las palabras, señores, todas sin excepción lo son; si no lo fueran, no tendrían ellas otro poder que el de sumirnos en las aves de corral. ¿No lo habían reparado ustedes? Y cuanto a superagudeza de mi oído o del de cualquier compatriota mío..., ¡saben ustedes que no hay tal cosa! No me he enterado de las palabras del señor Lonquimay por superagudeza auditiva sino por superinclinación a la buena voluntad.

LONQUIMAY

Te comprendo, colega milenario. Estas gentes que te rodean caen en el laberíntico error de confundir grandeza olímpica con mala voluntad, gestos dignos con vacuidad espiritual. Por eso, de pronto, sus tímpanos dejan de vibrar y sus trompas de Eustaquio se tapan con cortinas de cemento. ¡Ayúdalas, milenario colega mío!

FA

Haré, señor, lo que posible me sea, empezando por el doctor psiquiatra:

Cuanto ha dicho lo creo y lo hago mío. ¿Podría yo llevar hacia la duda algún fruto de vuestra ciencia occidental? No, no, no. Sé su fuerza y sé su penetración. Y sé, además, que el sabio que hoy se ha dignado hablar aquí, es, de esa ciencia, uno de sus más preclaros representantes. Tanto lo estimo y hasta venero que, ahora mismo, voy a seguir su indicación sobre honradez intelectual: retirarse –sin ruido, si es posible– de aquello que no es nuestro oficio. Así lo haré. Esta retirada no significa desconocimiento ni negación; creo ya haberlo manifestado. Esta retirada es causada por otra razón y esta razón es la siguiente:

Puntos de partida diferentes; por lo tanto, necesidad de técnicas diferentes para el viaje desde esos puntos de donde se parte. Voy a tratar de explicarme:

El eminente doctor Pitrufrquén parte del principio de que la actitud de un público –al tomar parte en lo que ve y al tomarla como si fuese cosa propia– es algo inusitado, rarísimo, algo casi milagroso, es decir, algo que contradice las leyes de la lógica. Entonces se lanza desde lo para él usitado, normal y lógico –cada cual en su puesto: público, aquí; obra, allá–, se lanza afanoso en busca de lo que ha modificado el buen orden de las cosas. Así llega hasta las altas regiones de que nos habló. De más decir que yo, ante estas regiones, me inclino con máxima reverencia.

Pues bien, señores, yo hago exactamente lo mismo que él, sólo que a la inversa: donde él pone lo inusitado, yo pongo lo usitado; y donde yo me encuentro en lo inusitado, él se encuentra en lo usitado. El mismo viaje pero en direcciones contrarias. Y ya se nos ha dicho que cada viaje, a pesar de ser el mismo que los demás, requiere una técnica especial y propia.

Él, para informarse del trayecto, va, por ejemplo, de Santiago a San Agustín de Tango; yo, para hallar igual información, voy de San Agustín de Tango a Santiago. Al cruzarnos en mitad del recorrido vamos tan veloces y tan concentrados en nuestras observaciones, que todo intercambio nos es imposible y cuando luego queremos comunicarnos y cambiar nuestros pareceres nos sorprendemos en ciudades diferentes y distantes. Podríamos, es verdad, telefonarnos pero –¡qué falta mutua de imaginación o tal vez de esa amada buena voluntad! –no se nos ocurre hacerlo; y si se nos ocurriera..., seguramente que las líneas telefónicas estarían ocupadas. ¡Ojalá que en este bar o ambigú logremos la buena comunicación que necesitamos!

Volvamos al grano de nuestra cuestión:

Para él lo normal es:

Que el público se emocione y se compenetre con la obra mas que jamás olvide que la obra representa un mundo tal vez quimérico y, por eso, casi prohibido, mundo que después hay que recordar fuera de la vida y no dentro de ella, mundo que es conveniente tener presente pero que es peligroso convertirlo en médula cotidiana.

Para mí lo normal es:

Que el público, al emocionarse, se compenetre totalmente en la obra, que olvide, de inmediato, lo que de quimérico se le pueda presentar y que jamás pueda ocurrírsele que haya allí algo prohibido sino que, por el contrario, algo que llama y exige colaboración, algo que justifique el hecho de que un hombre haya escrito y que lo escrito lo muestre a los demás hombres.

Las Autoridades de ustedes, estoy seguro, sacarían del cartel una obra teatral o película que hiciera intervenir al público. Las Autoridades con que yo sueño sacarían del cartel las que dejaran al público inmóvil sin más intervención que la de aplaudir y, a veces, silbar. Para ustedes, teatro, cine y —digámoslo de una vez por todas— las artes en su totalidad tienen algo de pasatiempo y este algo les da la pauta, impera en ustedes y les rige su conducta. Para mí es lo contrario: no logro juntar, ni siquiera emparentar, arte y pasatiempo. Este último es —para mí, repito, nada más— complacerse, por ejemplo, en equilibrar sobre la punta de un paraguas, apoyado en nuestra barbilla, una taza con su platillo mientras el que lo intenta se abanica con una mano y con la otra acaricia a un gatito.

En fin, señores, resumiendo y sintetizando diré que me parece ver que el eminente doctor Pitrufluén —y con él la mayoría de ustedes— considera que esas regiones superiores de lo que aquí llaman subconsciencia pueden visitarse y que es provechoso visitarlas. Pero también —no lo neguemos— me parece que considera que ellas no son la patria lógica y adecuada de nosotros los humanos.

Yo pienso al revés: si esas regiones son superiores —y no dudo de que lo sean— debieran ser, justamente por tal superioridad, la patria de todos nosotros. ¿No lo creen ustedes así?

LONQUIMAY

¡Sí!

VALDEPINOS

¡No!

FA

No dudaba de usted, señor Lonquimay, y me es grato insinuarle mis mejores felicitaciones. Pero usted, señor Valdepinos, ¿por qué niega? En sus idas y venidas por su innegable *esprit*, en su justa admiración por lo que de más selecto tiene la gran Lutecia, aun en sus acrobáticas trepadas a los pilares, ¿no aromatiza su olfato de usted sendas tan rápidas como sutiles escapadas a esferas que ruedan por regiones algo superiores al detestado por usted y allá en Lutecia llamado *terre à terre*?

VALDEPINOS

Señor Fa, si aquí hubiera un pilar me treparía inmediatamente a él porque usted me ha desconcertado con sus preguntas. Y yo trepo ante un desconcierto. Cuestión de estar más arriba y ver mejor. ¿Cómo usted, el sutil entre los sutiles, no ha comprendido mi negación? Ella era un "no" exclusivo para el teatro, para la acción teatral, pero jamás para la vida alejada de cuanto sea *terre à terre*. Niego que el teatro pueda sacarnos de aquí para llevarnos a un gran allá haciendo intervenir a cuantos lo estén presenciando. Y entre los cuales —no vamos a ignorarlo— la mayoría estará formada por insignes borricos. En fin,

niego la posibilidad de que tal cosa suceda, de que pueda suceder. Y si estoy equivocado, si ello es posible... lo lamento, simplemente, por lo que acabo de decir de los borricos, ¿sabe usted? Ya intervienen demasiado por todas partes para querer hacerlos parte activa en las artes. Y si va a haber un severo control en la puerta del teatro... casi más valdría, digo yo, comentarlo íntimamente, desmenuzarlo en capillas casi herméticas. En fin, éstos son desvaríos míos porque nunca un público va a proceder como ahora aquí se está deseando que proceda.

FA

¿Por qué no, mi avanzadísimo señor?

VALDEPINOS

Porque si ello fuese posible, señor y talentoso autor, ¡se sabría...!

FA

Y se sabe, avanzadísimo, se sabe. Puesto que lo sé yo... Y lo sabe mejor que yo porque mejor que yo es, don Fidey de Comiso... Y lo sabe también Otelo, el gran general... Y, aunque hasta ahora lo dudaban, desde ahora sábenlo asimismo los muy beneméritos Urbano II y José Miguel Carrera... Y aunque sin saberlo ni aceptarlo aún, lo han actuado ustedes todos... ¿O no? Vea, avanzado amigo y no menos avanzado señor Valdepinos, lo que a usted, como a muchos, le lleva titubear primero y a negar después, es que este sistema de teatro —que yo pregonando defiendo y que, desde hoy, propagar anhelo— no se realiza noche a noche, no sucede en sala y sala de espectáculos. Pero el que una cosa no suceda, no quiere decir que ya no exista. Puede querer decir tan sólo —en varios casos; no en todos; de acuerdo— que no se han usado, que no se han puesto en marcha las condiciones necesarias para que la cosa suceda. Porque todo, todo, todo necesita condiciones necesarias, especiales para suceder. Como, por ejemplo —si me permiten la comparación—, la electricidad, sí, ésta que nos ilumina desde estas lámparas, ésa que mueve telones y decorados allí en el escenario, ésta y ésa que por todas partes presta su ayuda y que es uno de los orgullosos —¡muy justificado, por cierto!— de ustedes los distinguidos señores occidentales. ¿Verdad? Condiciones, condiciones, buenas condiciones y nada más.

VALDEPINOS

¿Y ellas serían...?

FA

Ellas serían unas condiciones muy sencillas en principio; algo complicadas en la práctica. ¿Por qué ha de ser complicado lo que, en principio, es sencillo? En buenas cuentas y de un golpe: porque a ustedes, inmensamente distinguidos señores occidentales, les gusta, les enamora, les enloquece complicarlo todo. Les encuentro razón: si no lo hicieran, cualquier trabajo y por útil que fuera, aun cualquier acto, les parecería mediocre, incoloro, exiguo, insípido, raquíutico e inodoro... para la ebullición candente y sorprendente de las mentes precisas con que ustedes laboran y progresan. Y con tales pareceres no se puede vivir.

VALDEPINOS

Muy bien, muy bien. Entonces, ¿esas condiciones son...?

FA

Son dos, según creo, nada más que dos: una positiva y una negativa. Una que hay que hacer; otra que hay que eliminar...

La primera, la positiva, es la calidad de la obra teatral. Hay que hacer, pues, para estos fines, una obra de respetable calidad. Esto tiene que entenderlo aun el más borrico de los borricos citados por usted, señor Valdepinos. Así es que ¡ni para qué insistir mayormente en esta condición! Sigamos.

La segunda, la negativa, es el estado de ánimo con que ustedes, como público, asisten a presenciar una obra. ¡Deplorable estado de ánimo!, créanmelo por favor. Algo, por lo tanto, que hay que eliminar. Este estado, yo diría que es de inercia. Me parece la más adecuada palabra para retratarlo fielmente: inercia. Gustaría definir bien esta palabra. ¿Tendría alguien un diccionario?

YUMBEL

Señor, yo conozco de memoria las definiciones que de ella dan los diccionarios.

LONGOTOMA

¡Maravilloso! ¡El joven Yumbel me eleva más allá de todas las maravillas! ¡Ovación!

VALDEPINOS

No lo dudaba yo. Mi amigo Teodoro tenía que saberse, por lo menos, el diccionario entero de memoria.

YUMBEL

No, no hay tal. Sé sólo dos o tres palabras. Toca ahora la casualidad de que la enunciada por el maestro Fa es una de las que siempre llevo grabadas en mí.

VALDEPINOS

Para cultivar su significado, seguramente. ¿O tal vez para eliminarla, como en el nuevo teatro?

YUMBEL

Es para..., para... No lo sé a ciencia fija. Tal vez es porque a esa palabra le tengo miedo, mucho miedo. Pero, en fin, ¿pueden servir mis definiciones?

FA

Por supuesto. Le escuchamos a usted, estimado salvador de los posibles tropiezos idiomáticos.

YUMBEL

Para "Inercia" dice el diccionario, al menos el que yo tengo en mi casa:

"Estado de lo que está inerte".

Y para "Inerte" dice:

"Que carece de actividad y movimiento propios; que no tiene actividad moral o intelectual".

Luego para "Inercia" agrega...

FA

Un momento, si usted permite. Detengámonos ante estas tan claras definiciones. Ya seguiremos, amigo.

"Carencia de actividad moral e intelectual, carencia de movimiento propio...".

¿Ustedes con tales características...? ¡No, no es posible! Reconocer cualidades no es vanidad, menos aún cuando ya reconocidas han sido por tan egregia autoridad como es el doctor Pitrufluén. El doctor Pitrufluén ha declarado que la noble calidad moral e intelectual de todos los que son sus compañeros de audición, o sea, de todos los que en esta sala se encuentran, le ha llevado a abandonar sus tareas sin que este abandono haya asomado, en ningún horizonte suyo, ni el menor arrepentimiento. Reconocido queda, pues, que todos nosotros aquí, aquí y esta noche, somos seres de mérito moral e intelectual. ¿Concibe alguien tal mérito sin movimiento? No, por cierto. Somos, pues, aquí y esta noche, la negación de la palabra "Inercia".

¿Estoy haciendo, acaso, malabarismos contradictorios? No, tampoco. Abomino de ellos, señores, tanto como de sugerencias y excitantes. Busquemos, entonces, la solución

de esta aparente contradicción, busquémosla, que ella siempre está como está siempre el cascabel del mandarín y como nunca deja de estar el amarillo escarabajo del timbal.

Pues bien —¡curiosísimo fenómeno!—, es que la Inercia no es sangre, no es contextura en ustedes; es, para ustedes, un péndulo, un cometa, es una visitante intermitente pero, a sus horas, siempre puntual y casi inexorable.

En la vida son ustedes activos y quieren romper los moldes que van apareciendo para detener la marcha de la actividad; una curiosidad aguda les impele a hacer y deshacer, a enredar y desenredar. Mas como todo trabajo que emprenden es febril y arrebatado, como nunca han cultivado la placidez paciente, pronto se fatigan y buscan, entonces, el reposo y tienden a buscarlo en el lado contrario de aquello que les fatigó. Este lado no lo toleran con vacuidad o sueño profundo. Necesitan ustedes un lado contrario que —aunque vacuo y soñoliento para que les depare el descanso apetecido— les dé, que les siga dando la imagen de la actividad, de la fiebre y el arrebato. Porque siempre temen ustedes caer al no ser. Para asirse, entonces, y no caer, para descansar en medio de imágenes de activa diligencia: “¿Qué mejor que el teatro?” —se preguntan. Y se responden: “¡Nada mejor!”. ¡Y santas paces!

¡Sutil, ingenioso trabajillo! Mas, según mi modo de ver, no muy honrado. El reposo lo quiero yo sin ninguna clase de imágenes equívocas para que así asiente sólidamente sus frutos en paz. La actividad, donadora de estos frutos, debe hallarse en todo lo que les presente a ustedes nuevos, insospechados problemas, que les agujijonee mostrándoles la palabra “Tentación”. Yo me pregunto: “¿Qué mejor que el teatro?”. Y me respondo: “¡Nada mejor!”.

Miramos desde diferentes ventanas y creemos que cada ventana es la única, en todo caso, la mejor. ¿Y cuál será mejor? Sigamos adentrando en las definiciones que el joven Yumbel nos proporciona. ¿Qué más dice el diccionario que tiene usted en casa?

YUMBEL

También dice, señor Fa:

“Flojedad, pereza, inacción”.

COMISO

Buen diccionario posee usted, caballero.

FA

¿Conque eso dice? ¿Y qué más?

YUMBEL

Refiriéndose a “Mecánica” agrega:

“Incapacidad que tienen los cuerpos para salir del estado de reposo, para mudar las condiciones de su movimiento o para cesar en él, sin la intervención de alguna fuerza o causa extrañas”.

FA

Flojedad..., pereza..., inacción... Estas cosas son defectos. Repugnan a todo espíritu humano, ¿verdad? Ustedes son flojos, perezosos e inactivos ante los espectáculos teatrales. Luego ante ellos son defectuosos. Yo he querido corregir este defecto, yo estoy queriendo corregirlo. Natural movimiento cuando se ama a alguien: corregirle sus defectos; y yo los amo mucho a todos, todos ustedes. Al querer corregir he vislumbrado —no más, no más que vislumbres— que otra vez y que siempre el problema se me presentaba de modo inverso a como a ustedes se les presenta...

Para mí el problema no está en saber qué les produjo a ustedes esa ampliación de

conciencia, como la llama nuestro doctor Pitrufluén, esa sabiduría, como la llamo yo. Para mí el problema está en saber qué es lo que siempre les impide que se produzca. En mis largas meditaciones me hacía una serie de preguntas: ¿Por qué ante los espectáculos caen ustedes en la inercia, ustedes que, en otros terrenos, son tan activos, audaces y emprendedores, ustedes que a nosotros nos reprochan un estancamiento mortal? ¿Por qué en este terreno se conducen como los cuerpos incapacitados para mudar las condiciones de reposo? ¿Por qué no buscan la intervención de esa fuerza o causa extrañas? ¿Por qué no claman por ellas para que les iguale en pujanza dentro de todo terreno?

En vano pensé, en vano cavilé. Al fin me dije que desentrañar estas cosas no era mi oficio. Yo debería limitarme a dar obras y nada más. Si estas obras, contrariamente a las mías anteriores, a ustedes los despertaban..., que otros mayormente capacitados que yo, descubrieran el por qué de este despertar. Si no los despertaban..., estos otros también que descubrieran el por qué de este dormir eterno. Yo sólo veía que la presencia de esa fuerza extraña les era a ustedes algo inhabitual, ilógico, rarísimo. Y aquí me quedé prudentemente.

Entonces escribí. Mi obra N° 9. ¿Qué está ocurriendo con ella? No lo sé. Hasta ahora, un éxito inesperado. Créanme que me encontraba en un estado de gran pesimismo. No así mi amigo don Fidey de Comiso. Usted era optimista, ¿no es verdad, mi muy noble don Fidey?

COMISO

Ni tanto ni tan poco, preclaro autor. El pesimismo también me acometía pero yo trataba de pulverizarlo. Para ello me decía que esta actitud inerte de los públicos se debía únicamente a una costumbre. ¿Y no íbamos a tener nosotros la potencia necesaria para cambiar una simple costumbre? ¡Optimismo entonces, oh egregio autor! Mas luego advertía que esta costumbre era la hija, la nieta y bisnieta y cuanto se quiera, de siglos y más siglos que con su peso se enterraban perforando en los cráneos de mis semejantes. ¡Pesimismo entonces, oh insigne autor!

¿Cómo, cómo advertí la perforación ya tal vez imposible de desarraigar de los ya tal vez pétreos cráneos que coronan a los ya tal vez casi no semejantes míos? ¿Cómo, cómo?

Voy a decirlo, voy a decirlo a todos ustedes y a todo el mundo si todo el mundo acepta oírme.

¡Señores!

Esta costumbre había adquirido ya los contornos y dintornos del... ¡buen tono!

Y esto significa perforación e inundación cuasi totales.

¡Terrorífica cosa! ¡Créanmelo ustedes!

TODOS

Creeremos condicionalmente, creeremos hasta presentación de pruebas fehacientes.

COMISO

¡Adelante, entonces, con el buen tono!

Preséntase una obra. Y preséntase una intrincada, complicada, trastornadora, obra que arremete con los más recónditos choques del alma humana.

Asiste el público. Asiste don Fulano y asiste don Zutano. Y asisten también doña Mengana y doña Perengana.

Luego después de la función van a verse, hablarse e indagarse los Fulanos, Zutanos, Menganas y Perenganas. Las ondas van a ir y venir, van a hundirse para salir a flote marcando ciertas precisas medidas. ¿Qué pasa entonces?

Cada cual quiere hacer creer al vecino que los problemas y choques presenciados ya

él los tiene añejos en sí mismo pues ya los había encarado tiempo ha; que ya dejó todo aquello atrás; que ya no se le va a sorprender con niñerías así; que ya galopa por otros campos distantes.

¡Cómo! ¡¡Cómo!! Y usted, señor, y usted, señora..., ¿todavía están en...?; ¿todavía no han salido de...?; ¿todavía siguen con...?

¡Lapidaria palabra es la palabra “¿todavía...?”! Cuando se la dice así, entre signos de interrogación y con colita de puntos suspensivos.

Para un hombre que ha vivido, que ya sabe lo que es la vida, no puede ni debe existir “¿todavía...?” alguno que encuentre asidero en él.

Porque este hombre ya viene de regreso, ya lo sabe y lo comprende todo, ya no hay sorpresa que pueda aparecerle.

Pero si es así, ¿por qué le gustó tanto la obra, por qué aplaudió, felicitó al autor y aconsejó al amigo correr a verla?

¡Vamos, vamos! Por otras razones, señores, razones benévolas, de esa benevolencia propia a quien ya todo sabe y viene de vuelta.

¿Qué razones? No las veo.

Yo las veo. Las siguientes:

Le agrada a ese hombre verificar que otros se ocupan de lo mismo que a él un día lo ocupó; le agrada que, entre ellos, esté un autor teatral de renombre; le agrada que gentes que menospreciaban sus pasados desvelos, vean ahora que son de punzante actualidad; le agrada que esta obra incline a todos hacia lo que él vivió, sufrió y resolvió. Esto, para su fuero interno. ¿Y para su fuero externo? Para éste: le agradaron los actores; no estaban mal; como tampoco estaba mal la decoración; sí, sí, estaba bien el lado técnico, muy bien. Es satisfactorio poder ocuparse de la técnica, la pura técnica, en cosas que, para aquellos que no han llegado aún, son “todavía” cosas del trágico vivir humano. ¡Ah, qué desprendimiento superior indica todo esto! Ahora bien, ¿lo han ocupado, de verdad, esos problemas, los ha tenido que resolver alguna vez? ¿Puede ya pasar a la técnica y entiende de ésta? No importa, no importa: lo que importa es la actitud. ¡Ah, sí! La actitud del que se habría ocupado y hubiera resuelto. Los que no han vivido tanto tendrían otra actitud, una de sorpresa y de apasionamiento. Entonces revelarían ser ¡principiantes, nada más! ¡Seres ingenuos, cándidos hasta la risa, la carcajada!

¿Quién va a querer convertirse en el blanco de las carcajadas, ¡qué!, de las sonrisas benevolentes? Nadie, señores, nadie.

El buen tono así lo ordena.

Precipitarse a actuar sería no haber llegado “todavía”, sería encontrarse en medio de la refriega. Y la gente que ya pasó espera que sus compañeros de asistencia teatral hayan pasado a su vez, espera que no vayan a desentonar. Desentonar, siempre ha sido de mal tono.

Entonces...: callar, no actuar, dos palmadas para aprobar, una mueca para desaprobado.

Ya lo ven ustedes: no actuar, no actuar, no actuar.

Enorme Fa:

¡¡Íbamos a tener que luchar con la costumbre que dicta el buen tono!!

El público —en general, por supuesto— no ha vivido nada de lo representado, ni sabe si hay o no hay que vivirlo, ni sabe si ello es grande, mediano o pequeño, ni sabe, ni sabe... En fin, no sabe nada, salvo que sabe, y muy bien lo sabe, que hay que aparentar venir de vuelta y que todo se sabe.

Así lo ordena el buen tono.

Fomidable Fa:

¿Te das cuenta de nuestra lucha?

LORENZO

Todo el mundo se da cuenta de lo que usted dice, don Fidey. Empiezo por mí mismo y puedo asegurarle: ¡de acuerdo! Mas para cada problema y su explicación, surge uno nuevo que pide explicación:

¿Por qué esta costumbre —tan mezquina y tonta— se ha venido a implantar por los siglos entre nosotros?

COMISO

Fa lo ha dicho: la busca del reposo después del trabajo febril y arrebatado; la necesidad de un reposo con imágenes equívocas de actividad; y todo esto por falta de cultivo de aquella placidez paciente en la labor del avance humano.

¡Ah, señores, si lo sabré yo! Lo sé desde que frecuento a mi maestro, desde que he libado en su alta sabiduría. Lo sé desde que él logró descifrarme lo que yo, allá en el siglo xv, vi sólo como un resplandor de sol, de lacas, sedas y té.

Ahora sé que son ustedes tímidos ante lo anímico, ante lo que nace y se despliega quedamente por entre las encrucijadas de nuestro ser interior. Lo son tanto como audaces son ante las conquistas externas de la naturaleza toda.

En el fondo, pues, tal vez timidez y nada más.

ROSENDO

Tonterías. O como ustedes hablan: diferentes ventanas. Eso es todo. ¿Ventanas? Propongo la mía:

Cuanto aquí se discute es una cuestión de orden, de mantener el orden. Es evitar confusiones, evitar peloterías. Ésta es la palabra: peloterías. Es mejor evitarlas en un teatro porque no todos tienen rejas protectoras o voces autoritarias que serán obedecidas por cortesía hacia los dueños de casa. Si quieren peloterías verdaderas, auténticas, ¡vengan conmigo a otros sitios lejos de aquí!

Bueno, por mi ventana se ve:

Un autor que hace una obra, varios actores que van a exponerla. Apenas empiezan a hacerlo, uno del público interviene y, al intervenir éste, otro se ve obligado a intervenir también; y esto trae la intervención de un tercero y de un cuarto y un quinto, etc. Y hay en el teatro cien, doscientos, quinientos, mil espectadores. Y todos van interviniendo y cada uno, por la fuerza de las cosas, interviene, más que en la obra misma, en lo que ha dicho, al intervenir, el interventor anterior a él. Total: la pieza teatral misma queda atrás, olvidada, los actores quedan sin poder manifestar lo que el autor quería, y todo el mundo ahí está discutiendo y peleándose antes que el primer acto haya llegado a la mitad. Total: yo que fui al teatro a conocer una obra, vuelvo a casa conociendo únicamente los alaridos de una multitud de esos borricos que citó Valdepinos. Total: ¡se acabó el teatro, se acabó cualquier posibilidad de teatro!

¿O se va a preguntar a cada espectador su opinión sobre lo que cada actor acaba de decir? Una pieza de un par de actos duraría así un par de meses. ¿Qué pasaría al fin? Pasaría que todos los espectadores y posibles espectadores, pasaría que todo el mundo, ya con la cabeza a punto de reventar, se preguntaría a su vez: "Bueno, ¿y el autor qué dice y opina?". Respuesta única: "Para saberlo, dejemos, por lo menos en una función, que nadie intervenga y que la obra se desarrolle como Dios manda".

Total: volveríamos irremisiblemente al teatro de siempre. Y ante esas intervenciones que ustedes pregonan, la gente diría: "¡Tonterías, tonterías y más tonterías!".

Esto es, señores, lo que se ve desde mi ventana.

LONGOTOMA

¡No, no, no! ¡Mal visto! Porque se me invitaría a mí a cada función de cada obra y yo aceptaría la invitación batuta en mano. Y yo batuta en mano... ¿Os dais cuenta, ilustres escuchadores míos? Implantaría el orden armónico y todas las voces, todas las opiniones y pareceres—fuesen de autor, actores o público— se elevarían por los ámbitos teatrales, ora con desgarramientos ponedores de cabellos erectos, ora con melodías angélicas ponedoras de rodillas plegadas. ¡No riáis, no! Por mi ventana se ve la gran orquesta, por mi ventana se ve a su talentoso director, por mi ventana se ve que ese director es mi persona. ¿Qué se objeta a mi visión ventanállica? ¡Nada, ilustres escuchadores! Reclamo la ovación que bien merezco.

LONQUIMAY

Sabandijuela impune, mereces un castigo. ¡Desdichados sean los cogedores de batutas que de una orquesta hacen estrepitosa contienda de cuadrúpedos! ¡Ahóguese tu ovación en el silencio de una tumba!

COMISO

No os enfadéis, buenos amigos. Coordinemos, por favor, y hagámoslo con calma.

VARIAS VOCES

¿Calma? Con calma llegaremos a pasado mañana. ¡Y adiós a la prometida incursión a las Antioquías! Si es que aún existe alguna Antioquía en algún rincón del mundo...

COMISO

No os anticipéis, señores, a los momentos de Antioquía, que todo vendrá a su tiempo y estos tiempos, al venir, revelarán a su vez grandes misterios. Ahora se detendrán, con relojes, soles, cronómetros, lunas y demás, para que a la interesante ponencia del señor Longotoma le haga yo, si él permite, un ligero alcance.

Mi señor Longotoma, su idea de orquesta y talentoso director es digna de ser considerada. Pero entre la que usted parece imaginar y la que produciría la obra de mi maestro Fa, hay ciertas diferencias esenciales que no puedo pasar por alto. Vea usted:

Toda orquesta propia y típicamente tal, aunque fuese dirigida por el sin par Stramuros, ejecuta siempre algo ya concebido y ya hecho de antemano. Cada ejecutante sabe, antes de coger su instrumento, lo que ha de tocar, y no sólo lo que a él le incumbe sino también lo que incumbe a sus compañeros. Todos, pues, lo saben a pesar de que sean incapaces de tocarlo en debida forma si no hay una batuta central que coja estos saberes individuales, los reúna y luego los lance a esos ámbitos teatrales que usted mencionó. Mas sea como sea, el hecho que ahora nos interesa es el de la existencia de una obra preescrita.

En nuestro caso—y por ende en el suyo, señor Longotoma— la cosa es muy diferente. Vea usted:

Mi maestro Fa sabe, por cierto, lo que ha escrito y lo sabe ¡oh, de qué manera! Pero ¿sabe, acaso, las consecuencias inmediatas que su escrito va a producir una vez puesto en marcha? ¿Sabe, acaso, de los huracanes que se desencadenarán con las vivas intervenciones de su público? No, señor mío, no lo sabe ni quiere saberlo pues esta ignorancia al respecto es base y esencia de su obra. Ahora bien, su parte es sólo parte del total que ha de venir. Su parte es sólo un costado de un inmenso edificio cuyos otros costados son hechos de misterio. Sí, señor, sí, señores, de misterio puesto que yo mismo—su principal

intérprete, por mi honra— voy pronto a quedar a merced de esos huracanes que si él, mi maestro, provocó, vosotros todos gobernaréis, acrecentaréis o disminuiréis, elevaréis hasta las nubes o haréis rodar por sobre tierra. Vosotros, sí señor; vosotros, sí, señores. ¿Y qué sabéis vosotros por anticipado? Nada, absolutamente nada. Al entrar en acción ignoraréis completamente qué fibras intelectuales y morales y sentimentales tendréis que sacar de pronto a relucir y esgrimir. Entonces y así, ¿qué va a ser esta orquesta, qué su director aunque fuese el sin par Stramuros en persona? Va a ser una orquesta en que cada ejecutante usa de su instrumento para descargar sus ideas y pasiones según un primer impulso dado por un autor; una orquesta en que su director tendrá, con velocidad de rayo, que ir cogiendo cada descarga de cada instrumento para arremolinarlas primero y coordinarlas después y para que, una vez hecho esto y una vez lanzadas, influyan en sus creadores los ejecutantes y los desvirtúen; una orquesta, en fin, en que el compositor dirige a los músicos, y éstos al director, y éste nuevamente a ellos, y todos al autor mismo ya que dirigirán a su primer intérprete... ¡Todos dirigiendo y todos, al mismo tiempo, obedeciendo! ¿Se da usted clara cuenta, señor Longotoma, de la distancia planetaria que existe entre la orquesta propiamente tal y la que usted ambiciona gobernar desde la punta de su batuta? Y usted piensa gobernar a ésta como si fuese la otra. Recapacite, señor, y se convencerá de que estamos frente a la distancia planetaria que media entre lo que es perfectamente ordenado y está perfectamente previsto y lo que es...

ROSENDO

... ¡La garrafal pelotera!

LONGOTOMA

¡Ovación para don Rosendo Paine!

COMISO

Adhiero a toda ovación pero ojalá adhieran ustedes, por su parte, a mi deseo de seguir explicando algunos puntos aún oscuros.

Enorme maestro Fa, quiero referirme a lo que el señor Paine llama "pelotera" y "garrafal" por añadidura. ¿Permitís que me adentre en las hondas intenciones teatrales que abrigáis?

FA

Todo lo permito cuando es mi primer intérprete quien hace uso de la palabra.

COMISO

Mis agradecimientos vuelan hacia vos cual albatros y alcatraces.

FA

Recibirélos cual caricias de las alas agudas del albatros y cual sabrosos alimentos de la bolsa mandibular del alcatraz.

COMISO

Honrado quedo hasta el siglo xxx. Y vamos a la pelotera de don Rosendo Paine.

¡Error, señor Paine, error es lo que hay en el fondo de ese abismo por donde usted se desmorona! Porque parte usted de un mal punto de partida. No es que este punto sea falso ni menos inexistente; es pueril y esto basta para conducir a gran error. Parte usted del principio de que las gentes que van a intervenir han de ser, frente al drama que presencian, gentes indiferentes y frívolas, gentes regidas por la ley de ustedes, ley que dicta inercia en los espectáculos y que, por un motivo inusitado, se han acalorado de pronto y han arremetido pero llevando dentro, bien adentro, la certeza de que aquello no es parte integrante ni esencial de sus vidas. Así claro está que toda discusión tendrá que tender a

su vez hacia esa inercia, es decir, hacia lo que menos esfuerzo cueste. ¿Qué será de esto? No lo dudemos: serán nuestras pequeñas pasiones, nuestras pequeñas inquinas, venteadas con argumentos fáciles y picantes. Resultado: riñas o, como usted dice, peloterías. Esto puede, ¡ya lo creo!, suceder; es lo más probable que suceda. Por eso he advertido que su punto de partida no es falso ni menos inexistente sino que es tan sólo pueril. Mas, por desgracia para usted, todo lo pueril conduce, tarde o temprano, a un error.

Hagamos partir entonces la cosa desde otro punto. Tendrá este punto tal vez menos opciones que el suyo para suceder pero tampoco es inexistente, de ningún modo inexistente. Vamos a representar nuestros dramas ante gentes que, por la ley que los rige, sienten de inmediato que cuanto oyen y ven es parte integrante y esencial, parte vital de sus existencias. ¿Qué ocurrirá entonces, caballero?

Ocurrirá que esas gentes dejarán inmediatamente de lado cuanto tengan de superfluo y, con ello, sus inquinas mezquinas y pueriles deseos y los flacos argumentos que los defienden. Los dejarán al sentir que ponen en juego partes vitales de sus existencias.

¡Alarma, alarma! ¡Peligro, peligro! —serán los gritos que circularán atravesando a la ya anhelante multitud del público. Se agruparán, entonces, en un solo todo ante este grito de alarma por el peligro. Pues —espero que ya lo han notado ustedes— un peligro temible se ha cernido sobre nuestro público.

Mas ¿cuál? —se preguntará. ¡Ah, señores! el muy temible de intervenir en otros mundos porque el solo hecho de cambiar de mundo hace temblar a los hombres. Por lo tanto así ocurrirá aun cuando frente a ellos se dé una comedia, una jocosa comedia. Son siempre otras vidas, ya lo digo, otros mundos. ¡Agruparse, pues, temblar! ¡Viene el peligro de nuevos destinos ignorados!

Entonces lo plural irá desapareciendo, fundiéndose en neblinas, y lo singular, lenta pero tercamente, irá posesionándose del momento y de cuanto dentro de este momento se encuentre.

Dentro... como están los pajarillos dentro del nido, como están los libros dentro de la biblioteca, como están los cuellos y corbatas dentro de la cómoda, como están los variados licores dentro del coctel y el coctel dentro de la copa y la copa dentro del bar y el bar dentro de este soberbio edificio, centro y coronación del fundo de Curihue..., dentro, sí, ¡dentro! del momento irá creándose la gran unidad al ir absorbiendo a los individuos y cercándolos en enteros mayores que ya no se apoderarán ni pajarillos ni libros ni cuellos ni corbatas, para apoderarse nidos y bibliotecas y cómodas así como los licores perdieron sus nombres para nombrarse cocteles y así como éstos, cercados, cayeron en las copas y éstas se guarecieron en los bares y éstos se identificaron en el más conspicuo de todos ellos, éste que hoy nos alberga en este suntuoso edificio de este fundo de Curihue.

¡Ah, señores! Dentro del momento cumbre de la representación teatral ya no habrán individualidades fragmentadas, ya cesarán los pequeños mundos aislados en sus nombres y apellidos y números de identidad, ya las solitarias células con senos o bigotes olvidarán su estado insular para recordar arrobadas su estado continental ahora mayor y poderoso, ya dentro, sí, ¡dentro! del sublime momento teatral habrá sólo un todo, un alma única y un cuerpo único que, nacido de la agrupación, compacto clamará, compacto marchará y compacto se impondrá.

¡Venerable momento!

En cambio el momento citado por el señor Paine, y que es el encarado por tantos de ustedes, nada tiene de venerable. En él no se ve peligro alguno, luego no habrá lucha

verdadera ni habrá para qué imponerse. Prueba de ello es que los interventores aquí, lejos de agruparse, se desagrupan, se aíslan más y más para mejor pelearse. Es decir, se crean nuevos y nuevos enemigos. En nosotros la obra es el enemigo, enemigo en el gran sentido de la palabra, enemigo que, al sentir el desnudo de quienes atacan con seriedad vital, se lanzará a prestar colaboración y aliarse y no a rendirse.

Pero veo entre ustedes algunos rostros de expresión dudosa, maliciosamente dudosa. El escepticismo de buen tono inunda a más de alguien esta noche, aquí y ante mis palabras. Oigo que en el aire susurra la frase a usted grata, señor Valdepinos, aquella que siempre usted coloca haciendo girar un ojo. ¿Cómo dice?

VALDEPINOS

*Trop beau pour être vrai.*

COMISO

Eso es: "Demasiado hermoso para ser verdad".

¡Miseras criaturas! En este mundo nuevo el lema será: "Demasiado *feo* para ser verdad".

Lo feo no tendrá sitio posible. Y feo es cada cual inflándose como el sapo que reventó. En cambio es hermoso ver a cada cual, con la altivez en la frente y la humildad en el corazón, deslizándose para ir a contribuir a la formación de un ser común y fuerte. Todo el aire que envuelve a esta Tierra no sería suficiente para hacerlo reventar.

¿Nombre de este ser así formado?

Nombre dentro de nuestro momento teatral:

¡Público!

LONQUIMAY

Heraldo: Eres el eco perfeccionado de los conceptos por mí expelidos minutos ha, sonoros conceptos que esta grey fue incompetente para percibir. Pero Fa, el excelso, engulló por sus oídos éste mi exquisito plato como alimento apropiado de su cráneo sin igual.

COMISO

Así es, mi señor don Baldomero, así fueron los conceptos de usted y que gustoso recibió mi maestro. Yo también tuve el honor de escucharlos y, con solicitud, los hice míos.

FA

Grato me es, grato como el perfume del loto escarlata, confirmar que así usted, señor Lonquimay, se expresó entre nosotros hace algunos minutos.

LONQUIMAY

Fa, Fidey y yo ¡hemos dicho!

COMISO

Sí, señor, mas yo, Fidey, no he terminado aún.

LONQUIMAY

Sigue, entonces, heraldo, que yo haré de tus sonoridades vocales el carruaje de mi exploración anímica.

COMISO

Seguiré:

Tenemos ya, frente a la obra teatral que ha empezado, al gran ser continental único de cuerpo, único de alma, único de clamor, de marcha e imposición. Para acrecentar su éxito debemos aguerrirlo y disciplinarlo. ¿Cómo hacerlo —preguntarán ustedes—, cómo emprender tal tarea?

Señores:

Esto se hace y se emprende por medio del *eje imantado*.

Es decir:

Se toma un eje y se le imanta y, una vez que esté imantado, se le hace girar con inaudita velocidad.

Ahora bien, han de saber ustedes que un eje así inaudito en su velocidad como en su imantación produce, al girar, no una fuerza centrífuga, no, señores, no, por ningún motivo ni jamás. Produce, por el contrario, una formidable fuerza centrípeta. Luego: todo cuanto se encuentre en su vecindad correrá, se precipitará en demanda de su centro.

Como esta fuerza anula, gracias a su potencia, toda otra fuerza diferente, la precipitación de esa carrera será única y avasalladora, y lo será a tal punto que quien la observe dirá que cuantos toman parte en ella son seres aguerridos hasta el extremo máximo; y como a todos se les verá correr hacia un mismo punto y con aceleración continua, ese observador agregará que esos aguerridos seres son ejemplos de la más perfecta disciplina. ¿Me han comprendido? No esperaba menos. ¡Cuánto me alegro!

YUMBEL

Nuevamente voy a pedir que se me perdone por mi intromisión en estos asuntos pero, si quiero ser verídico con ustedes y conmigo mismo, debo confesar que no he comprendido nada en esto del eje imantado.

LONGOTOMA

Consuélese, amigo, al enterarse de: 1º) que yo tampoco he comprendido nada; 2º) que justamente en esta incompreensión está el mérito de los que pronto emprenderemos la carrera de la precipitación.

COMISO

Lamento tener que anular tal mérito, señor Longotoma, pues tanto usted como el señor Yumbel, comprenderán debidamente el asunto del eje imantado. Es él tan sencillo como siempre sencillo es lo grande e imperecedero. En vez de "eje" digan ustedes "obra"; en vez de "imán" digan "aguzado genio del autor"; en vez de "velocidad giratoria" digan "justeza de la acción"; en vez de "fuerza centrípeta", "serio entusiasmo de oyentes por obra, genio y acción". Y así habremos comprendido... la primera etapa de la comprensión. ¡Un pequeñito esfuerzo y avancemos hacia la segunda etapa!

Señores míos:

En la segunda etapa nuestro eje se bifurca.

Ahora hay dos ejes, es decir, hay dos obras: la prescrita, la del genial autor –en la ocurrencia, mi maestro Fa–; la que el público, ya imantado, lanza sobre la primera para en ella mezclarla, fundirla y amalgamarla.

Yaquí viene, entonces, el momento crucial. ¿Crucial? ¿Será tanto? No lo creo. Porque aquí, como en la naturaleza toda, un orden y una lógica aparecen y las cosas se hacen como deben hacerse: créase una médula directiva, sí, señores, éstas son las palabras: "médula" y "directiva". Por ese miedo a ese enemigo, de que he hablado, la agrupación de los interventores elegirá y fortificará un modo de actuar, un principio, un ideal. Pues sabrá espontáneamente que si así no procede será el caos de una desbandada de derrota.

¿Qué será, quién será esta médula directiva?

No hay que dudar:

Será el personaje del público interventor de mayor intensidad interior.

En torno a él se formará la verdadera agrupación, la agrupación compacta con un solo

cuerpo y una sola alma, con un solo clamor tras una sola marcha y un solo anhelo de imposición.

¡Todos correrán a colaborar!

Esa carrera de aguerridos y disciplinados se explicará, entonces, por una misión común que los mueve.

¿Van entendiendo mejor, señores Yumbel y Longotoma?

YUMBEL

Sí, señor de Comiso, ya voy columbrando columbraciones que me emocionan.

LONGOTOMA

¡Entendiendo voy o no voy, que ambas cosas son iguales con tal de que siga usted hablando y de que esto no termine jamás aquí en este bar y ambigú, gloria y coronación de este fundo de Curihue!

COMISO

Seguiré hablando un poco más pero esto terminará. Sin embargo continuará en otros sitios y con otras formas. Puede usted estar contento, señor Longotoma, que nada tiene fin ni aquí ni en parte alguna. Salvo que usted quiera sumergirse en la nada. En fin, seguiré:

Así es que no habrá riñas, queridos oyentes míos, ni siquiera discusiones malhumoradas, esas discusiones gratas a la mayoría de los hombres, en las que se trata de confundir al contrario en una u otra forma, cualquiera que sea.

Señor Paine: no habrá ni podrá haber peloterías.

Señores todos: lejos de haberlas habrá, en cambio, una suavización y armonización de cuantas peloterías latentes lleva cada cual en su recóndito ser. Aguzarlas y manifestarlas es el caos de la derrota. Extraerlas quedamente depurándolas, es la marcha hacia un triunfo interior, triunfo aportador de riquezas espirituales. Cada cual examinará y pesará cada una de sus peloterías o riñas —¿acepta usted, don Rosendo, que prefiera yo la palabra “riña”?— y con ahinco tratará de desentrañar de cada riña el conflicto que en ella se esconde para extraerle un posible beneficio a la doble obra común.

Trabajo de noble depuración.

Noble depuración de riñas que, cual esos albatros y alcatraces para mi maestro, irá volando hacia la batuta de este nuevo director orquestal, este hombre del público con mayor intensidad interior.

¡Maravilloso trabajo colectivo, maravillosa colaboración de frente altiva y corazón humilde! ¡Maravillosa sumisión consciente a los reconocidos humanos que son grandes cual ejes imantados, o a los grandes e imantados ejes que son grandes cual humanos de la más venerable calidad!

¡Ah, señores míos! ¡Pasmoso trabajo colectivo! ¡Portentoso trabajo desinteresado! ¡Trabajo hermano del superpasmoso y superportentoso que allá en lejanos siglos alzó las góticas catedrales!

ROSENDO

Y como de superautoestimación, su trabajo de usted ahora es, don Fidey, no hermano sino superpadre y superabuelo de todas las catedrales existentes.

COMISO

No hay tal, mi señor don Rosendo. Nuevo error por parte suya. Se precipita usted a juzgar por los resultados ya obtenidos, en cambio yo me refiero únicamente al espíritu que incita a realizar un trabajo determinado. Desde su punto de vista, aquello fue un descomunal plesiosaurio doblado de un no menos descomunal tetrabelodón, y esto de hoy

apenas un mísero díptero reducido a un no menos mísero foraminífero. Si usted lo dice, así ha de ser. Mas desde el punto de vista mío percíbese de inmediato que nuestra santa madre la Naturaleza empleó idénticos medios e igual sapiencia, idéntico verbo creador e igual bondad para que por éste nuestro amado globo avanzaran majestuosos inmensos plesiosaurios y tetrabelodones o zumbaran en los aires veloces dípteros y pulularan en los hondos mares quinquillones de cálcicos foraminíferos.

Para los resultados, los siglos juzgarán. Para ejecutar, ¡ay, sólo anhelamos que los mismos medios y la misma sapiencia, que el mismo verbo y la misma bondad nos inunden!

¡A la obra, pues!

¡Coged piedras y más piedras! ¡Acarreadlas con ritmo y con sudor! ¡Colocadlas con paciencia y con buen orden!

¡A la obra, a la obra!

¡¡Vamos alzando nuestra catedral!!

Construir una catedral, y gótica por añadidura, no es una broma. Ya don Fidey de Comiso nos lo había gritado: piedras, ritmo, sudor, paciencia y buen orden... Son estos variados elementos que no es fácil reunir y hacer congeniar sin que, por lo menos uno de ellos, proteste denodadamente. Pero, en fin, una manifiesta buena voluntad nos llenó de pronto y así —aun con los que parecían recalitrantes, como Rosendo y Valdepinos—, contentos y cantando nos pusimos a la obra. No habría transcurrido un minuto cuando vimos, con gran satisfacción, que el público entero de la sala entera con todas sus dependencias, ese numerosísimo público que allí se hallaba desde la reyerta de Urbano II y Carrera, se unía a nuestro grupo del ambigü y echábase a trabajar sin temor a piedras ni a sudor, lleno de cuidado para con el ritmo y el buen orden y dispuesto a centuplicar su paciencia si ello llegase a ser necesario.

¡Reconfortante espectáculo! —no puedo dejar de decirlo. Ancianos, niños, hombres, mujeres, todas las edades, todas las condiciones sociales, todos los grados de cultura, allí se agruparon movidos por un solo fin que alcanzar y llevar a honroso término: ¡nuestra catedral!

Agregaré que no es justo pasar por alto la generosa contribución a la obra común del fondo mismo de Curihue y, naturalmente, de su propietario, el siempre querido capitán Angol. Cuantos materiales requiere una construcción de tamaña envergadura, los tuvimos de inmediato y en sus mismas canteras. En ningún momento nos vimos obligados a recurrir a la importación de ellos ni de otras partes de la República ni menos del extranjero.

¡Adelante, pues, adelante!

Duros los músculos, viva la imaginación, ardiente el compañerismo, adelante, adelante, trabajábamos todos henchidos de entusiasmo.

Crecía nuestra catedral, ya lo creo, crecía de adentro para afuera, abovedando su nave principal. Crecía, sí, pero ¡ay!, lo acabo de decir: construir una catedral, y gótica por añadidura, no es una broma. Noté que poco a poco iba filtrándose en nosotros los constructores, no un desaliento, no, sino más bien algo como un razonable sentido de las proporciones que expresado en palabras sería más o menos así:

“¿No será suficiente con lo que ya llevamos construido? Esto tiene como objetivo la realización final de una obra teatral, es decir, de una obra de puertas adentro. Para alcanzar tal objetivo, ¿será indispensable elevarnos por los cielos con inmensas torres? Esta nave principal con su altar mayor allá al fondo y sus vidrieras multicolores, ¿no dará abasto para los intentos de cualquier teatro?”.

Sí, sin duda, este sentimiento o concepto, si se quiere, se filtraba y tomaba cuerpo. De pronto —¡oh, sensibilidad del genio!— el chino Fa se hizo eco de nuestra manera de considerar la cosa y entonces, subiendo presuroso al púlpito, desde él nos dijo:

—Amadísimos trabajadores y colaboradores míos: Nunca en tan corto tiempo habíase construido tanta y tan sólida y bella arquitectura. Esto que habéis alzado es por demás suficiente para cobijar, enaltecíendolas, cuantas obras puedan aun crear mi debilitado cráneo. Os doy, pues, las gracias, os las doy con derretido corazón y os pido que entréis en reposo y os solacéis dentro de la que con justicia debe llamarse: “vuestra indiscutible morada”.

Minutos después todos estábamos dentro, es decir, casi todos pues no pocos de los que acudieron con el estrépito de la reyerta, consideraron su misión terminada o simplemente se aburrieron y, sin más, prefirieron alejarse.

Yo me senté en un banco cómodo y de buena madera apoyado a una noble columna de piedra. Vi luego —con mucho agrado— que el grupo del bar-ambigú se formaba a mi alrededor. Por un momento esperé nuevos alborotos de nuevas discusiones. Pero en lugar de ellos cayó sobre nosotros un silencio, una especie de malestar, cayó por poco rato, es verdad, pero cayó. Creo que se debió a tan marcado y súbito cambio de ambientes: ya nos habíamos acostumbrado a que los temas discutidos se amoldaran al decorado anterior, es decir, bar, mesón, copas, cocteles, luces cegadoras, camareros, etc. Ahora teníamos que seguir con iguales temas, con iguales divergencias de opinión, con igual búsqueda de soluciones, en fin, con igual paquete en las manos y sin lo que a éste ya le había llegado a ser habitual, casi su propio cuerpo: no más camareros ni luces cegadoras ni cocteles ni copas ni mesón ni bar ni nada; ahora recogimiento, elevadas columnas, techumbre de ojivas allá perdida en las alturas, luces veladas de cuantos arcos iris se hayan producido en nuestro planeta, olor a incienso, olor a siglos dolorosos y un silencio tan absoluto que cualquier rumor, aun el más leve, resonaba y retumbaba por todas partes estremeciéndonos los oídos con la duda de sus vibraciones tal vez demasiado quedas, tal vez demasiado sonoras.

Y el paquete que nos ocupaba ambas manos, amilanándonos en nuestros movimientos, siempre seguía el mismo, con sus mismos pares de principios opuestos y sus mismos argumentos en pro y en contra para cada par, pares de principios y argumentos que ahora había que amoldar en clima diferente...

Inmovilidad de todos y de todo.

El chino Fa había dicho:

“Nuestra indiscutible morada...”.

Tal vez. Seguramente. En todo caso en este momento me sentía yo mejor. Tuve deseos de dormir, de dejarme dormir.

Pero, de pronto, los alegatos estallaron nuevamente. Valdepinos decía encorvado y asomado tras la columna:

—Dígame lo que se diga y hágase lo que se haga, siempre se vuelve a lo mismo: divertimientos escénicos, trucos muy hábiles o realidades... bueno, sorprendentes, si se quiere. Pero el drama *Fidey de Comiso* con su Antioquía se aleja y se aleja hasta pérdida de vista. Lo que no quita que encuentre yo esta *soirée* una de las mejores que he pasado en mi vida. Pero siempre, siempre se vuelve a lo mismo, dígame lo que se diga o hágase lo que se haga...

Don Fidey, entonces, preguntó a Valdepinos:

—Pero, ¿se vuelve a qué?

Iba el interpelado a responder cuando resonó retumbando por todos los ámbitos de

nuestra catedral la tos de una vieja agazapada en algún gótico culebreo de piedras milenarias, sonó, resonó y retumbó cual retumba, resuena y suena la expiración brusca, convulsiva y sonora del aire contenido en los pulmones.

El doctor Hualañé, sorprendentemente aparecido, me murmuró entonces en voz muy, muy baja:

—Señor Borneo, esa tos ha sido provocada por la irritación de la mucosa de la garganta y los bronquios.

Prodújose un instante de expectación mientras la tos cabalgaba veloz sobre su propio eco. Esto aprovechó el tan cínico de Valdepinos para alejarse de la pregunta de don Fidey y fortificarse en sus creencias trepando por la columna que servía de apoyo al banco cómodo y de buena madera en que me hallaba sentado.

Pero Rosendo no dejó pasar la pregunta y, dirigiéndose a don Fidey, exclamó:

—¿Se vuelve a qué...? ¡A nada, señor, a nada! Porque ha de ver usted que...

—La vieja tosió otra vez.

Nueva expectación tras su eco, nuevo silencio y nuevo recogimiento. Sentí entonces en forma aguda y acaso definitiva, ¡cuán lejos y perdidos seguramente para siempre estaban las luces y ruidos del bar-ambigú con sus camareros, cocteles, copas, mesón y demás!

Otro ambiente, otro decorado nos rodeaba y se imponía. Comprendí, y todos comprendimos, que ninguna frase, por grande que fuese la idea que encerrara, tendría valor alguno si era dicha como se la decía en el decorado anterior. Tuvimos que callar y la expectación se produjo entonces en espera del nacimiento de una nueva modalidad expresiva que bien concordara con nuestra "indiscutible morada".

Transcurrió un cierto tiempo, no sé si corto o largo. Al fin don Fidey de Comiso habló con voz profunda y lenta:

—No se vuelve a nada pero se trata de volver a algo. Ya el hecho de tratar justifica nuestros intentos. Ningún esfuerzo se pierde.

"Nuestro esfuerzo se dirige a exaltar en cada ser lo que en él haya de noble y útil tanto para sí mismo como para los demás. A ello vamos con decisión pues inquebrantable es nuestra fe de que aún no ha nacido en este mundo un hombre que carezca de algo útil y noble susceptible de manifestarse.

"Para esto, todos los recursos a nuestro alcance los ponemos en acción sin escatimar penalidad alguna.

"De base está la obra, grave centro o eje imantado. No creo que haya aquí, ni en ninguna parte, una persona que no acepte, sin vacilar, los bríos de mi maestro al crear. Como tampoco ha de haberla dudosa de su respetada calidad.

"Sobre esta base se asienta el decorado, el ambiente, si ustedes prefieren.

"Sabemos que, si es verdad que el pensamiento que un hombre abriga puede ser y permanecer siempre el mismo, no es menos verdad que su expresión, su vitalidad y, por ende, su realidad activa, puede decaer o vigorizarse según lo que envuelva al pensador.

"Sé de un gran pensamiento que durante años quedó inactivo en la esfera intelectual de un hombre, que quedó aprisionado, aunque satisfecho, en su propia y aguda dialéctica y que, de este modo corrió el riesgo de morir el día en que la muerte tocara a su dueño.

"Sé que, cierta vez, por cambio de ambiente, diría de atmósfera o, si ustedes permiten, de aire que entró en sus pulmones, sé que este pensamiento se vitalizó, se hizo verbo actuante y fue a golpear y mover a muchos hombres más, despertándolos y dándoles el derecho de poder llevar con orgullo el título de "hombres".

"Lo que durante años fue lucubración teórica a lo largo de calles bulliciosas de una ciudad, fue de pronto sangre y nervios al enfrentarse con un elevado picacho junto a un precipicio vertiginoso.

"Sé de un caso semejante aunque inverso. Sé de otro gran pensamiento que dormitó mientras hubo de transcurrir en medio de la naturaleza y que surgió potente al iluminarse con las luces artificiales de una metrópoli y al ser golpeado y agitado por sus ruidos.

"Dejo, pues, en claro que no hay un ambiente solo y determinado para despertar o adormecer. En claro dejo que cada pensamiento necesita encontrar aquel que le es apropiado, que le es afín y que éste depende en gran parte, y en forma misteriosa, de la personalidad íntima de quien en su mente lo lleva.

"Pero más en claro quiero dejar que no hay ni ha habido jamás pensamiento alguno que en un sitio dado —a menudo sitio escondidísimo— no tenga el ambiente que le es propicio.

"He aquí, pues, otra parte de nuestra labor: crear, con nuestros tal vez demasiado pobres recursos, cuantos ambientes nos sea posible e incitar entonces, dentro de ellos, a la agitación de los pensamientos que riesgo corrían de dormirse primero y de morir después.

"Se han agitado las mentes de ustedes en una gran sala de espectáculos, han intervenido ustedes dentro de ella pero conservando ese principio fundamental de "espectadores y actores". Cuando tal principio estuvo a punto de ceder, dos rejas lo recordaron y lo volvieron a imponer.

"Luego la agitación siguió en una magnífica tertulia. Todos nos desparramamos en busca de un rincón acogedor con gente de nuestro interés. Este grupo, viniendo sus unidades de varios lados, ancló al final en el bar-ambigú. Discutimos, atacamos y defendimos. Y discusiones, ataques y defensas nos llevaron, de un golpe y atrayendo hacia nosotros a los demás asistentes, a la edificación de esta imponente catedral.

"En ella ahora estamos y, al llegar, como un eco que lentamente se iba perdiendo, se oyeron aún frases y tonos propios al bar. Pero luego empezamos a recogerlos y guarecernos, sabedores de que otros vestidos deberían cubrir a nuestros pensamientos, que con otros acordes deberían sonar las palabras que los expresaran.

"Aquí estamos, pues. Ya cayó en remoto pasado la sala primera con el imprevisto oculto aunque iluminado por las candilejas.

"Ya en remoto pasado va cayendo ese amable bar con su generosa apariencia de plena libertad para sus clientes.

"Ya, en estos momentos, pesa sobre nosotros la austeridad de muchos siglos, recordándonos con su presencia de santa espiritualidad, que de muy lejos como hombres venimos y que larga es aún la marcha que ante nosotros se presenta.

"Aquí está nuestro grupo. Me regocijo al ver que ha sido ampliado con la presencia del sabio doctor Hualañé. Pero noto que alguien falta. Valdepinos, ¿dónde está?

Me acerqué a don Fidey y le mostré el alto de la columna: allá estaba Valdepinos agarrado como un mono. Don Fidey le incitó a bajar. El otro, allá, hizo muestras de no poder oír. ¡Cómo! ¿Había ensordecido? No. Con sus afilados dedos extrajo de cada oído un pequeño algodón que, con presteza, volvió a introducir en ellos. Bueno, el hombre no quería oír ni enterarse de nada. No había que forzarlo. Lo dejamos trepado allá en su observatorio.

Don Fidey entonces siguió diciendo:

—He ahí, en pocas palabras, la finalidad de nuestro teatro. No olviden, les pido, los cientos, los miles de estatuas que a ésta, como a tantas otras catedrales del mundo entero, embellecen para admiración y veneración de las generaciones. Sé que todos ustedes las tienen presentes en la memoria.

“Recuerden ahora que fueron cientos y miles de estatuas anónimas.

“Fueron la obra de otros tantos modestos artesanos, de hombres que, seguramente, no nacieron ya marcados por el genio tirano e indomable de la creación. Diríase de ellos que su lógico destino debió haber sido pasar por la vida en silencio, en paz, sin ser nunca llamados por la voz de la obra creadora. Debieron haber nacido y vivido en la dulce monotonía de una aldea medioeval o en los dilatados campos alargados bajo las atalayas de un castillo feudal. Y un día, un día tan anónimo como su quieto existir, debieron haber muerto sin dejar huellas tras ellos.

“Sin embargo un impulso, una conmoción vino a estremecer a esas aldeas y campos. Diríase que, por los cielos de aquellos tiempos, sonó, de pronto, una campana de alarma.

“Todos esos hombres se irguieron anhelantes.

“La campana anunciaba la aparición de un eje imantado que pedía las fuerzas aunadas de los seres de buena voluntad.

“Era un llamado desesperado.

“Había una fe, una fe profunda y esta fe quería arraigarse en los suelos y desde ellos brotar esplendorosa a impulsos de aquéllos que la guardaban en sus pechos mas que, a menudo, la dejaban dormir arrullada por pequeñas oraciones, pequeños cantares y pequeñas acciones piadosas.

“Esos hombres corrieron, entonces, empujados por el tañido de la campana.

“¡Había una obra común por emprender!

“Su quieto vivir fue abandonado. Se electrizaron.

“Del uno al otro confín se escuchó el grito:

“—¡A la obra, a la obra! ¡Vamos alzando nuestra catedral!

“Y, ante esta labor común, todos esos hombres de existencia desteñida, despertaron y exaltaron sus fondos útiles y nobles y se convirtieron en excelsos artistas dejando tras ellos obras para la admiración y veneración de las generaciones.

“¿Me comprenden ustedes, queridísimos amigos? ¿Nos comprenden?

“¿Debe el teatro ser un pasatiempo arrullador, un descanso plácido salpicado de ideas y sentimientos que luego es mejor adormecer?

“¿O debe imantar a sus oyentes, electrizándolos con el súbito despertar de las cualidades que ignoraban tener en ellos?

“Creo que no cabe duda posible.

“Creo que ustedes han de pensar y sentir como piensa y siente mi maestro Fa y como yo ahora lo expreso haciéndome eco de su sabiduría sin límites.

Reinó un silencio, corto o largo, no lo sé. Luego se oyó la voz del doctor Pitrufquén:

—Verifico, señor de Comiso —y lo hago con gran contento—, que, por vías muy diferentes a las que yo transito, ha llegado usted a conclusiones en más de un aspecto similares a las que yo alcancé. Recuerden que hablé, según mi terminología, de conciencia y subconsciencia y, adentrándome en ellas, toqué un consciente colectivo común a vastos conjuntos humanos y, más allá, tal vez común a la humanidad entera. Señor de Comiso: no dude usted, y nadie aquí lo dude, de que vamos a encontrarnos en un mismo sitio y allí vamos a darnos un abrazo fraternal.

Don Fidey de Comiso agradeció y ratificó las palabras del doctor. Luego Lorenzo Angol habló de este modo:

—¡Ojalá así sea! Con inmenso placer vería yo ese abrazo. Pero mucho temo que él exprese únicamente concordancia de ideas y no la alegría ante los buenos resultados alcanzados.

“Quiero, si ustedes permiten, hacer algunos alcances a don Fidey de Comiso o, tal vez sería mejor dicho, agregar a sus conceptos en general un reverso negativo que él no ha mencionado, no lo dudo que por simple olvido. Se trata de lo siguiente:

“Tenemos la obra común que a los hombres despierta y electriza; de acuerdo. Allá, en aquellos tiempos, fue la construcción de las catedrales; hoy, en nuestros intentos, es un nuevo teatro con viviente y total intervención de todo el público; de acuerdo, también. Allá en las catedrales el resultado obtenido fue halagador hasta el máximo y nadie puede rebatirlo. Pero esto es así si consideramos únicamente—subrayo esta palabra— ese resultado y dejamos de lado la suerte tal vez corrida por cada uno de los obreros al ir ejecutando esta obra común.

“Consideramos únicamente el resultado total y final, la obra de piedra imperecedera, pero piedra de todos modos. A cada hombre aislado, al contemplar la obra con sus torres que se elevan hasta el cielo, ustedes lo menosprecian. Piensan que ha muerto, muerto hace siglos y que la catedral subsiste y nunca morirá. Piensan así por considerar a un hombre como aislado, perdido en un mundo, como un grano, una nada. Y olvidan que cada hombre, sea cual sea, lleva y es el reflejo del universo total. No existen los granos. No existe la nada en parte alguna. Menos ha de poder existir dentro del hombre.

“Así pues, yo quiero ver la suerte individual que tuvo que afrontar cada uno cuando, al sonde esa campana, el eje imantado empezó a girar con velocidad inaudita y lo arrancó de su quietud.

“Quiero ver si cada hombre atraído fue feliz o si, por el contrario, tuvo que encararse con un dolor horrible.

“Que uno solo, nada más que uno, haya tenido que sufrir, y el abrazo de usted, don Fidey, con el doctor ya no podrá darse con un alma fraternal.

“Podrá darse con un alma intelectual, alma inmensa en su inmensa personalidad, inmensa porque, al ser impersonal, no logra cobijarse en el pequenito espacio con que contamos los seres aislados, los perdidos en el mundo, los que no podemos mirar más que reflejos cuando queremos informarnos de universos. Alma inmensa que, al no lograr cobijarse así, necesitará, entonces, para asentarse, el también inmenso espacio que creamos todos los aislados al juntarnos en lo que, sin discusión, tenemos de común y de igual: el pensamiento claro, la ley absoluta.

“¡Hermoso abrazo! Lo quiero ver efusivo hasta el máximo de la efusión. El día que sepa que se han abrazado ustedes, sabré también que se ha avanzado un paso cierto. Y una vez más me inclinaré ante la inmensidad de la intelectualidad pura, libre ya de pasiones confusas y desordenadas.

“¡Oh, no, no crea usted, don Fidey, que hay en cuanto digo ni una sombra de sorna! No crea que adopto, al referirme a los perdidos del mundo, una displicencia que disimula mi fe y mi admiración por ellos. No crea que, al ensalzar la inmensidad del alma intelectual, lo hago con alfilerazos de ridículo. No crea que recorro a ninguna clase de subentendidos. Tal vez lo ha supuesto usted al considerar su manera de labor y la mía. Son ellas diferentes, son opuestas..., en todo caso a primera vista. Pero como yo estoy cierto de que

toda labor honrada y constante encuentra al fin lo que busca, nuestras respectivas maneras no se diferencian tanto y otro gran abrazo veo que se vislumbra ojalá no muy lejos.

“Usted, don Fidey, colabora en un teatro esplendoroso, digamos, descomunal, teatro que se siente disminuido, ahogado con los recursos de que hoy se dispone y necesita más y más amplitud y colaboración, a tal extremo que, en éste que sólo es un primer comienzo de ensayo, el público se ha multiplicado en forma sorprendente, y los decorados, perdón, los ambientes –como usted prefiere llamarlos– se han materializado y sucedido en salas, bares y hasta catedrales, amén de los que han de venir para, a su vez, cogernos y hacernos actuar.

“Yo colaboro o, mejor dicho, anhelo colaborar en un trabajo silencioso sumergido en una Bóveda, bajo tierra. Quiero que no lo acompañe más esplendor que el que puede proporcionar el avance cauto de una meditación sostenida. Quiero que no tenga más público que el diseminado por algunas partes del mundo y que yo no necesito conocer porque el hecho de su existencia reemplaza, y con creces, cualquier conocimiento directo. No tiene mi trabajo decorados. Si a su alrededor hay cosas... es porque hasta ahora no puede dejar de haberlas cuando un hombre existe.

“Pues bien, don Fidey, no marquemos el acento en estas tan visibles diferencias. Ambos –y cuantos aquí nos rodean– somos honrados y, con constancia que no flaqueará ante ninguna dificultad, buscamos luz, siempre mayor luz para el conocimiento humano.

“Acepte, pues –aunque sea por pocos minutos–, que ese hombre perdido en el mundo y de labor anónima, merece nuestra atención y cuidado. Acéptelo partiendo de ésta que puede no ser más que una suposición mía: ‘Todos llevan dentro el reflejo del universo total’”.

Don Fidey de Comiso respondió:

–Acepto y créame usted, mi señor don Lorenzo, que sólo deseo seguir esta marcha en su compañía y seguirla hasta donde usted quiera llevarme.

Lorenzo se inclinó y luego siguió así:

–Suenan la campana y gira el eje imantado. Los hombres acuden, emprenden la obra común y, al emprenderla, desatan dentro de ellos mil posibilidades que dormían y que...

“Éste es el problema que se me presenta:

“... Que usted no vacila en llamar “útiles y nobles” y que yo... quisiera antes envolver en un gran signo de interrogación.

“Este, me parece, es el problema que verdaderamente debemos enfocar hoy, hoy y aquí y en estas circunstancias, hoy y aquí, sea en la gran sala o en el bar o junto a esta columna o donde sea:

“El hecho de provocar una obra común que electrice, ¿desata necesariamente sólo las cualidades útiles y nobles de los hombres?

“Ahondemos, con otra pregunta, el planteamiento del problema:

“Frente a una obra común y grande hasta electrizar, ¿no se producirá en algunos un estupor vecino al miedo? Este miedo, ¿no será causado al cotejar la grandeza de la obra con su propia insignificancia? Y al reconocer ese hombre su insignificancia, ¿no correrá cual un poseído en busca de defensa o desmentido?

“Yo, humildemente, creo que sí.

“E imagino –no me atrevo asegurarlo y por eso lo expongo como problema– que el desmentido, el desmentido fuerte como una defensa, lo dará el acto de despertar y desatar cuanto de contrario se tenga a lo útil y noble que la obra exige.

“Despertarán y desatarán –¡algunos, por cierto, no todos!– cuantas insatisfacciones lleven dentro y desparramarán, a diestra y siniestra, el veneno que las corroía.

“Hay casos, don Fidey, en que la contemplación de una acción grande, junto con elevar el alma de muchos, hunde en la abyección el alma de no pocos.

“Yo quiero saber si el teatro de su insigne maestro Fa puede garantizar la elevación de sus espectadores; si puede garantizar que no será una excitación a las llagas del alma que todos llevamos, llagas que, sin tal excitación, habrían seguido durmiendo, sin hacer a nadie mayor daño, durmiendo hasta su normal curación.

El señor de Comiso hizo una reverencia, avanzó hasta Lorenzo y le apretó ambas manos. Luego se quitó de la solapa la flor que llevaba y la cambió por un botón verde. Por fin subió a un piso y dijo:

–¡Extrañísimo problema el que usted plantea, caballero! Quiero decir que lo juzgo así extrañísimo no por su extrañeza intrínseca sino, simplemente, porque no se me había ocurrido reparar en él. Me atrevería a decir que me toma usted de sorpresa.

“¡Ah, ah, es claro! ¡Empiezo a ver, a divisar! Debemos garantizar mejoramiento y elevación de asistentes. Garantizar nuestro estupendo específico a nuestros clientes... Comprendo, voy comprendiendo.

“Señor don Lorenzo Angol:

“Nos encontramos en la más absoluta imposibilidad de dar garantías de ninguna especie.

Lorenzo dijo:

–Lo lamento.

Don Fidey respondió:

–Y yo lamento que lo lamente usted.

Entonces Longotoma propuso:

–Ya que a la vera de esta columna hay tanto lamento, ¿qué les parecería a ustedes que fuésemos a buscar asiento allá, allá al fondo, junto a ese pequeño y coloreado altar de esa capillita lateral? Allí estaremos mejor y nos iremos acercando al altar mayor. ¡Ja, ja, ja! –púsose a reír ahogando la risa por respeto al santo lugar en que nos hallábamos–, ¡ja, ja, ja!, nadie me quitará de la cabeza que algo fantástico ocurrirá pronto en el altar mayor. Y si lo perdemos... ¡Ja, ja, ja! Entonces sí que me pondría, señor de Comiso, en contra de su teatro para toda mi personal eternidad. ¡Ea! ¿Vamos?

Fuimos.

¡Linda y pequeña capilla con su pequeñito altar! ¡Joya entre las joyas!

Ahora, aquí en casa y mientras escribo, quiero advertir:

¡Cuidado, cuidado con esas joyas góticas! Aunque nada verdaderamente espantoso sucedió por su causa –nos acostamos como de costumbre aquella noche y al día siguiente como de costumbre también nos levantamos– quiero mantener mi advertencia pues sentí –y varios otros sintieron– que su influencia, la atmósfera con que rodean, sí, esas al parecer únicamente joyitas de insuperable calidad estética, el espíritu que por ellas transita y a uno se le acerca y penetra..., sentí, y por eso advierto, ¡son cosas peligrosas, muy peligrosas!

Pueden llevarnos, sin que lo notemos, ya que seguimos manipulando nuestros sentimientos e ideas habituales, a ciertos mundos..., a ciertos mundos... Confesaré: no logro aclarar lo que quisiera decir. En todo caso mi conciencia está tranquila porque mi pluma –a pesar mío y rompiendo la unidad de este relato– ha estampado aquí la advertencia ante el peligro.

Sigamos:

Allí dentro de esa joya, hecha de piedra fragante y cincelada, nos instalamos y nos teñimos con los reflejos todos del espectro. A nuestro alrededor un sinnúmero de seres vivían, agitados y trepidantes, una vida de pasiones exacerbadas hasta el paroxismo; y la vivían inmóviles, hieráticos, tan extraordinariamente detenidos que llegaban a borrar de nosotros cualquier noción de movimiento.

Allí dentro se siguió hablando y discutiendo, creo que dificultosamente o tal vez con una nueva facilidad que nos era extraña. Como sea, otro fue el tono, otros los ecos que cada palabra producía, otro el sentido hondo que alcanzaban, otras –casi me atrevo a afirmarlo– las palabras mismas que allí se pronunciaron.

Ahora, en casa ante mi mesa, sólo deseo transcribir lo más fielmente que me sea posible, cuanto pasó en la capillita lateral indicada por Longotoma. Deseo hacerlo con tanta o con mayor exactitud que la obtenida hasta aquí al transcribir los pasados días y noches curihueños. Pero me siento defraudado ante mí mismo. Me siento incapaz de llevar mi empeño a buen fin. Recorro mis notas; las copio, las corrijo y las preciso; avivo la memoria; consulto a amigos que allá estuvieron presentes; trato de sumergirme de lleno en aquel ambiente... Escribo entonces y leo...

Hay algo que no logro expresar, que no logro “dar”. Algo se me escapa siempre. Y las palabras que escribo –aunque sean en todo exactamente las mismas que allá se dijeron– no suenan, aquí en el papel, con la solemnidad, diré, con el sentido solemne que tuvieron en su momento original.

Quien las lea aquí, si es benévolo con nosotros los curihueños, dirá que barajamos ideas no carentes de interés pero sin nada que indicara una solemnidad venida de la vecindad de otro concepto del mundo, de otro modo de existencia. Si no es benévolo estará en desacuerdo con el primero y dirá que, lo que allí se barajó, fueron simples ocurrencias. Pero ambos concordarán en la inexistencia de un mundo y una existencia diferentes.

Sin embargo yo aseguro, sin vacilaciones de ninguna especie, que aquello fue solemne, que tomó una sonoridad distinta y superior, que, durante todo el tiempo, cuanto se dijo fue un eco de algo mayor que se ocultaba y hacia lo cual tratábamos de ir.

Nunca he estado más convencido que en aquel momento, y también cuando lo evoco, de que toda palabra, aparte de su significado conciso e inmediato, tiene cien significados más que sólo revela en determinadas ocasiones. Tal vez estas ocasiones se producen cuando hay una afinidad entre un sitio con su historia, por un lado, y, por otro lado, el hombre que en él está con toda su historia también.

Sé que con esto no he dicho nada pero había que decirlo.

Ahora voy a dar un dato. Ignoro si tenga importancia, es decir, si servirá para aclarar estos puntos:

No hace mucho, aquí en casa y con algunos amigos –varios de ellos habían estado en la capilla en cuestión–, repetimos en alta voz las palabras dichas allá. Fue, como quien dijera, una especie de repetición teatral. Habíamos conseguido los discos con la música religiosa que, en nuestra catedral, el órgano tocó mientras nos encontrábamos en la capilla. Fue allá tocada muy quedamente, de modo que en ningún momento vino a perturbar la audición de lo que se hablaba. Aquí en casa hicimos, por cierto, igual cosa: el fonógrafo reprodujo esa música también quedamente sin que, en momento alguno, nos perturbara. (Creo de más agregar que esta música es obra de nuestro gran Stramuros).

Pues bien, aquí en casa, todos pudimos, sin esfuerzo, separar nítidamente una audición de otra, es decir, la de la música y la de las palabras. Bastaba fijar el sentido del oído en una de ellas para percibirla aislada y completa mientras la otra se borraba, retrocedía y hacíase confusa. Se perdía el hilo de las palabras si nos concentrábamos en la música y, del mismo modo, se perdía la continuidad de ésta si nuestra atención se fijaba en aquéllas.

En la capilla no fue así. Puedo asegurar que fue lo contrario: la música que nos venía del órgano era parte integrante de las palabras, era significado de ellas. Y en todo momento nos era difícil, por no decir imposible, diferenciarlas y experimentar la sensación y tener la noción de dos sonoridades diferentes.

Luego hicimos algunos juegos de luces, aumentando o disminuyendo su intensidad y coloreándola con diversas pantallas. Muy pronto abandonamos este juego por parecernos extremadamente pueril y no dar ningún resultado. Las palabras, en casa, siguieron únicamente con su propio significado y repitieron nada más que lo que ellas decían.

Esto me hace pensar –¿por qué no decirlo?– que es posible hacer biografías, y aun hacerlas muy bien, si nos limitamos a hechos y actos aislados, separándolos de cuanto los rodea en la simultaneidad de su acontecer, por considerar que entre ellos y este englobamiento ambiente no hay mayor contacto ni hay recíprocas influencias.

Pero si se desea llegar a la verdadera biografía total de un ser, si se desea hacer en ella participar también a todos los acordes que con ella en un momento concuerdan –como allá en nuestra capilla concordaba la música de Stramuros, y el colorido de las vidrieras, y la presencia ausente del chino Fa, y la presencia real y activa de don Fidey de Comiso, y las vacaciones todas en Curihue con todos sus invitados, y el lastre duro e incógnito que de su pasado cada cual soportaba, y la esperanza que cada cual mantenía para poder seguir...–, si esto se desea, ¿es siquiera razonable intentarlo?

Parodiando la respuesta de Lorenzo, diré:

–Yo, humildemente, creo que... no.

Entonces aquí, por honradez, debería dejar de escribir. Sin embargo voy a seguir escribiendo. ¿Por qué? Por dos razones, tal vez triviales ambas, pero indiscutiblemente existentes:

1ª) Una razón de deber: he prometido, empeñando mi palabra, hacer biografías; debo hacerlas aunque no alcancen ni se acerquen a la perfección que yo esperaba;

2ª) Una razón personal: si dejara de escribir, me aburriría espantosamente y es el caso de que a nada, en éste o en cualquier mundo, le temo tanto como al aburrimiento.

Ya expuestas estas dos razones, sigo adelante mi narración pidiendo excusas por las debilidades que, a cada momento, la asaltarán y, seguramente, la vencerán.

Sigo:

Estamos, pues, en la capilla contigua al altar mayor, a su lado izquierdo. Llega suavemente a nuestros oídos la música de órgano compuesta por Stramuros. A pesar de la afirmación hecha por Longotoma –de que en ella nos encontraríamos mejor–, se produce un silencio general, al parecer de recogimiento, en verdad debido a un franco desasosiego. No tardo más de un minuto para darme cuenta de que es debido a nuestro cambio ambiental y, sobre todo, al hecho de no encontrar, con la presteza que queremos, modalidades acordes con este cambio.

Pasa un *Fraille*. Al vernos se detiene un momento. Luego penetra en la capilla y nos saluda, uno tras otro, dándonos la mano. Se oyen, de parte nuestra, frases como éstas:

–Tanto gusto...

-A sus órdenes...

-Encantado...

-Un servidor más...

Yo digo:

-El placer es mío...

El fraile nos da su bendición. Luego se aleja. Vuelve un silencio dentro del cual y a través de la música, todos nos atisbamos con el rabo del ojo y nos lanzamos, por bajo de los respectivos reclinatorios, disimulados pero macizos signos de interrogación.

Al fin don Fidey de Comiso se levanta y va a colocarse frente al pequeño altar. Lo contempla un instante y se vuelve hacia nosotros. Junta las manos, abriéndolas después con lentitud. Creemos que nos va a iluminar con un sermón piadoso. Nos desmiente acto continuo. El hombre toma una actitud desenvuelta, sonrío un poco, aclara la voz carraspeando, mueve los hombros y se ve que su cuerpo juega, desde dentro, con las solapas y el ruedo de su smoking. Es un hombre de mundo al ciento por ciento.

COMISO

Con voz nítida y martillando cada sílaba.

La palabra "garantías" intentó bajarnos de tono. Ya no es posible bajarlo porque, querámoslo o no, hemos partido en tono mayor.

LONGOTOMA

Precipitadamente.

Ignoro qué me llevó a pedir que viniésemos a esta capilla.

COMISO

Ahora no lo ignoráis; estoy cierto de ello.

LONGOTOMA

Yo... ¿Tono mayor y su defensor? Si me lo afirmáis, señor de Comiso, he de aceptarlo y, péseme lo que me pese, sabré ser un paladín. Pero ese tono mayor será en mí un tono de afiebrado desconcierto.

COMISO

¡Tanto mejor! En un tono así, no lo neguéis, os encontraréis cómodamente. Siempre lo habéis apreciado.

LONGOTOMA

No voy a negarlo. Aun quisiera agregar: "Y a honor..., a honor..., es decir...".

COMISO

¡Adelante, caballero, adelante!

EL FRAILE

Asomándose y luego desapareciendo.

¡A honor lo tenéis!

TODOS

Por un ambiente de desconcierto afiebrado gritemos: ¡Honor, honor!

COMISO

Sí, ¡honor!, porque este honor es para puerta que se abre esplendorosa sobre mejores mundos.

EL FRAILE

Asomándose y desapareciendo.

Amén.

LORENZO

Amén... Adhiero. Y digo: Siempre que sean mejores mundos de ¡claridad!

COMISO

¿Pueden no serlo si son mejores? Aunque es verdad que hay quienes ven mejoramiento en las sombras. Entonces a toda sombra la llaman luz.

LORENZO

Lo que para algunos es sombra para otros puede ser luz. Esto es elemental y a tal punto lo es que lo verifica cada lechuza que mira a una gallina.

COMISO

De acuerdo. Mas por encima de la luz propiamente dicha, aquí queremos tratar de claridad, es decir, de entendernos sin que una duda pueda subsistir. Por esto, nada más que por esto, digo yo: turbadora, inquietante manera de buscar la claridad es la que pregonáis, intelectual señor Angol: enterrarse en la humedad de una Bóveda, guiado por la esperanza de que el oído se nos afine tanto que al fin podamos escuchar, en el roer de su agua y en el crecer de su moho, la palabra antorcha de una fraternidad humana.

LORENZO

¡He ahí vuestro mejor retrato, señor de Comiso! Sois un autorretratista que ha tocado la perfección. Vuestra profesión de cómico ha superado todas las deformaciones posibles para hacer con su conjunto la sublimidad viviente del perfecto deformado profesional.

COMISO

¿Cómo así...? Explicaos, pues cuanto a mi profesión se refiere me interesa altamente. Para algo es mi maestro Fa quien me ha dado esta profesión de cómico...; o actor, si se quiere...; o bien intérprete. ¿La superación de sus deformaciones, si sois tan amable?

LORENZO

Preferir, venerar a tal punto cuanto luce y reluce, cuanto lleva la marca de lo espectacular que, de antemano y por principio, se desentiende de toda labor sin fognazos ni bombazos. Si una actividad no hace ruido, es nula. Si empieza a hacerlo, empieza a interesarnos. Si él es estruendoso, ¡ya merece comparársela a las piruetas de un saltimbanqui!

ROSENDO

¡Basta de pullas! Resumen para ambos: con estrépitos de bombas o con humedad que roe, ustedes dos, señores míos...

LONGOTOMA

¿Ustedes...? Vosotros..., obligatoriamente. Porque, como que el tono mayor se nos derrumbe, no veo para qué fue tanto esfuerzo y fatiga en construir esta catedral.  
(Con voz solemne y actitud cómico-trágica).

¡Me opongo al "ustedes" y exijo la pronta reposición del "vosotros", opóngome y exíjolo en nombre...!

EL FRAILE

Apareciendo y desapareciendo.

Del Padre, del Hijo y de Espíritu Santo. Amén.

LONQUIMAY

Indicando hacia el sitio por donde el Fraile ha desaparecido.

¡Calla tú, frailense escoria de lo invisible decorada con sotanas embusteras! Hase producido un hecho sin par: Longotoma el Desiderio ha pedido seriedad. Esta noche —¡oh, Borneo, anótalo!— ya puede llevar, sobre la columna vertebral de su luna, el galardón de lo histórico.

LONGOTOMA

Él agradece, el Desiderio y Longotoma, porque de siglos ha, esperaba de esas barbas –barbas émulas y emultrices de las llamas llameantes–, esperaba perdón, confirmación y elevación.

LONQUITMAY

Dilatáis comprensión en forma hiperhomérica y abro, entonces, las mandíbulas de mi saber para que por ellas penetren, en apocalíptica masticación, las ideas sublimes y los cerebros que las sustentan y los hombres que en su cima esqueletean tales cerebros, albergadores de tales ideas, posibles de ser masticadas por las entreabiertas mandíbulas que entreabierto se han para masticar esas ideas de esos cerebros de esos hombres que se han esqueleteado para que sus cerebros con esas...

ROSENDO

¡Eeh! ¡Eeeeh! ¡Basta ahora de ditirambos! A vosotros o a ustedes, a nosotros o a ellos, a ideas o mandíbulas o a lo que el diablo quiera, lo que yo iba a decir es que, como sea y donde sea, don Fidey y don Lorenzo, saltimbanquéese el uno y sepulturéese el otro, ambos se encuentran en las discusiones inútiles y... –¿cómo las llaman?– preciosistas. Y ya que ambos tanto hablan de humanidad, de ampliación y demás y ya que... –y para no enredarlos más–; pues bien, yo, Rosendo Paine, nacido de vientre de madre –como todo el mundo, espero–, en la ciudad de Viña del Mar y el año 1901, yo creo formar parte de la humanidad –¡ah, porque de lo contrario, en buen enredo los metería a los dos!–, creo formar parte de esa humanidad que hay que ampliar, y como miembro de ella pregunto: ¿por qué cada uno de los dos “vosotros” no se explica clara y nítidamente sobre lo que quiere y en qué lo fundamenta? Yo, deseoso de recibir mi pedacillo de amplitud, pido, pues, que se expliquen y mientras lo hagan escucharé..., escucharé... y –¿a ver?– escucharé...

TODOS

¡Bravo! ¡Buena idea!

EL FRAILE

Apareciendo y desapareciendo.

Toda esperanza no se ha perdido aún. ¡Líbralos, Señor, de las confusiones luciferianas!

COMISO

Si vosotros todos permitís, empezaré yo.

TODOS

¡Permitido!

COMISO

Explicaré, sintetizaré, que ya cansándome estoy y el cansancio no debe entrar en sitio como éste:

Señores:

El tiempo apremia para la humanidad. No podemos perder un instante más. Si lo perdemos nos arriesgamos a provocar un derrumbe irremediable. Porque el mal de que padecemos es temible, no exagero: es espantoso.

Pesa sobre nosotros el contrasentido.

Dos fuerzas contrarias, irreconciliables se disputan el destino del hombre.

Como ninguna de las dos cederá, el hombre va a partirse, va a desgarrarse.

Una fuerza es la que tiene de sede a los instintos.

Los instintos se hacen impulsos y a los impulsos se obedece.

Al obedecer se coge a los sentimientos y se les arrastra con indomable pujanza. Son entonces los directores de la vida de cada cual; son entonces los amos del porvenir de todos.

Otra fuerza es la que tiene de sede a la mente.

Es la fuerza del orden, del equilibrio.

Es la fuerza de la comprensión.

Es el éxtasis del saber.

Y si es un éxtasis –preguntaréis– ¿Cómo no atrae a todos los hombres, arrasando, aniquilando sus instintos y sentimientos? ¿Cómo éxtasis tan excelso no los subyuga?

Porque el éxtasis del saber es ajeno a toda pasión, a todo apetito individual.

El éxtasis del saber se cierne en la región de las ideas puras.

Las ideas puras no son patrimonio del individuo. Son el fondo común de todos ellos, son la fusión en la igualdad.

Para llegar a tal región debemos, pues, y antes que todo, despojarnos de nuestra individualidad.

Esto nadie lo quiere. No exageremos: esto muy pocos lo quieren.

Es por esto que los impulsos sentimentales predominan y gobiernan.

En vano la mente explica, en vano demuestra. Es impotente ante el torbellino que le arremete.

La mente se ve obligada a separarse del hombre, es echada de él, expulsada por el torbellino.

El hombre vuelve a su casa. Allí, confiados, sus sentimientos cotidianos lo esperan para con él cohabitar.

La mente no entró en casa. Quedó fuera.

¿Dónde?

Concretándonos a nuestro caso:

La mente quedó sola allá en el teatro, en el escenario oscuro y vacío, entre bambalinas y telones ya ociosos. Allá quedó... mientras el hombre recibe de las sábanas de su cama el dulce calor de sus pasiones y deseos y odios y amores de cada instante.

La mente quedó sola e inútil pero quedó resignada. Porque el teatro es, al fin y al cabo, parte de la región de las ideas puras.

¿Lo dudáis? ¿Acaso vais a negarlo porque en el teatro veis desatarse las pasiones y en él se tiembla o se ríe o se llora?

Desengañaos.

El teatro se afirma en la mente. El teatro es hijo y servidor de la mente. Y no es más que esto.

Prestadme vuestra atención:

No es concebible obra alguna teatral que no presente un caso. Todo caso, en su esencia, es un problema.

El teatro, pues, plantea un problema y, ante vuestros ojos, lo desenvuelve, proporcionandoos cuantos detalles y hasta sutilezas sea necesario proporcionar para su buen entendimiento.

Luego el teatro soluciona este problema que os ha tenido sobrecogidos. Luego el teatro os propone una solución y, sea con risa o con llanto, os pide que la juzguéis.

Y el teatro va más lejos en este sentido de la mente. Hace cuanto le es posible por

acallar lo individual para que mejor resuene el orden de las ideas puras, para que de este orden venga toda solución a todo drama desatado.

Esto lo hace... porque no puede dejar de hacerlo. Lo hace por la razón de su esencia misma. Siento deseos de decir: "lo hace automáticamente".

¿Cómo?

Caros auditores:

Lo hace porque, al plantear un problema pasional, este problema no puede ser igual al que cada espectador tiene planteado dentro de sí. Y no lo puede por la muy simple razón de que todos los problemas de los espectadores son diferentes entre sí.

Luego tiene que buscar fundamentos de problemas. No podrá jamás localizarlos en casos particulares.

Por lo tanto:

El espectador, cada uno de ellos, no se verá retratado fielmente en lo que contempla; verá un reflejo de los suyos puesto en condiciones diferentes. Tendrá entonces que esforzarse, remover su propio problema, trasplantarlo, ampliarlo, modificarlo.

Pedirá ayuda a su mente.

Y la pide, sí.

Pero ya sabemos lo que sigue:

La función ha terminado, el telón ha caído, las luces se han apagado y... las calles, la casa, la cama, las sábanas y... mañana es otro día con otros afanes.

Sus sentimientos, confiados siempre, sonrían. El problema que afloró en la mente no los ha tocado.

Es decir:

El teatro ha sido olvidado. Ha sido relegado a esa decorativa sección de entretenimiento intelectual.

Maestro Fa:

Pienso como vos pensáis:

Para esto es preferible equilibrar un paraguas en la barbilla, abanicándose y prodigando caricias a un gatito.

¡Triste cosa! Pero es así.

El teatro —como émulo, como motor— ha hecho crisis.

¡No por su culpa, no! Por culpa de sus auditores.

El teatro, pues, ha dejado de ser escuchado. Y, siendo hijo y servidor de la mente, debe, tiene que ser escuchado.

¿Cómo?

Despertando a esos auditores.

¿Cómo?

Debiera ser con la mente puesto que mente el teatro es. Mas a la mente no se le obedece.

Entonces, ¿Cómo?

¡Ah! ¡Aah! ¡Aaah!

No hay más remedio:

¡¡El tiempo apremia para la humanidad!!

Cuando el tiempo apremia y es espantoso el mal que se avecina, todo recurso se justifica.

Permitidme la expresión, que no nos queda más:

¿Cómo?

¡¡Arrancando un clavo con otro clavo!!

No nos queda más.

Si con la mente no marcháis y sólo marcháis con las pasiones desenfrenadas, entonces:

¡¡Con pasiones desenfrenadas os haremos marchar!!

¡Encenderemos pasiones, encenderemos los fuegos todos del universo, antes que permitirnos seguir allí adormilados en el juego de vuestras pasioncillas minúsculas y personales!

¡Encenderemos sin temor!

¡Paso, señores, paso al encendido teatro de mi sin par maestro, el excelso chino Fa!

Movimiento. Movimiento general. Creo que hasta las hieráticas figuras de las vidrieras se movieron acaso por primera vez en sus vidas de siglos. Movimiento, sí, pero bajo, subterráneo. Pues la austeridad del sitio nos sobrecogía. Por lo tanto pronto hubo una calma, diré mejor, un recogimiento pensante. Recordé mi oficio y por esto observé con cautela a mi alrededor:

Me di cuenta entonces de que, desde el comienzo, es decir, desde que don Fidey de Comiso empezó a hablar, había llegado a nuestra capilla un personaje más en quien no había reparado con la suficiente atención por dirigir toda ella a las palabras del orador. Este personaje era así:

Unos 60 años de edad; pequeño, enjuto, calvo, con bigotillos y gafas; vestido de negro; con una gran pluma de ganzo en la oreja derecha y otra igual en su mano. Se había sentado al pie del pequeño altar y teniendo ante él una mesa de cortas patas. Sobre esta mesa había un gran tintero y muchos libros y cuadernos que el personaje en cuestión compulsaba a todo instante para luego escribir presuroso en largos papeles de oficio. Pero lo que más en él me atraía era que, sin duda, yo lo había visto ya en alguna parte. Esto era cierto. Sin embargo..., ¿dónde, cuándo?

De pronto lo reconocí:

Don Dámaso Mamiña, Notario Público en San Agustín de Tango.

¡Claro está! ¡Era él! ¡La Noche Tres, en el drama *Blenda y Feldespato!*

Luego advertí que, a su derecha, se había sentado el doctor Hualañé y, a su izquierda, el doctor Pitrufquén. Ambos doctores estaban serios, diría, ausentes y parecían más ocupados en el extraño objeto que tenían en sus diestras que en las palabras de nuestro orador y sus posibles consecuencias.

(Permítaseme describir el objeto: Según supe por Longotoma, que estaba a mi lado, este objeto se llama: *Leucoterio*. Está formado por un fino, sólido y flexible alambre de unos 45 a 50 centímetros de largo. En uno de sus extremos el alambre se dobla de modo a formar un asidero. En el otro extremo tiene ensartado un corcho común de botella. Es todo. Cogido, entonces, por el extremo del asidero, se le imprime un movimiento cualquiera que el corcho ejecuta por los aires con ritmo y suavidad. Ya son círculos, ya balanceos o cabeceos o elipses y ya, todos ellos, con mayor o menor rapidez. Pues bien, como he dicho, ambos doctores parecían despreocuparse de la escena que los rodeaba ya que se entretenían una enormidad imprimiendo a sus leucoterios variados movimientos y registrándolos en el corcho con ojos muy atentos).

Pasados pocos minutos, el Notario se puso de pie, limpió sus gafas y nos miró a todos aunque, al parecer, sin vernos y sólo como gesto de rutina.

MAMIÑA

Si el señor orador permite, debo decir que estos momentos llevan visos de debate más que de acción teatral. En mi calidad de Notario Público he tomado nota de las palabras del supra ya mencionado orador y considerando que ellas se prestan a ser libremente interpretadas por quienes las han escuchado, digo, en mi calidad de Arbitro Imparcial del también supra ya mencionado debate, que, según la Ley y por su obediencia, deben manifestarse las personas que aprueben en todas sus partes las además también supra ya mencionadas palabras del señor orador.

Visto lo cual pregunto para luego decretar:

¿Quién aprueba y desea expresar su aprobación?

LONQUIMAY

Yo.

MAMIÑA

Bien. ¿Alguien más?

Aquí, de tras el altar, salió un monje largo, largo, de ojos cavernosos y rostro chupado y pálido. Sus hábitos, aunque reconocibles como los de un miembro de la Iglesia Católica, tenían una cierta singularidad que los hacía retroceder a usanza de muchos siglos atrás. Longotoma, siempre a mi lado, me dijo que era ese monje un capellán de marcada actuación allá por los tiempos de las Cruzadas y en la ciudad de Antioquía. Alzó luego este personaje su mano derecha. Todas las miradas se fijaron en él.

CAPELLÁN

Y yo, el Capellán del Conde de Tolosa.

MAMIÑA

Bien. ¿Nadie más...? Puede, entonces, hablar el señor don Baldomero Lonquimay y luego haré de sus palabras un decreto con fuerza de ley. A continuación podrá hablar el Capellán del Conde de Tolosa y luego igual cosa haré de sus palabras.

LONQUIMAY

En la estratosfera de las vibraciones máximas, las que por su magnificencia son similares se amalgaman para redoblar su benéfica potencia. Tú vibras, ¡oh, de Comiso! Yo vibro, ¡oh, Lonquimay! Y ambas vibraciones despertarán de su letargo a los perezosos cavernarios que en cavernas se refugian encubiertos por erróneos significados de la palabra sentimiento, del concepto de pasión.

¡Hiende, pues, oh, de Comiso, con tus cohortes encendidas, hiende por cuantas Antioquías el mundo haya parido, que siempre el soldado Lonquimay seguirá tus huellas y oírás frenéticamente tus alaridos de pujanza!

COMISO

Se agradece y con fe se confía.

MAMIÑA

Quedan las palabras del señor don Baldomero Lonquimay debidamente decretadas, estampadas, refrendadas y martilladas en forma y con fuerza de ley.

Podemos ahora escuchar al Capellán del Conde de Tolosa.

CAPELLÁN

Yo, mísero pecador y humilde siervo de Nuestro Señor que está en los Cielos; yo, fiel capellán de mi amo el cien veces respetado Conde de Tolosa; yo apruebo las palabras todas

del orador porque nada de inaudito ni extraviado piden ya que son eco de la eternidad en éste nuestro mundo.

Se nos ruega que vayamos a Antioquía y que en Antioquía actuemos como en Antioquía debe actuarse, como allí debe actuarse ahora, antes, después y siempre.

Es éste el ruego que, por boca de humano, nos hace Nuestro Señor que está en los Cielos.

Un ruego Suyo es Su sagrada voluntad.

Y tal ella es porque lo que allá, en esa mi Antioquía, parece ya haber acaecido y ya no subsistir, sigue acaeciendo y subsiste aún pues no ha sido agotado ni exprimido ni menos superado, por lo tanto no ha recibido la absolución.

Vamos, pues, a Antioquía; aparezca, pues, Antioquía; ¡revélese que aquí está!

Y si el muy benévolo señor don Fidey de Comiso puede hacerla revelarse y en ella vivificarnos, ¡que lo haga, que lo haga!

Que la bendición recibirá de Nuestro Señor que está en los Cielos.

COMISO

Lo haré, os lo prometo, de todo corazón.

MAMIÑA

Quedan las palabras del Capellán del Conde de Tolosa debidamente decretadas, estampadas, refrendadas y martilladas en forma y con fuerza de ley.

Y ahora el debate está abierto.

Ya hemos oído a una de las partes y para ella hemos recibido dos valiosas adhesiones. Si existe parte contraria, ruego que se haga presente y exponga sus razones.

LORENZO

Existe, señor Notario. Me ofrezco para exponer sus razones y defenderlas siempre que, claro está, se me autorice para ello.

TODOS

¡Sí, sí!

MAMIÑA

Queda autorizado el señor don Lorenzo Angol para exposición y defensa.

LORENZO

Señores míos:

Permitidme resumir, estrujar las palabras de don Fidey de Comiso. Son palabras que incitan a actuar. Permitídmelo, entonces, para que con claridad sepamos hacia dónde va a ir nuestra actuación.

Ha dicho el señor de Comiso:

1º) Que el tiempo para la humanidad apremia, y que apremia porque el mal que se avecina es espantoso;

2º) Que el hombre es disputado en su destino por dos fuerzas contrarias que lo desgarran: la fuerza de los instintos —a los que acopla los sentimientos—, y la fuerza de la mente;

3º) Que, tal como están las cosas, la fuerza que vence es la primera, sea la de los instintos;

4º) Que la segunda, sea la de la mente, a pesar de ser la superior, es vencida por pertenecer a la región de las ideas puras, región a la que muy pocos hombres quieren ir;

5º) Que el Teatro, al fin y al cabo, forma parte de la región superior de las ideas puras;

6º) Que todo espectador se ve obligado, frente al Teatro, a activar su mente, es decir

que avanza hacia la región superior, gracias a un mecanismo de sus propios problemas que, recordaréis, fue debidamente explicado;

7º) Que el espectador, a pesar de la activación de su mente, vuelve sin remedio a sus sentimientos –o instintos– causando así la crisis del Teatro, sea de lo superior;

8º) Que en vista de que lo superior se pierde ante lo inferior, hay que desencadenar hondas, tremendas pasiones teatrales que, al apoderarse de cada cual, le activen de tal modo la mente que en ella llegue a ver su aliada, su salvadora; y...

9º) Que en este desencadenamiento pasional –o instintivo– no hay peligro alguno porque tras él la mente vigila ya en papel devenido preponderante.

Todo esto es magnífico y ha sido hilvanado por mano maestra. Estoy cierto de que, durante no pocos momentos, todos nos hemos sentido poseedores de la llave que abre las puertas de regiones anheladas por su indiscutible superioridad.

Por esto mismo, por esta magnificencia, ¿pueden dejarse en suspenso las objeciones que ella nos haya suscitado? No, señores míos; tales objeciones no pueden callarse.

Si se callan es partir con cuentas sin cancelar. Es decir, es huir.

Voy, pues, a mis objeciones. No creáis, señores, que pretendo plantearlas; menos aún imponerlas. Voy, simplemente, a deslizarlas para que, flotando sobre los conceptos de nuestro orador y sobre las piezas teatrales que, en su sentido, tengamos oportunidad de ver.

Al flotar, si mis objeciones son superfluas, se desvanecerán solas. Si no lo son, no hace falta que venzan de inmediato lo que a ellas sea contrario. Si no lo son, filtrarán con lentitud su contenido y, al final, impondrán lo que tengan que imponer.

Hubo algunos aplausos pero la santidad del sitio los hizo callar. Nos arrellanamos bien en el fondo de nuestros reclinatorios.

Aquí la vieja tosió por tercera vez. De inmediato volvimos a ver que no estábamos en el sitio donde nos correspondía: "nuestra morada". Un sitio donde un tosidito puede ir y venir a merced de los ecos y así llegar a las enfermedades que, a su vez, se balancearán a merced de los ecos hasta encontrar un hombre que les sirva de vehículo, un hombre que conduzca al hospital. ¡El hospital! ¡Anhelo, paraíso soñado de todas las enfermedades, el hospital donde se les cura, donde se ocupan de ellas, donde toman la importancia máxima, donde se les tortura, es cierto, pero donde se les revela *quienes son!* ¡La fuerza que tienen, el lugar que ocupan, las posibilidades alcanzables, su destino, su ser! Donde se les cura... mas sin saberse, sin que ningún médico ni nadie, se haga la pregunta de fondo: "¿Por qué hay que curarlas e impedir, de este modo, que todas las viejas tosan y tosan siempre, tosan en la grandeza de las catedrales, tosan hasta que se descifre el mensaje que trae una vieja que tose en una catedral?". Nosotros rozamos la existencia del mensaje. Nada desciframos. Su tosidito nos retumba con un eco apocalíptico y temblamos.

Luego oí un chirrido agudo, destemplante, un grillo martirizado con un taladro. Era Valdepinos que resbalaba desde lo alto de su columna. Llegó a mi lado y se arrodilló en un reclinatorio. Me sorprendió este gesto. Me habló: que abandone esta capilla, arriba está mejor, arriba en su columna; de allí saldrá la luz, saldrá lo bueno, lo útil, lo actuante; aquí es una vana escolástica; si no nos juntamos varios, muchos, esto no terminará jamás; suba y verá. Luego se levantó, se alejó y volvió a trepar.

Vacíé un momento. Fue lo bastante. Lorenzo me tomó nuevamente. Hablaba con seriedad:

–La penetración en otras vidas es algo contranatura. No existe derecho alguno a amalgamar vidas diferentes. Cualquiera amalgama es inmiscuirse en lo que no nos incumbe.

Esto sólo puede hacerlo un egrégor superior, esos egrégores siempre dispuestos a ayudarnos. Quisiera que el señor de Comiso me citara un solo caso en que un hombre, sea chino o lo que sea, lo haya hecho. No puede citarlo porque ese hombre no existe. El deber es perforar a cada uno por sus propias vías, que al fondo está el total de vidas, sea la humanidad. El desate de vidas del alma tiene que llevar a males de aislamiento, asociales. No son experiencias.

Don Fidey de Comiso rebatía:

—Es por falta de celeridad y ésta proviene de una voluptuosidad. Sí, señores, la voluptuosidad de detenerse en la regresión de los humanos. Es decir, la voluptuosidad, la morbosidad de ustedes los intelectuales. El teatro de Fa va, por lo menos, a una intelectualidad posible.

Lorenzo Angol rebatía:

—El teatro del señor Fa se dirige a una "obra común" y para ello, antes que todo, a los "sentimientos", a lo "emotivo". Si se siente el apremio es porque en la humanidad ya entra la "inteligencia". Sí, señores, la percepción nítida. Es por esto por lo que clama la humanidad.

Don Fidey de Comiso ridiculizaba:

—El señor Angol alega y alega pero la verdad es que siempre estaréis aquí. Podréis predicar lo que queráis, siempre estaréis aquí. Siempre estaréis atraído por esto o aquello. Tal vez en el fondo no queréis ir a la Bóveda porque reconocéis que es un refugio inútil. En cambio yo, Fidey de Comiso, pongo en movimiento, actúo.

Lorenzo Angol se defendía:

—El camino a la Bóveda, como todo camino serio, es inmensamente dificultoso y será siempre defendido por cohortes de la regresión que usan el medio de inyectar la costumbre opiada, es decir, la ilusión de una gran acción vistosa que satisfaga escamoteando el ímpetu natural del hombre de ir siempre más lejos. Se opia —parece paradoja— con actividad.

Y don Fidey de Comiso arremetía:

—En cada Bóveda debería haber mil personas que con sus puntas de lanzas tocaran, cada una, a otras mil. No basta, mi señor don Lorenzo, con interesar a un gato canterino ni con sacrificar a una virgen, como Chinchilla, tras tres espejos.

Y Lorenzo volvía a arremeter:

—De este modo yo estrujo hasta agotar mil sentimientos, estrujo y agoto hasta la nada el lado sensitivo. Entonces el timón ha de ser tomado por el intelecto.

Pero don Fidey de Comiso hacía ver:

—Sí; y todo ello ocurre en un aislamiento voluptuoso. Sea cual sea el resultado, corre éste gran riesgo de quedar ignorado.

A lo que Lorenzo replicaba:

—No. Olvida usted el papel de Rosendo Paine.

Aquí un gordo bostezó. Bostezó con un pantagruellesco y sardapálico bostezo.

—¡Oh, Dios santo! —oí que, a mi izquierda, decía el capellán del Conde de Tolosa—. ¡Santo Dios! El tiempo apremia, se precipita.

—Hay algo malo aquí, hermano mío —oí que le susurraba el fraile que a cada rato se asomaba—. Hay algo malo. ¿Se ha averiguado cuál ha sido el pasado de la gente que hoy toma el mando? Sépalo usted, hermano mío: la inteligencia que nos ha dado el Altísimo y que, por intermedio de nuestro Santo Padre de Roma se nos reparte ecuánimemente

colocándose desde el Vaticano en el momento de nacer, debe ser cultivada, en el campo de batalla entre Dios y Lucifer, del modo siguiente:

- 1) Hasta los 7 años: luchan solamente los padres siguiendo los mandatos de la Iglesia;
- 2) Hasta los 14 años: pasan los padres, poco a poco, la educación, a los representantes de la Iglesia;
- 3) Hasta los 21 años: la Iglesia misma enseña al joven a ir luchando por sí pero siempre vigilado y ayudado;
- 4) Desde los 21 años: ¡lucha solo! Pero ante cualquier revés o aun cualquiera duda, debe correr a la Iglesia en demanda de auxilio.

—Veo que los tiempos han cambiado un tanto —respondió el Capellán.

—Cualquier tjeretazo es negativo —decía don Fidey de Comiso—. Vosotros, los llamados intelectuales, os placéis en los tjeretazos negativos. Y quede bien entendido que llamo yo "tjeretazos", a los hombres que del total se separan de un golpe...

"Deben las llagas del alma fundirse en una obra que las supere, es decir, común. Común es todo aquello que abarca. Las llagas se alimentan exclusivamente de ellas mismas. Esto proviene de reducir el Universo al ego.

Comprendí que algo cansado debería yo estar. Sin duda algo andaba a tientas. ¿O sería el mal que nos acomete a todos? Porque Lorenzo no soltaba, no. Antes decía:

—Las llagas no son del ego. Las llagas forman, a su vez, un universo completo que puede perderse, hundirse con todo, desaparecer. Despertar llagas es aumentar el número de soldados de este mundo de reversos. Es el Infierno. El Infierno.... es.

Javier de Licantén se acercó a mí y me preguntó:

—¿Respecto a quién? No deja de tener gracia. El infierno, el infierno... ¿Y si fuéramos llagas? ¿Lo ha pensado usted alguna vez? Por lo demás lo somos para ellas, no le quepa a usted la menor duda, lo somos.

Lorenzo seguía impertérrito:

—Si las experiencias que nos va a dar el teatro del chino Fa pueden desatar tan malas cosas, ¿no es mejor dejar las cosas como estaban? Hacer un teatro lleno de entelequias y que, al mismo tiempo, deje en plena libertad para abandonarlo y olvidarlo a quienes tal desate les haría daño. Abandono y olvido, sí; pero el llamado a buenas cosas allá queda y cada cual puede acudir hacia él cada vez que sienta la necesidad de hacerlo.

"Hacer propia toda vida que se presenta me parece nefasto. Creo, por el contrario, que hay que escoger una sola vida como propia y sumergirse en ella. ¿Es esto limitarse? No. Porque toda vida lleva *además* —como cada hombre aislado— el reflejo del Universo total.

Desiderio Longotoma saltó lleno de fuerza:

—¡Buen resumen —exclamó—. Por su bondad y excelsitud, gritemos todos: ¡Olé!

Inmediatamente Javier de Licantén intervino:

—No sé si puede escogerse esa palabra para clamar nuestro asombro. De más decir que en mí, al menos, no hay asombro alguno. Pero vamos al hecho mismo: la palabra pregonada por don Desiderio Longotoma me es esencialmente españolizante. Aquí debemos hablar como en Chile...

Pero don Dámaso Mamiña se alzó presuroso. Agitaba un timbre en la mano. Dijo con voz tonante:

—¡Ruego a todo el mundo volver al tema! ¡No permito más que se alejen de lo que hay que tratar! ¡Al tema, señores, al tema! ¿O se ha filtrado aquí una gota de alcohol? ¿Es

posible, señores, es posible? ¡Vamos al grano, señores, al grano! ¿Qué se discute? Habíamos empezado por un planteamiento sereno, objetivo, hecho por el señor Lorenzo Angol, planteamiento con 9 puntos que iría a rebatir, uno tras otro, para ver si convenía o no convenía ir al teatro del chino Fa. ¿En qué ha quedado todo ello? ¡Palabras, palabras y palabras! ¿O nunca, nunca, jamás se logrará salir de ellas para ver qué es lo que se quiere discutir? ¿O nunca, jamás se va a saber distinguir qué es lo para hablado y qué es lo para actuado? Hay aquí un deseo de simplificar demasiado la cosa, simplificarla tanto que no ha de ir a parte alguna, ha de quedar en su sitio, en su puesto, inmóvil. Hace ya no sé cuánto rato que estoy aquí y no se avanza ni se retrocede un paso. Pero decidme de una vez: ¿qué se discute? Estamos en la víspera de ir todos a Antioquía, todos o los que quieran. ¿Y...? Discutiendo sobre el futuro... ¿O estáis pagados ambos para enredar y mistificar todo esto? Pero ¿pagados ante quiénes? Si no hay nadie a quien convencer. Si aquí hay seriedad, vamos al grano, señores, al grano: yo, por lo que veo, llego a la conclusión de que ambos contendores están de acuerdo, plena y totalmente de acuerdo en lo que a *amplitud* del hombre se refiere. Discrepan tal vez sólo en el método de realizar esta amplitud. Uno de ellos no lo ve posible encerrándose en una Bóveda; el otro, desatando los instintos. Pasa, pues, la polémica de fondo a "métodos". A su vez ven que los métodos deben cambiar según la contestación a esta pregunta: "¿Existe o no existe el Infierno?"

Don Fidey de Comiso respondió: No.

Lorenzo Angol respondió: Sí.

El Notario siguió:

—¡Bravo, señores! Ahora bien, ¿podría usted, señor don Lorenzo Angol, resumirnos qué desea, cuáles sus fundamentos para alegar esto a aquello?

Lorenzo contestó:

1º) Olvidan que cada hombre es reflejo del Universo;

2º) Quiero ver una suerte individual, si ella va hacia la felicidad o hacia la desgracia;

3º) La obra común —pregonada por don Fidey de Comiso— fue, en el pasado, la elevación de catedrales; hoy quiere que sea un teatro esplendoroso y demás;

4º) Prefiero la Bóveda silenciosa;

5º) No hagamos hincapié en nuestras divergencias pequeñas; ambas están de acuerdo en la amplitud del hombre;

6º) Acepte, entonces, al hombre aislado; merece atención;

7º) El hecho de hacer una obra común, ¿desata sólo lo bueno, noble y útil?;

8º) ¿O despierta, por miedo, perversiones del alma?;

9º) El hombre ¿tiene derecho a precipitar las evoluciones de los demás o debe actuar colaborando con su ritmo?

"Eso es todo, señor Notario.

—Lo habéis oído, señores. Entonces poneos a nuestro servicio inscribiéndoos lo antes posible para formular una votación. Luego podréis hablar o no hablar, como queráis. Pero inscribirse ante todo.

Fuimos 15 los que nos inscribimos:

1) Desiderio Longotoma: Con Lorenzo Angol —por recuerdo de sus experiencias con los conos;

2) Teodoro Yumbel: Con Lorenzo Angol —por voluptuosidad de la quietud;

3) Rubén de Loa: Contra ambos —pues sólo quiere pintar;

4) Jacqueline: Con Fidey de Comiso –porque se aburre y, al fin y al cabo, es mejor ir a Antioquía;

5) El Fraile: Contra ambos –por recuerdo de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana;

6) Rosendo Paine: Contra ambos –por su hombría;

7) Nora de Bizerta y Ofqui: Contra ambos –por hombría de Rosendo Paine que le parece ser también del capitán y no de Baldomero Lonquimay;

8) Tiburcio Azapa: Con Fidey de Comiso –por revolucionario; (a éste yo no lo conocía; había aparecido de pronto y ahí estaba);

9) Javier de Licantén: Con Fidey de Comiso –pues encontraba más extraño lo de éste y le daba ocasión de hacer un poema sobre la obra común;

10) Isidra Curepto: Voto en blanco –no dejó de repetir: “¡qué raro, qué raro!” y desapareció;

11) Baldomero Lonquimay: se consideró su voto en blanco –en vez de votar bufó y tembló todo el rato;

12) El Capellán: por Fidey de Comiso –por el hecho de ir a Antioquía;

13) Onofre Borneo: voto en blanco –pues me asaltaron mil dudas aunque me inclinaba a Fidey de Comiso;

14) Dámaso Mamiña: por Fidey de Comiso –pues bien había que ir a alguna parte;

15) Arqueador: por lo que ocurra –pues tal era su rol; (este “arqueador” –de la palabra “arqueo” – apareció en el último instante y fue el último en votar; hizo las veces de Notario).

Respecto a Urbano II y a José Miguel Carrera, durmieron todo el rato y no se pudo saber qué podían pensar. Cuanto a los doctores Hualañé y Pitrufrquén, siguieron jugando con sus leucoterios y no hicieron caso de la votación.

De pronto me acordé de la columna de Valdepinos. ¿No se estaría mejor en ella? Miré a mi alrededor y noté que, fuera de Isidra Curepto, todos estaban allí y comentaban lo que acababa de ser votado. Era el momento de preparar. Ahora o nunca. Me alejé del grupo lentamente. Di un paso fuera de la capilla. Contemplé por última vez las figuras inmóviles de las vidrieras. Avancé poco a poco por entre trozos de oscuridad y luz que caía no se sabe bien por dónde. Junto a una columna don Fidey de Comiso le explicaba a Lorenzo Angol:

–Vea usted, amigo mío, he ganado yo. Después de todo, ¿qué importa? Ahora es cuestión de hacer un buen ánimo y... ¡adelante! Ambos estamos de acuerdo. Pensemos en Mamiña y lo verá usted: el aislamiento que usted pregona, lo llamo yo “tijeretazos”; el teatro esplendoroso que pregonó yo, lo llama usted “amalgama”. ¿Y qué? Puede usted perder una noche más y venir con nosotros. Piense en Mamiña, amigo mío: cuestión de “métodos”, nada más; cuestión de...

Seguí avanzando. Al fin me encontré con el pie sólido, el pie vetusto, enterrado por siglos en la tierra, el pie enorme que se iba hacia arriba, dejando de ser pie y convirtiéndose poco a poco en..., en..., ¿en qué?

En esto estaba meditando cuando una voz, desde lo alto, me llamó:

–¡Onofre! ¿Vienes o no vienes?

–¡Sí! ¡Allá voy!

Trepé suavemente. A medida que subía se despojaban de mi mente tantas controversias. Había que ir a Antioquía. Había que ir, que ir, que ir... Quise volver y enmendar mi voto. No. Mejor que quedaran las cosas como estaban. Subamos. Al fin y al cabo mi voto era en blanco. Estaba dispuesto a todo. Subamos.

Alrededor de lo alto de la columna estaban todos los amigos de Valdepinos. Es ésta una simple manera de hablar: pongo como eje a Valdepinos porque por él tuve conocimiento de que allá arriba se reunía mucha gente. Valdepinos me los presentó.

—Es más sencillo —me explicó— que estar averiguando a quienes conocía usted ya y a quienes no conocía.

Isidra Curepto: Me había precedido minutos antes; allí estaba llena de gestos, a manera de los pintores, y de frases cortas y pedantes;

Remigio Natales: Me lo presenta como a un filósofo profundo, como a un verdadero pensador; leía, en aquel momento, a Spinoza y, de cuando en cuando, elevaba la mirada;

Doctor Mangual: Leía, a su vez, un tratado de "Medicina legal"; sonreía amablemente y miraba con ojos de detective; recuerdo que dijo: "Si vamos a Antioquía, pueden necesitarse mis servicios";

Perpetua Mamoeiro: Displicente, mostrando senos y piernas; cada vez más cortesana, fumaba y bebía y rabiaba, entrecortando estas rabias con grandes carcajadas; a veces se emocionaba hasta las lágrimas;

Señora de Viluco: Apenas me vio me dijo: "Ya que todo esto es literatura, vine con mi marido que espera abajo"; toda ella es un "salón intelectual"; profundiza pero sin salirse del buen tono; pide un cierto acuerdo entre todos;

Irineo Pidincó: ¡Dale con los garbanzos! Me dijo de inmediato: "Desde esta altura y a través de aquel tragaluz, diviso mis garbanzos". A cada rato hacía gestos de concentración y lanzaba signos cabalísticos por el tragaluz;

Romualdo Malvilla: Completamente ebrio; apenas me vio me tomó de un brazo y, mostrándome hacia abajo, me dijo: "Cretinos imbéciles; no ti inojís, ñatito; tú, no; éstos de allá abajo... unos imbéciles cretinos, toos...";

Bartolo Traiguén: Me extrañó verlo allí arriba y me pregunté cómo habría sabido de la reunión. Con gestos de gran señor, sacaba cuentas, calculaba, hacía cheques.

—Querido amigo —me dijo Valdepinos—, todas estas gentes están en contra de la capilla lateral, de esos engominados teoréticos. Toda esta gente quiere Antioquía.

Luego me llevó hacia un lado y me alabó a cada uno de ellos con ditirambos exagerados; las mujeres, por ejemplo: Isidra Curepto, alta intelectualidad; Perpetua Mamoeiro, profunda voluptuosidad; señora de Viluco, cordura literaria, la *sagesse*. Y los hombres, otro tanto: Natales, el filósofo sabe que la luz está en lo alto; Mangual, la ciencia del terrible y real diario vivir; Pidincó, la ciencia de lo abstracto tenebroso; Malvilla, el trago en oposición a la filosofía luminosa; Traiguén, el hombre de las realidades, de los pesos, aquí y no abajo... ¿Qué más pedir? ¿Dónde un conjunto igual?

A pesar de hablarme muy en serio, gira y gira tanto un ojo que no puedo desmentir su fondo de cinismo y de mofa ante todo. Exagera primariamente... ¿Sí? ¿Y si fuese así la verdadera verdad? ¿Si así fuesen los hombres despojados de sus superfluos?

Me senté en un rincón, solo. No, no había duda posible: esto lo sentí plenamente a pesar de que a mi alrededor se hablaba de cualquier cosa: allí llegaba, desde los rincones de la catedral, de la gente anónima, del teatro de Curihue, acaso de todas partes, un hálito de descontento hacia el grupo de la capilla lateral. Se le criticaba su ociosidad charlatana, su vanidad ante lo real y dedicarse a hacer, en cambio, demasiado en sus cabezas masturbadoras. Se le criticaba vivir en literatura, es decir, agrandar lo mísero cotidiano hasta que dé la sensación de una gran tragedia. Con frases sueltas, oyendo a medias, veo que todos sienten igual. Es un murmullo de protesta, sordo y temible. Hay que actuar ya, hay que

actuar pronto y de fondo. Además, por la acción ha de deslizarse el teatro de Fa y, como sea, todos ya somos cómplices de él. Hay que lanzarse a Antioquía.

Valdepinos se acercó a mí:

—Estaban ustedes allá abajo como los tíos ésos, ¿recuerda?, de *Llegaron a una Ciudad*. Lo que hay que conquistar, lo miran y comentan ante un público separado allá en la platea. Lo hacen como los ebrios, entre ellos y nada más. Bajemos, amigo, y hagámosles que se muevan.

Luego se volvió hacia los demás y les dijo:

—¿Vamos hacia abajo? Allí veremos de qué se trata y, enseguida, los haremos ir a todos a Antioquía.

Bajamos suavemente. A menudo nos interrumpíamos a discutir un detalle curioso de arquitectura. A mí, personalmente, me interesaba ver a Malvilla, ebrio como una cuba, bajar a su vez, opinar a su modo ante cualquier cosa, creer, en su cerebro mil veces dado vueltas, que se trataba de ir a Antioquía y nada más y que todos esos detalles arquitectónicos que nos detenían eran pretextos para aumentar nuestros ímpetus de viaje. Al fin llegamos. Poco a poco nos fuimos acercando a la capilla lateral. ¡Todavía discutían! Ahora, aferrados al resultado de la elección, se peleaban desafortunadamente. Oí que Desiderio Longotoma decía:

—El eje imantado que atrae...

Pero Baldomero Lonquimay lo interrumpía:

—Hasta que en él la fuerza centrífuga anule al imán y nos lance a las galaxias.

Pero de pronto me di cuenta de que nada de esto importaba mayor cosa. El centro de la discusión había terminado. Don Fidey de Comiso y Lorenzo Angol se habían retirado y se paseaban conversando con éste o aquél. Ya la discusión se iba destiñendo. Frases como la que acabo de citar eran los últimos resplandores de un fuego que se extinguía.

Por lo demás pude notar que tanto Urbano II como Carrera se habían despertado, se estiraban y se acicalaban lo mejor que podían. Por otro lado los doctores Hualañé y Pitrufrquén habían dejado sus leucoterios y se paseaban de un lado a otro. Todos parecían contentos, se saludaban y se dirigían mil pequeñas frases, al parecer muy amables por las sonrisas que eran recibidas. Divisé a Rosendo Paine que, aburrido, conversaba con Ascanio Viluco; divisé a Taita Higuera que avanzaba por un corredor con pasos macilentos; también, al Fraile que, más que solícito, ahora parecía cumplir su misión con bastante eficacia; la vieja, que en la Catedral tosía, allí estaba también, arrinconada en un rincón; en un turiferario que pasó anhelante junto a mí, reconocí a uno de los pinches de Curihue; en fin, no voy a seguir esta enumeración; baste con que diga que allí —es decir, a lo largo de la Catedral que se diseminaba hacia todos lados— estaban, creo, todas las personas conocidas por mí junto a miles de otras que veía por primera vez. Circulé junto a ellas, saludé repetidas veces, me detuve algunos instantes. Al fin me quedé contemplando la gran rosa lateral que brillaba con un resplandor inusitado. Allí estaba cuando el doctor Hualañé se me acercó, me tomó de un brazo y me pidió que lo acompañara. Nos paseamos unos cuantos pasos para un lado y otros tantos para el otro. Me explicó el doctor:

—A pesar de los descontentos, la cosa se concretiza. Creo que pronto hasta los métodos estarán de más. Créamelo, amigo Borneo, que Otelo tiene la clave. Se lo acabo de decir. El general estaba tan atribulado que algo me inquieté. Pero luego me di cuenta de que era a causa de ver que tanta gente ilustre toma superficialmente su problema *permanente*. Le pedí que lo hablara de nuevo. Miró para todos lados como buscando un sitio adecuado.

Yo, entonces, lo encaminé hacia el Altar Mayor. Al verlo se pintó en su cara una expresión de contento. Así es que nada raro..., se lo aseguro, nada raro... No olvide que el drama de Otelo siempre está sucediendo, como suceden muchos, muchos dramas más...

Luego, mientras sigo deambulando, oigo en un rincón que el chino Fa le dice a don Fidey de Comiso:

–Bien, bien, dependerá de Otelo. Véalo, don Fidey. Está como subyugado con el Altar Mayor. A lo mejor, nos habla. Pero apenas termine su discurso, invite usted al público a..., digamos a la Sacristía, por ejemplo. ¿Entendido?

Así estaba la cosa, sin centro ni sin eje, así sucedía o se dejaba suceder, con frases aisladas, con proyectos que van y vienen, sin nada de real, de concreto, de peso, que formulara; así estaba y seguía la cosa diluyéndose en sí misma, a pesar de tanto pájaro que revoloteaba por los aires; así seguía y seguía, cuando de pronto la vieja tosió por cuarta vez.

¡Santo ruido! ¡Oh misterio y milagro de un tosidio! Fue esto lo que unió a todo el mundo, lo que lo distrajo de su distracción balanceante y lo concretó hacia un punto, uno solo: el Altar Mayor.

Había que ver cómo la gente se allegaba a tan santo sitio: lentamente, suavemente. Ni siquiera miraban hacia otro lado. Buscaban su lugar y allí se sentaban. Esto no duraría más de unos cinco o seis minutos. Al fin estuvimos todos reunidos.

Allá, frente al Altar Mayor, Otelo.

¡Qué majestuosa inmovilidad!

El chino Fa pasó, con movimientos lentos, de un lado a otro del Altar. Al llegar al extremo opuesto, cogió un bombo y dio sobre él un golpe. Entonces Otelo habló:

–Resurgen las dudas aquí, frente a este Altar Mayor. Veo en todos vuestros rostros, las vacilaciones. Es lastimoso que ellas tengan como asiento las pequeñas cosas. Os preguntáis en este momento si habéis estado dopados, si éstos son o no son actores profesionales, si se trata aquí de trucos y qué sé yo. Todo ello es inexistente. Cuanto al momento, igual cosa: que fuese entonces, que sea ahora, que vaya a ser después... En cambio mi drama está siempre sucediendo. Es un drama en permanencia. En todo momento y en todo lugar, Otelo está estrangulando a Desdémona.

En contados momentos vosotros os enfrentáis con este drama, de tal modo que os da la impresión de verlo materialmente, de que tiene un principio y un fin. Antes de que la cosa ocurra, Desdémona no ha sido estrangulada aún y puede no serlo nunca; después, ya fue estrangulada y se acabó. Sólo un vago presentimiento os hace saber que la cosa se podrá repetir. Entonces os empeñáis en poner término a este drama elevando más y más obstáculos para que vuelva a suceder, sin daros cuenta de que siempre sigue, callado, agazapado en la conciencia, nutriéndose día y noche con cuanto le rodea, mudo pero siempre presente.

Debierais colocaros, vosotros hombres, más a menudo, constantemente con lo que es constante, haciendo un esfuerzo poderoso para elevaros hasta él. Mas sólo lo hacéis con medios temporales. Es el error. Proviene este error de que si empleáis medios constantes, la gente no se emociona y pasan estos medios sin dejar rastro alguno.

Si el teatro de Fa quiere salvar este mal, ¡bendito sea! Ojalá haga vivir todo drama tantas veces y tan intensamente que su repetición e intensidad conecten la conciencia del hombre con ese permanente.

He vuelto a estrangular; lo acabáis de ver. He repetido y la intensidad ha sido alcan-

zada. Pero una intensidad al revés. Fue necesario poner rejas, para impedir que los bajos sentimientos se desataran en vosotros. Como sea, la intensidad se produjo.

¿Vais, por esto, a cambiar de mentalidad? ¿Va a ser otra la mente que os va a dirigir? No os apresuréis. Poco a poco iréis ingiriendo y así iréis alimentadoos en el mundo de lo permanente. Tal vez ahora o mañana, olvidéis y no sufráis influencia alguna. Pero todo marca, todo taladra. Un día sentiréis la influencia pero... la sentiréis de otro modo. No forzosamente ante vuestra conducta con las mujeres amadas, ni vosotras mujeres, ante la conducta con los hombres amados. No. La sentiréis con cosas muy diferentes, acaso... Pues ello obrará por resonancia, por tesitura del drama mío con sus afines aunque usen de otros hechos y de otros instrumentos.

No localicéis nada ni en el tiempo ni en el espacio. Localizadlo todo en el tiempo y en el espacio de siempre.

Hubo un silencio de tumba. Nadie hablaba, nadie se movía. De pronto vi que Otelo recogía, en el silencio mismo, las preguntas que se le formulaban, pues dijo:

—¿En qué hablé? ¿En qué cabalgué? ¡Nada! Estrangulé. La estrangulación no se habla, no se cabalga, porque es perenne. No sucede; es. No es que sea estática por no ser aún dinámica. Es el final de un ciclo. Pero estos ciclos son largos, largos. Muchos y muchas tendrán que caer todavía.

Las grandes cosas no se hablan. Las grandes cosas se ejecutan. Cualquiera que sea el ruido que se escape de entre los labios, ello no tiene importancia alguna. Las grandes cosas se ejecutan.

¿En qué idioma habló Cristo? ¡Imbéciles! Jamás habló, jamás pudo hablar. Mudo se presentaba, pasaba. Y los evangelistas y apóstoles, aterrorizados, clamaban. Y se clamó. Por eso los evangelios fueron escritos siglos después. Fueron escritos cuando aquel silencio logró llegar a una cristalización y pudo entonces vertirse en idioma.

Todo lo grande se ejecuta. Después vendrán sus traductores a los diferentes idiomas. Todo lo grande...

¿Quiere decir esto que lo mío, que mi drama es tan grande como las palabras del Salvador?

No, señoras; no, señores. Mi drama hay que mirarlo bajo otro punto de vista. No hay que olvidar jamás que todo anverso tiene un reverso. Sin los reversos, los anversos no se verían; sin los anversos, los reversos serían la ley natural. Y creeríamos, nuevamente, en la inmovilidad.

Valgo tanto como una palabra de Cristo, como esas palabras jamás pronunciadas. Valgo tanto como ellas siempre que mi acto pueda ser aniquilado.

Porque de un lado están los que hay que enaltecer; del otro estamos los que hay que borrar. Pero... ¡cuidado! Que nada se borra sin haberse vivido plenamente. Cuando sintáis que aquello os es inútil, cuando lo miréis con la más absoluta indiferencia, cuando todo vuestro sentir esté fuera, esté lejos..., entonces sí, podréis comenzar a decir que hay un muerto más, un muerto más... ¿Y qué?

Sobre cadáveres haréis vuestra marcha.

—¿Y si pasáramos a la Sacristía? —preguntó don Fidey de Comiso.

Fa sonrió aceptando. Todos aceptamos. Amables y tranquilos, como en una correcta tertulia, pasamos a la Sacristía, departiendo sobre variados temas de actualidad.

Nos instalamos pacíficamente. Parecíamos unos turistas y, en verdad, empezábamos a serlo. Con recogimiento deambulábamos admirando los hermosos cuadros y una que otra

escultura. Entre éstas recuerdo un pequeño Varrechio. Entre aquéllas, un Poussin, un David, dos Salvator Rosa y un Teniers. Cuanto a Urbano II y a don José Miguel Carrera, se nos habían adelantado y ahora dormían tranquilos en sendas butacas.

De pronto fue el barullo. Entraron azorados el Capellán del Conde de Tolosa y el Fraile de nuestra Catedral. ¡Escándalo! ¡Sacrilegio! Alguien –vaya uno a saber quién– había colocado en la mano derecha de la estatua de Bahamundo I de Tarento, que estaba en una de las naves de la Catedral, un pincel, un viejo y sucio pincel...

Consternación general.

–¡Id a buscarlo!

Salieron ambos religiosos y un minuto más tarde estaban de regreso con el pincel.

Pedro el Ermitaño lo cogió. Hicimos corro junto a él. Silencio. Pedro el Ermitaño lo miró largo rato. Luego lo miró con una lupa que extrajo de su bolsillo. Luego lo puso en un leucoterio y lo hizo balancearse. Nosotros, atónitos, lo veíamos como subía y bajaba. Luego dijo:

–Siendo yo el gran descubridor de objetos venerables –de inmediato comprendimos que hacía alusión a la Sagrada Lanza– sé tanto sobre ellos que no vacilo en proclamar que es éste el pincel de don Diego de Silva y Velázquez, el pincel con que este gran pintor, dentro de algunos años, o sea en el siglo xvii, va a dar el último toque a su cuadro de “Las Meninas”. Este toque caerá sobre la cabeza del perro.

¡Entusiasmo! ¡Delirio general! ¡Exclamaciones de todo el mundo! Esto quería decir, ni más ni menos, que en Chile habría grandes pintores, numerosos pintores. Las gentes se abrazaban.

Pero al cabo de algunos minutos, como una marea de fondo, empezaron las dudas a surgir. ¿Qué pruebas había de tal cosa? ¿Bastaba una mirada con lupa y una danza al leucoterio del tío ese? Y cuanto a la Sagrada Lanza... Ya sabíamos el cuento. Las gentes vacilaban; los gestos incrédulos aumentaban... cuando...

¡Alarma!

La trajeron Taita Higuera, el filósofo Natales y el pinche turiferario.

¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Nada menos que manadas y más manadas de pumas encolerizados y bandadas y más bandadas de peucos y cardúmenes y más cardúmenes de pejegallos estaban rodeando nuestra santa Catedral. Las aguas del río Santa Bárbara eran ya espesas; el cielo se cubría de más en más hasta ocultar el brillo de las estrellas; las sendas y potrereros eran un ir y venir de bestias. A lo lejos, por los senderos cordilleranos; en lo alto por todos lados; en el río por sus tieldosas aguas; se veían, en medio de la noche, cual millaradas de luciérnagas, resplandecer los ojos de pumas y más pumas, de peucos y más peucos, de pejegallos y más pejegallos... Todos, todos ellos en demanda de nuestra vieja y venerable Catedral.

A combatir al enemigo, nuestra salida fue heroica.

El 1<sup>er</sup> cuerpo –en el que tuve el honor de formar parte– fue comandado por Pedro el Ermitaño, pincel de Velázquez en mano; sus secuaces llevábamos otro pincel en la mano. El 2<sup>o</sup> cuerpo, por don José Miguel Carrera a cuyos talones corrían todos los hombres de la época de la Independencia; llevaban éstos un viejo fusil. El 3<sup>er</sup> cuerpo fue entregado a las órdenes de Perpetua Mamoeiro, lanzando tales gritos y gesticulando de tal modo que era algo ensordecedor; igual cosa hacían sus seguidores. El 4<sup>o</sup> era capitaneado por Urbano II que blandía una cruz y sus seguidores habían sido provistos cada uno con una cruz más pequeña. El 5<sup>o</sup> cuerpo era mandado por el Pinche de cocina, y sus hombres estaban pro-

vistos de piedras. El 6º cuerpo, por Bartolo Traiguén y cada soldado llevaba una antorcha. Por fin el 7º cuerpo lo mandaba Romualdo Malvilla y cada secuaz de él llevaba un revólver. Baldomero Lonquimay se negó a alistarse, no tomando parte en ningún cuerpo; sólo atacó blandiendo su capa.

La reyerta fue atroz.

¿Qué más decir? ¿Vale la pena entrar en descripciones más o menos largas para describir lo que cada cual se está imaginando? Fue la reyerta sencillamente atroz. Sobre todo en lo que concierne a los pejegallos que se deslizaban por las aguas del Santa Bárbara con velocidad inaudita. Era el caso de que cada uno que... Pero, en fin, no voy a cansar a los lectores describiendo tales cosas que sobrepasan, desde luego, toda imaginación.

Después de este ataque, pumas, peucos y pejegallos retrocedieron. Hasta hoy no se ha vuelto a saber nada de ellos. Ya en la Sacristía nos desarmaron y nos lavamos comentando nuestros hechos. Cada cual alabó en forma desmedida sus armas; hubo quienes gritaron en homenaje a sus bondades; todos mostraban las propias como las principales portadoras de la victoria. Yo poco hablé; me limité a escuchar. En fin, en esto estábamos cuando ví que el capitán Angol —después de cuchichear con el chino Fa— nos pidió que tuviéramos a bien pasar a la Sala del Tribunal.

Al lado opuesto de la Sacristía estaba la Sala del Tribunal. Era baja y grande. Era oscura. Algo de solemnidad se respiraba en toda ella. Al fondo había una mesa. Al centro de la misma se sentó el capitán Angol. A su derecha se sentaron Fa y Mamiña; a su izquierda, don Fidey de Comiso y el Arqueador. A la derecha había otra mesa junto a la cual tomamos sitio las siguientes personas: Lorenzo Angol, Baldomero Lonquimay, la señora de Viluco, Desiderio Longotoma, Teodoro Yumbel, Taita Higuera y yo. Formábamos el jurado. A la izquierda, en sendas sillas, los acusados. Al centro de la Sala estaban las piezas de convicción. Eran los acusados los siguientes:

Pedro el Ermitaño (pieza de convicción: pincel de Velázquez); José Miguel Carrera (p. de c.: un viejo fusil); Perpetua Mamoeiro (p. de c.: un disco de fonógrafo); Urbano II (p. de c.: una cruz); Pinche de Cocina (p. de c.: una piedra); Bartolo Traiguén (p. de c.: una antorcha); Romualdo Malvilla (p. de c.: un revólver).

Detrás de las piezas de convicción, hasta el fondo de la sala, se apretujaba la concurrencia.

—Señores —dijo el capitán Angol—, doy comienzo al primer debate. Se discutirá en él la eficacia, para provocar la fuga de pumas, peucos y pejegallos, de los diferentes métodos empleados por los diferentes comandantes de los diferentes cuerpos que participaron al ataque. Podéis pasar —se dirigía a nosotros— a contemplar las piezas de convicción y, después de oír los alegatos de los muy honorables jurisconsultos de esta causa, señores Bruno Camarones y Waldo Caracoles, os pediré que deis vuestro veredicto sin pasión de ninguna especie. Ahí tenéis las piezas de convicción: un pincel, un viejo fusil, un disco de fonógrafo, una cruz, una piedra, una antorcha y un revólver. Juzgad tranquilamente, ampliad vuestro cacumen hasta donde os sea posible, ya ampliado de este modo, pujad un punto más y el veredicto que se escapará entonces de vuestros labios no podrá ser sino el justo. Señores, he dicho.

Así lo hicimos. Cada uno de nosotros miró largo rato cada pieza de convicción y, al final, nos sentamos para oír lo que los jurisconsultos alegarían.

Alegó primero don Bruno Camarones. Dijo, en pocas palabras, que todos esos medios eran inútiles, eran nefastos, pues sólo servían para encolerizar más y más a esas fieras y si

el final de la reyerta habíase producido con la fuga precipitada de las tres especies que nos habían atacado, ello se debía exclusivamente a que tal era el destino de este ataque, que igual cosa se habría producido si otras hubiesen sido las armas que hubiésemos llevado, que esto estaba escrito de antemano y que no había ni podría haber causa ninguna para subrayar los méritos de uno u otro medio. Simple coincidencia y nada más.

A continuación se levantó don Waldo Caracoles y habló alegando que todos esos medios eran, si no eficaces cada uno tomado aisladamente, sobradamente eficaces en su conjunto, a tal extremo que no había ni podía haber ataque alguno de fieras que resistiera a tan magnífica defensa. No había más que considerar el desorden que se producía con la variedad de la manera de ataque, la perturbación que producía en el atacante esta manera de defensa, para elevar un grito de asombro a tanta sabiduría al escoger de este modo las armas necesarias.

Después de estas arengas pasamos los siete del jurado a la sala contigua. Allí deliberamos durante un corto rato, luego Lorenzo Angol escribió un informe que todos firmamos. Volvimos a la Sala del Tribunal donde Lorenzo leyó:

“Los abajo firmantes, a voz en cuello declaran –y están dispuestos a morir frente a esta verdad– lo siguiente:

“Careciendo el jurado del tecnicismo suficiente sobre psicología animal en general –y de pumas, peucos y pejegallos, en particular:

“1º) Que se encuentra en la más absoluta imposibilidad de emitir juicio alguno sobre el efecto que, en dichos animales, puede producir esa clase de ataque y con semejantes armas;

“2º) Que puede asegurar, sin vacilación alguna, que en todos los cuerpos de atacantes hubo indiscutible buena fe y benemérito ardor.

“Visto lo cual pide a la mesa principal declare absueltos a todos los acusados. Además pide que se les felicite calurosamente por el heroísmo desplegado.

Una salva de aplausos saludó esta lectura.

Inmediatamente después el capitán anunció el paso al segundo debate. Se trataría de saber si el pincel de don Diego de Silva y Velázquez era o no era auténtico. Acusado: Pedro el Ermitaño. Como jurado siguió el mismo. Como abogado, igual cosa: Camarones atacaría; Caracoles defendería. Pero antes de abrirse el debate, don Irineo Pidenco se acercó a la mesa y habló un rato con el capitán. Éste, después de oírlo, pidió un momento de silencio y nos explicó que el susodicho Pidenco proponía otros medios para llegar a una sabia conclusión. Era ésta la siguiente: proceder con obra de magia preguntando a la estatua de Bahamundo I de Taranto. Él ya lo había hecho. Según la respuesta de Bahamundo I, el pincel había caído del cielo y era el pincel auténtico de Velázquez. La proposición de don Irineo no tuvo éxito. Nadie le creyó. Todos rieron.

Entonces hablaron los abogados. Yo me dormí. Alcancé a oír las primeras palabras de Camarones negando la autenticidad del pincel; alcancé a oír las últimas de Caracoles asegurando su innegable autenticidad. Oí como mis compañeros discutían. Luego los vi alrededor de Lorenzo Angol mientras escribía. Firmé. Y la minuta fue llevada, esta vez, al capitán. Leyó éste:

“Los abajo firmantes a voz en cuello declaran –y están dispuestos a morir frente a esta verdad– lo siguiente:

“1º) Que don Pedro el Ermitaño ha procedido en todo momento con la más absoluta buena fe;

"2ª) Que, visto que ya el cuadro de "Las Meninas" se pintó, debe indagarse en el pasado si fue o no fue ése el pincel que fue usado;

"3ª) Que, visto que según Pedro el Ermitaño el cuadro de "Las Meninas" no ha sido pintado aún, debe esperarse hasta el siglo xvii y ver entonces qué hará Velázquez; y

"4ª) Que nos parece aventurado adelantar un juicio seguro, sobre todo si se trata de un juicio negativo.

Visto lo cual, Pedro el Ermitaño fue absuelto y otra salva de aplausos coronó esta decisión.

Inmediatamente después pasamos al tercer debate, debate que clausuró esta histórica sesión.

Se alzó don Dámaso Mamiña y nos habló de este modo:

Señores, Señoras:

Ahora es necesario que sepamos si hay o no hay un culpable o varios culpables, y quién es él o quiénes son ellos, en lo que se refiere a la veracidad de lo hasta este momento acaecido. Es necesario que antagallamos y asguemos nuestro juicio, ajevizando todos los actos y hechos que aquí se hayan aloyado de modo que no quede uno solo sin ababillarse de modo que se agarduñe la culpabilidad del o de los culpables. Todo adrizamiento como también toda ayernación será alfarracada y adojada según lo estipulado en el artículo N° 1 del Código de Procedimiento Penal. Procediendo así quedarán abadernadas las suspicias y abarbadadas y arrejacadadas las sospechas que pudieran o pudiesen alcontrizar la marcha azolvada de este afufado juicio tercero y los acamastronados procedimientos legales que se acruñen, se afistulen o se abalaguen aovillando los claros discernimientos que en la mente del jurado se amujen. Pido, pues, que os ahornaguéis en un serio atraquinamiento y que luego me traigáis debidamente almogavareado el ajonjeo que esta causa os abarragane. Si en algo quedáis agarbizonados, os pido que os amillaren con los consejos de los aquí presentes que así podréis avitolar vuestra opinión y dar un veredicto debidamente ablaclado y aceptilado.

Señores, Señoras: he dicho.

El Fraile y el Capellán, al unísono, acusaron a don Fidey de Comiso. El Fraile nos explicó: había puesto al corriente al Capellán de cuanto había acaecido entre nosotros, desde el Prólogo hasta el momento en que apareció en la Capilla Lateral. Había estado en la Sala escondido, a la manera del doctor Pitrufquén. En la tertulia lo habían tomado por un disfrazado; en el ambigú, por un camarero.

Ambos llegaban a la conclusión de que, siendo éste un teatro profano y pagano, todo en él tiene que ser mentira y subterfugio. Desde luego negaban la existencia de un señor llamado don Diego de Silva y Velázquez. El Capellán lo hacía por ser anterior a él y, por lo tanto, ignorarlo totalmente; el Fraile, por simple ignorancia de la historia. Ambos alegaban que debería siempre primar la "veracidad sagrada" y que veían que, yendo por este camino de improvisar reliquias, se iría a la falsedad de ellas que es lo peor de lo peor. Citaba el Capellán la cuestión de la "sagrada lanza de Antioquía", verdadera reliquia entre las verdaderas y luego nos dio un resumen de sus magníficos frutos. Por lo tanto los pumas, los peucos y pejegallos eran falsos, eran obra demoniaca. Lo sagrado ante todo. Insistían en su acusación.

Fue todo esto expresado con tal vehemencia, con tal ímpetu, que no hubo oposición. Cuando el capitán Angol volvió a ofrecer la palabra, nadie la tomó. Hubo un silencio total.

Entonces procedió a pedir al jurado que se manifestara al respecto. He aquí el resultado de la votación:

Por culpable don Fidey de Comiso:

- 1) Desiderio Longotoma (para divertirse más, por recuerdo de sus conos, etc.);
- 2) Baldomero Lonquimay (por mezclarse de Comiso con gentuza que nada entiende de nada);
- 3) Señora de Viluco (por ver hasta dónde se puede ir saliéndose de moldes de obras literarias);
- 4) Taita Higuera (por perturbar la paz del fundo Curihue).

Por inocencia de don Fidey de Comiso:

- 1) Teodoro Yumbel (por pena hacia el inculcado y, por favor, no más tragedias).

En blanco:

- 1) Lorenzo Angol (por poco interés en el asunto ya que su finalidad es otra);
- 2) Onofre Borneo (por seguir a Lorenzo, ya que es, al fin y al cabo, su primer biografiado).

Total:

4 votos : Sí;

1 " " : No;

2 " " : Neutros.

Mayoría, pues, en contra del acusado pero atenuada.

Don Fidey de Comiso fue condenado a tortura menor.

Vimos al pobre don Fidey ser arrancado de su sitio en la mesa principal; lo vimos luego dirigirse, debidamente escoltado, a los Sótanos de la Catedral; lo vimos perderse tras una puertecita que había justo detrás del capitán; lo vimos desaparecer y la puertecita en cuestión, la vimos cerrarse tras él.

Valdepinos se me acercó y me susurró:

—¡La paliza, amigo Borneo, la paliza de Baltimore!

Javier de Licantén, entonces, vino a mí y me dijo:

Son los planetas y las plantas mías,

Cual eco de calofríos,

Árbol del Sol en muslos femeninos,

Obligaciones son de los nenúfares.

El chino Fa se levantó. Le oímos decir:

—En estos momentos se tortura a don Fidey de Comiso. Luego ustedes juzgarán la justicia o injusticia de este acto. Por el momento os pido que pasemos a la Sala del Teatro.

Lentamente abandonamos la Sala del Tribunal.

El Teatro estaba vacío y a media luz. El telón de boca, cerrado. Mucha calma.

Nos sentamos en cualquier parte. Urbano II y Carrera se encontraban completamente despabilados. Otelo estaba tranquilo. El chino Fa subió al escenario. Desde allí nos habló como sigue:

—Señoras, Señores, don Fidey de Comiso ya ha sido torturado. Fue atado a un poste vertical. Después ambos codos fueron echados hacia atrás y alzados hasta altura mayor que los hombros. Hecho esto, ambos codos se juntaron entre sí 37 veces consecutivas. Para proceder a este encuentro codil, se emplearon tiras de elástico de mi país natal. Después fue puesto en libertad. Ahora se reposa. Parece que duerme. Esperemos un rato. Nos lo

comunicarán apenas el paciente dé síntomas de recuperarse. Por el momento os quiero preguntar: "¿Queréis ir a Antioquía?"

Se oyó un solo clamor:

-¡¡Sí!!

El chino entonces dijo:

-Gracias. Esperemos la recuperación del paciente y luego emprendemos la marcha. Ahora os pido, a todos sin excepción, que no olvidéis, durante esta marcha, el problema que a mí me ocupa. Porque me ocupa un problema. El problema del "actual superfluo". Es el problema del presente, del pasado y del futuro actuando sobre nosotros. Es ésta una condición humana, condición permanente, especie de atmósfera en que hay que respirar, vehículo que hace posible el desarrollo de la vida. Es nuestro oxígeno espiritual. Como no supimos aprovechar las enseñanzas del teatro, veo cómo hoy Curihue será para vosotros un episodio del pasado y no lo sabréis aprovechar en los futuros Curihues. No podéis -diré mejor, no queréis- coger la exposición de problemas puros, despojados de todo superfluo. No queréis ver el ser que vive, no queréis verlo sin identificarlo a esa atmósfera en que vive. Veo que la palabra Santa pasa y que entonces, en vez de seguirla e incorporarla, se la transmuta en "bonito", en "teatro", en "arte". ¡Pobres autores! Y entre ellos, yo, Fa. ¡Pobre de vosotros que esto lo pagaréis caro! ¿Tendrá relación mi problema de esta obra teatral con la vida que habéis hecho aquí en Curihue? Todo tiene relación. Si en algo faltara esta relación, la vida no sería vida. Todo la tiene, todo lo va adquiriendo a medida que se le despoja de sus superfluos. Cuando logréis el despojo total... entonces encontraréis. Ese día habréis encontrado la síntesis única y directiva de la vida. Ahora os pido que descifréis vuestras vidas curihueñas a través de lo que va a acontecer. Si así lo lográis, descifraréis bien pronto vuestras vidas totales.

En este momento apareció, después de un toque de campana don Fidey de Comiso. Venía algo pálido, se movía con cierta dificultad. Nos saludó. Lo saludamos. Entonces el chino Fa dijo:

-Toda esta gente quiere la gran prueba. He sentido el murmullo de descontento que se alzaba desde el fondo de estos pechos. Ahora, pues, hay que darles lo que piden. ¡Id, pues, a la vetusta Antioquía! Yo os acompañaré, yo iré con vosotros todos. ¡Id, pues, id! ¡Llevadlo tú, oh Fidey de Comiso!

Sonaron algunos tambores. En silencio nos aprestamos. De pronto vi que nuestro chino, afirmado en un hombro de don Fidey, lloraba. Pensé en un principio que sería a causa de las torturas sufridas por este último. Me acerqué. Oí que el chino le decía:

-... y es lástima, gran lástima que no se despejen cuando el futuro está llegando. ¡Oh, mi señor de Comiso! ¡Supiera usted cómo llega ese futuro, de día y de noche! Limitémosnos a nuestro teatro. ¿En cuántas obras no lo ve usted llegando? ¡Ya despojado! ¡Ya despojado, don Fidey! Y lo que viven hoy, a diario, cada día recomenzarlo, fue en épocas pasadas representado con obras que anticipaban un porvenir próximo. Vamos, pues, a la vieja Antioquía. Puede ser que más de alguno despierte. Vamos, pues, actuando. No hay que desmayar. Les hará bien a todos. Usted ha sido torturado. No importa, don Fidey, no importa. Piense cuánto han sufrido otros, piénselo bien. Vamos a Antioquía, vamos...

Empezó nuestra marcha por las tinieblas de la noche. ¡Adiós Curihue, Curihue querido!

Caminar, caminar y caminar. Calculo que éramos no menos de 3.000 los que caminábamos así. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Caminábamos. Yo iba de unos a otros, oía

un poco las conversaciones, luego seguía y seguía caminando. Al fondo, esa palabra fascinadora de Antioquía. Allá íbamos, a rehacer lo que no se realizó. Allá íbamos a poner las cosas en su debido punto. Caminábamos. Pasamos junto a la inmensa mole de 6 a 8 metros de altura, del nevado. La dejamos atrás. Caminábamos.

De pronto apareció ante nuestra vista la luz de un reflector. Iluminaba un pequeño letrero colocado sobre un viejo muro. Ante él la gente se reunía y comentaba. Me acerqué y leí:

#### ENTREACTO

de Marcha Forzada hacia la muy vetusta a la par que histórica ciudad de Antioquía, a orillas del Orontes, fundada el año 301 antes de Nuestro Señor Jesucristo, por el inmortal Salenco Nicator. A esta Marcha Forzada podrán tomar parte todos los hombres y mujeres, ancianos y niños de ambos sexos que a bien lo tengan, sean actores o público o forasteros de éste nuestro gran teatro de Curihue.

Seguimos la marcha. A mí se me adentró un problema, no, un problemita que me empezó a perturbar de manera bastante aguda:

Tengo que dar cuenta escrita de estos días y noches de Curihue, por lo tanto, tengo que dar cuenta de esta obra teatral. ¿Cómo dividirla? Desde que leí el cartel del Salón no había vuelto a pensarlo pero esa palabra de "Entreacto" me lo actualizó otra vez. Me dije que era ella un punto de apoyo. Por analogía coloqué otro entreacto en la salida del teatro y en la construcción de nuestra Catedral. Así, con dos entreactos, los actos se me hicieron más nítidos y, al menos hasta este momento, quedaba la obra perfectamente delimitada así: un prólogo con don Fidey de Comiso ante el telón de Boca; un primer acto: la Sala y el Escenario, con la Platea y las Candilejas, la Alcoba de Desdémona, las Butacas de Honor con sus discusiones, la Tertulia del Capitán y el Ambigú Alcohólico; un entreacto: la construcción de la Catedral; luego, como II acto, todo lo sucedido en ella y en sus alrededores desde el Banco de Madera hasta la vuelta al Teatro, pasando por la Capilla Lateral, la Columna de Valdepinos, nuestra charla tras el Altar Mayor, el Altar Mayor con Otelo, la Sacristía, los campos de Curihue con la reyerta contra pumas, peucos y pejegallos, la Sala del Tribunal y el Sótano de la Catedral. Bastante ufano con esta división, la anoté en mi libreta y seguí caminando por la noche a través de vastos continentes.

A mi lado caminaba la gente. Hablaban. Oí este diálogo:

—Pero lo que no entiendo, amigo mío, es ¿qué pito toca el chino Fa en todo esto?

—Tal vez mostrarnos, subrayarnos que todos no somos más que personajes de un teatro inmenso, que somos ora un Segismundo, ora un Rey Lehar, ora un Tartufo o lo que sea. Digo yo, pero en verdad, ¡es el misterio! Sólo puedo asegurar que así él es y que en lo que es... ¡oh, está sumido de cuerpo y alma!

—Sí, esto es verdad. Prueba de ello es que don Fidey de Comiso me aseguró, durante la Tertulia del Capitán, que el chino se había hastiado con las 8 piezas que había escrito en un comienzo.

—Y eso no es nada. Hoy día arremeterá a las acciones, desaten ellas lo que desaten. La prueba está en esto, en esta marcha que nos obliga... ¿Podré decir que nos obliga? En fin, en esta marcha que ahora emprendemos. Cuanto al tal don Fidey, me aseguró que su

maestro le había pedido ser su intérprete. Él, gustoso y honrado, había aceptado, obedecía.

En ese momento se acercó Valdepinos y me susurró al oído:

—No sé si seguirá obedeciendo tan gustoso y honrado. Ya recibió una tortura. ¡Como que le den otra...!

Me tomé del brazo de Valdepinos. Le dije:

—Yo no sé, amigo, adónde nos lleva todo esto, pero, cuanto a mí, seguiré y seguiré.

—Yo también. ¡Hay que seguir! Todo esto está lleno de contradicciones inenarrables, ¿no encuentra usted? Vea ese gran Urbano II que se da de dagazos con don José Miguel Carrera... ¡Inenarrable! Y es Urbano, nada menos que Urbano, el que prohibió los duelos...

Seguimos. Valdepinos se me separó. Caminé un rato solo hasta que una voz conocida me obligó a acercarme. Decía esta voz:

—Mejor que todos será el Otelo mío. El de Verdi me gusta más de lo que ustedes creen. Pero el mío lo superará. Sobre esto no hay dudas posibles. En mi obra el protagonista será Yago. Lo vi claramente cuando el asunto de las rejas, cuando quise venganza en contra de ese pajarito que es Isidra.

Quien hablaba así era Stramuros. Iba caminando con Ascanio Viluco a un lado y Silvestre Tongoy del otro. Al lado de éste caminaba Rosendo Paine. Yo me puse al lado de Viluco. Decía Rosendo:

—Del suyo, señor Stramuros, no conozco nada. De lo anterior prefiero, y sin discutir, el "Otelo" de Verdi. ¡Ésa es obra! Lo complicado de Shakespeare, el destilado y arquitecturizado. ¿No es así como hay que explicarse? Al mismo tiempo tierno, hace saltar las lágrimas. Por lo tanto un recuerdo sin pegaduras ni hilachas metafísicas.

Intervino Viluco:

—Entiendo que en el "Otelo" de Fa no habrá música, al menos en pasajes en que habla este personaje. No es, pues, ésta una ópera ni sombra de ópera alguna. No hay, por lo tanto, campo posible de comparación, no lo hay. Porque, enténdanme bien: sólo caben comparaciones en igualdad de géneros y si antes nos hemos documentado profundamente sobre la época en que tal o cual obra fue escrita, sobre la vida del autor, sobre las influencias recibidas, las escuelas adoptadas, etc. y etc. Entonces podremos pasar a nuestro archivo calificador y dar una opinión con conocimiento de causa.

—Un momento, un momento —intervino entonces Silvestre Tongoy, el gran musicólogo—, música la hubo, señor, y la hubo a porfía, en la Capilla Lateral. Pero como usted apunta, no en las partes pertinentes a Otelo mismo. Esa música me asegura la superioridad de su autor sobre Verdi y sobre quien sea. Felicitaciones, maestro Stramuros.

—Muy amable.

—Si ustedes permiten —continuó Tongoy— voy a explicarles algo que da la clave, como quien diría, de qué se trata. Es algo ideado por don Lorenzo Angol en su Bóveda. Don Lorenzo lo comunicó al maestro Stramuros, ¿no es así, maestro?, y usted aceptó de inmediato y con verdadero entusiasmo. ¿Verdad? Tal ideación la comuniqué a Remigio Natales; el filósofo no vio ningún inconveniente; aceptó la cosa. Voy a explicarles a ustedes de qué se trata. Empezaremos por hacer una lista de personajes y al lado de cada cual pondremos al personaje número dos de la obra; luego al lado de éstos pondremos, como uno solo, al enorme personaje tercero:

"Otelo	- Yago	- El vulgo que
Don Quijote	- Sancho Panza	-
Fausto	- Mefistófeles	-
Werther	- Alberto	- los rodea.
Raskólnikov	- Razúmijin	-

Pues bien, la base de la teoría, el ultrafondo de la misma, se asienta en aquella de:

"Los últimos serán los primeros".

"Según don Lorenzo Angol –repito con el visto bueno de Natales, y algo me dice que Tadeo Lagarto está en la cosa también– los hombres que coloqué en la primera columna son hombres superiores, ¿quién dudarlos puede? Ahora bien –y aquí está lo original de don Lorenzo Angol–, fuera de los dos personajes, que siempre de a dos van por las tablas o por los libros, hay tres personajes: a) los superiores; b) los medianos; c) los inferiores. ¡Ah, señores! Sin estos inferiores, nada, nada podríamos hacer. Cuestión, creo, de algo de ciclos o evoluciones, de pasar por planetas o por este planeta o algo así; no lo entiendo bien; pero ustedes comprenden que viniendo de don Lorenzo... Los primeros, pues, son de calidad a). Ya el limbo lo han dejado atrás. Los de calidad b), aquí se aburren y vegetan. Los de calidad c) se placen en este mundo. Pues bien señores, los de calidad a) buscan desesperadamente el Cielo, ¡oh, el paraíso perdido! De ahí que estén llenos de pasiones enloquecidas pero nobles. Los b) se aburren, vegetan –no lo olvidéis–, se aburren y vegetan... ¿Hay algo peor que aburrirse y vegetar? ¡Es lo peor, amigos míos, lo peor que puede acontecernos! ¿Qué hacer si todo lo que vemos lleva un signo de desesperanza? Por un lado están los hombres de pasiones enloquecidas; por el otro los que se placen y que encuentran en cada cosa un entusiasmo. En cambio los pobres b)... Todos ellos llevan el aburrimiento como clave de sus vidas. ¿Qué hacer? Pues bien, señores, estos mediocres o medianos, si queréis, se ingenian, necesitan hacer algo, se hinchan en su propia nulidad. Y acometen. Veréis que es el mismo móvil el que los mueve. A veces esperan, esperan tanto que, un buen día, la muerte los toma. Otras veces encuentran al tío ése enloquecido y de él se agarran, se agarran a no soltarlo jamás. Llámese él Yago o Sancho o Mefistófeles o Alberto o Razúmijin o como queréis que se llame, una vez que ha encontrado a su enloquecido, lo toma y no lo suelta, no lo suelta, no lo suelta. ¿Por qué este ensañamiento con él? ¿Por qué? ¡Oh, amigos, porque hay ensañamientos que se manifiestan con cariño, con mucho cariño. Ahí tenemos el ejemplo de Sancho y Razúmijin; otras veces es por interés como en el caso de Mefistófeles; otras, con odio como en Yago; otras, con desconfianza como en Alberto. ¡Como sea, señores y amigos! Todas éstas son pasiones de aquí abajo, son coloridos que nosotros les prestamos. Allá son todas iguales: se aburrían los infelices y necesitaban de quien agarrarse para que se les diera un poco de curiosidad, un poco de trepidación y los sacara de su inmortal hastío. ¡Oh, el hastío! Con esto queda cancelado. ¿Me comprenden ustedes? Además si tiene algo en qué poder trabajar, algo que ver como sube y baja, sube y baja... ¡Apasionante! No me negarán ustedes, no me lo negarán, amigos. En fin y resumamos: el ultrafondo de la teoría es éste: los seres que ya han tocado el Cielo una vez, necesitan, para dar el salto y lanzarse para siempre al otro lado, necesitan de otro hombre que esté en el período anterior, justamente anterior, que lo esté viendo por momentos, que a cada momento le aparezca, el Cielo, sí, señores, el Cielo que luego se nubla, se borra, desaparece. Pero vuelve a aparecer. Y este hombre se lanza desaforado. El otro..., ¡ah!, el otro espera... Llegará un momento en que lo lanzará. ¡Que se mate, que enloquezca, que mate a otro semejante...! Bien, será su destino. Yo,

categoría b), espero. ¿Me entienden ustedes? De pronto el horizonte se me iluminará. Las puertas se abrirán ¡oh!, se me abrirán y de par en par. Entonces pasaré. ¡Al Cielo! Nuestro maestro Stramuros puede tocar a éstos, aquí llamados mediocres, puede tocarlos con su música. ¡Que su música sea para ellos!

Caminábamos siempre. Por valles, por montañas, por caminos sórdidos, por pueblecillos dormidos, por entre bosques tupidos. A veces atravesábamos un río; a veces era la aridez completa. Caminábamos siempre. Sin saber cómo me separé de músico y musicólogo y demás.

—¡He, he! —gritó a mi lado Abdón Ucayali—. ¡Historias, amigo, historias!

—¿Cómo historias? —preguntaba su compañero, Zócimo Taltal, el pintor académico por excelencia.

—Historias, repito, ¡historias! La comida ya ha pasado y es ahora un casi problema metafísico. Me gusta la gente que come para alimentarse, que masca, devora, ensaliva y tritura las creaciones del Omnipotente y encuentra un placer en convertirlas en excrementos.

Llegó Desiderio Longotoma del brazo de Javier de Licantén. Me adelantaron, el primero con sus menudos pasos rápidos, el segundo con sus largas zancadas. Al pasar oí que Licantén le preguntaba:

—¿Cree usted que esta vez nos vamos acercando a Antioquía? ¿O volveremos a desviarnos? Si no llegamos, ¡qué descortesía para nuestro pontífice Urbano!

—¡Qué Antioquía ni qué nada! ¡Qué Urbano ni qué niño muerto! ¿Puede concebirse cosa mejor que un paseo como éste, paseo con barro y piedras y además con Purgatorio, Limbo y Cielo? Y sin Infierno, no lo olvide. ¡Es el despiporren, amigo de Licantén!

Y se perdieron en las tinieblas.

De nuevo me encontré con el grupo de los músicos y musicólogos. Seguía hablando Silvestre Tongoy:

—¡Oh, señores, si hubiese en este momento un cataclismo divino! Si lo hubiese, oírían ustedes una voz potente que diría: "Pasad, amigos míos, pasad; las puertas del Cielo están abiertas para vosotros". Y verían ustedes pasar a los de categoría b). ¡Por cierto! ¡Si no les faltaba más que un ejemplo, un... —¿cómo explicarme?—, un recuerdo de cómo se veía el Cielo.

Ascanio Viluco preguntó:

—¿Y dónde quedan las mujeres en esas teorías de Lorenzo?

Tongoy respondió:

—En el Cielo.

Todos a una voz entonces:

—No, no, no es posible; vamos, don Silvestre, vamos...

—Bueno, yo no lo sé —nos contestó Tongoy—, no es mi oficio. En todo caso, digo yo, los de categoría a) proceden como si ellas estuviesen en el Cielo. Nosotros también procedemos así. Corremos tras ellas, corremos como locos en busca de un diáfano y casi inalcanzable ideal, como si fueran lo superior. Veán, amigos: Esto me lo hizo ver don Lorenzo Angol: ¿por qué se enamora Werther? ¡Y hasta el suicidio! ¿Qué tenía Carlota de especial, qué esa buena señora burguesa, como hoy se dice? ¿Y don Quijote? ¡Con su Dulcinea, su Dulcinea...!; ¡ni para qué decirlo! ¿Y Sonia y Margarita? Y, por favor, dejémos de cuentos, ¿quién era Desdémona? Otra buena, muy buena señora y nada más. Otelo, en persona, nos lo ha confesado que por ella vio el Cielo. Sí, sí, han de estar en el Cielo.

Entonces Rosendo preguntó:

—¿Y los autores?

Tongoy vaciló un momento; luego contestó:

—Los autores... ¡Qué misteriosa categoría, qué maldita categoría! ¿Dónde estarán? Don Lorenzo no me dijo palabra sobre ellos. Parece que son instrumentos, nada más... Parece que no son hombres. Por ejemplo: ¿dónde está el violín o el trombón en el total de una composición musical? ¿Dónde?

Stramuros entonces sentenció:

—En todo caso y como sea, yo llamaré mi futura ópera, "Yago".

Viluco intervino:

—¡Bah! Eso ya está hecho. Boito, a su ópera, no la llamó "Fausto" sino "Mefistófeles". La cosa, pues, ya se ha hecho.

Pero Silvestre Tongoy no desmayó:

—Un alcance, si usted permite, mi señor don Ascanio. En el caso de Boito es simple cuestión de nombres, de título y no más. Pudo esa ópera llamarse "Fausto" o "Margarita". Porque, digamos con franqueza, la música ¿es mefistofélica? Dígame, señor: ¿lleva el gran acento colocado en ese personaje? No. Todos cantan y nada más y, en último examen, el total es más, digamos, "faustino" o "marguerístico" que "mefistofélico". En cambio mi maestro Stramuros... ¡uuuh!

Stramuros se inclinó y dijo:

—Luego haré una ópera formidable, fantástica. Se llamará "Dulcinea" y ella coronará mi obra con otra que se llamará "Laura". En ésta, Petrarca... ¡un gato al lado del objeto de su amor!

Rosendo entonces:

—¿Y por qué, maestro, no funde usted ambas óperas en una sola que se llame "Isidra Curepto?"

A lo que Ascanio Viluco dijo:

—Total, por lo que veo: ¡el triunfo de las mujeres! La vuelta... ¡al matriarcado! ¡Horror! No me había fijado que Valdepinos caminaba con nosotros. Le dijo a Rosendo a media voz:

—¿Hasta cuándo la intelectualidad? Y usted, querido Rosendo, metido al medio. ¿Es posible?

Éste le respondió:

—Tanto da oír estas cavilaciones bizantinas que poner la atención en este camino barroco con sus zanjas, guijarros y malezas...

En efecto, íbamos por zanjas, guijarros y malezas. Yo me separé de mis amigos y seguí solo, es decir, relativamente solo pues a mi lado surgía gente que desaparecía en la oscuridad y volvía a aparecer, para después de nuevo y de nuevo desaparecer.

—¡Oh! Ésta es una tierra dulce, dulcísima —decía herr Hans Interlaken, el hombre de Zurich—. Las bestias son dulces, los perros son dulces, los gatos son dulces, todos, hasta los hombres lo son. Vea Zamparratas y Tragalauchas; vea Donizetti y Callampa. ¡Qué dulzura de animales!

A lo que su compañero, don Evaristo Gultro, médico psicoanalista, respondía:

—Es verdad. ¿Sabe usted por qué? Porque se les deja en tranquilidad, se les deja desenvolverse como ellos lo desean. En Europa se les amarra y se les dirige; de ahí su ferocidad. Aquí, no. Es la causa... Mis estudios psicoanalíticos toman este acto para con los animales como una base de mis estudios. La dulzura es lo propio de hombres y animales. Así lo

demostraré. En poco tiempo más, los europeos –hombres y bestias– serán tan dulces como los de aquí.

De pronto la vieja tosió por 5ª vez. Inmediatamente después el aire fue taladrado por otro bostezo estruendoso del gordo. Me detuve. No, no. Aquí no producían efecto alguno. Tanto el uno como el otro se perdieron, salieron de su cueva y se fueron, se fueron por la inmensidad del espacio, de ese cielo estrellado.

Seguimos.

Íbamos ahora por cañaverales. A veces se oían, desde adelante, unos llamados. Lentamente acudíamos todos a ese sitio. Allí se nos miraba, se sacaba rápida cuenta y seguíamos.

Una voz dijo:

–Todo esto es trucado y mil veces trucado. Vea usted el caso de Angol, de Lorenzo Angol: iba a dar una explicación sobre las causas que más bien nos forzaban a quedarnos en el teatro, con Catedral y Sala del Tribunal y qué sé yo. ¿Dónde quedó todo ello?

–Es verdad –le respondió otra voz–, lo de Lorenzo Angol quedó en el vacío. Habrá que ver si, de un momento a otro, el chino o don Fidey, le recuerdan su promesa.

Otra voz dijo:

–Si fuera trucado, las cosas no habrían pasado así. No habría habido estas fallas que ustedes critican, no las habría habido.

Llevábamos ya un buen rato de marcha cuando me apercibí, por primera vez, de un fenómeno bastante singular: la Tierra pasaba, en sentido contrario a nuestra marcha, a gran velocidad... Me detuve entonces. La Tierra, aunque ligeramente más despacio, siguió pasando.

–Esto acelera la marcha hacia Antioquía –me dijo don Bruno Camarones al pasar al lado mío.

Seguí.

Mientras meditaba me entretenía mirando el paso del horizonte, lentamente allá lejos, más rápido al acercarse y rapidísimamente a mi lado. He aquí lo que meditaba ahora: “¿Por qué nuestra obra común fue una Catedral? ¿Por qué no un rascacielo o un circo romano?”.

Caí en cavilaciones tras la busca de la línea, del espíritu director que llevaba, en nuestra situación, el hacernos construir una catedral. No llegué, por cierto, a conclusión alguna. En un momento estuve a punto de pensar con Ascanio Viluco: “Hay que tener una línea directiva; sin ella se va al caos”.

Seguí y seguí.

Me encontré junto a Ladislao Casanueva y Limarí que marchaba con Valdepinos. Casanueva y Limarí habla un español matritense castizo. Decía en ese momento:

–Pues vea usted, amigo Valdepinos, yo digo, he dicho y diré siempre “patatas” y no acepto el apodo de “papas”.

A lo que el muy cínico respondía:

–En los primeros tiempos de la conquista sucedió, aquí en Chile, algo muy curioso. Don Pedro de Valdivia acababa de fundar nuestra actual capital cuando se supo que, por los mares del Pacífico, se paseaba el terrible pirata Drake. ¿Sabe usted qué hacía el pirata? Nada menos que robar y juntar papas –perdone mi amigo: patatas–. Cuando tuvo sus corsarios llenos de ellas, se dirigió a España creyendo que con tan buen regalo se granjearía la estimación de los reyes. Llegó allá, las preparó y las ofreció. Comieron los reyes, príncipes, duques y qué sé yo. Créamelo, amigo: no gustaron. Entonces el pobre Drake

siguió con su cargamento a Inglaterra. Otra vez las preparó y las ofreció. Comieron reyes, príncipes, duques y qué se yo. Amigo. ¡un éxito! Pocos días después Inglaterra entera las devoraba. Pues bien, los ingleses las bautizaron "potatoes". Drake se convirtió en el principal acarreador de tan exquisito comestible. Salió este comestible de Inglaterra, atravesó Francia, volvió a España. Venía con el renombre de manjar excelente y con el nombre de "potatoes". Momentos después toda España las devoraba. Usted comprenderá, gran amigo, que esa palabra de "potatoes" no es muy española. Pues bien, los españoles la españolizaron así: potatoes-patatas. Y el verdadero nombre de "papas", el auténtico nombre, no se conoció. Éste es el origen de tal vocablo; no es otro. Es un inglesismo y nada más. Si usted, gran arquitecto, quiere elevar su labor de buen parlante a la altura de sus construcciones, debe llamar al queridísimo tubérculo: "Papa". Nada más que "papa"; jamás "patata".

—Así lo haré, querido amigo —respondió Casanueva y Limarí.

Seguí y seguí.

Iba yo más rápido que los demás. Al fin me encontré con un grupo de gente que oía perorar a don Bartolo Traiguén. Decía éste:

—En el fondo, señores, toda esta gente es, lo que se llama, "artistas". Ni más ni menos, "artistas". Es decir, digamos la palabra, "bohemos". ¿Que son simpáticos? Por cierto, simpáticos, simpatiquísimos. Pero ¡cuidado! Conviene tenerlos a distancia. Pues, verán ustedes, la bohemia es algo retrogradante que va hacia la mugre, ni más ni menos, la mugre. Con la mugre se forma un ambiente malsano, malsanísimo. En todo ambiente así pululan las enfermedades, crecen los gérmenes purulentos. En este caso..., créanmelo, señores, es el comunismo el que está dirigiendo la cosa. Las órdenes vienen de Moscú. Yo me he pliegado a esta marcha para verificarlo —y verificándolo estoy— y dar la alarma.

Me adelanté presuroso. Llegué hasta ponerme al lado del hombre que marchaba primero con una corneta en la mano. Era éste el que, de cuando en cuando, soplabla por ella para juntarnos a todos y no se perdiera nadie. Luego me senté en una piedra y me cubrí el rostro con ambas manos para pensar o tal vez para descansar mejor. Frente a mí, por la noche, oía los pasos y el vocerío de los que seguían la marcha. Después de un rato alcé la vista. Miré aquello un segundo. Me levanté y volví a caminar sin querer ver nada, mirando al suelo. En ese segundo vi algo que se me quedó grabado intensamente:

A mi izquierda, una serie de troncos coloreados y rectos; pensé que bien podrían ser pliegues de enormes cortinajes pues con las artimañas del teatro... A mi frente, un gran ventanal semi en ruinas sobre vigas y piedrechos, restos de un muro que ya no existía. A través del ventanal, siluetas borrosas de edificios derruidos que no pude precisar si eran iglesias o castillos o fábricas. En primer plano, un suelo terroso que, hacia mi derecha, se cubría de flores azules en forma de callampas planas y muy hermosas; junto a ellas, algunas florecillas campestres anaranjadas. Al fondo, por entre aquellas siluetas y contra el cielo, bajaba un astro rojo. Supuse que sería nuestro satélite, la Luna.

Por este paisaje o decorado —no sabría precisarlo— pasaba el chino Fa. Vestía todo de blanco con amplia túnica, ambas manos atrás, el rostro cubierto y su vientre bien acentuado.

Tras él, y más al fondo, venía Lorenzo Angol, avanzando a la misma velocidad que el chino pero en forma muy curiosa: no movía los pies; sus pies se posaban sobre una especie de bola y era esta bola la que pasaba frente a mí. Lorenzo, aunque encorvado, parecía

imitar a Fa al echar ambas manos hacia atrás. Él y la bola eran de un gris tostado más bien oscuro.

Tras Lorenzo, a largos pasos y más veloz, avanzaba don Fidey de Comiso ataviado en forma digna del cómico que es: todo entero, de pies a cabeza, con una ceñidísima malla de color naranja fuerte.

Tras él, inmóvil y en actitud de descanso, se apoyaba sobre su fusil, un soldado de Carrera, uno de los que, siguiendo al jefe, habían cargado, con bayoneta calada, a pumas, peucos y pejegallos.

Tras todos ellos, lentamente, como Fa y Lorenzo, torturadora y elástica, pasaba una mujer esbelta, una larga serpiente azul en forma de mujer. Digo azul porque así vestía. Seda o raso, no lo sé bien. Pero en fin, un guante, tanto o más ceñido que la malla de don Fidey, la cubría y se alargaba hacia atrás en una inmensa cola puntuda. Llevaba un antifaz negro, una máscara, diré mejor, que echaba tras ella, al viento, largas tiras negras también. Sobre la frente, una ajustada guirnalda de flores ocre amarillo. Se prolongaba esta guirnalda de los hombros hasta la punta de los dedos, o las puntas de la guirnalda misma sin manos ni dedos.

Así avanzaba o resbalaba. La precedían siete pájaros pequeños, amarillentos barrocos, el primero de los cuales no se sabía bien si precedía a esta dama o escoltaba a nuestro chino. La seguían muchas flores rojas sin tallos ni cálices. Semejaban hortensias o dalias o rosas de la India. Volaban tras ella como mariposas. Abajo caminaban las hojas, hojas verde limón, puntiagudas como láminas de daga. Hacia atrás, y más bajo aún, venía algo rojizo, algo entre gusano o larva vegetal que se enroscaba y desenroscaba a cada momento, algo que parecía torturarse con dolores internos.

Así pasaba este cortejo, en silencio y calmadamente, perforado por los rápidos pasos de don Fidey y sujetado por la guardia del soldado de Carrera; así pasaban, frente a mí, el chino Fa, Lorenzo Angol, las aves, las flores, las hojas, el gusano y ella la mujer azul.

Se oía, lejos, un grito:

—¡A Antioquía! ¡A Antioquía!

Volví a cerrar los ojos. ¿Quién sería esa mujer? Pensé, por cierto, en Jacqueline y también en Nora. No pude impedir que se presentara Isidra en mi mente. ¿O sería Nicole, el amor de Rosendo? Era Lumba Corintia, sin duda, tras de Lorenzo Angol. Cruzó por mí la terrible imagen de Tártara Tigre. Luego junté en una sola mujer a Bárbara y Colomba. Como si esto fuera un conjuro, al punto todas ellas y muchas más, se precipitaron a esa silueta azul, negra y ocre amarillento y en ella se aglutinaron.

Sacudí la cabeza, estiré los brazos, me levanté. Y como oí más cercanos y fuertes los gritos de marcha hacia Antioquía, marché también: “un, dos; un, dos; un, dos...”.

A mi lado, también “un, dos; un, dos...”, caminaba Viterbo Papudo. Adelante, sin ritmo de marcha forzada, caracoleando con pies y bastón de bambú, caminaba Palemón de Costamota.

Seguíamos todos a la vetusta e histórica Antioquía.

Caminé junto a un grupo de desconocidos. Uno de ellos decía:

—¡El esperanto! ¡Qué ridiculez! Sepan ustedes que, hoy por hoy, no hay más que una palabra universal, palabra que la ve y la oye cualquier ciudadano en cualquier parte de este globo. Esta palabra es: “Bar”. Y no hay más.

Otro dijo:

—¿Y “Hotel”?

—No, señor —respondía el primero—. Desde luego...

No oí más.

Seguí, seguí.

A lo lejos, con un ruido de trueno apagado, continuaba pasando el horizonte, llevándose, Dios sabrá hacia dónde, sus siluetas borrosas, siluetas de árboles, de montañas, de casuchas miserables, de un río, de un gran río de aguas plateadas con uno que otro barquichuelo que se iba también, se iba, se iba.

De pronto me dije:

“¡Vaya una tristeza, vaya una lamentable cosa que, para hacer “Biografías”, tenga que ir a alargar orejas de grupo en grupo como lo haría la última de las viejas chismosas...!”

Esto me decía, cuando me encontré con Urbano y Carrera que, muy tomados del brazo, caminaban charlando amenamente. A pesar de lo que acababa de decirme, alargué orejas para oírlos. Hablaba Carrera:

—Es la verdad, Santo Padre, es la pura verdad: estamos hartos solos en este mundo en que se pelea y nadie sabe por qué. Los magnates están escondidos y hacen marchar a los demás...

—¿Y se ha fijado usted —respondía Urbano— cómo emplean las mismas palabras que nosotros cuando una fe nos guiaba, cuando sabíamos por qué íbamos a la lid y por qué moríamos?

—Es la verdad, Santo Padre, es la pura verdad. Estamos hartos solos. Anteayer fueron las Cruzadas, es decir, la fe cristiana; ayer fueron los ímpetus de liberación, es decir, la Independencia. En cambio hoy..., hoy...

—Hoy no hay nada, Presidente. Se muere con el mismo heroísmo que antaño y nadie sabe nada de nada. Se muere para defender a esos escondidos cuyos nombres nunca han sido pronunciados.

—Triste cosa, Santo Padre.

—Así es, Presidente, triste cosa. ¡Oh, mis cruzadas! ¡Qué fuego en cada rostro, qué ardiente fe en cada corazón! ¡Qué espectáculo, Dios mío! ¡Esa fue guerra! Vosotros, creo, ¿algo hicieron de parecido...?

—¡Cómo! ¡La nuestra fue una guerra! ¡Ejemplo para todas las guerras del pasado y porvenir! ¡Culminación del espíritu guerrero en el mundo!

—Pare, pare, Presidente. No vais a comparar la inmensidad de las Cruzadas con esta guerrilla que hicisteis aquí vosotros, porque...

—¿Porque qué...?

De nuevo se iban a pelear. Me alejé. Seguí marchando.

A mi lado oí que decía una voz:

—Es indudable, indudable. El cuchillo y la cuchara son útiles, son necesarios. Pero, cuanto al tenedor..., ¡lujo, amigos, lujo! Pues, ¿para qué sirve, para qué?

Otra voz aprobaba:

—Prueba de ello es, que tanto cuchillo como cuchara, empiezan del mismo modo, con la sílaba clave de “cuch”. En cambio tenedor...

Seguí marchando.

Ahora bajábamos por abruptos despeñaderos. Al fondo encontramos un pequeño valle rodeado de altos árboles. Don Fidey de Comiso dio la orden de un pequeño descanso.

—¡Ven, Onofre, ven! —me gritó Lorenzo.

Me llevó por entre esos árboles y luego, mostrándome una encrucijada, agregó:

—¡Mira!

Dos monstruos, o mejor dicho, dos hombres monstruosos, cada uno con una maza en la mano, golpeaban sobre una calavera de caballo o de bestia. De ésta se desparramaba la sangre tiñendo el suelo. Tras de ellos, un poco a la izquierda, se levantaba una reja o un resto de edificio en forma de reja. Palos y más palos en sentido vertical y horizontal. Entre varios de ellos había pedazos de vidrios amarillos. Recuerdo un palo más largo que los demás que se torcía sobre ambos hombres. Golpeaban estos hombres —o, como he dicho, monstruos o subhombres— sobre la calavera. Era un espectáculo grotesco pues sus cuerpos rechonchos con piernas gruesas y cortas y sus brazos cortos también alrededor de una cabezota grande, le daban, al total, un aspecto asaz absurdo.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Lorenzo.

—Muy sencillo —me contestó—. Como tenemos que ir a Antioquía del siglo XI, debemos hacer una vuelta por toda la humanidad, desde sus orígenes hasta encontrarnos con la Antioquía en cuestión. Esta marcha no tiene otro objeto. Vamos caminando hacia atrás por la humanidad. Es decir —y entiéndeme bien—, íbamos caminando hacia atrás. Ahora vamos hacia adelante. Mientras ustedes se entretenían con discursos literarios, yo me entretenía viendo cómo dejábamos nuestro estado actual y nos sumíamos en el pasado. Llegamos en un momento al hombre unicelular —¿me sigue bien, Onofre?—, cuando el hombre no existía aún y sólo existía una célula que, multiplicándose, daría, algún día, al hombre tan complicado como lo es hoy en día. Ahora ya estamos en la época de los subhombres. Luego tendremos que tomar hacia la izquierda. Si nos vamos hacia la derecha, sencillamente nos saltaremos Antioquía y vendremos a caer por ahí por el siglo XVI o siglo XVII. Eso es todo.

Los miré un rato más. La calavera estaba ahora pulverizada. Luego oí unos gritos de: “¡Adelante, adelante!”. Me volví hacia el pequeño valle y emprendimos de nuevo la marcha.

Ahora caminaba yo solo. A veces miraba para un lado u otro para ver si descubriría escenas pretéritas. Pero, nada. Súbitamente me encontré lado a lado con Teodoro Yumbel.

—¡Hola! ¿Qué tal? —le pregunté.

—Todavía, no —me contestó—. Creo que esto es y será por siempre peleas y más peleas. No deja de ser gracia que, después de tanto andar, no se hayan ido a las manos nuevamente. En fin, sigamos.

Se refería a la pelea entre Urbano y Carrera que yo había alcanzado a oír en sus comienzos.

—Así es, Teodoro. Esperemos tiempos mejores.

Lorenzo se me acercó de nuevo:

—¡Apresúrate, Onofre —me dijo— y verás adónde pudimos caer!

Me llevó a una pequeña cima. Allí me alargó un par de catalejos y me indicó un sitio lejano donde se divisaba una hoguera.

—Mira bien —me agregó— y verás, a lo mejor, algo que bien puede interesarte.

En efecto, allá lejos, sobre el césped, dos hombres se batían. El uno llevaba capa color rojo; el otro, capa color ocre amarillo. Cada uno, con su espada, trataban de herir mortalmente. Por sus vestimentas comprendí que eran hombres de aquellos siglos de que Lorenzo me había hablado. Se batían denodadamente.

—¿Por qué se baten? —pregunté.

—¡Anda tú a saber! —me respondió—. Alguna querella por una dama, tal vez, o una ofensa cualquiera. Están todavía en la época en que las cosas se arreglan espada en mano.

Luego vi la reja que encuadraba esta escena. En buenas cuentas, lo mismo que la anterior, sólo que ésta se abría sobre una especie de cortina dejando pasar una luz verde con reflejos blancos. Sobre esta cortina había tres ventanitas torcidas que recordaban los decorados actuales de los teatros.

—Sigamos, Onofre; no nos quedemos atrás.

Seguimos. Le dije a Lorenzo:

—Esta historia de la reja me inquieta. Casi la misma en los subhombres aquellos y en estos dos tíos del Renacimiento. ¿No te huele todo esto a cosa arreglada de antemano?

—En realidad no lo sé —me respondió—. Pero si fuera arreglado habrían buscado algo más característico para cada época. Debemos pensar, Onofre, que ahora, en esta repetición de la historia, no vamos viviendo los momentos pasados porque si así fuera, ¿dónde estarían entonces los momentos de hoy día? Así es que no es cosa rara la aparición de esas rejas en cada momento, como pudieron no haber aparecido. Eso es todo.

—Bueno, bueno —le dije—, dejemos la cuestión de rejas de lado. Dime otra cosa, Lorenzo: Tú empezaste a sostener toda una teoría en defensa de tus argumentaciones y en contra de las de don Fidey de Comiso. ¿No es verdad? Pues bien, tú, después de la exposición, seguiste hablando con don Fidey pero la defensa, en el tono que nosotros la esperábamos, no se presentó. ¿Por qué cosa tan rara?

—¿Qué le encuentras de raro? Tomas demasiado a lo serio cuanto sucede aquí. Al fin y al cabo eran, todas éstas, teorías y más teorías. Ya se sabe que yo estaba dispuesto a rebatir. Ahora se trata de hacer esta marcha. Eso es todo.

—¡Con qué sencillez ves las cosas, Lorenzo! Para mí esto, como todo lo demás, es lo más complicado del mundo.

—Recuerdo muy bien, Onofre, cuando me dijiste que hacer biografías era algo, si no sencillo, muy factible.

—Tal vez te lo he dicho.

A algunos pasos nuestros caminaba un hombre en compañía de Nora de Bizerta y Ofqui. Este hombre me había llamado la atención. Se lo dije a Lorenzo. Me miró extrañado.

—¡Cómo! ¿No lo conoces? Es Olegario Cunaco. Muy buena persona. Tiene algo de particular y ello es que no logra adaptarse aquí en la Tierra. ¿Sabes tú por qué? Pues porque desde la Lemuria, antes de la Atlántida, no había encarnado en nuestro planeta salvo una vez, en la vieja Mesopotamia pero por cortísimo tiempo; unos 8 ó 9 años, no más. Hay que conocerlo a fondo para darse cuenta de su inadaptación porque es Cunaco un hombre inteligente y muy buen amigo. Pero ¡qué quieres! Le falta esa facilidad que tenemos los demás para enchufar, de buenas a primera, en las diferentes circunstancias de la vida. Entonces cae como a un hueco y en él se pierde. ¡Curioso tipo! ¿Quieres conocerlo?

Lo llamó y nos presentó. Cambiamos algunas palabras. Luego nos alcanzó Fray Canelo del Calvario que marchaba con Cicerón Haití. Nos dispersamos.

Seguimos.

Lorenzo se me separó. Vi, de pronto, a Luciérnaga Nahuelhuapi que marchaba charlando con un señor desconocido. ¿Qué estaría haciendo allí? Algo en mis recuerdos se precipitó pero logré contenerlo. Seguí. Luego vi que Baldomero Lonquimay marchaba solo no lejos de mí. Me aproximé a él. No sé si me vio. Dijo:

—Todo esto es secundario. Yo voy aquí porque hace bien marchar, a la luz de las estrellas, como un verdadero hombre ha de marchar. Lo importante es: ¡las calderas de Illaqui-pel! Esperemos el momento en que yo pueda ir a ellas. Todo el mundo está invitado.

—Mil gracias —contesté en nombre de todos y me alejé.

Seguimos caminando.

Me sentía algo cansado. La gente caminaba a mi lado. Ya ni me preocupaba de ver conocidos. Caminábamos y nada más.

Hasta que, de pronto, desde una pequeña altura, vimos, iluminadas por una luna enorme, las aguas tersas de un océano. Un grito de júbilo se levantó espontáneamente de nuestros pechos.

Bajamos en carrera precipitada.

Junto a un muelle anclaban una serie de carabelas. Nos embarcamos. Cada cual se arrebujó donde mejor le acomodaba. Las carabelas se despegaron del muelle.

Empezó nuestra navegación.

A los pocos minutos me dormí.

No sé cuanto tiempo pasaría. Sólo sé que, de repente, un vocerío me despertó. Me desabilé y me incorporé.

En sentido contrario se acercaban otras carabelas. ¡Qué admirable espectáculo! Venían iluminadas. Sus luces se reflejaban en el agua.

Al cruzarnos, cada carabela, entre sus mástiles, encendió dos grandes letras: *YU*. Las nuestras contestaron encendiendo otras dos letras: *FA*. Pasaron. Poco a poco se fueron perdiendo.

Catalejo en mano, el profesor Aliro Gorbea las miraba perderse. Me atreví a importunarlos:

—Señor profesor —le dije— ¿qué eran esas carabelas?

—Eran las carabelas del chino Yu, nada menos.

—Confieso, señor profesor, mi ignorancia al respecto.

Guardó sus catalejos, me miró y luego me explicó:

—Ha de saber usted, señor Borneo, que el chino Yu es un émulo de nuestro chino Fa. Es su discípulo o su colaborador, si usted lo prefiere. Fa, como es sabido, se ha radicado allá en nuestro país: Yu, en Dinamarca. Hoy, 9 de marzo de 1927, en los momentos en que don Fidey de Comiso asomaba su testa por el telón de boca del teatro curihueño, allá en Dinamarca, en plena Copenhague, asomaba la suya otro hombre ante un numeroso público, en un teatro expresamente construido para él. Ambos han hablado, más o menos, en el mismo sentido. Este hombre se llama don Aristeo Silkeborg.

“No sé exactamente cómo las cosas se han desarrollado allá en Copenhague. El caso es —nuestros ojos nos lo atestiguan— que el éxito ha coronado sus esfuerzos. En esas carabelas, que acaba usted de ver pasar, van no menos de 3.000 daneses y algunos extranjeros, llena el alma de ímpetus de reformar el teatro.

“Nosotros vamos a Antioquía. El papa Urbano II va en la carabela que nos antecede. Ellos partieron de Copenhague rumbo a la viejísima Inglaterra. A ella llegaron en tiempos en que los daneses la conquistaban, por allá en los años 886. ¿Qué les acaeció allí? Lo ignoro. Sólo sé que de pronto tomaron esas carabelas y se fueron a España. Aquí estuvieron en la sangrienta batalla de las Navas, en 1212, donde, parece, hubo actos, de parte de esos viajeros, de verdadero heroísmo. Luego siguieron remontando por los siglos, de igual modo como nosotros bajamos por ellos. Nuevamente embarcados, van ahora a Sudaméri-

ca, van a Chile, después de pasar por Argentina. En Chile han de asistir a la batalla de Chacabuco y Maipú, lado a lado de San Martín y O'Higgins.

“Mientras esto les suceda, nosotros estaremos en la vieja Antioquía, estaremos sitiados pero algo nos electrizará y nos hará romper el cerco.

“Es todo lo que sé, señor Borneo, respecto al chino Yu y a sus gentes. Ahora, usted disculpará...”

El profesor Aliro Gorbea me hizo una venia y se retiró. Yo volví a sentarme en un banco y volví a dormirme mientras nuestra carabela se mecía dulcemente.

De pronto me despertó una gran algazara. Gritos de júbilo se escuchaban por todas partes. ¡Habíamos llegado! ¡Por fin! Según mis cálculos, había terminado el segundo entreacto y habíamos recorrido más de 9 siglos en sentido inverso por los años históricos.

Las carabelas atracaron a otro muelle.

Desembarcamos. Se nos revisó, se nos alineó y se nos contó. Sí, estábamos todos. Una voz gritó:

—¡En marcha!

Otra vez —un, dos...; un, dos...— volvimos a caminar. Hasta que, en el recodo de una espesura, iluminado por reflectores, blanco y puro, se alzaba un edificio moderno. Sobre sus muros, en el frontispicio, se leía, con grandes letras doradas:

## TEATRO DE CURIHUE

En la puerta, el chino Fa y don Fidey de Comiso recibían a la concurrencia.

Entramos.

El teatro se hallaba a media luz. Era un teatro grande concebido en la forma ordinaria de tales establecimientos. En la entrada se nos indicó a cada uno el asiento que le correspondía. Yo quedé entre Artemio Yungay, a mi derecha, y don Irineo Pidenco, a mi izquierda. A continuación de éste estaba doña Martina Vichuquén a quien don Irineo me presentó como una conspicua dama de San Agustín de Tango. Al fondo había un palco: los tres asientos de adelante los ocupaban nuestros huéspedes de honor: Otelo, al centro; Urbano II, a su derecha; José Miguel Carrera, a su izquierda. Los dos asientos de atrás los ocupaban los hermanos Holmes. Medida precautoria bastante acertada. Aproveché el momento en que todo el mundo se acomodaba para preguntarle a Yungay sobre Eustaquia Zepeda y Rufina Mardones y, principalmente, sobre Yoni. Me contestó que todo aquello era asunto del pasado, una experiencia, un recuerdo y nada más; ahora estaba metido en otras cosas.

Poco a poco el teatro se llenaba. Al fin estuvo completo, repleto. Se oyó un retumbar de bombo. Las luces se apagaron y el telón de boca se iluminó. Por la abertura central del telón iluminado se asomó don Fidey de Comiso. Vestía siempre con su malla anaranjada. Miró a ambos lados, sonrió y saludó. El telón se abrió de par en par. Representaba la escena, una habitación medieval. Tenía, a la derecha, una puerta cerrada. Luego don Fidey de Comiso avanzó dos pasos y con voz sonora nos dijo:

Público que me oís:

Después de tan penosa marcha, henos, por fin, en el siglo XI. Estamos a poca distancia de la ciudad histórica de Antioquía. Pronto escucharéis cómo pasan, cerca de vosotros, las aguas del Orontes. Pronto veréis, al frente, los Montes Silpios. Entre ambos estaremos.

Allí, en esa vetusta ciudad, se formó la primera comunidad cristiana; allí empezaron a apellidarse "cristianos" los prosélitos de la nueva religión.

Allí llegaremos desde el lejano Curihue. Estaremos rodeados por 360 torreones. Fuera de ellos anidará el terrible ejército enemigo. Estaremos sitiados.

¿Cómo pasaremos a través de él sin que se nos impida tal paso y sin ni siquiera ser vistos?

Un guardia de un torreón traicionó a los ex ocupantes y así entraron a Antioquía los cruzados. Otro guardia, esperémoslo, sabrá guiarnos. Rindámosle homenaje anticipadamente.

Ahora, amados oyentes, ¡a vivir la vida de los conquistadores del Santo Sepulcro!

Espero que ninguno de vosotros desmayará. Tengo fe en vuestro valor y en vuestro espíritu de sacrificio.

Aquel que siquiera un poco desmayare —¡pobre de él!— quedará atrás y verá alejarse a sus compañeros hasta perderlos de vista. Entonces —¡oh, mísero de él!— la noche negra de 9 siglos caerá en su alrededor, lo apretará, lo desorientará, lo enloquecerá. Le hará perder para siempre la ruta de Curihue. Como un logo famélico se verá obligado a correr por montes y llanos hasta que, extenuado por el hambre y el frío, morirá. Morirá lejos de la sin par Antioquía y del plácido Curihue.

¡Adelante, pues, adelante! Apenas encontremos un guía sabio, ¡todos adelante! Os armaremos. Podréis formar el más aguerrido ejército de que haya nombre.

Pero, un momento. Golpean a la puerta. Dejadme ver quién es.

(Corre a la puerta vecina y la abre)

¡Hola, hola! Pasad, caballero, pasad. Por aquí.

(Entra un viejo barbudo montado sobre un burro. Lleva, en su mano derecha, una gran cruz).

Señoras y caballeros: Tengo el altísimo honor de presentaros a Pedro el Ermitaño. Ya lo habéis visto, es cierto. Esta vez os lo presento.

TODOS

¡Encantados! ¡Salud!

PEDRO EL ERMITAÑO

El encanto es mío. ¡Bienvenidos seáis a estas tierras!

TODOS

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

PEDRO EL ERMITAÑO

(Hablando desde su burro).

Pueblo amado:

Sabéis nuestra desgracia, sabéis nuestra deshonra. Sabéis que el Santo y Santísimo Sepulcro se halla en manos del infiel. Sabéis qué de orgías y profanaciones se cometen a diario a su alrededor. ¡Coto a tales depravaciones! ¡Coto, coto! ¿No os parece?

TODOS

¡Coto!

PEDRO EL ERMITAÑO

Es lo que pido: coto. Debemos salvar la inmaculada tumba, debemos salvarla de esos viles sarracenos. Debemos acabar con esos pútridos selyúcidas. ¡Acabarémoslos!

TODOS

¡Acabarémoslos!

PEDRO EL ERMITAÑO

Y así devolveremos a las límpidas luces del Sol, de la Luna y las estrellas el sitio donde yacen las cenizas del Hijo de Dios. Ya miles y miles de santos creyentes han partido antes que vosotros. ¡Sigámosles! ¡Sigámosles!

TODOS

¡Sigámosles!

PEDRO EL ERMITAÑO

Éstos miles y más miles llegaron a los muros de Antioquía. El dedo de Dios les abrió un torreón. Penetraron y entraron. Hoy son dueños de tan austera ciudad. Entraron en ella, en ella penetraron. El Maligno apareció, ayudó a los enemigos de la honestidad, los agrupó y los armó y, a su cabeza, marchó. Hoy, por dueños que sean, los sitiadores, los santos sitiadores, están sitiados. Sitiados mueren de hambre y de peste. Es vuestro deber ir hacia ellos y darles de comer y sanarlos. ¿Tenéis comida?

TODOS

(Buscando en nuestros bolsillos y, las mujeres, en sus sacos, donde encontramos víveres a porfía).

¡Tenemos!

PEDRO EL ERMITAÑO

Bien. Entonces llevad esa comida a los hambrientos. Pero llevadla con cautela. No cometáis crímenes en vano. Que ni un sablazo ni un flechazo se dé antes de ser dirigido a un corrupto infiel. No os vaya a ocurrir lo que a algunos de vuestros antecesores les ocurrió en las tierras de Hungría. Ensangrentaron a nuestra santa madre la Tierra con sangre cristiana. Todo ello, porque los húngaros hablaban otro idioma. Esperaos, pues, a oír hablar muchos idiomas. Atacad, únicamente, cuando veáis el signo de la media luna reemplazando a la santa cruz. Entonces sí ¡Atacad, atacad!

TODOS

¡Atacaremos, atacaremos!

PEDRO EL ERMITAÑO

Bien. Puesto que tenéis comida, puesto que hay esculapios entre vosotros y puesto que atacaréis, no nos queda más que dirigirnos a Antioquía. Antes, os ruego paséis a los camarines, A para las damas, B para los caballeros. Allí se os vestirá a nuestra usanza, allí se os armará como deben serlo los verdaderos cruzados. ¡Id, pues, con Dios! ¡Id, id!

TODOS

¡Iremos!

Pasamos a los camarines. En pocos minutos estábamos desnudos. En pocos minutos más estábamos todos armados y vestidos de cruzados. Como esto de vestirse era condicional, Baldomero Lonquimay se negó a ello. Su gran capa española y su chambergo le eran

suficientes. Formamos, pues, un ejército de 3.043 personas –se nos volvió a contar y retuve el dato–, de los cuales 3.042 éramos auténticos personajes de aquella época tremebunda, y uno era el inmortal Baldomero. Yo llevaba –como varios otros– una cota ceñida al cuerpo y, encima de ella, un gran capuz. Vi que, tanto Lorenzo como Rosendo, se ornaban con respectivas hopelandas. Desiderio Longotoma vestía un tabardo. Se nos dio, a cada uno, una adarga para la defensa. Para el ataque llevábamos ora lanzas y sables, ora cuchillos de montes y alfanjes. Nuestros yelmos eran perfectos. Luego Urbano II, secundado por don Fidey, nos colocó, a cada cual, una cruz escarlata. La mayoría la tuvieron en el hombro derecho. Yo la ostentaba en la espalda de mi capuz. Las mujeres, provistas también de armas y cruz, vestían trajes medievales de largas faldas y bonetes puntudos. ¡Qué hermosas se veían! Sobre todo Jacqueline. También Bárbara y Colomba. Vestidas así se asemejaban enormemente. No se juntaron. Iban en los extremos de nuestra tropa.

En fin, así ataviados, salimos del Teatro de Curihue o de su anexo. Afuera, debidamente aparejados, nos esperaban 3.043 asnos, que sumados al de Pedro el Ermitaño, hacían 3.044. Pero Baldomero Lonquimay rechazó el suyo. Dijo:

–No requiero ni asno ni burro ni jumento ni pollino entre mis piernas. Camino bien con las mías. Por lo demás aquí voy y os seguiré bajo las luces estelares. Requeriré asno, burro, jumento o pollino si uno de ellos es necesario para bajar a las calderas de Illaquiúpel.

Total: Nuestro ejército se puso en marcha contando 3.043 asnos y un hombre de a pie.

Abría la marcha Pedro el Ermitaño alzando contra el cielo su gran cruz. Pasos más atrás iba Urbano II, solo. Seguíanlo Otelo y Carrera. Después venía el chino Fa y don Fidey de Comiso. Después Colomba. Después, a grandes trancos, Baldomero Lonquimay. Después, todos nosotros. Cerraba la marcha Bárbara, seguida de ambos abogados, don Bruno Camarones y don Waldo Caracoles.

Así nos internamos por la noche.

Caminaron nuestros asnos y caminó Baldomero. No se habló ni una palabra. Caminar, caminar. Tal vez al cabo de una hora vimos, frente a nosotros, unas lucecillas en el campo. Se acercaban. Luego distinguimos que se trataba de una comitiva montada en finos caballos árabes. Llegó hasta nosotros. Nos detuvimos. Entonces Urbano II se adelantó en compañía del chino Fa. Desde donde yo me encontraba, vi que saludaban amablemente al jinete que encabezaba la comitiva y que luego hablaban en voz baja.

–¿Quiénes son? –pregunté al hombre que se hallaba a mi lado.

–El emperador Alejo y sus gentes –me respondió–. Vienen a darnos la bienvenida y a desearnos toda clase de éxitos en esta empresa.

–Grande y buena cosa –le dije–. Ojalá sus deseos sean oídos por el Dios que nos protege.

–Ojalá –me contestó.

Vi luego que se despedían. El emperador Alejo clavó espuelas a su corcel y, a gran galope, se alejó seguido por su imperial comitiva. Nuestro cortejo volvió a formarse como antes y seguimos caminando, caminando y caminando.

Debe haber pasado una hora más, cuando apareció, de entre las espesuras de un bosque, un hombrecillo envuelto en un tabardo. Venía de a pie; un perro lo seguía. Sin proferir palabra –haciendo algunos gestos solamente– tomó la cabeza de nuestra tropa. A los pocos minutos pasábamos a través de un enorme ejército allí acampado. Dormían todos los soldados, jefes y hasta centinelas de este ejército. A medida que avanzábamos oíamos los ronquidos de tantos hombres entregados a los brazos de Morfeo. El hombrecillo en cuestión lanzaba regularmente ambas manos abiertas a diestra y siniestra. Los

ronquidos redoblaban. Más de alguno, en nuestra tropa, hizo bulla, gritó. Nada. Seguían todos durmiendo. Hasta que llegamos al pie de los solemnes muros de la muy vieja Antioquía.

Allí nos detuvimos.

Avanzó el hombrecillo entonces hasta una puerta que había en dichos muros y golpeó. Esperó unos instantes. Luego se oyó el rechinar de cadenas. La puerta se abrió de par en par. En medio de ella se irguió la imponente figura de Salenco Nicator.

Hizo una gran venia. Fue respondida por 3.044 venias profundas. Entonces Salenco Nicator exclamó:

—¡Adelante!

Se colocó sobre la jamba de la derecha. Nosotros, en el orden en que veníamos, entramos haciendo un gesto circular con nuestra diestra que llevaba ora un sable, ora una lanza, ora un alfanje, ora un cuchillo de monte. Salenco Nicator nos respondía el saludo. Pasaron, por fin, ambos abogados. Pasó el hombrecillo del bosque. La puerta se cerró tras de nosotros. Oí el rechinar de cadenas que la clausuraban.

¡Estábamos, por fin, en el interior de Antioquía!

Se nos dieron algunos minutos de solaz. Nos apeamos de nuestros asnos a estirar las piernas. Luego se nos citó en la plaza principal de la ciudad donde Urbano II nos hablaría.

Me senté sobre una piedra. Era necesario poner cierto orden en mis ideas. Díjeme, ante todo, que no cabía duda alguna: el entreacto segundo había terminado puesto que ya en el interior de Antioquía, se había puesto fin a nuestra Marcha Forzada. El cartel que habíamos leído al comienzo de ella, lo decía claramente. Así, pues, vendría ahora el Acto tercero. Todo quedaba bien organizado de esta manera. Luego veríamos cómo la cosa seguiría desarrollándose. Estaba contento con mi división de la obra. Respiré hondamente. Se nos llamó. Era la hora de la plaza principal. Allá nos dirigimos.

Contra viejas casas se levantaba un estrado. Al centro de él estaba de pie, Urbano II, teniendo a su derecha al chino Fa seguido de don Fidey de Comiso y del Capellán del Conde de Tolosa; los tres sentados. A su izquierda, sentados también, estaban Otelo y don José Miguel Carrera, seguidos del fundador de la ciudad, Salenco Nicator.

Me sentía algo fatigado. Cerré los ojos. Luego los abrí un instante. Cayeron sobre el fundador. Quedé asombrado, en suspenso. ¡Magnífica visión!

En el primer momento quedé cegado. Me pareció que allí, al frente, todo ardía y en esplendorosas llamas macizas. Iban desde los rojos profundos a los más fuertes amarillos. Además, lo que más me extrañó y gustó, fueron las llamas verdes, de un verde cálido asombroso. Arriba, tras ellas, un azul plácido, inmóvil, tal vez del cielo.

Lo que ante todo distinguí sobre tales llamas fue una ventanita larga, algo torcida, que ondulaba un tanto como si fuera de goma. Era verde, parecida a las llamas de este color. A través de ella, una lejanía, glauca, clara, verdosa. Me encandilé, pestañé, me limpié los ojos y volví a mirar otro segundo o acaso menos. Volví a mirar y mejor que la primera vez. Ahora las llamas precisaban su macizez al ribetearse con negro, un negro ondulado que, a veces, se extendía hasta formar grandes placas. Luego se adelgazaba en filamentos que contorneaban a las llamas. Mis ojos no sufrían ahora. Empecé entonces a ver que allí no sólo había fuego, que el fuego era como un ambiente para varios y variados seres que en él se placían.

—Vea, vea —me dijo alguien apoyando una mano en mi hombro y alargando la otra. Era Valdepinos. Siguió:

—He tratado de informarme debidamente pero, por desgracia, hay ciertas contradicciones en el asunto principal. Vea: el noble personaje sentado allí junto a la ventana. Hay quienes dicen que es el gran Salenco Nicator, fundador de esta ciudad allá por los años 301 antes de Cristo. Pero otros aseguran que es Cosroes, ¿sabe usted?, Cosroes, el rey de Persia que el año 538 tuvo la bárbara idea de saquearla. Otros —¡qué broma!— dijeron que era Godofredo de Bouillón disfrazado de oriental. ¿Se imagina usted, mi distinguido Onofre, a un hombre de la talla de Godofredo haciendo tales mascaradas? Por fin otros atribuyen tal mascarada a Childerico... ¿Qué les ha dado a todos con Childerico? Yo, personalmente, creo en Salenco Nicator que allí está para vernos y recibirnos a nosotros, sí, a nosotros los visitantes de su fundada ciudad. No me negará usted que tal sería el deber de cortesía de cualquier dueño de casa, para qué decir de ciudad. En fin, sea quien sea, se trata, a no dudar, de un recio personaje con apersonamiento de monarca. Y ahora contemple, amigo, su corte maravillosa.

Valdepinos se alejó.

Bueno, su corte no sé si era numerosa o no lo era y, para mí, una corte que es maravillosa debe empezar por ser numerosa. No lo sé porque esas llamas de que he hablado, se me antoja que formaban, a cada instante, muchos seres cortesanos: aves o peces o moluscos que se retorcían y hasta objetos que se hacían y deshacían. Entre éstos el más estable fue, en primer plano y casi a los pies del personaje, una rueda rota o un pedazo de rueda de color negro retinto. Del resto, dos seres conservaron todo el tiempo su integridad: bajo el personaje y cerca del pedazo de rueda, un mono, un cinocéfalo negro también como ese pedazo; y arriba, sobre el extremo derecho de la ventana, una especie de monstruo entre hombre y antropoide y amarillo como el limón. El cinocéfalo miraba de modo a quedar siempre de perfil respecto a mí; cuanto al monstruo, me miró siempre con majadera insistencia. Los demás —aves, peces, moluscos— me miraban también a cada rato o, a lo mejor, no me miraron nunca por el hecho de no ser tales sino llamas y nada más que llamas. Sin embargo, una mujer se formaba insistentemente sobre Salenco Nicator, una mujer a medio vestir que se retorció con dolor para convertirse en llamas y volver a formarse.

Sin duda contemplé esta segunda vez tan magnífico espectáculo más del tiempo que indiqué. Sólo Valdepinos empleó algo más de un cuarto de minuto, y acaso medio minuto, en hablarme. Después de su partida volví a mirar un momento. Hasta que, al fin, el toque de una campana me hizo volver la vista y no vi más a Salenco o Conroes o quien fuera ni a su corte de bichos de fuego.

Urbano II nos bendecía.

Noté que el silencio que reinaba en torno mío, era profundo. De pronto Urbano habló:

Hermanos míos, hermanas mías:

Ya mi antecesor, Gregorio VII, soñó con este instante. Hoy se realiza. Un refuerzo de más de 3.000 humanos ha llegado al interior de Antioquía. ¡Alabado sea el Señor!

Esta noble ciudad, después de tan largos años que yacía en manos de los infieles, se encuentra nuevamente en manos de sus legítimos dueños. Nuestros llamados han sido oídos. Ha llegado el momento de la destrucción de la maldita raza de Agar.

Ahora estamos sitiados por esos pútridos perros descreídos. El hambre y la peste azotan a esta población. Dios quiere medir la potencia de su fe. Resiste incólume. A fortificarla hemos llegado.

¿Podría ella vacilar? ¿No veis aquí, sobre vuestras cabezas, el estandarte con la inmaculada cruz? Clavado él fue por el mil veces benemérito Bohemundo I de Tarento. Por manos de Bohemundo cayó la medialuna. *Sursum-corda!* Con el corazón elevado, con el corazón sobrepasando las nevadas cumbres del Aconcagua, sabréis vosotros uniros a los hoy prisioneros para arremeter contra el infiel.

Alimentad y sanad primero a vuestros hermanos. Vaciad ante ellos vuestros bolsillos y maletines. Ya con el vientre repleto, y con salud la energía y el valor los inundará y entonces, con lanzas y alfanjes, atacad hasta que no quede ni uno vivo de esos belitres alyúcidas y, si algunos quedan, que huyan, que huyan, cual la liebre huye ante los tiros del arma escopeta que, en nueve siglos más, el Todopoderoso pondrá en vuestras manos.

Aquí, entre vosotros, se halla el rico conde de Tolosa; aquí se halla el hermano del rey Felipe I, Hugo de Vermandois; el conde de Blois y Roberto, duque de Normandía, hijo del conquistador de Inglaterra. Y está también el duque de Lorena, el gran Godofredo de Bouillón, ante cuyo ímpetu lo han seguido sus hermanos Eustaquio y Balduino y su sobrino Balduino el Joven. Bajo las órdenes de Bohemundo está el valiente Tancredo. Y como éstos, hay cientos y miles, cientos de miles de indómitos caballeros, y millones, cientos de millones de campesinos indomables. Y está también Walter el Pobre esperando su muerte en las proximidades de Nicea.

Tal conjunto de airosos, ¿me vais a decir vosotros que no serán capaces de martillar las impuras y ensangrentadas manos de los infieles?

¡No, señores; no, señoras! ¡No, curihueños! ¡No, señores y señoras de sus alrededores!

Los ojos del emperador Alejo están fijos sobre vosotros. De vosotros espera redención y obra justiciera.

¡Id, pues, por calles, plazas y tabernas a repartir la deliciosa comida que tenéis! ¡Id, con vuestros esculapios, y sanad a los que sufren! Después que coman y se harten y estén sanos estos nobles cruzados, ¡dad el grito de ataque que los electrice como, en los siglos venideros, se electrizará la rana de Galvani!

Que el Sumo Hacedor os proteja. Que el Sumo Hacedor os colme con sus infinitas dádivas.

He dicho.

Así nos habló Su Santidad el papa Urbano II.

¿Obedecemos? ¡Ni para qué decirlo! Como un solo hombre nos desparramamos por todos los vericuetos de la noble Antioquía.

Pero antes de seguir con nuestras aventuras sin par, debo aquí anotar algo que no sé a qué atribuir: o a un magnífico truco escénico o a una potente emoción del alma. Es lo siguiente:

Don Fidey de Comiso. Pues bien, mientras habló Urbano y contrariamente a sus acompañantes sentados en el estrado, don Fidey de Comiso no dejó ni un instante de moverse. Pero eran los suyos movimientos bastante curiosos. Según lo que decía el Sumo Pontífice, don Fidey poníase melifluo, cambiaba aumentando en puntiagudo hasta asemejarse a Palemón de Costamota. En un momento creí que era éste el que ocupaba tan alto lugar. Luego, en las frases heroicas, poníase trágico, engordando visiblemente y despidiendo rayos por sus ojos. Luego era una cara de sabio en reflexión cuando Urbano nos nombró a los caballeros que estarían dentro de breve con nosotros. Luego era un hombre apenado y lágrimas le rodaban por las mejillas. Luego, a las voces de triunfo, engordaba hasta casi reventar para de nuevo volverse a poner melifluo y puntiagudo. Entre un cambio y otro,

el hombre pasaba por su aspecto ordinario. Los demás no cambiaron. Permanecieron, durante todo el rato, perfectamente impertérritos.

Ahora sigamos:

¡Espectáculo decadente! Si existió ese ardor valeroso de que Urbano nos habló, no sé en qué recónditos escondites se albergaba. Por todas partes sólo se veían los signos inequívocos de la más auténtica desesperación y, en algunos ciudadanos y ciudadanas, los signos de la rebelión sobreexcitada. Había que ver lo que estas pasiones dan en rostros y cuerpos famélicos y heridos por la peste. En fin, empezamos a dar y dar lo que teníamos.

En mis bolsillos había sandwiches de palta y ave en panecillos blandos. Parecían inagotables. Daba yo a cuantos me alargaban la mano. Se diría que, por cada sandwich que se iba, aparecían no menos de dos en mis bolsillos. Por el regocijo que veía en la cara de mis compañeros de arma —entre los cuales veía a tantos amigos— me percaté que a ellos les ocurría otro tanto.

—¡Mira, Onofre! —me gritó Rosendo Paine que crucé en una calle. Llevaba las manos llenas de arrollado de choncho que los cruzados se peleaban para devorarlo a grandes mandibulazos.

Lorenzo era una fuente inagotable de menudillos de ave. Del cínico de Valdepinos crecían los plátanos en forma pasmosa. Una risilla continua me hizo volver la vista: Desiderio Longotoma repartía empanadas y pequeños. Apercibí a varios más entre aquella barahúnda de gentes. Desde luego divisé a don Irineo Pidenco con sus garbanzos; al arquitecto Casanueva y Limarí prodigando alfeñiques a diestra y siniestra; Taita Higuera con su gran cuchara sirviendo porotos a la chilena; Ubaldo Masafuera que daba turrón; en el ángulo de una casa Mamerto Masatierra y Macario Viluco, alrededor de una olla enorme, repartían cazuela de cordero; recuerdo a Guido Guindos al lado de una ternera viva y aprestándose a matarla; Artemio Yungay daba y daba escalopas; Teodoro Yumbel, chuletas; y el pobre Romualdo Malvilla, botellas en mano, ofrecía trago y más trago a cuantos se acercaban a él; y otros y otros más por todas partes, conocidos y desconocidos daban y daban. Las damas también cumplían con su deber: Isidra Curepto daba porrish; doña Nora de Bizerta y Ofqui repartía mariscos; Jacqueline servía cochayuyo; Luciérnaga Nahuelhuapi ofrendaba pasteles; doña Martina Vichuquén, locos falsos; nuestra llavera, so-paipillas; en fin, todas trabajaban sin descanso. Entre tanta gente no pude ver ni a Bárbara ni a Colomba. Estarían, sin duda, por otros lados de la ciudad. Tulio Azapa —el gran pintor— me detuvo un momento entre sus nueces, castañas y maní. Me dijo:

—Le vi a usted con Nimba Canaria, lado a lado. ¡Qué encantadora muchacha! Estoy cierto de que sus buñuelos y pastelitos han de saber mejor que los que dé otra cualquiera.

Nimba Canaria a mi lado... No la había visto. Es tan silenciosa; se mueve entre tapices. Cuanto a mis sandwiches eran inagotables; yo iba y venía por entre los cruzados repartiendo y repartiendo. Hasta que llegué a una pequeña encrucijada en que dos o tres desconocidos ofrecían caldillo de congrio. Detrás de ellos e iluminados por grandes velas, vi a Fray Canuto Que Todo Lo Sabe, a Fray Canela del Calvario y a Fray Benito del Crucifijo que, hostia en mano, daban la comunión a cientos de cruzados de hinojos. Seguí, seguí. Me costaba andar en medio de esa locura mandibular. Pero me sentía alerta, lleno el corazón de vivacidad al contemplar tan digno espectáculo. Caminando así llegué a una calle desierta. Me detuve. Llegaba hasta mí el murmullo de los que daban y recibían. Era aquello como el zumbido de un inmenso moscón en sordina. De pronto me llamó la atención el ir y venir en una casa vecina. Me acerqué. Un largo corredor iluminado con antorchas.

Entré por él. Al fondo, a mi izquierda, vi una gran pieza iluminada en igual forma. Dentro de ella los doctores Hualañé, Pitrufrquén, Mangual y Gultro, ayudados por médicos y enfermeros y enfermeras desconocidos, trabajaban afanosamente sobre una serie de seres escuálidos mitad hombres, mitad cadáveres que lentamente, y gracias a tan esmerados cuidados, iban dejando su aspecto cadavérico para volver a su aspecto de hombres.

“La peste –me dije–, la terrible peste que azuela en estas comarcas; será vencida entre manos tan expertas”.

Volví a salir por el corredor y me dirigí al centro de la ciudad. Otra vez empezaron mis sandwiches a brotar de los bolsillos y otra vez me puse a dar y dar por todos lados. Al fin la cosa se calmó un tanto. La tranquilidad volvía. ¡Había que ver qué de rostros plácidos nos rodeaban ahora! ¡Qué de vientres bien afianzados!

Entre tanta y tanta gente, temo haber nombrado a más de alguna que no haya aparecido antes en este relato. Pido disculpas. Todos aparecerán si logro dar fin a mi obra. Pero es el caso de que en aquella barahúnda, la cabeza –aunque alegremente– llegaba a darme vueltas y no tenía calma para recordar lo que he escrito y, menos aún, a quienes he nombrado.

Así, por ejemplo, a un joven bien apuesto que se paseaba de un lado a otro displicente y que ofrecía tostadas a quienes le suplicaban. Pregunté por él a Estanislao Buin. Me contestó: –Ése es el señor Agacio, un verdadero erudito. Ya lo conocerá usted.

De pronto se oyó una algazara: no lejos de mí avanzaban majestuosos los siete personajes del estrado. ¡Oh, qué de vítores ¡jamás igualados! Urbano alzó su diestra. Silencio. Dijo entonces dirigiéndose a nosotros los recién llegados:

–Gracias, hermanos y hermanas míos, por el ahínco que habéis puesto en vuestra tarea de alimentar y sanar a vuestros hermanos. Ahora, con igual ahínco, espero que sabréis dar fin a vuestro deber.

Sin más nos lanzamos. Había ahora que convencer a estos cruzados que era necesario templear las armas y, con ellas en el puño, acometer. Después de ver con qué voracidad habían devorado y al ver ahora sus rostros lisonjeros, no me cupo duda del éxito de nuestra misión. Sin embargo no fue así. Cada vez que hablábamos de salir fortificaciones afuera, cada vez que siquiera lo insinuábamos, veíamos de inmediato los rostros retraerse para luego recibir un “no” rotundo. Aquella gente no se movería. Preferirían, sin duda, volver a su aciaga suerte y morir en la desesperación si nuevamente faltaba la comida y la peste redoblaba.

–No, no –oíamos por cualquier lado–. Nos hemos nutrido como en un festín. Ahora aquí moriremos. Dios nos ha abandonado. Dios no nos quiere en esta Tierra. Dios nos espera allá en lo Alto. ¡No, no! ¡No saldremos, no saldremos! Preferimos morir aquí que en manos de los infieles...

Cuanto hicimos fue inútil. La desesperanza reinaba e iba en aumento. Fracasada nuestra misión. Recuerdo que Hugo de Vermandois se echó por tierra y que Balduino el Joven nos dio la espalda. Al fin no hablamos más. ¡Hágase Señor Tu voluntad!

Estaba yo en una plazoleta. Me senté en un banco. No había caso. Luego se sentó a mi lado Teodoro Yumbel. Después de un rato de silencio me preguntó:

–¿No encuentras, Onofre, que hay algo raro en todo esto?

–¿Qué cosa? –pregunté a mi vez.

–Oyeme bien, querido Onofre, si no soy un importuno. Desde que bajamos al teatro de Curihue, desde que las luces se apagaron y se iluminó el telón de boca apareciendo don Fidey, ¿cuánto tiempo calculas tú que ha pasado hasta este momento?

—No sabría decírtelo, Teodoro —le respondí—. Pero... claro está, ha pasado una enormidad de tiempo, varios días, a no dudarlo, acaso semanas o meses.

—Mira, Onofre —me dijo entonces mostrándome su reloj pulsera—. Son apenas las 11 de la noche. Ve ahora el marcador de fechas.

Lo vi: 9, para los días; marzo, para los meses; 1927, para los años. Nos miramos perplejos. Le dije:

—Ahí viene, Teodoro, don Trifón Bucalemu, el hombre que tanto sabe. Tal vez nos podría aclarar este misterio. ¿Qué te parece que lo llamemos y le pongamos este enredo del tiempo?

Aceptó mi amigo. Hicimos un hueco entre ambos en el banco e hice señas al noble viejo para que se sentara entre nosotros. Admitió nuestra ofrenda.

—Señor —le dije—, estamos, mi amigo y yo, con un problema intrincadísimo. Ojalá pueda usted resolverlo.

Le expliqué de qué se trataba. Me escuchó sereno. Cuando hube terminado nos dio la siguiente explicación:

—Cuestión de tiempo, amigos Borneo y Yumbel, nada más que cuestión de tiempo. Sepan ustedes que no hay nada tan elástico como el tiempo. No piense usted, señor Borneo, en su tío José Pedro. Podemos emplear las mismas palabras pero yo me refiero a otros planos. Me refiero a planos superiores. Dando vueltas esta cuestión en mi cabeza, hice un pequeño croquis para mostrarlo a quien se percatara de este asunto. Me alegro que hayan sido ustedes, amigo Yumbel y amigo Borneo. Véanlo ustedes.

El croquis era muy sencillo: un rectángulo pequeño abajo; de él, como una humareda, se elevaban dos trazos que se agrandaban y se unían en lo alto ocupando la hoja entera del papel. Sobre el rectángulo pequeño se leía la palabra: "Reloj"; sobre el gran espacio, la palabra: "Mente". A un costado leíase: "Tiempo". Era todo.

—He aquí la solución —siguió don Trifón Bucalemu—. El tiempo no tiene medida. El tiempo está con nosotros. La primera cosa que hizo nuestro autor, el chino Fa, fue trasladarnos del reloj a la mente. Empezamos todos, pues, a medir los acontecimientos por otro horario enormemente mayor. Como en los sueños, como en instantes de suma aflicción. Si hubiésemos quedado con el tiempo-reloj, por cierto habríamos necesitado semanas, meses para que todo esto se hubiese realizado. Ahora, no. Ahora se realiza en un segundo-reloj lo que, según la medida de éste, requiere un tiempo mayor. Es todo, queridos amigos, no hay más. Queden ustedes tranquilos. A las 12 en punto estaremos de regreso, ustedes en Curihue, yo en mi casa de la calle Lira. Me retiro ahora para seguir viendo el desarrollo de esta aventura. Con el permiso de ustedes. Buenas noches, señor Yumbel; buenas noches, señor Borneo.

Don Trifón Bucalemu se alejó. Luego se alejó Teodoro. Volví a quedar solo.

Pasó, veloz como una liebre, Isidra Curepto. Me dijo al pasar:

—¡Admirabilísimo todo esto! ¿Verdad?

—¡Admirabilísimo —contesté y la perdí de vista.

Luego, en sentido contrario, apareció Baldomero Lonquimay. Se detuvo un instante frente a mí, me miró, bufó y se fue.

Pasaban cruzados. Pasaban chicuelos desgreñados pero contentos. Divisé a Desiderio Longotoma haciendo cabriolas. La Adelaida, la mujer de E. Buin, también pasó. Por fin Valdepinos vino a sentarse, un momento, conmigo. Me dijo:

—Querido Onofre, usted me considera la frivolidad misma. Sin embargo no es así. Soy frívolo, me hago el frívolo para soportar esta vida. De este modo *on glisse mieux*. Pero,

créame amigo, que yo veo y busco mucho. Esto me gusta. No creo que haya necesidad de ver y buscar en trágico. *C'est mieux de sourire toujours un petit peu.* ¿No le parece? Por ejemplo este teatro o lo que sea, me ha preocupado mucho, más de lo que parece. Lo encuentro, sencillamente, desorbitante. Porque dígame usted, Onofre, ¿estamos, en realidad en Antioquía o se nos ha mareado dentro del fondo del capitán? ¡Ya ve usted las cosas que me preocupan!

—Amigo Valdepinos —le contesté pensando en don Trifón—, creo que esto es una cuestión, interesante por cierto, del problema del tiempo. —Le mostré el croquis hecho por el barbudo personaje y se lo expliqué—. Eso como humareda que ve usted ahí, está dibujado en proporción al tamaño del papel. Suponga entonces un papel enorme, enorme. La humareda lo llenaría, ¿no es cierto? Ahora trasladémonos a la mente, para atrás y para adelante. Quiero que lo hagamos para atrás. ¿Qué pasa entonces? Suponga ahora que alguien se haya proyectado, con este sistema de humos, en aquella época del siglo XI hasta hoy. Lo que resulta es sencillísimo: ambas humaredas se juntan, se confunden. Estamos, pues, en Antioquía. Lo estamos por esfuerzo mental nuestro. Es lo que yo creo, amigo, y de esta creencia nadie me sacará.

—Entiendo su explicación, querido Onofre —me respondió el muy cínico—. La encuentro, eso sí, ligeramente complicada...

Y Valdepinos se echó a reír.

En ese momento hubo un tumulto en la plazoleta. Por una calle desembocaban varios cruzados llevando seis caballos por sus bridas. Iban estos seis cubiertos de lorigas. Un sin número de muchachos y muchachas los seguían. Me levanté y me dirigí a ellos. Cada caballo llevaba su nombre en una placa colgada al cuello. En el primero que pasó leí: BUCÉFALO. Luego con letras menores: *Alejandro el Grande*. En el que lo seguía: TENCEDOR —*Carlomagno*. Seguía VIGILANTE —*Roldán*, al lado de BABIECA —*Cid Campeador*.— Inmediatamente después, uno flaco, esquelético y el único sin loriga: ROCINANTE —*Don Quijote de la Mancha*. Cerraba la marcha un caballo hermoso, arrogante y alado: PEGASO —*Mitología griega*.

“La humareda del tiempo —pensé, sobre todo, al ver a Rocinante y recordé, por un segundo, el pincel con que Velázquez terminaría el cuadro de *Las Meninas*.

Pasaron los seis caballos llevados por cruzados. Pasaron muchachos y muchachas. Volvió la calma en la plazoleta. Apareció Rubén de Loa.

—¿Viste? —me preguntó—. ¡Seis históricos brutos! ¡Qué bien! Van hacia la plaza principal donde serán montados por los seis hombres del estrado. Salenco Nicator prefirió quedar aquí y esperar noticias. En Bucéfalo irá el chino Fa; en Babieca, don Fidey de Comiso; en Tencedor, Otelo; en Vigilante, José Miguel Carrera; y el Capellán del Conde de Tolosa irá en el bueno de Rocinante.

—¿Y en Pegaso...? —pregunté.

—Ni qué decirlo: nuestro santo comandante, Urbano II.

De Loa, tranquilamente, se alejó. Volví a sentarme.

Empezaba a adormilarme, cuando un grito pavoroso me estremeció. Me alcé como movido por un resorte. El grito continuaba y crecía. Eran muchos, muchísimos gritos, todo el mundo gritaba. Vi cómo corrían amigos y cruzados hacia la plaza principal. Sin pérdida de tiempo me eché también a correr.

A medida que avanzaba iba oyendo las más extrañas expresiones: La palabra “¡milagro!” las dominaba a todas. Había quienes decían: “Dios se ha apiadado de nosotros”.

Otros: "Signo inequívoco". Otros: "¡Al fin Kerbogha conocerá nuestros alfanjes!" Otros: "¡Gloria eterna para nosotros los cruzados!". Otros: "Nuestro padecer ha llegado a Él; ahora, ¡muerte a los infieles!". Otros: "Exterminemos a los perros pútridos de Kerbogha!". Y así muchas más. Por encima de ellas resonaba, como un leitmotiv, la palabra: "¡Milagro, milagro, milagro!".

Llegué a la plaza principal. ¡Qué gentío! Apenas si se podía avanzar un paso. Fue grande mi satisfacción cuando vi una cara conocida: Florencio Naltagua.

Naltagua, sereno, contemplaba este desborde de fe. Le pregunté qué ocurría. Me dijo:

—Un fraile provenzal acaba de tener un sueño. En él San Andrés le ha revelado el sitio donde, aquí en Antioquía, se encuentra la Sagrada Lanza con que Cristo fue herido en la Cruz. Es en la iglesia de San Pedro. Ha sido ya desenterrada y pronto la veremos aquí.

En efecto, pronto llegó. La traía el fraile provenzal. A su lado era, sencillamente, la locura. Jamás había presenciado yo un semejante arrebató de fe y de entusiasmo. La gente, en su frenesí, se arrojaba por tierra y por ella rodaba mientras otras, alzando los brazos, se elevaban a la altura de los minaretes, allí se abrazaban para caer dulcemente. Otros permanecían a ras de suelo como petrificados; luego se golpeaban el pecho con ambos puños gritando: "¡Milagro, milagro!". Los había que, apenas se impusieron de la feliz noticia, empezaron a andar para atrás y a velocidades inauditas. Los hubo que, al ver tal manejo, empezaron a andar de lado, hacia la derecha, hacia la izquierda, deteniéndose unos instantes para recomenzar enseguida. Otros corrían velozmente, otros lloraban a lágrima viva, otros abrazaban a cuantos encontraban, otros se daban vueltas de carnero y otros, por fin, pasaban gritando, pasaban muy alto por los ámbitos. Ya lo digo, era aquello la locura.

Vi, en tal batahola, a Yoni que me gritó: "¡La Lanza, la Sagrada Lanza!". Vi también a don Cayetano Salvamares y a Palemón de Costamota y a Fermín Baracoa y a Gavino Cuncumén, el revolucionario. Don Pimpilimberto Gorrocoitia trataba de hablar y no lo lograba. La pequeña y bella Norca lloraba. Huinchita Pin bailaba. Y todo esto entre miles y miles de cruzados, hombres y mujeres, que se entregaban frenéticos a sus desmanes de alegría. No cabía duda: ¡ahora vendría la salida en contra del enemigo!

Naturalmente yo me contagiaba con estos desbordes. Iba de un lado a otro vociferando como un poseído. De pronto me detuve. Se me había llamado:

—¡Onofre, Onofre!

A unos diez pasos de mí pasaba veloz Guni. Me saludó levantando la mano. Quedé paralizado. Al fin y al cabo no estábamos más que en 1927 y yo debería conocerla en unos 15 años más. Al cabo de un rato pude gritarle:

—¡Guni! ¡Por si morimos, por si muero yo, en el próximo ataque, dime, dime, por favor, quién eres! ¿Cómo es que estás aquí y por qué yo te conozco?

No sé si me oyó. Se alejaba empujada por miles de manos. Volvió a saludarme y desapareció.

Sonaron los atabales con un fuerte redoble. Siguió un toque de olifante. En un extremo de la plaza vi un gran gonfalon que se alzaba imponente. A su pie vino a colocarse el feroz Bohemundo. Hubo un silencio repentino y espectacular. Dijo, entonces, nuestro héroe:

—Cruzados, ¡¡al ataque!!

Fue una orden imperiosa. De súbito nos alineamos todos sin murmurar palabra. Alancé a ver a los seis personajes del estrado que montaban en sus respectivos corceles. Yo iba entre un cruzado desconocido, a mi derecha, y dos cruzados, también desconocidos,

a mi izquierda. Al lado del primero iba Viterbo Papudo; al lado de los otros dos, Sherlock Holmes. Delante de mí iba una mujer. Oí que su compañero de armas la llamaba Rosemunda. Ella le decía a él Alboíno.

Marcando el paso avanzamos hacia los muros de la ciudad. Las 360 puertas se abrieron. Salimos. Atacamos.

La contienda fue espantosa, atroz.

Cuánto duró, cuántos cayeron... ni lo sé. Eran aquellos ríos, diré océanos, de sangre.

Que quien me lea me disculpe. Mi pluma se declara impotente para siquiera acercarse a algo que se asemeje a la realidad. Así es que renuncié a describir tan tremenda cosa. Pero sí quiero decir dos palabras sobre lo que pensé durante esta refriega con las tropas de Kerbogha. Desde luego maté a cinco con mandobles de mi alfanje. Perdoné a dos que, de rodillas, me dijeron, me juraron que se harían humildes mudéjares. Con mi adarga me defendí atinadamente de más de veinte feroces ataques de infieles. Mi yelmo —me sorprendí de pronto llevando uno— me guareció de los golpes que me lanzaban a la cabeza. A veces vi, pasando por los cielos, al alado Pegaso; sobre él, nuestro Papa, Urbano II, nos animaba. Olvidaba una nota digna de ser mencionada: Baldomero Lonquimay, vestido a nuestra usanza, atacó y se defendió con furibundos remolinos de su capa española. No diré más ni podría decirlo. Vamos, pues, a lo que pensé:

Matar y matar... ¡Qué cosa tan ajena a mi personalidad! Jamás en mí se ha albergado semejante idea. Sin embargo maté a cinco desconocidos. Entre éstos había un almuédano que distinguí por su vestimenta. ¿Quiénes eran esos cuatro y aun el almuédano? Misterio. Pero nada, absolutamente nada, habría podido detener mi mano. Era la orden que imperaba entre nosotros: matar. Y si no mataba, pues me matarían a mí. Cada vez que mi alfanje se enterraba en la carne de un enemigo, me decía: "¡Ea! ¡Estamos en el teatro, después de todo! ¡Ya volverán en sí!".

Pero —fuese en el teatro o no lo fuese— el caso era de que yo embestía hasta la muerte defendiendo a la Iglesia Católica. Mi jefe era Urbano II. La odisea en que nos hallábamos hendía sus raíces en lo más hondo de la intransigencia de los católicos. Ahora bien, yo no soy católico ni apostólico ni romano. Nunca mi espíritu —algo místico, sin duda— me ha inclinado a esa religión. Por el contrario, la desapruébo ampliamente. Si era yo un simple actor, me encontraba poniendo mis dotes de tal al servicio del Vaticano; sin duda había público en alguna parte que me vería y que no lo olvidaría. Si era más que actor, y me hallaba en la realidad vuelta a aparecer por las artes del tiempo que conocen el chino Fa y don Trifón Bucalemu, la cosa era peor, sencillamente peor.

Sin embargo —pensaba yo— había algo heroico en nuestra salida y acometida. Era una cosa grande. Porque después de todo, ¿qué es el amor a la patria, el amor a la familia y aun este amor a la religión? ¿Qué es el concepto del honor? ¿Qué son todos esos conceptos de hombría, de honradez, de virtud, de respeto, de sacrificio y demás que parecen cernirse sobre nosotros desde los primeros años?

Para mí no son más que motivos donde poder desplegar nuestros ímpetus. Son motivos que se le ponen al hombre para medir la templanza de su ser. Hay quienes que, ante ellos, quedan indiferentes, como los hay que los pisotean. Pero hay quienes que, con ardor, los erigen en templos, en verdaderos altares y ante ellos están dispuestos a dar la vida.

El concepto de amor por la humanidad está aún en ciernes. Es como un sol que empieza a levantarse. Muchos ímpetus magníficos ante conceptos más cercanos a nosotros, se quiebran frente a éste mal diseñado todavía. Es el mayor que se divisa en nuestro

horizonte. Es el que pone a prueba a los hombres. Para llegar a él hay que haber agotado los demás.

Ahora —en teatro o lo que fuese— se nos hacía retroceder nueve siglos. Y un concepto ocupaba el cielo entero. Por él había que pelear y, tal vez, morir.

No creo exagerar si digo que, al menos los que vi, estuvieron a la altura de lo que se les encomendaba. Ni una flaqueza, ni un desfallecimiento. Llegué a creer que luchaban para impedir que algo ya agotado en ellos volviera a entronizarse. Hice un rapidísimo examen de conciencia: Sí, había que luchar como fuese. Maté con este sentimiento en mí. No veo qué podría reprocharme. Se trataba, después de todo, de la lucha por un concepto. No imagino nada mayor. Por eso maté.

Momentos más tarde nuestro campo de batalla era simplemente una desolación. El ejército enemigo estaba derrotado. El triunfo era nuestro. Un inmenso botín quedaba en nuestras manos. Pero repito, ¡qué espantosa desolación! Tuve esta visión desde lo alto de un otero. Por todas partes, es verdad, los testigos de hazañas ruidosas de la fuerza brutal. Pero ver aquello, todo aquello entregado a las lanzas y al fuego, ver los campos asolados, ver al Orontes meciendo altos de cadáveres, oír los lamentos elevarse de la oscuridad... ¡oh, no, no! Fue allí tal mi horror que me precipité a la planicie sin querer ver más. ¡Un triunfo guerrero! Hay que ver con qué cantidad de sangre y sufrimientos se paga... Me sentí desorbitado, sin saber qué hacer. No tenía hacia dónde volver la vista. Por todas partes nuevamente dolor, dolor y más dolor... Corrí hacia el Orontes. Como las carabelas del chino Yu, pasaban los cadáveres. De pronto uno de ellos llegó hasta mí, se detuvo en el remolino de aguas y siguió. Alcancé a reconocerlo: sanguinolento, hecho trizas, era el despojo que había servido al profesor de inglés mister Edinburgh. ¡Pobre hombre! Venir a morir por la liberación del Santo Sepulcro y en Antioquía... ¡Reposa en paz, querido Mister Edinburgh!

Ya me alejaba de las aguas del Orontes cuando vi un grupo de cruzados que rescataban a un muerto. Esperé. Lo trajeron a la orilla: era Liberio Barón, el hombre que a su vista siempre algo la tapaba. Ahora podrá extenderse sin impedimentos materiales. ¡Reposa también en paz!

Creí que enloquecía.

De pronto un toque de olifante retumbó por los aires.

Se nos pedía reunirnos a los 3.044.

Así lo hicimos en un claro del bosque. Nos acomodamos como pudimos. Don Fidey de Comiso trepó entonces a un árbol y desde él nos habló así:

Amigos y amigas:

Sólo tengo una cosa que deciros y ella es: ¡Gracias! Gracias por vuestra actitud y por vuestro heroísmo. Hay quienes han dado la vida. Razón de más para que os dé las gracias. Habéis procedido como es debido. ¡Honor, mil veces honor al autor de esta obra magnífica, al incomparable chino Fa! A causa de él podéis ahora agregar las más preciadas páginas a vuestras vidas. ¡Oh, misterios del teatro! ¡Oh, gran cumbre a que puede alcanzar! ¡Es algo prodigioso cuando está llevado por un hombre de genio como lo es nuestro incomparable chino Fa! Ved esto, amigas y amigos, ved esto, nada más:

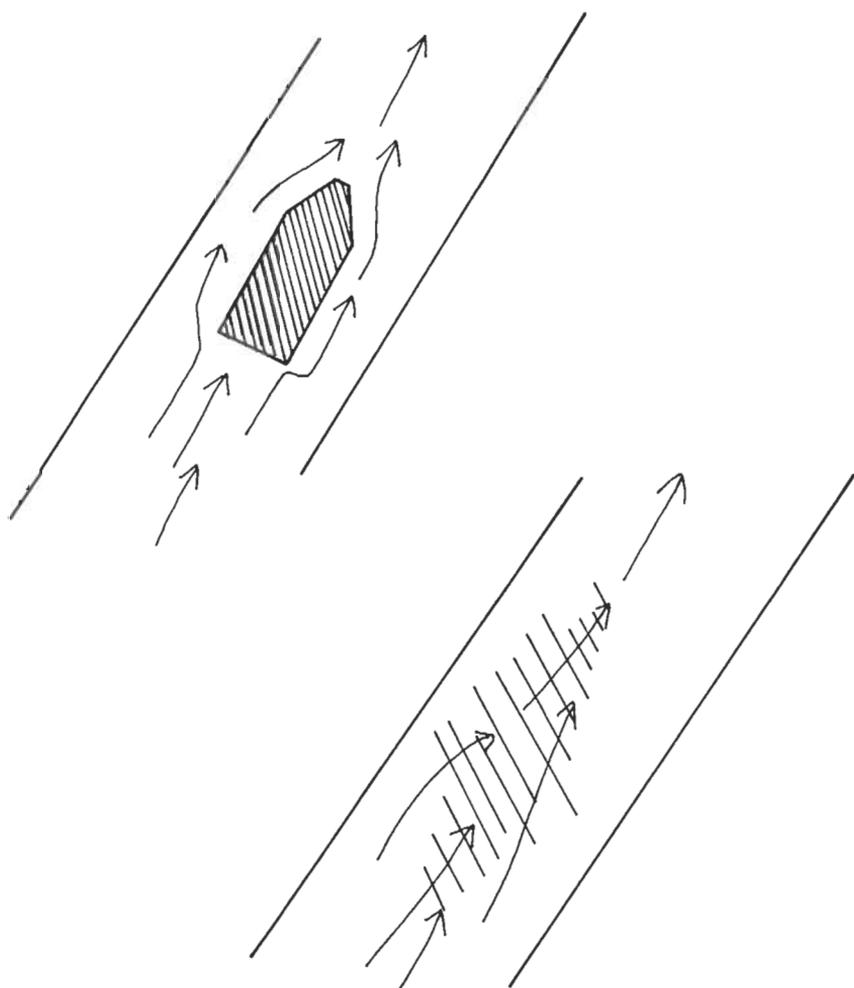
Sabéis todos que el teatro es falso, que es falso desde los actores hasta el texto pasando por los decorados. Éstos acaban de ser pintados por un pintor cualquiera; los actores son hombres cuquiera también que, fuera de la representación, están dominados por otras pasiones; el texto ha sucedido nada más que en la cabeza del autor, un señor como cual-

quiera otro. Con todas estas falsedades se pone la pieza en marcha y ¡oh, prodigio!— todo el público, voluntariamente, se deja coger, lo pide, lo exige, se enfada si no es así y jamás, jamás protesta por haber sido cogido.

Lo habéis visto con realce en esta obra estupenda. Habéis tenido un primer ensayo, una preparación: allá en Curihue, el combate contra pumas, peucos y pejegallos. Ya templados así, habéis arriesgado vuestras vidas y algunos la han dado en esta cruenta lucha. Todo ello por el teatro. Pero aquí hagamos algunas salvedades: En el teatro común la cosa no pasa así. Todos, por cierto, se emocionan; todos unen esta emoción a sus casos particulares; todos la sienten mientras el telón está levantado; algunos la llevan hasta sus casas. Y no hay más. Quiero decir: no la viven.

Aquí se vive, se ha vivido. Aquí el teatro ha sido parte integrante de vuestras vidas. ¿No es así? Ello se debe a algo simple como todo lo inmenso. Vedlo.

Don Fidey de Comiso desplegó ante nuestros ojos un croquis grande y nos advirtió que era él debido a la mano de Fa. Según mi recuerdo era así:



Luego nos explicó:

El trazo rayado es la obra; las flechas son los destinos del público. El dibujo de la izquierda es una obra común; el dibujo de la derecha, una obra concebida según los nuevos principios.

Fijaos ahora cómo en el dibujo de la izquierda, la obra está limitada, cómo ni una raya sale del marco que las contiene. Fijaos ahora en el dibujo de la derecha y veréis cómo las rayas son diluidas, cómo ha desaparecido todo marco. Pasemos a las flechas: Ved en el dibujo de la izquierda cómo no entran en el marco; lo rozan, se desvían y siguen. Ved en el dibujo de la derecha cómo penetran en él, cómo traspasan el diluido rayado, cómo lo atraviesan antes de seguir.

He ahí todo, amigas y amigos. Habéis atravesado un diluido rayado. Al atravesarlo, habéis templado vuestras almas. Ahora podréis ir por el mundo entero proclamando que, por primera vez, habéis asistido al teatro, al verdadero teatro.

Porque habéis alcanzado una nueva manera de ver. Sea teatro o cine o lo que sea, esta manera la tenéis. Estad, pues, felices de vuestra adquisición. Y tened fe, absoluta fe. Pues tal como la pieza sucedió, así sucedió. Que no venga a vosotros el majadero eterno a decirnos: "Yo encuentro que, lógicamente, el personaje tal o cual debió haber obrado en tal otro sentido...". No, amigas y amigos. Como obró, así fue. Y esto basta. ¿No lo creéis?

Espero que sí, que tal sea vuestra convicción.

Asentimos. Sin embargo Baldomero Lonquimay se impacientó y bufó. Don Fidey se volvió a él para preguntarle:

—¿Acaso no estáis de acuerdo, gran hombre?

A lo que Baldomero repuso:

—Como sucedió, así sucedió. Sepa usted, caballero, que yo no me inmiscuyo en las vidas privadas ajenas.

Don Fidey entonces preguntó:

—¿Alguno entre vosotros quiere hablar?

Lorenzo Angol se levantó y dijo:

—Yo.

Rosendo Paine se levantó y dijo:

—Yo.

#### LORENZO

No sé, don Fidey, si ha sido influencia de vuestro teatro. El caso es que me he batido con denuedo y, al batirme, he olvidado que se trataba de teatro. He pasado —como decís— por el diluido rayado plenamente. Os lo agradezco. Sin embargo no olvido al profesor de inglés Mister Edinburgh, como tampoco olvido al bueno de Liberio Barón.

Cuanto a la utilidad de todo ello, sigo en mi punto de vista, o sea: inutilidad. Para otros, puede ser que sirva. Para mí, no. Cuando se tiene en la sangre mi calidad, vuestras guerras son superfluas. Yo amo a una dama, don Fidey. La guerra que por ella sueño, sobrepasa mil veces a la vuestra. Yo amo la religión, don Fidey, y entregado estoy a sacarla del lodo en que ha caído para poder ver la luz. Vuestra guerra, don Fidey, es del lodo. Yo amo la literatura, don Fidey, cuando se viste de precisión, cuando la voluptuosidad que de ella se desprende se avvicina a las matemáticas. La descripción de vuestro teatro me suena a una ampulosidad teatral, ni más ni menos, teatral.

Es lo que quería decir.

## ROSENDO

He pasado también por el diluido rayado. Mis conclusiones son diferentes a las del amigo Angol. Yo también amo a una dama, diré mejor, a una mujer. No sueño guerras por ella. Quiero la paz y si me he batido con denuedo es para que pronto terminara tal barahúnda. Quiero a una mujer que ha de regir mi casa como es debido y que, de cuando en cuando, sepa poner en nuestra vida sus toques de extrema sensualidad. No amo las religiones. Me son indiferentes. Me basta el diario ajeteo. Amo sí la literatura cuando es como esos toques de sensualidad de mi mujer, es decir, cuando se llena de insólitas imágenes, cuando nos saca del diario vivir. Como ha sido nuestro teatro, don Fidey. Por esto os lo agradezco de todo corazón. Ojalá se nos repita. Nos moverá, nos sacudirá.

Es lo que quería decir.

Don Fidey volvió a preguntar si alguien más desearía dar su opinión. Había apenas formulado su pregunta cuando el aire se llenó de toques de olifantes y redobles de atabales: junto a nosotros pasaban, marciales, los cruzados, ya libres del asedio, rumbo a Jerusalén. Se iban, por campo despejado, a continuar la santa guerra. En medio de ellos vi a nuestro papa, Urbano II, que se iba también. Saludamos, vitoreamos. ¡Buena suerte! ¡Buen retorno!

Pasaron, se perdieron.

Como nadie se presentó para hablar, don Fidey se limitó a decir:

—Señor don Lorenzo Angol, no olvido a los fenecidos, el profesor de inglés Mister Edinburgh y Liberio Barón. Quiero, además, deciros que tampoco olvidaré a Zacarías Punitaqui, vuestro mayordomo en el fundo de La Cantera, muerto heroicamente en el campo de honor. También, puedo asegurarle ante todos, quedará grabado en mi memoria el recuerdo de don Sulpicio Calatambo, ese gran hombre, inmenso hombre, caído bajo las armas de los infieles. Pido un minuto de silencio por su memoria.

Pasado el minuto, siguió:

—Ahora volvamos. Id, primero, a los camarines y cambiad de vestimenta. Vestíos como estabais en Curihue. No olvidéis: camarín A para las damas; B, para los caballeros. Luego, aquí a dos pasos, encontraréis aviones a porfía. Agradeced, por ello, al gran aviador, capitán don Gaspar Angol. Y por el momento, es todo lo que tenía que deciros. ¡Buenas noches!

Nos vestimos a nuestra usanza y salimos.

En efecto, cerca de nosotros estaban los aviones. Subimos. Se echaron las hélices a marchar. Despegamos. Nos elevamos. ¡Rumbo a Curihue ahora! Vi la hora: las 12 menos 10 minutos. Teodoro Yumbel, que me vio hacer tal gesto, me mostró su reloj: 9 de marzo de 1927.

Empezó el vuelo. Me arrellané en mi butaca. Cerré los ojos. Una voz me hizo abrirlos.

—¿Qué tal, Onofre?

A mi lado, ¡Guni! Quedé, por un momento, desorbitado. Al fin pude decirle:

—¡Usted! ¡Usted, Guni!

—Sí —me respondió—, yo, Guni. ¿No me había visto en Antioquía?

—¡Por cierto! —contesté—. Le hablé, le grité. Pero era tal el gentío que usted se me perdió.

—Me perdí. Ya lo ve usted, reaparezco siempre.

—Ya no se irá más, nunca más. Ahora seguiremos escribiendo juntos las biografías. ¡No se irá más, Guni, nunca más!

-¿Y la mandioca? ¿Y las nieves árticas y antárticas? Parece tener usted mala memoria.

-Guni, ¿qué viene usted con nieves y mandiocas! ¿Pueden ellas compararse con nuestro trabajo, con la intensidad que proporciona el ir penetrando en la psicología de nuestros personajes? Usted no se irá, ya lo he dicho, nunca más.

Me miró un rato. Luego sonrió vagamente. Al fin me dijo:

Pobrecito... ¿Qué lejos lo siento a usted de la naturaleza! Psicologías y psicologías... ¿Adónde lo lleva todo eso? Ya lo sé: la voluptuosidad de hacer trabajar el cerebro hasta la locura. ¿Y al fin? En cambio, Onofre, ¡oh, si usted supiera! Los colores de los trópicos, el infierno que ellos son... Luego el frío pasando, para llegar a él, por un dulce clima... ¡Oh, ese frío atroz durante un día y durante una noche de seis meses! Y de pronto, otra vez, el dulce clima para caer en el infierno. ¡No compare, por favor, con sus psicologías! Le propongo una cosa: deje su obra de lado y conmigo véngase, ¡véngase! ¿Qué le parece?

-Sí, Guni... Ya lo creo. A mí me gustaría enormemente dar vueltas a la Tierra hecho un torbellino. ¡Y con usted! ¿Qué más puede pedirse? Pero, Guni, es que he empeñado mi palabra; tengo que hacer esas biografías. Me creían incapaz de llevar a buen término la obra. Ahora verán, verán. Usted me falta, es verdad. ¡Qué hacerle! ¡Quédese conmigo!

-¿Y la mandioca y las nieves polares? Comprendo que es un destino diferente el nuestro. Sigamos, Onofre, como estamos: usted sumido en La Torcaza; yo, como un torbellino. También veo lo que su vida presenta de más interesante. Prueba de ello: don Fidey de Comiso; lo he visto y he peleado como cualquiera. Ahora seguiré a San Agustín de Tango y... ¡a los trópicos! Después pasaré a las nieves eternas. Después volveré a pasar por Chile y nos veremos.

-¡Guni! ¡Por favor, por piedad!

-¿Para qué? ¿Me ve usted arrinconada en La Torcaza? Arrinconada con la nostalgia de los panoramas que he contemplado... Guarde un buen recuerdo de este encuentro. Es todo lo que puedo desearle. Cuando haya usted terminado su obra, la leeré. Será interesante ver qué párrafos caerán bajo un sol inclemente y qué párrafos se congelarán en los polos. ¿No le parece?

-¡Oh, maldito destino el mío!

-Venga conmigo.

-He empeñado mi palabra.

-Entonces esperemos el fin de la obra.

-Sí, esperémoslo.

-Ahora déjeme ir a hablar con mis amigos, ahí adelante. ¡Ánimo, Onofre, y buen término!

-Gracias, Guni.

-¡Hasta pronto, hasta mi próxima vuelta!

-¡Hasta pronto, Guni, Guni mía!

Quedé pensando. Quise hacer algunos cálculos. Pero me confundí. Guni... Le he hablado de "seguir escribiendo nuestras biografías". Las empezaré a escribir en 1941; estas ahora en sólo 1927. ¿Cómo, cómo es la cosa...?

Aterrizábamos.

Minutos más tarde bajaba el avión. Vi que otros bajaban también: eran los de nuestro primer grupo, los que entramos al teatro a ver la obra, antes de la tertulia del capitán. Faltaba, naturalmente, Urbano II que, como lo dije, había seguido con los cruzados a Jerusalén.

Los aviones emprendieron de nuevo el vuelo.

¡Adiós, adiós Guni!

Salón de las casas de Curihue.

Estamos todos. Carrera y Otelo se despiden de nosotros. Van a acostarse en una pieza de alojados. Veo la hora: las 12 y 2 minutos. Teodoro Yumbel me muestra su reloj: 10 de marzo de 1927. Nos sirven café. Lo bebemos lentamente. Hablamos de cosas varias. Un rato después, todos dormimos profundamente.

*Día siete*  
(10-III-27)

¡Oh, qué despertar fue el de este Día Siete! Un despertar súbito, relámpago. Salté de la cama. Me bañé, me afeité, me lavé y me vestí en menos que canta un gallo. Tal velocidad no se debía a ninguna clase de quehaceres, a ninguna orden, a nada externo. Era una fuerza interior la que me obligaba a acelerar mis gestos al máximo. Lo de la noche anterior, lo del chino Fa, zumbaba y retumbaba dentro de mi cráneo pero jamás habría podido yo precisar la parte efectiva que ocupaba en mi celeridad.

Descendí de bruces las escaleras. Me encontré con unos y con otros, rápidamente, al pasar, al salir, al entrar. Esta prisa humana no sólo a mí me tenía por víctima sino a todos los habitantes de Curihue.

Me cogí con ambos brazos a una columna de piedra. Falta me hacía un momento de recapitulación. Es curioso —pensé así abrazado a la piedra— que recapitular, mejor dicho, recapitular con frutos, y mejor aún, obtener la sensación de llegar a un resultado después de recapitular, es curioso —digo— que este proceso lleve la finalidad de encontrar una palabra, un nombre que lo designe. Creí que el hallazgo de tal designación sería un provechoso paso hacia adelante. Sólo más tarde vine a colegir que era esto cambiar el problema de sitio sin que el problema mismo fuese alcanzado ni menos perforado. Pero, en fin, el objetivo lo tenía pues afirmé que lo que en Curihue ocurría era una “efervescencia general”.

Entonces me solté de la columna y me lancé a correr, hablando, saludando, interrogando, palmoteando, insinuando, interpellando, confundiendo, aclarando y, sobre todo, escuchando. Pensé que era esta efervescencia general un regalo del dios protector de los hombres de letras, tal vez del mismo chino Fa con su *Fidey de Comiso*, pero otra vez el chino zumbó y retumbó y desapareció. Como fuera, coger a diestra y siniestra con la suficiente velocidad como para no dejar que las propias intenciones logaran teñir la libre expansión de los personajes... era, por cierto, buena cosa. Y echando mano, entonces, a mi taquigrafía y a la mayor potencia de mi memoria, anhelante y contento, me zambullí en el torbellino curihueño.

Creo que es inútil desprenderse del todo de lo que uno *quiere* pensar. Para mezclarme con los demás en esta zambullida, me fue necesaria una explicación del fenómeno. Sentí que sin ella corría el riesgo de partir a la deriva. Apenas di diez pasos la encontré, o creí encontrarla, y la anoté de este modo:

“Todos —incluso yo, Onofre Borneo— estamos sintiendo la necesidad de separarnos, de arrancarnos de la *unidad* que es Curihue, unidad que nos aprisiona. Después de seis días y seis noches, deseamos estallar para recobrar nuestras personalidades individuales.

Sentimos en forma demasiado implacable los, por mí, llamados Hilitos. Lo cual redundaba en que falta aquí en el fundo una cohesión íntima entre sus ocupantes y, por ende, una finalidad francamente común”.

Así armado mi zambullida me fue eficaz o, al menos, como tal la consideré y me parece que del mismo modo puedo considerarla hoy que escribo. Hace apenas un momento recordé esa mañana del Día Siete y olvidé voluntariamente la definición y explicación que acabo de copiar, con el objeto de rehacerlas a la larga distancia. He aquí lo que acabo de anotar:

“Ocurrió ese día que fuimos conscientes de la falta de cohesión íntima (estas dos palabras me volvieron sin recuerdo, propiamente dicho) que existía en las vidas individuales y dispares de todos nosotros. Sin embargo sentíamos que otra cohesión, aunque no íntima, nos tenía atados por el hecho de la unidad que era la existencia misma de Curihue y de no ser Curihue más que uno. En la vida allí en el fundo, lo quisiéramos o no, teníamos un destino común, por diversos que fueran nuestros destinos y anhelos personales. Es esto algo semejante a la línea de vida que, durante la travesía, tienen en común los pasajeros de un barco. Estábamos sometidos a una unidad cuyo objetivo y beneficio ninguno reconocía. Era una unidad impuesta y no sabíamos *por quién*. Creo que muy en el fondo de todos nosotros sonaba un “ojalá”. ¡Ojalá que esta unidad y su objetivo fuesen bien conocidos y aceptados! Por entonces sufríamos una *fuerza ciega*. Teníamos que añorar una *fuerza consciente* y, ¡ojalá!, libremente aceptada. Tenía, pues, que ser forzoso que nos preguntáramos: “Pero ¿cómo crearla?”. No encontrábamos respuesta pues cada uno se anidaba en su mundo personal hermético”.

Hoy y ayer, la misma idea, la misma base para mi zambullida. Así es que volvamos a ese 10 de marzo repitiendo:

Me zambullí en la efervescencia general curihueña de la mañana, del día y de la tarde, que todas esas largas horas no fueron más que una sola. Hice notas, muchas notas, al pasar, al correr. Aquí van no pocas de ellas:

1. Temprano por la mañana: Norca, la joven ave de paso, Norca figura, entra en el concierto general. ¿Cómo, a qué hora, de dónde llegó? No lo supe. Pero allí estaba y yo vi: ¡Qué alegría! Norca, tras una puerta, en penumbra, en brazos de ¡Teodoro Yumbel! Los labios juntos, las respiraciones anhelantes. ¡Por fin Yumbel ama y es amado! Así entrelazados desaparecen los jóvenes palomos. Desaparecen en la salita color de rosa y la puerta se cierra tras ellos. En esa salita hay un diván de fieltro.

¡Qué alegría! Yo quiero y estimo tanto a Yumbel. Olvídate, buen amigo, de tus desventuras pasadas: Clarisa, la “inexistente” Jacqueline, tu Calucha, la inalcanzable Venus, la intelectual Isidra, los pájaros de rapiña O'Machuca, Rosendo, el mismo cínico de Valdepinos y qué sé yo. Has amado hoy, por fin, de verdad y, seguramente, muchos malos hechizos, que en tu vida pesaban, se han esfumado. ¿Por primera vez esto te ha ocurrido en tu existencia toda hecha de pureza? Primera o segunda o más... ¡es igual! Sé que ustedes dos han sido felices. Y con razón tú lo has sido, te lo afirmo, buen amigo. Yo no había parado mientes en tu amada. Ahora, al verla en tus brazos, la observé: joven, guapa, dulce y apasionada. ¿Qué más? La velocidad de la efervescencia a ti, en todo caso, te ha hecho un enorme bien. ¡Felicitaciones de todo corazón!

En otro momento, poco después, Yumbel me toma ambas manos y me las sacude. Le pregunto:

—¿Qué hay, amigo, qué ocurre?

Me responde:

—¡Ella, ella es la autora!

—¿De quién hablas y autora de qué?

—Hablo de Norca. Ella es la autora de aquel maravilloso cuento que el capitán nos leyó la otra noche. ¿Recuerdas? Sí, tienes que recordar: O'Higgins, los Perolutti, los Tirbuletti, el juez, Illaquipel, la perra Mazurca, el ama de llaves, la Virgen de la Hortaliza, las viejas..., en fin, todo aquello ¿recuerdas? Ella, Norca lo escribió. Me lo ha dicho y el capitán lo ha confirmado. ¡Qué felicidad, Onofre! Me lo ha confesado, me ha dedicado el maravilloso cuento y esto... ¡oh! ¡supieras en qué momento inefable!

Lo abracé con el mayor cariño que por un amigo se puede experimentar.

2. Pasó de pronto Desiderio Longotoma a velocidad inaudita. Tras él apareció, con pasos majestuosos, Baldomero Lonquimay. Estaba éste enfadado. Me expresó que la velocidad del otro era signo de frivolidad. Agregó:

—Longotoma es un belitre.

Y se alejó.

3. Para recobrar un poco de calma, pensé en un momento —no sé en cuál— subir al matacán. Sería buen refugio y mejor observatorio. Pero me molestó la idea de ir solo. Divisé a Lorenzo, lo alcancé y lo invité. Creo que el recuerdo de lo dicho por el capitán sobre un posible crimen, me hizo temer la soledad del entretecho. Lorenzo aceptó la invitación.

Al llegar al matacán encontramos al viejo Berbiguier. Seguía con su asunto de los chonchones.

—¡Cómo, *cher monsieur!* ¿No se ha marchado usted?

—No, no, no. La ciencia del chonchón es cosa larga, Díganme, ¿qué es de don Irineo Pidínco?

—No lo hemos visto. Se ha hecho cargo de la siembra del garbanzo así es que debe estar por allá, por los faldeos.

—¡Qué hombre de tan poco peso! Está al borde de altos conocimientos y los deja por los garbanzos...

—Es que él afirma que...

—¡Palabrerías! Todos los sacos universales de garbanzos no lograrán jamás revelar tanto como el misterioso ser de humana testa y alas de buitre en las orejas que yo estudio. Pero, en fin, es sincero y es buena persona. Aunque aquella historieta del galpón del heno... No es muy de mi agrado.

—No sea usted tan severo, *cher maître*. Piense que en el plano en que él actúa...

—¡Planos! ¡Planos! ¡Atrás, atrás! ¡No me hablen ustedes de planos que eso es caer bajo el maléfico signo de ese tal Baldomero Lonquimay!

—¿Es posible? Nosotros creíamos que era Baldomero un distinguidísimo personaje.

—¡Horror! Yo a ese hombre le temo y, sépanlo ustedes, él también me teme. Ese hombre es gatuno y ama a los gatos. Si ahora nos encontráramos huiríamos despavoridos el uno del otro, huiríamos hasta la locura y para siempre. Señores, sépanlo ustedes, huiríamos ¡así!

Y el viejo Berbiguier, abriendo con ambos brazos su capa de murciélago, huyó por los entretechos, lanzando graznidos de chonchón.

4. Matacán con Lorenzo. ¿Un minuto, media hora, más de una hora? Lo ignoro. A la velocidad de aquel día, los relojes no prestaban ayuda.

Observábamos y cambiábamos ideas.

Debo confesar que mis observaciones fueron muy pobres, casi nulas. La efervescencia de toda aquella gente, y la mía además, formaban una de rayas de ir y venir que no pude delimitar con provecho. Por cierto que con calma se habría podido obtener mejor resultado pero mi invitación, en este sentido, no había sido afortunada. A sumarse a la efervescencia venía la voz de Lorenzo y yo me acogía a ella como a un refugio. Aquí va su voz mezclada con las aprobaciones mías:

—¡Mira, mira! ¿Qué biografías caben? Una biografía es, tiene que ser *historia*. Historia es interpretación. Interpretación es quien interpreta. Ya te digo ¡mira! Ir y venir, oleajes, balanceos, rayas... Si quieres algo más será de tu cosecha.

“No creas que quiero desanimarte, Onofre. Por el contrario quiero, si puedo, ayudarte recorriendo contigo el mayor número posible de puntos de vista para acercarse al objetivo deseado.

—¡Muera la historia! Al menos hoy día y aquí.

“Aquí —digo yo; no soy biógrafo—, aquí no debería haber más que ansia, inquietud, busca casi desesperada de voluntades y destinos. Es la esencia y lo sé porque lo siento. Ahora, ¿cómo se escribe tal cosa? No soy el encargado de saberlo. Es tu tarea. Tal vez dirigirse a desentrañar un destino que planea sobre todos y los modela sin que podamos biografarlo en nosotros mismos”.

Yo pienso y digo:

—Meditar. Creo que nada, Lorenzo, resiste a la meditación.

—¿Sabes meditar?

—Creo saberlo. Saber meditar es saber esperar.

—No está mal. Pero ¿esperar qué?

—¡Hombre! Esperar que las cosas se aclaren por sí solas en la calma.

—¿Sabes cómo procedo yo?

—Te escucho.

—Cojo el problema que tengo pendiente y me lo echo a la espina dorsal. Modo mío de expresarme o verdad, no lo sé y da lo mismo. Ahí queda. Si alguien —o si yo mismo— me pregunta por el problema, respondo: “Un momento; voy a telefonar”. Luego digo: “Dicen que apenas sepan algo lo comunicarán”.

—Dicho en otras palabras, es lo que hago yo.

—Pero aquí en Curihue nada hay que echarse a la espina dorsal. ¡Mira, mira! ¿Qué podemos decir de él, de Rosendo? ¡Míralo! Arde, se confunde, se atormenta por Jacqueline. Bien; apúntalo, si quieres. Detállalo, si quieres. ¿Y qué? Si lo interrogáramos, para ahondar su biografía, ¿qué contestaría, en qué nos ayudaría? ¡No sabría qué contestar! Y esto no es un reproche que yo hago a Rosendo. ¡Qué lejos estoy de tal cosa! Porque lo mismo me pueden preguntar a mí y tampoco sabría yo contestar. Resumamos, englobemos, vamos a la pregunta síntesis: “¿Le gustan a usted las mujeres?”.

“Voy a responder:

“Onofre, es una pregunta sin sentido. ¡Oh, hablo de mí, de nadie más! Déjame decirte que, a menudo, cuando hablo de mí, se me figura que hablo en nombre de todos. O, al menos, de todos los de mi clase. ¡Y somos tantos! Esto no se puede dudar. Volvamos a la pregunta: “¿Le gustan a usted las mujeres?”. Repito: pregunta sin sentido. Es como si me preguntaran si me gusta cruzar el umbral de una puerta. Porque... ¿adónde da esa puerta,

qué hay más allá de su umbral? Que empiecen por decírmelo y entonces la pregunta adquirirá un sentido. Antes, no.

“Eso adonde ellas, las mujeres, dan; eso que hay más allá de su umbral es lo que me interesa. Y nada más. ¡Eso que ellas representan como última expresión! Sí, me gustan porque creo que cada una me va a dar la clave. Pero ninguna la tiene. Ellas sólo la representan casi simbólicamente. Y nada más. Para arrancar la verdadera clave habría que atravesarlas. ¿Me entiendes? Atravesarlas espada en mano. Y... ¡no, no! Yo no puedo matar a una mujer.

5. Por cierto, nadie puede matar a una mujer. Por esta causa, o por cualquier otra, ya no estoy en el matacán. Lo he abandonado porque, desde él, he visto a otros hombres, no del todo curihueños, ir y venir por casas y alrededores: Hilario Quinchao, Cirilo Collico y Perquenco Zapallo. Me producen un desasosiego insoportable. Luego, atando cabos, veo que la presencia en Curihue de Quinchao y Collico no tiene nada de insólita. El desasosiego viene por Zapallo. ¿Cómo es posible que esté allí y desde cuándo yo lo conozco? Sin hallar respuesta me turbo y... ¡al diablo Zapallo!

6. A Hilario Quinchao algo yo lo conocía, de nombre, de paso. Valdepinos me lo presenta:

—Querido Onofre, ¿permite? El señor don Hilario Quinchao; el señor don Onofre Borneo.

Y Valdepinos se inclina hasta el suelo mientras nos damos la mano. Luego agrega:

—Querido Onofre, usted es hombre que se encamina hacia todos los aspectos intelectuales y espirituales de sus semejantes. Me parece, pues, que encontrará vasto campo de conversación con mi amigo Hilario. No creo exagerar si digo que es él un portavoz excepcional de las nuevas inquietudes sociales que agitan a la humanidad de hoy día.

Y se retiró.

¡Claro está! Hice memoria: Hilario Quinchao, el joven revolucionario. Pero la velocidad del Día Siete lo arrancó de mi lado para luego, es cierto, volver a encontrarlo como un bólide parlante. Después de la presentación recuerdo, tan sólo, una mirada suya, mirada que me dijo:

—¡Burgués! ¡Todos ustedes son unos burgueses! Luego: hombres atrasados, decadentes y sin importancia.

7. Cuanto a Cirilo Collico, algo también lo conocía. Su nombre estaba ligado a ciertas aventuras de Desiderio Longotoma o bien a causa de estas aventuras yo lo había conocido. ¿Es así o estaba soñando? No soñaba. Sin embargo... De todos modos veía que era ese hombre el suave pintor y agudo detective.

Pronto supe por Nora que Collico había llegado al fundo hacía pocos minutos a pedido del capitán y especialmente recomendado por el propio Sherlock Holmes. Ante mi inquietud, Nora me aseguró que el clima de Curihue era denso, trágico. Hacía falta la presencia de un detective.

Nuevamente quise calma para recapitular. Escogí el oratorio, el minúsculo oratorio al final del corredor colonial de la izquierda. Como la otra vez, no imaginé sitio mejor para serenarme. Al pasar su umbral, también como la otra vez, repetí: “Sobre mí, algo como un recuerdo está suspendido”. Luego me dije: “Es esto más que un recuerdo; es una *clave*”.

Tuve la certeza de que un punto esencial de mis biografías se iría a aclarar. Me senté, medité, mejor dicho, me iluminé, sin relojes de ninguna especie. Por mi afán de cronometría diré: unos diez segundos.

¡Claro está!

Yo había escrito, se había escrito... ¿Qué? Vi:

*¡El Unicornio!*

Instantáneamente vi esas páginas sobre el altar. Anhelante y seguro de que tras el punto final algo para mí muy importante iría a saber, leí lo allí aparecido. A continuación lo transcribo:

*El Unicornio*

Desiderio Longotoma es el hombre más distraído de esta ciudad. Se vio obligado a enviar a todos los periódicos el siguiente aviso:

Ayer, entre las 4 y 5 de la tarde, en el sector comprendido al N. por la calle Fray Celeste, al S. por la calle Santa Nube, al E. por la calle de los Sagrados Corazones, y al O. por la avenida del Evangelio, perdí mis mejores ideas y mis más puras intenciones, es decir, mi personalidad de hombre. Daré magnífica gratificación a quien la encuentre y la traiga a mi domicilio, calle de la Excomuni3n 590.

El mismo día recorrí el sector indicado. Tras larga búsqueda encontré, en un tarro de basuras, un molar de vaca. No dudé un instante. Lo cogí y me encaminé al 590 de la Excomuni3n.

Once personas hacían cola frente a la puerta de Desiderio Longotoma. Cada una traía algo en las manos y abrigaba la certeza de que ello era la personalidad humana perdida la víspera.

- La primera traía: un frasquito lleno de arena;
- la segunda: un lagarto vivo;
- la tercera: un viejo paraguas de cachá de marfil;
- la cuarta: un par de criadillas crudas;
- la quinta: una flor;
- la sexta: una barba postiza;
- la séptima: un microscopio;
- la octava: una pluma de gallineta;
- la novena: una copa de perfumes;
- la décima: una mariposa;
- la undécima: su propio hijo.

El criado de Desiderio Longotoma nos hizo pasar uno a uno. Longotoma estaba de pie al fondo de su salón. Siempre igual, risueño, grueso, con sus bigotitos negros, afable, tranquilo.

- Aceptó todo cuanto se le llevó. Distribuyó generosamente las gratificaciones ofrecidas:
- A la primera persona le dio: un cortaplumas;
- a la segunda: dos cigarrillos puros;
- a la tercera: un cascabel;
- a la cuarta: una esponja de caucho;
- a la quinta: un lince embalsamado;

a la sexta: una tira de terciopelo azul;  
a la séptima: un par de huevos al plato;  
a la octava: un pequeño reloj;  
a la novena: una trampa para conejos;  
a la décima: un llavero;  
a la undécima: una libra de azúcar;  
a mí: una corbata gris.

Tres días más tarde visité a Desiderio Longotoma. Quería, en su presencia, instruirme sobre varios puntos que no es del caso mencionar aquí.

Longotoma estaba en cama. Sobre la cabecera había colocado, en una red de alambre que avanzaba hasta la mitad del lecho, las doce creencias de nosotros doce sobre su personalidad perdida.

Bajo el total, el hombre meditaba.

(Observación al pasar: la muela de vaca quedaba justo encima de su esternón).

Esta meditación cobijada me recordó el consejo que el mismo personaje me dio el 1º de octubre del año pasado bajo el árbol de coral.

Después de largo silencio, Desiderio Longotoma me dijo:

—Deseo contraer matrimonio. Sólo puedo meditar a la sombra de algo. Deseo contraer matrimonio para meditar a la sombra de dos cuernos. He pensado en Matilde Atacama, la viuda del malogrado Rudecindo Malleco. Esta mujer, a parte de ser hermosa cual ninguna, tomó el hábito del amor cerebral. Como yo nada conozco de él, Matilde no tardará en engañarme. Lo único que me preocupa es la elección que haga referente a su amante. Pues hay hombres que, al poseer a una esposa ajena, hacen nacer, sobre el testuz del marido, cuernos de toro; otros, de macho cabrío; otros, de ciervo; otros, de búfalo; otros, de anta; otros, de musmón...; en fin, de todos cuantos nos ofrece la zoología. Y yo quiero meditar bajo los cortos y duros cuernos del bisonte. Nada más.

Insinué:

—¿Cree usted que yo...?

Contestó:

—De ningún modo. Usted haría crecer el cuerno único del unicornio.

El unicornio habita en las selvas de los confines de la Etiopía.

El unicornio se alimenta únicamente de los pétalos fragantes de los nenúfares dormidos. Esto no quita que su excremento sea fétido.

El unicornio, para sus horas de reposo, fabrica, con su cuerno único, vastas grutas en la tierra muelle de los pantanos. De lo alto de estas grutas cuelgan estalactitas de ámbar y arañas velludas de un hilo de plata.

El unicornio no se domestica. Cuando divisa al hombre se volatiliza todo él, salvo su cuerno que cae a tierra y queda recto sobre ella. Luego echa hojas dentadas y frutos encarnados. Se le conoce entonces con el nombre de "El Árbol de la Quietud".

Sus frutos, mezclados a la leche, son el más violento veneno para las muchachas en flor. Esto, Marcel Proust lo ignoraba. De haberlo sabido, se hubiese evitado varios volúmenes.

Las muchachas muertas así no se descomponen. Quedan marmóreas hasta la eternidad. El hombre que las contempla en su mármol pierde para siempre todo interés por toda muchacha que hable, respire y se traslade en el espacio.

No veo por qué causa cuanto se refiere al unicornio sea contrario a las intenciones de Desiderio Longotoma. Insiste:

-¡Cuernos de bisonte! ¡Nada más!

Golpearon a la puerta. Entró una dama anciana. Entre sus manos traía un pedazo de arcilla en el que se hallaba enterrado, por el tacón, un viejo zapato de mujer conteniendo un verso de Espronceda.

Longotoma agradeció vivamente, obsequió, como gratificación, un pergamino y una ostra y, cuando la dama se hubo marchado, ensartó el todo en la punta del paraguas de cachá de marfil. Luego repitió:

-¡Cuernos de bisonte! ¡Nada más!

Desiderio Longotoma ha contraído matrimonio con Matilde Atacama.

Matilde Atacama ha tomado un amante que ha hecho crecer sobre la nuca del marido dos cortos y duros cuernos de bisonte. El hombre puede, pues, meditar en paz.

Después de sus meditaciones hizo lo siguiente:

Compró una máquina trituradora, modelo xy 6, ocho cilindros, presión hidráulica. En ella echó los trece hallazgos que le remitimos cuando la pérdida de su personalidad. Y los trituró.

Los trituró y los molió hasta dejarlos convertidos en un finísimo polvo homogéneo. Este polvo lo guardó en una retorta que cerró herméticamente y que expuso cinco minutos a la luz de la Luna.

Mientras esto hacía, Matilde estaba en brazos de su amante, y yo terminaba los preparativos de viaje a los confines de la Etiopía.

Me embarqué en el S.S. *Orangután* y treinta y siete días más tarde desembarqué en Alejandría.

Seguí a El Cairo. Visité las Pirámides.

Por la noche visité el observatorio astronómico. Contemplé largo rato los magníficos resplandores de Sirio y los reconocí de varios años antes desde el observatorio del San Cristóbal. Luego contemplé la Luna. También reconocí sus montañas y, sobre todo, un enorme monolito, solo, desamparado, en medio de un desierto al parecer de hielo o de leche.

Al reconocer así me tomó, súbitamente, la duda de la veracidad de El Cairo y de Santiago como dos diferencias en el espacio. Primó la idea de simultaneidad espacial. Se insinuó con Sirio y las montañas lunares; se acentuó, me llenó mientras aquel monolito blanco pasaba a través de mis ojos.

Al día siguiente, segunda visita a las Pirámides. Con el extremo del bastón golpeé repetidas veces una piedra de la base de la pirámide de Cheops. De este modo, con cada golpe, fue deshaciéndose la idea enviada por la Luna y entonces El Cairo y mi ciudad natal se desprendieron por entre océanos y continentes.

Seguí en bote a la vela por el Nilo; luego, en camello, por toda clase de altiplanicies. Tres meses después de haber salido de Santiago llegué a los confines de la Etiopía.

Dos días de ejercicios rítmicos para habituarme al clima y ¡listo! He aquí cómo:

Me coloqué en cuclillas al pie de un abedul teniendo a un lado una jarra con agua, al otro unos panecillos de la región, sobre la cabeza un despertador automático que sonaba apenas tenía sueño y, a mis pies, el retrato de una mujer desnuda que, previamente, atravesé con un colmillo de lobo y que coloqué sobre una casulla del siglo XVI. Y esperé, esperé, esperé... 24 horas, 48 horas, 96 horas, 192 horas, y...;

Grácil, ágil, esbelto, silbante, luminoso, apareció, por entre los verdes de la selva, un soberbio ejemplar de unicornio.

Ahora era menester lanzar un grito para llamarle la atención, me viera y se volatilizara. Grité:

—¡¡Presenten arrrr....!!

El unicornio se volvió hacia mí, me miró y se volatilizó. Y mientras su cuerno caía a tierra, se arrugó el retrato de la mujer desnuda y un guacamayo cantó.

Cayó el cuerno y enterró su base. Minutos más tarde echaba hojas dentadas; horas más tarde echaba un hermoso fruto encarnado. Con unas largas tijeras lo corté, lo envolví en la casulla y, terminada mi misión, a grandes pasos me dirigí hacia el Mar Rojo.

Allí un submarino me aguardaba. Regresamos por las profundidades de los océanos, pasando bajo los continentes, lo que me permitió hacer dos observaciones: 1) Ningún continente, ninguna tierra del planeta está adherida; todas ellas flotan. 2) La Tierra misma está completamente inmóvil respecto a su eje; lo que gira es esta capa de agua que la envuelve y sus continentes flotantes; pero su núcleo (es decir casi toda ella) —repito—, no.

Al participarle esta segunda observación al Primer Ingeniero, me miró un rato, sonrió, luego me golpeó el hombro y se marchó a su camarote. Un minuto después volvía con una pelota de tennis que hizo girar sobre sí misma entre sus dedos. Me preguntó:

—¿Gira o no sobre sí misma?

Respondí:

—Ciertamente.

—Pues bien —prosiguió—, es lo mismo con la Tierra: puesto que gira aquí en la pelota la goma y la badana que la envuelve, ¿qué importa lo que haga el vacío interior? La pelota gira y no hay más. Alegar lo contrario, amigo, es caer en demasiadas sutilezas.

—Permítame usted, señor Primer Ingeniero. Si esa pelota fuese en su interior, pongamos una bola de madera y usted, al mover los dedos, hiciese girar y resbalar sobre tal bola la badana exterior, ¿giraría el total? Yo digo: no. Y tal es, creo, el caso de la Tierra.

—Se equivoca usted, amigo mío. La Tierra es como esta pelota y no como la que imagina usted. Dentro de ella no hay nada, dentro de ella es el vacío.

—¿Es posible?

—Muy posible. Dése usted el trabajo de pensar un poco: piense que si dentro hubiese algo, ese fuego de que se habla, o esas capas con demonios y sabandijas gratas a su amigo Desiderio Longotoma, o lo que fuese, ¿cree usted que iríamos, como vamos, penando entre los dolores, las miserias y el amor? No por cierto, amigo mío. Tenga usted la certeza de que una luz brillaría en nuestras frentes altivas. En el interior de la Tierra es el vacío.

Me dirigí al Piloto Primero. Me dijo:

—Tiene usted razón. El interior de la Tierra está inmóvil respecto a su eje; no gira. Lo que gira es esta capa de agua con sus sólidos en flotación.

—Sin embargo —me atreví a insinuar— hay quienes dicen que más allá de estas aguas no hay absolutamente nada.

—Error —respondió—. Todo el interior está formado por un metal oscuro, compacto, impenetrable, un metal duro y mudo. Si así no fuese, si existiese allí un inmenso hueco capaz de ser recorrido y atravesado por aves y por espíritus, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los pesarosos y angustiados seres que somos? No, señor. Una sonrisa divina acompañaría siempre nuestros rostros y la mueca del pesar nos sería totalmente desconocida. En el interior de la Tierra sólo hay un metal negro y pesado como el destino.

—Haya lo que haya —dije—, desearía saber otra cosa, señor Piloto Primero: ¿por qué en un submarino como éste hay una pelota de tenis?

—Eso, señor mío —respondió—, no lo sabrá usted jamás.

Dicho lo cual se alejó.

Seguíó nuestra navegación. Veintiocho días después de habernos despegado de las costas del Mar Rojo, pasamos bajo los Andes. Vimos desde el fondo el enorme cráter del Quizapu como un tubo lóbrego y carcomido. Como era de noche en aquel instante, vimos arriba, coronándolo, un cometa que pasaba.

Al penetrar en las aguas del Pacífico salimos por primera vez a superficie. A media milla de nosotros navegaba, rumbo al Sur, un bote del Caleuche, tripulado por tres brujos muertos, de pie. Sobre el lomo del submarino se formó una discusión. Aseguró el Primer Ingeniero:

—Esos tres cadáveres son de sexo masculino pues, han de saber ustedes, que desde que el Caleuche existe, es decir desde que Dios separó los mares de las tierras, quedó formalmente establecido que jamás ninguna bruja muerta podría ocupar ninguno de sus botes.

El Piloto Primero hizo una mueca y, pidiéndole el catalejo al Capitán, dijo solamente:

—Un momento.

Miró largo rato. Luego prosiguió:

—Señor Primer Ingeniero, se equivoca usted. El tercer cadáver, el que va a popa, pertenece al sexo femenino. Amigo —se dirigió a mí—, confírmelo usted.

Y me alargó el catalejo.

En verdad aquel cadáver era más pequeño que los otros dos, de su cráneo raído colgaban algunas largas mechas que hacían pensar más en la cabellera de un ser que hubiese sido femenino al pasar por este mundo y, bajo los harapos, se adivinaba en su pecho una materia blanda, de jalea y no recias costillas como en sus compañeros.

Tales observaciones no pusieron fin a la discusión. El Primer Ingeniero exclamó:

—Señor Piloto Primero, no me contradiga usted. Mi ciencia sobre el Caleuche es total. Y prueba de ello, vea usted: son, en este momento, las 5 y 38 minutos de la tarde. Pues bien, siendo que sopla un viento Noroeste, fuerza 3 y siendo que hay sólo dos nubes en el cielo y ningún pez a la vista, el Caleuche debe pasar 4 horas y 17 minutos después que una embarcación suya tripulada por tres cadáveres.

Esperamos, cenamos, esperamos.

En efecto, a las 9 y 55 vimos, a babor, las puntas de los palos del barco y, bajo las aguas, el resplandor de sus luces submarinas.

La ciencia del Primer Ingeniero era, sin duda, profunda. Sin embargo el Piloto Primero no dio su brazo a torcer. Sonreía con malicia solamente. Después me llamó a un lado y me dijo al oído:

—El señor Primer Ingeniero sabe mucho, una enormidad, respecto a la relación de tiempo y distancia entre el Caleuche y sus embarcaciones, pero en lo que se refiere al sexo de los cadáveres que tripulan estas últimas, créame usted, es un perfecto ignorante.

Y sin más, nos metimos submarino adentro para sumergirnos nuevamente.

Dos días más tarde aparecíamos en Valparaíso.

Viajé a Santiago en auto esa misma noche.

A las 2 de la madrugada estuve frente a mi casa con la casulla y el fruto encarnado bajo el brazo, mientras el coche se alejaba presuroso.

Y empezó otra historia.

No corría aún un minuto cuando un deseo me cogió: abrir mi puerta con otra llave, entrar en puntillas en el más absoluto silencio, aguardar largo rato tras cada paso, temblar con el ruido de las ratas y robar, robar cuanto pudiera en mi propia casa.

Así lo hice.

De un armario saqué un gran trapo negro para ir echando los objetos robados. Tenía en mi escritorio la calavera de Sarah Bernhardt; me la robé. En el hall tenía un cuadro de Luis Vargas Rosas; me lo robé. En el comedor tenía dos viejos saleros de oro; me los robé. Y en todos los rincones de la casa tenía, desparramadas, las obras completas de don Diego Barros Arana; me las robé.

Así llegué a mi dormitorio.

A esa hora y ese día —si Desiderio Longotoma no me hubiese hablado del unicornio— debería yo estar durmiendo en cama. A esa hora y ese día, si un ratero hubiese entrado en mi habitación, después de desvalijar media casa, debería yo despertar y, alzándome bruscamente de entre las sábanas, gritar:

—¿Quién vive?

Así es que desperté y grité.

Si saqueando alguna vez el dormitorio de un ciudadano honesto oyese yo, en la noche, su voz de alarma, debería agazaparme tras un ropero y esperar ansioso, corriendo la mano hacia un arma, en este caso, hacia las largas tijeras que allá en los confines de la Etiopía me sirvieron para cortar el fruto del árbol de la quietud. Así es que me escondí y mi mano se armó. Silencio.

Ante el silencio, volví a gritar:

—¿Quién vive?

Apreté las tijeras. Mi respiración jadeante rebotó contra las tablas del ropero que me ocultaba.

Desde mi cama oí su jadear. ¡Ni un momento que perder! Salté al suelo, cogí del cajón del velador mi revólver y, ¡luz!

Al verme iluminado y sorprendido, no vacilé. Salté como un jaguar, altas las puntas de las tijeras.

Al verme así acometido, apunté y disparé.

Al ver la boca del revólver hice un rápido gesto para esquivar. La bala me rozó la sien derecha y fue a incrustarse en el espejo de enfrente. Entonces pegué con las tijeras con toda la fuerza de mi brazo, hundiéndolas en el vientre.

Herido, tajeado así, el revólver se me escapó y caí cuan largo soy.

Fue lo que aproveché para ajustar un segundo tijeretazo y, esta vez, escogí el corazón. Con el corazón perforado, fallecí.

Eran las 2 y 37 de la madrugada.

Ante mi cuerpo muerto y sanguinolento retrocedí con paso cauteloso. Recordé entonces el cuerpo yerto de Scarpia mientras Tosca retrocede.

Volví a cruzar, de espaldas, el umbral de casa. Volví a respirar la humedad del asfalto. Un nombre resonó en el silencio de mi cabeza: ¡Camila!

Me guarecí aquella noche en un hotel cualquiera. Repetí: ¡Camila!

Dormí.

Al día siguiente la prensa anunciaba mi muerte con grandes letras, encabezando los artículos con estas palabras:

Al día siguiente la prensa daba cuenta de mis solemnes funerales.

Una vez sepultado, largo a largo bajo el pasto, las cucarachas y las hormigas, volvió a resonar en mi cabeza aquel nombre idolatrado de Camila, Camila, Camila...

Entonces pensé que el fruto del árbol de la quietud, mezclado con leche, fue lo que ignoró Marcel Proust.

¡Camila!

Marqué su número de teléfono: 52061.

¡Camila!

Lo que siempre a Camila reproché, entre risas y sarcasmos de ella, fue su absoluta ignorancia. Camila, hasta hace pocos días, creía que las cáscaras de las almendras eran fabricadas por carpinteros especialistas para proteger el fruto mismo; que Hitler y Stalin eran dos personajes íntimamente ligados a nuestro Congreso Nacional; que las ratas nacían espontáneamente de los trastos acumulados en los sótanos; que Mussolini era ciudadano argentino; que la batalla de Yungay había tenido lugar en 1914 en la frontera franco-belga. Camila vivía fuera de toda realidad, fuera de todos los hechos. Camila ignoraba, pues, el espantoso crimen y la triste sepultación. Así es que, al verme llegar a su casa, corrió alegre hacia mí y me tendió sus brazos con una soltura de animalito joven.

Luego, riendo de buena gana, indicó la casulla bajo mi brazo y me gritó:

—¿Tú de fraile?

Entonces, ante sus ojos atónitos, la desenvolví y le mostré el magnífico fruto encarnado.

—¿Se come? —me preguntó.

Tras mi afirmación lo cogió entre sus manos y, con una caricia larga, suave y húmeda, le pasó de alto a bajo su lengüita palpitante. Enseguida quiso enterrar en él sus dientes. La detuve:

—Así no. Podría hacerte daño. Hay que mezclarlo con leche.

Cuando se está sepultado largo a largo bajo las hormigas y las cucarachas de un cementerio, todo sentimiento de responsabilidad desaparece.

Este sentimiento se hace activo y clava cuando los demás hombres le muestran a uno con el dedo, por las calles, al pasar.

Pero si uno se halla largo a largo, no hay dedo que logre perforar una lápida funeraria.

Comimos ambos del fruto encarnado. Sólo que ella era una muchacha en flor.

Sobre la misma mesa recosté el cadáver de mármol de Camila y muy lentamente —por fin— lo desnudé. Tal cual ella había hecho momentos antes con el fruto, hice yo ahora desde sus cabellos hasta sus pies. Luego quedó envuelta en el gran trapo negro que saqué del armario. Trapo vacío pues los objetos robados fueron cayendo a lo largo de las aceras mientras de mi casa me dirigía al hotel murmurando el nombre idolatrado de Camila.

Nuevamente por las aceras, bajo el peso de su mármol. Allá en su casa, en los diferentes sitios ocupados por ella cuando vivía, han quedado pedazos de la casulla del siglo XVI y, sobre su cama, las largas tijeras.

Desiderio Longotoma hace gimnasia todas las mañanas. Luego se baña en agua a 39 grados. Luego, durante no menos de media hora, se fricciona el pecho y las extremidades con el finísimo polvo homogéneo que le proporcionó su máquina XV 6, ocho cilindros, presión hidráulica.

—Esto es magnífico para la salud —me dijo apenas me apercibió—. Lástima de que usted no vaya jamás a gozar de estas fricciones porque su memoria es admirable. Yo, gracias a la debilidad de la mía, ya ve usted, desafío como si tal cosa los rigores del invierno, los calores estivales, las grandes comidas, las bebidas fuertes, el tabaco y el amor.

Terminadas sus fricciones, se vistió y se acicaló con marcado esmero. Se puso una flor en el ojal. Pasó a su salón. Encendió un habano. Echó la pierna arriba. Se frotó las manos. Me preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí?

Cayó el trapo negro.

—¡Camila!

Blanca, fría, dura en su desnudez hecha de este modo indecorosa hasta el grado máximo del placer.

Pasada la medianoche, como dos granujas misteriosos, Desiderio Longotoma y yo, salimos del 590 de la calle de la Excomuni3n llevando, 3l por lo pies y yo por la cabeza, los restos de Camila. Las aceras por tercera vez.

A mitad de camino, a pedido mío, cambiamos de posici3n. 3l tom3 la cabeza; yo, los pies. Pues siempre he encontrado en los pies de Camila tema mucho m3s hondo de meditaci3n que en sus cabellos.

Una hora m3s tarde entr3bamos en el cementerio.

Diez minutos despu3 hall3bamos mi tumba y adivin3bamos, a trav3s de la l3pida, la s3rdida descomposici3n de mis v3sceras. Desiderio Longotoma or3 largo rato con voz menuda y precipitada.

Luego arrancamos de mi tumba la cruz y nos dirigimos a la de Juli3n Ocoa que fue siempre hombre bueno y violinista distinguido. Sobre ella la colocamos ya que 3l nunca crey3 en Dios ni en Jesucristo, su 3nico hijo.

Recogimos despu3 a Camila, quedada moment3neamente en el c3sped; la alzamos; y enterramos sus pies en el sitio en que, momentos antes, se enterraba la cruz.

Esta vez oramos los dos y un grillo.

Al d3a siguiente los artistas discut3an la nueva escultura.

Hubo quienes hallaron aquello de un naturalismo demasiado osado; hubo quienes, de una estilizaci3n exagerada. Hubo quienes la emparentaron a Atenas; quienes, a Bizancio; quienes, a Florencia; quienes, a Par3s. Hubo quienes consideraron ultrajante hacer brillar el cuerpo p3ber de una virgen sobre los que ya no son; hubo quienes aseguraron que la desnudez de una muchacha en flor redim3a, con su presencia, las faltas de cuantos duermen bajo tierra. Hubo quien arroj3 a sus pies un cardo; quien, una orqu3dea; quien, un escupitajo; quien, un pu3ado de corales y madreperlas.

Yo observaba todo aquello tras un cipr3s; Desiderio Longotoma, agazapado en una fosa vac3a.

Tres d3as m3s tarde ning3n artista volvi3 a opinar palabra sobre los m3rmoles de Camila. Vino entonces el invierno y la lluvia corri3 helada sobre sus formas puras frente a las nubes.

Dos horas antes de aparecer el Sol tras los Andes, voy, diariamente, con pasos lentos, al cementerio.

Me coloco frente a mi tumba y a Camila. Inm3vil, medito.

Quiero hacer mi meditaci3n profunda. Quiero que abarque a la muerte y a todos sus arcanos. Pero una imagen flotante me distrae. Una imagen que quiero imitar, reproducir

allí mismo para que entonces, sí, pueda mi honda meditación no dejar arcano sin penetrar.

Es la imagen de Hamlet junto a la fosa. No. Es la imagen colgada en el muro de la casa de mis padres representando a Hamlet junto a la fosa.

Por imitarla, por que todo aquel cuadro, sea semejante al mío en el cementerio, no penetro arcano alguno de la muerte.

Sólo veo a Camila. Sólo me pregunto quiénes estaban en la razón y quiénes erraban: Atenas o Bizancio, Florencia o París. Sólo llego a la conclusión de que el yerro es general y que es causado porque todos ignoran lo que realmente representa la estatua que se yergue ante sus ojos. Entonces –ignorantes y para substituir tal ignorancia– quieren aproximarla a una verdad cualquiera: Atenas, Bizancio, Florencia, París.

¡Ignoraban que aquello era Camila, mi adorada y desdichada Camila; que aquello era su cuerpecito siempre resistente al amor y hoy a la intemperie de las miradas; que aquello era mi total irresponsabilidad protegida por una lápida mortuoria y hecha mármol por el crimen!

Un mes que, a diario, repito mis visitas.

Durante los primeros veinte días fui solo. A partir del vigesimoprimer me hizo compañía Desiderio Longotoma.

Ya ese polvo homogéneo de su máquina trituradora se había consumido poros adentro y el buen hombre empezaba a sentirse atraído por la calma oscura de los camposantos.

–Usted será mi público, Desiderio. ¡Nada de halagos precipitados! Quiero su opinión franca, su opinión espontánea.

–De acuerdo, amigo, de acuerdo.

Esto, noche a noche.

Tomo en mi mano izquierda un trozo redondo de arcilla. Desde la visita de la dama anciana, los trozos de arcilla en las manos me obsesionan. Entierro en él un zapatito femenino imaginario. No de Camila, no. Entierro el zapatito de charol negro con tacón rojo de Pibesa. Porque a Pibesa la beso, sobre todo cuando se calza así. Y como nunca Camila me dio sus labios, ahora, a través de la imagen de los taconcitos de Pibesa, beso, mudo, a la que ya no es de este mundo.

Alargo un dedo de mi diestra hacia la estatua y, al tocarla, exclamo despechado, altivo:

–Aquí colgaban esos labios que no sé cuántas veces he besado. ¿Dónde están vuestras bromas ahora? ¿Y esos relámpagos de alegría que hacían de risas rugir la mesa?

–¡Bravo! ¡Bravo! –grita frenético Desiderio Longotoma–. ¡Eso es arte!

Y ríe, pues mi amigo demuestra su entusiasmo sobre todo riendo. Se oye su reír dulce, de cascada. Yo entonces, envalentonado:

–¡Qué! ¿Ni una palabra ahora para mofaros de vuestra propia mueca?

Hago luego un amplio gesto circular con mi diestra mientras cae, deshaciéndose, el trozo de arcilla y vuela por los aires la imagen del zapatito ahora de ambas. Mi tragicismo llega a su máxima intensidad. Profiero:

–*Alas, poor Yorick!*!

Desiderio Longotoma casi en éxtasis:

–¡Magnífico, amigo, magnífico!

Y ríe interminablemente.

Esto, noche a noche, durante diez noches.

Y empieza una tercera historia.

Cirilo Collico es pintor. Es un pintor distinguido, meritorio. Sin tener ni haber tenido jamás audacia alguna, sin que se pueda esperar de él ni un miligramo de novedad, no es posible negarle una cierta sensibilidad dulce, casi femenina, es decir, casi como se ha acordado –no sé por qué– que debiera ser la sensibilidad femenina. Cirilo Collico gusta de los colores suaves, de los azulinos, los violáceos, los esmeraldas glaucos. Pasa largas horas contemplando las tonalidades esfumadas que dejan sobre los guijarros el tiempo y la lluvia. Una tela de más de medio metro le asusta. Durante los días de sol se encierra en su taller. Durante los días helados va por las calles humildes de los extramuros y a cada momento abandona en el aire gris una lágrima de emoción. Su ideal, su supremo ideal, es pintar alguna vez la luz de un relámpago diurno. Los relámpagos nocturnos le erizan los nervios y los detesta tanto como al Sol, como a Rembrandt, como a Dante, como detesta las armas de fuego y los labios de sangre de las mujeres de mirar sostenido. En cambio solo en su taller, bajo la claraboya lluviosa de un mediodía invernal, Cirilo Collico vibra como una nota de laúd si, de súbito, sus muros se iluminan un instante con el verde hueco y lavado de un relámpago perdido.

Cirilo Collico es detective. Es un detective agudo, sagaz, de ojos de lince y velocidad de liebre. Durante estos últimos años casi no hay escándalo ni crimen en cuya dilucidación no haya intervenido Cirilo Collico. Cuando los policías oficiales están ante un asunto sin hilo que seguir, siempre hay uno de ellos que llega a su taller a pedirle una posible orientación. Cirilo Collico escucha, anota, estudia, husmea, sale, corre, interroga, atisba, deduce, sorprende y encuentra.

Hace ya varios días hablaba yo sobre el personaje con Javier de Licantén, el inmenso vate.

–¿Cómo te explicas –le pregunté– tal dualidad en un hombre? Pintor fino, delicado, alméndrico, a la par que detective apasionado ante las infamias y la sangre...

–No hay tal –me respondió–. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un detective, nada más que un detective y sólo una cierta pecaminosa vergüenza interior –al verificar que fuera de infamia y sangre nada le interesa–, sólo ella, le hace parodiar, en su taller de invierno, a un ser sutil y exquisito como las almendras.

Poco después hablé del mismo asunto con el doctor Linderos, eminente psiquiatra. A mi pregunta respondió:

–No hay tal. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un finísimo pintor y nada más. Y lo es a tal extremo, a tal extremo es finísimo y se afina más y más, que ha llegado a sentir que, de seguir así, va a convertirse en un ser totalmente ajeno a la realidad y a esto le teme grandemente. Entonces, ante el peligro, aprovecha sus momentos de ocio para sumergirse en esa realidad y la busca desnuda y cruel, es decir, con sangre y con infamias.

–Sea como sea –dije–, desearía saber una cosa, doctor: ¿por qué Cirilo Collico insiste en verme?

–Eso, mi amigo –respondió–, ya lo sabrá usted, ya lo sabrá.  
Y se alejó sonriente.

Ayer me encontré con Cirilo Collico. Paseamos largo rato por las calles hablando de pintura, nada más que de pintura. No hablamos ni una sola palabra de sus actividades detectivescas.

En la calle del Sotacura, entre el barullo de los transeúntes, de una acera a otra nos cruzamos con Desiderio Longotoma. Al verme me hizo un signo de inteligencia y después, riendo, me gritó:

—*Alas, poor Yorick!*

Enrojecí. Cirilo Collico me detuvo. Luego, con acento grave, me preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Respondí vacilante:

—Ha dicho una tontería; no lo sé; creo que: *Alas, poor Yorick*. Es un tío un tanto chiflado, ¿sabe usted?

Cirilo Collico, entonces:

—Está bien.

Una pausa.

—Por la noche tendrá usted noticias mías.

Otra pausa.

—Por el momento, ¡adiós!

Y se alejó con pasos lentos.

Apenas terminé de comer y mientras encendía un cigarrillo, sonó el timbre. Era el cartero. Me alargó un pequeño sobre.

Lo abrí y leí:

CIRILO COLLICO saluda atentamente a su amigo Onofre Borneo y le suplica ir, sin tardanza, a casa de su señor padre, tomar su sombrero de copa y ver lo que hay en su interior.

Obedecí.

Minutos más tarde le decía a papá:

—¿Dónde está tu sombrero de copa?

—Allí sobre la cómoda.

—¿Permites que mire dentro de él?

—Mis hijos, en mi casa, pueden mirar cuanto quieran.

Avancé.

Miré.

Dentro del sombrero de copa de papá no había nada, absolutamente nada. ¿Qué broma o necedad era entonces la tarjeta de Cirilo Collico? Cuando de pronto sentí un vuelco en el corazón y noté que palidecía. Al fondo, grabado sobre el forro de seda, el sombrero inscribía su marca: arriba, su nombre; abajo, su dirección en Londres; al centro, el escudo de Gran Bretaña. Eso era lo que debía ver.

El escudo de Gran Bretaña tiene a un lado un león coronado; al otro..., ¡un magnífico y altivo ejemplar de unicornio!

Anoche no dormí.

Hoy, a la hora del aperitivo, ha venido Cirilo Collico. Nos sentamos junto al fuego. Llamé al criado. Estuve a punto de pedirle whisky. Sin embargo juzgué que era acaso preferible algo de otra tierra, sí, de otra tierra.

—Ruperto, dos oportos.

Bebimos en silencio.

De pronto Cirilo Collico me dijo:

—La Edad Media fue una época extraordinaria.

—Por cierto —respondí.

Nuevo silencio. Ladró un perro en la calle. Llamé:

-¡Ruperto! ¡Dos oportos más!

Cirilo Collico bebió. Luego me dijo:

-Lea usted las desdichas de Dragoberto II, príncipe soberano de la Carpadonia, allá por los años de 1261.

Y me alargó un pequeño libro, de tapas de cuero viejo, abierto en la página 40. Leí en alta voz:

Y es el caso de que Dragoberto II, ebrio de sangre, quiso seguir devastando cuantas comarcas hollaran las pezuñas de su potro indómito. Mas al cruzar las cumbres de los montes Truvarandos y entrar en el verde valle de Parpidano, apareció de súbito, alta en la diestra la cruz del Redentor, el más anciano de los monjes de la Santa Hermandad del Unicornio, y...

La voz se me atajó en la garganta. Tosí. Moví los pies.

-¡Demonios! -exclamó Cirilo Collico mirando su reloj-. Ya es hora de cenar. Me marcho, me marcho.

Desde el umbral me dijo:

-Mañana seguiremos la lectura. Mañana a primera hora.

Y se marchó.

Apenas el ruido de sus pasos se perdió, escapé de casa como un demente. Corrí, corrí. Llegué al cementerio. Llegué frente a Camila. Oré por última vez en mi existencia. Esta vez un escorpión y una paloma llevaron el coro. Amén.

Alcé la lápida. Y dulcemente me recosté sobre mis entrañas en putrefacción.

Las putrefacciones tienen tendencia a subir hacia los cielos.

Suben las mías con ritmo de siglos. Suben inconteniblemente. Suben, llenándolos, por los intersticios intraatómicos.

Ya han pasado ataúd arriba. Ya han pasado la lápida. Ya tocan las plantas de los pies de Camila.

Y suben siempre.

Inundan a Camila.

Camila se cubre, de dentro hacia fuera, de las putrefacciones mías.

Camila cubre su cuerpecito idolatrado de una pátina de suave y límpida fetidez.

Los artistas de la ciudad entera la contemplan arrobados.

Uno ha dicho:

-Es la pátina de París.

Otro ha dicho:

-Es la pátina de Florencia.

Otro ha dicho:

-Es la pátina de Bizancio.

Otro ha dicho:

-Es la pátina de Atenas.

8.- Ahora, en la penumbra del oratorio de Curihue, recordé:

Yo, Onofre Borneo, yo, autor de estas líneas, había escrito esa narración, intitulada *El Unicornio*, que ahora se alzaba sobre el altar. Y yo, Onofre Borneo, la había escrito *basándome en mis recuerdos personales*.

Sin embargo ahora recordaba nítidamente, sin vacilaciones, que yo nunca, jamás ha-

bía llevado a Longotoma un molar de vacuno ni había recibido de él una corbata gris; que a mí jamás, ni él ni nadie, me había dicho que un engaño de mi parte haría crecer, en el engañado, el cuerno único del unicornio. Tampoco había viajado –como el bueno de Artemio Yungay– en el S.S. Orangután. Y para decir verdad –¿cómo no he de saberlo?– yo no conozco Alejandría ni El Cairo, ni he navegado por el Nilo ni he montado en camello ni he viajado en submarino. Cuanto a la Etiopía, apenas si la conozco de nombre. En fin y cuanto a lo demás, ¿para qué seguir? Camila... Había oído hablar de ella varias veces y, en una o dos ocasiones, la había divisado. Pibesa... Igual cosa; sus labios en algo figuraban en mi vida pero nunca habían sido míos. En fin, repito, con que diga que nada de cuanto escribí con “mis recuerdos personales” me había sucedido a mí, es suficiente. Sin embargo todo ello *era una historia real*. Nada había en ella de fantasía y yo, al transcribirla fielmente, había procedido con perfecta buena fe en lo que a mis propios recuerdos se refiere. En este fenómeno –comprendí– había habido un claro caso de desdoblamiento, de doble personalidad.

¡Claro está! Doble personalidad, no en el sentido de desdoblamiento de una sola persona –en este caso, yo– sino que había habido otra persona actuando y, en un momento dado, yo había cogido, me había apoderado de sus recuerdos y los había creído míos.

Medité.

¡Nada!

Lo importante para mí, después del punto final, fue saber que mi vida pasada no había sido como yo la creía sino que en ella actuaba además el reflejo de una vida ajena.

Busqué para saber qué era mío y qué no lo era. ¡Nada! No logré más que aumentar la certeza de que así eran las cosas pero nada más pude aclarar.

Insistí, como última esperanza, en Camila. Recordé que, en otro tiempo, había sentido como mía esa horrible tragedia. Ahora golpeaba a mis oídos como una narración.

Quise saber quién a mí me la había narrado antes de escribirla. Imposible. Se borraba Camila, se borraba todo y volvía a ver en la imaginación –como minutos antes– a Cirilo Collico allí en Curihue, transitando y hablando en secreto con el capitán.

Salí del oratorio.

9.– Teodoro Yumbel decía a Valdepinos:

–¡Qué triste cosa! Haber tenido que anotar un nombre más en mi libro de defunciones...

–¡Y qué nombre! –decía Valdepinos.

–Voy a mandar una tarjeta de pésame al doctor Pitrufoquén. Eran grandes amigos y además verdaderos colegas pues el doctor Linderos se dedicaba también a la psiquiatría.

–Por cierto, una tarjetita de pésame..., ¡algo muy indicado, Teodoro, muy indicado!

Así me enteré de la muerte del doctor Linderos. La cosa seguía girando en torno de *El Unicornio*.

10. Pasó frente a mí Perquenco Zapallo. ¡Insoportable personaje! Otra vez me preguntó cómo era posible que estuviera allí y desde cuándo yo lo conocía. No atiné a responderme. Sólo llegué a saber que esto –por un lado u otro– tenía un punto de contacto con mi asunto de “doble personalidad”. Y me volvió el desasosiego que experimenté al verlo aquí por primera vez. ¡Al diablo Zapallo!

11. La lectura de *El Unicornio* me indujo a buscar a Longotoma. Lo encontré tendido bajo un manzano cantando a media voz *La Danza de las Libélulas*. Me senté a su lado. Conversamos:

—Usted, Desiderio, fue casado con Matilde Atacama y luego divorciaron por aquello de los cuernos del bisonte, ¿verdad?

—Si usted, Onofre —que es el biógrafo máximo—, así lo dice, así ha de ser. Por el momento lo he olvidado.

—Quiero hacerle una pregunta. Es sobre la máquina trituradora xv 6 y el finísimo polvo que elabora. ¿Es usted un hombre enterado en prácticas mágicas y cree en ellas?

—¿Yo? ¡No, de ningún modo!

—¿Entonces...?

—¡Cosas, amigo, cosas de don Irineo Pidinco!

—Y respecto a Camila, a su muerte, a la estatua, en fin, a todo aquello, ¿qué piensa usted?

—¿Yo? ¿Qué voy a pensar? ¡Cosas en que se entrometió Tadeo Lagarto!

—Pero usted, Desiderio, algo, personalmente...

—¿Yo? ¡Qué va! Sepa, amigo mío, que yo, yo casi no soy. Yo soy siempre "cosas" de los demás. De ahí mi inagotable felicidad. Por ahora, sigamos en lo que estábamos.

Me levante y me marché oyendo tras de mí:

*...Acaso por última vez*

*Él bailará, él bailará...*

12. Segunda entrada en el matacán con el objeto de observar y NO observar. El mareo cerebral es cosa agotadora sobre todo cuando zumban mosquitos intelectuales dentro del cerebro y por ninguna parte se encuentra una cohesión que los atrape.

¡Inútil! ¡No hay calma hoy día!

A mi lado, Berbiguier...

Me echo al suelo manifestando claramente que quiero descansar. Berbiguier se ríe y me dice:

—¡Falta de contacto con las regiones superiores! De ahí viene el cansancio, el agotamiento. "Ayuda a tu prójimo" —se ha dicho—. Yo voy a prestarle ayuda, señor Borneo. Sé lo que a usted le ocurre.

Se puso en cuclillas junto a mí y, moviendo su índice derecho, prosiguió:

—Usted, señor, ve hombres y más hombres por todas partes moviéndose. Usted, señor, quiere escribir esos movimientos. Y se encuentra ante ellos como un ciudadano de otros tiempos —de los tiempos, digamos, que me vieron nacer— que contemplara pasar y moverse un automóvil. ¿Se pondría a narrar sus idas y venidas? No, señor. Querría saber, ante todo, cómo ese vehículo se mueve sin caballos. El motor —¿me entiende usted?—, el motor. Y usted ve moverse a sus amigos... sin caballos, ¡ja, ja!, quiere descubrir el motor que los mueve y no encuentra motor alguno en parte alguna, ¡ja, ja! Buscar sin encontrar cansa. Buscar sin esperanzas de encontrar agota. Y usted llega a desesperarse porque algo le dice que hay por ahí un motor y ¡qué motor! ¿No es verdad? Yo sé, yo —Alexis Vincent Charles Berbiguier, de Terre-Neuve-du-Thym, oriundo de Carpentras, domiciliado en Aviñón, luego en París y actualmente en la República de Chile—, yo sé donde está ese motor. Usted, señor Borneo, ha querido ir en su busca internándose por las carreteras de las falsas y muy frívolas ciencias materiales, hoy en boga. Ejemplo: supuesto análisis de la psique, sea, psicoanálisis. *Errare humanum est*. Perdono.

“Camine, siga, señor mío, por esas estériles carreteras. Siempre verá que hay siempre algo más. Siempre verá que siempre el motor está más y más lejos pero brillando con su atracción, atrayendo con su resplandor, refulgiendo con su sabiduría y justicia.

“*O mirabile giustizia di te, Primo Motore!*—como exclamaba da Vinci.

“¡Acortemos, señor, acortemos! ¡Cuidado con las palabras de más! Cada vez que el sabio habla, ejércitos de malvados duendes se empeñan en desviarlo de la recta senda. ¡Prisa, prisa!

“El motor que mueve, el *Primo Motore* del gran Leonardo, es otro mundo vivo y superior, presente y actuante aunque invisible. Allí está con brazos abiertos y alas desplegadas en espera del discípulo para convertirse en maestro.

“Un golpe de voluntad, de acérrima voluntad y entablará usted comercio con él. No vacile, que yo, con mis sabios chonchones, prestaré ayuda. Entonces los habitantes del astral serán los compañeros de usted y al oído le confiarán por qué y para qué mueven a los, al parecer, individuos completos que aquí abajo percibimos caminando, atropellándose, gozando poco, sufriendo mucho.

“¡Conviértase, ilumínese usted! ¡Conviértase a mi ciencia astral! ¡Ilumínese ante la luz divina del más allá!

“¡Y escape, escape, como yo, del blasfemo Lonquimay, de los duendes, de las mujeres y los gatos!

“Amén.

13. Berbiguier volvió a escapar y yo, con sus palabras, empecé a sentir como una densidad casi física en el aire o como si estuviese el aire que respiraba en vías de descomposición. ¿Venía esto de abajo, de las casas y sus alrededores? ¿O venía del entretecho con sus chonchones, ratas y lechuzas? ¿O de más lejos, del fundo? ¿Alguna fogata de vegetales podridos? ¿Cadáveres de animales llamando a los buitres? ¿O venía, simplemente, de un profundo hastío mío ante los mundos suprafísicos que estos magos o hechiceros curihueños me presentaban a cada momento? No logré definirlo. Lo único que logré hacer fue exclamar:

—¡¡La cosa no puede ser así!!

14. Bajé.

Bajé verificando que, si no quería engañarme a mí mismo, tenía que reconocer que, sin embargo, para muchos y muchos de Curihue, la cosa era así.

No recuerdo bien dónde Lorenzo Angol e Hilario Quinchao conversaban. Me acerqué a ellos en el instante en que Quinchao, levantando los hombros con tanto desprecio como disgusto, se marchaba hacia las casas.

Lorenzo, contestando a algo que Hilario sin duda le había expuesto, me dijo:

—Quiere decir, sencillamente, que ese señor “revolucionario”—como se hace llamar—no ahonda como es debido el mundo interior del hombre. De ahí viene su extroversión, su ímpetu hacia la acción visible. No niego la acción, Onofre. Veo dos maneras de avanzar. Conciliándolas podrían ayudarse una a otra.

“Parte el Hilario de un error, de un equívoco, mejor dicho. Es éste esa división arbitraria de “mundo exterior y mundo interior”. ¿Qué significa esto? ¿Dónde está el límite? ¡Pobre Quinchao! Por su afán de actuar—porque “actuar” es la consigna que recibe—olvida, y quiere que todos olviden, justamente a quienes actúan: al hombre. ¿Entiendes? La cosa es que una máquina trabaje y rinda... ¡Y no tiene importancia alguna conocer la máquina! A quienes la estudian y se esfuerzan por adentrar en su mecanismo hasta lo

último, los Quinchaos los llaman “decadentes” y hasta “podridos”. No se dan cuenta de que –lo deseen o no, lo acepten o no– tendrán, tarde o temprano, que venir al estudio de la máquina que ponen en marcha. O sea, ¡el hombre!

“Ahora bien, ¿cómo adentrar hasta los substratos, hasta las máximas lejanías del hombre? El estudio sosegado y meditativo, créeme, no es una falsa pista.

“Todo trabajo es útil. Y llamo útil lo que sirva para todos sin excepción. El hombre que se hunde en una Bóveda subterránea –si va con buena fe y trabaja honradamente– no se ha separado de sus semejantes. Está en medio de ellos.

15. Yo –¡error, culpa mía, sin duda!– me sentí hartito con las palabras de Lorenzo. Vi, de pronto, todo el suelo de Curihue agujerearse, llenarse de cuevas de conejos o ratas o arañas, y llegar a cada una a un señor apresurado, la cabeza gacha y el sombrero hundido hasta las orejas. Luego los vi precipitarse cuevas adentro con el fin de trabajar y meditar con buena fe y para el provecho común...

Mientras me separaba de mi amigo no pude dejar de murmurar:

–La cosa no puede ser así...

16. Hilario Quinchao venía hacia mí. Al llegar a mi lado lo miré con atención por primera vez. Hilario Quinchao es bajo, grueso, con el hombro derecho mucho más alto que el izquierdo, con las piernas en curva como si anduviese a caballo, y es feo, francamente feo. Haciendo juego con sus hombros, tiene el ojo izquierdo mucho más abierto que el derecho. Y sonrío siempre con una enorme boca que ya se corre a una oreja, ya a la otra. Cuando habla no se está quieto sino que gira alrededor de uno. Al primer golpe de vista, Quinchao es repulsivo. Al segundo, no; es corriente. Al tercero, me atrevería a decir que es casi atrayente. Hay algo en él de sufrimiento y bondad que interesa. Me preguntó:

–¿El señor Angol, don Lorenzo, es –según he oído– su principal biografiado?

–Exactamente.

–Tendrá usted que hacer una biografía de túnel subterráneo con entrada desconocida. Supongo que a cada lector le obsequiará usted una llave de la entrada, amén de indicarle el sitio en donde la puerta del túnel está escondida. Pero me temo que aquellos que se aventuren puerta y túnel adentro, se pregunten luego: “¿Y qué, diablos, estamos haciendo aquí?”. A no ser que considere usted que don Lorenzo sea un personaje representativo de, por lo menos, media humanidad. Yo lo pongo en duda.

“Sé que usted, ¡no! Como la luz para las mariposas, a usted y a sus colegas de pluma les atrae el hombre introvertido, el que vuelve ojos y oídos hacia adentro y nunca más ve ni oye nada que pueda venir de fuera. ¡Se acabó el “fuera”, se acabaron los demás humanos, se acabaron sus problemas y anhelos, se acabó la naturaleza, se acabaron planetas y constelaciones! ¡Yo, yo, yo y nada más que yo! Mirar un espejito de bolsillo en vez de dar media vuelta y mirar el mundo... Es que en el mundo somos un grano, una partícula de grano. En cambio en el espejito... ¡Ah, lo tenemos en la mano y con sólo inclinar el rostro, ah, nuestro rostro oculta y reemplaza cualquier imagen reflejada!

“Un introvertido –uno como ha de ser su héroe de usted –me decía cierto día:

–Yo sigo y seguiré siempre estudiando mis propias pulsaciones.

“Le pregunté:

–¿Por qué no estudiar las que son comunes a todos?

–No –contestó–; yo quiero las mías, nada más que las mías porque yo, como hombre entero, soy un microcosmos. En mí se refleja y existe el macrocosmos. Por eso me aíso, por eso me voy ¡solo!

“-¡Ajá! -le dije-, pero yo sé que usted sabe, muy al fondo, que no puede subsistir solo en su magnífica y... lóbrega soledad.

“-Contestó:

“-Si así fuera... ¡qué vengan los otros a mí, que yo no iré a nadie!

-Dígame, Hilario, con franqueza: ¿fueron los otros?

-¡Por supuesto! Había cola en la puerta de su Claustro. Así llamaba mi amigo a su escondite; como el suyo, creo, lo llama Bóveda, ¿verdad?

-Entonces la cosa no estaba tan mal.

-¡Ajá! Nada mal por lo de la cola. Pero, ¿sabe usted quiénes la formaban? Otros enclaustrados y otros embovedados. Ningún hombre de aire libre ni de sol ni... de luna.

“Se reunían todos ellos; como ustedes aquí en Curihue. Hablaban, opinaban, discutían; como ustedes aquí en Curihue. E inevitablemente se disputaban y se odiaban. Me parece como también ustedes aquí en Curihue. ¿O no...?

“Bueno; se peleaban. ¿Por qué han de pelearse los que van tras un mismo fin? ¡Ajá! Me atrevería a decir que por una ironía. Imagínese, don Onofre, que cada microcosmo de cada solitario resultaba diferente al del vecino, completamente diferente. Y parece que algo a todos les decía que lo reflejado, el macrocosmo, no podía, no, no podía dar tales imágenes dispares. Sentían todos que había por ahí una unidad, grandes síntesis para todos semejantes y, ¡claro!, comprensibles. Y entonces a cada uno le arremetía el pánico de que lo suyo fuese errado y lo del vecino fuese una justa expresión de una síntesis. Entonces, en vez de ayudarse y colaborar, se defendían a sí mismos y se insultaban. Esto, a diario, en cada reunión. Salvo, claro está, cuando dejaban de lado sus meditaciones y tenían que hacer algo en común, cualquier cosa, lo que fuere, como, digo yo, comer, preparar una comida o bien, simplemente, abrir una ventana.

“Como aquí en Curihue... ¿O no? Aquella noche de los ladrones de patos... He sabido que, en la defensa común, todos ustedes no fueron más que un solo hombre. ¡Qué magnífica cohesión! Sólo que -¡lástima grande!- no había ni un solo ladrón...

“Entonces se les escapó a ustedes otra vez más la cohesión. ¡Lástima grande!

“Don Onofre, ustedes, aquí en Curihue, son un símbolo de la enorme mayoría intelectual de este decadente mundo que aún subsiste. El único interés que les queda es un interés informativo para las generaciones venideras que, por lo demás, al informarse van a tomarse con dos manos la cabeza.

“Óigame usted: son todos aquí -y repito: a semejanza de miles de sitios aún- como..., ¡mire allá sobre el tejado!, como si esos dos gatitos -¿los ve?-, Zamparratas y Tragalauchas, en vez de vivir sus buenas vidas gatunas se pusieran a gastar sus energías en pensar lo que pudieran ser esas vidas si en el mundo no hubiese ni un tejado ni un ratón. ¿No es mejor para todos los gatos de la tierra -y por eco, también para nosotros humanos- que gasten sus energías partiendo de la realidad de ratones y tejados y de la esperanza de que tejados y ratones han de aumentar permanentemente? Sí, es mejor pues, de lo contrario, ambos gatos llegarían a la desesperación al basarse en tan horrible supuesto: ni un ratón más en el planeta, ni una casa más con tejado...

“Usted me pone en duda, don Onofre, como en duda pone a Tragalauchas y a Zamparratas. ¿Sabe usted por qué? ¡Ajá! Porque nosotros todos, todos, y los gatos también, nos encariñamos con lo que es nuestro oficio. Dicen que esto es por pereza. ¿Me comprende? Pereza de buscar otro oficio. Bueno, yo no sé. El hecho es que nos encariñamos. ¡Y un

rábano nos importa entonces que esté basado sobre supuestos o realidades! Lástima grande, señor, porque tal es lo que hacen sus amigos de usted, los Lorenzos y Compañía.

"Hay problemas y problemas en esta vida. ¿O no? Los Lorenzos y Compañía son acróbatas que saltan por encima de lo inmediato con la esperanza de caer, con elegante flexión, en las soluciones últimas. ¡Mal sistema! Olvidan una cosa que yo no me cansaría de repetirles: "Basta al día su afán".

"¡Ajá, ajá! Que yo, Hilario Quinchao, el nefasto re-vo-lu-cio-na-rio, tenga que decirlo a todos ustedes... ¡¡es para reventar, para morir de risa!!

En verdad, girando a mi lado, Hilario Quinchao parecía que ya reventaba, que ya moría de risa.

17. No puedo negar que este hombre me dejó en suspenso. Dos veces había pensado yo:

"La cosa no puede ser así...

Esta vez quedé pensando:

"¿Tendrá razón Quinchao y será la cosa así?

Pero el cariño al oficio... Recordando su aspecto físico y ademanes, me dije que él era el tipo del bufón. Naturalmente: vestirlo con traje pintarrajeado y cubrirlo de cascabeles... ¡Qué bien estaría!

Bufón... Involuntariamente la figura eterna del bufón se agigantó ante mí. Su dolor ante una belleza y una justicia para él inalcanzables... Su esperanza, siempre frustrada, de que se descubra algún día, a través de su ridiculez monstruosa, el mensaje de bondad que no puede predicar como, sin duda, querría... Porque es pobre y es débil y contrahecho y feo.

Pero ¿es éste el caso de Hilario Quinchao?

No, no lo es.

O tal vez sí lo es.

No lo es.

18. Me puse a caminar. Hilario caminó a mi lado. Un grupo de personas. Lonquimay tronaba:

-¡Fuera y lejos de mí todas las dialécticas! Acaso necesarias sean para aprendices y demás. Dialéctica en las aulas y rodeos en los corrales, es igual. Rodea el capataz a sus animales para recuento, cálculo, feria y negocio. Se recuenta él mismo y nada más. Rodea el dialéctico a sus ideas para sus propias finanzas intelectuales y poder dormir en paz. ¡Qué quieren ustedes, odores de mis palabras! Yo amo a los animales sueltos, libres en potreros, sierras, valles y precipicios, ¡sí!, precipicios.

-¡Arrebatador! -aprobó Longotoma-. Precipicio en los animales equivale a problema en los intelectuales. ¡Honor a los problemas!

-¿Qué problema ni qué nada puede albergar su menguada mente de usted?- preguntó Lonquimay.

-Pues hay uno que me atormenta.

-¿Y es él?

-El hondo problema de la plusvalía.

-¿Se está usted volviendo loco o demente?

-De ningún modo. Estoy cuerdo y sagaz.

-Entonces, ¿qué misterio o problema cabe para un cuerdo sagaz en lo claro de lo claro de la marcha del infecto dinero?

-Pues, insigne amigo, cabe.

–Explíquese usted o riesgo corre de que encima le caiga mi menosprecio.

–A ello voy. Imagínense ustedes, señoras y caballeros, que hace algunos años pasé una temporada en un fundo cercano a la histórica ciudad de Rancagua, fundo donde todo era magnífico –no tanto como aquí, por supuesto– pero, en fin, magnífico menos un punto. Imagínense ustedes que éramos 14 veraneantes y sólo había allí una puerta, nada más que una, con las conocidas iniciales w.c. Molesta cosa, ¿no es cierto? El dueño de casa, hombre metódico y de cálculo, sabía que el gasto de agua, tras de aquella puerta, era de tanto al día con 14 ocupantes. En vista de la molestia ya indicada, el dueño de casa, hombre de rápidas decisiones, hizo construir con presteza dos casuchas más, con una puerta cada una y cada una con las iniciales w.c. Total: 3 w.c. Pues bien, el número de personas fue siempre el mismo y sus necesidades también las mismas. Aseguro que no se registraron ni exuberancias ni restricciones en..., en el asunto que nos ocupa; aseguro que siguió la perfecta normalidad, digamos, gástrica en todos los allí presentes. Pues bien, gran Baldomero, el gasto de agua, que debió permanecer igual, el gasto de agua, por el solo hecho de 3 en vez de 1, aumentó a casi el doble. ¿Qué me dice usted?

–Le digo que es usted un belitre.

–Y yo le digo a usted, y a la humanidad entera, que el fenómeno anotado es también plusvalía.

Longotoma empezó a frotarse velozmente las manos. Lonquimay se alejó haciendo molinetes con su capa. Quinchao bañó a toda esa gente con su más auténtico desdén. Yo seguí mi marcha.

19. Almuerzo.

En un momento dado; no sé si la cronología está bien; no sé si se almorzó antes o después de lo ya escrito; sólo sé que se almorzó.

El capitán cumplió su promesa:

Picos molidos de Pato en Almíbar de Grasa de Conejo.

¡Exquisito!

Luego:

Huiros a la Pacífico.

Protestas en varios asientos:

–¡Los huiros no se comen!

El capitán explica que *todo* se come, que es cuestión de imaginación culinaria. Tenía razón. Los huiros, al menos a la Pacífico, también ¡exquisitos!

Postre:

Pastillas de Menta.

Baldomero Lonquimay:

Cumplió su promesa:

A golpes formidables de incisivos, caninos y molares se devoró íntegro:

Un Jabalí.

Desiderio Longotoma:

Cumplió su promesa:

Un Jacinto.

Y nada más.

Para responder a lo que bien podía tomarse como un sentido homenaje floral, Baldomero Lonquimay bebió a la salud de su amigo Longotoma:

Una copita de Ron.

Aplausos generales.

20. Teodoro Yumbel leía paseándose entre rosales. Le pregunté:

—¿Qué lees?

—¡Ah, querido Onofre! Debo corresponder a su benignidad. Ella me dedicó aquello de *La Virgen de la Hortaliza*. Yo, apenas se marchó, me inspiré y escribí. Se lo he dedicado. Es un poema pequeño pero lleno de veneración. Lo he llamado: *El Pájaro protervo que pasa por allí*.

—Curioso título para un poema de amor.

—No lo creas. Para cada cosa hay un contrario. Hay pájaros protervos. Aquí yo los aniquilo; ella y yo, Norca, los aniquilamos.

—Y en tu caso, ¿quién es el pájaro principal?

—En verdad, nadie. Claro está que muchos revolotean en torno a su bondad y beldad. Pero han de huir ante nuestro amor. Por ejemplo, Guido Guindos... Pero sería ridículo tomar tal cosa en serio. Hay demasiada distancia, ¿no lo crees?, entre un paraíso y un matadero.

—¿Y adónde Norca se ha marchado?

—¡Oh! Cuestión de poco tiempo. Tenía, estaba obligada a acompañar a Guindos hasta San Agustín de Tango. Cuestión de liquidar no sé qué asuntos, asuntillos de esos que todos tenemos. Pero luego nos volveremos a encontrar ¡para siempre! ¡La amo, la amo, la amo tanto!

Quise ponerle un par de banderillas:

—Sí, la amas. Pero ¿estás seguro de que es por ella misma? Hay que ver que a menudo amamos por las circunstancias y rara vez por la persona indicada e irremplazable. Si en lugar de Norca hubiese sido otra la que se hubiese presentado; digamos Jacqueline, o Isidra, digo yo... En fin, otra en idéntico momento... Tu *Pájaro protervo* ¿no tendría acaso diferente dedicatoria?

—¿Y qué? —me preguntó Yumbel deteniéndose y abriendo enormes ojos—. Justamente así amo yo, así debe amarse: ¡por las circunstancias! Las circunstancias no las producimos nosotros. Las crea un arcángel.

—Escucha, Onofre: eso que tú pareces menospreciar es el *cruce* de vidas; es el pasar en un instante único por dos líneas que se cortan; es hacer que mil cosas que eran inexistentes —y que hubieran podido serlo hasta la eternidad— florezcan y se conviertan en la suprema realidad. Sin milagro no hay amor. No entiendo un amor por ninguna Ella si no va acompañado de un momento, de su momento.

—Tal vez tengas razón. ¡Lindo momento!

—¡Sublime momento! Imagínate que hoy amanecí lleno de ternura, lleno de piedad. Quería colocar en algo, ojalá en alguien, estos sentimientos. Pero se me diluían ante la magnificencia de la natura. De pronto vi a Norca. La contemplé. Y sentí por ella pena, tremenda pena. Estuve a punto de llorar por las desdichas que seguramente la atormentaban. Quise consolarla con muy dulces caricias. Mas al imaginar mis manos prodigándolas sobre su cabello, su rostro, su cuerpo... un fuego abrasador me quemó. Pena, primero; ardor, después. ¡Ay, Onofre! Estos dos sentimientos se unieron. ¡El amor empezó a brotar!

—Y brotó.

—¡Por cierto! En tal forma brotó...

En ese momento pasó Longotoma veloz y exclamando:

—¡Vean, grandes amigos, cómo brotan por todas partes buenas y malas hierbas! Que sean buenas o malas, ¡qué magnífico es siempre el brotar!

Y desapareció.

Tras él venía Lonquimay. Se detuvo un segundo junto a nosotros y aseguró:

—Ese hombre siempre resbala sin jamás penetrar. ¿Qué es el brotar si no se le complementa? Sin su complemento es el brotar una perfecta necesidad. Su complemento final es la muerte.

Y también, aunque lentamente, desapareció.

Yumbel agachó la frente y no dijo nada más.

Yo, a mi vez, desaparecí.

21. Bajo la tienda de seda verde limón, cerca del estanque de los peces amarillos, había una mesa cuadrada. Sentado a ella, el capitán; a su frente, Nora de Bizerta y Ofqui; a su derecha, Jacqueline; frente a ésta, Perquenco Zapallo. En las cuatro manos izquierdas se desplegaban cartas en abanico. Cada mano derecha avanzaba y se recogía rítmicamente.

¡Canasta!

Antes del Día Cero, al recibir la invitación de nuestro capitán, yo había pensado, al pasar, que el fundo de Curihue bien podría convertirse en una gloriosa fortaleza de un futuro próximo. Pues la canasta se gestaba, según decían, en los países sudamericanos; y los más enterados en el asunto afirmaban que en el Uruguay. Pronto, como un reptil, se deslizaría por todo el continente para luego extenderse por el mundo entero. Para esta expansión necesitaba bases de llegada y apoyo en cada país. Yo, instruido de dicha expansión por don Irineo Pidenco —que aseguraba saberlo por Tadeo Lagarto—, pensé, inocentemente, que Curihue no sólo no podría ser una base sino que permanecería invulnerable aun en plena inundación. Como pude verificarlo aquel día, ¡error! Curihue era la primera base para Chile. Sé que en nuestro país no se había jugado canasta antes del 10 de marzo de 1927.

¿Por qué Curihue, centro a todas luces intelectual y lleno de problemas que alcanzaban a los deslindes de lo metafísico? ¡Ah! ¡La falta de cohesión! ¡Sitio neurálgico de una desintegración que empezaba! Por cierto, buena base para asentar pie. Hilario Quinchao tenía razón...

Pues, ¿podría haber síntoma de mayor desintegración que Jacqueline unida a Zapallo? El capitán y Nora, está bien. Pero ella y el Perquenco... ¡Oh, Dios mío, qué gentes junta el juego! La falta de cohesión de nuestro fundo era evidente, fatal. ¡Tendría que reventar! ¡Adiós Curihue!

Me acerqué a distancia prudente. Oí palabras que me sonaron como exóticas: “comodín”; “canasta limpia”; “pozo premiado”; “tapón”; “canasta sucia”; “montón”; y qué sé yo. De pronto, lanzando una carcajada atronadora, Perquenco Zapallo aulló:

—¡Terremoto!

Quedé perplejo y clavado allí como una estatua.

Rato después alguien gritó:

—¡Me voy!

Entonces yo... ¡me fui!

22. Desde ese momento el día se me convirtió en un verdadero torbellino. Hoy me hace el efecto de haber pasado estrellándome con unos y otros y que cada vez que me estrellaba saltaba a mi lado una idea o una opinión o una ocurrencia o una pregunta que se grababa en mí.

23. Oí una voz:

—Yo veo mucho mejor los hechos y las cosas cuando alguien me los refiere que con mi propia vista. Si los miro yo hay demasiado alboroto, demasiados choques de visiones con pasiones de uno mismo. Y ello es tan rápido... Si me los refieren hay paz dentro de una justa lentitud. Se forma como una tela y sobre esta tela se puede hilar con tal meticulosidad y precisión que la cosa o el hecho se estampa en permanencia y permite que cada día se le investigue hasta arrancarle su secreto y tal vez su ley. ¡Habla Bárbara! ¡Habla Colomba!

Este no podía ser sino Lorenzo Angol. Pero... ¿Bárbara, Colomba? ¿Cómo es posible? ¿Locura mía?

No oí ni pensé más. Un choque y:

24. Con el choque caí entre Baldomero y Desiderio.

Baldomero:

—Me dijeron cierta vez que caminara a pie hasta aquel hombre a caballo, allá a unos cien metros. Pero este hombre en su caballo caminaba también... Ésta es toda mi biografía.

Desiderio:

—¡Admirable coincidencia! A mí me dijeron que me alejara de ese chicuelo que allí estaba, sí, a unos cien metros, en un carretoncito tirado por dos cabras. Pero el vehículo en cuestión caminaba también... tras de mí. ¡Por ahí, por ahí va la biografía mía!

25. Y alguien —creo que junto a la famosa ventanita románica— decía a alguien:

—Ha de saber usted que William Law ha dicho:

“¿Qué necesidad hay de tantas noticias de fuera cuando todo lo que atañe a la vida o a la muerte ocurre y opera dentro de nosotros?”.

Yo dije:

—Lorenzo, y no Hilario, tiene razón.

El otro alguien repuso:

—Yo sé un proverbio árabe. Óigalo usted:

“El perro ladra; la caravana pasa”.

Volví a anotar un tanto para Lorenzo.

26. Por ahí se me aseguró que había, para la hora de cenar, una Tabla de Discusiones. Recuerdo algunos puntos de ella:

1) ¿Hacia qué lado camina el Tiempo?

2) Si Dios no existiera, ¿en qué ocuparía el Diablo su actividad?

3) Si el Diablo no existiera, ¿en qué la ocuparía Dios?

4) Sabido es que los animales herbívoros no miran hacia arriba. ¿Por qué?

5) Si miraran, ¿con qué fin lo harían?

6) ¿Habría sido más provechoso para la buena marcha de la industria que la especie humana hubiese sido monosexuada en vez de bisexuada?

Había más puntos. No los recuerdo.

27. Valdepinos... Después de lo revelado por el Regístralotodo, el hombre atraía mi curiosidad. Le hablaba a Isidra... ¡Mejor que mejor! Púseme a escuchar tras la puerta, como un lacayo. Mi oficio obliga a tales cosas. Decía Valdepinos a la bella dama:

—¡Mire esa mosca, Isidra! ¿Ha pensado usted en la proporción que existe entre ella y usted? Yo creo que es, más o menos, la misma que ha de existir entre usted y el cerro San Cristóbal, allá en Santiago. El San Cristóbal, ¿sabe?, con sus dos cumbres: el Observatorio y la Virgen.

“Veo sus ojos, Isidra, y no puedo dejar de decirme:

"-L'Observatoire.

"Y cuando pienso en sus secretos encantos de usted, grande y pensadora amiga, tampoco puedo impedir que mis labios murmuren:

"-La tres Sainte Vierge.

"Por esto miro siempre el cerro San Cristóbal lleno de una extraña inquietud.

"Pero pronto me serenó ante un sentimiento de inmovilidad. Esa Virgen es inamovible, ha sido hecha para desafío de los siglos. En cambio en las mujeres..., llega siempre un momento en que la Virgen se desplaza, en que es arrojada de su cumbre. Y ha de preguntarse la desterrada, y yo me pregunto también:

"-¿Adónde ir?

"A la postre, créame usted, siempre encuentra adonde ir.

"En algunas mujeres se va al corazón y en él se aloja; en otras, se aloja en la mente; en otras -extraña cosa-, en el estómago; en no pocas -noble cosa- en las entrañas; en otras más, ¡ay!, se va lejos, lejos y la legítima dueña ha de seguirla; en otras, por fin, trata de recuperar la morada perdida.

"Pues bien, queridísima Isidra, sepa usted que, según estas localidades que cada *très Sainte Vierge* haya escogido, así es el temperamento, así es la psique de cada mujer. He sabido, de intachable fuente, que la nueva terapéutica femenina del doctor Pitrufulquén -¡qué sabio psiquiatra!, ¿no es cierto?- está basada en encontrar el sitio donde cada Virgen se ha guarecido en cada mujer, en analizar si es el sitio que bien le corresponde y, si no lo es, llevarla al que suyo debió ser y allí atornillarla. ¿Qué le parece, amiga mía?

Vi que Isidra, con los ojos relampagueantes de ira, se aprontaba a responder pero, un empujón y...

28. Por entre flores y plantas del jardín, la perra Callampa jugaba con otros perros. La perra Callampa es extraordinariamente inteligente, mucho más inteligente que cualquier otro perro, incluso Donizetti. Pero creo -ahora que pienso como esa vez pensé- que lo es cuando actúa con nosotros. Al estar con los demás perros es exactamente igual a ellos, no se destaca en nada. Acaso es un poquito más torpe.

29. Y seguí. No es mi fuerte la psicología canina. Seguí. A grandes pasos. El capitán se puso a mi lado y caminó conmigo. Me dijo:

-La marcha es muy saludable. Ahora que, como todas las cosas, hay que saber practicarla. Existen tres maneras de caminar; dos de ellas, positivas; una, negativa. Esto me lo enseñó mi profesor de cultura física que era, además, un hombre muy, muy culto. Las dos positivas son: a) caminar con toda el alma; b) caminar con todo el cuerpo. En la primera se debe olvidar totalmente el cuerpo, no hay que sentirlo, y sumergirse entonces en la contemplación de la naturaleza. En la segunda debe hacerse lo contrario: olvidar el alma y ser todo cuerpo, todo músculos y respiración. La tercera manera es la nefasta. Es la que emplean los paseantes de las tardes campesinas y de las calles céntricas de las ciudades. Miran a medias, conversan a medias y mueven sus cuerpos con un balanceo perezoso como botes amarrados al muelle. Ahora, Onofre, marchemos con todo el cuerpo:

"Un, dos; un, dos; un, dos...

30. Por ahí, frente a un árbol, me detuve a mirar un enjambre y a escuchar su zumbido. Volaban las abejas en círculo alrededor de su reina, volaban a velocidad verdaderamente fantástica. De pronto fijé una sola abeja y la seguí con la vista. Su vuelo era más bien lento...

31. ¿No cree usted -me preguntó Lonquimay, asiéndome de las solapas, gesto inusi-

tado en él-, no cree usted que libertad y disciplina son los dos únicos pilares capaces de soportar al hombre integral? Mi estatua venidera no tendrá un pedestal sino dos pilares. Porque es así. ¡Abra usted de par en par su *fenestra ovalis*, apóyese bajo su dintel y escuche que yo voy a hablar!:

“Llegar a la máxima libertad dentro de la máxima disciplina... ¡He ahí la meta! Mi libertad se encamina hacia la que indican las matemáticas puras; mi disciplina es la que indican las aves del cielo.

Y Lonquimay se sentó.

32. Y de narices me encontré con el chino Fa en persona. Vestía a la usanza de su país, siglo XVI, y se abanicaba con un pequeñito abanico de seda blanca y marfil.

Mi deformación profesional me atacó otra vez. Papel y lápiz en mano me acerqué a él haciéndole una reverencia:

-Señor dramaturgo -le dije-, ¿qué piensa usted del teatro moderno?

-Nada.

-¿Y del teatro antiguo?

-Algo.

-¿Podría usted decirme este algo?

-No.

-Y en su país de usted, ¿hay, aparte de usted mismo, algún autor de talento?

-Sí.

-¿Quién es?

-Chiang Kai-shek.

-Creía yo que era él un político y general de la China nacionalista...

-Lo será. Todavía no.

-¿Y cuándo lo será?

-Cuando las circunstancias lo hagan necesario.

-¿Falta mucho?

-Bastante.

-¿Cuál es, a su juicio de usted, la mejor obra teatral de Chiang Kai-shek?

-Se me olvidó.

-¿Qué más puede usted decirme del teatro universal?

-Nada más.

Después de estas palabras tuve el honor de estrechar la mano del prestigioso dramaturgo oriental.

33. -Rosendo Paine, no; todavía no -me dijo Isidra Curepto, entornando los ojos-. No ha llegado aún. Le falta. Fijese usted que, hace un momento, extravió su paquete de cigarrillos. Miraba, buscaba y no lo encontraba. Y estaba el paquete ahí, ahí sobre la mesa, a su lado, a la vista. Creyó Rosendo que sufría de un comienzo de ceguera. Le expliqué:

“-¿De qué color es su paquete?

“-Verde -me contestó.

“-¿Y la carpeta de la mesa sobre la cual estaba?

“-Roja -me contestó.

“-Entonces -dije-, ¿comprende, comprende? Era difícil, difícilísimo verlo. No hay ceguera, no.

“-No comprendo -me contestó.

-Isidra -dije-, permítame que le confiese que yo tampoco comprendo.

—¿Es posible? Creía que usted, Onofre, sí, ya sí, ya había llegado.

—¿Adónde, Isidra?

—Óigame, estimado amigo: la carpeta era roja; el paquete de cigarrillos, verde. El verde es el color complementario del rojo, ¿entiende? Los colores complementarios unidos forman el blanco. Luego el conjunto de carpeta y paquete era blanco, todo blanco. ¿Cómo podía diferenciar los objetos dentro de un solo color? Un solo color, el único, veía Rosendo. Esto es avance, anticipación visual, supervisualidad. Y él creía en ceguera... ¡Pobrecillo! No, no ha llegado aún. Por lo demás, veo que usted tampoco...

34. Longotoma, solo en medio de un corredor, reía a carcajadas.

—¿Por qué ríe? —le pregunté.

—Porque hay que reír —me respondió—. Sí, reír, la risa la gran risa porque ella existe, porque es, porque el hombre tiene la facultad de reír. Entonces se debe aprovechar esta facultad. No reír por algo. Esto llega a ser literario, filosófico. ¡Qué aburrido! Reír por nada, Onofre, pues reír por nada es reír por todo.

Y siguió, ahí solo, riendo desafortadamente.

35. Hilario Quinchao decía a Cirilo Collico:

—Es el mal de la incultura el que les tiene a ustedes agarrotados y hundidos. Resumamos, señor Collico: ¿qué definición podríamos dar de la incultura?

—Yo sólo reconozco incultura en el crimen.

—No, no, no, señor. El crimen no es propiamente incultura; es subproducto de la incultura. ¿Qué gana usted con combatir los subproductos si deja incólume el producto? Grábese usted las siguientes palabras en la memoria: “fenómenos de la naturaleza”. Pues bien, atribuir más y más de cuanto ocurre a fenómenos de la naturaleza, es incultura. Cultura, entonces, es atribuir más y más, de cuanto ocurre y ocurrir pueda, a manejos de la inteligencia y de la voluntad del hombre. Incultura es aquel estado de ánimo que se inclina a los fenómenos de la naturaleza, que pone en su cuenta lo que acontece. ¿Y quién, quién es el dueño y rey de la naturaleza con sus fenómenos todos? ¡Averígüelo, señor! Le dirán: “Dios”. Así, pues, cultura es negar, es derribar a Dios. Le obsequio esta fórmula, señor Collico. Le será muy provechosa.

—Gracias. La aprovecharé más tarde. Por ahora, encontremos al criminal o a los criminales.

36. La perra Callampa pasó hecha un bólido. Tras ella corría otro perro. Media vuelta y este perro pasó ahora hecho un bólido y la perra Callampa corrió tras él. El perro corría mejor, aunque era algo más pequeño, esquivaba mejor y perseguía mejor. Sin embargo la perra es, como he dicho, la inteligencia misma del reino canino; sobrepasa a Donizetti.

Esto es un problema. Sería necesario indagar profundamente. Pero no es mi oficio.

—¡Teodoro! Escucha...

Y le planteé el problema.

—¡Don Hilario! Escúcheme usted...

Y también le planteé el problema.

Teodoro no vaciló. Callampa, superior. El otro perro, con todos los de su categoría, inferior. ¿Qué es superioridad? Elevarse. Para un perro, ir dejando de ser perro, ir alejándose de sus semejantes, es ir aproximándose a reinos mayores. La comprensión y habilidad de Callampa con nosotros los hombres eran pruebas de su avance. Los demás canes, al quedar comprensivos y hábiles nada más que entre ellos, probaban su estagnación.

Hilario tampoco vaciló. Callampa retrocede, se desvirtúa, se individualiza en un mun-

do completamente ajeno e inútil para ella y para todos los canes del mundo. Y se le obliga a hacerlo para entretenimiento nuestro, casi por vanidad nuestra. ¿Me he fijado yo cuánto hay en la pobre perra que para nada sirve ni a los hombres ni a los perros? Su verdadera misión sería desarrollarse al máximo como can y nada más que como can, entre ellos, con ellos, en un inmenso total canino. Esa perra es torpe frente a sus semejantes. Hay que ser, frente a ellos, hábil y grande.

Pensé en mis "hilitos". En no poca parte de la vida de la perra, nosotros éramos sus hilitos. Obraba ella con mandos *de fuera*. Obedecía a ciegas. ¿No deben estar los hilitos de los perros dentro de ellos mismos? Di la razón a Quinchao. Pero luego me turbé.

37. En una habitación sombría.

Nora de Bizerta y Ofqui:

—Sois, hombre celeberrimo, una sombra inocua de un esqueleto de hombre. Me amáis. Y heme aquí. ¿Qué hacéis? ¿Lanzaros en llamas de pasión? ¡No! Vaciláis, tembláis, escapáis. ¡Ja, ja!

Baldomero Lonquimay:

—Sois, señora, la quintaesencia de la frivolidad en sí. Me incitáis al coito. ¡Desgraciada! La ignorancia os mueve. Sabed, señora de mi corazón: acepto vuestras insinuaciones. Pero vuestra grandeza en formación y la mía ya formada deben unirse en la justa proporción de las leyes que las comandan. Sabed que 48 son los cromosomas que el acto sublime despliega. Son 24 de él y 24 de ella en el enlace corriente. Os acepto, mi señora, mas siempre que vos contribuyáis con sólo 12 y yo con 36. Es justicia, es deber, es ley.

—¿Y qué responderíais, celeberrimo remedo de esternón y peroné, si os esclareciera en el sentido de que no se trata ahora y aquí de la fecundación sino del estremecimiento del espasmo?

—Respondería —¡oh, dama de mis cuitas y sinsabores!— que vuestra mente de locuela os lleva a sumergiros en el reino de lo imposible. Sabed que jamás una gota de mi semen ni un espermatozoide de una gota ha dejado ni puede dejar de fecundar.

—¡Ooooh! ¡Qué gigantesca fecundación! Mas ¿cómo la lográis? ¿No me habéis asegurado bajo los ardientes rayos del astro rey, bajo los románticos rayos de la pálida solitaria nocturna, sobre las tremolantes olas de las aguas, que sois puro y virgen y casto?

—Señora, sabed: mis pérdidas seminales fecundan por doquier a los cerebros extraviados y los enderezan en el camino de la rectitud y la sapiencia.

Nora se echó a reír de tal manera que su risa fue a hacer eco a la de Desiderio Longo-toma que aún reía allá lejos, agazapado entre zarzamoras.

Baldomero Lonquimay se alejó bramando.

38. —¡Onofre! —me llamó Yumbel—. He descubierto que ese individuo Perquenco Zapallo es judío, en el mal sentido de esta palabra. Yo, en el buen sentido, estimo grandemente a los judíos. Pero no el malo, en el de Perquenco.

—¿Zapallo, judío? Nunca se me habría ocurrido tal cosa. ¿Cómo lo has descubierto?

—Hablando con él, hablando de generalidades, de la gente, de los hombres. Criticó a todo el mundo. No ve más que defectos. Y, según dice, quiere encontrar cualidades. Es decir, está, sigue en busca del "perfecto". Yo, no. Yo sé que el Perfecto ya vino y crucificado se fue. No sigo, pues, ansioso en Su busca, como sigue Perquenco Zapallo.

¿Estarán enloqueciendo los curihueños? ¿O estaré enloqueciendo yo?

39. Rosendo:

—¡Absurdo! ¿Preferirías, entonces, la muerte?

Lorenzo:

—¿Qué es la muerte? No sabemos...

40. ¡Don Irineo Pidinco! Menudito avanzaba con un saquito en la mano, menudito miraba, se diría que menudito olfateaba al avanzar, saquito en mano.

Hilario Quinchao —este hombre se multiplicaba aquel día— salió a su encuentro. Yo, presuroso, fui hacia ellos. Apenas se abordaron se trabaron a discutir: Quinchao, mordiente; Pidinco, evasivo.

—Yo, señor mío —explicaba éste—, y usted perdonará, no lucho ni me gusta luchar con los hombres. Me inclino a la lucha por ideas. Y, ¡qué quiere usted!, pienso que mientras haya riñas de ideas no hay necesidad de mezclarse en las riñas de los hombres.

—¡Ajá! —rió Quinchao con sorna—. ¡Lindo escamoteo de prestidigitador! Las ideas... Solas, únicas allá arriba... Pero, señor Pidinco, ¿nunca su esclarecida mente de usted ha reparado en que las ideas vienen y son de los hombres? ¿De que sin hombres no habría ideas?

—Así ha de ser, mi señor don Hilario, si usted lo dice. Pero oso avanzar que cuando veo a los hombres, lo pongo en duda.

—Usted es como el que se pusiera a manipular ciertos productos y se negara, tercamente, a admitir la existencia de la fábrica que los produce. ¿O no?

—No, no, señor mío. Admito las fábricas, creo en ellas a pie juntillas. Lo que no creo es que los hombres sean la fábrica. Los hombres, en este terreno de ideas, no son los fabricantes; son, ¿cómo explicarme?, el eco, esto es, un eco.

—¿Y podría saber: eco de qué?

—Eco del reino de las ideas, reino propio, lejano. Reino —si usted permite— al cual a algunos hombres les es permitido llegar si..., si se conducen bien.

—¿Habrá usted viajado mil veces a ese reino?

—¿Yo? No, no, no. Ni yo ni nadie que yo tenga el honor de conocer. Excepto... ¡Calla boca! Carezco del permiso para nombrar.

—Sin embargo usted y cientos de sus conocidos tienen ideas, digo yo, supongo yo. ¿O no?

—Usted lo ha dicho. Cientos y yo somos beneficiados, a pesar de nuestra insignificancia, con algunas ideas.

—Y no van al reino. ¿Se las envían por correo o telégrafo o radio?

—Usted casi lo ha dicho. Cuando somos buenos, modestos y conservamos la fe, las ideas, entonces, encarnan en nosotros.

—¡Feliz usted, señor Pidinco! Cuanto a mí, tengo que fabricar por mí mismo mis ideas. Y cuanto a "reinos" sólo cuento con el de la colaboración de mis semejantes.

—¡Feliz también usted, señor Quinchao! Pero, por el momento, debo ir en busca de nuestro capitán para someter a su criterio este saquito de garbanzos. Usted perdone, usted perdone...

41. Y caigo en garras de Perquenco Zapallo:

—¡Ganamos, ganamos! Esto es magnífico: día de campo, bien alimentaditos y platita de la canasta... ¡Y con qué compañera, mecachis!

—¿Le gustó a usted mucho su compañera?

—Seamos francos, señor Borneo. Yo apreció la belleza donde la encuentre, nada más. Porque, en el fondo, también soy artista. Pero como usted está pensando, no. Le confesaré,

señor Borneo: estoy enamorado, de tiempo atrás, ¿sabe usted de quién? Ella no me lleva ni en los tacos pero yo sigo enamorado. Se lo voy a decir: ¡de Norca!

Otro pájaro protervo, pensé...

—Y de las personas de aquí —siguió Zapallo—, ¿sabe usted a quién aprecio mucho? A don Rosendo Paine. Porque estoy seguro de que es un hombre que no le importa nada, nada; que no tiene nada que ver con nadie. ¡Eso me gusta!

42. Lorenzo pasaba a mi lado. Llamaba:

—¡Gaspar! ¡Oye Gaspar!

Me volví intrigado. ¿Quién sería Gaspar?

Era, nada menos, que nuestro anfitrión, el capitán Angol.

Yo no lo sabía. ¡Vaya un hueco en mis conocimientos! Aunque en Curihue..., en Curihue...

43. ¿Más gente en Curihue? Esto es ya el infierno. ¡Un abogado, dos abogados! El viejo don Bruno Camarones y el joven don Waldo Caracoles. Y ambos conversan con el detective, con Cirilo Collico. Esto se pone feo, esto es peor que el infierno.

—¿Qué pasa, amigo Collico?

—Nada de extraordinario. La marcha legal. El viejo Camarones defenderá a la familia de la víctima; el joven Caracoles, al asesino. Es todo.

—Pero ¿de qué habla usted? ¿Qué asesino, qué víctima, qué...?

Collico me dijo impertérrito:

—*Don't make noise.*

Y se alejó.

44. De pronto me di cuenta de que estábamos en una recrudescencia del verano. Sí, pleno verano y sol. El verano nos había alcanzado..., nos ha alcanzado..., nos ha alcanzado. Alguien me decía esto a mi lado. Me volví: Tadeo Lagarto. Siguió:

—El verano venía detrás de nosotros y con mayor lentitud. Siempre las estaciones caminan más lentas que nuestro planeta. Por eso las alcanzamos y pasamos de una a otra. Hay quienes creen lo contrario: que son ellas las rápidas y que es, gracias a esto, que nos alcanzan. ¡No, señor, no! Esto no es verdad. Los que alegan de este modo son unos ignorantes. Toman por ley un fenómeno ocasional. Mas no —téngalo usted presente— porque las estaciones hayan acelerado su marcha. Esto es imposible. Es porque nosotros hemos aminorado la nuestra. Las estaciones tienen una velocidad única. Nosotros hemos aminorado. Sí, señor Borneo. ¿Qué quiere usted? Horas y más horas todos concentrados en el teatro del chino Fa. Descuidamos nuestra marcha y empezó ésta a disminuir. El verano, ya dejado atrás, se acercó más y más y aquí lo tiene usted. Ahora habrá necesidad de acelerar a fondo si queremos volver al sitio que, por fechas, nos corresponde. Mire, señor, mire.

¡Sol! Era ya tarde. Sol poniente pero fuerte aún, como el de ayer a mediodía. Nada más que amarillos y derretimiento por todos lados. Apenas una que otra rayita o un puntito violáceo por ahí, por allá. Debe haberse reflejado en mi rostro una franca desolación pues Lagarto me dijo:

—No se inquiete, amigo. Acabo de ver a nuestro capitán en compañía de varios empleados y del tal Pidenco, entrar en aquel galpón, aquel el más lejano, más allá del galpón del heno. ¿Sabe usted qué hay en él?

—Una serie de máquinas —respondí—, tal vez máquinas agrícolas.

—No, señor y amigo, no son máquinas agrícolas. Son las máquinas motoras de la velocidad curihueña-terrenal. Van a acelerar.

Me mostré incrédulo. Lagarto, entonces, me hizo trepar a la colina contigua y, lanzando el dedo hacia el horizonte, exclamó:

—¡Vea, por favor, vea!

Vi al mundo ir hacia el otoño. Allá, a lo lejos, divisé al invierno amurrado.

Lagarto siguió:

—Ya esta noche estaremos cerca de ese otoño. Luego seguiremos una marcha regular penetrando en él para luego alcanzar aquel lejano invierno.

45. Luego volví a encontrarme con Baldomero Lonquimay. La evocación que, al pasar, Lagarto me había hecho sobre el teatro de Fa, me había actualizado la noche anterior. Le pregunté:

—¿Hay infierno, mi distinguido amigo?

—Sí y no —me contestó—. La respuesta definitiva la tendrá usted cuando visite las “Calderas de Illaquipel”. ¿No le invité a usted anoche?

Luego hizo de su vista un sayo, diestro miró a siniestra y siniestro miró a diestra, para buen cuidado tener de no meterse en camisa de once quilates. Y se alejó.

46. Luego vi un grupo de gente que se arremolinaba. Me dirigí a él. Estaban todos alrededor de una muchacha, ¡qué!, de una dama ya de ciertos años, que con ella departían los del grupo amablemente.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Rosendo.

A lo que éste me respondió:

—Es la hermana menor de la Tomasa, la Rómula, ¿sabes tú? Anoche estaba en la puertad todavía. Pues bien, hoy amaneció con todos los síntomas de la menopausia.

47. Y un recuerdo de juventud, de niñez, me asaltó. Estaba yo en el patio de casa, un día caluroso como éste, a esta misma hora, sentado junto a mi madre. Al frente, por el tejado bajo de este patio, pasó un gato. Mi madre tejía. Súbitamente vi esta mezcolanza de Curihue, este ir y venir de gente y este entrecchoque de ideas. Me acordé que a mi madre le había preguntado:

—¿Dónde irá a ser todo eso?

—¿Qué cosa? —me había preguntado un tanto alarmada.

—Nada —le había respondido yo y me había reído.

Ahora comprendía: ¡la simultaneidad, la simultaneidad por la cual nuestra vida pasa!

48. El capitán, Lorenzo, Desiderio, Isidra y Norca conversaban con aire pesaroso. Me acerqué a ellos y les pregunté:

—¿Qué pasa que los veo tan preocupados?

—Una mala noticia —me contestó el capitán—. Hoy, a mediodía, falleció don Fidey de Comiso.

Isidra agregó:

—Anoche, en su camarín, se sentía tan mal que, al fin, nos retiramos para dejarlo descansar.

—¡Pobre hombre...! —alcancé a oír que decía Lorenzo.

49. Curihue y sus curihueños empezaron a darme vueltas en la cabeza. Me pareció que todo giraba a mi alrededor a velocidad fantástica. Recordé el enjambre, allá, en torno a aquel árbol. Sería, entonces, cuestión de mirar fijamente a una sola abeja, digo, a un solo curihueño y el movimiento se haría lento.

No hubo caso. Todos y todas pasaban ante mí en vertiginosa farándula. Y lo que más me mareaba era el haber oído los nombres de Bárbara y Colomba... Y la presencia del

maldito Perquenco... Y también... De pronto, para no caer, alargué las manos con el fin de agarrarme a algo o a alguien. Cogí unos faldones y recobré el equilibrio. Me senté.

Eran los faldones de Valdepinos. Se sentó a mi lado.

50.- ¡Salud Darío! -le gritó Rosendo que pasaba veloz.

-¡Salud! -contestó Valdepinos.

-¿Se llama usted Darío? -le pregunté.

-Tal es mi nombre -me contestó.

-Lo había olvidado.

-Me pregunto:

-¿Que le pasa, amigo? Está usted pálido. Tome un trago de esto. Le hará bien.

Me alargó una botellita plana: whisky. En efecto, me hizo bien. Valdepinos rió. Y me dijo:

-¡Qué idiotas son los enamorados! ¿No es cierto? Porque no se puede negar que si se les pone en medio de la inteligencia clara y penetrante..., ¡qué horror! Enamorarse e idiotizarse es igual. Tómese otro whisky para que nos entendamos debidamente.

"Aquí -como en todas partes, por desgracia- está lleno de enamorados. Y cada uno cree que la mujer de sus sueños es única, caso único, ejemplar único. ¿Ha visto? ¡Y dejémonos de historias, mi querido Onofre! Son todas iguales, cortadas por el mismo padrón. Son estándar.

Su ojo izquierdo se abrió y giró. Agregó:

-Lo cual está muy bien. ¿No es cierto?

Se tomó un whisky.

-¿Se imagina usted lo que sería esta vida si cada una, como los hombres, fuera diferente a cada otra? ¡Qué horror! La diferenciación es para lo superior. Para las masas, identidad, un tipo estándar como en los automóviles: todos de tipo estándar. De mayor o menor potencia, de tal o cual color o precio pero el auto es uno y único. Ya sabe usted lo de San Agustín de Tango en los años del Centenario. Autos barrocos, asirios y qué sé yo. ¡Qué horror! Pues bien, amigo, el enamorado es el eterno señor que lo llama a usted y lo detiene para decirle que ha adquirido un auto románico o Segundo Imperio. Porque dice inevitablemente: "¡Ah, es que Ella no es como las demás...!". ¡Qué bruto! ¿No es cierto? Cuando lo único aceptable sería justamente que esa Ella fuera como las demás, estándar, igual, como los autos, para que bien cumpla su cometido. Pero son graciosos, después de todo, los enamorados. Yumbel está seguro de que la señorita Norca no es como las millones de señoritas que existen. Y usted, amigo Borneo, ¿cree que Jacqueline tiene algo intrínsecamente diferente a las demás mujeres? Que es de mejor calidad, ¡ni dudar! Como un Cadillac recién salido de la fábrica a un pobre taxi de la esquina. Pero ambos son autos, funcionamiento auto, cometido auto, servicio auto. Ninguno es Julio César ni Luis Felipe. ¡Felizmente para público y constructores! A lo mejor, se me figura, que usted piensa que Jacqueline no es siglo XX sino egipcia de Cleopatra o, sin más, siglo XXX... ¿No es cierto?

51. Pero yo ya no oía al cínico de Valdepinos, a Darío Valdepinos. Yo miraba allá al fondo del jardín, por los prados, junto a la tapia de las enredaderas lombardas. Yo miraba y era todo mirada y nada más. Yo miraba y seguía con la mirada hasta que se perdiera, hasta que él quisiera que yo mirara, ¡ay!, hasta que alguna vez cayera un rayo de luz a éstos mis intrincados, mis absurdos problemas literarios...

Pues por allá, rozando la tapia y las hojas y flores de las lombardas enredaderas, por allá, ¡Dios santo!, pasaba...

... un hombre que vestía con traje vestón azul marino con rayas blanquecinas; camisa blanca rayada de azul; cuello de pajarita; corbata color violeta con pintas ocre; sombrero calañés gris claro con cinta negra; zapatos negros rebajados de cuero de potro; calcetines grises algo más oscuros que el sombrero...; un hombre que llevaba bigotillos mas no barba; que no usaba anteojos ni bastón; que fumaba cigarrillos Baracoa que encendía con fósforos Volcán; y que olía a agua de Colonia de la Farmacia Universo, ubicada en la calle Chacabuco 1142, de Santiago de Chile; teléfono N° 70173...

¡¡Era el hombre Martín Quilpué!!

Una vez más, en el fundo de Curihue, me desmayé.

Volví de mi desmayo gracias a otro sorbo del whisky de Valdepinos y al retumbar en mis oídos del bienvenido

¡¡Gong!!

### *Noche siete*

(10-III-17)

Comimos en silencio, en absoluto silencio. Nadie pronunció ni una sola palabra. Algo lúgubre pesaba sobre nosotros. Fue tanto el silencio que alcanzó hasta nuestros paladares: ni yo ni nadie recordó lo que se había comido.

Salimos en fila india del comedor. Nos sentamos cada cual en cualquier sitio.

Nuevo silencio.

De pronto el capitán exclamó:

—¡Que Satanás nos proteja!

Y todos, de un golpe, comprendimos:

Pues, por encima de las copas de los árboles, asomó una helada maligna que amenazaba caer sobre los campos petrificando las cosechas y las frutas.

Empezó el frío.

Nos precipitamos al gran salón.

¡Honor al sentido de previsión de nuestro capitán! Ardía un chisporroteante fuego en la chimenea.

Afuera... ¡oh!, afuera tiritaba la Virgen de la Hortaliza, tiritaba la Virgen del Cerro de la Cruz, tiritaba la Virgen del Dormitorio de la Llavera, tiritaba la Virgen del Camino del Asesinato, y la del Reverso de la Puerta de la Pulpería, y la del Rancho del Capataz, y la del Rancho del Vaquero, y la del Rancho del Sota, y del Jardinero, y del Panadero, y de la Cocinera, y del Mecánico, y de los Carabineros, y los Peones, y la Escuela, y la Bodega, y la Era, la Cancha, el Algarrobo, el Encañado, el Rulo, los Canelos, los Cerdos, los Buitres, los Alacranes..., todas, ¡todas!, ¡¡todas!!

Porque las Vírgenes, con la helada, se habían multiplicado al infinito. Estábamos llenos de Vírgenes por todas partes. Y empezaba y seguía y aumentaba el frío y el tiritar. No quedaba ni un rincón ni una rendija ni una hendidura sin una Virgen. Y por cada Virgen se filtraba silbando el frío que tiritaba.

—¡Protegerse de la helada! —fue la nueva orden del capitán.

Cual salamandras empezamos entonces a retorcernos en torno y a lo largo de las lengüetas de fuego que crepitaban al contacto de nuestros cuerpos... ¡Oh, Jacqueline!

Sí, protegerse de la helada y de quien la trae. Porque siempre hay alguien que la trae, porque nunca viene sola. Tendríamos, pues, que salir, chimenea afuera, salón afuera,

casas afuera, para vencer el frío encontrándonos y afrontando al ser acarreador de inviernos anticipados.

Me despegué de las llamas y me precipité a una ventana. A través de los cristales vi avanzar el hielo sobre nosotros. Las flores se abrigan, las bestezuelas huían, las espigas fenecían, las raíces se anudaban, el barro titilaba, la tierra entera castañeteaba.

Y al centro, atropellando los grados bajos cero, pateando las inclemencias del tiempo, lleno de escarchas y neblinas, resoplando galopaba hacia nosotros el corcel de Fredegunda.

Y sobre él, los ojos fieros y los cabellos al huracán, lanzando carámbanos por la boca y estalactitas por los oídos, Fredegunda en persona azuzaba a su cabalgadura golpeándola con el higrómetro que blandía su mano derecha.

Me alejé aterrorizado de la ventana y corrí hacia la chiuenea. Junto a ella y dentro de ella seguían todos. Un personaje más los acompañaba:

Recostado en ancho sillón, alargando los pies hacia el fuego, reía socarronamente el gran Childerico I.

Diga lo que la historia diga, Childerico, a parte de su indumentaria que era, a mi modo de ver, extremadamente pintoresca y hasta hermosa, el gran franco me pareció un hombre sin interés, sonso y nulo. No obstante tenía un lado atrayente: contaba chistes medievales.

Mas al cabo de varios minutos ya los había contado todos. Entonces cruzó las manos sobre el vientre y se amodorró. Nos quedamos sin saber qué hacer con semejante hombre y rey por añadidura. ¿Y qué podíamos hacer nosotros, simples ciudadanos chilenos, frente a un hijo de Clotario y, sobre todo, de Aregunda?

Esperamos. Childerico modorreaba. De cuando en cuando escupía hacia el fuego.

Una vez alzó su mano izquierda alargando el pulgar, el índice y el dedo del corazón y, con el meñique de su derecha, los fue tocando mientras a media voz decía:

—Cariberto, Sigeberto y Gontrán.

Después de lo cual eructó.

Volvió a amodorrarse. En medio de su modorra dijo tres veces:

—Galsvinta, Galsvinta, Galsvinta...

Nosotros nos pusimos a fumar. Childerico se despabiló con el ruido de fósforos y encendedores. Pero no le dio ninguna importancia a nuestro acto pues, para él las Américas no habían sido aún descubiertas así es que ignoraba todo significado que el tabaco pudiera tener. Así, pues, se durmió.

De pronto apareció en la puerta Taita Higuera. Dijo:

—Patrón-capitán, una señora muy rara quiere hablar con su Mercé.

El capitán contestó:

—Que pase.

Pasó Fredegunda.

Isdra, Nora y Jacqueline inclinaron la cabeza. Nosotros los hombres nos pusimos de pie e inclinamos el cuerpo. Childerico siguió durmiendo. Taita Higuera se retiró. El capitán ofreció asiento. Fredegunda lo rehusó. Hubo un minuto de silencio e inmovilidad.

Luego nuestra visitante habló de este modo:

—Ese hombre (mostró a Childerico) tiene un hijo de su primera mujer. Este hijo se llama Clodoveo. Este hijo está perdido pues ama desenfrenadamente a Clodovinta. ¿Sabéis quién es ésta? Os lo diré: Clodovinta es la hija de la más infernal de cuantas brujas el mundo ha visto. Es decir, este hijo... ¡Uuuu! ¡liiii!

Y Fredegunda estalló en horribles aullidos mientras su cabellera volaba y sus brazos se retorcían.

Nosotros en coro gritamos:

—¿Ese hijo...? ¿Ese hijo...?

Childerico abrió los ojos y exclamó:

—¡Hacéis un bullicio abominable!

Callamos.

Mas Fredegunda siguió luego:

—Esa arpía siniestra ha turbado la razón de Clodoveo con sus filtros. Por eso Clodoveo ama a Clodovinta, la hija de la siniestra arpía. ¿Lo oyes tú, padre de Clodoveo? ¡Tu hijo, embrujado!

Childerico contestó:

—Y a mí, ¿qué...?

—¿Conque esas tenemos? —prosiguió Fredegunda—. Pues bien, ¡yo sabré castigar a ambas, madre e hija, yo las obligaré a espiar sus abominaciones satánicas con espantosos tormentos!

Childerico contestó:

—¡Eres una insoportable majadera!

—Aunque así sea —exclamó Fredegunda ya convertida en furia desorbitada— ¡verás, asno durmiente, cómo yo, tu verdadera mujer, yo, la verdadera reina, sé vengar, sé hacer pagar, sé justiciar, so marrano embotado!

Childerico contestó:

—*Shut up!!*

Nuestras tres damas se retiraron. Nosotros los hombres nos cuadramos. Nuestro augusto huésped se estiró, bostezó y, con pasos torpes, se acercó a una mesa, se sentó junto a ella, invocó a su panegirista Fortunato y, cogiendo un papel y una pluma, púsose a escribir en versos latinos asegurándonos que sus dos preocupaciones principales eran atender al número de sílabas de cada verso y escurrir en sus escritos cuatro letras que el alfabeto ignoraba.

Luego Fredegunda, con un gesto teatral, nos indicó la puerta.

Entonamos, entonces, un himno guerrero.

Y salimos pletóricos de sed de venganza y castigos y resueltos, además, a encontrarnos, a afrontar y vencer cuantos inviernos anticipados osaran presentarse.

Avanzamos por la noche:

Donizetti, ladrando, abría la marcha; seguía Fredegunda en su corcel; luego, por orden alfabético, nosotros, salvo el capitán: Angol, Lorenzo; Borneo, Onofre; Longotoma, Desiderio; Lonquimay, Baldomero; Paine, Rosendo; Valdepinos, Dario; Yumbel, Teodoro. Seguía Callampa, gimiendo. Cerraba la marcha el capitán.

Atravesamos el jardín. Pasamos frente a la Virgen de la Hortaliza, oculta bajo blanco sudario de nieve. Cruzamos por entre tomates, sandías, ajos y melones todos congelados. Y nos encontramos a la entrada de un bosque de encinas milenarias.

¡Adelante!

De pronto, a lo lejos, por entre los troncos, divisamos una luz. A ella fuimos. ¡Era la luz de la choza de Clodovinta y su madre!

Resonaban nuestros pasos. Crujía bajo ellos el hielo. ¡Íbamos a castigar, a castigar salvajemente!

Una tibieza reconfortante empezó a llenarnos. Vimos, adelante, huir al invierno anticipado. Vi, entre las raíces de las encinas, brotar y abrirse varias flores. Arrojam los nuestros abrigos. Sentíamos calor. Pues:

¡ Junto a esa luz nos esperaba ¡ una muchacha medieval!

Teníamos todos los derechos y libertades.

Puesto que Childerico, el Rey, no había protestado. Y él tenía la inmensa, la aplastante autoridad de catorce siglos de historia.

Nosotros... sólo éramos buenos ciudadanos chilenos. La indiferencia ante nuestra empresa del hombre-rey de esos catorce siglos nos infiltraba derechos y libertades, nos obligaba a ser severos, duros, crueles, por eso, por carecer de tanta historia, por no ser más que buenos ciudadanos chilenos. ¡ Obediencia al gran Monarca de los francos!

Súbitamente, cual un fantasma, apareció frente a nosotros un hombre de a caballo. Cubría a este caballo rica loriga; al caballero, no menos rica armadura. Nos detuvimos.

Se oyó en lontananza el tañer de un olifante. Pensé que aquel caballero debería ser Roldán. Pero el caballero, alzando su visera, dijo:

— Soy don Diego de Almagro.

Y un gran gonfalón, de oro y púrpura, se extendió y flameó tras él.

Siguió hablando:

— Sois, señores, ciudadanos del país que yo descubrí. Si no sois aún ciudadanos del pasado, sois ya ciudadanos del futuro. Meditad, recapacitad. ¿ En nombre de qué? En nombre de aquello que espera, allá al frente, a nuestro, ¡ a nuestro!, continente vasto y virgen. En su nombre pobladlo, desde esta noche, de ciudadanos ejemplares como los que yo soñé al pisar estas tierras; como los que la humanidad entera añora desenterrándolos de un paraíso perdido; como los que esta misma humanidad doliente siempre aguarda para su día de gloria. ¡ Volved, pues, vuestros pasos atrás! ¡ Arrojad al huésped intruso que en vuestro salón modorra en latín! ¡ Desmontad y encarcelad a esta meretriz! ¡ Oíd las acusaciones de Brunequilda! ¡ Proteged a la desdichada Clodovinta! ¡ Olvidad las indignas supersticiones que sobre su madre pesan! ¡ Y volved a sentaros junto al fuego, volved a charlar inteligentemente recordando con displicencia los siglos muertos de ese otro mundo cansado y viejo, y meciéndoos en el progreso de este mundo que os pertenece con todas sus próximas grandezas!

Así nos exhortó don Diego de Almagro.

Vacilamos. Estuvimos a punto de volver nuestros pasos atrás.

Pero..., ¡ nada!

La autoridad milenaria de Childerico y los para nosotros inquietantes nombres de Fredegunda, Galsvintia y Brunequilda, triunfaron y lo arrasaron todo. ¡ Teníamos santa justificación para castigar salvajemente la tierna belleza de Clodovinta!

¡ Adelante! ¡ Adelante por entre encinas, zarzales y matorrales, a lo largo de las pircas y por entre la noche coreada por los sapos!

Quien sus pasos volvió atrás fue el caballo de don Diego y, sobre él, a todo galope, el propio don Diego perforó las tinieblas jurando ante las miles de vírgenes curihueñas que nunca más abandonaría ni su sepulcro ni su esqueleto.

Entonces creció la luz de la choza.

Entonces redoblaron junto a ella cien atabales guerreros.

Entonces se oyó la salva de cien mosquetes.

Entonces Fredegunda lanzó un grito de victoria y nosotros nos electrizamos.

Y entonces, y por fin, el gonfalon del caballero de nuestra conciencia cayó por tierra ensuciándose en el barro y en la escarcha.

¡Adelante!

Se rompió la fila india. Nos mezclamos alrededor del corcel de nuestra guía. Hablamos. Vociferamos.

Cogí de un brazo a Lorenzo. Había abandonado sus ropas habituales y se cubría con un amplio tabardo.

—¿Qué dices de todo esto? —le pregunté.

Me respondió:

—Digo únicamente que siento algo..., ¿cómo explicarte? ¡Escucha! Siento que el éxtasis del goce supremo me coge y paraliza. Siento que puedo detenerme y no seguir a los demás. Siento que puedo quedar atrás respirando, respirando y nada más que respirando la noche y el derecho de castigar despiadadamente a Clodovinta pero sin llegar a los hechos.

—¡Detente entonces!

—No. ¡Vamos, vamos! Mira cómo aumenta la luz. Es un faro. ¡Oh, inimaginable voluptuosidad! Pero temo que, cuando venga el momento de coger la fusta y azotar, el gusano de la compasión, la larva de la piedad me muerda el corazón. Entonces perderé a Clodovinta. ¡No! Luchemos contra larvas y gusanos. ¡Se acerca Clodovinta!

Me desprendí de Lorenzo y me acerqué a Rosendo.

—¿Qué dices de todo esto? —le pregunté.

Rosendo me miró sonriendo, no sé si por la ingenuidad de mi pregunta o si por ir ahora vestido con vistosa hopalanda y comprender que yo lo admiraba.

—Pienso —me contestó— que Lorenzo temía la compasión pero que la ha vencido y que tú también la temes y que temes, sobre todo, no poder vencerla. Te diré lo que te ocurre: cometes el error de acentuar las semejanzas en vez de acentuar las diferencias. Los hombres tenemos una compasión natural por lo que nos es semejante. Dicen que esto es un derivado del propio amor. Clodovinta pertenece al género humano; tú, también. Luego: compasión. No azotarás. Debes decirte que tú eres hombre moderno; ella, mujer medieval. Así azotarás.

“Escucha, Onofre: cuando yo estuve allá en el Norte tuve una buena experiencia sobre este punto. Fue en Iquique. Una noche, a la vuelta de una esquina, me encontré con dos negros tripulantes de un buque de carga. Al mirar a uno de ellos quise ver, como hecho significativo, que tenía un ojo de cada lado de la nariz. Cogí un pequeño espejo y, a la luz de un farol, me miré: yo también, un ojo de cada lado de la nariz. Entonces canté. El negro, al oírme, a su vez cantó. Igualdad, pues, total. Le obsequié todo el dinero que llevaba. El negro se marchó feliz.

“Miré al otro. Quise ver que su piel era oscura. Quise ver, en el espejo, que la mía era clara. Guardé silencio. El negro, entonces, queriendo, sin duda, congratularse conmigo —en vista del ejemplo de su compañero—, cantó. Pero yo recalqué el hecho de que mi canto había sido en español y el suyo en otra lengua. Desigualdad, pues, total. Eché mano atrás y lo golpeé en la mandíbula. Cayó. No es, por lo demás, el único golpe que he asestado.

“Un rato después me invadió una duda: habría podido yo invertir los roles de ambos negros, haber dado el dinero al que había golpeado, haber acometido al que había obsequiado.

“Ligera piedad por el caído.

“Volví hacia su cuerpo tendido para prestarle ayuda.

“Pero una nueva duda me asaltó: Si hubiera muerto ¿qué poner sobre su tumba? ¿Una cruz como los cuervos que a mí me sepulten pondrán sobre la mía? No, por cierto, pues indiscutiblemente una cruz carecería de todo significado para él. Es decir, otra vez las diferencias. Las diferencias se obstinaban sobre aquel hombre. Saqué una sirena y silbé. Acudieron los policías. Les rogué que encarcelaran al negro pues, en estado de ebriedad, había pretendido asaltarme. Y me marché.

“En una calle vecina me encontré con el primer negro. Pasamos a una taberna. Bebimos abrazados, bebimos cantando, yo en español, él en su lengua, pero, en fin, cantando ambos. Y así nos emborrachamos. No es, tampoco, la única borrachera que he cogido.

“Hay que ver las desemejanzas de Clodovinta.

Dije a Rosendo:

–Pero una muchacha hermosa, pura... Todo mi cuerpo pide que sea yo. Quiero que sea yo y yo ser ella. La piedad ronda, acecha y me asaltará encima. ¿Qué salvación encontrar entonces?

Rosendo me contestó:

–¡Eres un pobre hombre! No entiendes nada o no quieres entender.

Corrí hacia Baldomero Lonquimay.

–Perdón, amigo –le murmuré al oído–, ¿qué dice usted de todo esto?

El hombre me miró de alto abajo. Había reemplazado su capa española por un capuz y su chambergo, por un bacinete. Me respondió:

–Digo algo para mí y algo para usted. Primero yo:

“Yo, heme por encima de estas andanzas aunque ellas arrastren en sus talones catorce siglos de historia. Sólo la supercuriosidad del hombre integral me impele a seguir los pasos de tan desrazonable caravana.

“Ahora, usted:

“Siente usted que la piedad le inunda. Luche, pues, con denuedo en contra de ella. ¿Cómo? Denuedo en contra de la piedad por sí mismo. Sabed, ¡oh, nocturno mancebo!, que todo cuanto queda dentro del radio de uno mismo está bajo la protección de la piedad que inspira. Esto, en toscas palabras, ya lo habéis oído del vulgar lenguaje del hombre Paine. Sigamos:

“Lógica pura: A medida que algo se separa de este radio, decrece la piedad. Ya se puede, al algo, causarle cierto daño. Si se aleja, puede inmolarse impunemente.

“Entra en nuestro radio cuanto nos es semejante. A medida que difiere de nosotros, cesa la piedad. Cesa y cesa hasta que en el mineral se anula. Sin embargo yo he visto hombres llorando por el destino de las piedras.

“¡Alejad a la doncella Clodovinta!

“Las desemejanzas no sólo radican en la contextura que nuestros ojos ven y nuestras manos palpan. Hay más:

“¡El espacio! Lo que está lejos, por el solo hecho de estarlo, se diferencia más de nosotros. Una encina de este predio se parece más a mi persona que otra encina igual brotada en Canadá. Aunque todas las encinas son mis hermanas del reino vegetal. Mas, repito, el espacio influye. Prueba de ello: recuerde usted a Eça de Queiroz cuando hace apretar un botón, el cual, al ser apretado, mata a un hombre, el cual, al morir, da todos sus incalculables bienes al que apretó. Para tentar, para no dudar de que todos apretarán, Eça de Queiroz, que está en Portugal, coloca a ese hombre en la China. Si él hubiese sido chino, lo habría colocado en Portugal.

—Pero Clodovinta —dije— está aquí, a un paso. Apenas un muro de adobes nos separa. ¡Apenas! Puesto que el muro tiene una puerta y muchas ventanas.

Baldomero Lonquimay respondió:

—Es que hay más, felizmente:

“¡El Tiempo! Su piedad de usted se radica en el siglo xx. A veces, con esfuerzos inauditos, la proyecta usted al siglo xxi y aún al xxii. Pero más allá se esfuma y vuelve a su siglo, entra en su casa y en ella se instala.

“Su piedad de usted disminuye en el siglo xix. Su piedad es brumosa en el siglo xviii. Su piedad se destiñe más y más a medida que cae por los siglos hacia atrás. Jamás ha llorado usted, ni comprende la posibilidad de llorar, por el castigo que injustamente sufrió nuestro padre Adán.

“Catorce siglos atrás... Los humanos de ese entonces ya no son humanos para su piedad.

“Clodovinta está en los albores de la Edad Media.

“No hay piedad posible.

“No puede haberla.

“¡Adelante, nocturno mancebo!

Y Baldomero Lonquimay me empujó.

Casi caigo si Desiderio Longotoma no me sostiene. Vestía el badulaque de juglar. Riendo inconteniblemente me dijo:

—Lo que no acepto del todo es el nombre de ella: Clodovinta. ¡Ay, ay, ay, si se llamara Tomasa...! Pero, en fin, esto aviva la imaginación...

Y siguió riendo.

Caminamos un poco más.

Llegamos.

Clodovinta y su madre habitaban una pequeña choza medieval.

Desde la techumbre de ramas caían hasta el suelo finas columnas de piedras con dos monstruos en la base y hojas agudas en el capitel.

Cada ventana se alargaba en ojiva y transmutaba la luz de la Luna y las estrellas, aquí en el suelo de ladrillos, en luz violácea; allí sobre el muro de adobes, en luz tibia y anaranjada; allá en el fondo, sobre las cortinas del lecho único, en luz azul.

Había, al centro, una mesa con cubierta de alerce y patas de hierro forjado. Había encima de ella un enano que cantaba, acompañado de su laúd y con voz triste, desgarradoramente triste, toda la tristeza que significaban catorce siglos de padecimientos, ahora entre nuestras manos, a merced nuestra, con una muchacha virgen, clara y silenciosa; con una vieja de tinieblas, en medio de los campos dormidos.

La madre estaba en la rueca.

No era tan fea ni tan siniestra como media hora de marcha por los bosques y zarzales me la había hecho aparecer. Era una vieja como todas, como la llavera, como las que rezan, como la de Blenda, como cada una en cada una de las chozas de este feudo. Pero...

Fredegunda estaba aquí. Fredegunda quería.

La vieja era siniestra y fea.

Clodovinta estaba junto a la mesa. Sentada, hierática. Ambas manos sobre las rodillas. Muda. Miraba.

Clodovinta era hermosa.

Sentimos que la piedad nos inundaba.

Había que luchar con denuesto en contra de ella.

Teníamos la clave. Gritamos:

—¡Fredegunda! ¿Qué haces que no avanzas?

Fredegunda aceptó:

—¡Adelante!

Oí algunas vociferaciones. Callampa y Donizetti, con las orejas gachas y la cola entre las patas, se ocultaron tras un armario. El enano cesó su canto, bajó de la mesa y, pidiendo permiso, salió a los campos.

Luego vino un tumulto y, en menos de un minuto, quedaron amarradas e inmovilizadas la vieja y Clodovinta.

La vieja fue quemada con presteza en una hoguera que, precipitadamente, formamos todos. Se dobló, se estiró, se torció, se retorció. En fin, quien quiera formarse una idea aproximada de una vieja ardiendo, que eche una culebra al agua y la vea nadar. Fue, más o menos, así.

Volvimos a Clodovinta.

Fredegunda sacó de un baúl un haz de mimbres y se dispuso a azotar.

A una voz nos interpusimos:

—¡Deja eso para nosotros!

Accedió. Azotamos. Excepto el capitán que hizo un gesto desdeñoso y salió a fumar mirando hacia las casas; y excepto Lonquimay que puso a contemplar las estrellas por una ventanita ojival.

Clodovinta no lloró. Ni un quejido, ni un sollozo, nada. En vano redoblamos nuestros golpes.

Ya fatigados, el cínico de Valdepinos me murmuró al oído:

—Sin duda, amigo, no hay deporte como éste. Exquisito. Y le distrae a uno de tanta preocupación literaria, intelectual, eso es, intelectual. Debo decir que considero que para esto, sí, sirven las mujeres y doncellas.

Quise entonces obtener la opinión de Yumbel. El hombre estaba pálido y temblante. Tardó largo rato en recobrar la palabra. Por fin exclamó:

—¡Señor mío! Si cada noche pudiésemos volver a los albores de la Edad Media, creo que ni la naturaleza ni cosa alguna volvería a interesarme. Mimbres y Clodovinta... Pero no, ¡no!, ¡¡no!! ¡Volvamos a las casas, por piedad, Onofre!

—Quédate aquí —le respondí—, esto no ha terminado aún. Un escritor debe presenciarse todo.

—Tal vez —fue su comentario—, tal vez, sí, presenciarse... Pero tomar parte... ¡jamás nuevamente! Tiemblo ante la idea de que el haz se me incruste en la mano y no poder arrancarlo nunca más.

Valdepinos tuvo que ahogar una carcajada:

—Si Fredegunda —me dijo en secreto— tuviese un poquito más de imaginación las arremetería contra Yumbel.

Fredegunda dijo:

—Ahora dejadme en paz. Es mi momento.

Obedecemos.

Sobre los huesos calcinados e hirvientes de la vieja colocamos una gran jofaina llena de agua. Cayó a su fondo un anillo bendito. El agua hirvió instantáneamente.

Desnudo el brazo derecho de Clodovinta.

Dilema: Si hundiendo su brazo lo retira Clodovinta sin quemadura alguna, es el milagro, o sea que jamás los filtros diabólicos han obrado sobre Clodoveo; si su brazo se quema, Clodovinta es culpable.

Hundió su brazo. Permaneció hierática. Muda. Miró. Todos exclamamos:

-¡Milagro!

Pero luego al retirarlo con el anillo en su mano:

-¡Horror!

Todo su brazo era una llaga.

Entonces Clodovinta habló. Su lenguaje medieval fue para nosotros incomprendible. Tuvimos una idea salvadora: apelar a la sombra de Eliphaz Lévi. La sombra tradujo:

-Pedíais un milagro a Dios como prueba de mi inocencia. Dios no quiere que se le tiente y no suspende las leyes de la naturaleza según los caprichos de los hombres; mas da la fuerza a aquellos que creen en Él, y hace conmigo mayor maravilla que la que os ha rehusado. Esta agua me ha quemado, en ella he hundido mi brazo entero, he buscado y he sacado el anillo. No he gritado, no he palidecido ni desfallecido en tan horrible tortura. Si fuese una hechicera, como lo decís, hubiese empleado maleficios para no quemarme. Mas soy cristiana y Dios me ha dado la gracia de probarlo con la constancia de los mártires”.

Estas palabras no eran para conmover a Fredegunda ni a seres que aún sentían en sus manos el deleite del látigo. Así es que encerramos en la bodega a Clodovinta. Dios juzgó, entonces, oportuno intervenir. Vino hacia ella y la llamó. Sólo dejó en su prisión, para recuerdo nuestro, su túnica blanca.

Quedaba aún Clodoveo.

Entre unos matorrales cercanos lo sorprendimos durmiendo. Fredegunda le atravesó el pecho con su puñal.

Y regresamos a las casas:

Fredegunda adelante, ahora a pie; el capitán Angol, silbando; el cínico de Valdepinos, con los pies de Clodoveo; yo, con su cabeza; Yumbel, llorando; Longotoma, canturreando una marcha fúnebre; Rosendo, distraído; Lorenzo, preocupado; Lonquimay, caminando de espaldas para no perder de vista a la Luna; la perra Callampa, con el hocico al suelo; el perro Donizetti, yendo de lado a lado en busca de conejos; y para atrás, por kilómetros, millones de sapos graznando.

Las casas:

Childerico roncaba.

Lo despertamos. Frente a su ojos, el cadáver de su hijo. Lo miró fríamente. Se encogió de hombros. No dijo nada.

Baldomero Lonquimay declaró entonces:

-Todo esto es inmundo. ¡Vamos a lo práctico, oh, humanos del siglo xx!

Avanzó hacia Fredegunda y, sobre el diván, la poseyó.

Entonces, por la más alta de las ventanas de nuestro salón, se asomó don Irineo Pidino y exclamó:

-¡Alabado sea el Señor! ¡El sortilegio de Tadeo Lagarto ha terminado! ¡Éste ha sido el coito de los coitos! ¡El superbarbudo podrá, desde ahora, comer cuanto quiera!

Childerico no dijo nada. Y salió con un halcón a cazar gorriones.

Fue asesinado minutos más tarde. Sin duda Fredegunda, que huyó después del coito, estuvo mezclada en tal crimen.

Eran las 2 de la madrugada.

Cada cual se retiró a su dormitorio.

Mas de pronto repicaron las campanas.

Saltamos de nuestras camas, nos vestimos en un santiamén y nos precipitamos al corredor principal. Allí el capitán conversaba con el detective Cirilo Collico, con ambos abogados, señores Camarones y Caracoles y con un cuarto personaje de buena estatura, larga nariz y bigotillos negros, que escuchaba y opinaba inclinando la cabeza sobre su hombro derecho.

Nosotros, hombres y mujeres, hicimos corro junto al grupo.

El capitán presentó al nuevo huésped:

—El doctor Mangual, médico legista.

Saludamos. Luego agregó:

—Vamos al sitio del suceso.

Creí ver claro: la hoguera con la vieja, la muerte de Clodovinta, Clodoveo apuñalado, Childerico asesinado... Mientras marchábamos hablé al respecto con el capitán.

—¡No, hombre, no! —me dijo—. Olvidemos a los medievales. Se trata de algo peor. Se trata de los nuestros, hoy, aquí en mi fundo, parece que entre las 10 y las 11 de la mañana.

Llegamos a la zanja de los sauces. Vi a otro grupo de hombres que se afanaban alrededor de algo blanco alargado en el suelo. Comprendí: fotografías, huellas de pasos, impresiones digitales y demás.

Me acerqué, miré y retrocedí lleno de espanto:

¡Allí yacía estrangulada la pobre Norca!

¿Cómo describir los hechos que siguieron? Aquello fue un tumulto, fue un griterío, un histérico. ¡Y el desdichado Teodoro Yumbel! Sólo de recordarlo me vienen las lágrimas a los ojos. En fin, fue algo horrible. Y para acentuar el horror de la siniestra escena, se oyeron súbitamente unos aullidos desgarradores y un hombre se precipitó en medio de nosotros. Era Perquenco Zapallo.

Contempló a la víctima, su amada, sólo un instante, sacó su revólver y, sin más, se destapó los sesos.

—¡A las casas, a las casas! —pidió el capitán.

Volvimos y nos instalamos cabisbajos en el salón azul. Nos acompañaban el detective y el doctor Mangual. Dijo el primero al segundo:

—Hable usted, doctor.

Éste habló:

—Muerte por estrangulación por dos manos extremadamente fuertes. Según mi examen, el hecho se consumó hoy por la mañana, exactamente entre las 10 y 18 minutos y 7 segundos y las 10 y 31 minutos y 15 segundos. Es decir que esas potentes manos apretaron el cuello de la joven Norca durante 13 minutos y 8 segundos, tiempo sobrado para ocasionar la muerte en cualquier ser viviente. No hay otros signos de violencia ni nada demuestra que la víctima se haya defendido. Nada tampoco se le ha robado como podrá confirmarlo mi amigo el detective. Es cuanto puedo afirmar. Cedo la palabra a usted, señor Collico.

Éste dijo:

—Hoy por la mañana, en San Agustín de Tango, me encontraba, como de costumbre, en mi laboratorio investigando otro caso en compañía de mi venerado maestro Sherlock Holmes. Sonó el teléfono y la voz de nuestro anfitrión, el capitán Angol, nos comunicó la trágica noticia. Acto continuo mi maestro me encomendó el problema y partí en mi avio-

neta. Llegué, estudié, averigüé, deduje, induje y descubrí quién era el mísero asesino y las causas que lo llevaron a cometer su acto criminal.

Estremecimiento en la concurrencia.

—Es penoso para mí —prosiguió Collico— dar su nombre. Sé que, unos más y otros menos, todos ustedes lo estiman. Pero debo hablar. ¿Las causas? Señoras y señores: los celos.

Gritos en la concurrencia. Instintivamente miré a Yumbel. Tiritaba y parecía que iba a caer de su silla.

Siguió Collico:

—El autor: Guido Guindos.

Nuevo y atroz tumulto. Yo respiré aliviado. Se oyeron voces:

—¿Celos de quién? ¿De Zapallo? ¿Quién le arrebató a su amada? ¿Está ya en prisión?

Collico alzó una mano y dijo:

—Un momento. El asesino está en libertad. No lo hemos encontrado aún pero no tardaremos en cogerlo. Ahora voy a explicar el caso. Voy también a explicar cómo llegué a descubrir a Guindos. Además voy a explicar...

Pero aquí sonaron recios golpes en la puerta. El capitán abrió. Entró un señor inglés. Después de hacer un saludo general, dijo:

—Permitidme que me presente: soy el doctor Watson, narrador autorizado y único de las hazañas de mi amigo Sherlock Holmes. Reconozco que en este caso de la bella Norca y del matarife Guido Guindos, el principal papel y el éxito son de don Cirilo Collico, el talentoso detective y no menos talentoso pintor. Pero os ruego no olvidar que es este distinguido caballero un discípulo de mi amigo. ¿Verdad?

—La más absoluta verdad —confirmó el interpelado.

—*Thank you* —dijo el doctor Watson—. También os pido no olvidar que el sistema empleado aquí por el joven es el de su maestro. ¿Verdad?

—Verdad y a honor lo tengo —confirmó el interpelado.

—*Thank you very much* —dijo el doctor Watson—. Por lo tanto es fácil comprender que el relato de esta hazaña me incumbe exclusivamente a mí y no a su héroe. Siempre que usted, señor Collico, me autorice debidamente.

—Autorizo —confirmó el interpelado.

—*Thank you, thank you very much* —dijo el doctor Watson—. Le ruego, pues, joven amigo, que me siga a mi casa de San Agustín de Tango para que nos pongamos, de inmediato, a trabajar en la obra literaria que este caso merece.

—Acepto —confirmó el interpelado.

Y después de amables apretones de mano, ambos caballeros se retiraron.

Nos dispersamos. Salí a fumar un cigarrillo. Sin querer me fui acercando al sitio del suceso. El cadáver ya no se hallaba allí. Los policías, tampoco. Sólo una pequeña cruz gris indicaba el triste lugar de tan triste muerte. Quedé un rato en meditación.

De pronto vi un espectáculo sorprendente: yo, al lado de la cruz gris, ocupaba el centro de él. Alrededor mío, y a unos 40 metros, giraba, en perfecto círculo y corriendo a velocidad fantástica, un hombre despavorido. Tras él, a unos 15 metros, corría del mismo modo otro hombre que lo perseguía. Y encima de mí, sobre la copa de un sauce, un tercer hombre animaba, a grandes voces, al perseguidor.

Los reconocí:

Huía Guido Guindos; perseguía Cirilo Collico; animaba el doctor Watson.

Y gritaba desaforado este último. Y corría y corría girando el primero; y más corría y más corría el segundo. Yo, siguiendo la carrera, giraba a mi vez sobre los talones.

¡No había duda posible! Los 15 metros eran ahora 14; los 14 eran 13; los 13, 12; los 12, 11; los 11, 10; los 10, 9; los 9, 8; los 8, 7 y ... ¡un salto de leopardo! ¡Olé! Collico ha caído sobre Guindos. Guindos da en el suelo. Tintinean las esposas en sus manos. Salta del árbol el doctor. Corre hacia ellos. Y helos allí que se van los tres, el asesino al medio, rumbo a la avioneta del detective. Momentos después oí, por los aires, el ruido de un motor que se alejaba.

Volví a las casas y me acosté. No pude conciliar el sueño. ¡Jesús santo! Me sentía rodeado, cubierto de cadáveres y de personajes de pesadilla: la siniestra vieja quemada, la hermosísima Clodovinta azotada, el severo Eliphaz indignado, el joven Clodoveo apuñalado, el fogoso Lonquimay libertado; la cruel Fredegunda violada, el agudo Pidenco entusiasmado, el rey Childerico asesinado, la dulce Norca estrangulada, el romántico Yumbel desesperado, el bueno de Zapallo suicidado, el sabio Mangual bien informado, el narrador Watson encaramado, el matarife Guindos aprisionado, el audaz Collico emperrado... Y frente a todos ellos yo, el escritor Borneo, acostado y desvelado...

¡Jesús santo!

Tuve que tomar un frasco entero de valeriana.

*Día ocho*  
(11-III-27)

La valeriana me hizo bien. Dormí pocas horas pero dormí profundamente. Amanecí despejado y lleno de energías, por lo que a mi estado físico se refiere. Cuanto al estado moral... Cualquiera podrá imaginar cuál es el de un hombre que acaba de pasar por aquel mareador torbellino del Día Siete y por las horrendas impresiones de la noche que lo siguió. Pero, en fin, brillaba el sol matinal resplandeciente y acariciador y, por todas partes, se oían cantos alegres, gritos de jolgorio, sonar de cornetines y chicharras y un continuo repicar de campanas. ¡Ah! Puedo afirmarlo: no era el lóbrego tañido de anoche; era el repiqueteo de la vida y del amor. Con grata sorpresa pude ver, desde mi balcón, que las casas enteras de Curihue se hallaban engalanadas, cubiertas de banderas y guirnaldas. ¡Fiesta, sin duda, fiesta!

Bajé. Había una cantidad inmensa de gente. La mayoría, por cierto, me era desconocida. Púsemé a observar este ir y venir de hombres, mujeres, ancianos y niños. Tenían todos caras de "invitados".

Me mezclé a la multitud. Hablando y averiguando con unos y con otros supe la fausta noticia:

Ahora, en una hora más, a las 11 y media en punto, en la iglesia del fundo, contraerán matrimonio:

el Capitán don Gaspar Angol

y

doña Nora de Bizerta y Ofqui.

No encontré ningún "pero" que poner a este enlace. ¡Yo había oído aquellos dos bramidos nocturnos! Y cuanto al benemérito Baldomero Lonquimay —el único, creo, que habría podido sufrir por esta unión—, ya se había liberado de las malas fuerzas y había

violado a Fredegunda. Empezaba, pues, una nueva vida para él. Con su gran corazón, ¿no estaría deseando nuevas y buenas vidas para sus amigos y amigas? ¡Por cierto!

Claro está que quedaba el desdichado Yumbel. ¡Pobrecito! Era indudable que, desde su matinal arrebato con Norca hasta el momento en que vio su cadáver, sólo había acariciado el sueño de un próximo matrimonio. Ahora, ¡perdidas las esperanzas! Y para acentuar su desventura, otro matrimonio, lleno de algazara, se presentaba ante él.

Lo busqué. Pronto lo divisé paseándose allá, solo y con la vista gacha. Me acerqué a él en silencio. Tenía los ojos empañados de lágrimas. Suspiraba. Algo modulaban sus labios. Sin que lo notara me puse a su lado y escuché. El infeliz iba diciendo:

*La vida es dura, amarga y pesa...  
¡Ya no hay princesa que cantar!*

Le golpeé el hombro y exclamé:

—¡Ánimo, amigo, ánimo! Jamás hay que olvidar que siempre, siempre, por cada puerta que se cierra hay otra puerta que se abre.

—Gracias —me contestó—. Eres muy bondadoso. Pero los principios que rigen para los demás, no rigen para mí. ¡Se acabó todo, todo se acabó!

Sacó un pequeño cuaderno de su bolsillo y, con un gesto rápido, lo arrojó al canal.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Repuso:

—Mi libro de defunciones. Se acabó también. Inscribí, como último, su nombre idolatrado. ¡Que las aguas del canal se lo lleven al río, que las aguas del río se lo lleven al océano, que las aguas del océano lo disuelvan en medio de sus plantas submarinas! Onofre, sé misericordioso con este mísero amigo tuyo: ¡déjame solo aquí; déjame, unos minutos más, pasearme con su venerado recuerdo!

Lo dejé y volví hacia la concurrencia matrimonial pensando que, en realidad, existía “el pájaro protervo” y que no había sido tan fácil ahuyentarlo como el pobre joven lo había imaginado.

Momentos después me hallaba en medio de esa concurrencia que, riendo, charlando y abrazándose, avanzaba hacia el pórtico de la iglesia.

De pronto vi que por los aires se elevaba una llamarada aguda y anaranjada que allá arriba, muy alto, estalló con nube blanca y con chispas de oro. Luego golpeó en nuestros oídos un formidable estampido. Y por todas las góticas vidrieras de la iglesia salió entonces, en desenfundada cabalgata de órgano, la *Marcha Nupcial* de Mendelssohn.

Instintivamente abrimos paso.

Al fondo, allá en la puerta principal de las casas, apareció, toda de blanco y perlas, radiante, magnífica, doña Nora de Bizerta y Ofqui. Avanzó majestuosa. De su brazo izquierdo colgaba un viejito chiquirritito encorvado en tres, vestido de levita larga y con sombrero de copa en la mano.

—¡Es su bisabuelito! —oí que alguien decía a mi lado.

Avanzaron.

Tras ellos ¡nuestro querido capitán! Llevaba sus mejores atavíos y su mirada clara, atrevida y luminosa se clavaba inmóvil sobre la cruz de la alta torre de su iglesia.

Iba del brazo de una diminuta viejecita de negro y larga cola, más encorvadita aún que el viejito que la precedía, una viejecita sonriente y, a todas luces, feliz.

Oí que a mi lado decían:

—¡Es su tatarabuelita!

Tras ellos, docenas y docenas de niñitos y niñitas, vestidos de angelitos los primeros, de palomitas las segundas, caminaban coreando, con sus voces de cristal, la imponente marcha que las vidrieras despedían.

Pasaron.

El público ovacionaba. Muchas mujeres lloraban de emoción. Vi que, súbitamente, Baldomero Lonquinay salía de las filas y arrojaba a los pies de la bella un ramo de azahares. ¡Noble gesto!

Pasaron.

Tras el cortejo nos precipitamos todos en el interior de la iglesia, llenando por completo las tres naves.

Y empezó la ceremonia.

Novio y novia se arrodillaron ante el altar. De cada lado, viejecito y viejecita hicieron otro tanto. Hubo un silencio solemne. Y se presentó entonces al fondo, recamado en oro y plata, un obispo enorme, descomunal, piramidal, que alzó ambas manos hasta la cúpula eminente.

Caímos todos de hinojos.

Y siguió la ceremonia.

El formidable obispo los bendijo.

Al resonar su bendición, ochenta voces humanas entonaron, desde el coro, el *Ave María* de Gounod.

Entonces el gigantesco obispo los unió, con lazo imperecedero:

“En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

El público sollozaba. Los hombres se golpeaban el pecho; las mujeres se persignaban; los niños y niñas trinaban; y los incensarios arrojaban fragantes columnas de humo azul; mientras las campanas repicaban con grave y austero son.

Entonces el desafortunado obispo, seguido de quince monaguillos, subió al púlpito. Prodió otro silencio. Luego profirió con cavernosa voz:

—*Multi sunt vocati, pauci vero electi*. Ha dicho San Mateo. Y yo, en nombre del santo Evangelista, llamo, llamo y llamo. Y a la voz de mi llamado acuden, acuden y acuden. ¿Quiénes?, preguntaréis, sin duda. ¡oh, vosotros feligreses de inocentes rostros mas no exentos de pecados! Acuden donceles, donceles y donceles; acuden doncellas, doncellas y doncellas. ¿Creeréis, acaso —¡oh, pecadores!—, que yo entonces desposo, desposo y desposo? ¡Error, error y error! No, no y no. Porque antes de otorgar el santo sacramento del matrimonio, yo elijo, elijo y elijo. Pues pido para el doncel integridad, integridad e integridad; pues pido para la doncella virtud, virtud y virtud. Huyen entonces los novios por millares, millares y millares al reconocer en sus perversas conciencias las huellas del rabo del demonio, como vosotros —¡oh, míseros pecadores!— las reconoceréis también si, con santa unción, os examinarais. Entran entonces en la Casa del Señor los pocos, pocos y pocos elegidos, de corazones puros, puros y puros y de almas sin manchas, sin manchas y sin manchas, como, acaso, no son las almas y corazones vuestros— ¡oh, malignos y delincuentes pecadores!

“Hoy es un día de gloria, de gloria y de gloria. Allá en las Alturas, el Omnipotente se regocija, se regocija y se regocija.

“¡Aleluya, aleluya y aleluya!

*"Sursum corda, sursum corda, sursum corda"*

"El más baqueteado y acrisolado capitán, capitán y capitán helo aquí de rodillas ante mí.

"La más candorosa e inmaculada hermosura, hermosura y hermosura hela también de rodillas ante mí.

"Os preguntaréis vosotros –¡oh, marranos pecadores!:

"–¿Qué piden, qué intentan hermosura y capitán?

"Piden e intentan unir sus vidas y sus muertes bajo la protección y bendición de ésta mi mano santa, mi mano santa, mi mano santa.

"En nombre del Altísimo he concedido protección, protección y protección; en nombre del Altísimo he concedido bendición, bendición y bendición.

"Porque ambos la merecen.

"Porque ambos dignos de ellas son.

"Porque ambos hijos del Cielo son.

"Porque ambos abominan de las pestilencias infernales, infernales, infernales.

"Porque ambos, en fin, no son –¡oh, no!– escorias pútridas de Lucifer como, a no dudarlo, lo sois vosotros aquí presentes –¡oh, nauseabundos e inmundos pecadores, pecadores y pecadores!

"Clamo, pues, para vosotros:

"¡Arrepentimiento, arrepentimiento y arrepentimiento!

"Y para ellos, mis benditos corderillos, ordeno:

*"Plaudite, cives! Plaudite, cives!! Plaudite, cives!!!"*

El piramidal obispo bajó del púlpito. Y la concurrencia entera hizo temblar el templo con los más estruendosos aplausos que jamás oídos humanos han escuchado ni escucharán.

Amén.

Después de la ceremonia, Nora y el capitán nos dieron un apretón de manos a cada uno de los asistentes. Luego subieron al avión N<sup>o</sup> 1 y partieron a su luna de miel. Nosotros agitamos manos y pañuelos. Se fueron.

La concurrencia se dispersó.

Nosotros, los invitados, quedamos tristes, decaídos.

Almorzamos hablando menudencias. Se habló, sobre todo, de nuestra partida que quedó fijada para el día siguiente. Ya cuando nos levantábamos de la mesa, apareció Taita Higuera a decirnos que el avión estaba listo. Era el N<sup>o</sup> 5. En rapidísimo vuelo debería llevarnos hasta el Cementerio Apostólico de San Agustín de Tango. Teníamos que asistir a los funerales de la infortunada Norca y del malogrado Perquenco Zapallo. Además yo haría una pequeña escapatoria para hacer acto de presencia en los funerales de don Melitón Malleco Mardones, diputado por Mulchén. Varios lazos me ataban a su memoria aunque, de verdad, no lo hubiese visto más de dos o tres veces en mi vida. Pero mi padre... En fin, por último deberíamos todos asistir a la sepultación de don Fidey de Comiso.

Minutos después nos encumbrábamos. Íbamos en nuestro avión los invitados del capitán. Las demás personas, que habían asistido al matrimonio, partieron por su lado. Minutos después aterrizábamos en el aeropuerto Apostólico, vecino al Cementerio.

Norca... ¡Pobrecita! Tras de su ataúd bajamos a la Galería Subterránea BP. Allí, en el nicho N<sup>o</sup> 33049, la sepultamos. Nos retiramos todos menos el desdichado Teodoro Yumbel que quedó junto a su tumba. Yo me detuve un poco más allá en espera del pobre joven.

De pronto vi que su rostro se llenaba de vida y sus ojos se clavaban en la corola de una gran flor morada, una enorme flor echada al suelo bajo el nicho de Norca. Se quedó un instante contemplándola y luego la cogió. Con sorpresa mía vi que la despedazaba presuroso. Corrí hacia él. Al llegar a su lado caían desmenuzados los últimos pétalos y Teodoro murmuraba:

—¡Nada! ¡Nada!

Le pregunté atónito:

—¿Qué haces, querido amigo?

—Te lo explicaré, Onofre —me respondió—. Cuando mis ojos se posaron sobre esta flor, una idea me asaltó: el desaparecido y tan buen consejero, con su marchar nunca interrumpido, el hombre Martín Quilpué, se escondía, seguramente, dentro de esta flor, burlando así todas mis búsquedas. Me era necesario arrancarlo de su escondite. Por eso he procedido como lo has visto. Me he equivocado, ¡ay de mí!, una vez más. Discúlpame, Onofre, por favor.

¡Pobre Teodoro Yumbel! Lo cogí de un brazo y nos alejamos hacia los funerales de Perquenco Zapallo.

El ataúd de Zapallo estaba por tierra. Dos hombres, vestidos de grandes levitones negros, montaban guardia junto a él, uno a la cabecera, el otro a sus pies. A una voz de mando lo cogieron y se lo echaron sobre sus cabezas. Así marcharon. Nosotros seguimos de atrás. Al ver tan extraña manera de cabalgar con un muerto, me acerqué a Lorenzo y le pregunté qué significaba esa manera de acarrear un ataúd. Me respondió:

—Es la manera como aquí, en San Agustín de Tango, se lleva a los suicidas. Cualquiera que sea la causa de su determinación, el fin es igual.

Una vez que llegamos a su nicho y que fue sepultado, me escapé para asistir a los funerales de don Melitón Malleco Mardones, diputado por Mulchén.

Había alrededor de su tumba una inmensidad de gente. Al fondo una pequeña tribuna con una escalerita de cada lado. A ella subieron, uno por cada escalerita, dos viejos conocidos míos: don Juan Enrique Arancibia Ocampo y don Ricardo Cortés Mandiola. Se miraron un instante. Luego, dirigiéndose al público, dijeron a dos voces, el primero con voz aflautada de tenor lírico, el segundo con voz honda de bajo profundo:

Señoras, señores:

Henos aquí reunidos, en este triste sitio donde al fin concluyen las locas vanidades, a despedir los restos mortales del hombre probo, del ciudadano eminente, del patriota inmaculado, del padre de familia ideal, don Melitón Malleco Mardones. (Saludaron).

¡Ah, nuestros queridos oyentes! Roído por cruel enfermedad, atacadas sus vísceras una a una, pulverizados sus huesos y cartílagos hasta el menor, era Malleco Mardones, ese hombre tan apuesto y de tan insigne garbo, era el ilustre varón, días antes de su muerte, sólo una masa infecta de carnes putrefactas.

Carcomido por la erisipela, quebrantado por el tracoma, deshecho por la meningitis y triturado por las torsiones intestinales, era, lo que se mantenía del gran Melitón, ¡ay!, momentos antes de morir, un conglomerado nauseabundo en el que pululaban, a su arbitrio, la escolopendra y el lampaagua.

¿Podéis imaginaros, señoras y señores, qué efecto en nosotros producía ver a aquel acerbadamente compatriota desintegrarse hora por hora, minuto por minuto? Los innegables esfuerzos de la ciencia médica entraban en su alcoba a borbotones pero eran, todos ellos, repelidos, como lo éramos nosotros también, por ese hálito de pestilencias que emanaba el mísero cuerpo del falleciente. Por cada recurso que entraba presuroso a dar su ayuda,

una articulación del mísero magro se desprendía, y conturbaba con su hedor a aquellos que, como nosotros, habíamos mostrado a Malleco Mardones como el más genuino representante de la humana eugenesia.

Señoras, señores: (volvieron a saludar) Ha terminado la existencia de este exégeta de las profundas cualidades. Sus altos méritos, que se enclavaban en sus carnes todas, han huido ahora, se han zafado por fin de la concatenación que sujetas las tenía y se han despedido para siempre de aquel de apersonamiento de caballero al verlo derruido cual un carcamal. Pues tal era y siempre fue...

Dejé mi tarjeta en la cajuela de plata junto al féretro y hui, hui...

Presuroso llegué a los funerales de don Fidey de Comiso. Marchaban todos a paso de duelo, es decir, avanzando un pie y deteniéndose dos segundos antes de avanzar el otro. Adelante, el carricoche que llevaba hacia su última morada los restos de tan insigne hombre de teatro. Inmediatamente tras él caminaba el chino Fa. Después seguíamos los demás en filas de a cinco. Cerraba nuestra marcha un sujeto con un tambor que marcaba nuestro andar. ¡Qué bien se veía Baldomero Lonquimay! Pero estas líneas no son para hacer el panegírico de nadie. Avanzamos por múltiples galerías hasta llegar a la enumerada con las letras WYy en ella, en el nicho N° 77426, se colocó el ataúd de nuestro querido intérprete. El chino Fa dijo entonces:

—¡Qué vuelva a nacer entre nosotros...!

El tambor retumbó. El chino agregó:

—Idos a vuestras casas.

Nos fuimos.

En la puerta del Cementerio era la barahúnda de costumbre después de grandes obsequios. Yo pensaba en Teodoro Yumbel. Quería conversar detenidamente con él. Allí estaba buscándolo cuando divisé allá lejos, al fondo del Cementerio, con sus pasos siempre iguales, al hombre Martín Quilpué. La suerte me ayudó: Yumbel estaba cerca de mí. Me avalancé sobre él y le mostré al caminante. Salió el otro veloz como una liebre. Los vi cuando se juntaron y los vi alejarse marchando lado a lado. ¡Felicidades, felicidades, Teodoro Yumbel!

Volvimos en el avión N° 5. Estábamos todos menos Yumbel que, al despedirse, me dijo que no lo esperaríamos; pasaría al día siguiente a buscar sus cosas y luego seguiría a Santiago.

La hora antes de comer la pasé solo, bajo un quillay, entretenido con un ocelote que deambulaba por sus ramas, y pensando en el hombre Martín Quilpué, ese hombre dichoso que camina y camina y nada puede nunca detenerlo.

A la hora de comer, un camarero vino a decirnos que estábamos servidos. No sonó el gong. Pasamos cabizbajos al comedor.

### *Noche ocho* (11-III-27)

Después de comer —una comida triste— nos paseamos un rato por los corredores y luego nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones.

Me tendí en mi cama. Así estaba cuando golpearon.

—¡Adelante!

Entró Hilario Quinchao. Me dijo:

—Vengo de paso. Comí aquí donde unos vecinos, donde el capataz. ¡Qué tipo! Pero no se trata de eso. Se trata de otra cosa. Dígame, don Onofre, ¿ha pensado usted alguna vez de qué viven sus personajes? Estoy cierto, ciertísimo, de que todo cuanto usted habla de ellos, y les hace hablar, no tiene relación alguna con el dinero.

—En realidad, don Hilario...

—Llámeme Hilario, sin ese "don".

—Bien, siempre que haga usted otro tanto. En realidad, Hilario, que yo poco me meto en asuntos de la vida privada de los demás.

—¡Ah! —exclamó Quinchao—. ¿Con que poco se mete usted? Sin embargo, todos ellos, son hombres racionales, hombres que comen y necesitan vestimentas con qué cubrirse. ¿O son dioses solitarios que el Cielo alimenta, viste y cobija? ¡No, señor mío! Perdón: ¡No, Onofre! Son hombres como todos. Los conozco a todos, uno a uno. No me va usted a decir que don Rosendo o don Desiderio o don Lorenzo son dioses solitarios. Son hombres de carne y hueso. Estoy cierto, ciertísimo, que, en lo que usted escribe, falta en absoluto el sentido social.

—Puede ser, Hilario. Es que el sentido que a mí me interesa...

—"A mí, a mí...". No se trata de usted, Onofre. Se trata de la Sociedad humana. ¿Me entiende? La Sociedad humana. Y ya que hablamos de esta Sociedad, ¿en qué clase social se encuentran los diversos personajes?

—¡Maldito lo que les importa la clase social en que estén!

—¡Hepa, hepa! No me refiero a la Sociedad en el sentido de la "Vida Social" de *El Mercurio* o de *La Nave*. Me refiero —y ya se lo he dicho a usted— a la Sociedad humana en general. ¿Qué funciones desempeñan en esta Sociedad, en esta colectividad? ¿Qué piensan de su dinero y del modo como lo han adquirido? Dígamelo, Onofre. Mientras no me lo diga usted, créame que su libro carece totalmente de interés. Serán sus personajes simples monigotes. Cada uno creyendo ser el total. El total está en el pueblo, amigo, y nada más, nada más. Y ahora me marchó porque se me espera. Buenas noches, Onofre. Y piense en lo que le he dicho, piénselo bien. Buenas noches.

—Buenas noches, Hilario.

Quedé meditando. En verdad..., el dinero, la clase social, la función que desempeñan..., y el dinero, el dinero sobre todo. Un trabajo entero por rehacer. Un trabajo...

La puerta se abrió súbitamente. Una mujer. No la reconocí en un primer instante. De pronto vi quién era.

—¡Isabel! —grité.

—Sí —me respondió—. Soy yo.

—Isabel...

—¿Qué haces aquí, badulaque?

—No te enfades, Isabel. Cálmate.

La verdad era que yo necesitaba calma.

—¡Mí mujer!

La había olvidado.

Yo me había casado hace ya muchos años, en 1918. Ahora recordaba que juntos habíamos estado en San Agustín de Tango, en 1923, en la Cité del Altar, N° 9, en el 4° piso. Allí habíamos pasado varios días, allí habíamos visto una serie de cosas que yo había anotado y, al final, mareado con tantos ajeteos, sentí que mi cuerpo se aflojaba y se desparra-

maba por las sábanas, estando yo en cama, y le había pedido a ella, a Isabel, mi mujer, que dibujara mi cuerpo con una línea que no se interrumpiera, bien cerrada.

Todo esto revoloteó en mi cabeza, toda una cantidad de hechos molestos, casi dolorosos. Una vida entera había tras de mí, una vida que veía borrosa. Entonces, lo Rojo y lo Gris, ¿dónde estaban? No se armonizaban bien junto a esta nueva vida que, de pronto, me aparecía. Creí enloquecer. No sé por qué el recuerdo de Artemio Yungay, ahora fallecido, me venía y me zumbaba al oído. Y Guni y Bárbara y Colomba... Nada de ello encajaba con esta nueva vida mía. ¡Isabel! Lo único ocurrido que veía con relativa claridad. ¡Isabel! No atiné.

—Será necesario —me dijo— que mañana, sin falta, volvamos a Santiago.

—Sí, mañana volveremos.

Me acosté. Se acostó. Me acurruqué a ella y, otra vez, le pedí, por reminiscencia, que dibujara mi cuerpo.

### *Día doble cero*

(12-III-27)

Temprano nos levantamos. Isabel y yo deberíamos tomar el tren de 9 y 35. Yo llevaba en mi cartera el dibujo de mi cuerpo que ella había hecho la noche anterior.

Antes de abandonar las casas me pidió que diéramos una vuelta por los jardines. Me llevó hasta un maitén y allí, alargando su índice, me dijo:

—¡Mira!

Recordé. En 1917 habíamos venido a Curihue. Era en aquel entonces de Estanislao Buin y de la Adelaida. A él se lo compró el capitán. Nosotros dos estábamos de novios y nos queríamos tanto... Durante nuestros paseos vespertinos llegábamos hasta allí, hasta este mismo maitén. Hacía diez años. Nos queríamos tanto... El maitén era francamente más pequeño. Habíamos dibujado, con mi navaja, un corazón; a su izquierda habíamos puesto mis iniciales: O.B.; a la derecha habíamos puesto las suyas: I.A. (Su apellido es Arredondo). Después de terminada nuestra obra, nos habíamos besado.

Hoy... ¡Para qué decirlo! El árbol había crecido y junto con él nuestro corazón y nuestras iniciales también. Pero, ¡ay, Dios mío!, habían crecido deformándose, estirándose y enchucándose. Era una verdadera lástima contemplar aquello. Apenas si se distinguían las formas de las letras y cuanto al corazón...

Ella, entonces, cogiéndome de un brazo y enterrándome las uñas, me murmuró:

—Así sucede todo. Te he traído aquí para que lo tengas presente, ¿oyes? Ahora, ¡a casa!

Fuimos los primeros en partir.

¡Adiós fundo bien amado! ¡Adiós llavera y pinches de cocina! ¡Adiós Tomasa y tú, Úrsula, también! ¡Adiós Donizetti y adiós Callampa! ¡Adiós Zamparratas y Tragalauchas! ¡Adiós a ti, sobre todo, mi buen Taita Higuera!

Eché una última mirada a las casas y a los campos contiguos. ¡Adiós a ustedes, todos los personajes que allí llegaron de paso! ¡Adiós Childerico y Fredegunda! Y no pude menos que lanzar un adiós a tanto muerto. En fin, ¡adiós todo y todos y para ti, chino Fa, va también mi adiós más condolido!

En el tren pregunté a Isabel:

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo he dicho —me respondió—. ¡A casa!  
A casa fuimos.  
Así terminó nuestra estadía en Curihue.

*TOMO VII*

Todo el resto del año lo pasé con Isabel. Teníamos nuestra casita en Lastarria 339. Allí vivimos, allí quedamos.

¡Qué largo, qué inmensamente largo es un período de nueve meses! Isabel quería a toda costa que yo me entregara, de cuerpo y alma, a la vida casera y el resto del tiempo lo ocupara en las prolongaciones que la casa tuviera fuera, fuera, qué se yo dónde ni para qué. Sobre Curihue no me preguntó nada. Así es que ignoraba las prolongaciones mías. Sobre mi pasado, tampoco. Habíamos contraído matrimonio en 1918; habíamos vivido muy felices—según esto se llama— hasta nuestra ida a San Agustín de Tango, en 1923: cinco años. Después todo se echó a perder. A nuestro regreso a Santiago hablé con Lorenzo Angol sobre el asunto de las biografías. Esto Isabel no me lo perdonó. A fines de año nos separamos. Me olvidé de mi matrimonio.

Esta vez... nuevamente casado.

"No, no —me dije—, no es posible ocuparme de la casa y sus prolongaciones; tengo asuntos más importantes que resolver. ¡A ellos!

Claro está que algo me ocupé de la casa pero la mayor parte de mi tiempo la pasé conmigo mismo: había muchas cosas que poner en claro.

Algo andaba mal en lo escrito hasta ahora. Me encerré en mi escritorio. Isabel venía de cuando en cuando, entraba, me hablaba dos o tres palabras sobre un asunto de actualidad, luego salía para reaparecer una hora u hora y media más tarde.

Yo, en mi escritorio, meditaba y meditaba y algo anotaba. Bárbara y Colomba venían a menudo a mi mente, luego se esfumaban. Y luego volvían a aparecer. Nimba Canaria... Había estado junto a mí durante esa historia de Antioquía. Nada más. Y Guni, sí, en el avión de regreso. Y Tarugo, el perrito destrozado por el ave... Nada de esto aparecía con la nitidez de un recuerdo. Algo había en mis biografías que, aparte de los problemas propios a ellas, no andaba bien, *algo que parecía asemejarse a un recuerdo...* ¿Qué? Esto último yo lo había anotado en mis notas sobre Curihue. Había anotado, además... ¡Oh, tantas cosas! Me vi en el matacán desdoblado, con uno que percibe y otro que es percibido. El percibido escucha y luego responde: "... no está pasando ni ha pasado *nada*".

Cierta vez —haría, más o menos, unos veinte días que habíamos llegado— recordé claramente, recordé nítidamente un día en San Agustín de Tango con Isabel, un día de enorme ajeteo en que muchas, muchísimas cosas se me habían aparecido. Al día siguiente las había escrito; creo que más de un día, tal vez dos o tres o más. Estaban en el cajón segundo de mi clasificador. Las había titulado *Ayer*. A él corrí y las volví a leer. Por cierto, todo había sido así, tal cual yo lo había visto. Si no es así, que se juzgue:

Ayer por la mañana, aquí en la ciudad de San Agustín de Tango<sup>1</sup>, vi, por fin, el espectáculo que tanto deseaba ver: guillotinar a un individuo. Era la víctima el mentecato de Rudecindo Malleco, echado a prisión hacía ayer seis meses por la que se juzgó una falta imperdonable.

Hela aquí:

Rudecindo Malleco era un hombre como todos. Como todos los hombres, un buen día contrajo matrimonio. Escogió como compañera a la que es hoy su inconsolable viuda, la triste Matilde Atacama. Rudecindo Malleco experimentó desde la primera noche una sorpresa agradabilísima. Ya por sus amigos sabía que todo aquello finalizaba por un goce muy marcado, mas nunca se había imaginado que fuese a tal extremo. Lo encontró tan deleitoso que era todo un problema arrancarlo del lado de su esposa y cuando iba por las calles sonreía el muy puerco con tal lubricidad evocando a su Matilde, que muchas púdicas doncellas enrojecían de pudor.

Pero hete aquí que los años empezaron a pasar para el pobre Rudecindo con el mismo ritmo inexorable que para cualquier otro ciudadano de esta ciudad o de cualquier otra y, como es natural, las fuerzas del buen hombre empezaron a sentirse afectadas.

En un comienzo, la dicha le sonreía a cada instante. Luego viose en la necesidad de llamarla con mayor parsimonia. Luego tuvo que contentarse a que la dicha —dama deviniendo de arrogancia suma— le visitara cuando a ella, no a él, le pareciera bien. Y, por fin, notó que, salvo los días 1 y 15 de cada mes, la gran dama corría sin duda a otros quehaceres, pues no llegaba a golpear su puerta.

Creo obvio advertir que junto con aumentar la impotencia del buen hombre, aumentaba su tristeza. Poníase Malleco melancólico, ennegrecíase su carácter y son muchos los que en el proceso declararon haberle visto llorar a solas. De haber seguido las cosas así, no tengo dudas de que hoy Rudecindo figuraría en la lista de los suicidas. Mas no fue así. Su misma tristeza le salvó. Ciertamente es que lo llevó hasta el castigo supremo, pero, en fin, lo salvó del suicidio y le proporcionó aún varios años de intensos placeres.

Una noche hallábase el neurasténico personaje bebiendo solo su cerveza en un rincón de la Taberna de los Descalzos. Era día 2 de un mes cualquiera así es que veía hacia adelante largo tiempo de triste espera. De pronto un viejo amigo no visto de años atrás.

(Debo precisar un punto que honra a Malleco: jamás, durante el proceso, reveló la identidad de este amigo, lo que no ha permitido echar el guante sobre él).

Bien. Siéntanse juntos, corre la cerveza, las lenguas se desatan y el buen Rudecindo cree oportuno contar sus desventuras esperanzado ante un buen consejo. Y las contó. Creyó que el amigo iría a compadecerle, mas cuál no fue su sorpresa al ver que el otro no consideraba su debilidad como una desgracia. Por el contrario, le aseguró que así la cosa era mejor y que todo se solucionaba reemplazando cantidad por calidad. Y parece que

\*Ilustración de Gabriela Emar

<sup>1</sup>“San Agustín de Tango”, ciudad de la República de Chile, sobre el río Santa Bárbara, a 32 grados de latitud sur y 73 grados de longitud oeste; 622.708 habitantes. Catedral, basílica y arzobispado. Minas de manganeso en los alrededores.

hasta avanzadas horas de la noche le aconsejó, le aleccionó y le explicó con tal lujo de detalles, que Rudecindo salió de la taberna dichoso cual ninguno y convencido, plenamente convencido, que con inteligencia, con astucia, con malicia, con refinamiento, digamos, en fin, la verdad, que haciendo colaborar el cerebro, se alcanzaban goces insospechados, tan intensos y duraderos que llenaban con holgura el medio mes de hielo.

Aquella misma noche, Rudecindo comunicaba a Matilde sus nuevas ideas y desde aquel preciso momento ambos pusieron a esperar llenos, plétóricos de voluptuosidad el día 15 de ese mes.

Vino el 15. Su espera fue coronada por el éxito. Ambos cerebros colaboraron con desenfreno y Rudecindo y Matilde alcanzaron el punto máximo de todas las delicias.

Desde aquel momento vivieron arrobados de placer. Sus vidas mismas se convirtieron en recuerdo y evocación.

Mas Rudecindo Malleco era, ante todo, una buena persona. Jamás el egoísmo había sentado plaza en su alma. Rudecindo Malleco, sintiéndose poseedor del secreto del amor, quiso compartirlo con sus semejantes. Con una ligereza excesiva empezó a contar a cuantos querían oírle que todo goce está en el cerebro y no fuera de él. ¡Mala cosa, mala cosa!

Si es verdad que a muchos la idea les parecía bien y la adoptaban para su uso personal y si es verdad que a otros aquello les entraba por un oído y les salía por el otro, no es menos verdad que a muchos, muchos, la cosa les parecía escandalosa, la juzgaban contra natura, la juzgaban práctica diabólica. Así es que pronto un susurro malevolente empezó a rodear al pobre Rudecindo. Oíanse cuchicheos, asomábanse las viejas a sus ventanas al paso del hombre por la calle, hablábase a media voz de corrupciones, de licencias, de negras degeneraciones. La opinión pública entró a manifestarse. En los periódicos hacíanse alusiones entre líneas. Al fin, el murmullo, el descontento fue tanto, que la justicia creyó de su deber tomar cartas en el asunto.

Una mañana dos gendarmes se presentaron en el domicilio del infeliz y le rogaron tuviera a bien acompañarles.

Las puertas de la prisión se cerraron tras el bueno de Rudecindo Malleco.

Se calculará el formidable escándalo que esto produjo.

Los enemigos de la cerebralización del amor cantaron gloria. Mas los amigos de ella pusieron el grito en el cielo. Y a las voces de los primeros que clamaban castigo al vicio, gritaban los segundos atropello a las libertades individuales. Pronto estos últimos juntaron suficiente dinero para darle al desventurado Malleco un abogado de primera línea, el joven y talentoso Felipe Tarapacá.

Apenas este hombre tomó la defensa del desafortunado Rudecindo las cosas se volvieron a su favor.

Alegaba Tarapacá:

—¿Por qué se ha apresado y encarcelado al ciudadano Rudecindo Malleco? ¿Qué falta se le imputa? ¿Son acaso los pensamientos lúbricos faltas que deben castigarse? ¡Pido a la Honorable Corte me cite un solo artículo de nuestro código o del de cualquier nación civilizada que autorice a la justicia su intromisión en los pensamientos de un ciudadano durante sus legítimos coitos! La justicia ejerce su poder sobre los hechos, nada más que sobre los hechos. Únicamente cuando hay un hecho que cae bajo sus garras, puede lanzar sus miradas sobre los pensamientos que lo originaron. Pongo por ejemplo, la premeditación. Es causa agravante si un hecho posterior la hace valer. Si el hecho no se produce, ella es inexistente. ¿Quién de nosotros y aun de vosotros, señores jueces, no se ha dicho

para sus adentros al ver pasar a un enemigo: "¡Que le parta un rayo!"? Mas, como tanto nosotros como vosotros, seguimos nuestro camino sin provocar rayo alguno, la justicia no se entromete. Ahora bien, ¿de qué hecho se le culpa al ciudadano Rudecindo Malleco? Existen las pruebas fehacientes de que jamás mi defendido ha tenido relaciones con ninguna otra mujer más que con aquella que la ley le dio. Si así no hubiese sido, la ley habría podido inmiscuirse por el capítulo de adulterio. Pero ni aun en este caso lo habría podido hacer por los pensamientos más o menos obscenos que hubiese tenido el culpado antes, durante o después del hecho. Entonces, me pregunto, señor Presidente, ¿por qué se le guarda en prisión?

En fin, algo en este sentido alegaba Tarapacá, claro está que con una elocuencia y una profundidad en la materia, que ni por un instante voy a pretender reproducir. Lo que quiero decir, es que los jueces sentían que aquello se les convertía en una plancha, que nada podía justificar la prisión del desdichado, que los amigos de Malleco gritaban cada vez más alto sus teorías, que la masa de opinión pública indiferente viraba a su favor y que sus enemigos callaban sintiéndose sin apoyo alguno legal para ir en su contra. Total, y acordando, las puertas de la prisión iban a abrirse para el ciudadano Rudecindo Malleco.

Mas aquí se alzó vibrante y colérica la imponente voz del Arzobispo de San Agustín de Tango.

Alegó Monseñor:

—Si es verdad que el impío Tarapacá ha contemplado el caso del no menos impío Malleco desde el punto de vista de las leyes fabricadas por los hombres aquí abajo y que en ellas no ha encontrado sanción alguna para la culpa, más verdad es aún que el hombre no es sólo la ley por él mismo fabricada, sino que es la ley divina, es esta ley hecha carne, es el reflejo de la Ley de Nuestro Padre que está en los cielos. Y sabido es por todos los que no se arrastran en el fango de la impiedad y la ignorancia, que no sólo los hechos son pecados, sino que también debe ser pura nuestra conciencia y puro nuestro corazón. Así es que cualquier pensamiento inmoral, cualquier deseo, cualquier intención, por ocultos que estén a los ojos de los hombres, son ofensa a nuestro Padre y alabanza a Lucifer. Y yo os pregunto, hermanos míos, ¿es posible que a un hombre se le devuelva la libertad por no haber ofendido directamente a un semejante y haber, en cambio, ofendido a Dios? ¿No es esto proclamar, establecer que el hombre, vil gusano, está por encima de Aquel que le dio la vida? Y me pregunto aún más: si alguno de vosotros ofendiera a su propio y anciano padre, ¿no va acaso esta ofensa hasta todos sus hermanos? ¿Permitiría alguno de vosotros a un hermano escarnecer a su padre? Es, sin embargo, el triste, el lamentable espectáculo que la justicia humana se propone ofrecernos: aceptar de ese vil gusano las más abominables ofensas a nuestro Padre Común, a Nuestro Padre eterno. Hermanos míos, debemos unirnos todos para pedir que el impío y pecaminoso Malleco quede en prisión, ¡sea juzgado y sea castigado!

Debo hacer aquí la misma advertencia que hice para Tarapacá. Monseñor habló con una elocuencia y una profundidad en la materia, que yo en vano trataría de reproducir, pero, en fin, el sentido total de sus palabras fue, más o menos, el que dejo consignado.

Volvió, pues, el asunto a la justicia, en medio de la expectación general. Media ciudad aplaudía; media ciudad protestaba.

Pues bien, la justicia no dio su brazo a torcer. Se encastilló dentro del código. hizo ver que su misión no podía salirse de él y confirmó la liberación del ciudadano encarcelado.

Una mañana radiante, las puertas de la prisión se abrieron y apareció en el umbral,

dichoso, el bueno de Rudecindo Malleco. Mas, apenas había avanzado tres pasos por la vía pública, rumbo hacia su Matilde adorada, acercáronse a él dos sacristanes que, colocándole las esposas, le rogaron tuviera a bien acompañarles.

Así fue como, cinco minutos después de haberse abierto ante él las puertas de la Prisión Legal de San Agustín de Tango, se cerraban tras él las puertas de la Prisión Católica de la misma ciudad.

Y el segundo proceso empezó.

Fue su defensor Fray Benito del Crucifijo. Abreviaré, más bien. Este proceso no tuvo ni pudo tener mayores alternativas. La autoridad de los acusadores era aplastante para el dulce Fray Benito. Este mismo, en su fuero interno, culpaba al infeliz Malleco. El número de los acusadores era el de la totalidad menos uno, y este uno, como lo he dicho, lo culpaba también. Así, pues, limitóse la defensa a una oración pidiéndole a Dios clemencia para el hombre caído en pecado y, terminada esta oración, Rudecindo Malleco fue declarado culpable por la unanimidad.

Mas aquí, antes de procederse al castigo, hubo de formarse un concilio. Había que deliberar sobre el siguiente punto: ¿qué pena darle al culpado? Parece, según todos los rumores que se esparcieron por la ciudad, que por cada obispo había una opinión y que no se hallaba medio de llegar a un acuerdo. Al fin, se vieron obligados a pedir luces fuera del concilio mismo y aquí, sí, todos estuvieron contestes en ir a consultar al más santo, al más puro, al más sabio de la Iglesia entera: Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe.

Oyó en silencio a los obispos Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe. Luego sonrió beatíficamente. Luego se persignó. Por fin, bajando la vista recitó:

“Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno”.

Regresaron los obispos. Después de las palabras de Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe, no subsistía duda alguna: el pecador tenía que ser amputado del miembro que le fue ocasión de caer.

¡Sí! ¡Muy bien! Pero, ¿cuál era este miembro? Duró el concilio una semana más. Al fin se optó por ir a votación. Eran los votantes 88. Votaron por ser la cabeza la causa directa de la falta, 45. Basaron su voto en que, desde un comienzo, las palabras del Arzobispo habían sido en el sentido de que a ellos no les incumbían los hechos, ya que éstos habían sido tomados, arrebatados, mejor dicho, por la justicia humana, sino que los pensamientos que los originaban. En todo caso, 45 era la mitad más 1, así es que no había más que hablar.

Rudecindo Malleco perdería la cabeza en una plaza pública.

Apenas tuve conocimiento de la sentencia, me eché a andar por la ciudad entera tras amigos y conocidos. Después de mil idas y venidas logré conseguir dos entradas para asistir a la ejecución. Así es que ayer, muy de alba, muy, muy de alba, extremadamente de alba, mi mujer y yo, salíamos de casa y nos dirigíamos al sitio del suplicio.

Debo aquí anotar varias observaciones bastante curiosas. O tal vez no lo sean más que para mí debido a la ignorancia en que me hallaba. De todos modos, voy a ellas.

Cuando los obispos dijeron “plaza pública”, me imaginé la cosa al pie de la letra, como quien dice, por ejemplo, la plaza de la Casulla aquí, o la Puerta del Sol en Madrid, o Trafalgar Square en Londres, o lo que sea. Verdad es que en Francia usan la misma expresión y que en París, al menos, la plaza es un bulevar, el de Arago, si mal no recuerdo.

Debería haber pensado que en estas materias, plaza quiere decir cualquier sitio. Mas no lo pensé, así es que sentí una fuerte sorpresa al percatarme que el acto iba a ser ejecutado en un lugar que mucho se asemejaba a un circo: una pequeña barrera, butacas tras ella, y entre esa barrera y la de enfrente, una pista de aserrín. La única diferencia apreciable con un clásico circo era que la pista, en vez de ser redonda, era larga y relativamente angosta.

Encontramos pronto nuestras butacas, nos sentamos cómodamente y seguimos examinando el lugar. Hacia la derecha terminaba en una puerta ancha y baja, abierta en mitad del muro, de la que arrancaba una escalera de piedra. De esta escalera yo, desde mi butaca, alcanzaba a ver unos ocho o nueve peldaños, no más. El dintel me ocultaba los restantes. Hacia la izquierda no sé cómo terminaba. No se me ocurrió mirar a tal lado o si miré –creo ahora que es lo más probable– no puse mayor atención en ello. Sea como sea, puedo afirmar que ese lado era muchísimo más oscuro que todo el resto. Junto a la puerta, en la pista, al pie, por lo tanto, de la escalera, habían colocado la guillotina. Yo las imaginaba –acaso por el terror que me inspiran– de proporciones gigantescas. No hay tal. En todo caso, la que habían puesto allí era diminuta. Otra observación que hice, y que me pareció de mucha delicadeza para con el infeliz Rudecindo, fue que las cuatro o cinco lámparas que iluminaban el local habían sido cubiertas con crespones negros.

Estaríamos allí no más de un cuarto de hora, cuando un rumor entre los espectadores me advirtió que se aproximaba el acto macabro. Miré hacia la escalera. Por ella, bajando, aparecieron las botas de un soldado. Las botas se detuvieron, una junto a la otra, en uno de los peldaños y a su lado se posó la culata de un fusil. Seguramente, pensé, ese soldado está allí para detener al público que va a aglomerarse escalera arriba. Pensé verdad. Un segundo después, en el peldaño siguiente, se colocaban dos gruesos zapatos con suela de clavos; luego unos botines acharolados; luego unas zapatillas de tenis; luego unos zapatitos de tacones empinados; luego... ¡qué sé yo!, toda una muchedumbre. Y seguimos esperando en silencio, hasta que llegó a mis oídos el chirrido de un resorte bruscamente puesto en movimiento. Miramos todos encima de la puerta. Vimos entonces una ventanita minúscula que, junto con terminar el chirrido su más aguda tonalidad, abrió sus dos pequeños batientes golpeándolos contra las piedras del muro. Entonces asomóse por ella un pajarito de madera que dijo:

–¡Cu-cú!

Y volvió a desaparecer.

Fue el instante exacto de la aparición de Rudecindo Malleco. Llevaba camisa blanca, pantalones negros y las manos atadas a la espalda. Tras él, el verdugo vestido de igual modo y empujándolo suavemente con el índice de su diestra. A su lado un frailecillo, todo de negro, vivaracho, saltón, que hablaba y hablaba al condenado. Pude reconocer en él al dulce Fray Benito del Crucifijo, mas no logré oír lo que le decía. Mi mujer tampoco oyó. Llegaron a la guillotina en miniatura –digo yo, pues no me conformo con la idea de que no las haya mayores– y el pobre Rudecindo cayó de bruces. Y aquí permítaseme otra observación.

Las cosas ocurren en la realidad de muy diferente manera a la que se cuenta generalmente. Nosotros creíamos que habría junto a aquella máquina infernal, un solemne señor de levita y chistera, que, con gesto imponente apretaría un botón, en fin, lo que siempre se cuenta. Nada de eso. Fue el verdugo con sus propias manos quien cogió por lo alto la cuchilla y le asestó con ella de arriba a abajo un feroz golpazo en el cuello al pobre diablo. Cayó el cuerpo de éste hacia el lado y, con gran estupefacción de mi parte, vi que seguía

respirando, respirando fuertemente, como un atleta después de un violento ejercicio. Entre tanto, la cabeza había saltado lejos. El golpazo no había sido uno maestro; muy por el contrario, pues la cuchilla, si bien es cierto que había penetrado por la base del cráneo, había, en cambio, salido justo por encima de los ojos, los que, por lo tanto, habían quedado en poder del ajusticiado. O tal vez esto se deba al sentido mismo de la sentencia, que pedía la amputación de la parte pecaminosa no más, en este caso, de la materia pensante. Si así ha sido, deberíamos felicitar al verdugo por su extrema habilidad.

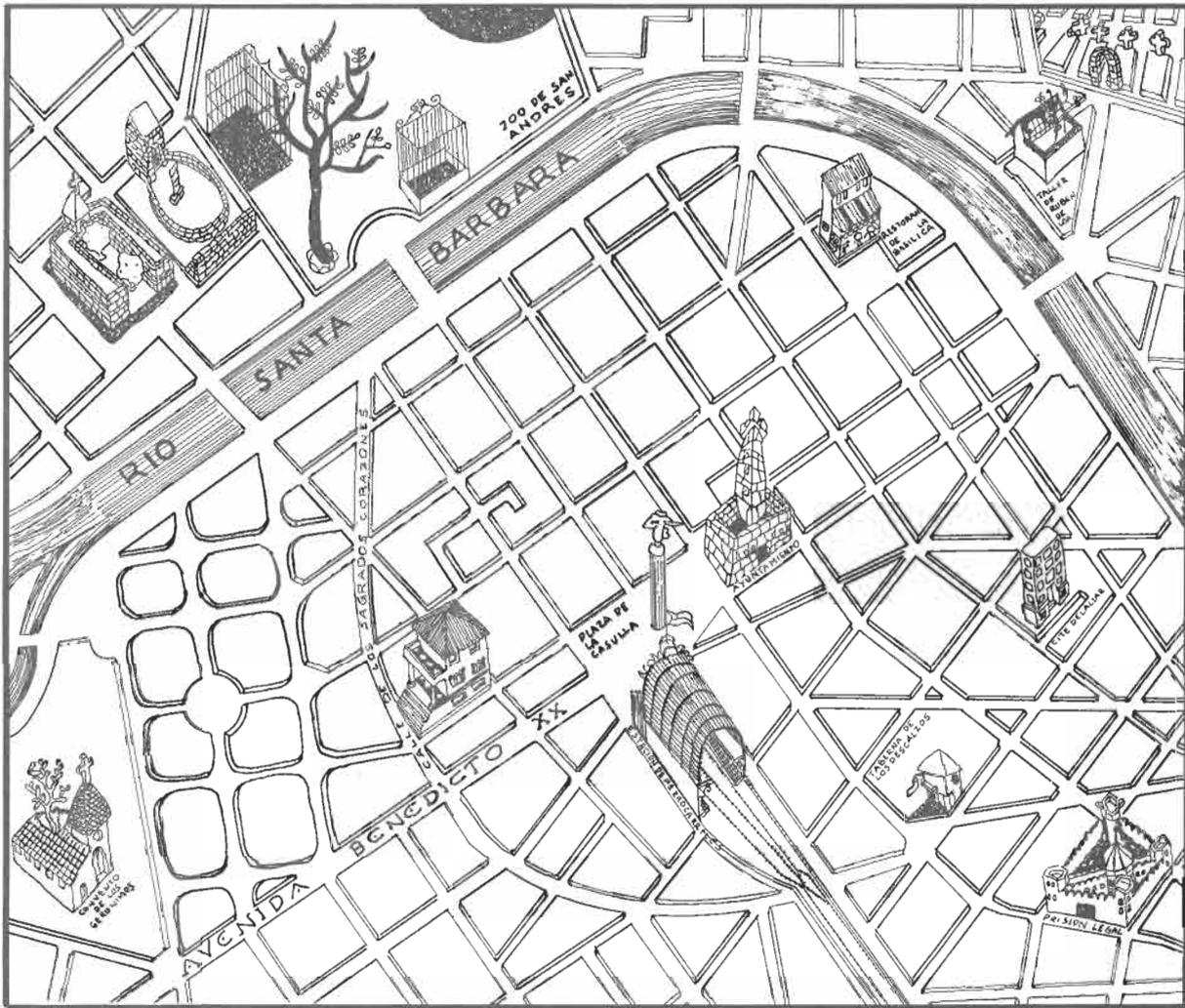
Lo que vino después fue un espectáculo algo grotesco y hasta penoso. Fray Benito, al ver rodar el pedazo de cabeza, corrió tras él, lo cogió como quien coge una cáscara de sandía y luego de examinarlo rápidamente, lo volvió a arrojar por tierra. Esto aprovechó Rudecindo para cogerlo a su vez y ponerlo donde siempre había estado. No ajustó perfectamente, no. Se veía con toda claridad el corte y el buen hombre quedó con ese aire algo ridículo de los que se tocan con un sombrero demasiado pequeño. Y siguió la cosa de mal en peor. Rudecindo, por tierra siempre –de seguro no tenía fuerzas para incorporarse– empezó a apostrofar al verdugo y no contento con esto, a amenazarle con los puños. Éste, sin hacer mayor caso de tales amenazas, permaneció junto a la guillotina y sólo después de largo rato se volvió y avanzó hacia el otro, fingiendo –por broma, claro está, pura chanza– que aceptaba el combate a puñetazos. Mas el ajusticiado Malleco debió haber creído que en serio se le aceptaba el reto, pues se recogió de espaldas, como una bestia acosada y empezó a ejecutar con sus cuatro extremidades desesperados molinetes. El verdugo dejó caer las manos, alzó dos o tres veces los hombros y, riendo al público, volvió a su guillotina. Acto continuo, Rudecindo Malleco empezó a agonizar. Y dos minutos más tarde, fallecía.

Comencé a sentirme abatido. El peso de la sangre allí derramada, parecía caerme encima. Díjele entonces a mi mujer:

–¡Basta ya de ajusticiados, guillotinas y demás! ¡Vamos de aquí! ¡Vamos!

–Sí –me respondió– basta ya. ¡Vamos!

Y partimos por una puerta lateral que un groom elegantísimo nos abrió después de hacernos repetidas reverencias.



Salimos a la calle bajo un tiempo húmedo y gris. Nos quedaba aún por visitar el Zoo de San Andrés. Allá nos dirigimos.

Por sí, diré verdad, no lo encontré tan digno de la fama que posee, pues bien pocos bichos lograron atraer mi atención. Veamos: algo las catorce leonas, un poco más los monos y bastante, no lo niego, el avestruz. Mas, fuera de esto, todo el resto me dejó totalmente indiferente.

Las leonas tuvieron su interés principalmente por el rol que una de ellas pronto iría a jugar, pero también por la completa uniformidad que todas tenían en sus movimientos, como si fuesen movidas por un resorte único, oculto a nuestros ojos. Al pensar en la posibilidad real de este resorte, tuve que pensar en la presencia de alguien junto a él para imprimirle los movimientos iniciales, que luego se verificarían en las leonas, y, al hacerlo así, vino me espontánea, clavada, la siguiente frase:

“Catorce leonas movidas ocultamente por un resorte oculto movido por el león”.

Acerqué los labios al oído izquierdo de mi esposa y le murmuré dicha frase. Me miró ella con el rabo de un ojo y a su vez me murmuró:

—Literator.

Como fuese, aquella uniformidad llegaba a lo majestuoso. Así, al arrimarnos al foso que circundaba el vasto espacio que se les tenía reservado, las catorce leonas dormían, sea por tierra o sobre peñascos, sea encaramadas en los árboles, dormían, digo, en idéntica pose. Pasado un minuto, todas movieron la cola una vez no más. Pasó otro minuto y se estiraron bostezando y mostrando las garras, hecho lo cual se levantaron y se sacudieron como los perros lo hacen al salir del agua. Entonces, bruscamente, volvieron sus cabezas hacia nosotros y nos miraron con total, con petrificante fijeza. Aquí se produjo un hecho curioso. Hasta ese instante el Zoo había estado lleno de ruidos diversos provenientes de los demás animales, de las aves, del viento en los árboles y aun de la ciudad contigua. Ruidos humanos no los había, pues sólo mi mujer y yo estábamos allí. Pues bien, junto con mirarnos todas ellas cesó todo ruido, aun el más ínfimo murmullo y cayó sobre nosotros un silencio absoluto, negro, que nos paralizó. Con este silencio, pudieron los veintiocho rayos de esos ojos atravesarnos el cuerpo entero con tanta facilidad y agudeza que sentimos de arriba abajo, cada uno de nosotros, catorce dolorcillos finos, estridentes, que nos perforaban para ir a clavarse en el suelo, muy atrás. Aquello empezó a hacerse intolerable.

—¡Vamos, vamos! —díjale a mi mujer—. Si seguimos así, van a quedarnos en la sangre, circulando, varios pedazos de miradas de leonas y ello no es posible, pues aún tenemos, mitad mía, muchas cosas que hacer en esta vida.

—Es verdad —me respondió—. ¡Vamos!

Huimos inquietos, asustados casi. Sólo al llegar al foso que nos separaba de los monos, pudimos recobrar la calma. Al centro del sitio reservado para éstos, habían elevado un peñón alto, muy alto y escarpado por el cual subían, bajaban, saltaban, corrían cientos de monos del género de los cinocéfalos, aunque me parecieron algo más pequeños que los ya vistos por mí de dicho género. Parecían satisfechos de hallarse allí. Los había que, entre brinco y brinco, devoraban precipitadamente puñados de maní; otros se peleaban un instante; algunas parejas se acoplaron; en fin, la vida habitual de tales bichos. Recuerdo uno que se sentó de frente hacia nosotros, dignamente, luego volvió de perfil su cabezota de perro y orinó con profusión.

El día seguía gris y oscuro. Nos aprontábamos para seguir nuestro paseo cuando un rayo de Sol se abrió paso por entre las nubes y vino a bañar con su luz el peñón entero. ¡Qué espectáculo magnífico, espléndido, pudimos entonces contemplar! Los cientos de monos se detuvieron abismados mirando el Sol y, abriendo desmesuradamente sus hocicos, lanzaron por los aires un cántico soberbio.

Era una sola nota, una sola, mas que se mecía en forma blanda como una montaña rusa, que al subir a sus más altos puntos hacía aguda, chirreante, salvaje. Entonces los monos, apoyados en sus patas, alzaban al Sol sus brazos. Luego, cuando esta nota bajaba a su punto máximo, el son producido era cavernoso, era un rodar de piedras subterráneas. Y los monos, en este instante, hallábanse en cuatro patas, las que movían como resortes haciendo temblar rápidamente el cuerpo. De allí empezaba otra vez la ascensión, larga, larga, empezaban esos seres a erguirse y a nosotros nos parecía que manos velludas e invisibles nos suspendían por los aires. Y después de un momento en la extrema punta estridente, ¡hacia abajo!, ¡hacia abajo!, en camino largo también. El Sol brillaba. Ahora hacia arriba otra vez. Ahora hacia abajo.

Mi mujer me golpeó con el codo y luego, indicándome con los ojos a los monos, me hizo entender que hiciese como ellos y ella. Mi mujer cantó. Una voz redonda y azul de contralto, un tubo de terciopelo suave, es la voz de mi mujer. Paralelo, exactamente paralelo a la suerte de montaña rusa que ejecutaban las voces de los cinocéfalos, pero una tercera más baja, puso ella su tubo ronco y dulce. Y montaña y tubo entonces, partieron a caracolear por los ámbitos jugueteando con el rayo de Sol en magnífica armonía. Yo quedábame arrobado ante los mil cinocéfalos con mi mujer bajo ellos en una nota interminable. Pero un segundo codazo me llamó a mi deber. Aspiré profundamente, me repleté los pulmones de aire fresco, sí, muy fresco, mas al que, con cierta sabiduría, hice mezclarse un poco de emanación de mono y un poco de perfume de mi compañera de la vida. Entonces, así, me enredé en la soberbia nota y, aguzando la garganta, logré emitir una quinta más alta que los monos, ayudado por mi límpida voz de tenor. Y todos nos mecimos en nuestras vibraciones por los aires: ellos, cogidos los unos a los otros en su montaña rusa; yo, más alto en mi voz plana de plata; abajo, cimentándolo todo, ella, en el terciopelo azul de su tubo sereno.

Bajamos. Tanto mejor para mí que iba arriba. Mas el temor por ella empezó a llenarme. ¡Vano temor! ¡Oh, santa mujer mía! ¡Mi admiración por ti queda aquí estampada! Con soltura increíble, cuando los mil bichos arrastraban un formidable rodar de piedras subterráneas, cuando yo mismo me hallaba sumergido a centenares de metros bajo tierra, ella, mi mujer, desafiándolo y rompiéndolo todo, había bajado siempre en el mismo compromiso de mitad de camino de cuando empezó a cantar, de modo que a ese infierno de los monos, a esa arcilla mía, agregó el deslizamiento majestuoso de unas aguas profundas que nunca han visto la luz del Sol y que se vacían en las entrañas de la Tierra por bóvedas que ninguno de nosotros podremos ver jamás, mas que ella nos revelaba haciéndonos escucharlas.

Empezó una nueva ascensión. Llegamos a flor de tierra. Subimos. Ahora me inundaba mi propio temor. Los monos alcanzaban fácilmente hasta la más aguda estridencia. Semejantes alturas, no creo haya garganta humana capaz de desafiarlas. ¡Qué decir de la mía! Empecé a temblar como un niño. Mas no había defensa alguna. Yo iba arriba, en la punta, encandilado por el Sol, tajeado el cutis con los cuchillos finos del aire frío en nuestra prodigiosa ascensión. Y sentía a mis espaldas el pitido aguzante de las mil gargantas de los

cinocéfalos que me empujaban sin piedad. Y atrás, muy atrás, allá en la desesperanza, oía el rumor de la voz profunda de mi compañera, lejos, lejos de mí. Pero una vez más en mi vida, vino ella generosa a prestarme auxilio. Mi voz hallábase en su extrema altura. Ya las otras, al empujarme, empezaban a pincharme ante mi resistencia involuntaria. Entonces ella me hizo ver su nota y luego la de los monos. Y por fin —aquí estuvo mi salvación— el espacio que quedaba entre ambas. Un ligero guiño de sus ojos me pidió que, sin vacilar más, me lanzara de aquella altura a ese espacio mantenedor de la armonía, más, ¿cómo hacerlo? ¿Habría sitio allí para mí? O al querer meterme dentro, ¿no lo haría estallar todo en la más crujiente destemplanza?

No. Era tan sólo cuestión de aguzar y afinar de otro modo mis oídos y las tres voces entonces aproximadas a la mitad de la distancia primera, con mi mujer siempre abajo, yo agazapado al centro, los monos en la cúspide, las tres voces seguirían en otra armonía, en otra existencia, trepando hacia el Sol.

No hubo más que decidirse. Lancé hacia abajo mi voz plana de plata; chocó con las mil puntas agudas que subían; prodújose un chasquido breve de metal golpeando al mar y, en mi caída alcancé casi los azules tubos del terciopelo de mi amada. Mas pronto ella, ayudándome y yo, además, guiado por la nueva conformación de mis oídos, pude encontrar para mi voz la justa posición y sin temor ya, reconfortado atrás por ella, protegido adelante de los cuchillos fríos del aire por los monos, seguimos, en una armonía jamás oída, seguimos embelesados, absortos, hasta el punto más allá del cual no hay música ni sonidos aislados, individuales diría, como eran los nuestros, pues todo, toda existencia era una sola y absoluta música.

Una nube pasó. Se fue el Sol. De aquellas fantásticas alturas nuestras voces se desplomaron como pájaros heridos. Se desplomaron, cayeron y muertas desaparecieron por nuestras gargantas adentro. Enmudecemos en el nuevo gris.

Muchos monos orinaron. Algunos se batieron. Una pareja se acopló. Otros devoraron puñados de maní.

—¡Vamos! —le dije a mi mujer—, ¡vamos! ¡Basta ya de cinocéfalos!

—Sí, basta —me respondió—. Vamos.

Al fondo de altas palmeras se paseaba para allá, para acá, hacia un lado, hacia el otro; se paseaba digno, magnífico, un fuerte y hermoso avestruz.

A pesar de su fortaleza y hermosura, pensamos seguir nuestro camino. Me hacía yo reflexiones, más o menos, en este sentido: “¿Qué puede importarme a mí un avestruz? Su contemplación acaso me agrada, acaso hasta me entusiasme. Mas, ¿por qué puede, un ave de esa naturaleza llegar a entusiasmar a un hombre como yo? ¿por qué? ¿Por qué?”. Y esta pregunta mía sonaba lúgubre en el vasto jardín. Era preferible seguir. Detenerme, era formularla nuevamente, formularla era devanarme los sesos hasta hallar respuesta. ¡Oh, cuántas sombrías meditaciones vi amenazarme en mi futuro con sólo dejar caer dentro de mi alma una gota de entusiasmo frente a aquel magnífico ejemplar! Tendría desde entonces para adelante, que consagrar todos mis instantes de reposo, todos mis instantes de distracciones, todos mis instantes de lecturas y estudios, todos mis instantes de amor y voluptuosidad, tendría que consagrarlos todos al descubrimiento de la solución de este problema: “¿Qué sucede en el fondo del hombre, qué subconsciencia se despierta, qué ecos remotos de Dios, antes de la creación, qué mensajes del porvenir en Dios, después de la creación, se remueven dentro de ese hombre de modo que brote la chispa del entusiasmo al paso balanceado de un avestruz?”. Comprendía que las garras de la abstracción me

cogerían y nunca más volvería la suficiente paz a mi pecho para poder vagar sin peso por las calles, comer con apetito y dormir lado a lado con la cara mitad de mi alma.

Había que seguir nuestro camino.

Mas en aquel mismo momento tronó por los ámbitos un grito de horror.

-¡La leona! ¡La leona!

Yo exclamé:

-¡Socorro!

Mi mujer:

-¡Jesús!

Alcancé a advertir -yo que creía desierto el Zoo- miles de humanos seres, que corrían frenéticamente poseídos por el pánico. Hombres, mujeres, ancianos, niños, soldados, frailes: era una desbandada eléctrica, mientras de un extremo, aumentando en amplitud, venían los espantosos rugidos de la leona escapada.

Nosotros, petrificados por el terror, no nos movíamos. Mas de pronto, vi pasar contra el cielo como un proyectil, por encima de los árboles, a la terrible leona en un brinco formidable.

Hasta aquí mis recuerdos nítidos.

Ahora vino un punto obscuro del que nada sé. Mi mujer tampoco. Y apareció otra vez la nitidez de mis percepciones.

Estábamos en la extrema punta de un olmo gigantesco, mudos, pálidos, temblorosos. Cómo trepamos hasta allí, qué fuerza y qué destreza nos impulsó... Ya lo digo, no lo sé ni mi mujer tampoco.

A nuestro alrededor hasta pérdida de vista, corrían y corrían los hombres, las mujeres, los ancianos, los niños, los soldados y los frailes. Por los cielos descendía, garras y dientes al aire, la leona. A nuestros pies, impertérrito, digno, magnífico, seguía su danzante paseo el hermosísimo avestruz.

Éste ha sido el momento de mayor expectación, de mayor tensión que hayamos experimentado mi mujer y yo. Pues la curva de descenso de la leona, pude calcularlo, venía a caer en los dominios del ave.

Así fue. Cayó la leona. Se detuvo el avestruz. La una frente al otro. Habría entre ellos no más de quince metros.

¡Oh, mujer amada, mujer mía! ¿Por qué he de amarte de tan entrañable manera?

Y ocurrió la cosa, la espantosa cosa.

No todavía, porque antes de ocurrir, la leona se agazapó, balanceó la cola con brusquedad, aplanó las orejas, frunció los ojos, mostró los dientes, gruñó como un volcán y repitió todo esto múltiples veces.

Consecutivamente el avestruz, ante tales expresiones de horror, no hizo más que alargar graciosamente su cuello hacia arriba y esperar con los ojos entornados.

¡Esperar!

Palabra de los infiernos para mí y para mi esposa, no para mujeres, hombres, ancianos, niños, soldados y frailes, que seguían enloquecidos su correr, correr, correr.

Esperamos... Depende según los cronómetros o según nosotros mismos.

En fin, esperamos en ese instante todos los manvatharas de que aún nos constan nuestros ciclos, nuestros sistemas y lo que siga.

Cuando de pronto ocurrió la cosa, la espantosa cosa:

La leona entigrecida atacó.

Atacó lanzando otro brinco formidable. Junto con lanzarlo y elevarse, las hojas del olmo gigantesco se estremecieron murmurando, los mosquitos albergados en ellas emprendieron el vuelo y sobre el mundo entero todos los aviones existentes decollaron en soberbias montadas verticales.

Entonces la leona empezó a ejecutar por los aires su fatal semicírculo que iría justo a terminar sobre el ave despedazándolo y triturándolo.

El semicírculo por trazarse se trazó; el semicírculo cumplió su destino: la leona vino a dar contra el ave.

Aquí, ruego al lector seguirme con atención. Aconteció lo siguiente. Pero antes debo explicar lo que habría acontecido si no hubiese acontecido lo que aconteció; es decir, si el avestruz hubiese permanecido inmóvil. Si así hubiese sido, la leona, gracias a la precisión del semicírculo, hubiese caído de pleno sobre él y, al caer, lo hubiese destrozado en un instante. Pero, no fue así. He aquí lo que aconteció:

Cuando el extremo de las garras delanteras de la leona se hallaron precisamente a 37 centímetros del extremo del pico del avestruz, éste ejecutó un rápido paso hacia la derecha. Mas este paso tuvo algo de muy peculiar. Si yo supiese dibujar, dibujaría un avestruz tal como se hallaba antes del paso a la derecha y luego, en el mismo dibujo, dibujaría con línea de puntos la posición del bicho después del paso. Desgraciadamente no sé dibujar. Mas, repito, si hubiese sabido dibujar, se habrían visto en el dibujo dos cuerpos de avestruz, uno al centro del papel, otro al lado, a la derecha, y, por ende, cuatro patas del mismo. Hasta aquí nada de peculiar. Pero sigamos y vendrá la peculiaridad. Tanto cuerpos como patas estarían separados, nítidamente separados, como si se tratara de dos ejemplares diferentes. Pero, no así los cuellos ni menos aún las cabezas. El cuello del primer avestruz estaría recto hacia arriba, es decir, perpendicular al cuerpo, en cambio, el de la derecha, se inclinaría en un ángulo de 45 grados hacia el primer cuello, de modo a venir a enchufarse en él más o menos en la mitad de su longura. Por consecuencia, habría dos medios cuellos inferiores, pero uno solo superior y una sola cabeza. En otras palabras: el avestruz lanzó hacia la derecha ambas patas, las que trajeron consigo el cuerpo, parte únicamente el cuello, y la cabeza no la movió, la cabeza quedó en su mismo sitio. Como se comprenderá, si he logrado explicarme con claridad, patas, cuerpo y parte inferior del cuello salieron del campo de trayectoria de la leona, mientras parte superior del cuello y cabeza quedaron en dicho campo. En aquel instante, ante el espectáculo que presenciábamos, quise decirle a mi mujer:

—El movimiento lateral del avestruz me ha recordado con mucha precisión el movimiento que a Belmonte le vi ejecutar frente a un toro de Veragua, el 8 de mayo de 1920, en la plaza de Zaragoza, pasadas las 4 y 31 minutos de la tarde y antes de las 4 y 32, estando yo en compañía de Lucrecia, la bella Lucrecia, pues fue también un paso a la derecha, todo él cambió de sitio, pero no así ambas manos ni la capa que quedaron en la trayectoria del toro.

Tal pensé decirle, pero el tiempo me faltó ya que yo seguía formulando mis pensamientos y recuerdos con la velocidad habitual y lenta de los ciudadanos de San Agustín de Tango en el día de ayer, que era la misma habitual y lenta velocidad de anteayer, de hoy y de mañana, de todos los siglos sucedidos desde Adán y de todos los que quedan por suceder hasta que el último se consuma. En cambio, el espectáculo presenciado y evocador de mis recuerdos, regíase por velocidades insólitas, no velocidad de humanos, sino velocidades de leonas aceleradas y, sobre todo, enfurecidas, velocidad multiplicada y segura-

mente multiplicadora de cuanto existe, planetas girando, constelaciones en movimiento, Universo todo, salvo nosotros dos, pobres seres en la punta de un olmo detenido, pobres seres a la igual de cuantos hay y penan sobre esta Tierra. Sí, señores, de todos cuantos hay, pues ya habían parado en su correr enloquecido, hombres, mujeres, niños, ancianos, soldados y frailes y ya los magníficos aviones universales habían verificado sus respectivos ascensos y volaban ahora planeando como cisnes sin objetivos.

Los 37 centímetros se verificaron. Entonces, al primer contacto con la fiera, el avestruz abrió desmesuradamente el pico y nosotros, atónitos, con los ojos desorbitados, pudimos contemplar desde nuestro observatorio, el hecho más asombroso que hayamos nunca contemplado. El avestruz, repito, abrió desmesuradamente el pico, como jamás yo hubiese pensado que un avestruz pudiese abrirlo y la leona, la terrible leona, precipitada como el destino, se precipitó dentro de él y en un milésimo de segundo desapareció.

Desapareció pico adentro, desapareció. Ya sin leona peligrosa, mi mujer y yo bajamos del olmo y fuimos a colocarnos junto a la fosa que delimitaba los dominios del ave. Entonces pudimos presenciar la continuación de la extraña contienda.

Junto a la garganta del avestruz formóse una gran bola. Permaneció inmóvil un minuto y luego, lentamente, empezó a descender a lo largo del cogote con repetidos sacudimientos. Estos sacudimientos me evocaron los que haría un gato enfurecido debatiéndose en una bolsa de gelatina.

Se lo comuniqué a mi mujer. Ella posó sobre mi entrecejo una mirada interrogativa. Y con razón, con cuanta razón, pues no creo que exista el mortal que haya presenciado a un gato enloqueciéndose dentro de una bolsa gelatinosa y, de existir tal mortal, puedo asegurar que no soy yo. Y esto mi mujer lo sabía. Además, si es verdad que existe un cercano parentesco entre una leona y un gato, no lo es menos que no hay ninguno entre la tal bolsa de gelatina y un largo cogote de avestruz cubierto de plumas, por muchas bolas que en él se formen. La muda interrogación de mi mujer era, pues, doblemente justificada. Mas, ¿qué podía yo hacerle? Aquello era, me era, si se quiere, un gato aprisionado en gelatinas debatiéndose con denuedo. ¿Es culpa mía? Contesté a su mirada interrogativa con una súplica de perdón. Ella entonces quitó sus ojos de mi entrecejo y volvimos ambos a fijarnos en el ave.

Bajaba la leona muy lentamente. A veces, a través del plumaje, adivinábamos sus cuatro miembros y su hocico en desesperada lucha por perforar el tubo que la aprisionaba y la aspiraba. ¿Lo logrará? ¿No lo logrará? Eran las preguntas que nos hacíamos, cuando, de pronto, ninguna duda pudo cabernos al respecto: ¡No lo logrará, no! Pues, si alguna posibilidad tuviese la pobre bestia de llevar a buen término su tarea, es indudable que el avestruz se habría percatado de ello y en todo su rostro habríase retratado una expresión de temor, en todo caso de inquietud. Y no hubo tal. Muy por el contrario. Junto con producirse el decimoquinto sacudimiento en mitad del cuello, el ave sonrió. Luego, al decimosexto, su sonrisa se trocó en una risilla suave, entrecortada, nerviosa. No cabía duda que los esfuerzos de la fiera causábanle por dentro un ligero cosquilleo. Y ninguna duda podía haber tampoco de que dicho cosquilleo iba en aumento, pues, ya a la decimoctava sacudida el ave reía, reía, de buena gana y ya a la vigesimoprimer, sin poder contenerse más, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

Ante tal espectáculo, la que es la esposa de mi corazón, no pudo tampoco contenerse y ¡ja, ja, ja!, lanzó por los aires sosteniéndose las costillas con sus manecitas de mármol

delicado. Y al ver cómo ambos, el bicho y mi amada, reían, solté a mi vez por los ámbitos la más estruendosa, la más formidable carcajada que jamás humano alguno haya soltado.

Aquello fue estupendo. Reímos los tres sin retención posible, revolcándonos por el suelo, lanzando unos que más parecían aullidos que risas, apretándonos la boca del estómago con ambas manos nosotros, el ave con sus patas, derramando copiosas lágrimas, reímos atronando los aires, reímos, nos ahogamos, pataleamos amarrados, envueltos, rodando en el mismo infernal y delirante regocijo.

¿Cuánto rato? ¡Vaya uno a saberlo! Si no teníamos más conciencia que de nuestro reír. Lo único que sé es que al llegar la bola con la leona dentro a la base del cogote, prodújose una última sacudida y la bestia pasó al cuerpo propiamente tal del ave. Y... silencio. El bicho se serenó, se sentó sobre sus grandes patas quedando inmóvil y plácido como una meditación. Nosotros fruncimos entonces nuestros labios y dignos también, esperamos.

Las manecillas de los relojes recorrieron un cuarto de esfera en medio de la quietud total del mundo.

La campana cercana de los Jerónimos, con un toque cobrizo, rompió, hendiéndola, la quietud. El ave entonces estornudó. Luego estornudé yo. Por fin mi santa mujer cerró el ciclo de los estornudos, estornudando a su vez.

Y la vida siguió.

Vino aquí otra faz de tan extrañísima refriega. El avestruz se colocó en una curiosa aunque conocida postura.

—Va a defecar —murmuré quedamente en un tímpano de mi esposa.

—Silencio —me respondió.

Y, sin ni siquiera ponernos de acuerdo, tomados del brazo, nos pusimos en marcha, de modo a colocarnos justamente detrás del ave, es decir, justamente frente a su cola.

Y volvimos a esperar.

Nuestra espera fue pronto recompensada. Las plumas traseras se agitaron un momento y luego se abrieron cual magnífica flor. Entonces el círculo que apareció empezó a dilatarse y nosotros, con indescriptible alegría, vimos aparecer de dentro la punta del hocico de la leona. Y fue saliendo, resbalando hacia fuera. Vimos su nariz, sus ojos —cerrados en un comienzo, pestañearon y se abrieron—, su frente, sus orejas, su cuello. Nosotros experimentábamos la sensación ante el astro rey surgiendo en esplendorosa madrugada. Mi mujer aplaudió con vehemencia.

Al chasquido de sus manos, la leona se impuso de nuestra presencia y nos proyectó una iracunda mirada. Yo entonces le hice una morisqueta y mi esposa le sacó la lengua. Ello bastó para acrecentar su ira pues acto continuo empezó a hacer esfuerzos para sacar sus hombros y sus miembros delanteros. Mas el avestruz velaba. Al sentir que su presa podría escaparse, frunció su anillo fuertemente, tanto, que la fiera exclamó:

—¡Iiiiiii!

Pero insistió a pesar del dolor. Pero, el otro insistió también. Lo que presenciábamos entonces fue sencillamente horripilante. Helo aquí:

La leona, gracias a sus inauditos esfuerzos, salía, con lentitud, sí, pero salía. El avestruz, gracias a los suyos, inauditos también, iba, con la presión de su esfínter, reteniéndole dentro la piel. Así es que nosotros veíamos aparecer poco a poco una leona de cabeza normal de hermosa piel, mas que a partir del cuello era desollada, espantosamente desollada. Y sacó una mano, luego la otra, como quien sacara una mano húmeda de un guante felpudo, o más bien —si fuese visto por dentro del ave— como quien presionara la cáscara

abierta de una banana madura y fuese expulsando su carne aromática. ¡Qué horror! De este modo salió su tronco todo, de este modo, sus miembros traseros. Y allí se plantó retenida únicamente por la cola. Entonces hizo un esfuerzo supremo: con un latigazo sonoro, agudo, logró desprenderla y nosotros tuvimos ante nuestros ojos la más espeluznante y macabra leona que concebir se pueda. Goteaba sangre de todo su cuerpo y estas gotas, al caer sobre el césped, producían un lejano murmullo de llovizna matinal. Luego cubríase de sudor, un sudor glauco que hacía aparecer por momentos envuelta en una capa de celuloide. Mas, este sudor se desprendía de pronto explotando y sonando como un remo que cae de plano sobre la superficie de un mar en calma. Y volvían las gotas y volvía el sudor y todo el tiempo la pobre bestia miraba al cielo. hasta que, por fin, y sin más, echó a correr como una loca. La vimos perderse entre el follaje, vimos perderse su cuerpo sanguinolento. Entonces, al desaparecer el último extremo de la cola, trajimos arrastrando por la huella de sangre glauca quedada tras su correr, trajimos, digo, nuestras miradas hasta el traste del magnífico avestruz.

Habíase cerrado y el bicho miraba distraído revolotear los pajarillos. Mas luego, al divisarnos, nos guiñó un ojo. Nos detuvimos. El ave entonces volvió hacia atrás su largo cuello, introdujose el pico, cogió la piel de su víctima y con admirable maestría la sacó. Luego la extendió por tierra, con sus dos grandes pezuñas la aplanó debidamente y acostándose a lo largo de una mitad se cubrió hasta las narices con la otra y cerró los ojos. Un minuto más tarde dormía profundamente.

Miré entonces a mi mujer y ella me miró.

—¡Vamos! —le dije—. ¡Vamos! Basta ya de leonas y avestruces.

—Sí —me respondió—, basta ya. ¡Vamos!

Los Jerónimos broncinos anunciaron el mediodía.

Sentimos hambre.

Nos dirigimos al restorán de la Basílica, el más inmediato, y nos sentamos a la mesa.

Mi mujer pidió:

Pato escabechado.

Cazuela de cordero.

Prietas con puré.

Lúcumas a la crema.

Yo pedí:

Arrollado de chanco.

Caldillo de congrio.

Cochayuyo con cebolla.

Picarones en chancaca.

Luego ambos coincidimos en el café.

—¿Pagaste? —preguntó.

—Pagué —respondí.

—¿Nos vamos, entonces?

—Nos vamos.

Y nos fuimos.

Las nubes que hace algunas horas se habían abierto un tanto para hacer cantar a los cinocéfalos, a mi mujer y a mí; que luego se habían cerrado para hacernos callar; que después se habían transparentado para dar una luz clara, aunque tamizada, a la feroz refriega; que por fin se habían retirado durante el almuerzo para ayudarnos a englutir

nuestro menú al son de dorados rayos; ahora se habían nuevamente apesantado y oscurecido y destilaban una niebla confusa que hacía de San Agustín de Tango una urbe inhospitalaria, pegajosa y azul.

Marchábamos dificultosamente asustándonos con las siluetas de los faroles. ¿A dónde ir? Seguíamos por momentos a algún transeúnte cualquiera hasta que un autobús o un tranvía ponía, al detenernos, demasiada niebla entre nosotros y él, y lo perdíamos. Doblábamos después alternativamente a derecha e izquierda tras algo, tras cualquier cosa. Pero nada. ¿Adónde ir?

Cuando, de pronto, una idea: ir al taller de nuestro amigo el pintor Rubén de Loa, calle de la Inmaculada Concepción.

Allá nos encaminamos.

El taller de Rubén de Loa se halla en el segundo patio, piso bajo, de un edificio más bien sombrío. Su gran ventanal recibe la luz colada por enredaderas de hojas constantemente movedizas. Las hojas hacen verde la luz. Los cristales esmerilados hacen acuario el verde.

Allí nos metimos.

Rubén de Loa pintaba. Por lo demás, hace 24 años ha que Rubén de Loa pinta sin cesar. Al vernos por encima de su tela, vino hacia nosotros. Nosotros, por cortesía, avanzamos hacia él. Y los tres ejecutamos movimientos natatorios, elevándonos suavemente del suelo y volviendo a él al ralenti.

Nos ofreció asiento. Él se sentó ahí; mi mujer aquí; yo al frente entre ambos. Le dije:

—Tu taller es demasiado verde, Rubén de Loa.

—Verdoso —corrigió.

—Acuático —subrayó mi esposa.

Callamos fumando los tres.

Entonces, por entre las volutas de humo, me puse a examinar al viejo y querido amigo.

Su gran cabellera negra se veía, a causa del reflejo de las enredaderas, como pasto otoñal poco regado. Conservaba intactas sus facciones de jaguar. Su cutis seguía terso. Cierto que es joven aún. Tiene 31 años, puesto que hace 24 ha que pinta y que pinta desde los 7. Su mirada era en un 90% para adentro. El 10% restante, al desparramarse, era algo hueco y muy bondadoso. Fumaba pipa como conviene a un pintor. No estornudaba ni tosía. Sólo cada cuarto de hora decía:

—Vaya, vaya, vaya.

A lo que yo respondía:

—Sí, señor.

Y mi mujer:

—Así es la cosa.

Al cabo de una hora, Rubén de Loa púsose a mirar a la que es mi mitad. Lo imité. Veíase ella transparente como un pequeño sepulcro. Su cabellera castaña —en las calles de San Agustín de Tango— al mezclarse aquí en lo verdoso, estuvo a punto de producirme náuseas. Mas no así al viejo y querido amigo que la miraba siempre y la codiciaba.

Me puse entonces a mirar mis manos para ver algo vivo también de mi persona en el taller. Sufrían a su vez la influencia del ventanal, lo que me indujo a sumirme en la más honda meditación sobre la muerte.

Mi meditación no era cortada más que, muy de tarde en tarde, por los "Vaya, vaya,

vaya" del amigo y por los "Así es la cosa" de mi mujer. Hasta que volviendo en parte a la vida, me pregunté:

—¿Qué cosa es así?

Pensé que no podía ser otra más que la pecaminosa codicia de Rubén de Loa. Juzgué entonces oportuno cambiar de tema. Ataqué directamente el arte de bien pintar, diciéndole a mi amigo:

—Vas por mal camino, Rubén de Loa (Al hablar así, ni un instante, ni aún dentro, dentro de mí mismo, me referí a su codicia pecaminosa. Fue una frase sincera y dirigida directamente a su arte, mejor dicho a la atmósfera en que se desenvolvía, pues, a decir verdad, nada todavía nos había mostrado de su obra y la última tela suya que había visto databa de cinco años. Hablábale, pues, de la atmósfera, quede ello en claro).

—Vas por mal camino, Rubén de Loa, pues vives y laboras en una atmósfera artificial. No puede llevar a buen fin lo que se haga exclusivamente bajo la influencia del color verde. Si esto, más que un taller, es el interior de una selva, ¡más aún!, es como nos imaginamos, sobre todo de niños, el interior de una selva. He pasado sorprendido toda esta larga hora con el silencio de aquí dentro, pues a cada momento esperaba oír el canto de los guacamayos, el ladrido de la comadreja overa y los silbidos del oso hormiguero. ¿Puede hacerse pintura de este modo?

—No hay peligro —respondió Rubén de Loa—. Desde luego, esto no es verde y nada tiene que ver con la selva. Esto es de un verde grisáceo, mejor dicho de un gris verdoso y de selva no tiene más allá que el tono del eucalipto nuevo, verde apenas, apenas. Y este tono, en su ponderación, tiene tantos derechos a la vida como el bronce de los días asoleados o el violeta de las tempestades.

—Transijamos, amigo mío —proseguí—. Tu gris verdoso, no puedo aceptarlo. Transijamos con un verde grisáceo, advirtiéndote que la última palabra sobre el particular, me la reservo. Pero, en fin, he transigido. ¿Por qué no transiges tú también un poco?

—¿De qué modo? —me preguntó con indiferencia.

—Cortando las hojas de la enredadera que se transparentan a través del ventanal.

Rubén de Loa lanzó una risa despectiva y me preguntó:

—¿Que te has vuelto loco?

Espéré un minuto y luego, con tono confidencial, nos dijo, mirando alternativamente a mi mujer y a mí:

—Yo soy un solitario. No tengo esposa ni hijos ni parientes ni amigos. No tengo vicios. Si fumo, es por costumbre, pero no por placer. No voy a los teatros ni a los cines. No tengo amores ni con mujeres ni con hombres ni con bestias ni con objetos. Y trabajar me es duro, trabajar me hace sufrir. Así, pues, no conozco el placer. Exagero. No conozco más que uno solo, uno solo y nada más. Y éste me lo proporcionan justamente esas hojas transparentes que tú me pides cortar. Ponte aquí. (Luego a mi mujer). Señora, póngase usted aquí. (Luego a ambos). Miremos las hojas. Verán ustedes que sus formas y sus sombras al moverse con la brisa, dejan de ser hojas para ser variadísimas clases de peces nadando silenciosos en un vasto y verde acuario. Vean ustedes cómo pasan, se acercan, se alejan, vuelven, se pegan a los cristales, giran, desaparecen, reaparecen. Entonces siento cómo el agua del acuario se filtra por el ventanal e, inundándolo todo, me inunda a mí. Y soy a mi vez un pez. Nado muellemente por esta atmósfera, enredándome en el humo de mi pipa. Es mi único placer. Olvidan ustedes que yo no soy un hombre feliz.

—Rubén de Loa —le dije estrechándole cariñosamente las manos—, te presentamos

nuestras excusas. En verdad, nosotros somos felices, tenemos parientes y amigos, bajo nuestras sábanas se anidan muchos goces. Mi mujer frecuenta los cines; yo, los campos deportivos. Rubén de Loa, en nuestro nombre y desde el fondo del corazón, te pedimos que jamás cortes ni una hoja de aquéllas y te deleites siempre nadando por los aires de tu taller.

El buen amigo nos abrazó entonces enternecido y, cogiéndonos por las manos, nos hizo ejecutar una lenta, lenta, lenta pirueta acuática que nos cortó un tanto la respiración y que nos llenó de placer al sentir cómo nuestros pies volvían a tomar contacto, poco a poco, con el entablado del taller.

Nos volvimos a sentar. Le dije:

—Dejemos esas hojas de lado. Son de tu vida privada y no nos incumben. Pero, la estética nos pertenece a todos, así es que insisto. Gris verdoso, verde grisáceo, selva o eucalipto nuevo, será como tú quieras, más ello ha de destilar una influencia sobre ti. Verás, amigo, que ha de venir un día en que el azul lo verás verde, el amarillo lo verás verde, el anaranjado lo verás verde, y verde verás el blanco y el negro y cuanto existe. Tal cosa no puede subsistir, pues de tanto ver verde, al mismo verde no lo vas a ver. Podrás alegar que más vale conocer una cosa a fondo que resbalar por sobre mil. Mas, yo te digo que aquí no es conocer, no es penetrar. Es reducir, créemelo, Rubén de Loa. Y a este paso llegará el día en que hasta el rojo lo verás verde.

—¡Alto ahí! —exclamó Rubén de Loa—. ¡Alto ahí! ¡Ni una palabra más!

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

Como hace un instante, el buen amigo esperó un minuto y luego, mirándonos alternativamente, nos habló en su tono confidencial, al que agregó un dejo de tristeza.

—¡Cómo se ve que ignoran ustedes el rol del rojo ante el verde! Sépanlo ustedes: el rojo es el complementario del verde y esta ley de los complementarios es cuanto hay de importante en este mundo.

Yo murmuré:

—¡Huuuum!...

Mi mujer abrió un poco lo ojos, luego los volvió a su estado normal.

—Sí —prosiguió Rubén de Loa—, es importantísimo. Pues el rojo, al ser el complementario del verde, en cualquier circunstancia de la vida, lo complementa. ¡No se mofen ustedes, no! Voy a explicarme. Quien complementa, equilibra; quien equilibra, hace estable —¡muy importante esto: hacer estable!— pues, quien hace estable, hace viable. ¿Viable qué?, preguntarán ustedes. Muy justo. Voy a explicarme. Hace viable la circulación de la vida a través. No digo más: a través, a-tra-vés. Pues, pensemos un momento, agitemos nuestras mentes. La vida circula a través, puede circular, gracias a que tiene por donde circular. Esto es elemental. Y lo tiene, gracias a que hay, en aquello por donde circula, una estabilidad, y esta estabilidad es únicamente posible, gracias a un equilibrio constante o casi constante, y para que haya equilibrio tiene que haber por lo menos dos que se equilibren. Uno solo, ¿con qué, con quién se equilibraría? Y para que el equilibrio de los dos se mantenga, tales dos tienen que crear entre ellos un complemento, digámoslo sin rodeos, tienen que complementarse. Que si no, es el caos, la desaparición total, la vuelta al día antes del primer día de la creación. Y en tal caso, ni tú ni tu distinguida mujercita, ni yo ni mis telas ni nada. En cambio, tal como están, como son las cosas hoy, circula la vida en el gran complemento equilibrado y yo, el desdichado Rubén de Loa, puedo, a imagen del Crea-

dor, darle a la vida total, un punto más, un tubo más, diría, por donde gozar circulando. Es lo que hago con mis telas aquí en mi taller, amigos míos.

Y diciendo esto se precipitó a varios rincones y bajo vario muebles, cogió doce telas y las alineó al pie del muro opuesto al ventanal.

Mi mujer y yo, nos sumimos en muda contemplación. Rubén de Loa se colocó tras nosotros, alzó ambos brazos de modo que cada una de sus manos quedara por encima de cada una de nuestras testas y así, sin moverse, sin pestañear, veló sobre nuestra muda contemplación.

Las telas de Rubén de Loa eran verdes.

Las telas de Rubén de Loa contenían todos los verdes. Los de todas las horas del día y de la noche; los de todos los años de la historia. Contenían cuantos la Tierra ha dejado atrás en su marcha, cuantos la acompañan hoy, cuantos vendrán a pegarse a ella en su rodar futuro. Los de los cuatro elementos. Los del éter. Los de la gestación de la vida en el óvulo, los del parto y del florecimiento, los de la plenitud, los que se elaboran carcomiendo el aire interior de los ataúdes. El verde del silencio, los verdes de los murmullos, el verde del estrépito. El de Dios. El de Satán. ¡Todos, todos! ¿Para qué insistir más? Su sola enumeración me llenaría diez volúmenes y luego, si quisiera enumerar las relaciones de cada enumeración verde con cada otra, cien volúmenes no me bastarían. Por lo demás, ¿no es acaso bastante con la palabra "todos"? Metámonos bien esta palabra en la cabeza: *todos*. Todos los verdes. Basta con expresarlo así. Sin embargo, no sé por qué, algo como un escrúpulo me incita a seguir con ejemplos verdes, algo así, como de no hacerlo, sería falta de homenaje al magnífico talento verde de mi amigo. Sí, pero, ¿por qué lado empezar el primer renglón de la primera página del primer volumen? Que baste con que diga que allí estaba el verde mío que hasta entonces yo había ignorado. Estaba el de mi mujer. Y el de nuestro amigo. Y el de la relación entre mi mujer y yo. Y el de la relación entre mi mujer y él. Y de él conmigo. Y de los tres en ese punto, pues, si nos movemos, es otro verde (que también se hallaba en las telas), el de ese sitio y a esa hora precisa, y como ningún reloj se detiene, los verdes de las telas de Rubén de Loa, etc., mil veces etc. ¡Santo Dios! ¿No basta: TODOS?

Y siempre temo no rendir bastante justicia a su talento. Entonces, ya que no hay medio de ir a la enumeración, vamos, por lo menos, como homenaje, a una anécdota que demostrará hasta qué punto los verdes del amigo inflúan sobre cuanto cayese bajo ellos.

Hela aquí:

Mientras allí estábamos mi mujer y yo contemplando las telas y tras nosotros nuestro amigo con las manos levantadas, un tucán de propiedad de una vieja vecina, lanzó por los aires su canto agreste. He de advertir que, habiendo visto al pájaro en varias ocasiones anteriores, había podido constatar que pertenecía al género de los *Calioptcephalus Gayi*, es decir, que era un tucán multicolor pero sin ninguna pluma verde.

Pues bien, su canto chillón de colores detonantes penetró al taller por lo alto del ventanal, lo cruzó con su velocidad habitual y se posó sobre nuestras cabezas. Entonces, desde ahí, se infló redondo como una bola de jabón, explotó en viento removiendo nuestras cabelleras y dejó desgranar sobre nosotros una llovizna verdosa que, atravesándonos primero los oídos, nos armonizó luego los ojos con las doce telas para después darnos la sensación en todo el cuerpo de una sumersión en un sosegado pantano de algas y aguas muertas.

Con esto debería bastar pero veo que hasta ahora no he salido del mundo de lo sen-

sible, de los verdes que, mal que mal, pueden percatarse con los sentidos. Así, pues, permítaseme una palabra más.

Estaban allí también los verdes imperceptibles a los sentidos. Debo explicarme. La teoría de Rubén de Loa sobre los complementarios es, indudablemente, muy verdadera, es decir, que para que se mantenga el equilibrio y, por ende, pueda existir lo que existe, debe —limitándonos a este caso—, por cada cantidad de verde que se produzca, producirse igual cantidad de rojo y viceversa, por cada cantidad de rojo, igual cantidad de verde. Y así para todos los dominios de la naturaleza y del universo, pues de lo contrario, ya lo hemos dicho, sería el caos. Pero quedemos dentro de nuestros límites.

Ahora bien, pienso yo o piensa cualquiera en una selva. ¡Verde, verde y más verde! Apenas una que otra florecilla roja. ¿Cómo entonces no explota la creación ante este desequilibrio? Pienso más: el mar. Está azul, azul de tinta. Viene un juego de nubes y tenemos de súbito miles de kilómetros cuadrados de verde, surgido así, casi repentinamente. ¿Qué rojo y dónde lo equilibra? Hay allí cientos de casas de madera parda. De pronto, ¡fuego! Y surgen hasta el cielo inmensas lenguas rojas, titilantes y cambiantes que un segundo antes no existían. ¿Dónde, simultáneamente, surgen verdes, titilantes también, correspondientemente cambiantes —ya que cada matiz del uno exige el exacto matiz del otro— para que el equilibrio se mantenga?

A estas preguntas, Rubén de Loa contesta sin titubear:

—¡En alguna parte!

Luego agrega, agitando (lo anterior lo ha dicho con solemnidad):

—Que nosotros no los veamos, es otro asunto. Pero, desde el momento que existen, ya que no pueden dejar de existir, pues si dejaran de existir bastaría la súbita llanita de un fósforo repentino para...

—¡Sí! —interrumpimos mi mujer y yo— ¡el caos! Ya lo sabemos.

—Eso es, el caos. Puesto que existen, aunque no los veamos, existen. Y si existen, aunque no los veamos, tienen que poder reflejarse en una tela, pues el arte de la pintura no conoce trabas.

Vuelta a sumirnos en una muda contemplación.

En efecto, allí estaban los invisibles.

Mi mujer, espíritu grande, trascendental y generalizador, percibió de pronto, flotando en las telas del amigo, todos los verdes que acompañan, en alguna parte, a los crepúsculos de fuego que ensangrientan día a día todos los cielos de la tierra. Ya a punto estuvo de caer en éxtasis.

Yo, espíritu no tan vasto, permanecí dentro de mis posibilidades. Sólo percibí unos pequeñitos verdes fugaces, especies de fuegos fatuos que, traviesos, van por las calles de esta ciudad y de todas las demás. Trataré de explicarlos.

Como a la mayoría de mis conciudadanos, me gusta, por las mañanas poco antes del almuerzo, pasear de un lado a otro por nuestra hermosa avenida Benedicto XX. Como a tantos de mis conciudadanos, a muchas de mis conciudadanas les gusta también, a esa misma hora, pasear por esa misma avenida. Y a algunas de ellas, les gusta vestir de rojo. Por lo general, estás últimas son delgadas, altas, gráciles, sonríen, entornan los ojos, respiran moviendo los senos. Yo las miro entonces, las sigo con la mirada, las veo perderse por las esquinas o tras la multitud y me deleito con esas magníficas formas empapadas de rojo. Y siento, para qué negarlo, un marcado desasosiego.

Por mucho tiempo busqué su origen, mas sin hallarlo. No me contentaba con atribuir-

lo exclusivamente a la sexualidad. Había allí algo más que, por fin ayer, en el taller de mi amigo, encontré.

Había la percepción directa de esos rojos, sexuales y candentes, entre todos, por llevar dentro formas de muchachitas tiernas, y no había la percepción de los correspondientes verdes que los sosegaran, que los metieran dentro de un plácido equilibrio. Eso era. Y por eso yo, al verlas alejarse, sentía cómo me desequilibraba y me caía a los infiernos.

¡Nunca más! A partir de ayer, podré pasearme sereno por la avenida Benedicto XX. Lo podré, pues a partir de ayer he grabado en mí, gracias a las telas de Rubén de Loa, la percepción de los verdes fugaces y fatuos que, invisibles, por ahí, en alguna parte, siguen a cada muchachita que se aleja removiéndose en un pequeño chorro de sangre.

Me volví hacia Rubén de Loa.

—Tienes una enormidad de talento — le dije.

—¿Lo crees? — me preguntó intrigado.

—¡Por cierto, amigo mío! Es algo magnífico haber pintado los verdes invisibles que acompañan a los rojos que, al parecer, van solos por el mundo.

Y me volví hacia las telas.

Al volverme, estuve a punto de caer de rodillas. Había un verde que había olvidado totalmente y que ahora, al ver de nuevo y de pronto las telas, me apareció de golpe. ¡El verde de Lucrecia, la bella Lucrecia! Allí estaba, allí vivía. ¡Ese verde del alba, perezoso, cuando su cuerpo en el lecho, empieza a enverdecer enmohecido por tanto amor!

Me quedé contemplándolo largo rato.

Entonces el verde de Lucrecia, la bella Lucrecia, empezó a vacilar, a trasladarse poco a poco, tan poco a poco, que apenas me pareció oír allá muy lejos un repique de campanas nacido en el convento de los Jerónimos.

Agucé el oído. Tal vez sí — no lo sé — repicaban los Jerónimos. En todo caso, el cuerpo de Lucrecia oscilaba, se desvanecía.

Esperé.

El cuerpo de Lucrecia se fue en su verde. Y en su sitio empezaron a esfumarse los verdes de los frailes que tocan las campanas, los largos verdes de las torres que las cobijan, los de los muros de piedra que las sostienen y los que se desprenden del metal, tintineando por los aires, cuando los frailes lo golpean con la cuerda en la mano balanceando los badajos.

Y con esto creo que es bastante para rendir el justo homenaje que el amigo se merece. Es bastante, por cierto, en cuanto a los verdes se refiere, mas en las telas de Rubén de Loa había algo más:

En cada tela había un rojo, uno solo.

Quien ya conoce las teorías sustentadas por el pintor acerca de los complementarios, comprenderá que cada uno de esos rojos era el exacto, minuciosamente exacto, exacerbadamente exacto, complemento del conjunto de sus verdes. Por lo tanto, no vale la pena insistir en ello. Que se sepa, tan sólo, que si así no hubiese sido, ninguno de los verdes anteriormente citados hubiese podido aparecer, pues..., en fin, la teoría que nos lleva al universo todo. Sólo diré, para mayor comprensión de las telas, que cada rojo, inclinándose, según las necesidades, hasta el granate negro por un lado, hasta el estridente bermellón por otro, se doblegaba con una sumisión, una fidelidad, un amor tan grande a la multitud de verdes que lo circundaba, que hasta su forma tomaba parte en esta bipolaridad perfecta. A veces era el rojo largo, sinuoso, enroscado cual una serpiente; otras, era un manchón

que se descuartiza; otras, un puntito de pimienta picante; otras, un hermoso ramaje de un cáncer avanzado; en fin, la perfección, ¡qué diablos!

Pues bien, frente a tanta perfección, de pronto una duda me cogió. Me rasqué la cabeza y fruncí los labios. Prendí un cigarrillo.

—Amigo mío —le dije—, esto va mal.

Quedó el hombre boquiabierto.

—Calma, amigo —proseguí—, déjame explicarme. Diré más bien que esto puede ir mal. Pues acabo de notar —no sé cómo, así, súbitamente— que cada uno de los rojos y todos ellos en conjunto, no sólo complementan a los verdes de sus respectivas telas, sino que tienen un rol muchísimo mayor.

—¡Mejor que mejor!

—Escúchame. Los verdes de tus telas son verdes de tu taller, de su atmósfera, de este vasto agujero en que vives y laboras. Por consecuencia, los rojos, al complementarlos, no sólo a ellos los complementan sino a tu taller entero. Son esos rojos no sólo de tus telas; son del ambiente total de aquí dentro.

—¡Mejor que mejor!

—Sí, mejor que mejor mientras todos, hombres y telas, permenezcamos dentro. Pero, ¿si coges las telas y te vas por las calles, a una exposición, por ejemplo?

—¿Y bien?

—Rubén de Loa, ¡ten cuidado, ten cuidado! Al sacar tus telas de aquí, gran parte de cada rojo no tendrá más que hacer, perderá su objetivo, pues otra será la atmósfera que lo envolverá. Entonces, careciendo de la mayoría de los puntales que lo sostienen, lo pegan y lo plasman allí, se desprenderá, caerá por tierra y te salpicará los zapatos. Y esto no estaría bien, Rubén de Loa. ¡Créemelo por el amor de Dios!

Guardó silencio meditando. Luego dijo:

—No hay peligro. He hecho la prueba y no se caen. Las he llevado allí al patio, las he sacado hasta la puerta, las he venteado un rato en la calle misma, y no se caen. He hecho aún más: he ido con las doce telas al departamento de la vieja vecina y, una a una, las he ido colocando frente al tucán multicolor. Ni su carencia de plumas verdes, ni sus plumas escarlatas, han logrado hacer vacilar en lo más mínimo a ninguno de los rojos. Te repito, no hay peligro.

—Si la experiencia ha sido hecha, no hay más que hablar. No se caen; conformes. Pero ello no quita que parte de los rojos, al ser sacados de aquí, quede de ociosa. Tú dirás pequeña parte; yo, gran parte. Como sea, estamos de acuerdo en la existencia de esa parte. Y esta parte ociosa, colgadas ya las telas en un muro de exposición, empezará a buscar un objetivo, a rondar, a tratar de emplearse, a mortificar a cuantos ojos se posen sobre ella, a crear el yerro, a implantar el malentendido, a tender un velo de desconcierto entre los espectadores y las doce telas. Y va a resultar, mi buen amigo, que nadie va a entender palabra y que todos van a salir de allí con una engorrosa sensación de sin sentido.

Aquí noté que Rubén de Loa me miraba fijamente y con el rostro un tanto alterado. Callé. Entonces me preguntó:

—¿Y qué? ¿Y qué?

—Hombre, ¡nada! Eso únicamente. Saldrán los espectadores con el sin sentido en las pupilas. Nada más.

—¿Qué espectadores?

—¡Hombre! Los de la exposición, de la supuesta exposición.

Alzó la vista casi hasta la amenaza y volvió a preguntarme:

–¿Qué espectadores? ¡Responde!

Empecé a experimentar una cierta inquietud.

–Los supuestos espectadores de una supuesta exposición de tus obras. Cosa sin mayor importancia, por lo demás. ¿Por qué te agitas?

–Porque tú no me contestas con la palabra exacta. Por tercera vez, ¿qué espectadores?

Mi inquietud empezó a convertirse en miedo. Rubén de Loa poníase agitadísimo. Sus ojos relampagueaban.

–¿Palabra exacta? –pregunté a mi vez–. Querido amigo, no la encuentro. Si ella no es espectadores, digamos aficionados o críticos o simplemente hombres de la calle.

–Está bien –me dijo y se echó sobre una silla. Tres gotas de sudor aparecieronle en la frente–. Está bien. Ya que no la dices, esa palabra exacta, la diré yo. Tú quieres decir que saldrán con los ojos desorbitados por el sin sentido..., ¿sabes quiénes?

Esperé. Rubén de Loa exclamó:

–¡Los burgueses!

Un largo silencio. Al fin dije a media voz:

–Bueno. Vaya por los burgueses.

–Pero, ¿te crees tú –prosiguió– que ha nacido el burgués que logre inquietarme? Oye bien y clávate esto en la nuca; clávatelo de tal modo que no haya en el mundo alicate que pueda arrancarlo: como aparezcan burgueses que se confundan con los rojos errantes de mis telas, como que aparezcan, te repito... Pues bien, ¡mira allí!

Me volví temeroso hacia el rincón que su índice apuntaba. Mi mujer hizo otro tanto. Y ambos palidecimos.

Pendía en dicho rincón un enorme cuchillo de carnicero.

–¿Comprendes? –me preguntó el amigo–. Como que aparezcan, uno a uno los iré cogiendo por la garganta con mi izquierda y, con ese machete en la derecha, les revolveré las entrañas hasta su fallecimiento total, ¡total!, ¡¡total!!, ¿Ira? ¿Despecho? ¿Venganza? ¡Nada de eso! Les moleré, les amasaré, les descuartizaré las entrañas para que expriman y expelan todos los rojos de sus sangres. Entonces, con esos rojos, fabricaré cuantos falten aún en la creación, cuantos Dios tenga proyectado fabricar durante los días que quedan por venir, rojos de fuego, de rubí, de flores y de carnes, de menstruaciones y de heridas, de bochornos y de glorias. ¡Todos los fabricaré con el vientre sanguinolento y macerado de esos hombres, bernejo, granate, bermellón, escarlata, púrpura, carnín, coral, rosado, cardenal, cereza, granada, laca, encarnado, amaranto, tomate, alazán, ladrillo, salmón, ascua, chispa, fuego, cangrejos cocidos, lacres derretidos, hierros candentes, revoluciones, banderas, arterias y tripas!

El buen amigo gritaba como un varraco. Yo sentía que las piernas se me doblaban. Mi mujer hallábase apenas separada del desmayo por un bramante finísimo. Y nada podía impedirme pensar para mis adentros: “Este animal se va a volver loco y nos va a tajar como a ratones”.

Entonces lancé hacia mi mujer una mirada llena de interrogaciones. Preguntaba mi mirada:

–¿Estaremos, tú y yo, para el amigo, clasificados entre los burgueses?

Y mi buena mitad me miró a su vez contestándome:

–A lo mejor, allí estamos clasificados.

Sin esperar ni una gota más de rojo, avancé resuelto hacia Rubén de Loa. Le estreché ambas manos con efusión, diciéndole con voz emocionada:

—Querido y buen amigo, hemos tenido el más profundo placer al hacerte esta simpática e interesante visita. En cuanto la vida nos proporcione otra ocasión, la repetiremos encantados. Mas, por ahora, otras ocupaciones nos solicitan. Querido amigo, será entonces hasta muy pronto.

Y mi esposa a su vez:

—Señor Rubén de Loa, ha sido para mí un gusto indescriptible el apreciar el magnífico talento de usted, y el escuchar su amena charla. Será, pues, hasta muy pronto.

Él respondió:

—Hasta muy pronto, hasta muy pronto.

Y nos escapamos presurosos.

Ya fuera del taller, le dije a mi mujer.

—Hija mía, de buena nos hemos librado. Bastaba ya de verdes, de rojos, de pintores y de atmósferas acuáticas. Así es que, de prisa. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Sí —me respondió—, bastaba ya. ¡Vamos! ¡Vamos!

Y nos dirigimos a la sala de espera en la plaza de la Casulla.

Hubo entre mi mujer y yo más o menos el siguiente diálogo:

Yo: Encuentro que el día de hoy ha sido hasta ahora muy hueco.

ELLA: No. Yo lo encuentro más bien intenso.

Yo: Por sensaciones, tal vez. Pero, ¿qué hemos sacado en limpio?

ELLA: Es verdad. Porque después de todo, ¿qué hemos sacado en limpio?

Yo: ¿Qué?

ELLA: ¿Qué?

Yo: Nada.

ELLA: Nada.

Yo: Y ello no es posible.

ELLA: ¿Cómo remediarlo?

Yo: Verás. Guardemos silencio un largo rato. Tú planearás por donde se te dé la gana, en pensamiento, se entiende. Yo, mientras tanto, me dedicaré a hacer observaciones de cuanto nos rodea. Y verás qué de cosas sacaré en limpio.

Ella: Convenido.

La sala de espera era como todas las del mundo entero: opaca y polvorienta, sobre todo polvorienta. Nosotros estábamos sentados junto al ventanal. Afuera, en la plaza de la Casulla, seguía la vida habitual de dicha plaza. Adentro, no menos de veinte personas esperaban.

Encuentro igual interés entre las personas y los objetos, sobre todo en las salas de espera donde todas las personas se identifican con los objetos al esperar. A pesar de ello, empecé con un ser humano como yo: el barrigón sentado al otro extremo y frente a mí.

¡Sí, por cierto! ¡Un barrigón! ¡Qué fácil observarlo! Por lo mismo, voy a él, a ti, barrigón incógnito. Por la sencillez de una panza revestida con casimires baratos, una panza con piernas cortas con zapatos de sudor filtrado, una panza con cabeza, en ella bigotes, sobre el total un hongo. Acababa de asistir a sucesos que, con razón, mi mujer calificaba de intensos: ver guillotinar a un semejante, oír el cántico de miles de cinocéfalos arrobados por el Sol, la refriega sin igual de aquellos dos bichos enfurecidos, los misterios de los

verdes y los rojos... ¡Y nada! ¡Nada en limpio! Quiere decir que no estoy a la medida de tales sucesos. Ahora sí, frente a frente, el barrigón y yo.

Observar a un barrigón... Ahora pienso, ¿será más fácil—para llegar a una conclusión, se entiende, para sacar algo en limpio—que observar, pongamos, la separación de las aguas y las tierras el tercer día de la Creación? Tal vez. Sin embargo, recorro el vasto campo de todas mis lecturas y, que yo recuerde, no sé de ningún hombre ni del pasado ni del presente, que haya jamás sacado algo en limpio de la observación de otro hombre barrigón. Ni aún sé de ninguno que haya intentado, que haya osado dirigir su observación sobre un barrigón sentado frente a frente.

Me dirán que la literatura está llena, cuajada de barrigones y que tras de cada uno hay un escritor que teje cánticos o psicologías, anécdotas o tragedias alrededor de la barriga de su elección. Sí, es verdad. Sí, pero, ¿y el barrigón mismo? El barrigón como hecho absoluto, contundente, como imperativo categórico, ¿dónde está? ¡Lo sé, lo sé! Puedo yo también tejer cuanto quiera junto a esa barriga. Puedo hablar de una vida gris, apremiada, de un horizonte de buey que pasta guisos de conejos a la cacerola y rumia hoy lo de ayer para rumiar mañana lo de hoy. Puedo decir que su mujer ya no lo quiere y que sufre el barrigón en silencio, pues piensa que, aunque en principio es injusto, es en la vida justo que una barriga así no sea amada. Y en este caso una barriga es un elemento de tragicismo y desolación. Puedo verlo vivaracho, malicioso, no pastando, sino saboreando conejillos variados y aliñados, buen vinillo tinto y blanco que a la lengua hacen chasquear. Los gordos amigos allí están de igual modo, la señora ríe de contento al hacer saltar un corcho más y lo que quiere, lo quiere. Y en vez de rumiar hoy lo de ayer—ni esperarlo!—rumió ayer el conejillo de hoy y hoy rumiará el lechoncillo de mañana. Y de esta manera, ¿no puedo acaso pasar mi vida entera y dos vidas y más envolviendo su barriga en cuantas existencias haya habido, de cuantos gordos y aún flacos la Tierra haya mantenido en su corteza? Todo lo puedo con mi barrigón de enfrente, soñar, amar, balancearme en celestes y dorados, bajar, encenagarme, asomarme a las putrefacciones de las tumbas.

Todo esto estará muy bien. Sí, pero, ¿y el barrigón de enfrente? Él, allí, sentado. Él, por el hecho de ser, de estar. Él, por el hecho de observarlo yo. ¿Dónde está? No se trata de ir a averiguar su verdadera vida, sus ideas, sus afanes. Sería volver a lo mismo. No se trata ni siquiera de identificarse a tal punto con él metiéndosele dentro, que simultáneamente se viva su vida y la de uno. No. Se trata del hecho que esté allí, del hecho que un barrigón sea, del hecho que yo exista, del hecho que mi voluntad me haya ordenado: "obsérvalo, delimitálo, sábelo". Del hecho que, al querer hacerlo, el barrigón se me diluya, pierda sus contornos junto con hacerse hermético y me suma en el mismo estupor que hace tiempo me sumió una tarde distraída, al mirar y darme cuenta que allí estaba, fijo, inmóvil, solo, un interruptor eléctrico pegado a la pared. Y cuando quise cerciorarme de su realidad, el interruptor se me aisló del mundo y, por breves instantes, no comprendí más nada de esta vida ni de la otra.

Pero volvamos, volvamos. Ayer en la sala de espera había hecho yo una promesa. Háblele prometido a mi mujer algo en limpio de mis observaciones. Y hasta ahora, nada. El reloj de la sala de espera tocó tiempo perdido.

¡Observar, Dios mío, observar! Vamos por orden. Un poco de calma y serenidad. Desde luego, conozco dos medios de observar, de conocer a otro ser. Los mismos que pueden servir para un objeto, un animal, un libro y demás. Pongamos un libro; me es más fácil. Primer medio: lo abro en la primera página, lo leo entero y por su orden y no me detengo

hasta leer la palabra *Fin*. Segundo medio: lo compro, lo llevo a casa, lo miro por arriba, por abajo, por delante, por detrás. Lo pongo en la biblioteca. Lo saco por la noche y lo hojeo. Lo dejo sobre la mesa. Le cuento a un amigo la existencia del libro en mi casa. Se la cuento a dos, a tres. Leemos en cualquier página cualquier frase. Otro me dice solici-tándomelo: "A ver, a ver". Lo hojea con el entrecejo fruncido y yo atisbo su expresión. Esto dura varios días, semanas. Nadie lo lee, pero se vive en su atmósfera. Al cabo de un mes, cada uno de nosotros da una conferencia sobre libro y autor. Es el segundo medio.

Muy bien. Pero nadie me podrá negar que el primer medio es el que indefectiblemente emplean los ornitólogos y el resto, y que el segundo es grato, gratísimo, a los malos poetas.

Hágome ornitólogo: hago una acabada descripción del barrigudo de pies a cabeza, peso, altura, estado social, pasado, presente, intenciones futuras, presión arterial, anhelos, dolores, cuenta corriente y ¡qué sé yo! Pienso. En verdad, no resulto como ornitólogo.

Soy mal poeta: rondaré a su alrededor, cruzaremos una que otra palabra, atisbaré sus gestos en el café, en el tranvía, en la calle, cuando está solo o con amigos, con su mujer, con su chico, cuando pasa el regimiento, cuando pasa una muchachita roja envolviéndolo en verde invisible en medio de la avenida Benedicto XX. Y llamaré a mí, vagamente, vagamente, allí en esa región intermedia entre la conciencia y la subconsciencia, a muchos vagos escritores de tiempos vagos que hayan a su vez perseguido barrigones y lo hayan hecho algo mejor de lo que yo lo haré. Así conoceré la vida gorda de los buenos gordos de las grandes urbes. Y escribiré.

Sí, pero, ¿y el gordo de allí enfrente? Ha vuelto el reloj a tocar otro tiempo perdido. Y mi santa mujer, bien junto a mí, en la sala de espera, espera.

¡Oh, Dios! ¿Cómo observarán los hombres de talento? Como sea, calma y serenidad y, sobre todo, procedamos por orden.

Empecemos por delimitar al gordo: al norte, el extremo de su hongo; al sur, el extremo de sus botas; al oriente y poniente, el extremo contorno de: sombrero, orejas, cuello, hombros, brazos, caderas, muslos, piernas, pies. El total, negro. Sobre este negro: mancha aceitosa del rostro, mancha blanca de la camisa, mancha... (Esto se desmorona hacia la ornitología, pero, en fin, el barrigón ha quedado delimitado). Observemos. Vamos al norte. El sombrero. Pero el sombrero no es el gordo sino del gordo. Y si observo el sombrero, veo su copa que no es el sombrero sino del sombrero. ¡Alto! Vamos directo al gordo: allí está. Sí, allí está la cara del gordo que no es el gordo sino... Esto va a recomenzar.

Una impresión de conjunto, el total. El total: ¿En color? ¿En forma? ¿En volumen? El verdadero total. Los tres. Es decir, el ambiente, la atmósfera en que vive el gordo. Sí, pero de aquí a un cuento del mal poeta no hay más que un paso. ¿Qué hacer, esposa mía?

¡La panza! La panza en un panzudo, es la solución.

Empieza en el sitio del primer botón del chaleco; termina frente al quinto botón de la bragueta; por ambos lados desborda ligeramente. Bien. Pero observemos la panza. Veo el chaleco. Es natural. La panza está dentro. Habría que entrar por el hueco entre dos botones, entre el tercero y el cuarto, pues allí, el borde superior del chaleco, a causa de la postura del barrigón, se levanta visiblemente. Paño negro abajo, paño negro arriba, menos luz. Pero el paño negro de arriba ha de terminar no muy lejos y ha de verse en claro el reflejo del forro blanco. Avanzar. Hemos al borde del paño negro inferior. Un salto y estamos en la camisa. Se me figura que ha de respirarse aquí un aire denso y también que el movimiento respiratorio ha de sentirse con mayor intensidad: sube, baja, sube, baja. Y

aire denso. Un cierto malestar, un comienzo de mareo. Bien. Ahora, buscar un paso por la abertura de la camisa, tal como se hizo con el chaleco. Listo. Sí, listo, pero antes hay un punto: ¿llevará camiseta el gordo? Todos estos días han sido más bien calurosos en San Agustín de Tango y alrededores. No ha de llevar. Aunque por lo general las personas como este gordo, de su edad, de su volumen, de su clase, llevan camiseta el año entero. Es la juventud, con el auge de los deportes, la que ha desechado esta prenda de vestir. Pero a mí se me figura, se me ocurre, que el gordo no la lleva. Estamos, pues, en la panza, en plena panza. Y junto al ombligo. Inmenso, profundo, lóbrego ombligo. Cráter de tinieblas mal olientes que sube, baja, se agranda, se arruga, sube, baja, agrandase, arrúgase. Y al fondo, al fondo... ¿Qué hay al fondo del ombligo? Ahora que me fijo, nunca lo he observado. Debe haber pequeñas arrugas entrelazándose las unas a las otras. Tal vez. Voy a observarlo.

¿Observarlo?

¡Observarlo! ¡Al diablo!...

¿Y la panza toda del panzón? ¿Y el panzón mismo?

"El barrigón como hecho absoluto, como realidad, como imperativo categórico...".

¡Y yo al fondo del fondo de dos arruguillas entrelazadas...!

Calma, serenidad es menester ante estas cosas. Vamos por parte.

Allí está la panza, toda la panza, circular, circular. Bien. Sí, pero estoy moviendo los ojos en círculo. Luego, resbalo, no penetro. Me balanceo, me estoy meciendo y esto es atmósfera y por ningún motivo el imperativo categórico hecho carne. Esto es un comienzo para el mal poeta. Esto es impresionismo, es vaguedad. Prueba de ello es que la cadena de oro que la cruza de parte a parte la veo, mientras así giro, como si estuviese fuera de foco. Para verla, habría que detener los ojos sobre ella. Pero entonces los bordes de la panza saldrían de foco. Más aún, los extremos de la cadena saldrían también. Tendría que volver a moverlos de un lado para otro. Si los detengo, veo un anillo, nada más que uno. Acaso al ver ese anillo, sin poder apreciarlo, los estoy moviendo. Pero no importa. No lo aprecio y basta. Un anillo. Igual a todos. Tiene poca fantasía mi buen barrigón. Recuerdo otras cadenas, la de mi tío Diego, por ejemplo, que consta de tres clases de anillos. No importa. Aquí son todos iguales. ¿Iguales? Un momento.

Cada vez que veo una cadena, de cualquier tamaño que sea, con anillos o eslabones iguales, inflo cada uno de éstos, sin modificarlos en nada, hasta proporciones gigantescas. Me entretengo entonces al ver cómo, poco a poco, a medida que crecen, se van diferenciando a tal punto que, con sólo echar una rápida mirada en torno mío, sé en cuál de ellos me encuentro con mayor certeza que la de un experimentado turista al encontrarse de súbito e ignorante sea en China o Andalucía, en el Congo o en Escocia. En la cadena, por cierto —me refiero ahora a la del barrigón, con exclusión de cualquiera otra—, todo es oro y nada más. En este mundo todo es tierra. Que sobre la tierra hay árboles —y éstos varían—, que en ella hay rocas y junto a ellas hay aguas, etc. y etc. Lo sé. En el oro, aumentado a tamaños planetarios, hay también cuanto se quiera. Así, pues, en la cadena recorro no sólo cinco continentes sino tantos como anillos haya y con la enorme ventaja que al final, en vez de llegar al punto de partida como sucede en nuestro globo, llego a algo totalmente diferente, diametralmente diferente, otra materia, otros elementos, otra vida, otro todo: un cortaplumas de plata, por ejemplo, que es de seguro lo que ha de colgar de la cadena del panzudo. Y estando en éste, gozo del magnífico espectáculo blando, algodónoso —como

aquí del cielo, sus nubes, soles y estrellas— de un fondo peluciento de un sombrío bolsillo chalequero.

Ésa es la cosa: el fondo peluciento de un sombrío bolsillo chalequero. Ésa es la cosa: a él han llegado mis observaciones todas. Allí desaparecen, allí van a englutirse, allí van a yacer.

Mas, no me desanimo, pues, puede ser que el error sólo esté radicado en un mal método.

He empezado por lo grande, la panza, y he caído en lo pequeño, ese fondo de bolsillo. He tratado de empezar por lo inmenso, el barrigón mismo, y he visto que era también, una pendiente a lo minúsculo. Ahora, allí estoy en el extremo minúsculo, en la extrema punta de una pelusa del rincón del bolsillo del chaleco del panzón. Hay que emplear el método contrario y, a lo mejor, se soluciona todo. De lo pequeñito vamos a lo grande, de la pelusilla vamos creciendo hasta llegar a las majestuosidades del panzudo. Pelusilla céntrica, pelusilla universo, la veo sola y única, lanzada en el espacio sinuosamente, sin consistencia y más allá de la gravitación. La veo así, mas, ¿por qué no poder concebirla así? No puedo aislarla del aire chiquito que se venta dentro del bolsillo, sobre el cual se apoya. Y al pensarla, siento, palpo la distancia de mi cerebro a ella, la siento y palpo como cosa viva, permanente, como una materia que nos une, nos conecta, materia sin tamaño o con tamaño único, pues ya que me acerque hasta pegarla en mi cabeza, ya que me aleje hasta Shangai, la ciudad antípoda de la pelusa del panzón, es siempre igual, inalterable. En la negación de esa distancia, allí estamos pelusa, Chile, Shangai y yo. Y flotan, pelusa, otras más que se te entrelazan formando una pelusa de pelusas, que es pensada a su vez por mí.

Pero, tampoco puedo a ésta pensarla sola. La pienso, mal que me pese, con su sitio en el espacio. Sin este sitio se me escapa, pues veamos, ¿dónde colocarla? Desaparezco el bolsillo, el chaleco, panzón, sala, ciudad, Tierra, constelaciones. No queda más que ella, nada más, nada, nada. Pero entonces, al pensarla, me siento yo, yo mismo ubicado, y no en el vacío, pues por allí está la pelusa, tiene que estar en un punto de tal vacío, estar con relación a mí. La pongo a mi izquierda o a mi derecha, bien arriba, inmensamente bajo mis pies. Donde la ponga, siento *estar* mi cabeza y a la pelusa también con relación a ella. Más vale no desaparecer nada; se vuelve invariablemente a lo mismo. La pelusa existe porque existe algo a su lado, no más sea una cabeza que la piensa. Existe, porque yace al fondo del bolsillo, porque sus dos paredes se elevan gigantescas agarradas del chaleco que les da la existencia, del chaleco agarrado a la panza que lo hace existir. Pues, ¿qué es un chaleco sin panza? Es lo inconcebible. Si no es la panza, será cualquiera otra cosa que bien la valga. Un chaleco solo, único en medio de la total negación, nos sobrepasa. Para concebirlo tiene que estar, para estar tiene que serlo con relación a algo. Más vale que este algo sea una panza porque así lo estoy viendo allí frente a mí. Y sigue lo mismo, lo mismo, lo mismo. La panza agarrada al panzón. El panzón agarrado a este aire polvoriento que se agarra de los muros, que se agarran del edificio entero. Edificio que puede existir únicamente porque hay donde existir y lo hay porque rueda la Tierra junto al Sol, porque el Sol es respecto a las constelaciones que son porque son respecto al cosmos, que es...

Pues bien, esposa de mi corazón, hace un instante caí al abismo de un ombligo, luego al fondo de un bolsillo y ahora me pierdo en el todo, me pierdo deshecho, filtrado a través del cráneo hasta ese todo total. ¿Y el gordo a todo esto? Se escurre el muy canalla. El gordo no es.

Esposa de mi corazón, ya esta vez no imprecaré nuevamente ni solicitaré calma ni serenidad.

Es otra cosa lo que ocurre. La barriga del barrigón es otra cosa. Pues debo, para ser consciente de su presencia, resbalar los ojos sobre ella, no concentrarme. Pues, si tal hago, me precipito en un embudo, cada vez más angosto, más fino, más y más, mientras todo alrededor se diluye, dejándome la sensación de un torbellino turbio que marea.

¡Barriga y barrigón! Estáis allí hechos realidad porque no me fijo en vosotros, porque os rozo nada más. Como que os palpe para cogeros, os desvanecéis. Y yo parto en persecución de un punto, uno solo, el último, que se me escabulle siempre por mi tamaño y el suyo. Y si yo me disminuyera lo suficiente para darle caza, acaso —¡no! ¡seguramente!— volveríamos a lo mismo, ya que no hay duda que si me agrandara, el barrigón entero pasaría a ser ese punto último y real y, al serlo, ¡vuelto a lo mismo otra vez!

Sin embargo, el gordo está allí, esperando, un santo y paciente gordo concreto. Pues, de haber algo concreto en este mundo tiene que serlo un gordo esperando con hongo y cadena de oro, en una sala de espera de una ciudad, al fin y al cabo, harto plácida.

Sí, no hay duda, pero siempre que —y aquí está la cosa—, que yo viva junto a él, distraído. No me queda otro remedio, si quiero que todas las cosas —y sobre todo los gordos— me sean concretas, que seguir siempre distraído, recibiendo vagas percepciones de un lado y otro, dejando que sus ecos confusos me resuenen dentro como un total aceptado y dominador por distracción. Si no, todas las cosas —sobre todo los gordos— me serán abstractas.

—Mujer mía —díjale a mi esposa—, ninguna observación podré darte, pues el gordo de allí enfrente, ¿lo ves?, es un gordo abstracto.

—Observa entonces otra cosa.

—¿Y si me ocurre otro tanto?

—Imposible —fue su respuesta—. Observa aquella lámpara.

¡Pobre mujercita mía! Cree aún en las diferencias entre los gordos y las lámparas que cuelgan de los techos. Si me bastó una mirada rápida para percatarme que el trasero del torbellino allí también estaba para chuparme y acarrearne hasta sus denticillos trituradores de toda realidad. Le dije:

—No. Las lámparas también son abstractas a no ser que te contentes con colgarlas del techo, prenderlas por la noche, apagarlas cuando haya luz y sacudirlas de cuando en cuando; a no ser que te contentes con llevar toda tu vida dentro de ti una noción nebulosa, indefinida, de la realidad lámpara. Porque, ¿no crees tú...?

—Creo que exageras como un idiota— fue su respuesta.

—Si lo soy —repliqué—, es porque siempre me han sido intolerables cuantas salas de espera he visto en mi vida.

—Mira entonces para afuera.

Y se calló.

¡Afuera! ¡Qué cambio! Es increíble que un vidrio, un simple vidrio de no más de 6 ó 7 milímetros de espesor, pueda separar tan diferentes cosas. Afuera nadie esperaba, nadie se quedaba atrás como corríamos riesgo de hacerlo nosotros, el gordo y los veinte o más otros bultos semivivientes depositados a lo largo de los bancos. Afuera todos se precipitaban. Es verdad que la plaza de la Casulla es una de las más hermosas de la ciudad. Nuestras ciudades son demasiado regulares y cuanto a nuestras plazas, la regularidad es perfecta. En cambio ésta, al angostarse hacia la derecha, tiene cierta irregularidad que, al menos a mí, me es muy grata. Y luego a esa hora —ya el Sol se había puesto—, toma toda ella un tono

de acero algo opaco. Este tono por sí no tiene, por cierto, nada de muy extraordinario, pero es muy adecuado para hacer resaltar los diversos anaranjados y amarillos de las tantas luces que la iluminan o que brillan en sus numerosas vidrieras.

Hay vidrieras de cafés, de tiendas y de cines. En las vidrieras de los cafés se ven los clientes hablando como mudos; en las de las tiendas, lo que se quiera ver (yo, especialmente, desde mi observatorio, veo objetos de caucho); en las de los cines, astros y estrellas, de cera. Ni las unas ni las otras tienen nada de particular. Son feas, son irritantes y aburridas, como todo lo que sucede tras un cristal para adentro. Así es que la belleza de la plaza queda suspendida a cierta altura sin poder echar raíces. Apenas se desparrama hasta el suelo por los pilares entre vidrieras. Pero, al hacerlo así, no lo hace precisamente como belleza; lo hace más bien como ocurrencia mía para expresar con justeza, esto de que la plaza es hermosa y las vidrieras no.

Tal vez los anaranjados y amarillos de las vidrieras sean hermosos con el acero de la plaza. Pero en tal caso la belleza está en una relación de colores y no en la plaza. Y es absurdo que, siendo hermosos estos colores al relacionarse, sean destemplantes los elementos que los producen. Porque la plaza de la Casulla podría estar en cualquier parte del mundo y las vidrieras también; la primera como hallazgo, las segundas como estupideces. Y de ser hermoso a esta hora este total –digo yo; a mí no me importa un bledo, mas mi constante frecuentación con pintores...– de ser hermoso y por lo mismo que he frecuentado pintores, su hermosura debería estar en un museo y no en la vía pública. Producida en ésta una primera vez, los pintores, al cogerla y llevársela en sus telas, deberían dejar un hueco en su sitio o lo que haya de verdad sin tal belleza. Pero no. La dejan, sigue allí y uno, ¡apreciarla, gustarla! Es de volver loco al más cuerdo.

En fin, obedecí a mi santa esposa. Miré y seguí mirando.

¡Nada, nada, nada! Casi la misma historia que con el barrigón. Habría podido tejer, planeando, cuantas historietas hubiese querido imponerles a todas esas gentes de tiendas, cafés y cines o cuantas ellas, por evocación y lejanas analogías, le hubiesen impuesto a la receptabilidad boba de mi sensible mente de artista.

Entraban, salían, se apresuraban, se detenían, saludaban (éstos, los que saludaban, eran principalmente los que me causaban una honda irritación), miraban las vidrieras, tomaban butacas para el cine, escupían, funaban.

¡Qué de elementos para elevar hasta los cielos, hasta las letras, mil construcciones magníficas! Y más aún con el avance de la hora: ya el acero opaco iba fundiéndose y las luces de las vidrieras eran ascuas refulgentes.

Y yo miraba, ¡querida mitad de mi vida!

Mas, ¿a quién podría importarle una historieta mía sobre esos caballeros o damas? Por otro lado, ¿son ellos para que yo me masturbe el cerebro con sus vestones y sus faldas? Tengo en el fondo de mí mismo la certeza de que son para otra cosa y, por lo tanto, de que yo también he de ser para otra cosa. Pues, no es posible tanta gente para mi uso personal y para cosquillar la sensibilidad de mi mujer. No es posible. Sería de una falta de lógica abracadabrante. O a lo mejor es así, son para eso. ¡Sépalos Dios! Pues si no lo son, ¿para qué serían? ¡Tanta gente! ¿Para qué será?

Creo que se podría impunemente suprimir la mitad. De cada dos, matar uno, y aun de cada tres matar dos o matar tres de cada cuatro. ¿Qué cambiaría en el fondo? Que lo que está sucediendo, esto, todo esto, el universo, el cosmos, sea registrado –bien o mal, algo o mucho, es otra cuestión– por un caballero o por dos caballeros o por mil o por

millones, ¿qué le importa a lo que está sucediendo? Si yo hubiese estado mirando la batalla de Jutlandia solo, completamente solo, la batalla habría sido igual. E igual también si hubiese estado con mi mujer y aun si con mi mujer y el barrigón y Rubén de Loa y el malogrado Malleco y mi hermano Pedro y el cónsul del Uruguay y cuantos haya. Entonces, ¿por qué no suprimirlos a todos?

¡Ah, no!, exclamarán muchos. Deben estar allí, aunque más no sea en la plaza de la Casulla, para que registren, registren, cojan con sus antenas interiores justamente el eco del cosmos.

¡Vaya una gracia! Así es que, señores muchos, a mí no se me habría podido echar lejos durante la batalla de Jutlandia. ¿Por qué? Porque yo estaba registrando con los tímpanos los estampidos del *Lion* y del *Lützow*, con los ojos sus fulgores y con mis antenas, una concepción de batalla. ¿Y registrando para qué? Para volverme luego con mi concepción de batalla a casa, comer con apetito, hacer el amor y roncar. Como todos esos caballeros y esas damas. ¡Hay que verlos! ¡Registra que registra el Cosmos Todo y volver a casa a sacarse los zapatos!

Calma. Debe haber una razón mayor.

La razón debe estar por ahí por las vidrieras. Esas vidrieras y esas gentes no hacen más que uno. A tal punto, que no puedo concebir, aun cerrando los ojos, vidrieras sin gente y, lo que es más, gente sin vidrieras.

La gente existe para atravesar vidrieras. Y, ya atravesadas, consumir cine, bebidas y objetos varios, especialmente de caucho. Si se suprimieran las vidrieras, la humanidad entera se desparramaría hacia los cuatro puntos cardinales, se sumergiría en los océanos rápidamente y en las arenas de los desiertos lentamente. Entonces en los bosques, praderas y ciudades, los pajaritos entonarían nuestras canciones.

Me gustaría que a mí se me encomendara apagar todas las vidrieras. Haría colocar el conmutador en la punta de la más alta torre, en la torre del Ayuntamiento, por ejemplo, lo apretaría con el dedo meñique y me daría el soberbio espectáculo de la humanidad desparramándose. Imaginarse tal espectáculo me hace recordar el que presenciamos en el Zoo desde lo alto del olmo cuando huían locamente hombres, mujeres, niños, ancianos, soldados y frailes. Pero entonces no deben de haber sido más de cien mil humanos los que se esparcían; ahora, todos los miles de millones que pueblan la Tierra. Entonces iban con el máximo de velocidad que sus piernas les daban; ahora se esparcirían con desesperante lentitud, cabeceando y quejándose como hipopótamos al recordar apenas, apenas, que algo les había quitado, al no poder recordar de nuevo y formular una palabra desmoronada al fondo de sus olvidos, la palabra "vidriera".

Por cierto que más de algún caballero aficionado a las lucubraciones podrá decirme:

—Caballero, no son los hombres los que existen para las vidrieras, sino las vidrieras para los hombres.

¿Qué poder responderle? Las conclusiones de los caballeros tienen esto de particular: que aunque no convenzan a nadie, nada se les puede refutar.

No le refutaré, pues, pero:

—Caballero, siga sosteniendo lo contrario. Caballero, óigalo usted bien. No me cabe la menor duda que si en un sitio abandonado e inaccesible, pongamos la cumbre del Tupungato, colocáramos un café, una tienda y un cine, pronto, muy pronto, antes de lo que usted se imagina, caballero, empezaría a brotar hombres de entre los peñascos y de bajo las nieves eternas. Hagamos ahora lo contrario, caballero. Coloquemos en la cumbre

del Tupungato cuantos hombres usted quiera, pero sin tiendas ni cafés ni cines. Enloquecerían primero y morirían después.

Dios creó ante todo los cafés, las tiendas y los cines. Luego cafés, tiendas y cines, crearon hombres. Los crearon cuando ya el impulso primero de Dios empezó a amortiguarse y tuvieron que buscar sustento con sus propios medios. Dios, al ver esto, se sintió feliz. Luego le vino una idea digna de Satanás:

“¿Si quitáramos al alimentado y dejáramos sólo al alimento?”.

Y bajo los pliegues de su capa celeste, escondió cafés, tiendas y cines, se los llevó al cielo y los guardó. Entonces los hombres, ya sin objetivo, sin razón de ser, echaron pelos, se treparon a los árboles y aullaron.

Al ver esto, Dios, que es infinitamente inclinado a la compasión, empezó, poquito a poco, a echar, por aquí y por allá un pequeño cafetín; y esperó. Más tarde una que otra tiendecilla; y atisbó. Por fin, un cine, una especie de cine; y observó. Luego más cines y más. Y todo volvió a correr como sobre rieles. Y es lógico, caballero mío. Mire usted, nuestros hermosos trigales, nuestros hermosos alfalfares, ¿por qué son tan hermosos? Óigalo usted, caballero: porque hay hombres y caballos que los devoran. Suprime usted a éstos, y la maleza acabará con los trigales y alfalfares. Sí, caballero, mío, así es la cosa y no de otro modo.

Lo único triste que hay en todo esto, lo único descorazonante, caballero —y en esto estaremos de acuerdo—, es que, sea todo como sea, tenga usted razón o la tenga yo, no la tengamos ninguno o la tengamos los dos, toda esa gente seguirá precipitándose por entre las llamas de las vidrieras. Seguirá, aunque mucho sea el polvo plomizo que me siga cayendo aquí dentro de la sala de espera. Lo único que me consuela y me hace mirar sin tanta envidia a tanto ser precipitado es saber que, por mucho que se precipiten, irremediablemente tendrán que volver a comer a sus casas. ¡Qué! ¿Algunos comerán en el restorán? ¡Vaya una gracia! ¿Y después? Pregunto esto, nada más: ¿Y después? ¡A sus casas! ¡Qué! ¿Algunos pasaron la noche fuera? ¡Vaya una gracia! Volverán, volverán algún día a cambiarse cuello.

Sí, pero nuevamente lo triste, sea como sea, aunque caigan a sus casas y se cambien cuello, es que volverán a la plaza de la Casulla a precipitarse a pesar de mis iras y del polvo que me cubra.

Total: ¡No hay caso! ¡La misma necesidad que con el barrigón y la lámpara, es con esta plaza! Aunque observe, mujercita, todo sigue igual. Y si observo, o el ornitólogo o los tejidos del mal poeta. ¡No hay caso, mujercita!

—Mujercita —murmuré—, estoy fatigado. Creo que ya es bastante, que basta ya de barrigones, lámparas, plazas, casullas, gentes, cosmos y vidrieras. Así es que, por piedad, ¡vamos!, ¡vamos!

—Sí —me respondió—, por piedad, ¡vamos!

Ya lejos de la plaza de la Casulla, le dije:

—Perdóname si no te tengo ninguna observación, si nada he sacado en limpio. En cambio, de tiempo atrás, vengo haciendo otra observación, que continuamente verifico como verdadera. Ella es que, cuando las ideas pesimistas me dominan, cuando quiero de cada cinco de mis semejantes exterminar a cuatro, es porque, sin sentirlo, tengo hambre.

—Yo tengo hambre y la siento —me respondió.

Volvimos al restorán de la Basílica. Nos sentamos en otra mesa. La nuestra del almuerzo estaba ocupada.

Mi mujer pidió:  
Fiambres surtidos.  
Caldo de gallo.  
Criadillas al canapé.  
Chirimoyas con jugo de naranjas.  
Yo pedí:  
Salpicón de ave.  
Valdiviano.  
Charquicán a la chilena.  
Panqueques con miel.  
Y por segunda vez en el día, ambos coincidimos en el café.  
–¿Vamos? –me preguntó.  
–Vamos –le respondí.  
–Desearía ver a mi familia –le dije al salir.  
–Es un justo deseo –contestó.

Mi familia posee una especie de palacete al final de la calle de los Sagrados Corazones. Hacia allá nos encaminamos. Veinte minutos más tarde, un criado nos abría la puerta y nos introducía al salón.

Estaban allí mi padre, mi madre, mi hermano Pedro, mi hermana María y el cónsul de Uruguay.

Desde que cruzamos el umbral, nuestra presencia les causó una franca hilaridad, que trataban de reprimir, pero que, a pesar de todo, se les desbordaba por el extremo de los labios.

Mi padre es un hombre extremadamente serio. Cuando llega a reír, es en casa fiesta nacional y el teléfono se encarga de comunicarlo a toda la parentela y a todas las relaciones. Pues bien, avanzó hacia mí sonriendo con los ojos y luego me palmeó en la espalda con tanto agrado, que la risa se le escapó como un cohete.

Mi madre es normal. Sonríe cuando hay que sonreír y ríe cuando hay que reír. Esta vez demostraba, más fuerte que todo y junto con una real satisfacción, una muda aprobación del contentamiento general.

Mi hermano Pedro, allí estaba, en un ángulo del salón, los brazos cruzados y riendo para sus adentros con tal socarronería, que repetía sus más antipáticos, sus más insostenibles momentos.

Mi hermana María pudo contenerse apenas algunos segundos y estalló en una carcajada ilimitada.

Y, por fin, el cónsul del Uruguay, dejaba que por sus barbas le chorreara la malicia.

Ante tal cuadro, quedé estupefacto. Pero no tuve más que echarme la estupefacción al cuerpo y sentarme en un sillón. Entonces la conversación empezó a desenvolverse ordinariamente, entrecortada a veces por risas mal ahogadas. Pude percatarme que lo que realmente hacían todos ellos era preguntarse y responderse algo por entre los huecos de la conversación y aunque me era imposible saber de qué demonios se trataba, pude resumir así pregunta y respuesta: “¿Será ya el momento?” –“Calma, todavía no”.

Esta situación absurda iba ya para los tres cuartos de hora, cuando me percaté que a la misma pregunta invariable se le daba diferente respuesta. En el aire filtrado por los huecos de la conversación se contestó: “Es el momento”.

Tuvo que ser el grandillón de mi hermano Pedro –¿quién otro?– el encargado de la

linda cosa. Salió de su rincón, se plantó al medio del salón y, mirándome con zorrería, me habló pausadamente:

—Hermano (siempre ha de decirme hermano; ¿por qué no me dirá Juan y nada más?), tú que te las das de valiente (“Hnnn”, susurraron todos en signo de aprobación), que andas a cualquier hora del día o de la noche por cualquier barrio o extramuro de la ciudad, tú, hermano, mi gran hermano, no te atreves, te lo apuesto, a hacer lo que te voy a pedir.

Junto con terminar Pedro esta frase, fue en todo el salón un chasquido de risotadas. Mi padre hizo un largo “chiit” y el cónsul del Uruguay, con la mano, pidió silencio.

Prosiguió el otro cuando logró calmar su risa:

—No te atreverás a pesar de que nada sobrehumano, ni siquiera heroico, ni siquiera arriesgado, te vamos a pedir. Te vamos a pedir, ¿sabes qué?

Y aquí, todos, ¡otra vez!, estallaron en una carcajada incontenible.

—¿Sabes qué? —exclamaron ya más llorando que riendo— ¿sabes qué?

Al fin lograron calmarse. Y Pedro volvió a hablar:

—Escucha, hermano: el señor cónsul del Uruguay y papá aseguran la afirmativa. Mamá, María y yo, estamos por la negativa. Ellos, pues, que te atreverás; nosotros, que no te atreverás. Ahora a ti te toca hacernos ver quiénes están en la razón y quiénes yerran. ¿Conforme?

Hice un leve movimiento de cabeza.

—¡Bravo! —gritó Pedro—. ¡Está conforme! Al grano, entonces, hermano mío, al grano. Soy capaz de jugar todos mis reales, ¡qué capaz!, quiero duplicar mis reales y por eso lo juego. Y soy capaz de ello y de mucho más, porque la certeza es certeza. El querido, queridísimo hermano, ¡no se atreverá!

(Aquí el badulaque me dio un golpazo en la espalda).

Papá intervino:

—Hijo mío —se dirigió a Pedro—, estás, creo sin quererlo, hijo, trabajando a tu favor. Te alargas y hablas demasiado. Vamos de una vez y veremos, hijo.

—¡Viva papá! —clamó Pedro. Luego dirigiéndose a mí—. ¿Listo, hermanito?

Hice un gesto que quería decir, “no lo sé; pero si lo quieren, adelante”.

Entonces todos explotaron en la más descomunal de las carcajadas, salvo el cónsul del Uruguay que, por buena educación, se tragó una mitad de su risa y dejó a la otra sólo derramarse como malicia por sus barbas.

Rieron así durante siete minutos. Y Pedro habló:

—Bueno, señoras y señores, ha llegado el momento. Silencio y ¡al grano!

—Sí, ¡al grano! —repitieron todos.

—Hermano, he aquí la apuesta y veremos si bien el señor cónsul y papá tienen razón o si bien la tenemos mamá, María y yo. Se trata de lo siguiente, que, por lo demás, hemos discutido durante casi toda la comida. Verás...

—Sigues alargando, hijo —habló papá—, sigues trabajando a tu favor.

—No, papá, no lo creas. No necesito hacer trabajos a mi favor, porque llevo la apuesta ganada de antemano. Tú y el señor cónsul deberían trabajar. Pero, en fin, no se trata ahora de trabajos. Se trata de ver el valor de mi hermanito. ¿Listo, hermanito?

Repetí el gesto anterior.

Pedro entonces:

—¿Qué quieres apostar?

No respondí.

—¡Él no apuesta! ¡Que no apuesta! —gritaron todos.

—Bien, que no apuesta. Hermano, se trata de lo siguiente: Papá y el señor cónsul aseguran que te atreverás, y nosotros que no te atreverás, a atravesar el salón, ir hasta ese rincón y mirar lo que hay detrás de aquel sofá esquinado. ¡Eso es! Y nada más. Ahora, veamos.

Y se produjo un silencio profundo.

La estupefacción me rebalsó. ¿Eso era todo? ¿Para tal insignificancia tamañas risas, tamañas apuestas? ¿Para mirar tras un sofá esquinado? ¿O me estarían tomando el pelo?

Mi primer impulso fue correr y asomarme por encima del sofá, pero ante la desproporción entre lo que se me pedía y lo que yo esperaba, me detuve mirándolos a todos con sorpresa.

—¿Y bien? ¿Vas o no vas? —preguntó Pedro.

Y nuevamente empezaron a crepitar las risas.

—¡Claro que irá! —dijo papá riendo socarronamente.

—Y tú, mamá —preguntó María—, ¿crees que irá?

—¿Yo? —dijo mamá.

Y ambas se desternillaron de la risa.

—¿Vas o no vas, hombre de Dios? —volvió a preguntar Pedro.

Sin responderle, me sumí en una meditación profunda.

Era evidente que algo había tras el sofá esquinado. Su contemplación tenía que producir un efecto dado, seguramente insólito. De otro modo, las risas no tenían justificación. Mas, ¿qué efecto? ¿Acaso efecto de horror? No era posible. El canalla de Pedro bien podía haber colocado allí algo que me llevara al paroxismo del horror y haberse deleitado con ello, mas, papá y mamá, estoy cierto, jamás habrían permitido semejante cosa. Opté por imaginarme algo de una repugnancia ilimitada. Si la cosa era repugnante... Veamos. Respiré hondamente. Toda repugnancia huele mal. Nada. Salvo un dejo a hoja de tabaco de Vuelta Abajo de La Habana, no percibí olor alguno, y aquél podía tener varias explicaciones. No había necesidad de colocar su origen tras el sofá. Agucé el oído. Las repugnancias bullen y el bullir susurra. Nada tampoco. Apenas percibí unos golpecitos diminutos y lejanos, que bien podían atribuirse a una arañita laborando. ¿Sería algo en extremo peligroso? Apenas esta idea me cruzó por la mente la deseché. Si fuese peligroso, el miedo se habría amparado de todos ellos, pues no concibo, por más que dé vueltas el mundo en mil sentidos, que pueda existir algo peligroso para mí sin serlo para los demás. Si aquello iba a saltarme a la garganta, ya habría saltado a la de María a beberle su sangre nueva; si a los testículos, ya el señor cónsul habría dejado los suyos. Esto no lo dudé ni un instante, ni un pedazo de instante. Así es que el miedo no entró anoche a mi pecho. Evidentemente, un cierto malestar me invadía. Deseos vagos de que alguien me otorgara el permiso para desconectarme de aquel rincón oculto; que cesara ese hilo que nos unía, ese hilo conmigo en esta punta, con algo para mí en la otra, algo que devenía de más en más mío, algo casi yo en otra forma. Una palabra me estalló sola, aislada, en la cabeza: "¡Gelatina!". Comprendí. Aquello tenía que ser gelatinoso, debería ser —si hay lógica en este mundo—, mi contraparte verificada en gelatina. Tengo una repulsión innata por todo lo gelatinoso, sobre todo, si es del color llamado vulgarmente concho de vino. De más creo agregar, que si ello es de tal color y tiene patas, la repulsión me es completa y, por lo tanto, intolerable. Bien podría ser que tras el sofá no hubiese tal cosa, pero bien podría ser también que la hubiese.

En todo caso, por más que medité, no encontré argumento alguno terminante que viniera a probarme que allí no podía haber algo de gelatina, de color concho de vino y provisto de patas. Ahora bien, desde el momento que existía una probabilidad –repito: aunque no fuese más que una– de que tal cosa se hallase allí, era, desde todo punto de vista, más prudente no mirar. Por cierto que para mis adentros, prefería yo dar en el gusto a papá y al señor cónsul, antes que al belitre de mi hermano, pero, no por impedir que lanzara éste tres o cuatro chascarros sobre mí, podía yo exponerme a consecuencias mayores. Naturalmente iría a llamarme miedoso, encenque, gallináceo, pollo mojado y qué sé yo. Que lo hiciera y ¡allá él! Ninguno de tales apodos, habría podido lastimarme en lo más mínimo porque sabía, rotundamente sabía, que el miedo no influiría en nada en mi determinación negativa. Por lo demás, mi mujer me creería y sabiéndolo ella y sabiéndolo yo, el resto del mundo me importaba un bledo. Mas aquí vuelvo a dejar estampado lo mismo: el miedo no entró para nada. Era más bien otra cosa que, si se quiere, guarda algún parentesco con él, mas no era, no, el miedo mismo. Porque, precisemos empezando por éste:

“Perturbación angustiosa del ánimo por un peligro real o imaginario”.

¡Bien metido ahora en la cabeza esto de “peligro”! Que sea real o imaginario, es otra cosa. Real o imaginario, el peligro existe, es inherente al miedo. No existe éste sin existir aquél. Aunque sea imaginario. Ello no importa.

Pues bien, señores, anoche no había para mí ningún peligro. Jamás la aprensión de que corriese yo el más leve, me silbó en las orejas. Jamás, jamás. Y me parece que nadie lo pondrá en duda por la muy simple razón de que no había peligro alguno.

Lo que había era otra cosa. No sé bien cómo definirla, pero creo que es algo así como quien dijera *miedo a tener miedo*. Y mejor aún sería expresarse así: miedo a verme cogido por una sucesión de estados de ánimo que, partiendo de mi primera impresión ante la vista de la cosa gelatinosa, podría ir a terminar, al crecer como la bola de nieve, al crecer por su propio impulso, nada menos que en el manicomio.

Se me dirá que esto en todas partes del mundo es miedo y que el peligro necesitado para que se produzca es el manicomio en cuestión. Vamos por partes.

Fui yo mismo el primero en decir que este fenómeno se emparentaba con el miedo pero, junto con emparentarse, se diferenciaba nítidamente de él, al menos, así lo entiendo yo. Miedo habría sido para mí si yo hubiese temido la cosa misma de tras el sofá y esto –ya me fatiga repetirlo– no se producía ni podía producirse. En cambio, a lo que yo temía no era a la cosa, era a mí mismo una vez puesto ante la cosa y a la sucesión de estados de ánimo que desde ese momento se seguirían.

Ahora recuerdo algo que aclarará cuanto digo. No hace mucho tiempo, aquí mismo en San Agustín de Tango, un amigo me hizo una apuesta. Cien pesos a que no me atrevería a pasar solo toda una noche en el Cementerio Apostólico. Rehusé la apuesta. Cualquier cosa, cualquier ser es capaz de llegar a intimidarme más que los muertos. Una rata, un tintero, si se quiere. Pero los muertos, ¿por qué? Considero tan absurdo el miedo a los muertos, como el miedo al número 13, o a pasar bajo una escala. Es algo que no me cabe, que no está en mí. Rehusé la apuesta de plano, a fuer que el otro me dijese las lindezas que ya Pedro preparaba anoche para lanzarme. Pues –y esto es lo que quiero repetir hasta el cansancio– una cosa es que los muertos nada puedan hacerme, ellos directa, personalmente; y otra es –¡otra muy distinta!– que yo nada me pueda hacer a mí mismo al encontrarme de noche rodeado de muertos. Sé, perfectamente sé, lo que soy en relación a mí mismo cuando voy por esta calle, cuando paseo por los campos o asisto a teatros y cines.

Pero, ¿cómo voy a saberlo para cuando me encuentre solo, de pie en el centro de un cementerio y a obscuras? Lo único que sé de ello es el sinnúmero de argumentos con que se tratará de ridiculizarme. Por ejemplo, vaya uno: "Señor, desde el momento que usted sabe, siente, ¡sabe, qué diablos!, que nada pueden los muertos en contra suya, ¿por qué temer algo de usted, ante los muertos? ¿Por qué no temer igualmente frente a esa silla o a ese sombrero?".

Empezaría por responder que no se crea que las tengo todas conmigo respecto a mí frente a una silla o a un sombrero. Naturalmente el peligro en este caso se hace tan remoto que igual equivaldría decir inexistente, pero en teoría –sí, ésta es la palabra: en teoría– no existe imposibilidad para que un señor cualquiera, por lo tanto yo, pierda el juicio frente a una silla o a un sombrero.

Pero concretémonos al cementerio, que por él se aclarará el resto.

Vamos a los hechos, a los hechos como podrían haberse producido: estoy solo, de noche, en el cementerio. Estoy, pues, en una situación completamente inusitada en mi vida. Porque en ésta, cuando estoy solo, no es un cementerio, y menos aún de noche; y cuando estoy en un cementerio no es de noche y nunca estoy totalmente solo. Luego: una situación fuera de mis costumbres, fuera de todo cuanto me es y me ha sido habitual. En tal situación, lo lógico es que mi sensibilidad, mis nervios, se pongan a tratar de registrar ondas acordes con dicha situación, es decir, ondas fuera, diferentes de todo lo habitual mío. Total: yo allí, de pie, solo, a obscuras, en medio de un cementerio, con tumbas y tumbas por todos lados, en los mismos momentos en que debería estar entre sábanas, en paz, leyendo, mi mujer junto a mí, oyendo los ruidos habituales de la ciudad y fumando muellemente un cigarrillo y mi lectura. La parte pensante y consciente mía se pondría indiscutiblemente a decir: "¡Vaya una tontería la que he hecho!". Dicho lo cual, cae de su peso agregar: "No debí haber hecho esto; esto no debe ser". Así, pues, mi parte pensante ya está colocada en la confirmación y seguridad de que aquello es lo contrario de lo que debe ser. Y no diré más sobre esta parte. ¡A la otra!

Mi parte inconsciente, mis nervios y antenas que no rijo, los que tan sólo me envían mensajes disfrazados, brumosos, que asimilo sin descifrar, esa parte, ante lo inusitado del ambiente, se preguntaría: "¿Qué es todo esto?". Y se afinaría, se aguzaría hasta la estridencia para percibir hilos más sutiles, más y más, que algo le explicaran.

Tal serían, digamos, mis componentes en las primeras horas. Ellos darían un estado de ánimo más o menos así: mi parte pensante, al desaprobarme, al estar descontenta, se debilitaría, estaría menos apta para cualquier defensa; la otra, al irse aguzando, tomaría de más en más fuerza y dominio, estaría más pronta para percibir y coger cualquier vibración inusitada. Lo que me gobierna en mi vida habitual callaría debilitado; lo que en la vida habitual calla manteniéndose en su justo sitio, se amplificaría sensible a cuanto ocurre más allá del rutinario rodar de los días. Y el todo: yo, arrepentido por un lado, desconfiado y alerta por el otro.

Así podría pasarse la noche entera, así podría amanecer y luego yo tener cien pesos en la cartera. No lo dudo.

Pero, hay un pero. Si en tal situación se produjera allí en el cementerio, fuera de mí, en la realidad, sí, en la realidad "de fuera", un hecho repentino e inesperado, como, por ejemplo, un poco de viento que levantara y echara sobre mí una hoja de diario, o bien un conejo que ¡zas! se precipitara por entre mis pies, ¿qué sucedería? Es lo que pregunto, ¿qué sucedería?

Es indudable que mi parte pensante, descontenta y amodorrada como se hallaba, tardaría en reaccionar, en despertar, en recobrar su dominio e implantar la orden al todo de: es un papel, es un conejo. La otra, simultáneamente, en el máximo de su sensibilidad como se hallaba, vibraría veloz frente al hecho, deseosa de revelarse y de revelar. Y ante esta aumentada desproporción de ambas, al crecer mi inconsciente, crecer desmesuradamente —ya que la realidad misma lo nutría— y naufragar mi consciente aplastado por aquél y por no haber podido enviar su mensaje de realidad “papel-conejo”; el instinto animal, sujeto en las calles asoleadas, encontraría ahora cómo manifestarse sin tropiezos y un grito de desastre, se escaparía de mi garganta.

Uno oye sus propios gritos y oye su eco también.

Con el pensante por tierra, con el inconsciente de amo, con el instinto libertado, a mis oídos llegaría un grito —no *mi* grito—, un grito de noche entre las tumbas.

El instinto despertaría, espolearía al instinto, de modo que al haber oído un grito de terror, no habría habido más que una realidad para mí —gritos— y mis piernas se habrían desatado.

¡Correr, correr! ¡Correr, gritar!

Correr por haber gritado; ahora gritar por el hecho de ir corriendo.

Porque en mi pensamiento, en lo que de él quedaba, no podría haber nada más que este raciocinio, nada más: “Voy corriendo; esto es verdad; desde el momento que voy corriendo, es porque razones habrá para ello”.

¿Y qué razones hay para que un hombre corra así, despavorido en medio de la noche? Únicamente el peligro, el peligro inminente, fatal, despiadado. Ante esto nada puede impedir otro grito. Y la cosa se repite.

Oiría el nuevo grito y él al herirme los tímpanos, confirmaría el horror del peligro y al confirmarlo las piernas redoblarían su carrera. Y este redoble confirmaría. Y esta confirmación gritaría.

¡Correr! ¡Gritar!

Hasta el naufragio total de la última luz de razón.

Vejo siempre mucha gente escéptica ante lo que para mí es punto menos que inevitable. Pues me han de preguntar:

—Terror, espanto, ¿de qué? Todo lo anterior puede, por cierto, producirse, pero para ello es indispensable que haya una causa primera. Aquí no puede ser otra que el miedo a los muertos. Aquello de encontrarse en situación inacostumbrada, no es suficiente. Y aseguro usted, que a todo podrá temerle menos a los muertos. Entonces, ¿de dónde nace el espanto? ¿Espanto de qué?

Contestaría preguntando a mi vez:

—¿Puedo saberlo yo? De acuerdo que he contado “cómo” las cosas pasarían, mas que no he dicho palabra de “por qué” ellas pasarían así. Pero, ¿cómo saberlo? Saberlo, sería conocer todo mi ser entero, todas sus partes y todas las afinidades que estas partes pudiesen tener. Y esto se halla en la más absoluta imposibilidad al menos mientras yo sea, mientras seamos todos, esta etapa que llamamos hombre. Si conociera mi inconsciente, dejaría éste de ser tal. Si supiera mis instintos, igual cosa. ¿Y cabe concebir un hombre sin inconsciente y más allá de todo instinto? Si cabe concebirse, pues bien, confieso que ello no es lo que a mí me ocurre, y cuanto a ser yo ese hombre, ni para qué decirlo, ni para qué insinuarlo. Conozco apenas lo que me revolotea por la conciencia. Apenas, apenas. Y, ya lo he dicho, lo conozco a condición de pasar junto a tales conocimientos, distraído, rozán-

dolos, contento con llevar dentro, toda la vida, una noción nebulosa, indefinida, de toda cosa que se me haya antojado llamar realidad.

Pues bien, cuando el amigo en cuestión me cruzó la apuesta de los cien pesos, supe instantáneamente que, una vez solo, cara a cara conmigo mismo entre los que ya no son, supe que sentiría la enorme parte mía inconocible como libertada de las cadenas que, mal que mal, le echa esta otra parte que soy cuando pienso. Y ya libre, no lo dudo, trataría de pactar alianzas que le cimentasen permanentemente esa libertad.

Supe, además, que bastaría de bien poco —un papel, un conejo— para que la alianza se pactara y sellara. Pues si los hechos que se produjeran fuesen con ella afines, ya se ha visto desatarse la fatal sucesión creciendo, es decir, mi perdición.

—¡Vaya un fenómeno extraño! —se me argüirá ahora.

¿Extraño? Tal vez si se le considera por el número de veces que ocurre, que es relativamente escaso. Pero ante esto vuelvo a decir lo mismo, que ante la posibilidad de hallarse tras el sofá algo gelatinoso, con patas: desde el momento que no hay una prueba fehaciente que haga imposible la presencia de tal cosa en tal punto, tal cosa puede hallarse en tal punto, puédelo en proporción de uno a cien, de uno a mil, de uno a un millón o más; no me importa. Lo único que deduzco es que lo puede y me basta. Y no hay tampoco prueba fehaciente alguna para demostrar que esa proporción uno, no vaya a realizarse conmigo.

Permítaseme más: hay, por el contrario, pruebas —no exageremos—, indicios, digamos, para que se realice conmigo. ¿Por qué? No sé si la respuesta satisfaga; para mí es harto suficiente: porque así lo sentía yo. ¿Débil? No. Puesto que toda esta sucesión de fenómenos es, al fin y a la postre, una sucesión de estados internos, creo que la opinión del sujeto que lo va a experimentar es de alto valor por la muy simple razón de que su opinión misma es ya parte de la próxima sucesión de fenómenos.

Pero, en fin, dejemos de lado si esto ha de ocurrir una vez sobre diez o una sobre un millón. Dejemos de lado si, de ocurrir, ha de serlo conmigo o con otro. Es algo diferente lo que quiero decirles a los que me arguyan imposibilidad o siquiera extrañeza en tal cosa.

—Señores— les diría—, ello ocurre todos los días, a todas horas, con todos los hombres por muy plácidos y beneméritos que sean. Ocorre y voy a decirles a ustedes cómo ocurre. Que no se llegue a finalidad es otra cosa, es la de uno a diez, de uno a un millón. Esto, ya lo he dicho, lo he dejado de lado.

Un buen señor —el barrigón de la sala de espera, por ejemplo— va tranquilo de paseo. Lleva todas sus partes constituyentes en perfecto equilibrio. La consciente, registra levemente y con distracción lo que, a su paso, van percatando los sentidos. Dicen los ojos: “¡Qué lindo ilumina el Sol!”. Responde en eco su consciente: “¡Qué lindo ilumina el Sol!”. Dicen los oídos: “Ese canto es de un zorzal y aquello, sin duda, el tren que pasa”. Y el consciente dice: “Ese canto es de un zorzal y aquello, sin duda, el tren que pasa”. Dice su paladar: “¡Jesús, qué cerveza infame!”. Y llega la confirmación: “¡Jesús, que cerveza infame!”. Dicen sus pies: “Agradable pisar tierra tan blanda”. Y el eco: “Agradable pisar tierra tan blanda”. Dicen sus narices: “Huele a queso”. Y lo pensante confirma: “Huele a queso”.

La parte inconsciente, desalentada, dormita. A veces, de tarde en tarde, se yergue sacudida por la creencia de una posibilidad de poder actuar. ¡No! ¡Falsa alarma! Era olor a queso, nada más. Vuelve a dormitar. Se forma, en definitiva, una entente cordial aburridísima por lo demás: la primera será soberana de todo el cerebro del panzudo y esto, mientras dure su vida; la segunda, se contentará, desde atrás, con dar líneas generales, líneas de conjunto, directivas amplias. Sellada la entente cordial. El gordo sigue su paseo,

regresa a casa y explica los rayos del Sol, el cantar de los zorzales, el trago de cerveza, la bondad de los pavimentos, los aromas dudosos.

¡Sí señores! Así pasean los entrados en carne y los flacos también. Pero, créanme ustedes, la cosa no ha sido únicamente así. La otra dormita, sí, pero dormita como lo hacen los perros guardianes. Al menor descuido de nuestro hombre, aprovecha la más insignificante singularidad del ambiente y le hace señas. Dos colores, dos formas, que el Sol coge, revuelca, amalgama, transforma, dos, que, sin borrarle a los objetos su identidad, hacen que los pintores se detengan, pinten y piensen que acaso todo el universo hubiese podido ser como no es; cuchichéaselo el inconsciente también al gordo. El gordo se alarma. El gordo pregunta: "¿Qué? ¿Qué dicen? ¿Cómo, cómo?". Entonces el consciente, amo de la situación, se avanza: "¡Nada, señor mío, nada! Es paja que recibe Sol, pasto que no lo recibe, un muro de ladrillos no violeta, color ladrillo solamente, formas de árboles, eucaliptos, sí, amigo, eucaliptos y nogales que dan nueces, y nada más". Pasa la alarma. El gordo piensa: "Sí, sí, sí. Deben vivir bien los dueños de tanta cebada y alfalfa; el ladrillo pasará con el advenimiento del cemento; si yo estuviera en el gobierno no permitiría la corta de un solo eucalipto; las nueces no las he podido tragar jamás; prefiero las almendras".

Y sigue su paseo. Tal cosa se ha manifestado apenas con una ligera arruga del entrecejo o un levisimo titubeo en el paso. Sigue el gordo y clavará por tierra su bastón con un golpe, uno solo, más enérgico que los anteriores. Sigue. Atrás ha dejado al pintor, detenido, bloqueado. Lo ha dejado enredado en las mismas preguntas, pero pidiendo, rogando, que le sean formuladas nuevamente y por largo rato. "¿Qué se ha dicho? ¿Cómo fue?". Ahí se queda, se quedó. El panzudo al regresar, compra un paquetito de almendras.

Todo ello, desde el cuchicheo hasta el bastonazo enérgico, no ha durado más de un centésimo de segundo.

O el grito del zorzal o lo que sea. Vuelve el hombre a fruncir el entrecejo. Se le han balanceado por las puntas del cerebro mil evocaciones de pasados remotos. O la tierra blanda. Se le han encaramado, a través de los zapatos, mil relaciones insospechadas que, cogiéndolas e hilándolas, envolverían un pedazo de mundo entero, mas que se dejan pasar. Es mejor. ¿Pasados remotos, relaciones insospechadas? "No, amigo, los pájaros cantan y siempre han cantado; es agradable pisar la tierra blanda con tal que no lo sea mucho, pues entonces se dificulta la marcha".

Sigue siguiendo el panzón. Un poeta se habría enredado. El panzón regresa a casa. El pintor y el poeta, no. Mas como hay que regresar, cueste lo que cueste, para desenredarse, el primero hace una mancha, el segundo un poema.

Las cosas pasan así, señores míos. No sólo para poetas y demás. Éstos ya están entre ambos modos. Así, para todos. Para todos, a todo momento suenan los llamados. Mas todos a todo momento no nos detenemos ni nos fijamos lo suficiente.

Para todos, y para mi panzudo de la sala de espera también. Lo que hay es que a nuestro panzudo no le ha sonado aún la hora de volverse loco.

Pero, veamos, señores, ¿van ustedes comprendiendo ahora que ante una silla o un sombrero no siempre las tenga todas conmigo?

Mas no se trata de esto. Veamos.

Temí, cuando la apuesta, detenerme y fijarme lo suficiente.

Vuelven a rebatirme:

-¿Por qué allí iba usted a fijarse lo suficiente, usted que circula por entre todas las

evocaciones y relaciones de la luz, de las músicas, de los sentidos todos, circula y sigue sin temor? Temiese a los muertos, nada refutaríamos. Mas, usted mismo dice...

—¡Vuelta a lo mismo, santo Dios! El miedo a los muertos... No se trata de tal cosa, señores míos. Se trata de que en un momento dado, estuviese yo en un cierto desequilibrio interno o, si quieren, en un equilibrio diferente, no habitual para mí, con mis guardias conscientes debilitados, con mis demonios inconscientes en libertad. Entonces cualquier cosa un conejo, un papel, podría desatar...

—Podría desatar...

—Eso es.

—Mas, desatar, ¿qué? Usted no teme a los muertos, así es que falta la base, falta qué cosa desatar.

—Señores míos, de acuerdo, no temo a los muertos. Pero, ¿puedo saber cuántos miedos míos duermen anidados en el fondo inconsciente de mi ser? ¿Puedo asegurar que no existan, porque hasta hoy no se me han revelado? Me basta remontarme por pocas generaciones para hallar en todos mis antepasados el pánico a los muertos. Me basta suponer lo que ha debido ser mi niñez con aquellas viejas brujas que me cuidaban, para no dudar que aun personalmente debo haberles temido. ¿Dónde están hoy esos temores? Han de estar, señores míos, han de estar. No saldrán a flote mientras el ambiente de las circunstancias en que los rueda no les sean propicios para tonificarse y doblegar mis sesudos pensamientos. Pero como que empiece con semejante temeridad a buscarles oportunidades, puede que encuentren, de súbito, justo la exacta que les convenga y entonces no habrá fuerzas que puedan retenerlos y se desparramarán. Sí, señores. Se desparramarán, porque habrán encontrado fuera, una vez mi consciente sesudo adormecido, el medio dentro del cual las creencias que los originaron —a ellos los terrores sin límites— sean viables, vuelvan a ser razonables, calcen bien —ambiente, creencias y terrores—.

Señores, puede ser que un cementerio de noche no sea el medio propicio para desatar tanto mal. Aun me inclino a creer que no ha de serlo. Si lo fuese, no me negarán ustedes, habría en ello algo demasiado primario, algo demasiado razonable para nuestra razón cotidiana: miedo a los muertos, cementerio, noche, tumbas, soledad. Me inclino a creer que no ha de serlo. Por eso muchas veces he sentido un marcado temor al ir a abrir una puerta o al mirar bajo mi cama. Mas, ¡vaya uno a saberlo!

Lo único que sé, que sé firmemente, es que cuando dos —no digo más: dos— se juntan con justeza, con total justeza y con la suficiente potencia y duración, nadie puede prever adónde se va a llegar.

¿Comprenden ustedes ahora, les repito, por qué no hay que fiarse mucho ante una simple silla o ante un simple sombrero?

Y ahora volvamos, señores, volvamos, por favor, al sofá esquinado del salón del palacete de mis padres.

Nadie podrá negarme que la cosa era ahí algo más aguda que ante sombrero y silla, que era acaso tanto como pudo haberlo sido en el Cementerio Apostólico. Sí, acaso tanto, por la muy clara razón de que mi buen cerebro no atinaba a formarse una construcción lógica con los elementos dispersos que en el salón había: las risas, lo inusitado de la proposición, la sospecha gelatinosa mía, el señor cónsul del Uruguay...

Mi cerebro no me proporcionaba la defensa necesaria para reaccionar rápidamente ante el comienzo de la sucesión creciente que pasa por una carrera desenfrenada y termina, allá en la punta, con un hombre insensato.

Lo único que me había proporcionado era que aquello tenía que ser de gelatina. Sí, de gelatina. Por eso, anoche, en el salón, me robustecí en esta idea: tras el sofá sólo puede haber algo gelatinoso y lo peor que podría acontecer es que tuviese patas y fuese de color concho de vino.

Así me robustecí intensamente. Tanto, que a punto estuve de avanzar y mirar.

Mas, fue precisamente esta fe ciega la que me impidió todo movimiento. Pues –¡salvación mía!– alcancé a hacerme este raciocinio antes de dar el primer paso.

“Todas mis precauciones han sido tomadas para el caso de que aquello sea de gelatina. Si lo es, habrá lucha mano a mano. Mas, ¿si no lo es? ¿Si acaso es de algo que sea completamente lo contrario o de algo que hasta ahora no me haya podido imaginar?”.

Señores, en tal caso, junto con ver me hallaría –allí inclinado sobre el sofá– desnudo, indefenso, listo para ser presa del inconsciente libre, a merced de cuanto lleva consigo anestesiado por el ruido de las gentes de esta ciudad. ¡Prudencia! ¡Prudencia! Debe pensarse, además, señores, que no puedo yo disponer enteramente de mi existencia. Yo soy casado, señores. Tengo responsabilidades y deberes que cumplir. ¡Prudencia ante todo!

–¡Y bien! ¿Vas a ir o no vas a ir? –preguntó mi hermano.

Le respondí:

–No.

–¡Eh! ¡Pajarillo desplumado! –exclamó–. Señor cónsul, querido padre, han perdido ustedes.

Y todos rieron con suavidad.

Acto continuo se pusieron a hablar de asuntos corrientes compartiéndolos amistosamente con nosotros. Mas yo, en un momento en que alzaban las voces, me acerqué a mi mujer y a media voz le pregunté:

–¿No crees tú que basta de apuestas necias y de sofás esquinados?

–Basta ya –me respondió.

–Entonces, te lo pido, ¡vamos! ¡vamos!

–Sí –repitió –¡vamos! ¡vamos!

Bajábamos la escalera del palacete cuando de lo alto llegó a nosotros la voz de papá:

–¡Hijos! ¡Aguarden un momento! Voy a encaminarlos algunas cuadras.

Esperamos fuera, a dos pasos de la puerta de calle. Papá tardó tres minutos. Antes de salir, se quedó un momento hablando con los porteros. A la luz de la habitación de éstos, pude ver que se había puesto un sombrero hongo. Primera vez, en sus 65 años, que se tocaba así. Papá tiene la más completa colección de sombreros sueltos, tres jipijapas, un clac, dos chisteras negras y una gris, varias gorras, cuatro cucalones, un pajizo, tres boinas y seis gorros de noche. Pero un hongo, ¡jamás! Tanto, que pensé que tal vez por distracción hubiese podido tomar el sombrero del señor cónsul.

El momento de charla con los porteros se prolongó cuatro minutos más. Al fin le oímos desearles las buenas noches y papá avanzó hacia nosotros caracoleando su bastón. Se detuvo un instante en el umbral considerando los sombríos edificios de enfrente. Luego dio un paso hacia adelante. Junto con darlo, llovió.

Una lluvia fina y monótona. Por entre ella nos encaminamos agachados. Yo pensaba únicamente en el hongo de papá que se estaría mojando y, de seguro, destilando. Y además, en los intervalos, pensaba que, en buenas y claras cuentas, San Agustín de Tango es una ciudad harto estúpida.

No llegué luego a comprender que, siendo la ciudad de tan marcada estupidez, un

hombre, un caballero, todo un señor, se complaciera en pasear un hongo por sus calles, en una noche lluviosa.

—Papá —le dije—, ¿por qué no te vuelves a casa? Con esta lluvia puedes atrapar un resfrío, hasta una gripe. Un hongo no es bastante para preservarle a uno de tales males.

—No debes hacerme observaciones de ninguna especie— fue su respuesta y siguió tranqueando junto a nosotros.

La suerte de aquel sombrero me oprimía el alma. No me atrevía a mirarlo, pero lo sentía destilando, goteando, cada vez más, acaso derritiéndose muy quedamente sobre la calva de papá, esa calva querida tantas veces besada por mí. Pero nada. Tranqueábamos, tranqueábamos los tres, salpicándonos mutuamente y sin vernos.

Frente a una luz, papá se detuvo. Nos detuvimos también.

Aproveché entonces aquel momento para hacerle una pregunta. Era sobre algo que de tiempo atrás me venía mortificando y que esta vez, junto con oprimirse el corazón ante la suerte posible del hongo, me iba obsesionando más y más mientras caminábamos.

—Papá —le pregunté—, ¿crees tú que si durante la gran guerra, en medio de la batalla, hubiese bajado hasta nuestra Tierra un habitante de Júpiter, habrían seguido peleando los ejércitos?

—Te he dicho que no admito observaciones; menos aun preguntas.

Quedamos en silencio.

Al fin nos dijo:

—Bueno, hijos míos, sigan. Yo me vuelvo.

—¡Adiós, papá! —dijimos al unísono.

—Adiós y ni una observación más, jamás.

Seguimos del brazo mojándonos las manos.

Le dije a mi mujer:

—Bueno; ahora es culpa de él si la lluvia lo derrite. Creo que ya nada de su salida nos incumbe. Otra cosa era cuando acompañaba nuestros pasos. Pero ahora, ¿qué? Desde el momento que se ha vuelto...

—Tengo un poco de frío —murmuró.

—Aquella luz es la Taberna de los Descalzos.

—Vamos allá.

—Un tilo caliente nos caería muy bien.

—Muy bien.

La Taberna de los Descalzos está siempre igual. Vi con cierta tristeza la mesa que una noche, acaso lluviosa como ésta, ocupó el malogrado Malleco con su amigo revelador de los misterios del amor.

Pedimos dos tilos que empezamos a beber en silencio.

—Un momento —le dije a mi mujer—. Vuelvo enseguida.

Bajé al urinario. Apoyada la frente en el antebrazo derecho, dejé que, a su gusto, se vaciara la vejiga. Miraba yo los cinco pequeños agujeros labrados en la loza blanca: uno arriba, otro abajo, uno de cada lado, el quinto al centro. Se trata de irse por cada uno de ellos sucesivamente, girando como las manecillas de un reloj, mas sin tocar el del centro.

Pues bien, en la tercera vuelta, cuando estaba en el agujero de la derecha y se trataba de pasar al de abajo, una mosca se detuvo bruscamente en el borde del mismo lado de la taza. Bastaba con un ligero movimiento, con tal que fuese rapidísimo, para dar sobre ella

y aniquilarla. Pero si así procedía, las manecillas del reloj no seguirían su marcha. Había, pues, que optar o por las manecillas o por la mosca.

Un punto: la opción tenía que ser rápida, instantánea, mejor dicho, puesto que cualquier vacilación se trocaba en tiempo diferente: tiempo de marcha para las manecillas, de detención para mí al no decidirme. Y al diferenciarse así este tiempo, al bifurcarse, su unidad se quebraba en dos, siendo una parte la que seguía “siendo”; la otra, una separada a ella. Vale decir la otra fuera del tiempo.

Si hubiese ido sin vacilación hacia la mosca, nada esencial se hubiese producido, pues al no vacilar, o sea al no producir detención alguna, el tiempo habría seguido siendo el mismo, aunque llenado con otra cosa: no ya agujeros de una taza, sino una mosca desplomándose. Y en la vida, por lo tanto, habría habido sólo cambio de elementos, de objetivos, mas dentro de una unidad, y de ningún modo una alteración fundamental.

Pues bien, no dudo de que hubo, por mi parte, vacilación. Ella debe haberse producido, seguramente, en millonésimas de segundo. **Que** así haya sido, no quita que el hecho se haya producido. No quita que, por un millonésimo de segundo, o por lo que se quiera, el tiempo haya seguido girando, siendo, mientras yo ante él vacilaba. No quita que yo, al vacilar ya “en” él, no haya seguido siendo parte de él, ¡más aún!, él mismo, como de seguro siempre se es. Y al no serlo, haya quedado apto –por las mil millonésimas que se quiera; esto me es igual–, para ser golpeado por él y pecatarlo.

No me cabe la menor duda de que tuvo que ser así. Un punto ínfimo, seguramente en tamaño tan ínfimo como corresponde a la pequeñez del tiempo mencionado, del trozo entre el agujero de la derecha y el inferior, fue para mí como el espejo por donde el tiempo se me reflejó y por donde me circuló sin mí. Fue el puntito único, minúsculo, luminoso que se me descorrió.

Tuve, desde luego, la –no sé si decir visión o sensación; optemos por esta última– sensación de que las manecillas habían seguido solas su marcha circulatoria. Luego, al hacerlo, o sea al desprenderse de mí, tuve la sensación de un golpe en suspensión.

Me explicaré con un ejemplo que nunca me ha ocurrido, pero que mil veces he imaginado, sobre todo antes de dormir.

Estoy en una altura, al borde de un precipicio. Me lanzo a él. Caigo. Velocidad inimaginable. Mas, voy sujeto a la cintura por un elástico. El elástico se desenvuelve con mi caída a igual velocidad y en nada la disminuye. Pero es más corto que hondo es el precipicio. Entonces llega un momento en que bruscamente me detiene. Déjese de lado que el elástico, al irse estirando, iría poniendo resistencia. En el mío no ocurre así, sino que se detiene bruscamente, instantáneamente, sin haber impedido en nada la aceleración de mi caída. Y sólo aquí, al detener la caída vertiginosa, se comporta como un elástico común. Se recoge y me suspende.

¡Huuuuup!

No puedo impedirme de poner “huuuuup”. Perdón. Quiero poner la sensación entre angustiada y deleitosa que súbitamente se experimenta con tal caída y tal suspensión. No se olvide que todo esto acontece sobre un abismo más alto que la más alta cordillera y a velocidades, ya lo he dicho, inimaginables.

Pues bien, al representarme esta imagen, es inherente a ella esta otra: todas mis ideas, mis recuerdos, mis experiencias, mi vida entera, el total existente en mi cabeza, consciente y subconsciente, en fin, todo, al ser yo suspendido, no lo es simultáneamente. Sigue con el impulso cayendo un tanto. Lo que se suspende es sólo mi cuerpo con, además, mis

facultades de percepción. Entonces, por un instante, veo, contemplo, considero, allí abajo, desparramado, pero sin embargo, unido y simultáneo, mi total pasado. Lo veo allí en un solo punto y de un solo golpe, lo veo, pues, sin la sucesión cronológica del tiempo. Allí, junto al día de mi parto, al momento mismo anterior a la contracción del elástico. Allí junto a ellos, todo cuanto entre ellos se encierra.

Mas luego, aquello desprendido y cayendo, obra como yo hace un instante: un elástico invisible de mi cabeza a ello, ha dado su máximo y se recoge. Aquello sube al mismo tiempo que el elástico mío, ya sin fuerza de contracción y presionado por mi peso, vuelve a alargarse. Eso sube, yo bajo. Chocamos, calzamos. Y el orden cronológico vuelve a estirarse serpenteando entre los estorbos cotidianos. Retrocede mi nacimiento hasta el olvido; aquel instante del choque acaba de ser el último ocurrido en mi vida.

Es todo.

Casi noche a noche ejecuto este salto vertiginoso. Pero, por cierto, de una manera puramente imaginativa. No me refiero al salto mismo, no. De más decir que no voy al borde de ningún precipicio, etc. Tal cosa, por descontada. Al decir puramente imaginativa me refiero a que quedo, al ejecutar mentalmente tal salto, hasta cierto punto ajeno al señor que hago caer, a pesar de que dicho señor no es otro ni puede ser otro que yo mismo.

Soy yo mismo y "trato" de imaginar lo que iría sintiendo al caer. Este "tratar" me pone ya algo ajeno. Luego viene la suspensión, el punto culminante. Aquí viene la sensación del desdoblamiento de que he hablado, su absoluta posibilidad, más aún, su carácter inevitable y, con ello, hasta la sensación nítida de la presencia de todo un pasado libertado del tiempo y apareciendo en simultaneidad.

Sí; la sensación con certeza de ello, mas no el pasado mismo. Nada de él veo, no aparece ni mi parto ni mi infancia, ni se aviva ningún recuerdo oculto. Es sentir su inevitable posibilidad sin por ello presentarse el fenómeno mismo.

Pues bien, ayer por la noche, en los urinarios de la Taberna de los Descalzos, vino el fenómeno mismo, fue visto, lo vi, sentí y penetré a través de aquel millonésimo de puntito en aquel millonésimo de segundo.

Cuando el tiempo siguió corriendo, hecho realidad para mí con la presencia de dos manecillas invisibles; cuando yo me zafé de él por una vacilación suspendida ocasionada por la presencia súbita de una mosca; cuando ello ocurrió, una chispa instantánea brilló conteniendo el fenómeno hasta entonces imaginado y nunca visto.

Mas fue pequeño, pequeñito. Nada de partos ni infancias ni años ni siquiera meses. Fue tan sólo un día, uno solo, el de ayer.

En ese segundo triturado hasta su mínima duración, simultáneos, compenetrados, pero sin la más leve confusión, aparecieron todos los hechos del día, aislados y nítidos, y sin ninguna sucesión cronológica. Y al aparecer así —esto fue mi estupor, mi dicha, mi éxtasis, mi delirio sumo—, vi, sentí, supe, por fin, la vida, la verdad despojada de cuanto engañoso, de sensacional, digamos mejor, de cuanto la limita dentro de un suceder inexistente.

¡Un suceder inexistente! Sí, es así; ahora sé que es así.

De todos los hechos de ayer vi lo que eran, lo que son. Vi qué fue lo que antes me había hecho verlos desgranándose. Eso es: desgranándose dentro de algo lleno. No. Habían sido, son sin dentro.

Pero no puedo decir lo que son, lo que allí vi. Diré más tarde la causa de este silencio

forzoso y, para ello, tengo que decir primero cómo, apenas transcurrido aquel millonésimo, volvieron las cosas a seguir siguiendo.

A ello, entonces.

Ya lo dije: aquello fue felicidad, delirio, éxtasis. Al fin sabía. Entonces vínome la imagen de la que es la compañera de mis días junto a su tilo caliente. Y me azotó las narices el campo adormecido que aguardaba arriba en la taza del mío.

Un tilo caliente es muy buena cosa. Más aún cuando se piensa que entre sorbo y sorbo se le revelará a Ella la Verdad.

Había que subir. Me apresuré. No recuerdo dónde terminé la meada. Por lo demás, la mosca se había ido.

Llegué. Mi tilo humeaba. Mi mujer miraba el aire. En la mesa del malogrado Malleco, dos tipos charlaban bebiendo ron.

Al divisarme, mi mujer me preguntó:

—¿Qué te pasa? Vienes como un iluminado.

—¡Un momento, un momento! —le respondí—. Tengo la clave de todo. Pero, mitad mía, éste no es el sitio para tamañas revelaciones. Déjame antes que nada beber mi tilo. Luego... ¡verás!

Bebí con calma y con fruición. Esperé algunos minutos. Encendí un cigarrillo. Le pregunté.

—¿No crees tú que, en vista de tal revelación, no debemos permanecer más tiempo aquí? Nuestro hogar nos aguarda. ¡Nuestro lecho! Media luz... Sí, mujer mía, basta de tilos y de tabernas. ¡Vamos a la revelación, vamos!

Respondió quedamente:

—Basta de tabernas, es verdad, basta de tilos. Viene la revelación. Así es que ¡vamos!

Yo arriendo un pequeño departamento en la cité del Altar número 9, cuarto piso.

Apenas llegamos, le dije a mi mujer:

—¿No crees tú que el centro de nuestro hogar es nuestro lecho? Ya acostados, paralelos a la tierra, ¡qué calma! Media luz y te revelaré lo que sé.

Una vez en cama la llamé junto a mí y le dije:

—Espera un momento en la habitación vecina. Déjame unos instantes solo. Déjame volver a traer ese momento a mi mente, clarificarlo y luego te hablaré.

Apagué todas las luces al quedar solo. Entonces, en imaginación, volví al urinario y me dejé golpear sobre el paso del segundo al tercer agujero.

Golpeé sobre él, boté, los agujeros se columpiaron debajo de mí, me columpié sobre ellos y a la primera separación, aquello revoloteó alrededor de mi cabeza, se estrelló algunas veces contra ella, revoloteó, voló, partió.

Como la mosca del meadero. Sí, como ella, partió. Aquí, con cierta sorpresa, recordé que a esa mosca la había visto marcharse, me había fijado en ello, en su partida. Es decir, había visto lo siguiente: había estado viendo un punto negro sobre la loza límpida; instantáneamente cayó un punto blanco sobre el punto negro y la loza fue, con la misma instantaneidad, totalmente límpida y sobre todo blanca. Tal fue lo que vi, no más. Cuanto a lo que pensé, es otra cosa. Pensé que al haber caído un punto blanco sobre el negro, una mosca tenía que haber emprendido un vuelo y, de ser así las cosas, tenía que ir la mosca mía en esos momentos por los aires. Entonces giré los ojos y vi, en efecto, pasar desapareciendo la mosca en cuestión. Y todo ello me dio una sensación de gran seguridad al haber constatado que los hechos se habían realizado con una lógica de sucesión inquebrantable.

Así se había marchado aquella mosca. Lo curioso es que así también sentía ahora que se marchaban, desapareciendo, mis conocimientos adquiridos en el instante de la suspensión mía y de la bifurcación del tiempo. Así sentía que se marchaban. Mas quise que ello fuese, no como una mosca, sino como tres. Con un cerebro vacío, entonces, con una necesidad completa, las seguí en sus vuelos. Me dije: Una va por el corredor, otra entre al baño y se lava las manos, la tercera ha salido por una ventana abierta y planea sobre el patio interior. Y al decirme así, sentí que enrojecía ligeramente, avergonzado de que un hombre pudiese pensar que sus conocimientos fuesen como tres mosquitas volando fuera de él. Y sobre todo me avergoncé de que ese hombre fuese yo, ni más ni menos, yo.

Hace falta, en verdad, un cerebro bien vacío para que salten de él pensamientos semejantes. ¿A qué dudarlo? En un momento quise creer que, al fin y a la postre, no dejaba de tener su cierta gracia eso de ver un profundo conocimiento convertido en tres mosquitas y que una de ellas, es decir un tercio de él, estuviese en la sala de baño lavándose las manos. Pero esto no duró, ni siquiera logró asentarse más de un segundo. La verdad era otra: el cerebro se me vaciaba y yo seguía marcha hacia la necesidad. ¿Pruebas? Aquí van:

El mundo entero, el real, había entrado a mi habitación junto con escaparse los tres bichos. Estaba nuevamente allí envolviéndome y compenetrándome. Oía ahora todos los ruidos que había y los ubicaba espontáneamente en el espacio: aquí mi respiración imitaba un fuelle suave; la cama crujía con cualquier descuido de mi cuerpo; allí rasguñaba una cucaracha en algún desperfecto del empapelado; fuera, gente hablaba en el patio interior y, al hablar, reedificaban el edificio entero que alumbraba algunas ventanas que formaban el cité del Altar que desprendía calles hacia todas direcciones que sonaban a su vez: un auto, un tranvía, un murmullo constante de todos ellos con todos los habitantes de esta ciudad; mi mujer allí al lado: su cabellera es castaña, sus ojos dormidos; la habitación vecina es perfectamente cuadrada; tengo dos muebles de caoba; papá vive en la calle de los Sagrados Corazones; yo toco con las yemas de los dedos la sábana; el día de hoy está por terminar, el anterior pasó, vendrá el de mañana y vendrá luego otro más y otro y otro y yo sobre ellos seguiré moviendo los pies para no caer de bruces. Oigo, veo, siento todo. Hay cierto olorcillo a camelias. Oigo, veo, siento, vivo. ¿A qué dudar que el cerebro se me ha vaciado como vaso comunicante hasta el nivel de la realidad? ¡Adiós urinarios todos! Sabía yo que siempre mis mejores ideas, mis más vastas percepciones, me habían venido en ellos mientras, la frente apoyada en el antebrazo derecho, dejaba a nuestra madre la naturaleza pasar y correr a través mío. Ahora estaba en cama para levantarme al día siguiente y volver a ella por la noche. Para comer, saludar, comentar, soñar, bostezar y amar y al final dormir para poder despertar y poder recomenzar día a día, codo a codo, hueso a hueso con mis semejantes, con el aire, con el suelo y con vivir.

Entonces, ¿cómo era la cosa? Repito en vano. Los cinco agujeros, la mosca y demás. Todo eso es un hecho solamente que nada hace retumbar en mí.

Mi mujer espera en la habitación vecina.

Vamos por orden, vamos por parte. Empecemos como en todo, para llegar a buen fin, por el principio. Veamos.

Empezó el día con la cuestión de la guillotina.

(Aquí recordé, repasé todo, uno por uno cada uno de los hechos. Antes de hacerlo, recordé el proceso en contra del pobre Malleco. Éste lo recordé en block, de un golpe. Mas, lo presenciado por mí, no. Aquí, repito, parte por parte, con tal fidelidad y precisión, que junto con hacernos el pequeño groom su última reverencia, tuve que coger a mi mujer

del brazo, y junto con cogerla, tuvo que aparecerse ante mí el Zoo de San Andrés y, sobre todo, tuve que precipitarme en él.

Y bien, ¿no era de eso lo que se trataba? ¡Por cierto! Así es que vamos perfectamente). El Zoo de San Andrés; claro está, el Zoo de San Andrés.

(Desfilaron las catorce leonas, los cinocéfalos. Uno a uno los recorrí. Uno a uno, a tal modo, que vi varios más que en el Zoo no había registrado. **Pasé** por el canto, por todas sus alturas y todas sus profundidades. **No perdí** una sola de **mis** emociones. Las aguas subterráneas, los cuchillos, todo. Volví a vivir el entusiasmo **pletórico** que infundía en dos humanos el amalgamarse con cientos de bestias. Lo reviví **con tal** intensidad y **justeza**, que tuvo que venir y precipitarse la lógica ya ahora implacable de lo que había de **venir** y precipitarse por el hecho de haber así **venido** y haberse así **precipitado** en la realidad y por el hecho de haberme yo **pegado**, aplanado y deslizado en el cuerpo de **ella misma**. Sí, sí, se oscureció el peñón y los pájaros de nuestras voces, **heridos** cayeron por las gargantas. Tuvo que ser así y tuve, allí en mi lecho, que volver a sentir la **desesperanza** de una nube sombría tragándose todos **nuestros** encantos. Tuvo que decir: “¡Vamos, vamos!” y, por el hecho mismo de haberse producido **este sonido** y haber resonado su eco, tuvo, allí cerca, que haberse escapado una leona).

**La leona. Eso es. Viene ahora la leona. Parte por parte** veamos la leona, ella y el **avestruz. Eso es. El avestruz también parte por parte.**

(¡Ya lo creo que fue parte por parte! Nada se me escapó. Cada parte la cogí, la apreté, la trituré. Y en cada una de ellas quedé asombrado de cuantas cosas más había observado y visto sin haberme fijado, sin haber tenido ni la menor conciencia de ello. Era enorme cuanto había, en resumen, vivido en cada parte sobre todo si lo comparo a lo ya anotado aquí. Esto último no es nada. Por ejemplo: cuando el avestruz, al terminar la leona su salto, hizo aquel pequeño movimiento de costado, se recordará que él me evocó el movimiento de Belmonte frente al toro, al estar yo en la plaza con la bella Lucrecia. Pues bien, ayer por la noche, en cama, me fijé que en ese momento, mientras estábamos con mi mujer en lo alto del olmo gigantesco, al recordar al torero, había visto la plaza entera, había traído a mi memoria el costalazo violento de un picador frente a ese mismo toro, y también al Gallo al haber sido silbado por su miedo ante el toro anterior y, lo que es más, había nuevamente oído, con la rapidez del relámpago, las voces de los gaceteros al vender la hoja vespertina con la narración de la corrida: “¡Triunfo de Valerito y Belmonte! ¡El fracaso del Gallo!”. Y la bella Lucrecia, junto con el gacetero decir Gallo, enciende su cigarrillo en la oscuridad terrosa de la habitación de nuestro hotel. ¡Nuestro hotel! Ahora —es decir, anoche en mi cama, no arriba del olmo; en **éste** había **evocado** hasta allí no más, hasta la llamada del fósforo— ahora en mi cama **volvía a aparecer entero**, con todos sus detalles, **nuestro hotel de Zaragoza, encerrando dentro** de esa habitación terrosa y aún en la **escalera y en el vestíbulo amarillo de agua, todas las perezas de Lucrecia y el hastío de siete días de la Virgen del Pilar. La Virgen del Pilar hacía floja a Lucrecia; Lucrecia bostezaba y se estiraba alargando y torciendo como a elásticos sus lascivias. Por eso en las mananas de Zaragoza daba, mejor que nunca, los verdes enmohecidos de su cuerpo.**

Los revelados por **Rubén de Loa**.

¿Rubén de Loa? Todavía no. Esto va mal, pues, falta el final de **la refriega, falta el almuerzo. Me había escapado sin quererlo, a los alrededores lejanos del día de ayer. ¡A la línea, a la línea!**

Terminó la refriega. Sin permitir ni un desvío a mi pensamiento, almorcé sintiendo

nuevamente cada sabor de cada plato. Tan encauzada y definida está mi concentración que, a tropezones con la neblina, hemos llegado al taller del amigo.

(Hubo que ver aquí con qué seguridad caminé por las horas del taller. Una sola falla tuve, una casi falla. Hela aquí: fue al llegar, justamente a los verdes de Lucrecia. Se desparrramaron más allá del taller. En éste, habían sido una evocación, una sola, un golpe, diría, de todos ellos durante nuestra vida común. Nada más. En cambio, ayer noche, lo repito, hubo un comienzo de desparramo: una parte del golpe total de sus verdes se aisló y tal parte fue, precisamente, las de las madrugadas del hotel de Zaragoza. De modo que, al aparecerme, no pude impedirme que a su vez apareciera la llama de su fósforo, los gaceteros, la plaza de toros, el paso de Belmonte, el paso del avestruz, el olmo, nuestra carrera a él, el grito de pavor: "¡La leona!", y aun nuestro caminar tranquilo antes de éste y después de los cinocéfalos. Es decir que un punto más, y me voy en un retroceso incontenible hasta el despertar del alba, extremadamente del alba, para asistir a la ejecución del pobre Ruedecindo Malleco. Y ya en ese extremo, Dios solamente puede saber hasta dónde mi marcha retrocedida hubiese podido acarreararme. Mas sentí el peligro junto con alcanzar a asomarse, como un rayo, una cabezota de mono. Hice un esfuerzo violento, puse un pie en el seguro verde del taller, otro en el intruso verde de Zaragoza y, sintiendo apenas, apenas, entre ambos nuestro almuerzo, sobre todo el cochayuyo con cebollas —que se me antojó podría hacerme daño—, sintiéndolo apenas, digo, hice, sí, ese violento esfuerzo y me lancé cabeza gacha hacia adelante, con tal ímpetu, que crucé sin vacilaciones, sin distracciones, sin tentaciones, por todos los rojos de este mundo y del otro, hasta el último, y el miedo al machete del amigo nos hizo salir de aquel acuario y decir que bastaba ya de semejantes cosas.

Entonces nada pudo, nada habría podido impedir que se explayaran en mi cabeza la sala de espera con su gordo y la hermosa plaza de la Casulla).

Sala de espera. Plaza de la Casulla. Aquí están.

(El esfuerzo anterior dio sus frutos. ¡Ni una desviación! Pasé por ambas nada más que sometido a ambas, a pesar de que cada detalle lo volví a coger y vivir, a pesar de que sentí que muchos de ellos estaban llenos de puertecillas de escape que abocaban a sendos senderos lejanos. Pero no. Seguro, cortante, férreo, pasé. A tal punto, que el malestar luego sentido lo atribuí sin vacilar a mi estómago vacío).

Restorán de la Basílica.

(¡Magníficamente bien! Porque no creo que pueda llamarse una desviación lo siguiente que, sea dicho de paso, se repitió al recordar la escena en casa de mi familia: pasó el salpicón de ave, pasó el valdiviano, el charquicán a la chilena y el panqueque con miel; pasaron con tal veracidad que pensé que aquello era exactamente como un buey que rumia. Digo yo que debo haber pensado así. ¡Ni lo sé! ¿Podrá haber habido entonces alguna falla? Lo único que sé es que por ahí entre el charquicán y el panqueque, vi, vi no más, sin pensarlo, una cabeza de buey con dos enormes astas. Es todo).

Y henos en el palacete de mi familia, el sofá esquinado, el belitre de Pedro, etc. Henos por las calles con papá y llueve finamente.

(Aquí, como dije, una sola desviación, mínima, mínima. Fue en el cementerio. Sin pensar nada, absolutamente nada, sin salirme del recorrido de lo pasado en casa, sin interrupción en el curso de ese recorrido, sola y súbita se presentó por un breve instante, la tumba aquella de lápida horizontal y lisa con una cruz amarillenta algo inclinada, donde

yace, de dos años a esta parte, el polaco de la pequeña cigarrería al lado de la Prisión Legal, ese polaco socarrón a quien tantas veces le compré mis cigarrillos. Fue todo).

Así es que entramos ahora a la Taberna de los Descalzos, pedimos dos tilos y yo bajo a los urinarios.

(Se recorrió todo eso bien. No quiero decir más que eso: bien. La concentración fue perfecta, las distracciones no existieron. Lo que no me permite llamar a este recorrido ¡magníficamente bien!, es que, desde que cruzamos el umbral de la Taberna, empecé a sentir una ligera nerviosidad al presentir que se acercaba el momento culminante, el gran momento y que volvería, sin asomo de dudas, a ver y a saber lo que antes había visto y sabido).

La taza, los cinco agujeros, la mosca... El momento. ¡GLORIA!

(Sí, gloria. Porque volvió. Iba con tal seguridad y firmeza haciendo saltar cada partícula de instante, que cada una de ellas paría inevitablemente la siguiente. No habría habido fuerza posible que hubiese evitado la vacilación instantánea de la orina entre el agujero y la mosca. Todas las fuerzas encauzadas, concentradas, iban, bajo una sola voluntad, a ese punto, así es que ese punto estalló. Por lo tanto, gloria. Volví a desprenderme del tiempo. Gloria. Y a ese desprendimiento, vino a agregarse el momento actual con, antes, la subida de la escalera, el consumo del tilo, el regreso a casa, la cama. Volvió a ser el mismo más todo esto último. Es decir, el mismo, un poquito mayor. Así es que pongamos dos veces gloria. Así: gloria, gloria. Muy bien. Pero aquí vino una pequeña desviación: el recuerdo de que todo este trabajo había sido para llegar nuevamente al "momento" y dársele a mi mujer cogiéndolo a dos manos. Por lo tanto, indiscutiblemente, sonaba ya en mi vida el momento de coger el momento. Sentí cómo un nombre, el de ella, Isabel, casi se formó empezando a echar las primeras bases para la proyección de una I. Mas no llamé. ¡Qué silencio siguió en el departamento y en todas partes! No llamé:

Bajo una sola voluntad, esas fuerzas, encauzadas, concentradas, se avalanzaban con tal potencia que, a no dudarlo, aquella voluntad ya no era la mía. Ya era la voluntad propia del proceso interno que yo había desatado. ¡Oh!, aquí quiero que se me crea que sufrí de un dolor lastimoso! Mi escuálida, mi pálida voluntad quiso, desgarrándose, asirse a los primeros fundamentos de la I para crearla produciendo las demás letras y entonces envolverse dentro de todas ellas como dentro de una armadura que, zafándose del torrente de la vida de todo un día, fuera en un grito a despertar a mi mujer y traerla aquí a ayudarme a detener el momento de toda sabiduría y toda sensación para, sobre él, construir lo que aún nos quedara por vivir!

Fue una lucha de un pigmeo contra un gigante. No fue, no alcanzó a ser lucha ninguna. No fue nada. Fue apenas ver pasar, por un mísero ciudadano inválido, el ejército invasor. No hubo posibilidad ni remota de llegar a la articulación de esa I. ¡Qué decir ahora de todo ese largo, de ese riel de nombre que puede, por el Ecuador, envolver la tierra: I-s-a-b-e-! ¡Seis letras! Para cada una, férrea lucha, que ante la primera no tenía arrestos para empezar... ¡Nada!

Tuve que subir la escalera, subirla dichoso, radiante, y lleno de júbilo que llena al hombre que de lleno pasó más allá de los hombres, tuve, radiante, dichoso, que dilatar las narices y aspirar hasta más allá del fondo de todos mis recuerdos gratos, el aroma de los campos que el tilo extendía sobre la mesa y ésta empujaba hacia arriba por el aire espeso a mis narices. Tuve que decirle a la imagen de mi mujer: "Nuestro hogar, nuestro lecho, media luz...", y lo que es más grave: "¡Vamos!".

Y volvimos a salir juntos y a marchar por las calles y a trepar por el ascensor y llegar a nuestro departamento de tan exacta, de tan misma manera, que me acosté pidiéndole a ella que, por sólo unos minutos, aguardara en la habitación vecina.

Las tres mosquitas volvieron a volar y una de ellas fue a la sala de baño a lavarse las manos. Entonces tuve que revivir lo de hace un rato y por segunda vez sentí que se me vaciaba el cerebro, se me vaciaba y me hundía en la necedad absoluta. Este vacío debió ser bien completo, pues, inmediatamente sentí todo mi cuerpo reblandecerse e invadirme una languidez casi beatífica. Entonces, al no tener un cerebro activo que lo coordinara, el cuerpo se me aflojó. Temí luego que llegara a hacerse semi sólido y que pudiera, con la consistencia y la implacabilidad de un río de lava, desparramarse por ambos lados sobre las sábanas hacia los bordes de la cama.

Por precaución –¡vaya uno a saberlo!–, apreté los brazos contra el cuerpo, junté las piernas para mantener las formas que irían a desintegrarse al carecer de quien les diera razón de ser.

Entonces el impulso adquirido de recordación volvió a encauzarse en mí y, como era él –ese impulso–, *revivir todo* lo del día, repetí ahora lo hecho ya ante el anterior vacío y tuve que decirme:

“Veamos. Empezó el día con la cuestión de la guillotina”.

Entonces comenzó el desfile de todo lo ocurrido.

Comenzó con una ligera esperanza y con un fuerte temor. Con la Esperanza de que esta vez, al llegar al urinario, fuese más potente mi voluntad y poder gritar el nombre de mi mujer para hacerla venir, contarle mi sabiduría, sellar ésta en nuestras vidas y seguir viviendo al azar, mas bajo la luz de un nuevo conocimiento. Con el temor de que fuese más potente la recordación del día, que su nombre no se articulara, que los hechos se sucedieran según la lógica de dicha recordación y que, por segunda vez pensándolo, por tercera ven en realidad, tuviera que subir en demanda del tilo, volver a casa y acostarme. Entonces tendría que acordarme que en realidad me había acostado, que al acostarme había quedado vacío –sintiendo que el cuerpo se aflojaba– y que entonces para poder coger el momento grande, había empezado desde un principio, había empezado con la guillotina, la guillotina que va al Zoo, que va al almuerzo, que va al taller, que va a la sala y a la plaza, que va a la comida, que va a casa de mi familia, que va a la taberna, que va al meadero, que va a los agujeros y a la mosca que rasgan el tiempo e iluminan, que... que, sin duda, me van a hacer trepar hacia el tilo, sin duda, porque así fue la verdad de cómo las cosas sucedieron. Con el temor de que toda vida, desde ahora hasta su último minuto, quedara circulando en esta cadena de hechos, cuyo último eslabón es el hecho de arrellanarse bien en las sábanas y evocar al primero que, al ser evocado, despierta automáticamente al segundo, que... en fin, el tercero, el cuarto, el quinto, el último, que es llamar al primero, que...

Y metido en este círculo, tantas veces como pasara –y serían tantas como tiempo viviera–, tantas reconocería mi momento único, querría retenerlo y tantas se me escaparía para volver y volver.

Con esa pequeñita esperanza, con este aplastante temor, los codos apretados, las piernas juntas, empezó.

La guillotina... ¡Cu-cú! Sí, todo, todo.

Las leonas... El resorte del león. Sí, todo, todo.

Los cinocéfalos... El canto. Sí, todo, todo.

La refriega... El olmo. Sí, todo, todo. Y la desviación de mi pensamiento también.

La desviación. Veamos.

Arriba del olmo fue el recuerdo del movimiento de Belmonte y el deseo de hablarle sobre él a mi mujer.

En cama fue el darme cuenta que allá en el olmo había evocado algo más, había evocado hasta la llama del fósforo de la bella Lucrecia.

Por fin, al darme tal cuenta, había venido la verdadera desviación. Se había agregado algo que no había ocurrido frente a los bichos en batalla: Toda Zaragoza, la de esos tiempos, con las mañanas verdes de mi Lucrecia.

Pues bien, ahora, al pasar el círculo por segunda vez, las mañanas verdes de mi Lucrecia se amplificaron.

De un olvido terroso surgieron muchas amarras de mi vida de entonces. No sólo el hotel, no sólo la Virgen del Pilar. Toda la ciudad de Zaragoza se explayó y, al explayarse, alcanzó todos los sitios de España visitados por mí. Todo mi viaje aquel. Todas las gentes que contuvo. Todo lo que le adjudiqué de bueno o de malo a esas gentes. ¡Todo ese tiempo!

Mas, junto con dicho tiempo sentar plaza en mis recuerdos y vivir yo ahora en él como cualquier buen hombre que rememora en paz su pasado, junto con ello, lo otro prosiguió, haciéndome decirme que ya el haber llegado hasta la llama del fósforo era alejarse demasiado, que había que volver a la refriega, diciéndose: "¡A la línea, a la línea!".

Entonces el desfile de los hechos del día de ayer siguió su curso mientras yo libre, con una relativa libertad, palpaba —hundiendo las yemas de los dedos—, todo aquel período sólido, estable, duro, de mi viaje por España, mi viaje fuera de todo círculo.

Y pasó Rubén de Loa, pasó entero. Y yo, desde Toledo, lo vi pasar. Pasó la sala de espera y pasó la plaza de la Casulla y yo de igual modo las vi pasar.

Era una doble vida, una simultaneidad paralela del año de 1920 y del día de ayer. El día de ayer era el círculo sin fin, mi fijación definitiva en su proceso de recordación giratoria; el año 1920 era la superficie plana y vasta por donde poder siempre correr, siempre escabullirse de cualquier pensamiento demasiado obstinado, de cualquier cadena de ellos demasiado insistente.

Pero esto no significaba el desprendimiento completo de aquel círculo. Estaba éste siempre allí. Lo sentía como puesto sobre mí y saliéndome de atrás de la nuca. Era grande hasta el techo de la habitación. Tenía unas como aspas planas. Al tocarme cada una la cabeza, rozaba los sucesos de España que la casualidad hubiese en ese instante puesto en el recuerdo de aquella época. Lo rozaba. De tocarlo, de cogerlo, tal época podría borrarse y en tal caso, ¡otra vez solo en la rueda de ayer!

En fin, aunque no muy firme mi postura, chapoteando en aquel año, el cerebro perforado por el pasar del día, en fin, pasó la plaza de la Casulla y confesé a mi mujer el fracaso de mis observaciones en ella, achacándolo al hambre que me roía.

Apareció el restorán de la Basílica.

Apareció tal cual había sido en la realidad, con cada uno de los guisos y, además, con el agregado que tuve al recordarlo la primera vez: la cabeza de buey con sus dos enormes astas. ¡Y aquí, como en el caso anterior, vi, con un alivio reconfortante, que seguía el desfile, seguía la procesión, pagábamos la cuenta, salíamos a las calles y que, a pesar de ello, el buey permanecía en mi memoria!

Permaneció. No se lo llevó el restorán de la Basílica como lógico hubiese sido. No. Se

desprendió de él y, tal cual España un momento antes, explayó, esa sola cabeza, otra superficie plana y vasta que, imperceptiblemente —mientras lo otro se desgranaba—, fue poblándose con otros bueyes, con campesinos que los arrean, con árboles inmóviles al sol, con cerros arrullados por los pájaros, conmigo mismo —¡tantas veces! ¡desde mi infancia!— surcando los años en esos campos sujetos, clavados hoy, por las dos astas enormes.

Ahora no palpaba. Enterraba las uñas en esos dos pedazos de mi pasado, pedazos calmos y estables. Planicies vividas y, al ser vividas, quedadas atrás asentadas, sin movimiento.

Ahora podía yo caracolear sobre ellas. Ellas no vacilaban. Ellas, en su detención de pasado, podían recibir mis asentaderas y, al recibirlas, sugerirme nuevas planicies para el futuro donde clavar los talones y escupir.

Arriba el círculo giraba y por la cúspide de la cabeza me destilaba la minuciosidad del día mismo. Giraba inmovilizándome en la contemplación de su pasar. Vamos entrando al palacete de mi familia; nuestra presencia les causa una franca hilaridad.

¡Que siga, que siga! ¿El sofá, la cosa con patas? ¡Que venga!

¡Yo miro, miro! Nada más. Yo me encuentro, yo soy mis viajes pasados y mis campos salpicados en mi vida. No tengo todavía fuerzas para echar a buena parte al círculo que sigue. Naturalmente no las tengo. Naturalmente tengo que plantarme allí en el salón y escuchar, una a una, las palabras y necesidades de Pedro. ¿Y qué?

¡Ah! Por bajo, aquí bien cerca, ya hay clavados dos puntales tostados por el sol de España y por el sol de nuestros campos.

Sobre los soles, puede el cementerio nocturno desfilar, con todas las posibilidades de que un hombre pierda el juicio, como puede perderlo tras un sofá o frente a un sombrero.

¡La tumba del polaco va pasando!

¡Se desprende! ¡Cae!

Mientras a Pedro le digo: "No", la tumba ha caído y se implanta junto a mí, codo a codo con campos y viajes. Dos años ha que el polaco yace en ella. Dos años ha que me hallo en San Agustín de Tango. Dos años ha que marchamos paralelos, polaco y yo. Él, alargado, carcomiéndose; yo, de pie y a cabezazos.

Dos años, estos dos años.

La tumba —como el sexo verde de Lucrecia, como las astas del buey—, la tumba alzó su lápida y por su hueco, de los sebos apergaminados del polaco, sale, se explaya, se fija, mi vida en mis dos últimos años!

Son tres ahora los puntales. Son tres que, uniéndose, entremezclándose por sus extremos, llenan mi pasado total. Es ya mi pasado total, es ya toda la fuerza acumulada en él para seguir viviendo, que poder oponer a la fuerza de la recordación giratoria que sigue, sigue y sigue.

A pesar de caracolear y brincar en libertad de Zaragoza a las arreadas de bueyes, de éstas a la que es hoy la compañera mía en estas calles, de ella a mi niñez en las higueras o a mi muda contemplación de Burgos sigue el proceso desatado. "Papá, ¿crees tú que se habrían detenido los ejércitos al ver al habitante de Júpiter?". Sigue el proceso, vendrá la taberna y, al venir, me forzaré a recordar que pedimos tilo y que, al traerlo el camarero, quise orinar. Y al recordar que quise orinar, forzado me veré a recordar los cinco agujeros y que había que apuntar por orden en uno y en otro sin tocar el del centro. Y ya en este punto, no habrá fuerza humana que le impida a la mosca plantarse en mi recuerdo. Y

llegada la mosca, vacilará el chorro de orina que hará vacilar mi estado de hombre que corre en el tiempo. ¡Gloria!

¿Iré a poder llamarla? ¡Isabel! ¿Iré a poder?

Esperemos.

Hemos entrado a la Taberna de los Descalzos.

Todo continúa simultáneamente. Allí va la rodaja. Aquí mi libertad.

Hay que agarrarse cuanto sea posible a los tres puntales, de modo que la rodaja gire suelta y se escape como una rueda zafada en plena velocidad, por los aires, sola, lejos.

Vino el recuerdo del instante en que, tocando otra vez el desdoblamiento del tiempo, quise llamarla a ella y se ahogó una I en mi garganta. Pero esa vez yo estaba solo con el círculo, estaba dentro de él y con él giraba. Ahora estoy fuera, casi fuera, y él gira de mi cabeza hacia arriba; ahora tres puntos que marcan mi vida pasada, me retienen. Y además, para aumentar mi arraigue, con un movimiento, instintivo, me he aplanado cuanto he podido sobre el colchón, comprimiéndome con las mantas, para aumentar, por todos los medios, mi libertad ante el desfile implacable de acontecimientos.

-¡¡Isabel!!

He gritado.

Ha salido mi llamado justo en el momento en que el tiempo se ha detenido para borrar y ha sido uno, sin pasar, y sólido.

Ha respondido:

-¡Voy!

Pero cuando estas tres letras han terminado de entrar en mis oídos, yo ya trepaba escaleras arriba aspirando los perfumes del tilo, mientras seguían alargadas hasta el horizonte las tres vastas superficies planas, doradas de sol, rayadas de mugidos, hastiadas de ciudades quedas.

Tarda en venir mi mujer amada. Sigue menudeando en la habitación vecina. Yo ya vengo de regreso con ella; ya tomamos el ascensor que chirría y monta.

Por tercera vez ya estoy en cama y mis ideas se derriten en tres mosquitas que se van.

Ha terminado de menudear mi mujer. Oigo cómo tranquea hacia acá.

Sin ideas, sin cerebro que ate, el cuerpo se me afloja. Segunda vez. Se aflojará más y líquido caerá al suelo para ser pisoteado. Hasta las planicies se ensombrecen y se me escurren. A no ser que contraiga codos y piernas y rellene la cabeza diciéndome:

-Veamos. Empezó el día con la cuestión de la guillotina.

Y aparecerán las leonas. Los cinocéfalos...

¡Con tal que llegue ella un segundo, un centésimo de segundo antes de empezar la tercera vuelta!

Tranquea siempre. Jamás hubiese imaginado que mediaba semejante espacio entre ambas habitaciones, o semejante cantidad de tiempo entre dos trancos.

Mi cuerpo se afloja. Se desparrama por encima de las sábanas.

Hela aquí.

Pregunta:

-¿Llamabas?

Antes de que el cuerpo se me gotee o que evoque la guillotina, queda aún un pedacito de tiempo afirmado sobre las tres vastas planicies.

¡Aprovecharlo apoyándose en ellas!

—¡Mujer mía —le dije—, coge un lápiz y un papel y dibuja mi cuerpo.

—¿Con qué objeto? —me pregunta.

—¡Dibuja!

La esposa de mi corazón dibuja. Mi cuerpo sobre la cama está desnudo. Ella lo pasa al papel con una línea única y negra.

—¡Cierra la línea! —digo.

—¿Así?— pregunta mostrándome el dibujo.

—Así —respondo—. Haciendo formas en todo el derredor, nada se irá jamás.

Es verdad. Ahora mi cuerpo, dibujado allí, está comprimido de todos lados; ahora ha vuelto a ser.

—En cuanto al día vivido, mujer mía, de guillotina para adelante, lo resumiremos y encuadraremos en tu dibujo de mi cuerpo. Las formas que tú has hecho, lo conservarán en el papel y fuera de mí. Así es que ahora, vamos a dormir.

—Sí —responde—, vamos a dormir.

Así había pasado todo.

Después... Bueno, los malentendidos, las asperezas, mi amistad con Lorenzo y tanta otra gente, en fin, lo repito, nos separamos.

Ahora estaba en casa. Sí; esto de Isabel había pasado así. Antes de ello, los cinco años de matrimonio, muy felices pero algo grises. Antes, el noviazgo. Antes...

Ya haría unos tres meses que me encontraba viviendo con ella cuando una tarde, hallándome tendido en el diván de mi escritorio, los recuerdos empezaron a venir, unos tras otros y, lo que es más singular, con un orden cronológico invertido. Los más cercanos aparecieron primero y luego se fueron remontando por el pasado hasta llegar a mi primera infancia. Pero no fue una sucesión de ellos; fue, más bien, un salto: una época o un momento se reflejaba en mi memoria; después, al irse, dejaba sitio a otro momento; y éste, a otro. De tal modo quedaban muchos trechos en sombra. ¡Oh, acaso en ellos se escondían Bárbara y Colomba! ¿Se escondían de qué? Todavía hoy las tengo presentes: Bárbara vestida de terciopelo negro con una banda granate; Colomba vestida de oro brillante con una banda de plata. ¡Y Guni! ¿Cómo no está ahora conmigo? Todas esas cosas de la carrera loca que ella emprende hacia arriba, por Iquique, las cordilleras peruanas, el alto Amazonas, el mar de las Antillas, los Estados Unidos, Terranova, Groenlandia y qué sé yo, son cosas vagas, cosas que se desprenden como pétalos de una flor. En realidad ese trecho de sombra era muy grande. Pues mi primer recuerdo salió de mi casa vieja, allá en Esmeralda.

Un día pesado —en el bendito año de 1917, un año antes de mi matrimonio—, un día en que un pariente acababa de enviarme de regalo las poesías completas de don Eusebio Lillo. El día antes yo había comprado un libro sobre los misterios de la Misa. En pocos momentos más tendría que ir a probarme un sombrero. Por ahora pediría una taza de café. El cielo está azul. Un sol desteñido cae sobre las casas vecinas. La calle está gris. Estoy en Santiago. Pasa el tiempo. La Tierra sigue girando y girando. En todo esto hay algo absurdo. ¡Tantas mujeres hermosas! El absurdo sigue. Puestas por tierra, de espaldas, los pies de una sobre la cabellera de otra, sin solución de continuidad, y todas sobre la línea del Ecuador, enlazan matemáticamente la periferia terrestre y sobra una. ¡Una!

*“¿Dónde estás, señora mía,  
Que no te duele mi mal?”*

Es la mujer suelta que sonríe y pica desde cada ventana que se abre, desde cada cajón que se abre, desde la mano a lo largo del brazo cada vez que la mano busca algo en cualquier bolsillo. El sol se fue de las casas vecinas. Voy a tomar café. Además de los misterios de la Misa y de las poesías completas de don Eusebio Lillo, debo leer un libro sobre espionaje y contraespionaje, debo hacer notas para un artículo sobre el vencimiento de un vicio cualquiera que se haya enraizado en uno y... probarme el sombrero. También debo repetirme hasta convencerme de que mi último viaje a Europa no tuvo la menor importancia ni para mí ni para nadie, que Londres no existe y que París es una ficción. Una vez convencido me sentir  enormemente halagado dado que ello será una prueba irrefutable del poder que tengo para crear ficciones. Por el momento el cielo se apaga y mi pasado me retumba por todas partes. Fumo. Hojeo a Baudelaire. Fumo. Recuerdo a amigos muertos: Backhaus, Valdés, Broca, Vallejo... Pero el sombrero es más importante. Con el sombrero ir  al campo, en el campo subir  a caballo, desde el caballo mirar  los montes y de los montes volar n mil pájaros. Entonces volver  a casa. Y esperar , esperar , esperar , esperar . Anoche un temblor me despert . Mañana será 12 de agosto puesto que hoy es 11 de agosto. Pasado mañana será 13. Hace un año era hoy 11 de agosto también. Y hace dos años, y hace tres, y hace cuatro, y cinco y seis y siete... En fin, ánimo, amigo! Vamos resueltamente al sombrero que sin sombrero apropiado no hay paz ni equilibrio en este mundo.

Sobra una...  Una!

*" D nde estás, señora mía,  
Que no te duele mi mal?"*

No salí de casa.  Al diablo el sombrero! Aunque pens  que esto del sombrero era en 1917, es decir hace diez años. No salí. Londres no existe y París es una ficción. Luego la gente que conocí all  es inexistente. Inexistente José Backhaus; inexistente Henri Broca; inexistente César Vallejo. A Rafael Valdés lo conocí aquí en Chile. Hoy yace en el cementerio de Quillota. Que descanse en paz. Si Backhaus es inexistente, yo no s  pintar. Pues él fue mi primer profesor de pintura. Ahora verá. Har  cinco cuadros, cuatro de nuestra Marcha Forzada, en el drama del chino Fa; y uno de San Agustín de Tango, de la plaza Dominus Vobiscum, donde vive Florencio Naltagua. Es decir, cuatro cuadros que han de representar lo que vimos aquella noche, la noche de *Don Fidey de Comiso*, y uno que me recuerde la noble ciudad nortina. Los de la Marcha Forzada serán: 1) El paso del chino Fa con la dama esbelta y serpenteante detrás, con Lorenzo y el soldado de Carrera, con don Fidey atravesando a pasos rápidos; 2) Los dos subhombres que martillean y martillean el cráneo de un caballo o de lo que sea; 3) Los dos duelistas que se baten por una dama lejana o por una ofensa o Dios sabr  por qué; 4) Salenco Nicator, sentado junto a su ventanita, con su perro o mono y todas esas luces o llamas o lo que hayan sido, y las bestias que medio se dibujaban. Además, el recuerdo de San Agustín de Tango. Así verá si Backhaus existió o no existió. Y verá también si Rafael Valdés existió o no existió pues fue él quien más habl  conmigo de pintura. Veía todo lo que yo hacía y yo veía todo lo que él hacía.  Cu ndo har  estos cuadros? Los har  ahora mismo.

Aquí germinó, por primera vez, la idea de separarme de Isabel. Pero esto, por el momento, pas . Ca  de lleno, en mis recuerdos, más lejos, dejando entre esa época de mis

primeros ensayos en la pintura y esta otra época adonde había caído, un enorme trecho negro sin nada, nada, nada dentro.

Sin embargo pinté. Hice los cuatro cuadros que había visto la noche de *Don Fidey de Comiso* y el cuadro de San Agustín de Tango. Luego algo sé pintar. Luego Backhaus y Valdés existieron. Son cinco cuadros de tamaño pequeño. A mi modo de ver, bastante bien acertados. Sé pintar. Isabel los ha visto y me ha preguntado:

—¿Qué representan?

Le he contestado:

—Aquél, la plaza Dominus Vobiscum, en San Agustín de Tango; los otros, visiones de nuestra Marcha Forzada a la antiqüísima Antioquía.

No hablamos más.

Los dediqué, entonces, a los muertos en la batalla de Antioquía: uno a Artemio Yungay, otro a Liberio Barón, otro a Zacarías Punitaqui y otro a Sulpicio Calatambo. El de la plaza, se lo daré a Florencio Naltagua.

Sulpicio Calatambo... ¿Quién será? "... ese gran hombre, inmenso hombre, caído bajo las armas de los infieles...". El caso es que estuve, como todos, durante un minuto en silencio por su recuerdo.

Nada de esto quita que esté yo con un trecho negro sin nada, nada, nada dentro.

Esmeralda... Al principio giré alrededor de esa casa, tal como había girado con el regalo de mi pariente. Mi casa era un telón de fondo. A su alrededor se despertaba una que otra visión. Todo ello estaba lleno, saturado de un rito, algo a lo que toda la familia —mi padre don Eleuterio Borneo, mi madre, doña Trinidad Calama de Borneo, mi hermana María, mis hermanos Pedro y Fabio; yo, todos— estaban asidos por una costumbre sin razón de ser. Podían, en mi casa, pasar las cosas más locas pero con tal que ese rito se mantuviera, no había pasado nada loco.

¡El Cerrojo! El cerrojo de la puerta de calle. Éste es el rito, ni más ni menos, el cerrojo debe ponerse cada noche después que el último haya llegado. Mi madre no se duerme definitivamente mientras no se haya puesto; mi hermana, igual cosa; mi padre y mis hermanos hacen otro tanto; y yo también. Tenemos que despertar a medio mundo o asomarnos cual granujas a ver si están todos acostados. Entonces, si todos lo están, se vuelve en puntillas y se echa el cerrojo. Aunque sea el alba. Como si ningún ladrón pudiera entrar mientras uno de la casa estuviera fuera. El peligro empieza cuando estamos todos dentro... sin cerrojo.

Mi madre espera ansiosa mi llegada. Yo pienso, cuando voy entrando —y si nada me dice—, que Pedro, mi hermano mayor, y Fabio, mi hermano menor, ya han llegado. Cien veces me ha llamado para decirme que mi padre no ha llegado aún. Jamás ha pensado, entre yo como entre, que puede ser un forajido el que entra. Se alarma ante la posibilidad de mi entrada, siendo yo el último, sin la puesta del cerrojo, dejándoles paso libre a todos los bandoleros. Pero si piensa que alguno no ha llegado, no teme nada y se vuelve a dormir con su sueño ligero listo a desaparecer al acercarse el que ha quedado fuera. Entonces, si éste al llegar se ha olvidado de su deber...

Fabio y yo estamos solos en Santiago. Vuelvo a casa como a las 2 de la madrugada. No sé si el otro ya haya llegado. No echo el cerrojo. Al día siguiente, ¡horror! Fabio había vuelto una hora antes que yo. Antuco —el mozo de casa— durmió la noche siguiente con pesadillas retrasadas al ver el peligro en que habíamos estado.

—Pero Antuco —le digo—, ¿has sabido alguna vez de algún robo?

—No, don Onofre —me responde—, pero la señora quiere...

Total: se ofusca y no da razón alguna.

Luego le hago la misma observación a Fabio y obtengo la misma respuesta. En el fondo, creo, sienten la sinrazón del cerrojo y que confesar ahora su inutilidad es confesarse que toda una vida ha pasado basada en algo inexistente. No puede ser. Ante tal cosa, un hombre se defiende hasta la muerte.

Me levanté y llamé a Isabel. Le dije:

—Creo que convendría poner un cerrojo en la puerta de calle. Tú sabes, hija, la cantidad de ladrones que hay hoy día y la fragilidad de las cerraduras...

—No hay más ladrones que antes —me respondió—. ¿Quién te ha hablado de la fragilidad de las cerraduras?

Volví al diván de mi escritorio y volví a recostarme.

Me acordé, entonces, de una noche en que, habiendo llegado el último, no puse el cerrojo. Empezó a darme miedo. Al fin me levanté y lo puse. Me dormí tranquilo.

Un rito, nada más que un rito. Estábamos sometidos a él desde antes de nuestro nacimiento. Había que cumplirlo.

Pero ¿no hay nada más en mi vida pasada? ¿Se reduce todo a un cerrojo?

Parece que mi vida no ha tenido importancia, no ha alcanzado relieve más que desde el día en que me encontré con Lorenzo y me picó la curiosidad literaria. Porque después de todo, veámos. Veamos bien, con calma, con calma:

Ese día pasado con Isabel en San Agustín de Tango. Ese día está claro. Luego mi matrimonio. Flojo, dudoso. Que nuestra vida fue gris, sin duda. Pero no hasta el extremo de no dejar recuerdo alguno. En fin, un recuerdo vuela, se cierne sobre este gris. Si algún nombre hubiera que darle, le daría el de *Los Tataranietos*. Porque yo pensaba día y noche —mientras Isabel revoloteaba de aquí para allá y de allá para acá— escribir una carta a mis tataranietos. Era la época en que yo pensaba tener hijos y que estos hijos tuviesen hijos y así siguieran para siempre. Pero mi mujer parecía no pensar como yo. No tuvimos hijos. En esa época yo no lo sabía. Debería escribir mi carta para ser abierta el día en que el mayor de mis tataranietos cumpliera 21 años. Luego pensé que era muy joven. Me dije, entonces, 30 años. ¡Qué de cambios habrá para esa época! No les hablaría de nada trascendente; les hablaría únicamente del diario vivir: el tranvía que pasa, lo que cuesta, cuanto tarda, como se va dentro, etc. y etc. Las horas de comer, como nos sentamos y qué comemos, lo que vale cada presa que nos sirven. Para entonces habrá además muchos cambios sociales; entonces insistir sobre nuestros empleados. La fisonomía de las calles y de las casas. En fin, tenía que escribir esta carta y, junto con los datos que acumularía, pondría el acento en la comida. Hice algunos apuntes que ahora no sé donde estarán. Y mi matrimonio con Isabel no tenía, para mí, otro interés que estas lucubraciones a propósito de mis tataranietos.

Volví a aquel día en San Agustín de Tango. Pasaban sus escenas más y más rápidas. En un momento recordé que la casa o palacete en la avenida de los Sagrados Corazones, no era de mi familia. Allí vivía..., vivía... No lo recordé. Mi familia ha vivido siempre aquí en Santiago, en la calle Esmeralda, y allí viven aún mi madre y mi padre. Mi hermana y mis hermanos se han casado todos, todos, y viven... Bueno, viven en diferentes casas. En San Agustín de Tango no tengo parientes, salvo un primo mío.

Teófilo se llama, Teófilo Borneo. Tiene mi edad, con un mes de diferencia pues nació el 13 de octubre; yo, el 13 de noviembre. Antes, mucho antes de mi matrimonio, fue el confidente mío. Ahora otra luz se iluminaba oscureciendo sus contornos. En ella se mez-

claban dos seres, unidos... ¡vaya alguien a saber por qué! Eran esos seres Natalia Toltén y Edgar Allan Poe. Yo leía a Poe y amaba a Natalia. En aquellos tiempos, sí—en ese momento lo recordaba—yo amaba a Natalia y leía, devoraba a Poe. ¡Bendita mujer que tanto te amé! ¡Benditos sean los sufrimientos que me diste! Gracias a ellos adquirí tanta experiencia. Sobre ellos, entremezclados hasta identificarlos, pasaba el ebrio de Baltimore, pasaba Edgar Allan Poe del brazo, abrazado a Natalia. Entonces le escribía cartas a Natalia, cartas dolorosas en las que loaba su sin par belleza y con una lozanía de que ahora carezco completamente. Pero el señuelo estaba colocado más allá, más allá de ella; estaba en Poe. Quería ser yo un personaje que sufriera así como él pero con clara conciencia de mis sufrimientos. Teófilo se reía de mis manías. ¿Cómo olvidé a Natalia? No lo sé. Esto ya cae en la parte oscura de la luz que se iluminó.

La luz que se iluminó se extendió de pronto. Fue como un reflector que proyecta hacia el fondo, hacia atrás. Todo, entonces, fue sumergido por su potencia. ¡Esmeralda!

Escribamos, si no a mis tataranietos, al menos a los que en pocos años más me lean; porque aquí suceden varias cosas bastante curiosas.

Ya pronto van a desaparecer las últimas viejas casas. Ya pronto viviremos más apretados, bien apretados pero con mucha más comodidad. La comodidad se aprieta. Nuestras casas eran grandes, enormes. Un solo piso, a veces, por aquí o por allá, de preferencia a la calle, otro piso pequeño. Un patio, luego otro patio, a veces tres y, una que otra, cuatro. Estos patios tenían corredores. A estos corredores daban las diferentes habitaciones, así es que la cantidad de luz que cada una recibía era muy poca salvo si daba a la calle. Así y todo, la luz no era muy abundante. En primer lugar las habitaciones estaban empapeladas con papeles que, a parte de sus muchos dibujos, eran de colores oscuros; en segundo lugar, porque las piezas eran muy altas, muy altas, inmensamente altas, y las ventanas estaban colocadas a ras de suelo. Desde lo alto caía una lluvia ininterrumpida de sombras. No había calefacción. En las noches invernales, cuando el frío arreciaba, se encendía un brasero. Decía la gente que esto era malsano. Nosotros los chicos teníamos que estar lejos de él. Las personas de edad se ponían a su alrededor. Era la época de los sabañones. Yo, en todo caso, los atribuyo a los braseros. Es cosa de consultarse con el doctor Hualañé.

En una casa así nací yo. Allí crecí y allí estuve hasta mi matrimonio con Isabel. Una vez casados, tomamos una casita, la que todavía teníamos en 1927, aquí en Lastarria. Pero esto no es del caso. El caso aquí va hacia mis recuerdos, hacia esa niebla que se extendía por mi pasado, dejando una que otra claridad por aquí y por allá.

Ahora se concentraba en Esmeralda, en esa casa inmensa de tres patios. ¿Toda ella? ¿Toda esa claridad? No exageremos. Sigue el telón de fondo con la diferencia de que ahora los dos recuerdos que se destacan son de la casa misma.

Yo había escrito sobre ellos. En el tercer cajón del clasificador. ¡Olvidado también! ¡Olvidado como lo que intitulé *Ayer*, olvidado como casi todo mi pasado!

La Antesala y el Comedor. He aquí dos recuerdos nítidos. ¿De mis escritos o de ellos mismos? De ellos mismos, sin duda. Los recordé con absoluta claridad. Vamos a ese cajón y leamos:

### *La antesala*

Hoy hace diez días que he regresado. Sentí deseos de agregar "a la Patria", pero no lo hago

porque ello no es verdad. Hasta hoy no he regresado más que a mi casa. Luego llegaré al terruño, me pasearé por calles y parques hasta que mis ojos se habitúen a un nuevo sentido de proporciones. Por ahora mi ciudad natal y yo estamos en completa desproporción. Es algo como una caja cuya tapa no ajusta, que cruje. Será menester que poco a poco me ponga a otra escala y resuenen al unísono en mí otras notas. Cuando ello se haga habré llegado a mi patria. Sólo entonces empezaré a llegar a mis compatriotas. Todo un trabajo por recomenzar. Al fin habré llegado de lleno y será el momento de emprender un nuevo viaje. Pero ya estoy en mi casa.

El día de la llegada me sucedió algo como un terremoto. Lo que creía inmenso —cierros corredores y habitaciones— apareció pequeñito. Lo que creía que era de proporciones normales, era descomunal. Todo bailó a mi vista. Al día siguiente el baile fue de lenta cadencia. Después cesó. Yo tomé, dentro de mi casa, las proporciones exactas. Vivimos ahora —mi casa y yo— en plena paz.

Sin embargo... Si las proporciones ya no me espantan gracias a que puedo dilatarme en las habitaciones altas como tubos, y reducirme como un niño para que se alarguen los corredores, la paz no es completa: de cada estancia, de cada rincón, aun de los cajones de algunos muebles, asoma a cada momento, cuando paso distraído, un recuerdo, ¡qué!, una insinuación de recuerdo que me grita, a veces a gran voz, a veces a voz baja. Me vuelvo rápido, movido por un resorte. Nada. El diablillo que guarda el recuerdo ya se ha escondido y la insinuación que me lanzó se desvanece enseguida, como el humo. Allí me quedo entonces, inmóvil. Luego sigo caminando distraído.

Esto me ha cansado. De todas partes parece que quisieran decirme algo pero ninguna voz logra explicarse. Me he llevado estos diez días como un perro olfateando una presa que se escabulle por cualquier ranura por ínfima que sea. Esto, lo repito, me ha cansado. Siento a mi alrededor que los muros, los techos, los objetos todos, traman sórdidamente mi porvenir con hilachas del pasado. En más de algún sitio sé que un ojo, que no veo, me guiña con malicia. No sólo cansa todo esto; también inquieta pues es vivir en una permanente tensión nerviosa, vivir al acecho de fantasmas tanto más inconsistentes cuanto más lejano haya sido el momento que una vez les dio existencia, una vez en que yo y algo que ahora ignoro chocamos. Al choque desprendimos una chispa —mitad de mí mismo, mitad de una incógnita— que yerra en este momento por las estancias, por los muebles, hasta por las rendijas de los cajones.

Es así como hoy, cansado e inquieto después de cien vueltas por este caserón tranquilo, llegué tras de una solución cualquiera con tal de calmarme un poco, a esta habitación en que ahora escribo, y en un diván me recosté.

Me recosté y no quise pensar en nada, quise que el silencio me durmiera. Pero poco a poco una pequeña curiosidad, con un tanto de inquietud, por cierto, empezó a despuntar en mí. Porque recordé de súbito que el día de mi llegada, al poner los pies en esta misma habitación, había comprendido que todo el sentido de mi existencia tendría fatalmente que cambiar. Iría a ser la vida bajo otro ángulo en el que todo cuanto es verdad en un sitio es falso en él y todo lo que es falso fuera, verdad aquí.

Mas ¿cómo lo había sentido? ¿Por qué? Esta habitación no tiene nada de extraordinario: cuatro muros, un techo y un piso; tres puertas y una ventana. Y cien, doscientos o más objetos por todas partes. Tal vez por aquí vaya el hilo que pueda llevarme a esa fugaz comprensión que el día de mi llegada me sorprendió: en este número inaudito de objetos y en algo más que apenas preciso. Pero vamos con calma.

Desde luego me doblego ante la ingratitud burlesca del resto de la casa. ¡Fuera diablillos y fantasmas que erráis por la sombra de los rincones o que, afirmados contra una moldura cualquiera, le dais a ella una singularidad que alcanzo a percibir con veloces intermitencias, pero que no me explicáis en qué momento ni de qué modo a esa moldura la hacéis más singular y a la del lado la dejáis vacía de toda significación! ¡Fuera tales misterios de los que habría que empezar por averiguar, para llegar a una exacta solución, si están en mí o en esta casa o bien en una relación entre ambos o bien aún en la involuntaria repetición material de una relación que existió tiempo atrás! ¡Fuera todo ello y vamos a esta habitación, desde su diván cobijante!

Ante todo veo que entre tales objetos nada hay de común, que ninguno sigue una disciplina organizadora, que tras ellos ni remotamente se percibe ni una idea, ni una finalidad, ni siquiera un propósito. Entre cuatro muros se amontonan cien, doscientos, trescientos y más objetos sin sentido, sin razón de ser. Indudablemente, y como primer punto, en este conjunto hay algo disparatado. Eso veo, sí, pero acaso se deba a que durante años, durante mis años bajo otro ritmo, me haya habituado a la muda solidaridad que les aconsejan, y ellos acatan, dos manos que se mueven guiadas por dos ojos que obedecen a un cerebro amante del orden, de la razón de ser. Y aquí no hay tal. Aquí se diría un asilo, un refugio para todos los objetos azotados en otras partes de esta vasta casa interminable. Aquí deben llegar escarnecidos y temerosos, de todos los rincones, huyendo del destierro definitivo. Pero no. Un refugio de miserables sería otra cosa. Oiría quejas, oiría gritos de protesta. Y es todo lo contrario. Esta habitación es triste, soñolienta. ¡Y cuánto silencio! Hay en ella algo de abnegación, de sumisión profunda. Es como el símbolo de la quietud, de la inmovilidad, de la muerte. Tiene algo de camposanto. Todo aquí parece dormir en paz. Veo, pues, por encima de lo disparatado, una cierta, una aún lejana armonía, y nada raro que atrás, muy atrás haya, a lo mejor, como en las habitaciones de los otros sitios, un cerebro también.

Algo de camposanto... ¿No será aquí el cementerio de nuestra morada? Idea estrambótica, dirán todos. Sin embargo... ¿Por qué ha de haber únicamente cementerios para los humanos y no también para los objetos? Ahora recuerdo que aquel día de mi primera entrada aquí me pregunté asombrado: "¿Cómo pueden mil personas entrar en esta habitación, pasar por ella y hasta en ella permanecer sin lanzar súbitamente un grito de estupor?". Los miré a todos, amigos y parientes alrededor mío, todos serenos, indiferentes. Pero hoy comprendo. ¿No entramos, pasamos y a menudo permanecemos largo rato, nosotros los vivos, en los cementerios de nuestras ciudades? ¿Lanza alguien un grito de estupor? Nadie. Todos serenos, indiferentes, como los de esta casa al cruzar por aquí. Sin embargo más de alguien, a la sombra de los cipreses y lado a lado de las tumbas, debe haber sentido precipitarse a la garganta ese grito de estupor al rozar por un segundo, por un centésimo de segundo, la muerte en sí. Empiezo a ver claro: ese centésimo de segundo me rozó esa vez, y en lugar de dejar escapar el grito, ya distraído nuevamente y cogido por la vida, me pregunté por qué no lo dejaban escapar los demás.

Empiezo a afirmar que lo disparatado en esta aglomeración aparece sólo cuando se le considera con los ojos de la vida y se le juzga por las finalidades habituales que nos imponemos sobre la Tierra. Pero viendo bien, hay aquí, lo repito, una armonía, una solidaridad, una razón de ser; hay la igualdad de un destino: el de la muerte.

No cabe duda: estoy en este momento en el cementerio de nuestra mansión. Baste pensar qué enorme significado esta habitación alcanza en la existencia de nuestra familia.

Mi padre, don Eleuterio Borneo, pensará que el eje de ella está en su severo escritorio; mi hermana y hermanos, en los salones flamantes; tal vez mi madre, únicamente mi madre, ha de calcular que si es verdad que todo el futuro bienestar está en ese escritorio y todo nuestro brillo venidero en esos salones, es aquí y sólo aquí, donde se hallan silenciosas las raíces de nuestras vidas, por lo tanto las directivas secretas que mueven escritorios, salones y el resto.

Ahora me pongo de acuerdo con ella, mi madre, doña Trinidad Calama de Borneo. Cada determinación, cada gesto de familia florece alimentado por una tumba de esta habitación soñolienta, como cada determinación y cada gesto de nosotros es el eco de la voz lejana de uno que ya duerme en su sepulcro. Aquí está el pasado, nuestro pasado, y él es siempre el generador del porvenir. Alguien de nosotros imprime un nuevo giro a la familia, alguien abre una nueva época... y cree que su rasgo de ese instante ha nacido espontáneamente. Se enorgullece, se pavonea. ¡Error, error! El lejano origen de él, origen ya olvidado por todos, yace aquí, muy oculto si se quiere, pero yace aquí demostrando que todo es continuidad, un perpetuo devenir.

Es por eso que, a cada instante, me parece oír aquí ciertos ecos perdidos. Remontan por el tiempo y me alcanzan. Ecos de otras épocas, de otros momentos. Cementerio de nuestros actos y proyectos no continuados; indicador, pénsenos lo que nos pese, de nuestra marcha. Por eso sentí, al poner los pies aquí, que mi existencia tendría fatalmente que cambiar, y por eso, en vez de reposarme, me cogió poco a poco esa pequeña curiosidad con un tanto de inquietud. Allá otras cosas me impelían, otras las que tramaban mi destino. Hoy eso pasó, terminó. Estos cien, doscientos, trescientos objetos me marcarán la ruta de ahora en adelante desde esta habitación sombría.

¡La Antesala! Éste es su nombre. Él es tan desconcertante como todo cuanto encierra. No es antesala ni nada por el estilo, pero así se llama y su nombre lo respetamos. Cuando mi padre compró esta casa —hará unos 30 años— esta pieza llamábase ya de este modo. ¿En qué cabeza brotó tal idea? Es ello un secreto perdido cuya revelación habría podido darnos todo un poema. Por ahora respetamos, digo, sin tratar de perforar más hondo.

En aquellos tiempos mis padres, jóvenes e ilusionados, han de haber llegado al 644 de la calle Esmeralda con sus muebles y sin nosotros. Han de haber mirado, seguramente que con mis tíos, el empapelado de las piezas para después, mucho después, mirar las piezas mismas. Como no hay duda de que una sola ojeada les hizo comprender que mientras no se arrancan los papeles los habitantes anteriores no se marchan del todo, han de haberlos arrancado, han de haber colocado nuevos y, junto con mis tíos, han de haber clavado en ellos su juventud y sus ilusiones.

¡Oh, ya veo esta afanosa y agradable tarea! El salón recibiendo lo mejor de cuanto se poseía y dejando huecos, apenas simulados, para las cosas que siempre se espera han de venir; el escritorio lista para enfrentar los combates de la vida; los dormitorios, el comedor correctísimos; algunas habitaciones vacías por lo que hubiera de suceder; y la Antesala, pobre provinciana en la fiesta, llevando torpemente las sobras con que la adornan.

Debe haber sido fría, desmantelada en un principio; la habitación inútil en toda una casa aprontada para la lucha, la inútil en medio de todas las demás que habían recibido una consigna fija y habíanse provisto para su realización. Por lo tanto ha de haber sido la única acogedora de todos los seres en sus momentos de inutilidad, los dulces momentos en que cada cual deja colgados de la percha respectiva sus deberes y sus actitudes frente al mundo y vuelve a ser lo que el destino le encomendó que fuese: un habitante, un

habitante más sobre la Tierra, sentado en un sillón... ¡Cuánto humo de cigarrillos fumados con pereza, cuántos suspiros sin significado, cuántos bostezos fuera de hora, cuántas risas mecánicas y cuántas charlas al margen ha de haber albergado esta Antesala en sus primeros días! Estoy cierto de que el punto de partida de todas las buenas cosas de nuestra vida ha estado siempre aquí, entre el humo perezoso y los bostezos que el reloj no registra. Siempre aquí para luego tomar cuerpo y expandirse en otras salas. Todos—gentes frívolas e ingratas— todo lo agradecen y lo recuerdan en esas otras salas, mientras nadie reconoce ni premia a la pobre Antesala por su pobre labor.

La vida empezó a desenvolverse, con la habitual modorra de nuestro país, en la calle Esmeralda. Apareció mi hermano, aparecí yo, apareció mi hermana y, por fin, mi hermano menor y, junto con aparecer cada uno de nosotros, de una pieza vacía—de esas dejadas por lo que ha de suceder— crecían a la par nuestros pequeños muebles de los rincones y diminutos objetos venían como pájaros a posarse sobre ellos con la alegría de todos y la curiosidad desconfiada del gato de la casa. Era algunas veces mi padre el que traía alguna monería cualquiera; eran otras, un pariente cercano o un amigo íntimo de la familia. Fuesen quienes fuesen, el chiche sentaba primero plaza en un sitio dado hasta que mi madre, invariablemente, lo colocaba en otro. En este último quedaba en definitiva pues sólo ella sabía la línea de nuestro crecimiento y seguía el desarrollo de la línea paralela de cuanto nos circundaba, sabiendo, por lo tanto, encontrar la justa relación entre el alma del bebé y el sitio ocupado por un objeto en el espacio.

Pero no solamente parientes y amigos contribuían al adorno de las nuevas habitaciones. Otros personajes más importantes también. De cuando en cuando alguna habitación vecina ofrendaba a su vez un objeto cualquiera, el objeto que ya en ella había terminado su misión mas que siempre, por su calidad o belleza, era digno de seguir compartiendo la vida doméstica. Así, me han contado, que una tarde en que la gratitud de un protegido de mi padre hizo llegar a su escritorio un corcel de bronce, de ese escritorio y esa misma tarde, voló a mi pieza un loro de porcelana. Dicen que se posó sobre la mesa de noche pero sólo por un momento; mi madre, vigilante, lo cogió y lo puso al centro de la cómoda. Allí estaría, sin duda, el sitio exacto que debería ocupar ese loro respecto a mis primeros balbuceos. Otra vez—esto lo recuerdo— la cocina—¡Sí, la cocina!— presentó su humilde, su tierno obsequio a mi hermanita menor, a María. De uno de sus muros ahumados se desprendió una calabaza. Mi madre la grabó al fuego y todos entonces la llevamos hasta su cuna en alegre cortejo.

Sí; todas las habitaciones se regalan, se dan muestras de cordialidad y hacen, de este modo, circular por la casa entera las expresiones de nuestro circular por la vida.

Únicamente la Antesala a nadie nada le ha ofrendado. Nada de ella nunca ha salido. Parece que aquí no fijara plaza más que lo que no es absolutamente necesario como indicador de los propósitos, desvelos y fantasías. Los objetos que vienen de fuera nunca han iniciado su existencia doméstica en ella; siempre en otra estancia y sólo cuando una de éstas, ya fatigada, lo arroja lejos, mi madre, con su celo infatigable, lo coge librándolo del basurero, y lo trae aquí. Sobre él cae luego una lápida invisible mientras en otros puntos de nuestro solar bulle la expresión de nuestras vidas.

Es verdad. ¡Cuántos y cuántos funerales, por espacio de 30 años, han logrado convertir esta pieza, de fría y desmantelada que fue en sus albores, en un abigarrado bazar al parecer sin sentido! Cada objeto que recibe su fin tras de acalorado debate o detrás de mudo convenio, se hace ver, hace hasta ruido, parece que alegara su importancia y sus derechos

hasta que, perdidas todas las esperanzas, sucumbe. Entonces, si es pequeñito, lo vemos pasar por los corredores en brazos de mi madre; si es grande, lo vemos en brazos de una criada o de Antuco, nuestro viejo servidor, y a mi madre junto a él, como un resignado maestro de ceremonias. Lo que es curioso es que ese objeto que resaltaba, que casi brillaba *antes*, que alborotó la casa al caer, que atrajo las miradas al pasar rumbo a la Antesala, una vez aquí bajo su lápida invisible, deje, como por extraño milagro, de ser percibido, enmudezca, se borre no perturbando la paz de la estancia y acomodándose tan quedamente en ella que llega a hacer falta un esfuerzo de atención para darse cuenta de que esto es en realidad, al menos materialmente, un disparatado baratillo. Es curioso, sí, que tal aglomeración de cosas en nada haya cambiado la suave primera pieza de los cigarrillos distraídos, de las confidencias al parecer inútiles.

¿Curioso? Es aquí lo mismo que en nuestras vastas ciudades populosas. ¡Qué de ruido *antes*! ¡Qué alboroto al caer! ¡Qué de miradas al pasar con rumbo allá! Pero que allá llegue el opulento o el pobre diablo, todos se acomodan quedamente y nada hace cambiar las confidencias de los cipreses inútiles...

Aquí hay tantos cuadros como en un museo. Cada cuadro es el comienzo de una posibilidad de estado de ánimo que no ha seguido. Algunos recuerdan el hombre que llegó de viaje aún con el polvo de carreteras mundiales. En alguna parte se ha sacudido el polvo que ha revoloteado por los aires y luego ha caído al suelo. De ahí, al golpe de escoba de un entusiasmo muerto, se ha levantado hasta los muros de esta pieza y en ellos se ha fijado.

Así esas dos grandes acuarelas de Venecia. Ahí están.

Llevan un *passe-partout* blanco, un marco color acero con adornos dorados. Son vulgares, torpes. ¡Pero qué malicia encierran, malicia que acaso no percibe ni quien las hace ni quien las compra! Por eso será necesario que, ante todo, hable de esta malicia, lo único que hará comprender el fallecimiento de las acuarelas, sus funerales y su sepultura en la Antesala.

Cuando se viaja hay que regresar, con una imagen que sostenga lo que se conserva en la memoria. Pero, por una sutilísima desviación que todos sufrimos en países lejanos, se prefiere una imagen que corresponda, no a la visión que a nosotros nos queda, sino a la visión del amigo que no ha viajado. Se trae, pues, en los baúles lo que los amigos piensan de nosotros ausentes, lo que creen, desde su hastío, que allá lejos hacemos encantados, lo que suponen que vemos, sitios de maravillas, entrevistados por ellos en evocación dudosa. Así se traen sus visiones, sus anhelos y sus deseos ardientes, y se les clava en la pared.

Entonces, cuando él alza la vista, nosotros desviamos la nuestra hacia él.

Media humanidad se dedica a la fabricación de este arte de trastienda cuyo éxito se debe a su misión suavemente malévolamente. Cada hombre que parte de viaje lleva oculto el deseo de abismar a su regreso a los que no han partido. Dirán que parten para esto o para aquello, siempre algo propio nacido del propio cacumen. ¡Mentira! Parten todos con una mente ajena que, con perspicacia asombrosa, le han robado, entre copa y copa —si son hombres—, entre trapos y trapos —si son mujeres— a los que un oficio tiene atados, a los que suman diez veces al día y nunca sus sumas alcanzan, como en un termómetro en agua tibia, los 100 grados de la ebullición. Existen los que allá se quedan, que nunca regresan y allá se ponen a actuar. Ésos tienen que empezar por deshacerse, en lucha porfiada, de la mente del compatriota que les impulsó, y son bien pocos, bien pocos los que al fin logran desprenderse de ella, empaquetarla y remitirla a su legítimo poseedor.

Así parte el hombre venturoso, así parte llevando las monedas necesarias.

En el extranjero se pregunta sin formular pregunta:

"¿Cómo le gustaría a Fulano que fuese este sitio si a este sitio viniese?".

Con la agudeza extraordinaria de todo lo que aún no llega a la conciencia, ve la respuesta como dicen que ven las soluciones de intrincados problemas matemáticos ciertos viejos idiotas que los empresarios exhiben en ciertos circos de grandes capitales. Entonces salen las monedas. La mercadería está siempre lista. Miles de hombres que conocen todas las debilidades humanas, fabrican miles de correspondientes acuarellas y grabados que ajusten con los ensueños que se hacen en su insoportable tedio los tristes seres arraigados y clavados en miles de lejanas ciudades polvorientas. De regreso fijan en sus muros, de este modo, la imaginación de los pequeños funcionarios y de los hombres de escasa renta de las populosas aldeas de la América Latina. ¡Oh, Europa mitológica! ¡Oh, Europa exótica! Cada buen ciudadano de esta tierra que aquí se queda hace de ella su pequeña imagen y cada venturoso ciudadano que allá se marcha les trae un grano más de alimento para la pequeña imagen que roe lentamente.

Ahora desde aquí, dulce tierra adormecida, pienso también en la Europa mitológica. Sí. Veo un mar inmenso. De un lado y abajo, una tierra que dormita. De otro lado y arriba, una tierra que trepida. De la primera no tengo imágenes pues en ella estoy; de la segunda, sí. Me digo: Europa... Y pasa por mi cerebro un autobús, un formidable autobús en llamas por entre edificios grises. Pasa. Luego de haber pasado, y sólo entonces, se levantan poco a poco otras y otras visiones. ¡Queridas visiones! Que a pesar de su valor tanto mayor han de seguir siempre, con la tenacidad de la pesadilla, al autobús parisiense que, cual máquina rompenieves, rompe la nieve que cubre mis recuerdos. Pero divago un poco y me alejo.

Un mar inmenso... Aquí una tierra; allá la otra. De pronto veo un puntito minúsculo, ínfimo, que se desprende, surca ese mar y se pega al otro lado. Muchos hombres de esta tierra abandonan el puntito y se pasan a la otra tierra. Se dispersan y empiezan, acto continuo, a buscar con ojos de rata y habilidad de zorro, por todos los rincones de Europa, los gráficos de los sueños de los amigos quedados. Y encuentran, encuentran siempre. Pues no sólo ese puntito material ha surcado los mares, ¡ah, no! Apenas el hombre sin renta ha evocado aburrido, un sitio de la Europa lejana, cruza los mares un sueño a insinuar en el hacedor de oleografías de una tienducha europea, la nueva obra mediocre que retrate esa imagen rudimentaria. El amigo venturoso sigue entonces, como siguen las golondrinas al emigrar un rastro para nosotros inapreciable, sigue la trayectoria, avanza, retrocede, vacila, insiste, encuentra y compra.

Así hacen todos. Preparan sus baúles. Regresan. He ahí, de nuevo, un pequeñísimo punto que se desprende de arriba, cae por el mar y toca abajo. Descienden. Se abren los baúles. Se adornan los muros.

—¡Aló, amigo, venga usted a verme! ¡Tenemos mucho que hablar!

El hombre sin renta llega. Ve sus desvelos atados a un clavo y cercados de madera dorada. Inútil tratar de llevarlos a casa. Vuelve ese hombre por calles desiertas. Ha dejado en las paredes del amigo sus esperanzas de viaje, sus ensoñaciones pueriles de mundos atrayentes, clavados, atados, cercados. El viajero está satisfecho.

No es mayor ni menor la epopeya cotidiana de los viajeros de la América Latina. Tras cada hombre bien que pasea por los bulevares hay veinte hombres chiquitines que en sus vidas monótonas, encauzadas entre repiques de campanas de iglesias tristes e interminables chismes de vecinos, han hecho partir al otro y lo mueven como motor a distancia. Uno

parte lanzado por veinte que quedan; y otro, tras los mares, proporciona la mercadería envenenada guiñando el ojo. Es todo. De este minúsculo duelo a alfilerazos, pero cien y mil veces repetido, salta el oro por los aires. Salta y... es todo.

Pero dejemos epopeyas de lado.

Hace cerca de 15 años que regresamos nosotros por primera vez. Hace 15 años que en el salón —no en la Antesala, por cierto— aparecieron las dos acuarelas inmóviles y atisbadoras como atisba un anzuelo bajo el agua.

Recuerdo parientes, amigos, conocidos, muchas personas hoy desaparecidas, Dios sabrá donde, que aquí a casa venían, mordían y luego soñaban tristemente. Después se marchaban. Venían entonces otras, hasta que vinieron todas, es decir, hasta que todas nos consideraron a través de la imagen forjada por ellas de esa Venecia lejana y encantada. Habíamos, pues, tomado la plaza deseada. El tiempo que corría, acumulando nuevos acontecimientos, exigió luego otra representación nuestra en los muros. Los amigos, cuyas imágenes guardábamos siempre, se habían diseminado y ya venían otros que soñaban una Venecia distinta o que Venecia les era perfectamente indiferente. Por otro lado nuestra posición y nuestros rumbos cambiaban como cambian los de todos los mortales. En esta nueva posición no era tal vez necesario, para su justa apreciación, manifestar un pequeñito canal crepuscular, un palacio rosa, una enredadera verde y una góndola sin rumbo. Debe haber sido así, pues un buen día el salón soltó varias amarras y cayeron las acuarelas. Su rol había terminado. Mi madre les trajo a la Antesala.

Un tercio de los objetos aquí encerrados ha llegado de este modo. Es el tercio de los objetos portavoces, de los luchadores, de los pregoneros de ideas nuevas, los que amigos quedados por sus voluntades tácitas nos hicieron adquirir allá lejos. Los hay muchos, los hay innumerables. Así la terracota de Donatello, así el florero de plaqué, así cien más. Los otros dos tercios proceden de otro origen: los que nacieron de un propósito no continuado, de un ideal lanzado al aire; y los que otros seres nos envían como homenajes, seres que han apuntado mal no dando en el blanco de la familia. Un golpe errado. No entra aquello entonces en nuestro engranaje, se adhiere sólo por un instante y cae. Mamá lo recoge y... ¡ja la Antesala!

Al lado de un tarjetero cuyas cuatro patas de fauno coronadas por cuatro cupidos sonrientes, le dan el aire de hallarse en permanente danza; tras un florero que sólo de tarde en tarde echa fuera por su boca una flor; ocultando un retrato mío en que reconozco otras ideas y otros ensueños; hace un esfuerzo por sus derechos a un poco de atmósfera, una greda que sonrío.

Es una cabecita de niño que, hecha una vez por Donatello, fue un día admirada por los americanos ricos y por los burgueses europeos y entonces, como los panes bíblicos, se multiplicó y apareció en todos los rincones del mundo. Sonríe entre todos esos objetos que la ahogan, sonrío como Figaro *de peur d'être obligée d'en pleurer*.

Estaba en Milán, hará unos 15 años, en un vasto hall envidriado, junto a mil estatuas más cuyos cuerpos de mármol, greda, yeso, bronce y piedra, sentían todo el día sobre ellos el ojo vigilante de un italiano cauteloso. Alrededor del hall rondaban los turistas. Giraban como cuervos sobre su presa; caían algunos como mariposas sobre llamas. Así rondamos nosotros y giramos con la esperanza, que cada turista abriga, de que tal vez la honda impresión de arte sentida a lo vivo, pudiésemos perpetuarla en el curso de los años llevándola encerrada en una estatuilla, en un vasito o en un grabado.

Bajo la vigilancia amabilísima del italiano nos paseamos por el hall con la gran satis-

facción de poder tocar, palpar y hasta de llevarnos bajo el brazo todo aquello que, metros más allá, sólo al ojo le es permitido violar y aun con restricciones pues cada guardia observa el ojo del visitante que observa el objeto que es prohibido tocar.

Se discutió. Cada cual opinó de distinto modo. Sólo el italiano estaba a la vez de acuerdo con todos, ignoro gracias a qué artes diabólicas. Hubo, abreviadas y concentradas, una muestra de todas las opiniones que agitan a la humanidad, que chocan y ensangrientan el planeta y, durante la hora de controversias, el italiano fue la utopía en que se queman tantos héroes de la verdad humana. Al fin Donatello venció en franca lid a Miguel Ángel, a Verrochio y Ghiberti y, dando un revés contra el tiempo, venció también a los griegos que allí dormitaban, y dando otro revés hacia adelante, derrotó al Bernino, a Houdon y Rodin.

Lo llevamos entonces al hotel y, aquella noche, todos sentados alrededor de su sonrisa, pensamos en los lejanos amigos que pronto, girando alrededor nuestro, nos vengarían de nuestra giras alrededor del italiano.

De un cajón que se abrió a los martillazos de Antuco, la cabecita, sumida por largos meses en las sombras de envoltorios, volvió una tarde a la vida, manchada de paja y aserrín y, apenas vio la luz del sol, sonrió al patio bajo de la casa y al gato que se desperezó con la sonrisa. Entonces, formando parte del cortejo que atestiguaba y también justificaba nuestra larga ausencia, entró en el primer salón, el azul, y ornó, junto al espejo, la chimenea de mármol blanco.

¡Pobre cabecita sonriente! Su vida fue efímera, fue un fracaso. Donatello, por todas partes victorioso, iba a hallar su derrota tras los Andes. Así fue.

El día mismo de nuestra llegada, los diarios matinales anunciaban el regreso de mi padre, su mujer y sus hijos. De cien personas que leían los diarios, noventa y nueve pasaban la nueva por alto, pero una de esas cien la leía, la sentía y un ligero cosquilleo le advertía que algo ella tendría que hacer con ese regreso. Se ha de haber dicho entonces: "A-ah". Las imágenes dudosas de la Europa soñada han de haber pasado rápidas, instantáneas ante sus ojos. La libreta de visitas de cada una de esas personas se llenaba con un nombre más, el nuestro. Había que ir a la confirmación de si valía o no valía la pena moverse de esta tierra silenciosa.

Al día siguiente de nuestra llegada hacíamos cola en el teléfono. Como cumpliendo un rito decíamos: "¡Aló, amigo, venga usted a verme!". Parte de nuestra voz, la parte que no se iba por el hilo, acariciaba la cabecita de greda, las dos grandes acuarelas y el gran florero de plaqué. Pero muchas veces, cuando el campanillazo sonaba allá en casa del amigo, el amigo daba ya un campanillazo en nuestra puerta.

Empezaron a venir unos tras otros, todos. Recuerdo bien esta casa en esos días. Los salones abiertos de par en par, igual cosa el escritorio de mi padre y... cerrada la Antesala. Al fondo del patio, el comedor entreabierto como una celada suficientemente hábil para hacer aceptar a todo el mundo por lo menos una horchata.

Junto con sucederse tantas visitas, nuestra clasificación empezó a sufrir duros quebrantos. Todos nuestros cálculos resultaban más o menos errados. Algunas cosillas que habíamos dejado en rincones discretos, subían veloces de sitio ante el halago de los visitantes, y otras que pensábamos que iban a ser la admiración de la ciudad, bajaban, bajaban, hasta caían, de tal modo es verdad que ese sueño que cruzó los mares en busca de la tienducha europea, sólo por una intuición en pañales logra presentirlo el hombre que mucho vacila para al fin comprar. Así fue con la cabecita de Donatello. Por extraño que ello parezca,

nadie la veía. Vino una noche Goicolea, con sus anteojos pardos y su barba negra. Vino y habló de Europa hasta por los codos. Al hablar no pude nunca verificar con exactitud si nos felicitaba por tan hermoso viaje o si se mofaba de nosotros. Ante las acuarelas explicó con voz meliflua ¡oh! lo tanto que él haría si fuese a Venecia y, aunque asentíamos entusiastas, como dejando a entender que eso era justamente lo que nosotros allá habíamos hecho, notamos poco a poco que el pícaro de Goicolea relataba con precisión lo que jamás se nos vino a la mente hacer en Venecia. Así, deteniéndose ante cada objeto, lanzaba un espiche de dos filos. De pronto clavó un dedo en la nariz de la cabecita y ambos sonrieron. Pero Goicolea cambió su sonrisa en franca risa y preguntó:

—Y esto, ¿lo han traído también de Europa?

Era demasiado. Creí necesario intervenir. Expliqué largamente pero en mitad de mi explicación, Goicolea, malicioso y cobijante, me golpeó el hombro y me dijo:

—¡Estos artistas, estos artistas...!

El primer dardo había sido lanzado y había dado en blanco. Se fue Goicolea pero llegó mi tío Onésimo.

Mi tío Onésimo era grave, solemne, un gran señor. Como todos, rodó por las habitaciones todas. Mi padre lo cogió de un brazo y lo puso frente a la greda:

—De Donatello —dijo.

—¿De qué? —preguntó mi tío.

—De Donatello, Do-na-tel-lo, hombre...

Hubo un silencio misterioso. ¿Qué idea, qué representación habrá volado invisible al choque de aquel cerebro y aquellas cuatro sílabas? Jamás se sabrá. Dijo mi tío:

—Anda a casa a ver la mía.

La suya era mejor. Era la última revelación del Salón Oficial y era un mármol. Era una chiquitina quien sonreía y no un chiquitín.

Por todos los amigos y toda la familia pasó, entonces, como una alerta de una próxima competencia: la chilena o la europea... Poco a poco fueron llegando a casa las noticias de que la otra triunfaba. No sé cómo llegaban; era algo que se filtraba en el ambiente. Una prima nuestra nos dijo por fin:

—Muy bonitas todas las cosas que han traído de Europa, pero la cabecita del tío Onésimo nos gusta más que la de ustedes.

El segundo dardo había sido lanzado. Ya ese día, sin duda, dos cavadores de negro deben haberse aprontado para recibir un huésped más en la Antesala.

Llegó el día de la fiesta, de la primera fiesta de casa después del regreso. Se encendieron todas las luces, se encerró al gato en la cocina y de todos los floreros —floreros que esta vez se multiplicaron por encanto— crecieron flores a borbotones.

Cuando entré en el salón noté inmediatamente el cambio a pesar de la cantidad y bullicio de los invitados. A Donatello se le había excluido, se le había puesto fuera. Ya perdía terreno la pobre cabecita, ya, debilitada, no había resistido tan magno acontecimiento. Cuando terminó la fiesta y se habló del éxito de ella, supe que una greda no podía terciar con tanta opulencia. Mi hermana había sido invitada a otros salones y, por todas partes, sólo bronce o mármol o cobre. Quise explicar que si bien en esos otros salones eran ricos los materiales, eran desconocidos y mediocres los autores. Se me hizo callar de golpe: no era una fiesta para dar lecciones de arte; ello sería hasta "siútico".

Creí, después de esto, que la hora de su fin había sonado. Error. La lucha de la vida contra la muerte es encarnizada. Al día siguiente la cabecita sonreía nuevamente sobre la

chimenea del salón. Por el espejo ocultaba otra sonrisa hacia otro salón imaginario, sonrisa que nadie vería jamás y que ahora me pregunto, sin hallar respuesta, si existía o no existía. Verdaderamente es éste un problema intrincado, desconcertante, me atrevo a decir. ¿Cómo era la faz de la cabecita allá al otro lado, en el espejo que tenía tras de sí? ¿Existía siquiera? Y si no existía, ¿qué había entonces?

Acabo de levantarme y de ponerme frente a ese mismo espejo. Con una sensación extrañísima no he sabido si tenía yo nuca y espalda allá al frente. Cualquiera habría girado sobre sus talones para cerciorarse. No lo hice pues habría sido peor, ya que a la duda primera habríase agregado la de si habían o no desaparecido del otro lado mi vientre y mi pecho. ¡Misterio pues! Para mi tranquilidad y la lógica ordenanza de mis sentimientos, llego a saber que, en esa faz nunca vista, la sonrisa cesó.

Ahora indago: ¿quién ordenó esa noche la salida del Donatello? No se supo jamás. Tal vez salió solo, como el perro humilde y temeroso. Únicamente sé que volvió a entrar por la fuerza de la costumbre como acaso muchas veces nosotros mismos aplazamos la muerte por la fuerza de la costumbre de vivir. Antuco, al hallarla al día siguiente, arrinconada entre viejos trastos, pensó que un error de la criada allí la había dejado y la llevó al salón y la puso en su lugar. Allí quedó hasta el viernes subsiguiente, día en que de nuevo se encendieron todas las ampolletas y crecieron flores de los floreros vacíos durante medio mes.

Pero ¡cuán extraño es todo destino! ¡Cómo va hacia sus móviles y realiza sus diseños por sendas bien lejanas a las que nosotros suponemos! El día de esta segunda fiesta todo se arregló y preparó como la vez anterior. Mas ese destino sagaz, que hila por las sombras, hizo olvidarnos que, en tales acontecimientos, el gato debería quedar encerrado en la cocina. El gato libre encarnó entonces el último y definitivo ataque de la muerte. Llegó silencioso y astuto a la sala de espera donde se había instalado el guardarropa. En el momento en que Antuco volvía la espalda recibiendo un gabán y entraba allí la Peta, la vieja criada que nos vio nacer a todos, en ese momento justo, el gato tuvo miedo, saltó de la caja de hierro y, al saltar, tumbó la cabecita que salió por los aires sin protestar pues no era, por cierto, su sitio una caja de hierro con viejos papeles y documentos viejos.

Pero la Peta, con una agilidad que nadie le había sospechado, lanzó un: "¡Santo Dios!" y, avanzando los brazos, la recibió. Luego me dio parte de la casi desgracia. Cuando partieron los invitados, protesté en medio de la familia.

Pero aquello se hizo demasiado. La maldita cabeza molestaba en toda ocasión. Mis protestas interrumpían los comentarios de la segunda fiesta. La Peta, al oírlas, las apoyó. Mi padre, al oírlas, ordenó que no se hablara más de aquella estatuilla. Y pasó un frío entre nosotros.

Al día siguiente, cuando Antuco, nuevamente por costumbre, llevaba camino del salón la malograda estatuilla, mi madre se la pidió y la trajo a la Antesala. Allá lejos, allá arriba, al otro lado de los mares, en el instante mismo en que la cabecita entraba en esta habitación el italiano cauteloso de Milán hizo chocar entre sus manos las liras que una tarde nosotros le dejamos como encomienda del error de que éramos víctimas sobre los gustos de Goicolea, del tío Onésimo, de nuestra parentela y amigos íntimos.

Allí está el florero de plaqué.

Tiene la forma de una botella barrigona lo cual nada pone de extraño en un florero, pero en toda su barriga crece la extrañeza como crecen las algas y las amibas en las aguas de los mares. El plaqué se retuerce, se ondula, se riza. El plaqué se hace agua, se hace olas

que se quiebran en espumas, que, con oído finísimo, harían murmullos de océanos. En un punto, medio a medio de la barriga, las olas se hacen, se van haciendo, suave e imperceptiblemente, nalgas desnudas de mujer. Las nalgas dejan crecer caderas que se afilan en cintura, que echa torso que echa brazos que echa senos para, por fin, hacer un cuello coronado de hermoso rostro cubierto de ondulante cabellera de metal. Total: aunque en metal, allí hay, nada menos, que una mujer desnuda.

¡Ah, el pavoroso problema del desnudo!

¿Quién, por sutilezas que emplee, puede delimitar con precisión dónde concluye el desnudo de arte y dónde comienza el desnudo obsceno? ¡El pavoroso problema!

Hay, por cierto, en esta vasta región de la desnudez un extremo que nadie dudaría en clasificar como perteneciente al arte más púdico; y hay otro, al otro extremo, que no toleraría alegato alguno que pretendiera sacarla de la más puerca obscenidad. Pero hay una región intermedia... ¡Aquí está la cosa! Hay una región intermedia –como en todo el resto de la vida– que oscila, oscila hacia el arte púdico y hacia la puerca obscenidad. Todo depende entonces de los ojos que miran. ¡Pavoroso, ya lo creo, pavoroso!

¿En qué sitio exacto se hallaría la sirena de nuestro florero?

Oscila, oscila... No la sirena misma entre la inocencia y la lujuria, sino el florero entero entre las puertas del salón y de la Antesala y, lo que es más grave, de la calle Esmeralda.

El arte emana una aureola infinita.

Triunfó.

Pues el hecho mismo de ser un florero hacía ya retroceder un paso a la obscenidad. Luego todos los alrededores del desnudo eran representaciones oceánicas. Ella, la dama bella de plaqué, se doblaba en tan romántica pose que se iba para siempre toda la obscenidad.

Triunfó.

Mas he de decir verdad: para alcanzar su triunfo tuvo un aliado cauteloso y sutil. No quiero insinuar que por sí solo no hubiese alcanzado la victoria. El arte, ya lo he dicho, emana una aureola infinita. Pero acaso, ya una vez alcanzada, su posición no hubiese sido lo bastante sólida como para mantenerse firme, inquebrantable, junto al gran espejo del salón. Tal vez se hubiese balanceado como el Donatello, tal vez hubiese permanecido allí frente a los amigos íntimos, pero tal vez hubiese ido a encontrar el cofre de hierro al oír los pasos de los amigos de etiqueta. Una existencia triunfante, es cierto; mas algo incierta, vacilante. Pero existía el aliado cauteloso y sutil:

La Política.

Arte y política-política y arte: triunfo consolidado, sitio definitivo ante el gran espejo del salón.

Porque, después de todo, el número 644 de la calle Esmeralda no era sólo una residencia familiar. Era algo más. Era una especie de baluarte, uno de los tantos baluartes que se erguían y siguen irguiéndose del liberalismo nacional. No sé qué finísimo hilo ideológico une y ha unido siempre el mayor o menor número de ropas con las grandes corrientes: liberal y conservadora. El Cristo está siempre desnudo; sea. Mas parece que para el uso corriente de los corrientes ciudadanos, es menester, junto con caer de hinojos ante esos desnudos, cubrir de ropas los que pudiera haber en casa. En la iglesia y en la capilla, pasen. Prueba de ello es que Adán y Eva lucen su desnudez en la Sixtina. Pero en la casa... Absurda contradicción de esos absurdos espíritus conservadores, pensábamos todos los liberales.

Así es que nuestra dama de plaqué, además de tener ascendientes en griegos y renacentistas, apoyaba nuestros principios, desafiaba los absurdos aún existentes sobre la Tierra.

¡Inconmovible frente al gran espejo del salón!

Sin embargo, sin embargo... La puesta en práctica de una idea no es cosa tan fácil, sobre todo de una idea nueva, combativa. Quedan siempre ciertos resabios que insisten en subsistir. Las antiguas creencias se aferran y reaparecen. Pues es el caso que, de los siete días de la semana, por lo menos tres y a veces cuatro, el florero amanecía con su dama no frente a frente, no franca y valerosamente hacia el centro de la estancia, sino que ligeramente inclinada hacia el espejo como si considerara que, para lucir sus formas, era por demás suficiente que aquél las reflejara permitiéndole no hacerlo directamente. Es el caso también que, en cuantas fiestas siguieron, nunca faltó un gran crisantemo que distraído se inclinaba y cubría con sus pétalos de oro y púrpura aquellos hermosos senos y aquellas magníficas caderas.

Pasó el tiempo.

Iría ya corrido cerca de un año cuando vino en toda la ciudad una asombrosa multiplicación de floreros, tarjeteros y mil otros objetos de plaqué y la enorme mayoría de ellos llevaban seres humanos tal cual Dios los echó al mundo. Pronto crecieron por todas partes cientos y cientos de estatuillas de porcelana con otros tantos Apolos y Venus sin un trapo que los cubriera. Tanto los plaqués como las porcelanas inundaron todas las residencias sin distinción de ideas.

No había duda alguna:

El problema moral, ideológico, se había desplazado. Acaso sólo subsistía ante grandes dimensiones; acaso sólo en mármol o en bronce. En todo caso —era cosa palpable— no se planteaba en la porcelana ni en el plaqué.

Fue el ocaso de nuestro gran florero y de su ninfa.

Un nicho más empezó a cavarse muy cerca.

Ya el lado político perdía su razón de ser. El arte solo no tenía fuerzas suficientes para mantenerse en el salón. No quiero con esto rebajar sus grandezas ni el aprecio que nosotros le profesábamos. Mas en la lucha por la vida la cosa es así. No basta una sola fuerza. Deben varias unirse, armonizarse. Ya la fuerza de la política, repito, no existía. El florero flaqueaba como habría flaqueado si hubiese sido la del arte la que hubiese perdido sus derechos a la existencia. Flaqueaba. ¡Todo el mundo tenía porcelanas y plaqués desnudos! Debería, pues, el nuestro marcharse, marcharse lejos y cuanto antes.

Pero antes que partiera a destinos demasiado lejanos y oscuros, mi madre, una mañana y en silencio, lo cogió entre sus brazos y sobre una mesa de la Antesala lo sepultó.

Crepúsculo. Baja la luz. Recurrámos a la lámpara.

¡La lámpara! Un poeta me ha asegurado que la palabra “lámpara” no tiene rima en nuestro idioma. Tal vez. En todo caso estoy cierto de que ésta de la Antesala no puede rimar con ninguna otra de esta ciudad y acaso de ninguna otra ciudad del planeta.

Nació de un propósito no continuado. Es como el bosquejo de una intención. Rudolf Steiner dice: “Toda idea que se convierta en ideal matará una fuerza entre alma; toda idea que se convierta en ideal suscitará en ti una fuerza viva”.

Eso es nuestra lámpara: la ya lejana posibilidad de haber suscitado en nosotros una fuerza viva; la muerte permanente de parte de nuestras almas. Ni más ni menos. Pero vamos por orden.

La lámpara de la Antesala es colonial. Por el momento imagínese nada más que lo siguiente:

Cobre, gran cantidad de cobre. Todo él, viejo, usado, patinado; pues no hay que olvidar que algo más de un siglo nos separa de las postrimerías de la Colonia. Este cobre se distribuye así: junto al techo, una roseta de ocho pétalos de cuyo centro se desprende una cadena de cinco eslabones alargados. Bajo el último de ellos se abren cuatro como garras que sostienen un anillo que bien podría ser una sección de un tubo cualquiera. De éste cuelgan cuatro argollas de las que arrancan cuatro gruesas cadenas que, alejándose del centro, van a sujetar otro anillo, remedo del de arriba, pero diez veces, por lo menos, mayor. Entre las cadenas y el borde superior de dicho anillo, cuatro palmatorias semejando flores cuyos pétalos hacen juego con los de la roseta del techo. De cada una de estas palmatorias crece una corta y maciza vela imitación sebo que se corona por una ampollita eléctrica. Por el momento, baste con esto.

Ahora vamos a otra cosa:

Hubo un tiempo lejano en que nuestro salón no se diferenciaba del resto de las habitaciones de casa más que por su tamaño mayor y por hallarse, con una de sus puertas, en comunicación directa con el zaguán de entrada. Pero luego vino otro tiempo en que fue opinión general que tales diferencias deberían llevarse a un grado francamente más notorio. Ya el proyecto de viaje a Europa se iba materializando más y más; ya, sin necesidad de ser profeta, podía augurarse, para el regreso, un gran número de fiestas. Para esto no basta una dimensión mayor ni una mayor cercanía con la puerta de calle. Es menester algo más. Es menester un estilo.

¡Ah! Permítaseme aquí lanzar la misma exclamación que lancé ante el problema del desnudo: ¡El pavoroso, sí, pavoroso problema del estilo!

Yo, desde un comienzo, me incliné hacia el colonial. Mi hermano Pedro me apoyó, como también mi hermano Fabio. El primero, aunque disimuladamente, abrigaba cierta antipatía en contra de todo lo que fuese "europeizante"; Fabio, chico aún, tenía la manía de imitarlo. Mi hermana María, también disimuladamente, dejaba traslucir a cada momento su deseo de dar lustre a los que fueron nuestros antepasados en aquella época. Así es que, sin hacer mayor campaña, encontré tres aliados en ellos a mi proposición colonial.

Confesaré, desde luego, que no teníamos ni tenemos aún noción bien clara de los estilos. Sólo una especie de instinto nos hacía hacernos el siguiente raciocinio:

"Es indudable que cada país ha de apoyarse en su historia y extraer de ella sus bases para el porvenir. Es indudable que en la España de hoy ha de encontrarse a cada paso una reminiscencia de la España pasada, e igual cosa en Francia, Inglaterra e Italia y donde sea. Luego es lógico que lo mismo suceda entre nosotros. ¿Entonces? No hay más que una solución: Colonial".

Sin embargo, y a pesar de la indiferencia de mi madre sobre el particular, nuestra propaganda no encontraba eco. El tiempo pasaba; las frases y opiniones iban y venían, mas luego se desvanecían y el salón seguía tal cual.

Pero un día un suceso, que juzgamos de importancia capital, se produjo en casa: un cambio de lámparas. No recuerdo ahora qué lo causó ni a qué objetivo obedecía, pero es el caso de que la lámpara de una habitación pasó a otra, la de ésta a la de más allá, una desapareció, por allí apareció una nueva, en fin, el hecho es que todas, sin excepción, se movieron y que al final del movimiento el salón quedó a oscuras. ¡Suceso de importancia capital! ¡Era el momento de actuar!

Fue aquello como un pronunciamiento. A espaldas de mi padre obligamos a mamá a comprar la lámpara colonial y, con gran solemnidad, la hicimos colocar en el salón. El primer paso se había dado. No dudábamos de nuestro triunfo.

Mas por la tarde llegó papá. Se la mostramos. Parpadearon las cuatro ampolletas. La miró largo rato. Volvieron las ampolletas a parpadear. Al fin dijo:

—Provisoria.

Y se marchó.

A la hora de comer insinuamos varias preguntas. Ninguna respuesta. Al fin osamos formularlas claramente. Igual cosa. Sólo al final habló:

—Luis XV—dijo y se bebió en silencio su café.

Llegado a este punto, donde termina lo que he escrito, mis recuerdos se bifurcaron y se fueron a dos sitios lejanos y separados: uno de ellos fue lo escrito, con deseos de continuarlo, de agregarle, de quitarle, de disponer de él, en fin, como se me antojara; el otro fue la Antesala misma, fija, inmóvil, no ubicada en el tiempo sino fuera, intocable, eterna.

Con el Comedor, de seguro, me iría a suceder otro tanto. Dirigí todas las fuerzas de mi concentración mental a él: allí estaba, envuelto en una capa oscura sin ramificaciones hacia ningún lado. Sobre él rozaban algunos hechos que parecían penetrarlo, que resbalaban por sus contornos, se desprendían, se pegaban, pero su fisonomía no cambiaba: quedaba siempre la misma, fija, inmóvil, intocable, eterna. ¿Para qué leer? Miré los papeles que a él se referían. Eran notas, nada más que notas. Decían:

### *El comedor*

#### A

Nuestro comedor está al fondo del primer patio. Al frente corre una galería; atrás, otra. De cada lado, pasadizos. Es decir, no tiene luz.

Nuestra casa tiene únicamente un piso. ¿Entonces? ¡Abrir una claraboya! Un arquitecto la estudió y la dibujó. En realidad la hizo mi padre. Cuando estuvo a punto, descubrimos que no daba luz. Empezaron las discusiones. El nombre de Ruskin iba y venía. Ruskin venció y la claraboya fue transformada. ¡Ahora sí! Pero un buen día apareció en ella un gato que amenazaba quebrar un cristal. Tomaron fuerzas, entonces, los que alegaban no tocarla diciendo que en Chile no se pueden hacer tales cosas; por lo tanto estaban de acuerdo con Ruskin.

Alguien dijo que, simplemente, no se había pensado en los gatos. Otro aseguró que en el subconsciente todos habíamos pensado en ellos. Se trabó una espantosa discusión sobre el subconsciente. En ella estábamos cuando mi padre la interrumpió: dio orden de tapar la entrada de los gatos. Disminuyó la luz. Pero ya no había peligro de cristales rotos.

#### B

Todo el techo, alrededor de la claraboya, es de madera labrada. Claro está que es así para los ojos distraídos. Fijándose bien, todo el techo es de yeso. En todo caso —frase que no he de olvidar— *cela faisait riche*. Hasta que entró en el debate nuestro amigo Goicolea.

—O se tienen verdaderas maderas —decía— o no se tiene nada.

Frío en la familia porque el pícaro de Goicolea fingía no haberse dado cuenta de

nuestro fraude. Durante varios días ni siquiera nos miramos a la cara. Pero apareció cierto día –sin que nadie supiera ni lograra verificar quién lo había introducido–, apareció un obrero que pintó el puntito blanco que había surgido en los yesos.

### C

¡Los mantelitos! Tanta suntuosidad pesaba. Al entrar en el comedor nos cohibíamos. ¡Oh, estar obligados a diario a una verdadera ceremonia ante decorados, muebles y objetos! ¡Qué horror! Yo observaba cómo –fuera de toda voluntad directa– la cosa se inclinaba a volver a su dulce modestia primitiva. Pero ¡nada! ¡A lo suntuoso de nuevo! Hasta que la familia, poco a poco, ya cansada, va aflojando, va aflojando. A medida que esto ocurría, empezaron a crecer los mantelitos. ¡Qué encanto! Hay en ellos algo de campo, de naturaleza. Mi madre está contenta. Al comer le damos vuelta la espalda a los decorados. Es, sin duda, otra postura ahora que antes.

### D

¡Cómo fueron partiendo los objetos del viejo comedor! Hubo un momento en que se vacilaba sobre su destino: regalarlos, tirarlos... Mi madre pensaba en la Antesala. Pero hubo una protesta general. Quedaron un tiempo en el Comedor. Hasta que tuvimos una idea genial: "¡Al fundo! ¡A La Torcaza!". Vino un día la carretela y se fueron los objetos... Pero estaba, entre ellos, el regalo del tío José Pedro. Lo había traído de un viaje al norte; era una novedad. Desgraciadamente ya los había iguales en Santiago. Temores de que se enojara. ¿Qué hacer? Lo engañamos diciéndole que en La Torcaza proyectábamos un magnífico comedor campestre.

### E

Los muebles que quedaron chicos. Antes estaban en perfecta proporción. Cuando el Comedor "creció" –sin cambiar de proporciones–, esos muebles se achicaron como pulgas... ¿Qué hacer? ¡Una tarima! Claro está que hubo el temor de que los invitados fuesen a hallarlos mal. Estábamos seguros de que los hallarían y lo hablarían y lo comentarían. Sin embargo, hasta hoy, nadie lo ha notado.

### F

Otro problema: el delantal de la china. Hubo que cambiarle su indumentaria. Luego, era ella, la china, demasiado china. Se la cambió también. Mi madre nos decía siempre, a hurtadillas, que no había valido la pena gastar tanto en cambiar el comedor. Mi hermana María y Fabio no estaban de acuerdo. Pedro y yo, sí.

### G

Pasó como un relámpago por el Comedor. Había estado en el salón. Al fin llegó a la Antesala a sitio prominente. Luego se corrió un tanto; luego, otro poco. Al fin ha encontrado, en un rincón oscuro, su sitio definitivo. Es un cuadro de pelos. Su autora: la mujer del tío Onésimo. Mi madre nos cortaba mechones de pelos. No sólo a nosotros, sus hijos, sino también a sus sobrinos. ¿Qué irá a pasar con tanto pelo? Porque mamá nos lo cortaba

y los pelos desaparecían. Hasta que un día volvieron todos, hábilmente pegados en un fondo de acuarela. ¡Qué estupendo! No había dudas: ¡al salón! Pero papá tenía en él copias de Murillo, de Greuze y de Van Dyck. ¿Entre maestros un cuadro de pelos? Comprendimos. ¡Al Comedor! ¿Bajo claraboya y "maderas labradas" un cuadro de pelos? Además, ¿son apetitosos los pelos? Comprendimos. Nosotros mismos lo enterramos en la Antesala. Esta vez mamá siguió el cortejo y aquella noche encontramos más sabrosa la comida.

Hasta que caí de lleno a un crepúsculo.

Un crepúsculo en la habitación de mi madre. Una profunda impresión de tristeza.

Decía así:

Una sensación desagradable, rara. La reconocí. Me venía desde la infancia con la hora del crepúsculo.

En un momento la volví a sentir removiéndome todo el ser. De ella se desprendía un aroma rancio de cosas viejas y pasadas, de cosas que viví, sin duda, en mi niñez y que, en ese entonces, no estando aún despierta la conciencia, se grabaron en mí solamente para venir, años después, aquí en la habitación de mi madre, a resurgirme devolviendo su carácter.

Es el crepúsculo de la casa vieja de Esmeralda. Es el crepúsculo en las piezas que van oscureciéndose poco a poco. Fui a ver a mi madre que estaba recostada en un diván de su alcoba. Había una ventana abierta sobre la calle. En la casa había silencio. Afuera, de cuando en cuando, se oía pasar a algún peatón, luego un coche, luego se oía un ruido confuso cuyo origen era difícil precisar. Luego caía el silencio nuevamente. Como siempre, un sin número de hechos materiales que se sucedían, al parecer dirigidos por un genio oculto, para dar una impresión definida. Evocan entonces recuerdos borrosos que desafían cualquier precisión.

Caía la noche.

Cada ruido vibraba más puro en el marco de silencio que lo rodeaba. En la habitación, marcos y muebles se confundían, haciendo adivinar su presencia por manchas de sombra sin contornos. Todo ello—escena vulgar que se repite a diario, todas las tardes—despertaba en mí la sensación de algo vivido, no sé cuándo, ni siquiera si en realidad vivido. Mas poco a poco, con una vaguedad imperceptible surgía la evocación de esos recuerdos, como el aroma de una flor.

Era la evocación del carácter, del modo de ser que tuvieron todos los seres que formaban mi familia, sus relaciones y amistades, allá en mi primera niñez, seres que nacieron para el cultivo del pesimismo, para la vida sin ardores de ninguna especie, que amaron las pocas cosas que a su paso les fue dado encontrar, seres humildes, seres pequeños en toda la acepción de esta palabra, seres que, mirados de lejos, con el espíritu libre, mirados en conjunto con el mundo entero, han de tomar, por cierto, todo su carácter, en los crepúsculos de las ciudades tranquilas, en las piezas oscuras de las casas viejas.

Hay siempre un acorde exacto entre los temperamentos de los seres con momentos de la naturaleza. Es como si, en una escala hecha sobre los unos y la otra, correspondiera a cada grado de la una, un grado de los otros. Esos seres que rodearon el primer despertar de la vida, simbolizaban sus modos de ser, con respecto a la naturaleza, con los crepúsculos que se filtran por los cristales de sus ventanas.

Surgía en mí entera la evocación de esas familias del pasado, esas familias que fueron

también la mía. Recuerdos de infantil cariño, de cosas chicas, de un pequeñito mundo que desarrollaba su existir entre sonrisas de viejitas, alrededor de un brasero y en silencio en las calles desiertas.

A la evocación primera, vino el recuerdo de ahora, de ese momento: el recuerdo de esos seres hoy día, hoy que la vida, habiéndolos dispersado, iba matando unos tras otros, por ahí, olvidados, pobres, como que se fueran de la Tierra por no tener ya nada que hacer en ella.

De pronto me estremecí. Cuanto mi ser sentía, como por un rudo golpe, fue hacia mi madre que, recostada en el diván, reposaba, reposaba. Se sentía triste, según había dicho. No había tenido yo más que una dulce melancolía con la evocación de añoranzas que creía haber vivido, mas cuando ellas vinieron a reflejarse en mi madre, cuando pensé que lo que yo sentía, mi madre lo estaría viviendo, estaría labrándose el camino de las demás viejecitas que se iban porque ya nada tenían que hacer sobre la Tierra, tuve deseos de arrojarme a sus pies llorando y traerle algún consuelo.

No alcancé a hacer ni un solo movimiento. Quedé inmóvil. Al frente, del otro lado de la calle, se iluminó una ventana, se asomó una mujer; desapareció; volvió; se sentó y se puso a leer. Las primeras palabras se me ahogaron en la garganta. Junto con querer dar ese consuelo sentí la imposibilidad de hacerlo. Porque vi que hubiese sido necesario rehacer toda una vida desde sus primeros años para quitarle este fin lógico, inevitable.

La vida de mi madre había sido también una vida dedicada al culto del pesimismo. Día tras día había afirmado los sinsabores de la existencia. Había verificado que las dichas eran pequeñas, sólo pequeños gustos por pequeñas cosas. Al pasar los años se había asegurado que, aquí abajo, todo se iba, todo concluía, todo no era más que marcha hacia la muerte.

Quedamos en silencio. Ella siempre en el diván; yo, ahora, de pie junto a los cristales de la ventana. Al frente la mujer leía. Luego llegó mi tío Modesto; saludó; se sentó; dijo dos o tres palabras. Así quedamos los tres.

¿Por qué todo esto no sucede a Lorenzo Angol? Un biógrafo no debería tener vida propia. Debería, sano y fuerte, poder entrar en la vida de los otros y desmontarla pieza tras pieza. Este crepúsculo en la habitación de mi madre pesará siempre sobre los hechos de mis personajes. Debería poder arrancármelo, tenerlo fuera y entonces...

Bueno, entonces ir por las calles preguntando a cada cual si su crepúsculo así le convenía.

De pronto se oyó un grito lánguido. Estaba yo nuevamente en la habitación de mi madre. Habían pasado muchos años. Ella, recostada en el diván, reposaba, reposaba. La miré. Sonrió.

—¿Quiéres tortillas? —me preguntó.

—No, mamá —respondí—. Gracias.

El grito volvió a resonar:

—¡Tortillas güenas! ¡Tortillitas, tortillas güenas...!

¡Qué bien gritaba, qué bien cantaba ese hombre! Todos ellos, todos los vendedores ambulantes. Al lado de canto tan magnífico, era preferible quedarse allí, en el crepúsculo de la habitación de mi madre. Porque no pasaba nada, nada adverso, ni aquí ni en ninguna parte. ¡Qué unidad de vida! ¡Qué ritmo en todo, todo!

Tiene que ser así, tiene que serlo.

En la otra época también gritaban, cantaban los vendedores ambulantes. Gritaban,

además, los pasantes, destempladamente. Hoy gritan unos cretinos por la cuestión de la bencina de un camión...

¿Es esto, entonces, extraño, feroz?

De pronto estamos, mi madre y yo, sentados en el corredor del segundo patio. Hay calma. Es de noche. ¡Qué tristeza, qué desolación! Ahora veo: es la percepción, tal vez, la posibilidad de haber vivido, de haber sido de otro modo. Esa manera resuena en mí con mi madre, con la noche cálida..., hay gatos, un pasado que se insinuó y se perdió luego, mejor dicho, que lo perdí. Sin embargo aparece de cuando en cuando. Cuando he bajado y bajado. Pues para *eso* necesito bajar, azotarme en el último peldaño. Gozo. Todo, alrededor mío, se inclina, desciende, lo veo como si cayera lentamente, lentamente. Verifico que ese "todo" no hace más que recobrar su estabilidad; se coloca, se ubica. Hay ahora silencio. El patio, los gatos, mi madre. Una esperanza, una posibilidad de que todo hubiese sido de otro modo. ¿Algo percibí, entonces, en esa época de niño? ¿Rocé entonces el significado verdadero? Hoy..., hoy, con cada espasmo provocado en el último peldaño, reaparece un segundo, un instante que me va a llamar y se desvanece. Siento asco. Pero la curiosidad recomienza, la curiosidad para ir de nuevo. Me prometo que, la próxima vez, he de fijarme mejor.

Fijarme mejor...

Estoy ahora en casa, en Lastarria, con Isabel. Isabel entra, me habla. Como no le comprendo bien, me insulta. ¿Me insulta? Es acaso demasiado decir. Me habla mal. Para fijarme mejor... Sí, tendré que separarme de Isabel.

Junto con decir "Isabel" caí en mi primera infancia. Una serie de cuadros que parecían saltar. Yo saltaba entre ellos. Se me llamó a comer. Yo, entre plato y plato, seguía saltando. Me prometí anotarlos al día siguiente de modo a producir la bifurcación. ¡Bendita sea la literatura! Así, ya anotados, se grabarán más en mi memoria, más y más, y echarán de lado a estos recuerdos de infancia. Si mi vida no es vacía, por lo menos tratar de hacerla lo más vacía posible. Entonces, sin recuerdos, podré ir a mis amigos y preguntarles qué han hecho.

Separarse, sí. Separarse cuanto antes.

Afuera —por calles, avenidas y carreteras—, afuera, en sus casas o en casa de amigos, todos se mueven, se agitan, lanzan líneas para el porvenir, claman contra el pasado. Habrá que ir a verlos y desentrañarles sus secretos. ¿Tendrán secretos? Pues bien, eso es lo que sabré.

Este viaje mío por el pasado me ha servido de algo. Tengo un pasado como lo tienen Lorenzo, Rosendo, Baldomero y Desiderio, como lo tienen todos. Pero quedan siempre los huecos negros en el mío. Una vaga intuición me dice que ellos, los que forman el grupo de mis personajes, ellos me darán la clave que llenará esos huecos negros por negros que sean.

Separarse, sí.

Nuestra casita es gentil. Son tres pisos. En el 1º está la recepción con un living y un comedor, fuera de la cocina y sus dependencias; en el 2º están nuestros dormitorios, uno para ella y otro para mí, el baño y mi escritorio; en el 3º están las empleadas, dos empleadas, la cocinera y la mucama, con un baño y una pieza de guardar.

Me parece que estoy por primera vez aquí. Reconozco todos los objetos y muebles. Teníamos, Isabel y yo, un marcado buen gusto pues no hay aquí nada que desentone. El total se armoniza bien.

Pero yo me aburro, mejor dicho, están los *golpazos*. Así designo esos recuerdos que no son recuerdos, mejor dicho, esos como llamados que me vienen de atrás. No son fantasías, no. Pero tampoco son hechos reales, no. No son como lo son los de *Ayer*. Entre estos *golpazos* está Tarugo, el perrito; están Guni y Nimba Canaria; están Bárbara y Colomba. En esto hay una mezcla con cosas ajenas. La clave la tienen ellos.

Hay que separarse.

La ocasión me la dio ella, Isabel.

Sin más, un día, a propósito de no sé qué insignificancia, arremetió en mi contra y citó el árbol de Curihue, aquel en que habíamos grabado nuestras iniciales con un corazón al centro. Me dijo que así había sido nuestro amor, deformado, irreconocible y qué sé yo que más. Peleamos. Le dije que me iría cuanto antes, al día siguiente.

—¡Vete, vete! —exclamó—. ¡Y que no vuelvas a aparecerte más por aquí!

Al día siguiente me fui a casa de Viterbo Papudo, Loreto 214. Viterbo sabía mis desaveniencias con Isabel. Me recibió afablemente. Volví a ver los dos pequeños patios con un naranjo cada uno y un pavo en cada naranjo. ¡Qué bien nos entendemos Viterbo Papudo y yo!

Me fui de la casa de Isabel el 31 de diciembre. Al irme, recuerdo, sufrí un suspenso pues me dijo sonriendo:

—Bonito día has escogido para irte: fin de año. Espero que trabajarás en 1928...

¿Isabel con chistes así? ¿Habría en ella algo más que no he sabido ver...?

Pero cerré los ojos y salí, salí.

### *Tras claves*

Ardua tarea fue la que me impuse durante el año de 1928. Quise compenetrarme del fondo que hace marchar a los hombres y, por lo tanto, a las personas que me he propuesto biografiar. Al final, después de muchas idas y venidas, he quedado —punto más, punto menos— en el mismo lugar donde me encontraba al principiar.

Veo ahora aquello como un torbellino. Las notas, y aun escritos que guardo, están revueltos. Tratar de poner un poco de orden en ese alto de papeles me sería imposible.

Me separé de Isabel y me fui a vivir con Papudo, con los dos naranjos y los dos pavos. De ahí salía a estudiar, a ver y a averiguar. Luego regresaba y anotaba. La palabra “recapitulación” me acariciaba el oído. Recapitulando —pensaba yo— descubriré el misterio que se cierne sobre esta historia de las biografías. Hoy es el momento de recapitular. Tomemos un papel, luego otro y otro más.

Volví al Día 00. Lo vi perfectamente. Vi una serie de personas que una amistad común había juntado; vi a un dueño de casa que no escatimó medio alguno para darnos día y noche cuanto hubiese de agradable; vi, por fin, a todas esas personas separarse pensando, sin duda, que la *verdadera* vida estaba fuera, en otra parte y que esto de las vacaciones no había sido más que un pequeño entreacto.

En verdad... ¡ojalá! —me decía yo. De nuevo en la vida verdadera se definirán. En el campo cada cual se disfraza un tanto. Están ahora soltadas las cadenas de Curihue. Cada cual irá tras su propio modo de ser, tras su *clave*. ¿Tendrán claves? Habrá muchas dificultades que irán naciendo de sus propios Rojos y Grises. Sin duda. Porque seguramente han de tenerlos como yo. ¿Los tendrán todos los humanos? ¿Y los animales? ¿Y las plantas?

¡Nuevos problemas! Problemas que arrojo lejos de mí. Para arrojarlos me lanzaré a este período con un inventario claro, objetivo, de lo que a ellos les suceda.

Tendrán dificultades pero insistirán. Tal vez Florencio Naltagua los ponga en vía si descarrilan. Empezaré a compulsar sus propias claves –los objetivos– con las preconcebidas por mí como literato. Haré listas –como quien hace un “Debe” y “Haber”– de todos ellos cual me convenían para mi obra literaria y cual veré que van siendo en la vida diaria, de verdad.

Esto –me acuerdo muy bien– lo escribí el día de mi llegada a Loreto. Después salí a deambular un rato.

Yo –Onofre Borneo– quise, en un principio, explicar la *formación* de un personaje porque había pasado largo tiempo formándolos. Cuando ya los tenía muy bien formados, mi construcción se vino al suelo. ¿La causa? Muy simple:

Allí estaban fuera de mí y fuera de cualquier construcción, todos los personajes completamente completos: Lorenzo Angol, Rosendo Paine, Baldomero Lonquimay, Desiderio Longotoma, Teodoro Yumbel, el cínico de Valdepinos, el capitán Angol, Javier de Lican-tén, Rubén de Loa, Stramuros, Estanislao Buin, la serie de doctores, Cirilo Collico, Vitelio Doñihue, Irineo Pidínco, Hilario Quinchao, Ascanio Viluco, etc. y etc. Estaban también Nora de Bizerta y Ofqui, Jacqueline, Isidra Curepto, Perpetua Mamoeiro, Guní, Bárbara, Colomba y qué sé yo. Estaba también Florencio Naltagua. Estaban todos.

Era indiscutible que se ocupaban –para dirigir sus vidas– mucho más de sus propias construcciones internas que de las cuentas que yo pudiera fabricar.

Yo había creído, en un comienzo, que por este mundo circulaban a montones las personas que correspondían exactamente a la corrección de algún anhelo mío insatisfecho o al estímulo de él. Nunca logré que ejecutaran lo esperado por mí. Nunca logré que ajustaran con precisión, por un lado, esas personas y, por otro lado, mi mundo interior. Tuve que darme cuenta de que no eran ni podrían ser formaciones mías ni creaciones de mis anhelos ni de mis fracasos, en fin, de ningún complejo de mi persona.

Me di cuenta, pues, que yo trabajaba a base de mí mismo, usando de las demás personas para colgarles mis propias características. Es decir, que cuando quería mirar hacia afuera, hacia otros, miraba hacia dentro de mí mismo y me afanaba por ver y estudiar el reflejo que ellos en mí producían. Lo que es peor es que nunca tampoco me detuve a ver si mi espejo, el que refractaba esos reflejos, era de buena o de mala calidad, si era cóncavo o convexo.

De aquí pasé a pensar que yo los consideraba en función mía. Luego que a ninguno había visto yo jamás.

Me pregunté entonces:

“¿Cómo serán en función a ellos mismos, cómo serán sin que yo entre para nada?”.

Vamos viendo, vamos anotando:

¡Ay! Desiderio Longotoma ha tosido... Rosendo Paine ahí va fumando... Isidra Curepto ha dado un trastabillón y ha caído... Rubén de Loa sigue pintando...

A veces pienso que nada puede haber que no sea en función a nosotros mismos.

Lorenzo Angol fue a Europa. A su regreso vivió más en La Cantera que en Santiago. Cuando viene converso con él. Tendré que arrancarle sus ideales, sus temores, su fe.

Por el momento puedo avanzar que Lorenzo ha quedado confundido con los días de Curihue. Vio un sinnúmero de vidas dispersas, anárquicas y destructoras entre sí hasta el

aniquilamiento si se las dejara prolongarse y se les permitiera desarrollarse hasta el máximo.

También observó que todos ellos –las personas que allí nos juntamos y las que nos visitaron– se valen los unos de los otros para aprovecharse, pero que vistos desde otro punto no se excluyen sino que forman un grupo compacto. Se le puede preguntar a cualquiera:

–¿Quién es Fulano de Tal?

Puede responderse, para clasificarlo:

–Es uno de los que frecuentan Curihue.

Sin embargo, ve que tal grupo no va a ninguna parte ni a ninguna puede ir. ¿Entonces? Quiere Lorenzo encontrar en él un rasgo común, un común denominador.

Ha llegado a: Individualismo. Ha llegado al sentido egocéntrico de esta palabra: soy imagen de Dios... *yo*; no la humanidad sino *yo*.

Encuentro con Florencio Naltagua. Por insinuación mía subimos al San Cristóbal. Le pregunté:

–Todo eso de Curihue, ¿qué fue? ¿Realidad, mistificación o puerilidad?

Con gran estupor mío, Naltagua contestó:

–Nada de mistificación ni de puerilidad, nada de eso. Todo eso de Curihue fue, simplemente, lo que era necesario que alguna vez ya fuese. Sus días y sus noches fueron las *verdaderas vacaciones*. Nada más. Esas verdaderas vacaciones que todos, sin excepción hemos tenido *al principio*, cuando aún no se habían disipado totalmente las visiones de nuestro punto de origen y ni aún se habían precisado las visiones actuales.

“En el principio, creo que vemos la verdad. Luego viene el olvido *forzoso* y pensamos que aquello fue fantasía e inexperiencia. Lo relegamos.

Ese verdadero amigo, el capitán, les hizo a ustedes volver a ver la verdad sin quitarles la experiencia ni el poder de ver tal como obliga lo forzoso. Claro está que ninguno –salvo en raras ocasiones– quiso emplear este modo de visión. Por eso, al regreso de Curihue, te hizo lanzar el grito de: “¡Definíos!”. Comprendiste, aunque sin formulártelo con claridad, que esto de Curihue había sido una experiencia riquísima cuyas raíces se enterraban en una sabiduría tan primaria como profunda.

“Debes retener bien estas dos palabras acopladas: primaria y profunda. Unida esta sabiduría a la experiencia de lo que he llamado “forzoso”, ¿no era una obligación para todos extraer sus frutos del total y definirse?

“Son tres las etapas que se presentan: 1ª El principio con mirada diáfana; 2ª lo forzoso con la experiencia y los achaques de aquí; y 3ª la suma de ambas y la definición de uno mismo.

“Todos tienen ocasión –diría, a cada momento– de revivir la 1ª etapa que ha sido sumida en el olvido. Pero pocos tienen la suerte de haberla podido revivir durante ocho días y ocho noches consecutivos y con una insistencia prodigiosa.

“¡Alabadas sean las primeras vacaciones de niño, las vacaciones de las tierras prodigiosas!

“Las acabáis de tener todos vosotros. Se les ha ofrendado una clave de inestimable valor. Deberían, un día cualquiera, juntarse todos, ir a ver al capitán y, a una voz, decirle:

–¡Gracias, capitán Angol! Nos hiciste volver en tu fundo a esa 1ª etapa. Prodújose el contraste con nuestra vida habitual, con la vida que creíamos real y única. Al ver que había

otra realidad y que la nuestra no era única, hemos vacilado, es cierto, pero hemos, por fin, aprendido. Te lo debemos a ti, capitán. ¡Gracias, nuevamente! Sabremos aprovechar las verdades de niño que nos dio tu fondo.

Con Viterbo he pasado algunos días en La Torcaza. Fuimos en auto. Paramos, no sé a qué, durante unos minutos. Yo encendí un cigarrillo con el último fósforo de una caja. Luego tiré la caja por la ventanilla a una quebrada enmalezada y solitaria. Fui tomado por una impresión de hastío al pensar en el destino y transformación de esa caja, de su desintegración y todo ello lento, lento, lento... ¡Qué hastío!

Me he hecho una lista de personajes. Los he dividido por categorías según el papel que en mis biografías han de jugar. He empezado, naturalmente, con Lorenzo Angol y lo he hecho seguir por Rosendo Paine. Están todos los de Curihue y varios más. Esto —pensé— me servirá para ir hacia las claves.

Me llamó la atención —entre tanto personaje— la poca cantidad de mujeres que en ella había. Por ejemplo: en mi primera categoría había 16 personajes de los cuales 2 eran mujeres. Ambas eran ajenas a mí.

¿Sólo dos mujeres?

Quise poner más o suprimirlas. Me di cuenta de que ellas me confundían, que no podía clasificarlas. Me dije entonces:

“Veremos si me equivoco en estas clasificaciones cuando ya haya corrido por todas las calles de Santiago y visitado cuantas casas encierren a un hombre cuya clave necesito.

Tres días en La Torcaza con Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma.

He releído cuanto he escrito desde que me separé de Isabel. He releído bajo un punto de vista “literario”. Lorenzo me aparece como un retrato difuso, mal delineado y mal iluminado. Es, sin embargo, el retrato más fiel y exacto si miro bajo un punto de vista *real*. ¿Están, entonces, en desacuerdo la literatura y la realidad?

Baldomero Lonquimay, contemplando un picacho de la cordillera de la Costa, se ha preguntado:

—¿Qué hago yo aquí?

Es uno de sus problemas: Chile, el mundo, el hecho de existir. Debe ser éste uno de sus 4.088 puntos-principios.

Recuerda el Renacimiento en Siena. Ve a Siena como un satélite de Florencia. Recuerda la Edad Media, Francia, la construcción de Notre Dame y las Cruzadas; Roma, en los primeros tiempos del Imperio; Nínive, Mesopotamia. Se dice:

—Es otra manera de recordar.

Ve que son recuerdos que se acercan mucho más al tono, a la tesitura sensible de que estamos hechos, que a la representación visual de placas con imágenes, que es la manera de la memoria viviente y corriente. Se salta a los Luises y a Grecia. Es lástima.

Desiderio Longotoma lo aprueba y agrega que no duda que él, Desiderio, ha vivido en los mismos momentos pero, acto continuo, se pregunta:

—¿Qué haría yo en semejantes lugares?

Ahora recuerdo que hablé con Lorenzo sobre este asunto. Me dijo:

—Visto así sería la primera vez que yo encarno. Pero encarno lleno de las experiencias de otros seres. Pues todo me es un enigma, un profundo dilema que debo enfrentar sin tradiciones propias, sin costumbres canalizadas.

Desiderio Longotoma le ha dicho a Baldomero Lonquimay:

—En su próxima encarnación será usted, sin duda, arquitecto.

Éste ha contestado:

—Hay que ver, ante afirmaciones como la que usted osa proferir, ¡oh, pequenín cate-cúmeno!, si los rasgos que me circundan son pasadas reminiscencias que agotándose van de vidas caducadas o gestaciones de esplendor que ya perforan mi porvenir de futuras existencias en este planeta.

He sorprendido un rápido diálogo entre ambos personajes. Algo ambos se reprochan, algo oigo de la Tomasa y de aquella “impúber-dama” de Curihue.

Desiderio Longotoma dijo:

—¡Oh, perdón! Se me había olvidado que yo estaba enamorado.

Baldomero Lonquimay dijo:

—¡Oh, perdón! Se me había olvidado que yo estaba enamorado.

Pero ambos lo dijeron en tonos tan diferentes que casi, casi pude coger sus respectivas claves. Luego se marcharon, me marché... y... ¡nada!

En Santiago nuevamente.

Lorenzo quiere que Rosendo ame la vida y él, a través suyo, descubrir sus secretos y su sentido. Pero Rosendo no ama la vida. Aturde con ella su propia desesperanza. Es esta desesperanza la que, en un tiempo, lo llevó al opio.

Lorenzo encuentra ahora que Rosendo, con el Pacto, es como una continuación suya o... viceversa. Piensa que acaso en vez de ayudarse mutuamente, formen un círculo vicioso fatal.

Le insinué a Desiderio Longotoma. Lorenzo se rió. Longotoma está bien en el sentido mundo pues todo lo aprovecha y estruja pero lo hace luego un juego malabar en vez de vivirlo como único aspecto que la vida pudiera ofrecer.

Tal vez Baldomero Lonquimay. ¡Pero si es como una Bóveda exagerada, loca y acaso sin iluminación de éxtasis verdadero! Es con dolor y no con dicha.

¿Y Teodoro Yumbel? ¡Imposible! Es un lado único de la vida. No. Lorenzo necesita la vida entera en su aspecto del roce con los demás hombres.

En Loreto.

Me he encerrado en mi habitación y me he echado a la cama. Allí estaba cuando me ocurrió un fenómeno extrañísimo. Ojalá me hubiese encontrado en compañía de los doctores Hualañé y Pitufuquén; me habrían podido aclarar muchos puntos que quedaron, y quedan aún, oscuros para mí. El caso es que de pronto sentí una fuerza que me obligaba a levantarme y me empujaba hacia la mesa-escritorio forzándome a sentarme ante ella, a tomar papel y lápiz y a ponerme a escribir como un sonámbulo. Así escribí sin que ni siquiera mi mente ni mi conciencia dieran un solo signo de actividad. Obvio es decir que nada supe de cuanto escribí. Vine a leer días después. Sin corregir ni cambiar nada, voy a copiar estas líneas que, desde luego, dedico a los médicos que nombré y cuya ausencia en aquel día todavía lamento. Helas aquí:

¡Curihue! ¡Finales!

Curihue: Puesto que todos mis personajes se me escapan y se diluyen, quisiera saber adónde todos juntos van.

¿Qué humanidad representan y prometen?

Cada uno es dispar, aislado, contradictorio y sin colaboración con los otros.

Forman mundos personales. Hacen de la Tierra mil planetitas insignificantes.

Esto no quita que cada planetita sea —¡ah, si el Universo no fuera más que él!— extre-

madamente, extremadamente interesante. Sí, siempre que el Universo entero no fuera más que él.

Luego:

Por mi parte, Onofre Borneo:

No puedo hacer un libro biográfico.

Sólo puedo hacer biografías AISLADAS.

Curihue:

En un momento me pareciste fantástico.

Como seguramente le parecerás a todo el que te lea. Ahora pienso más:

Me pareces corriente, común.

Me pareces uno de los miles, de los cientos de miles de sitios que por todas partes están.

¡Es éste *mi* mundo!

Ahora, Curihue, tú no me pareces más que un *reflejo* de cuanto me rodea.

No hay en ti nada de extraordinario.

Vidas personales, vidas aisladas que se taladran a ellas mismas. Vidas que alzan cortinas de humo frente a las vidas que están al lado.

Curihue...

¿Eres, entonces, falsedad o puerilidad?

¡Jamás!

Eres:

Las verdaderas vacaciones que todos, sin excepción hemos tenido al *principio*.

Cuando aún no se habían disipado totalmente las visiones de *nuestro punto de origen*.

Cuando no se habían precisado estas visiones naturales que... no sé qué son.

¿Puede haber un punto de origen sin un punto de finalidad?

Debo escribir otra vez esta palabra:

¡Jamás!

"Al principio". "Punto de origen".

En el principio o punto de origen, creo yo, vemos la verdad.

Luego viene, ha de venir, el olvido *forzoso*.

Entonces, ese principio o punto de origen, creemos que fue fantasía, inexperiencia, fantasía, ¡cero!

Queda relegado.

Bien decía Naltagua: el capitán Angol es un mago.

Nos ha hecho volver a la verdadera verdad sin quitarnos la experiencia ya adquirida.

Tú, capitán, no nos has quitado el poder de ver tal como obliga lo *forzoso*.

¿Qué hacer entonces con la verdadera verdad?

Me turbo. Escribo. ¡Qué deseos de salir de todo! Para encontrarme con alguien, con muchos alguienos y que la palabra "humanidad" tenga un significado cualquiera, cualquiera que sea, pues ya estoy harto de -¡peroro contigo, piramidal obispo!-, de las soledades, soledades y soledades.

¿Hasta cuándo la masturbación interna? Cuando es, cuando sería tan fácil seguir el pequeño ejemplo de Curihue:

Rosendo-Isidra; Desiderio-Tomasa; capitán-Nora; Baldomero-Fredegunda...

¿Teodoro-Norca?

Seguir aquellos ejemplos pero *en y con* la vida total.

Bien; terminan las vacaciones de Curihue.

Nada he avanzado sobre el estudio de mis biografiados. Pero he escrito una enormidad.

En lo que he escrito:

No hay ni poesía ni chacota.

Capitán:

Nos hiciste volver atrás. A cada vida nuestra le has hecho volver cien siglos atrás.

Somos ahora niños de antes, del primer antes.

Los niños no hacen ni poesía ni chacota. Los niños son, simplemente. Son de una manera que, a nosotros, por lo *forzoso*, nos parece o poesía o chacota.

Es ello como una pantera que vemos vivir. ¿Hace estética o hace brutalidad? ¡No hace nada! ¡Vive!

Pantera: ¿en qué momento dejas de ser bailarina para empezar a ser verdugo?

En ningún momento. Nunca.

¡Gracias, capitán don Gaspar Angol!

Lorenzo Angol me ha dicho:

—Mientras no ataques y no trates de resolver los *Polos*, no saldrás del atascadero. Ten, por fin, siquiera una vaga comprensión de los Polos. Éstos no deben reducirse a uno positivo y uno negativo sino al número de Polos que una persona tiene. Y al momento en que ellos se alumbran y se apagan. Acentuando o reduciendo una cualidad, un defecto, una posibilidad.

*Polos* es algo concebido por Lorenzo. Ha escrito sobre el particular.

Digamos para alentar mis biografías:

Todos los hombres se hallan ligados unos a otros en un poderoso engranaje que a sí mismo se neutraliza.

Se neutraliza...

Yo hago mal en querer encasillar a los hombres que son vivos, a los que tienen responsabilidad de ser vivos. Hago mal en querer hacer símbolos. No tengo ningún derecho para reducir a *ideas* a los hombres por sí completos, a los hombres que caminan y comen y aman y duermen.

Lorenzo Angol... no es abovedado;

Rosendo Paine... no es libertino;

Baldomero Lonquimay... no es trascendente;

Desiderio Longotoma... no es optimista;

Teodoro Yumbel... no es soñador;

Valdepinos... no es cinico;

Etc., etc. y etc.

Cada característica es un detalle insignificante. Nosotros, los literatos, nos aferramos a los detalles y los explotamos. ¿Cuándo comprenderemos que todo detalle es artificial, que somos sin detalles?

Hay que abominar de los detalles insignificantes. Esto equivale a decir: hay que abominar de los detalles *significativos*. Ellos emparentan a los literatos con los turistas. Todos queremos fabricar Quijotes enteros y fabricamos Quijotes de pacotilla. Los detalles significativos de don Quijote no tienen ninguna importancia por mucho que generaciones y generaciones los hayan recalcado y cantado. Don Quijote caminaba, comía, amaba y dormía. Y como Cervantes tuvo a bien narrarnos sus caminatas, comidas, amores y sueños, lo narrado se erizó de detalles significativos y el público aplaudió.

Porque es lo único que pudo ver y apreciar.  
Pero don Quijote sólo caminó, comió, amó y durmió.  
Ésa fue su grandeza.

Así escribí. Después salí, caminé y comí. No amé. Luego pasé a casa de Viterbo. Conversé con él un rato. Desperté, a la mañana siguiente, y leí *Los Polos*, que eran una serie de notas hechas en San Agustín de Tango, calle del Cura del Párroco, en casa de doña Otilia Angol, hermana de don Casimiro, padre de Lorenzo.

Doña Otilia –la mayor de los hermanos y nacida en 1853– es soltera y tiene una casa de pensión. Lorenzo ha estado varias veces en ella. Aquí ha hecho sus notas.

Al principio, nada. No ve a la Oti –como todos la llaman– ni tampoco ve a sus gentes. Hasta una noche, a la hora de la comida –durante su última estadía– en que la Oti le apareció de otro modo. Este modo se puede sintetizar con las siguientes preguntas:

“¿Quién es la Oti? ¿Cómo es? ¿Dónde están sus deslindes y hasta donde llegan?”.

Es decir, la Oti se le diluyó, se le esfumó. No era un personaje bien definido. Era según con quien se rozara. El que la rozaba despertaba en ella un personaje, a veces de acuerdo, a veces contrario a él.

Entre los hospedados en su casa estaba su sobrino que iría a mezclarse en política en las próximas elecciones; su sobrina, de novia; un viejo señor que había viajado por el Viejo Mundo; una beata que pasaba en las iglesias; un joven oficinista; otro que frecuentaba las carreras; un tercero que frecuentaba los prostíbulos. Fuera de ellos estaban las criadas.

La Oti convertíase en un personaje según con quien estuviera. Estaba de acuerdo: con el de la política, con el señor del Viejo Mundo; con el oficinista y con... el del prostíbulo. Estaba en contra: con la sobrina de novia, con la beata de las iglesias, con el que iba al hipódromo.

Ahora bien, fuera de estas ocupaciones, el móvil que la hacía actuar era formado inconscientemente. Entraban en él una simpatía y una antipatía espontáneas. La Oti se protegía en la política, en los países del Viejo Mundo, en la oficina y en los prostíbulos. Así protegida, atacaba el noviazgo, las iglesias y el hipódromo. Además congeniaba con la cocinera y su labor le servía para desprestigiar el de las dos mucamas.

Fuera de esto no había otra vida en ella. Lorenzo, entonces, se preguntaba:

“¿Dónde está mi tía al ciento por ciento, dónde está ella aparte del señor o de la dama que preocupa su mente?”.

Amaba la política a través del sobrino como amaba los países lejanos a través del viejo. Si hubiese sido el del hipódromo el que se iba a mezclar en política o el que hubiese viajado, odiaría esos países lejanos y las actividades públicas. Igual cosa puede decirse de las oficinas y de los prostíbulos. Contra ambos se habría apoyado en la santidad de las iglesias y en la pureza del noviazgo.

El problema de Lorenzo es claro:

¿Dónde empieza, dónde termina una individualidad humana? ¿Es en los momentos en que está sola meditando?

Pero viene un segundo problema, más complejo, y él es saber si un ser humano *medita*.

Aquí, una serie de reflexiones sobre la meditación. Meditar es desprenderse de cuanto nos rodea, de toda influencia y llegar a tocar la parte de infinito que todos llevan dentro. ¿Es alcanzable esa parte para la Oti? Lorenzo llega a una conclusión negativa. La Oti no es más que el reflejo de los demás en ella. ¿Y quiénes son estos “demás” que así se reflejan? Son, a su vez, nuevos reflejos de otros y otros más. Es aquello un círculo vicioso sin fin.

Total: Lorenzo llega a un momento en que se siente rodeado de fantasmas sin vidas propias, fantasmas que lo son por estar alejados del infinito, por no poder ni siquiera columbrarlo. Fantasmas hechos a medias que hacen actos hechos a medias también. Fantasmas de vida automática, que proceden según la influencia que otros producen en ellos y, estos "ellos" son a la vez nuevos fantasmas que van así por la existencia teniendo, como deber principal, hacer obrar a los otros y ellos obrar por orden de otros.

Le asalta entonces un recuerdo: Rudolf Steiner; *La Iniciación*; en su segunda parte, capítulo sobre la disociación de la personalidad humana durante el curso iniciático. Cita frases de Steiner:

"El hombre no es libre de querer, sentir o pensar a su capricho".

Discurre un poco a base de la Oti, luego vuelve a citar:

"Cuando en la conciencia surge una representación determinada, la naturaleza le asocia forzosamente un cierto sentimiento o una cierta determinación que guarde relación con ella. Al penetrar en una habitación que esté a oscuras, lo primero que se hace, naturalmente, es abrir la ventana; al oírse llamar por su nombre, se contesta al llamamiento; en presencia de una cosa que huelga mal, se experimenta un sentimiento de disgusto. Son asociaciones éstas bien simples y automáticas entre el pensamiento, la voluntad y la sensibilidad. Si desde lo alto se mira en su conjunto la vida humana, se advertirá que toda ella descansa sobre asociaciones de esta naturaleza. Aun hay más: las existencias que manifiestan dichas asociaciones se las llama *normales*, considerándose como contrario a toda ley razonable el que un hombre cualquiera no experimente un sentimiento de repugnancia a consecuencia de un pestilente olor, o que no responda a una notoria molestia".

Después de estas citas, siguen las reflexiones de Lorenzo. La Oti obedece, ante todo, a esa regla que impide a todo humano querer, sentir y pensar a su capricho. Es además, y sobre todo, un ser *normal*, pues reacciona perfectamente a los llamamientos externos y, en éstos, a los que hacen, sobre todo, los seres que la rodean. De aquí Lorenzo se lanza hacia la búsqueda del sitio donde se encuentren los orígenes que determinan sus actos. Llega a una región común para muchos, muchos humanos, región que no sólo impulsa a proceder en tal o cual sentido sino que prohíbe, con esos gestos naturales, identificarse en la conciencia con la parte infinita. La Oti, y todos los comensales de la casa del Cura Párroco, pasan a ser, pues, simples muñecos con cuerda.

Sin embargo...

Quedé en casa de Viterbo Papudo el día entero. Las biografías...

Me paseé de un patio a otro. Al llegar al segundo, el pavo me miró, vaciló para acercarse, luego creyó más prudente alejarse. Después de varias entradas en el segundo patio, el pavo no se preocupó más de mí. Entonces golpeé las manos y grité: el pavo saltó y huyó. Eran *Los Polos*. La vida de ese pavo dependía de mí. Si hubiese llegado a su patio en silencio, su biografía habría podido ahorrarse el salto y la huida. Una biografía verdadera debe ser la biografía de aquella parte incapaz de saltar y huir. Pero llegado a esta parte, ¿no serán todas las biografías iguales?

Lo que debo hacer es el camino de mis biografiados hacia ese punto, hacia esa parte grande, grande, sin detalles, donde saltos y huidas se funden por inútiles.

Sólo que mis biografiados no tienen, en sus vidas, tal finalidad. Es una finalidad que yo les pondría basándome en algunas páginas escritas por Lorenzo Angol. ¿Sería éste el deber de un biógrafo? No, por cierto. Hay que ir, justamente, a saltos y huidas.

Quedé, pues, en casa de Viterbo el día entero, paseándome de patio a patio. Llegó el crepúsculo. Llegó la noche. Comí solo. Me acosté y nuevamente dormí profundamente.

Días más tarde me encontré con Lorenzo. Después de hablar nimiedades me preguntó:

—¿Leíste *Los Polos*?

—Por cierto —contesté—. Son muy interesantes. Me han dado una clave para las biografías, clave que pienso seguir, en todo caso explicarla, tenerla siempre presente.

—Harás muy bien —me dijo Lorenzo—. Me alegro haberte ayudado. ¿No habías pensado nunca en esto de los Polos? ¡Que te quiten las capas, Onofre, y tú quitarlas! Porque todos estamos cubiertos de capas; tenemos tantas como circunstancias se nos presentan. Lo curioso es que hay que quitarlas sin esfuerzo alguno, dejando que caigan solas. Es, créeme, la tragedia de la vida, la insinceridad de la vida. Porque si vas hacia los hombres humildemente, no te dirán nada. Si vas altivo, se cubrirán de capas. Hay, pues, que despojarse de toda humildad y de toda altivez. De este modo, penetrar en el fondo de ellos. ¡No te cierres jamás porque éste sea así o así! Oye y oye y, con sentimiento místico, anota. Son unos desgraciados los que no oyen todo y a todos. Hay que oír al hombre de la calle como a los principales personajes. El que no oye se está defendiendo, está tomado por sus propias capas.

Decididamente la cabeza se me ofuscaba. Las biografías me daban vueltas, precisándose una vez por diez o por cien que se me confundían. Cada vez que quería precisar una de ellas, cada vez que creía verla con claridad, veía al mismo tiempo que se limitaba, que se reducía pues partía de un punto *a priori* como principio. Este punto venía a cortar las mil alas que se desprenden de toda vida.

Así seguí caminando, de uno a otro y de éste a otro más. Cierto es que daban todos materiales. Aquí los he puesto. Coinciden, naturalmente, con sus caracteres. Pero hoy me he dedicado, releýéndolos, a atribuirlos a otros personajes. Era cuestión de cambiar el tono, el giro de las frases y ¡cosa hecha!

Sin embargo a Florencio Naltagua lo encuentro más en una línea. Es difícil intercambiarlo. Al menos hoy después de lo que me ha dicho a propósito de la desgracia que le ha sobrevenido: la muerte de la chica Lola, su sobrinita. Estuve a verlo en su casa. Había algunas personas. Cuando quedamos solos me habló. Aquí va lo que me dijo:

—Lola enfermó. Durante varios días hubo, pues, una chica herida por una enfermedad que desconcertó a todos sus médicos. Lola iba a cumplir los tres años. Sus padres, mi hermano Benigno y su mujer Brígida Chipana, estaban sumidos en una profunda tristeza. A veces parecía que salvaba, luego que moría. En estas incertidumbres pasamos esos días. Llegaba la noche. Ella dormía. Yo, entonces, pensaba.

Tú algo conoces mi desarrollo interno, algo has de calcular sobre él. No será en vano repetirte sus rasgos esenciales.

Ignoro cómo, ignoro por qué —es ello tan sutil y penetra en uno tan dulcemente—, ciertos principios se han implantado en mí, principios que se han transformado en creencias sólidas para, al fin, convertirse, todas ellas, en una fe ciega, irrevocable.

Absorto días, meses y aun años en el estudio de mis facultades, en la observación penetrante de mi mente y de los misteriosos resortes que se mueven dentro del yo, he llegado a una conclusión: este yo —del que tan pomposamente nos vanagloriamos— no es más que un conjunto de efectos de una causa que mora más allá de todos nuestros conceptos.

A esta causa la he revestido de todos los atributos de Dios, principiando por su omnisciencia y concluyendo por su eternidad.

No creas que es esto un capricho de mi fantasía. Es un conocimiento. Es algo que sé y esto basta. Que otros lo duden, para el caso poco importa.

Mi marcha ha tenido, desde entonces, un solo fin: ir hacia esa causa depurando mi ser de los efectos conscientes que forman la personalidad. Estoy aún muy lejos de cumplir tal tarea. Sin embargo he logrado revestir mi yo con algunos de los atributos que posee esa causa.

Otro tanto me he esforzado por hacer ante todos los hombres que han existido, que existen y que puedan existir. Ha llegado, pues, un momento en mi evolución en que los hombres –tales como los juzgamos ordinariamente y como ellos mismos se juzgan– me han carecido en absoluto de significado real. Los he considerado, como aún los considero, simples efectos del hombre verdadero.

Ellos no lo conocen. Porque este hombre vive, trabaja y se desarrolla a profundidades que no sospechamos. Se sirve de esta vida y de este estado sólo para algo necesario para él.

Cuando he visto a un hombre gozar, he pensado: “El hombre verdadero de ese hombre ha de necesitar que sus efectos gocen”. Cuando luego lo he visto sufrir, he pensado: “Ha de necesitar que sus efectos sufran”.

Así, Onofre, todo cuanto atañe a esta existencia limitada por que atravesamos, me ha carecido también de significado real. Ante el dolor, he evocado su omnisciencia; ante la muerte, su eternidad. La idea de dolor entonces se ha esfumado como la de la muerte.

¿Me comprendes? ¡Él, el yo lo sabe todo! Si sufrimos es porque de verdad, queremos sufrir. Si morimos es porque queremos morir.

Yo, entonces, yo, en el sentido más amplio de esta palabra, me he sentido muy lejos junto a los demás hombres verdaderos, me he sentido lanzando a esta Tierra a una de sus partes a cumplir determinadas misiones para luego volver a su seno llevando su aprendizaje.

¿Los dolores, la muerte, las alegrías, la vida! ¿Puede haber en ello un significado real? Dímelo, Onofre, por favor: ¿puede haberlo?

Entrometer nuestros conocimientos mezquinos para modificar la voluntad omnisciente de nosotros mismos, me ha parecido un juego de locos, una escena de manicomio.

En tal estado de desarrollo me hallaba cuando Lola cayó enferma. De sus primeros síntomas nada recuerdo. Sólo después he venido a saber que enfermó en el campo y que una noche la trajeron a Santiago. Nada recuerdo porque vivía yo tan tomado por mis propios pensamientos que cuanto acontecía fuera de mí mismo me pasaba inadvertido. El dolor de sus padres me causaba un cierto desdén. “Lola –me decía– sabrá lo que hace, sabrá si debe morir o seguir en vida. ¿A qué afanarse y con qué fin?”.

Pasaron así varios días. Ayer por la tarde, su padre, mi hermano Benigno, se acercó a mí y me dijo:

–Parece que se muere.

Se alejó.

Al principio no comprendí. Luego, recuerdo, hice un gesto semejante al que hacemos cuando, aún en el sueño, queremos despertar y con los brazos lo sacudimos para arrojarlo lejos como si fuese un objeto material. Recuerdo haberlo hecho pues sentí una necesidad

imperiosa de arrojar esa meditación perpetua en que pasaba y de volver al mundo de todos. Así volví a vivir en el mundo de todos.

Aquella noche pasó sin mayores contratiempos. Empezó el alba a mostrarse con una luz pálida, calavérica. No dormí casi nada. Dormité apenas algunos minutos junto a la cabecera de Lola. Vivía, pues, en el mundo de todos.

Ante el dolor que me cogía a la vista de la moribunda, quería, para calmarlo, anteponer mis creencias, mi fe ciega. Pero todo fue en vano. No creas, ni por un instante, que mi fe vacilara. No. Mi fe se mantenía indeleble. Toda mi razón me afianzaba en ella. Sabía, y lo sé —lo digo altamente— que esta lucha contra la muerte no proviene más que de un torpe espejismo, que la lucha es estéril y, aunque no lo fuera, es, de todos modos, un contrasentido sin nombre porque la muerte es una pura ilusión.

¿A qué obedecía, entonces, que, contradiciendo todo mi ser, me afanara de este modo y pretendiera —comprendiendo el ridículo que encierra tal pretensión— contrarrestar con mi limitada voluntad de hombre la voluntad de un alma? No lo sé. Había algo dentro de mí más fuerte que cualquier raciocinio, que cualquiera convicción.

Esta fuerza me ordenaba no pensar *por ahora* —¿me entiendes?— en mis creencias y obrar como si fuera tan cerrado al mundo espiritual como el último de los hombres. Obedecí sin vacilar. Porque no era esta fuerza la que tal vez tú te imaginas. No es el instinto que se anida en nosotros, el instinto de defenderse de la muerte, instinto nacido del horror que ella inspira a los que creen que es el terrible y completo fin de la existencia. Este instinto —pude observarlo— no apareció en mí jamás. Era otra cosa.

Era un deber sagrado de luchar también como luchan todos, de correr tras los médicos, de ayudar a la preparación de los medicamentos que le han recetado, de no dormir permaneciendo a su lado, listo a abandonarlo todo si para algo se me necesitaba. Un mero instinto inferior y errado no podría tener la fuerza de poner en jaque a la fe que se ha implantado en mí después de meses y años de una concentración continua para llegar a la luz. Aunque por ahora esta fuerza contradijese mis creencias, sé que tal contradicción no proviene más que de mi relativo estado de desarrollo.

Sin duda alguna más adelante ella llegue a ser perfectamente clara y me muestre su razón de ser. Será cuando mis facultades conscientes se encuentren más avanzadas, pudiendo penetrar hasta el dominio de los conocimientos que tenemos y no sabemos.

Hoy por hoy siento que cerrarme ante esta fuerza sería ir en oposición a algo. Con esta oposición rompería la armonía de mi ser. Por eso obedecí y luché.

Al fin, Onofre, Lola murió. Concluyó la afanosa lucha por la vida.

¿No debía acaso suceder todo así? ¿De qué debería extrañarme y por qué debería llorar?

No creas que ante este desenlace he sentido un pudor ni he pensado que involuntariamente haya tenido que abdicar a mis creencias en vista de una realidad o víctima de un instinto inferior. Sigo creyendo y con igual fe. Por mucho que nuestras facultades conscientes se desarrollen, mucho queda todavía ignorado por ellas. Esto es lo que se nos revela de golpe.

En este caso ¿qué objeto ha podido tener el no dejar en paz a un alma cuando quiere salir de aquí para dirigir sus manifestaciones a otra parte? Que algún objeto hay, no lo dudo. He sentido durante varios días la fuerza que me obligaba a no dejarla en paz, acosarme y ordenarme imperiosamente. La he sentido cómo, llegado el momento, ha acalla-

do, con un ímpetu de su voluntad, mis creencias. La he oído decirme que, momentáneamente, no podían prestarle ayuda. Y he sentido cómo he obedecido yo, sin detenerme.

¡Un alma! Es decir la causa de todos estos efectos. ¡Un alma! Omnisciente, eterna y de ahí absoluta, única... Tal vez divago, Onofre. Déjame un momento de reposo.

Única... Piensa en esto: ¡única!

¿Cabe aquí alguna idea de separatividad, por lo tanto de personalidad aislada? ¿No formamos todos un Uno, no estamos totalmente ligados, siendo otra nueva ilusión cuanto tienda a separarnos?

Tal vez allí esté la causa. Pues un alma no vive por sí sola. Vive en el todo y con el todo le es indispensable contar. La ayuda debe ser nuestra. La unión debe ser perfecta.

Tal vez un alma, para su natural desarrollo, cuente con un cierto proceder de los demás y este proceder es lo que se manifiesta como instinto, diré como intuición.

Tal vez el alma de Lola necesitaba para su bien—quién sabrá por qué—nuestros afanes ante la idea de que su cuerpo iba a morir. Esta necesidad, que me alcanzaba, se manifestó en mí. Hay razones más altas que no se llegan a comprender. Pero siempre nos hablan, nos ordenan. No nos cerremos a ellas. Dejemos que fluyan a través nuestro.

Así me habló Florencio Naltagua.

Noté que el hombre estaba triste de verdad. Triste... Es un espectáculo conmovedor ver sufrir a un hombre de la talla de Naltagua. En su mirada, en algunos momentos de sus ojos, comprendí que, con la muerte de ese angelito que aún nada había hecho, Naltagua había adquirido una experiencia más, había avanzado un paso más por el sendero que sus pies van hollando. No lo dudé. Había en él un fondo de sufrimiento sereno que me lo probaba.

Estuve a punto de entusiasmarme. Quise felicitar a Florencio. Su dolor me abría una puerta biográfica. Alcancé a hacer un movimiento y me detuve ante una pregunta:

“¿Qué sé yo de esos senderos? ¿Cómo coger sus variedades y matices?”

Sé que existen tales sendas, sé que son una alta verdad. Para arremeter con ellas debería yo estar en ellas. Vistas a la distancia a que me hallo..., por cierto, todas las biografías me serían iguales o casi iguales. Sus matices me acarrearían a “saltos y huidas”, a cosas secundarias para los que ya están en ellas; para los otros... bien, los otros no se reconocerían, quedarían en suspenso. ¡No! Tengo que ir a “saltos y huidas”. Tengo que ir a esta lucha primera, cuando el hombre no se ha definido aún.

He conversado con Rosendo Paine. Lo había visto con Isidra Curepto paseando por las calles. Le pregunté por ella. Me respondió:

—¿Isidra? Es tonta esa mujer siendo muy inteligente. Hay gente así: tonta en su inteligencia, inteligente en su tontería. Por eso despistan. Fíjate en una cosa: ante los detectives es pilla; ante los psiquiatras es loca. Al final los detectives declaran que Isidra es asunto de psiquiatras; y éstos, que es asunto de detectives. Nada encuentra solución. ¿Qué pensar? Es tonta, nada más. Al menos es mi solución. Tonto es estar donde no se debe, Onofre. Yo, tú, él, etc. somos tontos si vamos adonde no debemos ir. Pero el caso es ¡que no vamos! Ahora que otros van. Porque hay: a) los tontos menguados; b) los tontos equilibrados o plácidos; c) los tontos vehementes. Isidra Curepto pertenece a esta tercera categoría. Son los que causan los peores daños y confusiones en el mundo. ¡Desconfía de ellos, Onofre! Los menguados barren las calles; los equilibrados son diputados; los vehementes desprecian a los barredores y entorpecen a los diputados. Marean a los tontos equilibrados. Éstos

creen que es la voz del genio la que oyen. ¿Y qué oyen? Tonterías, Onofre, nada más. Hazme el favor: diseña algo dicho por Isidra... ¿Qué hay en el fondo? Nada, un huevo.

He conversado con Lorenzo Angol. Juntos hemos oído hablar y perorar al pintor Tulio Azapa.

Tulio Azapa es un convencido. ¿De qué? Es un convencido de sí mismo, de su propia labor. Fue, hace algunos años y en San Agustín de Tango, uno de los fundadores de la escuela pampantumista. Fuera de esta escuela y de su labor, todos son "idiotas, cretinos, mulas". Azapa ha descubierto el significado único de las artes. ¡Desgraciado de quien se aleje de él!

Después de oírlo quedamos solos Lorenzo y yo. Le pregunté por nuestro pintor. Me respondió:

—Humanos... ¡yo soy ellos!

Hubo un largo silencio. Fumábamos. Al fin Lorenzo me dijo:

—Tenía yo un sentimiento vago. Este sentimiento se ha fortificado. Onofre, yo no soy *únicamente* el que soy. Soy el total de los hombres. Al ser idiota y mula un hombre cualquiera, yo lo soy en cierta parte mía.

"Esto no es fruto de mis pensamientos; no es que yo haya querido sentirlo así. Esto se me impone. Es como cuando miro un objeto —ese vaso o ese reloj— cerca de mí. Me exployo. No sé distinguir donde termino. Llego a preguntarme si, tales objetos, no son prolongaciones mías.

"Aparece esto como una iluminación. Es la palabra: iluminación. Aparece con tal certeza de visión que luego —al haber pasado— subsiste lo suficientemente fuerte como para motorizar toda acción. Se compenetra en mi ser entero. Así se tiñen mis ideas intelectuales, las que han nacido después de este sentimiento iluminado.

"Claro está que luego se intelectualiza todo. Es acaso un proceso natural. O es acaso un deseo de fortificar lo sentido. También pienso que es una costumbre de escritor.

"Pero no, no es el escritor. Es el deseo de fortificar. Porque hay algo más, Onofre: junto con haber visto, se vislumbra detrás, lejos, muy lejos, un nuevo modo de concebir la vida, de ser. Esto se ve vago, tan vago como fuerte y clara fue la iluminación. Pero se presiente que, con tal modo de vida, caerían y desaparecerían muchas miserias, digámoslo, muchas podredumbres.

"Humanos... ¡yo soy ellos!

"¿Me has comprendido?

"Quiero agregar:

"Universo, yo soy tú.

"¡No, Onofre, no! No creas que me agrando al decir tal cosa, que me hincho y que puedo reventar. Es lo contrario: me empequeñezco, me reduzco a una simple célula.

"Esto, lo del Universo, recuerdo cuando lo sentí, cuando lo vi: fue mirando por un telescopio, el de Jovino Panquehue, nuestro gran astrónomo. ¡Qué hombre es Panquehue! Miraba yo una nebulosa. Pensaba en la distancia a que se encontraba, pensaba en miles y miles de años de luz. Eran una realidad al verlos; casi podía tocarlos. De pronto tuve una sensación intensa, real. Tales distancias son *modos de explicarnos, modos de conversar nosotros aquí*. No obedecen a ninguna realidad palpable ni a ninguna realidad intelectual. Son distancias que nada tienen que ver con las nuestras, con este metro que yo uso a diario en casa, aunque lo multiplique por X y X de veces. El metro no tiene significado ya; el metro no existe allí. El metro multiplicado, elevado a la potencia que quieras, no llega ni

puede llegar a una nebulosa. Porque tales distancias ya no son lo que nosotros llamamos "distancias". Es otra cosa, es algo innumerable para nosotros mientras tengamos un metro en la mano. Es algo que sabemos existente, nada más. Para poderlo encajar en el intelecto y poder así dar vuelta la página, lo medimos. Esta otra cosa es algo, claro está. Mas para mí sólo puede ser una representación de ese algo. La representación de distancia la sentí caer, hundirse. Me apareció otra más significativa, más cercana a la realidad: aquella nebulosa no está allá; *está aquí, está en mí, somos UNO.*

Nos separamos. Días más tarde fui a ver a don Jovino Panquehue. Amablemente me llevó a su laboratorio y me permitió mirar por su telescopio. Lo apuntó justamente sobre la nebulosa de Lorenzo. Miré largo rato. Es verdad. Tiene razón Lorenzo. Las distancias –metro en mano o kilómetro en mano– carecen de sentido. Hay que explicarse, hay que intelectualizar, ¡qué diablos! Entonces digamos cien años de luz, mil años de luz, un millón de años de luz... Pero todo está aquí.

¿Y Lorenzo Angol dónde está? Necesito explicarme; está a un millón de años de luz. Es decir, está aquí.

Aquí, aquí.... Como los otros biografiados. Acaso como yo mismo.

La verdad es que mis personajes con sus claves, se me escapan siempre. No sólo se me escapan a mí sino a ellos mismos y sin quererlo. Están también tras sus claves. ¡Curihue! En vez de definirse se indefinieron. Con ellos, yo también.

¡Oh, qué distancia –y ésta real– nos separa a unos de otros!

¡Qué aislamiento! Si no fuera por los semáforos que usamos... ¡qué soledad habría sobre esta Tierra!

Total: al fin me cansé, no supe más. Fue tanta mi confusión que tomé entre ojos la casa de Loreto, los patios y los pavos. Pensé en Isabel. Decidí pedirle perdón y volver a ella. Era volver a la vida terriblemente cotidiana. Pero me era necesario. Solo y con las claves alrededor, giraba yo y giraba sin avanzar ni un paso. Volví, pues a Isabel, a nuestra casita de Lastarria. Isabel me recibió indiferente, como si me hubiese ausentado el día antes. Estábamos, sin embargo, a 6 de octubre de 1928...

Por ella supe que Lorenzo regresaría de su viaje a Europa el 31 de ese mes. Algo sabía yo por Viterbo y otros amigos de su regreso. Isabel me lo precisó, junto con asegurarme un pronto regreso de los demás ausentes: Rosendo Paine, Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma.

Avanzaré lo siguiente: Con Isabel no pudimos avenirnos a pesar de mi actitud sumisa. Nos volvimos a separar. Partí de casa el día de mi cumpleaños: 13 de noviembre. Me fui a un hotel. Viví con los amigos. Por éstos me enteré que proyectaban todos partir a San Agustín de Tango durante el año de 1929.

Naturalmente Isabel se enfadó cuando supo mi intención de juntarme a los amigos y partir también a San Agustín de Tango. Los recuerdos de la Cité del Altar afluyeron a ella. Murmuró y rezongó y fue todo. Jamás vino la idea de acompañarme.

El final de 1928 lo pasé anotando y anotando y rompiendo no pocas anotaciones. Con Lorenzo nos veíamos a menudo, sea en Santiago, sea en La Cantera. Apenas de regreso, se puso a escribir sus recuerdos de viaje. Esto me infundió nuevo entusiasmo por las letras en general y por mis biografías en particular. Total que, a tumbos por aquí y por allá, terminé el año. A La Torcaza no fui. Estaban los fantasmas de Bárbara y Colomba. Me observaban y me amedrentaban. Por lo demás vivían ahora, en Valparaíso la una, la señora de Balbontín; en Concepción, la otra.

Pensaba yo que una confusión muy grande –como la mía actual– tenía que haber caído sobre Lorenzo. Esto tenía que inducirle a viajar, a cambiar de medio ambiente, tanto más cuanto que el viaje a Europa no le había deparado la paz que ambicionaba. ¿No debería hacer yo lo mismo? Por cierto. La solución: San Agustín de Tango.

Entre las anotaciones que hice durante mi permanencia en el hotel, recuerdo una larga conversación con Florencio Naltagua. Comimos juntos. El gran amigo me dijo:

–La mayoría de la gente cree que saber una cosa es saber formularla. Es esto un error. Saber una cosa es haberla sabido bien en un tiempo y haberla luego colocado en su sitio y lugar, en su valor, dentro del concepto general que sobre las demás cosas uno tiene. Es, en otros términos, haberla relacionado con el eje principal, con el centro de pensamientos de uno y haber verificado la relación que a ambas une. De este modo, haber extendido este modo un poco más sobre otra esfera del pensamiento.

Formular bien es obra de diletantismo. La obra seria es crear lazos de unión entre las diferentes ideas, verificar el valor respectivo de estos lazos. Luego, olvidar o no olvidar la idea que se ha sabido, es cuestión de mayor o menor memoria.

La memoria, usada como cualidad de almacenar conocimientos para luego saber formularlos, es, a mi modo de ver, totalmente inútil. Este uso, que es el que casi siempre se le da y al que se rinde homenaje, nace, tan sólo, de una torpe vanidad. Abisma a los necios. Ningún hombre serio se dejará abismar.

Entonces, ¿para qué instruirnos? Tomemos esta palabra en su sentido general y corriente, como es el de ir a clases, a conferencias, aprender historia, artes, ciencias y demás. ¿Tiene esto algún objetivo?

Hay dos casos:

1º) Como se hace en general, es decir, para acumular conocimientos que luego puedan repetirse o formularse. Esto, repito, es inútil y hasta nocivo. Es, por desgracia, el sistema empleado en todo curso de instrucción;

2º) Se estudia y se adquieren conocimientos para relacionar los conceptos generales o principales que uno tenga sobre la vida en sus más profundos aspectos con hechos acaecidos en el mundo. Sea, con conceptos adquiridos por otros hombres por la experimentación o el auto estudio o la sensibilidad.

Profundos aspectos, llamo yo: moral e intelectual; los hechos ya acaecidos, los llamo: historia; la experimentación: ciencia; la sensibilidad: letras y artes.

Este debe ser el fin de cualquier estudio, el móvil que lo oriente: que de los estudios se desprendan conceptos generales y que éstos se unan con los que uno tiene, sea para modificarlos, destruirlos o fortificarlos.

Luego hay que ir al estudio en busca de *algo que hacer vivir*, algo que penetre al conjunto de ideas y conocimientos que se tienen. Digamos la palabra: *un óvulo que fecundar*.

Existe el óvulo-arte; y el óvulo-ciencia; y el óvulo-historia; y el óvulo-religión; y etc. y etc.

Algo, pues, que cree un lazo nuevo, que una dos cosas separadas y, al hacerlo, se amplifique un concepto general *aunque sea distinto y lejano del tema mismo que creó el lazo*.

Hemos llegado a un punto importante: No se trata de recordar el *tema mismo* sino el impulso que dio o los cambios que originó en cuanto encerraba nuestra mente.

Luego queda del tema mismo sólo un concepto de relación, un concepto sintético y, a medida que de él se alejan, como rayos de un centro, van perdiendo el carácter del concepto y siendo cada vez más el tema mismo.

Estos detalles no tienen por qué estar en la memoria.

Te citaré un ejemplo: el estudio de las artes. Pongamos el arte románico, luego el gótico, luego el renacimiento y etc. Al estudiarlas me preocupó de la evolución humana bajo el siguiente punto: la humanidad sigue una línea de desenvolvimiento venciendo, poco a poco, sus tendencias materiales y desarrollando sus poderes espirituales; o bien: la evolución de la mente es rápida, la de los sentimientos es lenta. Estas ideas me han venido por meditaciones ajenas al arte. Deseo ahora estudiar las artes no para saber y dar una conferencia sobre los estilos que te cité, sino para tener un punto real, un punto que nazca de mis especulaciones sino de la obra de otros hombres, un punto que venga a fortificar o a debilitar mis ideas.

Esos estilos, pues, los miraré bajo un punto de vista puramente filosófico. Es lo que debo recordar: la idea o el sentimiento que el arte gótico, por ejemplo, ha producido en mí en relación al total de mis ideas.

Con esto me formo un concepto sintético del arte gótico. Ya sé lo que significa aunque siempre ignore lo que es. Ya sé lo que significa con relación al arte románico y a las demás artes. Y sé lo que significan todas ellas en relación al total de la evolución humana. Es éste el punto que me interesa.

Los detalles, ahora, que forman el arte gótico: bóvedas en ojiva, arbotantes y demás, no necesito tenerlos en la memoria. Pero he necesitado saberlos para que ellos depositen en mi mente el concepto general que me interesa y este concepto será tanto mejor cuanto mejores hayan sido los estudios de los detalles que yo haya hecho.

Los detalles se van alejando del centro y dejando de ser mi concepto para ser el tema mismo: los arbotantes, ¿de cuántas clases los hay? ¿Qué formas variadas han tenido? Ya esto se aleja del concepto. Los arbotantes de la catedral tal, ¿qué adornos tienen? ¿En qué otras catedrales los hay semejantes? No debo saberlo a no ser que quiera sobrecargar mi mente de recuerdos inútiles. Debe saberlo el profesor de arte gótico o aquel a quien, al saberlo, le proporcione directamente un apoyo a su preocupación principal, como, por ejemplo, un hombre preocupado de la infinidad de variaciones que pueden hacerse dentro de un mismo tema. Ahora, que esta preocupación lleve en ese hombre una finalidad mayor.

Así me habló Florencio Naltagua. Hay, en todo esto, una clave que bien podría aprovecharse en mis biografías. Por ahora la he anotado. Aquí queda. ¡Ya vendrán tiempos mejores en que pueda enchufarla en ellas!

Ahora veamos otro momento interesante en mis "entrevistas". Fue él con Ubaldo Masafuera. Es éste un crítico de arte y de literatura. Sus críticas las aprecio en debida forma. El hombre se serena para escribir, es de un criterio sano y bastante profundo. En la vida es un nervioso insoportable. Se pega a los seres que justamente debiera evitar. Ahora está con el señor Agacio, aquel que apareció en la Marcha Forzada que el chino Fa nos hizo hacer en su drama *Don Fidey de Comiso*. Vino un día a verme. Luego fui yo a su casa. Allí me habló. A la vuelta me encerré a anotar. Aquí van mis anotaciones:

—Desde que he puesto los pies en esta tierra, señor Borneo, un ser, un hombre me ha perseguido con la tenacidad de una horrible pesadilla. Ha venido a mi casa; me ha abor-dado al instante en cuantas fiestas nos hemos encontrado; por una suerte, que no exagero al llamar funesta, lo he hallado en mi camino cada vez que he salido. Lo que es peor, mi señor, yo he ido, yo que lo odio como a un enemigo mortal, más de cien veces a verlo, a ocupar mi tiempo en su compañía. Esto lo he hecho por mi propia voluntad. ¡Si esto fuese

todo! Hay más, por desgracia mía. Ese hombre no me abandona ni un solo instante pues ha logrado –ignoro de qué modo, con qué maléficas artes– penetrar en mi interior con un desparpajo de intruso nunca visto, al menos por mí y hasta el día de hoy. Allí se ha instalado sonriente, irónico, tranquilo, tomando hasta el codo cuando le he alargado la mano, apoderándose de mi cerebro entero cuando una idea le he expuesto, cogiendo indiferente mi corazón cuando, sin fijarme, le he expresado un sentimiento. De este modo es el caso que –despierto o dormido, en el trabajo o en el ocio– lo veo siempre, en todas partes, como si fuera mi propia sombra abyectamente proyectada.

Si me siento de pronto impulsado hacia un movimiento noble, hacia un arranque del corazón, hacia uno de esos actos que tan comunes fueron en otros tiempos en mi vida, un pensamiento me detiene en el instante mismo de ir a llevarlo a cabo:

“¿Qué pensaría ese hombre de mi acción?”.

Me contesto enseguida:

“Reiría primero, luego con su lento y aburrido raciocinar, aburrido como el grito de un grillo, empezaría, sonriendo siempre, a analizar mi noble movimiento, a desmontarlo a fuerza de rotundos argumentos, con la misma estúpida paciencia que tiene un relojero para desmontar la compleja maquinaria de un reloj, y así como éste, concluido su trabajo, parece decirse: ‘esto es lo que queda de ese pequeñito instrumento que sabe las horas mejor que el más sabio entre los sabios’, así mi hombre reduciría a polvo, a escombros, a la nada, cualquiera de mis arranques, naciesen éstos de lo más hondo de mi propia alma”.

Hace ya más de un mes que no escribo porque el proceso que acabo de indicar se repite con mis ideas: “¡si él las supiera!”. Ideas que creo nuevas, originales, fuertes, sublimes a veces... ¡Ah, señor Borneo, sería lo mismo! Una mano fría vendría lentamente, como un ave de rapiña, la cogería de entre el hermoso y refulgente caos en que se agitaba llena de vida y llevándola entre su índice y su pulgar, con cuidado, con sumo cuidado, como quien no quiere mancharse al tomar un objeto sucio, llevándola así, la pondría entre el pesado y mordaz engranaje de su análisis cadencioso; la analizaría con el bisturí de sus argumentos; la examinaría, ahogada entre dos placas de vidrio, con el microscopio de sus ideas estáticas; y luego de haber comprobado su ninguna utilidad para el progreso de los humanos, la reventaría con la masa formidable de su inteligencia.

Nada de esto –gracias a Dios, señor Borneo– hasta ahora ha sucedido. Tengo cuidado, por cierto, de aplacar en su presencia todo movimiento impulsivo y de callar cualquier idea que apenas roce siquiera las fronteras de lo extraño. Pero ese hombre habla, habla siempre y yo lo escucho comprendiendo que luego –cuando me encuentre solo– cada una de sus palabras estaba destinada a ahogar una idea mía, que cada uno de sus argumentos será, desde entonces en adelante, una barrera para un impulso mío, que cada una de sus frases será, por los siglos de los siglos, el ridículo viviente de cada uno de los sentimientos míos.

Ahora comprendo, mi señor: ese hombre es el reverso absoluto, total, de mi ser. Es el punto de vista exacto desde el cual nada de lo mío propio tiene valor alguno. Es mi contrario, mi polo opuesto. Es como la tierra donde agonizaría la fantástica vida de los mares; es como los mares donde perecerían faltas de aire las gallardas aves de los cielos. Es otro mundo donde mi mundo no puede existir. Es la anulación de mi existencia. Es como el vacío absoluto. Es mi desgracia. Es mi ruina. ¡Oh, Dios mío, señor Borneo, si al menos brillara ante mi vista la esperanza lejana de verme algún día libre de él!

El señor Agacio... He ahí su nombre.

—El señor Agacio —anuncia, por lo menos cuatro veces por semana, mi criada entrando en mi habitación.

—¡El señor Agacio! —exclamo yo cada vez que oigo a mi criada y salgo presuroso a estrechar sus manos en las mías.

Nuestras entrevistas se reducen a insinuar yo cualquier conversación porque él nunca comienza. Luego a hablar él durante una o dos horas consecutivas. Cuando ya ha agotado su disertación, se despide afablemente y se marcha.

Entonces quedo solo, solo, recordando lo que hemos conversado. Concluyo siempre con la misma sensación. Sus visitas me hacen el efecto de una visita que me hiciera un hombre abominable en la antesala de mis sentimientos.

El señor Agacio me pregunta:

—¡Hola! ¿En qué piensa usted ahora, qué nuevas ideas tiene?

Yo contesto amurrado como un condenado ante su verdugo. Él las recibe mis ideas, las mira, las da vueltas y sonríe. Porque el señor Agacio sonríe siempre.

—Pues bien, amigo mío —agrega después de un rato de silencio—, extraños bichos ha creado hoy día su imaginación de usted.

—No veo qué tengan de extraños —me atrevo a insinuar.

—¡Hombre! —prorrumpe entonces el señor Agacio, lanzando una carcajada—; ¿pero qué otro nombre le daría usted a esta serie de animalillos que no tienen ni siquiera la fuerza de tolerar el aire puro y que de seguro se ahogarían en un vaso de agua? ¡Extraños, por cierto, extraños!

Guardamos silencio. Yo siento que empalidezco. Él me mira con el rabo del ojo. Como es natural, interpreta a su antojo ese silencio.

—¿Que no morirán en un vaso de agua, dice usted?

—Amigo Agacio, yo no he dicho ni una sola palabra.

—Lo confiesa usted entonces. Ni la tierra, ni el aire, ni el agua, ni el fuego. ¿Pero dónde demonios va usted a hacer vivir a esos infelices si cualquier elemento los reduciría a polvo? No, no, no, esto no es sólido, no es fuerte, no es de interés alguno para la humana evolución.

Yo, sin quererlo, hago un ademán de disgusto.

—Tiene usted razón —se apresura en decirme, interpretando otra vez a su antojo cualquier actitud que yo adopte—, tiene usted muchísima razón. Con palabras nada se prueba. Yo digo que no resisten ningún elemento; usted hace una mueca que quiere decir, sin duda, que sostiene lo contrario. Y tiene usted razón. Por lo mismo, amigo mío, vamos a los hechos y los hechos dirán quién de ambos está en este momento en la verdad.

Hablando de la suerte, señor Borneo, coge un vaso, vierte en él un poco de agua y se dispone a ir echando dentro, uno tras otro, esos que él llama bichos creados por mi imaginación. Ya el primero se halla entre sus dedos que lo llevan a la muerte. Mi corazón late con fuerza. Vacilo un segundo. Al fin no puedo más y grito:

—¡Por el amor de Dios, señor Agacio! ¡Si no los he creado para que vivan bajo las aguas!

Pero... ¡nada, señor Borneo! El señor Agacio tiene el arte de colocar todas mis cosas justo en un plano donde no pueden vivir. Les pone otro objetivo que no es el que ellas llevan. Las hace inútiles. Luego aprieta su argumentación a tal extremo que ante ella no me quedan más que dos alternativas: 1ª declararme vencido; 2ª volver mis cosas a su propio terreno y recomenzar.

Yo lo pregunto, señor mío: ¿declararme vencido? No, amigo, no. Entonces, volver

todo a su terreno. Muy bien. Pero aquí, para hacerlo, el muy badulaque me pone en la obligación de empezar por declararme genio. Ni más ni menos: genio.

Son difíciles ambas cosas. Darse por vencido... Sería una humillación mayor que la que a diario me impone. Cuanto a la segunda alternativa –yo, genio–, ¿cómo hacerlo? He notado que es lo que quiere, que yo me declare tal. ¿Puedo yo saber con qué fin oculto? En todo caso sé que, si ese momento llegara, empezaría el hombre a mirarme y observarme de otro modo –¿entiende usted?–, para ver cómo un genio se las aviene en el diario vivir. ¿Y si en tales circunstancias tropiezo, si no sé, un día cualquiera, contestar a un señor cualquiera debidamente? El señor Agacio se formará una triste idea de los genios y, esta idea, la proclamará. Usted sabe qué hablador es ese hombre, qué propagandista. Después me mostraría como en caricatura.

Quedo agotado con nuestras conversaciones. ¿No debería yo defender a los hombres que están a mi lado? He tratado de hacerlo, he empezado a hacerlo. Entonces el señor Agacio, poniendo un dedo largo sobre un escrito crítico mío, me demuestra que hay una subcapa que se mofa del talento; que hoy está aplastada –me dice– pero, a la primera ocasión, saltará como una fiera en libertad. Allí está que bulle. Son los bárbaros de Atila, nada menos, señor Borneo, que atisban al Imperio Romano. ¡Es así! Este agotamiento es lo que me acerca a él pues mis fuerzas no reaparecerán mientras no liquide esta deuda, mientras no quite esta carga de mis hombros.

No hay más que un medio para ello: ir donde el señor Agacio y, en una conversación, vencerlo. Siempre, en el fondo, albergo esta esperanza. Si la evito, me viene el correspondiente remordimiento. Aplazo, aplazo. ¡Algún día vendrá! ¿Algún día? Mientras tanto me agoto y muero.

Ahora bien, me pregunto: “A él ¿qué lo atrae en mí?” Porque no sólo yo lo busco; él me busca más a mí todavía. Creo que es lo siguiente: el señor Agacio es un hombre inteligente, ¡vaya que lo es! Es un hombre satisfecho de sí mismo, un hombre que se admira, un soberbio. ¡Terrible palabra ésta de “soberbia”! Pero algo le corroe en el fondo. Hay algo que en él no anda bien. ¿Sabe usted qué? Pues simplemente que tiene un instinto de que la intelectualidad no es cosa vana, de que hay en ella un mundo serio y superior. Eso tiene que corroerlo en las noches de insomnio. ¿Qué puede hacer el muy belitre? O bien penetrar a ese mundo, o bien declararle la guerra. Opta por esto y me la declara a mí. Por eso va a casa, para hundirme y poder, de este modo, exaltarse pavoneándose. ¿Por qué no penetra en ese mundo? Porque no tiene talento, no lo tiene y no hay más. Si lo tuviera... ¡Oh, señor Borneo, cuántas veces lo he visto en cuatro pies viendo si hay una rendija entreabierta para colarse por ella! Y no olvide, amigo, que es altivo el señor Agacio. Pero ver que las rendijas entreabiertas se cierran... ¡ah, ello pica, ello pica, créamelos usted! Entonces, ¡vamos a ver al bueno de Ubaldo Masafuera! ¿Entiende usted? Así vive el señor Agacio, en razón directa de mi desfallecimiento. Tal es el caso y no hay más: si no me ha ridiculizado, el veneno lo corroe y se siente morir; si me revuelca, se siente vivir. Porque se imagina que ha pisoteado al genio. No hay más.

Además, créame usted, yo me pregunto: “¿Por qué maldición se me toma a mí por el genio?”. Bien sabe Dios que no lo soy. Yo escribo lo que me nace y esto que me nace viene de mis observaciones y estudios. Es todo. Soy un trabajador que ama su oficio. ¡Qué quiere usted! Como un buen artesano de la buena época. Es todo. Pero, no. El señor Agacio ve en mí el representante de la genialidad sobre la Tierra y nada lo sacará de este punto de

vista. Así es que tengo que hacerme otra pregunta más: “¿Terminará esto alguna vez?”. Señor Borneo: ¡Jamás!

El señor Agacio oye a diario, tiene que oír, alabanzas sin fin a las artes, a las letras, a la investigación teórica, a toda clase de labores intelectuales. Acto continuo, la necesidad de rehacerse. ¿Cómo? Se ha de preguntar el badulaque: “¿Qué pensará de esto el bueno de Masafuera?”. Helo en mi casa y empecemos de nuevo.

¿Su táctica? Sencillísima: empieza a hablar de él. Pausadamente. Una hazaña en que invariablemente un hombre intelectual fue vencido. Al llegar a este punto me atisba y sonrío protectoramente. Entonces sigue. Aquello parece que no va a terminar jamás. Porque sus hazañas son prodigiosas. Mis fuerzas se van perdiendo durante estos discursos. Luego, cuando estoy punto menos que desfallecido, aborda el tema de su especialidad: la inmensa necesidad de los verdaderos intelectuales. Hay que ver como dice “verdaderos”. Habla de la inmensa estulticia en su pesadez sin nombre; de la inmensa tontería de pedantes con que se nimban para allegarse a sus temas. ¿Por qué hay superioridad en ella? ¿No es, acaso, lo mismo que cualquier otra cosa? Fulano es chofer, Zutano es mecanógrafo, él, el señor Agacio, es militar y hombre de progreso. ¡Oh, pero que Mengano estudie filosofía o que Perengano pinte en serio...! Es otro mundo aparte. Y viene aquí la necesidad, la estulticia y la tontería pedantesca. Yo me callo. ¿Qué quiere usted que haga? Entonces el señor Agacio ensalza a un intelectual y yo recobro mis fuerzas perdidas. Estoy de acuerdo, me entusiasmo, apruebo. Entonces él ríe, siempre protectoramente, y, con arte genial, hace trizas al intelectual... ¡Qué puerco, señor Borneo, qué puerco!

Tal es el caso, distinguido amigo, ni más ni menos. Así estamos y así seguiremos. Ese hombre se nutre de mi vida. No sé qué hacer. ¿No verlo más? ¡Imposible! Quedaría con el remordimiento de no haber defendido a aquellos que debí defender, de no haberme batido hasta el final. ¡Es terrible, créamelo usted, señor Borneo!

¿Se creerá, acaso, que hablamos a menudo de la importancia o no importancia de las artes? ¡Ah, sobre este tema hay que verlo! ¿Creerá usted que les niega toda importancia? ¡No, señor mío! El señor Agacio la defiende. Hasta hace un gran elogio de las artes, de su suma importancia y agrega que ellas deben ser cultivadas. Nuevamente me entusiasmo. He llegado a felicitarlo, cándidamente, como un beato a un hereje que ha sido tocado por la gracia de Dios. Acto continuo él hace máquina atrás, sonrío y explica, pausadamente, cuál es esa importancia a su modo de ver.

Fíjese usted, señor Borneo: desde luego las artes son un agrado y lo agradable debe ser cultivado para reposarnos de la “verdadera” fatiga. Porque el agrado es una gran cosa. Prueba: él defiende el teatro, los espectáculos, los deportes. Entonces yo le digo:

—Señor Agacio, aunque gustando yo de los deportes, creo, de todos modos, que hace usted poco honor a las artes al ponerlas a igual nivel.

—¿Por qué? —me pregunta—. Es igual.

—¡No! —Creo tener un valioso argumento—. Los deportes desarrollan, en quienes lo practican, el cuerpo físico y la salud. Las artes desarrollan, en quienes las practican, el cuerpo interior, la grandeza de alma.

Me mira un rato el señor Agacio, socarrón. Luego me dice:

—De ningún modo. Que los deportes desarrollan, sí. Tenemos la prueba: un boxeador le pega a usted; un corredor le aventaja a usted; un atleta levanta pesos para usted inverosímiles. Éstas son pruebas. Veamos las artes; no lo dudo que debiera ser así pero... no lo es. Según su teoría de usted, el artista debería ser mejor, pensar mejor, ser más apto y etc.

En verdad ¿qué vemos? Lo contrario. Los artistas, cuando están en su papel, los acepto. Pero cuando pretenden ir más lejos, fracasan. ¿Por qué? Porque viven en su supuesta grandeza. Prueba de que es supuesta: cualquiera de nosotros puede reventarlos con grandeza y todo.

—¿Cuál sería, según usted, el papel de los artistas?

—Servir a la humana evolución. El pintor, reproducir los grandes momentos históricos. Además, guiado por los dictados de dirigentes, pintar los ideales de los grandes hombres. ¿Cuáles? Ejemplo: como debiera ser el hombre perfecto —modelo para la educación física; como debieran ser la caridad y el amor— enseñanza para pueblo y juventud. En buenas palabras, deberían ser los pintores los obreros, los empleados de los grandes hombres. El músico, agradar. El poeta... Bueno, a los poetas yo los acabaría a todos, ¿me entiende usted? ¡A todos! Sería mejor para el progreso. Si se deja alguno, que cante entonces a los grandes hombres, sus magníficas hazañas. Sí, señor, que nos cante a nosotros, hombres positivos y fuertes. Pero desde el momento que empiezan a cantarse a sí mismos, condenados. Las artes son útiles porque adornan y entretienen. ¿Qué necesidad de adornarse y entretenerse? Cae de su peso la respuesta: el hombre que necesita entretenerse ha de tener algo más serio entre manos. Son útiles, digo. Lo son para el hombre al cual son útiles. El policía es útil, el bombero es útil, el animal doméstico es útil. Por lo mismo todos ellos son inferiores que aquello para lo cual son útiles.

Ésta es la red en que me ha cogido, señor Borneo. Yo he dicho, al alabar las artes, que hoy el hombre medía y daba importancia por la "utilidad" de la cosa que juzga. He dicho: "¡error!" El señor Agacio ha repetido: "¡error!". Entonces he creído que está convencido, que es un converso. Pero él decía error porque juzgaba la utilidad secundaria por el hecho de haber alguien para quien eso es útil, y ese alguien es lo primero. Me caza, se ríe en mis narices.

Luego perora sobre la necesidad del orgullo. Los artistas son orgullosos porque tienen talento en algo. En otras cosas son perfectos asnos. Es decir, un desequilibrio risible. ¡Desequilibrio! A caballo en esta palabra, ataca. ¡Equilibrio! ¡Mis normas, señor Borneo, cuando escribo sobre artes y letras: equilibrio, desequilibrio! Usted sabe, señor Borneo y amigo, que en esas palabras fundo yo mi estética. Equilibrio: ¡honor! Desequilibrio: ¡horror! El señor Agacio las ha tomado y dice:

—El verdadero hombre ha de estar bien en todo, ha de ser un equilibrado. Con este equilibrio ha de trazar sus líneas y, el total, volver a equilibrarlo. Y lo primero de todo ha de ser: vencer en la lucha por la vida.

—No, señor —le contesto—, el hombre ha de sobresalir en una sola cosa y llegar, gracias a ella, a la exaltación.

—¡Pésimo! —me responde—. Se forma así una humanidad de unilaterales. ¡Fracaso!

—No, señor. Porque los hombres se compensarían por la colaboración mutua. Si cada hombre cumpliera hasta el final con su deber, sería la gloria.

—Un momento —me dice sonriendo—. Desde luego la exaltación no es posible en todo porque hay cosas que aburren. Además la exaltación es peligrosa: el fanatismo y la locura están a un paso. Ahora bien, la exaltación ¿qué es? Es la pérdida del propio dominio. El grande hombre debe, ante todo, dominarse. Usted mismo lo decía y repetía hace algunos días. Ahora... todo lo contrario. Ya lo ve, como es usted un artista, es un teórico nebuloso que teme la verdad, esa verdad que nosotros, hombres de acción, miramos sin temor, cara a cara.

¡Ah, mi amigo y señor Borneo! Recuerdo cierta vez que Vitelio Doñihue, frente a una escultura de Lipchitz, le habla y le explica. Pienso que ojalá Vitelio lo convenza. El señor Agacio lo escucha con gran atención. Luego quedamos solos el señor Agacio y yo. No chista. Nos atisbamos mutuamente. Al fin no puedo más y rompo el silencio.

–Vitelio Doñihue sabe algo de arte.

El señor Agacio ríe. Me dice:

–El tal Doñihue es un cretino. Creía que yo le prestaba atención. Me mofaba de él. ¿Se dio usted cuenta?

–No lo sé.

–Dígalo, hombre, dígallo.

–Tal vez...

–¡Ja, ja! Cuanto el pintorzuelo me decía eran cretinismos: la luz, el tono, los volúmenes, la estructura y qué sé yo. ¿A quién puede interesarle todo eso? Al lado... la vida que pasa, que pasa. Y estos imbéciles que no la ven...

Un día empecé una sólida y sostenida defensa de mi punto de vista. Lo confesaré: fue balbuceante. ¿Sabe usted qué hizo el señor Agacio? Me miró, me golpeó el hombro y sonrió lleno de protección. Luego se marchó sin dignarse responderme.

¡Ah, señor Borneo! ¡Ese hombre es una calamidad, una calamidad...!

Me separé de Ubaldo Masafuera.

¡El señor Agacio! ¡Otro ser que se mezcla en mis biografías! Le da un relieve inmenso a Ubaldo. ¿Serán, acaso, los verdaderos héroes? Tal vez sí, tal vez no...

He pasado un día de lectura y meditación. Estuve, en un comienzo, en casa de Teodoro Yumbel, Galán de la Burra 7. Hablamos con cierta intimidad. Al final, ya excitado con tanto cambio de ideas, me alargó un manuscrito.

–Léelo, Onofre –me dijo–, léelo. No tengo facilidad para explicarme. Creo que por escrito lo hago mejor.

–¿Puedo llevarlo a mi hotel? –pregunté.

–¡Por cierto! –me respondió efusivo–. ¡Llévalo!

Entré en mi hotel. Leí y medité. El manuscrito decía así:

### *Al margen*

Estoy en mi ciudad natal, en mi vieja casa de la calle Inmaculada Concepción, N° 198. Desde las ventanas de los altos veo el Cementerio Apostólico donde yacen tantas cenizas de estos habitantes de San Agustín de Tango. Cambiando de ventanas veo el taller de Rubén de Loa. Vivo aquí con mi padre, don Onías Yumbel, coronel de Artillería, y con mi madre, doña Sofronia Santapán de Yumbel. Además viven aquí mi hermana Atanasia y su marido, Laureano Iloca. Hace tres meses han tenido su primer hijo, Laureanito, que está perfectamente bien. También viven aquí mi hermano menor, Tancredo, y la menor de todos, mi hermana Ernestina. Todos los habitantes de la casa se encuentran en perfecta salud.

Me gusta este barrio: el río Santa Bárbara, el Cementerio y el taller de de Loa. Tengo dinero, lo suficiente para no pasar apuros. Salgo a menudo, sobre todo por las mañanas. Mi paseo favorito es irme por la calle del Pentateucos hasta el Muelle de la Sotana, por el que sigo hasta las imponentes puertas de la ULPF. Veo la casa de Baldomero Lonquimay,

la Universidad y las puertas del Zoo San Andrés. Luego atravieso el Puente de la Catedral. A ésta la diviso. Luego tomo el paseo del Corderito Pascual y voy contemplando el mismo panorama de ULPIE, Zoo, Universidad y casa de Lonquimay, pero ahora con mayor distancia. También diviso el taller de Rubén. Luego entro por el Muelle del Abad. Me detengo un momento en la tienda del chino Pey. Luego sigo un tanto y vuelvo a casa por caminos diferentes.

Pero no he tomado mi pluma, mi buena compañera que desde hace años no me abandona, para contar las mañanas de San Agustín de Tango. Tampoco para cantar la buena situación que el destino me depara. Sin embargo es sobre mi situación que deseo hablar y justamente por esto enumeré, aunque con mucha brevedad, las dichas que me rodean. Así se probará una vez más que las apariencias engañan.

Mi casa paterna es grande y cómoda, repito. Tengo en ella, fuera de mi dormitorio y baño, un buen escritorio que me ha prestado muy buenos servicios. La salud de los míos —quiero también repetirlo— es espléndida, como la mía propia también. El bolsillo abundante. Buenas relaciones. El todo en esta magnífica ciudad.

A pesar de tanta buena cosa sufro de una desdicha cruel que por largo tiempo —pues ello data desde que tengo uso de razón— creí ser causada por la estulticia de mis semejantes, afirmación que empiezo a poner en duda. En todo caso, si no es a ellos a quienes debo culpar, no me queda más que culpar al destino. Mi voluntad, creo, no puede jugar papel alguno en el mal que me aflige. Y basta de disertaciones imprecisas. Seamos categóricos y tratemos de explicarnos lo mejor posible.

Siempre he tenido yo una fatalidad ante mis semejantes, sean éstos quienes sean, parientes o amigos o simples conocidos. Esta fatalidad consiste en lo siguiente: no puedo mostrarme a ellos; o bien ellos no pueden comprenderme en lo que soy.

Se pensará que voy a referirme a desconocidas y grandes cualidades que me adornan. No, por cierto. Puedo tener, tal vez, muy nobles cualidades de carácter y aun de talento. Jamás me ha venido a la cabeza la idea de hacerlas conocer. Ello me es totalmente indiferente. Me refiero a mi calidad de hombre y a todos los atributos que acompañan a esta palabra: hombre.

Si os presentan a un señor, sea en una reunión o sea en la calle o donde sea, tenéis siquiera un segundo de un estado de tranquila expectativa, algo como si quisierais adivinar qué clase de ser tenéis plantado ante vuestros ojos y, una vez dilucidado este punto, conduciros en tal o cual forma según tales o cuales sean o creáis que son sus ideas, su carácter, sus hábitos y sus defectos. Es decir, os conducís ante él como es lógico conducirse ante una masa viva, pensante y voluntariosa, como os conducís ante un amo que gobierna un pequeño mundo aunque éste no sea más que el corte de un traje o la ondulación de unos bigotes.

Entiéndaseme: os conducís de hombre a hombre. Esto puede expresarse, me parece, diciendo: junto con conocerle reconocéis ignorar cuanto a ese señor se refiere y aceptáis gustoso creer y tomar en cuenta y hasta respetar lo que de él os diga.

Si ese hombre se enfada..., está bien pues es un hombre que se enfada. Luego encontraréis lo más natural del mundo que dicho hombre se enfade. Que ha caído enfermo..., igual cosa. Que ha llevado una vida llena de aventuras; que gusta de la calma y de la paz; que tiene nobles ideas; que no las tiene; que es afable; que no lo es; en fin —y concluyamos de una vez que comienzo, por mi parte, a enfadarme también—, en fin, lo aceptáis tal cual es y según lo que es hacéis relaciones o no las hacéis, le confiaréis vuestros secretos o no

lo volveréis a saludar, le explotaréis o le tendréis un respetable temor; en fin –nuevamente me estoy enfadando– obraréis con él como se os dé la gana pero... –¡ah, no me lo neguéis!–, pero no me neguéis tampoco que esta “gana” será dirigida según sea el señor que tenéis por delante.

Veo, en este momento, a un lector con estas páginas antes su vista y llenarse de estupor.

“¿Vale la pena –se preguntará– tomar la pluma para decir semejantes trivialidades? ¿Cómo quería, entonces, este escritor que los hombres se condujesen los unos con los otros? ¡Vaya un descubrimiento!

Calma, amigo lector, calma... En verdad todos los hombres se conducen así. Justamente por eso yo soy el más desdichado de entre ellos.

¡Ah! ¿Esto no se os había ocurrido? Ahora soy yo el que pongo una cara de estupor ante un lector tan necio. Ofendido por esta injuria que os acabo de hacer, ya veo que queréis rebatirme.

Sea. Y discutamos.

Ante todo, no sé a punto fijo qué tendrán mis ademanes o mi fisonomía o acaso las cosas que digo, que los demás no se comportan conmigo como lo hacen con otro ser humano.

Apenas me conocen se forman una idea *total* de mi persona. Me clasifican. Luego me tratan como cosa absolutamente conocida. Hacen como si de mi parte no pudiese venir sorpresa alguna. Es algo como cuando se tiene una máquina que debe dar tal resultado. Si un buen día diera otro resultado, ello nos sorprendería y acaso nos enfadaría. El caso es que de mí se espera el más vulgar y miserable resultado. Es decir: *¡nada!* O poco falta para que sea así. Yo, Teodoro Yumbel Santapán, se imaginan todos que no puedo ni debo hacer más que las pequeñitas cosas que ellos me acuerdan. Cuanto no haga ruido, que no llame la atención en lo más mínimo, es lo que me acuerdan. Esto lo encuentran muy natural... Es un punto que debiera recalcarse: que se encuentre natural algo tan antinatural, que un hombre esté y sea para no llamar la atención. Entonces si hago algo fuera de esta línea, levanto una tempestad; o una sonrisa irónica como si ello tuviera algo de fantasmal. Teodorín –me llaman todos así– quiere aprender violín... ¡qué divertido! Teodorín se ha enamorado... ¡a-a-ay! Teodorín quiere casarse... ¡o-o-oh! Ya lo veo: asistirán a mi matrimonio benévolamente como se asiste a las gracias que un niño hiciera, gracias que se le han permitido hacer pero que son de persona grande... Así fue cuando mi hermana Atanasia se casó y yo le hice un regalo y me acicalé debidamente para ir a su matrimonio, fue, en toda mi familia y en mis relaciones, una estupefacción general, algo así como cuando se anuncia en un país pacífico un golpe de estado.

Yo me pregunto: ¿Qué tiene, Dios mío, de particular o de extraño que haga yo un regalo y que asista a las bodas de una hermana?

Luego cuando Laureanito nació, me esperaba otro concierto de alaridos estupefactos y estaba prevenido para soportarlos debidamente. Erré en mis cálculos. ¡Un sobrino, un sobrinito! Erré. ¿Sabéis qué hicieron todos? Pues, benévolamente también, me dieron vuelta la espalda con esa displicencia propia de los hombres sabidos ante un pobre diablo que tenía un capricho y que, al fin, se le accede para que quede tranquilo. “Teodorín tiene un sobrino... Déjenlo, pues, querría tener un sobrino...”

Algo así han de haberse dicho o, en todo caso, algo así han manifestado.

Recuerdo, ahora, cuando se me envió a Venus a causa de mi amor por Calucha. ¿Hay

proporción entre la falta y el castigo? Por cierto, no la hay. Pero que yo, yo me hubiese enamorado... No, no era posible. Fue aquí el concierto de alaridos. Ante tal falta: ¡Venus! Yaquí, nuevamente, la vuelta de espaldas y la indiferencia...

Es inútil: cuando manifiesto un propósito, como, por ejemplo, el de ir a Europa, noto, de inmediato, una extrañeza tal en todos los rostros que creo, por un momento, que he dicho un disparate sin par. Algunos llegan a ponerse coléricos. Parecen decirme con la mirada y creo que me lo dijeron:

—¿Tú a Europa? ¿A Europa? ¿Que te has vuelto loco?

Pero como, al fin y al cabo, nada pueden contra mí y, además, me parece que nada desean en mi contra, todo se reduce a extrañarse de que yo sea como los demás y terminan por sonreír y me dejan con mis ideas.

—Bueno, vete a Europa.

Algunos me golpearon afectuosamente el hombro pero sonrieron también. Las personas de más peso y edad, sobre todo las señoras, movieron lentamente la cabeza diciendo entre dientes:

—Las cosas que se le ocurren a este niño...

Debo aquí advertir que hoy en día en nuestro país no es cosa del otro mundo hacer un viaje a Europa. Lo advierto pues ya veo que más de alguien se estará diciendo que amigos y señoras tenían razón. De Chile a Europa, ¡vaya un viaje! Por lo tanto, ¡vaya una locura! Mas no es así. Hoy por hoy ir a Europa es, para mis compatriotas, cosa corriente, casi todos lo hacen y todos desean hacerlo. Quede, pues, establecido que allí no reside la causa de esa estupefacción de que he hablado. Reside en lo otro... Como —y para abreviar— reside también mi desventura toda. Ir a Venus —por ejemplo— no es como hoy ir a Europa. Sin embargo el comentario, a mi regreso del planeta, no duró más de media hora. Encontrarse allá con un habitante de Saturno, con Saturnino, y con el alma de Botticelli es algo que no le ocurre a un hijo de vecino. Sin embargo no oí, al respecto, más que los acostumbrados: “¡aah! ¡aah!”.

Total y para resumir:

Lo que en cualquier otro sería tomado como idea o determinación, en mí se toma como capricho y como el capricho de un hombre que no hace nada, que no puede hacer nada y que, ingenuamente, imita a los otros para hacer creer que él hace algo también.

A menudo oigo que me dicen, cualquier persona, la primera que encuentre:

—Lo que usted debiera hacer, amigo mío, es tal y cual cosa y no tal o cual otra...

Es decir que, desde que me ven, me toman como algo que hay que colocar en alguna parte, darle un sentido y una razón de ser pues de ambas cosas parece que yo carezco.

He querido enfadarme y contestarles:

—Pero ¿de qué diablos se mezclan ustedes en lo que yo debo o no debo hacer?

Mas he visto enseguida en cada caso que el que me aconseja lo hace tan convencido y con tanta espontaneidad que fuerza me ha sido comprender que —Dios sabrá por qué— conmigo no se puede ser de otro modo. Debo inspirar eso. La culpa ha de ser mía y no de ellos.

¡Cuántas veces he deseado tener un arrebato de valor y hacer ver que soy un hombre! Hacerme valer y respetar en mi calidad de tal. Pero me he detenido siempre, una cosa me ha detenido: la estupefacción que entonces sí causaría. ¡Oh, sería el acabóse, la catástrofe! ¡Cómo hablarían todos y cómo lo comentarían! Me parece oír, por anticipado, los propósitos que cambiarían:

- ¡Fíjate! ¡Teodorín indignado conmigo!  
-¿Por qué?  
-Dice que él es un hombre y que debe ser considerado como tal.  
-¡Está loco!  
-O tonto.  
-Sí, pero ¿a propósito de qué todo eso?  
-No lo sé; parece que tal o cual cosa le ha parecido mal.  
-¡Pobre Teodorín!  
-¡Qué muchacho más nada, más cero!  
-Debería alguien hacerlo hacer algo.  
-En fin, hablemos de otra cosa...

Sí, sí, porque ni siquiera hablarían mucho de mí. Hablarían así al pasar, como la nota curiosa del día. Por mucho que yo me hubiese enfadado con el señor éste, concluiría él por sonreír a su vez y por sonreír benévolutamente.

Es esta benevolencia la que me saca de quicio pues me demuestra que yo, para los demás, no puedo ser.

Otra cosa que me impide ir a fondo y manifestarme es que, a fuerza de tanto ver cómo me tratan, yo mismo me veo como Teodorín y llego a encontrarme atrocemente ridículo. Esto me corta a tal extremo que, en verdad, no puedo hacer nada siquiera un poco serio... para fuera, para el exterior. Porque aquí, bueno sería hacer una pequeña advertencia.

Yo, Teodoro Yumbel Santapán, no soy un infeliz que no haga nada. Si fuese así, podría encontrarse que los demás tenían razón. No y no. Yo no hago nada para fuera porque nadie lo tomaría en serio, se extrañarían y me ofenderían. Mas para dentro hago mucho. Voy a decirlo, no como alabanza, sino, y únicamente, como prueba de que tengo justa razón en quejarme y para que todos vean que cualquier otro hombre, con la mitad de lo mío, sería, si no altamente considerado, al menos tenido como un prójimo que puede, después de todo, vivir en paz y a su real antojo.

Pues bien:

De mi infancia poco recuerdo. Al decir de mis mayores, parece que fui un niño como todos. Cursé luego mis seis años de humanidades hasta que obtuve el título de bachiller. En mis clases, si bien es cierto que no fui una lumbrera ni un alumno distinguido, tampoco fui una nulidad. Sin mayores esfuerzos cumplí con el programa. A la salida de la escuela mi vocación no estaba aún definida. Entonces mi tío Diego, un hombre de gran bondad y no poca inteligencia, me aconsejó que estudiara medicina. Mis padres encontraron que tal idea era altamente acertada. Mas yo me di cuenta de que no era la profesión que me convenía. El estudio de los cadáveres me era francamente desagradable y nunca pude dominar la sensación de repugnancia que me causaban. Abandoné, pues, esos estudios a pesar de las protestas de mi tío Diego. Recuerdo que cierto día llegamos a tener, mi tío y yo, un cambio de palabras algo duras. Él creía que yo dejaba mis estudios por pereza y yo le sostenía que era por mi falta de vocación para ese doctorado. Mi tío se enojó conmigo pero luego noté que su enojo era, en gran parte, simulado y que así lo fingía creyendo hacerme un bien. Así es que las palabras duras las olvidé y, en el fondo, le guardé una sincera gratitud. Sin embargo hoy día esa gratitud se la he perdido en gran parte pues veo con claridad que tantas solicitudes que mostró para conmigo se debían a que una vez mi buen tío, como todos los demás, empezaba a ver en mí sólo un remedo de hombre del que había que ocuparse antes de que se lo llevara el viento.

Pasé algún tiempo indeciso. El rumbo que a mi vida debería darle no me aparecía y en vano cavilaba largos días y noches. Las otras profesiones no me atraían y seguir las tradiciones de la familia me era imposible: mi padre y mi abuelo habían sido militares y la milicia jamás me ha gustado.

Permítaseme decir entre paréntesis que deseo que quienes me lean noten que nada de particular ni de extraordinario hay en mi vida, nada que pueda justificar la triste situación que tengo ante mis semejantes. Sigo, pues, y se verá que mi existencia continúa muy corrientemente.

Un hecho curioso vino a determinar mis ideales. Como todos los muchachos de mi edad, un buen día me enamoré. Conocí a Calucha.

Me saltaré aquí el malogrado fin de este amor. Sólo diré de él dos palabras: Calucha era mayor que yo, no mucho, dos años o acaso menos. Esto ya produjo un espanto. Después de un conciliábulo, se decidió enviarme, por un año venusiano, al planeta Venus. El capitán Angol me llevaría e iría a buscarme en su avión. Cumplí mi castigo; conocí, lo he dicho, a Saturnino, a Botticelli y —esto no lo había dicho— a Tannhauser; en fin, la cosa pasó. A mi regreso se me había pasado el enamoramiento.

Pues bien, Calucha había recibido una educación esmerada y sus naturales dones unidos a dicha educación, la inclinaban hacia las artes. Muchas veces, lo recuerdo, me dijo, que su ideal sería casarse con un artista. Esto hizo nacer en mí una cierta curiosidad por las artes pero aquello me era un mundo difícilísimo. Además, decir las artes es como no decir nada. Son tantas y tan diferentes unas de otras que comprendí que mientras no hiciera una sabia elección, pensar en artes era tiempo perdido.

Partí a Venus. Allá seguí cavilando pero sin mayor provecho. Volví. La providencia vino en mi ayuda.

Fue una noche. Estaba la familia reunida con amigos en el austero salón de mi vieja casa. Conversábamos sobre los buenos tiempos. Afuera llovía. ¡Qué bien recuerdo aquella noche! Creo que hasta en estas líneas que ahora escribo vase a traducir algo de la emoción que me inundaba aquella vez. Rodando la conversación por los buenos tiempos, mi madre púsose a narrar anécdotas que recordaba de Atanasia, de Tancredo, mi hermano, de la pequeña Ernestina, de sus sobrinos y qué sé yo. De pronto alguien preguntó:

—¿Y Teodorín? ¿Qué hacía Teodorín cuando niño?

—¿Teodorín? —preguntó mi madre—. Teodorín no hizo, desde chiquitito, más que escribir. Con un lápiz y un cuaderno, anotaba cuanto veía y así olvidaba las horas, escribe que escribe.

Aquello fue para mí una revelación. Recordé instantáneamente que, en verdad, había yo pasado mi niñez escribiendo. Mi destino se iluminó. La curiosidad que tenía, la revelación que así oía y el recuerdo de Calucha, determinaron aquella noche mi vocación. Afuera llovía siempre.

Desde ese momento mi camino pareció allanarse. Sería escritor. No había más que pensarlo. Como un torrente que se desencadena, el destino ofrecíame cuanto necesitaba. ¿Un maestro? Pues he ahí el grande de don Hipólito Pisagua, autor de numerosos libros y amigo de casa por añadidura. Una vez por semana iba a comer con nosotros. ¡Pensar que yo no lo había advertido! ¿Pero en qué pensaba antes? Le mostré mis escritos. Don Hipólito los leyó con seriedad. Después me aconsejó. Al cabo de cierto tiempo fue tanto mi entusiasmo que, entre un alto de cuartillas, olvidé el resto de la existencia con sus millones de pobladores. ¡Ingratitud humana!

Cuanto a Calucha, casó, por esos tiempos, con Mitridates O'Machuca. No la he vuelto a ver pero sí he oído hablar de ella. Me han dicho que, desde entonces, su inclinación por las artes es menor pero yo no lo creo. Creo solamente que esto es una broma que me hacen los amigos.

Viví, pues, entregado al arte de bien escribir. Después de un par de años publiqué. Mi libro se llamaba: *Oculto Tesoro mío*. Fui altamente elogiado por críticos de nombre. Es cosa sabida que las letras, aquí en mi país, son cosa seria. Es éste uno de los países de América Latina—según dicen entendidos tanto nacionales como extranjeros— en que mejores obras ven la luz del día. Pues bien, fui elogiado.

Creo que esto es bastante para que a cualquier otro en mi situación se le considerara un escritor hecho y derecho. Mas conmigo no fue así. A diario me hacían todos la misma pregunta:

—¡Qué tal! ¿Sigues aún escribiendo?

Se diría que en mí no pudiera ser una determinación seria la de entregarme de lleno a las letras. No. Para los demás *tenía* que ser una ocurrencia mía, algo que *tendría* que pasar. Esta idea no pude jamás arrancárselas de la mente. Era evidente que mi libro no bastaba para que vieses en mí a un escritor. Por lo demás no es superfluo advertir que esas personas no eran entendidas en letras. Pero ello no me importaba. Yo había sido ofendido. Entonces, como castigo, publiqué mi segundo libro: *El Último Alcaraván*.

Hubo un momento de desasosiego. Luego me dijeron:

—¡Hombre! Veo que sigues escribiendo...

Y los críticos, esta vez, callaron o casi callaron.

Ante esta evidencia concebí un plan para que justicia se me hiciera: vivir como un verdadero escritor, como un verdadero artista. Para ser más claro: vivir como un bohemio.

No se crea aquí que soy un ingenuo, no. Muy bien sé que no hay necesidad de la bohemia para ser artista, pero no se me negará que las masas confunden fácilmente ambos aspectos y que el primero, el de bohemio, les hace creer a pie juntilla en el segundo, el de artista.

Consideré, pues, a mis relaciones como a las masas. Era justo. Fui bohemio, no por amor a tal clase de vida sino guiado por una sutil astucia. Sí, era sutil mi astucia y, como tal, me debió haber dado buenos resultados. Mas, por desgracia, no fue ni por sombra así. Véase lo que hice:

Intimé grandemente con todos los bohemios de mi país. Adopté su género de vida y su indumentaria. A los sitios en que antes me presentaba en compañía de un joven bien, ahora me presentaba en compañía de un joven zaparrastroso, pero de talento; comí a deshoras y a veces no comí; perdí todo método pero escribí bastante. Sin embargo esto tampoco me dio resultados. La mayoría —admírense todos— se rieron descaradamente; mamá púsose triste; mi padre me despreció; tío Diego me dio vueltas las espaldas. Cuanto al badulaque de mi tío materno, Bernabé, me miró largo rato, luego levantó los hombros y se fue.

Un día mi tío Diego habló. Yo lo oí sin que él se diera cuenta. Explicó, ante varias personas, el "fenómeno" que a mí me ocurría. Si mal no recuerdo dijo que cuanto yo estaba haciendo era perfectamente natural pues dado un muchacho con pretensiones artísticas y literarias y dada la existencia de un grupo de bohemios que se sienten genios, el primero tiene fatalmente que caer entre los segundos... Algo así fue su argumentación, como quien dilucida un fenómeno científico: dado un cuerpo más pesado que el aire y

dada la pesantez, si se suelta el cuerpo, tiene que caer en dirección al centro de la Tierra. Fue algo así.

Se comprenderá toda la ofensa que esto encerraba para mi persona. Es decir que yo no tenía voluntad propia, ni gustos propios, ni nada. Era un objeto dado colocado entre fuerzas que obraban sobre él. Ni más ni menos...

En el fondo me reí del tío Diego. Él explicaba así el fenómeno cuando, en realidad, el fenómeno era hijo tan sólo de mi astucia. No obstante mi tío pasa por ser un hombre de no poca inteligencia...

No me sentí, pues, afectado por tan tonto raciocinio sino que, por el contrario, decidí ser cada vez más bohemio. Tarde o temprano me impondría yo. Ya había sido elogiado por críticos. Prueba de ello: *Oculto Tesoro mío*; el silencio sobre *El Último Alcaraván...* altas y bajas naturales. Había que publicar algo más y ser elogiado. ¿Qué irían a decir entonces? Fuerza les sería doblegarse al comprender que mi bohemia obedecía a una vocación sincera e indomable. Si el efecto sobre las masas no había sido eficaz de buenas a primeras, lo sería a su debido tiempo. Mientras tanto ahí los dejé a todos, a mamá con su tristeza, a papá con su desprecio, al tío Diego con sus espaldas, al tío Bernabé con su mirada y sus hombros, a los demás con sus sarcasmos. Lo que es yo, yo me paseaba audazmente por las calles de Santiago y de San Agustín de Tango, me paseaba con mi melena abundante, con mi corbata flotante y mi chambergo altanero.

No obstante, ¡cuántas fuerzas tuve! Lo que más me molestaba era la risa que causaba a los amigos. Porque en realidad se reían a mandíbulas batientes cada vez que me aperci-bían. Mi chambergo, sobre todo, les causaba una hilaridad incontenible que, por lo demás, nunca he podido explicarme. En esa misma época un muchacho escultor se paseaba también con un sombrero tan grande como el mío y nadie se mofaba de él. Por el contrario, encontraban que era perfectamente natural que así se tocara. Otro ejemplo: un hombre serio, que ha sido diputado y mil cosas más, llevaba gran chambergo y no sé que a nadie causara esto estupor o risa. Pero yo me calaba el mío y era la carcajada general... Cien veces me miré al espejo y, a decir verdad, no me encontré nada de extremadamente ridículo o llamativo. Mas, después de todo, eran éstos pelos de la cola, eran pequeñas molestias y yo seguía mi firme propósito de la bohemia. Sentía que si todo un grupo de gentes me era hostil, todo otro grupo me encorazonaba. Esto me devolvía la tranquilidad, así que comencé con ardor a escribir mi tercer libro, el libro de las reivindicaciones. Su título: *La Miseria del Goce*.

¡Oh, dolor! ¡Mis desventuras no habían terminado! El grupo aquel, con el que tanto había contado, me traicionó a su vez. De su traición ningún otro mortal se había dado cuenta por la sencilla razón de que fue solapada, hipócrita, jesuítica. Los bohemios, mis amigos, noté que se reían también de mí...

Yo tengo una observación muy aguda; es difícil que me engañen. Yo mismo me engaño a menudo, pero que otros me engañen, ¡oh, no!, no es tan fácil, no, por cierto. Así es que, sobre este punto, no me cupo duda alguna: los bohemios no me tomaban por uno de ellos y, si bien me trataban con suma cordialidad, me miraban con el rabo del ojo, un poco como a un intruso, pero un intruso benévolo que quiere imitarlos a ellos sin perseguir, en el fondo, nada serio. Si ante mí se mostraban atentos, tras de mí —ni para qué decirlo— deberían mofarse a sus anchas.

Luego no podía ser yo tampoco un bohemio. Para las demás personas era esto también un simulacro de mi parte. ¡Y tantos otros que lo eran y, en todas partes, recibían

muestras de consideración! ¿Por qué, por qué? Esto me preguntaba entonces y me lo pregunto aún.

Tales tristes reflexiones me ocupaban largas horas. Pero no hay que darle más vueltas al asunto, la cosa es simple: los bohemios al verme se habían, a su vez, formado una opinión concreta, definida de mí y esta idea no era la de que podía yo ser un artista bohemio. Luego me vieron como tal y, es claro, sonrieron. Sí, es ésta una explicación pero siempre queda un punto oscuro que no penetro, que se me escapa.

Pasé, después de esto, muchos días amargos. Mi situación era aflictiva. Pues, ¿qué poder hacer? Cambiar de corbata, cortarme la melena y arrojar lejos el chambergo, era confesar mi derrota; conservar corbata, melena y chambergo, era permanecer en el vacío y víctima de las risas...

Aquí, como en varias ocasiones de mi vida, fue la Providencia quien vino en mi ayuda. Fue en el año de 1921.

Titina apareció en mi sendero.

Al tocar este punto seré breve. Sólo diré que caí perdidamente enamorado, caí en un ensueño de gozo y de olvido de las miserias cotidianas. Aquello brilla con tal esplendor en medio de mi tenebroso pasado que si quiero retratar fielmente los sentimientos y sensaciones que experimenté y el resultado que dieron, sólo puedo decir que, un día, al lado de Titina, siempre a su lado, me encontré, no sé cómo, sin corbata flotante, sin melena abundante y sin chambergo altanero.

¡Oh, qué tiempos, qué tiempos!

Pero el objeto de lo que escribo no es contar los recuerdos de mi gran amor. Además considero que tales cosas no deben ser para la publicidad sino que deben ser santamente guardadas en el santuario de la vida privada.

Sin embargo, a pesar de que esta autobiografía ya está demasiado extensa y a que no contaba hacerla al tomar la pluma, daré otro dato sobre mi desventura, un hecho ocurrido antes de emprender mi viaje al Viejo Mundo:

La dicha, la intensa dicha que la sola presencia de Titina me departía, no fue causa para que abandonara yo mis propósitos intelectuales. Por el contrario, mi fecundidad aumentó. Escribía siempre y cada vez arremetía a asuntos de mayor aliento. Mas era tal mi deseo de producción que necesité, así, entre paréntesis, cambiar de asuntos. Entonces escribí un cuentecito sencillo, agradable, lleno de buenas observaciones, algunas de ellas picantes y sabrosas. En él narra las aventuras de un joven músico, sus éxitos, sus fracasos, sus miserias, en fin, un trozo de vida tratado con amplitud.

Apenas lo terminé me apresuré a darlo a leer a mi familia y amigos. El cuentecito, no puedo negarlo, tuvo, entre cuantos lo leyeron, un franco éxito. Les hizo reír bastante —era de carácter más bien jocoso— y les sirvió de comentario durante largo tiempo.

Pero yo no me sentí, de ningún modo, satisfecho con este pequeño triunfo, pues pronto me apercibí que lo que les hacía reír y lo que en él les había gustado no era lo que yo deseaba que hiciera reír y gustara. Yo quería que, ante todo, fuera un cuento tomado como una obra literaria y que luego, desde ese punto, causara su efecto. Me parece que era lo que menos podía pedir. Pues bien, ellos recibieron y sintieron el efecto en forma parecida al que yo esperaba pero justamente porque jamás pensaron que aquello, viniendo de mí, pudiera ser una obra literaria. No; era para ellos una especie de barbaridad cometida por mí, algo tan imprevisto que se echaron a reír. Mi protagonista tenía una

hermana que se había casado; por allí aparecía en escena un tío suyo; a cada paso, como es natural, figuraban sus amigos.

Pues bien: cada cual se vio retratado en un personaje y creyeron, sin asomos de dudas, que yo había querido hablar de ellos...

—Pero si no es eso —les explicaba en vano—. Si mis personajes no son nadie, son creaciones literarias. ¿Creen ustedes entonces que cuando Edgar Poe, por ejemplo, habla de Berenice lo hace refiriéndose a su verdadera novia y que a ésta le arrancó los dientes? ¿O creen que cuando el protagonista de *El Intruso* mata a su hijito dejándolo con la ventana abierta, es porque D'Annunzio, en verdad, mató a un hijo suyo? ¡Vaya una comprensión de las artes y las letras!

Estos argumentos son contundentes. ¿Quién puede negarlo? Nadie. Nadie, pero... siempre que se trate de un... *escritor*. Ahora bien, cualquier prójimo puede ser escritor, es decir, a cualquiera se le toma en serio que quiera ser escritor y se le apreciará según sus reales méritos. En mi caso, no. Yo no podía ser tal y, por lo tanto, estaba hablando de ellos. ¿Es creíble? Pues sí, así fue y nada más que así.

Cuando les lanzaba a la cara mis argumentaciones, comprendían, pero superficialmente. En el fondo nadie les hacía cambiar de idea.

De pronto llegaba alguien que no me había oído explicarme y, a boca de jarro, me preguntaba:

—Pero dime, Teodorín, ¿por qué dices tal o cual cosa de tu tío Diego cuando jamás lo ha hecho?

O bien llegaba otro sorprendido y exclamaba:

—¡Vaya, vaya! No sabía que Atanasia fuese tan aficionada a la flauta. ¡Qué sorpresa! ¿O te refieres a Ernestina?

Se refería a la hermana del joven músico que yo la había presentado como aficionada a dicho instrumento.

Esto era intolerable, in-to-le-ra-ble.

Mamá, después de leer mi cuento, se sintió conmigo y un día, a la hora del té, me dijo:

—¡Qué ingrato eres, hijo mío!

—¿Por qué? —le pregunté alarmado.

—Fíjate, no más, todo lo que dices de tu madre; que no te ha comprendido, que te ha hecho sufrir y qué sé yo cuando nunca he deseado más que la felicidad de mis hijos.

Hablaba así pensando en la madre del músico.

—Pero mamá —le dije—, entonces si mañana escribo otro cuento cuyo protagonista estrangule, por ejemplo, a un semejante, ¿vas a creer que soy yo un asesino?

Mi padre, que había permanecido ajeno a nuestra conversación leyendo un periódico, al oír mi argumentación levantó la cabeza y me dijo entre dientes:

—¡No seas torpe, hijo!

Me callé y entonces mamá suspiró.

Otro día una prima mía me felicitó calurosamente. Ya empezaba a sentirme satisfecho por ves primera, cuando me dijo:

—Lo único que en tu cuento no me gusta es que te hayas presentado como músico. Deberías haberlo hecho como escritor, ya que es lo que a ti te agrada.

Sentí tal irritación en contra de ella que estuve por lanzarle un objeto por la cabeza. Pero me retuve pensando:

“Es inútil, es inútil, no lo comprenderán jamás...”.

Desde entonces no he vuelto a mostrar nada de lo que escribo. A veces vuelvo a leer mi cuentecito y, en verdad, no puedo negarlo que lo encuentro bastante bien. No quiero decir que sea una maravilla pero las observaciones son justas y el estilo es fácil. No deja de ser mérito. Al fin y al cabo se trata de un debutante.

Mas no mostraré nada. Estas cosas son muy duras.

Mientras mis ademanes o mis palabras o esto inexplicable que hay en mí, no cambie, no mostraré. Y si ello reside en mi físico, entonces, ¡Dios mío!, fuerza me será esperar que mis cabellos estén blancos. Entonces sí, es de esperarlo, me tomarán como a un hombre que actúa por su libre albedrío. Pero a lo mejor...

En fin, no quiero intercalar comentarios pesimistas y... ¡vamos adelante!

Todo esto no lleva visos de terminar. No he hablado, hasta ahora, más que de cierto grupo de personas, los más íntimamente ligados con mi persona y se creará por eso que sólo entre tales grupos soy tratado de tan inexplicable modo. No es así. Mi mal es para con todos, con todos, sin excepción alguna y si, al fin y al cabo, puedo vivir con relativa tranquilidad, se debe a que hoy día las cosas y las leyes están hechas impersonalmente, a que somos los hombres simples números que desfiliamos los unos ante los otros. Si los hombres se rigieran por su apariencia, es decir, por el efecto que causan, ¡pobre de mí, Teodoro Yumbel Santapán! Esa relativa tranquilidad se la debo, repito, al concepto de igualdad que tienen ahora los humanos, pero nada más que a él.

Nada más que él, puedo asegurarlo. A cada momento me es posible confirmar lo que avanzo. Mi viaje a Europa me sirvió más que nada para verme entre los demás. Se verá:

Todos los que han viajado saben con cuánta gente hay que verse, hablar, discutir; cuántos trámites hay que hacer.

Pues bien, pido habitaciones en un hotel, tomo billetes de ferrocarril, presento mi pasaporte, averiguo una dirección cualquiera, despacho mi equipaje, me siento ante una mesa de restaurante, etc. y etc., el señor del hotel, el vendedor de billetes, el revisor de pasaportes, el guardia de la esquina, el despachador de equipajes, el camarero del restaurante, etc. y etc., todos y cada uno, apenas se encaran conmigo, tienen instantáneamente un cierto y clásico gesto de estupor, gesto que, estoy seguro, no tienen con nadie más. ¡Oh, qué bien conozco ese gestito!

Expresa siempre una sorpresa, la sorpresa que causa lo que no es habitual y, por lo tanto, que no se esperaba, pero que, al suceder, no va, naturalmente, a dar vueltas las leyes establecidas sino que resulta solamente un poco cómico. Es algo como cuando un niño toma gestos de hombre respetable, o cuando el nuevo rico se las da de gran señor, o cuando cualquiera, henchido de su propia grandeza, intenta algo que le queda grande.

El tío del hotel parece decirme con sus ojos:

—¿Usted, usted también quiere habitaciones? Hoy día cualquiera quiere habitaciones...

Y no se esté pensando mal: yo las pido con humildad, con mucha humildad pero, así y todo, nadie le podrá quitar de la cabeza a ningún tío de hotel que yo no soy un hombre de hotel. Apenas me aperciben deben formarse ya una opinión de mi persona y como mi papel, pésame cuanto me pese, es estar descentrado, siempre al lado de la sociedad, han de pensar enseguida que voy hacia ellos a cualquier cosa menos a pedir habitaciones. Entonces cuando lo hago... se estupefactizan.

No se me negará que mi raciocinio es lógico, claro, preciso. Digo esto para aquel que ya estuviese imaginando que cuanto digo es ilusión y mentira. ¡Oh, Dios mío, no faltaría

más que hasta en esto no se me tomara en serio! A lo mejor van a creer que ahora escribo un cuento y creo un tipo a pesar de que conservo mi nombre; así como cuando escribí mi malogrado cuento y creé un tipo, se imaginaron que hacía mi retrato. ¡Desgraciado de mí si así sucede! Pero volviendo a los señores de los hoteles, he dicho que se estupefactizan. Muy cierto. Mas, después de todo, me dan habitaciones. Porque –¡oh, ley de igualdad humana!– no tendrían, bajo ningún punto de vista, por qué negármelas. Así como estos señores, así se conducen conmigo los vendedores, los revisores, los guardias y camareros, así todos, ¡hasta el último!

En fin y resumamos:

Por un lado, esta fatalidad que me da no menos de una molestia por día y una humillación que tengo que tragarme bien a solas; por otro, el deseo legítimo de vivir en paz y de gozar de las tantas y tantas agradables cosas que la vida depara. Pues –diré al pasar– siempre he sido optimista, siempre he creído que la vida es digna de vivirse y que ha de tener no pocos encantos para los que consiguen esa paz anhelada o para los que pueden ser considerados por sus semejantes.

Decía, pues, que por un lado un mal; por otro, el deseo de evitarlo. Como luchar me es imposible –y sobre todo, inútil– poco a poco me he ido alejando de los hombres y recluyéndome en mi morada. Aquí paso la mayoría de mi tiempo, aquí en este viejo case-rón, tratando de gozar de una calma forjada por mí, calma que deja de existir apenas traspaso el umbral de mi puerta. En las mañanas, cuando recorro las calles de este barrio, voy de prisa y no hablo con nadie. De este modo mis paseos son solitarios. Sin embargo noto, a menudo, cómo me atisban algunos y sonríen al verme pasar. Pero esto no me importa. Vivo por hoy –no puedo negarlo– con suficiente tranquilidad.

¡Cuánta falta me hacía! Era justicia tenerla un poco. Hubo un tiempo en que pasé días bien amargos. ¡Qué desventura! Algunos creerán que ello es poca cosa, que es hasta gracioso. No, no, no. Es algo muy serio, muy serio, esto de vivir como yo vivo, al margen de la vida, siempre al margen...

Llegó un momento en que fustigado por la indiferencia despreciativa con que todos me trataban, exageré el alcance de esa indiferencia. Sí, debo haberlo exagerado pues, en el fondo, no creo que mi mal sea otra cosa que lo que ya he explicado: una fatalidad sin causa, porque sí. Habrá seres que están condicionados, como yo, a que cuanto hagan, piensen o digan tome, ante los demás, el aspecto de la parodia de lo que, en realidad, es el acto, el pensamiento o la palabra; como hay otros –¡vaya si los conozco!– cuyos gestos, de cualquier especie que sean, toman, para los demás, proporciones gigantescas aunque la causa que los haya originado sea de la más estúpida trivialidad. Podemos, los humanos, dividirnos en dos categorías: los que se expresan más alto de lo que son; los que nos expresamos más bajo de lo que somos. Los demás, como es natural, juzgan al prójimo por su expresión y no por el verdadero origen de ella.

¡Qué bien hago psicología! Pero solamente desde hace poco tiempo. Hubo un momento, como lo he dicho, en que ninguno de tales raciocinios vino a mi mente. Entonces pensé que, si así todos me trataban, era indudable que ello se debía a una causa real, palpable. Debería haber algo que me hacía despreciable. Tenía que encontrarlo. Luego –y aquí, creo, viene mi exageración– me pareció que no sólo me tenían indiferencia sino, además, se reían de mí.

Un día, haciendo un heroico esfuerzo de hombría, sintiendo bullir en la sangre la furia de la rebelión, díjeme audaz:

-¡Esto ha de terminar!

Pensé, medité, observé, escudriñé.

Pasaron varios días y no pocas noches.

Poníame taciturno y, a veces, inquieto. Esta inquietud fue creciendo, creciendo pavorosamente. Como un fantasma negro, algo, una idea, una vaguísima idea, se alzaba ante mí. Cierta vez, por mi desgracia y por la de otros, esa idea transmutóse en sospecha. Pero, ¿qué queréis? Estaba yo con la certeza de que todo efecto tiene su causa; el efecto era palpable, real; luego de tal naturaleza, me decía, ha de ser la causa. Colocado en este punto, ¿no era fatal pasar a otro que está a su lado? Hoy en día sólo una cosa hace a los hombres mirar con ironía displicente a un semejante, sonreír para sus adentros cuando lo ven, golpearle el hombro y volver a sonreír. Así, pues, creciendo mi sospecha, llegó el momento en que ya no me cupo la menor duda:

¡Titina amaba a otro! ¡¡Titina me engañaba!

A tal extremo llegué.

Nada más vergonzoso, creo, puede haber en mi vida.

Todos los actos bajos de un hombre celoso fueron ejecutados por mí; todas sus sospechas inmundas fueron supuestas por mí. Traté de escuchar con disimulo lo que mis amigos hablaban para ver si sorprendía alguna frase significativa; al ir por la calle con ella volvía la cabeza rápidamente al cruzarnos con conocidos para ver si sorprendía la sonrisa propia de un comentario malvado; cuando me anunciaban que algún visitante se hallaba con ella, corría en puntillas hasta la habitación en que se encontraban, aguzaba el oído, atisbaba por el ojo de la cerradura para ver si, de este modo, podía obtenerles a mis sospechas una certeza... Naturalmente nada sorprendí, nada avancé en más de un mes de solapadas pesquisas. Pero nada tampoco pudo confirmarme de lo contrario. Cuanto veía podía interpretarse de dos modos: o una prueba de inocencia, o una prueba de culpabilidad.

Una sonrisa malévolamente por allí... y yo decía:

-¡Me engaña!

Luego estando con el sujeto de la sonrisa me fijaba que también se la prodigaba a un amigo que veía, ya fuese porque ese amigo iba más de prisa que de costumbre, ya porque marchaba distraído, ya por cualquier insignificancia por el estilo. Me preguntaba entonces:

-¿Me engañará?

Así era todo el tiempo, por cualquier motivo.

La vida se me hacía imposible, mis sufrimientos se hacían insoportables. Y una cosa curiosa —que voy a contar antes de proseguir con mi tragedia amorosa—, cosa curiosa sobre todo para aquellos que gustan de las sutilezas psicológicas: yo no era lo que comúnmente se llama un hombre celoso. Si tal hubiese sido, dos preocupaciones deberían haber llenado mi espíritu: 1ª Saber si en realidad Titina me era infiel y entonces retirarme de su lado con la arrogancia del macho traicionado; 2ª saber quién era el hombre infame que había osado departir conmigo y tras de mí los goces que, legítimamente, me correspondían a mí solo. ¿No es verdad?

Pues bien, mi preocupación primordial era otra: dilucidar este horrible problema de la infidelidad para saber luego a qué atenerme sobre mi caso peculiar. Castigar y saber el nombre del traidor, éranme cosas secundarias. Podemos decir entonces, que era yo un celoso psicológico en vez de un celoso pasional. Esta consideración es de importancia. ¡Cuánto me gustaría que un autor de talento tratara y desarrollara mi caso con amplitud

y penetración! Naturalmente que sin citar nombres. Sería algo de interés y hasta a mí mismo me aclararía varias cosas que, en mi mente, han quedado oscuras.

Pero volvamos a la narración:

Decía que la vida se me hacía insostenible, que mis pesquisas seguían infructuosas y que la tormenta bullía en mi interior. Pedirme calma habría sido absurdo; prolongar tan falsa situación, absurdo también. Los acontecimientos deben precipitarse cuando no se precipitan por sí solos. Así fue como, una tarde lluviosa y gris, resolví saber la verdad, arrancarla a viva fuerza.

Llegué a su casa a verla. Titina leía en una habitación. Entré. Debe haberse reflejado en mi rostro aquella expresión extraña que sólo se muestra en las situaciones trágicas pues Titina me preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Contesté:

—Deseo saber la verdad, toda la verdad.

Titina, al oír mi contestación, abrió desmesuradamente los ojos y quedó en suspenso. Entonces una ira frenética hizo presa de mi ser.

Debo confesar que hasta ese momento gran parte de mi tragicismo era fingido pues en mis sosegadas meditaciones habíame convencido de que en la vida conviene simular, conviene hacer un golpe teatral para informarse primero y luego obtener el secreto entero. Mas apenas sus ojos se fijaron en los míos con pavor, me cogió, repito, una ira desenfadada. Diríase que la convicción de su pecado me venía y entonces, trágico de verdad, volví a decir:

—Deseo saber la verdad, toda la verdad.

Ella volvió a mirarme. Hubo un silencio.

—¿Que te has vuelto loco? —me preguntó.

Entonces tomé una mano y, pausadamente, le dije:

—Soy, Titina, un hombre desdichado. Sólo tú puedes devolverme la dicha si... si...

Me detuve. Nuestros ojos se miraron.

—¡Habla, Teodorín —exclamó—, habla! ¿Qué te ocurre? ¿Te sientes mal?

“Hipocresía —pensé—, hipocresía.

Tuve deseos de gritarle arrojándola por tierra:

“¡Amas a otro, sí, a otro!

Pero un resplandor de lucidez cruzó mi espíritu y, en menos de un segundo, vi la escena: ella con las lágrimas en los ojos, los cabellos sueltos; él magnífico en su honor manchado que rescata, los puños al aire y... la imagen de un amigo burlón mostrándome con el dedo y murmurando en voz baja a mis relaciones:

—¡Oh! ¡Miren a Teodorín, miren!

Aquello iba a ser grotesco. Felizmente no lo había hecho aún. Era tiempo de volver atrás y seguir, más bien, una táctica reposada.

Estábamos siempre en igual forma: ella sentada, yo de pie teniéndole una mano entre las mías, nuestros ojos clavados los unos en los otros, ella ligeramente pálida. Afuera seguía la lluvia en la tarde gris...

Entonces, con voz trémula pero enigmática, habléle de mis desventuras sin fin, de todo lo que, poco a poco, había yo notado respecto al tratamiento que mis semejantes me daban. Sólo de eso hablé sin hacer ni la menor alusión al objetivo oculto que llevaba mi discurso.

Titina se mostró altamente extrañada de mis razones y las rebatió una a una con argumentos defectuosos aunque no exentos de buen juicio.

Yo semejaba no escucharla, con un gesto de la mano la hacía callar y seguía pausadamente hablando. Pero, en el fondo, oía, oía muy bien cuantas palabras se escapaban de sus labios. Trataba de pesarlas, de escudriñarlas y desmontarlas para darme cuenta de si traicionaban su conciencia pecadora. Pues, ¿quién puede confiar en la sinceridad de unas palabras de mujer? Para fingir, para hacer toda clase de disimulos, la mujer es sencillamente genial, por eso un hombre, en la situación mía, debe marchar con tino y tratar de ser de penetrante psicología.

Titina asegurábame no haberse dado cuenta jamás del triste papel que hago ante mis semejantes. ¿Verdad o mentira? Algo tan visible, algo que todos perciben, ¿sería posible que una mujer que me amaba no lo advirtiera? Había, pues, causa, para suponer una mentira y esta mentira era para preparar su defensiva pues ya, sin duda, sospechaba a qué lamentable fin, lamentable para ella, se precipitaba mi larga disertación. Antes de ser atacada, se defendía. Su culpabilidad era manifiesta. Mi sangre bullía en mis venas...

Naturalmente cuanto acabo de escribir y aun lo que seguiré escribiendo en breve, refleja tan sólo lo que, en esos momentos, pasaba por mi mente acalorada. Hoy día ni sombra de tales ideas queda en mí, pero las escribo de ese modo, abrupto y fosco —que reconozco poco cortés para Titina— con el fin de obtener un mayor efecto y dar más vigor a lo escrito. Sacrifico gran parte de cortesía en bien de la justeza literaria y como el fin de la presente confesión no es el de prodigar cumplidos a un ser que se amó sino el de pintar en todo su realismo un caso extraño, acaso de pura psicología, quede, pues, justificado el sacrificio indicado anteriormente y permítaseme seguir con un estilo y una forma que estén a la altura del momento. El arte es muchas veces cruel.

Decía, pues, que en mis venas bullíame la sangre. Sin embargo las palabras no traicionaban el fondo. Brotaban siempre de mis labios con calma, las unas tras las otras, apoyándose, definiéndose y avanzando fatalmente, como una punta de lanza, hacia el fin que ya bien podía vislumbrarse.

Llegó un momento en que se produjo un silencio.

Claramente había hecho ver que yo era para todos un ridículo, un bufón y entonces una pregunta caía de su peso. Y cayó:

—Ha de existir una causa... ¿Cuál será ella?

Luego agregué:

—Tú puedes responderme. ¡Mírame cara a cara!

Al pronunciar estas palabras temblé. Creí que Titina, la infame, caería de rodillas exclamando: "¡Perdón, perdón!".

Creí que me encontraba ante uno de esos momentos de la existencia en que el honor, la dicha y el bien estar se hallan en juego. Todò iba, por fin, a aclararse y, una vez aclarado, la muerte, el exterminio. Con la velocidad de un relámpago cruzaron por mi mente las imágenes de mis padres, de Atanasia y su marido, de Laureanito, de Ernestina y Tancredo. Atrás venían los amigos burlones. ¡Cómo irían a reír los miserables! En fin, era el instante patético.

Pero, contrariamente a lo que yo aguardaba, en el rostro de Titina brilló una ráfaga de estupor sucedida pronto por otra no menos intensa de franca hilaridad. Vaciló unos instantes y luego la hilaridad estalló estrepitosamente.

Y rió, rió, rió sin poderse contener.

Rió Titina como sorprendida por este fin inusitado, jamás ni siquiera entrevisto, rió con toda su alma y corazón, con todo su cuerpo y boca.

Se calculará cuál fue ahora mi estupor.

Por un instante quedé perplejo.

Yo, que había supuesto que todas mis palabras habían ido avanzando piano, piano y fatalmente hacia un punto final, yo, que creía que, antes de tocarlo ya el punto se definía, yo quedé desconcertado al ver que Titina, a pesar de la atención con que me había escuchado, no había obedecido al efecto que esperaba...

Mi deducción última le apareció tan inusitada como insólita. De esto no puede tener asomos de duda; lo percibí perfectamente. El golpe fue, entonces, para mí. ¿Qué hacer en semejante caso? Batir en retirada habría sido ridículo y, por ende, la más amplia confesión de mi extrema debilidad. Al menos ella por debilidad lo habría tomado aunque en verdad era comprensión súbita de la verdad: el engaño no entraba para nada en estos momentos. Resolví, pues, no abandonar la partida aún, luchar todavía un poco para justificarme a mí mismo. Entonces, fingiendo cólera, respondí:

—Sí, mujer, ¡yo te acuso!

La escena que siguió fue sencillamente horrible. Nadie podrá imaginarse cuán doloroso me es evocar las torturas de que tales recuerdos están llenos. Porque Titina cambió de pronto. Cesó de reír. Púsose pálida y, queriendo proferir algunas palabras, sólo lograba decir:

—¡Oh, oh, oh...!

Yo, queriendo continuar en mi papel de acusador, recorría la habitación a grandes zancadas, soltándole propósitos al tenor de los que a continuación anoto:

—Sí, te acuso... Me engañas... Amas a otro... Tu corazón y tus encantos son de otro hombre... Etc. y etc.

No sé cuánto tiempo aquel martirio haya durado. ¿Un minuto, una hora? He aquí un punto oscuro en mi memoria. Sólo recuerdo que, en un momento dado, Titina se repuso y llamando a sí todas las fuerzas idas, empezó con ardor a insultarme, a increparme a apostrofarme.

Mal aquello habría terminado si no es que, a tiempo, intervino la debilidad femenina. Titina se confundió en su afán por reconvenirme, sus irreverencias enredáronse en la lengua, profirió sonidos incomprensibles, sollozó, tartamudeó y, al fin, cayó desplomada sobre un sillón llorando a lágrima viva. ¡Pobre Titina!

Permancí inmóvil en espera de los acontecimientos. Ella lloraba siempre y su llanto crecía en amplitud. Ya, cada dos o tres sollozos, venía un grito. Pronto habría tantos gritos como sollozos. Al fin fue aquello sólo un grito entrecortado y éste, a su vez, empezó a crecer en amplitud. Un instante más y las criadas oirían y oirían los vecinos y transeúntes. Entonces sería el escándalo, un escándalo provocado por mí, Teodoro Yumbel Santapán... ¡Horror!

Ciertamente esta vez podrían reírse todos de mí y con sobrada razón. Había que evitarlo cuanto antes y, para ello, avancé en silencio, púsele la mano sobre el hombro y díjele a media voz como se habla a un ser que duerme para evitarle un brusco despertar:

—Titina, Titina corazón mío, chiquilla de mis amores y desvelos, escúchame, perdóname, lo reconozco, he procedido mal, he sido injusto...

Pero Titina, entigrecida, soltóme un codazo y siguió llorando.

Insistí:

—Titina —repetíle ahora de rodillas—, hazte cargo de mi aflictiva situación. No he querido ofenderte ni jamás he dudado de tí. Pero tenía que encontrar a quien poder echar la culpa de mi desgracia y, teniéndote a mi lado, fui emberrechinado hacia tu persona. Eso es todo y no hay más. Sentía la imperiosa necesidad de descargar mi insensatez sobre otro ser y te culpé entonces para creer que la causa estaba fuera de mí mismo. Pero sospecharte, imaginar siquiera un posible engaño... ¡no, Titina, no; jamás tal idea ha cruzado por mi espíritu, ni jamás, te lo juro, cruzará!

Al tenor de estas palabras hablé largo rato. Mi arrepentimiento tornábase sincero, una dulce sensación de amor me invadía poco a poco, me embriagaba, como el ruiñeñor poético, con el eco de mis propias palabras. Titina, quedamente, sufría, a su vez, el sortilegio de mis suaves frases. Otro cuadro, tan lleno de vida como el anterior, se formulaba, pero éste emanaba ternura, emanaba dulzura y, para qué negarlo, empezaba a emanar amor. Todo parecía ahora conjurarse para acrecentar el idilio que nacía: las lágrimas de ella, la actitud mía, de rodillas siempre, las palabras duras que habíamos cambiado y cuyo eco se perdía en tibia bruma, su reír primero, mis gestos de honor ultrajado y... luego la tarde gris y la lluvia fina que, respectivamente, habíanse convertido en noche negra y granizo duro... ¡Todo, todo venía a brindarles dicha a los amantes, los tiernos amantes que éramos en aquel instante Titina y yo! Comprendí su inocencia, comprendió mi desventura, ambos nos sentimos tristes y entonces nos quisimos mucho.

Lo que siguió, permítaseme que lo deje cobijado entre los pliegues de los dulces secretos del amor. Además al narrar tan cruel escena, he tenido como objeto el de demostrar, a diestra y siniestra, las desgracias casi fatales a que vivo expuesto por no ser más que el bueno de Teodoro Yumbel Santapán.

En fin, el caso es que después vivimos bien, por cierto tiempo, se entiende. Luego, a instancias mías, empezamos a hacer ciertas experiencias. Titina quería, a toda costa, cerciorarse de la verdad de cuanto yo le había dicho. Entonces —fue mi idea— experimentemos.

Salimos un día. Era un día hermoso de sol. Cruzamos gentes desconocidas. De pronto un grupo en el que habían algunos conocidos. Saludamos. Seguimos. Observé, disimuladamente, por cierto. El fin de mis observaciones fue el siguiente, un siguiente que se lo expresé a mi Titina:

—¿Viste cómo me miraron? Fijaron sus ojos en mí como si fueran faros de automóvil...

Titina me respondió:

—Es que tienes carácter, hijo. ¡Eres alguien!

Tal vez.

Luego unos amigos nos detuvieron y, con ellos, charlamos algunos minutos. Al separarnos le dije:

—Entre esa gente hubo uno que me respondió mal. No digas que no lo has notado. Cuando le expresé que estaba elegantísimo... ¿Qué me contestó? Titina, me contestó: “¡He! Se está como se puede. Por lo demás no veo qué tenga yo de tan elegante...”. Y me dio vueltas las espaldas.

—Sí, Teodorín. Es que también usas unos modos ridículos de afrontar al mundo. ¿Qué tenía, el sujeto aquel, de tan elegante? Dices tú las cosas...

E hizo un gesto sin esperanzas.

Me hundí.

Otra vez hicimos una visita de esfuerzo. Fuimos a ver a un gran pintor. ¿Será un gran

pintor? En fin, fuimos a verlo. Se llamaba don Zócimo Taltal. Nos recibió con suma amabilidad... a ella. A mí me miró de alto a bajo. Me corté. Durante nuestra entrevista sólo se dirigió a ella. A ella le mostró sus cuadros y le habló de estética. A mí... como si no hubiese estado allí. Además, al generalizar Taltal sobre la finalidad que se persigue en estética, manifestó claramente que mis principios estaban errados. Habló de la obra, de la gran obra. Luego habló de la necesidad de hacer, junto a ésta, pequeñas obras, así, como que no quiere la cosa; como para colmar los instantes de ocio. ¡Qué pretensión! ¿pueden colmarse esos instantes abandonando lo grande, lo enorme, para entretenerse en lo pequeño? ¡Oh! Darse el lujo de hacer menudencias... "¡El joven músico!" pensé. Sí, sin duda, a ello se refería el muy badulaque de Taltal. Al fin nos prometió visita. Pero ¿adónde? Titina le insinuó a Galán de la Burra. El hombre aceptó, para el martes próximo. Llegó ese martes y Taltal don Zócimo... no vino. ¡No iba a saberlo yo! Por la tarde, una carta: un compromiso ineludible, yo disculparía sin duda, etc. ¡Qué alivio! Vendría el viernes. El viernes vino. Estuvimos los tres: Titina, don Zócimo y yo. Luego llegó el profesor Aliro Gorbea; luego Ascanio Viluco y su señora. Pasamos más de dos horas conversando. Al fin se fueron. Titina entonces se me plantó al frente en silencio. Después de un rato me dijo:

—¡Qué hubo! No vas a quejarte ahora, me parece...

Seguramente, no; no puedo quejarme. Pero... Hay siempre un "pero". ¿Hubo, acaso, durante la visita de todos ellos, la base, el fondo de una amistad sincera y duradera? No; lo digo y lo repito: no. Estuvieron en casa como pudieron estar en cualquier otra casa y nada más. No hay duda posible: esa gente goza picoteando; luego perdonan y vienen a uno a verlo. No son, ni siquiera, enemigos horribles, ni siquiera llegan al odio a muerte.

Por cierto... Sólo se puede odiar a otro hombre. Se odia de hombre a hombre. ¿Quién puede odiar a un mueble y, por lo tanto, a quien no haga mayor papel que dicho mueble? No se le odia. Por el contrario, hasta se le estima... benévola, protectoramente. Como a un mueble.

El caso es que seguimos con experiencias y más experiencias. Al final: ¡cero!

No puedo cerciorarme de nada, absolutamente de nada. La cosa terrible, nefasta, es que todo tiene su anverso y reverso.

Pronto no encontré más que una solución: ¡la mujer!

Se me dirá que ya existía una en mi vida, Titina. Sí, existía, mejor dicho —dado el momento en que escribo—, existió. Me explicaré:

Una noche, una noche en que me sentí rodeado por su hermano, por queltehues fenecidos y por la soledad de su casa, una noche volví solo, solo, solo a la mía y no supe más de Titina.

No quiero exagerar: sí, supe de ella y he seguido sabiendo hasta hoy. Pero había terminado aquello de una Titina mía. Ella era libre ahora y yo también. Es todo.

Además nuestro amor era romántico, era el amor que lleva al matrimonio. La solución que se vislumbraba ante mis ojos era otra clase de amor. "¡La mujer!" —he dicho. Con esto se comprenderá.

Permítaseme, nuevamente, que pase los pormenores por alto. Cosas más, cosas menos, ¡tuve una mujer! Desde ese día anduve por las calles de otro modo. ¡Ahora sí me tomarán en serio! No había pasado un mes cuando me di cuenta de que tampoco, tampoco... Pues, ¿sabéis qué dijeron los otros? Helo aquí:

—Teodorín *quiere* hacer como nosotros. ¡Ah! ¡Se corrompe Teodorín!

Y rieron.

Yo me pregunto:

—¿Por qué *quiero* hacer como ellos? No, no quiero... *Hago* como ellos; sin más, *hago*. Pero también fue inútil.

Una tarde estábamos varios reunidos en la casa de un amigo, una casa sola, aislada, secreta. Yo estaba con esa mujer. Conversábamos. ¿Conversar? No. Yo decaía. Apenas hablaba.

Entonces la rebelión se amparó de mí. Quise hacer un gesto, un gesto definitivo. ¡Que se me tomará, por fin, en serio, como lo merecía! Esperé sólo unos instantes, esperé un momento en que se produjera un silencio. Llegó este momento. Entonces, sin más, rompiéndolo, exclamé a toda voz:

—¡¡Guau!!

Se asustaron.

La mujer, entonces, se me acercó con gesto adusto. Me dijo:

—¿Te has vuelto loco, amigo mío? ¿Qué te pasa?

Nuevo silencio. Todos —éramos ocho— me miraron. Todos aguardaron mi explicación.

Me expliqué o, mejor dicho, quise explicarme. Pero las frases se me atolondraron. No pude explicarme. La mujer, desde ese momento, me consideró de arriba a bajo. Habló con otros. Fue caso perdido.

Una hora más tarde nos retiramos. La mujer tenía que hacer; al menos así lo manifestó. Desapareció.

Por segunda vez en mi vida, volví solo a casa...

Renuncié a mis experiencias.

¡Ah, señores! ¡Si al menos supiera qué cosa, qué mal, qué castigo me llena entero! ¡Sépallo el demonio!

Debo seguir siempre así, así al margen de la sociedad, hasta mi último suspiro... ¡Siempre al margen!

Después de esta lectura quedé, durante mucho rato, pensando en el bueno, muy bueno de Teodoro Yumbel Santapán. Hice, sobre él, algunas notas. Luego las rompí. ¿Qué notas caben aquí? ¿No es mejor perderle permiso para publicar, tal cual, *Al margen*? Fui a verlo y Teodoro me otorgó el permiso.

A la mañana siguiente amanecí apresurado. Todo lo hice con apresuramiento vertiginoso: bañarme, vestirme, desayunarme, todo. Rápidamente también terminé la lectura de *Don Quijote* y empecé la de *La Divina Comedia*.

Tal prisa la atribuyo al *Quijote* y a la fecha.

Ayer 31 de octubre, último día de un mes, justo es que hubiese leído la última página de un libro. Pero no lo hice. Leía en alta voz:

*Yace aquí el hidalgo fuerte  
Que a tanto extremo llegó  
De valiente, que se advierte  
Que la muerte no triunfó  
De su vida con la muerte*

Luego llegó Viterbo Papudo. Se sentó frente a mi mesa. Nos miramos en silencio. *Los Polos* revolotearon por mi mente. Bajé la vista para seguir mi lectura. Viterbo, con su dies-

tra, golpeó sobre la mesa y me obligó a levantarla. Esto se repitió catorce veces consecutivas.

Tengo cierta afinidad o cierta superstición con el número catorce. Ahí lo detuve. No intenté la decimoquinta experiencia. Cerré el libro aunque sentí una cruel angustia al ver los punteros del reloj seguir su marcha hacia noviembre, el mes vecino. Hoy, 1 de noviembre, lo he terminado:

*...que por los de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.*

Mas la prisa, ya anidada en mí, siguió empujándome. Cogi *La Divina Comedia*. Como en una especie de vértigo llegué hasta:

*Entraì per lo cammino alto e silvestro.*

Aquí la prisa me obligó a salir del hotel.

Llevé el libro conmigo. Es un libro grande, encuadernado, de mucho peso. Tiene las ilustraciones de Gustave Doré.

Con mi libro y mis zapatos, iba corriendo por las calles.

Llegué al pie de la iglesia de San Ignacio. Miré a lo alto de las torres. Una idea: trepar hasta la cumbre de una de ellas, contemplar la ciudad y los campos lejanos y así calmar mi prisa.

Lo hice. Es decir, empecé a hacerlo. Empecé a trepar. Pero a la altura del vigesimonono peldaño di un trastabillón y *La Divina Comedia* se me soltó de bajo del brazo y rodó.

Rodó escalera abajo. Llegó al primer peldaño, siguió hacia la puerta, traspuso el umbral, dio de tumbos por la plazoleta. Se detuvo de espaldas y abierta, grandemente abierta: página 152, canto vigesimotercero. A un lado, el texto; al otro, una ilustración de Doré: entre altos despeñaderos aislados y sobre un suelo liso, un hombre por tierra, desnudo, de espaldas, los brazos abiertos, grandemente abiertos, los pies juntos, crucificado, así por tierra, sobre el suelo liso, entre los despeñaderos siempre aislados. Dante y Virgilio miraban a aquel hombre. Bajo la ilustración se leía:

*Attravesato e nudo è per la via,  
Come tu vedi, ed è mestier ch'e' senta  
Qualunque passa com'ei pesa pria.*

De pronto se nubló, cosa extrañísima en esta estación. Empezó a llover. Cayó el agua despiadadamente. *La Divina Comedia* se mojaba, se filtraba. Sus palabras se iban a derretir sobre las piedras del pavimento. Bajé, llegué junto al libro, me agaché y lo cogí, con el índice y el pulgar, del borde superior del lomo de cuero. Entonces tiré hacia mí. Y aquí, ¡atención!

Tiré hacia mí lentamente, dulcemente. Empezaron a desplazarse brazo, mano y libro con la lentitud de pesadilla de un caracol. Mi brazo así, se plegaba sobre mi cuerpo. Allá mi mano retrocedía acercándose. Allá, como su presa, el libro también. Y con el libro venían los despeñaderos, el suelo liso y dos figuras: Dante y Virgilio.

¡Atención! Dos figuras. No tres. Porque el hombre crucificado, crucificado siempre,

no venía. A pesar de sus tres clavos, resbalaba por sobre su página, mejor dicho, dejaba resbalar la página, el libro todo bajo él.

Al cabo de un momento sus pies salían fuera por la base. Sus piernas, su espalda, sus brazos en cruz, su nuca que, al dar contra el pavimento, sonó con golpe seco. Los tres clavos se hundieron en las piedras.

Volví hacia la puerta de la iglesia con *La Divina Comedia*, empapada y con un personaje menos.

Miré: el buen hombre crecía ahora, se modelaba. Un hombre fuerte, musculado, de negras barbas y cabello hirsuto, desnudo, crucificado, clavado por tierra al medio de una plazoleta y lloviendo sobre él.

Regresé a mi hotel.

Toda mi prisa se había desvanecido. Escribí tranquilamente rodeado de una paz sin igual.

Al día siguiente, con sumo cuidado, abrí apenas *La Divina Comedia*, en la página 152. Atisbé. No lo vi. Dante y Virgilio, solos.

Una hora más tarde volví a abrirla. Esta vez lo hice de un golpe. Quedó el libro grandemente abierto. El hombre allí estaba, crucificado sobre el suelo liso. Entonces cerré el libro y no seguí la lectura.

Esta historia del personaje que sale de un libro en medio de una plazoleta santiaguina, me quedó preocupando. Fui a ver al doctor Pitrufquén y le conté lo sucedido. Sonrió. Luego me dijo:

—Vaya unos cuantos días a la playa. Mire el mar, mírelo largamente. Un poco de reposo y ¡basta! Por lo demás no veo nada de singular en lo ocurrido...

Fui a Las Cruces. Pasé allí dos o tres días. Una tarde me senté entre las rocas. A mis pies, las olas y todo cuanto cantan los poetas.

Miré una ola por espacio de una hora o más. Se inflaba, resbalaba, estallaba, se deshacía. Pero como volvía a repetirse en igual forma, era siempre la misma, durante toda esa hora, durante todo el pasado y seguramente el porvenir también.

Hecha ya esta constatación y ya inquebrantable mi fe en ella, me dispuse a enfrentar otras meditaciones, pero antes quise medir, delimitar con toda exactitud, el tamaño de la ola única. En esta tarea empleé otra hora. El resultado fue no medir, no delimitar nada, porque viene la ola, viene recogida bajo su propio lomo, viene sórdida y largamente temblante. Sin duda esconde la cabeza, hunde la cabeza hacia el fondo, no queriendo profanarla con las brisas, con los rayos del Sol, con el azul y los pájaros. Toda ella piensa hacia las honduras. Yo sólo veo el dolor de su lomo descubierto.

Eso es. Tenía ante mi vista un vasto dolor. Pero mientras no ubicara claramente su cuerpo, un cuerpo definido que lo experimentara, tal dolor iba a quedar en grises, en humos, desorientado sobre el mundo.

La ola. La ola es una, una sola entidad. Es ésa; absoluta en su existencia. Esa ola única es la que sufre. No importa que se deshaga. Se rehace. Se rehace mil veces porque aquel dolor subsiste.

Bien. Delitemos con rigor el cuerpo sufriente. Ese cuerpo que avanza, que se ondu-la, espeso, que muge.

Ahora se retuerce, se ribetea de blanco, se curva, truena. Saltan cien chorros de espuma. Allá atrás las flores tiemblan. Allí al frente el Sol tiritita. Un hombre se detiene. Un perro ladra. Saltan los abanicos blancos por todo el firmamento. Y a mi lado, aquí a mis

pies, por entre una angosta encrucijada de piedras húmedas, un filo de agua, ágil como un lagarto, pasa veloz, trepa, lame... Se detiene y retrocede chasqueando hacia la ola única. Midamos.

La ola única, como un pulpo, ha extendido sus tentáculos. Uno de ellos ha venido hasta mí. Esta agua brillante es siempre ella, está en su medida, dentro de sus límites. Prueba de ello es que se recoge hacia el cuerpo.

Nuevamente se estira. Mejor dicho, estira un tentáculo. Viene. Salpica. Llega a tres metros más atrás de mi puesto. Alcanza una pequeña poza donde se hunde un instante, donde toca, palpa, escarba. Debe coger granitos de pátina violácea y salada. Debe sentir un placer dulce, aterciopelado, al pinchar con su último extremo la poza húmeda y perfumada.

La poza tiene dos concavidades. Primero una grande, luego una menor. Ambas casi circulares. Podría ser un 8 tendido, la base hacia el mar, la cabeza hacia la cordillera.

El agua se revuelca aquí dentro. Inunda la primera parte, la registra hasta en sus últimos recovecos, explora hasta las últimas rendijas. Toca el cuello de unión. Lo examina rápidamente y con certeza. Pasa. Se abalanza. Llena de segunda concavidad. La ola única, sumergida ahora en el océano, siente un gozo salobre y sano, gozo mil veces repetido en todo este vasto campo de rocas y encrucijadas.

Bien. A mí sólo me incumbe este final, a mi lado.

Dentro de la poza en 8 el agua ahora trata de regresar. La de la concavidad pequeña busca paso hacia la mayor. Vuelve a revolcarse. Cada pedazo de agua quiere ser el primero en traspasar el cuello. Ninguno quiere quedar estancado allí durante el intervalo entre dos movimientos. La poza chica entera lucha, se mueve, se agudiza, clama por su vasto mar de origen. Entera esa agua añora la línea azul del horizonte profundo. Yo, desde mi puesto, miro la vida, a la vez reducida y agitada, del agua de la segunda poza.

Vive. Cumple su cometido. Llega y se marcha, llega. Ya he dicho: añora. Por lo tanto no es la ola. Es una entidad aparte, una unidad independiente... ¿Entonces?

Al monstruo grande habría que marcarle fin en el cuello del 8. La cabeza de este último, la que mira hacia la cordillera, se ha independizado, se ha individualizado. En todo ese ser inmenso vivía otro ser diminuto, ser confundido en la grandeza pero conquistador de su personalidad, aguzador de sus instintos, apenas solo entre piedras.

Delimitar en el cuello... Mas el cuerpo del 8 vive otro tanto. Las mismas fases, la misma tragedia. A lo largo del filo de agua no sólo hay semejanza con el lagarto: hay tanta vida como en él.

Pues bien, por ese filo seguí hasta caer, por fin, en el mar.

Di de golpe con los ojos frente a la ola en su momento de estallar. Pocos minutos de contemplación a la pequeña poza habían cambiado totalmente el panorama de las aguas. Cada trozo de ellas, cada uno en la ola, vivía por su parte. Cada sección abarcada por mis ojos, en cada fijación de ellos, era un ser aislado con su voluntad y sus pasiones, en medio de millones de otros corriendo un destino paralelo..., paralelo, nada más. Entonces la ola única, como ser único en su monstruosa enormidad, no existía, no era. Era tan sólo un resumen de destinos diferentes unidos por un designio superior, designio sin cuerpo, sin materialidad, sin cabeza, sin lomo doloroso rozando el aire.

La ola única no era más que una marcha común. Una marcha, una voluntad, una abstracción.

Viviente en materia, en cuerpo, en nervios, era únicamente cada círculo dibujado

sobre el total por los rayos de mi vista. Como el chorro aquel que irrumpe erecto, blanco, hasta el cielo, que arriba se quiebra en fuegos de artificio. Aquí en mi vista no ha habido fijación; lo ha seguido de abajo a arriba, cantando también como un pájaro. Justamente arriba, donde ambos, chorro y vista, se han detenido, cien puntas de agua en cien direcciones se han individualizado a su vez por una breve vida de un segundo y han hecho, de los largos metros del chorro, su destino global que las dobléga.

No puedo más que detenerme ante cada gota. Cada una de ellas será la única realidad vital, personal, como yo, como todos los hombres y bestias que aisladamente caminan y penan, solos, con un destino y un mundo aislado dentro del cuerpo.

Nada más que las gotas, nada más, porque mis ojos están hechos para no dividir más allá.

Allí los ojos se detienen. Allí detengo. Hasta empezar de nuevo –gotas, ola única, pozas, chorros– inclinado sobre el silencio de un microscopio. Mejor seguir a la inversa. Delimitar en grande, resbalando por sobre el lomo inmenso.

Así lo he hecho.

Ha procedido como un tubo abierto en dos extremos pues se ha desparramado hasta la infinidad del océano. No más pequeños seres individuales agitándose en un movimiento común. Ahora partes movientes, miembros de un solo ser que crece, se agiganta a medida que mi imaginación navega por encima de los horizontes. Pero no he fijado los ojos en ninguna parte para no despertar y hacer bailar a los millones de pequeñitos individuos que saltarían al ser chocados por mi vista.

Bien me he guardado de hacerlo. Hasta que he tenido que mirar al cielo: cinco patos silvestres van pasando en triángulo.

Es preferible tener que entenderse con patos –aunque sean cinco– que con las olas embravecidas. El hombre, por su tamaño, ocupa, más o menos, el punto medio entre el átomo y la estrella. Por eso le es igual ocuparse del infinitamente pequeño o del infinitamente grande. Pero por tamaño, o por lo que sea, ocupa un punto mucho más cercano al pato que al océano. Por lo tanto es cosa sin sentido ocuparse de éste cuando ante su vista pasa aquél.

Prueba de ello es que si un dolor llegara de los patos –como llega de las aguas–, mi tamaño podría, acto continuo, verificar exactamente el tamaño y la ubicación de quien lo siente. ¡Un pato! ¡Allí va! Llego a experimentar con nitidez su propia vida volando. Cada uno de sus aletazos golpea en mí. Pero junto con él van cuatro más. Los englobo con la vista. Mi punto de mira ya no es uno sino el triángulo agudo que surca el aire. Cada pato esfuma su vida propia dentro de la vida propia del triángulo en marcha. Si me colocara alto, muy alto, hasta dominar cientos de grupos de patos volando y evolucionando, cada pequeño triángulo se esfumaría también con vida y todo, y aparecería únicamente vital el conjunto de todos ellos, bicho único, única voluntad y vida. Cada grupo –¡qué decir cada ave!–, un miembro, una célula agitándose, como nuestros glóbulos en nuestra sangre y ésta en nuestro cuerpo.

¡Más alto! ¡Elevémonos más, siempre más!

Todas esas manchas escurridizas, allá abajo, formadas de diminutos puntos negros, ya no serían el inmenso bicho único sino una savia, una médula de él que ahora sería el pedazo entero de costa y mar, la región bajo mis ojos, viviendo, sintiendo, bullendo.

¿Y más alto? Ya tal vez la Tierra entera sólo podría ser una realidad viviente. ¿Y mi pato? Pasa. Allá va. Pero se me ha deshecho entre los dedos.

Me he puesto en marcha a saltos por las rocas. He marchado tratando otra vez de no asentar los ojos sobre nada para que la vida no se multiplique o no se unifique amplificándose. He marchado temeroso de cuanto me rodeaba, sobre todo de los patos que adivinaba pasar sobre la cabeza. He marchado sintiendo la imperiosa necesidad de meditar en calma sobre océanos, olas, pozas, chorros y patos y llegar, con tal meditación, a fijar bien claro dónde se radica cada vida independiente o si no se radica en parte alguna.

Bien. Aquí en esta gruta hay paz. Asiento y meditemos.

Apenas recorrido un metro de meditación, he visto, de pie frente a mí, a un señor regordete que con un ojo me interrogaba.

Se lo explicaré todo.

—Caballero... (En un instante le conté cuanto había contemplado).

Pasé por alto otro instante lleno de dudosos escollos.

—Caballero... (Aquí, como si la meditación ya se hubiese verificado, le relaté con lujo de detalles y elocuencia sin par, los resultados que hubiese obtenido; el regordete me felicita calurosamente).

Sí, pero existe el instante de los escollos, instante inevitable en mi relato, pues la primera parte de él es de observación directa del natural; la otra, meditación sosegada. Entre ambas, una unión, un conducto que las une: el momento en que la observación pide ser meditada. Este momento —que en la realidad fue acompañado de saltos por las rocas— hay que mencionarlo ante mi auditor, hay que mencionarlo de algún modo. Veamos cómo:

—Caballero, entonces... (Tiene que haber un “entonces”. ¿De qué modo evitarlo?). Entonces... púseme a meditar...; entonces... pensé...

No. Más vale no meditar ni pensar si para ello hay que pasar por ahí. Cambiemos el “entonces”. Puede ser el causante de todo.

—Ante tal espectáculo, caballero..., no pude impedirme de decir..., reflexioné de este modo..., cabilé de esta suerte...

Peor, peor. Parece que la cosa no está ni en el “entonces” ni el “ante tal”. ¿Estará en el meditar, pensar, decir, reflexionar, cavilar?

El paso entre ambos momentos eriza sus escollos. Es como un tributo que hay que pagar para obtener el permiso de exponer nuestras lucubraciones. Si algo he de sacar en claro de lo observado, tengo que pasar por una frase-guardián al tenor de aquellas. ¡Malo, malo! ¿No habrá otro medio, un sendero extraviado, un rodeo que evite los escollos?

Así pensé en la gruta tranquila, así creí. Ante tal creencia no medité nada, ni un centésimo de nada, ni sobre océanos ni olas ni pozas ni chorros ni patos..., ni sobre vidas grandes como constelaciones ni pequeñas como microbios.

Al día siguiente volví a orillas del mar y descubrí un sitio maravilloso. Imagínese una roca en forma de monolito de unos 30 a 35 metros de altura, junto a las olas que azotan su base. A su lado, una segunda roca de igual forma y tamaño. Entre ambas, un pequeño espacio de unos 2 ó 3 metros, no más. Estuve más de una hora contemplándolas.

De pronto fui cogido por un deseo súbito: avanzar, pasar por entre los dos altos monolitos y entrar en el mar.

Ninguna novedad al avanzar; ninguna tampoco al pasar por entre las rocas; pero sí una pequeña novedad al pretender entrar en el mar. Hela aquí:

Junto con estirar un pie para golpear el extremo de una ola que moría transparente sobre la arena, el agua se recogió y mi pie golpeó en seco. Un paso más: igual cosa. Otro

paso: igual. Al cabo de siete pasos me detuve esperando que una ola, terminada la resaca de la anterior, volviera a avanzar. La vi formarse a lo lejos, la vi venir. Al llegar hasta mí di otro paso y lo dicho anteriormente se repitió. Noveno paso, décimo paso...: igual cosa. Al décimo tercero me detuve nuevamente. Me quedaba sólo un paso que dar. Ya se sabe lo que hay entre el número 14 y yo.

Vino la otra ola, ¡la última! Quemé mi paso último. La ola bajo él se escurrió y otra vez vine a golpear en seco. Entonces, ya sin pasos que dar, me enterré en la arena hasta las rodillas y esperé. Un minuto, dos minutos, tres, cuatro... Catorce minutos, ¡catorce!

Oí por los aires un cántico solemne: trompetas, tambores, platillos, bombo y banjo. El mar –inmóvil como yo durante los catorce minutos– se puso en marcha al oír el cántico, se fue.

Se fue desde los cuatro puntos cardinales hacia el punto frente a mis ojos, en el horizonte. A medida que se iba descubría ante mí sus honduras ocultas, perfumadas. Plantas acuosas de ramas como lenguas de monstruos, se estiraban y luego, al no sentir la blanda presión del mar, estallaban en aromas de yodo y sal; mil bichos como arañas y grandes como perros se enloquecían, corrían, se estrellaban y, al verificar que no había remedio para semejante mal, enterraban la cabeza entre las piedras y agonizaban dulcemente; millones de peces revolcaban ojos atónitos y, lanzando una especie de gemido, se deshacían en gelatina; las rocas submarinas, al verse súbitamente desnudas ante el Sol, se hundían, una a una, para no reaparecer jamás; el mar entero, por todos lados –repito– seguía su fuga hacia aquel punto y sobre él iba formando un inmenso globo de agua. Una pausa. Ya no quedaba planta alguna sin estallar, ni bicho que no hubiese agonizado, ni pez que no fuese gelatina, ni piedra frente al Sol. Entonces el mar convirtió su globo en una cortina que cubrió el cielo y ocultó la luz. Esta cortina marchó, por lo alto, hacia la costa. ¡Qué magnífico espectáculo!

Creo difícil que alguien pueda imaginarlo si no lo ha visto con sus propios ojos. Un mar, un océano en lugar de cielo, rizos de espuma en lugar de nubes, uno que otro pez desprendido de las aguas reemplazando gaviotas y alcatraces. ¡Magnífico espectáculo! Yo, bajo él, estaba en éxtasis. Mejillones y almejas abrían y cerraban precipitadamente sus dos conchas aplaudiendo con ruido de castañuelas; las centollas silbaban como sirenas por las púas de su caparazón; los erizos dejaban que cada camarón se asomara y alzara sus pinzas hacia la enorme cortina que pasaba.

De pronto allá arriba, muy alto, un punto rojo me llamó la atención. El punto rojo caía y crecía. No era un punto. Era un nudo de ramificaciones, de brazos. Caía. Iba a tocar tierra tras de mí.

Cayó más allá de las primeras colinas. Desenterrar las rodillas de la arena fue cuestión de un segundo. Eché a correr. Lo que había caído era un trozo de corales. Me senté cerca de él y observé. Este trozo, apenas hubo llegado a la tierra, consultó a sus individuos y fue opinión unánime levantar un voto de protesta contra los zoófitos del globo entero y entonar un canto de homenaje al reino vegetal. Acto continuo el trozo se agigantó y extendió por los aires cientos de ramas entrelazadas, ramas duras y brillantes de mil variedades de rojos sobre los que culebreaban albos y caprichosos ribetes. Esto, para arriba. Para abajo echó raíces agudas y cortantes. Puse un rayo visual en una de ellas y con ella empecé a bajar y bajé.

Atravesamos seis capas diferentes con velocidad inaudita. Al llegar a la séptima nos

detuvimos. Allí las raíces pidieron permiso para extraer de ella su alimento, permiso que les fue otorgado. Luego volví a subir con la primera ración alimenticia.

Me senté nuevamente en el mismo sitio y miré lleno de arrobamiento el árbol de coral. Pero algo me distrajo: bajo él, de pie, sonriente, con ancho gabán, sombrero hongo y paraguas abierto, estaba un viejo conocido mío. Me saludó con suma cortesía y luego, con voz pausada y guiñando un ojo, me dijo:

—Me llamo Desiderio Longotoma.

Cerró el paraguas y prosiguió:

—Muy señor mío, tengo el agrado de comunicar a usted que con un ojo seguí hasta las profundidades de la Tierra su rayo visual y que, con el otro, le observé a usted durante todo el tiempo que duró su descenso y su ascensión.

“Sobre lo primero nada tengo que decirle pues ha visto usted tanto como yo aunque dudo de que haya comprendido en toda su amplitud las diferentes capas de nuestro planeta, sobre todo, la séptima. Pero sobre lo segundo debo advertirle lo que sigue: mientras duró su viaje —mejor he de decir el viaje de su rayo— usted durmió con su otro ojo y con todo el resto de su organismo un dulce y beatífico sueño. Su expresión de inefable necesidad me impide abrigar la menor duda sobre el carácter de su ya mencionado sueño.”

“No creo, pues, avanzar nada incierto al asegurar que a usted se creía en una región paradisíaca junto a cuanto en este mundo es bueno, noble y bello. Tampoco creo quedar en el terreno de la falsedad al asegurar que cuanto su rayo veía pasar por las seis capas, y muy especialmente al permanecer en la séptima de ellas, lo consideró usted con mucha distracción y hasta con desdén pues no puede haberse evitado el hacer la comparación de las dulzuras en que aquí se mecía con ese algo un tanto mefistofélico que allá le rodeaba.

“Altamente penoso me es tener que rebatir sus convicciones al respecto, tanto más cuanto que veo que se hallan sólidamente establecidas dentro de su cacumen de usted. Pero es el caso de que, enviado aquí para aclarar su mente, debo proceder a cambiar de centro sus ya referidas convicciones y restablecer el equilibrio y la verdad poniendo arriba lo que está abajo y abajo lo que está arriba.

“He de decirle que acierta usted al haber calificado de mefistofélicos a los seres y cosas de la séptima capa, y de puro y celestial a cuanto contemplaba su ojo cerrado y dirigido a lo bóveda celeste. Pero he de advertirle que una increíble e incalificable equivocación de los hombres atribuye a lo subterráneo un marcado tinte nefasto, y a lo que centellea en lo alto, un marcado tinte benévolo. ¡Error, señor mío, profundo error!

“Miles de magos, en el curso de los siglos pasados, se han esforzado en hacer este inaudito cambio de valores y lo han logrado a tal punto que puede decirse que no hay ser humano que vean que el mal pulula en lo subterráneo y que allí se emperejila con cuernos, rabo, cejas en punta, olor de azufre y espadín agudo. Como complemento creen que el bien está en cuanto se colora de azulino despidiendo fragancia de lirios y bajando los párpados suavemente.

“Señor mío, le repito: ¡error, profundo error!

“Las cosa son justamente a la inversa.

“De siglos atrás el mal tiene pétalos blancos y sedosos y el bien chifla de noche apesando el aire. Ruégole a usted creerme a pie juntillas. Ruégole también creerme de igual modo que ni el uno ni el otro son ellos mismos en definitiva: son únicamente caminos largos y tortuosos que, al fin, llegan a mal o bien.

“Pues bien, mi señor, como no dudo de que usted desea encaminarse hacia el bien, me es grato proporcionarle las mejores posibilidades para ello.

“Este inquietante árbol de coral arroja una gran sombra encarnada, reflejo de lo que en la capa séptima se fragua y se realiza. Colóquese usted dentro de ella y, ya cuando sienta que su influencia le inunda, entréguese de cuerpo y alma a sus más hondas cavilaciones. Puede ser que de este modo llegue usted algún día a ver el bien en persona. Pues no ha nacido aún el mortal que pueda contemplarlo sin antes haber pasado largos años bajo una sombra semejante o bajo cualquier influencia de índole parecida.

“Sin más por ahora y esperando sepa usted aprovechar en toda su magnitud los sabios consejos que le he dado, me es grato reiterarme como su más afectísimo y reverendísimo servidor y amigo.

“Repito mi nombre: Desiderio Longotoma”.

Dicho lo cual el buen hombre saludó, volvió a abrir su paraguas y se marchó.

A mí ahora, bajo este árbol magnífico e inquietante, ponerme a cavilar sobre tan sabias palabras.

Después de estos paseos a orillas del mar regresé a Santiago. Creí necesario volver a ver al doctor Pitrufquén. Lo vi y le conté todo, todo. Sonrió nuevamente golpeándome el hombro. Al fin me dijo:

–Viaje, amigo, haga un viaje que lo distraiga.

–¿Le parece a usted bien San Agustín de Tango? –le pregunté.

–¡Magnífica idea! Yo también voy a dicha ciudad. No lo piense más y allá nos veremos.

Me resolví a seguir su consejo. El 3 de enero de 1929 tomé el tren con el astrónomo Jovino Panquehue. A nuestra derecha, un asiento más adelante, iba una hermosa dama. Se la mostré a Panquehue en el momento en que la dama se volvía. Se saludaron y nuestro astrónomo se levantó para darle la mano. Luego me llamó y me la presentó:

–La señora Marul Carampangue.

¡Qué linda, qué fina era! Cruzamos algunas palabras. Iba también a San Agustín de Tango, a la avenida del Ave María, N° 233. Cogí el dato al vuelo y lo anoté.

Llegué a la ciudad nortina lleno del recuerdo de Marul Carampangue. Abrazado a este recuerdo me dormí.

FIN DEL I PILAR

# ÍNDICE

NOTA EDITORIAL	IX
NOTA PRELIMINAR	XI
BIOGRAFÍA PARA UNA OBRA	XVII
PRIMER PILAR EL GLOBO DE CRISTAL	
TOMO I	I
TOMO II	189
TOMO III	343
TOMO IV	465
TOMO V	599
TOMO VI	781
TOMO VII	971

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS  
BIBLIOTECA NACIONAL.

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA  
1990-1996

- Revista *Mapocho* N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).  
Revista *Mapocho* N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172, págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpression (Santiago, 1992, 172 págs.).  
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).  
Pedro de Oña. *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).  
*La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).  
Lidia Contreras. *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio 1993).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto 1994).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre 1995).  
Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).  
Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).  
José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).  
Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).  
Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).  
Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).  
Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).  
Juvencio Valle, *Pajareña chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).  
Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

*Colección Fuentes para el estudio de la Colonia*

- Vol. I. Fray Francisco Xavier Ramírez. *Coronación Sacro-Imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).  
Vol. II. *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III. *Protocolos de los escribanos de Santiago. Primeros fragmentos 1559 y 1564-1566*, transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, en prensa) dos tomos.

#### *Colección Fuentes para la historia de la República*

- Vol. I. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI. *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII. *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

#### *Colección Sociedad y Cultura*

- Vol. I. Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II. Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III. Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV. Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V. Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI. Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII. Ricardo Nazer Ahumada, José Tomás Urmeneta. *Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII. Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930)*. Visión de las elites (Santiago, 1994, 259 págs.).

#### *Colección Escritores de Chile*

- Vol. I. *Alme y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II. *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III. *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV. *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

- Vol. vi. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. vii. *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. viii. *Juan Emar; Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, C + 4.134 págs.), cinco tomos.

#### *Colección de Antropología*

- Vol. i. Mauricio Massone. Donald Jackson y Alfredo Prieto. *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii. Rubén Stehberg. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii. Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores). *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

#### *Colección Imágenes del Patrimonio*

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M. *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 61 págs.).

Se terminó de imprimir  
esta primera edición, de quinientos ejemplares,  
en los talleres de *Impresos Universitaria, S.A.*  
San Francisco 454. Santiago de Chile  
en el mes de julio de 1996.